COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO VI.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

—

TOMO I.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

19.238
T-1166

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

POR

EL CONDE DE TORENO.

TOMO PRIMERO.



...IOT...
D...
...EDE T...

PARIS.

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ,

CERCA DEL LOUVRE.

—

1838



..... Quis nescit primam esse historiæ legem ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICERO, *De Oratore*, *lib.* 2, *c.* 15.



HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

Turbacion de los tiempos. — Flaqueza de España. — Política de Francia. — Paz de Presburgo. — Destronamiento de la casa de Nápoles. — Tratos de paz con Inglaterra. — Rómpense estas negociaciones. — Tambien otras con Rusia. — Preparativos de guerra. — Tropas españolas que van á Toscana. — Izquierdo: dinero que da á Napoleon. — Enfado del príncipe de la Paz contra Napoleon. — Sus sospechas. — Piensa ligarse con Inglaterra. — Envia allá á Don Agustin de Argüelles. — Proclama del 5 de octubre. — Discúlpase con Napoleon. — Proyectos contra España. — Los dos partidos que dividen el palacio español. — Entretiénese á Izquierdo en Paris. — Mr. de Beauharnais embajador de Francia en Madrid. — Secretos manejos con el partido del príncipe de Asturias. — Tropas españolas que van al Norte. — Paz de Tilsit. — Tropas francesas que se juntan en Bayona. — Portugal. — Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa. — Se retiran de aquella corte. — 18 de octubre de 1807, cruza el Bidasoa la primera division francesa. — 27 de octubre, tratado de Fontainebleau. — Causa del Escorial. — Marcha de Junot hácia Portugal. — Entrada en Portugal, 19 de noviembre de 1807. — Llegada á Abrantes, 23 de noviembre. — Proclama del príncipe regente de Portugal; 22 de noviembre. — Instancia de Lord Strangford para que se embarque. — 29 de noviembre, da la vela la familia real portuguesa. — 30 de noviembre, entrada de Junot en Lisboa. — Entrada de los españoles en Portugal. — 16 de noviembre, viage de Napoleon á Italia. — Reina de Etruria. — Carta de Cárlos IV á Napoleon. — Dudas de Napoleon sobre su conducta respecto de España. — 22 de diciembre, Dupont en Irun. — 9 de enero de 1808, entrada del cuerpo de Moncey. — 24 de id., publicaciones del Monitor. — 1° de febrero de 1808, proclama de Junot. — Forma nueva regencia, de que se nombra presidente. — Gravosa contribucion extraordinaria. — Envia á Francia una division portuguesa. — 16 de febrero, toma de la ciudadela de Pamplona. — Entra Duhesme en Cataluña. — Llega á Barcelona. — 28 de febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona. — Id. sorpresa de Monjuich. — 18 de marzo, ocupacion de San Fernando de Figueras. — 5 de marzo, entrega de San Sebastian. — 7 de febrero, órden para que la escuadra de Cartagena vaya á Tolon. — Desasosiego de la corte

de Madrid. — Conducta ambigua de Napoleon. — Sobresalto del príncipe de la Paz. — Llegada á Madrid de Izquierdo. — Sale Izquierdo el 10 de marzo para Paris. — Tropas francesas que continuaron entrando en España. — Murat nombrado general en gefe del ejército francés en España. — Piensa la corte de Madrid en partir para Andalucía. — Providencias que toma.

Turbacion de los tiempos.

La turbacion de los tiempos, sembrando por el mundo discordias, alteraciones y guerras, habia estremecido hasta en sus cimientos antiguas y nombradas naciones. Empobrecida y desgobernada España, hubiera al parecer debido antes que ninguna ser azotada de los recios temporales que á otras habian afligido y revuelto. Pero viva aun la memoria de su poderio, apartada al ocaso y en el continente europeo postrera de las tierras, habíase mantenido firme y conservado casi intacto su vasto y desparramado imperio. No poco y por desgracia habian contribuido á ello la misma condescendencia y baja humillacion de su gobierno, que, ciegamente sometido al de Francia, fuese democrático, consular ó monárquico, dejábale éste disfrutar en paz hasta cierto punto de aparente sosiego, con tal que quedasen á merced suya las escuadras, los ejércitos y los caudales que aun restaban á la ya casi aniquilada España.

Flaqueza de España.

Politica de Francia.

Mas en medio de tanta sumision, y de los trastornos y continuos vaivenes que trabajaban á Francia, nunca habian olvidado sus muchos y diversos gobernantes la política de Luis XIV, procurando atar al carro de su suerte la de la nacion española. Forzados al principio á contentarse con tratados que estrechasen la alianza, preveian no obstante que cuanto mas onerosos fuesen aquellos para una de las partes contratantes, tanto menos serian para la otra estables y duraderos.

Menester pues era que para darles la conveniente firmeza se aunasen ambas naciones, asemejándose en la forma de su gobierno, ó confundiéndose bajo la direccion de personas de una misma familia, segun que se mudaba y trastrocaba en Francia la constitucion del estado. Asi era que apenas aquel gabinete tenia un respiro, susurrábanse proyectos varios, juntábanse en Bayona tropas, enviábanse expediciones contra Portugal, ó aparecian muchos y claros indicios de querer entrometerse en los asuntos interiores de la península hispana.

Crecia este deseo ya tan vivo á proporcion que las armas francesas afianzaban fuera la prepotencia de su patria, y que dentro se restablecian la tranquilidad y buen órden. A las claras empezó á manifestarse cuando Napoleon, ciñendo sus sienes con la corona de Francia, fundadamente pensó que los Borbones sentados en el solio de España mirarian siempre con ceño, por sumisos que ahora se mostrasen, al que habia empuñado un cetro que de derecho correspondia al tronco de donde se derivaba su rama. Confirmáronse

los recelos del francés despues de lo ocurrido en 1805, al terminarse la campaña de Austria con la paz de Presburgo.

Paz de Presburgo.

Desposeido por entonces de su reino Fernando IV de Nápoles, hermano de Cárlos de España, habia la corte de Madrid rehusado durante cierto tiempo asentir á aquel acto y reconocer al nuevo soberano José Bonaparte. Por natural y justa que fuese esta resistencia, sobremanera desazonó al emperador de los franceses, quien hubiera sin tardanza dado quizá señales de su enojo, si otros cuidados no hubiesen fijado su mente y contenido los ímpetus de su ira.

Destronamiento de la casa de Nápoles.

En efecto la paz ajustada con Austria estaba todavía lejos de extenderse á Rusia, y el gabinete prusiano, de equívoca é incierta conducta, desasosegaba el suspicaz ánimo de Napoleon. Si tales motivos eran obstáculo para que éste se ocupase en cosas de España, lo fueron tambien por extremo opuesto las esperanzas de una pacificacion general, nacidas de resultas de la muerte de Pitt. Constantemente habia Napoleon achacado á aquel ministro, finado en enero de 1806, la continuacion de la guerra, y como la paz era el deseo de todos hasta en Francia, forzoso le fue á su gefe no atropellar opinion tan acreditada cuando habia cesado el alegado pretexto, y entrado á componer el gabinete inglés Mr. Fox y Lord Grenville con los de su partido.

Tratos de paz con Inglaterra.

Juzgábase que ambos ministros, sobre todo el primero, se inclinaban á la paz, y se aumentó la confianza al ver que despues de su nombramiento se habia entablado entre los gobiernos de Inglaterra y Francia activa correspondencia. Dió principio á ella Fox valiéndose de un incidente que favorecia su deseo. Las negociaciones duraron meses, y aun estuvieron en Paris como plenipotenciarios los Lores Yarmouth y Lauderdale. Dificultoso era en aquella sazon un acomodamiento á gusto de ambas partes. Napoleon en los tratos mostró poco miramiento respecto de España, pues entre las varias proposiciones hizo la de entregar la isla de Puerto-Rico á los ingleses, y las Baleares á Fernando IV de Nápoles, en cambio de la isla de Sicilia que el último cederia á José Bonaparte.

Rómpense estas negociaciones.

Correspondió el remate á semejantes propuestas, á las que se agregaba el irse colocando la familia de Bonaparte en reinos y estados, como tambien el establecimiento de la nueva y famosa confederacion del Rin. Rompiéronse pues las negociaciones, anunciando Napoleon como principal razon la enfermedad de Fox y su muerte acaecida en setiembre de 1806. Por el mismo término caminaron las entabladas tambien con Rusia, habiendo desaprobado públicamente el emperador Alejandro el tratado que á su nombre habia en Paris concluido su plenipotenciario Mr. d'Oubril.

Tambien otras con Rusia.

Aun en el tiempo en que andaban las pláticas de paz, dudosos

Preparativos de guerra.

todos y aun quizá poco afectos á su conclusion, se preparaban á la prosecucion de la guerra. Rusia y Prusia ligábanse en secreto, y querian que otros estados se uniesen á su causa. Napoleon tampoco se descuidaba, y aunque resentido por lo de Nápoles con el gabinete de España, disimulaba su mal ánimo, procurando sacar de la ciega sumision de este aliado cuantas ventajas pudiese.

Tropas españoles que van á Toscana.

De pronto, y al comenzar el año de 1806, pidió que tropas españolas pasasen á Toscana á reemplazar las francesas que la guarnecian. Con eso lisonjeando á las dos córtes, á la de Florencia porque consideraba como suya la guardia de españoles, y á la de Madrid por ser aquel paso muestra de confianza, conseguia Napoleon tener libre mas gente, y al mismo tiempo acostumbraba al gobierno de España á que insensiblemente se desprendiese de sus soldados. Accedió el último á la demanda, y en principios de marzo entraron en Florencia de 4 á 5000 españoles mandados por el teniente general Don Gonzalo Ofarril.

Izquierdo: dinero que da á Napoleon.

Como Napoleon necesitaba igualmente otro linage de auxilios, volvió la vista para alcanzarlos á los agentes españoles residentes en Paris. Descollaba entre todos Don Eugenio Izquierdo, hombre sagaz, travieso y de amaño, á cuyo buen desempeño estaban encomendados los asuntos peculiares de Don Manuel Godoy, príncipe de la Paz, disfrazados bajo la capa de otras comisiones. En vano hasta entonces se habia desvivido dicho encargado por sondear respecto de su valedor los pensamientos del emperador de los franceses. Nunca habia tenido otra respuesta sino promesas y palabras vagas. Mas llegó mayo de 1806, y creciendo los apuros del gobierno francés para hacer frente á los inmensos gastos que ocasionaban los preparativos de guerra, reparó este en Izquierdo, y le indicó que la suerte del príncipe de la Paz mereceria la particular atencion de Napoleon, si se le acudia con socorros pecuniarios. Gozoso Izquierdo y lleno de satisfaccion, brevemente y sin estar para ello autorizado, aprontó 24 millones de francos * pertenecientes á la caja de consolidacion de Madrid, segun convenio que firmó el 10 de mayo. Aprobó el de la Paz la conducta de su agente, y contando ya con ser ensalzado á mas eminente puesto en trueque del servicio concedido, hizo que en nombre de Cárlos IV se confiriesen en 26 del mismo mayo * á dicho Izquierdo plenos poderes para que ajustase y concluyese un tratado.

(* Ap. n. 1.)

(* Ap. n. 2.)

Enfado del príncipe de la Paz contra Napoleon.

Pero Napoleon, dueño de lo que queria y embargados sus sentidos con el nublado que del norte amagaba, difirió entrar en negociacion hasta que se terminasen las desavenencias con Prusia y Rusia. Ofendió la tardanza al príncipe de la Paz, receloso en todos tiempos de la buena fé de

Napoleon, y temió de él nuevos engaños. Afirmáronle en sus sospechas diversos avisos que por entonces le enviaron españoles residentes en Paris; opúsculos y folletos que debajo de mano fomentaba aquel gobierno, y en que se anunciaba la entera destruccion de la casa de Borbon, y en fin el dicho mismo del emperador de que « si Cárlos IV no queria reconocer á su « hermano por rey de Nápoles, su sucesor le reconoceria. »

Sus sospechas.

Tal cúmulo de indicios que progresivamente vinieron á despertar las zozobras y el miedo del valido español se acrecentaron con las noticias é informes que le dió Mr. de Strogonoff, nombrado ministro de Rusia en la corte de Madrid, quien habia llegado á la capital de España en enero de 1806.

Animado el príncipe de la Paz con los consejos de dicho ministro, y mal enojado contra Napoleon, inclinábase á formar causa comun con las potencias beligerantes. Parecióle no obstante ser prudente, antes de tomar resolucion definitiva, buscar arrimo y alianza en Inglaterra. Siendo el asunto espinoso y pidiendo sobre todo profundo sigilo, determinó enviar á aquel reino un sugeto que, dotado de las convenientes prendas, no excitase el cuidado del gobierno de Francia. Recayó la eleccion en Don Agustin de Argüelles, que tanto sobresalió años adelante en las córtes congregadas en Cádiz. Rehusaba el nombrado admitir el encargo por proceder de hombre tan desestimado como era entonces el príncipe de la Paz; pero instado por Don Manuel Sixto Espinosa, director de la consolidacion, con quien le unian motivos de amistad y de reconocimiento, y vislumbrando tambien en su comision un nuevo medio de contribuir á la caida del que en Francia habia destruido la libertad pública, aceptó al fin el importante encargo confiado á su zelo.

Piensa ligarse con Inglaterra.

Envia allí á Don Agustin de Argüelles.

Ocultóse á Argüelles * lo que se trataba con Strogonoff, y tan solo se le dió á entender que era forzoso ajustar paces con Inglaterra, si no se queria perder toda la América en donde acababa de tomar á Buenos-Aires el general Beresford. Recomendóse en particular al comisionado discrecion y secreto, y con suma diligencia saliendo de Madrid á últimos de setiembre, llegó á Lisboa sin que nadie, ni el mismo embajador conde de Campo-Alange, trasluciese el verdadero objeto de su viage. Disponíase Don Agustin de Argüelles á embarcarse para Inglaterra, cuando se recibió en Lisboa una desacordada proclama del príncipe de la Paz, fecha 5* de octubre, en la que apellidando la nacion á guerra sin designar enemigo, despertó la atencion de las naciones extrañas, principalmente de Francia. Desde entonces miró Argüelles como inútil la continuacion de su viage y así lo escribió á Madrid; mas sin embargo ordenósele pasar á Lóndres, en donde su comision no tuvo resulta, así

(* Ap. n. 3.)

Su proclama de 5 de octubre.

(* Ap. n. 4.)

por repugnar al gobierno inglés tratos con el príncipe de la Paz, ministro tan desacreditado é imprudente, como tambien por la mudanza que en dicho príncipe causaron los sucesos del norte.

Disculpase con Napoleon.

Alli Napoleon, habiendo abierto la campaña en octubre de 1806, en vez de padecer descalabros habia entrado victorioso en Berlin, derrotando en Jena el ejército prusiano. Al ruido de sus triunfos atemorizada la corte de Madrid y sobre todo el privado, no hubo medio que no emplease para apaciguar el entonces justo y fundado enojo del emperador de los franceses, quien, no teniendo por concluida la guerra en tanto que la Rusia no viniese á partido, fingió quedar satisfecho con las disculpas que se le dieron, y renovó aunque lentamente las negociaciones con Izquierdo.

Proyectos contra España.

Mas no por eso dejaba de meditar cuál seria el mas acomodado medio para posesionarse de España, y evitar el que en adelante se repitiesen amagos como el del 5 de octubre. Columbró desde luego ser para su propósito feliz incidente andar aquella corte dividida entre dos parcialidades, la del príncipe de Asturias y la de Don Manuel Godoy. Habian nacido estas de la inmoderada ambicion del último, y de los temores que habia infundido ella en el ánimo del primero. Sin embargo estuvieron para componerse y disiparse en el tiempo en que habia resuelto el de la Paz unirse con Inglaterra y las otras potencias del norte; creyendo este con razon que en aquel caso era necesario acortar su vuelo, y conformarse con las ideas y política de los nuevos aliados. Para ello, y no exponer su suerte á temible caida, habia el valido imaginado casar al príncipe de Asturias (viudo desde mayo de 1806) con Doña María Luisa de Borbon, hermana de su muger Doña María Teresa, primas ambas del rey é hijas del difunto infante Don Luis. El pensamiento fue tan adelante que se propuso al príncipe el enlace. Mas Godoy, veleidoso é inconstante, variadas que fueron las cosas del norte, mudó de dictámen volviendo á soñar en ideas de engrandecimiento. Y para que pasaran á realidad condecoróle el rey en 13 de enero de 1807 con la dignidad de almirante de España é Indias, y tratamiento de alteza.

Los dos partidos que dividen el palacio español.

Entretiénese á Izquierdo en Paris.

Veniale bien á Napoleon que se aumentase la division y el desórden en el palacio de Madrid. Atento á aprovecharse de semejante discordia, al paso que en Paris se traia entretenido á Izquierdo y al partido de Godoy, se despachaba á España para tantear el del príncipe de Asturias á Mr. de Beauharnais, quien como nuevo embajador presentó sus credenciales á últimos de diciembre de 1806. Empezó el recien llegado á dar pasos, mas fueron lentos hasta meses despues que, llevando visos de terminarse la guerra del norte, juzgó Napoleon que se acercaba el momento de obrar.

Mr. de Beauharnais embajador de Francia en Madrid.

Presentósele en la persona de Don Juan Escoiquiz, conducto acomodado para ayudar sus miras. Antiguo maestro del príncipe de Asturias, vivia como confinado en Toledo, de cuya catedral era canónigo y dignidad, y de donde, por órden de S. A., con quien siempre mantenia secreta correspondencia, habia regresado á Madrid en marzo de 1807. Conferenciése mucho entre él y sus amigos sobre el modo de atajar la ambicion de Godoy, y sacar al príncipe de Asturias de situacion que conceptuaban penosa, y aun arriesgada.

Habian imaginado sondear al embajador de Francia, y de resultas supieron por Don Juan Manuel de Villena, gentil hombre del príncipe de Asturias, y por Don Pedro Giraldo, brigadier de ingenieros, maestro de matemáticas del príncipe é infantes, y cuyos sugetos estaban en el secreto, hallarse Mr. de Beauharnais pronto á entrar en relaciones con quien S. A. indicase. Dudóse si la propuesta encubria ó no engaño; y para asegurarse unos y otros, convinose en una pregunta y seña que recíprocamente se harian en la corte el príncipe y el embajador. Cerciorados de no haber falsedad y escogido Escoiquiz para tratar, presentó á este en casa de dicho embajador el duque del Infantado, con pretexto de regalarle un ejemplar de su poema sobre la conquista de Méjico. Entablado conocimiento entre Mr. de Beauharnais y el maestro del príncipe, avistáronse un dia de los de julio y á las dos de la tarde en el Retiro. La hora, el sitio y lo caluroso de la estacion les daba seguridad de no ser notados.

Secretos manejos con el partido del príncipe de Asturias.

Hablaron allí sosegadamente del estado de España y Francia, de la utilidad para ambas naciones de afianzar su alianza en vínculos de familia, y por consiguiente de la conveniencia de enlazar al príncipe Fernando con una princesa de la sangre imperial de Napoleon. El embajador convino con Escoiquiz en los mas de los puntos, particularmente en el último, quedando en darle posterior y categórica contestacion. Siguiéronse á este paso otros mas ó menos directos, pero que nada tuvieron de importante hasta que en 30 de setiembre escribió Mr. de Beauharnais una carta á Escoiquiz, en la que rayando las expresiones de que *no bastaban cosas vagas*, sino que se necesitaba una *segura prenda* (*une garantie*), daba por lo mismo á entender que aquellas salian de boca de su amo. Movido de esta insinuacion se dirigió el príncipe de Asturias en 11 de octubre al emperador francés, en términos que, segun veremos muy luego, hubiera podido resultar grave cargo contra su persona.

Hasta aquí llegaron los tratos del embajador Beauharnais con Don Juan Escoiquiz, cuyo principal objeto se enderezaba á arreglar la union del príncipe Fernando con una sobrina de la emperatriz, ofrecida despues al duque de Aremberg. Todo da indicio de que el embajador obró segun instrucciones de su amo; y si bien es verdad

que este desconoció como suyos los procedimientos de aquel, no es probable que se hubiera Mr. de Beauharnais expuesto con soberano tan poco sufrido á dar pasos de tamaña importancia sin previa autorizacion. Pudo quizá excederse; quizá el interes de familia le llevó á proponer para esposa una persona con quien tenia deudo, pero que la negociacion tomó orígen en Paris lo acredita el haber despues sostenido el emperador á su representante.

Sin embargo tales pláticas tenian mas bien traza de entretenimiento que de séria y deliberada determinacion. Ibale mejor al arrebatado temple de Napoleon buscar por violencia ó por malos artes el cumplimiento de lo que su política ó su ambicion le sugeria. Asi fue que, para remover estorbos é irse preparando á la ejecucion de sus proyectos, de nuevo pidió al gobierno español auxilio de tropas; y conformándose Carlos IV con la voluntad de su aliado, decidió en marzo de 1807 que una division unida con la que estaba en Toscana, y componiendo juntas un cuerpo de 14,000 hombres, se dirigiese al norte de Europa *. De este modo menguaban cada dia en España los recursos y medios de resistencia.

Tropas españolas que van al norte.

(* Ap. n. 5.)

Entretanto Napoleon, habiendo continuado con feliz progreso la campaña emprendida contra las armas combinadas de Prusia y Rusia, habia en 8 de julio siguiente concluido la paz en Tilsit. Algunos se han figurado que se concertaron alli ambos emperadores ruso y francés acerca de asuntos secretos y arduos, siendo uno entre ellos el de dejar á la libre facultad del último la suerte de España. Hemos consultado en materia tan grave respetables personages, y que tuvieron principal parte en aquellas conferencias y tratos. Sin interes en ocultar la verdad, y lejos ya del tiempo en que ocurrieron, han respondido á nuestras preguntas que no se habia entonces hablado sino vagamente de asuntos de España; y que tan solo Napoleon, quejándose con acrimonia de la proclama del príncipe de la Paz, añadia á veces que los españoles luego que le veian ocupado en otra parte mudaban de lenguage y le inquietaban.

Paz de Tilsit.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que, con la paz asegurado Napoleon de la Rusia á lo ménos por de pronto, pudo con mas desahogo volver hácia el mediodia los inquietos ojos de su desapoderada ambicion. Pensó desde luego disfrazar sus intentos con la necesidad de extender á todas partes el sistema continental (cuyas bases habia echado en su decreto de Berlin de febrero del mismo año), y arrancar á Inglaterra á su antiguo y fiel aliado el rey de Portugal. Era en efecto muy importante para cualquiera tentativa ó plan contra la península someter á su dominio á Lisboa, alejar á los ingleses de los puertos de aquella costa, y tener un pretexto al parecer plausible con que poder internar en el corazon de España numerosas fuerzas.

Para dar principio á su empresa promovió muy particularmente las negociaciones entabladas con Izquierdo, y á la sombra de aquellas y del tratado que se discutia, empezó en agosto de 1807 á juntar en Bayona un ejército de 25,000 hombres con el título de cuerpo de observacion de la Gironda, nombre con que cautelosamente embozaba el gobierno francés sus hostiles miras contra la península española. Dióse el mando de aquella fuerza á Junot, quien, embajador en Portugal en 1805, habia desamparado la pacífica mision para acompañar á su caudillo en atrevidas y militares empresas. Ahora se preparaba á dar la vuelta á Lisboa, no ya para ocupar su antiguo puesto, sino mas bien para arrojar del trono á una familia augusta que le habia honrado con las insignias de la órden de Cristo.

Tropas francesas que se juntan en Bayona.

Aunque no sea de nuestro propósito entrar en una relacion circunstanciada de los graves acontecimientos que van á ocurrir en Portugal, no podemos menos de darles aqui algun lugar como tan unidos y conexos con los de España. En Paris se examinaba con Izquierdo el modo de partir y distribuirse aquel reino, y para que todo estuviese pronto el dia de la conclusion del tratado, ademas de la reunion de tropas á la falda del Pirineo, se dispuso que negociaciones seguidas en Lisboa abriesen el camino á la ejecucion de los planes en que conviniesen ambas potencias contratantes. Comenzóse la urdida trama por notas que en 12 de agosto pasaron el encargado de negocios francés Mr. de Rayneval y el embajador de España conde de Campo-Alange. Decian en ellas que tenian la órden de pedir sus pasaportes y declarar la guerra á Portugal si para el 1° de setiembre próximo el príncipe regente no hubiese manifestado la resolucion de romper con la Inglaterra, y de unir sus escuadras con las otras del continente para que juntas obrasen contra el comun enemigo: se exigia ademas la confiscacion de todas las mercancías procedentes de origen británico, y la detencion como rehenes de los súbditos de aquella nacion. El príncipe regente de acuerdo con Inglaterra respondió que estaba pronto á cerrar los puertos á los ingleses, y á interrumpir toda correspondencia con su antiguo aliado; mas que en medio de la paz confiscar todas las mercancías británicas, y prender á extrangeros tranquilos, eran providencias opuestas á los principios de justicia y moderacion que le habian siempre dirigido. Los representantes de España y Francia, no habiendo alcanzado lo que pedian (resultado conforme á las verdaderas intenciones de sus respectivas córtes), partieron de Lisboa antes de comenzarse octubre, y su salida fue el preludio de la invasion.

Portugal.

Notas de los representantes de España y Francia en Lisboa.

Se retiran de aquella corte.

Todavía no estaban concluidas las negociaciones con Izquierdo; todavía no se habia cerrado tratado alguno, cuando Napoleon impaciente, lleno del encendido deseo de empezar su proyectada em-

presa, é informado de la partida de los embajadores, dió órden á Junot para que entrase en España, y el 18 de octubre cruzó el Bidasoa la primera division francesa á las órdenes del general Delaborde, época memorable, principio del tropel de males y desgracias, de perfidias y heróicos hechos que sucesivamente nos va á desdoblar la historia. Pasada la primera division, la siguieron la segunda y la tercera mandadas por los generales Loison y Travot, con la caballería, cuyo gefe era el general Kellerman. En Irun tuvo órden de recibir y obsequiar á Junot Don Pedro Rodriguez de la Buria, encargo que ya habia desempeñado en la otra guerra con Portugal. Las tropas francesas se encaminaron por Burgos y Valladolid hácia Salamanca, á cuya ciudad llegaron veinticinco dias despues de haber entrado en España. Por todas partes fueron festejadas y bien recibidas, y muy lejos estaban de imaginarse los solícitos moradores del tránsito la ingrata correspondencia con que iba á pagárseles tan esmerada y agasajadora hospitalidad.

18 de octubre, cruza el Bidasoa la primera division francesa.

Tocaron mientras tanto á su cumplido término las negociaciones que andaban en Francia, y el 27 de octubre en Fontainebleau se firmó entre Don Eugenio Izquierdo y el general Duroc, gran mariscal de palacio del emperador francés, un tratado * compuesto de catorce artículos con una convencion anexa comprensiva de otros siete. Por estos conciertos se trataba á Portugal del modo como antes otras potencias habian dispuesto de la Polonia, con la diferencia que entonces fueron iguales y poderosos los gobiernos que entre sí se acordaron, y en Fontainebleau tan desemejantes y desproporcionados, que al llegar al cumplimiento de lo pactado, repitiéndose la conocida fábula del leon y sus partijas, dejóse á España sin nada, y del todo quiso hacerse dueño su insaciable aliado. Se estipulaba por el tratado que la provincia de Entre-Duero-y-Miño se daria en toda propiedad y soberania con título de Lusitania setentrional al rey de Etruria y sus descendientes, quien á su vez cederia en los mismos términos dicho reino de Etruria al emperador de los franceses; que los Algarbes y el Alentejo igualmente se entregarian en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, con la denominacion de príncipe de los Algarbes, y que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portuguesa quedarian como en secuestro hasta la paz general, en cuyo tiempo podrian ser cambiadas por Gibraltar, la Trinidad ó alguna otra colonia de las conquistadas por los ingleses; que el emperador de los franceses saldria garante á S. M. C. de la posesion de sus estados de Europa al mediodia de los Pirineos, y le reconoceria como emperador de ambas Américas á la conclusion de la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años. La convencion que acompañaba al tratado circunstanciaba el modo de llevar á efecto lo estipulado en el mismo: 25,000 hombres de in-

27 de octubre tratado de Fontainebleau.

(* Ap. n. 6.)

fantería francesa y 5000 de caballería habian de entrar en España, y reuniéndose á ellos 8000 infantes españoles y 3000 caballos, marchar en derechura á Lisboa, á las órdenes ámbos cuerpos del general francés, exceptuándose solamente el caso en que el rey de España ó el príncipe de la Paz fuesen al sitio en que las tropas aliadas se encontrasen, pues entonces á estos se cederia el mando. Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y Extremadura portuguesa debian ser administradas, y exigírseles las contribuciones en favor y utilidad de Francia. Y al mismo tiempo que una division de 10,000 hombres de tropas españolas tomase posesion de la provincia de Entre-Duero-y-Miño, con la ciudad de Oporto, otra de 6000 de la misma nacion ocuparia el Alentejo y los Algarbes, y así aquella primera provincia como las últimas habian de quedar á cargo para su gobierno y administracion de los generales españoles. Las tropas francesas, alimentadas por España durante el tránsito, debian cobrar sus pagas de Francia. Finalmente se convenia en que un cuerpo de 40,000 hombres se reuniese en Bayona el 20 de noviembre, el cual marcharia contra Portugal en caso de necesidad, y precedido el consentimiento de ambas potencias contratantes.

En la conclusion de este tratado Napoleon, al paso que buscaba el medio de apoderarse de Portugal, nuevamente separaba de España otra parte considerable de tropas, como antes habia alejado las que fueron al norte, é introducia sin ruido y solapadamente las fuerzas necesarias á la ejecucion de sus ulteriores y todavía ocultos planes, y lisonjeando la inmoderada ambicion del privado español, le adormecia y le enredaba en sus lazos, temeroso de que, desengañado á tiempo y volviendo de su deslumbrado encanto, quisiera acudir al remedio de la ruina que le amenazaba. Ansioso el príncipe de la Paz de evitar los vaivenes de la fortuna, aprobaba convenios que hasta cierto punto le guarecian de las persecuciones del gobierno español en cualquiera mudanza. Quizá veía tambien en la compendiosa soberanía de los Algarbes el primer escalon para subir á trono mas elevado. Mucho se volvió á hablar en aquel tiempo del criminal proyecto que años atras se aseguraba haber concebido María Luisa, arrastrada de su ciega pasion, contando con el apoyo del favorito. Y no cabe duda que acerca de variar de dinastía se tanteó á varias personas, llegando á punto de buscar amigos y parciales sin disfraz ni rebozo. Entre los solicitados fue uno el coronel de Pavia Don Tomas de Jauregui, á quien descaradamente tocó tan delicado asunto Don Diego Godoy: no faltaron otros que igualmente le promovieron. Mas los sucesos, agolpándose de tropel, convirtieron en humo los ideados é imprévidos intentos de la ciega ambicion.

Tal era el deseado remate á que habian llegado las negociaciones de Izquierdo, y tal habia sido el principio de la entrada de las tropas francesas en la península, cuando un acontecimiento con señales de suma gravedad fijó en aquellos dias la atencion de toda España.

Causa del Escorial.

Vivia el príncipe de Asturias alejado de los negocios, y solo, sin influjo ni poder alguno, pasaba tristemente los mejores años de su mocedad sujeto á la monótona y severa etiqueta de palacio. Aumentábase su recogimiento por los temores que infundia su persona á los que entonces dirigian la monarquía, se observaba su conducta, y hasta los mas inocentes pasos eran atentamente acechados. Prorumpia el príncipe en amargas quejas, y sus expresiones solian á veces ser algun tanto descompuestas. A ejemplo suyo los criados de su cuarto hablaban con mas desenvoltura de lo que era conveniente, y repetidos, aun quizá alterados al pasar de boca en boca, aquellos dichos y conversaciones avivaron mas y mas el ódio de sus irreconciliables enemigos. No bastaba sin embargo tan ligero proceder para empezar una informacion judicial; solamente dió ocasion á nuevo cuidado y vigilancia. Redoblados uno y otra, al fin se notó que el príncipe secretamente recibia cartas, que muy ocupado en escribir velaba por las noches, y que en su semblante daba indicio de meditar algun importante asunto. Era suficiente cualquiera de aquellas sospechas para despertar el interesado zelo de los asalariados que le rodeaban, y una dama de la servidumbre de la reina le dió aviso de la misteriosa y extraña vida que traia su hijo. No tardó el rey en estar advertido, y estimulado por su esposa dispuso que se recogiesen todos los papeles del desprevenido Fernando. Asi se ejecutó, y al dia siguiente 29 de octubre, á las seis y media de la noche, convocados en el cuarto de S. M. los ministros del despacho y Don Arias Mon, gobernador interino del consejo, compareció el príncipe, se le sometió á un interrogatorio, y se le exigieron explicaciones sobre el contenido de los papeles aprehendidos. En seguida su augusto padre, acompañado de los mismos ministros y gobernador con grande aparato y al frente de su guardia, le llevó á su habitacion, en donde, despues de haberle pedido la espada, le mandó que quedase preso, puestas centinelas para su custodia: su servidumbre fue igualmente arrestada.

Al ver la solemnidad y aun semejanza del acto, hubiera podido imaginarse el atónito espectador que en las lúgubres y suntuosas bóvedas del Escorial iba á renovarse la deplorable y trágica escena que en el alcázar de Madrid habia dado al orbe el sombrío Felipe II; pero otros eran los tiempos, otros los actores y muy otra la situacion de España.

(* Ap. n. 7.)

Se componian los papeles hasta entonces aprehendidos al príncipe * de un cuadernillo escrito de su puño de algo mas de doce hojas, de otro de cinco y media, de una carta de letra disfrazada y sin firma fecha en Talavera á 18 de marzo, y reconocida despues por de Escoiquiz, de cifra y clave para la correspondencia entre ambos, y de medio pliego de números, cifras y nombres que en otro tiempo habian servido para la comunica-

cion secreta de la difunta princesa de Asturias con la reina de Nápoles su madre. Era el cuadernillo de las doce hojas una exposicion al rey, en la que, despues de trazar con colores vivos la vida y principales hechos del príncipe de la Paz, se le acusaba de graves delitos, sospechándole del horrendo intento de querer subir al trono y acabar con el rey y toda la real familia. Tambien hablada Fernando de sus persecuciones personales, mencionando entre otras cosas el haberle alejado del lado del rey, sin permitirle ir con él á caza, ni asistir al despacho. Se proponian como medios de evitar el cumplimiento de los criminales proyectos del favorito: dar al príncipe heredero facultad para arreglarlo todo, á fin de prender al acusado y confinarle en un castillo. Igualmente se pedia el embargo de parte de sus bienes, la prision de sus criados, de Doña Josefa Tudó y otros, segun se dispusiese en decretos que el mismo príncipe presentaria á la aprobacion de su padre. Indicábase como medida previa, y para que el rey Cárlos examinase la justicia de las quejas, una batida en el Pardo ó Casa de Campo, en que acudiese el príncipe, y en donde se oirian los informes de las personas que nombrase S. M., con tal que no estuviesen presentes la reina ni Godoy: asimismo se suplicaba que, llegado el momento de la prision del valido, no se separase el padre del lado de su hijo, para que los primeros ímpetus del sentimiento de la reina no alterasen la determinacion de S. M.; concluyendo con rogarle encarecidamente que, en caso de no acceder á su peticion, le guardase secreto, pudiendo su vida, si se descubriese el paso que habia dado, correr inminente riesgo. El papel de cinco hojas y la carta eran como la anterior obra de Escoiquiz; se insistia en los mismos negocios, y tratando de oponerse al enlace antes propuesto con la hermana de la princesa de la Paz, se insinuaba el modo de llevar á cabo el deseado casamiento con una parienta del emperador de los franceses. Se usaban nombres fingidos, y suponiéndose ser consejos de un fraile, no era extraño que mezclando lo sagrado con lo profano se recomendase ante todo, como asi se hacia, implorar la divina asistencia de la Virgen. En aquellas instrucciones tambien se trataba de que el príncipe se dirigiese á su madre interesándola como reina y como muger, cuyo amor propio se hallaba ofendido con los ingratos desvíos de su predilecto favorito. En el concebir de tan desvariada intriga ya despunta aquella sencilla credulidad y ambicioso desasosiego, de que nos dará desgraciadamente en el curso de esta historia sobradas pruebas el canónigo Escoiquiz. En efecto admira como pensó que un príncipe mozo é inexperto habia de tener mas cabida en el pecho de su augusto padre que una esposa y un valido, dueños absolutos por hábito y aficion del perezoso ánimo de tan débil monarca. Mas de los papeles cogidos al príncipe, si bien se advertia al examinarlos grande anhelo por alcanzar el mando y por intervenir en los negocios del gobierno, no resultaba proyecto

alguno formal de destronar al rey, ni menos el atroz crímen de un hijo que intenta quitar la vida á su padre. A pesar de eso fueron causa de que se publicase el famoso decreto de 30 de octubre, que como importante lo insertaremos á la letra. Decia pues: « Dios que « vela sobre las criaturas no permite la ejecucion de hechos atro- « ces cuando las víctimas son inocentes. Asi me ha librado su « omnipotencia de la mas inaudita catástrofe. Mi pueblo, mis va- « sallos todos conocen muy bien mi cristiandad y mis costumbres « arregladas; todos me aman y de todos recibo pruebas de vene- « racion, cual exije el respeto de un padre amante de sus hijos. « Vivia yo persuadido de esta verdad, cuando una mano descono- « cida me enseña y descubre el mas enorme y el mas inaudito plan « que se trazaba en mi mismo palacio contra mi persona. La vida « mia, que tantas veces ha estado en riesgo, era ya una carga para « mi sucesor, que, preocupado, obcecado y enagenado de todos los « principios de cristiandad que le enseñó mi paternal cuidado y « amor, habia admitido un plan para destronarme. Entonces yo « quise indagar por mí la verdad del hecho, y sorprendiéndole en « su mismo cuarto hallé en su poder la cifra de inteligencia é ins- « trucciones que recibia de los malvados. Convoqué al exámen á « mi gobernador interino del consejo, para que asociado con « otros ministros practicasen las diligencias de indagacion. Todo « se hizo, y de ella resultan varios reos cuya prision he decretado « asi como el arresto de mi hijo en su habitacion. Esta pena que- « daba á las muchas que me afligen; pero asi como es la mas do- « lorosa, es tambien la mas importante de purgar, é interin mando « publicar el resultado, no quiero dejar de manifestar á mis vasa- « llos mi disgusto, que será menor con las muestras de su lealtad. « Tendréislo entendido para que se circule en la forma conveniente. « En San Lorenzo, á 30 de octubre de 1807. —Al gobernador « interino del consejo. » Este decreto se aseguró despues que era de puño del príncipe de la Paz: asi lo atestiguaron cuatro secreta- rios del rey, mas no obra original en el proceso.

Por el mismo tiempo escribió Cárlos IV al emperador Napoleon dándole parte del acontecimiento del Escorial. En la carta despues de indicarle cuán particularmente se ocupaba en los medios de cooperar á la destruccion del comun enemigo (asi llamaba á los ingleses), y despues de participarle cuán persuadido habia estado hasta entonces de que todas las intrigas de la reina de Nápoles (expresiones notables) se habian sepultado con su hija, entraba á anunciarle la terrible novedad del dia. No solo le comunicaba el designio que suponia á su hijo de querer destronarle, sino que añadia el nuevo y horrendo de haber maquinado contra la vida de su madre, por cuyos enormes crímenes manifestaba el rey Cárlos que debia el príncipe heredero ser castigado y revocada la ley que le llamaba á suceder en el trono, poniendo en su lugar á uno de

sus hermanos; y por último concluía aquel monarca pidiendo la asistencia y consejos de S. M. I. La indicacion estampada en esta carta de privar á Fernando del derecho de sucesion tal vez encubria miras ulteriores del partido de Godoy y la reina, desbaratadas, si las hubo, por obstáculos imprevistos, entre los cuales puede contarse una ocurrencia que, debiendo agravar la suerte del príncipe y sus amigos si la recta imparcialidad hubiera gobernado en la materia, fue la que salvó á todos ellos de un funesto desenlace. Dieron ocasion á ella los temores del real preso y el abatimiento en que le sumió su arresto.

El dia 30 á la una de la tarde, luego que el rey habia salido á caza pasó el príncipe un recado á la reina para que se dignase ir á su cuarto, ó le permitiera que en el suyo le expusiese cosa del mayor interés: la reina se negó á uno y á otro, pero envió al marqués Caballero, ministro de gracia y justicia. Entonces bajo su firma declaró el príncipe haber dirigido con fecha de 11 de octubre una carta (la misma de que hemos hablado) al emperador de los franceses, y haber expedido en favor del duque del Infantado un decreto todo de su puño con fecha en blanco y sello negro, autorizándole para que tomase el mando de Castilla la Nueva luego que falleciese su padre: declaró ademas ser Escoiquiz el autor del papel copiado por S. A., y los medios de que se habian valido para su correspondencia: hubo de resultas varios arrestos. En la carta reservada á Napoleon le manifestaba el príncipe* « el (* Ap. n. 8.)
« aprecio y respeto que siempre habia tenido por su
« persona; le apellidaba *héroe mayor que cuantos le habian precedido;*
« le pintaba la opresion en que le habian puesto, el abuso que se hacia
« del corazon recto y generoso de su padre; le pedia para esposa
« una princesa de su familia, rogándole que allanase las dificultades
« que se ofrecieran; y concluia con afirmarle que no accederia, antes
« bien se opondria con invencible constancia á cualquiera casamien-
« to, siempre que no precediese el consentimiento y aprobacion po-
« sitiva de S. M. I. y R. » Estas declaraciones espontáneas, en que tan gravemente comprometia el príncipe á sus amigos y parciales, perjudicáronle en el concepto de algunos; su edad pasaba de los veintitrés años, y ya entonces mayor firmeza fuera de desear en quien habia de ceñirse las sienes con corona de reinos tan dilatados. El decreto expedido á favor del Infantado hubiera por sí solo acarreado en otros tiempos la perdicion de todos los comprometidos en la causa; por nulas se hubieran dado las disculpas alegadas, y el temor de la próxima muerte de Cárlos IV y los recelos de las ambiciosas miras del valido antes bien se hubieran tenido como agravantes indicios que admitídose como descargos de la acusacion. Semejantes precauciones, de dudosa interpretacion aun entre particulares, en los palacios son crímenes de estado cuando no llegan á cumplida ejecucion y acabamiento. Con mas razon se hubiera dado

por tal la carta escrita á Napoleon; pero esta carta en que un príncipe, un español á escondidas de su padre y soberano legítimo se dirige á otro extrangero, le pide su apoyo, la mano de una señora de su familia, y se obliga á no casarse en tiempo alguno sin su anuencia, esta carta salvó á Fernando y á sus amigos.

No fue asi en la causa de Don Cárlos de Viana: aquel príncipe, de edad de cuarenta años, sábio y entendido, amigo de Ausias March, con derecho inconcuso al reino de Navarra, creyó que no se excedia en dár por sí los primeros pasos para buscar la union con una infanta de Castilla. Bastó tan ligero motivo para que el fiero Don Juan su padre le hiciese en su segunda prision un cargo gravísimo por su inconsiderada conducta. Probó Don Cárlos haber antes declarado que no se casaria sin preceder la aprobacion de su padre: ni aun entonces se amansó la orgullosa altivez de Don Juan, que miraba la independencia y derechos de la corona atropellados y ultrajados por los tratos de su hijo.

Ahora en la sometida y acobardada corte del Escorial, al oir que el nombre de Napoleon andaba mezclado en las declaraciones del príncipe, todos se estremecieron y anhelaron poner término á tamaño compromiso: imaginándose que Fernando habia obrado de acuerdo con el soberano de Francia, y que habia osado con su arrimo meterse en la arriesgada empresa. El poder inmenso de Napoleon, y las tropas que habiendo empezado á entrar en España amenazaban de cerca á los que se opusiesen á sus intentos, arredraron al generalísimo Godoy, y resolvió cortar el comenzado proceso. Mas y mas debió confirmarle en su propósito un pliego que desde Paris * en 11 de noviembre le escribió Izquierdo. En él insertaba este una conferencia que habia tenido con Champagny, en la cual el ministro francés exigió de órden del emperador que *por ningun motivo ni razon y bajo ningun pretexto se hablase ni se publicase en este negocio cosa que tuviese alusion al emperador ni á su embajador*. Vacilante todavía el ánimo de Napoleon sobre el modo de ejecutar sus planes respecto de España, no queria aparecer á vista de Europa partícipe en los acontecimientos del Escorial.

(* Ap. n. 9.)

Antes de recibir el aviso de Izquierdo, le fue bastante al príncipe de la Paz saber las nuevas declaraciones del real preso para pasar al sitio desde Madrid, en donde como amalado habia permanecido durante el tiempo de la prision. Hacia resolucion con su viage de cortar una causa, cuyo giro presentaba un nuevo y desagradable semblante: vió á los reyes, se concertó con ellos, y ofreció arreglar asunto tan espinoso. Yendo pues al cuarto del príncipe se le presentó como mediador, y le propuso que aplacase la cólera de sus augustos padres, pidiéndoles con arrepentimiento contrito el mas sumiso perdon: para alcanzarle indicó como oportuno medio el que escribiese dos cartas cuyos borradores llevaba consigo. Fer-

nando copió las cartas. Sus desgracias y el profundo ódio que habia contra Godoy no dejaron lugar á penosas reflexiones, y aun la disculpa halló cabida en ánimos exclusivamente irritados contra el gobierno y manejos del favorito. Ambas cartas se publicaron con el decreto de 5 de noviembre, y por lo curioso é importante de aquellos documentos merecen que íntegramente aquí se inserten.

« La voz de la naturaleza (decia el decreto al consejo) desarma el « brazo de la venganza, y cuando la inadvertencia reclama la pie- « dad, no puede negarse á ello un padre amoroso. Mi hijo ha de- « clarado ya los autores del plan horrible que le habian hecho « concebir unos malvados : todo lo ha manifestado en forma de « derecho, y todo consta con la escrupulosidad que exige la ley « en tales pruebas : su arrepentimiento y asombro le han dictado « las representaciones que me ha dirigido y siguen :

Señor :

« Papá mio : he delinquido, he faltado á V. M. como rey y como « padre; pero me arrepiento, y ofrezco á V. M. la obediencia mas « humilde. Nada debia hacer sin noticia de V. M.; pero fui sor- « prendido. He delatado á los culpables, y pido á V. M. me per- « done por haberle mentido la otra noche, permitiendo besar sus « reales pies á su reconocido hijo. — Fernando. — San Lorenzo, « 5 de noviembre de 1807. »

Señora :

« Mamá mia : estoy muy arrepentido del grandísimo delito que « he cometido contra mis padres y reyes, y así con la mayor hu- « mildad le pido á V. M. se digne interceder con papá para que « permita ir á besar sus reales pies á su reconocido hijo. — Fer- « nando. — San Lorenzo, 5 de noviembre de 1807. »

« En vista de ellos y á ruego de la reina mi amada esposa perdono « á mi hijo, y le volveré á mi gracia cuando con su conducta me « dé pruebas de una verdadera reforma en su frágil manejo; y man- « do que los mismos jueces que han entendido en la causa desde su « principio la sigan, permitiéndoles asociados si los necesitaren, « y que concluida me consulten la sentencia ajustada á la ley, se- « gun fuesen la gravedad de delitos y calidad de personas en quie- « nes recaigan; teniendo por principio para la formacion de « cargos las respuestas dadas por el príncipe á las demandas que se « le han hecho; pues todas estan rubricadas y firmadas de mi puño, « así como los papeles aprehendidos en sus mesas, escritos por su « mano; y esta providencia se comunique á mis consejos y tribuna- « les, circulándola á mis pueblos, para que reconozcan en ella mi « piedad y justicia, y alivien la afliccion y cuidado en que les puso

« mi primer decreto; pues en él verán el riesgo de su soberano y « padre que como á hijos los ama, y así me corresponden. Ten- « dreislo entendido para su cumplimiento.—San Lorenzo, 5 de no- « viembre de 1807. »

Presentar á Fernando ante la Europa entera como príncipe débil y culpado; desacreditarle en la opinion nacional, y perderle en el ánimo de sus parciales; poner á salvo al embajador francés, y separar de todos los incidentes de la causa á su gobierno, fue el principal intento que llevó Godoy y su partido en la singular reconciliacion de padre é hijo. Alcanzó hasta cierto punto su objeto; mas el público aunque no enterado á fondo echaba á mala parte la solícita mediacion del privado, y el odio hácia su persona en vez de mitigarse tomó nuevo incremento.

Para la prosecucion de la causa contra los demas procesados nombró el rey en el dia 6 una junta compuesta de Don Arias Mon, Don Sebastian de Torres y Don Domingo Campomanes, del consejo real, y señaló como secretario á Don Benito Arias Prada, alcalde de corte. El marqués Caballero, que en un principio se mostró riguroso, y tanto que, habiendo manifestado delante de los reyes ser el príncipe por *siete capítulos* reo de pena capital, obligó á la ofendida reina á suplicarle que se acordase que el acusado era su hijo; el mismo Caballero arregló el modo de seguir la causa, y descartar de ella todo lo que pudiera comprometer al príncipe y embajador francés; rasgo propio de su ruin condicion. Formada la sumaria fue elegido para fiscal de la causa Don Simon de Viegas, y se agregaron á los referidos jueces para dar la sentencia otros ocho consejeros. El fiscal Viegas pidió que se impusiese la pena de traidores señalada por la ley de partida á Don Juan Escoiquiz y al duque del Infantado, y otras extraordinarias por infidelidad en el ejercicio de sus empleos al conde de Orgaz, marqués de Ayerbe, y otras personas de la servidumbre del príncipe de Asturias. Continuó el proceso hasta enero de 1808, en cuyo dia 25 los jueces, no conformándose con la acusacion fiscal, absolvieron completamente y declararon libres de todo cargo á los perseguidos como reos. Sin embargo el rey por sí y gubernativamente confinó y envió á conventos, fortalezas ó destierros á Escoiquiz y á los duques del Infantado y de San Cárlos y á otros varios de los complicados en la causa: triste privilegio de toda potestad suprema que no halla en las leyes justo límite á sus desafueros.

Tal fue el término del ruidoso y escandaloso proceso del Escorial. Con dificultad se resguardarán de la severa censura de la posteridad los que en él tomaron parte, los que le promovieron, los que le fallaron; en una palabra, los acusados, los acusadores y los mismos jueces. Vemos á un rey precipitarse á acusar en público á su hijo del horrendo crímen de querer destronarle, sin pruebas, y antes de *que un detenido juicio hubiese sellado con su fallo tamaña acusacion.*

Y para colmo de baldon en medio de tanta flaqueza y aceleramiento se nos presenta como ángel de paz y mediador para la concordia el malhadado favorito, principal orígen de todos las males y desavenencias: consejero y autor del decreto de 30 de octubre, comprometió con suma ligereza la alta dignidad del rey: promovedor de la concordia y del perdon pedido y alcanzado, quiso desconceptuar al hijo sin dar realce ni brillo á los sentimientos generósos de un apiadado padre. Fue tambien desusado, y podemos decir ilegal, el modo de proceder en la causa. Segun la sentencia que con una relacion preliminar se publicó al subir Fernando al trono, no se hizo mérito en su formacion ni de algunas de las declaraciones espontáneas del príncipe, ni de su carta á Napoleon, ni de las conferencias con el embajador francés; á lo menos asi se infiere del definitivo fallo dado por el tribunal. Difícil seria acertar con el motivo de tan extraño silencio, si no nos lo hubieran ya explicado los temores que entonces infundia el nombre de Napoleon. Mas si la política descubre la causa del extraordinario modo de proceder, no por eso queda intacta y pura la austera imparcialidad de los magistrados: un proceso despues de comenzado no puede amoldarse al antojo de un tribunal, ni descartarse á su arbitrio los documentos ó pruebas mas importantes. Entre los jueces habia respetables varones cuya integridad habia permanecido sin mancilla en el largo espacio de una honrosa carrera, si bien hasta entonces negocios de tal cuantía no se habian puesto en el crisol de su severa equidad. Fuese equivocacion en su juicio, ó fuese mas bien por razon de estado, lo cierto es que en la prosecucion y término de la causa se apartaron de las reglas de la justicia legal, y la ofrecieron al público manca y no cumplidamente formada ni llevada á cabo. Se contaban tambien en el número de jueces algunos amigos y favorecidos del privado, como lo era el fiscal Viegas. Al ver que se separaron en su voto de la opinion de éste, aunque ya circunscripta á ciertas personas, hubo quien creyera que el nombre de Napoleon y los temores de la nube que se levantaba en el Pirineo pesaron mas en la flexible balanza de su justicia que los empeños de la antigua amistad. Es de temer que su conciencia perpleja con lo escabroso del asunto y lo árduo de las circunstancias no se haya visto bastantemente desembarazada, y cual convenia, de aquel sobresalto que ya antes se habia apoderado del blando y asustadizo ánimo de los cortesanos.

Esta discordia en la familia real, esta division en los que gobernaban, siempre perjudicial y dolorosa, lo era mucho mas ahora en que una perfecta union debiera haber estrechado á todos para desconcertar las siniestras miras del gabinete de Francia, y para imponerle con la íntima concordia el debido respeto. Ciegos unos y otros buscaron en él amistad y arrimo; y desconociendo el peligro comun, le animaron con sus disenciones á la prosecucion de falaces intentos: alucinamiento general á los partidos que no aspiran sino

á cebar momentáneamente su saña, olvidándose de que á veces con la ruina de su contrario el mismo vencedor facilita y labra la suya propia.

Favorecido por la deplorable situacion del gobierno español, fué el francés adelante en su propósito, y confiado en ella aceleró mas bien que detuvo la marcha de Junot hácia Portugal. Dejámos á aquel general en Salamanca, adonde habia llegado en los primeros dias de noviembre, recibiendo de allí á poco órden ejecutiva de Napoleon para que no difiriese la continuacion de su empresa bajo pretexto alguno ni aun por falta de mantenimientos, *pudiendo* 20,000 *hombres*, segun decia, *vivir por todas partes, aun en el desierto*. Estimulado Junot con tan premioso mandato, determinó tomar el camino mas breve sin reparar en los tropiezos ni obstáculos de un terreno para él del todo desconocido. Salió el 12 de Salamanca, y tomando la vuelta de Ciudad-Rodrigo y el puerto de Perales, llegó á Alcántara al cabo de cinco dias. Reunido allí con algunas fuerzas españolas á las órdenes del general Don Juan Carrafa, atravesaron los franceses el Erjas, rio fronterizo, y llegaron á Castello-Branco sin habérseles opuesto resistencia. Prosiguieron su marcha por aquel fragoso pais, y encontrándose con terreno tan quebrado y de caminos poco trillados, quedaron bien pronto atras la artillería y los bagages. Los pueblos del tránsito pobres y desprevenidos no ofrecieron ni recursos ni abrigo á las tropas invasoras, las que acosadas por la necesidad y el hambre cometieron todo linage de excesos contra moradores desacostumbrados de largo tiempo á las calamidades de la guerra. Desgraciadamente los españoles que iban en su compañía imitaron el mal ejemplo de sus aliados, muy diverso del que les dieron las tropas que penetraron por Badajoz y Galicia, si bien es verdad que asistieron á estas menos motivos de desórden é indisciplina.

Marcha de Junot hácia Portugal.

Entrada en Portugal, 19 de noviembre de 1807.

La vanguardia llegó el 23 á Abrantes distante 25 leguas de Lisboa. Hasta entónces no habia recibido el gobierno portugués aviso cierto de que los franceses hubieran pasado la frontera: inexplicable descuido, pero propio de la dejadez y abandono con que eran gobernados los pueblos de la península. Antes de esto y verificada la salida de los embajadores, habia el gabinete de Lisboa buscado algun medio de acomodamiento, condescendiendo mas y mas con los deseos que aquellos habian mostrado á nombre de sus córtes: era el encontrarle tanto mas difícil, cuanto el mismo ministerio portugués estaba entre sí poco acorde. Dos opiniones políticas le dividian: una de ellas la de contraer amistad y alianza con Francia como medida la mas propia para salvar la actual dinastía y aun la independencia nacional; y otra la de estrechar los antiguos vínculos con la Inglaterra, pudiendo así levantar de los mares allá un nuevo Portugal, si el de Eu-

Llegada á Abrantes, 23 de noviembre.

ropa tenia que someterse á la irresistible fuerza del emperador frances. Seguia la primera opinion el ministro Araujo, y contaba la segunda como principal cabeza al consejero de estado Don Rodrigo de Sousa Coutinho. Se inclinaba muy á las claras á la última el príncipe regente, si á ello no se oponia el bien de sus súbditos y el interés de su familia. Despues de larga incertidumbre se convino al fin en adoptar ciertas medidas contemporizadoras, como si con ellas se hubiera podido satisfacer á quien solamente deseaba simulados motivos de usurpacion y conquista. Para ponerlas en ejecucion sin gran menoscabo de los intereses británicos, se dejó que tranquilamente diese la vela el 18 de octubre la factoría inglesa, la cual llevó á su bordo respetables familias extrangeras con cuantiosos caudales.

Proclama del príncipe regente de Portugal, 22 de noviembre.

A pocos dias, el 22 del mismo mes, se publicó una proclama prohibiendo todo comercio y relacion con la Gran-Bretaña, y declarando que S. M. F. accedia á la causa general del continente. Cuando se creia satisfacer algun tanto con esta manifestacion al gabinete de Francia, llegó á Lisboa apresuradamente el embajador portugués en Paris, y dió aviso de cómo habia encontrado en España el ejército imperial, dirigiéndose á precipitadas marchas hácia la embocadura del Tajo. Azorados con la nueva los ministros portugueses, vieron que nada podia ya bastar á conjurar la espantosa y amenazadora nube, sino la admision pura y sencilla de lo que España y Francia habian pedido en agosto. Se mandaron pues secuestrar todas las mercancías inglesas, y se pusieron bajo la vigilancia pública los súbditos de aquella nacion residentes en Portugal. La órden se ejecutó lentamente y sin gran rigor, mas obligó al embajador inglés Lord Strangford á irse á bordo de la escuadra que cruzaba á la entrada del puerto á las órdenes de Sir Sidney Smith. Muy duro fué al príncipe regente tener que tomar aquellas medidas: virtuoso y timorato, las creia contrarias á la debida proteccion, dispensada por anteriores tratados á laboriosos y tranquilos extrangeros: la cruel necesidad pudo solo forzarle á desviarse de sus ajustados y severos principios. Aumentáronse los recelos y las zozobras con la repentina arribada á las riberas del Tajo de una escuadra rusa, la cual devuelta del Archipiélago fondeó en Lisboa, no habiendo permitido los ingleses al almirante Siniavin que la mandaba entrar á invernar en Cádiz: lo que fué obra del acaso se atribuyó á plan premeditado, y á conciertos entre Napoleon y el gabinete de San Petersburgo.

Para dar mayor valor á lo acordado el gobierno portugués despachó á Paris en calidad de embajador extraordinario al marqués de Marialva, con el objeto tambien de proponer el casamiento del príncipe de Beira con una hija del grand duque de Berg. Inútiles precauciones: los sucesos se precipitaron de manera que Marialva no llegó ni á pisar la tierra de Francia.

Instancia de Lord Strangford para que se embarque.

Noticioso Lord Strangford de la entrada en Abrantes del ejército francés, volvió á desembarcar, y reiterando al príncipe regente los ofrecimientos mas amistosos de parte de su antiguo aliado, le aconsejó que sin tardanza se retirase al Brasil, en cuyos vastos dominios adquiriria nuevo lustre la esclarecida casa de Braganza. Don Rodrigo de Sousa Coutinho apoyó el prudente dictámen del embajador, y el 26 de noviembre se anunció al pueblo de Lisboa la resolucion que la corte habia tomado de trasladar su residencia á Rio-Janeiro hasta la conclusion de la paz general. Sir Sidney Smith, célebre por su resistencia en San Juan de Acre, queria poner á Lisboa en estado de defensa; pero este arranque digno del elevado pecho de un marino intrépido, si bien hubiera podido retardar la marcha de Junot, y aun destruir su fatigado ejército, al fin hubiera inutilmente causado la ruina de Lisboa, atendiendo á la profunda tranquilidad que todavia reinaba en derredor por todas partes.

El príncipe Don Juan nombró antes de su partida un consejo de regencia compuesto de cinco personas, á cuyo frente estaba el marqués de Abrantes, con encargo de no dar al ejército francés ocasion de queja, ni fundado motivo de que se alterase la buena armonia entre ambas naciones. Se dispuso el embarco para el 27, y S. A. el príncipe regente traspasado de dolor salió del palacio de Ayuda conmovido, trémulo y bañado en lágrimas su demudado rostro: el pueblo colmándole de bendiciones le acompañaba en su justa y profunda afliccion. La princesa su esposa, quien en los preparativos del viage mostró aquel carácter y varonil energía que en otras ocasiones menos plausibles ha mostrado en lo sucesivo, iba en un coche con sus tiernos hijos, y dió órdenes para pasarlos á bordo, y tomar otras convenientes disposiciones con presencia de ánimo admirable. Al cabo de 16 años de retiro y demencia apareció en público la reina madre, y en medio del insensible desvarío de su locura quiso algunos instantes como volver á recobrar la razon perdida. Molesto y lamentable espectáculo con que quedaron rendidos á profunda tristeza los fieles moradores de Lisboa: dudosos del porvenir olvidaban en parte la suerte que les aguardaba, dirigiendo al cielo fervorosas plegarias por la salud y feliz viage de la real familia. La inquietud y el desasosiego creció de punto al ver que por vientos contrarios la escuadra no salia del puerto.

29 de noviembre, da la vela la familia real portuguesa.

Al fin el 29 dió la vela, y tan oportunamente que á las diez de aquella misma noche llegaron los franceses á Socaven, distante dos leguas de Lisboa. Junot desde su llegada á Abrantes habia dado nueva forma á la vanguardia de su desarreglado ejército, y habia tratado de superar los obstáculos que con las grandes avenidas retardaban echar un puente para pasar el Cécere. Antes que los ingenieros hubieran podido concluir la emprendida obra, ordenó que en barcas cruza-

sen el rio parte de las fuerzas de su mando, y con diligencia apresuró su marcha. Ahora ofrecia el pais mas recursos, pero á pesar de la fertilidad de los campos, de los muchos víveres que proporcionó Santaren, y de la mejor disciplina, el número de soldados rezagados era tan considerable, que las deliciosas quintas de las orillas del Tajo y las solitarias granjas fueron entregadas al saco, y pilladas como lo habia sido el pais que media entre Abrantes y la frontera española.

30 de noviembre, entrada de Junot en Lisboa.

Amaneció el 30 y vió Lisboa entrar por sus muros al invasor extrangero; dia de luto y desoladora afliccion: otros años lo habia sido de festejos públicos y general regocijo, como vispera del dia en que Pinto Ribeiro y sus parciales arrojando á los españoles habian aclamado y ensalzado á la casa de Braganza; época sin duda gloriosa para Portugal, sumamente desgraciada para la union y prosperidad del conjunto de los pueblos peninsulares. Seguia á Junot una tropa flaca y estropeada, molida con las forzadas marchas, sin artillería, y muy desprovista: muestra poco ventajosa de las temidas huestes de Napoleon. Hasta la misma naturaleza pareció tomar parte en suceso tan importante, habiendo aunque ligeramente temblado la tierra. Junot, arrebatado por su imaginacion, y aprovechándose de este incidente, en tono gentílico y supersticioso daba cuenta de su expedicion escribiendo al ministro Clarke: « Los dioses se declaran « en nuestro favor: lo vaticina el terremoto que, atestiguando su « omnipotencia, no nos ha causado daño alguno. » Con mas razon hubiera podido contemplar aquel fenómeno graduándole de présago anuncio de los males que amenazaban á los autores de la agresion injusta de un estado independiente.

Conservó Junot por entonces la regencia que antes de embarcarse habia nombrado el príncipe, pero agregando á ella al francés Hermann. Sin contar mucho con la autoridad nacional resolvió por sí imponer al comercio de Lisboa un empréstito forzoso de dos millones de cruzados, y confiscar todas las mercancías británicas, aun aquellas que eran consideradas como de propiedad portuguesa. El cardenal patriarca de Lisboa, el inquisidor general y otros prelados publicaron y circularon pastorales en favor de la sumision y obediencia al nuevo gobierno; reprensibles exhortos, aunque hayan sido dados por impulso é insinuaciones de Junot. El pueblo agitado dió señales de mucho descontento, cuando el 13 vió que en el arsenal se enarbolaba la bandera extrangera en lugar de la portuguesa. Apuró su sufrimiento la pomposa y magnífica revista que hubo dos dias despues en la plaza del Rocio: allí dió el general en gefe gracias á las tropas en nombre del emperador, y al mismo tiempo se tremoló en el castillo con veinticinco cañonazos repetidos por todos los fuertes la bandera francesa. Universal murmullo respondió á estas demostraciones del extrangero, y hubiérase se-

guido una terrible explosion, si un hombre audaz hubiera osado acaudillar á la multitud conmovida. La presencia de la fuerza armada contuvo el sentimiento de indignacion que aparecia en los semblantes del numeroso concurso; solo en la tarde, con motivo de haber preso á un soldado de la policía portuguesa, se alborotó el populacho, quiso sacarle de entre las manos de los franceses, y hubo de una y otra parte muertes y desgracias. El tumulto no se sosegó del todo hasta el dia siguiente por la mañana, en que se ocuparon las plazas y puntos importantes con artillería y suficientes tropas.

Entrada de los españoles en Portugal.

Al comenzar diciembre, no completa todavía su division, Don Francisco María Solano, marqués del Socorro, se apoderó sin oposicion de Yelbes, despues de haber consultado su comandante al gobierno de Lisboa. Antes de entrar en Portugal habia recomendado á sus tropas por medio de una proclama la mas severa disciplina; conservóse en efecto, aunque obligado Socorro á poner en ejecucion las órdenes arbitrarias de Junot, causaba á veces mucho disgusto en los habitantes, manifestando sin embargo, en todo lo que era compatible con sus instrucciones, desinterés y loable integridad. Al mismo tiempo, creyéndose dueño tranquilo del pais, empezó á querer transformar á Setúval en otra Salento, ideando reformas en que generalmente mas bien mostraba buen deseo, que profundos conocimientos de administracion y de hombre de estado. Sus experiencias no fueron de larga duracion.

Por Tomar y Coimbra se dirigieron á Oporto algunos cuerpos de la division de Carrafa, los que sirvieron para completar la del general Don Francisco Taranco, quien por aquellos primeros dias de diciembre cruzó el Miño con solos 6000 hombres, en lugar de los 10,000 que era el contingente pedido: modelo de prudencia y cordura, mereció Taranco el agradecimiento y los elogios de los habitantes de aquella provincia. El portugués Accursio das Neves alaba en su historia la severa disciplina del ejército, la moderacion y prudencia del general Taranco, y añade: « El nombre de este « general será pronunciado con eterno agradecimiento por los « naturales, testigos de su dulzura é integridad; tan sincero en « sus promesas como Junot pérfido y falaz en las suyas. » Agrada oir el testimoñio honroso que por boca imparcial ha sido dado á un gefe bizarro, amante de la justicia y de la disciplina militar, al tiempo que muy diversas escenas se representaban lastimosamente en Lisboa.

16 de noviembre, viage de Napoleon á Italia.

Asi iban las cosas de Portugal, entretanto que Bonaparte, despues de haberse detenido unos dias por las ocurrencias del Escorial, salió al fin para Italia el 16 de noviembre. Era uno de los objetos de su viage poner en ejecucion el artículo del tratado de Fontainebleau, por el que

la Etruria ó Toscana era agregada al imperio de Francia. Gobernaba aquel reino como regenta desde la muerte de su esposo la infanta Doña María Luisa, quien ignoraba el traspaso hecho sin su anuencia de los estados de su hijo. Y no habiendo precedido aviso alguno ni confidencial de sus mismos padres los reyes de España, la regenta se halló sorprendida el 25 de noviembre con haberla comunicado el ministro francés D'Aubusson que era necesario se preparase á dejar sus dominios, estando para ocuparlos las tropas de su amo el emperador, en virtud de cesion que le habia hecho España. Aturdida la reina con la singularidad é importancia de tal nueva, apenas daba crédito á lo que veia y oia, y por de pronto se resistió al cumplimiento de la desusada intimacion; pero insistiendo con mas fuerza el ministro de Francia, y propasándose á amenazarla, se vió obligada la reina á someterse á su dura suerte, y con su familia salió de Florencia el 1° de diciembre. Al paso por Milan tuvo vistas con Napoleon: alegrábase del feliz encuentro, confiando hallar alivio á sus penas; mas en vez de consuelos solo recibió nuevos desengaños. Y como si no bastase para oprimirla de dolor el impensado despojo del reino de su hijo, acrecentó Napoleon los disgustos de la desvalida reina, achacando la culpa del estipulado cambio al gobierno de España. Es tambien de advertir que, despues de abultarle sobremanera lo acaecido en el Escorial, le aconsejó que suspendiese su viage, y aguardase en Turin ó Nisa el fin de aquellas disensiones: indicio claro de que ya entonces no pensaba cumplir en nada lo que dos meses antes habia pactado en Fontainebleau. Siguió sin embargo la familia de Parma, desposeida del trono de Etruria, su viage á España, á donde iba á ser testigo y partícipe de nuevas desgracias y trastornos. Asi en dos puntos opuestos, y al mismo tiempo, fueron despojadas de sus tronos dos esclarecidas estirpes: una quizá para siempre, otra para recobrarle con mayor brillo y gloria.

Reina de Etruria.

Aun estaba en Milan Napoleon cuando contestó á una carta de Cárlos IV recibida poco antes, en la que le proponia este monarca enlazar á su hijo Fernando con una princesa de la familia imperial. Asustado como hemos dicho el príncipe de la Paz con ver complicado el nombre francés en la causa del Escorial, parecióle oportuno mover al rey á dar un paso que suavizara la temida indignacion del emperador de los franceses. Incierto este en aquel tiempo sobre el modo de enseñorearse de España, no desechó la propuesta, antes bien la aceptó afirmando en su contestacion no haber nunca recibido carta alguna del príncipe de Asturias; disimulo en la ocasion lícito y aun atento. Debió sin duda inclinarse entonces Bonaparte al indicado casamiento, habiéndosele formalmente propuesto en Mántua á su hermano Luciano, á quien tambien ofreció allí el trono de Portugal, olvidándose ó mas bien burlándose de lo

Carta de Cárlos IV á Napoleon.

Dudas de Napoleon sobre su conducta respecto de España.

que poco antes habia solemnemente pactado, como varias veces nos lo ha dado ya á entender con su conducta. Luciano, ó por desvio, ó por no confiar en las palabras de Napoleon, no admitió el ofrecido cetro, mas no desdeñó el enlace de su hija cón el heredero de la corona de España, enlace que, á pesar de la repugnancia de la futura esposa, hubiera tenido cumplido efecto si el emperador francés no hubiera alterado ó mudado su primitivo plan.

Llena empero de admiracion que en la importantísima empresa de la península anduviese su prevenido ánimo tan vacilante y dudoso. Una sola idea parece que hasta entonces se habia grabado en su mente; la de mandar sin embarazo ni estorbos en aquel vasto pais, confiando á su feliz estrella ó á las circunstancias el conseguir su propósito y acertar con los medios. Asi á ciegas y con mas frecuencia de lo que se piensa suele revolverse y trocarse la suerte de las naciones.

De todos modos era necesario contar con poderosas fuerzas para el fácil logro de cualquiera plan que á lo último adoptase. Con este objeto se formaba en Bayona el segundo cuerpo de observacion de la Gironda, en tanto que el primero atravesaba por España. Constaba de 24,000 hombres de infantería, nuevamente organizada con soldados de la conscripcion de 1808 pedida con anticipacion, y de 3500 caballos sacados de los depósitos de lo interior de Francia, con los que se formaron regimientos provisionales de coraceros y cazadores. Mandaba en gefe el general Dupont, y las tres divisiones en que se distribuia aquel cuerpo de ejército estaban á cargo de los generales Barbon, Vedel y Malher, y al del piamontés Fresia la caballería. Empezó á entrar en España sin convenio anterior ni conformidad del gabinete de Francia con el nuestro, con arreglo á lo prevenido en la convencion secreta de Fontainebleau: infraccion precursora de otras muchas.

22 de diciembre, Dupont en Irun.

Dupont llegó á Irun el 22 de diciembre, y en enero estableció su cuartel general en Valladolid con partidas destacadas camino de Salamanca, como si hubiera de dirigirse hácia los linderos de Portugal. La conducta del nuevo ejército fue mas indiscreta y arrogante que la del primero, y daba indicio de lo que se disponia. Estimulaba con su ejemplo el mismo general en gefe, cuyo comportamiento tocaba á veces en la raya del desenfreno. En Valladolid echó por fuerza de su habitacion á los marqueses de Ordoño en cuya casa alojaba, y al fin se vieron obligados á dejársela toda entera á su libre disposicion: tal era la dureza y malos tratos, mayormente sensibles por provenir de quien se decia aliado, y por ser en un pais en donde era transcurrido un siglo con la dicha de no haber visto ejército enemigo, con cuyo nombre en adelante deberá calificarse al que los franceses habian metido en España.

No se habian pasado los primeros dias de enero sin que pisase

su territorio otro tercero cuerpo compuesto de 25,000 hombres de infantería y 2700 caballos, que habia sido formado de soldados bisoños, trasladados en posta á Burdeos de los depósitos del norte. Principió á entrar por la frontera el 9 del mismo enero, siendo capitaneado por el mariscal Moncey, y con el nombre de cuerpo de observacion de las costas del océano: era el general Harispe gefe de estado mayor, mandaba la caballería Grouchi, y las respectivas divisiones Musnier de la Converserie, Morlot y Gobert. Prosiguió su marcha hasta los lindes de Castilla, como si no hubiera hecho otra cosa que continuar por provincias de Francia, prescindiendo de la anuencia del gobierno español, y quebrantando de nuevo y descaradamente los conciertos y empeños con él contraidos.

9 de enero, entrada del cuerpo de Moncey.

Inquietaba á la corte de Madrid la conducta extraña é inexplicable de su aliado, y cada dia se acrecentaba su sobresalto con los desaires que en Paris recibian Izquierdo y el embajador príncipe de Maserano. Napoleon dejaba ver mas á las claras su premeditada resolucion, y á veces despreciando altamente al príncipe de la Paz, censuraba con acrimonia los procedimientos de su administracion. Desatendia de todo punto sus reclamaciones, y respondiendo con desden al manifestado deseo de que se mudase al embajador Beauharnais á causa de su oficiosa diligencia en el asunto del proyectado casamiento, dió por último en el Monitor de 24 de enero un auténtico y público testimonio del olvido en que habia echado el tratado de Fontainebleau, y al mismo tiempo dejó traslucir las tramas que contra España urdia. Se insertaron pues en el diario de oficio dos exposiciones del ministro Champagny, una atrasada del 21 de octubre, y otra mas reciente del 2 de enero de aquel año. La primera se publicó, digámoslo asi, para servir de introduccion á la segunda, en la que, despues de considerar al Brasil como colonia inglesa, y de congratularse el ministro de que por lo menos se viese Portugal libre del yugo y fatal influjo de los enemigos del continente, concluia con que, intentando estos dirigir expediciones secretas hácia los mares de Cádiz, la península entera fijaria la atencion de S. M. I. Acompañó á las exposiciones un informe no menos notable del ministro de la guerra Clarke con fecha de 6 de enero, en el que se trataba de demostrar la necesidad de exigir la conscripcion de 1809 para formar el cuerpo de observacion del océano, sobre el que nada se habia hablado ni comunicado anteriormente al gobierno español: inútil es recordar que el sumiso senado de Francia concedió pocos dias despues el pedido alistamiento. Puestas de manifiesto cada vez mas las torcidas intenciones del gabinete de Saint-Cloud, llegamos ya al estrecho en que todo disfraz y disimulo se echó á un lado, y en que cesó todo género de miramientos.

Publicaciones del Monitor, 24 de enero de 1808.

1 de febrero de 1808, proclama de Junot.

En 1° de febrero hizo Junot saber al público por medio de una proclama « que la casa de Braganza ha- « bia cesado de reinar, y que el emperador Napoleon, « habiendo tomado bajo su proteccion el hermoso pais de Portugal, « queria que fuese administrado y gobernado *en su totalidad* á nom- « bre suyo y por el general en gefe de su ejército. » Asi se desva- necieron los sueños de soberanía del deslumbrado Godoy, y se frustraron á la casa de Parma las esperanzas de una justa y debida indemnizacion. Junot se apoderó del mando supremo á nombre de su soberano, extinguió la regencia elegida por el príncipe Don Juan antes de su embarco, reem- plazándola con un consejo de regencia de que él mismo era presidente. Y para colmar de amargura á los portugueses y au- mentar, si era posible, su descontento, publicó en el mismo dia un decreto de Napoleon, dado en Milan á 23 de diciembre, por el que se imponia á Portugal una contribucion extraordinaria de guerra de cien millones de francos, como redencion, decia, de todas las propiedades pertenecientes á particulares; se secuestraban tambien todos los bienes y hereda- mientos de la familia real, y de los hidalgos que habian seguido su suerte. Con estas arbitrarias disposiciones trataba á Portugal, que no habia hecho insulto ni resistencia alguna, como pais conquistado, y le trataba con dureza digna de la edad media. Gravar extraordi- nariamente con cien millones de francos á un reino de la extension y riqueza de Portugal, al paso que con la adopcion del sistema conti- nental se le privaba de sus principales recursos, era lo mismo que decretar su completa ruina y aniquilamiento. No ascendia proba- blemente á tanto la moneda que era necesaria para los cambios y diaria circulacion, y hubiera sido materialmente imposible realizar su pago si Junot, convencido de las insuperables dificultades que se ofrecian para su pronta é inmediata exaccion, no hubiera fijado plazos, y acordado ciertas é indispensables limitaciones. De ofensa mas bien que de suave consuelo pudiera graduarse el haber trazado al márgen de destructoras medidas un cuadro lisonjero de la futura felicidad de Portugal, con la no menos halagüeña esperanza de que nuevos Camoens nacerian para ilustrar el parnaso lusitano. A poder reanimarse las muertas cenizas del cantor de Gama, solo hubieran tomado vida para alentar á sus compatriotas contra el opresor ex- trangero, y para excitarlos vigorosamente á que no empañasen con su sumision las inmortales glorias adquiridas por sus antepasados hasta en las regiones mas apartadas del mundo.

Forma nueva regencia de que se nombra presidente.

Gravosa contribucion extraordinaria.

Todavia no habia llegado el oportuno momento de que el noble orgullo de aquella nacion abiertamente se declarase; pero queriendo con el silencio expresar de un modo significativo los sentimientos que abrigaba en su generoso pecho, tres fueron los solos habitantes de Lisboa que iluminaron sus casas en celebridad de la mudanza acaecida.

Los temores que á Junot infundia la injusticia de sus procedimientos le dictaron acelerar la salida de las pocas y antiguas tropas portuguesas que aun existian, y formando de ellas una corta division de apenas 10,000 hombres, dió el mando al marqués de Alorna, y no se habia pasado un mes cuando tomaron el camino de Valladolid. Gran número desertó antes de llegar á su destino.

Envia á Francia una division portuguesa.

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleon respecto de Portugal, disponian en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrecheras de Roncesvalles se encaminó hácia Pamplona el general Darmagnac con tres batallones, y presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas: no contento el francés con esta demostracion de amistad y confianza, solicitó del virey marqués de Vallesantoro meter en la ciudadela dos batallones de suizos, socolor de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el virey alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte: adecuada contestacion y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requeria la crítica situacion de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los dias los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general Darmagnac se habia de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la esplanada y en frente de la puerta principal de la ciudadela, podia desde allí con mas facilidad acechar el oportuno momento para la ejecucion de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del virey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. Uno á uno y con estudiada disimulacion mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el gefe de batallon Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los víveres de costumbre. Nevaba, y bajo pretexto de aguardar á su gefe empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve: distrajeron con el entretenimiento la atencion de los soldados españoles, y corriendo y jugando de aquella manera se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. A poco y á una señal convenida se abalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y apoderándose de los fusiles del resto de la tropa colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa de Darmagnac, á los que de cerca siguieron todos los demas. La traicion se ejecutó con tanta celeridad que apenas habia recibido la

16 de febrero, toma de la ciudadela de Pamplona.

primera noticia el desavisado virey, cuando ya los franceses se habian del todo posesionado de la ciudadela. Darmagnac le escribió entonces, á manera de satisfaccion, un oficio en que, al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraria la buena armonía propia de dos fieles aliados: género de mofa con que hacia resaltar su fementida conducta.

Entra Duhesme en Cataluña.

Por el mismo tiempo se habia reunido en los Pirineos orientales una division de tropas italianas y francesas, compuesta de 11,000 hombres de infantería y 1700 de caballería: en 4 de febrero tomó en Perpiñan el mando el general Duhesme, quien en sus memorias cuenta solo disponibles 7000 soldados: á sus órdenes estaban el general italiano Lecchi y el francés Chabran. A pocos dias penetraron por la Junquera dirigiéndose á Barcelona, con intento, decian, de proseguir su viage á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña recibió Duhesme una intimacion del capitan general conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos dias del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta tanto que consultase á la corte. Completamente ignoraba ésta el envio de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés habia siquiera informado de la novedad, tanto mas importante cuanto Portugal no podia servir de capa á la reciente expedicion. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaria á cabo las órdenes del emperador, y que sobre el capitan general de Cataluña recaeria la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Asi lo realizaron en 13 de aquel mes quedando

Llega á Barcelona.

no obstante en poder de la guarnicion española Monjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta con harta si bien disculpable debilidad á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto habia solamente 20 soldados españoles. Pesaroso el capitan general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete; pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total ocupacion. Andaba tambien Duhesme mas receloso á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería Don Joaquin Osma, á quien suponia enviado con especial encargo de que se velase á la conservacion de la plaza, probable conjetura en efecto si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osma habia sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para enco-

mendar la buena armonía y mejor trato. Solo se le insinuó en instruccion verbal que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedicion, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona, y de despachar expresamente un oficial de explorador.

28 de febrero, sorpresa de la ciudadela de Barcelona.

Trató en fin Duhesme de apoderarse por sorpresa de la ciudadela y de Monjuich el 28 de febrero: fue estimulado con el recibo aquel mismo dia de una carta escrita en Paris por el ministro de la guerra, en la que le suponia dueño de los fuertes de Barcelona; tácito modo de ordenar lo que á las claras hubiera sido inícuo y vergonzoso. Para adormecer la vigilancia de los españoles esparcieron los franceses por la ciudad que se les habia enviado la órden de continuar su camino á Cádiz, mentirosa voz que se hacia mas verosímil con la llegada del correo recibido. Dijeron tambien que antes de la partida debian revistar las tropas, y con aquel pretexto las juntaron en la esplanada de la ciudadela, apostando en el camino que de allí va á la aduana un batallon de vélites italianos, y colocando la demas fuerza de modo que llamase hácia otra parte la atencion de los curiosos. Hecha la reseña de algunos cuerpos se dirigió el general Lecchi, con grande acompañamiento de estado mayor, del lado de la puerta principal de la ciudadela, y aparentando comunicar órdenes al oficial de guardia, se detuvo en el puente levadizo para dar lugar á que los vélites, cuya derecha se habia apoyado en la misma estacada, avanzasen cubiertos por el rebellin que defiende la entrada: ganaron de este modo el puente embarazado con los caballos, despues de haber arrollado al primer centinela, cuya voz fue apagada por el ruido de los tambores franceses que en la bóvedas resonaban. Entonces penetró Lecchi dentro del recinto principal con su numerosa comitiva, le siguió el batallon de vélites y la compañía de granaderos, que ya de antemano montaban la guardia en la puerta principal, reprimió á los 20 españoles, obligados á ceder al número y á la sorpresa: cuatro batallones franceses acudieron despues á sostener al que primero habia entrado á hurtadillas, y acabaron de hacerse dueños de la ciudadela. Dos batallones de guardias españolas y walonas la guarnecian; pero llenos de confianza oficiales y soldados habian ido á la ciudad á sus diversas ocupaciones, y cuando quisieron volver á sus puestos encontraron resistencia en los franceses, quienes al fin se lo permitieron despues de haber tomado escrupulosas precauciones. Los españoles pasaron luego la noche y casi todo el siguiente dia formados en frente de sus nuevos y molestos huéspedes; é inquietos estos con aquella hostil demostracion, lograron que se diese órden á los nuestros de acuartelarse fuera, y evacuar la plaza. Santilly, comandante español, asi que vió tan desleal proceder, se presentó á Lecchi como prisionero de guerra, quien, osando recordarle la amistad y alianza de ambas naciones, al mismo tiempo

que arteramente quebrantaba todos los vínculos, le recibió con esmerado agasajo.

Sorpresa de Monjuich, 28 de febrero.

Entretanto y á la hora en que parte de la guarnicion habia bajado á la ciudad, otro cuerpo francés se avanzaba hácia Monjuich. La situacion elevada y descubierta de este fuerte impidió á los extrangeros tocar sin ser vistos el pie de los muros. Al aproximarse se alzó el puente levadizo, y en balde intimó el comandante francés Floresti que se le abriesen las puertas: allí mandaba Don Mariano Alvarez. Desconcertado Duhesme en su doloso intento recurrió á Ezpeleta, y poniendo por delante las órdenes del emperador le amenazó tomar por fuerza lo que de grado no se le rindiese. Atemorizado el capitan general ordenó la entrega: dudó Alvarez un instante; mas la severidad de la disciplina militar, y el sosiego que todavía reinaba por todas partes, le forzaron á obedecer al mandato de su gefe. Sin embargo habiéndose conmovido algun tanto Barcelona con la alevosa ocupacion de la ciudadela, se aguardó á muy entrada la noche para que sin riesgo pudiesen los franceses entrar en el recinto de Monjuich.

Irritados á lo sumo con semejantes y repetidas perfidias los generosos pechos de los militares españoles, se tomaron exquisitas providencias para evitar un compromiso, y dejando en Barcelona á las guardias españolas y walonas con la artillería se mandó salir á Villafranca al regimiento de Extremadura.

18 de marzo, ocupacion de San Fernando de Figueras.

Al paso por Figueras habia Duhesme dispuesto que se detuviese allí alguna de su gente, alegando especiosos pretextos. Durante mas de un mes permanecieron dichos soldados tranquilos, hasta que ocupados todos los fuertes de Barcelona trataron de apoderarse de la ciudadela de San Fernando con la misma ruin estratagema empleada en las otras plazas. Estando los Españoles en vela acudieron á tiempo á la sorpresa y la impidieron; mas el gobernador anciano y tímido dió permiso dos dias despues al mayor Piat para que encerrase dentro 200 conscriptos, bajo cuyo nombre metió el francés soldados escogidos, los cuales con otros que á su sombra entraron se enseñorearon de la plaza el 18 de marzo, despidiendo muy luego el corto número de españoles que la guarneciau.

5 de marzo, entrega de San Sebastian.

Pocos dias antes habia caido en manos de los falsos amigos la plaza de San Sebastian: era su gobernador el brigadier español Daiguillon, y comandante del fuerte de Santa Cruz el capitan Douton. Advertido aquel por el cónsul de Bayona de que Murat, gran duque de Berg, le habia indicado en una conversacion cuán conveniente seria para la seguridad de su ejército la ocupacion de San Sebastian, dió parte de la noticia al duque de Mahon, comandante general de Guipúzcoa, recien llegado de Madrid. Inmediatamente consultó este al príncipe de la Paz, y antes de que hubiera habido tiempo para recibir contesta-

cion, el general Monthion, gefe de estado mayor de Murat, escribió á Daiguillon, participándole como el gran duque de Berg habia resuelto que los depósitos de infantería y caballería de los cuerpos que habian entrado en la península se trasladasen de Bayona á San Sebastian, y que fuesen alojados dentro, debiendo salir para aquel destino del 4 al 5 de marzo. Apenas habia el gobernador abierto esta carta cuando recibió otra del mismo gefe avisándole que los depósitos, cuya fuerza ascenderia á 550 hombres de infantería y 70 de caballería, saldrian antes de lo que habia anunciado. Comunicados ambos oficios al duque de Mahon, de acuerdo con el gobernador y con el comandante del fuerte, respondió el mismo duque rogando al de Berg que suspendiese su resolucion hasta que le llegase la contestacion de la corte, y ofreciendo entretanto alojar con toda comodidad, fuera de la plaza y del alcance del cañon, los depósitos de que se trataba. Ofendido el príncipe francés de la inesperada negativa, escribió por sí mismo en 4 de marzo una carta altiva y amenazadora al duque de Mahon, quien, no desdiciendo entonces de la conducta propia de un descendiente de Crillon, replicó dignamente y reiteró su primera respuesta. Grande sin embargo era su congoja y arriesgada su posicion, cuando la flaca condescendencia del príncipe de la Paz, y la necesidad en que habia estrechado á éste su culpable ambicion, sacaron á todos los gefes de San Sebastian de su terrible y crítico apuro. Al márgen del oficio que en consulta se le habia escrito puso el generalísimo Godoy de su mismo puño, fecha 3 de marzo: « Que ceda el gobernador la plaza, pues no tiene « medio de defenderla; pero que lo haga de un modo amistoso, se« gun lo han practicado los de las otras plazas sin que para ello hu« biese ni tantas razones ni motivos de escusa como en San Sebas« tian. » De resultas ocupó con los depósitos la plaza y el puerto el general Thouvenot.

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas mas importantes: perfidia atroz, deshonrosa artería en guerreros envejecidos en la gloriosa profesion de las armas, agena é indigna de una nacion grande y belicosa. Cuando leemos en la juiciosa historia de Coloma el ingenioso ardid con que Fernando Tello Portocarrero sorprendió á Amiens, notamos en la atrevida empresa agudeza en concebirla, bizarría en ejecutarla y loable moderacion al alcanzar el triunfo. La toma de aquella plaza, llave entonces de la frontera de Francia del lado de la Picardía, y cuya sorpresa, segun nos dice Sully, oprimió de dolor á Enrique IV, era legítima: guerra encarnizada andaba entre ambas naciones, y era lícito al valor y á la astucia buscar laureles que no se habian de mancillar con el quebrantamiento de la buena fé y de la lealtad. El bastardo proceder de los generales franceses no solo era escandaloso por el tiempo y por el modo, sino que tambien era tanto menos disculpable cuanto era menos necesa-

rio. Dueño el gobierno francés de la débil voluntad del de Madrid, le hubiera bastado una mera insinuacion, sin acudir á la amenaza, para conseguir del obsequioso y sumiso aliado la entrega de todas las plazas, como lo ordenó con la de San Sebastian.

7 de febrero, órden para que la escuadra de Cartagena vaya á Tolon.

Tampoco echó Napoleon en olvido la marina, pidiendo con ahinco que se reuniesen con sus escuadras las españolas. En consecuencia dióse el 7 de febrero la órden á Don Cayetano Valdés, que en Cartagena mandaba una fuerza de seis navíos, de hacerse á la vela dirigiendo su rumbo á Tolon. Afortunadamente vientos contrarios, y, segun se cree, el patriótico zelo del comandante, impidieron el cumplimiento de la órden, tomando la escuadra puerto en las Baleares.

Hechos de tal magnitud no causaron en las provincias lejanas de España impresion profunda. Ignorábanse en general, ó se atribuian á amaños de Godoy: lo dificultoso y escaso de las comunicaciones, la servidumbre de la imprenta y la extremada reserva del gobierno no daban lugar á que la opinion se ilustrase, ni á que se formase juicio acertado de los acaecimientos. En dias como aquellos recoge el poder absoluto con creces los frutos de su imprevision y desafueros. Tambien los pueblos, si no son envueltos en su ruina, al menos participan bastantemente de sus desgracias; como si la providencia quisiera castigarlos de su indolencia y culpable sufrimiento.

Desasosiego de la corte de Madrid.

Por lo demas la corte estaba muy inquieta; y se asegura que el príncipe de la Paz fue de los que primero se convencieron de la mala fé de Napoleon, y de sus depravados intentos: disfrazábalos sin embargo este, ofreciendo á veces en su conducta una alternativa, hija quizá de su misma vacilacion é incertidumbre: pues al paso que proyectaba y ponia en práctica hacerse dueño de todo Portugal y de las plazas de la frontera, sin miramiento á tratados ni alianzas, no solo regalaba á Cárlos IV en los primeros dias de febrero, en prueba de su íntima amistad, quince caballos de coche, sino que asimismo le escribia amargas quejas por no haber reiterado la peticion de una esposa imperial para el príncipe de Asturias: y si bien no era union esta apetecible para Godoy, por lo menos no indicaba Bonaparte con semejante demostracion querer derribar del trono la estirpe de los Borbones.

Conducta ambigua de Napoleon.

Sobresalto del príncipe de la Paz.

Llegada á Madrid de Izquierdo.

Dudas y zozobras asaltaban de tropel la mente del valido, cuando la repentina llegada por el mes de febrero de su confidente Don Eugenio Izquierdo acabó de perturbar su ánimo. En la numerosa corte que le tributaba continuado y lisonjero incienso, prorumpia en expresiones propias de hombre desatentado y descompuesto. Hablaba de su grandeza, de su poderío; usaba de palabras poco recatadas, y parecia presentir la espantosa desgracia que como en sombra ya le perseguia. Interpretábase de mil maneras la apresurada venida de Izquierdo,

y nada por entonces pudo traslucirse, sino que era de tal importancia, y anunciadora de tan malas nuevas, que los reyes y el privado despavoridos preparábanse á tomar alguna impensada y extraordinaria resolucion.

Por una nota que despues en 24 de marzo escribió Izquierdo *, y por lo que hemos oido á personas con él conexionadas, podemos fundadamente inferir que su mision ostensible se dirigia á ofrecer de un modo informal ciertas ideas al exámen del gobierno español, y á hacer sobre ellas varias preguntas; pero que el verdadero objeto de Napoleon fue infundir tal miedo en la corte de Madrid, que la provocase á imitar á la de Portugal en su partida, resolucion que le desembarazaba del engorroso obstáculo de la familia real, y le abria fácil entrada para apoderarse sin resistencia del vacante y desamparado trono español. Las ideas y preguntas arriba indicadas fueron sugeridas por Napoleon y escritas por Izquierdo. Reducíanse con corta variacion á las que él mismo extendió en la nota antes mencionada de 24 de marzo, y que, recibida despues del levantamiento de Aranjuez, cayó en manos de los adversarios de Godoy. Eran pues las proposiciones en ella contenidas: 1ª comercio libre para españoles y franceses en sus respectivas colonias; 2ª trocar las provincias del Ebro allá con Portugal, cuyo reino se daria en indemnizacion á España; 3ª un nuevo tratado de alianza ofensiva y defensiva; 4ª arreglar la sucesion al trono de España; y 5ª convenir en el casamiento del príncipe de Asturias con una princesa imperial: el último artículo no debia formar parte del tratado principal. Es *inútil* detenerse en el exámen de estas proposiciones que hubieran ofrecido materia á reflexiones importantes, si hubieran sido objeto de algun tratado ó séria discusion. Admira no obstante la confianza ó mas bien el descaro con que se presentaron sin hacerse referencia al tratado de Fontainebleau, para cuya entera anulacion no habia España dado ni ocasion ni pretexto. La mision de Izquierdo produjo el deseado efecto; y aunque el 10 de marzo salió para Paris con nuevas instrucciones y carta de Cárlos IV, habíanse ya perdido las esperanzas de evitar el terrible golpe que amenazaba.

(* Ap. n. 11.)

Sale Izquierdo el 10 de marzo para Paris.

El gobierno francés no habia interrumpido el envio sucesivo de tropas y oficiales, y en el mes de marzo se formó un nuevo cuerpo llamado de observacion de los Pirineos occidentales que ascendia á 19,000 hombres, sin contar con 6000 de la guardia imperial, en cuyo número se distinguian mamelucos, polacos y todo género y variedad de uniformes propios á excitar la viva imaginacion de los españoles. Se encomendó esta fuerza al mando de Bessières, duque de Istria: parte de los cuerpos se acabaron de organizar dentro de la península, y era continuado su movimiento y ejercicio.

Tropas francesas que continuaron entrando en España.

Habia ya en el corazon de España, aun no incluyendo los de

Portugal, 100,000 franceses, sin que á las claras se supiese su verdadero y determinado objeto, y cuya entrada, segun dejamos dicho, habia sido contraria á todo lo que solemnemente se habia estipulado entre ambas naciones. Faltaba á los diversos cuerpos en que estaba distribuido el ejército francés un general en gefe, y recayó la eleccion en Murat, gran duque de Berg, con título de lugarteniente del emperador, de quien era cuñado. Llegó á Bayona en los primeros dias de marzo, solo y sin acompañamiento; pero le habian precedido y le seguian oficiales sueltos de todas graduaciones, quienes debian encargarse de organizar y disciplinar los nuevos alistados que contínuamente se remitian á España. Llegó Murat á Burgos el 13 de marzo, y en aquel dia dió una proclama á sus soldados « para que tratasen á los españoles, nacion « por tantos títulos estimable, como tratarian á los franceses mis- « mos; queriendo solamente el emperador el bien y felicidad de « España. »

Murat nombrado general en gefe del ejército francés en España.

Tantas tropas y tan numerosos refuerzos que cada dia se internaban mas y mas en el reino; tanta mala fé y quebrantamiento de solemnes promesas, el viage de Izquierdo y sus temores; tanto cúmulo en fin de sospechosos indicios impelieron á Godoy á tomar una pronta y decisiva resolucion. Consultó con los reyes y al fin les persuadió lo urgente que era pensar en trasladarse del otro lado de los mares. Pareció antes oportuno, como paso prévio, adoptar el consejo dado por el príncipe de Castelfranco de retirarse á Sevilla, desde donde con mas descanso se pondrian en obra y se dirigirian los preparativos de tan largo viage. Para remover todo género de tropiezos se acordó formar un campo en Talavera, y se mandó á Solano que de Portugal se replegase sobre Badajoz. Estas fuerzas, con las que se sacarian de Madrid, debian cubrir el viage de SS. MM., y contener cualquiera movimiento que los franceses intentaran para impedirle. Tambien se mandó á las tropas de Oporto, cuyo digno general Taranco habia fallecido alli de un cólico violento, que se volviesen á Galicia; y se ofició á Junot para que permitiese á Carrafa dirigirse con sus españoles hácia las costas meridionales, en donde los ingleses amenazaban desembarcar; artificio, por decirlo de paso, demasiado grosero para engañar al general frances. Fue igualmente muy fuera de propósito enviar á Dupont un oficial de estado mayor para exigirle aclaracion de las órdenes que habia recibido, como si aquel hubiera de comunicarlas, y como si en caso de contestar con altanería estuviera el gobierno español en situacion de reprimir y castigar su insolencia.

Piensa la corte de Madrid en partir para Andalucía.

Providencias que toma.

Tales fueron las medidas preliminares que Godoy miró como necesarias para el premeditado viage; pero inesperados trastornos desbarataron sus intentos, desplomándose estrepitosamente el edificio de su valimiento y grandeza.

LIBRO SEGUNDO.

Primeros indicios del viage de la corte. — Orden para que la guarnicion de Madrid pase á Aranjuez. — Proclama de Cárlos IV de 16 de abril. — Conducta del embajador de Francia y de Murat. — Síntomas de una conmocion. — Primera conmocion de Aranjuez. — Decreto de Cárlos IV. Prision de Don Diego Godoy. — Continúa la agitacion y temores de otra conmocion. — Segunda conmocion de Aranjuez. — Prision de Godoy. — Retrato de Godoy. — Tercer alboroto de Aranjuez. — Abdicacion de Cárlos IV, el 19 de marzo. — Conmocion de Madrid del 19 y 20 de marzo. — Alborotos de las provincias. — Juicio sobre la abdicacion de Cárlos IV. — Ministros del nuevo monarca. — Escoiquiz. — El duque del Infantado. — El duque de San Cárlos. — Primeras providencias del nuevo reinado. — Proceso del príncipe de la Paz y de otros, á 23 de marzo. — Grandes enviados para obsequiar á Murat y á Napoleon. — Avanza Murat hácia Madrid. — Entrada de Fernando en Madrid en 24 de marzo. — Conducta impropia de Murat. — Opinion de España sobre Napoleon. — Juicio sobre la conducta de Napoleon. — Propuesta de Napoleon á su hermano Luis. — Correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Juicio sobre la protesta. — Siguen los tratos entre Murat y los reyes padres. — Desasosiego en Madrid. — Llega Escoiquiz á Madrid en 28 de marzo. — Fernan Nuñez en Tours. — Entrega de la espada de Francisco I. — Carta de Napoleon á Murat. — Viage del infante Don Cárlos. — Llegada á Madrid del general Savary. — Aviso de Hervas. — 10 de abril, salida del rey para Burgos. — Nombramiento de una junta suprema. — Sobre el viage del rey. — Llega el rey el 12 de abril á Burgos. — Llega á Vitoria el 14. — Escribe Fernando á Napoleon: contesta este en 17 de abril. — Seguridad que da Savary. — Tentativas ó proposiciones para que el rey se escape. — Proclama al partir el rey de Vitoria. — Sale de Vitoria el 19 de abril. — 20 de abril, entrada del rey en Bayona. — Sigue la correspondencia entre Murat y los reyes padres. — Pasan los reyes padres al Escorial. — Entrega de Godoy en 20 de abril. — Quejas y tentativas de Murat. — Reclama Cárlos IV la corona, y anuncia su viage á Bayona. — Inquietud en Madrid. — Alboroto en Toledo. — En Burgos. — Conducta altanera de Murat. — Conducta de la junta, y medidas que propone. — Creacion de una junta que la sustituya. — Llegada á Madrid de D. Justo Ibarnavarro. — Posicion de los franceses en Madrid. — Revistas de Murat. — Pide la salida para Francia del infante Don Francisco y reina de Etruria. — 2 de mayo. — Salida de los infantes para Francia el 3 y el 4. — Llega Napoleon á Bayona. — Se anuncia á Fernando que renuncie. — Conferencias de Escoiquiz y Cevallos. — Llegada de Cárlos IV á Bayona. — Come con Napoleon. — Comparece Fernando delante de su padre. — Condiciones de Fernando para su renuncia. — No se conforma el padre. — Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre. — Renuncia Cárlos IV en Napoleon. — Cárlos IV y María Luisa. — Renuncia de Fernando como príncipe de Asturias. — La reina de Etruria. — Planes de evasion. — Se interna en Francia á la familia real de España. —

Inaccion de la junta de Madrid. — Murat presidente de la junta. — Equivoca conducta de la junta. — Napoleon piensa dar la corona de España á José. — Diputacion de Bayona. — Medidas de precaucion de Murat.

Los habitadores de España, alejados de los negocios públicos, y gozando de aquella aparente tranquilidad propia de los gobiernos despóticos, estaban todavia agenos de prever la avenida de males que, rebalsando en su suelo como en campo barbechado, iban á cubrirle de espantosas ruinas. Madrid sin embargo, agitado ya con voces vagas é inquietadoras, creció en desasosiego con los preparativos que se notaron de largo viage en casa de Doña Josefa Tudó, particular amiga del príncipe de la Paz, y con la salida de este para Aranjuez el dia 13 de marzo. Sin aquel incidente no hubiera la última ocurrencia llamado tanto la atencion, teniendo el valido por costumbre pasar una semana en Madrid, y otra en el sitio en que habitaban SS. MM., quienes de mucho tiempo atrás se detenian solamente en la capital dos meses del año, y aun en aquel, al trasladarse en diciembre del Escorial á Aranjuez, no tomaron allí su habitual descanso, retraidos por el universal disgusto á que habia dado ocasion el proceso del príncipe de Asturias.

Primeros indicios del viage de la corte.

Vióse muy luego cuán fundados eran los temores públicos; porque al llegar al sitio el príncipe de la Paz, y despues de haber conferenciado con los reyes, anunció Cárlos IV á los ministros del despacho la determinacion de retirarse á Sevilla. A pesar del sigilo con que se quisieron tomar las primeras disposiciones, se traslució bien pronto el proyectado viage, y acabaron de cobrar fuerza las voces esparcidas con las órdenes que se comunicaron para que la mayor parte de la guarnicion de Madrid se trasladase á Aranjuez. Prevenido para su cumplimiento el capitan general de Castilla Don Francisco Javier Negrete, se avistó en la mañana del 16 con el gobernador del consejo el coronel Don Cárlos Velasco, dándole cuenta de la salida de las tropas en todo aquel dia, en virtud de un decreto del generalísimo almirante; y previniéndole al propio tiempo de parte del mismo publicar un bando que calmase la turbacion de los ánimos. No bastándole al gobernador la órden verbal, exigió de Don Cárlos Velasco que la extendiese por escrito, y con ella se fue al consejo, en donde se acordó, como medida previa y antes de obedecer el expresado mandato, que se expusiesen reverentemente á S.M. las fatales consecuencias de un viage tan precipitado. Aplaudióse la determinacion del consejo, aunque nos parece no fue del todo desinteresada, si consideramos la incierta y precaria suerte que, con la temida emigracion mas allá de los mares de la dinastía reinante, habia de caber á muchos de sus servidores y empleados. Asi se vió que hombres que, como el marqués Caballero, en los dias de pros-

Orden para que la guarnicion de Madrid pase á Aranjuez.

peridad habian sido sumisos cortesanos fueron los que con mas empeño aconsejaron al rey que desistiese de su viage.

Fuese influjo de aquellas representaciones, ó fuese mas bien el fundado temor á que daba lugar el público descontento, el rey trató momentáneamente de suspender la partida, y mandó circular un decreto á manera de proclama que comenzaba por la desusada fórmula de « amados vasallos mios. » La gente ociosa y festiva comparaba por la novedad el encabezamiento de tan singular publicacion al comenzar de ciertas y famosas relaciones que en sus comedias nos han dejado el insigne Calderon y otros ingenios de su tiempo; si bien no asistia al ánimo bastante serenidad para detenerse al exámen de las mudanzas é innovaciones del estilo. Tratábase en la proclama de tranquilizar la pública agitacion, asegurándose en ella que la reunion de tropas no tenia por objeto ni defender la persona del rey, ni acompañarle en un viage que solo la malicia habia supuesto preciso: se insistia en querer persuadir que el ejército del emperador de los franceses atravesaba el reino con ideas de paz y amistad, y sin embargo se daba á entender que en caso de necesidad estaba el rey seguro de las fuerzas que le ofrecerian los pechos de sus amados vasallos. Bien que con este documento no hubiese sobrado motivo de satisfaccion y alegría, la muchedumbre que leia en él una especie de retractacion del intentado viage se mostró gozosa y alborozada. En Aranjuez apresuradamente se agolparon todos á palacio dando repetidos vivas al rey y á la familia real, que juntos se asomaron á recibir las lisonjeras demostraciones del entusiasmado pueblo. Mas como se notó que en la misma noche del 16 al 17 habian salido las tropas de Madrid para el sitio en virtud de las anteriores órdenes que no habian sido revocadas, duró poco y se acibaró presto la comun alegría.

Proclama de Cárlos IV de 16 de marzo. (Véase el Ap. lib. 2, n. 1.)

Entonces se desaprobó generalmente la resolucion tomada por la corte de retirarse hácia las costas del mediodía, y de cruzar el Atlántico en caso urgente. Pero ahora que con fria imparcialidad podemos ser jueces desapasionados, nos parece que aquella resolucion al punto á que las cosas habian llegado era conveniente y acertada, ya fuese para prepararse á la defensa, ó ya para que se embarcase la familia real. Desprovisto el erario, corto en número el ejército é indisciplinado, ocupadas las principales plazas, dueño el extrangero de varias provincias, no podia en realidad oponérsele otra resistencia fuera de la que opusiese la nacion declarándose con unanimidad y energía. Para tantear este solo y único recurso, la posicion de Sevilla era favorable, dando mas treguas al sorprendido y azorado gobierno. Y si, como era de temer, la nacion no respondia al llamamiento del aborrecido Godoy ni del mismo Cárlos IV, era para la familia real mas prudente pasar á América que entregarse á ciegas en

Opinion sobre el viage.

brazos de Napoleon. Siendo pues esta determinacion la mas acomodada á las circunstancias, Don Manuel Godoy en aconsejar el viage obró atinadamente, y la posteridad no podrá en esta parte censurar su conducta; pero le juzgará sí gravemente culpable en haber llevado como de la mano á la nacion á tan lastimoso apuro, ora dejándola desguarnecida para la defensa, ora introduciendo en el corazon del reino tropas extrangeras, deslumbrado con la imaginaria soberanía de los Algarbes. El reconcentrado odio que habia contra su persona fue tambien causa que, al llegar al desengaño de las verdaderas intenciones de Napoleon, se le achacase que de consuno con este habia procedido en todo: asercion vulgar, pero tan generalmente creida en aquella sazon que la verdad exige que abiertamente la desmintamos. Don Manuel Godoy se mantuvo en aquellos tratos fiel á Cárlos IV y á María Luisa, sus firmes protectores, y no anduvo desacordado en preferir para sus soberanos un cetro en los dominios de América, mas bien que exponerlos, continuando en España, á que fuesen destronados y presos. Ademas Godoy, no habiendo olvidado la manera destemplada con que en los últimos tiempos se habia Napoleon declarado contra su persona, recelábase de alguna dañada intencion, y temia ser víctima ofrecida en holocausto á la venganza y público aborrecimiento. Bien es verdad que fue despues su libertador el mismo á quien consideraba enemigo, mas debiólo á la repentina mudanza acaecida en el gobierno, por la cual fueron atropellados los que confiadamente aguardaban del francés amistad y amparo, y protegido el que se estremecia al ver que su ejército se acercaba: tan inciertos son los juicios humanos.

Agitacion de Madrid y Aranjuez. Conducta del embajador de Francia y de Murat.

Averiguada que fue la traslacion de las tropas de la capital al sitio, volviéronse á agitar extraordinariamente las poblaciones de Madrid y Aranjuez con todas las de los alrededores. En el sitio contribuia no poco á sublevar los ánimos la opinion contraria al viage que pública y decididamente mostraba el embajador de Francia; sea que ignorase los intentos de su amo y siguiera abrigando la esperanza del soñado casamiento, ó sea que tratara de aparentar: nos inclinamos á lo primero. Mas su opinion, al paso que daba brios á los enemigos del viage para oponerse á él, servia tambien de estímulo y espuela á sus partidarios para acelerarle, esperando unos y temiendo otros la llegada de las tropas francesas que se adelantaban. En efecto Murat dirigia por Aranda su marcha hácia Somosierra y Madrid, y Dupont por su derecha se encaminaba á ocupar á Segovia y el Escorial. Este movimiento, hecho con el objeto de impeler á la familia real, intimidándola, á precipitar su viage, vino en apoyo del partido del príncipe de Asturias, alentándole con tanta mas razon cuanto parecia darse la mano con el modo de explicarse del embajador. Murat en su lenguage descubria incertidumbre, imputándose entonces á disimulo lo que tal vez era ignorancia del verdadero plan

de Napoleon. Al despues tan malogrado Don Pedro Velarde, comisionado para acompañarle y cumplimentarle, le decia en Buitrago en 18 de marzo que al dia siguiente recibiria instrucciones de su gobierno; que no sabia si pasaria ó no por Madrid, y que al continuar su marcha á Cádiz probablemente publicaria en San Agustin las miras del emperador encaminadas al bien de España.

Avisos anteriores á este y no menos ambiguos ponian á la corte de Aranjuez en extremada tribulacion. Sin embargo es de creer que cuando el 16 dió el rey la proclama en que públicamente desmentia las voces de viage, dudó por un instante llevarle ó no á efecto, pues es mas justo atribuir aquella proclama á la perplejidad y turbacion propias de aquellos dias, que al premeditado pensamiento de engañar bajamente á los pueblos de Madrid y Aranjuez. Continuando no obstante los preparativos de viage, y siendo la desconfianza en los que gobernaban fuera de todo término, se esparció de nuevo y repentinamente en el sitio que la salida de SS. MM. para Andalucía se realizaria en la noche del 17 al 18. La curiosidad, junto probablemente con oculta intriga, habia llevado á Aranjuez de Madrid y sus alrededores muchos forasteros cuyos semblantes anunciaban siniestros intentos: las tropas que habian ido de la capital participaban del mismo espíritu, y ciertamente hubieran podido sublevarse sin instigacion especial. Asegurose entonces que el príncipe de Asturias habia dicho á un guardia de corps en quien confiaba: « Esta noche es el viage, y yo no quiero ir; » y se añadió que con el aviso cobraron mas resolucion los que estaban dispuestos á impedirle. Nosotros tenemos entendido que para el efecto advirtió S. A. á Don Manuel Francisco Jáuregui, amigo suyo, quien como oficial de guardias pudo fácilmente concertarse con sus compañeros, de inteligencia ya con otros de los demas cuerpos. Prevenidos de esta manera, el alboroto hubiera comenzado al tiempo de partir la familia real; una casualidad le anticipó.

Síntomas de una conmocion.

Puestos todos en vela, rondaba voluntariamente el paisanage durante la noche, capitaneándole disfrazado, bajo nombre de tio Pedro, el inquieto y bullicioso conde del Montijo, cuyo nombre en adelante casi siempre estará mezclado con los ruidos y asonadas. Andaba asimismo patrullando la tropa, y unos y otros custodiaban de cerca, y observaban particularmente la casa del príncipe de la Paz. Entre once y doce salió de ella muy tapada Doña Josefa Tudó, llevando por escolta á los guardias de honor del generalísimo: quiso una patrulla descubrir la cara de la dama, la cual resistiéndolo excitó una ligera reyerta, disparando al aire un tiro uno de los que estaban presentes. Quien afirma fue el oficial Tuyols, que acompañaba á Doña Josefa, para que vinieran en su ayuda; quien el guardia Merlo para avisar á los conjurados. Lo cierto es que estos lo tomaron por una señal, pues

7 Primera conmocion de Aranjuez.

al instante un trompeta apostado al intento tocó á caballo, y la tropa corrió á los diversos puntos por donde el viage podia emprenderse. Entonces y levantándose terrible estrépito, gran número de paisanos, otros trasformados en tales, criados de palacio y monteros del infante Don Antonio, con muchos soldados desbandados, acometieron la casa de Don Manuel Godoy, forzaron su guardia, y la entraron como á saco, escudriñando por todas partes, y buscando en balde al objeto de su enfurecida rabia. Creyóse por de pronto que, á pesar de la extremada vigilancia, se habia su dueño salvado por alguna puerta desconocida ó escusada, y que ó habia desamparado á Aranjuez, ú ocultádose en palacio. El pueblo penetró hasta lo mas escondido, y aquellas puertas, antes solo abiertas al favor, á la hermosura y á lo mas brillante y escojido de la corte, dieron franco paso á una soldadesca desenfrenada y tosca, y á un populacho sucio y desaliñado, contrastando tristemente lo magnífico de aquella mansion con el descuidado arreo de sus nuevos y repentinos huéspedes. Pocas horas habian trascurrido cuando desapareció tanta desconformidad, habiendo sido despojados los salones y estrados de sus suntuosos y ricos adornos para entregarlos al destrozo y á las llamas. Repetida y severa leccion que á cada paso nos da la caprichosa fortuna en sus continuados vaivenes. El pueblo si bien quemó y destruyó los muebles y objetos preciosos, no ocultó para sí cosa alguna, ofreciendo el ejemplo del desinterés mas acendrado. La publicidad, siendo en tales ocasiones un censor inflexible, y uniéndose á un cierto linage de generoso entusiasmo, enfrena al mismo desórden, y pone coto á algunos de sus excesos y demasías. Las veneras, los collares y todos los distintivos de las dignidades supremas á que Godoy habia sido ensalzado fueron preservados y puestos en manos del rey; poderoso indicio de que entre el populacho habia personas capaces de distinguir los objetos que era conveniente respetar y guardar, y aquellos que podian ser destruidos. La princesa de la Paz, mirada como víctima de la conducta doméstica de su marido, y su hija fueron bien tratadas y llevadas á palacio tirando la multitud de su berlina. Al fin restablecida la tranquilidad, volvieron los soldados á sus cuarteles, y para custodiar la saqueada casa se pusieron dos compañías de guardias españolas y walonas con alguna mas tropa que alejase al populacho de sus avenidas.

(* Ap. lib. 2, n. 2.) Decreto de Cárlos IV. Prision de D. Diego Godoy. (* Ap. lib. 2, n. 3.)

La mañana del 18 dió el rey * un decreto exonerando al príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, y permitiéndole escoger el lugar de su residencia. * Tambien anunció á Napoleon esta resolucion que en gran manera le sorprendió. El pueblo arrebatado de gozo con la novedad corrió á palacio á victorear á la familia real que se asomó á los balcones conformándose con sus ruegos. En nada se turbó aquel dia el público sosiego sino por

el arresto de Don Diego Godoy, quien despojado por la tropa de sus insignias fue llevado al cuartel de guardias españolas, de cuyo cuerpo era coronel: pernicioso ejemplo entonces aplaudido y despues desgraciadamente renovado en ocasiones mas calamitosas.

Parecia que, desbaratado el viage de la real familia y abatido el príncipe de la Paz, eran ya cumplidos los deseos de los amotinados; mas todavía continuaba una terrible y sorda agitacion. Los reyes, temerosos de otra asonada, mandaron á los ministros del despacho que pasasen la noche del 18 al 19 en palacio. Por la mañana el príncipe de Castelfranco y los capitanes de guardias de corps, conde de Villariezo y marqués de Albudeite, avisaron personalmente á SS. MM. que dos oficiales de guardias con la mayor reserva y bajo palabra de honor acababan de prevenirles que para aquella noche un nuevo alboroto se preparaba mayor y mas recio que el de la precedente. Habiéndoles preguntado el marqués Caballero si estaban seguros de su tropa, respondieron encogiéndose de hombros « que solo el príncipe de Asturias podia componerlo todo. » Pasó entonces Caballero á verse con S. A., y consiguió que, trasladándose al cuarto de sus padres, les ofreciese que impediria por medio de los segundos gefes de los cuerpos de la casa real la repeticion de nuevos alborotos, como tambien el que mandaria á varias personas, cuya presencia en el sitio era sospechosa, que regresasen á Madrid, disponiendo al mismo tiempo que criados suyos se esparciesen por la poblacion para acabar de aquietar el desasosiego que aun subsistia. Estos ofrecimientos del príncipe dieron cuerpo á la sospecha de que en mucha parte obraban de concierto con él los sediciosos, no habiendo habido de casual sino el momento en que comenzó el bullicio, y tal vez el haber despues ido mas allá de lo que en un principio se habian propuesto.

Continúa la agitacion y temores de otra conmocion.

Tomadas aquellas determinaciones, no se pensaba en que la tranquilidad volveria á perturbarse, é inesperadamente á las diez de la mañana se suscitó un nuevo y estrepitoso tumulto. El príncipe de la Paz, á quien todos creian lejos del sitio, y los reyes mismos camino de Andalucía, fue descubierto á aquella hora en su propia casa. Cuando en la noche del 17 al 18 habian sido asaltados sus umbrales, se disponia á acostarse, y al ruido, cubriéndose con un capote de bayeton que tuvo á mano, cogiendo mucho oro en sus bolsillos y tomando un panecillo de la mesa en que habia cenado, trató de pasar por una puerta escondida á la casa contigua que era la de la duquesa viuda de Osuna. No le fue dado fugarse por aquella parte, y entonces se subió á los desvanes, y en el mas desconocido se ocultó metiéndose en un rollo de esteras. Allí permaneció desde aquella noche por el espacio de 36 horas privado de toda bebida y con la inquietud y desvelo propio de su crítica y angustiada posicion. Acosado de la

Segunda conmocion de Aranjuez: prision de Godoy.

sed tuvo al fin que salir de su molesto y desdichado asilo. Conocido por un centinela de guardias walonas que al instante gritó á las armas, no usó de unas pistolas que consigo traia, fuera cobardía ó mas bien desmayo con el largo padecer. Sabedor el pueblo de que se le habia encontrado se agolpó hácia su casa, y hubiera allí perecido si una partida de guardias de corps no le hubiese protegido á tiempo. Condujéronle estos á su cuartel, y en el tránsito acometiéndole la gente con palas, estacas y todo género de armas é instrumentos, procuraba matarle ó herirle, buscando camino á sus furibundos golpes por entre los caballos y los guardias, quienes escudándole le libraron de un trágico y desastroso fin. Para mayor seguridad, creciendo el tumulto, aceleraron los guardias el paso, y el desgraciado preso en medio y apoyándose sobre los arzones de las sillas de dos caballos seguia su levantado trote ijadeando, sofocado y casi llevado en vilo. La travesía considerable que desde su casa habia al parage adonde le conducian, sobre todo teniendo que cruzar la espaciosa plazuela de San Antonio, hubiera dado mayor facilidad al furor popular para acabar con su vida, si temerosos los que le perseguian de herir á alguno de los de la escolta no hubiesen asestado sus tiros de un modo incierto y vacilante. Así fue que, aunque magullado y contuso en varias partes de su cuerpo, solo recibió una herida algo profunda sobre una ceja. En tanto avisado Cárlos IV de lo que pasaba ordenó á su hijo que corriera sin tardanza y salvara la vida de su malhadado amigo. Llegó el príncipe al cuartel adonde le habian traido preso, y con su presencia contuvo á la multitud. Entonces diciéndole Fernando que le perdonaba la vida, conservó bastante serenidad para preguntarle á pesar del terrible trance: « si « era ya rey; » á lo que le respondió: « Todavía no, pero luego lo « seré. » Palabras notables y que demuestran cuán cercana creia su exaltacion al solio. Aquietado el pueblo con la promesa que el príncipe de Asturias le reiteró muchas veces de que el preso seria juzgado y castigado conforme á las leyes, se dispersó y se recogió cada uno tranquilamente á su casa. Godoy, desposeido de su grandeza, volvió adonde habia habitado antes de comenzarse aquella, y maltratado y abatido quedó entregado en su soledad á su incierta y horrenda suerte. Casi todos, á excepcion de los reyes padres, le abandonaron, que la amistad se eclipsa al llegar el nublado de la desgracia. Y aquel á cuyo nombre la mayor parte de la monarquía todavía temblaba, echado sobre unas pajas y hundido en la amargura, era quizá mas desventurado que el mas desventurado de sus habitantes. Así fue derrocado de la cumbre del poder este hombre, que de simple guardia de corps se alzó en breve tiempo á las principales dignidades de la corona, y se vió condecorado con sus órdenes y distinguido con nuevos y exorbitantes honores. ¿Y cuáles fueron los servicios para tanto valimiento; cuáles los singulares hechos que le abrieron la puerta y le dieron suave y fácil subida á tal

grado de sublimada grandeza? Pesa el decirlo. La desenfrenada corrupcion y una privanza fundada, ¡ oh baldon! en la profanacion del tálamo real. Menester seria que retrocediésemos hasta Don Beltran de la Cueva para tropezar en nuestra historia con igual mancilla, y aun entonces si bien aquel valido de Enrique IV principió su afortunada carrera por el modesto empleo de page de lanza, y se encaminó como Godoy por la senda del deshonor régio, nunca remontó su vuelo á tan desmesurada altura, teniendo que partir su favor con Don Juan Pacheco, y cederle á veces al temido y fiero rival.

Retrato de Godoy.

Don Manuel Godoy habia nacido en Badajoz en 12 de mayo de 1767, de familia noble pero pobre. Su educacion habia sido descuidada; profunda era su ignorancia. Naturalmente dotado de cierto entendimiento, y no falto de memoria, tenia facilidad para enterarse de los negocios puestos á su cuidado. Vario é inconstante en sus determinaciones, deshacia en un dia y livianamente lo que en otro sin mas razon habia adoptado y aplaudido. Durante su ministerio de estado, á que ascendió en los primeros años de su favor, hizo convenios solemnes con Francia perjudiciales y vergonzosos; primer orígen de la ruina y desolacion de España. Desde el tiempo de la escandalosa campaña de Portugal mandó el ejército con el título de generalísimo; no teniendo á sus ojos la ilustre profesion de las armas otro atractivo ni noble cebo que el de los honores y sueldos, nunca se instruyó en los ejercicios militares; nunca dirigió ni supo las maniobras de los diversos cuerpos; nunca se acercó al soldado ni se informó de sus necesidades ó reclamaciones; nunca en fin organizó la fuerza armada de modo que la nacion en caso oportuno pudiera contar con un ejército pertrechado y bien dispuesto, ni él con amigos y partidarios firmes y resueltos: asi la tropa fue quien primero le abandonó. Reducíase su campo de instruccion á una mezquina parada que algunas veces ofrecia delante de su casa á manera de espectáculo á los ociosos de la capital y á sus bajos y por desgracia numerosos aduladores: ridículo remedo de las paradas que en Paris solia tener Napoleon. Tan pronto protegia á los hombres de saber y respeto, tan pronto los humillaba. Al paso que fomentaba una ciencia particular, ó creaba una cátedra, ó sostenia alguna mejora, dejaba que el marqués Caballero, enemigo declarado de la ilustracion y de los buenos estudios, imaginase un plan general de instruccion pública para todas las universidades incoherente y poco digno del siglo, permitiéndole tambien hacer en los códigos legales omisiones y alteraciones de suma importancia. Aunque confinaba lejos de la corte y desterraba á cuantos creia desafectos suyos ó le desagradaban, ordinariamente no llevaba mas allá sus persecuciones ni fue cruel por naturaleza: solo se mostró inhumano y duro con el ilustre Jovellanos. Sórdido en su avaricia, vendia como en pública almoneda los empleos, las magistraturas, las dignidades, los obis-

pados, ya para sí, ya para sus amigas, ó ya para saciar los caprichos de la reina. La hacienda fue entregada á arbitristas mas bien que á hombres profundos en este ramo, teniéndose que acudir á cada paso á ruinosos recursos para salir de los contínuos tropiezos causados por el derroche de la corte y por gravosas estipulaciones. Desembozado y suelto en sus costumbres, dió ocasion á que entre el vulgo se pusiese en crédito el esparcido rumor de estar casado con dos mugeres: habiéndose dicho que era una Doña María Teresa de Borbon, prima carnal del rey, que fue considerada como la verdadera, y otra Doña Josefa Tudó, su particular amiga, de buena índole y de condicion apacible, y tan aficionada á su persona que quiso consignar en la gracia que se le acordó de condesa de *Castillo Fiel* el timbre de su incontrastable fidelidad. Conteníale á veces en sus prontos y violentos arrebatos. Godoy en el último año llegó al ápice de su privanza, habiendo recibido con la dignidad de grande almirante el tratamiento de alteza, distincion no concedida antes en España á ningun particular. Su fausto fue extremado, su acompañamiento espléndido, su guardia mejor vestida y arreada que la del rey: honrado en tanto grado por su soberano, fue acatado por casi todos los grandes y principales personages de la monarquía. ¡Qué contraste verle ahora y comparar su suerte con aquella en que aun brillaba dos dias antes! Situacion que recuerda la del favorito Eutropio que tan elocuentemente nos pinta uno de los primeros padres de la Iglesia griega*.

(* San Juan Crisostomo. Ap. lib. 2, n. 4.)

« Todo pereció, dice; una ráfaga de viento soplando « reciamente despojó aquel árbol de sus hojas, y nos « le mostró desnudo y conmovido hasta en su raiz... ¿Quién habia « llegado á tanta excelsitud? ¿No aventajaba á todos en riquezas? « ¿No habia subido á las mayores dignidades? ¿No le temian todos « y temblaban á su nombre? Y ahora mas miserable que los hom- « bres que estan presos y aherrojados; mas necesitado que el últi- « mo de los esclavos y mendigos, solo vé agudas armas vueltas « contra su persona; solo vé destruccion y ruina, los verdugos y « el camino de la muerte. » Pasmosa semejanza y tal que en otros tiempos hubiera llevado visos de sobrehumana profecía.

Tercer movimiento de Aranjuez.

Encerrado el príncipe de la Paz en el cuartel de guardias de corps, y retirado el pueblo, como hemos dicho, á instancias y en virtud de las promesas que le hizo el príncipe de Asturias, se mantuvo quieto y sosegado, hasta que á las dos de la tarde un coche con seis mulas á la puerta de dicho cuartel movió gran bulla, habiendo corrido la voz que era para llevar al preso á la ciudad de Granada. El pueblo en un instante cortó los tirantes de las mulas y descompuso y estropeó el coche.

Abdicacion de Cárlos IV el 19 de marzo.

El rey Cárlos y la reina María Luisa, sobrecogidos con las nuevas demostraciones del furor popular, temieron peligrase la vida de su desgraciado amigo. El

rey, achacoso y fatigado con los desusados bullicios, persuadido ademas por las respetuosas observaciones de algunos que en tal aprieto le representaron como necesaria la abdicacion en favor de su hijo, y sobre todo creyendo juntamente con su esposa que aquella medida seria la sola que podria salvar la vida á Don Manuel Godoy, resolvió convocar para las siete de la noche del mismo dia 19 á todos los ministros del despacho y renunciar en su presencia la corona, colocándola en las sienes del príncipe heredero. Este acto fue concebido en los términos siguientes: « Como los « achaques de que adolezco no me permiten sopor- (*Ap. lib. 2, n. 5.) « tar por mas tiempo el grave peso del gobierno de mis reinos, y « me sea preciso para reparar mi salud gozar en un clima mas tem- « plado de la tranquilidad de la vida privada, he determinado « despues de la mas seria deliberacion abdicar mi corona en mi « heredero y mi muy caro hijo el príncipe de Asturias. Por tanto « es mi real voluntad que sea reconocido y obedecido como rey y « señor natural de todos mis reinos y dominios. Y para que este mi « real decreto de libre y espontánea abdicacion tenga su éxito y « debido cumplimiento, lo comunicareis al consejo y demas á quien « corresponda. — Dado en Aranjuez, á 19 de marzo de 1808. — « Yo el rey. — A Don Pedro Cevallos. »

Divulgada por el sitio la halagüeña noticia, fue indecible el contento y la alegría; y corriendo el pueblo á la plazuela de palacio, al cerciorarse de tamaño acontecimiento unánimemente prorumpió en víctores y aplausos. El príncipe despues de haber besado la mano á su padre se retiró á su cuarto en donde fue saludado como nuevo rey por los ministros, grandes y demas personas que allí asistian.

Conmocion de Madrid del 19 y 20 de marzo.

En Madrid se supo en la tarde del 19 la prision de Don Manuel Godoy, y al anochecer se agrupó y congregó el pueblo en la plazuela del Almirante, asi denominada desde el ensalzamiento de aquel á esta dignidad, y sita junto al palacio de los duques de Alba. Allí levantando gran gritería con *vivas* al rey y *mueras* contra la persona del derribado valido, acometieron los amotinados su casa inmediata al parage de la reunion, y arrojando por las ventanas muebles y preciosidades, quemáronlo todo sin que nada se hubiese robado ni escondido. Despues distribuidos en varios bandos, y saliendo otros de puntos distintos con hachas encendidas, repitiéron la misma escena en varias casas, y señaladamente recibieron igual quebranto en las suyas la madre del príncipe de la Paz, su hermano Don Diego, su cuñado marqués de Branciforte, los ex-ministros Alvarez y Soler, y Don Manuel Sixto Espinosa, conservándose en medio de las bulliciosas asonadas una especie de órden y concierto.

Siendo universal el júbilo con la caida de Godoy, fue colmado entre los que supieron á las once de la noche que Cárlos IV habia abdicado. Pero como era tarde, la noticia no cundió bastantemente por el

pueblo hasta el dia siguiente domingo, confirmándose de oficio por carteles del consejo que anunciaban la exaltacion de Fernando VII. Entonces el entusiasmo y gozo creció á manera de frenesí, llevando en triunfo por todas las calles el retrato del nuevo rey, que fue al último colocado en la fachada de la casa de la Villa. Continuó la algazara y la alegría toda aquella noche del 20; pero habiéndose ya notado en ella varios excesos fueron inmediatamente reprimidos por el consejo, y por órden suya cesó aquel nuevo género de regocijos.

Alborotos en las provincias.

En las mas de las ciudades y pueblos del reino hubo tambien fiesta y motin, arrastrando el retrato de Godoy que los mismos pueblos habian á sus expensas colocado en las casas consistoriales: si bien es verdad que ahora su imágen era abatida y despedazada con general consentimiento, y antes habian sido muy pocos los que la habian erigido y reverenciado, buscando por este medio empleos y honores en la única fuente de donde se derivaban las gracias: el pueblo siempre reprobó con expresivo murmullo aquellas lisonjas de indignos conciudadanos.

Juicio sobre la abdicacion de Cárlos IV.

Fue tal el gusto y universal contento, ya con la caida de Don Manuel Godoy y ya tambien con la abdicacion de Cárlos IV, que nadie reparó entonces en el modo con que este último é importante acto se habia celebrado, y si habia sido ó no concluido con entera y cumplida libertad: todos lo creian asi, llevados de un mismo y general deseo. Sin embargo graves y fundadas dudas se suscitaron despues. Por una parte Cárlos IV se habia mostrado á veces propenso á alejarse de los negocios públicos, y María Luisa en su correspondencia declara que tal era su intencion cuando su hijo se hubiera casado con una princesa de Francia. Confirmó su propósito Cárlos al recibir al cuerpo diplomático con motivo de su abdicacion, pues, dirigiendo la palabra á Mr. de Strogonoff, ministro de Rusia, le dijo: « En mi vida he « hecho cosa con mas gusto. » Pero por otra parte es de notar que la renuncia fue firmada en medio de una sedicion, no habiendo Cárlos IV en la víspera de aquel dia dado indicio de querer tan pronto efectuar su pensamiento, porque, exonerando al príncipe de la Paz del mando del ejército y de la marina, se encargó el mismo rey del manejo supremo. En la mañana del 19 tampoco anunció cosa alguna relativa á su próxima abdicacion; y solo al segundo alboroto en la tarde, y cuando creyó juntamente con la reina poner á salvo por aquel medio á su caro favorito, resolvió ceder el trono y retirarse á vida particular. El público, lejos de entrar en el exámen de tan espinosa cuestion, censuró amargamente al consejo; porque conforme á su formulario habia pasado á informe de sus fiscales el acto de la abdicacion: tambien se le reprendió con severidad por los ministros del nuevo rey, ordenándole que inmediatamente lo publicase, como lo verificó el 20 á las tres de la tarde. El consejo obró de esta manera por conservar la fórmula con que acostum-

braba proceder en sus determinaciones, y no con ánimo de oponerse y menos aun con el de reclamar los antiguos usos y prácticas de España. Para lo primero ni tenia interés, ni le era dado resistir al torrente del universal entusiasmo manifestado en favor de Fernando; y para lo segundo, pertinaz enemigo de córtes ó de cualquiera representacion nacional, mas bien se hubiera mostrado opuesto que inclinado á indicar ó promover su llamamiento. Sin embargo, para desvanecer todo linage de dudas, conveniente hubiera sido repetir el acto de la abdicacion de un modo mas solemne y en ocasion mas tranquila y desembarazada. Los acontecimientos que de repente sobrevinieron pudieron servir de fundada disculpa á aquella omision; mas parándonos á considerar quiénes eran los íntimos consejeros de Fernando, cuáles sus ideas y cuál su posterior conducta, podemos afirmar sin riesgo que nunca hubieran para aquel objeto congregado córtes, graduando su convocacion de intempestiva y peligrosa. Con todo su celebracion, á ser posible, hubiera puesto á la renuncia de Cárlos IV (conformándose con los antiguos usos de España) un sello firme é incontrastable de legitimidad. Congregar córtes para asunto de tanta gravedad fue constante costumbre nunca olvidada en las muchas renuncias que hubo en los diferentes reinos de España. Las de Doña Berenguela y la intentada por Don Juan I° en Castilla, la de Don Ramiro el monge en Aragon con todas las otras mas ó menos antiguas fueron ejecutadas y cumplidas con la misma solemnidad, hasta que la introduccion de dinastías extrangeras alteró práctica tan fundamental, siendo al parecer lamentable prerogativa de aquellos príncipes atropellar nuestros fueros, conservar nuestros vicios, y olvidándose de lo bueno que en su patria dejaban, traernos solamente lo perjudicial y nocivo. Asi fue que en las dos célebres cesiones de Cárlos I° y Felipe V no se llamó á córtes ni se guardaron las antiguas formalidades. Verdad es que no hubo ni en una ni en otra asomo de violencia, y á la de * Cárlos I° celebrada en Bruselas públicamente con gran pompa y aparato asistieron además muchos grandes. La de Felipe V fue mas silenciosa, poniendo en esta parte nuestros monarcas mas y mas en olvido la respetable antigüedad segun que se acercaban á nuestro tiempo. El rey dijo que obraba * « con consentimiento y de conformidad « con la reina su muy cara y muy amada esposa. » Singular modo de autorizar acto de tanta trascendencia y de interés tan general. La opinion entonces á pesar de estar reprimida no quedó satisfecha, pues los « jurisperitos y los mismos del consejo « real *, nos dice el marqués de San Felipe, veian « que no era válida la renuncia no hecha con acuerdo « de sus vasallos... Pero nadie replicó, pues al consejo real no se « le preguntó sobre la validacion de la renuncia, sino se le mandó « que obedeciese el decreto... » Ahora lo mismo: ni á nadie se le

(* Ap. lib. 2, n. 6.)

(* Ap. lib. 2, n. 7.)

(* Ap. lib. 2, n. 8.)

preguntó cosa alguna, ni nadie replicó esperándolo todo de la caida de Godoy y del ensalzamiento de Fernando: imprevision propia de las naciones que, entregándose ciegamente á la sola y casual sucesion de las personas, no buscan en las leyes é instituciones el sólido fundamento de su felicidad.

Ministros del nuevo monarca.

Exaltado al solio Fernando sétimo del nombre, conservó por de pronto á los mismos ministros de su padre, pero sucesivamente removió á los mas de ellos. Fue el primero que estuvo en este caso Don Miguel Cayetano Soler, dotado de cierto despejo, y que encargado de la hacienda fue mas bien arbitrista que hombre verdaderamente entendido en aquel ramo. Se puso en su lugar á Don Miguel José de Azanza antiguo virey de Méjico, quien confinado en Granada gozaba del concepto de hombre de mucha probidad. Quedó en estado Don Pedro Cevallos con decreto honorífico para que no le perjudicase su enlace con una prima hermana del príncipe de la Paz. Tenianle en el reinado anterior por cortesano dócil, estaba adornado de cierta instruccion, y si bien no descuidó los intereses personales y de familia, pasó en la corrompida corte de Cárlos IV por hombre de bien. Se notó posteriormente en su conducta propension fácil á acomodarse á varios y encontrados gobiernos. Continuó al frente de la marina Don Francisco Gil y Lemus, anciano respetable y de carácter entero y firme. Sucedió á pocos dias en guerra al enfermizo y ceremonioso Don Antonio Olaguer Feliu el general Don Gonzalo Ofarril recien venido de Toscana, en donde habia mandado una division española. Gozaba créditos de hombre de saber y de mas aventajado militar. Empezó por nombrársele director general de artillería, y elevado al ministerio fue acometido de una enfermedad grave que causó vivo y general sentimiento: tanta era la opinion de que gozaba, la cual hubiera conservado intacta si la suerte de que todos se lamentaban hubiera terminado su carrera. El marqués Caballero, ministro de gracia y justicia, enemigo del saber, servidor atento y solícito de los caprichos licenciosos de la reina, perseguidor del mérito y de los hombres esclarecidos, habia sido hasta entonces universalmente despreciado y aborrecido. Viendo en marzo á qué lado se inclinaba la fortuna, varió de lenguage y de conducta, y en tanto grado que se le creyó por algun tiempo autor en parte de lo acaecido en Aranjuez: debió á su oportuna mudanza habérsele conservado en su ministerio durante algunos dias. Pero perseguido por su anterior desconcepto y ofreciendo poca confianza, pasó en cambio de su puesto á ser presidente de uno de los consejos: contribuyó mucho á su separacion el haber maliciosamente retardado cuatro dias el despacho de la órden que llamaba á Madrid de su confinamiento á Don Juan Escoiquiz. Entró en el despacho de gracia y justicia Don Sebastian Piñuela ministro anciano del consejo. Se alzaron los destierros á Don Mariano Luis de Urquijo, al conde de Cabarrus y al sabio y virtuoso Don Gaspar Melchor de Jovellanos, víctima la mas desgra-

ciada y con mas saña perseguida en la privanza de Godoy. Tambien fueron llamados todos los individuos comprendidos en la causa del Escorial, mereciendo entre ellos particular mencion Don Juan Escoiquiz, el duque del Infantado y el de San Cárlos.

Escoiquiz.

Era Don Juan Escoiquiz hijo de un general y natural de Navarra. Educado en la casa de pages del rey prefirió al estruendo de las armas el quieto y pacífico estado eclesiástico, y obtuvo una canongía en la catedral de Zaragoza de donde pasó á ser maestro del príncipe de Asturias. En el nuevo y honroso cargo, en vez de formar el tierno corazon de su augusto discípulo infundiendo en él máximas de virtud y tolerancia; en vez de enriquecer su mente y adornarla de útiles y adecuados conocimientos, se ocupó mas bien en intrigas y enredos de corte agenos de su estado, y sobre todo de su magisterio. Queriendo derribar á Godoy se atrajo su propia desgracia y se le alejó de la enseñanza del príncipe, dándole en la iglesia de Toledo el arcedianato de Alcaraz. Desde allí continuó sus secretos manejos, hasta que al fin de resultas de la causa del Escorial se le confinó al convento del Tardon. Aficionado á escribir en prosa y verso no descolló en las letras mas que en la política. Tradujo del inglés con escaso númen el *Paraiso perdido* de Milton, y de sus obras en prosa debe en particular mencionarse una defensa que publicó del tribunal de la inquisicion; parto torcido de su poco venturoso ingenio. Fue siempre ciego admirador de Bonaparte, y creciendo de punto su obcecacion comprometió con ella al príncipe su discípulo, y sepultó al reino en un abismo de desgracias. Presumido y ambicioso, somero en su saber, sin conocimiento práctico del corazon humano y menos de la corte y de los gobiernos extraños, se imaginó que cual otro Jimenez de Cisneros, desde el rincon de su coro de Toledo saliendo de nuevo al mundo, regiria la monarquía y sujetaria á la estrecha y limitada esfera de su comprension la extensa y vasta del indomable emperador de los franceses. Condecorado con la gran cruz de Cárlos III fue nombrado por el nuevo rey consejero de estado, y como tal asistió á las importantes discusiones de que hablaremos muy pronto. El duque del Infantado, dado al estudio de algunas ciencias, fomentador en sus estados de la industria y de ciertas fábricas, gozaba de buen nombre, realzado por su riqueza, por el lustre de su casa, y principalmente por las persecuciones que su desapego al príncipe de la Paz le habian acarreado. Como coronel ahora de guardias españolas y presidente del consejo real tomó parte en los árduos negocios que ocurrieron, y no tardó en descubrir la flojedad y distraccion de su ánimo, careciendo de aquella energía y asídua aplicacion que se requiere en las materias graves. Tan cierto es que hombres cuyo concepto ha brillado en la vida privada ó en tiempos serenos, se eclipsan si son elevados á puesto mas alto, ó

El duque del Infantado.

si alcanzan dias turbulentos y borrascosos. Dió la América el ser al duque de San Cárlos, quien, despues de haber hecho la campaña contra Francia en 1793, fue nombrado ayo del príncipe de Asturias, y desterrado al fin de la corte con motivo de la causa del Escorial. La reina María Luisa decia que era el mas falso de todos los amigos de su hijo; pero sin atenernos ciegamente á tan parcial testimonio, cierto es que durante la privanza de Godoy no mostró respecto del favorito el mismo desvío que el duque del Infantado, y solícito lisonjero buscó en su genealogía el modo de entroncarse y emparentar con el ídolo á quien tantos reverenciaban. Escojido para mayordomo mayor en lugar del marqués de Mos, estuvo especialmente á su cargo, junto con el del Infantado y Escoiquiz, dirigir la nave del estado en medio del recio temporal que habia sobrevenido, é inexperto y desavisado la arrojó contra conocidos escollos tan desatentadamente como sus compañeros.

El duque de San Cárlos.

Fueron las primeras providencias del nuevo reinado ó poco importantes ó dañosas al interés público, empezándose ya entonces el fatal sistema de echar por tierra lo actual y existente, sin otro exámen que el de ser obra del gobierno que habia antecedido. Se abolia la superintendencia general de policía creada el año anterior, y se dejaba resplandeciente y viva la horrible inquisicion. Permitíase en los sitios y bosques reales la destruccion de alimañas, y se suspendia la venta del sétimo de los bienes eclesiásticos concedida y aprobada dos años antes por bula del papa: medida necesaria y urgentísima en España, obstruida en su prosperidad con la embarazosa trava del casi total estancamiento de la propiedad territorial; medida que, repetimos, hubiera convenido mantener con firmeza, cuidando solamente de que se invirtiese el producto de la venta en procomunal. Se suprimió tambien un impuesto sobre el vino con el objeto de halagar á los contribuyentes, como si abandonando el verdadero y sólido interés del estado no fuera muy reprensible dejarse llevar de una mal entendida y efímera popularidad. Pero aquellas providencias fueran ó no oportunas, apenas fijaron la atencion de España, inquieto el ánimo con el cúmulo de acontecimientos que unos en pos de otros sobrevinieron y se atropellaron.

Primeras providencias del nuevo reinado.

El príncipe de la Paz en la mañana del 23 de marzo habia sido trasladado desde Aranjuez al castillo de Villaviciosa, escoltándole los guardias de corps á las órdenes del marqués de Castelar comandante de alabarderos, y allí fue puesto en juicio. Fuéronlo igualmente su hermano Don Diego, el ex-ministro Soler, Don Luis Viguri antiguo intendente de la Habana, el corregidor de Madrid Don José Marquina, el tesorero general Don Antonio Noriega, el director de la caja de consolidacion Don Miguel Sixto Espinosa, Don Simon de Viegas fiscal del consejo, y el canónigo Don Pedro Estala distin-

Proceso del príncipe de la Paz y de otros, 23 de marzo.

guido como literato. Para procesar á muchos de ellos no hubo otro motivo que el de haber sido amigos de Don Manuel Godoy, y haberle tributado esmerado obsequio; delito, si lo era, en que habian incurrido todos los cortesanos y algunos de los que todavía andaban colocados en dignidades y altos puestos. Se confiscaron por decreto del rey los bienes del favorito, aunque las leyes del reino entonces vigentes autorizaban solo el embargo y no la confiscacion, puesto que para imponer la última pena debia preceder juicio y sentencia legal, no exceptuándose ni aquellos casos en que el individuo era acusado del crímen de lesa majestad. Ademas conviene advertir que no obstante la justa censura que merecia la ruinosa administracion de Godoy, en un gobierno como el de Cárlos IV, que no reconocia límite ni freno á la voluntad del soberano, dificilmente hubiera podido hacérsele ningun cargo grave, sobre todo habiendo seguido Fernando por la pésima y trilhada senda que su padre le habia dejado señalada. El valido habia procedido en el manejo de los negocios públicos autorizado con la potestad indefinida de Cárlos IV, no habiéndosele puesto coto ni medida, y lejos de que hubiese aquel soberano reprobado su conducta despues de su desgracia, insistió con firmeza en sostenerle y en ofrecer á su caido amigo el poderoso brazo de su patrocinio y amparo. Situacion muy diversa de la de Don Alvaro de Luna desamparado y condenado por el mismo rey á quien debia su ensalzamiento. Don Manuel Godoy escudado con la voluntad expresa y absoluta de Cárlos, solo otra voluntad opresora é ilimitada podia atropellarle y castigarle; medio legalmente atroz é injusto, pero debido pago á sus demasías, y correspondiente á las reglas que le habian guiado en tiempo de su favor.

Grandes enviados para obsequiar á Murat y á Napoleon.

Pasados los primeros dias de ceremonia y públicos regocijos se volvieron los ojos á los húespedes extrangeros que insensiblemente se aproximaban á la capital. La nueva corte, soñando felicidades y pensando en efectuar el tan ansiado casamiento de Fernando con una princesa de la sangre imperial de Francia, se esmeró en dar muestras de amistad y afecto al emperador de los franceses y á su cuñado Murat gran duque de Berg. Fue al encuentro de este para obsequiarle y servirle el duque del Parque, y salieron en busca del deseado Napoleon, con el mismo objeto, los duques de Medinaceli y de Frias, y el conde de Fernan-Nuñez.

Avanza Murat hácia Madrid.

Ya hemos indicado como las tropas francesas se avanzaban hácia Madrid. El 15 de marzo habia Murat salido de Burgos, continuando despues su marcha por el camino de Somosierra. Traia consigo la guardia imperial, numerosa artillería y el cuerpo de ejército del mariscal Moncey, al que reemplazaba el de Bessières en los puntos que aquel iba desocupando. Dupont tambien se avanzaba por el lado de Guadarrama con toda su fuerza, á excep-

cion de una division que dejó en Valladolid para observar las tropas españolas de Galicia. Se habia con particularidad encargado á Murat que se hiciera dueño de la cordillera que divide las dos Castillas, antes que se apoderase de ella Solano ú otras tropas; igualmente se le previno que interceptara los correos, con otras instrucciones secretas, cuya ejecucion no tuvo lugar á causa de la sumisa condescendencia de la nueva corte.

Murat inquieto y receloso con lo acaecido en Aranjuez no quiso dilatar mas tiempo la ocupacion de Madrid, y el 23 entró en la capital llevando delante, con deseo de excitar la admiracion, la caballería de la guardia imperial, y lo mas escogido y brillante de su tropa, y rodeado él mismo de un lujoso séquito de ayudantes y oficiales de estado mayor. No correspondia la infantería á aquella primera y ostentosa muestra, constando en general de conscriptos y gente bisoña. El vecindario de Madrid, si bien ya temeroso de las intenciones de los franceses, no lo estaba á punto que no los recibiese afectuosamente, ofreciéndoles por todas partes refrescos y agasajos. Contribuia no poco á alejar la desconfianza el traer á todos embelesados las importantes y repentinas mudanzas sobrevenidas en el gobierno. Solo se pensaba en ellas y en contarlas y referirlas una y mil veces; ansiando todos ver con sus propios ojos y contemplar de cerca al nuevo rey, en quien se fundaban lisonjeras é ilimitadas esperanzas, tanto mayores cuanto asi descansaba el ánimo fatigado con el infausto desconcierto del reinado anterior.

Entrada de Fernando en Madrid en 24 de marzo.

Fernando cediendo á la impaciencia pública señaló el dia 24 de marzo para hacer su entrada en Madrid. Causó el solo aviso indecible contento, saliendo á aguardarle en la víspera por la noche numeroso gentío de la capital, y concurriendo al camino con no menor diligencia y afan todos los pueblos de la comarca. Rodeado de tan nuevo y grandioso acompañamiento llegó á las Delicias, desde donde por la puerta de Atocha entró en Madrid á caballo, siguiendo el paseo del Prado, y las calles de Alcalá y Mayor hasta palacio. Iban detrás y en coche los infantes Don Cárlos y Don Antonio. Testigos de aquel dia de placer y holganza, nos fue mas fácil sentirle que nos será dar de él ahora una idea perfecta y acabada. Horas enteras tardó el rey Fernando en atravesar desde Atocha hasta palacio: con escasa escolta, por dó quiera que pasaba, estrechado y abrazado por el inmenso concurso, lentamente adelantaba el paso, tendiéndosele al encuentro las capas con deseo de que fueran holladas por su caballo: de las ventanas se tremolaban los pañuelos, y los vivas y clamores saliendo de todas las bocas se repetian y resonaban en plazuelas y calles, en tablados y casas, acompañados de las bendiciones mas sinceras y cumplidas. Nunca pudo monarca gozar de triunfo mas magnífico ni mas sencillo; ni nunca tampoco contrajo alguno obligacion mas sagrada de corresponder con todo ahinco al amor desinteresado de súbditos tan fieles.

Murat, obscurecido y olvidado con la universal alegría, procuró recordar su presencia con mandar que algunas de sus tropas maniobrasen en medio de la carrera por donde el rey habia de pasar. Desagradó órden tan inoportuna en aquel dia, como igualmente el que no estando satisfecho con el alojamiento que se le habia dado en el Buen-Retiro, por sí y militarmente sin contar con las autoridades se hubiese mudado á la antigua casa del príncipe de la Paz, inmediata al convento de Doña María de Aragon. Acontecimientos eran estos de leve importancia, pero que influyeron no poco en indisponer los ánimos del vecindario. Aumentóse el disgusto á vista del desvío que mostró el mismo Murat con el nuevo rey, desvío imitado por el embajador Beauharnais, único individuo del cuerpo diplomático que no le habia reconocido. La corte disculpaba á entrambos con la falta de instrucciones, debida á lo impensado de la repentina mudanza; mas el pueblo, comparando el anterior lenguaje de dicho embajador amistoso y solícito con su fria actual indiferencia, atribuia la súbita trasformacion á causa mas fundamental. Así fue que la opinion, respecto de los franceses, de dia en dia fue trocándose y tomando distinto y contrario rumbo.

Conducta impropia de Murat.

Hasta entonces, si bien algunos se recelaban de las intenciones de Napoleon, la mayor parte solo veia en su persona un apoyo firme de la nacion y un protector sincero del nuevo monarca. La perfidia de la toma de las plazas ú otros sucesos de dudosa interpretacion, los achacaban á viles manejos de Don Manuel Godoy ó á justas precauciones del emperador de los franceses. Equivocado juicio sin duda, mas nada extraño en un pais privado de los medios de publicidad y libre discusion que sirven para ilustrar y rectificar los extravíos de las opiniones. De cerca habian todos sentido las demasías de Godoy, y de Napoleon solo y de lejos se habian visto sus pasmosos hechos y maravillosas campañas. Los diarios de España, ó mas bien la miserable Gaceta de Madrid, eco de los papeles de Francia, y unos y otros esclavizados por la censura prévia, describian los sucesos y los amoldaban á gusto y sabor del que en realidad dominaba acá y allá de los Pirineos. Por otra parte el clero español, habiendo visto que Napoleon habia levantado los derribados altares, preferia su imperio y señorío á la irreligiosa y perseguidora dominacion que le habia precedido. No perdian los nobles la esperanza de ser conservados y mantenidos en sus privilegios y honores por aquel mismo que habia creado órdenes de caballería, y erigido una nueva nobleza en la nacion en donde pocos años antes habia sido abolida y proscripta. Miraban los militares como principal fundamento de su gloria y engrandecimiento al afortunado caudillo, que para ceñir sus sienes con la corona no habia presentado otros abuelos ni otros títulos que su espada y sus victorias. *Los hombres moderados, los amantes del órden y del reposo*

Opinion de España sobre Napoleon.

público, cansados de los excesos de la revolucion, respetaban en la persona del emperador de los franceses al severo magistrado que con vigoroso brazo habia restablecido concierto en la hacienda y arreglo en los demas ramos. Y si bien es cierto que el edificio que aquel habia levantado en Francia no estribaba en el duradero cimiento de instituciones libres, valladar contra las usurpaciones del poder, habia entonces pocos en España y contados eran los que extendian tan allá sus miras.

Juicio sobre la conducta de Napoleon.

Napoleon, bien informado del buen nombre con que corria en España, cobró aliento para intentar su atrevida empresa, posible y hacedera á haber sido conducida con tino y prudente cordura. Para alcanzar su objeto dos caminos se le ofrecieron, segun la diversidad de los tiempos. Antes de la sublevacion de Aranjuez la partida y embarco para América de la familia reinante era el mejor y mas acomodado. Sin aquel impensado trastorno, huérfana España y abandonada de sus reyes hubiera saludado á Napoleon como príncipe y salvador suyo. La nueva dominacion fácilmente se hubiera afianzado, si adoptando ciertas mejoras hubiera respetado el noble orgullo nacional y algunas de sus anteriores costumbres y aun preocupaciones. Acertó pues Napoleon cuando vió en aquel medio el camino mas seguro de enseñorearse de España, procediendo con grande desacuerdo desde el momento en que, desbaratado por el acaso su primer plan, no adoptó el único y obvio que se le ofrecia en el casamiento de Fernando con una princesa de la familia imperial: hubiera hallado en su protegído un rey mas sumiso y reverente que en ninguno de sus hermanos. Cuando su viage á Italia, no habia Napoleon desechado este pensamiento, y continuó en el mismo propósito durante algun tiempo, si bien con mas tibieza. El ejemplo de Portugal le sugirió mas tarde la idea de repetir en España lo que su buena suerte le habia proporcionado en el pais vecino. Afirmóse en su arriesgado intento despues que sin resistencia se habia apoderado de las plazas fuertes, y despues que vió á su ejército internado en las provincias del reino. Resuelto á su empresa nada pudo ya contenerle.

Esperaba con impaciencia Napoleon el aviso de haber salido para Andalucía los reyes de España, á la misma sazon que supo el importante é inesperado acontecimiento de Aranjuez. Desconcertado al principio con la noticia, no por eso quedó largo tiempo indeciso; y obstinado y tenaz en nada alteró su primera determinacion. Claramente nos lo prueba un importante documento. Habia el sábado en la noche 26 de marzo recibido en Saint-Cloud un correo con las primeras ocurrencias de Aranjuez, y otro pocas horas despues con la abdicacion de Cárlos IV. Hasta entonces solo él era sabedor de lo que contra España maquinaba: sin compromiso y sin ofensa del amor propio hubiera

Propuesta de Napoleon á su hermano Luis.

podido variar su plan. Sin embargo al dia siguiente, el 27 del mismo, decidido á colocar en el trono de España á una persona de su familia, escribió con aquella fecha á su hermano Luis, rey de Holanda*: « El rey de España acaba de abdicar la co- « rona, habiendo sido preso el príncipe de la Paz. Un levantamien- « to habia empezado á manifestarse en Madrid, cuando mis tropas « estaban todavía á cuarenta leguas de distancia de aquella capital. « El gran duque de Berg habrá entrado allí el 23 con 40,000 hom- « bres, deseando con ansia sus habitantes mi presencia. Seguro « de que no tendré paz sólida con Inglaterra sino dando un grande « impulso al continente, he resuelto colocar un príncipe francés en « el trono de España... En tal estado he pensado en tí para colo- « carte en dicho trono... Respóndeme categóricamente cuál sea « tu opinion sobre este proyecto. Bien ves que no es sino proyecto, « y aunque tengo 100,000 hombres en España, es posible, por « circunstancias que sobrevengan, ó que yo mismo vaya directa- « mente, ó que todo se acabe en quince dias, ó que ande mas des- « pacio siguiendo en secreto las operaciones durante algunos meses. « Respóndeme categóricamente: si te nombro rey de España, ¿lo « admites? ¿Puedo contar contigo?... » Luis rehusó la propuesta. Documento es este importantísimo, porque fija de un modo auténtico y positivo desde qué tiempo habia determinado Napoleon mudar la dinastía de Borbon, estando solo incierto en los medios que convendria emplear para el logro de su proyecto. Tambien por estos dias conferenciando con Izquierdo le preguntó: si los españoles le querrian como á soberano suyo. Replicóle aquel con oportunidad plausible: « Con gusto y entusiasmo admitirán los es- « pañoles á V. M. por su monarca, pero despues de haber renun- « ciado á la corona de Francia. » Imprevista respuesta y poco grata á los delicados oidos del orgulloso conquistador. Continuando pues Napoleon en su premeditado pensamiento, y pareciéndole que era ya llegado el caso de ponerle en ejecucion, trató de aproximarse al teatro de los acontecimientos, habiendo salido de Paris el 2 de abril con direccion á Burdeos.

(* Ap. lib. 2, n. 9.)

En tanto Murat *retrayéndose de la nueva corte anunciaba todos* los dias la llegada de su augusto cuñado. En palacio se preparaba la habitacion imperial, adornábase el retiro para bailes, y un aposentador enviado de Paris lo disponia y arreglaba todo. Para despertar aun mas la viva atencion del público se enseñaba hasta el sombrero y botas del deseado emperador. Bien que en aquellos preparativos y anuncios hubiese de parte de los franceses mucho de aparente y falso, es probable que, sin el trastorno causado por el movimiento de Aranjuez, Napoleon hubiera pasado á Madrid. Sorprendido con la súbita mudanza determinó buscar en Bayona ocasion que desenredase los complicados asuntos de España. Ofreciósela oportuna una correspondencia entablada entre Murat y los

Correspondencia entre Murat y los reyes padres.

reyes padres, y á que dió origen el ardiente deseo de libertar á Don Manuel Godoy, y poner su vida fuera de todo riesgo. Fue mediadora en la correspondencia la reina de Etruria, y Murat, considerándola como conveniente al final desenlace de los intentos de Napoleon, cualesquiera que ellos fuesen, no desaprovechó la dichosa coyuntura que la casualidad le ofrecia. De ella provino la famosa protesta de Cárlos IV contra su abdicacion, sirviendo de base dicho acto á todas las renuncias y procedimientos que tuvieron despues lugar en Bayona.

(* Ap. n. 10.)

* Nació aquella correspondencia poco despues del dia 19 de marzo. Ya en el 22 las dos reinas madre é hija escribian con eficacia en favor del preso Godoy, manifestando la de España que estaba su felicitad cifrada en acabar tranquilamente sus dias con su esposo y el único *amigo* que *ambos* tenian. Con igual fecha lo mismo pedia Cárlos IV, añadiendo que se iban á Badajoz. Es de notar el contexto de dichas cartas en las que todavía no se hablaba de haber protestado el rey padre contra la abdicacion hecha en el dia 19, ni de asunto alguno conexo con paso de tanta gravedad. Sin embargo cuando en 1810 publicó el Monitor esta correspondencia, insertó antes de las enunciadas cartas del 22 otra en que se hace mencion de aquel acto como de cosa consumada; pero el haberse omitido en ella la fecha, diciendo al mismo tiempo la reina que á nada aspiraba sino á alejarse con su esposo y Godoy todos tres juntos de intrigas y mando, excita contra dicha carta vehementes sospechas, ó de que se omitió la fecha por haber sido posteriormente escrita á la del 22, ó lo que es tambien verosímil que se intercaló el pasage en que se habla de haber protestado, no aviniéndose con este acto é implicando mas bien contradiccion los deseos de la reina allí manifestados. La protesta apareció con la fecha del 21; mas las cartas del 22, con otras aserciones encontradas que se notan en la correspondencia, prueban que en la dicha protesta se empleó una supuesta y anticipada fecha, y que Cárlos no tuvo determinacion fija de extender aquel acto hasta pasados tres dias despues de su abdicacion.

La lectura atenta de toda la correspondencia, y lo que hemos oido á personas de autoridad, nos induce á creer que Cárlos IV se resolvió á formalizar su protesta despues de las vistas que el 23 tuvieron él y su esposa con el general Monthion, gefe del estado mayor de Murat. De cualquiera modo que dicho general nos haya pintado su conferencia, y bien que haya querido indicarnos que los reyes padres estaban decididos de antemano á protestar contra su abdicacion, lo cierto es que hasta aquel dia Cárlos IV no se habia dirigido á Napoleon, y entonces lo hizo comunicándole cómo se habia visto forzado á renunciar, « cuando el estruendo de las

« armas y los clamores de una guardia sublevada le habian dado « á conocer bastante la necesidad de escoger entre la vida ó la « muerte; pues (añadia) esta última se hubiera seguido á la de « la reina. » Concluia poniendo enteramente su suerte en las manos de su poderoso aliado. Acompañaba á la carta el acto de la protesta asi concebido*: « Protesto y declaro que « todo lo que manifiesto en mi decreto del 19 de « *marzo, abdicando la corona en mi hijo, fue forzado por precaver* « mayores males y la efusion de sangre de mis queridos vasallos, « y por tanto de ningun valor. — Yo EL REY. — Aranjuez, 21 de « marzo de 1808. »

(* Ap. n. II.)

Del cúmulo de pruebas que hemos tenido á la vista en un punto tan delicado é importante, conjeturamos fundadamente que Cárlos, cuya abdicacion fue considerada por la generalidad como un acto de su libre y espontánea voluntad, y la cual el mismo monarca, de carácter indolente y flojo, dió momentáneamente con gusto, abandonado despues por todos, solo y no acatado cual solia cuando empuñaba el cetro, advirtió muy luego la diferencia que media entre un soberano reinante y otro desposeido y retirado. Fuéle doloroso en su triste y solitaria situacion comparar lo que habia sido y lo que ahora era, y dió bien pronto indicio de pesarle su precipitada resolucion. El arrepentimiento de haber renunciado fue en adelante tan constante y tan sincero, que no solo en Bayona mostraba á las claras la violencia que se habia empleado contra su persona, sino que todavía en Roma en 1816 repetia á cuantos españoles iban á verle y en quienes tenia confianza que su hijo no era legítimo rey de España, y que solo él Cárlos IV era el verdadero soberano. No menos ahondaba y quebrantaba el corazon de la reina el triste recuerdo de su perdido influjo y poderío: andaba despechada con la ingratitud de tantos mudables cortesanos antes en apariencia partidarios adictos y afectuosos, y grandemente la atribulaban los riesgos que cercaban á su idolatrado amigo. Ambos, en fin, sintieron el haber descendido del trono, acusándose á sí mismos de la sobrada celeridad con que habian cedido á los temores de una violenta sublevacion. No fueron los primeros reyes que derramaron lágrimas tardías en memoria de su antiguo y renunciado poder.

Pesarosos Cárlos y María Luisa y dispuestos sus ánimos á deshacer lo que inconsideradamente habian ofrecido y ejecutado el dia 19, vislumbraron un rayo de halagüeña esperanza al ver el respeto y miramiento con que eran tratados por los principales gefes del ejército extrangero. Entonces pensaron seriamente en recobrar la perdida autoridad, fundando mas particularmente su reclamacion en la razon poderosa de haber abdicado en medio de una sedicion popular y de una sublevacion de la soldadesca. Murat, si no fue quien primero sugirió la idea, al menos puso gran conato en sostenerla, porque con ella fo-

Siguen los tratos entre Murat y los reyes padres.

mentando la desunion de la familia real, minaba por su cimiento la legitimidad del nuevo rey, y ofrecia á su gobierno un medio plausible de entrometerse en las disensiones interiores, mayormente acudiendo á buscar el anciano y desposeido Cárlos reparo y ayuda en su aliado el emperador de los franceses.

Murat, al paso que urdia aquella trama ó que por lo menos ayudaba á ella, no cesaba de anunciar la próxima llegada de Napoleon, insinuando mañosamente á Fernando por medio de sus consejeros cuán conveniente seria que, para allanar cualesquiera dificultades que se opusiesen al reconocimiento, saliera á esperar á su augusto cuñado el emperador. Por su parte el nuevo gobierno procuraba con el mayor esfuerzo granjear la voluntad del gabinete de Francia.

(* Ap. n. 42.) Ya en 20 de marzo se mandó al consejo * publicar que Fernando VII, lejos de mudar el sistema político de su padre respecto de aquel imperio, pondria su esmero en estrechar los preciosos vínculos de amistad y alianza que entre ambos subsistian, encargándose con especialidad recomendar al pueblo que tratase bien y acogiese con afecto al ejército francés. Se despacharon igualmente órdenes á las tropas de Galicia que habian dejado á Oporto, para que volviesen á aquel punto; y á las de Solano, que estaban ya en Extremadura en virtud de lo últimamente dispuesto por Godoy, se les mandó que retrocediesen á Portugal. Estàs sin embargo se quedaron por la mayor parte en Badajoz, no cuidándose Junot de tener cerca de sí soldados cuya conducta no merecia su confianza.

El pueblo español entre tanto empezaba cada dia á mirar con peores ojos á los extrangeros, cuya arrogancia crecia segun que su morada se prolongaba. Continuamente se suscitaban empeñadas riñas entre los paisanos y los soldados franceses, y el 27 de marzo, de resultas de una mas acalorada y estrepitosa, estuvo para haber en la plazuela de la Cebada una grande conmocion, en la que hubiera podido derramarse mucha sangre. La corte acongojada queria sosegar la inquietud pública, ora por medio de proclamas, ora anunciando y repitiendo la llegada de Napoleon que pondria término á las zozobras é incertidumbre. Era tal en este punto su propio engaño que en 24 de marzo se avisó al público de oficio * « que

(* Ap. n. 43.) « S. M. tenia noticia que dentro de dos dias y medio « á tres llegaria el emperador de los franceses... » Asi ya no solamente se contaban los dias sino las horas mismas: ansiosa impaciencia, desvariada en el modo de expresarse, y afrentosa en un gobierno cuyas providencias hubieran podido descansar en el seguro y firme apoyo de la opinion nacional.

Llega Escoiquiz á Madrid en 28 de marzo. Cosa maravillosa! Cuanto mas se iban en Madrid desengañando todos y comprendiendo los fementidos designios del gabinete de Francia, tanto mas ciego y desatentado se ponia el gobierno español. Acabó de perderle y descarriarle el 28 de marzo con su llegada Don Juan de Escoiquiz,

quien no veia en Napoleon sino al esclarecido, poderoso y heróico defensor del rey Fernando y sus parciales. Deslumbrado con la opinion que de sí propio tenia, creyó que solo á él le era dado acertar con los oportunos medios de sacar airoso y triunfante de la embarazosa posicion á su augusto discípulo, y cerrando los oidos á la voz pública y universal, llamó hácia su persona una severa y terrible responsabilidad. Causa asombro, repetimos, que los engaños y arterias advertidos por el mas ínfimo y rudo de los españoles se ocultasen y obscureciesen á Don Juan Escoiquiz y á los principales consejeros del rey, quienes, por el puesto que ocupaban y por la sagacidad que debia adornarles, hubieran debido descubrir antes que ningun otro las asechanzas que se les armaban. Pero los sucesos que en gran manera concurrian á excitar su desconfianza, eran los mismos que los confortaban y aquietaban. Tal fue el pliego de Izquierdo, de que hablamos en el libro anterior. Las proposiciones en él inclusas, y por las que nada menos se trataba que de ceder las provincias del Ebro allá, y de arreglar la sucesion de España, sobre la cual dentro del reino nadie habia tenido dudas, no despertaron las dormidas sospechas de Escoiquiz ni de sus compañeros. Atentos solo á la propuesta indicada en el mismo pliego de casar á Fernando con una princesa, pensaron que todo iba á componerse amistosamente, llevando tan allá Escoiquiz y los suyos el extravio de su mente, que en su *Idea sencilla* no se detiene en asentar « que su opinion conforme con la del consejo del rey habia « sido que las intenciones mas perjudiciales que podian recelarse « del gobierno francés, eran las del trueque de las provincias mas « allá del Ebro por el reino de Portugal, ó tal vez la cesion de la Na- « varra; » como si la cesion ó pérdida de cualquiera de estas provincias no hubiera sido clavar un agudo puñal en una parte muy principal de la nacion, desmembrándola y dejándola expuesta á los ataques que contra ella intentase dirigir á man salva su poderoso vecino.

Fernan - Nuñez en Tours.

El contagio de tamaña ceguedad habia cundido entre algunos cortesanos, y hubo de ellos quienes sirvieron por su credulidad al entretenimiento y burla de los servidores de Napoleon. Se aventajó á todos el conde de Fernan-Nuñez, quien para merecer primero las albricias, dejando atrás á los que con él habian ido á recibir al emperador de los franceses, se adelantó á toda diligencia hasta Tours. No distante de aquella ciudad cruzándose en el camino con Mr. Bausset, prefecto del palacio imperial, le preguntó con viva impaciencia si estaba ya cerca la novia del rey Fernando, sobrina del emperador. Respondióle aquel que tal sobrina no era del viage ni habia oido hablar de novia ni de casamiento. Tomando entonces Fernan-Nuñez en su ademan un compuesto y misterioso semblante, atribuyó la respuesta del prefecto imperial ó á estudiado disimulo ó á que no estaba en el importante secreto. No dejan estos hechos por leves que parezcan de pintar

los hombres que con su obcecacion dieron *motivo á grandes y trascendentales* acontecimientos.

Lejos Murat de contribuir con su conducta á ofuscar á los ministros del rey, obraba de manera que mas bien ayudaba al desengaño que á mantener la lisonjera ilusion. Continuaba siempre en sus tratos con la reina de Etruria y los reyes padres, no ocupándose en reconocer á Fernando, ni en hacerle siquiera una visita de mera ceremonia y cumplido. A pesar de su desvío bastaba que mostrase el menor deseo para que los ministros del nuevo rey se afanasen por complacerle y servirle. Así fue que habiendo manifestado á Don Pedro Cevallos cuánto le agradaria tener en su poder la espada de Francisco I° depositada en la real armería, le fue al instante entregada en 4 de abril, siendo llevada con gran pompa y acompañamiento y presentada por el marqués de Astorga en calidad de caballerizo mayor. Al par que en sus anteriores procedimientos se portó en este paso el gobierno español débil y sumisamente, el francés dejó ver estrecheza de ánimo en una demanda agena de una nacion famosa por sus hazañas y glorias militares, como si los triunfos de Pavía y el inmortal trofeo ganado en buena guerra, y que adquirieron á España sus ilustres hijos Diego de Avila y Juan de Urbieta, pudieran nunca borrarse de la memoria de la posteridad.

Entrega de la espada de Francisco I.

Napoleon no estaba del todo satisfecho de la conducta de Murat. En una carta que le escribió en 29 de marzo le manifestaba sus temores, y con diestra y profunda mano le trazaba cuanto habia complicado los negocios el acontecimiento de Aranjuez *. Este documento, si fue escrito del modo que despues se ha publicado, muestra el acertado tino y extraordinaria prevision del emperador francés, y que la precipitacion y equivocados informes de Murat perjudicaron muy mucho al pronto y feliz éxito de su empresa. Sin embargo además de las instrucciones que aparecen por la citada carta, debió de haber otras por el mismo tiempo que indicasen ó expresasen mas claramente la idea de llevar á Francia los príncipes de la real familia; pues Murat siguiendo en aquel propósito y no atreviéndose á insistir inmediatamente en sus anteriores insinuaciones de que Fernando fuese al encuentro de Napoleon, propuso como muy oportuna la salida al efecto del infante Don Cárlos, en lo cual conviniendo sin dificultad la corte, partió el infante el 5 de abril. No habian pasado muchos dias ni aun tal vez horas cuando Murat poco á poco volvió á renovar sus ruegos para que el rey Fernando se pusiese tambien en camino y halagase con tan amistoso paso á su amigo el emperador Napoleon. El embajador francés apoyaba lo mismo y con particular eficacia, habiendo en fin claramente descubierto que la política de su amo en los asuntos de España era muy otra de la que antes se habia figurado.

Carta de Napoleon á Murat: viage del infante Don Cárlos.

(* Ap. n. 14.)

Llegada á Madrid del general Savary.

Pero viendo el rey Fernando que su hermano el infante no habia encontrado en Burgos á Napoleon y proseguia adelante sin saber cuál seria el término de su viage, vacilaba todavía en su resolucion. Sus consejeros andaban divididos en sus dictámenes: Cevallos se oponia á la salida del rey hasta tanto que supiera de oficio la entrada en España del emperador francés. Escoiquiz constante en su desvarío sostenia con empeño el parecer contrario, y á pesar de su poderoso influjo hubiera difícilmente prevalecido en el ánimo del rey, si la llegada á Madrid del general Savary no hubiese dado nuevo peso á sus razones y cambiado el modo de pensar de los que hasta entonces habian estado irresolutos é inciertos. Savary, general de division y ayudante de Napoleon, iba á Madrid con el encargo de llevar á Fernando á Bayona, adoptando para ello cuantos medios estimase convenientes al logro de la empresa. Juzgóse que era la persona mas acomodada para desempeñar tan árdua comision, encubriendo bajo un exterior militar y franco profunda disimulacion y astucia. Apenas, por decirlo asi, apeado, solicitó audiencia particular de Fernando, la cual concedida manifestó con aparente sinceridad « que venia de parte del « emperador para cumplimentar al rey y saber de S. M. única- « mente si sus sentimientos con respecto á la Francia eran confor- « mes con los del rey su padre, en cuyo caso el emperador pres- « cindiendo de todo lo ocurrido no se mezclaria en nada de lo interior « del reino, y reconoceria desde luego á S. M. por rey de España « y de las Indias. » Fácil es acertar con la contestacion que daria una corte no ocupada sino en alcanzar el reconocimiento del emperador de los franceses. Savary anunció la próxima llegada de su soberano á Bayona, de donde pasaria á Madrid, insistiendo poco despues en que Fernando saliese á recibirle, con cuya determinacion probaria su particular anhelo por estrechar la antigua alianza que mediaba entre ambas naciones, y asegurando que la ausencia seria tanto menos larga cuanto que se encontraria en Burgos con el mismo emperador. El rey, vencido con tantas promesas y palabras, resolvió al fin condescender con los deseos de Savary, sostenido y apoyado por los mas de los ministros y consejeros españoles.

Cierto que el paso del general francés hubiera podido hacer titubear al hombre mas tenaz y firme si otros indicios poderosos no hubieran contrapesado su aparente fuerza. Ademas era sobrada precipitacion, antes de saberse el viage de Napoleon á España de un modo auténtico y de oficio, exponer la dignidad del rey á ir en busca suya, habiéndose hasta entonces comunicado su venida solo de palabra é indirectamente. Con mayor lentitud y circunspeccion hubiera convenido proceder en negocio en que se interesaban el decoro del rey, su seguridad y la suerte de la nacion, principalmente cuando tantas perfidias habian precedido, cuando Murat tenia conducta tan sospechosa, y cuando en vez de reconocer á

Fernando cuidaba solamente de continuar sus secretos manejos con la antigua corte. Mas el deslumbrado Escoiquiz proseguia no viendo las anteriores perfidias, y achacaba las intrigas de Murat á actos de pura oficiosidad, contrarios á las intenciones de Napoleon. Sordo á la voz del pueblo, sordo al consejo de los prudentes, sordo á lo mismo que se conversaba en todo el ejército extrangero, en corrillos y plazas, se mantuvo porfiadamente en su primer dictámen y arrastró al suyo á los mas de los ministros, dando al mundo la prueba mas insigne de terca y desvariada presuncion, probablemente aguijada por ardiente deseo de ambiciosos crecimientos.

Aviso de Hervas.

Hubo aun para recelarse el que Don José Martinez de Hervas, quien como español y por su conocimiento en la lengua nativa habia venido en compañía del general Savary, avisó que se armaba contra el rey alguna celada, y que obraria con prudente cautela desistiendo del viage ó difiriéndole. Pero ¡oh colmo de ceguedad! los mismos que desacordadamente se fiaban en las palabras de un extrangero, del general Savary, tuvieron por sospechosa la loable advertencia del leal español. Y como si tantos indicios no bastasen, el mismo Savary dió ocasion á nuevos recelos con pedir de órden del emperador que se pusiese en libertad al enemigo declarado é implacable del nuevo gobierno, al odiado Godoy. Incomodó sin embargo la intempestiva solicitud, y hubiera tal vez perjudicado al resuelto viage, si el francés á ruego del Infantado y Ofarril no hubiera abandonado su demanda.

10 de abril, salida del rey para Burgos.

Firmes pues en su propósito los consejeros de Fernando y conducidos por un hado adverso, señalaron el dia 10 de abril para su partida, en cuyo dia salió S. M. tomando el camino de Somosierra para Burgos. Iban en su compañía Don Pedro Cevallos ministro de estado, los duques del Infantado y San Cárlos, el marqués de Muzquiz, Don Pedro Labrador, Don Juan de Escoiquiz, el capitan de guardias de corps conde de Villariezo, y los gentiles hombres de cámara marqués de Ayerbe, de Guadalcázar, y de Feria. La víspera habia escrito Fernando á su padre pidiéndole una carta para el emperador con súplica de que asegurase en ella los buenos sentimientos que le asistian, queriendo seguir las mismas relaciones de amistad y alianza con Francia que se habian seguido en su anterior reinado. Cárlos IV ni le dió la carta, ni le contestó, con achaque de estar ya en cama: precursora señal de lo que en secreto se proyectaba.

Nombramiento de una junta suprema.

Antes de su salida dispuso el rey Fernando que se nombrase una junta suprema de gobierno presidida por su tio el infante Don Antonio y compuesta de los ministros del despacho, quienes á la sazon eran Don Pedro Cevallos de estado, que acompañaba al rey; Don Francisco Gil y Lemus de marina; Don Miguel José de Azanza de hacienda; Don Gonzalo Ofarril de guerra, y Don Sebastian Piñuela de gracia y justicia.

Esta junta segun las instrucciones verbales del rey debia entender en todo lo gubernativo y urgente, consultando en lo demas con S. M.

En tanto que el rey con sus consejeros va camino de Bayona, será bien que nos detengamos á considerar de nuevo resolucion tan desacertada. La pintura triste que para disculparse traza Escoiquiz, en su obra acerca de la situacion del reino, seria juiciosa si en aquel caso se hubiese tratado de medir las fuerzas militares de España y sus recursos pecuniarios con los de Francia, á la manera de una guerra de ejército á ejército y de gobierno á gobierno. Le estaba bien al príncipe de la Paz calcular fundado en aquellos datos como quien no tenia el apoyo nacional; mas la posicion de Fernando era muy otra, siendo tan extraordinario el entusiasmo en favor suyo que un ministro hábil y entendido no debia en aquel caso dirigirse por las reglas ordinarias de la fria razon, sino contar con los esfuerzos y patriotismo de la nacion entera, la cual se hubiera alzado unánimemente á la voz del rey, para defender sus derechos contra la usurpacion extrangera; y las fuerzas de una nacion levantada en cuerpo son tan grandes é incalculables á los ojos de un verdadero estadista, como lo son las fuerzas vivas á las del mecánico. Asi lo pensaba el mismo Napoleon, quien en la carta á Murat del 29 de marzo arriba citada decia: « La revolucion de 20 de marzo prueba que hay energía en los es- « pañoles. Habrá que lidiar contra un pueblo nuevo lleno de valor, « y con el entusiasmo propio de hombres á quienes no han gastado « las pasiones políticas... » Y mas abajo... « Se harán levanta- « mientos en masa que eternizarán la guerra... » Acertado y perspicaz juicio que forma pasmoso contraste con el superficial y poco atinado de Escoiquiz y sus secuaces. Era ademas dar sobrada importancia á un paso de puro ceremonial para concebir la idea que la política de un hombre como Napoleon en asunto de tal cuantía hubiera de moderarse ó alterarse por encontrar al rey algunas leguas mas ó menos lejos; antes bien era propio para encender su ambicion un viage que mostraba imprevision y extremada debilidad. Se cede á veces en política á un acto de fortaleza heróica, nunca á miseros y menguados ruegos.

Sobre el viage del rey.

El rey en su viage fue recibido por las ciudades, villas y lugares del tránsito con inexplicable gozo, haciendo á competencia sus moradores las demostraciones mas señaladas de la lealtad y amor que los inflamaban. Entró en Burgos el 12 de abril sin que hubiese allí ni mas lejos noticia del emperador francés. Deliberóse en aquella ciudad sobre el partido que debia tomarse, de nuevo reiteró sus promesas y artificios el general Savary, y de nuevo se determinó que prosiguiese el rey su viage á Vitoria. Y he aquí que los mismos y mal aventurados consejeros que, sin tratado alguno ni formal negociacion, y solo por

Llega el rey el 12 de abril á Burgos.

meras é indirectas insinuaciones, habian llevado á Fernando hasta Burgos, le llevan tambien á Vitoria, y le traen de monte en valle y de valle en monte en busca de un soberano extrangero, mendigando con desdoro su reconocimiento y ayuda; como si uno y otro fuera necesario y decoroso á un rey que, habiendo subido al solio con universal consentimiento, afianzaba su poder y legitimidad sobre la sólida é incontrastable base del amor y unánime aprobacion de sus pueblos.

Llegó el rey á Vitoria el 14. Napoleon, que habia permanecido en Burdeos algunos dias, salió de allí á Bayona, en donde entró en la noche del 14 al 15, de lo que noticioso el infante Don Cárlos, hasta entonces detenido en Tolosa, pasó á aquella plaza. Savary, sabiendo que el emperador se aproximaba á la frontera, y viendo que ya no le era dado por mas tiempo continuar con fruto sus artificios si no acudia á algun otro medio, resolvió pasar á Bayona llevando consigo una carta de Fernando para Napoleon *. No tardó en recibirse la respuesta estando con ella de vuelta en Vitoria el dia 17 el mismo Savary; y la cual estaba concebida en términos que era suficiente por sí sola á sacar de su error á los mas engañados. En efecto la carta respondia á la última de Fernando, y en parte tambien á la que le habia escrito en 11 de octubre del año pasado. Sembrada de verdades expresadas con cierta dureza, no se soltaba en ella prenda que empeñase á Napoleon á cosa alguna: lo dejaba todo en dudas dando solo esperanzas sobre el ansiado casamiento. Notábase con especialidad en su contexto el injurioso aserto que Fernando « no tenia otros derechos al trono que los que le habia trasmitido « su madre: » frase altamente afrentosa al honor de la reina, y no menos indecorosa al que la escribia que ofensiva á aquel á quien iba dirigida. Pero una carta tan poco circunspecta, tan altanera y desembozada, embelesó al canónigo Escoiquiz, quien se recreaba con la vaga promesa del casamiento. Por entonces vimos lo que escribia á un amigo suyo desde Vitoria, y le faltaban palabras con que dar gracias al Todopoderoso por el feliz éxito que la carta de Napoleon pronosticaba á su viage. Realmente rayaba ya en demencia su continuada obcecacion.

Escribe Fernando á Napoleon: contesta este en 17 de abril.

(* Ap. n. 15.)

Savary auxiliado con la carta aumentó sus esfuerzos y concluyó con decir al rey: « Me dejo cortar la cabeza si al cuarto de hora de « haber llegado S. M. á Bayona no le ha reconocido el empera- « dor por rey de España y de las Indias... Por sostener su em- « peño empezará probablemente por darle el tratamiento de alteza; « pero á los cinco minutos le dará majestad, y á los tres dias estará « todo arreglado, y S. M. podrá restituirse á España inmediata- « mente... » Engañosas y pérfidas palabras que acabaron de decidir al rey á proseguir su viage hasta Bayona.

Sin embargo hubo españoles mas desconfiados ó cautos que,

no dando crédito á semejantes promesas, propusieron varios medios para que el rey se escapase. Todavía hubiera podido conseguirse en Vitoria ponerle en salvo, aunque los obstáculos crecian de dia en dia. Los franceses habian redoblado su vigilancia, y no contentos con los 4000 hombres que ocupaban á Vitoria á las órdenes del general Verdier, habian aumentado la guarnicion especialmente con caballería enviada de Burgos. Savary tenia órden de arrebatar al rey por fuerza en la noche del 18 al 19 si de grado no se mostraba dispuesto á pasar á Francia. Cuidadoso con no faltar á su mandato, estando muy sobreaviso hacia rondar y observar la casa donde el rey habitaba. A pesar de su esmerado zelo la evasion se hubiera fácilmente ejecutado á haberse Fernando resuelto á abrazar aquel partido. Don Mariano Luis de Urquijo, que habia ido de Bilbao á cumplimentarle á su paso por Vitoria, propuso de acuerdo con el alcalde Urbina un medio para que de noche se fugase disfrazado. Hubo tambien otros y varios proyectos, mas entre todos es digno de particular mencion como el mejor y mas asequible el propuesto por el duque de Mahon. Era pues que, saliendo el rey de Vitoria por el camino de Bayona, y dando confianza á los franceses con la direccion que habia tomado, siguiera asi hasta Vergara, en cuyo pueblo abandonando la carretera real torciese del lado de Durango y se encaminase al puerto de Bilbao. Añadia el duque que la evasion seria protegida por un batallon del inmemorial del rey residente en Mondragon, y de cuya fidelidad respondia. Escoiquiz, con quien siempre nos encontraremos cuando se trate de alejar al rey de Bayona y librarle de las armadas asechanzas, dijo: « que « no era necesaria, habiendo S. M. recibido grandes pruebas de « amistad de parte del emperador. » Eran las *grandes pruebas* la consabida carta. El de Mahon no por eso dejó de insistir la misma víspera de la salida para Bayona, habiéndose aumentado las sospechas de todos con la llegada de 300 granaderos á caballo de la guardia imperial. Mas al querer hablar, poniéndole la mano en la boca, pronunció Escoiquiz estas notables palabras: « Es negocio « concluido, mañana salimos para Bayona: se nos han dado todas « las seguridades que podíamos desear. »

Tentativas o proposiciones para que el rey se escape.

Tratóse en fin de partir. Sabedor el pueblo se agrupó delante del alojamiento del rey, cortó los tirantes de las mulas, y prorumpió en voces de amor y lealtad para que el rey escuchase sus fundados temores *. « Todo fue en vano. Apaciguándose el bullicio á duras penas, se publicó un decreto en que afirmaba el rey « estar « cierto de la sincera y cordial amistad del emperador de los fran- « ceses, y que antes de cuatro ó seis dias darian gracias á Dios y « á la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquietaba. »

Proclama al partir el rey de Vitoria.

(* Ap. n. 16.)

Partió el rey de Vitoria el 19 de abril y en el mismo llegó

Sale de Vitoria el 19 de abril.

á Irun casi solo, habiéndose quedado atras el general Savary por habérsele descompuesto el coche. Se albergó en casa del señor Olazábal sita fuera de la villa, en donde habia de guarnicion un batallon del regimiento de Africa, decidido á obedecer rendidamente las órdenes de Fernando. La providencia á cada paso parecia querer advertirle del peligro, y á cada paso le presentaba medios de salvacion. Mas un ciego instinto arrastraba al rey al horroroso precipicio. Savary tuvo tal miedo de que la importante presa se le escapase, á la misma sazon que ya la tenia asegurada, que llegó á Irun asustado y despavorido.

20 de abril, entrada del rey en Bayona.

El 20 cruzó el rey y toda la comitiva el Bidasoa, y entró en Bayona á las diez de la mañana de aquel dia. Nadie le salió á recibir al camino á nombre de Napoleon. Mas allá de San Juan de Luz encontró á los tres grandes de España comisionados para felicitar al emperador francés, quienes dieron noticias tristes, pues la víspera por la mañana habian oido al mismo de su propia boca que los Borbones nunca mas reinarian en España. Ignoramos porqué no anduvieron mas diligentes en *comunicar al rey el importante aviso, que podria descansadamente* haberle alcanzado en Irun: quizá se lo impidió la vigilancia de que estaban cercados. Abatió el ánimo de todos lo que anunciaron los grandes, echando tambien de ver el poco aprecio que á Napoleon merecia el rey Fernando en el modo solitario con que le dejaba aproximarse á Bayona, no habiendo salido persona alguna elevada en dignidad á cumplimentarle y honrarle, hasta que á las puertas de la ciudad misma se presentaron con aquel objeto el príncipe de Neuchatel y Duroc gran mariscal de palacio. Admiró en tanto grado á Napoleon ver llegar á Fernando sin haberle especialmente convidado á ello, que al anunciarle un ayudante su próximo arribo exclamó: « ¿Cómo?... ¿viene?... no, no es posible... » Aun no conocia personalmente á los consejeros de Fernando.

Sigue la correspondencia entre Murat y los reyes padres.

Despues de la partida del rey prosiguiendo Murat en su principal propósito de apoyar las intrigas que se preparaban en la enemistad y despecho de los reyes padres, avivó la correspondencia que con ellos habia entablado. Hasta entonces no habian conferenciado juntos, siendo sus ayudantes y la reina de Etruria el conducto por donde se entendian. Mucho desagradaron los secretos tratos de la última, á los que particularmente la arrastró el encendido deseo de conseguir un trono para su hijo, aunque sus esfuerzos fueron vanos. En la correspondencia, despues de ocuparse en el asunto que mas interesaba á Murat y su gobierno, esto es, el de la protesta de Cárlos IV, llamó á la reina y á su esposo intensamente la atencion la desgraciada suerte de su amigo Godoy, *del pobre principe de la Paz*, con cuyo epiteto á cada paso se le denomina en las cartas de María Luisa. Duda el discurso al leer esta correspondencia, si es mas de

maravillar la constante pasion de la reina por el favorito, ó la ciega amistad del rey. Confundian ambos su suerte con la del desgraciado á punto que decia la reina: « Si no se salva el príncipe de la Paz, « y si no se nos concede su compañía, moriremos el rey mi marido « y yo. » Es digna de la atenta observacion de la historia mucha parte de aquella correspondencia, y señaladamente lo son algunas cartas de la reina madre. Si se prescinde del enfado y acrimonia con que estan escritas ciertas cláusulas, da su contexto mucha luz sobre los importantes hechos de aquel tiempo, y en él se pinta al vivo y con colores por desgracia harto verdaderos el carácter de varios personages de aquel tiempo. Posteriores acontecimientos nos harán ver lastimosamente con cuánta verdad y conocimiento de los originales trazó la reina María Luisa algunos de estos retratos. Los reyes padres habian desde marzo continuado en Aranjuez, teniendo para su guardia tropas de la casa real. Tambien habia fuerza francesa á las órdenes del general Watier, socolor de proteger á los reyes y continuar dando mayor peso á la idea de haberse ejercido contra ellos particular violencia en el acto de la abdicacion. El 9 de abril pasaron al Escorial por insinuacion de Murat con el intento de aproximarlos al camino de Francia. No tuvieron allí otra guardia mas que la de las tropas francesas y los carabineros reales.

Pasan los reyes padres al Escorial.

En Madrid apenas habia salido el rey cuando Murat pidió con ahinco á la junta que se le entregase á Don Manuel Godoy; afirmando que asi se lo habia ofrecido Fernando la víspera de su partida en el cuarto de la reina de Etruria: asercion tanto mas dudosa cuanto, si bien allí se encontraron, parece cierto que nada se dijeron, retenidos por no querer ni uno ni otro ser el primero á romper el silencio. Resistiéndose la junta á dar libertad al preso, amenazó Murat con que emplearia la fuerza si al instante no se le ponia en sus manos. Afanábase por ser dueño de Godoy, considerándole necesario instrumento para influir en Bayona en las determinaciones de los reyes padres, á quienes por otra parte en las primeras vistas que tuvo con ellos en el Escorial uno de aquellos dias les habia prometido su libertad. La junta se limitó por de pronto á mandar al consejo con fecha del 13 que suspendiese el proceso intentado contra Don Manuel Godoy hasta nueva órden de S. M., á quien se consultó por medio de Don Pedro Cevallos. La posicion de la junta realmente era muy angustiada, quedando expuesta á la indignacion pública si le soltaba, ó á las iras del arrebatado Murat si le retenia. Don Pedro Cevallos contestó desde Vitoria que se habia escrito al emperador ofreciendo usar con Godoy de generosidad perdonándole la vida, siempre que fuese condenado á la pena de muerte. Bastóle esta contestacion á Murat para insistir en 20 de abril en la soltura del preso con el objeto de enviarle á Francia, y con engaño y des-

Entrega de Godoy en 20 de abril.

preciadora befa decia á su nombre el general Belliard en su oficio* : « El gobierno y la nacion española solo hallarán « en esta resolucion de S. M. I. nuevas pruebas del in- « terés que toma por la España, porque alejando al príncipe de la « Paz quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible « que Cárlos IV volviese el poder y su confianza al que debe ha- « berla perdido para siempre. » ¡Asi se escribia á una autoridad puesta por Fernando y que no reconocia á Cárlos IV! La junta accedió á lo último á la demanda de Murat, habiéndose opuesto con firmeza el ministro de marina Don Francisco Gil y Lemus. Mucho se motejó la condescendencia de aquel cuerpo; sin embargo eran tales y tan espinosas las circunstancias que con dificultad se hubiera podido estorbar con exito la entrega de Don Manuel Godoy. Acordada que ésta fue, se dieron las convenientes órdenes al marqués de Castelar, quien antes de obedecer, temeroso de algun nuevo artificio de los franceses, pasó á Madrid á cerciorarse de la verdad de boca del mismo infante presidente. El pundonoroso general, al oir la confirmacion de lo que tenia por falso, hizo dejacion de su destino, suplicando que no fuesen los guardias de corps quienes hiciesen la entrega, sino los granaderos provinciales. El bueno del infante le replicó « que en aquella entrega consistia el que su so- « brino fuese rey de España : » á cuya poderosa razon cedió Castelar, y puso en libertad al preso Godoy á las 11 de la noche del mismo dia 20, entregándole en manos del coronel francés Martel. Sin detencion tomaron el camino de Bayona, adonde llegó Godoy con la escolta francesa el 26, habiéndosele reunido poco despues su hermano Don Diego. Se albergó aquel en una quinta que le estaba preparada á una legua de la ciudad, y á poco tuvo con Napoleon una larga conferencia. El rey si bien no desaprobó la conducta de la junta, tampoco la aplaudió, elogiando de propósito al consejo que se habia opuesto á la entrega. En asunto de tanta gravedad procuraron todos sincerar su modo de proceder; entre ellos se señaló el marqués de Castelar, apreciable y digno militar, quien envió para informar al rey no menos que á tres sugetos, á su segundo el brigadier Don José Palafox, á su hijo el marqués de Belveder y al ayudante Butron. Asi y como milagrosamente se libró Godoy de una casi segura y desastrada muerte.

(* Ap. n. 47.)

Quejas y tentativas de Murat.

En todos aquellos dias no habia cesado Murat de incomodar y acosar á la junta con sus quejas é infundadas reclamaciones. El 16 habia llamado á Ofarril para lamentarse con acrimonia ó ya de asesinatos, ó ya de acopios de armas que se hacian en Aragon. Eran éstos meros pretextos para encaminar su plática á asunto mas serio. Al fin le declaró el verdadero objeto de la conferencia. Era pues que el emperador no reconocia en España otro rey sino á Cárlos IV, y que habiendo para ello recibido órdenes suyas iba á publicar una proclama que manuscrita

le dió á leer. Se suponia extendida por el rey padre, asegurando en ella haber sido forzada su abdicacion, como asi se lo habia comunicado á su aliado el emperador de los franceses, con cuya aprobacion y arrimo volveria á sentarse en el solio. Absorto Ofarril con lo que acababa de oir informó de ello á la junta, la cual de nuevo comisionó al mismo en compañia de Azanza para apurar mas y mas las razones y el fundamento de tan extraña resolucion. Murat acompañado del conde de Laforest se mantuvo firme en su propósito, y solo consintió en aguardar la última contestacion de la junta que verbalmente y por los mismos encargados respondió: «1° que « Cárlos IV y no el gran duque debia comunicarle su determinacion; « 2° que comunicada que le fuese se limitaria á participarla á Fer« nando VII; y 3° pedia que, estando Cárlos IV próximo á salir « para Bayona, se guardase el mayor secreto y no ejerciese duran« te el viage ningun acto de soberania.» En seguida pasó Murat al Escorial, y poniéndose de acuerdo con los reyes padres (* Ap. n. 48.) escribió Cárlos IV á su hermano el infante Don Antonio una carta en la que aseguraba haber sido forzada su abdicacion del 19 de marzo, y que en aquel mismo dia habia protestado solemnemente contra dicho acto. Ahora reiteraba su primera declaracion confirmando provisionalmente á la junta en su autoridad como igualmente á todos los empleados nombrados desde el 19 de marzo último, y anunciaba su próxima salida para ir á encontrarse con su aliado el emperador de los franceses. Es digno de reparo que en aquella carta expresase Cárlos IV haber protestado solemnemente el 19, cuando despues dató su protesta del 21, cuya fecha ya antes advertimos envolvia contradiccion con cartas posteriores escritas por el mismo monarca. Prueba notable y nueva de la precipitacion con que en todo se procedió, y del poco concierto que entre sí tuvieron los que arreglaron aquel negocio; puesto que, fuera la protesta extendida en el dia de la abdicacion ó fuéralo despues, siendo Cárlos IV y sus confidentes los dueños y únicos sabedores de su secreto, hubieran por lo menos debido coordinar unas fechas cuya contradiccion habia de desautorizar acto de tanta importancia, mayormente cuando la legitimidad ó fuerza de la protesta no dimanaba de que se hubiese realizado el 19, el 21, ó el 23, sino de la falta de libre voluntad con que aseguraban ellos habia sido dada la abdicacion. Respecto de lo cual, como se habia verificado en medio de conmociones y bullicios populares, solo Cárlos IV era el único y competente juez, y no habiendo variado su situacion en los tres dias sucesivos á punto que pudiera atribuirse su silencio á completa conformidad, siempre estaba en el caso de alegar fundadamente que cercado de los mismos riesgos no habia osado extender por escrito un acto que descubierto hubiera sobremanera comprometido su persona y la de su esposa. En nada de eso pensaron; creye-

Reclama Cárlos IV la corona, y anuncia su viage á Bayona.

ron de mas al parecer detenerse en cosas que imaginaron leves, bastándoles la protesta para sus premeditados fines. Cárlos IV, despues de haber remitido igual acto á Napoleon, en compañia de la reina y de la hija del príncipe de la Paz se puso en camino para Bayona el dia 25 de abril, escoltado por tropas francesas y carabineros reales, los mismos que le habian hecho la guardia en el Escorial. Fácil es figurarse cuán atribulados debieron quedar el infante y la junta con novedades que obscurecian y encapotaban mas y mas el horizonte político.

Inquietud en Madrid.

La salida de Godoy, las conferencias de Murat con los reyes padres, la arrogancia y modo de explicarse de gran parte de los oficiales franceses y de su tropa, aumentaban la irritacion de los ánimos, y á cada paso corria riesgo de alterarse la tranquilidad pública de Madrid y de los pueblos que ocupaban los extrangeros. Un incidente agravó en la capital estado tan crítico. Murat habia ofrecido á la junta guardar reservada la protesta de Cárlos IV, pero á pesar de su promesa no tardó en faltar á ella, ó por indiscrecion propia, ó por el mal entendido zelo de sus subalternos. El dia 20 de abril se presentó al consejo el impresor Eusebio Alvarez de la Torre para avisarle que dos agentes franceses habian estado en su casa con el objeto de imprimir una proclama de Cárlos IV. Ya habia corrido la voz por el pueblo, y en la tarde hubiera habido una grande conmocion, si el consejo de antemano no hubiese enviado al alcalde de casa y corte Don Andrés Romero, quien sorprendió á los dos franceses Funiel y Ribat con las pruebas de la proclama. Quiso el juez arrestarlos, mas ni consintieron ellos en ir voluntariamente, ni en declarar cosa alguna sin órden prévia de su gefe el general Grouchi gobernador francés de Madrid. Impaciente el pueblo se agolpó á la imprenta, y temiendo el alcalde que al sacarlos fuesen dichos franceses víctimas del furor popular, los dejó allí arrestados hasta la determinacion del consejo, el cual, no osando tomar sobre sí la resolucion, acudió á la junta que, no queriendo tampoco comprometerse, dispuso ponerlos en libertad, exigiendo solamente de Murat nueva promesa de que en adelante no se repetirian iguales tentativas. Tan débiles é irresolutas andaban las dos autoridades en quienes se libraba entónces la suerte y el honor nacional. La libertad de Godoy y el caso sucedido en la imprenta, al parecer poco importante, fueron acontecimientos que muy particularmente indispusieron el espíritu público contra los franceses. En el último claramente aparecia el deseo de reponer en el trono á Cárlos IV, y renovar asi las crueles y recientes llagas del anterior reinado; y con el primero se arrancaba de manos de la justicia y se daba suelta al objeto odiado de la nacion entera.

Alboroto en Toledo.

No se circunscribia á Madrid la pública inquietud. En Toledo el dia 21 de abril se turbó tambien la tranquilidad por la imprudencia del ayudante general Marcial Tomas,

que habia salido enviado á aquella ciudad con el objeto de disponer alojamientos para la tropa francesa. Explicábase sin rebozo contra el ensalzamiento de Fernando VII, afirmando que Napoleon habia decidido restablecer en el trono á Cárlos IV. Esparcidos por el vecindario semejantes rumores, se amotinó el pueblo agavillándose en la plaza de Zocodover, y paseando armado por las calles el retrato de Fernando, á quien todos tenian que saludar ó acatar, fueran franceses ó españoles. La casa del corregidor Don José Joaquin de Santa María, y las de los particulares Don Pedro Segundo y Don Luis del Castillo fueron acometidas y públicamente quemados sus muebles y efectos, achacándose á estos sujetos afecto al valido y á Cárlos IV: crímen entónces muy grave en la opinion popular. Duró el tumulto dos dias. Le apaciguó el cabildo y la llegada del general Dupont, quien con la suficiente fuerza pasó el 26 de Aranjuez á aquella ciudad. Iguales ruidos y alborotos hubo en Burgos por aquellos dias de resultas de haber detenido los franceses á un correo español. El intendente marqués de la Granja estuvo muy cerca de perecer á manos del populacho, y hubo con esta ocasion varios heridos. En Burgos.

Apoyado en aquellos tumultos provocados por la imprudencia ú osadía francesa, y seguro por otra parte de que Fernando habia atravesado la frontera, levantó Murat su imperioso y altanero tono, encareciendo agravios é importunando con sus peticiones. Guardaba con la junta, autoridad suprema de la nacion, tan poco comedimiento que en ocasiones graves procedia sin contar con su anuencia. Asi fue que queriendo Bonaparte congregar en Bayona una diputacion de españoles, para que en tierra extraña tratase de asuntos interiores del reino, á manera de la que antes habia reunido en Leon respecto de Italia; y habiendo Murat comunicado dicha resolucion á la junta gubernativa á fin de que nombrase sugetos y arreglase el modo de convocacion; al tiempo que esta en medio de sus angustias entraba en deliberacion acerca de la materia, llegó á su noticia que el gran duque Murat habia por sí escojido al intento ciertas personas, quienes, rehusando pasar á Francia sin órden ó pasaporte de su gobierno, le obligaron á dirigirse á la misma junta para obtenerlos. Diólos aquella, creciendo en debilidad á medida que el francés crecia en insolencia. Conducta altanera de Murat.

Mas adelante volveremos á hablar de la reunion que se indicaba para Bayona. Ahora conviene que paremos nuestra atencion en la conducta de la junta suprema, autoridad que quedó al frente de la nacion y la gobernó hasta que grandes y gloriosos levantamientos limitaron su fuerza dominacion á Madrid y puntos ocupados por los franceses. A pesar de no haber sido su mando muy duradero varió en su composicion, ya por el número de sugetos que despues se agregaron, ya por la mudanza y alteracion sustancial que experimentó el en- Conducta de la junta y medidas que propone.

trar Murat á presidirla. Nos ceñiremos por de pronto al espacio de su gobernacion que comprende hasta los primeros dias de mayo, en cuyo tiempo se componia de las personas antes indicadas bajo la presidencia del infante Don Antonio, asistiendo con frecuencia á sus sesiones el príncipe de Castelfranco, el conde de Montarco y Don Arias Mon gobernador del consejo. Se agregaron en 1° de mayo por resolucion de la misma junta todos los presidentes y decanos de los consejos, y se nombró por secretario al conde de Casavalencia. En su difícil y ardua posicion hostigada de un lado por un gefe extrangero impetuoso y altivo, y reprimida de otro con las incertidumbres y contradicciones de los que habian acompañado al rey á Bayona, puede encontrar disculpa la flojedad y desmayo con que generalmente obró durante todos aquellos dias. Hubiérase tambien achacado su indecision al modo restricto con que Fernando la habia autorizado á su partida, si Don Pedro Cevallos no nos hubiera dado á conocer que para acudir al remedio de aquel olvido ó falta de prevision, se le habia enviado á dicha junta desde Bayona una real orden para « que ejecutase cuanto « convenia al servicio del rey y del reino, y que al efecto usase « de todas las facultades que S. M. desplegaria si se hallase dentro « de sus estados. » Parece ser que el decreto fue recibido por la junta, y en verdad que con él tenia ancho campo para proceder sin trabas ni miramiento. Sin embargo constante en su timidez é irresolucion no se atrevió á tomar medida alguna vigorosa sin consultar de nuevo al rey. Fueron despachados con aquel objeto á Bayona Don Evaristo Perez de Castro y Don José de Zayas : llegó el primero sin tropiezo á su destino : detúvose al segundo en la raya. Susurróse entonces que una persona bien enterada del itinerario del último lo habia revelado para entorpecer su mision : no fue asi con Perez de Castro, quien encubrió á todos el camino ó extraviada vereda que llevaba. La junta remitia por dichos comisionados cuatro preguntas acerca de las cuales pedia instrucciones. « 1ª Si convenia autorizar á la junta á sustituirse en caso necesa- « rio en otras personas, las que S. M. designase, para que se tras- « ladasen á parage en que pudiesen obrar con libertad, siempre « que la junta llegase á carecer de ella. 2ª Si era la voluntad de « S. M. que empezasen las hostilidades, el modo y tiempo de po- « nerlo en ejecucion. 3ª Si debia ya impedirse la entrada de nue- « vas tropas francesas en España, cerrando los pasos de la fron- « tera. 4ª Si S. M. juzgaba conducente que se convocasen las « córtes, dirijiendo su real decreto al consejo, y en defecto de « este (por ser posible que al llegar la respuesta de S. M. no es- « tuviera ya en libertad de obrar) á cualquiera chancillería ó au- « diencia del reino. »

Preguntas eran estas con que mas bien daba indicio la junta de querer cubrir su propia responsabilidad, que de desear su aproba-

cion. Con todo habiendo dentro de su seno individuos sumamente adictos al bien y honor de su patria, no pudieron menos de acordarse con oportunidad algunas resoluciones, que ejecutadas con vigor hubieran sin duda influido favorablemente en el giro de los negocios. Tal fue la de nombrar una junta que sustituyese á la de Madrid, llegado el caso de carecer esta de libertad. Propuso tan acertada providencia el firme y respetable Don Francisco Gil y Lemus, impelido y alentado por una reunion oculta de buenos patriotas que se congregaban en casa de su sobrino Don Felipe Gil Taboada. Fueron los nombrados para la nueva junta el conde de Ezpeleta capitan general de Cataluña que debia presidirla, Don Gregorio García de la Cuesta capitan general de Castilla la Vieja, el teniente general Don Antonio de Escaño, Don Gaspar Melchor de Jovellanos, y en su lugar y hasta tanto que llegase de Mallorca, Don Juan Perez Villamil, y Don Felipe Gil Taboada. El punto señalado para su reunion era Zaragoza, y el último de los nombrados salió para dicha ciudad en la mañana misma del aciago 2 de mayo, en compañía de Don Damian de la Santa que debia ser secretario. Luego veremos cómo se malogró la ejecucion de tan oportuna medida.

Creacion de una junta que la sustituya.

Los individuos que en la junta de Madrid propendian á no exponer á riesgo sus personas abrazando un activo y eficaz partido, se apoyaban en el mismo titubear de los ministros y consejeros de Bayona, quienes ni entre sí andaban acordes, ni sostenian con uniformidad y firmeza lo que una vez habian determinado. Hemos visto antes como Don Pedro Cevallos habia expedido un decreto autorizando á la junta para que obrase sin restriccion ni traba alguna; de lo que hubiéramos debido inferir cuán resuelto estaba á sobrellevar con fortaleza los males que de aquel decreto pudieran originarse á su persona y á los demas españoles que rodeaban al rey. Pues era tan al contrario que el mismo Don Pedro envió á decir á la junta en 23 de abril por Don Justo Ibarnavarro oidor de Pamplona, que llegó á Madrid en la noche del 29*, « que no se hiciese novedad « en la conducta temida con los franceses, para evitar funestas consecuencias contra el rey y cuantos españoles (porque no se olvidan) acompañaban á S. M. » El mencionado oidor, despues de contar lo que pasaba en Bayona, tambien anunció de parte de S. M. « que estaba resuelto á perder primero la vida que á acceder á una « inicua renuncia... y que con esta seguridad procediese la junta: » asercion algun tanto incompatible con el encargo de Don Pedro Cevallos. Siendo tan grande la vacilacion de todos, siendo tantas y tan frecuentes sus contradicciones, fue mas fácil que despues cada uno descargase su propia responsabilidad, echándose recíprocamente la culpa. Por consiguiente si en este primer tiempo procedió la junta de Madrid con duda y perplejidad, las circunstancias eran harto

Llegada á Madrid de Don Justo Ibarnavarro.

(* Ap. n. 19.)

graves para que no sea disimulable su indecisa y á veces débil conducta, examinándola á la luz de la rigurosa imparcialidad.

Posicion de los franceses en Madrid.

La fuerte y hostil posicion de los franceses era tambien para desalentar al hombre mas brioso y arrojado. Tenian en Madrid y sus alrededores 25,000 hombres, ocupando el Retiro con numerosa artillería. Dentro de la capital estaba la guardia imperial de á pie y de á caballo con una division de infantería mandada por el general Musnier, y una brigada de caballería. Las otras divisiones del cuerpo de observacion de las costas del océano, á las órdenes del mariscal Moncey, se hallaban acantonadas en Fuencarral, Chamartin, convento de San Bernardino, Posuelo y la Casa de Campo. En Aranjuez, Toledo y el Escorial habia divisiones del cuerpo de Dupont, de suerte que Madrid estaba ocupado y circundado por el ejército extrangero, al paso que la guarnicion española constaba de poco mas de 3000 hombres, habiéndose insensiblemente disminuido desde los acontecimientos de marzo. Mas el vecindario, en lugar de contener y reprimir su disgusto, le manifestaba cada dia mas á cara descubierta y sin poner ya límites á su descontento. Eran extraordinarias la impaciencia y la agitacion, y ora delante de la imprenta real para aguardar la publicacion de una gaceta, ora delante de la casa de correos para saber noticias, se veian constantemente grupos de gente de todas clases. Los empleados dejaban sus oficinas, los operarios sus talleres, y hasta el delicado sexo sus caseras ocupaciones para acudir á la puerta del Sol y sus avenidas, ansiosos de satisfacer su noble curiosidad: interés loable y señalado indicio de que el fuego patrio no se habia aun extinguido en los pechos españoles.

Revistas de Murat.

Murat por su parte no omitia ocasion de ostentar su fuerza y sus recursos para infundir pavor en el ánimo de la desasosegada multitud. Todos los domingos pasaba revista de sus tropas en el paseo del Prado, despues de haber oido misa en el convento de Carmelitas descalzos calle de Alcalá. La demostracion religiosa acompañada de la estrepitosa reseña, lejos de conciliar los ánimos ó de arredrarlos, los llenaba de enfado y enojo. No se creia en la sinceridad de la primera tachándola de impio fingimiento, y se veia en la segunda el deliberado propósito de insultar y de atemorizar con estudiada apariencia á los pacíficos, si bien ofendidos moradores. De una y otra parte fue creciendo la irritacion siendo por ambas extremada. El español tenia á vilipendio el orgullo y desprecio con que se presentaba el extrangero, y el soldado francés temeroso de una oculta trama anhelaba por salir de su situacion penosa, vengándose de los desaires que con frecuencia recibia. A tal punto habia llegado la agitacion y la cólera, que al volver Murat el domingo 1° de mayo de su acostumbrada revista, y á su paso por la puerta del Sol, fue escarnecido y silbado con escándalo de su comitiva por el numeroso pueblo que allí á la sazon se encontraba. Se-

mejante estado de cosas era demasiado violento para que se prolongase sin haber de ambas partes un abierto y declarado rompimiento. Solo faltaba oportuna ocasion, la cual desgraciadamente se ofreció muy luego.

Pide la salida para Francia del infante Don Francisco y reina de Etruria.

El 30 de abril presentó Murat una carta de Cárlos IV para que la reina de Etruria y el infante Don Francisco pasasen á Bayona. Se opuso la junta á la partida del infante, dejando á la reina que obrase segun su deseo. Reiteró Murat el 1° de mayo la demanda acerca del infante, tomando á su cuidado evitar á la junta cualquiera desazon ó responsabilidad. Tratóse largamente en ella si se habia ó no de acceder: los pareceres anduvieron muy divididos, y hubo quien propuso resistir con la fuerza. Consultóse acerca del punto con Don Gonzalo Ofarril como ministro de la guerra, quien trazó un cuadro en tal manera triste, si bien cierto, de la situacion de Madrid apreciada militarmente, que no solo arrastró á su opinion la de la mayoría, sino que tambien se convino en contener con las fuerzas nacionales cualquiera movimiento del pueblo. Hasta ahora la junta habia sido débil é indecisa: en adelante menos atenta á sus sagrados deberes irá poco á poco uniéndose y estrechándose con el orgulloso invasor. Resuelto pues el viage de la reina de Etruria conforme á su libre voluntad, y el del infante Don Francisco por consentimiento de la junta, se señaló la mañana siguiente para su partida.

2 de mayo.

Amaneció en fin el 2 de mayo, dia de amarga recordacion, de luto y desconsuelo, cuya dolorosa imágen nunca se borrará de nuestro afligido y contristado pecho. Un présago é inexplicable desasosiego pronosticaba tan aciago acontecimiento, ó ya por aquel presentir oscuro que á veces antecede á las grandes tribulaciones de nuestra alma, ó ya mas bien por la esparcida voz de la próxima partida de los infantes. Esta voz y la suma inquietud excitada por la falta de dos correos de Francia, habian llamado desde muy temprano á la plazuela de palacio numeroso concurso de hombres y mugeres del pueblo. Al dar las nueve subió en un coche con sus hijos la reina de Etruria, mirada mas bien como princesa extrangera que como propia, y muy desamada por su continuo y secreto trato con Murat: partió sin oponérsele resistencia. Quedaban todavía dos coches, y al instante corrió por la multitud que estaban destinados al viage de los dos infantes Don Antonio y Don Francisco. Por instantes crecia el enojo y la ira, cuando al oir de la boca de los criados de palacio que el niño Don Francisco lloraba y no queria partir, se enternecieron todos, y las mugeres prorumpieron en lamentos y sentidos sollozos. En este estado y alterados mas y mas los ánimos, llegó á palacio el ayudante de Murat Mr. Augusto Lagrange encargado de ver lo que allí pasaba, y de saber si la inquietud popular ofrecia fundados temores de alguna conmocion grave. Al ver al ayudante, conocido

como tal por su particular uniforme, nada grato á los ojos del pueblo, se persuadió este que era venido allí para sacar por fuerza á los infantes. Siguióse un general susurro, y al grito de una mugerzuela: *que nos los llevan!* fue embestido Mr. Lagrange por todas partes, y hubiera perecido á no haberle escudado con su cuerpo el oficial de walonas Don Miguel Desmaisieres y Flores; mas subiendo de punto la gritería y ciegos todos de rabia y desesperacion, ambos iban á ser atropellados y muertos si afortunadamente no hubiera llegado á tiempo una patrulla francesa que los libró del furor de la embravecida plebe. Murat prontamente informado de lo que pasaba envió sin tardanza un batallon con dos piezas de artillería: la proximidad á palacio de su alojamiento facilitaba la breve ejecucion de su órden. La tropa francesa, llegada que fue al parage de la reunion popular, en vez de contener el alboroto en su orígen, sin prévio aviso ni determinacion anterior, hizo una descarga sobre los indefensos corrillos, causando asi una general dispersion, y con ella un levantamiento en toda la capital, porque derramándose con celeridad hasta los mas distantes barrios los prófugos de palacio, cundió con ellos el terror y el miedo, y en un instante y como por encanto se sublevó la poblacion entera.

Acudieron todos á buscar armas, y con ansia á falta de buenas se aprovechaban de las mas arrinconadas y enmohecidas. Los franceses fueron impetuosamente acometidos por do quiera que se les encontraba. Respetáronse en general los que estaban dentro de las casas ó iban desarmados: y con vigor se ensañaron contra los que intentaban juntarse con sus cuerpos ó hacian fuego. Los hubo que arrojando las armas é implorando clemencia se salvaron y fueron custodiados en parage seguro. ¡Admirable generosidad en medio de tan ciego y justo furor! El gentío era inmenso en la calle Mayor, de Alcalá, de la Montera y de las Carretas. Durante algun tiempo los franceses desaparecieron, y los inexpertos madrileños creyeron haber alcanzado y asegurado su triunfo; pero desgraciadamente fue de corta duracion su alegría.

Los extrangeros prevenidos de antemano, y estando siempre en vela, recelosos por la pública agitacion de una populosa ciudad, apresuradamente se abalanzaron por las calles de Alcalá y carrera de San Gerónimo barriéndola con su artillería, y arrollando á la multitud la caballería de la guardia imperial á las órdenes del gefe de escuadron Daumesnil. Señaláronse en crueldad los lanceros polacos y los mamelucos, los que conforme á las órdenes de los generales de brigada Guillot y Daubrai forzaron las puertas de algunas casas, ó ya porque desde dentro hubiesen tirado, ó ya porque asi lo fingieron para entrarlas á saco y matar á cuantos se les presentaban. Asi asaltando entre otras la casa del duque de Hijar en la carrera de San Gerónimo arcabuceaban delante de sus puertas al anciano portero. Estuvieron tambien

próximos á experimentar igual suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, aunque no habian tomado parte en la sublevacion. Salváronlos sus alojados. El pueblo combatido por todas partes fue rechazado y disperso, y solo unos cuantos siguieron defendiéndose y aun atacaron con sobresaliente bizarría. Entre ellos los hubo que vendiendo caras sus vidas se arrojaron en medio de las filas francesas hiriendo y matando hasta dar el postrer aliento: hubo otros que parapetándose en las esquinas de las calles iban de una en otra haciendo continuado y mortífero fuego: algunos tambien en vez de huir aguardaban á pie firme, ó asestaban su último y furibundo golpe contra el gefe ú oficial conocido por sus insignias. ¡Estériles esfuerzos de valor y personal denuedo!

La tropa española permanecia en sus cuarteles por órden de la junta y del capitan general Don Francisco Javier Negrete, furiosa y encolerizada, mas retenida por la disciplina. Entretanto paisanos sin resguardo ni apoyo se precipitaron al parque de artillería, en el barrio de las Maravillas, para sacar los cañones y resistir con mas ventaja. Los artilleros andaban dudosos en tomar ó no parte con el pueblo, á la misma sazon que cundió la voz de haber sido atacado por los franceses uno de los otros cuarteles. Decididos entonces y puestos al frente Don Pedro Velarde y D. Luis Daoiz, abrieron las puertas del parque, sacaron tres cañones y se dispusieron á rechazar el enemigo, sostenidos por los paisanos y un piquete de infantería á los órdenes del oficial Ruiz. Al principio se cogieron prisioneros algunos franceses, pero poco despues una columna de estos de los acantonados en el convento de San Bernardino se avanzó mandada por el general Lefranc, trabándose de ambos lados una porfiada refriega. El parque se defendió valerosamente, menudearon las descargas, y allí quedaron tendidos número crecido de enemigos. De nuestra parte perecieron bastantes soldados y paisanos: el oficial Ruiz fue desde el principio gravemente herido. Don Pedro Velarde feneció atravesado de un balazo: y escaseando ya los medios de defensa con la muerte de muchos, y aproximándose denodadamente los franceses á la bayoneta, comenzaron los nuestros á desalentar y quisieron rendirse. Pero cuando se creia que los enemigos iban á admitir la capitulacion se arrojaron sobre las piezas, mataron á algunos, y entre ellos traspasaron desapiadadamente á bayonetazos á Don Luis Daoiz, herido antes en un muslo. Así terminaron su carrera los ilustres y beneméritos oficiales Daoiz y Velarde: honra y gloria de España, dechado de patriotismo, servirán de ejemplo á los amantes de la independencia y libertad nacional. El reencuentro del parque fue el que costó mas sangre á los franceses, y en donde hubo resistencia mas ordenada.

Entretanto la débil junta azorada y sorprendida pensó en buscar remedio á tamaño mal. Ofarril y Azanza, habiendo recorrido inútilmente los alrededores de palacio, y no siendo escuchados de los

franceses, montaron á caballo y fueron á encontrarse con Murat, quien desde el principio de la sublevacion para estar mas desembarazado y mas á mano de dar órdenes, ya á las tropas de afuera, ya á las de adentro, se colocó con el mariscal Moncey y principales generales fuera de puertas en lo alto de la cuesta de San Vicente. Llegaron allí los comisionados de la junta, y dijeron al gran duque que si mandaba suspender el fuego y les daba para acompañarlos uno de sus generales se ofrecian á restablecer la tranquilidad. Accedió Murat y nombró al efecto al general Harispe. Juntos los tres pasaron á los consejos, y asistidos de individuos de todos ellos se distribuyeron por calles y plazas, y recorriendo las principales alcanzaron que la multitud se aplacase con oferta de olvido de lo pasado y reconciliacion general. En aquel paseo se salvó la vida á varios desgraciados, y señaladamente á algunos traficantes catalanes á ruego de Don Gonzalo Ofarril.

Retirados los españoles, todas las bocacalles y puntos importantes fueron ocupados por los franceses, situando particularmente en las encrucijadas cañones con mecha encendida.

Aunque sumidos todos en dolor profundo, se respiraba algun tanto con la consoladora idea de que por lo menos haria pausa la desolacion y la muerte. ¡Engañosa esperanza! A las tres de la tarde una voz lúgubre y espantosa empezó á correr con la celeridad del rayo. Afirmábase que españoles tranquilos habian sido cogidos por los franceses y arcabuceados junta á la fuente de la puerta del Sol y la iglesia de la Soledad, manchando con su inocente sangre las gradas del templo. Apenas se daba crédito á tamaña atrocidad y conceptuábanse falsos rumores de ilusos y acalorados patriotas. Bien pronto llegó el desengaño. En efecto, los franceses despues de estar todo tranquilo habian comenzado á prender á muchos españoles, que en virtud de las promesas creyeron poder acudir libremente á sus ocupaciones. Prendiéronlos con pretexto de que llevaban armas: muchos no las tenian, á otros solo acompañaba ó una navaja ó unas tijeras de su uso. Algunos fueron arcabuceados sin dilacion, otros quedaron depositados en la casa de correos y en los cuarteles. Las autoridades españolas, fiadas en el convenio concluido con los gefes franceses, descansaban en el puntual cumplimiento de lo pactado. Por desgracia fuimos de los primeros á ser testigos de su ciega confianza. Llevados á casa de Don Arias Mon gobernador del consejo con deseo de librar la vida á Don Antonio Oviedo, quien sin motivo habia sido preso al cruzar de una calle, nos encontramos con que el venerable anciano, rendido al cansancio de la fatigosa mañana, dormia sosegadamente la siesta. Enlazados con él por relaciones de paisanage y parentesco, conseguimos que se le despertase, y con dificultad pudimos persuadirle de la verdad de lo que pasaba, respondiendo á todo que una persona como el gran duque de Berg no podia descaradamente faltar á su

palabra... ¡tanto repugnaba el falso proceder á su acendrada probidad! Cerciorado al fin, procuró aquel digno magistrado reparar por su parte el grave daño, dándonos tambien á nosotros en propia mano la órden para que se pusiese en libertad á nuestro amigo. Sus laudables esfuerzos fueron inútiles, y en balde fueron nuestros pasos en favor de Don Antonio Oviedo. A duras penas penetrando por las filas enemigas con bastante peligro, de que nos salvó el hablar la lengua francesa, llegamos á la casa de correos donde mandaba por los españoles el general Sesti. Le presentamos la órden del gobernador, y friamente nos contestó que, para evitar las continuadas reclamaciones de los franceses, les habia entregado todos sus presos y puéstolos en sus manos: así aquel italiano al servicio de España retribuyó á su adoptiva patria los grados y mercedes con que le habia honrado. En dicha casa de correos se habia juntado una comision militar francesa con apariencias de tribunal; mas por lo comun sin ver á los supuestos reos, sin oirles descargo alguno ni defensa los enviaba en pelotones unos en pos de otros para que pereciesen en el Retiro ó en el Prado. Muchos llegaban al lugar de su horroroso suplicio ignorantes de su suerte; y atados de dos en dos, tirando los soldados franceses sobre el monton, caian ó muertos ó mal heridos, pasando á enterrarlos cuando todavía algunos palpitaban. Aguardaron á que pasase el dia para aumentar el horror de la trágica escena. Al cabo de veinte años nuestros cabellos se erizan todavía al recordar la triste y silenciosa noche, solo interrumpida por los lastimeros ayes de las desgraciadas víctimas y por el ruido de los fusilazos y del cañon que de cuando en cuando y á lo lejos se oia y resonaba. Recogidos los madrileños á sus hogares lloraban la cruel suerte que habia cabido ó amenazaba al pariente, al deudo ó al amigo. Nosotros nos lamentábamos de la suerte del desventurado Oviedo, cuya libertad no habíamos logrado conseguir, á la misma sazon que pálido y despavorido le vimos impensadamente entrar por las puertas de la casa en donde estábamos. Acababa de deber la vida á la generosidad de un oficial francés movido de sus ruegos y de su inocencia, expresados en la lengua extraña con la persuasiva elocuencia que le daba su crítica situacion. Atado ya en un patio del Retiro, estando para ser arcabuceado le soltó, y aun no habia salido Oviedo del recinto del palacio cuando oyó los tiros que terminaron la larga y horrorosa agonía de sus compañeros de infortunio. Me he atrevido á entretener con la relacion general un hecho que, si bien particular, da una idea clara y verdadera del modo bárbaro y cruel con que perecieron muchos españoles, entre los cuales habia sacerdotes, ancianos y otras personas respetables. No satisfechos los invasores con la sangre derramada por la noche, continuaron todavía en la mañana siguiente pasando por las armas á algunos de los arrestados la víspera, para cuya ejecucion desti-

naron el cercado de la casa del príncipe Pio. Con aquel sangriento suceso se dió correspondiente remate á la empresa comenzada el 2 de mayo, dia que cubrirá eternamente de baldon al caudillo del ejército francés, que friamente mandó asesinar, atraillados sin juicio ni defensa, á inocentes y pacíficos individuos. Lejos estaba entonces de prever el orgulloso y arrogante Murat que años despues, cogido, sorprendido y casi atraillado tambien á la manera de los españoles del 2 de mayo, seria arcabuceado sin detenidas formas y á pesar de sus reclamaciones, ofreciendo en su persona un señalado escarmiento á los que ostentan hollar impunemente los derechos sagrados de la justicia y de la humanidad.

Difícil seria calcular ahora con puntualidad la pérdida que hubo por ambas partes. El consejo interesado en disminuirla la rebajó á unos 200 hombres del pueblo. Murat aumentando la de los españoles redujo la suya, acortándola el Monitor, á unos 80 entre muertos y heridos. Las dos relaciones debieron ser inexactas por la sazon en que se hicieron y el diverso interés que á todos ellos movia. Segun lo que vimos y atendiendo á lo que hemos consultado despues y al número de heridos que entraron en los hospitales, creemos que aproximadamente puede computarse la pérdida de unos y otros en 1200 hombres.

Calificaron los españoles el acontecimiento del 2 de mayo de trama urdida por los franceses, y no faltaron algunos de estos que se imaginaron haber sido una conspiracion preparada de antemano por aquellos: suposiciones falsas y desnudas ambas de sólido fundamento. Mas desechando los rumores de entonces, nos inclinamos sí á que Murat celebró la ocasion que se le presentaba y no la desaprovechó, jactándose como despues lo hizo de haber humillado con un recio escarmiento la fiereza castellana. Bien pronto vió cuán equivocado era su precipitado juicio. Aquel dia fue el origen del levantamiento de España contra los franceses, contribuyendo á ello en gran manera el concurso de forasteros que habia en la capital con motivo del advenimiento al trono de Fernando VII. Asustados estos y horrorizados, volvieron á sus casas difundiendo por todas las provincias la infausta nueva y excitando el ódio y la abominacion contra el cruel y fementido extrangero.

Dia 3. Profunda tristeza y abatimiento señalaron el dia 3. Las tiendas y las casas cerradas, las calles solitarias y recorridas solamente por patrullas francesas ofrecian el aspecto de una ciudad desierta y abandonada. Murat mandó fijar en las esquinas una proclama * digna de Atila, respirando sangre y amenazas, con lo que la indignacion, si bien reconcentrada entonces, tomó cada vez mayor incremento y braveza.

(* Ap. n. 20.)

Aterrado asi el pueblo de Madrid, se fue adelante en el propósito de trasladar á Francia toda la real familia, y el mismo dia 3

salió para Bayona el infante Don Francisco. No se habia pasado aquella noche sin que el conde de Lafo- rest y Mr. Freville indicasen en una conferencia secreta al infante Don Antonio la conveniencia y necesidad de que fuese á reunirse con los demas individuos de su familia, para que en presencia de todos se tomasen de acuerdo con el emperador las medidas convenientes al arreglo de los negocios de España. Condescendió el infante, consternado con los sucesos precedentes, y señaló para su partida la madrugada del 4, habiéndose tomado un coche de viage de la duquesa viuda de Osuna, á fin de que caminase mas disimuladamente. Dirigió antes de su salida un papel ó decreto (no sabemos qué nombre darle) á Don Francisco Gil y Lemus como vocal mas antiguo de la junta y persona de su particular confianza. Aunque temamos faltar á la gravedad de la historia, lo curioso del papel asi en la sustancia como en la forma exige que le insertemos aqui literalmente. « Al señor Gil. — A la « junta para su gobierno la pongo en su noticia como me he mar- « chado á Bayona de órden del rey, y digo á dicha junta que ella « sigue en los mismos términos como si yo estuviese en ella. — « Dios nos la dé buena. — A Dios, señores, hasta el valle de Jo- « safat. — ANTONIO PASCUAL. » Basta esta carta del buen infante Don Antonio Pascual para conjeturar cuán superior era á sus fuerzas la pesada carga que le habia encomendado su sobrino. Habia sido siempre reputado por hombre de partes poco aventajadas, y en los breves dias de su presidencia no ganó ni en concepto ni en estimacion. La reina María Luisa le graduaba en sus cartas de hombre de muy *poco talento y luces*, agregábale además le calidad de *cruel*. El juicio de la reina en su primera parte era conforme á la opinion general; pero en lo de *cruel*, á haberse entonces sabido, se hubiera atribuido á injusta calificacion de enemistad personal. Por desgracia la saña con que aquel infante se expresó el año de 1814 contra todos los perseguidos y proscriptos confirmó triste y sobradamente la justicia é imparcialidad con que la reina habia bosquejado su carácter. Aqui acabó por decirlo asi la primera época de la junta de gobierno, hasta cuyo tiempo si bien se echa de menos energía y la conveniente prevision, falta disculpable en tan delicada crísis, no se nota en su conducta connivencia ni reprensibles tratos con el invasor extrangero. En adelante su modo de proceder fue variando y enturbiándose mas y mas. Pero ya es tiempo de que volvamos los ojos á las escenas no menos lamentables que al mismo tiempo se representaban en Bayona.

Salida de los infantes para Francia el 3 y el 4.

Napoleon al dia siguiente de su llegada el 16 de abril dió audiencia en aquella ciudad á una diputacion de portugueses enviada para cumplimentarle, y les ofreció conservar su independencia, no desmembrando parte alguna de su territorio ni agregándolos tampoco á España. No pudo verle el infante Don

Llega Napoleon á Bayona.

Cárlos por hallarse indispuesto; mas Napoleon pasó á visitar en persona á Fernando una hora despues de su arribo, el que se verificó como hemos dicho el dia 20. El recien llegado bajó á recibirle á la puerta de la calle, en donde habiéndose estrechamente abrazado estuvieron juntos corto rato, y solamente se tocaron en la conversacion puntos indiferentes. Fernando fue convidado á comer para aquella misma tarde con el emperador, y á hora señalada yendo en carruages imperiales con su comitiva, fue conducido al palacio de Marrac donde Napoleon residia. Salió este á recibirle hasta el estribo del coche, etiqueta solo usada con las testas coronadas. En la mesa evitó tratarle como príncipe ó como rey. Acabada la comida permanecieron poco tiempo juntos, y se despidieron quedando los españoles muy contentos del agasajo con que habian sido tratados, y renaciendo en ellos la esperanza de que todo iba á componerse bien y satisfactoriamente. Vuelto Fernando á su posada entró en ella muy luego el general Savary con el inesperado mensage de que el emperador habia resuelto irrevocablemente derribar del trono la estirpe de los Borbones, sustituyendo la suya, y que por consiguiente S. M. I. exigia que el rey en su nombre y en el de toda su familia renunciase la corona de España é Indias en favor de la dinastía de Bonaparte. No se sabe si debe sorprender mas la resolucion en si misma y el tiempo y ocasion de anunciarla, ó la serenidad del mensagero encargado de dar la noticia. No habian trascurrido aun cinco dias desde que el general Savary habia respondido con su cabeza de que el emperador reconoceria al príncipe de Asturias por rey si hiciese la demostracion amistosa de pasar á Bayona; y el mismo general encargábase ahora no ya de poner dudas ó condiciones á aquel reconocimiento, sino de intimar al príncipe y á su familia el despojo absoluto del trono heredado de sus abuelos. ¡ Inaudita audacia ! Aguardar tambien para notificar la terrible decision de Napoleon el momento en que acababa de darse á los príncipes de España pruebas de un bueno y amistoso hospedage, fue verdaderamente rasgo de inútil y exquisita inhumanidad, apenas creible á no habérnoslo trasmitido testigos oculares. Los héroes del político florentino, César Borgia y Oliverotto di Fermo, en sus crueldades y excesos parecidos en gran manera á este de Napoleon, hallaban por lo menos cierta disculpa en su propia debilidad y en ser aquella la senda por donde caminaban los príncipes y estados de su tiempo. Mas el hombre colocado al frente de una nacion grande y poderosa, y en un siglo de costumbres mas suaves, nunca podrá justificar ó paliar siquiera ni su aleve resolucion, ni el modo odioso é inoportuno de comunicarla.

Se anuncia á Fernando que renuncie.

Despues del intempestivo y desconsolador anuncio, tuvieron acerca del asunto Don Pedro Cevallos y Don Juan Escoiquiz importantes conferencias. Comenzó la

Conferencias de Escoiquiz y Cevallos.

de Cevallos con el ministro Champagny, y cuando sostenia aquel con teson y dignidad los derechos de su príncipe, en medio de la discusion presentóse el emperador, y mandó á ambos entrar en su despacho, en donde enojado con lo que á Cevallos le habia oido, pues detrás de una puerta habia estado escuchando, le apellidó *traidor*, por desempeñar cerca de Fernando el mismo destino de que habia disfrutado bajo Cárlos IV. Añadidos otros denuestos, se serenó al fin y concluyó con decir « que tenia una política peculiar suya; « que debia (Cevallos) adoptar ideas mas francas, ser menos deli- « cado sobre el pundonor y no sacrificar la prosperidad de España « al interes de la familia de Borbon. »

La primera conferencia de Escoiquiz fue desde luego con Napoleon mismo, quien le trató con mas dulzura y benignidad que á Cevallos, merced probablemente á los elogios que el canónigo le prodigó con larga mano. La conversacion tenida entre ambos nos ha sido conservada por Escoiquiz, y aunque dueño este de modificarla en ventaja suya, lleva visos de verídica y exacta, asi por lo que Bonaparte dice, como tambien por aparecer en ella el bueno de Escoiquiz en su original y perpétua simplicidad. El emperador francés, poco atento á floreos y estudiadas frases, insistió con ahinco en la violencia con que á Cárlos IV se le habia arrancado su renuncia, siendo el punto que principalmente le interesaba. No por eso dejó Escoiquiz de seguir perorando largamente; pero su *ciceróníca arenga*, como por mofa la intitulaba Napoleon, no conmovió el imperial ánimo de este, que terminó la conferencia con autorizar á Escoiquiz para que en nombre suyo ofreciese á Fernando el reino de Etruria en cambio de la corona de España; en cuya propuesta queria dar al príncipe una prueba de su estimacion, prometiendo ademas casarle con una princesa de su familia. Despues de lo cual y de tirarle amistosa si bien fuertemente de las orejas, segun el propio relato del canónigo, dió fin á la conversacion el emperador francés.

Apresuradamente volvió á la posada del rey Fernando Don Juan Escoiquiz, á quien todos aguardaban con ansia. Comunicó la nueva propuesta de Napoleon, y se juntó el consejo de los que acompañaban al rey para discutirla. En él los mas de los asistentes, á pesar de los repetidos desengaños, solo veian en las nuevas proposiciones el deseo de pedir mucho para alcanzar algo, y todos á excepcion de Escoiquiz votaron por desechar la propuesta del reino de Etruria. Cierto que si por una parte horroriza la pérfida conducta de Napoleon, por otra causa lástima y despecho el constante desvarío de los consejeros de Fernando y aquel continuado esperar en quien solo habia dado muestras de mala voluntad. La opinion de Escoiquiz fue aun menos disculpable; la de los otros consejeros se fundaba en un juicio equivocado, pero la del último no solo le deshonraba como español queriendo que se trocase el vasto y poderoso trono de

su patria por otro pequeño y limitado, no solo daba indicio de mísera y personal ambicion, sino que tambien probaba de nuevo imprevision incurable en imaginarse que Bonaparte respetaria mas al nuevo rey de Etruria que lo que habia respetado al antiguo y á los que eran legítimamente príncipes de España.

Continuaron las conferencias habiendo sustituido á Cevallos Don Pedro Labrador, y entendiéndose con Escoquiz Mr. de Pradt obispo de Poitiers. Labrador rompió desde luego sus negociaciones con Mr. de Champagny: los otros prosiguieron sin resultado alguno su recíproco trato y explicaciones. Daba ocasion á muchas de estas conferencias la vacilacion misma de Napoleon, quien deseaba que Fernando renunciase sus derechos, sin tener que acudir á una violencia abierta y tambien para dar lugar á que Cárlos IV y el otro partido de la corte llegasen á Bayona. Asi fue que, la víspera del dia en que se aguardaba á los reyes viejos, anunció Napoleon á Fernando que ya no trataria sino con su padre.

Llegada de Cárlos IV á Bayona.

Ya hemos visto como el 25 de abril habian salido aquellos del Escorial, ansiosos de abrazar á su amigo Godoy, y persuadidos hasta cierto punto de que Napoleon los repondria en el trono. Pruébanlo las conversaciones que tuvieron en el camino, y señaladamente la que en Villa-Real trabó la reina con el duque de Mahon; á quien habiéndole preguntado qué noticias corrian, respondió dicho duque: « Asegúrase que el emperador de los « franceses reune en Bayona todas las personas de la familia real de « España para privarlas del trono. » Paróse la reina como sorprendida, y despues de haber reflexionado un rato, replicó: « Napo« leon siempre ha sido enemigo grande de nuestra familia: sin « embargo ha hecho á Cárlos reiteradas promesas de protegerle, « y no creo que obre ahora con perfidia tan escandalosa. » Arribaron pues á Bayona el 30, siendo desde la frontera cumplimentados y tratados como reyes, y con una distincion muy diversa de aquella con que se habia recibido á su hijo. Napoleon los vió el mismo dia, y no los convidó á comer sino para el siguiente 1° de mayo, queriéndoles hacer el obsequio de que descansasen. Desembarazados de las personas que habian ido á darles el parabien de su llegada, entre quienes se contaba á Fernando, mirado con desvío y enojo por su augusto padre, corrieron Cárlos y María Luisa á los brazos de su querido Godoy, á quien tiernamente estrecharon en su seno una y repetidas veces con gran clamor y llanto.

Come con Napoleon.

Pasaron en la tarde señalada á comer con Napoleon, y habiéndosele olvidado á este invitar al favorito español, al ponerse á la mesa, echándole de menos Cárlos, fuera de sí exclamó: *¿Y Manuel? ¿dónde está Manuel?* Fuéle preciso á Napoleon reparar su olvido, ó mas bien condescender con los deseos del anciano monarca: tan grande era el poderoso influjo que sobre

los hábitos y carácter del último habia tomado Godoy, quien no parecia sino que con bebedizos le habia encantado.

Comparece Fernando en presencia de su padre.

No tardaron mucho unos y otros en ocuparse en el importante y grave negocio que habia provocado la reunion en Bayona de tantos ilustres personages. Muy luego de la llegada de los reyes padres, de acuerdo estos con Napoleon, y siendo Godoy su principal y casi único consejero, se citó á Fernando é intimóle Cárlos, en presencia del soberano extrangero, que en la mañana del dia siguiente le devolviese la corona por medio de una cesion pura y sencilla, amenazándole con que « sino, él, sus « hermanos y todo su séquito serian desde aquel momento tratados « como emigrados. » Napoleon apoyó su discurso, y le sostuvo con fuerza; y al querer responder Fernando se lanzó de la silla su augusto padre, y hablándole con dignidad y fiereza quiso maltratarle, acusándole de haber querido quitarle la vida con la corona. La reina hasta entonces silenciosa se puso enfurecida, ultrajando al hijo con injuriosos denuestos, y á tal punto, segun Bonaparte, se dejó arrastrar de su arrebatada cólera, que le pidió al mismo hiciese subir á Fernando al cadalso: expresion, si fue pronunciada, espantosa en boca de una madre. Su hijo enmudeció y envió una renuncia con fecha 1° de mayo limitada por las condiciones siguientes: « 1ª Que el rey padre volviese á « Madrid, hasta donde le acompañaria Fernando, y « le serviria como * su hijo mas repetuoso. 2ª Que en « Madrid se reuniesen las córtes, y pues que S. M. (el rey padre) « resistia una congregacion tan numerosa, convocasen todos los « tribunales y diputados del reino. 3ª Que á la vista de aquella asamblea formalizaria su renuncia Fernando, exponiendo los motivos « que le conducian á ella. 4ª Que el rey Cárlos no llevase consigo « personas que justamente se habian concitado el odio de la nacion. « 5ª Que si S. M. no queria reinar ni volver á España, en tal caso « Fernando gobernaria en su real nombre, como lugarteniente « suyo; no pudiendo ningun otro ser preferido á él. »

Condiciones de Fernando para su renuncia.

(* Ap. n. 22.)

Son de notar los trámites y formalidades que querian exigirse para hacer la nueva renuncia, siendo asi que todo se habia olvidado y aun atropellado en la anterior de Cárlos. Tambien es digno de particular atencion que Fernando y sus consejeros, quienes por la mayor parte odiaron tanto años adelante hasta el nombre de córtes, hayan sido los primeros que provocaron su convocacion, insinuando ser necesaria para legitimar la nueva cesion del hijo en favor del padre la aprobacion de los representantes de la nacion, ó por lo menos la de una reunion numerosa en que estuvieran los diputados de los reinos. Asi se truecan y trastornan los pareceres de los hombres al son del propio interés, y en menosprecio de la pública utilidad.

No se conforma el padre.

Cárlos IV no se conformó, como era de esperar, con la contestacion del hijo, escribiéndole en respuesta

el 2 una carta, en cuyo contenido en medio de algunas severas si bien justas reflexiones se descubre la mano de Napoleon, y hasta expresiones suyas. Sonlo por ejemplo *: « Todo debe « hacerse para el pueblo, y nada por él... No puedo « consentir en ninguna reunion en junta... nueva sugestion de los « hombres sin experiencia que os acompañan. » Tal fue la invariable aversion con que Bonaparte miró siempre las asambleas populares, siendo asi que sin ellas hubiera perpétuamente quedado oscurecido en el humilde rincon en que la suerte le habia colocado. * Fernando insistió el 4 en su primera respuesta « que el excluir para siempre del trono de España á « su dinastía, no podia hacerlo sin el expreso consentimiento de to- « dos los individuos que tenian ó podian tener derecho á la corona de « España, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la « nacion española, reunida en córtes y en lugar seguro. » Y tanto y tanto reconocia entonces Fernando los sagrados derechos de la nacion, reclamándolos y deslindándolos cada vez mas y con mayor claridad y conato.

(* Ap. n. 13.)

(* Ap. n. 24.)

Comparece por segunda vez Fernando delante de su padre.

En este estado andaban las pláticas sobre tan grave negocio cuando el 5 de mayo se recibió en Bayona la noticia de lo acaecido en Madrid el dia 2: pasó Napoleon inmediatamente á participárselo á los reyes padres, y despues de haber tenido con ellos una muy larga conferencia, se llamó á Fernando para que tambien concurriese á ella. Eran las cinco de la tarde; todos estaban sentados excepto el príncipe. Su padre le reiteró las anteriores acusaciones; le baldonó acerbamente; le achacó el levantamiento del 2 de mayo, las muertes que se habian seguido, y llamándole pérfido y traidor, le intimó por segunda vez que, si no renunciaba la corona, seria sin dilacion declarado usurpador, y él y toda su casa conspiradores contra la vida de sus soberanos. Fernando atemorizado * abdicó el 6 pura y sencillamente en favor de su padre, y en los términos que este le habia indicado. No habia aguardado Cárlos á la renuncia del hijo para concluir con Napoleon un tratado por el que le cedia la corona, sin otra especial restriccion que la de la integridad de la monarquía y la conservacion de la religion católica, excluyendo cualquiera otra. El tratado fue firmado en 5 de mayo por el mariscal Duroc y el príncipe de la Paz, plenipotenciarios nombrados al efecto; con cuya vergonzosa negociacion dió el valido español cumplido remate á su pública y lamentable carrera. Ingrato y desconocido puso su firma en un tratado en el que no estipuló sola y precisamente privar de la corona á Fernando su enemigo, sino en general y por induccion á todos los infantes, á toda la dinastía, en fin, de los soberanos sus bienhechores, recayendo la cesion de Cárlos en un príncipe extrangero. Pequeño y mesquino hasta en los últimos momentos, Don

(* Ap. n. 25.)

Renuncia Cárlos IV en Napoleon.

Manuel Godoy única y porfiadamente altercó sobre el artículo de pensiones. Por lo demas el modo con que Cárlos se despojó de la corona, al paso que mancillaba al encargado de autorizarla por medio de un tratado, cubria de oprobio á un padre que de golpe y sin distincion privaba indirectamente á todos sus hijos de suceder en el trono. Acordada la renuncia en tierra extraña, faltábale á los ojos del mundo la indispensable calidad de haber sido ejecutada libre y espontáneamente, sobre todo cuando la cesion recaia en favor de un soberano dentro de cuyo imperio se habia concluido aquella importante estipulacion. Era asimismo cosa no vista que un monarca, dueño si se quiere de despojarse á sí mismo de sus propios derechos, no contase para la cesion ni con sus hijos, ni con las otras personas de su dinastía, ni con el libre y ámplio consentimiento de la nacion española, que era traspasada á agena dominacion como si fuera un campo propio ó un rebaño. El derecho público de todos los paises se ha opuesto constantemente á tamaño abuso, y en España, en tanto que se respetaron sus franquezas y libertades, hubo siempre en las córtes un firme é invincible valladar contra la arbitraria y antojadiza voluntad de los reyes. Cuando Alfonso el Batallador tuvo el singular desacuerdo de dejar por herederos de sus reinos á los caballeros del Temple, lejos de convenir en su loco extravío, nombraron los aragoneses en las córtes de Borja por rey de Aragon á Don Ramiro el Monge, y por su parte los navarros para suceder en Navarra á Don García Ramirez. Hubo otros casos no menos señalados en que siempre se pusieron á salvo los fueros y costumbres nacionales. Hasta el mismo imbécil de Cárlos II, aunque su disposicion testamentaria fue hecha dentro del territorio, y en ella no se infringian tan escandalosamente ni los derechos de la familia real ni los de la nacion, creyó necesario por lo menos usar de la fórmula de « que fuera válida aquella su última voluntad, como si se « hubiese hecho de acuerdo con las córtes. » Ahora por todo se atropelló, y nadie cuidó de conservar siquiera ciertas apariencias de justicia y legitimidad.

Cárlos IV y María Luisa.

Asi terminó Cárlos IV su reinado, del que nadie mejor que él mismo nos dará una puntual y verdadera idea. Comia en Bayona con Napoleon cuando se expresó en estos términos: « Todos los dias invierno y verano iba á caza hasta las « doce, comia y al instante volvia al cazadero hasta la caida de la « tarde. Manuel me informaba como iban las cosas, y me iba á « acostar para comenzar la misma vida al dia siguiente, á menos « de impedírmelo alguna ceremonia importante. » De este modo gobernó por espacio de veinte años aquel monarca, quien, segun la pintura que hace de sí propio, merece justamente ser apellidado con el mismo epiteto que lo fueron varios de los reyes de Francia de la estirpe merovingiana. Sin embargo adornaban á Cárlos prendas con que hubiera brillado como rey, llenando sus altas obligaciones,

si menos perezoso y débil no se hubiese ciegamente entregado al arbitrio y desordenada fantasía de la reina. Tenia comprension fácil y memoria vasta; amaba la justicia, y si alguna vez se ocupaba en el despacho de los negocios, era expedito y atinado; mas estas calidades desaparecieron al lado de su dejadez y habitual abandono. Con otra esposa que María Luisa su reinado no hubiera desmerecido del de su augusto antecesor; y bien que la situacion de Europa fuese muy otra á causa de la revolucion francesa, tranquila España en su interior y bien gobernada, quizá hubiera podido sosegadamente progresar en su industria y civilizacion sin revueltas ni trastornos.

Renuncia de Fernando como príncipe de Asturias.

Formalizadas las renuncias de Fernando en Cárlos IV, y de este en Napoleon, faltaba la del primero como príncipe de Asturias, porque si bien habia devuelto en 6 de mayo la corona á su padre, no habia por aquel acto renunciado á sus derechos en calidad de inmediato sucesor. Parece ser, segun Don Pedro Cevallos, que Fernando resistiéndose á acceder á la última cesion, Napoleon le dijo: « No hay medio, « príncipe, entre la cesion y la muerte. » Otros han negado la amenaza, y admira en efecto que hubiera que acudir á requerimiento tan riguroso con persona cuya delibidad se habia ya mostrado muy á las claras. El mariscal Duroc habló en el mismo sentido que su amo, y los príncipes entonces se determinaron á renunciar. Nombróse á dicho mariscal con Escoiquiz para arreglar el modo *, y el 10 firmaron ambos un tratado por el que se arreglaron los términos de la cesion del príncipe de Asturias, y se fijó su pension como la de los infantes con tal que suscribiesen al tratado; lo cual verificaron Don Antonio y Don Cárlos por medio de una proclama que en union con Fernando dieron en Burdeos * el 12 del mismo mayo. El infante Don Francisco no firmó ninguno de aquellos actos, ya fuera precipitacion, ó ya por considerarle en su minoridad.

(* Ap. n. 27.)

(* Ap. n. 28.)

Bien que Escoiquiz hubiese obedecido á las órdenes de Fernando firmando el tratado del 10, no por eso pone en seguro su buen nombre, harto mancillado ya. Y fue singular que los dos hombres Godoy y Escoiquiz, cuyo desgobierno y errada conducta habian causado los mayores daños á la monarquía, y cuyo respectivo valimiento con los dos reyes padre é hijo les imponia la estrecha obligacion de sacrificarse por la conservacion de sus derechos, fuesen los mismos que autorizasen los tratados que acababan en España con la estirpe de los Borbones. La proclama de Burdeos dada el 12, y en la que se dice á los españoles « que se mantengan tranquilos esperando su felicidad de las sábias disposiciones « y del poder de Napoleon, » fue produccion de Escoiquiz, queriendo éste persuadir despues que con ella habia pensado en provocar á los españoles para que sostuviesen la causa de sus príncipes

legítimos. Si realmente tal fue su intento, se ve que no estaba dotado de mayor claridad cuando escribia, que de prevision cuando obraba.

La reina de Etruria. La reina de Etruria, á pesar de los favores y atentos obsequios que habia dispensado á Murat y á los franceses, no fue mas dichosa en sus negociaciones que las otras personas de su familia. No se podia cumplir con su hijo el tratado de Fontainebleau, porque el emperador habia ofrecido á los diputados portugueses conservar la integridad de Portugal: no podia tampoco concedérsele indemnizacion en Italia, siendo opuesto á las *grandes miras* de Napoleon permitir que en parte alguna de aquel pais reinase una rama, cualquiera que fuese, de los Borbones; con cuya contestacion tuvo la reina que atenerse á la pension que se le señaló, y seguir la suerte de sus padres.

Planes de evasion. Durante la estancia en Bayona del príncipe de Asturias y los infantes, hubo varios planes para que se evadiesen. Un vecino de Cervera de Alhama recibió dinero de la junta suprema de Madrid con aquel objeto. Con el mismo tambien habia ofrecido el duque de Mahon una fuerte suma desde San Sebastian: los consejeros de Fernando, á nombre y por órden suya, cobraron el dinero, mas la fuga no tuvo efecto. Se propuso como el medio mejor y mas asequible el arrebatar á los dos hermanos Don Fernando y Don Cárlos, sosteniendo la operacion por bascos diestros y prácticos de la tierra, e internarlos en España por San Juan de Pie de Puerto. Fue tan adelante el proyecto que hubo apostados en la frontera 500 miqueletes para que diesen la mano á los que en Francia andaban de concierto en el secreto. Despues se pensó en salvarlos por mar, y hasta hubo quien propuso atacar á Napoleon en el palacio de Marac. Habia en todas estas tentativas mas bien muestras de patriotismo y lealtad, que probable y buena salida. Hubiérase necesitado para llevarlas á cabo menos vigilancia en el gobierno francés, y mayor arrojo en los príncipes españoles, naturalmente tímidos y apocados.

Se interna en Francia la familia real de España. No tardó Napoleon, extendidas y formalizadas que fueron las renuncias por medio de los convenios mencionados, en despachar para lo interior de Francia á las personas de la familia real de España. El 10 de mayo Cárlos IV y su esposa María Luisa, la reina de Etruria con sus hijos, el infante Don Francisco y el príncipe de la Paz salieron para Fontainebleau y de allí pasaron á Compiegne. El 11 partieron tambien de Bayona el rey Fernando VII y su hermano y tio, los infantes Don Cárlos y Don Antonio; habiéndoseles señalado para su residencia el palacio de Valencey, propio del príncipe de Talleyrand.

Tal fin tuvieron las célebres vistas de Bayona entre el emperador de los franceses y la malaventurada familia real de España. Solo

con muy negra tinta puede trazarse tan tenebroso cuadro. En él se presenta Napoleon pérfido y artero; los reyes viejos padres desnaturalizados; Fernando y los infantes débiles y ciegos; sus consejeros por la mayor parte ignorantes ó desacordados, dando todos juntos principio á un sangriento drama, que ha acabado con muchos de ellos, desgarrado á España, y conmovido hasta en sus cimientos la suerte de la Francia misma.

En verdad tiempos eran estos ásperos y difíciles, mas los encargados del timon del estado ya en Bayona, ya en Madrid, parece que solo tuvieron tino en el desacierto. Los primeros acabamos de ver qué cuenta dieron de sus príncipes: examinaremos ahora qué providencias tomaron los segundos para defender el honor y la verdadera independencia nacional, puesto que por sus discordias y malos consejos se habian perdido el rey Fernando, sus hermanos y toda la real familia. Mencionamos anteriormente la comision de Don Evaristo Perez de Castro, quien con felicidad entró en Bayona el 4 de mayo. A su llegada se presentó sin dilacion á Don Pedro Cevallos, y este comunicó al rey las proposiciones de la junta suprema de Madrid de que aquel era portador, y cuyo contenido hemos insertado mas arriba. De resultas se dictaron dos decretos el 5 de mayo: uno escrito de la real mano estaba dirigido á la junta suprema de gobierno, y otro firmado por Fernando con la acostumbrada fórmula de *Yo el rey* era expedido al consejo, ó en su lugar á cualquiera chancillería ó audiencia libre del influjo extrangero. Por el primero el rey decia: « que se hallaba sin libertad, y consiguientemente imposibilita- « do de tomar por sí medida alguna para salvar su persona y la « monarquía; que por tanto autorizaba á la junta en la forma mas « amplia para que en cuerpo, ó sustituyéndose en una ó muchas « personas que la representasen, se trasladara al parage que creyese « mas conveniente, y que en nombre de S. M. representando su « misma persona ejerciese todas las funciones de la soberanía. Que « las hostilidades deberian empezar desde el momento en que in- « ternasen á S. M. en Francia, lo que no sucederia sino por la « violencia. Y por último, que en llegando ese caso tratase la « junta de impedir del modo que creyese mas á propósito la « entrada de nuevas tropas en la península. » El decreto al consejo decia: « que en la situacion en que S. M. se hallaba, privado de « libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convo- « casen las córtes en el parage que pareciese mas expedito; que « por de pronto se ocupasen únicamente en proporcionar los ar- « bitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del « reino, y que quedasen permanentes para lo demas que pudiese « ocurrir. »

Inaccion de la junta suprema.

Algunos de los ministros ó consejeros de Fernando en Bayona creyeron fundadamente que la junta suprema, autorizada, como lo

habia sido desde aquella ciudad, para obrar con las mismas é ilimitadas facultades que habrian asistido al rey estando presente, hubiera por sí debido adoptar aquellas medidas, evitando las dilaciones de la consulta; mas la junta, que se habia apartado del modo de pensar de los de Bayona, y que en vez de tomar providencias se contentó con pedir nuevas instrucciones, llegadas que fueron tampoco hizo nada, continuando en su inaccion, so color de que las circunstancias habian variado. Cierto que no eran las mismas, y será bien que para pesar sus razones refiramos antes lo que en ese tiempo habia pasado en Madrid.

En la mañana misma del 4 de mayo en que partió el infante Don Antonio, el gran duque de Berg manifestó á algunos individuos de la junta que era preciso asociar su persona á las deliberaciones de aquel cuerpo, estando en ello interesado el buen órden y la quietud pública. Se le hicieron reflexiones sobre su propuesta; no insistió en ella por aquel momento, pero en la noche sin anuncio anterior se presentó en la junta para presidirla. Opúsose fuertemente á su atropellado intento Gil y Lemus; parece ser que tambien resistieron Azanza y Ofarril, quienes, aunque al principio protestaron é hicieron dejacion de sus destinos, al fin continuaron ejerciéndolos. Temerosa la junta del compromiso en que la ponia Murat, y queriendo evitar mayores males, cedió á sus deseos y resolvió admitir en su seno al príncipe francés. Mucho se censuró esta su determinacion, y se pensó que excedia de sus facultades, mayormente cuando se trataba del gefe del ejército de ocupacion, y cuando para ello no habia recibido órdenes ni instrucciones de Bayona. Hubiera sido mas conforme á la opinion general, ó que se hubiera negado á deliberar ante el general francés, ó haber aguardado á que una violencia clara y sin rebozo hubiese podido disculpar su sometimiento. Pesarosa tal vez la junta de su fácil condescendencia, en medio de su congoja * le sacó algun tanto de ella y á tiempo un decreto que recibió el 7 de mayo, y que con fecha del 4 habia expedido en Bayona Cárlos IV, nombrando á Murat lugarteniente del reino, en cuya calidad debia presidir la junta suprema: decreto precursor de la abdicacion de la corona que al dia siguiente hizo en Napoleon. Acompañaba al nombramiento una proclama del mismo Cárlos á la nacion, que concluia con la notable cláusula de que: «no habria prosperidad ni salvacion para los españoles, sino «en la amistad del grande emperador su aliado.» Bien que la resolucion del rey padre viniese en apoyo de la prematura determinacion de la junta, en realidad no hubiera debido á los ojos de este cuerpo tener aquella fuerza alguna autoridad: la de dicha junta, delegada por Fernando VII, solo á las ordenes del último tenia que obedecer. Sin embargo en el dia 8 acordó su cumplimiento; y solamente suspendió la publicacion, creyendo con ese medio y

Murat presidente de la junta.

(* Ap. n. 30.)

equívoco proceder salir de su compromiso. Finalmente le libró de él y de su angustiada posicion la noticia de haber devuelto Fernando la corona á su padre, recibiendo un decreto * del mismo para que se sometiese á las órdenes del antiguo monarca.

(* Ap. n. 30.)

Hasta el dia en que Murat se apoderó de la presidencia, hubiera podido atribuirse la debilidad de la junta á circunspeccion, su imprevision á prudencia excesiva, y su indolencia á falta de facultades ó á temor de comprometer la persona del rey. Mas ahora habia mudado el aspecto de las cosas, y asi ó estaban sus individuos en el caso de poner en ejecucion las convenientes medidas para salvar el honor y la independencia nacional, ó no lo estaban. Si no, ¿porqué en vez de mancillar su nombre aprobando con su presencia las inícuas decisiones del extrangero, no se retiraron y le dejaron solo? ¿Y si pudieron obrar, porqué no llevaron á efecto los decretos dados por el rey en Bayona á consulta suya? ¿Porqué no permitieron la formacion acordada de otra junta, fuera del poder del enemigo? Lejos de seguir esta vereda tomaron la opuesta y fijaron todo su conato en impedir la ejecucion de aquellas saludables medidas. Un propio habia entregado á Don Miguel José de Azanza en su mano los dos decretos del rey; por uno de los cuales se autorizaba á la junta con poderes ilimitados, y por el otro al consejo para la convocacion de córtes. Azanza los comunicó á sus compañeros y todos convinieron en que dados estos decretos el 5 de mayo y el de renuncia de Fernando el 6 del mismo, no debian cumplirse ni obedecerse los primeros. ¡Cosa extraña! Decretos arrancados por la violencia, en los que se destruian los legítimos derechos de Fernando y su dinastía, y se hollaban los de la nacion, tuvieron á sus ojos mas fuerza que los que habiendo sido acordados en secreto y despachados por personas de toda confianza, tenian en sí mismos la doble ventaja de haber sido dictados con entera libertad, y de acomodarse á lo que ordenaba el honor nacional. Pone aun mas en descubierto la buena fé y rectitud de intenciones de los que asi procedieron, el no haber comunicado al consejo el decreto de convocacion de córtes, cuya promulgacion y ejecucion se encomendaba particularmente á su cuidado; tocando solo á aquel cuerpo examinar las razones de prudencia ó conveniencia pública de detenerle ó circularle. No contentos con esto los individuos de la junta suprema, y temerosos de que los nombrados para reemplazarla fuera de Madrid en caso necesario ejecutasen lo que se les habia mandado, tomaron precauciones para estorbarlo. Al conde de Ezpeleta, á quien se habia comunicado por medio de Don José Capeleti la primera determinacion de que presidiese la junta cuya instalacion debia seguirse á la falta de libertad de la de Madrid, se le dió despues expresa contraórden; y apremiado por Gil Taboada para que pasase á Zaragoza

Equivoca conducta de la junta.

en donde aquel aguardaba, le contestó como se le habia posteriormente mandado lo contrario.

Por lo tanto la junta suprema de Madrid, que con pretexto de carecer de facultades, á pesar de haberlas desde Bayona recibido amplias, anduvo al principio descuidada y poco diligente, ahora que con mas claridad y extension si era posible las recibia, suspendió hacer uso de su poder, alegando ser ya tarde, y recelosa de mayores comprometimientos. Aparece mas oscura y dudosa su conducta al considerar que algunos de sus individuos, débiles antes, pero resistiendo al extrangero, sumisos despues si bien todavía disculpables, acabaron por ser sus firmes apoyos, trabajando con ahinco por ahogar los gloriosos esfuerzos que hizo la nacion en defensa de su independencia. Es cierto que en seguida los españoles de Bayona estuvieron igualmente llenos de sobresalto y zozobra con el miedo de que se ejecutasen los dos consabidos decretos. Asi lo anunciaba Don Evaristo Perez de Castro que volvió á Madrid por aquellos dias. Todo lo cual prueba que ni entre los españoles que en Bayona influian principalmente en el consejo del rey, ni entre los que en España gobernaban, habia ningun hombre asistido de aquella constante decision é invariable firmeza que piden extraordinarias circunstancias.

Napoleon piensa dar la corona de España á Jose.

Napoleon por su parte considerándose ya dueño de la corona de España en virtud de las renuncias hechas en favor suyo, habia resuelto colocarla en las sienes de su hermano mayor José rey de Nápoles, y continuando siempre por la senda del engaño quiso dar á su cesion visos de generosa condescendencia con los deseos de los españoles. Asi fue que en 8 de mayo dirigió al gran duque sus instrucciones para que la junta suprema y el consejo de Castilla le indicasen en cuál de las personas de su familia les seria mas grato que recayese el trono de España. En 12 respondió acertadamente el consejo que, siendo nulas las cesiones hechas por la familia de Borbon, no le tocaba ni podia contestar á lo que se le preguntaba. Mas convocado al siguiente dia á palacio por la tarde y sin ceremonia, y bien recibido y tratado por Murat, y habiendo fácilmente convenido este en la cortapisa que el consejo queria poner á su exposicion de que « no « por eso se entendiese que se mezclaba en la aprobacion ó desaprobacion de los tratados de renuncia, ni que los derechos del « rey Cárlos y su hijo y demas sucesores á la corona, segun las « leyes del reino, quedasen perjudicados por la designacion que se « le pedia; » cedió entonces y acordó, en consulta del 13 dirigida al gran duque, que bajo las propuestas insinuadas « le parecia que « en ejecucion de lo resuelto por el emperador podia recaer le eleccion en su hermano mayor el rey de Nápoles. » Llevaba trazas de juego y de mútua inteligencia el modo de preguntar y de responder. A Murat le importaban muy poco aquellas secretas pro-

testas, con tal que tuviese un documento público de las principales autoridades del reino que presentar á los gobiernos europeos, pudiendo con él Napoleon dar á entender que habia seguido la voluntad de los españoles mas bien que la suya propia. El consejo, empezando desde entonces aquel sistema medio artificioso que le guió despues, mas propio de un subalterno de la curia que de un cuerpo custodio de las leyes, se avino muy bien con lo que se le propuso, imaginando asi poner en cobro hasta cierto punto su comprometida existencia, ya que se afirmase la dominacion de Napoleon, ya que fuese destruida. Conducta no atinada en tiempos de grandes tribulaciones y vaivenes, y con la que perdió su crédito é influjo entre nacionales y extrangeros. Escribió tambien el mismo consejo una carta al emperador, y á ruego de Murat nombró para presentarla en Bayona á los ministros Don José Colon y Don Manuel de Lardizabal. La junta suprema y la villa de Madrid practicaron por su parte iguales diligencias, pidiendo que José Bonaparte fuese escogido para rey de España.

Diputacion de Bayona.

No satisfecho Napoleon con las cesiones de los príncipes, ni con la sumision y peticion de las supremas autoridades, pensó en congregar una diputacion de españoles, que con simulacro de córtes diesen en Bayona una especie de aprobacion nacional á todo lo anteriormente actuado. Ya dijimos que á mediados de abril habia intentado Murat llevar á efecto aquel pensamiento; mas hasta ahora en mayo no se puso en perfecta y cumplida ejecucion. La * convocatoria se dió á luz en la Gaceta de Madrid de 24 del mismo mes, con la singularidad de no llevar fecha. Estaba extendida á nombre del gran duque de Berg y de la junta suprema de gobierno, y se reducia en sustancia á que siendo el deseo de S. M. I. y R. juntar en Bayona una diputacion general de 150 individuos para el 15 de junio siguiente, á fin de tratar en ella de la felicidad de España, indicando todos los males que el antiguo sistema habia ocasionado, y proponiendo las reformas y remedios para destruirlos, la junta suprema habia nombrado varios sugetos que alli se expresaban, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en córtes y otras sus respectivas elecciones. Segun el decreto debian tambien asistir grandes, títulos, obispos, generales de las órdenes religiosas, individuos del comercio, de las universidades, de la milicia, de la marina, de los consejos y de la inquisicion misma. Se escogieron igualmente seis individuos que representasen la América. Azanza, que en 25 de mayo habia ido á Bayona para dar cuenta al emperador del estado de la hacienda de España, se quedó por órden suya á presidir la junta ó diputacion general próxima á reunirse. Mas adelante examinaremos la índole y lo strabajos de esta junta, y hablaremos del solemne reconocimiento que ella y los españoles alli presentes hicieron del intruso José.

(* Ap. n. 31.)

Murat, luego que estuvo al frente del gobierno de España, re-

celando en vista del general desasosiego que hubiese sublevaciones mas ó menos parciales, adoptó varios medios para prevenirlas. Agregó á la division ó cuerpo de Dupont dos regimientos suizos españoles, y puso á la disposicion del mariscal Moncey cuatro batallones de guardias españolas y walonas y los guardias de corps. Pasó órdenes para enviar 3000 hombres de Galicia á Buenos-Aires, y en 19 de mayo dió el mando de la escuadra de Mahon al general Salcedo con encargo de hacerse á la vela para Tolon; lo cual afortunadamente no pudo cumplirse por los acontecimientos que muy luego sobrevinieron. Se ordenó á la division española acantonada en Extremadura pasase á San Roque, y á Solano que hasta entonces habia sido su gefe se le previno que regresase á Cádiz para tomar de nuevo el mando de Andalucía, yendo á explorar sus intenciones el oficial de ingenieros francés Constantin. Con el mismo objeto y con pretexto de examinar la plaza de Gibraltar se envió cerca del general Don Francisco Javier Castaños, que mandaba en el campo de San Roque, al gefe de batallon de ingenieros Rogniat: otros comisionados fueron enviados á Ceuta. El Buen-Retiro se empezó á fortificar, encerrando dentro de su recinto abundantes provisiones de boca y guerra, habiéndose los franceses apoderado por todas partes de cuantos almacenes y depósitos de municiones y armas estuvieron á su alcance. Cortas precauciones para reprimir el universal descontento.

Medidas de precaucion de Murat.

Pero ahora que ya tenemos á Napoleon imaginándose poder enagenar á su antojo la corona de España; ahora que ya está internada en Francia la familia real, Murat mandando en Madrid, sometidos la junta suprema y los consejos, y convocada á Bayona una diputacion de españoles, será bien que, desviando nuestra vista de tantas escenas de perfidia y abatimiento, de imprevision y flaqueza, nos volvamos á contemplar un sublime y grandioso espectáculo.

LIBRO TERCERO.

Insurreccion general contra los franceses. — Levantamiento de Asturias. — Mision á Inglaterra. — Levantamiento de Galicia. — Levantamiento de Santander. — Levantamiento de Leon y Castilla la Vieja. — Levantamiento de Sevilla. — Rendicion de la escuadra francesa surta en Cádiz. — Levantamiento de Granada. — Levantamiento de Extremadura. — Conmociones en Castilla la Nueva. — Levantamiento de Cartagena y Murcia. — Levantamiento de Valencia. — Levantamiento de Aragon. — Levantamiento de Cataluña. — Levantamiento de las Baleares. — Navarra y Provincias Bascongadas. — Islas Canarias. — Reflexiones generales. — Portugal. — Su situacion. — Divisiones francesas que intentan pasar á España. — Los españoles se retiran de Oporto. — Primer levantamiento de Oporto. — Levantamiento de Tras-los-Montes, y segundo de Oporto. — Se desarma á los españoles de Lisboa. — Rechazan los españoles á los franceses en Os Pegoes. — Levantamiento de los Algarves. — Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal.

Insurreccion general contra los franceses.

Encontrados efectos habian agitado durante dos meses á las vastas provincias de España. Tras la alegría y el júbilo, tras las esperanzas tan lisonjeras como rápidas de marzo habian venido las zozobras, las sospechas, los temores de abril. El 2 de mayo habia llevado consigo á todas partes el terror y el espanto, y al propagarse la nueva de las renuncias, de las perfidias y torpes hechos de Bayona, un grito de indignacion y de guerra lanzándose con admirable esfuerzo de las cabezas de provincia, se repitió y cundió resonando por caserías y aldeas, por villas y ciudades. A porfía las mugeres y los niños, los mozos y los ancianos, arrebatados de fuego pátrio, llenos de cólera y rábia, clamaron unánime y simultáneamente por pronta, noble y tremenda venganza. Renació España, por decirlo asi, fuerte, vigorosa, denodada; renació recordando sus pasadas glorias; y sus provincias conmovidas, alteradas y enfurecidas se representaban á la imaginacion cómo las describia Velleyo Patérculo, *tam diffusas, tam frequentes, tam feras*. El viajero que un año antes pisando los anchos campos de Castilla hubiese atravesado por medio de la soledad y desamparo de sus pueblos, si de nuevo hubiese ahora vuelto á recorrerlos, viéndolos llenos de gente, de turbacion y afanosa diligencia, con razon hubiera podido achacar á mágica trasformacion mudanza tan extraordinaria y repentina. Aquellos moradores, como los de toda España, indiferentes no habia mucho á los negocios públicos, salian ansiosamente á informarse de las novedades y ocurrencias del dia, y desde el alcalde hasta el último labriego embravecidos y airados, estremeciéndose con las muertes y tropelías del extrangero, prorumpian al oirlas en lágri-

mas de despecho. Tan cierto era que aquellos nobles y elevados sentimientos, que engendraron en el siglo décimo sexto tantos portentos de valor y tantas y tan inauditas hazañas, estaban adormecidos, pero no apagados en los pechos españoles, y al dulce nombre de patria, á la voz de su rey cautivo, de su religion amenazada, de sus costumbres holladas y escarnecidas se despertaron ahora con viva y recobrada fuerza. Cuanto mayores é inesperados habian sido los ultrages, tanto mas terrible y asumbroso fue el público sacudimiento. La historia no nos ha trasmitido ejemplo mas grandioso de un alzamiento tan súbito y tan unánime contra una invasion extraña. Como si un premeditado acuerdo, como si una suprema inteligencia hubiera gobernado y dirigido tan gloriosa determinacion, las mas de las provincias se levantaron espontáneamente casi en un mismo dia, sin que tuviesen muchas noticias de la insurreccion de las otras, y animadas todas de un mismo espíritu exaltado y heróico. A resolucion tan magnánima fue estimulada la nacion española por los engaños y alevosías de un falso amigo, que con capa de querer regenerarla desconociendo sus usos y sus leyes, intentó á su antojo dictarle otras nuevas, variar la estirpe de sus reyes, y destruir asi su verdadera y bien entendida independencia, sin la que desmoronándose los estados mas poderosos, hasta su nombre se acaba y lastimosamente perece.

(* Ap. n. 1.)

Levantamiento de Asturias.

Este uniforme y profundo sentimiento quiso en * Asturias, primero que en otra parte, manifestarse de un modo mas legal y concertado. Contribuyeron á ello diversas y muy principales causas. Juntamente con la opinion que era comun á toda España de mirar con desvío y ódio la dominacion extrangera, aun se conservaba en aquel principado un ilustre recuerdo de haber ofrecido su enmarañado y riscoso suelo seguro abrigo á los venerables restos de los españoles esforzados, que huyendo de la irrupcion sarracénica dieron principio á la larga y porfiada lucha que acabó por afianzar la independencia y union de los pueblos peninsulares. Le inspiraba tambien confianza su ventajosa y naturalmente resguardada posicion. Bañada al norte por las olas del océano, rodeada por otras partes de caminos á veces intransitables, la ceñian al mediodia fragosas y encumbradas montañas. Acertó igualmente á estar entonces congregada la junta general del principado, reliquia dichosamente preservada del casi universal naufragio de nuestros antiguos fueros. Sus facultades, no muy bien deslindadas, se limitaban á asuntos puramente económicos; pero en semejante crísis, compuesta en lo general de individuos nombrados por los concejos, se la consideró como oportuno centro para legitimar y dirigir atinadamente los ímpetus del pueblo. Reuníase cada tres años, y casualmente en aquel cayó el de su convocacion, habiendo abierto sus sesiones el 1° de mayo.

A pocos dias con la aciaga nueva del 2 en Madrid llegó á Oviedo la órden para que el coronel comandante de armas Don Nicolás de Llano Ponte publicase el sanguinario bando que el 3 habia Murat promulgado en la capital del reino. Los moradores de Asturias, conmovidos y desasosegados al par de los demas de España, habian ya en 29 de abril apedreado en Gijon la casa del cónsul francés, de resultas de haber este osado arrojar desde sus ventanas varios impresos contra la familia de Borbon. En tal situacion y esparciéndose la voz de que iban á cumplirse instrucciones rigurosas remitidas de Madrid por el desacato cometido contra el cónsul, se encendieron mas y mas los ánimos en gran manera estimulados por las patrióticas exhortaciones del marqués de Santa Cruz de Marcenado, de su pariente Don Manuel de Miranda y de Don Ramon de Llano Ponte, canónigo de aquella iglesia, quien habiendo servido antes en el cuerpo de guardias estaba adornado de hidalgas y distinguidísimas prendas.

Decidida pues la audiencia territorial de acuerdo con el gefe militar á publicar el 9 el bando que de Madrid se habia enviado, empezaron á recorrer juntos las calles, cuando á poco tiempo agolpándose y saliéndoles al encuentro gran muchedumbre á los gritos de viva Fernando VII y muera Murat, los obligaron á retroceder y desistir de su intento. Agavillándose entonces con mayor aliento los alborotados, entre los que se señalaron los estudiantes de la universidad, reunidos todos enderezaron sus pasos á la sala de sesiones de la junta general del principado. Hallaron allí firme apoyo en varios de los vocales. Don José del Busto juez primero de la ciudad, y en secreto de inteligencia con los amotinados, arengó en favor de su noble resolucion; sostuviéronle el conde Marcel de Peñalva y el de Toreno (padre del autor de esta historia), y sin excepcion acordaron sus miembros desobedecer las órdenes de Murat, y tomar medidas correspondientes á su atrevida determinacion. La audiencia en tanto, desamada del pueblo, ya por estar formando causa á los que habian apedreado la casa del cónsul francés, y ya tambien porque, compuesta en su mayor parte de agraciados y partidarios del gobierno de Godoy, miraba al soslayo unos movimientos que al cabo habian de redundar en daño suyo, procuró por todos medios apaciguar aquella primera conmocion, influyendo con particulares y con militares y estudiantes, y dando sigilosamente cuenta á la superioridad de lo acaecido. Consiguió tambien que en la junta el diputado por Oviedo Don Francisco Velasco, apoyado por el de Grado Don Ignacio Flores, discurriese largamente en el dia 13 acerca de los peligros á que se exponia la provincia por los inconsiderados acuerdos del 9, y no menos la misma junta habiéndose excedido de sus facultades. El Velasco, gozando de concepto por su práctica y conocida experiencia, alcanzó que se suspendiese la ejecucion de las medidas resueltas, y solo el marqués de Santa

Cruz de Marcenado, que presidia, se opuso con fortaleza admirable, diciendo « que protestaba solemnemente, y que en cualquiera punto « en que se levantase un hombre contra Napoleon tomaria un fusil y « se pondria á su lado. » Palabras tanto mas memorables cuanto salian de la boca de un hombre que rayaba en los sesenta años, propietario rico y acaudalado, y de las mas ilustres familias de aquel pais: digno nieto del célebre marqués del mismo nombre, distinguido escritor militar y hábil diplomático, que en el primer tercio del siglo último arrastrado de su pundonor habia perecido gloriosa pero desgraciadamente en los campos de Oran.

Noticiosos Murat y la junta suprema de Madrid de lo que pasaba en Asturias, procuraron con diligencia apagar aquella centella, llenos del recelo de que saltando á otros puntos no acabase por excitar una general conflagracion. Dieron por tanto órdenes duras á la audiencia, y enviaron en comision al conde del Pinar, magistrado conocido por su cruel severidad, y á Don Juan Melendez Valdés mas propio para cantar con acordada lira los triunfos de quien venciese, que para acallar los ruidos populares. Se mandó al propio tiempo al apocado Don Crisóstomo de la Llave, comandante general de la costa cantábrica, que pasase á Oviedo para tomar el mando de la provincia, disponiendo que concurriesen allí á sus órdenes un batallon de Hibernia procedente de Santander, y un escuadron de carabineros que estaba en Castilla.

Mas estas providencias en vez de aquietar los ánimos solo sirvieron para irritarlos. Los complicados en los acontecimientos del 9 vieron en ellas la suerte que se les preparaba, y persistieron en su primer intento. Vinieron en su ayuda los avisos de Bayona que provocaban cada dia mas á la alteracion y al enojo, y la relacion que del sanguinario dia 2 de mayo hacian los testigos oculares que sucesivamente llegaban escapados de Madrid. Redoblaron pues su zelo los de la asonada del 9, y pensaron en ejecutar su suspendida pero no abandonada empresa. Citábanse en casa de Don Ramon de Llano Ponte, y con tan poco recato que de distintas y muchas partes se acercaba á aquel foco de insurreccion gente desconocida con todo linage de ofrecimientos. Asistimos recien llegados de la corte á las secretas reuniones, y pasmábanos el contínuo acudir de paisanos y personas de todas clases que con noble desprendimiento empeñaban y comprometian su hacienda y sus personas para la defensa de sus hogares. Se renovaban las asonadas todas las noches, habiendo sido bastantemente estrepitosas las del 22 y 25; pero se difirió hasta el 24 el final rompimiento por esperarse en aquel dia al nuevo comandante la Llave enviado por Murat. Para su ejecucion se previno á los paisanos de los contornos que se metiesen en Oviedo al toque de oraciones, circulando al efecto Don José del Busto esquelas á los alcaldes de su jurisdiccion. Se tomaron ademas otras convenientes prevenciones, y se cometió el en-

cargo de acaudillar á la multitud á los señores Don Ramon de Llano Ponte y Don Manuel de Miranda. Antes de que llegase la Llave, con gran priesa se le habia anticipado un ayudante del mariscal Bessières, napolitano de nacion, quien estuvo muy inquieto hasta que vió que el comandante se acercaba á las puertas de la ciudad. Entró por ellas el 24 acompañado de algunas personas sabedoras de la trama dispuesta para aquella noche. Se habia convenido en que el alboroto comenzaria á las once de la misma, tocando á rebato las campanas de las iglesias de la ciudad y de las aldeas de alrededor. Por equivocacion habiéndose retardado una hora el toque se angustiaron sobremanera los patriotas conjurados, mas un repique general á las doce en punto los sacó de pena.

Fue su primer paso apoderarse de la casa de armas, en donde habia un depósito de 100,000 fusiles, no solamente fabricados en Oviedo y sus cercanías, sino tambien trasportados alli por anteriores órdenes del príncipe de la Paz. Favorecieron la acometida los mismos oficiales de artillería partícipes del secreto, señalándose con singular esmero Don Joaquin Escario. Entretanto se encaminaron otros á casa del comandante la Llave, y de puerta en puerta llamando á los individuos de la junta del principado, se formó esta en hora tan avanzada de la noche agregándosele extraordinariamente vocales de afuera. Entonces reasumiendo la potestad suprema afirmó la revolucion, nombró por presidente suyo al marqués de Santa Cruz, y le confió el mando de las armas. Al dia siguiente 25 se declaró solemnemente la guerra á Napoleon, y no hubo sino un grito de indecible entusiasmo. Cosa maravillosa que desde un rincon de España hubiera habido quien osase retar al desmedido poder ante el cual se postraban los mayores potentados del continente europeo! A frenesí pudiera atribuirse, si una resolucion tan noble y fundada en el deseo de conservar el honor y la independencia nacional no mereciese mas respeto.

La junta se componia de personas las mas principales del pais por su riqueza y por su ilustracion. El procurador general Don Alvaro Flores Estrada, enterado de antemano de la conmocion urdida, la sostuvo vigorosamente, y la junta en cuerpo adoptó con actividad oportunas medidas para armar la provincia y ponerla en estado de defensa. Los carabineros reales llegaron muy luego asi como el batallon de Hibernia, y ni unos ni otros pusieron obstáculo al levantamiento. Los primeros pasaron despues á Castilla á las órdenes de Don Gregorio de la Cuesta, y se entresacaron del último varios oficiales, sargentos y cabos para cuadros de la fuerza armada que se iba formando. La junta habia resuelto poner en pie un cuerpo de 18,000 hombres. Multiplicó para ello inconsideradamente los grados militares, y con razon se le hicieron justos cargos por aquella demasía. Sin embargo disculpóla algun tanto la escasez en que se encontraba de oficiales veteranos para llenar plazas que exi-

gia el completo del ejército que se disciplinaba. Echóse mano de estudiantes ó personas consideradas como mas aptas, y en verdad que de los nuevos salieron excelentes oficiales que ó se sacrificaron por su patria, ó la honraron con su conducta, denuedo y adelantamiento en la ciencia militar. No poco contribuyeron á la presteza de la nueva organizacion los dones cuantiosos que generosamente se ofrecieron por particulares, y que entraban todos los dias en las arcas públicas.

Como en el alzamiento de Asturias habian intervenido las personas de mas valia del pais, no se habia manchado su pureza con ningun exceso de la plebe, y menos con atropellamientos ni asesinatos. Pero trascurridos algunos dias estuvo á riesgo de representarse un espectáculo lastimoso y sumamente trágico. Los comisionados de Murat de que arriba hablamos, el conde del Pinar y Don Juan Melendez Valdés, por su propia seguridad habian sido detenidos á su arribo á Oviedo juntamente con el comandante la Llave, el coronel de Hibernia Fitzgerald y el comandante de carabineros Ladron de Guevara, que solos se habian separado de la unánime decision de los oficiales de sus respectivos cuerpos. Desde el principio el marqués de Santa Cruz, pertinaz y de condicion dura, no habia cesado de pedir que se les formase causa. Halagaba su opinion á la muchedumbre; pero la junta dilataba su determinacion esperando que se templase la ira que contra los arrestados habia. Acaeció en el intermedio que, acudiendo sucesivamente de los puntos mas distantes los nuevos alistados, llegaron los de los consejos que median entre el Navia y Eo, y notóse que eran mas inquietos y turbulentos que los de los otros partidos. Recelosa la junta de algun desman, resolvió poner á los detenidos fuera de los lindes del principado. Por atolondramiento ú oculta malicia de mano desconocida, se trató de sacarlos en medio del dia y públicamente, para que en coche emprendiesen su viage. A su vista gritaron unas mugerzuelas *que se marchan los traidores*; y juntándose á sus descompasados clamores un tropel de los reclutas mencionados, cogieron en medio á los cinco desventurados y los condujeron al campo de San Francisco extramuros de la ciudad, en donde atándolos á los árboles se dispusieron á arcabucearlos. En tamaño aprieto felizmente se le ocurrió al canónigo Don Alonso Ahumada buscar para la desordenada multitud el freno de la religion, único que ya podia contenerla, y con el sacramento en las manos y ayudado de personas autorizadas salvó de inminente muerte á los atribulados perseguidos, habiéndose mantenido impávido en el horroroso trance el coronel de Hibernia. Con lo que, al paso que se preservaron sus vidas, quedó terso y limpio de todo lunar el bello aspecto del levantamiento de Asturias. Raro ejemplo de moderacion en tiempos en que desencadenándose el furor popular se da á veces suelta bajo el manto de patriotismo á las enemistades personales.

Mision de Inglaterra.

Desde el momento en que la junta de Asturias se pronunció y declaró soberana, trató de entablar negociaciones con Inglaterra. Nombró para que con aquel objeto pasasen á Lóndres á Don Andres Angel de la Vega y al vizconde de Matarrosa autor de esta historia, asi entonces llamado por vivir todavía su padre. La mision era importante y de empeño. Pendia en gran parte de su feliz resultado dar fortunada cima á la comenzada empresa. El viage por sí presentó dificultades, no habiendo en aquel momento crucero inglés en toda la costa asturiana, y era arriesgado para el deseado fin aventurarse en barco de la propia nacion. A los tres dias de la insurreccion y muy al caso apareció sobre el cabo de Peñas un corsario de Jersey, el cual sospechando engaño resistió al principio entrar en tratos; mas con el cebo de una crecida suma convino en tomar á su bordo los diputados nombrados, quienes desde Gijon se hicieron á la vela el 30 de mayo.

No es de mas ni obra del amor propio el detenernos en contar algunos pormenores de la mencionada mision, habiendo servido de cimiento á la nueva alianza que se contrajo con la Inglaterra, y la cual dió ocasion á tantos y tan portentosos acontecimientos. En la noche del 6 de junio arribaron los diputados á Falmouth, y acompañados de un oficial de la marina real inglesa se dirigieron en posta y con gran diligencia á Lóndres. No eran todavía las siete de la mañana cuando pisaron los umbrales del almirantazgo, y su secretario Mr. Wellesley Pool apenas daba crédito á lo que oia, procurando con ansia descubrir en el mapa el casi imperceptible punto que osaba declararse contra Napoleon. Poco despues y en hora tan temprana se avistó con los diputados Mr. Canning ministro entonces de relaciones extrangeras. En vista de las proclamas y del calor y persuasivo entusiasmo que animaba á los enviados asturianos (comun entonces á todos los españoles), no dudó un instante el ministro inglés en asegurarles que el gobierno de S. M. B. protegeria con el mayor esfuerzo el glorioso alzamiento de la provincia que representaban. Su pronta y viva penetracion de la primera vez columbró el espíritu que debia reinar en toda España cuando en Asturias se habia levantado el grito de independencia, previendo igualmente las consecuencias que una insurreccion peninsular podria tener en la suerte de Europa y aun del mundo.

Ya con fecha de 12 de junio Mr. Canning comunicaba á los diputados de oficio y por escrito (* Ap. n. 2.): « El rey me manda « asegurar á VV. SS. que S. M. vé con el mas vivo in- « teres la determinacion leal y valerosa del principado de Asturias « para sostener contra la atroz usurpacion de la Francia una contien- « da en favor de la restauracion é independencia de la monarquia « española. Asimismo S. M. está dispuesto á conceder todo género « de apoyo y de asistencia á un esfuerzo tan magnánimo y digno de « alabanza... El rey me manda declarar á VV. SS. que está S. M.

« pronto á extender su apoyo á todas las demas partes de la monar-
« quía española que se muestren animadas del mismo espíritu que
« los habitantes de Asturias. »

Siguióse á esta declaracion el envío á aquella provincia de víveres, municiones, armas y vestuarios en abundancia: no fue al principio dinero por no haber los diputados creídolo necesario. Fueron nombrados para que pasasen á Asturias dos oficiales y el mayor general Sir Tomas Dyer, quien desde entonces fue el protector constante y desinteresado de los desgraciados patriotas españoles.

Era á la sazon primer lord de la tesorería el duque de Portland, y los nombres tan conocidos despues de Castlereagh, Liverpool y Canning entraban á formar parte de su ministerio. Tenian por norma de su política las reglas que habian guiado á Mr. Pitt, con quien habian estado estrechamente unidos. Pero en cuanto á la causa española todos los partidos concurrieron en la misma opinion, sin que hubiese la menor diferencia ni disenso. Claramente apareció esta conformidad en la discusion parlamentaria del 15 de junio en la cámara de los comunes. Mr. Sheridan uno de los corifeos de la oposicion, célebre como literato, y célebre como orador, decia en aquella sesion: « ¿ * El denodado ánimo de los espa-
« ñoles no tomará mayor aliento cuando sepa que su (* Ap. n. 3.)
« causa no solo ha sido abrazada por los ministros aisladamente,
« sino tambien por el parlamento y el pueblo de Inglaterra? Si hay
« en España una predisposicion para sentir los insultos y agravios
« que sus habitantes han recibido del tirano de la tierra, y que son
« sobrado enormes para poder expresarlos con palabras, ¿aquella
« predisposicion no se elevará al mas sublime punto con la certeza
« de que sus esfuerzos han de ser cordialmente sostenidos por una
« grande y poderosa nacion? Pienso que se presenta una impor-
« tante crísis. Jamas hubo cosa tan valiente, tan generosa, tan
« noble como la conducta de los asturianos. »

Ambos lados de la cámara aplaudieron aquellas elocuentes palabras que expresaban el comun sentir de todos sus individuos. Trafalgar y las famosas victorias alcanzadas por la marina inglesa nunca habian excitado ni mayor alegría ni mas universal entusiasmo. El interés nacional anduvo unido en esta ocasion con lo que dictaban la justicia y la humanidad, y así las opiniones mas divergentes y encontradas en otros asuntos se juntaron ahora y confundieron para celebrar en comun y de un modo inexplicable el alzamiento de España. Bastó solo la noticia del de Asturias para causar efecto tan prodigioso. No les era dado á los diputados moverse ni ir á parte alguna sin que se prorumpiese en derredor suyo en vítores y aplausos. Detenemos aquí la pluma, ciertos de que se achacaría á estudiada exageracion el repetir aun compendiosamente lo que en realidad pasó *. En medio sin embargo de la universal (* Ap. n. 4.)
satisfaccion estaban los diputados contristados, ha-

biendo trascurrido mas de quince dias sin que aportase barco ni aviso alguno de las costas de España. No por eso menguó el entusiasmo inglés: mas bien, á ser posible, vino á aumentarle y á sacar á todos de dudas y sobresalto la llegada de Don Francisco Sangro, enviado por la junta de Galicia, y el cual traia consigo no solamente la noticia del levantamiento de tan importante y populosa provincia, mas tambien el de toda la península.

Levantamiento de Galicia.

Galicia en efecto se habia alzado el 30 de mayo, dia de San Fernando. La extension de sus costas, sus muchas rias y abrigados puertos, la desigualdad de su montuoso terreno, su posicion lejana y guarecida de angostas y por la mayor parte difíciles entradas, sus arsenales, y en fin sus cuantiosos y variados recursos realzaban la importancia de la declaracion de aquel reino.

Ademas de la inquietud, necesaria y general consecuencia del 2 de mayo, conmovió con particularidad los ánimos en la Coruña la aparicion del oficial francés Mongat, comisionado para tomar razon de los arsenales de armas y artillería, de la tropa allí existente, y para examinar al mismo tiempo el estado del pais. Por ausencia del capitan general Don Antonio Filangieri mandaba el mariscal de campo Don Francisco Biedma, sugeto mirado con desafecto por los militares y vecinos de la ciudad, é inhábil por tanto para calmar la agitacion que visiblemente crecia. Aumentóla con sus providencias, porque colocando artillería en la plaza de la capitanía general, redoblando su guardia y viviendo siempre en vela, dió á entender que se disponia á ejecutar alguna órden desagradable. El Biedma obraba en este sentido con tanto mayor confianza cuanto quedaban todavía en la Coruña, á pesar de las fuerzas destacadas á Oporto en virtud del tratado de Fontainebleau, el regimiento de infantería de Navarra, los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, el segundo de voluntarios de Cataluña y el regimiento de artillería del departamento. Para estar mas seguro de estos cuerpos pensó tambien granjearse su voluntad, proponiéndoles conforme á instrucciones de Madrid la etapa de Francia que era mas ventajosa. Hubo gefes que aceptaron la oferta, otros la desecharon. Pero este paso fue tan imprudente que despertó en los soldados viva sospecha de que se fraguaba enviarlos del otro lado de los Pirineos, y llenar su hueco con franceses. Sobrecogióse asimismo el paisanage de temor de la conscripcion, en el que le confirmaron vulgares rumores con tanta mas prontitud creidos en semejantes casos, cuanto suelen ser mas absurdos. Tal fue por ejemplo el de que el francés Mongat habia mandado fabricar á la maestranza de artillería miles de esposas destinadas á maniatar hasta la frontera á los mozos que se enganchasen. Por infundada que fuese la voz no era extraño que hallase cabida en los prevenidos ánimos de los gallegos, á cuyos oidos habia llegado la noticia de violencias semejantes á las que en la misma Francia se cometian con los conscriptos.

En medio del sobresalto llegó á la Coruña un emisario de Asturias, portador de las nuevas de su primera insurreccion, con intento de brindar á las autoridades á imitar la conducta del principado. Se presentó al señor Pagola regente de la audiencia, quien con la amenaza de castigarle le obligó á retirarse sigilosamente á Mondoñedo. Con todo súpose, y mas y mas se pronunciaba la opinion sin que hubiera freno que la contuviese. Alcanzaron en tanto á Madrid avisos del estado inquieto de Galicia, y se ordenó pasar allí al capitan general Don Antonio Filangieri, hombre moderado, afable y entendido, hermano del famoso Cayetano, que en su elocuente obra de la legislacion habia defendido con tanta erudicion y zelo los derechos de la humanidad. Adorábanle los oficiales, le querian cuantos le trataban; pero la desgracia de haber nacido en Nápoles le privaba del favor de la multitud, tan asombradiza en tiempos turbulentos. Sin embargo habiendo quitado la artillería de delante de sus puertas, y mostrádose suave é indulgente, hubiera quizá parado la revolucion si nuevos motivos de desazon y disgusto no hubiesen acelerado su estampido. Primeramente no dejaba de incomodar la arrogancia desdeñosa con que los franceses establecidos en la Coruña miraban á su vecindario desde que el oficial Mongat los alentó con su altivez intolerable, si bien á veces templada por la prudencia de Mr. Fourcroi cónsul de su nacion. Pero mas que todo, y ella en verdad decidió el rompimiento, fue la noticia de las renuncias de Bayona, y de la internacion en Francia de la familia real, con lo que al paso que el poder de la autoridad se entorpecia y menguaba, creció el ardor popular saltando la valla de la subordinacion y obediencia.

Algunos patriotas, encendidos del deseo de conservar la independencia y el honor nacional, se juntaban á escondidas con varios oficiales para dar acertado impulso al público descontento. Asistian individuos del regimiento de Navarra, de lo que noticioso el capitan general mandó que aquel cuerpo se trasladase al Ferrol; medida que tal vez influyó en su posterior y lamentable suerte. En lugar de amortiguarse aviváronse con esto los secretos tratos, y ya tocaban al estado de sazon, cuando la víspera de San Fernando entró á caballo por las calles de la Coruña un jóven de rostro halagüeño, gallardo en su porte, y tan alborozado que atravesándolas con entusiasmados gritos movió la curiosidad de sus atónitos vecinos. Avistóse con el regente de la audiencia, quien cortándole toda comunicacion le hizo custodiar en la casa de correos. Allí se agolpó al instante la muchedumbre, y averiguó que el desconocido mozo era un estudiante de la ciudad de Leon, en donde á imitacion de Asturias habia la poblacion tratado de levantarse y crear una junta. Con la nueva espuela determinaron los que secretamente y de consuno se entendian no aguardar mas tiempo, y poner cuanto antes el reino de Galicia en abierta insurreccion.

El siguiente dia 30 ofrecióse como el mas oportuno impeliendo á su ejecucion un impensado incidente. Era costumbre todos los años en dicho dia enarbolar la bandera en los baluartes y castillos, y notóse que en este se habia omitido aquella práctica que solamente se verificaba en conmemoracion de Fernando III llamado el Santo, sin atender á que el soberano reinante llevara ó no aquel nombre. Mas como ahora desagradaba su sonido al gobierno de Madrid, fuera por su órden ó por lisonjearle, se suspendió la antigua ceremonia. El pueblo echando de menos la bandera se mostró airado, y aprovechando entonces los secretos conjurados la oportuna ocasion, enviaron para acaudillarle á Sinforiano Lopez, de oficio sillero, hombre fogoso, y que, dotado de verbosidad popular, era querido de la multitud y á su arbitrio la gobernaba. Luego que se acercó al palacio del capitan general, envió por delante para tantear el ánimo de la tropa algunos niños que con pañuelos fijos en la punta de unos palos, y gritando viva Fernando VII y muera Murat, intentaron meterse por sus filas. Los soldados, en cuyo número se contaban bastantes que estaban de concierto con los atizadores, se reian de los muchachos, y los dejaban pasar y gritar, sin interrumpirlos en su aparente pasatiempo. Alentados los instigadores se atropellaron de golpe hácia el palacio, diputando á unos cuantos para pedir que segun costumbre se tremolase la bandera. Aquel edificio está sito dentro de la ciudad antigua; y al ruido de que era acometido, concurrió la multitud de todos los puntos, precipitándose por la puerta Real y la de Aires. Los primeros que en diputacion habian penetrado dentro de los umbrales de palacio, alcanzado que hubieron que se enarbolase la bandera, pidieron que volviera á la Coruña el regimiento de Navarra, y como acontece en los bullicios populares, á medida que se condescendia en las peticiones, fuéronse estas multiplicando: por lo que y encrespado el tumulto, Don Antonio Filangieri se desapareció por una puerta excusada y se refugió en el convento de dominicos. No asi Don Francisco Biedma y el coronel Fabro, quienes, á pesar del odio que contra ambos habia como parciales del príncipe de la Paz, osaron salir por la puerta principal. Caro hubo de costarles el temerario arrojo: al Biedma le hirieron de una pedrada pero levemente; y al Fabro, que, puesto al frente de los granaderos de Toledo, de cuyo cuerpo era gefe, dió con su espada de plano á uno de los que peroraban á nombre del pueblo, reciamente le apalearon, sin que sus soldados hiciesen ademan siquiera de defenderle; tan aunados estaban militares y paisanos.

Como era dia festivo, y tambien por avisos circulados á las aldeas, habia acudido á la ciudad mucha gente de los contornos, y todos juntos los de dentro y los de fuera asaltaron el parque de armas, y le despojaron de mas de 40,000 fusiles. En la acometida corrió gran peligro el comisario de la maestranza de artillería Don

Juan Varela, á quien falsamente se atribuia el tener escondidas las esposas que habian de atraillar á los que se llevasen á Francia. Muy al caso le ocurrió á Sinforiano Lopez sacar en procesion el retrato de Fernando VII, con cuya artimaña atrayendo hácia sí á la multitud, salvó á Varela del fatal aprieto.

En fin por la tarde se formó una junta, y á su cabeza se puso el capitan general; entrando en ella las principales autoridades y representantes de las diferentes clases y corporaciones ya civiles ya eclesiásticas. Por indisposicion de Filangieri presidió los primeros dias la junta el mariscal de campo Don Antonio Alcedo, hombre muy cabal y prudente, y permitió en el naciente fervor que cualquiera ciudadano entrase á proponer en la sala de sesiones lo que juzgase conveniente á la causa pública. Púsose luego coto á una concesion que en otros tiempos hubiera sido indebida y peligrosa.

La junta anduvo en lo general atinada, y tomó disposiciones prontas y vigorosas. Dió igualmente desde el principio una señalada prueba de su desprendimiento en convocar otra junta, que elegida libre y tranquilamente por las ciudades de Galicia, no tuviese la tacha de ser fruto de un alboroto, y de solo representar en ella una pequeña parte de su territorio. Para alcanzar tan laudable objeto se prefirió á cualquiera otro medio el mas antiguo y conocido. Cada seis años se congregaba en la Coruña una diputacion de todo el reino de Galicia, compuesta de siete individuos escogidos por los diversos ayuntamientos de las siete provincias en que está dividido. Celebrábase esta reunion para conceder la contribucion llamada de millones, y elegir un diputado que en union con los de las otras ciudades de voto en córtes concurriese á formar la diputacion de los reinos, que constando de siete individuos, y removiéndose de seis en seis años, residia en Madrid, mas bien para presenciar festejos públicos y obtener individuales favores que para defender los intereses de sus comitentes. Conforme á su digna resolucion expidió la junta sus convocatorias, y envió á todas partes comisionados que pusiesen en ejecucion las medidas que habia decretado de armamento y defensa. Siendo idéntica la opinion de todos los pueblos, fueron aquellos á do quiera que llegaban recibidos con aplauso y sumisamente acatados. En algunos parages habian precedido alborotos á la noticia del de la Coruña, y en todos ellos se respetaron y obedecieron las providencias de la junta, corriendo la juventud á alistarse con el mayor entusiasmo. Solamente en el Ferrol hubiera podido desconocerse la autoridad del nuevo gobierno por la oposicion que mostraban el conde de Cartaojal comandante de la division de Ares, y el gefe de escuadra Obregon que mandaba los arsenales; pero los demas oficiales y soldados, conformes con el pueblo en sus sentimientos, y pronunciándose altamente, desbarataron los intentos de sus superiores.

Conmovido asi todo el reino de Galicia se aceleró la formacion y

organizacion de su ejército. Se incorporaron los reclutas en los regimientos veteranos, y se crearon otros nuevos, entre los que merece particular distincion el batallon llamado literario, compuesto de estudiantes de la universidad de Santiago, tan bien dispuestos y animados como todos los de España en favor de la causa sagrada de la patria. La reunion de estas fuerzas, con las que posteriormente se agregaron de Oporto, ascendia en su totalidad á unos 40,000 hombres.

No tardaron mucho en pasar á la Coruña los regidores nombrados por los ayuntamientos de las siete capitales de provincia en representacion de su potestad suprema, instalándose con el nombre de junta soberana de Galicia. Asociaron á su seno al obispo de Orense que entonces gozaba de justa popularidad, al de Tuy y á Don Andres García confesor de la difunta princesa de Asturias en obsequio á su memoria. Se mandó asimismo que asistiesen á las comisiones administrativas, en que se distribuyesen los diversos trabajos, personas inteligentes en cada ramo.

El levantamiento de Galicia tuvo como el de toda España su principal orígen en el odio á la dominacion extrangera, y en la justa indignacion provocada por los atroces hechos de Madrid y Bayona. Fueron en aquel reino los militares los primeros motores, sostenidos por la poblacion entera. El clero, si bien no dió el impulso, aplaudió y favoreció despues la heróica resolucion, distinguiéndose mas adelante los curas párrocos, quienes fomentaron y mantuvieron la encendida llama del patriotismo. Sin embargo miraron allí con torvo rostro las conmociones populares dos de los mas poderosos eclesiásticos, cuales eran Don Rafael Muzquiz arzobispo de Santiago, y Don Pedro Acuña ex-ministro de gracia y justicia. Zelosos partidarios del príncipe de la Paz asustáronse del advenimiento al trono de Fernando VII, y trabajaron en secreto y con porfiado hinco por deshacer ó embarazar en su curso la comenzada empresa. El de Santiago, portentoso conjunto de corrupcion y bajeza, procuraba con aparente fanatismo encubrir su estragada conducta, disfrazar sus vicios y acrecentar el inmenso poderío que le daban sus riquezas y elevada dignidad. Astuto y revolvedor tiró á sembrar la discordia so color de patriotismo. Habia entre Santiago, antigua capital de Galicia, y la Coruña que lo era ahora, añejas rivalidades; y para despertarlas ofreció un donativo de tres millones de reales con la condicion sediciosa de que la junta soberana fijase su asiento en la primera de aquellas ciudades. Muy bien sabia que no se accederia á su propuesta, y se lisonjeaba de excitar con la negativa reyertas entre ambos pueblos que trabasen las resoluciones de la nueva autoridad. Mas la junta mostró tal firmeza que atemorizado el solapado y viejo cortesano se cobijó bajo la capa pastoral del obispo de Orense para no ser incomodado y perseguido.

A pocos dias de la insurreccion una voz repentina y general difundida en toda Galicia de que entraban los franceses dió desgraciadamente ocasion á desórdenes, que, si bien momentáneos, no por eso dejaron de ser dolorosos. Asi fue que en Orense un hidalgo de Puga mató de un tiro á un regidor á las puertas del ayuntamiento, por habérsele dicho que el tal era afecto á los invasores. Bien es verdad que Galicia dentro de su suelo no tuvo que llorar otra muerte en los primeros tiempos de su levantamiento.

Tuvo sí que afligirse y afligir á España con el asesinato de Don Antonio Filangieri, que saliendo de los lindes gallegos habia fijado su cuartel general en Villafranca del Vierzo, y tomado activas providencias para organizar y disciplinar su gente, el cual, creyendo oportuno, asi para su propósito como para cubrir las avenidas del pais de su mando, sacar de la Coruña sus tropas (en gran parte bisoñas y compuestas de gente allegadiza), las situó en la cordillera aledaña del Vierzo, extendiendo las mas avanzadas hasta Manzanal, colocado en las gargantas que dan salida al territorio de Astorga. Lo suave de la condicion de dicho general, y el haberle llamado la junta á la Coruña, alentó á algunos soldados de Navarra, cuyo cuerpo estaba resentido desde la traslacion al Ferrol, para acometerle y asesinarle fria y alevosamente el 24 de junio en las calles de Villafranca. Los abanderizó un sargento, y hubo quien buscó mas arriba la oculta mano que dirigió el mortal golpe. Atroz y fementido hecho matar á su propio caudillo, respetable varon é inocente víctima de una soldadesca brutal y desmandada. Por largo tiempo quedó impune tan horroroso crimen: al fin y pasados años recibieron los que le perpetraron el merecido castigo. Habia sucedido en el mando por aquellos dias al desventurado Filangieri Don Joaquin Blake mayor general del ejército, y antes coronel del regimiento de la corona. Gozaba del concepto de militar instruido y de profundo táctico. La junta le elevó á grado de teniente general.

De Inglaterra llegaron tambien á Galicia prontos y cuantiosos auxilios. Su diputado Don Francisco Sangro fue honrado y obsequiado por aquel gobierno, y se remitieron libres á la Coruña los prisioneros españoles que gemian hacia años en los pontones británicos. Arribó al mismo puerto Sir Cárlos Stuart primer diplomático inglés que en calidad de tal pisó el suelo español. La junta se esmeró en agasajarle y darle pruebas de su constante anhelo por estrechar los vínculos de alianza y amistad con S. M. Británica. Las demostraciones de interés que por la causa de España tomaba nacion tan poderosa fortificaron mas y mas las novedades acaecidas, y hasta los mas tímidos cobraron esperanzas.

Levantamiento de Santander.

Santander agitado y conmovido ponia en sumo cuidado á los franceses, estando casi situado á la retaguardia de una parte considerable de sus tropas, y pudiendo con su insurreccion impedir fácilmente que entre sí se comunicasen.

Tambien temian que la llama una vez prendida se propagase á las provincias vascongadas, y los envolviese, á favor del escabroso terreno, en medio de poblaciones enemigas, fatigándolos y hostigándolos continuadamente. Asi fue que el mariscal Bessières no tardó desde Burgos en despachar á aquel punto á su ayudante general Mr. de Rigny, que despues se ha ilustrado mas dignamente con los laureles de Navarino. Iba con pliegos para el cónsul francés Mr. de Ranchoup, por los que se amonestaba al ayuntamiento que, en caso de no mantenerse la tranquilidad, pasaria una division á castigar con el mayor rigor el mas leve exceso. Semejantes amenazas lejos de apaciguar acrecentaron el disgusto y la fermentacion. Estaba en su colmo, cuando una leve disputa entre Mr. Pablo Carreyron, francés avecindado, y el padre de un niño á quien aquel habia reprendido, atrajo gente, y de unas en otras se enardeció el pueblo clamoreando que se prendiese á los franceses.

Tocaron entonces á rebato las campanas de la catedral y los tambores la generala, resonando por las calles los gritos de viva Fernando VII y muera Napoleon y el ayudante de Bessières. Armado como por encanto el vecindario, arrestó á los franceses, pero con el mayor órden; y conducidos al castillo cuartel de San Felipe, se pusieron guardias á las puertas de las respectivas casas de los presos para que no recibiesen menoscabo en sus propiedades. Era aquel dia el 26 de mayo, y, como de la Ascension, festivo, por lo que arremolinándose numerosa plebe cerca de la casa del cónsul francés, se desató en palabras y amenazas contra su persona y la de Mr. de Rigny. Sus vidas hubieran peligrado si los oficiales del provincial de Laredo, que guarnecia á Santander, no las hubieran puesto en salvo exponiendo las suyas propias. Los sacaron de la casa consular á las once de la noche, y colocándolos en el centro de un círculo que formaron con sus cuerpos, los llevaron al ya mencionado cuartel de San Felipe, dejándolos bajo la custodia de los milicianos que le ocupaban.

Al dia inmediato 27 se compuso una junta de los individuos del ayuntamiento y varias personas notables del pueblo, las que eligieron por su presidente al obispo de la diócesi Don Rafael Menendez de Luarca. Hallábase este ausente en su quinta de Liaño á dos leguas de la ciudad, no pudiendo por tanto haber tomado parte en los acontecimientos ocurridos. El gobierno francés, que con estudiado intento no veia entonces en el alzamiento de España sino la obra de los clérigos y los frailes, achacó al reverendo obispo de Santander la insurreccion de la provincia cantábrica. Mas fue tan al contrario que en un principio aquel prelado se resistió obstinadamente á admitir la presidencia que le ofreció la junta, y solo á fuerza de reiteradas instancias condescendió con sus ruegos. Era el de Santander eclesiástico austero en sus costumbres, y acatábale el vulgo como si fuera un santo: estaba ciertamente dotado de re-

comendables prendas, pero las deslucia con terco fanatismo y desbarros que tocaban casi en locura. Dió luego señales de su descompuesto temple, autorizándose con el título de regente soberano de Cantabria á nombre de Fernando VII y con el aditamento de alteza.

A poco se supo la insurreccion de Asturias, con lo que tomó vuelo el levantamiento de toda la montaña de Santander, y aun los tibios ensancharon sus corazones. Inmediatamente se procedió á un alistamiento general, y sin mas dilacion y faltos de disciplina salieron los nuevos cuerpos á los confines y puertos secos de la provincia. Mandaba como militar Don Juan Manuel de Velarde, que de coronel fue promovido á capitan general, y el cual se apostó en Reinosa con artillería y 5000 hombres, los mas paisanos mezclados con milicianos de Laredo. Su hijo Don Emeterio, muerto despues gloriosamente en la batalla de la Albuera, ocupó el Escudo con 2500 hombres, igualmente paisanos. Otros 1000 recogidos de partidas sueltas de Santoña, Laredo y demas puertecillos se colocaron en los Tornos. Por aquí vemos como Santander á pesar de su mayor proximidad á los franceses se arriesgó á contrarestar sus injustos actos y á emplear contra ellos los escasos recursos que su situacion le prestaba.

Levantamiento de Leon y Castilla la Vieja.

Osadía fue sin duda la de esta provincia, pero guarecida detras de sus montañas no parecia serlo tanto como la de las ciudades y pueblos de la tierra llana de Castilla y Leon. Sus moradores, no atendiendo ni á sus fuerzas ni á su posicion, quisieron ciegamente seguir los ímpetus de su patriotismo, y á los pueblos cercanos á tropas francesas salióles caro tan honroso como irreflexionado arrojo. Apenas habia alzado Logroño el pendon de la insurreccion, cuando pasando desde Vitoria con dos batallones el general Verdier, fácilmente arrolló el 6 de junio á los indisciplinados paisanos, retirándose despues de haber arcabuceado á varios de los que se cogieron con las armas en la mano, ó á los que se creyeron principales autores de la sublevacion. No fue mas dichosa en igual tentativa la ciudad de Segovia. Confiando sobradamente en la escuela de artillería establecida en su alcázar, intentó con su ayuda hacer rostro á la fuerza francesa, cerrando los oidos á proposiciones que por medio de dos guardias de corps le habia enviado Murat. En virtud de la repulsa se acercó á la ciudad el 7 de junio el general francés Frère, y los artilleros españoles colocaron las piezas destinadas al ejercicio de los cadetes en las puertas y avenidas. No habia para sostenerlas otra tropa que paisanos mal armados, los cuales al empeñarse la refriega se desbandaron dejando abandonadas las piezas. Apoderóse de Segovia el enemigo, y el director Don Miguel de Cevallos, los alumnos y casi todos los oficiales se salvaron y acogieron á los ejércitos que se formaban en las otras provincias.

Al mismo tiempo que tales andaban las cosas en puntos aislados de Castilla, tomó cuerpo la insurreccion de Valladolid y Leon, fortificándose con mayores medios y estribando sus providencias en los auxilios que aguardaban de Galicia y Asturias. Desde el momento en que la última de aquellas provincias habia en el 23 y 24 de mayo proclamado á Fernando y declarádose contra los franceses, habia Leon imitado su ejemplo. Como á su definitiva determinacion hubiesen precedido parciales conmociones, en una de ellas fue enviado á la Coruña el estudiante que tanto tumultuó allí la gente. Mas el estar asentada la ciudad de Leon en la tierra llana, y el serles á los franceses de fácil empresa apaciguar cualquiera rebelion á sus mandatos, habia reprimido el ardor popular. Por fin habiéndose enviado de Asturias 800 hombres para confortar algun tanto á los tímidos, se erigió el 1° de junio una junta de individuos del ayuntamiento y otras personas, á cuya cabeza estaba como gobernador militar de la provincia D. Manuel Castañon. No eran pasados muchos dias cuando se transfirió la presidencia al capitan general bailío Don Antonio Valdés antiguo ministro de marina, y quien habiendo honrosamente rehusado ir á Bayona, tuvo que huir de Burgos á Palencia y abrigarse al territorio leonés. Fueron de Asturias municiones, fusiles y otros pertrechos, con cuya ayuda se empezó el armamento.

Estaba en Valladolid de capitan general Don Gregorio de la Cuesta, militar antiguo y respetable varon, pero de condicion duro y caprichudo, y obstinado en sus pareceres. Buen español, acongojábale la intrusion francesa, mas acostumbrado á la ciega subordinacion miraba con enojo que el pueblo se entrometiese á deliberar sobre materias que á su juicio no le competian. El distrito de su mando abrazaba los reinos de Leon y Castilla la Vieja, cuya separacion geográfica no ha estorbado que se hubiesen confundido ambos en el lenguaje comun y aun en cosas de su gobierno interior. La pesada mano de la autoridad los habia molestado en gran manera, y el influjo del capitan general era extremadamente poderoso en las provincias en que aquellos reinos se subdividian. Con todo pudiendo mas el actual entusiasmo que el añejo y prolongado hábito de la obediencia, ya hemos visto como en Leon, sin contar con Don Gregorio de la Cuesta, se habia dado el grito del levantamiento. Era la empresa de mas dificultoso empeño en Valladolid, asi porque dentro residia dicho gefe, como tambien por el apoyo que le daba la chancillería y sus dependencias. Sin embargo la opinion superó todos los obstáculos.

En los últimos dias de mayo el pueblo agavillado quiso exigir del capitan general que se le armase y se hiciese la guerra á Napoleon. Asomado al balcon resistióse Cuesta, y con prudentes razones procuró disuadir á los alborotados de su desaconsejado intento. Insistieron de nuevo estos, y viendo que sus esfuerzos inútilmente

se estrellaban contra el duro carácter del capitan general, erigieron el patíbulo vociferando que en él iban á dar el debido pago á tal terquedad, tachada ya de traicion por el populacho. Dobló entonces la cerviz Don Gregorio de la Cuesta, prefiriendo á un azaroso fin servir de guia á la insurreccion, y sin tardanza congregó una junta á que asistieron con los principales habitantes individuos de todas las corporaciones. El viejo general no permitió que la nueva autoridad ensanchase sus facultades mas allá de lo que exigia el armamento y defensa de la provincia; conviniendo tan solo en que á semejanza de Valladolid se instituyese una junta con la misma restriccion en cada una de las ciudades en que habia intendencia. Asi Avila y Salamanca formaron las suyas, pero la inflexible dureza de Cuesta y el anhelo de estos cuerpos por acrecer su poder suscitaron choques y reñidas contiendas. Valladolid y las poblaciones libres del yugo francés se apresuraron á alistar y disciplinar su gente, y Zamora y Ciudad-Rodrigo suministraron en cuanto pudieron armas y pertrechos militares.

Enlutaron la comun alegría algunos excesos de la plebe y de la soldadesca. Murió en Palencia á sus manos un tal Ordoñez que dirigia la fábrica de harinas de Monzon, sugeto apreciable. Don Luis Martinez de Ariza gobernador de Ciudad-Rodrigo experimentó igual suerte, sirviendo de pretexto su mucha amistad y favor con el príncipe de la Paz. Lo mismo algun otro individuo en dicha plaza; y en la patria del insigne Alonso del Tostado, en Madrigal, fue asesinado el corregidor, y unos alguaciles odiados por su rapaz conducta. Castigó Cuesta con el último suplicio á los matadores; pero una catástrofe no menos triste y dolorosa afeó el levantamiento de Valladolid. Don Miguel de Cevallos director del colegio de Segovia, á quien hemos visto alejarse de aquella ciudad al ocuparla los franceses, fue detenido á corta distancia en el lugar de Carbonero, achacando infundadamente á traicion suya el descalabro padecido. De allí le condujeron preso á Valladolid. Le entraron por la tarde, y fuera malicia ó acaso, despues de atravesar el portillo de la Merced, torcieron los que le llevaban por el callejon de los toros al campo grande, donde los nuevos alistados hacian el ejercicio. A las voces de que se aproximaba levantóse general gritería. Iba á caballo y detras su familia en coche. Llovieron muy luego pedradas sobre su persona, y á pesar de querer guarecerle los paisanos que le escoltaban, desgraciadamente de una cayó en tierra, y entonces por todas partes le acometieron y maltrataron. En balde un clérigo de nombre Prieto buscó para salvarle el religioso pretexto de la confesion: solo consiguió momentáneamente meterle en el portal de una casa, dentro del cual un soldado portugués de los que habian venido con el marqués de Alorna le traspasó de un bayonetazo. Con aquello enfurecióse de nuevo el populacho, arrastró por la ciudad al desventurado Cevallos, y al fin le arrojó al rio. Partian el alma los

agudos acentos de la atribulada esposa, que desde su coche ponia en el cielo sus quejas y lamentos, al paso que empedernidas mugeres se encarnizaban en la despedazada víctima. Espanta que un sexo tan tierno, delicado y bello por naturaleza, se convierta á veces y en medio de tales horrores en inhumana fiera. Mas apartando la vista de objeto tan melancólico, continuemos bosquejando el magnífico cuadro de la insurreccion, cuyo fondo, aunque salpicado de algunas oscuras manchas, no por eso deja de aparecer grandioso y admirable.

Levantamiento de Sevilla.

Las provincias meridionales de España no se mantuvieron mas tranquilas ni perezosas que las que acabamos de recorrer. Movidos sus habitantes de iguales afectos no se desviaron de la gloriosa senda que á todos habia trazado el sentimiento de la honra é independencia nacional. Siendo idénticas las causas, unos mismos fueron en su resultado los efectos. Solamente los incidentes que sirvieron de inmediato estímulo variaron á veces. Uno de estos notable é inesperado influyó con particularidad en los levantamientos de Andalucía y Extremadura. Por entonces residia casualmente en Móstoles, distante de Madrid tres leguas, Don Juan Perez Villamil secretario del almirantazgo. Acaeció en la capital el suceso del 2 de mayo, y personas que en lo recio de la pelea se habian escapado y refugiado en Móstoles, contaron lo que allí pasaba con los abultados colores del miedo reciente. Sin tardanza incitó Villamil al alcalde para que escribiendo al del cercano pueblo pudiese la noticia circular de uno en otro con rapidez. Así cundió creciendo de boca en boca, y en tanto grado exagerada que cuando alcanzó á Talavera pintábase á Madrid ardiendo por todos sus puntos y confundido en muertes y destrozos. Expidiéronse por aquel administrador de correos avisos con la mayor diligencia, y en breve Sevilla y otras ciudades fueron sabedoras del infausto acontecimiento.

Dispuestos como estaban los ánimos no se necesitaba sino de un levísimo motivo para encenderlos á lo sumo y provocar una insurreccion general. El aviso de Móstoles estuvo para realizarla en el mediodía. En Sevilla el ayuntamiento pensó seriamente en armar la provincia, y tratóse de planes de armamento y defensa. Ordenes posteriores de Madrid contuvieron el primer amago; pero conmovido el pueblo se alentaron algunos particulares á dar determinado rumbo al descontento universal. Fue en aquella ciudad uno de los principales conmovedores el conde de Tilly, de casa ilustre de Extremadura, hombre inquieto, revoltoso y tachado bastantemente en su conducta privada. Aunque dispuesto para alborotos, é igualmente amigo de novedades que su hermano Guzman, tan famoso en la revolucion francesa, nunca hubiera conseguido el anhelado objeto, si la causa que ahora abrazaba no hubiese sido tan santa, y si por lo mismo no se le hubiesen agregado otras personas respetables de la ciudad.

Juntábanse todos en un sitio llamado el Blanquillo hácia la puerta de la Barqueta, y en sus reuniones debatian el modo de comenzar su empresa. Apareciόse al propio tiempo en Sevilla un tal Nicolas Tap y Nuñez, hombre poco conocido y que habia venido allí con propósito de conmover por sí solo la ciudad. Ardiente y despejado peroraba por calles y plazas, y llevaba y traia á su antojo al pueblo sevillano, subiendo á punto su descaro de pedir al cabildo eclesiástico doce mil duros para hacer el alzamiento contra los franceses; peticion á que se negó aquel cuerpo. Se ejercitaba antes en el comercio clandestino, y con el título intruso de corredor tenia mucha amistad con las gentes que se ocupaban en el contrabando con Gibraltar y la costa, á cuyo punto hacia frecuentes viajes. Callaban las autoridades temerosas de mayor mal, y los que con Tilly manquinaban procuraron granjearse la voluntad de quien en pocos dias habia adquirido mas nombre y popularidad que ningun otro. Buscáronle y fácilmente se concertaron.

No transcurria dia sin que nuevos motivos de disgusto viniesen á confirmarlos en su pensamiento, y á perturbar á los tranquilos ciudadanos. En este caso estuvieron varios papeles publicados contra la familia de Borbon en el diario de Madrid que se imprimia desde el 10 de mayo bajo la inspeccion del francés Esmènard. Disonaron sus frases á los oidos españoles no acostumbrados á aquel lenguaje, y unos papeles destinados á rectificar la opinion en favor de las mudanzas acordadas en Bayona, la alejaron para siempre de asentir á ellas y aprobarlas. Gradualmente subia de punto la indignacion, cuando de oficio se recibió la noticia de las renuncias de la familia real de España en la persona de Napoleon. Parecióles á Tilly, Tap y consortes que no convenia desaprovechar la ocasion, y se prepararon al rompimiento.

Se escogió el dia de la Ascension 26 de mayo y hora del anochecer para alborotar á Sevilla. Soldados del regimiento de Olivenza comenzaron el estruendo dirigiéndose al depósito de la real maestranza de artillería y de los almacenes de pólvora. Reunióseles inmenso gentio, y se apoderaron de las armas sin desgracia ni desórden. Adelantóse á aquel parage un escuadron de caballería mandado por Don Adrian Jácome, el cual lejos de impedir la sublevacion, mas bien la aplaudió y favoreció. Prendiendo con inexplicable celeridad el fuego de la revolucion hasta en los mas apartados y pacíficos barrios, el ayuntamiento se trasladó al hospital de la Sangre para deliberar mas desembarazadamente. Pero en la mañana del 27 el pueblo apoderándose de las casas consistoriales abandonadas, congregó en ellas una junta suprema de personas distinguidas de la ciudad. Tap y Nuñez procediendo de buena fé era por su extremada popularidad quien escogia los miembros, siendo otros los que se los apuntaban. Asi fue que como forastero obrando á ciegas, nombró á dos que desagradaron por su anterior y

desopinada conducta. Se le previno, y quizo borrarlos de la lista. Fueron inútiles sus esfuerzos y aun le acarrearon una larga prision, mostrándose encarnizados enemigos suyos los que tenia por parciales. Suerte ordinaria de los que entran desinteresadamente é inexpertos en las revoluciones: los hombres pacíficos los miran siempre, aun aplaudiendo á sus intentos, como temibles y peligrosos, y los que desean la bulla y las revueltas para crecer y medrar, ponen su mayor conato en descartarse del único obstáculo á sus pensamientos torcidos.

Instalóse pues la junta, y nombró por su presidente á Don Francisco Saavedra antiguo ministro de hacienda, confinado en Andalucía por la voluntad arbitraria del príncipe de la Paz. De carácter bondadoso y apacible, tenia saber extenso y vario. Las desgracias y persecuciones habian quizá quitado á su alma el temple que reclamaban aquellos tiempos. A instancias suyas fue tambien elegido individuo de la junta el asistente Don Vicente Hore, á pesar de su amistad con el caido favorito. Entró á formar parte y se señaló por su particular influjo el padre Manuel Gil clérigo reglar. La espantadiza desconfianza de Godoy que sin razon le habia creido envuelto en la intriga que para derribarle habian urdido en 1795 la marquesa de Matallana y el de Mala-Espina, le sugirió entonces el encerrarle en el covento de Toribios de Sevilla, en el que se corregian los descarrios ciertos ó supuestos de un modo vergonzoso y desusado ya aun para con los niños. Disfrutaba el padre Gil, si bien de edad provecta, de la robustez y calor de los primeros años: con facilidad comunicaba á otros el fuego que sustentaba en su pecho, y en medio de ciertas extravagancias, mas bien hijas de la descuidada educacion del claustro que de extravios de la mente, lucia por su erudicion y la perspicacia de su ingenio.

La nombrada junta intitulóse suprema de España é Indias. Desazonó á las otras la presuntuosa denominacion; pero ignorando lo que allende ocurria, quizá juzgó prudente ofrecer un centro comun, que contrapesando el influjo de la autoridad intrusa y usurpadora de Madrid, le hiciese firme é imperturbable rostro. Fue desacuerdo insistir en su primer título luego que supo la declaracion de las otras provincias. Su empeño hubiera podido causar desavenencias que felizmente cortaron la cordura y tino de ilustrados patriotas.

Para la defensa y armamento adoptó la junta medidas activas y acertadas. Sin distincion mandó que se alistasen todos los mozos de dieciseis hasta cuarenta y cinco años. Se erigieron asimismo por órden suya juntas subalternas en las poblaciones de 2000 y mas vecinos. La oportuna inversion de los donativos cuantiosos que se recibian, como tambien el cuidado de todo el ramo económico, se puso á cargo de sugetos de conocida integridad. En ciudades, villas y aldeas se respondió con entrañable placer al llamamiento de

la capital, y en Arcos como en Carmona, y en Jerez como en Lebrija y Ronda no se oyeron sino patrióticos y acordes acentos.

En la conmocion de la noche del 26 y en la mañana del 27 nadie se habia desmandado, ni se habian turbado aquellas primeras horas con muertes ni notables excesos. Estaba reservado para la tarde del mismo 27 que se ensangrentasen los muros de la ciudad con un horrible asesinato. Ya indicamos como el ayuntamiento habia trasladado al hospital de la Sangre el sitio de sus sesiones. Dió con este paso lugar á habilillas y rencores. Para calmarlos y obrar de concierto con la junta creada, envió á ella en comision al conde de Aguila procurador mayor en aquel año. A su vista se encolerizó la plebe, y pidió con ciego furor la cabeza del conde. La junta para resguardarle prometió que se le formaria causa, y ordenó que entre tanto fuese enviado en calidad de arrestado á la torre de la puerta de Triana. Atravesó el del Aguila á Sevilla entre insultos, pero sin ser herido ni maltratado de obra. Solo al subir á la prision que le estaba destinada, entrando en su compañía una banda de gente homicida, le intimó que se dispusiese á morir, y atándole á la barandilla del balcon que está sobre la misma puerta de Triana, sordos aquellos asesinos á los ruegos del conde y á las ofertas que les hizo de su hacienda y sus riquezas, bárbaramente le mataron á carabinazos. Fue por muchos llorada la muerte de este inocente caballero, cuya probidad y buen porte eran apreciados en general por todos los sevillanos. Hubo quien achacó imprudencias al conde; otros, y fueron los mas, atribuyeron el golpe á enemiga y oculta mano.

Rica y populosa Sevilla, situada ventajosamente para resistir á una invasion francesa, afianzó, declarándose, el levantamiento de España. Mas era menester para poner fuera de todo riesgo su propia resolucion contar con San Roque y Cádiz, en donde estaba reunida la fuerza militar de mar y tierra mas considerable y mejor disciplinada que habia dentro de la nacion. Convencida de esta verdad despachó la junta á aquellos puntos dos oficiales de artillería que eran de su confianza. El que fue á San Roque desempeñó su encargo con menos embarazos, hallando dispuesto á Don Francisco Javier Castaños que allí mandaba, á someterse á lo que se le prescribia. Ya de antemano habia entablado este general relaciones con Sir Hugo Dalrymple gobernador de Gibraltar, y lejos de suspender sus tratos por la llegada á su cuartel general del oficial francés Rogniat, de cuya comision hicimos mencion en el anterior libro, las avivó y estrechó mas y mas. Tampoco se retrajo de continuarlos ni por las ofertas que le hizo otro oficial de la misma nacion despachado al efecto, ni con el cebo del vireinato de Méjico que tenian en Madrid como en reserva para halagar con tan elevada dignidad la ambicion de los generales, cuya decision se conceptuaba de mucha importancia. Es de temer no obstante que las pláticas con Dalrymple en nada hubieran terminado, si no hubiese llegado tan á tiempo el ex-

preso de Sevilla. A su recibo se pronunció abiertamente Castaños, y la causa comun ganó con su favorable declaracion 8941 hombres de tropa reglada que estaban bajo sus órdenes.

Tropezó en Cádiz con mayores obstáculos el conde de Teba, que fue el oficial enviado de Sevilla. Habitualmente residia en aquella plaza el capitan general de Andalucía, siéndolo á la sazon Don Francisco Solano marqués del Socorro y de la Solana. No hacia mucho tiempo que habia regresado á su puesto desde Extremadura y de vuelta de la expedicion de Portugal, en donde le vimos soñar mejoras para el pais puesto á su cuidado. Despues del 2 de mayo solicitado y lisonjeado por los franceses, y sobre todo vencido por los consejos de españoles antiguos amigos suyos, con indiscrecion se mostraba secuaz de los invasores, graduando de frenesí cualquiera resistencia que se intentase. Ya antes de mediados de mayo corrió peligro en Badajoz por la poca cautela con que se expresaba. No anduvo mas prudente en todo su camino. Al cruzar por Sevilla se avistaron con él los que trabajaban para que aquella ciudad definitivamente se alzase. Esquivó todo compromiso, mas molestado por sus instancias pidió tiempo para reflexionar, y se apresuró á meterse en Cádiz. No satisfechos de su indecision, luego que tuvo lugar el levantamiento del 27 siendo ya algunos de los conspiradores individuos de la nueva junta, impelieron á esta para que el 28 enviase á aquella plaza al mencionado conde de Teba, quien con gran ruido y estrépito penetró por los muros gaditanos. Era alli muy amado el general Solano: debialo á su anterior conducta en el gobierno del distrito, en el que se habia desvelado por hacerse grato á la guarnicion y al vecindario. En idolatría se hubiera convertido la aficion primera, si se hubiese francamente declarado por la causa de la nacion. Continuó vacilante é incierto, y el titubear de ahora en un hombre antes presto y arrojado en sus determinaciones, fue calificado de premeditada traicion. Creemos ciertamente que las esperanzas y promesas con que de una parte le habian traido entretenido, y los peligros que advertia de la otra examinando militarmente la situation de España, le privaron de la libre facultad de abrazar el honroso partido á que era llamado de Sevilla. Asi fue que al recibir sus pliegos ideó tomar un sesgo con que pudiera cubrirse.

Convocó á este propósito una reunion de generales, en la que se decidiese lo conveniente acerca del oficio traido por el conde de Teba. Largamente se discurrió en su seno la materia, y prevaleciendo como era natural el parecer de Solano, se acordó la publicacion de un bando cuyo estilo descubria la mano de quien le habia escrito. Dábanse en él las razones militares que asistian par considerar como temeraria la resistencia á los franceses, y despues de varias inoportunas reflexiones se concluia con afirmar que puesto que el pueblo la deseaba, no obstante las poderosas razones alegadas, se

formaria un alistamiento y se enviarian personas á Sevilla y otros puntos, estando todos los once, que suscribian al bando, prontos á someterse á la voluntad expresada. Contento Solano con lo que se habia determinado le faltó tiempo para publicarlo, y de noche con hachas encendidas y grande aparato mandó pregonar el bando por las calles, como si no bastase el solo acuerdo para dar suficiente pábulo á la inquietud del pueblo.

La desusada ceremonia atrajo á muchos curiosos, y luego que oyeron lo que de oficio se anunciaba, irritáronse sobremanera los circunstantes, y con el bullicio y el numeroso concurso pensaron los mas atrevidos en aprovecharse de la ocasion que se les ofrecia, y de monton acudieron todos á casa del capitan general. Alli un jóven llamado Don Manuel Larrus subiendo en ombros de otro, tomó la palabra y respondiendo una tras de otra á las razones del bando, terminó con pedir á nombre de la ciudad que se declarase la guerra á los franceses, y se intimase la rendicion á su escuadra fondeada en el puerto. Abatióse el altivo Solano á la voz del mozo, y quien para dicha suya y de su patria hubiera podido, acaudillándolas, ser árbitro y dueño de las voluntades gaditanas, tuvo que arrastrarse en pos de un desconocido. Convino pues en juntar al dia siguiente los generales, y ofreció que en todo se cumpliria lo que mandaba el pueblo.

La algazara promovida por la publicacion del bando siguió hasta rayar la aurora, y la muchedumbre cercó y allanó en uno de sus paseos de la casa del cónsul francés Mr. Le Roi, cuyo lenguaje soberbio y descomedido le habia atraido la aversion aun de los vecinos mas tranquilos. Refugióse el cónsul en el convento de S. Agustin y de alli fue á bordo de su escuadra. Acompañó á esto desman el de soltar á algunos presos, pero no pasó mas allá el desórden. Los amotinados se aproximaron despues al parque de artillería para apoderarse de las armas, y los soldados en vez de oponerse los excitaron y ayudaron.

A la mañana inmediata 29 de mayo celebró Solano la ofrecida junta de generales, y todos condescendieron con la peticion del pueblo. Antes habia ya habido algunos de ellos que en vista del mal efecto causado por la publicacion del bando, procuraron descargar sobre el capitan general la propia responsabilidad, achacando la resolucion á su particular conato : indigna flaqueza que no poco contribuyó á indisponer mas y mas los ánimos contra Solano. Ayudó tambien á ello la frialdad é indiferencia que este dejaba ver en medio de su carácter naturalmente fogoso. No descuidaron la malevolencia y la enemistad emplear contra su persona las apariencias que le eran adversas, y ambas pasiones traidoramente atizaron las otras y mas nobles que en el dia reinaban.

Por la tarde se presentó en la plaza de S. Antonio el ayudante Don José Luquey anunciando al numeroso concurso alli reunido

que segun una junta celebrada por oficiales de marina, no se podia atacar la escuadra francesa sin destrozar la española todavía interpolada con ella. Se irritaron los oyentes, y serian las cuatro de la tarde cuando en seguida se dirigieron á casa del general. Permitióse subir á tres de ellos, entre los que habia uno que de lejos se parecia á Solano. El gentío era inmenso y tal el bullicio y la algazara que nadie se entendia. En tanto el jóven que tenia alguna semejanza con el general se asomó al balcon. La multitud aturdida tomóle por el mismo Solano, y las señas que hacia para ser oido, por una negativa dada á la peticion de atacar á la escuadra francesa. Entonces unos sesenta que estaban armados hicieron fuego contra la casa, y la guardia mandada por el oficial San Martin, despues caudillo célebre del Perú, se metió dentro y atrancó la puerta. Creció la saña, trajeron del parque cinco piezas y apuntaron contra la fachada, separada de la muralla por una calle baja, un cañon de á veinticuatro de los que coronaban aquella. Rompieron las puertas, huyó Solano, y encaramándose por la azotea se acogió á casa de su vecino y amigo el irlandés Strange. Al llegar se encontró con Don Pedro Olaechea, hombre oscuro, y que habiendo sido novicio en la Cartuja de Jerez, se le contaba entre los principales alborotadores de aquellos dias. Presumiendo este que el perseguido general se habria ocultado allí, habíasele adelantado entrando por la puerta principal. Sorprendióse Solano con el inesperado encuentro, mas ayudado del comandante del regimiento de Zaragoza Creach que casualmente entraba á visitar á la señora de Strange, juntos encerraron al ex-cartujo en un pasadizo, de donde queriendo el tal por una claraboya escaparse se precipitó á un patio, de cuyas resultas murió á pocos dias. Pero Solano no pudiendo evadirse por parte alguna, se escondió en un hueco oculto que le ofrecia un gabinete alhajado á la turca, donde la multitud corriendo en su busca desgraciadamente le descubrió. Pugnó valerosa, pero inútilmente, por salvarle la esposa del señor Strange Doña María Tuker; hiriéronla en un brazo, y al fin sacaron por violencia de su casa á la víctima que defendia. Arremolinándose la gente colocaron en medio al marqués y se le llevaron por la muralla adelante con propósito de suspenderle en la horca. Iba sereno y con brio, no apareciendo en su semblante decaimiento ni desmayo. Maltratado y ofendido por el paisanage y soldadesca, recibió al llegar á la plaza de San Juan de Dios una herida que puso término á sus dias y á su tormento. Revelaríamos para execracion de la posteridad el nombre del asesino, si con certeza hubiéramos podido averiguarlo. Bien sabemos á quién y cómo se ha inculpado, pero en la duda nos abstenemos de repetir vagas acusaciones.

Reemplazó al muerto capitan general D. Tomas de Morla gobernador de Cádiz. Aprobó la junta de Sevilla el nombramiento, y envió para asistirle y quizá para vigilarle al general Don Euse-

bio Antonio Herrera, individuo suyo. Se hizo marchar inmediatamente hácia lo interior parte de las tropas que habia en Cádiz y sus contornos, no contándose en la plaza otra guarnicion que los regimientos provinciales de Córdoba, Ecija, Ronda y Jerez, y los dos de línea de Burgos y Ordenes militares, que casi se hallaban en cuadro. El 31 se juró solemnemente á Fernando VII y se estableció una junta dependiente de la suprema de Sevilla. En la misma mañana parlamentaron con los ingleses el gefe de escuadra Don Enrique Macdonnell y el oidor Don Pedro Creux. Conformáronse aquellos con las disposiciones de la junta sevillana, reconocieron su autoridad y ofrecieron 5000 hombres que á las órdenes del general Spencer iban destinados á Gibraltar.

Cobrando cada vez mas aliento la junta suprema de Sevilla hizo el 6 de junio una declaracion solemne de guerra contra Francia, afirmando « que no dejaria las armas de la mano hasta que el em-« perador Napoleon restituyese á España al rey Fernando VII y á « las demas personas reales, y respetase los derechos sagrados de « la nacion que habia violado, y su libertad, integridad é indepen-« dencia. » Publicó por el mismo tiempo que esta declaracion otros papeles de grande importancia, señalándose entre todos el conocido con el nombre de *Prevenciones*. En él se daban acomodadas reglas para la guerra de partidas, única que convenia adoptar; se recomendaba el evitar las acciones generales, y se concluia con el siguiente artículo, digno de que á la letra se reproduzca en este lugar: « se cuidará de hacer entender y persuadir á la nacion que « libres, como esperamos, de esta cruel guerra á que nos han for-« zado los franceses, y puestos en tranquilidad y restituido al tro-« no nuestro rey y señor Fernando VII, bajo él y por él se con-« vocarán córtes, se reformarán los abusos y se establecerán las « leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien « y felicidad; cosas que sabemos hacer los españoles, que las he-« mos hecho con otros pueblos sin necesidad de que vengan los... « franceses á enseñárnoslo... » Dedúzcase de aqui si fue un fanatismo ciego y brutal el verdadero móvil de la gloriosa insurreccion de España, como han querido persuadirlo extrangeros interesados ó indignos hijos de su propio suelo.

Jaen y Córdoba se sublevaron á la noticia de la declaracion de Sevilla, y se sometieron á su junta, creando otras para su gobierno particular, en que entraron personas de todas clases. En Jaen desconfiándose del corregidor Don Antonio María de Lomas, le trasladaron preso á pocos dias á Valdepeñas de la Sierra, en donde el pueblo alborotado le mató á fusilazos. Córdoba se apresuró á formar su alistamiento, dirigió gran muchedumbre de paisanos á ocupar el puente de Alcolea, dándose el mando de aquella fuerza armada, llamada vanguardia de Andalucía, á Don Pedro Agustin de Echavárri. Aprobó la junta de Sevilla dicho nombramiento; la

que por su parte no cesaba de activar y promover las medidas de defensa. Confió el mando de todo el ejército á Don Francisco Javier Castaños, recompensa debida á su leal conducta, y el 9 de junio salió este general á desempeñar su honorífico encargo.

Rendicion de la escuadra francesa surta en Cadiz.

Entre tanto quedaba por terminar un asunto que al paso que era grave interesaba á la quietud y aun á la gloria de Cádiz. La escuadra francesa surta en el puerto todavía tremolaba á su bordo el pabellon de su nacion, y el pueblo se dolia de ver izada tan cerca de sus muros y en la misma bahia una bandera tenida ya por enemiga. Era ademas muy de temer, abierta la comunicacion con los ingleses, que no consintiesen estos tener largo tiempo casi al costado de sus propias naves y en perfecta seguridad una escuadra de su aborrecido adversario. Instó por consiguiente el pueblo en que prontamente se intimase la rendicion al almirante francés Rossilly. El nuevo general Morla, fuera prudencia para evitar efusion de sangre, ó fuera que anduviese aun dudoso en el partido que le convenia abrazar (sospecha á que da lugar su posterior conducta), procuraba diferir las hostilidades divirtiendo la atencion pública con mañosas palabras y dilaciones. El almirante francés con la esperanza de que avanzasen á Cadiz tropas de su nacion, pedia que no se hiciese novedad alguna hasta que el emperador contestase á la demanda hecha en proclamas y declaraciones de que se entregase á Fernando VII: estratagema que ya no podia engañar ni sorprender á la honradez española. Aprovechándose de la tardanza mejoraron los franceses su posicion, metiéndose en el canal del arsenal de la Carraca, y colocándose de suerte que no pudieran ofenderles los fuegos de los castillos ni de la escuadra española. Constaba la francesa de cinco navíos y una fragata: su almirante Mr. de Rossilly hizo despues una nueva proposicion, y fue que para tranquilizar los ánimos saldria de bahía si se alcanzaba del británico, anclado á la boca, el permiso de hacerse á la vela sin ser molestado; y sino que desembarcaria sus cañones, conservaria á bordo las tripulaciones y arriaria la bandera, dándose mútuamente rehenes, y con el seguro de ser respetado por los ingleses. Morla rehusó dar oidos á proposicion alguna que no fuese la pura y simple entrega.

Hasta el 9 de junio se habian prolongado estas pláticas, en cuyo dia temiéndose el enojo público se rompió el fuego. El almirante inglés Collingwood que de Tolon habia venido á suceder á Purvis, ofreció su asistencia, pero no juzgándola precisa fue desechada amistosamente. Empezó el cañon del Trocadero á batir á los enemigos, sosteniendo sus fuegos las fuerzas sutiles del arsenal y las del apostadero de Cádiz que fondearon frente de Fort-Luis. El navío francés Algeciras incomodado por la batería de morteros de la Cantera, la desmontó: tambien fue á pique una cañonera mandada por el alferez Valdés, y el místico de Escalera, pero sin desgracia. La

pérdida de ambas partes fue muy corta. Continuó el fuego el 10, en cuyo dia á las tres de la tarde el navío Héroe francés que montaba el almirante Rossilly, puso bandera española en el trinquete, y afirmó la de parlamento el navío Príncipe, en el que estaba Don Juan Ruiz de Apodaca comandante de nuestra escuadra. Abriéronse nuevas conferencias que duraron hasta la noche del 13, y en ella se intimó á Rossilly que á no rendirse romperian fuego destructor dos baterías levantadas junto al puente de la nueva poblacion. El 14 á las siete de la mañana izó el navío Príncipe la bandera de fuego, y entonces se entregaron los franceses á merced del vencedor. Regocijó este triunfo, si bien no costoso ni difícil, porque con eso quedaba libre y del todo desembarazado el puerto de Cádiz, sin haber habido que recurrir á las fuerzas marítimas de los nuevos aliados.

En tanto Sevilla acelerando el armamento y la organizacion militar, envió á todas partes avisos y comisionados; y Canarias y las provincias de América no fueron descuidadas en su solícita diligencia. Quiso igualmente asentar con el gobierno inglés directas relaciones de amistad y alianza, no bastándole las que interinamente se habian entablado con sus almirantes y generales: á cuyo fin diputó con plenos poderes á los generales D. Adrian Jácome y D. Juan Ruiz de Apodaca, que despues veremos en Inglaterra. Ahora conviene seguir narrando la insurreccion de las otras provincias.

Levantamiento de Granada.

Hemos referido mas arriba que Córdoba y Jaen habian reconocido la supremacía de Sevilla. No fue asi en Granada. Asiento de una capitanía general y de una chancillería, no habia estado avezada aquella ciudad, asi por esto como por su extension y riqueza, á recibir órdenes de otra provincia. Por tanto determinó elegir un gobierno separado, levantar un ejército propio suyo, y concurrir con brillantez y esfuerzo á la comun defensa. En los dos últimos meses se habian dejado sentir los mismos síntomas de desasosiego que en las otras partes; pero no adquirió aquel descontento verdadera forma de insurreccion hasta el 29 de mayo. A la una de aquel dia entró por la ciudad á caballo y con grande estruendo el teniente de artillería Don José Santiago, que traia pliegos de Sevilla. Acompañado de paisanos de las cercanías y de otros curiosos que se agregaron con tanta mas facilidad cuanto era domingo, se dirigió á casa del capitan general.

Éralo á la sazon Don Ventura Escalante, hombre pacífico y de escaso talento, quien aturdido con la noticia de Sevilla se quedó sin saber á qué partido ladearse. Por de pronto con evasivas palabras se limitó á mandar al oficial que se retirase, con lo que creció por la noche la agitacion, y agriamente se censuró la conducta tímida del general. Ser el dia siguiente 30 el de San Fernando, no poco influyó para acalorar mas los ánimos. Asi fue que por la mañana agolpándose mucha gente á la plaza Nueva, en donde está la chancillería, residencia del capitan general, se pidió

con ahinco por los que allí se agruparon que se proclamase á Fernando VII. El general en aquel aprieto con gran séquito de oficiales, personas de distincion y rodeado de la turba conmovida salió á caballo, llevando por las calles como en triunfo el retrato del deseado rey. Pero viendo el pueblo que las providencias tomadas se habian limitado al vano aunque ostentoso paseo, se indignó de nuevo, é incitado por algunos acudió de tropel y por segunda vez á casa del general, y sin disfraz le requirió que desconfiándose de su conducta era menester que nombrase una junta, la cual encargada que fuese del gobierno, cuidara con particularidad de armar á los habitantes. Cedió el Escalante á la imperiosa insinuacion. Parece ser que el principal promovedor de la junta, y el que dió la lista de sus miembros, fue un monge gerónimo llamado el padre Puebla, hombre de vasta capacidad y de carácter firme. Eligióse por presidente al capitan general, y mas de cuarenta individuos de todas clases entraron á componer la nueva autoridad. Al instante se pensó en medidas de guerra: el entusiasmo del pueblo no tuvo límites, y se alistó la gente en términos que hubo que despedir gran parte. Llovieron los donativos y las promesas, y bien pronto no se vieron por todos lados sino fábricas de monturas, de uniformes y de composicion de armas. Granada puede gloriarse de no haber ido en zaga en patriotismo y heróicos esfuerzos á ninguna otra de las provincias del reino. Y ¡ojalá que en todas hubiera habido tanta actividad y tanto órden en el empleo de sus medios!

Pero ciudad extendida é indefensa, hubiera sin embargo corrido gran riesgo si alguna fuerza enemiga se hubiera acercado á sus puertas. Se hallaba sin tropas, destinadas á otros puntos las que antes la guarnecian. Un solo batallon suizo que quedaba, por órden de la corte se habia ya puesto en marcha para Cádiz. Felizmente no se habia alejado todavía, y en obediencia á un parte de la junta retrocedió y sirvió de apoyo á la autoridad.

Declarada con entusiasmo la guerra á Bonaparte, requisito que acompañaba siempre á la insurreccion, se llamó de Málaga á Don Teodoro Reding su gobernador para darle el mando de la gente que se armase, y tuvo la especial comision de adiestrarla y disciplinarla el brigadier Don Francisco Abadía, quien la desempeñó con zelo y bastante acierto. Todos los pueblos de la provincia imitaron el ejemplo de Granada. En Málaga pereció desgraciadamente el 20 de junio el vice-cónsul francés M. d'Agaud y Don Juan Croharé que sacó á la fuerza el populacho del castillo de Gibralfaro en donde estaban detenidos. Pero sus muertes no quedaron impunes, vengándolas el cadalso en la persona de Cristóbal Avalos y de otros dos, á quienes se consideró como principales culpados.

La junta de Granada no contenta con los auxilios propios y con las armas que aguardaba de Sevilla, envió á Gibraltar en comision á Don Francisco Martinez de la Rosa, quien á pesar de su edad tem-

prana era ya catedrático en aquella universidad, y mereció por sus aventajadas partes ser honrado con encargo de tanta confianza. No dejó en su viage de encontrar con embarazos, recelosos los pueblos de cualquiera pasagero que por ellos transitaba. Siendo el segundo español que en comision fue á Gibraltar para anunciar la insurreccion de las provincias andaluzas, le acogieron los moradores con júbilo y aplauso. No tanto el gobernador Sir Hugo Dalrymple. Prevenido en favor de un enviado de Sevilla que era el que le habia precedido, temia el inglés una fatal desunion si todos no se sometian á un centro comun de autoridad. Al fin condescendió en suministrar al comisionado de Granada fusiles y otros pertrechos de guerra, con lo que, y otros recursos que le facilitaron en Algeciras, cumplió satisfactoriamente con su encargo. A la llegada de tan oportunos auxilios se avivó el armamento, y en breve pudo Granada reunir una division considerable de sus fuerzas á las demas de Andalucía, capitaneándolas el mencionado Don Teodoro Reding, de quien era mayor general Don Francisco Abadía, y teniendo por intendente á Don Cárlos Veramendi, sugetos todos tres muy adecuados para sus respectivos empleos.

Deslustróse el limpio brillo de la revolucion granadina con dos deplorables acontecimientos. Don Pedro Trujillo antiguo gobernador de Málaga residia en Granada, y mirábasele con particular encono por su anterior proceder y violentas exacciones, sin recomendarle tampoco á las pasiones del dia su enlace con Doña Micaela Tudó hermana de la amiga del príncipe de la Paz. Hiciéronse mil conjeturas acerca de su mansion, é imputábasele tener algun encargo de Murat. Para protegerle y calmar la agitacion pública, se le arrestó en la Alhambra. Determinaron despues bajarle á la cárcel de corte, contigua á la chancillería, y esta fue su perdicion, porque al atravesar la plaza nueva se amontonó gente dando gritos siniestros, y al entrar en la prision se echaron sobre él á la misma puerta y le asesinaron. Lleno de heridas arrastraron como furiosos su cadáver. Achacóse entre otros á tres negros el homicidio, y sumariamente fueron condenados, ejecutados en la cárcel, y ya difuntos puestos en la horca una mañana. Al asesinato de Trujillo siguiéronse otros dos, el del corregidor de Velez-Málaga y el de Don Bernabé Portillo sugeto dado á la economía política, y digno de aprecio por haber introducido en la abrigada costa de Granada el cultivo del algodon. Su indiscrecion contribuyó á acarrearle su pérdida. Ambos habian sido presos y puestos en la cartuja extramuros para que estuviesen mas fuera del alcance de insultos populares. El 23 de junio, dia de la octava del Corpus, habia en aquel monasterio una procesion. Despachábase por los monges con motivo de la fiesta mucho vino de su cosecha, y un lego era el encargado de la venta. Viendo este á los concurrentes alegres y enardecidos con el mucho beber, díjoles: « Mas valia no dejar impunes á los dos

« traidores que tenemos adentro. » No fue necesario repetir la aleve insinuacion á hombres ébrios y casi fuera de sentido. Entraron pues en el monasterio, sacaron á los dos infelices y los apuñalaron en el Triunfo. Sañudo el pueblo parecia inclinarse á ejecutar nuevos horrores, maliciosamente incitado por un fraile de nombre Roldan. Doloroso es en verdad que ministros de un Dios de paz embozados con la capa del patriotismo se convertiesen en crueles carniceros. Por dicha el síndico del comun llamado Garcilaso distrajo la atencion de los sediciosos, y los persuadió á que no procediesen contra otros sin suficientes y justificativas pruebas. La autoridad no desperdició la noche que sobrevino: prendió á varios, y de ellos hizo ahorcar á nueve, que cubiertas las cabezas con velo, se suspendieron en el patíbulo, enviando despues á presidio al fraile Roldan. Aunque el castigo era desusado en su manera, y recordaba el misterioso secreto de Venecia, mantuvo el órden y volvió á los que gobernaban su vigoroso influjo. Desde entonces no se perturbó la tranquilidad de Granada, y pudieron sus gefes con mas sosiego ocuparse en las medidas que exigia su noble resolucion.

Levantamiento de Extremadura.

La provincia de Extremadura habia empezado á desasosegarse desde el famoso aviso del alcalde de Móstoles, que ya alcanzó á Badajoz en 4 de mayo. Era gobernador y comandante general el conde de la Torre del Fresno, quien en su apuro se asesoró con el marqués del Socorro general en gefe de las tropas que habian vuelto de Portugal. Ambos convocaron á junta militar, y de sus resultas se dió el 5 una proclama contra los franceses, la primera quizá que en este sentido se publicó en España enviando ademas á Lisboa, Madrid y Sevilla varios oficiales con comisiones al caso é importantes. Obraron de buena fé Torre del Fresno y Socorro en paso tan arriesgado; pero recibiendo nuevos avisos de estar restablecida la tranquilidad en la capital, asi uno como otro mudaron de lenguaje y sostuvieron con empeño el gobierno de Madrid. Habian alucinado á Socorro cartas de antiguos amigos suyos, y halagádole la resolucion de Murat de que volviese á su capitanía general de Andalucía para donde en breve partió. Su ejemplo y sus consejos arrastraron á Torre del Fresno que carecia de prendas que le realzasen: general cortesano y protegido como paisano suyo por el príncipe de la Paz, aplacíale mas la vida floja y holgada que las graves ocupaciones de su destino. Sin la necesaria fortaleza aun para tiempos tranquilos, mal podia contrarestar el torrente que amenazaba. La fermentacion crecia, menguaba la confianza hácia su persona, y avivando las pasiones los impresos de Madrid que tanto las despertaron en Sevilla, trataron entonces algunas personas de promover el levantamiento general. Se contaban en su número y eran los mas señalados Don José María Calatrava, despues ilustre diputado de córtes, el teniente de rey Mancio y el tesorero Don Felix Ovalle, quienes se juntaban en

casa de Don Alonso Calderon. Concertóse en las diversas reuniones un vasto plan que el 3 ó 4 de junio debia ejecutarse al mismo tiempo en Badajoz y cabezas de partido. En el ardor que abrigaban los pechos españoles no era dado calcular friamente el momento de la explosion como en las comunes conjuraciones. Ahora todos conspiraban y conspiraban en calles y plazas. Ciertos individuos formaban á veces propósito de enseñorearse de esta disposicion general y dirigirla, pero un incidente prevenia casi siempre sus laudables intentos.

Asi fue en Badajoz, en donde un caso parecido al de la Coruña anticipó el estampido. Habia ordenado el gobernador que el 30, dia de San Fernando, no se hiciese la salva, ni se enarbolase la bandera. Notóse la falta, se apiñó la gente en la muralla, y una muger atrevida despues de reprender á los artilleros cogió la mecha y prendió fuego á un cañon. Al instante dispararon los otros, y á su sonido levantóse en toda la ciudad el universal grito de *viva Fernando VII y mueran los franceses*. Cuadrillas de gente recorrieron las calles con banderolas, panderos y sonajas, sin cometer exceso alguno. Se encaminaron á casa del gobernador, cuya voz se empleó exclusivamente en predicar la quietud. Impacientáronse con sus palabras los numerosos espectadores, y ultrajáronle con el denuesto de traidor. Mientras tanto y azarosamente llegó un postillon con pliegos, y se susurró ser correspondencia sospechosa y de un general francés. Ciegos de ira y sordos á las persuasiones de los prudentes, enfurecióronse los mas y treparon sin demora hasta entrarse por los balcones. Acobardado Torre del Fresno se evadió por una puerta falsa, y en compañía de dos personas aceleró sus pasos hácia la puerta de la ciudad que da al Guadiana. Advirtiendo su ausencia siguieron la huella, le encontraron, y rodeado de gran gentío se metió en el cuerpo de guardia sin haber quien le obedeciese. Cundió que se fugaba, y en medio de la pendencia que suscitó el quererle defender unos y acometerle otros, le hirió un artillero, y lastimado de otros golpes de paisanos y soldados fue derribado sin vida. Arrastraron despues el cadáver hasta la puerta de su casa, en cuyos umbrales le dejaron abandonado. Víctima inocente de su imprudencia, nunca mereció el injurioso epíteto de traidor con que amargaron sus últimos suspiros.

El brigadier de artillería Don José Galluzo fue elevado al mando supremo, y al gobierno de la plaza el teniente de rey Don Juan Gregorio Mancio. Interinamente se congregó una junta de unas veinte personas escogidas entre las primeras autoridades y hombres de cuenta. Los partidos constituyeron del mismo modo otras en sus respectivas comarcas, y unidos obedecieron las órdenes de la capital. Hubo por todas partes el mejor órden, á excepcion de la ciudad de Plasencia y de la villa de los Santos, en donde se ensangrentó el alzamiento con la muerte de dos personas. Las clases sin

distincion se esmeraron en ofrecer el sacrificio de su persona y de sus bienes, y los mozos acudieron á enregimentarse como si fuesen á una festiva romería.

Entristeció sin embargo á los cuerdos el absoluto poder que por pocos dias ejerció el capitan Don Ramon Gavilanes, despachado de Sevilla para anunciar su pronunciamiento. Al principio con nueva tan halagüeña colmó su llegada de júbilo y satisfaccion. Acibaróse luego al ver que por la flaqueza de Don José Galluzo procedió el Gavilanes á manera de dictador de índole singular, repartiendo gracias y honores, y aun inventando oficios y empleos antes desconocidos. La junta sucumbió á su influjo, y confirmó casi todos los nombramientos; mas volviendo en sí puso término á las demasías del intruso capitan, procurando que se olvidase su propia debilidad y condescendencia con las medidas enérgicas que adoptó. Despues ella misma legitimó la autoridad provincial convocando una junta á que fueron llamados representantes de la capital, de los otros partidos, de los gremios y principales corporaciones.

Casi desmantelada la plaza de Badajoz y desprovistos sus habitantes de lo mas preciso para su defensa, fue su resolucion harto osada, estando el enemigo no lejos de sus puertas. Ocupaba á Yelbes el general Kellerman, y para disfrazar el estado de la ciudad alzada, se emplearon mil estratagemas que estorbasen un impensado ataque. La guarnicion estaba reducida á 500 hombres. La milicia urbana cubria á veces el servicio ordinario. Uno de los dos regimientos provinciales estaba fuera de Extremadura, el otro permanecia desarmado. Las demas plazas de la frontera, débiles de suyo, ahora lo estaban aun mas, arruinándose cada dia las fortificaciones que las circuian. Todo al fin fue remediándose con la actividad y zelo que se desplegó. Al acabar junio contó ya el ejército extremeño 20,000 hombres. Sirvieron mucho para su formacion los españoles que á bandadas se escapaban de Portugal á pesar de la estrecha vigilancia de Junot: y de los pasados portugueses y del propio ejército francés pudo levantarse un cuerpo de extrangeros. Importantísimo fue para España y particularmente para Sevilla el que se hubiera alzado Extremadura. Con su ayuda se interrumpieron las comunicaciones directas de los franceses del Alentejo y de la Mancha, y no pudieron estos ni combinar sus operaciones, ni darse la mano para apagar la hoguera de insurreccion encendida en la principal cabeza de las Andalucías.

Conmociones en Castilla la Nueva.

Ocupadas ú observadas de cerca por el ejército francés las cinco provincias en que se divide Castilla la Nueva, no pudieron en lo general sus habitantes formar juntas ni constituirse en un gobierno estable y regular. Procuraron con todo en muchas partes cooperar á la defensa comun, ya enviando mozos y auxilios á las que se hallaban libres, ya provocando y favoreciendo la desercion de los regimientos españoles

que estaban dentro de su territorio, y ya tambien hostigando al enemigo é interceptando sus correos y comunicaciones. El ardor de Castilla por la causa de la patria caminaba al par del de las otras provincias del reino, y á veces raros ejemplos de valor y bizarria ennoblecieron é ilustraron á sus naturales. Mas adelante veremos los servicios que allí se hicieron, sobre todo en la desprevenida y abierta Mancha. Ya desde el principio se difundieron proclamas para excitar á la guerra, y aun hubo parages en que hombres atrevidos dieron acertado impulso á los esfuerzos individuales.

Penetradas de iguales sentimientos y alentadas por la proteccion que las circunstancias les ofrecian, lícito les fue á las tropas que tenian sus acantonamientos en los pueblos castellanos desampararlos é ir á incorporarse con los ejércitos que por todas partes se levantaban. Entre las acciones que brillaron con mas pureza en estos dias de entusiasmo y patriotismo, asombrosa fue y digna de mucha loa la resolucion de Don José Veguer comandante de zapadores y minadores, quien desde Alcalá de Henares y á tan corta distancia de Madrid partió en los últimos dias de mayo con 110 hombres, la caja, las armas, banderas, pertrechos y tambores, y desoyendo las promesas que en su marcha recibió de un emisario de Murat, en medio de fatigas y peligros, amparado por los habitantes, y atravesando por la sierra de Cuenca, tomó la vuelta de Valencia, á cuya junta se ofreció con su gente. Al amor de la insurreccion que cundia, buscaron los otros soldados el honroso sendero ya trillado por los zapadores. Así se apresuraron en la Mancha á imitar su glorioso ejemplo los carabineros reales, y en Talavera sucedió otro tanto con los voluntarios de Aragon y un batallon de Saboya que iban con destino á domeñar la Extremadura. ¿Qué mas? De Madrid mismo desertaban oficiales y soldados sueltos de todos los cuerpos y partidas enteras, como se verificó con una de dragones de Lusitania y otra del regimiento de España, la cual salió por sus mismas puertas sin estorbo ni demora. Fácil es figurarse cuál seria la sorpresa y aturdimiento de los franceses al ver el desórden y la agitacion que reinaban en las poblaciones mismas de que eran dueños, y la desconfianza y desmayo que debian sembrarse en sus propias filas. Por momentos se acrecentaban sus zozobras, pues cada dia recibian la nueva de alguna provincia levantada, y no poco los desconcertó el correo portador de lo que pasaba en la parte oriental de España que vamos á recorrer.

Levantamiento de Cartagena y Murcia.

Fue allí Cartagena la primera que dió la señal, compeliendo á levantar el estandarte de independencia á Murcia y pueblos de su comarca. Plaza de armas y departamento de marina, reunia Cartagena un cúmulo de ventajas que fomentaban el deseo de resistencia que la dominaba. Se esparció el 22 de mayo que el general Don José Justo Salcedo pasaba á Mahon para encargarse de nuevo del mando de la escuadra allí fon-

deada y conducirla á Tolon. Interesaba esta providencia á un departamento de cuya bahía aquella escuadra habia levado el ancla, y en donde se albergaban muchas personas conexionadas con las tripulaciones de su bordo. Por acaso en el mismo dia vinieron las renuncias de Bayona, vehemente incitativo al levantamiento de toda España, y con ellas otras noticias tristes y desconsoladoras. Amontonándose á la vez novedades tan extraordinarias causaron una tremenda explosion. El cónsul de Francia se refugió á un buque dinamarqués. Reemplazó á Don Francisco de Borja capitan general del departamento Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, siendo despues el 10 de junio inmediato asesinado el primero de resultas de un alboroto á que dió ocasion un artículo imprudente de la Gaceta de Valencia. Escogieron por gobernador al marqués de Camarena la Real coronel del regimiento de Valencia, y se formó en fin una junta de personas distinguidas del pueblo, en cuyo número brillaba el sabio oficial de marina Don Gabriel Ciscar. Cartagena declarada era un fuerte estribo en que se podian apoyar confiadamente la provincia de Murcia y toda la costa. Abiertos sus arsenales y depósitos de armas, era natural que proveyesen en abundancia, como así lo hicieron, de pertrechos militares á todos los que se agregasen para sostener la misma causa. Nada se omitió por la ciudad despues de su insurreccion para aguijar á las otras. Y fue una de sus oportunas y primeras medidas poner en cobro la escuadra de Mahon, á cuyo puerto y con aquel objeto fue despachado el teniente de navío Don José Duelo, quien llegando á tiempo impidió que se hiciese á la vela como iba Salcedo á verificarlo conformándose con una órden de Murat recibida por la via de Barcelona.

De los emisarios que Cartagena habia enviado á otras partes penetraron en Murcia á las siete de la mañana del 24 de mayo cuatro oficiales aclamando á voces á Fernando VII. Se conmovió el pueblo á tan desusado rumor, y los estudiantes de San Fulgencio, colegio insigne por los claros varones que ha producido, se señalaron en ser de los primeros á abrazar la causa nacional. Acrecentándose el tumulto, los regidores con el cabildo eclesiástico y la nobleza tuvieron ayuntamiento, y acordaron la proclamacion solemne de Fernando, ejecutándose en medio de universales vivas. No hubo desgracias en aquella ciudad, y solo por precaucion arrestaron á algunos mirados con malos ojos por el pueblo y al que hacia de cónsul francés. En la de Villena pereció su corregidor y algun dependiente suyo, hombres antes odiados. Se eligió una junta de dieciseis personas entre las de mas monta, resaltando en la lista el nombre del conde de Florida-Blanca, con quien á pesar de su avanzada edad todavía nos encontraremos. El mando de las tropas se confió á Don Pedro Gonzales de Llamas antiguo coronel de milicias, y comenzaron á adoptarse medidas de armamento y defensa. Como esta provincia por lo que respecta á lo militar dependia del capitan general

de Valencia, sus tropas obraron casi siempre y de consuno, por lo menos en un principio, con las restantes de aquel distrito.

Pero entre las provincias bañadas por el Mediterráneo llamó la atencion sobre todas la de Valencia. Indispensable era que así fuese al ver sus heróicos esfuerzos, sus sacrificios y desgraciadamente hasta sus mismos y lamentables excesos. Tributáronse á unos los merecidos elogios, y arrancaron los otros justos y acerbos vituperios. Los naturales de Valencia activos é industriosos, pero propensos al desasosiego y á la insubordinacion, no era de esperar que se mantuviesen impasibles y tranquilos, ahora que la desobediencia á la autoridad intrusa era un título de verdadera é inmarcesible gloria. Sin embargo ni los trastornos de marzo, ni los pasmosos acontecimientos que desde entonces se agolparon unos en pos de otros, habian suscitado sino hablillas y corrillos hasta el 23 de mayo. En la madrugada de aquel dia se recibió la Gaceta de Madrid del 20, en la que se habian insertado las renuncias de la familia real en la persona del emperador de los franceses. Solian por entonces gentes del pueblo juntarse á leer dicho papel en un puesto de la plazuela de las Pasas, encargándose uno de satisfacer en voz alta la curiosidad de los demas concurrentes. Tocó en el 23 el desempeño de la agradable tarea á un hombre fogoso y atrevido, quien al relatar el artículo de las citadas renuncias rasgó la Gaceta y lanzó el primer grito de *viva Fernando VII y mueran los franceses*. Respondieron á su voz los numerosos oyentes, y corriendo con la velocidad del rayo se repitió el mismo grito hasta en los mas apartados lugares de la ciudad. Se aumentó el clamoreo agrupándose miles de personas, y de tropel acudieron á la casa del capitan general, que lo era el conde de la Conquista. En vano intentó este apaciguarlos con muchas y atentas razones. El tumulto arreció, y en la plazuela de Santo Domingo mostráronse sobre todo los amotinados muy apiñados y furiosos.

Levantamiento de Valencia.

Faltabales caudillo, y allí por primera vez se les presentó el padre Juan Rico religioso franciscano, el cual, resuelto, fervoroso, perito en la popular elocuencia y resguardado con el hábito que le santificaba á los ojos de la muchedumbre, unia en su persona poderosos alicientes para arrastrar tras sí á la plebe, dominarla é impedir que enervase esta su fuerza con el propio desórden.

Arengó brevemente al innumerable auditorio, le indicó la necesidad de una cabeza, y todos le escogieron para que llevase la voz. Escusóse Rico, insistió el pueblo, y al cabo cediendo aquel, fue llevado en hombros desde la plazuela de Santo Domingo al sitio en que el real acuerdo celebraba sus sesiones. Hubo entre los individuos de esta corporacion y el padre Rico largo coloquio, esquivando aquellos condescender con las peticiones del pueblo, y persistiendo el último tenazmente en su invariable propósito. Acalorándose con la impaciencia los ánimos, asintieron las autoridades á lo que de

ellas se exigia, y se nombró por general en gefe del ejército que iba á formarse al conde de Cervellon grande de España, propietario rico del pais, aunque falto de las raras dotes que semejante mando y aquellos tiempos turbulentos imperiosamente reclamaban. Como el de la Conquista y el real acuerdo habian con repugnancia sometídose á tamaña resolucion, procuraron escudarse con la violencia dando subrepticiamente parte á Madrid de lo que pasaba, y pidiendo con ahinco un envío de tropas que los protegiese. El pueblo ignorante de la doblez tranquilamente se recogió á sus casas la noche del 23 al 24. En ella habia el arzobispo tanteado á Rico, y ofrecídole una cuantiosa suma si queria desamparar á Valencia, cuyo paso habiendo fallado por la honrosa repulsa del solicitado, se despertaron los recelos, y en acecho los principales promovedores del alboroto prepararon otro mayor para la mañana siguiente.

Rico se habia albergado aquella noche en el convento del Temple en el cuarto de un amigo. Muy temprano y á la sazon en que el pueblo empezó á conmoverse, fue á visitarle el capitan de Saboya Don Vicente Gonzales Moreno con dos oficiales del propio cuerpo. Era de importancia su llegada, porque ademas de aunarse asi las voluntades de militares y paisanos, tenia Moreno amistad con personas de mucho influjo en el pueblo y huerta de Valencia, tales eran Don Manuel y Don Mariano Beltran de Lis, quienes de antemano juntábanse con otros á deplorar los males que amenazaban á la patria, pagaban gente que estuviese á su favor, y atizaban el fuego encubierto y sagrado de la insurreccion. Concordes en sentimientos Moreno y Rico meditaron el modo de apoderarse de la ciudadela.

Un impensado incidente estuvo entre tanto para envolver á Valencia en mil desdichas. La serenidad y valor de una dama lo evitó felizmente. Habíase empeñado el pueblo en que se leyesen las cartas del correo que iba á Madrid, y en vano se cansaron muchos en impedirlo. La balija que las contenia fue trasportada á casa del conde de Cervellon, y á poco de haber comenzado el registro se dió con un pliego que era el duplicado del parte arriba mencionado, y en el que el real acuerdo se disculpaba de lo hecho, y pedia tropas en su auxilio. Viendo la hija del conde, que presenciaba el acto, la importancia del papel, con admirable presencia de ánimo al intentar leerle le cogió, rasgóle en menudos pedazos, é imperturbablemente arrostró el furor de la plebe amotinada. Esta, si bien colérica, quedó absorta, y respetó la osadía de aquella señora que preservó de muerte cierta á tantas personas. Accion digna de eterno loor.

En el mismo dia 24 y conforme á la conmocion preparada pensaron Rico, Moreno y sus amigos en enseñorearse de la ciudadela. Con pretexto de pedir armas para el pueblo se presentaron en gran número delante del acuerdo, y como este contestase, segun

era cierto, que no las habia, exigieron los amotinados para cerciorarse con sus propios ojos que se les dejase visitar la ciudadela, en donde debian estar depositadas. Se concedió el permiso á Rico con otros ocho; pero llegados que fueron, todos entraron de monton, pasando á su bando el baron de Rus que era gobernador. Gran brio dió este suceso á la revolucion, y tanto que sin resistencia de la autoridad se declaró el dia 25 la guerra contra los franceses, y se constituyó una junta numerosísima en que andaba mezclada la mas elevada nobleza con el mas humilde artesano.

La situacion empero de Valencia hubiera sido muy peligrosa, si Cartagena no la hubiese socorrido con armas y pertrechos de guerra. Estaba en esta parte tan exhausta de recursos que aun de plomo carecia; pero para suplir tan notable falta empezó igualmente la fortuna á soplar con próspero viento. Por singular dicha arribó al Grao una fragata francesa cargada con 4000 quintales de aquel metal, la cual sin noticia del levantamiento vino á ponerse á la sombra de las baterías del puerto, dándole caza un corsario inglés. A la entrada fue sorprendida y apresada, y se envió á su contrario, que bordeaba á la banda de afuera, un parlamento para comunicarle las grandes novedades del dia, y confiarle pliegos dirigidos á Gibraltar. En esta doble y feliz casualidad vió el pueblo la mano de la providencia, y se ensanchó su ánimo alborozado.

Hasta ahora en medio del conflicto que habia habido entre las autoridades y los amotinados no se habia cometido exceso alguno. Sospechas nacidas del acaso empezaron á empañar la revolucion valenciana, y acabaron al fin por ensangrentarla horrorosamente.

Don Miguel de Saavedra baron de Albalat habia sido uno de los primeros nombrados de la junta para representar en ella á la nobleza. Mas reparándose que no asistia, se susurró haber pasado á Madrid para dar en persona cuenta á Murat de las ruidosas asonadas: rumor falso é infundado. Solamente habia de cierto que el baron, odiado por el pueblo desde años atras, en que como coronel de milicias decíase haber mandado hacer fuego contra la multitud opuesta á la introduccion y establecimiento de aquel cuerpo, creyó prudente alejarse de Valencia mientras durase el huracan que la azotaba, y se retiró á Buñol siete leguas distante. Su ausencia renovó la antigua llaga todavía no bien cerrada, y el espíritu público se encarnizó contra su persona. Para aplacarle ordenó la junta que pues habia el baron rehusado acudir á sus sesiones, se presentase arrestado en la ciudadela. Obedeció, y al tiempo que el 29 de mayo regresaba á Valencia, se encontró á tres leguas en el mar del Poyo con el pueblo, que impaciente habia salido á aguardar el correo que venia de Madrid. Por una aciaga coincidencia el de Albalat y el correo llegaron juntos, con lo cual tomaron cuerpo las sospechas. Entonces á pesar de sus vivas reclamaciones cogiéronle y le llevaron preso. A media legua de la ciudad se adelantó á protegerle una

partida de tropa al mando de Don José Ordoñez, quien, á ruegos del baron, en vez de conducirle directamente á la ciudadela, torció á casa de Cervellon, extravío que en parte coadyuvó á la posterior catástrofe; extendiéndose la voz de su vuelta, y dando lugar á que se atizase el encono público y aun el privado. Entró en aquellos umbrales amagado ya por los puñales de la plebe: aceleró hácia allí sus pasos el padre Rico, y vió al baron tendido sobre un sofá pálido y descaecido. El infeliz se arrojó á los brazos de quien podia ampararle en su desconsuelo, y con trémulo y penetrante acento le dijo: « Padre, salve usted á un caballero que no ha cometido otro « delito que obedecer á la órden de que regresase á Valencia. » Rico se lo prometió, y contando para ello con la ayuda de Cervellon fue en su busca: pero este no menos atemorizado que el perseguido se habia metido en la cama con el simulado motivo de estar enfermo, y se negó á verle y á favorecer á un desgraciado con quien le enlazaba antigua amistad y deudo. Ruin villanía y notable contraposicion con el valor é intrepidez que en el asunto de las cartas habia mostrado su hija.

Entonces el padre Rico, pidiendo el pueblo desaforadamente la cabeza del baron, determinó con intento de salvarle que se le trasladase á la ciudadela, metiéndole en medio de un cuadro de tropa mandado por Moreno. Sin que fuese roto por los remolinos y oleadas de la turba, consiguieron llegar al pedestal del obelisco de la plaza. Allí al fin forzó el pueblo el cuadro, penetró por todos lados, y sordos á las súplicas y exhortaciones de Rico dieron de puñaladas en sus propios brazos al desventurado baron, cuya cabeza cortada y clavada en una pica la pasearon por la ciudad. Difundióse en toda ella un terror súbito, y la nobleza para apartar toda sospecha aumentó sus ofrecimientos y formó un regimiento de caballería de individuos suyos, que no deslucieron el esplendor de su cuna en empeñadas acciones.

Triste y doloroso como fue el asesinato del baron de Albalat, desaparece á la vista de la horrorosa matanza que á pocos dias tuvo que llorar Valencia, y á cuyo recuerdo la pluma se cae de la mano. En 1° de junio se presentó en aquella ciudad Don Baltasar Calvo, canónigo de San Isidro de Madrid, hombre travieso, de amaño, fanático y arrebatado, con entendimiento bastantemente claro. Entre los dos bandos que anteriormente habian dividido á los prebendados de su iglesia de jansenistas y jesuitas, se habia distinguido como cabeza de los últimos, y ensañádose en perseguir á la parcialidad contraria. Ahora tratando de amoldar á su ambicion las doctrinas que tenazmente habia siempre sostenido, notó muy luego que el padre Rico con su influjo pudiera en gran manera servirle, é hizo resolucion de trabar con él amistad; pero ya fuesen zelos, ó ya que en uno hubiera mejor fé que en otro, no pudieron entenderse ni concordarse. El astuto Calvo procuró entonces urdir con otros

la espantosa trama que meditaba. Para encubrir sus torcidos manejos distraia con apariencias de santidad la atencion del pueblo, tardando mucho en decir misa, y permaneciendo arrodillado en los templos cuatro ó cinco horas en acto de contrita y fervorosa oracion. Queria ser dominador de Valencia, y creyó que con la hipocresía y con poner en práctica la infernal maquinacion de matar á los franceses cautivaria el ánimo del pueblo que tanto los odiaba. Para alcanzar su intento era necesario comenzar por apoderarse de la ciudadela, en cuyo recinto habia ordenado la junta que aquellos se recogiesen, precaviéndolos de todo daño y respetando religiosamente sus propiedades y haberes. No era difícil la empresa, porque solo habian quedado allí de guarnicion unos cuantos inválidos, habiéndose ausentado con su gente para formar una division en Castellon de la Plana Don Vicente Moreno, nombrado antes por la junta gobernador de dicha ciudadela. Calvo conoció bien que dueño de este punto tenia en sus manos una prenda muy importante, y que podria á man salva cometer la proyectada carnicería.

Él y sus cómplices fijaron el 5 de junio para la ejecucion de su espantoso plan, y repentinamente al anochecer, levantando gran gritería y alboroto, sin obstáculo penetraron dentro de los muros de la ciudadela y la dominaron. Fue Calvo de los primeros que entraron, y apresurándose á poner en obra su proyecto se complació en unir á la crueldad la mas insigne perfidia. Porque presentándose á los franceses detenidos, con aire de compuncion les dijo: « que « intentando el populacho matarlos, movido de piedad y caridad « cristiana se habia anticipado á preservarlos, disponiendo él á « escondidas que se evadiesen por el postigo que daba al campo, « y partiesen al Grao, en donde encontrarian barcos listos para trans« portarlos á Francia. » Al propio tiempo que de aquel modo con ellos se expresaba, habia preparado para determinarlos y azorar aun mas sus caidos ánimos que se diesen por los agavillados gritos amenazadores de *traicion* y *venganza*. Con semejante amago cedieron los presos á las insinuaciones del fingido amigo, y trataron de salir por el postigo indicado. Al ir á ejecutarlo corrió la voz de que se salvaban los franceses, y hombres ciegos y rabiosos se atropellaron hácia su estancia. Dentro comenzó el horrible estrago: presidiale el feroz clérigo. Hubo tan solo un intermedio en que se llamaron confesores para asistir en su última hora á las infelices víctimas. Aprovechándose de aquellos breves instantes algunas personas humanas volaron á su socorro, acompañadas de imágenes y reliquias veneradas por los valencianos. Su presencia y las enternecidas súplicas de los respetables confesores á veces apiadaban á los verdugos; pero el furibundo Calvo, convertido en carnívora fiera, acallaba con el terror las lágrimas y los quejidos de los que intercedian en favor de tantos inocentes y estimulaba á sus sicarios añadiendo á las esperanzas de un asalariado cebo la blasfemia de que nada era

mas grato á los ojos de la divinidad que el matar á los franceses. Quedaban vivos setenta de estos desgraciados, y menos bárbaros les ejecutores que su sanguinario gefe, suspendieron la matanza, y pidieron que se les hiciese gracia. Fingió Calvo acceder á su ruego, seguro de que en vano hubiera insistido en que se continuase el destrozo, y mandó que los sacasen por fuera del muro á la torre de Cuarte. Mas, ¡ quién creyera tamaña ferocidad ! Aquel tigre habia á prevencion apostado una cuadrilla de bandidos cerca de la plaza de toros, y al emparejar con ella los que ya se juzgaban libres, se vieron acometidos por los encubiertos asesinos, quienes fria y traidoramente los traspasaron con sus espadas y puñales. Perecieron en la noche 330 franceses : pensóse que con la oscuridad se pondria término á tan bárbaro furor, pero el de Calvo no estaba todavía satisfecho.

Al empezar el alboroto habia la junta comisionado á Rico para que le enfrenase y estorbara los males que amagaban. Inútiles fueron ofertas, ruegos y amenazas. La voz de su primer caudillo fue tan desoida por los amotinados como cuando mataron á Albalat. Nueva prueba si de ella se necesitase de que * « los tribunos « del pueblo (segun la expresion de Tito Livio) mas « bien que rigen son regidos casi siempre por la multitud. » Calvo ensoberbecido se erigió en señor absoluto, y durante la carnicería de la ciudadela expidió órdenes á todas las autoridades, y todas ellas humildemente se le sometieron empezando por el capitan general. Rico desfallecido temió por su persona y se recogió á un sitio apartado. Sin embargo por la mañana recobrando sus abatidas fuerzas montó á caballo, y confiando en que la multitud con su inconstancia desampararia á su nuevo dueño, pensó en prenderle, y estaba á punto de conseguir contra su rival un seguro triunfo, cuando el coronel Don Mariano Usel propuso en la junta que se nombrase á Calvo individuo suyo. Le apoyaron otros dos, por lo que de resultas hubo quien á estos y al Usel los sospechara de no ignorar del todo el orígen de los horrores cometidos.

(* Ap. n. 5.)

Calvo en la mañana del 6 todavia empapado en la inocente sangre tomó asiento en la junta. Consternados estaban todos sus miembros, y solo Rico, despechado por el suceso de la anterior noche, alzó la voz, dirigió con energía su discurso al mismo Calvo, acriminó con negros colores su conducta, y afirmó que Valencia estaba perdida si al instante no se cortaba la cabeza á aquel malvado. Sorprendióse Calvo, pasmáronse los otros circunstantes, y en esto andaban cuando una parte del populacho destacada por su gefe sediento de sangre, despues de haber recorrido las casas en que se guarecian unos pocos franceses y de haberlos muerto, arrastró consigo á la presencia de la misma junta ocho de aquellos desgraciados que quiso inmolar en la sala de las sesiones. El cónsul inglés Tupper, que antes habia salvado á algunos, intentó inútilmente y con harto

riesgo de su persona libertar á estos. Los individuos de aquella corporacion amedrentados precipitadamente se dispersaron, salpicándose sus vestidos con la sangre de los ocho infelices franceses, vertida sin piedad por infames matadores. Todo fue entonces terror y espanto. Rico se escondió y aun dos veces mudó de disfraz, temiendo la inevitable venganza de Calvo que triunfante dominaba solo, y se disponia á ejecutar actos de inaudita ferocidad.

Felizmente no todos se descorazonaron : al contrario los hubo que, trabajando en silencio por la noche, pudieron congregar la junta en la mañana del 7. Vuelto en sí Rico del susto llevó principalmente la voz, y queriendo los asistentes no ser envueltos en la ruina comun que amenazaba, decretaron el arresto de Calvo, y antes de que este pudiera ser avisado diéronse priesa á ejecutar la resolucion convenida, sorprendiéronle y sin tardanza le pusieron á bordo de un barco que le trasladó á Mallorca. Allí permaneció hasta últimos de junio, en que preso se le volvió á traer á Valencia para ser juzgado. Grandes y honrosos sucesos acaecieron en el intervalo en aquella ciudad, y con los cuales lavó algun tanto el negro borron que los asesinatos habian echado sobre su gloria. Ahora aunque anticipemos la serie de los acontecimientos, será bien que concluyamos con los hechos de Calvo y de sus cómplices. Asi con el pronto y severo castigo respirará el lector angustiado con la nefanda relacion de tantos crímenes.

Habiendo vuelto Calvo á Valencia, alegó conforme á la doctrina de su escuela, en una defensa que extendió por escrito, que si habia obrado mal habia sido por hacer el bien, debiendo la intencion ponerle á salvo de toda inculpacion. Aqui tenemos renovada la regla invariable de los sectarios de Loyola, á quienes todo les era lícito, con tal que*, como dice Pascal, supiesen *dirigir la intencion*. No le sirvió de descargo á Calvo, porque condenado á la pena de garrote fue ajusticiado en la cárcel á las doce de la noche del 3 de julio, y expuesto su cadáver al público en la mañana del 4. Hubo en la formacion y sentencia de la causa algunas irregularidades, que á pesar de la atrocidad de los crímenes del reo hubiera convenido evitar. Achacóse tambien á Calvo haber procedido en virtud de comision de Murat. Careció de verosimilitud y de fundamento tan extraña acusacion. Se inventó para hacerle odioso á los ojos de la muchedumbre, y poder mas fácilmente atajarle en su desenfreno. Fue hombre fanático y ambicioso, que, mezclando y confundiendo erróneos principios con sus feroces pasiones, no reparó en los medios de llevar á cabo un proyecto que le facilitase obtener el principal y quizá exclusivo influjo en los negocios del dia.

(* Ap. n. 6.)

La junta pensó ademas en hacer un escarmiento en los otros delincuentes. Creó con este objeto un tribunal de seguridad pública, compuesto de tres magistrados de la audiencia Don José Manescau y los señores Villafañe y Fuster. Habia la prevision del primero pre-

parado una manera fácil de descubrir á los matadores, y la cual en parte la debió á la casualidad. En la mañana que siguió á la cruel carnicería quince ó veinte de los asesinos con las manos aun teñidas en sangre, creyendo haber procedido segun los deseos de la junta, se presentaron para entregar los relojes y alhajas de que habian despojado á los franceses muertos, y pidieron en retribucion del acto patriótico que habian ejecutado alguna recompensa. El advertido Manescau condescendió en dar á cada uno treinta reales, pero con la precaucion al escribano de que les tomase los nombres, bajo pretexto que era preciso aquella formalidad para justificar que habian cobrado el dinero. Partiendo de este antecedente pudo probarse quiénes eran los reos, y en el espacio de dos meses se ahorcó públicamente y se dió garrote en secreto á mas de doscientos individuos. Severidad que á algunos pareció áspera, pero sin ella la anarquía á duras penas se hubiera reprimido en Valencia y en otros pueblos de su reino, entre los que Castellon de la Plana y Ayora habian visto tambien perecer á su gobernador y alcalde mayor. Con el ejemplo dado la autoridad recobró la conveniente fuerza.

Luego que la junta se vió desembarazada de Calvo y de sus infernales maquinaciones, se ocupó con mas desahogo en el alistamiento y organizacion de su ejército. El tiempo urgia, repetidos avisos anunciaban que los franceses disponian una expedicion contra aquella provincia, y era preciso no desaprovechar tan preciosos momentos. Cartagena suministró inmediatos recursos, y con ellos y los que pudieron sacarse del propio suelo se puso la ciudad de Valencia en estado de defensa. Al mismo tiempo se dirigió sobre Almansa un cuerpo de 15,000 hombres al mando del conde de Cervellon, á quien se juntó de Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas, y otro de 8000 bajo las de Don Pedro Adorno se situó en las Cabrillas. Tal estaba el reino de Valencia antes de ser atacado por el mariscal Moncey, de cuya campaña nos occuparemos despues.

Levantamiento de Aragon.

La justa indignacion abrigada en todos los pechos bullía con acelerados latidos en el de los moradores del antiguo asiento de las franquezas y libertades españolas, en la inmortal Zaragoza. Gloria duradera le estaba reservada, y la patria de Lanuza renovó en nuestros dias las proezas que solemos colocar entre las fábulas de la historia. Su levantamiento sin embargo nada ofreció de nuevo ni singular, caminando por los mismos pasos por donde habian ido algunas de las otras provincias. Con mayo empezaron los corrillos y las conversaciones populares, y al recibirse el correo de Madrid agrupábanse las gentes á saber las novedades que traia. Siendo por momentos mas tristes y adversas, aguardaban todos que la inquieta curiosidad finalizaria por una estrepitosa explosion. Repartieron en efecto el 24 las cartas llegadas por la mañana, y de boca en boca cundió velozmente cómo Napoleon se erigia en dueño de la monarquía española de resultas

de haber renunciado la corona en favor suyo la familia de Borbon. Instantáneamente se armó gran bulla; y hombres, mugeres y niños se precipitaron á casa del capitan general Don Jorge Juan de Guillelmi. Los vecinos de las parroquias de la Magdalena y San Pablo concurrieron en gran número capitaneados por varios de los suyos y entre ellos el tio Jorje que era del arrabal. Descolló el último sobre todos, y la energía de su porte, el sano juicio que le distinguia, lo recto de su intencion y el varonil denuedo con que á cada paso expuso despues su vida, le hacen acreedor á una honrosa y particular mencion. Hombre sin letras y desnudo de educacion culta, halló en la nobleza de su corazon y como por instinto los elevados sentimientos que han ilustrado á los varones esclarecidos. Su nombre aunque humilde, escrito al lado de ellos, resplandecerá sin deslucirlos.

La muchedumbre pidió al capitan general que hiciera dimision del mando. Costó mucho que se resolviese al sacrificio, mas forzado á ello y conducido preso á la Aljafería, fue interinamente sustituido por su segundo el general Mori. Al anochecer se embraveció el tumulto, y desconfiándose del nuevo gefe por ser italiano de nacion, se convidó con el mando á Don Antonio Cornel antiguo ministro de la guerra, quien rehusó aceptarle.

Mori el 25 congregó una junta, la cual tímida como su presidente buscaba paliativos que sin desdoro ni peligro sacasen á sus miembros del atascadero en que estaban hundidos: inútiles y menguados medios en violentas crísis. Enfadóse el pueblo con la tardanza, volviendo sus inquietas miradas hácia Don José Palafox y Melci. Recordará el lector que este militar, á últimos de abril, en comision de su gefe el marqués de Castelar, habia ido á Bayona para informar al rey de lo ocurrido en la soltura y entrega del príncipe de la Paz. Continuó allí hasta los primeros dias de mayo, en que se asegura regresó á España con encargo parecido al que por el propio tiempo se dió á la junta suprema de Madrid para resistir abiertamente á los franceses. Penetró Palafox por Guipúzcoa, de donde se trasladó á la Torre de Alfranca, casa de campo de su familia cerca de Zaragoza. Permaneciendo misteriosamente en su retiro, movió á sospecha al general Guillelmi, quien le intimó la órden de salir del reino de Aragon. Tenemos entendido que Palafox, incomodado entonces, se arrimó á los que anhelaban por un rompimiento, y que no sin noticia suya estalló la revolucion zaragozana. Por fin al oscurecer del 25, depuesto ya Guillelmi y quejoso el pueblo de Mori, se despacharon á Alfranca 50 paisanos para traer á la ciudad á Palafox. Al principio se negó á ir aparentando disculpas, y solo cedió al expreso mandato que le fue enviado por el interino capitan general.

Al entrar en Zaragoza pidió que se juntase el acuerdo en la mañana del 26 con intento de comunicarle cosas del mayor interés. En

la sesion celebrada aquel dia hizo uso de las insinuaciones que se le habian hecho en Bayona para resistir á los franceses, y sobre las cuales á causa de estar S. M. en manos de su enemigo se guardó profundo silencio. Rogó despues que se le desembarazase de la importunidad del pueblo que se manifestaba deseoso de nombrarle por caudillo, añadiendo no obstante que su vida y haberes los inmolaria con gusto en el altar de la patria. Enmudecieron todos, y vislumbraron que no desagradaban á los oidos de Palafox los clamores prorumpidos por el pueblo en alabanza suya. Aguardaba la multitud impaciente á las puertas del edificio, é insistiendo por dos veces en que se eligiese capitan general á su favorecido, alcanzó la demanda cediendo Mori el puesto que ocupaba.

Alzado á la dignidad suprema de la provincia Don José Palafox y Melci fue obedecido en toda ella, y á su voz se sometieron con gusto los aragoneses de acá y allá del Ebro. Admiró su elevacion, y aun mas que en sus procedimientos no desmereciese de la confianza que en él tenia el pueblo. Todavía mancebo, pues apenas frisaba con los veintiocho años, bello y agraciado de rostro y de persona, con traeres apuestos y cumplidos, cautivaba Palafox la aficion de cuantos le veian y trataban. Pero si la naturaleza con larga mano le habia prodigado las perfecciones del cuerpo, no se creia hasta entonces que hubiese andado tan generosa en punto á las dotes del entendimiento. Buscado y requerido por las damas de la corrompida corte de Cárlos IV, se nos ha asegurado que con porfiado empeño desdeñó el rendimiento obsequioso de la que entre todas era, sino la mas hermosa, por lo menos la mas elevada. Esta tenacidad fue una de las principales calidades de su alma, y la empleó mas oportuna y dignamente en la memorable defensa de Zaragoza. Sin práctica ni conocimiento de la milicia ni de los negocios públicos, tuvo el suficiente tino para rodearse de personas que por su enérgica decision, ó su saber y experiencia, le sostuviesen en los apurados trances, ó le ayudasen con sus consejos. Tales fueron el padre Don Basilio Bogiero de la escuela pia, su antiguo maestro; Don Lorenzo Calvo de Rozas, que habiendo llegado de Madrid el 28 de mayo fue nombrado corregidor é intendente, y el oficial de artillería Don Ignacio Lopez, á quien se debió en el primer sitio la direccion de importantes operaciones.

Para legitimar solemnemente el levantamiento convocó Palafox á córtes el reino de Aragon. Acudieron los diputados á Zaragoza, y el dia 9 de junio abrieron sus sesiones * en la casa de la ciudad, asistiendo 34 individuos que representaban los cuatros brazos, en cuyo número se comprendia el de las ocho ciudades de voto en córtes. Aprobaron estas todo lo actuado antes de su reunion, y despues de nombrar á Don José Rebolledo de Palafox y Melci capitan general, juzgaron prudente separarse, formando una junta de 6 individuos que de acuerdo con el gefe militar

(* Ap. n. 6 bis.)

atendiese á la defensa comun. La autoridad y poder de este nuevo cuerpo fueron mas limitados que el de las juntas de las otras provincias, siendo Palafox la verdadera, y por decirlo asi, la única cabeza del gobierno. Dependió no poco esta diferencia de la particular situacion en que se halló Zaragoza, la cual, temiendo ser prontamente acometida por los franceses, necesitaba de un brazo vigoroso que la guiase y protegiese. Era esto tanto mas urgente cuanto la ciudad estaba del todo desabastecida. No llegaba á 2000 hombres el número de tropas que la guarnecian, inclusos los miñones y partidas sueltas de bandera. De doce cañones se componia toda la artillería y esta no gruesa, escaseando en mayor proporcion los otros pertrechos. En vista de tamaña miseria apresuráronse Palafox y sus consejeros á reunir la gente que de todas partes acudia, y á organizarla, empleando para ello á los oficiales retirados y á los que de Pamplona, San Sebastian, Madrid, Alcalá y otros puntos sucesivamente se escapaban. Restableció en la formacion de los nuevos cuerpos el ya desusado nombre de tercios, bajo el que la antigua infantería española habia alcanzado tantos laureles, distinguiéndose mas que todos el de los estudiantes de la universidad, disciplinado por el baron de Versages. Se recogieron fusiles, escopetas y otras armas, se montaron algunas piezas arrinconadas ó viejas, y la fábrica de polvora de Villafeliche suministró municiones. Escasos recursos si á todo no hubiera suplido el valor y la constancia aragonesa.

El levantamiento se ejecutó en Zaragoza sin que felizmente se hubiese derramado sangre. Solamente se arrestaron las personas que causaban sombra al pueblo.

Enérgico como los demas, fue en especial notable su primer manifiesto por dos de los artículos que comprendia. « 1° Que el emperador, todos los individuos de su familia, y finalmente todo « general francés, eran personalmente responsables de la seguridad « del rey y de su hermano y tio. 2° Que, en caso de un atentado « contra vidas tan preciosas, para que la España no careciese de su « monarca *usaria la nacion de su derecho electivo* á favor del archiduque Cárlos, como nieto de Cárlos III, siempre que el príncipe « de Sicilia y el infante Don Pedro y demas herederos no pudieran « concurrir. » Échase de ver en la cláusula notada con bastardilla que al paso que los aragoneses estaban firmemente adictos á la forma monárquica de su gobierno, no se habian borrado de su memoria aquellos antiguos fueros que en la junta de Caspe les habian dado derecho á elegir un rey, conforme á la justicia y pública conveniencia.

Levantamiento de Cataluña.

« Cataluña, como dice Melo, una de las provincias « de mas primor, reputacion y estima que se halla en « la grande congregacion de estados y reinos de que se formó la « nacion española, » levantó erguida su cerviz humillada por los que con fementido engaño habian ocupado sus principales fortalezas. Mas desprovistos los habitantes de este apoyo, sobre todo del

de Barcelona, grande é importante por el armamento, vestuario, tropa, oficialidad y abundantes recursos que en su recinto se encerraban, faltóles un centro de donde emanasen con uniforme impulso las providencias dirigidas á conmover las ciudades y pueblos de su territorio. No por eso dejaron de ser portentosos sus esfuerzos, y si cabe en ellos y en admirable constancia sobrepujó á todas la belicosa Cataluña. Solamente, obstruida y cortada por el ejército enemigo, tuvo al pronto que levantarse desunida y en separadas porciones, tardando algun tiempo en constituirse una junta única y general para toda la provincia.

Las conmociones empezaron á últimos de mayo y al entrar junio. Dentro del mismo Barcelona se desgarraron el 31 de aquel mes los carteles que proclamaban la nueva dinastía. Hubo tumultuosas reuniones, andúvose á veces á las manos, y resultaron muertes y otros disgustos. Los franceses se inquietaron bastantemente, ya por lo populoso de la ciudad, y ya tambien porque el vecindario amotinado hubiera podido ser sostenido por 3500 hombres de buena tropa española, que todavía permanecian dentro de la plaza, y cuyo espíritu era del todo contrario á los invasores. Sin embargo acalláronse allí los alborotos, pero no en las poblaciones que estaban fuera del alcance de la garra francesa.

Habia Duhesme su general pensado en hacerse dueño de Lérida para conservar francas sus comunicaciones con Zaragoza. Consiguió al efecto una órden de la junta de Madrid, ya no débil, pero si culpable, la cual ordenó la entrega á la tropa extrangera. Cauto sin embargo el general francés envió por delante al regimiento de Extremadura, que no pudiendo como español despertar las sospechas de los leridanos le allanase sin obstáculo la ocupacion. Penetraron no obstante aquellos habitantes intencion tan siniestra, y haciendo en persona la guardia de sus muros rogaron á los de Extremadura que se quedasen afuera. Con gusto condescendieron estos, aguardando en la villa de Tárrega favorable coyuntura para pasar á Zaragoza, en cuyo sitio se mantuvieron firmes apoyos de la causa de su patria. Lérida por tanto fue la que primero se armó y declaró ordenadamente. Al mismo tiempo Manresa quemó en público los bandos y decretos del gobierno de Madrid. Tortosa, luego que fue informada de las ocurrencias de Valencia, imitó su ejemplo y por desgracia algunos de sus desórdenes, habiendo perecido miserablemente su gobernador Don Santiago de Guzman y Villoria. Igual suerte cupo al de Villafranca del Panadés Don Juan de Toda. Asi todos los pueblos unos tras de otros ó á la vez se manifestaron con denuedo, y allí el lidiar fue inseparable del pronunciamiento. Yendo uno y otro de compañía, nos reservaremos pues el hablar mas detenidamente para cuando lleguemos á las acciones de guerra. El principado se congregó en junta de todos sus corregimientos á fines de junio, y se escogió entonces para su asiento la ciudad de Lérida.

Levantamiento de las Baleares.

Separadas por el Mediterráneo del continente español las Islas Baleares, no solo era de esperar que desconociesen la autoridad intrusa, resguardadas como lo estaban y al abrigo de sorpresa, sino que tambien era muy de desear que abrazasen la causa comun, pudiendo su tranquilo y aislado territorio servir de reparo en los contratiempos, y dejando libres con su declaracion las fuerzas considerables de mar y tierra que allí habia. Ademas de la escuadra surta en Menorca, de que hemos hablado, se contaban en todas sus islas unos 10,000 hombres de tropa reglada, cuyo número, atendiendo á la escasez que de soldados veteranos habia en España, era harto importante.

Notáronse en todas las Baleares parecidos síntomas á los que reinaban en la península, y cuando se estaba en dudas y vacilaciones arribó de Valencia el 29 de mayo un barco con la noticia de lo ocurrido en aquella ciudad el 23. El general, que lo era á la sazon Don Juan Miguel de Vives, en union con el pueblo mostróse inclinado á seguir las mismas huellas; pero se retrajo en vista de pliegos recibidos de Madrid pocas horas despues, y traidos por un oficial francés. Hízole titubear su contenido, y convocó el acuerdo para que juntos discurriesen acerca de los medios de conservar la tranquilidad. Se traslució su intento, y por la tarde una porcion de jóvenes de la nobleza y oficiales formaron el proyecto de trastornar el órden actual, valiéndose de la buena disposicion del pueblo. Idearon como paso previo tantear al segundo cabo el mariscal de campo Don Juan Oneille con ánimo de que reemplazase al general, quien sabiendo lo que andaba paró el golpe reuniendo á las nueve de la noche en las casas consistoriales una junta de autoridades. Se iluminó la fachada del edificio, y se anunció al pueblo la resolucion de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Entonces fue universal la alegría, unánimes las demostraciones cordiales de patriotismo. Evitó la oportuna decision del general desórdenes y desgracias. Al dia siguiente 30 se erigió la junta que se habia acordado en la noche anterior, la cual presidida por el capitan general se compuso de mas de 20 individuos, entresacados de las autoridades, y nombrados otros por sus estamentos ó clases. Se agregaron posteriormente dos diputados por Menorca, dos por Ibiza, y otro por la escuadra fondeada en Mahon.

En esta última ciudad, siendo las cabezas oficiales de ejército y de marina, se habia depuesto y preso al gobernador y al coronel de Soria Cabrera, y desobedecido abiertamente las órdenes de Murat. Recayó el mando en el comandante interino de la escuadra, á cuyas instancias envió la junta de Mallorca para relevarle al marqués del Palacio, poco antes coronel de húsares españoles.

En nada se habia perturbado la tranquilidad en Palma ni en las otras poblaciones. Solo el 29 para resguardar su persona se puso en el castillo de Bellver al oficial francés portador de los pliegos de

Madrid. Doloroso fue tener tambien que recurrir á igual precaucion con los dos distinguidos miembros del instituto de Francia Arago y Biot, quienes en union con los astrónomos españoles Don José Rodriguez y Don José Chaix habian pasado á aquella isla con comision científica importante. Era pues la de prolongar á la isla de Formentera la medida del arco del meridiano, observado y medido anteriormente desde Dunkerque hasta Monjuich en Barcelona por los sabios Méchain y Delambre. La operacion dichosamente se habia terminado antes que las provincias se alzasen, estorbando solo este suceso medir una base de verificacion proyectada en el reino de Valencia. Ya el ignorante pueblo los habia mirado con desconfianza, cuando para el desempeño de su encargo ejecutaban las operaciones geodésicas y astronómicas necesarias. Figuróse que eran planos que levantaban por órden de Napoleon para sus fines políticos y militares. A tales sospechas daban lugar los engaños y aleves artería con que los ejércitos franceses habian penetrado en lo interior del reino: y en verdad que nunca la ignorancia pudiera alegar motivos que pareciesen mas fundados. La junta al principio no osó contrarestar el torrente de la opinion popular; pero conociendo el mérito de los sabios extrangeros, y la utilidad de sus trabajos, los preservó de todo daño; é imposibilitada por la guerra de enviarlos en derechura á Francia, los embarcó en oportuna ocasion á bordo de un buque que iba á Argel, pais entonces neutral, y de donde se restituyeron despues á sus hogares.

El entusiasmo en Mallorca fue universal, esmerándose con particularidad en manifestarle las mas principales señoras; y si en toda la isla de Mallorca, como decia el cardinal de Retz, (* Ap. n. 7.) « no hay mugeres feas, » fácil será imaginar el poderoso influjo que tuvieron en su levantamiento.

En Palma se creó un cuerpo de voluntarios con aquel nombre, que despues pasó á servir á Cataluña. Y aunque al principio la junta obrando precavidamente no permitió que se trasladasen á la península las tropas que guarnecian las islas, por fin accedió á que se incorporasen sucesivamente con los ejércitos que guerreaban.

Navarra y provincias vascongadas.

Unas tras otras hemos recorrido las provincias de España y contado su glorioso alzamiento. Habrá quien eche de menos á Navarra y las provincias vascongadas. Pero lindando con Francia, privados sus moradores de dos importantes plazas, y cercados y opresos por todos lados, no pudieron revolverse ni formalizar por de pronto gobierno alguno. Con todo animadas de patriotismo acendrado impelieron á la desercion á los pocos soldados españoles que habia en su suelo, auxiliaron en cuanto alcanzaban sus fuerzas á las provincias lidiadoras, y luego que las suyas estuvieron libres ó mas desembarazadas se unieron á todas, cooperando con no menor conato á la destruccion

del comun enemigo. Y mas adelante veremos que, aun ocupado de nuevo su territorio, pelearon con empeño y constancia por medio de sus guerrillas y cuerpos francos.

Islas Canarias.

En las Islas Canarias, aunque algo lejanas de las costas españolas, siguióse el impulso de Sevilla. Dudóse en un principio de la certeza de los acontecimientos de Bayona, y se consideraron como invencion de la malevolencia, ó como voces de intento esparcidas por los partidarios de los ingleses. Mas habiendo llegado en julio noticia de la insurreccion de Sevilla y de la instalacion de su junta suprema, el capitan general marqués de Casa-Cagigal dispuso que se proclamase á Fernando VII, imitando con vivo entusiasmo los habitantes de todas las islas el noble ejemplo de la península. Hubo sin embargo entre ellas algunas desavenencias, renovando la Gran Canaria sus antiguas rivalidades de primacía con la de Tenerife. Así se crearon en ambas separadas juntas, y en la última despojado del mando Casa-Cagigal, ya de ambas aborrecido, fue puesto en su lugar el teniente de rey Don Cárlos O'Donell. Levantáronse despues quejas muy sentidas contra este gefe y la junta de Tenerife, que no cesaron hasta que el gobierno supremo de la central puso en ello el conveniente remedio.

Por lo demas el cuadro que hemos trazado de la insurreccion de España parecerá á algunos diminuto ó conciso, y á otros difuso ú harto circunstanciado. Responderemos á los primeros que, no habiendo sido nuestro propósito escribir la historia particular del alzamiento de cada provincia, el descender á mas pormenores hubiera sido obrar con desacuerdo. Y á los segundos que, en vista de la nobleza de la causa y de la ignorancia cierta ó fingida que acerca de su orígen y progreso muchos han mostrado, no ha sido tan fuera de razon dar á conocer con algun detenimiento una revolucion memorable, que por descuido de unos y malicia de otros se iba sepultando en el olvido ó desfigurándose de un modo rápido y doloroso. Para acabar de llenar nuestro objeto, será bien que, fundándonos en la verídica relacion que precede, sacada de las mejores fuentes, añadamos algunas cortas reflexiones, que arrojando nueva luz refuten las equivocaciones sobrado groseras en que varios han incurrido.

Reflexiones generales.

Entre estas se ha presentado con mas séquito la de atribuir las conmociones de España al ciego fanatismo, y á los manejos é influjo del clero. Lejos de ser así, hemos visto cómo en muchas provincias el alzamiento fue espontáneo, sin que hubiera habido móvil secreto; y que si en otras hubo personas que aprovechándose del espíritu general trataron de dirigirle, no fueron clérigos ni clases determinadas, sino indistintamente individuos de todas ellas. El estado eclesiástico cierto que no se opuso á la insurreccion, pero tampoco fue su autor. Entró en ella como toda la nacion, arrastrado de un honroso sentimiento patrio, y no

impelido por el inmediato temor de que se le despojase de sus bienes. Hasta entonces los franceses no habian en esta parte dado ocasion á sospechas, y segun se advirtió en el libro segundo, el clero español antes de los sucesos de Bayona mas bien era partidario de Napoleon que enemigo suyo, considerándole como el hombre que en Francia habia restablecido con solemnidad el culto. Por tanto la resistencia de España nació de odio contra la dominacion extrangera: y el clérigo como el filósofo, el militar como el paisano, el noble como el plebeyo se movieron por el mismo impulso, al mismo tiempo y sin consultar generalmente otro interés que el de la dignidad é independencia nacional. Todos los españoles que presenciaron aquellos dias de universal entusiasmo, y muchos son los que aun viven, atestiguarán la verdad del aserto.

No menos infundado, aunque no tan general, ha sido achacar la insurreccion á conciertos de los ingleses con agentes secretos. Napoleon y sus parciales, que por todas partes veian ó aparentaban ver la mano británica, fueron los autores de invencion tan peregrina. Por lo expuesto se habrá notado cuán ageno estaba aquel gobierno de semejante suceso, y cuánto le sorprendió la llegada á Lóndres de los diputados asturianos que fueron los primeros que le anunciaron. Muchas de las costas de España estaban sin buques de guerra ingleses que de cerca observasen ó fomentasen alborotos, y las provincias interiores no podian tener relacion con ellos ni esperar su pronta y efectiva proteccion; y aun en Cádiz en donde habia un crucero se desechó su ayuda, si bien amistosamente, para un combate en el que por ser marítimo les interesaba con mas especialidad tomar parte. Véase pues si el conjunto de estos hechos dan el menor indicio de que la Inglaterra hubiese preparado el primero y gran sacudimiento de España.

Mas aun careciendo de la copia de datos que muestran lo contrario, el hombre meditabundo é imparcial fácilmente penetrará que no era dado ni á clérigos ni á ingleses, ni á ninguna otra persona, clase ni potencia por poderosa que fuese, provocar con agentes y ocultos manejos en una nacion entera un tan enérgico, unánime y simultáneo levantamiento. Buscará su origen en causas mas naturales, y su atento juicio le descubrirá sin esfuerzo en el desórden del anterior gobierno, en los vaivenes que precedieron, y en el cúmulo de engaños y alevosías con que Napoleon y los suyos ofendieron el orgullo español.

No bastaba á los detractores dar al fanatismo ú á los ingleses el primer lugar en tan grande acontecimiento. Hanse recreado tambien en oscurecer su lustre, exagerando las muertes, y horrores cometidos en medio del fervor popular. Cuando hemos referido los lamentables excesos que entonces hubo, cubriendo á sus autores del merecido oprobio, no hemos omitido ninguno que fuese notable. Siendo asi, dígasenos de buena fé si acompañaron al tropel

de revueltas desórdenes tales que deban arrancar las desusadas exclamaciones en que algunos han prorumpido. Solo pudieran ser aplicables á Valencia y no á la generalidad del reino, y aun allí mismo los excesos fueron inmediatamente reprimidos y castigados con una severidad que rara vez se acostumbra contra culpados de semejantes crímenes en las grandes revoluciones. Pero al paso que profundamente nos dolemos de aquel estrago, séanos lícito advertir que hemos recorrido provincias enteras sin topar con desman alguno, y en todas las otras no llegaron á treinta las personas muertas tumultuariamente. Y por ventura en la situacion de España, rotos los vínculos de la subordinacion y la obediencia, con autoridades que compuestas en lo general de hechuras y parciales de Godoy eran miradas al soslayo y á veces aborrecidas, ¿no es de maravillar que desencadenadas las pasiones no se suscitasen mas rencillas, y que las tropelías, multiplicándose, no hubiesen salvado todas las barreras? ¿Merece pues aquella nacion que se la tilde de cruel y bárbara? ¿Qué otra en tan deshecha tormenta se hubiera mostrado mas moderada y contenida? Citesenos una mudanza y desconcierto tan fundamental, si bien no igualmente justo y honroso, en que las demasías no hayan muy mucho sobrepujado á las que se cometieron en la insurreccion española. Nuestra edad ha presenciado grandes trastornos en naciones apellidadas por excelencia cultas, y en verdad que el imparcial exámen y cotejo de sus excesos con los nuestros no les seria favorable.

Despues de haber tratado de desvanecer errores que tan comunes se han hecho, veamos lo que fueron las juntas y de qué defectos adolecieron. Agregado incoherente y sobrado numeroso de individuos en que se confundia el hombre del pueblo con el noble, el clérigo con el militar, estaban aquellas autoridades animadas del patriotismo mas puro, sin que á veces le adornase la conveniente ilustracion. Muchas de ellas pusieron todo su conato en ahogar el espíritu popular, que les habia dado el ser, y no le sustituyeron la acertada direccion con que hubieran podido manejar los negocios hombres prácticos y de estado. Así fue que bien pronto se vieron privadas de los inagotables recursos que en todo trastorno social suministra el entusiasmo y facilita el mismo desembarazo de las antiguas trabas: no pudiendo en su lugar introducir órden ni regla fija, ya porque las circunstancias lo impedian, y ya tambien porque pocos de sus individuos estaban dotados de las prendas que se requieren para ello. Hombres tales, escasos en todos los paises, era natural que fuesen mas raros en España, en donde la opresiva humillacion del gobierno habia en parte ahogado las bellas disposiciones de los habitantes. Por este medio se explica como á la grandiosa y primera insurreccion, hija de un sentimiento noble de honor é independencia nacional, que el despotismo de tantos años no habia podido desarraigar, no correspondieron las medidas

de gobierno y organizacion militar y económica que en un principio debieron adoptarse. No obstante justo es decir que los esfuerzos de las juntas no fueron tan cortos ni limitados como algunos han pretendido; y que aun en naciones mas adelantadas quizá no se hubiera ido mas allá si en lo interior hubiesen tenido estas que luchar con un ejército extrangero, careciendo de uno propio que pudiera llamarse tal, vacías las arcas públicas y poco provistos los depósitos y arsenales.

Fue muy útil que en el primer ardor de la insurreccion se formase en cada provincia una junta separada. Esta especie de gobierno federativo, mortal en tiempos tranquilos para España, como nacion contigua por mar y tierra á estados poderosos, dobló entonces y aun multiplicó sus medios y recursos; excitó una emulacion hasta cierto punto saludable, y sobre todo evitó que los manejos del extrangero, valiéndose de la flaqueza y villanía de algunos, barrenasen sordamente la causa sagrada de la patria. Un gobierno central y único, antes de que la revolucion hubiese echado raices, mas fácilmente se hubiera doblegado á pérfidas insinuaciones, ó su constancia hubiera con mayor prontitud cedido á los primeros reveses. Autoridades desparramadas como las de las juntas, ni ofrecian un blanco bien distinto contra el que pudieran apuntarse los tiros de la intriga, ni aun á ellas mismas les era permitido (cosa de que todas estuvieron lejos) ponerse de concierto para daño y pérdida de la causa que defendian.

Acompañó al sentimiento unánime de resistir al extrangero otro no menos importante de mejora y reforma. Cierto que este no se dejó ver ni tan clara ni tan universalmente como el primero. Para el uno solo se requeria ser español y honrado; mas para el otro era necesario mayor saber que el que cabia en una nacion sujeta por siglos á un sistema de persecucion é intolerancia política y religiosa. Sin embargo apenas hubo proclama, instruccion ó manifiesto de las juntas en que, lamentándose de las máximas que habian regido anteriormente, no se diese indicio de querer tomar un rumbo opuesto, anunciando para lo futuro ó la convocacion de córtes, ó el restablecimiento de antiguos fueros, ó el desagravio de pasadas ofensas. Infiérase de aqui cuál seria sobre eso la opinion general cuando asi se expresaban unas autoridades que, compuestas en su mayor parte de individuos de clases privilegiadas, procuraban contener mas bien que estimular aquella general tendencia. Asi fue que por sus pasos contados se encaminó España á la reforma y mejoramiento, y congregó sus córtes sin que hubiera habido que escuchar los consejos ó preceptos del extrangero. Y ¡ojalá nunca los escuchara! Los años en que escribimos han sido testigos de que su intervencion tan solo ha servido para hacerla retroceder á tiempos comparables á los de la mas profunda barbarie.

Nos parece que lo dicho bastará á deshacer los errores á que ha dado lugar el silencio de algunas plumas españolas, el despique de otras y la ligereza con que muchos extrangeros han juzgado los asuntos de España, pais tan poco conocido como mal apreciado.

Portugal.

Antes de concluir el presente libro será justo que demos una razon, aunque breve, de la insurreccion de Portugal, cuyos acontecimientos anduvieron tan mezclados con los nuestros.

Aquel reino, si bien al parecer tranquilo, viéndose agobiado con las extraordinarias cargas y ofendido de los agravios que se hacian á sus habitantes, tan solo deseaba oportuna ocasion en que sacudir el yugo que le oprimia.

Su situacion.

Junot en su desvanecimiento á veces habia ideado ceñirse la corona de Portugal. Para ello hubo insinuaciones, sordas intrigas, proyectos de constitucion y otros pasos que no haciendo á nuestro propósito, los pasaremos en silencio. Tuvo por último que contentarse con la dignidad de duque de Abrantes á que le ensalzó su amo en remuneracion de sus servicios.

Desde el mes de marzo con motivo de la llamada de las tropas españolas anduvo el general francés inquieto, temiendo que se aumentasen los peligros al paso que se disminuia su fuerza. Se tranquilizó algun tanto cuando vió que al advenimiento al trono de Fernando habian recibido los españoles contraórden. Asi fue, como hemos dicho, que los de Oporto volvieron á sus acantonamientos; se mantuvieron quietos en Lisboa y sus contornos los de Don Juan Carrafa; y solo de los de Solano se restituyeron á Setúbal cuatro batallones, no habiendo Junot tenido por conveniente recibir á los restantes. Prefirió este guardar por sí el Alentejo, y envió á Kellerman para reemplazar á Solano, cuya memoria fue tanto mas sentida por los naturales, cuanto el nuevo comandante se estrenó con imponer una contribucion en tal manera gravosa que el mismo Junot tuvo que desaprobarla. Kellerman transfirió á Yelbes su cuartel general para observar de cerca á Solano, quien permaneció en la frontera hasta mayo, en cuyo tiempo se retiró á Andalucía.

Divisiones francesas que intentan pasar á España.

En este estado se hallaban las cosas de Portugal cuando, despues del suceso del 2 de mayo en Madrid, receloso Napoleon de nuevos alborotos en España, ordenó á Junot que enviase del lado de Ciudad-Rodrigo 4000 hombres que obrasen de concierto con el mariscal Bessières, y otros tantos por la parte de Extremadura para ayudar á Dupont que avanzaba hácia Sierra-Morena. Al entrar junio llegaron los primeros al pie del fuerte de la Concepcion, el cual, situado sobre el cerro llamado el Gardon, sirve como de atalaya para observar la frontera portuguesa y las plazas de Almeida y Castel-Rodrigo. El general Loison que mandaba á los franceses ofreció al comandante

español algunas compañías que reforzasen el fuerte contra los comunes enemigos de ambas naciones. El ardid por tan repetido era harto grosero para engañar á nadie. Pero no habiendo dentro la suficiente fuerza para la defensa, abandonó el comandante por la noche el fuerte, y se refugió á Ciudad-Rodrigo, cuya plaza distante cinco leguas, y levantada ya como toda la provincia de Salamanca, redobló su vigilancia y contuvo asi los siniestros intentos de Loison. Por la parte del mediodia los 4000 franceses que debian penetrar en las Andalucías trataron con su gefe Avril de dirigirse sobre Mértola, y bajando despues por las riberas de Guadiana, desembocar impensadamente en el condado de Niebla. Alli la insurreccion habia tomado tal incremento, que no osaron continuar en empresa tan arriesgada. Al paso que asi se desbarataron los planes de Napoleon, que en esta parte no hubieran dejado de ser acertados, si mas á tiempo hubiesen tenido efecto los acontecimientos del norte de Portugal, vinieron del todo á trastornar á Junot, y levantar un incendio universal en aquel reino.

Los españoles se retiran de Oporto.

Los españoles á su vuelta á Oporto habian sido puestos á las órdenes del general francés Quesnel. Desagradó la medida inoportuna en un tiempo en que la indignacion crecia de punto, é inútil no siendo afianzada con tropa francesa. Andaba asi muy irritado el soldado español, cuando alzándose Galicia comunicó aquella junta avisos para que los de Oporto se incorporasen á su ejército y llevasen consigo á cuantos franceses pudiesen coger. Concertáronse los principales gefes, se colocó al frente al mariscal de Campo Don Domingo Belestá como de mayor graduacion, y el 6 de junio habiendo hecho prisionero á Quesnel y á los suyos, que eran muy pocos, tomó toda la division española que estaba en Oporto el camino de Galicia. Antes de partir dijo Belestá á los portugueses que les dejaba libres de abrazar el partido que quisieran, ya fuese el de España, ya el de Francia, ó ya el de su propio pais. Escogieron el último como era natural. Pero luego que los españoles se alejaron, amedrentadas las autoridades se sometieron de nuevo á Junot.

Primer levantamiento de Oporto.

Continuaron de este modo algunos dias hasta que el 11 de junio habiéndose levantado la provincia de Tras-los-Montes, y nombrado por su gefe al teniente general Manuel Gomez de Sepúlveda, hombre muy anciano, se extendió á la de Entre-Duero-y-Miño la insurreccion, y se renovó el 18 en Oporto en donde pusieron á la cabeza á Don Antonio de San José de Castro obispo de la diócesi. Cundió tambien á Coimbra y otros pueblos de la Beira, haciendo prisioneros y persiguiendo á algunas partidas sueltas de franceses. Loison, que desde Almeida habia intentado ir á Oporto, retrocedió al verse acometido por la poblacion insurgente de las riberas del Duero.

Levantamiento de Tras-los-Montes y segundo de Oporto.

Una junta se formó en Oporto que mandó en union con el obispo, la cual fue reconocida por todo el norte de Portugal. Al instante abrió tratos con Inglaterra, y diputó á Lóndres al vizconde de Balsemao y á un desembargador. Entabló tambien con Galicia convenientes relaciones, y entre ambas juntas se concluyó una convencion ó tratado de alianza ofensiva y defensiva.

Se desarma á los españoles de Lisboa.

Súpose en Lisboa el 9 de junio la marcha de las tropas españolas de Oporto, y lo demas que en esta ciudad habia pasado. Sin dilacion pensó Junot en tomar una medida vigorosa con los cuerpos de la misma nacion que tenia consigo, y cuyos soldados estaban con el ánimo tan alborotado como todos sus compatriotas. Temíase una sublevacion de parte de ellos y no sin algun fundamento. Ya en el mes anterior y cuando en 5 de mayo dió en Extremadura la proclama de que hicimos mencion el desgraciado Torre del Fresno, habia sido enviado allí de Badajoz el oficial Don Federico Moreti para concertarse con el general Don Juan Carrafa y preparar la vuelta á España de aquellas tropas. La comision de Moreti no tuvo resulta, asi por ser temprana y arriesgada, como tambien por la tibieza que mostró el mencionado Carrafa; pero despues embraveciéndose la insurreccion española, llegaron de varios puntos emisarios que atizaban, faltando solo ocasion oportuna para que hubiese un rompimiento. Ofreciasela lo acaecido en Oporto, y con objeto de prevenir golpe tan fatal, procuró Junot antes de que se esparciese la noticia sorprender á los nuestros y desarmarlos. Pudo sin embargo escaparse de Mafra y pasar á España el marqués de Malespina con el regimiento de dragones de la Reina; y para engañar á los demas emplearon los franceses varios ardides, cogiendo á unos en los cuarteles y á otros divididos. Mil y doscientos de ellos, que estaban en el campo de Ourique, rehusaron ir al convento de San Francisco, barruntando que se les armaba alguna celada. Entonces Junot los mandó llamar al Terreiro do Paço, fingiendo que era con intento de embarcarlos para España. Alborozados por nueva tan halagüeña llegaron á aquella plaza, cuando se vieron rodeados por 3000 franceses, y asestada contra sus filas la artillería en las bocacalles. Fueron pues desarmados todos y conducidos á bordo de los pontones que habia en el Tajo. No se comprendió á los oficiales en precaucion tan rigurosa; pero no habiendo creido algunos de ellos deber respetar una palabra de honor que se les habia arrancado despues de una alevosía, se fugaron á España, y de resultas sus compañeros fueron sometidos á igual y desgraciada suerte que los soldados.

Rechazan los españoles á los franceses en Os Pegoes.

No fue tan fácil sorprender ni engañar á los que estando á la izquierda del Tajo vivian mas desembarazadamente. Asi desertó la mayor parte del regimiento de caballería de María Luisa, y fue notable la insur-

reccion de los cuerpos de Valencia y Murcia, de los que con bandera se dirigieron á España muchos soldados. Estaban en Setúbal, y el general francés Graindorge que allí mandaba los persiguió. Hubo un reencuentro en Os Pegoes, y los franceses habiendo sido rechazados no pudieron detener á los nuestros en su marcha.

Levantamiento de los Algarbes.

El haber desarmado á los españoles de Lisboa motivó la insurreccion de los Algarbes, y por consecuencia la de todo el mediodia de Portugal. Gobernaba aquella provincia de parte de los franceses el general Maurin, á quien estando enfermo sustituyó el coronel Maransin. Eran cortas los tropas que estaban á sus órdenes, y cuidadoso dicho gefe con los alborotos, habia salido para Villa-Real en donde construia una batería que asegurase aquel punto contra los ataques de Ayamonte. Ocupado en guarecerse de un peligro, otro mas inmediato vino á distraerle y consternarle. Era el 16 de junio cuando Olhá, pequeño pueblo de pescadores á una legua de Faro, se sublevó á la lectura de una proclama que habia publicado Junot con ocasion de haber desarmado á los españoles. Dió el coronel José Lopez de Sousa el primer grito contra los franceses, que fue repetido por toda la poblacion. Este alboroto estuvo á punto de apaciguarse; pero obligado Maransin que habia acudido al primer ruido á salir de Faro para combatir á los paisanos que levantados descendian de las montañas que parten término con el Alentejo, se sublevó á su vez dicha ciudad de Faro, formó una junta, se puso en comunicacion con los ingleses, llevó á bordo de sus navíos al enfermo general Maurin y á los pocos franceses que estaban en su compañía. Maransin en vista de la poca fuerza que le quedaba se retiró á Mértola para de allí darse mas fácilmente la mano con los generales Kellerman y Avril que ocupaban el Alentejo. Se aproximó despues á Beja, y por haberle asesinado algunos soldados la entró á saco el 25 de junio. Prendió la insurreccion en otros puntos, y en todos aquellos en que el espíritu público no fue comprimido por la superioridad de la fuerza francesa, se repitió el mismo espectáculo y hubo iguales alborotos que en el resto de la península. Entre la junta de Faro y los españoles suscitóse cierta disputa por haber estos destruido las fortificaciones de Castro-Marin. De ambos lados se dieron las competentes satisfacciones, y amistosamente se concluyó un convenio adecuado á las circunstancias entre los nuevos gobiernos de Sevilla y Faro.

Convenciones entre algunas juntas de España y Portugal.

No faltó quien viese asi en este arreglo, como en lo que antes se habia estipulado entre Galicia y Oporto, una preparacion para tratados mas importantes que hubieran podido rematar por una union y acomodamiento entre ambas naciones. Desgraciadamente varios obstáculos con los cuidados graves de entonces debieron impedir que se prosiguiese en designio de tal entidad. Es sin embargo de desear que venga un tiempo en que desapareciendo añejas rivalidades, é ilus-

trándose unos y otros sobre sus recíprocos y verdaderos intereses, se estrechen dos paises que al paso que juntos formarán un incontrastable valladar contra la ambicion de los extraños, desunidos solo son víctima de agenas contiendas y pasiones.

LIBRO CUARTO.

Junta de Madrid. — Comision que da al marqués de Lazan. — Su proclama de 4 de junio. — Su zelo en favor de la diputacion de Bayona. — Valdés. — Marqués de Astorga. — Obispo de Orense. — Proclama de Bayona á los Zaragozanos. — Comisionados enviados á Zaragoza. — Avisos enviados por Napoleon á América. — Napoleon renuncia la corona de España en José. — Llegada de José á Bayona. — Recibimiento de José en Marrac. — Diputaciones españolas. — La de los grandes. — La del consejo de Castilla. — La de la inquisicion. — La del ejército. — Otra proclama de los de Bayona. — Previas disposiciones para abrir el congreso de Bayona. — Abrense sus sesiones. — Sus discusiones. — Si gozó de libertad. — Juramento prestado á la constitucion. — Reflexiones sobre la constitucion. — Visita de la junta de Bayona á Napoleon. — Felicitaciones de la servidumbre de Fernando. — Felicitacion de Fernando mismo. — Ministerio nombrado por José. — Jovellanos. — Empleos de palacio. — José entra en España el 9 de julio. — Primera expedicion de los franceses contra Santander. — Expedicion contra Valladolid. — Quema de Torquemada. — Entrada en Palencia. — Accion de Cabezon. — Entran los franceses en Valladolid. — Segunda expedicion contra Santander. — Obispo de Santander. — Noble accion de su junta. — Expedicion contra Zaragoza. — Accion de Mallen. — De Alagon. — Cataluña. — Somatenes. — Accion del Bruch. — Defensa de Esparraguera. — Chabran en Tarragona. — Reencuentro de Arbós. — Saqueo de Villafranca del Panadés. — Segunda accion del Bruch. — Expedicion de Duhesme contra Gerona. — Resistencia de Mongat. — Saqueo de Mataró. — Ataque de los franceses contra Gerona. — Vuelve Duhesme á Barcelona. — Reencuentro de Granollers. — Somatenes del Llobregat. — Murat. — Envia á Dupont á Andalucía. — Accion de Alcolea. — Saco de Córdoba. — Situacion angustiada de los franceses. — Excesos de los paisanos españoles. — Resistencia de Valdepeñas. — Retírase Dupont á Andújar. — Saqueo de Jaen. — Expedicion de Moncey contra Valencia. — Reencuentro del puerto Pajazo. — De las Cabrillas. — Preparativos de defensa en Valencia. — Refriega en el pueblo de Cuarte. — Defensa de Valencia. — Proposicion de Moncey para que capitule la ciudad. — Hechos notables de algunos españoles. — Retírase Moncey. — Inaccion de Cervellon. — Conducta laudable de Llamas. — Enfermedad de Murat. — Enfermedades en su ejército. — Opinion de Larrey. — Savary sucede á Murat. — Singular comision de Savary. — Su conducta. — Envia á Vedel para reforzar á Dupont. — Paso de Sierra-Morena. — Refuerzos enviados á Moncey. — Caulincourt. — Saquea á Cuenca. — Frère. — Segundo refuerzo llevado á Dupont por el general Gobert. — Desatiéndese á Bessières. — Cuesta. — Ejército de Galicia despues de la muerte

de Filangieri. — Batalla de Rioseco, 14 de julio. — Avanza Bessières á Leon: su correspondencia con Blake. — Viage de José á Madrid. — Retrato de José. — Su proclamacion. — Su reconocimiento. — Consejo de Castilla. — Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen. — Distribucion del ejército español de Andalucía. — Consejo celebrado para atacar á los franceses. — Accion de Mengibar. — Batalla de Bailen, 19 de julio. — Capitulacion del ejército francés. — Rinden las armas los franceses. — Reflexiones sobre la batalla. — Camina el ejército rendido á la costa. — Desórden en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros. — En el puerto de Santa-María. — Correspondencia entre Dupont y Morla. — Consternacion del gobierno francés en Madrid. — Retírase José. — Españoles que le siguen. — Destrozos causados en la retirada.

Junta de Madrid.

Antes de haber tomado la insurreccion de España el alto vuelo que le dieron en los últimos dias de mayo las renuncias de Bayona, recordará el lector como se habian derramado por las provincias emisarios franceses y españoles que con seductoras ofertas trataron de alucinar á los gefes que las gobernaban. La junta suprema de Madrid, principal instigadora de semejantes misiones y providencias, viéndose asi comprometida, siguió con esmerada porfía en su propósito, y al crujido de la insurreccion general reiterando avisos, instrucciones y cartas confidenciales, avisó su desacordado zelo en favor de la usurpacion extraña, conservando la ciega y vana esperanza de sosegar por medios tan frágiles el asombroso sacudimiento de una grande y pundonorosa nacion.

Comision que da al marqués de Lazan.

Sobresaltada en extremo con la conmocion de Zaragoza acudió con presteza á su remedio. Punzábala este suceso no tanto por su importancia, cuanto por el temor sin duda de que con él se trasluciesen las órdenes que para resistir á los franceses le habian sido comunicadas desde Bayona, y á cuyo cumplimiento habia faltado. Presumia que Palafox sabedor de ellas, y encargado de otras iguales ó parecidas, les daria entera publicidad, poniendo asi de manifiesto la reprensible omision de la junta, á la que por tanto era urgente aplacar aquel levantamiento. Como el caso requeria pulso, se escogió al efecto al marqués de Lazan hermano mayor del nuevo capitan general de Aragon, en cuya persona concurrian las convenientes calidades para no excitar con su nombre recelos en el asustadizo pueblo, y poder influir con éxito y desembarazadamente en el ánimo de aquel caudillo. Pero el de Lazan al llegar á Zaragoza, en vez de favorecer los intentos de los que le enviaban, y persuadido tambien de cuán imposible era resistir al entusiasmo de aquellos moradores, se unió á su hermano, y en adelante partió con él los trabajos y penalidades de la guerra.

Su proclama de 4 de junio.

(* Ap. n. 1.)

Arrugándose mas y mas el semblante del reino, y tocando á punto de venir á las manos, en 4 * de Junio circuló la junta de acuerdo con Murat una proclama en la que se ostentaban las ventajas de que todos se mantuviesen sosegados, y aguardasen á que *el héroe que admiraba*

al mundo concluyera la grande obra en que estaba trabajando de la regeneracion política. Tales expresiones alborotaban los ánimos lejos de apaciguarlos, y por cierto rayaba en avilantez el que una autoridad española osase ensalzar de aquel modo al causador de las recientes escenas de Bayona, y ademas era, por decirlo asi, un desenfreno del amor propio imaginarse que con semejante lenguaje se pondria pronto término á la insurreccion.

Su zelo en favor de la diputacion de Bayona.

Viendo cuán inútiles eran sus esfuerzos, y ansiosa de encontrar por todas partes apoyo y disculpa á sus compromisos, trabajó con ahinco la junta para que acudiesen á Bayona los individuos de la deputacion convocada á aquella ciudad. Crecian los obstáculos para la reunion con los bullicios de las provincias, y con la repulsa que dieron algunos de los nombrados. Indicamos ya como el bailío Don Antonio Valdés habia rehusado ir, prefiriendo con gran peligro de su persona fugarse de Burgos donde residia á la mengua de autorizar con su presencia los escándalos de Bayona. Excusóse tambien el marqués de Astorga sin reparar en que siendo uno de los primeros próceres del reino, la mano enemiga le perseguiria y le privaria de sus vastos estados y riquezas. Pero quien aventajó á todos en la resistencia fue el reverendo obispo de Orense Don Pedro de Quevedo y Quintano. La contestacion de este prelado al llamamiento de Bayona, obra señalada de patriotismo, unió á la solidez de las razones un atrevimiento hasta entonces desconocido á Napoleon y sus secuaces. Al modo de los oradores mas egregios de la antigüedad, usó con arte de la poderosa arma de la ironía, sin deslucirla con bajas é impropias expresiones. Desde Orense y en 29 de mayo no levantada todavía Galicia, y sin noticia de la declaracion de otras provincias, dirigió su contestacion al ministro de gracia y justicia. Como en su contenido se sentaron las doctrinas mas sanas y los argumentos mas convincentes en favor de los derechos de la nacion y de la dinastía reinante, recomendamos muy particularmente la lectura de tan importante documento, que á la letra hemos insertado en el apéndice *. Difícilmente pudieran trazarse con mayor vigor y maestría las verdades que en él se reproducen. Así fue que aquella contestacion penetró muy allá en todos los corazones, causando impresion profundísima y duradera. Pero Murat y la junta de Madrid no por eso cesaron en sus tentativas, y con fatal empeño aceleraron la partida de las personas que de monton se nombraban para llenar el hueco de las que esquivaban el ominoso viage.

Valdés.

Marqués de Astorga.

Obispo de Orense.

(* Ap. n. 2.)

Proclama de Bayona á los zaragozanos.

El 15 de junio debian abrirse las sesiones de aquella famosa reunion, y todavía en los primeros dias del propio mes no alcanzaban á 30 los que allí asistian. Mientras que los demas llegaban, y para no darles huelga, obligó

Napoleon á los presentes á convidar á los zaragozanos por medio de una proclama * á la paz y al sosiego. Queriendo agregar al escrito la persuasion verbal, fueron comisionados para llevarle el príncipe de Castelfranco, Don Ignacio Martinez de Villela consejero de Castilla, y el alcalde de corte Don Luis Marcelino Pereira. No les fue dable penetrar en Zaragoza, y menos el que se atendiera á sus intempestivas amonestaciones. Tuviéronse por dichosos de regresar á Bayona: merced á los franceses que los custodiaban, bajo cuyo amparo pudieron volver atras sin notable azar, aunque no sin mengua y sobresalto.

(* Ap. n. 3.)

Comisionados enviados á Zaragoza.

Napoleon, que miraba ya como suya la tierra peninsular, trató tambien por entonces de alargar mas allá de los mares su poderoso influjo, expidiendo á América buques con cuyo arribo se previniesen los intentos de los ingleses, y se preparasen los habitadores de aquellas vastas y remotas regiones españolas á admitir sin desvío la dominacion del nuevo soberano, procedente de su estirpe. Hizo que á su bordo partiesen proclamas y circulares autorizadas por Don Miguel de Azanza, quien ya firmemente adicto á la parcialidad de Napoleon se figuraba que el emperador de los franceses habia de respetar la union íntegra de aquellos paises con España, y no seguir el impulso y las variaciones de su interés ó su capricho.

Avisos enviados por Napoleon á América.

Luego que Fernando VII y su padre hubieron renunciado la corona, se presumió que Napoleon cederia sus pretendidos derechos en alguna persona de su familia. Fundábase sobre todo la conjetura en la indicacion que hizo Murat á la junta de Madrid y consejo real de que pidiesen por rey á José. Ignorábase no obstante de oficio si tal era su pensamiento, cuando en 25 de mayo dirigió Napoleon una proclama * á los españoles en la que aseguraba que « no queria reinar sobre sus provincias, pero sí adquirir « derechos eternos al amor y al reconocimiento de su posteridad. » Apareció pues por este documento de una manera auténtica que trataba de desprenderse del cetro español, mas todavía guardó silencio acerca de la persona destinada á empuñarle. Por fin el 6 de junio se pronunció claramente dando en Bayona mismo un decreto del tenor siguiente *. « Napoleon por la gra- « cia de Dios, etc. A todos los que verán las presentes salud. La « junta de estado, el consejo de Castilla, la villa de Madrid, etc. etc. « habiéndonos por sus exposiciones hecho entender que el bien de « la España exigia que se pusiese prontamente un término al in- « terregno, hemos resuelto proclamar, como nos proclamamos por « las presentes, rey de España y de las Indias á nuestro muy ama- « do hermano José Napoleon, actualmente rey de Nápoles y de « Sicilia.

Napoleon renuncia la corona de España en José.

(* Ap. n. 4.)

(* Ap. n. 5.)

« Garantimos al rey de las Españas la independencia é integri-
« dad de sus estados, asi los de Europa como los de Africa, Asia
« y América. Y encargamos, etc. » (Sigue la fórmula de estilo.)

Era este decreto el precursor anuncio de la llegada de José, quien el 7 entró en Pau á las ocho de la mañana, y puesto en camino poco despues se encontró con Napoleon á seis leguas de Bayona, hasta donde habia salido á esperarle. Mostraba este tanta diligencia porque, no habiendo de antemano consultado con su hermano la mudanza resuelta, temió que no aceptase el nuevo solio, y quiso remover prontamente cualquiera obstáculo que le opusiese. En efecto José contento con su delicioso reino de Nápoles no venia decidido á admitir el cambio que para otros hubiera sido tan lisonjero. Y aqui tenemos una corona arrancada por la violencia á Fernando VII, adquirida tambien mal de su grado por el señalado para sucederle.

Llegada de José á Bayona.

Napoleon atento á evitar la negativa de su hermano le hizo subir en su coche, y exponiéndole sus miras políticas en trasladarle al trono español, trató con particularidad de inculcarle los intereses de familia, y la conveniencia de que se conservase en ella la corona de Francia, para cuyo propósito y el de prevenir la ambicion de Murat y de otros extraños, nada era mas acertado, añadia, que el poner como de atalaya á José en España, desde donde con mayor facilidad y superiores medios se posesionaria del trono de Francia, en caso de que vacase inesperadamente. Ademas le manifestó haber ya dispuesto del reino de Nápoles para colocar en él á Luciano. Asegúrase que la última indicacion movió á José mas que otra razon alguna por el tierno amor que profesaba á aquel su hermano. Sea pues de esto lo que fuere, lo cierto es que Napoleon habia de tal modo preparado las cosas que sin dar tiempo ni vagar fue José reconocido y acatado como rey de España.

Recibimiento de José en Marrac.

Asi sucedió que al llegar entre dos luces á Marrac recibió los obsequios de tal de boca de la emperatriz, que con sus damas habia salido á recibirle al pie de la escalera. Ya le aguardaban dentro del palacio los españoles congregados en Bayona, á quienes se les habia citado de antemano, teniendo Napoleon tanta priesa en el reconocimiento del nuevo rey, que no permitió cubrir las mesas ni descanso alguno á su hermano antes de desempeñar aquel cuidado, cuyo ceremonial se prolongó hasta las diez de la noche.

Diputaciones españolas.

Naturalmente debió durar mas de lo necesario, habiendo ignorado los españoles el motivo á que eran llamados. Advertidos despues tuvieron que concertarse apresuradamente alli mismo en uno de los salones, y arreglar el modo de felicitar al soberano recien llegado. Para ello se dividieron en cuatro diputaciones, á saber, la de los grandes, la del consejo de Castilla, la de los consejos de la inquisicion, Indias y hacienda

reunidos los tres en una, y la del ejército. Pusieron todas separadamente y por escrito una exposicion gratulatoria, y antes de que se leyesen á José con toda solemnidad, se presentaba cada una á Napoleon para su aprobacion previa: menguada censura, indigna de su alta gerarquía.

La de los grandes.

Era la diputacion de los grandes la primera en órden, é iba á su cabeza el duque del Infantado, quien habia tenido el encargo de extender la felicitacion. Principiando por un cumplido vago, concluia esta con decir: « Las leyes de Es- « paña no nos permiten ofrecer otra cosa á V. M. Esperamos que « la nacion se explique y nos autorice á dar mayor ensanche á « nuestros sentimientos. » Difícil seria expresar la irritacion que provocó en el altivo ánimo de Napoleon tan inesperada cortapisa. Fuera de sí y abalanzándose al duque, díjole « que siendo caba- « llero se portase como tal, y que en vez de altercar acerca de los « términos de un juramento, el cual asi que pudiera intentaba « quebrantar, se pusiese al frente de su partido en España, y li- « diase franca y lealmente... Pero le advertia que si faltaba al ju- « ramento que iba á prestar, quizá estaria en el caso antes de « ocho dias de ser arcabuceado. » Tardíos eran á la verdad los escrúpulos del duque, y ó debia haberlos sepultado en lo mas íntimo del pecho, ó sostenerlos con el brio digno de su cuna, si arrastrado por el clamor de la conciencia queria acallarla dándoles libre salida. Mas el del Infantado arredróse, y cedió á la ira de Napoleon. Por eso hubo quien achacara á otro haberle apuntado la cláusula, dejándole solo al duque la gloria de haberla escrito, sin pensar en el aprieto en que iba á encontrarse. Corrigieron entonces los grandes su primera exposicion, reconocieron por rey á José é hizo la lectura de ella, aunque no pertenecia á la clase, Don Miguel José de Azanza.

La del consejo de Castilla.

Los magistrados que llevaban la voz á nombre del consejo de Castilla, si bien incensaron al nuevo rey diciéndole * : « V. M. es rama principal de una fa- « milia destinada por el cielo para reinar, » esquivaron tambien, pero de un modo mas encapotado que los grandes, el reconocimiento claro y sencillo, limitándose por falta de autoridad, segun expresaban, á manifestar cuáles eran sus deseos: tan cuidadosos andaban siempre el consejo y sus individuos de no comprometerse abiertamente en ningun sentido.

(* Ap. n. 6.(

A todos los parabienes respondió José con afable cortesanía, mereciendo particular mencion el modo con que habló al inquisidor Don Raimundo Ethenard y Salinas, á quien dijo « que la religion era la base de la moral y de la prosperi- « dad pública, y que aunque habia paises en que se admitian mu- « chos cultos, sin embargo debia considerarse á la España como « feliz porque no se honraba en ella sino el verdadero. » Con un

La de la inquisicion.

tan claro elogio de las ventajas de una religion exclusiva los inquisidores, que fundadamente consideraban su tribunal como el principal baluarte de la intolerancia, creyéronse asegurados. Ya antes alimentaban la esperanza de mantenerse desde que Murat mismo habia correspondido á sus congratulaciones con halagüeñas y favorables palabras. El no haberse abolido aquel terrible tribunal en la constitucion de Bayona, y el que uno de sus ministros en representacion suya la autorizase con su firma, acrecentó la confianza de los interesados en conservarle, y puso espanto á los que á su nombre se estremecian. Ahora que han trascurrido años, y que otros excesos han casi borrado los de Napoleon, atribuiráse á sueño de los partidarios del santo oficio el haberse imaginado que aquel hubiera sostenido tan odiosa institucion. Mas si recordamos que en los primeros tiempos de la irrupcion francesa muchos emisarios de su gobierno encarecian la utilidad de la inquisicion como instrumento político, y si tambien atendemos al modo arbitrario y escudriñador con que en la ilustrada Francia se disminuia y cercenaba la libertad de escribir y pensar, no nos parecerá que fuesen tan desvariadas y fútiles las esperanzas de los inquisidores. Quizá José y algunos españoles de su bando hubieran querido la abolicion inmediata ¿pero qué podia él ni que valian ellos contra la imperiosa voluntad de Napoleon? Que este acabase despues en diciembre de 1808 con la inquisicion, en nada destruye nuestros recelos. Entonces restablecida, como á su tiempo veremos, por la junta central con gran descrédito suyo, entendió el soberano francés ser oportuno descuajar tan mala planta, procurando granjearse por aquel medio y en contraposicion de la autoridad nacional el aprecio de muchos hombres de saber, atemorizados y desabridos con el renacimiento de tan odioso tribunal.

La del ejército.

En la contestacion que dió José al duque del Parque, representante del ejército, tambien notamos ciertas expresiones bastantemente singulares. « Yo me honro, dijo, « con el título de su primer soldado, y ora fuese necesario como « en tiempos antiguos combatir á los moros, ora sea menester « rechazar las injustas agresiones de los eternos enemigos del con- « tinente, yo participaré de todos vuestros peligros. » Extraña mezcla poner al par de los ingleses á los moros y sus guerras. Probablemente fue adorno oratorio mal escogido: dado que no siendo creible que por aquellas palabras hubiera querido anunciar en nuestros dias temores de una irrupcion agarena, era forzoso imaginarse que se encubria en su sentido el ulterior proyecto de invadir la costa africana, y cierto que si el primer pensamiento hubiera pasado de desvarío, habríase el segundo reprendido de sobradamente anticipado cuando la nueva corona apenas habia tocado su cabeza.

Todavía era muy corto el número de diputados que concur-

(* Ap. n. 7.)

rian en Bayona, á la sazon que en 8 * de junio dieron los presentes otra proclama á todos los españoles con objeto de recomendar á su afecto la nueva dinastía, y de reprimir la insurreccion. José por su parte aceptó en decreto del 10 * la cesion de la corona de España que en su persona habia hecho su hermano, confirmando á Murat en la lugar-tenencia del reino, cuyo puesto habia ejercido sucesivamente á nombre de Cárlos IV y de Napoleon. Acompañaba á este decreto * otro en que mostraba cuáles eran sus intenciones, y en el que ya llamaba suyos á los pueblos de España. Estos documentos corrian con dificultad en las provincias; pero si alguno de ellos se introducia, soplaba el fuego en vez de apagarle.

Otra proclama de los de Bayona.

(* Ap. n. 8.)

(* Ap. n. 9.)

Previas disposiciones para abrir el congreso de Bayona.

Acercábase el dia de abrirse el congreso de Bayona y á duras penas crecia el número de individuos que debian componerle. Por fin fueron llegando algunos de los que forzadamente obligaban á salir de Madrid, ó de los que cogian en los pueblos ocupados por las tropas francesas. Pocos fueron los que de grado acudieron al llamamiento; y mal podia ser de otra manera viendo los convocados que la insurreccion prendia por todas partes, y el gran compromiso á que se exponian. Antes de dar principio á las sesiones, Napoleon entregó á Don Miguel José de Azanza un proyecto de constitucion. Extrema curiosidad se despertó con deseo de averiguar quién fuese el autor. Ni entonces ni ahora ha sido dable el descubrirle, bien que se advierta que una mano española debió en gran parte coadyuvar al desempeño de aquel trabajo. Nosotros no aventurarémos conjeturas mas ó menos fundadas. Pero si se nos ha aseverado de un modo indudable por persona bien enterada, que dicha constitucion ó sus bases mas esenciales fueron entregadas al emperador francés en Berlin despues de la batalla de Jena. Debió pues salir de pluma que vislumbrase ya cuál suerte aguardaba á España con la incierta política del príncipe de la Paz y la desmesurada ambicion del gabinete de Francia. Napoleon escogió á Don Miguel de Azanza, como en otro libro indicamos, para presidir el congreso; y se nombraron por secretarios á Don Mariano Luis de Urquijo del consejo de estado, y á Don Antonio Ranz Romanillos del de hacienda. Encargó tambien que se eligiesen dos comisiones á cuyo previo exámen se confiase el preparar los asuntos para los debates, y proponer las modificaciones que pareciere oportuno adoptar en la nueva constitucion.

Abrense sus sesiones.

Concluidas que fueron estas disposiciones preliminares, abrió sus sesiones la junta de Bayona el 15 de junio, dia de antemano señalado. Pronunció Don Miguel de Azanza en calidad de presidente el discurso de apertura. En él decia * : « Gracias y honor inmortal á este hombre ex-

(* Ap. n. 10.)

« traordinario (Napoleon) que nos vuelve una patria que habiamos « perdido... » « Ha querido despues que en el lugar de su residen- « cia y á su misma vista se reunan los diputados de las principales « ciudades, y otras personas autorizadas de nuestro pais, para dis- « currir en comun sobre los medios de reparar los males que hemos « sufrido, y sancionar la constitucion què nuestro mismo regenerador « se ha tomado la pena de disponer para que sea la inalterable nor- « ma de nuestro gobierno... De este modo podrán ser útiles nuestros « trabajos, y cumplirse los altos designios del héroe que nos ha « convocado.... » Pesa que hombre cuyo concepto de probidad se « habia hasta entonces mantenido sin tacha, se abatiese á pronun- ciar expresiones adulatorias, poco dignas de la boca de un ministro puro y honrado. Porque en efecto, ¿dónde estaban los diputados de las principales ciudades? y si la patria estaba perdida ¿no habia tambien *el hombre extraordinario* contribuido en gran manera á hundirla en el abismo? ¿En dónde y cómo nos la habia vuelto? Sin la constancia española, sin la pertinaz guerra de seis años, hubiera sido tratada con el vilipendio que otros estados, y partida despues ó desmembrada al antojo del extrangero. Suerte que hubiera merecido, si en silencio hubiese dejado que tan indignamente se la humillase y oprimiese. Pudiera Azanza haber cumplido con el encargo de presidente, sin aparacer oficioso ni lisonjero.

Sus discusiones.

Redujéronse á doce las sesiones de Bayona. En la misma del 15 se procedió á la verificacion de poderes, y se leyó el decreto de Napoleon por el que cedia la corona de España á su hermano José; habiéndose acordado en la del 17 pasar á cumplimentar al nuevo monarca. En nada fueron notables los discursos que al caso se pronunciaron, sino en haberse especificado en el contexto del de la junta « que habian hecho y que harian (sus « individuos) cuanto estuviese de su parte para atraer á la tranqui- « lidad y al órden las provincias que estaban agitadas. » Por el « mismo tenor y segun costumbre fue la contestacion de José, no echando en olvido la repetida cantilena de que los ingleses eran los que fomentaban la inquietud de los pueblos.

Presentóse el dia 20 el proyecto de constitucion y ordenó la junta su impresion, habiéndose oido en los siguientes varios discursos acerca de sus artículos. Se ventilaron tambien otros puntos, y en la citada sesion del 20 se propuso para halagar al pueblo la supresion de los cuatro maravedís en cuartillo de vino, y la de tres y un tercio por ciento de los frutos que no diezmaban, cuyo acuerdo quedó en el inmediato dia aprobado por José. En la del 22 Don Ignacio de Tejada, designado por Murat para representar el nuevo reino de Granada, sostuvo en un vehemente discurso lo conveniente que seria afianzar la union con la metrópoli de las provincias americanas. Cuatro religiosos que tenian voz como diputados de los regulares, pidieron en otra sesion que no se suprimiesen del todo

los conventos, y que solo se minorase el número. ¡Ojalá se hubieran mostrado siempre tan sumisos y conformes! Se atrevió á proponer la abolicion del santo oficio Don Pablo Arribas, sosteniéndole Don José Gomez Hermosilla, pero el inquisidor, Ethenard levantándose muy alborotado, se opuso é intentó probar lo útil del establecimiento, considerado por el lado político. Apoyáronle con fuerza los consejeros de Castilla, siendo natural se estrechasen para defensa mútua dos cuerpos que en sus respectivas jurisdicciones tanto daño habian acarreado á España. El duque del Infantado queria que no se rebajase á menos de 80,000 ducados el máximo de los mayorazgos: desechóse la propuesta; no habiendo tampoco las dos anteriores tenido resulta. Fue notable y digna de loa la que promovió Don Ignacio Martinez de Villela, sino con mejor éxito, de que se comprendiese en la ley fundamental un artículo para que ninguno pudiese ser incomodado por sus opiniones políticas y religiosas. Admiraria que aquel mismo magistrado años adelante se convirtiese en duro y constante perseguidor, si por desgracia no ofreciese la flaqueza humana, la rencorosa envidia ó la desapoderada ambicion, repetidos ejemplos de tan lamentables mudanzas. Por tal término anduvieron las discusiones, hasta que el 30 se concluyeron y cerraron las de la constitucion; en cuyo dia se le añadió un último artículo declarando que despues del año 20 se presentarian de órden del rey las mejoras y modificaciones que la experiencia hubiese enseñado ser necesarias y convenientes.

Si se gozó de libertad.

En vista de la adicion de este artículo y de las cortas discusiones que hubo, han pretendido algunos y de aquellos que han tratado de defenderse, que la junta habia gozado de libertad. Concediendo que esto fuese cierto, levantaríase contra los miembros un grave cargo por no haber sostenido mejor los derechos de la nacion, ya que hubiesen creido inútil recordar los de Fernando y su familia. Pareceria pues imposible, á no leerlo en sus obras, qué hombres graves hayan querido persuadir al público que allí se procedió sin embarazo, discutiéndose las materias con toda franqueza y al sabor y segun el dictámen de los vocales. No hay duda que sobre puntos accesorios fue lícito hablar, y aun indicar leves modificaciones. Pero ¿qué hubiera acontecido si alguno se hubiese propasado, no á renovar la cuestion decidida ya de mudanza de dinastía, sino enmendar cualquiera artículo de los sustanciales de la constitucion? ¿Qué si hubiese reclamado la libertad de imprenta, la publicidad de las sesiones, una manera en fin mas acertada de constituirse las córtes? O para siempre hubiera enmudecido el audaz diputado de cuyos labios hubiesen salido semejantes proposiciones, ó de prisa y estrepitosamente se hubiera disuelto el congreso de Bayona. Así en el corto número de doce sesiones se cumplió con las formalidades de estilo, se tocaron varias materias, y se discutió y aprobó á la unanimidad una

constitucion de 146 artículos. ¿Mas á qué cansarse? Para conceptuar de qué libertad gozaron los diputados, basta decir que fue en Bayona, y á vista de Napoleon, donde celebraron sus sesiones.

Juramento prestado á la constitucion.

Al fin el 7 de julio reunido el congreso en el mismo sitio de los anteriores dias, que fue en el palacio llamado del Obispado viejo, juró José la observancia de la constitucion en manos del arzobispo de Burgos, y tambien la juraron, aceptaron y firmaron los diputados cuyo número no pasó de noventa y uno, siendo de notar que apenas veinte habian sido nombrados por las provincias. Los demas ó eran de aquellos que habian acompañado al rey Fernando, ó individuos de diversas corporaciones ó clases residentes en Madrid y ciudades oprimidas por los soldados franceses. Para que subiera la cuenta obligaron tambien á españoles transeuntes casualmente en Bayona, á que pusiesen su firma en la nueva constitucion. Pero á pesar de tales esfuerzos nunca pudo completarse el número de 150 que era el determinado en la convocatoria.

Reflexiones sobre la constitucion.

Ahora seria oportuno entrar en el exámen de esta constitucion, si por lo menos hubiera gobernado de hecho la monarquía. Mas ilegítima en su orígen, y bastarda produccion de tierra extraña nunca plantada en la nuestra, no seria justo que nos detuviese largo tiempo, ni cortase el hilo de nuestra narracion. Sin embargo atendiendo al elogio que de algunos ha merecido, séanos lícito poner aquí ciertas observaciones, que si bien restrictas y generales, no por eso dejarán de dar una idea de los defectos fundamentales que la oscurecian y anulaban.

Desde luego nótase que falta en aquella constitucion lo que forma la base principal de los gobiernos representativos, á saber, la publicidad. Por ella se ilustra y conoce la opinion, y la opinion es la que dirige y guia á los que mandan en estados así constituidos. Dos son los únicos y verdaderos medios de conseguir que la voz pública suba con rapidez á los representantes de una gran nacion, y que la de estos descienda y cunda á todas las clases del pueblo. Son pues la libertad de imprenta y la publicidad en las discusiones del cuerpo ó cuerpos que deliberan. Por la última, como decia el mismo Burke, llega á noticia de los poderdantes el modo de pensar y obrar de sus diputados, sirviendo tambien de escuela instructiva á la juventud: y por la primera, esencialmente unida á la naturaleza de un estado libre, conforme á la expresion del gran jurisconsulto Blackstone, se enteran los que gobiernan de las variaciones de la opinion y de las medidas que imperiosamente reclama, por cuya mútua y franca comunicacion, acumulándose cuantiosa copia de saber y datos, las resoluciones que se toman en una nacion de aquel modo regida no se apartan en lo general de lo que ordena su interés bien entendido; desapareciendo en cotejo de tamaño beneficio los cortos

inconvenientes que en ciertos y contados casos pudieran acompañar á la publicidad, y de que nunca se ve del todo desembarazada la humana naturaleza. Pues aquellos dos medios tan necesarios de estamparse en una constitucion que se preciaba de representativa, no se vislumbraban siquiera en la de Bayona. Al contrario, por el artículo 80 se prevenia « que las sesiones de las córtes no « fuesen públicas. » Y en tanto grado se huia de conceder dicha facultad, que en el 81 íbase hasta graduar de rebelion el publicar impresas ó por carteles las opiniones ó votaciones. Quien con tanto esmero habia trabado la libertad de los diputados, no era de esperar obrase mas generosamente con la de la imprenta. Deferíase su goce á dos años despues que la constitucion se hubiese planteado, no debiendo esta tener su cumplido efecto antes de 1813. Pero aun entonces, ademas de las limitaciones que hubieran entrado en la ley, parece ser que nunca se hubieran comprendido en su contesto los papeles periódicos. Así se infiere de lo prevenido en el artículo 45. Porque al paso que se crea una junta de cinco senadores encargados de velar acerca de la libertad de imprenta, se exceptuan determinadamente semejantes publicaciones, las que sin duda reservaba el gobierno á su propio exámen. Véase pues cuán tardía y escatimada llegaria concesion de tal importancia.

Tampoco se habia compuesto ni deslindado atinadamente la potestad legislativa. Al sonido de la voz senado cualquiera se figuraria haber sido erigido aquel cuerpo con la mira de formar una segunda y separada cámara que tomase parte en la discusion y aprobacion de las leyes; pero no era así. Ceñidas sus facultades en tiempos tranquilos á velar sobre la conservacion de la libertad individual y de la de imprenta, ensanchábanse en los borrascosos ó cuando pareciesen tales á la potestad ejecutiva, á suspender la constitucion y á adoptar las medidas que exigiese la seguridad del estado. Un cuerpo autorizado con facultad tan amplia y poderosa, debiera al menos haber ofrecido en su independencia un equilibrio correspondiente y justo. Mas constando de solos veinticuatro individuos nombrados por el rey y escogidos entre empleados antiguos, antes era sostenimiento de la potestad ejecutiva que valladar contra sus usurpaciones,

Para evitar estas ó resistirles gananciosamente no era mas propicia ni recomendable la manera como se habian constituido las córtes, las cuales ademas de verse privadas de la publicidad, sólido cimiento de su conservacion, llevaban consigo la semilla de su propia desorganizacion y ruina. Por de pronto el rey estaba obligado solamente á convocarlas cada tres años, y como para todo este intermedio se votaban las contribuciones, no era probable que se las hubiera congregado con mas frecuencia. El número de vocales se limitaba á 162 divididos en tres estamentos, clero, nobleza y pueblo, componiéndose los dos primeros de 50 individuos. De-

bian, reunidos en la misma sala, discutir las materias y decidirlas á pluralidad de votos y no por separacion de clase. En cuya virtud sin resultar las ventajas de la cámara de lores en Inglaterra, ni la del senado en los Estados-Unidos, sirviendo de contrapeso entre la potestad real ó ejecutiva y la popular; aqui juntos y amontonados todos los estamentos ó brazos, hubieran presentado la imágen del desórden y la confusion. Cuando el cuerpo que ha de formar las leyes está dividido en dos cámaras, al choque funesto de las clases que es temible exista estando reunidos los privilegiados y los que no lo son, sucede cuando deliberan separadamente el saludable contrapeso de las opiniones individuales, estableciéndose una mútua correspondencia entre los vocales de ambas cámaras que no disienten en el modo de pensar; sin atender á la clase á que pertenecen. Por lo menos asi nos lo muestra la experiencia gran maestra en semejantes materias. Cuanto mas se reflexiona acerca del artificio de esta constitucion, mas se descubre que solo en el nombre queria darse á España un gobierno monárquico representativo.

Habia empero artículos dignos de alabanza. Merécenla pues aquellos en que se declaraba la supresion de privilegios onerosos, la abolicion del tormento, la publicidad en los procesos criminales y el límite de 20,000 pesos fuertes de renta, señalado á la excesiva acumulacion de mayorazgos. Mas estas mejoras que ya desaparecian junto á las imperfecciones sustanciales arriba indicadas, del todo se deslustraban y ennegrecian con la monstruosidad (no puede dársele otro nombre) de insertar en la ley fundamental del estado que habria perpetuamente una alianza ofensiva y defensiva, tanto por tierra como por mar entre España y Francia. Todo tratado ó liga de suyo variable, supone por lo menos el convenio recíproco de los dos ó mas gobiernos que estan interesados en su cumplimiento. Exigíase aun mas en este caso: ya que quisiera darse á la alianza la duracion y firmeza de una ley fundamental, menester era que la otra parte, la Francia, se hubiese comprometido á lo mismo en las constituciones del imperio. Podrá redargüirse que estaba sujeta esta determinacion á un tratado posterior y especial entre ambas naciones. Pero segun el artículo 24 de la constitucion que era en donde se adoptaba el principio, debia el tratado limitarse á especificar el contingente con que cada una habia de contribuir, y no de manera alguna á variar la base admitida de una alianza perpetua ofensiva y defensiva. No es de este lugar examinar la utilidad ó perjuicio que se seguiria á España, pais casi aislado, de atarse con semejante vínculo y abrazar todas las desavenencias de una nacion como la Francia contigua á tantas otras y con intereses tan complicados. Aqui solo consideramos la cuestion constitucional, bajo cuyo respecto no pudo ser ni mas fuera de sazon ni mas extraña. Al ver adoptado semejante artículo no podemos menos de asombrarnos por

segunda vez de que haya habido españoles de los firmantes, tan olvidados de sí propios, que hayan asegurado en sus defensas haberse gozado en Bayona de entera é ilimitada libertad. Porque si á sabiendas y voluntariamente le admitieron y aprobaron ¿cómo pudieran disculparse de haber encadenado la suerte de su patria á la de otra nacion, sin que esta se hubiera al propio tiempo comprometido á igual reciprocidad? Mas afortunadamente y para honra del nombre español si hubo algunos que con placer firmaron la constitucion de Bayona, justo es decir que el mayor número lo hicieron obligados de la penosa é involuntaria situacion en que los habia colocado su aciaga estrella.

Visita de la junta de Bayona á Napoleon.

En el mismo dia 7 de julio Don Miguel de Azanza propuso y se acordó la acuñacion de dos medallas que perpetuasen la memoria del juramento á la constitucion, trasladándose en seguida la junta en cuerpo al palacio de Marrac á cumplimentar á Napoleon. Llevó la palabra el presidente y en silencio aguardaron todos con ansiosa curiosidad la respuesta del soberano de Francia, rodeado de los diputados españoles. Tres cuartos de hora duró el discurso del último, embarazoso en la expresion é infecundo en sus conceptos. Levantando pues la cabeza y echando una mirada esquiva y torva, la inclinaba despues aquel príncipe sobre el pecho, articulando de tiempo en tiempo palabras sueltas ó frases truncadas é interrumpidas, sin que centellease ninguno de aquellos rasgos originales que á veces brillaban en sus conversaciones ó arengas. Parecia representar su voz el estado de su conciencia. Impacientabánse todos, mas el disimulo reinaba por todas partes. Sus cortesanos quedaron inmobles; y aturdidos los españoles, á cuyos ojos achicóse en gran manera el objeto que tan agigantado les habia parecido de lejos. Fatigado el concurso y quizá Napoleon mismo, despidió este á los diputados que sobrecogidos y silenciosos se retiraron. Azaroso andaba en todo lo de España.

Felicitacion de la servidumbre de Fernando.

Aun duraban las dicusiones de la constitucion cuando llegó á Bayona una carta escrita en Valencey en 22 de junio por la servidumbre de Fernando y los infantes, en la que « juraban * obediencia á la nueva consti- « tucion de su pais y fidelidad al rey de España José I. » Segun Escoiquiz fue efecto de intimacion del príncipe de Talleyrand hecha á nombre de Napoleon, añadiendo que para evitar mayores males accedieron encargándose él mismo de extender la carta en términos estudiados y medidos. Si asi hubiera pasado, merecian disculpa Escoiquiz y sus compañeros; pero aconteció muy de otra manera. Y ó aquel se imaginó que nunca se trasluciria el contenido de su carta, ó con los infortunios se habia enteramente desmemoriado. En ella se prestaba el juramento de un modo claro no ambiguo; y lo que era peor se pedian nuevas gracias expresadas en una

(* Ap. n. 11.)

nota adjunta, afirmándose tambien que *estaban prontos á obedecer ciegamente su voluntad* (la de José) *hasta en lo mas mínimo*. Véase pues lo que llamaba Escoiquiz juramento condicional y aéreo, y carta escrita en términos medidos.

Felicitacion de Fernando mismo.

Asimismo Fernando escribió con igual fecha * á Napoleon en nombre suyo y de su hermano y tio, dándole el parabien de haber sido ya instalado en el trono de España su hermano José; con una carta (leida en 30 de junio ante los diputados de Bayona) inclusa para el último en que se decia despues de felicitarle « que se consideraba miembro « de la augusta familia de Napoleon, á causa de que habia pedido « al emperador una sobrina para esposa, y esperaba conseguirla: » tan caida y por el suelo andaba la corona de Cárlos V y Felipe II.

(* Ap. n. 12.)

Ministerio nombrado por José.

En 4 de julio habia José arreglado definitivamente su ministerio. Tocó á Don Mariano Luis de Urquijo la secretaría de estado, á cuyo puesto correspondia, segun la constitucion de Bayona, refrendar todos los decretos. En el reinado de Cárlos IV, todavía aquel muy jóven, habia sido nombrado ministro interino de estado. Adornado de ciertas calidades brillantes y exteriores, no se le reputaba por hombre de saber profundo: tachábanle de presuntuoso. Quiso en su ministerio enfrenar el tribunal de la inquisicion, y restablecer á los obispos en sus primitivos derechos. Acarreóle su intento la enemistad de Roma y de una parte del clero español. Con esto y haber el príncipe de la Paz recobrado su antigua é ilimitada privanza, fue desgraciado Urquijo, encerrado en la ciudadela de Pamplona, y confinado despues á Bilbao su patria. No tuvo partes en los primeros desaciertos de Madrid y Bayona, y solo acudió á esta ciudad en virtud de reiterado llamamiento de Napoleon, quien le deslumbró prodigando lisonjas á su amor propio. Encargóse Don Pedro Cevallos del ministerio de negocios extrangeros, con repugnancia y violencia segun el propio se expresa, con gusto y solicitud suya segun otros. Don Sebastian de Piñuela y Don Gonzalo Ofarril se mantuvieron en sus respectivos ministerios de gracia y justicia y de guerra. Obtuvo el de Indias Don Miguel José de Azanza, reservándose el de marina para Don José Mazarredo, quien en dicho ramo gozaba de gran concepto, habiendo ilustrado su nombre en varias campañas; pero que sin práctica en las materias de estado, y preocupado y nimio en otras, abrazó sin discernimiento á manera de frensí el partido del rey intruso. Púsose la hacienda al cuidado del conde de Cabarrus, francés de nacion, mas por aficion y enlaces de corazon español. Decidido en Zaragoza á seguir la gloriosa causa de aquellos moradores, fuese temor ó enfado de algun peligro que habia corrido en Agreda, mudó despues de parecer y aceptó el ministerio que José le confirió. « Hombre extraordinario (segun le pinta su amigo Jovellanos) en « quien competian los talentos con los desvarios y las mas nobles

« calidades con los mas notables defectos. » No era fácil que en un tiempo en que el nuevo rey ansiaba granjearse la estimacion pública, se hubiese olvidado en la reparticion de empleos y gracias del hombre insigne que acabamos de citar, de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. Libertado de su largo y penoso encierro al advenimiento al trono de Fernando VII, habíase retirado á Jadraque en casa de un amigo para recobrar su salud debilitada y perdida con los malos tratamientos y duro padecer. Buscóle en su rincon Murat mandándole pasase á Madrid: exusóse con el mal estado de su cuerpo y de su espíritu. Acosáronle poco despues los de Bayona; José de oficio para que fuese á Asturias á reducir al sosiego á sus paisanos, y confidencialmente Don Miguel de Azanza, anunciándole que se le destinaba para el ministerio de lo interior. Disculpóse con el primero en términos parecidos á los que habia usado con Murat, y al segundo le manifestó « que estaba lejos de « admitir ni el encargo, ni el ministerio, y que le parecia vano el « empeño de reducir con exhortaciones á un pueblo tan numeroso « y valiente, y tan resuelto á defender su libertad. » Reiteráronse las instancias por medio de Ofárril, Mazarredo y Cabarrus. Acometido tan obstinadamente de todos lados, expresó en una de sus contestaciones « que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada « como ellos se pensaban, seria siempre la causa del honor y la « lealtad, y la que á todo trance debia preciarse de seguir un buen « español. » Sordos á sus razones y á sus disculpas le nombraron ministro mal de su grado, é insertaron en la Gaceta de Madrid su nombramiento: señalada perfidia con que trataron de comprometerle. Por dicha salvóle la honra lo terso y limpio de su noble conducta, y sirvió de obstáculo á la persecusion, que su constante resistencia hubiera podido acarrearle, la victoria de Bailen: con cierta prolijidad hemos referido este hecho como ejemplo digno de ser trasmitido á la posteridad.

Jovellanos.

Empleos de palacio.

Formado que hubo su ministerio el rey intruso, se ocupó en proveer los empleos de palacio en los grandes que estaban en Bayona; * y cuya enumeracion omitimos por inútil y fastidiosa. El duque del Infantado fue nombrado coronel de guardias españolas, y de walonas el príncipe de Castel-Franco. Mucho desmereció el primero, viéndole la nacion volver favorecido por la estirpe que habia despojado del trono al rey Fernando, y cuya pérdida habia en gran parte provenido de haber escuchado sus consejos. Pocos fueron los franceses que acompañaron á José, y en eminente puesto solamente colocó al general Saligny duque de San German, escogido para ser uno de los capitanes de guardias de corps. Imitó en eso la política de Luis XIV, quien segun expresa el marqués de San Felipe * mandó « prudentísimamente que ningun vasallo suyo entrase « en España.... Con lo que explicaba entregar enteramente al rey

(* Ap. n. 13.)

(* Ap. n. 14.)

« (Felipe V) al dictámen de los españoles, y que ni los zelos de su favor, ni el mando turbase la pública quietud. »

José entra en España el 9 de junio.

Al fin arreglado lo interior de palacio y el supremo gobierno, determinó José de acuerdo con su hermano entrar en España el 9 de julio, confiados ambos en que á favor de ciertas ventajas militares alcanzadas por las armas francesas sería fácil llegar sin impedimento á la capital del reino; por lo cual es ya ocasion de hablar de las acciones de guerra, y reencuentros que hubo por aquel tiempo antes de proceder mas adelante.

Primera expedicion de los franceses contra Santander.

Santander, punto marítimo y cercano á las provincias aledañas de Francia, fijó primero la atencion de Napoleon. Por su órden se encomendó al mariscal Bessières que destacase la suficiente fuerza para ahogar aquella insurreccion. Este en 2 de junio hizo partir de Burgos al general Merle, poniendo bajo su mando seis batallones y 200 caballos. Ya dijimos que al levantarse Santander se habia colocado en las principales gargantas de su cordillera la gente de nuevo alistada. El 4 advertidos los gefes españoles de que los franceses avanzaban, dispusieron replegarse á las posiciones mas favorables, resueltos á impedir el paso. Aguardaban ser acometidos en la mañana del 5; mas aclarando el dia y disipada la densa niebla que con frecuencia cubre aquellas alturas, notaron con sorpresa que los franceses habian alzado el campo y desaparecido. La bisoña tropa atribuyó la retirada á temores del ejército enemigo, con lo que adquirió una desgraciada y ciega confianza: muy otra era la causa.

Expedicion contra Valladolid.

Habíase insurreccionado Valladolid, cundia el fuego de un pueblo en otro, y tocando casi á los mismos muros de Burgos, en donde el mariscal Bessières tenia asentado su cuartel general, recelóse este de ver cortadas sus comunicaciones, si de pronto no acudia al remedio. Consideraba mayor el peligro y mas graves las conmociones cercanas con un caudillo de nombre, como lo era Don Gregorio de la Cuesta. Y en tal estado parecióle oportuno no alejar ni esparcir su fuerza, y obrar solamente contra el enemigo mas inmediato. Mandó por tanto á las tropas enviadas antes camino de Santander que retrocediendo viniesen al encuentro del general Lassalle, quien asistido de cuatro batallones de infantería y 700 caballos se dirigia hácia Valladolid. Habia el último salido de Burgos el 5 de junio, y al anochecer del 6 llegó á Torquemada, villa situada cerca de Pisuerga, y que domina el campo de la márgen opuesta. Muchos vecinos abandonaron el pueblo, algunos se quedaron; y preparándose para la defensa, atajaron con cadenas y carros el puente bastante largo por donde se va á la villa. Ciento de los mas animosos parapetados detras ó subidos en la iglesia y casas inmediatas, dispararon contra los franceses que se adelantaban. No arredrados estos con el incierto y

Quema de Torquemada.

lejano fuego del pasainage, aceleraron el paso y bien pronto desembarazando el puente, penetraron por las calles y saquearon y quemaron lastimosamente sus casas y edificios. Dispersos los defensores fueron unos acuchillados por la caballería, otros atravesados por las bayonetas de los infantes, y tratados los demas moradores con todo el rigor de la guerra, sin que se perdonase á edad ni sexo.

Entrada en Palencia.

En Palencia se habian tambien reunido los mozos con varios soldados sueltos á las órdenes del anciano general Don Diego de Tordesillas. Mas atemorizados con el incendio de Torquemada, se retiraron á tierra de Leon, procurando el obispo aplacar la furia de los franceses con un obsequioso recibimiento. Llegaron el 7, y á sus ruegos se contentaron con desarmar á los habitantes, imponiéndoles ademas una contribucion bastante gravosa.

Accion de Cabezon.

En Dueñas se engrosó la division de Lassalle con la de Merle de vuelta de Reinosa, y allí acordaron el modo de atacar á Don Gregorio de la Cuesta. Habia el general español ocupado á Cabezon, distante dos leguas de Valladolid. Contaba bajo su mando 5000 paisanos mal armados y sin instruccion militar, 100 guardias de corps de los que habian acompañado á Bayona á la familia real, y 200 hombres del regimiento de caballería de la Reina. Reducíase su artillería á cuatro piezas que habian salvado del colegio de Segovia sus oficiales y cadetes. Cabezon, situado á la orilla izquierda de Pisuerga, contiguo al puente adonde viene á parar la calzada de Burgos, y en parage mas elevado, ofrecia abrigo y reparo á la gente allegadiza de Cuesta si hubiera sabido ó querido este aprovecharse de tamaña ventaja. Pero con asombro de todos, haciendo pasar al otro lado del rio lo grueso de sus tropas, colocó en una misma linea la caballería y los paisanos, entre los que se distinguia por su mejor arreo y disciplina el cuerpo de estudiantes. Situó cerca y á la salida del puente dos cañones, y dejó los otros dos del lado de Cabezon. Quedaron asimismo por esta parte algunas compañías de paisanos de las parroquias de Valladolid cada una con su bandera para guardar los vados del rio: inexplicable arreglo y ordenacion en un general veterano.

Temprano en la mañana del 12 empezó el ataque. El francés Lassalle marchó por el camino real, cubriendo el movimento de su izquierda con el monasterio de bernardos de Palazuelo. El general Merle tiró por su derecha hácia Cigales con intento de interceptar á Cuesta si queria retirarse del lado de Leon, como se lo habian los enemigos pensado al verle pasar el rio, no pudiendo achacar á ignorancia semejante determinacion. La refriega no fue ni larga ni empeñada. A las primeras descargas los caballos, que estaban avanzados y al descubierto en campo raso, empezaron á inquietarse sin que fueran dueños los ginetes de contenerlos. Perturbaron con su desasosiego á los infantes y los desordenaron. Al punto dióse la señal de retirada, agolpándose al puente la caballería,

precedida por los generales Cuesta y Don Francisco Eguia su mayor general. Los estudiantes se mantuvieron aun firmes, pero no tardaron en ser arrollados. Unos huyendo hácia Cigales fueron hechos prisioneros por los franceses, ó acuchillados en un soto á que se habian acogido. Otros procurando vadear el rio ó cruzarle á nado, se ahogaron con la precipitacion y angustia. No fueron tampoco mas afortunados los que se dirigieron al puente. Largo y angosto caian sofocados con la muchedumbre que allí acudia ó muertos por los fuegos franceses, y el de un destacamento de españoles situado al pie de la ermita de la Virgen del Manzano, cuyos soldados poco certeros mas bien ofendian á los suyos que á los contrarios. Grande fue la pérdida de nuestra parte, cortísima la de los franceses. El general Cuesta tranquilamente continuó su retirada, y sin detenerse se replegó con la caballería á Rioseco pasando por Valladolid. No faltó quien atribuyese su extraña conducta á traicion ó despique, por haberle forzado á comprometerse en la insurreccion. Otras batallas posteriores en que exponiendo mucho su persona anduvo igualmente desacertado en las disposiciones, probaron que no obraba de mala fé sino con poco conocimiento de la estrategia.

Entran los franceses en Valladolid.

Los enemigos temerosos de alguna emboscada cañonearon al principio á Cabezon sin entrar en el pueblo. Con el ruido y las balas ahuyentaron á los vecinos, y solo á mediodia penetraron en las casas, saqueándolas y abrasando en las eras los efectos y ajuar que no pudieron llevar consigo. Fue el botin abundante, porque como era domingo casi todos los habitantes de Valladolid habian ido allí como á fiesta y romería, imaginándose á fuer de inexpertos segura y fácil la victoria. El camino de Cabezon estaba sembrado de despojos de innumerable gentío que precipitadamente queria ponerse en salvo. Los franceses avanzaron con lentitud, y no entraron en Valladolid hasta las cinco de la tarde. El obispo y unos cuantos regidores y ministros de la chancillería salieron á recibirlos para calmar su enojo. Respetaron la ciudad, quitaron las armas á los vecinos, se llevaron algunos en rehenes y la gravaron con una fuerte contribucion. No se detuvieron sino hasta el 16 en cuyo dia abondonaron la ciudad, queriendo apagar la insurreccion de Santander.

Segunda expedicion contra Santander.

El general Lassalle se apostó en Palencia para observar á Cuesta, y apoyar la expedicion que iba á la Montaña capitaneada por el general Merle. Llegó este á Reinosa el 20 con fuerza considerable, y el 21 marchó sobre Lantueno. Guardaba las entradas de aquel lado Don Juan Manuel Velarde con 5000 hombres, los mas paisanos, y dos piezas de grueso calibre. Cuando la primera retirada del enemigo, los españoles en vez de redoblar sus esfuerzos, descuidaron los preparativos de defensa, y la gente como nueva é indisciplinada se desbandó en parte, juzgando ya inú-

til su asistencia. Los franceses atacaron en dos columnas: opúsoseles escasa resistencia, pues en breve cedieron á la pericia de aquellos los nuevos reclutas, salvándose el mayor número por las fraguras, y reparándose los menos de una segunda linea de defensa, formada entre las Fraguas y Somahoz. Estrechado allí el camino de un lado por un despeñadero y del otro por la roca Tajada, ofreció facilidad para que se le embarazase con ramas, peñascos y troncos, colocando detras algunos cañones. Mas los españoles desmayados con el primer descalabro, y viendo que las tropas ligeras del enemigo avanzaban por su derecha é izquierda y los flanqueaban á pesar de lo escabroso del terreno, se retiraron apresuradamente, dejando libre el paso al general Merle, quien se posesionó de Santander el 23.

Por el Escudo las avanzadas de la division española que ocupaba aquel punto á las órdenes de Don Emeterio Velarde, ya el 19 reconocieron al enemigo que venia sobre ellos con 1200 infantes y 60 coraceros. Era su general el de brigada Ducos, quien habia partido de Miranda de Ebro, empezando su movimento á la misma sazon que Merle. La fuerza española era aun mas flaca por esta parte que por la de Reinosa, y solo tenia un cañon servible. Rechazóse sin embargo en un principio al enemigo. Disponíanse de nuevo á resistirle, cuando informado Don Emeterio de la rota experimentada por los de Lantuerno, formó un consejo de guerra, y en él se decidió separarse guarecidos de la densa niebla esparcida por las Montañas, y por cuya causa habia cesado el fuego de una y otra parte. El general Ducos avanzó entonces, y juntándose con Merle llegó en su compañia á Santander.

Obispo de Santander.

El obispo luego que supo que los franceses se aproximaban á la Montaña, arrebatado de entusiasmo montó en una mula, y pertrechado de todas armas se encaminó adonde acampaba el ejército; pero encontrándole á poco deshecho y disperso, decayó de ánimo, y huyó como los demas refugiándose á Asturias, lo cual dió lugar á la voz de haber servido dicho prelado de guia á las tropas en aquella sazon.

Noble accion de su junta.

Pocos dias despues del levantamiento de Santander habia entrado de arribada en el puerto un buque francés, procedente de sus colonias y ricamente cargado. La junta en medio de sus apuros tuvo la generosidad de no aprovecharse del precioso socorro que el acaso le ofrecia, y permitió al buque seguir su viage á Francia, dando ademas libertad y poniendo á su bordo al cónsul y á los otros franceses que en un principio habian sido arrestados. Accion tan noble y rara no evitó á Santander el ser molestado en lo sucesivo con derramas é imposiciones extraordinarias.

Expedicion contra Zaragoza.

El vigilante cuidado de Napoleon no se adormeció del lado de Aragon, disponiendo que el general de brigada Lefebvre Desnouettes con 5000 hombres de infantería y

800 caballos partiese el 7 de junio de Pamplona. Llegó el 8 delante de Tudela. Los vecinos habian cortado el puente del Ebro con intento de impedir el paso; pero los franceses cruzando en barcas el rio se apoderaron de la ciudad, á pesar de gente y socorros que habia enviado Zaragoza á las órdenes del marqués de Lazan, Arcabucearon para escarmiento algunas personas, como si fuera delito defender sus hogares contra el extrangero: repararon el puente, y prosiguieron su marcha. El marqués de Lazan que con tropa colecticia se habia adelantado hasta Tudela, se replegó y tomó posicion el 12 junto á un olivar, apoyando su izquierda en la villa de Mallen, y la derecha en el canal de Aragon. Resistieron con valor sus soldados, mas atacando los enemigos vigorosamente uno de los flancos, comenzaron los nuestros á ciar, y del todo se desordenaron con una carga que les dieron los lanceros polacos. No por eso se abatieron los aragoneses, y todavía el 13 pelearon en Gallur, aunque tambien con desventaja. En la madrugada del 14 noticioso el general Palafox de la rota de la gente de su hermano, salió en persona de Zaragoza acompañado de 5000 paisanos mal armados, dos piezas de artillería, 80 caballos del regimiento de dragones del Rey, con otros oficiales y soldados sueltos, y fue al encuentro del enemigo dirigiéndose á la villa de Alagon, cuatro leguas distante de aquella capital. Pareció oportuno posesionarse de aquel punto, cuya posicion elevada entre los rios Jalon y Ebro era ademas favorecida por los olivares y tapias que estrechan el camino que viene de Navarra. A las tres de la tarde colocó su gente el general Palafox mas allá de la villa, distribuyendo tiradores por delante de sus flancos, y enfilando la entrada con los dos cañones que tenia. Los mal disciplinados paisanos fueron fácilmente arrollados por las tropas aguerridas del enemigo. En vano se trató de detenerlos. Sin embargo con algunos de ellos mas valerosos ó serenos, con los pocos soldados de línea que allí habia y la artillería, defendióse por largo rato y vivamente la entrada de la villa. Al fin resolvió Palafox retirarse con 250 hombres que le quedaban, y en cuyo número se contaban soldados del primer batallon de voluntarios de Aragon y los del Rey de caballería con algunos tiradores diestros. De los paisanos siendo muchos del partido de Alcañiz, se recogieron los mas á sus casas, entrando por la noche con Palafox en Zaragosa los que eran de allí naturales. Los franceses entonces se aproximaron á aquella ciudad, en cuyas cercanías los dejaremos para tomar despues el hilo, y no interrumpirle en la narracion de su memorable sitio.

Accion de Mallen.

De Alagon.

Debia dar la mano á las operaciones de Aragon el ejército francés de Cataluña. Napoleon figurándose que dueño de Barcelona y Figueras lo era de la provincia, no creyó arriesgado sacar parte de las fuerzas que la ocupaban. Así ordenó

Cataluña.

que de aquel punto se enviasen socorros á Aragon y Valencia. Conformándose el general Duhesme con lo que se le mandaba, dispuso que 3800 hombres conducidos por el general Schwartz se dirigiesen á Zaragoza, y que 4200 á las órdenes de Chabran se apoderasen de Tarragona y Tortosa, continuando en seguida su marcha á Valencia. Los primeros debian al paso castigar á Manresa por su anterior levantamiento, quemar sus molinos de pólvora, é imponer al vecindario 750,000 francos de contribucion. Ambas expediciones salieron de la capital el 4 de junio. La de Schwartz se detuvo en Martorell el 5 á causa de una abundante lluvia, con cuya feliz demora alcanzaron á tiempo á Igualada y Manresa los avisos de sus confidentes. La insurreccion ya comenzada tomó incremento y extraordinario ensanche, tocóse á somaten, se despacharon expresos á todas partes, y resolvieron aguardar al enemigo en la posicion del Bruch y Casa-Masana.

Somatenes.

Es el somaten en Cataluña « un género de socorro, « come dice Zurita, repentino y cierto que muchas « veces ha sido de grande efecto. » Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, segun lo dispone el usage de Barcelona. Fue en este caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Habia pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil se cortaron las barillas de hierro de las cortinas para que supliesen la falta.

Accion del Bruch.

Los somatenes de Iguadala y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader llamado Francisco Riera teníasele por principal caudillo. Apostáronse pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas habia pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomado la revuelta que forma el camino real antes de emparejar con el de Manresa, cuando fue detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, despues de un rato de espera, embistió á sus contrarios, replegáronse estos, y disputando el terreno á palmos se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Masana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspension del francés, cobraron aliento y engrosados con el somaten de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venia con los recien llegados un tambor, quien como mas experto hizo las veces de general en gefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Masana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comia el rancho á retarguardia.

El número de somatenes crecia por momentos, sus ánimos se enardecian, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impensada embestida. Schwartz al ver retirarse su vanguardia, y al ruido de la caja del somaten de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanage. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia llegaron sin desórden hasta Esparraguera.

Defensa de Esparraguera.

Los vecinos de esta villa puestos en acecho, y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa con todo linage de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochecer se acercaron los franceses, y penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderlos á tejazos y pedradas con algunos escopetazos, y hasta con calderadas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y dividiendo su gente en dos trozos la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó despues la marcha durante la noche hostigado incesantemente por los somatenes, los que le cogieron un cañon en la Riera de Cabrera, y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y asi fueles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de junio; pero tan destrozados y abatidos que dieron claro indicio de la rota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protejidos en el alcance por toda la poblacion.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fue en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo admirable en sus circunstancias, resonando por todo el principado, excitó noble emulacion en todos sus habitadores, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

Con razon Duhesme se sobrecogió al saber el inesperado descalabro, mas que por su importancia por el aliento que infundia en los apellidados insurgentes. Atento al corto número de tropas que mandaba, obró cuerdamente en no aventurarse á nuevos riesgos y en reconcentrar sus fuerzas. Conservar sus comunicaciones con Francia debió ser su principal mira, y mal lo hubiera conseguido desparramando sus soldados en diversas direcciones: asi fue que llamó á Chabran á Barcelona.

Con mayor felicidad que Schwartz habia aquel dado principio á su expedicion de Valencia, penetrando sin tropiezo el 7 de junio

Chabran en Tarragona. en los muros de Tarragona. Guarnecia la plaza el regimiento suizo de Wimpffen al servicio de España, cuya oficialidad condújose con tal mesura que no despertando los recelos del francés tuvo la dicha de mantener intacto su cuerpo, despues señalado apoyo de la buena causa. El general Chabran en cumplimiento de las órdenes de su gefe evacuó el 9 á Tarragona, mas á su vuelta encontró sublevado el pais que poco antes habia pacíficamente atravesado. En el Vendrell y en Arbos opúsosele empeñada resistencia. Trecientos suizos de Wimpffen que iban á incorporarse con los de Tarragona ayudaron y sostuvieron á los paisanos, y defendieron juntos con notable bizarría la posicion de Arbos, aunque no fuese el terreno favorable á soldados bisoños. Despues de repetidos ataques consiguieron los franceses ahuyentar á los somatenes, y apoderarse de la artillería que consigo tenian. Entraron en Arbos, y para vengarse del atrevido arrojo de sus habitantes maltrataron y mataron á muchos de ellos. Continuó Chabran á Villafranca del Panadés y no cesó el estrago, saqueando allí y quemando casas y edificios en desagravio, segun decia, del asesinato del gobernador español Toda, de que ya hablamos; singular equidad la de castigar una poblacion entera por las demasías de contados individuos. Duhesme salió en busca de la tropa que volvia de Tarragona, habiendo sabido que en la ruta topaba con resistencia, y reunidos unos y otros entraron en Barcelona el dia 12.

Reencuentro en Arbos.

Saqueo de Villafranca del Panadés.

Aunque resueltos á no intentar de nuevo expediciones lejanas ni otras importantes operaciones que las que exigiese la libre comunicacion con Francia, quisieron sin embargo viéndose todos juntos probar fortuna con deseo de castigar al paisanage de Manresa y su comarca. Para lo cual reunidas las columnas de Schwartz y Chabran salieron el 15 al mando del último, tomando el mismo camino que la vez primera. En el tránsito saquearon y quemaron muchas casas de Martorell y Esparraguera ahora desapercibida, y cometieron todo linage de desórdenes y excesos, con cuyo desmandado porte provocábase la ira del tenaz catalan; no se le arredraba.

Segunda accion del Bruch. Interesada la gloria de los manresanos en sostener el sitio del Bruch, testigo de sus primeros laureles, habian atendido á fortificarle y guarnecerle debidamente en union con la junta de Lérida y pueblos del contorno. Apellidaron allí sus somatenes y les agregaron los soldados escapados de Barcelona, y cuatro compañías de voluntarios leridanos al mando de Don Juan Baguet, con algunas piezas de artillería traidas de las fortalezas del principado. El 14 trató Chabran de forzar la posicion, mas á pesar de venir los franceses con dobles fuerzas y de caminar advertidos fue vana su empresa. Estrellóse su desapoderado orgullo contra las flacas armas del somaten catalan, y de pocos y mal regidos soldados. En reiterados ataques quisieron enseñorearse de la

posicion : rechazados en todos volvieron atras sus pasos, y con pérdida de 500 hombres y alguna artillería, perseguidos y hostigados por los paisanos se metieron vergonzosamente en Barcelona.

Expedicion de Duhesme contra Gerona.

Frustradas las primeras tentativas, y no habiendo podido ser ejecutadas las órdenes de Napoleon, suspendió Duhesme darles el debido cumplimiento, y volvió exclusivamente la atencion á asegurar y poner libres las comunicaciones con Francia. Para ello salió de Barcelona el 17 de junio con siete batallones, cinco escuadrones y ocho piezas de artillería, prefiriendo al camino que va por Hostalrich el de la marina. Habíanse armado los paisanos del Vallés, y en número de 9000 aguardaban á los franceses en la cresta de Mongat. Los inexpertos somatenes se imaginaron que solo por el frente habian de ser acometidos; pero el general francés disfrazando con varios ataques falsos el verdadero, los envolvió por su derecha, y en breve los deshizo y dispersó. Dueño el enemigo de Mongat, batería de la costa, cometió con los paisanos inauditas crueldades. Mataró, que habia pensado en defenderse, no cejó en su propósito con la desgracia acaecida. Colocando artillería en las avenidas del camino de Barcelona, hicieron los vecinos fuego contra las columnas francesas que se acercaban. No tardaron en ser desbaratados, y el mismo dia 17 entraron los enemigos en Mataró y la saquearon. Ciudad de 20,000 habitantes, y rica por sus fábricas de algodon, vidrio y encajes, ofreció al vencedor copioso botin, no perdonando su codicia ni los vestidos de las mugeres, ni otros objetos de poco valor y uso comun. El asesinato, la violencia hasta de las vírgenes mas tiernas acompañaron al pillage, confundiéndose á veces cebados en los mismos excesos el general con el soldado : largos dias llorará Mataró aquel tan aciago y cruel.

Resistencia de Mongat.

Saqueo de Mataró.

En la mañana siguiente continuaron los franceses la marcha sobre Gerona. En su tránsito dejaron sangriento rastro por las muertes, robos y destrozos con que afligieron á todos los pueblos. En tanto grado convierte la guerra en hombres inhumanos á los soldados de una nacion culta. Habia solamente de guarnicion en Gerona 300 hombres del regimiento de Ultonia y algunos artilleros, los que con gente de mar de la vecina costa dirigieron los fuegos de aquella arma. Limitadísimo número si los nobles, el clero y todos los vecinos sin excepcion, inflamados de ardor patrio, no hubiesen sostenido con el mayor brio los puntos que se confiaron á su cuidado. Era gobernador interino Don Julian de Bolivar.

Ataque de los franceses contra Gerona.

A las nueve de la mañana del propio dia 20 se presentó el enemigo en las alturas de la aldea de Palausacosta, mas incomodado con algunos cañonazos del baluarte de la Merced y fuerte de Capuchinos se replegó á Salt y Santa Eugenia, cuyas aldeas saqueó á

sangre y fuego. Por la tarde despues de varios reconocimientos atacó formalmente, dirigiendo su izquierda por los lugares que acabamos de mencionar, al paso que su derecha cruzando el Oña acometió con ímpetu é intentó forzar la puerta del Cármen. Los sitiados le repelieron con valor y serenidad. Señalóse Ultonia, cuyo teniente coronel Don Pedro O'Dally quedó herido. Atacó en seguida el fuerte de Capuchinos en donde fue igualmente repelido, habiendo experimentado considerable pérdida. Burladas sus esperanzas colocó una batería cerca de la cruz de Santa Eugenia, no lejos de la plaza: causó algun daño en el Colegio Tridentino y otros edificios, y respondiendo con acierto á sus fuegos las baterías de la plaza la noche puso término al combate.

Fue aquella sumamente lóbrega, y confiados los franceses en la oscuridad se acercaron calladamente al muro, y de tal manera y con tanto arrojo que hasta hallarse muy cerca no fueron sentidos. Peleóse entonces por ambos lados con braveza, alumbrados solamente por los fogonazos del cañon, y no interrumpido el silencio sino por su estruendo y los ayes de los heridos y moribundos. ¡Espantosa noche! El enemigo osó arrimar escalas al baluarte de Santa Clara. Algunos de sus soldados pusiéronse encima de la misma muralla, y apresuradamente les seguian sus compañeros, cuando una partida del regimiento de Ultonia, matando á los ya encaramados, precipitó á los otros y estorbó á todos continuar en aquel intento. El fuego sin embargo no cesó hasta que el baluarte de San Narciso tirando á metralla destrozó á los acometedores y los dispersó, dejando el campo como despues se vió sembrado de cadáveres y heridos. No cansados todavía los franceses renovaron el ataque á las doce de la noche, queriendo asaltar el baluarte de San Pedro, pero fueron rechazados de modo que desistieron de proseguir en su empresa, retirándose temprano por el camino de Barcelona en la mañana del 21. Aunque corta fue notable esta primer defensa de Gerona, cuya plaza tanto lustre adquirió despues en otra inmediata acometida, y sobre todo en el célebre sitio del siguiente año. Los somatenes molestaron por todas partes al enemigo, habiendo impedido con su ayuda que pasase al otro lado del Ter. No fue menos que de 700 hombres la pérdida de los franceses, la de los españoles mucho mas reducida.

Vuelve Duhesme á Barcelona.

Duhesme volvió á Barcelona dejando en Mataró parte de su ejército que puso al cuidado de Chabran, y cuyo trozo compuesto de 3500 hombres fue al Vallés á buscar vituallas. Rodeados siempre los franceses por el paisanage tuvieron en Moncada que romper á viva fuerza un cordon de somatenes, siendo al cabo detenidos cerca de Granollers por el teniente coronel Don Francisco Milans, quien los ahuyentó haciéndoles perder la artillería. A la retirada como de costumbre talaron y destruyeron el pais por donde pasaron.

Reencuentro de Granollers.

Somatenes del Llobregat.

Al propio tiempo que tan mal parados andaban los invasores en aquella parte de Cataluña, tampoco se descuidaron sus naturales en el mediodia, formando á la márgen derecha del Llobregat una línea de hombres belicosos que defendia los caminos de Garraf, Ordal y Esparraguera. Los capitaneaba Don Juan Baguet, que con los voluntarios de Lérida habia la segunda vez contribuido á repeler en el Bruch á los franceses. Desde allí enviaban partidas sueltas que recorrian la tierra en todas direcciones. Incomodado Duhesme de verse asi estrechado, envió contra ellos al general Lecchi, quien el 30 de junio obligó á los somatenes á abandonar su posicion cogiéndoles algunos cañones y aventajándose á todos los suyos en cometer demasías. No por eso desmayaron los vencidos, apareciéndose en breve hasta en las cercanías de la misma Barcelona.

Murat.

Por este término y con éxito vario se ejecutaron las órdenes de Napoleon en Cataluña, Aragon y Castilla. Fueron parecidas las que significó para las otras provincias al gran duque de Berg, cuya solícita diligencia procuró aniquilar en derredor suyo la semilla insurreccional que brotaba con lozanía. Insinuamos antes varias de sus providencias, y las que de consuno con la junta de Madrid se habian tomado para cortar las conmociones sin tener que venir á las manos. Inútiles fueron sus esfuerzos, como lo serán siempre todos los que se dirijan á contener por la persuasion el levantamiento de una nacion entera. No le pesó quizá á Murat, á cuyo gusto y anterior vida se acomodaban mas las armas que los discursos. Así fue que á veces á un tiempo y otras muy de cerca, mandó que sus tropas acompañasen ó siguiesen á las proclamas y exhortaciones de la junta. Consideró como de mayor importancia las Andalucías y Valencia, y de consiguiente trató ante todo de asegurarse de aquellas provincias, mayormente habiendo dado Sevilla ya en primeros de mayo muestras de desasosiego y grave alteracion.

Envia á Dupont á Andalucía.

Dupont acantonado en Toledo recibió la órden de dirigirse á Cádiz, y el 24 del mismo mayo se puso en marcha. Llevaba consigo los dos regimientos suizos de Reding y Preux al servicio de España, la division de infantería del general Barbou compuesta de 6000 hombres y ademas 500 marinos de la guardia imperial, con 5000 caballos mandados por el general Fresia. Iban todos tan confiados en el buen éxito de su empresa, que Dupont señalaba de antemano al ministro de guerra de Francia el dia que habia de entrar en Cádiz. Atravesaron la Mancha tranquilamente, y en tal abundancia hallaban los mantenimientos que dejaron almacenados en el pósito de Santa Cruz de Mudela la galleta y víveres que á prevencion traian, y de los que pocos dias despues se apoderaron aquellos vecinos, cogiendo tambien parte de los soldados que los custodiaban y matando otros. El 2 de junio penetra-

ron los franceses por las estrecheras de Sierra-Morena. Hasta allí si bien habian notado inquietud y desvío en los habitantes, ningun síntoma grave se habia manifestado. En la Carolina se despertó su recelo viéndola sola y desierta; y al entrar en Andújar supieron el levantamiento general de Sevilla y la formacion de una junta suprema. No por eso suspendieron su marcha, llegando al amanecer del 7 delante del puente de Alcolea. Don Pedro Agustin de Echavarri oficial de cierto arrojo, pero ignorante en el arte de la guerra, y á quien vimos al frente de la insurreccion cordobesa, se habia situado en aquel paraje. Tenia á sus órdenes 3000 hombres de línea, compuestos de parte de un batallon de Campomayor, de soldados de varios regimientos provinciales con granaderos de los mismos, á los que se agregaba alguna caballería y un destacamento de suizos. No habia entre ellos cuerpo completo que estuviese presente. El número de paisanos era más considerable, y habíase de Sevilla recibido bastante artillería. Los españoles, levantando una cabeza de puente, habian colocado en ella doce cañones para impedir el paso del Guadalquivir y cubrir así la ciudad de Córdoba, puesta á su márgen derecha y distante unas tres leguas de las ventas de Alcolea. El puente es largo y torcido, formando un ángulo ó recodo que estorba el que por él se enfilen los fuegos de cañon. A la izquierda del rio se habia quedado la caballería española con intento de acometer á los enemigos por el flanco y espalda al tiempo que estos comenzasen el ataque de frente. Los franceses para desembarazarse trataron de dar á aquella una vigorosa carga, la cual repetida contuvo á los ginetes españoles sin lograr desbaratarlos. A poco la infantería francesa avanzó al puente. Los fuegos bien dirigidos de la obra de campaña recien construida, y sostenida tambien valerosamente por el oficial Lasala que mandaba á los de Campomayor y granaderos provinciales, mantuvieron por algun tiempo con firmeza la posicion atacada. Pero el paisanage todavía no fogueado, desamparando á la tropa, facilitó á los franceses escalar la posicion, que levantada de prisa ni era perfecta ni estaba del todo concluida. Sin embargo la caballería española, no habiendo caido en desmayo, trató de favorecer á los suyos y de nuevo y con ventaja acometió á la francesa. Dupont, teniendo que enviar una brigada al socorro de su gente, no prosiguió el alcance contra los infantes españoles, los que retirándose con órden solo perdieron un cañon, cuya cureña se habia descompuesto. El reencuentro duró dos horas. Costó á los franceses 200 hombres, no mas á los españoles por haberse retirado tranquilamente. Echavarri, juzgando que no era posible defender á Córdoba, abandonó la ciudad sin detenerse en sus muros.

Accion de Alcolea.

Llegaron á su vista los franceses á las tres de la tarde del mismo dia 7 de junio. Habian los vecinos cerrado las puertas mas bien para capitular que para defenderse. Entablá-

Saco de Córdoba.

ronse sobre ello pláticas, cuando con pretexto de unos tiros disparados de las torres del muro y de una casa inmediata, apuntaron los enemigos sus cañones contra la Puerta-Nueva, hundiéndola á poco rato y sin grande esfuerzo. Metiéronse pues dentro hiriendo, matando y persiguiendo á cuantos encontraban: saquearon las casas y los templos y hasta el humilde asilo del pobre y desvalido habitante. La célebre catedral, la antigua mezquita de los árabes, rival en su tiempo en santidad de Medina y la Meca, y tan superior en magnificencia, esplendidez y riqueza, fue presa de la insaciable y destructora rapacidad del extrangero. Destruidos quedaron entonces los conventos del Cármen, San Juan de Dios y Terceros, sirviéndoles de infame lupanar la iglesia de Fuensanta y otros sitios no menos reverenciados de los naturales. Grande fue el destrozo de Córdoba, muchas las preciosidades robadas en su recinto. Ciudad de 40,000 almas, opulenta de suyo y con templos en que habia acumulado mucha plata y joyas la devocion de los fieles, fue gran cebo á la codicia de los invasores. De los solos depósitos de la tesorería y consolidacion sacó el general Dupont mas de 10,000,000 de reales, sin contar con otros muchos de arcas públicas y robos hechos á particulares. Asi se entregó al pillage una poblacion que no habia ofrecido ni intentado resistencia. Bajo fingidos motivos á fuego y sangre penetraron los franceses por sus calles, á la misma sazon que se conferenciaba. Y no satisfechos con la ruina y desolacion causada, acabaron de oprimir á los desdichados moradores gravándolos con imposiciones muy pesadas. Mas tan injusto y atroz trato alcanzó en breve el merecido galardon, siendo quizá la principal causa de la pérdida posterior del ejército de Dupont el codicioso anhelo de conservar los bienes mal adquiridos en el saco de aquella ciudad.

Situacion angustiada de los franceses. Excesos de los paisanos españoles.

A pesar del triunfo conseguido el general francés andaba inquieto. Sus fuerzas no eran numerosas. La insurreccion de todas partes le cercaba: con instancia pedia auxilios á Madrid cuyas comunicaciones, ya antes interrumpidas, fueron al último del todo cortadas. A su propia retaguardia el 9 de junio partidas de paisanos entraron en Andújar, y alborotada por la noche la ciudad, hicieron prisionero el destacamento francés allí apostado, y mataron al comandante con otros tres de su guardia que quisieron resistirse en casa de Don Juan de Salazar. Molestó sobre todo al enemigo Don Juan de la Torre, alcalde de Montoro, que á sus expensas habia levantado un cuerpo considerable; mas cogido por sorpresa debió la vida á la generosa intercesion del general Fresia, á quien habia antes hospedado y obsequiado en su casa. En el Puerto del Rey apresaron los naturales al abrigo de aquellas fraguras varios convoyes: y como en la comarca se habia esparcido la voz de lo acaecido en Córdoba, hubo ocasion en que so color de desquite se ensañó el

paisanage contra los prisioneros con exquisita crueldad. Fue una de sus víctimas el general René á quien cogieron y mataron estando antes herido: lamentable suceso, pero desgraciadamente inevitable consecuencia de los desmanes cometidos en Córdoba y otros parages por el extrangero. Pues que, si en efecto era difícil contener en una guerra de aquella clase al soldado de una nacion culta como la Francia y sometido á la dura disciplina militar, cuánto no debia serlo reprimir los excesos del cultivador español, que ciego en su venganza y sin freno que le contuviese, veia talados sus campos y quemados los pacíficos hogares de sus antepasados por los mismos que poco antes preciábanse de ser amigos. Habia corrido el alboroto de la Sierra hasta la Mancha, y el 5 de junio los vecinos de Santa Cruz de Mudela, arremetiendo á unos 400 franceses que habia en el pueblo y matando á muchos, obligaron á los demas á fugarse camino de Valdepeñas. En esta villa opusiéronse los naturales al paso de los enemigos, y estos, para esquivar un duro choque, echando por fuera de la poblacion tomaron despues el camino real, aguardando á un cuarto de legua en el sitio apellidado de la Aguzadera á ser reforzados. No tardó en efecto en llegar en el mismo dia, que era el 6 de junio, el general Liger-Belair procedente de Manzanares con 600 caballos, é incorporados todos revolvieron sobre Valdepeñas.

Resistencia de Valdepeñas.

Los moradores de esta villa alentados con la anterior retirada de los franceses, y temiendo tambien que quisiesen vengar aquella ofensa, resolvieron impedir la entrada. Es Valdepeñas poblacion rica de 5000 vecinos, asentada en los llanos de la Mancha, y á la que dan celebridad sus afamados vinos. Atraviésala por medio la calle llamada Real, tránsito de los que viajan de Castilla á Andalucía, y la cual tiene de largo cerca de un cuarto de legua. Aprovechándose de su extension, dispusiéronla los habitantes de modo que en ella se entorpeciese la marcha de los franceses. La cubrieron con arena, esparciendo debajo clavos y agudos hierros; de trecho en trecho y disimuladamente ataron maromas á las rejas, cerraron y atrancaron las puertas de las casas, y embarazaron las callejuelas que salian á la principal avenida. No contentos con resistir detras de las paredes, osaron en número de mas de 1000 ponerse en fila á la orilla del pueblo. Pero viendo lo numeroso de la caballería enemiga, despues de algun tiroteo, se agacharon en lo interior, pertrechados de armas y medios ofensivos.

Los franceses al aproximarse enviaron por delante una descubierta, la cual segun su costumbre con paso acelerado se adelantó al pueblo. Penetró, y muy luego los caballos tropezando y cayendo unos sobre otros miserablemente arrojaron á los ginetes. Entonces de todas partes llovieron sobre los derribados tiros, pedradas, ladrillazos, atormentando tambien sus carnes con agua y aceite hirviendo. Quisieron otros proteger á los primeros y cúpoles igual y

malhadado fin. Irritado Liger-Belair con aquel contratiempo, entró la villa por los costados incendiando las casas y destrozándolas. Pasaron de 80 las que se quemaron, y muchas personas fueron degolladas hasta en los campos y las cuevas. Habian los enemigos perdido ya mas de 100 hombres, al paso que la villa se arruinaba y se hundia. Conmovidos de ello y recelosos de su propia suerte, varios vecinos principales resolvieron, yendo á su cabeza el alcalde mayor Don Francisco María Osorio, avistarse con el general Liger-Belair, quien temeroso tambien de la ruina de los suyos escuchó las proposiciones, convino en ellas, y saliendo todos juntos con una divisa blanca, pusieron de consuno término á la matanza. Mas la contienda habia sido tan reñida, que los franceses escarmentados no se atrevieron á ir adelante, y juzgaron prudente retroceder á Madrilejos.

Retirase Dupont á Andújar.

Dupont aislado, sin noticia de lo que á la otra parte de los montes pasaba, aturdido con lo que de cerca veia, pensó en retirarse; y el 16 de junio saliendo por la tarde de Córdoba se encaminó á Andújar, en donde tomó posicion el 19. Desde aquel punto con objeto de abastecer á su gente, y deseoso de no abandonar el terreno sin castigar á Jaen, á la cual se achacaba haber participado del alboroto y muerte del comandante francés de Andújar, envió allí el 20 al oficial Baste con la suficiente fuerza. Entraron los enemigos en la ciudad sin hallar oposicion, y con todo la pillaron y maltrataron horrorosamente. Degollaron hasta niños y viejos, ejerciendo acerbas crueldades contra religiosos enfermos de los conventos de Santo Domingo y de San Agustin: tal fue el último, notable y fiero hecho cometido por los franceses en Andalucía antes de rendirse á las huestes españolas.

Saqueo de Jaen.

Expedicion de Moncey contra Valencia.

Casi al propio tiempo determinó Murat enviar tambien una expedicion contra Valencia. Mandábala el mariscal Moncey y se componia de 8000 hombres de tropa francesa, á los que debian reunirse guardias españolas, walonas y de corps. Mas todos estos en su mayor parte se desbandaron pasando por atajos y trochas del lado de sus compatriotas. Moncey salió de Madrid el 4 de junio y llegó á Cuenca el 11. Deteniéndose algunos dias disgustóse Murat, y despachó para aguijarle al general de caballería Excelmans con otros muchos oficiales, quienes, arrestados en Saelices y conducidos prisioneros á Valencia, terminaron su comision de un modo muy diverso del que esperaban. En Cuenca fueron recibidos los franceses con tibieza mas no hostilmente. Prosiguiendo su marcha hallaron por lo general los pueblos desamparados, pronóstico que vaticinaba la resistencia con que iban á tropezar.

La junta de Valencia habia en tanto adoptado las medidas vigorosas de defensa que la premura del tiempo le permitia. Recreciéronse al oir que Moncey se aproximaba del lado de Cuenca, y se

dieron nuevas órdenes é instrucciones al mariscal de campo Don Pedro Adorno, á cuyo mando, como ya dijimos, se habian confiado las tropas apostadas en los desfiladeros de las Cabrillas, á donde el enemigo se dirigia. Lo mas de la gente era nueva é indisciplinada y por eso convenia aprovecharse de las ventajas que ofreciese el terreno. Tratóse pues de disputar primeramente á los franceses el paso del Cabriel en el puente Pajazo, en donde remata la cuesta de Contreras, y en cuya cabeza construyeron los españoles una mala bateria de cuatro cañones sostenida por un trozo de un regimiento suizo, colocándose la otra tropa en diferentes puntos de dicha cuesta. Detuviéronse los franceses hasta que á duras penas, por los malos senderos y escabrosidades, acercaron casi á la rastra unos cañones. Con su auxilio el 20 rompieron el fuego, y vadeando unos el rio, y otros acometiendo de frente, se apoderaron de la bateria española, habiendo habido muchos de los suizos que se les pasaron. Los nuevos reclutas que nunca habian sido fogueados, abandonados por aquellos veteranos, no tardaron en dispersarse, replegándose parte de ellos con algunos soldados españoles á las Cabrillas.

Reencuentro del puente Pajazo.

Cundió la nueva de la derrota, súpola la junta de Valencia, y grande fue la consternacion y el sobresalto. En tamaño apuro envió al ejército en comision á su vocal el padre Rico, ó ya quisiesen vengarse asi algunos del estrecho en que los habia metido, ó ya tambien porque, gozando de suma popularidad, pensaron otros que era aquel el modo mas propio de calmar la pública agitacion y alejar la desconfianza. Obedeció Rico, y el 23 por la noche llegó á las Cabrillas ocho leguas de Valencia, y cuyos montes parten término con Castilla. Habianse recogido á sus cumbres los dispersos del Cabriel, y allí se encontró el padre Rico con 180 hombres del regimiento de Saboya mandados por el capitan Gamindez, con tres cuerpos de nueva creacion, algunos caballos y artilleros que habian conservado dos cañones y un obus, componiendo en todo cerca de 3000 hombres. Eran contados los oficiales veteranos, siendo el de mayor graduacion el brigadier Marimon de guardias españolas. Ignorábase el paradero de Adorno. Reunidas todas aquellas reliquias se colocaron en situacion ventajosa á espaldas y á legua y media del pueblo de Siete-Aguas, hasta cuyas casas enviaban sus descubiertas. Gamindez mandó el centro, la izquierda Marimon, y colocáronse guerrillas sueltas por la derecha. El 24 avanzaron los franceses, y los nuestros favorecidos de tierra tan quebrada los molestaron bastantemente. Impacientado Moncey destacó por su izquierda y del lado de la sierra de los Ajos al general Harispe con vascos acostumbrados á trepar por las asperezas del Pirineo. Encaramáronse pues á pesar de escabrosidades y derrumbaderos, y arrollando á las guerrillas, facilitaron el ataque de frente. Defendiéronse bien los de Saboya quedando los mas de ellos y los

De las Cabrillas.

artilleros muertos junto á los cañones, y prisionero con otros su comandante Gamindez. Lo restante de la gente bisoña huyó precipitadamente. La pérdida de los españoles fue de 600 hombres, muy inferior la de los contrarios. El mariscal Moncey al instante traspasó la sierra por el portillo de las Cabrillas, desde donde registrándose las ricas y frondosas campiñas de la huerta de Valencia, se encendió la ansiosa codicia de sus fatigados soldados. Si entonces hubiera proseguido su marcha, fácilmente se hubiera enseñoreado de la ciudad; pero obligado á detenerse el 25 en la venta de Buñol para aguardar la artillería, y queriendo adelantarse cautelosamente, dió tiempo á que Rico, volviendo á Valencia al rayar el alba de aquel mismo dia, apellidase guerra dentro de sus muros.

Preparativos de defensa en Valencia.

Está asentada Valencia á la derecha del Guadalaviar ó Turia; 100,000 almas forman su poblacion, excediendo de 60,000 las que habitan en los lugarejos, casas de campo y alquerías de sus deliciosas vegas. Ceñida de un muro antiguo de mampostería con una mala ciudadela, no podia ofrecer al enemigo larga y ordenada resistencia, si militarmente hubiera de haberse considerado su defensa. Mas á la voz de la desgracia de las Cabrillas, en lugar de abatirse, creciendo el entusiasmo al mas subido punto, tomó la junta activas providencias, y los moradores no solo las ejecutaron debidamente, sino que tambien por sí procedieron á dar á los trabajos la amplitud y perfeccion que permitia la brevedad del tiempo. Sin distincion de clase ni de sexo acudieron todos á trabajar en las fortificaciones que se levantaban. En el corto espacio de sesenta horas construyéronse en las puertas baterías con sacos de tierra. En la de Cuarte, como era por donde se aguardaba al enemigo, ademas de dos cañones de á 24 se colocó otro en el primer piso de la torre, abriéndose una zanja ancha y profunda en medio de la calle del arrabal que embocaba la batería. A la derecha de esta puerta y antes de llegar á la de San José, entre el muro y el rio, se situaron cuatro cañones y dos obuses, impidiendo lo sólido del malecon que se abriese un foso. Dióse á esta obra el nombre de batería de Santa Catalina, del de una torre antes demolida y que ocupaba el mismo espacio. Lo expresamos por su importancia en la defensa. Dentro del recinto se cortaron y atajaron las calles, callejuelas y principales avenidas con carros, coches, vigas, calesas y tartanas. Taparonse las entradas y ventanas de las casas con colchones, mesas, sillas y todo género de muebles, cubriendo por el mismo término y cuidadosamente lo alto de las azoteas ó terrados. Detrás de semejantes y tan repentinos atrincheramientos estaban preparados sus dueños con armas arrojadizas y de fuego, y aun hubo mugeres que no olvidaron el aceite hirviendo. Afanados todos mútuamente se animaban, habiendo resuelto defender heróicamente sus hogares.

La junta ademas, para dilatar el que los franceses se acercasen,

trató de formar un campo avanzado á la salida del pueblo de Cuarte, distante una legua de Valencia. Le componian cuerpos de nueva formacion y se habia puesto á las órdenes de Don Felipe Saint-March. Situóse la gente en la ermita de San Onofre á orillas del canal de regadío que atraviesa el camino que va á las Cabrillas. Entre tanto Don José Caro nombrado brigadier al principio de la insurreccion, y que mandaba una division de paisanos en el ejército de Cervellon, apostado segun dijimos en Almansa, corrió apresuradamente al socorro de la capital luego que supo el progreso del enemigo. A su llegada se unió á Saint-March, y juntos dispusieron el modo de contener al mariscal francés. Emboscaron al efecto en los algarrobales, viñedos y olivares que pueblan aquellos contornos, tiradores diestros y esforzados. El cuerpo principal se colocó á espaldas de una batería que enfilaba el camino hondo, por donde era de creer arremetiese la caballería enemiga y cuyo puente se habia cortado. Como los generales habian previsto que al fin tendrian que ceder á la superioridad y pericia francesa, deseosos de que su retirada no causara terror en Valencia, habian pensado, Caro en tirar por la izquierda y Saint-March pasar el rio por la derecha y situarse en el collado del almacen de pólvora. Pero para verificar, llegado el caso, su movimiento con órden y evitar que dispersos fueran á la ciudad, establecieron á su retaguardia una segunda línea en el pueblo de Cuarte, rompiendo el camino y guarneciendo las casas para su defensa.

Refriega en el pueblo de Cuarte.

Defensa de Valencia.

A las 11 de la mañana del dia 20 empezó el fuego, duró hasta las tres, siendo muy vivo durante dos horas. Al fin los franceses cruzaron el canal, y forzaron la primera línea. Caro y Saint-March se retiraron segun habian convenido. Los franceses vencedores iban á perseguirlos cuando notaron que desde el pueblo de Cuarte se les hacia fuego. Molestados tambien por el continuado de los paisanos metidos en los cañamares de dicho pueblo, no pudieron entrarle hasta las seis de la tarde; huyendo los vecinos al amparo de las acequias, cañaverales y moreras que cubren sus campos. La pérdida fue considerable de ambas partes: la artillería quedó en poder de los franceses.

Avanzó entonces Moncey hasta el huerto de Juliá, media legua de Valencia. Por la noche pasó al capitan general conde de la Conquista un oficio para que rindiese la plaza. Fue portador el coronel Solano. Congregóse la junta, á la que se unieron para deliberar en asunto tan espinoso el ayuntamiento, la nobleza é individuos de todos los gremios. El de la Conquista inclinábase á la entrega, viendo cuán imposible seria resistir con gente allegadiza, y en ciudad, por decirlo asi, abierta á enemigos aguerridos. Sostuvo la misma opinion el emisario Solano y en tanto grado que se esforzó en probar no habia nada que temer respecto de lo pasado, asi por la condicion suave

Proposicion de Moncey para que capitule la ciudad.

y noble del mariscal francés, como tambien por los vínculos particulares que le enlazaban con los Valencianos; lo cual aludia á conocerse en aquel reino familias del nombre de Moncey, y haber quien le conceptuara oriundo de la tierra. Asi se discurria acerca de la proposicion, cuando el pueblo, advertido de que se negociaba, desaforadamente se agolpó á la sala de sesiones de la junta. Atemorizados los que en su seno buscaban la rendicion y alentados los de la parcialidad opuesta, no se titubeó en desechar la demanda del enemigo. Y puestos todos sus individuos al frente del mismo pueblo, recorrieron la linea animando y exhortando á la pelea. Con la oportuna resolucion se embraveció tanto la gente que no hubo ya otra voz que la de vencer ó morir.

El 28 á las once de la mañana se rompió el fuego. Como Moncey era dueño de casi todo el arrabal de Cuarte, le fue fácil ordenar sus batallones detras del convento de San Sebastian. A su abrigo dirigieron los enemigos sus cañones contra la puerta de Cuarte y batería de Santa Catilina. Tres veces atacaron con el mayor ímpetu del lado de la primera, y otras tantas fueron rechazados. Mandaba la batería española con mucho acierto el capitan Don José Ruiz de Alcalá, y el puesto los coroneles baron de Petrés y Don Bartolomé de Georget. Los enemigos no perdonaron medio de flanquear á los nuestros por derecha é izquierda, pero de un costado se lo estorbaron los fuegos de Santa Catalina, y del otro el graneado de fusilería que desde la muralla hacian los habitantes. El entusiasmo de los defensores tocaba en frenesí cada vez que el enemigo huia, pero siempre se mantuvo el mejor órden. Temióse por un rato carecer de metralla, y sin tardanza de las casas inmediatas se arrancaron rejas, se enviaron barras y otros utensilios de hierro que cortados en menudos pedazos pudieron suplir aquella falta, acudiendo á porfía las señoras de la clase mas elevada á coser los saquillos de la recien fabricada metralla. Con tal ejemplo, ¿qué brazo varonil hubiera cedido el paso al enemigo? El capitan general, los magistrados y aun el arzobispo aparecíanse á veces en medio de aquel importante puesto dando brio con su presencia á los menos esforzados.

Moncey, tratando de variar su ataque, recogió sus soldados á la cruz de Mislata, y acometió despues de un respiro la batería de Santa Catalina, á la derecha como dijimos de la de Cuarte. Era comandante del punto el coronel Don Firmo Valles, y de la batería Don Manuel de Velasco y Don José Soler. Dos veces, y con gran furia embistieron los franceses. La primera ciaron abrasados por el fuego de cañon y el que por su flanco izquierdo les hacia la fusilería; y la segunda huyeron atropelladamente sin que los contuviesen las exhortaciones de sus gefes. No por eso desistió Moncey, y fingiendo querer atacar el muro por donde mira á la plazuela del Carbon, emprendió nueva acometida contra la batería de Santa Catalina. Vano empeño. Sus soldados repelidos dejaron el suelo em-

papado en su sangre. Distinguióse allí el oficial Don Santiago O'Lalor, asesinado alevemente en el propio dia por mano desconocida.

Los franceses, perturbados con defensa tan inesperada y recia, trataron de dar una última embestida á la ciudad. Eran las cinco de la tarde cuando avanzando Moncey con el grueso de su ejército hácia la puerta de Cuarte, hizo marchar una columna por el convento de Jesus para atacar la de San Vicente situada á la izquierda de la primera, y confiada al cuidado del coronel Don Bruno Barrera, bajo cuyas órdenes dirigian la artillería los oficiales Don Francisco Cano y Don Luis Almela. Considerábase aquella parte del muro la mas flaca, mayormente su centro en donde está colocada en medio de las otras dos la puerta tapiada de Santa Lucía, antiguamente dicha de la Boatella. Empezóse el ataque, y los españoles apuntaron con tal acierto sus cañones que lograron desmontar los de los enemigos, y desalojarlos del punto que ocupaban con notable matanza. Desde aquella hora que era yá la de las ocho de la noche cesó el fuego en ambas líneas. Durante los diversos ataques arrojaron los franceses á la ciudad granadas que no causaron daño.

Hechos notables de algunos españoles.

El padre Rico anduvo constantemente por los parages de mayor riesgo, y coadyuvó grandemente á la defensa con su energía y brioso porte. Fue imperturbable en su valor Juan Bautista Moreno que, sin fusil y con la espada en la mano, alentaba á sus compañeros, y tomó á su cargo abrir y cerrar las puertas sin reparar en el peligro que á cada paso le amenazaba. Mas sublime ejemplo dió aun con su conducta Miguel García mesonero de la calle de San Vicente, quien hizo solo á caballo cinco salidas, y sacando en cada una de ellas cuarenta cartuchos los empleaba como diestro tirador atinadamente. Hechos son estos dignos de la recordacion histórica, y no deben desdeñarse aunque vengan de humilde lugar. Al contrario conviene repetirlos y grabarlos en la memoria de los buenos ciudadanos, para que sean imitados en aquellos casos en que peligre la independencia de la patria.

La resistencia de Valencia aunque de corta duracion tuvo visos de maravillosa. No tenia soldados que la defendiesen, habiendo salido á diversos puntos los que antes la guarnecian, ni otros gefes entendidos sino oficiales subalternos que guiaron el denuedo de los paisanos. Los franceses perdieron mas de 2000 hombres, y entre ellos al general de ingenieros Cazal con otros oficiales superiores. Los españoles resguardados detras de los muros y baterías tuvieron que llorar pocos de sus compatriotas, y ninguno de cuenta.

Retirase Moncey.

Al amanecer del 29 Don Pedro Túpper puesto de vigía en el Miguelete ó torre de la catedral avisó que los enemigos daban indicio de retirarse. Apenas se creia tan plausible nueva, mas bien pronto todos se cercioraron de ello viendo

marchar al enemigo por Torrente para tomar la calzada que va á Almansa. La alegría fue colmada, y esperábase que el conde de Cervellon acabaria en el camino de destruir al mariscal Moncey, ó por lo menos le molestaria y picaria por todos lados. Muy lejos estaba de obrar conforme al comun deseo. El general español habia venido á Alcira cuando supo el paso de los franceses por las Cabrillas, y su marcha sobre Valencia. Allí permaneció tranquilo, y no trató de disputar á Moncey el paso del Júcar despues de su derrota delante de los muros de la capital. Tachósele de remiso, principalmente porque habiendo consultado á los oficiales superiores sobre el rumbo que en tal oportunidad convendria seguir, opinaron todos que se impidiese á los franceses cruzar el rio: no abrazó su dictámen fundándose en lo indisciplinados que todavía estaban sus soldados: prudencia quizá laudable, pero amargamente censurada en aquellos tiempos.

Inaccion de Cervellon.

Perjudicó tambien á su fama, aun en el concepto de los juiciosos, la contraposicion que con la suya formó la conducta de Don Pedro Gonzalez de Llamas y la de Don José Caro. A este le hemos visto acudir al socorro de Valencia, y si bien no con feliz éxito por lo menos retardó con su movimiento el progreso del enemigo, lo cual fue de suma utilidad para que se preparasen los vecinos de la ciudad á una notable y afortunada resistencia. El general Llamas que de Murcia se habia acercado al puerto de Almansa, noticioso por su parte de que los franceses iban á embestir á Valencia, habia avanzado rápidamente y colocádose á la espalda en Chiva, cortándoles asi sus comunicaciones con el caminó de Cuenca. Y despues obedeciendo las órdenes de la junta provincial hostigó al enemigo hasta el Júcar, en donde se paró asombrado de que Cervellon hubiese permanecido inactivo. Prodigáronse pues alabanzas á Llamas, y achacóse á Cervellon la culpa de no haber derrotado al ejército de Moncey antes de la salida del territorio valenciano. Como quiera que fuese, costóle al fin el mando tal modo de comportarse, graduado por los mas de reprensible timidez. Moncey prosiguió su retirada incomodado por el paisanage, y á punto que no osaba desviarse del camino real. Pasó el 2 de julio el puerto de Almansa, y en Albacete hizo alto y dió descanso á sus fatigadas tropas.

Conducta laudable de Llamas.

Entre tanto no sabia el gobierno de Madrid cuál partido le convenia abrazar. Notaba con desconsuelo burladas sus esperanzas, no habiendo reprimido prontamente la insurreccion de las provincias con las expediciones enviadas al intento. Temia tambien que las tropas desparramadas por diversos y lejanos puntos, y molestadas sin gozar de un instante de sosiego, no acabasen por perder la disciplina. Mucho contribuyó á su desconcierto la enfermedad grave de que fue acometido el gran duque de Berg en los primeros dias de junio, con lo cual se hallaron los individuos

Enfermedad de Murat.

de la junta faltos de un centro principal que diera union y fuerza. Hubo entre los suyos quien le creyó envenenado, y entre los españoles no faltó tambien quien atribuyera su mal á castigo del cielo por las tropelías y asesinatos del 2 de mayo. Los ociosos y lenguaraces buscaban el principio en un origen impuro, dando lugar á sus sueltas palabras los deslices de que no estaba exento el duque. Mas la verdadera enfermedad de este era uno de aquellos cólicos por desgracia harto comunes en la capital del reino, y que por serlo tanto los ha distinguido en una disertacion el docto Luzuriaga con el nombre de cólicos de Madrid. Agregáronsele unas tercianas tan pertinaces y recias que descaeciendo su espíritu y su cuerpo, tuvo que conformarse con el dictámen de los facultativos de trasladarse á Francia, y tomar las aguas termales de Bareges. Provocó tambien á sospecha de emponzoñamiento el haber amalado muchos de los soldados franceses, y muerto algunos con síntomas de índole dudosa. Para serenar los ánimos el baron Larrey, primer cirujano del ejército invasor, examinó los alimentos, y el boticario mayor del mismo, Mr. Laubert, analizó detenidamente el vino que se les vendia en varias tabernas y bodegones de dentro y fuera de Madrid. Nada se descubrió de nocivo en el líquido, solamente á veces habia con él mezcladas algunas sustancias narcóticas mas ó menos excitativas, como el agua de laurel y el pimiento que para dar fuerza suelen los vinateros y vendedores añadir al vino de la Mancha, á semejanza del óxido de plomo ó sea litargirio que se emplea en algunos de Francia para corregir su acedía. La mixtion no causaba molestia á los españoles por la costumbre, y sobre todo por su mayor sobriedad: dañó extremadamente á los franceses no habituados á aquella bebida, y que abusaban en sumo grado de los vinos fuertes y licorosos de nuestro terruño. El exámen y declaracion de Larrey y Laubert tranquilizó á los franceses, recelosos de cualquiera asechanza de parte de un pueblo gravemente ofendido; pero el de España con dificultad hubiera recurrido para su venganza á un medio que no le era usual, cuando tantos otros justos y nobles se le presentaban.

Enfermedades en su ejército. Opinion de Larrey.

Savary sucede á Murat.

En lugar de Murat envió Napoleon á Madrid al general Savary, el que llegó el 15 de junio. No agradó la eleccion á los franceses, habiendo en su ejército muchos que por su graduacion y militar renombre reputábanse como muy superiores. Asimismo en el concepto de algunos menoscababa la estimacion de la persona escogida el haber sido con *frecuencia* empleada en comisiones mas propias de un agente de policía que de quien habia servido en la carrera honorífica de las armas. No era tampoco entre los españoles juzgado Savary con mas ventaja, porque habiendo sido el celador asiduo del viage de Fernando, coadjuvó con palabras engañosas á arrastrarle á Bayona. Sin em-

bargo su nombre no era ni tan conocido ni odiado como el de Murat : ademas llegó en sazon en que muy poco se curaban en las provincias de lo que se hacia ó deshacia en Madrid. Asuntos inmediatos y de mayor cuantía embargaban toda la atencion.

Singular comision de Savary.

El encargo confiado á Savary era nuevo y extraño en su forma. Autorizado con iguales facultades que el lugarteniente Murat, no le era lícito poner su firma en resolucion alguna. Al general Belliard tocaba con la suya legalizarlas. El uno leia las cartas, oficios é informes dirigidos al lugarteniente, respondia, determiñaba : el otro ceñíase á manera de una estampilla viva á firmar lo que le era prescrito. Los decretos se encabezaban á nombre del gran duque como si estuviese presente ó hubiese dejado sus poderes á Savary, y este disponiendo en todo soberanamente incomodaba á varios de los otros gefes que se consideraban desairados.

Su conducta.

Para mostrar que él era la suprema cabeza, á su llegada se alojó en palacio, y tomó sin tardanza providencias acomodadas al caso. Prosiguió las fortificaciones del Retiro, y construyó un reducto al rededor de la fábrica real de porcelana allí establecida, y á que dan el nombre de casa de la China, en donde almacenó las vituallas y municiones de guerra. Pensó despues en sostener los ejércitos esparcidos por las provincias. Tal habia sido la órden verbal de Napoleon, quien juzgaba « ser lo « mas importante ocupar muchos puntos, á fin de derramar por « todas partes las novedades que habia querido introducir... » Conforme á ella é incierto de la suerte de Dupont, cuya correspondencia estaba cortada, resolvió Savary reforzarle con las tropas mandadas por el general Vedel que se hallaban en Toledo. Ascendian á 6000 infantes y 700 caballos con doce cañones. El 19 de junio salieron de aquella ciudad, juntándoseles en el camino los generales Roize y Liger-Belair con sus destacamentos, los cuales hemos visto fueron compelidos á á recogerse á Madrilejos por la insurreccion general de la Mancha.

Envia á Vedel para reforzar á Dupont.

Los franceses por todas partes se encontraban con pueblos solitarios, incomodándoles á menudo los tiros del paisanage oculto detras de los crecidos panes, y ¡ ay de aquellos que se quedaban rezagados ! No obstante asomaron sin notable contratiempo á Despeñaperros en la mañana del 26 de junio. La posicion estaba ocupada por el teniente coronel español Don Pedro Valdecañas empleado antes en la persecucion de contrabandistas por aquellas sierras, y ahora apostado allí con objeto de que, colocándose á la retaguardia de Dupont, le interceptase la correspondencia é impidiese el paso de los socorros que de Madrid le llegasen. Habia atajado el camino en lo mas estrecho con troncos, ramas y peñascos, desmoronándole del lado del despeñadero, y situando detras seis cañones. Paisanos los mas de su tropa, y él

Paso de Sierra-Morena.

mismo poco práctico en aquella clase de guerra, desaprovechó la superioridad que le daba el terreno. Cedieron luego los nuestros al ataque bien concertado de los franceses, perdieron la artillería, y Vedel prosiguió sin embarazo á la Carolina, en cuya ciudad se le incorporó un trozo de gente que le enviaba Dupont á las órdenes del oficial Baste, el saqueador de Jaen. Llevada pues á feliz término la expedicion, creyó Vedel conveniente enviar atras alguna tropa para reforzar ciertos puntos que eran importantes, y conservar abierta la comunicacion. Por lo demas bien que pareciesen cumplidos los deseos del enemigo en la union de Vedel y Dupont, pudiendo no solo corresponder libremente con Madrid, mas aun hacer rostro á los españoles y desbaratar sus mal formadas huestes, no tardaremos en ver cuán de otra manera de lo que esperaban remataron las cosas.

Refuerzos enviados á Moncey.

Aquejábale igualmente á Savary el cuidado de Moncey, cuya suerte ignoraba. Despues de haberse adelantado este mariscal mas allá de la provincia de Cuenca, habian sido interrumpidas sus comunicaciones, hechos prisioneros soldados suyos sueltos y descarriados, y aun algunas partidas. Juntándose pues número considerable de paisanos alentados con aquellos que calificaban de triunfos, fue necesario pensar en dispersarlos. Con este objeto se ordenó al general Caulincourt apostado en Tarancon que marchase con una brigada sobre Cuenca. Dió vista á la ciudad el 3 de julio, y una gavilla de hombres desgobernada le hizo fuego en las cercanías á bulto y por corto espacio. Bastó semejante demostracion para entregar á un horroroso saco aquella desdichada ciudad. Hubo regidores é individuos del cabildo eclesiástico que saliendo con bandera blanca quisieron implorar la merced del enemigo; mas resuelto este al pillage sin atender á la señal de paz los forzó á huir recibiéndolos á cañonazos. Espantáronse á su ruido los vecinos y casi todos se fugaron, quedando solamente los ancianos y enfermos y cinco comunidades religiosas. No perdonaron los contrarios casa ni templo que no allanasen y profanasen. No hubo muger por enferma ó decrépita que se libertase de su brutal furor. Al venerable sacerdote Don Antonio Lorenzo Urban de edad de ochenta y tres anos, ejemplar por sus virtudes, le traspasaron de crueles heridas, despues de recibir de sus propias manos el escaso peculio que todavía su ardiente caridad no habia repartido á los pobres. Al franciscano el padre Gaspar Navarro, tambien octogenario, atormentáronle crudamente para que confesase dinero que no tenia. Otras y no menos crueles, bárbaras y atroces acciones mancharon el nombre francés en el no merecido saco de Cuenca.

Caulincourt saquea á Cuenca.

No satisfecho Savary con el refuerzo que se enviaba á Moncey al mando de Caulincourt, despachó otro nuevo á las órdenes del general Frère, el mismo que antes habia

Frère.

ido á apaciguar á Segovia. Llegó este á Requena el 5 de julio, donde noticioso de que Moncey se retiraba del lado de Almansa, y de estar guardadas las Cabrillas por el general español Llamas, revolvió sobre San Clemente, y se unió con el mariscal. Poco despues informado Savary de haberse puesto en cobro las reliquias de la expedicion de Valencia, y deseoso de engrosar su fuerza en derredor suyo, mandó á Caulincourt y á Frère que se restituyesen á Madrid: con lo que enflaquecido el cuerpo de Moncey y quizá ofendido este de que un oficial inferior en graduacion y respetos pudiese disponer de la gente que debia obedecerle, desistió de toda empresa ulterior, y se replegó á las orillas del Tajo.

Los franceses, que esparcidos no habian conseguido las esperadas ventajas, comenzaron á pensar en mudar de plan, y reconcentrar mas su fuerzas. Napoleon sin embargo tenaz en sus propósitos insistia en que Dupont permaneciese en Andalucía, al paso que mereció su desaprobacion el que le enviasen continuados refuerzos. Savary inmediato al teatro de los acontecimientos, y fiado en el favor de que gozaba, tomó sobre sí obrar por rumbo opuesto, é indicó á Dupont la conveniencia de desamparar las provincias que ocupaba.

Segundo refuerzo llevado á Dupont por el general Gobert.

Para que con mas desembarazo pudiera este gefe efectuar el movimiento retrógrado, dirigió aquel sobre Manzanares al general Gobert con su division, en la que estaba la brigada de coraceros que habia en España. Mas Dupont, ya fuese temor de su posicion, ó ya deseos de conservarse en Andalucía, ordenó á Gobert que se le incorporase, y este se sometió á dicho mandato despues de dejar un batallon en Manzanares y otro en el Puerto del Rey.

Tan discordes andaban unos y otros, como acontece en tiempos borrascosos, estando solo conformes y empeñados en aumentar fuerzas hácia el mediodía. Y al mismo tiempo el punto que mas urgia auxiliar, que era el de Bessières, amenazado por las tropas de Galicia, Leon y Asturias, quedaba sin ser socorrido. Claro era que una ventaja conseguida por los españoles de aquel lado comprometiria la suerte de los franceses en toda la península, interrumpiria sus comunicaciones con la frontera, y los dejaria á ellos mismos en la imposibilidad de retirarse. Pues á pesar de reflexion tan obvia desatendióse á Bessières, y solo tarde y con una brigada de infantería y 300 caballos se acudió de Madrid en su auxilio. Felizmente para el enemigo la fortuna le fue allí mas favorable; merced á la impericia de ciertos gefes españoles.

Desatiende á Bessières.

Despues de la batalla de Cabezon se habia retirado á Benavente el general Cuesta. Recogió dispersos, prosigió los alistamientos, y se le juntaron el cuerpo de estudiantes de Leon y el de Covadonga de Asturias. Diéronse en aquel punto las primeras lecciones de táctica á los nuevos reclutas, se les dividió

Cuesta.

en batallones que llamaron tercios, y esmeróse en instruirlos Don José de Zayas. De esta gente se componia la infantería de Cuesta, limitándose la caballería al regimiento de la Reina y guardias de corps que estuvieron en Cabezon, y al escuadron de carabineros que antes habia pasado á Asturias. Era ejército endeble para salir con él á campaña, si las tropas de la última provincia y las de Galicia no obraban al propio tiempo y mancomunadamente. Por lo cual con instancia pidió el general Cuesta que avanzasen y se le reuniesen. La junta de Asturias, propensa á condescender con sus ruegos, fue detenida por las oportunas reflexiones de su presidente el marqués de Santa-Cruz de Marcenado, manifestando en ellas que, lejos de acceder, se debia exhortar al capitan general de Castilla á abandonar sus llanos y ponerse al abrigo de las montañas; pues no teniendo soldados ni unos ni otros sino hombres, infaliblemente serian deshechos en descampado, y se apagaria el entusiasmo que estaba tan encendido. Convencida la junta de lo fundado de las razones del marqués, acordó no desprenderse de su ejército, y solo por halagar á la multitud consintió en que quedase unido á los castellanos el regimiento de Covadonga, compuesto de mas de 1000 hombres, y mandado por Don Pedro Mendez de Vigo, y ademas que otros tantos bajasen á Leon del puerto de Leitariegos á las órdenes del mariscal de campo conde de Toreno padre del autor.

Tambien encontró en Galicia la demanda de Cuesta graves dificultades. Habia sido el plan de Filangieri fortificar á Manzanal, y organizar allí y en otros puntos del Vierzo sus soldados, antes de aventurar accion alguna campal. Mas la junta de Galicia atenta á la quebrantada salud de aquel general y al desvio con que por extrangero le miraban algunos, relevándole del mando activo, le habia llamado á la Coruña, y nombrado en su lugar al cuartel maestre general Don Joaquin Blake. Púsose este al frente del ejército el 21 de junio, y perseguido Filangieri de adversa estrella pereció como hemos dicho el 24. Persistió Blake en el plan anterior de adiestrar la tropa, esperando que con los cuerpos que habia en Galicia, los de Oporto y nuevos alistados, conseguiria armar y disciplinar 40,000 hombres. La inquietud de los tiempos le impidió llevar su laudable propósito á cumplido efecto. Deseoso de examinar y reconocer por sí la sierra y caminos de Fuencebadon y Manzanal habia salido de Villafranca, y pareciéndole conveniente tomar posicion en aquellas alturas que forman una cordillera avanzada de la del Cebrero y Piedra-Fita, límite de Galicia, se situó allí extendiendo su derecha hasta el Monte Teleno que mira á Sanabria, y su izquierda hácia el lado de Leon por la Cepeda. Así no solamente guarecia todas las entradas principales de Galicia, sino tambien disfrutaba de los auxilios que ofrecia el Vierzo. Empezaba pues á poner en planta su intento de ejercitar y organizar su gente,

Ejército de Galicia despues de la muerte de Filangieri.

cuando el 28 de junio se le presentó Don José de Zayas rogándole á nombre del general Cuesta que con todo ó parte de su ejército avanzase á Castilla. Negóse Blake, y entonces pasó el comisionado á avistarse con la junta de la Coruña de quien aquel dependia. La desgracia ocurrida con Filangieri, el terror que infundió su muerte, las instancias de Cuesta y los deseos del vulgo que casi siempre se gobierna mas bien por impulso ciego que por razon, lograron que triunfase el partido mas pernicioso, habiéndose prevenido á Blake que se juntase con el ejército de Castilla en las llanuras. Poco antes de haber recibido la órden redujo aquel general á cuatro divisiones las seis en que á principios de junio se habia distribuido la fuerza de su mando, ascendiendo su número á unos 27,000 hombres de infantería, con mas de 30 piezas de campaña y 150 caballos de distintos cuerpos. Tomó otras disposiciones con acierto y diligencia, y si al saber y práctica militar que le asistia se le hubiera agregado la conveniente fortaleza ó mayor influjo para contrarestar la opinion vulgar, hubiera al fin arreglado debidamente el ejército puesto á sus órdenes. Mas oprimido bajo el peso de aquella, tuvo que ceder á su impetuoso torrente, y pasar en los primeros dias de julio á unirse en Benavente con el general Cuesta. Dejó solo en Manzanal la segunda division compuesta de cerca de 6000 hombres á las órdenes del mariscal de campo Don Rafael Martinengo, y en la Puebla de Sanabria un trozo de 1000 hombres á las del marqués de Valladares, el que obró despues en Portugal de concierto con el ejército de aquella nacion. Llegado que fue á Benavente con las otras tres divisiones, dejó allí la tercera al mando del brigadier Don Francisco Riquelme sirviendo como de reserva, y constando de 5000 hombres. Púsose en movimiento camino de Rioseco con la primera y cuarta division acaudilladas por el gefe de escuadra Don Felipe Jado Cagigal y el mariscal de campo marqués de Portago; llevó ademas el batallon de voluntarios de Navarra que pertenecia á la tercera. Se habia tambien arreglado para la marcha una vanguardia que guiaba el conde de Maceda grande de España, y coronel del regimiento de infantería de Zaragoza. Ascendia el número de esta fuerza á 15,000 hombres, la cual formaba con la de Cuesta un total de 22,000 combatientes. Contábanse entre unos y otros muchos paisanos vestidos todavía con su humilde y tosco trage, y no llegaban á 500 los ginetes. Reunidos ambos generales tomó el mando el de Castilla como mas antiguo, si bien era muy inferior en número y calidad su tropa. No reinaba entre ellos la conveniente armonía. Repugnábanle á Blake muchas ideas de Cuesta, y ofendíase este de que un general nuevamente promovido y por una autoridad popular pudiese ser obstáculo á sus planes. Pero el primero por desgracia sometiéndose á la superioridad que daban al de Castilla los años, la costumbre del mando y sobre todo ser su dictámen el que

con mas gusto y entusiasmo abrazaba la muchedumbre, no se opuso segun hemos visto á salir de Benavente ni al tenaz propósito de ir al encuentro del enemigo por las llanuras que se extendian por el frente.

Batalla de Rioseco, 14 de julio.

Noticiosos los franceses del intento de los españoles quisieron adelantárseles, y el 9 salió de Burgos el general Bessières. No estaban el 13 á larga distancia ambos ejércitos, y al amanecer del 14 de julio se avistaron sus avanzadas en Palacios, legua y media distante de Rioseco. El de los franceses constaba de 12,000 infantes y mas de 1500 caballos: superior en número el de los españoles era inferiorísimo en disciplina, pertrechos y sobre todo en caballería, tan necesaria en aquel terreno, siendo de admirar que con ejército tan novel y desapercibido se atreviese Cuesta á arriesgar una accion campal.

La desunion que habia entre los generales españoles, sino del todo manifiesta todavía, y la condicion imperiosa y terca del de Castilla, impidieron que de antemano se tomasen mancomunadamente las convenientes disposiciones. Blake en la tarde del 15, al aviso de que los franceses se acercaban, pasó desde Castromonte, en donde tenia su cuartel general, á Rioseco, en cuya ciudad estaba el de Cuesta, y juntos se contentaron con reconocer el camino que va á Valladolid, persuadido el último que por allí habian de atacar los franceses. A esto se limitaron las medidas préviamente combinadas.

Volviendo Don Joaquin Blake á su campo, preparó su gente, reconoció de nuevo el terreno, y á las dos de la madrugada del 14 situó sus divisiones en el parage que le pareció mas ventajoso, no esperando grande ayuda de la cooperacion de Cuesta. Empezó sin embargo este á mover su tropa en la misma direccion á las cuatro de la mañana; pero de repente hizo parada, sabedor de que el enemigo avanzaba del lado de Palacios á la izquierda del camino que de Rioseco va á Valladolid. Advertido Blake tuvo tambien que mudar de rumbo y encaminarse á aquel punto. Ya se deja discurrir de cuánto daño debió de ser para alcanzar la victoria movimiento tan inesperado, teniendo que hacerse por paisanos y tropas bisoñas. Culpa fue grande del general de Castilla no estar mejor informado en un tiempo en que todos andaban solícitos en acechar voluntariamente los pasos del ejército francés. Cuesta temiendo ser atacado pidió auxilio al general Blake, quien le envió su cuarta division al mando del marqués de Portago, y se colocó él mismo con la vanguardia, los voluntarios de Navarra y primera division en la llanura que á manera de mesa forma lo alto de una loma puesta á la derecha del camino que media entre Rioseco y Palacios, y á cuyo descampado llaman los naturales Campos de Monclin. Constaba esta fuerza de 9000 hombres. No era respetable la posicion escogida, siendo por varios puntos de acceso no difícil.

Cuesta se situó detras á la otra orilla del camino, dejando entre sus cuerpos y los de Blake un claro considerable. Mantúvose asi apartado por haber creido segun parece que eran franceses los soldados del provincial de Leon que se mostraron á lo lejos por su izquierda, y quizá tambien llevado de los zelos que le animaban contra el otro general su compañero.

Al avanzar dudó un momento el mariscal Bessières si acometeria á los españoles, imaginándose que eran muy superiores en número á los suyos. Pero habiendo examinado de mas cerca la extraña disposicion, por la cual quedaba un claro en tanto grado espacioso que parecian las tropas de su frente mas bien ejércitos distintos que separados trozos de uno mismo y solo, recordó lo que habia pasado allá en Cabezon, y arremetiendo sin tardanza resolvió interponerse entre Blake y Cuesta. Habia juzgado el francés que eran dos líneas diversas, y que la ignorancia é impericia de los gefes habia colocado á los soldados tan distantes unos de otros. Difícil era por cierto presumir que el interés de la patria, ó por lo menos el honor militar, no hubiese acallado en un dia de batalla mezquinas pasiones. Nosotros creemos que hubo de parte de Cuesta el deseo de campear por sí solo y acudir al remedio de la derrota luego que hubiese visto destrozado en parte ó por lo menos muy comprometido á su rival. No era dado á su ofendido orgullo descubrir lo arriesgado y aun temerario de tal empresa. De su lado Blake hubiera obrado con mayor prudencia si, conociendo la inflexible dureza de Cuesta, hubiese evitado exponerse á dar batalla con una parte reducida de su ejército.

Prosiguiendo Bessières en su propósito ordenó que el general Merle y Sabathier acometiesen el primero la izquierda de la posicion de Blake y el segundo su centro. Iba con ellos el general Lasalle acompañado de dos escuadrones de caballería. Resistieron con valor los nuestros, y muchos aunque bisoños aguantaron la embestida, como si estuvieran acostumbrados al fuego de largo tiempo. Sin embargo el general Merle encaramándose del lado del camino por el tajo de la meseta, los nuestros comenzaron á ciar, y á desordenarse la izquierda de Blake. *En tanto avanzaba Mouton para acometer á los de Cuesta, é interponerse entre los dos* grandes y separados trozos del ejército español. A su vista los carabineros reales y guardias de corps sin aguardar aviso se movieron y en una carga bizarrísima arrollaron las tropas ligeras del enemigo, y las arrojaron en una torrentera de las que causan en aquel pais las lluvias. Fue al socorro de los suyos la caballería de la guardia imperial, y nuestros ginetes cediendo al número se guarecieron de su infantería. Cayeron muertos en aquel lance los ayudantes mayores de carabineros Escobedo y Chaperon, lidiando este bravamente y cuerpo á cuerpo con varios soldados del ejército contrario. Arreciando la pelea, se adelantó la cuarta division de

Galicia, puesta antes á las órdenes inmediatas de Cuesta con consentimiento de Blake. Dicen unos que obró por impulso propio, otros por acertada disposicion del primer general. Iban en ella dos batallones de granaderos entresacados de varios regimientos, el provincial de Santiago y el de línea de Toledo, á los que se agregaron algunos bisoños, entre otros el de Covadonga. Arremetieron con tal brio que fueron los franceses rechazados y deshechos, cogiendo los nuestros cuatro cañones. Momento apurado para el enemigo y que dió indicio de cuán otro hubiera sido el éxito de la batalla á haber habido mayor acuerdo entre los generales españoles. Mas la adquirida ventaja duró corto tiempo. En el intervalo habia crecido el desórden y la derrota en las tropas de Blake. En balde este general habia querido contener al enemigo con la columna de granaderos provinciales que tenia como en reserva. Estos no correspondieron á lo que su fama prometia por culpa en gran parte de algunos de los gefes. Fueron como los demas envueltos en el desórden, y caballos enemigos que subieron á la altura acabaron de aumentar la confusion. Entonces Merle mas desembarazado revolvió sobre la cuarta division que habia alcanzado la ventaja arriba indicada, y flanqueándola por su derecha la contuvo y desconcertó. Los franceses luego acometieron intrépidamente por todos lados, extendiéronse por la meseta ó alto de la posicion de Blake, y todo lo atropellaron y desbarataron, apoderándose de nuestras no aguerridas tropas la confusion y el espanto. Individualmente hubo soldados, y sobre todo oficiales que vendieron caras sus vidas, contándose entre los mas valerosos al ilustre conde de Maceda, quien *pródigo de su grande alma*, cual otro Paulo, prefirió arrojarse á la muerte antes que ver con sus ojos la rota de los suyos. Vanos fueron los esfuerzos del general Blake y de los de su estado mayor, particularmente de los distinguidos oficiales Don Juan Moscoso, Don Antonio Burriel y Don José Maldonado, para rehacer la gente. Eran sordos á su voz los mas de los soldados, manteniéndose por aquel punto solo unido y lidiando el batallon de voluntarios de Navarra mandado por el coronel Don Gabriel de Mendizabal. Cundiendo el desórden no fue tampoco dable á Cuesta impedir la confusion de los suyos, y ambos generales españoles se retiraron á corta distancia uno de otro sin ser muy molestados por el enemigo, pero entre sí con ánimo mas opuesto y enconado. Tomaron el camino de Villalpando y Benavente. Pasó de 4000 la pérdida de los nuestros entre muertos, heridos, prisioneros y extraviados, con varias piezas de artillería. De los contrarios perecieron unos 500 y mas de 700 fueron los heridos. Lamentable jornada debida á la obstinada ceguedad é ignorancia de Cuesta, al poco concierto entre él y Blake, y á la débil y culpable condescendencia de la junta de Galicia. La tropa bisoña y aun el paisanage, habiendo peleado largo rato con entusiasmo y denuedo, claramente mostraron lo que con

mayor disciplina y mejor acuerdo de los gefes hubieran podido llevar á glorioso remate. Mucho perjudicó á la causa de la patria tan triste suceso. Se perdieron hombres, se consumieron en balde armas y otros pertrechos, y sobre todo se menoscabó en gran manera la confianza.

Rioseco pagó duramente la derrota padecida casi á sus puertas. Nunca pudo autorizar el derecho de la guerra el saqueo y destruccion de un pueblo que por sí no habia opuesto resistencia. Mas el enemigo, con pretexto de que soldados dispersos habian hecho fuego cerca de los arrabales, entró en la ciudad matando por calles y plazas. Los vecinos que quisieron fugarse murieron casi todos á la salida. Allanaron los franceses las casas, los conventos y los templos, destruyeron las fábricas, robándolo todo y arruinándolo. Quitaron la vida á mozos, ancianos y niños, á religiosos y á varias mugeres, violándolas á presencia de sus padres y maridos. Llevá*ronse otras al campamento, abusando de ellas hasta que hubieron* fallecido. Quemaron mas de cuarenta casas, y coronaron tan horrorosa jornada con formar de la hermosa iglesia de Santa Cruz un infame lupanar, en donde fueron víctima del desenfreno de la soldadesca muchas monjas, sin que se respetase aun á las muy ancianas. No pocas horas duró el tremendo destrozo.

Avanza Bessières á Leon.

Bessières despues de avanzar hasta Benavente persiguió á Cuesta camino de Leon, á cuya ciudad llegó este el 17, abandonándola en la noche del 18 para retirarse hácia Salamanca. El general francés que habia dudado antes si iria ó no á Portugal, sabiendo este movimiento y el que Blake y los asturianos se habian replegado detras de las montañas, desistió de su intento y se contentó con entrar en Leon y recorrer la tierra llana.

Su correspondencia con Blake.

Desde el 22 abrió el mariscal francés correspondencia con Blake haciéndole proposiciones muy ventajosas para que él y su ejército reconociesen á José. Respondióle el general español con firmeza y decoro, concluyendo los tratos con una carta de este demasiadamente vanagloriosa, y una respuesta de su contrario atropellada y en que se pintaba el enfado y despecho*.

(*Ap. n. 14 bis.)

La batalla de Rioseco fatal para los españoles llenó de júbilo á Napoleon, comparándola con la de Villaviciosa que habia asegurado la corona en las sienes de Felipe V. Satisfecho con la agradable nueva, ó mas bien sirviéndole de honroso y simulado motivo, abandonó á Bayona, de donde el 21 de julio por la noche salió para Paris, visitando antes los departamentos del mediodia. No fue la vez primera ni la única en que, alejándose á tiempo, procuraba que sobre otros recayesen las faltas y errores que se cometian en su ausencia.

Viage de José á Madrid.

José, á quien dejamos á la raya de España y pisando su territorio, el 9 de julio habia seguido su camino á

cortas jornadas. A do quiera que llegaba acogianle friamente; las calles de los pueblos estaban en soledad y desamparo, y no habia para recibirle sino las autoridades que pronunciaban discursos, forzadas por la ocupacion francesa. El 16 supo en Burgos las resultas de la batalla de Rioseco, con lo que mas desahogadamente le fue lícito continuar su viage á Madrid. En el tránsito quiso manifestarse afable, lo cual dió ocasion á los satíricos donaires de los que le oian; porque, poco práctico en la lengua española, alteraba su pureza con vocablos y acento de la italiana, y sus arengas en vez de cautivar los ánimos solo los movian á risa y burla.

Su entrada en la capital.

El 20 en fin llegó á Chamartin á mediodia y se apeó en la quinta del duque del Infantado, disponiéndose á hacer su entrada en Madrid. Verificóla pues en aquella propia tarde á las seis y media, yendo por la puerta de Recoletos, calle de Alcalá y Mayor hasta palacio. Habian mandado colgar y adornar las casas. Raro ó ninguno fue el vecino que obedeció. Venia escoltado para seguridad y mayor pompa de mucha infantería y caballería, generales y oficiales de estado mayor, y contados españoles de los que estaban mas comprometidos. Interrumpíase la silenciosa marcha con los solos vivas de algunos franceses establecidos en Madrid, y con el estruendo de la artillería. Las campanas en lugar de tañer como á fiesta las hubo que doblaron á manera de dia de difuntos. Pocos fueron los habitantes que se asomaron ó salieron á ver la ostentosa solemnidad. Y aun el grito de uno que prorumpió en *viva Fernando VII* causó cierto desórden por el recelo de alguna oculta trama. Recibimiento que representaba al vivo el estado de los ánimos, y singular en su contraste con el que se habia dado á Fernando VII en 24 de marzo. Asemejóse muy mucho al de Cárlos de Austria en 1710, en el que se mezclaron con los pocos vítores que le aplaudian varios que osaron aclamar á Felipe V. Pero José no se ofendió ni de extraños clamores ni de la expresiva soledad como el austriaco. Este al llegar á la puerta de Guadalajara torció á la derecha y se salió por la calle de Alcalá diciendo « que era una corte sin gente. » José se posesionó de Palacio y desde luego admitió á cumplimentarle á las autoridades, consejos y principales personas al efecto citadas.

Retrato de José.

Ahora no parecerá fuera de propósito que nos detengamos á dar una idea, si bien sucinta, del nuevo rey, de su carácter y prendas. Comenzaremos por asentar con desapasionada libertad que en tiempos serenos y asistido de autoridad, sino mas legítima por los menos de orígen menos odioso, no hubiera el intruso deshonrado el solio, mas si cooperado á la felicidad de España. José habia nacido en Córcega, año de 1768. Habiendo estudiado en el colegio de Autun en Borgoña, volvió á su patria en 1785 en donde despues fue individuo de la administracion departamental, á cuya cabeza estaba el célebre Paoli. Casado

en 1794 con una hija de Mr. Clari, hombre de los mas acaudalados de Marsella, acompañó al general Bonaparte en su primera campaña de Italia. Hallábase embajador en Roma á la sazon que sublevándose el pueblo acometió su palacio y mató á su lado al general Duphot. Miembro á su regreso del consejo de los Quinientos, defendió con esfuerzo á su hermano que, entonces en Egipto, era vivamente atacado por el directorio. Despues de desempeñar comisiones importantes y de haber firmado el concordato con el papa, los tratados de Luneville, Amiens y otros, tomó asiento en el senado. Mas cuando Napoleon convirtió la Francia en un vasto campo militar y sus habitantes en soldados, ciñó á su hermano la espada, dándole el mando del cuarto regimiento de línea, uno de los destinados al tan pregonado desembarco de Inglaterra. No descolló empero en las armas, cual conviniera al que fue á domeñar despues una nacion fiera y altiva como la española. Al subir Napoleon al trono ofreció á José la corona de Lombardía que se negó á admitir, accediendo en 1806 á recibir la de Nápoles, cuyo reino gobernó con algun acierto. Fue en España mas desgraciado á pesar de las prendas que le adornaban. Nacido en la clase particular y habiendo pasado por los vaivenes y trastornos de una gran revolucion política, poseia á fondo el conocimiento de los negocios públicos y el de los hombres. Suave de condicion, instruido y agraciado de rostro, y atento y delicado en sus modales, hubiera cautivado á su partido las voluntades españolas, si antes no se las hubiera tan gravemente lastimado en su pundonoroso orgullo. Ademas la extrema propension de José á la molicie y deleites, oscureciendo algun tanto sus bellas dotes, dió ocasion á que se inventasen respecto de su persona ridículas consejas y cuentos creidos por una multitud apasionada y enemiga. Asi fue que, no contentos con tenerle por ebrio y disoluto, deformáronle hasta en su cuerpo fingiendo que era tuerto. Su misma locucion fácil y florida perjudicóle en gran manera, pues arrastrado de su facundia se arrojaba como hemos advertido á pronunciar discursos en lengua que no le era familiar, cuyo inmoderado uso unido á la fama exagerada de sus defectos provocó á componer farsas populares que, representadas en todos los teatros del reino, contribuyeron no tanto al odio de su persona como á su desprecio; afecto del ánimo mas temible para el que anhela afianzar en sus sienes una corona. Por tanto José, si bien enriquecido de ciertas y laudables calidades, carecia de las virtudes bélicas y austeras que se requerian entonces en España, y sus imperfecciones, débiles lunares en otra coyuntura, ofrecianse abultadas á los ojos de una nacion enojada y ofendida.

Su proclamacion.

Los pocos dias que el nuevo rey residió en Madrid se pasaron en ceremonias y cumplidos. Señalóse el 25 de julio para su proclamacion. Prefirieron aquel dia por ser el de Santiago, creyendo asi agradar á la devocion española que le reco-

nocia como patron del reino. Hizo las veces de alferez mayor el conde de Campo de Alange, estando ausente y habiendo rehusado asistir el marqués de Astorga á quien de derecho competia.

Su reconocimiento.

Consejo de Castilla.

Todas las autoridades despues de haber cumplimentado á José le prestaron con los principales personages juramento de fidelidad. Solo se resistieron el consejo de Castilla y la sala de alcaldes. Muy de elogiar seria la conducta del primero, si con empeño y honrosa porfía se hubiera antes constantemente opuesto á las resoluciones de la autoridad intrusa. Habia sí á veces suprimido la fórmula, al publicar sus decretos, de que estos se *guardasen* y *cumpliesen;* pero imprimiéndose y circulándose á su nombre, el pueblo que no se detenia en otras particularidades achacaba al consejo y vituperaba en él la autorizacion de tales documentos, y los hombres entendidos deploraban que se sirviese de un efugio indigno de supremos magistrados. Porque al paso que doblaban la cerviz al usurpador, buscaban con sutilezas é impropios ardides un descargo á la severa responsabilidad que sobre ellos pesaba; proceder que los malquistó con todos los partidos.

Desde la llegada de José á España habíase ordenado al consejo que se dispusiese á prestar el debido juramento. En el 22 de julio expresamente se le reiteró cumpliese con aquel acto, segun lo prevenido en la constitucion de Bayona la cual ya de antemano se le habia ordenado que circulase. El consejo, sabedor de la resistencia general de las provincias, y previendo el compromiso á que se exponia, habia procurado dar largas, y no antes del 24 respondió á las mencionadas órdenes. En dicho dia remitió dos representaciones que abrazaban ambos puntos el del juramento y el de la constitucion. Acerca de la última expuso: « que él no representaba á « la nacion, y sí únicamente las córtes, las que no habian recibido « la constitucion; que seria una manifiesta infraccion de todos los de- « rechos mas sagrados el que tratándose, no ya del establecimiento « de una ley sino de la extincion de todos los códigos legales y de « la formacion de otros nuevos, se obligase á jurar su observancia « antes que la nacion los reconociese y aceptase. » Justa y saludable doctrina de que en adelante se desvió con frecuencia el mismo consejo.

Hasta en el presente negocio cedió al fin respecto de la constitucion de Bayona, cuya publicacion y circulacion tuvo efecto con su anuencia en 26 de julio. Animáronle á continuar en la negativa del pedido juramento los avisos confidenciales que ya llegaban del estado apurado de los franceses en Andalucía: por lo cual el 28 insistió en las razones alegadas, añadiendo nuevas de conciencia. A unas y á otras le hubiera la necesidad obligado á encontrar salida y someterse á lo que se le ordenaba, segun antes habia en todo practicado, si grandes acontecimientos allende la Sierra-Morena no

hubieran distraido de los escrúpulos del consejo y suscitado nuevos é impensados cuidados al gobierno intruso.

Al llegar aqui de suyo se nombra la batalla de Bailen: memorable suceso que exige lo refiramos circunstanciadamente.

Acontecimientos que precedieron á la batalla de Bailen.

No habrá el lector olvidado como Dupont despues de abandonar á Córdoba se habia replegado á Andújar, y asentando allí su cuartel general, sucesivamente habia recibido los refuerzos que le llevaron los generales Vedel y Gobert. Antes de esta retirada y para impedirla se habia formado un plan por los españoles. Don Francisco Javier Castaños se oponia á que este se realizase, pensando quizá fundadamente que ante todo debia organizarse el ejército en un campo atrincherado delante de Cádiz. En tanto Dupont frustró con su movimiento retrógrado el intento que habia habido de rodearle. Alentáronse los nuestros, y solo Castaños insistió de nuevo en su anterior dictámen. Inclinábase á adoptarle la junta de Sevilla hasta que arrastrada por la voz pública, y noticiosa de que tropas de refresco avanzaban á unirse al enemigo, determinó que se le atacase en Andújar.

Castaños desde que habia tomado el mando del ejército de Andalucía habia tratado de engrosarle, y disciplinar á los innumerables paisanos que se presentaban á alistarse voluntariamente. En Utrera estableció su cuartel general, y en aquel pueblo y Carmona se juntaron unas en pos de otras todas las fuerzas, asi las que venian de San Roque, Cádiz y Sevilla, como las que con Echavarri habian peleado en Alcolea. No tardaron mucho las de Granada en aproximarse y darse la mano con las demas. Para mayor seguridad rogó Castaños al general Spencer, quien con 5000 ingleses segun se apuntó estaba en Cádiz á bordo de la escuadra de su nacion, que desembarcase y tomase posicion en Jerez. Entonces no condescendió este general con su deseo, prefiriendo pasar á Ayamonte y sostener la insurreccion de Portugal. No tardó sin embargo el inglés en volver y desembarcar en el puerto de Santa María, en donde permaneció corto tiempo sin tomar parte en la guerra de Andalucía.

Distribucion del ejército español de Andalucía.

Puestos de inteligencia los gefes españoles dispusieron su ejército en tres divisiones con un cuerpo de reserva. Mandaba la primera Don Teodoro Reding con la gente de Granada; la segunda el marqués de Coupigny, y se dejó la tercera á cargo de Don Felix Jones que debia obrar unida á la reserva capitaneada por Don Manuel de la Peña. El total de la fuerza ascendia á 25,000 infantes y 2000 caballos. A las órdenes de Don Juan de la Cruz habia una corta division, compuesta de las compañías de cazadores, de algunos cuerpos de paisanos y otras tropas ligeras, con partidas sueltas de caballería, que en todo ascendia á 1000 hombres. Tambien Don Pedro Valde-

cañas mandaba por otro lado pequeños destacamentos de gente allegadiza.

Los españoles avanzando se extendieron desde el 1° de julio por el Carpio y ribera izquierda del Guadalquivir. Los franceses para buscar víveres y cubrir su flanco habian al propio tiempo enviado á Jaen el general de brigada Cassagne con 1500 hombres. A las once del mismo dia acercándose los franceses á la ciudad tuvieron varios reencuentros con los nuestros, y hasta el 3 que por la noche la desampararon estuvieron en continuado rebato y pelea, ya con paisanos y ya con el regimiento de suizos de Reding y voluntarios de Granada, que habian acudido á la defensa de los suyos. Dupont sabedor del movimiento del general Castaños, no queriendo tener alejadas sus fuerzas, habia ordenado á Cassagne que retrocediese, y asi se libertó Jaen de la ocupacion de unos soldados que tanto daño le habian ocasionado en la primera.

Consejo celebrado para atacar á los franceses.

Instando de todos lados para que se acometiese decididamente al enemigo, celebraron en Porcuna el 11 de julio los gefes españoles un consejo de guerra en el que se acordó el plan de ataque. Conforme á lo convenido debia Don Teodoro Reding cruzar el Guadalquivir por Mengíbar y dirigirse sobre Bailen, sosteniéndole el marqués de Coupigny que habia de pasar el rio por Villanueva. Al mismo tiempo Don Francisco Javier Castaños quedó encargado de avanzar con la tercera division y la reserva y atacar de frente al enemigo, cuyo flanco derecho debia ser molestado por las tropas ligeras y cuerpos francos de Don Juan de la Cruz, quien atravesando por el puente de Marmolejo, que aunque cortado anteriormente estaba ya transitable, se situó al efecto en las alturas de Sementera.

El 13 se empezó á poner en obra el concertado movimiento, y el 15 hubo varias escaramuzas. Dupont, inquieto con las tropas que veia delante de sí, pidió á Vedel que le enviase de Bailen el socorro de una brigada; pero este no queriendo separarse de sus soldados fue en persona con su division, dejando solamente á Liger-Belair con 1300 hombres para guardar el paso de Mengíbar. En el mismo 15 los franceses atacaron á Cruz, quien despues de haber combatido bizarramente se trasfirió á Peñascal de Morales, replegándose los enemigos á sus posiciones. No hubo en el 16 por el frente, ó sea del lado de Castaños, sino un recio cañoneo; pero fue grave y glorioso para los españoles el choque en que se vió empeñado en el propio dia el general Reding.

Accion de Mengíbar.

Segun lo dispuesto trató este general de atacar al enemigo, y al tiempo que le amenazaba en su posicion de Mengíbar, á las cuatro de la mañana cruzó el rio á media legua por el vado apellidado del Rincon. Le desalojó de todos los puntos, y obligó á Liger-Belair á retirarse hácia Bailen, de donde volando á su socorro el general Gobert, recibió este un balazo en la cabeza,

de que murió poco despues. Cuerpos nuevos como el de Antequera y otros se estrenaron aquel dia con el mayor lucimiento. Contribuyó en gran manera al acierto de los movimientos el experto y entendido mayor general Don Francisco Javier Abadía. Nada embarazaba ya la marcha victoriosa de los españoles; mas Reding como prudente capitan suspendió perseguir al enemigo, y repasando por la tarde el rio aguardó á que se le uniese Coupigny. Pareció ser dia de buen agüero porque en 1212 en el mismo 16 de julio, segun el cómputo de entonces, habíase ganado la célebre batalla de las Navas de Tolosa, pueblo de allí poco distante: siendo de notar que el parage en donde hubo mayor destrozo de moros, y que aun conserva el nombre de Campo de Matanza, fue el mismo en que cayó mortalmente herido el general Gobert.

De resultas de este descalabro determinó Dupont que Vedel tornase á Bailen, y arrojase los españoles del otro lado del rio. Empezaba el terror á desconcertar á los franceses. Aumentóse con la noticia que recibieron de lo ocurrido en Valencia, y por do quiera no veian ni soñaban sino gente enemiga. Así fue que Dufour, sucesor de Gobert, y Liger-Belair escarmentados con la pérdida que el 16 experimentaron en Mengíbar, y temerosos de que los españoles mandados por Don Pedro Valdecañas, que habian acometido y sorprendido en Linares un destacamento francés, se apoderasen de los pasos de la sierra y fuesen despues sostenidos por la division victoriosa de Reding, en vez de mantenerse en Bailen caminaron á Guarroman tres leguas distante. Ya se habian puesto en marcha cuando Vedel de vuelta de Andújar llegó al primer pueblo, y sin aguardar noticia ni aviso alguno recelándose que Dufour y su compañero pudiesen ser atacados prosiguió adelante, y uniéndose á ellos avanzaron juntos á la Carolina y Santa Elena.

En el intermedio y al dia siguiente de la gloriosa accion que habia ganado, movió el general Reding su campo, repasó de nuevo el rio en la tarde del 17, é incorporándosele al amanecer el marqués de Coupigny entraron ambos el 18 en Bailen. Sin permitir á su gente largo descanso disponíanse á revolver sobre Andújar, con intento de coger á Dupont entre sus divisiones y las que habian quedado en los Visos, cuando impensadamente se encontraron con las tropas de dicho general, que de priesa y silenciosamente caminaban. Habia el francés salido de Andújar al anochecer del 18, despues de destruir el puente y las obras que para su defensa habia levantado. Escogió la oscuridad deseoso de encubrir su movimiento, y salvar el inmenso bagage que acompañaba á sus huestes.

Batalla de Bailen, 19 de julio.

Abria Dupont la marcha con 2600 combatientes, mandando Barbou la columna de retaguardia. Ni franceses ni españoles se imaginaban estar tan cercanos; pero desengañólos el tiroteo que de noche empezó á oirse en los puntos avanzados. Los generales españoles, que estaban reunidos en una

almazara ó sea molino de aceite á la izquierda del camino de Andújar, paráronse un rato con la duda de si eran fusilazos de su tropa bisoña ó reencuentro con la enemiga. Luego los sacó de ella una granada que casi cayó á sus pies á las doce y minutos de aquella misma noche, y principio ya del dia 19. Eran en efecto fuegos de tropas francesas que habiendo las primeras y mas temprano salido de Andújar, habian tenido el necesario tiempo para aproximarse á aquellos parages. Los gefes españoles mandaron hacer alto, y Don Francisco Venegas Saavedra, que en la marcha capitaneaba la vanguardia, mantuvo el conveniente órden, y causó diversion al enemigo en tanto que la demas tropa ya puesta en camino volvia á colocarse en el sitio que antes ocupaba. Los franceses por su parte avanzaron mas allá del puente que hay á media legua de Bailen. En unas y otras no empezó á trabarse formalmente la batalla hasta cerca de las cuatro de la mañana del citado 19. Aunque los dos grandes trozos ó divisiones, en que se habia distribuido la fuerza española alli presente, estaban al mando de los generales Reding y Coupigny, sometido este al primero, ambos gefes acudian indistintamente con la flor de sus tropas á los puntos atacados con mayor empeño. Ayudóles mucho para el acierto el saber y tino del mayor general Abadia.

La primera acometida fue por donde estaba Coupigny. Rechazáronla sus soldados vigorosamente, y los guardias walonas, suizos, regimientos de Bujalance, Ciudad-Real, Trujillo, Cuenca, Zapadores y el de caballería de España embistieron las alturas que el enemigo señoreaba y le desalojaron. Roto este enteramente se acogió al puente, y retrocedió largo trecho. Reconcentrando en seguida Dupont sus fuerzas volvió á posesionarse de parte del terreno perdido, y extendió su ataque contra el centro y costado derecho español en donde estaba Don Pedro Grimarest. Flaqueaban los nuestros de aquel lado, pero auxiliados oportunamente por Don Francisco Venegas, fueron los franceses del todo arrollados teniendo que replegarse. Muchas y porfiadas veces repitieron los enemigos sus tentativas por toda la línea, y en todas fueron repelidos con igual éxito. Manejaron con destreza nuestra artillería los soldados y oficiales de aquella arma mandados por los coroneles Don José Juncar y Don Antonio de la Cruz, consiguiendo desmontar de un modo asombroso la de los contrarios. La sed causada por el intenso calor era tanta que nada disputaron los combatientes con mayor encarnizamiento como el apoderarse, ya unos ya otros, de una noria sita mas abajo de la almazara antes mencionada.

A las doce y media de la mañana Dupont lleno de enojo púsose con todos los generales á la cabeza de las columnas, y furiosa y bravamente acometieron juntos al ejército español. Intentaron con particular arrojo romper nuestro centro, en donde estaban los ge-

nerales Reding y Abadía, llegando casi á tocar con los cañones los marinos de la guardia imperial. Vanos fueron sus esfuerzos, inútil su conato. Tanto ardimiento y maestría estrellóse contra la bravura y constancia de nuestros guerreros. Cansados los enemigos, del todo decaidos, menguados sus batallones, y no encontrando refugio ni salida, propusieron una suspension de armas que aceptó Reding.

Mientras que la victoria coronaba con sus laureles á este general, Don Juan de la Cruz no habia permanecido ocioso. Informado del movimiento de Dupont en la misma noche del 18 se adelantó hasta los Baños, y colocándose cerca del Herrumblar á la izquierda del enemigo, le molestó bastantemente. Castaños debió tardar mas en saber la retirada de los franceses, puesto que hasta la mañana del 19 no mandó á Don Manuel de la Peña ponerse en marcha. Llevó este consigo la tercera division de su mando reforzada, quedándose con la reserva en Andújar el general en gefe. Peña llegó cuando se estaba ya capitulando: habia antes tirado algunos cañonazos para que Reding estuviese advertido de su llegada, y quizá este aviso aceleró el que los franceses se rindiesen.

Vedel en su correría no habiendo descubierto por la sierra tropas españolas, unido con Dufour permaneció el 18 en la Carolina, despues de haber dejado para resguardar el paso en Santa Elena y Despeñaperros dos batallones y algunas compañías. Allí estaba cuando al alborear del 19 oyendo el cañoneo del lado de Bailen, emprendió su marcha, aunque lentamente, hácia el punto de donde partia el ruido. Tocaba ya á las avanzadas españolas, y todavía reposaban estas con el seguro de la pactada tregua. Advertido sin embargo Reding envió al francés un parlamento con la nueva de lo acaecido. Dudó Vedel si respetaria ó no la suspension convenida, mas al fin envió un oficial suyo para cerciorarse del hecho.

Ocupaban por aquella parte los españoles las dos orillas del camino. En la ermita de San Cristóbal, que está á la izquierda yendo de Bailen á la Carolina, se habia situado un batallon de Irlanda, y el regimiento de Ordenes Militares al mando de su valiente coronel Don Francisco de Paula Soler: en frente y del otro lado se hallaba otro batallon de dicho regimiento de Irlanda con dos cañones. Pesaroso Vedel de haber suspendido su marcha, ú obrando quizá con doblez, media hora despues de haber contestado al parlamento de Reding, y de haber enviado un oficial á Dupont, mandó al general Cassagne que atacase el puesto de los españoles últimamente indicado. Descansando nuestros soldados en la buena fé de lo tratado, fuele fácil al francés desbaratar al batallon de Irlanda que allí habia, cogerle muchos prisioneros, y aun los dos cañones. Mayor oposicion encontró el enemigo en las fuerzas que mandaba Soler, quien aguantó bizarramente la acometida que le

dió el gefe de batallon Roche. Interesaba mucho aquel punto de la ermita de San Cristóbal, porque se facilitaba apoderándose de ella la comunicacion con Dupont. Viendo la porfiada y ordenada resistencia que los españoles ofrecian, iba Vedel á atacar en persona la ermita, cuando recibió la órden de su general en gefe de no emprender cosa alguna, con lo que cesó en su intento calificado por los españoles de alevoso.

Capitulacion del ejército francés.

Negociábase pues el armisticio que antes se habia entablado. Fue enviado por Dupont para abrir los tratos el capitan Villoutreys de su estado mayor. Pedia el francés la suspension de armas y el permiso de retirarse libremente á Madrid. Concedió Reding la primera demanda, advirtiendo que para la segunda era menester abocarse con Don Francisco Javier Castaños que mandaba en gefe. A él se acudió autorizando los franceses al general Chabert para firmar un convenio. Inclinábase Castaños á admitir la proposicion de dejar á los enemigos repasar sin estorbo la Sierra-Morena. Pero la arrogancia francesa disgustando á todos, excitó al conde de Tilly á oponerse, cuyo dictámen era de gran peso como individuo de la junta de Sevilla, y de hombre que tanta parte habia tomado en la revolucion. Vino en su apoyo el haberse interceptado un despacho de Savary de que era portador el oficial Mr. de Fenelon. Preveniasele á Dupont en su contenido que se recogiese al instante á Madrid en ayuda de las tropas que iban á hacer rostro á los generales Cuesta y Blake que avanzaban por la parte de Castilla la Vieja. Tilly á la lectura del oficio insistió con ahinco en su opinion, añadiendo que la victoria alcanzada en los campos de Bailen de nada serviria sino de favorecer los deseos del enemigo, caso que se permitiese á sus soldados ir á juntarse con los que estaban allende la sierra. A sus palabras irritados los negociadores franceses se propasaron en sus expresiones hablando mal de los paisanos españoles y exagerando sus excesos. No quedaron en zaga en su réplica los nuestros, echándoles en cara escándalos, saqueos y perfidias. De ambas partes agriándose sobremanera los ánimos, rompiéronse las entabladas negociaciones.

Mas los franceses no tardaron en renovarlas. La posicion de su ejército por momentos iba siendo mas crítica y peligrosa. Al ruido de la victoria habia acudido de la comarca la poblacion armada, la cual y los soldados vencedores estrechando enderredor al enemigo abatido y cansado, sofocado con el calor y sediento, le sumergian en profunda afliccion y desconsuelo. Los gefes franceses no pudiendo los mas sobrellevar la dolorosa vista que ofrecian sus soldados, y algunos, si bien los menos, temerosos de perder el rico botin que los acompañaba, generalmente persistieron en que se concluyese una capitulacion. Y como las primeras conferencias no habian tenido feliz resulta, escogióse para ajustarla al general Ma-

rescot que por acaso se habia incorporado al ejército de Dupont. De antiguo conocia al nuevo plenipotenciario Don Francisco Javier Castaños, y lisonjeáronse los que le eligieron con que su amistad llevaria la negociacion á pronto y cumplido remate.

Habíanse ya trabado nuevas pláticas, y todavía hubo oficiales franceses que, escuchando mas á los ímpetus de su adquirida gloria que á lo que su situacion y la fé empeñada exigian, propusieron embestir de repente las líneas españolas, y uniéndose con Vedel salvarse á todo trance. Dupont mismo sobrecogido y desatentado dió órdenes contradictorias, y en una de ellas insinuó á Vedel que se considerase como libre y se pusiese en cobro. Bastóle á este general el permiso para empezar á retirarse por la noche burlándose de la tregua. Notando los españoles su fuga, intimaron á Dupont que de no cumplir él y los suyos la palabra dada, no solamente se romperia la negociacion, sino que tambien sus divisiones serian pasadas á cuchillo. Arredrado con la amenaza, envió el francés oficiales de su estado mayor que detuviesen en la marcha á Vedel, el cual aunque cercado de un enjambre de paisanos, y hostigado por el ejército español, vaciló si habia ó no de obedecer. Mas aterrorizados oficiales y soldados, era tanto su desaliento que de veintitres gefes que convocó á consejo de guerra, solo cuatro opinaron que debia continuarse la comenzada retirada. Mal de su grado sometióse Vedel al parecer de la mayoría.

Terminóse pues la capitulacion oscura y contradictoria en alguna de sus partes; lo que en seguida dió márgen á disputas y altercados*. Segun los primeros artículos se hacia una distincion bien marcada entre las tropas del general Dupont y las de Vedel. Las unas eran consideradas como prisioneras de guerra, debiendo rendir las armas, y sujetarse á la condicion de tales. A las otras si bien forzadas á evacuar la Andalucía, no se les obligaba á entregar las armas sino en calidad de depósito, para devolvérselas á su embarco. Pero esta distincion desaparecia en el artículo 6º en donde se estipulaba que todas las tropas francesas de Andalucía se harian á la vela desde San Lúcar y Rota para Rochefort en buques tripulados por españoles. Ignoramos si hubo ó no malicia en la insercion del artículo. Si procedió de ardid de los negociadores franceses, enredáronse entonces en su propio lazo, pues no era hacedero aprestar los suficientes barcos con tripulacion nacional. Tenemos por mas probable que anhelando todos concluir el convenio se precipitaron á cerrarle, dejándole en parte ambiguo y vago. (*Ap. n. 15.)

La capitulacion firmóse en Andújar el 22 de julio por Don Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly á nombre de los españoles, y lo fue al de los franceses por los generales Marescot y Chabert. Al dia siguiente desfiló la fuerza que estaba á las órdenes inmediatas del general Dupont por delante de la reserva y tercera division

españolas, á cuyo frente se hallaban los generales Castaños y Don Manuel de la Peña. Censuróse que se diera la mayor honra y prez de la victoria á las tropas que menos habian contribuido á alcanzarla. Componíase la primera fuerza francesa de 8248 hombres, la cual rindió sus armas á 400 toesas del campo. El 24 trasladóse el mismo Castaños á Bailen, en donde las divisiones de Vedel y Dufour que constaban de 9393 hombres abandonaron sus fusiles, colocándolos en pabellones sobre el frente de banderas. Ademas entregaron unos y otros las águilas como tambien los caballos y la artillería que contaba 40 piezas. De suerte que entre los que habian perecido en la batalla, los rendidos y los que despues sucesivamente se rindieron en la sierra y Mancha, pasaba el total del ejército enemigo de 21,000 hombres. El número de sus muertos ascendia á mas de 2000 con gran número de heridos. Entre ellos perecieron el general Dupré y varios oficiales superiores. Dupont quedó tambien contuso. De los nuestros murieron 245, quedando heridos mas de 700.

Rinden las armas los franceses.

Dia fue aquel de ventura y gloria para los españoles, de eterna fama para sus soldados, de terrible y dolorosa humillacion para los contrarios. Antes vencedores estos contra las mas aguerridas tropas de Europa, tuvieron que rendir ahora sus armas á un ejército bisoño compuesto en parte de paisanos y allegado tan apresuradamente que muchos sin uniforme todavía conservaban su antiguo y tosco vestido. Batallaron sin embargo los franceses con honra y valentía; cedieron á la necesidad, pero cedieron sin afrenta. Algunos de sus caudillos no pudieron ponerse á salvo de una justa y severa censura. Allá en Roma en parecido trance pasaron sus cónsules bajo el yugo despojados, y medio desnudos al decir de Tito Livio: «Aquí hubo gefes que «tuvieron mas cuenta con la mal adquirida riqueza que con el «buen nombre.» No ha faltado entre sus compatriotas quien haya achacado la capitulacion al deseo de no perder el cuantioso botin que consigo llevaban. Pudo caber tan ruin pensamiento en ciertos oficiales, mas no en su mayor y mas respetable número. Guerreros bravos y veteranos lidiaron con arrojo y maestría; sometiéronse á su mala estrella y á la dicha y señalado brio de los españoles.

Reflexiones sobre la batalla.

La victoria pesada en la balanza de la razon casi tocó en portento. Cierto que las divisiones de Reding y de Coupigny, únicas que en realidad lidiaron, contaban un tercio de fuerza mas que las de Dupont, constando estas de 8000 hombres, y aquellas de 14,000. ¡Pero qué inferioridad en su composicion! Las francesas superiorísimas en disciplina, bajo generales y oficiales inteligentes y aguerridos, bien pertrechadas y con artillería completa y bien servida, tenian la confianza que dan tamañas ventajas y una serie no interrumpida de victorias. Las españolas mal vestidas y armadas, con oficiales por la mayor parte poco prácticos en el arte de

la guerra y con soldados inexpertos, eran mas bien una masa de hombres de repente reunidos, que un ejército en cuyas filas hubiese la concordancia y órden propios de un ejército á punto de combatir. Nuestra caballería por su mala organizacion conceptuábase como nula á pesar del valor de los ginetes, al paso que la francesa brillaba y se aventajaba por su arreglo y destreza. La posicion ocupada por los españoles no fue mas favorable que la de los enemigos, habiendo al contrario tenido estos la fortuna de acometer los primeros á los nuestros que comenzaban su marcha. Podrá alegarse que hallándose á la retaguardia de Dupont las fuerzas de Castaños y Peña, se le inutilizaba á aquel su superioridad viéndose asi perseguido y estrechado; pero en respuesta diremos que tambien Reding tuvo á sus espaldas las tropas de Vedel, con la diferencia que las de Peña nunca llegaron al ataque, y las otras le realizaron por dos veces. No es extraño que mortificados los vencidos con la impensada rota, la hayan asimismo achacado á la penuria que experimentaban sus soldados, al cansancio y al calor terrible en aquella estacion y en aquel clima. Pero si los víveres abundaban en el campo de los españoles, era igual ó mayor la fatiga, y no herian con menos violencia los rayos del sol á muchos de los que siendo de provincias mas frescas estaban tan desacostumbrados como los franceses á los ardores de las del mediodia, de que varios cayeron sofocados y muertos. Hanse reprendido á Dupont y á sus generales graves faltas, y ¡cuáles no cometieron los españoles! Si Vedel y los suyos corrieron á la Carolina tras un enemigo que no existia, Castaños y la Peña se pararon sobrado tiempo en los visos de Andújar, figurándose tener delante un enemigo que habia desaparecido. El general francés, reputado como uno de los primeros de su nacion, aventajábase en nombradía al español, habiéndose ilustrado con gloriosos hechos en Italia, y en las orillas del Danubio y del Elba. Castaños, despues de haber servido con distincion en la campaña de Francia de 1795, gozaba fama de buen oficial y de hombre esforzado, mas no habia todavía tenido ocasion de señalarse como general en gefe. Suave de condicion amábanle sus subalternos; mañero en su conducta acusábanle otros de saber aprovecharse en beneficio propio de las hazañas agenas. Asi fue que quisieron privarle de todo loor y gloria en los triunfos de Bailen. Juicio apasionado é injusto. Pues si á la verdad no asistió en persona á la accion, y anduvo lento en moverse de Andújar, no por eso dejó de tomar parte en la combinacion y arreglo acordado para atacar y destruir al enemigo. Por lo demas la ventaja real que en esta célebre jornada asistió á los españoles, fue el puro y elevado entusiasmo que los animaba y la certeza de la justicia de la causa que defendian, al paso que los franceses decaidos en medio de un pueblo que los aborrecia, abrumados con su bagage y sus riquezas, conservaban sí el valor de la disci-

plina y el suyo propio, pero no aquella exaltacion sublime con que habian asombrado al mundo en las primeras campañas de la revolucion.

Nos hemos detenido algun tanto en el cotejo de los ejércitos combatientes y en el de sus operaciones, no para dar preferencia en las armas á ninguna de las dos naciones, sino para descubrir la verdad y ponerla en su mas espléndido y claro punto. Los habitadores de España y Francia como todos los de Europa igualmente bravos y dispuestos á las acciones mas dignas y elevadas, han tenido sus tiempos de gloria y abatimiento, de fortuna y desdicha, dependiendo sus victorias ó de la prevision y tino de sus gobiernos, ó de la maestría de sus caudillos, ó de aquellos acasos tan comunes en la guerra, y por los que con razon se ha dicho que las armas tienen sus dias.

Camina el ejército rendido á la costa.

Los franceses despues de haberse rendido emprendieron su viage hácia la costa de noche y á cortas jornadas. Ademas de las contradicciones é inconvenientes que en sí envolvia la capitulacion, casi la imposibilitaban las circunstancias del dia. La autoridad, falta de la necesaria fuerza, no podia enfrenar el odio que habia contra los franceses, causadores de una guerra que Napoleon mismo calificó alguna vez de sacrílega* (* Ap. n. 16.). El modo pérfido con que ella habia comenzado, los excesos, robos y saqueos cometidos en Córdoba y su comarca, tanto mas pesados, cuanto recaian sobre pueblos no habituados desde siglos á ver enemigos en sus hogares, excitaban un clamor general, y creíase universalmente que ni pacto ni tratado debia guardarse con los que no habian respetado ninguno. En semejante conflicto la junta de Sevilla consultó con los generales Morla y Castaños acerca de asunto tan grave. Disintieron ambos en sus pareceres. Con razon el último sostenia el fiel cumplimiento de lo estipulado, en contraposicion del primero que buscaba la aprobacion y aplauso popular. Adhirió la junta al dictámen de este, aunque injusto é indebido. Para sincerarse circuló un papel en cuyo contexto intentó probar que los franceses habian infringido la capitulacion, y que suya era la culpa si no se cumplia. Efugio indigno de la autoridad soberana cuando habia una razon principalísima, y que fundadamente podia producirse, cual era la falta de trasportes y marinería.

Desórden en Lebrija causado por la presencia de los prisioneros.

Por pequeña ocasion aumentáronse las dificultades. Acaeció pues en Lebrija que descubriéndose casualmente en las mochilas de algunos soldados mas dinero que el que correspondia á su estado y situacion, irritóse en extremo el pueblo, y ellos, para libertarse del enojo que habia promovido el hallazgo, trataron de descargarse acusando á los oficiales. Del alboroto y pendencia resultaron muertes y desgracias. Propúsoseles entonces á los prisioneros que

para evitar disturbios se sujetasen á un prudente registro, depositando los equipages en manos de la autoridad. No cedieron al medio indicado, y otro incidente levantó en el puerto de Santa María gran bullicio. Al embarcarse allí el 14 de agosto para pasar la bahía, cayóse de la maleta de un oficial una patena y la copa de un cáliz. Fácil es adivinar la impresion que causaria la vista de semejantes objetos. Porque ademas de contravenirse á la capitulacion en que se habia expresamente estipulado la restitucion de los vasos sagrados, se escandalizaba sobremanera á un pueblo que en tan gran veneracion tenia aquellas alhajas. Encendidos los ánimos, se registraron los mas de los equipages, y apoderándose de ellos se maltrató á muchos prisioneros y se les despojó en general de casi todo lo que poseian.

En el puerto de Santa María.

Promovieron tales incidentes reclamaciones vivas del general Dupont y una correspondencia entre él y Don Tomas de Morla gobernador de Cádiz. Pedia el francés en ella los equipages de que se habia privado á los suyos, é insistiendo en su demanda contestóle entre otras cosas Morla: « ¿si « podia una capitulacion que solo hablaba de la seguridad de sus « equipages darle la propiedad de los tesoros que con asesinatos, « profanacion de cuanto hay sagrado, crueldades y violencias ha- « bia acumulado su ejército de Córdoba y otras ciudades? ¿Hay « razon (continuaba), derecho ni principio que prescriba que se « debe guardar fé ni aun humanidad á un ejército que ha entrado « en un reino aliado y amigo so pretextos capciosos y falaces; que « se ha apoderado de su inocente y amado rey y toda su familia con « igual falacia; que les ha arrancado violentas é imposibles renun- « cias á favor de su soberano, y que con ellas se ha creido autori- « zado á saquear sus palacios y pueblos, y que porque no acceden « á tan inicuo proceder, profanan sus templos y los saquean, asesi- « nan sus ministros, violan las vírgenes, estupran á su placer bár- « baro, y cargan y se apoderan de cuanto pueden trasportar, y « destruyen lo que no? ¿Es posible que estos tales tengan la au- « dacia oprimidos, cuando se les priva de estos que para ellos de- « berian ser horrorosos frutos de su iniquidad, de reclamar los « *principios de honor y probidad?* » Verdades eran estas si bien mal expresadas, por desgracia sobradamente obvias y de todos conocidas. Mas las perfidias y escándalos pasados no autorizaban el quebrantamiento de una capitulacion contratada libremente por los generales españoles. ¿Qué seria de las naciones, qué de su progreso y civilizacion, si echándose recíprocamente en cara sus extravíos, sus violencias, olvidasen la fé empeñada y traspasasen y abatiesen los linderos que ha fijado el derecho público y de gentes? En Morla fue mas reprensible aquel lenguaje siendo militar antiguo, y hombre que despues á las primeras desgracias de su patria la abandonó villanamente y desertó al bando enemigo.

Correspondencia entre Dupont y Morla.

Consternacion del gobierno francés en Madrid.

Al paso que con las victorias de Bailen fue en las provincias colmado el júbilo y universal y extremado el entusiasmo, consternóse y cayó como postrado el gobierno de Madrid. Empezó á susurrarse tan grave suceso en el dia 23. De antemano y varias veces se habia anunciado la deseada victoria como si fuera cierta, por lo que los franceses calificaban la voz esparcida de vulgar é infundada. Sacóles del error el aviso de que un oficial suyo se aproximaba con la noticia. Llegó pues este, y supieron los pormenores de la desgracia acaecida. Habia cabido ser portador de la infausta nueva al mismo Mr. de Villoutreys que habia entablado en Bailen los primeros tratos, y á cuyo hado adverso tocaba el desempeño de enfadosas comisiones. Segun lo convenido en la capitulacion un oficial francés escoltado por tropa española debia en persona comunicarla al duque de Rovigo general en gefe del ejército enemigo, y ordenar tambien en su tránsito por la sierra y Mancha á los destacamentos apostados en la ruta, y que formaban parte de las divisiones rendidas, ir á juntarse con sus compañeros ya sometidos para participar de igual suerte. Cumplió fielmente Mr. de Villoutreys con lo que se le previno, y todos obedecieron incluso el destacamento de Manzanares. Fue el de Madrilejos el que primero resistió á la órden comunicada.

Retirase José.

Llegó á Madrid el fatal mensagero en 29 de julio. Congregó José sin dilacion un consejo compuesto de personas las mas calificadas. Variaron los pareceres. Fue el del general Savary retirarse al Ebro. Todos al fin se sometieron á su opinion, asi por salir de la boca del mas favorecido de Napoleon, como tambien porque avisos continuados manifestaban cuánto se empeoraba el semblante de las cosas. Por todas partes se conmovian los pueblos cercanos á la capital: no les intimidaba la proximidad de las tropas enemigas; cortábanse las comunicaciones; en la Mancha eran acometidos los destacamentos sueltos, y ya antes en Villarta habian sus vecinos desbaratado é interceptado un convoy considerable. Agolpáronse uno tras otro los reveses y los contratiempos: pocos hubo en Madrid de los enemigos y sus parciales que no se abatiesen y descorazonasen. A muchos faltábales tiempo para alejarse de un suelo que les era tan contrario y ominoso.

Españoles que le siguen.

José resuelto á partir, dejó á la libre voluntad de los españoles que con él se habian comprometido quedarse ó seguirle en la retirada. Contados fueron los que quisieron acompañarle. De los siete ministros, Cabarrus, Ofarril, Mazarredo, Urquijo y Azanza mantuviéronse adictos á su persona y no se apartaron de su lado. Permanecieron en Madrid Peñuela y Cevallos. Imitaron su ejemplo los duques del Infantado y el del Parque, como casi todos los que habian presenciado los acontecimientos de Bayona y asistido á su congreso. No faltó quien los tachase de inconsiguientes y desleales. Juzgaban otros diversamente, y decian

que los mas habian sido arrastrados á Francia ó por fuerza ó por engaños, y que si bien se propasaron algunos á pedir empleos ó gracias, nunca era tarde para reconciliarse con la patria, arrepentirse de un tropiezo causado por el miedo ó la ciega ambicion, y contribuir á la justa causa en cuyo favor la nacion entera se habia pronunciado. Lo cierto es que ni uno quizá de los que siguieron á José hubiera dejado de abrazar el mismo partido, á no haberles arredrado el temor de la enemistad y del odio que las pasiones del momento habian excitado contra sus personas.

Antes de abrir la marcha reconcentraron los enemigos hácia Madrid las fuerzas de Moncey y las desparramadas á orillas del Tajo. Clavaron en el Retiro y casa de la China mas de ochenta cañones, llevándose las vagillas y alhajas de los palacios de la capital y sitios reales, que no habian sido de antemano robadas. Tomadas estas medidas empezaron á evacuar la capital inmediatamente. Salió José el 30 cerrando la retaguardia en la noche del 31 el mariscal Moncey. Respiraron del todo y desembarazadamente aquellos habitantes en la mañana del 1° de agosto. El 9 entró el fugitivo rey en Burgos con Bessières, quien segun órdenes recibidas se habia replegado allí de tierra de Leon.

Destrozos causados en la retirada.

Acompañaron á los franceses en su retirada lágrimas y destrozos. Soldados desmandados y partidas sueltas esparcieron la desolacion y espanto por los pueblos del camino ó los poco distantes. Rezagábanse, se perdian para merodear y pillar, saqueaban las casas, talaban los campos sin respetar las personas ni lugares mas sagrados. Buitrago, el Molar, Iglesias, Pedrezuela, Gandullas, Broajos y sobre todo la villa de Venturada, abrasada y destruida, conservarán largo tiempo triste memoria del horroroso tránsito del extrangero.

Continuó José su marcha y en Miranda de Ebro hizo parada, extendiéndose la vanguardia de su ejército á las órdenes del mariscal Bessières hasta las puertas de Burgos. Terminóse asi su malogrado y corto viage de Madrid, del que libres y menos apremiados por los acontecimientos, pasaremos á referir los nuevos y esclarecidos triunfos que alcanzaron las armas españolas en las provincias de Aragon y Cataluña.

LIBRO QUINTO.

Primer sitio y defensa de Zaragoza. — Asiento de la ciudad. — Estado apurado de la misma. — Salida de Palafox, 15 de junio. — Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio. — Don Lorenzo Calvo de Rozas. — Preparativos de defensa en Zaragoza. — Don Antonio San Génis. — Intimacion de Lefebvre Desnouettes. — El general Palafox en Épila. — Accion de Épila. — Piensa Palafox en volver á Zaragoza. — Entrada allí de Lazan el 24 de junio. — Juramento de los zaragozanos. — — Amenaza villana de un polaco á Calvo. — Conferencia y proposiciones de los generales franceses. — Los franceses reforzados. Verdier general en gefe. — Vuélase un almacen de pólvora. — Ataque contra el monte Torrero. — Castigo del commandante. — Llegada de un refuerzo á los españoles. — 30 de junio, principia el bombardeo. — Nuevas obras de defensa de los sitiados. — Ataques del 1° y 2 de julio. — Agustina Zaragoza. — Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza. — Otros combates. — Puente echado por los franceses en San Lamberto. — Estrago hecho por los mismos. — Otras medidas de los sitiados. — Apodérase el enemigo de Villafeliche. — Otros combates. — Ataques del 3 y 4 de agosto. — Avanzan los franceses al Coso. — Salida de Palafox de Zaragoza. — Vuelve Lazan el 5 con socorros. — El 8 Palafox. — Continuan los choques y reencuentros. — Los franceses reciben el 6 órden de retirarse. — Contraórden poco despues. — Resolucion magnánima de los zaragozanos. — 13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse. — Llegada á Zaragoza de una division de Valencia. — Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14. — Fin del sitio. — Alegría de los aragoneses, estado de la ciudad. — Cataluña. — Bloqueo de Figueras por los somatenes. — Socorre la plaza el general Reille. — Don Juan Clarós. — Vuelve Duhesme á Gerona. — Junta de Lérida. — Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio. — El conde de Caldagués va en socorro de Gerona. — Atacan los franceses á Gerona el 13 de agosto. — Son derrotados el 16. — Levantan el sitio. — Portugal. — Estado de aquel reino y de su insureccion. — Evora. — Expedicion inglesa enviada á Portugal. — Sir Arturo Wellesley. — Sale la expedicion de Cork. Desembarco en Mondego. — Estado de Junot y sus disposiciones. — Accion de Roliza. — Socorros llegados al ejército inglés. — Batalla de Vimeiro, 21 de agosto. — Armisticio entre ambos ejércitos. — Convenio del almirante ruso con el inglés. — Convencion de Cintra. — Españoles de Portugal. — Restablecen los ingleses la regencia de Portugal. — Yelbes sitiada por los españoles. — Almeida por los portugueses. — Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra. — Declaracion de S. M. B. de 4 de julio. — Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles. — Dumouriez. — Conde de Artois. — Luis XVIII. — Príncipe de Castelcicala. — Tropa española en Dinamarca. — Marqués de la Romana. — Lobo. — Fábregues. — Se disponen á embarcarse las tropas del norte. — Kindelan. — Kindelan y Guerrero. — Juramento de los españoles en Langeland. — Dan la vela para España. — Trátase de reunir una junta central. — Situacion de Madrid. — Consejo de Castilla. — Sus manejos. — Opinion sobre aquel cuerpo. — Estado de las juntas provinciales. — Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia. — Correspondencia entre las juntas. — Proceder del consejo. — Entrada en Madrid de Llamas y Castaños. — Proclamacion de Fernando VII. — Insurreccion de Bilbao. — Movimientos en Guipúzcoa

y Navarra. — Nuevos manejos del consejo. — Propuesta de Cuesta á Castaños. — Consejo de guerra celebrado en Madrid. — Prende Cuesta á Valdes y Quintanilla. — Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

Sin muro y sin torreones, segun nos ha trasmitido Floro *, defendióse largos años la inmortal Numancia contra el poder de Roma. Tambien desguarnecida y desmurada resistió al de Francia con tenaz porfía, sino por tanto tiempo, la ilustre Zaragoza. En esta como en aquella mancillaron su fama ilustres capitanes: y los impetuosos y concertados ataques del enemigo tuvieron que estrellarse en los acerados pechos de sus invictos moradores. Por dos veces en menos de un año cercaron los franceses á Zaragoza; una malogradamente, otra con pérdidas é inauditos reveses. Cuanto fue de realce y nombre para Aragon la heróica defensa de su capital, fue de abatimiento y desdoro para sus sitiadores aguerridos y diestros no haberse enseñorcado de ella pronto y de la primera embestida.

(* Ap. n. 1.)

Primer sitio y defensa de Zaragoza.

Baña á Zaragoza, asentada á la derecha márgen, el caudaloso Ebro. Ciñela al mediodia y del lado opuesto Huerba acanalado y pobre, que mas abajo rinde á aquel sus aguas, y casi en frente á donde desde el Pirineo viene tambien á fenecer el Gállego. Por la misma parte y á un cuarto de legua de la ciudad se eleva el monte Torrero, cuya altura atraviesa la acequia imperial, que asi llaman al canal de Aragon por traer su origen del tiempo del emperador Cárlos V. Antes del sitio hermoseaban á Zaragoza en sus contornos feraces campiñas, viñedos y olivares con amenas y deleitables quintas, á que dan en la tierra el nombre de torres. A izquierda del Ebro está el arrabal que comunica con la ciudad por medio de un puente de piedra, habiéndose destruido otro de madera en una riada que hubo en 1802. Pasaba la poblacion de 55,000 almas: menguó con las muertes y destrozos. No era Zaragoza ciudad fortificada; diciendo Colmenar *, á manera de profecía, cosa ha de un siglo, « que estaba sin de- « fensa, pero que reparaba esta falta el valor de sus habitantes. » Cercaba solamente una pared de diez á doce pies de alto y de tres de espesor, en parte de tapia y en otras de mampostería, interpolada á veces y formada por algunos edificios y conventos, y en la que se cuentan ocho puertas que dan salida al campo. No lejos de una de ellas, que es la del Portillo, y extramuros se distingue la Aljafería, antigua morada de los reyes de Aragon, rodeada de un foso y muralla, cuyos cuatro ángulos guarnecen otros tantos bastiones. Las calles en general son angostas, excepto la del Coso muy espaciosa y larga, casi en el centro de la ciudad, y que se extiende desde la puerta llamada del Sol hasta la plaza del Mercado. Las casas de ladrillo y por la mayor parte de dos ó tres pisos. La adornan edificios y conventos

Asiento de la ciudad.

(* Ap. n. 2.)

bien construidos y de piedra de sillería. La piedad admira dos suntuosas catedrales, la de Nuestra Señora del Pilar y la de la Seo, en las que alterna por años para su asistencia el cabildo. El último templo antiquísimo, el primero muy venerado de los naturales por la imágen que en su santuario se adora. Como no es de nuestra incumbencia hacer una descripcion especial de Zaragoza, no nos detendremos ni en sus antigüedades ni grandeza, reservando para despues hablar de aquellos lugares, que á causa de la resistencia que en ellos se opuso adquirieron desconocido renombre; porque allí las casas y edificios fueron otras tantas fortalezas.

Si ningunas eran en Zaragoza las obras de fortificacion, tampoco abundaban otros medios de defensa. Vimos cuán escasos andaban al levantarse en mayo. El corto tiempo trascurrido no habia dejado aumentarlos notablemente, y antes bien se habian minorado con los descalabros padecidos en Tudela y Mallen. En semejante estado déjase discurrir la consternacion de Zarogosa al esparcirse la nueva, en la noche del 14 de junio, de haber sido aquel dia derrotado Don José de Palafox en las cercanías de Alagon, segun dijimos en el anterior libro. Desapercibidos sus habitantes tan solamente hallaron consuelo con la presencia de su amado caudillo, que no tardó en regresar á la ciudad. Mas el enemigo no dió descanso ni vagar. Siguieron de cerca á Palafox, y tras él vinieron proposiciones del general Lefebvre Desnouettes á fin de que se rindiese, con un pliego enderezado al propio objeto y firmado por los emisarios españoles Castelfranco, Villela y Pereira que acompañaban al ejército francés, y de quienes ya hicimos mencion.

Estado apurado de Zaragoza.

Fue la respuesta del general Palafox ir al encuentro de los invasores; y con las pocas tropas que le quedaban, algunos paisanos y piezas de campaña se colocó fuera no lejos de la ciudad al amanecer del 15. Estaba á su lado el marqués de Lazan y muchos oficiales, mandando la artillería el capitan Don Ignacio Lopez. Pronto asomaron los franceses y trataron de acometer á los nuestros con su acostumbrado denuedo. Pero Palafox viendo cuán superior era el número de sus contrarios, determinó retirarse, y ordenadamente pasó á Longares, pueblo seis leguas distante, desde donde continuó al puerto del Frasno cercano á Calatayud: queriendo engrosar su corta division con la que reunia y organizaba en dicha ciudad el baron de Versages.

Salida de Palafox, 15 de junio.

Semejante movimiento si bien acertado en tanto que no se consideraba á Zaragoza con medios para defenderse, dejaba á esta ciudad del todo desamparada y á merced del enemigo. Asi se lo imaginó fundadamente el general francés Lefebvre Desnouettes, y con sus 5 á 6000 infantes y 800 caballos á las nueve de la mañana del mismo 15 presentóse con ufanía delante de las puertas. Habian crecido dentro las angustias: no eran arriba de 500 los militares

que quedaban entre miñones y otros soldados : los cañones pocos y mal colocados como por gente á quien no guiaban oficiales de artillería, pues de los dos únicos con quien se contaba en un principio Don Juan Cónsul y Don Ignacio Lopez, el último acompañaba á Palafox y el primero por órden suya hallábase de comision en Huesca. El paisanage andaba sin concierto y por todas partes reinaba la indisciplina y confusion. Parecia por tanto que ningun obstáculo detendria á los enemigos, cuando el tiroteo de algunos paisanos y soldados desbandados les obligó á hacer parada y proceder precavidamente. De tan casual é impensado acontecimiento nació la memorable defensa de Zaragoza.

Primera embestida de los franceses contra Zaragoza y su derrota, 15 de junio.

La perplejidad y tardanza del general francés alentó á los que habian empezado á hacer fuego, y dió á otros alas para ayudarlos y favorecerlos. Pero como aun no habia ni baterías ni resguardo importante, consiguieron algunos ginetes enemigos penetrar hasta dentro de las calles. Acometidos por algunos voluntarios y miñones de Aragon al mando del coronel Don Antonio de Torres, y acosados por todas partes por hombres, mugeres y niños, fueron los mas de ellos despedazados cerca de Nuestra Señora del Portillo, templo pegado á la puerta del mismo nombre.

Enfurecidos los habitantes y con mayor confianza en sus fuerzas despues de la adquirida si bien fácil ventaja, acudieron sin distincion de clase ni de sexo á donde amagaba el peligro, y llevando á brazo los cañones antes situados en el mercado, plaza del Pilar y otros parages desacomodados, los trasladaron á las avenidas por donde el enemigo intentaba penetrar, y de repente hicieron contra sus huestes horrorosas descargas. Creyó entonces necesario el general francés emprender un ataque formal contra las puertas del Cármen y Portillo. Puso su mayor conato en apoderarse de la última, sin advertir que, situada á la derecha de la Aljafería, eran flanqueadas sus tropas por los fuegos de aquel castillo, cuyas fortificaciones, aunque endebles, le resguardaban de un rebate. Asi sucedió que los que le guarnecian, capitaneados por un oficial retirado de nombre Don Mariano Cerezo, militar tan bravo como patriota, escarmentaron la audacia de los que confiadamente se acercaban á sus muros. Dejáronles aproximarse y á quema ropa los ametrallaron. En sumo grado contribuyó á que fuera mas certera la artillería en sus tiros un oficial sobrino del general Guillelmi, quien encerrado allí con su tio desde el principio de la insurreccion, olvidándose del agravio recibido, solo pensó en no dar quiebra á su honra, y cumplió debidamente con lo que la patria exigia de su persona. Igualmente fueron los franceses repelidos en la puerta del Cármen, sosteniendo por los lados el tremendo fuego, que de frente se les hacia, escopeteros esparcidos entre las tapias, alameda y olivares, cuya buena puntería causó en las filas enemigas notable

matanza. Nadie rehusaba ir á la lid : las mugeres corrian á porfía á estimular á sus esposos y á sus hijos, y atropellando por medio del inminente riesgo los socorrian con víveres y municiones. Los franceses aturdidos al ver tanto furor y ardimiento titubeaban y crecia con su vacilar el entusiasmo y valentía de los defensores. De nuevo no obstante y reiteradas veces embistieron la entrada del Portillo, desviándose de la Aljafería, y procurando cubrirse detras de los olivares y arboledas. Menester fue para poner término á la sangrienta y reñida pelea que sobreviniese la noche. Bajo su amparo se retiraron los franceses á media legua de la ciudad, y recogieron sus heridos, dejando el suelo sembrado de mas de 500 cadáveres. La pérdida de los españoles fue mucho mas reducida, abrigados de tapias y edificios. Y de aquella señalada victoria, que algunos llamaron de las Eras, resultó el glorioso empeño de los zaragozanos de no entrar en pacto alguno con el enemigo y resistir hasta el último aliento.

Fuera de sí aquellos vecinos con la victoria alcanzada, ignoraban todavía el paradero del general Palafox. Grande fue su tristeza al saber su ausencia, y no teniendo fé en las autoridades antiguas ni en los demas gefes, los diputados y alcades de barrio á nombre del vecindario se presentaron luego que cesó el combate al corregidor é intendente Don Lorenzo Calvo de Rozas, que hechura de Palafox merecia su confianza. Instáronle para que hiciera sus veces, y condescendió con sus ruegos en tanto que aquel no volviera. Unia Calvo en su persona las calidades que el caso requeria. Declarado abiertamente en favor de la causa pública, habíase fugado de Madrid en donde estaba avecindado. Hombre de carácter firme y sereno encerraba en su pecho, con apariencias de tibio, el entusiasmo y presteza de un alma impetuosa y ardiente. Autorizado como ahora se veia por la voz popular y punzado por el peligro que á todos amenazaba, empleó con diligencia cuantos medios le sugeria el deseo de proteger contra la invasion extraña la ciudad que se ponia en sus manos.

Don Lorenzo Calvo de Rozas.

Prontamente llamó al teniente de rey Don Vicente Bustamante para que expidiese y firmase á los de su jurisdiccion las convenientes órdenes. Mandó iluminar las calles con objeto de evitar cualquiera sorpresa ó excesos; empezáronse á preparar sacos de tierra para formar baterías en las puertas de Sancho, el Portillo, Cármen y Santa Engracia; abriéronse zanjas ó cortaduras en sus evenidas; dispusiéronse á artillarlas, y se levantó en toda la tapia que circuia á la ciudad una banqueta para desde allí molestar al enemigo con la fusilería. Previnose á los vecinos en estado de llevar armas que se apostasen en los diversos puntos debiendo alternar noche y dia; ocupáronse los niños y mugeres en tareas propias de su edad y sexo, y se encargó á los religiosos hacer cartuchos de cañon y fusil, cumpliéndose con tan buen

Preparativos de defensa en Zaragoza.

deseo y ahinco aquellas disposiciones, que á las diez de la noche se habia ya convertido Zaragoza en un taller universal, en el que todos se afanaban por desempeñar debidamente lo que á cada uno se habia encomendado.

Con mas lentitud se procedió en la construccion de baterías por falta de ingeniero qui dirigiese la obra. Solo habia uno, que era Don Antonio San Genis, y este habia sido el 15 llevado á la cárcel por los paisanos que le conceptuaban sospechoso, habiendo notado que reconocia las puertas y la ronda de la ciudad. Ignoróse su suerte en medio de la confusion, pelea y agitacion de aquel dia y noche, y solo se le puso en libertad por órden de Calvo de Rozas en la mañana del 16. Sin tardanza trazó San Genis atinadamente varias obras de fortificacion; esmerándose en el buen desempeño, y ayudado en lugar de otros ingenieros por los hermanos Tabuenca arquitectos de la ciudad. Pintan estos pormenores, y por eso no son de mas, la situacion de los zaragozanos, y lo apurados y escasos qne estaban de recursos y de hombres inteligentes en los ramos entonces mas necesarios.

Don Antonio San Genis.

Los franceses atónitos con la ocurrido el 15, juzgaron imprudente empeñarse en nuevos ataques antes de recibir de Pamplona mayores fuerzas, con artillería de sitio, morteros y municiones correspondientes. Mientras que llegaba el socorro queriendo Lefebvre probar la via de la negociacion, intimó el 17 que á no venir á partido pasaria á cuchillo á los habitantes cuando entrase en la ciudad. Contestósele dignamente*, y se prosiguió con mayor empeño en prepararse á la defensa.

Intimacion de Lefebvre Desnouettes.

(* Ap. n. 3.)

El general Palafox en tanto, vista la decision que habian tomado los zaragozanos de resistir á todo trance al enemigo, trató de hostigarle y llamar á otra parte su atencion. Unido al baron de Versages contaba con una division de 6000 hombres y cuatro piezas de artillería. El 21 de junio pasó en Almunia reseña de su tropa, y el 23 marchó sobre Épila. En aquella villa hubo gefes que, notando el poco concierto de su tropa, por lo comun allegadiza, opinaron ser conveniente retirarse á Valencia, y no empeorar con una derrota la suerte de Zaragoza. Palafox, asistido de admirable presencia de ánimo, congregó su gente, y delante de las filas exhortando á todos á cumplir con el duro pero honroso deber que la patria les imponia, añadió que eran dueños de alejarse libremente aquellos á quienes no animase la conveniente fortaleza para seguir por el estrecho y penoso sendero de la virtud y de la gloria, ó que tachasen de temeraria su empresa. Respondióse á su voz con universales clamores de aprobacion, y ninguno osó desamparar sus banderas. De tamaña importancia es en los casos árduos la entera y determinada voluntad de un caudillo.

El general Palafox en Épila.

Seguro de sus soldados hizo propósito Palafox de avanzar la ma-

Accion de Épila.

ñana siguiente á la Muela, tres leguas de Zaragoza, queriendo coger á los franceses entre su fuerza y aquella ciudad. Pero barruntando estos su movimiento se le anticiparon, y acometieron á su ejército en Épila á las nueve de la noche, hora desusada y en la que dieron de sobresalto é impensadamente sobre los nuestros por haber sorprendido y hecho prisionera una avanzada, y tambien por el descuido con que todavía andaban nuestras inexpertas tropas. Trabóse la refriega que fue empeñada y reñida. Como los españoles se vieron sobrecogidos no hubo órden premeditado de batalla, y los cuerpos se colocaron segun pudo cada uno en medio de la oscuridad. La artillería dirigida por el muy inteligente oficial Don Ignacio Lopez se señaló en aquella jornada, y algunos regimientos se mantuvieron firmes hasta por la mañana que sin precipitacion tomaron la vuelta de Calatayud. En su número se contaba el de Fernando VII, que aunque nuevo sostuvo el fuego por espacio de seis horas, como si se compusiera de soldados veteranos. Tambien hombres sueltos de guardias españolas defendieron largo rato una batería de las mas importantes. Disputaron pues unos y otros el terreno á punto que los franceses no los incomodaron en la retirada.

Piensa Palafox en volver á Zaragoza.

Palafox convencido no obstante de que no era dado con tropas bisoñas combatir ventajosamente en campo raso, y de que seria mas útil su ayuda dentro de Zaragoza, determinó superando obstáculos meterse con los suyos en aquella ciudad, por lo que despues de haberse rehecho, y dejando en Calatayud un depósito al mando del baron de Versages, dividió su corta tropa en dos pequeños trozos: encargó el uno á su hermano Don Francisco, y acaudillando en persona el otro volvió el 2 de julio á pisar el suelo zaragozano.

Entrada allí el 24 de junio de Lazan.

Ya habia allí acudido desde el 24 de junio su otro hermano el marqués de Lazan, que era el gobernador, con varios oficiales, á instancias y por aviso del intendente Calvo de Rozas. Deseaba este un arrimo para robustecer aun mas sus acertadas providencias, acordar otras, comprometer en la defensa á las personas de distincion que no lo estuviesen todavía, imponer respeto á la muchedumbre congregando una reunion escogida y numerosa, y afirmarla en su resolucion por medio de un público y solemne juramento. Para ello convocó el 25 de junio una junta general de las principales corporaciones é individuos de todas clases, presidida por el de Lazan. En su seno expuso brevemente Calvo de Rozas el estado en que la ciudad se hallaba, y cuáles eran sus recursos, y excitó á los concurrentes á coadyuvar con sus luces y patriótico celo al sostenimiento de la causa comun. Conformes todos aprobaron lo antes obrado, se confirmaron en su propósito de vencer ó morir, y resolvieron que el 26 los vecinos, soldados, oficiales y

Juramento de los zaragozanos.

paisanos armados prestarian en calles y plazas, en baterías y puertas un público y magestuoso juramento. Amaneció aquel dia y á una hora señalada de la tarde se pobló el aire de un grito asombroso y unánime, « de que los defensores de Zaragoza juntos y separados « derramarian hasta la última gota de su sangre por su religion, su « rey y sus hogares. »

Movió á curiosidad entre los enemigos la impensada agitacion que causó tan nueva solemnidad, y con ansia de informarse de lo que pasaba, aproximóse á la línea española un comandante de polacos acompañado de varios soldados; y aparentando deseos de tomar partido él y los suyos con los sitiados, pidió como seguro de su determinacion tratar con los gefes superiores. Salió Calvo de Rozas, indicó al comandante que se adelantase para conferenciar solos: hízolo asi, mas á poco y alevosamente cercaron á Calvo los soldados del contrario. Encaráronle las armas, y despues de preguntar lo que en Zaragoza ocurria tuvo el comandante la descompuesta osadía de decirle, que no era su intento desamparar sus banderas; que habia solo inventado aquella artimaña para averiguar de qué provenía la inquietud de la ciudad, é intimar de nuevo por medio de una persona de cuenta la rendicion, siendo inevitable que al fin se sometiesen los zaragozanos al ejército francés, tan superior y aguerrido. Añadióle que á no consentir con lo que de él exigia seria muerto ó prisionero. En vez de atemorizarse con la villana amenaza, reportado y sereno contestóle Calvo: « Harto conocidas son vuestras malas artes y la « máscara de amistad con que encubris vuestras continuadas per- « fidias, para que desprevenido y no muy sobre aviso acudiera yo « á vuestro llamamiento: los muertos ó prisioneros sereis vos y « vuestros soldados si intentais traspasar las leyes admitidas aun « entre las naciones bárbaras. El castillo de donde estamos tan « próximos á la menor señal mia disparará sus cañones y fusiles, « que por disposicion anterior estan ya apuntados contra vosotros. » Alteróse el polaco con la áspera contestacion, y reprimiendo la ira suavizó su altanero lenguaje, ciñéndose á proponer al intendente Calvo una conferencia con sus generales. Vino en ello, y tomando la venia del de Lazan se escogió por sitio el frente de la batería del Portillo.

Amenaza villana de un polaco a Calvo.

Todavía en el mismo dia avistáronse allí con Calvo y otros oficiales españoles autorizados por el gobernador y vecindario, los generales franceses Lefebvre y Verdier recien llegado. Limitáronse las pláticas á insistir estos en la entrega de Zaragoza, ofreciendo olvido de lo pasado, respetar las personas y propiedades, y conservar á los empleados en sus destinos; con la advertencia que de lo contrario convertirian en cenizas la ciudad, y pasarian á cuchillo los moradores. Calvo contestó con brio, prometiendo sin embargo que da-

Conferencia y proposiciones de los generales franceses.

ria cuenta de lo que proponian, y que en la mañana siguiente se les comunicaria la definitiva resolucion, en cuya conformidad pasó el 27 temprano al campo francés Don Emeterio Barredo llevando consigo una respuesta * firmada por el marqués de Lazan, en la que se desechaban las insidiosas proposiciones del enemigo.

(* Ap. n. 4.)

Claro era que estrechar el asedio y nuevas embestidas seguirian á repulsa tan temeraria, mayormente cuando los franceses habian engrosado su ejército, y cuando se habia mejorado su posicion. Por aquellos dias ademas de haberse desembarazado de Palafox arrojándole de Épila, habian recibido de Pamplona y Bayona socorros de cuantía. Trájolos el general Verdier, quien por su mayor graduacion reemplazó en el mando en gefe á Lefebvre, y no menos fueron por de pronto reforzados que con 3000 hombres, 30 cañones de grueso calibre, cuatro morteros, 12 obuses, y 800 portugueses á las órdenes de Gomez Freire. Fundadamente pensaron entonces que con buen éxito podrian vencer la tenacidad zaragozana.

Los franceses reforzados. Verdier general en gefe.

Asi fue que en el mismo dia 27 renovaron el fuego, y dirigieron con particularidad su ataque contra los puestos exteriores. Repelidos con pérdida en las diversas entradas de la ciudad, de que quisieron apoderarse, no pudo impedírseles que se acercasen al recinto. Como en sus maniobras se notó el intento de enseñorearse del monte Torrero, con diligencia se metieron en Zaragoza los víveres y municiones que estaban encerrados en aquellos almacenes; mas tan oportuna precaucion originó un desastre. A las tres de la tarde estremeciéronse todos los edificios, zumbando y resonando el aire con el disparo y caida de piedras, astillas y cascos. Tuviéronse los zaragozanos por muertos y como si fuesen á ser sepultados en medio de ruinas. Despavoridos y azorados huian de sus casas, ignorando de dónde provenia tanto ruido, turbacion y fracaso. Causábalo el haberse pegado fuego por descuido de los conductores á la pólvora que se almacenaba en el seminario conciliar, y este y la manzana de casas contiguas y las que estaban enfrente se volaron ó desplomaron, rompiéndose los cristales de la ciudad, con muertes y desdichas. Agregábase á la horrenda catástrofe la pérdida de la pólvora tan necesaria en aquel tiempo, y en el que habia de todo apretada pobreza.

Vuélase un almacen de pólvora.

Y para que apareciese enteramente acrisolada la constancia aragonesa, los franceses fiados en la desolacion y universal desconsuelo reiteraron sus ataques en tan apurado momento. No se descorazonaron los defensores, antes bien enfurecidos hicieron que se malograse la tentativa de los enemigos, inhumana en aquella sazon.

Desde aquel dia no trascurrió uno en que no hubiese reñidas contiendas, escaramuzas, salidas, acometimientos de sitiados y

sitiadores. Largo seria é imposible referir hazañas tantas y tan gloriosas, rara vez empañadas con alguna bastarda accion.

Ataque contra el monte Torrero.

Túvose sin embargo por tal lo ocurrido en el monte Torrero. El comandante á cuyo cargo estaba el puesto, de nombre Falcon, ora por connivencia, ora por desaliento que es á lo que nos inclinamos, le desamparó vergonzosamente, y el enemigo enseñoreándose de aquellas alturas causó en breve notables estragos.

Castigo del comandante.

El vecindario por su parte irritado de la conducta del comandante español, le obligó mas adelante á que compareciese ante un consejo de guerra, y por sentencia de este fue arcabuceado. La misma suerte cupo durante el sitio al coronel Don Rafael Pesino gobernador de las Cinco Villas, y á otros de menos nombre acusados de inteligencia con el enemigo. Ejemplar castigo, tachado por algunos de precipitado, pero que miraron otros como saludable freno contra los que flaqueasen por tímidos ó tramasen alguna alevosía.

Llegada de un refuerzo á los españoles.

Empeñábase asi la resistencia, y cobraban todos ánimo con los oficiales y soldados que á menudo acudian en ayuda de la ciudad sitiada. Llenó sobre todo de particular gozo la llegada á últimos de junio de 300 soldados del regimiento de Extremadura al mando del teniente coronel Don Domingo Larripa, que vimos allá detenido en Tárrega, sin querer cumplir las órdenes de Duhesme, y tambien la que por entonces ocurrió de 100 voluntarios de Tarragona capitaneados por el teniente coronel Don Francisco Marcó del Pont. Compensábase con eso algun tanto el haber perdido las alturas de Torrero.

30 de junio, principia el bombardeo.

Mas dueños los franceses de semejante posicion determinaron molestar la ciudad con balas, granadas y bombas. Para ello colocaron en aquella eminencia una batería formidable de cañones de grueso calibre y morteros. Levantaron otras en diversos puntos de la línea, con especialidad en el parage llamado de la Bernardona, enfrente de la Aljafería. Preparados de este modo, al terminarse el 30 de junio y á las doce de la noche rompieron el fuego, y dieron principio á un horroroso bombardeo. Los primeros tiros salvaron la ciudad sin hacer daño: acortáronlos, y las bombas, penetrando por las bóvedas de la fábrica antigua de la iglesia del Pilar y arruinando varias casas, empezaron á causar quebrantos y destrozos.

Nuevas obras de defensa de los sitiados.

Al amanecer los vecinos lejos de arredrarse á su vista, trabajaron á competencia y con sumo afan para disminuir las lástimas y desgracias. Construyéronse blindages en calles y plazas, torcióse el curso de Huerba y se le metió en la ciudad para apagar con presteza cualquiera incendio. Franqueáronse los sótanos, empleando dentro en trabajos útiles y que podian resguardo á los que no eran llamados á guerrear. Para

observar el fogonazo y avisar la llegada de las bombas, pusiéronse atalayas en la torre que denominaban Nueva, si bien fabricada en 1504, la cual elevándose en la plaza de San Felipe sola y sin arrimo pareció acomodada al caso, aunque ladeada á la manera de la famosa de Pisa. No satisfechos los sitiados con estas obras y las antes construidas, ideando otras, cortaron y zanjaron calles, atroneraron casas y tapiales, apilaron sacos de tierra, trazaron y erigieron nuevas baterías, las cubrieron con cañones arrumbados por viejos en la Aljafería ó con los que sucesivamente llegaban de Lérida y Jaca, y en fin quemaron y talaron las huertas y olivares, los jardines y quintas que encubrian los aproches del enemigo, perjudicando á la defensa. Sus dueños no solamente condescendian en la destruccion con desprendimiento magnánimo, sino que las mas veces ayudaban con sus brazos al total asolamiento. Y cuando lidiando en otro lado descubrian la llama que devoraba el fruto de años de sudor y trabajo ó el antiguo solar de sus abuelos, ensoberbecíanse de cooperar asi y con largueza á la libertad de la patria. ¿De qué no eran capaces varones dotados de virtudes tan esclarecidas?

Ataques del 1° y 2 de julio.

Al bombardeo siguióse en la mañana del 1° de julio un ataque general en todos los puntos. Empezaron á batir la Aljafería y puerta del Portillo, mandada por Don Francisco Marcó del Pont, los fuegos de la Bernardona. La puerta del Cármen encargada al cuidado de Don Domingo Larripa fue casi al mismo tiempo embestida, y tampoco tardaron los enemigos en molestar la de Sancho custodiada por el sargento mayor Don Mariano Renovales. Con todo siendo su mayor empeño apoderarse de la del Portillo, hubo allí tal estrago que muertos en una batería exterior todos los que la defendian, nadie osaba ir á reemplazarlos, lo cual dió

Agustina Zaragoza.

ocasion á que se señalase una muger del pueblo llamada Agustina Zaragoza. Moza esta de 22 años y agraciada de rostro, llevaba provisiones á los defensores cuando acaeció el mencionado abandono. Notando aquella valerosa hembra el aprieto y desánimo de los hombres, corrió al peligroso punto, y arrancando la mecha aun encendida de un artillero que yacia por el suelo, puso fuego á una pieza, é hizo voto de no desampararla durante el sitio sino con la vida. Imprimiendo su arrojo nueva audacia en los decaidos ánimos, se precipitaron todos á la batería, y renovóse tremendo fuego. Proeza muy semejante la de Agustina á la de María Pita en el sitio que pusieron los ingleses á la Coruña en 1589, fue premiada tambien de un modo parecido, y asi como á aquella le concedió Felipe II el grado y sueldo de alférez vivo, remuneró Palafox á esta con un grado militar y una pension vitalicia.

Continuaba vivísimo el fuego, y nuestra artillería muy certera arredraba al enemigo, sin que hasta entonces hubiese oficial alguno de aquella arma que la dirigiese. No eran todavía las doce del dia cuando entre el horroroso y mortífero estruendo del cañon

se presentaron los subtenientes de aquel distinguido cuerpo Don Jerónimo Piñeiro y Don Francisco Rosete, que fugados de Barcelona corrian apresuradamente á tomar parte en la defensa de Zaragoza. Sin descanso, despues de largo viage y fatigoso tránsito, se pusieron el primero á dirigir los fuegos de la entrada del Portillo, y el segundo los de la del Cármen. Con la ayuda de oficiales inteligentes creció el brio en los nuestros, y aumentóse el estrago en los contrarios. La noche cortó el combate, mas no el bombardeo, renovándose aquel al despuntar del alba con igual furia que el dia anterior. Las columnas enemigas con diversas maniobras intentaron enseñorearse del Portillo, y abierta brecha en la Aljafería se arrojaron á asaltar aquella fortaleza; pero fuese que no hallasen escalas acomodadas, ó fuese mas bien la denodada valentía de los sitiados, los franceses repelidos se desordenaron y dispersaron en medio de los esfuerzos de gefes y oficiales. Otro tanto pasaba en el Portillo y Cármen. El marqués de Lazan durante el ataque recorrió la línea en los puntos mas peligrosos, remunerando á unos y alentando á otros con sus palabras.

Ya era entrada la tarde, desmayaban los enemigos, y los nuestros familiarizándose mas y mas con los riesgos de la guerra, desconocidos al mayor número, redoblaron sus esfuerzos alentados con un inesperado y para ellos halagüeño acontecimiento. De boca en boca y con rapidez se difundió que Don José de Palafox estaba de vuelta en la ciudad y que pronto gozarian todos de su presencia. En efecto penetrando en Zaragoza á las cuatro de la tarde de aquel dia, que era el 2, apareciόse de repente en donde se lidiaba, y á su vista arrebatados de entusiasmo hicieron los nuestros tan firme rostro á los franceses, que sin insistir estos en nueva acometida se contentaron con proseguir el bombardeo.

Entrada de Palafox el 2 en Zaragoza.

Viendo sin embargo que para aproximarse á las puertas era menester hacerse dueños de los conventos de San José y Capuchinos y otros puntos extramuros, comenzaron por entonces á embestirlos. En el convento de San José, asentado á la derecha del rio Huerba, no habia otro amparo que el de las paredes en cuyo macizo se habian abierto troneras. Asaltáronle 400 polacos, y repelidos con gran pérdida tuvieron que aguardar refuerzo, y aun asi no se posesionaron de aquel puesto sino al cabo de horas de pelea. No fueron mas afortunados en el de Capuchinos cercano á la puerta del Cármen. Lucharon los defensores cuerpo á cuerpo en la iglesia, en los claustros, en las celdas, y no desampararon el edificio hasta despues de haberle puesto fuego.

Otros combates.

Tambien quisieron los franceses cercar la ciudad por la orilla izquierda del Ebro, principalmente á causa de los socorros que la libre comunicacion proporcionaba. Para estorbarlo pensaron en cruzar el rio,

Puente echado por los franceses en San Lamberto.

echando el 10 de julio un puente de balsas en San Lamberto. Salió contra ellos el general Palafox con paisanos y una compañía de suizos que acababa de llegar. Batallaron largo tiempo, y vino con refuerzo á sostenerlos el intendente Calvo de Rozas, cuyo caballo fue derribado de una granada. Los enemigos no se atrevieron á pasar muy adelante, y aprovechando los nuestros el precioso respiro que daban, levantaron en el arrabal tres baterías, una en los Tejares, y las otras dos en el Rastro de los clérigos y en San Lázaro: de las que protegidos los labradores se escopetearon varias veces con los franceses en el campo de las Ranillas y los ahuyentaron, distinguiéndose con frecuencia en la lid el famoso tio Jorge. Así que los sitiadores no pudieron cerrar del todo las comunicaciones de Zaragoza, pero talaron los campos, quemaron las mieses, y extendiéndose hácia el Gállego vióse desconsoladamente arder el puente de madera que da paso al camino carretero de Cataluña, y destruirse é incendiarse las aceñas y molinos harineros que abastecian la ciudad. Las angustias crecian, mas al par de ellas tambien el ardimiento de los sitiados. Se acopió la harina del vecindario para amasar solamente pan de municion que todos comian con gusto, y para fabricar pólvora se establecieron molinos movidos por caballos, y se cogió el azufre en donde quiera que lo habia: se lavó la tierra de las calles para tener salitre, y se hizo carbon con la caña del cáñamo tan alto en aquel pais. No poco cooperó al acierto y direccion de estos trabajos, como de los demas que ocurrieron, el sabio oficial de artillería Don Ignacio Lopez, quien desde entonces hasta el fin del sitio fue uno de los pilares en que estribó la defensa zaragozana.

Estrago hecho por los mismos.

Otras medidas de los sitiados.

Eran estas precauciones tanto mas necesarias, cuanto no solo los franceses ceñian mas y mas la plaza, sino que tambien previeron los sitiados que bien pronto intentarian destruir ó tomar los molinos de pólvora de Villafeliche á doce leguas de Zaragoza, que eran los que la proveian. Así sucedió. El baron de Versages desde Calatayud asomándose á las alturas inmediatas á aquel pueblo, impidió al principio que lograsen su objeto. Mas revolviendo sobre él los enemigos con mayores fuerzas tuvo que replegarse y dejar en sus manos tan importantes fábricas.

Apodérase el enemigo de Villafeliche.

En medio del tropel de desdichas que oprimian á los zaragozanos permanecian constantes sin que nada los abatiese. En continuada vela desbarataban las sorpresas que á cada paso tentaban sus contrarios. El 17 de julio dueños ya estos del convento de Capuchinos, sigilosamente á las nueve de la noche procuraron ponerse bajo el tiro de cañon de la puerta del Cármen. Los nuestros lo notaron y en silencio tambien aguardando el momento del asalto rompieron el fuego y derribaron sin vida á los que se gloriaban ya de ser dueños del puesto. Con mayor furia renovaron los sitiadores sus ataques allí y en las otras puertas las noches

Otros combates.

siguientes ; en todas infructuosamente, no habiendo podido tampoco apoderarse del convento de Trinitarios descalzos sito extramuros de la ciudad.

En lucha tan encarnizada los españoles á veces molestaban al enemigo con sus salidas, y no menos quisieron que adelantarse hasta el monte Torrero. Aparentando pues un ataque formal por el paseo antes deleitoso que de la ciudad iba á aquel punto, dieron otros de sobresalto en medio del dia en el campamento francés. Todo lo atropellaron y no se retiraron sino cubiertos de sangre y despojos. Por las márgenes del Gállego midieron igualmente unos y otros sus armas en varias ocasiones, y señaladamente en 29 de julio en que nuestros lanceros sacaron ventaja á los suyos con mucha honra y prez, sobresaliendo en los reencuentros el coronel Butron primer ayudante de Palafox.

Restaban aun nuevas y mas recias ocasiones en que se emplease y resplandeciese la bizarría y firmeza de los zaragozanos. Noche y dia trabajaban sus enemigos para construir un camino cubierto que fuese desde el convento de San José por la orilla del Huerba hasta las inmediaciones de la Bernardona, y á su abrigo colocar morteros y cañones, no mediando ya entre sus baterías y las de los españoles sino muy corta distancia.

Ataques del 3 y 4 de agosto.

Aguardábase por momentos una general embestida, y en efecto en la madrugada del 3 de agosto el enemigo rompió el fuego en toda la línea, cayendo principalmente una lluvia de bombas y granadas en el barrio de la ciudad situado entre las puertas de Santa Engracia y el Cármen hasta la calle del Coso. El coronel de ingenieros francés Lacoste, ayudante de Napoleon, que habia llegado despues de comenzado el sitio, con razon juzgó no ser acertado el ataque antes emprendido por el Portillo, y determinó que el actual se diese del lado de Santa Engracia, como mas directo y como punto no flanqueado por el castillo. La principal batería de brecha estaba á 150 varas del convento, y constaba de 6 piezas de á 16 y de 4 obuses. Habian ademas establecido sobre todo el frente de ataque 7 baterías, de las que la mas lejana estaba del recinto 400 varas. A tal distancia y tan reconcentrado fácil es imaginarse cuán terrible y destructor seria su fuego. Sea de propósito ó por acaso, notóse que sus tiros con particularidad se asestaban contra el hospital general en que habia gran número de heridos y enfermos, los niños expósitos y los dementes. Al caer las bombas hasta los mas postrados, desnudos y despavoridos saltaron de sus camas y quisieron salvarse. Grande desolacion fue aquella. Mas con el celo y actividad de buenos patricios, muchos, en particular niños y heridos, se trasladaron á parage mas resguardado. Prosiguió todo aquel dia el bombardeo, conmoviéndose unos edificios, desplomándose otros, y causando todo junto tal estampido y estruendo que se difundia y retumbaba á muchas leguas de Zaragoza.

Al alborear del 4 descubrieron los enemigos su formidable batería en frente de Santa Engracia. No habia enderredor del monasterio foso alguno, coronando solo sus pisos varias piezas de artillería. Empezaron á batirle en brecha, acometiendo al mismo tiempo la entrada inmediata del mismo nombre, y distrayendo la atencion con otros ataques del lado del Cármen, Portillo y Aljafería. A las nueve de la mañana estaban arrasadas casi todas nuestras baterías y practicables las brechas. Palafox presentándose por todas partes, corria á donde habia mayor riesgo y sostenia la constancia de su gente. En lo recio del combate propúsole Lefebvre Desnouettes « paz y capitulacion. » Respondióle Palafox « guerra á cuchillo. » A su voz atropellábanse paisanos y soldados á oponerse al enemigo, y abalanzándose á dicho monasterio de Santa Engracia, célebre por sus antigüedades y por ser fundacion de los reyes católicos, se metian dentro sin que los arredrara ni el desplomarse de los pisos ni la caida de las mismas paredes que amagaba. A todo hacian rostro, nada los desviaba de su temerario arrojo. Y no parecia sino que las sombras de los dos célebres historiadores de Aragon Gerónimo Blancas y Zurita, cuyas cenizas allí reposaban, ahuyentadas del sepulcro al ruido de las armas y vagando por los atrios y bóvedas, los estimulaban y aguijaban á la pelea, representándoles vivamente los heróicos hechos de sus antepasados que tan verídica y noblemente habian trasmitido á la posteridad. Tanto tenia de sobrehumano el porfiado lidiar de los aragoneses.

Al cabo de horas, y cuando el terreno quedaba no sembrado sino cubierto de cadáveres, y entorno suyo ruinas y destrozos, pudieron los franceses avanzar y salir á la calle de Santa Engracia. Pisando ya el recinto vanagloriábanse de ser dueños de Zaragoza, y formados y con arrogancia se encaminaban al Coso.

Mas pesóles muy luego su sobrada confianza. Cogidos y como enredados entre calles y casas estuvieron expuestos á un horroroso fuego que de todos lados se les hacia á manera de granizada. Cortadas las bocacalles y parapetados los defensores con sacas de algodon y lana, y detras de las paredes de las mismas casas, los abrasaron por decirlo asi á quema ropa por espacio de tres horas, sin que pudieran salir al Coso, á donde desemboca la calle de Santa Engracia. Desesperanzaban ya los franceses de conseguirlo, cuando volándose un repuesto de pólvora que cerca tenian los españoles, con el daño y desórden que esta desgracia causó, fuéles permitido á los acometedores llegar al Coso, y posesionarse de dos grandes edificios que hay en ambas esquinas, el del convento de San Francisco á la izquierda, y el hospital general á la derecha. En este fue espantoso el ataque, prendióse fuego, y los enfermos que quedaban arrojándose por las ventanas caian sobre las bayonetas enemigas. Entre tanto los locos encerrados en sus jaulas can-

taban, lloraban ó reian segun la mania de cada uno. Los soldados enemigos tan fuera de sí como los mismos dementes, en el ardor del combate mataron á muchos y se llevaron á otros al monte Torrero, de donde despues los enviaron. Mucha sangre habia costado á los franceses aquel dia, habiendo sido tan de cerca ofendidos: contáronse entre el número de los muertos oficiales superiores, y fue herido su mismo general en gefe Verdier.

Avanzan los franceses al Coso.

Dueños de aquella parte sentaron los enemigos sus águilas victoriosas en la cruz del Coso, templete con columnas en medio de la calle del mismo nombre, Todo parecia asi perdido y acabado. Calvo de Rozas y el oficial Don Justo San Martin fueron los últimos que á las cuatro de la tarde, despues de haberse volado el mencionado repuesto, desampararon la batería que enfilaba desde el Coso la avenida de Santa Engracia. Pero el primero no decayendo de ánimo dirigióse por la calle de San Gil al arrabal para desde alli juntar dispersos, rehacer su gente, traer los que custodiaban aquellos puntos entonces no atacados, y con su ayuda prolongar hasta la noche la resistencia, aguardando de fuera y antes de la madrugada, segun veremos, auxilio y refuerzos.

Favoreció á su empresa lo ocurrido en el hospital general, y una equivocacion afortunada de los enemigos, quienes queriendo encaminarse al puente que comunica con el arrabal, en vez de tomar la calle de San Gil que tomó Calvo y es la directa, desfilaron por el arco de Cineja, callejuela torcida que va á la Torrenueva. Aprovechándose los aragoneses del extravio los arremetieron en aquella estrechura y los acribillaron y despedazaron. Obligóles á hacer alto semejante choque, y en el entretanto volviendo Calvo del arrabal con 600 hombres de refresco y otros muchos que se le agregaron, desembocaron juntos y de repente en la calle del Coso en donde estaba la columna francesa. Embistió con 50 hombres escogidos, y el primero el anciano capitan Cerezo que ya vimos en la Aljafería, yendo armado (para que todo fuera extraordinario) de espada y rodela, y bien unido con los suyos se arrojaron todos como leones sobre los contrarios, sorprendidos con el súbito y furibundo ataque. Acometieron los demas por diversos puntos, y disparando desde las casas trabucazos y todo linage de mortíferos instrumentos, acosados los franceses y aterrados se dispersaron y recogieron en los edificios de San Francisco y hospital general.

Anocheció al cesar la pelea, y vueltos los españoles del primer sobresalto supieron por experiencia con cuanta ventaja resistirian al enemigo dentro de las calles y casas. Sosteníales tambien la firme esperanza de que con el alba apareceria delante de sus puertas un numeroso socorro de tropas, que asi se lo habia prometido su idolatrado caudillo Don José de Palafox.

Salida de Palafox de Zaragoza.

Habia partido este de Zaragoza con sus dos hermanos á las doce del dia del 4, despues que los franceses dueños del monasterio de Santa Engracia estaban como atascados en las calles que daban al Coso. Presumíase con fundamento que no podrian en aquel dia vencer los obstáculos con que encontraban; mas al mismo tiempo careciendo de municiones y menguando la gente, temíase que acabarian por superarlos si no llegaban socorros de á fuera, y si ademas tropas de refresco no llenaban los huecos y animaban con su presencia á los tan fatigados si bien heróicos defensores. No estaban aquellas lejos de la ciudad, pero dilatándose su entrada pensóse que era necesario fuese Palafox en persona á acelerar la marcha. No quiso este sin embargo alejarse antes que le prometiesen los zaragozanos que se mantendrian firmes hasta su vuelta. Hiciéronlo asi, y teniendo fé en la palabra dada convino en ir al encuentro de los socorros.

Correspondió á la esperanza el éxito de la empresa. A últimos de junio habia desde Cataluña penetrado en Aragon el 2º batallon de voluntarios con 1200 plazas al mando del coronel Don Luis Amat y Teran, 500 hombres de guardias españolas al del coronel Don José Manso, y ademas dos compañías de voluntarios de Lérida, cuya division se habia situado en Jelsa, diez leguas de Zaragoza. Cierto que con este auxilio y un convoy que bajo su amparo podria meterse en la ciudad sitiada, era dado prolongar la defensa hasta la llegada de otro cuerpo de 5000 hombres procedente de Valencia que se adelantaba por el camino de Teruel. El tiempo urgía; no sobraba la mas exquisita diligencia, por lo que, y á mayor abundamiento, despachóse al mismo Calvo de Rozas para enterar á Palafox de lo ocurrido despues de su partida y servir de punzante espuela al pronto envio de los socorros. Alcanzó el nuevo emisario al general en Villafranca de Ebro, pasaron juntos á Osera, cuatro leguas de Zaragoza, en donde á las nueve de la noche entraron las tropas alojadas antes en Jelsa y Pina.

En dicho pueblo de Osera celebróse consejo de guerra, á que asistieron los tres Palafoxes con su estado mayor, el brigadier Don Francisco Osina, el coronel de artillería Don J. Navarro Sangran (estos dos procedentes de Valencia) y otros gefes. Informados por el intendente Calvo del estado de Zaragoza, sin tardanza se determinó que el marqués de Lazan con los 500 hombres de guardias españolas, formando la vanguardia se metiese en la ciudad en la madrugada del 5, que con la demas tropa le siguiese Don José de Palafox, y que su hermano Don Francisco quedase á la retaguardia con el convoy de víveres y municiones custodiado tambien por Calvo de Rozas. Acordóse asimismo que para mantener con brio á los sitiados y consolarlos en su angustiada posicion, partiesen prontamente á Zaragoza como anunciadores y pregoneros del socorro el teniente coronel Don Emeterio Barredo y el tio Jorge, cuya

persona rara vez se alejaba del lado de Palafox siendo capitan de su guardia. Partiéronse todos á desempeñar sus respectivos encargos, y la oportuna llegada á la ciudad de los mencionados emisarios, desbaratando los secretos manejos en que andaban algunos malos ciudadanos, confortó al comun de la gente y provocó el mas arrebatado entusiasmo.

Vuelve Lazan el 6 con socorros.

A ser *posible* hubiera crecido de punto con la entrada pocas horas despues del marqués de Lazan. Retardóse la de su hermano y la del convoy por un movimiento del general Lefebvre Desnouettes, quien mandaba en gefe en lugar del herido Verdier. Habíanle avisado la llegada de Lazan y queria impedir la de los demas, juzgando acertadamente que le seria mas fácil destruirlos en campo abierto que dentro de la ciudad. Palafox, desviándose á Villamayor, situado á dos leguas y media en una altura desde donde se descubre Zaragoza, esquivó el combate y aguardó oportunidad de burlar la vigilancia del enemigo. Para ejecutar su intento con apariencia fundada de buen éxito, mandó que de Huesca se le uniese el coronel Don Felipe Perena con 3000 hombres que allí habia adiestrado, y despues dejando á estos en las alturas de Villamayor para encubrir su movimiento, y valiéndose tambien de otros ardides engañó el enemigo, y de mañana y con el sol entró el dia 8 por las calles de Zaragoza. Déjase discurrir á qué punto se elevaria el júbilo y contentamiento de sus moradores, y cuán difícil seria contener sus ímpetus dentro de un término conveniente y templado.

El 8 Palafox con otro nuevo.

Los franceses si bien sucesivamente habian acrecentado el número de su gente hasta rayar en el de 11,000 soldados, estaban descaecidos de espíritu, visto que de nada servian en aquella lid las ventajas de la disciplina, y que para ir adelante menester era conquistar cada calle y cada casa, arrancándolas del poder de hombres tan resueltos y constantes. Amilanáronse aun mas con la llegada de los auxilios que en la madrugada del 5 recibieron los sitiados, y con los que se divisaban en las cercanías.

Continuan los choques y reencuentros.

No por eso desistieron del propósito de enseñorearse de todos los barrios de la ciudad, y destruyendo las tapias formaron detras líneas fortificadas, y construyeron ramales que comunicasen con los que estaban alojados dentro.

Desde el 5 hubo continuados tiroteos, peleábase noche y dia en casas y edificios, incendiáronse algunos y fueron otros teatro de reñidas lides. En las mas brilló con sus parroquianos el beneficiado Don Santiago Sas, y el tio Jorge. Tambien se distinguió en la puerta de Sancho otra muger del pueblo llamada Casta Alvarez, y mucho por todas partes Doña María Consolacion de Azlor condesa de Bureta. A ningun vecino atemorizaba ya el bombardeo, y avezados á los mayores riesgos bastábales la separacion de una ca-

lle ó de una casa para mirarse como resguardados por un fuerte muro ú ancho foso. Debieran haberse eternizado muchos nombres que para siempre quedaron allí oscurecidos, pues siendo tantos y habiéndose convertido los zaragozanos en denodados guerreros, su misma muchedumbre ha perjudicado á que se perpetue su memoria.

Los franceses reciben el 6 orden de retirarse.

Por entonces empezó á susurrarse la victoria de Bailen. Daban crédito los sitiados á noticia para ellos tan plausible, y con desden y sonrisa la oian sus contrarios, cuando de oficio les fue á los últimos confirmada el dia 6 de agosto. Procuróse ocultar al ejército, pero por todas partes se traslucia, mayormente habiendo acompañado á la noticia la órden de Madrid de que levantasen el sitio y se replegasen á Navarra. Meditaban los gefes franceses el modo de llevarlo á efecto, y hubieran bien pronto abandonado una ciudad para sus huestes tan ominosa si no hubiesen poco despues recibido contra-órden del general Monthion desde Vitoria, á fin de que antes de alejarse aguardasen nuevas instrucciones de Madrid del gefe de estado mayor Belliard. Permanecieron pues en Zaragoza, y continuaron todavía unos y otros en sus empeñados choques y reencuentros. Los franceses con desmayo, los españoles con ánimo mas levantado.

Contraórden poco despues.

Asi fue que el 8 de agosto luego que entró Palafox congregóse un consejo de guerra, y se resolvió continuar defendiendo con la misma tenacidad y valentía que hasta entonces todos los barrios de la ciudad, y en caso que el enemigo consiguiese apoderarse de ellos, cruzar el rio, y en el arrabal perecer juntos todos los que hubiesen sobrevivido. Felizmente su constancia no tuvo que exponerse á tan recia prueba, pues los franceses sin haber pasado del Coso recibieron el 13 la órden definitiva de retirarse. Llegó para ellos muy oportunamente, porque en el mismo dia caminando á toda priesa, y conducida en carros por los naturales del tránsito la division de Valencia al mando del mariscal de campo Don Felipe Saint-March, corrió á meterse precipitadamente en la ciudad invadida. Y tal era la impaciencia de sus soldados por arrojarse al combate, que sin ser mandados y en union con los zaragozanos embistieron á las seis de la tarde desaforadamente al enemigo. Hallábase este á punto de desamparar el recinto, y al verse acometido apresuró la retirada volando los restos del monasterio de Santa Engracia. En seguida se reconcentró en su campamento del monte Torrero, y dispuesto á abandonar tambien aquel punto, prendió por la noche fuego á sus almacenes y edificios, clavó y echó en el canal la artillería gruesa, destruyó muchos pertrechos de guerra, y al cabo se alejó al amanecer del 14 de las cercanías de Zaragoza. La division de Valencia con

Resolucion magnánima de los zaragozanos.

13, órden definitiva dada á los franceses de retirarse.

Llegada á Zaragoza de una division de Valencia.

Aléjanse los franceses de Zaragoza el 14.

otros cuerpos siguieron su huella, situándose en los linderos de Navarra.

Fin del sitio.

Terminóse asi el primer sitio de Zaragoza, que costó á los franceses mas de 3000 hombres y cerca de 2000 á los españoles. Célebre y sin ejemplo, mas bien que sitio pudiera considerársele como una continuada lucha ó defensa de posiciones diversas, en las que el entusiasmo y personal denuedo llevaba ventaja al calculado valor y disciplina de tropas aguerridas. Pues aquellos triunfos eran tanto mas asombrosos cuanto en un principio y los mas señalados fueron conseguidos, no por el brazo de hombres acostumbrados á la pelea y estrépitos marciales, sino por pacíficos labriegos que ignorando el terrible arte de la guerra, tan solamente habian encallecido sus manos con el áspero y penoso manejo de la azada y la podadera.

Alegría de los aragoneses. Estado de la ciudad.

Al cerciorarse de la retirada de los franceses prorumpieron los moradores de Zaragoza en voces de alegría con loores eternos al Todopoderoso y gracias rendidas á la virgen del Pilar, que su devocion miraba como la principal protectora de sus hogares. No daba facultad el gozo para reparar en qué estado quedaba la ciudad: triste era verdaderamente. La parte ocupada por los sitiadores arruinada, los tejados de la que habia permanecido libre hundidos por las granadas y bombas. En unos parages humeando todavía el fuego mal apagado, en otros desplomándose la techumbre de grandes edificios, y mostrándose en todos el lamentable espectáculo de la desolacion y la muerte.

Celebráronse el 25 magníficas exequias por los que habian fallecido en defensa de su patria, de quienes nunca mejor pudiera repetirse con Pericles, « que en brevísimo tiempo y con breve suerte « habian sin temor perecido en la cumbre de la gloria *. » Concedió Palafox á los defensores muchos privilegios, entre los que con razon algunos se graduaron de desmedidos. Mas este y otros desvíos desaparecieron y se ocultaron al resplandor de tantos é inmortales combates.

(* Ap. n. 6.)

Cataluña.

No desdijeron de aquella defensa las esclarecidas acciones que por entonces y con el mismo buen éxito que las primeras acaecieron en Cataluña. El Ampurdan habia imitado el ejemplo de los otros distritos de su provincia, y estaba ya sublevado cuando los franceses acometieron infructuosamente á Gerona la vez primera. El movimiento de sus somatenes fue provechoso á la defensa de aquella plaza, molestando con correrías las partidas sueltas del enemigo é interrumpiendo sus comunicaciones. Llevaron mas allá su audacia, y apoyados en algunos soldados de la corta guarnicion de Rosas, bloquearon estrechamente el castillo de San Fernando de Figueras, defendido por solos 400 franceses con escasas vituallas. Des-

Bloqueo de Figueras por los somatenes.

pechados estos de verse en apuro por la osadia de meros paisanos, quisieron vengarse incomodando con sus bombas á la villa y arruinándola sin otro objeto que el de hacer daño. Mas hubiéranse quizá arrepentido de su bárbara conducta, si estando ya casi á punto de capitular no los hubiese socorrido oportunamente el general Reille. Ayudante este de Napoleon habia por órden suya llegado á Perpiñan, y reunido precipitadamente algunas fuerzas. Con ellas y un convoy tocó el 5 de julio los muros de Figueras y ahuyentó los somatenes.

Socorre la plaza el general Reille.

Persuadido Reille que Rosas, aunque en parte desmantelada, atizaba el fuego de la insurreccion y suministraba municiones y armas, intentó el 11 del mismo julio tomarla por sorpresa, pero le salió vano su intento habiendo sido completamente rechazado. A la vuelta tuvo que padecer bastante acosado por los somatenes, que en varios otros reencuentros, señaladamente en el del Alfar, desbarataron á los franceses. Era su principal caudillo Don Juan Claros hombre de valor y muy práctico en la tierra.

Don Juan Claros.

Duhesme por su parte luego que volvió á Barcelona despues de habérsele desgraciado su empresa de Gerona, no descansaba ni vivia tranquilo hasta vengar el recibido agravio. Juntó con premura los convenientes medios, y al frente de 6000 hombres, un tren considerable de artillería con municiones de boca y guerra, escalas y demas pertrechos conducentes á formalizar un sitio, salió de Barcelona el 10 de julio.

Vuelve Duhesme á Gerona.

Confiado en el éxito de esta nueva expedicion contra Gerona, públicamente decia: *el 24 llego, el 25 la ataco, la tomo el 26 y el 27 la arraso.* Conciso como César en las palabras no se le asemejó en las obras. Por de pronto fue inquietado en todo el camino. Detuvieron á sus soldados entre Caldetas y San Pol las cortaduras que los somatenes habian abierto, y cuyo embarazo los expuso largo tiempo á los fuegos de una fragata inglesa y de varios buques españoles. Prosiguiendo adelante se dividieron el 19 en dos trozos, tomando uno de ellos la vuelta de las asperezas de Vallgorquina, y el otro la ruta de la costa. De este lado tuvieron un reñido choque con la gente que mandaba Don Francisco Milans, y por el de la Montaña vencidos varios obstáculos, con pérdidas y mucha fatiga llegaron el 20 á Hostalrich, cuyo gobernador Don Manuel O'Sulivan, de apellido extrangero, pero de corazon español y nacido en su suelo, contestó esforzadamente á la intimacion que de rendirse le hizo el general Goulas. Volviéronse á unir las dos columnas francesas despues de otros reencuentros, y juntas avanzaron á Gerona, en donde el 24 se les agregó el general Reille con mas de 2000 hombres que traia de Figueras. Aunque á vista de la plaza, no la acometieron formalmente hasta principios de agosto, y como el no haber conseguido el enemigo su objeto dependió en mucha parte de haberse mejorado

la situacion del principado con los auxilios que de fuera vinieron, y con el mejor órden que en él se introdujo, será conveniente que acerca de uno y otro echemos una rápida ojeada.

Junta de Lérida.

Habíase congregado en Lérida á últimos de junio una junta general en que se representaron los diversos corregimientos y clases del principado. Fue su primera y principal *mira aunar los esfuerzos*, que si bien *gloriosos*, habian hasta entonces sido parciales, combinando las operaciones y arreglando la forma de los diversos cuerpos que guerreaban. Acordó juntar con ellos y otros alistados el número de 40,000 hombres, y buscó y encontró en sus propios recursos el medio de subvenir á su mantenimiento. Para lisonjear sin duda la opinion vulgar de la provincia, adoptó en la organizacion de la fuerza armada la forma antigua de los miqueletes. Motejóse con razon esta disposicion como tambien el que dándoles mayor paga disgustase á los regimientos de línea. Los miqueletes, segun Melo, se llamaron antes almogavares, cuyo nombre significa gente del campo, que profesaba conocer por señales ciertas el rastro de personas y animales. Mudaron su nombre en el de miquelets en memoria, dice el mismo autor, de Miquelot de Prads, compañero del famoso César Borja. Pudo en aquel siglo y aun despues convenir semejante ordenacion de paisanos, aunque muchos lo han puesto en duda; mas de ningun modo era acomodada al nuestro faltándole la conveniente disciplina y subordinacion.

Tropas de Menorca mandadas por el marqués del Palacio.

Acudieron tambien á Cataluña por el propio tiempo parte de las tropas de las islas Baleares. Al principio se habian negado sus habitantes á desprenderse de aquella fuerza, temerosos de un desembarco. Pero en julio mas tranquilos convinieron en que la guarnicion de Mahon con el marqués del Palacio que mandaba en Menorca desde el principio de la insurreccion, se hiciese á la vela para Cataluña. Dicho general si bien habia suscitado altercaciones de que hubieran podido resultar males, y abierta division entre las dos islas de Mallorca y Menorca, habíase sin embargo mantenido firmemente adicto á la causa de la patria y contestado con dignidad y energía á las insidiosas propuestas que le hicieron los franceses de Barcelona y sus parciales.

El 20 de julio salió pues de Menorca la expedicion compuesta de 4650 hombres con muchos víveres y pertrechos, y el 23 desembarcó en Tarragona. Dió su llegada grande impulso á la defensa de Cataluña, y trasladándose sin tardanza de Lérida á aquel puerto la junta del principado nombró por su presidente al marqués del Palacio y se instaló solemnemente el 6 de agosto.

Se empezó desde entonces en aquella parte de España á hacer la guerra de un modo mejor y mas concertado. Al principio sin otra guia ni apoyo que el valor de sus habitantes redújose por lo

general á ser defensiva y á incomodar separadamente al enemigo. Con este fin determinó el nuevo gefe tomar la ofensiva reforzando la línea de somatenes que cubria la orilla del Llobregat. Escogió para mandar la tropa que enviaba á aquel punto al brigadier conde de Caldagues, quien se juntó con el coronel Baguet gefe de los somatenes. La presencia de esta gente incomodaba á Lecchi comandante de Barcelona en ausencia de Duhesme, mayormente cuando por mar le bloqueaban dos fragatas inglesas, de una de las cuales era capitan el despues tan conocido y famoso Lord Cochrane. Temiase el francés cualquiera tentativa, y creció su cuidado luego que supo haber los somatenes recobrado el 31 á Mongat con la ayuda de dicho Cochrane, y capitaneados por Don Francisco Barceló.

El conde de Caldagues vá en socorro de Gerona.

No queriendo desperdiciar la ocasion y valiéndose de la inquietud y sobresalto del enemigo, pensó el marqués del Palacio en socorrer á Gerona. Al efecto y creyendo que por sí y los somatenes podria distraer bastantemente la atencion de Lecchi, dispuso que el conde de Caldagues saliese de Martorell el 6 de agosto con tres compañías de Soria y una de granaderos de Borbon, alrededor de cuyo núcleo esperaba que se agruparian los somatenes del tránsito. Asi sucedió, agregándose sucesivamente Milans, Claros y otros al conde de Caldagues, que se encaminó por Tarrasa, Sabadell y Granollers á Hostalrich. El 15 se aproximaron todos á Gerona, y en Castellá celebrándose un consejo de guerra y de concierto con los de la plaza se resolvió atacar á los franceses al dia siguiente. Contaban los españoles 10,000 hombres por la mayor parte somatenes.

Veamos ahora lo que allí habia ocurrido desde que el enemigo la habia embestido en los últimos dias de julio. El número de los sitiadores si no se ha olvidado ascendia á cerca de 9000 hombres; el de los nuestros dentro del recinto á 2000 veteranos, y ademas el vecindario muy bien dispuesto y entusiasmado. Los franceses, fuese desacuerdo entre ellos, fuesen órdenes de Francia ó mas bien el trastorno que les causaban las nuevas que recibian de todas las provincias de España, continuaron lentamente sus trabajos sin intentar antes del 12 de agosto ataque formal. Aquel dia intimaron la rendicion, y desechadas que fueron sus proposiciones rompieron el fuego á las doce de la noche del 15. Aviváronle el 14 y 15 acometiendo con particularidad del lado de Monjuich, nombre que se da como en Barcelona á su principal fuerte. Adelantaban en la brecha los enemigos, y muy luego hubiera estado practicable, si los sitiados trabajando con ahinco y guiados por los oficiales de Ultonia no se hubiesen empleado en su reparo.

Atacan los franceses a Gerona el 13 de agosto.

Apurados sin embargo andaban, á la sazon que el conde de Caldagues colocado con su division en las cercanías, trató estando todos de acuerdo de atacar en la mañana del 16

Son derrotados el 16.

las baterías que los sitiadores habian levantado contra Monjuich. Mas era tal el ardimiento de los soldados de la plaza, que sin aguardar la llegada de los de Caldagues, y mandados por Don Narciso de la Valeta, Don Enrique Odonell y Don Tadeo Aldea, se arrojaron sobre las baterías enemigas, penetraron hasta por sus troneras, incendiaron una, se apoderaron de otra y quemaron *sus montages. Hizose luego general la refriega: duró hasta la noche quedando vencedores* los españoles, no obstante la superioridad del enemigo en disciplina y órden. Escarmentados los franceses abandonaron el sitio, y volviéndose Reille al siguiente dia á Figueras, enderezó Duhesme sus pasos camino de Barcelona. Pero este no atreviéndose á repasar por Hostalrich ni tampoco por la marina, ruta en varios puntos cortada y defendida con buques ingleses, se metió por en medio de los montes perdiendo carros y cañones, cuyo trasporte impedian lo agrio de la tierra y la celeridad de la marcha. Llegó Duhesme dos dias despues á la capital de Cataluña con sus tropas hambrientas y fatigadas y en lastimoso estado. Terminóse asi su segunda expedicion contra Gerona, no mas dichosa ni lucida que la primera.

Levantan el sitio.

Llevada en España á feliz término esta que podemos llamar su primer campaña, será bien volver nuestra vista á la que al propio tiempo acabaron los ingleses gloriosamente en Portugal.

Portugal.

Habia aquel reino proseguido en su insurreccion, y padecido bastantemente algunos de sus pueblos con la entrada de los franceses. Cupo suerte aciaga á Leiria y Nazareth, habiendo sido igualmente desdichada la de la ciudad de Évora. Era en Portugal difícil el arreglo y union de todas sus provincias por hallarse interrumpidas las comunicaciones entre las del norte y mediodia, y árduo por tanto establecer un concierto entre ellas para lidiar ventajosamente contra los franceses. La junta de Oporto animada de buen zelo, mas desprovista de medios y autoridad, procedia lentamente en la organizacion militar, y de Galicia con escasez y tarde le llegaron cerca de 2000 hombres de auxilio. La junta de Extremadura envió por su lado una corta division á las órdenes de Don Federico Moreti, con cuya presencia se fomentó el alzamiento del Alentejo en tal manera grave á los ojos de Junot, que dió órden á Loison para pasar prontamente á aquella provincia, desamparando la Beira, en donde este general estaba, despues de haber inútilmente pisado los lindes de Salamanca y las orillas de Duero. Supieron portugueses y españoles que se acercaban los enemigos, y al mando aquellos del general Francisco de Paula Leite, y los nuestros al del brigadier Moreti, los aguardaron fuera de las puertas de Évora, dentro de cuyos muros se habia instalado la junta suprema de la provincia. Era el

Estado de aquel reino y de su insurreccion.

29 de julio, y las tropas aliadas, no ofreciendo sino un conjunto informe de soldados y paisanos mal armados y peor disciplinados, se dispersaron en breve, recogiéndose parte de ellos á la ciudad. Los enemigos avanzaron, mas tuvieron dentro que vencer la pertinaz resistencia de los vecinos y de muchos de los españoles refugiados allí despues de la accion, y que guiados por Moreti y sobre todo por Don Antonio María Gallego disputaron á palmos algunas de las calles. El último quedó prisionero. La ciudad fue entregada por el enemigo á saco, desahogando este horrorosamente su rabia en casas y vecinos. Moreti con el resto de su tropa se acogió á la frontera de Extremadura. En ella y en la plaza de Olivenza reunia los dispersos el general Leite. Tambien al mismo tiempo se ocupaba en el Algarbe el conde de Castromarin en allegar y disciplinar reclutas; mas tan loables esfuerzos, asi de esta parte como otros parecidos en la del norte de Portugal, no hubieran probablemente conseguido el anhelado objeto de libertar el suelo lusitano de enemigos sin la pronta y poderosa cooperacion de la Gran Bretaña.

Evora.

Expedicion inglesa enviada á Portugal.

Desde el principio de la insurreccion española habia pensado aquel gobierno en apoyarla con tropas suyas. Asi se lo ofreció á los diputados de Galicia y Asturias en caso que tal fuese el deseo de las juntas; mas estas prefirieron á todo los socorros de municiones y dinero, teniendo por infructuoso, y aun quizá perjudicial, el envio de gente. Era entonces aquella opinion la mas acreditada, y fundábase en cierto orgullo nacional loable, mas hijo en parte de la inexperiencia. Daba fuerza y séquito á dicha opinion el desconcepto en que estaban en el continente las tropas inglesas, por haberse hasta entonces malogrado desde el principio de la revolucion francesa casi todas sus expediciones de tierra. Sin embargo al paso que amistosamente no se admitió la propuesta, se manifestó que si el gobierno de S. M. B. juzgaba oportuno desembarcar en la península alguna division de su ejército, seria conveniente dirigirla á las costas de Portugal, en donde su auxilio serviria de mucho á los españoles poniéndoles á salvo de cualquiera empresa de Junot.

Abrazó la idea el ministerio inglés, y una expedicion preparada antes de levantarse España, y segun se presume contra Buenos-Aires, mudó de rumbo, y recibió la órden de partir para las costas portuguesas. Púsose á su frente al teniente general Sir Arturo Wellesley, conocido despues con el nombre de duque de Wellington, y de quien daremos breve noticia, siendo muy principal el papel que representó en la guerra de la península.

Sir Arturo Wellesley.

Cuarto hijo Sir Arturo del vizconde Wellesley, conde de Mornington, habia nacido en Irlanda en 1769, el mismo año que Napoleon. De Eton pasó á Francia y entró en la escuela militar de Angers para instruirse en la profesion de

las armas. Comenzó su carrera en la desastrada campaña que en 1793 acaudilló en Holanda el duque de York, donde se distinguió por su valor. Detenido á causa de temporales, no se hizo á la vela para América en 1795, segun lo intentaba, y solo en 1797 se embarcó con direccion á opuestas regiones, yendo á la India oriental en compañía de su hermano mayor el marqués de Wellesley nombrado gobernador. Se aventajó por su arrojo y pericia militar en la guerra contra Tipoo-Saib y los Máratas, ganándoles con fuerzas inferiores la batalla decisiva de Assie. En 1805 de vuelta á Inglaterra tomó asiento en la cámara de los comunes, y se unió al partido de Pitt. Nombrado secretario de Irlanda, capitaneó despues la tropa de tierra que se empleó en la expedicion de Copenhague. Hombre activo y resuelto al paso que prudente, gozando ya de justo y buen concepto como militar, sobremanera aumentó su fama en las venturosas campañas de la península española.

Sale la expedicion de Cork.

Contaba ahora la expedicion de su mando 10,000 hombres, los que bien provistos y equipados dieron la vela de Cork el 12 de julio. Al emparejar con la costa de España paráronse delante de la Coruña, en donde desembarcó el 20 su general Wellesley. Andaba á la sazon aquella junta muy atribulada con la rota de Rioseco, y nunca podrian haber llegado mas oportunamente los ofrecimientos ingleses en caso de querer admitirlos. Reiterólos su gefe, pero la junta insistió en su dictámen, y limitándose á pedir socorros de municiones y dinero, indicó como mas conveniente el desembarco en Portugal. Prosiguieron pues su rumbo, y poniéndose de acuerdo el general de la expedicion con Sir Cárlos Cotton que mandaba el crucero frente de Lisboa, determinó echar su gente en tierra en la bahía de Mondego, fondeadero el mas acomodado.

Desembarca en Mondego.

No tardó Wellesley en recibir aviso de que otras fuerzas se le juntarian, entre ellas las del general Spencer, antes en Jerez y puerto de Santa María, y tambien 10,000 hombres procedentes de Suecia al mando de Sir Juan Moore. Reunidas que fuesen todas estas tropas con otros cuerpos sueltos, debian ascender en su totalidad á 30,000 hombres inclusos 2000 de caballería; pero con noticia tan placentera recibió otra el general Wellesley por cierto desagradable. Era pues que tomaria el mando en gefe del ejército Sir H. Dalrymple, haciendo de segundo bajo sus órdenes Sir H. Burrard. Recayó el nombramiento en el primero porque, habiendo seguido buena correspondencia con Castaños y los españoles, se creyó que asi se estrecharian los vínculos entre ambas naciones con la cumplida armonía de sus respectivos caudillos.

No obstante la mudanza que se anunciaba, previnose al general Wellesley que no por eso dejase de continuar sus operaciones con la mas viva diligencia. Autorizado este con semejante permiso, y quizá estimulado con la espuela del sucesor, trató sin dilacion de

abrir la campaña. Desembarcadas ya todas sus tropas en 5 de agosto, y arribando con las suyas el mismo dia el general Spencer, pusiéronse el 9 en marcha hácia Lisboa. El 12 se encontraron en Leiria con el general portugués Bernardino Freire que mandaba 6000 infantes y 600 caballos de su nacion. No se avinieron ambos gefes. Desaprobaba el portugués la ruta que queria tomar el británico, temeroso de que, descubierta Coimbra, fuese acometida por el general Loison, quien de vuelta ya del Alentejo habia entrado en Tomar. Por tanto permaneció por aquella parte, cediendo solamente á los ingleses 1400 hombres de infantería y 250 de caballería que se les incorporaron. Wellesley prosiguió adelante, y el 15 avanzó hasta Caldas.

Estado de Junot y sus disposiciones.

El desembarco de sus tropas habia excitado en Lisboa y en todos los pueblos extremado júbilo y alegría, enflaqueciendo el ánimo de Junot y los suyos. Preveian su suerte, principalmente estando ya noticiosos de la capitulacion de Dupont y retirada de José al Ebro. Derramadas sus fuerzas no ofrecian en ningun punto suficiente número para oponerse á 15,000 ingleses que avanzaban. Tomó sin embargo Junot providencias activas para reconcentrar su gente en cuanto le era dable. Ordenó á Loison dirigirse á la Beira y flanquear el costado izquierdo de sus contrarios, y á Kellerman que, ahuyentando las cuadrillas de paisanos de Alcázar de Sal y su comarca, evacuase á Setúbal y se le uniese. Negóse á prestarle ayuda Siniavin almirante de la escuadra rusa fondeada en el Tajo, no queriendo combatir á no ser que acometiesen el puerto los buques ingleses.

Tampoco descuidó Junot celar que se mantuviese tranquila la populosa Lisboa, y para ello en nada acertó tanto como en dejar su gobierno al cuidado del general Travot, de todos querido y apreciado por su buen porte. Custodiáronse con particular esmero los españoles que yacian en pontones, y se atendió á conservar libres las orillas del Tajo. Los franceses allí avecindados se mostraron muy aficionados á los suyos, y deseosos de su triunfo formaron un cuerpo de voluntarios. El conde de Bourmont y otros emigrados, á quienes durante la revolucion se habian prodigado en Lisboa favores y consuelo, se unieron á sus compatriotas solicitando con instancia el mencionado conde que se le emplease en el estado mayor.

Tomadas estas disposiciones, parecióle á Junot ser ocasion de ponerse á la cabeza de su ejército, é ir al encuentro de los ingleses. Pero antes habian estos venido á las manos cerca de Roliza con el general Delaborde, quien, saliendo de Lisboa el 6 de agosto y juntándose en Ovidos con el general Thomiers y otros destacamentos, habia avanzado á aquel punto al frente de 5000 hombres.

Accion de Roliza.

Eran sus instrucciones no empeñar accion hasta que se le agregasen las tropas en varios puntos es-

parcidas, y limitarse á contener á los ingleses. No le fue lícito cumplir aquellas, viéndose obligado á pelear con el ejército adversario. Habia este salido de su campo de Caldas en la madrugada del 17, y encaminádose hácia Ovidos. Se extiende desde allí hasta Roliza un llano arenoso cubierto de matorrales y arbustos terminado por agrias colinas, las que prolongándose del lado de Culumbeira casi cierran por su estrechura y tortuosidad el camino que da salida al país situado á su espalda. Delaborde tomó posicion en un corto espacio que hay delante de Roliza, pueblo asentado en la meseta de una de aquellas colinas, y de cuyo punto dominaba el terreno que habian de atravesar los ingleses. Acercábanse estos divididos en tres trozos: mandaba el de la izquierda el general Ferguson, encargado de rodear por aquel lado la posicion de Delaborde y de observar si Loison intentaba incorporársele. El capitan Trant con los portugueses debia por la derecha molestar el costado izquierdo de los franceses, quedando en el centro el trozo mas principal, compuesto de cuatro brigadas y á las órdenes inmediatas de Sir Arturo, de cuyo número se destacó por la izquierda la del general Fane para darse la mano con la de Ferguson, del mismo modo que por la derecha y para sostener á los portugueses se separó la del general Hill.

Delaborde no creyéndose seguro en donde estaba, con prontitud y destreza se recogió amparado de su caballería detras de Columbeira, en parage de difícil acceso, y al que solo daban paso unas barrancas de pendiente áspera y con mucha maleza. Entonces los ingleses variaron la ordenacion del ataque; y uniéndose los generales Fane y Ferguson para rodear el flanco derecho del enemigo, acometieron su frente de posicion muy fuerte los generales Hill y Nightingale. Defendiéronse los franceses con gran bizarría, y cuatro horas duró la refriega. Delaborde herido y perdida la esperanza de que se le juntára Loison, pensó entonces en retirarse, temeroso de ser del todo deshecho por las fuerzas superiores de sus contrarios. Primeramente retrocedió á Azambugeira, disputando el terreno con empeño. Hizo despues una corta parada, y al fin tomó el angosto camino de Runha, andando toda la noche para colocarse ventajosamente en Montechique. Perdieron los ingleses 500 hombres, 600 los franceses. Gloriosa fue aquella accion para ambos ejércitos; pues peleando briosamente, si favoreció á los últimos su posicion, eran los primeros en número muy superiores. Con la victoria recobraron confianza los soldados ingleses, menguada por anteriores y funestas expediciones; y de allí tomó principio la fama del general Wellesley, acrecentada despues con triunfos mas importantes.

No habia Loison acudido á unirse con Delaborde receloso de comprometer la suerte de su division. Sabia que los ingleses habian llegado á Leiria, le observaban de cerca los portugueses y unos

1500 españoles que de Galicia habia traido el marqués de Valladares; el pais se mostraba hostil, y asi no solo juzgó imprudente empeñarse en semejante movimiento, sino que tambien abandonando á Tomar, siguió por Torres-Novas á Santaren, y el 17 se incorporó en Cercal con Junot. Los portugueses luego que le vieron lejos entraron en Abrantes y se apoderaron de casi todo un destacamiento que alli habia dejado.

Junot por su parte, segun acabamos de indicar, se habia ya adelantado. El 15 de agosto, despues de celebrar con gran pompa la fiesta de Napoleon, por la noche y muy á las calladas habia salido de Lisboa. Falsas nuevas y el estado de su gente le retardaron en la marcha, y no le fue dado antes del 20 reunir sus diversas y separadas fuerzas. Aquel dia aparecieron juntas en Torres-Vedras, y se componian de 12,000 infantes y 1500 caballos. Quedaban ademas las competentes guarniciones en Yelbes, Almeida, Peniche, Palmela, Santaren y en los fuertes de Lisboa. Mandaba la 1ª division francesa el general Delaborde, la 2ª Loison, y Kellerman la reserva. La caballería y artillería se pusieron al cuidado de los generales Margaron y Taviel, y en la última arma mandaba la reserva el coronel entonces, y despues general Foy, célebre y bajo todos respectos digno de loa.

Socorros llegados al ejército inglés.

Era mas numeroso el ejército inglés. Se le habian nuevamente agregado 4000 hombres á las órdenes de los generales Anstruther y Acland, y constaba en todo de mas de 18,000 combatientes. Carecia de la suficiente caballería, limitándose á 200 ginetes ingleses y 250 portugueses. Despues de la accion de Roliza no habia Wellesley perseguido á su contrario. Para proteger el desembarco en Maceira de los 4000 hombres mencionados, habia avanzado hasta Vimeiro, en donde casi al propio tiempo se le anunció la llegada con 11,000 hombres de Sir Juan Moore. A este le ordenó que saltase con su gente en tierra en Mondego, y que yendo del lado de Santaren cubriese la izquierda del ejército. No tardó tampoco en saberse la llegada de Sir H. Burrard nombrado segundo de Dalrymple en el mando: noticia por cierto poco grata para el general Wellesley, que esperaba por aquellos dias coger nuevos laureles. Su plan de ataque estaba ya combinado. Con pleno conocimiento del terreno, tomando un camino costero, escabroso y estrecho, pensaba flanquear la posicion de Torres-Vedras, y colocándose en Mafra interponerse entre Junot y Lisboa. Habia escogido aquellos vericuetos y ásperos sitios por considerarlos ventajosos para quien como él andaba escaso de caballería. Al aviso de estar cerca Burrard suspendió Wellesley su movimiento y se avistó á bordo con aquel general. Conferenciaron acerca del plan concertado, y juzgando Burrard ser arriesgada cualquiera tentativa en tanto que Moore no se les uniese, dispuso aguardarle y que permaneciese su ejército en la posicion de Vimeiro.

Tuvo empero la dicha el general Wellesley de que Junot, no queriendo dar tiempo á que se juntasen todas las fuerzas británicas, resolvió atacar inmediatamente á las que en Vimeiro se mantenian tranquilas.

Batalla de Vimeiro, 21 de agosto.

Está situado aquel pueblo no lejos del mar en una cañada por donde corre el rio Maceira. Al norte se eleva una sierra cortada al oriente por un escarpe en cuya hondonada está el lugar de Toledo. En dicha sierra no habian al principio colocado los ingleses sino algunos destacamentos. Al sudoeste se percibe un cerro en parte arbolado que por detras continúa hácia poniente con cimas mas erguidas. Seis brigadas inglesas ocupaban aquel puesto. Habia otras dos á la derecha del rio en una eminencia escueta y roqueña que se levanta delante de Vimeiro. En la cañada ó valle se situaron los portugueses y la caballería.

A las ocho de la mañana del 21 de agosto se divisaron los franceses viniendo de Torres-Vedras. Imaginóse Wellesley ser su intento atacar la izquierda de su ejército, que era la sierra al norte; y como estaba desguarnecida encaminó á aquel punto, una tras de otra, cuatro de las seis brigadas que coronaban las alturas de sudoeste y que era su derecha. No habia sido tal el pensamiento de los franceses. Mas observando su general dicho movimiento, envió sucesivamente para sostener á un regimiento de dragones, hácia allí destacado, dos brigadas al mando de los generales Brenier y Solignac.

No por eso desistió Junot de proseguir en el plan de ataque que habia concebido, y cuyo principal blanco era la eminencia situada delante de Vimeiro, en donde estaban apostadas, segun hemos dicho, dos brigadas inglesas, las cuales se respaldaban contra otras dos que aun permanecian en las alturas de sudoeste.

Rompió el combate el general Delaborde, siguió á poco Loison, y por instantes arreció la pelea furiosamente. La reserva bajo las órdenes de Kellerman, viendo que los suyos no se apoderaban de la eminencia, fue en su ayuda, y en uno de aquellos acometimientos hirieron á Foy. Rechazaban los ingleses á sus intrépidos contrarios, aunque á veces flaqueaba alguno de sus cuerpos. Junot en la reserva observaba y dirigia el principal ataque sin descuidar su derecha. Mas en aquella no tuvieron ventura los generales Solignac y Brenier, habiendo sido uno herido y otro prisionero.

A las doce del dia, despues de tres horas de inútil lucha y disminuido el ejército francés con la pérdida de mas de 1800 hombres, determinaron sus generales retirarse á una línea casi paralela á la que ocupaban los ingleses. Estos con parte de su fuerza todavia intacta consideraron entonces como suya la victoria, habiéndose apoderado de 13 cañones, y solo contando entre muertos y heridos unos 800 hombres. Parecia que era llegado el tiempo de per-

seguir á los vencidos con las tropas de refresco. Tal era el dictámen de Sir Arturo Wellesley, sin que ya fuese dueño de llevarle á cabo. Durante la accion habia llegado al campo el general Burrard, á quien correspondia el mando en gefe. Con escrúpulo cortesano dejó á Wellesley rematar una empresa dichosamente comenzada. Pero al tratar de perseguir al enemigo, recobrando su autoridad, opúsose á ello, é insistió en aguardar á Moore. De prudencia pudo graduarse semejante opinion antes de la batalla: tanta precaucion ahora, si no disfrazaba celosa rivalidad, excedia los límites de la timidez misma.

Los franceses por la tarde sin ser incomodados se fueron á Torres-Vedras. El 22 celebró Junot consejo de guerra, en el que acordaron abrir negociaciones con los ingleses por medio del general Kellerman, no dejando de continuar su retirada á Lisboa.

Armisticio entre ambos ejércitos.

Así se ejecutó; pero al tocar el negociador francés las líneas inglesas, habia desembarcado ya y tomado el mando Sir H. Dalrymple. Con lo que en menos de dos dias tres generales se sucedieron en el campo británico: mudanza perjudicial á las operaciones militares y á los tratos que siguieron, apareciendo cuán erradamente á veces proceden aun los gobiernos mas prácticos y advertidos. Propuso Kellerman un armisticio, conformóse el general inglés y se nombró para concluirle á Sir Arturo Wellesley. Convinieron los negociadores en ciertos artículos que debian servir de base á un tratado definitivo. Fueron los mas principales: 1° que el ejército francés evacuaria á Portugal, siendo trasportado á Francia con artillería, armas y bagage por la marina británica; 2° que á los portugueses y franceses avecindados no se les molestaria por su anterior conducta política, pudiendo salir del territorio portugués con sus haberes en cierto plazo; y 3° que se consideraria neutral el puerto de Lisboa durante el tiempo necesario y conforme al derecho marítimo, á fin de que la escuadra rusa diese la vela sin ser á su salida incomodada por la británica. Señalóse una línea de demarcacion entre ambos ejércitos, quedando obligados recíprocamente á avisarse 48 horas de antemano en caso de volver á romperse las hostilidades.

Mientras tanto Junot habia el 23 entrado en Lisboa, en donde los ánimos andaban muy alterados. Con la noticia de la accion de Roliza hubiérase el 20 conmovido la poblacion á no haberla contenido con su prudencia el general Travot. Mas permaneciendo viva la causa de la fermentacion pública, hubieron los franceses de acudir á precauciones severas, y aun al miserable y frágil medio de esparcir falsas nuevas, anunciando que habian ganado la batalla de Vimeiro. De poco hubieran servido sus medidas y artificios si oportunamente no hubiera llegado con su ejército el general Junot. A su vista forzoso le fue al patriotismo portugués reprimir ímpetus inconsiderados.

Por otra parte el armisticio tropezaba con obstáculos imprevistos. El general Bernardino Freire agriamente representó contra su ejecucion, no habiendo tenido cuenta en lo estipulado ni con su ejército, ni con la junta de Oporto, ni tampoco con el príncipe regente de Portugal, cuyo nombre no sonaba en ninguno de los artículos. Aunque justa hasta cierto punto, fue desatendida tal reclamacion. No pudo serlo la de Sir C. Cotton comandante de la escuadra británica, quien no quiso reconocer nada de lo convenido acerca de la neutralidad del puerto y de los buques rusos allí anclados. Tuvieron pues que romperse las negociaciones.

Mucho incomodó á Junot aquel inesperado suceso; y escuchando antes que á sus apuros á la altivez de su pecho engreido con no interrumpida ventura, dispúsose á guerrear á todo trance. Mas sin recursos, angustiados los suyos y reforzados los contrarios con la division de Moore y un regimiento que el general Beresford traia de las aguas de Cádiz, se le ofrecian insuperables dificultades. Aumentábanse estas con el brio adquirido por la poblacion portuguesa, la que despues de las victorias alcanzadas, de tropel acudia á Lisboa y estrechaba las cercanías. Carecia tambien de la conveniente cooperacion del almirante ruso, indiferente á su suerte y firme en no prestarle ayuda. Tal porte enfureció tanto mas á Junot, cuanto la estancia de aquella escuadra en el Tajo habia sido causa del rompimiento de las negociaciones entabladas. Asi mal de su grado, solo y vencido de la amarga situacion de su ejército, cedió Junot y asintió á la famosa convencion concluida en Lisboa el 30 de agosto entre el general Kellerman y J. Murray cuartel maestre del ejército inglés. El ruso ajustó por sí en 3 de setiembre un convenio con el almirante inglés*, segun el cual entregaba en depósito su escuadra al gobierno británico hasta seis meses despues de concluida la paz entre sus gobiernos respectivos, debiendo ser trasportados á Rusia los gefes, oficiales y soldados que la tripulaban.

Convenio del almirante ruso con el inglés.

(* Ap. n. 6.)

La convencion entre franceses é ingleses llamóse malamente de Cintra, por no haber sido firmada allí ni ratificada*. Constaba de 22 artículos y ademas otros tres adicionales, partiendo de la base del armisticio antes concluido. Los franceses no eran considerados como prisioneros de guerra, y debian los ingleses trasportarlos á cualquiera puerto occidental de Francia entre Rochefort y Lorient. En el tratado se incluian las guarniciones de las plazas fuertes. Los españoles detenidos en pontones ó barcos en el Tajo se entregaban á disposicion del general inglés, en trueque de los franceses que sin haber tomado parte en la guerra hubieran sido presos en España. No eran por cierto muchos, y los mas habian ya sido puestos en libertad. Entre los que todavía permanecian arrestados soltó los suyos la junta de Extremadura, condescendiendo con los deseos del general inglés. El número de españoles que ge-

Convencion de Cintra.

(* Ap. n. 7.)

mian en Lisboa presos ascendia á 3500 hombres, procedentes de los regimientos de Santiago y Alcántara de caballería, de un batallon de tropas ligeras de Valencia, de granaderos provinciales y varios piquetes; los cuales bien armados y equipados desembarcaron en octubre á las órdenes del mariscal de campo Don Gregorio Laguna en la Rápita de Tortosa y en los Alfaques. Los demas artículos de la convencion tuvieron sucesivamente cumplido efecto. Algunos de ellos suscitaron acaloradas disputas: sobre todo los que tenian relacion con la propiedad de los individuos. Esto y falta de trasportes dilataron la partida de los franceses.

Españoles de Portugal.

Causaba su presencia desagradable impresion, y tuvieron los ingleses que velar noche y dia para que no se perturbase la tranquilidad de Lisboa. No tanto ofendia á sus habitantes la franca salida que por la convencion se daba á sus enemigos, cuanto el poco aprecio con que en ella eran tratados el príncipe regente y su gobierno. No se mentaba ni por acaso su nombre, y si en el armisticio habia cabido la disculpa de ser un puro convenio militar, en el nuevo tratado en que mezclaban intereses políticos no era dado alegar las mismas razones. De aqui se promovió un reñido altercado entre la junta de Oporto y los generales ingleses. A principio quisieron estos aplacar el enojo de aquella; mas al fin desconocieron su autoridad y la de todas las juntas creadas en Portugal. Restablecieron en 18 de setiembre conforme á instruccion de su gobierno la regencia que al partir al Brasil habia dejado el príncipe Don Juan, y tan solo descartaron las personas ausentes ó comprometidas con los franceses. Portugal reconoció el nuevo gobierno y se disolvieron todas sus juntas.

Restablecen los ingleses la regencia de Portugal.

El 13 de setiembre dió la vela Junot y su nave dirigió el rumbo á la Rochela. El 30 todas sus tropas estaban ya embarcadas, y unas en pos de otras arribaron á Quiberon y Lorient. Faltaban las de las plazas, para cuya salida hubo nuevos tropiezos. El general español Don José de Arce, por órden de la junta de Extremadura, habia acerdado el 7 de setiembre á Yelbes, y obligado al comandante francés Girod de Novilars á encerrarse en el fuerte de la Lippe. Sobrado tardía era en verdad la tentativa de los españoles, y llevaba traza de haberse imaginado despues de sabida la convencion entre franceses é ingleses. Despacharon estos para cumplirla en aquella plaza un regimiento, pero Arce y la junta de Extremadura se opusieron vivamente á que se dejase ir libres á los que sus soldados sitiaban. Cruzáronse escritos de una y otra parte, hubo varias y aun empeñadas explicaciones, mas al cabo se arregló todo amistosamente con el coronel inglés Graham. No anduvieron respecto de Almeida mas dóciles los portugueses, quienes cercaban la plaza. Hasta primeros de octubre no se removieron los obstáculos que se oponian á la entrega, y aun entonces hubo de serles á los franceses

Yelbes sitiada por los españoles.

Almeida por los portugueses.

harto costosa. Libres ya y próximos á embarcarse en Oporto, sublevóse el pueblo de aquella ciudad con haber descubierto entre los equipages ornamentos y alhajas de iglesia. Despojados de sus armas y haberes debieron la vida á la firmeza del inglés Sir Roberto Wilson que mandaba un cuerpo de portugueses, conteniendo á duras penas la embravecida furia popular.

Con el embarco de la guarnicion de Almeida quedaba del todo cumplida la convencion llamada de Cintra. Fue penosa la travesía de las tropas francesas, maltratado el convoy por recios temporales. Cerca de 2000 hombres perecieron, naufragando tripulaciones y trasportes: 22,000 arribaron á Francia, 29,000 habian pisado el suelo portugués. Pocos meses adelante los mismos soldados aguerridos y mejor disciplinados volvieron de refresco sobre España.

Desaprobacion general de la convencion de Cintra en Inglaterra.

La convencion no solamente indignó á los portugueses y fue censurada por los españoles, sino que tambien levantó contra ella el clamor de la Inglaterra misma. Llenos de satisfaccion y contento habian estado sus habitantes al eco de las victorias de Roliza y Vimeiro. De ello fuimos testigos, y de los primeros. Traemos á la memoria que en 1º de setiembre y á cosa de las nueve de la noche asistiendo á un banquete en casa de Mr. Canning, se anunció de improviso la llegada del capitan Campbell portador de ambas nuevas. Estaban allí presentes los demas ministros británicos, y á pesar de su natural y prudente reserva, con las victorias conseguidas desabrocharon sus pechos con júbilo colmado. No menor se mostró en todas las ciudades y pueblos de la Gran Bretaña. Pero enturbióle bien luego la capitulacion concedida á Junot, creciendo el enojo á par de lo abultado de las esperanzas. Muchos decian que los españoles hubieran conseguido triunfo mas acabado. Tan grande era el concepto del brio y pericia militar de nuestra nacion, exagerado entonces, como despues sobradamente deprimido al llegar derrotas y contratiempos. Aparecia el despecho y la ira hasta en los papeles públicos, cuyas hojas se orlaban con bandas negras, pintando tambien en caricaturas é impresos á sus tres generales colgados de un patíbulo afrentoso. Cundió el enojo de los particulares á las corporaciones, y las hubo que elevaron hasta el solio enérgicas representaciones. Descolló entre todas la del cuerpo municipal de Lóndres. No en vano levanta en Inglaterra su voz la opinion nacional. A ella tuvieron que responder los ministros ingleses, nombrando una comision que informase acerca del asunto, y llamando á los tres generales Dalrymple, Burrard y Wellesley para que satisficiesen á los cargos. Hubo en el exámen de su conducta varios incidentes, mas al cabo conformándose S. M. B. con el unánime parecer de la comision, declaró no haber lugar á la formacion de cáusa, al paso que desechó los artículos de la convencion, cuyo

contenido podria ofender ó perjudicar á españoles y portugueses. Decision que á pocos agradó, y sobre la que se hicieron justos reparos.

Nosotros creemos que si bien hubieran podido sacarse mayores ventajas de las victorias de Roliza y Vimeiro, fue empero de gran provecho el que desembarazase á Portugal de enemigos. Con la convencion se consiguió pronto aquel objeto; sin ella quizá se hubiera empeñado una lucha mas larga, y España embarazada con los franceses á la espalda no hubiera tan fácilmente podido atender á su defensa y arreglo interior.

Declaracion de S. M. B. de 4 de julio.

Estas pues habian sido las victorias conseguidas por los armas aliadas antes del mes de setiembre en el territorio peninsular, con las que se logró despejar su suelo hasta las orillas del Ebro. Por el mismo tiempo fueron tambien de entidad los tratos y conciertos que hubo entre el gobierno de S. M. B. y las juntas españolas, los cuales dieron ocasion á acontecimientos importantes.

Hablamos en su orígen del modo lisonjero con que habian sido tratados los diputados de Asturias y Galicia. Se habian ido estrechando aquellas primeras relaciones, y ademas de los cuantiosos auxilios mencionados y que en un principio se despacharon á España, fueron despues otros nuevos y pecuniarios*. Creciendo la insurreccion y afirmándose marravillosamente, dió S. M. B.* una prueba solemne de adhesion á la causa de los españoles, publicando en 4 de julio una declaracion por la que se renovaban los antiguos vínculos de amistad entre ambos naciones. Realmente estaban ya restablecidos desde primeros de junio; pero á mayor abundamiento quísose dar á la nueva alianza toda autoridad por medio de un documento público y de oficio.

(* Ap. n. 7. bis.)

(* Ap. n. 8.)

Peticiones y reclamaciones que se hacen á los diputados españoles.

La union franca y leal de ambos paises, y el tropel portentoso de inesperados sucesos habian excitado en Inglaterra un vivo deseo de tomar partido con los patriotas españoles. No se limitó aquel á los naturales, no á aventureros ansiosos de buscar fortuna. Cundió tambien á extrangeros y subió hasta personages célebres é ilustres. Los diputados españoles careciendo de la competente facultad se negaron constantemente á escuchar semejantes solicitudes. Seria prolijo reproducir aun las mas principales. Contentarémonos con hacer mencion de dos de las mas señaladas. Fue una la del general Dumouriez: con ahinco solicitaba trasladarse á la península, y tener alli un mando, ó por lo menos ayudar de cerca con sus consejos. Figurábase que ellos y su nombre desbaratarian las huestes de Napoleon. Tachado de vario é inconstante en su conducta, y tambien de poco fiel á su patria, mal hubiera podido merecer la confianza de otra adoptiva. De muy diverso

Dumouriez.

orígen procedia la segunda solicitud, y de quien bajo todos respectos y por sus desgracias y las de su familia merecia otro miramiento y atencion. Sin embargo no les fue dado á los diputados acceder al noble sacrificio que queria hacer de su persona el conde de Artois (hoy Cárlos X de Francia) partiendo á España á pelear en las filas españolas. Conde de Artois.

Acompañaron á estas gestiones otras no dignas de olvido. Pocos dias habian corrido despues de la llegada á Lóndres de los diputados de Asturias, cuando el duque de Blacas (entonces conde) se les presentó á nombre de Luis XVIII, ilustre cabeza de la familia de Borbon, con objeto de reclamar el derecho al trono español que asistia á la rama de Francia, extinguida que fuese la de Felipe V. Evitando tan espinosa cuestion por anticipada, se respondió de palabra y con el debido acatamiento á la reclamacion de un príncipe desventurado y venerable, lejos todavía de imaginarse que la insurreccion de España le serviria de primer escalon para recuperar el trono de sus mayores. Mas secamente se replicó á la nota que al mismo propósito escribió á los diputados en favor de su amo, el príncipe de Castelcicala embajador de Fernando IV rey de las dos Sicilias. Provocó la diferencia en la contestacion el modo poco atento y desmañado con que dicho embajador se expresó, pues al paso que revindicaba derechos de tal cuantía, estudiosamente aun en el estilo esquivaba reconocer la autoridad de las juntas. La relacion de estos hechos muestra la importancia que ya todos daban á la insurreccion de España, deprimida entonces y desfigurada por Napoleon. Luis XVIII. Príncipe de Castelcicala.

Pero si bien eran lisonjeros aquellos pasos, no podian fijar tanto la atencion de los diputados como otros negocios que particularmente interesaban al triunfo de la buena causa. Para su prosecucion se agregaron en primeros de julio á los de Galicia y Asturias los diputados de Sevilla el teniente general Don Juan Ruiz de Apodaca y el mariscal de campo Don Adrian Jácome. Unidos no solamente promovieron el envío de socorros, sino que ademas volvieron la vista al norte de Europa. Despacharon á Rusia un comisionado, mas ya fuese falta suya ó que aquel gabinete no estuviese todavía dispuesto á desavenirse con Francia, la tentativa no tuvo ninguna resulta. Mas dichosa fue la que hicieron para libertar la division española que estaba en Dinamarca á las órdenes del marqués de la Romana, merced al patriotismo de sus soldados, y á la actividad y celo de la marina inglesa.

Hubiérase achacado á desvario pocos meses antes el figurarse siquiera que aquellas tropas á tan gran distancia de su patria y rodeadas del inmenso poder y vigilancia de Napoleon, pisarian de nuevo el suelo español burlándose de precauciones, y aun sirviéndoles para su empresa las mismas que contra Tropa española en Dinamarca.

su libertad se habian tomado. Constaba á la sazon su fuerza de 14,198 hombres, y se componia de la division que en la primavera de 1807 habia salido de España con el marqués de la Romana, y de la que estaba en Toscana y se le juntó en el camino. Por agosto de aquel año y á las órdenes del mariscal Bernadotte príncipe de Ponte-Corvo, ocupaban dichas divisiones á Hamburgo y sus cercanías, despues de haber gloriosamente peleado algunos de los cuerpos en el sitio de Stralsunda. Resuelto Napoleon á enseñorearse de España, juzgó prudente colocarlos en parage mas seguro, y con pretexto de una invasion en Suecia los aisló y dividió en el territorio danés. Estrechólos asi entre el mar y su ejército. Napoleon determinó que ejecutasen aquel movimiento en marzo de 1808. Cruzó la vanguardia el pequeño Belt y desembarcó en Fionia. La impidió atravesar el gran Belt é ir á Zelandia la escuadra inglesa que apareció en aquellas aguas. Lo restante de la fuerza española detenida en el Sleswic se situó despues en las islas de Langeland y Fionia y en la península de Jutlandia. Asi continuó, excepto los regimientos de Asturias y Guadalajara que de noche y precavidamente consiguieron pasar el gran Belt y entrar en Zelandia. Las novedades de España aunque alteradas y tardías habian *penetrado* en aquel apartado reino. Pocas eran las cartas que los españoles recibian, interceptando el gobierno francés las que hablaban de las mudanzas intentadas ó ya acaecidas. Causaba el silencio desasosiego en los ánimos, y aumentaba el disgusto el verse las tropas divididas y desparramadas.

En tal congoja recibióse en junio un despacho de Don Mariano Luis de Urquijo para que se reconociese y prestase juramento á José, con la advertencia « de que se diese parte si habia en los re- « gimientos algun individuo tan exaltado que no quisiera confor- « marse con aquella soberana resolucion, desconociendo el interés « de la familia real y de la nacion española. » No acompañaron á este pliego otras cartas ó correspondencia, lo que despertó nuevas sospechas. Tambien el 24 del mismo mes habia al propio fin escrito al de la Romana el mariscal Bernadotte. El descontento de soldados y oficiales era grande, los susurros y hablillas muchos, y temianse los gefes alguna seria desazon. Por tanto adoptáronse para cumplir la órden recibida convenientes medidas, que no del todo bastaron. En Fionia salieron gritos de entre las filas de Almansa y Princesa de *viva España* y *muera Napoleon*, y sobre todo el tercer batallon del último regimiento anduvo muy alterado. Los de Asturias y Guadalajara abiertamente se sublevaron en Zelandia, fue muerto un ayudante del general Fririon, y este hubiera perecido si el coronel del primer cuerpo no le hubiese escondido en su casa. Rodeados aquellos soldados fueron desarmados por tropas danesas. Hubo tambien quien juró con condicion de que José hubiese subido al trono sin oposicion del pueblo español. Cortapisa honrosa y que

ponia á salvo la mas escrupulosa conciencia, aun en caso de que obligase un juramento engañoso, cuyo cumplimiento comprometia la suerte é independencia de la patria.

Marqués de la Romana.

Mas semejantes ocurrencias excitaron mayor vigilancia en el gobierno francés. Aunque ofendidos é irritados, calladamente aguantaban los españoles hasta poder en cuerpo ó por separado libertarse de la mano que les oprimia. El mismo general en gefe vióse obligado á reconocer al nuevo rey, dirigiéndole, como á Bernadotte, una carta harto lisonjera. La contradiccion que aparece entre este paso y su posterior conducta se explica con la situacion crítica de aquel general y su carácter; por lo que daremos de él y de su persona breve noticia.

Don Pedro Caro y Sureda marqués de la Romana, de una de las mas ilustres casas de Mallorca, habia nacido en Palma capital de aquella isla. Su edad era la de 46 años, de pequeña estatura, mas de complexion recia y enjuta, acostumbrado su cuerpo á abstinencia y rigor. Tenia vasta lectura no desconociendo los autores clásicos latinos y griegos, cuyas lenguas poseia. De la marina pasó al ejército al empezar la guerra de Francia en 1793, y sirvió en Navarra á las órdenes de su tio Don Juan Ventura Caro. Yendo de allí á Cataluña ascendió á general, y mostróse entendido y bizarro. Obtuvo despues otros cargos. Habiendo antes viajado en Francia, se le miró como hombre al caso para mandar la fuerza española que se enviaba al Norte. Faltábale la conveniente entereza, pecaba de distraido, cayendo en olvidos y raras contradicciones. Juguete de aduladores, se enredaba á veces en malos é inconsiderados pasos. Por fortuna en la ocasion actual no tuvieron cabida aviesas insinuaciones, asi por la buena disposicion del marqués, como tambien por ser casi unánime en favor de la causa nacional la decision de los oficiales y personas de cuenta que le rodeaban.

Bien pronto en efecto se les ofreció ocasion de justificar los nobles sentimientos que los animaban. Desde junio los diputados de Galicia y Asturias habian procurado por medio de activa correspondencia ponerse en comunicacion con aquel ejército; mas en vano: sus cartas fueron interceptadas ó se retardaron en su arribo. Tambien el gobierno inglés envió un clérigo católico de nombre Robertson, el que si bien consiguió abocarse con el marqués de la Romana, nada pudo entre ellos concluirse ni determinarse definitivamente. Mientras tanto llegaron á Lóndres Don Juan Ruiz de Apodaca y Don Adrian Jácome, y como era urgente sacar, por decirlo asi, de cautiverio á los soldados españoles de Dinamarca, concertáronse todos los diputados y resolvieron que los de Andalucía enviasen al Báltico á su secretario el oficial de marina Don Rafael Lobo, sugeto capaz y celoso. Proporcionó buque el gobierno inglés, y haciéndose á la vela en julio arribó Lobo el 4 de agosto al gran Belt, en donde con el mismo objeto se habia

Lobo.

apostado á las órdenes de Sir R. Keats parte de la escuadra inglesa que cruzaba en los mares del Norte.

Don Rafael Lobo ancló delante de las islas dinamarquesas, á tiempo que en aquellas costas se habia despertado el cuidado de los franceses por la presencia y proximidad de dicha escuadra. Deseoso de avisar su venida empleó Lobo inútilmente varios medios de comunicar con tierra. Empezaba ya á desesperanzar, cuando el brioso arrojo del oficial de voluntarios de Cataluña Don Juan Antonio Fábregues puso término á la angustia. Habia este ido con pliegos desde Langeland á Copenhague. A su vuelta con propósito de escaparse, en vez de regresar por el mismo parage, buscó otro apartado, en donde se embarcó mediante un ajuste con dos pescadores. En la travesía columbrando tres navíos ingleses fondeados á cuatro leguas de la costa, arrebatado de noble inspiracion tiró del sable y ordenó á los dos pescadores, únicos que gobernaban la nave, hacer rumbo á la escuadra inglesa. Un soldado español que iba en su compañía, ignorando su intento, arredróse y dejó caer el fusil de las manos. Con presteza cogió el arma uno de los marineros, y mal lo hubiera pasado Fábregues, si pronto y resuelto este, dando al danés un sablazo en la muñeca, no le hubiese desarmado. Forzados pues se vieron los dos pescadores á obedecer al intrépido español. Déjase discurrir de cuánto gozo se embargarian los sentidos de Fábregues al encontrarse á bordo con Lobo, como tambien cuánta seria la satisfaccion del último cerciorándose de que la suerte le proporcionaba seguro conducto de tratar y corresponder con los gefes españoles.

Fábregues.

No desperdiciaron ni uno ni otro el tiempo que entonces era á todos precioso. Fábregues á pesar del riesgo se encargó de llevar la correspondencia, y de noche y á hurtadillas le echó en la costa de Langeland un bote inglés. Avistóse á su arribo y sin tardanza con el comandante español, que tambien lo era de su cuerpo, Don Ambrosio de la Cuadra, confiado en su militar honradez. No se engañó porque asintiendo este á tan digna determinacion, prontamente y disfrazado despachó al mismo Fábregues para que diese cuenta de lo que pasaba al marqués de la Romana. Trasladóse á Fionia en donde estaba el cuartel general, y desempeñó en breve y con gran celo su encargo.

Causaron allí las nuevas que traia profunda impresion. Crítica era en verdad y apurada la posicion de su gefe. Como buen patricio anhelaba seguir el pendon nacional, mas como caudillo de un ejército pesábale la responsabilidad en que incurriria si su noble intento se desgraciaba. Perplejo se hubiera quizá mantenido á no haberle estimulado con su opinion y consejos los demas oficiales. Decidióse en fin al embarco, y convino secretamente con los ingleses en el modo y forma de ejecutarle. Al principio se habia pensado en que se suspendiese hasta

Dispónense á embarcarse las tropas del Norte.

que noticiosas del plan acordado las tropas que habia en Zelandia y Jutlandia, se moviesen todas á un tiempo antes de despertar el recelo de los franceses. Mas informados estos de haber Fábregues comunicado con la escuadra inglesa, menester fue acelerar la operacion trazada.

Dieron principio á ella los que estaban en Langeland enseñoreándose de la isla. Prosiguió Romana y se apoderó el 9 de agosto de la ciudad de Nyborg, punto importante para embarcarse y repeler cualquiera ataque que intentasen 3000 soldados dinamarqueses existentes en Fionia. Los españoles acuartelados en Swendborg y Faaborg, al mediodia de la misma isla, se embarcaron para Langeland tambien el 9, y tomaron tierra desembarazadamente. Con mas obstáculos tropezó el regimiento de Zamora, acantonado en Fridericia: engañóle Don Juan de Kindeland, segundo de Romana, que alli mandaba. Aparentando desear lo mismo que sus soldados dispúsose á partir y aun embarcó su equipage; pero en el entretanto no solo dió aviso de lo que ocurria al mariscal Bernadotte, sino que temiendo que se descubriese su perfidia, cautelosamente y por una puerta falsa se escapó de su casa. Amenazados por aquel desgraciado incidente apresuráronse los de Zamora á pasar á Middlefahrt, y sin descanso caminaron desde alli por espacio de veintiuna horas, hasta incorporarse en Nyborg con la fuerza principal, habiendo andado en tan breve tiempo mas de dieciocho leguas de España. Huido Kindelan y advertidos los franceses, parecia imposible que se salvasen los otros regimientos que habia en Jutlandia: con todo lo consiguieron dos de ellos. Fue el primero el de caballería del Rey. Ocupaba á Aarhuus, y por el cuidado y celo de su anciano coronel, fletando barcas salvóse y arribó á Nyborg. Otro tanto sucedió con el del Infante, tambien de caballería, situado en Manders y por consiguiente mas lejos y al norte. No tuvo igual dicha el de Algarbe, único que allí quedaba. Retardó su marcha por indecision de su coronel, y aunque mas cerca de Fionia que los otros dos, fue sorprendido por las tropas francesas. En aquel encuentro el capitan Costa, que mandaba un escuadron, al verse vendido prefirió acabar con su vida tirándose un pistoletazo. Imposible fue á los regimientos de Asturias y Guadalajara acudir al punto de Corsoer que se les habia indicado como el mas vecino á Nyborg desde la costa opuesta de Zelandia. Desarmados antes, segun hemos visto, y cuidadosamente observados, envolviéronlos las tropas danesas al ir á ejecutar su pensamiento. Asi que entre estos dos cuerpos el de Algarbe de caballería, algunas partidas sueltas y varios oficiales ausentes por comision ó motivo particular, quedaron en el Norte 5160 hombres, y 9038 fueron los que unidos en Langeland y pasada reseña se contaron prontos á dar la vela. Abandonáronse los caballos no habiendo ni trasportes ni tiempo para embarcarlos. Muchos de los

Kindelan.

ginetes no tuvieron ánimo para matarlos, y siendo enteros y viéndose solos y sin freno, se extendieron por la comarca y esparcieron el desórden y espanto.

Kindelan y Guerrero.

Don Juan de Kindelan habia en el intermedio llegado al cuartel general de Bernadotte, y no contento con los avisos dados, descubrió al capitan de artillería Don José Guerrero, encargado por Romana de una comision importante en el Sleswic. Arrestáronle, y enfurecido con la alevosía de Kindelan apellidóle traidor delante de Bernadotte, quedando aquel avergonzado y mirándole despues al soslayo los mismos á quienes servia: merecido galardon á su villano proceder. Salvó la vida á Guerrero la hidalga generosidad del mariscal francés, quien le dejó escapar y aun en secreto le proporcionó dinero.

Juramento de los españoles en Langeland.

Mas al paso que tan dignamente se portaba con un oficial honrado y benemérito, forzoso le fue, obrando como general, poner en práctica cuantos medios estaban á su alcance para estorbar la evasion de los españoles. Ya no era dado ejecutarlo por la violencia. Acudió á proclamas y exhortaciones, esparciendo ademas sus agentes falsas nuevas, y procurando sembrar rencillas y desavenencias. Pero ¡cuán *grandioso* espectáculo no ofrecieron los soldados españoles en respuesta á aquellos escritos y manejos! Juntos en Langeland, clavadas sus banderas en medio de un círculo que formaron, y ante ellas hincados de rodillas, juraron con lágrimas de ternura y despecho ser fieles á su amada patria y desechar seductoras ofertas. No; la antigüedad con todo el realce que dan á sus acciones el trascurso del tiempo y la elocuente pluma de sus egregios escritores, no nos ha trasmitido ningun suceso que á este se aventaje. Nobles é intrépidos sin duda fueron los griegos cuando unidos á la voz de Jenofonte para volver á su patria, dieron á las falaces promesas del rey de Persia aquella elevada y sencilla respuesta*: « Hemos resuelto atravesar el pais pacíficamente si se nos « deja retirarnos al suelo patrio, y pelear hasta morir si alguno « nos lo impidiese. » Mas á los griegos no les quedaba otro partido que la esclavitud ó la muerte; á los españoles, permaneciendo sosegados y sujetos á Napoleon, con largueza se les hubieran dispensado premios y honores. Aventurándose á tornar á su patria, los unos llegados que fuesen, esperaban vivir tranquilos y honrados en sus hogares; los otros, si bien con nuevo lustre, iban á empeñarse en una guerra larga, dura y azarosa, exponiéndose, si caian prisioneros, á la tremenda venganza del emperador de los franceses.

(* Ap. n. 9.)

Urgiendo volver á España, y siendo prudente alejarse de costas dominadas por un poderoso enemigo, abreviaron la partida de Langeland y el 13 se hicieron á la vela para Gotemburgo en Suecia. En aquel puerto, entonces amigo,

Dan la vela para España.

aguardaron trasportes, y antes de mucho dirigieron el rumbo á las playas de su patria, en donde no tardaremos en verlos unidos á los ejércitos lidiadores.

Trátase de reunir una junta central.

Habiendo llegado los asuntos públicos dentro y fuera del reino á tal punto de pronta é impensada felicidad, cierto que no faltaba para que fuese cumplida sino reconcentrar en una sola mano ó cuerpo la potestad suprema. Mas la discordancia sobre el modo y lugar, las dificultades que nacieron de un estado de cosas tan nuevo, y rivalidades y competencias retardaron su nombramiento y formacion.

Situacion de Madrid.

Perjudicó tambien á la apetecida brevedad la situacion en que quedó á la salida del enemigo la capital de la monarquía. Los moradores ausentes unos, y amedrentados otros con el duro escarmiento del 2 de mayo, ó no pudieron ó no osaron nombrar un cuerpo que, á semejanza de las demas provincias, tomase las riendas del gobierno de su territorio y sirviese de guia á todo el reino. Verdad es que Madrid ni por su poblacion ni por su riqueza no habiendo nunca ejercido, como acontece con algunas capitales de Europa, poderoso influjo en las demas ciudades, hubiera necesitado de mayor esfuerzo para atraerlas á su voz y acelerar su ayuntamiento y concordia. Con todo, habríanse al fin vencido tamaños obstáculos si no se hubiera encontrado otro superior en el consejo real ó de Castilla; el cual, desconceptuado en la nacion por su incierta, tímida y reprensible conducta con el gobierno intruso, tenia en Madrid todavía acérrimos partidarios en el numeroso séquito de sus dependientes y hechuras. Aunque érale dado con tal arrimo proseguir en su antigua autoridad, mantúvose quedo y como arrumbado á la partida de los franceses; ora por temor de que estos volviesen, ora tambien por la incertidumbre en que estaba de ser obedecido. Al fin y poco despues tomó brios viendo que nadie le salia al encuentro, y sobre todo impelido del miedo con que á muchos sobrecogió un sangriento desman de la plebe madrileña.

Asesinato de Viguri.

Vivia en la capital retirado y oscurecido Don Luis Viguri, antiguo intendente de la Habana y uno de los mas menguados cortesanos del príncipe de la Paz, cuya desgracia, segun dijimos, le habia acarreado la formacion de una causa. Parece ser que no se aventajaba á la pública su vida privada, y que con frecuencia maltrataba de palabra y obra á un familiar suyo. Adiestrado este en la mala escuela de su amo, luego que se le presentó ocasion no la desaprovechó y trató de vengarse. Un dia, y fue el 4 de agosto, á tiempo que reinaba en Madrid una sorda agitacion, antojósele al malaventurado Viguri desfogar su encubierta ira en el tan repetidamente golpeado doméstico, quien encolerizado apellidó en su ayuda al populacho, afirmando con verdad ó sin ella que su amo era partidario de José Napoleon. A los gritos

arremolinóse mucha gente delante de las puertas de la habitacion. Asustado Viguri quiso desde un balcon apaciguar los ánimos; pero los gestos que hacia para acallar el ruido y vocería, y poder hablar, fueron mirados por los concurrentes como amenazas é insultos, con lo que creció el enojo; y allanando la casa y cogiendo al dueño, le sacaron fuera é inhumanamente le arrastaron por las calles de Madrid.

Consejo de Castilla.

Atemorizáronse al oir la funesta desgracia consejeros y cortesanos, estremeciéronse los de la parcialidad del intruso, y acongojáronse hasta los pacíficos y amantes del órden. Huérfana la capital y sin nueva corporacion que la rigiese, fácil le fue al consejo, aprovechándose de aquel suceso y aprieto, recobrar el poder que se figuraba competirle. El bien comun y público sosiego pedian, no hay duda, el establecimiento de una autoridad estable y única: y lástima fue que el vecindario de Madrid no la hubiera por sí formado; y tal, que enfrenando las pasiones populares y atajando al consejo en sus ambiciosas miras, hubiese aunado, repetimos, y concertado mas prontamente las voluntades de las otras juntas.

Sus manejos.

No fue asi; y el consejo destruyendo el impulso que Madrid hubiera debido dar, acrecentó con sus manejos y pretensiones los estorbos y enredos, Cuerpo autorizado con excesivas y encontradas facultades, habia en todos tiempos causado graves daños á la monarquía, y se imaginaba que no solo gobernaria ahora á Madrid, sino que extenderia á todo el reino y á todos los ramos su poder é influjo. Admira tanta ceguedad y tan desapoderada ambicion en un tiempo en que escrupulosamente se escudriñaba su porte con el instruso, y en que hasta se le disputaba el legítimo origen de su autoridad. Asi era que unos decian: « Si en realidad es el consejo, segun pregona, el « depositario de la potestad suprema en ausencia del monarca, « ¿qué ha hecho para conservar intactas las prerogativas de la co- « rona? ¿qué en favor de la dignidad y derechos de la nacion? « Sumiso al intruso ha reconocido sus actos, ó por lo menos los ha « proclamado; y los efugios que ha buscado y las cortapisas que « á veces ha puesto, mas bien llevaban traza de ser un resguardo « que evitase su personal compromiso que la oposicion justa y ele- « vada de la primera magistratura del reino. » Otros subiendo hasta la fuente de su autoridad: « Nacido el consejo (decian) en los « flacos y turbulentos reinados de los Juanes y Enriques, tomó « asiento y ensanchó su poderío bajo Felipe II, cuando aquel mo- « narca intentando descuajar la hermosa planta de las libertades « nacionales, tan trabajadas ya del tiempo de su padre procuraba « sustentar su denominacion en cuerpos amovibles á su voluntad y « de eleccion suya, sin que ninguna ley fundamental de la monar- « quía ni las córtes permitiesen tal como era su establecimiento, ni

Opinion sobre aquel cuerpo.

« deslindasen las facultades que le competian. Desde entonces el « consejo, aprovechándose de los calamitosos tiempos en que dé- « biles monarcas ascendieron al solio, se erigió á veces en supremo « legislador formando en sus autos acordados leyes generales, para « cuya adopcion y circulacion no pedia el beneplácito ni la sancion « real. Ingirióse tambien en el ramo económico y manejó á su ar- « bitrio los intereses de todos los pueblos, sobre no reconocer en « la potestad judicial límites ni traba. Asi acumulando en sí solo « tan vasto poder, se remontaba á la cima autoridad soberana; y « descendiendo despues á entrometerse en la parte mas ínfima, « si no menos importante del gobierno, no podia construirse una « fuente ni repararse un camino en la mas retirada aldea ó apartada « comarca sin que antes hubiese dado su consentimiento. En union « con la inquisicion y asistido del mismo espíritu, al paso que está « cortaba los vuelos al entendimiento humano, ayudábala aquel « con sus minuciosas leyes de imprenta, con sus tasas y restric- « ciones. Y si en tiempos tranquilos tanto perjuicio y tantos daños « (añadian) nos ha hecho el consejo, institucion monstruosa de ex- « traordinarias y mal combinadas facultades, consentidas mas no le- « gitimadas por la voz nacional, ¿no tocaria en frenesí dejarle con el « antiguo poder cuando al mismo tiempo que la nacion se libertaba « con energía del yugo extrangero, el consejo que blasona ser caba- « cera del reino se ha mostrado débil, condescendiente y abatido, « ya que no se le tenga por auxiliador y cómplice del enemigo? »

Tales discursos no estaban desnudos de razon, aunque participasen algun tanto de las pasiones que agitaban los ánimos. En su buen tiempo el consejo se habia por lo general compuesto de magistrados íntegros, que con imparcialidad juzgaban los pleitos y desavenencias de los particulares: entre ellos se habian contado hombres profundos como los Macanaces y Campomanes, que con gran caudal de erudicion y sana doctrina se habian opuesto á las usurpaciones de la curia romana y procurado por su parte la mejora y adelantamientos de la nacion. Pero era el consejo un cuerpo de solos 25 individuos, los cuales por la mayor parte ancianos, y meros jurisperitos, no habian tenido ocasion ni lugar de extender sus conocimientos ni de perfeccionarse en otros estudios. Ocupados en sentenciar pleitos, responder á consultas y despachar negocios de comisiones particulares, no solamente faltaba á los mas el saber y práctica que requieren la formacion de buenas leyes y el gobierno de los pueblos, sino que tambien escasos de tiempo dejaban á subalternos ignorantes ó interesados la resolucion de importantísimos expedientes. Mal grave y sentido de todos tan de antiguo, que ya en 1751 propuso al rey el célebre ministro marqués de la Ensenada despojar al consejo de lo concerniente á gobierno, policía y economía, dejándole reducido á entender en la justicia civil y criminal y asuntos del real patronato.

No le iba pues bien al consejo insistir ahora en la conservacion de sus antiguas facultades y aun en darles mayor ensanche. Con todo tal fue su intento. Seguro ya de que su autoridad seria en Madrid respetada, dirigióse á los presidentes de las juntas y á los generales de los ejércitos : á estos para que se aproximasen á la capital; á aquellos para que diputasen personas, que unidas al consejo tratasen de los medios de defensa : « tocando solo á él (decia) « resolver sobre medidas de otra clase y excitar la autoridad de « la nacion y cooperar con su influjo, representacion y luces al « bien general de ésta. » Ensoberbecidas las juntas con el triunfo de su causa, déjase discurrir con qué enfado y desden replicarian á tan imprudente y desacordada propuesta. La de Galicia no solamente tachaba á cada uno de sus miembros de ser adicto á los franceses, sino que al cuerpo entero le echaba en cara haber sido el mas activo instrumento del usurpador. Palafox en su respuesta con severidad le decia : « Ese tribunal no ha llenado sus deberes » ; y Sevilla le acusaba ante la nacion « de haber obrado contra las « leyes fundamentales... de haber facilitado á los enemigos todos « los medios de usurpar el señorío de España..... de ser en fin « una autoridad nula é ilegal, y ademas sospechosa de haber co- « metido antes acciones tan horribles que podian calificarse de « delitos atrocísimos contra la patria.... » Al mismo són se expresaron todas las otras juntas fuera de la de Valencia, la cual en 8 de agosto aprobó los términos lisonjeros con que el consejo era tratado en un escrito leido en su seno por uno de sus miembros. Mas aquella misma junta, tan dispuesta en su favor, tuvo muy luego que retractarse mandando en 15 del propio mes « que nin- « guna autoridad de cualquiera clase mantuviese correspondencia « directa ni se entendiese en nada con el consejo. » Dió lugar á la mudanza de dictámen la presteza con que el último se metió á expedir órdenes como si ya no existiese la junta. Mal recibido de todos lados y aun ásperamente censurado, parecióle necesario al consejo dar un manifiesto en que sincerase su conducta y procedimientos : penoso paso á quien siempre habia desestimado el tribunal de la opinion pública. Mas no por eso desistió de su propósito, ni menos descuidó emplear otros medios con que recobrar la autoridad perdida. Dábale particular confianza la desunion que reinaba en las juntas y varias contestaciones entre ellas suscitadas. Por lo que será bien referir las mudanzas acaecidas en su composicion, y las explicaciones y altercados que precedieron á la instalacion de un gobierno central.

Estado de las juntas provinciales.

En la forma interior de aquellos cuerpos contadas fueron las variaciones ocurridas. Habíase en Asturias congregado desde agosto una nueva junta que diese mas fuerza y legitimidad al levantamiento de mayo, nombrando ó reeligiendo sus concejos diputados que la compusiesen con pleno co-

nocimiento del objeto de su reunion. Ninguna alteracion sustancial habia acaecido en Galicia; pero su junta convidó á la anterior, para que de comun con ella y las de Leon y Castilla formasen todas una representacion de las provincias del norte. Se habian las dos últimas confundido y erigido en una sola despues de la aciaga jornada de Cabezon. Presidia á ambas el bailío Don Antonio Valdés, quien estando al principio de acuerdo con Don Gregorio de la Cuesta acabó por desavenirse con él y enojarse poderosamente. Reunidas en Ponferrada, como punto mas resguardado, se trasladaron á Lugo, en cuya ciudad debia verificarse la celebracion de juntas propuesta por la de Galicia. Esta mudanza fue el orígen y principal motivo del enfado de Cuesta, no pudiendo tolerar que corporaciones que consideraba como dependientes de su autoridad, se alejasen del territorio de su mando y pasasen á una provincia con cuyos gefes estaba tan encontrado.

Concurrieron sin embargo á Lugo las tres juntas de Galicia, Castilla y Leon. No la de Asturias, ya por cierto desvío que habia entre ella y la de Galicia, y tambien porque viendo próxima la reunion central de todas las provincias del reino, juzgó excusado y quizá perjudicial el que hubiese una parcial entre algunas del norte. Al tratarse de la formacion de esta hubo diversos pareceres acerca del modo de su formacion y composicion. Quien opinaba por córtes, y quien soñaba un gobierno que diese principio y encaminase á una federacion nacional. Adheria al primer dictámen Sir Cárlos Stuart representante del gobierno inglés, como medio mas acomodado á los antiguos usos de España. Pero las novedades introducidas en las constituciones de aquel cuerpo durante la dominacion de las casas de Austria y Borbon, ofrecian para su llamamiento dificultades casi insuperables; pues al paso de ser muchas las ciudades de Leon y Castilla que enviaban procuradores á córtes; solo tenia una voz el populoso reino de Galicia y se veia privado de ella el principado de Asturias, cuna de la monarquía. Tal desarreglo pedia para su enmienda mas tiempo y sosiego de lo que entonces permitian las circunstancias. Por su parte la junta de Galicia, sabedora de la idea de la federacion, queria esquivar en sus vistas con las de Leon y Castilla, el tratar de la union de un solo y único gobierno central. Mas la autoridad de Don Antonio Valdés, que todas tres habian elegido por su presidente, pudiendo mas que el estrecho y poco ilustrado ánimo de ciertos hombres, y prevaleciendo sobre las pasiones de otros, consiguió que se aprobase su propuesta dirigida al nombramiento de diputados que en representacion de las tres juntas acudiesen á formar con las demas del reino una central. Con tan prudente y oportuna determinacion se evitaron los extravíos y aun lástimas que hubiera provocado la opinion contraria.

Asimismo cortaron cuerdos varones varias desavenencias movidas entre Sevilla y Granada. Pretendia la primera que la última se

le sometiese, olvidada de la principal parte que habian tenido las tropas de su general Reding en los triunfos de Bailen. La rivalidad habia nacido con la insurreccion, no siendo dable fijar ni deslindar los límites de nuevas y desconocidas autoridades; y en vez de desaparecer aquella, tomó con la victoria alcanzada extraordinario incremento. Llegó á tal punto la exaltacion y ceguera que el inquieto conde de Tilly propuso en el seno de la junta sevillana, que una division de su ejército marchase á sojuzgar á Granada. Presente Castaños y airado, á pesar de su condicion mansa, levantóse de su asiento, y dando una fuerte palmada en la mesa que delante habia, exclamó: « ¿Quién sin mi beneplácito se atreverá á « dar la órden de marcha que se pide? No conozco (añadió) dis- « tincion de provincias; soy general de la nacion, estoy á la ca- « beza de una fuerza respetable y nunca toleraré que otros pro- « muevan la guerra civil. » Su firmeza contuvo á los díscolos, y ambas juntas se conformaron en adelante con una especie de concierto concluido entra la de Sevilla y los diputados de Granada, Don Rodrigo Riquelme regente de su chancillería, y el oidor Don Luis Guerrero, nombrados al intento y autorizados competentemente.

Diferian tan lamentables disputas la reunion del gobierno central, y como si estos y otros obstáculos naturales no bastasen por sí, nuevos intereses y pretensiones venian á aumentarlos. Recordará el lector los pasos que en Lóndres dió en favor de los derechos de su amo á la corona de España el príncipe de Castelcicala embajador del rey de las Dos Sicilias, y la repulsa que recibió de los diputados. No desanimado con ella su gobierno, ni tampoco con otra parecida que le dió el ministerio inglés, por julio envió á Gibraltar un emisario que hiciese nuevas reclamaciones. El gobernador Dalrymple le impidió circular papeles y propasarse á otras gestiones. Mas tras del emisario despachó el gobierno siciliano al príncipe Leopoldo, hijo segundo del rey, á quien acompañaba el duque de Orleans. Fondearon ambos el 9 de agosto en la bahía de Gibraltar; pero no viéndose apoyados por el gobernador, pasó el de Orleans á Inglaterra y quedó en el puerto de su arribada el príncipe Leopoldo. Entretenia este la esperanza de que á su nombre y conforme quizá á secretos ofrecimientos, no tardaria en recibir una diputacion y noticia de haber sido elevado á la dignidad de regente. Pero vano fue su aguardar; y era en efecto difícil que un príncipe de edad de 18 años, extrangero, sin recursos ni anterior fama, y sin otro apoyo que lejanos derechos al trono de España, fuese acogido con solícita diligencia en una nacion en que era desconocido, y en donde para conjurar la tormenta que la azotaba se requerian otras prendas, mayor experiencia y muy diversos medios que los que asistian al príncipe pretendiente.

Llegada á Gibraltar del príncipe Leopoldo de Sicilia.

Hubo no obstante quien esparció por Sevilla la voz de que con-

venia nombrar una regencia compuesta del mencionado príncipe, del arzobispo de Toledo cardenal de Borbon, y del conde del Montijo. Con razon se atribuyó la idea á los amigos y parciales del último, quien conservando todavía cierta popularidad á causa de la parte que se le atribuia en la caida del príncipe de la Paz, procuraba aunque en vano subir á puesto de donde su misma inquietud le repelia. Mas los enredos y marañas de ciertos individuos eran desbaratados por la ambicion de otros ó la sensatez y patriotismo de las juntas.

Correspondencia entre las juntas.

Asi fue que á pesar del desencadenamiento, de pasiones y de los obstáculos nacidos con la misma insurreccion ó causados por la presencia del enemigo, ya desde junio habia llamado la atencion de las juntas: 1º La formacion de un gobierno central: 2º Un plan general con el que mas prontamente se arrojase á los franceses del suelo patrio. Al propósito entablóse entre ellas seguida correspondencia. Dió la señal la de Murcia, dirigiendo con fecha de 22 de junio una circular en que decia: « Ciu- « dades de voto en córtes, reunámonos, formemos un cuerpo, « elijamos un consejo que á nombre de Fernando VII organice todas « las disposiciones civiles, y evitemos el mal que nos amenaza que « es la division..... Capitanes generales..... de vosotros se debe « formar un consejo militar de donde emanen las órdenes que obe- « dezcan los que rigen los ejércitos..... » Propuso tambien Asturias en un principio la convocacion de córtes con algunas modificaciones, y hasta Galicia (no obstante la mencionada federacion de algunos proyectada) comisionó cerca de las juntas del mediodia á Don Manuel Torrado, quien ya en últimos de julio se hallaba en Murcia, despues de haberlas recorrido, y propuesto una central formada de dos vocales de cada una de las de provincia. En el propio sentido y en 16 de dicho julio habia la de Valencia pasado á las demas su opinion impresa, lo que tambien por su parte y al mismo tiempo hizo la de Badajoz. No fue en zaga á las otras la junta de Granada, la cual apoyando la circular de Valencia, se dirigió á su competidora la de Sevilla, y desentendiéndose de desavenencias, señaló como acomodado asiento para la reunion la última ciudad.

No por eso se apresuraba esta ostentando siempre su altanera supremacía. Pesábale en tanto grado descender de la cumbre á que se habia elevado, que hubo un tiempo en que prohibió la venta y circulacion de los papeles que convidaban á la apetecida concordia. Apremiada en fin por la voz pública y estrechada por el dictámen de algunos de sus individuos entendidos y honrados, publicó con fecha de 3 de agosto un papel en el que examinando los diversos puntos que en el dia se ventilaban, proponia la formacion de una junta central compuesta de dos vocales de cada una de las de provincia. Anduvo perezosa no obstante en acabar de escoger los suyos. Pero adhiriendo las otras juntas á las oportunas razones de

circular, cuyo contenido en sustancia se conformaba con la opinion que las mas habian mostrado antes de concertarse, y que era la mas general y acreditada, fueron todas sucesivamente escogiendo de su seno personas que las representasen en una junta única y central.

Proceder del consejo.

Por su parte el consejo todavía esperaba recuperar con sus amaños y tenaz empeño el poder que para siempre querian arrebatarle de las manos. Mas no por eso y para cautivar las voluntades de los hombres ilustrados, mudó de rumbo, adoptando un sistema mas nuevo y conforme al interés público y al progreso de la nacion. Asustándose á la menor sombra de libertad, encadenó la imprenta con las mismas y aun mas trabas que antes; redujo á dos veces por semana la diaria publicacion de la Gaceta de Madrid; persiguió y aun llegó á formar causa á algunas personas que tenian en su poder papeles de las juntas, mayormente de la de Sevilla, y en fin resucitó en cuanto pudo su trillada, lenta y añeja manera de gobernar. Persuadióse que todo le era lícito á trueque de dar ciertos decretos de alistamiento y acopio de medios que mostrasen su interés por la causa de la independencia que tan mal habia antes defendido. Y sobre todo cobró esperanza con la llegada á Madrid de varios generales en quienes presumia poder con buen éxito emplear su influjo.

Entrada en Madrid de Llamas y Castaños.

Fue el primero que pisó el suelo de la capital con las tropas de Valencia y Murcia Don Pedro Gonzalez de Llamas que habia sucedido á Cervellon removido del mando. Atravesó la puerta de Atocha con 8000 hombres á las seis de la mañana del dia 13 de agosto. A pesar de hora tan temprana inmenso fue el concurso que salió á recibirle y extremado el entusiasmo. Pasó á frenesí al entrar el 23 por la misma puerta Don Francisco Javier Castaños acompañado de la reserva de Andalucía. Sus soldadas adornados con los despojos del enemigo ofrecian en su variada y extraña mezcla el mejor emblema de la victoria alcanzada. Pasaron todos por debajo de un arco de sencilla y magestuosa arquitectura que habia erigido la villa de Madrid junto á sus casas consistoriales. A estas entradas triunfales siguiéronse otros festejos con la proclamacion de Fernando VII,

Proclamacion de Fernando VII.

hecha en esta acasion por el legítimo alférez mayor de Madrid marqués de Astorga. Mas no á todos contentaban tanto bullicio y fiestas, pidiendo con sobrada razon que se pusiera mayor conato y celeridad en perseguir al enemigo, y en aumentar y organizar cumplidamente la fuerza armada. Daban particular peso á sus justas quejas y reclamaciones los acontecimientos por entonces ocurridos en Vizcaya y Navarra.

Insurreccion de Bilbao.

Habíase en la primera provincia levantado Bilbao al anunciarse la victoria de Bailen, y en 6 de agosto escogiendo su vecindario una junta, acordó un alistamiento gene-

ral, y nombró por comandante militar al coronel Don Tomas de Salcedo. Sobremanera inquietó á los franceses esta insurreccion, ya por el ejemplo y ya tambien porque comprometida su posicion en las márgenes del Ebro, podieran verse obligados á estrecharse mas contra la frontera. Creció su recelo á mayor grado con asonadas y revueltas que hubo en Tolosa y pueblos de Guipúzcoa, y con las correrías que hacian y gente que allegaban en Navarra Don Antonio Egoaguirre y Don Luis Gil. Habian estos salido de Zaragoza en 27 de junio para alborotar aquel reino. Despues de algun tiempo Gil empezó á incomodar al enemigo por el lado de Orbaiceta, se apoderó de muchas municiones de aquella fábrica, y amenazó y sembró el espanto hasta el mismo pueblo francés de San Juan de Pié de Puerto. Egoaguirre tampoco se descuidó en la comarca de Lerin: formando un batallon con nombre de voluntarios de Navarra recorrió la tierra, y llamó tanto la atencion que el general D'Agout envió una columna desde Pamplona para atajar sus daños y alejarle del territorio de su mando.

Movimiento en Guipúzcoa y Navarra.

José por su parte pensó en apagar prontamente la temible insurreccion de Bilbao. Para ello envió contra aquella poblacion una division á las órdenes del general Merlin. No era dado á sus vecinos sin tropa disciplinada resistir á semejante acometimiento.* Apostáronse sin embargo con aquella idea á media legua, y los franceses asomándose allí el 16 de agosto desbarataron y dispersaron á los bilbainos, pereciendo miserablemente y despues de haberse rendido prisionero el oficial de artillería Don Luis Power distinguido entre los suyos. Los auxilios que de Asturias llevaba el oficial inglés Roche llegaron tarde, y Merlin entró en Bilbao cuya ciudad fue con rigor tratada. En su correspondencia blasonaba el rey intruso de « haber apagado la insurreccion « con la sangre de 1200 hombres. » Singular jactancia y extraña en quien como José no era de corazon duro ni desapiadado.

(* Ap. n. 10.)

El contratiempo de Bilbao qu en Madrid provocaba las reclamaciones de muchos, difundiéndose por las provincias aumentó el clamor ya casi universal contra generales y juntas, reparando que algunos de aquellos se entregaban demasiadamente á divertimientos y regocijos, y que estas con celos y rivalidades retardaban la instalacion de la junta central. Deseando el consejo aprovecharse de la irritacion de los ánimos, y valiéndose de los lazos que le unian con Don Gregorio de la Cuesta su antiguo gobernador, se concordó con este y discurrieron apoderarse del mando supremo. Mas como Cuesta carecia de la suficiente fuerza, fuéles necesario tantear á Castaños, entonces algo disgustado con la junta de Sevilla. Avistóse pues con el último Don Gregorio de la Cuesta, y le propuso (segun tenemos de la boca del mismo Castaños) dividir en dos partes el gobierno

Nuevos manejos del consejo.

Propuesta de Cuesta á Castaños.

de la nacion, dejando la civil y gubernativa al consejo, y reservando la militar al solo cuidado de ellos dos en union con el duque del Infantado. Era Castaños sobrado advertido para admitir semejante proposicion. Vislumbraba el motivo porque se le buscaba, y conocia que separando su causa de la de las juntas, quizá seria desobedecido del ejército, y aun de la division misma que se alojaba en Madrid.

Consejo de guerra celebrado en Madrid.

En tanto para acallar el rumor público se celebró en aquella capital el 5 de setiembre un consejo de guerra. Asistieron á él los generales Castaños, Llamas, Cuesta y la Peña, representando á Blake el duque del Infantado y á Palafox otro oficial cuyo nombre ignoramos. Discutiéronse largamente varios puntos, y Cuesta, llevado siempre de mira particular, promovió el nombramiento de un comandante en gefe. No se arrimaron los otros á su parecer, y tan solo arreglaron un plan de operaciones, de que hablaremos mas adelante. Cuesta aunque aparentó conformarse, salió despechado de Madrid, y con ánimo mas bien que de cooperar á la realizacion de lo acordado de levantar obstáculos á la reunion de la junta central: para lo cual y satisfacer al mismo tiempo su ira contra la junta de Leon, de la que, como hemos visto, estaba ofendido, arrestó á sus dos individuos Don Antonio Valdés y vizconde de la Quintanilla, que iban de camino para representar su voz en la central. Quiso tratarlos como rebeldes á su autoridad, y los encerró en el alcázar de Segovia: tropelia que excitó contra el general Cuesta la pública animadversion.

Prende Cuesta á Valdes y Quintanilla.

Vanos sin embargo salieron sus intentos, vanos otros enredos y maquinaciones. Por todas partes prevaleció la opinion mas sana, y los diputados elegidos por las diversas juntas fueron poco á poco acercándose á la capital. Llegó pues el suspirado momento de la reunion de una autoridad central, debiendo con ella cesar la particular supremacía de cada provincia. Durante la cual no habiendo habido lugar ni ocasion de hacer sustanciales reformas ni mudanzas en los diversos ramos de la administracion pública, tales como estaban dispuestos y arreglados al disolverse, por decirlo asi, la monarquía en mayo, tales ó con cortísima diferencia se los entregaron las juntas de provincia á la central.

Acaba el gobierno de las juntas provinciales.

No disimulamos en el libro anterior ni en el curso de nuestra narracion las defectos de que dichas juntas adolecieron, las pasiones que las agitaron. Por lo mismo justo es tambien que ahora tributemos debidas alabanzas á su primera y grandiosa resolucion, á su ardiente celo, á su incontrastable fidelidad. Al acabar de su mando anublóse por largo tiempo la prosperidad de la patria; mas se dió principio á una nueva, singular y porfiada lucha, en que sobre todo resplandeció la firmeza y constancia de la nacion española.

LIBRO SEXTO.

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre. — Número de individuos. — Su composicion. — Floridablanca. — Jovellanos. — Diversos partidos de la central. — Su instalacion celebrada en las provincias. — Contestacion con el consejo. — Dictámen de Jovellanos. — Forma interior de la central. — Don Manuel Quintana. — Primeras providencias y decretos de la central. — Su manifiesto en 10 de noviembre. — Distribucion de los ejércitos. — Su marcha. — Marcha del de Galicia. — Ocupa á Bilbao. — Marcha del de Asturias. — Cuesta. — Su conducta. — Le sucedieron Eguia y Pignatelli. — Marcha de Llamas. — Detencion de Castaños en Madrid. — Su salida. — Plan concertado con Palafox. — Situacion del ejército del centro y del de Aragon. — Fuerza de los ejércitos españoles. — Situacion de José y del ejército francés. — Exposicion de sus ministros. — Fuerza del ejército francés. — Movimiento de los españoles. — Accion de Lerin, 26 de octubre. — Retirada de los castellanos de Logroño. — Arreglo que en su ejército hace el general Castaños. — Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra. — Napoleon. — Su mensage al senado. — Leva de nuevas tropas. — Conferencias de Erfurth. — Correspondencia con el gobierno inglés. — Fin de la correspondencia. — Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo. — Fuerza y division del ejército francés. — Cruza Napoleon el Bidasoa. — Accion de Zornoza, 31 de octubre. — De Valmaseda, 4 de noviembre. — Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre. — Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre. — Disposiciones de Napoleon. — Accion de Burgos, 10 de noviembre. — Revuelve Soult contra Blake. — Diversas direcciones de los mariscales franceses. — Entrada en Burgos de Napoleon. — Su decreto de 12 de noviembre. — Ejército inglés. — Ejército del centro. — Don Francisco Palafox enviado por la central. — Diversos planes. — Marcha Lannes contra dicho ejército. — Repliégase Castaños. — Batalla de Tudela, 23 de noviembre. — Retirada del ejército. — Su llegada á Sigüenza. — La Peña general en gefe. — San Juan en Somosierra. — Pasan los franceses el puerto. — Situacion de la central. — Cartas de los ministros de José. — abandona la central á Aranjuez. — Situacion de Madrid. — Muerte del marqués de Perales. — Napoleon delante de Madrid. — Ataque de Madrid. — Conferencia de Morla con Napoleon. — Capitulacion. — Fáltase á la capitulacion. — Decretos de Napoleon en Chamartin. — Españoles llevados á Francia. — Visita Napoleon el palacio real. — Su inquietud. — Contestacion al corregidor de Madrid. — Juramento exigido de los vecinos. — Van los mariscales franceses en persecucion de los españoles. — Total dispersion del ejército de San Juan. — Muerte cruel de este general. — Ejército del centro: sus marchas y retirada á Cuenca. — Rebelion del oficial Santiago. — Nómbrase por general en gefe al duque del Infantado. — Conde de Alacha. — Su retirada gloriosa. — La Mancha. — Toledo. — Muertes violentas. — Villacañas. — Sierra-Morena. — Juntas de los cuatro reinos de Andalucía. — Camposagrado. — Marques del Palacio. — Marchan los franceses á Extremadura: estado de la provincia. — Excesos. — General Galluzo. — Su retirada. — Continúa la central su viage. — Sus providencias. — Sucede Cuesta á Galluzo. — Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre. — Muerte de Floridablanca. — Situacion penosa de la central. — Sus esperanzas.

No resueltas las dudas que se habian suscitado sobre el lugar mas conveniente para la reunion de un gobierno central, tocábase ya al deseado momento de su instalacion, y aun subsistia la misma y penosa incertidumbre. Los mas se inclinaban al dictámen de la junta de Sevilla que habia al efecto señalado á Ciudad Real, ó cualquiera otro parage que no fuese la capital de la monarquía, sometida segun pensaba al pernicioso influjo del consejo y sus allegados. El haberse en Aranjuez incorporado á los diputados de dicha junta los de otras varias, puso término á las dificultades, obligando á los que permanecian en Madrid vacilantes en su opinion, á conformarse con la de sus compañeros, declarada por la celebracion en aquel sitio de las primeras sesiones. Antes de abrirse estas y juntos unos y otros tuvieron conferencias preparatorias, en las que se examinaron y aprobaron los poderes, y se resolvieron ciertos puntos de etiqueta ó ceremonial.

Instalacion de la junta central en Aranjuez, 25 de setiembre.

Por fin el 25 de setiembre en Aranjuez y en su real palacio instalóse solemnemente el nuevo gobierno, bajo la denominacion de junta suprema central gubernativa del reino *. Compuesta entonces de veinticuatro individuos creció en breve su número, y se contaron hasta treinta y cinco nombrados en su mayor parte por las juntas de provincia, erigidas al alzarse la nacion en mayo. De cada una vinieron dos diputados. Otros tantos envió Toledo sin estar en igual caso, y lo mismo Madrid y reino de Navarra. De Canarias solo acudió uno á representar sus islas. Fue elegido presidente el conde de Floridablanca diputado por Murcia, y secretario general Don Martin de Garay que lo era por Extramadura.

(* Ap. n. 1.)

Número de individuos.

Su composicion.

Los vocales pertenecian á honrosas y principales clases del estado, contándose entre ellos eclesiásticos elevados en dignidad, cinco grandes de España, varios títulos de Castilla, antiguos ministros y otros empleados civiles y militares. Sin embargo casi todos antes de la insurreccion eran como repúblicos, desconocidos en el reino, fuera de Don Antonio Valdés, del conde de Floridablanca y de Don Gaspar Melchor de Jovellanos. El primero muchos años ministro de marina mereció, al lado de leves defectos, justas alabanzas por lo mucho que en su tiempo se mejoró y acrecentó la armada y sus dependencias. Los otros dos de fama mas esclarecida requieren de nuestra pluma particular mencion, por lo que haremos de sus personas un breve y fiel traslado.

Floridablanca.

A los ochenta años cumplidos de su edad Don José Moñino conde de Floridablanca, aunque trabajado por la vejez y achaques, conservaba despejada su razon y bastante fortaleza para sostener las máximas que le habian guiado en su largo y señalado ministerio. De familia humilde de Hellin en Mur-

cia, por su aplicacion y saber habia ascendido á los mas eminentes puestos del estado. Fiscal del consejo real, y en union con su ilustre compañero el conde de Campomanes, habia defendido atinada y esforzadamente las regalías de la corona contra los desmanes del clero y desmedidas pretensiones de la curia romana. Por sus doctrinas y por haber cooperado á la expulsion de los jesuitas se le honró con el cargo de embajador cerca de la *Santa Sede*, en donde contribuyó á que se diese el breve de supresion de la tan nombrada sociedad, y al arreglo de otros asuntos igualmente importantes. Llamado en 1777 al ministerio de estado, y encargado á veces del despacho de otras secretarías, fue desde entonces hasta la muerte de Cárlos III ocurrida en 1788 árbitro, por decirlo asi, de la suerte de la monarquía. Con dificultad habrá ministro á un tiempo mas ensalzado ni mas deprimido. Hombre de capacidad, entero, atento al desempeño de su obligacion, fomentó en lo interior casi todos los ramos, construyó caminos, y erigió varios establecimientos de pública utilidad. Fuera de España si bien empeñado en la guerra impolítica y ruinosa de la independencia de los Estados-Unidos, emprendida segun parece mal de su grado, mostró á la faz de Europa impensadas y respetables fuerzas, y supo sostener entre las demas la dignidad de la nacion. Censurósele y con justa causa el haber introducido una policía suspicaz y perturbadora, como tambien sobrada aficion á persecuciones, cohonestando con la razon de estado tropelías hijas las mas veces del deseo de satisfacer agravios personales. Quizá los obstáculos que la ignorancia oponia á medidas saludables irritaban su ánimo poco sufrido: ninguna de ellas fue mas tachada que la junta llamada de estado, y por la que los ministros debian de comun acuerdo resolver las providencias generales y otras determinadas materias. Atribuyósele á prurito de querer entrometerse en todo y decidir con predominio. Sin embargo la medida en sí y los motivos en que la fundó, no sólo le justificaban sino que tambien por ella sola se le podria haber calificado de práctico y entendido estadista. Despues del fallecimiento de Cárlos III continuó en su ministerio hasta el año de 1792. Arredrado entonces con la revolucion francesa, y agriado por escritos satíricos contra su persona, propendió aun mas á la arbitrariedad á que ya era tan inclinado. Pero ni esto, ni el conocimiento que tenia de la corte y sus manejos, le valieron para no ser prontamente abatido por Don Manuel Godoy, aquel coloso de la privanza régia, cuyo engrandecimiento, aunque disimulaba, veia Floridablanca con recelo y aversion. Desgraciado en 1792, y encerrado en la ciudadela de Pamplona, consiguió al cabo que se le dejase vivir tranquilo y retirado en la ciudad de Murcia. Allí estaba en el mayo de la insurreccion, y noblemente respondió al llamamiento que se le hizo, siendo falsas las protestas que la malignidad inventó en su nombre. Afecto en su ministerio á ensanchar mas y mas los

límites de la potestad real rompiendo cuantas barreras quisieran oponérsele, habia crecido con la edad el amor á semejantes máximas, y quiso como individuo de la central que sirviesen de norte al nuevo gobierno, sin reparar en las mudanzas ocasionadas por el tiempo, y en las que reclamaban escabrosas circunstancias.

Jovellanos.

Atento á ellas y formado en muy diversa escuela seguia en su conducta la vereda opuesta Don Gaspar Melchor de Jovellanos, concordando sus opiniones con las mas modernas y acreditadas. Desde muy mozo habia sido nombrado magistrado de la audiencia de Sevilla: ascendiendo despues á alcalde de casa y corte y á consejero de órdenes desempeñó estos cargos y otros no menos importantes con integridad, celo y atinada ilustracion. Elevado en 1797 al ministerio de gracia y justicia, y no pudiendo su inflexible honradez acomodarse á la corrompida corte de María Luisa, recibió bien pronto su exhoneracion. Motivóla con particularidad el haber procurado alejar de todo favor é influjo á Don Manuel Godoy, con quien no se avenia ningun plan bien concertado de pública felicidad. Quiso al intento aprovecharse de una coyuntura en que la reina se creia desairada y ofendida. Mas la ciega pasion de esta, despertada de nuevo con el artificioso y reiterado obsequio de su favorito, no solo preservó al último de fatal desgracia, sino que causó la del ministro y sus amigos. Desterrado primero á Gijon, pueblo de su naturaleza, confinado despues en la cartuja de Mallorca, y al fin atropelladamente y con crueldad encerrado en el castillo de Bellver de la misma isla, sobrellevó tan horrorosa y atroz persecucion con la serenidad y firmeza del justo. Libertóle de su larga cautividad el levantamiento de Aranjuez, y ya hemos visto cuán dignamente al salir de ella desechó las propuestas del gobierno intruso, por cuyo noble porte y sublime y reconocido mérito le eligió Asturias para que fuese en la central uno de sus dos representantes. Escritor sobresaliente y sobre todo armonioso y elocuentísimo, dió á luz como literato y como publicista obras selectas, siendo en España las que escribió en prosa de las mejores si no las primeras de su tiempo. Protector ilustrado de la ciencias y de las letras fomentó con esmero la educacion de la juventud, y echó en su instituto asturiano, de que fue fundador, los cimientos de una buena y arreglada enseñanza. En su persona y en el trato privado ofrecia la imágen que nos tenemos formada de la pundonorosa dignidad y apostura de un español del siglo XVI, unida al saber y exquisito gusto del nuestro. Achacábanle aficion á la nobleza y sus distinciones; pero sobre no ser extraño en un hombre de su edad y nacido en aquella clase, justo es decir que no procedia de vano orgullo ni de pueril apego al blason de su casa, sino de la persuasion en que estaba de ser útil y aun necesario en una monarquía moderada el establecimiento de un poder intermedio entre el monarca y el pueblo. Así estuvo siempre por la opi-

nion de una representacion nacional dividida en dos cámaras. Suave de condicion, pero demasiadamente tenaz en sus propósitos, á duras penas se le desviaba de lo una vez resuelto, al paso que de ánimo candoroso y recto solia ser sorprendido y engañado, defecto propio del varon excelente que (como decia * Ciceron, su autor predilecto) « difícilísimamente cae en sospecha de la perversidad de los otros. » Tal fue Jovellanos, cuya nombradía resplandecerá y aun descollará entre las de los hombres mas célebres que han honrado á España. (* Ap. n. 2.)

Fija de antemano la atencion nacional en los dos respetables varones de que acabamos de hablar, siguieron los individuos de la central el impulso de la opinion, arrimándose los mas á uno ú á otro de dichos dos vocales. Pero como estos entre sí disentian, dividiéronse los pareceres, prevaleciendo en un principio y por lo general el de Floridablanca. Con su muerte y las desgracias no dejó mas adelante de triunfar á veces el de Jovellanos, ayudado de Don Martin de Garay, cuyas luces naturales, fácil despacho y práctica de negocios le dieron sumo poder é influjo en las deliberaciones de la junta. Diversos partidos en la central.

Pero á uno y otro partido de los dos, si asi pueden llamarse, en que se dividió la central, faltábales actividad y presteza en las resoluciones. Floridablanca anciano y doliente, Jovellanos entrado tambien en años y con males, avezados ambos á la regularidad y pausa de nuestro gobierno, no podian sobreponerse á la costumbre y á los hábitos en que se habian criado y envejecido. Su autoridad llevaba en pos de sí á los demas centrales, hombres en su mayoría de probidad, pero escasos de sobresalientes ó notables prendas. Dos ó tres mas arrojados y atrevidos entre los que principalmente sonaba Don Lorenzo Calvo de Rozas, acreditado en el sitio de Zaragoza, querian en vano sacar á la junta de su sosegado paso. No era dado á su corto número ni á su anterior y casi desconocido nombre vencer los obstáculos que se oponian á sus miras.

Asi fue que en los primeros meses siguiendo la central en materias políticas el dictámen de Floridablanca, y no asistiéndole ni á él ni á Jovellanos para las militares y económicas el vigor y pronta diligencia que la apretada situacion de España exigia, con lástima se vió que el nuevo gobierno obrando con lentitud y tibieza en la defensa de la patria, y ocupándose en pormenores, recejaba en lo civil y gubernativo á tiempos añejos y de aciaga recordacion.

Mas antes y al saberse en las provincias su instalacion, fue celebrada esta con general aplauso y desoidas las quejas en que prorumpieron algunas juntas, señaladamente las de Sevilla y Valencia: las cuales pesarosas de ir á menos en su poder habian intentado convertir los diputados de la central en meros agentes sometidos á su voluntad y capricho, dándoles facultades coartadas. Pasóse pues por encima de las ins- Su instalacion celebrada en las provincias.

trucciones que aquellas habian dado, arreglándose á lo que prevenian los poderes de otras juntas, y segun los que se creaba una verdadera autoridad soberana é independiente y no un cuerpo subalterno y encadenado. Y si en ello pudo haber algun desvío de legitimad, el bien y union del reino reclamaban que se tomase aquel rumbo, sino se queria que cada provincia prosiguiese gobernándose separadamente y á su antojo.

Contestacion con el consejo.

Tampoco faltaron como era de temer desavenencias con el consejo real. En 26 de setiembre le habia dado cuenta la junta central de su instalacion, previniéndole que prestado que hubiesen sus individuos el juramento debido, expidiese las cédulas, órdenes y provisiones competentes para que obedeciesen y se sujetasen á la nueva autoridad todas las de la monarquía. Por aquel paso, desaprobado de muchos, persuadido tal vez el consejo de que la junta habia menester su apoyo para ser reconocida en el reino, cobró aliento, y despues de dilatar una contestacion clara y formal, al cabo envió el 30 con el juramento pedido una exposicion de sus fiscales, en la que estos se oponian á que se prestase dicho juramento, reclamando el uso y costumbres antiguas. Aunque el consejo no habia seguido el parecer fiscal, le remitió no obstante á la junta acompañado de sus propias meditaciones, dirigidas principalmente á que se adoptasen las tres siguientes medidas: 1ª Reducir el número de vocales de la central, por ser el actual contrario á la Ley 3ª, Partida 2ª, título 15, en que hablándose de las minoridades en los casos en que el rey difunto no hubiese nombrado tutores, dice: « que los guardadores deben ser uno ó tres, ó cinco e non « mas. » 2ª La extincion de las juntas provinciales: y 3ª La convocacion de córtes conforme al decreto dado por Fernando VII en Bayona.

Justas como á primera vista parecian estas peticiones, no solo no eran por entonces hacederas, sino que procediendo de un cuerpo tan desopinado como lo estaba el consejo, achacáronse á odio y despique contra las autoridades populares nacidas de la insurreccion. Sobre los generales y conocidos motivos, otros particulares al caso contribuyeron á dar mayor valor á semejante interpretacion. Pues en cuanto al primer punto el consejo que ahora juzgaba ser harto numerosa la junta central, habia en agosto provocado á los presidentes de las de provincia para que * « no siendo po- « sible adoptar de pronto en circunstancias tan ex- « traordinarias los medios que designaban las leyes y las costum- « bres nacionales.... diputasen personas de su mayor confianza, « que, reuniéndose á las nombradas por las juntas establecidas en « las demas provincias y al consejo, pudiesen conferenciar... de « manera que partiendo todas las providencias y disposiciones de « este centro comun fuese tan expedito como conveniente el efecto. » Por lo cual si se hubiera condescendido con la voluntad del consejo

(* Ap. n. 3.)

lejos de ser menos en número los individuos de la central, se hubiera esta engrosado con todos los magistrados de aquel cuerpo. Ademas la citada ley de Partida en que estribaba la opinion para reducir los centrales y la formacion de regencia, puede decirse que nunca fue cumplida, empezando por la misma minoridad de Don Fernando IV el Emplazado, nieto del legislador que promulgó la ley, y acabando en la de Cárlos II de Austria. La otra peticion del consejo de suprimir las juntas provinciales, pareció sobradamente desacordada. Perjudicial la conservacion de estas en tiempos pacíficos y serenos, no era todavía ocasion de abolirlas permaneciendo el enemigo dentro del reino, y solo sí de deslindar sus facultades y limitarlas. Tampoco agradó, aunque en apariencia lisonjera, la 3ª peticion de convocar la representacion nacional. Dudábase de la buena fé con que se hacia la propuesta; habiéndose constantemente mostrado el consejo hosco y espantadizo á solo el nombre de córtes, sin contar con que se requeria mas espacio para convenir en el modo de su llamamiento, conforme á las mudanzas acaecidas en la monarquía. Las insinuaciones del consejo se llevaron pues tan á mal, que intimidado no insistió por entonces en su empeño.

Dictámen de Jovellanos.

Coincidia sin embargo hasta cierto punto con su dictámen el de algunos individuos de la central, y de los mas ilustrados, entre ellos el de Jovellanos. Desde el dia de la instalacion y reuniéndose á puerta cerrada mañana y noche, fue uno de los primeros acuerdos de la junta nombrar una comision de cinco vocales que hiciese su reglamento interior. En ella provocó Jovellanos como medida previa, tratar de la institucion y forma del nuevo gobierno. No asintiendo los otros á su parecer, le reprodujo el 7 de octubre en el seno de la misma junta, pidiendo que se anunciase inmediatamente « á la nacion que seria reunida en « córtes luego que el enemigo hubiese abandonado nuestro territorio, y si esto no se verificase antes, para el octubre de 1810; « que desde luego se formase una regencia interina en el dia 1° del « año inmediato de 1809; que instalada la regencia quedasen existentes la junta central y las provinciales; pero reduciendo el número de vocales en aquella á la mitad, en estas á cuatro, y unas « y otras sin mando ni autoridad, y solo en calidad de auxiliares « del gobierno. » Este dictámen, aunque justamente apreciado, no fue admitido, suspendiéndose para mas adelante su resolucion. Creian unos que era mas urgente ocuparse en medidas de guerra que en las políticas y de gobierno, y á otros pesábales bajar del puesto á que se veian elevados. Era tambien dificultoso agradar á las provincias en la eleccion de regencia: esta solamente habia de constar de 3 ó 5 individuos, y no siendo por tanto dado á todas ellas tener en su seno un representante, hubiera nacido de su formacion quejas y desabrimientos. Ademas el gobierno electivo y limitado de la regencia, sin el apoyo de otro cuerpo mas numeroso y

que deliberase en público como el de las córtes, no hubiera probablemente podido resistir á los embates de la opinion tan varia y suspicaz en medio de agitaciones y revueltas. Y la convocacion de aquellas segun hemos insinuado pedia mas desahogo y previa meditacion: por cuyas causas y la premura de los tiempos continuó la junta central en todo el goce y poderío de la autoridad soberana.

Forma interior de la central.

En su virtud y para el mejor y mas pronto despacho de los negocios, arregló su forma interior y se dividió en otras tantas secciones cuantos ministerios habia en España, á saber: estado, gracia y justicia, guerra, marina y hacienda, resolviendo en sesiones plenas las providencias que aquellas proponian. Y para reducir su accion á unidad, se creó una secretaría general á cuya cabeza se puso al célebre literato y buen patriota Don Manuel Quintana: eleccion que á veces sirvió al crédito de la central, pues valiéndose de su pluma para proclamas y manifiestos, media la muchedumbre por la dignidad del lenguaje las ideas y providencias del gobierno.

Don Manuel Quintana.

Primeras providencias y decretos de la central.

Desgraciadamente estas no correspondieron á aquel durante los primeros meses. Por de pronto y antes de todo ocupáronse los centrales en honores y condecoraciones. Al presidente se le dió el tratamiento de alteza, á los demas vocales el de excelencia, reservándose el de magestad á la junta en cuerpo. Adornaron sus pechos con una placa que representaba ambos mundos, se señalaron el sueldo de 120,000 reales, é incurrieron por consiguiente en los mismos deslices que las juntas de provincia, sin ser ya iguales las circunstancias.

No desdijeron otros decretos de estos primeros y desacertados. Mandóse suspender la venta de manos muertas, y aun se pensó en anular los contratos de las hechas anteriormente. Permitióse á los ex-jesuitas volver á España en calidad de particulares. Restablecióronse las antiguas trabas de la imprenta, y se nombró inquisidor general; y afligiendo y contristando así á los hombres ilustrados, la junta ni contentó ni halagó al clero, sobradamente avisado para conocer lo inoportuno de semejantes providencias.

Por otra parte tampoco acallaba las hablillas y disgusto, que aquellas promovian, con las que tomaba en lo económico y militar. Verdad es que si algun tanto dependia su inaccion de las vanas ocupaciones en que se entretenia, gran parte tuvo tambien en ella el estado lastimoso de la nacion, la cual habiendo hecho un extraordinario esfuerzo ya casi exhausta al levantarse en mayo, acabó de agotar sus recursos para hacer rostro á las urgentes necesidades del momento. Y la administracion pública de antemano desordenada desquiciándose del todo con el gran sacudimiento, yacia por tierra. Reconstruirla era obra mas larga y no propia de un gobierno como la central, cuya forma si bien imposible ó difícil de

mejorarse entonces, no por eso dejaba de ser viciosísima y monstruosa: puesto que cuerpo sobradamente numeroso como potestad ejecutiva, resolvia lentamente por lo detenido y embarazoso de sus deliberaciones, y escaso de vocales para ejercer la legislativa, ni podian ilustrarse suficientemente las materias, ni buscar luces ni arrimo en la opinion, teniendo que ser secretas sus discusiones por la índole de su institucion misma.

Su manifiesto en 10 de noviembre.

Trató no obstante la central, aunque perezosamente, de bienquistarse con la nacion, circulando en 10 de noviembre un manifiesto que llevaba la fecha de 26 de octubre, y en el que con maestría se trazaba el cuadro del estado de cosas y la conducta que la junta seguiria en su gobierno. No solamente mencionaba en su contenido los remedios prontos y vigorosos que era necesario adoptar, no solo trataba de mantener para la defensa de la patria 500,000 infantes y 50,000 caballos, sino que tambien daba esperanza de que se mejorarian para lo venidero nuestras instituciones. Si este papel se hubiera esparcido con anticipacion, y sobre todo si los hechos se hubieran conformado con las palabras, asombroso y fundado hubiera sido el concepto de la junta central. Mas habia corrido el mes de octubre, entrado noviembre, comenzado las desgracias, y no por eso se veia que los ejércitos se proveyesen y aumentasen.

Distribucion de los ejércitos.

Estos habian sido divididos por decreto suyo en cuatro grandes y diversos cuerpos. 1° Ejército de la izquierda que debia constar del de Galicia, Asturias, tropas venidas de Dinamarca, y de la gente que se pudiera allegar de las montañas de Santander y pais que recorriese. 2° Ejército de Cataluña compuesto de tropas y gente de aquel principado, de las divisiones desembarcadas de Portugal y Mallorca, y de las que enviaron Granada, Aragon y Valencia. 3° Ejército del centro que debia comprender las cuatro divisiones de Andalucía y las de Castilla y Extremadura con las de Valencia y Murcia, que habian entrado en Madrid con el general Llamas. Tambien habia esperanzas de que obrasen por aquel lado los ingleses en caso de que se determinasen á avanzar hácia la frontera de Francia. 4° Ejército de reserva, compuesto de las tropas de Aragon y de las que durante el sitio de Zaragoza se les habian agregado de Valencia y otras partes. Nombróse tambien una junta general de guerra, y presidente de ella al general Castaños, aunque por entonces debia seguir al ejército. Mas estas providencias no tuvieron entero y cumplido efecto, impidiéndolo en parte otras disposiciones, y los contratiempos y desastres que sobrevinieron, en cuya relacion vamos á entrar.

Su marcha.

Ya antes de la instalacion de la central y en el consejo militar celebrado en Madrid en 5 de setiembre de que hicimos mencion, se habia acordado que al paso que el general

Llamas con las tropas de Valencia y Murcia marchase á Calahorra, y Castaños con las de Andalucia á Soria, se arrimaran Cuesta y las de Castilla al Burgo de Osma, y Palafox con las suyas á Sangüesa y orillas del rio Aragon; recomendando ademas á Galluzo que mandaba las de Extremadura el ir á unirse á las que se encaminaban al Ebro. Blake por su lado debia avanzar con los gallegos y asturianos hácia Burgos y provincias vascongadas. Descabellado como era el plan, desparramando sin órden en varios puntos y en una línea extendida, escasas, mal disciplinadas y peor provistas tropas, se procedió despacio en su ejecucion, no habiéndose nunca del todo realizado. Nuevas disputas y pasiones contribuyeron á ello, y principalmente lo mal entendido y combinado del mismo plan, falta de recursos, desórden en la distribucion y aquella lentitud característica al parecer de la nacion española, y de la que segun el gran Bacon habia ya en su tiempo nacido el proverbio* «*me venga la muerte de España*, porque vendria tarde.»

(* Ap. n. 4.)

Marcha del de Galicia.

Con todo, el ejército de Galicia despues de la rota de Rioseco, habiéndose algun tanto organizado en Manzanal y Astorga, emprendió su marcha á las órdenes de su general Don Joaquin Blake en los últimos dias de agosto, y dividido en tres columnas se dirigió por la falda meridional de la cordillera que separa á Leon y á Burgos de Asturias y Santander. Al promediar el mes se hallaban las tres columnas en Villarcayo, punto que se tuvo por acomodado y central para posteriores operaciones. Ascendia su número á 22,728 infantes y 400 caballos distribuidos en cuatro divisiones. La cuarta al mando del marqués de Portago se movió la vuelta de Bilbao para asegurar la comunicacion con aquella costa, y esperando sorprender á los franceses. Mas avisados estos por los tiros indiscretos de una avanzada española, pudieron con corta pérdida retirarse y desocupar la villa. No la guardaron mucho tiempo nuestras tropas, porque revolviendo sobre ellas con refuerzo el mariscal Ney, recien llegado de Francia, obligó á Portago á recogerse por Valmaseda sobre la Nava. Insistió dias despues el general Blake en recuperar á Bilbao, y acudiendo en persona con superiores fuerzas, necesario le fue al general francés Merlin evacuar de nuevo dicha villa en la noche del 11 de octubre.

Ocupa á Bilbao.

Marcha del de Asturias.

En el mismo dia y ocupando á Quincoces orilla izquierda del Ebro, se incorporaron al ejército de Galicia las tropas de Asturias, capitaneadas por Don Vicente María de Acevedo. Habia este sucedido en el mando, desde 28 de junio, al marqués de Santa Cruz de Marcenado, á cuyo patriotismo é instruccion no acompañaban las raras prendas que pide la formacion de un ejército nuevo y allegadizo. El Acevedo, militar antiguo, firme y severo, y adornado de luces naturales y adquiridas, habia con-

seguido disciplinar bastantemente 8000 hombres, con los que resolvió salir á campaña. Iban en dos trozos, uno le regia Don Cayetano Valdés, otro Don Gregorio Quirós. Gefe de escuadra el primero le vimos en Mahon mandando á principios de año la fuerza naval surta en aquel puerto, y ya antes la nacion le habia distinguido y colocado entre sus mejores y mas arrojados marinos. Al ruido del alzamiento de Asturias habia acudido á esta provincia, cuna de su familia. El segundo, natural de ella y oficial de guardias españolas, era justamente tenido por hombre activo, inteligente y bizarro. Unidas pues las tropas de Asturias y Galicia concertaron sus movimientos, y el 25 de octubre se sitió el general Blake con parte de ellas entre Zornoza y Durango.

Cuesta, su conducta.

Al propio tiempo Don Gregorio de la Cuesta antes que en cumplir lo acordado en 5 de setiembre en Madrid, pensó en satisfacer sus venganzas. Referimos cómo de vuelta de la capital habia detenido y preso en el alcázar de Segovia á los diputados de Leon Don Antonio Valdés y vizconde de Quintanilla. Adelante con su propósito queria juzgarlos como rebeldes á su autoridad en consejo militar, escogiendo para fiscal de la causa al conde de Cartaojal. Dispuso tambien que la ciudad de Valladolid nombrase en su lugar otros dos vocales por Castilla, con lo que hubieron de aumentarse los choques y la confusion. Felizmente no halló Cuesta abrigo en la opinion, y desaprobando la central su conducta, le mandó comparecer en Aranjuez, y previno á Cartaojal que soltase los presos. Obedecieron ambos, y puesto el ejército de Castilla bajo las órdenes de su segundo gefe Don Francisco Eguia, se acercó á Logroño en donde definitivamente le sucedió y tomó el mando Don Juan Pignatelli. Mas estas mudanzas y trasiego de gefes menguó y desconcertó la tropa castellana, llena si de entusiasmo y ardor, pero bisoña y poco arreglada. Su número no pasaba de 8000 hombres con pocos caballos.

Le suceden Eguia y Pignatelli.

Por su parte y deseoso de poner en práctica el plan resuelto, partió de Madrid el primero de todos y en setiembre Don Pedro Gonzalez de Llamas. Mandaba á los valencianos y murcianos con que habia entrado en la capital, y salió de ella con unos 4500 hombres infantes y ginetes. Enderezó su marcha á Alfaro, orilla derecha del Ebro, y situó en primeros de octubre su cuartel general en Tudela. Siguiéronle de cerca la 2ª y 4ª division de Andalucía regidas ambas por el general Don Manuel de la Peña, y cuya fuerza ascendia á 10,000 hombres. Castaños permaneció en Madrid y no faltaba quien motejase su tardanza, en la que tuvieron principal parte manejos y tramas del consejo, zelos, piques y desavenencias de la junta de Sevilla.

Marcha de Llamas.

Detencion de Castaños en Madrid.

Dijeron algunos que tambien se detenia, esperanzado en que la central le nombraria generalísimo en remuneracion de lo que habia trabajado por insta-

laria. Apoyaban la conveniencia de semejante medida Sir Cárlos Stewart que de Galicia habia venido á Madrid y Aranjuez, y lord William Bentinck enviado desde Portugal por el general Dalrymple para concertarse con Castaños acerca de las operaciones militares. El pensamiento era sin duda útil para la union y conformidad en la direccion de los ejércitos; pero á su cumplimiento se oponian las rivalidades de otros generales, las que reinaban dentro de la misma junta central y el temor de que no tuviese Castaños la actividad y firmeza que aquellos tiempos requerian.

Su salida.

Salió este al fin de Madrid el 8 de octubre, y el 17 llegó á Tudela. Convidado por Palafox pasó á Zaragoza, y alli acordaron el 20, como continuacion de lo antes resuelto, que el ejército del centro con el de Aragon amenazase á Pamplona, poniéndose una division á espaldas de esta plaza al mismo tiempo que el de Blake, á quien se enviaria aviso, marchase por la costa á cortar la comunicacion con Francia.

Plan concertado con Palafox.

Al último le dejamos entre Zornoza y Durango; los dos primeros, ó sea mas bien la parte de ellos que se habia acercado al Ebro, estaba por entonces asi distribuida. A Logroño le ocupaban los 8000 castellanos al mando de su general Don Juan de Pignatelli; á Lodosa Don Pedro Grimarest con la 2ª division de Andalucía, estando la 4ª á las órdenes de Don Manuel de la Peña en Calahorra, y siendo ambas de 10,000 hombres segun queda dicho. Los 4500 valencianos y murcianos permanecian situados en Tudela y á su frente D. Pedro Roca sucesor de Llamas, encargado de otro puesto cerca del gobierno supremo. Del ejército de Aragon habia en Sangüesa 8000 hombres que regia Don Juan O'Neil, enviado de Valencia con un corto refuerzo, y á su retaguardia en Egea otros 5000 al mando de Don Felipe Saint-March. Con tan contadas fuerzas y en linea tan dilatada, juzgaron los prudentes y entendidos ser desacertado el plan convenido en Zaragoza para tomar la ofensiva; puesto que el total de soldados españoles, avanzados á mediados de octubre hasta Vizcaya y orillas del Ebro, no llegaba á 70,000 hombres, teniendo Blake 30,000 asturianos y gallegos (los de Romana todavia no estaban incorporados), y Castaños unos 36,000 entre castellanos, andaluces, valencianos, murcianos y aragoneses. Parecerá tanto mas arreglado á la razon aquel dictámen, si volviendo la vista al enemigo examinamos su estado, su número, su posicion.

Fuerza de los ejércitos españoles.

José Bonaparte despues de haber salido de Madrid habia permanecido en los lindes de la provincia de Burgos ó en Vitoria. Alli se entretuvo en dar algunos decretos, en trazar marchas y expediciones que no tuvieron cumplido efecto, y en crear una órden militar. Sus ministros apremiados por las circunstancias presentaron un

Situacion de José y del ejército francés.

Exposicion de sus ministros.

escrito en el que * « exponiendo que el interés de Es- (* Ap. n. 5.)
« paña exigia no confundir su buena armonía y amis-
« tad para con la Francia, con su cooperacion á los fines y planes
« de mayor extension en que se hallaba empeñado el gefe de
« ella... » indicaban que... « convenia poder anunciar á la nacion
« que aunque gobernada por el hermano del emperador conforme
« á los tratados de Bayona, fuese libre de ajustar una paz sepa-
« rada con la Inglaterra... que esto calmaria las fundadas zozobras
« sobre las posesiones de América... etc., etc. » El escrito se creyó digno de ser presentado á Napoleon, y para llevarle y apoyarle de palabra fueron en persona á Paris los ministros Azanza y Urquijo. Por loables que fuesen las intenciones de los que escribieron la exposicion, no se hace creible dieran aquel paso con probabilidad de buen éxito conociendo á Napoleon y su política, ó si tal pensaron, forzoso es decir que andaban harto desalumbrados. Mas el emperador de los franceses no paró mientes en los discursos de los ministros españoles de José, y solo se ocupó en mejorar y reforzar su ejército.

Este en los primeros tiempos de su retirada habia caido en gran desánimo, y los mas de sus soldados, excepto los del mariscal Bessières, iban al Ebro casi sin órden ni formacion. Perseguidos entonces é inquietados, fácilmente hubieran sido del todo desranchados y dispersos, ó por lo menos no se hubieran detenido hasta pisar tierra de Francia. Pero los españoles descansando sobre los laureles adquiridos, flojos, escasos tambien de recursos, les dieron espacio para repararse. Asi fue que los franceses ya mas serenos y engrosados con gente de refresco, se distribuyeron en tres grandes cuerpos, el del centro mandado por el mariscal Ney, que ya dijimos acababa de llegar de Francia, y los de la izquierda y derecha gobernados cada uno por los mariscales Moncey y Bessières. Habia ademas una reserva compuesta en parte de soldados de la guardia imperial, y en donde estaba José con el mariscal Jourdan su mayor general, enviado de Paris últimamente para desempeñar aquel cargo. De suerte que todos juntos componian en setiembre una masa compacta de mas de 50,000 combatientes, entre ellos 11,000 de caballería, con la particular ventaja de estar reconcentrados y prontos á acudir por el radio á cualquier punto que fuese acometido, cuando los nuestros para darse la mano tenian que recorrer la extendida y prolongada curva que formaban en torno de los enemigos, quienes sin contar con los de Cataluña y guarniciones de Pamplona y San Sebastian estaban tambien respaldados por fuerzas que mandaba en Bayona el general Drouet, y con la confianza de recibir de su propio pais por la inmediacion todo género de prontos y eficaces auxilios. Fuerza del ejército francés.

A pesar de eso y de aumentarse sus filas cada dia con nuevas tropas, mantenianse los franceses quietos Movimiento de los españoles.

y sobre la defensiva, á tiempo que los españoles trataron de ejecutar el plan adoptado en Zaragoza. Era el 27 de octubre el señalado para dar comienzo á la empresa, mas dias antes ya habian los nuestros con su impaciencia movídose por su frente. Los castellanos desde Logroño, sentado á la márgen derecha del Ebro, cruzando á la opuesta, se habian adelantado á Viana, y Grimarest extendídose desde Lodosa á Lerin. Los aragoneses por el lado de Sangüesa tambien avanzaron acompañados de muchos paisanos. Y tan grande fue el número de estos, que Moncey sobresaltado dió cuenta á José, quien destacó del cuerpo de Bessières dos divisiones para reforzar las tropas que estaban por la parte de Aragon y Navarra.

El 20 de octubre mandó el general Grimarest á Don Juan de la Cruz Mourgeon ocupar á Lerin con los tiradores de Cádiz, una compañía de voluntarios catalanes y unos cuantos caballos. Para apoyarle quedaron en Carcar y Sesma otros destacamentos. Cruz tenia órden de retirarse si le atacaban superiores fuerzas, y habiendo expuesto lo difícil de ejecutar dicha órden caso de que el enemigo se posesionase con su caballería de un llano que se extiende de Lerin camino de Lodosa, le ofreció Grimarest sostenerle con oportuno socorro.

Accion de Lerin, 26 de octubre.

Cruz en cumplimiento de lo que se le mandaba fortificó segun pudo el convento de Capuchinos y el palacio cuyo edificio habia de ser su último refugio. No tardó en saber que iba á ser atacado, y de ello dió aviso el 25 al general Grimarest. En efecto en la madrugada del 26 le acometieron los enemigos valerosamente rechazados por sus tropas. Con mas gente insistieron aquellos en su propósito á las nueve de la mañana, y los nuestros replegándose al palacio no dieron oidos á la intimacion que de rendirse se les hizo. Renovaron varias veces los franceses sus embestidas con 6000 infantes, con artillería y 700 ú 800 caballos, y los de Cruz que no excedian de 1000 continuaron en repelerlos hasta entrada la noche con la esperanza de que Grimarest, segun lo prometido, vendria en su auxilio. Los destacamentos de Carcar y Sesma aunque lo intentaron no pudieron por su corta fuerza dar ayuda. Amaneció el dia siguiente, y sin municiones ni noticia de Grimarest se vió forzado Cruz á capitular con el enemigo, quien celebrando su valor y el de su gente, le concedió salir del palacio con todos los honores de la guerra, debiendo despues ser cangeados por otros prisioneros. Brillante accion fue la de Lerin aunque desgraciada, siendo los tiradores de Cádiz soldados nuevos, no familiarizados con los rigores de la guerra. Censuróse al Grimarest haber avanzado hasta Lerin aquellas tropas para abandonarlas despues á su aciaga suerte; pues en vez de correr en su auxilio, con pretexto de una órden de La Peña evacuó á Lodosa, y repasando el Ebro se situó en la torre de Sartaguda.

O'Neil mas dichoso en aquellos dias obligó al enemigo á retirarse, de Narduces á Monreal: corta compensacion de la anterior pérdida y de la que se experimentó en Logroño. El mariscal Ney habia atacado y repelido el 24 los puestos avanzados de las tropas de Castilla, colocándose el 25 en las alturas que hacen frente á aquella ciudad del otro lado del Ebro. El general Castaños, que entonces se encontraba allí, mandó á Pignatelli que sostuviese el punto, á no ser que los enemigos cruzando el rio se adelantasen por la derecha, en cuyo caso se situaria en la sierra de Cameros sobre Nalda. Ordenó tambien que el batallon ligero de Campomayor fuese á reforzarle y desalojar al enemigo de las alturas ocupadas. Inútiles prevenciones. Castaños volvió á Calahorra, y Pignatelli evacuó el 27 á Logroño con tal precipitacion y desórden, que no parando hasta Cintruénigo, dejó al pie de la sierra de Nalda sus cañones, y los soldados desparramados, que durante veinticuatro horas le siguieron unos en pos de otros. El pavor que se habia apoderado de sus ánimos era tanto menos fundado, cuanto que 1500 hombres al mando del conde de Cartaojal, volviendo á Nalda, recobraron los cañones en el sitio en que quedaron abandonados, y á donde no habia penetrado el enemigo.

Retirada de los castellanos de Logroño.

El general Castaños justamente irritado contra Pignatelli, le quitó el mando, é incorporando la colecticia gente de Castilla en sus otras divisiones, hizo algunas leves mudanzas en su ejército. Por de pronto formó una vanguardia de 4000 hombres de infantería y caballería, regida por el conde de Cartaojal, la cual habia de maniobrar por las faldas de sierra de Cameros desde el frente de Logroño hasta el de Lodosa, y dió el nombre de 5ª division á los 4500 valencianos y murcianos repartidos entre Alfaro y Tudela al mando de Don Pedro Roca. Reconcentró la demas fuerza en Calahorra y sus alrededores, y escarmentado con lo ocurrido se resolvió antes de emprender cosa alguna á aguardar las demas tropas que debian agregarse al ejército del centro, y respuesta del general Blake al plan comunicado.

Arreglo que en su ejército hace el general Castaños.

Se sitúa en Cintruénigo y Calahorra.

Napoleon en tanto se preparaba á destruir en su raiz la noble resistencia de un pueblo cuyo ejemplo era de temer cundiese á las naciones y reyes que gemian bajo su imperial dominacion. En un principio se habia figurado que con las tropas que tenia en la Península podria comprimir los aislados y parciales esfuerzos de los españoles, y que su alzamiento de corta duracion pasaria silencioso en la historia del mundo. Desvanecida su ilusion con los triunfos de Bailen, la tenaz defensa de Zaragoza y las proezas de Cataluña y Valencia, pensó apagar con extraordinarios medios un fuego que tan grande hoguera habia encendido. Fue anuncio precursor de su propósito el publicar en 6 de setiembre en el Mo-

Napoleon.

nitor y por primera vez una ralacion circunstanciada de las novedades de la península, si bien pintadas y desfiguradas á su sabor.

Su mensage al senado.

Habia precedido en 4 del mismo mes á esta publicacion un mensage del emperador al senado con tres exposiciones, de las que dos eran del ministro de negocios extrangeros Mr. de Champagny y una del de la guerra Mr. Clarke. Las del primero llevaban fecha de 24 de abril y 1° de setiembre. En la de abril despues de manifestar Mr. Champagny la necesidad de intervenir en los asuntos de España, asentaba que la revolucion francesa habiendo roto el útil vínculo que antes unia á ambas naciones gobernadas por una sola estirpe, era político y justo atender á la seguridad del imperio francés, y libertar á España del influjo de Inglaterra; lo cual, añadia, no podria realizarse, ni reponiendo en el trono á Cárlos IV ni dejando en él á su hijo. En la exposicion de setiembre hablábase ya de las renuncias de Bayona, de la constitucion alli aprobada, y en fin se revelaban los disturbios y alborotos de España, provocados segun el ministro por el gobierno británico que intentaba poner aquel pais á su devocion y tratarle como si fuera provincia suya. Mas aseguraba que tamaña desgracia nunca se efectuaria estando preparados para evitarla 2,000,000 de hombres valerosos que arrojarian á los ingleses del suelo peninsular.

Leva de nuevas tropas.

Pronosticaban tan jactanciosas palabras demanda de nuevos sacrificios. Tocó especificarlos á la exposicion del ministro de la guerra. En ella pues se decia, que habiendo resuelto S. M. I. juntar al otro lado de los Pirineos mas de 200,000 hombres, era indispensable levantar 80,000 de la conscripcion de los años 1806, 7, 8 y 9, y ordenar que otros 80,000 de la del 10 estuviesen prontos para el enero inmediato. Al dia siguiente de leidas estas exposiciones y el mensage que las acompañaba, contestó el senado aprobando y aplaudiendo lo hecho, y las medidas propuestas; y asegurando tambien que la guerra con España era « política, justa y necesaria. » A tan mentido y abyecto lenguaje habia descendido el cuerpo supremo de una nacion culta y poderosa.

Por anteriores órdenes habian ya empezado á venir del norte de Europa muchas de las tropas francesas alli acantonadas. A su paso por Paris hizo reseña de varias de ellas el emperador Napoleon, pronunciando para animarlas una arenga enfática y ostentosa.

Conferencias de Erfurth.

No satisfecho este con las numerosas huestes que encaminaba á España, trató tambien de asegurar el buen éxito de la empresa estrechando su amistad y buena armonía con el emperador de Rusia. Sin determinar tiempo se habia en Tilsit convenido en que mas adelante se avistarian ambos príncipes. Los acontecimientos de España, incertidumbres sobre la Alemania y aun dudas sobre la misma Rusia obligaron á Napoleon á pedir la celebracion de las proyectadas vistas. Accedió á su demanda el em-

perador Alejandro, quien y el de Francia, puestos ambos de acuerdo llegaron á Erfurth, lugar señalado para la reunion, el 27 de setiembre. Concurrieron allí varios soberanos de Alemania, siendo el de Austria representado por su embajador, y el de Prusia por su hermano el príncipe Guillermo. Reinó entre todos la mayor alegría, satisfaccion y cordialidad, pasándose los dias y las noches en diversiones y festines, sin reparar que en medio de tantos regocijos no solo legítimos monarcas sancionaban la usurpacion mas escandalosa, y autorizaban una guerra que ya habia hecho correr tantas lágrimas, sino que tambien tachando de insurreccion la justa defensa y de rebeldía la lealtad, abrian ancho portillo por donde mas adelante pudieran ser acometidos sus propios pueblos y atropellados sus derechos. Ni motivos tan pederosos, ni tales temores detuvieron al emperador Alejandro. Contento con los obsequios de su aliado y algunas concesiones, reconoció por rey de España á José, y dejó á Napoleon en libertad de proceder en los asuntos de la península segun conviniese á sus miras.

Mas al propio tiempo y para aparentar deseos de paz, cuando despues de lo estipulado era imposible ajustarla, determinaron entablar acerca de tan grave asunto correspondencia con Inglaterra. Ambos emperadores escribieron en una y sola carta al rey Jorge III, y sus ministros respectivos pasaron notas con aviso de que plenipotenciarios rusos se enviarian á Paris para aguardar la respuesta de Inglaterra: los que en union con los de Francia concurririan al punto del continente que se señalase para tratar.

Correspondencia con el gobierno inglés.

En contestacion Mr. Canning escribió el 28 de octubre dos cartas á los ministros de Rusia y Francia, acompañadas de una nota comun á ambos. Al primero le decia, que aunque S. M. B. deseaba dar respuesta directa al emperador su amo, el modo desusado con que este habia escrito le impedia considerar su carta como privada y personal, siendo por tanto imposible darle aquella señal de respeto sin reconocer títulos que nunca habia reconocido el rey de la Gran Bretaña. Que la proposicion de paz se comunicaria á Suecia y á España. Que era necesario estar seguro de que la Francia admitiria en los tratos al gobierno de la última nacion, y que tal sin duda debia de ser el pensamiento del emperador de Rusia, segun el vivo interés que siempre habia mostrado en favor del bienestar y dignidad de la monarquía española; lo cual bastaba para no dudar que S. M. I. nunca seria inducido á sancionar por su concurrencia ó aprobacion usurpaciones fundadas en principios no menos injustos que de peligroso ejemplo para todos los soberanos legítimos. En la carta al ministro de Francia se insistia en que entrasen como partes en la negociacion Suecia y España.

El mismo Mr. Canning respondió ampliamente en la nota que iba para dichos dos ministros á la carta autógrafa de ambos empe-

radores. Sentábase en ella que los intereses de Portugal y Sicilia estaban confiados á la amistad y proteccion del rey de la Gran Bretaña, el cual tambien estaba unido con Suecia, asi para la paz como para la guerra. Y que si bien con España no estaba ligado por ningun tratado formal, habia sin embargo contraido con aquella nacion á la faz del mundo empeños tan obligatorios como los mas solemnes tratados; y que por consiguiente el gobierno que allí mandaba á nombre de S. M. C. Fernando VII, deberia asimismo tomar parte en las negociaciones.

El ministro ruso replicó no haber dificultad en cuanto á tratar con los soberanos aliados de Inglaterra; pero que de ningun modo se admitirian los plenipotenciarios de los insurgentes españoles (asi los llamaba), puesto que José Bonaparte habia ya sido reconocido por el emperador su amo como rey de España. Menos sufrida y mas amenazadora fue la contestacion de Mr. Champagny ministro de Francia.

Fin de la correspondencia.

Dióse fin á la correspondencia con nuevos oficios en 9 de diciembre de Mr. Canning, concluyendo este con repetir al francés, « que S. M. B. estaba resuelto á no abandonar la causa de la nacion española y de la legítima monarquía de España (añadiendo); que la pretension de la Francia de que se excluyese de la negociacion el gobierno central y supremo que obraba en nombre de S. M. C. Fernando VII, era de naturaleza á no ser admitida por S. M. sin condescender con una usurpacion que no tenia igual en la historia del universo."

Discurso de Napoleon al cuerpo legislativo.

Contaba Napoleon tan poco con esta negociacion, que volviendo á Paris el 18 de octubre, y abriendo el 25 el cuerpo legislativo, despues de tocar en su discurso muy por encima el paso dado en favor de las paces, dijo: « Parto dentro de pocos dias para ponerme yo mismo al frente de mi ejército, coronar con la ayuda de Dios en Madrid al rey de España, y plantar mis águilas sobre las fortalezas de Lisboa." Palabras incompatibles con ningun arreglo ni pacificacion, y tan conformes con lo que en su mente habia resuelto, que sin aguardar respuesta de Lóndres á la primera comunicacion, partió de Paris el 29 de octubre llegando á Bayona en 5 de noviembre.

Fuerza y division del ejército francés.

Empezaban ya entonces á tener cumplida ejecucion las providencias que habia acordado para sujetar y domeñar en poco tiempo la altiva España. Sus tropas acudian de todas partes á la frontera, y variando por decreto de setiembre la forma que tenia el ejército de José, le incorporó al que iba á reforzarle, dividiendo su conjunto en ocho diversos cuerpos á las órdenes de señalados caudillos, cuyos nombres y distribucion nos parece conveniente especificar.

1er cuerpo, mariscal Victor duque de Bellune.

2º cuerpo, mariscal Bessieres duque de Istria.

3er cuerpo, mariscal Moncey duque de Conegliano.
4° cuerpo, mariscal Lefebvre duque de Dantzick.
5° cuerpo, mariscal Mortier duque de Treviso.
6° cuerpo, mariscal Ney duque de Elchingen.
7° cuerpo, el general Saint-Cyr,
8° cuerpo, el general Junot duque de Abrantes.

A veces, segun iremos viendo, se sustituyeron nuevos gefes en lugar de los nombrados. El total de hombres, sin contar con enfermos y demas bajas, ascendia á 250,000 combatientes, pasando de 50,000 los caballos. De estos cuerpos el 7° estaba destinado á Cataluña, el 5° y 8° llegaron mas tarde. Los otros en su mayor parte aguardaban ya á su emperador para inundar, á manera de raudal arrebatado, las provincias españolas.

Cruza Napoleon el Bidasoa.

Napoleon cruzó el Bidasoa el 8 de noviembre acompañado de los mariscales Soult y Lannes, duques de Dalmacia y de Monte-bello. Llegó el mismo dia á Vitoria, donde estaba José y el cuartel general. Las tropas francesas habian conservado del lado de Navarra y Castilla casi las mismas posiciones que ocuparon despues de las jornadas de Lerin y Logroño. No asi por el de Vizcaya. Inquieto el mariscal Lefebvre, sucesor del general Merlin, de los movimientos del ejército de Don Joaquin Blake, habia pensado con el 4° cuerpo arrojarle de Zornoza.

Firme el general español desde el 25 de octubre en conservar aquel sitio, celebró en 28 un consejo de guerra. Los mas prudentes estuvieron por replegarse: hubo quien opinó por acometer sin dilacion al enemigo. Andaba indeciso el general en gefe, no pareciéndole acertado el último dictámen, y receloso de abrazar el primero en una sazon en que los pueblos tildaban de traidor al general que los dejaba con su retirada á merced del enemigo. Entre dudas llegó el 31 de octubre, dia en que el mariscal Lefebvre atacó á los españoles. La fuerza que este tenia era de 26,000 hombres, la nuestra 16,500. Habia tambien contado Blake con que apoyaria su derecha la division de Martinengo con algunos caballos mandados por el marqués de Malespina, y una de Asturias gobernada por Don Vicente María de Acevedo. Mas avanzando ambas hasta Villaró y Dima, se vieron separadas del cuerpo principal del ejército por fragosas sierras y caminos intransitables. Grande inadvertencia ordenar un movimiento sin cabal noticia del terreno,

Accion de Zornoza, 31 de octubre.

El mariscal Lefebvre al amanecer del 31 empezó su embestida á favor de una densa niebla. Las vanguardias de ambos ejércitos estaban á un lado y otro de la hondonada que forma el monte de San Martin y la altura arbolada de Bernagoitia, por donde atraviesa el camino real. La vanguardia española, regida por el brigadier Don Gabriel de Mendizabal, enseñoreaba la última posicion de las nombradas, que fue acometida primeramente por la division

del general Villate. Apoyaron y siguieron á este las divisiones de los generales Sebastiani y Leval, y empeñada toda nuestra vanguardia peleó largo rato esforzadamente. Causábale gran daño la artillería enemiga, sin que á sus fuegos pudiera responder careciendo de igual arma. Rota al fin se recogió al amparo de la 1ª y 4ª division apostadas en el monte de San Miguel. La 1ª del mando de Don Genaro Figueroa, oficial sabio y bizarro, repelió con su vivo y acertado fuego al enemigo, impidiéndole apoderarse de un mogote que ocupaba en dicho monte; pero la 4ª, falta de cañones como lo demas del ejército, fue arrollada, habiendo el enemigo avanzado su artillería por el camino real, y sosteniéndola con infantería y caballería. Entonces Blake conociendo su desventaja determinó retirarse, para lo que poniéndose á la cabeza los granaderos provinciales, y siguiéndole la reserva mandada por Don Nicolas Mahy, contuvo al enemigo y dió lugar á que todas las fuerzas, reuniéndose en las faldas del monte de Santa Cruz de Bizcargui, emprendiesen la retirada. La 3ª division, al mando de Don Francisco Riquelme, estuvo alejada de las otras y en la orilla opuesta del rio, en donde sosteniendo un choque del enemigo, se replegó separadamente no siéndole dado unirse al grueso del ejército. Los franceses, atentos á la aspereza de la tierra y á que los nuestros se retiraban en bastante buen órden, dejaron de perseguirlos de cerca y molestarlos. La pérdida fue corta de ambas partes: quizá la victoria hubiera sido mas dudosa si el general español no se hubiese de antemano despojado de la artillería, enviándola camino de Bilbao. Ha habido quien le disculpe con el propósito que tenia de retirarse; pero ciertamente fue descuido quedarse del todo desprovisto de tan necesaria ayuda enfrente de un enemigo activo y emprendedor. Blake continuó por la noche su marcha, y sin detenerse en Bilbao mas que para acopiar algunas vituallas, uniéndose despues con Riquelme, tomaron juntos la vuelta de Valmaseda. El mariscal Lefebvre los siguió de lejos hasta Güeñes, en donde habiendo dejado para observarlos al general Villatte con 7000 hombres retrocedió á Bilbao.

José, aunque desaprobaba como precipitada la tentativa de aquel mariscal, no siendo ya dueño de evitarla, mandó de Vitoria que una division del 1er cuerpo del mariscal Victor se extendiese por el valle de Orduña para favorecer los movimientos de Lefebvre, y que otra del 2º cuerpo se dirigiese á Berberena, ya para unirse con la primera, ó ya para perseguir á Blake si se retiraba del lado de Villarcayo. La del valle de Orduña se encontró en su marcha con los generales Acevedo y Martinengo, que vimos separados del ejército en Villaró. Inciertos estos gefes de la suerte de Blake, é informados tarde y confusamente de la accion de Zornoza, creyeron arriesgada su posicion y trataron de alejarse por Oquendo, Miravalles y Llodio. En el camino y cerca de Menagaray fue su encuen-

tro con la mencionada division francesa. Presentáronle los nuestros firme rostro, é imaginándose los contrarios haber tropezado con todo el ejército de Blake, no insistieron en atacar y se replegaron á Orduña. Los españoles entonces mejoraron su posicion colocándose en una altura agria cerca de Orrantia.

Blake el 3 de noviembre se habia reconcentrado en la Nava, dos leguas mas allá de Valmaseda yendo de Bilbao. Poco antes se le incorporó la mayor parte de la fuerza que habia venido de Dinamarca y que estaba á las órdenes del conde de San Roman, y en el mismo Nava otra division de Asturias á las de Don Gregorio Quirós, componiendo en todo los que se reunieron de 8 á 9000 hombres. La caballería venida del Norte, hallándose desmontada, habia partido al mediodia de España para proveerse de caballos. Reforzado asi el ejército de Blake, y enterado este del aprieto de Acevedo y Martinengo, sin tardanza determinó librarlos. Movióse pues hácia Valmaseda cuyo punto debia acometer la 4ª division, ahora mandada por Don Estevan Porlier, en tanto que la de San Roman se dirigia al Berron una legua distante, la 5ª y la asturiana de Quirós á Arciniega, y lo demas de la fuerza á Orrantia, en donde era de presumir permaneciesen las divisiones comprometidas. No se engañaron, encontrándose luego unos y otros con inexplicable gozo.

De Valmaseda, 4 de noviembre.

Fue en aquel mismo instante cuando se rompió el fuego por los que se habian adelantado á Valmaseda, cuyo camino corre al pie de las alturas que ocupaban las divisiones extraviadas. Atacado impensadamente el general francés Villatte, retiróse con demasiada priesa, hasta que volviendo en sí juntó su gente á la ribera izquierda del Salcedon. Visto lo cual por el general Acevedo, se aproximó con cuatro cañones de montaña á una de las dos eminencias que forman el valle de Valmaseda, y enviando por un rodeo dos batallones para que estrechasen á los franceses por retaguardia, sobrecogió á estos, que desbaratados huyeron en el mayor desórden hasta Güeñes. Perdieron un cañon, carros de municiones y muchos equipages, entre los que se contaba el del general Villatte. Debióse principalmente la victoria al acierto y pronta decision de Don Vicente María de Acevedo.

Napoleon supo en Bayona los ataques ocurridos desde el 31, y desagradóle que el mariscal Lefebvre hubiese comenzado á guerrear antes de su llegada, y aun tambien que José le prestase ayuda: ya porque juzgase expuesto un movimiento parcial y aislado, ó ya mas bien porque no quisiese que empezasen triunfos y victorias antes de que él en persona capitanease su ejército. Sin embargo temeroso de alguna desgracia, mandó prontamente que el mariscal Lefebvre con el 4º cuerpo continuase desde Bilbao en perseguir á Blake, y que el mariscal Victor con el 1º marchase por Orduña y Amurrio contra Valmaseda, formando un total de 50,000 hombres.

Avanzaban ambos mariscales á la propia sazon que Blake, que-

riendo aprovecharse de la ventaja alcanzada en Valmaseda y reconocer las fuerzas del enemigo, iba el 7 la vuelta de San Pedro de Güeñes. La víspera habia el general español enviado sobre su izquierda á Sopuerta la 4ª division, que no pudiendo reincorporarse al ejército se retiró por Lanestosa á Santander. El mismo dia, no queriendo tampoco Blake dejar descubierta su derecha, dirigió camino de Villarcayo y de Medina de Pomar al marqués de Malespina con los 400 caballos que habia y algunos infantes. Por su lado el general en gefe se encontró con el mariscal Lefebvre; peleando los españoles con bizarría, particularmente la division de Figueroa y el batallon de estudiantes de Santiago, apellidado literario. Al caer la noche hubieron los nuestros de replegarse vista la superioridad del enemigo, y á pesar de ser el tiempo muy lluvioso, prosiguieron ordenadamente su retirada, ocupando el 8 á Valmaseda y pueblos vecinos.

Reconocimiento hácia Güeñes en 7 de noviembre.

La tarde de dicho dia, agolpándose del lado de Orduña y de Bilbao todas las fuerzas de los mariscales Victor y Lefebvre que caminaban á unirse, levantaron los nuestros su campo dirigiéndose á la Nava. Quedaron á la retaguardia para proteger el movimiento algunos batallones de la division de Martinengo y asturianos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte, quien poco avisado, dejándose cortar por el enemigo, nunca se volvió á incorporar con el grueso del ejército, yéndose del lado de Santander. Los mariscales franceses se juntaron en Valmaseda, y Blake llegó el 9 en la tarde á Espinosa de los Monteros.

Disminuíase su ejército teniendo desde el 31 que pelear á la continua con el enemigo, la lluvia, el frio, el hambre, la desnudez. Rigorosa suerte aun para soldados veteranos y endurecidos; insoportable para bisoños y poco disciplinados. La escasez de víveres fue extrema, viéndose obligados hasta los mismos gefes á mantenerse con mazorcas de maiz y malas frutas. Provenia miseria tanta del mal arreglo en el ramo de hacienda, y de haber contado el general en gefe con ser abastecido por la costa, sin cuidar convenientemente de adoptar otros medios: enseñando la práctica militar, como ya decia Vegecio « que * la penuria mas « veces que la pelea acaba con un ejército, y que el « hambre es mas cruel que el hierro del enemigo. »

(* Ap. n. 6.)

Acosado nuestro ejército por tantos males, pensábase que el general Blake no se aventuraria á combatir contra un enemigo mas numeroso, aguerrido y bien provisto. Esperanzado sin embargo en que le asistiese favorable estrella, determinó probar la suerte de una batalla delante de Espinosa de los Monteros.

Batalla de Espinosa, 10 y 11 de noviembre.

Es esta villa muy conocida en España por el privilegio de que gozan sus naturales de hacer de noche la guardia al rey cerca de su cuarto; y cuya conce-

sion, segun cuentan*, sube á Don Sancho García conde de Castilla. Está situada en la ribera izquierda del Trueba, y los españoles colocándose en el camino que viene de Valmaseda dejaron á su espalda el rio y la villa. En una altura elevada de difícil acceso y á la siniestra parte pusiéronse los asturianos capitaneados por los generales Acevedo, Quirós y Valdés. La 1ª division y la reserva con sus respectivos gefes Don Genaro Figueroa y Don Nicolas Mahy seguian en la línea descendiendo al llano. El general Riquelme y su 3ª division ocupó en el valle lo mas abierto del terreno, y la vanguardia, al mando de Don Gabriel de Mendizábal con seis piezas de artillería dirigidas por el capitan Don Antonio Roselló, se colocó en un altozano á la derecha de Espinosa, desde donde se enfilaban las principales avenidas. Por el mismo lado y mas adelante en un espeso bosque y sobre una loma estaba la division del norte que gobernaba el conde de San Roman, quedando no lejos de la artillería y algo detras por su derecha la 2ª de Martinengo. La fuerza de los españoles no llegaba á 21,000 combatientes. (* Ap. n. 7.)

A la una de la tarde del 10 empezó á avistarse el enemigo, en número de 25,000 hombres mandados por el mariscal Victor. Se habia este juntado con el mariscal Lefebvre en Valmaseda y separádose en la Nava, dirigiéndose el segundo á Villarcayo y siguiendo el primero la huella de Blake con esperanzas ambos de envolverle. Se empeñó la refriega por donde estaban las tropas del norte, embistiendo el bosque el general Paschod. Durante dos horas le defendieron los nuestros con intrepidez, mas cargando el enemigo en mayor número fue al fin abandonado. La artillería, manejada con acierto por Roselló, dirigió entonces un fuego muy vivo contra el bosque, y caminando por órden de Blake para sostener á San Roman la division de Riquelme, se encendió de nuevo la pelea. Cundió por toda la línea, y aun la izquierda de los asturianos avanzó para llamar la atencion del enemigo. La derecha no solo se mantenia, sino que volviendo á ganar terreno, estaban las tropas del norte prontas á recuperar el bosque, cuando la oscuridad de la noche impidió la continuacion del combate, glorioso para los españoles, pero con tan poca ventura que perdieron dos de sus mejores gefes, el conde de San Roman y Don Francisco Riquelme, mortalmente heridos.

Los españoles, si bien alentados con haber infundido respeto al enemigo, ya no podian sobrellevar tanto cansancio y trabajos, careciendo aun de las provisiones mas precisas. Malas frutas habian comido aquellos dias, pero ahora apenas les quedaba tan menguado recurso. Sus heridos yacian abandonados, y si algunos eran recogidos no podia suministrárseles alivio en medio de sus quejidos y lamentos. En balde se esmeraba el general en gefe, en balde sus oficiales en buscar por Espinosa socorros para su gente. Los vecinos habian huido espantados con la guerra; la tierra de suyo escasa es-

taba ahora con aquella ausencia mas empobrecida, aumentándose la confusion y el duelo en medio de la lobreguez de la noche. A su amparo obligó el hambre á muchos soldados á desarrancarse de sus banderas, particularmente á los de la division del Norte, que eran los que mas habian padecido.

Al contrario los franceses, bien alimentados, retirados sus heridos y puestos otros en lugar de los que el dia 10 habian combatido, se disponian á pelear en la mañana siguiente. Hubiera el general español obrado con cordura, si atendiendo á las lástimas y apuros de sus soldados hubiese á la callada y por la noche alzado el campo, y buscado del lado de Santander ó del de Reinosa bastimentos y alivio á los males. Mas lisonjeándose de que el enemigo se retiraria y queriendo sacar ventaja del esfuerzo con que sus soldados habian lidiado, se inclinó á permanecer inmoble y exponerse á nuevo combate.

No tuvo que aguardar largo tiempo: desde el amanecer le renovaron los franceses. Habian en la víspera notado que en la izquierda de los españoles estaban tropas bisoñas, y tambien que la altura que ocupaban, como mas elevada, era la llave de la posicion. Asi se determinaron á empezar por alli el ataque, siendo el general Maison con su brigada quien primero embistió á los asturianos. Resistieron estos con denuedo, y á la voz de sus dignos gefes Acevedo, Quirós y Valdés conservarónse firmes y serenos, no obstante su inexperiencia. Advirtió el general enemigo el influjo do dichos gefes, y sobre todo que uno de ellos montado en un caballo blanco, corriendo á los puntos mas peligrosos, exhortaba á su tropa con la palabra y el gesto. Sin tardanza (segun nos ha contado años adelante en Paris el mismo general) destacó tiradores diestros, para que apuntando cuidadosamente disparasen contra los gefes, y en especial contra el del caballo blanco, que era el desgraciado Quirós. La órden causó grave mal á los españoles, y decidió la accion. Los tiradores abrigados de lo irregular y quebrado del terreno, esparcidos en diversos sitios, arcabuceaban, por decirlo asi, á nuestros oficiales, sin que recibiesen notable daño del fuego cerrado de nuestras columnas. La poca práctica de la guerra y el escasear de soldados hábiles, impidió usar del mismo medio que empleaban los enemigos. A poco fue traspasado de dos balazos Don Gregorio Quirós, heridos los generales Acevedo y Valdés, con otros gefes, entre los que se contaron los distinguidos oficiales Don Joaquin Escario y Don José Peon. La muerte y heridas de caudillos tan amados sembró profunda afliccion en las filas asturianas, y flaqueando algunos cuerpos siguióse en todos el mayor desórden. Quiso sostenerlos Blake enviando á Don Gabriel de Mendizábal para que tomase el mando; mas ya era tarde. La dispersion habia comenzado y los franceses posesionándose de la altura perseguian á los asturianos, cuyo mayor número huyendo se enriscó por las asperezas del valle de Pas.

El centro del ejército español y su derecha, que en la noche se habian agrupado al rededor del altozano donde estaba Roselló con la artillería, tan luego como se dispersó la izquierda, se vieron acometidos por la division francesa de Ruffin. Algun tiempo se mantuvieron nuestros soldados en su puesto, aunque inquietos con la huida de los asturianos; pero en breve comenzando unos á ciar y otros á desarreglarse, ordenó el general Blake la retirada, sostenida por la reserva de Don Nicolas Mahy y las seis piezas del capitan Rosolló, perdidas luego en el paso del Trueba. Hubiera á los nuestros servido de mucho en aquel trance y en lo demas de la retirada la corta division con 400 caballos que mandaba el marqués de Malespina, y á los que el general Blake habia ordenado pasar a Villarcayo. Temeroso dicho marqués de ser envuelto por el mariscal Lefebvre que iba del mismo lado, en vez de aproximarse á Espinosa tomó otro rumbo, y su division se unió despues en diversas partidas á distintos y lejanos ejércitos. La pérdida de los españoles en las acciones de Espinosa fue muy considerable, su dispersion casi completa. La de los franceses, cortísima el 11, no dejó la víspera de ser de importancia.

Señaló Don Joaquin Blake para reunion de sus tropas la villa de Reinosa, en donde estaba el parque general de artillería y los almacenes. Llegó el 12 con pocas fuerzas esperando poder rehacerse algun tanto y dar vida con las provisiones que allí habia á sus hambrientos y desmayados soldados. Pero la activa diligencia del enemigo y las desgracias que se agolparon no le dejaron vagar ni respiro.

Disposiciones de Napoleon.

Desde que en 8 de noviembre habia Napoleon entrado en Vitoria, se sentia por do quiera su presencia. Servianle como de mágico impulso poder inmenso, bélico renombre, imperiosa y presta voluntad. Ya contamos como de Bayona mismo habia ordenado al 1° y 4° cuerpo perseguir al general Blake. Y ahora poniendo particular conato en enderezar sus pasos á Madrid, cuya toma resonaria en Europa favorablemente á sus miras, arregló para ello y en breve un plan general de ataque. Asegurada que fue su derecha por los mencionados 1° y 4° cuerpos, encargó al 3° del mando del mariscal Moncey que observase desde Lodosa el ejército del centro y de Aragon, dejando ademas en Logroño á los generales Lagrange y Colbert del 6° cuerpo, cuya principal fuerza capitaneada por su mariscal Ney debia caminar á Aranda de Duero. Tomó el mando del 2° cuerpo el mariscal Soult, y su anterior gefe Bessières fue encargado de gobernar la caballería. Ambos con Napoleon al frente de la guardia imperial y la reserva siguieron el camino real de Madrid dirigiéndose á Burgos.

Accion de Burgos, 10 de noviembre.

En esta ciudad habia comenzado á entrar el ejército de Extremadura compuesto de unos 18,000 hombres distribuidos en tres divisiones, y á su frente el conde de Belveder, mozo inexperto nombrado por la junta central

para reemplazar á Don José Galluzo. La 1ª division estaba allí desde el 7 de noviembre: se le juntó la 2ª en la tarde del 9, quedando todavía atras y hácia Lerma la 3ª. Asi que solo se contaban dentro de la ciudad y cercanías 12,000 hombres, de ellos 1200 de caballería. Fiado Belveder en algunas favorables y leves escaramuzas, vivia tranquilo y de modo que á los oficiales de la 2ª division que á su llegada fueron á cumplimentarle, recomendóles el descanso, bastándole por entonces, segun dijo, las fuerzas de la 1ª division para rechazar á los franceses caso que le atacasen. Tan ignorante estaba de la superioridad del enemigo, y tan olvidado de la endeble organizacion de sus tropas.

Serian las seis de la mañana del 10 cuando el general Lasalle con la caballería francesa llegó á Villafría, tres cuartos de legua de Gamonal, á donde se habia adelantado la 1ª division de Belveder mandada por Don José María de Alós. Los franceses como no tenian consigo infantería, retrocedieron para aguardarla á Ruvena, con lo que alentados los nuestros resolvieron empeñar una accion. Lasalle rehecho forzó á los que le seguian á replegarse otra vez á Gamonal, á cuyo punto habia ya acudido lo demas del ejército español. La derecha de este ocupaba un bosque del lado del rio Arlanzon, y la izquierda las tapias de una huerta ó jardin, cubriendo el frente algunos cuerpos con dieciseis piezas de artillería. Las tropas mas bisoñas se pusieron detras de las mejor enregimentadas, como lo eran un batallon de guardias españolas, algunas compañías de walonas, el 2º de Mallorca y granaderos provinciales.

Fue pues aproximándose el ejército enemigo: y extendiéndose por nuestra derecha el general Lasalle se colocó en un llano situado entre el bosque y el rio, al paso que la infantería veterana del general Mouton intrépidamente acometió dicho bosque guarnecido por la derecha española, la cual creyéndose envuelta por Lasalle comenzó en breve á cejar, no obstante el vivo fuego que desde el frente hacian nuestros cañones. La caballería, guiada por Don Juan Henestrosa, hombre valiente, pero mas devoto que entendido militar, trató de dar una carga á la enemiga. Henestrosa que en realidad mandaba tambien en gefe, invocando á los santos del cielo y con tanta bravura como imprudencia, arremetió contra los ginetes franceses, quienes fácilmente le repelieron y desbarataron. Entonces fueron del todo deshechos los del bosque: y la izquierda, aunque no atacada de cerca, comenzó á huir y desbandarse. La pelea duró poco, y vencidos y vencedores entraron mezclados en Burgos.

El mariscal Bessières, tirando por la orilla del rio con la caballería pesada, acuchilló á los soldados fugitivos y cogió varios cañones, habiéndose perdido catorce y ademas otros que quedaron en el parque. La pérdida de los españoles fue considerable, aunque mayor la dispersion y el desórden; teniendo que arrepentirse, y dolorosamente, el general Belveder de haberse empeñado con

ligereza en accion tan desventajosa. Entregaron los vencedores al pillage la ciudad de Burgos apodérandose de 2000 sacas de lana fina pertenecientes á ricos ganaderos. Llegó el mismo dia el conde de Belveder á Lerma con muchos dispersos, en donde se encontró con la 3ª division de Extremadura, ausente de la batalla. Perseguido por los enemigos pasó á Aranda de Duero, y no seguro todavía allí prosiguió hasta Segovia, en cuya ciudad fue relevado del mando por la junta central que nombró para sucederle á Don José de Heredia.

Revuelve Soult contra Blake.

El mariscal Soult con la natural presteza de su nacion, enviando del lado de Lerma una columna que persiguiese á los españoles y otra camino de Palencia y Valladolid, salió en persona el mismo 10 hácia Reinosa con intento de interceptar á Blake en su retirada. Inútilmente habia este confiado en dar en aquella villa descanso á sus tropas, pues noticioso de que por Villarcayo se acercaba el mariscal Lefebvre, ya habia el 13 movido su artillería con direccion á Leon por Aguilar de Campo. Iban con ella enfermos y heridos huyendo de un peligro sin pensar en el otro no menos terrible con que tropezaron. Caminaban cuando se les anunció la aparicion por su frente de tropas francesas: la artillería precipitando su marcha y usando de adecuados medios pudo salvarse, mas de los heridos los hubo que fueron víctima del furor enemigo. En su número se contó al general Acevedo. Encontráronle cazadores franceses del regimiento del coronel Tascher, y sin miramiento á su estado, ni á su grado, ni á las sentidas súplicas de su ayudante Don Rafael del Riego, traspasáronle á estocadas. Riego, el mismo que fue despues tan conocido y desgraciado, quedó en aquel lance prisionero.

Blake acosado y temiendo no solo á los que le habian vencido en Espinosa, sino tambien á los mariscales Lefebvre y Soult, que cada uno por su lado venian sobre él; no pudiendo ya ir á Leon por tierra de Castilla, salió de Reinosa en la noche del 13, y se enriscó por montañas y abismos, enderezándose al valle de Cabuérniga. Llegó allí á su colmo la necesidad y miseria. El ánimo de Blake andaba del todo contristado y abatido, mayormente teniendo que entregar á nuevo gefe de un dia á otro y en tan mal estado las pobres reliquias de su ejército, lo cual le era de gran pesadumbre. La central habia nombrado general en gefe del ejército de la izquierda al marqués de la Romana. Noticioso Blake en Zornoza del sucesor, no por eso dejó de continuar el plan de campaña comenzado. Una indisposicion, segun parece, detuvo á Romana en el camino, no uniéndose al ejército sino en Renedo, cuando estaba en completa derrota y dispersion. En tal aprieto parecióle ser mas conveniente dejar á Blake el cuidado de la marcha, ordenándole que se recogiese por la Liébana á Leon, en cuya ciudad y ribera derecha del Ezla debia hacer alto y aguardarle.

Diversas direcciones de los mariscales franceses.

De su lado los mariscales franceses, ahuyentado Blake, tomaron diversos rumbos. El mariscal Lefebvre con el cuarto cuerpo, despues de descansar algunos dias, se encaminó por Carrion de los Condes á Valladolid. El primer cuerpo del mando de Victor juntóse en Burgos con Napoleon, marchando Soult con el segundo á Santander; de cuyo puerto hecho dueño, y dejando para guarnecerle la division de Bonnet, persiguió por la costa los dispersos y tropas asturianas que se retiraban á su pais natal. Tuvo en San Vicente de la Barquera un choque con 4000 de ellos al mando de Don Nicolas de Llano Ponte: los deshizo y dispersó; é yendo por la Liébana en busca de Blake, franqueando las angosturas de la Montaña y despejándola de soldados españoles, desembocó rápidamente en las llanuras de tierra de Campos.

Entrada en Burgos de Napoleon.

Napoleon al propio tiempo y despues de la jornada de Gamonal habia sentado su cuartel general en Burgos. Los vecinos habian huido de la ciudad; y soledad y silencio no interrumpido sino por la algazara del soldado vencedor fue el recibimiento que ofreció al emperador de los franceses la antigua capital de Castilla. Mas él poco cuidadoso del modo de pensar de los habitantes, revistadas las tropas y tomadas otras providencias, dió el 12 de noviembre un decreto, en el que concedia en nombre suyo y de su hermano *perdon general y plena y entera amnistía* á todos los españoles que en el espacio de un mes, despues de su entrada en Madrid, depusieran las armas y renunciasen á toda alianza y comunicacion con los ingleses, inclusos los generales y las juntas. Eran exceptuados de aquel beneficio los duques del Infantado, de Híjar, de Medinaceli, de Osuna, el marqués de Santa Cruz del Viso, los condes de Fernan-Nuñez y de Altamira, el príncipe de Castelfranco, Don Pedro Cevallos y el obispo de Santander, á quienes se declaraba enemigos de España y Francia y traidores á ambas coronas; mandando que, aprehendidas sus personas, fuesen entregados á una comision militar, pasados por las armas, y confiscados todos sus bienes, muebles y raices que tuviesen en España y reinos extrangeros. Si bien admira la proscripcion de unos individuos cuyo mayor número, si no todos, habia pasado á Francia por engaño ó mal de su grado, y prestado allí un juramento que llevaba visos de forzado, crece el asombro al ver en la lista al obispo de Santander, que nunca habia reconocido al gobierno intruso, ni rendido obediencia á José ni á su dinastía. Es tambien de notar que este decreto de Napoleon fue el primero de proscripcion que se dió entonces en España, no habiendo todavía las juntas de provincia ni la central ofrecido semejante ejemplo; aunque estuvieran como autoridades populares mas expuestas á ser arrastradas por las pasiones que dominaban. Siguieron despues los gobiernos de España el camino abierto por

Su decreto de 12 de noviembre.

Napoleon: camino largo y que solo tiene término en el cansancio, en las muchas víctimas, ó en el recíproco temor de los partidos.

En Burgos dudó algun tiempo el emperador de los franceses si revolveria contra Castaños, ó si prosiguiendo por la anchurosa Castilla iria al encuentro del ejército inglés, que presumia se adelantaba á Valladolid. Mas luego supo que aquel no daba indicio de moverse de los contornos de Salamanca. Habia allí venido desde Lisboa al mando de Sir Juan Moore, sucesor del general Dalrymple, llamado á Lóndres segun vimos á dar cuenta de su conducta por la convencion de Cintra. El gobierno inglés, aunque lentamente, habia decidido que 30,000 infantes y 5000 caballos de su ejército obrarian en el norte de España; para lo cual se desembarcarian de Inglaterra 10,000 hombres sacándose los otros de los que habia en Portugal, en donde solo se dejaba una divison. Conforme á lo determinado, y en cumplimiento de órden que se le comunicó en 26 de octubre, salió de Lisboa el general Moore, y marchando con la principal fuerza sobre Almeida y Ciudad-Rodrigo, llegó á Salamanca el 13 de noviembre. La mayor parte de la artillería y caballería, con 3000 infantes á las órdenes de Sir Juan Hope, la envió por la izquierda del Tajo á Badajoz á causa de la mayor comodidad de los caminos, debiendo despues pasar á unírsele á Castilla. De Inglaterra habia arribado á la Coruña el 13 de octubre Sir David Baird con los 10,000 hombres indicados; mas aquella junta, insistiendo en no querer su ayuda, impidió que desembarcasen bajo el pretexto de que necesitaba la venia de la central. Con tal ocurrencia, otros motivos que se alegaron y la destruccion de una parte de los ejércitos españoles, no solo retardaron los ingleses su marcha, sino que tambien apareció que tenian escasa voluntad de internarse en Castilla. Ejército inglés.

Napoleon, penetrando pues su pensamiento, hizo correr la tierra llana por 8000 caballos, asi para tener en respeto al inglés como para aterrar á los habitantes, y resolvió destruir al ejército español del centro antes de avanzar á Madrid.

No era dado á dicho ejército ni por su calidad ni por su fuerza competir con las aguerridas y numerosas tropas del enemigo. Sus filas solamente se habian reforzado con una parte de la 1ª y 3ª division de Andalucía y algunos reclutas, empeorándose su situacion con interiores desavenencias. Porque censurado su gefe Don Francisco Javier Castaños de lento y sobradamente circunspecto, los que no eran parciales suyos, y aun los que anhelaban por mayor diligencia sin atender á las dificultades, procuraron y consiguieron que se enviasen á su lado personas que le moviesen y aguijasen. Recayó la eleccion en Don Francisco de Palafox, hermano del capitan general de Aragon é individuo de la junta central, autorizado con po- Ejército del centro.

Don Francisco Palafox enviado por la central.

deres extensos, y á quien acompañaban el marqués de Coupigny y el conde del Montijo. Siendo el Palafox hombre estimable, pero de poco valer; Coupigny extrangero y mal avenido desde Bailen con Castaños; y el del Montijo, mas inclinado á meter cizaña que á concertar ánimos, claro era que con los comisionados, en vez de alcanzarse el objeto deseado, solo se aumentarian tropiezos y embarazos.

Diversos planes.

Todos juntos y en 5 de noviembre, agregándoseles otros generales y Don José Palafox que vino de Zaragoza, celebraron consejo de guerra en el que se acordó, no muy á gusto de Castaños, atacar al enemigo, á pesar de lo desprovisto y no muy bien ordenado del ejército español. Disputas y nuevos altercados dilataron la ejecucion, hasta que del todo se suspendió con las noticias infaustas que empezaron á recibirse del lado de Blake. Proyectáronse otros planes sin resulta; y agriados muchos contra Castaños, alcanzaron que la junta central diese el mando de su ejército al marqués de la Romana, á quien antes se habia conferido el de la izquierda. Y en ello se ve cuán á ciegas y atribulada andaba entonces la autoridad suprema, no pudiéndose llevar á efecto su resolucion por la lejanía en que estaba el marqués y la priesa que se dió el enemigo á acometer y dispersar nuestros ejércitos.

En esto corrió el tiempo hasta el 19 de noviembre, en que por los movimentos de los franceses sopechó el general Castaños ser peligrosa y crítica su situacion. No se engañaba. El mariscal Lannes duque de Montebello, á quien una caida de caballo habia detenido en Vitoria, ya restablecido se adelantaba, encargado por Napoleon de capitanear en gefe las tropas de los generales Lagrange y Colbert del sexto cuerpo, en union con las del tercero del mando del mariscal Moncey, á las que debia agregarse la division del general Maurice Mathieu recien llegada de Francia, y componiendo en todo 30,000 hombres de infanteria, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus cercanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fue el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Repliégase Castaños.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posicion de Calahorra que habia tomado despues de las desgracias de Lerin y Logroño. Juzgó entonces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se

unian con las de Aragon, escasamente ascendian á 41,000 hombres, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparroso, y rehusaban incorporarse sin expresa órden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con anuencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafóxes opinaron por defender á Aragon, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantioso recursos; no cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Batalla de Tudela, 23 de noviembre.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O'Neil, que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte y siguiendo la orilla del Ebro se extendieron algunos aragoneses, pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos que termina en el arranque de colinas que van á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de cuatro leguas que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se travó la accion principal con la quinta division y los aragoneses. Los que de estos habian ido por la orilla del rio repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos, subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle; pero acudiendo por órden de Castaños Don Juan O'Neil á desalojarlos, y prolongando por detras de la altura ocupada un batallon de guardias españolas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de

la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazon que el general Morlot, rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la quinta division para no ser envuelta abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. Tambien entonces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre penetró por medio, le desordenó, y aun acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desórden y casi atropellado se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto Don José de Palafox que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veia asi atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, trabóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creianse los españoles victoriosos, pero acudiendo gran golpe de infantería rehiciéronse los ginetes enemigos, y fue á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano órden de Castaños no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fue gran dicha que no viniera de Soria segun pudiera el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de gefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla las reliquias de los aragoneses, y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza, como igualmente los mas de sus gefes. Castaños prosiguió á Calatayud adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice

Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entonces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud recibiendo aviso de la junta central de que Napoleon avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los gefes de las divisiones y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubierca se apostó, segun órden del general en gefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choque. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro Don Manuel de la Peña. Y por ahora allí le dejaremos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Retirada del ejército.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en gefe.

Derrotados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleon poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban lejos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, asi porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al complimiento de su deseo. La junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á Don Tomas de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último punto, enviando para guarnecerle á Don Benito Sanjuan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12,000 hombres y algunos cañones. Endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo á fin de asegurarla obró este precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguimiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército inglés, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

Sanjuan en Somosierra. Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito Sanjuan se preparaba á recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de Don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia forzaron á los gefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á Sanjuan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Pasan los franceses el puerto. Siendo estas escasas no era aquel paso de tan difícil acceso como se creia. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida á tiempo que Napoleon llegó al pie de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia mandó entonces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española los lanceros polacos y cazadores de la guardia al mando del general Montbrun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Ségur, estimable autor de la historia de la campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballeria francesa, y á la sazon que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los ginetes enemigos. Sanjuan, queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á Don José Heredia que juntaba dispersos.

Situacion de la central. Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierto, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á parage seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de Don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud que fue menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemi-

gas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del consejo real y al corregidor de Madrid. La central sobremanera indignada decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion, metiendo á la junta en nuevos comprometimientos, la impelia á atender á su propia seguridad.

Cartas de los ministros de José.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles; y el 1° de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la junta para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero antes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del parage en que el gobierno deberia fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viage se dispuso que los individuos de la junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdés, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1° al 2 de diciembre. Apenas con escolta, en medio de tales angustias tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo llegaron á Talavera de la Reina en donde volveremos á encontrarlos.

Abandona la central á Aranjuez.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomas de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva marqués de Castelar habian discurrido calmarla, y aun por órden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas. Sin embargo no fue dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre se agolpó á casa de Castelar que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de

Situacion de Madrid.

noviembre con gran vocería que se la armase. Asi lo prometió, y desde entonces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron, levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las puertas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta que artillaban cañones de corto calibre. Se aspilleraron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjas en ciertas calles principales como la de Alcalá, carrera de San Gerónimo y Atocha. Tambien se desempedraron muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almohadas y colchones. Todos corrian á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1° de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado como presidente del consejo real, y eran ademas individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á Don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario lejos de amilanarse se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos los concurrentes con instancia, mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Muerte del marqués de Perales

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra él y su mayordomo se empezó á clamar desaforadamente. Este marqués era antes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun casi siempre se le veia vestido á su manera con el trage de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambióse el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y zelos de una antigua manceba á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mugeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultraje, no solo

dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo. Y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivia este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies (de todos el mas desasosegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fue el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular, pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca sido mirado como hombre respetable segun lo afirma cierto historiador inglés, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La conmocion no fue mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

Napoleon delante de Madrid.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: antes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleon mismo llegó á Chamartin y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquel dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba seria tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessières la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleon recorriendo los alrededores de la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenia, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todavía en la madrugada oscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado comisionado por la junta permanente para ir hacia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellísimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-Duque y

Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *estamos muy cerca,* se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto que contuvo á la columna enemiga que quería meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Bringas allí contiguas. Tambien hubo entre la del Conde-Duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fue herido en el pie de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fue el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recien levantado á expensas de Don Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boquerón por donde entraron sus tiradores y la division del general Villate. Entonces los nuestros decayendo de ánimo fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extrangero que las robó y destrozó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y America, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron firmes, y sobre todo en la calle de Alcalá en donde fue muerto el general francés Bruyère. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 5 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general francés, é invadido ya el Retiro desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: «Inmensa artillería está preparada

« contra la villa, minadores se disponen para volar sus principales « edificios..... las columnas ocupan la entrada de las avenidas..... « mas el emperador siempre generoso en el curso de sus victorias, « suspende el ataque hasta las dos. Se concederá á la villa de Ma- « drid proteccion y seguridad para los habitantes pacíficos, para el « culto y sus ministros, en fin olvido de lo pasado. Enarbólese ban- « dera blanca antes de las dos, y envíense comisionados para tratar. »

La junta establecida en Correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general francés á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente. Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último díjole: « Vaya usted á « Madrid, doy de tiempo para que se me responda de aquí á las « seis de la mañana. Y no vuelva usted sino para decirme que el « pueblo se ha sometido. De otro modo usted y sus tropas serán « pasados por las armas. »

Conferencia de Morla con Napoleon.

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marqués de Castelar no queriendo ser testigo de ella partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. Tambien y antes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió surepticiamente del lado del Escorial en busca de Sanjuan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la * capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

(* Ap. n. 8.)

El general Belliard despues de las diez del mismo dia entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel de guardias de corps se recogieron algunos con ánimo de defenderse, y fue menester tiempo y la presencia del corregidor para que se rindieran.

Silencioso quedó Madrid despues de la entrega, y contra Morla se abrigaba en el pecho de los habitantes odio reconcentrado. Tacháronle de traidor, y confirmáronse en la idea con verle pasar al bando enemigo. Solo hubo de su parte falta de valor y deshonroso proceder. Murió años adelante ciego, lleno de pesares, aborrecido de todos.

Consiguióse con la defensa de Madrid sino detener al ejército francés, por lo menos probar á Europa que á viva fuerza y no de grado se admitia á Napoleon y á su hermano. Respecto de lo cual oportuna aunque familiarmente decia Mr. de Pradt capellan mayor del emperador, primero obispo de Poitiers, y despues arzobispo de Malinas, « que José habia sido echado de Madrid á puntapies y « recibido á cañonazos. »

El 6 se desarmó á los vecinos, y no se tardó en faltar á la capitulacion, esperanza de tantos hombres ciegos y sobradamente confiados. Dieron la señal de su quebrantamiento los decretos que desde Chamartin y á fuer de conquistador empezó el mismo dia 4 á fulminar Napoleon, quien arrojando todo embozo, y sin mentar á su hermano mostróse como señor y dueño absoluto de España.

Faltase á la Capitulacion.

Decretos de Napoleon en Chamartin.

Fue el primero contra el consejo de Castilla. Declase en su contexto que por haberse portado aquella corporacion con *tanta debilidad como supercheria*, se destituian sus individuos considerándolos *cobardes é indignos de ser los magistrados de una nacion brava y generosa*. Quedaban ademas detenidos en calidad de rehenes: por cuyo decreto el artículo sexto de la capitulacion con afan apuntado por los del consejo, y segun el cual debian conservarse « las leyes, costumbres y tribunales en « su actual constitucion; » se barrenaba y destruia.

Siguiéronse á este el de la abolicion de la inquisicion, el de la reduccion de conventos á una tercera parte, el de la extincion de los derechos señoriales y exclusivos, y el de poner las aduanas en la frontera de Francia. Varios de estos decretos reclamados constantemente por los españoles ilustrados, no dejaron de cautivar al partido del gobierno intruso ciertos individuos enojados con los primeros pasos de la central, dando á otros plausible pretexto para hacerse tornadizos.

Mas semejantes resoluciones, de suyo benéficas aunque procedentes de mano ilegítima, fueron acompañadas de otras crueles é igualmente contrarias á lo capitulado. Se cogió y llevó á Francia á Don Arias Mon, decano del consejo, y á otros magistrados. El príncipe de Castelfranco, el marqués de Santa Cruz del Viso y el conde de Altamira ó sea de Trastamara, comprendidos en el decreto de proscripcion de Burgos, fueron tambien presos y conducidos á Francia, conmutándose la pena de muerte en la de perpetuo encierro, sin embargo de que por los artículos primero, segundo y tercero de la capitulacion se aseguraba la libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos, militares y empleados de Madrid. Igual suerte cupo en un principio al duque de Sotomayor de que le libró especial favor. Estuvo para ser mas rigorosa la del marqués de San Simon, emigrado francés al servicio de España: fue juzgado por una comision militar, y con-

Españoles llevados á Francia.

denado á muerte, habiendo defendido contra sus compatriotas la puerta de Fuencarral. Las lágrimas y encarecidos ruegos de su desconsolada hija alcanzaron gracia, limitándose la pena de su padre á la de confinacion en Francia.

Visita Napoleon el palacio real.

Napoleon permanecia en Chamartin, y solo una vez y muy de mañana atravesó á Madrid y se encaminó á palacio. Aunque se le representó suntuosa la morada real, segun sabemos de una persona que le acompañaba, por nada preguntó con tanto anhelo como por el retrato de Felipe II: detúvose durante algunos minutos delante de uno de los mas notables, y no parecia sino que un cierto instinto le llevaba á considerar la imágen de un monarca que si bien en muchas cosas se le desemejaba, coincidia en gran manera con él en su amor á exclusiva, dura é ilimitada dominacion, asi respecto de propios como de extraños.

Su inquietud.

La inquietud de Napoleon crecia segun que corrian dias sin recoger el pronto y abundante esquilmo que esperaba de la toma de Madrid. Sus correos comenzaban á ser interceptados, y escasas y tardías eran las noticias que recibia. Los ejércitos españoles si bien deshechos, no estaban del todo aniquilados, y era de temer se convirtiesen en otros tantos núcleos, en cuyo derredor se agrupasen oficiales y soldados, al paso que los franceses teniendo que derramarse enflaquecian sus fuerzas, y aun desaparecian sobre la haz espaciosa de España. En las demas conquistas dueño Napoleon de la capital lo habia sido de la suerte de la nacion invadida: en esta ni el gobierno ni los particulares, ni el mas pequeño pueblo de los que no ocupaba se habian presentado libremente á prestarle homenage. Impacientábale tal proceder, sobre todo cuando nuevos cuidados podrian llamarle á otras y lejanas partes. Mostró su enfado al corregidor de Madrid que el 16 de diciembre fue á Chamartin á cumplimentarle y á pedirle la vuelta de José segun se habia exigido del ayuntamiento: díjole pues Napoleon que por los derechos de conquista que le asistian podia gobernar á España nombrando otros tantos vireyes cuantas eran sus provincias. Sin embargo añadió que consentiria en ceder dichos derechos á José, cuando todos los ciudadanos de la capital le hubieran dado pruebas de adhesion y fidelidad por medio de un juramento « que saliese no solamente « de la boca sino del corazon, y que fuese sin restriccion je- « suítica. »

Contestacion al corregidor de Madrid.

Juramento exigido de los vecinos.

Sujetóse el vecindario á la ceremonia que se pedia, y no por eso trataba Napoleon de reponer á José en el trono, cosa que á la verdad interesaba poco á los madrileños, molestados con la presencia de qualquiera gobierno que no fuera el nacional. El emperador habia dejado en Burgos á su hermano, quien sin su permiso vino y se le presentó en Chamartin,

donde fue tan mal recibido que se retiró á la Moncloa y luego al Pardo, no gozando de rey sino escasamente la apariencia.

Van los mariscales. franceses en persegulmiento de los españoles.

Mas que en su persona ocupábase Napoleon en averiguar el paradero de los ingleses, y en disipar del todo las reliquias de las tropas españolas. El 8 de diciembre llegó á Madrid el cuerpo de ejército del duque de Dantzick, y con diligencia despachó Napoleon hácia Tarancon al mariscal Bessières, dirigiendo sobre Aranjuez y Toledo al mariscal Victor y á los generales Milhaud y Lasalle.

Total dispersion del ejército de Sanjuan.

Por este lado y la vuelta de Talavera se habia retirado Don Benito Sanjuan, quien, despues de haber recogido en Segovia dispersos, y en union con Don José Heredia, se habia apostado en el Escorial antes de la entrega de Madrid. Pensaban ir ambos generales al socorro de la capital, y aun instados por el vizconde de Gante que con aquel objeto segun vimos habia ido á su encuentro, se pusieron en marcha. Acercábanse, cuando esparcida la voz de estar muy apretada la villa y otras siniestras, empezó una dispersion horrorosa, abandonando los artilleros y carreteros cañones y carruages. Comenzó por donde estaba Sanjuan, cundió á la vanguardia que mandaba Heredia, y ni uno ni otro fueron parte á contenerla. Algunos restos llegaron en la madrugada del 4 casi á tocar las puertas de Madrid, en donde noticiosos de la capitulacion, sueltos y á manera de bandidos, corrieron como los primeros asolando los pueblos, y maltratando á los habitadores hasta Talavera, punto de reunion que fue teatro de espantosa tragedia.

Habituados á la rapiña y al crimen las mal llamadas tropas, pesábales volver á someterse al órden y disciplina militar. Su caudillo Don Benito Sanjuan no era hombre para permitir mas tiempo la holganza y los excesos encubiertos bajo la capa del patriotismo, de lo cual temerosos los alborotadores y cobardes, difundieron por Talavera que los gefes los habian traidoramente vendido. Con lo que apandillándose una banda de hombres y soldados desalmados, se metieron en la mañana del 7 en el convento de Agustinos, y guiados por un furibundo fraile penetraron en la celda en donde se albergaba el general Sanjuan. Empezó este á arengarlos con

Muerte cruel de este general.

serenidad, y aun á defenderse con el sable, no bastando las razones para aplacarlos. Desarmáronle y viéndose perdido, al querer arrojarse por una ventana tres tiros le derribaron sin vida. Su cadáver despojado de los vestidos, mutilado y arrastrado, le colgaron por último de un árbol en medio de un paseo público, y asi expuesto, no satisfechos todavia le acribillaron á balazos. Faltan palabras para calificar debidamente tamaña atrocidad, ejecutada por soldados contra su propio gefe, y promovida y abanderizada por quien iba revestido del hábito religioso.

Ejército del centro. Sus marchas y retirada á Cuenca.

No tan relajado aunque harto decaido estaba por el lado opuesto el ejército del centro. El hambre, los combates, el cansancio, voces de traicion, la fuga, el mismo desamparo de los pueblos, uniéndose á porfía y de tropel, habian causado grandes claros en las filas. Cuando le dejamos en Sigüenza estaba reducido su número á 8000 hombres casi desnudos. Mas sin embargo determinaron los gefes cumplir con las órdenes del gobierno, é ir á reforzar á Somosierra. Emprendió la infantería su ruta por Atienza y Jadraque, y la artillería y caballería en busca de mejores caminos tomaron la vuelta de Guadalajara siguiendo la izquierda del Henares. No tardaron los primeros en variar de rumbo, y caminar por donde los segundos con el aviso de Castelar recibido en la noche del 1º al 2 de diciembre, de haber los enemigos forzado el paso de Somosierra. Continuando pues todo el ejército á Guadalajara, la 1ª y 4ª division entraron por sus calles en la noche del 2 junto con la artillería y caballería. Casi al propio tiempo llegó á dicha ciudad el duque del Infantado; y el 3, avistándose con La Peña y celebrando junta de generales, se acordó: 1º Enviar parte de la artillería á Cartagena, como se verificó; y 2º dirigirse con el ejército por los altos de San Torcaz, pueblecito á dos leguas de Alcalá y á su oriente, y extenderse á Arganda para que desde aquel punto, si ser pudiere, se metiese la vanguardia con un convoy de víveres por la puerta de Atocha. En la marcha tuvieron noticia los gefes de la capitulacion de Madrid, y obligados por tanto á alejarse, resolvieron cruzar el Tajo por Aranjuez y guarecerse de los montes de Toledo. Plan demasiadamente arriesgado y que por fortuna estorbó con sus movimientos el enemigo sin gran menoscabo nuestro. Caminaron los españoles el 6 y descansaron en Villarejo de Salvanés. Allí les salió al encuentro Don Pedro de Llamas, encargado por la central de custodiar con pocos soldados el punto de Aranjuez, que acababa de abandonar forzado por la superioridad de fuerzas francesas. Interceptado de este modo el camino, se decidieron los nuestros á retroceder y pasar el Tajo por las barcas de Villamanrique, Fuentidueñas y Estremera, y abrigándose de las sierras de Cuenca sentar sus reales en aquella ciudad, parage acomodado para repararse de tantas fatigas y penalidades. Así y por entonces se libraron las reliquias del ejército del centro de ser del todo aniquiladas en Aranjuez por el mariscal Victor, y en Guadalajara por la numerosísima caballería de Bessières y el cuerpo de Ney que entró el 6 viniendo de Aragon. No hubo sino alguno que otro reencuentro, y haber sido acuchillados en Nuevo-Bastan los cansados y zagueros.

Rebelion del oficial Santiago.

A los males enumerados y al encarnizado seguimiento del enemigo agregáronse en su marcha al ejército del centro discordias y conspiraciones. El 7 de diciembre estando en Belinchon el cuartel general, se mandó ir á la villa de Yebra á

la 1a y 4 division que regia entonces el conde de Villariezo. A mitad del camino y en Mondéjar Don José Santiago teniente coronel de artillería, el mismo que en mayo fue de Sevilla para levantar á Granada, se presentó al general de las divisiones diciéndole, que estas en vez de proseguir á Cuenca, querian retroceder á Madrid para pelear con los franceses, y que á él le habian escogido por caudillo; pero que suspendia admitir el encargo hasta ver si el general, aprobando la resolucion, se hacia digno de continuar capitaneándolos. Rehusó Villariezo la inesperada oferta, y reprendiendo al Santiago, encomendóle contener el mal espíritu de la tropa: singular conspirador y singular gefe. La artillería, como era de temer, en vez de apaciguarse se apostó en el camino de Yebra, y forzó á la otra tropa que iba á continuar su marcha á volver atras. Intentó Villariezo arengar á los sublevados que aparentaron escucharle, mas quiso que de nuevo prosiguiesen su ruta; y gritando unos á *Madrid* y otros á *Despeñaperros*, tuvo que desistir de su empeño y despachar al coronel de Pavia príncipe de Anglona para que informase de lo ocurrido al general en gefe, el cual creyó prudente separar la infantería y alejarla de la caballería y artillería. Los peones dirigiéndose á Illana debian cruzar el vado y barcas de Maquilon; los ginetes y cañones con solos dos regimientos de infantería, Ordenes y Lorca, las de Estremera: mandando á los primeros el mismo Villariezo y á los segundos Don Andres de Mendoza. Ciertas precauciones y la repentina mudanza en la marcha suspendieron algun tiempo el alboroto; mas el dia 8 al querer salir de Tarancon enerespóse de nuevo, y sin rebozo se puso Santiago á la cabeza.

Pareciéndole al Mendoza que el carácter y respetos del conde de Miranda comandante de carabineros reales, que allí se hallaba, eran mas acomodados para atajar el mal que los que á su persona asistian, propuso al conde, y este aceptó, sustituirle en el mando. Llamado don José Santiago por el nuevo gefe, retúvole este junto á su persona; y hubo vagar para que adoptadas prontas y vigorosas providencias se continuase, aunque con trabajo, la marcha á Cuenca. El Santiago fue conducido á dicha ciudad, y arcabuceado despues en 12 de enero con un sargento y cabo de su cuerpo.

Mas el mal habia echado tan profundas raices y andaban las voluntades tan mal avenidas, que para arrancar aquellas y aunar estas, juzgó conveniente Don Manuel La Peña celebrar un consejo de guerra en Alcázar de Huete, y desistiéndose del mando proponer en su lugar por general en gefe al duque del Infantado. Admitióse la propuesta, consintió el duque, y aprobólo despues la central, con que se legitimaron unos actos que solo disculpaba lo arduo de las circunstancias.

Nombrase por general en gefe al duque del Infantado.

La mayor parte del ejército entró en Cuenca en 10 de diciembre. Mas remisa estuvo, y llegó en desórden la 2a division al mando

del general Grimarest, que fue atacada en Santa Cruz de la Zarza en la noche del 8, y ahuyentada por el general Mont-Brun. Y el terror y la indisciplina fueron tales, que casi sin resistencia corrió dicha division precipitadamente y á la primera embestida camino de Cuenca.

En esta ciudad reunido el ejército del centro y abrigado de la fragosa tierra que se extendia á su espalda, terminó su retirada de 86 leguas, emprendida desde las faldas del Moncayo, memorable sin duda, aunque costosa; pues al cabo, en medio de tantos tropiezos, reencuentros, marchas y contramarchas, escaseces y sublevaciones, salvóse la artillería y bastante fuerza para con su apoyo formar un nuevo ejército, que combatiendo al enemigo ó trabajándole le distrajese de otros puntos y contribuyese al bueno y final éxito de la causa comun.

Descansaban pues y se reponian algun tanto aquellos soldados, cuando con asombro vieron el 16 entrar por Cuenca una corta division que se contaba por perdida. Recordará el lector como despues del acontecimiento de Logroño, incorporada la gente de Castilla en el ejército de Andalucia, se formó una vanguardia de 4000 hombres al mando del conde de Cartaojal, destinada á maniobrar en la sierra de Cameros. El 22 de noviembre, segun órden de Castaños, se habia retirado dicho gefe por el lado de Agreda á Borja, y despues de una leve refriega con partidas enemigas prosiguiendo á Calatayud, se habia alli unido al grueso del ejército, de cuya suerte participó en toda la retirada. Mas de este cuerpo de Cartaojal quedó el 21 en Nalda separado y como cortado un trozo á las órdenes del conde de Alacha.

Conde de Alacha. Su retirada gloriosa.

No desanimándose ni los soldados ni su caudillo, aconsejado de buenos oficiales al verse rodeados de enemigos, y ellos en tan pequeño número, emprendieron una retirada larga, penosa y atrevida. Por espacio de veinte dias acampando y marchando á dos y tres leguas del ejército francés, cruzando empinados montes y erizadas breñas, descalzos y casi desnudos en estacion cruda, apenas con alimento, desprovistos de todo consuelo, consiguieron venciendo obstáculos para otros insuperables, llegar á Cuenca conformes y aun contentos de presentarse no solo salvos, sino con el trofeo de algunos prisioneros franceses. Tanta es la constancia, sobriedad é intrepidez del soldado español bien capitancado.

Pero la estancia en Cuenca del ejército del centro, si bien por una parte le daba lugar para recobrarse y le ponia mas al abrigo de una acometida, por otra dejaba á la Mancha abierta y desamparada. Es cierto que sus vastas llanuras nunca hubieran sido bastantemente protegidas por las reliquias de un ejército á cuya caballería no le era dado hacer rostro á la formidable y robusta de las huestes enemigas. Asi fue el ma-

La Mancha.

riscal Victor, sentando ya en 11 de diciembre su cuartel general en Aranjuez y Ocaña, desparramó por la Mancha baja gruesas partidas que se proveian de vituallas en sus feraces campiñas y pillaban y maltrataban pueblos abandonados á su rapacidad por los fugitivos habitantes.

Toledo.

Habian contado algunos con que Toledo haria resistencia. Mas desapercibida la ciudad y cundiendo por sus hogares el terror que esparcian la rota y dispersion de los ejércitos, abrió el 19 de diciembre sus puertas al vencedor; habiendo antes salido de su recinto la junta provincial, muchos de los principales vecinos, y despachado á Sevilla 12,000 espadas de su antigua y celebrada fábrica.

Ciertos y contados pueblos ofrecieron la imágen de la mas completa anarquía, atropellando ú asesinando pasageros. Doloroso sobre todo fue lo que aconteció en Malagon y Ciudad-Real. Por el último pasaba preso á Andalucía Don Juan Duro canónigo de Toledo y antiguo amigo del príncipe de la Paz: ni su estado, ni su dignidad, ni sus súplicas le guarecieron de ser bárbaramente asesinado. La misma suerte cupo en el primer pueblo á Don Miguel Cayetano Soler, ministro de hacienda de Cárlos IV, que tambien llevaban arrestado: atrocidades que hubieran debido evitarse no exponiendo al riesgo de transitar por lugares agitados personages tan aborrecidos.

Muertes violentas.

Templa por dicha la armargura de tales excesos la conducta de otras poblaciones, que empleando dignamente su energía y cediendo al noble impulso del patriotismo antes que á los consejos de la prudencia, detuvieron y escarmentaron á los invasores. Señalóse la villa de Villacañas una de las comprendidas en el gran priorato de San Juan. Varias partidas de caballería enemiga que quisieron penetrar por sus calles fueron constantemente rechazadas en diferentes embestidas que dieron en los dias del 20 al 25 de diciembre. Alabó el gobierno y premió la conducta de Villacañas, cuya poblacion quedó, durante algun tiempo, libre de enemigos, en medio de la Mancha inundada de sus tropas.

Villacañas.

Estas antes de terminar diciembre se habian extendido hasta Manzanares y amagaban aproximarse á las gargantas de Sierra-Morena. Muchos oficiales y soldados del ejército del centro se habian acogido á aquellas fraguras. Unos obligados de la necesidad; otros huyendo vergonzosamente del peligro. Sin embargo como estos eran los menos túvose á dicha su llegada, porque daba cimiento á formar y organizar centenares de alistados que acudian de las Andalucías y la Mancha.

Sierra-Morena.

Las juntas de aquellos cuatro reinos, vista la dispersion de los ejércitos y en dudas del paradero de la central, trataron de reunirse en la Carolina, enviando

Juntas de los cuatro reinos de Andalucía.

allí dos diputados de cada una que las representasen, invitando tambien á lo mismo á la de Extremadura y á otra que se habia establecido en Ciudad-Real. Pero la central, fuese prevision ó temores de que se le segregasen estas provincias, habia comisionado á Sierra-Morena al marqués de Campo Sagrado, individuo suyo, con órden de promover los alistamientos y de poner en estado de defensa aquella cordillera. El 6 de diciembre ya se hallaba en Andújar, como asimismo el marques del Palacio encargado del mando en gefe del ejército que se reunia en Despeñaperros, habiendo sido antes llamado de Cataluña segun en su lugar veremos. De Sevilla enviaron los útiles y cañones necesarios para fortificar la sierra, á donde tambien y con felicidad retrocedieron desde Manzanares 14 piezas que caminaban á Madrid. Por este término se consiguió al promediar diciembre, que en la Carolina y contornos se juntasen 6000 infantes y 300 caballos, cubriéndose y reforzándose sucesivamente los diversos pasos de la sierra.

Campo Sagrado.

Marques del Palacio.

Cortos eran en verdad semejantes medios si el enemigo con sus poderozas fuerzas hubiera intentado penetrar en Andalucía. Pero distraida su atencion á varios puntos, y fija principalmente en el modo de destruir al ejército inglés, único temible que quedaba, trató de seguir á este en Castilla y obrar ademas del lado de Extremadura, como movimiento que podria ayudar á las operaciones de Portugal en caso que los ingleses se retirasen hácia aquel reino.

Para lograr el último objeto marchó sobre Talavera el 4º cuerpo del mando del mariscal Lefebvre compuesto de 22,000 infantes y 3000 caballos. La provincia de Extremadura, aunque hostigada y revuelta con exacciones y dispersos, se mantenia firme y muy entusiasmada. Mas el despecho que causaban las desgracias convirtió á veces la energía en ferocidad, Fueron en Bajadoz el 16 de diciembre inmolados dos prisioneros franceses, el coronel de milicias Don Tiburcio Carcelen y el ex-tesorero general Don Antonio Noriega, antiguo allegado del príncipe de la Paz. Tambien pereció en la villa de Usagre su alcalde mayor. Los asesinos descubiertos en ambos pueblos fueron juzgados y pagaron su crímen con la vida. Estas muertes, con las que hemos contado, y alguna otra que relataremos despues, que en todo no pasaron de doce, fueron las que desdoraron este segundo periodo de nuestra historia, en el cual, rompiéndose de nuevo en ciertas provincias los vínculos de la subordinacion y el órden, quedó suelta la rienda á las pasiones y venganzas particulares.

Marchan los franceses á Extremadura.

Estado de la provincia.

Excesos.

El general Galluzo, sucesor del desventurado Sanjuan, escogió la orilla izquierda del Tajo como punto propio para detener en su marcha á los franceses. Fue su primera idea guardar los vados y cortar los principales puentes. Cuéntanse de estos cuatro desde

donde el Tiétar y Tajo se juntan en una madre hasta Talavera; y son el del Cardenal, el de Almaraz, el del Conde y el del Arzobispo. El 2º por donde cruza el camino de Bajadoz á Madrid mereció particular atencion, colocándose allí en persona el mismo Galluzo. La trabazon de su fábrica era tan fuerte y compacta, que por entonces no se pudo destruir, y solo sí resquebrajarle en parte: 5000 hombres le guarnecieron. Don Francisco Trias fue enviado el 15 de diciembre al del Arzobispo, del que ya enseñoreados los enemigos, tuvo que limitarse á quedar en observacion suya. Los otros dos puentes fueron ocupados por nuestros soldados.

Su retirada.

Los franceses se contentaron al principio con escaramuzar en toda la línea hasta el dia 24, en que viniendo por el del Arzobispo, atacaron el frente y flanco derecho del general Trias, y le obligaron á recogerse á la sierra camino de Castañar de Ibor. Tambien fue amagado en el propio dia el del Conde, que sostuvo D. Pablo Morillo, subteniente entonces, general ahora.

Noticioso Galluzo de lo ocurrido con Trias y tambien de que los enemigos habian avanzado á Valdelacasa, se replegó á Jaraicejo, 3 leguas á retaguardia de Almaraz, dejando para guardar el puente los batallones de Irlanda y Mallorca y una compañía de zapadores. Así como los otros fue luego atacado este punto, del que se apoderó al cabo de una hora de fuego la division del general Valence, cogiendo 500 prisioneros.

Pensó Galluzo detenerse en Jaraicejo, pero creyéndose poco seguro con la toma del puente de Almaraz, á las tres de la tarde del 25 ordenadamente emprendió su retirada á Trujillo cuatro leguas distante. Este movimiento y voces que esparcia el miedo ó la traicion, aumentaron el desórden del ejército, y temíase otra dispersion. Por ello, y la superioridad de fuerzas con que el enemigo se adelantaba, juntó Galluzo un consejo de guerra (menguado recurso á que nuestros generales continuamente acudian), y se decidió retirarse á Zalamea, 23 leguas de Trujillo y del lado de la sierra que parte términos con Andalucía. El 28 llegó el ejército á su destino, si ejército merece llamarse lo que ya no era sino una sombra. De la artillería se salvaron 17 piezas, 11 de ellas se enviaron de Miajadas á Badajoz, y 6 siguieron á Zalamea. A este punto llegaron despues y en mejor órden 1200 hombres de los del puente del Conde y del Arzobispo.

Los franceses penetraron el 26 hasta Trujillo, quedando á merced suya la Extremadura y muy expuesta y desapercibida la Andalucía. Otros acontecimientos les obligaron á hacer parada y retroceder prontamente, dando lugar á la junta central para reparar en parte tanto daño.

Continua la central su viage.

El viage de esta habia continuado sin otra interrupcion ni descanso que el preciso para el despacho de los negocios. En todos los pueblos por donde transitaba era atendida

y acatada, contribuyendo mucho á ello los respetables nombres de Floridablanca y Jovellanos, y la esperanza de que la patria se salvaria salvándose la autoridad central. En Talavera, en cuya villa la dejamos, celebró dos sesiones. Detúvose en Trujillo cuatro dias, y recibiendo en esta ciudad pliegos del general Escalante enviado al ejército inglés, en los que anunciaba la ineficacia de sus oficios con el general Sir Juan Moore para que obrase activamente en Castilla; puesta la junta de acuerdo con el ministro británico Mr. Frere, nombraron la primera á Don Francisco Javier Caro individuo suyo, y el segundo á Sir Cárlos Stuart, á fin de que encarecidamente y de palabra repitiesen las mismas instancias á dicho general; siendo esencial su movimiento y llamada para evitar la irrupcion de las Andalucías.

Se expidieron tambien en Trujillo premiosas órdenes para el armamento y defensa á los generales y juntas, y se resolvió no ir á Badajoz sino á Sevilla como ciudad mas populosa y centro de mayores recursos.

Al pasar la junta por Mérida oña diputacion de la de aquella ciudad le pidió en nombre del pueblo que eligiese por capitan general de la provincia y gefe de sus tropas á Don Gregorio de la Cuesta, que en calidad de arrestado seguia á la junta. No convino esta en la peticion dando por disculpa que se necesitaba *averiguar* el dictámen de la suprema de la provincia congregada en Badajoz, la cual sostuvo á Galluzo, hasta que tan atropellada y desordenadamente se replegó á Zalamea. Entonces la voz pública pidiendo por general á Cuesta, bienquisto en la provincia en donde antes habia mandado, unióse á su clamor la junta provincial, y la central aunque con repugnancia accedió al nombramiento. Cuesta llamó de Zalamea las tropas y estableció su cuartel general en Badajoz, en cuya plaza empezó á habilitar el ejército para resistir al enemigo, y emprender despues nuevas operaciones.

Sucede Cuesta á Galluzo.

Mas en esta providencia, oportuna sin duda y militar, no faltó quien viese la enemistad del general Cuesta con la junta central, quedando abierta la Andalucía á las incursiones del enemigo, y por tanto Sevilla ciudad que habia el gobierno escogido para su asiento. Temerosa debió de andar la misma junta ya de un ataque de los franceses, ó ya de los manejos y siniestras miras de Cuesta; pues antes de acabar diciembre nombró al brigadier Don José Serrano Valdenebro para cubrir con cuantas fuerzas pudiese los puntos de Santa Olalla y el Ronquillo y las gargantas occidentales de Sierra-Morena.

La junta central entró en Sevilla el 17 de diciembre. Grande fue la alegría y júbilo con que fue recibida, y grandes las esperanzas que comenzaron á renacer. Abrió sus sesiones en el real alcázar el dia siguiente 18, y notóse luego que mudaba algun tanto y mejoraba de rumbo. Los contra-

Llega á Sevilla la central en 17 de diciembre.

tiempos, la experiencia adquirida, los clamores y la muerte del conde de Floridablanca, influyeron en ello extraordinariamente. Falleció dicho conde en el mismo Sevilla el 28 de diciembre, cargado de años y oprimido por padecimiento de espíritu y de cuerpo. Celebróse en su memoria magnífico funeral, y se le dispensaron honores de infante de Castilla. Fue nombrado en su lugar vice-presidente de la junta el marqués de Astorga grande de España y digno por su conducta política, honrada índole y alta gerarquía de recibir tan honorífica distincion.

Muerte de Floridablanca.

El estado de las cosas era sin embargo crítico y penoso. De los ejércitos no quedaban sino tristes reliquias en Galicia, Leon y Asturias, en Cuenca, Badajoz y Sierra-Morena. Algunas otras se habian acogido á Zaragoza ya sitiada; y Cataluña, aunque presentase una diversion importante, no bastaba por sí sola á impedir la completa ruina y destruccion de las demas provincias y del gobierno. Dudábase de la activa cooperacion del ejército inglés, arrimado sin mencarse contra Portugal y Galicia, y solo se vivia con la esperanza de que el anhelo por repelerle del territorio peninsular empeñaria á Napoleon en su seguimiento, y dejaria en paz por algun tiempo el levante y mediodía de España, con cuyo respiro se podrian rehacer los ejércitos y levantar otros nuevos, no solamente por medio de los recursos que estos países proporcionasen, sino tambien con los que arribaron á sus costas de las ricas provincias situadas allende el mar.

Situacion penosa de la central.

Sus esperanzas.

LIBRO SÉPTIMO.

Salida de Napoleon de Chamartin. — Situacion del ejército inglés. — Dudas y vacilaciones del general Moore. — Consulta con M. Frere. — Pasos é instancias de la junta central y de Morla para que avance. — Resuélvese á ello. — Incidente que pudo estorbarlo. — Sale el 12 de Salamanca á Valladolid. — Varía de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente. — Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este. — Parcialidad de escritores extrangeros. — Union en Mayorga de los generales Baird y Moore. — Situacion del mariscal Soult. — Aviso de la venida de Napoleon. Retíranse los ingleses á Benavente y Astorga. — Marcha de Napoleon. Paso de Guadarrama. — Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés. — Choque de caballería en Benavente. — Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles. — Retírase Romana de Leon. — Júntase en Astorga con los ingleses. — Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal. — Desgracias de Romana en su retirada. — Desórdenes de los ingleses en su retirada. — Llega Napoleon á Astorga. — Entrada del mariscal Soult en el Vierzo. — Reencuentro en Cacabelos. — Retírase el general Moore de Villafranca. — Van en aumento los desórdenes de los ingleses. — Llegan á Lugo. — Prepárase Moore á aventurar una batalla. — Retírase despues. — Llega á la Coruña. — Batalla de la Coruña. — Embárcanse los ingleses. — Entrega de la Coruña. — Del Ferrol. — Estado de Galicia. — Paradero de Romana. — Sucede á Soult el mariscal Ney. — Vuelta de Napoleon á Valladolid. — Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades. — Angustias del ayuntamiento de Valladolid. — Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos. — Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia. — Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid. — Opinion é intentos de Napoleon sobre España. — Parte para Francia. — José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez. — Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado. — Ataque de Tarancon. — Avanza el mariscal Victor. — Retírase Venegas á Uclés. — Batalla de Uclés. — Excesos cometidos por los franceses en Uclés. — Retirada del duque del Infantado. — Sucédele en el mando el conde de Cartaojal. — Entrada de José en Madrid. — Sucesos de Cataluña. — La junta del principado se traslada á Villafranca. — Excursiones de Duhesme. — Vives sucesor del marques del Palacio. — Ejército español de Cataluña. Su fuerza. — Situacion de Barcelona. — Tentativas de Vives contra aquella plaza. — Entrada de Saint-Cyr en Cataluña. — Sitio de Rosas. — Honrosa resistencia de los españoles. — Capitulacion de Rosas. — Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona. — Vives y las divisiones de Reding y Lazan. — Orden singular dada por Lecchi en Barcelona. — Trata Vives de seducirle á él y á otros. — Ataques de Vives del 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona. — Del 5 de diciembre. — Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr. — Continua Saint-Cyr su marcha. — Batalla de Llinas ó Cardedeu. — Son derrotados los españoles. — Se retiran al Llobregat. — Llega Saint-Cyr á Barcelona. — Avanza al Llobregat. — Situacion de los españoles. — Batalla de Molins de Rey. — Derrota de los españoles y tristes resultas. — Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr. — Acontecimientos de Tarragona. — Sucede Reding á Vives. — Segundo sitio de Zaragoza. — Preparativos de defensa. — Disposiciones de

los franceses. — Preséntanse delante de Zaragoza. — El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero. — Son rechazados los franceses en el arrabal. — Intimacion á la plaza. — Bloqueo y ataques que preparan los franceses. — Salida del general Butron. — Reemplaza Junot á Moncey. — Sale Mortier para Calatayud. — Empieza el bombardeo. — Ataques contra San José y reducto del Pilar. — Manuela Sancho. — Resolucion de los moradores. — Enfermedades y contagio. — Temores de los franceses. — Gente que perdieron en Alcañiz. — Llegada del mariscal Lannes. — Llama á Mortier. — Dispersa este á Perena. — Asalto de los franceses al recinto de la ciudad. — Muerte de San-Genis. — Estragos del bombardeo y epidemia. — Intimacion de Lannes. — Dicho de Palafox. — Resistencia en casas y edificios. — Minas de los franceses. — Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos. — Muerte del general Lacoste. — Murmuraciones del ejército francés. — Embestida del arrabal. — Los progresos del enemigo en la ciudad. — Nuevas murmuraciones del ejército francés. — Toma del arrabal. — Furioso ataque que los franceses preparan. — Deplorable estado de la ciudad. — Enfermedad de Palafox. — Propone la junta capitular. — Conferencia con Lannes. — Capitulacion. — Palabra que da Lannes. — Firma la junta la capitulacion. — Quebrántase por los franceses horrorosamente. — Mal trato dado á Palafox. — Muerte de prisioneros. De Boggierio y Sas. — Entrada de Lannes en Zaragoza. — P. Santander. — Junot sucede otra vez á Lannes. — Pérdidas de unos y de otros. — Ruinas de edificios y bibliotecas. — Juicio sobre este sitio.

Salida de Napoleon de Chamartin.

Napoleon permanecia en Chamartin. Alli afamado y diligente, agitado su corazon como mar por vientos bravos, ocupábale España, Francia, Europa entera, y mas que todo averiguar los movimientos y paradero del ejército inglés. Posponia á este los demas cuidados. Avisos inciertos ó fingidos le impelian á tomar encontradas determinaciones. Unas veces resuelto á salir via de Lisboa se aprestaba á ello : otras suspendiendo su marcha aguardaba de nuevo posteriores informes. Pareció al fin estar próximo el dia de su partida, cuando el 19 de diciembre á las puertas de la capital pasó reseña á 70,000 hombres de escogidas tropas. Asi fue : dos dias despues, el 21, habiendo recibido noticia cierta de que los ingleses se internaban en Castilla la Vieja, en la misma noche con la rapidez del rayo acordó oportunas providencias para que el 22, dejando en Madrid 10,000 hombres, partiesen 60,000 la vuelta de Guadarrama.

Situacion del ejército inglés.

Era en efecto tiempo de que atajase los intentos de contrarios tan temibles y que tanto aborrecia. Sir Juan Moore vacilante al principio habia por último tomado la ofensiva con el ejército de su mando. Ya hablamos de su llegada á Salamanca el 23 de noviembre. Apenas habia sentado allí sus reales, empezaron á esparcirse las nuevas de nuestras derrotas, funestos acontecimientos que sobresaltaron al general inglés con tanta mayor razon cuanto sus fuerzas se hallaban segregadas y entre sí distantes. Hasta el 23 del propio noviembre no acabaron de concurrir á Salamanca las que con el mismo general Moore habian avan-

zado por el centro : de las restantes las que mandaba Sir David Baird estaban el 26 unas en Astorga, otras lejos á la retaguardia, no habiendo aun en aquel dia las de Sir Juan Hope atravesado en su viage desde Extremaduza las sierras que dividen ambas Castillas.

Dudas y vacilaciones del general Moore.

Como exigia tiempo la reconcentracion de todas estas fuerzas, era de recelar que los franceses libres de ejércitos Españoles, avanzando é interponiéndose con su acostumbrada celeridad, embarazasen al de los ingleses y le acometiesen separadamente y por trozos : en especial cuando este si bien lucido en su apariencia, maravillosamente disciplinado, bizarrísimo en un dia de batalla, flaqueaba del lado de la presteza.

Motivos eran estos para contener el ánimo de cualquiera general atrevido, mucho mas el del general inglés, hombre prudente y á quien los riesgos se representaban abultados; porque aunque oficial consumado y dignísimo del buen concepto que entre sus compatriotas gozaba, adoleciendo por desgracia de aquel achaque entonces comun á los militares de tener por invencibles á Napoleon y sus huestes, juzgaba la causa peninsular de éxito muy dudoso, y por decirlo asi la miraba como perdida : lo cual no poco contribuyó á su irresolucion é incertitumbre. Se acrecentaron sus temores al entrar en España, no columbrando en los pueblos señales extraordinarias de entusiasmo, como si la manifestacion de un sentimiento tan vivo pudiera sin término prolongarse, y como si la disposicion en que veia á todos los habitantes de no querer entrar en pacto ni convenio con el enemigo, no fuera bastante para hacerle fundadamente esperar que ella sola debia al cabo producir larga y porfiada resistencia.

Desalentado por consiguiente el general Moore, y no contemplando ya en esta guerra sino una lucha meramente militar, empezó á contar bajo dicho respecto sus recursos y los de los españoles, y habiendo en gran parte desaparecido los de estos con las derrotas, y siendo los suyos muy inferiores á los de los franceses, pensó en retirarse á Portugal. Tal fue su primer impulso al saber las dispersiones de Espinosa y Burgos. Mas conservándose aun casi intacto el ejército español del centro, repugnábale volver atras antes de haberse empeñado en la contienda y de ser estrechado á ello por el enemigo. En medio de sus dudas resolvió tomar consejo con Mr. Frere *ministro británico cerca de la junta central*, quien no estaba tan desesperanzado de la causa peninsular como el general Moore, porque ministro ya de su corte en Madrid en tiempo de Cárlos IV, conocia á fondo á los españoles, tenia fé en sus promesas, y antes bien pecaba de sobrada aficion á ellos que de tibieza ó desvío. Su opinion por tanto les era favorable.

Consulta con Mr. Frere.

Pero Sir Juan Moore, noticioso el 28 de noviembre de la rota de

Tudela, sin aguardar la contestacion de Mr. Frere, determinó retirarse. En consecuencia encargó al general Baird que se encaminase á la Coruña ó á Vigo, previniéndole solamente que se detuviera algunos dias para imponer respeto á las tropas del mariscal Soult que estaban del lado de Sahagun, y dar lugar á que llegase Sir Juan Hope. Se unió este con el cuerpo principal del ejército en los primeros dias de diciembre, no habiendo condescendido, al pasar su division por cerca de Madrid, con los ruegos de Don Tomas de Morla, dirigidos á que entrase con aquella en la capital y cooperase á su defensa.

Pasos ó instancias de la junta central y de Morla para que avance.

La junta central, recelosa por su parte de que los ingleses abandonasen el suelo español, y con objeto tambien de cumplimentar á sus gefes, habia enviado al cuartel general de Salamanca á Don Ventura Escalante y á Don Agustin Bueno que llegaron á la sazon de estar resuelta la retirada. Inútilmente se esforzaron por impedirla, bien es que fundando muchas de sus razones en los falsos rumores que circulaban por España, en vez de conmover con ellas el ánimo desapasionado y cauto del general inglés, no hacian sino afirmarle en su propósito.

Tambien por entonces Don Tomas de Morla no habiendo alcanzado lo que deseaba de Sir Juan Hope, despachó un correo á Salamanca pidiendo al general en gefe inglés que fuese al socorro de Madrid, ó que por lo menos distrajese al enemigo cayendo sobre su retaguardia. Tampoco hubiera suspendido este paso la resolucion de Moore, si al mismo tiempo Sir Cárlos Stewart, habitualmente de esperanzas menos halagüeñas y á los ojos de aquel general testigo imparcial, no le hubiese escrito manifestándole que creia al pueblo de Madrid dispuesto á recia y vigorosa resistencia.

Resuélvese á ello.

Empezó con esto á titubear el ánimo de Moore, y cedió al fin en vista de los pliegos que en respuesta á los suyos recibió el propio dia de M. Frere: quien expresando en su contenido ardiente anhelo por asistir á los españoles, añadia ser politicó y conveniente que sin tardanza se adelantase el ejército Británico á sostener el noble arrojo del pueblo de Madrid. Lenguaje digno y generoso de parte de M. Frere, propio para estimular al general de su nacion, pero cuyos buenos efectos hubiera podido destruir un desgraciado incidente.

Incidente que pudo estorbarlo.

Habia sido portador de los pliegos el coronel Charmilly emigrado francés, y que por haber presenciado en 1° de diciembre el entusiasmo de los madrileños, pareció sugeto al caso para dar de palabra puntuales y cumplidos informes. Pero la circunstancia de ser francés dicho portador, y quizá tambien otros siniestros y anteriores informes, lejos de inspirar confianza al general Moore, fueron causa de que le tratase con frialdad y reserva. Achacó el Charmilly recibimiento tan tibio á la

invariable resolucion que habia formado aquel de retirarse, y pensó oportuno hacer uso de una segunda carta que M. Frere le habia encomendado. La escribió este ministro ansioso de que á todo trance socorriese su ejército á los españoles, y sin reparar en la circunspeccion que su elevado puesto exigia, encargó al Charmilly la entregase á Moore caso que dicho general insistiese en volver atras sus pasos. Así lo hizo el francés, y fácil es conjeturar cuál seria la indignacion del gefe Británico al leer en su contexto que antes de emprender la retirada « se examinase por un consejo de guerra al « portador de los pliegos. » Apenas pudo Sir Juan reprimir los impetus de su ira; y forzoso es decir que si bien habia animado á M. Frere intencion muy pura y loable, el modo de ponerla en ejecucion era desusado y ofensivo para un hombre del carácter y respetos del general Moore. Este, sin embargo, sobreponiéndose á su justo resentimiento, contentóse con mandar salir de los reales ingleses al coronel Charmilly, y determinó moverse por el frente con todo su ejército, cuyas divisiones estaban ya unidas ó por lo menos en disposicion de darse fácilmente la mano.

Próximo á abrir la marcha, fue tambien gran ventura que otros avisos llegados al propio tiempo no la retardasen ó la impidiesen. Habia antes el general inglés enviado hácia Madrid al coronel Graham á fin de que se cerciorase del verdadero estado de la capital. Mas dicho coronel sin haber pasado de Talavera, cuyo rodeo habia tomado á causa de las circunstancias, se halló de vuelta en Salamanca el 9 de diciembre, y trajo tristes y desconsoladas nuevas. Los franceses segun su relato, eran ya dueños del Retiro y habian intimado la rendicion á Madrid.

Sale el 12 de Salamanca á Valladolid.

Por grave que fuese semejante acontecimiento no por eso influyó en la resolucion de Sir Juan Moore, y el 12 levantó el campo marchando con sus tropas y las del general Hope camino de Valladolid, y con la buena fortuna de que ya en la noche del mismo dia un escuadron inglés al mando del brigadier general Cárlos Stewart, hoy Lord Londonderry, sorprendió y acuchilló en Rueda un puesto de dragones franceses.

El 14 se entregaron en Alaejos al general Moore pliegos cogidos en Valdestillas á un oficial enemigo, muerto por haber maltratado al maestro de postas de aquella villa. Iban dirigidos al mariscal Soult, á quien, despues de informarle de hallarse el emperador tranquilo poseedor de Madrid, se le mandaba que arrinconase en Galicia á los españoles y que ocupase á Leon, Zamora y tierra llana de Castilla. Del contenido de tales pliegos si bien se inferia la falta de noticias en que estaba Napoleon acerca de los movimientos de los ingleses, tambien con su lectura pudieron estos cerciorarse de cuál fuese en realidad la situacion de sus contrarios, y cuáles los triunfos que habian obtenido.

Con este conocimiento alteró su primer plan Sir Juan Moore, y en

Varia de direccion y se mueve hácia Toro y Benavente.

vez de avanzar á Valladolid tomó por su izquierda del lado de Toro y Benavente para unirse con los generales Baird y Romana, y juntos deshacer el cuerpo mandado por el mariscal Soult antes que Napoleon penetrase en Castilla la Vieja. Estaba el general inglés ejecutando su movimiento á la sazon que el 16 de diciembre se avistaron con él en Toro Don Francisco Javier Caro y Sir Cárlos Stewart, enviados desde Trujillo, uno por la junta central de que era individuo, y otro por Mr. Frere con el objeto de hacer un nuevo esfuerzo y evitar la tan temida retirada. Afortunadamente ya esta se habia suspendido, y si las operaciones del ejército inglés no fueron del todo conformes á los deseos del gobierno español, no dejaron por lo menos de ser oportunas y de causar diversion ventajosa.

Da de ello aviso á Romana. Mal estado del ejército de este.

Luego que el general Moore se resolvió á llevar á cabo el plan indicado se lo comunicó al marqués de la Romana. Hallábase este caudillo en Leon á la cabeza del ejército de la izquierda, cuyas reliquias, viniendo unas por la Liébana, segun dijimos, y cruzando otras el principado de Asturias, se habian ido sucesivamente reuniendo en la mencionada ciudad. En ella, en Oviedo y en varios pueblos de las dos líneas que atravesaron los dispersos, cundieron y causaron grande estrago unas fiebres malignas contagiosas. Las llevaban consigo aquellos desgraciados soldados, como triste fruto de la hambre, del desabrigo, de los rigurosos tiempos que habian padecido: cúmulo de males que requeria prontos y vigorosos remedios. Mas los recursos eran contados, y débil y poco diestra la mano que habia de aplicarlos. Hablamos ya de las prendas y de los defectos del marqués de la Romana. Por desgracia solo los últimos aparecieron en circunstancias tan escabrosas. Distraido y olvidadizo dejaba correr los dias sin tomar notables providencias, y sin buscar medios de que aun podia disponer. ¿Quién en efecto pensára que teniendo á su espalda y libre de enemigos la provincia de Asturias no hubiese acudido á buscar en ella apoyo y auxilios? Pues fue tan al contrario que, pésanos decirlo, en el espacio de mas de un mes que residió en Leon, solo una vez y tarde escribió á la junta de aquel principado para darle gracias por su celo y patriótica conducta.

A pesar de tan reprensible abandono, no perseguido el ejército de la izquierda, mas tranquilo y mejor alimentado, íbase poco á poco reparando de sus fatigas, y no menos de 16,000 hombres se contaban ya alojados en Leon y riberas del Esla; pero de este número escasamente la mitad merecia el nombre de soldados.

Atento á su deplorable estado y en el intermedio que corrió entre la primera resolucion del general Moore de retirarse, y la posterior de avanzar, sabedor Romana de que Sir David Baird se disponia á replegarse á Galicia, no queriendo quedar expuesto, solo

y sin ayuda á los ataques de un enemigo superior, habia tambien determinado abandonar á Leon. Súpolo Moore en el momento en que se movia hácia adelante, y con diligencia escribió á Romana sentido de su determinacion, y de que pensase tomar el camino de Galicia por el que debian venir socorros al ejército de su mando, y marchar este en caso de necesidad. Replicóle y con razon el general español que nunca hubiera imaginado retirarse, si no hubiese visto que Sir David Baird se disponia á ello y le dejaba desamparado; pero ahora que, segun los avisos, habia otros proyectos, no solo se mantendria en donde estaba, sino que tambien y de buen grado cooperaria á cualquiera plan que se le propusiese.

Parcialidad de escritores extranjeros.

En toda su correspondencia habia el de la Romana animado á los ingleses á obrar é impedir la toma de Madrid. Algunos historiadores de aquella nacion le han motejado, asi como á otros generales nuestros y autoridades, de haber insistido en pedir una cooperacion activa, y de desfigurar los hechos con exageraciones y falsas noticias. En cuanto á lo primero, natural era que, oprimidos por continuadas desgracias, deseasen todos ofrecer al enemigo un obstáculo que dando respiro permitiese á la nacion volver en sí y recobrar parte de las perdidas fuerzas: y respecto de lo segundo, las mismas autoridades españolas y los generales eran engañados con los avisos que recibian. Hubo provincias en que mas de un mes iba corrido antes que se hubiese averiguado con certeza la rendicion de Madrid. Los pueblos oian con tal sospecha á los que daban tristes nuevas, que los pocos traginéros y viajantes que circulaban en tan aciagos dias, en vez de descubrir la verdad, la ocultaban, estando asi seguros de ser bien tratados y recibidos. Si ademas los generales españoles y su gobierno ponderaban á veces los medios y fuerza que les quedaban, no poco contribuia á ello el desaliento que advertian en el general Moore, el cual era tan grande, que causaba segun los mismos ingleses disgusto y murmuraciones en su ejército. Por lo que sin intentar disculpar los errores y faltas que se cometieron por nuestra parte, y que somos los primeros á publicar, justo es que tampoco se achaquen á nuestros militares y gobernantes los que eran hijos de tiempos tan revueltos, ni se olviden las flaquezas de que otros adolecieron, igualmente reprensibles aunque por otro extremo.

Union en Mayorga de los generales Baird y Moore.

Volvamos ahora al general Moore. Continuando este su marcha se le unió el 20 en Mayorga el general Baird. Juntas asi las fuerzas inglesas formaban un total de 23,000 infantes y 2300 caballos: algunos otros cuerpos estaban todavía en Portugal, Astorga y Lugo. Por su izquierda y hácia Cea tambien empezó á moverse Romana con unos 8000 hombres escogidos entre lo mejor de su gente. Sentaron los ingleses el 21 en Sahagun su cuartel general, habiendo antes su caballería en el mismo punto deshecho 600 ginetes enemigos.

Situacion del mariscal Soult.

El mariscal Soult se extendia con las tropas de su mando entre Saldaña y Carrion de los Condes, teniendo consigo unos 18,000 hombres. Despues de haber salido á Castilla viniendo de Santander, se habia mantenido sobre la defensiva aguardando nuevas órdenes. De estas las que le mandaban atacar á los españoles, fueron interceptadas en Valdestillas: ademas de que noticioso Soult del parage en donde estaban situados los ingleses (cosa que al dar aquellas ignoraba Napoleon) no se hubiera con solo su fuerza arriesgado á pasar adelante.

Sabedor el mariscal francés de que los ingleses movian contra él su ejército, se reconcentró en Carrion. Disponianse aquellos á avanzar, cuando en la noche del 23 recibieron aviso de Romana (que tambien por su parte ejecutaba el movimiento concertado) de que Napoleon venia sobre ellos con fuerzas numerosas. Confirmado este aviso con otros posteriores no prosiguió su marcha el general Moore, y el 24 comenzó á retirarse en dos columnas, una, á cuyo frente él iba, tomó por el puente de Castro Gonzalo á Benavente, y otra se dirigió á Valencia de Don Juan, cubriendo y amparando sus movimientos la caballería.

Aviso de la venida de Napoleon. Retiranse los ingleses á Benavente y Astorga.

Era ya tiempo de adoptar esta resolucion Napoleon avanzaba con su acostumbrada diligencia. Al principio la marcha de su ejército habia sido penosa, y tan intenso el frio para aquel clima, que al pie de las montañas de Guadarrama señaló el termómetro de Réaumur nueve grados debajo de cero. Cruzaron los franceses el puerto en los dias 23 y 24 de diciembre, perdiendo hombres y caballos con el mucho frio, la nieve y ventisca. Detúvose la artillería volante y parte de la caballería á la mitad de la subida, teniendo que esperar algunas horas á que suavizase el tiempo. Napoleon, siéndole dificultoso continuar á caballo, y deseoso tambien de animar con el ejemplo, se puso á pie y estimuló á redoblar el paso, llegando él á Villacastin el 24. Al bajar á Castilla la Vieja sobrevino blandura acompañada de lluvia, y se formaron tales lodazales que hubo sitios en que se atascaron la artillería y equipages, aumentándose el desconsuelo de los franceses á la vista de pueblos por la mayor parte solitarios y desprovistos.

Marcha de Napoleon.

Paso de Guadarrama.

Tamaños obstáculos, aunque al fin vencidos, retardaron la marcha de Napoleon é impidieron la puntual ejecucion del plan que habia combinado. Era este envolver á los ingleses si continuaban en ir tras del mariscal Soult, á quien el mismo emperador escribia el 26 desde Tordesillas: « Si todavía conservan los ingleses « el dia de hoy su posicion, estan perdidos: si al contrario os ata- « can, retiraos á una jornada de marcha, pues cuanto mas se em- « peñen en avanzar, tanto mejor será para nosotros. »

Pero Sir Juan Moore, previniendo con oportunidad los intentos

de sus contrarios, prosiguió á Benavente y aseguró su comunicacion con Astorga. La disciplina sin embargo empezaba á relajarse notablemente en su ejército, disgustado con volver atras. Así fue que la columna que cruzó por Valderas cometió lamentables excesos, y con ellos y otros que hubo en varios pueblos aterrado el paisanage, huia y á su vez se vengaba en los soldados y partidas sueltas. Censuró agriamente el general inglés la conducta de sus soldados; mas de poco sirvió. Prosiguieron en sus desmanes, y en Benavente devastaron el palacio de los condes-duques del mismo nombre, notable por su antigüedad y extension; mas no fue entonces cuando se quemó, segun algunos han afirmado. Nos consta por informacion judicial que de ello se hizo, que solo el 7 de enero apareció incendiado, durando el fuego muchos dias sin que se pudiese cortar.

Empieza á relajarse la disciplina del ejército inglés.

Esta columna que era la que mandaba Moore, despues de haber arruinado el puente de Castro-Gonzalo, se juntó el 29 en Astorga con la de Baird, que habia caminado por Valencia de Don Juan. La caballería permaneció aun en Benavente, enviando destacamentos á observar los vados del Esla. Engañado á su vista el general francés Lefebvre Desnouettes, y creyendo que ya no quedaba al otro lado ninguna fuerza inglesa sino aquella, vadeó el rio con 600 hombres de la guardia imperial y acometió impetuosamente á sus contrarios. Cejaron estos al principio excitando gran clamoreo las mugeres, rezagados y bagageros derramados por el llano que yace entre el Esla y Benavente. El general Stewart tomó luego el mando de los destacamentos ingleses, se le agregaron algunos caballos mas, y empezó á disputar el terreno á los franceses, que continuaron sin embargo en adelantar, hasta que Lord Paget, acudiendo con un regimiento de húsares, los obligó á repasar el rio. Quedaron en su poder 70 prisioneros, en cuyo número se contó al mismo general Lefebvre, de quien hicimos tanta memoria en el primer sitio de Zaragoza.

Choque de caballería en Benavente.

Era precursor este reencuentro de los muchos que unos en pos de otros en breve se sucedieron. Frustrada la primera combinacion del emperador francés á causa de la retirada de Moore, determinó aquel perseguir á los ingleses por el camino de Benavente con el grueso de sus fuerzas, mandando al mismo tiempo al mariscal Soult, que arrojase de Leon á los españoles. La destruccion del puente de Castro-Gonzalo retardó del lado de Benavente el movimiento de los franceses; pero del otro se adelantaron sin dificultad, no habiendo los españoles opuesto resistencia.

Ocupaba á Mansilla de las Mulas la 2ª division del marqués de la Romana, de la cual un trozo se habia quedado á retaguardia en el convento de Sandoval para conservar el paso del Esla en el puente de Villa-

Sorprenden en Mansilla los franceses á los españoles.

rente. Enfermos en Leon muchos de los principales gefes, no se habian tomado en Mansilla las precauciones oportunas, y el 29 fue sorprendido y entrado el pueblo por el general Franceschi, rindiéndose casi toda la tropa que tan mal custodiaba aquel punto.

Retírase Romana de Leon.

Desapercibido el marqués de la Romana, apresuradamente abandonó á Leon en la misma noche del 29, y los vecinos mas principales, temerosos de la llegada del enemigo, tuvieron tambien que salvarse y esconderse en las montañas inmediatas, dejando con el azoramiento hasta las alhajas y prendas de mayor valor. Romana se unió el 30 en Astorga con el general Moore, lo cual desagradó en gran manera á este que le conceptuaba en las fronteras de Asturias. Con la llegada á aquella ciudad de las tropas españolas, desnudas, de todo escasas y en sumo grado desarregladas, acreció el desórden y la confusion, yendo por instantes en aumento la indisciplina de los ingleses.

Júntase en Astorga con los Ingleses.

Hasta aqui se habian imaginado muchos oficiales de este ejército que en Astorga ó entradas del Vierzo haria alto su general en gefe, y que aprovechándose de los favorables sitios de aquella escabrosa tierra, procuraria en ellos contener al enemigo y aun darle batalla, mayormente cuando la insubordinacion y el desconcierto no habian todavia llegado al extremo. Pero Sir Juan Moore no veia ya seguridad ni salvacion sino á bordo de sus buques; por lo cual dió órdenes para proseguir su camino hácia Galicia y destruir todo género de provisiones de boca y guerra que no pudiesen sus tropas llevar consigo. Desde entonces soltóse la rienda á las pasiones, y el ejército británico acabó del todo de desorganizarse. El marqués de la Romana insistia por conservar la cordillera que divide el Vierzo del territorio de Astorga; mas fueron vanos sus ruegos y ociosas sus razones: y á la verdad por poderosas que estas fuesen, debilitábanse saliendo de la boca de un general cuyos soldados se mostraban en estado tan deplorable. Forzado pues el general español á someterse á la inmutable resolucion del británico, tuvo asimismo que consentir en dejarle libre el nuevo y hermoso camino de Manzanal, reservando para sí el antiguo y agrio de Fuencebadon.

Retírase Romana por Fuencebadon. Moore por Manzanal

A las doce del dia del 31 de diciembre empezó el ejército inglés su retirada, y el español la suya en la misma noche. La artillería del último, que hasta entonces habia casi toda podido librarse del continuo perseguimiento de los franceses, tomó, segun convenio con el general Moore, la via de Manzanal para evitar las asperezas de la otra. Mas no teniendo cuenta los soldados británicos con las órdenes de sus gefes, arrancando á viva fuerza los tiros de mulas de nuestra artillería, hubo que abandonar algunas piezas y precipitar otras en los abismos de las montañas, perdiéndose asi por

la violencia de manos aliadas unos cañones que á tan duras penas y desde Reinosa se habian conservado libres de las enemigas.

Desgracias de Romana en su retirada.

Ni fue Romana mas dichoso del lado de Fuencebadon. Creia, y fundadamente, que ya que le hubiese cabido la peor ruta, por lo menos se le dejaria en su retirada solo y desembarazado; mas engañóse en su juicio. Una division inglesa de 3000 hombres mandada por el general Crawford, separándose en Bonillos, á una legua de Astorga, del grueso de su ejército, tomó el mismo rumbo que Romana con intento de ir á embarcarse en Vigo. Turbó este incidente la marcha de los españoles, incomodando á todos el hallar casi cerrado con la nieve el paso de Fuencebadon.

Uníase á tal conjunto de desgracias estar capitaneadas las divisiones españolas por nuevos gefes sucesores de los que habian muerto de enfermedad ó en los combates. A tres se habia reducido el número de aquellas fuera de la llamada del Norte; y mal aventuradas refriegas mostraron en breve su triste estado. De ellas la 1ª mandada por el coronel Rengel, fue al amanecer del 1º de enero cortada y en gran parte cogida por ginetes franceses en Turienzo de los Caballeros. Las otras, aunque á costa de trabajos, siempre acosadas y desbandándose muchos de sus soldados, se enmarañaron en la sierra. Romana no habia tratado de prevenir ó disminuir el mal con acertadas disposiciones. Dejó á cada division andar y moverse á su arbitrio: y cruzando con su estado mayor y algunos caballos por los barrios de Ponferrada, se metió en el valle de Valdeorras. Allí reunió las pocas reliquias de su ejército que le habian seguido, y situó su cuartel general en la Puebla de Tribes, dejando en el puente de Domingo Flores una corta vanguardia que pasó despues al de Bibey.

Desórdenes de los ingleses en su retirada.

Los ingleses en tanto por el puerto de Manzanal continuaron precipitadamente su retirada. Repartidos en tres divisiones y una reserva, iban delante las de los generales Fraser y Hope, seguia la de Sir David Baird, y cerraba la marcha con la última el mismo Sir Juan Moore. Llegaron el 2 de enero á Villafranca, habiendo andado en tan corto tiempo 14 leguas de las largas de nuestros caminos reales, de las que solo entran diez y siete y media en el grado. Los males y el desconcierto rápidamente se aumentaban ofreciendo lastimoso cuadro: el tiempo crudo, los bagages abandonados, las municiones rezagadas, los fuertes y lucidos caballos ingleses desherrados y muertos por sus propios ginetes, los infantes descalzos y despeados, los soldados todos abatidos é insubordinados, y metiéndose muchos en los sótanos de las casas y las tabernas, se perdian de intento y se entregaban á la embriaguez y disolucion: fue Bembibre principal y horroroso teatro de sus excesos. Cruel castigo recibieron los que asi se olvidaban de la disciplina y buen órden. Los franceses corriendo en

pos de ellos, duramente y cual merecian los trataban, matando á unos, hiriendo á otros y atropellando á casi todos. Los que de su poder se escapaban, llenos de tajos y cuchilladas ponialos el general inglés como á la vergüenza delante de su ejército, á fin de que sirviesen de escarmiento á sus compañeros.

Llega Napoleon á Astorga.

Notábase en el perseguir de los franceses suma diligencia, mas no extraña. Aguijábalos poderosa espuela. Napoleon habia llegado á Astorga el 1° de enero. Le acompañaban 70,000 infantes y 10,000 caballos, que este número componian los cuerpos de los mariscales Soult y Ney, una parte de la guardia imperial y dos divisiones del ejército de Junot; las cuales ya de regreso, iban á pelear contra los mismos con quienes pocos meses antes habian capitulado. Napoleon no pasó de Astorga; pero envió en seguimiento de las tropas británicas al mariscal Soult con 25,000 hombres, de los cuales 4200 de caballería. Tras de estos caminaban las divisiones de los generales Loison y Heudelet, debiendo todos ser sostenidos por 16,000 hombres del cuerpo del mariscal Ney. Aceleradamente fueron los primeros en busca de Sir Juan Moore, que no conservaba sino unos 19,000 combatientes, menguadas sus filas con los 5000 que fueron la vuelta de Vigo y con los perdidos en los diversos choques y retirada.

Entrada del mariscal Soult en el Vierzo.

Entró el marical Soult en el Vierzo dividida su gente en dos columnas, que tomaron una por Fuencebadon, otra por Manzanal, avanzando el 5 su vanguardia hasta las cercanías de Cacabelos. Habian los ingleses ocupado con 2500 hombres y una batería la ceja del ribazo de viñedos que se divisa no lejos de aquel pueblo y del lado de Villafranca. Mas adelante y camino de Bembibre habian tambien apostado 400 tiradores y otros tantos caballos, á los cuales hacia espalda el puente del Gúa, rio escaso de aguas, pero crecido ahora por las muchas nieves, y cuya corriente baña las calles de Cacabelos.

Reencuentro en Cacabelos.

Venian al frente de la vanguardia francesa unos cuantos escuadrones mandados por el general Colbert, quien pensando ser de importancia el número de ingleses que le aguardaba en puesto ventajoso, pidió refuerzo al mariscal Soult; mas respondiéndole secamente este que sin dilacion atacase, sentido Colbert de la imperiosa órden, acometió con temerario arrojo y arrolló á los caballos y tiradores ingleses que estaban avanzados. De estos los hubo que fueron cogidos al pasar el puente del Gúa; otros metiéndose en los viñedos de la márgen del camino, de cerca y á quema ropa dispararon y mataron á muchos ginetes franceses. entre ellos á su general Colbert, distinguido por su belleza y denuedo. Llegó á poco la division de infantería del general Merle, y aunque quiso pasar adelante, detúvose al ver la batería que estaba en lo alto del ribazo y tambien impedido de la noche que sobrevino.

Aqui hubiera podido empeñarse una accion general. Sir Juan

Moore la evitó retirándose despues de oscurecido. En Villafranca escandolosamente se renovaron los excesos y demasías de otras partes : fueron robados los almacenes, entradas á viva fuerza muchas casas y oprimidos é inhumanamente tratados los vecinos. El general inglés reprimió algun tanto los desmanes con severas providencias, mandando tambien arcabucear á un soldado cogido infragante. Aceleró despues su partida, y como la tierra es por allí cada vez mas quebrada, y está cubierta de bosques ú otros plantíos, no pudiendo la caballería ser de gran provecho, envióla delante con direccion á Lugo. En todo este tránsito hay parages en que pocas fuerzas pudieran detener mucho tiempo á un ejército muy superior, pues si bien la calzada es magnífica, corre ceñida por largo espacio entre opuestas montañas de dificultoso y agrio acceso.

Retírase el general Moore de Villafranca.

Ningun fruto se sacó de tamañas ventajas : y encontrándose los soldados británicos con un convoy, no solo inutilizaron vestuario y armamento que de Inglaterra iba para Romana, sino que tambien cerca de Nogales y por órden del general Moore arrojaron á un despeñadero en vez de repartíselos 120,000 pesos fuertes. Llegó el desórden á su colmo : abandonábanse hasta los cañones y los enfermos y los heridos, acrecentando la confusion el gran séquito y embarazos que solian entonces acompañar á los ejércitos ingleses. En fin fue esta retirada hecha con tal apresuramiento y mala ventura, que uno de los generales británicos, testigo de vista, nos afirma en su narracion * « que por sombrías y horrorosas que fueran « las relaciones que de ella se hubiesen hecho, aun « no se asemejaban á la realidad. »

Van en aumento los desórdenes de los ingleses.

(* Ap. n. 4.)

Dos dias y una noche tardaron los ingleses en llegar á Lugo, 16 leguas de Villafranca : acosados en continuas escaramuzas hubieran padecido cerca de Constantin recio choque si el general Moore no le hubiese evitado haciendo bajar con rapidez la cuesta del rio Neira y engañando á sus contrarios con un diestro y oportuno amago.

Hasta poco antes habia permanecido dudoso el general Moore de si iria para embarcarse á Vigo ó á la Coruña. Informado de las dificultades que ofrecia la primera ruta, decidióse á continuar por la segunda, avisando en consecuencia al almirante de su escuadra, á fin de que los trasportes que estaban en Vigo pasasen al otro puerto. Y para dar tiempo á que se ejecutase dicha travesía, y tambien para rehacer algo su ejército cansado y desfallecido, determinó el mismo general pararse en Lugo y aun arriesgar una batalla si fuese necesario. Al intento reunió allí todas sus tropas, excepto los 3000 hombres del general Crawford que se embarcaron en Vigo sin ser molestados.

Llegan á Lugo.

A legua y media y antes de llegar á Lugo escogió Sir Juan Moore

Prepárase Moore á aventurar una batalla.

un sitio elevado y ventajoso para pelear contra los franceses, los cuales asomaron el 6 por las alturas opuestas. Pasóse aquel dia y el siguiente sin otras refriegas que las de algunos reconocimientos. El mariscal Soult, hallándose inferior en número, no queria empeñarse en accion formal antes de que se le uniesen mas tropas. Los ingleses por su parte se mantuvieron hasta el 8 sin moverse de su posicion; mas al anochecer de aquel dia, pareciéndole peligroso al general Moore aguardar á que los franceses se reforzasen, resolvió partir á las calladas con la esperanza de que ganando sobre ellos algunas horas, podria asi embarcarse sosegadamente. A las diez de la noche y encendidas hogueras en las líneas para cubrir su intento, emprendió la continuacion de la marcha, que un temporal deshecho de lluvia y viento vino á interrumpir y desordenar. Despues de padecer muchos trabajos y de cometer nuevas demasías, empezaron los ingleses á llegar á Betanzos en la tarde del 9 en un estado lamentable de confusion y abatimiento. Era tanta la fatiga y tan grande el número de rezagados, que tuvieron el 10 que detenerse en aquella ciudad. Prosiguieron su marcha el 11 y dieron vista á la Coruña, sin que en su rada se divisasen los apetecidos trasportes: vientos contrarios habian impedido al almirante inglés doblar el cabo de Finisterre. Por este atraso veíase expuesto el general Moore á probar la suerte de una batalla, causando pesadumbre á muchos de sus oficiales el que se hubiesen para ello desperdiciado ocasiones mas favorables y en tiempo en que su ejército se conservaba mas entero y menos indisciplinado.

Retírase despues.

Llega á la Coruña.

Cerca de la Coruña no dejaba en verdad de haber sitios ventajosos, pero en algunos requeríanse numerosas tropas. Tal era el de Peñasquedo, por lo que los ingleses prefirieron á sus alturas las del monte Mero, que si bien dominadas por aquellas hallábanse próximas á la Coruña, y su posicion como mas recogida podia guarnecerse con menos gente.

El 12 empezaron los franceses á presentarse del otro lado del puente del Burgo, que los ingleses habian cortado. Continuaron ambos ejércitos sin molestarse hasta el 14, en cuyo dia contando ya los franceses con suficientes tropas, repararon al puente destruido, y le fueron sucesivamente cruzando. Por la mañana se habia de propósito volado un almacen de pólvora sito en Peñasquedo, lo cual produjo horroroso estrépito, y por la tarde habiéndose el viento cambiado al sur entraron en la Coruña los trasportes ingleses procedentes de Vigo. Sin tardanza se embarcaron por la noche los enfermos y heridos, la caballería desmontada y 52 cañones: de estos solo se dejaron para en caso de accion ocho ingleses y cuatro españoles. No faltó en el campo británico quien aconsejara á su general que capitulase con los franceses, á fin de poder

libremente embarcarse. Desechó con nobleza Sir Juan Moore proposicion tan deshonrosa.

Puestos ya á bordo los objetos de mas embarazo y las personas inútiles, debia en la noche del 16 y á su abrigo embarcarse el ejército lidiador. Con impaciencia aguardaba aquella hora el general inglés, cuando á las dos de la tarde un movimiento general de la línea francesa estorbó el proyectado embargo, empeñándose una accion reñida y porfiada.

Batalla de la Coruña.

Disponiéndose á ella en la noche anterior habia colocado el mariscal Soult en la altura de Peñasquedo una batería de once cañones, en que apoyaba su izquierda ocupada por la division del general Mermet, guardando el centro y la derecha con las suyas respectivas los generales Merle y Delaborde, y prolongándose la del último hasta el pueblo de Pelavea de abajo. La caballería francesa se mostraba por la izquierda de Peñasquedo hácia San Cristóbal y camino de Bergantiños: el total de fuerza ascendia á unos 20,000 hombres.

Era la de los ingleses de unos 16,000 que estaban apostados en el monte Mero, desde la ria del mismo nombre hasta el pueblo de Elviña. Por este lado se extendian las tropas de Sir David Baird, y por el opuesto que atraviesa el camino real de Betanzos las de Sir Juan Hope. Dos brigadas de ambas divisiones se situaron detras en los puntos mas elevados y extremos de su respectiva línea. La reserva mandada por Lord Paget estaba á retaguardia del centro en Eyris, pueblecillo desde cuyo punto se registra el valle que corria entre la derecha de los ingleses, y los altos ocupados por la caballería francesa. Mas inmediato á la Coruña y por el camino de Bergantiños se habia colocado con su division el general Fraser, estando pronto á acudir adonde se le llamase.

Trabóse la batalla á la hora indicada, atacando intrépidamente el francés con intento de deshacer la derecha de los ingleses. Los cierros de las heredades impedian á los soldados de ambos ejércitos avanzar á medida de su deseo. Los franceses al principio desalojaron de Elviña á las tropas ligeras ds sus contrarios; mas yendo adelante fueron detenidos y rechazados, si bien á costa de mucha sangre. La pelea se encarnizó en toda la línea. Fue gravemente herido el general Baird y Sir Juan Moore, que con particular esmero vigilaba el punto de Elviña, en donde el combate era mas reñido que en las otras partes: recibió en el hombro izquierdo una bala de cañon que le derribó por tierra. Aunque mortalmente herido incorporóse, y registrando con serenidad el campo confortó su ánimo al ver que sus tropas iban ganando terreno. Solo entonces permitió que se le recogiese á parage mas seguro. Vivió todavía algunas horas, y su cuerpo fue enterrado en los muros de la Coruña.

Los franceses no pudiendo romper la derecha de los ingleses

trataron de envolverla. Descubierto su intento avanzó Lord Paget con la reserva, y obligando á retroceder á los dragones de la Houssaye, que habian echado pie á tierra, contuvo á los demas, y aun se acercó á la altura en que estaba situada la batería francesa de once cañones. Al mismo tiempo los ingleses avanzaban por toda la línea, y á no haber sobrevenido la noche quizá la situacion del mariscal Soult hubiera llegado á ser crítica, escaseando ya en su campo las municiones; mas los ingleses contentos con lo obrado tornaron á su primera posicion, queriendo embarcarse bajo el amparo de la oscuridad. Fue su pérdida de 800 hombres: asegúrase haber sido mayor la de los franceses. El general Hope, en quien habia recaido el mando en gefe, creyó prudente no separarse de la resolucion tomada por Sir Juan Moore, y entrada la noche ordenó que todo su ejército se embarcase, protegiendo la operacion los generales Hill y Berosford.

Embárcanse los ingleses.

En la mañana siguiente viendo los franceses que estaba abandonado el monte Mero, y que sus contrarios les dejaban la tierra libre acogiéndose á su preferido elemento, se adelantaron, y desde la altura de San Diego con cañones de grueso calibre, de que se habian apoderado en la de las Angustias de Betanzos, empezaron á hacer fuego á los barcos de la bahía. Algunos picaron los cables, y se quemaron otros que con la precipitacion habian varado. Los moradores de la Coruña no solo ayudaron á los ingleses en su embarco con desinteresado celo, sino que tambien les guardaron fidelidad no entregando inmediatamente la plaza. Noble ejemplo, rara vez dado por los pueblos cuando se ven desamparados de los mismos de quienes esperaban proteccion y ayuda.

Así terminó la retirada del general Moore, censurada de algunos de sus propios compatriotas, y defendida y aun alabada de otros. Dejando á ellos y á los militares el exámen y crítica de esta campaña, pensamos que sirvió de mucho para la gloria y buen nombre del general Moore la casualidad de haber tenido que pelear antes de que sus tropas se embarcasen, y tambien acabar sus dias honrosamente en el campo de batalla. Por lo demas si un ejército veterano y disciplinado como el inglés, provisto de cuantiosos recursos, empezó antes de combatir una retirada, en cuya marcha hubo tanto desórden, tanto estrago, tantos escándalos, ¿quién podrá extrañar que en las de los españoles, ejecutadas despues de haber lidiado, y con soldados bisoños, escasos de todo y en su propio país, hubiese dispersiones y desconciertos? No decimos esto en menoscabo de la gloria Británica; pero sí en reparacion de la nuestra, tan vilipendiada por ciertos escritores ingleses de los mismos que se hallaron en tan funesta campaña.

Entrega de la Coruña.

Difícil era que despues de semejante suceso resistiese la Coruña largo tiempo. El recinto de la plaza solo la ponia al abrigo de un rebate; mas ni sus baterías, ni sus murallas

estaban reparadas, ni eran de suyo bastante fuertes. No haber mejorado á tiempo sus obras pendió en parte del descuido que nos es natural, y tambien de la confianza que con su llegada dieron los ingleses. Era gobernador Don Antonio Alcedo, y el 19 capituló. Entró el 20 en la plaza el mariscal Soult, y puso autoridades de su bando. Dispersóse la junta del reino, y la audiencia, el gobernador y los otros cuerpos militares, civiles y eclesiásticos prestaron homenage al nuevo rey José.

Del Ferrol.

No tardó Soult en volver los ojos al Ferrol, y ya el 22 empezaron á aproximarse á la plaza partidas avanzadas de su ejército. Aquel arsenal, primero de la marina española, era inatacable del lado de mar, de donde solo se puede entrar con un viento y por boca larga y estrecha: no estaba por tierra tan bien fortalecido. Hallábase el pueblo con ánimo levantado, sosteniéndole unos 300 soldados que habian llegado el 20. Era comandante del departamento Don Francisco Melgarejo, anciano é irresoluto, y comandante de tierra Don Joaquin Fidalgo. No se habia tomado medida alguna de defensa, ni tenido la precaucion de poner á salvo los buques de guerra allí fondeados. Dichos gefes y la junta peculiar del pueblo desde luego se inclinaron á capitular; mas no osando declararse tuvieron que responder con la negativa á la reiterada intimacion de los franceses. Al fin el 26 habiendo estos descubierto algunas obras de batería, y apoderádose de los castillos de Palma y San Martin, pudieron las autoridades prevalecer en su opinion y capitularon, entrando el 27 de mañana en el Ferrol el general Mermet. Fueron los términos de la rendicion los mismos de la Coruña, y por los que sometiéndose á reconocer á José, solo se añadieron algunos artículos respecto de pagas, y de que no se obligase á nadie á servir contra sus compatriotas. Don Pedro Obregon, preso desde el levantamiento de mayo, fue nombrado comandante del departamento, en cuya dársena, entre buenos y malos, habia siete navíos, tres fragatas y otros buques menores.

Que estas plazas se hubiesen rendido visto su mal estado y el desmayo que causó el embarco de los ingleses, cosa natural era; pero no que en una capitulacion militar se estipulase el reconocimiento de José, ejemplo no dado todavía por las otras partes del reino, ni por la capital de la monarquía, de donde provino que las mencionadas capitulaciones excitaron la indignacion de la junta central, que fulminó contra sus autores una declaracion tal vez demasiadamente severa.

Estado de Galicia.

Aterrada Galicia con la pérdida de sus dos principales plazas, y sobre todo con la retirada de los ingleses, apenas dió por algun tiempo señales de vida. Hubo pocos pueblos que hiciesen demostracion de resistir, y los que lo intentaron fueron luego entrados por el vencedor. A todas partes cundió el desaliento y la tristeza. Solo en pie y en un rincon quedó Romana con

escasos soldados. Los franceses no le habian en un principio molestado; pero posteriormente, yendo en su busca el general Marchand, trató de atacarle en el punto de Bibey. Replegóse á Orense el general español: persiguióle el francés hasta que continuando aquel hácia Portugal, desistió el último de su intento, pasando poco despues á Santiago, en donde habia entrado el 3 de febrero el mariscal Soult sin tropiezo y camino de Tuy.

Paradero de Romana.

El marqués de la Romana luego que salió de Orense estableció su cuartel general en Villaza, cerca de Monterey, trasladándose despues á Oimbra. En los últimos dias de enero celebró en el primer pueblo una junta militar para determinar lo mas conveniente, hallándose con pocas fuerzas, sin recursos, y los ingleses ya embarcados. Opinaron unos por ir á Ciudad-Rodrigo, otros por encaminarse á Tuy; prevaleciendo el dictámen que fue mas acertado de no alejarse del pais que pisaban, ni de la frontera de Portugal.

Sucede á Soult el mariscal Ney.

Mientras tanto tomó el mando de Galicia el mariscal Ney en lugar de Soult, que moviéndose del lado de Tuy, segun hemos indicado, se preparaba á internarse en Portugal. Ocuparon fuerzas francesas las principales ciudades de Galicia, y tranquila esta por entonces puso tambien Ney su atencion del lado de Asturias, cuyo territorio afortunadamente habia quedado libre en medio de tan general desdicha. Mas adelante hablaremos de lo que ocurrió en aquella provincia. Instanos ahora volver la vista á Napoleon, á quien dejamos en Astorga.

Vuelta de Napoleon a Valladolid.

Descansó alli dos dias, hospedándose en casa del obispo á quien trató sin miramiento. Y desasosegado con noticias que habia recibido de Austria, no creyendo ya necesario prolongar su estancia vista la priesa con que los ingleses se retiraban volvió atras y se dirigió á Valladolid, en cuya ciudad entró en la tarde del 6 de enero.

Aspero recibimiento que hace Napoleon á las autoridades.

Alojóse en el palacio real, y al instante mandó venir á su presencia al ayuntamiento, á los prelados de los conventos, al cabildo eclesiástico y á las demas autoridades. Queria imponer ejemplar castigo por las muertes de algunos franceses asesinados, y sobre todo por la de dos, cuyos cadáveres fueron descubiertos en un pozo del convento de San Pablo de dominicos. Iba al frente de los llamados el ayuntamiento, corporacion de repente formada en ausencia de los antiguos regidores, que los mas habian huido despues de la rota de Burgos. Procurando dicho cuerpo mantener órden en la ciudad, habia preservado de la muerte á varios extraviados del ejército enemigo, y puéstolos con resguardo en el monasterio de San Benito, motivo por el que antes merecia atento trato del extrangero que amargas reconvenciones. Sin embargo el emperador francés recibióle con rostro entenebrecido, y le habló en tono áspero y descompuesto echándole en cara los asesinatos cometidos. De los

presentes se atemorizaron con sus amenazas aun los mas serenos, y el que servia de intérprete no acertando á expresarse impacientó á Napoleon, que con enfado le mandó salir del aposento donde estaba, llamando á otro que desempeñase mejor su oficio. No menos alterado prosiguió en su discurso el altivo conquistador, usando de palabras impropias de su dignidad, hasta que al cabo despidió á las corporaciones españolas, repitiendo nuevas y terribles amenazas.

Angustias del ayuntamiento de Valladolid.

Triste y pensativo volvia el ayuntamiento á su morada cuando algunos de sus individuos, queriendo echar por un rodeo para evitar el encuentro de tropas que obstruian el paso, un piquete francés de caballería que de lejos los observaba intimóles que iban presos, y que asi fuesen por el camino mas recto. Restituidos todos á las casas consistoriales, entró á poco por aquellas puertas un emisario del emperador con órden que este le habia dado, teniendo el relox en la mano, de que si para las doce de la noche no se le pasaba la lista de los que habian asesinado á los franceses, haria ahorcar de los balcones del ayuntamiento á cinco de sus individuos. Sin intimidarse con el injusto y bárbaro requerimiento, reportados y con esfuerzo respondieron los regidores que antes perecerian siendo víctimas de su inocencia, que indicar á tientas y sin conocimiento personas que no creyesen culpables.

A las nueve de la noche presentóse tambien repitiendo á nombre del emperador la anterior amenaza Don José de Hervas, el mismo que en el abril de 1808 habia acompañado á Madrid al general Savary, y quien como español se hizo mas fácilmente cargo de las razones que asistian al ayuntamiento. Sin embargo manifestó á sus individuos que corrian grave peligro, mostrándose Napoleon muy airado. No por eso dejaron aquellos de permanecer firmes y resueltos á sufrir la pena que arbitrariamente se les quisiera imponer. Sacóles luego del ahogo, y por fortuna para ellos, un tal Chamochin, de oficio procurador del número, el cual habiendo sido en tan tristes dias nombrado corregidor interino, quiso congraciarse con el invasor de su patria delatando como motor de los asesinatos á un adobador de pieles llamado Domingo que vivia en la plaza mayor. Por desgracia de este encontráronse en su casa ropa y otras prendas de franceses, ya porque en realidad fuera culpado, ó ya mas bien, segun se creyó, por haber dichos efectos llegado casualmente á sus manos. Fue preso Domingo con dos de sus criados y condenados los tres á la pena de horca. Ajusticiaron á los últimos perdonando Napoleon al primero, mas digno de muerte que los otros si habia delito. Llegó el perdon estando Domingo al pie del patíbulo: le obtuvo á ruego de personas respetables, del mencionado Hervas, y sobre todo movidos varios generales de las lágrimas y clamores

Suplicio de algunos españoles, y perdon de uno de ellos.

de la esposa del sentenciado, en extremo bella y de familia honrada de la ciudad. Tambien contribuyeron á ello los benedictinos, de quienes Napoleon hacia gran caso, recordando la celebridad de los antiguos y doctos de la congregacion de San Mauro de Francia. No así de los dominicos, cuyo convento de San Pablo suprimió en castigo de los franceses que en él se habian encontrado muertos.

Temores de guerra con Austria. Prepárase Napoleon á volver á Francia.

Mas en tanto otros cuidados de mayor gravedad llamaban la atencion de Napoleon. En su camino á Astorga habia recibido un correo con aviso de que el Austria se armaba : novedad impensada y de tal entidad que le impelia á volver prontamente á Francia. Así lo decidió en su pensamiento ; mas paróse en Valladolid diez dias, queriendo antes asegurarse de que los ingleses proseguian en su retirada, y tambien tomar acerca del gobierno de España una determinacion definitiva. Cierto de lo primero apresuróse á concluir lo segundo. Para ello hizo venir á Valladolid los diputados del ayuntamiento de Madrid y de los tribunales que le fueron presentados el 16 de enero. Traian consigo el expediente de las firmas de los libros de asiento que se abrieron en la capital, á fin de reconocer y jurar á José : condicion que para restablecer á este en el trono habia puesto Napoleon, pareciéndole fuerte abracijo lo que no era sino forzada ceremonia. Recibió el emperador francés con particular agasajo á los diputados españoles, y les dijo que accediendo á sus súplicas verificaria José dentro de pocos dias su entrada en Madrid.

Recibe en Valladolid á los diputados de Madrid.

Opinion é intentos de Napoleon sobre España.

Dudaron entonces algunos que Napoleon se hubiera resuelto á reponer á su hermano en el solio, si no se hubiese visto amenazado de guerra con Austria. En prueba de ello alegaban el haber solo dejado á José despues de la toma de Madrid el título de su lugar-teniente, y tambien el haber en todo obrado por sí y procedido como conquistador. No deja de fortalecer dicho juicio la conversacion que el emperador tuvo en Valladolid con el ex-arzobispo de Malinas Mr. de Pradt. Habia este acompañado desde Madrid á los diputados españoles ; y Napoleon antes de verlos, deseoso de saber lo que opinaban y lo que en la capital ocurria, mandó á aquel prelado que fuese á hablarle. Por largo espacio platicaron ambos sobre la situacion de la Península, y entre otras cosas dijo Napoleon : * « No conocia yo « á España : es un pais mas hermoso de lo que pen- « saba. Buen regalo he hecho á mi hermano, pero los españoles « harán con sus locuras que su pais vuelva á ser mio : en tal caso « le dividiré en cinco grandes vireinatos. » Continuó así discurriendo é insistió con particularidad en lo útil que seria para Francia el agregar á su territorio el de España. Intento que sin duda estorbó por entonces el nublado que amagaba del Norte, temeroso del cual partió para París el 17 de enero de noche y repentina-

(* Ap. n. 2.)

mente, haciendo la travesía de Valladolid á Burgos á caballo y con pasmosa celeridad.

Parte para Francia.

En el intervalo que medió desde principios de diciembre hasta últimos de enero disgustado José con el título de lugar-teniente se albergaba en el Pardo, no queriendo ir á Madrid hasta que pudiese entrar como rey. Sin embargo esperanzado en los primeros dias del año de volver á empuñar el cetro, pasó á Aranjuez y revistó allí el primer cuerpo mandado por el mariscal Victor, y con el cual procedente de Toledo se pensaba atacar al ejército del centro, cuyas reliquias rehechas algo en Cuenca, se habian en parte aproximado al Tajo.

José en el Pardo. Pasa una revista en Aranjuez.

El inesperado movimiento de los españoles era hijo de falsas noticias y del clamor de los pueblos que expuestos al pillage y extorsiones del enemigo, acusaban á nuestros generales de mantenerse espectadores tranquilos de los males que los agobiaban. Para acudir al remedio y acallar la voz pública habia el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Movimiento del ejército español del centro. Planes de su gefe el duque del Infantado.

Por fin decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra con otra division de igual fuerza. Debia el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, antes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venegas por su parte situado en Uclés determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de estos se reducia á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas, una al mando de Don Pedro Agustin Giron debia amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa habia de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entre dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fue causa del extravío de casi toda su ca-

Ataque de Tarancon.

ballería. Giron aunque salió mas tarde llegó sin tropiezo al punto que se le habia señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venégas y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallon de guardias españolas y otro de tiradores de España puestos ya en columna no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza extraviada en el camino no llegó hasta despues: y entonces su gefe Don Rafael Zambrano desistió de todo perseguimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pérdida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros fue de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos gefes, achacándose mútuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa fueron en este caso como en otros muchos la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuia, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3,000 caballos. Sospechando Venégas los intentos del enemigo comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que seria prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su línea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida, y ya fuese enemistad contra Venégas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Avanza el mariscal Victor.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en gefe, juntó Venégas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venégas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprove-

Retírase Venégas á Uclés.

charse de las ventajas que le ofrecia la situacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado alcázar, y desde allí por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de fácil acceso. Venégas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de Don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotearse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Batalla de Uclés.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venégas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el patio del convento de donde divisaba la posicion y el llano que se abre al pie de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha é izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obus y tres cañones que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano con los ginetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fue en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte con su division derecho á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta del alcázar. Fue Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento creyó Venégas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posicion, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir á trote. Venégas, queriendo entonces sostener la tropa allí apostada que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á Don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inútilmente desde el convento quiso Venégas detenerlos. Contuso él mismo y ahuyentado con todo su estado mayor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería Don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguiéronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no asi los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido

el marqués de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertidos nuestros ginetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de seis cañones enemigos que dirigia el general Senarmon. No hubo ya entonces sino confusion y destrozo y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros: contóse entre los primeros al marqués de Albudeite. Tal fue el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo asi, se perdieron las tropas que antes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería y tambien algunas otras reliquias que libertó la serenidad y esfuerzo de Don Pedro Agustin Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los gefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograse. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribiale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del alcázar. No contentos con tan duro é innoble entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fue, ¡cáese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 habitantes de los principales, y á monjas, y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejía, emparentados con las mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarnecidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciendo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 500 mugeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita

violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los gefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial francés, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

Retirada del duque del Infantado.

El duque del Infantado que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntando allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuenca el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar, pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fue en Tórtola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infantado de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierra-Morena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí segun costumbre no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fue relevado del mando por órden de la junta central y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba tambien las tropas de la Carolina.

Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.

Entrada de José en Madrid.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y despues de obtener el permiso de Napoleon, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se habia preparado este recibimiento con mas esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habianse por expresa órden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores: las desgracias, amilanando los ánimos, los disponian á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastantemente á entender que las circunstancias impelian á la curiosidad, no afectuosa inclinacion. Fue recibido en la iglesia de

San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos segun el tiempo, díjose una misa, se cantó el Te Deum, y concluida la ceremonia se dirigió José por la plaza Mayor y calle de la Almudena á palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasion de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazon de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narracion en los sucesos mas abultados y decisivos, nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interés y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Sucesos de Cataluña.

Dejamos en el libro 5º la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se habia recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedicion de Gerona. De nuestra parte por entonces y en 1º de setiembre el marqués del Palacio y la junta del principado se habian de Tarragona trasladado á Villafranca con objeto de estar mas cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los tercios de toda la provincia, y se reforzó la línea del Llobregat, á cuyo parage se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

La junta del principado se trasladó á Villafranca.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro y con intento de hacer una excursion en el Panadés partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de setiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportunamente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Excursiones de Duhesme.

Los franceses, no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenia Don Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en setiembre y octubre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fue grave el acaecido en San Culgat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los refuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el es-

mero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marqués del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos arduos no siendo dado caminar en la ejecucion al són de la impaciencia pública, perdíase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la junta central á llamar al marqués del Palacio, poniendo en su lugar al capitan general de Mallorca Don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Vives sucesor del marqués del Palacio.

Teniendo este á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejército, y segun lo resuelto por la central le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19,551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Ejército español de Cataluña. Su fuerza.

Los apuros en aquella plaza del general francés Duhesme crecian en extremo: el número de sus tropas, que antes era de 10,000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fue despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitándole la capitanía general que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió Don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extrangeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policía con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado Don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas se escapasen. Tantas molestias y tropelías eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Situacion de Barcelona.

Tentativas de Vives contra aquella plaza.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fue el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente, pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo asi la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Entrada de Saint-Cyr en Cataluña.

Segun insinuamos al hablar de esta, fue destinado el 7° cuerpo á domeñar la Cataluña. Debia formarse con las tropas que alli habia á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendian á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiar noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fue su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille le comenzó el dia 7 del mencionado mes.

Sitio de Rosas.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedian por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacedero del lado de tierra á causa de la insurreccion del pais. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fue el de conservar á Barcelona*; « porque si se perdiese (decia) serian necesarios « 80,000 hombres para recobrarla. » Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

(* Ap. n. 3.)

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de poblacion 1200 almas. No cubria su

recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quísose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas : su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-Rom, término por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Honrosa resistencia de los españoles.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza : ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly : constaba la guarnicion de 5000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjas las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea inglés y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Ademas el general Souham, para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia en Gerona, se situó con su division entre Figueras y el Fluviá, y ocupó á la Junquera con dos batallones el general Chavert.

Se habia lisonjeado el francés Reille de tomar por sorpresa á Rosas : así lo deseaba su general en gefe solícito de acudir al socorro de Barcelona y temeroso de la desercion que empezaba á notarse en la division italiana de Pino. De esta fueron cogidos por los somatenes varios soldados, y el general Saint-Cyr que presumia de humano envió en rehenes á Francia hasta el cange igual número de habitantes, prefiriendo este medio al de quemar los pueblos, antes usado por sus compatriotas. Mas los catalanes consideraron la nueva medida como mas injusta, imaginándose que los enviaban á servir al Norte.

Desde el 7 de noviembre que aparecieron los franceses delante de Rosas, y en cuyo dia los españoles hicieron una vigorosa salida, sobreviniendo copiosas lluvias no pudieron los primeros traer su artillería ni empezar sus trabajos hasta el 16. Entonces resolvió el general Saint-Cyr embestir simultáneamente la ciudadela y el fortin de la Trinidad. Emprendióse el ataque de aquella por el baluarte llamado de la Plaza, del lado opuesto á la villa, y por donde se ejecutó tambien la acometida en el sitio del año de 1795, al cual habia asistido el general enemigo Sanson, gefe ahora de los ingenieros.

Continuaron los trabajos por esta parte hasta el 25. Aquel dia dueños los franceses de un reducto, cabezá del atrincheramiento que cubria la villa, pensaron que seria conveniente apoderarse de esta para atacar despues la ciudadela por el frente comprendido entre los baluartes de Santa Maria y San Antonio. Fue entrada la villa en la noche del 26 al 27 á pesar de porfiada resistencia: de 500 hombres que la defendian 300 quedaron muertos, 150 fueron hechos prisioneros; pudieron los otros salvarse. El enemigo intimó entonces la rendicion á la ciudadela; contestósele con la negativa.

Al mismo tiempo el fortin de la Trinidad fue desde el 16 bizarramente defendido por su comandante Don Lotino Fitzgerald. Los ingleses juzgando inútil la resistencia habian retirado la gente que dentro habian metido; pero llegando poco despues el intrépido Lord Cockrane con amplias facultades del almirante Collingwood, reanimó á los españoles entrando en el fuerte con unos 80 hombres, y unidos todos rechazaron el 30 el asalto de los enemigos que creian practicable la brecha.

La guarnicion de Rosas habia vivido esperanzada de que se la socorreria por tierra; mas limitóse el auxilio á un movimiento que el 24 hizo la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez: cruzó este el Fluviá y arrolló al principio los puestos avanzados de los franceses, que rehechos repelieron despues á los nuestros, cogiendo prisionero al 2º comandante Don José Lebrun. Serenado el general Saint-Cyr con esto y con ver que el ejército español de Vives no avanzaba segun temia, trató de acabar prontamente el sitio de la ciudadela de Rosas.

Capitulacion de Rosas.

Dirigíase el principal ataque contra la cara derecha del baluarte de Santa María, y los trabajos prosiguieron con ardor en los dias 1º y 2 en que inútilmente intentaron los sitiados hacer una salida. Por fin el 5, estando la brecha practicable y despues de 29 dias de asedio, capituló honrosamente el gobernador quedando la guarnicion prisionera de guerra. Tuvo mayor ventura Don Lotino Fitzgerald comandante del fortin de la Trinidad, habiéndose embarcado él y su gente con la ayuda y diligencia de Lord Cockrane, quien tal vez hubiera del mismo modo salvado la guarnicion de la ciudadela si hubiera sido comodoro del apostadero inglés.

Avanza Saint-Cyr camino de Barcelona.

Desembarazado el general Saint-Cyr del sitio de Rosas, se adelantó á socorrer á Barcelona con 15,000 infantes y 1500 caballos, despues de haber dejado en el Ampurdan la division del general Reille. Hubiera corrido riesgo el general francés de ser detenido en el camino, si D. Juan de Vives en vez de mantener sus tropas en derredor de Barcelona, le hubiese salido al encuentro en alguno de los sitios oportunos del tránsito: cosa tanto mas hacedera cuanto despues de sus infructuosas tentativas sobre Barcelona se le habian agregado en noviembre las

divisiones de Granada y Aragon y otros cuerpos sueltos. Constaba la primera, al mando de Don Teodoro Reding, de 11,700 infantes y 670 caballos, y la segunda de unos 4000 hombres regidos por el marqués de Lazan, quien pasó á engrosar la vanguardia despues de lo acaecido el 24 en las riberas del Fluviá.

Vives y las divisiones de Reding y Lazan.

Insistia el general Vives en acometer á Barcelona estimulado tambien por las ofertas de los comandantes de las fuerzas navales inglesas apostadas delante del puerto. Estas hicieron el 19 de noviembre un fuego vivísimo contra la plaza, cuyos habitantes á pesar del daño que recibian estaban alborozados y palmoteaban desde sus casas al ver la pesadumbre que el ataque causaba á los franceses: lo cual irritando sobremanera al comandante Lecchi, prohibió á los habitantes asomarse á las azoteas en dias de refriega.

Orden singular dada por Lecchi en Barcelona.

Mal informado el general Vives dirigió á dicho general Lecchi y al español Casanova proposiciones de acomodamiento si le dejaban entrar en la plaza. Las desecharon ambos, notándose en la respuesta de Lecchi la dignidad conveniente. Creyeron sin embargo algunos que sin la pronta llegada del general Saint-Cyr, y conducida de otra manera la negociacion, quizá no hubiera esta sido infructuosa.

Trata Vives de seducirle á él y á otros.

Don Juan Vives resolvió repetir el 26 el ataque que habia emprendido el 8. Ejecutado esta vez con mayor felicidad fueron los franceses rechazados hasta Barcelona, y se cogieron prisioneros 104 hombres que defendian la favorable posicion de San Pedro mártir. Prosiguieron las ventajas el 27, adelantándose el cuartel general á San Feliú de Llobregat, á legua y media de Barcelona. Desde donde y con deseo siempre de estrechar al enemigo, se le acometió de nuevo el 5 de diciembre, consiguiendo clavar los cañones y destruir las obras que habia formado en la falda de Monjuich.

Ataques de Vives el 26 y 27 de noviembre en las cercanías de Barcelona.

Del 5 de diciembre.

Pero eran cortas estas ventajas al lado de las que hubieran podido alcanzarse yendo en busca de Saint-Cyr. Sacrificóse todo al deseo de enseñorearse de la capital del principado. Sin embargo en la noche del 11 de diciembre sabedor Vives de que aquel general se habia movido el 8 con señales de ir la vuelta de Barcelona, mandó á Don Teodoro Reding que se adelantase hácia Granollers. Recibiéndose posteriormente confirmacion del primer aviso, se celebró un consejo de guerra, en el que variando segun costumbre los pareceres, no se siguió el de Caldagués que era el mas acertado, y segun el cual debiera haberse ido al encuentro de Saint-Cyr con la mayor parte de las fuerzas, dejando delante de Barcelona 4000 hombres bien atrincherados Resolvióse pues lo contrario, y solo salió Vives con algunas tropas

Reding y Vives van al encuentro de Saint-Cyr.

á unirse á Reding. Ambos generales juntaron 8000 hombres, agregándoseles ademas los somatenes. Al propio tiempo se previno al marqués de Lazan que separándose de la vanguardia que estaba en Gerona, siguiese la huella del francés, sin atacarle por la espalda hasta que el mismo Vives lo hiciese por el frente, y al coronel Milans que se apostase con cuatro batallones en Coll-Sacreu para molestar al enemigo si queria echarse del lado de la marina, ó sino concurrir con los demas á la accion general que se esperaba.

Continua Saint-Cyr su marcha.

Apremiado el general Saint-Cyr, con la urgente necesidad de socorrer á Barcelona, no se empeñó en combatir al marqués de Lazan, quien por su parte esquivó tambien todo serio reencuentro. En seguida maniobró el general francés para disfrazar su intencion, y el 11 preparóse á marchar con rapidez y sin embarazos. Asi fue que enviando á Figueras la artillería, repartió á sus soldados víveres para cuatro dias, distribuyóles á razon de 50 cartuchos, y llevó 150,000 de reserva á lomo de acémilas. El 12 abrió la marcha desde La Bisbal, teniendo en el camino algunos choques con los miqueletes de Don Juan Clarós. Enderezóse á Hostalrich, y al llegar á las alturas que le dominan con gran júbilo vió que Vives ni se habia aun adelantado hasta allí, ni ocupado las gargantas del rio Tordera, en cuyas estrechuras bastando un corto número de hombres para detener á los suyos, hubieran en breve consumido las municiones que consigo traian.

Continuó el general Saint-Cyr su marcha, y el 15 para librarse de los fuegos de Hostalrich, dió vuelta á la plaza por un sendero agrio y desconocido, tornando luego á tomar el camino de Barcelona. Salió de Vallgorguina á incomodarle el coronel Milans, viéndose el general francés obligado á retardar su marcha á causa de las cortaduras practicadas en el desfiladero de Treinta Pasos. Mas vencidos los obstáculos acampó ya por la noche su ejército al raso á una legua del que mandaba Vives, quien pasando el Cardedeu se habia colocado en ventajoso puesto entre Llinas y Villalba. La situacion de los franceses, á pesar de las faltas que cometieron los nuestros, no dejaba de ser crítica. Por su frente tenian á Vives, flanqueábalos Milans á su izquierda, y detras los seguian Clarós y Lazan. Estaban privados de artillería, escaseábanles los víveres, solamente les quedaban municiones para una hora, y eran sus tropas un conjunto de soldados nuevos de varias naciones. Si Vives hubiera sabido aprovecharse de tales ventajas, quizá se habria repetido aqui la jornada de Bailen, y calificádose de intempestivo y temerario el movimiento del general Saint-Cyr, que por su buen éxito mereció el nombre de atrevido y sabio.

Batalla de Llinas o Cardedeu.

Amaneció el 16 de diciembre, y el general español aguardaba á sus contrarios colocado en la loma que se levanta despues de Cardedeu y Villalba, y termina en la Riera de la Roca. En lo mas elevado de ella y á la derecha del camino

real situó cinco piezas, dejando dos á la izquierda. Formó su columna en batalla, y desplegó sobre la derecha que mandaba Reding, ocupando el costado opuesto de la línea el somaten de Vique. Como el objeto del general francés era pasar á toda costa, decidió combatir en una sola columna que rompiese por medio de los españoles. Comenzó el ataque la division de Pino con órden expresa de no desviarse de lo resuelto por el general en gefe, pero en contravencion á ello habiendo una de sus brigadas desplegado sobre la izquierda, hubo de comprometer á los franceses en una refriega que hubiera sido su perdicion á haberse prolongado. El peligro fue para ellos grande durante algun tiempo. La brigada que habia desplegado no solo fue rechazada, mas tambien ahuyentada, y destrozado uno de sus regimientos por el de húsares españoles, á cuyo frente estaba el coronel Ibarrola, quedando prisioneros 2 gefes, 15 oficiales y unos 200 soldados. Acudió pronto y oportunamente al remedio el general Saint-Cyr.

De un lado hizo que la division Souham contuviese la brigada puesta en desórden, al mismo tiempo que de otro amenazaba la izquierda española, que era la parte mas flaca y desguarnecida, disponiendo igualmente que el general Pino con la 2ª brigada prosiguiese el ataque en columna, y rompiese nuestra línea. Ejecutada la operacion á un tiempo y en buena sazon, se cambió la suerte de las armas, y el ejército español fue envuelto y puesto en derrota. Perdiéronse cinco de los siete cañones que habia, salvándose los dos por la actividad y presencia de ánimo del teniente Ulzurrum. Nuestra pérdida fue de 500 muertos y de 1000 entre heridos y prisioneros. Mayor la de los franceses, por el daño que al principio experimentaron de la artillería española. Salvóse el general Vives á pie y por sendas extraviadas, y el general Reding ayudado de la velocidad de su caballo pudo juntarse á una columna de infantería y caballería que con el mayor órden se retiró por el camino de Granollers á San Culgat. Allí tomó el mando interinamente dicho general, y se acogió á la derecha del Llobregat, á donde se transfirió el conde del Caldagués, quien aunque salvó la artillería y municiones, tuvo por la priesa que abandonar los inmensos acopios almacenados en Sarriá, los cuales sirvieron de mucho al enemigo. El marqués de Lazan que no tomó parte en la batalla, retrocedió despues á Gerona, y el coronel Milans se mantuvo en Arenys algunos dias sin ser molestado.

Son derrotados los españoles.

Se retiran al Llobregat.

Graves y desgraciadas fueron las resultas de la accion de Llinas ó Cardedeu, no tanto por la pérdida de una parte del ejército y por el socorro que introdujeron los franceses en Barcelona, cuanto por el desánimo que causó en los españoles, y los alientos que comunicó á los bisoños y mal seguros soldados del enemigo.

Llegó el general Saint-Cyr el 17 delante de Barcelona. No rei-

Llega Saint-Cyr á Barcelona.

naba entre él y el general Duhesme el mejor acuerdo, mostrándose este descontento con recibir un gefe superior, y al que luego se dirigieron quejas y reclamaciones. Por entonces ansioso Saint-Cyr de perseguir á los españoles no tomó acerca de ellas providencia, y el 20 despues de haber dado á sus tropas dos dias de descanso, salió para el Llobregat y se situó en la márgen izquierda, reforzado su ejército con cinco batallones de la division del general Chabran.

Avanza al Llobregat.

Situacion de los españoles.

Al otro lado habian reunido los españoles el suyo que con la derrota del 16 y dispersion que ella causó en todas las tropas no ascendia arriba de 10,000 infantes y 900 caballos con artillería numerosa. Allí llegó el general Vives que se habia embarcado en Mataró, y que despues de aprobar las medidas tomadas en su ausencia pasó á Villafranca para obrar en union con la junta del principado.

Luego que se alejó asomaron los franceses, é indeciso Don Teodoro Reding de si se retiraria ó no, consultó al general en gefe que tardó en contestar, haciéndolo al fin de un modo ambiguo, lo cual decidió al primero á sostenerse en su puesto. El ejército español estaba atrincherado en la márgen derecha del Llobregat, en las colinas en que rematan las alturas de Ordal, extendiéndose desde San Vicente hasta Pallejá. Mandaba la derecha el brigadier D. Gaspar Gomez de la Serna, la izquierda el mariscal de campo Cuadrado, manteniéndose Reding juntamente con Caldagués en uno de los reductos que habian levantado en el camino real de Valencia.

Batalla de Molins de Rey.

El enemigo al alborear del 21 empezó su ataque. Apostóse el general Chabran en Molins de Rey, que estaba á la derecha de los franceses, y de donde la batalla tomó el nombre; vadeando la division del general Pino el Llobregat por San Feliú, al tiempo que Souham con su tropa le cruzaba por San Juan del Pi. Habian en un principio creido los españoles que su izquierda seria la primera atacada, mas cerciorados de lo contrario mejoraron su posicion, haciendo los peones acertado fuego. El desaliento no obstante era grande desde la accion de Llinas, y no habia corrido suficiente tiempo para que se borrase en la mente del soldado tan funesta impresion. Envolvieron los enemigos la derecha española; arrojáronla sobre el centro, y cayendo unos y otros sobre la izquierda, ya no hubo sino desconcierto, acorralados los nuestros contra el puente de Molins de Rey. A las diez de la mañana llegó Vives solamente para presenciar la destruccion de los suyos. El ejército español estuvo muy expuesto á ser del todo cogido por los franceses; á no haberse los soldados desbandado y tirado cada uno por donde encontró salida. Fue considerable nuestra pérdida, principalmente de gefes: el brigadier la Serna murió en Tarragona de las

Derrota de los españoles y tristes resultas.

cuchilladas recibidas; el de Caldagués cayó prisionero y lo mismo varios coroneles. Quedó en poder de los contrarios toda la artillería.

Por loable que fuera el deseo que animaba al general Reding, con razon debió tacharse de extrema imprudencia el aventurar una accion con un ejército que ademas de novel, acababa pocos dias antes de ser desecho y en parte disperso. Así fue que el general Saint-Cyr maniobrando con sumo arte, sin grande esfuerzo desbarató completamente nuestras filas atropellándose unos soldados sobre otros. Aciagas y de trascendencia fueron las resultas. Perdiéronse las armas que arrojaron los infantes, se abandonaron los cuantiosos almacenes que habia en el Llobregat, en Villafranca del Panadés y en Villanueva de Sitges, y en fin, deshízose enteramente el ejército. Cataluña quedó casi toda ella á merced del vencedor, que no solo forzó el paso del Brudh para él tan ominoso, sino que tambien derramó por todas partes el espanto y la desolacion.

Embarazosa tambien la situacion de Saint-Cyr.

Admiró á algunos que el general Saint-Cyr permaneciese ocioso, alcanzadas tales ventajas, y atribuíanlo á la condicion perezosa de que le tachaban. Pero otros motivos obraron en su mente para proceder con lentitud y circunspeccion. Habia en su ejército á pesar de los acopios cogidos mucha escasez por la necesidad de abastecer á Barcelona; el pais que le rodeaba estaba ya agotado, la comunicacion con Francia no fácil, y los obstáculos mayores cada dia por el pronto retoño de la guerra de somatenes, contra cuyos continuos y desparramados esfuerzos se estrellaba la pericia de los generales franceses.

Acontecimientos de Tarragona.

Era por cierto situacion esta embarazosa para ellos, y de grande ayuda para los españoles, cuyos dispersos se iban allegando á Tarragona. En sus muros alborotóse el pueblo, y amenazó de muerte al general Vives, quien para preservarse de una catástrofe casi inevitable, rotos los vínculos de la subordinacion, dejó el mando, que recayó en Don Teodoro Reding, grato á la opinion popular. Poco á poco recobró la autoridad su fuerza, la junta se trasladó á Tortosa, y el nuevo general con actividad y celo empezó á arreglar el ejército, á la sazon descompuesto é insubordinado. Todo anunciaba mejora, mas todo se malogró, como veremos despues por la fatal manía de dar batallas, y tambien por el laudable deseo de socorrer á Zaragoza.

Sucede Reding á Vives.

Segundo sitio de Zaragoza.

Esta ciudad, si bien ilustró su nombre en el primer sitio, ahora le engrandeció en el segundo, perpetuándole con nuevas proezas y con su imperturbable constancia, en medio de padecimientos y angustias. Situada no lejos de la frontera de Francia temióse contra ella ya

Preparativos de defensa.

en setiembre un nuevo y mas terrible acometimiento. Palafox como general advertido aprestóse á repelerle, fortificando con esmero y en cuanto se podia poblacion tan extensa y descubierta. Encargó la direccion de las obras á Don Antonio San Genis, ya célebre por lo que trabajó en el primer sitio. El tiempo y los medios no permitian convertir á Zaragoza en plaza respetable. Hubo varios planes para fortalecerla : adoptóse como mas fácil el de una fortificacion provisional, aprovechándose de los edificios que habia en su recinto. Por la márgen derecha del Ebro se recompuso y mejoró el castillo de la Aljafería, estableciendo comunicacion con el Portillo por medio de una doble caponera, y asegurando bastantemente la defensa hasta la puerta de Sancho. Del otro lado del castillo hasta el puente de Huerva se habian fortificado los conventos intermedios, se habia levantado un terraplen revestido de piedra, abierto en partes un foso y construido en el mismo puente un reducto que se denominó del Pilar. De allí un atrincheramiento doble se extendia al monasterio de Santa Engracia, cuyas ruinas se habian grandemente fortalecido. En seguida y hasta el Ebro defendian la ciudad varias obras y baterías, no habiéndose descuidado fortificar el convento de San José, que situado á la derecha de Huerva descubria los ataques del enemigo, y protegia las salidas de los sitiados. En el monte Torrero solo se lavantó un atrincheramiento, no creyendo el puesto susceptible de larga resistencia. Por la ribera izquierda del Ebro se resguardó el arrabal con reductos y flechas, revestidos de ladrillo ó adove, haciendo ademas cortaduras en las calles y aspillerando las casas. Otro tanto se practicó en la ciudad, tapiando los pisos bajos, atronerando los otros y abriendo comunicaciones por las paredes medianeras. Las quintas y edificios, los jardines y los árboles que en derredor del recinto quedaban aun en pie despues de los destrozos del primer sitio, se arrasaron para despejar los contornos. Todos los moradores á porfía y con afanado ahinco coadyuvaron á la pronta conclusion de los trabajos emprendidos.

La artillería no era en general de grueso calibre. Habia unas 60 piezas de á 16 y 24, sacadas por la mayor parte del canal en donde los franceses las habian arrojado: apenas se hizo uso de los morteros por falta de bombas. Se reservaban en los almacenes provisiones suficientes para alimentar 15,000 durante seis meses; cada vecino tenia un acopio particular para su casa, y los conventos muchas y considerables vituallas. En un principio no se contaba para la defensa sino con 14 ó 15,000 hombres : aumentáronse hasta 28,000 con los dispersos de Tudela que se incorporaron á la guarnicion. Era segundo de Palafox Don Felipe Sain-March ; mandaba la artillería el general Villalba, y los ingenieros el coronel San Genis. Componíase la caballería de 1400 hombres á las órdenes del general Butron.

Disposiciones de los franceses.

Los franceses despues de la batalla de Tudela tambien se preparaban por su parte á comenzar el sitio, reuniendo en Alagon las tropas y medios necesarios. El mariscal Moncey aguardaba allí con el tercer cuerpo la llegada del quinto que mandaba el mariscal Mortier, destinados ambos á aquel objeto, y ascendiendo sus fuerzas reunidas á 35,000 hombres, sin contar con seis compañías de artillería, ocho de zapadores y tres de minadores que se agregaron. Mandaba la primera el general Dedon, y los ingenieros el general Lacoste. A todos y en gefe debia capitanear el mariscal Lannes, que por indisposicion se detuvo algunos dias en Tudela.

Presentanse delante de Zaragoza.

Unidos en Alagon el 19 de diciembre los mencionados tercero y quinto cuerpo, presentáronse el 20 delante de Zaragoza, uno por la ribera derecha del Ebro, otro por la izquierda. Antes de formalizar el sitio pensó el mariscal Moncey general en gefe por ausencia de Lannes, en apoderarse del monte Torrero, que resguardaba con 5000 hombres Don Felipe Saint-March. Para ello al amanecer del 21 coronaron sus tropas las alturas que dominan aquel sitio, al mismo tiempo que distrayendo la atencion por nuestra izquierda, se enseñorearon, por la derecha, del puente de la Muela y de la Casa-Blanca. Desde allí flanquearon la batería de Buena-Vista, en la que volándose un repuesto de granadas con una arrojada por los enemigos, causó desórden y obligó á los nuestros á abandonar el puesto. Entonces Saint-March descubierto por su derecha pegó fuego en Torrero al puente de América, y se replegó al reducto del Pilar, en donde repelidos los enemigos tuvieron que hacer alto. De mal pronóstico era para la defensa de Zaragoza la pérdida de Torrero: en el anterior sitio igual hecho habia costado la vida al oficial Falcó: en el actual avínole bien á Saint-March para no ser perseguido la particular proteccion de Palafox.

El mariscal Moncey se apodera del monte Torrero.

Son rechazados los franceses en el Arrabal.

Compensóse en algo este golpe con lo acaecido en el Arrabal el mismo dia. Queriendo tomarle el general Gazan empezó por acometer á los suizos del ejército español que estaban en el camino de Villamayor: superior en número los obligó á retirarse á la torre del Arzobispo, en donde si bien se defendieron con el mayor valor, dándoles ejemplo su gefe Don Adriano Walker, quedaron allí los mas muertos ó prisioneros. Animados los franceses embistieron tres de las baterías del arrabal, en cuyo parage mandaba Don José Manso. Durante cinco horas persistieron en sus acometidas. Infructuosamente llegaron algunos hasta el pie de los cañones del Rastro y el Tejar. El coronel de artillería Don Manuel Velasco que dirigia los fuegos, cubrióse aquel dia de gloria por su acierto y bizarra serenidad. Mucho igualmente influyó con su presencia Don José Palafox, que acudia adonde mayor pe-

ligro amagaba. El éxito fue muy feliz para los españoles, y el haber sido rechazado el enemigo, asi en este como en otros puntos, comunicó aliento á los aragoneses, y convenció al francés que tampoco en esta ocasion seria ganada de rebate la ciudad de Zaragoza. Por eso recurrió igualmente el mariscal Moncey á la via de la negociacion; mas Palafox desechó su propuesta con ánimo levantado y arrogante*.

Intimacion á la plaza.

(* Ap. n. 4.)

Los franceses trataron entonces de establecer un riguroso bloqueo. Del lado del arrabal el general Gazan inundó el terreno para impedir las salidas de los sitiados, los cuales el 25 al mando de Don Juan Oneille desalojaron á los enemigos del soto de Mezquita, obligándolos á retirarse hasta las alturas de San Gregorio. Por la derecha del rio propuso el general Lacoste tres ataques, uno contra la Aljaferia, y los otros dos contra el puente de Huerva y convento de San José, punto que miraban los enemigos como mas flaco por no haber detras en el recinto de la plaza muro terraplenado. Empezaron á abrir la trinchera en la noche del 29 al 30 de diciembre.

Bloqueo y ataques que preparan los franceses.

Notando los españoles que avanzaban los trabajos de los sitiadores, se dispusieron el 31 á hacer una salida mandada por el brigadier Don Fernando Gomez de Butron. Fingióse un ataque en todo lo largo de la línea, enderezándose nuestra gente á acometer la izquierda enemiga. Mas advertido Butron de que por la llanura que se extiende delante de la puerta de Sancho se adelantaba una columna francesa, prontamente revolvió sobre ella, y dándole una carga con la caballería la arrolló y cogió 200 prisioneros. Palafox para estimular á la demas tropa, y borrar la funesta impresion que pudieran causar las tristes noticias del resto de España, recompensó á los soldados de Butron con el distintivo de una cruz encarnada.

Salida del general Butron.

El 1° de enero reemplazó en el mando en gefe al mariscal Moncey el general Junot duque de Abrantes. En aquel dia los sitiadores para adelantarse salieron de las paralelas de derecha y centro, perdiendo mucha gente, y el mariscal Mortier, disgustado del nombramiento de Junot, partió para Calatayud con la division del general Suchet, lo cual disminuyó momentáneamente las fuerzas de los franceses.

Reemplaza Junot á Moncey.

Sale Mortier para Calatayud.

Estos habiendo establecido el 9 ocho baterías, empezaron en la mañana del 10 el bombardeo, y á batir en brecha el reducto del Pilar y el convento de San José, que aunque bien defendido por Don Mariano Renovales, no podia resistir largo tiempo. Era edificio antiguo, con paredes de poco espesor, y que desplomándose, en vez de cubrir dañaban con su caida á los defensores. Hiciéronse sin embargo notables esfuerzos, sobresaliendo en bizarría una muger llamada Manuela Sancho, de edad de

Empieza el bombardeo.

Ataques contra San José y reducto del Pilar.

Manuela Sancho.

veinticuatro años, natural de Plenas en la serrania. El 11 dieron los franceses el asalto, teniendo que emplear en su toma las mismas precauciones que para una obra de primer órden.

Alojados en aquel convento fueron dueños de la hondonada de Huerva, pero no podian avanzar al recinto de la plaza sin enseñorearse del reducto del Pilar, cuyos fuegos los incomodaban por su izquierda. El 11 tambien este punto habia sido atacado con empeño, sin que los franceses alcanzasen su objeto. Mandaba Don Domingo La Ripa, y se señaló con sus acertadas providencias, asi como el oficial de ingenieros Don Marcos Simonó, y el comandante de la batería Don Francisco Betbezé. Por la noche hicieron los nuestros una salida que difundió el terror en el campo enemigo, hasta que su ejército vuelto en sí y puesto sobre las armas obligó á la retirada. Arrasado el 13 el reducto, quedando solo escombros y muertos los mas de los oficiales que le defendian, fue abandonado entre ocho y nueve de la noche volando al mismo tiempo el puente de Huerva, en que se apoyaba su gola.

Entre este y el Ebro del lado de San José no restaba ya á Zaragoza otra defensa sino su débil recinto y las paredes de sus casas; pero habitadas estas por hombres resueltos á pelear de muerte, allí empezó la resistencia mas vigorosa, mas tenaz y sangrienta. Resolucion de los moradores.

De la determinacion de defender las casas nació la necesidad de abandonarlas, y de que se agolpase parte de la poblacion á los barrios mas lejanos del ataque, con lo cual crecieron en ellos los apuros y angustias. El bombardeo era espantoso desde el 10, y para guarecerse de él, amontonándose las familias en los sótanos, inficionaban el aire con el aliento de tantos, con la falta de ventilacion, y el continuado arder de luces y leña. De ello provinieron enfermedades que á poco se trasformaron en horroroso contagio. Contribuyeron á su propagacion los malos y no renovados alimentos, la zozobra, el temor, la no interrumpida agitacion, las dolorosas nuevas de la muerte del padre, del esposo, del amigo; trabajos que á cada paso martillaban el corazon. Enfermedades y contagio.

Los franceses continuaron sus obras concluyendo el 21 la tercera paralela de la derecha, y entonces fijaron el emplazamiento de contrabaterías y baterías de brecha del recinto de la plaza. Procuraban los españoles por su parte molestar al enemigo con salidas, y ejecutando acciones arrojadas, largas de referir.

No solo padecian los franceses con el daño que de dentro de Zaragoza se les hacia, sino que tambien andaban alterados con el temor de que de fuera los atacasen cuadrillas numerosas; y se confirmaron en ello con lo acaecido en Alcañiz. Por aquella parte y camino de Tortosa habian destacado para acopiar víveres al general Vatier con 600 caballos y 1200 in- Temores de los franceses.

Gente que perdieron en Alcañiz.

fantes. En su ruta fue este molestado por los paisanos y algunos soldados sueltos, en términos que deseoso de destruirlos los acosó hasta Alcañiz, en cuyas calles los perseguidos y los moradores defendiéronse con tal denuedo que para enseñorearse de la poblacion perdieron los franceses mas de 400 hombres.

Acrecentóse su desasosiego con las voces esparcidas de que el marqués de Lazan y Don Francisco Palafox venian al socorro de Zaragoza; voces entonces falsas, pues Lazan estaba lejos en Cataluña y su hermano Don Francisco, si bien habia pasado á Cuenca á implorar la ayuda del duque del Infantado, no le fue á este lícito condescender con lo que pedia. Daba ocasion al engaño una corta division de 4 á 5000 hombres que Don Felipe Perena, saliendo de Zaragoza, reunió fuera de sus muros, y la cual ocupando á Villafranca, Leciñena y Zuera, recorria la comarca.

Por escasas que fuesen semejantes fuerzas instaba á los franceses destruirlas: cuando no, podian servir de núcleo á la organizacion de otras mayores. Favoreció á su intento la llegada el 22 de enero del mariscal Lannes. Restablecido de su indisposicion acudia este á tomar el mando supremo del tercero y quinto cuerpo, que mandados separadamente por gefes entre sí desavenidos, no concurrian á la formacion del sitio con la debida union y celeridad. Puesto ahora el poder en una sola mano notáronse luego sus efectos. Por de pronto ordenó Lannes al mariscal Mortier que de Calatayud volviese con la division del general Suchet, y que con ella y el apoyo de la de Gazan que bloqueaba el arrabal, marchase al encuentro de la gente de Perena, que los franceses creian ser Don Francisco de Palafox. Aquel oficial, dejando hácia Zuera alguna fuerza, replegóse con el resto desde Perdiguera, donde estaba, á nuestra Señora de Magallon. Gente la suya nueva y allegadiza ahuyentáronla fácilmente los franceses de las cercanías de Zaragoza, y pudieron continuar el sitio sin molestia ni diversion de afuera.

Llegada del mariscal Lannes.

Llama á Mortier.

Dispersa este á Perena.

Redoblando pues su furia contra la ciudad abrieron espaciosa brecha en su recinto, y ya no les quedaba sino pasar el Huerva para intentar el asalto. Construyeron dos puentes, y en la orilla izquierda dos plazas de armas donde se reuniese la gente necesaria al efecto. Los nuestros, sin dejar de defender algunos puntos aislados que les quedaban fuera, perfeccionaban tambien sus atrincheramientos interiores.

Asalto de los franceses al recinto de la ciudad.

El 27 determinaron los enemigos dar el asalto. Dos brechas practicables se les ofrecian, una enfrente del convento de San José, y otra mas á la derecha cerca de un molino de aceite que ocupaban. En el ataque del centro habian tambien abierto una brecha en el convento de

Santa Engracia, y por ella y las otras dos corrieron al asalto en aquel dia á las doce de la mañana. La campana de la torre nueva avisó á los sitiados del peligro. Todos á su tañido se atropellaron á las brechas. Por la del molino embistieron los franceses, y se encaramaron sin que los detuvieran dos hornillos á que se prendió fuego; mas un atrincheramiento interior y una granizada de balas, metralla y granadas, los forzaron á retirarse, limitándose á coronar con dificultad lo alto de la brecha por medio de un alojamiento. Enfrente de Jan José, rechazados repetidas veces consiguieron al fin meterse desde la brecha en una casa contigua, y hubieran pasado adelante á no haberlos contenido la intrepidez de los sitiados. El ataque contra Santa Engracia, si bien al principio ventajoso al enemigo, salióle despues mas caro que los otros. Tomaron en efecto sus soldados aquel monasterio, enseñoreáronse del convento inmediato de las Descalzas, y enfilando desde él la larga cortina que iba de Santa Engracia al puente de Huerva obligaron á los españoles á abandonarla. Alentados los franceses con la victoria se extendieron hasta la puerta del Cármen, y llevados de igual ardor los que de ellos guardaban la paralela del centro, acometieron por la izquierda, se hicieron dueños del convento de Trinitarios descalzos, y ya avanzaban á la Misericordia cuando se vieron abrasados con el fuego de dos cañones, y el daño que recibian de calles y casas. Los nuestros persiguiéndolos hicieron una salida, y hasta se metieron en el convento de Trinitarios, que fuera otra vez suyo sin el pronto socorro que trajo á los contrarios el general Morlot. Murieron de los franceses 800 hombres, en cuyo número se contaron varios oficiales de ingenieros.

Muerte de San Genis.

Pero de esta clase tuvieron los españoles que llorar al siguiente dia la dolorosa pérdida del comandante Don Antonio San Genis, que fue muerto en la batería llamada Palafox al tiempo que desde ella observaba los movimientos del enemigo. Tenia cuarenta y tres años de edad, y amábanle todos por ser oficial valiente, experimentado y entendido. Y aunque de condicion afable, era tal su entereza que desde el primer sitio habia dicho, « no se me llame á consejo si se trata de capitular, porque « nunca será mi opinion que no podamos defendernos. »

Estragos del bombardeo y epidemia.

El bombardeo mientras tanto continuaba sus estragos, siendo mayores los de la epidemia, de que ya morian 350 personas por dia, y los hubo en que fallecieron 500. Faltaban los medicamentos, estaban henchidos de enfermos los hospitales, costaba una gallina cinco pesos fuertes, carecíase de carne y de casi toda legumbre. Ni habia tiempo ni espacio para sepultar los muertos, cuyos cadáveres hacinados delante de las iglesias, esparcidos á veces y desgarrados por las bombas, ofrecian á la vista espantoso y lamentable espectáculo. Confiado el mariscal Lannes de que en tal aprieto se darian á partido los

Intimacion de Lannes.

españoles, sobre todo si eran noticiosos de lo que en otras partes ocurria, envió un parlamento comunicando los desastres de nuestros ejércitos y la retirada de los ingleses. Mas en balde: los zaragozanos nada escucharon; en vez de amilanarse crecia su valor al par de los apuros. Su caudillo, firme como ellos, repetia: « defenderé hasta « la última tapia. »

Dicho de Palafox.

Los franceses entonces yendo adelante en sus embestidas, inútilmente quisieron el 28 y 29 apoderarse por su derecha de los conventos de San Agustin y Santa Mónica. Tampoco pudieron vencer el obstáculo de una casa intermedia que les quedaba para penetrar en la calle de la Puerta quemada. Lo mismo les sucedió con una manzana contigua á Santa Engracia, empezando entonces á disputarse con encarnizamiento la posesion de cada casa, y de cada piso, y de cada cuarto.

Resistencia en casas y edificios.

Minas de los franceses.

Siendo muy mortífero para los franceses este desconocido linage de defensa, resolvieron no acometer á pecho descubierto, y emprendieron por medio de minas una guerra terrible y escondida. Aunque en ella les daban su saber y recursos grandes ventajas, no por eso se abatieron los sitiados; y sosteniéndose entre las ruinas y derribos que causaban las minas enemigas, no solo procuraban conservar aquellos escombros, sino que tambien queriar recuperar los perdidos. Intentáronlo aunque en vano con el convento de Trinatarios descalzos. La lid fue porfiada y sangrienta; quedó herido el general francés Rostoland y muertos muchos de sus oficiales. Nuestros paisanos y soldados abalanzábanse al peligro como fieras. Y sacerdotes piadosos y atrevidos no cesaban de animarlos con sus lenguas y dar consuelos religiosos á los que caian heridos de muerte, siendo á veces ellos mismos víctimas de su fervor. Augusto entonces y grandioso ministerio, que al paso que desempeñaba sus propias y sagradas obligaciones, cumplia tambien con las que en tales casos y sin excepcion exige la patria de sus hijos.

Patriotismo y fervor de algunos eclesiásticos.

A fuerza de empeño y trabajos, y valiéndose siempre de sus minas, se apoderaron los franceses el 1° de febrero de San Agustin y Santa Mónica, y esperaron penetrar hasta el Coso por la calle de la Puerta quemada; empresa la última que se les malogró con pérdida de 200 hombres. Dolorosa fue tambien para ellos la toma en aquel dia de algunas casas en la calle de Santa Engracia, cayendo atravesado de una bala por las sienes el general Lacoste, célebre ya en otros nombrados sitios. Sucedióle Mr. Rogniat, herido igualmente en el siguiente dia.

Muerte del general Lacoste.

Aunque despacio, y por decirlo asi, á palmos, avanzaba el enemigo por los tres puntos principales de su ataque que acabamos de mencionar. Mas como le costaba tanta sangre, excitáronse murmuraciones y quejas en su

Murmuraciones del ejército francés.

ejército, las cuales estimularon al mariscal Lannes á avivar la conclusion de tan fatal sitio, acometiendo el arrabal.

Embestida del arrabal.

Seguia en aquella parte el general Gazan, habiéndose limitado hasta entonces á conservar riguroso bloqueo. Ahora segun lo dispuesto por Lannes, emprendió los trabajos de sitio. El 7 de febrero embistieron ya sus soldados el convento de franciscanos de Jesus á la derecha del camino de Barcelona. Tomáronle despues de tres horas de fuego, arrojando de dentro á 200 hombres que le guarnecian; y no pudiendo ir mas adelante por la resistencia que los nuestros les opusieron, paráronse allí y se atrincheraron.

Los progresos del enemigo en la ciudad.

Trató Lannes al mismo tiempo de que se diesen la mano con este ataque los de la ciudad, y puso su particular conato en que el de la derecha de San José se extendiese por la universidad y puerta del Sol hasta salir al pretil del rio. Tampoco descuidó el del centro, en donde los sitiados defendieron con tal tenacidad unas barracas que habia junto á las ruinas del hospital, que segun la expresion de uno de los gefes enemigos « era menester matarlos para vencerlos. » Allí el sitiador, ayudado de los sótanos del hospital, atravesó la calle de Santa Engracia por medio de una galería, y con la explosion de un hornillo se hizo dueño del convento de San Francisco: hasta que subiendo por la noche al campanario el coronel español Fleury acompañado de paisanos, agujerearon juntos la bóveda y causaron tal daño á los franceses desde aquella altura, que huyeron estos recobrando despues á duras penas el terreno perdido.

Nuevas murmuraciones del ejército francés.

Los combates de todos lados eran contínuos, y aunque los sostenian por nuestra parte hombres flacos y macilentos, ensañábanse tanto, que creciendo las quejas del soldado enemigo, exclamaba: « que se aguardasen re- « fuerzos, si no se queria que aquellas malhadadas ruinas fuesen « su sepulcro. »

Toma del arrabal.

Urgia pues á Lannes acabar sitio tan extraño y porfiado. El 18 de febrero volvió á seguirse el ataque del arrabal; y con horroroso fuego, al paso que de un lado se derribaban frágiles casas, flanqueábase del otro el puente del Ebro para estorbar todo socorro, pereciendo al querer intentarlo el baron de Versages. A las dos de la tarde abierta brecha, penetraron los franceses en el convento de mercenarios llamado de San Lázaro. Fundacion del rey don Jaime el Conquistador y edificio grandioso, fue defendido con el mayor valor; y en su escalera de construccion magnífica anduvo la lucha muy reñida: perecieron casi todos los que le guarnecian. Ocupado el convento por los franceses, quedó á los demas soldados del arrabal cortada la retirada. Imposible fue, excepto á unos cuantos, repasar el puente, siendo tan tremendo el fuego del enemigo que no parecia sino que á ma-

nera de las del Janto, se habian incendiado las aguas del Ebro. En tamaño aprieto echaron los mas de los nuestros por la orilla del rio, capitaneándolos el comandante de guardias españolas Manso: pero perseguidos por la caballería francesa, enfermos, fatigados y sin municiones, tuvieron que rendirse. Con el arrabal perdieron los españoles entre muertos, heridos y prisioneros 2000 hombres,

Dueños asi los franceses de la orilla izquierda del Ebro, colocaron en batería 50 piezas, con cuyo fuego empezaron á arruinar las casas situadas al otro lado en el pretil del rio. Ganaban tambien terreno dentro de la ciudad, extendiéndose por la derecha del Coso; y ocupado el convento de Trinitarios calzados se adelantaron á la calle del Sepulcro, procurando de este modo concertar diversos ataques. En tal estado, meditando dar un golpe decisivo, habian formado seis galerías de mina que atrevesaban el Coso, y cargando cada uno de los hornillos con 3000 libras de pólvora, confiaban en que su explosion, causando terrible espanto en los zaragozanos les obligaria á rendirse.

Furioso ataque que los franceses preparan.

No necesitaron los franceses acudir á medio tan violento. Menos eran de 4000 los hombres que en la ciudad podian sustentar las armas, 14,000 estaban postrados en cama, muchos convalecientes y los demas habian perecido al rigor de la epidemia y de la guerra. Desvanecíanse las esperanzas de socorro; y el mismo general Don José de Palafox, acometido de la enfermedad reinante, tuvo que trasmitir sus facultades á una junta que se instaló en la noche del 18 al 19 de febrero. Componíase esta de 34 indíduos, siendo su presidente Don Pedro María Ric regente de la audiencia. Rodeada de dificultades convocó la nueva autoridad á los principales gefes militares, quienes trazando un tristísimo cuadro de los medios que quedaban de defensa, inclinaron los ánimos á capitular. Discutióse no obstante largamente la materia; mas pasando á votacion, hubo de los vocales 26 que estuvieron por la rendicion, y solo ocho, entre ellos Ric, se mantuvieron firmes en la negativa. En virtud de la decision de la mayoría, envióse al cuartel general enemigo un parlamento, á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que el mariscal Lannes habia hecho dias antes; pero este por tardía desechó con indignacion la propuesta.

Deplorable estado de la ciudad.

Enfermedad de Palafox.

La junta entonces pidió por si misma suspension de hostilidades. Aceptó el mariscal frances con expresa condicion de que dentro de dos horas se le presentasen sus comisionados á tratar de la capitulacion. En el pueblo y entre los militares habia un partido numeroso que reciamente se oponia á ella, por lo cual hubo de usarse de precauciones.

Propone la junta capitular.

Fue nombrado para ir al cuartel general frances Don Pedro María Ric con otros vocales. Recibiólos

Conferencia con Lannes.

aquel mariscal con desden y aun desprecio, censurando agriamente y con irritacion la conducta de la ciudad, por no haber escuchado primero sus proposiciones. Amansado algun tanto con prudentes palabras de los comisionados, añadió Lannes, « respetaránse las « mugeres y los niños, con lo que queda el asunto concluido. » « Ni aun empezado, replicó prontamente mas con serenidad y fir- « meza Don Pedro Ric, eso seria entregarnos sin condicion á mer- « ced del enemigo, y en tal caso continuará Zaragoza defendién- « dose, pues aun tiene armas, municiones, y sobre todo puños. »

Capitulacion.

No queriendo sin duda el mariscal Lannes compeler á despecho ánimos tan altivos, reportóse aun mas, y comenzó á dictar la capitulacion. En vano se esforzó Don Pedro Ric por alterar alguna de sus cláusulas ó introducir otras nuevas. Fueron desatendidas las mas de sus reclamaciones. Sin embargo instando para que por un artículo expreso se permitiese á Don José de Palafox ir á donde tuviese por conveniente, replicó Lannes que nunca un individuo podia ser objeto de una capitulacion; pero añadió que empeñaba su palabra de honor de dejar á aquel general entera libertad, asi como á todo el que quisiese salir de Zorogoza. Estos pormenores, que es necesario no echar en olvido, han sido publicados en una relacion impresa por el mismo Don Pedro María Ric, de cuya boca tambien nosotros se los hemos oido repetidas veces, mereciendo su dicho entera fé, como de magistrado veraz y respetable.

Palabra que da Lannes.

Firma la junta la capitulacion.

La junta admitió y firmó el 20 la capitulacion, airándose Lannes de que pidiese nuevas aclaraciones; mas de nada sirvió ni aun lo estipulado. En aquella misma noche la soldadesca francesa saqueó y robó; y si bien pudieran atribuirse tales excesos á la dificultad de contener al soldado despues de tan penoso sitio, no admite igual excusa el quebrantamiento de otros artículos, ni la falta de cumplimiento de la palabra empeñada de dejar ir libre á Don José de Palafox. Moribundo sacáronle de Zaragoza, á donde tuvieron que volverle por el estado de postracion en que se hallaba. Apenas restablecido llevároule á Francia, y encerrado en Vincennes padeció hasta en 1814 durísimo cautiverio.

Quebrántase por los franceses horrorosamente.

Maltrato dado á Palafox.

Fueron aun mas allá los enemigos en sus demasías y crueldades. Despojaron á muchos prisioneros, mataron á otros y maltrataron á casi todos. Tres dias despues de la capitulacion á la una de la noche llamaron de un cuarto inmediato al de Palafox donde siempre dormia, á su antigo maestro el padre Don Basilio Boggiero, y al salir se encontró con el alcalde mayor Solanilla, un capitan frances y un destacamento de granaderos que le sacaron fuera sin decirle á donde le llevaban. Tomaron al paso al capellan Don Santiago Sas que se habia distinguido en el segundo sitio tanto como en el anterior, despidieron á Solanilla,

Muerte de prisioneros de Boggiero y Sas.

y solos los franceses marcharon con los dos presos al puente de Piedra. Allí matáronlos á bayonetazos, arrojando sus cadáveres al rio. Hirieron primero á Sas, y no se oyó de su boca como tampoco de la de Boggiero otra voz que la de animarse recíprocamente á muerte tan bárbara é impensada. Contólo así despues y repetidas veces el capitan francés encargado de su ejecucion, añadiendo que el mariscal Lannes le habia ordenado los matase sin hacer ruido. ¡Atrocidad inaudita! A tal punto el vencedor atropelló en Zaragoza las leyes de la guerra y los derechos sagrados de la humanidad.

(* Ap. n. 5.)

La capitulacion se publicó en la Gaceta de Madrid de 28 de febrero, nunca en los papeles franceses, sin duda para que se creyese que se habia entregado Zaragoza á merced del conquistador, y disculpar así los excesos: como si con capitulacion ó sin ella pudieran permitirse muchos de los que se cometieron.

Entrada de Lannes en Zaragoza.

P. Santander.

Fue nombrado el general Laval gobernador de Zaragoza. Hizo el 5 de marzo su entrada solemne Lannes, recibiéndole en la iglesia de nuestra Señora del Pilar el padre Santander obispo auxiliar, que ausente en los dos sitios volvió á Zaragoza á celebrar el triunfo de los enemigos de su patria. Del joyero de aquel templo se sacaron las mas preciosas alhajas, pasando á manos de los principales gefes franceses bajo el nombre de regalos que hacia la junta *. El mariscal Lannes permaneció en Zaragoza hasta el 14 de marzo que partió á Francia sucediéndole por entonces en el mando el general Junot duque de Abrantes.

(* Véase ap. núm. 6.)

Junot sucede otra vez á Lannes.

Duró el sitio de Zaragoza 62 dias; y sin la epidemia, principal ayudadora de los franceses, muchos esfuerzos y tiempo hubieran todavía empleado estos en la conquista. Al capitular solo era suya una cuarta parte de la ciudad, el arrabal y 13 iglesias ó conventos, y sin embargo su posesion les habia costado tanto trabajo y la pérdida de mas de 8000 hombres. Murieron de los españoles en ambos sitios 53,873 * personas; el mayor número en el último y de la epidemia. Fueron destruidos con las bombas los mas de los edificios. La biblioteca de la universidad, formada con la antigua de los Jesuitas y enriquecida con varias dádivas, entre ellas una del ilustre aragonés Don Ramon de Pignatelli, se voló con una mina. Pereció tambien al final del sitio la del convento de dominicos de San Ildefonso, fundada por el marqués de la Compuesta secretario de gracia y justicia de Felipe V, en la que habia, sin los impresos, mas de 2000 curiosos manuscritos. Tan destructora y enemiga de las letras es la guerra, aun hecha por naciones cultas.

Pérdidas de unos y de otros.

(* Ap n. 7.)

Ruinas de edificios y bibliotecas.

Juicio sobre este sitio.

Muchos han dudado de si fue ó no conveniente defender á Zaragoza; desaprobando otros con mas razon el que se hubiesen encerrado tantas tropas en su recinto. Debiérase

ciertamente haber acudido al remedio de semejante embarazo, sacando de allí las que se recogieron despues de la rota de Tudela ó cualesquiera otras: con tal que se hubiera limitado su número á los 14 ó 15,000 hombres que antes habia, y los cuales unidos al entusiasmado vecindario bastaban para escarmentar de nuevo al enemigo y detenerle largo tiempo delante de sus muros. Mas por lo que toca á la determinacion de defender la ciudad, nos parece que fue acertada y provechosa. Los laureles adquiridos en el primer sitio habian dado al nombre da Zaragoza tan mágico influjo, que su pronta y fácil entrega hubiera causado desmayo en toda la nacion. De otra parte su resistencia no solo impidió la ocupacion de algunas provincias, deteniendo el ímpetu de huestes formidables, sino que tambien aquellos mismos hombres que tan bravos é impávidos se mostraban guarecidos de las tapias y las casas, no hubieran inexpertos y en campo raso podido sostonerse contra la práctica y disciplina de los franceses, mayormente cuando la impaciencia pública forzaba á aventurar imprudentes batallas.

Por varios y encontrados que en este punto hayan sido los dictámenes, nunca discordaron ni discordarán en calificar de gloriosísima y extraordinaria la defensa de Zaragoza. El general francés Rogniat, testigo de vista, nos dice con loable imparcialidad * : (* Ap. n. s.)
« La alteza de ánimo que mostraron aquellos morado-
« res fue uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los
« anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numan-
« cia. » Fuélo en efecto tanto, que en 1814 citóse ya su ejemplo á los pueblos de Francia, como digno de imitarse, por aquel mismo Napoleon que antes hubiera querido borrarle de la memoria de los hombres.

LIBRO OCTAVO.

José en Madrid. — Felicitaciones. — Sus providencias. — Comisarios regios. — Tropa española. — Junta criminal. — Comisarios de hacienda. — Opinion acerca de José. — Junta central en Sevilla. — Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia — Auxilios que envian. — Decreto de la central sobre América de 22 de enero. — Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España. — Tratado con Inglaterra de 9 de enero. — Subsidios de Inglaterra. — Tribunal de seguridad pública. — Centrales enviados á las provincias. — Marqués de Villel en Cádiz. — Los ingleses quieren ocupar la plaza. — Altercados que hubo en ello. — Alboroto en Cádiz. — Conducta extraña de Villel. — Riesgo que corre su persona. — Matan á Heredia. — Sosiégase el alboroto. — Ejércitos. — El de la Mancha. — Ataque de Mora. — Alburquerque y Cartaojal. — Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta. — Avanza Cartaojal y se retira. Accion de Ciudad Real. — Ejército de Extremadura. — Avanza á Almaraz. — Córtase el puente. — Pasan los franceses el Tajo. — Retíranse los nuestros. — Ventajas conseguidas por los españoles. — Unese Alburquerque á Cuesta. — Batalla de Medellin. — Sus resultas. — Determinacion de la central. — Venegas sucede á Cartaojal. — Reflexiones. — Comision de Sotelo. — Respuesta de la central. — Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros. — Cartas de Sebastiani al señor Jovellanos. — Contestacion del señor Jovellanos. — Guerra de Austria. — Cataluña. — Alboroto de Lérida. — Reding en Tarragona. — Plan prudente de Marti. — Varíase. — Situacion del ejército español. — Le atacan los franceses. — Entran en Igualada. — Movimientos de Saint-Cyr y Reding. — Batalla de Valls. — Entran los franceses en Reus. — Esperanzas de Saint-Cyr. — Salen vanas. — Guerra de somatenes. — Dificultad de las comunicaciones. — Retírase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona. — Pasa por Barcelona. — Estado de la ciudad. Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento. — Prenden á muchos y los llevan á Francia. — Pasa Saint-Cyr á Vique. — Muerte de Reding. — Sucede Coupigny. — Paisanos del Valles. — Principio de las partidas en todo el reino. — Decreto de la central. — Porlier. — Don Juan Echavarri. — El Empecinado. — Ciudad Rodrigo y Wilson. — Asturias. — La junta. — Ballesteros. — Sus operaciones en Colombres. — Armamento de la provincia. — Worster. — Entran los asturianos en Ribadeo. — Y en Mondoñedo. — Sorprenden y dispersan los franceses á Worster. — Romana. — Su ejército. — Empieza el levantamiento de Galicia. — Mariscal Soult. — Trata de invadir á Portugal. — Inútil tentativa para atravesar el Miño. — Toma Soult hácia Orense. — Insurreccion. — Los abades de Couto y Valladares. — El paisanage molesta á los franceses en su marcha. — Soult y Romana. — Intimacion á este. — Es desbaratada la retaguardia española. — Ataca á Villafranca. — Se apodera de la guarnicion. — Llega Romana á Oviedo. — Altercado con la junta. — Invade Ney á Asturias. — Kellerman. — Romana se embarca en Gijon. — Saquean los franceses á Oviedo. — Sale Ney de Asturias. — Mahy amenaza á Lugo. — Desbarata al general Fournier. — Pone cerco á la ciudad. — Crece la insurreccion de Galicia. — Barrio. — Junta de Lobera. — Sitia á Vigo el abad de Valladares. — Limia. — Tenreiro y el portugués Almeida. — Morillo. — Gogo. — Ríndese Vigo á los españoles. — Bloqueo de Tuy. — Le alzan. — Y evacuan la ciu-

dad los franceses. — Se crea y aumenta la division del Miño. — Mándala Don Martin de la Carrera. — Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella. — Campaña de Soult en Portugal. — Entran los franceses en Chaves. — En Braga — Asoman á Oporto. — Estado de la ciudad. — Éntranla los franceses. — Gran matanza. — Conducta del mariscal Soult. — Pídenle su rey. — Silveira recobra á Chaves. — Coronel Trant. — Regencia de Portugal. — Cradock y los ingleses. — Beresford manda á los portugueses. — Refuérzase el ejército inglés. — Sir A Wellesley nombrado general en gefe. — Sus providencias. — Avanza á Coimbra. — Situacion de los franceses. — Sociedad secreta de los filadelfos. — Plan de Welesley. — Se apoderan los ingleses de Oporto. — Apuros de Soult. — Pasa la frontera. — Llega á Lugo. — Levanta Mahy el cerco. — Encuéntrase con Romana en Mondoñedo. — Marcha atrevida de los españoles. — Descontento del soldado con Romana. — Ney y Soult en Lugo. — Conciértanse para destruir el ejército español. — Conde de Noroña 2º comandante de Galicia. Accion del puente de San Payo. — Soult trata de pasar á Castilla. — Paisanos del Sil. — Quema de varios pueblos. — Romana en Celanova. — Soult en la Puebla de Sanabria. — General Franceschi cogido por el Capuchino. — Situacion de Ney. — Mazarredo. — Bazan. — Evacua Ney á Galicia. — Entra Noroña en la Coruña. — Worster y Bárcena. — Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander. — Ocupa á Santander. Échanle los franceses y se embarca. — Intrepidez de Porlier. — Marcha admirable del batallon de la Princesa. — Romana en la Coruña. — Sus providencias y negligencia. — Sale á Castilla. — Nombra á Mahy para Asturias. — Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres. — Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque. — Fin de este libro. — Parangon de la guerra de Austria y España. — Prevision notable de Pitt.

José en Madrid.

Habiendo la suerte favorecido tan poderosamente las armas francesas, pareció á muchos estar ya afianzada la corona de España en las sienes de José Bonaparte. Aumentóse asi el número de sus parciales, y ora por este motivo, y ora sobre todo por exigirlo el conquistador, acudieron sucesivamente á la corte á felicitar al nuevo rey diputaciones de los ayuntamientos y cuerpos de los pueblos sojuzgados. Esmeráronse algunas en sus cumplidos, y no quedaron en zaga las que representaban á los cabildos eclesiásticos y á los regulares, con la esperanza sin duda estos de parar el golpe que les amagaba. Mostráronse igualmente adictos varios obispos, y en tanto grado que dió contra ellos un decreto la junta central *, coligiéndose de ahi que si bien la mayoría del clero español como la de la nacion estuvo por la causa de la independencia, no fue exclusivamente aquella clase ni el fanatismo, segun queda ya apuntado, la que le dió impulso, sino la justa indignacion general. Corrobórase esta opinion al ver que entre los eclesiásticos que abrazaron el partido de José, contáronse muchos de los que pasaban plaza de ignorantes y preocupados. Tan cierto es que en las convulsiones políticas el acaso, el error, el miedo colocan como á ciegas en una y otra parcialidad á varios de los que siguen

Felicitaciones.

(* Ap. n. t.)

sus opuestas banderas: motivos que reclaman al final desenlace recíproca indulgencia.

Sus providencias. José luego que entró en Madrid en vano procuró tomar providencias que volviendo la paz y órden al reino, cautivasen el ánimo de sus nuevos súbditos. Ni tenia para ello medios bastantes, ni era fácil que el pueblo español lastimado hasta en lo mas hondo de su corazon, escuchase una voz que á su entender era fingida y enganosa. Desgraciada por lo menos fue y de mal sonido la primera que resonó en los templos, y que se trasmitió por medio de una circular fecha en 24 de enero. Ordenábase en su contenido con promesa de la futura evacuacion de los franceses cantar en todos los pueblos un Te Deum en accion de gracias por las victorias que habia en la península alcanzado Napoleon, que era como obligar á los españoles á celebrar sus propias desdichas.

Comisarios regios. Al mismo tiempo salieron para las provincias con el título de comisarios regios sugetos de cuenta á restablecer el órden y las autoridades, predicar la obediencia y representar en todo y extraordinariamente la persona del monarca. Hubo de estos quienes trataron de disminuir los males que agobiaban á los pueblos; hubo otros que los acrecentaron desempeñando su encargo en provecho suyo y con acrimonia y pasion. Su influjo no obstante era casi siempre limitado, teniendo que someterse á la voluntad varia y antojadiza de los generales franceses.

Tropa española. Solo en Madrid se guardaba mayor obediencia al gobierno de José, y solo con los recursos de la capital y sobre todo con los derechos cobrados á la entrada de puertas podia aquel contar para subvenir á los gastos públicos. Estos en verdad no eran grandes, ciñéndose á los del gobierno supremo, pues ni corria de su cuenta el pago del ejército francés, ni tenia aun tropa ni marina española que aumentasen los presupuestos del estado. Sin embargo fue uno de sus primeros deseos formar regimientos españoles. La derrota de Uclés y las que la siguieron, proporcionaron á las banderas de José algunos oficiales y soldados. Pero los madrileños miraban á estos individuos con tal ojeriza y desvío, tiznándolos con el apellido de jurados, que no pudo al principio el gobierno intruso enregimentar ni un solo cuerpo completo de españoles. Apenas se veia el soldado vestido y calzado y repuesto de sus fatigas, pasaba del lado de los patriotas, y no parecia sino que se habia separado temporalmente de sus filas para recobrar fuerzas, y empuñar armas que le volviesen la estimacion perdida. Por eso ya en enero dieron en Madrid un decreto riguroso contra los ganchos y seductores de soldados y paisanos que de nada sirvió, empeñando este género de medidas en actos arbitrarios y de cada vez mas odiosos cuando la opinion se muestra contraria y universal.

Asi fue que en 16 de febrero creó el gobierno de José una junta criminal extraordinaria compuesta de cinco alcaldes de corte, la cual entendiendo en las causas de asesinos y ladrones, debia tambien juzgar á los patriotas. En el decreto * de su creacion confundianse estos bajo el nombre de revoltosos, sediciosos y esparcidores de malas nuevas, y no solo se les imponia á todos la misma pena, sino tambien á los que usasen de puñal ó rejon. Espantosa desigualdad, mayormente si se considera que la pena impuesta era la de horca, la cual, segun la expresion del decreto, *habia de ser ejecutada irremisiblemente y sin apelacion*. Y como si tan destemplado rigor no bastase, añadíase en su contexto que aquellos á quienes no se probase del todo su delito, quedarian á disposicion del ministro de policía general para enviarlos á los tribunales ordinarios, y ser castigados con penas extraordinarias, conforme á la calidad de los casos y de las personas. Muchos perjuicios se siguieron de estas determinaciones: varias fueron las víctimas, teniendo que llorar entre ellas á un abogado respetable de nombre Escalera, cuyo delito se reducia á haber recibido cartas de un hijo suyo que militaba del lado de los patriotas. Su infausta suerte esparció en Madrid profunda consternacion. Don Pablo Arribas, hombre de algunas letras, despierto, pero duro é inflexible, y que siendo ministro de policía promovia con ahinco semejantes causas, fue tachado de cruel y en extremo aborrecido, como varios de los jueces del tribunal criminal extraordinario: suerte que cabrá siempre á los que no obren muy moderadamente en el castigo de los delitos políticos, que por lo general solo se consideran tales en medio de la irritacion de los ánimos, soliendo luego absolverlos la fortuna.

Junta criminal.

(* Ap. n. 2.)

A las medidas de severidad del gobierno de José acompañaron ó siguieron algunas benéficas que sucesivamente iremos notando. su establecimiento sin embargo fue lento ó nunca tuvo otro efecto que el de estamparse en la coleccion de sus decretos. Inútilmente se mandó en 24 de abril que no se impusieran contribuciones extraordinarias en las provincias sometidas nombrando comisarios de hacienda que lo evitasen y diesen principio á arreglar debidamente aquel ramo. El continuo paso y mudanza de tropas francesas, la necesidad y la codicia y malversacion de ciertos empleados impedian el cumplimiento de bien ordenadas providencias, y achacábanse á veces al gobierno intruso los daños y males que eran obra de las circunstancias. Por lo demas nunca hubo, digámoslo asi, un plan fijo de administracion, destruido casi en sus cimientos el antiguo, y no adoptado aun el que habia de emanar de la constitucion de Bayona.

Comisarios de hacienda.

José por su parte entregado demasiadamente á los deleites, poco respetado de los generales franceses, y desairado con frecuencia por su hermano, no crecia en aprecio á

Opinion acerca de José.

los ojos de la mayoría española, que le miraba como un rey de bálago, sujeto al capricho, á la veleidad y á los intereses del gabinete de Francia. Con lo cual si bien las victorias le granjeaban algunos amigos, ni su gobierno se fortalecia, ni la confianza tomaba el conveniente arraigo.

Junta central en Sevilla.

Menos afortunada que José en las armas, fuélo mas la junta central en el acatamiento y obediencia que le rindieron los pueblos. Sin que le tuviesen grande aficion, censurando á veces con justicia muchas de sus resoluciones, la respetaban y cumplian sus órdenes como procedentes de una autoridad que estimaban legítima. José Bonaparte nó era dueño sino de los pueblos en que dominaban las tropas francesas: la central éralo de todos aun de los ocupados por el enemigo, siempre que podian burlar la vigilancia de los que apellidaban opresores. Tranquila en su asiento de Sevilla apareció allí con mas dignidad y brillo, dándole mayor realce la declaracion en favor de la causa peninsular que hicieron las provincias de América y Asia.

Declaracion unánime en favor de la causa peninsular de las provincias de América y Asia.

A imitacion de las de Europa levantaron estas un grito universal de indignacion al saber los acontecimientos de Bayona y el alzamiento de la península. Los habitantes de Cuba, Puerto Rico, Yucatan y el poderoso reino de Nueva España pronunciáronse con no menor union y arrebatamiento que sus hermanos de Europa. En la ciudad de Méjico, despues de recibir pliegos de los diputados de Asturias en Lóndres y de la junta de Sevilla, celebróse en 9 de agosto de 1808 una reunion general de las autoridades y principales vecinos, en la que reconociendo á todas y á cada una de las juntas de España, se juró no someterse á otro soberano mas que á Fernando VII y á sus legítimos sucesores de la estirpe real de Borbon, comprometiéndose á ayudar con el mayor esfuerzo tan sagrada causa. En las islas se entusiasmaron á punto de recobrar en noviembre de aquel año la parte española de Santo Domingo cedida á Francia por el tratado de Basilea. Idénticos fueron los sentimientos que mostraron sucesivamente Tierra Firme, Buenos-Aires, Chile, el Perú y Nueva Granada. Idénticos los de todas las otras provincias de una y otra América española, cundiendo rápidamente hasta las remotas islas Filipinas y Marianas. Y si los agravios de Madrid y Bayona tocaron por su enormidad en inauditos, tambien es cierto que nunca presentó la historia del mundo un compuesto de tantos millones de hombres esparcidos por el orbe en distintos climas y lejanas regiones que se pronunciasen tan unánimemente contra la iniquidad y violencia de un usurpador extrangero.

Auxilios que envian.

Ni se limitó la declaracion á vanos clamores, ni su expresion á estudiadas frases: acompañaron á uno y á otro cuantiosos donativos que fueron de gran socorro en la deshe-

cha tormenta de fines del año de 8 y principios del 9. El laborioso catalan, el gallego, el vizcaino, los españoles todos que á costa de sudor y trabajo habian allí acumalado honroso caudal, apresuráronse á prodigar socorros á su patria ya que la lejanía no les permitia servirla con sus brazos. El natural de América tambien siguió entonces el impulso que le dieron sus padres *, y no menos que doscientos ochenta y cuatro millones de reales vinieron para el gobierno de la central en el año de 1809. De ellos casi la mitad consistió on dones gratuitos ó anticipaciones, estando las arcas reales muy agotadas con las negociaciones y derroche del tiempo de Cárlos IV.

(* Ap. n. 2.)

Tan desinteresado y general pronunciamiento provocó en la central el memorable decreto * de 22 de enero, por el cual declarándose que no eran los vastos dominios españoles de Indias propiamente colonias sino parte esencial é integrante de la monarquía, se convocaba para representarlos á individuos que debian ser nombrados al efecto por sus ayuntamientos. Cimentáronse sobre este decreto todos los que despues se promulgaron en la materia, y conforme á los cuales se igualaron en un todo con los peninsulares los naturales de América y Asia. Tal fue siempre la mente y aun la letra de la legislacion española de Indias, debiendo atribuirse el olvido en que á veces cayó á las mismas causas que destruyeron y atropellaron en España sus propias y mejores leyes. La lejanía, lo tarde que á algunas partes se comunicó el decreto é impensados embarazos no permitieron que oportunamente acudiesen á Sevilla los representantes de aquellos paises, reservándose novedad de tamaña importancia para los gobiernos que sucedieron á la junta central.

Decreto de la central sobre América de 22 de enero.

(* Ap. n. 3. bis.

Otros cuidados de no menor interés ocuparon á esta al comenzar el año de 1809. Fue uno de los primeros dar nueva planta á las juntas provinciales de donde se derivaba su autoridad, formando un reglamento con fecha de 1° de enero segun el cual se limitaban las facultades que antes tenian, y se dejaba solo á su cargo lo respectivo á contribuciones extraordinarias, donativos, alistamiento, requisiciones de caballos y armamento. Reducíase á nueve el número de sus individuos, se despojaba á estos de parte de sus honores, y se cambiaba la antigua denominacion de juntas supremas en la de *superiores provinciales de observacion y defensa*. Tambien se encomendaba á su celo precaver las asechanzas de personas sospechosas, y proveer á la seguridad y apoyo de la central; encargo, por decirlo de paso, á la verdad extraño, poner su defensa en manos de autoridades que se deprimian. Aunque muchos aprobaron y en lo general se tuvo por justo circunscribir las facultades de las juntas, causó gran desagrado el artículo 10 del nuevo reglamento, segun

Nuevo reglamento para las juntas provinciales de España.

el cual se prohibia el libre uso de la imprenta, no pareciendo sino que al extenderse no estaba aun yerto el puño de Floridablanca. Alborotáronse varias juntas con la reforma, y la de Sevilla se enojó sobremanera, y á punto que suscitó la cuestion de renovar cada seis meses uno de sus individuos en la central, y aun llegó á dar sucesor al conde de Tilly. Encendiéndose mas y mas las contestaciones, suspendióse el nuevo reglamento, y nunca tuvo cumplido efecto ni en todas las provincias ni en todas sus partes. Quizá obró livianamente la central en querer arreglar tan pronto aquéllas corporaciones, mayormente cuando los acontecimientos de la guerra cortaban á veces la comunicacion con el gobierno supremo; pero al mismo tiempo fueron muy reprensibles las juntas que movidas de ambicion dieron lugar en aquellos apuros á altercados y desabrimientos.

Tratado con Inglaterra de 9 de enero.

Señalóse tambien la entrada del año de 1809 con estrechar de un modo solemne las relaciones con Inglaterra. Hasta entonces las que mediaban entre ambos gobiernos eran francas y cordiales, pero no estaban apoyadas en pactos formales y obligatorios. Túvose pues por conveniente darles mayor y verdadera firmeza, concluyendo en 9 de enero en Lóndres un tratado de paz y alianza. Segun su contenido se comprometió Inglaterra á asistir á los españoles con todo su poder, y á no reconocer otro rey de España é Indias sino á Fernando VII, á sus herederos ó al legítimo sucesor que la nacion española reconociese; y por su parte la junta central se obligó á no ceder á Francia porcion alguna de su territorio en Europa y demas regiones del mundo, no pudiendo las partes contratantes concluir tampoco paz con aquella nacion sino de comun acuerdo. Por un artículo adicional se convino en dar mutuas y temporales franquicias al comercio de ambos estados, hasta que las circunstancias permitiesen arreglar sobre la materia un tratado definitivo. Queria entonces la central entablar uno de subsidios mas urgente que ningun otro; pero en vano lo intentó.

Subsidios de Inglaterra.

Los que España habia alcanzado de Inglaterra habian sido cuantiosos, si bien nunca se elevaron, sobre todo en dinero, á lo que muchos han creido. De las juntas provinciales solo las de Galicia, Asturias y Sevilla recibieron cada una 20,000,000 de reales vellon, no habiendo llegado á manos de las otras cantidad alguna, por lo menos notable. Entregáronse á la central 1,600,000 rs. en dinero, y en barras 20,000,000 de la misma moneda. A sus continuas demandas respondia el gobierno británico que le era imposible tener pesos fuertes si España no abria al comercio inglés mercados en América, por cuyo medio y en cambio de géneros y efectos de su fabricacion le darian plata aquellos naturales. Por fundada que fuera hasta cierto punto dicha contestacion, desagradaba al gobierno español, que con mas ó

menos razon estaba persuadido de que con la facilidad adquirida desde el principio de la guerra de introducir en la península mercaderías inglesas, de donde se difundian á América, volvia á Inglaterra el dinero anticipado á los españoles, ó invertido en el pago de sus propias tropas, siendo contados los retornos de otra especie que podia suministrar España.

Lo cierto es que la junta central con los cortos auxilios pecuniarios de Inglaterra, y limitada en sus rentas á los productos de las provincias meridionales, invirtiendo las otras los suyos en sus propios gastos, difícilmente hubiera levantado numerosos ejércitos sin el desprendimiento y patriotismo de los españoles, y sin los poderosos socorros con que acudió América, principalmente cuando dentro del reino era casi nulo el crédito, y poco conocidos los medios de adquirirle en el extrangero.

Levantáronse clamores contra la central respecto de la distribucion de fondos, y aun acusáronla de haber mal versado algunos. Probable es que en medio del trastorno general, y de resultas de batallas perdidas y de dispersiones haya habido abusos y ocultaciones hechas por manos subalternas, mas injustísimo fue atribuir tales excesos á los individuos del gobierno supremo que nunca manejaron por sí caudales, y cuya pureza estaba al abrigo en casi todos hasta de la sospecha. A los ojos del vulgo siempre aparecen abultados los millones, y la malevolencia se aprovecha de esta propension á fin de ennegrecer la conducta de los que gobiernan. En la ocasion actual eran los gastos harto considerables para que no se consumiese con creces lo que entró en el erario.

A modo del tribunal criminal de José creó asimismo la central uno de seguridad pública que entendiese en los delitos de infidencia, y aunque no tan arbitrario como aquel en la aplicacion y desigualdad de las penas, reprobaron con razon su establecimiento los que no quieren ver rotos bajo ningun pretexto los diques que las leyes y la experiencia han puesto á las pasiones y á la precipitacion de los juicios humanos. Ya en Aranjuez se estableció dicho tribunal con el nombre de extraordinario de vigilancia y proteccion; y aun se nombraron ministros por la mayor parte del consejo que le compusieran; mas hasta Sevilla y bajo otros jueces no se vió que ejerciese su terrible ministerio. Afortunadamente rara vez se mostró severo é implacable. Dirigió casi siempre sus tiros contra algunos de los que estaban ausentes y abiertamente comprometidos, respondiendo en parte á los fallos de la misma naturaleza que pronunciaba el tribunal extraordinario de Madrid. Solo impuso la pena capital á un ex-guardia de corps que se habia pasado al enemigo, y en abril de 1809 mandó ajusticiar en secreto, exponiéndolos luego al público, á Luis Gutierrez y á un tal Echevarría su secretario, mozo de entendimiento claro y despejado. El Gutierrez habia sido fraile y redactor de una gaceta

Tribunal de seguridad pública.

en español que se publicaba en Bayona, y el cual con su compañero llevaba comision para disponer los ánimos de los habitantes de América en favor de José. Encontráronles cartas del rey Fernando y del infante Don Cárlos que se tuvieron por falsas. Quizá no fue injusta la pena impuesta, segun la legislacion vigente, pero el modo y sigilo empleado merecieron con razon la desaprobacion de los cuerdos é imparciales.

Centrales enviados á las provincias.

Tampoco reportó provecho el enviar individuos de la central á las provincias, de cuya comision hablamos en el libro sexto. La junta intitulándolos comisarios, los autorizó para presidir á las provinciales y representarla con la plenitud de sus facultades. Los mas de ellos no hicieron sino arrimarse á la opinion que encontraron establecida, ó entorpecer la accion de las juntas, no saliendo por lo general de su comision ninguna providencia acertada ni vigorosa. Verdad es que siendo, conforme queda apuntado, pocos entre los individuos de la central los que se miraban como prácticos y entendidos en materias de gobierno, quedáronse casi siempre los que lo eran en Sevilla, yendo ordinariamente á las provincias los mas inútiles y limitados. Fue de este número el marqués de Villel: enviado á Cádiz para atender á su fortificacion, y desarraigar añejos abusos en la administracion de la aduana, provocó por su indiscrecion y desatentadas providencias un alboroto que á no atajarse con oportunidad, hubiera dado ocasion á graves desazones. Como este acontecimiento se rozó con otro que por entonces y en la misma ciudad ocurrió con los ingleses, será bien que tratemos á un tiempo de entrambos.

Marqués de Villel en Cádiz.

Los ingleses quieren ocupar la plaza.

Luego que el gobierno británico supo las derrotas de los ejércitos españoles, y temiendo que los franceses invadiesen las Andalucías, pensó poner al abrigo de todo rebate la plaza de Cádiz, y enviar tropas suyas que la guarneciesen. Para el recibimiento de esta y para proveer en ello lo conveniente envió allí á Sir Jorge Smith con la advertencia, segun parece, de solo obrar por sí en el caso de que la junta central fuese disuelta, ó de que se cortasen las comunicaciones con el interior. No habiendo sucedido lo que recelaba el ministerio inglés, y al contrario estando ya en Sevilla el gobierno supremo, de repente y sin otro aviso notició el Sir Jorge al gobernador de Cádiz como S. M. B. le habia autorizado para exigir que se admitiese dentro de la plaza guarnicion inglesa: escribiendo al mismo tiempo á Sir Juan Cradock general de su nacion en Lisboa, á fin de que sin tardanza enviase á Cádiz parte de las tropas que tenia á sus órdenes. Avertida la junta central de lo ocurrido, extrañó que no se la hubiera de antemano consultado en asunto tan grave, y que el ministro inglés Mr. Frere no le hubiese hecho acerca de ello la mas leve insinuacion. Resentida dióselo á entender con oportunas

reflexiones, previniendo al marqués de Villel su representante en Cádiz y al gobernador, que de ningun modo permitiesen á los ingleses ocupar la plaza, guardando no obstante en la ejecucion de la órden el miramiento debido á tropas aliadas.

Altercados que hubo en ello

A poco tiempo y al principiar febrero llegaron á la bahía gaditana con el general Mackenzie dos regimientos de los pedidos á Lisboa, y súpose tambien entonces por el conducto regular cuáles eran los intentos del gobierno inglés. Este, confiado en que la expedicion de Moore no tendria el pronto y malhadado término que hemos visto, queria, conforme manifestó, trasladar aquel ejército ó bien á Lisboa, ó bien al mediodía de España; y para tener por esta parte un punto seguro de desembarco, habia resuelto enviar de antemano á Cádiz al general Sherbrooke con 4000 hombres que impidiesen una súbita acometida de los franceses. Asi se lo comunicó Mr. Frere á la junta central, y asi en Lóndres Mr. Canning al ministro de España Don Juan Ruiz de Apodaca, añadiendo que S. M. B. deseaba que el gobierno español examinase si era ó no conveniente dicha resolucion.

Parecian contrarios á los anteriores procedimientos de Sir Jorje Smith los pasos que en la actualidad se daban, y disgustábale á la central que despues de haber desconocido su autoridad se pidiese ahora su dictámen y consentimiento. No pensaba que Smith se hubiese excedido de sus facultades segun se le aseguró, y mas bien presumió que se achacaba al comisionado una culpa que solo era hija de resoluciones precipitadas, sugeridas por el temor de que los franceses conquistasen en breve á España. Siguiéronse varias contestaciones y conferencias que se prolongaron bastantemente. La junta mantúvose firme y con decoro, y terminó el asunto por medio de una juciosa nota * pasada en 1° de marzo, de cuyas resultas dióse otro destino á las tropas inglesas que iban á ocupar á Cádiz.

(* Ap. n. 4.)

Alboroto en Cádiz.

Al propio tiempo y cuando aun permanecian en su bahía los regimientos que trajo el general Mackenzie, se suscitó dentro de aquella plaza el alboroto arriba indicado, cuya coincidencia dió ocasion á que unos le atribuyesen á manejos de agentes británicos, y otros á enredos y maquinaciones de los parciales de los franceses; estos para impedir el desembarco é introducir division y cizaña, aquellos para tener un pretexto de meter en Cádiz las tropas que estaban en la bahía. Asi se inclina el hombre á buscar en orígen oscuro y extraordinario la causa de muchos acontecimientos. En el caso presente se descubre fácilmente esta en el interés que tenian varios en conservar los abusos que iba á desarraigar el marqués de Villel; en los desacordados procedimientos del último y en la suma desconfianza que á la sazon reinaba. El marqués en vez de contentarse con desempeñar sus importantes comisiones, se entrometió en dar providencias de policía subalterna

ó solo propias del recogimiento de un claustro. Prohibia las diversiones, censuraba el vestir de las mugeres, perseguia á las de conducta equívoca, ó á las que tal le parecian, dando pábulo con estas y otras medidas no menos inoportunas á la indignacion pública. En tal estado bastaba el menor incidente para que de las hablillas y desabrimientos se pasase á una abierta insurreccion.

Conducta extraña de Villel.

Presentóse con la entrada en Cádiz el 22 de febrero de un batallon de extrangeros compuesto de desertores polacos y alemanes. Desagradaba á los gaditanos que se metiesen en la plaza aquellos soldados, á su entender poco seguros : con lo que los enemigos de la central y los de Villel que eran muchos, soplando el fuego, tumultuaron la gente que se encaminó á casa del marqués para leer un pliego sospechoso á los ojos del vulgo, y el cual acababa de llegar al capitan del puerto. Manifestóse el contenido á los alborotados, y como se limitase este á una órden para trasladar los prisioneros franceses de Cádiz á las islas Baleares, aquietáronse por de pronto, mas luego arreciando la conmocion fue llevado el marqués con gran peligro de su persona á las casas consistoriales. Crecieron las amenazas, y temerosos algunos vecinos respetables de que se repitiese la sangrienta y deplorable escena de Solano, acudieron á libertar al angustiado Villel acompañados del gobernador Don Felix Jones y de Fr. Mariano de Sevilla guardian de capuchinos, que ofreció custodiarle en su convento. De entre los amotinados salieron voces de que los ingleses aprobaban la sublevacion, y teniéndolas por falsas rogó el gobernador Jones al general Mackenzie que las desvaneciese, en cuyo deseo condescendió el inglés. Con lo cual, y con fenecer el dia se sosegó por entonces el tumulto.

Riesgo que corre su persona.

A la mañana siguiente publicó el gobernador un bando que calmase los ánimos ; mas enfureciéndose de nuevo el populacho quiso forzar la entrada del castillo de Santa Catalina, y matar al general Carraffa que con otros estaba allí preso. Púdose afortunadamente contener con palabras á la muchedumbre, entre la que hallándose ciertos contrabandistas, revolvieron sobre la Puerta del mar, cogieron á Don José Heredia comandante del resguardo, contra quien tenian particular encono, y le cosieron á puñaladas. La atrocidad del hecho, el cansancio y los ruegos de muchos calmaron al fin el tumulto, prendiendo los voluntarios de Cádiz á unos cuantos de los mas desasosegados.

Matan á Heredia.

Sosiégase el alboroto.

Ejércitos.

Afligian á los buenos partricios tan tristes y funestas ocurrencias, sin que por eso se dejase de continuar con la misma constancia en el santo propósito de la libertad de la patria. La central ponia gran diligencia en reforzar y dar nueva vida á los ejércitos que habiéndose acogido al mediodia de España le servian

de valladar. En febrero del apellidado del centro y de la gente que el marqués del Palacio y despues el conde de Cartaojal habian reunido en la Carolina, formóse solo uno, segun insinuamos, á las órdenes del último general. En Extremadura prosiguió Don Gregorio de la Cuesta juntando dispersos y restableciendo el órden y la disciplina para hacer sin tardanza frente al enemigo. De cada uno de estos dos ejércitos y de sus operaciones hablaremos sucesivamente.

El de la Mancha.

El que mandaba Cartaojal, ahora llamado de la Mancha, constaba de 16,000 infantes y mas de 3000 caballos. Los que de ellos se renuieron en la Carolina tuvieron mas tiempo de arreglarse; y la caballería numerosa y bien equipada, si no tenia la práctica y ejercicios necesarios, por lo menos sobresalia en sus apariencias. Debian darse la mano las operaciones de este ejército con las del general Cuesta en Extremadura, y ya antes de ser separado del mando del ejército del centro el duque del Infantado, se habia convenido en febrero entre él y el de Cartaojal hacer un movimiento hácia Toledo, que distrajese parte de las fuerzas enemigas que intentaban cargar á Cuesta. Con este propósito púsose á las órdenes del duque de Alburquerque, encargado del mando de la vanguardia del ejército del centro despues de la batalla de Uclés, una division formada con soldados de aquel y con otros del de la Carolina; constando en todo de 9000 infantes, 2000 caballos y 10 piezas artillería.

Ataque de Mora.

Era el de Alburquerque mozo valiente, dispuesto para este género de operaciones. Encaminóse por Ciudad Real y el pais quebrado y de bosque espeso llamado la Gualdería, y se acercó á Mora que ocupaba con 500 á 600 dragones franceses el general Dijon. Aunque por equivocacion de los guias y cierto desarreglo que casi siempre reinaba en nuestras marchas, no habia llegado aun toda la gente de Alburquerque, particularmente la infantería, determinó este atacar á los enemigos el 18 de febrero: los cuales advertidos por el fuego de las guerrillas españolas evacuaron la villa de Mora, y solo fueron alcanzados camino de Toledo. Acometiéronlos con brio nuestros ginetes, señaladamente los regimientos de España y Pavía, mandados por sus coroneles Gamez y príncipe de Anglona, y acosándolos de cerca se cogieron unos 80 hombres, equipages y el coche del general Dijon.

Avisados los franceses de las cercanías de tan impensado ataque, comenzaron á reunir fuerzas considerables, de lo que temeroso Alburquerque se replegó á Consuegra en donde permaneció hasta el 22. En dicho dia se descubrieron los franceses por la llanura que yace delante de la villa, y desde las nueve de la mañana estuvo jugando de ambos lados la artillería, hasta que á las tres de la misma tarde sabedor Alburquerque de que 11,000 infantes y 5000 caballos venian sobre él, creyó prudente replegarse por la Cañada del

puerto de Gineta. No siguió el enemigo, parándose en el bosque de Consuegra, y los españoles se retiraron á Manzanares descansadamente. Infundió esta escursion, aunque de poca importancia, seguridad en el soldado, y hubiera podido ser comienzo de otras que le hiciesen olvidar las anteriores derrotas y dispersiones.

Alburquerque y Cartaojal.

Pero en vez de pensar los gefes en llevar á cabo tan noble resolucion, entregáronse á zelos y rencillas. El de Alburquerque fundadamente insistia en que se hiciesen correrías y expediciones para adestrar y foguear la tropa, mas inquieto y revolvedor sustentaba su opinion de modo que enojando á Cartaojal, mirábale este con zelosa ojeriza. En tanto los franceses habian vuelto á sus antiguas posiciones, y fortaleciéndose en el ejército español y cundiendo el dictámen de Alburquerque, aparentó el general en gefe adherir á él; determinando que dicho duque fuese con 2000 ginetes la vuelta de Toledo, en donde los enemigos tenian 4000 infantes y 1500 caballos. Dobladas fuerzas que las que estos tenian habia pedido aquel para la expedicion, único medio de no aventurar malamente tropas bisoñas como lo eran las nuestras. Por lo mismo juzgó con razon el de Alburquerque que la condescendencia del conde de Cartaojal no era sino imaginada traza para comprometer su buena fama; con lo cual creciendo entre ambos la enemistad, acudieron con sus quejas á la central, sacrificando asi á deplorables pasiones la causa pública.

Pasa Alburquerque al ejército de Cuesta.

Se aprobó en Sevilla el plan del duque, pero debiendo aumentarse el ejército de Cuesta con parte del de la Mancha, por haber engrosado el suyo en Extremadura los franceses, aprovechóse Cartaojal de aquella ocurrencia para dar al de Alburquerque el encargo de capitanear las divisiones de los generales Bassecourt y Echavarry, destinadas á dicho objeto. Mas compuestas ambas de 3500 hombres y 200 caballos, advirtieron todos que con color de poner al cuidado del duque una comision importante; no trataba Cartaojal sino de alejarle de su lado. Censuróse esta providencia no acomodada á las circustancias: pues si Alburquerque empleaba á veces reprensibles manejos y se mostraba presuntuoso, desvanecíanse tales faltas con el espiritu guerrero y deseo de buen renombre que le alentaban.

El conde de Cartaojal habia sentado su cuartel general en Ciudad Real; extendíase la caballeria hasta Manzanares ocupando á Daymiel, Torralba y Carrion, y la infanteriá se alojaba á la izquierda y á espaldas de Valdepeñas. Don Francisco Abadía, cuartel maestre, y los gefes de las divisiones trabajaron á porfía en ejercitar la tropa, pero faltaba práctica en la guerra y mayor conocimiento de las grandes maniobras.

Avanza Cartaojal y se retira.

Comenzó Cartaojal á moverse por su frente y avanzó el 24 de marzo hasta Yébenes. Allí Don Juan Bernuy, que mandaba la vanguardia, atacó á un cuerpo de lance-

ros polacos, el cual queriendo retirarse por el camino de Orgaz, tropezó con el vizconde de Zolina, que le deshizo y cogió unos cuantos prisioneros. Mas entonces informado Cartaojal de que los franceses venian por otro lado á su encuentro con fuerzas considerables, en vano trató de recogerse á Consuegra, ocupada ya la villa por los enemigos. Sorprendido de que le hubiesen atajado asi el paso volvió precipitadamente por Malagon á Ciudad Real, en donde entró en 26 á los tres dias de su salida, y despues de haber inútilmente cansado sus tropas.

Accion de Ciudad Real.

Habian los franceses juntado á las órdenes del general Sebastiani, sucesor en el mando del 4º cuerpo del mariscal Lefebvre, 12,000 hombres de infantería y caballería, de los cuales divididos en dos trozos habia tomado uno por el camino real de Andalucía, en tanto que otro partiendo de Toledo seguia por la derecha para flanquear y envolver á los españoles que confiadamente se adelantaban. No habiendo alcanzado su objeto, acosaron á los nuestros y los acometieron el 27 por todas partes. Desconcertado Cartaojal, sin tomar disposicion alguna, dejó en la mayor confusion sus columnas, que rechazadas aquel dia y el siguiente en Ciudad Real, el Viso, Visillo y Santa Cruz de Mudela, fueron al cabo desordenadas, apoderándose el enemigo de varias piezas de artillería y muchos prisioneros. Las reliquias de nuestro ejército se abrigaron de la sierra y prontamente empezaron á juntarse en Despeñaperros y puntos inmediatos. Situóse el cuartel general en Santa Helena y los franceses se detuvieron en Santa Cruz de Mudela, aguardando noticias del mariscal Victor, que al propio tiempo maniobraba en Extremadura.

Ejército de Extremadura.

Encargado el general Cuesta en diciembre del ejército que se habia poco antes dispersado en aquella provincia, trató con particular conato de infundir saludable terror en la soldadesca desmandada y bravía desde el asesinato del general Sanjuan, y de reprimir al populacho de Badajoz, desbocado con las desgracias que allí ocurrieron al acabar el año. Y cierto que si á su condicion dura hubiera entonces unido Cuesta mayor conocimiento de la milicia, y no tanto apresuramiento en batallar, con gran provecho de la patria y realce suyo hubiera llevado á término importantes empresas. A su solo nombre temblaba el soldado, y sus órdenes eran cumplidas pronta y religiosamente.

Avanza á Almaraz.

Rehecho y aumentado el corto ejército de su mando constaba ya á mediados de enero de 12,000 hombres repartidos en dos divisiones y una vanguardia. El 25 del mismo yendo de Badajoz sentó sus reales en Trujillo, y retirándose los franceses hácia Almaraz, fueron desalojados de aquellos alrededores, enseñoreándose el 29 del puente la vanguardia capitaneada por Don Juan de Henestrosa. Trasladóse despues el general Cuesta á Jaraicejo y Deleitosa, y dispuso cortar dicho puente como en

vano lo habia intentado antes el general Galluzo. Competia aquella obra con las principales de los romanos, fabricada por Pedro Uria á expensas de la ciudad de Plasencia en el reinado de Cárlos V. Tenia 580 pies de largo, mas de 25 de ancho y 134 de alto hasta los pretiles. Constaba de dos ojos y el del lado del norte, cuya abertura excedia de 150 pies, fue el que se cortó. No habiendo al principio surtido efecto los hornillos, hubo que descarnarle á pico y barreno, é hízose con tan poca precaucion que al destrabar de los sillares, cayeron y se ahogaron 26 trabajadores con el oficial de ingenieros que los dirigia. Lástima fue la destruccion de tamaña grandeza, y en nuestro concepto arruinábanse con sobrada celeridad obras importantes y de pública utilidad, sin que despues resultase para las operaciones militares ventajas conocidas.

Pasan los franceses el Tajo.

El general Cuesta continuó en Deleitosa hasta el mes de marzo, no habiendo ocurrido en el intermedio sino un amago que hizo el enemigo hácia Guadalupe, de donde luego se retiró repasando el Tajo. Mas en dicho mes acercándose el mariscal Victor á Extremadura, se situó en el pueblo de Almaraz para avivar la construccion de un puente de balsas que supliese el destruido, no pudiendo la artillería transitar por los caminos que salian á Extremadura, desde los puentes que aun se conservaban intactos. Preparado lo necesario para llevar á efecto la obra, juzgó antes oportuno el enemigo desalojar á los españoles de la ribera opuesta en que ocupaban un sitio ventajoso, para cuyo fin pasaron 13,000 hombres y 800 caballos por el puente del Arzobispo, asi denominado de su fundador el célebre Don Pedro Tenorio prelado de Toledo. Puestos ya en la márgen izquierda se dividieron al amanecer del 18 en dos trozos, de los cuales uno marchó sobre las Mesas de Ibor, y otro á cortar la comunicacion entre este punto y Fresnedoso. Estaba entonces el ejército de Don Gregorio de la Cuesta colocado del modo siguiente: 5000 hombres formando la vanguardia, que mandaba Henestrosa, enfrente de Almaraz; la primera division de menos fuerza, y á las órdenes del duque del Parque recien llegado al ejército, en las Mesas de Ibor; la segunda de 2 á 3000 hombres mandada por Don Francisco Trias, en Fresnedoso, y la tercera, algo mas fuerte, en Deleitosa con el cuartel general, por lo que se ve que hubo desde enero aumento en su gente. El trozo de franceses que tomó del lado de Mesas de Ibor acometió el mismo 18 al duque del Parque, quien, despues de un reencuentro sostenido, se replegó á Deleitosa, adonde por la noche se le unió el general Trias. La víspera se habia desde allí trasladado Cuesta al puerto de Miravete, en cuyo punto se reunió el ejército español, habiéndosele agregado Henestrosa con la vanguardia al saber que los enemigos se acercaban al puente de Almaraz por la orilla izquierda del Tajo.

Retiranse los nuestros.

Entraron los nuestros en Trujillo el 19, y prosiguieron á

Santa Cruz del puerto: la vanguardia de Henestrosa, que protegia la retirada, tuvo un choque con parte de la caballería enemiga y la rechasó, persiguiéndola con señalada ventaja camino de Trujillo. Cuesta habia pensado aguardar á los franceses en el mencionado Santa Cruz; mas detúvole el temor de que quizá viniesen con fuerza superior á la suya. Continuó pues retirándose con la buena dicha de que cerca de Miajadas los regimientos del Infante y de dragones de Almansa arremetiesen al del número 10 de caballería ligera de la vanguardia francesa y le acuchillasen, matando mas de 150 de sus soldados. Entró Cuesta en Medellin el 22, y se alejó de allí queriendo esquivar toda pelea hasta que se le uniese el duque de Alburquerque, lo cual se verificó en la tarde del 27 en Villanueva de la Serena, viniendo, segun en su lugar dijimos, de la Mancha.

Ventajas conseguidas por los españoles.

Unese Alburquerque á Cuesta.

Juntas todas nuestras fuerzas revolvió el general Cuesta sobre Medellin en la mañana del 28, resuelto á ofrecer batalla al enemigo. Está situada aquella villa á la márgen izquierda del Guadiana, y á la falda occidental de un cerro en que tiene asiento su antiguo castillo muy deteriorado, y cuyo pie baña el mencionado rio. Merece particular memoria haber sido Medellin cuna del gran Hernan Cortés, existiendo todavía entonces, calle de la Feria, la casa en que nació; mas despues de la batalla de que vamos á hablar, fue destruida por los franceses, no quedando ahora sino algunos restos de las paredes. Llégase á Medellin viniendo de Trujillo por una larga puente, y por el otro lado ábrese una espaciosa llanura despojada de árboles, y que yace entre la madre del rio, la villa de Don Benito, y el pueblo de Mingabril. Cuesta trajo allí su gente en número de 20,000 infantes y 2000 caballos, desplegándose en una línea de una legua de largo, á manera de media luna, y sin dejar la menor reserva. Constaba la izquierda, colocada del lado de Mingabril, de la vanguardia y primera division, regidas por Don Juan de Henestrosa y el duque del Parque; el centro avanzado, y enfrente de Don Benito le guarnecia la segunda division del mando de Trias; y la derecha, arrimada al Guadiana, se componia de la tercera division del cargo del marqués de Portago, y de la fuerza traida por el duque de Alburquerque, formando un cuerpo que gobernaba el teniente general Don Francisco de Eguía. Situóse Don Gregorio de la Cuesta en la izquierda, desde donde por ser el terreno algo mas elevado descubria la campaña: tambien colocó del mismo lado casi toda la caballería, siendo el mas amenazado por el enemigo.

Batalla de Medellin.

Eran las once de la mañana cuando los franceses, saliendo de Medellin, empezaron á ordenarse, á poca distancia de la villa, describiendo un arco de círculo comprendido entre el Guadiana y una quebrada de arbolado y viñedo que va de Medellin á Minga-

bril. Estaba en su ala izquierda la division de caballería ligera del general Lasalle, en el centro una division alemana de infantería, y á la derecha la de dragones del general Latour-Maubourg, quedando de respeto las divisiones de infantería de los generales Villate y Ruffin. El total de la fuerza ascendia á 18,000 infantes y cerca de 5000 caballos. Mandaba en gefe el mariscal Victor.

Dió principio á la pelea la division alemana, y cargando dos regimientos de dragones repelióles nuestra infantería que avanzaba con intrepidez. Durante dos horas lidiaron los franceses, retirándose lentamente y en silencio: nuestra izquierda progresaba, y el centro y la derecha cerraban de cerca al enemigo, cuya ala siniestra cejó hasta un recodo que forma el Guadiana al acercarse á Medellin. Las tropas ligeras de los españoles, esparcidas por el llano, amedrentaban por su número y arrojo á los tiradores del enemigo; y como si ya estuviesen seguras de la victoria, anunciaban con grande algazara que los campos de Medellin serian el sepulcro de los franceses. Por todas partes ganaba terreno el grueso de nuestra línea, y ya la izquierda iba á posesionarse de una batería enemiga á la sazon que los regimientos de caballería de Almansa y el Infante, y dos escuadrones de cazadores imperiales de Toledo, en vez de cargar á los contrarios volvieron grupa, y atropellándose unos á otros huyeron al galope vergonzosamente. En vano Don José de Zayas oficial de gran valor y pericia, y que en realidad mandaba la vanguardia, en vano les gritaba acompañado de sus infantes firmes y serenos, « ¿qué es esto? Alto la caballería. Volvamos á ellos « que son nuestros..... » Nada escuchaban, el pavor habia embargado sus sentidos. Don Gregorio de la Cuesta al advertir tamaño baldon partió aceleradamente para contener el desórden, mas atropellado y derribado de su caballo estuvo próximo á caer en manos de los ginetes enemigos, que pasando adelante en su carga afortunadamente no le percibieron. Aunque herido en el pie, maltratado y rendido con sus años, pudo Cuesta volver á montar á caballo, y libertarse de ser prisionero.

Abandonada nuestra infantería de la izquierda por la caballería, fue desunida y rota, y cayendo sobre nuestro centro y derecha, que al mismo tiempo eran atacados por su frente, desapareció la formacion de nuestra dilatada y endeble línea como hilera de naipes. El duque de Alburquerque fue el solo que pudo por algun tiempo conservar el órden, para tomar una loma plantada de viña que habia á espaldas del llano; pero estrechada su gente por los dispersos, y aterrada con los gritos de los acuchillados, desarreglóse simultáneamente, corriendo á guarecerse de los viñedos. Desde entonces todo el ejército no presentó ya otra forma sino la de una muchedumbre desbandada, huyendo á toda priesa de la caballería enemiga, que hizo gran mortandad en nuestros pobres infantes. Durante mucho tiempo los huesos de los que allí perecie-

ron se percibian y blanqueaban, contrastando su color macilento en tan hermoso llano con el verde y matizadas flores de la primavera. Fue nuestra pérdida entre muertos, heridos y prisioneros de 10,000 hombres; la de los franceses, aunque bastante inferior, no dejó de ser considerable.

Asi terminó y tan desgraciadamente la batalla de Medellin. Gloriosa para la infantería no lo fue para algunos cuerpos de caballería, que castigó severamente Don Gregorio de la Cuesta suspendiendo á tres coroneles, y quitando á los soldados una pistola hasta que recobrasen en otra accion el honor perdido. Pero por reprensible que en efecto fuese la conducta de estos, en nada descargaba á Cuesta del temerario arrojo de empeñar una batalla campal con tropas bisoñas y no bien disciplinadas, en una posicion como la que escogió y en el órden en que lo hizo, sin dejar á sus espaldas cuerpo alguno de reserva. Claro era que rota una vez la línea quedaba su ejército deshecho, no teniendo en que sostenerse ni punto adonde abrigarse, al paso que los franceses, aun perdida por ellos la batalla, podian cubrirse detras de unas huertas cerradas con tapia que habia á la salida de Medellin, y escudarse luego con el mismo pueblo desamparado de los vecinos, apoyándose en el cerro del castillo. Don Gregorio de la Cuesta con los restos de su ejército se retiró á Monasterio, límite de Extremadura y Andalucía, y en cuyo fuerte sitio debiera haber aguardado á los franceses si hubiese procedido como general entendido y prudente. Sus resultas.

La junta central al saber la rota de Medellin no sintió descaido su ánimo, á pesar del peligro que de cerca la amagaba. Elevó á la dignidad de capitan general á Don Gregorio de la Cuesta, al paso que temia su antiguo resentimiento en caso de que hubiese triunfado, y repartió mercedes á los que se habian conducido honrosamente, no menos que á los huérfanos y viudas de los muertos en la batalla. Púsose tambien el ejército de la Mancha á las órdenes de Cuesta, aunque se nombró para mandarle de cerca á Don Francisco Venegas, restablecido de una larga enfermedad, y fue llamado el conde de Cartaojal, cuya conducta apareció muy digna de censura por lo ocurrido en Ciudad Real, pues allí no hubo sino desórden y confusion, y por lo menos en Medellin se habia peleado. Determinaciones de la central. Venegas sucede á Cartaojal.

Ahora haciendo corta pausa séanos lícito examinar la opinion de ciertos escritores, que al ver tantas derrotas y dispersiones han querido privar á los españoles de la gloria adquirida en la guerra de la independencia. Pocos son en verdad los que tal han intentado, y en alguno muéstrase á las claras la mala fé, alterando ó desfigurando los hechos mas conocidos. En los que no han obrado impelidos de mezquinas y reprensibles pasiones, descúbrese luego el órigen de su error en aquel empeño Reflexiones.

de querer juzgar la defensa de España como el comun de las guerras, y no segun deben juzgarse las patrióticas y nacionales. En las unas gradúase su mérito conforme á reglas militares; en las otras ateniéndose á la constancia y duracion de la resistencia. « Median « imperios (decia Napoleon en Leipsic) entre ganar ó perder una « batalla. » Y decíalo con razon en la situacion en que se hallaba; pero no así á haber sostenido la Francia su causa, como lo hizo con la de la libertad al principio de la revolucion. La Holanda, los Estados-Unidos, todas las naciones en fin que se han visto en el caso de España, comenzaron por padecer descalabros y completas derrotas, hasta que la continuacion de la guerra convirtió en soldados á los que no eran sino meros ciudadanos. Con mayor fundamento debia acaecer lo mismo entre nosotros. La Francia era una nacion vecina, rica y poderosa, de donde sin apuro podian á cada paso llegar refuerzos. Sus ejércitos en gran parte no eran puramente mercenarios: producto de su revolucion conservaban cierto apego al nombre de patria, y quince años de guerra y de esclarecidos triunfos le habian dado la pericia y confianza de invencibles conquistadores. Austriacos, prusianos, rusos, ingleses, preparados de antemano con cuantiosos medios, con tropas antiguas y bien disciplinadas, les habian cedido el campo en repetidas lides. ¿Qué extraño pues sucediese otro tanto á los españoles en batallas campales, en que el saber y maña en evoluciones y maniobras valian mas que los ímpetus briosos del patriotismo? Al empezar la insurreccion en mayo ya vimos cuán desapercibida estaba España para la guerra con 40,000 soldados escasos, inexpertos y mal acondicionados; dueños los franceses de muchas plazas fuertes, y teniendo 100,000 hombres en el corazon del reino. Y sin embargo, ¿qué no se hizo? En los primeros meses victoriosos los españoles en casi todas partes, estrecharon á sus contrarios contra el Pirineo. Cuando despues reforzados estos inundaron con sus huestes los campos peninsulares, y oprimieron con su superioridad y destreza á nuestros ejércitos, la nacion ni se desalentó, ni se sometieron los pueblos fácil ni voluntariamente. Y en enero embarcados los ingleses, solos los españoles teniendo contra sí mas de 200,000 enemigos, mirada ya en Europa como perdida su justísima causa, no solo se desdeñó todo acomodamiento, sino que peleándose por do quiera transitaban franceses, aparecieron de nuevo ejércitos que osaron aventurar batallas, desgraciadas es cierto, pero que mostraban los redoblados esfuerzos que se hacian, y lo porfiadamente que habia de sustentarse la lucha empeñada, Cometiéronse graves faltas, descubrióse á las claras la impericia de varios generales, lo bisoño de nuestros soldados, el abandono y atraso en que el anterior gobierno habia tenido el ramo militar como los demas; pero brilla con luz muy pura el elevado carácter de la nacion, la sobriedad y valor de sus habitadores, su desprendimiento, su conformidad é

inalterable constancia en los reveses y trabajos, virtudes raras, exquisitas, mas difíciles de adquirir que la táctica y disciplina de tropas mercenarias. Abulte en buen hora la envidia, el despecho, la ignorancia los errores en que incurrimos: su voz nunca ahogará la de la verdad, ni podrá desmentir lo que han estampado en sus obras, y casi siempre con admirable imparcialidad, muchos de los que entonces eran enemigos nuestros, y señaladamente los dignos escritores Foy, Suchet y Saint-Cyr, que, mandando á los suyos, pudieron mejor que otros apreciar la resistencia y el mérito de los españoles.

Comision de Sotelo.

Volvamos ya á nuestro propósito. Ocurridas las jornadas de Ciudad Real y Medellin, pensó el gobierno de José ser aquella buena sazon para tantear al de Sevilla, y entrar en algun acomodamiento. Salió de Madrid con la comision Don Joaquin María Sotelo, magistrado que gozaba antes del concepto de hombre ilustrado, y que deteniéndose en Mérida dirigió desde allí al presidente de la junta central, por medio del general Cuesta, un pliego con fecha de 12 de abril, en el que, anunciando estar autorizado por José para tratar con la junta el modo de remediar los males que ya habian experimentado las provincias ocupadas, y el de evitar los de aquellas que todavía no lo estaban, invitaba á que se nombrase al efecto por la misma junta una ó mas personas que se abocasen con él. La central, sin contestar en derechura á Sotelo, mandó á Don Gregorio de la Cuesta que le comunicase el acuerdo que de resultas habia formado, justo y enérgico, concebido en estos términos. « Si Sotelo trae poderes « bastantes para tratar de la restitucion de nuestro « amado rey, y de que las tropas francesas evacuen al instante « todo el territorio español, hágalos públicos en la forma reco- « nocida por todas las naciones, y se le oirá con anuencia de nues- « tros aliados. De no ser asi la junta no puede faltar á la calidad « de los poderes de que está revestida, ni á la voluntad nacio- « nal, que es de no escuchar pacto, ni admitir tregua, ni ajus- « tar transaccion que no sea establecida sobre aquellas bases de « eterna necesidad y justicia. Cualquiera otra especie de negocia- « cion, sin salvar al estado, envileceria á la junta, la cual se ha « obligado solemnemente á sepultarse primero entre las ruinas de « la monarquía, que á oir proposicion alguna en mengua del honor « é independencia del nombre español. » Insistió Sotelo respondiendo con una carta bastantemente moderada; mas la junta se limitó á mandar á Cuesta repitiese el mencionado acuerdo, « ad- « virtiendo á Sotelo que aquella seria la última contestacion que « recibiria mientras los franceses no se allanasen lisa y llana- « mente á lo que habia manifestado la junta. » No pasó por consiguiente mas adelante esta negociacion emprendida quizá con sano intento, pero que entonces se interpretó mal, y dañó al anterior buen nombre del comisionado.

Respuesta de la central.

Cartas de Sebastiani á Jovellanos y otros.

Tambien por la porte de la Mancha se hicieron al mismo tiempo iguales tentativas, escribiendo el general francés Sebiastiani*, que alli mandaba, á Don Gaspar Melchor de Jovellanos individuo de la central, á Don Francisco de Saavedra ministro de hacienda, y al general del ejército de la Carolina Don Francisco Venegas. Es curiosa esta correspondencia, por colegirse de ella el modo diverso que tenian entonces de juzgar las cosas de España los franceses y los nacionales. Como seria prolijo insertarla íntegra, hemos preferido no copiar sino la carta del general Sebastiani á Jovellanos, y la contestacion de este. « Señor, la reputacion de « que gozais en Europa, vuestras ideas liberales, « vuestro amor por la patria, el deseo que manifestais « de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que solo « combate por la inquisicion, por mantener las preocupaciones, « por el interés de algunos grandes de España, y por los de la « Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgra- « cias de la España. Un hombre cual vos sois, conocido por su « carácter y sus talentos, debe conocer que la España puede es- « perar el resultado mas feliz de la sumision á un rey justo é ilus- « trado, cuyo genio y generosidad deben atraerle á todos los « españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria. « La libertad constitucional bajo un gobierno monárquico, el libre « ejercicio de vuestra religion, la destruccion de los obstáculos que « varios siglos ha se oponen á la regeneracion de esta bella nacion, « serán el resultado feliz de la constitucion que os ha dado el « genio vasto y sublime del emperador. Despedazados con fac- « ciones, abandonados por los ingleses que jamas tuvieron otros « proyectos que el de debilitaros, el de robaros vuestras flotas y « destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, « no podeis ser sordos á la voz de la patria que os pide la paz y la « tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con nosotros, y que « la energía de España solo se emplee desde hoy en cimentar su « verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera, no dudo « que acojais con gusto la ocasion de ser útil al rey José y á vuestros « conciudadanos. Conoceis la fuerza y el número de nuestros ejér- « citos, sabeis que el partido en que os hallais no ha obtenido la « menor vislumbre de suceso : hubierais llorado un dia si las vic- « torias le hubieran coronado, pero el Todopoderoso en su infi- « nita bondad os ha libertado de esta desgracia.

(* Ap. n. 6.)

Carta de Sebastiani al señor Jovellanos.

« Estoy pronto á entablar communicacion con vos y daros « pruebas de mi alta consideracion. — HORACIO SEBASTIANI. »

Contestacion del señor Jovellanos.

« Señor geñeral, yo no sigo un partido, sigo la « santa y justa causa que sigue mi patria, que unáni- « memente adoptamos los que recibimos de su mano « el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos hacemos

« jurado seguir y sostener á costa de nuestras vidas. No lidiamos, « como pretendeis, por la inquisicion ni por soñadas preocupa- « ciones, ni por el interés de los grandes de España : lidiamos por « los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religion, nuestra « constitucion y nuestra independencia. Ni creais que el deseo de « conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan « oponerse á este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra « frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla « al grado de esplendor que ha tenido algun dia, es mirado por « nosotros como una de nuestras principales obligaciones. Acaso « no pasará mucho tiempo sin que la Francia y la Europa entera « reconozcan que la misma nacion que sabe sostener con tanto « valor y constancia la causa de su rey y de su libertad contra una « agresion tanto mas injusta, cuanto menos debia esperarla de los « que se decian sus primeros amigos, tiene tambien bastante celo, « firmeza y sabiduría para corregir los abusos que la condujeron « insensiblemente á la horrorosa suerte que le preparaban. No « hay alma sensible que no llore los atroces males que esta agresion « ha derramado sobre unos pueblos inocentes á quienes, despues de « pretender denigrarlos con el infame título de rebeldes, se niega « aun aquella humanidad que el derecho de la guerra exige y en- « cuentra en los mas bárbaros enemigos. Pero ¿ á quién serán im- « putados estos males? ¿ A los que los causan violando todos los « principios de la naturaleza y la justicia, ó á los que lidian gene- « rosamente para defenderse de ellos y alejarlos de una vez y para « siempre de esta grande y noble nacion? Porque, señor general, « no os dejeis alucinar : estos sentimientos que tengo el honor de « expresaros son los de la nacion entera, sin que haya en ella un « solo hombre bueno, aun entre los que vuestras armas oprimen, « que no sienta en su pecho la noble llama que arde en el de sus « defensores. Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si « vuestra carta no me obligase á decir en honor suyo que los pro- « pósitos que les atribuis son tan injuriosos como agenos de la ge- « nerosidad con que la nacion inglesa ofreció su amistad y sus « auxilios á nuestras provincias, cuando desarmadas y empobre- « cidas los imploraron desde los primeros pasos de la opresion con « que la amenazaban sus amigos.

« En fin, señor general, yo estaré muy dispuesto á respetar los « humanos y filosóficos principios, que segun nos decis profesa « vuestro rey José, cuando vea que ausentándose de nuestro terri- « torio reconozca que una nacion, cuya desolacion se hace actual- « mente á su nombre por vuestros soldados, no es el teatro mas « propio para desplegarlos. Este seria ciertamente un triunfo digno « de su filosofía, y vos, señor general, si estais penetrado de los « sentimientos que ella inspira, debereis gloriaros tambien de con- « currir á este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra

« admiracion y nuestro reconocimiento. Solo en este caso me permitirán mi honor y mis sentimientos entrar con vos en la comunicacion que me proponeis, si la suprema junta central lo aprobare. « Entre tanto recibid, señor general, la expresion de mi sincera « gratitud por el honor con que personalmente me tratais, seguro « de la consideracion que os profeso. Sevilla, 24 de abril de » 1809. — GASPAR DE JOVELLANOS. — Excmo. señor general Horacio Sebastiani. »

Esta respuesta, digna de la pluma y del patriotismo de su autor, fue muy aplaudida en todo el reino asi por su noble y elevado estilo, como por retratarse en su contenido los verdaderos sentimientos que animaban á la gran mayoría de la nacion.

Guerra de Austria.

Semejantes tentativas de conciliacion, prescindiendo de lo impracticables que eran, parecieron entonces, á pesar de tantas desgracias, mas fuera de sazon por la guerra que empezaba en Alemania. Temores de ella que no tardaron en realizarse habian, segun se dijo, estimulado á Napoleon á salir precipitadamente de España. No olvidando nunca el Austria las desventajosas paces á que se habia visto forzada desde la revolucion francesa, y sobre todo la última de Presburgo, estaba siempre en acecho para no desperdiciar ocasion de volver por su honra y de recobrar lo perdido. Parecióle muy oportuna la de la insurreccion española que produjo en toda Europa impresion vivísima, y siguió aquel gobierno cuidadosamente el hilo de tan grave acontecimiento. Demasiadamente abatida el Austria desde la última guerra, no podia por de pronto mostrar á las claras su propósito antes de prepararse y estar segura de que continuaba la resistencia peninsular. En Erfurt mantúvose amiga de Francia, mas con cierta reserva, y solo difirió bajo especiosos pretextos el reconocimiento de José. Napoleon, aunque receloso, confiando en que si apagaba pronto la insurreccion de España nadie se atreveria á levantar el grito, sacó para ello, conforme insinuamos, gran golpe de gente de Alemania, y dió de este modo nuevo aliento al Austria que disimuladamente aceleró los preparativos de guerra. En los primeros meses del año 1809 dicha potencia comenzó á quitarse el embozo publicando una especie de manifiesto en que declaraba queria ponerse al abrigo de cualquiera empresa contra su independencia, y al fin arrojóle del todo en 9 de abril en que el archiduque Cárlos, mandando su grande y principal ejército, abrió la campaña por medio de un aviso y atravesó el Inn, rio que separa la Baviera de los estados austriacos. Lo poco prevenido que cogia á Napoleon esta guerra, las formidables fuerzas que de súbito desplegó el Austria, las muchas que Francia tenia en España, y lo desabrida que se mostraba la voz pública en el mismo imperio francés, daba á todos fundamento para creer que la primera alcanzaria victorias, de cuyas resultas tal vez se cambiaria la faz política de Europa. Para contribuir á ello y no desaprovechar

la oportunidad envió la junta central á Viena como plenipotenciario suyo á Don Eusebio de Bardaji y Azara, y aquella corte autorizó á M. Gennotte en calidad de encargado de negocios cerca del gobierno de Sevilla. Veremos luego cuán poco correspondió el éxito á esperanzas tan bien concebidas.

Cataluña.

Ahora, despues de haber referido lo que ocurrió durante estos meses en las provincias meridionales de España, será bien que hablemos de Cataluña y de las demas partes del reino. En aquella los ánimos habian andado perturbados despues de las acciones perdidas, y de las voces y amenazas que venian de Aragon y varios puntos. Sin embargo en Tarragona no habrá olvidado el lector como la turbacion no pasó de ciertos límites, luego que Vives dejó el mando y recayó este en Reding; mas en Lérida manchóse con sangre. Fue el caso que en 1° de enero habiendo introducido en la plaza de dia y sin precaucion varios prisioneros franceses, alborotándose á su vista el vecindario y vociferando palabras de muerte, forzó el castillo á donde aquellos habian sido conducidos. Estaban tambien dentro encerrados el oidor de la audiencia de Barcelona Don Manuel Fortuny y su esposa, con otros cuatro ó cinco individuos tachados con razon ó sin ella de infidencia. Ciega la muchedumbre penetró en lo interior y mató á estos desgraciados y á varios de los prisioneros franceses. Duró tres dias la sublevacion, hasta que llegaron 300 soldados que envió el general Reding, con cuyo refuerzo y las prudentes exhortaciones del gobernador Don José Casimiro Lavalle, del obispo y otras personas, se sosegó el bullicio. Los principales sediciosos recibieron despues justo y severo castigo: siendo muy de sentir que las autoridades andando mas precavidas no hubiesen evitado de antemano tan lamentable suceso.

Alboroto de Lérida.

Reding en Tarragona.

Por su parte Don Teodoro Reding con nuevos cuerpos que llegaron de Granada y Mallorca y con reclutas habia ido completando su ejército desde diciembre hasta febrero, en cuyo espacio de tiempo habia permanecido tranquilo el de los franceses sin empeñarse en grandes empresas, teniendo para proveerse de víveres que hacer excursiones en que perdió hombres y consumió 2,000,000 de cartuchos. El plan que en Tarragona siguió al principio el general Reding fue prudente, escarmentado con lo sucedido en Llinas y Molins de Rey. Era obra de Don José Joaquin Martí, y consistia en no trabar acciones campales, en molestar al enemigo al abrigo de las plazas y puntos fragosos, en mejorar asi sucesivamente la instruccion y disciplina del ejército, y en convertir la principal defensa en una guerra de montaña, segun convenia á la índole de los naturales y al terreno en que se lidiaba. Todos concurrian con entusiasmo á alcanzar el objeto propuesto, y la junta corregimental de Tarragona mostró acendrado patriotismo en facilitar caudales, en acuñar la plata de las iglesias y

Plan prudente de Martí.

de los particulares, y en proporcionar víveres y prendas de vestuario. Quisose sujetar á regla á los miqueletes, pero encontró la medida grande obstáculo en las costumbres y antiguos usos de los catalanes.

En sus demas partes, por juicioso que fuese el plan adoptado, no se persistió largo tiempo en llevarle adelante. Contribuyó á alterarle el marqués de Lazan que, habiendo sido llamado de Gerona con la division de 6 á 7000 hombres que mandaba, llegó á la línea española en sazon de estar apurada Zaragoza. Interesado particularmente en su conservacion, propuso el marqués y se aprobó que pasaria la sierra de Alcubierre con la fuerza de su mando, y que prestaria, si le era dado, algun auxilio á quella ciudad. Llenos entonces los españoles de admiracion y respeto por la defensa que allí se hacia, murmuraban de que mayores fuerzas no volasen al socorro, pareciéndoles cosa fácil desembarazarse en una batalla del ejército del general Saint-Cyr. Habia crecido el aliento de resultas de algunas cortas ventajas obtenidas en reencuentros parciales, y sobre todo porque retirándose el enemigo y reconcentrándose mas y mas, atribuyóse á recelo lo que no era sino precaucion. Aveniase bien con el osado espíritu de Reding la voz popular, y cundiendo esta con rapidez, resolvió aquel caudillo dar un ataque general, sobreponiéndose á las justas reflexiones de algunos gefes cuerdos y experimentados. Movíanle igualmente las esperanzas que le daban secretas relaciones de que Barcelona se levantaria al tiempo que su ejército se aproximase.

Variase.

Situacion del ejército español.

Se hallaba este en Tarragona esparcido en una enorme línea de 16 leguas, que partiendo de aquella ciudad se extendia hasta Olesa por el Coll de Santa Cristina, la Llacuna, Igualada y el Bruch. Las tropas de dicha línea que estaban fuera de Tarragona pasaban de 15,000 hombres, y las mandaba Don Juan Bautista de Castro. Las que habia dentro de la plaza á las órdenes inmediatas del general en gefe Don Teodoro Reding ascendian á unos 10,000 hombres. Segun el plan de ataque que se concertó, debia el general Castro avanzar é interponerse entre el enemigo y Barcelona, al paso que el general Reding apareceria con 8000 hombres en el Coll de Santa Cristina, descolgándose tambien de las montañas y por todos lados los somatenes.

Le atacan los franceses.

Los franceses en número de 18,000 hombres se alojaban en el Panadés, y su general en gefe habia dejado maniobrar con toda libertad al de los españoles, confiado en que fácilmente romperia la inmensa línea dentro de la cual se presumia envolverle. Por fin el 16 de febrero cuando vió que iba á ser atacado, se anticipó tomando la ofensiva. Para ello despues de haber dejado en el Vendrell la division del general Souham, salió de Villafranca con la de Pino, debiéndosele juntar las de los generales Chavot y Chabran cerca de Capelladas, y componiendo

las tres 11,000 hombres. Antes de que se uniesen se habian encontrado las tropas del general Chavot con los españoles, cuyas guerrillas al mando de Don Sebastian Ramirez habian rechazado las del enemigo y cogido mas de 100 prisioneros, entre los que se contó al coronel Carrascosa. Sacó de apuro á los suyos la llegada del general Saint-Cyr, quien repelió á los nuestros, y maniobrando despues con su acostumbrada destreza, atravesó la línea española en la direccion de la Llacuna, y con un movimiento por el costado se apareció súbitamente á la vista de Igualada, y sorprendió al general Castro, que se imaginaba que solo seria atacado por el frente. Vuelto de su error apresuradamente se retiró á Montmeneu y Cervera, á cuyos parages ciaron tambien en bastante desórden las tropas mas avanzadas. Los enemigos se apoderaron en Igualada de muchos acopios de que tenian premiosa necesidad, y recobraron los prisioneros que habian perdido la víspera en Capelladas.

Entran en Igualada.

Habiendo cortado de este modo el general Saint-Cyr la línea española, trató de revolver sobre su izquierda para destruir las tropas que guarecian los puntos de aquel lado, y unirse al general Souham. Dejó en Igualada á los generales Chabot y Chabran, y partió el 18 la vuelta de San Magin de donde desalojó al brigadier Don Miguel Iranzo, obligándole á recogerse al monasterio de Santas Cruces, cuyas puertas en vano intentó el general francés que se le abriesen ni por fuerza ni por capitulacion.

Movimientos de Saint-Cyr y Reding.

Noticioso en tanto Don Teodoro Reding de lo acaecido con Castro, salió de Tarragona acompañado de una brigada de artillería, 300 caballos y un batallon de suizos, con objeto de unir los dispersos y libertar al brigadier Iranzo. Consiguió que este y una parte considerable de la demas tropa se le agregasen en el Plá, Sarreal y Santa Coloma. Pero Saint-Cyr temeroso de ser atacado por fuerzas superiores, estando solo con la division de Pino, procuró unirse á la de Souham, y colocarse entre Tarragona y D. Teodoro Reding. Advertido este del movimiento del enemigo, decidió retroceder á aquella plaza, dejando á cargo de Don Luis Wimpffen unos 5000 hombres que cubriesen el corregimiento de Manresa, y observasen á los franceses que habian quedado en Igualada. Se mandó asimismo á Wimpffen proteger al somaten del Vallés y á los inmediatos destinados á ayudar la proyectada conspiracion de Barcelona. Movióse despues Reding hácia Montblanc llevando 10,000 hombres, y el 24 congregó á junta para resolver definitivamente si retrocederia á Tarragona, ó si iria al encuentro de los franceses: tanto pesaba á su atrevido ánimo volver la espalda sin combatir. En el consejo opinaron muchos por enriscarse del lado de Prades y enderezar la marcha á Constantí enviando la artillería á Lérida: otros, y fue lo que se decidió, pensaron ser mas honroso caminar

con la artillería y los bagages por la carretera que pasando entre el Coll de Riba y orillas del Francolí va á Tarragona, mas con la advertencia de no buscar al enemigo, ni de esquivar tampoco su encuentro si provocase á la pelea. Emprendióse la marcha y el 25 al rayar el alba, despues de cruzar el puente de Goy, tropezaron los nuestros con la gran guardia de los franceses, la cual haciendo dos descargas se recogió al cuerpo de su division, que era la del general Souham situada en las alturas de Valls.

Batalla de Valls.

Don Teodoro Reding, en vez de proseguir su marcha á Tarragona conforme á lo acordado, retrocedió con la vanguardia y se unió al grueso del ejército que estaba en la orilla derecha del Francolí, colocado en la cima de unas colinas. Tomada esta determinacion empeñóse luego una accion general, á la que sobre todo alentó haber nuestras tropas ligeras rechazado á las enemigas. El general Castro regia la derecha española; quedó la izquierda y centro al cargo del general Martí.

La fuerza de los franceses consistia únicamente hasta entonces en la division de Souham, que teniendo su derecha del lado de Plá apoyaba su izquierda en el Francolí. En aquel pueblo permanecia el general Saint-Cyr con la division de Pino, cuya vanguardia cubria el boquete de Coll de Cabra, hasta que sabedor de haber Reding venido á las manos con Souham, se apresuró á juntarse con este. Antes de su llegada combatieron bizarramente los españoles durante cuatro horas, perdiendo terreno los franceses, los cuales reforzados á la tres de la tarde cobraron de nuevo ánimo. Entonces hubo generales españoles que creyeron prudente no aventurar las ventajas alcanzadas contra tropas que venian de refresco, resolviéndose por tanto á volver á ocupar la primera línea y proseguir el camino á Tarragona. Mas fuese por impetuosidad de los contrarios, ó por la natural inclinacion de Reding á no abandonar el campo, trabóse de nuevo y con mayor ardor la pelea.

Formó el general Saint-Cyr cuatro columnas, dos en el centro con la division de Pino, y dos en las alas con la de Souham. Pasó el Francolí, y arremetió subir á la cima en que se habian vuelto á colocar nuestras tropas. La resistencia de los españoles fue tenacísima, cediendo solo al bien concertado ataque de los enemigos. Rota despues y al cabo de largo rato la línea en vano se quiso rehacerla, salvándose nuestros soldados por las malezas y barrancos de la tierra. Alcanzaron á Don Teodoro Reding algunos ginetes enemigos; defendióse él y los oficiales que le acompañaban valerosamente, mas recibió cinco heridas y con dificultad pudo ponerse en cobro. Nuestra pérdida pasó de 2000 hombres: menor la de los franceses. Contamos entre los muertos oficiales superiores, y quedó prisionero con otros el marqués de Casteldosrius grande de España. Los dispersos se derramaron por todas partes acogiéndose muchos á Tarragona, á donde llegó por la noche el general Reding sin que

el pueblo le faltase al debido respeto, noticioso de cuanto habia expuesto su propia persona.

Entran los franceses en Reus.

Los franceses entraron al siguiente dia en Reus, cuyos vecinos permanecieron en sus casas contra la costumbre general de Cataluña, y el ayuntamiento salió á recibir á los nuevos huéspedes, y aun repartió una contribucion para auxiliarlos. Irritó sobre manera tan desusado proceder, y desaprobóle agriamente el general Reding como de mal ejemplo. Villa opulenta á causa de sus fábricas y manufacturas no quiso perder en pocas horas la acumulada riqueza de muchos años. Extendiéronse los franceses hasta el puerto de Salou, y cortaron la comunicacion de Tarragona con el resto de España. Mucho esperó Saint-Cyr de la batalla de Valls, principalmente padeciéndose en Tarragona una enfermedad contagiosa nacida de los muchos enfermos y heridos hacinados dentro de la plaza, y cuyo número se habia aumentado de resultas de un convenio que propuso el general Saint-Cyr y admitió Reding: segun el cual no debian en adelante considerarse los enfermos y heridos de los hospitales como prisioneros de guerra, sino que luego de convalecidos se habian de entregar á sus ejércitos respectivos. Como estaban en este caso muchos mas soldados españoles que franceses, pensaba el general Saint-Cyr que, aumentándose asi los apuros dentro de Tarragona, acabaria esta plaza por abrirle sus puertas. Tenia en ello tanta confianza que, conforme él mismo nos refiere en sus memorias, determinó no alejarse de aquellos muros mientras que pudiese dar á sus soldados la cuarta parte de una racion. Conducta permitida si se quiere en la guerra, pero que nunca se calificará de humana.

Esperanzas de Saint-Cyr.

Nada logró: los catalanes sin abatirse empezaron por medio de los somatenes y miqueletes á renovar una guerra destructora. Diez mil de ellos, bajo el general Wimpffen y los coroneles Milans y Clarós, atacaron á los franceses de Igualada, y los obligaron con su general Chabran á retirarse hasta Villafranca. Bloquearon otra vez á Barcelona, y cortando las comunicaciones de Saint-Cyr con aquella plaza, infundieron nuevo aliento en sus moradores. Quiso Chabran restablecerlas, mas rechazado retiróse precipitadamente, hasta que insistiendo despues con mayores fuerzas y por órden repetida de su general en gefe, abrió el paso en 14 de marzo.

Salen vanas.

Guerra de somatenes.

No pudiendo ya, falto de víveres, sostenerse el general Saint-Cyr en el campo de Tarragona, se dispuso á abandonar sus posiciones y acercarse á Vique, como pais mas provisto de granos y bastante próximo á Gerona, cuyo sitio meditaba. Debia el 18 de marzo emprender la marcha: difirióse dos dias á causa de un incidente que prueba cuán hostil se mantenia contra los franceses toda aquella tierra. Estaba el general Chabot apostado en Montblanc para im-

Dificultad de las comunicaciones.

pedir la comunicacion de Reding con Wimpffen, y de este con la plaza de Lérida. Oyóse un dia en los puntos que ocupaba el ruido de un fuego vivo que partia de mas allá de sus avanzadas. Tal novedad obligóle á hacer un reconocimiento, por cuyo medio descubrió que provenia el estrépito de un encuentro de los somatenes con 600 hombres y dos piezas que traia un coronel enviado de Fraga por el mariscal Mortier, á fin de ponerse en relacion con el general Saint-Cyr. A duras penas habian llegado hasta Montblanc, mas no les fue posible retroceder á Aragon, teniendo despues que seguir la suerte de su ejército de Cataluña. Hecho que muestra de cuán poco habia servido domeñar á Zaragoza, y ganar la batalla de Valls para ser dueños del país, puesto que á poco tiempo no le era dado á un oficial francés poder hacer un corto tránsito á pesar de tan fuerte escolta.

Retirase Saint-Cyr de las cercanías de Tarragona.

Esta ocurrencia, la de Chabran y lo demas que por todas partes pasaba, afligia á los franceses viendo que aquella era guerra sin término, y que en cada habitante tenian un enemigo. Para inspirar confianza y dar á entender que nada temia, el 19 de marzo antes de salir de Valls envió el general Saint-Cyr á Reding un parlamentario avisándole que, forzado por las circunstancias á acercarse á la frontera de Francia, partiria al dia siguiente, y que si el general español queria enviar un oficial con un destacamento, le entregaria el hospital que allí habia formado. Accedió Reding á la propuesta, manifestando con ella el general francés á su ejército el poco recelo que le daban en su retirada los españoles de Tarragona, oprimidos con enfermedades y trabajos. Paráronse algunos dias las divisiones francesas del Llobregat allá, y aprovechándose de su reunion ahuyentaron á Wimpffen del lado de Manresa.

Pasa por Barcelona.

Entró al paso en Barcelona el general Saint-Cyr, en donde permaneció hasta el 15 de abril. Durante su estancia no solo se ocupó en la parte militar, sino que tambien tomó disposiciones políticas, de las que algunas fueron sobradamente opresivas. El general Duhesme habia en todos tiempos mostrádo temor de las conspiraciones que se tramaban en Barcelona, ya porque realmente las juzgase graves, ó ya tambien por encarecer su vigilancia. No hay duda que continuaron siempre tratos entre gentes de fuera de la plaza y personas notables de dentro, siendo de aquellas principal gefe Don Juan Clarós, y de estas el mismo capitan general Villalba, sucesor que habian dado á Ezpeleta los franceses. En el mes de marzo recobrando ánimo despues de pasados algunos dias de la rota de Valls, acercóse muchedumbre de miqueletes y somatenes á Barcelona, ayudándoles los ingleses del lado de la mar; hubo noche que llegaron hasta el glacis, y aun de dentro se tiraron tiros contra los franceses. En muchas de estas tentativas estaban quizá los conspira-

Estado de la ciudad.

dores mas esperanzados de lo que debieran, y á veces la misma policía aumentaba los peligros, y aun fraguaba tramas para recomendar su buen celo. Tal se decia de su gefe el español Casanova, y aun lo sospechaba el general Saint-Cyr, sirviendo de pretexto el nombre de conjuracion para apoderarse de los bienes de los acusados. Mas con todo no dejó de haber conspiraciones que fueron reales, y que mantuvieron justo recelo entre los enemigos: motivo por el que quiso el general Saint-Cyr obligar con juramento á las autoridades civiles á reconocer á José, del mismo modo que se habia intentado antes con los militares, sin que en ello fuese mas dichoso.

Niéganse las autoridades civiles á prestar juramento.

Hasta entonces no habia parecido á Duhesme conveniente exigírselo deseoso de evitar nueva irritacion y disgustos, y se contentaba con que ejerciesen sus respectivas jurisdicciones; resolucion prudente y que no poco contribuyó á la tranquilidad y buen órden de Barcelona. Mas ahora cumpliendo con lo que habia dispuesto el general Saint-Cyr, convocó al efecto el 9 de abril á la casa de la audiencia á las autoridades civiles, y señaladamente concurrieron á ella los oidores Mendieta, Vaca, Córdova, Beltran, Marchamalo, Dueñas, Lasauca, Ortiz, Villanueva y Gutierrez; nombres dignos de mentarse por la entereza y brio con que se portaron. Abrióse la sesion con un discurso en que se invitaba á prestar el juramento, obligacion que se suponia suspendida á causa de particulares miramientos. Negáronse á ello resueltamente casi todos, replicando con claras y firmes razones, principalmente los señores Mendieta y Don Domingo Dueñas, quien concluyó con expresar « que primero pi- « saria la toga que le revestia, que deshonrarla con juramentos « contrarios á la lealtad. » Siguieron tan noble ejemplo seis de los siete regidores que habian quedado en Barcelona: lo mismo hicieron los empleados en las oficinas de contaduría, tesorería y aduana, afirmando el contador Asaguirre « que, aun cuando toda España proclamase á José, él se expatriaria. » Veintinueve fueron los que de resultas se enviaron presos á Monjuich y á la ciudadela, sin contar otros muchos que quedaron arrestados en sus casas, en cuyo número se distinguian el conde de Ezpeleta y su sucesor Don Galceran de Villalba. Al conducirlos á la prision el pueblo agolpábase al paso, y mirándolos como mártires de la lealtad, los colmaba de bendiciones, y les ofrecia todo linage de socorros.

Prenden á muchos y los llevan á Francia.

No satisfecho Saint-Cyr con esta determinacion, resolvió poco despues trasladarlos á Francia, medida dura y en verdad agena de la condicion apacible y mansa que por lo comun mostraba aquel general, y tanto menos necesaria cuanto entre los presos si bien se contaban magistrados y empleados íntegros y de capacidad, no habia ninguno inclinado á abanderizar parcialidades.

Tomada esta y otras providencias se alejó el general Saint-Cyr de Barcelona, y llegó á Vique el 18 de abril, cuya ciudad encontró vacía de gente, excepto los enfermos, seis ancianos y el obispo. Con la precipitacion llevároнse solamente los vecinos las alhajas mas preciosas, dejando provisiones bastantes que aliviaron la penuria con que siempre andaba el ejército enemigo. Allí recibió su general noticias de Francia de que carecia por el camino directo despues de cinco meses, y empezóse á preparar para el sitio de Gerona, pensando que el ejército español no estaba en el caso de poder incomodarle tan en breve. No se engañaba en su juicio, asi por el estado enfermizo y de desórden en que se hallaba despues de la batalla de Valls, como tambien por el fallecimiento del general Reding acaecido en aquella plaza el 23 de abril. Al principio no se habian creido sus heridas de gravedad, pero empeorándose con las aflicciones y sinsabores pusieron término á su vida. Reding general diligente y de gran denuedo mostróse, aunque suizo de nacion, tan adicto á la causa de España, como si fuera hijo de su propio suelo. Sucedióle interinamente el marqués de Coupigny.

Pasa Saint-Cyr á Vique.

Muerte de Reding.

Sucédele Coupigny.

La guerra de somatenes siempre proseguia encarnizadamente, y largos y difíciles de contar serian sus particulares y diversos trances. Muestra fue del ardor que los animaba la vigorosa respuesta de los paisanos del Vallés á la intimacion que los franceses les hicieron de rendirse. « El general « Saint-Cyr (decian) y sus dignos compañeros podrán tener la « funesta gloria de no ver en todo este pais mas que un monton de « ruinas... pero ni ellos ni su amo dirán jamas que este partido « rindió de grado la cerviz á un yugo que justamente rechaza la « nacion. »

Paisanos del Vallés.

Tal género de guerra cundió á todas las provincias nacido de las circunstancias y por acomodarse muy mucho á la situacion física y geográfica de esta tierra de España, entretegida y enlazada con los brazos y ramales de montañas y sierras que como de principal tronco se desgajan de los Pirineos y otras cordilleras, las cuales aunque interrumpidas á veces por parameras, tendidas llanuras y deliciosas vegas, acanalando en unas partes los rios, y en otras quebrando y abarrancando el terreno con los torrentes y arroyadas que de sus cimas descienden, forman á cada paso angosturas y desfiladeros propios para una guerra defensiva y prolongada. No menos ayudaba á ella la índole de los naturales, su valor, la agilidad y soltura de los cuerpos, su sencillo arreo, la sobriedad y templanza en el vivir que los hace por lo general tan sufridores de la hambre, de la sed y trabajos. Hubo sitios en que guerreaba toda la poblacion : asi acontecia en Cataluña, asi en Galicia, segun luego veremos, asi en otras comarcas. En los demas parages levantáronse bandas de hombres armados, á

Principio de las partidas en todo el reino.

las que se dió el nombre de *guerrillas*. Al principio cortas en número crecieron despues prodigiosamente, y acaudilladas por gefes atrevidos recorrian la tierra ocupada por el enemigo y le molestaban como tropas ligeras. Sin subir á Viriato puede con razon afirmarse que los españoles se mostraron siempre inclinados á este linage de lides, que se llaman en la 2ª Partida correduras y algaras, fruto quizá de los muchos siglos que tuvieron aquellos que pelear contra los moros, en cuyas guerras eran continuas las correrías á que debieron su fama los Vivares y los Munios Sanchos de Ilinojosa. En la de sucesion, aunque varias provincias no tomaron parte por ninguno de los pretendientes, aparecieron no obstante cuadrillas en algunos parages, y con tanta utilidad á veces de la bandera de la casa de Borbon, que el marqués de Santa Cruz de Marcenado en sus reflexiones militares las recomienda por los buenos servicios que habian hecho los paisanos de Benavarre. En la guerra contra Napoleon nacieron mas que de un plan combinado de la naturaleza de la misma lucha. Engruesábanlas con gente las dispersiones de los ejércitos, la falta de ocupacion y trabajo, la pobreza que resultaba, y sobre todo la aversion contra los invasores viva siempre y mayor cada dia por los males que necesariamente causaban sus tropas en guerra tan encarnizada.

Decreto de la central.

La junta central sin embargo previendo cuán provechoso seria no dar descanso al enemigo y molestarle á todas horas y en todos sentidos, imaginó la formacion de estos cuerpos francos, y al efecto publicó un reglamento en 28 de diciembre de 1808 en que, despertando la ambicion y excitando el interés personal, trataba al mismo tiempo de poner coto á los desmanes y excesos que pudieran cometer tropas no sujetas á la rigorosa disciplina de un ejército. Nunca se practicó este reglamento en muchas de sus partes, y aun no habia circulado por las provincias cuando ya las recorrian algunos partidarios. Fue uno de los primeros Don Juan Diaz Porlier, á quien denominaron el Marquesito por creerle pariente de Romana. Oficial en uno de los regimientos que se hallaron en la accion de Burgos, tuvo despues encargo de juntar dispersos, y situóse con este objeto en San Cebrian de Campos á tres leguas de Palencia. Allegó en diciembre de 1808 alguna gente, y ya en enero sorprendió destacamentos enemigos en Frómista, Rivas y Paredes de Nava, en donde se pusieron en libertad varios prisioneros ingleses, señalándose por su intrepidez Don Bartolomé Amor segundo de Porlier. Próximo este á ser cogido en Saldaña y dispersada su tropa, juntóla de nuevo, haciéndose dueño en febrero del depósito de prisioneros que tenian los franceses en Sahagun, y de mas de 100 de sus soldados. Creció entonces su fama, difundióse á Asturias, y la junta le suministró auxilios, con lo que, y engrosada su partida, acometió á la guarnicion enemiga de Aguilar de Campo, compuesta

Porlier.

de 400 hombres y dos cañones, siendo curioso el modo que empleó para rendirlos. Encerrados los franceses en su cuartel bien pertrechados y sostenidos por su artillería, dificultoso era entrarlos á viva fuerza. Viendo esto Porlier hizo subir algunos de los suyos á la torre, y de allí arrojar grandes piedras, que cayendo sobre el tejado del cuartel, le demolieron y dejaron descubiertos á los franceses obligándolos á entregarse prisioneros. Concluyó otras empresas con no menor dicha.

Don Juan Echavarri.

No fue tanta entonces la de Don Juan Fernandez de Echavarri que con nombre de compañía del norte levantó una cuadrilla que corria la montaña de Santander y señorío de Vizcaya, pues preso él y algunos de sus compañeros en 30 de marzo, fue sentenciado á muerte por un tribunal criminal extraordinario que á manera del de Madrid se estableció en Bilbao, el cual en este y otros casos ejerció inhumanamente su odioso ministerio.

El Empecinado.

Otras partidas de menos nombre nacieron y comenzaron á multiplicarse por todas las provincias ocupadas. Distinguióse desde los principios la de Don Juan Martin Diez que llamaron el *Empecinado* (apodo que dan los comarcanos á los vecinos de Castrillo de Duero de donde era natural). Soldado licenciado despues de la guerra de Francia de 1793, pasaba honradamente la vida dedicado á la labranza en la villa de Fuentecen. Mal enojado como todos los españoles con los acontecimientos de abril y mayo de 1808, dejó la esteva y empuñó la espada, hallándose ya en las acciones de Cabezon y Rioseco. Persiguiéronle despues envidias y enemistades, y le prendieron en el Burgo de Osma, de donde se escapó al entrar los franceses. Luego que se vió libre reunió gente ayudado de tres hermanos suyos; y empezando en diciembre á molestar al enemigo, recorrió en enero y febrero con fruto los partidos de Aranda, Segovia, tierra de Sepúlveda y Pedraza. Aunque acosado en seguida por los enemigos, internándose en Santa María de Nieva, recogió en sus cercanías muchos caballos y hombres. Con tales hechos se extendió la fama de su nombre, mas tambien el perseguimiento de los franceses que enviaron en su alcance fuerzas considerables, y prendieron como en rehenes á su madre. Casi rodeado salvóse en la primavera con su partida, y sin abandonar ninguno de los prisioneros que habia hecho, yendo por las sierras de Avila, se guareció en Ciudad Rodrigo. Llegaron entonces á noticia de la central sus correrías, y le condecoró con el grado de capitan. Tambien por los meses de abril y mayo tomó las armas y formó partida Don Gerónimo Merino cura de Villoviado. Lo mismo hicieron otros muchos, de los que y de sus cuadrillas suspenderemos hablar hasta que ocurra algun hecho notable ó refiramos lo que pasaba en las provincias en que tenian su principal asiento.

Ayudaron al principio mucho á estas partidas, amparándolas en

sus apuros las plazas y puntos que todavía quedaban libres. Acabamos de ver como el Empecinado se abrigó á Ciudad Rodrigo, en cuya plaza y sus alrededores solia permanecer el digno é incansable gefe inglés Sir Roberto Wilson. Asistido de su legion lusitana á la que se habian agregado españoles é ingleses dispersos, y una corta fuerza bajo Don Cárlos de España, protegia á nuestros partidarios é incomodaba al general Lapisse colocado en Ledesma y Salamanca. Este, aunque al frente de 10,000 hombres y con mucha artillería, apenas habia hecho cosa notable hasta abril desde enero en que se apoderó de Zamora, ciudad casi abandonada. Solo en 2 de marzo esperanzado en malos tratos se presentó delante de Ciudad Rodrigo para entrar de rebate la plaza, mas el aviso de buenos españoles y la diligencia de Wilson le impidieron salir adelante con su proyecto, incomodándole este continuamente aun en sus mismos reales.

Ciudad Rodrigo y Wilson.

Por aquel tiempo Asturias, provincia que despues de la invasion de Galicia era la sola libre entre las del norte, mostróse firme, y continuó desplegando sus patrióticos sentimientos. Gobernábala la misma junta que se habia congregado en 1808, compuesta de hacendados y personas principales del pais. Dió para el armamento y defensa enérgicas providencias, que la malquistáron con muchos. Tales fueron un alistamiento general sin excepcion de clase ni persona, el repartimiento extraordinario á toda la provincia de 2,000,000 de reales, y el de otras sumas entre los mas ricos capitalistas y propietarios, la rebaja de sueldos á los empleados; y por último el haber mandado á las corporaciones eclesiásticas que tuviesen á su disposicion los caudales que existieran en sus depósitos. Con estos recursos hubo bastante para hacer frente á los considerables gastos que ocasionaron las dispersiones de Espinosa y las posteriores, y arreglar de nuevo y aumentar la fuerza necesaria para la defensa del principado.

Asturias.

La junta.

Uno de los puntos que urgia poner al abrigo de un impensado ataque era el del lado oriental, por donde los enemigos se habian extendido hasta mas acá de San Vicente de la Barquera. Juntáronse las pocas tropas que quedaban, y se pusieron á las órdenes de Don Francisco Ballesteros, que de capitan retirado y visitador de tabacos habia ascendido á mariscal de campo en la profusion de grados que se concedieron. Contentóse al principio el nuevo general con ocupar las orillas del rio Sella, hasta que reforzado avanzó en enero de 1809 á Colombres y riberas del Deva. Descubrieron luego Ballesteros y otros gefes suma actividad y celo, esmerándose en la instruccion y disciplina de subalternos y soldados. Y en aquel campo al paso que se perfeccionaron unos y otros en los ejercicios de su profesion, habituáronse tambien al fuego, no estando separados del enemigo sino por el

Ballesteros.

Deva, y al fin se alcanzó formar una division que regida por Ballesteros adquirió justo renombre en el curso de la guerra.

Sus operaciones en Colombres.

Antes de empezar febrero ascendia dicha fuerza á 5000 hombres, y el 6 del mismo desalojó ya á la del enemigo de la línea que ocupaba, incomodándole con frecuencia, y casi siempre ventajosamente. Hubo ocasiones en que las refriegas fueron de mas empeño, sobre todo una acaecida en fines de abril, consiguiendo los nuestros penetrar hasta San Vicente de la Barquera, en cuyo pueblo celebró su victoria el general Ballesteros con grande aparato; vana ostentacion á que era inclinado, pero con la que entusiasmaba al soldado y granjeaba su voluntad.

Armamento de la provincia.

La junta de Asturias habia ademas establecido dentro del principado, bajo el nombre de *alarma*, un levantamiento general para que acudiesen á la defensa, en caso de irrupcion, todos los hombres capaces de manejar un fusil ó un chuzo, de cuyas armas no habia vecino que no estuviese provisto.

Worster.

A últimos de enero, al saberse la ocupacion de Galicia, igualmente paró su atencion en formar y juntar con prontitud una division de 7000 hombres que cubriese la parte occidental de Asturias, y cuyo mando por desgracia dió á Don José Worster general de menguado seso, aunque antiguo oficial de artillería.

Entran los asturianos en Ribadeo.

Puesta esta fuerza á orillas del Eo, sabiendo ser corta la que tenian enfrente los enemigos, y ansiando por tener un apoyo los patriotas de aquellos partidos, de los que del lado de Vivero se habian ya levantado algunos, tratóse seriamente al comenzar febrero de hacer una excursion en Galicia. Verificóse asi, mas con tan poco órden que las tropas de Worster cometieron excesos en Ribadeo como si fuesen enemigas, y mataron á Don Raimundo Ibañez comerciante rico é ilustrado de aquella villa. Difícil era que soldados tan insubordinados se comportasen debidamente cuando se tratase de guerrear. No obstante intentó Worster sorprender á los franceses que guarnecian á Mondoñedo. Sita esta ciudad en un profundo valle, cercada de altas montañas, y sin otro camino llano mas que el que conduce á Asturias, pudiera fácilmente haberse conseguido la empresa. Pero Worster por sus mal concertadas órdenes, y el coronel Linares por no atender cumplidamente al punto que guardaba, diéronse tan torpe maña que dejaron retirarse á los franceses sin grande molestia. Worster luego que entró en Mondoñedo, en vez de tener presente la clase de enemigo con quien las habia, entregóse á fiestas y convites que le dieron los vecinos, de cuyo descuido enterado el general francés Maurice Mathieu que mandaba por aquella parte, despues de entrar en Vivero, en que se habia formado una junta, y de entregar al saco y furor del soldado aquella villa, revolvió sobre

Y en Mondoñedo.

Sorprenden y dispersan los franceses á Worster.

Mondoñedo, sorprendió y dispersó la division de Worster, superior en número, y penetrando en Asturias hasta el Navia saqueó y aniquiló los Concejos que median entre este rio y el Eo. Afortunadamente se hallaba en las cercanías Don Manuel Acevedo individuo de la junta, y hermano del general que pereció despues de la batalla de Espinosa, y á su actividad é ilustrada diligencia debióse la pronta reunion á esta parte del Navia de los soldados desbandados, ayudándole con esmero el gobernador del partido Don Matías Menendez, y el bizarro coronel Galdiano. Advertido el general francés de que la tropa asturiana se habia rehecho, y juzgando arriesgado internarse aun en el principado, retrocedió á Galicia y se contentó con ocupar sus antiguas posiciones.

Romana.

Tales eran los acontecimientos ocurridos en Asturias, mientras que esta provincia, si bien libre, se habia mantenido como aislada y sin comunicacion con las otras, hasta que en la primavera de 1809 pisó su suelo por primera vez el marqués de la Romana; mas para averiguar los motivos que trajeron á este caudillo al principado, necesario es referir antes lo que pasó en Galicia despues que le dejamos en enero á él y á su gente cerca de la frontera de Portugal.

Su ejército.

Allí continuó todo el febrero mudando á menudo de posicion, y aproximándose á veces á la plaza portuguesa de Chaves. Consistia su fuerza en 9000 hombres, distribuidos en una vanguardia al cargo de Don Gabriel de Mendizabal, y en dos divisiones que mandaban los generales Mahy y Taboada. Su estancia en aquellos parages animó mucho al paisanage de Galicia, abultándose el número de sus tropas y el de sus recursos. Tambien procuraba el mismo marqués por medio de emisarios atizar el fuego, y el ayudante general Moscoso, en una comision que tuvo en lo interior de aquella provincia, repartió con buen éxito ejemplares manuscritos de una instruccion que habia compuesto para la guerra de partidas.

Empieza el levantamiento de Galicia.

Hubo sitios en que produjeron estos pasos conveniente efecto; mas hubo otros en que sin ageno estímulo formáronse muy luego los habitantes en cuadrillas. Así aconteció con los paisanos de la Puebla de Tribes que los primeros y antes de comenzar febrero, dirigidos por Diego Nuñez de Millaroso, cogieron prisioneros á 80 dragones de la division del general Marchand, los cuales con varios despojos llevaron en triunfo adonde estaba Romana. Imitáronlos en breve otros muchos en el valle de Valdeorras, y uniéndose cinco fieldades eligieron una junta, escogiendo por su general á Don José, abad de Casoyo, mozo arrojado y de la casa de Quiroga, ilustre en aquella tierra. Su hermano Don Juan tambien de Quiroga y Uria cooperó grandemente á sus empresas, que se multiplicaron y se extendieron hácia el Vierzo. En la línea de Lugo desde el valle de Cruzul hasta monte Salgueiro,

no lejos de Betanzos, interceptaron los naturales correos y destacamentos, señalándose el juez de Cancelada Don Ignacio Herbon, quien al acabar febrero atacó en Doncos un convoy, y le cogió en su mayor parte. Pero en donde se encendió extraordinariamente y tomó forma mas regular la insurreccion, segun veremos mas adelante, fue del lado de Tuy.

Mucho hubiera podido contribuir á darle pronto y vigoroso centro la permanencia de Romana hácia Monterey; mas nuevas ocurrencias le obligaron á alejarse. Indicamos en otro libro como el mariscal Soult avanzaba por la costa de Galicia via de Portugal. Ejecutó este movimiento en virtud de órden que en 28 de enero recibió en el Ferrol para invadir aquel reino.

Mariscal Soult.

Luego que se embarcaron los ingleses en la Coruña quedando pocos en Lisboa, parecióle fácil á Napaleon llegar á las puertas de esta capital, y lavar con su conquista la antigua mancha. Para ello al paso que Soult habia de realizar la principal invasion por la costa de Galicia y provincias portuguesas del norte, el general Lapisse y el mariscal Victor estaban encargados de amenazar la frontera portuguesa por Ciudad Rodrigo y Extremadura. Componíanse las fuerzas de Soult del segundo cuerpo y de parte del que habia mandado Junot: segun Napoleon ascendian en todo á 50,000 hombres, como si no hubiesen tenido pérdidas ni baja alguna; mas realmente estaban reducidas á la mitad: 4000 eran de caballería.

Trata de invadir á Portugal.

Inútil tentativa para atravesar el Miño.

El mariscal Soult despues de tomar las correspondientes providencias y de dejar en su lugar á Ney, ausente en Lugo al recibo de la órden, púsose en marcha, y el 3 de febrero llegó á Santiago. Precedióronle los generales Lahoussaye y Franceschi: el primero con los dragones se encaminó á Ribadavia y Salvatierra, plaza de poco valer y desmantelada á orilla derecha del Miño; y el segundo con la caballería ligera fue la vuelta de Tuy, ciudad colocada en la misma ribera. Sostenia á estas divisiones la de infantería del general Merle, que avanzó á Pontevedra. Las otras con el mariscal Soult salieron de Santiago el 8, llegando el 10 á Tuy. Corre el Miño por allí muy caudaloso, y sin que desde Orense se encuentre puente alguno; no obstante pensó Soult cruzarle hácia la marina, acopiando los preparativos necesarios en el puertecillo de la Guardia, separado de la desembocadura por el monte de Santa Tecla. Habiendo dificultades para doblar la punta que este forma, y subir rio arriba, trasladaron los franceses por tierra en carros gallegos cosa de una legua con mucho trabajo los botes destinados al trasporte de la tropa, y los volvieron á poner boyantes en el Tamuge, rio pequeño que desagua en el Miño. El 15 en la noche á la hora de la marea alta quedó encargado de empezar la operacion el general Thomieres. Ejecutóse en buen órden por el Tamuge, pero al entrar en la gran cor-

riente del Miño; mas rápida con el reflujo que comenzaba, separáronse los botes, y pocos fueron los que arribaron á la orilla opuesta. Los portugueses mandados por el general Bernardino Freire hicieron contra ellos un fuego vivo y acertado, con lo cual y la marea ya contraria tuvieron que volver los mas á tierra de España, quedando prisioneros de los portugueses unos 40 hombres. El malogramiento de esta tentativa cundiendo por una y otra frontera animó al paisanage, deseoso de molestar á los franceses.

Toma Soult hácia Orense.

Tambien con aquel contratiempo vió el mariscal Soult los obstáculos que se le ofrecian para pasar el Miño, no teniendo á su pronta disposicion los medios necesarios. Por lo cual determinó entrar en Portugal via de Orense, tomando rio arriba, Salió pues de Tuy el 17 de febrero, y nombró al general Lamartiniere comandante de la ciudad, en la que dejó los enfermos, la mayor parte de la artillería, y alguna guarnicion.

Insurreccion.

Los abades de Couto y Valladares.

A corta distancia ya percibió síntomas de una insurreccion general. Habíanla fomentado varios individuos, entre los que se señalaron el abad de Couto y el de Valladares. Aquella tierra está bien cultivada, con poblacion numerosa y desparramada, en caseríos rústicos. De las heredades distribuidas en cortas porciones, y por lo general á foro enfitéutico, disponen los usufructuarios como de cosa propia. Y la gente trabajadora y de suyo guardosa, temia mas que la de otras provincias perder con la invasion de extraños el producto de sus labores é industria, y con tanta mayor razon cuanto los franceses escasos de provisiones comenzaron á hacer repartimientos excesivos, y á cometer robos y saqueos.

El paisanage molesta á los franceses en su marcha.

Allí los abades, nombre que se dá á los curas párrocos, tienen mucho influjo por su riqueza y poder. Lo tienen los ricos y cercanos monasterios del órden cisterciense de San Clodio y Melon, y teníanlo tambien entonces por su patriotismo varios particulares, los cuales juntos y separadamente trataron de aprovechar la buena disposicion del pueblo contra los extrangeros. Antes que ninguno descubrióse el abad de Couto, Don Mauricio Troncoso, quien congregando á sus feligreses con motivo de un repartimiento que los invasores habian echado, díjoles: « En vez de dar á los enemigos lo que nos piden, « seré vuestra guia si quereis negárselo y emplearlo en vuestra « defensa. » aplaudieron todos aquellas palabras, y agregándose personas de cuenta y aun portugueses, soltáronse de todos lados partidas que hostigaron á los franceses en su marcha. En Mourenton hízoles notable daño el mismo abad de Couto, y quemaron aquel pueblo en venganza. Desde el puente de las Hachas hasta Ribadavia tambien padecieron varias acometidas, acaudillando al paisanage José Labrador, el monge Bernardo Fray Francisco Car-

rascon, y despues el juez de Maside; y si bien en estos reencuentros los franceses con su pericia y buenas armas rompian al fin por medio é iban adelante, perdian gente y amilanábanse sus soldados con guerra tan continua y encarnizada.

De Ribadavia pasó el mariscal Soult á Orense resuelto á entrar en Portugal por la plaza de Chabes, y á disipar antes el corto ejército de Romana. Manteníase este general en el valle de Monterey, y hallábase en Lamadarcos el 4 de marzo cuando llegó un parlamentario francés con un pliego, ofreciendo recompensas y condecoraciones con tal que Romana y su ejército reconociesen á José. Replicó el general español debidamente, diciendo que á tales proposiciones no habia otra respuesta sino cañonazos. Pero no habiéndose tomado en el recibimiento del oficial parlamentario las acostumbradas precauciones, examinó este con sus propios ojos el deplorable estado de nuestro ejército, y dió cuenta de ello á su mariscal, quien determinó atacar sin dilacion á los españoles.

Soult y Romana. Intimacion á este.

El marqués de la Romana queria evitar cualquiera refriega, mas no habiéndose retirado tan prontamente como era de desear, fue el 6 de marzo alcanzada su retaguardia á las órdenes de Don Nicolas Mahy en las inmediaciones de Verin. Cogióle el general Franceschi algunos prisioneros y la desordenó, pero no insistiendo en su perseguimiento pudo continuar su marcha. Los franceses solo pensaron en entrar en Portugal, cuyas tropas mandadas por el general Silveira habian sido acometidas en Villaza el mismo dia que las españolas por la division de Delaborde, teniendo que retirarse despues de alguna pérdida al abrigo de la noche.

Es desbaratada la retaguardia española.

El general Mahy dirigióse á las Portillas, gargantas que parten término con Castilla, y se unió en Luvian con el marqués de la Romana. Andaban todos inciertos acerca del camino que tomarian, y pesábales á algunos que se abandonase á Galicia en la propia sazon en que por todas partes cundia el fuego insurreccional. Aprobóse al fin á propuesta del ayudante general Moscoso el no alejarse de la tierra montañosa, y conforme á esta determinacion decidió Romana partir la vuelta de Asturias, de donde soplaria la hoguera encendida en Galicia. En consecuencia cambióse de improviso la marcha, y se revolvió sobre las montañas de las Cabreras para cruzarlas por el puerto del Palo, pais escabroso, solitario, y cuyas sierras mas bien se escalan que se suben. A su paso sobrecogió la noche á nuestros soldados, en estacion cruda, expuestos á la inclemencia, desprovistos de todo. Animándose unos á otros llegaron por fin á Ponferrada del Vierzo con admiracion de sus vecinos que los creian lejos de sus hogares. En aquella villa y otros muchos pueblos no habia francés alguno, contentándose estos con ocupar la línea de comunicacion de calzada que de Galicia va á Castilla, y

aun en ella tenian poca tropa, excepto en Villafranca en que contaban unos 1000 hombres de escogidas tropas.

Ataca á Villafranca.

Las de Romana no estaban para emprender expediciones de grande importancia, pero el haber casualmente encontrado en una ermita cerca de Ponferrada un cañon de á doce abandonado con su cureña y balas de su calibre, sugirió la idea al ayudante Moscoso de proponer al general en gefe un ataque contra los franceses de Villafranca. Condescendió Romana, y desde Toreno á donde se habia ya trasladado para entrar en Asturias, dispuso que acometiese la empresa con 1500 hombres el general Mendizabal.

Se apodera de la guarnicion.

Los franceses á la inesperada vista de los españoles y del cañon de grueso calibre, imaginándose venia sobre ellos gran fuerza, se arredraron y metieron en el castillo-palacio de la villa, perteneciente á los marqueses que llevan su nombre: era edificio antiguo de muros sólidos con cuatro torreones que defendian cañones de hierro, y el cual quemaron despues los paisanos para que no sirviese otra vez de refugio al enemigo. Comenzaron los españoles su ataque en la mañana del 17 de marzo, distinguiéndose el regimiento de voluntarios de la Corona, é ibase ya á entrar por fuerza el castillo, cuando intimada la rendicion abrieron los franceses la puerta, y quedaron prisioneros 1000 granaderos que le guarnecian de las mas acreditadas tropas. Avergonzábanse despues de haber entregado las armas á tan corto número de hombres y á gente de tan poca apariencia como eran entonces las tropas de aquel ejército. La nueva de este suceso creciendo de boca en boca alentó á los patriotas de Galicia, que se figuraban ser ya mas numerosas las tropas que capitaneaba Romana. Ojalá se hubiera siempre limitado este caudillo á tal linage de empresas, dignas de un militar y de su elevado puesto, evitando entrometerse en querellas y divisiones de provincias, segun aconteció en Oviedo, á cuya ciudad llegó poco despues de la toma del castillo de Villafranca.

Llega Romana á Oviedo.

Los disgustos excitados con las providencias oportunas y enérgicas de aquella junta, habianse entonces aumentado con otras intempestivas y arbitrarias dadas contra algunas personas. Los descontentos, sobre todo ciertos individuos de corporaciones privilegiadas, salieron á recibir á Romana, y por desgracia de tal modo preocuparon su ánimo que en vez de obrar desapasionadamente, y de contentarse con reprimir los abusos de autoridad que hubiese habido, púsose del bando de los que se creian agraviados. Tratáronse por consiguiente el general y la junta con frialdad y desvío, sin que le fuese dado conciliarlos á la prudencia y buen tino de su presidente el brigadier D. José Valdés, antiguo gefe de Romana cuando este servia en la armada. La central habia autorizado al marqués con am-

Altercado con la junta.

plias facultades en la parte militar, y él ensanchándolas á su sabor empezó por reprender á la junta en lo que precisamente merecia mas alabanza, como lo era en haber mandado que tomasen las armas todos sin excepcion, inclusos los donados y legos de los conventos, y los beneficiados no ordenados *in sacris*. Compuesta dicha corporacion de los principales de la provincia y de suyo altiva, respondió acerbamente á la inadvertida reprension; con lo cual irritado aun mas Romana quiso llamarla á cuentas. Negóse á ello la junta por no creerle autoridad competente, pero añadiendo que haria públicas sus entradas é inversiones para satisfaccion de sus comitentes. Encendiéndose asi el enojo de ambas partes, en especial con motivo de un repartimiento de 4,000,000 enviados por la central para uso del principado y que Romana queria por sí aplicar á su solo ejército, decidióse el último á disolver la junta, á cuyo fin y por órden suya penetró en la sala de las sesiones el coronel Don José de Odonell con 50 hombres del regimiento de la Princesa, haciendo en ello un pequeño y ridículo remedo del 18 brumario de Napoleon. Cedieron los vocales á la violencia, sin dejar de hacer fuerte y enérgica oposicion, señaladamente Don Manuel María de Acevedo. Romana nombró otra junta en su lugar, mas la tropelia cometida con la anterior disgustó á los mas, y desencajó, por decirlo asi, de su asiento en el principado el órden y buen gobierno *. Injustamente acusaron algunos á la junta disuelta de malversacion de caudales: pudientes y ricos los mas de sus individuos habian hecho los mas de ellos donativos cuantiosos, y su patriotismo y celo estaban libres de tacha: solo, repetimos, incurrieron en merecida censura por algunas medidas arbitrarias contra determinadas personas. Hablamos en este punto con tanta mayor imparcialidad, cuanto no andábamos bien avenidos con aquella junta, por lo que merecimos de Romana que nos nombrase de la que habia en su lugar creado, gracia que no admitimos por considerar su procedimiento ilegal y dañoso.

(* Ap. n. 7.)

Sabedor el mariscal Ney de la discordia suscitada entre la junta de Asturias y Romana, y temeroso sobre todo con lo sucedido en Villafranca de que uniendo este caudillo sus tropas á las del principado formase un cuerpo respetable y bastante numeroso para incomodarle y cortarle su comunicacion con el reino de Leon, se preparó á invadir á Asturias poniéndose de acuerdo con fuerzas que habia en Castilla y en Santander. Parece ser que desde Francia tambien le habia venido órden de no desperdiciar oportuna coyuntura de verificar dicha invasion. Romana por su parte, mas ocupado en las contestaciones y querellas de la junta que en uniformar y arreglar la mucha gente que ahora tenia á su disposicion, no tomó acerca de ello providencia alguna. Dejó correr en el principado los asuntos militares segun iban á su llegada, y olvidó á su ejército de Galicia, el cual á las órdenes de

Invade Ney á Asturias.

Don Nicolás Mahy pasando el puerto de Ancares se habia situado hácia el Navia, extendiéndose hasta las avenidas de Lugo y Mondoñedo.

El mariscal Ney, rozándose casi con este ejército y acompañado de 6000 hombres, se dirigió desde Galicia por la tierra áspera y encumbrada de Navia de Suarna á Ibias, y descendiendo á Cangas de Tineo, Salas y Grado, se adelantó á Oviedo, al mismo tiempo que procedente de Valladolid y con otra tanta ó mas fuerza se metia en el principado por el puerto de Pajares el general Kellermann. Estaba ya cercano á Oviedo el mariscal Ney y todavía lo ignoraba Romana. Recibió este al fin un aviso y apresuradamente despues de dar por primera vez órdenes á la division de Ballesteros y á la de Worster poco antes malamente repuesto en el mando, pasó á Gijon en donde se embarcó tomando en seguida tierra en Ribadeo. Entró Ney en Oviedo el 19 de mayo, de cuya ciudad habian salido casi todos sus moradores, dejando abandonadas sus casas y haberes. Entregada al saco durante tres dias, viéronse muchos arruinados y menguaron los intereses de otros. A la noticia de la invasion acercóse el general Worster lentamente á Oviedo por el pais de montaña, y Ballesteros retrocediendo de Colombres al Infiesto, enriscóse luego por las asperezas de Covadonga, santuario célebre mirado como cuna de la monarquia de Castilla. Paróse poco Ney en la capital de Asturias, y dejando allí á Kellermann y en Villaviciosa al general Bonnet que habia venido con su division hasta aquel sitio de los lindes de Santander, tornó por la costa á Galicia, á donde le llamaban acontecimientos de cuantía, y á que daban ocasion reveses de Soult en Portugal, la insurreccion de la provincia de Tuy y otras, y aun tambien los movimientos del ejército de la Romana, el cual amenazaba á Lugo y alentaba al paisanage con la abultada fama de sus hazañas.

Kellermann.

Romana se embarca en Gijon.

Saquean los franceses á Oviedo.

Sale Ney de Asturias.

La fuerza de este ejército puede decirse que estaba dividida en dos partes, de la una que era la principal acabamos de hacer mencion, la otra entonces menos numerosa habia quedado en la Puebla de Sanabria á las órdenes de Don Martin de la Carrera. La primera gobernada en ausencia de Romana por Don Nicolas Mahy constaba de unos 6000 hombres y de 200 caballos: la cual á la propia sazon que Ney se movia la vuelta de Asturias, se adelantó hácia el monasterio cisterciense de Meira no lejano de Lugo. El general Worster no habia querido acompañar á Mahy en aquel movimiento creyendo que la fuerza que mandaba debia pensar antes que en otra cosa en cubrir á Asturias. Siguió avanzando dicho general Mahy, y su vanguardia capitaneada por Don Gabriel de Mendizábal tropezó el 17 de mayo en Feria de Castro á dos leguas de Lugo con una columna enemiga

Mahy amenaza á Lugo.

de 1500 hombres que obligó á meterse en la ciudad. Al dia siguiente el general Fournier gobernador francés, militar entendido pero de condicion singular, y muy dado á hablar en latin á los obispos y á los clérigos, salió de dentro y se dispuso á aguardar á los nuestros en las inmediaciones, apoyando la izquierda en los mismos muros y la derecha en un pinar vecino. Acometióle Don Nicolas Mahy formando su gente en dos columnas guiadas por los generales Mendizabal y Taboada, junto con los 200 ginetes que mandaba Don Juan Caro. A espaldas quedó la reserva á las ordenes del brigadier Losada, y aparentóse tener otro cuerpo de caballería colocando á distancia, montados en acémilas y caballos de oficiales, cierto número de soldados; ardid que no dejó de servir, notándose tambien en nuestras tropas mas instruccion y confianza. Trabóse la pelea y á poco volviendo caras la caballería enemiga desconcertó su línea de batalla, é infantes y ginetes corrieron precipitadamente á guarecerse de la ciudad, acometiendo con tal brio nuestra gente que varios catalanes de tropas ligeras metiéndose dentro al mismo tiempo que aquellos, tuvieron despues que descolgarse por las casas pegadas al muro ayudados de los vecinos. Los franceses perdieron bastante gente y los españoles varios oficiales, y en este número al comandante de ingenieros D. Pedro Gonzalez Dávila distinguido por su valor. No pudiendo los españoles ganar en seguida á Lugo, ciudad rodeada de una antigua y elevada muralla y de muchos torreones aunque socavado el revestimiento por los años, intimaron la rendicion al gobernador que respondió con honrosa arrogancia. Entonces decidióse á formalizar el cerco el general Mahy, y allí le dejaremos para acudir á donde nos llaman los gloriosos hechos de las orillas del Miño.

Desbarata al general Fournier.

Pone cerco á la ciudad.

Crece la insurreccion de Galicia.

Luego que el mariscal Soult hubo pasado de Orense via de Portugal, la insurreccion del paisanage gallego se aumentó, cundiendo por las feligresías de las provincias de Tuy, Lugo, Orense y Santiago hasta las riberas del Ulla y aun mas allá. Por todas partes aparecieron gefes para acaudillarla, y Romana y la central enviaron tambien algunos que la fomentasen. Entre los primeros fueron los mas distinguidos los abades ya nombrados de Couto y Valladares, y ademas un caballero de nombre Don Joaquin Tenreiro, el alcalde de Tuy Don Cosme de Seoane y Don Manuel Cordido labrador y juez de Cotobad. Así indistintamente se aunaban todas las clases contra el enemigo comun. El último hizo guerra terrible en la carretera de Pontevedra á Santiago, los otros despues de varios choques recorriendo la tierra de Tuy y Vigo, obligaron á los franceses á encerrarse en el recinto de ambas plazas. De los emisarios de Romana diéronse particularmente á conocer los capitanes Don Bernardo Gonzalez, dicho Cachamuiña del pueblo de donde era natural, y Don Francisco

Colombo, incomodando mucho el primero á los enemigos por la parte de Soutelo de Montes y puente de Ledesma. Fueron los enviados de la central el teniente coronel Don Manuel García del Barrio, el entonces alferez Don Pablo Morillo, y el canónigo de Santiago Don Manuel de Acuña, gallego, y de familia que tenia deudos y amigos en el pais. Llegaron estos cuando todavía el marqués de la Romana estaba en el valle de Monterey, y permaneciendo Barrio en su compañía hasta que partió á Asturias, envió hácia Tuy á los otros dos comisionados para obrar de acuerdo con los que por allí lidiaban contra los franceses.

Ademas no hubo partido ni punto en que antes ó despues no fuesen molestados: asi sucedió en Trasdeza no lejos de Santiago en que se formó una junta, y mandaron la gente los hermanos estudiantes Don Benito y Don Gregorio Martinez: asi en Muros, en Corcubion, en Monforte de Lemos aunque con la desgracia en las tres últimas villas de haber sido incendiadas y horrorosamente puestas á saco. No desanimándose los moradores por tamaños contratiempos, sabedor Barrio de que en las alturas de Lobera reunia bastante gente el administrador de rentas de la Boullosa Don José Joaquin Márquez, incorporósole el 17 de marzo viniendo de hácia Chaves. Reconocido Barrio como comisionado de la central, convino con los demas en congregar una junta compuesta de vocales del partido y de las personas que mas habian contribuido al levantamiento de otras feligresías. Verificóse en efecto, instalándose el 21 del mismo mes de marzo en aquellas alturas y en campo raso, renovando la sencillez de los tiempos primitivos. Sujetáronse todos á la autoridad creada, nombróse presidente al obispo de Orense y sin detencion se tomaron disposiciones que mantuvieron é impulsaron mas ordenadamente la insurreccion. Al Márquez, hombre esforzado y que habia trabajado en favor de la causa comun mas que los otros, diósele el mando de un nuevo regimiento que se apellidó de Lobera, y mandósele ir á reforzar á los que bloqueaban á Tuy. Tambien se expidió órden á Cachamuiña para que de Soutelo cayese sobre Vigo y engrosase el número de los sitiadores. Dispusiéronse asimismo para entonces y para despues varias otras correrías, en especial hácia Lugo y valle de Valdeorras, acaudillando siempre el paisanage Don Juan Bernardo de Quiroga y su hermano el abad de Casoyo.

Barrio. Junta de Lobera.

Entre tanto seguian apretando á las ciudades de Tuy y Vigo los abades de Couto y Valladares. Guarnecian á la última 1300 franceses al mando del gefe de escuadron Chalot. Aunque es aquel puerto uno de los mejores y mas abrigados de España, la fortificacion de tierra es defectuosa, y á su muralla, baja en algunas partes y sin foso, la domina á corta distancia el castillo del Castro. Sin embargo la plaza estaba bien provista y artillada. Estrechábala el abad de Valladares Don Juan

Sitia á Vigo el abad de Valladares.

Rosendo Arias Henriquez, á quien se le habia agregado la gente que en valle de Fragoso habia levantado su anciano alcalde Don Caytano Limia, para lo que le facilitó armas el crucero inglés de la inmediata costa. Asimismo se le juntó Don Joaquin Tenreiro que con el portugués Don Juan Bautista Almeida habia recogido muchos voluntarios de algunos valles, engrosándose de este modo considerablemente el número de sitiadores.

Limia.

Tenreiro y el portugués Almeida.

Tambien en marzo se presentó entre ellos Don Pablo Morillo, quien enterado de que una columna francesa intentaba, encaminándose del lado de Pontevedra, venir al socorro de la plaza, corrió al puente de San Payo para reconocerle y asegurar su defensa, como lo verificó ayudado de Don Antonio Gogo vecino de Marin, que capitaneaba una partida numerosa de paisanos, y era dueño de dos piezas de artillería. Colocó estas Morillo con otras tres que fueron de Redondela en el paso del puente, que fortalecido dejó al mando de Don Juan de Odogerti comandante de tres lanchas cañoneras. Volvióse luego Don Pablo al sitio de Vigo, y en su compañía 500 hombres mandados por Don Bernardo Gonzalez Cachamuiña y Don Francisco Colombo.

Morillo.

Gogo.

Rindese Vigo á los españoles.

Habia el abad de Valladares intimado á la plaza varias veces la rendicion sin que el comandante francés quisiera abrir las puertas, pareciéndole vergonzoso y poco seguro capitular con paisanos. Tornó como hemos dicho Morillo, y ya por sus activas y acertadas disposiciones, y ya por haber sido enviado de Sevilla, elevároule los sitiadores á coronel, y reconociéronle como superior, á fin de que á vista de un militar cesasen los escrúpulos y recelos del comandante francés. Sin tardanza repitió el nuevo gefe español una áspera intimacion, amenazando el 27 de marzo con tomar por asalto la plaza y no dar cuartel. Pidieron los franceses 24 horas de término para contestar, y no accediendo Morillo, rindiéronse por fin concedidos que les fueron los honores de la guerra, y con la cláusula de que serian llevados prisioneros á Inglaterra, por lo cual firmó la capitulacion en union con el gefe español el comandante británico del crucero. Exigió ademas Morillo que inmediatamente se ratificase lo convenido, pues sino acometeria la plaza. Retardábase la respuesta, y á las ocho de la noche aproximáronse á sus muros los sitiadores, arrojándose á la puerta de Camboa para hacerla astillas y armado de un hacha un marinero anciano que cayó muerto de un balazo: ocupó su puesto y tomó el hacha Gonzalez Cachamuiña, y rompióla aunque herido en varias partes de su cuerpo. Ibase ya á entrar por ella cuando Morillo recibió la ratificacion, y á duras penas pudo con su recia voz hacer cesar el fuego y detener á los suyos que se posesionaron de la plaza al dia siguiente 28. No hubo en su

reconquista ni ingenieros ni cañones, ganada solo á impulsos del patriotismo gallego. Entregáronse prisioneros 1213 hombres y 46 oficiales, y cogiéronse otras prescas con 117,000 francos en moneda de Francia. A poco de haberse rendido súpose que de Tuy acudian soldados enemigos en auxilio de la guarnicion de Vigo: dióse priesa Morillo á enviar á su encuentro personas y gente de su confianza, quienes los deshicieron, mataron á muchos y aun tomaron 72 prisioneros que se pusieron á bordo juntamente con los de Vigo.

Bloqueo de Tuy.

Sin embargo la facilidad con que se enviaba este socorro mostraba no ser rigoroso el bloqueo de Tuy. Habíale comenzado el 15 de marzo el abad de Couto, y con él el juez y procurador general de la misma ciudad y otros caudillos. Tambien concurrieron portugueses de la orilla opuesta, y la plaza de Valencia situada enfrente había tratado de molestar á los franceses con sus fuegos. Libertado Vigo esperábase que el cerco tendria pronto y feliz éxito, pues ademas de acudir desde allí con su gente Morillo, Tenreiro, Almeida y otros, vino tambien por su lado Don Manuel García del Barrio, reconocido comandante general por la junta de Lobera. Pero tanto concurso de gefes y caudillos no sirvió sino para suscitar zelos y rencillas. Morillo fuese en comision camino de Santiago, y los otros, en especial Barrio y Tenreiro, el uno presuntuoso y el otro díscolo de condicion, desaviniéronse y ocupáronse en recíprocos piques y zaherimientos. Y así este bloqueo sostenido con cañones y mas gente fue mal dirigido y al cabo se malogró. Mandaba dentro el general La Martiniere, y el 6 de abril haciendo una salida apoderóse de cuatro piezas colocadas en la altura de Francos no muy distante de la ciudad. Ocurrida esta desgracia, y agriándose mas los ánimos, dióse lugar á que llegasen socorros á Tuy avanzando del lado de Santiago una columna de infantería y caballería á los órdenes del general Maucune, y otra del lado de Portugal mandada por el general Heudelet que enviaba Soult, ya posesionado de Oporto, para recoger la artillería que allí había dejado.

Le alzan.

Enseñoreóse el 10 de abril sin resistencia el general Heudelet de Valencia del Miño. Sabedores los españoles que bloqueaban á Tuy de aquel suceso, levantaron el sitio quedándose unos en las alturas que median entre esta plaza y la de Vigo, y alejándose otros con Barrio á Puente-Arcas. Al mismo tiempo los franceses que venian de Santiago arrollaron á la gente de Morillo en el camino de Redondela, y en venganza incendiaron la villa, metiéndose despues parte de ellos en Tuy, y tornando los otros con el general Maucune al punto de donde habian salido. Socorrida la plaza sacaron los enemigos todos sus efectos y artillería, y temiendo nuevo bloqueo la abandonaron el 16, y se unieron con los de Valencia.

Evacuan la ciudad los franceses.

Por tanto si no tuvo dichoso remate el cerco de Tuy consiguióse por lo menos infundir recelo en los franceses, y ver desembarazada la márgen derecha del Miño. Esmeráronse entonces aquellos naturales en arreglar y disciplinar la gente que se habia levantado, y que se denominó division del Miño, creando varios regimientos que se distinguieron en posteriores acciones. Incorporóse á ella la partida de Don José María Vazquez, conocido en Castilla por sus hechos con el nombre del Salamanquino, y al fin aumentóse su fuerza, y ganó en la opinion gran peso con ponerse á la cabeza el 7 de mayo Don Martin de la Carrera, segun el deseo público, y cediéndole Barrio las facultades que tenia del gobierno supremo.

Se crea y aumenta la division del Miño.

Mándala Don Martin de la Carrera.

Habia Don Martin permanecido todo aquel tiempo en la Puebla de Sanabria juntando dispersos. Unido á la division del Miño completó hasta unos 16,000 hombres, y ademas tenia algunos caballos y nueve cañones. Adelantóse con parte de su gente por la provincia de Tuy á Santiago, de cuya ciudad salieron á repelerle el 23 de mayo unos 5000 infantes y 500 caballos á las órdenes del general Maucune, acometiéndole en el campo de la Estrella. Los desbarató Carrera, persiguiéndolos y metiéndose primero que nadie en la ciudad de Santiago Don Pablo Morillo. Cogiéronse allí fusiles y vestuarios y cuarenta y una arrobas de plata labrada, sin contar otra mucha de los templos. Recibidos los nuestros con universal regocijo, hubieron sin embargo de retirarse por las operaciones combinadas que luego meditaron los mariscales Ney y Soult, de vuelta uno de Asturias y otro de Portugal.

Desbarata á los franceses en el campo de la Estrella.

La campaña del último en este reino habia terminado con suma desdicha de sus armas. Recorreremos lo que allí pasó con rapidez, segun es nuestra costumbre en las cosas de Portugal. Pisó el 10 de marzo la frontera lusitana el mariscal Soult, y el 11 se le rindió Chaves, plaza en la provincia de Tras-los-Montes en mal estado, y que aun conservaba las brechas de la guerra con España de 1762. Penetró con 24,000 hombres, retirándose el general Silveira hácia Villa-Pouca. El 13 continuaron los franceses su marcha á Braga, con gran recelo de las fuerzas que allí mandaba Bernardino Freire. En este tránsito lleno de desfiladeros encontraron mucha oposicion, teniendo que caminar lentamente y escasos de mantenimientos. Acercándose al fin á Braga no pensó Freire, general poco respetado, en que se pudiese defender la ciudad, y así dispuso retirarse. Enojado el pueblo le arrestó en un lugar inmediato y le volvió á Braga, en donde fue bárbaramente asesinado. Vióse entonces su segundo el baron de Ebben en la necesidad de defender con gente colecticia la posicion de Carballo, legua y media

Campaña de Soult en Portugal.

Entran los franceses en Chaves.

En Braga.

distante, de la que apoderados los franceses penetraron el 20 á Braga, asomando el 28 á Oporto, vencidos otros obstáculos no menos dificultosos. Asoman á Oporto.

Intimó luego la rendicion el mariscal Soult á esta ciudad, que situada á la derecha del Duero y á una legua de su embocadura, es por su poblacion de 70,000 almas y por su gran comercio la primera de Portugal despues de Lisboa. El ánimo de los naturales mostrábase levantado, tanto mas cuanto con la invasion francesa veian estancado y destruido su principal tráfico, que consiste en la salida de sus vinos para Inglaterra. Con objeto de defender la ciudad se habia en su derredor construido un campo atrincherado herizado de cañones, cuya derecha se apoyaba en el Duero, y la izquierda en los fuertes vecinos al mar; ademas habian atajado las calles, y colocado en ellas y en diversos puntos muchas piezas de artillería. La exaltacion popular era tal que fueron víctima de ella varias personas y con dificultad pudo el mariscal Soult intimar la rendicion, no queriendo la ciudad dar oidos á tregua ni convenio. Hubo tambien ocasion en que so color de querer escuchar las proposiciones cogieron á los parlamentarios, como aconteció al general Foy que se llevaron prisionero con grave riesgo de su persona. Mandaba en gefe el obispo, pero la víspera del ataque abandonó la ciudad poniendo en su lugar al general Parreiras. Acometieron los franceses las líneas el 29 de marzo, que de grande extension, mal dispuestas y defendidas por gente allegadiza, fueron ganadas sin grande esfuerzo, entrando en la ciudad los vencedores, y haciendo su caballería tremenda matanza. Los habitantes huyendo del peligro se avalanzaron al puente de Duero, que formado de barcas rompióse con el gentío, y allí fueron las mayores lástimas ahogándose unos y ametrallando á otros los franceses desapiadadamente. Perecieron de 3 á 4000 personas, de ellas muchas mugeres y niños. Hubo hechos que ensalzaron al ya tan ilustrado valor de los portugueses: 200 hombres esforzados se defendieron en la catedral hasta que no quedó uno con vida. Estado de la ciudad. Entranla los franceses. Gran matanza.

Siguiéronse deplorables excesos, no pudiendo Soult contener los ímpetus desmandados de su tropa. Este mariscal procuró entonces y despues granjearse la voluntad de los moradores, aun imitándolos en las prácticas de un fervoroso celo religioso. Conducta del mariscal Soult.

Sus votos y ofrendas, y el particular cuidado del mariscal en agradar á los portugueses, dieron á sospechar si pensaba á modo de Junot ceñir la corona lusitana. Vino como en apoyo la exposicion seguida de otras, que se imprimió y publicó, de doce habitantes de Braga, en la que llamándole padre y libertador se mostraba deseo de que Napoleon le nombrase por su rey. Y aunque es cierto que el mariscal les replicó que no pendia de Pídenle sea rey.

él darles respuesta, la mera publicacion de aquella demanda en pais en donde él era árbitro de impedirla ó autorizarla, manifestaba que si no dimanaba de sugestiones suyas por lo menos no era desagradable á sus oidos.

Sus providencias.

Posesionados los franceses de Oporto no prosiguieron á Lisboa, asi por la oposicion que encontraron en el pais, como tambien por ignorar el paradero del general Lapisse y del mariscal Victor, cuyos movimientos del lado de Castilla y Extremadura debieron corresponder con el de Galicia. Limitáronse pues á conservar lo ganado, y á prepararse para mas adelante. Ya hablamos como con este objeto y el de tener la artillería que quedó en Tuy, habia retrocedido hácia esta plaza y desembarazádola de sitiadores el general Heudelet: otro tanto trataron de hacer los enemigos por la parte de Chaves, cuya ciudad habia recobrado el 20 de marzo el general Silveira, extendiéndose despues por el Tamega hasta Amarante y Penafiel. Reforzado luego el mismo general, y molestando incansablemente á los franceses, permaneció en aquellos sitios cerca de un mes; pero en 18 de abril queriendo el mariscal Soult abrir paso y tener libres las comunicaciones con Tras-los-Montes, envió al general Delaborde auxiliado de fuerza considerable. Al aproximarse situóse Silveira en Amarante, y defendió con tal teson el paso del puente que no pudieron superar los franceses hasta el 2 de mayo los obstáculos que se les oponian. Defensa para él muy honrosa aunque tuviese por entonces que alejarse momentáneamente.

Silveira recobra á Chaves.

Al mediodia de Oporto y camino de Lisboa no dilataron los franceses sus excursiones y correrías mas allá del Vouga, persuadidos de que resguardaban á Coimbra numerosas fuerzas. Sin embargo reducíanse estas á unos 4000 hombres mal disciplinados, y á una turba de paisanos que mandaba el coronel Trant, quien no pudo hacer otra cosa sino maniobrar con acierto, aparentando mayores medios que los que tenia. Mas como eran cortos se hubiera encaminado al fin el mariscal Soult á Lisboa luego que supo las resultas de la batalla de Medellin, si no hubiesen llegado inmediatamente grandes refuerzos al ejército inglés de Portugal.

Coronel Trant.

Continuaba gobernando á este reino la regencia restablecida despues de la evacuacion de Junot. La gente que habia levantado nunca habia salido de sus lindes, no obstante las repetidas instancias de la junta central. Obró quizá el gobierno portugués cuerdamente en no acceder á ellas hallándose todavía su tropa bastante indisciplinada. De los ingleses habian quedado unos 10,000 hombres á las órdenes de Sir Juan Cradock, contra los que prorumpieron en grande enojo los portugueses á causa de las muestras que dieron de embarcarse al saber la suerte de Moore, apareciendo en sus providen-

Regencia de Portugal

Cradock y los ingleses.

cias, mas que premeditado plan, desconcierto y abatimiento. Aquietado en fin el general inglés por órdenes posteriores de su gabinete permaneció en Lisboa, adelantándose despues á Leiria al mismo tiempo que el ejército portugués se situaba en Tomar, el cual sin contar con las fuerzas de Silveira, la legion lusitana y las reuniones de paisanos, constaba de unos 15 á 20,000 hombres. Disciplinábalos el general Beresford autorizado desde el mes de febrero por el príncipe regente de Portugal para obrar como comandante en gefe de sus tropas.

Beresford manda á los portugueses.

Asi andaban las cosas en aquel reino cuando el gobierno británico viendo que España no se sometia al yugo extrangero á pesar de sus desgracias y de la retirada de Moore, y vislumbrando tambien la guerra entre Austria y Francia, determinó probar de nuevo fortuna en la península reforzando considerablemente su ejército, y poniéndole á las órdenes de Sir Arturo Wellesley, ceñido ya con los laureles de Roliza y Vimeiro. Fueron llegando sucesivamente las tropas á las costas portuguesas, y su general en gefe desembarcó en Lisboa el 22 de abril, bien recibido y obsequiado de sus moradores. Poco despues el 29 púsose en marcha sobre Coimbra, llevando consigo 20,000 ingleses y 8000 portugueses. Doce mil de los últimos con dos brigadas británicas á las órdenes del general Mackenzie se apostaron en Santaren y Abrantes, adelantándose un regimiento de milicias y la legion lusitana, al cargo ahora del coronel Mayne, hasta el puente de Alcántara. Sir Roberto Wilson que poco antes mandaba dicha legion, hallábase destacado con un corto cuerpo de portugueses hácia Viseo. El general Wellesley llegó á Coimbra el 2 de mayo prefiriendo antes arrojar á Soult de Portugal que obrar por Extremadura de concierto con Cuesta, segun era el deseo de este caudillo y el del gobierno español.

Refuérzase el ejército inglés.

Sir Arturo Wellesley nombrado general en gefe.

Sus providencias.

Avanza á Coimbra.

Los franceses no se habian movido de Oporto y de sus puestos del Vouga. En su ejército manifestábase disgusto, aburridos todos y cansados con aquella clase de guerra, y fomentando gran descontento una sociedad secreta, llamada de los Filadelfos, cuyo objeto era destruir la dinastía imperial y restablecer en Francia un gobierno republicano. Entre los que la componian habia oficiales superiores, y tenian pensado poner á su cabeza al mariscal Ney, ó al general Gouvion-Saint-Cyr. Extendíanse las ramificaciones de la sociedad á los demas ejércitos de Napoleon, y en el de España no abandonaron los conspiradores su proyecto hasta el año 10. Habia echado profundas raices en las tropas del mariscal Soult, y eran tantos los partícipes del secreto, que enviado para abrir tratos acerca de ello el ayudante mayor Mr. D'Argentou, pudo sin tropiezo ir hasta Lisboa, y con tal desembozo que inspiró desconfianza

Situacion de los franceses.

Sociedad secreta de los Filadelfos.

en Sir Arturo Wellesley, por lo cual respondió este al emisario francés que rebelárase ó no su ejército le atacaria en tanto que se mantuviese en Portugal: sin embargo añadió que si se declaraba contra Bonaparte se ajustaria quizá un convenio para su retirada. Otros gefes parece ser que tuvieron tambien conferencias con el general británico, y de ellos se citan á los coroneles Donadieu y Lafite. Mas D'Argentou de vuelta á Oporto, habiéndose descubierto al general Lefebvre que creia en la trama ó favorable á ella, fue arrestado en la noche del 8 al 9 de mayo teniendo pasaportes del almirante inglés Berkley. Dilatóse su castigo para averiguar cuáles fuesen sus cómplices, y ayudado de estos tuvo ocasion de escaparse y pasar á Inglaterra *.

(* Ap. n. 8.)

Sobresaltó al mariscal Soult tan funesto acontecimiento que realizaba anteriores sospechas, al paso que aguijó por su parte al general Wellesley á avanzar prontamente, no contando sin embargo mucho con la sublevacion del ejército contrario. Era el plan del general inglés envolver á Soult, y obligarle á una retirada desastrada ó á rendirse. Y conforme á su pensamiento dispuso que el general Beresford con las tropas de su mando, y las portuguesas que estaban en Viseo á las órdenes de Sir Roberto Wilson, se dirigiesen anticipadamente por Lamego, y pasasen el Duero para juntarse en Amarante con Silveira, cuya retirada todavía se ignoraba. Hecho este movimiento la demas fuerza británica debia avanzar en dos columnas sobre Oporto, una via de Aveiro y otra por el camino real. No se varió el plan aunque se supo luego el descalabro de Silveira, y el 6 de mayo empezó la operacion convenida. El 10 y el 11 fue arrojado de las alturas de Grijo el general Franceschi que mandaba la vanguardia de los enemigos, la cual en seguida repasó el Duero.

Plan de Wellesley.

El mariscal Soult tomando sin tardanza disposiciones para evacuar á Oporto y asegurar su retirada, voló el puente de barcas y retuvo en la márgen derecha todos los botes. Dió vista el 12 á la ciudad Sir Arturo Wellesley, y aunque cercano separábale la profunda y rápida corriente del Duero. No teniendo prontos los medios necesarios para atravesarla, hubiera Soult podido retirarse tranquilamente á Galicia si un feliz acaso no hubiese servido á ayudar la combinacion que para la travesía preparaba el general inglés, quien habia destacado rio arriva al general Murray á fin de que cruzase el Duero por Avintas y cayese sobre el flanco del enemigo al tiempo que este fuese atacado por el frente. Partió Murray; mas dudábase sobre el modo de verificar el paso á la sazon que el coronel Waters descubrió en un recodo que forma el rio un pequeño bote con el que yendo á la otra orilla, acompañado de dos ó tres individuos, se apoderó sin ser notado de cuatro grandes barcas abandonadas, y de priesa trájolas del lado de los suyos. Al instante y el mismo 12

Se apoderan los ingleses de Oporto.

á las diez del dia pasó en ellas el Duero lord Paget con tres compañías. Siguieron otros, permaneciendo los enemigos tan descuidados que, burlándose de los primeros avisos que dió un oficial, á nada dieron crédito hasta que el general Foy, subiendo casualmente á la altura que se eleva enfrente del convento de Serra, advirtió que en efecto pasaban los ingleses el rio. Entonces todo el campo francés se conmovió y se puso sobre las armas. Trabóse entre los soldados de ambos ejércitos un vivísimo choque, agolpáronse sucesivamente de uno y otro lado tropas, y llegando en fin de Avintas el general Murray abandonaron los franceses á Oporto, perseguidos por los ingleses hasta cierta distancia de la ciudad. La matanza fue grande. Cayeron heridos los generales Delaborde y Foy de una parte, y lord Paget de la contraria, sin contar otros muchos de ambas. Censuróse agriamente en su propio ejército al mariscal Soult por el descuido de dejar á los ingleses pasar en medio del dia sin resistencia un rio tan caudaloso como por allí corre el Duero.

Apuros de Soult.

Despues de la salida de Oporto dos caminos le quedaban á dicho mariscal para retirarse, si queria conservar su artillería; uno por puente de Lima y Valencia de Miño, y el otro por el lado de Amarante. Contaba con que el último paso seria resguardado por el general Loison; mas este, perseguido por los generales Beresford, Silveira y Wilson, le abandonó y puso á Soult en el mayor aprieto, sobre todo no pudiendo ir por el otro camino de puente de Lima sin encontrarse con el general Wellesley. Aunque rodeado de inminentes peligros no se abatió el mariscal francés, y con entereza y prontitud de ánimo admirables, destruyendo la artillería y los carruages, y acallando las voces que ya se oian de capitulacion, echóse por medio de senderos estrechos y casi intransitables, guiado en su laberinto por un hombre de la Navarra francesa, de los que van á España á ejercer una profesion lucrativa si bien poco honrosa. El tiempo aunque en mayo era lluvioso, los trabajos grandes, la persecucion y molestia de los paisanos continua, precipitándose á veces hombres y caballos por aquellos abismos y derrumbaderos. De suerte que hasta cierto punto renovaba ahora el mariscal Soult la escena que meses antes habia representado el general Moore cuando él iba en su perseguimiento. Los pueblos del tránsito fueron quemados y sus habitantes tratados cruelmente, y al mismo són que ellos cuando podian trataban á los franceses. Llegó el ejército de estos el 17 á Montealegre y el 18 pasó la frontera, no siguiendo el alcance los ingleses tierra adentro de España por querer su general retroceder á Extremadura, segun antes habia prometido á Cuesta. Subió á bastante la pérdida de los enemigos en la retirada, y sin la celeridad y consumada pericia del mariscal Soult difícilmente se hubieran libertado de caer en manos del inglés, cuya

Pasa la frontera.

Llega á Lugo.

excesiva prudencia motejaron muchos. Llegaron los franceses á Lugo el 23, habiéndolos molestado poco el paisanage español que estaba como desprevenido.

Levanta Mahy el cerco.

La víspera sabedor el general Mahy de que se acercaban, levantó el sitio que habia poco antes puesto á aquella ciudad y se replegó á la de Mondoñedo. Encontráronse allí el 24 él y Romana, procedente el último de Ribadeo,

Encuéntrase con Romana en Mondoñedo.

en donde habia desembarcado, salvándose de Asturias. Mal colocados entonces y expuestos á ser cogidos entre los mariscales Ney y Soult, resolvieron los generales españoles emprender por medio de una marcha atrevida un movimiento hácia el Sil, para abrigarse de Portugal, cruzando con cautela el camino real en las inmediaciones de Lugo. Verificóse asi felizmente, y por Monforte tomaron los nuestros á Orense. Aunque esta marcha era necesaria asi para esquivar, como hemos dicho, el encuentro de los mariscales franceses, como tambien para darse la mano con Don Martin de la Carrera y las fuerzas que habia en las provincias de Tuy y Santiago, digustó mucho al soldado que comenzaba á murmurar de tanto camino como sin fruto habia andado, apellidando al de la Romana marqués de las Romerías: porque en efecto si bien era loable su constancia en los trabajos y la conformidad con que sobrellevaba las escaseces y miseria, nunca se habia visto salir de su mente otra providencia que la de marchar y contramarchar, y las mas veces á tientas, de improviso y precipitadamente, falto de plan, á la ventura, y como suele decirse, á la buena de Dios. Solo en su ausencia y en los puntos en que no se hallaba peleábase, y gefes entendidos y diligentes procuraban introducir mayor arreglo y obrar con mas concierto y actividad. El único, pero en verdad gran servicio, que hizo Romana fue el de mantenerse constante en la buena causa, y el de alimentar con su nombre las esperanzas y brios de los gallegos.

Marcha atrevida de los españoles.

Descontento del soldado con Romana.

Ney y Soult en Lugo.

Mas las tropas que mandaba por poco numerosas que fuesen, si se unian con las que estaban hácia la parte de Pontevedra y fomentaban de cerca la insurreccion de la tierra, ponian en peligro á los franceses exigiendo de ellos prontas y acordadas medidas. Tales eran las que tomaron en Lugo el 29 de mayo los mariscales Soult y Ney, de vuelta ya este de su rápida excursion en Asturias. Segun ellas debia el primero perseguir y dispersar á Romana, dirigiéndose sobre la Puebla de Sanabria, y conservar por Orense comunicacion con el segundo, quien, derrotado que fuese Carrera, habia de avanzar á Tuy y Vigo para sofocar del todo la insurreccion. Púsose pues el mariscal Ney en camino con 8000 infantes y 1200 caballos, y avanzó contra la division del Miño animada del

Conciértanse para destruir el ejército español.

mayor entusiasmo. La mandaba entonces en gefe el conde de Noroña, nombrado por la central segundo comandante de Galicia; mas este tuvo el buen juicio de seguir el dictámen de Carrera, de Morillo y de otros gefes que por aquellas partes y antes de su llegada se habian señalado, con lo cual obraron todos muy de concierto.

Conde de Noroña segundo comandante de Galicia.

Al aviso de que Ney se aproximaba cejaron los nuestros á San Payo, punto en donde resolvieron hacerle rostro. Mas cortado anteriormente el puente por Morillo, hubo que formar otro de priesa con barcas y tablazon, dirigiendo la obra con actividad y particular tino el teniente coronel Don José Castellar. Eran los españoles en número de 10,000, cuatro mil sin fusiles, y el 7 de junio muy de mañana acabaron todos de pasar, atajando despues y por segunda vez el puente. A las nueve del mismo dia aparecieron los franceses en la orilla opuesta, y desde luego se rompió de ambos lados vivísimo fuego. Los españoles se aprovecharon de las baterías que antes habia levantado Don Pablo Morillo, y aun establecieron otras: los principales fuegos enfilaban de lo alto de una eminencia el camino que viene al puente; ocupóse el paso de Caldelas dos leguas rio arriba por Don Ambrosio de la Cuadra que regia la vanguardia, y por Don José Joaquin Márquez comandante del regimiento de Lobera; apoyóse la derecha de San Payo en un terreno escabroso, y la izquierda estaba amparada de la ria en donde se habian colocado lanchas cañoneras. Duró el fuego hasta las tres de la tarde sin que los franceses consiguiesen cosa alguna. Renovóse con mayor furor al dia siguiente 8, buscando los enemigos medio de pasar por su derecha un vado largo que queda á marea baja, y de envolver por su izquierda el costado nuestro que estaba del lado del puente de Caldelas y vados de Sotomayor. Rechazados en todas partes vieron ser infructuosos sus ataques, y al amanecer del 9 se retiraron á las calladas, despues de haber experimentado considerable pérdida. Señaláronse entre los nuestros, y bajo el mando del conde de Noroña, La Carrera, Cuadra, Roselló que gobernaba la artillería, Castellar, Márquez y Don Pablo Morillo; por su parte tambien se manejaron con destreza los marinos, y sin duda fue muy gloriosa para las armas españolas la defensa del puente de San Payo.

Accion del puente de San Payo

Romana en tanto se habia acogido á Orense al adelantarse el mariscal Soult: mas en vez de seguir la huella del primero detúvose este en Monforte algunos dias. Lo alterado del pais, noticias de la guerra de Austria, y mas que todo los zelos y rivalidad que mediaban entre él y el mariscal Ney le alejaron de continuar el perseguimiento de Romana, y le decidieron á volver á Castilla. Para ello no pudiendo atravesar el Sil por alli, falto de vados y de puentes, tuvo que subir rio arriba hasta monte Furado, asi dicho por perforarle

Soult trata de pasar á Castilla.

Paisanos del Sil.

en una de sus faldas la corriente del mismo Sil, obra segun parece del tiempo de los romanos. Los naturales de los contornos colocados en la orilla opuesta le causaron grave mal acaudillados por el abad de Casoyo y su hermano Don Juan Quiroga. Para vengarse del daño ahora y antes recibido, desde monte Furado mandó el mariscal Soult al general Loison descender por la orilla izquierda del Sil y castigar á los habitantes. Cumplió este tan largamente con el encargo, que asoló la tierra y varios pueblos fueron quemados, Castro de Caldelas, San Clodio y otros menos conocidos. Tambien padecieron mucho los otros valles que recorrieron ó atravesaron los enemigos. Romana retiróse á Celanova, y en seguida á Baltar frontera de Portugal, en donde le dejó tranquilo el mariscal Soult, pues dirigiéndose por el camino de las Portillas llegó el 23 á la Puebla de Sanabria, de cuyo punto se retiraron á Ciudad Rodrigo, despues de haber clavado algunos cañones los pocos españoles que le guarnecian.

Quema de varios pueblos.

Romana en Celanova.

Soult en la Puebla de Sanabria.

Soult permaneció en la Puebla breves dias habiendo despachado á Madrid á Franceschi para informar á José del estado de su ejercito y de sus necesidades. Aquel general partió de Zamora en posta á caballo con otros dos compañeros, mas pasado Toro fueron todos cogidos é interceptados los pliegos por una guerrilla que mandaba el capuchino Fr. Julian de Delica. Los pliegos eran importantes asi porque (* Ap. n. 9.) expresaban el quebranto y escaseces de aquellas tropas, como tambien por indicarse en su contenido el mal ánimo de algunos generales.

General Franceschi cogido por el Capuchino.

Viéndose solo el mariscal Ney y abandonado de Soult, conoció lo crítico de su situacion. Con nada en realidad podia contar sino con la fuerza que le quedaba, y era esta harto corta para hacer rostro á la poblacion armada, y al ejército bastante numeroso que contra él podian ahora reunir sin embarazo los generales Romana y Noroña. El auxilio que le prestaban los españoles sus allegados era casi nulo, y por decirlo asi perjudicial. Habia ido de comisario regio el general de marina Mazarredo que separándose de su profesion, en la que habia adquirido bien merecido renombre, metióse á dar proclamas y á esparcir entre los eclesiásticos y los pueblos una especie de catecismo, por cuyo medio, apoyándose en textos de la Escritura, queria probar la conveniencia y obligacion de reconocer la autoridad intrusa. No conmovian las conciencias argumentos tan extraños, al contrario las irritaban, provocando tambien á mofa ver convertido en misionero político al que solo gozaba de reputacion de inteligente en la maniobra náutica. Hubo igualmente en Santiago un director de policía llamado Don Pedro Bazan de Mendoza doctor en teologia, el cual y otros

Situacion de Ney.

Mazarredo.

Bazan.

cuantos de la misma lechigada cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales: denominaban los paisanos semejante reunion el conciliábulo de Compostela. Rodeado por tanto de peligros y escaso de fuerzas y recursos, resolvió Ney salir de Galicia, y el 22 evacuó la Coruña, enderezándose á Astorga por el camino real; en cuyo tránsito asolaron sus tropas horrorosamente pueblos y ciudades.

Evacua Ney á Galicia.

Así tornó aquel reino á verse libre de enemigos al cabo de cinco meses de ocupacion, durante los cuales perdieron los franceses la mitad de la tropa con que habian penetrado en aquel suelo, ya en las acciones con los ingleses, ya en la terrible guerra con que les habian continuamente molestado los ejercitos y poblacion de Galicia y Portugal.

A pocos dias entró en la Coruña el conde de Noroña y la division del Miño, siendo recibidos no solo con alborozo general y bien sentido, sino tambien quedándose los espectadores admirados de que gente mal pertrechada y tan varia en su formacion y armamento hubiera conseguido tan señaladas ventajas contra un ejército de la apariencia, práctica y regularidad que asistian al de los franceses.

Entra Noroña en la Coruña.

Por entonces y antes de promediar junio fue tambien evacuado el principado de Asturias. Ademas de lo ocurrido en Galicia y Portugal aceleraron la retirada de los enemigos los movimientos y amago que hicieron las tropas y paisanage de la misma provincia. 18,000 hombres la habian invadido: una parte, segun en su lugar se dijo, volvió luego á Galicia con el mariscal Ney, otra mandada por el general Bonnet vióse obligada á acudir á la montaña á donde la llamaba la marcha de Don Francisco Ballesteros, y la restante fuerza, sobrado débil para resistir á los generales Don Pedro de la Bárcena y Worster que avanzaban á Oviedo del lado de poniente, salió con Kellermann camino de Castilla. El primero de aquellos generales, cayendo de Teberga sobre Grado, habia antes arrojado de esta villa á unos 1500 franceses que estaban allí apostados, cogiendo 80 prisioneros.

Worster y Barcena.

Por la parte oriental del principado habia reunido el general Ballesteros mas de 10,000 hombres. Entraba en su número un batallon de la Princesa que habia ido á Oviedo con Romana, y el cual mandado por su coronel Don José Odonell se le habia unido, no pudiendo embarcarse en Gijon. Tambien se agregó despues el regimiento de Laredo que pertenecia á las montañas de Santander y la partida ó cuerpo volante de Don Juan Diaz Porlier. Entusiasmado el general Ballesteros con las memorias de Covadonga pensó que podian resucitar en aquel sitio los dias de Pelayo. Anduvo por tanto rehacio en alejarse hasta que falto de víveres y estrechado por el enemigo tuvo el 24 de mayo que abandonar de noche la cueva y

Ballesteros pasa á Castilla y á las montañas de Santander.

santuario, y trepar por las faldas de elevados montes, no teniendo mas direccion que la de sus cimas, pues allí no habia otra salida sino el camino que va á Cangas de Onís, y este le ocupaban los franceses. En medio de afanes consiguió Ballesteros llegar el 26 á Valdeburon en Castilla de donde se trasladó á Potes. Meditando entonces lo mas conveniente resolvió de acuerdo con otros gefes acometer á Santander, cuya guarnicion desprevenida se juzgaba ser solo de 1000 hombres. Se encaminó con este propósito á Torre la Vega en donde se detuvo mas de lo necesario. Por fin al amanecer del 10 emprendióse la expedicion, pero tan descuidadamente que el enemigo se abrió paso dejando solo en nuestro poder 200 prisioneros. Entraron las tropas de Ballesteros el mismo dia en Santander, mas la ocupacion de esta ciudad no duró largo tiempo. En la misma noche revolviendo sobre ella los franceses ya reforzados, penetraron por sus calles y pusiéronlo todo en tal confusion que los mas de los nuestros se desbandaron, y el general Ballesteros creyendo perdida su division se embarcó precipitadamente con Don José Odonell en una lancha en que bogaron por falta de remos y remeros dos soldados con sus fusiles.

Ocupa á Santander.

Don Juan Diaz Porlier se salvó con alguna tropa atravesando por medio de los enemigos con la intrepidez que le distinguia. Fue tambien notable y digna de la mayor alabanza la conducta del batallon de la Princesa, que, privado de su fugitivo coronel y á las órdenes del valiente oficial Garroyo, conservó bastante órden y serenidad para libertarse y pasar á Medina de Pomar, desde donde, ¡ marcha admirable! poniéndose en camino atravesó la Castilla y Aragon rodeado de peligros y combates, y se incorporó en Molina con el general Villacampa.

Intrepidez de Porlier.

Marcha admirable del batallon de la Princesa.

Libres en el mes de Junio Asturias y Galicia, era ocasion de que el marqués de la Romana, tan autorizado como estaba por el gobierno supremo, emplease todo su anhelo en mejorar la condicion de su ejército, y la de ambas provincias. Entró en la Coruña poco despues que Noroña, y fue recibido con el entusiasmo que excitaba su nombre. Reasumió en su persona toda la autoridad, suprimió las juntas de partido que se habian multiplicado con la insurreccion, y nombró en su lugar gobernadores militares. No contento con la destruccion de aquellas corporaciones, trató de examinar con severidad la conducta de varios de sus individuos, á quien se acusaba de desmanes en ejercicio de su cargo, procedimiento que desagradó. Pues al paso que se escudriñaban estos excesos, nacidos por lo general de los apuros del tiempo, mostró el marqués suma benignidad con los que habian abrazado el bando de los enemigos. Por lo demas sus providencias en todos los ramos adolecieron de aquella dejadez y negligencia característica de su ánimo. Suprimidas las juntas cortó

Romana en la Coruña.

Sus providencias y negligencia.

el vuelo al entusiasmo é influjo popular, y no introdujo con los gobernadores que creó el órden y la energía que son propias de la autoridad militar. Trascurrió mas de un mes sin que se recogiese el fruto de la evacuacion francesa, no pasando el tiempo aquel gefe sino en agasajos, y en escuchar las quejas y solicitudes de personas que se creian agraviadas ó que ansiaban colocaciones; y entre ellas, como acontece, no andaban ni las realmente ofendidas ni las mas beneméritas. Por fin reunió el marqués la flor del ejército de Galicia y trató de salir á Castilla.

Sale á Castilla.

Antes de efectuar su marcha envió á tomar el mando militar de Asturias á *Don Nicolas Mahy*: *él* político y económico seguia al cuidado de la junta que el mismo marqués habia nombrado. Ordenó ademas este que se le uniese en Castilla con 10,000 hombres de lo mas escogido de las tropas asturianas Don Francisco Ballesteros, que, en vez de ser reprendido por lo de Santander, recibió este premio. Debiólo á haberse salvado con Don José Odonell, favorito del marqués, y mal hubiera podido ser censurada la conducta del general sin tocar al abandono ó desercion del coronel su compañero: asi un indisculpable desastre sirvió á Ballesteros de principal escalon para ganar despues gloria y renombre.

Nombra á Mahy para Asturias.

Nombra á Ballesteros para mandar 10,000 hombres.

Romana llegó á Astorga con unos 16,000 hombres y 40 piezas de artillería. Dejó en Galicia pocos cuadros y escasos medios para que con ellos pudiese Noroña formar un ejército de reserva. Una corta division al mando de Don Juan José García se situó en el Vierzo, y Ballesteros desde las cercanías de Leon hizo posteriormente hácia Santander una excursion que no tuvo particular resulta.

Permaneció Romana en Astorga hasta el 18 de agosto en que se despidió de sus tropas habiendo sido nombrado por la junta de Valencia para desempeñar el puesto vacante en la central por fallecimiento del príncipe Pio. El mando de su ejército recayó despues en el duque del Parque, al cual tambien se unió aunque mas tarde Ballesteros, caminando todos la vuelta de Ciudad Rodrigo.

Sucédele despues en el mando del ejército el duque del Parque.

Los franceses que salieron de Galicia y que componian el 2° y 6° cuerpo debieron ponerse por resolucion de Napoleon recibida en 2 de julio á las órdenes de Soult, como igualmente el 5° del mando del mariscal Mortier que estaba en Valladolid procedente de Aragon. Varios obstáculos opuso José al inmediato cumplimiento en todas sus partes de la voluntad de su hermano; y de ello daremos cuenta en el próximo libro.

Ahora terminando este conviene notar lo poco que á pesar de tan grandes esfuerzos habian adelantado los franceses en la conquista de España. Ocho meses eran corridos despues de la terrible invasion en noviembre del emperador francés, y sus huestes no enseñoreaban todavía ni un tercio del territorio pe-

Fin de este libro.

ninsular. Inútilmente daban y ganaban batallas, inútilmente se derramaban por las provincias, de las que ocupadas unas levantábanse otras, y yendo al remedio de estas, aquellas se desasosegaban y de nuevo se trocaban en enemigas. ¡Cuán diferente cuadro presentaba por aquel tiempo el Austria! Allí habia en abril abierto la campaña el archiduque Cárlos con ejércitos bien pertrechados y numerosos, solo tres ó cuatro batallas se habian dado, una de éxito contrario á Napoleon, y sin embargo ya en 12 de julio celebróse en Znaim una suspension de armas, preludio de la paz. Así una nacion poderosa y militar sujetábase á las condiciones del vencedor al cabo de tres meses de guerra, y España despues de un año, sin verdaderos ejércitos y muchas veces sola en la lucha, manteníase incontrastable por la firme voluntad de sus moradores. Tanta diferencia media, no nos cansaremos de repetirlo, entre las guerras de gabinete y las nacionales. Al primer reves se cede en aquellas, mas en estas sin someterse fácilmente los defensores al remolino de la fortuna, cuando se les considera deshechos, crecen; cuando caidos, se empinan. Conocíalo muy bien el grande estadista Pitt *, quien rodeado de sus amigos en 1805, al saber la rendicion de Mack en Ulma con 40,000 hombres, exclamando aquellos *que todo estaba perdido y que no habia ya remedio contra Napoleon*, replicó: *Todavia lo hay si consigo levantar una guerra nacional en Europa;* añadiendo en tono al parecer profético: *Y esta guerra ha de comenzar en España.*

Paralelo de la guerra de Austria y España.

(* Ap. n. 10.)

Prevision notable de Pitt.

APÉNDICES.

LIBRO PRIMERO.

NUMERO 1.

Tenemos noticia original del despacho que con este motivo escribió á Madrid Don Eugenio Izquierdo, y tambien podrá verse en el manifiesto, que de sus procedimientos publicó el consejo real, la mencion que en su contenido se hace del convenio concluido por Izquierdo en 10 de mayo de 1806.

NUMERO 2.

Plenos poderes dados por el rey Cárlos IV á Don Eugenio Izquierdo embajador extraordinario en Francia en 26 *de mayo de* 1806, *renovados en* 8 *de octubre de* 1807.

Don Cárlos por la gracia de Dios rey de España y de las Indias, etc. Teniendo entera confianza en vos, Don Eugenio Izquierdo nuestro consejero honorario de estado, y habiéndoos autorizado en virtud de esta confianza justamente merecida para firmar un tratado con la persona que fuere igualmente autorizada por nuestro aliado el emperador de los franceses, nos comprometemos de buena fé y sobre nuestra palabra real, que aprobarémos, ratificarémos y harémos observar y ejecutar entera é inviolablemente todo lo que sea estipulado y firmado por vos. En fé de lo cual hemos hecho expedir la presente firmada de nuestra mano, sellada con nuestro sello secreto, y refrendada por el infrascripto nuestro consejero de estado, primer secretario de estado y del despacho. Dada en Aranjuez á 26 de mayo de 1806. — YO EL REY. — PEDRO CEVALLOS.

NOTA. Traduccion española de la francesa que habia entre los papeles de Don Eugenio Izquierdo, quien al pie de la dicha traduccion francesa puso las dos certificaciones siguientes en francés : — 1ª Certifico que esta traduccion es fiel. Paris 5 de junio de 1806. — IZQUIERDO, consejero de estado de S. M. C. — 2ª Certifico que estos poderes han sido renovados dia 8 del presente mes en el real sitio de San Lorenzo. — Fontainebleau 27 de octubre de 1807. — IZQUIERDO. — (*Llorente, tom.* 3º. *núm.* 106.)

NUMERO 3.

La amistad que media hace muchos años entre Don Agustin de Argüelles y nosotros, nos ha puesto en el caso de haber oido muchas veces de su misma boca la relacion de esta mision que le fue encomendada. A mayor abundamiento conservamos por escrito una nota suya acerca de aquel suceso.

NUMERO 4.

Proclama de Don Manuel Godoy.

En circunstancias menos arriesgadas que las presentes han procurado los vasallos leales auxiliar á sus soberanos con dones y recursos anticipados á las necesidades; pero en esta prevision tiene el mejor lugar la generosa accion de súbdito hácia su señor. El reino de Andalucía privilegiado por la naturaleza en la produccion de caballos de guerra ligeros; la provincia de Extremadura que tantos servicios de esta clase hizo al señor Felipe V ¿verán con paciencia que la caballería del rey de España esté reducida é incompleta por falta de caballos? No, no lo creo; antes sí espero que del mismo modo que los abuelos gloriosos de la generacion presente sirvieron al abuelo de nuestro rey con hombres y caballos, asistan ahora los nietos de nuestro suelo con regimientos ó compañías de hombres diestros en el manejo del caballo, para que sirvan y defiendan á su patria todo el tiempo que duren las urgencias actuales, volviendo despues llénos de gloria y con mejor suerte al descanso entre su familia. Entonces sí que cada cual se disputará los laureles de la victoria; cual dirá deberse á su brazo la salvacion de su familia; cual la de su gefe; cual la de su pariente ó amigo, y todos á una tendrán razon para atribuirse á sí mismos la salvacion de la patria. Venid pues, amados compatriotas, venid á jurar bajo las banderas del mas benéfico de los soberanos: venid y yo os cubriré con el manto de la gratitud, cumpliéndoos cuanto desde ahora os ofrezco, si el Dios de las victorias nos concede una paz tan feliz y duradera cual le rogamos. No, no os detendrá el temor, no la perfidia: vuestros pechos no abrigan tales vicios, ni dan lugar á la torpe seduccion. Venid pues y si las cosas llegasen á punto de no enlazarse las armas con las de nuestros enemigos, no incurriréis en la nota de sospechosos, ni os tildaréis con un dictado impropio de vuestra lealtad y pundonor por haber sido omisos á mi llamamiento.

Pero si mi voz no alcanzase á despertar vuestros anhelos de gloria, sea la de vuestros inmediatos tutores ó padres del pueblo á quienes me dirijo, la que os haga entender lo que debeis á vuestra obligacion, á vuestro honor, y á la sagrada religion que profesais. — EL PRÍNCIPE DE LA PAZ.

NUMERO 5.

Estado de los regimientos que componian la expedicion de tropas españolas al mando del teniente general marqués de la Romana, destinada á formar un cuerpo de observacion hácia el pais de Hanóver.

Deberán salir de España por la parte de Irun los cuerpos siguientes: infantería de línea, tercer batallon de Guadalajara, 778 hombres; regimiento de Asturias, 2332; primero y segundo batallon de la Princesa, 1554; infantería ligera, primer batallon de Barcelona, 1245 plazas; caballería de línea, Rey, 670 hombres y 540 caballos; Infante id. id.

Por la parte de la Junquera: infantería de línea, tercer batallon de la Princesa, 778 plazas; dragones, Almansa, 670 hombres y 540 caballos; Lusitania id. id.; artillería un tren de campaña de 25 piezas y el ganado de tiro correspondiente, 270 hombres; zapadores-minadores, una compañía 127 hombres.

Existentes en Etruria y que constituyen parte de la expedicion : infantería de línea, regimiento de Zamora, 969 plazas; primero y segundo batallon de Guadalajara, 996; infantería ligera, primer batallon de Cataluña, 1042 hombres; caballería, Algarbe, 624 hombres y 406 caballos; dragones, Villaviciosa, 634 hombres y 393 caballos.

Total 14,019 hombres y 2959 caballos. Id. plazas agregadas 2216 hombres y 241 caballos. — Madrid 4 de marzo de 1807.

Nota. No se expresan las plazas agregadas de cada cuerpo, aunque sí el total de las que deben ser.

Numero 6.

Tratado secreto entre el rey de España y el emperador de los franceses, relativo á la suerte futura del Portugal.

Napoleon emperador de los franceses etc. Habiendo visto y examinado el tratado concluido, arreglado y firmado en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807 por el general de division Miguel Duroc gran mariscal de nuestro palacio etc., en virtud de los plenos poderes que le hemos conferido á este efecto, con Don Eugenio Izquierdo consejero honorario de estado y de guerra de S. M. el rey de España, igualmente autorizado con plenos poderes de su soberano, de cuyo tratado es el tenor como sigue :

S. M. el emperador de los franceses y S. M. el rey de España queriendo arreglar de comun acuerdo los intereses de los dos estados, y determinar la suerte futura de Portugal de un modo que concilie la política de los dos paises, han nombrado por sus ministros plenipotenciarios, á saber : S. M. el emperador de los franceses al general Duroc, y S. M. el rey de España á Don Eugenio Izquierdo, los cuales despues de haber cangeado sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue :

1º La provincia de Entre-Duero y Miño con la ciudad de Oporto se dará en toda propiedad y soberanía á S. M. el rey de Etruria con el título de rey de la Lusitania septentrional.

2º La provincia del Alentejo y el reino de los Algarbes se darán en toda propiedad y soberanía al príncipe de la Paz, para que las disfrute con el título de príncipe de los Algarbes.

3º Las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa quedarán en depósito hasta la paz general para disponer de ellas segun las circunstancias y conforme á lo que se convenga entre las dos altas partes contratantes.

4º El reino de la Lusitania septentrional será poseido por los descendientes de S. M. el rey de Etruria hereditariamente, y siguiendo las leyes que estan en uso en la familia reinante de S. M. el rey de España.

5º El principado de los Algarbes será poseido por los descendientes del príncipe de la Paz hereditariamente, siguiendo las reglas del artículo anterior.

6º En defecto de descendientes ó herederos legítimos del rey de la Lusitania septentrional, ó del príncipe de los Algarbes, estos paises se darán por investidura por S. M. el rey de España, sin que jamas puedan ser reunidos bajo una misma cabeza, ó á la corona de España.

7º El reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes reconocerán por protector á S. M. el rey de España, y en ningun caso

los soberanos de estos paises podrán hacer ni la paz ni la guerra sin su consentimiento.

8º En el caso de que las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa tenidas en secuestro, fuesen devueltas á la paz general á la casa de Braganza en cambio de Gibraltar, la Trinidad y otras colonias que los ingleses han conquistado sobre la España y sus aliados, el nuevo soberano de estas provincias tendria con respecto á S. M. el rey de España los mismos vínculos que el rey de la Lusitania septentrional y el príncipe de los Algarbes, y serán poseidas por aquel bajo las mismas condiciones.

9º S. M. el rey de Etruria cede en toda propiedad y soberanía el reino de Etruria á S. M. el emperador de los franceses.

10º Cuando se efectue la ocupacion definitiva de las provincias de Portugal, los diferentes príncipes que deben poseerlas nombrarán de acuerdo comisarios para fijar sus límites naturales.

11º S. M. el emperador de los franceses sale garante á S. M. el rey de España de la posesion de sus estados del continente de Europa situados al mediodia de los Pirineos.

12º S. M. el emperador de los franceses se obliga á reconocer á S. M. el rey de España como emperador de las dos Américas, cuando todo esté preparado para que S. M. pueda tomar este título, lo que podrá ser, ó bien á la paz general, ó á mas tardar dentro de tres años.

13º Las dos altas partes contratantes se entenderán para hacer un repartimiento igual de las islas, colonias y otras propiedades ultramarinas del Portugal.

14º El presente tratado quedará secreto, será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en Madrid 20 dias á mas tardar despues del dia en que se ha firmado.

Fecho en Fontainebleau á 27 de octubre de 1807. — DUROC. — IZQUIERDO.

Hemos aprobado y aprobamos el precedente tratado en todos y en cada uno de los artículos contenidos en él; declaramos que está aceptado, ratificado y confirmado, y prometemos que será observado inviolablemente. En fé de lo cual hemos dado la presente firmada de nuestra mano, refrendada y sellada con nuestro sello imperial en Fontainebleau á 29 de octubre de 1807. — Firmado — NAPOLEON. — El ministro de relaciones exteriores, CHAMPAGNY. — Por el emperador, el ministro secretario de estado, HUGO MARET.

Convencion anexa al tratado anterior, aprobada y ratificada en los mismos términos.

ART. 1º Un cuerpo de tropas imperiales francesas de 25,000 hombres de infantería y 3000 de caballería entrará en España y marchará en derechura á Lisboa: se reunirá á este cuerpo otro de 8000 hombres de infantería y 3000 de caballería de tropas españolas con 30 piezas de artillería.

2º Al mismo tiempo una division de tropas españolas de 10,000 hombres tomará posesion de la provincia de Entre-Duero y Miño y de la ciudad de Oporto; y otra division de 6000 hombres compuesta igualmente de tropas españolas tomará posesion de la provincia del Alentejo y del reino de los Algarbes.

3º Las tropas francesas serán alimentadas y mantenidas por la España y sus sueldos pagados por la Francia durante todo el tiempo de su tránsito por España.

4º Desde el momento en que las tropas combinadas hayan entrado en Portugal, las provincias de Beira, Tras-los-Montes y la Extremadura portuguesa (que deben quedar secuestradas) serán administradas y gobernadas por el general comandante de las tropas francesas, y las contribuciones que se les impondrán quedarán á beneficio de la Francia. Las provincias que deben formar el reino de la Lusitania septentrional y el principado de los Algarbes serán administradas y gobernadas por los generales comandantes de las divisiones españolas que entrarán en ellas, y las contribuciones que se les impondrán quedaran á beneficio de la España.

5º El cuerpo del centro estará bajo las órdenes de los comandantes de las tropas francesas, y á él estarán sometidas las tropas españolas que se reunan á aquellas : sin embargo si el rey de España ó el príncipe de la Paz juzgaren conveniente trasladarse á este cuerpo de ejército, el general comandante de las tropas francesas y estas mismas estarán bajo sus órdenes.

6º Un nuevo cuerpo de 40,000 hombres de tropas francesas se reunirá en Bayona á mas tardar el 20 de noviembre próximo, para estar pronto á entrar en España para transferirse á Portugal en el caso de que los ingleses enviasen refuerzos y amenazasen atacarlo. Este nuevo cuerpo no entrará sin embargo en España hasta que las dos altas potencias contratantes se hayan puesto de acuerdo á este efecto.

7º La presente convencion será ratificada etc.

Numero 7.

Hemos visto las mas de las piezas que obraron en este proceso. Decimos *las mas* porque como el original ha rodado por tantas manos y personas de intereses encontrados, no seria extraño que se hubiesen extraviado algunos documentos ó alterado otros. Dicho proceso paraba en poder de Don Mariano Luis de Urquijo, y á su muerte, acaecida en Paris en 1817, pasó al del marqués de Almenara. No sabemos si este lo conserva aun, ó si lo ha entregado al rey Fernando VII.

Numero 8.

Carta del príncipe de Asturias Fernando al emperador Napoleon en 11 *de octubre de* 1807.

« Señor : el temor de incomodar á V. M. I. en medio de sus hazañas y grandes negocios que lo ocupan sin cesar, me ha privado hasta ahora de satisfacer directamente mis deseos eficaces de manifestar á lo menos por escrito los sentimientos de respeto, estimacion y afecto que tengo al héroe mayor que cuantos le han precedido, enviado por la providencia para salvar la Europa del trastorno total que la amenazaba, para consolidar los tronos vacilantes, y para dar á las naciones la paz y la felicidad.

Las virtudes de V. M. I., su moderacion, su bondad aun con sus mas injustos é implacables enemigos, todo en fin me hacia esperar que la expresion de estos sentimientos seria recibida como efusion de un corazon lleno de admiracion y de amistad mas sincera.

El estado en que me hallo de mucho tiempo á esta parte incapaz de ocultarse á la grande penetracion de V. M., ha sido hasta hoy segundo obstáculo que ha contenido mi pluma preparada siempre á manifestar mis deseos. Pero lleno de esperanzas de hallar en la magnanimidad de V. M. I. la proteccion mas poderosa, me determino no solamente á testificar los sentimientos de mi corazon para con su augusta persona, sino á depositar los secretos mas íntimos en el pecho de V. M. como en el de un tierno padre.

Yo soy bien infeliz de hallarme precisado por circunstancias particulares á ocultar como si fuera crímen una accion tan justa y tan loable; pero tales suelen ser las consecuencias funestas de un exceso de bondad, aun en los mejores reyes.

Lleno de respeto y de amor filial para con mi padre (cuyo corazon es el mas recto y generoso), no me atreveria á decir sino á V. M. aquello que V. M. conoce mejor que yo; esto es, que estas mismas calidades suelen con frecuencia servir de instrumento á las personas astutas y malignas para confundir la verdad á los ojos del soberano, por mas propia que sea esta virtud de caractéres semejantes al de mi respetable padre.

Si los hombres que le rodean aquí le dejasen conocer a fondo el caracter de V. M. I. como yo lo conozco, ¿con qué ansias procuraria mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras dos naciones? Y ¿habrá medio mas proporcionado que rogar á V. M. I. el honor de que me concediera por esposa una princesa de su augusta familia? Este es el deseo unánime de todos los vasallos de mi padre, y no dudo que tambien el suyo mismo (á pesar de los esfuerzos de un corto número de malévolos) asi que sepa las intenciones de V. M. I. Esto es cuanto mi corazon apetece; pero no sucediendo asi á los egoistas pérfidos que rodean á mi padre, y que pueden sorprenderle por un momento, estoy lleno de temores en este punto.

Solo el respeto de V. M. I. pudiera desconcertar sus planes abriendo los ojos á mis buenos y amados padres, y haciéndolos felices al mismo tiempo que á la nacion española y á mí mismo. El mundo entero admirará cada dia mas la bondad de V. M. I., quien tendrá en mi persona el hijo mas reconocido y afecto.

Imploro pues con la mayor confianza la proteccion paternal de V. M., á fin de que no solamente se digne concederme el honor de darme por esposa una princesa de su familia, sino allanar todas las dificultades y disipar todos los obstáculos que puedan oponerse en este único objeto de mis deseos.

Este esfuerzo de bondad de parte de V. M. I. es tanto mas necesario para mí, cuanto yo no puedo hacer ninguno de mi parte mediante á que se interpretaria insulto á la autoridad paternal, estando como estoy reducido á solo el arbitrio de resistir (y lo haré con invencible constancia) mi casamiento con otra persona, sea la que fuere, sin el consentimiento y aprobacion positiva de V. M., de quien yo espero únicamente la eleccion de esposa para mí.

Esta es la felicidad que confio conseguir de V. M. I., rogando á Dios que guarde su preciosa vida muchos años. Escrito y firmado de mi propia mano y sellado con mi sello en el Escorial á 11 de octubre de 1807.—

De V. M. I. y R. su mas afecto servidor y hermano — FERNANDO.»— (*Traduccion hecha por Llorente en sus Memorias, y sacada del original inserto en el Monitor de 5 de febrero de* 1810.)

NUMERO 9.

Extracto del coloquio tenido por Don Eugenio Izquierdo con el ministro Champagny. (*Llorente, tom.* 3, *núm.* 120.)

Mr. de Champagny: No quiero meterme en cuestiones: me limito á decir á V. de órden del emperador: 1° Que pide muy de veras S. M. que por ningun motivo ni razon, y bajo ningun pretexto no se hable ni se publique en este negocio cosa que tenga alusion al emperador ni á su embajador en Madrid, y nada se actue de que pueda resultar indicio ni sospecha de que S. M. I. ni su embajador hayan sabido, intentado ni coadyuvado á cosa alguna interior de España. 2° Que si no se ejecuta lo que acabo de decir, lo mirará como una ofensa hecha directamente á su persona que tiene (como V. sabe) medios de vengarla, y que la vengará. 3° Declara positivamente S. M. que jamas se ha mezclado en cosas interiores de España, y asegura solemnemente que jamas se mezclará; que nunca ha sido su pensamiento el que el príncipe de Asturias se casase con una princesa, y mucho menos con Mlle. Tascher de la Pagerie sobrina de la emperatriz, prometida ha mucho tiempo al duque de Aremberg; que no se opondrá (como tampoco se opuso cuando lo de Nápoles) á que el rey de España case á su hijo con quien tenga por acertado. 4° Mr. de Beauharnais no se entrometerá en asuntos interiores de España; pero S. M. I. no le retirará, y nada debe dejarse publicar ni escribir de que pudiera inferirse cosa alguna contra este embajador: y 5° Que se lleven á ejecucion estricta y prontamente los convenios ajustados el 27 de octubre último; que no haya pretexto para dejar de enviar las tropas prometidas; que en ningun punto falten, y que si faltan S. M. mirará esta falta como una infraccion del convenio ajustado.

NUMERO 10.

Esta órden se copia de los papeles que en defensa suya ha publicado el mismo duque de Mahon.

NUMERO 11.

Nota dirigida desde Paris al príncipe de la Paz por el consejero de estado Don Eugenio Izquierdo. (*Escoiquiz, Idea sencilla, núm.* 1o.)

La situacion de las cosas no da lugar para referir con individualidad las conversaciones que desde mi vuelta de Madrid he tenido por disposicion del emperador, tanto con el gran mariscal del palacio imperial el general Duroc, como con el vice gran elector del imperio príncipe de Benevento.

Asi me ceñiré á exponer los medios que se me han comunicado en estos coloquios para arreglar, y aun para terminar amistosamente los asuntos que existen hoy entre España y Francia; medios que me han sido transmitidos con el fin de que mi gobierno tome la mas pronta resolucion acerca de ellos.

Que existen actualmente varios cuerpos de tropas francesas en España es un hecho constante.

Las resultas de esta existencia de tropas estan en lo futuro. Un arreglo entre el gobierno francés y español con recíproca satisfaccion puede detener los eventos, y elevarse á solemne tratado y definitivo sobre las bases siguientes:

1ª En las colonias españolas y francesas podrán franceses y españoles comerciar libremente, el francés en las españolas como si fuese español, y el español en las francesas como si fuese francés, pagando unos y otros los derechos que se paguen en los respectivos paises por sus naturales.

Esta prerogativa será exclusiva, y ninguna potencia sino la Francia podrá obtenerla en España, como en Francia ninguna potencia sino la española.

2ª Portugal está hoy poseido por Francia. La comunicacion de Francia con Portugal exige una ruta militar, y tambien un paso continuo de tropas por España para guarnecer aquel pais y defenderle contra la Inglaterra; ha de causar multitud de gastos, de disgustos, engorros, y tal vez producir frecuentes motivos de desavenencias.

Podria amistosamente arreglarse este objeto quedando todo el Portugal para España, y recibiendo un equivalente la Francia en las provincias de España contiguas á este imperio.

3ª Arreglar de una vez la sucesion al trono de España.

4ª Hacer un tratado ofensivo y defensivo de alianza, estipulando el número de fuerzas con que se han de ayudar recíprocamente ambas potencias.

Tales deben ser las bases sobre que debe cimentarse y elevarse á tratado el arreglo capaz de terminar felizmente la actual crísis política en que se hallan España y Francia.

En tan altas materias yo debo limitarme á ejecutar fielmente lo que se me dice.

Cuando se trata de la existencia del estado, de su honor, decoro, y del de su gobierno, las decisiones deben emanar únicamente del soberano y de su consejo.

Sin embargo mi ardiente amor á la patria me pone en la obligacion de decir que en mis conversaciones he hecho presente al príncipe de Benevento lo que sigue:

1° Que abrir nuestras Américas al comercio francés es partirlas entre España y Francia; que de abrirlas únicamente para los franceses es dado que no quede de una vez arrollada la arrogancia inglesa, alejar cada dia mas la paz, y perder hasta que esta se firme nuestras comunicaciones y las de los franceses con aquellas regiones.

He dicho que aun cuando se admita el comercio francés no debe permitirse que se avecinden vasallos de la Francia en nuestras colonias, con desprecio de nuestras leyes fundamentales.

2° Concerniente á lo de Portugal he hecho presente nuestras estipulaciones de 27 de octubre último; he hecho ver el sacrificio del rey de Etruria; lo poco que vale Portugal separado de sus colonias; su ninguna utilidad para España, y he hecho una fiel pintura del horror que causaria á los pueblos cercanos al Pirineo la pérdida de sus leyes, libertades, fueros y lengua, y sobre todo el pasar á dominio extrangero.

He añadido : no podré yo firmar la entrega de Navarra por no ser el objeto de execracion de mis compatriotas, como seria si constase que un navarro habia firmado el tratado en que la entrega de la Navarra á la Francia estaba estipulada.

En fin he insinuado que si no habia otro remedio para erigirse un nuevo reino, vireinato de Iberia, estipulando que este reino ó vireinato no recibiese otras leyes, otras reglas de administracion que las actuales, y que sus naturales conservasen sus fueros y exenciones. Este reino ó vireinato podria darse al rey de Etruria, ó á otro infante de Castilla.

3º Tratándose de fijar la sucesion de España he manifestado lo que el rey N. S. me mandó que dijese de su parte; y tambien he hecho de modo que creo quedan desvanecidas cuantas calumnias inventadas por los malévolos en ese pais han llegado á inficionar la opinion pública en este.

4º Por lo que concierne á la alianza ofensiva y defensiva, mi celo patriótico ha preguntado al príncipe de Benevento si se pensaba en hacer de España un equivalente á la confederacion del Rin, y en obligarla á dar un contingente de tropas, cubriendo este tributo con el decoroso nombre de tratado ofensivo y defensivo. He manifestado que nosotros estando en paz con el imperio francés no necesitamos para defender nuestros hogares de socorros de Francia; que Canarias, Ferrol y Buenos-Aires lo atestiguan ; que el Africa es nula, etc.

En nuestras conversaciones ha quedado ya como negocio terminado el del casamiento. Tendria efecto; pero será un arreglo particular de que no se tratará en el convenio de que se envian las bases.

En cuanto al título de emperador que el rey N. S. debe tomar no hay, ni habia dificultad alguna. Se me ha encargado que no se pierda un momento en responder á fin de precaver las fatales consecuencias á que puede dar lugar el retardo de un dia el ponerse de acuerdo.

Se me ha dicho que se evite todo acto hostil, todo movimiento que pudiera alejar el saludable convenio que aun puede hacerse.

Preguntado que si el rey N. S. debia irse a Andalucía, he respondido la verdad, que nada sabia. Preguntado tambien que si creia que se hubiese ido, he contestado que no, vista la seguridad en que se hallaban concerniente al buen proceder del emperador, tanto los reyes como V. A.

He pedido, pues se medita un convenio, que ínterin que vuelve la respuesta se suspenda la marcha de los ejércitos franceses hácia lo interior de la España. He pedido que las tropas salgan de Castilla; nada he conseguido; pero presumo que si vienen aprobadas las bases podrán las tropas francesas recibir órdenes de alejarse de la residencia de SS. MM.

De ahi se ha escrito que se acercaban tropas por Talavera á Madrid; que V. A. me despachó un alcance : á todo he satisfecho, exponiendo con verdad lo que me constaba.

Segun se presume aqui V. A. habia salido de Madrid acompañando los reyes á Sevilla : yo nada sé; y asi he dicho al correo que vaya hasta donde V. A. esté. Las tropas francesas dejarán pasar al correo, segun me ha asegurado el gran mariscal del palacio imperial. Paris 24 de marzo de 1808. — Sermo. Sr. — De V. A. S. — Eugenio Izquierdo.

LIBRO SEGUNDO.

—

Numero 1.

Proclama de Cárlos IV.

« Amados vasallos mios : vuestra noble agitacion en estas circunstancias es un nuevo testimonio que me asegura de los sentimientos de vuestro corazon; y yo que cual padre tierno os amo, me apresuro á consolaros en la actual angustia que os oprime. Respirad tranquilos : sabed que el ejército de mi caro aliado el emperador de los franceses atraviesa mi reino con ideas de paz y de amistad. Su objeto es trasladarse á los puntos que amenaza el riesgo de algun desembarco del enemigo, y que la reunion de los cuerpos de mi guardia ni tiene el objeto de defender mi persona, ni acompañarme en un viage que la malicia os ha hecho suponer como preciso. Rodeado de la acendrada lealtad de mis vasallos amados, de la cual tengo tan irrefragables pruebas, ¿qué puedo yo temer? Y cuando la necesidad urgente lo exigiese, ¿podria dudar de las fuerzas que sus pechos generosos me ofrecerian? No : esta urgencia no la verán mis pueblos. Españoles, tranquilizad vuestro espíritu : conducios como hasta aqui con las tropas del aliado de vuestro rey, y veréis en breves dias restablecida la paz de vuestros corazones, y á mí gozando la que el cielo me dispensa en el seno de mi familia y vuestro amor. Dado en mi palacio real de Aranjuez á 16 de marzo de 1808. —Yo el Rey. — A Don Pedro Cevallos. »

Numero 2.

Decreto de S. M. el rey Cárlos IV exonerando á Don Manuel Godoy de sus empleos de generalísimo y almirante.

« Queriendo mandar por mi persona el ejército y la marina, he venido en exonerar á Don Manuel Godoy príncipe de la Paz de sus empleos de generalísimo y almirante, concediéndole su retiro donde mas le acomode. Tendréislo entendido, y lo comunicaréis á quien corresponda. Aranjuez 18 de marzo de 1808. — A Don Antonio Olaguer Feliu. »

Numero 3.

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon en Aranjuez á 18 *de marzo de* 1808.

« Señor mi hermano : hacia bastante tiempo que el príncipe de la Paz me habia hecho reiteradas instancias para que le admitiese la dimision de los encargos de generalísimo y almirante, y he accedido á sus ruegos; pero como no debo poner en olvido los servicios que me ha hecho, y particularmente los de haber cooperado á mis deseos constantes é invariables de mantener la alianza y la amistad íntima que me une á V. M. I. y R. yo le conservaré mi gracia.

Persuadido yo de que será muy agradable á mis vasallos, y muy con-

veniente para realizar los importantes designios de nuestra alianza, encargarme yo mismo del mando de mis ejércitos de tierra y mar, he resuelto hacerlo asi y me apresuro á comunicarlo á V. M. I. y R., queriendo dar en esto nuevas pruebas de afecto á la persona de V. M., de mis deseos de conservar las íntimas relaciones que nos unen, y de la fidelidad que forma mi carácter del que V. M. I. y R. tiene repetidos y grandes testimonios.

La continuacion de los dolores reumáticos que de un tiempo á esta parte me impiden usar de la mano derecha, me privan del placer de escribir por mí mismo á V. M. I. y R.

Soy con los sentimientos de la mayor estimacion y del mas sincero afecto de V. M. I. y R. su buen hermano — CARLOS. »

NUMERO 4.

Ποῦ νῦν ἡ λαμπρὰ τῆς ὑπατείας περιβολή; ποῦ δὲ αἱ φαιδραι λαμπαδες; ποῦ δὲ οἱ κρότοι καὶ οἱ χοροὶ καὶ αἱ θαλίαι καὶ αἱ πανηγύρεις... πάντα ἐκεινα οἴχεται· καὶ ἄνεμος πνεύσας ἀθρόον τὰ μὲν φύλλα κατέβαλε, γυμνὸν δὲ ἡμῖν τὸ δένδρον ἐδειξε, καὶ ἀπὸ της ῥίζης αὐτῆς σαλευόμενον λοιπὸν... τίς γὰρ τοὐτου γέγονεν ὑψηλότερος; ὃν πᾶσαν τὴν οἰκουμένην περιῆλθε τῳ πλούτῳ; οὐ πρὸς αὐτὰς των ἀξιωμάτων ἀνεβη τάς κορυφάς; ὀυχὶ παντες αὐτον ἔτρεμον, καὶ ἐδεδοίκεισαν; αλλ' ἰδοὺ γέγονε καὶ δεσμωτῶν ἀθλιώτερος, καὶ, οἰκετῶν ελεινότερος, καὶ τῶν λιμῷ τηκομένων πτωχων ἐνδεεστερος, καθ' ἑκάστην ἡμέραν ξιφη βλέπων ἠκονημενα, καὶ βάραθρον, καὶ δημίους, καὶ τὴν επι θάνατον ἀπαγωγήν...

(ΟΜΙΛΙΑ ΕΙΣ ΕΥΤΡΟΠΙΟΝ.)

NUMERO 5.

Véase la Gaceta de Madrid del 25 de marzo de 1808.

NUMERO 6.

Cesion de Cárlos V. (Véase Famiani Strada : De bello belgico, liber I; y F. Prudencio de Sandobal : Historia de la vida y hechos de Cárlos V.)

NUMERO 7.

Véase Marina : Teoría de las córtes, tom. 2º, cap. 10, refiriéndose al documento que existe en la academia de la Historia. — Z. 52, fol. 301.

NUMERO 8.

Comentarios del marqués de San Felipe, tom. 2º, año 1724.

NUMERO 9.

Des documents historiques publiés par Louis Bonaparte. Volume II, page 290. Paris, 1820.

NUMERO 10.

Nota escrita por la reina de España para el gran duque de Berg y remitida por la reina de Etruria sin fecha.

« El rey mi esposo (que me hace escribir por no poderlo hacer á causa

de los dolores é hinchazon de su mano) desea saber si el gran duque de Berg llevaria á bien encargarse de tratar eficazmente con el emperador para asegurar la vida del príncipe de la Paz, y que fuese asistido de algunos criados suyos ó de capellanes.

Si el gran duque pudiera ir á librarle ó por lo menos darle algun consuelo, él tiene todas sus esperanzas en el gran duque, por ser su grande amigo. Él espera todo de S. A. y del emperador á quien siempre ha sido afecto.

Asimismo que el gran duque consiga del emperador que al rey mi esposo, á mí y al príncipe de la Paz se dé lo necesario para poder vivir todos tres juntos donde convenga para nuestra salud sin mando ni intrigas, pues nosotros no las tendrémos.

El emperador es generoso, es un héroe, y ha sostenido siempre á sus fieles aliados y aun á los que son perseguidos. Nadie lo es tanto como nosotros. ¿Y porqué? porque hemos sido siempre fieles á la alianza.

De mi hijo no podemos esperar jamas sino miserias y persecuciones. Han comenzado á forjar y se continuará fingiendo todo lo que pueda contribuir á que el príncipe de la Paz (amigo inocente y afecto al emperador, al gran duque y á todos los franceses) parezca criminal á los ojos del público y del emperador. Es necesario que no se crea nada. Los enemigos tienen la fuerza y todos los medios de justificar como verdadero lo que en sí es falso.

« El rey desea igualmente que yo ver y hablar al gran duque y darle por sí mismo la protesta que tiene en su poder. » Los dos estamos agradecidos al envio que ha hecho de tropas suyas y á todas las pruebas que nos da de su amistad. Debe estar S. A. I. bien persuadido de la que nosotros le hemos tenido siempre y conservamos ahora. Nos ponemos en sus manos y las del emperador y confiamos que nos concederá lo que pedimos.

Estos son todos nuestros deseos cuando estamos puestos en las manos de tan grande y generoso monarca y héroe. »

Carta de la reina de Etruria al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 de marzo de 1808, *con una posdata del rey Cárlos IV.*

« Señor mi hermano: acabo de ver al edecan comandante, quien me ha entregado vuestra carta por la cual veo con mucha pena que mi padre y mi madre no han podido tener el gusto de veros, aunque lo deseaban eficazmente, porque toda su confianza tienen puesta en vos, de quien esperan que podréis contribuir á su tranquilidad.

El pobre príncipe de la Paz cubierto de heridas y contusiones está decaido en la prision, y no cesa de invocar el terrible momento de su muerte. No hace recuerdo de otras personas que de su amigo el gran duque de Berg, y dice que este es el único en quien confia que le ha de conseguir su salud.

Mi padre, mi madre y yo hemos hablado con vuestro edecan comandante. Él os dirá todo. Yo fio en vuestra amistad y que por ella nos salvareis á los tres y al pobre preso.

No tengo tiempo de deciros mas: confio en vos. Mi padre añadirá dos líneas á esta carta: yo soy de corazon vuestra afectísima hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Posdata de Cárlos IV.

« Señor y muy querido hermano : habiendo hablado á vuestro edecan comandante é informádole de todo lo que ha sucedido, yo os ruego el favor de hacer saber al emperador que le suplico disponga la libertad del pobre príncipe de la Paz, quien solo padece por haber sido amigo de la Francia, y asimismo que se nos deje ir al pais que mas nos convenga llevándonos en nuestra compañía al mismo príncipe. Por ahora vamos á Badajoz : confio recibir antes vuestra respuesta caso de que absolutamente carezcais de medios de vernos, pues mi confianza solo está en vos y en el emperador. Mientras tanto yo soy vuestro muy afecto hermano y amigo de todo corazon — CARLOS. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 22 *de marzo de* 1808 *junta con la anterior de su hija.*

« Señor mi querido hermano : yo no tengo mas amigos que V. A. I. El rey mi amado esposo os escribe implorando vuestra amistad. En ella está únicamente nuestra esperanza. Ambos os pedimos una prueba de que sois nuestro amigo, y es la de hacer conocer al emperador lo sincero de nuestra amistad y del afecto que siempre hemos profesado á su persona, á la vuestra y á la de todos los franceses.

El pobre príncipe de la Paz que se halla encarcelado y herido por ser amigo nuestro, apasionado nuestro y afecto á toda la Francia, sufre todo por causa de haber deseado el arribo de vuestras tropas y haber sido el único amigo nuestro permanente. Él hubiera ido á ver á V. A. si hubiera tenido libertad, y ahora mismo no cesa de nombrar á V. A. y de manifestar deseos de ver al emperador.

Consíganos V. A. que podamos acabar nuestros dias tranquilamente en un pais conveniente á la salud del rey (la cual está delicada como tambien la mia) y que sea esto en compañía de nuestro único amigo que tambien lo es de V. A.

Mi hija será mi intérprete si yo no logro la satisfaccion de poder conocer personalmente y hablar á V. A. ¿Podriais hacer esfuerzos para vernos aunque fuera un solo instante de noche ó como quisierais? El comandante edecan de V. A. contará todo lo que hemos dicho.

Espero que V. A. conseguirá para nosotros lo que deseamos, y que perdonará las faltas y olvidos que haya cometido yo en el tratamiento, pues no sé donde estoy, y debeis creer que no habrán sido por faltar á V. A. ni dejar de darle seguridad de toda mi amistad.

Ruego á Dios guarde á V. A. I. muchos años. Vuestra mas afecta — LUISA. »

Carta del general Monthion al gran duque de Berg en Aranjuez á 23 *de marzo de* 1808.

« Conforme á las ordenes de V. A. I. vine á Aranjuez con la carta de V. A. para la reina de Etruria. Llegué á las ocho de la mañana : la reina estaba todavía en cama : se levantó inmediatamente : me hizo entrar : le entregué vuestra carta : me rogó esperar un momento mientras iba á

leerla con el rey y la reina sus padres : media hora despues entraron todos tres á la sala en que yo me hallaba.

El rey me dijo que daba gracias á V. A. de la parte que tomabais en sus desgracias, tanto mas grandes cuanto era el autor de ellas un hijo suyo. El rey me dijo que esta revolucion habia sido muy premeditada; que para ello se habia distribuido mucho dinero, y que los principales personages habian sido su hijo y Mr. Caballero ministro de la justicia : que S. M. habia sido violentado para abdicar la corona por salvar la vida de la reina y la suya, pues sabia que sin esta diligencia los dos hubieran sido asesinados aquella noche ; que la conducta del príncipe de Asturias era tanto mas horrible cuanto mas prevenido estaba de que conociendo el rey los deseos que su hijo tenia de reinar, y estando S. M. próximo á cumplir sesenta años, habia convenido en ceder á su hijo la corona cuando este se casara con una princesa de la familia imperial de Francia como S. M. deseaba ardientemente.

El rey ha añadido que el príncipe de Asturias queria que su padre se retirase con la reina su muger á Badajoz, frontera de Portugal : que el rey le habia hecho la observacion de que el clima de aquel pais no le convenia, y le habia pedido permiso de escoger otro, por lo cual el mismo rey Cárlos deseaba obtener del emperador licencia de adquirir un bien en Francia y de asegurar allí su existencia. La reina me ha dicho que habia suplicado á su hijo la dilacion del viage á Badajoz; pero que no habia conseguido nada, por lo que deberia verificarse en el próximo lunes.

Al tiempo de despedirme yo de SS. MM. me dijo el rey : « Yo he escrito al emperador poniendo mi suerte en sus manos : quise enviar mi carta por un correo; pero no es posible medio mas seguro que el de confiarla á vuestro cuidado. »

El rey pasó entonces á su gabinete y luego salió trayendo en su mano la carta adjunta. Me la entregó y dijo estas palabras : « Mi situacion es de las mas tristes; acaban de llevarse al príncipe de la Paz y quieren conducirlo á la muerte : no tiene otro delito que haber sido muy afecto á mi persona toda su vida. »

Añadió que no habia modo de ruegos que no hubiese puesto en práctica para salvar la vida de su infeliz amigo; pero habia encontrado sordo á todo el mundo y dominado del espíritu de venganza. Que la muerte del príncipe de la Paz produciria la suya, pues no podria S. M. sobrevivir á ella. — B. DE MONTHION. »

Carta del rey Cárlos IV al emperador Napoleon en Aranjuez á 23 *de marzo de* 1808.

« Señor mi hermano : V. M. sabrá sin duda con pena los sucesos de Aranjuez y sus resultas; y no verá con indiferencia á un rey que forzado á renunciar la corona acude á ponerse en los brazos de un grande monarca aliado suyo, subordinándose totalmente á la disposicion del único que puede darle su felicidad, la de toda su familia y las de sus fieles vasallos.

Yo no he renunciado en favor de mi hijo sino por la fuerza de las circunstancias cuando el estruendo de las armas y los clamores de una guardia sublevada me hacian conocer bastante la necesidad de escoger la

vida ó la muerte, pues esta última se hubiera seguido despues de la de la reina.

Yo fuí forzado á renunciar; pero asegurado ahora con plena confianza en la magnanimidad y el genio del grande hombre que siempre ha mostrado ser amigo mio, yo he tomado la resolucion de conformarme con todo lo que este mismo grande hombre quiera disponer de nosotros y de mi suerte, la de la reina y la del príncipe de la Paz.

Dirijo á V. M. I. y R. una protesta contra los sucesos de Aranjuez y contra mi abdicacion. Me entrego y enteramente confio en el corazon y amistad de V. M., con lo cual ruego á Dios que os conserve en su santa y digna guarda.

De V. M. I. y R. su muy afecto hermano y amigo — CARLOS. »

Carta de la reina de Etruria incluyendo otra de su madre la reina de España para el gran duque de Berg en Madrid á 26 *de marzo de* 1808.

« Señor mi hermano : mi madre me envia la adjunta carta para que os la remita y la conserveis. Hacednos la gracia, querido mio, de no abandonarnos : todas nuestras esperanzas estan en vos. Concededme el consuelo de ir á ver á mis padres. Respondedme alguna cosa que nos alivie y no os olvideis de una amiga que os ama de corazon.—MARIA LUISA. »

P. D. — « Yo estoy enferma en la cama con algo de calentura por lo cual no me veréis fuera de mi habitacion. »

Carta inclusa en la antecedente.

« Querida hija mia : decid al gran duque de Berg la situacion del rey mi esposo, la mia y la del pobre príncipe de la Paz.

Mi hijo Fernando era el gefe de la conjuracion : las tropas estaban ganadas por él; él hizo poner una de las luces de su cuarto en una ventana para señal de que comenzase la explosion. En el instante mismo los guardias y las personas que estaban á la cabeza de la revolucion hicieron tirar dos fusilazos. Se ha querido persuadir que fueron tirados por la guardia del príncipe de la Paz, pero no es verdad. Al momento los guardias de corps, los de infantería española y los de la walona se pusieron sobre las armas y sin recibir órdenes de sus primeros gefes convocaron á todas las gentes del pueblo y las condujeron adonde les acomodaba.

El rey y yo llamamos á mi hijo para decirle que su padre sufria grandes dolores, por lo que no podia asomarse á la ventana, y que lo hiciese por sí mismo á nombre del rey para tranquilizar al pueblo : me respondió con mucha firmeza que no lo haria porque lo mismo seria asomarse á la ventana que comenzar el fuego, y asi no lo quiso hacer.

Despues á la mañana siguiente le preguntamos si podria hacer cesar el tumulto y tranquilizar los amotinados, y respondió que lo haria, pues enviaria á buscar á los segundos gefes de los cuerpos de la casa real, enviando tambien algunos de sus criados con encargo de decir en su nombre al pueblo y á las tropas que se tranquilizasen : que tambien haria se volviesen á Madrid muchas personas que habian concurrido de allí para aumentar la revolucion, y encargaria que no viniesen mas.

Cuando mi hijo habia dado estas órdenes fue descubierto el príncipe

de la Paz. El rey envió á buscar á su hijo y le mandó salir adonde estaba el desgraciado príncipe, que há sido víctima por ser amigo nuestro y de los franceses, y principalmente del gran duque. Mi hijo fue y mandó que no se tocase mas al príncipe de la Paz y se le condujese al cuartel de guardias de corps. Lo mandó en nombre propio, aunque lo hacia por encargo de su padre, y como si él mismo fuese ya rey dijo al príncipe de la Paz: « Yo te perdono la vida. »

El príncipe á pesar de sus grandes heridas le dió gracias preguntándole si era ya rey. Esto aludia á lo que ya se pensaba en ello, pues el rey, el príncipe de la Paz y yo teníamos la intencion de hacer la abdicacion en favor de Fernando cuando hubiéramos visto al emperador y compuesto todos los asuntos, entre los cuales el principal era el matrimonio. Mi hijo respondió al príncipe: « No: hasta ahora no soy rey; pero lo seré bien pronto. » Lo cierto es que mi hijo mandaba todo como si fuese rey sin serlo y sin saber si lo seria. Las órdenes que el rey mi esposo daba no eran obedecidas.

Despues debia haber en el dia 19 en que se verificó la abdicacion otro tumulto mas fuerte que el primero contra la vida del rey mi esposo y la mia, lo que obligó á tomar la resolucion de abdicar.

Desde el momento de la renuncia mi hijo trató á su padre con todo el desprecio que puede tratarlo un rey sin consideracion alguna para con sus padres. Al instante hizo llamar á todas las personas complicadas en su causa que habian sido desleales á su padre, y hecho todo lo que pudiera ocasionarle pesadumbres. Él nos da priesa para que salgamos de aquí señalándonos la ciudad de Badajoz para residencia. Entre tanto nos deja sin consideracion alguna manifestando gran contento de ser ya rey, y de que nosotros nos alejemos de aquí.

En cuanto al príncipe de la Paz no quisiera que nadie se acordara de él. Los guardias que le custodian tienen órden de no responder á nada que les pregunte, y lo han tratado con la mayor inhumanidad.

Mi hijo ha hecho esta conspiracion para destronar al rey su padre. Nuestras vidas hubieran estado en grande riesgo, y la del pobre príncipe de la Paz lo está todavía.

El rey mi esposo y yo esperamos del gran duque que hará cuanto pueda en nuestro favor, porque nosotros siempre hemos sido aliados fieles del emperador, grandes amigos del gran duque, y lo mismo sucede al pobre príncipe de la Paz. Si él pudiese hablar daria pruebas, y aun en el estado en que se halla no hace otra cosa que exclamar por su grande amigo el gran duque.

Nosotros pedimos al gran duque que salve al príncipe de la Paz, y que salvándonos á nosotros nos le dejen siempre á nuestro lado para que podamos acabar juntos tranquilamente el resto de nuestros dias en un clima mas dulce y retirados sin intrigas y sin mandos, pero con honor. Esto es lo que deseamos el rey y yo igualmente que el príncipe de la Paz, el cual estaria siempre pronto á servir á mi hijo en todo. Pero mi hijo (que no tiene carácter alguno, y mucho menos el de la sinceridad) jamas ha querido servirse de él y siempre le ha declarado guerra como al rey su padre y á mí.

Su ambicion es grande y mira á sus padres como si no lo fuesen. ¿Qué hará para los demas? Si el gran duque pudiera vernos tendríamos grande placer y lo mismo su amigo el príncipe de la Paz que sufre porque lo ha

sido siempre de los franceses y del emperador. Esperamos todo del gran duque, recomendándole tambien á nuestra pobre hija María Luisa que no es amada de su hermano. Con esta esperanza estamos próximos á verificar nuestro viage. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg en 27 de marzo de 1808.

« Mi hijo no sabe nada de lo que tratamos y conviene que ignore todos nuestros pasos. Su carácter es falso : nada le afecta : es insensible y no inclinado á la clemencia. Está dirigido por hombres malos y hará todo por la ambicion que le domina; promete, pero no siempre cumple sus promesas.

Creo que el gran duque debe tomar medidas para impedir que al pobre príncipe de la Paz se le quite la vida, pues los guardias de corps han dicho que primero lo matarán que entregarle vivo, aunque lo manden el emperador y el gran duque. Estan llenos de rabia contra él, é inflaman á todos los pueblos, á todo el mundo y aun á mi hijo que defiere á ellos en todo. Lo mismo sucede relativamente al rey mi esposo y á mí. Nosotros estamos puestos en manos del gran duque y del emperador : le rogamos que tenga la complacencia de venir á vernos; de hacer que el pobre príncipe de la Paz sea puesto en salvo lo mas pronto posible, y de concedernos todo lo demas que tenemos suplicado.

El embajador es todo de mi hijo; lo cual me hace temblar, porque mi hijo no quiere al gran duque ni al emperador sino solo el despotismo. El gran duque debe estar persuadido que no digo esto por venganza ni resentimiento de los malos tratos que nos hace sufrir, pues nosotros no deseamos sino la tranquilidad del gran duque y del emperador. Estamos totalmente puestos en manos del gran duque deseando verle para que conozca todo el valor que damos á su augusta persona y á sus tropas, como á todo lo que le sea relativo. »

Carta de la reina de Etruria para el gran duque de Berg en Madrid á 29 de marzo de 1808 con una nota de la reina de España su madre.

« Mi señor y querido hermano : mi madre os escribe algunas líneas. Yo os incluyo la adjunta mia para el emperador rogándoos dispongais que llegue prontamente á su destino. Recomendadme á S. M. y prometedme como os suplico ir despues de mañana á Aranjuez. Tomad en mis asuntos el interés que yo tomo en lo relativo á vuestra persona, y creed que soy de todo mi corazon vuestra afecta hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Nota de puño y letra de la reina de España.

« No quisiéramos ser importunos al gran duque. El rey me hace tomar la pluma para decir que considera útil que el gran duque escribiese al emperador insinuando que convendria que S. M. I. diese órdenes sostenidas con la fuerza para que mi hijo ó el gobierno nos dejen tranquilos al rey, á mí y al príncipe de la Paz hasta tanto que S. M. llegue. En fin

el gran duque y el emperador sabrán tomar las medidas necesarias para que se esperen su arribo ú órdenes sin que antes seamos víctimas. — LUISA. »

Carta de la reina de Etruria al gran duque de Berg en Madrid á 30 de marzo de 1808, con otra de su madre y un artículo escrito de mano propia de Cárlos IV.

« Señor y hermano : os remito una carta que mi madre me ha enviado, y os suplico que me digais si vuestra guardia ó vuestras tropas han pasado á guardar al príncipe de la Paz. Deseo tambien saber cuál es el estado de la salud del príncipe, y qué opina vuestro médico en el asunto. Respondedme al instante porque pienso visitar á mi madre uno de estos dias sin detenerme allí mas que lo preciso para hablar y volver aquí. Id pronto pues solo vos podeis ser mi defensor, y vuelvo á rogaros que me respondais sin detencion : entre tanto soy de corazon vuestra afectísima hermana y amiga — MARIA LUISA. »

Carta de la reina de España citada en la anterior.

« Si el gran duque no toma á su cargo que el emperador exija prontamente órdenes de impedir los progresos de las intrigas que hay contra el rey mi esposo, contra el príncipe de la Paz su amigo, contra mí y aun contra mi hija Luisa, ninguno de nosotros está seguro. Todos los malévolos se reunen en Madrid al rededor de mi hijo : este los cree como á oráculos, y por sí mismo no es muy inclinado á la magnanimidad ni á la clemencia. Debe temerse de ellos toda mala resulta. Yo tiemblo y lo mismo mi marido si mi hijo ve al emperador antes que este haya dado sus órdenes, pues él y los que le acompañan contarán á S. M. I. tantas mentiras que lo pongan por lo menos en estado de dudar de la verdad. Por este motivo rogamos al gran duque consiga del emperador que proceda sobre el supuesto de que nosotros estamos absolutamente puestos en sus manos, esperando que nos dé la tranquilidad para el rey mi esposo, para mí y para el príncipe de la Paz, de quien deseamos que nos lo deje á nuestro lado para acabar nuestros dias tranquilamente en un pais conveniente á nuestra salud, sin que ninguno de nosotros tres les hagamos la menor sombra. Rogamos con la mayor instancia al gran duque que se sirva mandar darnos diariamente noticias de nuestro amigo comun el príncipe de la Paz, pues nosotros ignoramos todo absolutamente. »

El siguiente artículo está escrito de letra de Cárlos IV.

« Yo he hecho á la reina escribir todo lo que precede, porque no puedo escribir mucho á causa de mis dolores. — CÁRLOS. »

Sigue escribiendo la reina.

« El rey mi marido ha escrito esta línea y media y la ha firmado para que os asegureis de ser él quien escribe. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg remitida por medio de la reina de Etruria sin fecha en 1808.

« El rey mi esposo y yo no quisiéramos ser importunos ni enfadosos al gran duque que tiene tantas ocupaciones; pero no tenemos otro amigo ni apoyo que él y el emperador, en quien estan fundadas todas las esperanzas del rey, las del príncipe de la Paz amigo del gran duque é íntimo nuestro, las de mi hija Luisa y las mias. Mi hija me escribió ayer por la tarde lo que el gran duque le habia dicho, y nos ha penetrado el corazon dejándonos llenos de reconocimiento y de consuelo, esperando todo bien de las dos sagradas é incomparables personas del emperador y del gran duque. Pero no queremos que ignoren lo que nosotros sabemos, á pesar de que nadie nos dice nada ni aun responden á lo que preguntamos, por mas necesidad que tengamos de respuesta. Sin embargo miramos esto con indiferencia y solo nos interesa la buena suerte de nuestro único é inocente amigo el príncipe de la Paz, que tambien lo es del gran duque como él mismo exclamaba en su prision en medio de los horribles tratos que se le hacian, pues perseveraba llamando siempre amigo suyo al gran duque lo mismo que lo habia hecho antes de la conspiracion, y solia decir : « Si yo tuviera la fortuna de que el gran duque estuviese cerca y llegase aquí, no tendria nada que temer. » Él deseaba su arribo á la corte y se lisonjeaba con la satisfaccion de que el gran duque quisiese aceptar su casa para alojamiento. Tenia preparados algunos regalos para hacerle; y en fin no pensaba sino en que llegara el momento y despues presentarse ante el emperador y el gran duque con todo el afecto imaginable; pero ahora nosotros estamos siempre temiendo que se le quite la vida, ó se le aprisione mas si sus enemigos llegan á entender que se trata de salvarle. ¿No seria posible tomar por precaucion algunas medidas antes de la resolucion definitiva? El gran duque pudiera enviar tropas sin decir á qué; llegar á la prision del príncipe de la Paz y separar la guardia que le custodia, sin darle tiempo de disparar una pistola ni hacer nada contra el príncipe; pues es de temer que su guardia lo hiciese porque todos sus deseos son de que muera; y tendrán gloria en matarle. Asi la guardia seria mandada absolutamente por las órdenes del gran duque : y sino puede estar seguro el gran duque de que el príncipe de la Paz morirá si prosigue bajo el poder de los traidores indignos y á las órdenes de mi hijo. Por lo mismo volvemos á hacer al gran duque la misma súplica de que haga sacarle del poder de las manos sanguinarias, esto es de los guardias de corps, de mi hijo y de sus malos lados, porque sino debemos estar siempre temblando por su vida aunque el gran duque y el emperador la quieran salvar mediante que no lo podrán conseguir. De gracia volvemos á pedir al gran duque que tome todas las medidas convenientes para el objeto, porque como se pierda tiempo ya no está segura la vida, pues es cosa cierta que seria mas fácil de conservar si el príncipe estuviese entre las manos de leones y de tigres carnívoros.

Mi hijo estuvo ayer despues de comer con Infantado, con Escoiquiz, que es un clérigo maligno, y con San Cárlos que es peor que todos ellos; y esto nos hace temblar porque duró la conferencia secreta desde la una y media hasta las tres y media. El gentil hombre que va con mi hijo Cárlos es primo de San Cárlos; tiene talento y bastante instruccion, pero es un americano maligno y muy enemigo nuestro como su primo San Cár-

los, sin embargo de que todo lo que son lo han recibido del rey mi marido á instancias del pobre príncipe de la Paz, de quien ellos decian ser parientes. Todos los que van con mi hijo Cárlos son incluidos en la misma intriga y muy propios para hacer todo el mal posible, y que sea reputado por verdad lo que es una grande mentira.

Yo ruego al gran duque que perdone mis borrones y defectos que cometo cuando escribo francés, mediante hacer ya 42 años que hablo español desde que vine á casar en España á la edad de trece años y medio, motivo por el cual aunque hablo francés no sé hablarlo bien. El gran duque conocerá la razon que me asiste y disimulará los defectos del idioma en que yo incurra. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, por medio de la reina de Etruria su hija, sin fecha en 1808.

« Ayer recibí un papel de un mahonés que queria tener una audiencia secreta conmigo despues que el rey mi marido estaba ya en cama, diciéndome que me daria grandes luces sobre todo lo que sucede actualmente.

Él queria que yo le diese por mí misma seis ú ocho millones, diciendo que yo los podria pedir á la compañía de Filipinas; y que él haria una contrarevolucion que librase al príncipe de la Paz y fuese tambien contra los franceses.

El rey y yo lo hicimos prender sin permitirle comunicacion, y permanecerá preso hasta que se averigüe la verdad de todo lo que hay en este asunto; pues creemos que sea un emisario de los ingleses para perdernos supuesto que el rey y el príncipe de la Paz siempre han sido únicamente amigos de los franceses, del emperador y en particular del gran duque sin haberlo sido jamas de los ingleses nuestros enemigos naturales.

Creemos tambien por muy necesario que el gran duque haga asegurar al pobre príncipe de la Paz que siempre ha sido y es amigo del gran duque, de quien (asi como del emperador) esperaba su asilo en la forma que lo tenia escrito por medio de Izquierdo al mismo gran duque, y aun al emperador mismo, bien que no sé si estas cartas habrán llegado á sus manos.

Convendria sacar de las manos de los guardias de corps y de las tropas de mi hijo al pobre príncipe de la Paz su amigo, pues es de recelar que se le quite la vida ó se le envenene y se diga que ha muerto de sus heridas; y por cuanto no tendrá seguridad de vivir mientras esten á su lado algunos de estos malignos, será forzoso que el gran duque, despues de asegurar la persona del príncipe de la Paz en su poder, tome medidas bien fuertes para conservarle, pues las intrigas cada dia crecen contra ese pobre amigo del gran duque y aun contra el rey mi marido, cuya vida tampoco está bastante segura.

Mi hijo hizo llamar al hijo de Biergol, que es oficial de la secretaría de relaciones exteriores. Estuvieron presentes á la sesion Infantado y todos los ministros. Mi hijo le preguntó qué habia de nuevo en el sitio, y qué hacia el rey mi marido : Biergol respondió lo que habia de verdad diciendo : « No hay nada de nuevo : el rey sale muy poco : la reina no ha salido : se ocupan en preparar una habitacion para el caso de que el gran duque y el emperador vayan allí. » Mi hijo le dió órden de volver aquí y de estar al servicio de su padre hasta que este emprenda su viage, porque es uno que interviene en nuestras cuentas como tesorero. A todos

los que nos siguen aplican el título de desertores. Yo recelo que traman alguna grande intriga contra nosotros y que estamos en grande riesgo, porque Infantado y los otros son tan malos y peores que los demas. Me persuado que el rey, y yo y el pobre príncipe de la Paz estamos muy expuestos, porque no manifiestan sino mala voluntad contra nosotros, y nuestra vida no está segura si no lo remedian el gran duque y el emperador. Es necesario que tomen algunas medidas para contener las abominables intenciones de estos malignos, y para que mi hijo se canse de dedicarse á pensar todo lo que sea contra su padre y contra el príncipe de la Paz. Nosotros hemos tenido esta noticia despues que salió de aquí el edecan. El clérigo Escoiquiz es tambien de los mas malos. — LUISA. »

Carta del rey Cárlos IV al gran duque de Berg con otra de la reina su esposa en Aranjuez á 1° de abril de 1808.

« Mi señor y muy querido hermano : V. A. verá por el escrito adjunto que nosotros nos interesamos en la vida del príncipe de la Paz mas que en la nuestra.

Todo lo que se dice en la Gaceta extraordinaria sobre el proceso del Escorial ha sido compuesto á gusto de los que lo publican, sin decir nada de la declaracion que mi hijo hizo espontáneamente, la cual habrán mudado sin duda : ella está escrita por un gentil hombre, y firmada solamente por mi hijo. Si V. A. no hace esfuerzos pora que el proceso se suspenda hasta la venida del emperador, temo mucho que quiten antes la vida al príncipe de la Paz. Nosotros contamos con el afecto de V. A. para nosotros tres, fundados en la alianza y amistad con el emperador. Espero que V. A. me dará una respuesta consolatoria que me tranquilice, y comunicará al emperador esta carta mia con expresion de que yo descanso en su amistad y generosidad. Excusadme lo mal escrita que va esta carta, pues los dolores que padezco son la causa. En este supuesto, mi señor y muy querido hermano, de V. A. I. y R. soy su muy afecto — CÁRLOS. »

Carta de la reina.

« Señor mi hermano : yo junto mis sentimientos á los del rey mi marido, rogando á V. A. la bondad de hacer lo que le pedimos ahora; y esperamos que su amistad y humanidad tomará á su cargo la buena causa de su íntimo y desgraciado amigo el príncipe de la Paz, asi como nuestra propia causa que está unida á la suya, para que así cese y se suspenda todo hasta que la generosidad y grandeza de alma sin igual del emperador nos salve á todos tres y haga que acabemos nuestros dias tranquilamente y en reposo. No espero menos del emperador y de V. A. que nos concederá esta gracia, pues es la única que deseamos. En este supuesto, ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Señor mi hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, remitida por medio de la reina de Etruria en 1° de abril de 1808.

« Habiendo visto la Gaceta extraordinaria que habla solamente de haberse encontrado la causa del Escorial entre los papeles del pobre príncipe de la Paz, veo que está llena de mentiras. El rey era quien guardaba

la causa en la papelera de su mesa, y la confió al pobre príncipe de la Paz para que la diera al gran duque, con el fin de que la presentase al emperador de parte del rey mi marido. Como esta causa se halla escrita por el ministro de la guerra y de justicia, y firmada por mi hijo, este y aquel mudarán lo que quieran como si fuese original y verdadero; y lo mismo sucederá en lo que quieran mudar relativo á los demas comprendidos en la causa, pues todos estan ahora al rededor de mi hijo, y harán lo que este mande y lo que quieran ellos mismos.

Si el gran duque no tiene la bondad y humanidad de hacer que el emperador mande prontamente hacer suspender el curso de la causa del pobre príncipe de la Paz, amigo del mismo gran duque, y del emperador, y de los franceses, y del rey, y mio, van sus enemigos á hacerle cortar la cabeza en público, y despues á mí, pues lo desean tambien. Yo temo mucho que no den tiempo para que pueda llegar la respuesta y resolucion del emperador; pues precipitarán la ejecucion para que cuando llegue aquella no pueda surtir efecto favorable por estar ya decapitado el príncipe. El rey mi marido y yo no podemos ver con indiferencia un atentado tan horrible contra quien ha sido íntimamente amigo nuestro y del gran duque. Esta amistad y la que ha tenido en favor del emperador y de los franceses es la causa de todo lo que sufre; sobre lo cual no se debe dudar.

Las declaraciones que mi hijo hizo en su causa no se manifiestan ahora; y caso de que se publiquen algunas, no serán las que de veras hizo entonces. Acusan al pobre príncipe de la Paz de haber atentado contra la vida y trono de mi hijo; pero esto es falso y solo es verdad todo lo contrario. No tratan sino de acriminar á este inocente príncipe de la Paz, nuestro único amigo comun, para inflamar mas al público y hacerle creer contra él todas las infamias posibles.

Despues harán lo mismo contra mí, pues tienen la voluntad preparada para ello. Asi convendrá que el gran duque haga decir á mi hijo que se suspenda toda causa y asunto de papeles hasta que el emperador venga, ó dé disposiciones; y tomar el gran duque bajo sus órdenes la persona del pobre príncipe de la Paz su amigo, separando los guardias y poniendo tropas suyas para impedir que lo maten, pues esto es lo que quieren, ademas de infamarle, lo que tambien proyectan contra el rey mi marido y contra mí, diciendo que es necesario formarnos causa y hacer que despues demos cuenta de todas nuestras operaciones.

Mi hijo tiene muy mal corazon: su carácter es cruel: jamas há tenido amor á su padre ni á mí: sus consejeros son sanguinarios: no se complacen sino en hacer desdichados, sin exceptuar al padre ni á la madre. Quieren hacernos todo el mal posible, pero el rey y yo tenemos mayor interés en salvar la vida y el honor de nuestro inocente amigo que nuestra misma vida.

Mi hijo es enemigo de los franceses, aunque diga lo contrario. No extrañaré que cometa un atentado contra ellos. El pueblo está ganado con dinero y lo inflamará contra el príncipe de la Paz, contra el rey mi marido y contra mí, porque somos aliados de los franceses, y dicen que nosotros los hemos hecho venir.

A la cabeza de todos los enemigos de los franceses está mi hijo, aunque aparente ahora lo contrario, y quiera ganar al emperador, al gran duque y á los franceses para dar mejor y seguro su golpe.

Ayer tarde dijimos nosotros al general comandante de las tropas del gran duque que nosotros siempre permanecemos aliados de los franceses, y que nuestras tropas estarán siempre unidas con las suyas. Esto se entiende de las nuestras que tenemos aquí, pues de las otras no podemos disponer; y aun en cuanto á estas ignoramos las órdenes que mi hijo habrá dado; pero nosotros nos pondríamos á su cabeza para hacerlas obedecer lo que queremos, que es que sean amigas de los franceses. — LUISA. »

Nota de la reina de España para el gran duque de Berg, por medio de la reina de Etruria su hija, en abril de 1808.

« Nosotros remitimos al gran duque la respuesta de mi hijo á la carta que el rey mi marido le escribió antes de ayer, cuya copia fue remitida ayer al gran duque. No estamos contentos con el modo de explicarse mi hijo, ni aun con la substancia de lo que se responde; pero el gran duque por su amistad con nosotros tendrá la bondad de componerlo todo y de hacer que el emperador nos salve á todos tres; es decir al rey mi marido, al pobre príncipe de la Paz su amigo, y á mí. El gran duque debe estar persuadido, y persuadir al emperador que, habiendo puesto nuestra suerte en sus manos, solo pendemos de la generosidad, grandeza de alma y amistad que tenga para nosotros tres, que siempre hemos sido sus buenos y fieles aliados, amigos y afectos, y que sino nuestra suerte será muy infeliz.

Se nos ha dicho que nuestro hijo Cárlos va á partir mañana ó antes para recibir al emperador, y que si no lo encuentra avanzará hasta Paris. A nosotros se nos oculta esta resolucion porque no quieren que la sepamos el rey ni yo, lo cual nos hace recelar un mal designio; pues mi hijo Fernando no se separa un momento de sus hermanos, y los hace malos con promesas y con los atractivos que agradan á los jóvenes que no conocen al mundo por experiencias, etc.

Por esto conviene que el gran duque procure que el emperador no se deje engañar por medio de mentiras que lleven las apariencias de la verdad, respecto de que mi hijo no es afecto á los franceses, sino que ahora manifiesta serlo porque cree tener necesidad de aparentarlo. Yo recelo de todo si el gran duque, en quien habemos puesto nuestras esperanzas, no hace todos sus esfuerzos para que el emperador tome nuestra causa como suya propia. Tampoco dudamos que la amistad del gran duque sostendrá y salvará á su amigo, y nos lo dejará á nuestro lado para que todos tres juntos acabemos nuestros dias tranquilamente retirados. Asimismo creemos que el gran duque tomará todos los medios para que el pobre príncipe de la Paz, amigo suyo y nuestro, sea trasladado á un pueblo cercano á Francia, de manera que su vida no peligre y sea fácil de trasportarlo á Francia y librarlo de las manos de sus sanguinarios enemigos.

Deseamos igualmente que el gran duque envíe á el emperador alguna persona que le informe de todo á fondo para evitar que S. M. I. pueda ser preocupado por las mentiras que se fraguan aqui de dia y de noche contra nosotros y contra el pobre príncipe de la Paz, cuya suerte preferimos á la misma nuestra, porque estamos temblando de las dos pistolas que hay cargadas para quitarle la vida en caso necesario, y sin duda son efecto de alguna órden de mi hijo que hace conocer asi cuál sea su

corazon; y deseo que no se verifique jamas un atentado semejante con ninguno, aun cuando fuese el mayor malvado, y vos debeis creer que el príncipe no lo es.

En fin el gran duque y el emperador son los únicos que pueden salvar al príncipe de la Paz, asi como á nosotros, pues si no resulta salvo, y si no se nos concede su compañía morirémos el rey mi marido y yo. Ambos creemos que si mi hijo perdona la vida al príncipe de la Paz, será cerrándolo en una prision cruel donde tenga una muerte civil, por lo cual rogamos al gran duque y al emperador que lo salve enteramente, de manera que acabe sus dias en nuestra compañía donde se disponga.

Conviene saber que se conoce que mi hijo teme mucho al pueblo; y los guardias de corps son siempre sus consejeros y sus tiranos. — LUISA. »

Carta del rey Cárlos IV al gran duque de Berg con otra de la reina su esposa en Aranjuez á 3 de abril de 1808.

« Mi señor y mi querido hermano : teniendo que pasar á Madrid Don Joaquin de Manuel de Villena gentil hombre de cámara y muy fiel servidor mio para negocios particulares suyos, le he encargado presentarse á V. A., y asegurarle todo mi reconocimiento al interés que V. A. toma en mi suerte y en la del príncipe de la Paz, que está inocente. Podeis fiaros de hablar con Don Joaquin de Villena, porque yo aseguro su fidelidad. No hablaré ya de mis dolores, y mi esposa os dará en posdata razon detallada de los asuntos. Pudiera suceder que Villena no se atreva á entrar en casa de V. A. por no hacerse sospechoso. En tal caso mi hija dispondrá que recibais esta carta. Perdonadme tantas importunidades, y ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y muy querido hermano. De V. A. I. y R. afecto hermano y amigo — CARLOS. »

Carta de la reina.

« Mi señor y hermano : la partida tan pronta de mi hijo Cárlos, que será mañana, nos hace temblar. Las personas que le acompañan son malignas. El secreto inviolable que se les hace observar para con nosotros nos causa grande inquietud, temiendo que sea conductor de papeles falsos contrahechos é inventados.

El príncipe de la Paz no hacia ni escribia nada sin que lo supiéramos y viésemos el rey mi marido y yo, y podemos asegurar que no ha cometido crímen alguno contra mi hijo ni contra nadie, pero mucho menos contra el gran duque, contra el emperador, ni contra los franceses. Él escribió de propio puño al gran duque y al emperador pidiendo á este un asilo y hablando de matrimonio; pero yo creo que el pícaro de Izquierdo no la entregó y la ha devuelto. El príncipe de la Paz estaba ya desengañado de la mala fé de Izquierdo, y por lo menos dudaba de su sinceridad. Los enemigos del pobre príncipe de la Paz, amigo de V. A., pintarán con los colores mas vivos y apariencias de verdad cualesquiera mentiras. Son muy diestros para esto, y cuantos ocupan ahora los empleos son enemigos comunes suyos. ¿No podria V. A. enviar alguno que llegase antes que mi hijo Cárlos *á ver al emperador y prevenirle de todo, contándole* la verdad y las imposturas de nuestros enemigos?

Mi hijo tiene veinte años, sin experiencia ni conocimientos del mundo : los que le acompañan y todos los demas le habrán dado instrucciones á su gusto. ¡Ojalá que V. A. tome todas las medidas necesarias para anticipar noticias al emperador! Mi hijo hace todo lo posible para que no veamos al emperador; pero nosotros queremos verle, asi como á V. A. en quien hemos depositado nuestra confianza, y la seguridad de todos tres que esperamos conceda el emperador.

En este supuesto ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano. De V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 8 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : el rey no puede escribir por estar muy incomodado con la hinchazon de su mano. Cuando ha leido la carta de V. A. en que le deja eleccion de partir mañana ú otro dia, ha tenido presente que todo estaba preparado, que una parte de sus criados parte hoy, y que la dilacion podia dar que pensar á tantos intérpretes como hay, malignos é impostores ; por lo que se ha decidido á salir mañana á la una como tenia ya dicho, esperando que asi le sería mas fácil tambien ir á ver al emperador. Tendrémos mucho gusto de saber el arribo del emperador á Bayona. Nosotros lo esperamos con impaciencia, y que V. A. nos dirá cuando debemos ir. El rey mi marido y yo deseamos con vehemencia ver á V. A. Apetecemos con ancia este momento, y nos ha servido de gran placer el recado de V. A. de que vendría á vernos despues de dos dias. Repetimos nuestras súplicas, confiando enteramente en vuestra amistad, y pido á Dios tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Carta del rey Fernando á su padre en Madrid á 8 *de abril de* 1808.

» Padre mio : el general Savary acaba de separarse de mi compañía. Estoy muy satisfecho de él, como tambien de la buena inteligencia que hay entre el emperador y mi persona, por la buena fé que me ha manifestado.

Por este motivo me parece justo que V. M. me dé una carta para el emperador, felicitándole de su arribo, y asegurándole que tengo para con él los mismos sentimientos que V. M. le ha demostrado.

Si V. M. considera conveniente, me enviará en respuesta dicha carta, porque yo saldré despues de mañana, y he dado órden de que vengan despues los tiros que debian servir á VV. MM.

Vuestro mas sumiso hijo. — FERNANDO. »

Segunda carta de la reina de España al gran duque de Berg en 8 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : No quisiéramos ocupar á V. A., pero no teniendo otro apoyo es necesario que V. A. sepa todo lo relativo a nuestras personas. Remitimos á V. A. la carta que el rey ha recibido de su

hijo Fernando en respuesta de la que su padre le escribió, diciéndole que partíamos el lúnes.

Las pretensiones de mi hijo me parecen fuera de propósito; y siguiendo las mismas ideas le ha escrito el rey hace un instante, que nosotros llevamos menos familia y personas de servidumbre que plazas habia, quedándose aquí algunas: que pasaríamos la semana santa en el Escorial, sin poder decir cuántos dias duraria aquella residencia; y que en cuanto á guardias de corps no importaba nada que no fuesen. Quisiéramos no verlos, y sí fuera de su poder á nuestro pobre príncipe de la Paz. Ayer tarde se me advirtió que viviésemos con cuidado, porque se intentaba hacer alguna cosa secreta, y que aunque fuese tranquila la noche de ayer no lo seria la siguiente. Yo dudo de todo, y no vemos á los guardias de corps; pero es necesario vivir con cautela, por lo que lo hemos advertido al general Watier. Los guardias son los autores de todo, y hacen á mi hijo hacer lo que quieren; lo mismo que los malignos ministros que son muy crueles, sobre todo el clérigo Escoiquiz.

Por gracia V. A. líbrenos á todos tres, é igualmente á mi pobre hija Luisa, que padece por la propia razon que nuestro pobre amigo comun el príncipe de la Paz y nosotros; y todo porque somos amigos de V. A., de los franceses y del emperador. Mi hijo Fernando habló aqui de las tropas francesas que habia en Madrid con bastante desprecio, lo cual es prueba de que no las mira con afecto. Nos han asegurado que los carabineros son como los demas; y que los otros residentes en el sitio, como el capitan de guardias de corps, no hacen sino averiguar todo lo que pueden para hacerlo saber á mi hijo.

Si el emperador dijera dónde quiere que le veamos, tendríamos en ello mucho gusto; y rogamos á V. A. procure que el emperador nos saque de España cuanto antes al rey mi marido y á nuestro amigo el príncipe de la Paz, á mí y á mi pobre hija, y sobre todo á los tres, lo mas pronto posible; porque de otro modo no estamos seguros. No dude V. A. que nos hallamos en el mayor peligro, y con especialidad nuestro amigo, cuya seguridad deseamos antes que la nuestra; la que confiamos lograr de V. A. y del emperador, en cuyo supuesto pido á Dios tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano: de V. A. I. y R. afecta hermana y amiga—LUISA.»

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en Aranjuez á 9 de abril de 1808.

« Mi señor y hermano: el reconocimiento á los favores de V. A. será eterno, y le damos un millon de gracias por la seguridad que nos anuncia de que su amigo y nuestro, el pobre príncipe de la Paz, estará libre dentro de tres dias. El rey y yo ocultarémos con un secreto inviolable tan necesario la alegría que V. A. nos ha producido con una noticia tan deseada. Ella nos reanima, y nunca hemos dudado de la amistad de V. A., quien tampoco deberá dudar de la nuestra jamas, pues se la hemos profesado siempre; como tambien el pobre amigo de V. A., cuyo crímen es el ser afecto al emperador y á los franceses. No asi mi hijo, pues no lo es aunque lo aparente. Su ambicion sin límites le ha hecho seguir los consejos de todos los infames consejeros que ha puesto ahora en los empleos mas principales y elevados.

Tenga V. A. la bondad de decirnos cuándo debemos ir á ver al emperador, y en dónde, pues lo deseamos mucho igualmente que V. A. no se olvide de mi pobre hija Luisa.

Damos gracias á V. A. de habernos enviado al general Watier, pues se ha conducido perfectamente aqui. Mi marido queria escribir á V. A., pero es absolutamente imposible, pues padece muchos dolores en la mano derecha, los cuales le han quitado el sueño esta noche pasada.

Nosotros saldremos á la una para el Escorial, adonde llegaremos á las ocho de la tarde. Rogamos á V. A. que disponga que sus tropas y V. A. libren á su amigo de los peligros de todos los pueblos y tropas que estan contra él y contra nosotros, no sea que lo maten si no lo salva V. A., pues como no esté asegurado por la guardia de V. A. hay mucho peligro de que le quiten la vida.

Deseamos mucho ver á V. A., pues somos totalmente suyos; en cuyo supuesto pido á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda.

Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — Luisa. »

Segunda carta de la reina de España al gran duque de Berg en el Escorial a 9 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : son las diez, y hemos recibido una carta de mi hijo Fernando que el rey mi marido envia á V. A. para que la vea, y me diga lo que debemos hacer. El rey y yo no quisiéramos hacer lo que nos pide mi hijo, cuya pretension nos ha sorprendido infinito; y creemos que no nos conviene de ningun modo condescender : el rey ha encargado decir que estaba ya en cama, por lo que no podia responder á la carta. Esto ha sido pretexto por si V. A. quiere decirnos lo que se le haya de responder, en inteligencia de que mientras tanto suspendemos hacerlo; bien que será forzoso no dilatarlo mas que hasta mañana por la tarde.

Nos hallamos con la satisfaccion de no tener guardias de corps, ni las de infantería en el Escorial, sino solo los carabineros. Con vuestras tropas estamos seguros y no con las otras.

El rey y yo no escribimos la carta que mi hijo pide, sino en el caso de que se nos haga escribir por fuerza, como sucedió con la abdicacion, contra la cual hizo por eso la protesta que envió á V. A. Lo que dice mi hijo es falso, y solo es verdadero que mi marido y yo tememos que se procure hacer creer al emperador un millon de mentiras, pintándolas con los mas vivos colores en agravio nuestro y del pobre príncipe de la Paz amigo de V. A., admirador y afectísimo del emperador, bien que nosotros estamos totalmente puestos en manos de S. M. I. y V. A., lo cual nos tranquiliza de modo, que con tales amigos y protectores no tememos á nadie. Ruego a Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano : de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — Luisa. »

Tercera carta de la reina de España al gran duque de Berg en el Escorial á 9 *de abril de* 1808.

« Mi señor y hermano : Estamos muy agradecidos al obsequio de V. A. en habernos enviado sus tropas que nos han acompañado con la

mayor atencion y cuidado. Tambien le damos gracias por las que nos ha destinado para este sitio. Hemos dicho al general Budet que cuide de hacer patrullas con sus tropas dia y noche, pues hemos encontrado aqui una compañía de guardias españolas y walonas, lo que nos ha sorprendido.

V. A. nos ha dado pruebas completas de su amistad. Nosotros no habíamos dudado jamas, y tanto el rey como yo creemos firmemente que V. A. nos librará de todo riesgo, igualmente que á su amigo el príncipe de la Paz, y estamos satisfechos de que el emperador nos protegerá, y hará felices á todos tres como aliados, afectos y amigos suyos. Esperamos con grande impaciencia la satisfaccion de ver á V. A. y al emperador. Aqui estamos en mayor proporcion de salir al encuentro de S. M. I.

Nuestro viage ha sido muy feliz, y no podia dejar de serlo con tan buena compañía. Los pueblos por donde hemos pasado nos han aclamado mas que antes.

Esperamos con ansia la respuesta de V. A. á la carta que le escribimos esta mañana, y no queremos incomodarle mas, ni quitarle el tiempo precioso que necesita para tantas ocupaciones. Ruego á Dios que tenga á V. A. en su santa y digna guarda. Mi señor y hermano: de V. A. I. y R. muy afecta hermana y amiga — LUISA. »

Carta de la reina de España al gran duque de Berg en 10 *de abril de* 1808.

« Señor mi hermano: la carta que V. A. nos ha escrito, y hemos recibido hoy muy temprano, me ha tranquilizado. Nosotros estamos puestos en las manos del emperador y de V. A. No debemos temer nada el rey mi marido, nuestro amigo comun y yo. Lo esperamos todo del emperador que decidirá pronto nuestra suerte.

Tenemos el mayor placer y consuelo en esperar mañana el momento de ver y poder hablar á V. A. Será para nosotros un instante bien feliz, asi como el de ver al emperador. Mientras tanto que esto se verifica, rogamos de nuevo á V. A. que proceda de modo que saque al príncipe de la Paz su amigo del poder de las horribles manos que lo tienen, y lo ponga en seguridad de que no se le mate, ni se le haga mal alguno; pues los malignos y falsos ministros actuales harán todo lo posible para anticiparse cuando llegue el emperador.

Mi hijo habrá partido ya, y procurará en sus viage persuadir al emperador todo lo contrario de lo que ha pasado en verdad. Él y los que lo rodean habrán preparado tales datos y mentiras, aparentándolas como verdades que el emperador, cuando menos, entraria en dudas, si no hubiera sido informado ya de la verdad por V. A.

Mi hijo ha dejado todas sus facultades al infante Don Antonio su tio, el cual tiene muy poco talento y luces; pero es cruel, é inclinado á todo cuanto pueda ser pesadumbre del rey mi marido y mia, y del príncipe de la Paz y de mi hija Luisa. Aunque debe proceder de acuerdo de un consejo que se le ha nombrado; este se compone de toda la faccion tan detestable que ha ocasionado toda la revolucion actual, y que no está en favor de los franceses mas que mi hijo Fernando, á pesar de todo lo que se ha dicho en la Gaceta de ayer, pues solo el miedo al emperador hace hablar asi.

Me atrevo tambien á decir á V.A. que el embajador está totalmente por el partido de mi hijo de acuerdo con el maligno hipócrita clérigo Escoiquiz, y harán lo que no es imaginable para ganar á V.A., y sobre todo al emperador. Prevenid todo esto á S.M. antes que lo vea mi hijo; pues como este sale hoy, y el rey mi marido tiene la mano tan hinchada, no ha escrito la carta que mi hijo le pedia, por lo cual este no llevará ninguna; y el rey no puede escribir de su mano á V.A. lo que le es muy sensible, pues nosotros no tenemos otro amigo, ni confianza sino en V.A. y en el emperador, de quien esperamos todo.

Vivid bien persuadido del grande afecto que tenemos á V.A., asi como confianza y seguridad: en cuyo supuesto ruego á Dios que tenga á V.A. en su santa y digna guarda. Señor mi hermano: de V.A.I. y R. muy afecta hermana y amiga —LUISA.»

NOTA. Toda esta correspondencia se halla inserta en el Monitor del 5 de febrero de 1810, excepto el informe del general Monthion que se insertó en el de 3 de mayo de 1808. En el Monitor algunas de las cartas de la reina de Etruria y de Cárlos IV estan en italiano. Hemos tomado la traduccion de todas ellas de las memorias de Nellerto, tomo 2º, despues de haberla confrontado con las cartas originales insertas en los Monitores citados. Nos hemos cerciorado de la exactitud, objeto principal en la insercion de estos documentos, sin habernos detenido en reparos acerca del estilo; pero no creemos inoportuno advertir que debe leerse con desconfianza la calificacion que se hace en algunas de estas cartas del carácter y conducta de los personages nombrados en ellas, por ser hija del resentimiento de una señora sobrecogida á la sazon de todo género de recelos, y cuya vehemente imaginacion alterada por el cúmulo de sucesos extraordinarios y adversos ocurridos en aquellos memorables dias, le presentaba las cosas y las personas con los mas negros colores.

NUMERO 11.

Protesta publicada en el Diario de Madrid de 12 de mayo de 1808.

NUMERO 12.

Don Bartolomé Muñoz de Torres del consejo de S.M., su secretario escribano de cámara mas antiguo y de gobierno del consejo.

Certifico que por el Excmo. Señor Don Pedro Cevallos primer secretario de estado y del despacho, se ha comunicado al ilustrísimo señor decano gobernador interino del consejo la real órden siguiente:

«Ilustrísimo señor: Uno de los primeros cuidados del rey N.S. despues de su advenimiento al trono ha sido el participar al emperador de los franceses y rey de Italia tan feliz acontecimiento, asegurando al mismo tiempo á S.M.I. y R. que animado de los mismos sentimientos que su augusto padre, lejos de variar en lo mas mínimo el sistema político con respecto á la Francia, procurará por todos los medios posibles estrechar mas y mas los vínculos de amistad y estrecha alianza que felizmente subsisten entre la España y el imperio francés. S.M. me manda participarlo á V.I. para que publicándolo en el consejo proceda el tribunal á consecuencia en todas las medidas que tome para restablecer la tranquilidad pública en Madrid, y para recibir y suministrar á las tropas francesas que estan dispuestas á entrar en esa villa todos los auxilios que

necesiten; procurando persuadir al pueblo que vienen como amigos, y con objetos útiles al rey y á la nacion. S. M. se promete de la sabiduría del consejo que enterado de los vivos deseos que le animan de consolidar cada dia mas los estrechos vínculos que unen á S. M. con el emperador de los franceses, procurará el consejo por todos los medios que esten á su alcance inspirar estos mismos sentimientos en todos los vecinos de Madrid. Dios guarde á V. I. muchos años. Aranjuez 20 de marzo de 1808. —Pedro Cevallos. —Señor gobernador interino del consejo. »

Publicada en el consejo pleno de este dia la antecedente real órden, se ha mandado guardar y cumplir; y para que llegue á noticia de todos se imprima y fije en los sitios públicos y acostumbrados de esta corte. Y para el efecto lo firmo en Madrid á 21 de marzo de 1808. — Don Bartolomé Muñoz. — (*Véase el Diario de Madrid del* 22 *de marzo de* 1808.

Numero 13.

BANDO.

Con fecha 23 del presente mes se ha comunicado al ilustrísimo señor decano del consejo una real órden que entre otras cosas contiene lo siguiente :

« Teniendo noticia el rey N. S. que dentro de dos y medio á tres dias llegará á esta corte S. M. el emperador de los franceses, me manda S. M. decir á V. I. que quiere sea recibido y tratado con todas las demostraciones de festejo y alegria que corresponden á su alta dignidad é íntima amistad y alianza con el rey N. S., de la que espera la felicidad de la nacion; mandando asimismo S. M. que la villa de Madrid proporcione objetos agradables á S. M. I., y que contribuyan al mismo fin todas las clases del estado. »

Y habiéndose publicado en el consejo, ha resuelto se entere de ello al público por medio de este edicto. Madrid 24 de marzo de 1808. — Don Bartolomé Muñoz, etc.

Numero 14.

Mémorial de Sainte-Hélène, vol. IV, pág. 246, *ed. de* 1823.

Numero 15.

Carta de S. M. el emperador de los franceses rey de Italia, y protector de la confederacion del Rin.

« Hermano mio : he recibido la carta de V. A. R. : ya se habrá convencido V. A. por los papeles que ha visto del rey su padre del interés que siempre le he manifestado : V. A. me permitirá que en las circunstancias actuales le hable con franqueza y lealtad. Yo esperaba, en llegando á Madrid, inclinar á mi augusto amigo á que hiciese en sus dominios algunas reformas necesarias, y que diese alguna satisfaccion á la opinion pública. La separacion del príncipe de la Paz me parecia una cosa precisa para su felicidad y la de sus vasallos. Los sucesos del norte han retardado mi viage : las ocurrencias de Aranjuez han sobrevenido. No me constituyo juez de lo que ha sucedido, ni de la conducta del príncipe de la Paz; pero lo que sé muy bien es que es muy peligroso para los

reyes acostumbrar sus pueblos á derramar la sangre haciéndose justicia por sí mismos. Ruego á Dios que V. A. no lo experimente un dia. No seria conforme al interés de la España que se persiguiese á un príncipe que se ha casado con una príncesa de la familia real, y que tanto tiempo ha gobernado el reino. Ya no tiene mas amigos: V. A. no los tendrá tampoco si algun dia llega á ser desgraciado. Los pueblos se vengan gustosos de los respetos que nos tributan. Ademas, ¿cómo se podria formar causa al príncipe de la Paz sin hacerla tambien al rey y á la reina vuestros padres? Esta causa fomentaria el odio y las pasiones sediciosas; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos sino los que su madre le ha trasmitido: si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos. No preste V. A. oidos á consejos débiles y pérlidos. No tiene V. A. derecho para juzgar al príncipe de la Paz; sus delitos, si se le imputan, desaparecen en los derechos del trono. Muchas veces he manifestado mi deseo de que se separase de los negocios al príncipe de la Paz: si no he hecho mas instancias ha sido por un efecto de mi amistad por el rey Cárlos, apartando la vista de las flaquezas de su afeccion. ¡Oh miserable humanidad! Debilidad y error, tal es nuestra divisa. Mas todo esto se puede conciliar; que el príncipe de la Paz sea desterrado de España, y yo le ofrezco un asilo en Francia.

En cuanto á la abdicacion de Cárlos IV, ella ha tenido efecto en el momento en que mis ejércitos ocupaban la España, y á los ojos de la Europa y de la posteridad podria parecer que yo he enviado todas esas tropas con el solo objeto de derribar del trono á mi aliado y mi amigo. Como soberano vecino debo enterarme de lo ocurrido antes de reconocer esta abdicacion. Lo digo á V. A. R., á los españoles, al universo entero; si la abdicacion del rey Cárlos es espontánea, y no ha sido forzado á ella por la insurreccion y motin sucedido en Aranjuez, yo no tengo dificultad en admitirla, y en reconocer á V. A. R. como rey de España. Deseo pues conferenciar con V. A. R. sobre este particular.

La circunspeccion que de un mes á esta parte he guardado en este asunto debe convencer á V. A. del apoyo que hallará en mí, si jamas sucediese que facciones de cualquiera especie viniesen á inquietarle en su trono. Cuando el rey Cárlos me participó los sucesos del mes de octubre próximo pasado, me causaron el mayor sentimiento, y me lisonjeo de haber contribuido por mis instancias al buen éxito del asunto del Escorial. V. A. no está exento de faltas: basta para prueba la carta que me escribió, y que siempre he querido olvidar. Siendo rey sabrá cuán sagrados son los derechos del trono: cualquier paso de un príncipe hereditario cerca de un soberano extrangero es criminal. El matrimonio de una princesa francesa con V. A. R. le juzgo conforme á los intereses de mis pueblos, y sobre todo como una circunstancia que me uniria con nuevos vínculos á una casa, á quien no tengo sino motivos de alabar desde que subí al trono. V. A. R. debe recelarse de las consecuencias de las emociones populares: se podrá cometer algun asesinato sobre mis soldados esparcidos; pero no conducirán sino á la ruina de la España. He visto con sentimiento que se han hecho circular en Madrid unas cartas del capitan general de Cataluña, y que se ha procurado exasperar los ánimos. V. A. R. conoce todo lo interior de mi corazon: observará que me hallo combatido por varias ideas que necesitan fijarse; pero puede estar seguro de que en todo caso me conduciré con su persona del mismo modo

que lo he hecho con el rey su padre. Esté V. A. persuadido de mi deseo de conciliarlo todo, y de encontrar ocasiones de darle pruebas de mi afecto y perfecta estimacion. Con lo que ruego á Dios os tenga, hermano mio, en su santa y digna guarda. En Bayona á 16 de abril de 1808. — NAPOLEON. — (*Véase el manifiesto de Don Pedro Cevallos.*)

NUMERO 16.

El rey N. S. haciendo el mas alto aprecio de los deseos que el emperador de los franceses ha manifestado de disponer de la suerte del preso Don Manuel de Godoy, escribió desde luego á S. M. I. mostrando su pronta y gustosa voluntad de complacerle, asegurado S. M. de que el preso pasaria inmediatamente la frontera de España, y que jamás volveria á entrar en ninguno de sus dominios.

El emperador de los franceses ha admitido este ofrecimiento de S. M. y mandado al gran duque de Berg que reciba el preso, y lo haga conducir á Francia con escolta segura.

La junta de gobierno instruida de estos antecedentes, y de la reiterada expresion de la voluntad de S. M., mandó ayer al general, á cuyo cargo estaba la custodia del citado preso, que lo entregase al oficial que destinase para su conducion el gran duque; disposicion que ya queda cumplida en todas sus partes. Madrid 21 de abril de 1808.

NUMERO 17.

Oficio del general Belliard á la junta de gobierno. (*Véase la Memoria de Ofarril y Azanza.*)

« Habiendo S. M. el emperador y rey manifestado á S. A. el gran duque de Berg que el príncipe de Asturias acababa de escribirle diciendo «que le hacia dueño de la suerte del príncipe de la Paz,» S. A. me encarga en consecuencia que entere á la junta de las intenciones del emperador, que le reitera la órden de pedir la persona de este príncipe y de enviarle á Francia.

Puede ser que esta determinacion de S. A. R. el príncipe de Asturias no haya llegado todavía á la junta. En este caso se deja conocer que S. A. R. habrá esperado la respuesta del emperador; pero la junta comprenderá que el responder al príncipe de Asturias seria decidir una cuestion muy diferente; y ya es sabido que S. M. I. no puede reconocer sino á Cárlos IV.

Ruego pues á la junta se sirva tomar esta nota en consideracion, y tener la bondad de instruirme sobre este asunto, para dar cuenta á S. A. I. el gran duque de la determinacion que tomase.

El gobierno y la nacion española solo hallarán en esta resolucion de S. M. I. nuevas pruebas del interés que toma por la España; porque alejando al príncipe de la Paz, quiere quitar á la malevolencia los medios de creer posible que Cárlos IV volviese el poder y su confianza al que debe haberla perdido para siempre; y por otra parte la junta de gobierno hace ciertamente justicia á la nobleza de los sentimientos de S. M. el emperador, que no quiere abandonar á su fiel aliado.

Tengo el honor de ofrecer á la junta las seguridades de mi alta consideracion. — El general y gefe del estado mayor general, AUGUSTO BELLIARD. — Madrid 20 de abril de 1808. »

NUMERO 18.

Carta remitiendo la protesta al emperador y rey.

«Hermano y señor: V.M. sabrá ya con sentimiento el suceso de Aranjuez y sus resultas, y no dejará de ver sin algun tanto de interes á un rey que forzado á abdicar la corona se echa en los brazos de un gran monarca su aliado, poniéndose en todo y por todo á su disposicion, pues que él es el único que puede hacer su dicha, la de toda su familia, y la de sus fieles y amados vasallos... Heme visto obligado á abdicar; pero seguro en el dia y lleno de confianza en la magnanimidad y genio del grande hombre que siempre se ha manifestado mi amigo, he tomado la resolucion de dejar á su arbitrio lo que se sirviese hacer de nosotros, mi suerte, la de la reina... Dirijo á V. M. I. una protesta contra el acontecimiento de Aranjuez, y contra mi abdicacion. Me pongo y confio enteramente en el corazon y amistad de V.M.I. Con esto ruego á Dios que os mantenga en su santa y digna guarda. — Hermano y señor: de V.M.I. su afectísimo hermano y amigo —CÁRLOS.»

IDEM.

Reiteracion de la protesta, dirigida al señor infante Don Antonio.

«Muy amado hermano: el 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion... En el mismo dia extendí una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto, y forzado por las críticas circunstancias... Hoy, que la quietud está restablecida, que mi protesta ha llegado á las manos de mi augusto, amigo y fiel aliado el emperador de los franceses y rey de Italia, que es notorio que mi hijo no ha podido lograr le reconozca bajo este título... declaro solemnemente que el acto de abdicacion que firmé el dia 19 del pasado mes de marzo es nulo en todas sus partes; y por eso quiero que hagais conocer á todos mis pueblos que su buen rey, amante de sus vasallos, quiere consagrar lo que le queda de vida en trabajar para hacerlos dichosos. Confirmo provisionalmente en sus empleos de la junta actual de gobierno los individuos que la componen, y todos los empleos civiles y militares que han sido nombrados desde el 19 del mes de marzo último. Pienso en salir luego al encuentro de mi augusto aliado, despues de lo cual trasmitiré mis últimas órdenes á la junta. San Lorenzo á 17 de abril de 1808. —YO EL REY. —A la junta superior de gobierno.»

NUMERO 19.

«Ilustrísimo señor: Al folio 33 del manifiesto del consejo se dice que se presentó un oidor del de Navarra disfrazado, que habia logrado introducirse en la habitacion del señor Don Fernando VII, y traia instrucciones verbales de S.M., reducidas á estrechos encargos y deseos de que se siguiese el sistema de amistad y armonia con los franceses. Las consideraciones que debo á ese supremo tribunal por haber suprimido mi nombre, y lo mas esencial de la comision solo con el objeto de evitar que padeciese mi persona, sujeta al tiempo de la publicacion á la dominacion francesa, exigen mi gratitud y reconocimiento, y asi pido á V.S.I. que se lo haga presente; pero ahora que aunque á costa de dificultades y

contingencias me veo en este pueblo libre de todo temor, juzgo preciso que sepa el público mi mision en toda su extension.

Hallábame yo en Bayona con otros ministros de los tribunales de Navarra cuando llegó el rey á aquella ciudad : no tardó muchas horas el emperador de los franceses en correr el velo que ocultaba su misteriosa conducta; hizo saber á cara descubierta á S. M. el escandaloso é inesperado proyecto de arrancarle violentamente de sus sienes la corona de España; y persuadido sin duda de que á su mas pronto logro convenia estrechar al rey por todos medios, uno de los que primero puso en ejecucion fue la interceptacion de correos. Diariamente se expedian extraordinarios; pero la garantía del derecho de las gentes no era un sagrado que los asegurase contra las tropelías de un gobierno acostumbrado á no escrupulizar en la eleccion de los medios para realizar sus depravados fines : en estas circunstancias creyó S. M. preciso añadir nuevos y desconocidos conductos de comunicacion con la junta suprema presidida por el infante Don Antonio; y me honró con la confianza de que fuese yo el que, pasando á esta capital, la informase verbalmente de los sucesos ocurridos en aquellos tres primeros aciagos dias. Salí á su virtud de Bayona sobre las seis de la tarde del 23, y llegué á esta villa por caminos y sendas extraviadas, no sin graves peligros y trabajos, al anochecer del 29 de abril : inmediatamente me dirigí á la junta y anunciándola la real órden, dije : « que el emperador de los franceses queria exigir imperio-
« samente del rey Don Fernando VII que renunciase por sí, y en nom-
« bre de la familia toda de los Borbones, el trono de España y todos
« sus dominios en favor del mismo emperador y de su dinastía, prome-
« tiéndole en recompensa el reino de Etruria, y que la comitiva que ha-
« bia acompañado á S. M. hiciese igual renuncia en representacion del
« pueblo español : que desentendiéndose S. M. I. y R. de la evidencia con
« que se demostró que ni el rey ni la comitiva podian ni debian en justi-
« cia acceder á tal renuncia, y despreciando las amargas quejas que se
« le dieron por haber sido conducido S. M. á Bayona con el engaño y
« perfidia que carecen de ejemplo, tanto mas execrables, cuanto que
« iban encubiertos con el sagrado título de amistad y utilidad recí-
« proca, afianzadas en palabras las mas decisivas y terminantes, insis-
« tia en ella sin otras razones que dos pretextos indignos de pronun-
« ciarse por un soberano que no haya perdido todo respeto á la moral
« de los gabinetes, y aquella buena fé que forma el vínculo de las nacio-
« nes; reducidos el primero á que su política no le permitia otra cosa,
« pues que su persona no estaba segura mientras que alguno de los Bor-
« bones enemigos de su casa reinase en una nacion poderosa; y el segundo
« á que no era tan estúpido que despreciase la ocasion tan favorable que
« se le presentaba de tener un ejército formidable dentro de España,
« ocupadas sus plazas y puntos principales, nada que temer por la parte
« del norte, y en su poder las personas del rey y del señor infante Don
« Cárlos : ventajas todas bien difíciles para que se las ofreciesen los
« tiempos venideros. Que con la idea de procurar dilaciones, y sacar de
« ellas el mejor partido posible, se habia pasado una nota dirigida á que
« se autorizase un sugeto que explicase sus intenciones por escrito; pero
« que cuando el emperador se obstinase en no retroceder, estaba S. M. re-
« suelto á perder primero la vida que acceder á tan inicua renuncia : que
« con esta seguridad y firme inteligencia procediese la junta en sus delibe-

« raciones. Y concluí añadiendo, que habiendo preguntado yo voluntaria-
« mente al señor Don Pedro Cevallos al despedirme de S. E. si preven-
« dria algo á la junta sobre la conducta que debiera observar con los
« franceses, me respondió que aunque la comision no comprendia este
« punto, podia decir que estaba acordado por regla general, que por en-
« tonces no se hiciese novedad, porque era de temer de lo contrario
« que resultasen funestas consecuencias contra el rey, el señor infante
« y cuantos españoles se hallaban acompañando á S. M., y el reino se
« arriesgaba, descubriendo ideas hostiles antes que estuviese preparado
« para sacudir el yugo de la opresion. » V. S. I. sabe que con esas mis-
mas ó semejantes expresiones lo expuse todo, no solo en la noche del 29
sí tambien en la inmediata del 30 de abril, en que quiso S. A. el señor
infante Don Antonio que asistiese yo á la sesion que se celebró en ella,
compuesta á mas de los señores individuos de la junta suprema, de to-
dos los presidentes de los tribunales, y de dos ministros de cada uno,
con el doble objeto de que todos se informasen de mi comision, y yo de
las novedades de aquel dia y demas de que se tratase, á fin de que diese
cuenta de todo á S. M. en Bayona, adonde regresé la tarde del 6 de mayo
con continuos riesgos y sobresaltos que se aumentaron á mi salida; y
pues es á mi parecer muy debido que no se ignore este rasgo heróico del
carácter firme de nuestro amado soberano, y yo tampoco debo prescindir
de que conste del modo mas auténtico el exacto cumplimiento y desem-
peño de mi comision en todas sus partes, ruego á V. I. y al consejo,
que no hallando inconveniente mande insertar este papel en la Gaceta y
Diario de esta corte. Dios guarde á V. S. I. muchos años. Madrid 27 de
setiembre de 1808. — JUSTO MARÍA IBARNAVARRO. — Ilustrísimo se-
ñor Don Antonio Arias Mon y Velarde. »

NUMERO 20.

Orden del dia.

Soldados : la poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crímen y el pillage. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza : en su consecuencia mando lo siguiente :

ART. 1°. El general Grouchy convocará esta noche la comision militar.

ART. 2°. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

ART. 3°. La junta de estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes despues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservasen armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

ART. 4°. Todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado.

ART. 5°. Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusilería.

ART. 6°. Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de

talleres, obradores y demas de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

ART. 7°. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Dado en nuestro cuartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808. — JOACHIM. — Por mandado de S. A. I. y R. — El gefe del estado mayor general, BELLIARD.

NUMERO 21.

Véase la Mémoria de Ofárril y Azanza en su nota núm. 12.

NUMERO 22.

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

«Venerado padre y señor: V. M. ha convenido en que yo no tuve la menor influencia en los movimientos de Aranjuez, dirigidos como es notorio, y á V. M. consta, no á disgustarle del gobierno y del trono, sino á que se mantuviese en él, y no abandonase la multitud de los que en su existencia dependian absolutamente del trono mismo. V. M. me dijo igualmente que su abdicacion habia sido espontánea, y que aun cuando alguno me asegurase lo contrario, no lo creyese, pues jamás habia firmado cosa alguna con mas gusto. Ahora me dice V. M. que aunque es cierto que hizo la abdicacion con toda libertad, todavía se reservó en su ánimo volver á tomar las riendas del gobierno cuando lo creyese conveniente. He preguntado en consecuencia á V. M. si quiere volver á reinar; y V. M. me ha respondido que ni queria reinar, ni menos volver á España. No obstante me manda V. M. que renuncie en su favor la corona que me han dado las leyes fundamentales del reino, mediante su espontánea abdicacion. A un hijo que siempre se ha distinguido por el amor, respeto y obediencia á sus padres, ninguna prueba que pueda calificar estas cualidades es violenta á su piedad filial, principalmente cuando el cumplimiento de mis deberes con V. M., como hijo suyo, no estan en contradiccion con las relaciones que como rey me ligan con mis amados vasallos. Para que ni estos que tienen el primer derecho á mis atenciones queden ofendidos, ni V. M. descontento de mi obediencia, estoy pronto, atendidas las circunstancias en que me hallo, á hacer la renuncia de mi corona en favor de V. M. bajo las siguientes limitaciones.

1ª Que V. M. vuelva á Madrid, hasta donde le acompañaré, y serviré yo como su hijo mas respetuoso. 2ª Que en Madrid se reunirán las córtes; y pues que V. M. resiste una congregacion tan numerosa, se convocarán al efecto todos los tribunales y diputados de los reinos. 3ª Que á la vista de esta asamblea se formalizará mi renuncia, exponiendo los motivos que me conducen á ella: estos son el amor que tengo á mis vasallos, y el deseo de corresponder al que me profesan, procurándoles la tranquilidad, y redimiéndoles de los horrores de una guerra civil por medio de una renuncia dirigida á que V. M. vuelva á empuñar el cetro, y á regir unos vasallos dignos de su amor y proteccion. 4ª Que V. M. no llevará consigo personas que justamente se han concitado el odio de la nacion. 5ª Que si V. M., como me ha dicho, ni quiere reinar ni volver á

España, en tal caso yo gobernaré en su real nombre como lugarteniente suyo. Ningun otro puede ser preferido á mí: tengo el llamamiento de las leyes, el voto de los pueblos, el amor de mis vasallos, y nadie puede interesarse en su prosperidad con tanto celo ni con tanta obligacion como yo. Contraida mi renuncia á estas limitaciones, comparecera á los ojos de los españoles como una prueba de que prefiero el interes de su conservacion á la gloria de mandarlos, y la Europa me juzgará digno de mandar á unos pueblos, á cuya tranquilidad he sabido sacrificar cuanto hay de mas lisonjero y seductor entre los hombres. Dios guarde la importante vida de V. M. muchos y felices años que le pide postrado á L. R. P. de V. M. su mas amante y rendido hijo —FERNANDO. —PEDRO CEVALLOS. —Bayona 1º de mayo de 1808.» —(*Véase la exposicion ó manifiesto de Don Pedro Cevallos núm.* 7.)

NUMERO 23.

Carta de Cárlos IV á su hijo Fernando VII.

« Hijo mio: Los consejos pérfidos de los hombres que os rodean han conducido la España á una situacion crítica: solo el emperador puede salvarla.

Desde la paz de Basilea he conocido que el primer interes de mis pueblos era inseparable de la conservacion de buena inteligencia con la Francia. Ningun sacrificio he omitido para obtener esta importante mira: aun cuando la Francia se hallaba dirigida por gobiernos efímeros, ahogué mis inclinaciones particulares para no escuchar sino la política, y el bien de mis vasallos.

Cuando el emperador hubo restablecido el órden en Francia se disiparon grandes sobresaltos, y tuve nuevos motivos para mantenerme fiel á mi sistema de alianza. Cuando la Inglaterra declaró la guerra á la Francia, logré felizmente ser neutro, y conservar á mis pueblos los beneficios de la paz. Se apoderó despues de cuatro fragatas mias, y me hizo la guerra aun antes de habérsela declarado; y entonces me ví precisado á oponer la fuerza á la fuerza, y las calamidades de la guerra asaltaron á mis vasallos.

La España, rodeada de costas, y que debe una gran parte de su prosperidad á sus posesiones ultramarinas, sufrió con la guerra mas que cualquiera otro estado: la interrupcion del comercio, y todos los estragos que acarrea, afligieron á mis vasallos, y cierto número de ellos tuvo la injusticia de atribuirlos á mis ministros.

Tuve al menos la felicidad de verme tranquilo por tierra, y libre de la inquietud en cuanto á la integridad de mis provincias, siendo el único de los reyes de Europa que se sostenia en medio de las borrascas de estos últimos tiempos. Aun gozaría de esta tranquilidad sin los consejos que os han desviado del camino recto. Os habeis dejado seducir con demasiada facilidad por el odio que vuestra primera muger tenia á la Francia, y habeis participado irreflexiblemente de sus injustos resentimientos contra mis mistros, contra vuestra madre, y contra mí mismo.

Me creí obligado á recordar mis derechos de padre y de rey: os hice arrestar, y hallé en vuestros papeles la prueba de vuestro delito; pero al acabar mi carrera, reducido al dolor de ver perecer á mi hijo en un ca-

dalso, me dejé llevar de mi sensibilidad al ver las lágrimas de vuestra madre. No obstante mis vasallos estaban agitados por las prevenciones engañosas de la faccion de que os habeis declarado caudillo. Desde este instante perdí la tranquilidad de mi vida, y me ví precisado á unir las penas que me causaban los males de mis vasallos á los pesares que debí á las disensiones de mi misma familia.

Se calumniaban mis ministros cerca del emperador de los franceses, el cual creyendo que los españoles se separaban de su alianza, y viendo los espíritus agitados (aun en el seno de mi familia) cubrió bajo varios pretextos mis estados con sus tropas. En cuanto estas ocuparon la ribera derecha del Ebro, y que mostraban tener por objeto mantener la comunicacion con Portugal, tuve la esperanza de que no abandonaria los sentimientos de aprecio y de amistad que siempre me habia dispensado; pero al ver que sus tropas se encaminaban hácia mi capital, conocí la urgencia de reunir mi ejército cerca de mi persona, para presentarme á mi augusto aliado como conviene al rey de las Españas. Hubiera yo aclarado sus dudas, y arreglado mis intereses: dí órden á mis tropas de salir de Portugal y de Madrid, y las reuní sobre varios puntos de mi monarquía, no para abandonar á mis vasallos, sino para sostener dignamente la gloria del trono. Ademas mi larga experiencia me daba á conocer que el emperador de los franceses podia muy bien tener algun deseo conforme á sus intereses y á la política del vasto sistema del continente, pero que estuviese en contradiccion con los intereses de mi casa. ¿Cuál ha sido en estas circunstancias vuestra conducta? El haber introducido el desorden en mi palacio, y amotinado el cuerpo de guardias de corps contra mi persona. Vuestro padre ha sido vuestro prisionero: mi primer ministro que habia yo criado y adoptado en mi familia, cubierto de sangre fue conducido de un calabozo á otro. Habeis desdorado mis canas, y las habeis despojado de una corona poseida con gloria por mis padres, y que habia conservado sin mancha. Os habeis sentado sobre mi trono, y os pusisteis á la disposicion del pueblo de Madrid y de tropas extrangeras que en aquel momento entraban.

Ya la conspiracion del Escorial habia obtenido sus miras: los actos de mi administracion eran el objeto del desprecio público. Anciano y agobiado de enfermedades, no he podido sobrellevar esta nueva desgracia, He recurrido al emperador de los franceses, no como un rey al frente de sus tropas y en medio de la pompa del trono, sino como un rey infeliz y abandonado. He hallado proteccion y refugio en sus reales: le debo la vida, la de la reina, y la de mi primer ministro. He venido en fin hasta Bayona, y habeis conducido este negocio de manera que todo depende de la mediacion de este gran príncipe.

El pensar en recurrir á agitaciones populares es arruinar la España, y conducir á las catástrofes mas horrorosas á vos, á mi reino, á mis vasallos y mi familia. Mi corazon se ha manifestado abiertamente al emperador: conoce todos los ultrajes que he recibido, y las violencias que se me han hecho; me ha declarado que no os reconocerá jamas por rey, y que el enemigo de su padre no podrá inspirar confianza á los extraños. Me ha mostrado ademas cartas de vuestra mano, que hacen ver claramente vuestro odio á la Francia.

En esta situacion, mis derechos son claros, y mucho mas mis deberes. No derramar la sangre de mis vasallos, no hacer nada al fin de mi car-

rera que pueda acarrear asolamiento é incendio á la España, reduciéndola á la mas horrible miseria. Ciertamente que si fiel á vuestras primeras obligaciones y á los sentimientos de la naturaleza hubierais desechado los consejos pérfidos, y que constantemente sentado á mi lado para mi defensa hubierais esperado el curso regular de la naturaleza, que debia señalar vuestro puesto dentro de pocos años, hubiera yo podido conciliar la política y el interés de España con el de todos. Sin duda hace seis meses que las circunstancias han sido críticas; pero por mas que lo hayan sido, aun hubiera obtenido de las disposiciones de mis vasallos, de los débiles medios que aun tenia, y de la fuerza moral que hubiera adquirido, presentándome dignamente al encuentro de mi aliado, á quien nunca diera motivo alguno de queja, un arreglo que hubiera conciliado los intereses de mis vasallos con los de mi familia. Empero arrancándome la corona, habeis deshecho la vuestra, quitándola cuanto tenia de augusta y la hacia sagrada á todo el mundo.

Vuestra conducta conmigo, vuestras cartas interceptadas han puesto una barrera de bronce entre vos y el trono de España; y no es de vuestro interés ni de la patria el que pretendais reinar. Guardaos de encender un fuego que causaria inevitablemente vuestra ruina completa, y la desgracia de España.

Yo soy rey por el derecho de mis padres: mi abdicacion es el resultado de la fuerza y de la violencia, no tengo pues nada que recibir de vos, ni menos puedo consentir á ninguna reunion en junta: nueva necia sugestion de los hombres sin experiencia que os acompañan.

He reinado para la felicidad de mis vasallos, y no quiero dejarles la guerra civil, los motines, las juntas populares y la revolucion. Todo debe hacerse para el pueblo, y nada por él: olvidar esta máxima es hacerse cómplice de todos los delitos que le son consiguientes. Me he sacrificado toda mi vida por mis pueblos; y en la edad á que he llegado no haré nada que esté en oposicion con su religion, su tranquilidad, y su dicha. He reinado para ellos: olvidaré todos mis sacrificios; y cuando en fin esté seguro que la religion de España, la integridad de sus provincias, su independencia y sus privilegios serán conservados, bajaré al sepulcro perdonándoos la amargura de mis últimos años.

Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno á 2 de mayo de 1808. — CÁRLOS. » — (*Cevallos núm.* 8.)

NÚMERO 24.

Carta de Fernando VII á su padre en respuesta á la anterior.

« Mi venerado padre y señor: he recibido la carta que V. M. se ha dignado escribirme con fecha de antes de ayer, y trataré de responder á todos los puntos que abraza con la moderacion y respeto debido á V. M.

Trata V. M. en primer lugar de sincerar su conducta con respecto á la Francia desde la paz de Basilea, y en verdad que no creo haya habido en España quien se haya quejado de ella; antes bien todos unánimes han alabado á V. M. por su constancia y fidelidad en los principios que habia adoptado. Los mios en este particular son enteramente idénticos á los de V. M., y he dado pruebas irrefragables de ello desde el momento en que V. M. abdicó en mí la corona.

La causa del Escorial, que V. M. dá á entender tuvo por orígen el odio que mi muger me habia inspirado contra la Francia, contra los ministros de V. M., contra mi amada madre, y contra V. M. mismo, si se hubiese seguido por todos los trámites legales, habria probado evidentemente lo contrario; y no obstante que yo no tenia la menor influencia, ni mas libertad que la aparente, en que estaba guardado á vista por los criados que V. M. quiso ponerme, los once consejeros elegidos por V. M. fueron unánimemente de parecer que no habia motivo de acusacion, y que los supuestos reos eran inocentes.

V. M. habla de la desconfianza que le causaba la entrada de tantas tropas extrangeras en España, y de que si V. M. habia llamado las que tenia en Portugal, y reunido en Aranjuez y sus cercanías las que habia en Madrid, no era para abandonar á sus vasallos sino para sostener la gloria del trono. Permítame V. M. le haga presente que no debia sorprenderle la entrada de unas tropas amigas y aliadas, y que bajo este concepto debian inspirar una total confianza. Permítame V. M. observarle igualmente que las órdenes comunicadas por V. M. fueron para su viage y el de su real familia á Sevilla; que las tropas las tenian para mantener libre aquel camino, y que no hubo una sola persona que no estuviese persuadida de que el fin de quien lo dirigia todo era trasportar á V. M. y real familia á América. V. M. publicó un decreto para aquietar el ánimo de sus vasallos sobre este particular; pero como seguian embargados los carruages, y apostados los tiros, y se veian todas las disposiciones de un próximo viage á la costa de Andalucía, la desesperacion se apoderó de los ánimos, y resultó el movimiento de Aranjuez. La parte que yo tuve en él, V. M. sabe que no fue otra que ir por su mandado á salvar del furor del pueblo al objeto de su odio, porque le creia autor del viage.

Pregunte V. M. al emperador de los franceses, y S. M. I. le dirá sin duda lo mismo que me dijo á mí en una carta que me escribió á Vitoria; á saber que el objeto del viage de S. M. I. á Madrid era inducir á V. M. á algunas reformas, y á que separase de su lado al príncipe de la Paz, cuya influencia era la causa de todos los males.

El entusiasmo que su arresto produjo en toda la nacion es una prueba evidente de lo mismo que dijo el emperador. Por lo demas V. M. es buen testigo de que en medio de la fermentacion de Aranjuez no se oyó una sola palabra contra V. M., ni contra persona alguna de su real familia; antes bien aplaudieron á V. M. con las mayores demostraciones de júbilo y de fidelidad hácia su augusta persona: asi es que la abdicacion de la corona que V. M. hizo en mi favor sorprendió á todos, y á mí mismo, porque nadie lo esperaba, ni la habia solicitado. V. M. comunicó su abdicacion á todos sus ministros, dándome á reconocer á ellos por su rey y señor natural; la comunicó verbalmente al cuerpo diplomático que residia cerca de su persona, manifestándole que su determinacion procedia de su espontánea voluntad, y que la tenia tomada de antemano. Esto mismo lo dijo V. M. á su muy amado hermano el infante Don Antonio, añadiéndole que la firma que V. M. habia puesto al decreto de abdicacion era la que habia hecho con mas satisfaccion en su vida, y últimamente me dijo V. M. á mí mismo tres dias despues, que no creyese que la abdicacion habia sido involuntaria, como alguno decia, pues habia sido totalmente libre y espontánea.

Mi supuesto odio contra la Francia tan lejos de aparecer por ningun lado, resultará de los hechos que voy á recorrer rápidamente todo lo contrario.

Apenas abdicó V. M. la corona en mi favor, dirijí varias cartas desde Aranjuez al emperador de los franceses, las cuales son otras tantas protestas de que mis principios con respecto á las relaciones de amistad y estrecha alianza, que felizmente subsistian entre ambos estados, eran los mismos que V. M. me habia inspirado, y habia observado inviolablemente. Mi viage á Madrid fue otra de las mayores pruebas que pude dar á S. M. I. de la confianza ilimitada que me inspiraba, puesto que habiendo entrado el príncipe Murat el dia anterior en Madrid con una gran parte de su ejército, y estando la villa sin guarnicion, fue lo mismo que entregarme en sus manos. A los dos dias de mi residencia en la corte se me dió cuenta de la correspondencia particular de V. M. con el emperador, y hallé que V. M. le habia pedido recientemente una princesa de su familia para enlazarla conmigo, y asegurar mas de este modo la union y estrecha alianza que reinaba entre los dos estados. Conforme enteramente con los principios y con la voluntad de V. M., escribí una carta al emperador pidiéndole la princesa por esposa.

Envié una diputacion á Bayona para que cumplimentase en mi nombre á S. M. I.: hice que partiese poco despues mi muy querido hermano el infante Don Cárlos para que lo obsequiase en la frontera; y no contento con esto, salí yo mismo de Madrid en fuerza de las seguridades que me habia dado el embajador de S. M. I., el gran duque de Berg y el general Savary, que acababa de llegar de Paris, y me pidió una audiencia para decirme de parte del emperador que S. M. I. no deseaba saber otra cosa de mí, sino si mi sistema con respecto á la Francia seria el mismo que el de V. M., en cuyo caso el emperador me reconoceria como rey de España, y prescindiria de todo lo demas.

Lleno de confianza en estas promesas, y persuadido de encontrar en el camino á S. M. I., vine hasta esta ciudad, y en el mismo dia en que llegué se hicieron verbalmente proposiciones á algunos sugetos de mi comitiva tan agenas de lo que hasta entonces se habia tratado, que ni mi honor, ni mi conciencia, ni los deberes que me impuse cuando las córtes me juraron por su príncipe y señor, ni los que me impuse nuevamente cuando acepté la corona que V. M. tuvo á bien abdicar en mi favor, me han permitido acceder á ellas.

No comprendo cómo puedan hallarse cartas mias en poder del emperador que prueben mi odio contra la Francia despues de tantas pruebas de amistad como le he dado, y no habiendo escrito yo cosa alguna que lo indique.

Posteriormente se me ha presentado una copia de la protesta que V. M. hizo al emperador sobre la nulidad de la abdicacion; y luego que V. M. llegó á esta ciudad, preguntándole yo sobre ello, me dijo V. M. que la abdicacion habia sido libre, aunque no para siempre. Le pregunté asimismo porqué no me lo habia dicho cuando la hizo, y V. M. me respondió porque no habia querido; de lo cual se infiere que la abdicacion no fue violenta, y que yo no pude saber que V. M. pensaba en volver á tomar las riendas del gobierno. Tambien me dijo V. M. que ni queria reinar, ni volver á España.

A pesar de esto en la carta que tuve la honra de poner en la manos

de V. M., manifestaba estar dispuesto á renunciar la corona en su favor, mediante la reunion de las córtes, ó en falta de estas de los consejos y diputados de los reinos; no porque esto lo creyese necesario para dar valor á la renuncia, sino porque lo juzgo muy conveniente para evitar la repugnancia de esta novedad, capaz de producir choques y partidos, y para salvar todas las consideraciones debidas á la dignidad de V. M., á mi honor y á la tranquilidad de los reinos.

En el caso que V. M. no quiera reinar por sí, reinaré yo en su real nombre ó en el mio, porque á nadie corresponde sino á *mí* el representar su persona, teniendo, como tengo, en mi favor el voto de las leyes y de los pueblos, ni es posible que otro alguno tenga tanto interes como yo en su prosperidad.

Repito á V. M. nuevamente que en tales circunstancias, y bajo dichas condiciones, estaré pronto á acompañar á V. M. á España para hacer allí mi abdicacion en la referida forma: y en cuanto á lo que V. M. me ha dicho de no querer volver á España, le pido con las lágrimas en los ojos, y por cuanto hay de mas sagrado en el cielo y en la tierra, que en caso de no querer con efecto reinar, no deje un pais ya conocido, en que podrá elegir el clima mas análogo á su quebrantada salud, y en el que le aseguro podrá disfrutar las mayores comodidades y tranquilidad de ánimo que en otro alguno.

Ruego por último á V. M. encarecidamente que se penetre de nuestra situacion actual, y de que se trata de excluir para siempre del trono de España nuestra dinastía, substituyendo en su lugar la imperial de Francia; que esto no podemos hacerlo sin el expreso consentimiento de todos los individuos que tienen y puedan tener derecho á la corona, ni tampoco sin el mismo expreso consentimiento de la nacion española reunida en córtes y en lugar seguro; que ademas de esto, hallándonos en un pais extraño, no habria quien se persuadiese que obrábamos con libertad, esta sola circunstancia anularia cuanto hiciésemos, y podria producir fatales consecuencias.

Antes de acabar esta carta permítame V. M. decirle que los consejeros que V. M. llama pérfidos, jamas me han aconsejado cosa que desdiga del respeto, amor y veneracion que siempre he profesado y profesaré á V. M., cuya importante vida ruego á Dios conserve felices y dilatados años. Bayona 4 de mayo de 1808. — Señor. — A. L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo — FERNANDO. » — (*Cevallos núm.* 9.)

NUMERO 25.

Carta de Fernando VII á su padre Cárlos IV.

« Venerado padre y señor: el 1° del corriente puse en las reales manos de V. M. la renuncia de mi corona en su favor. He creido de mi obligacion modificarla con las limitaciones convenientes al decoro de V. M., á la tranquilidad de mis reinos, y á la conservacion de mi honor y reputacion. No sin grande sorpresa he visto la indignacion que han producido en el real ánimo de V. M. unas modificaciones dictadas por la prudencia, y reclamadas por el amor de que soy deudor á mis vasallos.

Sin mas motivo que este ha creido V. M. que podia ultrajarme á la presencia de mi venerada madre y del emperador con los títulos mas

humillantes; y no contento con esto exige de mí que formalice la renuncia sin límites ni condiciones, so pena de que yo y cuantos componen mi comitiva seremos tratados como reos de conspiracion. En tal estado de cosas hago la renuncia que V. M. me ordena, para que vuelva el gobierno de la España á el estado en que se hallaba en 19 de marzo en que V. M. hizo la abdicacion espontánea de su corona en mi favor.

Dios guarde la importante vida de V. M. los muchos años que le desea, postrado á L. R. P. de V. M., su mas amante y rendido hijo — FERNANDO. — PEDRO CEVALLOS. — Bayona 6 de mayo de 1808. » — (*Cevallos núm.* 10.)

NUMERO 26.

Copia del tratado entre Cárlos IV y el emperador de los franceses.

Cárlos IV, rey de las Españas y de las Indias, y Napoleon, emperador de los franceses, rey de Italia y protector de la confederacion del Rin, animados de igual deseo de poner un pronto término á la anarquía á que está entregada la España, y libertar esta nacion valerosa de las agitaciones de las facciones; queriendo asimismo evitarle todas las convulsiones de la guerra civil y extrangera, y colocarla sin sacudimientos políticos en la única situacion que atendida la circunstancia extraordinaria en que se halla puede mantener su integridad, afianzarle sus colonias y ponerla en estado de reunir todos sus recursos con los de la Francia, á efecto de alcanzar la paz marítima: han resuelto unir todos sus esfuerzos y arreglar en un convenio privado tamaños intereses.

Con este objeto han nombrado, á saber:

S. M. el rey de las Españas y de las Indias á S. A. S. Don Manuel Godoy príncipe de la Paz, conde de Evora Monte.

Y S. M. el emperador etc. al señor general de division Duroc gran mariscal de palacio.

Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en lo que sigue:

ART. 1°. S. M. el rey Cárlos, que no ha tenido en toda su vida otra mira que la felicidad de sus vasallos, constante en la idea de que todos los actos de un soberano deben únicamente dirigirse á este fin; no pudiendo las circunstancias actuales ser sino un manantial de disensiones tanto mas funestas, cuanto las desavenencias han dividido su propia familia; ha resuelto ceder, como cede por el presente, todos sus derechos al trono de las Españas y de las Indias á S. M. el emperador Napoleon, como el único que, en el estado á que han llegado las cosas, puede restablecer el órden: entendiéndose que dicha cesion solo ha de tener efecto para hacer gozar á sus vasallos de las condiciones siguientes: 1ª la integridad del reino será mantenida: el príncipe que el emperador Napoleon juzgue deber colocar en el trono de España será independiente, y los límites de la España no sufrirán alteracion alguna. 2ª La religion católica, apostólica, romana será la única en España. No se tolerará en su territorio religion alguna reformada, y mucho menos infiel, segun el uso establecido actualmente.

ART. 2°. Cualesquiera actos contra nuestros fieles súbditos desde la re-

volucion de Aranjuez son nulos y de ningun valor, y sus propiedades les serán restituidas.

ART. 3°. S. M. el rey Cárlos habiendo asi asegurado la prosperidad, la integridad y la independencia de sus vasallos, S. M. el emperador se obliga á dar un asilo en sus estados al rey Cárlos, á su familia, al príncipe de la Paz, como tambien á los servidores suyos que quieran seguirles, los cuales gozarán en Francia de un rango equivalente al que tenian en España.

ART. 4°. El palacio imperial de Compiegne, con los cotos y bosques de su dependencia, quedan á la disposicion del rey Cárlos mientras viviere.

ART. 5°. S. M. el emperador da y afianza á S. M. el rey Cárlos una lista civil de treinta millones de reales, que S. M. el emperador Napoleon le hará pagar directamente todos los meses por el tesoro de la corona.

A la muerte del rey Cárlos dos millones de renta formarán la viudedad de la reina.

ART. 6°. El emperador Napoleon se obliga á conceder á todos los infantes de España una renta anual de 400,000 francos, para gozar de ella perpetuamente asi ellos como sus descendientes, y en caso de extinguirse una rama, recaerá dicha renta en la existente á quien corresponda segun las leyes civiles.

ART. 7°. S. M. el emperador hará con el futuro rey de España el convenio que tenga por acertado para el pago de la lista civil y rentas comprendidas en los artículos antecedentes; pero S. M. el rey Cárlos no se entenderá directamente para este objeto sino con el tesoro de Francia.

ART. 8°. S. M. el emperador Napoleon da en cambio á S. M. el rey Cárlos el sitio de Chambord, con los cotos, bosques y haciendas de que se compone, para gozar de él en toda propiedad y disponer de él como le parezca.

ART. 9°. En consecuencia S. M. el rey Cárlos renuncia, en favor de S. M. el emperador Napoleon, todos los bienes alodiales y particulares no pertenecientes á la corona de España, de su propiedad privada en aquel reino.

Los infantes de España seguirán gozando de las rentas de las encomiendas que tuvieren en España.

ART. 10. El presente convenio será ratificado, y las ratificaciones se canjearán dentro de ocho dias ó lo mas pronto posible.

Fecho en Bayona á 5 de mayo de 1808. — EL PRÍNCIPE DE LA PAZ. — DUROC.

NUMERO 27.

Copia del tratado entre el príncipe de Asturias y el emperador de los franceses.

S. M. el emperador de los franceses etc., y S. A. R. el príncipe de Asturias, teniendo varios puntos que arreglar, han nombrado por sus plenipotenciarios, á saber:

S. M. el emperador al señor general de division Duroc gran mariscal

de palacio, y S. A. el príncipe á Don Juan Escoiquiz consejero de estado de S. M. C., caballero gran cruz de Cárlos III.

Los cuales, despues de canjeados sus plenos poderes, se han convenido en los artículos siguientes:

ART. 1°. S. A. R. el príncipe de Asturias adhiere á la cesion hecha por el rey Cárlos de sus derechos al trono de España y de las Indias en favor de S. M. el emperador de los franceses etc., y renuncia en cuanto sea menester á los derechos que tiene como príncipe de Asturias á dicha corona.

ART. 2°. S. M. el emperador concede en Francia á S. A. el príncipe de Asturias el título de A. R., con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango. Los descendientes de S. A. R. el príncipe de Asturias conservarán el título de príncipe y el de A. Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignitarios del imperio.

ART. 3°. S. M. el emperador cede y otorga por las presentes en toda propiedad á S. A. R. y sus descendientes los palacios, cotos, haciendas de Navarre y bosques de su dependencia hasta la concurrencia de 50,000 *arpents* libres de toda hipoteca, para gozar de ellos en plena propiedad desde la fecha del presente tratado.

ART. 4°. Dicha propiedad pasará á los hijos y herederos de S. A. R. el príncipe de Asturias; en defecto de estos á los del infante Don Cárlos, y asi progresivamente hasta extinguirse la rama. Se expedirán letras patentes y privadas del monarca al heredero en quien dicha propiedad viniese á recaer.

ART. 5°. S. M. el emperador concede á S A. R. 400,000 francos de renta sobre el tesoro de Francia, pagados por dozavas partes mensualmente, para gozar de ella y trasmitirla á sus herederos en la misma forma que las propiedades expresadas en el artículo 4°.

ART. 6°. A mas de lo estipulado en los artículos antecedentes, S. M. el emperador concede á S. A. el príncipe una renta de 600,000 francos, igualmente sobre el tesoro de Francia, para gozar de ella mientras viviere. La mitad de dicha renta formará la viudedad de la princesa su esposa si le sobreviviere.

ART. 7°. S. M. el emperador concede y afianza á los infantes Don Antonio, Don Cárlos y Don Francisco: 1° el título de A. R. con todos los honores y prerogativas de que gozan los príncipes de su rango; sus descendientes conservarán el título de príncipes y el de A. Serma., y tendrán siempre en Francia el mismo rango que los príncipes dignitarios del imperio. 2.° El goce de las rentas de todas sus encomiendas en España, mientras vivieren. 3° Una renta de 400,000 francos para gozar de ella y trasmitirla á sus herederos perpetuamente, entendiendo S. M. I. que si dichos infantes muriesen sin dejar herederos, dichas rentas pertenecerán al príncipe de Asturias, ó á sus descendientes y herederos: todo esto bajo la condicion de que SS. AA. RR. adhieran al presente tratado.

ART. 8°. El presente tratado será ratificado y se canjearán las ratificaciones dentro de ocho dias o antes si se pudiere. — Bayona 10 de mayo de 1808. — DUROC. — ESCOIQUIZ.

NUMERO 28.

Proclama dirigida á los españoles en consecuencia del tratado de Bayona. (*Véase la* Idea sencilla *de Escoiquiz en su núm.* 8.)

« Don Fernando príncipe de Asturias, y los infantes Don Cárlos y Don Antonio, agradecidos al amor y á la fidelidad constante que les han manifestado todos sus españoles, los ven con el mayor dolor en el dia sumergidos en la confusion, y amenazados, de resulta de esta, de las mayores calamidades; y conociendo que esto nace en la mayor parte de ellos de la ignorancia en que estan asi de las cáusas de la conducta que SS. AA. han observado hasta ahora, como de los planes que para la felicidad de su patria estan ya trazados, no pueden menos de procurar darles el saludable desengaño de que necesitan para no estorvar su ejecucion, y al mismo tiempo el mas claro testimonio del afecto que les profesan.

No pueden en consecuencia dejar de manifestarles, que las circunstancias en que el príncipe por la abdicacion del rey su padre tomó las riendas del gobierno, estando muchas provincias del reino y todas las plazas fronterizas ocupadas por un gran número de tropas francesas, y mas de 70,000 hombres de la misma nacion situados en la corte y sus inmediaciones, como muchos datos que otras personas no podrian tener, les persuadieron que rodeados de escollos no tenian mas arbitrio que el de escoger entre varios partidos el que produjese menos males, y eligieron como tal el de ir á Bayona.

Llegados SS. AA. á dicha ciudad, se encontró impensadamente el príncipe (entonces rey) con la novedad de que el rey su padre habia protestado contra su abdicacion, pretendiendo no haber sido voluntaria. No habiendo admitido la corona sino en la buena fé de que lo hubiese sido, apenas se aseguró de la existencia de dicha protesta, cuando su respeto filial le hizo devolverla, y poco despues el rey su padre la renunció en su nombre y en el de toda su dinastía á favor del emperador de los franceses, para que este, atendiendo al bien de la nacion, eligiese la persona y dinastía que hubiesen de ocuparla en adelante.

En este estado de cosas, considerando SS. AA. la situacion en que se hallan, las críticas circunstancias en que se ve la España, y que en ellas todo esfuerzo de sus habitantes en favor de sus derechos parece seria no solo inútil sino funesto, y que solo serviría para derramar rios de sangre, asegurar la pérdida cuando menos de una gran parte de sus provincias y las de todas sus colonias ultramarinas; haciéndose cargo tambien de que será un remedio eficacísimo para evitar estos males el adherir cada uno de SS. AA. de por sí en cuanto esté de su parte á la cesion de sus derechos á aquel trono, hecha ya por el rey su padre; reflexionando igualmente que el expresado emperador de los franceses se obliga en este supuesto á conservar la absoluta independencia y la integridad de la monarquía española, como de todas sus colonias ultramarinas, sin reservarse ni desmembrar la menor parte de sus dominios, á mantener la unidad de la religion católica, las propiedades, las leyes y usos, lo que asegura para muchos tiempos y de un modo incontrastable el poder y la prosperidad de la nacion española; creen SS. AA. darla la mayor muestra de su generosidad, del amor que la profesan, y del agra-

decimiento con que corresponden al afecto que la han debido, sacrificando en cuanto está de su parte sus intereses propios y personales en beneficio suyo, y adhiriendo para esto, como han adherido por un convenio particular á la cesion de sus derechos al trono, absolviendo á los españoles de sus obligaciones en esta parte, y exhortándoles, como lo hacen, á que miren por los intereses comunes de la patria, manteniéndose tranquilos, esperando su felicidad de las sabias disposiciones y del emperador Napoleon, y que prontos á conformarse con ellas crean que darán á su príncipe y á ambos infantes el mayor testimonio de su lealtad, así como SS. AA. se lo dan de su paternal cariño, cediendo todos sus derechos, y olvidando sus propios intereses por hacerla dichosa, que es el único objeto de sus deseos. — Burdeos 12 de mayo de 1808. »

NUMERO 29.

Decreto de Cárlos IV.

« Habiendo juzgado conveniente dar una misma direccion á todas las fuerzas de nuestro reino para mantener la seguridad de las propiedades y la tranquilidad pública contra los enemigos asi del interior como del exterior, hemos tenido á bien nombrar lugarteniente general del reino á nuestro primo el gran duque de Berg, que al mismo tiempo manda las tropas de nuestro aliado el emperador de los franceses. Mandamos al consejo de Castilla, á los capitanes generales y gobernadores de nuestras provincias que obedezcan sus órdenes, y en calidad de tal presidirá la junta de gobierno. Dado en Bayona en el palacio imperial llamado del Gobierno, á 4 de mayo de 1808. — YO EL REY. »

NUMERO 30.

En este dia he entregado á mi amado padre una carta concebida en los términos siguientes :

« Mi venerado padre y señor : para dar á V. M. una prueba de mi amor, de mi obediencia y de mi sumision, y para acceder á los deseos que V. M. me ha manifestado reiteradas veces, renuncio mi corona en favor de V. M., deseando que pueda gozarla por muchos años. Recomiendo á V. M. las personas que me han servido desde el 19 de marzo : confio en las seguridades que V. M. me ha dado sobre este particular. Dios guarde á V. M. muchos años. Bayona 6 de mayo de 1808. — Señor. — A. L. R. P. de V. M. su mas humilde hijo — FERNANDO. »

En virtud de esta renuncia de mi corona que he hecho en favor de mi amado padre, revoco los poderes que habia otorgado á la junta de gobierno antes de mi salida de Madrid para el despacho de los negocios graves y urgentes que pudiesen ocurrir durante mi ausencia. La junta obedecerá las órdenes y mandatos de nuestro muy amado padre y soberano, y las hará ejecutar en los reinos.

Debo, antes de concluir, dar gracias á los individuos de la junta, á las autoridades constituidas y á toda la nacion por los servicios que me han prestado, y recomendarles se reunan de todo corazon á mi padre amado y al emperador, cuyo poder y amistad pueden mas que otra cosa alguna conservar el primer bien de las Españas, á saber : su indepen-

dencia y la integridad de su territorio. Recomiendo asimismo que no os dejeis seducir por las asechanzas de nuestros eternos enemigos, de vivir unidos entre vosotros y con nuestros aliados, y de evitar la efusion de sangre y las desgracias, que sin esto serian el resultado de las circunstancias actuales, si os dejaseis arrastrar por el espíritu de alucinamiento y desunion.

Tendráse entendido en la junta para los efectos convenientes, y se comunicará á quien corresponda. En Bayona á 6 de mayo de 1808. — FERNANDO. » — (*Véase Ofárril y Azanza pág.* 63.)

NUMERO 31.

El Sermo. Sr. gran duque de Berg lugarteniente general del reino, y la junta suprema de gobierno se han enterado de que los deseos de S. M. I. y R. el emperador de los franceses son de que en Bayona se junte una diputacion general de 150 personas, que deberán hallarse en aquella ciudad el dia 15 del próximo mes de junio, compuesta del clero, nobleza y estado general, para tratar allí de la felicidad de toda España, proponiendo todos los males que el anterior sistema le han ocasionado, y las reformas y remedios mas convenientes para destruirlos en toda la nacion, y en cada provincia en particular. A su consecuencia, para que se verifique á la mayor brevedad el cumplimiento de la voluntad de S. M. I. y R., ha nombrado la junta desde luego algunos sugetos, que se expresarán, reservando á algunas corporaciones, á las ciudades de voto en córtes y otras, el nombramiento de los que aquí se señalan, dándoles la forma de ejecutarlo, para evitar dudas y dilaciones, del modo siguiente:

1° Que si en algunas ciudades y pueblos de voto en córtes hubiese turno para la eleccion de diputados, elijan ahora las que lo estan actualmente para la primera eleccion.

2° Que si otras ciudades ó pueblos de voto en córtes tuviesen derecho de votar para componer un voto, ya sea entrando en concepto de media, tercera ó cuarta voz, ó de otro cualquiera modo, elija cada ayuntamiento un sugeto, y remita á su nombre á la ciudad ó pueblo en donde se acostumbre á sortear el que ha de ser nombrado.

3° Que los ayuntamientos de dichas ciudades y pueblos de voto en córtes, asi para esta eleccion como para la que se dirá puedan nombrar sugetos no solo de la clase de caballeros y nobles, sino tambien del estado general, segun en los que hallaren mas luces, experiencia, celo, patriotismo, instruccion y confianza, sin detenerse en que sean o no regidores, que esten ausentes del pueblo, que sean militares, ó de cualquiera otra profesion.

4° Que los ayuntamientos á quienes corresponda por estatuto elegir ó nombrar de la clase de caballeros, puedan elegir en la misma forma grandes de España y títulos de Castilla.

5° Que á todos los que sean elegidos se les señale por sus respectivos ayuntamientos las dietas acostumbradas, ó que estimen correspondientes, que se pagarán de los fondos públicos que hubiere mas á mano.

6° Que de todo el estado eclesiástico deben ser nombrados dos arzobispos, seis obispos, dieciseis canónigos ó dignidades, dos de cada una de las ocho metropolitanas, que deberán ser elegidos por sus cabildos

canónicamente, y veinte curas párrocos del arzobispado de Toledo y obispados que se referirán.

7° Que vayan igualmente seis generales de las órdenes religiosas.

8° Que se nombren diez grandes de España, y entre ellos se comprendan los que ya estan en Bayona, ó han salido para aquella ciudad.

9° Que sea igual el número de los títulos de Castilla, y el mismo el de la clase de caballeros, siendo estos últimos elegidos por las ciudades que se dirán.

10° Que por el reino de Navarra se nombren dos sugetos, cuya eleccion hará su diputacion.

11° Que la diputacion de Vizcaya nombre uno, la de Guipúzcoa otro, haciendo lo mismo el diputado de la provincia de Alava con los consiliarios, y oyendo á su asesor.

12° Que si la isla de Mallorca tuviese diputado en la península, vaya este; y sino el sugeto que hubiese mas á propósito de ella, y se ha nombrado á Don Cristóbal Cladera y Company.

13° Que se ejecute lo mismo por lo tocante á las islas Canarias; y si no hay aqui diputados, se nombre á Don Estanislao Lugo ministro honorario del consejo de las Indias, que es natural de dichas islas, y tambien á Don Antonio Saviñon.

14° Que la diputacion del principado de Asturias nombre asimismo un sugeto de las propias circunstancias.

15° Que el consejo de Castilla nombre cuatro ministros de él, dos el de las Indias, dos el de guerra, el uno militar y el otro togado; uno el de órdenes; otro el de hacienda, y otro el de la inquisicion, siendo los nombrados ya por el de Castilla Don Sebastian de Torres y Don Ignacio Martinez de Villela, que se hallan en Bayona, y Don José Colon y Don Manuel de Lardizabal, asistiendo con ellos el alcalde de casa y corte Don Luis Marcelino Pereira, que está igualmente en aquella ciudad, y los demas los que elijan á pluralidad de votos los mencionados consejos.

16° Que por lo tocante á la marina concurran el bailío Don Antonio Valdes y el teniente general Don José Mazarredo; y por lo respectivo al ejército de tierra el teniente general Don Domingo Cerviño, el mariscal de campo Don Luis Idiaquez, el brigadier Don Andres de Errasti comandante de reales guardias españolas, el coronel Don Diego de Porras capitan de walonas, el coronel Don Pedro de Torres exento de las de corps, todos con el príncipe de Castelfranco capitan general de los reales ejércitos, y con el teniente general duque del Parque.

17° Que en cada una de las tres universidades mayores Salamanca, Valladolid y Alcalá nombre su claustro un doctor.

18° Que por el ramo de comercio vayan catorce sugetos, los cuales serán nombrados por los consulados y cuerpos que se citarán luego.

19° Los arzobispos y obispos nombrados por la junta de gobierno, presidida por S. A. I., son los siguientes: el arzobispo de Burgos, el de Laodicea coadministrador del de Sevilla, el obispo de Palencia, el de Zamora, el de Orense, el de Pamplona, el de Gerona y el de Urgel.

20° Los generales de las órdenes religiosas serán el de san Benito, santo Domingo, san Francisco, mercenarios calzados, carmelitas descalzos y san Agustin.

21° Los obispos que han de nombrar los mencionados veinte curas párrocos deben ser los de Córdoba, Cuenca, Cádiz, Málaga, Jaen, Salamanca,

Almería, Guadix, Segovia, Avila, Plasencia, Badajoz, Mondoñedo, Calahorra, Osma, Huesca, Orihuela y Barcelona, debiendo asimismo nombrar dos el arzobispo de Toledo por la extension y circunstancias de su arzobispado.

22º Los grandes de España que se nombran son el duque de Frias, el de Medinaceli, el de Hijar, el conde de Orgaz, el de Fuentes, el de Fernan-Nuñez, el de Santa Coloma, el marqués de Santa Cruz, el duque de Osuna y el del Parque.

23º Los títulos de Castilla nombrados son el marqués de la Granja y Cartojal, el de Cilleruelo, el de Castellanos, el de la Conquista, el de Ariño, el de Lupiá, el de Bendaña, el de Villa-Alegre, el de Jura-Real y el conde de Polentinos.

24º Las ciudades que han de nombrar sugetos por la clase de caballeros son: Jerez de la Frontera, Ciudad-Real, Málaga, Ronda, Santiago de Galicia, la Coruña, Oviedo, San Felipe de Játiva, Gerona y la villa y corte de Madrid.

25º Los consulados y cuerpos de comercio, que deben nombrar cada uno un sugeto, son: los de Cádiz, Barcelona, Coruña, Bilbao, Valencia, Málaga, Sevilla, Alicante, Burgos, San Sebastian, Santander, el banco nacional de San Cárlos, la compañía de Filipinas y los cinco gremios mayores de Madrid.

Siendo pues la voluntad de S. A. I. y de la suprema junta que todos los individuos que hayan de componer esta asamblea nacional contribuyan por su parte á mejorar el actual estado del reino, encargan á V. muy particularmente que consistiendo en el buen desempeño de esta comision la felicidad de España, presente en la citada asamblea con todo celo y patriotismo las ideas que tenga, ya sobre todo el sistema actual, y ya respecto á esa provincia en particular, adquiriendo de las personas mas instruidas de ella en los diversos ramos de instruccion pública, agricultura, comercio é industria, cuantas noticias pueda, para que en aquellos puntos en que haya necesidad de reforma, se verifique del mejor modo posible; esperando igualmente S. A. y la junta que las ciudades, cabildos, obispos y demas corporaciones, que, segun queda dicho, deberán nombrar personas para la asamblea, elegirán aquellas de mas instruccion, probidad, juicio y patriotismo, y cuidarán de darles y remitirles las ideas mas exactas del estado de la España, de sus males y de los modos y medios de remediarlos, con las observaciones correspondientes no solo á lo general del reino, sino tambien á lo que exijan las particulares circunstancias de las provincias, exhortando V. á todos los miembros de ese cuerpo, y á los españoles celosos de esa ciudad, partido ó pueblo á que instruyan con sus luces y experiencia al que vaya de diputado á Bayona, entregándole ó dirigiéndole igualmente las noticias y reflexiones que consideren útiles al intento.

Todo lo cual participo á V. de órden de S. A. y de la junta para su inteligencia y puntual cumplimiento en la parte que le toca; en el supuesto de que todos los sugetos que han de componer la referida diputacion se han de hallar en Bayona el expresado 15 de junio próximo como se ha dicho; y de que asi por V. como por todos los demas se ha de avisar por mi mano á S. A. y á la junta de los sugetos que se hayan nombrado.

Dios guarde á V. muchos años. Madrid de mayo de 1808.

NOTA. Despues de impresa esta carta se ha excusado el marqués de Cilleruelo, y en su lugar ha nombrado S. A. al conde de Castañeda.

Tambien se ha admitido la excusa del general de carmelitas descalzos, y se ha nombrado en su lugar al de san Juan de Dios.

Ademas el mismo gran duque con acuerdo de la junta ha nombrado seis sugetos naturales de las dos Américas, en esta forma: al marqués de San Felipe y Santiago, por la Habana; á Don José del Moral, por Nueva-Espana; á Don Tadeo Bravo y Rivero, por el Perú; á Don Leon Altolaguirre, por Buenos-Aires; á Don Francisco Cea, por Guatemala, y á Don Ignacio Sanchez de Tejada, por Santa Fé.

LIBRO TERCERO.

—

NUMERO 1.

Las relaciones de los levantamientos de las provincias estan tomadas: 1° de las gacetas, proclamas y papeles de oficio publicados entonces; 2° de relaciones particulares manuscritas dadas por las personas que compusieron las juntas, ó tomaron parte en la insurreccion ó fueron testigos de los acontecimientos.

NUMERO 2.

Este oficio está sacado de la correspondencia manuscrita que tenemos en nuestro poder, y que fue entonces seguida por los diputados con el gobierno de S. M. B. Tambien le insertaron las gacetas de aquel tiempo.

NUMERO 3.

Parliamentary Debates; vol. 11, pag. 885.

NUMERO 4.

Entre las demostraciones extraordinarias que entonces hubo, fue una de ellas el de haber sido recibidos los enviados de Asturias con tales aplausos y aclamaciones el primer dia que asistieron á la ópera en el palco del duque de Gueembury, que se suspendió la representacion cerca de una hora.

NUMERO 5.

Tribuni ut fere semper reguntur a multitudine magis quam regunt. Tit. Liv., lib. 3, cap. 71.

NUMERO 6.

Les Provinciales, 7me lettre. De la méthode de diriger l'intention.

NUMERO 6 BIS.

Don Lorenzo Calvo de Rozas intendente general del ejército y reino de Aragon, secretario de la suprema junta de las córtes del mismo, celebrada en la capital de Zaragoza en el dia 9 del mes de junio del presente año de 1808: — Certifico:

Que reunidos en la sala consistorial de la ciudad los diputados de las de voto en córtes, y de los cuatro brazos del reino, cuyos nombres se anotan al fin, y habiéndose presentado el Excmo. Sr. Don José Rebolledo de Palafox y Melci gobernador y capitan general del mismo, y su presidente, fuí llamado y se me hizo entrar en la asamblea para que ejerciese las funciones de tal secretario, y habiéndolo verificado asi, se me entregó el papel de S. E., que original existe en la secretaría: se leyó y dice asi:

Excmo. Sr.: Consta ya á V. E. que, por el voto unánime de los habitantes de esta capital, fuí nombrado y reconocido de todas las autoridades establecidas como gobernador y capitan general del reino: que cualquiera excusa hubiera producido infinitos males á nuestra amada patria, y sido demasiado funesta para mí.

Mi corazon agitado ya largo tiempo, combatido de penas y amarguras lloraba la pérdida de la patria, sin columbrar aquel fuego sagrado que la vivifica; lloraba la pérdida de nuestro amado rey Fernando VII, esclavizado por la tiranía y conducido á Francia con engaños y perfidias; lloraba los ultrajes de nuestra santa religion, atacada por el ateismo, sus templos violentados sacrílegamente por los traidores el dia 2 de mayo, y manchados con sangre de los inocentes españoles; lloraba la existencia precaria que amenazaba á toda la nacion, si admitia el yugo de un extrangero orgulloso, cuya insaciable codicia excede á su perversidad, y por fin la pérdida de nuestras posesiones en América, y el desconsuelo de muchas familias, unas porque verian convertida la deuda nacional en un crédito nulo, otras que se verian despojadas de sus empleos y dignidades y reducidas á la indigencia ó la mendicidad, otras que gemirian en la soledad la ausencia ó el exterminio de sus hijos y hermanos conducidos al Norte para sacrificarse, no por su honor, por su religion, por su rey, ni por la patria, sino por un verdugo, nacido para azote de la humanidad, cuyo nombre tan solo dejará á la posteridad el triste ejemplo de los horrores, engaños y perfidias que ha cometido, y de la sangre inocente que su proterva ambicion ha hecho derramar.

Llegó el dia 24 de mayo, dia de gloria para toda España, y los habitantes de Aragon, siempre leales, esforzados y virtuosos, rompieron los grillos que les preparaba el artificio, y juraron morir ó vencer. En tal estado lleno mi corazon de aquel noble ardor que á todos nos alienta, renace y se enagena de pensar que puedo participar con mis conciudadanos de la gloria de salvar nuestra patria.

Las ciudades de Tortosa y Lérida invitadas por mí, como puntos muy esenciales, se han unido á Aragon; he nombrado un gobernador en Lérida á peticion de su ilustre ayuntamiento, les he auxiliado con algunas armas y gente, y puedo esperar que aquellas ciudades se sostendrán, y no serán ocupadas por nuestros enemigos.

La ciudad de Tortosa quiere participar de nuestros triunfos: ha conferenciado de mi órden con los ingleses; les ha comunicado el manifiesto

del dia 31 de mayo para que lo circulen en toda Europa, y trata de hacer venir nuestras tropas de Mallorca y de Menorca, siguiendo mis instrucciones; ha enviado un diputado para conferenciar conmigo, y yo he nombrado otro que partió antes de ayer con instrucciones secretas dirigidas al mismo fin, y al de entablar correspondencia con el Austria.

La merindad de Tudela y la ciudad de Logroño me han pedido un gefe y auxilios; quieren defenderse é impedir la entrada en Aragon á nuestros enemigos. He nombrado con toda la plenitud de poderes por mi teniente y por general del ejército destinado á este objeto al Excmo. Sr. marqués de Lazan y Cañizar mariscal de campo de los reales ejércitos, que marchó el dia 6 á las doce de la noche con algunas tropas, y las competentes armas y municiones. No puedo dudar de su actividad, patriotismo y celo, ni dudará V. E.: otros muchos pueblos de Navarra han enviado sus representantes, y la ciudad y provincia de Soria sus diputados. He dispuesto comunicaciones con Santander; establecido postas en el camino de Valencia, y pedido armas y artilleros, dirigiendo por aquella via todos los manifiestos y órdenes publicadas, con encargo de que se circulen á la Andalucía, Mancha, Extremadura, Galicia y Asturias, invitándolos á proceder de acuerdo. He enviado al coronel baron de Versages, y al teniente coronel y gobernador que ha sido en América Don Andrés Boggiero, á organizar y mandar la vanguardia del ejército destinado hácia las fronteras de la Alcarria y Castilla la Nueva.

Para dirigir el ramo de hacienda con la rectitud, energia y acierto que exige tan digna causa, y velar sobre las rentas y fondos públicos, he nombrado por intendente á Don Lorenzo Calvo de Rozas, cuyos conocimientos en este ramo, y cuya probidad incorruptible me son notarias, y me hacen esperar los mas felices resultados. La casualidad de haber enviado aqui á principios de mayo su familia para librarla del peligro, y el temor de permanecer él mismo en Madrid en circunstancias tan críticas, lo trajo á Zaragoza el dia 28 del pasado; lo hice detener, y lo he precisado á admitir este encargo á pesar de que sus negocios y la conservacion de su patrimonio reclamaban imperiosamente su vuelta á Madrid. Fiado este importante ramo á un sugeto de sus circunstancias, presentaré á su tiempo á la nacion el estado de rentas, su procedencia é inversion, y en ellas un testimonio público de la pureza con que se manejarán.

Resta pues el sacrificio que es mas grato á nuestros corazones; que reunamos nuestras voluntades, y aspiremos al fin que nos hemos propuesto. Salvemos la patria, aunque fuera á costa de nuestras vidas, y velemos por su conservacion. Para ello propongo á V.E. los puntos siguientes:

1° Que los diputados de las córtes queden aqui en junta permanente ó nombren otra que se reunirá todos los dias para proponerme y deliberar todo lo conveniente al bien de la patria y del rey.

2° Que V.E. nombre entre sus ilustres individuos un secretario para extender y uniformar las resoluciones, en las cuales debe haber una reserva inviolable, extendiendo por hoy el acuerdo uno de los que se hallan presentes como tales ó el intendente.

3° Que cada diputado corresponda con su provincia, le comunique las disposiciones ya generales ya particulares que tomaré como gefe militar y político del reino, y las que acordarémos para mayor bien de la España.

4° Que la junta medite y me proponga sucesivamente las medidas de hacer compatible con la energia y rapidez que requiere la organizacion del ejército el cuidado de la recoleccion de granos que se aproxima y no debe desatenderse.

5° Que medite y me proponga la adopcion de medios de sostener el ejército que presentará el intendente de él y del reino Don Lorenzo Calvo.

6° Que me proponga todas las disposiciones que crea convenientes tomar para conservar la policía, el buen órden y la fuerza militar en cada departamento del reino.

7° Que cuide de mantener las relaciones con los demas reinos y provincias de España que deben formar con nosotros una misma y sola familia.

8° Que se encargue y cuide de firmar y circular en todo el reino, impresas ó manuscritas, las órdenes emanadas de mí ó de las que con mi acuerdo expidiese la junta de diputados del reino.

9° Que acuerde desde luego si deben ó no concurrir los diputados que vinieren de las provincias ó merindades de fuera del reino de Aragon mediante que la reunion de sus luces puede ser interesante á la defensa de la causa pública.

10° Que decida desde luego la proclamacion de nuestro rey Fernando VII determinando el dia en que haya de verificarse.

11° Que resuelva igualmente acerca de si deben reunirse en un solo punto las diputaciones de las demas provincias y reinos de España, conforme á la anunciado en el manifiesto del 31 de mayo último.

12° Que declare desde luego la urgencia del dia, y que la primera atencion debe ser la defensa de la patria. Zaragoza 9 de julio de 1808. — José de Palafox y Melci.

Acuerdos.

Resolvió la asamblea por aclamacion que se proclamase á Fernando VII, dejando al arbitrio de S. E. señalar el dia en que hubiese de verificarse, que seria cuando las circunstancias lo permitiesen.

La misma asamblea de diputados de las córtes enterada de la exposicion antecedente, despues de manifestar al Excmo. Sr. capitan general su satisfaccion y gratitud por todo cuanto habia ejecutado, y aprobándolo unánimemente, le reconoció por aclamacion como capitan general y gobernador militar y político del reino de Aragon, y lo mismo al intendente.

El Sr. Don Antonio Franquet regidor de la ciudad de Tortosa, que hallándose comisionado en esta capital concurrió á la asamblea, hizo lo mismo á nombre de aquella ciudad, á quien ofreció daria parte de ello.

Acto continuo se leyeron los avisos que se habian pasado á todos los individuos que debian concurrir á la asamblea ó junta de córtes para saber si todos ellos habian sido citados ó se hallaban presentes, y resultó que se habia convocado á todos, y que solo habian dejado de concurrir el Sr. marqués de Tosos, que avisó no podia por estar enfermo, y el Sr. conde de Torresecas que igualmente manifestó su imposibilidad de concurrir.

Se tomó en consideracion el primer punto indicado en el manifiesto

de S. E. que antecede, relativo á si debia quedar permanente la junta de diputados, ó nombrar otra presidida por S. E. con toda la plenitud de facultades, y despues de un serio y detenido exámen acordó unánimemente nombrar una junta suprema compuesta de solo seis individuos y de S. E. como presidente con todas las facultades.

Se nombró en seguida una comision compuesta de doce de los señores vocales tomados de los cuatro brazos del reino, que lo fueron: por lo eclesiástico el señor abad de Monte-Aragon, el señor dean de esta santa iglesia, y el señor arcipreste de Santa Cristina; por el de la nobleza el Excmo. Sr. conde de Sástago, el señor marqués de Fuente Olivar, y el señor marqués de Zafra; por el de hidalgos el señor baron de Alcalá, el señor Don Joaquin María Palacios, y el señor Don Antonio Soldevilla; y por el de la ciudad el señor Don Vicente Lisa, el señor conde de la Florida, y el señor Don Francisco Pequera, para que propusiesen á la asamblea doce candidatos entre los cuales pudiese elegir los seis representantes que con S. E. habian de formar la junta suprema; y habiéndose reunido en una pieza separada los doce señores proponentes que quedan expresados volvieron á entrar en la sala de la junta é hicieron su propuesta en la forma siguiente.

Propusieron para los seis individuos que habian de elegirse y componer la suprema junta al Ilmo. Sr. obispo de Huesca, al M. R. P. prior del sepulcro de Calatayud, al Excmo. Sr. conde de Sástago, al señor regente de la Real Audiencia, á Don Valentin Solanot abad del monasterio de Beruela, arcipreste del Salvador, baron de Alcalá, marqués de Fuente Olivar, baron de Castiel, y don Pedro María Ric. Se procedió en seguida á la votacion por escrutinio y de ella resultó que los propuestos tuvieron los votos siguientes. El señor obispo de Huesca, 32; el prior de Calatayud, 11; el conde de Sástago, 27; Don Antonio Cornel, 33; el señor Regente, 29; Don Valentin Solanot, 11; abad de Beruela, 2; arcipreste del Salvador, 12; baron de Alcalá, 2; marqués de Fuente Olivar, 17; baron de Castiel, 10; y Don Pedro María Ric, 18; resultando electos á pluralidad de votos para individuos de la suprema junta de gobierno los señores Don Antonio Cornel obispo de Huesca, regente de la real Audiencia, conde de Sástago, Don Pedro María Ric, y el marqués de Fuente Olivar, y por muerte ú otra causa legítima que impidiese el ejercicio de su empleo á los electos, lo harian segun uso y costumbre los que les siguen en votos.

Se trató del nombramiento de un secretario para la junta suprema, y toda la asamblea manifestó al Excmo. Sr. capitan general sus deseos de que S. E. indicase una ó dos personas para este destino; S. E. lo rehusó declarando á los señores vocales que nombrasen á quien tuviesen por mas conveniente y á propósito para el buen desempeño, mas al fin condescendiendo con las reiteradas insinuaciones y deseos de la junta propuso para primer secretario al señor Don Vicente Lisa, y para segundo al señor baron de Castiel, que quedaron electos en consecuencia.

Habiendo meditado la junta sobre las proposiciones 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11 y 12, las estimó y tuvo por muy atendibles, y acordó tomarlas en consideracion, para lo cual se reunirian de nuevo todos los señores vocales próponentes y presentes el próximo martes 14 del corriente mes de junio

á las diez de su mañana, y que por el secretario se enviase una copia de dichas proposiciones á cada individuo, y se avisaria á los señores marqués de Tosos y conde de Torresecas que no habian concurrido, por si podian hacerlo, con lo cual se concluyó la sesion quedando todos los señores advertidos para volver sin mas aviso el dia señalado, y se rubricó el acuerdo en borrador por los Excmos. señores capitan general y conde de Sástago, y el Ilmo. Sr. obispo de Huesca, de que certifico y firmo en la ciudad de Zaragoza á 9 de junio de 1808. — LORENZO CALVO DE ROZAS secretario. —Visto bueno. — PALAFOX.

NOTA. Todos los señores vocales manifestaron en seguida su voluntad de nombrar al Excmo. Sr. Don José Rebolledo de Palafox por capitan general efectivo del ejército; mas S. E. dió gracias á la junta y lo resistió absolutamente pidiendo que no constase la indicacion, y expresando que era brigadier de los reales ejércitos nombrado por S. M., y que no admitiria ni deseaba otras gracias ni otra satisfaccion ni ascenso que el ser útil á la patria y sacrificarse en su obsequio y en el de su rey. La junta en consecuencia no insistió en su empeño vista la delicadeza de S. E., y se reservó el llevar á efecto su voluntad en una de las primeras sesiones á que no asistiese S. E., por considerarlo asi de justicia; de todo lo cual certifico *ut supra*.—CALVO.

[Hemos insertado aqui el acta de instalacion de las córtes de Aragon, de que poseemos un ejemplar, por ser documento, aunque entonces impreso, que empieza á ser raro.] *Sigue la lista de los diputados que las compusieron.*

ESTADO ECLESIASTICO.

Ilmo. Sr. obispo de Huesca.
Sr. arcipreste de Tarazona.
Sr. dean de Zaragoza.
Sr. arcipreste de Sta. Maria.
Sr. arcipreste de Sta. Cristina.
Sr. abad de Monte-Aragon.
Sr. abad de Sta. Fé.
Sr. abad de Rueda.
Sr. abad de Beruela.
Sr. prior del sepulcro de Calatayud.

ESTADO DES NOBLES.

Excmo. Sr. conde de Sástago.
Sr. marqués de Sta. Coloma.
Sr. marqués de Fuente Olivar.
Sr. marqués de Zafra.
Sr. marqués de Ariño.
Sr. conde de Sobradiel.
Sr. conde de Torresecas.

ESTADO DE HIJOSDALGO.

Por el partido de Huesca.

Sr. baron de Alcalá.
Sr. Don Joaquin Maria Palacios.

Por el partido de Barbastro.

Sr. Don Antonio Soldevilla.
Sr. Don Francisco Romeo.

Por el partido de Alcañiz.

Sr. de Canduero.
Sr. conde de Samitier.

Por el de Albarracin.

Don Juan Navarro.

Por el de Daroca.

Don Tomas Castillon.
Don Pedro Oseñalde.

CIUDADES DE VOTO EN CORTES.

Zaragoza.

Don Vicente Lisa.

Tarazona.

Don Bartolomé La-Iglesia.

Jaca.

Don Francisco Peguera.

Calatayud.

Don Joaquin Arias Ciria.

Borja.
Don José Guartero.
Teruel.
Sr. conde de la Florida.
Fraga.
Don Domingo Azguer.
Cinco-Villas.
Don Juan Perez.

NUMERO 7.

Mémoires du cardinal de Retz, tome 3.

LIBRO CUARTO.

NUMERO 1°.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 7 de julio de 1808.

NUMERO 2°.

Respuesta dada por el Ilmo. Sr. obispo de Orense á la junta de gobierno, con motivo de haber sido nombrado diputado para la junta de Bayona.

Excmo. Sr.: Muy señor mio: un correo de la Coruña me ha entregado en la tarde del miércoles 25 de este la de V. E. con fecha del 19, por la que, entre lo demas que contiene, me he visto nombrado para asistir á la asamblea que debe tenerse en Bayona de Francia, á fin de concurrir en cuanto pudiese á la felicidad de la monarquía, conforme á los deseos del grande emperador de los franceses, celoso de elevarla al mas alto grado de prosperidad y de gloria.

Aunque mis luces son escasas, en el deseo de la verdadera felicidad y gloria de la nacion no debo ceder á nadie, y nada omitiria que me fuese practicable y creyese conducente á ello. Pero mi edad de 73 años, una indisposicion actual, y otras notorias y habituales me impiden un viage tan largo y con un término tan corto, que apenas basta para él, y menos para poder anticipar los oficios, y para adquirir las noticias é instrucciones que debian preceder. Por lo mismo me considero precisado á exonerarme de este encargo, como lo hago por esta, no dudando que el serenísimo Sr. duque de Berg y la suprema junta de gobierno estimarán justa y necesaria mi súplica de que admitan una excusa y exoneracion tan legítima.

Al mismo tiempo, por lo que interesa al bien de la nacion, y á los designios mismos del emperador y rey, que quiere ser como el ángel de paz y el protector tutelar de ella, y no olvida lo que tantas veces ha manifestado, el grande interés que toma en que los pueblos y soberanos sus aliados aumenten su poder, sus riquezas y dicha en todo género, me tomo la libertad de hacer presente á la junta suprema de gobierno, y por ella al mismo emperador rey de Italia, lo que, antes de tratar de los

asuntos á que parece convocada, diria y protestaria en la asamblea de Bayona si pudiese concurrir á ella.

Se trata de curar males, de reparar perjuicios, de mejorar la suerte de la nacion y de la monarquía, ¿pero sobre qué bases y fundamentos? ¿Hay medio aprobado y autorizado, firme y reconocido por la nacion para esto? ¿Quiere ella sujetarse, y espera su salud por esta via? ¿Y no hay enfermedades tambien que se agrávan y exasperan con las medicinas, de las que se ha dicho: *tangant vulnera sacra nullæ manus?* ¿Y no parece haber sido de esta clase la que ha empleado con su aliado y familia real de España el poderoso protector, el emperador Napoleon? Sus males se han agravado tanto, que está como desesperada su salud. Se ve internada en el imperio francés, y en una tierra que le habia desterrado para siempre; y vuelto á su cuna primitiva, halla el túmulo por una muerte civil, en donde la primera rama fue cruelmente cortada por el furor y la violencia de una revolucion insensata y sanguinaria. Y en estos términos, ¿qué podrá esperar España? ¿Su curacion le será mas favorable? Los medios y medicinas no lo anuncian. Las renuncias de sus reyes en Bayona, é infantes en Burdeos, en donde se cree que no podian ser libres, en donde se han contemplado rodeados de la fuerza y del artificio, y desnudos de las luces y asistencia de sus fieles vasallos: estas renuncias, que no pueden concebirse, ni parecen posibles, atendiendo á las impresiones naturales del amor paternal y filial, y al honor y lustre de toda la familia, que tanto interesa á todos los hombres honrados: estas renuncias que se han hecho sospechosas á toda la nacion, y de las que pende toda la autoridad de que justamente puede hacer uso el emperador y rey, exigen para su validacion y firmeza, y á lo menos para la satisfaccion de toda la monarquía española, que se ratifiquen estando los reyes é infante que las han hecho libres de toda coaccion y temor. Y nada seria tan glorioso para el grande emperador Napoleon, que tanto se ha interasado en ellas, como devolver á la España sus augustos monarcas y familia, disponer que dentro de su seno, y en unas córtes generales del reino hiciesen lo que libremente quisiesen, y la nacion misma, con la independencia y soberanía que la compete, procediese en consecuencia á reconocer por su legítimo rey al que la naturaleza, el derecho y las circunstancias llamasen al trono español.

Este magnánimo y generoso proceder seria el mayor elogio del mismo emperador, y seria mas grande y admirable por él que por todas las victorias y laureles que le coronan y distinguen entre todos los monarcas de la tierra, y aun saldria la España de una suerte funestísima que la amenaza, y podria finalmente sanar de sus males y gozar de una perfecta salud, y dar despues de Dios las gracias, y tributar el mas sincero reconocimiento á su salvador y verdadero protector, entonces el mayor de los emperadores de Europa, el moderado, el justo, el magnánimo, el benéfico Napoleon el grande.

Por ahora la España no puede dejar de mirarlo bajo otro aspecto muy diferente: se entreve, si no se descubre, un opresor de sus príncipes y de ella; se mira como encadenada y esclava cuando se la ofrecen felicidades: obra, aun mas que del artificio, de la violencia y de un ejército numeroso que ha sido admitido como amigo ó por la indiscrecion y timidez, ó acaso por una vil traicion, que sirve á dar una autoridad que no es fácil estimar legítima.

¿Quién ha hecho teniente gobernador del reino al Sermo. Sr. duque de Berg? ¿No es un nombramiento hecho en Bayona de Francia por un rey piadoso, digno de todo respeto y amor de sus vasallos, pero en manos de lados imperiosos por el ascendiente sobre su corazon, y por la fuerza y el poder á que le sometió? ¿Y no es una artificiosa quimera nombrar teniente de su reino á un general que manda un ejército que le amenaza, y renunciar inmediatamente su corona? ¿Solo ha querido volver al trono Cárlos IV para quitarlo á sus hijos? ¿Y era forzoso nombrar un teniente que impidiese á la España por esta autorizacion y por el poder militar cuantos recursos podia tener para evitar la consumacion de un proyecto de esta naturaleza? No solo en España, en toda la Europa dudo se halle persona sincera que no reclame en su corazon contra estos actos extraordinarios y sospechosos, por no decir mas.

En conclusion, la nacion se ve como sin rey, y no sabe á qué atenerse. Las renuncias de sus reyes, y el nombramiento de teniente gobernador del reino, son actos hechos en Francia, y á la vista de un emperador que se ha persuadido hacer feliz á España con darle una nueva dinastía que tenga su orígen en esta familia tan dichosa, que se cree incapaz de producir príncipes que no tengan ó los mismos ó mayores talentos para el gobierno de los pueblos que el invincible, el victorioso, el legislador, el filósofo, el grande emperador Napoleon. La suprema junta de gobierno, á mas de tener contra sí cuanto va insinuado, su presidente armado y un ejército que la cerca obligan á que se la considere sin libertad, y lo mismo sucede á los consejos y tribunales de la corte. ¡Qué confusion, qué caos, y que manantial de desdichas para España! No puede evitarla una asamblea convocada fuera del reino, y sugetos que componiéndola ni pueden tener libertad ni aun teniéndola creerse que la tuvieran. Y si se juntasen á los movimientos tumultuosos que pueden temerse dentro del reino pretensiones de príncipes y potencias extrañas, socorros ofrecidos ó solicitados, y tropas que vengan á combatir dentro de su seno contra los franceses y el partido que les siga; ¿qué desolacion y qué escena podrá concebirse mas lamentable? La compasion, el amor y la solicitud en su favor del emperador podia antes que curarla causarla los mayores desastres.

Ruego pues con todo el respeto que debo se hagan presentes á la suprema junta de gobierno los que considero justos temores y dignos de su reflexion, y aun de ser expuestos al grande Napoleon. Hasta ahora he podido contar con la rectitud de su corazon, libre de la ambicion, distante del dolo y de una política artificiosa, y espero aun que reconociendo no puede estar la salud de España en esclavizarla, no se empeñe en curarla encadenada, porque no está loca ni furiosa. Establézcase primero una autoridad legítima, y trátese despues de curarla.

Estos son mis votos, que no he temido manifestar á la junta y al emperador mismo, porque he contado con que, si no fuesen oidos, serán á lo menos mirados, como en realidad lo son, como efecto de mi amor a la patria y á la augusta familia de sus reyes, y de las obligaciones de consejo, cuyo título temporal sigue al obispado en España. Y sobre todo los contemplo no solo útiles sino necesarios á la verdadera gloria y felicidad del ilustre héroe que admira la Europa, que todos veneran, y á quien tengo la felicidad de tributar con esta ocasion mis humildes y obsequiosos respetos. Dios guarde á V. E. muchos años. Orense 29 de

mayo de 1808. — Excmo. Sr. — B. L. M. de V. E. su afecto capellan. — PEDRO obispo de Orense. — Excmo. Sr. Don Sebastian Piñuela.

NUMERO 3.

Esta proclama está inserta en la Gaceta de Madrid del 14 de junio de 1808.

NUMERO 4.

Esta proclama en el Diario de Madrid de 1º de junio de 1808.

NUMERO 5.

Gaceta de Madrid de 14 de junio de 1808.

NUMERO 6.

Todas estas gratulatorias pueden leerse en el Diario de Madrid del 12 de junio de 1808, y en las gacetas de aquel tiempo.

NUMERO 7.

Esta proclama está inserta en el Diario de Madrid del 15 de junio de 1808.

NUMERO 8.

Habiendo aceptado la cesion de la corona de España que mi muy caro y muy amado hermano el emperador de los franceses etc. hizo á favor de mi persona, segun el aviso que se comunicó al consejo con fecha de 4 del corriente, he venido en nombrar por mi lugarteniente general á S. A. I. y R. el gran duque de Berg, segun se lo participo con esta fecha, encargándole que haga expedir todos los decretos que convengan, á fin de que los tribunales y los empleados de todas clases continúen en el ejercicio de sus funciones respectivas; por exigirlo así el bien general del reino, que es y será siempre el objeto de mis desvelos. Tendrálo entendido el consejo para su inteligencia y cumplimiento en la parte que le toca. —YO EL REY.—En Bayona á 10 de junio de 1808. — Al decano del consejo

NUMERO 9.

El augusto emperador de los franceses, nuestro muy caro y muy amado hermano, nos ha cedido todos los derechos que habia adquirido á la corona de las Españas por los tratados ajustados en los dias 5 y 10 de mayo próximo pasado. La providencia, abriéndonos una carrera tan vasta, sin duda que ha penetrado nuestras intenciones: la misma nos dará fuerzas para hacer la felicidad del pueblo generoso que ha confiado á nuestro cuidado. Solo ella puede leer en nuestra alma, y no serémos felices hasta el dia en que correspondiendo á tantas esperanzas, podamos darnos á nosotros mismo el testimonio de haber llenado el glorioso cargo que se nos ha impuesto. La conservacion de la santa religion de nuestros mayores en el estado próspero en que la encontramos, la integridad y

la independencia de la monarquía serán nuestros primeros deberes. Tenemos derecho para contar con la asistencia del clero, de la nobleza y del pueblo, á fin de hacer revivir aquel tiempo en que el mundo entero estaba lleno de la gloria del nombre español; y sobre todo deseamos establecer el sosiego, y fijar la felicidad en el seno de cada familia por medio de una buena organizacion social. Hacer el bien público con el menor perjuicio posible de los intereses particulares será el espíritu de nuestra conducta; y por lo que á nos toca, como nuestros pueblos sean dichosos, en su felicidad cifrarémos toda nuestra gloria. A este precio ningun sacrificio nos será costoso. Para el bien de la España, y no para el nuestro, nos proponemos reinar. El consejo lo tendrá entendido, y lo comunicará á nuestros pueblos. — YO EL REY. — En Bayona á 10 de junio de 1808. — Al decano del consejo.

NUMERO 10.

Este discurso está inserto en el suplemento á la Gaceta de Madrid del 21 de junio de 1808.

NUMERO 11.

Señor: todos los españoles que componen la comitiva de SS. AA. RR. los príncipes Fernando, Cárlos y Antonio, noticiosos por los papeles públicos de la instalacion de la persona de V. M. C. en el trono de la patria de los exponentes, con el consentimiento de toda la nacion, procediendo consecuentes al voto unánime, manifestado al emperador y rey en la nota adjunta, de permanecer españoles sin substraerse de sus leyes en modo alguno, antes bien queriendo siempre subsistir sumisos á ellas, consideran como obligacion suya muy urgente la de conformarse con el sistema adoptado por su nacion, y rendir como ella sus mas humildes homenages á V. M. C., asegurándole tambien la misma inclinacion, el mismo respeto y la misma lealtad que han manifestado al gobierno anterior, de la cual hay las pruebas mas distinguidas; y creyendo que esta misma fidelidad pasada será la garantía mas segura de la sinceridad de la adhesion que ahora manifiestan, jurando como juran obediencia á la nueva constitucion de su pais, y fidelidad al rey de España José 1º.

La generosidad de V. M. C., su bondad y su humanidad, les hacen esperar que considerando la necesidad que estos príncipes tienen de que los exponentes continuen sirviéndoles en la situacion en que se hallan, se dignará V. M. C. confirmar el permiso que hasta ahora han tenido de S. M. I. y R. para permanecer aquí: y asimismo continuarles por atencion á los mismos príncipes con igual magnanimidad el goce de los bienes y empleos que tenian en España, con las otras gracias que á peticion suya les tiene concedidas S. M. I. y R., hermano augusto de V. M. C., y constan de la adjunta nota que tienen el honor de presentar á los pies de V. M. C. con la mas humilde súplica.

Una vez asegurados por este medio de que sirviendo á sus AA. RR. serán considerados como vasallos fieles de V. M. C. y como españoles verdaderos, prontos á obedecer ciegamente la voluntad de V. M. C. hasta en lo mas mínimo; si se les quisiese dar otro destino participarán completamente de la satisfaccion de todos sus compatriotas, á quienes

debe hacer dichosos para siempre un monarca tan justo, tan humano y tan grande en todo sentido como V. M. C.

Ellos dirigen á Dios los votos mas fervorosos y unánimes para que se verifiquen estas esperanzas, y para que Dios se digne conservar por muchos años la preciosa vida de V. M. C. En fin con el mas profundo y mas sincero respeto, tienen el honor de ponerse á los pies de V. M. C. sus mas humildes servidores y fieles súbditos en nombre de todas las personas de la comitiva de los príncipes. — EL DUQUE DE SAN CARLOS, DON JUAN ESCOIQUIZ, EL MARQUÉS DE AYERBE, EL MARQUÉS DE FERIA, DON ANTONIO CORREA, DON PEDRO MACANAZ. — Valencey 22 de junio de 1808. — (*Llorente, tomo* 1, *pag.* 105.)

NUMERO 12.

He recibido con sumo gusto la carta de V. M. I y. R. de 15 del corriente, y le doy gracias por las expresiones afectuosas con que me honra, y con las cuales yo he contado siempre. Las repito á V. M. I. por su bondad en favor de la solicitud del duque de San Cárlos y de Don Pedro Macanaz, que tuve el honor de recomendar. Doy muy sinceramente en mi nombre y de mi hermano y tio á V. M. I. la enhorabuena de la satisfaccion de ver instalado á su querido hermano en el trono de España. Habiendo sido objeto de todos nuestros deseos la felicidad de la generosa nacion que habita su vasto territorio, no podemos ver á la cabeza de ella un monarca mas digno, ni mas propio por sus virtudes para asegurársela, ni dejar de participar al mismo tiempo del grande consuelo que nos da esta circunstancia. Deseamos el honor de profesar amistad con S. M., y este afecto nos ha dictado la carta adjunta que me atrevo á incluir, rogando á V. M. I. que despues de leida se digne presentarla á S. M. C. Una mediacion tan respetable nos asegura que será recibida con la cordialidad que deseamos. Sire : perdonad una libertad que nos tomamos, por la confianza sin límites que V. M. I. nos ha inspirado. Y con la seguridad de todo nuestro afecto y respeto, permitid que yo le renueve los mas sinceros é invariables sentimientos, con los cuales tengo el honor de ser, Sire, de V. M. I. y R. su muy húmilde y muy obediente servidor. — FERNANDO. — (*Llorente, tomo* 4, *pag.* 102.)

NOTA. La carta escrita á José que se cita en la anterior, la oyeron todos los diputados de Bayona y se quedó con el original Don Miguel José de Azanza.

NUMERO 13.

En la Gaceta de Madrid del 13 de julio de 1808 y siguientes.

NUMERO 14.

Marqués de San Felipe en sus Comentarios, año de 1700.

NUMERO 15.

Capitulaciones ajustadas entre los respectivos generales de los ejércitos español y francés.

Los Excmos. Sres. conde de Tilly, y Don Francisco Javier Castaños general en gefe del ejército de Andalucía, queriendo dar una prueba de

su alta estimacion al Excmo. Sr. general Dupont, grande águila de la legion de honor etc., asi como al ejército de su mando por la brillante y gloriosa defensa que han hecho contra un ejército muy superior en número, y que le envolvia por todas partes, y el Sr. general Chabert encargado con plenos poderes por S. E. el Sr. general en gefe del ejército francés, y el Excmo. Sr. general Marescot grande águila, etc., han convenido en los artículos siguientes :

1° Las tropas del mando del Excmo. Sr. general Dupont quedan prisioneras de guerra, exceptuando la division de Vedel y otras tropas francesas que se hallan igualmente en Andalucía.

2° La division del general Vedel, y generalmente las demas tropas francesas de la Andalucía que no se hallan en la posicion de las comprendidas en el artículo antecedente, evacuarán la Andalucía.

3° Las tropas comprendidas en el artículo 2° conservarán generalmente todo su bagage; y para evitar todo motivo de inquietud durante su viage dejarán su artillería, tren y otras armas al ejército español, que se encarga de devolvérselas en el momento de su embarque.

4° Las tropas comprendidas en el artículo 1° del tratado saldrán del campo con los honores de la guerra, dos cañones á la cabeza de cada batallon y los soldados con sus fusiles que se rendirán y entregarán al ejército español á cuatrocientas toesas del campo.

5° Las tropas del general Vedel y otras que no deben rendir sus armas, las colocarán en pabellones sobre su frente de banderas, dejando del mismo modo su artillería y tren, formándose el correspondiente inventario por oficiales de ambos ejércitos, y todo les será devuelto, segun queda convenido en el artículo 3°.

6° Todas las tropas francesas de Andalucía pasarán á Sanlúcar y Rota por los tránsitos que se les señale, que no podrán exceder de cuatro leguas regulares al dia con los descansos necesarios para embarcarse en buques con tripulacion española, y conducirlos al puerto de Rochefort en Francia.

7° Las tropas francesas se embarcarán asi que lleguen al puerto de Rota, y el ejército español garantirá la seguridad de su travesía contra toda empresa hostil.

8° Los señores generales, gefes y demas oficiales conservarán sus armas, y los soldados sus mochilas.

9° Los alojamientos, víveres y forrages durante la marcha y travesía se suministrarán á los señores generales y demas oficiales, asi como á la tropa á proporcion de su empleo, y con arreglo á los goces de las tropas españolas en tiempo de guerra.

10° Los caballos que segun sus empleos corresponden á los señores generales, gefes y oficiales del estado mayor se trasportarán á Francia mantenidos con la racion de tiempo de guerra.

11° Los señores generales conservarán cada uno un coche y un carro; los gefes y oficiales de estado mayor un coche solamente exentos de reconocimiento, pero sin contravenir á los reglamentos y leyes del reino.

12° Se exceptuan del artículo antecedente los carruages tomados en Andalucía, cuya inspeccion hará el general Chabert.

13° Para evitar la dificultad del embarque de los caballos de los cuerpos de caballería y los de artillería comprendidos en el artículo 2° se

dejarán unos y otros en España pagando su valor, segun el aprecio que se haga por dos comisionados español y francés.

14° Los heridos y enfermos del ejército francés que queden en los hospitales se asistirán con el mayor cuidado y se enviarán á Francia con escolta segura, asi que se hallen buenos.

15° Como en varios parages, particularmente en el ataque de Córdoba, muchos soldados, á pesar de las órdenes de los señores generales y del cuidado de los señores oficiales, cometieron excesos que son consiguientes é inevitables en las ciudades que hacen resistencia al tiempo de ser tomadas, los señores generales y demas oficiales tomarán las medidas necesarias para encontrar los vasos sagrados que pueden haberse quitado y entregarlos si existen.

16° Los empleados civiles que acompañan al ejército francés no se considerarán prisioneros de guerra, pero sin embargo gozarán durante su trasporte á Francia todas las ventajas concedidas á las tropas francesas, con proporcion á sus empleos.

17° Las tropas francesas empezarán á evacuar la Andalucía el dia 23 de julio. Para evitar el gran calor se efectuará por la noche la marcha, y se conformarán con la jornada diaria que arreglarán los señores gefes del estado mayor español y francés, evitando el que las tropas pasen por las ciudades de Córdoba y Jaen.

18° Las tropas francesas en su marcha irán escoltadas de tropa española, á saber: 300 hombres de escolta por cada columna de 3000 hombres, y los señores generales serán escoltados por destacamentos de caballería de línea.

19° A la marcha de las tropas precederán siempre los comisionados español y francés para asegurar los alojamientos y víveres necesarios, segun los estados que se les entregarán.

20° Esta capitulacion se enviará desde luego á S. E. el duque de Róvigo general en gefe de los ejércitos franceses en España, con un oficial francés escoltado por tropa de línea española.

21° Queda convenido entre los dos ejércitos que se añadirán como suplemento á esta capitulacion los artículos de cuanto pueda haberse omitido para aumentar el bienestar de los franceses durante su permanencia y pasage en España. — Firmado.

Artículos adicionales igualmente autorizados.

1° Se facilitarán dos carretas por batallon para trasportar las maletas de los señores oficiales.

2° Los señores oficiales de caballería de la division del señor general Dupont conservarán sus caballos solamente para hacer su viage y los entregarán en Rota, punto de su embarco, á un comisionado español encargado de recibirlos. La tropa de caballería de guardia del señor general en gefe gozará la misma facultad.

3° Los franceses enfermos que estan en la Mancha asi como los que haya en Andalucía, se conducirán á los hospitales de Andújar, ú otro que parezca mas conveniente.

Los convalecientes les acompañarán á medida que se vayan curando; se conducirán á Rota, donde se embarcarán para Francia bajo la misma garantía mencionada en el artículo 6° de la capitulacion.

4o Los Excmos. Sres. conde de Tilly y general Castaños, prometen interceder con su valimiento para que el señor general Erselinaut, el señor coronel La Grange y el señor teniente coronel Roseti, prisioneros de guerra en Valencia, se pongan en libertad, y conduzcan á Francia bajo la misma garantía expresada en el artículo anterior. — Firmado. — (*Véase la Lealtad española, tomo 2º.*)

NUMERO 16.

Mémoires du duc de Rovigo, volum. 3, cap. 18.

LIBRO QUINTO.

—

NUMERO 1º.

Numantia, quantum Carthaginis, Capuæ, Corinthi opibus inferior, ita virtutis nomine et honore par omnibus, summumque, si viros æstimes, Hispaniæ decus: quippe quæ sine muro, sine turribus, modice edito in tumulo apud flumen Durium sita, quatuor millibus Celtiberorum, quadraginta millium exercitum per annos quatuordecim sola sustinuit; nec sustinuit modo, sed sævius aliquanto perculit, pudendisque fœderibus affecit. — L. A. Flori, lib. 2, cap. 18.

NUMERO 2º.

Annales d'Espagne et de Portugal par Don Juan Alvarez de Colmenar, tomo 3º, pág. 431, edicion de Amsterdam.

NUMERO 3º.

Respuesta dada á la intimacion del general Lefèvre comandante en gefe del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, publicada en la Gaceta del 20 de junio de 1808.

Zaragoza es mi cuartel general á 18 de junio.

Si S. M. el emperador envia á V. á restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este pais, es bien inútil se tome S. M. estos cuidados. Si debo responder á la confianza que me ha hecho este valeroso pueblo sacándome del retiro en que estaba para poner en mi mano su custodia, es claro que no llenaria mi deber abandonándole á la apariencia de una amistad tan poco verdadera.

Mi espada guarda las puertas de la capital, y mi honor responde de su seguridad: no deben tomarse pues este trabajo esas tropas que aun estarán cansadas de los dias 15 y 16. Sean enhorabuena infatigables en sus lides; yo lo seré en mis empeños.

Lejos de haberse apagado el incendio que levantó la indignacion española, á vista de tantas alevosías se eleva por momentos.

Se conoce que las espías que V. paga son infieles. Gran parte de Cataluña se ha puesto bajo mi mando: lo mismo ha hecho otra no menor de Castilla. Los capitanes generales de esta y de Valencia estan unidos conmigo. Galicia, Extremadura, Asturias y los cuatro reinos de Andalucía estan resueltos á vengar sus agravios. Las tropas francesas cometen atrocidades indignas de hombres; saquean, insultan y matan impunemente á los que ningun mal les han hecho: ultrajan la religion, y queman sus sagradas imágenes de un modo inaudito.

Ni esto ni el todo que V. observa, aun despues de los dios 15 y 16 son propios para satisfacer á un pueblo valiente: V. hará lo que quiera; y yo haré lo que debo. — B. L. M. de V. — EL GENERAL DE LAS TROPAS DE ARAGON.

NUMERO 4.

Segunda y última respuesta dada al general del ejército francés que sitiaba á Zaragoza, en 27 de junio de 1808.

El intendente de este ejército y reino me ha trasmitido las proposiciones que V. le ha hecho, reducidas á que yo permita la entrada en esta capital de las tropas francesas que estan bajo su mando, que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices, conduciéndose como amigos, segun lo han hecho en los demas pueblos de España que han ocupado, ó bien si no me conformáre á esto que se rinda la ciudad á discrecion. Los medios que ha empleado el gobierno francés para ocupar las plazas que le quedan en España, y la conducta que ha observado su ejército han podido persuadir á V. la respuesta que yo daria á sus proposiciones. El Austria, la Italia, la Holanda, la Polonia, Suecia, Dinamarca y Portugal presentan, no menos que este pais, un cuadro muy exacto de la confianza que debe inspirar el ejército francés.

Esta ciudad y las valerosas tropas que la guardan han jurado morir antes que sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, en donde solo quedan ya restos del ejército francés, está resuelta á lo mismo.

Tenga V. presentes las contestaciones que le dí ocho dias ha, y los decretos de 31 de mayo y 18 de este mes, que se le incluyeron, y no olvide V. que una nacion poderosa y valiente, decidida á sostener la justa causa que defiende, es invencible y no perdonará los delitos que V. ó su ejército cometan. Zaragoza 26 de junio de 1808. — Por el capitan general de Aragon, EL MARQUES DE LAZAN.

NUMERO 5.

..... Καὶ δι' ἐλαχίστου καιροῦ τυχης ἅμα ἀκμῆτης δόξης μᾶλλον ἢ τοῦ δέους ἀπηλλάμησαν.

(THUCYD. II, 42.)

NUMERO 6.

Artículos del convenio hecho entre el viccalmirante Siniavin caballero de la órden de San Alejandro, y el almirante sir Cárlos Cotton baronet, para la rendicion de la escuadra rusa anclada en la ribera del Tajo, publicados en la Gaceta extraordinaria de Lóndres de 16 *de setiembre.*

1º Los navíos de guerra del emperador de Rusia que estan en el Tajo se entregarán inmediatamente al almirante sir Cárlos Cotton con todas sus municiones : serán enviados á Inglaterra, en donde los tendrá S. M. B. como en depósito para restituir á S. M. I. seis meses despues de la conclusion de la paz entre S. M. B. y S. M. I. el emperador de todas las Rusias.

2º El viccalmirante Siniavin con todos los oficiales marinos y marineros que estan á sus órdenes, volverán á Rusia sin ninguna condicion ó estipulacion que les impida servir en lo sucesivo : serán convoyados por gentes de guerra y navíos propios á expensas de S. M. B.

Dado y concluido á bordo del navío Twairdai en el Tajo y á bordo del Ibernia navío de S. M. B. en la embocadura de la ribera, á 8 de setiembre de 1808. — Signado. — DE SINIAVIN. — CÁRLOS COTTON.

NUMERO 7.

Convencion definitiva para la evacuacion de Portugal por las tropas francesas, publicada en la Gaceta extraordinaria de Lóndres.

Los generales en gefe de los ejércitos inglés y francés en Portugal, habiendo determinado negociar y concluir un tratado para la evacuacion de este reino por las tropas francesas sobre las bases del concluido el 22 del presente para una suspension de armas, han habilitado á los infrascriptos oficiales para negociarlo en su nombre; á saber : de parte del general en gefe del ejército británico al teniente coronel Murray, cuartelmaestre general, y de la del general en gefe del francés á Mr. Kellermad general de division, á quienes han dado la facultad necesaria para negociar y concluir un convenio al efecto, sujetos sin embargo á su ratificacion respectiva, y á la del almirante comandante de la escuadra británica en la embocadura del Tajo. Los oficiales despues de haber cangeado sus plenos poderes se han convenido en los artículos siguientes :

1º Todas las plazas y fuertes del reino de Portugal ocupados por las tropas francesas se entregarán al ejército británico en el estado en que se hallen al tiempo de firmarse este tratado. 2º Las tropas francesas evacuarán á Portugal con sus armas y bagages; no serán consideradas como prisioneras de guerra, y á su llegada á Francia tendrán libertad para servir. 3º El gobierno inglés suministrará los medios de trasporte para el ejército francés, que desembarcará en uno de los puertos de Francia entre Rochefort y Lorient inclusivamente. 4º El ejército francés llevará consigo toda su artillería de calibre francés con lo á ella anejo. Toda la demas artillería, armas, municiones, como tambien

los arsenales militares y navales, serán entregados al ejército y navíos británicos en el estado en que se hallen al tiempo de la ratificacion de este tratado. 5º El ejército francés llevará consigo todos sus equipages, y todo lo que se comprende bajo el nombre de propiedad de un ejército, y se le permitirá disponer de la parte de ella que el comandante en gefe juzgue inútil para embarcar. Del mismo modo todos los individuos del ejército tendrán libertad para disponer de su propiedad privada, con plena seguridad en lo sucesivo para los compradores. 6º La caballería podrá embarcar sus caballos, así como tambien los generales y oficiales de cualquiera graduacion, quedando á disposicion de los comandantes británicos los medios de trasportarlos: el número de caballos que podrán embarcar las tropas no excederá de 600, ni el de los gefes de 200. De todos modos el ejército francés tendrá libertad para disponer de los que no puedan embarcarse. 7º El embarco se hará en tres divisiones, y la última de ellas se compondrá de las guarniciones de las plazas, de la caballería, artillería, enfermos y equipage del ejército. La primera division se embarcará dentro de siete dias de la fecha de la ratificacion. 8º La guarnicion de Yelbes y sus fuertes de Peniche y Palmela se embarcará en Lisboa. La de Almeida en Oporto ó en el puerto mas cercano. 9º Todos los enfermos ó heridos que no puedan embarcarse con las tropas se confian al ejército británico, cuyo gobierno pagará lo que gasten mientras esten en este pais, quedando de cuenta de la Francia abonarlo cuando marchen. El gobierno inglés proporcionará su vuelta á Francia por destacamentos como de 200 hombres á un tiempo. 10º Luego que los barcos que lleven el ejército á Francia lo hayan desembarcado en los puertos arriba dichos, ó en cualquiera otro de aquel pais adonde el temporal los fuerce á ir, se les proporcionará toda comodidad para volver á Inglaterra sin dilacion y seguridad, ó pasaporte para no ser apresados hasta que lleguen á un puerto amigo. 11º El ejército francés se reconcentrará en Lisboa y dos leguas al rededor. El inglés á tres leguas, por manera que haya siempre una entre los dos ejércitos. 12º Los fuertes de San Julian, Buxio y Cascaes serán ocupados por las tropas británicas cuando se ratifique este convenio. Lisboa y su ciudadela con los fuertes y baterías, el lazareto y el fuerte de San José los ocuparán cuando se embarque la segunda division, como tambien el puerto con todas las embarcaciones armadas. Las fortalezas de Yelbes, Almeida, Peniche y Palmela se entregarán á las tropas británicas así que lleguen para ocuparlas. El general en gefe inglés noticiará á las guarniciones de estas plazas y á las tropas que las sitian este convenio para poner fin á las hostilidades. 13. Se nombrarán comisionados por ambas partes para acelerar la ejecucion de este convenio. 14º Si se suscitase alguna duda sobre la inteligencia de algun artículo, se interpretará á favor del ejército francés. 15º Desde la ratificacion todas las deudas atrasadas de contribuciones, requisiciones, etc. no podrán reclamarse por el gobierno francés contra los portugueses, ni ningun otro que resida en este pais; pues todo lo que se haya pedido é impuesto despues que el ejército francés entró en Portugal por diciembre de 1807, y no se haya pagado aun, queda cancelado, y se levantan los embargos puestos en los bienes de los deudores para que se les restituya y queden á su libre disposicion. 16º Todos los súbditos de Francia ó de cualquier otra potencia su aliada ó amiga que se hallen en Portugal con domicilio ó sin él, serán protegidos, sus propiedades serán respeta-

das, y tendrán libertad para acompañar al ejército francés, ó permanecer aqui. En todo caso se les asegura su propiedad con la libertad de retenerla ó de disponer de ella; y pasando el producto de la venta á Francia ó cualquier otro pais adonde vayan á fijar su residencia, se les concede un año para el intento. Sin embargo ninguna de estas estipulaciones podrá servir de pretexto para una especulacion comercial. 17º Ningun portugués será responsable por su conducta política durante la ocupacion de este pais por el ejército francés; y todos los que han continuado en el ejercicio de sus empleos, ó que los han aceptado durante el gobierno francés, quedan bajo la proteccion de los comandantes ingleses, quienes les sostendrán para que no se les cause vejacion en sus personas y bienes; y podrán tambien aprovecharse de las estipulaciones del artículo 16º. 18º Las tropas españolas detenidas á bordo de los navíos en el puerto de Lisboa, serán entregadas al general en gefe inglés, quien se obliga á obtener de los españoles la restitucion de los súbditos franceses, sean militares ó civiles, que hayan sido detenidos en España, sin haber sido hechos prisioneros en batalla, ó en consecuencia de operaciones militares, sino con ocasion del 29 de mayo y dias siguientes. 19º Inmediatamente se hará un cange de prisioneros de todas graduaciones que se hayan hecho en Portugal desde el principio de las presentes hostilidades. 20º Para la recíproca garantía de este convenio se entregarán rehenes de la clase de oficiales generales por parte del ejército francés, del inglés y de su armada. El oficial del ejército británico será restituido luego que se dé cumplimiento á los artículos pertenecientes al ejército: el de la escuadra y el francés cuando las tropas hayan desembarcado en su pais. 21º Se permitirá al general francés enviar un oficial á Francia con el presente convenio, y el almirante británico le dará una embarcacion que le convoye á Burdeos ó á Rochefort. 22º Se hará porque el almirante británico acomode á S. E. el general en gefe y oficiales principales del ejército francés á bordo de los navíos de guerra. Dado y concluido en Lisboa á 30 de agosto de 1808. — Firmado. — Jorge Murray. — Kellerman.

Artículos adicionales.

1º Los empleados civiles del ejército hechos prisioneros, sea por las tropas británicas ó por las portuguesas en cualquier parte de Portugal, serán restituidos, como de costumbre, sin cange.

2º El ejército francés subsistirá de sus propios almacenes hasta el dia del embarco, y la guarnicion hasta la evacuacion de las fortalezas. El remanente de los almacenes se entregará en la forma acostumbrada al gobierno británico, quien se encarga de la subsistencia y caballos del ejército desde el tiempo referido hasta su llegada á Francia, con la condicion de ser reembolsado por el gobierno francés del exceso de gastos á la estimacion que por ambas partes se dé á los almacenes entregados al ejército inglés. Las provisiones que esten á bordo de los navíos de guerra de que está en posesion el ejército francés, se tomarán en cuenta por el gobierno inglés asi como los almacenes de la fortaleza.

3º El general en gefe de las tropas británicas tomará las medidas necesarias para restablecer la libre circulacion de los medios de subsistencia entre el pais y la capital. — Dado, etc.

NUMERO 8.

En la corte palacio de la reina el 4 *de julio de* 1808. *Presente en el consejo de S. M. el rey.*

Habiendo S. M. tomado en consideracion los esfuerzos gloriosos de la nacion española para libertar su pais de la tiranía y usurpacion de Francia, y los ofrecimientos que ha recibido de varias provincias de España de su disposicion amistosa hácia este reino; se ha dignado mandar y manda por la presente de acuerdo con su consejo privado:

1° Que todas las hostilidades contra España de parte de S. M. cesen inmediatamente.

2° Que se levante el bloqueo de todos los puertos de España, á excepcion de los que se hallan todavía en poder de los franceses.

3° Que todos los navíos ó buques pertenecientes á España sean libremente admitidos en los puertos de los dominios de S. M. como lo fueron antes de las hostilidades.

4° Que todas las embarcaciones españolas que sean encontradas por la mar por los navíos ó corsarios de S. M., sean tratadas como las de las naciones amigas, y se les permita hacer todo tráfico permitido á las neutrales.

5° Que todos los navíos ó mercaderías pertenecientes á los individuos establecidos en las colonias españolas, que fueren detenidos por los navíos de S. M. despues de la fecha de la presente, han de ser conducidos al puerto, y conservados cuidadosamente en segura custodia hasta que se averigüe si las colonias donde residen los dueños de los referidos navíos ó efectos han hecho causa comun con España contra el poder de la Francia.

Y SS. EE. los comisionados de la real tesorería, los secretarios de estado de S. M., los comisionados del almirantazgo, y los jueces de los tribunales del vicealmirantazgo, han de tomar para el cumplimiento de los anteriores artículos las medidas que respectivamente les corresponden. — Firmado. — ESTEBAN COTERELL.

NUMERO 9.

Ημῖν δοκεῖ, ἢν μέν τις ἐᾷ ἡμᾶς ἀπιέναι οἴκαδε, διαπορεύεσθαι τὴν χώραν ὡς ἂν δυνώμεθα ἀσινέστατα· ἢν δέ τις ἡμας τῆς ὁδοῦ ἀποκωλῃ, διαπολεμεῖν τούτῳ, ὡς ἂν δυνώμεθα κράτιστα.

(XENOPHONTIS, CYR. 3.)

NUMERO 10.

Estas palabras estan insertas en una memoria escrita por José á su hermano Napoleon en Miranda de Ebro á 16 de setiembre de 1808, cogida con otros papeles en la batalla de Vitoria.

LIBRO SEXTO.

—

NUMERO 1.

Lista de los individuos que compusieron la junta suprema central gubernativa de España é Indias por el órden alfabético de las provincias que los nombraron.

Por Aragon. — D. Francisco Palafox y Melcí gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, brigadier del ejército, y oficial de reales guardias de corps. — Don Lorenzo Calvo de Rozas vecino de Madrid é intendente del ejército y reino de Aragon.

Asturias. — Don Gaspar Melchor de Jovellanos caballero de la órden de Alcántara, del consejo de estado de S. M., y antes ministro de gracia y justicia. — Marqués de Campo-Sagrado, teniente general del ejército é inspector general de las tropas del principado de Asturias.

Canarias. — Marqués de Villanueva del Prado.

Castilla la Vieja. — Don Lorenzo Bonifaz y Quintano dignidad de prior de la santa iglesia de Zamora. — Don Francisco Javier Caro catedrático de leyes de la universidad de Salamanca.

Cataluña. — Marqués de Villel conde de Darnius, grande de España y gentil hombre con ejercicio. — Baron de Sabasona.

Córdoba. — Marqués de la Puebla de los Infantes grande de España. — Don Juan de Dios Gutierrez Rabé.

Extremadura. — Don Martin de Garay intendente de Extremadura, y ministro honorario del consejo de guerra : fue el primer secretario general, y despachó interinamente los negocios de estado. — Don Felix Ovalle tesorero de ejército de Extremadura.

Galicia. — Conde de Gimonde. — Don Antonio Aballe.

Granada. — Don Rodrigo Riquelme regente de la chancillería de Granada. — Don Luis de Fúnes canónigo de la santa iglesia de Santiago.

Jaen. — Don Francisco Castanedo canónigo de la santa iglesia de Jaen, provisor y vicario general de su obispado. — Don Sebastian de Jócano del consejo de S. M. en el tribunal de contaduría mayor, y contador de la provincia de Jaen.

Leon. — Frey Don Antonio Valdés, bailío gran cruz de la órden de San Juan, caballero del Toison de oro, gentil hombre de cámara con ejercicio, capitan general de la armada, consejero de estado, y antes ministro de marina y interino de Indias. — El vizconde de Quintanilla.

Madrid. — Conde de Altamira, marqués de Astorga, grande de España, caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III,

caballerizo mayor y gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. Fue presidente de la junta. — Don Pedro de Silva patriarca de las Indias, gran cruz de la órden de Cárlos III y antes mariscal de campo de los reales ejércitos. Falleció en Aranjuez y no fue reemplazado.

Mallorca. — Don Tomas de Verí caballero de la órden de San Juan, teniente coronel del regimiento de voluntarios de Palma. Conde etc.

Murcia. — Conde de Floridablanca caballero del Toison de oro, gran cruz de la órden de Cárlos III, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio, y antes primer secretario de estado, interino de gracia y justicia. Fue el primer presidente de la junta central. Falleció en Sevilla y fue subrogado por el — marqués de San Mamés, que no tomó posesion. — Marqués del Villar.

Navarra. — Don Miguel de Balanza; — Don Cárlos de Amatria; individuos de la muy ilustre diputacion del reino de Navarra.

Toledo. — Don Pedro de Ribero canónigo de la santa iglesia de Toledo. Fue secretario general. — Don José García de la Torre abogado de los reales consejos.

Sevilla. — Don Juan de Vera y Delgado arzobispo de Laodicea, coadministrador del Sr. cardenal de Borbon en el de Sevilla, y despues obispo de Cádiz. Fue presidente de la junta central. — Conde de Tilli.

Valencia. — Conde de Contamina grande de España, gentil hombre de cámara de S. M. con ejercicio. — Principe Pio grande de España, coronel de milicias. Falleció en Aranjuez y fue subrogado por el — marqués de la Romana grande de España, teniente general de los reales ejércitos y general en gefe del ejército de la izquierda.

Es de advertir que aunque 35 los individuos de la central nunca hubo reunidos sino 34, habiendo fallecido en Aranjuez sin ser reemplazado Don Pedro de Silva

NUMERO 2.

Num ut quisque est vir optimus, ita difficillime esse alios improbos suspicatur. (*Cic. ad Quintum Fratrem, lib.* 1°, *epist.* 1ª.)

NUMERO 3.

Véase el manifiesto de los procedimientos del consejo real.

NUMERO 4.

Et Hispani tarditatis notati sunt : *me venga la muerte de España : veniet mors mea de Hispania.* Tum scio cunctanter veniet. Franc. Baconi de Verulamio. Sermones fideles — 25 de expediendis negotiis.

NUMERO 5.

Véase la memoria escrita por los Sres. Azanza y Ofárril.

NUMERO 6.

Sæpius enim penuria quam pugna consumit exercitum et ferro sævior fames est. (*Veget.*, *De re militari*, *lib.* 3, *c.* 3.)

NUMERO 7.

Véase Mariana : Historia de España, lib. 8, cap. 11.

NUMERO 8.

Capitulacion que la junta militar y política de Madrid propone á S. M. I. y R. el emperador de los franceses.

ART. 1º. La conservacion de la religion católica apostólica y romana sin que se tolere otra, segun las leyes.

Concedido.

ART. 2º. La libertad y seguridad de las vidas y propiedades de los vecinos y residentes en Madrid, y los empleados públicos : la conservacion de sus empleos, ó su salida de esta corte, si les conviniese. Igualmente las vidas, derechos y propiedades de los eclesiásticos seculares y regulares de ambos sexos, conservándose el respeto debido á los templos, todo con arreglo á nuestras leyes y prácticas.

Concedido.

ART. 3º. Se asegurarán tambien las vidas y propiedades de los militares de todas graduaciones.

Concedido.

ART. 4º. Que no se perseguirá á persona alguna por opinion ni escritos políticos, ni tampoco á los empleados públicos por razon de lo que hubieren ejecutado hasta el presente en el ejercicio de sus empleos, y por obediencia al gobierno anterior, ni al pueblo por los esfuerzos que ha hecho para su defensa.

Concedido.

ART. 5º. No se exigirán otras contribuciones que las ordinarias que se han pagado hasta el presente.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

ART. 6º. Se conservarán nuestras leyes, costumbres y tribunales en su actual constitucion.

Concedido hasta la organizacion definitiva del reino.

ART. 7º. Las tropas francesas ni los oficiales no serán alojados en casas particulares sino en cuarteles y pabellones, y no en los conventos ni monasterios, conservando los privilegios concedidos por las leyes á las respectivas clases.

Concedido, bien entendido que habrá para los oficiales y para los soldados cuarteles y pabellones mueblados conforme á los reglamentos militares, á no ser que sean insuficientes dichos edificios.

ART. 8°. Las tropas saldrán de la villa con los honores de la guerra, y se retirarán donde les convenga.

Las tropas saldrán con los honores de la guerra; desfilarán hoy 4 á las dos de la tarde; dejarán sus armas y cañones: los paisanos armados dejarán igualmente sus armas y artillería, y despues los habitantes se retirarán á sus casas y los de fuera á sus pueblos.

Todos los individuos alistados en las tropas de línea de cuatro meses á esta parte, quedarán libres de su empeño y se retirarán á sus pueblos.

Todos los demas serán prisioneros de guerra hasta su cange, que se hará inmediatamente entre igual número grado á grado.

ART. 9°. Se pagarán fiel y constantemente las deudas del estado.

Este objeto es un objeto político que pertenece á la asamblea del reino, y que pende de la administracion general.

ART. 10°. Se conservarán los honores á los generales que quieran quedarse en la capital, y se concederá la libre salida á los que no quieran.

Concedido: continuando en su empleo, bien que el pago de sus sueldos será hasta la organizacion definitiva del reino.

ART. 11° ADICIONAL. Un destacamento de la guardia tomará posesion hoy 4 á mediodia de las puertas de palacio. Igualmente á mediodia se entregarán las diferentes puertas de la villa al ejército francés.

A mediodia el cuartel de guardias de corps y el hospital general se entregarán al ejército francés.

A la misma hora se entregarán el parque y almacenes de artillería é ingenieros a la artillería é ingenieros franceses.

Las cortaduras y espaldones se desharán, y las calles se repararán.

El oficial francés que debe tomar el mando de Madrid acudirá á mediodia con una guardia á la casa del principal, para concertar con el gobierno las medidas de policía y restablecimiento del buen órden y seguridad pública en todas las partes de la villa.

Nosotros los comisionados abajo firmados, autorizados de plenos poderes para acordar y firmar la presente capitulacion, hemos convenido en la fiel y entera ejecucion de las disposiciones dichas anteriormente.

Campo imperial delante de Madrid 4 de diciembre de 1808. — FERNANDO DE LA VERA Y PANTOJA. — TOMAS DE MORLA. — ALEJANDRO, PRINCIPE DE NEUFCHATEL. — *Véase la Gaceta del gobierno de Sevilla de 6 de enero de* 1809.

LIBRO SÉPTIMO

—

NUMERO 1.

Narrative of the peninsular war, by the marquess of Londonderry, tomo 1º, cap. 10.

NUMERO 2.

Mémoires sur la révolution d'Espagne, par M. de Pradt, pág. 225 y sig.

NUMERO 3.

Journal des opérations de l'armée de Catalogne, par le maréchal Gouvion Saint-Cyr, cap. 4º.

NUMERO 4.

Carta del mariscal Moncey.

Señores: la ciudad de Zaragoza se halla sitiada por todas partes, y no tiene ya comunicacion alguna. Por tanto podemos emplear contra la plaza todos los medios de destruccion qua permite el derecho de la guerra. Sobrada sangre se ha derramado, y hartos males nos cercan y combaten. La quinta division del ejército grande á las órdenes del Sr. mariscal Mortier duque de Treviso, y la que yo mando, amenazan los muros. La villa de Madrid ha capitulado, y de este modo se ha preservado de los infortunios que le hubiera acarreado una resistencia mas prolongada. Señores, la ciudad de Zaragoza, confiada en el valor de sus vecinos, pero imposibilitada á superar los medios y esfuerzos que el arte de la guerra va á reunir contra ella si da lugar á que se haga uso de ellos, será inevitable su destruccion total.

El Sr. mariscal Mortier y yo creemos que Vds. tomarán en consideracion lo que tengo la honra de exponerles, y que convendrán con nosotros en el mismo modo de opinar. El contener la efusion de sangre, y preservar la hermosa Zaragoza, tan estimable por su poblacion, riquezas y comercio, de las desgracias de un sitio, y de las terribles consecuencias que podrán resultar, seria el camino para grangearse el amor y bendiciones de los pueblos que dependen de Vds. Procuren Vds. atraer á sus ciudadanos á las máximas y sentimientos de paz y quietud, que por mi parte aseguro á Vds. todo cuanto puede ser compatible con mi corazon, mi obligacion, y con las facultades que me ha dado S. M. el emperador.

Yo envio á Vds. este despacho con un parlamentario: y les propongo que nombren comisarios para tratar con los que yo nombraré á este efecto

Quedo de Vds. con la mayor consideracion. — Señores. — EL MARISCAL MONCEY. — Cuartel general de Torrero 22 de diciembre de 1808.

Respuesta del general Palafox.

El general en gefe del ejército de reserva responde de la plaza de Zaragoza. Esta hermosa ciudad no sabe rendirse. El Sr. mariscal del imperio observará todas las leyes de la guerra, y medirá sus fuerzas conmigo. Yo estoy en comunicacion con todas partes de la península, y nada me falta. Sesenta mil hombres resueltos á batirse no conocen mas premio que el honor ni yo que los mando. Tengo esta honra que no la cambio por todos los imperios.

S. E. el mariscal Moncey se llenará de gloria si observando las nobles leyes de la guerra me bate: no será menor la mia si me defiendo. Lo que digo á V. E. es que mi tropa se batirá con honor, y desconozco los medios de la opresion que aborrecieron los antiguos mariscales de Francia.

Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor, y mas cuando ya conozco sus efectos en 61 dias que duró la vez pasada. Si no supe rendirme entonces con menos fuerzas, no debe V. E. esperarlo ahora, cuando tengo mas que todos los ejércitos que me rodean.

La sangre española vertida nos cubre de gloria; al paso que es ignominioso para las armas francesas haber vertido la inocente.

El Sr. mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre lo es. No trato de verter la sangre de los que dependen de mi gobierno; pero no hay uno que no la pierda gustoso por defender su patria. Ayer las tropas francesas dejaron á nuestras puertas bastantes testimonios de esta verdad, no hemos perdido un hombre, y creo poder estar yo mas en proporcion de hablar al Sr. mariscal de rendicion, si no quiere perder todo su ejército en los muros de esta plaza. La prudencia que le es tan característica y que le da el renombre de bueno, no podrá mirar con indiferencia estos estragos y mas cuando ni la guerra, ni los españoles los causan ni autorizan.

Si Madrid capituló, Madrid habrá sido vendido, y no puedo creerlo; pero Madrid no es mas que un pueblo, y no hay razon para que este ceda.

Solo advierto al Sr. mariscal que cuando se envia un parlamento no se hacen bajar dos columnas por distintos puntos, pues se ha estado á pique de romper el fuego, creyendo ser un reconocimiento mas que un parlamento.

Tengo el honor de contestar á V. E., Sr. mariscal Moncey, con toda atencion en el único lenguaje que conozco, y asegurarle mis mas sagrados deberes. Cuartel general de Zaragoza 22 de diciembre de 1808. — El general PALAFOX.

NUMERO 5.

Capitulacion.

ART. 1°. La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la Puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

ART. 2°. Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica el rey José Napoleon I°.

ART. 3°. Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado

juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. católica.

ART. 4°. Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

ART. 5°. Todos los habitantes de Zaragoza y los extrangeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodia del 21.

ART. 6°. Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

ART. 7°. La religion y sus ministros serán respetados : se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

ART. 8°. Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

ART. 9°. Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

ART. 10°. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. católica.

ART. 11°. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. católica José Napoleon 1°. Cuartel general delante de Zaragoza 20 de febrero de 1809. — Firmado. — LANNES.

En comprobacion de haberse concluido en toda forma esta capitulacion léase la representacion hecha á José por la junta de Zaragoza en 11 de marzo de 1809 é inserta en la Gaceta de Madrid de 19 del mismo mes y año, y en la que se dice « quedó acordada la capitulacion, que fue ratificada y cangeada en debida forma. »

NUMERO 6.

He aquí la lista y valuacion de las alhajas extruidas.

1ª Una joya con 1900 brillantes, nueve de ellos de extraordinaria magnitud y muy subido valor. Su hechura un corazon que en el centro figuraba un cisne tendidas las alas y descansando en el tronco con un polluelo á cada lado. Dádiva testamentaria de la reina de España Doña María Bárbara de Portugal. Valuada en pesos fuertes. 50,000

2ª Una corona de la vírgen que en 1775 costeó el arzobispo de esta diócesis Don Juan Saenz de Burruaga, de oro guarnecida de diamantes, rubíes y topacios brillantes; en el círculo formados de diamantes los atributos de la vírgen, á saber; nave, pozo, fuente, castillo, luna, sol, estrella, torre, palma, lirio, rosa y cedro : en el centro un triángulo de diamantes del cual se desprendia una palomita de lo mismo en ademan de mirar á María, y en lo alto un pectoral de finísimos topacios : costó pesos. 30,000

3ª Otra para el niño, dádiva del mismo prelado, á cuya muerte no pudo recobrarse hasta el año 1780, de oro y diamantes y rubíes brillantes, por remate una cruz y en el pie un círculo de oro con un diamante tostado : pesos. 5,000

A la vuelta. . 85,000

Suma de la vuelta. . . .	85,000
4ª Dos retratos guarnecidos de brillantes del emperador Francisco I° y de la emperatriz su esposa María Teresa de Austria reina de Ungría y Bohemia, que por testamento dejó á Nrª. Srª. el Excmo. Sr. Don Antonio Azlor : pesos. .	16,000
5ª Un clavel jaspeado de chispas de diamantes y rubíes brillantes, sobre un pie de esmeraldas orientales, puestas en oro, con sus dos capullos el uno cerrado y el otro abierto con su gancho largo de oro y puesto en una cajita de zapa verde con su charnela de plata. Le dió á María Santísima la Excma. Sra. Doña María Teresa de Vallabriga esposa del Sermo. infante de España Don Luis de Borbon, año 1788 : valorado en pesos.	7,000
6ª Una cruz de la órden de Santiago con 68 diamantes montados en oro por dos caras, todos rosas y tan bellos que por su blancura parecian cortados de una pieza : valuada en pesos.	8,418
7ª Una joya con 106 diamantes rosas, de exquisita limpieza y blancura y un precioso esmalte que regaló á María Santísima el Sermo. Sr. Don Juan de Austria el dia de la Concepcion de 1669 : pesos.	6,891 ½
8ª Una venera de la órden de Calatrava de oro esmaltado con 52 diamantes rosas, algunos gruesos y muy finos todos. La dió el Excmo. Sr. conde de Baños : apreciada en pesos.	3,943
9ª Un par de pendientes con 28 diamantes rosas muy preciosos montados en oro que dejó en 1743 Doña María Ignacia de Azlor : valorados sin hechuras en pesos.	1,855
10ª Un corazon de aljófar grande y bello con algunos rubíes, esmeraldas y diamantes : pesos.	116
11ª Una juya con corona de oro y 64 diamantes rosas : pesos.	128
12ª Otra de oro con 59 diamantes : pesos.	60
Suman todas : pesos	129,411 ½

El mariscal Mortier fue el único que rehusó el regalo que le presentáron; mas la alhaja parece no volvió al joyero.

Numero 7.

Véase el « Manifiesto del vecindario de Aragon » publicado por Don Antonio Plana é impreso en Zaragoza en 1814, segun razon tomada por el alcalde mayor de Zaragoza Don Angel Morell de Solanilla.

Numero 8.

Relation des siéges de Saragosse et de Tortose, par le baron Rogniat. Avant-propos.

LIBRO OCTAVO.

—

Numero 1.

Véase el decreto de 12 de abril de 1809, inserto en el suplemento á la Gaceta del gobierno de Sevilla de 15 de mayo de 1809.

Numero 2.

Véase el Prontuario de las leyes y decretos de José, tomo 1º, pág. 109.

Numero 3.

Véase el manifesto de la junta central; seccion tercera, hacienda: documentos justificativos núm. 38 y siguientes.

Entre los donativos y anticipaciones extraordinarias de América se cuentan, entre muchos que ascendieron á un millon y dos millones, el de Don Antonio Basoco de cuatro millones de reales, y el del gobernador del estado Don Manuel Santa María que fue de ocho millones de la misma moneda. (Véase sobre esto último Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla del 8 de diciembre de 1809.)

Numero 3 bis.

El rey nuestro Sr. Don Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema central gubernativa del reino, considerando que los vastos y preciosos dominios que España posee en las Indias no son propiamente colonias ó factorías como los de otras naciones, sino una parte esencial é integrante de la monarquía española; y deseando estrechar de un modo indisoluble los sagrados vínculos que unen unos y otros dominios, como asimismo corresponder á la heróica lealtad y patriotismo de que acaban de dar tan decisiva prueba á la España, en la coyuntura mas crítica que se ha visto hasta ahora nacion alguna, se ha servido S. M. declarar, teniendo presente la consulta del consejo de Indias de 21 de noviembre último, que los reinos, provincias é islas que forman los referidos dominios, deben tener representacion nacional é inmediata á su real persona, y constituir parte de la junta central gubernativa del reino por medio de sus correspondientes diputados. Para que tenga efecto esta real resolucion han de nombrar los vireinatos de Nueva-España, el Perú, Nuevo reino de Granada, y Buenos-Aires, y las capitanías generales independientes de la isla de Cuba, Puerto-Rico, Goatemala, Chile, provincias de Venezuela y Filipinas, un individuo cada cual que represente su respectivo distrito. En consecuencia dispondrá V. E. que en las capitales, cabezas de partido del vireinato de su mando (1), inclusas las provincias internas, procedan los ayuntamientos á nombrar tres individuos de notoria probidad, talento é instruccion, exentos de toda

(1) Méjico.

nota que pueda menoscabar su opinion pública; haciendo entender V. E. á los mismos ayuntamientos la escrupulosa exactitud con que deben proceder á la eleccion de dichos individuos, y que prescindiendo absolutamente los electores del espíritu de partido que suele dominar en tales casos, solo atiendan al rigoroso mérito de justicia vinculado en las calidades que constituyen un buen ciudadano y un celoso patricio.

Verificada la eleccion de los tres individuos, procederá el ayuntamiento con la solemnidad de estilo á sortear uno de los tres, segun la costumbre, y el primero que salga se tendrá por elegido. Inmediatamente participará á V. E. el ayuntamiento con testimonio el sugeto que haya salido en suerte, expresando su nombre, apellido, patria, edad, carrera ó profesion y demas circunstancias políticas y morales de que se halle adornado.

Luego que V. E. haya recibido en su poder los testimonios del individuo sorteado en esa capital y demas del vireinato, procederá con el real acuerdo (1), previo exámen de dichos testimonios, á elegir tres individuos de la totalidad en quienes concurran cualidades mas recomendables, bien sea que se le conozca personalmente, bien por opinion y voz pública; y en caso de discordia decidirá la pluralidad.

Esta terna se sorteará en el real acuerdo (2) presidido por V. E., y el primero que salga se tendrá por elegido y nombrado diputado de ese reino (3) y vocal de la junta suprema central gubernativa de la monarquía, con expresa residencia en esta corte.

Inmediatamente procederán los ayuntamientos de esa y demas capitales á extender los respectivos poderes ó instrucciones, expresando en ellas los ramos y objetos de interés nacional que haya de promover.

En seguida se pondrá en camino con destino á esta corte y para los indispensables gastos de viages, navegaciones, arribadas, subsistencia y decoro con que se ha de sostener, tratará V. E. en junta superior de real hacienda la cuota que se le haya de señalar, bien entendido que su porte, aunque decoroso, ha de ser moderado, y que la asignacion de sueldo no ha de pasar de seis mil pesos fuertes anuales.

Todo lo cual comunico á V. E. de órden de S. M. para su puntual observancia y cumplimiento, advirtiendo que no haya demora en la ejecucion de cuanto va prevenido. Dios guarde á V. E. muchos años. Real palacio del Alcázar de Sevilla 22 de enero de 1809.

Numero 4.

Señor ministro de la corte de Lóndres : muy señor mio : He dado cuenta á la suprema junta central de la nota que V. S. se ha servido pasarme con fecha de 27 de febrero último, relativa á la guarnicion de la plaza de Cádiz por las tropas inglesas, y asimismo de la carta del general Don Gregorio de la Cuesta que V. S. me incluye original, y tengo el honor de devolver adjunta : y S. M. queda enterado de que no encontrando V. S. por la respuesta del general Cuesta una necesidad imperiosa

(1) Isla de Cuba. Procederá con el real acuerdo, si existiese en la Habana, y en su defecto con el R. obispo, el intendente, un miembro del ayuntamiento y prior del consulado y previo exámen, etc.
(2) O junta.
(3) O Isla. Puerto-Rico. Procederá con el R. obispo, y un miembro del ayuntamiento, y prévio exámen, etc. — En otra parte. Tratará V. S. en la junta y con los ministros de esas reales cajas la cuota, etc.

ó urgente de hacer marchar á su ejército el pequeño cuerpo de tropas británicas que V. S. queria enviarle de refuerzo (obteniendo el permiso de que ese cuerpo dejase una fraccion suya en la plaza de Cádiz), ha escrito V. S. al general Mackecuse, para que los trasportes vuelvan á Lisboa, donde su presencia parece necesaria segun los avisos que acaba de recibir. Con este motivo manifiesta V. S. que le ha parecido no seria ni decente ni conveniente insistir en la admision de beneficio, cuyas consideraciones inseparables eran miradas con una especie de repugnancia. V. S. tendrá presente cuanto sobre este particular he tenido el honor de manifestarle en nuestras conferencias; pero la suprema junta me manda presentar á V. S. algunas observaciones que cree de importancia. Empezaré por repetir á V. S. que la suprema junta está muy lejos de concebir la menor sospecha contra los deseos que V. S. ha manifestado de que quedasen en la plaza de Cádiz algunas tropas británicas. La lealtad del gobierno inglés, la generosidad con que ha acudido á nuestro socorro, y la franqueza que ha usado con el gobierno español hacen imposible toda sospecha. Pero la suprema junta debe respetar la opinion pública nacional; y asi se ha propuesto observar una conducta mesurada y prudente que la ponga á cubierto de toda censura. Si el estado presente de nuestros negocios militares fuese tan apurado que hiciese temer alguna próxima amenaza contra Cádiz; si nuestras propias fuerzas fuesen incapaces de defender aquel punto; si faltasen otros sumamente importantes donde puede ser combatido el enemigo con el mejor suceso, la suprema junta no tendria el temor de chocar con la opinion pública, admitiendo tropas extrangeras en aquella plaza, porque la opinion pública no podria menos de formarse sobre este estado supuesto de cosas. Mas V. S. sabe que nada de esto sucede; que nuestros ejércitos se mantienen en puntos muy distantes de Cádiz; que aquella plaza está por ahora exenta de toda sorpresa; que aun cuando las cosas sucediesen tan mal, como no podemos esperar, le quedarian al enemigo mucho terreno y muchos obstáculos que vencer antes de amenazar á Cádiz, que en ningun caso podia faltar tiempo para replegarse sobre una plaza fácil de defender, y que no puede mirarse sino como un último punto de retirada; y por último, que esos puntos extremos no deben defenderse en ellos mismos, á menos de un caso apurado, y sí en otros mas adelantados. Asi es que el ejército de Extremadura defiende por aquella parte la entrada de los enemigos, como la defiende por Sierra-Morena el ejército de la Carolina y del centro combinados. En esos puntos es necesario convenir que está la defensa de las Andalucías; y por eso S. M. hace todo lo posible para reforzarlos. Alli está el enemigo que de algun tiempo á esta parte no ha podido hacer el menor progreso; y alli, si conseguimos reunir fuerzas superiores, se puede dar un golpe decisivo al enemigo al paso que no sera nunca tal contra nosotros el que él pudiera darnos. Por otra parte ve V. S. que la Cataluña se defiende valerosamente sin dejar al enemigo adelantar un paso; y que Zaragoza, que debe mirarse como un antemural, resiste heróicamente á los repetidos ataques y hace pagar bien caro al enemigo su obstinada porfía. Es pues evidente que los poderosos auxilios de la Gran Bretaña serían infinitamente útiles en el ejército de Extremadura, en el de la Carolina, y en Cataluña, donde podria servir directa ó indirectamente á la defensa de Zaragoza. Esta es la opinion de la suprema junta de la na-

cion entera, y esta será sin duda la de quien contemple con imparcialidad el verdadero estado de las cosas. La suprema junta espera que V. S. reflexionando detenidamente sobre esta franca exposicion, entrará en sus ideas, y se lisonjea de que ellas merecerán el aprecio del gobierno de S. M. B., ya por el valor que ellas tienen, y ya por la deferencia que el mismo gobierno ha manifestado hácia la suprema junta; pues al dar el ministro británico parte de su pensamiento sobre la entrada de tropas inglesas en Cádiz al ministro de S. M. en Lóndres, solo se la presentó como una idea que debia comunicarse á la suprema junta para oir su opinion acerca de ella. De aqui nace en gran parte la confianza que tiene S. M. sobre los sentimientos de S. M. B. en este asunto, luego que le sean presentes estas justas observaciones.

Debe tambien considerarse que desembarcando las tropas auxiliares en los puntos que se han indicado á V. S. en las inmediaciones de Cádiz, y dirigiéndose á reforzar el ejército del general Cuesta donde pueden cubrirse de gloria, siempre encontrarán en Cádiz una segura retirada en caso de desgracia. Pero si un cuerpo desde luego poco numeroso hubiese de dejar en Cádiz parte de su fuerza para asegurar en tanta distancia la retirada, V. S. convendrá que semejante socorro inspiraria á la nacion poca confianza, sobre todo despues de los sucesos de la Galicia. V. S. cree que todos los trasportes deben volver á Lisboa, donde juzga necesaria su presencia, y ha comunicado en su consecuencia las órdenes al efecto. De esa medida pudiera decirse lo que de la que acabo de exponer, á saber: que la suprema junta tiene la firme opinion de que el Portugal no puede defenderse en Lisboa, y de que el mayor número de tropas deberia emplearse en las líneas mas adelantadas donde se halla el enemigo, y donde puede ser derrotado de un modo que sea decisivo en sus consecuencias. Por todas estas razones está persuadida la suprema junta de que si el gobierno británico resolviese que sus tropas no obren unidas con las nuestras sino con la condicion indicada, jamas podrá imputársela esa no cooperacion. No puede ocultarse á la discreta ilustracion de V. S. que la suprema junta debe obrar en todas ocasiones, y mucho mas en las presentes circunstancias, de tal modo, que si por hipótesi fuere necesario manifestar á la nacion y á la Europa entera las razones de su conducta en todos, ó en algunos de los grandes negocios que ocupaban la atencion de S. M., pueda hacerlo con aquella seguridad y aquellos fundamentos que la concilien la opinion general, que es el primero y principal elemento de su fuerza.

S. M. espera que tomadas por V. S. en seria consideracion estas observaciones, serán presentadas por V. S. al gobierno de S. M. B. como los sentimientos francos de un aliado fiel y reconocido, que cuenta en tan honrosa lucha con el auxilio eficaz de las tropas inglesas. Tengo con este motivo el honor, etc. — Dios, etc. — Sevilla, 1° de marzo de 1809. — B. L. M. de V. S. etc. — MARTIN DE GARAY.

NUMERO 5.

Véase la Gaceta extraordinaria del gobierno de Sevilla de 24 de abril de 1809 y el suplemento á la misma de 8 de mayo del mismo.

NUMERO 6.

Esta correspondencia se insertó íntegra en el suplemento á la Gaceta

del gobierno de Sevilla de 12 de mayo de 1809. Todas las contestaciones honran á sus autores, como tambien otra que dió mas adelante y sobre el mismo asunto al general Sebastiani Don Francisco Abadía. Esta se insertó en la Gaceta del gobierno de Sevilla de 29 de mayo de 1809.

Numero 7.

	Reales.
Las rentas ordinarias de la provincia de Asturias produjeron entonces al año lo mismo que antes.	8,000,000
Los donativos.	4,000,000
Un préstamo.	3,500,000
Asi el total que entró en arcas desde mayo de 1808 hasta mayo de 1809 de rentas y recursos de la provincia, fue de unos.	15,500,000

Deben agregarse á estos quince millones quinientos mil rs. vn. veinte millones de reales que vinieron de Inglaterra; mas de los últimos habiéndose enviado dos á la central, quedan reducidos á diez y ocho, ascendiendo por consiguiente el total á 35.500,000 reales vn. Durante este tiempo mantuvo la provincia constantemente de 18 á 20,000 hombres sobre las armas; á los que al principio dió hasta una peseta diaria. Véase si con este gasto y lo que costaba el pago de las autoridades civiles habia lugar á dilapidaciones. Ademas el marqués de Vista-Alegre, que estaba al frente de la hacienda del principado, era hombre de gran severidad en la materia é incapaz de entrar en ningun manejo deshonroso y feo.

Numero 8.

Don Argenton se escapó por la noche luego que los franceses salieron de Oporto. Pasó á Inglaterra y de alli parece ser que yendo á Francia para sacar á su muger y á sus hijos fue cogido y arcabuceado.

Numero 9.

Sabe V. M. que hace mas de cinco meses que no he recibido órdenes ni noticias, ni socorros: por consiguiente carezco de muchas cosas, é ignoro las disposiciones generales. El general de brigada Vialenes se hallaba muy cansado, y me dijo en Lugo que estaba malo. Conocí que su dolencia no era tan grave como decia; pero viendo su temor le mandé que se retirase hácia el lado del mayor general de V. M. á recibir sus órdenes. Tambien hubiera querido dar igual destino á los generales Lahoussaye y Mermet que no siempre han hecho lo que pudieran hacer para ventaja nuestra; pero dejé de tomar esta determinacion hasta llegar á Zamora, para no dar mas crédito á las voces de las cabalas ó conspiraciones que se esparcieron..... (Sacado de la Gaceta del gobierno de 28 de julio de 1809. Pliego interceptado del mariscal Soult á José, fecho en la Puebla de Sanabria á 25 de junio de 1809.)

Numero 10.

He aqui algunos pormenores de tan singular hecho. Era en el otoño de 1805 y daba Mr. Pitt una comida en el campo, á la que asistian los

lores Liverpool (entonces Hawkesbury) Castlereagh, Bathurst y otros, como tambien el duque de Wellington (entonces sir Arturo Wellesley) que acababa de llegar de la India. Durante la comida recibió Pitt un pliego, cuya lectura le dejó pensativo. A los postres yéndose los criados, segun la costumbre de Inglaterra, ó como ellos dicen, *the cloth being removed and the servants out*, dijo Pitt: « Malísimas noticias; Mack se ha « rendido en Ulma con 40,000 hombres, y Bonaparte sigue á Viena sin « obstáculo. » Entonces fue cuando exclamaron sus amigos, y él replicó lo que insertamos en el texto. Como su respuesta era tan extraordinaria, muchos de los concurrentes, aunque callaron por el respeto que le tenian, atribuyéronla sobre todo en lo que dijo de España á desvarío causado por el mal que le oprimia, y de que falleció tres meses despues. Pitt percibiendo en los semblantes el efecto que habian producido sus primeras palabras, añadió las siguientes bien memorables: « Sí, señores, la « España será el primer pueblo en donde se encenderá esta guerra pa- « triótica que solo puede libertar á Europa. Mis noticias sobre aquel « pais, y las tengo por muy exactas, son de que si la nobleza y el clero « han degenerado con el mal gobierno y estan á los pies del favorito, « el pueblo conserva toda su pureza primitiva, y su odio contra Francia « tan grande como siempre, y casi igual á su amor á sus soberanos. « Bonaparte creé y debe creer la existencia de estos incompatible con la « suya, tratará de quitarlos, y entonces es cuando yo le aguardo con la « guerra que tanto deseo. »

Hemos oido esto en Inglaterra á varios de los que estaban alli presentes: muchas veces ha oido lo mismo al duque de Wellington el general Don Miguel de Alava, y dicho duque refirió el suceso en una comida diplomática que dió en Paris el duque de Richelieu en 1816, y á la que se hallaban presentes los embajadores y ministros de toda Europa.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR, calle de la Vieille-Monnaie, n° 12.

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO VII.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

—

TOMO II.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

9.238

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

POR

EL CONDE DE TORENO.

TOMO SEGUNDO.



PARIS.

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ,

CERCA DEL LOUVRE.

—

1838

..... Quis nescit primam esse historiæ legem ne quid falsi dicere audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICERO, *De Oratore*, *lib.* 2, *c.* 15.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO NOVENO.

Conducta de la central despues de Medellin. — Su decreto de 18 de abril. — Ideas añejas de algunos de sus individuos. — Repruébalas el gobierno inglés. — Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos. — Proposicion de Calvo de Rozas para convocar á córtes, 15 de abril. — Ensanche que se da á la imprenta. — Semanario patriótico. — Descontentos con la junta. — Infantado. — Don Francisco Palafox. — Montijo. — Alboroto que promueve el último en Granada reprimido. — Discútese en la junta convocar á córtes. — Decreto de 22 de mayo. — Efecto que produce en la opinion. — Restablecimiento de todos los consejos en uno solo. — Operaciones de los ejércitos. — Aragon. — Ríndese Jaca á los franceses. — El padre Consolacion. — Pérdida de Monzon. — Son rechazados los franceses en Mequinenza. — Molina. — Pasa el 5° cuerpo de Aragon á Castilla. — Sucede á Junot Suchet en el mando de Aragon. — Formacion del 2° ejército español de la derecha. — Mándale Blake. — Reino de Valencia. — Reune Blake el mando de toda la corona de Aragon. — Muévese Blake. — Conmociones en Aragon. — Albelda. — Tamarite. — Abandonan los franceses á Monzon. — En vano intentan recobrarle. — Ríndense 600 franceses. — Entra Blake en Alcañiz. — Va Suchet á su encuentro. — Batalla de Alcañiz. — Retírase Suchet á Zaragoza. — Situacion crítica de Suchet. — Partidarios. — Adelántase Blake á Zaragoza. — Batalla de Maria. — Retírase Blake á Botorrita. — Retírase de Botorrita. — Batalla de Belchite. — Resultas desastradas de la batalla. — Pasa Blake á Cataluña. — Conspiracion de Barcelona. — Suplicio de algunos patriotas. — Sucesos del mediodía de España. — Mariscal Victor. — Patriotismo de Extremadura. — Inaccion de Victor. — Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura. — Entra en Alcántara. — Unense Lapisse y Victor. — Marchan contra Portugal. — Desisten de su intento. — Muévese Cuesta. — Partidarios de Extremadura y Toledo. — Vuelan los franceses el puente de Alcántara. — Ejército de la Mancha. — Va á su encuentro sin fruto José Bonaparte. — Campaña de Talavera. — Fuerzas que tomaron parte en ella. — Marcha Wellesley á Extremadura. — Planes diversos de los franceses. — Situacion de Soult. — Cuesta en las casas del Puerto. — Avístase allí con él Wellesley. — Plan que adoptan. —

Medidas que habia tomado la central. — Marcha adelante el ejército aliado. — Propone Wellesley á Cuesta atacar. — Rehúsalo el general español. — Incomódase Wellesley. — Avanza solo Cuesta. — Reconcéntranse los franceses. — Avanza Wilson á Navalcarnero. — Peligro que corre el ejército de Cuesta. — Batalla de Talavera, 27 y 28 de julio. — Severidad de Cuesta. — Recompensas que da la junta central y el gobierno inglés. — Retíranse los franceses á diversos puntos. — No sigue Wellington el alcance. — Motivos de ello. — Llega Soult á Extremadura. — Va Wellington á su encuentro. — Tropas que se agolpan al valle del Tajo. — Cuesta se retira de Talavera. — El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo. — Paso del Arzobispo por los franceses. — Deja Cuesta el mando. — Sucédele Eguia. — Nuevas disposiciones de los franceses. — Encuéntranse Wilson y Ney en el Puerto de Baños. — Extorsiones del ejército de Soult. — Muerte violenta del obispo de Coria. — Ejército de Venégas. — Su marcha. — Nómbrale la junta capitan general de Castilla la Nueva. Su incertidumbre. Defiende el paso del Tajo en Aranjuez. — Batalla de Almonacid. — Retirada del ejército español. — Su dispersion. — Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias. — Llegada á España del marqués de Wellesley. — Plan de subsistencias. — Conducta y tropelías del gobierno de José. — Opinion de Madrid. — Júbilo que allí hubo el dia de Santa Ana. — Nuevos decretos de José. — Medidas económicas. — Plata de particulares. — Del palacio. — De iglesias. — Mr. Napier. — Cédulas hipotecarias. — Cédulas de indemnizacion y recompensa. — Otros decretos.

El querer llevar á término en el libro anterior la evacuacion de Galicia y de Asturias nos obligó á no detenernos en nuestra narracion hasta tocar con los sucesos de aquellas provincias en el mes de agosto. Volveremos ahora atras para contar otros no menos importantes que acaecieron en el centro del gobierno supremo y demas partes.

Conducta de la central despues de Medellin.

La rota de Medellin sobre el destrozo del ejército habia causado en el pueblo de Sevilla mortales angustias por la siniestra voz esparcida de que la junta central se iba á Cádiz para de allí trasladarse á América. Semejante nueva solo tuvo orígen en los temores de la muchedumbre y en indiscretas expresiones de individuos de la central. Mas de estos los que eran de temple sereno y se hallaban resueltos á perecer antes que á abandonar el territorio peninsular, aquietaron á sus compañeros y propusieron un decreto publicado en 18 de abril, en el cual se declaraba « que nunca mudaria (la « junta) su residencia, sino cuando el lugar de ella estuviese en « peligro ó alguna razon de pública utilidad lo exigiese. » Correspondió este decreto al buen ánimo que habia la junta mostrado al recibir la noticia de la pérdida de aquella batalla, y á las contestaciones que por este tiempo dió á Sotelo, y que ya quedan referidas. Así puede con verdad decirse que desde entonces hasta despues de la jornada de Talavera fue cuando obró aquel cuerpo con mas dignidad y acierto en su gobernacion.

Su decreto de 18 de abril.

Ideas añejas de algunos de sus individuos.

Antes algunos individuos suyos, si bien noveles repúblicos é hijos de la insurreccion, continuaban

tan apegados al estado de cosas de los reinados anteriores, que aun faltándoles ya el arrimo del conde de Floridablanca, á duras penas se conseguia separarlos de la senda que aquel habia trazado : presentando obstáculos á cualquiera medida enérgica, y señaladamente á todas las que se dirigian á la convocacion de córtes, ó á desatar algunas de las muchas trabas de la imprenta. Apareció tan grande su obstinacion que no solo provocó murmuraciones y desvío en la gente ilustrada, segun en su lugar se apuntó, sino que tambien se disgustaron todas las clases : y hasta el mismo gobierno inglés, temeroso de que se ahogase el entusiasmo público, insinuó en una nota de 20 de julio de 1809 * « que si se atreviera á criticar (son « sus palabras) cualquiera de las cosas que se habian « hecho en España, tal vez manifestaria sus dudas... de si no ha- « bia habido algun recelo de soltar el freno... á toda la energía del « pueblo contra el enemigo. »

Reprueballas el gobierno inglés.

(* Ap. n. 1.)

Tan universales clamores y los desastres, principal aunque costoso despertador de malos ó poco advertidos gobiernos, hicieron abrir los ojos á ciertos centrales y dieron mayor fuerza é influjo al partido de Jovellanos, el mas sensato y distinguido de los que dividian á la junta, y al cual se unió el de Calvo de Rozas menor en número pero mas enérgico é igualmente inclinado á fomentar y sostener convenientes reformas. Ya dijimos como Jovellanos fue quien primero propuso en Aranjuez llamar á córtes, y tambien como se difirió para mas adelante tratar aquella cuestion. En vano con los reveses se intentó despues renovarla, esquivándola asimismo, mientras vivió, el presidente conde de Floridablanca; á punto que no contento con hacer borrar el nombre de córtes que se hallaba inserto en el primer *manifiesto de la central*, rehusó firmar este, aun quitada aquella palabra, enojado con la expresion substituida de que se restablecerian « las leyes fundamentales de la monarquía. » Rasgo que pinta lo aferrado que estaba en sus máximas el antiguo ministro.

Fuerza que adquiere el partido de Jovellanos.

Ahora muerto el conde y algun tanto ablandados los partidarios de sus doctrinas, osó Calvo de Rozas proponer de nuevo, en 15 de abril, el que se convocase la nacion á córtes. Hubo vocales que todavía anduvieron rehacios; mas estando la mayoría en favor de la proposicion, fue esta admitida á exámen; debiendo antes discutirse en las diversas secciones en que para preparar sus trabajos se distribuia la junta.

Proposicion de Calvo de Rozas para convocar á cortes, 15 de abril.

Por el mismo tiempo dióse algun ensanche á la imprenta, y se permitió la continuacion del periódico intitulado *Semanario patriótico* : obra empezada en Madrid por Don Manuel Quintana, y que los contratiempos militares habian interrumpido. Tomáronla en

Ensanche que se da á la imprenta.

Semanario patriótico.

la actualidad á su cargo Don I. Antillon y Don J. Blanco; mereciendo este hecho particular mencion por el influjo que ejerció en la opinion aquel periódico y por haberse tratado en él con toda libertad y por primera vez en España graves y diversas materias políticas.

Descontentos con la junta.

Mudado y mejorado así el rumbo de la junta, avivábanse las esperanzas de los que deseaban unir á la defensa de la patria el establecimiento de buenas instituciones, y se reprimieron aviesas miras de descontentos y perturbadores. Contábanse entre los últimos muchos que estaban en opuestos sentidos, divisándose al par de individuos del consejo otros de las juntas, y

Infantado.

amigos de la inquisicion al lado de los que lo eran de la libertad de imprenta. Desabrido por lo menos se mostró el duque del Infantado; no olvidando la preferencia que se daba á Venegas, rival suyo desde la jornada de Uclés. Creíase que

D. Francisco de Palafox.

Montijo.

no ignoraba los manejos y amaños en que ya entonces andaban Don Francisco de Palafox y el conde del Montijo, persuadido el primero de que bastaba su nombre para gobernar el reino, y arrastrado el segundo de su índole inquieta y desasosegada.

Alboroto que promueve el último en Granada reprimido.

Centellearon chispas de conjuracion en Granada, á donde el del Montijo teniendo parciales habia acudido para enseñorearse de la ciudad. Acompañóle en su viage el general inglés Doyle; y el conde, atizador siempre oculto de asonadas, movió el 16 de abril un alboroto en que corrieron las autoridades inminente peligro. La pérdida de estas hubiera sido cierta si el del Montijo al llegar al lance no desmayara segun su costumbre, temiendo ponerse á la cabeza de un regimiento ganado en favor suyo y de la plebe amotinada. La junta provincial, habiendo vuelto del sobresalto, recobró su ascendiente y prendió á los principales instigadores. Mal lo hubiera pasado su encubierto gefe, si á ruegos de Doyle, á quien escudaba el nombre de inglés, no se le hubiera soltado con tal que se alejara de la ciudad. Pasó el conde á Sanlúcar de Barrameda y no renunció ni á sus enredos, ni á sus tramas. Pero con el malogro de la urdida en Granada desvanecióronse por entonces las esperanzas de los enemigos de la central, conteniéndolos tambien la voz pública, que pendiente de la convocacion de córtes y temerosa de desuniones queria mas bien apoyar al gobierno supremo en medio de sus defectos, que dar pábulo á la ambicion de unos cuantos, cuyo verdadero objeto no era el procomunal.

Discútese en la junta convocar á córtes.

Mientras tanto examinada en las diversas secciones de la junta la proposicion de Calvo de llamar á córtes, pasóse á deliberar sobre ella en junta plena. Suscitáronse en su seno opiniones varias, siendo de notar que los individuos que habia en aquel cuerpo mas respetables por su riqueza, por sus luces y anteriores servicios sostuvieron con ahinco

la proposicion. De su número fueron el presidente marqués de Astorga, el bailío don Antonio Valdés, Don Gaspar de Jovellanos, Don Martin de Garay y el marqués de Campo Sagrado. Alabóse mucho el voto del último por su concision y firmeza. Explayó Jovellanos el suyo con la erudicion y eloquencia que le eran propias; mas excedió á todos en libertad y en el ensanche que queria dar á la convocatoria de córtes el bailío Valdés, asentando que, salvo la religion católica y la conservacion de la corona en las sienes de Fernando VII, no deberian dejar aquellas institucion alguna ni ramo sin reformar, por estar todos viciados y corrompidos. Dictámenes que prueban hasta qué punto ya entonces reinaba la opinion de la necesidad y conveniencia de juntar córtes entre las personas señaladas por su capacidad, cordura y aun aversion á excesos populares.

Aparecieron como contrarios á la proposicion Don José García de la Torre, Don Sebastian Jócano, Don Rodrigo Riquelme y Don Francisco Javier Caro. Abogado el primero de Toledo, magistrados los otros dos de poco crédito por su saber, y el último mero licenciado de la universidad de Salamanca, no parecia que tuviesen mucho que temer de las córtes ni de las reformas que resultasen, y sin embargo se oponian á su reunion, al paso que la apoyaban los hombres de mayor valía, y que pudieran con mas razon mostrarse mas asombradizos. A pesar de los encontrados dictámenes se aprobó por la gran mayoría de la junta la proposicion de Calvo y se trató luego de extender el decreto. Decídese convocar las córtes.

Al principio presentóse una minuta arreglada al voto del bailío Valdés; mas conceptuando que sus expresiones eran harto libres, y aun peligrosas en las circunstancias, y alegando de fuera y por su parte el ministro ingles Frere razones de conveniencia política, varióse el primer texto, acordando en su lugar otro decreto que se publicó con fecha de 22 de mayo, y en el que se limitaba la junta á anunciar « el restablecimiento de la re- « presentacion legal y conocida de la monarquía en sus antiguas « córtes, convocándose las primeras en el año próximo, ó antes si « las circunstancias lo permitiesen. » Decreto tardío y vago, pero primer fundamento del edificio de libertad que empezaron despues á levantar las córtes congregadas en Cádiz. Decreto de 22 de mayo.

Disponíase tambien por uno de sus artículos que una comision de cinco vocales de la junta se ocupase en reconocer y preparar los trabajos necesarios para el modo de convocar y formar las primeras córtes, debiéndose ademas consultar acerca de ello á varias corporaciones y personas entendidas en la materia.

El no determinarse dia fijo para la convocacion, el adoptar el lento y trillado camino de las consultas, y el haber sido nombrados para la comision indicada con los señores arzobispos de Laodicea, Castañedo y Jovellanos los se- Efecto que produce en la opinion.

ñores Riquelme y Caro enemigos de la resolucion, excitó la sospecha de que el decreto promulgado no era sino engañoso señuelo para atraer y alucinar; por lo que su publicacion no produjo en favor de la central todo el fruto que era de esperarse.

Restablecimiento de todos los consejos en uno solo.

Poco despues disgustó igualmente el restablecimiento de todos los consejos: á sus adversarios por juzgar aquellos cuerpos particularmente al de Castilla opuestos á toda variacion ó mejora, á sus amigos por el modo como se restablecieron. Segun decreto de 3 de marzo debia instalarse de nuevo el consejo real y supremo de Castilla, reasumiéndose en él todas las facultades que tanto por lo respectivo á España como por lo tocante á Indias habian ejercido hasta aquel tiempo los demas consejos. Por entonces se suspendió el cumplimiento de este decreto, y solo en 25 de junio se mandó llevar á debido efecto. La reunion y confusion de todos los consejos en uno solo fue lo que incomodó á sus individuos y parciales, y la junta no tardó en sentir de cuán poco le servia dar vida y halagar á enemigo tan declarado.

A pesar de esta alternativa de varias y al parecer encontradas providencias, la junta central, repetimos, se sostuvo desde el abril hasta el agosto de 1809 con mas séquito y aplauso que nunca; á lo que tambien contribuyó no solo haber sido evacuadas algunas provincias del norte, sino el ver que despues de las desgracias ocurridas se levantaban de nuevo y con presteza ejércitos en Aragon, Extremadura y otras partes.

Operaciones de los ejercitos.

Aragon.

Rendida Zaragoza cayó por algun tiempo en desmayo el primero de aquellos reinos. Conociéronlo los franceses, y para no desaprovechar tan buena oportunidad, trataron de apoderarse de las plazas y puntos importantes que todavía no ocupaban. De los dos cuerpos suyos que estuvieron presentes al sitio de Zaragoza, se destinó el 5º á aquel objeto, permaneciendo el 3º en la ciudad, cuyos escombros aun ponian espanto al vencedor. Hubieran querido los enemigos enseñorearse de una vez de Jaca, Monzon, Benasque y Mequinenza. Mas á pesar de su conato no se hicieron dueños sino de las dos primeras plazas, aprovechándose de la flaqueza de las fortificaciones y falta de recursos, y empleando otros medios ademas de la fuerza.

Rindese Jaca á los franceses.

El padre Consolacion.

Salió para Jaca el ayudante Fabre del estado mayor llevando consigo el regimiento 54º y un auxiliar de nuevo género que desdecia del pensar y costumbres de los militares franceses. Era pues este un fraile agustino de nombre fray José de la Consolacion, misionero tenido en la tierra en gran predicamento, mas de aquellos cuyo traslado con tanta maestría nos ha delineado el festivo y satírico padre Isla. El 8 de marzo entró el fray José en la plaza, y la elocuencia que antes

empleaba, si bien con poca mesura, por lo menos en respetables objetos, sirvióle ahora para pregonar su mision en favor de los enemigos de la patria, no siendo aquella la sola ocasion en que los franceses se valieron de frailes y de medios análogos á los que reprendian en los españoles. Convocó á junta el padre Consolacion á las autoridades y á otros religiosos, y saliéndole vanas por esta vez sus predicaciones, fomentó en secreto ayudado de algunos la desercion, la cual creció en tanto grado que no quedando dentro sino poquísimos soldados, tuvo el 21 que rendirse el teniente de rey Don Francisco Campos que hacia de gobernador. Aunque no fuese Jaca plaza de grande importancia por su fortaleza, éralo por su situacion que impedia comunicarse con Francia. Desacreditóse en Aragon el fraile misionero, prevaleciendo sobre el fanatismo el odio á la dominacion extrangera.

Pérdida de Monzon.

Perdióse Monzon á principios de marzo. Habia el 1º del mes llegado á sus muros el marqués de Lazan procedente de Cataluña y acompañado de la division de que hablamos anteriormente. Adelantóse á la sierra de Alcubierre, hasta que sabedor de la rendicion de Zaragoza y de que los franceses se acercaban, retrocedió al cuarto dia. Don Felipe Perena, á quien habia dejado en Beabegal, tampoco tardó en retirarse á Monzon, en donde luego apareció con su brigada el general Girard. Informado Lazan de que el francés traia respetable fuerza, caminó la vuelta de Tortosa, y viéndose solo el gobernador de Monzon Don Rafael de Anseátegui, desamparó con toda su gente el castillo, evacuando igualmente la villa los vecinos.

Son rechazados los franceses en Mequinenza.

No salieron los franceses tan lucidos en otras empresas que en Aragon intentaron, á pesar del abatimiento que habia sobrecogido á sus habitantes. El mariscal Mortier gefe, como sabe el lector, del 5º cuerpo, quiso apoderarse en persona y de rebate de Mequinenza, villa solo amparada de un muro antiguo y de un mal castillo, pero de alguna importancia por ser llave hácia aquella parte del Ebro, y tener su asiento en donde este rio y el Segre se juntan en una madre. Tres tentativas hicieron en marzo los enemigos contra la villa: en todas ellas fueron repelidos, auxiliando á los de Mequinenza los vecinos de la Granja, pueblo catalan no muy distante.

Molina.

Extendiéronse igualmente los franceses via de Valencia hasta Morella, de donde exigidas algunas contribuciones se replegaron á Alcañiz. Por el mediodia de Aragon se enderezaron á Molina, enojados del brio que mostraban los naturales, quienes bajo la buena guia de su junta habian atacado el 22 de marzo y ahuyentado en Truecha 300 infantes y caballos de los contrarios. Por ello y por verse asi cortada la comunicacion entre Madrid y Zaragoza, dirigiéronse los últimos en gran número contra

Molina, de lo que advertida su junta se recogió á cinco leguas en sierras del señorío. Todos los vecinos desampararon la villa, cuyo casco ocuparon los franceses, mas solo por pocos dias.

Pasa el quinto cuerpo de Aragon á Castilla.

Napoleon en tanto creyendo que los aragoneses estaban sometidos con la caida de Zaragoza, é importándole acudir á Castilla á fin de proseguir las operaciones contra los ingleses, determinó que el 5° cuerpo marchase á ultimos de abril del lado de Valladolid, poniéndole despues asi como al 2° y 6°, segun ya se dijo, bajo el mando supremo del mariscal Soult.

Sucede á Junot Suchet en el mando de Aragon.

Quedó por consiguiente para guardar á Aragon solo el 3er cuerpo regido por el general Junot, quien permaneció alli corto tiempo, habiendo caido enfermo, y no juzgándose capaz de gobernar por sí pais tan desordenado y poco seguro. Sucedióle Suchet que estaba al frente de una de las divisiones del 5° cuerpo, y dejando dicho general á Mortier en Castilla, volvió á Zaragoza y se encargó del mando de la provincia y del 3er cuerpo, cuya fuerza se hallaba reducida con las pérdidas experimentadas en el sitio de aquella ciudad y con las enfermedades, notándose ademas en sus filas muy menguada la virtud militar. Llegó el 19 de marzo á Zaragoza el general Suchet con la esperanza de que tendria suficiente espacio para restablecer el órden y la disciplina sin ser incomodado por los españoles.

Formacion del segundo ejército español de la derecha.

Mas engañóse, habiendo la junta central acordado con laudable prevision medidas de que luego se empezó á recoger el fruto. Debe mirarse como la mas principal la de haber ordenado á mediados de abril la formacion de un segundo ejército de la derecha que se denominaria de Aragon y Valencia, y cuyo objeto fuese cubrir las entradas de la última provincia é incomodar á los franceses en la otra. Confióse el mando á Don Joaquin Blake que se hallaba en Tortosa, habiéndole la central poco antes enviado á Cataluña bajo las órdenes de Reding, quien á su arribo le destinó á aquella plaza para mandar la division de Lazan acuartelada en su recinto. El nuevo ejército debia componerse de esta misma division que constaba de 4 á 5000 hombres, y de las fuerzas que aprontase Valencia.

Mándalo Blake.

Reino de Valencia.

Rica y populosa esta provincia hubiera en verdad podido coadyuvar grandemente á aquel objeto, si reyertas interiores no hubiesen en parte inutilizado los impulsos de su patriotismo. Habíase su territorio mantenido libre de enemigos desde el junio del año anterior. Continuaba á su frente la primera junta que era sobrado turbulenta, y permaneció mucho tiempo mandando como capitan general el conde de la Conquista, hombre no muy entusiasmado por la causa nacional que consideraba perdida. En diciembre de 1808 se recogió alli desde Cuenca, hasta donde habia acompañado al ejército del centro, Don José Caro y con él

una corta division. Luego que llegó este á Valencia fue nombrado segundo cabo, y prontamente se aumentaron los piques y sinsabores queriendo el Don José reemplazar en el mando al de la Conquista. No cortó la discordia el baron de Sabasona individuo de la central enviado á aquel reino en calidad de comisario: buen patricio, pero ignorante, terco y de fastidiosa arrogancia, no era propio para conciliar voluntades desunidas ni para imponer el debido respeto. Anduvieron pues sueltas mezquinas pasiones, hasta que por fin en abril de 1809 consiguió Caro su objeto, sin que por eso se ahogase, conforme despues veremos, la semilla de enredos echada en aquel suelo por hombres inquietos. Asi fue que Valencia, á pesar de sus muchos y variados recursos y de tener cerca á Murcia libre tambien de enemigos, y sujeta en lo militar á la misma capitanía general, no ayudó por de pronto á Blake con otra fuerza que la de ocho batallones apostados en Morella á las órdenes de Don Pedro Roca.

Reune Blake el mando de toda la corona de Aragon.

Con estos y la division mencionada de Lazan empezó á formar Don Joaquin Blake el segundo ejército de la derecha. Entonces solo trató de disciplinarlos, contentándose con establecer una línea de comunicacion sobre el rio Algas, y otra del lado de Morella. Mas poco despues, animado con que la central hubiese añadido á su mando el de Cataluña vacante por muerte de Reding, y sabedor de que la fuerza francesa en Aragon se habia reducido á la del 5er cuerpo, como tambien que muchos de aquellos moradores se movian, resolvió obrar antes de lo que pensaba, saliendo de Tortosa el 7 de mayo. Manifestáronse los primeros síntomas de levantamiento hácia Monzon. Sirvieron de estímulo las vejaciones y tropelías que cometian en Barbastro y orillas del Cinca las tropas del general Habert. Dió la señal en principios de mayo la villa de Albelda negándose á pagar las contribuciones y repartimientos que le habian impuesto. Enviaron los franceses gente para castigar tal osadía; mas protegidos los habitantes por 700 hombres que de Lérida envió el gobernador Don José Casimiro Lavalle á las órdenes de los coroneles Don Felipe Perena y Don Juan Baget, no solo se libertaron del azote que les amagaba, sino que tambien consiguieron escarmentar en Tamarite á los enemigos, cuyo mayor número se retiró á Barbastro quedando unos 200 en Monzon. Alentados con el suceso los naturales de esta villa y cansados del yugo extrangero, levantáronse contra sus opresores, y les obligaron á retirarse de sus hogares.

Muévese Blake.

Conmociones en Aragon.

Albelda.

Tamarite.

Abandonan los franceses á Monzon.

Necesario era que los franceses vengasen tamaña afrenta. Dirigieron pues crecida fuerza lo largo de la derecha del Cinca, y el 16 cruzaron este rio por el vado y barca del Pomar. Atacáron á Monzon que guarnecia con un reducido

En vano intentaron recobrarle.

batallon y un tercio de miqueletes Don Felipe Perena : creian ya los enemigos seguro el triunfo, cuando fueron repelidos y aun desalojados del lugar del Pueyo. Insistieron al dia siguiente en su propósito, y hasta penetraron en las calles de Monzon ; pero acudiendo á tiempo desde Fonz Don Juan Baget tuvieron que retirarse con pérdida considerable. Escarmentados de este modo pidieron socorro á Barbastro, de donde salieron con presteza en su ayuda 2000 hombres. Desgraciadamente para ellos el Cinca hinchándose con las avenidas salió de madre, y les impidió vadear sus aguas. Separados por este incidente, y sin poder comunicarse los franceses de ambas orillas, conocieron su peligro los que ocupaban la izquierda, y para evitarle corrieron hácia Albalate en busca del puente de Fraga. Habia antes previsto su movimiento el gobernador español de Lérida, y se encontraron con que aquel paso estaba ya atajado. Revolvieron entonces sobre Fonz y Estadilla, queriendo repasar el Cinca del lado de las montañas situadas en la confluencia del Esera. Hostigados allí por todos lados, faltos de recursos y sin poder recibir auxilio de sus compañeros de la márgen derecha,

Rindense 600 franceses.

tuvieron que rendirse estos que en vano habian recorrido toda la izquierda, entregándose prisioneros el 21 de mayo á los gefes Perena y Baget en número de unos 600 hombres. Encendióse mas y mas con hecho tan glorioso la insurreccion del paisanage, y fue estimulado Blake á acelerar sus movimientos.

Entra Blake en Alcañiz.

Ya este general despues de su salida de Tortosa se habia aproximado á la division francesa que en Alcañiz y sus alrededores mandaba el general Laval, obligándole á evacuar aquella ciudad el 18 del mes de mayo. Los enemigos todavía no tenian por allí numerosa fuerza, pues dicha division no permanecia entera y reunida en un punto, sino que acantonada se extendia hasta Barbastro, mediando el Ebro entre sus esparcidos trozos. Nada hubiera importado á los franceses semejante desparramamiento si no perdieran á Monzon, y si impensadamente no se hubiera aparecido Don Joaquin Blake, cuyos dos acontecimientos supiéronse en Zaragoza el 20 á la propia sazon que Suchet acababa de tomar el mando.

Va Suchet á su encuentro.

Se desvanecieron por consiguiente los planes de este general de mejorar el estado de su ejército antes de obrar, y en breve se preparó á ir á socorrer á su gente. Dejó en Zaragoza pocas tropas, y llevando consigo la mayor parte de la segunda division marchó á reforzar la primera del mando de Laval, que se reconcentraba en las alturas de Hijar. Juntas ambas ascendian á unos 8000 hombres, de los que 600 eran de caballería. Arengó Suchet á sus tropas, recordóles pasadas glorias, y yendo adelante se aproximó á Alcañiz, en donde ya estaba apostado Don Joaquin Blake. Contaba por su parte

el general español, reunidas que fueron las divisiones valenciana de Morella y aragonesa de Tortosa, 8176 infantes y 481 caballos.

La derecha al mando de Don Juan Cárlos de Areizaga se alojaba en el cerro de los Pueyos de Fórnoles; la izquierda gobernada por Don Pedro Roca permaneció en el cabezo ó cumbre baja de Rodriguer, situándose el centro en el de Capuchinos á las inmediatas órdenes del general en gefe y de su segundo el marqués de Lazan. Corria á la espalda del ejército el rio Guadalope, y mas allá se descubria colocada en un recuesto la ciudad de Alcañiz. Batalla de Alcañiz.

A las seis de la mañana del 25 aparecieron los enemigos por el camino de Zaragoza, retirándose á su vista la vanguardia española que regia Don Pedro Tejada. Pusieron aquellos su primer conato en apoderarse de la ermita de Fórnoles, atacando el cerro por el frente y flanco derecho, al mismo tiempo que ocupaban las alturas inmediatas. Contestaron con acierto los nuestros á sus fuegos, y repelieron despues con serenidad y vigorosamente una columna sólida de 900 granaderos, que marchaba arma al brazo y con grande algazara. Queriendo entonces el general Blake causar diversion al enemigo, envió contra su centro un trozo de gente escogida al mando de Don Martin de Menchaca. No estorbó esta atinada resolucion el que Suchet repitiese sus ataques para enseñorearse de la ermita de Fórnoles, si bien infructuosamente, alcanzando gloria y prez Areizaga y los españoles que defendian el puesto. Enojados los franceses al ver cuán inútiles eran sus esfuerzos, revolvieron sobre Menchaca, que, acometido por superiores fuerzas, tuvo que recogerse al cerro de la mencionada ermita. Extendióse en seguida la pelea al centro é izquierda española, avanzando una columna enemiga por el camino de Zaragoza con tal impetuosidad que por de pronto todo lo arrolló. Mandábala el general francés Fabre, y sus soldados llegaron al pie de las baterías españolas del centro, en donde los contuvo y desordenó el fuego vivísimo de los infantes, y el bien acertado á metralla de la artillería que gobernaba Don Martin García Loigorri. Rota y deshecha esta columna tuvieron los enemigos que replegarse, dejando el camino de Zaragoza cubierto de cadáveres. Nuestras tropas picaron algun trecho su retirada, y no insistió Blake en el perseguimiento por la desconfianza que le inspiraba su propia caballería que anduvo floja en aquella jornada. Perdieron los españoles de 200 á 300 hombres: los franceses unos 800, quedando herido levemente en un pie el general Suchet. Prosiguieron los últimos por la noche su marcha retrógrada, y tal era el terror infundido en sus filas que esparcida la voz de que llegaban los españoles echaron sus soldados á correr, y mezclados y en confusion llegaron á Samper de Calanda. Avergonzados con el dia volvieron en Retírase Suchet á Zaragoza.

sí, y pudo Suchet recogerse á Zaragoza, cuyo suelo pisó de nuevo *el 6 de junio.*

Satisfecho Blake de haber reanimado á sus tropas con la victoria alcanzada, limitóse durante algunos dias á ejercitarlas en las maniobras militares, mudando únicamente de acantonamientos. La junta de Valencia acudió en su auxilio con gente y otros socorros, y la central, estableciendo un parte ó correo extraordinario dos veces por semana, mantuvo activa correspondencia, remitiendo en oro y por conducto tan expedito los suficientes caudales. Reforzado el general Blake y con mayores recursos se movió camino de Zaragoza, confiado tambien en que el entusiasmo de las tropas supliria hasta cierto punto lo que les faltase de aguerridas.

Por su parte el general Suchet tampoco desperdició el tiempo que le habia dejado su contrario, pues acampando su gente en las inmediaciones de Zaragoza procuró destruir las causas que habian algun tanto corrompido la disciplina. Formó igualmente con objeto de evitar cualquiera sorpresa atrincheramientos en Torrero y á lo largo de la acequia, barreó el arrabal, mejoró las fortificaciones de la Aljafería, y envió camino de Pamplona lo mas embarazoso de la artillería y del bagage.

Situacion crítica de Suchet.

En las apuradas circunstancias que le rodeaban no solo tenia que prevenirse contra los ataques de Blake, sino tambien contra las asechanzas de los habitantes, y los esfuerzos de varios partidarios. De estos se adelantó orillas del Jalon un cuerpo franco de 1000 hombres al mando del coronel Don Ramon Gayan, y por el lado de Monzon é izquierda del Ebro acercóse al puente del Gállego el brigadier Perena. De suerte que otro descalabro como el de Alcañiz bastaba para que tuviesen los franceses que evacuar á Zaragoza, y dejar libre el reino de Aragon.

Partidarios.

Afanado asi el general Suchet y lleno de zozobra ocupábase sobre todo en averiguar las operaciones de Don Joaquin Blake, cuando supo que este se aproximaba. Preparóse pues á recibirle, y dejando la caballería en el Burgo, distribuyó los peones entre el monte Torrero y el monasterio de Santa Fé, camino de Madrid, al paso que destacó á Muel al general Fabre con 1200 hombres.

El ejército español proseguia su movimiento, y engrosadas sus filas con nuevas tropas reunidas de varias partes, pasaba su número de 17,000 hombres. De ellos hallábase el 13 avanzada en Botorrita la division de Don Juan Cárlos de Areizaga, estando en Fuendetodos con los demas Don Joaquin Blake. Noticioso este general de que Fabre se habia adelantado de Muel á Longares, apresuró su marcha en la misma tarde con intento de coger al francés entre sus tropas y las de Areizaga. Mas aquel viéndose cortado del lado de Zaragoza, abandonó un convoy de víveres, y se retiró á Plasencia de Jalon. Inútilmente corrió en su ayuda la segunda division francesa, que ni pudo abrir la comuni-

Adelantase Blake á Zaragoza.

cacion ni apoderarse del puesto que en Botorrita ocupaba Areizaga, teniendo al fin que replegarse sabedora de que venia sobre ella el grueso del ejército español.

Cerciorado de lo mismo el general Suchet y resuelto á combatir, tomó sus disposiciones. La fuerza con que contaba ascendia á unos 12,000 hombres, debiéndose juntar en breve dos regimientos procedentes de Tudela, y Fabre que desde Plasencia caminaba á Zaragoza. La disciplina de sus soldados se habia mejorado, mostrándose mas serenos y animados que en Alcañiz.

Batalla de Maria.

En la mañana del 15 el general Blake luego que llegó á Maria, distante dos leguas y media de Zaragoza, pasó mas allá y cruzó el arroyo que pasa por delante de aquel pueblo. Su ejército estaba distribuido en columnas mandadas por coroneles, y le colocó sobre unas lomas repartido en dos líneas. La primera de estas la mandaba Don Pedro Roca, y en ella se mantuvo desde el principio Don Joaquin Blake. Estaba al frente de la segunda el marqués de Lazan. Situóse sobre la derecha que era la parte mas llana la caballería, capitaneada por el general Odonojú con algunos infantes, apoyándose en el Huerba, cuyas dos orillas ocupaba. La fuerza allí presente no pasaba de 12,000 hombres, continuando destacada en Botorrita la division de Areizaga compuesta de 5000 combatientes.

En frente y á corta distancia del nuestro se divisaba el ejército francés, guiado por su general Suchet. Los españoles permanecian quietos en su puesto, y los enemigos no se apresuraron á empeñar la accion hasta las dos de la tarde que les llegó el refuerzo de los regimientos de Tudela. Entonces habiendo dejado de antemano en Torrero al general Laval para tener en respeto á Zaragoza, movióse Suchet por el frente haciendo otro tanto los españoles. Dieron estos muestras de flanquear con su izquierda la derecha de los enemigos, lo cual estorbó el general francés reforzándola, hasta querer por aquella parte romper nuestras filas. Separaba á entrambos ejércitos una quebrada que recibió órden de cruzar el general Musnier, á quien no solo repelieron los españoles, sino que reforzada su izquierda con gente de la derecha le desordenaron y desbicieron. Acudió en su auxilio por mandato de Suchet el intrépido general Harispe, consiguiendo aunque herido restablecer entre sus tropas el ánimo y la confianza. En aquella hora sobrevino una horrorosa tronada con lluvia y viento que casi suspendió el combate, impidiendo á ambos ejércitos el distinguirse claramente.

Serenado el tiempo pensó Suchet que seria mas fácil romper la derecha no colocada tan ventajosamente, y en donde se hallaba la caballería inferior á la suya en número y disciplina. Asi fue que con una columna avanzó de aquel lado el general Habert, precediéndole Vattier con dos regimientos de caballería. Ejecutada la operacion con celeridad se vieron arrollados los ginetes españoles

y rota la derecha, apoderándose los franceses de un puentecillo por el cual se cruzaba el arroyo colocado detras de nuestra posicion. Permaneció no obstante firme en esta Don Joaquin Blake, y ayudado de los generales Lazan y Roca resistió durante largo rato y con denuedo á las impetuosas acometidas que por el frente y oblicuamente hicieron los franceses. Al fin flaqueando algunos cuerpos españoles se arrojaron todos abajo de las lomas que ocupaban, en cuyas hondonadas formándose barrizales con la lluvia de la tormenta se atascaron muchos cañones, de los que en todo se perdieron hasta unos quince. Fueron cogidos prisioneros el general Odonojú y el coronel Menchaca, siendo bastantes los muertos.

Retirase Blake á Botorrita.

Retiráronse despues los españoles sin particular molestia, uniéndose en Botorrita á la division de Areizaga, que lastimosamente no tomó parte en la accion. Ignoramos las razones que asistieron á Don Joaquin Blake para tenerla alejada del campo de batalla. Si fue con intento de buscar en ella refugio en caso de derrota, lo mismo le hubiera encontrado teniéndola mas cerca y á su vista, con la diferencia de que empleados oportunamente sus soldados al desconcertarse la derecha, muy otro hubiera sido el éxito de la refriega, bien disputada por nuestra parte, recientes todavía los laureles de Alcañiz, y desasosegados los franceses con la terrible imágen de Zaragoza, que á la espalda aguardaba silenciosa su libertad.

El general Suchet volvió por la noche á aquella ciudad, mandando al general Laval que de Torrero caminase á amenazar la retaguardia de los españoles. Permaneció Don Joaquin Blake el 16 en Botorrita, resuelto á aguardar á los franceses: pudiera haberle costado cara semejante determinacion si el general Laval, descarriado por sus guias, no se hubiese retardado en su marcha. Admiróse Suchet al saber que Blake aunque derrotado se mantenía en Botorrita, de cuyo punto no se hubiera tan pronto movido si el amo de la casa donde almorzó Laval no le hubiese avisado de la marcha de este. Asi el patriotismo de un individuo preservó quizás al ejército español de un nuevo contratiempo.

Retirase de Botorrita.

Advertido Blake abrevió su retirada, sin que por eso hubiese antes habido ningun empeñado choque. Siguióle Suchet el 17 hasta la Puebla de Alborton, y el 18 ambos ejércitos se encontraron en Belchite. No era el de Blake mas numeroso que en Maria, pues si bien por una parte se le unió la division de Areizaga y un batallon del regimiento de Granada procedente de Lérida, por otra habíase perdido en la accion mucha gente entre muertos y extraviados, y separádose el cuerpo franco de Don Ramon Gayan. Ademas la disposicion de los ánimos era diversa, decaidos con la desgracia. Lo contrario sucedia á los franceses, que, recobrado su antiguo aliento y contando casi las mis-

mas fuerzas, podian confiadamente ponerse al riesgo de nuevos combates.

Batalla de Belchite.

Está Belchite situado en la pendiente de unas alturas que le circuyen de todos lados excepto por el frente y camino de Zaragoza, en donde yacen olivares y hermosas vegas que riegan las aguas de la Cuba ó pantano de Almonacid. Don Joaquin Blake puso su derecha en el Calvario, colina en que se respalda Belchite: su centro en Santa Bárbara, punto situado en el mismo pueblo, habiendo prolongado su izquierda hasta la ermita de Nuestra Señora del Pueyo. En algunas partes formaba el ejército tres líneas. Guarnecióronse los olivares con tiradores, y se apostó la caballería camino de Zaragoza. Aparecieron los franceses por las alturas de la Puebla de Alborton, atacando principalmente nuestra izquierda la division del general Musnier. Amagó de lejos la derecha el general Habert, y tropas ligeras entretuvieron el centro con varias escaramuzas. A él se acogieron luego nuestros soldados de la izquierda, agrupándose al rededor de Belchite y Santa Bárbara, lo que no dejó ya de causar cierta confusion. Sin embargo nuestros fuegos respondieron bien al principio á los de los contrarios, y por todas partes se manifestaban al menos deseos de pelear honradamente. Mas á poco incendiándose dos ó tres granadas españolas, y cayendo una del enemigo en medio de un regimiento, espantáronse unos, cundió el miedo á otros, y terror pánico se extendió á todas las filas, siendo arrastrados en el remolino mal de su grado aun los mas valerosos. Solos quedaron en medio de la posicion los generales Blake, Lazan y Roca, con algunos oficiales; los demas casi todos huyeron ó fueron atropellados. Sentimos, por ignorarlo, no estampar aquí para eterno baldon el nombre de los causadores de tamaña afrenta. Como la dispersion ocurrió al comenzarse la refriega, pocos fueron los muertos y pocos los prisioneros, ayudando á los cobardes el conocimiento del terreno. Perdiéronse nueve ó diez cañones que quedaban despues de la batalla de Maria, y perdióse sobre todo el fruto de muchos meses de trabajos, afanes y preparativos. Aunque es cierto que no fue Don Joaquin Blake quien dió inmediata ocasion á la derrota, censuróse con razon en aquel general la extremada confianza de aventurar una segunda accion tres dias despues de la pérdida de la de Maria, debiendo temer que tropas nuevas como las suyas no podian haber olvidado tan pronto tan reciente y grave desgracia.

Resultas desastradas de la batalla.

Los franceses avanzaron el mismo 18 á Alcañiz. Los españoles se retiraron en mas ó menos desórden á puntos diversos; la division aragonesa de Lazan á Tortosa de donde habia salido, la de Valencia á Morella y San Mateo: acompañaron á ambos varios de los nuevos refuerzos, algunos tiraron á otros lados. Tambien repartiendo en columnas su ejército

el general francés, dirigió una la vuelta de Tortosa, otra del lado de Morella, y apostó al general Musnier en Alcañiz y orillas del Guadalope. En cuanto á él, despues de pasar en persona el Ebro por Caspe, de reconocer á Mequinenza y de recuperar á Monzon, volvió á Zaragoza, habiendo dejado de observacion en la línea del Cinca al general Habert.

Ganada la batalla de Belchite, si tal nombre merece, y despejada la tierra, figuróse Suchet que seria árbitro de entregarse descansadamente al cuidado interior de su provincia. En breve se desengañó, porque animados los naturales al recibo de las noticias de otras partes, y engrosándose las guerrillas y cuerpos francos con los dispersos del ejército vencido, apareció la insurreccion, como veremos despues, mas formidable que antes, encarnizándose la guerra de un *modo desusado*.

Pasa Blake á Cataluña.

Desde Tortosa volvió el general Blake la vista al norte de Cataluña, y en especial la fijó en Gerona, de cuyo sitio y anexas operaciones suspenderemos hablar hasta el libro próximo, por no dividir en trozos hecho tan memorable. En lo demas de aquel principado continuaron tropas destacadas, somatenes y partidas incomodando al enemigo, pero de sus esfuerzos no se recogió abundante fruto faltando en aquellas lides el debido órden y concierto.

Conspiracion de Barcelona.

Tampoco cesaban las correspondencias y tratos con Barcelona, y fue notable y de tristes resultas lo que ocurrió en mayo. Tramábase ganar la plaza por sorpresa. El general interino del principado marqués de Coupigny se entendia con varios habitantes, debiendo una division suya entrar el 16 á hurtadillas y por la noche en la ciudad, al mismo tiempo que del lado de la marina divirtiesen fuerzas navales á los franceses. Mas avisados estos frustraron la tentativa, arrestando á varios de los conspiradores que el 3 de junio pagaron públicamente su arrojo con la vida. Entre ellos reportado y con firmeza respondió al interrogatorio que precedió al suplicio el doctor Pou de la universidad de Cerbera: no menos atrevido se mostró un mozo del comercio llamado Juan Massana, quien ofendido de la palabra traidor con que le apellidó el general francés, « replicóle: El traidor es V. E. que con capa de amistad se ha « apoderado de nuestras fortalezas. » Recompensó el patíbulo tamaño brio.

Suplicio de algunos patriotas.

Habia alterado al gobierno de José la excursion de Blake en Aragon á punto de pedir á Saint-Cyr que de Cataluña cayese sobre la retaguardia del general español. Graves razones le asistian para tal cuidado, pues ademas de las inmediatas resultas de la campaña, temia el influjo que podia esta ejercer en el mediodia de España, donde el estado de cosas cada dia presagiaba extensas é importantes operaciones militares.

Sucesos del mediodía de España.

Por lo cual será bien que volviendo atras relatemos lo que por allí pasaba.

Mariscal Victor.

Despues de la batalla de Medellin habia sentado el mariscal Victor sus reales en Mérida, ciudad célebre por los restos de antigüedades que aun conserva, y desde la cual situada en feraz terreno se podia fácilmente observar la plaza de Badajoz, y tener en respeto las reliquias del ejército de Don Gregorio de la Cuesta. Para mayor seguridad de sus cuarteles fortificó el mariscal francés la casa del *Conventual*, residencia hoy de un provisor de la órden de Santiago, y antes parte de una fortaleza edificada por los romanos, divisándose todavía del lado del Guadiana, en el lugar llamado el Mirador, un murallon de fábrica portentosa. En lo interior establecieron los franceses un hospital y almacenaron muchos bastimentos.

Patriotismo de Extremadura.

De Mérida destacaron los enemigos á Badajoz algunas tropas é intimaron la rendicion á la plaza, confiados en el terror que habia infundido la jornada de Medellin y tambien en secretos tratos. Salió su esperanza vana, respondiendo á sus proposiciones la junta provincial á cañonazos. Era en esta parte tan unánime la opinion de Extremadura, que por entonces no consiguió el mariscal Victor que pueblo alguno prestase juramento ni reconociese el gobierno intruso. Solo en Mérida obtuvo de varios vecinos, casi á la fuerza, que firmasen una representacion congratulatoria á José; mas el acto produjo tal escándalo en toda la provincia, que al decretar la junta contra los firmantes formacion de causa, prefirieron estos comparecer en Badajoz y correr todo riesgo á mancillar su fama con la tacha de traidores. Su espontánea presentacion los libertó de castigo. No era extraño que los naturales mirasen con malos ojos á los que seguian las banderas del extrangero, cuando este saqueaba y asolaba horrorosamente la desgraciada Extremadura.

Inaccion de Victor.

Por lo demas Victor habia permanecido inmoble despues de lo de Medellin, no tanto porque temiese invadir la Andalucía cuanto por ser principal deseo del emperador la ocupacion de Portugal. Ya dijimos fuera su plan, que al tiempo que *Soult penetrase* aquel reino via de Galicia, *otro tanto hiciesen* Lapisse por Ciudad Rodrigo y Victor por Extremadura. La falta de comunicaciones impidió dar á lo mandado el debido cumplimiento, dificultándose estas á punto de que se interrumpieron aun entre los dos últimos generales. Ocasionóles tamaño embarazo Sir Roberto Wilson, quien antes de pasar á Portugal en cooperacion de Wellesley, habia destacado dos batallones al puerto de Baños, y cortado asi la correspondencia á los enemigos. Incomodados estos con tales obstáculos, estuviéronlo mucho mas con la insurreccion del paisanage que cundió por toda la tierra de Ciudad Rodrigo, de manera que temiendo Lapisse no entrar en Portugal á

tiempo, determinó pasar á Extremadura y obrar de acuerdo con Victor. Asi lo verificó haciendo una marcha rápida sobre Alcántara por el puerto de Perales.

Pasa Lapisse de tierra de Salamanca á Extremadura.

Entra en Alcántara.

Los vecinos de aquella villa trataron de defender la entrada apostándose en su magnífico puente, mas vencidos penetraron los franceses dentro, y en venganza todo lo pillaron y destruyeron, sin que respetasen ni aun los sepulcros. Diéronse no obstante los últimos priesa á evacuarla, continuando por la noche su camino, temerosos del coronel Grant y de Don Cárlos de España que seguian su huella, y los cuales entrando por la mañana en Alcántara se hallaron con el espantoso espectáculo de casas incendiadas y de calles obstruidas de cadáveres. Se incorporó en seguida Lapisse con Victor en Mérida el 19 de abril.

Unense Lapisse y Victor.

Entonces prevaleciendo ante todo en la mente de los franceses la invasion de Portugal, mandó José al mariscal Victor que en union con el general Lapisse marchase la vuelta de aquel reino. Parecia oportuno momento para cumplir á lo menos en parte el plan del emperador, pues á la propia sazon se enseñoreaba el mariscal Soult de la provincia de Entre Duero y Miño.

Marchan contra Portugal.

Encaminóse pues Victor hácia Alcántara, poniendo al cuidado de Lapisse repasar el puente, ocupado á su llegada por el coronel inglés Mayne, quien en ausencia de Wilson al norte de Portugal mandaba la legion lusitana. Quiso el inglés volar un arco del puente, y no habiéndolo conseguido se replegó el 14 de mayo á su antigua posicion de Castello-Branco.

Desisten de su intento.

Hasta alli despues de cruzar el Tajo envió Lapisse sus descubiertas por querer el mariscal Victor ir mas adelante. Mas aunque resuelto á ello, detuvieron á este temores del general Makenzie, el cual, segun apuntamos en el libro anterior, apostado en Abrantes al avanzar Wellesley á Oporto, salió al encuentro de los franceses para prevenir su marcha. El movimiento del inglés y voces vagas que empezaron á correr de la retirada de Soult de las orillas del Duero, decidieron á Victor no solo á desistir de su primer propósito, sino tambien á retroceder á Extremadura.

Muéveso Cuesta.

Por su parte Don Gregorio de la Cuesta luego que supo la partida de aquel mariscal, movióse con su ejército rehecho y engrosado, y puso los reales en la Fuente del Maestre, amagando sin estrecharle al Conventual de Mérida que guarnecian los franceses. Victor al volver de su correria se colocó en Torremocha, vigilando sus puestos avanzados los pasos del Tajo y Guadiana. Pero su inútil tentativa contra Portugal, el haber asomado ingleses á los lindes extremeños, y el reequipo y aumento del ejército de Cuesta, dieron aliento á la poblacion de las riberas del Tajo, la cual, interceptando las comunicaciones, molestó conti-

nuadamente á los enemigos. Mucho estimuló á la insurreccion la junta de Extremadura enviando para dirigirla á Don José Joaquin de Ayesteran y á Don Francisco Longedo, quienes, de acuerdo con Don Miguel de Quero, que ya antes habia empezado á guerrear en la Higuera de las Dueñas, provincia de Toledo, juntaron un cuerpo de 600 infantes y 100 caballos bajo el nombre de voluntarios y lanceros de Cruzada, del valle de Tiétar. Recorriendo la tierra molestaron los convoyes enemigos, y fueron notables mas adelante dos de sus combates, uno trabado el 29 de junio en el pueblo de Menga con las tropas del general Hugo comandante de Avila, otro el que sostuvieron el 1° de julio en el puente de Tiétar, y de cuyas resultas cogieron á los franceses mucho ganado lanar y vacuno. Se agregó despues esta gente á la vanguardia del ejército de Cuesta.

Partidarios de Extremadura y Toledo.

Mientras tanto el mariscal Victor viendo lo que crecia el ejército español, y temeroso de las fuerzas inglesas que se iban arrimando á Castello-Branco, repasó el Tajo situándose el 19 de junio en Plasencia. Poco antes envió un destacamento para volar el famoso puente de Alcántara, admirable y portentosa obra del tiempo de Trajano, que nunca fuera tan maltratada como esta vez, habiéndose contentado los moros y los portugueses en antiguas guerras con cortar uno de sus arcos mas pequeños.

Vuelan los franceses el puente de Alcántara.

Ejército de la Mancha.

Otras atenciones obligaron luego á Victor á mudar de Estancia. En la Mancha y ásperezas de Sierra-Morena, despues que Venégas tomó el mando de aquel ejército, se habian aumentado sus filas, ascendiendo el número de hombres á principios de junio á unos 19,000 infantes y 3000 caballos. Para no permanecer ocioso y foguear su gente, resolvió Venégas salir en 14 del mismo mes de las estrechuras de la sierra y sus cercanías, y recorrer las llanuras de la Mancha. Alcanzaron sus partidas de guerrilla algunas ventajas, y el 28 de junio la division de vanguardia regida por Don Luis Lacy escarmentó con gloria al enemigo en el pueblo de Torralba.

Va á su encuentro sin fruto José Bonaparte.

La repentina marcha de Venégas asustó en Madrid á José ya inquieto, segun hemos dicho, con la entrada de Blake en Aragon. Asi fue que al paso que ordenó á Mortier que se aproximase por el lado de Castilla la Vieja á las sierras de Guadarrama, previno al mariscal Victor que poniéndose sobre Talavera le enviase una division de infantería y la caballería ligera. Agregada esta fuerza á sus guardias y reserva, se metió José desde Toledo en la Mancha, y uniéndose con el 4° cuerpo del mando de Sebastiani, avanzó hasta Ciudad Real. Venégas, que por entonces no pensaba comprometer sus huestes, replegóse á tiempo, y ordenadamente tornó á Santa Elena. Penetró el rey intruso hasta Almagro, y no osando arriscarse mas adentro, se restituyó á Madrid

devolviendo al mariscal Victor las tropas que de su cuerpo de ejército habia entresacado.

Tales fueron las marchas y correrías que precedieron en Extremadura y Mancha á la campaña llamada de Talavera, la cual siendo de la mayor importancia, exige que antes de entrar en la relacion de sus complicados sucesos, contemos las fuerzas que para ella pusieron en juego las diversas partes beligerantes.

Campaña de Talavera.

De los ocho cuerpos en que Napoleon distribuyó su ejército al hacer en octubre de 1808 su segunda y terrible invasion, incorporóse mas tarde el de Junot con los otros, reduciéndose por consiguiente á siete el número de todos ellos. Cinco fueron los que casi en su totalidad coadyuvaron á la campaña de Talavera. Tres, el 2°, 5° y 6° acantonados en julio en Valladolid, Salamanca y tierra de Astorga bajo el mando supremo del mariscal Soult, y el 1° y 4° alojados por el mismo tiempo en la Mancha y orillas del Tajo hácia Extremadura. Concurrió tambien de Madrid la reserva y guardia de José, pudiéndose calcular que el conjunto de todas estas tropas rayaba en 100,000 hombres. De los españoles vinieron sobre aquellos puntos los ejércitos de Extremadura y Mancha, el 1° de 36,000 combatientes, el 2° de unos 24,000. La fuerza de Wellesley acampada en Abrantes despues de su vuelta de Galicia, aunque engrosada con 5000 hombres, no excedia de 22,000, menguada con los muertos y enfermos. Pasaban de 4000 portugueses y españoles los que regia el bizarro Sir Roberto Wilson: de los últimos dos batallones habian sido destacados del ejército de Cuesta. Ademas 15,000 de los primeros que disciplinaba el general Beresford desde el Agueda se trasladaron despues hácia Castello-Branco. Por manera que el número de hombres llamado á lidiar ó á cooperar en la campaña era de parte de los franceses, segun acabamos de decir, de unos 100,000, y de casi otro tanto de la de los aliados, con la diferencia de ser aquellos homogéneos y aguerridos, y estos de varia naturaleza y en su mayor parte noveles y poco ejercitados en las armas.

Fuerzas que tomaron parte en ella.

El general Wellesley, aunque al desembarcar en Lisboa habia conceptuado como mas importante la destruccion del mariscal Victor, empezó sin embargo, conforme relatamos, por arrojar á Soult de Portugal para caer despues mas desembarazadamente sobre el primero. Asi se lo habia ofrecido al gobierno español al ir á Oporto, rogando que en el intermedio evitasen los generales españoles de Extremadura y Mancha todo serio reencuentro con los franceses. Cumplióse por ambas partes lo prometido; vióse forzado Soult á evacuar á Portugal, y Wellesley, despues de haber dado descanso y respiro á sus tropas en Abrantes, salió de allí el 27 de junio poniéndose en marcha hácia la frontera de Extremadura.

Marcha Wellesley á Extremadura.

Andaban los franceses divididos acerca del plan que convendria adoptar en aquellas circunstancias. José deseaba conservar lo conquistado, y sobre todo no abandonar á Madrid, pensando quizá con razon que la evacuacion de la capital imprimiria en los ánimos errados sentimientos, en ocasion en que aun se mostraba viva la campaña de Austria. El mariscal Soult, ateniéndose á reglas de la mas elevada estrategia, prescindia de la posesion de mas ó menos territorio, y opinaba que se obrase en dos grandes cuerpos ó masas, cuyos centros se estableceria uno en Toro donde él estaba, y otro donde José residia. Planes diversos de los franceses.

Despues de la vuelta de Soult á Castilla nada de particular habia ocurrido allí, esforzándose solamente dicho mariscal por arreglar y reconcentrar los tres cuerpos que el emperador habia puesto á su cuidado. Encontró en ello estorbos así en algunas providencias de José que habia, segun se dijo, llamado hácia Guadarrama á Mortier, y asi en la mal dispuesta voluntad del mariscal Ney, quien, picado de la preferencia dada por el emperador á su compañero, queria separarse, so pretexto de enfermedad, del mando del 6º cuerpo. Embarazaban tambien escaseces de varios efectos, y sobre todo el carecer de artillería el 2º cuerpo abandonada á su salida de Portugal. Para remover tales obstáculos, pedir auxilios y predicar en favor de su plan, envió Soult á Madrid al general Foy que en posta partió el 19 de julio. Tornó este el 24 del mismo, y aunque se remediaron las necesidades mas urgentes y se compusieron hasta cierto punto las desavenencias entre Ney y Soult, no se accedió al plan de campaña que el último proponia, atento solamente José á conjurar el nublado que le amenazaba del lado del Tajo. Situacion de Soult.

Manteníase en Extremadura tranquilo D. Gregorio de la Cuesta en espera del movimiento del general Wellesley, no habiendo emprendido, aunque bien á su pesar, accion alguna de gravedad. Hubo solamente choques parciales, y honró á las armas españolas el que sostuvo en Aljucen Don José de Zayas, y otro que con no menor dicha trabó en Medellin el brigadier Ribas. Forzoso le era al anciano general reprimir su impaciencia, pues tal órden tenia de la junta central. Limitábase á avanzar siempre que los franceses retrocedian, y al situarse en Plasencia el mariscal Victor el 19 de junio, sentó Cuesta el 20 del mismo sus cuarteles en las casas del puerto, orilla izquierda del Tajo. Allí aguardó á que adelantasen los ingleses, enviando al comisionado de esta nacion coronel Bourke á proponer á su general el plan que le parecia mas oportuno para abrir la campaña. Cuesta en las casas del Puerto.

Sir Arturo Wellesley, despues de levantar el 27 de junio su campo de Abrantes, prosiguió su marcha y estableció el 8 de julio su cuartel general en Plasencia, pasando el 10 á avistarse con Cuesta en las casas del Puerto. Conferencia- Avístase allí con el Wellesley.

ron entre sí largamente ambos generales, y propuestos varios planes se adoptó al fin el siguiente como preferible y mas acomodado. Sir Roberto Wilson con la fuerza de su mando y dos batallones que Cuesta le proporcionaria, habia de marchar el 16 por la Vera de Plasencia con direccion al Alberche, ocupando hasta Escalona los pueblos de la orilla derecha: el 18 cruzaria el ejército británico por la Bazagona el Tiétar, en que se habia echado un puente provisional, y dirigiéndose por Majadas y Centenilla á Oropesa y al Casar, habia de extender su izquierda hasta San Roman y ponerse en contacto con la division de Wilson. El ejército español de Cuesta cruzando el 19 el Tajo por Almaraz y puente del Arzobispo habia de seguir el camino real de Talavera, y ocupar el frente del enemigo desde el Casar hasta el puente de tablas que hay sobre el Tajo en aquella ciudad, mas procurando en su marcha no embarazar la del ejército aliado. Tambien se acordó que Venégas, cuyo cuartel general estaba entonces en Santa Cruz de Mudela, y que dependia hasta cierto punto de Cuesta, avanzase si la fuerza del general Sebastiani no era superior á la suya, y que pasando el Tajo por Fuentidueña se pusiese sobre Madrid, debiendo retroceder á la sierra por Tarancon y Torrejoncillo, en caso que acudiesen contra él tropas numerosas. Agradó este plan por lo respectivo al movimiento de Cuesta y de los ingleses: no pareció tan atinado en lo tocante á Venégas, cuyo ejército alejándose demasiado del centro de operaciones, ni podia fácilmente darse la mano con los aliados en cualquiera mudanza de plan que hubiese, ni era posible acudir con prontitud en su auxilio, si aceleradamente caian reforzados sobre él los enemigos.

Plan que adoptan.

Acordes Cuesta y Wellesley volvió el último á Plasencia, é impensadamente escribió el 16 al ayudante general Don Tomas Odonojú diciéndole que si bien estaba pronto á ejecutar el plan convenido, desprovisto su ejército de muchos artículos y sobre todo de trasportes, podrian quizá presentarse dificultades inesperadas, y despues añadia con tono mas acerbo, que en todo pais en que se abre una campaña, debiendo los naturales proveer de medios de subsistencia, si en este caso no se proporcionaban, tendria España que pasarse sin la ayuda de los aliados. Tal fue la primera queja que de este género se suscitó. Habia la junta central ofrecido suministrar cuantos auxilios estuviesen en su mano, y en efecto expidió órdenes premiosas á las juntas de Badajoz, Plasencia y Ciudad Rodrigo para hacer abundantes acopios de todos los artículos precisos á la subsistencia del ejército británico, escogiendo ademas á Don Juan Lozano de Torres con los correspondientes comisarios de guerra para que le saliesen á recibir á la frontera de España. Semejantes resoluciones pudieran haber bastado en tiempos ordinarios, ahora no, mayor-

Medidas que habia tomado la central.

mente estando nombrado para ejecutarlas el Lozano de Torres, hombre antes embrollador que prudente y activo. Las escaseces fueron reales, mas agriándose las contestaciones, se trataron con injusticia unos y otros, dando ocasion, segun despues veremos, á enojos y desabrimientos.

Marcha adelante el ejército aliado.

Comenzó no obstante al tiempo convenido la marcha de los ejércitos aliados, haciendo solo en ella los españoles una corta variacion por falta de agua en el camino de Talavera. El 21 de julio se alojaban ambos entre Oropesa y Velada: prosiguieron el 22 su camino encontrándose la vanguardia regida por Don José de Zayas con fuerza enemiga, capitaneada por el general Latour-Maubourg. Las escaramuzas duraron parte del dia, portándose nuestros soldados bizarramente, y con eso y aparecer los ingleses cruzaron los enemigos el Alberche, estando en Cazalegas el cuartel general del mariscal Victor. Las divisiones de Villate y Lapisse formaban sobre su derecha en altozanos que dominan la campaña, y la de Ruffin cubria sobre la izquierda tocando al Tajo el puente del Alberche, larguísimo y de tablas, amparado ademas su desembocadero con 14 piezas de artillería. Ascendian sus fuerzas á 25,000 hombres, y permanecieron en sus puestos los dias 22 y 23.

Propone Wellesley á Cuesta atacar.

Acercáronse allí por su lado los ejércitos aliados, y Sir Arturo Wellesley propuso á Don Gregorio de la Cuesta atacar á los enemigos sin tardanza el mismo 23, mas el general español pidió que se difiriese hasta la madrugada siguiente. Fútiles fueron las razones que despues alegó para tal dilacion, contrastando el detenimiento de ahora con el prurito que tuvo siempre y renovó luego de combatir á todo trance. Aseguran algunos extrangeros que se negó por ser domingo, mas ni Cuesta pecaba de tan nimio, ni en España prevalecia semejante preocupacion. Ha habido ingleses que han tachado á cierto oficial del estado mayor de Cuesta de la nota de entenderse con los enemigos. Ignoramos el fundamento de sus sospechas. Lo cierto es que los franceses, ya en situacion apurada, decamparon en la noche del 23 al 24, y en lugar de seguir el camino de Madrid, tomaron por Torrijos el de Toledo. Falló así destruir al mariscal Victor á la sazon que sus fuerzas eran inferiores á las aliadas, y falló por la inoportuna prudencia de Cuesta, prenda nunca antes notada entre las de este general.

Rehúsalo el general español.

Incomódase Wellesley.

Incomodado por ello Wellesley, receloso de que continuasen escaseando las subsistencias, y pareciéndole quizá arriesgado internarse mas antes de estar cierto de lo que pasaba en Castilla la Vieja, declaró formalmente que no daria un paso mas allá del Alberche á no afianzársele la manutencion de sus tropas. Cuesta que el 23 se remoloneaba para atacar, impelido ahora por aviesa mano, ó renaciendo en su ambicioso ánimo el de-

Avanza solo Cuesta.

seo de entrar antes que ninguno en Madrid, marchó solo y sin los ingleses, y llegó el 24 al Bravo y Cebolla, y adelantándose el 25 á Santa Olalla y Torrijos, hubo de costar cara su loca temeridad.

Reconcéntranse los franceses.

Los franceses no se retiraban sino para reconcentrarse y engrosar sus fuerzas. José, despues de dejar en Madrid una corta guarnicion, habia salido con su guardia y reserva, uniéndose á Victor el 25 por Vargas y orilla izquierda del Guadarrama. Otro tanto hizo Sebastiani, que observaba á Venégas en la Mancha cerca de Daimiel, cuando se le mandó acudir al Tajo. Con esta union los franceses, que poco antes tenian para oponerse á los aliados solo unos 25,000 hombres, contaban ahora sobre 50,000 alojados á corta distancia de Cuesta, detras del rio Guadarrama. Venégas, sabedor de la marcha de Sebastiani, envió en pos de él y hácia Toledo una division al mando de Don Luis Lacy,

Avanza Wilson á Navalcarnero.

aproximándose en persona á Aranjuez con lo restante de su ejército. No por eso dividieron los franceses sus fuerzas, ni tampoco por otros movimientos de Sir Roberto Wilson, quien, extendiéndose con sus tropas por Escalona y la villa del Prado, se habia el 25 metido hasta Navalcarnero, distante cinco leguas de Madrid, cuyo suceso hubo de causar en la capital un levantamiento.

Aunque juntos los cuerpos de Victor y Sebastiani con la reserva y guardia de José, no pensaban los franceses empeñarse en accion campal, aguardando á que el mariscal Soult, con los tres cuerpos que capitaneaba en Salamanca, viniese sobre la espalda de los aliados por las sierras que dividen aquellas provincias de la de Extremadura. Plan sabio, de que habia sido portador desde Madrid el general Foy, y cuyas resultas hubieran podido ser funestísimas para el ejército combinado. La impaciencia de los franceses malogró en el campo lo que prudentemente se habia determinado en el consejo.

Peligro que corre el ejército de Cuesta.

Viendo el 26 de julio la indiscreta marcha de Cuesta, quisieron escarmentarle. Asi arrollaron aquel dia sus puestos avanzados, y aun acometieron á la vanguardia. El comandante de esta Don José de Zayas avanzó á las llanuras que se extienden delante de Torrijos, en donde lidió largo rato, tratando solo de retirarse al noticiarle que mayor número de gente venia á su encuentro. Comenzó entonces ordenadamente su movimiento retrógrado, pero arredrados los infantes con ver que no podia maniobrar el regimiento de caballería de Villaviciosa metido entre unos vallados, retrocedieron en desórden á Alcabon, á donde corrió en su amparo el duque de Alburquerque, asistido de una division de 3000 caballos. Dióse con esto tiempo á que la vanguardia se recogiese al grueso del ejército, que teniendo á su cabeza al general Cuesta caminaba no con el mejor concierto á

abrigarse del ejército inglés. La vanguardia de este ocupaba á Cazalegas, y su comandante el general Sherbrooke hizo ademan de resistir á los enemigos que se detuvieron en su marcha. Parecia que con tal leccion se ablandaria la tenacidad del general Cuesta, mas desentendiéndose de las justas reflexiones de Sir Arturo Wellesley, á duras penas consintió repasar el Alberche.

Anunciaba la union y marcha de los enemigos la proximidad de una batalla, y se preparó á recibirla el general inglés. En consecuencia mandó á Wilson que de Navalcarnero volviese á Escalona, y no dejó tropa alguna á la izquierda del Alberche, resuelto á ocupar una posicion ventajosa en la márgen opuesta.

Batalla de Talavera, 27 y 28 de julio.

Escogió como tal el terreno que se dilata desde Talavera de la Reina hasta mas allá del cerro de Medellin, y que abraza en su extension unos tres cuartos de legua. Alojábase á la derecha y tocando al Tajo el ejército español: ocupaba el inglés la izquierda y centro. Era como sigue la fuerza y distribucion de entrambos. Componiase el de los españoles de cinco divisiones de infantería y dos de caballería, sin contar la reserva y vanguardia. Mandaban las últimas Don Juan Berthuy y Don José de Zayas. De las divisiones de caballería guiaba la primera Don Juan de Henestrosa, la segunda el duque de Alburquerque. Regian las de infantería segun el órden de su numeracion el marqués de Zayas, Don Vicente Iglesias, el marqués de Portago, Don Rafael Manglano y Don Luis Alejandro Bassecourt. El total de tropas españolas, deducidas pérdidas, destacamentos y extravíos, no llegaba á 34,000 hombres, de ellos cerca de 6000 de caballería. Contaban allí los ingleses mas de 16,000 infantes y 3000 ginetes repartidos en cuatro divisiones á las órdenes de los generales Sherbrooke, Hill, Mackenzie y Campbell.

La derecha que formaban los españoles se extendia delante de Talavera y detras de un vallado que hay á la salida. Colocóse en frente de la suntuosa ermita de Nuestra Señora del Prado una fuerte batería, con cuyos fuegos se enfilaba el camino real que conduce al puente del Alberche. Por el siniestro costado de los españoles, y en un intermedio que habia entre ellos y los ingleses, empezóse á construir en un altozano un reducto que no se acabó; viniendo despues é inmediatamente la division de Campbell, á la que seguia la de Sherbrooke, cubriendo con la suya la izquierda el general Hill. Permaneció apostada cerca del Alberche la division del general Mackenzie con órden de colocarse en 2ª línea y detras de Sherbrooke al trabarse la refriega. Era la llave de la posicion el cerro en donde se alojaba Hill, llamado de Medellin, cuya falda baña por delante y defiende con hondo cauce el arroyo Portiña, separándole una cañada por el siniestro lado de los peñascales de la Atalaya é hijuelas de la sierra de Segurilla.

Al amanecer del 27 de julio poniendo José desde Santa Olalla

sus columnas en movimiento, llegaron aquellas á la una del dia á las alturas de Salinas, izquierda del Alberche. Sus gefes no podian aun de allí descubrir distintamente las maniobras del ejército combinado, plantado el terreno de olivos y moreras. Mas escuchando José al mariscal Victor que conocia aquel pais, tomó en su consecuencia las convenientes disposiciones. Dirigió el 4° cuerpo del mando de Sebastiani contra la derecha que guardaban los españoles, y el 1° del cargo de Victor contra la izquierda, al mismo tiempo que amenazaba el centro de la caballería. Cruzado el Alberche, siguió el 4° cuerpo con la reserva y guardia de José, que le sostenia, el camino real de Talavera, y el 1° que vino por el vado cayó tan de repente sobre la torre llamada de Salinas, en donde estaba apostado el general Mackenzie, que causó algun desórden en su division, y estuvo para ser cogido prisionero Sir Arturo Wellesley, que observaba desde aquel punto los movimientos del enemigo. Pudieron al fin todos, aunque con trabajo, recogerse al cuerpo principal del ejército aliado.

Iba pues á empeñarse una batalla general. Los franceses avanzando empezaron antes de anochecer su ataque con un fuerte cañoneo y una carga de caballería sobre la derecha que defendian los españoles, de los que ciaron los cuerpos de Trujillo y Badajoz de línea y leales de Fernando VII, y aun hubo fugitivos que esparcieron la consternacion hasta Oropesa, yendo envueltos con ellos y no menos aterrados algunos ingleses. No fue sin embargo mas allá el desórden, contenido el enemigo por el fuego acertado de la artillería y de los otros cuerpos, y tambien por ser su principal objeto caer sobre la izquierda en que se alojaba el general Hill.

Dirigieron contra ella las divisiones de los generales Ruffin y Villatte, y encaramáronse al cerro á pesar de ser la subida áspera y empinada con la dificultad tambien de tener que cruzar el cauce del Portiña. Atropellándolo todo con su impetuosidad tocaron á la cima de donde precipitadamente descendieron los ingleses por la ladera opuesta. El general Hill, aunque herido su caballo y á riesgo de caer prisionero, volvió á la carga y con la mayor bizarría recuperó la altura. Ya bien entrada la noche insistieron los franceses en su ataque, extendiéndole por la izquierda de ellos el general Lapisse contra otra de las divisiones inglesas. Viva fue la refriega y larga, sin fruto para los enemigos. Pasadas las doce de la misma noche un arma falsa, esparcida entre los españoles, dió ocasion á un fuego graneado que duró algun tiempo, y causó cierto desórden que afortunadamente no cundió á toda la línea.

Al amanecer del 28 renovaron los franceses sus tentativas, acometiendo el general Ruffin el cerro de Medellin por su frente y la cañada de la izquierda: sostúvole en su empresa el general Villatte. La pelea fue porfiada, repetidos los ataques ya en masa ya en pe-

lotones, la pérdida grande de ambas partes, herido el general Hill, dudoso el éxito en ocasiones, hasta que los franceses tornando á sus primeros puestos, abrigados de formidable artillería suspendieron el combate.

Falto el ejército británico de cañones de grueso calibre pidió el general Wellesley algunos de esta clase á Don Gregorio de la Cuesta: los cuales se colocaron al mando del capitan Uclés en el reducto empezado á construir en el altozano, interpuesto entre españoles é ingleses. Viendo tambien el general Wellesley el empeño que ponia el enemigo en apoderarse del cerro de Medellin, sintió no haber antes prolongado su izquierda y guarnecídola del lado de la cañada; por lo que, para corregir su olvido, colocó allí parte de su caballería que sostuvo la de Alburquerque, y alcanzó de Cuesta el que destacase la 5ª division del mando de Bassecourt, cuyo gefe se situó cubriendo la cañada en la falda y peñascales de la Atalaya.

En aquel momento dudó José de si convenia retirarse ó continuar el combate. Victor estaba por lo último, el mariscal Jourdan por lo primero. Vacilante José algun tiempo decidióse por la continuacion, habiendo recorrido antes la línea en todo su largo.

En el intermedio hubo un respiro que duró desde las nueve hasta las doce de la mañana, bajando sin ofenderse los soldados de ambos ejércitos á apagar en el arroyo de Portiña la sed ardiente que les causaba lo muy bochornoso del dia.

Por fin los franceses volvieron á proseguir la accion. Vigilaba sus movimientos Sir Arturo Wellesley desde el cerro de Medellin. Acometió primero el general Sebastiani el centro, por la parte en que se unian los ingleses y los españoles. Aquí se hallaban de parte de los últimos las divisiones 3ª y 4ª al cuidado ambas de Don Francisco de Eguía, formando dos líneas, la primera mas avanzada que la inmediata de los ingleses. El francés quiso sobre todo apoderarse de la batería del reducto, mas al poner el pie en ella recibieron sus soldados una descarga á metralla de los cañones puestos allí poco antes al mando del capitan Uclés, y cayendo los ingleses en seguida sobre sus filas, experimentaron estas horrorosa carnicería. Replegados en confusion los franceses á su línea, rechazaron á sus contrarios cuando avanzaron. Reiteráronse tales tentativas, hasta que en la última intentando los enemigos meterse entre los ingleses y los españoles, se vieron flanqueados por la primera línea de estos mas avanzada, y acribillados por una batería que mandaba Don Santiago Piñeiro, militar aventajado. Repelidos así y al tiempo que ya flaqueaban, dió sobre ellos asombrosa carga el regimiento español de caballería del Rey guiado por su coronel Don José María de Lastres, á quien herido sustituyó en el acto con no menor brio su teniente Don Rafael Valparda. Todo lo atropellaron nuestros ginetes, dando lugar á que se cogieran diez cañones, de los que cuatro trajo al campo español el mencionado Piñeiro.

A la misma sazon en la izquierda del ejército aliado trató la division del general Ruffin de rodear por la cañada el cerro de Medellin, amenazando parte de la de Villatte subir á la cima. Colocada *la caballería inglesa en dicha cañada, aunque padeció mucho, en* especial un regimiento de dragones, logró desconcertar á Ruffin, sosteniendo sus esfuerzos la division de Bassecourt y la caballería de Alburquerque. Tambien sirvió de mucho la oportunidad con que el distinguido oficial Don Miguel de Alava ayudante del último, condescendiendo con los deseos del general inglés Fane, y sin aguardar por la premura el permiso de su gefe, dispuso que obrasen dos cañones al mando del capitan Entrena, que hicieron en el enemigo grande estrago. Asi se ve como en ambas alas andaba la refriega favorable á los aliados.

Hubo de comprometerse su éxito durante cierto espacio en el centro. Acometió alli al general Sherbrooke el francés Lapisse, el cual si bien al principio fue rechazado gallardamente, prosiguiendo los guardias ingleses con sobrado ardor el triunfo, repeliéronlos á su vez los franceses introduciendo confusion en su línea, momento apurado, pues roto el centro hubieran los aliados perdido la batalla. Felizmente al ver Wellesley lo que se empeñaban los guardias, con prevision ordenó desde el cerro donde estaba bajar al regimiento número 48 mandado por el coronel Donellan, cuyo cuerpo se portó con tal denuedo que conteniendo á los franceses dió lugar á que los suyos volviesen en sí y se rehiciesen. Sucedido lo cual avanzando de la 2ª línea la caballería ligera á las órdenes de Cotton, y maniobrando por los flancos la artillería entre la que tambien lució con sus cañones el capitan Entrena, ciaron desordenados los franceses, cayendo mortalmente herido el general Lapisse. Ya entonces se mostraron por toda la línea victoriosos los aliados. Recogiéronse los franceses á su antigua posicion, cubriendo el movimiento los fuegos de su artillería. El calor y lo seco de la tierra con el tráfago y pisar de aquel dia, produjeron poco despues en la yerba y matorrales un fuego que, recorriendo por muchas partes el campo, quemó á muertos y á postrados heridos. Perdieron los ingleses en todo 6268 hombres, los franceses 7389 con 17 cañones: murieron de cada parte dos generales. Ascendió la pérdida de los españoles á 1200 hombres, quedando herido el general Manglano.

De este modo pasó la batalla de Talavera de la Reina, que empezada el 27 de julio no concluyó hasta el siguiente dia, y la cual tuvo, por decirlo asi, tres pausas ó jornadas. En la última del 28 se comportaron los españoles con valor é intrepidez. A los cuerpos que el 27 flaquearon nada menos intentó Cuesta que diezmarlos, como si su falta no proviniese mas bien de anterior indisciplina que de cobardía villana. Intercedió el general inglés y amansó el feroz pecho del español, mas desgraciadamente cuando ya habian sido arcabuceados 50 hombres.

Severidad de Cuesta.

Nombró la junta central á Sir Arturo Wellesley capitan general de ejército, y elevóle su gobierno á par de Inglaterra bajo el título de lord vizconde Wellington de Talavera, con el cual le distinguiremos en adelante. Dispensó tambien la central otras gracias á los gefes españoles, condecorando á Don Gregorio de la Cuesta con la gran cruz de Cárlos III.

Recompensas que da la junta central y el gobierno inglés.

El 29 de julio repasaron los franceses el Alberche, apostándose en las alturas de Salinas. Marchó en seguida José con el cuarto cuerpo y la reserva á Santa Olalla, y se colocó el 31 en Illescas, habiendo antes destacado una division vuelta de Toledo, á cuya ciudad amenazaba gente de Venégas. El mariscal Victor, recelándose de los movimientos por su flanco de Sir Roberto Wilson, cuya fuerza creia superior, se retiró tambien el 1° de agosto hácia Maqueda y Santa Cruz del Retamar, creciendo el desacuerdo entre él y el mariscal Jourdan, como acontece en la desgracia.

Retiranse los franceses á diversos puntos.

Lord Wellington y los españoles se mantuvieron en Talavera, adonde llegó el 29 con 3000 hombres de refresco el general Crawfurd, que al ruido de la batalla se apresuró á incorporarse á tiempo, aunque inútilmente, al grueso del ejército. No quiso Wellington á pesar del refuerzo seguir el alcance, ya porque considerase á los franceses mas bien repelidos que deshechos, ó ya porque no se fiase en la disciplina y organizacion del ejército español, tolerable en posicion abrigada, pero muy imperfecta para marchas y grandes evoluciones. Otras causas pudieron tambien influir en su determinacion: tal fue el anuncio del armisticio de Znaim, que se publicó en Gaceta extraordinaria de Madrid de 27 de julio; tal asimismo la marcha progresiva de Soult, de que se iban teniendo avisos mas ciertos. Sin embargo no fundó el general inglés su resolucion en ninguna de tan poderosas é insinuadas razones, fuese que no quisiera ofender á los caudillos españoles, ó que temiera sobresaltar los ánimos con malas nuevas. Disculpóse solamente para no avanzar con la falta de víveres, pareciendo á algunos que si realmente tal escasez afligia al ejército, no era oportuno modo de remediarla permaneciendo en el lugar en donde mas se sentia, cuando yendo adelante se encontrarian paises menos devastados, y ciudades y pueblos que ansiosamente y con entusiasmo aguardaban á sus libertadores.

No sigue Wellington el alcance.

Motivos de ello.

Por tanto creyóse en general que si bien no abundaban las vituallas, la detencion del ejército inglés pendia principalmente de los movimientos del mariscal Soult, quien segun aviso recibido en 30 de julio intentaba atravesar el puerto de Baños, defendido por el marqués del Reino con cuatro batallones, dos destacados anteriormente del ejército de Cuesta y dos de Béjar. A la primera noticia pidió lord Wellington que tropa española

Llega Soult á Extremadura.

fuese á reforzar el punto amenazado, y dificultosamente recabó de Don Gregorio de la Cuesta que destacase para aquel objeto en 2 de agosto la quinta division del mando de Don Luis Bassecourt: poca fuerza y tardía, pues no pudiendo el marqués del Reino resistir á la superioridad del enemigo se replegó sobre el Tiétar, entrando los franceses en Plasencia el 1° de agosto.

Va Wellington á su encuentro.

Cerciorados los generales aliados de tan triste acontecimiento, convinieron en que el ejército británico iria al encuentro de los enemigos, y que los españoles permanecerian en Talavera para hacer rostro al mariscal Victor en caso de que volviese á avanzar por aquel lado. Las fuerzas que traian los franceses constaban del quinto, segundo y sexto cuerpo, ascendiendo en su totalidad á unos 50,000 hombres. Precedia á los demas el quinto á las órdenes del mariscal Mortier, seguíale el segundo á las inmediatas de Soult, que ademas mandaba á todos en gefe, y cerraba la marcha el sexto capitaneado por el mariscal Ney. Fue de consiguiente Mortier quien arrojó de Baños al marqués del Reino, extendiéndose ya hácia la venta de la Bazagona por una parte y por otra hácia Coria, cuando el 3 de agosto pisó Soult las calles de Plasencia, y cuando Ney cruzaba en el mismo dia los lindes extremeños. Tal y tan repentina avenida de gente asoló aquella tierra frondosísima en muchas partes, no escasa de cierta industria, y en donde aun quedan rastros y mijeros de una gran calzada romana. El general Beresford, que antes estaba situado con unos 15,000 portugueses detras del Águeda, siguió al ejército francés en una línea paralela, y atravesando el puerto de Perales llegó á Salvatierra el 17 de agosto, desde cuyo punto trató de cubrir el camino de Abrantes.

Tropas que se agolpan al valle del Tajo.

Ibanse de esta manera acumulando en el valle ó prolongada cuenca que forma el Tajo desde Aranjuez hasta los confines de Portugal muchedumbre de soldados, cuyo número, inclusos los ejércitos de Venégas y Beresford, rayaba en el de 200,000 hombres de muchas y varias naciones. Siendo difícil su mantenimiento en tan limitado terreno y corto el tiempo que se requeria para reunir las masas, era de conjeturar que unos y otros estaban próximos á empeñar decisivos trances. Pero en aquella ocasion como en tantas otras no aconteció lo que parecia mas probable.

Cuesta se retira de Talavera.

Lord Wellington, informado de que el mariscal Soult se interponia entre su ejército y el puente de Almaraz, resolvió pasar por el del Arzobispo y establecer su línea de defensa detras del Tajo. Por su parte Don Gregorio de la Cuesta, temeroso tambien de aguardar solo en Talavera á José y Victor que de nuevo se unian, abandonó la villa y se juntó en Oropesa con la quinta division y el ejército británico. Desazonó á Wellington la determinacion del general español por parecerle precipitada, y

sobre todo por no haber puesto el correspondiente cuidado en salvar los heridos ingleses que habia en Talavera. Desatendió por tanto y con justicia los clamores de Don Gregorio de la Cuesta, que insistia en que se conservase la posicion de Oropesa como propia para una batalla. Cruzó pues Wellington el puente del Arzobispo, y estableció su cuartel general en Deleitosa el 7 de agosto, poniendo en Mesas de Ibor su retaguardia. Envió tambien por la orilla izquierda del Tajo al general Crawfurd con una brigada y seis piezas, el cual llegó felizmente á tiempo de cubrir el paso de Almaraz y los vados.

El ejército aliado se pone en la orilla izquierda del Tajo.

Forzado bien á su pesar el general Cuesta á seguir al ejército inglés pasó el 15 el puente del Arzobispo, hácia donde con presteza se agolpaban los enemigos. Prosiguió su marcha por la Peraleda de Garbin á Mesas de Ibor, dejando en guarda del puente á la quinta division del cargo de Don Luis Bassecourt, y por la derecha en Azutan para atender á los vados al duque de Alburquerque con 3000 caballos. Mas apenas habia llegado Cuesta á la Peraleda cuando ya eran dueños los enemigos del puente del Arzobispo.

Acercándose allí de todas partes el quinto cuerpo, se habia colocado su gefe Mortier en la Puebla de Naciados. Estaba á la sazon en Navalmoral el mariscal Ney, y Soult desde el Gordo habia destacado caballería camino de Talavera para ponerse en comunicacion con Victor, de vuelta ya este el 6 en aquella villa. Asi todas las tropas francesas podian ahora darse la mano y obrar de acuerdo.

Paso del Arzobispo por los franceses.

Reconcentráronse pues para forzar el paso del Arzobispo el quinto y segundo cuerpo, al tiempo que Victor por el puente de tablas de Talavera debia llamar la atencion de los españoles, y aun acometerlos siguiendo la izquierda del Tajo. A las dos de la tarde del 18 formalizaron los franceses su ataque contra el paso del Arzobispo: dirigíalo el mariscal Mortier. El calor del dia y el descuido propio de ejércitos mal disciplinados hizo que no hubiese de nuestra parte gran vigilancia, por lo cual en tanto que los enemigos embestian el puente cruzaron descansadamente un vado 800 caballos suyos, guiados por el general Caulincourt, quedando unos 6000 al otro lado prontos á ejecutar lo mismo. Procuraron los españoles impedir el paso del Arzobispo abriendo un fuego muy vivo de artillería, agenos de que Caulincourt pasando el vado acometeria como lo hizo por la espalda. Solo habia en el puente 300 húsares del regimiento de Extremadura que contuvieron largo rato los ímpetus de los ginetes enemigos, á quienes hubiera costado caro su arrojo si Alburquerque hubiese llegado á tiempo. Pero los caballos de este desensillados y sin bridas tardaron en prepararse, acudiendo despues atropelladamente, con cuya detencion y falta de órden dióse lugar á que vadease el rio toda la

caballería francesa, que ayudada de algunos infantes desconcertó á nuestra gente, de la cual parte tiró á Guadalupe y parte á Valdelacasa, perdiéndose cañones y equipages.

Afortunadamente no prosiguieron los enemigos mas adelante dirigiendo sus fuerzas á otros puntos, por lo que los aliados pudieron mantenerse tranquilos; los ingleses sobre la izquierda hácia Almaraz con su cuartel general en Jaraicejo, los españoles sobre la derecha con el suyo en Deleitosa, atentos tambien á proteger la posicion de Mesas de Ibor. Don Gregorio de la Cuesta, abrumado con los años, sinsabores é incomodidades de la campaña, hizo dimision del mando el 12 de agosto, sucediéndole interinamente y despues en propiedad Don Francisco de Eguia.

Deja Cuesta el mando.

Sucédele Eguia.

Puestos los aliados á la orilla izquierda del Tajo, y temiendo José movimientos en Castilla la Vieja, cuyas guarniciones estaban faltas de gente, determinó siguiendo el parecer de Ney suspender las operaciones del lado de Extremadura. Asi lo tenia igualmente insinuado Napoleon desde Schœnbrunn con fecha de 29 de julio, desaprobando que se empeñasen acciones importantes hasta tanto que llegasen á España nuevos refuerzos que se disponia á enviar del norte. Conforme á la resolucion de José situóse Soult en Plasencia, reemplazó en Talavera al cuerpo de Victor el de Mortier, y retrocedió con el suyo á Salamanca el mariscal Ney.

Nuevas disposiciones de los franceses.

Caminaba el último tranquilamente á su destino sin pensar en enemigos, cuando de repente tropezó en el puerto de Baños con obstinada resistencia. Causábala Sir Roberto Wilson, quien abandonado y estando el 4 de agosto en Velada sin noticia del paradero de los aliados, repasó el Tiétar, y atravesando acelerada é intrépidamente las sierras que parten términos con las provincias de Avila y Salamanca, fue á caer á Bejar por sitios solitarios y fragosos. Desde allí queriendo incorporarse con los aliados contramarchó hácia Plasencia por el puerto de Baños, á la propia sazon que el mariscal Ney revolvia sobre Salamanca. La fuerza de Wilson de 4000 hombres la componian portugueses y españoles. Dos batallones de estos avanzados en Aldeanueva defendieron á palmos el terreno hasta la altura del desfiladero, en donde se alojaban los portugueses. Sostúvose Wilson en aquel punto durante horas, y no cedió sino á la superioridad del número: segun la relacion de tan digno gefe sus soldados se portaron con el mayor brio, y al retirarse los hubo que respondiendo á fusilazos á la intimacion del enemigo de rendirse, se abrieron paso valerosamente.

Encuéntranse Wilson y Ney en el puerto de Baños.

El cuerpo del mariscal Soult mientras permaneció en tierra de Plasencia, acostumbrado á vivir de rapiña, taló campos, quemó pueblos, y cometió todo género de excesos.

Extorsiones del ejército de Soult.

Al obispo de Coria Don Juan Alvarez de Castro, anciano de ochenta y cinco años, postrado en una cama, sacáronle de ella violentamente merodeadores franceses, y sin piedad le arcabucearon. Parecida atrocidad cometieron con otros pacíficos y honrados ciudadanos.

Muerte violenta del obispo de Coria.

En tanto José pensó en hacer frente al general Venégas, que por su parte habia puesto en gran cuidado á la corte intrusa adelantándose al Tajo en 23 de julio, al tiempo que el general Sebastiani retrocedió á Toledo. Era el ejército de Don Francisco Venégas de los mejor acondicionados de España, y sobresalian sus gefes entre los mas señalados. Estaba distribuido en cinco divisiones que regian: la primera Don Luis Lacy; la segunda Don Gaspar Vigodet; la tercera Don Pedro Agustin Giron; la cuarta Don Francisco Gonzalez Castejon, y la quinta Don Tomas de Zerain. Gobernaba la caballería el marqués de Gelo. Ya hablamos de su fuerza total.

Ejército de Venégas.

El 27 de julio dispuso el general Venégas que la primera division pasase á Mora, cayendo sobre Toledo al paso que él se trasladaba á Tembleque con la cuarta y quinta, y avanzaban á Ocaña la segunda y tercera. Ejecutóse la operacion yendo hasta Aranjuez en la mañana del 29. Un destacamento de 400 hombres mandados por el coronel Don Felipe Lacorte se extendió á la cuesta de la Reina, en donde dispersó tropas del enemigo y les cogió varios prisioneros.

Su marcha.

En tal situacion parecia natural que Venégas se hubiera metido en Madrid, desguarnecido con la salida de José via de Talavera. Aguijon era para ello el nombramiento que el mismo dia 29 recibió de la central, encargándole interinamente el mando de Castilla la Nueva, con prevencion de que residiese en Madrid. Pero siendo el verdadero motivo de concederle esta gracia el disminuir el influjo pernicioso de Cuesta, caso que nuestras tropas ocupasen la capital, se le advertia al mismo tiempo que no se empeñase muy adelante, pues los ingleses con pretexto de falta de subsistencias no pasarian del Alberche.

Nómbrale la junta capitan general de Castilla la Nueva.

Hubiera aun podido detener á Venégas para entrar en Madrid el parte que el 30 le dió Lacy desde Nuestra Señora de la Sisla, de que enemigos se agolpaban á Toledo, si en el mismo dia no hubiese tambien recibido oficio de Cuesta anunciando la victoria de Talavera, coligiéndose de ahí que la gente divisada por Lacy venia mas bien de retirada que con intento de atacarle. Sin embargo se limitó Venégas á reconcentrar su fuerza en Aranjuez, apostando en el puente largo la division de Lacy que habia llamado de las cercanías de Toledo.

Permanecia asi incierto, cuando el 3 de agosto le avisó Don Gregorio de la Cuesta como se retiraba de

Su incertidumbre.

Talavera. Con esta noticia parecia que quien se habia mostrado circunspecto en momentos favorables, serialo ahora mucho mas y con mayor fundamento. Pero no fue asi, pues en vez de retirarse tomó el 5 disposiciones para defender el paso del Tajo. Apostó en sus orillas las divisiones primera, segunda y tercera, al mando todas de Don Pedro Agustin Giron, que debian atender á los vados y á los puentes Verde, de Barcas y la Reina, quedándose detras camino de Ocaña con las otras dos divisiones el mismo Venégas.

Defiende el paso del Tajo en Aranjuez.

Los franceses se presentaron en la ribera derecha á las dos de la tarde del mismo 5, y empezaron por atacar la izquierda española colocada en el jardin del infante Don Antonio, acometiendo despues los tres puentes. A todas partes acudia el general Giron con admirable presteza, y en particular á la izquierda, apoyando sus esfuerzos los generales Lacy y Vigodet. No menos animosos se mostraban los otros gefes y soldados, y los hubo que apenas curados de sus heridas volvian á la pelea. Los franceses viendo la porfia de la defensa abandonaron al anochecer su intento. Perdimos 200 hombres; los enemigos 500, estando mas expuestos á nuestros fuegos.

Bastábale á Venégas la ventaja adquirida para que satisfecho se retirase con honra; mas creciendo su confianza permaneció en Ocaña, y se aventuró á una batalla campal. Los franceses, frustrado su deseo de pasar el Tajo por Aranjuez, hicieron continuos movimientos con direccion á Toledo, lo cual excitó en Venégas la sospecha de que querian atravesar hácia alli el rio, y cogerle por la espalda. Situó en consecuencia su ejército en escalones desde Aranjuez á Tembleque, en donde estableció su cuartel general, enviando la quinta division sobre Toledo. En efecto los franceses pasaron en 9 de agosto el Tajo por esta ciudad y los vados de Añover, y el 10 juntó el general español sus fuerzas en Almonacid.

Batalla de Almonacid.

En la creencia de que los franceses solo eran 14,000 repugnábale á Don Francisco Venégas desamparar la Mancha, inclinándose á presentar batalla. Oyó sin embargo antes la opinion de los demas generales, la cual coincidiendo con la suya se acordó entre ellos atacar á los franceses el 12, dando el 11 descanso á las tropas. Mas en este dia previnieron los enemigos los deseos de los nuestros trabando la accion en la madrugada.

Componíase la fuerza francesa del cuarto cuerpo al mando de Sebastiani, y de la reserva á las órdenes de Dessoles y de José en persona, cuyo total ascendia á 26,000 infantes y 4000 caballos. Situáronse los españoles delante de Almonacid y en ambos costados. El derecho le guarnecia la segunda division, el izquierdo la primera, y ocupaban el centro la cuarta y la quinta. Quedó la reserva á retaguardia, destacándose solo de ella dos ó tres cuerpos. *Distribuyóse la caballería entre ambos extremos de la línea, excepto algunos ginetes que se mantuvieron en el centro.*

Empezó á atacar el general Sebastiani antes que llegase su reserva, dirigiéndose contra la izquierda española. Viósе por tanto muy comprometido un cuerpo de la primera division, y á punto de tener que replegarse sobre los batallones de Bailen y Jaen, que eran dos de los destacados de la tercera division. Ciaron tambien estos de la cresta de un monte á la izquierda de la línea donde se alojaban, herido mortalmente el teniente coronel de Bailen Don Juan de Silva. Inútilmente fue á su socorro el general Giron, hasta que desplegando al frente de las columnas enemigas Don Luis Lacy con lo restante de su primera division contuvo á aquellas, y las rechazó apoyado por la caballería.

A la sazon llegó el general Dessoles con parte de la reserva francesa, y animando á los soldados de Sebastiani renovóse con mas ardor la refriega. Viéronse entonces tambien acometidas la cuarta y quinta division española: la última colocada á la derecha de Almonacid dió luego indicio de flaquear; mas la otra sostúvose bizarramente, distinguiéndose los cuerpos de Jerez, Córdoba y guardias españolas, guiado el segundo con conocimiento y valentía por Don Francisco Carvajal. Cargaba igualmente la caballería, y anunciábase allí la victoria cuando muerto el caballo del comandante de aquellos ginetes vizconde de Zolina, hombre de nimia supersticion aunque de valor no escaso, paróse este tomando por aviso de Dios la muerte de su caballo.

Entre tanto acudió José con el resto de la reserva al campo de batalla, y rota la quinta division que ya habia flaqueado, penetraron los franceses hasta el cerro del castillo, al que subieron despues de una muy viva resistencia. Llegó con esto á ser muy crítica la situacion del ejército español, en especial la de la gente de Lacy, por lo cual Venégas juzgó prudente retirarse. Para ello ordenó á la segunda division del mando de Vigodet, que era la menos comprometida, que formase á espaldas del ejército. Ejecutó dicho gefe esta maniobra con prontitud y acierto, siguiendo á su division la cuarta del cargo de Castejon.

Retirada del ejército español.

No bastó tan oportuna precaucion para verificar la retirada ordenadamente, pues asustados algunos caballos con la voladura de varios carros de municiones, dispersáronse é introdujeron desórden. De allí no obstante con mas ó menos concierto dirijiéronse todas las divisiones por distintos puntos á Herencia y en seguida á Manzanares. En esta villa corriendo entre la caballería la voz falsa y aciaga de que los enemigos estaban ya á la espalda en Valdepeñas, desranchárонse los soldados, y de tropel y desmandadamente no pararon hasta Sierra-Morena, en donde, segun costumbre, se juntaron despues y rehicieron. Costó á los españoles la batalla de Almonacid 4000 hombres, unos 2000 á los franceses.

Su dispersion.

Tan desventajosamente finalizó esta campaña de Talavera y la

Mancha comenzada con favorable estrella. No se advirtió sin embargo en sus resultas, á lo menos de parte de los españoles, lo que comunmente acontece en las guerras, en las que, segun con razon asienta Montesquieu, no suele ser lo mas funesto las pérdidas reales que en ellas se experimentan, sino las imaginarias y el desaliento que producen. Lo que hubo de lastimoso en este caso fue haber desaprovechado la ocasion de lanzar tal vez á los franceses del Ebro allá y sobre todo la desunion momentánea de los aliados, á la que sirvió de principal motivo la falta de bastimentos.

Contestaciones con los ingleses sobre subsistencias.

Cuestion ha sido esta que ya hemos tocado, y no volveriamos á renovarla si no hubiese tenido particular influjo en las operaciones militares, y mezcládose tambien en los vaivenes de la política. Hubo en ella por ambas partes injusticia en las imputaciones, achacándose á la central mala voluntad y hasta perfidia, y calificando esta de mero pretexto las quejas á veces fundadas de los ingleses. Todos tuvieron culpa, y mas las circunstancias de entonces, juntamente con la dificultad de alimentar un ejército en campaña cuando no es conquistador, y de prevenir las necesidades por medio de oportunos almacenes. Se equivocó la central en imaginar que con solo dar órdenes y enviar empleados se abasteceria el ejército inglés y español. A aquellas hubieran debido acompañar medidas vigorosas de coaccion, poniendo tambien cuidado en encargar el desempeño de comision tan espinosa á hombres íntegros y capaces. Cierto que á un gobierno de índole tan débil como la central, érale difícil emplear coaccion, sobre todo en Extremadura provincia devastada, y en donde hasta las mismas y fértiles comarcas del valle y vera de Plasencia, primeras que habian de pisar los ingleses, acababan de ser asoladas por las tropas del mariscal Victor. Pero hubo azar en escoger por cabeza de los empleados á Lozano de Torres, quien al paso que bajamente adulaba al general en gefe inglés, escribia á la central que eran las quejas de aquel infundadas: juego doble y villano, que descubierto obligó á Wellington á echar con baldon de su campo al empleado español.

De parte de los ingleses hubo imprevision en figurarse que á pesar de los ofrecimientos y buenos deseos de la central, podria su ejército ser completamente provisto y ayudado. Ya habia este padecido en Portugal falta de muchos artículos, aunque en realidad el gobierno británico allí mandaba, y con la ventaja de tener próxima la mar. Mayores escaseces hubieran debido temer en España, pais entonces por lo general mas destruido y maltratado, no pudiendo contar con que solo el patriotismo reparase el apuro de medios despues de tantas desgracias y escarmientos. Creer que el gobierno español hubiera de antemano preparado almacenes, era confiar sobradamente en su energía y principalmente en sus recursos. Los ingleses sabian por experiencia lo dificultoso que es arreglar la

hacienda militar ó sea *comisariato*, pues todavía en aquel tiempo tachaban ellos mismos de defectuosísimo el suyo, y no era dable que España, en todo lo demas tan atrasada respecto de Inglaterra, se le aventajase en este solo ramo y tan de repente.

En vano pensó la junta suprema remediar en parte el mal enviando á Extremadura á Don Lorenzo Calvo de Rozas, individuo suyo y en cuyo celo y diligencia ponia firme esperanza. Semejante determinacion, que no se tomó hasta 1° de agosto, llegaba ya tarde, indispuestos los ánimos de los generales entre sí, y agriados cada vez mas con el escaso fruto que se sacaba de la campaña emprendida. De poco sirvió tambien para concordarlos la dejacion voluntaria que hizo Cuesta de su mando, anhelada por los mismos ingleses y expresamente pedida por su ministro en Sevilla. Lord Wellington viendo que la abundancia no crecia * cual deseaba, y que sus soldados enfermaban y perecian sus caballos, declaró que estaba resuelto á retirarse á Portugal. Entonces Eguia y Calvo hicieron para desviarle de su propósito nuevos ofrecimientos, concluyendo con decirle el primero que á no ceder á sus instancias creeria que otras causas y no la falta de subsistencias le determinaban á retirarse. Otro tanto y con mas descaro escribióle Calvo de Rozas. Asperamente replicó Wellington, indicando á Eguia que en adelante seria inútil proseguir entre ellos la comenzada correspondencia.

(* Ap. n. 3.)

Llegada á España del marqués de Wellesley.

Algunos no obstante mantuvieron esperanzas de que todo se compondria con la venida á Sevilla del marqués de Wellesley, hermano del general inglés y embajador nombrado por S. M. B. cerca del gobierno de España. Habia llegado el marqués á Cádiz el 4 y acogídole la ciudad cual merecia su elevada clase y la fama de su nombre. No nos detendremos en describir su entrada, mas no podemos omitir un hecho que allí ocurrió digno de memoria. Fue pues que queriendo el embajador, agradecido al buen recibimiento, repartir dinero entre el pueblo, Juan Lobato, zapatero de oficio y de un batallon de voluntarios, saliendo de entre las filas díjole mesuradamente: «Señor excelentísimo, no honramos á V. E. por interés sino para «corresponder á la buena amistad que nuestra nacion debe á la de «V. E.» Rasgo muy característico y frecuente en el pueblo español. Pasó despues á Sevilla el nuevo embajador y reemplazó á Mr. Frere, á quien la junta dió el título de marqués de la Union en prueba de lo satisfecha que estaba de su buen porte y celo. Uno de los primeros puntos que trató Wellesley con la junta fue el de la retirada de su hermano. Recayendo la principal queja sobre la falta de provisiones, rogóle el gobierno español que le propusiese un remedio, y el marqués extendió un plan sobre el modo de formar almacenes y proporcionar trasportes, como si el estado general de España y el de sus caminos y

Plan de subsistencias.

sus carruages estuviese al par del de Inglaterra. No obstante los obstáculos insuperables que se ofrecian para su ejecucion, aprobólo la central, *quizá con sus puntas de malicia, sin que por eso se* adelantase cosa alguna. Lord Wellington habia ya empezado el 20 de agosto desde Jaraicejo su marcha retrógrada, y deteniéndose algunos dias en Mérida y Badajoz, repartió en principios de setiembre su ejército entre la frontera de Portugal y el territorio español. Muchos atribuyeron esta retirada al deseo que tenia el gobierno inglés de que recayese en lord Wellington el mando en gefe del ejército aliado. Nosotros, sin entrar en la refutacion de este dictámen, nos inclinamos á creer que mas que de aquella causa y de la falta de subsistencias que en efecto se padeció, provino semejante resolucion del rumbo inesperado que tomaron las cosas de Austria. Los ingleses habian pasado á España en el concepto de que, prolongándose la guerra en el Norte, tendrian los franceses que sacar tropas de la península, y que no habria por tanto que luchar en las orillas del Tajo sino con determinadas fuerzas. Sucedió lo contrario, atribuyendo despues unos y otros á causas inmediatas lo que procedia de orígen mas alto. De todos modos las resultas fueron desgraciadas para la causa comun, y la central, como diremos despues, recibió de este acontecimiento gran menoscabo en su opinion.

Retirase Wellington á Badajoz y fronteras de Portugal.

El gobierno de José por su parte lleno de confianza habia aumentado ya desde mayo sus persecuciones contra los que no graduaba de amigos, incomodando á unos y desterrando á otros á Francia. Confundia en sus tropelías al prócer con el literato, al militar con el togado, al hombre elocuente con el laborioso mercader. Asi salieron juntos, ó unos en pos de otros á tierra de Francia el duque de Granada y el poeta Cienfuegos, el general Arteaga y varios consejeros, el abogado Argumosa y el librero Perez. Mala manera de allegar partidarios, é innecesaria para la seguridad de aquel gobierno, no siendo los extrañados hombres de arrojo ni cabezas capaces de coligacion. Expidiéronse igualmente entonces por José decretos destemplados, como lo fueron el de disponer de las cosechas de los habitantes sin su anuencia, y el de que se obligase á los que tuviesen hijos sirviendo en los ejércitos españoles á presentar en su lugar un sustituto ó dar en indemnizacion una determinada suma. Estos decretos como los demas ó no se cumplian ó cumplíanse arbitrariamente, con lo que en el último caso se añadia á la propia injusticia la dureza en la ejecucion.

Conducta y tropelías del gobierno de José.

La guerra de Austria, aunque habia alterado algun tanto al gobierno intruso, no le desasosegó extremadamente, ni le contuvo en sus procedimientos. Llególe mas al alma la cercanía de los ejércitos aliados y el ver que con ella los mora-

Opinion de Madrid.

dores de Madrid recobraban nuevo aliento. Procuró por tanto deslumbrarlos y divertir su atencion haciendo repetidas salvas que anunciasen las victorias conseguidas en Alemania; mas el español, inclinado entonces á dar solo asenso á lo que le era favorable, acostumbrado ademas á las artimañas de los franceses, no dando fé á lejanas nuevas, reconcentraba todas sus esperanzas en los ejércitos aliados, cuya proximidad en vano quiso ocultar el gobierno de José. Tocó en frenesí el contentamiento de los madrileños el 26 de julio, dia de Santa Ana, en el que los aldeanos que andan en el tráfico de frutas de Navalcarnero y pueblos de su comarca, esparcieron haber llegado allí y estar de consiguiente cercano á la capital Sir Roberto Wilson y su tropa. Con la noticia saliendo de sus casas los vecinos, espontáneamente y de monton se enderezaron los mas de ellos hácia la puerta de Segovia para esperar á sus libertadores. Los franceses no dieron muestra de impedirlo, limitándose el general Belliard, que habia quedado de gobernador, á sosegar con palabras blandas el ánimo levantado de la muchedumbre. Durante el dia reinó por todo Madrid el júbilo mas exaltado, dándose el parabien conocidos y desconocidos, y entregándose al solaz y holganza. Pero en la noche llegado aviso del descalabro que padeció el mismo 26 la vanguardia de Zayas, anunciáronlo los franceses al dia siguiente como victoria alcanzada contra todo el ejército combinado, sin que la publicacion hiciese mella en los madrileños calificándola de falsa, sobre todo cuando el 31 de resultas de la batalla de Talavera vieron que los franceses tomaban disposiciones de retirada, y que los de su partido se apresuraban á recogerse al Retiro. Salieron no obstante fallidas, segun en su lugar contamos, las esperanzas de los patriotas; mas inmutables estos en su resolucion comenzaron á decir el tan sabido *no importa*, que repetido á cada desgracia y en todas las provincias, tuvo en la opinion particular influjo, probando con la constancia del resistir que aquella frase no era hija de irrefleja arrogancia, sino expresion significativa del sentimiento íntimo y noble de que una nacion, si quiere, nunca es sojuzgada.

Júbilo que allí hubo el dia de Santa Ana.

José sin embargo, persuadido de que con la retirada de los ejércitos aliados, las desavenencias entre ellos, la batalla de Almonacid y lo que ocurria en Austria, se afirmaba mas y mas en el solio, tomó providencias importantes y promulgó nuevos decretos. Antes ya habia instalado el consejo de estado, no pasando á convocar córtes, segun lo ofrecido en la constitucion de Bayona, asi por lo arduo de las circunstancias, como por no agradar ni aun la sombra de instituciones libres al hombre de quien se derivaba su autoridad. Entre los decretos, muchos y de varia naturaleza, húbolos que llevaban el sello de tiempos de division y discordia, como fueron el de confiscacion y venta de los bienes embargados á personas fugitivas y residentes en provincias levantadas,

Nuevos decretos de José.

y el de privacion de sueldo, retiro ó pension á todo empleado que no hubiese hecho de nuevo para obtener su goce solicitud formal. De estas dos resoluciones, la primera, ademas de adoptar el bárbaro principio de la confiscacion, era harto amplia y vaga para que en la aplicacion no se acreciese su rigor; y la segunda, si bien pudiera defenderse atendiendo á las peculiares circunstancias de un gobierno intruso, mostrábase áspera en extenderse hasta la viuda y el anciano, cuya situacion era justo y conveniente respetar, evitándoles todo compromiso en las discordias civiles.

Decidió tambien José no reconocer otras grandezas ni títulos sino los que él mismo dispensase por un decreto especial, y suprimió igualmente todas las órdenes de caballería existentes, excepto la militar de España que habia creado y la antigua del Toison de Oro: no permitiendo ni el uso de las condecoraciones ni menos el goce de las encomiendas: por cuyas determinaciones ofendiendo la vanidad de muchos se perjudicó á otros en sus intereses, y tratóse de comprometer á todos.

Aplaudieron algunos un decreto que dió José el 18 de agosto para la supresion de todas las órdenes monacales, mendicantes y clericales. Napoleon en diciembre habia solo reducido los conventos á una tercera parte: su hermano ampliaba ahora aquella primera resolucion, ya por no ser afecto á dichas corporaciones, ya tambien por la necesidad de mejorar la hacienda.

Medidas económicas. Los apuros de esta crecian no entrando en arcas otro producto sino el de las puertas de Madrid, aumentado solo con el recargo de ciertos artículos de consumo. Semejante penuria obligó al ministro de hacienda conde de Cabarrus á recurrir á medios odiosos y violentos como el del repartimiento de un empréstito forzoso entre las personas pudientes de Madrid y el de recoger la plata labrada de los particulares. En la ejecucion de estas providencias, y sobre todo en la de la confiscacion de las casas de los grandes y otros fugitivos, cometiéronse mil tropelías, teniendo que valerse de individuos despreciables y desacreditados, por no querer encargarse de tal ministerio los hombres de vergüenza. Así fue que ni el mismo gobierno intruso reportó gran provecho, echándose aquella turba de malhechores, con la suciedad y ansia de harpías, sobre cuantas cosas de valor se ofrecian á su rapacidad.

Plata de particulares.

Del palacio. Del palacio real se sacaron al propio tiempo todos los útiles de plata que por antiguos ó de mal gusto se habian excluido del uso comun y se llevaron á la casa de la moneda. Dijose que del rebusco se juntaron cerca de ochocientas mil onzas de plata, cálculo que nos parece excesivo.

De iglesias. Tomáronse asimismo de las iglesias muchas alhajas, trasladándose á Madrid bastante porcion de las del Escorial. Cierto es que entre ellas varias que se creian de

oro no lo eran, y otras que se tenian por de plata aparecieron solo de hojuela. El historiador inglés Napier (ya es preciso nombrarle) empeñado siempre en denigrar la conducta de los patriotas, dice que esta medida del intruso excitó la codicia de los españoles, y produjo la mayor parte de las bandas que se llamaron guerrillas. Asercion tan errónea y temeraria que consta de público, y puede averiguarse en los papeles del gobierno nacional, que si los gefes de aquellas tropas interceptaron parte de la plata ú otras alhajas de las que se llevaban á Madrid, por lo general las restituyeron fielmente á sus dueños ó las enviaron á Sevilla. Lo contrario sucedió del lado de los franceses que, mirando á España como conquista suya ú obligados sus gefes á echar mano de todo para mantener sus tropas, se reservaron gran porcion de aquellos efectos, en vez de remitirlos al gobierno de Madrid. Con frecuencia se quejaba entre sus amigos de tal desórden el conde de Cabarrus, añadiendo que Napoleon nunca conseguiria su intento en la península, si no adoptaba el medio de hacer la conquista con 600 millones y 60,000 hombres en lugar de 600,000 hombres y 60 millones, pues solo asi podria ganar la opinion que era su mas terrible enemigo.

Mr. Napier.

Aquel ministro, de cuya condicion y prendas hemos hablado anteriormente, juzgó político y miró como inagotable recurso la creacion que hizo, por decreto de 9 de junio bajo nombre de *cédulas hipotecarias*, de unos documentos que habian de trocarse contra los créditos antiguos del estado de cualquiera especie, y emplearse en la compra de bienes nacionales, con la advertencia de que los que rehusáran adquirir dichos bienes, recibirian en cambio inscripciones del libro de la deuda pública que se establecia, cobrando al año cuatro por ciento de interés. Tambien discurrió Cabarrus prohibir el curso de los vales reales en los paises dominados por los franceses, si no llevaban el sello del nuevo escudo adoptado por José; lo que en lugar de atraer los vales á la circulacion de Madrid, ahuyentólos, temerosos los tenedores de que el gobierno legítimo se negase á reconocerlos con la nueva marca. Coligiéndose de ahi ser Cabarrus el mismo de antes, esto es, sugeto de saber y viveza, pero sobradamente inclinado á forjar proyectos á centenares, por lo cual le habia ya calificado con oportunidad el célebre conde de Mirabeau *d'homme à expédients*.

Cédulas hipotecarias.

Ademas todas estas medidas que flaqueaban ya por tantos lados, y particularmente por el de la confianza, base fundamental del crédito, acabaron de hundirse con crear otras cédulas, llamadas de *indemnizacion* y *recompensa*, pues aunque al principio se limitó la suma de estas á la de 100,000,000 y en forma diferente de las otras, claro era que en un gobierno sin trabas como el de José y en el que habia de contentarse á tantos, pronto se abusaria de aquel medio ampliándole y absorbiendo de este modo gran parte de los bienes nacionales destinados á la ex-

Cédulas de indemnizacion y recompensa.

tincion de la deuda. Así fue que si bien al principio algunos cortesanos y especuladores hicieron compras de cédulas hipotecarias, con que adquirieron fincas pertenecientes á confiscos y comunidades religiosas, padeció en breve aquel papel gran quebranto, quedando casi reducido á valor nominal.

No sacando pues de ahogo tales medidas económicas al gobierno de Madrid, tuvo Napoleon mal de su grado que suministrar de Francia 2,000,000 de francos mensuales, siendo aquella la primera guerra que en lugar de producir recursos á su erario los menguaba.

Otros decretos.

Mas atinado anduvo José en otros decretos que tambien promulgó desde junio hasta fines del año 1809: entre ellos merece particular alabanza el que abolió el *voto de Santiago* impuesto gravosisimo á los agricultores del que hablaremos al tratar de las córtes de Cádiz. Igualmente fueron notables el de la enseñanza pública, el de la milicia y sus grados, el de municipalidades, y el de quitar á los eclesiásticos toda jurisdiccion civil y criminal. Providencias estas y otras, que si bien en mucha parte tiraban á la mejora del reino, no eran apreciadas por falta de ejecucion, y sobre todo porque desaparecia su beneficio al lado de otras ruinosas y de las lástimas que causaban las persecuciones de particulares y los males comunes de la guerra.

LIBRO DÉCIMO.

Sitio de Gerona. — Mal estado de la plaza. — Descripcion de Gerona. — Su poblacion y fuerza. — Alvarez, gobernador. — Defectos de la plaza. — Entusiasmo de los gerundenses. — San Narciso declarado generalísimo. — Se presentan los franceses delante de Gerona. Mayo. — Circunvalan la plaza. Junio. — Formalizan su ataque. — Entereza de Alvarez. — Acometen los enemigos las torres avanzadas de Monjuich. — Empieza el bombardeo contra la ciudad. — Beramendi. — Nieto. — Apodéranse los enemigos de las *torres avanzadas de Monjuich*. — Desalojan los españoles del Pedret á los enemigos. — Saint-Cyr con todo su ejército pasa al sitio de Gerona. — Ocupa á San Feliú de Guijols. — Correrías de los partidarios. — Julio. — Embisten los enemigos á Monjuich. — Intrepidez de Montoro. — Asalto de Monjuich. — Por cuatro veces son repelidos los franceses. — Retíranse. — Pierson. El tambor Ancio. — Vuélase la torre de S. Juan. — Arrojo de Beramendi. — Toman los franceses á Palamós. — Mariscal Augereau. — Su proclama. — Partidarios que molestan á los franceses. — Socorro que intenta entrar en Gerona. — Marshall. — Continuan los franceses su ataque contra Monjuich. — Agosto. — Ataque del rebellin de Monjuich. — Grijols. — Abandonan los españoles á Monjuich. — Esperanzas vanas de los franceses con la ocupacion de Monjuich. — Estrechan la plaza. — Respuesta notable de Alvarez. — Su diligencia. — Don Joaquin Blake. — Va al socorro de Gerona. — Buenas disposiciones que para ello se toman. — Setiembre. — Vese Saint-Cyr engañado. — Entra un convoy y refuerzo en Gerona á las órdenes de Conde. — Salida malograda de la plaza. — Asaltan los franceses la plaza el 19 de setiembre. — Valor de la guarnicion y habitantes. — Alvarez. — Muerte de Marshall. — Son repelidos los franceses en todas partes con gran pérdida. — Convierten los franceses el sitio en bloqueo. — Intenta en vano Blake socorrer de nuevo la plaza. — Odonell. — Haro. — Ventajas de los españoles y de los ingleses cerca de Barcelona. — Octubre. — Empieza el hambre en Gerona. — Unese Odonell al ejército. — El mariscal Augereau sucede á Saint-Cyr en Cataluña. — Estréchase el bloqueo. — Auméntanse el hambre y las enfermedades. — Tercera é inútil tentativa de Blake para socorrer á Gerona. — Noviembre. — Hambre horrorosa. Carestía de víveres. — Vacila el ánimo de algunos. — Inflexibilidad de Alvarez. — Bando de Alvarez. — Gracias que concede la central á Gerona. — Congreso catalan. — Estado deplorable de la plaza. — Diciembre. — Renuevan los franceses sus ataques. — Ataque del 7 de diciembre. — Se agolpan contra Gerona todo género de males. — Enfermedad de Alvarez. — Substitúyele Don Julian Bolívar. — Háblase de capitular. — Honrosa capitulacion de Gerona. — Extraordinaria defensa la de esta plaza. — Alvarez, trasladado á Francia. — Su muerte. — Sospechas de que fue violenta. — Honores concedidos á la memoria de Alvarez. — Estado de las otras provincias. — Provincias libres. — Provincias ocupadas. — Navarra y Aragon. — Renovales. — Combates en Roncal. — Correspondencia entre los franceses y Renovales. — Sarasa. — San Julian de la Peña quemado. — Combates en los valles de Ansó y Roncal. — Capitulan los valles. — Venasque. — Perena y otros partidarios. — Nuevas partidas. — Ríndese Venasque. — Junta de Aragon. — Gayan. — Le atacan los franceses. — Se apoderan de la Virgen del Tremedal. — Entra Suchet en Albarracin y Teruel. — Cuenca

y Guadalajara. — Atalayuelas. — El Empecinado. — Hechos de este. — La Mancha. — Francisquete. — Leon y Castilla. — Don Julian Sanchez. — El Capuchino, Saornil. — Juntas y partidarios en el camino de Francia. — Mina el mozo. — Sucesos generales de la nacion. — Estado de desasosiego de la central. — Don Francisco de Palafox. — Consulta del consejo. — Su ceguedad. — Altercados de las juntas de provincia y la central. Sevilla. — Extremadura. — Valencia. — Exposicion de esta contra el consejo. — Trama para disolver la central. — Descúbrela el embajador de Inglaterra. — Trata la central de reconcentrar la potestad ejecutiva. — Diversidad de opiniones. — Nómbrase al efecto una comision. — Nómbrase otra segunda. — Nuevos manejos. — Palafox. — Romana. — Su inconsiderada conducta y su representacion. — Nómbrase la comision ejecutiva. — Fíjase el dia de juntarse las córtes. — Instálase la comision ejecutiva. — Estado de Europa. — Expediciones inglesas. — Contra Nápoles. — Contra el Escalda. — Desgraciadísima esta. — Paz entre Napoleon y el Austria. — Manifiesto de la central. — Prurito de batallar de la central. — Ejército de la izquierda. — General Marchand. — Carrier. — Primera defensa de Astorga. — Muévese el duque del Parque al frente del ejército de la izquierda. — Batalla de Tamames. — Gánanla los españoles. — Unese Ballesteros á Parque. — Entra Parque en Salamanca. — Unesele la division castellana. — Ejércitos españoles del mediodia. — Unese al de la Mancha parte del ejército de Extremadura. — Fuerza de este ejército reunido al mando de Eguia. — Posicion de los franceses. — Irresolucion de Eguia. — Sucédele en el mando Areizaga. — Favor de que este goza. — Lord Wellington en Sevilla. — Ibarnavarro consejero de Areizaga. — Muévese este. — Choque en Dos-Barrios. — Areizaga en Tembleque. — Ejército español en Ocaña. — Movimientos inciertos y mal concertados de Areizaga. — Choque de caballería en Ontigola. — Fuerzas que acercan los franceses. — Batalla de Ocaña. — Horrorosa dispersion. Pérdida de Ocaña. — Resultas. — Se retira Alburquerque á Trujillo. — Movimientos del duque del Parque. — Accion de Medina del Campo. — Accion de Alva de Tormes. — Valor de Mendizabal. — Retirada de los españoles. — Retirada de los ingleses del Guadiana al norte del Tajo. — Flaqueza de la comision ejecutiva. — Comisionados enviados á la Carolina. — Prision de Palafox y Montijo. — Manejos de Romana y de su hermano Caro. — Tropelías. — Estado deplorable de la junta central. — Providencias de la comision ejecutiva y de la junta. — Proposicion de Calvo sobre libertad de imprenta. — Modo de convocarse las córtes. — Mudanza de individuos en la comision ejecutiva. — Decreto de la central para trasladarse á la isla de Leon.

Sitio de Gerona.

« Será pasado por las armas el que profiera la voz « de capitular ó de rendirse. » Tal pena impuso por bando al acercarse los franceses á Geroua su gobernador Don Mariano Alvarez de Castro. Resolucion que por su parte procuró cumplir rigurosamente, y la cual sostuvieron con inaudito teson y constancia la guarnicion y los habitantes.

Preludio fueron de esta tercera y nunca bien ponderada defensa las otras dos ya relatadas de junio y julio del año anterior. Los franceses no consideraban importante la plaza de Gerona, habiéndola calificado de muy imperfecta el general Manescau comisionado para reconocerla : juicio tanto mas fundado, cuanto prescindiendo de lo defectuoso de sus fortificacio-

Mal estado de la plaza.

nes, estaban entonces estas unas cuarteadas, otras cubiertas de arbustos y malezas y todas desprovistas de lo mas necesario. Corrigiéronse posteriormente algunas de aquellas faltas sin que por eso creciese en gran manera su fortaleza.

Descripcion de Gerona.

Gerona, cabeza del corregimiento de su nombre, situada en lo antiguo cuesta abajo de un monte, extendióse despues por las dos riberas del Oña, llamándose el Mercadal la parte colocada á la izquierda. La de la derecha se prolonga hasta donde el mencionado rio se une con el Ter, del que tambien es tributario por el mismo lado, y despues de correr por debajo de varias calles y casas el Gálligans formado de las aguas vertientes de los montes situados al nacimiento del sol. Comunícanse ambas partes de la ciudad por un hermoso puente de piedra, y las circuia un muro antiguo con torreones, cuyo débil reparo se mejoró despues, añadiendo siete baluartes, cinco del lado del Mercadal y dos del opuesto: habiendo solo foso y camino cubierto en el de la puerta de Francia. Dominada Gerona en su derecha por varias alturas, eleváronse en diversos tiempos fuertes que defendiesen sus cimas. En la que mira al camino de Francia y por consiguiente en la mas septentrional de ellas se concluyó el castillo de Monjuich con cuatro reductos avanzados, y en las otras separadas de estas por el valle que riega el Gálligans los del Calvario, Condestable, reina Ana, Capuchinos, del Cabildo y de la Ciudad. Antes del sitio se contaban algunos arrabales, y abríase delante del Mercadal un hermoso y fértil llano que, bañado por el Ter, el riachuelo Guell y una acequia, estaba cubierto de aldeas y deleitables quintas.

Su poblacion y fuerza

La poblacion de Gerona en 1808 ascendia á 14,000 almas, y al comenzar el tercer sitio constaba su guarnicion de 5673 hombres de todas armas. Mandaba la plaza en calidad de gobernador interino Don Mariano Alvarez de Castro, natural de Granada y de familia ilustre de Castilla la Vieja, quien con la defensa inmortalizó su nombre. Era teniente de rey Don Juan Bolivar que se habia distinguido en las dos anteriores acometidas de los franceses, y dirigian la artillería y los ingenieros los coroneles Don Isidro de Mata y Don Guillermo Minali: el último trabajó incesantemente y con acierto en mejorar las fortificaciones.

Alvarez, gobernador.

Defectos de la plaza.

Por la descripcion que acabamos de hacer de Gerona y por la noticia que hemos dado de sus fuerzas, se ve cuán flacas eran estas y cuán desventajosa su situacion. Enseñoreada por los castillos, tomado que fuese uno de ellos, particularmente el de Monjuich, quedaba la ciudad descubierta siendo favorables al agresor todos los ataques, Ademas si atendemos á los muchos puntos que habia fortificados, y á la extension del recinto claro es que para cubrir convenientemente la totalidad de las obras.

se requerian por lo menos de 10 á 12,000 hombres, número lejano de la realidad. A todo suplió el patriotismo.

Entusiasmo de los gerundenses.

Animados los gerundenses con antiguas memorias y reciente en ellos la de las dos últimas defensas, apoyaron esforzadamente á la guarnicion, distribuyéndose en ocho compañías que, bajo el nombre de Cruzada, instruyó el coronel Don Enrique Odonell. Compusiéronla todos los vecinos sin excepcion de clase ni de estado, incluso el clero secular y regular, y hasta las mugeres se juntaron en una compañía que apellidaron de Santa Bárbara, la cual dividida en cuatro escuadras llevaba cartuchos y víveres á los defensores, recogiendo y auxiliando á los heridos.

San Narciso declarado generalísimo.

Anteriormente habíase tambien tratado de excitar la devocion de los gerundenses nombrando por generalísimo á San Narciso su patrono. Desde muy antiguo tenian los moradores en la proteccion del santo entera y sencilla fé. Atribuian á su intercesion prosperidades en pasadas guerras, y en especial la plaga de moscas que tanto daño causó, segun cuentan, en el siglo décimotercio al ejército francés que bajo su rey Felipe el Atrevido puso sitio á la plaza: sitio en el que, por decirlo de paso, grandemente se señaló el gobernador Ramon Folch de Cardona, quien al asalto, como refiere Bernardo Desclot, tañendo su añafil y soltadas las galgas no dejó sobre las escalas francés que no fuese al suelo herido ó muerto. Ciertos hombres sin profundizar el objeto que llevaron los gefes de Gerona, hicieron mofa de que se declarase generalísimo á San Narciso, y aun hubo varones cuerdos que desaprobaron semejante determinacion, temiendo el influjo de vanas y perniciosas supersticiones. Era el de los últimos arreglado modo de sentir para tiempos tranquilos, pero no tanto para los agitados y extraordinarios. De todas las obligaciones la primera consiste en conservar ilesos los hogares patrios, y lejos de entibiar para ello el fervor de los pueblos, conviene alimentarle y darle pábulo hasta con añejas costumbres y preocupaciones: por lo cual el atento político y el verdadero hombre religioso, enemigos de indiscretas y reprensibles prácticas, disculparán no obstante y aun aplaudirán en el apretado caso de Gerona, lo que á muchos pareció ridícula y singular resolucion hija de grosera ignorancia.

Se presentan los franceses delante de Gerona. Mayo.

Los franceses, preparándose de antemano para el sitio, se presentaron á la vista de la plaza el 6 de mayo en las alturas de Costa-Roja. Mandaba entonces aquellas tropas el general Reille, hasta que el 13 le reemplazó Verdier quien continuó á la cabeza durante todo el sitio. Con este general, y sucesivamente, llegaron otros refuerzos, y el 31 arrojaron los enemigos á los nuestros de la ermita de los Angeles que fue bien defendida. Hubo varias escaramuzas, pero lo corto

de la guarnicion no permitió retardar, cual conviniera, las primeras operaciones del sitiador. Solamente los paisanos de las inmediaciones de Montagut, tiroteándose con él á menudo, le molestaron bastantemente.

Circunvalan la plaza. Junio.

Al comenzar junio fue la plaza del todo circunvalada. Colocóse la division westfaliana de los franceses al mando del general Morio desde la márgen izquierda del Ter por San Medir, Montagut y Costa-Roja: la brigada de Juvhan en Pont-Mayor, y los regimientos de Berg y Wurszburgo en las alturas de San Miguel y Villa-Roja hasta los Angeles: cubrieron el terreno del Oñá al Ter por Montelibi, Palau y el llano de Salt tropas enviadas de Vique por Saint-Cyr, ascendiendo el conjunto de todas á 18,000 hombres. Hubiera preferido el último general bloquear estrechamente la plaza á sitiarla; mas sabiéndose en el campo francés que no gozaba del favor de su gobierno, y que iba á sucederle en el mando el mariscal Augereau, no se atendieron debidamente sus razones, llevando Verdier adelante su intento de embestir á Gerona.

Formalizan su ataque.

Reunido el 8 de junio el tren de sitio correspondiente, resolvieron los enemigos emprender dos ataques, uno flojo contra la plaza, otro vigoroso contra el castillo de Monjuich y sus destacadas torres ó reductos. Mandaban á los ingenieros y artillería francesa los generales Sanson y Taviel. Antes de romper el fuego se presentó el 12 un parlamentario para intimar la rendicion, mas el fiero gobernador Alvarez respondió que no queriendo tener trato ni comunicacion con los enemigos de su patria, recibiria en adelante á metrallazos á sus emisarios. Hízolo asi en efecto siempre que el frances quiso entrar en habla. Criticáronle algunos de los que piensan que en tales lances han de llevarse las cosas reposadamente, mas loóle mucho el pueblo de Gerona, empeñando infinito en la defensa tan rara resolucion cumplida con admirable tenacidad.

Entereza de Alvarez.

Los enemigos habian desde el 8 empezado á formar una paralela en la altura de Tramon á 600 toesas de las torres de San Luis y San Narciso, dos de las mencionadas de Monjuich, sacando al extremo de dicha paralela un ramal de trinchera, delante de la cual plantaron una batería de ocho cañones de á 24 y dos obuses de á nueve pulgadas. Colocaron tambien otra batería de morteros detras de la altura Denroca á 560 toesas del baluarte de San Pedro situado á la derecha del Oña en la puerta de Francia. Los cercados, á pesar del incesante fuego que desde sus muros hacian, no pudieron impedir la continuacion de estos trabajos.

Acometen los enemigos las torres avanzadas de Monjuich.

Empieza el bombardeo contra la ciudad.

Progresando en ellos y recibida que fue por los franceses la repulsa del gobernador Albarez, empezó el bombardeo en la noche del 13 al 14, y todo resonó

con el estruendo del cañon y del mortero. Los soldados españoles corrieron á sus puestos, otro tanto hicieron los vecinos, acompañándolos á todas partes las doncellas y matronas alistadas en la compañía de *Santa Bárbara*. *Sin dar descanso prosiguieron en su* porfía los enemigos hasta el 25, y no por eso se desalentaron los nuestros ni aun aquellos que entonces se estrenaban en las armas. El 14 incendióse y quedó reducido á cenizas el hospital general: gran menoscabo por los efectos allí perdidos difíciles de reponer. La junta corregimental, que en todas ocasiones se portó dignamente, reparó algun tanto el daño, coadyuvando á ello la diligencia del intendente Don Cárlos Beramendi, y el buen celo del cirujano mayor Don Juan Andres Nieto, que en un memorial histórico nos ha trasmitido los sucesos mas notables de este sitio.

Beramendi.

Nieto.

Apodéranse los enemigos de las torres avanzadas de Monjuich.

Al rayar del 14 tambien acometieron los enemigos las torres de San Luis y San Narciso, apagaron sus fuegos, descortinaron su muralla, y abriendo brecha obligaron á los españoles á abandonar el 19 ambas torres. Lo mismo aconteció el 21 con la de San Daniel que evacuaron nuestros soldados. Este pequeño triunfo envalentonó á los sitiadores, causándoles despues grave mal su sobrada confianza.

Desalojan los españoles del Pedret á los enemigos.

En la noche del 14 al 15 desalojaron los mismos á una guerrilla española del arrabal del Pedret situado fuera de la puerta de Francia; y levantando un espaldon trataron de establecerse en aquel punto. Temeroso el gobernador de que erigiesen allí una batería de brecha, dispuso una salida combinada con fuerza de Monjuich y de la plaza. Destruyeron los nuestros el espaldon, y arrojaron al enemigo del arrabal.

Saint-Cyr con todo su ejército pasa al sitio de Gerona.

Ocupa á San Feliú de Guijols.

En tanto el general en gefe francés Saint-Cyr, habiendo enviado á Barcelona sus enfermos y heridos, aproximóse á Gerona. En su marcha cogió ganado vacuno, que del Llobregat iba para el abasto de la ciudad sitiada. Sentó el 20 de junio su cuartel general en Caldas, y extendiendo sus fuerzas hácia la marina se apoderó el 21 aunque á costa de sangre de San Feliú de Guijols. Con su llegada aumentóse el ejército francés á unos 30,000 hombres. Los somatenes y varios destacamentos molestaban á los franceses en los alrededores, y antes de acabarse junio cogieron un convoy considerable y 120 caballos de la artillería que venian para el general Verdier. Corrió así aquel mes sin que los franceses hubiesen alcanzado en el sitio de Gerona otra ventaja mas de la de hacerse dueños de las torres indicadas.

Correrías de los partidarios.

Julio.

Embisten los enemigos á Monjuich.

Pusieron ahora sus miras en Monjuich Guarnecianle 900 hombres á las órdenes de Don Guillermo Nash, estando todos decididos á defender el castillo hasta el último trance. Al alborear del 3 de julio empe-

zaron los enemigos á atacarle valiéndose de varias baterías, y en especial de una llamada Imperial que plantaron á la izquierda de la torre de San Luis, compuesta de 20 piezas de grueso calibre y 2 obuses. En todo el dia aportillóse ya la cara derecha del baluarte del norte, y los defensores se prepararon á resistir cualquiera acometida praticando detras de la brecha oportunas obras. El fuego del enemigo habia derribado del ángulo flanqueado de aquel baluarte la bandera española que allí tremolaba. Al verla caida se arrojó al foso el subteniente Don Mariano Montoro, recobróla y subiendo por la misma brecha la hincó y enarboló de nuevo: accion atrevida y digna de elogio.

Intrepidez de Montoro.

No tardaron los enemigos en intentar el asalto del castillo. Emprendiéronle furiosamente á las diez y media de la noche del 4 de julio: vanos fueron sus esfuerzos, inutilizándolos los nuestros con su serenidad y valentía. Suspendieron por entonces los contrarios sus acometimientos; mas en la mañana del 8 renovaron el asalto en columna cerrada y mandados por el coronel Muff. Tres veces se vieron repelidos haciendo en ellos grande estrago la artillería cargada con balas de fusil, particularmente un obus dirigido por Don Juan Candy. Insistió el gefe enemigo Muff en llevar sus tropas por cuarta vez al asalto, hasta que herido él mismo desmayaron los suyos y se retiraron. Perdieron en esta ocasion los sitiadores unos 2000 hombres, entre ellos 11 oficiales muertos y 66 heridos. Mandaba en la brecha á los españoles Don Miguel Pierson que pereció defendiéndola, y distinguióse al frente de la reserva Don Blas de Fournas. Durante el asalto tuvieron constantemente los franceses en el aire contra el punto atacado 7 bombas y muchos otros fuegos parabólicos. Grandes y esclarecidos hechos allí se vieron. Fue de notar el del mozo Luciano Ancio tambor apostado para señalar con la caja los tiros de bomba y granada. Llevóle un casco parte del muslo y de la rodilla, y al quererle trasportar al hospital opúsose, diciendo: « No, no, aunque herido en la « pierna tengo los brazos sanos para con el toque de caja librar de « las bombas á mis amigos. »

Asalto de Monjuich.

Por cuatro veces son repelidos los franceses.

Retíranse.

Pierson.

El tambor Ancio.

Enturbió algun tanto la satisfaccion de aquel dia el haberse volado la torre de San Juan, obra avanzada entre Monjuich y la plaza. Casi todos los españoles que la guarnecian perecieron, salvando á unos pocos Don Cárlos Beramendi, que sin reparar en el horroroso fuego del enemigo acudió á aquel punto, mostrándose entonces, como en tantos otros casos de este sitio, celoso intendente, incansable patriota y valeroso soldado.

Vuélase la torre de San Juan.

Arrojo de Beramendi.

Esto ocurria en Gerona cuando el general Saint-Cyr atentó á alejar de la plaza todo género de socorros, despues de haber ocu-

pado á San Feliú de Guijols creyó tambien oportuno apoderarse de Palamós, enviando para ello el 5 de julio al general Fontane. Este puerto casi aislado hubiera podido resistir largo tiempo si le hubiesen defendido tropas aguerridas y buenas fortificaciones. Pero estas de suyo malas se hallaban descuidadas, y solamente las coronaban algunos somatenes y miqueletes, que sin embargo se negaron á rendirse y disputaron el terreno á palmos. Cañoneras fondeadas en el puerto hicieron al principio bastante fuego; mas el de los enemigos las obligó á retirarse. Entraron los franceses la villa y casi todos los defensores perecieron, no siéndoles dado acogerse segun lo intentaron á las cañoneras y otros barcos que tomaron viento y se alejaron.

Toman los franceses á Palamós.

Por el mismo tiempo llegó á Perpiñan el mariscal Augereau. Confiado en que los catalanes escucharian su voz, dirigióles una proclama en mal español, que mandó publicar en los pueblos del principado. Mas apenas se habian fijado tres de aquellos carteles cuando el coronel Don Antonio Porta destruyó en San Lorenzo de la Muga el destacamento encargado de tal comision, volviendo á Perpiñan pocos de los que le componian. Un ataque de gota en la mano y el ver que no era empresa la de Cataluña tan fácil como se figuraba, detuvieron algun tiempo al mariscal Augereau en la frontera, por lo que continuó todavía mandando el séptimo cuerpo el general Saint-Cyr.

Mariscal Augereau.

Su proclama.

No desayudaban tampoco á los heróicos esfuerzos de Gerona las escaramuzas con que divertian á los franceses los somatenes, miqueletes y alguna tropa de línea. Don Antonio Porta los molestaba desde la raya de Francia hasta Figueras; de aqui á Gerona entretenialos el doctor Don Francisco Robira, infatigable y audaz partidario. El general Wimpffen, Don Pedro Cuadrado y los caudillos Milans, Iranzo y Clarós, corrian la tierra que media desde Hostalrich por Santa Coloma hasta la plaza de Gerona. Por tanto para despejar la línea de comunicacion con Francia tuvo Saint-Cyr que enviar el 12 de julio una brigada del general Souham á Bañolas, al mismo tiempo que el general Gillot desde Figueras se adelantaba á San Lorenzo de la Muga.

Partidarios que molestan á los franceses.

Muy luego de comenzar el sitio habian los de Gerona pedido socorro, y en respuesta á su demanda trataron las autoridades de Cataluña de enviar un convoy y alguna fuerza á las órdenes de Don Rodulfo Marshall, irlandés de nacion y hombre de brios, que habia venido á España á tomar parte en su sagrada lucha. Pasaron los nuestros delante del general Pino en Llagostera sin ser descubiertos; mas avisado el enemigo por un soldado zaguero, tomó el general Saint-Cyr sus medidas, y el 10 interceptó en Castellar el socorro, entrando solo en la plaza el coronel Marshall con unos cuantos que lograron salvarse.

Socorro que intenta entrar en Gerona.

Marshall.

Continúan los franceses su ataque contra Monjuich.

Los sitiadores despues del malogrado asalto de Monjuich prolongaron sus trabajos, y abrazando los dos frentes del nordeste y noroeste se adelantaron hasta la cresta del glacis. Nuevas y multiplicadas baterías levantaron sin que los detuviesen nuestros fuegos ni el valor de los sitiados. Perecieron el 31 muchos de ellos en la torre de San Luis, que voló una bomba arrojada de la plaza, y en una salida que voluntariamente hicieron del castillo en el mismo dia varios soldados.

Agosto.

Ataque del rebellin de Monjuich.

Entrado agosto continuaron los franceses con el mismo ahinco en acometer á Monjuich, y en la noche del 3 al 4 quisieron apoderarse del rebellin del frente de ataque. Frustróse por entonces su intento; pero al dia siguiente se hicieron dueños de aquella obra, alojándose en la cresta de la brecha: 800 hombres defendian el rebellin, 50 perecieron, y con ellos su bizarro gefe Don Francisco de Paula Grifols. Ni aun asi se enseñorearon los franceses de Monjuich. Los defensores antes de abandonarle hicieron una salida el 10 en daño de los contrarios.

Grifols.

Abandonan los españoles á Monjuich.

Sin embargo previendo el gobernador del Castillo Don Guillermo Nash que no le seria ya dado sostenerse por mas tiempo, habia consultado en aquellos dias á su gefe Don Mariano Alvarez, quien opuesto á todo género de capitulacion ó retirada tardó en contestarle. Nash entonces juntó un consejo de guerra y con su acuerdo evacuó á Monjuich el 12 de agosto á las seis de la tarde, destruyendo antes la artillería y las municiones. Ocuparon los franceses aquellos escombros, siendo maravillosa y dechado de defensas la de este castillo, pues los sitiadores solo penetraron en su recinto al cabo de dos meses de expugnacion, y despues de haber levantado diez y nueve baterías, abierto varias brechas, y perdido mas de 3000 hombres. De los 900 que componian la gurnicion española murieron 18 oficiales y 311 soldados, sin quedar apenas quien no estuviese herido.

Poco antes de la evacuacion y ya esta resuelta recibió Don Guillermo Nash pliegos del gobernador Alvarez, en los que lejos de aprobar la retirada de Monjuich estimula á la defensa con premios y ofrecimientos. No por eso se cambió de parecer, juzgando imposible prolongar la resistencia. Los gefes al entrar en la plaza pidieron que se les formase consejo de guerra si no habian cumplido con su obligacion. Pero Alvarez, justo, no menos que tenaz y valeroso, aprobó su conducta.

Esperanzas vanas de los franceses con la ocupacion de Monjuich.

Miraba el enemigo como tan importante la rendicion de Monjuich que al dar Verdier cuenta de ella á su gobierno, afirmaba que la ciudad se entregaria dentro de ocho ó diez dias. Grande fue su engaño. Cierto era que la plaza con la pérdida del castillo quedaba por aquella parte muy comprometida, cubriéndola solo un flaco y an-

tiguo muro, y ningunos otros fuegos sino los de la torre de la Gironella y los de dos baterías situadas encima de la puerta de San Cristóbal y muralla de Sarracinas. Tambien los franceses se habian posesionado el 2 del convento de San Daniel en la cañada del Gálligans, é impedido la entrada de los cortos socorros que todavía de cuando en cuando penetraban en la plaza por aquel lado.

Estrechan la plaza.

Hasta entonces persuadidos los sitiadores de que con la ocupacion de Monjuich abriria la ciudad sus puertas, no habian contra ella apretado el sitio. Solo por medio de una batería de 4 cañones y 2 obuses plantada en la ladera del Puig Denroca molestaban á los vecinos, y hacian desde su elevada posicion daño en los baluartes de San Pedro, Figuerola y en San Narciso. Construyeron ahora tres baterías: una en Monjuich de 4 cañones de á 24; otra encima del arrabal de San Pedro, y la tercera en el monte Denroca. Rompieron todas ellas sus fuegos el dia 19, atacando principalmente la muralla de San Cristóbal y la puerta de Francia. Los sitiados para remediar el estrago y ofrecer nuevos obstáculos imaginaron muchas y oportunas obras: cerraron las calles que desembocan en la plaza de San Pedro, y abrieron una gran cortadura defendida detras por un parapeto. Los franceses, que escarmentados con el ejemplar de Zaragoza huian de empeñar la lucha en los calles, no insistieron con ahinco en su ataque de la puerta de Francia, y revolvieron contra la de San Cristóbal y muralla de Santa Lucía, parage en verdad el mas flaco y elevado de la plaza. Adelantaron para ello sus trabajos, y construidas nuevas baterías de brecha y morteros vomitaron estas muerte y destrozos los últimos dias de agosto, con especialidad en los dos puntos últimamente indicados y en los cuarteles nuevo y viejo de alemanes. Quisieron el 25 alojarse los enemigos en las casas de la Gironella; pero una partida española que salió del fuerte del Condestable impidió su intento, matando á unos y cogiendo á otros prisioneros.

Pocos esfuerzos de esta clase le era lícito hacer á la guarnicion, escasa de suyo y menguada con las pérdidas de Monjuich y las diarias de la plaza. La corta poblacion de Gerona tampoco daba ensanche como en Zaragoza para repetir las salidas. Ni aun apenas hubiera quedado gente que cubriese los puestos si de cuando en cuando y subrepticiamente no se hubiesen introducido en el recinto algunos hombres llevados de verdadera y desinteresada gloria, de los cuales en aquellos dias hubo 100 que vinieron de Olot.

Respuesta notable de Alvarez.

No obstante el gobernador Don Mariano Alvarez, activo al propio tiempo que cuerdo, no desaprovechaba ocasion de molestar al enemigo y retardar sus trabajos, y á un oficial que encargado de una pequeña salida le preguntaba que adónde en caso de retirarse se acogeria, respondióle severamente, *al cementerio.*

Mas luego que vió atacado el recinto de la plaza puso su mayor co-

nato en reforzar el punto principalmente amenazado: para lo cual construyendo en parages proporcionados varias baterías, hasta colocó una de dos cañones encima de la bóveda de la catedral. Aunque los enemigos desencavalgaron pronto muchas piezas, ofendiales en gran manera la fusilería de las murallas, y sobre todo las granadas, bombas y polladas que de lugares ocultos se lanzaban á las trincheras y baterías vecinas. Los apuros sin embargo crecian dentro de la ciudad, y se disminuia mas y mas el número de defensores, siendo ya tiempo de que fuese socorrida. Su diligencia.

El general Don Joaquin Blake, quien despues de su desgraciada campaña de Aragon regresó segun dijimos á Cataluña, puesta tambien bajo su mando, salió en julio de Tarragona con solo sus ayudantes, y recorrió la tierra hasta Olot. En su viage si bien detenido por una indisposicion, no permaneció largo tiempo retrocediendo á Tortosa antes de concluirse el mes; de allí tomadas ciertas disposiciones, pensó con eficacia en auxiliar á Gerona. Don Joaquin Blake.

Aguijábanle á ello las vivas reclamaciones de aquella plaza, y las que de palabra hizo Don Enrique Odonell enviado por Alvarez al intento. Blake resuelto á la empresa atendió antes de su partida á distraer al enemigo en las otras provincias que abrazaba su distrito, por cuyo motivo envió una division á Aragon, dejó otra en los lindes de Valencia, y él con la de Lazan se trasladó en persona á Vique, en donde no terminado todavía agosto, estableció su cuartel general. A su llegada agregó á su gente las partidas y somatenes que hormigueaban por la tierra, y pasó á Sant Hilari y ermita del Padró. Desde este punto quiso llamar la atencion del enemigo á varios otros para ocultar el verdadero por donde pensaba introducir el socorro. Asi fue que el 30 de agosto en la tarde envió á Don Enrique Odonell con 1200 hombres la vuelta de Bruñolas, habiendo antes dirigido por el lado opuesto á Don Manuel Llauder sobre la ermita de los Angeles. Don Francisco Robira y Don Juan Clarós debian tambien divertir al enemigo por la orilla izquierda del Ter. Va al socorro de Gerona.

Buenas disposiciones que para ello se toman.

El general Saint-Cyr, cuyos reales desde el 10 de agosto se habian trasladado á Fornells, estando sobre aviso de los intentos de Blake, tomó para estorbarlos varias medidas de acuerdo con el general Verdier, y reunió sus tropas desparramadas por la dificultad de subsistencias. Mas á pesar de todo consiguieron los españoles su objeto. Llauder se apoderó de los Angeles, y Odonell atacando vivamente la posicion de Bruñolas, trajo hácia sí la mayor parte de la fuerza de los enemigos que creyeron ser aquel el punto que se queria forzar. Setiembre.

Amaneció el 1° de setiembre cubierta la tierra de espesa niebla,

Vése Saint-Cyr engañado.

y Saint-Cyr, á quien Verdier se habia ya unido aguardó hasta las tres de la tarde á que los españoles le atacasen. Hizo para provocarlos varios movimientos del lado de Bruñolas; pero viendo que al menor amago daban aquellos traza de retirarse, tornó á Fornells, en donde con admiracion suya encontró en desórden la division de Lecchi, que regida ahora por Millossevitz habia quedado apostada en Salt. Justamente por allí fue por donde el convoy se dirigió á la plaza, siguiendo la derecha del Ter. Componíase de 2000 acémilas que custodiaban 4000 infantes y 2000 caballos á las órdenes del general Don Jaime Garcia Conde. Cayó este de repente sobre los franceses de Salt, arrollólos completamente, y mientras que en derrota iban la vuelta de Fornells, entró en Gerona el convoy tranquila y felizmente. Alvarez dispuso una salida que bajo Don Blas de Fournas fuese al encuentro de Conde, divirtiendo asimismo la atencion del enemigo del lado de Monjuich. A la propria sazon Clarós penetró hasta San Medir, y Robira tomó á Montagut, de donde arrojó á los wessfalianos que solos habian quedado para guardar la línea, matando un miquelete al general Hadeln con su propia espada. Clavaron los nuestros tres cañones, y persiguieron á sus contrarios hasta Sarria. En grande aprieto estaban los últimos cuando repasando el Ter el general Verdier volvió á su orilla izquierda, y contuvo á los intrépidos Clarós y Robira, Por su parte el general Conde, despues de dejar en la plaza el convoy y 3287 hombres, tornó con el resto de su gente á Hostalrich, y á Olot Don Joaquin Blake que habia permanecido en observacion de los diversos movimientos de su ejército. Fueron ostos dichosos en sus resultas y bastante bien dirigidos, quedando completamente burlado el general Saint-Cyr no obstante su pericia.

Entra un convoy y refuerzo en Gerona á las órdenes de Conde.

Dió aliento tan buen suceso á la corta guarnicion de Gerona que se vió asi reforzada; mas por este mismo aumento no se consiguió disminuir la escasez con los víveres introducidos.

Los franceses ocuparon de nuevo los puntos abandonados, y el 6 de setiembre recobraron la ermita de los Angeles, pasando á cuchillo á sus defensores, excepto á tres oficiales y al comandante Llauder que saltó por una ventana. No intentaron contra la plaza en aquellos dias cosa de gravedad, contentándose con multiplicar las obras de defensa. No desaprovecharon los sitiados aquel respiro, y atareándose afanadamente, aumentaron los fuegos de flanco y parabólicos, y ejecutaron otros trabajos no menos importantes.

Pasado el 11 de setiembre renovaron los enemigos el fuego con mayor furor, y ensancharon tres brechas ya abiertas en Santa Lucía, Atemanes y San Cristóbal, maltratando tambien el fuerte del Calvario, cuyo fuego sobremanera los molestaba.

Salida malograda de la plaza.

Dispuso el 13 Don Mariano Alvarez una salida con intento de retardar los trabajos del sitiador y aun de

destruir algunos de ellos. Dirigíala Don Blas de Fournas, y aunque al principio todo lo atropellaron los nuestros, no siendo despues convenientemente apoyadas las dos primeras columnas por otra que iba de respeto, tuvieron que abrigarse todas de la plaza sin haber recogido el fruto deseado.

Aportilladas de cada vez mas las brechas, y apagados los fuegos del frente atacado, trataron los enemigos de dar el asalto. Pero antes enviaron parlamentarios, que segun invariable resolucion de Alvarez, fueron recibidos á cañonazos.

Asaltan los franceses la plaza el 19 de setiembre.

Irritados de nuevo con tal acogida corrieron al asalto á las cuatro de la tarde del 19 de setiembre, distribuidos en cuatro columnas de á 2000 hombres. Entonces brillaron las buenas y previas disposiciones que habia tomado el gobernador español; allí mostró este su levantado ánimo. Al toque de la generala, al tañido triste de la campana que llamaba á somaten, soldados y paisanos, clérigos y frailes, mugeres y hasta niños acudieron á los puestos de antemano y á cada uno señalados. En medio del estruendo de doscientas bocas de cañon y de la densa nube que la pólvora levantaba, ofrecia noble y grandioso espectáculo la marcha magestuosa y ordenada de tantas personas de diversa clase profesion y sexo. Silenciosos todos se vislumbraba sin embargo en sus semblantes la confianza que los alentaba. Alvarez á su cabeza grave y denodado, representábase á la imaginacion en tan horrible trance á la manera de los héroes de Homero, superior y descollando entre la muchedumbre y cierto que si no se avantajaba á los demas en estatura como aquellos, sobrepujaba á todos en resolucion y gran pecho. Con no menor órden que la marcha se habian preparado los refuerzos, la distribucion de municiones, la asistencia y conduccion de heridos.

Valor de la guarnicion y habitantes.

Alvarez.

Presentóse la primera columna enemiga delante de la brecha de Santa Lucía que mandaba el irlandés Don Rodulfo Marshall. Dos veces tomaron en ella pie los acometedores, y dos veces rechazados quedaron muchos de ellos allí tendidos. Tuvieron los españoles el dolor de que fuese herido gravemente y de que muriese á poco el comandante de la brecha Marschall, quien antes de espirar prorumpió diciendo « que moria contento « por tal causa y por nacion tan brava. »

Muerte de Marshall.

Otras dos columnas enemigas emprendieron arrojadamente la entrada por las brechas mas anchurosas de Alemanes y San Cristóbal, en donde mandaba Don Blas de Fournas. Por algun tiempo alojáronse en la primera hasta que al arma blanca los repelieron los regimientos de Ultonia y Borbon, apartándose de ambas destrozados por el fuego que de todos lados llovia sobre ellos. No menos padeció otra columna enemiga que largo rato se mantuvo quieta al pie de la torre de la Gironella. Herido aquí el capitan de

artillería Don Salustiano Gerona, tomó el mando provisional Don Cárlos Beramendi, y haciendo las veces de gefe y de subalterno causó estrago en las filas enemigas.

Amenazaron tambien estas durante el asalto los fuertes del Condestable y del Calvario igualmente sin fruto.

Tres horas duró funcion tan empeñada. Todas las brechas quedaron llenas de cadáveres y despojos enemigos; el furor de los sitiados era tal, que dejando á veces el fusil, sus membrudos y esforzados brazos cogian las piedras sueltas de la brecha y las arrojaban sobre las cabezas de los acometedores. Don Mariano Alvarez animaba á todos con su ejemplo y aun con sus palabras precavia los accidentes, reforzaba los puntos mas flacos, y arrebatado de su celo no escuchaba la voz de sus soldados que encarecidamente le rogaban no acudiese como lo hacia á los parages mas expuestos. Perdieron los enemigos varios oficiales de graduacion y cerca de 2000 hombres: entre los primeros contaron al coronel Floresti que en 1808 subió á posesionarse del Monjuich de Barcelona en donde entonces mandaba Don Mariano Alvarez. De los españoles cayeron aquel dia de 300 á 400, en su número muchos oficiales que se distinguieron sobremanera y algunas de aquellas mugeres intrépidas que tanto honraron á Gerona.

Son repelidos los franceses en todas partes con gran pérdida.

Escarmentados los franceses con leccion tan rigorosa, desistieron de repetir los asaltos á pesar de las muchas y espaciosas brechas, convirtiendo el sitio en bloqueo, y contando por auxiliares, como dice Saint-Cyr, el tiempo, las calenturas y el hambre.

Convierten los franceses el sitio en Bloqueo.

Don Joaquin Blake, á quien algunos motejaban de no divertir la atencion del enemigo del lado de Francia, intentó de nuevo avituallar la plaza. Para ello preparado un convoy en Hostalrich apareció el 26 de setiembre con 12,000 hombres en las alturas de La Bisbal á dos leguas de Gerona. Gobernada la vanguardia por Don Enrique Odonell, desalojó á los franceses de los puntos que ocupaban desde Villa-Roja hasta San Miguel. Salieron al propio tiempo de la plaza y del Condestable 400 hombres guiados por el coronel de Baza Don Miguel de Haro que tambien ha trazado con imparcialidad la historia de este sitio. Seguia á Odonell Wimpffen con el convoy, el cual constaba de unas 2000 acémilas y ganado lanar. Quedó el grueso del ejército teniendo al frente á Blake en las mencionadas alturas de La Bisbal.

Intenta en vano Blake socorrer de nuevo la plaza.

Odonell.

Haro.

Enterado Saint-Cyr de la marcha del convoy, trató de impedir su entrada en la plaza. Consiguiólo desgraciadamente esta vez interponiéndose entre Odonell y Wimpffen y todo lo apresó, excepto unas 170 cargas que se salvaron y metieron en Gerona,

Achacóse la culpa á la sobrada intrepidez de Odonell que se alejó mas de lo conveniente de Wimpffen, y tambien á la tímida prudencia de Blake que no acudió debidamente en auxilio del último. Asi no llegaron á Gerona víveres tan necesarios y deseados, y perdió malamente el ejército de Cataluña unos 2000 hombres. Odonell y Baro se abrigaron de los fuertes del Condestable y Capuchinos. Trataron los franceses cruelmente á los arrieros del convoy, ahorcando á unos y fusilando á otros en el Palau á vista de la ciudad.

Ventajas de los españoles y de los ingleses cerca de Barcelona.

Corta compensacion de tamaña desdicha fueron algunas ventajas conseguidas en el Llobregat y Besós por los miqueletes y tropas de línea. Tampoco pudo servir de consuelo el haber dispersado los ingleses y cogido en parte un convoy que escoltaban navíos de guerra franceses, y que llevaba víveres y auxilios á Barcelona; ventura que no habian tenido poco antes con el que mandaba el almirante francés Cosmao que entró y salió de aquel puerto sin que nadie se lo estorbase.

Octubre.

Empieza el hambre en Gerona.

Realmente en nada remediaba esto á Gerona, cuyas enfermedades y penuria crecian con rapidez. Se esmeraban en vano para disminuir el mal la junta y el gobernador. No se habian acopiado víveres sino para cuatro meses, y ya iban corridos cinco. Imperceptibles fueron conforme manifestamos los socorros introducidos en 1° de setiembre, aumentándose las cargas con el refuerzo de tropas.

Unese Odonell al ejército.

Por lo mismo y segun lo requeria la escasez de la plaza, Don Enrique Odonell, que desde la malograda expedicion del convoy de 26 de setiembre permanecia al pie del fuerte del Condestable, tuvo que alejarse, y atravesando la ciudad en la noche del 12 de octubre, cruzó el llano de Salt y Santa Eugenia, uniéndose al ejército por medio de una marcha atrevida.

El mariscal Augereau sucede á Saint-Cyr en Cataluña.

En aquel dia llegó igualmente al campo enemigo el mariscal Augereau, habiendo partido el 5 el general Saint-Cyr. Con el nuevo gefe francés, y posteriormente, acudieron á su ejército socorros y refuerzos estrechándose en extremo el bloqueo. Levantaron para ello los sitiadores varias baterías, formaron reductos,

Estréchase el bloqueo.

y llegó á tanto su cuidado que de noche ponian perros en las sendas y caminos, y ataban de un espacio á otro cuerdas con cencerros y campanillas; por cuya artimaña cogidos algunos paisanos, atemorizáronse los pocos que todavía osaban pasar con víveres á la ciudad.

Aumèntanse el hambre y las enfermedades.

La escasez por tanto tocaba al último punto. Los mas de los habitantes habian ya consumido las provisiones que cada uno en particular habia acopiado, y de ellos y de los forasteros refugiados en la plaza veíanse muchos caer en las

calles muertos de hambre. Apenas quedaba otra cosa en los almacenes para la guarnicion que trigo, y como no habia molinos, supliase la falta machacando el grano en almireces ó cascos de bomba, y á veces entre dos piedras; y asi y mal cocido se daba al soldado. Nacieron de aqui y se propagaron todo género de dolencias, estando henchidos los hospitales de enfermos y sin espacio ya para contenerlos. Solo de la guarnicion perecieron en este mes de octubre 795 individuos, comenzando tambien á faltar hasta los medicamentos mas comunes. Inútilmente Don Joaquin Blake trató por tercera vez de introducir socorros. De Hostalrich aproximóse el 18 de octubre á Bruñolas, y aguantó el 20 un ataque del enemigo, cuya retaguardia picó despues Odonell hasta los llanos de Gerona. Acudiendo el mariscal Augereau con nuevas fuerzas, retiróse Blake camino de Vique dejando solo á Odonell en Santa Coloma, quien, á pesar de haber peleado esforzadamente, cediendo al número, tuvo que abandonar el puesto y todo su bagage. Quedaban asi á merced del vencedor las provisiones reunidas en Hostalrich que pocos dias despues fueron por la mayor parte destruidas, habiendo entrado el enemigo la villa, si vien defendida por los vecinos con bastante empeño.

Tercera é inútil tentativa de Blake para socorrer á Gerona.

Noviembre. Dentro de Gerona no dió noviembre lugar á combates excusados y peligrosos en concepto de los sitiadores. Renováronse sí de parte de estos las intimaciones, valiéndose de paisanos, de soldados y hasta de frailes que fueron ó mal acogidos ó presos por el gobernador. Pero las lástimas y calamidades se agravaban mas y mas cada dia*. Las carnes de caballo, jumento y mulo de que poco antes se habia empezado á echar mano, ibanse apurando ya por el consumo de ellas, ya tambien porque faltos de pasto y alimento, los mismos animales se morian de hambre comiéndose entre sí las crines. Cuando la codicia de algun paisano arrostrando riesgos introducia comestibles, vendianse estos á exorbitantes precios; costaba una gallina dieciseis pesos fuertes y una perdiz cuatro. Adquirieron tambien extraordinario valor aun los animales mas inmundos, habiendo quien diese por un raton cinco reales vellon y por un gato treinta. Los hospitales, sin medicinas ni alimentos, y privados de luz y fuego, habianse convertido en un cementerio en que solo se divisaban no hombres sino espectros. Las heridas eran por lo mismo casi todas mortales y se complicaban con las calenturas contagiosas que á todos afligian, acabando por manifestarse el terrible escorbuto y la disentería.

Hambre horrorosa.

Carestia de víveres.

(*Véase Ap. n. 4.)

A la vista de tantos males juntos de guerra, hambre enfermedades y dolorosas muertes, flaqueaban hasta los mas constantes. Solo Alvarez se mantenia inflexible. Habia

Vacila el ánimo de algunos.

algunos aunque contados que hablaban de capitular, otros queriendo incorporarse al ejército proponian abrirse paso por medio del enemigo. De los primeros hubo quien osó pronunciar en presencia del gobernador la palabra *capitulacion*, pero este interrumpiéndole prontamente díjole: « ¡Cómo, « solo usted es aqui cobarde! Cuando ya no haya víveres nos co- « meremos á usted y á los de su ralea, y despues resolveré lo que mas convenga.

Inflexibilidad de Alvarez.

Entre los que con pensamientos mas honrados ansiaban salir por fuerza de la plaza, se celebraron reuniones y aun se hicieron varias propuestas, mas la junta, recelando desagradables resultas, atajó el mal, y todos se sometieron á la firme condicion del gobernador.

Este cuanto mas crecia el peligro mas impertérrito se mostraba, dando por aquellos dias un bando asi concebido. « Sepan las tropas que guarnecen los primeros puestos, « que los que ocupan los segundos tienen órden de hacer fuego, en « caso de ataque, contra cualquiera que sobre ellos venga sea es- « pañol ó francés, pues todo el que huye hace con su ejemplo mas « daño que el mismo enemigo. »

Bando de Alvarez

La larga y empeñada resistencia de Gerona dió ocasion á que la junta central concediese á sus defensores iguales gracias que á los de Zaragoza, y provocó en el principado de Cataluña el deseo de un levantamiento general para ir á socorrer la plaza. Con intento de llevar á cabo esta última medida, se juntó en Manresa antes de concluirse noviembre un congreso compuesto de individuos de todas clases y de todos los puntos del principado.

Gracias que concede la central á Gerona.

Congreso catalan.

Pero ya era tarde. Tras del triste y angustiado verano en el que ni las plantas dieron flores, ni cria los brutos, llegó el otoño que húmedo y lluvioso acreció las penas y desastres. Desplomadas las casas, desempedradas las calles, y remansadas en sus hoyos las aguas y las inmundicias, quedaron los vecinos sin abrigo y respirábase en la ciudad un ambiente infecto corrompido tambien con la putrefaccion de cadáveres que yacian insepultos en medio de escombros y ruinas. Habian perecido en noviembre 1378 soldados y casi todas las familias desvalidas. No se veian mugeres en cinta, falleciendo á veces de inanicion en el regazo de las madres el tierno fruto de sus entrañas. La naturaleza toda parecia muerta.

Estado deplorable de la plaza.

Los enemigos, aunque prosiguieron arrojando bombas é incomodando con sus fuegos, no habian renovado sus asaltos escarmentados en sus anteriores tentativas. Mas el mariscal Augereau viendo que el congreso catalan excitaba á las armas á todo el principado, rocelóse que Gerona con su constancia diese tiempo á ser socorrida, por lo que en la noche del 2 de di-

Diciembre.

Renuevan los franceses sus ataques.

ciembre, aniversario de la coronacion de Napoleon, emprendió nuevas acometidas. Ocupó de resultas el arrabal del Cármen, y levantando aun mas baterías, ensanchó las antiguas brechas y abrió otras. El 7 se apoderó del reducto de la Ciudad y de las casas de la Gironella, en donde sus soldados se atrincheraron y cortaron la comunicacion con los fuertes, á cuyas guarniciones no les quedaba ni aun de su corta racion sino para dos dias. Impertubable Alvarez, si bien ya muy enfermo, dispuso socorrer aquellos puntos y consiguiólo enviando trigo para otros tres dias, que fue cuanto pudo recogerse en su extrema penuria.

Ataque del 7 de diciembre.

En la tarde del 7, despues de haber inútilmente procurado los enemigos intimar la rendicion á la plaza, rompieron el fuego por todas partes desde la batería formada al pie de Montelibi hasta los apostaderos del arrabal del Cármen, imposibilitando de este modo el tránsito del puente de piedra.

Se agolpan contra Gerona todo género de males.

Gerona en fin se hallaba el 8 sin verdadera defensa. Perdidos casi todos sus fuertes exteriores, veíase interrumpida la comunicacion con tres que aun no lo estaban. Siete brechas abiertas, 1100 hombres era la fuerza efectiva, y estos convalecientes ó batallando como los demas contra el hambre, el contagio y la continua y penosa fatiga. De sus cuerpos no quedaba sino una sombra, y el espíritu aunque sublime no bastaba para resistir á la fuerza física del enemigo. Hasta Alvarez, de cuya boca como de la de Calvo gobernador de Maestricht, no salian otras palabras que las de « no quiero rendirme, » doliente durante el sitio de tercianas, rindióse al fin á una fiebre nerviosa que el 4 de diciembre ya le puso en peligro. Continuó no obstante dando sus órdenes hasta el 8, en que entrándole delirio hizo el 9 en un intervalo de sano juicio dejacion del mando en el teniente de rey Don Julian Bolivar. Su enfermedad fue tan grave que recibió la extremauncion, y se le llegó á considerar como muerto. Hasta entonces no parecia sino que aun las bombas en su caida habian respetado tan grande alma, pues destruido todo en su derredor y los mas de los cuartos de su propia casa, quedó en pie el suyo no habiéndose *nunca mudado del que ocupaba al principio del sitio.*

Enfermedad de Alvarez.

Substitúyele D. Julian Bolivar.

Hablase de capitular.

Postrado Alvarez postróse Gerona. En verdad ya no era dado resistir mas tiempo. Don Julian Bolivar congregó la junta corregimental y una militar. Dudaban todos qué resolver, ¡tanto les pesaba someterse al extrangero! pero habiendo recibido aviso del congreso catalan de que su socorro no llegaria con la deseada prontitud, tuvieron que ceder á su dura estrella, y enviaron para tratar al campo enemigo á Don Blas de Fournas. Acogió bien á este el mariscal Augereau y se ajustó entre ambos una capitulacion honrosa y dig-

Honrosa capitulacion de Gerona.

na de los defensores de Gerona*. Entraron los franceses en la plaza el 11 de diciembre por la puerta del Areny, y asombráronse al considerar aquel monton de cadáveres y de escombros, triste monumento de un malogrado heroismo. Habian allí perecido de 9 á 10,000 personas, entre ellas 4000 moradores. (1ª Ap. n. 3.)

Extraordinaria defensa la de esta plaza.

Carnot nos dice que consultando la historia de los sitios modernos, á penas puede prolongarse mas allá de 40 dias la defensa de las mejores plazas ¡y la de la débil Gerona duró siete meses! Atacáronla los franceses conforme hemos visto con fuerzas considerables, levantaron contra sus muros 40 baterías de donde arrojaron mas de 60,000 balas y 20,000 bombas y granadas, valiéndose por fin de cuantos medios señala el arte. Nada de esto sin embargo rindió á Gerona, « solo el hambre, segun el dicho de un historiador de los enemigos, y la falta « de municiones pudo vencer tanta obstinacion. »

Dirigieron los españoles la defensa no solo con la fortaleza que infundia Alvarez, sino con tino y sabiduría. Mejor avituallada hubiera Gerona prolongado sin término su resistencia, teniendo entonces los enemigos que atacar las calles y las casas, en donde como en Zaragoza hubieran encontrado sus huestes nuevo sepulcro.

Alvarez Trasladado á Francia. Su muerte.

El gobernador Don Mariano Alvarez, aunque deshauciado volvió en sí, y el 23 de diciembre le sacaron para Francia. Desde allí tornáronle á poco á España, y le encerraron en un calabozo del castillo de Figueras, habiéndole antes separado de sus criados y de su ayudante Don Francisco Satué. Al dia siguiente de su llegada susurróse que habia fallecido, y los franceses le pusieron de cuerpo presente tendido en unas parihuelas, apareciendo la cara del difunto hinchada y de color cárdeno á manera de hombre á quien han ahogado ó dado garrote. Así se creyó generalmente en España, y en verdad la circunstancia de haberle dejado solo, los indicios que de muerte violenta se descubrian en su semblante, y noticias confidenciales* que recibió el gobierno español, daban lugar á vehementes sospechas. Hecho tan atroz no merecia sin embargo fé alguna, á no haber amancillado su historia con otros parecidos el gabinete de Francia de aquel tiempo.

Sospechas de que fue violenta.

(* Ap. n. 3.)

Honores concedidos á la memoria de Alvarez.

La junta central decretó « que se daria á Don Ma- « riano Alvarez, si estaba vivo, una recompensa pro- « pia de sus sobresalientes servicios, y que si por « desgracia hubiese muerto, se tributarian á su me- « moria y se darian á su familia los honores y premios debidos á « su ínclita constancia y heróico patriotismo. » Las córtes congregadas mas adelante en Cádiz mandaron grabar su nombre en letras de oro en el salon de las sesiones, al lado de los ilustres Daoiz

y Velarde. En 1815 Don Francisco Javier Castaños, capitan general de Cataluña, pasó á Figueras, hízole las debidas exequias, y colocó en el calabozo en donde habia expirado una lápida que recórdase el nombre de Alvarez á la posteridad. Honores justamente tributados á tan claro varon.

Estado de las otras provincias.

Ocurrieron durante el largo sitio de Gerona en las demas partes de España diversos é importantes acontecimientos. De los mas principales hasta la batalla de Talavera dimos cuenta. Reservamos otros para este lugar, sobre todo los que acaecieron posteriormente á aquella jornada. Entre ellos distinguiremos los generales y que tomaban principio en el gobierno central de los particulares de las provincias, empezando por los últimos nuestra narracion.

Provincias libres.

Debe considerarse en aquel tiempo el territorio español como dividido en pais libre y en pais ocupado por el extrangero. Valencia, Murcia, las Andalucías, parte de Extremadura y de Salamanca, Galicia y Asturias respiraban desembarazadas y libres, trabajadas solo por interiores contiendas. Mostrábase Valencia rencillosa y pendenciera, excitando al desórden el ambicioso general Don José Caro, quien, habiéndose valido de ciertas cabezas de la insurreccion para derribar de su puesto al conde de la Conquista, las persiguió despues y maltrató encarnizadamente. Murcia, aunque satélite, por decirlo asi, de Valencia en lo militar, daba señales de moverse con mayor independencia cuando se trataba de mantener la union y el órden. Asiento las Andalucías del gobierno central no recibian por lo comun otro impulso que el de aquel, teniendo que someterse á su voluntad la altiva junta de Sevilla. Permaneció en general sumisa Extremadura, y la parte libre de Salamanca estaba sobradamente hostigada con la cercanía del enemigo para provocar ociosas reyertas. En Galicia y Asturias no reinaba el mejor acuerdo, resintiéndose ambas provincias de los males que causó la atropellada conducta de Romana. Desabrida la primera con la persecucion de los patriotas, no ayudó al conde de Noroña que quedó mandando y á quien tambien faltaba el nervio y vigor entonces tan necesarios; lo cual excitó de todas partes vivas reclamaciones al gobierno supremo para que se restableciese la junta provincial que Romana ni pensó ni quiso convocar. Al cabo, pero pasados meses, se atendió á tan justos clamores. Gobernaban á Asturias el general Mahy y la junta que formó el mismo Romana, autoridades ambas harto negligentes. En octubre fue reemplazado el primero por el general Don Antonio de Arce. Habíale enviado de Sevilla la junta central en compañía del consejero de Indias Don Antonio de Leiva, á fin de que aquel capitanease la provincia y de que los dos oyesen las quejas de los individuos de la junta disuelta por Romana. Ejecutóse lo postrero mal y lentamente y en lo demas nada adelantó el nuevo general, hombre pacato y

flojo. Reportóse por tanto poco fruto en las provincias libres de las buenas disposiciones de los habitantes, siendo menester que el enemigo punzase de cerca para estimular á las autoridades y acallar sus desavenencias.

Provincias ocupadas.

Tampoco faltaban rivalidades en las provincias ocupadas, particularmente entre los gefes militares, achaque de todo estado en que las revueltas han roto los antiguos vínculos de subordinacion y órden. Vamos á hablar de lo que en ellas pasó hasta fines de 1809.

Navarra y Aragon.

Pulularon en Aragon despues de las funestas jornadas de Maria y Belchite los partidarios y cuerpos francos. Recorrian unos los valles del Pirineo é izquierda del Ebro, otros la derecha y los montes que se elevan entre Castilla la Nueva y reino de Aragon. Aquellos obraban por sí y sostenidos á veces con los auxilios que les enviaba Lérida: los segundos escuchaban la voz de la junta de Molina y en especial la de la de Aragon, que restablecida en Teruel el 30 de mayo, tenia á veces que convertirse como muchas otras y á causa de las ocurrencias militares, en ambulante y peregrina.

Abrigáronse partidarios intrépidos de las hoces y valles que forma el Pirineo desde el de Venasque en la parte oriental, hasta el de Ansó situado al otro extremo. Tambien aparecieron muy temprano en el de Roncal, que pertenece á Navarra, fragoso y áspero, propio para embreñarse por selvas y riscos. En estos dos últimos y aledaños valles campeó con ventura Don Mariano Renovales. Prisionero en Zaragoza se escapó cuando le llevaban á Francia, y dirigiéndose á lugares solitarios se detuvo en Roncal para reunir varios oficiales tambien fugados. Noticioso de ello el general francés D'Agoult, que mandaba en Navarra, y temeroso de un levantamiento envió en mayo para prevenirle al gefe de batallon Puisalis con 600 hombres. Súpolo Renovales y allegando apresuradamente paisanos y soldados dispersos se emboscó el 20 del mismo mes en el pais que media entre los valles del Roncal y Ansó. El 21 antes de la aurora comenzaron los combates, trabáronse en varios puntos, duraron todo aquel dia y el siguiente en que se terminaron con gloria nuestra al pie del Pirineo, en la alta roca llamada Undari. Todos los franceses que allí acudieron fueron muertos ó hechos prisioneros, excepto unos 120 que no penetraron en los valles.

Renovales.

Combates en Roncal.

Animado con esto Renovales, pero mal municionado, buscó recursos en Lérida y trajo armeros de Eibar y Plasencia. Pertrechado algun tanto aguardó á los franceses, quienes invadiendo de nuevo aquellas asperezas el 15 de junio, fueron igualmente deshechos y perseguidos hasta la villa de Lumbier. Interpusiéronse en seguida los nuestros en los caminos principales, y sembraron entre los enemigos el desasosiego y la zozobra.

Correspondencia entre los franceses y Renovales.

Dieron lugar tales movimientos á que el comandante de Zaragoza Plique y el gobernador de Navarra D'Agoult entablasen correspondencia con Renovales. En ella al paso que agradecian los enemigos el buen porte de que usaba el general español con los franceses que cogia, reclamaban altamente el castigo de algunos subalternos que se habian desmandado á punto de matar varios prisioneros, quejándose tambien de que el mismo Renovales se hubiese escapado sin atender á la palabra empeñada. Respecto de lo primero, olvidaban los franceses que á tan lamentables excesos habian dado ellos triste ocasion, mandando D'Agoult ahorcar poco antes, so color de bandidos, á cinco hombres que formaban parte de una guerrilla de Roncal; y respecto de lo segundo replicó Renovales: « Si yo me « fugué antes de llegar á Pamplona, advertid que se faltó por los « franceses al sagrado de la capitulacion de Zaragoza. Fui el pri- « mero á quien el general Morlot, sin honor ni palabra, despojó « de caballos y equipage, hollando lo estipulado. Si al general « francés es lícita la infraccion de un derecho tan sagrado, no sé « porqué ha de prohibirse á un general español faltar á su palabra « de prisionero. »

Sarasa.

Los triunfos de Roncal y Ansó infundieron grande espíritu en todas aquellas comarcas, y Don Miguel Sarasa, hacendado rico, despues de haber tomado las armas y combatido en julio en varios felices reencuentros, formó la izquierda de Renovales apostándose en San Juan de la Peña monasterio de benedictinos, y en cuya espelunca, como la llama Zurita, nació la monarquía aragonesa, y se enterraron sus reyes hasta Don Alfonso el II.

Viendo los enemigos cuán graves resultas podria traer el levantamiento de los valles del Pirineo, mayormente no habiéndoles sido dado apagarle en su orígen, idearon acometer á un tiempo el pais que media entre Jaca y el valle de Salazar en Navarra, llamando al propio tiempo la atencion del lado de Venasque. Con este fin salieron tropas de Zaragoza y Pamplona y de otros puntos en que tenian guarnicion, no olvidando tampoco amenazar de la parte de Francia. Un trozo dirigióse por Jaca sobre San Juan de la Peña, otro ocupó los puertos de Salvatierra, Castillo Nuevo y Navascues, y se juntó una corta division en el valle de Salazar. Fue San Juan de la Peña el primer punto atacado. Defendióse Sarasa vigorosamente, mas obligado á retirarse quemaron el 26 de agosto los franceses el monasterio de benedictinos, conservándose solo la capilla abierta en la peña. Con el edificio ardió tambien el archivo, habiéndose perdido allí, como en el incendio del de la diputacion de Zaragoza ocurrido durante el sitio, preciosos documentos que recordaban los antiguos fueros y libertades de Aragon. El general Suchet fundó, por via de expiacion,

San Juan de la Peña quemado.

en la capilla que quedaba del abrasado monasterio una misa perpetua con su dotacion correspondiente. Pensaba quizá cautivar de este modo la fervorosa devocion de los habitantes, mas tomóse á insulto dicha fundacion y nadie la miró como efecto de piedad religiosa.

Vencido este primer obstáculo avanzaron los franceses de todas partes hácia los valles de Ansó y Roncal. El 27 empezó el ataque en el primero, y á pesar de la porfiada oposicion de los ansotanos entraron los enemigos la villa á sangre y fuego. Combates en los valles de Ansó y Roncal.

Contrarestó Renovales su ímpetu en Roncal los dias 27, 28 y 29, retirándose hasta el término y boquetes de la villa de Urzainqui. Mas agolpándose á aquel paraje los franceses del valle de Ansó, los del de Salazar y una division procedente de Oleron en Francia, no fue ya posible hacer por mas tiempo rostro á tanta turba de enemigos. Asi deseando Renovales salvar de mayores horrores á los roncaleses, determinó que Don Melchor Ornat vecino de la villa capitulase honrosamente por los valles, como lo hizo, asegurando á los naturales la libertad de sus personas y el goce de sus propiedades. Renovales con varios oficiales, soldados y rusos desertores se trasladó al Cinca. Capitulan los valles.

En tanto que esto pasaba en Navarra y valles occidentales de Aragon, llamaron tambien los franceses la atencion á los orientales, incluso el de Aran en Cataluña. No llevaron en todos ellos su intento mas allá del amago, siendo rechazados en el puerto de Venasque en donde se señaló el paisano Pedro Berot. Venasque.

Descendiendo la falda de los Pirineos, y siguiendo la orilla izquierda del Cinca, Don Felipe Perena, Baget y otros partidarios tuvieron con los franceses reñidos choques. En varios sacaron ventaja los nuestros, incomodándolos incesantemente y cogiéndoles reses y víveres que llevaban para su abastecimiento. Ansiosos los franceses de libertarse de tan porfiados contrarios, enviaron al general Habert para dispersarlos y despejar las riberas del Cinca. Consiguió Habert penetrar hasta Fonz, en donde sus tropas asesinaron desapiadadamente á los ancianos y enfermos que habian quedado. Al mismo tiempo que Habert, cruzó el Cinca por cima de Estadilla el coronel Robert, quien al principio fue rechazado, pero concertando ambos gefes sus movimientos, replegáronse los partidarios españoles á Lérida, Mequinenza y puntos abrigados, tomando despues el mando de todos ellos Renovales. Ocuparon los franceses á Fraga y Monzon, como importantes para la tranquilidad del pais. Perena y otros partidarios.

Mas ni aun asi consiguieron su objeto. Sarasa en octubre y noviembre apareció de nuevo en las cercanías de Ayerbe y procuró cortar las comunicaciones entre Zaragoza Nuevas partidas.

y Jaca. Los españoles de Mequinenza tambien hicieron en 16 de octubre una tentativa sobre Caspe, en un principio dichosa, al último malograda. Otras parciales refriegas ocurrian al mismo tiempo por aquellos parages, poniendo al fin los franceses su conato en apoderarse de Venasque.

Rindese Venasque.

Mandaba alli desde 1804 el marqués de Villora, y el 22 de octubre del año en que vamos, intimándole el comandante francés de Benabarre La Pageolerie que se rindiese, contestóle el marqués dignamente. Mas en noviembre acudiendo otra vez los franceses, cedió Villora sin resistencia; y por esto, y por entrar despues al servicio del intruso, tachóse su conducta de muy sospechosa.

Junta de Aragon.

En la márgen derecha del Ebro las juntas de Molina y Aragon trabajaban incansables en favor de la defensa comun. La última, aunque metida en Moya, provincia de Cuenca, despues de la vergonzosa jornada de Belchite, desvivíase por juntar dispersos y promover el armamento de la provincia. Don Ramon

Gayan.

Gayan, separado ya del ejército de Blake al desgraciarse la accion de Maria, sirvió de mucho con su cuerpo franco para ordenar la resistencia. Ocupaba la ermita del Aguila en el término de Cariñena, y la junta agrególe el regimiento provincial de Soria y el de la Princesa venido de Santander. Hubo entre los nuestros y los enemigos varios reencuentros. Los últimos en julio desalojaron á Gayan de la ermita del Aguila, y frustróse un plan que la junta de Aragon tenia trazado para sorprender á los franceses que enseñoreaban á Daroca.

Falló en parte por disputas de los gefes que eran de igual graduacion. Para prevenir en adelante todo altercado envió Blake desde Cataluña, á peticion de la mencionada junta, á Don Pedro Villacampa, entonces brigadier, el cual reuniendo bajo su mando la tropa puesta antes á las órdenes de Gayan, y ademas el batallon de Molina con otros destacamentos, formó en breve una division de 4000 hombres. A su cabeza adelantóse el nuevo gefe antes de finalizar agosto á Calatayud, arrojó á los enemigos del puerto del Frasno, y haciendo varios prisioneros los persiguió hasta la Almunia.

Le atacan los franceses.

En arma los franceses con tal embestida, despues de verse algo desembarazados en la orilla izquierda del Ebro, revolvieron en mayor número contra Villacampa. Prudentemente se habia recogido este á los montes llamados Muela de San Juan y sierras de Albarracin, célebres por dar nacimiento al Tajo y otros rios caudalosos, habiéndose situado en nuestra Señora del Tremedal, santuario muy venerado de los naturales, y adonde van en romería de muchas leguas á la redonda. De las tropas de Villacampa habian quedado algunas avanzadas en la direccion de Daroca, las cuales fueron en octubre arrojadas de alli por el general

Chlopicki, que avanzó hasta Molina destruyendo ó pillando casi todos los pueblos.

Don Pedro Villacampa juntó en el Tremedal entre soldados y paisanos sin armas unos 4000 hombres. El santuario está situado en un elevado monte en forma de media luna, y á cuyo pie se descubre la villa de Orihuela. Pinares que se extienden por los costados y la cumbre roqueña de la montaña dan al sitio silvestre y ceñudo semblante. Habia acumulado allí la devocion de los fieles muchas y ricas ofrendas, respetadas hasta de los salteadores, siendo así que de dia y noche se dejaban abiertas las puertas del santuario. Por lo menos así lo aseguraban los clérigos ó mosenes, como en Aragon los llaman, encargados del culto y custodia del templo.

Se apoderan de la Virgen del Tremedal.

Habia Villacampa hecho en la subida algunas cortaduras, y dedicábase á disciplinar en aquel retiro su gente bisoña. Conocieron los franceses el mal que se les seguiria si para ello le dejaban tiempo; y trataron de destruirle ó por lo menos de aventarle de aquellas asperezas. Tuvo órden de ejecutar la operacion el coronel Henriod con su regimiento 14 de línea, alguna mas infantería, un cuerpo de coraceros y tres piezas. Maniobró el francés diestramente amagando la montaña por varios puntos, y el 25 se apoderó del Tremedal, de donde arrojados los españoles se escaparon por la espalda camino de Albarracin. Los enemigos saquearon é incendiaron á Orihuela, volándose el santuario con espantoso estrépito. Salvóse la vírgen que á tiempo ocultó un mosen, y retirados los franceses acudieron ansiosamente los paisanos del contorno á adorar la imágen, cuya conservacion graduaban de milagro.

Aunque con tales excursiones conseguian los enemigos despejar el pais de ciertas partidas, no por eso impedian que en otros parages los molestasen nuevas guerrillas. Así al adelantarse aquellos vía del Tremedal, los hostilizaban á su retaguardia el alcalde de Illueca, y el paisanage de varios pueblos. Lo mismo ocurria con mayor ó menor ímpetu en casi todas las comarcas, fatigando á los invasores tan continuo é infructuoso pelear.

Entra Suchet en Albarracin y Teruel.

Suchet sin embargo insistia en querer apaciguar á Aragon, y sabiendo que de Madrid habia ido á Cuenca el general Milhaud para desbandar las guerrillas de aquella provincia, avanzó tambien por su parte el 25 de diciembre hasta Albarracin y Teruel, cuyo suelo aun no habian pisado los franceses, obligando á la junta de Aragon que entonces se albergaba en Rubielos á abandonar su territorio, teniendo que refugiarse en las provincias vecinas.

Cuenca y Guadalajara.

Atalayuelas.

De estas las de Cuenca y Guadalajara traian á maltraer al enemigo. En la primera era uno de los principales gefes el marqués de las Atalayuelas, que solia

El Empecinado. ocupar á Sacedon y sus cercanías; y en la segunda el Empecinado, á quien ya vimos en Castilla la Vieja, y que se aventajaba á los demas en fama y notables hechos. Por disposicion de la central habíase establecido el 20 de julio en Sigüenza (ciudad poco antes muy mal tratada por los franceses) una junta con objeto de gobernar la provincia de Guadalajara.

Juntas. Trabajó con ahinco la nueva autoridad en reunir las partidas sueltas, efectuar alistamientos y hostigar de todos modos al enemigo, y asi esta junta como otra que se erigió en tierra de Cuenca, uniéndose en ocasiones ó concertándose con las de Aragon y Molina, formaron en aquellas montañas un foco de insurreccion que hubiera sido aun mas ardiente si á veces no hubiesen debilitado su fuerza quisquillas y enojosas pendencias.

Don Juan Martin el Empecinado guerreaba allende la cordillera Carpetana; mas buscado en setiembre por la junta de Guadalajara acudió gustoso al llamamiento. Comenzó aquel caudillo á recorrer la provincia, y no dejando á los franceses un momento de respiro tuvo ya en los meses de setiembre y octubre choques bastante empeñados en Cogolludo, Albarés y Fuente la Higuera. Los franceses para vencerle recurrieron á ardides. Tal fue el que pusieron en planta el 12 de noviembre, aparentando retirarse de la ciudad de Guadalajara para luego volver sobre ella. Pero el Empecinado, despues de haberse provisto de porcion de paños de aquellas fábricas, rompió por medio de la hueste que le tenia rodeado y se salvó. Pagó en seguida á los franceses el susto que entonces le dieron, principalmente sorprendiendo el 24 de diciembre en Mazarrulleque á un grueso trozo de contrarios.

La de Guadalajara llama al Empecinado.

La Mancha. Entre los guerrilleros de la Mancha, de que ya entonces se hablaba, ademas de Mir y Jimenez merece particular mencion Francisco Sanchez, conocido con el nombre de Francisquete, natural de Camuñas. Habian los franceses ahorcado á un hermano suyo que se rindiera bajo seguro, y en venganza Francisco hízoles sin cesar guerra á muerte. Otros partidarios empezaron tambien á rebullir en esta provincia y en la de Toledo; mas ó desaparecieron pronto, ó sus nombres no sonaron hasta mas adelante.

Francisquete.

Leon y Castilla. En las que componen los reinos de Leon y Castilla la Vieja descolló entre otros muchos cerca de Ciudad Rodrigo Don Julian Sanchez. Vivia este en la casa paterna despues de haber militado en el regimiento de Mallorca. Pisaron los enemigos en sus correrías aquellos umbrales, y mataron á sus padres y á una hermana, atrocidad que juró Sanchez vengar: empezó con este fin á reunir gente, y luego allegó hasta 200 caballos con el nombre de lanceros, de cuya tropa nombróle capitan el duque del Parque general que allí mandaba.

Don Julian Sanchez.

Don Julian unas veces se apoyaba en el ejército ó en la plaza de Ciudad Rodrigo, otras obraba por sí y se alejaba con su escuadron. Infundia tal desasosiego en los franceses que en Salamanca el general Marchand dió contra él y sus soldados una proclama amenazadora, y cogió en rehenes como á patrocinadores á unos cuantos ganaderos ricos de la provincia. Sanchez agraviado de que el francés calificase á sus hombres de asesinos y ladrones, replicóle de una manera áspera y merecida. Cruda guerra que hasta en el hablar enconaba asi de ambos lados el ánimo de los combatientes.

El Capuchino, Saornil.

Por el centro y vastas llanuras de Castilla la Vieja andaban asimismo al rebusco de franceses partidas pequeñas, como la del Capuchino, Saornil y otras que todavía no gozaban de mucho nombre, pero que dieron lugar á una circular curiosa al par que bárbara del general francés Kellermann comandante de aquellos distritos, y por la que haciendo en 25 de octubre una requisicion de caballos, mandaba bajo penas rigurosas sacar el ojo izquierdo y marcar ó inutilizar de otro modo para la milicia los que no fuesen destinados á su servicio. Porlier tambien ejecutando á veces rápidas y portentosas marchas rompia por la tierra y atropellaba los destacamentos enemigos, descolgándose de las montañas de Galicia y Asturias que eran su principal guarida.

Juntas y partidarios en el camino de Francia

En todo el camino carretero de Francia desde Burgos hasta los lindes de Alava, y en ambas riberas por aquella parte del Ebro, hormiguearon de muy temprano las guerrillas. Tenia la codicia en que cebarse con la frecuencia de convoyes y pasageros enemigos, y muchos de los naturales dados ya desde antes al contrabando por la línea de aduanas alli establecida, conocian á palmos el terreno y estaban avezados á los riesgos de su profesion, imágen de los de la guerra. Fomentaron tales inclinaciones varias juntas que se formaron de cuarenta en cuarenta lugares, y las cuales ó se reunieron despues ó se sujetaron á las que se apellidaban de Burgos, Soria y la Rioja. Reconocieron la autoridad de estos cuerpos las mas de las partidas, de las que se miraron como importantes la de Ignacio Cuevillas, Don Juan Gomez, el cura Tapia, Don Francisco Fernandez de Castro hijo mayor del marqués de Barrio-Lucio, y el cura de Villoviado, de quien ya se hizo mencion en otro libro

Sus correrías solian ser lucrosas en perjuicio del enemigo y no faltas de gloria, sobre todo cuando muchas de ellas se unian y obraban de concierto. Sucedió asi en setiembre para sostener á Logroño, estando á su frente Cuevillas: lo mismo el 18 de noviembre en Sausol de Navarra en donde deshicieron á mas de 1000 franceses, guiadas las partidas reunidas por el capitan de navío Don Ignacio Narron presidente de la junta de Nájera.

Mina el mozo.

En esta funcion tuvo ya parte Don Francisco Javier Mina, sobrino del despues tan célebre Espoz. Cur-

saba en Zaragoza á la sazon que estalló el levantamiento de 1808: su edad entonces era la de 19 años, y tomó las armas como los demas estudiantes. Habia nacido en Idocin, pueblo de Navarra, de labradores acomodados. Retirado por enfermo al lugar de su naturaleza se hallaba en su casa cuando la saquearon los franceses en venganza de un sargento asesinado en la vecindad. Para libertar á su padre de una persecucion se presentó Mina el mozo á los franceses, redimiéndose por medio de dinero del arresto en que le pusieron. Airado de la no merecida ofensa y de ver su casa allanada y perdida, armóse, y uniéndosele otros doce comenzó sus correrías, reciente aun en Roncal la memoria de Renovales. Aumentóse sucesivamente su cuadrilla, y con ímpetu daba de sobresalto en los destacamentos franceses de Navarra, como tambien en los confinantes de Aragon y Rioja. Fue extremada su audacia, y antes de concluirse 1809 admiró con sus hechos á los habitantes de aquellas partes.

Hasta aquí los sucesos parciales ocurridos este año en las provincias. Necesario ha sido dar una idea de ellos aunque rápida, pues si bien obedecia en todo el reino al gobierno supremo, la índole de la guerra y el modo como se empezó inclinaba á las provincias ó las obligaba á veces á obrar solas ó con cierta independencia. Ocupémonos ahora en la junta central y en los ejércitos, y asuntos mas generales.

Sucesos generales de la nacion.

Estado de desasosiego de la central.

Vivos debates habian sobrevenido en aquella corporacion al concluirse el mes de agosto y comenzar setiembre. Procedieron de divisiones internas y de la voz pública que le achacaba el malogramiento de la campaña de Talavera. Hervian con especialidad en Sevilla los manejos y las maquinaciones. Ya desde antes, como dijimos, y sordamente trabajaban contra el gobierno varios particulares resentidos, entre ellos ciertos de la clase elevada. Cobraron ahora aliento por el arrimo que les ofrecia el enojo de los ingleses, y la autoridad del consejo reinstalado el mes anterior. No menos pensaban ya que en acudir á la fuerza, pero antes creyeron prudente tentar las vias pacíficas y legales. Sirvióles de primer instrumento Don Francisco de Palafox individuo de la misma junta, quien el 21 de agosto leyó en su seno un papel en el que, doliéndose amargamente de los males públicos y pintándolos con negras tintas, proponia como remedio la reconcentracion del poder en un solo regente, cuya eleccion indicaba podria recaer en el cardenal de Borbon. Encontró Palafox en sus compañeros oposicion, presentándole algunas objeciones bastante fuertes, á las que no pudiendo de pronto responder como hombre de limitado seso, dejó su réplica para la siguiente sesion en que leyó otro papel explicativo del primero.

Consulta del consejo.

Aquel dia que era el 22 vino en apoyo suyo, con aire de concierto, una consulta del consejo. Este

cuerpo que en vez de mostrarse reconocido teníase por agraviado de su restablecimiento, como hecho, segun pensaba, en monoscabo de sus privilegios, andaba solícito buscando ocasiones de arrancar la potestad suprema de las manos de la central, y colocarla ó en las suyas ó en otras que estuviesen á su devocion.

Su ceguedad.

Figuróse haber llegado ya el plazo tan deseado, y perjudicó con ciega precipitacion á su propia causa. En la consulta no se ciñó á examinar la conducta de la junta central, y á hacer resaltar los inconvenientes que nacian de que corporacion tan numerosa tuviese á su cargo la parte ejecutiva, sino que tambien atacó su legitimidad y la de las juntas provinciales pidiendo la abolicion de estas, el restablecimiento del órden antiguo, y el nombramiento de una regencia conforme á lo dispuesto en la ley de Partida. ¡Contradiccion singular! El consejo, que consideraba usurpada la autoridad de las juntas, y por consiguiente la de la central emanacion de ellas, exigia de este mismo cuerpo actos para cuya decision y cumplimiento era la legitimidad tan necesaria.

Pero prescindiendo de semejante modo de raciocinar, harto comun en asuntos de propio interes, hubo gran desacuerdo en el consejo en proceder asi, enagenándose voluntades que le hubieran sido propicias. Descontentaban á muchos las providencias de la central: parecíales monstruoso su gobierno; mas no querian que se atacase su legitimidad derivada de la insurreccion. Tocó en desvarío querer el consejo tachar del mismo defecto á las juntas provinciales, por cuya abolicion clamaba. Estas corporaciones tenian influjo en sus respectivos distritos. Atacarlas era provocar su enemistad, resucitar la memoria de lo ocurrido al principio de la insurreccion en 1808, y privarse de un apoyo tanto mas seguro cuanto entonces se habian suscitado nuevas y vivas contestaciones entre la central y algunas de las mismas juntas.

Altercados de las juntas de provincia y la central. Sevilla. Extremadura.

La provincial de Sevilla nunca olvidaba sus primeros zelos y rivalidades, y la de Extremadura, antes mas quieta, movióse al ver que su territorio quedaba descubierto con la ida de los ingleses, de cuya retirada echaba la culpa á la central. Asi fue que sin contar con el gobierno supremo, por sí dió pasos para que lord Wellington mudase de resolucion, y diólos por el conducto del conde del Montijo que en sus persecuciones y vagancia habia de Sanlúcar pasado á Badajoz. Desaprobó altamente la junta central la conducta de la de Extremadura como agena de un cuerpo subalterno y dependiente, é irritóla que fuera medianero en la negociacion un hombre á quien miraba al soslayo, por lo cual apercibiéndola severamente mandó prender al del Montijo que se salvó en Portugal. Ofendida la junta de Extremadura de la reprension que se le daba, replicó con sobrada descompostura, hija quizá de momentáneo acaloramiento, sin que por eso fuesen mas allá afortunadamente tales

Valencia.

contestaciones. Las que habian nacido en Valencia al instalarse la central se aumentaron con el poco tino que tuvo en su comision á aquel reino el baron de Sabasona, y nunca cesaron, resistiendo la junta provincial el cumplimiento de algunas órdenes superiores, á veces desacertadas, como lo fue la provision en tiempos de tanto apuro de las canongías, beneficios eclesiásticos y encomiendas vacantes, cuyo producto juiciosamente habia destinado dicha junta á los hospitales militares. Encontradas asi ambas autoridades á cada paso se enredaban en disputas, inclinándose la razon ya de un lado ya de otro.

Dolorosas eran estas divisiones y querellas, y de mucho hubieran servido al consejo en sus fines, si acallando á lo menos por el momento su rencorosa ira contra las juntas, las hubiera acariciado en lugar de espantarlas con descubrir sus intentos. Enojáronse pues aquellas corporaciones, y la de Valencia aunque una de las mas enemigas de la central, se presentó luego en la lid á vindicar su propia injuria. En una exposicion fecha en 25 de setiembre clamó contra el consejo, recordó su vacilante si no criminal conducta con Murat y José, y pidió que se le circunscribiese á solo sentenciar pleitos. Otro tanto hicieron de un modo mas ó menos explícito varias de las otras juntas, añadiendo sin embargo la misma de Valencia que convendria que la central separase la potestad legislativa de la ejecutiva, y que se depositase esta en manos de uno, tres ó cinco regentes.

Exposicion de esta contra el consejo.

Antes que llegase esta exposicion, y atropellando por todo en Sevilla los descontentos, pensaron recurrir á la fuerza, impacientes de que la central no se sometiese á las propuestas de Palafox, del consejo y sus parciales. Era su propósito disolver dicha junta, trasportar á Manila algunos de sus individuos, y crear una regencia, reponiendo al consejo real en la plenitud de su poder antiguo y con los ensanches que él codiciaba. Habíanse ganado ciertos regimientos, repartídose dinero, y prometido tambien convocar córtes, ya por ser la opinion general del reino, ya igualmente para amortiguar el efecto que podria resultar de la intentada violencia. Pero esta última resolucion no se hubiera realizado, á triunfar los conspiradores como apetecian, pues el alma de ellos, el consejo, tenia sobrado desvío por todo lo que sonaba á representacion nacional, para no haber impedido el cumplimiento de semejante promesa.

Trama para disolver la central.

Ya en los primeros dias de setiembre estaba próximo á realizarse el plan, cuando el duque del Infantado queriendo escudar su persona con la aquiescencia del embajador de Inglaterra, confióselo amistosamente. Asustado el marqués de Wellesley de las resultas de una disolucion repentina del gobierno, y no teniendo por otra parte concepto muy elevado de los conspiradores, procuró apartarlos de tal pensamiento,

Descúbrela el embajador de Inglaterra.

y sin comprometerlos dió aviso á la central del proyecto. Advertida esta á tiempo, é intimidados tambien algunos de los de la trama con no verse apoyados por la Inglaterra, previnose todo estallido, tomando la central medidas de precaucion sin pasar á escudriñar quienes fuesen los culpables.

Trata la central de reconcentrar la potestad ejecutiva.

La junta no obstante viendo cuán de cerca la atacaban, que la opinion misma del embajador de Inglaterra, si bien opuesto á violencias, era la de reconcentrar la potestad ejecutiva y que hasta las autoridades que le habian dado el ser eran las mas de idéntico ó parecido sentir, resolvió ocuparse seriamente en la materia. Algunos de sus individuos pensaban ser conveniente la remocion de todos los centrales ó de una parte de ellos, acallando asi á los que tachaban su conducta de ambiciosa. Suscitó tal medida el bailío Don Antonio Valdés, la cual contados de sus compañeros sostuvieron, desechándola los mas. Tres dictámenes prevalecian en la junta, el de los que juzgaban ocioso hacer una mudanza cualquiera debiendo convocarse luego las córtes, el de los que deseaban una regencia escogida fuera del seno de la central, y en fin el de los que repugnando la regencia querian sin embargo que se pusiese el gobierno ó potestad ejecutiva en manos de un corto número de individuos sacados de los mismos centrales. Entre los que opinaban por lo segundo se contaba Jovellanos, pero tan respetable varon luego que percibió ser la regencia objeto descubierto de ambicion que amenazaba á la patria con peligrosas ocurrencias, mudó de parecer y se unió á los del último dictámen.

Diversidad de opiniones.

Al frente de este se hallaba Calvo que acababa de volver de Extremadura y quien con su áspera y enérgica condicion no poco contribuyó á parar los golpes de los que dentro de la misma junta solo hablaban de regencia para destruir la central é impedir la convocacion de córtes. Trajo hácia sí á Jovellanos y sus amigos, los que concordes consiguieron despues de acaloradas discusiones, que se aprobasen el 19 de setiembre dos notables acuerdos. 1° La formacion de una *comision ejecutiva* encargada del despacho de lo relativo á gobierno, reservando á la junta los negocios que requiriesen plena deliberacion. Y 2° fijar para 1° de marzo de 1810 la apertura de las córtes extraordinarias.

Nombrase al efecto una comision.

Antes de publicarse dichos acuerdos nombróse una comision para formar el reglamento ó plan que debia observar la ejecutiva, y como recayese el encargo en Don Gaspar de Jovellanos, bailío Don Antonio Valdés, marqués de Campo Sagrado, Don Francisco Castañedo y conde de Gimonde, amigos los mas del primero, creyóse que á la presentacion de su trabajo serian los mismos escogidos para componer la comision ejecutiva. Pero se equivocaron los que tal creyeron. En el intermedio que hubo entre formar el re-

Nombrase otra segunda.

glamento y presentarle, los aficionados al mando y los no adictos á Jovellanos y sus opiniones, se movieron y bajo un pretexto ú otro alcanzaron que la mayoría de la junta desechase el reglamento que la comision habia preparado. Escogióse entonces otra nueva para que le enmendase con objeto de renovar, si ser pudiese, la cuestion de regencia, ó sino de meter en la comision ejecutiva las personas que con mas empeño sostenian dicho dictámen. Vióse á las claras ser aquella la intencion oculta de ciertas personas, por lo que de nuevo sucedió con Don Francisco de Palafox. Este vocal, juguete de embrolladores, resucitó la olvidada controversia cuando se discutia en la junta el plan de la comision ejecutiva. Los instigadores le habian dictado un papel que al leerle produjo tal disgusto, que arredrado el mismo Palafox se allanó á cancelar en el acto mismo las cláusulas mas disonantes.

Nuevos manejos.

Palafox.

Romana.

Viendo la facion cuán mal habia correspondido á su confianza el encargado de ejecutar sus planes, trató de poner en juego al marqués de la Romana recien llegado del ejército, y cuya persona mas respetada gozaba todavía entre muchos de superior concepto. Habia sido el marqués nombrado individuo de la comision substituida para corregir el plan presentado por la primera, y en su virtud asistió á sus sesiones, discutió los artículos, enmendó algunos, y por último firmó el plan acordado, si bien reservándose exponer en la junta su dictámen particular. Parecia no obstante que se limitaria este á ofrecer algunas observaciones sobre ciertos puntos, habiendo en lo general merecido su aprobacion la totalidad del plan. Mas cuál fue la admiracion de sus compañeros al oir al marqués en la sesion del 14 de octubre renovar la cuestion de regencia por medio de un papel escrito en términos descompuestos, y en el que, haciendo de sí propio pomposas alabanzas, expresaba *la necesidad de desterrar hasta la memoria de un gobierno tan notoriamente pernicioso* como lo era el de la central. Y al mismo tiempo que tan mal trataba á esta y que la calificaba de ilegítima, dábale la facultad de nombrar regencia y de escoger una diputacion permanente compuesta de cinco individuos y un procurador que hiciese las veces de córtes, cuya convocacion dejaba para tiempos indeterminados. A tales absurdos arrastraba la ojeriza de los que habian apuntado el papel al marqués y la propia irreflexion de este hombre, tan pronto indolente, tan pronto atropellado.

Su inconsiderada conducta y su representacion.

Nombrase la comision ejecutiva.

A pesar de crítica tan amarga y de las perjudiciales consecuencias que podria traer un escrito como aquel, difundido luego por todas partes, no solo dejó la junta de reprender á Romana, sino que tambien, ya que no adoptó sus proposiciones, fue el primero que escogió para componer la comision ejecutiva. No faltó quien atribuyese semejante eleccion á diestro

artificio de la central, ora para enredarle en un compromiso por haber dicho en su papel que á no aprobarse su dictámen renunciaria á su puesto, ora tambien para que experimentase por sí mismo la diferencia que media entre quejarse de los males públicos y remediarlos.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el marqués admitió el nombramiento y que sin detencion se eligieron sus otros compañeros. La comision ejecutiva conforme á lo acordado debia constar de seis individuos y del presidente de la central, renovándose á la suerte parte de ellos cada dos meses. Los nombrados ademas de Romana fueron Don Rodrigo Riquelme, Don Francisco Caro, Don Sebastian de Jócano, Don José García de la Torre, y el marqués de Villel. En el curso de esta historia ya ha habido ocasion de indicar á qué partido se inclinaban estos vocales, y si el lector no lo ha olvidado recordará que se arrimaban al del antiguo órden de cosas, por lo cual hubieran muchos llevado á mal su eleccion si no hubiese sido acompañada con el correctivo del llamamiento de córtes.

Fíjase el dia de juntarse las córtes.

Anunciόse tal novedad en decreto de 28 de octubre publicado en 4 de noviembre, especificándose en su contenido que aquellas serian convocadas en 1° de enero de 1810 para empezar sus augustas funciones en el 1° de marzo siguiente. El deseo de contener las miras ambiciosas de los que aspiraban á la autoridad suprema, alentó á los centrales partidarios de la representacion nacional á que clamasen con mayor instancia por la aceleracion de su llamamiento. Don Lorenzo Calvo de Rozas, entre ellos uno de los mas decididos y constantes, promovió la cuestion por medio de proposiciones que formalizó en 14 y 29 de setiembre, renovando la que hizo en abril anterior y que habia provocado el decreto de 22 de mayo. Suscitáronse disensiones y altercados en la junta, mas logróse la aprobacion del decreto ya insinuado, apretando á la comision de córtes para que concluyese los trabajos previos que le estaban encomendados, y que particularmente se dirigian al modo de elegir y constituir aquel cuerpo. Esta comision desempeñó ahora con menos embarazo su encargo por haber reemplazado á Riquelme y Caro, rémoras antes para todo lo bueno, los señores Don Martin de Garay y conde de Ayamans dignos y celosos cooperadores.

Instálase la comision ejecutiva.

La ejecutiva se instaló el 1° de noviembre no entendiendo ya la junta plena en ninguna materia de gobierno, excepto en el nombramiento de algunos altos empleos que se reservó. Siguiéronse no obstante tratando en las sesiones de la junta los asuntos generales, los concernientes á contribuciones y arbitrios, y las materias legislativas. Continuó asi hasta su disolucion dividido este cuerpo en dichas dos porciones, ejerciendo cada una sus facultades respectivas.

En tanto el horizonte político de Europa se encapotaba cada

PROVINCIAL UNIVERSITARIA

Estado de Europa.

vez mas. Estimulada la gran Bretaña con la guerra de Austria no se habia ceñido á aumentar en la península sus fuerzas, sino que tambien preparó otras dos expediciones á puntos opuestos, una á las órdenes de Sir Juan Stuart contra Nápoles, y otra al Escalda é isla de Walkeren mandada por lord Chatam. Malos consejos alejaron la primera de estas expediciones de la costa oriental de España, adonde se habia pensado enviarla, y se empleó en objeto infructuoso como lo fue la invasion del territorio napolitano.

Expediciones inglesas. Contra Nápoles.

Contra el Escalda.

La segunda formidable y una de las mayores que jamas saliera de los puertos ingleses se componia de 40,000 hombres de desembarco, tropas escogidas, ascendiendo en todo la fuerza de tierra y mar á 80,000 combatientes. Proponíase con ella el gobierno británico destruir ante todo el gran arsenal que en Amberes habia Napoleon construido. Lástima fue que en este caso no hubiese aquel gabinete escuchado á sus aliados. El emperador de Austria opinaba por el desembarco en el norte de Alemania, en donde el ejemplo de Schill, caudillo tan bravo y audaz, hubiera sido imitado por otros muchos al ver la ayuda que prestaban los ingleses. La junta central instó porque la expedicion llevase el rumbo hácia las costas cantábricas y se diese la mano con la de Wellesley: á cierto que si las tropas de Stuart y Chatam hubiesen tomado tierra en la península ó en el norte de Alemania en el tiempo en que aun duraba la guerra en Austria, quizá no hubiera esta tenido un fin tan pronto y aciago. Prescindiendo de todo el gobierno inglés sacrificó grandes ventajas á la que presumia inmediata de la destruccion del arsenal de Amberes, ventaja mezquina aunque la hubiera conseguido en comparacion de las otras.

Desgraciadísima esta.

Es ageno de nuestro propósito entrar en la historia de aquellas expediciones, y asi solo diremos que al paso que la de Stuart no tuvo resultado, pereció la de Chatam miserablemente sin gloria y á impulsos de las enfermedades que causó en el ejército inglés la tierra pantanosa de la isla de Walkeren á la entrada del Escalda. Tampoco se encontraron con habitantes que les fueran afectos, de donde pudieron aprender cuán diverso era, á pesar del valor de sus tropas, tener que lidiar en tierra enemiga ó en medio de pueblos que como los de la península se mantenian fieles y constantes.

Paz entre Napoleon y el Austria.

(* Ap. n. 4.)

Colmó tantas desgracias la paz de Austria en favor de cuya potencia habia cedido la junta central una porcion de plata * en barras que venian de Inglaterra para socorro de España, y ademas permitió sin reparar en los perjuicios que se seguirian á nuestro comercio, que el mismo gobierno británico negociase con igual objeto en nuestros puertos de América 3,000,000 de pesos fuertes: sacrificios inútiles. Desde el armisticio

Sacrificios de la Central en favor de Austria.

de Znaim pudo ya temerse cercana la paz. El gabinete de Austria viendo su capital invadida, incierto de la política de la Rusia, y no queriendo buscar apoyo en sus propios pueblos, de cuyo espíritu comenzaba á estar receloso, decidióse á terminar una lucha que prolongada todavía hubiera podido convertirse para Napoleon en terrible y funesta, manifestándose ya en la poblacion de los estados austriacos síntomas de una guerra nacional. Y ¡cosa extraña! un mismo temor aunque por motivos opuestos aceleró entre ambas partes beligerantes la conclusion de la paz. Firmóse esta en Viena el 15 de octubre. El Austria, ademas de la pérdida de territorios importantes y de otras concesiones, se obligó por el artículo 15 del tratado á «reconocer las mutaciones hechas ó que pudieran ha-« cerse en España, en Portugal y en Italia.»

La junta central á vista de tamaña mengua publicó un manifiesto en que procurando desimpresionar á los españoles del mal efecto que produciria la noticia de la paz, con profusion derramó amargas quejas sobre la conducta del gabinete austriaco, lenguaje que á este ofendió en extremo. Manifiesto de la central.

Disculpable era hasta cierto punto el gobierno español hallándose de nuevo reducido á no vislumbrar otro campo de lides sino el peninsular. Mas semejante estado de cosas, y las propias desgracias hubieran debido hacerle mas cauto, y no comprometer en batallas generales y decisivas su suerte y la de la nacion. El deseo de entrar en Madrid y las ventajas adquiridas en Castilla la Vieja pesaban mas en la balanza de la junta central que maduros consejos. Prurito de batallar de la central.

Hablemos pues de las indicadas ventajas. Luego que el marqués de la Romana dejó en el mes de agosto en Astorga el ejército de su mando, llamado de la izquierda, condújole á Ciudad Rodrigo Don Gabriel de Mendizabal para ponerle en manos del duque del Parque, nombrado sucesor del marqués. Llegaron las tropas á aquella plaza antes de promediar setiembre, y á estar todas reunidas hubiera pasado su número de 26,000 hombres; pero compuesto aquel ejército de cuatro divisiones y una vanguardia, la 3ª al mando de Don Francisco Ballesteros, no se juntó con Parque hasta mediados de octubre, y la 4ª quedóse en los puertos de Manzanal y Fuencebadon á las órdenes, segun insinuamos, del teniente general Don Juan José García. Ejército de la izquierda.

El 6º cuerpo francés, despues de su vuelta de Extremadura, ocupaba la tierra de Salamanca, mandándole el general Marchand en ausencia del mariscal Ney que tornó á Francia. Continuaba en Valladolid el general Kellermann y vigilaba Carrier con 3000 hombres las márgenes del Esla y del Orbigo. General Marchand. Carrier.

Atendian los franceses de Castilla mas que á otra cosa á seguir los movimientos del duque del Parque, Primera defensa de Astorga.

no descuidando por eso los otros puntos. Asi aconteció que en 9 de octubre quiso el general Carrier posesionarse de Astorga, ciudad antes de ahora nunca considerada como plaza. Gobernaba en ella desde 22 de setiembre Don José María de Santocildes; guarnecianla unos 1100 soldados nuevos, mal armados y con solos 8 cañones que servia el distinguido oficial de artillería Don César Tournelle. En tal estado, sin fortificaciones nuevas, y con muros viejos y desmoronados; se hallaba Astorga cuando se acercó á ella el general Carrier seguido de 3000 hombres y dos piezas. Brevemente y con particular empeño, cubiertos de las casas del arrabal de Reitivia, embistieron los franceses la puerta del Obispo. Cuatro horas duró el fuego que se mantuvo muy vivo, no acobardándose nuestros inexpertos soldados ni el paisanage, y matando ó hiriendo á cuantos enemigos quisieron escalar el muro ó aproximarse á aquella puerta. Retiráronse por fin estos con pérdida considerable. Entre los españoles que en la refriega perecieron señalóse un mozo de nombre Santos Fernandez, cuyo padre al verle espirar, enternecido pero firme, prorumpió en estas palabras: « Si murió mi « hijo único, vivo yo para vengarle. » Hubo tambien mugeres y niños que se expusieron con grande arrojo, y Astorga, ciudad por donde tantas veces habian transitado pacíficamente los franceses, rechazólos ahora preparándose á recoger nuevos laureles.

Muévese el duque del Parque al frente del ejército de la izquierda.

Esta diversion y las que causaban al enemigo Don Julian Sanchez y otros guerilleros ayudaban al duque del Parque que, colocado á fines de setiembre á la izquierda del Agueda, habia subido hasta Fuente Guinaldo. Su ejército se componia de 10,000 infantes y 1800 caballos. Regia la vanguardia Don Martin de la Carrera y las dos divisiones presentes 1.ª y 2.ª Don Francisco Javier de Losada y el conde de Belveder. Púsose tambien por su lado en movimiento el general Marchand con 7000 hombres de infantería y 1000 de caballería. Ambos ejércitos marcharon y contramarcharon, y los franceses, despues de haber quemado á Martin del Rio, y de haber seguido hasta mas adelante la huella de los españoles, retrocedieron á Salamanca. El duque del Parque avanzó de nuevo el 5 de octubre por la derecha de Ciudad Rodrigo, é hizo propósito de aguardar á los franceses en Tamames.

Batalla de Tamames.

Situada esta villa á nueve leguas de Salamanca en la falda septentrional de una sierra que se extiende hácia Bejar, ofrecia en sus alturas favorable puesto al ejército español. El centro y la derecha de áspero acceso los cubria con la 1.ª division Don Francisco Javier de Losada, ocupaba la izquierda con la vanguardia Don Martin de la Carrera, y siendo este punto el menos fuerte de la posicion, colocóse allí en dos líneas, aunque algo separada, la caballería. Quedó de respeto la 2.ª division del cargo del conde de Belveder para atender adonde conviniese,

1500 hombres entresacados de todo el ejército guarnecian á Tamames. El general Marchand, reforzado y trayendo 10,000 peones, 1200 ginetes y 14 piezas de artillería, presentóse el 18 de octubre delante de la posicion española. Distribuyendo sin tardanza su gente en tres columnas, arremetió á nuestra línea poniendo su principal conato en el ataque de la izquierda, como punto mas accesible. Carrera se mantuvo firme con la vanguardia, esperando á que la caballería española apostada en un bosque á su siniestro costado cargase las columnas enemigas; pero la 2ª brigada de nuestros ginetes ejecutando inoportunamente un peligroso despliegue, se vió atacada por la cabellería ligera de los franceses, que á las órdenes del general Maucune rompió á escape por sus hileras. Metióse el desórden entre los caballos españoles, y aun llegaron los franceses á apoderarse de algunos cañones. El duque del Parque acudió al riesgo, arengó á la tropa, y su segundo Don Gabriel de Mendizabal echando pié á tierra contuvo á los soldados con su ejemplo y sus exhortaciones, restableciendo el órden. No menos apretó los puños en aquella ocasion el bizarro Don Martin de la Carrera casi envuelto por los enemigos y con su caballo herido de dos balazos y una cuchillada. Los franceses entonces empezaron á flaquear. En balde trataron de sostenerse algunos cuerpos suyos. Ganan la los españoles. El conde de Belveder, avanzando con un trozo de su division y el príncipe de Anglona con otro de caballería, que dirigió con valor y acierto, acabaron de decidir la pelea en nuestro favor. La vanguardia y los ginetes que primero se habian desordenado, volviendo tambien en sí, recobraron los cañones perdidos y precipitaron á los franceses por la ladera abajo de la sierra. Igualmente salieron vanos los esfuerzos del ejército contrario para superar los obstáculos con que tropezó en el centro y derecha. Don Francisco Javier de Losada rechazó todas las embestidas de los que por aquella parte atacaron, y les obligó á retirarse al mismo tiempo que los otros huian del lado opuesto. Al ver los españoles apostados en Tamames el desórden de los franceses desembocaron al pueblo, y haciendo á sus contrarios vivísimo fuego, les causaron por el costado notable daño. Dos regimientos de reserva de estos protegieron á los suyos en la retirada, molestados por nuestros tiradores, y con aquella ayuda y al abrigo de espesos encinares y de la noche ya vecina pudieron proseguir los franceses su camino la vuelta de Salamanca. Su pérdida consistió en 1500 hombres, la nuestra en 700, habiendo cogido un águila, un cañon, carros de municiones, fusiles y algunos prisioneros. El general Marchand se detuvo cinco dias en Salamanca aguardando refuerzos de Kellermann: no llegaron estos, y el del Parque habiendo cruzado el Tormes en Ledesma obligó al general francés á desamparar aquella ciudad.

Al dia siguiente de la accion uniósе al grueso del ejército español

Unese Ballesteros á Parque.

con 8000 hombres Don Francisco Ballesteros. Habia este general padecido dispersion sin notable refriega en su nueva y desgraciada tentativa de Santander, de que hicimos mencion en el libro 8°. Rebecho en las montañas de Liébana obedeció á la órden que le prescribia ir á juntarse con el ejército de la izquierda.

Entra Parque en Salamanca.

Unido ya al duque del Parque entró este en Salamanca el 25 de octubre en medio de las mayores aclamaciones del pueblo entusiasmado que abasteció al ejército larga y desinteresadamente. El 1° de noviembre llegó de Ciudad Rodrigo la division castellana llamada 5ª al mando del marqués de Castro-fuerte con la que y la asturiana de Ballesteros 3ª en el órden, contó el del Parque unos 26,000 hombres sin la 4ª division que continuó permaneciendo en el Vierzo. Faltábale mucho á aquel ejército para estar bien disciplinado, participando su organizacion actual de los males de la antigua y de los que adolecia la varia é informe que á su antojo habian adoptado las respectivas juntas de provincia. Pero animaba á sus tropas un excelente espíritu, acostumbradas muchas de ellas á hacer rostro á los franceses bajo esforzados gefes en San Payo y otros lugares.

Unésele la division castellana.

No pasó un mes sin que un gran desastre viniese á enturbiar las alegrías de Tamanes. Ocurrió del lado del mediodía de España, y por tanto necesario es que volvamos allá los ojos para referir todo lo que sucedió en los ejércitos de aquella parte, despues de la retirada y separacion del anglo-hispano, y de la aciaga jornada de Almonacid.

Ejércitos españoles del mediodía.

Puestos los ingleses en los lindes de Portugal y persuadida la junta central de que ya no podia contar con su activa coadyuvacion, determinó ejecutar por sí sola un plan de campaña cuyo mal éxito probó no ser el mas acertado. Al paso que en Castilla debia continuar divirtiendo á los franceses el duque del Parque, y que en Extremadura quedaban solo 12,000 hombres, dispúsose que lo restante de aquel ejército pasase con su gefe Eguia á unirse al de la Mancha. Creyó la junta fundadamente que se dejaba Extremadura bastante cubierta con la fuerza indicada, no siendo dable que los franceses se internasen teniendo por su flanco y no lejos de Badajoz al ejército británico. Se trasladó pues Don Francisco Eguia á la Mancha antes de finalizar setiembre, y estableciendo su cuartel general en Daimiel, tomó el mando en gefe de las fuerzas reunidas: ascendia su número en 3 de octubre á 51,869 hombres, de ellos 5766 ginetes con 55 piezas de artillería.

Unese al de la Mancha parte del ejército de Extremadura.

Fuerza de este ejército reunido al mando de Eguia.

Posicion de los franceses.

De las tropas francesas que habian pisado desde la batalla de Talavera las riberas del Tajo, ya vimos como el cuerpo de Ney volvió á Castilla la Vieja, y fue el que lidió

en Tamames. Permaneció el 2° en Plasencia, apostándose despues en Oropesa y puente del Arzobispo; quedó en Talavera el 5°, y el 1° y 4° regidos por Victor y Sebastiani fueron destinados á arrojar de la Mancha á Don Francisco Eguia. El 12 de octubre ambos cuerpos se dirigieron, el 1° por Villarubia á Daimiel, el 4° por Villaharta á Manzanares. Habia de su lado avanzado Eguia, quien reconvenido poco antes por su inaccion enfáticamente respondió « que solo anhelaba por sucesos grandes « que libertasen á la nacion de sus opresores. » Mas el general español no obstante su dicho á la proximidad de los cuerpos franceses tornó de priesa á su guarida de Sierra-Morena. Desazonó tal retroceso en Sevilla, donde no se soñaba sino en la entrada en Madrid, y tambien porque se pensó que la conducta de Eguia estaba en contradiccion con sus graves ó sean mas bien ostentosas palabras. No dejó de haber quien sostuviese al general y alabase su prudencia, atribuyendo su modo de maniobrar al secreto pensamiento de revolver sobre el enemigo y atacarle separadamente, y no cuando estuviese muy reconcentrado; plan sin duda el mas conveniente. Pero en Eguia, hombre indeciso é incapaz de aprovecharse de una coyuntura oportuna, era irresolucion de ánimo lo que en otro hubiera quizá sido efecto de sabiduría. Irresolucion de Eguia.

Retirado á Sierra-Morena escribió á la central pidiéndole víveres y auxilios de toda especie, como si la carencia de muchos objetos le hubiese privado de pelear en las llanuras. Colmada entonces la medida del sufrimiento contra un general á quien se le habia prodigado todo linage de medios se le separó del mando que recayó en Don Juan Cárlos de Areizaga, llamado antes de Cataluña para mandar en la Mancha una division, Acreditado el nuevo general desde la batalla de Alcañiz, tenia en Sevilla muchos amigos, y de aquellos que ansiaban por volver á Madrid. Aparente actividad y el provocar á su llegada al ejército el alejamiento de un enjambre de oficiales y generales que ociosos solo servian de embarazo y recargo, confirmó á muchos en la opinion de haber sido acertado su nombramiento. Mas Areizaga, hombre de valor como soldado, carecia de la serenidad propia del verdadero general y escaso de nociones en la moderna estrategia, libraba su confianza mas en el corage personal de los individuos que en grandes y bien combinadas maniobras: fundamento ahora de las batallas campales. Sucédele en el mando Areizaga.

Acabó el general Areizaga de granjear en favor suyo la gracia popular proponiendo bajar á la Mancha y caer sobre Madrid, porque tal era el deseo de casi todos los forasteros que moraban en Sevilla, y cuyo influjo era poderoso en el seno del mismo gobierno. Unos suspiraban por sus casas, otros por el poder perdido que esperaban recobrar en Madrid. Nada pudo apartar al gobierno del raudal de tan extraviada opinion. Favor de que este goza.

Lord Wellington en Sevilla.

Lord Wellington que en los primeros dias de noviembre pasó á Sevilla con motivo de visitar á su hermano el marqués de Wellesley, en vano unido con este manifestó los riesgos de semejante empresa. Estaban los mas tan persuadidos del éxito ó por mejor decir tan ciegos, que la junta escogió á los señores Jovellanos y Riquelme para acordar las providencias que deberian tomarse á la entrada en la capital. Diéronse tambien sus instrucciones al central Don Juan de Dios Rabé que acompañaba al ejército, eligiéronse varias autoridades y entre ellas la de corregidor de Madrid, cuya merced recayó en Don Justo Ibarnavarro, amigo íntimo de Areizaga y uno de los que mas le impelian á guerrear. Lágrimas sin embargo costaron y bien amargas tan imprudentes y desacordados consejos.

Ibarnavarro consejero de Areizaga.

Muévese este.

Empezó Don Juan Cárlos de Areizaga á moverse el 3 de noviembre. Su ejército estaba bien pertrechado, y tiempos hacia que los campos españoles no habian visto otro ni tan lucido ni tan numeroso. Distribuíase la infantería en siete divisiones estando al frente de la caballería el muy entendido general Don Manuel Freire. Caminaba el ejército repartido en dos grandes trozos, uno por Manzanares y otro por Valdepeñas. Precedia á todos Freire con 2000 caballos; seguíale la vanguardia que regia Don José Zayas, y á la que apoyaba con su 1ª division Don Luis Lacy. Los generales franceses Paris y Milhaud eran los mas avanzados, y al aproximarse los españoles se retiraron, el primero del lado de Toledo, el segundo por el camino real á la Guardia.

Media legua mas allá des este pueblo en donde el camino corre por una cañada profunda, situáronse el 8 de noviembre los caballos franceses en la cuesta llamada del Madero, y aguardaron á los nuestros en el paso mas estrecho. Freire diestramente destacó dos regimientos al mando de Don Vicente Osorio que cayesen sobre los enemigos alojados en Dos-Barrios, al mismo tiempo que él con lo restante de la columna atacaba por el frente. Treparon nuestros soldados por la cuesta con intrepidez, repelieron á los franceses y los persiguieron hasta Dos-Barrios. Unidos aquí Osorio y Freire continuaron el alcance hasta Ocaña, en donde los contuvo el fuego de cañon del enemigo.

Ataqué de Dos-Barrios.

Areizaga en Tembleque.

Mientras tanto Areizaga sentó el 9 su cuartel general en Tembleque, y aproximó adonde estaba Freire la vanguardia de Zayas compuesta de 6000 hombres casi todos granaderos, y la 1ª division de Lacy: providencia necesaria por haberse agregado á la caballería de Milhaud la division polaca del 4º cuerpo francés. Volvió Freire á avanzar el 10 á Ocaña, delante de cuya villa estaban formados 2000 caballos enemigos, y detras á la misma salida la division nombrada con sus cañones. Empezaron á jugar estos y á su fuego contestó la artillería volante española

arrojando los ginetes á los del enemigo contra la villa, que abrigados de su infantería reprimieron á su vez á nuestros soldados. No aun dadas las cuatro de la tarde llegaron Zayas y Lacy. Emboscado el último en un olivar cercano, dispúsose á la arremetida, pero Sayas juzgando estar su tropa muy cansada, difirió auxiliar el ataque hasta el dia siguiente. Aprovechándose los enemigos de esta desgraciada suspension, evacuaron á Ocaña, y por la noche se replegaron á Aranjuez.

Ejército español en Ocaña.

El 11 de noviembre en fin todo el ejército español se hallaba junto en Ocaña. Resueltos los nuestros á avanzar á Madrid, hubiera convenido proseguir la marcha antes de que los franceses hubiesen agolpado hácia aquella parte fuerzas considerables.

Movimientos inciertos y mal concertados de Areizaga.

Mas Areizaga al principio tan arrogante comenzó entonces á vacilar, y se inclinó á lo peor que fue á hacer movimientos de flanco lentos para aquella ocasion y desgraciados en su resultado. Envió pues la division de Lacy á que cruzase el Tajo del lado de Colmenar de Oreja, yendo la mayor parte á pasar dicho rio por Villamanrique, en cuyo sitio se echaron al efecto puentes. El tiempo era de lluvia, y durante tres dias sopló un huracan furioso. Corrió una semana entre detenciones y marchas, perdiendo los soldados en los malos caminos y aguas encharcadas casi todo el calzado. Areizaga con los obstáculos cada vez mas indeciso acantonó su ejército entre Santa Cruz de la Zarza y el Tajo.

Mientras tanto los franceses fueron arrimando muchas tropas á Aranjuez. El mariscal Soult habia ya antes sucedido al mariscal Jourdan en el mando de mayor general de los ejércitos franceses, y las operaciones adquirieron fuerza y actividad. Sabedor de que los españoles se dirigian á pasar el Tajo por Villamanrique, envió allí el dia 14 al mariscal Victor, quien hallándose entonces solo con su 1er cuerpo hubiera podido ser arrollado. Detúvose Areizaga y dió tiempo á que los franceses fuesen el 16 reforzados en aquel punto; lo cual visto por el general español, hizo que algunas tropas suyas puestas ya del otro lado del Tajo repasasen el rio, y que se alzasen los puentes. Caminó en la noche del 17 hácia Ocaña, á cuya villa no llegó sino en la tarde del 18, y algunas tropas se rezagaron hasta la mañana del 19. La víspera de este dia hubo un reencuentro de caballería cerca de Ontígola: los franceses rechazaron á los nuestros, mas perdieron al general Paris muerto á manos del valiente cabo español Vicente Manzano que recibió de la central un escudo de premio. Por nuestra parte tambien allí fue herido gravemente, y quedó en el campo por muerto, el hermano del duque de Rivas Don Angel de Saavedra, no menos ilustre entonces por las armas que lo ha sido despues por las letras. Areizaga, que moviéndose primero por el flanco dió lugar

Choque de caballería en Ontígola.

al avance y reunion de una parte de las tropas francesas, retrocediendo ahora á Ocaña, y andando como lanzadera, permitió que se reconcentrasen ó diesen la mano todas ellas. Difícil era idear movimientos mas desatentados.

Fuerzas que acercan los franceses.

Juntáronse pues del lado de Ontígola y en Aranjuez los cuerpos 4° y 5° del mando de Sebastiani y Mortier, la reserva bajo el general Dessolles y la guardia de José, ascendiendo por lo menos el número de gente á 28,000 infantes y 6000 caballos. De manera que Areizaga que antes tropezaba con menos de 20,000, ahora á causa de sus detenciones, marchas y contramarchas, tenia que habérselas con 34,000 por el frente, sin contar con los 14,000 del cuerpo de Victor colocados hácia su flanco derecho, pues juntos todos pasaban de 48,000 combatientes; fuerza casi igual á la suya en número, y superiorísima en práctica y disciplina.

Batalla de Ocaña.

Don Juan Cárlos de Areizaga escogió para presentar batalla la villa de Ocaña, considerable y asentada en terreno llano y elevado á la entrada de la mesa que lleva su nombre. Las divisiones españolas se situaron en derredor de la poblacion. Apostóse él á la izquierda del lado de la agria hondonada donde corre el camino real que va á Aranjuez. En el ala opuesta se situó la vanguardia de Zayas con direccion á Ontígola, y mas á su derecha la primera division de Lacy, permaneciendo á espaldas casi toda la caballería. Hubo tambien tropas dentro de Ocaña. El general en gefe no dió ni órden ni colocacion fija á la mayor parte de sus divisiones. Encaramóse en un campanario de la villa, desde donde contentándose con atalayar y descubrir el campo continuó aturdido sin tomar disposicion alguna acertada. El 4° cuerpo del mando de Sebastiani, sostenido por Mortier, empeñó la pelea con nuestra derecha. Zayas apoyado en la division de Don Pedro Agustin Giron y el general Lacy batallaron vivamente, haciendo maravillas nuestra artillería. El último sobre todo avanzó contra el general Leval herido, y empuñando en una mano para alentar á los suyos la bandera del regimiento de Burgos, todo lo atropelló y cogió una batería que estaba al frente. Costó sangre tan intrépida acometida, y entre todos fue allí gravemente herido el marqués de Villacampo oficial distinguido y ayudante de Lacy. A haber sido apoyado entonces este general, los franceses rotos de aquel lado no alcanzaran fácilmente el triunfo; pero Lacy solo sin que le siguiera caballería ni tampoco le auxiliara el general Zayas, á quien puso segun parece en grande embarazo Areizaga dándole primero órden de atacar y luego contra órden, tuvo en breve que cejar, y todo se volvió confusion. El general Girard entró en la villa, cuya plaza ardió; Desoles y José avanzaron contra la izquierda española, que se retiró precipitadamente, y ya por los llanos de la Mancha no se divisaban sino pelotones de gente marchando á la ventura, ó huyendo azora-

dos del enemigo. Areizaga bajó de su campanario, no tomó providencia para reunir las reliquias de su ejército, ni señaló punto de retirada. Continuó su camino á Daimiel, de donde serenamente dió un parte al gobierno el 20, en el que estuvo lejos de pintar la catástrofe sucedida. Esta fue de las mas lamentables. Contáronse por lo menos 13,000 prisioneros, de 4 á 5000 muertos ó heridos, fueron abandonados mas de 40 cañones, y carros, y víveres, y municiones: una desolacion. Los franceses apenas perdieron 2000 hombres. Solo quedaron de los nuestros en pie algunos batallones, la division segunda del mando de Vigodet, y parte de la caballería á las órdenes de Freire. En dos meses no pudieron volver á reunirse á las raices de Sierra-Morena 25,000 hombres.

Horrorosa dispersion.

Pérdida de Ocaña.

Conservó por algun tiempo el mando Don Juan Cárlos de Areizaga sin que entonces se le formase causa, como se tenia de costumbre con muchos de los generales desgraciados: ¡tan protegido estaba! Y en verdad, ¿á qué formarle causa? Habíanse estas convertido en procesos de mera fórmula, de que salian los acusados puros y exentos de toda culpa.

Terror y abatimiento sembró por el reino la rota de Ocaña, temiendo fuese tan aciaga para la independencia como la de Guadalete. Holgáronse sobremanera José y los suyos, entrando aquel en Madrid con pompa y á manera de triunfador romano, seguido de los míseros prisioneros. De sus parciales no faltó quien se gloriase de que hubiesen los franceses con la mitad de gente aniquilado á los españoles. Hemos visto no ser así; mas aun cuando lo fuese no por eso recaeria mengua sobre el carácter nacional, culpa seria en todo caso del desmaño é ignorancia del principal caudillo.

Resultas.

La herida de Ocaña llegó hasta lo vivo. Con haberlo puesto todo á la temeridad de la fortuna, abriéronse las puertas de las Andalucías. José quizá hubiera tentado pronto la invasion si la permanencia de los ingleses en las cercanías de Badajoz, juntamente con la del ejército mandado ahora por Alburquerque en Extremadura, y la del Parque en Castilla la Vieja, no le hubiesen obligado á obrar con cordura antes de penetrar en las gargantas de Sierra-Morena, ominosas á sus soldados. Prudente pues era destruir por lo menos parte de aquellas fuerzas, y aguardar, ajustada ya la paz con Austria, nuevos refuerzos del Norte.

El duque de Alburquerque desamparado con lo ocurrido en Ocaña, se aceleró á evitar un suceso desgraciado. La fuerza que tenia de 12,000 hombres dividida en tres divisiones, vanguardia y reserva, habia avanzado el 17 de noviembre al puente del Arzobispo para causar diversion por aquel lado. Desde allí y con el mismo fin siguiendo la márgen izquierda del Tajo, destacó la vanguardia á las órdenes de Don José

Se retira Alburquerque a Trujillo.

Lardizabal con direccion al puente de tablas de Talavera. Este movimiento obligó á retirarse á los franceses alojados en el Arzobispo enfrente de los nuestros; mas á poco sobreviniendo el destrozo de Ocaña, retrocedió el de Alburquerque y no paró hasta Trujillo.

Movimientos del duque del Parque.

Puso en mayor cuidado á los enemigos el ejército del duque del Parque, sobre todo despues de la jornada de Tamames. Motivo porque envió el mariscal Soult la division de Gazan al general Marchand camino de Avila para coger al duque por el flanco derecho. El general español á fin de coadyuvar tambien á la campaña de Areizaga movióse con su ejército, y el 19 intentó atacar en Alba de Tormes á 5000 franceses que advertidos se retiraron.

Accion de Medina del Campo.

Prosiguió el del Parque su marcha, y noticioso de que en Medina del Campo se reunian unos 2000 caballos y de 8 á 10,000 infantes, juntó el 23 á la madrugada sus divisiones en el Carpio á tres leguas de aquella villa. Colocó la vanguardia en la loma en que está sito el pueblo, ocultando detras y por los lados la mayor parte de su fuerza. No logró á pesar del ardid que los franceses se acercasen, y entonces se adelantó él mismo á la una del propio dia, yendo por la llanura con admirable y bien concertado órden. Marchaba en batalla la vanguardia del mando de Don Martin de la Carrera, á su derecha parte tambien en batalla parte en columnas, la tercera division regida por Don Francisco Ballesteros, á la izquierda la primera de Don Francisco Javier de Losada: cubria la caballería las dos alas. Iba de reserva la segunda division á las órdenes del conde de Belveder, y dejóse en el Carpio con su gefe el marqués de Castrofuerte la 5ª division, ó sea la de los castellanos. Los franceses, aunque reforzados con 1000 ginetes, cejaron á una eminencia inmediata á Medina. Empeñóse allí vivo fuego, y engrosados aun los enemigos con dos regimientos de dragones y alguna infantería, cayeron sobre los ginetes del ala derecha que cedieron el terreno, con lo cual se vió descubierta la 3ª division que era la de los asturianos. Mas estos valientes y serenos reprimieron al enemigo, en particular tres regimientos que le recibieron á quema ropa con fuegos muy certeros. En la pelea perecieron el intrépido ayudante general de la division Don Salvador de Molina, y el coronel del regimiento de Lena Don Juan Drimgold. Rechazados ó contenidos en los demas puntos los franceses, sobrevino la noche, y Parque durante dos horas permaneció en el campo de batalla. espues obligado á dar alimento y descanso á su tropa, y avisado de que el enemigo podria ser reforzado, antes de amanecer tornó al Carpio. Los franceses por su parte, no creyéndose bastante numerosos, se alejaron para unirse á nuevos refuerzos que aguardaban.

Les llegaron estos de varias partes, y el general Kellermann reuniendo toda la fuerza que pudo, entre ella 3000 caballos, se

mostró el 25 delante del Carpio. El duque del Parque, hasta entonces prudente y afortunado caudillo, descuidóse, y en vez de retirarse sin tardanza viendo la superioridad de la caballería, temible en aquella tierra llana, suspendió todo movimiento retrógrado hasta la noche del 26, y entonces aguijado con el aviso de las lástimas de Ocaña; cuya nueva derramada por el ejército descorazonó al soldado.

Accion de Alba de Tormes.

El 28 por la mañana entraron los nuestros en Alba tristes y ya perseguidos por la vanguardia enemiga. Asentada aquella villa á la derecha del Tormes comunica con la orilla opuesta por un puente de piedra. El duque del Parque dejó dentro de la poblacion con negligencia notable el cuartel general, la artillería, los bagages, la mayor parte en fin de su fuerza, excepto dos divisiones que pasaron al otro lado. Alegóse por disculpa la necesidad de dar de comer á la tropa, fatigada y sin alimento ya hacia muchas horas, como si no se hubiera podido acudir al remedio y con mayor órden poniendo todo el ejército en la orilla mas segura, y en disposicion de proteger á los encargados de avituallarle.

Esparcidos los soldados por Alba para buscar raciones, y cundiendo la voz de que llegaban los franceses, atropelláronse al puente hombres y bagages, y casi le barrearon. Pudieron con todo los gefes colocar fuera del pueblo las tropas, y parar la primera embestida de 400 franceses que iban delante, hasta que aproximándose un grueso de caballería cargó este nuestra derecha, en donde se hallaba la primera division del mando de Losada y 800 caballos. Arrollados los últimos huyeron tambien los infantes que repasaron el Tormes abandonando su artillería. El ala izquierda que se componia de la vanguardia de Carrera y de parte de la segunda division, se mantuvo firme, y puesto Mendizábal á su cabeza repelieron nuestros soldados por tres veces á los ginetes enemigos formando el cuadro, y respondieron á fusilazos á la intimacion que les hicieron de rendirse. En vano los acometieron otros escuadrones por la espalda: forzados se vieron estos á aguardar á sus infantes, de los que algunos llegaron al anochecer. Mendizabal cruzó con sus intrépidos soldados el puente y tocó gloriosamente la orilla opuesta. Allí todo era desórden y atropellamiento con los bagages y caballería fugitiva. El duque del Parque perdió entonces del todo la presencia de ánimo, y sus tropas careciendo de órdenes precisas se alejaron de aquel punto y se repartieron entre Ciudad-Rodrigo, Tamames y Miranda del Castañar. Semejante y no calculado movimiento excéntrico salvó al ejército; pues el general Kellermann dejó de perseguirle incierto de su paradero, y limitándose á dejar ocupada la línea del Tormes volvióse á Valladolid. El duque del Parque al principiar diciembre sentó su cuartel general en el Bodon á dos leguas de Ciudad-Rodrigo, y echáronse de menos entre dispersion y

Valor de Mendizabal.

Retirada de los españoles.

pelea unos 3000 hombres. Antes de concluirse el mes pasó el duque á San Martin de Trebejos detras de sierra de Gata.

Con tales desdichas destruidos ó menguados unos tras de otros los mejores ejércitos españoles, debieron naturalmente los ingleses, meros espectadores hasta entonces, tomar en su extrema prudencia medidas de precaucion. Lord Wellington determinó dejar las orillas del Guadiana y pasar al norte del Tajo, empezando su movimiento en los primeros dias de diciembre. Despidióse antes de la junta de Extremadura, y mostróse muy satisfecho « del celo y laborioso cuidado « (son sus expresiones) con que aquel cuerpo habia proporcio- « nado provisiones á las tropas de su ejército acantonadas en las « cercanías de Badajoz. » Dicha junta habia sido una de aquellas autoridades contra las que tanto se habia clamado pocos meses antes acerca del asunto de abastecimientos, tachándolas hasta de mala voluntad. El testimonio irrecusable de lord Wellington probaba ahora que la premura del tiempo y la gran demanda fueron causa de la escasez, y no otras reprensibles miras.

Retiranse los ingleses del Guadiana al norte del Tajo.

La profunda sima en que la nacion se abismaba, consternó á la comision ejecutiva de la junta central, poniendo á prueba la capacidad y energía de sus individuos. Mas entonces se vió que no basta reconcentrar el poder para que este aparezca en sus efectos vigoroso y pronto, sino que tambien es preciso que las manos escogidas para su manejo sean ágiles y fuertes. No formando parte de la comision ninguno de los pocos centrales, á quienes se consideraba por su saber como mas aptos, ó como mas notables por los brios de su condicion, escasearon en aquel nuevo cuerpo las luces y el esfuerzo, faltas tanto mas graves cuanto los acontecimientos habian puesto á la nacion en el mayor estrecho.

Flaqueza de la comision ejecutiva.

Así resultó que al saberse la derrota de Ocaña quedó la comision como aturdida y aplanada, no desplegando la firmeza que tanto honró al gobierno español cuando la jornada de Medellin. Redujéronse sus providencias á las mas comunes y generales, habiendo en vano nombrado á Romana para recomponer el ejército del centro, tan menguado y perdido; pues aquel general permaneció en Sevilla temeroso quizá de que sus hombros flaqueasen bajo la balumba de tan pesada carga. Para llenar su hueco, á lo menos en ciertas medidas de reorganizacion, partieron camino de la Carolina Don Rodrigo Riquelme y el marqués de Camposagrado, uno individuo de la comision y otro de la junta, quienes en union con el vocal Rabé debian impulsar la mejora y aumento del ejército, y atender á la defensa de los pasos de la sierra. Repeticion de lo que hizo la central al retirarse de Aranjuez con la diferencia de que ahora no hubo mucho vagar ni espacio.

Comisionados enviados á la Carolina.

Tampoco se destruyeron con el nombramiento de la comision ejecutiva las maquinaciones de los ambiciosos. Volvió á salir á plaza Don Francisco de Palafox deseoso de erigirse por lo menos en lugar-teniente de Aragon. Sospechábase que le prestaba su asistencia el conde del Montijo, que á hurtadillas se fue de Portugal acercando á Sevilla. Tuvo de ello aviso el gobierno, y Romana á quien antes no digustaban tales manejos, ahora que podian perjudicar á los en que él mismo andaba, instó para que se aprendiesen las personas de Palafox y Montijo juntamente con sus papeles. El último fue cogido en Valverde y trasladado á Sevilla, en donde tambien se arrestó al primero sin que lo impidiese su calidad de central. Metió algun ruido la detencion de estos personages, y mayor hubiera sido á no tenerlos tan desopinados sus continuos enredos. Los acontecimientos que sobrevinieron terminaron en breve la persecucion de entrambos.

Prision de Palafox y Montijo.

Romana que tanta diligencia ponia en descubrir y cortar las tramas de los demas, no por eso cesaba en alterar con su conducta la paz y buena armonía del gobierno supremo. Favorecia grandemente sus miras su hermano Don José Caro que á nada menos aspiraba que á ver á su familia mandando en el reino. En la provincia de Valencia puesta á su cuidado trabajaba los ánimos en aquel sentido, y con profusion esparció el famoso voto de Romana de 14 de octubre. La junta provincial ayudóle mucho en ocasiones, y este cuerpo provocando unas veces el nombramiento de una regencia exclusiva, desechándolo en otras, vario é inconstante en sus procedimientos, manifestaba que á pesar de su buen celo por la causa de la patria, influian en sus deliberaciones hombres de seso mal asentado.

Manejos de Romana y de su hermano Caro.

Don José Caro remitió á las demas juntas una circular á nombre de la de Valencia, en que alabando los servicios, el talento, las virtudes de su hermano el marqués de la Romana, se hablaba de la necesidad de adoptar lo que este habia propuesto en su voto, y se indicaba á las claras la conveniencia de nombrarle regente. La central, en una exposicion que hizo á las juntas y antes de finalizar noviembre, grave y victoriosamente rechazó los ataques y opinion de la de Valencia, invitando á todas á aguardar la próxima reunion de córtes. Las provincias apoyaron el dictámen de la central, y en Valencia se separaron de Caro varios que le habian estado unidos. Para cortar las disensiones debió Romana pasar á aquella ciudad, viage que no verificó, enviando en su lugar á Don Lázaro de las Heras, hechura suya, pues el marqués tomaba á veces por sí resoluciones sin cuidarse de la aprobacion de sus compañeros. Las Heras, como era de esperar, procedió en Valencia segun las miras de Romana, y atropelló en diciembre y confinó á la isla de Ibiza á Don José Canga Argüelles y á otros

Tropelías.

individuos de la junta, ahora encontrados en opiniones con el general Caro.

Estado deplorable de la junta central.

Pero con estas reyertas y miserias crecian los males de la patria, y la central en cuyo cuerpo no habian en un principio reinado otras divisiones sino aquellas que nacen de la diversidad de dictámenes, se vió en la actualidad combatida por la ambicion y frenéticas pasiones de Palafox, de Romana y sus secuaces, convirtiéndose en un semillero de chismes, pequeñeces y enredos impropios de un gobierno supremo, con lo cual cayó aun mas en tierra su crédito y se anticipó su ruina.

Providencias de la comision ejecutiva y de la junta.

La comision ejecutiva, cuya alma era el mismo Romana, nada pues de importante obró, poniéndose de manifiesto lo nulo de aquel general para todo lo que era mando. La junta por su parte y en el círculo de facultades que se habia reservado, animada del buen espíritu de Jovellanos, Garay y otros, acordó algunas providencias no desacertadas, aunque tardías, como fue el aplicar á los gastos de la guerra los fondos de encomiendas, obras pias, y tambien la rebaja gradual de sueldos, exceptuándose á los militares que defendian la patria.

Proposicion de Calvo sobre libertad de imprenta.

En el período en que vamos ó poco antes examinóse asimismo en la junta central una proposicion de Don Lorenzo Calvo de Rozas sobre la importante cuestion de libertad de imprenta. La junta ora por la gravedad de la materia, ora quizá para esquivar toda discusion, pasó la propuesta de Calvo á consulta del consejo, el cual como era natural mostróse contrario, excepto Don José Pablo Valiente. Extendida la consulta subió á la central, y esta la remitió á la comision de córtes que á su vez la pasó á otra comision creada bajo el nombre de instruccion pública, corriendo por aquella inacabable cadena de juntas, consejos y comisiones á que siempre ¡mal pecado! se recurrió en España. En la de instruccion pública halló la propuesta de Calvo favorable acogida, leyendo en su apoyo una memoria muy notable el canónigo Don José Isidoro Morales. Mas en estos pasos, idas y venidas se concluia ya diciembre y las desgracias cortaron toda resolucion en asunto de tan grande importancia.

Modo de convocarse las córtes.

Entre tanto se acercaba tambien el dia señalado para convocar las córtes. La comision encargada de determinar la forma de su llamamiento, tenia ya casi concluidos sus trabajos. No entraremos aqui en los debates que para ello hubo en su seno (cosa agena de nuestro propósito), ni en los pormenores del modo adoptado para constituirse las córtes, pues retardada por los acontecimientos de la guerra la reunion de estas, nos parece mas conveniente suspender hasta el tiempo en que se juntaron el tratar detenidamente de la materia. Solo diremos en

este lugar que se adoptó igualdad de representacion para todas las provincias de España, debiéndose dividir las córtes en dos cuerpos el uno electivo, y el otro de privilegiados compuesto de clero y nobleza.

Las convocatorias que entonces se expidieron fueron solo las que iban dirigidas al nombramiento de los individuos que habian de componer la cámara electiva, reservando circular las de los privilegiados para mas adelante. Motivó tal diferencia el que en el primer caso se necesitaba de algun tiempo para realizar las elecciones no sucediendo lo mismo en el segundo en que el llamamiento habia de ser personal. Mas de esta tardanza resultó despues, segun veremos, no concurrir á las córtes sino los miembros elegidos por el pueblo, quedando sin efecto la formacion de una segunda cámara.

Mudanza de individuos en la comision ejecutiva.

El mismo dia que partieron las convocatorias se mudáron tambien los tres individuos mas antiguos de la comision ejecutiva conforme á lo prevenido en el reglamento. Eran aquellos el marqués de la Romana, Don Rodrigo Riquelme y Don Francisco Caro, entrando en su lugar el conde de Ayamans, el marqués del Villar y Don Felix Ovalle. Su imperio no fue de larga duracion.

Decreto de la central para trasladarse á la isla de Leon.

Todo presagiaba su caida y la de la junta central y todo una próxima invasion de los franceses en las Andalucías. Para no ser cogida tan de improviso como en Aranjuez, dió la junta un decreto en 13 de enero, por el que anunció que debia hallarse reunida el 1° del mes inmediato en la isla de Leon á fin de arreglar la apertura de las córtes señalada para el 1° de marzo, sin perjuicio de que pemaneciese en Sevilla algunos dias mas un cierto número de vocales que atendiese al despacho de los negocios urgentes. Este decreto en tiempos lejanos de todo peligro hubiera parecido prudente y aun necesario, pero ahora, cuando tan de cerca amagaba el enemigo, consideróse hijo solo del miedo, impeliendo á despertar la atencion pública, y á traer hácia los centrales los contratiempos y sinsabores que, como referiremos luego, precedieron y acompañaron al hundimiento de aquel gobierno.

LIBRO UNDECIMO.

Amenazas de Napoleon acerca de la guerra de España. — Su divorcio con Josefina. — Su casamiento con la archiduquesa de Austria. — Refuerzos que envia á España. — Resolucion de invadir las Andalucías. — Sus preparativos. — Los de los españoles. — Los franceses atacan y cruzan la Sierra-Morena. — Entran en Jaen y en Córdoba. — Ejército del duque de Alburquerque. — Viene sobre Andalucía. — Retírase de Sevilla la junta central. — Contratiempos en el viage de sus individuos. — Sospechas de insurreccion en Sevilla. — Verifícase. — Junta de Sevilla. — Providencias que toma. — Continuan los franceses sus movimientos. — Encuentran en Alcalá la Real la caballería española. — Piérdese en Ismalloz un parque de artillería. — Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del centro. — Entran los franceses en Granada. — Avanzan sobre Sevilla. — Se retira Alburquerque camino de Cádiz. — Ganan los franceses á Sevilla. — Preséntase el mariscal Victor delante de Cádiz. — Mortier va á Extremadura. — Baja tambien allí el 2º cuerpo. — Va sobre Málaga Sebastiani. — Abello alborota la ciudad. — Entranla los franceses. — Junta central en la isla de Leon. Su disolucion. — Decide nombrar una regencia. — Reglamento que le da. — Su último decreto sobre córtes. — Regentes que nombra. — Eligen una junta en Cádiz. — Ojeada rápida sobre la central y su administracion. — Padecimientos y persecucion de sus individuos. — Idea de la regencia y de sus individuos. — Felicitacion del consejo reunido. — Idea de la junta de Cádiz. — Providencias para la defensa y buena administracion de la regencia y la junta. — Breve descripcion de la isla Gaditana. — Fuerzas que la guarnecen. — Españolas. — Inglesas. — Fuerza marítima. Recio temporal en Cádiz. — Intiman los franceses la rendicion. — La junta de Cádiz encargada del ramo de hacienda. — Sus altercados con Alburquerque. — Deja este el mando del ejército y pasa á Lóndres. — Impone la junta nuevas contribuciones. — José en Andalucía. — Modo con que le reciben. — Sus providencias. — Vuelve á Madrid. — Nueva invasion de Asturias. — Llano-Ponte. — Porlier. — Entra Bonnet en Oviedo. — Evacua la ciudad. — Ocúpala de nuevo. — Castellar y defensa del puente de Peñaflor. — Bárcena. Retiranse los españoles al Narcea. — Don Juan Moscoso. — El general Arce. — Conducta escandalosa de Arce y del consejero Leiva. — Nueva instalacion de la junta general del principado. — Auxilio de Galicia. — Desampara Bonnet á Oviedo. — Se enseñorea por tercera vez de la ciudad. — Estado de Galicia. — Alboroto del Ferrol. Muerte de Vargas — Mahy general de las tropas de aquel reino. — Sitio de Astorga. — Capitula. — Licenciado Costilla. — Aragon. — Mina el mozo. — Expedicion de Suchet sobre Valencia. — Estado de este reino y de la ciudad. — Malógrasele á Suchet su expedicion. — Pozoblanco. — Ventajas de los españoles en Aragon. — Cae prisionero Mina el mozo. — Sucédele su tio Espoz y Mina. — Estado de Cataluña. — Varias acciones. — Bloqueo de Hostalrich. — Va Augereau al socorro de Barcelona. — Descalabro de Duhesme en Santa Perpétua y en Mollet. — Entra Augereau en Barcelona. — Odonell nombrado general de Cataluña. — Ejército que junta. — Accion de Vique el 19 de febrero. — Pertinaz defensa de Hostalrich. — Socorre de nuevo Augereau á Barcelona. — Retírase Odonell á Tarragona. — Feliz ataque de Don Juan Caro. — Evacuan los españoles á Hostalrich.

— El mariscal Macdonald sucede á Augereau en Cataluña. — Parte Suchet á Lérida. — Entran sus tropas en Balaguer. — Sitio de Lérida. — Desgraciada tentativa de Odonell para socorrer la plaza. — Entran los franceses en Lérida y ríndese su castillo. — Tambien el fuerte de las Medas. — Sucesos de Aragon. — Sitio de Mequinenza. — La toman los franceses. — Toman tambien el castillo de Morella. — Cádiz. — Toman los franceses á Matagorda. — Manda Blake el ejército de la isla. — Trasládase á Cádiz la regencia. — Baran en la costa dos pontones de prisioneros. — Trato de estos. — Pasan á las Baleares. Su trato allí. — Resistencia en las Andalucías. Condado de Niebla. — Serranía de Ronda. — Don José Romero. Accion notable. — Tarifa. — Ejército del centro en Murcia. — Correría de Sebastiani en aquel reino. — Su conducta. — Evacúale. — Partidas de Cazorla y de las Alpujarras. — Extremadura. Ejército de la izquierda. — Romana. — Ballesteros. — Don Cárlos Odonell. — Decreto de Soult de 9 de mayo. — Otro en respuesta de la regencia de España. — Decreto de Napoleon sobre gobiernos militares. — Une á su imperio los Estados Pontificios y la Holanda. — Inútil embajada de Azanza á Paris. — Tentativa para libertar al rey Fernando. — Baron de Kolly. — Vida de los príncipes en Valencey. — Prendese á Kolly. — Insidiosa conducta de la policía francesa. — Cartas de Fernando.

Nuevos desastres amagaban á España al comenzar el año de 1810. Napoleon, de vuelta de la guerra de Austria que para él tuvo tan feliz remate, anunció al senado francés « que se presentaria á la otra parte de los Pirineos, y « que el leopardo aterrado huiria hácia el mar, procurando evitar su afrenta y su aniquilamiento. » No se cumplió este pronóstico contra los ingleses, ni tampoco se verificó el indicado viage, persuadido quizá Napoleon de que la guerra peninsular, como guerra de nacion, no se terminaria con una ni dos batallas: único caso en que hubiera podido empeñar con esperanza de gloria su militar nombradía.

Amenazas de Napoleon acerca de la guerra de España.

Ocupábanle tambien por entonces asuntos domésticos que queria acomodar á la razon de estado, y la aficion que tenia á su esposa la emperatriz Josefina, y las buenas prendas que á esta adornaban cedieron al deseo de tener heredero directo, y al concepto tal vez de que enlazándose con alguna de las antiguas estirpes de Europa, afianzaria la de los Napoleones, á cuyo trono faltaba la sólida base del tiempo. Resolvió pues separarse de aquella su primera esposa, y á mediados de diciembre de 1809 publicó solemnemente su divorcio, dejando á Josefina el título y los honores de emperatriz coronada.

Su divorcio con Josefina.

Pensó despues en escoger otra consorte, inclinándose al principio á la familia de los Czares, mas al fin trató con la corte de Austria y se casó en marzo siguiente con la archiduquesa María Luisa hija del emperador José II: union que si bien por de pronto pudo lisonjear á Napoleon, sirvióle de poco á la hora del infortunio.

Su casamiento con la archiduquesa de Austria.

Antes y en el tiempo en que mostró al senado su propósito de

Refuerzos que envia á España.

cruzar los Pirineos, dió cuenta el ministro de la guerra de Francia del estado de fuerza que habia en España, manifestando que para continuar las operaciones militares bastaba completar los cuerpos alli existentes con 30,000 hombres reunidos en Bayona. Pasaron en efecto estos la frontera, y con ellos y otros refuerzos que posteriormente llegaron, ascendió dentro de la península el número de franceses en el año de 1810 en que vamos, á unos 300,000 hombres de todas armas.

Llamaba singularmente la atencion del gabinete de las Tullerías el destruir el ejército inglés, situado ya en Portugal á la derecha del Tajo. Pero el gobierno de José preferia á todo invadir las Andalucías, esperando asi disolver la junta central, principal foco de la insurreccion española. Por tanto puso su mayor ahinco en llevar á cabo esta su predilecta empresa.

Resolucion de invadir las Andalucías.

Destináronse para ella los tres cuerpos de ejército 1°, 4° y 5° con la reserva y algunos cuerpos españoles de nueva formacion, en que tenian los enemigos poca fé, constando el total de la fuerza de unos 55,000 hombres. Mandábalos José en persona, teniendo por su mayor general al mariscal Soult, que era el verdadero caudillo.

Sus preparativos.

Sentaron los franceses sus reales el 19 de enero en Santa Cruz de Mudela. A su derecha y en Almaden del Azogue se colocó antes el mariscal Victor con el 1er cuerpo, debiendo penetrar en Andalucía por el camino llamado de la Plata. A la izquierda apostóse en Villanueva de los Infantes el general Sebastiani que regia el 4° y que se preparaba á tomar la ruta de Montizon. Debia atravesar la sierra partiendo del cuartel general de Santa Cruz, y dirigiendo su marcha por el centro de la línea, cuya extension era de unas 20 leguas, el 5° cuerpo del mando del mariscal Mortier, al que acompañaba la reserva guiada por el general Dessoles.

Los franceses asi distribuidos y tomadas tambien otras precauciones, se movieron hácia las Andalucías. No habian de aquel suelo pisado anteriormente sino hasta Córdoba, y la memoria de la suerte de Dupont traíalos todavía desasosegados. Sepáranse aquellas provincias de las demas de España por los montes Marianos, ó sea la Sierra-Morena, cuyos ramales se prolongan al levante y ocaso, y se internan por el mediodía, cortando en varios valles con otros montes, que se desgajan de Ronda y Sierra Nevada, las mismas Andalucías en donde ya los moros formaron los cuatro reinos en que ahora se dividen: tierra toda ella por decirlo asi de promision, y en la que por la suavidad de su temple y la fecundidad de sus campos, pusieron los antiguos segun la narracion de Estrabon * con referencia á Homero, la morada de los bienaventurados, los campos Elisios.

(* Ap. n. 1.)

Pocos tropiezos tenian los enemigos que encontrar en su marcha. No eran extraordinarios los que ofrecia la naturaleza, y fueron tan escasos los trabajos ejecutados por los hombres, que se limitaban á varias cortaduras y minas en los pasos mas peligrosos y al establecimiento de algunas baterías. Se pensó al principio en fortificar toda la línea adoptando un sistema completo de defensa, dividido en provisional y permanente, el primero con objeto de embarazar al enemigo á su tránsito por la sierra, y el segundo con el de detenerle del todo, levantando detras de las montañas y del lado de Andalucía unas cuantas plazas fuertes que sirviesen de apoyo á las operaciones de la guerra, y á la insurreccion general del pais. Una comision de ingenieros visitó la cordillera y aun dió su informe, pero como tantas otras cosas de la junta central, quedóse esta en proyecto. Tambien se trató de abandonar la sierra y de formar en Jaen un campo atrincherado, de lo que igualmente se desistió, temerosos todos de la opinion del vulgo que miraba como antemural invencible el de los montes Marianos. Los de los españoles.

Dió ocasion á tal pensamiento el considerar las escasas fuerzas que habia para cubrir convenientemente toda la línea. Despues de la dispersion de Ocaña, solo se habian podido juntar unos 25,000 hombres que estaban repartidos en los puntos mas principales de la sierra. Una division al mando de Don Tomas de Zerain ocupaba á Almaden, de donde ya el 15 se replegó acometida por el mariscal Victor. Otra á las órdenes de Don Francisco Copons permaneció hasta el 20 en Mestanza y San Lorenzo. Colocáronse tres con la vanguardia en el centro de la línea. De ellas la 3ª del cargo de Don Pedro Agustin Giron en el puerto del Rey, y la vanguardia junto con la 1ª y 4ª gobernadas respectivamente por los generales Don José Zayas, Lacy y Gonzalez Castejon en la venta de Cárdenas, Despeñaperros, Collado de los Jardines y Santa Helena. Situóse á una legua de Montizon en Venta Nueva la 2ª á las órdenes de Don Gaspar Vigodet, á la que se agregaron los restos de la 6ª que antes mandaba Don Peregrino Jácome.

El 20 de enero se pusieron los franceses en movimiento por toda la línea. Su reserva y su 5º cuerpo dirigiéronse á atacar el puerto del Rey, y el de Despeñaperros, ambos de difícil paso á ser bien defendidos. Por el último va la nueva calzada ancha y bien construida, abierta en los mismos escarpados de la montaña de Valdazores, y á grande altura del rio Almudiel, que bañándola por su izquierda corre engargantado entre cerrados montes que forman una honda y estrechísima quebrada. La angostura del terreno comienza á unos 500 pasos de la venta de Cárdenas yendo de la Mancha á Andalucía, y termina no lejos de las Correderas, caseria distante una legua de la misma venta. En este trecho habian los españoles excavado tres minas, levantando detras en el collado de

los Jardines una especie de campo atrincherado. Por la derecha de Despeñaperros lleva al puerto del Rey un camino que parte de la venta de Melocotónes, antes de llegar á la de Cárdenas; este era el antiguo mal carretero y en parages solo de herradura, juntándose despues y mas allá de Santa Helena con el nuevo. Entre ambos hay una vereda que guia al puerto de Muradal, existiendo otras estrechas que atraviesan la cordillera por aquellas partes.

Los franceses atacan y cruzan Sierra-Morena.

En la mañana del indicado 20 salió del Viso el general Dessoles con la reserva de su mando y ademas un regimiento de caballería. Dirigióse al puerto del Rey que defendia el general Giron. La resistencia no fue prolongada: los españoles se retiraron con bastante precipitacion y del todo se dispersaron en las Navas de Tolosa. Al mismo tiempo la division del general Gazan acometió el puerto del Muradal con una de sus brigadas, y con la otra se encaramó por entre este paso y Despeñaperros, viniendo á dar ambas á las Correderas, esto es, á espalda de los atrincheramientos y puestos españoles. El mariscal Mortier, al frente de la division Girard, con caballería, artillería ligera y los nuevos cuerpos creados por José, pensó en embestir por la calzada de Despeñaperros, y lo ejecutó cuando supo que á su derecha el general Gazan, habiendo arrollado á los españoles, estaba para envolver las posiciones principales de estos. Las minas que en la calzada habia reventaron, mas hicieron poco estrago: los enemigos avanzaron con rapidez, y los nuestros temiendo ser cortados todo lo abandonaron como tambien el atrincheramiento del collado de los Jardines. Perdieron los españoles 13 cañones y bastantes prisioneros, salvándose por las montañas algunos soldados y tirando otros con Castejon hácia Arquillos, en donde luego veremos no tuvieron mayor ventura, Areizaga, que todavía conservaba el mando en gefe, acompañado de algunos oficiales y cortas reliquias, precipitadamente corrió á ponerse en salvo al otro lado del Guadalquivir. Los franceses llegaron la noche del mismo 20 á la Carolina, y al dia siguiente pasaron á Andújar despues de haber atravesado por Bailen, cuyas glorias se empañaban algun tanto con las lástimas que ahora ocurrian. El mariscal Soult y el rey José no tardaron en adelantarse hasta la citada villa en donde pusieron su cuartel general.

Llegó tambien luego á Andújar el mariscal Victor que desde Almaden no habia encontrado grandes tropiezos en cruzar la sierra. La junta de Córdoba pensó ya tarde en fortificar el paso de Mano de hierro y el camino de la Plata, y en juntar los escopeteros de las montañas. La division de Zerain y la de Copons tuvieron que abandonar sus respectivas posiciones, y el mariscal Victor despues de hacer algunos reconocimientos hacia Santa Eufemia y Belalcazar se dirigió sin artillería ni bagages por Torrecampo, Villanueva de la Jara y Montoro á Andújar, en donde se unió con las

fuerzas de su nacion que habian desembocado del puerto del Rey y de Despeñaperros. De estas el mariscal Soult envió la reserva de Dessoles con una brigada de caballería por Linares sobre Baeza, para que se diese la mano con el general Sebastiani, á cuyo cargo habia quedado pasar la sierra por Montizon.

Dicho general, aunque no fue en su movimiento menos afortunado que sus compañeros, halló sin embargo mayor resistencia. Guarnecia por aquella parte Don Gaspar Vigodet las posiciones de Venta Nueva y Venta Quemada, y las sostuvo vigorosamente durante dos horas con fuerza poco aguerrida é inferior en número, hasta que el enemigo habiendo tomado la altura llamada de Matamulas, y otra que defendió con gran brio el comandante Don Antonio Brax, obligó á los nuestros á retirarse. Vigodet mandó en su consecuencia á todos los cuerpos que bajasen de las eminencias y se reuniesen en Montizon, de donde, replegándose con órden y en escalones, empezó luego á desbandársele un escuadron de caballería que con su ejemplo descompuso tambien á los otros, y juntos atropellaron y desconcertaron la infantería, disolviéndose así toda la division. Con escasos restos entró Vigodet el 20 de enero despues de anochecido en el pueblo de Santiestévan, y al amanecer viéndose casi solo partió para Jaen, á cuya ciudad habian ya llegado el general en gefe Areizaga y los de division Giron y Lacy, todos desamparados y en situacion congojosa.

Sebastiani continuó su marcha y cerca de Arquillos tropezó el 29 con el general Castejon que se replegaba de la sierra con algunas reliquias. La pelea no fue reñida : caido el ánimo de los nuestros y rota la línea española, quedaron prisioneros bastantes soldados y oficiales, entre ellos el mismo Castejon. El general Sebastiani se puso entonces por la derecha en comunicacion con el general Dessoles, y destacando fuerzas por su izquierda hasta Ubeda y Baeza, ocupó hácia aquel lado la márgen derecha del Guadalquivir. Lo mismo hicieron por el suyo hasta Córdoba los otros generales, con lo que se completó el paso de la sierra, habiendo los franceses maniobrado sabiamente, si bien es verdad tuvieron entonces que habérselas con tropas mal ordenadas y con un general tan desprevenido como lo era Don Juan Cárlos de Areizaga.

Entran en Jaen y en Córdoba.

Prosiguiendo su movimiento pasó el general Sebastiani el Guadalquivir y entró el 23 en Jaen, en donde cogió muchos cañones y otros aprestos que se habian reunido con el intento de formar un campo atrincherado. El mariscal Victor entró el mismo dia en Córdoba, y poco despues llegó allí José. Salieron diputaciones de la ciudad á recibirle y felicitarle, cantóse un Te Deum y hubo fiestas públicas en celebracion del triunfo. Esmeróse el clero en los agasajos, y se admiró José de ser mejor tratado que en las demas partes de España. Detuviéronse los franceses en Córdoba y sus alrededores algunos dias, temerosos de la

resistencia que pudiera presentar Sevilla, é inciertos de las operaciones del ejército del duque de Alburquerque.

Ejército del duque de Alburquerque.

Ocupaba este general las riberas del Guadiana despues que se retiró de hácia Talavera, en consecuencia de la rota de Ocaña: tenia en Don Benito su cuartel general. En enero constaba su fuerza en aquel punto de 8000 infantes y 600 caballos, y ademas se hallaban apostados entre Trujillo y Mérida unos 3100 hombres á las órdenes de los brigadieres Don Juan Senen de Contreras y Don Rafael Menacho; tropa esta que se destinaba caso que avanzasen los franceses para guarnecer la plaza de Badajoz, muy desprovista de gente.

Viene sobre Andalucía.

La junta central luego que temió la invasion de las Andalucías empezó á expedir órdenes al de Alburquerque las mas veces contradictorias, y en general dirigidas á sostener por la izquierda la division de Don Tomas de Zerain avanzada en Almaden. Las disposiciones de la junta fundándose en voces vagas mas bien que en un plan meditado de campaña, eran por lo comun desacertadas. El duque de Alburquerque sin embargo deseando cumplir por su parte con lo que se le prevenia, trataba de adelantarse hácia Agudo y Puertollano, cuando sabedor de la retirada de Zerain, y despues de la entrada de los franceses en la Carolina, mudó por sí de parecer y se encaminó la vuelta de la Andalucía, con propósito de cubrir el asiento del gobierno. Este al fin y ya apretado, ordenó á aquel hiciese lo mismo que ya habia puesto en obra, mas con instrucciones de que acertadamente se separó el general español, disponiendo contra lo que se le mandaba que las tropas de Senen de Contreras y Menacho partiesen á guarnecer la plaza de Badajoz.

Con lo demas de la fuerza, esto es, con 8000 infantes y 600 caballos encaminándose Alburquerque el 22 de enero por Guadalcanal á Andalucía, cruzó el Guadalquivir en las barcas de Cantillana haciendo avanzar á Carmona su vanguardia y á Écija sus guerrillas que luego se encontraron con las enemigas. La junta central habia mandado que se uniesen á Alburquerque las divisiones de Don Tomas Zerain y de Don Francisco Copons, únicas de las que defendian la sierra que quedaron por este lado. Mas no se verificó, retirándose ambas separadamente al condado de Niebla. La última mas completa se embarcó despues para Cádiz en el puerto de Lepe. Lo mismo hicieron en otros puntos las reliquias de la primera.

Siendo las tropas que regia el duque de Alburquerque las solas que podian detener á los franceses en su marcha, déjase discurrir cuán débil reparo se oponia al progreso de estos, y cuán necesario era que la junta central se alejase de Sevilla si no queria caer en manos del enemigo.

Retírase de Sevilla la central.

Ya conforme al decreto en su lugar mencionado del 13 de enero, habian empezado á salir de aquella ciu-

dad pasado el 20 varios vocales, enderezándose á la isla de Leon punto del llamamiento. Mas estrechando las circunstancias casi todos partieron en la noche del 23 y madrugada del 24, unos por el rio abajo y otros por tierra. Los primeros viajaron sin obstáculo, no asi los otros á quienes rodearon muchos riesgos alborotados los pueblos del tránsito, que se creian con la retirada del gobierno abandonados y expuestos á la ira é invasion enemigas. Corrieron sobre todo inminente peligro el presidente que lo era á la sazon el arzobispo de Laodicea, y el digno conde de Altamira marqués de Astorga, salvándose en Jerez ellos y otros compañeros suyos como por milagro de los puñales de la turba amotinada.

Contratiempos en el viage de sus individuos.

Asegurόse que contando con la inquietud de los pueblos, se habian despachado de Sevilla emisarios que aumentasen aquella y la convirtiesen en un motin abierto para dirigir á mansalva tiros ocultos contra los azorados y casi prófugos centrales. Pareció la sospecha fundada al saberse la sedicion que se preparaba en Sevilla, y estalló luego que de allí salieron los individuos del gobierno supremo. De los manejos que andaban tuvo ya noticia el 18 de enero Don Lorenzo Calvo de Rozas, y dió de ello cuenta á la central. Para impedir que cuajaran, mandóse sacar de Sevilla á Don Francisco de Palafox y al conde del Montijo, que aunque presos se conceptuaban principales promotores de la trama. La apresuracion con que los centrales abandonaron la ciudad, el aturdimiento natural en tales casos, y la falta de obediencia estorbaron que se cumpliese la órden.

Sospechas de insurreccion en Sevilla.

Alejado de Sevilla el gobierno quedaron dueños del campo los conspiradores de aquella ciudad, y el 24 por la mañana amotinaron el pueblo, declarándose la junta provincial, á sí misma suprema nacional, lo que dió claramente á entender que en su seno habia individuos sabedores de la conjuracion. Entraron en la junta ademas Don Francisco Saavedra, nombrado presidente, el general Eguia y el marqués de la Romana que no se habia ido con sus compañeros, y salia de Sevilla en el momento del alboroto con Mr. Frere, único representante de Inglaterra despues de la ausencia del marqués de Wellesley. Agregáronse tambien á la junta los señores Palafox y conde del Montijo que al efecto soltaron de la prision; el último esquivó por un rato acceder al deseo popular, fuese para aparentar que no obraba de acuerdo con los revoltosos, fuese que segun su costumbre le faltara el brio al tiempo del ejecutar.

Verificase.

Creόse igualmente una junta militar que fue la que realmente mandó en los pocos dias de la duracion de aquel extemporáneo gobierno, y la cual se compuso de los individuos nuevamente agregados. Desde luego nombró esta al marques de la Romana general del ejército de la izquierda en lugar del du-

Junta de Sevilla.

Providencias que toma.

que del Parque que destinaba á Cataluña, y encargó el mando del que se llamaba ejército del centro á Don Joaquin Blake. Expidiéronse ademas á las provincias todo linage de órdenes y resoluciones, que ó no llegaron ó felizmente fueron desobedecidas, pues de otra manera nuevos disturbios hubieran desgarrado á la nacion entonces tan acongojada. Quedaron sin embargo con el mando, segun veremos, los generales Romana y Blake, habiéndose posteriormente conformado el verdadero gobierno supremo con la resolucion de la junta de Sevilla.

Procuró esta alentar á los moradores de la ciudad á la defensa de sus hogares, y excitar en sus proclamas hasta el fanatismo de los clérigos y los frailes que por lo general se mantuvieron quietos. Duró el ruido pocos dias poniendo pronto término la llegada de los franceses. Ya se la temian el conde del Montijo y los principales instigadores de la conmocion, y alejándose aquel el 26 del lugar del peligro con pretexto de desempeñar una comision para el general Blake, quedaron los sediciosos sin cabeza, careciendo para defender la ciudad del ánimo que sobradamente habian mostrado para perturbarla. Cierto que Sevilla no era susceptible de ser defendida militarmente, y solo los sacrificios y el valor de Zaragoza hubieran podido contener el torrente de los enemigos, de cuya marcha volveremos á tomar ahora el hilo de la narracion.

Continuan los franceses sus movimientos.

Dueños los franceses de la márgen derecha del Guadalquivir, y habiéndose adelantado el general Sebastiani hasta Jaen, prosiguió este su movimiento para acabar con el ejército del centro, cuyas dispersas reliquias iban en su mayor parte la vuelta de Granada. Por decirlo asi no quedaban ya en pie sino unos 1500 ginetes á las órdenes del general Freire, y un parque de artillería compuesto de 30 cañones situado en Andújar. Los oficiales que mandaban dicho parque no recibiendo órden ninguna del general en gefe, juzgaron prudente sabiendo las desaventuras de la sierra, pasar el Guadalquivir y encaminarse á Guadix, lo que empezaron á poner en obra sin tener caballería ni infantería que los protegiese. El general Sebastiani al avanzar de Jaen el 26 de enero, tomó con el grueso de su fuerza la direccion de Alcalá la Real, enviando por su izquierda camino de Cambil y Llanos de Pozuelo al general Peyremont con una brigada de caballería ligera. El 27 pasado Alcalá la Real alcanzó Sebastiani la caballería española de Freire que resistió algun tiempo; pero que despues fue rota y en parte cogida y dispersa, atacada por un número superior de enemigos, y sin tener consigo infantería alguna que la ayudase. Tocóle á la otra columna francesa, que tiró por la izquierda á Cambil, apoderarse de la artillería que dijimos habia salido de Andújar.

Encuentran en Alcalá la Real la caballería española.

Caminaba esta con direccion á Guadix á la sazon que el conde de

Villariezo capitan general de Granada, impelido por el pueblo á defenderse, ordenó á los gefes de la artillería indicada que desde Pinos de la Puente torciesen el camino y viniesen á la ciudad en que mandaba. Obedecieron; pero luego que estuvieron dentro, notando que todo era allí confusion, trataron de salvar sus cañones volviendo á salir de Granada. Desgraciadamente para continuar su marcha se vieron forzados á tomar un rodeo, retrocediendo al ya mencionado Pinos de la Puente, pues entonces no era camino de ruedas el de los Dientes de la vieja, mas corto y directo que el otro para Diezma y Guadix. Con semejante atraso perdieron tiempo dando en Isnalloz con los caballos ligeros del general Peyremont; en donde como no tenian los artilleros españoles infantes ni ginetes que los protegiesen, tuvieron, bien á pesar suyo, que abandonar las piezas y salvarse en los caballos de tiro. Así iba desapareciendo del todo aquel ejército que dos meses antes inundaba los llanos de la Mancha.

Pierdese en Isnalloz un parque de artillería.

Por fin al espirar enero tomó en Diezma el mando de tan tristes reliquias Don Joaquin Blake, quien vendo á Málaga de cuartel de vuelta de Cataluña, recibió en aquel pueblo el nombramiento que le habia conferido la Junta de Sevilla. Cedióle el puesto sin obstáculo el mismo Don Juan Cárlos de Areizaga, y dió en efecto Blacke prueba de patriotismo en encargarse en semejantes circunstancias de empleo tan espinoso, sin reparar en la autoridad de que procedia. No habia otro cuerpo reunido sino el primer batallon de guardias españolas mandado por el brigadier Otedo: lo demas del ejército reducíase á dispersos de varios cuerpos. Blake retrocedió todavía á Huercal Overa villa del reino de Granada en los confines de Murcia; y despachando proclamas y órdenes á todas partes consiguió juntar en los primeros dias de febrero hasta unos cinco mil hombres de todas armas: no habiéndosele incorporado otros generales de los que mandaban divisiones en la sierra, sino Vigodet y ademas Freire con unos cuantos caballos.

Toma Blake el mando de las reliquias del ejército del centro.

El general Sebastiani entró en Granada el 28 de enero. Quiso el pueblo defenderse, mas disuadiéronle los hombres prudentes y los tímidos con capa de tales: tambien contribuyó á ello el clero que en estas Andalucías mostróse sobradamente obsequioso á los conquistadores. Se envió una diputacion á recibir á Sebastiani; y agregóse á este, poco despues de su entrada, el regimiento suizo de Reding. Trató el general francés con ceño y palabras airadas á las autoridades españolas, é impuso una gravosísima y extraordinaria contribucion.

Entran los franceses en Granada.

Entre tanto el 1º y 5º cuerpo avanzaron por disposicion de José hácia Sevilla, tirotcándose el mismo dia 28 cerca de Écija con las guerrillas de caballería del duque de

Avanza sobre Sevilla.

Se retira Alburquerque camino de Cádiz.

Alburquerque : noticioso este general de que los enemigos avanzaban por el Arahal y Moron, para ponerse en Utrera á su retaguardia, y cortarle asi la retirada sobre la isla Gaditana, abandonó á Carmona y comenzó su marcha retrógrada hácia la costa. La caballería y la artillería las envió por el camino real, dirigiendo la infantería por las Cabezas de San Juan y Lebrija para unirse todos en Jerez. Fue tan oportuno este movimiento, que al llegar á Utrera dejóse ya ver desde Moron un destacamento enemigo. Tomóle pues Alburquerque la delantera ; y recogiendo en Jerez todas sus fuerzas, pudo entrar al principiar febrero en la isla de Leon sin ser particularmente incomodado, y habiendo solo la caballería sostenido en su marcha algunas escaramuzas. Si en esta ocasion hubieran los franceses andado con su acostumbrada presteza, habrian tal vez podido interponerse entre el ejército español y la isla Gaditana; y muy otra fuera entonces la suerte de aquel inexpugnable baluarte. El duque de Alburquerque contribuyó, en cuanto pudo á salvar tan precioso rincon, y con él quizá la independencia de España. Por ello justas alabanzas le son debidas.

Ganan los franceses á Sevilla.

Los franceses, recelosos en aquellas circunstancias de comprometerse demasiadamente, midieron sus movimientos, anteponiendo á todo el apoderarse de Sevilla, posesion codiciada por sus riquezas y renombre. Presentóse á vista de sus muros al finalizar enero el mariscal Victor. De la nueva junta casi todos los individuos habian desaparecido, por lo que su formacion de nada aprovechó, sino de sobresaltar á los pueblos, acrecentar la division de los ánimos, é impedir la salida de cuantiosos é importantes efectos.

Sevilla, ciudad vasta y populosa, y en la que brillan, segun se explica en su lenguaje sencillo la crónica de San Fernando « muchas y grandes noblezas... las cuales pocas ciudades hay que « las tengan » habia sido por mandato de la central circunvalada de triples líneas, para cuya guarnicion se requerian 50,000 hombres. Invirtiéronse por tanto inútilmente en dicha fortificacion muchos caudales, pues no pudiendo defenderse aquel recinto, conforme á las reglas de la milicia, y solo si acudiendo al patriotismo y brio del vecindario, hubiera debido la central pensar mas bien que en fortalecerla regularmente, en entusiasmar los ánimos y cuidar de su disciplina y buena direccion.

Preparábanse los franceses á acometer á Sevilla, cuando el 31 les enviaron de dentro parlamentarios. Querian estos entre varias cosas, que se distinguiese aquella ciudad de las otras en la capitulacion, como una de las principales cabeceras de la monarquía, y tambien hicieron la notable peticion de que se convocasen córtes. No accedió el mariscal Victor, como era de presumir, á la última demanda : y en respuesta á las proposiciones que se le presentaron

envió una declaracion, segun la cual prometia amparo á los habitantes y á la guarnicion, como tambien no escudriñar los hechos ni opiniones contrarias á José, anteriores á aquel dia: otorgaba ademas otras concesiones y señaladamente la de no imponer contribucion alguna ilegal: artículo que pronto se quebrantó, ó que nunca tuvo cumplimiento.

Accediendo los sevillanos á las condiciones de Victor, entraron los franceses en la ciudad el 1° de febrero á las 3 de la tarde. La víspera por la noche habia salido la escasa guarnicion hácia el condado de Niebla á las órdenes del vizconde de Gand, cuyo camino tomaron tambien algunos de los mas respetables individuos de la antigua junta provincial, enemigos del desbarato y excesos de los últimos dias, los cuales establecidos en Ayamonte se constituyeron luego en autoridad legítima de los partidos libres de la provincia.

En Sevilla cogieron los franceses municiones, fusiles, gran número de cañones de aquella magnífica fábrica, y muchos pertrechos militares. Asimismo otra porcion de preciosidades y valores, particularmente tabacos y azogues, tan necesarios los últimos para el beneficio de las minas de América: botin que debió el enemigo parte á descuido é imprevision de la junta central, parte, segun apuntamos, á los alborotos y al atropellamiento que en Sevilla hubo.

Preséntase el mariscal Victor delante de Cádiz.

Sojuzgada esta ciudad se encaminó el primer cuerpo francés á las órdenes de su gefe el mariscal Victor la vuelta de la isla Gaditana, cuyos alrededores pisó el 5 de febrero. La anterior llegada á aquel punto del duque de Alburquerque previno los hostiles intentos del enemigo, é impidió todo rebate. Paróse pues Victor á la vista quedando su cuerpo de ejército destinado á formar el bloqueo. Aprestóse en Córdoba la reserva bajo el mando de Dessolles; y el 5° del cargo del mariscal Mortier, despues de dejar una brigada en Sevilla, asomó á Extremadura y dióse mas adelante la mano con el 2° que desde el Tajo avanzó á las órdenes del general Reynier. En seguida se encaminó Mortier á Badajoz, y habiendo inútilmente intimado la rendicion á la plaza, volvió atras y estableció en Llerena su cuartel general.

Mortier va á Extremadura.

Baja tambien allí el 2° cuerpo.

Sebastiani por su lado dió á sus operaciones cumplido acabamiento. Tranquilo poseedor de Granada, quiso recorrer la costa, y sobre todo enseñorearse de la rica é importante ciudad de Málaga, con tanta mayor razon cuanto allí se encendia nueva lumbre insurreccional.

Va sobre Málaga Sebastiani.

Era atizador y caudillo un coronel de nombre Don Vicente Abello natural de la Habana, hombre fogoso y arrebatado, mas falto de la capacidad necesaria para tamaño empeño. Siguió su pendon la plebe, tan enemiga allí como en las demas partes de la dominacion extraña. Agregáronse á Abello

Abello alborota la ciudad.

pocos sugetos de cuenta, asustados con los desórdenes que se levantaron y previendo la imposibilidad de defenderse. Los únicos mas notables que se le juntaron fueron un capuchino llamado Fr. Fernando Berrocal, y el escribano San Millan con sus hermanos; de ellos los hubo que partieron á Velezmálaga para sublevar aquella ciudad y su partido. Cometiéronse tropelías, y se empezaron á exigir forzadas y exorbitantes derramas, habiendo embargado y cogido al solo Duque de Osuna unos 50,000 duros. Prendieron á los individuos de la junta del casco de la ciudad, y al anciano general Don Gregorio de la Cuesta que vivia alli retirado, pero que al fin pudo embarcarse para Mallorca.

Entrada los franceses.

El general Sebastiani procediendo de Granada por Loja á Antequera, adelantóse el 5 de febrero á Málaga. Al atravesar la garganta llamada Boca del Asno dispersó una turba de paisanos que en vano quisieron defender el paso, y se aproximó al recinto de la ciudad. Fuera de ella le aguardaba Abello, tan desacertado en sus operaciones militares como en las políticas y económicas. Su gente era numerosa, pero allegadiza, y la mitad sin armas. Al primer choque quedó deshecha, y amigos y enemigos entraron confundidos en la ciudad. Empezó el pillage, mediaron las autoridades antiguas que habia quitado Abello, ofreció Sebastiani suspension de hostilidades, pero no cesaron estas hasta el dia siguiente. Cayeron en poder del general francés intereses públicos y privados, incluso el dinero del duque de Osuna; é impuso ademas á la ciudad una contribucion de doce millones de reales, de que cinco habian de ser pagados al contado.

Don Vicente Abello logró refugiarse en Cádiz, donde padeció larga prision, de que las córtes le libertaron. El capuchino Berrocal y otros, cogidos en Málaga y en Motril tuvieron menos ventura, pues Sebastiani los mandó ahorcar. Tratamiento sobradamente duro; porque si bien este general nos ha dicho haberse comportado asi, siendo los tales frailes y fanáticos, su razon no nos pareció fundada, pues ademas de no estar en aquel caso todos los que padecieron la pena indicada, ¿porqué no seria lícito á los eclesiásticos tomar las armas en una guerra de vida ó muerte para la patria? Castigáraseles en buen hora, si cometieron otros excesos, mas no por oponerse á la conquista del extrangero.

Junta central en la isla de Leon. Su disolucion.

Al propio tiempo que los franceses se esparcian por las Andalucías, y se enseñoreaban de sus principales ciudades, acontecian importantes mudanzas en la isla de Leon y en Cádiz. A ambos puntos, como tambien al puerto de Santa María, habian llegado antes de acabarse enero muchos vocales de la junta central, los cuales se reunieron sin tardanza en la citada isla de Leon. La tormenta que habian corrido, la voz pública, los temores de no ser obedecidos, todo en fin los compelió á hacer dejacion del mando antes de congregarse

las córtes, y á substituir en su lugar otra autoridad. Don Lorenzo Calvo de Rozas formalizó la proposicion de que se nombrase una regencia de cinco individuos que ejerciese la potestad ejecutiva en toda su plenitud, quedando á su lado la central como cuerpo deliberante, hasta que se juntasen las córtes. La junta aprobó la primera parte de la proposicion y desechó la última; declarando ademas que sus individuos resignaban el mando, sin querer otra recompensa que la honrosa distincion del ministerio que habian ejercido, y excluyéndose á sí propios de ser nombrados para el nuevo gobierno.

Decide nombrar una Regencia.

Tambien se formó un reglamento que sirviese de pauta á la nueva autoridad, á la que se dió el nombre de supremo consejo de regencia, y se aprobó un decreto por el que reuniendo todos los acuerdos acerca de la institucion y forma de las córtes, ya convocadas para el inmediato marzo, se trataba de hacer sabedor al público de tan importantes decisiones.

Reglamento que le da.

En el reglamento ademas de los artículos de órden interior, habia uno muy notable, y segun el cual la regencia « propondria necesariamente á las córtes una ley fundamental que protegiese y asegurase la libertad de la imprenta, y que entre tanto se protegeria de hecho esta libertad como uno de los medios mas convenientes, no solo para difundir la ilustracion general, sino tambien para conservar la libertad civil y política de los ciudadanos. » Asi la central tan remisa y meticulosa para acordar en su tiempo concesion de tal entidad, imponia ahora en su agonía la obligacion de decretarla á la autoridad que iba á ser sucesora suya en el mando. Disponíase igualmente en dicho reglamento que se crease una diputacion compuesta de ocho individuos, celadora de la observancia de aquel y de los derechos nacionales. Ignoramos porqué no se cumplió semejante resolucion, y atribuimos el olvido al azoramiento de la junta central, y á no ser la nueva regencia aficionada á trabas.

En el decreto tocante á córtes se insistia en el próximo llamamiento de estas, y se mandaba que inmediatamente se expidiesen las convocatorias á los grandes y á los prelados, adoptándose la importante innovacion de que los tres brazos no se juntasen en tres cámaras ó estamentos separados sino solo en dos, llamado uno *popular* y otro de *dignidades*.

Su último decreto sobre córtes.

Se ocurria tambien en el decreto al modo de suplir la representacion de las provincias que ocupadas por el enemigo no pudiesen nombrar inmediatamente sus diputados, hasta tanto que desembarazadas estuviesen en el caso de elegirlos por sí directamente. Lo mismo y á causa de su lejanía se previno respecto de las regiones de América y Asia. Habia igualmente en el contexto del precitado decreto otras disposiciones importantes y preparatorias para las córtes y sus trabajos. La regencia nunca publicó este documento,

motivo por el que insertamos íntegro en el apéndice *. Echóse la culpa de tal omision al traspapelamiento que de él habia hecho un sugeto respetabilísimo á quien se conceptuaba opuesto á la reunion de las córtes en dos cámaras. Pero habiendo este justificado plenamente la entrega asi de dicho documento como de todos los papeles pertenecientes á la central en manos de los comisionados nombrados para ello por la regencia, apareció claro que la ocultacion provenia no de quien desaprobaba las cámaras ó estamentos, sino de los que aborrecian toda especie de representacion nacional.

(* Ap. n. 2.)

Regentes que nombra.

La junta central, despues de haber sancionado en 29 de enero todas las indicadas resoluciones, pasó inmediatamente á nombrar los individuos de la regencia. Cuatro de ellos debian ser españoles europeos, y uno de las provincias ultramarinas. Recayó pues la eleccion en Don Pedro de Quevedo y Quintano obispo de Orense, en Don Francisco de Saavedra consejero de estado, en el general de tierra Don Francisco Javier Castaños, en el de marina Don Antonio Escaño y Don Esteban Fernandez de Leon. El último, por no haber nacido en América, aunque de familia ilustre arraigada en Caracas y por la oposicion que mostró la junta de Cádiz, fue removido casi al mismo tiempo que nombrado, entrando en su lugar Don Miguel de Lardizabal y Uribe, natural de Nueva España. El 2 de febrero era el señalado para la instalacion de la regencia, pero inquieto el público y disgustado con la tardanza, tuvo la central que acelerar aquel acto, y poniendo en posesion á los regentes en la noche del 31 de enero, disolvióse inmediatamente dando en una * proclama cuenta de todo lo sucedido.

(* Ap. n. 3.)

Eligen una junta en Cádiz.

Al lado de la nueva autoridad, y presumiendo de igual ó superior, habíase levantado otra que aunque en realidad subalterna, merece atencion por el influjo que ejerció, particularmente en el ramo de hacienda. Queremos hablar de una junta elegida en Cádiz. Emisarios despachados de Sevilla por los instigadores de los alborotos, y el justo temor de ver aquella plaza entregada sin defensa al enemigo, fueron el principal móvil de su nombramiento. Dióle tambien inmediato impulso un edicto que en virtud de pliegos recibidos de Sevilla publicó el gobernador Don Francisco Venégas, considerando disuelta la junta central y ofreciendo resignar su mando en manos del ayuntamiento, si este quisiese confiarle á otro militar mas idóneo. Conducta que algunos tacharon de reprensible y liviana, mas disculpable en tan arduos tiempos.

El ayuntamiento conservó al general Venégas en su empleo, y atento á una peticion de gran número de vecinos que elevó á su conocimiento el síndico personero Don Tomas Istúriz, abolió la junta de defensa que habia y trató de que se pusiese otra nueva mas autorizada. El establecimiento de esta fue popular. Cada ve-

cino cabeza de casa presentó á sus respectivos comisarios de barrio una propuesta cerrada de tres individuos: del conjunto de todas ellas formóse una lista en la que el ayuntamiento escogió 54 vocales electorales, quienes á su vez sacaron de entre estos 18 sugetos, número de que se habia de componer la junta relevándose á la suerte cada cuatro meses la tercera parte. Se instaló la nueva corporacion el 29 de enero con aplauso de los gaditanos, habiendo recaido el nombramiento en personas por lo general muy recomendables.

He aqui pues dos grandes autoridades la regencia y la junta de Cádiz impensadamente creadas, y otra la junta central abatida y disuelta. Antes de pasar adelante echaremos sobre las tres una rápida ojeada.

Ojeada rápida sobre la central y su administracion.

De la central habrá el lector podido formar cabal juicio, ya por lo que de ella dijimos al tiempo de instalarse, y ya tambien por lo que obró durante su gobernacion. Inclinóse á veces á la mejora en todos los ramos de la administracion; pero los obstáculos que ofrecian los interesados en los abusos, y el titubeo y vaivenes de su propia política nacidos de la varia y mal entendida composicion de aquel cuerpo, estorbaron las mas veces el que se realizasen sus intentos. En la hacienda casi nada innovó ni en el género de contribuciones, ni en el de su recaudacion, ni tampoco en la cuenta y razon. Trató á lo último de exigir una contribucion extraordinaria directa que en pocas partes se planteó ni aun momentáneamente. Ofreció sí por medio de un decreto una variacion completa en el ramo, aproximándose al sistema erróneo de un único y solo impuesto directo. Acerca del crédito público tampoco tomó medida alguna fundamental. Es cierto que no gravó la nacion con empréstitos pecuniarios, reembolsándose en general las anticipaciones del comercio de Cádiz ó de particulares con los caudales que venian de América ú otras entradas; mas no por eso se dejó de aumentar la deuda, segun especificaremos en el curso de esta historia, con los suministros que los pueblos daban á las partidas y á la tropa. Medio ruinoso, pero inevitable en una guerra de invasion y de aquella naturaleza.

En la milicia las reformas de la central fueron ningunas ó muy contadas. Siguió el ejército constituido como lo estaba al tiempo de la insurreccion, y con las cortas mudanzas que hicieron algunas juntas provinciales, debiéndose á ellas el haber quitado en los alistamientos las excepciones y privilegios de ciertas clases, y el haber dado á todos mayor facilidad para los ascensos.

Continuaron los tribunales sin otra alteracion que la de haber reunido en uno todos los consejos ó sean tribunales supremos. Ni el modo de enjuiciar ni todo el conjunto de la legislacion civil y criminal padecieron variacion importante y duradera. En la última hubo sin embargo la creacion temporal del tribunal de seguridad pública

para los delitos políticos; creacion conforme en su lugar notamos mas bien reprensible por las reglas en que estribaba, que por funesta en sus efectos,

En sus relaciones con los extrangeros mantúvose la junta en los límites de un gobierno nacional é independiente: y si alguna vez mereció censura, antes fue por haber querido sostener sobradamente y con lenguaje acerbo su dignidad que por su blandura y condescendencias. Quejáronse de ello algunos gobiernos. Pocos meses antes de disolverse declaró la guerra á Dinamarca, motivada por guardar aquel gobierno como prisioneros á los españoles que no habian podido embarcarse con Romana, guerra en el nombre, nula en la realidad.

Sobresalió la central en el modo noble y firme con que respondió é hizo rostro á las propuestas é insinuaciones de los invasores, sustentando los intereses é independencia de la patria, sin desesperenzar nunca de la causa que defendia. Por ello la celebrará justamente la posteridad imparcial.

Lo que la perjudicó en gran manera fueron sus desgracias, mayormente verificándose su desistimiento á la sazon que aquellas de todos lados acrecian. Y los pueblos rara vez perdonan á los gobiernos desdichados. Si hubiera la junta concluido su magistratura en agosto despues de la jornada de Talavera, é instalado al mismo tiempo las córtes, sus enemigos habrian enmudecido ó por lo menos faltáranles muchos de los pretextos que alegaron para vituperar sus procedimientos, y oscurecer su memoria. Acabó pues cuando todo se habia conjurado contra la causa de la nacion, y á la central echósele exclusivamente la culpa de tamaños males.

Padecimientos y persecucion de sus individuos.

Irritados los ánimos aprovecháronse de la coyuntura los adversarios de la junta, y no solo desacreditaron á esta, aun mas de lo que por algunos de sus actos merecia, sino que obligándola á disolverse con anticipacion y atropelladamente, expusieron la nave del estado á que pereciese en desastrado naufragio, deleitándose ademas en perseguir á los individuos de aquel gobierno, desautorizados ya y desvalidos.

Padecieron mas que los otros el conde de Tilly y Don Lorenzo Calvo de Rozas. Mandó prender al primero el general Castaños, y aun obtuvo la aprobacion de la central, si bien cuando ya esta se hallaba en la isla y á punto de fenecer. Achacábase al conde haber concebido en Sevilla el plan de trasladarse á América con una division si los franceses invadian las Andalucías, y se susurró que estaba con él de acuerdo el duque de Alburquerque. Dieron indicio de los tratos mal encubiertos que andaban entre ambos, su mutua y epistolar correspondencia y ciertos viages del duque ó de emisarios suyos á Sevilla. De la causa que se formó á Tilly parece que resultaban fundadas sospechas. Este, enfermo y oprimido, murió algunos meses despues en su prision del castillo de Santa Catalina de

Cádiz. Como quier que fuera hombre muy desopinado, reprobaron muchos el mal trato que se le dió, y atribuyéronlo á enemistad del general Castaños. La prision de Don Lorenzo Calvo de Rozas exclusivamente decretada por la regencia, tachóse con razon de mas infundada é injusta, pues con pretexto de que Calvo diese cuentas de ciertas sumas, empezaron por vilipendiarle encarcelándole como á hombre manchado de los mayores crímenes. Hasta la reunion de las córtes no consiguió que se soltara.

Escandalizáronse igualmente los imparciales y advertidos de la órden que se comunicó á todos los centrales, segun la cual permitiéndoles « trasladarse á sus provincias, excepto á América, se les « dejaba á la disposicion del gobierno bajo la vigilancia y cargo es- « pecial de los capitanes generales, cuidando que no se reuniesen « muchos en una provincia. » No contentos con esto los perseguidores de la junta, lanzaron en la liza á un hombre ruin y oscuro, á fin de que apoyase con su delacion la calumnia esparcida de que los ex-centrales se iban cargados de oro. Con tan débil fundamento mandáronse pues registrar los equipages de los que estaban para partir á bordo de la fragata Cornelia, y respetables y purísimos ciudadanos viéronse expustos á tamaño ultraje en presencia de la chusma marinera. Resplandeció su inocencia á la vista de los asistentes y hasta de los mismos delatores, no encontrándose en sus cofres sino escaso peculio y en todo corta y pobre fortuna.

Ayudó á medida tan arbitraria é injusta el celo mal entendido de la junta de Cádiz arrastrada por encarnizados enemigos de la central, y por los clamores de la bozal muchedumbre. La regencia accedió á lo que de ella se pedia, mas procuró antes escudarse con el dictámen del consejo. Este en la consulta que al efecto extendió, repetia su antigua y culpable cantilena de que la autoridad ejercida por los centrales « habia sido una violenta y forzada usurpacion « tolerada mas bien que consentida por la nacion... con poderes « de quienes no tenian derecho para dárselos. » Despues de estas y otras expresiones parecidas, el consejo mostrando perplejidad acababa sin embargo por decir que de igual modo que la regencia habia encontrado méritos para la detencion y formacion de causa respecto de Don Lorenzo Calvo de Rozas y del conde de Tilly, se hiciese otro tanto con cuantos vocales resultasen « por el mismo « estilo descubiertos, » y que así á unos como á otros « se les « substanciasen brevísimamente sus causas y se les tratase con el « mayor rigor. » Modo indeterminado y bárbaro de proceder, pues ni se sabia qué significado daba el consejo á la palabra *descubiertos* ni qué entendia tampoco por tratar á los centrales con el mayor rigor, admirando que magistrados depositarios de las leyes aconsejasen al gobierno, no que se atuviera á ellas, sino que resolviese á su sabor y arbitrariamente. Dolencia grande la nuestra obrar por pasion ó aficiones, mas bien que conforme á la letra y

tenor de la legislacion vigente : asi ha andado casi siempre de través la fortuna de España.

Nos hemos detenido en referir la persecucion de los miembros de la junta suprema, no solo por ser suceso importante recayendo en personas que gobernaron la nacion durante catorce meses, sino tambien con objeto de señalar el mal ánimo de los enemigos de reformas y novedades. Porque el enojo contra la central nacia, no tanto de ciertos actos que pudieran mirarse como censurables, cuanto de la inclinacion que mostró aquel cuerpo á mudanzas en favor de la libertad. En esta persecucion como despues en la de otros muchos afectos á tan noble causa, partió el golpe de la misma ó parecida mano, procurando siempre tapar el dañino y verdadero intento con feas y vulgares acusaciones.

Hubiérase á lo sumo podido tomar cuenta á la junta de su gobernacion; pero no atropellando á sus individuos. La regencia mas que todos estaba interesada en que los respetasen, y en defender contra el consejo el orígen legítimo de su autoridad, pues atacada esta lo era tambien la de la misma regencia, emanacion suya. Ademas los gobiernos estan obligados aun por su propio interés á sostener el decoro y dignidad de los que les han precedido en el mando, sino el ajamiento de los unos tiene despues para los otros dejos amargos.

Idea de la regencia y de sus individuos.

Hablemos ya de la regencia y de los individuos que la componian. No llegó hasta fines de mayo á Cádiz el obispo de Orense residente en su diócesi. Austero en sus costumbres y célebre por su noble y enérgica contestacion cuando le convidaron á ir á Bayona, no correspondió en el desempeño de su nuevo cargo á lo que de él se esperaba, por querer ajustar á las estrechas reglas del episcopado el gobierno político de una nacion. Presumia de entendido, y aun ambicionaba la direccion de todos los negocios, siendo con frecuencia juguete de hipócritas y enredadores. Confundia la firmeza con la terquedad y dificilmente se le desviaba de la senda derecha ó torcida que una vez habia tomado. Don Francisco Javier Castaños antes de la llegada del obispo, y aun despues, tuvo gran mano en el despacho de los asuntos públicos. Pintámosle ya cual era como general. Antiguas amistades tenian gran cabida en su pecho. Como estadista solia burlarse de todo, y quizá se figuraba que la astucia y cierta maña bastaban aun en las crísis políticas para gobernar á los hombres. Oponíase á veces á sus miras la obstinacion del obispo de Orense; pero retirándose este á cumplir con sus ejercicios religiosos daba vagar á que Castaños pusiese en el intermedio al despacho los expedientes ó asuntos que favorecia. En el libro tercero tuvimos ocasion de delinear el carácter y prendas de Don Francisco de Saavedra, hombre dignísimo, mas de corto influjo como regente, debilitaba su cabeza con la edad, los achaques y las desgracias.

Atendia exclusivamente á su ramo, que era el de marina, Don Antonio Escaño, inteligente y práctico en esta materia y de buena índole. Excusado es hablar de Don Esteban Fernandez de Leon, regente solo horas, no asi de su substituto Don Miguel de Lardizabal y Uribe, travieso y aficionado á las letras, de cuerpo contrahecho, imágen de su alma retorcida y con fruicion de venganzas. Castaños tenia que mancomunarse con él, mas cediendo á menudo á la superioridad de conocimientos de su compañero.

Compuesta asi la regencia permaneció fiel y muy adicta á la causa de la independencia nacional; pero se ladeó y muy mucho al órden antiguo. Por tanto los consejeros, los empleados de palacio, los que echaban de menos los usos de la corte y tenian las reformas, ensalzaron á la regencia, y asiéronse de ella hasta querer restablecer ceremoniales añejos y costumbres impropias de los tiempos que corrian.

El consejo especialmente trató de aprovecharse de tan dichoso momento para recobrar todo su poder. Nada al efecto le pareció mas conveniente que tiznar con su reprobacion todo lo que se habia hecho durante el gobierno de las juntas de provincia y de la central. Asi se apresuró á manifestarlo el 2 de febrero en su felicitacion á la regencia, afirmando que las desgracias habian dependido de la propagacion de « principios subversivos, « intolerantes, tumultuarios y lisonjeros al inocente pueblo, » y recomendando el que se venerasen « las antiguas leyes, loables « usos y costumbres santas de la monarquía, » instaba porque se armase de vigor la regencia contra los innovadores. Apoyada pues esta en tales indicaciones, y llevada de su propia inclinacion, olvidó la inmediata reunion de córtes á que se habia comprometido al instalarse.

Felicitacion del consejo reunido.

La junta de Cádiz émula de la regencia, y si cabe con mayor autoridad, estaba formada de vecinos honrados, buenos patriotas, y no escasos de luces. Apegada quizá demasiadamente á los intereses de sus poderdantes escuchaba á veces hasta sus mismas preocupaciones, y no faltó quien imputase á ciertos de sus vocales el sacar provecho de su cargo, traficando con culpable granjería. Pudo quizá en ello haber alguno que otro desliz; pero la verdad es que los mas de los individuos de la junta portáronse honoríficamente, y los hubo que sacrificaron cuantiosas sumas en favor de la buena causa. El querer sujetar á regla á los dependientes de la hacienda militar, á los gefes y oficiales de los mismos cuerpos y á todos los empleados, clase en general estragada, acarreó á la junta sinsabores y enconadas enemistades. La entrada é inversion de caudales sin embargo se publicó y pareció muy exacta su cuenta y razon, cuidando con particularidad de este ramo Don Pedro Aguirre, hombre de probidad, imparcial é ilustrado.

Idea de la junta de Cádiz.

Ahora que hemos ya echado la vista sobre la pasada gobernacion de la central, y dado idea del comienzo y composicion de la regencia y junta de Cádiz será bien que entremos en la relacion de las principales providencias que estas dos autoridades tomaron en union ó separadamente. Empezaron pues por las que aseguraban la defensa de la isla gaditana.

Providencias para la defensa y buena administracion de la regencia y la junta.

La naturaleza y el arte han hecho casi inexpugnable este punto: en él se comprenden la isla de Leon y la ciudad, propiamente dicha de Cádiz. Distan entre sí ambas poblaciones: juntándose por medio de un estendido istmo, dos leguas. Tres tiene de largo toda la isla gaditana, y de ancho una y cuarto en la parte mas espaciosa. La separa del continente el brazo de mar que llaman rio de Santi Petri, profundo, y el cual se cruza por el puente de Suazo, así apellidado del doctor Juan Sanchez de Suazo que le rehabilitó á principios del siglo xv. El arsenal de la Carraca, situado en una isleta contigua á la misma isla de Leon, y formada por el mencionado rio de Santi Petri y el caño de las Culebras, quedó tambien por los españoles. El vecindario de Cádiz, en el dia bastante disminuido, no pasa de 60,000 habitantes, y el de la Isla que está en igual caso de unos 18,000. La principal defensa natural de la última son sus saladares, que empezando á poca distancia de Puerto Real se dilatan por espacio de legua y media hasta el rio Zurraque, enlazados entre sí é interrumpidos por caños é impracticables esguazos de suelo inconstante y mudable. Al sur hay otras salinas llamadas de San Fernando, rodeando á toda la isla por las demas partes ó el océano ó las aguas de la bahía. En medio de los saladares y caños que hay delante del rio de Santi Petri, se levanta un arrecife largo y estrecho que conduce al puente de Suazo. En su calzada se practicaron muchas cortaduras, y se levantaron baterías que hacian inexpugnable el paso. Al llegar Alburquerque estaban muy atrasados los trabajos; pero este general y sus sucesores los activaron extraordinariamente. Fortificóse en consecuencia con una línea triple de baterías el frente de ataque del rio de Santi Petri, avanzando otras en las mismas ciénagas ó lagunajos, y cuidando muy particularmente de poner á cubierto el arsenal de la Carraca y la derecha de la línea, parte la mas endeble.

Breve descripcion de la Isla gaditana.

Aun ganada la isla de Leon no pocas dificultades hubieran estorbado al enemigo entrar en Cádiz. Ademas de varias baterías apostadas en la lengua de tierra que sirve de comunicacion á ambas poblaciones, construyóse en lo mas estrecho de aquella y bañada por los dos mares una cortadura, en que trabajaron con entusiasmo todos los habitantes, herizada de cañones y de admirable fortaleza, quedando despues por vencer las obras del recinto de Cádiz, ejecutadas segun las reglas modernas del arte, y que solo presentan un

frente de ataque. Para guarnecer punto tan extenso como el de la isla gaditana y tan lleno de defensas, necesitábase gran número de tropas de tierra y no poca fuerza de mar. El ejército de Alburquerque, aumentado cada dia con los oficiales y soldados dispersos que de las costas aportaban á Cádiz, llegó á contar á últimos de marzo de 14 á 15,000 hombres. Tambien los ingleses enviaron una division compuesta de soldados suyos y portugueses. Pidió aquel socorro á lord Wellington la junta de Cádiz por medio del cónsul británico y de lord Burghest, que al efecto partió á Lisboa antes que se supiese la venida á la isla del duque de Alburquerque. Llegó á ascender en marzo esta fuerza auxiliar á unos 5000 hombres, reemplazando en el mismo mes en el mando de ella á su primer gefe Stewart el general Sir Tomas Graham. La guardia de la plaza de Cádiz se hacia en parte por la milicia urbana y por los voluntarios, cuyos batallones de vistoso aspecto los formaban los vecinos honrados y respetables de la ciudad, constando su número de unos 8000 hombres inclusos los que se levantaron extramuros y en la isla de Leon, servicio que si bien penoso era desempeñado con celo y patriotismo, y que descargaba de mucha faena á las tropas regladas.

Fuerzas que la guarnecen.

Españolas.

Inglesas.

Siendo esencial la marina para la defensa de posicion tan costanera fondeaban en bahía una escuadra británica á las órdenes del almirante Purvis, y otra española á las de Don Ignacio de Alava. Padecieron ambas gran quebranto en un recio temporal acaecido en el 6 de marzo y dias siguientes: de la inglesa se perdió el navio portugués María, y de la nuestra perecieron otros tres de línea, una fragata y una corbeta de guerra con otros muchos mercantes. Los franceses se portaron en aquel caso inhumanamente, pues en vez de ayudar á los desgraciados que arrastraba á la costa la impetuosidad del viento hiciéronles fuego con bala roja. Varados los buques en la playa ardieron casi todos ellos. No cesando por eso los preparativos de defensa se armaron asimismo fuerzas sutiles mandadas por Don Cayetano Valdés, que vimos herido allá en Espinosa. Eran estas de grande utilidad, pues arrimándose á tierra é internándose á marea alta por los caños de las salinas, flanqueaban al enemigo y le incomodaban sin cesar.

Fuerza marítima. Recio temporal en Cádiz.

Cuando se supo que los franceses avanzaban, comenzóse, aunque tarde, á destruir y á desmantelar todas las baterías y castillos que guarnecian la costa desde Rota, y se estendian bahía adentro por Santa Catalina, Puerto de Santa María, rio de San Pedro, Caño del Trocadero y Puerto Real, pues Cádiz estaba mas bien preparado para resistir las embestidas de mar que las de tierra, siendo dificultoso vaticinar que tropas francesas descolgándose del Pirineo y atravesando el suelo español se dilatarian hasta las playas gaditanas.

Intiman los franceses la rendicion.

Confiados los franceses en esto, en el descuido natural de los españoles, y en el desánimo que produjo la invasion de las Andalucías, miraban á Cádiz como suyo, y en ese concepto intimaron la rendicion á la ciudad y al ejército mandado por el duque de Alburquerque. Para el primer paso se valieron de ciertos españoles parciales suyos que creian gozar de opinion é influjo dentro de la plaza, los cuales el 6 de febrero hicieron desde el Puerto de Santa María la indicada intimacion. La junta superior contestó á ella con la misma fecha sencilla y dignamente, diciendo: « La ciudad de Cádiz, fiel á los principios « que ha jurado, no reconoce otro rey que al señor Don Fernando VII. » Aunque mas extensa igualmente fue vigorosa y noble la respuesta que dió sobre el mismo asunto al mariscal Soult el duque de Alburquerque. De consiguiente por ambos lados se trabajó desde entonces con grande ahinco en las obras militares: los franceses para abrigarse contra nuestros ataques y molestarnos con sus fuegos; nosotros para acabar de poner la isla gaditana en un estado inexpugnable. Asi pues corrió el mes de febrero sin choque ni suceso alguno notable.

La junta de Cádiz encargada del ramo de hacienda.

Tales y tan extensos medios de defensa pedian por parte de los españoles recursos pecuniarios, y método y órden en su recaudacion y distribucion. La regencia solo podia contar con las entradas del distrito de Cádiz y con los caudales de América. Difícil era tener aquellas si la junta no se prestaba á ello, y aun mas difícil aumentar sin su apoyo las contribuciones, no disfrutando el gobierno supremo dentro de la ciudad de la misma confianza que los individuos de aquella corporacion, natural del suelo gaditano ó avecindados en él hacia muchos años.

Obvias reflexiones que sobre este asunto ocurrieron y el triste estado del erario promovieron la resolucion de encargar á la junta superior de Cádiz la direccion del ramo de hacienda. Desaprobaron muchos, particularmente los rentistas, semejante determinacion, y sin dudá á primera vista parecia extraño que el gobierno supremo se pusiera, por decirlo asi, bajo la tutoría de una autoridad subalterna. Pero siendo la medida transitoria, deplorable la situacion de la hacienda y arraigados sus vicios, los bienes que resultaron aventajáronse á los males, habiendo en los pagamentos mayor regularidad y justicia. Quizá la junta mostróse á veces algun tanto mezquina, midiendo el órden del estado por la encojida escala de un escritorio; mas el otro extremo de que adolecia la administracion pública perjudicaba con muchas creces al interes bien entendido de la nacion. Adoptóse en seguida para la buena conformidad y mejor inteligencia un reglamento que mereció en 31 * de marzo la aprobacion de la regencia.

(* Ap. n. 4.)

Ya antes, si bien no con tanta solemnidad, estaba encargada

del ramo de hacienda, habiéndose suscitado entre ella y varios gefes militares, principalmente el duque de Alburquerque, desazones y agrios altercados. Escuchó tal vez el último demasiadamente las quejas de los subalternos avezados al desórden, y la junta no atendió del todo en sus contestaciones al miramiento y respetos que se debian al duque. Esto y otros disgustos fueron parte para que dicho gefe dejase el mando del ejército de la isla al acabar marzo, nombrándole la regencia embajador en Lóndres. En aquella capital escribió mas adelante un manifiesto muy descomedido contra la junta de Cádiz, la cual, aunque en defensa propia, replicó de un modo atrabilioso y descompuesto. Contestacion que causó en el pundonoroso carácter del duque tal impresion que á pocos dias perdió la razon y la vida; fin no debido á sus buenos servicios y patriotismo.

Sus altercados con Alburquerque.

Deja este el mando del ejército y pasa á Londres.

Entre no pocos afanes y obstáculos la junta de Cádiz continuó con celo en el desempeño de su encargo. Impuso una contribucion de cinco por ciento de exportacion á todos los géneros y mercadurías que saliesen de Cádiz, y un veinte por ciento á los propietarios de casas, gravando ademas en un diez á los inquilinos. Con estos y otros arbitrios, y sobre todo con las remisas de América y buena inversion, no solo se aseguraron los pagos en Cádiz y la isla, y se cubrieron todas las atenciones, sino que tambien se enviaron socorros á las provincias.

Impone la junta nuevas contribuciones.

Afianzada asi la defensa de aquéllos dos puntos tan importantes, convirtiéronse sus playas en baluarte incontrastable de la libertad española.

José habia en todo este tiempo recorrido las ciudades y pueblos principales de las Andalucías, recreándose tanto en su estancia que la prolongó hasta entrado mayo. Cuidaba Soult del mando supremo del ejército que apellidaron del mediodia, el cual constaba de las fuerzas ya indicadas al hablar del paso de la Sierra-Morena. Acogieron los andaluces á José mejor que los moradores de las demas partes del reino, y festejáronle bastantemente, por cuyo buen recibimiento premió á muchos con destinos y condecoraciones, y expidió varios decretos en favor de la enseñanza y de la prosperidad de aquellos pueblos. Nombró para establecer su gobierno y administracion en las provincias recien conquistadas comisarios regios, cuyas facultades á cada paso eran restringidas por el predominio y arrogancia de los generales franceses. Manifestó José en Sevilla su intencion de convocar córtes en todo aquel año de 1810, para lo que en decreto de 18 de abril dispuso que se tomase conocimiento exacto de la poblacion de España. Por el mismo tiempo trató igualmente de arreglar el gobierno interior de los pueblos, y distribuyó el reino en treinta y ocho prefecturas, las cuales se

José en Andalucía.

Modo con que le reciben.

Sus providencias.

dividian á su vez en subprefecturas y municipalidades, remedando ó mas bien copiando en esto y en lo demas del decreto, publicado al efecto, la administracion departamental de Francia. Providencia que habiendo tomado arraigo hubiera podido mejorar la suerte de los pueblos, pero que en algunos no se estableció, desapareciendo en los mas lo benéfico de la medida con los continuos desmanes de las tropas extrangeras. La milicia cívica ya decretada por José en julio de 1809, y en la que se negaban por lo general á entrar los habitantes de otras partes, disgustó menos en Andalucía donde hubo ciudades que se prestaron sin repugnancia á aquel servicio.

Por ello y por el modo con que en aquellos reinos habia sido recibido el intruso, motejaron acerbamente á sus habitadores los de las otras provincias de España, tachando á aquellos naturales de hombres escasos de patriotismo y de condicion blanda y acomodaticia. Censura infundada porque las Andalucías, singularmente el reino de Granada, no solo habian hecho grandes sacrificios en favor de la causa comun, sino que igualmente al tiempo de la invasion estuvieron muy dispuestos á repelerla. Faltóles buena guia estando abatidas, y siendo de menguado ánimo sus propias autoridades. Cierto es que en estas provincias era mayor que en otras el número de indiferentes y de los que anhelaban por sosiego, lo cual en gran parte pendia de que atacado tarde aquel suelo considerábase á España como perdida, y tambien de que habiendo los habitantes sido de cerca testigos de los errores y aun injusticias de los gobiernos nacionales, ignoraban los perjuicios y destrozos de la irrupcion y conquista extrangera, males que no habian por lo general experimentado como lo demas del reino. *Desengañados pronto empezaron á rebullir*, y las montañas de Ronda y otras comarcas mostraron no menos brios contra los invasores que las riberas del Llobregat y del Miño.

Vuelve á Madrid.

Las delicias y el temple de Andalucía, que recordaban á José su mansion en Nápoles, hubieran tal vez diferido su vuelta á Madrid, si ciertas resoluciones del gabinete de Francia no le hubiesen impelido á regresar á la capital, en donde entró el 15 de mayo: resoluciones importantes, y en cuyo exámen nos ocuparemos luego que hayamos contado los movimientos que hicieron los franceses en otras provincias de España, algunos de los cuales concurrieron con los de las Andalucías.

Nueva invasion de Asturias.

*Tales fueron los que ejecutaron sobre Asturias y Va*lencia, juntamente con el sitio de Astorga. Tomó el primero á su cargo el general Bonnet. Manteníase aquel principado como desguarnecido, despues que al mando de Don Francisco Ballesteros se alejó de sus montañas la flor de sus tropas. Quedaban 4000 soldados escasos en la parte oriental hácia Colombres, y 2000 de reserva en las cercanías de Oviedo; sin contar con unos 1000 hombres de Don Juan Diaz Porlier, quien antes de esta inva-

sion de Asturias, abriendo portillo por medio de los enemigos, recorrió el pais llano de Castilla, tocó en la Rioja, y divirtiendo grandemente la atencion de los franceses tornó en seguida á buscar abrigo en las asperezas de donde se habia descolgado. Linage de empresas que perturbaban al enemigo, y diferian por lo menos si no trastrocaban sus premeditados planes.

Continuaban mandando en el principado el general Don Antonio Arce y la junta nombrada por Romana; permaneciendo al frente de la linea de Colombres Don Nicolas de Llano-Ponte. Este, no mas afortunado ahora que lo habia sido en la campaña de Vizcaya, cejó sin gran resistencia cuando en 25 de enero le atacaron 6000 franceses á las órdenes del general Bonnet. Los españoles, en verdad inferiores en número, solo hubieran podido sacar ventaja de algunos sitios favorables por su naturaleza. Forzaron los enemigos el puente de Puron, en donde nuestra artillería bien servida les causó estrago. Llano-Ponte replegóse precipitadamente hácia el Infiesto, y el general Arce con las demas autoridades evacuaron á Oviedo, haciendo alto por de pronto en las orillas del Nalon. Llano-Ponte.

Alteró algun tanto el gozo de los invasores la intrepidez de Don Juan Diaz Porlier, quien, noticioso de la irrupcion francesa en Asturias, metióse en lo interior del principado viniendo de las faldas meridionales de sus montañas, en donde estaba apostado. Atacó por la espalda las partidas sueltas de los enemigos, cogió á estos bastantes prisioneros, y caminando la vuelta de la costa por Jijon y Avilés, se situó descansadamente en Pravia á la izquierda de las tropas y dispersos que se habian retirado con el general Arce. Imitaron á Porlier Don Federico Castañon y otros partidarios que se colocaron en el camino real de Leon, por cuyo parage con sus frecuentes acometidas molestaban á los contrarios. Porlier.

El general Bonnet ocupó á Oviedo el 30 de enero, de cuya ciudad, como en la primera invasion, habian salido las familias mas principales. En esta entrada se portó aquel general con sobrada dureza, habiendo ejecutado algunos actos inhumanos: amansóse despues y gobernó con bastante justicia, en cuanto cabe, al menos, en un conquistador hostigado incesantemente por una poblacion enemiga. Entra Bonnet en Oviedo.

A pocos dias de estar en Oviedo, temeroso Bonnet de los movimientos de Porlier y demas partidarios, desamparó la ciudad y se reconcentró en la Pola de Siero. Confiados demasiadamente los gefes españoles con tan repentina retirada, avanzaron de sus puestos del Nalon, se posesionaron de Oviedo, y apostaron en el puente de Colloto la vanguardia mandada por Don Pedro Bárcena. Los franceses, que no deseaban sino ver reunidos á los nuestros para acabar con ellos mas fácilmente por la superioridad que les daba en ordenada batalla su práctica y disciplina, revol- Evacua la ciudad.

Ocupan de nuevo.

vieron el 14 de febrero sobre las tropas españolas, y atropellándolo todo recuperaron á Oviedo y asomaron el 15 á Peñaflor, en cuyo puente los detuvieron algunos paisanos mandados animosamente por el oficial de estado mayor Don José Castellar, que ya se señaló allá en San Payo, y ahora quedó aquí herido.

Castellar y defensa del puente de Peñaflor.

Bárcena.

Don Pedro Bárcena volviendo tambien á reunir su gente, á la que se agregaron otros dispersos, rechazó á los franceses en Puentes de Soto, y se sostuvo allí algun tiempo. Pero al fin amenazándole continuamente enemigos numerosos, juzgó prudente recogerse á la línea del Narcea, quedando solo sobre la izquierda en Pravia, orillas del Nalon, Don Juan Diaz Porlier. Encomendóse entonces el mando del ejército de operaciones al mencionado Bárcena, hombre sereno y de gran bizarría. Ayudaba en todo con sus consejos y ejemplo el coronel Don Juan Moscoso gefe de estado mayor, que en el arte de la guerra era entendido y aun sabio.

Retiranse los españoles al Narcea.

Don Juan Moscoso.

El general Arce.

El general Arce, amilanado á la vista de los peligros de una invasion que le cogia desprevenido, resolvióse á dejar el mando de la provincia; mas antes con intento de poder alegar que estaba concluida la comision que le habia llevado allí, determinó restablecer la junta constitucional que Romana á su antojo habia destruido, y para ello ordenó que los consejos nombrasen, segun lo hicieron, diputados que concurriesen á formar la citada corporacion; desmoronándose de este modo la obra levantada por Romana, obra de desconcierto y arbitrariedad.

Como quiera que fuese loable la medida de Arce, miróse esta como nacida de las circunstancias, mas bien que del buen deseo de deshacer una injusticia y de granjearse las voluntades de los asturianos. Dió fuerza á la opinion que acerca de su partida enunciamos, el que dicho general y su compañero de comision el consejero Leiva se llevaron consigo, so color de sueldos atrasados, 16,000 duros. Paso que debe severamente condenarse en un tiempo en que el hacendado y hasta el hombre del campo se privaban de sus haberes por alimentar al soldado, á veces en apuros y en extrema desdicha.

Conducta escandalosa de Arce y del consejero Leiva.

La nueva junta se instaló en Luarca el 4 de marzo, y no desmayando con la ausencia de Don Antonio Arce, nombró en su lugar á Don José Cienfuegos, general de la provincia é hijo suyo; formando al mismo tiempo un consejo de guerra, con cuyo acuerdo se dirigiesen las operaciones militares.

Nueva instalacion de la junta general del principado.

Auxilio de Galicia.

De Galicia llegó luego en auxilio de Asturias una corta division de 2,000 hombres, con lo que alentados los gefes determinaron atacar el 19 de marzo á las tropas francesas. Hízose así acometiendo el grueso de nuestra fuerza del lado del

puente de Peñaflor al mismo tiempo que se llamaba por la derecha la atencion del enemigo, y que Porlier por la izquierda, embarcándose en la costa, caia sobre las espaldas á la orilla opuesta del Nalon. Ejecutada con ventura la maniobra, evacuó Bonnet á Oviedo y no paró hasta Cangas de Onis; asi para reforzarse, como tambien para ir en busca de acopios y pertrechos de guerra, que solo muy escoltados podian llegar á su ejército.

Desampara Bonnet á Oviedo.

Con mayor circunspeccion que en la ocasion anterior se adelantaron esta vez los nuestros, sacando ademas de Oviedo todos los útiles de la fábrica de armas. Precaucion tanto mas oportuna, cuanto Bonnet engrosado y de refresco tornó en breve y obligó á los nuestros á retirarse, enseñoreándose por tercera vez de la capital el 29 del mismo marzo. Los españoles se recogieron entonces á su antigua línea del Nalon, poniendo su derecha en el Padrunc, camino real de Leon, y su izquierda en Pravia.

Se enseñorea por tercera vez de la ciudad.

Ni aun allí los dejaron quietos por largo tiempo los franceses, teniendo que refugiarse, despues de varios y reñidos choques, las tropas de Asturias y Porlier á Tineo y Somiedo, y la division gallega al Navia. Prosiguieron durante abril los reencuentros, sin que les fuese dable á los enemigos dominar del todo el principado.

La ocupacion de este no se hubiera prolongado á haber puesto la junta del reino de Galicia mayor esmero en cooperar á que se evacuase. Dicha autoridad se hallaba instalada desde el mes de enero, y si bien contaba entre sus individuos hombres de conocido celo é ilustracion, no desplegó sin embargo la conveniente energía, desaprovechando los muchos recursos que ofrecia provincia tan populosa. Asi ni aumentó en estos meses considerablemente su ejército, ni tampoco se atrevió al principio á poner debido coto á los atrevimientos y oposicion de la junta subalterna de Betanzos, harto desmandada.

Estado de Galicia.

Con las reyertas que de aqui y de otras partes nacian, no solo se descuidaban los asuntos de la guerra, únicos entonces de urgencia, sino que se dió márgen á que en el mes de febrero gente aviesa suscitase en el Ferrol un alboroto. Fue en él víctima del furor popular el comandante de arsenales Don José María de Vargas, sirviendo de pretexto para el motin los atrasos que se debian á la maestranza. Restablecido el sosiego formóse causa á algunas personas, y castigóse con el último suplicio á una muger del pueblo que se probó haber sido la que primero acometió é hirió al desgraciado Vargas.

Alboroto del Ferrol. Muerte de Vargas.

La junta de Galicia disculpándose ademas, para no ayudar á Asturias, con los temores de que los franceses invadiesen su propio suelo por el lado de Astorga, cuya ciudad amenazaban y sitiaron luego, desatendió las reclamaciones de aquella provincia, ni convino tampoco en adoptar la proposicion que su junta le hizo de

nombrar de acuerdo ambas corporaciones un mismo gefe militar; puesto que la regencia á causa de la distancia no podia con prontitud acudir al remedio de los males que causaba la division.

Mahy general de las tropas de aquel reino.

Solo el general Mahy, á quien se habia confiado el mando superior de las tropas de Galicia, procuró por sí y en cuanto pudo auxiliar al principado. Mas el asedio de Astorga, y tener que cubrir el Vierzo, obligábanle á permanecer en Lugo y Villafranca con las principales fuerzas de su ejército, que eran poco considerables.

Sitio de Astorga.

No le incomodaron sin embargo tanto como temiera los franceses, cuya mira se enderezaba á Portugal; habiéndolos tambien detenido la defensa de Astorga mas porfiada de lo que permitia la flaqueza de sus fortificaciones. Ciudad aquella antigua, nunca fue plaza en los tiempos modernos, cercándola un muro viejo flanqueado de medios torreones. Tres arrabales facilitaban su acceso careciendo de foso, estacada y de toda obra exterior. La poblacion, antes de 600 vecinos, ahora menguada con sus muchos padecimientos. En el intermedio que corrió desde el anterior ataque del pasado octubre hasta el de esta primavera del año de 1810, se trató de mejorar el estado de sus defensas, fortaleciendo principalmente el arrabal de Reitibia con fosos, estacadas, cortaduras y pozos de lobo. Se formaron cuadrillas de paisanos, y la guarnicion ascendia á unos 2,800 hombres. Continuaba siendo gobernador Don José María de Santocildes.

En febrero estaban los franceses alojados en las riberas del Orbigo hácia donde los nuestros para aumentar el repuesto de sus víveres extendian las correrías. El 11 del mes el general Loison con 9000 hombres y seis piezas de campaña se presentó delante de la ciudad, haciendo el 16 intimacion de rendirse. Contestó á ella negativamente Santocildes, y entonces el general francés se alejó de la plaza, sin que por eso cesasen sus guerrillas de tirotearse diariamente con las nuestras. Asi se prosiguió hasta que el 21 de marzo pensaron los franceses en formalizar el sitio.

Habíase arrimado hácia aquella parte el general Junot duque de Abrantes, encargado del mando del 8° cuerpo, vuelto á formar de nuevo, y uno de los que habian de componer el ejército que Napoleon destinaba contra los ingleses de Portugal. Habiéndose Santocildes opuesto á recibir un pliego que Junot le expidiera, comenzó desde luego este los trabajos del sitio. Impidieron su progreso los cercados, y aun el 26 rechazaron una tentativa de los sitiadores sobre el arrabal de Reitibia. Escaseaban los españoles de cañones, y los que habia solo eran de menor calibre; careciase tambien de municiones; abundaba sí el entusiasmo de la tropa y del paisanage. Por ambos lados se escaramuzaba sin cesar, manteniendo los sitiados la esperanza de ser socorridos por el general Mahy que permanecia en el Vierzo, cuyas avenidas observa-

ban atentamente los franceses, trabándose á veces pelea entre unos y otros.

Mientras tanto concluida el 19 de abril la batería de brecha, rompieron los enemigos el fuego en el siguiente dia con piezas de grueso calibre, y se dirigieron contra la puerta de Hierro, por donde aportillaron el muro. Con las granadas se incendió la catedral, quemándose parte de ella y varias casas contiguas. El vecindario y la guarnicion se defendian con serenidad y denuedo. Practicable á poco tiempo la brecha, aunque Junot intimó por segunda vez la rendicion, amenazando pasar á cuchillo soldados y moradores, se desechó su propuesta y se prepararon todos á repeler el asalto. Emprendiéronle los enemigos, embistiendo, á la misma sazon que la brecha abierta en la puerta de Hierro, el arrabal de Reitibia. Duró el ataque desde la mañana hasta despues de oscurecido. Los sitiados rechazaron con el mayor valor todas las acometidas sin que los franceses consiguiesen entrar la ciudad. Vecinos y militares se mostraban resueltos á insistir en la defensa, mas desgraciadamente era imposible. Ya no quedaban sino 24 tiros de cañon, pocos de fusil; estando ademas desfogonadas las piezas y rotas sus cureñas. En tal angustia reunidas las autoridades determinaron la entrega. Solo en el ayuntamiento hubo un anciano de mas de 60 años, y de nombre el licenciado Costilla, imágen por su esfuerzo de los antiguos varones de Leon, que levantándose de su asiento prorumpió en las siguientes y enérgicas palabras: « Muramos como Nu- « mantinos. »

Capitula.

Licenciado Costilla.

Decidida la rendicion se posesionaron los enemigos de Astorga el 22 de abril en virtud de capitulacion honrosa. Computóse la pérdida que experimentamos en aquel sitio en 200 hombres; superior la de los contrarios.

De esta manera los franceses de Castilla asegurando poco á poco su flanco derecho, y teniendo en suspenso las provincias del norte mientras José ocupaba las Andalucías, se disponian al propio tiempo, segun veremos en el libro próximo, á invadir á Portugal.

Por su lado Suchet trató en Aragon de llamar igualmente la atencion de los españoles moviéndose hácia Valencia. Antes habia este general ocupádose en sosegar su provincia y sobre todo Navarra, cuyo reino, bastantemente tranquilo en un principio, comenzó á rebullir en tanto grado que con trabajo transitaban los correos franceses, y apenas era reconocida la autoridad intrusa fuera de la plaza de Pamplona. Mina el mozo causaba tamaña mudanza. Obedecido por todas partes, y nunca descubierto ni vendido, dominaba la comarca y aun obligó en enero al gobernador de Navarra á entrar con él en tratos para el cange de prisioneros.

Aragon.

Mina el mozo.

Disgustado el gobierno francés con tener á sus puertas tan osado enemigo, encomendó al general Suchet el restablecimiento de la tranquilidad en Navarra. Burló Mina por algun tiempo con su diligencia y maña los intentos de los franceses, y especialmente los del general Harispe, encargado en particular de perseguirle. Acosado al fin no solo por este, sino tambien por tropas que se destacaron de hácia Logroño y otras que salieron de Pamplona, desbandó su gente y ocultó sus armas, aguardando reunir de nuevo aquella luego que los enemigos le dejasen algun respiro. La osadía de Mina era tal que aun despues, yendo Suchet á Pamplona con objeto de arreglar la administracion francesa, bastante desordenada, disfrazóse de paisano y se metió cerca de Olite en un grupo deseoso de ver pasar en el tránsito al general su contrario. Arrojo á que tambien impelia la seguridad con que era dado recorrer la tierra á los españoles que guerreaban contra los franceses.

Expedicion de Suchet sobre Valencia.

El general Suchet, compuestas las cosas de Navarra, y llegando allí de Francia nuevas tropas, tornó á Aragon disponiéndose á invadir el reino de Valencia. Proyecto que le fue indicado por el príncipe de Neuchâtel, quien finalizada la campaña de Austria volvió á desempeñar el empleo de mayor general de los ejércitos franceses en España, no obstante el mando en gefe dado al rey José: complicacion de supremacías que causaba, por decirlo de paso, encontradas resoluciones, señaladamente en las provincias rayanas de Francia. Modificáronse al parecer por otras posteriores las primeras insinuaciones que respecto á Valencia habia hecho el príncipe de Neuchâtel; pero no pudiendo tampoco las últimas calificarse de órdenes positivas, prefirió Suchet someterse á una terminante y clara que recibió del intruso escrita en Córdoba el 27 de enero, segun la cual se le prevenia que marchase rápidamente la vuelta del Guadalaviar. No llegó el pliego á manos de Suchet hasta el 15 de febrero, siendo dificultosa la travesía por hormiguear los guerrilleros.

Resuelto el general francés á la empresa dejó en Aragon alguna fuerza que amparase las comarcas mas amenazadas por los partidarios, y fortaleció varios puntos. Tres divisiones en que se distribuian las reliquias del ejército español de Aragon despues de la dispersion de Belchite llamaban con particularidad su atencion. Era una la que estaba á las órdenes de Don Pedro Villacampa, situada cerca de Villel partido de Teruel, en un campo atrincherado, del que no sin trabajo la desalojó el general polaco Klopicki; otra la que cubria la línea del Algas, regida por Don Pedro García Navarro, que luego pasó á Cataluña; y la última la que andaba entre el Cinca y Segre á cargo de Don Felipe Perena: divisiones todas no muy bien pertrechadas, pero que contaban unos 15,000 hombres.

Ascendiendo ahora el 3er cuerpo enemigo con los refuerzos venidos de Francia á 30,000 combatientes, érale á Suchet mas fácil tener en respeto á los aragoneses, asegurar las diversas comunicaciones y partir á su expedicion de Valencia, para la cual llevó de 12 á 14,000 soldados escogidos.

Empezó pues á realizar su plan, y el 25 de febrero llegó en persona á Teruel. En consecuencia el general Habert con una columna de cerca de 5000 hombres se dirigió el 27 sobre Morella, debiendo continuar por San Mateo y la costa, y casi al propio tiempo con la division de Laval y la brigada de Paris, componiendo en todo unos 9,000 soldados, partió de Teruel siguiendo la ruta de Segorbe el mismo Suchet. Al ponerse en marcha recibió de Paris la órden por duplicado (habiendo sido interceptada la primera) de desistir de la expedicion de Valencia y formalizar los sitios de Lérida y Mequinenza; pero tarde ya para variar de rumbo, á pesar de la responsabilidad en que incurria, llevó adelante su propósito.

Estado de este reino y de la ciudad.

La fama de la inminente invasion llegó muy en breve á la ciudad de Valencia, en donde con el temor se desencadenaron las pasiones. El general Don José Caro, en lugar de dirigirlas al único y laudable fin de la defensa, fuese miedo, fuese deseo de satisfacer odios y personales rivalidades, dió rienda suelta á todo linage de excesos y á enojosas venganzas. No compensó hasta cierto punto tan reprensible conducta con activas y oportunas providencias militares: medio seguro de reprimir los malévolos, y de tener en su favor la gran mayoría de los honrados ciudadanos. Un año era corrido desde que Caro mandaba, y ni se habia fortificado Murviedro ni otros puntos importantes, ni el ejército de línea se habia aumentado mas allá de 11,000 hombres. La poblacion en parte se encontraba armada, mas tan oportuna providencia antes bien habia nacido de la espontaneidad de los habitantes que de disposicion enérgica de la autoridad superior, flojedad comun á casi todos los gefes y juntas de España, suplida, en cuanto era dado, por el buen seso y ánimo de los naturales.

En tanto las dos columnas francesas avanzaban. La de Morella entró sin resistencia en la villa y ocupó el castillo, abandonado por el coronel Miedes. La de Teruel se aproximó á Alventosa, en donde la vanguardia del ejército valenciano estaba colocada detras del barranco por donde corre el Mijares. Al principio las guerrillas capitaneadas por Don José Lamar alcanzaron ventajas; mas luego recibida órden de Caro de replegarse sobre Valencia, y al tiempo que los franceses trataban ya de envolver la izquierda española, se retiraron los nuestros el 2 de marzo sobradamente de prisa, pues dejaron abandonados cuatro cañones de campaña. Entraron despues los franceses en Segorbe, ciudad que pillaron desamparada por los habitadores.

Llegó el 3 á Murviedro el general Suchet, en donde se le juntó con su columna el general Habert. No estando todavía fortificado aquel sitio, que lo fue de la antigua y célebre Sagunto, se sometió la ciudad: encaminándose en seguida á Valencia los enemigos, ya mas gozosos por comenzar á competir desde allí el cultivo del hombre con la lozanía de la vegetacion.

Segun se iban los franceses aproximando á la ciudad crecia en ella la fermentacion, y mas se desbocaba Don José Caro en cometer tropelías. Envió á San Felipe de Játiva la junta superior, y creó una comision militar de policía, instrumento de sus venganzas. Cierto que para ellas habia un pretexto honroso en secretos tratos que el enemigo mantenia dentro de Valencia; pero en vez de solo descargar sobre los culpados la justicia de las leyes, arrestáronse indistintamente y para satisfacer enemistades buenos y malos patriotas.

Malógrasele á Suchet su expedicion.

En tal estado presentáronse los franceses delante de Valencia el 5 de marzo, estableciendo Suchet en el Puig su cuartel general. Ocuparon fuera de los muros y á la izquierda del Guadalaviar el arrabal de Murviedro, el colegio de San Pio V, el palacio real, el convento de la Zaidia y otros, extendiéndose al Grao y su comarca en gran detrimento de los pueblos. Intimó el 7 el general Suchet á Don José Caro la rendicion, quien en este caso respondió cual debia. Se mantuvo Suchet hasta el 10 en las cercanías esperando á que estallase en su favor dentro de la ciudad una conmocion; mas saliendo fallida su esperanza y temeroso de las guerrillas que se formaban en su derredor, levantó el campo en la noche del 10 al 11 y retrocedió por donde habia venido.

Pozoblanco.

Grande algazara y justa alegría se manifestó en Valencia al saberse el alejamiento del enemigo. Mas no por eso cesó Caro en sus persecuciones. Varios de los presos aunque inocentes continuaron encarcelados, y fue ahorcado el baron de Pozoblanco. Dudamos aun si este infeliz era ó no delincuente, y si en realidad habia seguido correspondencia con el enemigo. Natural de la isla de la Trinidad unian en otro tiempo á él y á Caro estrechos vínculos, que tuvieron principio cuando el último visitaba como marino las costas americanas. Convirtióse despues en odio la antigua amistad, y se acusó á Caro de haber usado en aquel lance de la potestad suprema no imparcial ni desapasionadamente.

Suchet al retirarse se encontró con muchos paisanos armados que se habian levantado á su espalda, y tambien con la noticia de que el reino de Aragon aprovechándose de su ausencia comenzaba de nuevo á estar muy movido. En efecto Don Pedro Villacampa revolviendo el 7 de marzo sobre Teruel habia entrado la ciudad y obligado al coronel Plique á encerrarse con su guarnicion en el seminario ya de antes fortifi-

Ventajas de los españoles en Aragon.

cado. No contento aun asi el español habia salido á esperar y cogido en la venta de Malamadera á corta distancia de Teruel un convoy enemigo procedente de Daroca. Apoderóse de 4 piezas, de unos 200 hombres y de muchas municiones. Otro tanto hizo por opuesto lado con una compañía de polacos avanzada en Alventosa. El seminario, estrechado por los nuestros y próximo á caer en sus manos, se libertó el 12 de marzo con la llegada del ejército de Suchet que forzó á Villacampa á alejarse. Don Felipe Perena tambien por el Cinca habia hecho sus correrías, destruyendo en Fraga el puente y los atrincheramientos enemigos.

El 17 volvió Suchet á Zaragoza y quiso ante todo acabar con Mina el mozo que por su lado se habia igualmente adelantado á las Cinco Villas. Inquietó bastante este caudillo en aquellos dias á los franceses; mas perseguido en Aragon por el gobernador de Jaca y el general Harispe, y en Navarra por Dufour, cayó desgraciadamente el 31 en poder de los puestos franceses que al cogerle le maltrataron. Sin detencion llevároonsele á Francia, y le encerraron en el castillo de Vincennes, donde permaneció como tantos otros españoles hasta 1814. Sucedióle su tio el renombrado Don Francisco Espoz y Mina, quien con sus hechos y mejor fortuna oscureció las breves glorias de su sobrino.

Cae prisionero Mina el mozo.

Sucédele su tio Espoz y Mina.

Arregladas las cosas de Aragon trató Suchet de cumplir con lo que se le habia mandado de Paris sitiando á Lérida. No por eso estaba bajo su dependencia Cataluña encomendada al mariscal Augereau, dejando solo á cargo del primero el asedio de las plazas que formaban, por decirlo asi, cordon entre aquel principado y las provincias rayanas.

De luto habia cubierto á Cataluña la caida de Gerona. Don Joaquin Blake por su parte no admitiéndole la central la dejacion que repetidamente habia hecho de su mando, se separó de autoridad propia en 10 de diciembre de su ejército, poniendo interinamente á su cabeza al marqués de Portago. Motivó semejante resolucion haber aprobado la central contra el dictámen de dicho general lo determinado por el congreso catalan de levantar 40,000 hombres de somaten. Blake queria crear cuerpos de línea y no reuniones informes de indisciplinados paisanos. Pero los catalanes, apegados á su antigua manera de guerrear, hallaron arrimo en el gobierno supremo, desatendiéndose las reflexiones juiciosas y militares de Blake, quien en medio de sus conocimientos no gozaba de popularidad á causa de su mala estrella.

Estado de Cataluña.

Ausente este general no quedó Portago largo tiempo en el mando, pues cayendo enfermo dejó en su lugar á Don Jaime García Conde, sustituido tambien en breve por el general mas antiguo Don Juan Henestrosa. El congreso catalan, despues de expedir varias providencias en favor de la defensa del principado, tomando

para darlas mas bien consejo de los falsos conceptos del provincialismo, que de atento é imparcial juicio, se disolvió y quedó sola para el despacho de los negocios la junta superior.

El somaten que se habia levantado no produjo el efecto que esperaban los catalanes. Apareció tarde y al caer Gerona, y no queriendo tampoco los partidos desprenderse de sus respectivos contingentes para prestarse mutuo auxilio, faltó el necesario concierto. Permaneció en Vique el grueso del ejército español, teniendo apostado en el Grao de Olot un cuerpo volante. Clarós estaba hácia Besalú, y Rovira camino de Figueras, ambos con bastante fuerza á causa de los somatenes que se les agregaron. Para despejar el pais y asegurar las comunicaciones con Francia marcharon contra ellos los generales Souham y Verdier. Hubo con este motivo varios reencuentros de los que se contaron algunos favorables para los somatenes. En los mismos dias el enemigo que de todos lados acometia hizo de Francia inútiles esfuerzos contra el valle de Aran.

Dispuso en seguida Augereau que 10,000 hombres suyos yendo sobre Vique atacasen el ejército español. Trabáronse por aquella parte desde 1° de enero frecuentes y reñidos combates honrosos para los españoles, pues con fuerza inferior hicieron rostro á contrarios aguerridos. Pero viendo los nuestros la superioridad de los franceses, celebraron el 12 consejo de guerra y determinaron replegarse hácia Manresa y Tarrasa, dejando en Tona una division al mando del general Porta.

Varias acciones. Siguieron aun entonces las refriegas. Los franceses entraron en Vique, y avanzando se encontraron con los nuestros el 14 y 15, siendo de notar la acción habida en Moyá, en la que los generales Odonell y Porta rechazaron á los enemigos de los que perecieron mas de 200. El primero peleó con ventaja hasta como soldado y cuerpo á cuerpo.

Urgiale en tanto al mariscal Augereau, aseguradas en algun modo sus comunicaciones con Francia, abrir las de Barcelona, plaza que empezaba á estar apurada por falta de bastimentos. Conveniente

Bloqueo de Hostalrich. era para ello la toma de Hostalrich, pero no cediendo el gobernador á las intimaciones, Augereau asi que ocupó la villa dejó al coronel Mazzuchelli encargado de bloquear el castillo. Arrimó tambien allí las fuerzas de Souham para alejar á los somatenes, y él en persona dispúsose á marchar prontamente sobre Barcelona.

La poblacion de esta ciudad habia disminuido careciendo de trabajo los fabricantes y sus operarios, y avergonzada la mocedad de no acudir al llamamiento que por medio de su congreso y junta continuamente les hacia la provincia. El general Duhesme mandaba como antes en Barcelona, y con frecuencia se veia obligado á ir en busca de víveres teniendo que atacar á los somatenes y á una

division que siempre permaneció en el Llobregat, cuyas fuerzas reunidas estrechaban la plaza, acorralando á veces dentro de ella á las tropas francesas.

Va Augereau al socorro de Barcelona.

Augereau aunque hostigado por las guerrillas se adelantó con el convoy y 9000 hombres, y Duhesme seguido de unos 2000 salió de Barcelona hasta Granollers á su encuentro. De hácia Tarrasa desembocó para interceptar el socorro el marqués de Campoverde, al paso que Orozco comandante de la division del Llobregat llamaba de aquel lado la atencion.

Descalabro de Duhesme en Santa Perpetua y en Mollet.

Campoverde atacó el 20 en Santa Perpetua á Duhesme haciéndole 400 prisioneros: juntósele despues Porta que acudió por Castelltersoll, y ambos en Mollet cayeron sobre el 2º escuadron de coraceros y le cogieron casi entero. Felizmente para la demas tropa del general Duhesme llegó á tiempo Augereau libertando á un batallon que se defendia en Granollers. En seguida pudieron los franceses sin obstáculo meter el convoy en Barcelona.

Entra Augereau en Barcelona.

Aquel mariscal, cumpliendo de este modo con el principal objeto de su expedicion, quitó á Duhesme el gobierno de aquella plaza, nombró en su lugar á Mathieu, y se replegó á Hostalrich, temiendo que de nuevo se le estorbára el paso.

Odonell nombrado general de Cataluña.

Con tanta mayor razon se mostraba desconfiado cuanto Don Enrique Odonell iba á capitanear las tropas de Cataluña. Así lo ansiaba el principado, y el 21 de enero se recibió la órden de la junta central, á la sazon todavia existente, confiriendo á aquel general el mando supremo.

Odonell, mozo activo y valiente, codicioso de gloria aunque algo atropellado, se habia atraido las voluntades de los catalanes con su adhesion á la causa de la independencia y su gran intrepidez, mostrada ya en el primer cerco de Gerona. Ahora autorizado empezó á obrar con diligencia y á mejorar la disciplina. Distribuyó igualmente su ejército en nuevas brigadas y divisiones, reconcentrando el 6 de febrero en Manresa casi toda la fuerza disponible. Solo dejó en Martorell y linea del Llobregat la 3ª division á las órdenes del brigadier Martinez.

Ejército que junta.

El nuevo general llegó pronto á tener consigo 8000 infantes y 1000 caballos bien dispuestos. El 14 de febrero atacó con feliz éxito á los enemigos cerca de Moyá, y el 19 se aproximó á Vique con ánimo de desalojarlos. Siguió lo principal de su fuerza el camino que de Tona se dirige á aquella ciudad, marchando una columna via de San Culgat hasta la altura del Vendrell, donde se paró. A las nueve de la mañana la vanguardia ó sea cuerpo volante mandado por Sarsfield rompió el fuego. Una hora despues cundió por toda la linea sostenido con tenacidad de ambas partes. Mandaba á los franceses el general Souham. Carecian los nuestros de cañones, no habiendo

Accion de Vique, el 19 de febrero.

podido traerlos por lo fragoso de la tierra; no mas de dos tenian los contrarios. A las doce se reforzaron los últimos con 2500 hombres que se les juntaron de Vique. Entonces Odonell, que conservaba á sus inmediatas órdenes la division situada en las alturas del Vendrell, bajó con ella al llano. Avivóse el fuego y continuó reciamente hasta las tres de la tarde, en cuya hora flanqueado Porta que regia el ala izquierda, á pesar de los esfuerzos de Odonell quedaron desbaratados los nuestros y se retiraron á Tona y Collsuspina. Perdimos entre muertos y heridos 900 hombres, otros tantos prisioneros: no fue corto el daño que experimentaron los franceses, siendo reñida la accion aunque malograda para los españoles.

Pertinaz defensa de Hostalrich.

Aguardaba en el intermedio el mariscal Augereau á orillas del Tordera refuerzos de Francia, y apretaba la division de Pino el bloqueo de Hostalrich. Situado este castillo en una elevada cima, enseñorea el camino de Barcelona, obstruyendo de consiguiente en tiempo de guerra las comunicaciones. Don Julian de Estrada, entonces gobernador resuelto á defenderle hasta el último trance, decia: « Hijo Hostalrich de Gerona debe imitar el ejemplo « de su madre. » Cumplió Estrada su palabra desoyendo cuantas proposiciones se le hicieron de acomodamiento. Desde el 13 de enero hasta el 20 del mes inmediato, limitáronse los franceses á bloquear el castillo, mas en aquel dia comenzó horroroso bombardeo.

Socorre de nuevo Augereau á Barcelona.

Al propio tiempo fueron llegando á Augereau los refuerzos de Francia que hicieron ascender su ejército al comenzar marzo á 30,000 combatientes sin contar la guarnicion de Barcelona. Escasa nuevamente esta plaza de medios tuvo Augereau que volver á su socorro, y consiguió no obstante pérdidas y tropiezos meter dentro un convoy.

Retirase Odonell á Tarragona.

Semejante movimiento obligó á Odonell á replegarse, mayormente coincidiendo con la correría que por aquel tiempo hizo Suchet sobre Valencia. El 21 entró en Tarragona el general español, y acampó en las cercanías el grueso de su ejército. Juntósele la division aragonesa del Algas ó sea de Tortosa compuesta de unos 7000 hombres. No se estuvo Odonell quieto allí sino que luego ejecutó otros movimientos.

Feliz ataque de Don Juan Caro.

Tal fue el que verificó al concluirse marzo, noticioso de que en Villafranca del Panadés se alojaba un trozo bastante considerable de franceses. Envió pues contra ellos á Don Juan Caro, asistido de 6000 hombres. Viendo los enemigos que los nuestros se aproximaban se encerraron en el cuartel de aquella villa, fuerte edificio sito á la entrada, pero en breve á pesar de su precaucion y resistencia tuvieron que capitular cayendo prisioneros 700 hombres. Portóse Caro con destreza y bizarría y quedó herido.

Sucedióle en el mando Campoverde, quien marchó sobre Manresa para darse la mano con Rovira, siendo el intento de Odonell

distraer al enemigo y si era posible auxiliar á Hostalrich. El general Swartz hacia por aquellas partes frente á los somatenes, cuya tenacidad desconcertaba al francés y aun le causaba á veces descalabros. En principios de abril tomó la resistencia tal incremento, que asustado Augereau salió el 11 de Barcelona y se dirigió á Hostalrich para impedir los socorros que los españoles querian introducir en el castillo, como ya lo habian conseguido una vez guiados por el coronel Don Manuel Fernandez Villamil.

Evacuan los españoles á Hostalrich.

Sin embargo todo ya era de mas. La penuria del fuerte tocaba en su último punto, faltando hasta el agua de los aljibes, única que surtia á la guarnicion. El bizarro gobernador, los oficiales y soldados habian todos sobrellevado de un modo el mas constante la escasez y miseria, que igualó si no sobrepasó la de Gerona. Mas desesperanzado Estrada de recibir auxilio alguno, y prefiriendo correr los mayores riesgos á capitular, resolvió salvarse con su gente de la que aun le quedaban 1200 hombres. A las diez de la noche del 12 púsose en movimiento y salió por el lado de poniente descendiendo la colina de carrera. Cruzó en seguida el camino real y atravesando la huerta llegó, repelidos los puestos franceses, á las montañas detras de Masanas y á Arbucias. Mas en aquel parage descarriado el valiente Estrada tuvo la desgracia de caer prisionero con tres compañías. El resto que ascendia á 800 hombres sacóle á buen puerto el teniente coronel de artillería Don Miguel Lopez Baños, quien el 14 entró en Vique, ciudad libre entonces de franceses. Estrada no se rindió sino despues de viva refriega, y Augereau, aunque incomodado con que se le escapase la mayor parte de la guarnicion, hizo alarde en gran manera de haberse hecho dueño de su gobernador. De poco le sirvió tan feliz acaso, pues no tardó en desgraciarse con Napoleon quien nombró para sucederle al mariscal Macdonald. Dícese que contribuyeron á su remocion quejas de Suchet, desazonado porque no le ayudaba debidamente en sus empresas.

El mariscal Macdonald sucede á Augereau en Cataluña.

Parte Suchet á Lérida.

De estas una de las principales era la que por entonces y despues de su retirada de Valencia intentaba contra Lérida, conformándose con la órden que se le dió de Paris. Asi despues de dejar un tercio de su fuerza en Aragon á las órdenes del general Laval, se enderezó con lo restante á Cataluña. Pero destruido por los españoles el puente de Fraga, y estando de aquel lado próximo el castillo de Mequinenza, prefirió Suchet el camino mas directo, el de Alcubierre, y estableció en Monzon sus almacenes y hospitales.

Entran sus tropas en Balaguer.

Se hallaba á la sazon en Balaguer Don Felipe Perena con alguna fuerza, y aunque es ciudad en que no quedan sino reliquias de sus antiguos muros, interesaba á los franceses su posesion á causa de un famoso puente de piedra que tiene

sobre el Segre. Atento á ello ordenó Suchet al general Habert que atacase á los españoles. Mas Perena creyendo ser desacuerdo resistir á fuerzas tan superiores cejó á Lérida, y los franceses entraron en Balaguer el 4 de abril.

Sitio de Lérida.

El 13 embistió Suchet aquella plaza. Asentada Lérida á la derecha del Segre, rio que tambien allí se cruza por hermosa puente, ha sido desde tiempos remotos ciudad muy afamada. En sus alrededores acabó César con Afranio y Petreyo del partido pompeyano, y antes cuando estos ocupaban la ciudad pasó aquel caudillo grandes angustias, acampado en la altura en donde ahora se divisa el fuerte de Garden. En la defensa de este, y sobre todo en la del castillo colocado al extremo opuesto del lado del norte en la cumbre de un cerro, consiste la principal fortaleza de Lérida, si bien ambos no se prestan entre si grande ayuda. Muro sin foso ni camino cubierto, parte con baluartes, parte con torreones, rodea lo demas del recinto. Algunas obras nuevas se habian ejecutado, á saber: una á la entrada del puente y tambien dos reductos llamados del Pilar y San Fernando en la meseta de Garden, en el parage opuesto á la plaza, fuera de cuyos muros está situado aquel fuerte. La poblacion que ya ascendia á mas de 12,000 almas se hallaba aumentada con los paisanos que del campo se habian refugiado dentro. Contaba la guarnicion 8000 hombres inclusa la tropa de Perena. Mandaba como gobernador Don Jaime Garcia Conde.

Todavía los franceses no habian empezado los trabajos del sitio, y ya Don Enrique Odonell pensó en hacer levantarle ó por lo menos en socorrer la plaza. Ignoraba su intento el general francés, por lo que el 21 de abril avanzó este hasta Tárrega, temiendo solo á Campoverde que vinos se adelantára hácia Manreza; tanto sigilo guardaban los catalanes de rara y laudable fidelidad.

Desgraciada tentativa de Odonell para socorrer la plaza.

Odonell se habia el dia antes puesto en marcha con 6000 infantes y 600 caballos, y el 22 sabiendo por el gobernador de Lérida que parte del ejército francés se habia alejado de la plaza miró como asegurada su empresa. Empezó pues Odonell en la mañana del 23 á aproximarse á la ciudad siguiendo el llano de Margalef, repartida su fuerza en tres columnas, una mas avanzada por el camino real, las otras dos por los costados. Desgraciadamente sabedor al fin Suchet de la salida de Odonell de Tarragona tornó de priesa hácia Lérida, y tomó oportunas disposiciones para que se malograse el plan del general español. Caminaba este confiado en su triunfo, cuando de repente se vió arremetido por fuerzas considerables. El general Harispe trabó luego pelea con la 1ª columna, y Musnier saliendo de Alcoletge acometió á la que iba por la derecha del camino. Los nuestros se desordenaron, principalmente la caballería arrollada por un regimiento de coraceros. Odonell aunque sobrecogido con

tal contratiempo pudo juntar parte de su gente, y antes de anochecer retirarse con ella en buen órden camino de Montblanc. La pérdida de las dos columnas atacadas fue sin embargo considerable, quedando prisioneros batallones enteros.

Los franceses queriendo aprovecharse del terror que aquel descalabro infundiria en los leridanos embistieron en la misma noche los reductos del fuerte de Garden. Dichosos los enemigos al principio en el ataque del Pilar, salieron mal en el de San Fernando, teniendo que retirarse y aun evacuar el primero que ya habian ocupado.

Al dia siguiente tanteó el general Suchet el ánimo del gobernador, proponiendo á este para hacerle ver lo inútil de la defensa que enviase personas de su confianza que por sí mismos examinasen la pérdida que en el dia anterior habian los españoles padecido en Margalef. La réplica de García Conde fue enérgica y concisa. « Se- « ñor general, dijo, esta plaza nunca ha contado con el auxilio de « ningun ejército. » Lástima que á las palabras no correspondiesen los hechos como en Zaragoza y Gerona.

Empezaron los franceses el 29 de abril los trabajos de trinchera, escogiendo por frente de ataque el espacio que media entre el baluarte de la Magdalena y el del Cármen, que era por donde embistió la plaza el duque de Orleans en la guerra de sucesion.

Los sitiados no repelieron con grande empeño los aproches del enemigo. Asi esta defensa no fue larga ni digna de memoria. Merece no obstante honrosa excepcion la resistencia que hizo en la noche del 12 al 13 de mayo el reducto de San Fernando, ya bien sostenido como arriba hemos dicho en una primera acometida. En la última se defendió con tal tenacidad que de 300 hombres que le guarnecian apenas sobrevivieron 60.

Los franceses asaltaron el 13 del mismo mes la ciudad, y la entraron sin tropezar con extraordinarios impedimientos. La guarnicion se recogió al castillo, en donde tambien se metieron casi todos los habitantes viendo que los acometedores no les daban cuartel. Crueldad ejecutada de intento, para que hacinados muchos individuos en corto recinto obligáran al gobernador á rendirse. Hubiera sin embargo García Conde podido despejar aquella fortaleza echando fuera la gente inútil, pero Suchet, para no desaprovechar la ocasion de acabar en breve el sitio, empezó desde luego á tirar bombas, las cuales, cayendo sobre tantas personas apiñadas en reducido espacio, causaron en poco tiempo el mayor estrago. Blandeando el ánimo de García Conde con los lamentos de mugeres, niños y ancianos, y forzado hasta cierto punto por la junta corregimental que creia que nada importaba la defensa del castillo si la ciudad perecia, capituló el 14, habiendo los franceses concedido á la guarnicion los honores de la guerra. Ejemplo que siguió el fuerte

Entran los franceses en Lérida y rindese su castillo.

de Garden. Pérdida sensible la de Lérida, conquista que abria á los invasores las comunicaciones entre Aragon y Cataluña.

Tachóse á García Conde de traidor, opinion que adquirió crédito con haber despues abrazado el partido del gobierno intruso. Lo cierto es que era hombre de limitados alcances, y juzgamos que su conducta mas bien dimanó de esto y de fatal desdicha que de premeditada maldad.

Tambien el fuerte de las Medas.

Por entonces, para que las desgracias vinieran juntas, ocuparon tambien los franceses el fuerte de la isla de las Medas al embocadero del Ter, puesto importante malamente entregado por el gobernador español Don Agustin Cailleaux.

Asi iban de caida los cosas de Cataluña, no habiendo acontecido en lo restante de mayo y en el inmediato junio sino acometidas parciales de somatenes y guerrilleros que siempre hostigaban al enemigo. Don Enrique Odonell molestado de sus heridas dejó por unos pocos dias su puesto á Don Juan María de Villena. Contaba el ejército á pesar de sus pérdidas 21,798 hombres, inclusas las guarniciones de las plazas, entre las que Tarragona se miraba como la base de las operaciones. En esta ciudad volvió Odonell á empuñar el 1° de julio el baston del mando con objeto de instalar allí el 17 del mismo mes un congreso catalan que de nuevo habia convocado para reanimar el espíritu algo abatido de los naturales, y buscar medio de oponerse con fuerza al mariscal Macdonald, quien daba muestras de obrar activamente.

Sucesos de Aragon.

Por su parte el general Suchet terminada la expedicion de Lérida pensó en poner sitio á la plaza de Mequinenza. Mientras duró el de la primera hubo muchos y parciales combates, ya en las comarcas septentrionales de Cataluña que lindan con Aragon, y ya en Aragon mismo. Aqui hizo contra los franceses de Alcañiz una tentativa infructuosa Don Francisco de Palafox destinado por la regencia á aquellas partes, siendo mas afortunado Don Pedro Villacampa en una sorpresa que dió el 15 de mayo á los enemigos en Purroy partido de Calatayud, en donde cogió al comandante Petit con un convoy y mas de 100 hombres.

Las ventajas conseguidas por aquel caudillo irritaron á los franceses, quienes desde el 14 de mayo se pusieron á perseguirle, partiendo de Daroca el general Klopicki. Fuese retirando Villacampa y no paró hasta Cuenca. Siguieron de cerca su huella los enemigos sin llegar á aquella ciudad, pero dejando rastra de su paso en Molina y demas pueblos del camino. Diversos choques de menor importancia acaecieron tambien en otros puntos de Aragon: porfiado pelear que cansaba sobremanera á los franceses.

Sitio de Mequinenza.

Del 15 al 20 de mayo embistió el general Musnier la plaza de Mequinenza, importante por su situacion y necesaria para enseñorear el Ebro. Villa esta de 1500 vecinos

estriba su principal defensa en el castillo, antigua casa fuerte de los marqueses de Aytona, colocado en lo alto de una elevada montaña de áspera é inaccesible subida por todos lados, excepto por el de poniente que se dilata en planicie, cuyo frente amparan un camino cubierto, foso y terraplen abaluartado revestido de mampostería. Guarnecian la plaza 1200 hombres. Gobernábala como antes el coronel Don Manuel Carbon, y dirigia la artillería Don Pascual Antillon, ambos oficiales muy distinguidos.

No tenia el castillo otros aproches sino los que ofrecia á la parte occidental la planicie mencionada, y no era cosa fácil traer hasta ella artillería. Pronto discurrió la diligencia francesa medio de conseguirlo, abriendo desde Torriente y por la cima de las montañas un camino que viniese á dar al punto indicado. Tuvieron los enemigos concluida su obra el 1° de junio, y en el intermedio no descuidaron tomar en rededor y en ambas orillas del Ebro, y en las del Segre su tributario, los puestos importantes. Entraron los sitiadores la villa en la noche del 4 al 5, la saquearon y prendieron fuego á muchas casas. Las tropas se refugiaron en el castillo. El gobernador resistió allí cuanto pudo los ataques de los franceses, mas arruinadas ya las principales defensas, y no habiendo abrigo alguno contra los fuegos enemigos, se entregó el 8 quedando la guarnicion prisionera de guerra.

Le toman los franceses.

La víspera de la rendicion habia llegado á Mequinenza el general Suchet, quien deseando sacar de su triunfo la mayor ventaja, despachó dos horas despues de la entrega al general Montmarie para que se apoderase del castillo de Morella, lo que ejecutó dicho general sin obstáculo el 15 de junio. Posesion, que aunque no tan importante como la de Mequinenza, éralo bastante por estar situado aquel fuerte en los confines de Aragon y Valencia, y porque asi iban los franceses preparándose á nuevas empresas, y afianzaban poco á poco y de un modo sólido su dominacion.

Toman tambien el castillo de Morella.

No obstante hallábase esta lejos de arraigarse. Los pueblos continuaban casi por todas partes haciendo guerra á muerte á los invasores, y la isla gaditana, punto céntrico de la resistencia, no solo mantenia la llama sagrada del patriotismo, sino que la fomentaba procurando ademas acrecer y mejorar en su recinto las fortificaciones.

Cádiz.

De nada influyó para no llevar adelante semejante propósito la pérdida de Matagorda acaecida el 22 de abril. Situado aquel castillo no lejos de la costa del Caño del Trocadero, sostuviéronle con tenacidad los ingleses encargados de su defensa, y solo le abandonaron ya convertido en ruinas. Luego mostró la experiencia lo poco que sus fuegos perjudicaban á las comunicaciones por agua y sus proyectiles á la plaza.

Toman los franceses á Matagorda.

El mismo dia de la evacuacion del mencionado fuerte fondeó

Manda Blake el ejército de la isla.

en bahía viniendo del reino de Murcia Don Joaquin Blake, nombrado por la regencia para suceder al de Alburquerque en el mando de la isla gaditana, cuyas fuerzas, sin contar las de los aliados ni la milicia armada, ascendian de 17 á 18,000 hombres, engrosado el ejército con los dispersos y reliquias que de la costa aportaban, y con nuevos alistados que acudian hasta de Galicia. A la llegada de Blake consideróse dicho ejército como parte integrante del denominado del centro, que se alojaba en el reino de Murcia, repartiéndose entre ambos puntos las divisiones en que se distribuia.

Trasládase á Cádiz la regencia.

El consejo de regencia trasladóse el 29 de mayo de la isla de Leon á Cádiz, y escogió para su morada el vasto edificio de la aduana. Se le reunió por aquellos dias el obispo de Orense que no habia hasta el 26 arribado al puerto, retardado su viage por la distancia, ocupaciones diocesanas y malos tiempos.

Varan en la costa dos pontones de prisioneros.

En este mes nada muy importante en lo militar avino en Cádiz, sino el haber varado en la costa de enfrente los pontones Castilla y Argonauta llenos de prisioneros franceses. Aprovecháronse los que estaban á bordo del primero de un furioso huracan que sopló en la noche del 15 al 16 para desamarrar el buque y dar á la costa; eran unos 700, los mas oficiales. Imitáronlos el 26 los del Argonauta 600 en número, sin que pudiesen estorbar su desembarco nuestras baterías y cañoneras.

Trato de estos.

Con este motivo han clamoreado muchos extrangeros, y, lo que es mas raro, ingleses, contra el mal trato dado á los prisioneros, y sobre todo contra la dureza de mantenerlos tanto tiempo en la estrechura de unos pontones. Nos lastimamos del caso y reprobamos el hecho, pero ocupadas ó invadidas á cada paso las mas de nuestras provincias, imposible era para custodia de aquellas buscar dentro de la península paraje seguro y acomodado. La Gran Bretaña libre y poderosa permitió tambien que en pontones gimiesen largos años sus muchos prisioneros. Quisiéramos que nuestro gobierno no hubiese seguido tan deplorable ejemplo, dando así justa ocasion de censura á ciertos historiadores de aquella nacion tan prontos á tachar excesos de otros como lentos en advertir los que se cometen en su mismo suelo.

Pasan á las Baleares, su trato allí.

El gobierno español sin embargo habia resuelto suavizar la suerte de muchos de aquellos desgraciados, enviando á unos á las islas Canarias y á otros á las Baleares. Dichosos los primeros, no cupo á los últimos igual ventura. Alborotados contra ellos los habitantes de Mallorca y Menorca á causa de la relacion que de las demasías del ejército francés les venia de la península, necesario fue conducirlos á la isla de Cabrera, siendo al embarco maltratados muchos y aun algunos

muertos. Aquella isla al sur de Mallorca, si bien de sano temple y no escasa de manantiales, estaba solo poblada de árboles bravíos sin otro albergue mas que el de un castillo. Suministráronse tiendas á los prisioneros, pero no las bastantes para su abrigo, como tampoco instrumentos con que pudiesen suplir la falta de casas fabricando chozas. Unos 7000 de ellos la ocuparon, y llegó á colmo su miseria, careciendo á veces hasta del preciso sustento, ora por temporales que impedian ó retardaban los envíos, ora tambien por flojedad y descuido de las autoridades. Feo borron que no se limpia con haber en ello puesto al fin las córtes conveniente remedio, ni menos con el bárbaro é inhumano trato que al mismo tiempo daba el gobierno francés á muchos gefes é ilustres españoles sumidos en duras prisiones y castillos, pues nunca la crueldad agena disculpó la propia.

Resistencia en los Andalucías.

Entre tanto el gobierno español no solo atendió en su derredor á la defensa de la isla gaditana, sino que tambien pensó en divertir la atencion del enemigo, molestándole en las mismas Andalucías y provincias aledañas. Dos de los puntos que para ello se presentaban mas cercanos é importantes eran al ocaso el condado de Niebla, y al levante la serranía de Ronda. El primero ademas de ser tierra costanera, y en partes montuosa, respaldábase en Portugal, para cuya invasion tenian los enemigos que prepararse de intento; y por lo que respecta á Ronda favorecia sus operaciones y alzamiento la vecina é inexpugnable plaza de Gibraltar, depósito de grandes recursos, principalmente de pertrechos de guerra.

Condado de Niebla.

La regencia, para dar mayor estímulo á la defensa, encargó el mando de aquellos distritos á gefes de su confianza. Para el condado escogió á Don Francisco de Copons y Navia que permanecia en Cádiz despues que en febrero arribó allí con su division. Partió pues el general nombrado, y el 14 de abril tomó el mando de aquel pais, muy trabajado con las vejaciones del enemigo, y solo defendido por unos 700 hombres remanente de cuerpos dispersos ó situados en otras partes. Procuró Copons unir y aumentar esta masa bastante informe, recoger los caudales públicos, mantener libre la comunicacion de la costa con Cádiz, y hostigar con frecuencia á los franceses. Consiguió su objeto si bien con suerte varia, teniendo á veces que replegarse á Portugal.

Serranía de Ronda.

Del lado de Ronda la resistencia fue mayor, mas empeñada y duradera. Partido occidental esta serranía de la provincia de Málaga y cordillera de montes elevados que arrancan desde cerca de Tarifa extendiéndose al este, se compone de muchos pueblos ricos en producciones y dados al contrabando á que los convida la vecindad de Gibraltar. Sus moradores avezados á prohibido tráfico conocen á palmos el terreno, sus angostu-

ras y desfiladeros, sus cuevas las mas escondidas, y teniendo á cada paso que lidiar con los aduaneros y las tropas enviadas en persecucion suya, estan familiarizados con riesgos que son imágen de los de la guerra. Empléanse las mugeres en los trabajos del campo, y en otros no menos penosos inherentes á la profesion de los hombres, y asi son de robustos miembros y de condicion asemejada á la varonil. Llena pues de brios poblacion tan belicosa, y previendo los obstáculos que recrecerian á su comercio si los franceses afianzaban su imperio, rehusó someterse al yugo extrangero.

Ya dieron aquellos habitantes señales de desasosiego al tiempo de la ocupacion de Sevilla. José pensó que los tranquilizaria con su presencia y discursos, para lo cual pasó á Ronda antes de concluir febrero. Satisfecho quizá de su excursion, ó temiendo mas bien otras resultas, no se detuvo allí muchos dias, dejando solamente alguna fuerza y un gobernador con extensas facultades. Pero la autoridad del francés redújose pronto á estrechos límites, ciñéndola á la ciudad la insurreccion de los serranos. Acaudillaron á estos varias cabezas, siendo uno de los que mas promovieron al alzamiento Don Andres Ortiz de Zárate, que los naturales denominaron el Pastor.

El consejo de regencia por su lado envió de comandante al campo de San Roque, cuyas líneas en frente de Gibraltar se habian destruido de acuerdo con el gobernador inglés Campbell, á Don Adrian Jácome con encargo de recoger los dispersos y de soplar el fuego en la serranía. Hombre Jácome pacato é irresoluto de poco sirvió á la buena causa. Afortunadamente los serranos siguiendo los ímpetus de su propio intento solian á veces obrar con mas acierto que algunos gefes que presumian de entendidos.

Al ánimo de aquellos debióse en breve que el levantamiento tomase tal vuelo que ya el 12 de marzo se presentaron numerosas bandas delante de Ronda capitaneadas por Don Francisco Gonzalez. Los franceses viendo el tropel de gente que venia sobre ellos, evacuaron de noche la ciudad y se retiraron á Campillos. Penetraron luego los paisanos por las calles de Ronda, y comenzó gran desórden, y aun hubo pillage y otros destrozos. Contuviéronlos algun tanto patriotas de influjo que llegaron oportunamente.

A poco se reforzaron tambien los enemigos con tropa que llevó de Málaga el general Peyremont, y el 21 recobraron á Ronda. No permaneció allí largo tiempo dicho general, pues entrada en su ausencia por los paisanos la ciudad de Málaga tuvo que volar á su socorro. La guerra continuó por toda la sierra sin que los franceses pudiesen solos dar un paso, y no trascurriendo dia en que sus puestos no fuesen inquietados. Formóse en Jimena una junta y nombró el gobierno comandante del distrito á Don José Serrano Valdenebro, bajo la inspeccion de Don Adrian Jácome. Creciendo

los gefes crecieron los zelos y las competencias, y se suscitaron trastornos y mudanzas.

Don José Romero: accion notable.

Por tristes que fuesen tales ocurrencias inevitables en guerra de esta clase, no por eso se cedia en la lucha, llevando á cumplido remate proezas que recuerdan las del tiempo de la caballería. Fue una de las mas memorables la que avino en Montellano, pueblo de 4000 habitantes inmediato á la sierra. Era alcalde Don José Romero, y ya el 14 de abril al frente del vecindario habia repelido de sus calles á 500 franceses. Tornaron estos el 22 reforzados con otros 1000 para vengar la primera afrenta. Encontraron á su paso obstáculos en Grazalema; pero llegando al fin á Montellano tuvieron allí que vencer la braveza de los moradores, lidiando con ellos de casa en casa. Impacientados los franceses de tamaña obstinacion recurrieron al espantoso medio de incendiar el pueblo. Redujéronle casi todo él á pavesas, excepto el campanario en que se defendian unos cuantos paisanos y la casa de Romero. Este varon tan esforzado como Villadrando, haciendo de sus hogares formidable palenque y ayudado de su muger y sus hijos, continuó por mucho tiempo con terrible puntería causando fiero estrago en los enemigos, y tal que no atreviéndose ya estos á acercarse resolvieron derribar á cañonazos paredes para ellos tan fatales. Grande entonces el aprieto de Romero, inevitable fuera su ruina si no le salvára de ella la repentina retirada de los franceses, que se alejaron temerosos de gente que acudia de Puerto Serrano y otras partes. Libre Romero á duras penas pudo arrancársele de los escombros de Montellano, respondiendo á las instancias que se le hacian: « Alcalde de esta « villa, este es *mi* puesto. »

Tarifa.

Imitaban al mismo tiempo en Tarifa la conducta de los serranos. No habian los enemigos ocupado antes esta plaza situada en el extremo meridional de España, contentándose con sacar de ella raciones en una ocasion en que se aproximaron á sus muros. Pudieran entonces haberla fácilmente tomado, pero no juzgaron prudente exponerse á ello sin mayores fuerzas. Los españoles despues aumentaron los medios de defensa, y aun vinieron en su ayuda algunos ingleses mandados por el mayor Brown. Ignorábanlo los franceses, y el 21 de abril intentaron entrar la plaza de rebate. Salióles mal la empresa rechazados con pérdida por el paisanage y sus aliados.

Vemos así cuánto distraian á los franceses las conmociones é incesante guerrear de los puntos mas inmediatos á Cadiz. Tampoco se los dejaba tranquilos en otros mas distantes de las mismas Andalucías, ya por la parte de Murcia en que permanecia el ejército del centro, ya por la de Extremadura en que estaba el de la izquierda.

Puesto aquel á últimos de enero, segun queda referido, bajo

Ejército del centro en Murcia.

las órdenes del general Blake, fue creciendo y disciplinándose en cuanto las circunstancias lo permitian, y fomentó con su presencia partidas que se levantaron en las montañas del lado de Cazorla y Ubeda, y en las Alpujarras.

A principios de marzo Don Joaquin Blake con motivo de la entrada de Suchet en el reino de Valencia, movióse hácia aquella parte; mas enterado luego de la retirada de los franceses retrocedió á sus cuarteles, volviendo á unirse al general Freire, á quien con alguna tropa habia dejado en la frontera de Granada. Entonces fue cuando Blake recibió la órden de pasar á la isla, quedando en ausencia suya Don Manuel Freire al frente del ejército, cuya fuerza constaba de 12,000 infantes y cerca de 2000 caballos con 14 piezas de artillería.

Correria de Sebastiani en aquel reino.

Hizo á poco una correría la vuelta de aquel punto el general Sebastiani acompañado de 8000 hombres. Enderezóse por Baza á Lorca, y Freire se replegó sobre Alicante, metiendo en Cartagena le 3ª division de su ejército al mando de Don Pedro Otedo. Los franceses se adelantaron sin oposicion, y el 23 de abril se posesionaron de la ciudad de Murcia, siendo aquella la vez primera que pisaban su suelo. Los vecinos de mas cuenta y las autoridades se habian ausentado la víspera. Sebastiani anunció á su entrada que se respetarian las personas y las propiedades; pero no se conformó su porte con tan solemnes promesas.

Su conducta.

En la mañana del 24 fue á la catedral, y despues de mandar que se llevase preso á un canónigo revestido con su trage de coro hizo que se interrumpiesen los divinos oficios, obligando al cabildo eclesiástico á que inmediatamente se le presentase en el palacio episcopal. Provenia su enojo de que no se le hubiese cumplimentado al presentarse en la iglesia. Maltrató de palabra á los canónigos, y ordenó que en el término de dos horas le entregasen todos sus fondos. Pidiéndole el cabildo que por lo menos alargase el plazo á cuatro horas, respondió altaneramente: « Un conquistador no deshace lo que una vez manda. »

Con no menos despego y altivez trató Sebastiani á los individuos de un ayuntamiento que se habia formado interinamente. Reprendióles por no haberle recibido con salvas de artillería y repique de campanas, imponiendo al vecindario en castigo 100,000 duros, suma que á muchos ruegos rebajó á la mitad. Tomaron ademas el general francés y los suyos, no contando las raciones y otros suministros, todo el dinero de los establecimientos públicos, y la plata y alhajas de los conventos, sin que se libertasen del saqueo varias casas principales.

Evacúale.

Esta correría ejecutada, al parecer, mas bien con intento de esquilmar el reino de Murcia, aun intacto de la rapacidad enemiga, que de afianzar el imperio del intruso,

fue muy pasagera. El 26 del mismo abril ya todos los franceses habian evacuado la ciudad, y bien les vino empezando á reinar grande efervecencia en la huerta y contornos. Idos los invasores se ensañaron los paisanos en las personas y haciendas de los que graduaron de afectos á los enemigos, y mataron al corregidor interino Don Joaquin Elgueta, el cual habia tambien corrido gran peligro de parte de los franceses queriendo amparar á los vecinos. ¡Triste y no merecida suerte! Mejor hubieran los murcianos empleado sus puños en defenderse contra el comun enemigo, que haberse manchado con la sangre inocente de sus conciudadanos.

Partidas de Cazorla y de las Alpujarras.

Envió despues Freire la caballería y algunos infantes á la frontera de Granada, quedándose él en Elche. Con tal apoyo volvieron á fomentarse las partidas por el lado de Cazorla, y por el opuesto de las Alpujarras, y hubo muchos reencuentros entre ellas y cuerpos destacados del enemigo, compuestos de 200 á 400 hombres. La conducta de algunas tropas francesas contribuia tambien no poco á la irritacion de los habitantes, habiéndose mostrado feroces en Velez Rubio y otros pueblos, por lo que los vecinos defendian sus hogares de consuno, tocando á rebato y á manera de leones bravos. En las Alpujarras ásperas pero deliciosas sierras, y en cuyas vertientes á la mar se dan las producciones del trópico, señaláronse varios partidarios como Mena, Villalobos, García y otros, aspirando los moradores, como ya en su tiempo decia Mármol, á que se les tuviese por invencibles.

Extremadura: ejército de la izquierda.

Andaba tambien á veces la guerra bastante viva en la parte de las Andalucías que linda con Extremadura. La junta de Badajoz, luego que Mortier se retiró el 12 de febrero de enfrente de la plaza, puso gran conato en derramar guerrillas hácia el reino de Sevilla y riberas del Tajo. Caminó luego hácia las del Guadiana desde San Martin de Trevejos el ejército de la izquierda, excepto la division de la Carrera que quedó apostada para impedir las comunicaciones entre Extremadura y el pais, allende la sierra de Baños. Este ejército, unido á la fuerza que habia en Badajoz, constaba de unos 26,000 infantes y de mas de 2000 hombres de caballería, la mitad desmontados. El marqués de la Romana le distribuyó colocando en su izquierda cerca de Castello de Vide y en Alburquerque dos divisiones al mando de Don Gabriel de Mendizabal y de Don Cárlos Odonell (hermano de Don Enrique) una, y su cuartel general en Badajoz mismo, y otras dos á su derecha en Olivenza y camino de Monasterio á las órdenes de los generales Ballesteros y Senen de Contreras. Servia de arrimo al ejército de Romana, ademas de Badajoz, la plaza de Yelbes y otras no tan importantes que guarnecen ambas fronteras española y portuguesa, en donde tambien habia una division aliada que

Romana.

Ballesteros.

regia el general Hill. Se trabaron asi de ambas partes continuos choques, ya que no batallas, y en algunos sostuvieron los españoles con ventaja la gloria de nuestras armas. Ballesteros por la derecha fue quien mas lidió, siendo notables los combates de 25 y 26 de marzo en Santa Olalla y el Ronquillo, los del 15 de abril y 26 de mayo en Zalamea y Aracena, junto con los de Burguillos y Monasterio que se dieron al finalizar junio; todos contra las tropas del mariscal Mortier. Era el principal campo de Ballesteros y su acogida el pais montuoso que se eleva entre Extremadura, Portugal, y reino de Sevilla, desde donde igualmente se daba la mano con los españoles del condado de Niebla. Sus servicios fueron dignos de loa, si bien á veces ponderaba sobradamente sus hechos.

Don Cárlos Odonell.

Don Cárlos Odonell no dejaba tampoco de hostigar al enemigo por el lado izquierdo. Tenia alli que habérselas con el 2º cuerpo á cargo del general Reynier, quien en principios de marzo, viniendo del Tajo, sentó sus reales en Mérida. Se escaramuzó con frecuencia entre unos y otros, y Reynier tambien hacia correrías contra las demas divisiones españolas, formalizándose en ocasiones las refriegas. Tal fue la que se trabó en 5 de julio entre él y los gefes Imaz y Morillo en Jerez de los Caballeros: los españoles se defendieron desde por la mañana hasta la caida de la tarde, y se retiraron con órden cediendo solo al número. Permaneció Reynier en aquellas partes hasta el 12 de julio, en cuyo tiempo repasó el Tajo aproximándose á los cuerpos de su nacion que iban á emprender, camino de Ciudad Rodrigo, la conquista de Portugal. Observóle en su marcha, moviéndose paralelamente, la division del general Hill.

Varias refriegas.

Siguió haciendo siempre la guerra en el mediodia de Extremadura el cuerpo del mariscal Mortier; mas este gefe disgustado con Soult anhelaba por alejarse, y aun pidió licencia para volver á Francia.

Decreto de Soult de 9 de mayo.

Molestaba la pertinaz resistencia de los españoles al mariscal Soult en tanto grado que con nombre de reglamento dió el 9 de mayo un decreto ageno de naciones cultas. En su contexto notábase, entre otras bárbaras disposiciones, una que se aventajaba á todas concebida en estos términos: « No hay ningun ejército español fuera del de S. M. C. Don José Napoleon; « asi todas las partidas que existan en las provincias, cualquiera « que sea su número y sea quien fuere su comandante, serán tratadas como reuniones de bandidos... Todos los individuos de « estas compañías que se cogieren con las armas en la mano serán « al punto juzgados por el preboste y fusilados; sus cadáveres quedarán expuestos en los caminos públicos. »

Asi queria tratar el mariscal Soult á generales y oficiales, asi á soldados, cuyos pechos quizá estaban cubiertos de honrosas cicatrices, asi á los que vencieron en Bailen y Tamames, confundién-

dolos con foragidos. La regencia del reino tardó algun tiempo en darse por entendida de tan feroz decreto con la esperanza de que nunca se llevaria á efecto. Pero víctima de él algunos españoles, publicó al fin en contraposicion otro en 15 de agosto, expresando que por cada español que asi pereciese, se ahorcarian tres franceses; y que « mien- « tras el duque de Dalmacia no reformase su sanguinario decreto... « sería considerado personalmente como indigno de la proteccion « del derecho de gentes, y tratado como un bandido si cayese en « poder de las tropas españolas. » Dolorosa y terrible represalia, pero que contuvo al mariscal Soult en su desacordado enojo.

Otro en respuesta de la regencia de España.

Entibiaban tales providencias las voluntades aun de los mas afectos al gobierno intruso, coadyuvando tambien á ello en gran manera los yerros que Napoleon prosiguió cometiendo en su aciaga empresa contra la península. De los mayores por aquel tiempo fue un decreto que dió en 8 de febrero, segun el cual se establecian en varias provincias de España gobiernos militares. Encubriase el verdadero intento so capa de que, careciendo de energía la administracion de José, era preciso emplear un medio directo para sacar los recursos del pais, y evitar asi la ruina del erario de Francia, exhausto con las enormes sumas que costaba el ejército de España. Todos empero columbraron en semejante resolucion el pensamiento de incorporar al imperio francés las provincias de la orilla izquierda del Ebro, y aun otras si las circunstancias lo permitiesen.

Decreto de Napoleon sobre gobiernos militares.

(* Ap. n. 5.)

El tenor mismo del decreto lo daba casi á entender. Cataluña, Aragon, Navarra y Vizcaya se ponian bajo el gobierno de los generales franceses, los cuales, entendiéndose solo para las operaciones militares con el estado mayor del ejército de España, debian « en « cuanto á la administracion interior y policía, rentas, justicia, « nombramiento de empleados y todo género de reglamentos, en- « tenderse con el emperador por medio del príncipe de Neuchâtel, « mayor general. » Igualmente los productos y rentas ordinarias y extraordinarias de todas las provincias de Castilla la Vieja, reino de Leon y Asturias, se destinaban á la manutencion y sueldos de las tropas francesas, previniéndose que con sus entradas hubiera bastante para cubrir dichas atenciones.

Ya que tales providencias no hubiesen por sí mostrado á las claras el objeto de Napoleon, los procedimientos de este á la propia sazon respecto de otras naciones de Europa probaban con evidencia que su ambicion no conocia límites. Los estados del papa en virtud de un senado-consulto se unieron á la Francia, declarando á Roma segunda ciudad del imperio, y dando el título de rey suyo al que fuese heredero imperial. Debian ademas los emperadores franceses coronarse en adelante en la iglesia de San Pedro, despues de ha-

Une á su imperio los estados pontificios y la Holanda.

berlo sido en la de *Notre Dame* de Paris. El senado-consulto ostentoso en sus términos anunciaba el renacimiento del imperio de occidente, y decia : « Mil años despues de Carlo-Magno se acuñará una « medalla con la inscripcion *Renovatio imperii.* » Agregóse tambien á la Francia en este año la Holanda aunque regida por un hermano de Napoleon, y ocupó su territorio un ejército francés, imaginando el emperador en su desvarío, pues no merece otro nombre, que paises tan diversos en idioma y costumbres, tan distantes unos de otros, y cuya voluntad no era consultada para tan monstruosa asociacion, pudieran largo tiempo permanecer unidos á un imperio cimentado solo en la vida de un hombre.

En España muy en breve se empezaron á sentir las consecuencias del establecimiento de los gobiernos militares. Procuró ocultar aquella medida en tanto que pudo el gabinete de José conociendo su mal influjo. Los generales franceses aun en las provincias no comprendidas en el decreto «dispusieron luego á su arbitrio» (* Ap. n. 6.) « (como afirman Azanza y Ofarrill), ó sin otra depen- « dencia directa que la del emperador, de todos los recursos del « pais. Por consecuencia de esto las facultades del rey José (añaden « los mismos) fueron disminuyendo hasta quedarse en una mera « sombra de autoridad. »

Inútil embajada á Paris de Azanza.

Sumamente incomodó á José la inoportuna y arbitraria resolucion de su hermano, concebida en menoscabo de su poder y aun en desprecio de su persona. Trastornáronse tambien los ánimos de los españoles, sus adherentes, quienes ademas de ver en tal desacuerdo la prolongacion de la guerra, dolíanse de que España pudiese como nacion desaparecer de la lista de las de Europa. Porque entre los de este bando no obstante sus compromisos conservaban muchos el noble deseo de que su patria se mantuviese intacta y floreciente.

Menester pues era que por parte de ellos se pusiese gran conato en que el emperador revocase su decreto. Creyeron asi oportuno enviar á París una persona escogida y de toda confianza, y nadie les pareció mas al caso que Don Miguel José de Azanza, conocido de Napoleon ya en Bayona, y ministro de genio suave y de índole conciliadora (* Ap. n. 7.). Hemos leido la correspondencia que con este motivo siguió Azanza, y nada mejor que ella prueba el desden y desprecio con que trataba al de Madrid el gabinete de Francia.

En principios de mayo llegó á Paris como embajador extraordinario el mencionado Don Miguel. Tardó en presentar sus credenciales, y á mediados de junio de vuelta ya Napoleon desde 1° del mes de un viage á la Bélgica, no habia aun tenido el ministro español ocasion de ver al emperador mas que una vez cuando le presentaron. Pasados algunos dias mirábase Azanza como muy dichoso solo porque *ya le hablaban* (* Ap. n. 8.) (son sus

palabras). Satisfaccion poco duradera y de ninguna resulta. Prolongó su estancia en Paris hasta octubre, y nada logró, como tampoco el marqués de Almenara que de Madrid corrió en su auxilio por el mes de agosto. Hubo momentos en que ambos vivieron muy esperanzados; hubo otros en que por lo menos creyeron que se daria á España en trueque de las provincias del Ebro el reino de Portugal: ilusiones que al fin se desvanecieron diciendo Azanza al rey José en uno de sus últimos oficios (24 de setiembre)* (* Ap. n. 9.): « El duque de Cadore (Champagny) en una « conferencia que tuvimos el miércoles nos dijo expresamente que « el emperador exigia la cesion de las provincias de mas acá del « Ebro por indemnizacion de lo que la Francia ha gastado y gas- « tará en gente y dinero para la conquista de España. No se trata « de darnos á Portugal en compensacion. El emperador no se con- « tenta con retener las provincias de mas acá del Ebro, quiere que « le sean cedidas. »

Fuéronse por lo mismo estas organizando á la manera de Francia en cuanto permitian las vicisitudes de la guerra, y cierto que la providencia de su incorporacion al imperio se hubiera mantenido inalterable si las armas no hubieran trastrocado los designios de Napoleon. Suerte aquella fácil de prever despues de los acontecimientos de Bayona en 1808, segun los cuales, y atendiendo á la ambicion y poderío del emperador de los franceses, necesariamente el gobierno de José, privado de voluntad propia, tenia que sujetarse á fatal servidumbre de nacion extraña.

En una de las primeras cartas de la citada correspondencia* (* Ap. n. 10.) de Don Miguel de Azanza, háblase de un suceso que por entonces hizo gran ruido en Francia, y cuyo relato tambien es de nuestra incumbencia. Fue pues una tentativa hecha en vano para que pudiese el rey Fernando escaparse de Valencey. Habianse propuesto varios de estos planes al gobierno español, los cuales no adoptó este por inasequibles, ó por lo menos no tuvieron resulta. En la actual ocasion tomó orígen semejante proyecto en el gabinete británico, siendo móvil y principal actor el baron de Kolly, empleado ya antes en otras comisiones secretas. Muchos han tenido á este por irlandés, y asi lo declaró él mismo; pero el general Savary bien enterado de tales negocios nos ha asegurado que era frances y de la Borgoña.

Tentativa para libertar al rey Fernando.

Kolly pasó á Inglaterra para ponerse de acuerdo con aquel ministerio, del que era individuo el marqués de Wellesley, despues de su vuelta de España. Diéronsele á Kolly los medios necesarios para el logro de su empresa y papeles que acreditasen su persona y comprobasen la veracidad de sus asertos. Desembarcó en la bahía de Quiberon, acercándose tambien á la costa una escuadrilla inglesa destinada á tomar á su bordo

Baron de Kolly.

á Fernando. En seguida partió Kolly á Paris para dar comienzo á la ejecucion de su plan, de difícil éxito, ya por la extrema vigilancia del gobierno francés, ya por el poco ánimo que para evadirse tenian el rey y los infantes.

Vida de los príncipes en Valencey.

No hemos hablado de aquellos príncipes despues de su confinamiento en Valencey. Su estancia no habia hasta ahora ofrecido hecho alguno notable. Apenas en su vida diaria se habian desviado de la monótona y triste que llevaban en la córte de España. Divertíanse á veces en obras de manos, particularmente el infante Don Antonio, muy aficionado á las de torno, y de cuando en cuando la princesa de Talleyrand los distraia con saraos ú otros entretenimientos. No les agradaba mucho la lectura, y como en la biblioteca del palacio se veian libros que, en el concepto del citado infante, eran peligrosos, permanecia este continuamente en acecho para impedir que sus sobrinos entrasen en aposentos henchidos á su entender de oculta ponzoña. Asi nos lo ha contado el mismo príncipe de Talleyrand. Salian poco del circuito del palacio y las mas veces en coche, llegando á punto la desconfianza de la policía francesa que con tretas indignas de todo gobierno casi siempre les estorbaba el ejercicio de á caballo.

La familia que los acompañó en su destierro antes de cumplirse el año fue separada de su lado, y confinados algunos de sus individuos á varias ciudades de Francia, entre ellos el duque de San Cárlos y Escoiquiz. Quedó solo Don Juan Amézaga, pariente del último, hombre con apariencias de honrado de ocultos manejos, y harto villano para hacerse confidente y espia de la policía francesa.

Préndese á Kolly.

En tal situacion y con tantas trabas dificultoso era acercarse á los príncipes sin ser descubierto, y mas que todo llevar á feliz término el proyecto mencionado. Ni tanto se necesitó para que se malograse. Kolly á pocos dias de llegar á Paris fue preso, habiendo sido vendido por un pseudo-realista, y por un tal Richard de quien se habia fiado. Metiéronle en Vincennes el 24 de marzo, y no tardó en tener un coloquio con Fouché ministro de la policía general. Admirábase este de que hombres de buen seso hubiesen emprendido semejante tentativa, imposible (decia) de realizarse, no solo por las dificultades que en sí mismo ofrecia, sino tambien porque Fernando no hubiera consentido en su fuga.

Insidiosa conducta de la policía francesa.

Sin embargo aunque estuviese de ello bien persuadida la policía francesa, quisieron sus empleados asegurarse aun mas, ya fuera para sondear el ánimo de los príncipes, ó ya quizá para tener motivos de tomar con sus personas alguna medida rigorosa. En consecuencia se propuso á Kolly el ir á Valencey, y hablar á Fernando de su proyecto, dorando la

policía lo infame de tal comision con el pretexto de que así se desengañaria Kolly, y veria cuál era la verdadera voluntad del príncipe. Prometiósele en recompensa la vida y asegurar la suerte de sus hijos. Desechó honradamente Kolly propuesta tan insidiosa é inicua, y de resulta volviéronle á Vincennes donde continuó encerrado hasta la caida de Napoleon, siendo de admirar no pasase mas allá su castigo.

La policía, no obstante la repulsa del baron, no desistió de su intento, y queriendo probar fortuna envió á Valencey al bellaco de Richard, haciéndole pasar por el mismo Kolly. Abocóse primero en 6 de abril con Amézaga el disfrazado espía; mas los príncipes rehusando dar oidos á la proposicion, denunciaron á Richard como emisario inglés, al gobernador de Valencey Mr. Berthemy, ora porque en realidad no se atrevieran á arrostrar los peligros de la huida, ora mas bien porque sospecháran ser Richard un echadizo de la policía. Terminóse aquí este negocio, en el que no se sabe si fue mas de maravillar la osadía de Kolly, ó la confianza del gobierno inglés en que saliera bien una empresa rodeada de tantas dificultades y escollos.

Cartas de Fernando.

Publicóse en el Monitor con la mira sin duda de desacreditar á Fernando una relacion del hecho acompañada de documentos, y antes en el mismo año se habian ya publicado otros, de que insertamos parte en un apéndice de los libros anteriores. Entre aquellos de que aun no hemos hablado, pareció notable una carta que Fernando habia escrito á Napoleon en 6 * de agosto de 1809 felicitándole por sus victorias. Notable tambien fue otra de 4 * de abril de 1810 del mismo príncipe á Mr. Berthemy, en que decia: « Lo que ahora ocupa mi atencion es para mí un objeto « del mayor interes. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. « el emperador, nuestro soberano. Yo me creo merecedor de esta « adopcion que verdaderamente haria la felicidad de mi vida, tanto « por mi amor y afecto á la sagrada persona de S. M., como por « mi sumision y entera obediencia á sus intenciones y deseos. » No se esparcian mucho por España estos papeles, y aun los que los leian considerábanlos como pérfido invento de Napoleon. A no ser así ¡qué terrible contraste no hubiera resultado entre la conducta del rey, y el heroismo de la nacion!

(* Ap. n. 11.)

(* Ap. n. 12.)

LIBRO DUODÉCIMO.

Ejército francés que se destina á Portugal. Mariscal Massena general en gefe. — Sitio de Ciudad Rodrigo. — Herrasti su gobernador. — Situacion de Wellington. — Don Julian Sanchez. — Capitula la plaza. — Gloriosa defensa. — Clamores contra los ingleses por no haber socorrido la plaza. — Excursion de los franceses hácia Astorga y Alcañices. — Toman la Puebla de Sanabria. — La pierden. — La ocupan de nuevo. — Campaña de Portugal. — Estado de este reino y de su gobierno. — Plan de lord Wellington. — Fuerza que mandaba. — Subsidios que da Inglaterra. — Posicion de Wellington. — Devastacion del pais. — Líneas de Torres-Vedras. — Dicho de Wellington á Alava. — Preparativos y fuerza de los franceses. — Escaramuzas. Fuerte de la concepcion. — Combate del Coa. — Sitio de Almeida. Vuélase. — Capitula. — Proscripciones y prisiones en Lisboa. — Temores de los ingleses. — Repliégase Wellington. — Dificultades que tiene Massena. — Aguijale Napoleon. — Empieza Massena la invasion. — Posicion de Wellington y medidas que toma. — Descripcion del valle de Mondego. — Distribucion de los cuerpos de Massena. — Muévese sobre Celórico y Viseo. — Entran sus avanzadas en Viseo. — Continua Wellington su retirada. — Ataca Trant la artillería y equipages franceses. — Deliénese Wellington en Busaco. — Accion de Busaco. — Cruza Massena la sierra de Caramula. — Los franceses en Coimbra. — Condeixa. — Desórdenes en el ejército inglés. — Sorprende Trant á los franceses de Coimbra. — Alcoentre. — Alenquer. — Los ingleses en las líneas. — Massena no las ataca. — — Formidable fuerza y posicion de Wellington. — Unesele con dos divisiones Romana. — Moléstase tambien al enemigo fuera de las líneas. — Don Cárlos de España. — Situacion crítica de los franceses. — Galicia. — Asturias. — Expediciones de Porlier por la costa. — Extremadura. — Refriega en Cantalgallo. — En Fuente de Cantos. — Expedicion de Lacy á Ronda. — Al condado de Niebla. — Situacion de esta comarca. — Operaciones en Cádiz. — Fuerza sútil de los enemigos. — Fuerzas de los aliados en Cádiz y la isla. — Blake en Murcia. — Sebastiani se dirige á Murcia. — Medidas que toma Blake. — Se retira Sebastiani. — Insurrecciones en el reino de Granada. — Expedicion contra Fuengirola y Málaga. — Avanza Blake á Granada. — Accion de Baza, 3 de noviembre. — Provincias de levante. — Valencia. — Choques en Morella y Albocaser. — Avanza Caro y se retira. Caro huye de Valencia. — Le sucede Bassecourt. — Cataluña. — Su congreso. — Odonell. — Macdonald. — Convoyes que lleva á Barcelona. — Ejército español de Cataluña. — Intenta Suchet sitiar á Tortosa. — Sus disposiciones. — Salidas de la plaza y combates parciales. — Adelanta Macdonald á Tarragona. — Se retira. — Dificultades con que tropieza. — Avístase en Lérida con Suchet. — Macdonald incomodado siempre por los españoles. — Sorpresa gloriosa de La Bisbal. — Y de varios puntos de la costa. — Guerra en el Ampurdan. — Eroles manda allí. — Campoverde en Cardona. — Otro convoy para Barcelona. — No adelantan los enemigos en el sitio de Tortosa. — Convoyes que van allí de Mequinenza. — Los atacan los españoles. — Carvajal en Aragon. — Villacampa infatigable en guerrear. — Andorra. — Las Cuevas. — Alventosa. — Combate de la Fuensanta. — Nuevos convoyes para Tortosa. — Combates parciales.

Los españoles desalojados de Falset. — Movimiento de Bassecourt. — Accion de Ulldecona. — Macdonald socorre á Barcelona y se acerca á Tortosa. — Formaliza el sitio Suchet. — Deja Odonell el mando. — Partidas en lo interior de España. — En Andalucía. — En Castilla la Nueva. — En Castilla la Vieja. — Santander y provincias Vascongadas. — Expedicion de Renovales á la costa Cantábrica. — Navarra. Espoz y Mina. — Córtes. — Remisa la regencia en convocarlas. — Clamor general por ellas. — Las piden diputados de las juntas de provincia. — Decreto de convocacion. — Júbilo general en la nacion. — Dudas de la regencia sobre convocar una segunda cámara. — Costumbre antigua. — Opinion comun en la nacion. — Consulta la regencia al consejo reunido. — Respuesta de este. — Voto particular. — Consulta del consejo de estado. — No se convoca segunda cámara. — Modo de eleccion. — El antiguo de España. — Poderes que se dan á los diputados. — Llámanse á las córtes diputados de las provincias de América y Asia. Eleccion de suplentes. — Opinion sobre esto en Cádiz. — Parte que toma la mocedad. — Enojo de los enemigos de reformas. — Número que acude á las elecciones. — Temores de la regencia. Restablece todos los consejos. — Quiere el consejo real intervenir en las córtes. — No lo consigue. — Señálase el 24 de setiembre para la instalacion de córtes. — Comision de poderes. — Congojosa esperanza de los ánimos.

Proseguian los franceses en su intento de invadir el reino de Portugal y de arrojar de allí al ejército inglés, operacion no menos importante que la de apoderarse de las Andalucías y de mas dificultosa ejecucion, teniendo que lidiar con tropas bien disciplinadas, abundantemente provistas y amparadas de obstáculos que á porfía les prestaban la naturaleza y el arte. Destinaron los franceses para su empresa los cuerpos 6° y 8°, ya en Castilla, y el 2° que luego se les juntó yendo de Extremadura. Formaban los tres un total de 66,000 infantes y unos 6000 caballos. Nombróse para el mando en gefe al duque de Rivoli, el célebre mariscal Massena.

Ejército francés que se destina á Portugal. Mariscal Massena general en gefe.

Antes de pisar el territorio portugués, forzoso les era á los franceses no solo asegurar algun tanto su derecha, como ya lo habian practicado metiéndose en Asturias y ocupando á Astorga, sino tambien enseñorearse de las plazas colocadas por su frente. Ofreciase la primea á su encuentro Ciudad Rodrigo, la cual, despues de varios reconocimientos anteriores, y de haber hecho á su gobernador inútiles intimaciones, embistieron de firme en los últimos dias del mes de abril.

Sitio de Ciudad Rodrigo.

A la derecha del Agueda y en parage elevado, apenas se puede contar á Ciudad Rodrigo entre las plazas de tercer órden. Circuida de un muro alto antiguo y de una falsabraga, domínala al norte y distante unas 200 toesas el teso llamado de San Francisco, habiendo entre este y la ciudad otro mas bajo con nombre del Calvario. Cuéntanse dos arrabales, el del Puente al otro lado del rio, y el de San Francisco bastante extenso, y el cual colocado al nordeste fue protegido con atrincheramientos: se fortalecieron ademas en su derredor varios edificios y conventos como el de Santo Do-

mingo, y tambien el que se apellida de San Francisco. Otro tanto se practicó en el de Santa Cruz situado al noroeste de la ciudad, y por la parte del rio se levantaron estacadas y se abrieron cortaduras y pozos de lobo. Despejáronse los aproches de la plaza y se construyeron algunas otras obras. Se carecia de almacenes y de edificios á prueba de bomba, por lo que hubo de cargarse la bóveda de la torre de la catedral y depositar allí y en varias bodegas la pólvora, como sitios mas resguardados. La poblacion constaba entonces de unos 5000 habitantes, y ascendia la guarnicion á 5498 hombres, incluso el cuerpo de urbanos. Se metió tambien en la plaza con 240 ginetes Don Julian Sanchez é hizo el servicio de salidas. Era gobernador Don Andres Perez de Herrasti, militar antiguo, de venerable aspecto, honrado y de gran bizarría, natural de Granada como Alvarez el de Gerona, y que asi como él habia comenzado la carrera de las armas en el cuerpo de guardias españolas.

Herrasti, su gobernador.

Confiaban tambien los defensores de Ciudad Rodrigo en el apoyo que les daria lord Wellington, cuyo cuartel general estaba en Viseo y se adelantó despues á Celórico. Su vanguardia á las órdenes del general Crawfurd se alojaba entre el Agueda y el Coa, y el 19 de marzo en Barba del Puerco hubo entre cuatro compañías suyas y unos 600 franceses que cruzaron el puente de San Felices un reñido choque, en el que si bien sorprendidos al principio los aliados, obligaron no obstante en seguida á los enemigos á replegarse á sus puestos. Unióse en mayo á la vanguardia inglesa la division española de Don Martin de la Carrera apostada antes hácia San Martin de Trevejos.

Situacion de Wellington.

Viniendo sobre Ciudad Rodrigo apareciéronse los franceses el 25 de abril vía de Valdecarros, y establecieron sus estancias desde el cerro de Matahijos hasta la Casablanca. Descubriéronse igualmente gruesas partidas por el camino de Zamarra, y continuando en acudir hasta junio tropas de todos lados, llegáronse á juntar mas de 50, 000 hombres que se componian de los ya nombrados 6° y 8° cuerpos y de una reserva de caballería que guiaban el mariscal Ney y los generales Junot y Montbrun. El primero habia vuelto de Francia y tomado el mando de su cuerpo con la esperanza de ser el gefe de la expedicion de Portugal. Por de mas hubiera sido emplear tal enjambre de aguerridos soldados contra la sola y débil plaza de Ciudad Rodrigo, si no hubiese estado cerca el ejército anglo-portugués.

Tuvo el 6° cuerpo el inmediato encargo de ceñir la plaza: situóse el 8° en San Felices y su vecindad, y se extendió la caballería por ambas orillas del Agueda. Pasóse el mes de mayo en escaramuzas y choques, distinguiéndose varios oficiales, y sobre todos D. Julian Sanchez. Maravillóse de las buenas disposiciones y valor de este el comandante de la brigada británica

Don Julian Sanchez.

Crawfurd que desde Gallegos habia pasado á Ciudad Rodrigo á conferenciar con el gobernador. Era el 17 de mayo, y de vuelta á su campo escoltaba al inglés Sanchez, cuando se agolpó contra ellos un grueso trozo de enemigos. Juzgaba Crawfurd prudente retroceder á la plaza, mas Don Julian conociendo el terreno disuadióle de tal pensamiento, y con impensado arrojo acometiendo al enemigo en vez de aguardarle, le ahuyentó, y llevó salvo á sus cuarteles al general inglés.

Intimaron el 12 de nuevo los franceses la rendicion, y Herrasti sin leer el pliego contestó que excusaban cansarse, pues ahora no trataria sino á balazos.

Los enemigos despues de haber echado dos puentes de comunicacion entre ambas orillas y completado sus aprestos, avivaron los trabajos de sitio al principiar junio.

El 6 verificaron los cercados una salida mandada por el valiente oficial Don Luis Minayo que causó bastante daño á los franceses, é hicieron hoyos en las huertas llamadas de Samaniego en donde se escondian sus tiradores incomodando con sus fuegos á nuestras avanzadas. Continuaron adelantando los franceses sus apostaderos, y á su abrigo en la noche del 15 al 16 de junio abrieron la trinchera que arrancaba en el mencionado teso, y que los enemigos dilataron aunque á costa de mucha sangre por su derecha y por el frente de la plaza. 400 hombres de las compañías de cazadores y el batallon de voluntarios de Avila capitaneados por el entendido y valeroso oficial Don Antonio Vicente Fernandez se señalaron en los muchos reencuentros que hubo sostenidos siempre por nuestra parte con gloria.

Teniendo ya los enemigos el 22 muy adelantadas sus líneas, y de modo que imposibilitaban el maniobrar de la caballería, resolvióse que Don Julian Sanchez saliese del recinto con sus lanceros y se uniese á Don Martin de la Carrera. Ejecutóse la operacion con intrepidez, y el denodado Sanchez á la cabeza de los suyos dirigiéndose á las once de la noche por la dehesa de Marti-Hernando, forzó tres líneas enemigas con que encontró, y matando y atropellando logró gallardamente su intento.

Acometieron los sitiadores en la noche del 23 el arrabal de San Francisco y en especial los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, pero fueron rechazados. Lo mismo practicaron en el arrabal del Puente si bien tuvieron igual ó semejante suerte. A la verdad no fueron estos sino simulados ataques.

Apareció como verdadero el que dieron contra el convento de Santa Cruz situado segun queda dicho al noroeste de la plaza. Cercáronle en efecto por todos lados de noche, escalaron las tapias de su frente, y quemando la puerta principal se metieron en la iglesia á cuyas paredes aplicaron camisas embreadas. Pensaron en seguida asaltar el cuerpo del edificio en donde se alojaba la tropa

que guarnecia el puesto y que constaba de 100 soldados á las órdenes de los capitanes Don Ildefonso Prieto y Don Angel Castellanos. Los defensores repelieron diversas acometidas, y habiendo de antemano y con maña practicado una cortadura en la escalera de subida, al trepar por ella con esfuerzo los granaderos franceses quitaron los nuestros unos tablones que cubrian la trampa y cayeron los acometedores precipitados en lo hondo, en donde perecieron miserablemente, junto con un brioso oficial que los capitaneaba, el sable en una mano y en la otra una hacha de viento encendida. Duró la pelea cerca de tres horas, firmes los españoles aunque rodeados de enemigos y casi chamuscados con las llamas que consumian la iglesia contigua. Recelosos los franceses con lo acaecido en la escalera, no osaban penetrar dentro, y al fin fatigados de tal porfía y expuestos tambien al fuego continuo de la plaza se retiraron dejando el terreno bañado en sangre. Honraron á nuestras armas con su defensa las tropas del convento de Santa Cruz: fue su accion de las mas distinguidas de este sitio.

Ocupados hasta ahora los franceses en los ataques exteriores y en sus preparativos contra la plaza, molestados asimismo y continuamente por los sitiados, y prevenidos á veces en sus tentativas, no habian aun establecido sus baterías de brecha. Atrasó tambien las operaciones el haberse retardado la llegada de la artillería gruesa detenida en su viage á causa del tiempo que lluviosísimo puso intransitables los caminos.

Por fin listos ya los franceses descubrieron el 25 de junio 7 baterías de brecha coronadas de 46 cañones, morteros y obuses que con gran furia empezaron á disparar contra la ciudad balas, bombas y granadas. Se extendia la línea enemiga desde el teso de San Francisco hasta el jardin de Samaniego.

Respondió la plaza con no menor braveza, acudiendo en ayuda de la tropa el vecindario sin distincion de clase, edad ni sexo. Entre las mugeres sobresalió una del pueblo de nombre Lorenza, herida dos veces, y hasta dos ciegos, guiado uno por un perro fiel que le servia de lazarillo, se emplearon en activos y útiles trabajos, y tan joviales siempre y risueños entre el silbar y granizar de las balas, que gritaban de continuo en los parages mas peligrosos: « ¡Animo muchachos, viva Fernando VII, viva Ciudad Rodrigo! »

Los enemigos dirigieron el primer dia sus fuegos contra la ciudad para aterrarla, y empezaron el 26 á batir en brecha el torreon del Rey que del todo quedó derribado en la mañana siguiente. Hiciéronles los españoles por su parte grande estrago bien manejada su artillería, cuyo gefe era el brigadier Don Francisco Ruiz Gomez.

El 28 intimó de nuevo el mariscal Ney la rendicion á la plaza, y habiendo ya entonces llegado al campo francés el mariscal Massena que antes habia pasado por Madrid á visitar á José, hízose á

su nombre dicha intimacion, honorífica sí, aunque amenazadora. Contestó dignamente Herrasti diciendo entre otras cosas: « Despues « de 49 años que llevo de servicios, sé las leyes de la guerra y mis « deberes militares... Ciudad Rodrigo no se halla en estado de « capitular. »

Sin embargo imaginándose el oficial parlamentario que parte de la confianza del gobernador pendia de la esperanza de que le socorriese lord Wellington, propúsole entonces de palabra despachar á los reales ingleses un correo por cuyo medio se cerciorase de cuál era el intento del general aliado. Convino Herrasti, mas Ney sin cumplir lo ofrecido por su parlamentario renovó el fuego y adelantó sus trabajos hasta 60 toesas de la plaza.

Descontento el mariscal Massena con el modo adoptado para el ataque, mejoróle y trazó dos ramales nuevos hácia el glacis y en frente de la poterna del Rey, rematándolos en la contraescarpa del foso de la falsabraga. Desde allí socavaron sus soldados unas minas para volar el terreno y dar proporcion mas acomodada al pie de la brecha. Contuviéronlos algun tanto los nuestros, y los ingenieros bien dirigidos por el teniente coronel Don Nicolas Verdejo abrieron una zanja y practicaron otros oportunos trabajos, contrarestando al mismo tiempo la plaza con todo género de proyectiles los esfuerzos de los enemigos.

En el intermedio en vano estos habian acometido repetidas veces el arrabal de San Francisco. Constantemente rechazados solo le ocuparon el 3 de julio en que los nuestros para reforzar los costados de la brecha le habian ya evacuado excepto el convento de Santo Domingo.

El gobernador siempre diligente velaba por todas partes, y el 5 ideó una salida á cargo de los capitanes Don Miguel Guzman y Don José Robledo, cuyas resultas fueron gloriosas. Empezaron los nuestros su acometida por el arrabal del Puente, y despues corriéndose al de San Francisco por la derecha del convento de Santo Domingo sorprendieron á los enemigos, les mataron gente y destruyeron muchos de sus trabajos.

Con esto enardecidos los españoles cada dia se empeñaban mas en la defensa. Sustentábalos tambien todavía la esperanza de que viniese á su socorro el ejército inglés, no pudiendo comprender que los gefes de este tan numeroso y tan inmediato dejasen á sangre fria caer en poder de los franceses plaza que se sostenia con tan honroso desnuedo. Salió no obstante fallida su cuenta.

Las baterías enemigas crecieron grandemente, y el 8 algunas de ellas enfilaban ya nuestras obras. La brecha abierta en la falsabraga y en la muralla alta de la plaza ensanchóse hasta 20 toesas, con lo que, y noticioso el gobernador de que los ingleses en vez de aproximarse se alejaban, resolvió el 10 capitular de acuerdo con todas las autoridades.

Capitula la plaza.

A la sazon preparábanse los enemigos á dar el asalto, y tres de sus soldados arrojadamente se habian ya encaramado para tantear la brecha. Enarbolada por los nuestros bandera blanca, salió de la plaza un oficial parlamentario, quien encontrándose con el mariscal Ney, volvió luego con encargo de este de que se presentase el gobernador en persona para tratar de la capitulacion. Condescendió en ello Herrasti, y Ney, recibiéndole bien y elogiándole por su defensa, añadió que era excusado extender por escrito la capitulacion, pues desde luego la concedia amplia y honorífica, quedando la guarnicion prisionera de guerra.

El mariscal Ney dió su palabra en fé de que se cumpliria lo pactado, y segun la noticia que del sitio escribió el mismo Herrasti, llevóse á efecto con puntualidad. Fueron sin embargo tratados rigorosamente los individuos de la junta, porque encarcelados con ignominia y llevados á pie á Salamanca trasladáronlos despues á Francia.

En este asedio quedaron de los españoles fuera de combate 1400 soldados, del pueblo unos 100. Perdieron por lo menos 3000 los franceses. Massena encomió la defensa, pintándola como de las mas porfiadas. « No hay idea (decia en su relacion) « del estado á que está reducida la plaza de Ciudad « Rodrigo; todo yace por tierra y destruido, ni una sola casa ha quedado intacta. »

Gloriosa defensa.

Clamores contra los ingleses por no haber socorrido la plaza.

Enojó á los españoles el que el ejército inglés no socorriese la plaza. Lord Wellington habia venido allí desde el Guadiana, dispuesto y aun como comprometido á obligar á los franceses á levantar el sitio. No podia en este caso alegarse la habitual disculpa de que los españoles no se defendian, ó de que estorbaban con sus desvarios los planes bien meditados de sus aliados. El marqués de la Romana pasó de Badajoz al cuartel general de lord Wellington y unió sus ruegos á los de los moradores y autoridades de Ciudad Rodrigo, á los del gobierno español y aun á los de algunos ingleses. Nada bastó. Wellington resuelto á no moverse permaneció en su porfia. Los franceses aprovechándose de la coyuntura procuraron sembrar cizaña, y el Monitor decia: « Los clamores de los habitantes de Ciudad Rodrigo se oian « en el campo de los ingleses, seis leguas distante, pero estos se « mantuvieron sordos. » Si nosotros imitásemos el ejemplo de ciertos historiadores británicos, abríasenos ahora ancho campo para corresponder debidamente á las injustas recriminaciones que con largueza y pasion derraman sobre las operaciones militares de los españoles. Pero mas imparciales que ellos, y no tomando otra guia sino la de la verdad, asentaremos al contrario, prescindiendo de la vulgar opinion, que lord Wellington procedió entonces como prudente capitan, si para que se levantase el sitio era necesario aventurar una batalla. Sus fuerzas no eran superiores á las de los fran-

ceses, carecian sus soldados de la movilidad y presteza convenientes para maniobrar al raso y fuera de posiciones, no teniendo tampoco todavia los portugueses aquella disciplina y costumbre de pelear que da confianza en el propio valer. Ganar una batalla pudiera haber salvado á Ciudad Rodrigo, pero no decidia del éxito de la guerra: perderla destruia del todo el ejército inglés, facilitaba á los enemigos el avanzar á Lisboa, y dábase á la causa española un terrible ya que no un mortal golpe. Con todo la voz pública atronó con sus quejas los oidos del gobierno, calificando por lo menos de tibia indiferencia la conducta de los ingleses. Don Martin de la Carrera, participando del comun enfado, se separó al rendirse Ciudad Rodrigo del ejército aliado y se unió al marqués de la Romana.

Excursion de los franceses hácia Astorga y Alcañices.

Envió en seguida el mariscal Massena algunas fuerzas que arrojasen allende las montañas al general Mahy que habia avanzado y estrechaba á Astorga. Retiróse el español, y el general U. Croix atacó en Alcañices á Echevarría que de intendente se habia convertido en partidario y tenido ya anteriormente reencuentros con los franceses. Defendióse dicho Echevarría en el pueblo con tenacidad y de casa en casa. Arrojado en fin perdió en su retirada bastante gente que le acuchilló la caballería enemiga.

Toman la Puebla de Sanabria.

Por entonces quisieron tambien los franceses apoderarse de la Puebla de Sanabria que ocupaba con alguna tropa Don Francisco Taboada y Gil. Aquella villa solo rodeada de muros de corto espesor y guarecida de un castillo poco fuerte, ya vimos como la entraron sin tropiezo los franceses al retirarse de Galicia, habiéndola despues evacuado. Su conquista no les fue ahora mas difícil. Taboada la desamparó de acuerdo con el general Silveira que mandaba en Braganza. Enseñoreóse por tanto de ella el general Serras, y creyendo ya segura su posesion se retiró con la mayor parte de su gente y solo dejó dentro una corta guarnicion.

La pierden.

Enterados de su ausencia los generales portugués y español revolvieron sobre la Puebla de Sanabria el 5 de agosto, y despues de algunas refriegas y acometidas, la recuperaron en la noche del 9 al 10. Cayó prisionera la guarnicion compuesta de suizos, á los que se les prometió embarcarlos en la Coruña bajo condicion de que no volverian á tomar las armas contra los aliados.

La ocupan de nuevo.

En breve tornó y de priesa en auxilio de la plaza el general Serras con 6000 hombres. A su llegada estaba ya rendida, pero Taboada y Silveira juzgaron prudente abandonarla, no teniendo bastantes fuerzas para resistir á las superiores de los enemigos. Lleváronse los prisioneros, y Serras de nuevo se posesionó de la villa y su castillo, cuya anterior toma con la pérdida de los suizos le costaba mas de lo que militarmente valia.

Campaña de Portugal.

Comenzó entre tanto el mariscal Massena la invasion de Portugal. Pasarémos á hablar aunque con rapidez de acontecimiento de tanta importancia, refiriendo antes los preparativos y medios de defensa que allí habia, como tambien la situacion de aquel reino.

Estado de este reino y de su gobierno.

Despues de la evacuacion que en el año pasado de 1809 efectuó el mariscal Soult de las provincias septentrionales de Portugal, puede aseverarse que ni esta nacion ni su ejército habian tomado parte activa ó directa en la lucha peninsular. Achacaron algunos la culpa á la flojedad del gobierno de Lisboa, y muchos al influjo que ejercia la Inglaterra, cuyo gabinete acabó por ser árbitro de la suerte de aquel pais, no conviniendo á la política británica, segun se creia, el que se estableciese íntima union entre Portugal y España. Hubo de los gobernadores del reino (nombre que se daba á los individuos de la regencia portuguesa) quien se disgustó de tal predominio, y así se verificaron por este tiempo mudanzas en las personas que componian aquella corporacion. El marqués de las Minas se retiró, y se agregaron á los que quedaban otros gobernadores, de los que fue el mas notable y principal Sousa, hermano de los embajadores portugueses residentes en el Brasil y en Lóndres. Poco despues en setiembre entró tambien en la regencia Sir Cárlos Stuart, á la sazon embajador de Inglaterra en Lisboa. Del ejército, ademas del mando inmediato dado á Beresford, disponia en gefe como mariscal general de Portugal lord Wellington, independiente del gobierno y absoluto en todo lo relativo á la fuerza combinada anglo-portuguesa de cualquiera clase que fuese. Igualmente se confirió la direccion suprema de la marina al almirante inglés Berkeley. En fin el gabinete del Brasil, ó por mejor decir, las circunstancias arreglaron de modo la administracion pública de Portugal que, conforme á la expresion de un historiador inglés, en esta parte nada sospechoso, aquel reino (* Ap. n. 1.) « fue reducido á la condicion de un estado feudatario. »

Por lo mismo no con mayor resignacion que el marqués de las Minas se sometian algunos de los otros gobernadores del reino, aun de los nuevos, á la intervencion extraña. Las reyertas eran frecuentes y vivas, echando los ingleses en cara al gobierno de Lisboa, que en vez de remover obstáculos los aumentaba, entorpeciendo la ejecucion de medidas las mas cumplideras. Pero tales quejas partian á veces de apasionada irreflexion, pues si bien ciertas resoluciones de los comandantes británicos solian ser eficaces para el éxito final de la buena causa, producian por el momento incalculables males, poco sentidos por extrangeros que solo miraban los campos lusitanos como teatro de guerra, y desoian los clamores de un pais que no era su patria.

Lord Wellington, para hacer frente á tantas dificultades y no

abrumado con la grave carga que pesaba sobre sus hombros, desplegó asombrosa firmeza y se mostró invariable en sus determinaciones. Ministróle gran sostenimiento la suprema autoridad de que estaba proveido, y los socorros y dinero que la Inglaterra profusamente derramaba en Portugal.

Plan de lord Wellington.

De antemano habia Lord Wellington meditado un plan de defensa y elevádole al conocimiento del gobierno británico, despues de examinar detenidamente los medios económicos y militares que para ello deberian emplearse. Extendió su dictámen en un oficio dirigido á lord Liverpool, obra maestra de prevision y maduro juicio. El gabinete inglés, descorazonado con la paz de Austria y el desastrado remate de la expedicion de Walcheren, habia vacilado en si continuaria ó no protegiendo con esfuerzo la causa peninsular. Pero arrastrado de las razones de Wellington, apoyadas con elocuencia y saber por su hermano el marques de Wellesley, miembro ahora de dicho gabinete, accedió al fin á las propuestas del general británico. Segun ellas debiendo aumentarse el ejército anglo-portugués, tenian que ser mayores los gastos y que concederse nuevos subsidios al gobierno de Lisboa.

Fuerza que mandaba.

Aprobado pues en Lóndres al plan de Wellington en breve contó este con una fuerza armada bastante numerosa. Habia en la península, no incluyendo los de Gibraltar, cerca de 40,000 ingleses, y dejando aparte los enfermos y los cuerpos que contribuian á guarnecer á Cádiz, quedábanle por lo menos al general británico de 26 á 27,000 hombres de su nacion. Dividiase la gente portuguesa en reglada, de milicias y en ordenanzas, las últimas mal pertrechadas y compuestas de paisanage. Los estados que de toda la fuerza se formaron tuviéronse por muy exagerados, y segun un cómputo prudente no pasaba la milicia arriba de 26,000 hombres, y el ejército de 30,000. No es fácil enumerar con puntualidad la fuerza real de las ordenanzas. Por manera que casi al comenzarse la campaña hallábanse ya bajo el mando de lord Wellington unos 80,000 hombres bien mantenidos, armados y dispuestos, con los que apoyados por las ordenanzas ó sea la poblacion debia defenderse el reino de Portugal.

Subsidios que da Inglaterra.

El subsidio con que á este acudia la gran Bretaña llegó á ascender por año á cerca de 1,000,000 de libras esterlinas. Rayaba el costo del ejército puramente británico en la suma de 1,800,000 libras de la misma moneda, 500,000 mas de las que hubiera consumido en su propio pais. Encarecióse sobre manera el enganche de soldados, no permitiendo las leyes inglesas en el reemplazo de las tropas de tierra conscripciones forzadas. Se pagaban once guineas de premio por cada hombre que pasase de la milicia á la línea, y diez por los que se alistasen en la primera.

Posicion de Wellington.

Lord Wellington, colocado ya en el valle del Mondego, ó ya avanzando hácia la frontera de España,

Devastacion del pais. estaba como en el centro de la defensa, formando las alas la milicia y ordenanzas portuguesas. Todo el territorio hasta cerca de Coimbra por donde se pensaba habia de invadir Massena, fue destruido. Arruináronse los molinos, rompiéronse los puentes, quitáronse las barcas, devastáronse los campos, y obligando á los habitantes á que levantasen sus casas y llevasen sus haberes, se ordenó que la poblacion entera del modo que pudiese hostigase al enemigo por los costados y espalda y le cortase los víveres, mientras que el ejército aliado por su frente le traia á estancias en que fuese probable batallar con ventaja.

Lineas de Torres-Vedras. De aquellas se contaban á retaguardia de los anglo-portugueses varias que eran muy favorables, sobrepujando á todas las que se conocieron despues con el nombre de líneas de Torres-Vedras. Fortaleciéronse estas cuidadosamente, proviniendo la primera idea de mantenerlas y asegurarlas de planes que de todos sus puestos mandó levantar en 1799 el general Sir Cárlos Stuart (padre del Stuart por este tiempo embajador en Lisboa), trabajo que ya entonces se hizo con el objeto de cubrir la capital de Portugal de una invasion francesa. Wellington desde muy temprano concibió el designio de realizar pensamiento tan provechoso.

Dos fueron la principales líneas que se fortificaron. Partia la primera de Alhandra orillas del Tajo, y corria por espacio de siete leguas, siguiendo la conformacion sinuosa de las montañas hasta el mar y embocadero del Sizandro, no lejos de Torres-Vedras. La segunda que era la mas fuerte y que distaba de la primera de dos á tres leguas, segun la irregularidad del terreno, arrancaba en *Quintela, y dilatándose cosa de seis leguas remataba en el parage en donde desagua el rio llamado San Lorenzo.* Habia ademas pasado Lisboa al desembocar del Tajo otra tercera línea, en cuyo recinto quedaba encerrado el castillo de San Julian, no teniendo la última mas objeto que el de favorecer, en caso de necesidad, el embarco de los ingleses. Contábanse en tan formidables líneas 150 fuertes y unos 600 cañones. Se habian construido las obras bajo la direccion del teniente coronel de ingenieros Fletcher, á quien auxilió el capitan Chapman.

Dicho de Wellington á Alava. Puso Lord Wellington particular ahinco en que se fortificasen estas líneas cumplida y prontamente, pues como decia al digno oficial Don Miguel de Alava, comisionado por el gobierno español cerca de su persona, « no ha podido cabernos « mayor fortuna que el haber asegurado el punto de la isla gadi- « tana y este de Torres-Vedras, inexpugnables ambos, y en los « que estrellándose los esfuerzos del enemigo daremos lugar á « otros acontecimientos, y nos prepararemos con nuevos brios á « ulteriores y mas brillantes empresas. »

Los franceses por su parte habian preparado grandes fuerzas,

para que no se les malograse la expedicion de Portugal. El mariscal Massena no solo tenia á su disposicion los tres cuerpos indicados y la caballería de Mont-Brun, sino que comprendiéndose igualmente en su mando las provincias de Castilla la Vieja y las Vascongadas, el reino de Leon y Asturias, de su arbitrio pendia sacar de allí las fuerzas que hubiese disponibles. Ademas se alojaba entre Zamora y Benavente á las órdenes del general Serras una columna móvil de 8000 hombres que amenazaba á Tras-los-Montes, y en agosto entró en España un 9° cuerpo de ejército de 20,000 hombres, formado en Bayona y regido por el general Drouet: á mayor abundamiento en la misma ciudad se juntaba otro al cargo del general Caffarelli. No eran inútiles semejantes precauciones si querian los enemigos conservar firme su base, y evitar el que se interrumpiesen las comunicaciones por las partidas españolas.

Preparativos y fuerza de los franceses.

Así fue que el mariscal Massena, próximo á entrar en Portugal, dió en Ciudad Rodrigo una proclama á los habitadores de aquel reino, expresando que se hallaba á la cabeza de 110,000 hombres. Asercion no jactanciosa si se cuentan todos los cuerpos y divisiones que estaban bajo su obediencia, y que se extendian por España desde la frontera lusitana hasta la de Francia.

Hubo ya escaramuzas en los primeros dias de julio entre ingleses y franceses. Aquellos volaron y acabaron de arruinar el 21 del mismo mes el fuerte de la Concepcion, en la raya perteneciente á España, y bien fortificado antes de 1808; pero que al principiarse en dicho año la insurreccion se vió abandonado por los españoles, y destruido en parte por los franceses.

Escaramuzas. Fuerte de la Concepcion.

Crawfurd, general de la vanguardia inglesa, se colocó entonces á la márgen derecha del Coa, y sin tener la aprobacion de lord Wellington decidióse el 24 á trabar pelea con los franceses, llevado quizá del deseo de cubrir á Almeida, bajo cuyos cañones apoyaba su izquierda. Consistia la fuerza de Crawfurd en 4000 infantes y 1100 caballos, situados en una línea que se extendia por espacio de media legua, formacion algo semejable á las desadvertidas del general Cuesta. Vino sobre los ingleses el mariscal Ney acompañado de su cuerpo de ejército, y por consiguiente muy superior á aquellos en número. Y si bien los batallones de la vanguardia aliada y los individuos combatieron por separado valerosamente, maniobróse mal en la totalidad, y los movimientos no fueron mas atinados que lo habia sido la colocacion de las tropas. Los franceses rompieron las filas inglesas, obligando á sus soldados á pasar el Coa. Sirvió á estos para no ser del todo deshechos y atropellados por los ginetes enemigos lo desigual del terreno y los viñedos, y tambien el haberse negado á evolucionar oportunamente con la caballería el general Mont-Brun,

Combate del Coa.

disculpándose con no tener órden del general en gefe mariscal Massena. Hallaron asi los ingleses hueco para cruzar el puente, cuyo paso defendido con grande aliento detuvo al francés en su marcha. Perdió Crawfurd cerca de 400 hombres; bastantes Ney por el empeño que puso aunque inútil en ganar el puente.

Tal contratiempo en vez de coadyuvar á la defensa de Almeida no podia menos de perjudicarla. Los franceses en efecto intimaron luego la rendicion; mas no por eso obraron con su acostumbrada presteza pues hasta el 15 de agosto en la noche no abrieron trinchera.

Sitio de Almeida.

Parecia natural que Almeida, plaza bajo todos respectos preeminente á Ciudad Rodrigo, imitase tan glorioso ejemplo, prolongando aun por tiempo mas largo la resistencia. Los antiguos muros se hallaban mucho antes de la actual guerra mejorados, conforme al sistema moderno de fortificacion, con foso, camino cubierto, seis baluartes, seis rebellines, y un caballero que dominaba la campiña. Habia tambien almacenes á prueba de bomba. Estaba ahora la plaza municionada muy bien, y sus obras mas perfeccionadas. Guarnecianla 4000 hombres, y mandaba en ella el coronel inglés Cox.

Vuélase.

Rompieron los franceses el 26 horroroso fuego, y á poco ardieron muchas casas. Al anochecer del mismo dia tres almaneces los mas principales encerrados en un castillo antiguo, situado en medio de la ciudad, se volaron con pasmoso estrépito, y causaron deplorable ruina. Por unas partes resquebrajáronse los muros, por otras se aportillaron; los cañones casi todos fueron ó desmontados ó arrojados al foso, perecieron 500 personas; hubo heridas muchas otras, y apenas quedaron seis casas en pie. Tal espectáculo ofreció Almeida en la mañana del 27. No faltó quien atribuyese á traicion semejante desdicha: los bien informados á casualidad ó descuido.

Capitula.

Sin tardanza repitieron los franceses la intimacion de rendirse. El gobernador Cox, aunque ya miraba imposible la defensa, queria alargarla dos ó tres dias esperando que el ejército aliado acudiese en socorro de la plaza; pero obligóle á capitular un alboroto agavillado por el teniente de rey Bernardo da Costa. Presúmese que en él influyeron los portugueses adictos al francés, y que estaban en su campo. El teniente de rey fue en adelante arcabuceado, si bien no resultó claramente que llevase tratos con el enemigo.

Proscripciones y prisiones en Lisboa.

De resultas la regencia de Portugal tambien declaró traidores á varios individuos que seguian el bando francés. Entre ellos sonaban los nombres de los marqueses de Alorna y de Loulé, del conde de Ega, de Gomez Freire de Andrade y otros de cuenta. Se prendió asimismo en Lisboa á muchas personas so pretexto de conspiracion, sin pruebas ni acusacion fundada. Enviáronlas despues unas á Inglaterra, otras á las

Azores. Dieron ocasion á tan vituperable demasía livianos motivos y privadas venganzas. Extrañóse que lord Wellington, y particularmente el embajador Stuart miembro de la regencia y de poderoso influjo, no estorbasen procedimientos en que por lo menos pudiera achacárseles cierta connivencia, como sucedió. Pero la regencia de Lisboa, tomando la defensa de ambos, manifestó no haber tomado parte ninguno de ellos en aquella ocurrencia.

Temores de los ingleses.

Mientras tanto la caida de Almeida, el contratiempo de Crawfurd, y la idea agigantada que entonces tenian los ingleses del ejército francés, causaban en el británico grande descaecimiento. Las cartas de los oficiales á sus amigos en Inglaterra no estaban mas animosas, y su mismo gobierno se mostraba casi desesperanzado del buen éxito de la lucha peninsular. Así fue que no obstante haber accedido á los planes de lord Wellington indicábase á este en particulares instrucciones que S. M. B. veria con gusto la retirada de su ejército, mas bien que el que corriese el menor peligro por cualquiera dilacion en su embarco. Otro general de menos temple que lord Wellington y menos confiado en los medios que le asistian hubiera quizá vacilado acerca del rumbo que convenia tomar, y dado un nuevo ejemplo de escandalosa retirada. Mas Wellington mantúvose firme, á pesar de que la repentina é inesperada pérdida de Almeida aceleraba las operaciones del enemigo.

Repliégase Wellington.

Acaecida tamaña desgracia se replegó el general inglés á la izquierda del Mondego, estableció en Gouvea sus reales, colocó detras de Celórico los infantes, y en este mismo pueblo la caballería. Massena, teniendo dificultades en acopiar víveres, á causa de las partidas españolas y de la mala voluntad de los pueblos, retardó la invasion, y aun dudaba poderla realizar tan pronto. Dos meses eran corridos despues de la toma de Ciudad Rodrigo. Almeida apenas habia ofrecido resistencia, y el ejército francés aun permanecia á la derecha del Coa. Tanto ayudaba á los aliados la constante enemistad que conservaban los habitantes á los invasores.

Dificultades que tiene Massena.

Aguijale Napoleon.

Napoleon, que no palpaba de cerca como sus generales los obstáculos del pais, maravillábase de la dilacion, mayormente siendo superior en número al anglo-portugués el ejército de los franceses. Así se lo manifestaba á Massena en instrucciones que le expidió en setiembre; pero antes de recibir estas ya aquel mariscal se habia puesto en marcha.

Empieza Massena la invasion.

Fue su primer plan, aseguradas las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida, moverse por ambas orillas del Tajo. Pero despues contando con que las tropas francesas de Extremadura y Andalucía amenazarian por el Alentejo, y no creyéndose con bastante fuerza para dividir esta, limitó sus miras á su solo frente,

y determinó obrar por uno de los tres principales caminos que por allí se le ofrecian de Belmonte, Celórico y Viseo.

Posicion de Wellington y medidas que toma.

Wellington, conservando en Gouvea sus cuarteles, extendia los puestos avanzados de su ejército, comprendiendo las fuerzas de Hill y otras sobre la derecha desde el lado de Almeida por la sierra de Estrella á Guarda y Castello-Branco: en caso de ataque del enemigo debian todas las divisiones replegarse concéntricamente hácia las líneas. El inconveniente de esta posicion consistia en lo dilatado de ella, pudiendo el enemigo al paso que amagase á Celórico interponerse por Belmonte entre lord Wellington y el general Hill, á quienes separaba gran distancia. El último siguiendo paralelamente, conforme indicamos, los movimientos del francés Reynier habia llegado á Castello-Branco el 21 de julio. Dejó aquí una guardia avanzada, y obedeciendo las órdenes de lord Wellington, que le habia reforzado con caballería, se acampó con 16,000 hombres y 18 cañones en Sarcedas. Para prevenir el que los franceses se interpusiesen se rompió de Covilhá arriba el camino, ejecutáronse otros trabajos de defensa, se apostó en Fundao una brigada portuguesa, y colocóse entre dos posiciones que se atrincheraron detras del Cezere, rio tributario del Tajo, y junto al Alba, que lo es del Mondego, una reserva formada en Tomar, y compuesta de 8000 portugueses, y 2000 ingleses bajo el mando del general Leith.

Descripcion del valle de Mondego.

El cuerpo principal del ejército de Wellington podia desde Celórico tomar para su retirada ó el camino que va á la sierra de Murcela, ó el de Viseo. El primero corre por espacio de quince leguas lo largo de un desfiladero entre el rio Mondego y la sierra de Estrella, teniendo al extremo la de Murcela que circunda el Alba. De allí un camino que lleva á Espinhal facilitaba las comunicaciones con Hill y Leith, y un ramal suyo las de Coimbra. La otra ruta insinuada, la de Viseo, es de las peores de Portugal, interrumpida por el Criz y otras corrientes, y tambien estrechada entre el Mondego y la sierra de Caramula que se une por medio de un pais montuoso á la de Busaco, límite, por decirle así, del valle, y que hace frente á la de Murcela, pasando entre las faldas de ambas sierras el mencionado Mondego. La decision de Wellington pendia del partido que tomasen los franceses.

Distribucion de los cuerpos de Massena.

Massena no conocia á fondo el terreno, y tomando consejo de los portugueses que habia en su campo, á quienes suponia enterados, resolvió dirigirse á Viseo y de allí á Coimbra, habiéndosele pintado aquella ruta como fácil y sin particulares obstáculos. En consecuencia reconcentró el 16 de setiembre los tres cuerpos de ejército que mandaba: el de Ney y la caballería pesada en Mazal de Cháo; el de Junot en Pinhel, y el de Reynier en Guarda. Hizo distribuir á los soldados pan para

trece dias pensando caminar aceleradamente, y deseando anticiparse á Wellington en su marcha. Massena colocando asi su ejército amenazaba los tres caminos indicados de Celórico. Belmonte y Viseo, y dejaba en duda el verdadero punto de su acometida. Reynier habia hecho desde su retirada de Extremadura varios movimientos, ya dando indicios de dirigirse á Castello-Branco, ya adelantándose hasta Sabugal, ya retrocediendo á Zarza la Mayor. Por fin se incorporó, segun acabamos de ver, á los otros cuerpos de Massena.

Muévese sobre Celórico y Viseo.

De estos el 2° y 6° unidos con la caballería de Mont-Brun cayeron en breve sobre Celórico, replegándose los puestos de los aliados á Cortizá. Wellington entonces comenzó su retirada por la izquierda del Mondego sobre el Alba, y el 17 notó que los dos mencionados cuerpos franceses se dirigian á Viseo por Fornos; quedaba el 8° de Junot hácia Trancoso en observacion de 10,000 hombres de milicia al mando del coronel Trant, y de los gefes Miller y Juan Wilson, recogidos del norte de Portugal, y que se pusieron á las órdenes del general Bacellar para molestar el flanco derecho y la retaguardia del enemigo.

Entran sus avanzadas en Viseo.

Entraron en Viseo las avanzadas francesas el 18. La ciudad estaba desierta. Wellington sin demora hizo cruzar de la márgen izquierda del Mondego á la opuesta la brigada portuguesa que mandaba Pack, y la apostó mas allá del Criz rotos sus puentes. En seguida empezó tambien el ejército aliado á pasar el Mondego por Pena-Cova, Olivares y otras partes: colocóse la division ligera de Crawfurd en Mortagao para sostener á Pack; la 3ª y 4ª del mando de Picton y Cole entre la sierra de Busaco y aquel pueblo, situándose al frente del mismo en un llano la caballería. Pasó al otro lado de la citada sierra la 1ª division regida por el general Spencer, y se dirigió á Mealhada con la mira de observar el camino de Oporto á Coimbra, pues todavía se dudaba si Massena procuraria desde Viseo salir hácia aquella ruta, ó continuar lo largo de la derecha del Mondego. Por igual motivo el coronel Trant con parte de la milicia debia marchar por San Pedro de Sul á Sardao, y juntarse al general Spencer. En tanto el general Leith llegaba al Alba, y siguióle de cerca Hill, quien, sabiendo que Reynier se habia juntado á Massena, se anticipó afortunadamente sin que hubiese todavía recibido órdenes de Wellington y vino á incorporarse al ejército aliado.

Continúa Wellington su retirada.

El grueso del de los franceses llegó á Viseo el 20; pero su artillería y equipages se detuvieron por los tropiezos del camino, y por una embestida del coronel Trant. Atacólos este caudillo el mismo 20 en Tojal, viniendo de Moimenta da Beira, con algunos caballos y 2000 hombres de milicia. Cogióles 100 prisioneros, algun bagage, y su triunfo hu-

Ataca Trant la artillería y equipages franceses.

biera sido mas completo si la gente que mandaba hubiese sido menos novicia. Sin embargo tan inesperado movimiento desasosegó á los franceses, cuya artillería, equipages y gran parte de la caballería, no llegó á Viseo hasta el 22, lo cual hizo perder á Massena dos dias, y no desaprovechó á Wellington, á quien hubiera podido andar el tiempo escaso.

Parecia ahora que este general prosiguiendo en su propósito de no aventurar batallas no se detendria en donde estaba, sino que cerciorado de que los franceses iban adelante se replegaria para aproximarse á las líneas. Suposicion esta tanto mas fundada, cuanto no habiendo querido empeñar accion para salvar dos plazas, no era regular lo hiciese en la actual ocasion en que no concurria motivo tan poderoso. Mas no sucedió asi. Presúmese que varió de parecer á causa de los clamores que contra los ingleses se levantaron en Portugal, viendo que dejaban el pais á merced del enemigo.

Defiéndese Wellington en Busaco.

Wellington determinó pues hacer alto en la sierra de Busaco, y disponer su gente en nuevas y acomodadas posiciones. Corren aquellos montes por espacio de dos leguas, cayendo por un lado rápidamente, segun hemos apuntado, sobre la derecha del Mondego, y enlazándose por el opuesto con la sierra de Caramula. Tres caminos llevan á Coimbra: uno cruza lo mas alto, y allí se levanta un convento, célebre en Portugal, de carmelitas descalzos, en donde lord Wellington estableció el cuartel general, y aquella morada antes silenciosa y pacífica convirtióse ahora en estrepitoso alojamiento de gente de guerra. De los otros dos caminos uno venia de San Antonio de Cantaro, y el otro seguia el Mondego á Pena-Cova. A traves del último se colocó el cuerpo de Hill que llegó el 26; á su izquierda Leith. Seguia la 5ª division, y entre esta y el convento formaba la 1ª. La 4ª se puso en el extremo opuesto para cubrir un paso que conduce á Meallada, en cuyo llano se apostó la caballería, quedando solo en las cumbres un regimiento de esta arma. La brigada de Pack se alojaba delante de la 1ª division, á la mitad de la bajada del lado de los franceses: tamdien se situó descendiendo y enfrente del convento la vanguardia de Crawfurd con algunos ginetes. Habia en ciertos parages á retaguardia de la línea portugueses que sostenian el cuerpo de batalla. Hallóse Wellington con toda su fuerza principal reunida en número de unos 50,000 hombres.

Accion de Busaco.

Túvose á dicha que los franceses se hubiesen parado hasta el dia 27, pues á haber acelerado su marcha y acometido treinta y seis horas antes, conforme se asegura queria Ney, la suerte del ejército aliado hubiera podido ser muy otra, reinando alguna confusion en sus movimientos. Leith pasaba el Mondego, Hill todavía no habia llegado, y apenas estaban en línea 25,000 hombres.

El mariscal Massena despues de algunas dudas se resolvió á em-

bestir la sierra el 27 al amanecer. Tenian sus soldados para llegar á la cima que trepar por una subida empinada y escabrosa, cuya desigualdad sin embargo les favorecia, escudando hasta cierto punto sus personas. El mariscal Ney se enderezó al convento, y Reynier del otro lado por San Antonio de Cantaro. Junot se quedó en el centro y de respeto con la caballería y artillería.

Las tropas de Reynier acometieron con tal ímpetu que se encaramaron en la cima, y por un rato se enseñorearon de un punto de la línea de los aliados, arrollando parte de la 5ª division que mandaba Picton. Pero acudiendo el resto de ella, y tambien el general Leith por el flanco con una brigada, fueron los enemigos desalojados, y cayeron con gran matanza la montaña abajo.

Ni aun tan afortunado logró ser por el otro punto el mariscal Ney. Dueño desde el principio de la accion de una aldea que amparaba sus movimientos, comenzó á subir la sierra por la derecha encubierto con lo agrio y desigual del terreno. El general Crawfurd que se hallaba allí tomó en esta ocasion atinadas disposiciones. Dejó acercarse al enemigo, y á poca distancia rompió contra sus filas vivísimo fuego, cargándole despues á la bayoneta por el frente y los costados. Precipitáronse los franceses por aquellas hondonadas, perdieron mucha gente, y quedó prisionero el general Simon. Ganaron despues los ingleses á viva fuerza el pueblecillo que habian al principio ocupado sus contrarios. Lo recio de la pelea duró poco, el enemigo no insistió en su ataque, y se pasó lo que restaba del dia en escaramuzas y tiroteos. Perdieron los franceses unos 4000 hombres: murió el general Graindorge, y fueron heridos Foy y Merle. De los aliados perecieron 1300, menos que de los otros á causa de su diversa y respectiva posicion.

Cruza Massena la sierra de Caramula.

Convencido el mariscal Massena de las dificultades con que se tropezaba para apoderarse de la sierra por el frente, trató de salvarla poniéndose en franquía por la derecha, y obligando de este modo á los ingleses á abandonar aquellas cumbres, ya que no pudiese sorprenderlos por el flanco y escarmentarlos. Lo difícil era encontrar un paso, mas al fin consiguió averiguar de un paisano que desde Mortagao partia un camino al través de la sierra de Caramula, el cual se juntaba con el que de Oporto va á Coimbra. Contento el mariscal francés con tal descubrimiento, decidió tomar prontamente aquella via, y disfrazó su resolucion manteniendo el 28 falsos ataques y escaramuzas. Mientras tanto fue marchando á la desfilada lo mas de su ejército, y hasta en la tarde no advirtieron los ingleses el movimiento de sus contrarios.

No les era ya dado el estorbarlo, por lo que desampararon á Busaco antes del alborear del 29. Hill repasó el Mondego, y por Espinhal se retiró sobre Tomar: hácia Coimbra y la vuelta de Meàllada Wellington con el centro y la izquierda. Cubria la reta-

guardia la division ligera de Crawfurd á la que se unió la caballería.

Los franceses, despues de cruzar la sierra de Caramula, llegaron el mismo dia 28 á Boyalvo sin encontrar ni un solo hombre. El coronel Trant se hallaba á una legua en Sardao adonde habia venido desde San Pedro de Sul, pero con poca gente. Las partidas enemigas le arrojaron fácilmente mas allá del Vouga.

Por la relacion que hemos hecho de la accion de Busaco aparece claro que con ella no se alcanzó otra cosa que el que brillase de nuevo el valor británico y se adquiriese mayor confianza en las tropas portuguesas, las cuales pelearon con brio y buena disciplina. Pero no se recogió ninguno de aquellos importantes frutos, por los que un general aventura de grado una batalla. Ni siquiera habia los motivos que para ello asistian durante los sitios de Ciudad Rodrigo y de Almeida. Y hasta la prudencia de lord Wellington falló en esta ocasion, dejando un portillo por donde no solo se metieron los franceses, sino que tambien por él pudieron envolver al ejército aliado ó á lo menos flanquearle con gran menoscabo. En vano se alega en disculpa haber mandado Wellington que avanzase el coronel Trant con la milicia: la escasa fuerza y la índole bisoña de esta tropa no hubiera podido detener cuanto menos rechazar las numerosas huestes de Massena. Tan cierto es que de un hilo cuelga la suerte de las armas, aun gobernadas por generales los mas advertidos.

Puesto el mariscal francés en Boyalvo marchó sobre Coimbra. En aquel tránsito no estaba el pais tan destruido y talado como hasta Busaco. No se cumplieron allí rigurosamente las disposiciones de Wellington, parte por creerse lejano el peligro, parte tambien porque á la regencia portuguesa, gobierno nacional, no le era lícito llevar á efecto órdenes tan duras con la misma impasibilidad y fortaleza que al brazo de hierro de un general que, aunque aliado, era extrangero.

Los franceses en Coimbra.

Hubo por tanto en Coimbra desbarato y confusion, y si bien los vecinos desampararon la ciudad, con la precipitacion se dejaron víveres y otros recursos al arbitrio del enemigo. No le aprovecharon sin embargo á este: Junot, á pesar de órdenes contrarias del general en gefe, permitió ó no pudo impedir el pillage.

Condeixa.

De aqui nació que agolpándose muchedumbre de poblacion fugitiva de aquella ciudad y otras partes á los defiladores que van á Condeixa, hubo de comprometerse la division de Crawfurd que cubria la retirada del ejército aliado, porque detenida en su marcha se dió lugar á que se aproximaran los ginetes enemigos. A su vista suscitóse gran desórden, y si hubiesen venido asistidos de infantería, quizá hubieran destronado á Crawfurd. Este consiguió aunque á duras penas poner en salvo su division.

Lo apacible del tiempo habia favorecido en su retirada á los ingleses, abundaban en provisiones, y no obstante cometieron excesos á punto de robar sus propios almacenes. El cuartel general se estableció en Leiria el 2 de octubre, y creciendo la perturbacion y las demasías hubiéranse quizá repetido en compendio las escenas deplorables del ejército de Moore, á no haber lord Wellington reprimido el desenfreno con castigos ejemplares y con vedar que los regimientos mas díscolos entrasen en poblado. Desórdenes en el ejército inglés.

El saqueo de Coimbra y sus desórdenes impidieron tambien por su parte al mariscal Massena moverse de aquella ciudad antes del 4, respiro que aprovechó á los ingleses. No obstante acometiendo de repente los enemigos á Leiria, se vieron aquellos al pronto sobrecogidos. Atajados al fin los ímpetus del francés prosiguieron la retirada los aliados, yendo su derecha por Tomar y Santaren, la izquierda por Alcobaza y Obidos, el centro por Batalha y Riomayor: envióse fuerza portuguesa á guarnecer á Peniche, pequeña plaza orillas de la mar.

No bien hubo el mariscal Massena salido de Coimbra, cuando el coronel Trant viniendo desde el Vouga con milicia portuguesa, pudo el 7 sorprender en aquella ciudad á los franceses que la custodiaban, coger á los que se habian fortificado en el convento de Santa Clara apoderarse en una palabra de 5000 hombres contados heridos y enfermos, y asimismo de los depósitos y hospitales. Al siguiente dia llegaron tambien con sus milicianos los gefes Miller y Juan Wilson, y tomaron, extendiéndose por la línea de comunicacion, 300 hombres mas. Sorprende Trant á los franceses de Coimbra.

No detuvo á Massena semejante contratiempo, ni tampòco las lluvias que empezaron á ser muy copiosas. En nada reparaba la impetuosidad francesa, y el 9 en Alcoentre vióse sorprendida una brigada de artillería inglesa y hasta perdió sus cañones. Costó mucho recobrarlos. Parecida desgracia ocurrió el 10 á la division de Crawfurd en Alenquer, permaneciendo este general muy descuidado cuando tenia cerca un enemigo tan diligente. El terror fue grande, y aunque se disipó, no por eso dejó de correr la voz de que aquella division habia sido cortada, por la cual temeroso Hill de la suerte de la 2ª línea que era la mas importante, se echó atras para cubrirla, y dejó desamparada la primera desde Alhandra á Sobral cosa de dos leguas. Felizmente los enemigos no lo notaron, y antes de la madrugada del 11 tornó Hill á sus anteriores puestos. Infiérese de aqui lo poco firme que todavia andaba el ánimo del ejército inglés. Alcoentre. Alenquer.

Habia este ido entrando sucesivamente en las líneas de Torres-Vedras, y admirábase no teniendo de ellas Los ingleses en las líneas.

cumplida idea. No menos se maravilló al acercarse el mariscal Massena, quien hasta pocos dias antes ni siquiera sabia que existiesen. Ignorancia pasmosa, ya dimanase del sigilo con que se habian construido obras de tal importancia, ya de la falta de secretas correspondencias de los enemigos en el campo aliado.

Massena gastó algunos dias en reconocer y tantear las líneas, se trabaron varias escaramuzas, la mas seria el 14 cerca de Sobral. Fue herido el general inglés Harvey, y en Villafranca mató el fuego de una cañonera al general francés Saint-Croix.

Massena no las ataca.

No vislumbrando Massena despues de su exámen probabilidad de forzar las líneas, consultó con los otros gefes principales del ejército, y juntos decidieron pedir refuerzos á Napoleon, y reducir en cuanto fuese dado á bloqueo las operaciones. Estableció de consiguiente Massena su cuartel general en Alenquer, situó el cuerpo de Reynier en Villafranca, el de Junot mirando á Sobral, y mantuvo el de Ney en Otta á retaguardia.

Formidable fuerza y posicion de Wellington.

Por su parte el ejército de lord Wellington estaba distribuido asi: la derecha á las órdenes de Hill en Alhandra, la izquierda que mandaba Picton en Torres-Vedras, Wellington mismo y Beresford en el centro, el último tenia su cuartel general en Monteagrazo, el primero en Quinta de Peronegro cerca de Enxara de los Caballeros. Fuese el ejército británico reforzando, y cubriéronse sus huecos con tropas de Inglaterra y Cádiz, tambien se le unió de Badajoz antes de acabar octubre el marqués de la Romana con dos divisiones mandadas por los generales Carrera y Don Cárlos Odonell, que ambas componian unos 8000 hombres.

Unesele con dos divisiones Romana.

Juzgó conveniente ademas lord Wellington no solo tener á su disposicion fuerza real y efectiva bien organizada, sino igualmente gran avenida de hombres que aumentasen el número y las apariencias. Asi la milicia cívica de Lisboa, la de la provincia de la Extremadura portuguesa y sus ordenanzas se metieron en el recinto de las líneas, pues allí podian ser útiles y representar aventajado papel. Creció tanto la gente que al rematar octubre recibian raciones dentro de dichas líneas 150,000 hombres de los que 70,000 pertenecian á cuerpos regulares y dispuestos á obrar activamente: guardaban casi todos los castillos y fuertes de la primera y segunda línea la milicia y artillería portuguesas, la tercera que era la última y mas reducida la tropa de marina inglesa.

Tan enorme masa de gente abrigada en estancias tan formidables teniendo á su espalda el espacioso y seguro puerto de Lisboa, y con el apoyo y los socorros que prestaban el inmenso poder marítimo y la riqueza de la gran Bretaña ofrece á la memoria de los hombres un caso de los mas estupendos que recuerdan los anales militares del mundo. ¡Qué recursos asistian al dominador de Francia para superar tantos y tantos impedimentos!

Por de fuera de las líneas no descuidó Wellington el que se hostilizase al enemigo. La milicia del norte de Portugal le punzaba por la espalda y se comunicaba con Peniche, hácia donde se destacó un batallon español de tropas ligeras y un cuerpo de caballería inglesa, tambien sostenidos por una columna volante que salia de Torres-Vedras á hacer sus excursiones, y por el pueblo de Obidos en estado de defensa. Del otro lado maniobraba la milicia de la Beira Baja, dándose la mano con la del norte y apoyada por Don Cárlos España que con una columna móvil habia pasado el Tajo y obraba la vuelta de Abrantes, villa esta en poder de los aliados y fortificada. De suerte que los franceses estaban metidos como en una red, costándoles mucho avituallarse y formar almacenes.

Molestase tambien al enemigo fuera de las líneas.

Don Cárlos España.

En la lejanía dañábales igualmente el continuo pelear de los partidarios españoles de Leon, Castilla y provincias Vascongadas que dificultaban los convoyes y socorros, é interrumpian la correspondencia con Francia. No menos los desfavoreció la guerra que por las alas hacian las tropas españolas, ya en la frontera de Galicia, ya en Asturias y tambien en Extremadura.

Situacion crítica de los franceses.

De las primeras Galicia, aunque libre, ceñia sus operaciones á hacer de cuando en cuando correrías hasta el Orbigo y el Esla, de donde segun ya quedó apuntado solian los enemigos arrojar á los nuestros obligándolos á replegarse á los puertos de Manzanal y Fuencebadon y aun al Vierzo. El general Mahy continuaba mandando como antes aquel ejército, cuyas fuerzas apenas llegaban á 12,000 hombres y pocos caballos, todo no muy arreglado. Y ¡cosa de admirar! los gallegos que se habian esmerado tanto en defender sus propios hogares, mostráronse perezosos en cooperar fuera de su suelo en triunfo de la buena causa. Mas esto pendió mucho aquí como en las demas partes, de las autoridades y no de reprensible falta en el carácter de los habitantes. Aquellas por lo general eran flojas y adolecian de los vicios de los gobiernos anteriores, careciendo de la prevision y bien entendida energía que da la ciencia práctica del gobierno.

Galicia.

Las operaciones pues del general Mahy fueron muy limitadas. Ocuparon sin embargo sus tropas por dos veces á Leon, é inquietaron con frecuencia y á veces con ventaja á los franceses. Distinguiéronse en semejantes reencuentros los oficiales superiores Meneses y Evia Diósele despues á Mahy el mando de las tropas de Asturias, para que reuniendo este al que ya tenia, se procediese mas de concierto. Al fin autorizósele tambien con la capitanía general de Galicia, y se creyó de este modo que poniendo en una mano la supremacia militar del distrito y la de las fuerzas activas de ambas provincias, tomarian los movimientos de la guerra rumbo mas

fijo. Mahy en consecuencia y para obrar de acuerdo con la junta de Galicia, y hacer que de un solo centro partiesen las providencias convenientes, pasó á la Coruña en 2 de setiembre, y dejó en su lugar al frente del ejército á Don Francisco Taboada y Gil que vimos en Sanabria. Colocó este general las tropas en Manzanal y Fuencebadon con puestos destacados sobre las avenidas de la Puebla de Sanabria por un lado, y por otro sobre Asturias via de las Bávias. Formóse asimismo una columna volante de 2000 hombres al mando del coronel Mascareñas que particularmente maniobraba hácia Leon, la cual desbarató algunas tropas del enemigo en la Robla, antes de acabar octubre, y en San Feliz de Orbigo al empezar noviembre. Tambien el 26 de aquel mes en Tábara Don Manuel de Nava sorprendió á los franceses y les hizo algunos prisioneros. Mas el único beneficio que de tales operaciones resultó, ciñóse á obligar al enemigo á que mantuviese fuerzas bastantes en las riberas del Orbigo y del Esla.

Mahy no alcanzó nada importante con su ida á la Coruña. Habian traido alli fusiles de Inglaterra y otros auxilios, de que no se sacó gran fruto. Las autoridades discurrian, es cierto, mucho entre sí, y aun ideaban planes, pero casi todos ellos ó no llegaron á plantearse ó se frustraron. Hombre de sanas intenciones, escaseaba Mahy de nervio y de aquella voluntad firme que imprime en la mente de los demas respeto y sumision.

Asturias

Dejamos en abril las tropas de Asturias colocadas en la Navia y en el pais montuoso que sigue casi la misma línea. Las primeras se componian de la division de Galicia, y las mandaba Don Juan Moscoso: las otras que eran las asturianas Don Pedro de la Bárcena, á quien se habia, agregado con su cuerpo franco Don Juan Diaz Porlier. Atacó Moscoso el 17 de mayo en Luarca á los franceses. Por desgracia nuestras tropas flaquearon, y con pérdida volvieron á ocupar su primera línea. A Bárcena acometido al mismo tiempo sucedióle igual fracaso. Conservóse integro el cuerpo de Porlier que en seguida se situó en el puente de Salime á la derecha de Moscoso.

Se retiró á poco este del principado, cuyo mando supremo militar confirió la regencia de Cádiz á Don Ulises Albergotti, hombre muy anciano é incapaz de desempeñar encargo que en aquel tiempo requeria gran diligencia. El nuevo general permaneció en Navia, y alli en 5 de julio acometiéronle los franceses penetrando por el lado de Trelles. Estaba Albergotti desprevenido, y con el sobresalto no paró hasta Meyra en Galicia. Los enemigos extendieron sus correrías á Castropol, límite de aquel reino y de Asturias. Dos dias antes, el 3, Bárcena, que habia avanzado hácia Salas, tambien fue atacado y se recogió á la Pola de Allande.

Mahy entonces, como general en gefe de todas las fuerzas de Galicia y Asturias, quiso poner remedio á tan repetidas desgracias,

hijas las mas de descuidado en algunos gefes y de mala inteligencia entre ellos, y meditó un plan para desembarazar de enemigos el principado. Envió pues 600 hombres que reforzasen la division gallega, mandó que esta partiese á Salime y comunicase con Bárcena, y ademas destacó del grueso del ejército de Galicia que estaba en el Vierzo un trozo de 1500 hombres al cargo de Don Estevan Porlier, el cual cruzando el puerto de Leitariegos debia obrar mancomunadamente con las fuerzas de Asturias. Al propio tiempo el otro Porlier (Don Juan Diaz) estaba destinado á llamar con la infantería de su cuerpo franco la atencion de los franceses del lado de Santander, embarcándose á este propósito en Ribadeo á bordo y escoltado de cinco fragatas inglesas.

Expediciones de Porlier por la costa.

Semejante plan habria podido realizarse con buen éxito, si Mahy usando de su autoridad hubiera hecho que todos los gefes concurriesen prontamente á un mismo fin. Porlier dió la vela de Ribadeo, dirigiendo la expedicion marítima el conmodoro inglés Roberto Mends. Amagaron los aliados varios puntos de la costa, y tomaron tierra en Santoña, puerto que bien fortificado hubiera sido en el norte de España un abrigo tan inexpugnable, como lo eran en el mediodia las plazas de Gibraltar y Cádiz. Tal deseo asistia á Porlier, pero su expedicion puramente marítima, no llevaba consigo los medios necesarios para fortificar y poner en estado de defensa un sitio cualquiera de la marina. Desembarcó sin embargo en varios parages ademas de Santoña, cogió 200 prisioneros, desmanteló las baterías de la costa, alistó en sus banderas bastantes mozos del pais ocupado, y felizmente tornó á la Coruña con la expedicion el 22 de julio.

Repitió este activo é infatigable gefe otra tentativa del mismo género el 3 de agosto, y aportó á la ensenada de Cuevas entre Llanes y Ribadesella. Dirigióse á Potes, deshizo en las montañas de Santander algunas partidas enemigas, y retrocediendo á Asturias obró de consuno con Don Salvador Escandon y otros gefes de guerrillas que lidiaban al oriente del principado.

Bárcena por su parte tambien avanzó, y el 15 de agosto tuvo en Linares de Cornellana un reencuentro con los franceses. Siguiéronse otros, y parecia que pronto se veria Oviedo libre de enemigos, favoreciendo las empresas de la tropa reglada las alarmas de varios concejos, nombre que como dijimos se daba al paisanage armado de la provincia. Pero no fue asi: cuando unos gefes avanzaban se retiraban otros, y nunca se llevó á cabo un plan bien concertado de campaña. Teniase sí en sobresalto al enemigo, forzábasele á conservar en aquellas partes considerable número de gente, mas la guerra yendo al mismo són en el principado de Asturias que en la frontera de Galicia, no reportó las ventajas que se hubieran sacado con mayor union y vigor en las autoridades y ciertos caudillos.

Extremadura. Fue importante, si no siempre favorable en sus resultas, la asistencia que dió Extremadura á la campaña de Portugal, pues por lo menos se entretuvo el cuerpo del mariscal Mortier, y se impidió que metiéndose en el Alentejo quitase á Lisboa los auxilios que aquel territorio suministraba.

Dimos cuenta hasta entrado julio de las operaciones mas principales del ejército de dicha provincia de Extremadura que se llamaba de la izquierda. Privado este del apoyo del general Hill habia puesto lord Wellington en manos del general en gefe marqués de la Romana la plaza de Campomayor y enviádole á mediados de agosto una brigada portuguesa á las órdenes de Madden.

Aun sin tales arrimos continuaban las tropas de Extremadura incomodando con mayor ó menor ventura al enemigo. Ya al retirarse Reynier le siguieron la huella los soldados de Don Cárlos Odonell, cogieron á los que se rezagaban, y el 31 de julio el gefe España se apoderó de 100 hombres que guardaban una torre y casa fuerte sita en la confluencia del Almonte y Tajo, cerca de donde se divisan los famosos restos del puente romano de Alconétar, que el vulgo apellida de Mantible, nombre célebre en algunas historias españolas de caballería. Mas por este lado hubo la desgracia que en Alburquerque con la caida de un rayo se volase casi al mismo tiempo que en Almeida un almacen de pólvora, accidente que causó daños y ruinas.

La guerra que hasta aquí habia hecho el ejército de Extremadura no dejó de ser prudente y acomodada á las circunstancias y á la calidad de sus tropas, si bien se quejaban todos de la indolencia y dejadez del general en gefe. Y así mas bien que por premeditado plan de este dirigiéronse las operaciones segun el valor ó el buen sentido de los generales subalternos, los cuales evitaban grandes choques, y solo parcialmente hostigaban al enemigo, y le traian en continuo movimiento. Quiso Romana en agosto probar por sí fortuna y dar á la campaña nuevo impulso y mayor ensanche. En consecuencia saliendo de Badajoz el 5 se unió á las divisiones de los generales Ballesteros y la Carrera que se hallaban en Salvatierra, ambas á las órdenes de Don Gabriel de Mendizabal y juntos se adelantaron recogiéndose atras á Llerena los franceses que habia en Zafra. Aguardaron estos en las alturas de Villagarcía y los nuestros se colocaron en las de Cantaelgallo separadas de las primeras por un valle. Los enemigos atacaron el 11, y valiéndose de diestras maniobras, estuvieron próximos á envolver á los infantes españoles, si la Carrera con la caballería no los hubiera sacado de tan mal paso. Portóse asimismo con habilidad y honra la artillería. Se retiró Romana á Almendralejo, y los franceses volvieron á Zafra.

Refriega en Cantaelgallo.

No pasaron por entonces mas adelante, porque como en aquella guerra tenian á un tiempo que acudir á tantas partes, luego que

en una triunfaban, los llamaba á otra algun suceso desagradable ó inesperado. Verificóse particularmente en Extremadura este trasiego, este continuado ir y venir, distrayendo la atencion de las tropas de Mortier, ya las ocurrencias del condado de Niebla, ya las de Ronda ú otros lugares.

En Fuente de Cantos.

Despues de lo que aconteció en Cantaelgallo fueron reforzadas las tropas españolas con los ginetes del general Butron que ocupaban otros sitios y con los portugueses ya indicados, al mando de Madden. Quietos los franceses y aun replegados de nuevo, avanzó Butron á Monasterio, y se colocó la Carrera con su division de caballería y la artillería volante en Fuente de Cantos. Vinieron los enemigos sobre ellos el 15 de setiembre en número de 13,000 infantes y 1800 caballos. Butron se incorporó á Carrera, y ambos pelearon bien, hasta que oprimidos por la superioridad enemiga empezaron á retirarse. Los franceses tenian oculta parte de su tropa, casi á espaldas de los nuestros, y cargando de improviso, introdujeron desórden, y se apoderaron de algunos cañones. Mayor hubiera sido la desgracia de los españoles á no haber acudido pronto en su favor el inglés Madden apostado con los portugueses en Calzadilla, quien contuvo á los ginetes franceses y aun los escarmentó. El general Butron tambien despues en Azuaga les cogió 100 hombres. Paráronse los nuestros en Almendralejo, y los enemigos no pasaron de Zafra y de los Santos de Maymona.

Prosiguió de este modo la guerra sin ningun considerable empeño, y Romana saliendo, como hemos dicho, para Lisboa, se juntó en octubre con el ejército inglés. Determinacion que tomó de propia autoridad, y no de acuerdo con el gobierno supremo. Cierto es que no hubiera obtenido Romana la aprobacion de aquel á haberle consultado; pues claro era que las tropas que llevó consigo, hacian mas falta para cubrir la Extremadura española y aun para impedir la entrada de los franceses en el Alentejo, que en las líneas de Torres-Vedras abundantemente provistas de gente y de medios de defensa. Antes de partir nombró Romana para que le reemplazase en el mando en gefe á Don Gabriel de Mendizabal, puso á Badajoz como si estuviera amagado de sitio, y mandó que la junta y demas autoridades se trasladasen á Valencia de Alcántara.

Tenia inmediata correlacion con las operaciones del ejército de Extremadura la guerra que se hacia en el condado de Niebla, en la serranía de Ronda y en otros lugares de la Andalucía.

Expedicion de Lacy á Ronda.

Se daba desde Cádiz pábulo á semejante lucha por medio de auxilios y de algunas expediciones marítimas. Hízose á la vela la primera de estas el 17 de junio compuesta de 5189 hombres de buenas tropas á las órdenes del general Don Luis Lacy, dirigió su rumbo á Algeciras, en donde desembarcó. Tenia por objeto dicha empresa fomentar la insurreccion de la serranía

de Ronda, adoptando un plan que constantemente mantuviese allí la guerra. El que proponia Lacy, siguiendo en parte los pensamientos del general Serrano Valdenebro comandante de la sierra, se presentaba como el mas adecuado, y consistia en establecer de mar á mar, quedando Gibraltar á la espalda, una línea de puntos fortificados que abrigasen respectivamente ambos flancos cuando se obrase ya en uno ó ya en otro de ellos. Se habilitaban tambien en lo interior de la sierra varios castillejos, antiguos vestigios de los moros, colocados los mas en parages casi inaccesibles. El ejército habia de obrar no en masa sino en trozos, reuniéndose solo en determinadas ocasiones, y se dejaba á cargo del paisanage guarnecer los castillos, y suplir con reclutas las bajas del ejército en Cádiz. Mas para realizar este plan, necesitábase tiempo, y no era probable que los franceses se descuidasen y permitiesen el que se llevára á efecto.

Lacy luego que hubo desembarcado se encaminó á Gausin, desde donde quiso acercarse á Ronda. En esta ciudad se habian los franceses fortalecido en el antiguo castillo, y formado varios atrincheramientos: tomar uno y otro á viva fuerza no era maniobra fácil ni pronta, principalmente conservando los enemigos en Grazalema una columna móvil.

Limitóse pues Lacy á hacer algunos movimientos, y á contener á veces los ímpetus del enemigo. Le ayudaban los partidarios favorecidos del conocimiento que tenian del terreno, siendo los de mas nombre Don José de Aguilar, Don Juan Becerra y Don José Valdivia. Tambien los ingleses, de acuerdo con el general español, enviaron al este de la sierra 800 hombres que sirviesen de apoyo en qualquiera desman.

Inquietos los franceses con la expedicion, y persuadidos de que si se mantenia firme en los montes de Ronda, *desasosegaria continuamente* las fuerzas que sitiaban á Cádiz, y aun las de Sevilla y Málaga, diéronse priesa á frustrar tales intentos. Y asi al paso que el general Girard Buscaba á Lacy hacia el frente, destacó el mariscal Victor tropas del 1er cuerpo por el lado de poniente, y Sebastiani otras del 4º por el de levante. De manera que temeroso Don Luis Lacy de ser envuelto se trasladó á la fuerte posicion de Casares, embarcándose despues en Estepona y Marbella. Tomó á poco tierra en Algeciras, y tornando á San Roque se corrió otra vez á la banda de Marbella, á fin de alentar y socorrer la guarnicion de aquel castillo que bajo el mando de Don Rafael Cevallos Escalera burló diversas tentativas que para ocuparle hizo el enemigo. Don Francisco Javier Abadía comandante de San Roque, aunque asistido de escasa fuerza, cooperó igualmente á los movimientos de Lacy, y llamó por Algeciras la atencion de los franceses.

Pero al fin agolpándose estos en gran número á la sierra, se reembarcó la expedicion, y regresó á Cádiz el 22 de julio. No se

sacaron de ella mas ventajas que la de molestar á los enemigos, y divertirlos de otras operaciones, particularmente de las que intentaba en Extremadura tan conexas con las de Portugal. Poca ó mala inteligencia entre las tropos de línea y los paisanos desfavoreció la empresa. Para aquellas habia oscura gloria y mucho trabajo en la guerra de partidarios, única que convenia en la sierra: no asi para los otros habituados á tales peleas, y cuya ambicion de fama estaba satisfecha con que se pregonasen sus hazañas en el ejido de sus pueblos.

Al Condado de Niebla.

Ni un mes se pasó sin que el mismo Don Luis Lacy con otra expedicion saliese de Cádiz llevando rumbo opuesto al anterior de Ronda, esto es, al condado de Niebla. En dicha comarca proseguia el general Copons entreteniendo al enemigo que bajo el mando del duque de Aremberg hacia con una columna móvil excursiones en el pais, y le molestaba. La junta de Sevilla contribuia desde Ayamonte al buen éxito de las operaciones de Copons, y oportunamente formó de la isla llamada Canela en el Guadiana un lugar de depósito resguardado de los ataques repentinos del enemigo. En breve aquel terreno, antes arenoso y desierto, se convirtió en una poblacion donde se albergaron muchas familias, refugiándose á veces los habitantes de aldeas enteras y villas invadidas. Construyéronse allí barracas, almacenes, pozos, hornos, y se fabricaron en sus talleres monturas, cartuchos y otros pertrechos de guerra. Al fin fortificáronse tambien sus avenidas, de manera que se hizo el punto casi inexpugnable.

Situacion de esta comarca.

Constaba la expedicion de Lacy de unos 5000 hombres, y escoltábala fuerza sutil española é inglesa al mando la primera de Don Francisco Maurelle y la segunda al del capitan Jorge Cockburn. Desembarcó la gente el 25 de agosto á dos leguas de la barra de Huelva entre las Torres del Oro y de la Arenilla. La fuerza sutil se metió por la ria que forman á su embocadero las corrientes del Odiel y el Tinto, con propósito de ayudar la evolucion de tierra, y atacar por agua á Moguer. En este sitio tenian los franceses 500 infantes y 100 caballos que sorprendidos se retiraron, no asistiendo mayor dicha á otros tantos que corrieron á su socorro de San Juan del Puerto.

Copons al desembarcar Lacy se hallaba en Castillejos, 12 leguas distante, y habiéndose por desgracia retardado el pliego que le anunciaba el arribo, no pudo acudir á la costa con la puntualidad deseada, malográndose asi el coger entre dos fuegos á los franceses que estaban avanzados. Vino Copons sin embargo á Niebla y se puso luego en comunicacion con Lacy. Los pueblos recibieron á este con el júbilo mas colmado, y fiados en su apoyo dieron á los enemigos terrible caza. Pero no teniendo otra mira la expedicion de Don Luis Lacy sino la de divertir al francés de

Extremadura, en tanto que el ejército de Romana tambien por su lado se movia, miró aquel general como concluido su encargo luego que le amenazaron superiores fuerzas, y de consiguiente se reembarcó el 26 del mismo agosto. Desagradó en el condado lo rápido de la excursion, y muchos pensaron que sin comprometer su gente hubiera podido Lacy permanecer allí mas tiempo, y maniobrar en union con el general Copons. Desamparados los pueblos padecieron nuevas molestias del enemigo, en especial Moguer que se habia declarado y tomado parte desembozadamente. Quiso en seguida Lacy acometer á Sanlúcar de Barrameda; pero los franceses ya sobre aviso frustráronle el proyecto.

Operaciones de Cádiz.

De vuelta á Cádiz el mismo general, estimulado por el gobierno y de acuerdo con él y los otros gefes, verificó el 29 de setiembre una salida camino del puente de Suazo, consiguiendo con ella destruir algunas obras del enemigo, siendo esta la sola operacion digna de mentarse que hasta finalizar el presente año de 1810 practicaron en la isla gaditana las tropas de tierra.

Pudieron las de mar haber tenido ocasion de señalarse, á no estorbárselo tiempos contrarios. El mariscal Soult, convencido de que para cualquiera empresa contra Cádiz y la isla de Leon, si habia de ser fructuosa, era indispensable fuerza sutil, ideo que se construyesen buques al caso en Sanlúcar y en Sevilla. Para ello valióse de barcos de aquellos puertos, ordenó una tala en los montes inmediatos, y recibió de Francia carpinteros, marinos y calafates. En octubre, dispuesta ya una flotilla, se trasladó en persona á Sanlúcar dicho mariscal, á fin de presenciar desde la costa la dificultosa travesía que tenian que emprender los referidos buques desde la boca del Guadalquivir hasta lo interior de la bahía de Cádiz. Empezóse á poner en obra el proyecto en la noche del 31 pasando la flotilla por entre los bajos de punta Candor, y atracando siempre á la costa. Se componia en todo de unos 26 cañoneros: dos bararon, nueve se metieron la misma noche en el puerto de Santa María, y los otros anclaron en Rota, de donde, aprovechando vientos frescos y favorables, se juntaron á los que habian ya entrado, sin que les hubiese sido dable impedirlo á las fuerzas de mar anglo-españolas. Pero de nada sirvió á los franceses suceso en su entender tan dichoso. En balde despues quisieron que su flotilla doblase la punta del Trocadero, en balde trasladaron por tierra los barcos á Puerto Real. Durante el sitio ya no se menearon de allí, obligándolos á permanecer quedos las superiores y mejor marineras fuerzas de los aliados.

Fuerza sutil de los enemigos.

No por eso dejaron los franceses de perfeccionar las obras de tierra, y de establecer una cadena de fuertes que se dilataba desde la entrada de la bahía hasta Chiclana, por cuya parte y en una batería inmediata al cerro de Santa Ana, perdieron muerto

de una granada al distinguido general de artillería Senarmont.

Fuerzas de los aliados en Cádiz y Isla.

Los aliados tampoco se mantuvieron ociosos. Mejoraron cada vez mas las fortificaciones, y las tropas se engrosaron y adquirieron buena disciplina. De las inglesas se contaron en julio 8500 hombres; volviéronse á reducir á 5000 por los refuerzos que se enviaron á Portugal; mas antes de fines de año crecieron otra vez á 7000 con gente que llegó de Sicilia y Gibraltar. Las tropas españolas de línea pasaban de 18,000 hombres. Don Joaquin Blake continuó á su cabeza hasta 23 de julio, en cuyo tiempo se trasfirió á Murcia, extendiéndose su mando, conforme apuntamos, á las divisiones existentes en aquel reino, las cuales formaban con las de la isla de Leon el ejército llamado del centro.

Blake en Murcia.

Llegado que hubo el general Blake á su nuevo destino, restableció paz y armonía que andaba escasa entre algunos gefes. El ejército se habia aumentado á punto que poco antes enviara á Cádiz una division de 4000 hombres al mando del general Vigodet. Blake llegó el 2 de agosto, y la fuerza disponible era de unos 14,000 soldados, 2000 de caballería.

Al rededor de este ejército revoloteaban, por decirlo así, muchos partidarios, en especial del lado de Jaen y de Granada. Entre los primeros sobresalian los nombrados Uribe, Alcalde y Moreno puestos á las órdenes del comandante Bielsa, entre los otros el coronel Don José de Villalobos.

Cuando Blake se incorporó al ejército se hallaba este repartido en Murcia, Elche, Alicante, Cartagena y pueblos de los contornos: algunos batallones estaban destacados en la Mancha, sierra de Segura y frontera de Granada, en donde permanecia la caballería, extendiéndose hasta cerca de Huéscar.

Sebastiani se dirige á Murcia.

Fijó la idea de Blake la atencion de los franceses, y desde luego resolvió Sebastiani hacer otra excursion la vuelta de Murcia, lisonjeándose que de ella saldria tan airoso como la vez primera, y aun tambien de que disiparia como humo el ejército de los españoles.

Medidas que toma Blake.

Informado Blake de los intentos del enemigo preparóse á recibirle. Agrupó sucesivamente en la huerta de Murcia sus tropas, y las colocó de esta manera: la 5ª division al mando del brigadier Creagh ocupó la derecha en Añora; detras guarnecia un batallon el monasterio de Gerónimos, teniendo apostaderos por la izquierda hasta el rio; delante se plantaron cuatro piezas de artillería. Alojábase la izquierda del ejército en el lugar de Don Juan, y la componia la 3ª division del cargo del brigadier Sanz, teniendo un destacamento por su siniestro costado. Enlazábase esta posicion con la del centro por medio de un molino aspillerado y de una batería circular colocada en donde una de las acequias mayores se distribuye en dos atageas. Dicho centro, que

cubria la 1ª division al mando del general Elio, estaba cerca de Alcántara en la Puebla.

Dispúsose ademas la inundacion de la huerta; medio oportuno pero no del todo hacedero, ya por no ser nunca, y menos en aquella estacion, muy caudaloso el Segura, ya tambien porque aun en caso de una rápida avenida, las obras allí practicadas, estánlo en términos que solo sirven para sangrar el rio, y no para favorecer estragos: como construidas con el único objeto de dar á los campos el necesario y fecundante beneficio del riego. Sin embargo se inundaron los caminos y una faja de bancales por la orilla, amparando lo demas de la Huerta sus naranjos y sus cidros, sus limoneros y moreras, en fin toda su intrincada y lozana frondosidad.

Siguióse en esto y en lo de armar al paisanage la conducta del obispo Don Luis Belluga en la guerra de sucesion. Ahora como entonces acudieron todos los partidos, hasta el de Orihuela aunque perteneciente á Valencia, y se distribuyeron en compañías y secciones incorporándose al ejército. Manifestaron los paisanos grande entusiasmo y mucha docilidad; perfecta armonía reinó entre ellos y los soldados. Blake declarando á Murcia amenazada de inmediato ataque, la sometió al solo y puro gobierno militar, providencia que las autoridades respetaron, y que en aquel lance obedecieron con gusto.

En el intermedio se habia ido acercando el general Sebastiani, y echádose atras nuestra caballería á las órdenes de Don Manuel Freire, que sustentó con destreza varios reencuentros. Segun los enemigos se aproximaban daban aviso de todos sus pasos al general Blake los alcaldes de los pueblos y muchos particulares con rara puntualidad, llegando á su colmo la diligencia de todos. Los franceses aparecieron el 28 de agosto en Lebrilla á 4 leguas de Murcia, y nuestros ginetes se situaron en Espinardo con puestos avanzados sobre el rio Segura. El partidario Villalobos, que habia acompañado á Freire, se colocó en Molina.

Se retira Sebastiani. Luego que el general Sebastiani llegó á Lebrilla hizo varios reconocimientos; y arredrado del modo con que los nuestros le aguardaban, se apartó del intento de penetrar en Murcia, y en la noche del 29 al 30 se replegó á Totana. Hostilizáronle en la retirada los paisanos, particularmente los de Lorca; y en esta ciudad y en otros pueblos cometió el francés mil tropelías. Bien le vino á este no insistir en la empresa proyectada, pues á haber padecido descalabro como era probable en los laberintos de la huerta de Murcia toda su gente hubiera sido muy maltratada, ya por los habitantes de este reino, ya por los de Granada, cuyos ánimos se encrespaban acechando la ocasion de escarmentar á sus opresores. Haberse expuesto á tal riesgo y cansado inútilmente la tropa con marchas y contramarchas de mas de cien leguas en estacion tan calurosa, fueron los frutos que reportó Sebastiani

de una expedicion que de antemano habia pregonado como fácil.

Insurrecciones en el reino de Granada.

Entre los que empezaron en el reino de Granada á levantar cabeza durante la ausencia del general francés, señalóse el alcalde de Otivar, de nombre Fernandez, quien entró en Almuñecar y Motril, y aun se apoderó de sus castillos. Estas y otras empresas que propagaron la llama de la insurreccion por las sierras y por varios pueblos de la costa, á pesar de algunos amigos y parciales que tuvieron allí los enemigos, impulsó á los ingleses á dar cierto apoyo á aquellos movimientos. Decidiéronse sobre todo á atacar á Málaga, guarida entonces de corsarios, y en cuyo puerto tambien fondeaba una flotilla enemiga de lanchas cañoneras. Al efecto se preparó en Ceuta una expedicion de 2500 hombres españoles é ingleses á las órdenes de lord Blayney, la cual dió la vela el 13 de octubre con direccion á Fuengirola. Empezaron luego los aliados á embestir este castillo guarnecido por 150 polacos con esperanza de que asi llamarian hácia aquel punto las fuerzas enemigas, y podrian reembarcándose caer repentinamente sobre Málaga que se veria desprovista de gente. Pero dándose lord Blayney torpe maña, en vez de sorprender á sus contrarios, él fue, por decirlo asi, el sorprendido acometiéndole de improviso el general Sebastiani con 5000 hombres. Al querer retirarse fue dicho lord cogido prisionero, y las tropas inglesas volvieron en confusion á sus barcos; solo un regimiento español, el imperial de Toledo, único de los nuestros que allí iba, tornó á bordo sin pérdida y en buena ordenanza.

Expedicion contra Fuengirola y Málaga.

Avanza Blake á Granada.

El ruido de semejantes acontecimientos y el deseo de ensanchar los límites de su territorio, estimularon al general Blake á avanzar á la frontera de Granada, habiéndose ocupado todo aquel tiempo desde agosto en mejorar la disciplina de su ejército y en adiestrarle, como igualmente en asegurar sus estancias de Murcia. Envió asimismo á la Mancha con un trozo de 300 caballos á Don Vicente Osorio, queriendo extraer granos de aquella provincia para la manutencion de su ejército. Las partidas si bien fomentadas por Blake en todas partes, fuéronlo en especial del lado de Jaen, en donde Don Antonio Calvache sucedió á Bielsa en el mando de ellas. Mas los enemigos persiguiendo de cerca al nuevo gefe, despues de haber quemado casi toda la villa de Segura, le mataron el 24 de octubre en Villacarrillo.

Don Joaquin Blake, reuniendo sus tropas distribuidas por la mayor parte, sin contar las de las plazas, en Murcia, Caravaca y Lorca, se puso el 2 de noviembre sobre Cúllar: movimiento hecho á las calladas y del que los franceses estaban ignorantes. Dejó Blake 2000 hombres en dicho Cúllar, y á las doce de la mañana del 3 se colocó con 7000, de los que unos 1000 eran de caballería en las lomas que dominan la hoya de Baza, y que lame el rio Guadalquiton.

Los enemigos tenian en el llano una division de caballería que acaudillaba el general Milhaud, asistida de artillería volante: ademas habian situado de 2 á 3000 infantes en las inmediaciones de la ciudad bajo la guia del general Rey. No acudió allí Sebastiani hasta despues de concluida la accion que ahora iba á trabarse.

Accion de Baza, 3 de noviembre.

Empezó esta á las dos de la tarde, desembocando la caballería española á las órdenes de Don Manuel Freire por el camino real que de Cúllar va á Baza. Nuestros ginetes tiraron por la derecha, y formaron en batalla en dos líneas, sosteniendo sus costados artillería y guerrillas de fusileros. Los enemigos ciaron hácia sus peones, y entonces el general Blake dejando apostados en las lomas la mitad de sus infantes, se adelantó con los otros y 3 piezas en 4 columnas cerradas, repartidas en ambos lados del camino.

Nuestros caballos proseguian confiadamente su marcha; mas al querer efectuar un movimiento se embarazaron algunos, y el enemigo descargando sobre ellos con impetuoso arranque los desordenó lastimosamente. Tras su ruina vino la de los infantes que habian avanzado, y solo consiguieron unos y otros rehacerse al abrigo de las tropas que habian quedado en las lomas. El enemigo no persistió mucho en el alcance. Quedaron en el campo 5 piezas; y se perdieron entre muertos, heridos y prisioneros 1000 hombres. De los franceses muy pocos.

Descalabro fue el de Baza que causó desmayo y contuvo en cierto modo el vuelo de la insurreccion de aquellas comarcas. Adverso era en esto de batallar el hado de Don Joaquin Blake, y vituperable su empeño en buscar las acciones que fuesen campales antes que limitarse á parciales sorpresas y hostigamientos. No permaneció despues largo espacio al frente de aquel ejército, llamado á desempeñar cargo de mayor alteza.

Por lo demas y en medio de reveses y contratiempos la tenacidad española, la serie innumerable de combates en tantos puntos y á la vez, fatigaban á los franceses, y su ejército de las Andalucías no gozó en todo el año de 1810 de mucha mayor ventura que la que tenian los de las otras provincias. Y si bien ordenadas batallas no menguaban extremadamente las filas enemigas, aniquilábanse aquí, como en lo demas del reino, en marchas y contramarchas, y en apostaderos y guerra de montaña.

Provincias de levante.

Del lado de levante las provincias de Valencia, Cataluña, y aun lo que restaba libre de la de Aragon, hubieran obrando unidas entorpecido muy mucho los intentos del enemigo, siendo entre ellas tanto mas necesaria buena hermandad, cuanto para sojuzgarlas estaban de concierto el 3º y el 1er cuerpo francés. Pero la multiplicidad de autoridades, su diversa condicion, los obstáculos mismos que nacian de la naturaleza de la actual

guerra estorbaban completa concordia y adecuada combinacion. Por fortuna los caudillos enemigos, aunque no menos interesados en aunarse, y aqui mas que en otras partes, á duras penas lo conseguian, no ya por las rivalidades personales que á veces se suscitaban, sino principalmente por lo dificultoso de acudir al cumplimiento de un plan convenido.

Valencia.

En Valencia Don José Caro mas bien que en la guerra pensaba en ir adelante con sus desafueros. Dejó que se perdiesen Lérida, Mequinenza y hasta el castillo de Morella, sin dar señales de oponerse al enemigo ni siquiera de distraerle. Al fin viendo Caro que se aproximban los franceses, y que la voz pública se acedaba contra tan culpable abandono, mandó á Don Juan Odonojú, prisionero en la batalla de María y ahora libre, que se adelantase con 4000 hombres. El 24 de junio arrojaron estos de Villabona á los enemigos que se abrigaron á Morella, delante de cuyo pueblo se trabó el 25 un choque muy vivo retirándose despues los nuestros en vista de haberse reforzado los contrarios. Por segunda vez avanzó en julio el mismo Odonojú, y aun llegó el 16 á intimar la rendicion al castillo de Morella, pero revolviendo sobre él prontamente el general Mont-Marie, le obligó á alejarse y causóle en Albocaser un descalabro.

Choques en Morella y Albocaser.

No habia Don José Caro tomado parte personalmente en ninguna de semejantes refriegas, hasta que en agosto pidiendo su cooperacion el general de Cataluña para aliviar á Tortosa amenazada de sitio, se movió aquel por la costa lentamente y mas tarde de lo que conviniera. Llevó consigo 10,000 hombres de línea y otros tantos paisanos, y se situó en Benicarló y San Mateo. El general Suchet vino por Calig á su encuentro con diez batallones y tambien con artillería y caballería. Caro no le aguardó, replegándose despues de ligeras escaramuzas á Alcalá de Gisbert, y de allí el 16 de agosto á Castellon de la Plana y Murviedro. No retrocedió en desórden el ejército valenciano, si bien su gefe Don José Caro dió el triste y criminal ejemplo de ser de los primeros y aun de los pocos que desaparecieron del campo. Zahiriólo por ello agriamente su hermano Don Juan, hombre ligero pero arrojado, de quien hablamos allá en Cataluña.

Avanza Caro y se retira.

Con la conducta que en esta ocasion mostró el general de Valencia se acreció el odio contra su persona, y lo que aun es peor menospreciósele en gran manera. Se descubrieron asimismo tramas que urdia y proscripciones que intentaba, propalándose en el público sus proyectos con tintas que entenebrecian el cuadro. Temeroso por tanto se escabulló disfrazado de fraile (trage harto extraño para un general), y pasó luego á Mallorca, sin cuya precaucion hubiera tal vez sido blanco de las iras del pueblo.

Caro huye de Valencia.

Le sucede Bassecourt.

Sucedióle inmediatamente en el mando Don Luis de Bassecourt que estaba á la cabeza de una division volante en Cuenca, hombre que si bien alabancioso al dar sus partes y no de grande capacidad, aventajábase en valor y otras prendas á su antecesor, procurando tambien con mayor ahinco acordar sus operaciones con los generales de los demas distritos, en especial con los de Aragon y Cataluña.

Cataluña. Su congreso. Odonell.

En este principado haciase la guerra con otra eficacia y obstinacion que en Valencia: merced al celo de su congreso y á la pronta diligencia y esmero de su general Don Enrique Odonell. Luego que en 17 de julio estuvo reunida aquella corporacion, tomó varias resoluciones, algunas bastantemente acertadas. En la milicia acomodó los alistamientos á la índole de los naturales, imponiendo solo la obligacion de un enganche de dos años, con facultad de gozar cada seis meses de una licencia de 15 dias. Sin embargo los catalanes tan dispuestos á pelear como somatenes, repugnaban á tal punto el servicio de tropa reglada que tuvo su congreso que establecer comisiones militares para castigar á los desertores, y aun á los distritos que no aprontasen su contingente. Recaudáronse con mayor regularidad los impuestos y se realizó, á pesar de lo exhausto que ya estaba el pais, un empréstito de medio millon de duros. Aplicáronse á los hospitales los productos que antes percibia la curia romana y ahora los obispos por dispensas y otras gracias ó exenciones. El alma de muchas de estas providencias era el mismo Don Enrique Odonell, quien puso ademas particular conato en adestrar sus tropas, en inculcar en ellas emulacion y buen ánimo, y tambien en mejorar la instruccion de los oficiales.

Macdonald.

Por su parte el mariscal Macdonald apenas podia ocuparse en otras operaciones que en las de avituallar á Barcelona: los convoyes de mar estaban interrumpidos, y los de tierra escasos y lentos tenian con frecuencia que repetirse y ser escoltados con la mayor parte del ejército si no se queria que fuesen presa de los somatenes y de las tropas españolas. Macdonald trató en un principio de grangearse las voluntades de los habitantes, contrastando su porte con la ferocidad del mariscal Augereau, que habia, por decirlo asi, guarnecido las orillas de algunos caminos con patíbulos y cadáveres. Estaban los ánimos sobradamente lastimados de ambas partes, para que pudiesen olvidarse antiguas y recíprocas ofensas. Asi no surtieron grande efecto las buenas intenciones y aun medidas del mariscal Macdonald, acabando tambien él mismo por adoptar á veces resoluciones rigorosas.

Convoyes que lleva á Barcelona.

En junio y poco despues de tomar el mando, acompañó no sin tropiezos un convoy á Barcelona. Volvió despues á Gerona, y preparóse á conducir otro en mediados de julio á la misma ciudad. Odonell trató de estorbarlo y destacó á

Granollers 6500 infantes y 700 caballos unidos á 2500 paisanos bajo las órdenes de Don Miguel Iranzo. Trabóse un reñido choque entre los nuestros y los franceses, pero mientras tanto pasó á la deshilada el convoy y se metió en Barcelona.

Ejército español de Cataluña.

Dolióse mucho Odonell del malogro de aquella empresa, y no faltó quien lo atribuyese á desmaño del general que en Granollers mandaba. El plan que Odonell habia resuelto seguir en Cataluña pareció el mas acertado. Evitando batallas generales, queria por medio de columnas volantes sorprender los destacamentos enemigos, interceptar ó molestar sus convoyes y aniquilar asi sucesivamente la fuerza de aquellos. Por tanto el ejército español de Cataluña que segun dijimos constaba en julio de unos 22,000 hombres, sin contar somatenes ni guerrilleros, estaba colocado al principiar agosto del modo siguiente: la 1ª division ocupaba las orillas del Llobregat y observaba á Barcelona, estando tambien fortificada la montaña de Montserrat: la 2ª acampaba en Falset y no perdia de vista á Suchet que, como poco hace apuntamos, intentaba sitiar á Tortosa: parte de la 3ª cubria en Esterri las avenidas del valle de Aran; la reserva distribuida en dos trozos, mantenia uno en el Coll de Alba próximo á Tortosa y el otro en Arbeca y Borjas blancas para enfrenar la guarnicion de Lérida. Un cuerpo de húsares y tropas ligeras se alojaban en Olot y acechaban las comarcas de Besalú y Bañolas; varios guerrilleros recorrian la demas tierra aprovechándose todos de las ocasiones que se presentaban para desvanecer los intentos del enemigo é incomodarle continuamente. El cuartel general permanecia en Tarragona desde donde Odonell gobernaba las maniobras mas notables, tomando á veces en ellas parte muy principal. Con esta distribucion creyó el general de Cataluña que vigilando las plazas y puntos mas señalados, llevaria á cumplido efecto su plan, y que el ejército francés se rehundiria poco á poco y en combates parciales.

Si en todo no se llenaron los deseos de Don Enrique Odonell, se lograron en parte. El mariscal Macdonald, afanado siempre con el abastecimiento de Barcelona, no pudo desde el segundo convoy que metió allí en julio pensar en cosa importante, sino en preparar otro tercero que consiguió introducir el 12 de agosto. Entonces mas libre resolvió, aunque todavía en balde, favorecer directamente las operaciones del general Suchet.

Intenta Suchet sitiar a Tortosa.

No desistia este general del indicado propósito de sitiar á Tortosa, lo que dió ocasion á varios combates y reencuentros, algunos ya referidos, con las tropas españolas de Cataluña, Aragon y Valencia, que precedieron á la formalizacion del cerco, ligándose de parte de los franceses las mas de las operaciones, aun las lejanas de aquel principado, con tan primario objeto, por lo que á una y en el mejor órden que nos sea posible, si bien brevemente, daremos de ellas cuenta.

Sus disposiciones.

Suchet para emprender el sitio estableció en Mequinenza un depósito de municiones de guerra y boca: trasportarlas de allí á Tortosa era grande dificultad. Ofrecia el Ebro comunicacion por agua, pero interrumpida en partes con varias cejas ó bajos, solo se podian estos salvar en las crecidas, y rara vez en los tiempos secos del estío. Del lado de tierra era aun mas trabajoso y aun impracticable el tránsito, encallejonándose los caminos que van desde Caspe á Mequinenza entre montañas cada vez mas escarpadas segun avanzan á Mora, las Armas, Jerta y Tortosa; por lo que ya en 21 de julio empezaron los franceses á componer uno antiguo de ruedas, cuyos rastros al parecer se conservaban del tiempo de la guerra de sucesion. Suchet, antes de que la ruta se concluyese, fue arrimando fuerzas á la plaza.

En los primeros dias de julio la division que mandaba el general Habert dirigióse partiendo de cerca de Lérida por la izquierda del Ebro, y llegó á Garcia estando pronto á caer sobre Tivenys y Tortosa. Poco antes salió de Alcañiz la division de Laval, y despues de haberse movido la vuelta de Valencia, retrocedió y se colocó el 3 de julio á la derecha del Ebro, delante del puente de Tortosa, prolongando su derecha á Amposta, y destacando tropas que observasen el Cenia, siendo esta division ó parte de ella la que tuvo que habérselas con los valencianos en los combates parciales acaecidos allí por este tiempo y ya relatados. Suchet mantuvo á su lado la brigada del general Paris, y sentó el 7 sus reales en Mora, dándose la mano con los dos generales Laval y Habert, y echando para la comunicacion de ambas orillas del Ebro dos puentes, sin que sus soldados consiguiesen, como lo intentaron, quemar el de barcas de Tortosa.

Salidas de la plaza y combates parciales.

La guarnicion de esta plaza hizo desde el principio varias salidas é incomodó á Laval que se atrincheraba en su campo. Igualmente parte de la division española que se alojaba en Falset atacó con vigor los puestos enemigos en Tivisa, y el 15 toda ella teniendo al frente al marqués de Campoverde, rechazó una acometida de los enemigos y aun siguió el alcance.

Eran tales maniobras precursoras de otras que ideaba Odonell quien el 29 acometió en persona al general Habert. No pudo el español desalojar de Tivisa á su contrario, mas el 1° de agosto se metió en Tortosa y dispuso para el 3 una salida contra Laval. La mandaba Don Isidoro Uriarte, y embistiendo los nuestros intrépidamente al enemigo, le rechazaron al principio y destruyeron varias de sus obras. La poblacion sirvió de mucho, pues llena de entusiasmo auxiliaba á los combatientes aun en los parages en que habia peligro con abundantes refrescos, y aliviaba á los heridos con prontos y acomodados socorros. Reforzados al cabo los franceses tuvieron los españoles que recogerse á la plaza, dejando al-

gunos prisioneros, entre ellos al coronel Don José María Torrijos. Semejantes operaciones hubieran sido mas cumplidas, si Don José Caro con quien se contaba, no hubiese por su parte procedido, segun hemos visto, tarde y malamente.

Adelanta Macdonald á Tarragona.

Tambien Don Enrique Odonell se vió obligado á retroceder en breve á Tarragona, adonde le llamaban otros cuidados. El mariscal Macdonald, despues de haber introducido en Barcelona el convoy mencionado de agosto, se adelantó via de Tarragona ya para cercar si podia esta plaza, ya para coadyuvar en caso contrario al asedio de Tortosa. Desistió de lo primero falto de almacenes, y escasos los víveres en aquella comarca, cuyos granos de antemano recogiera Odonell. Este ademas se apostó de suerte que guarecido de ser atacado con buen éxito, trató de reducir á hambre el cuerpo de Macdonald situado desde el 18 de agosto en Reus y sus contornos. Frústrósele el 21 al mariscal francés un reconocimiento que tentó del lado de Tarragona escarmentándole los nuestros en la altura de la Canonja. Para evitar mayor desastre retiróse Macdonald el 25 de Reus, pidiendo antes la exorbitante contribucion de 156,000 duros, é imponiendo otra tambien muy pesada sobre géneros ingleses y ultramarinos.

Se retira.

El camino que tomó fue el de Lérida para abocarse en esta ciudad con el general Suchet, y desde Alcover dirigiéndose á Montblanc, pasaron sus tropas por el estrecho de la Riva. Aquí las detuvo por su frente la division que mandaba el brigadier Georget, que de antemano habia dispuesto Odonell viniese de hácia Urgel en donde estaba. Al mismo tiempo Don Pedro Sarsfield las atacó por flanco y retaguardia en las alturas de Picamuxons y Coll de las Molas, maniobrando á la izquierda varias partidas. Los enemigos con tan impensado ataque y las asperezas del camino se vieron muy comprometidos, pero siendo numerosas sus fuerzas alcanzaron por último forzar el paso y ganar las cumbres, ayudándoles mucho una salida que hizo á espaldas de Georget la guarnicion de Lérida. Con todo perdieron los franceses unos 400 hombres entre muertos y heridos y 150 prisioneros.

Dificultades con que tropieza.

Llegado á Lérida el mariscal Macdonald se avistó el 29 con el general Suchet que ya le aguardaba. Convinieron ambos en limitar ahora sus operaciones al sitio de Tortosa, emprendiéndole el último por sí y con sus propios medios, al paso que el primero debia protegerle con tal que tuviese víveres, los que le suministró Suchet en cuanto le fue dable. Entonces creyó este que podria obrar activamente y apoderarse en breve de Tortosa, sobre todo habiendo empezado á acercar á la plaza, favorecido de una crecida del Ebro, piezas de grueso calibre. Pero sus esperanzas no estaban todavía próximas á realizarse.

Avistase en Lérida con Suchet.

El ejército francés de Cataluña continuó siempre escaso de

Macdonald incomodado siempre por los españoles.

granos y embarazado para menearse á pesar de los grandes esfuerzos de Suchet y de Macdonal, pues las partidas, la oposicion de los pueblos, la cuidadosa diligencia de Odonell y sus movimientos desbarataban ó detenian los planes mas bien combinados. Se colocó en los primeros dias de setiembre en Cervera el mariscal Macdonald : y el general español vislumbró desde luego que su enemigo tomaba aquellas estancias para cubrir las operaciones de Suchet, amenazar por retaguardia la línea del Llobregat, y enseñorearse de considerable extension de pais que le facilitase subsistencias. Prontamente determinó Odonell suscitar al francés nuevos estorbos, continuando en su primer propósito de esquivar batallas campales.

Nada le pareció para conseguirlo tan oportuno como atacar los puestos que el enemigo tenia á retaguardia, cuyos soldados se juzgaban seguros fuera del alcance del ejército español, y bastante fuertes y bien situados para resistir á las partidas. Odonell firme en su resolucion ordenó que se embarcasen en Tarragona pertrechos, artillería y algunas tropas, yendo todo convoyado por cuatro faluchos y dos fragatas, una inglesa y otra española. Partió él en persona el 6 de se setiembre por tierra poniéndose en Villafranca al frente de la division de Campoverde que de intento habia mandado venir allí. En seguida dirigióse hácia Esparraguera, colocó fuerzas que observasen al mariscal Macdonald, y otras que atendiesen á Barcelona, y uniendo á su tropa la caballería de la division de Georget, prosiguió su ruta por San Culgat, Mataró y Pineda. Salió de aqui el 12, envió por la costa á Don Honorato de Fleyres con dos batallones y 60 caballos, y él se encaminó á Tordera. Marchó Fleyres contra Palamos y San Feliú de Guijols, y Odonell, despues de enviar exploradores hácia Hostalrich y Gerona, avanzó á Vidreras. Para obrar con rapidez tomó el último consigo, al amanecer del 14, el regimiento de caballería de Numancia, 60 húsares y 100 infantes que fueron tan de priesa, que las ocho horas de camino que se cuentan de Vidreras á La Bisbal, las anduvieron en poco mas de cuatro. Siguió detras y mas despacio el regimiento de infantería de Iberia, situándose Campoverde con lo demas de la division en el valle de Aro, á manera de cuerpo de reserva.

Sorpresa gloriosa de La Bisbal.

Luego que Odonell llegó enfrente de La Bisbal ocupó todas las avenidas, y dióse tal maña que no solo cogió piquetes de coraceros que patrullaban y un cuerpo de 150 hombres que venia de socorro, sino que en la misma noche del 14 obligó á capitular al general Schwartz con toda su gente que juntos se habian encerrado en un antiguo castillo del pueblo. Desgraciadamente queriendo poco antes reconocer por sí Odonell dicho fuerte, con objeto de quemar sus puertas, fue herido de gra-

vedad en la pierna derecha, cuyo accidente enturbió la comun alegria.

Y de varios puntos de la costa.

Fleyres afortunado en su empresa se apoderó de San Feliú de Guijols, y el teniente coronel Don Tadeo Aldea, de Palamós, teniendo este la gloria de haber subido el primero al asalto. Entre ambos puntos el de La Bisbal y otros de la costa tomaron los españoles 1200 prisioneros, sin contar al general Schwartz y 60 oficiales, habiendo tambien cogido 17 piezas. Mereció mas adelante Don Enrique Odonell por expedicion tan bien dirigida y acabada el título de conde de La Bisbal.

Guerra en el Ampurdan.

Posteriormente á este suceso creció la guerra contra los franceses en el norte de Cataluña. Don Juan Clarós los molestaba hácia Figueras y el coronel Don Luis Creeft con los húsares de San Narciso por Besalú y Bañolas. Marchó á Puigcerdá el marqués de Campoverde, acosó un trozo de enemigos hasta Montluis y exigió contribuciones en la misma Cerdaña francesa, de donde revolviendo sobre Calaf, estrechó de aquel lado al mariscal Macdonald al paso que el brigadier Georget le observaba por Igualada.

Eroles manda allí.

El baron de Eroles, que ya se habia distinguido en el sitio de Gerona, se encargó despues de Campoverde del mando de los distritos del norte de Cataluña bajo el título de comandante general de las tropas y gente armada del Ampurdan. Empezó luego á hacer grave daño á los enemigos, y al promediar de octubre les apresó un convoy cerca de la Junquera, acometiéndolos el 21 con ventaja en su campamento de Lladó.

Campoverde en Cardona.

El propio dia junto á Cardona hizo asimismo frente el marqués de Campoverde á las tropas del mariscal Magdonald. Vinieron estas de hácia Solsona, cuya catedral habian quemado pocos dias antes, y encontrando resistencia tornaron á sus anteriores puestos: con la noche tambien se recogieron los españoles á Cardona.

No eran decisivas ni á veces de importancia las mas de dichas acciones ni otras refriegas que omitimos; pero con ellas embarazábanse los franceses, y se retardaban sus operaciones, renovándose la escasez de víveres, y creciendo la dificultad de su recoleccion.

Otro convoy para Barcelona.

Motivo por el que volvió Barcelona á dar á los enemigos fundados temores. Dos meses eran ya corridos despues de la entrada en la plaza del último socorro, y los apuros se reproducian en su recinto. Se esperaba el alivio de un convoy que partiera de Francia; mas como no bastaban para custodiarle las fuerzas que regia en el Ampurdan el general D'Hilliers, tuvo Macdonald que ir en noviembre camino de Gerona para conducir salvo dicho convoy hasta la capital del principado.

Así el cerco de Tortosa, suspendido en los meses de setiembre y

No adelantan los enemigos en el sitio de Tortosa.

octubre, continuó del mismo modo durante el noviembre. No habia aquella interrupcion pendido solamente de las razones que estorbaron al mariscal Macdonald cooperar á aquel objeto, segun habia ofrecido, sino tambien de los obstáculos que se presentaron al general Suchet, nacidos unos de la naturaleza, otros del hombre. Los primeros parecian vencidos con las lluvias del equinoccio que empezaron á hinchar el Ebro, y con lo que se adelantaba en el camino de ruedas arriba indicado; no asi los segundos que llevaban traza de crecer en lugar de allanarse.

Convoyes que van allí de Mequinenza.

Resueltos sin embargo los franceses á proseguir en su intento habian tratado ya en setiembre de enviar desde Mequinenza convoyes por agua, y de asegurar el tránsito haciendo el 17 pasar de Flix á la otra orilla del Ebro un batallon napolitano. El baron de La Barre, que mandaba una division española en Falset (punto que los nuestros volvieron á ocupar luego que Macdonald en agosto se dirigió á Lérida), destacó un trozo de gente á las órdenes del teniente coronel Villa contra el mencionado batallon, al cual este gefe sorprendió y cogió entero. Afortunadamente para los franceses el convoy que debió partir, retardó su salida, escaso todavía de agua el rio Ebro, sin lo cual hubiera aquel tenido la misma suerte que los napolitanos. No solo en este sino tambien en otros lances prosiguió el baron de La Barre incomodando al enemigo lo largo de aquella orilla.

Los atacan los españoles.

Carvajal en Aragon.

Por la derecha desempeñaron igual faena los aragoneses. Gobernábalos en gefe desde agosto Don José María de Carvajal, á quien la regencia de Cádiz habia nombrado con objeto de que obedeciesen á una sola mano las diversas partidas y cuerpos que recorrian aquel reino. Pensamiento loable; pero cuya ejecucion se encomendó á hombre de limitada capacidad. Carvajal paró solo mientes en lo accesorio del mando, y descuidó lo mas principal. Estableció en Teruel grande aparato de oficinas, con poca prevision almacenes, y dió ostentosas proclamas. En vez de ayudar embarazaba á los gefes subalternos, y mostrábase quisquilloso con sus puntas de zelos.

Villacampa infatigable en guerrear.

Andorra.

Las Cuevas.

Importunaba mas que á los otros á Don Pedro Villacampa, como quien descollaba sobre todos. Este caudillo sin embargo continuando infatigable la guerra, cogió el 6 de setiembre en Andorra un destacamento enemigo, y al siguiente dia en las Cuevas de Cañart un convoy con 156 soldados y 3 oficiales. El coronel Plicque que le mandaba logró escaparse, achacándose á Carvajal la culpa por haber retenido lejos, so pretexto de revista, parte de las tropas. Desazonado Suchet con tales pérdidas envió de Mora para ahuyentar á Villacampa alguna fuerza á las órdenes del general Ha-

bert, que reunido á los coroneles Plicque y Kliski que estaban hácia Alcañiz, obligó al español á enmarañarse en las sierras.

Mas pasado un mes volviendo Villacampa á avanzar resolvió de nuevo Suchet que le atacasen sus tropas, y destacó á Klopicki del bloqueo de Tortosa con 7 batallones y 400 caballos. Villacampa retrocedió, y Carvajal evacuó á Teruel, donde entraron los franceses el 30. Siguieron estos de cerca á los españoles, y en la mañana siguiente alcanzaron su retaguardia mas allá de la quebrada de Alventosa, y cogieron 6 piezas, varios caballos y carros de municiones. Alventosa.

Klopicki creyó con esto haber dispersado del todo á los españoles; pero luego se desengañó, quedando en pie la mayor parte de la fuerza del general Villacampa. Por lo mismo trató de aniquilarla, y se encontró con ella apostada el 12 de noviembre en las alturas inmediatas al santuario de la Fuen Santa, espaldas de Villel. Don Pedro Villacampa tenia unos 5000 hombres, manteniéndose Carvajal con alguna gente en Cuervo, á una legua del campo de batalla. La posicion española era fuerte aunque algo prolongada, y la defendieron los nuestros dos horas porfiadamente, hasta que la izquierda fue envuelta y atropellada. Perecieron de los españoles unos 200 hombres, ahogándose bastantes en el Guadalaviar al cruzar el puente de Libros, que con el peso se hundió. Combate de la Fuen Santa.

Klopicki tornó despues al sitio de Tortosa, y dejó á Kliski con 1200 hombres para defender por aquella parte contra Villacampa la orilla derecha del Ebro.

Entre tanto sosteniéndose altas con mayor constancia las aguas de este rio, apresuráronse los enemigos á trasportar lo que exigia el entero complemento del asedio de aquella plaza. Mas no lo ejecutaron sin tropiezos y contratiempos. El 3 de noviembre diecisiete barcas partieron de Mequinenza escoltadas con tropa francesa que las seguian por las márgenes del Ebro: la rapidez de la corriente hizo que aquellas tomasen la delantera. Aprovechóse de tal acaso el teniente coronel Villa puesto en emboscada entre Fallo y Ribaroya, y atacando el convoy cogió varias barcas, salvándose las otras al abrigo de refuerzos que acudieron. No les faltaron tampoco antes de llegar á su destino nuevas refriegas. Lo mismo sucedió el 27 de noviembre á otro convoy, con la diferencia que en este caso las barcas se habian retrasado anticipándose las escoltas: y catalanes en acecho acometieron aquellas, las hicieron barar, y cogieron 70 hombres de la guarnicion de Mequinenza que habian salido á socorrerlas. Nuevos convoyes para Tortosa. Combates parciales.

Como semejantes tentativas y correrías ó eran proyectadas por la division española alojada en Falset, ó por lo menos las apoyaba, habia ya determinado Suchet, tanto para escarmentarla, cuanto para facilitar la aproxima- Los españoles desalojados de Falset.

cion del 7° cuerpo, al que siempre aguardaba, atacar á los españoles en aquel puesto. Verificólo asi el 19 de noviembre por medio del general Habert, quien no obstante una viva resistencia de los nuestros, regidos por el baron de La Barre, se enseñoreó del campo, y cogió 500 prisioneros, de cuyo número fue el general García Navarro, si bien luego consiguió escaparse.

Movimiento de Bassecourt.

Don Luis de Bassecourt por el lado de Valencia tambien tentó molestar á los franceses, y aun divertirlos del sitio de Tortosa. En la noche del 25 de noviembre partió de Peñíscola la vuelta de Ulldecona con 8000 infantes y 800 caballos, distribuidos en tres columnas: la del centro la mandaba el mismo Bassecourt; la de la derecha que se dirigia camino de Alcanar Don Antonio Porta, y la de la izquierda Don Melchor Alvarez. Al llegar el primero cerca de Ulldecona perdió tiempo aguardando á Porta; pero impaciente ordenó al fin que avanzasen guerrillas de infantería y caballería, y que al oir cierta señal atacasen. Hízose asi, sustentando Bassecourt la acometida por el centro con el grueso de los ginetes, y por los flancos con los peones. Hasta tercera vez insistieron los nuestros en su empeño, en cuya ocasion no descubriéndose todavía ni á Porta, ni á Don Melchor Alvarez, tuvieron que cejar con quebranto, en especial el escuadron de la Reina, cuyo coronel Don José Velarde quedó prisionero. Bassecourt se retiró por escalones y en bastante órden hasta Vinaroz, donde se le juntó Don Antonio Porta. Los franceses vinieron luego encima habiendo juntado todas sus fuerzas el general Musnier que los mandaba, con lo que los nuestros, ya desanimados, se dispersaron. Recogióse Bassecourt á Peñíscola, en donde se volvió á reunir su gente, y llegó noticia de haberse mantenido salva la izquierda que capitaneaba Don Melchor Alvarez, ya que no acudiese con puntualidad al sitio que se le señalára. Corta fue de ambos lados la pérdida; los prisioneros por el nuestro bastantes, aunque despues se fugaron muchos. Achacóse en parte la culpa de este descalabro á la lentitud de Porta: otros pensaron que Bassecourt no habia calculado convenientemente los tropiezos que en la marcha encontrarian las columnas de derecha é izquierda.

Accion de Ulldecona.

Al mismo tiempo que se avanzó hácia Ulldecona, dió la vela de Peñíscola una flotilla con intento de atacar los puestos franceses de la Rápita y los Alfaques; mas estando sobre aviso el general Harispe, que habia sucedido en el mando de la division á Laval, muerto de enfermedad, tomó sus precauciones, y estorbó el desembarco.

Macdonald socorre á Barcelona y se acerca á Tortosa.

Se acercaba en tanto el dia en que Macdonald, despues de largo esperar, ayudase de veras á la completa formalizacion del sitio de Tortosa. Permitióselo el haber podido meter en Barcelona el convoy que insinuamos fue á buscar via del Ampurdan. Aseguradas de este modo

por algun tiempo las subsistencias en dicha plaza, dejó en ella 6000 hombres; 14,000 á las órdenes del general Baraguey D'Hilliers en Gerona y Figueras, de que la mayor parte quedaba disponible para guerrear en el campo y mantener las comunicaciones con Francia, y con 15,000 restantes marchó el mismo Macdonald la vuelta del Ebro, entrando en Mora el 13 de diciembre. Concertáronse él y Suchet, y sentando este en Jerta su cuartel general, ocupó el otro los puestos que antes cubria la division de Habert, y se dió principio á llevar con rapidez los trabajos del sitio de Tortosa, del que hablaremos en uno de los próximos libros. Formaliza el sitio Suchet.

A la propia sazon el ejército español de Cataluña, dejando una division que observase el Llobregat, y continuando el Ampurdan al cuidado del baron de Eroles, se colocó en su mayor parte frontero á Macdonald en figura de arco, al rededor de Lent, y apoyada la derecha en Montblanc. Faltóle luego el brazo activo y vigoroso de Don Enrique Odonell, quien debilitado á causa de su herida, empeorada con los cuidados, tuvo que embarcarse para Mallorca antes de acabar diciembre, recayendo el mando interinamente, como más antiguo, en Don Miguel de Iranzo. Deja Odonell el mando.

Por la relacion que acabamos de hacer de las operaciones militares de estos meses en Cataluña, Aragon y Valencia, harto enmarañadas, y quizá enojosas por su menudencia, habrá visto el lector como á pesar de haber escaseado en ellas trabazon y concierto fueron para el enemigo incómodas y ominosas; pues desde principio de julio que embistió á Tortosa no pudo hasta diciembre formalizar el sitio. Nuevo ejemplo de lo que son estas guerras. Sesenta mil franceses, no obstante los yerros y la mala inteligencia de nuestros gefes, nada adelantaron por aquella parte durante varios meses en la conquista, estrellándose sus esfuerzos contra el tropel de refriegas, y pertinacia de los pueblos.

En el riñon de España, junto con las provincias Vascongadas y Navarra, se aumentaban las partidas, y en este año de 10 llegaron á formar algunas de ellas cuerpos numerosos y mejor disciplinados; pues en tales lides, como decia Fernando del Pulgar, « crece el corazon con las hazañas, y las ha« zañas con la gente, y la gente con el interes. » Proseguian tambien allí en algunos parages gobernando las juntas, las cuales, sin asiento fijo, mudaban de morada segun la suerte de las armas, y ya se embreñaban en elevadas sierras, ó ya se guarecian en recónditos yermos. La regencia de Cádiz nombraba á veces generales que tuviesen bajo su mando los diversos guerrilleros de un determinado distrito, ó ensalzaba á los que entre ellos mismos sobresalian, autorizándolos con grados y comandancias superiores. Igualmente envió intendentes ú otros empleados de hacienda que Partidas en lo interior de España.

recaudasen las contribuciones, y llevasen en lo posible la correspondiente cuenta y razon, invirtiéndose los productos en las intenciones de los respectivos territorios. Y si no se estableció en todas partes entero y cumplido órden, incompatible con las circunstancias y á presencia del enemigo, por lo menos adoptóse un género de gobernacion que, aunque llevaba visos de solo concertado desórden, remedió ciertos males, evitó otros, y mantuvo siempre viva la llama de la insurreccion.

No poco por su lado contribuian los franceses al propio fin. Sus extorsiones pasaban la raya de lo hostigoso é inicuo. Vivian en general de pesadísimas derramas y de escandaloso pillage, cuyos excesos producian en los pueblos venganzas, y estas crueles y sanguinarias medidas del enemigo. Los alcades de los pueblos, los curas párrocos, los sugetos distinguidos, sin reparar en edad ni aun en sexo, tenian que responder de la tranquilidad pública, y con frecuencia, so pretexto de que conservaban relaciones con los partidarios, se les metia en duras prisiones, se les extrañaba á Francia, ó eran atropelladamente arcabuceados. ¡Qué pábulo no daban tales arbitrariedades y demasías al acrecentamiento de las guerrillas!

Asaltados por ellas en todos lugares tuvieron los enemigos que establecer de trecho en trecho puestos fortificados, valiéndose de antiguos castillos de moros, ó de conventos y casas-palacios. Por este medio aseguraban sus caminos militares, la línea de sus operaciones, y formaban depósitos de víveres y aprestos de guerra. Su dominio no se extendia generalmente fuera del recinto fortalecido, teniendo á veces que oir mal de su grado y sin poder estorbarlo las jácaras patrióticas que en su derredor venian á entonar con los habitantes los atrevidos partidarios.

Al viajante presentaban por lo comun aquellos caminos triste y desoladora vista : pueblos desiertos, arruinados, continua soledad que interrumpian de tarde en tarde escoltados convoyes, ó la aparicion de los puestos franceses, cuyos soldados recelosamente salian de entre sus empalizadas. Resultas precisas, pero lastimosas, de tan cruda y bárbara guerra.

Conservar de este modo las comunicaciones exigia de los franceses suma vigilancia y mucha gente. Asi en las provincias, de que vamos hablando, nada menos contaban que unos 70,000 hombres, 24,000 en Madrid, y lo restante de Castilla la Nueva. En la Vieja, ademas de Segovia y Avila, y de otros puntos de inmediato enlace con las operaciones de Portugal y Asturias, habia en Valladolid de 6 á 7000 hombres, y 10,000 en Burgos, Soria y sus contornos. 7000 se esparcian por Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, y 22,000 se alojaban en Navarra. Distribuiase toda esta gente en columnas móviles, ó se juntaba, segun los casos, en cuerpos mas numerosos y compactos.

En órden á los partidarios, causadores de tanto afan, no nos es

dado hacer de todos particular especificacion, y menos de sus hechos, como agena de una historia general. Subia á 200 la cuenta de los caudillos mas conocidos, apareciendo y desapareciendo otros muchos con las oleadas de los sucesos.

Los que andaban cerca de los ejércitos en la circunferencia peninsular, y de que ya hemos hablado, permanecian mas fijos en sus respectivos lugares, como dependientes de cuerpos reglados. Los que ahora nos ocupan, si bien de preferencia tenian, digámoslo así, determinada vivienda, trasladábanse de una provincia á otra al són de las alternativas y vueltas de la guerra, ó segun el cebo que ofrecia alguna lucrativa ó gloriosa empresa.

En Andalucía. En Andalucia, aparte de las guerrillas nombradas y que recorrian las sierras de Granada y Ronda, diéronse á conocer bastante las de Don Pedro Zaldivia, Don Juan Mármol y Don Juan Lorenzo Rey, habiendo una que apellidaron del Mantequero metídose en el barrio de Triana un dia de los del mes de setiembre con gran sobresalto de los franceses de Sevilla.

En Castilla la Nueva. Continuaban en la Mancha haciendo sus excursiones Francisquete y los ya insinuados en otro libro. Oyéronse ahora los nombres de Don Miguel Diaz y de Don Juan Antonio Orobio, juntamente con los de Don Francisco Abad y Don Manuel Pastrana, el primero bajo el mote de Chaleco, y el último bajo el de Chambergo. Usanza esta general entre el vulgo, no olvidada ahora con caudillos que por la mayor parte salian de las honradas pero humildes clases del pueblo.

Apareció en la provincia de Toledo Don Juan Palarea médico de Villaluenga, y en la misma murió el famoso partidario Don Ventura Jimenez de resultas de heridas recibidas el 17 de junio en un empeñado choque junto al puente de San Martin. Igual y gloriosa suerte cupo á Don Toribio Bustamante, alias el Caracol, que recorria aquella provincia y la de Extremadura. Tomó las armas despues de la batalla de Rioseco, en donde era administrador de correos, para vengar la muerte de su muger y de un tierno hijo que perecieron á manos de los franceses en el saco de aquella ciudad. Finó el 2 de agosto lidiando en el puerto de Mirabete.

En las cercanías de Madrid hervian las partidas á pesar de las fuerzas respetables que custodiaban la capital; bien es verdad que dentro tenia la causa nacional firmes parciales, y auxilios, y pertrechos, y hasta insignias honoríficas recibian de su adhesion y afecto los caudillos de las guerrillas.

Don Juan Martin (el Empecinado), que por lo comun peleaba en la provincia vecina de Guadalajara, era á quien especialmente se dirigian los envíos y obsequiosos rendimientos. Cuerpos suyos destacados rondaban á menudo no lejos de Madrid, y el 13 de julio hasta se metieron en la Casa de Campo tan inmediata á la capital, y sitio de recreo de José. A tal punto inquietaban estos rebatos á

los enemigos, y tanto se multiplicaban que el conde de Laforest, embajador de Napoleon cerca de su hermano, despues de hablar en un pliego escrito en 5 de julio al ministro Champagny de que las «sorpresas que hacian las cuadrillas españolas de los puestos «militares, de los convoyes y correos, eran cada dia mas frecuen«tes,» añadia, «que en Madrid nadie se podia sin riesgo alejar «de sus tapias.»

Mirando los franceses al Empecinado como principal promovedor de tales acometidas, quisieron destruirle, y ya en la primavera habian destacado contra él á las órdenes del general Hugo una columna volante de 3000 infantes y caballos, en cuyo número habia españoles de los enregimentados por José; pero que comunmente solo sirvieron para engrosar las filas del Empecinado.

El general Hugo, aunque al principio alcanzó ventajas, creyó oportuno para apoyar sus movimientos fortalecer en fines de junio á Brihuega y Sigüenza. No tardó el Empecinado en atacar á esta ciudad, constando ya su fuerza de 600 infantes y 400 caballos. Se agregó á él con 100 hombres Don Francisco de Palafox que vimos antes en Alcañiz, y que luego pasó á Mallorca donde murió. Juntos ambos caudillos obligaron á los franceses á encerrarse en el castillo, y entraron en la ciudad. Abandonáronla pronto. Mas desde entonces el Empecinado no cesó de amenazar á los franceses en todos los puntos, y de molestarlos marchando y contramarchando, y ora se presentaba en Guadalajara, ora delante de Sigüenza, y ora en fin cruzaba el Jarama y ponia en cuidado hasta la misma corte de José.

Serviale de poco á Hugo su diligencia; pues Don Juan Martin si se veia acosado, presto á desparcir su gente, juntábala en otras provincias, é iba hasta las de Burgos y Soria, de donde tambien venian á veces en su ayuda Tapia y Merino.

El 18 de agosto trabó en Cifuentes, partido de Guadalajara, una porfiada refriega, y aunque de resultas tuvo que retirarse, apareció otra vez el 24 en Mirabueno, y sorprendió una columna enemiga cogiéndole bastantes prisioneros. Volvió en 14 de setiembre á empeñar otra accion tambien reñida en el mismo Cifuentes, la cual duró todo el dia, y los franceses despues de poner fuego á la villa se recogieron á Brihuega.

Ascendió en octubre la fuerza del Empecinado á 600 caballos y 1500 infantes, con lo que pudo destacar partidas á Castilla la Vieja y otros lugares, no solo para pelear contra los franceses, sino tambien para someter algunas guerrillas españolas que, so color de patriotismo, oprimian los pueblos y dejaban tranquilos á los enemigos.

No le estorbó esta maniobra hostilizar al general Hugo, y el 18 de octubre escarmentó á algunas de sus tropas en las Cantarillas de Fuentes, apresando parte de un convoy.

Con tan repetidos ataques desflaquecia la columna del general Hugo, y menester fue que le enviasen de Madrid refuerzos. Luego que se le juntaron se dirigió á Humanes, y allí en 7 de diciembre escribió al Empecinado ofreciéndole para él y sus soldados servicio y mercedes, bajo el gobierno de José. Replicó el español briosamente y como honrado, de lo cual enfadado Hugo cerró con los nuestros dos dias despues en Cogolludo, teniendo el gefe español que retirarse á Atienza sin que por eso se desalentase; pues á poco se dirigió á Jadraque y recobró varios de sus prisioneros. « Tal « era, dice el general Hugo en sus memorias, la pasmosa actividad « del Empecinado, tal la renovacion y aumento de sus tropas, ta- « les los abundantes socorros que de todas partes le suministraban, « que me veia forzado á ejecutar continuos movimientos. » Y mas adelante concluye con asentar: « Para la completa conquista de la « península se necesitaba acabar con las guerrillas... Pero su des- « truccion presentaba la imágen de la hidra fabulosa. » Testimonio imparcial, y que añade nuevas pruebas en favor del raro y exquisito mérito de los españoles en guerra tan extraodinaria y hazañosa.

Don Luis de Bassecourt, conforme apuntamos, mandaba en Cuenca antes de pasar á Valencia. Entraron los franceses en aquella ciudad el 17 de junio, y hallándola desamparada cometieron excesos parecidos á los que allí deshonraron sus armas en las anteriores ocupaciones. Quemaron casas, destruyeron muebles y ornamentos, y hasta inquietaron las cenizas de los muertos desenterrando varios cadáveres, en busca, sin duda, de alhajas y soñados tesoros.

Evacuaron luego la ciudad, y en agosto sucedió á Bassecourt en el mando Don José Martinez de San Martin, que tambien de médico se habia convertido en audaz partidario. Recorria la tierra hasta el Tajo, en cuyas orillas escarmentó á veces la columna volante que capitaneaba en Tarancon el coronel francés Forestier.

En Castilla la Vieja.

Cundia igualmente voraz el fuego de la guerra al norte de las sierras de Guadarrama. Sostenianse los mas de los partidarios en otro libro mencionados, y brotaron otros muchos. De ellos en Segovia Don Juan Abril, en Avila Don Camilo Gomez, en Toro Don Lorenzo Aguilar, y distinguióse en Valladolid la guerrilla de caballería, llamada de Borbon, que acaudillaba Don Tomas Príncipe.

Aquí mostrábase el general Kellermann contra los partidarios tan implacable y severo como antes, portándose á veces ya él ya los subalternos harto sañudamente. Hubo un caso que aventajó á todos en esmerada crueldad. Fue pues que preso el hijo de un latonero de aquella ciudad, de edad de doce años, que llevaba pólvora á las partidas, no queriendo descubrir la persona que le enviaba, aplicáronle fuego lento á las plantas de los pies y á las palmas de las manos para que con el dolor declarase lo que no que-

ria de grado. El niño firme en su propósito no desplegó los labios, y conmoviéronse al ver tanta heroicidad los mismos ejecutores de la pena, mas no sus verdaderos y empedernidos verdugos. ¿Y quién despues de este ejemplo y otros semejantes, solo propios de naciones feroces y de siglos bárbaros, extrañará algunos rigores y aun actos crueles de los partidarios?

Don Juan Tapia en Palencia, Don Gerónimo Merino en Burgos, Don Bartolomé Amor en la Rioja, y en Soria Don José Joaquin Duran, ya unidos ya separadamente peleaban en sus respectivos territorios, ó batian la campaña en otras provincias. Eligió la junta de Soria á Duran comandante general de su distrito. Siendo brigadier fue hecho prisionero en la accion de Bubierca, y habiéndose luego fugado se mantenia oculto en Cascante, pueblo de su naturaleza. Resolvió dicha junta este nombramiento (que mereció en breve la aprobacion del gobierno) de resultas de un descalabro que el 6 de setiembre padecieron en Yanguas sus partidas, unidas á las de la Rioja. Causóle una columna volante enemiga que regia el general Roguet, quien inhumanamente mandó fusilar 20 soldados españoles prisioneros, despues de haberles hecho creer que les concedia la vida.

Duran se estableció en Berlanga. Su fuerza al principio no era considerable; pero aparentó de manera que el gobernador francés de Soria Duvernet, si bien á la cabeza de 1600 hombres de la guardia imperial, no osó atacarle solo, y pidió auxilio al general Dorsenne residente en Burgos. Por entonces ni uno ni otro se movieron, y dejaron á Duran tranquilo en Berlanga.

Tampoco pensaba este en hacer tentativa alguna hasta que su gente fuese mas numerosa, y estuviese mejor disciplinada. Pero habiéndosele presentado en diciembre los partidarios Merino y Tapia con 600 hombres, los mas de caballería, no quiso desaprovechar tan buena ocasion, y les propuso atacar á Duvernet, que á la sazon se alojaba con 600 soldados en Calatañazor, camino del Burgo de Osma. Aprobaron Merino y Tapia el pensamiento, y todos convinieron en aguardar á los franceses el 11 á su paso por Torralba. Apareció Duvernet, trabóse la pelea, y ya iba aquel de vencida cuando de repente la caballería de Merino volvió grupa y desamparó á los infantes. Dispersáronse estos, tornaron Tapia y su compañero á sus provincias, y Duran á Berlanga, en donde sin ser molestado continuó hasta finalizar el año de 10, procurando reparar sus pérdidas y mejorar la disciplina.

Santander y provincias Vascongadas.

Tomó á su cargo la Montaña de Santander el partidario Campillo aproximándose unas veces á Asturias, y otras á Vizcaya, mas siempre con gran detrimento del enemigo. Mereció por ello gran loa, y tambien por ser de aquellos lidiadores que, sirviendo á su patria, nunca despojaron á los pueblos.

La misma fama adquirió en esta parte Don Juan de Aróstegui que acaudillaba en Vizcaya una partida considerable con el nombre de Bocamorteros. Sonaba en Alava desde principios de año Don Francisco Longa de la Puebla de Arganzon, quien en breve contó bajo su mando unos 500 hombres. Pronto rebulló tambien en Guipúzcoa Don Gaspar Jáuregui llamado el Pastor, porque soltó el cayado para empuñar la espada.

Expedicion de Renovales á la costa cantabrica.

Estas provincias Vascongadas asi como toda la costa cantábrica, de suma importancia para divertir al enemigo y cortarle en su raiz las comunicaciones, habian llamado particularmente la atencion del gobierno supremo, y por tanto ademas de las expediciones referidas de Porlier se idearon otras. Fue de ellas la primera una que encomendó la regencia á Don Mariano Renovales. Salió este al efecto de Cádiz, aportó á la Coruña, y hechos los preparativos dió de aqui la vela el 14 de octubre con rumbo al este. Llevaba 1200 españoles y 800 ingleses convoyados por 4 fragatas de la misma nacion y otra de la nuestra con varios buques menores. Mandaba las fuerzas de mar el comodoro Mends.

Fondeó la expedicion en Gijon el 17 á tiempo que Porlier peleaba en los alrededores con los franceses; mas no pudiendo Renovales desembarcar hasta el 18, dióse lugar á que los enemigos evacuasen aquella villa, y que Porlier atacado por estos unidos á los de afuera se alejase. Renovales se reembarcó y el 23 surgió en Santoña: vientos contrarios no le permitieron tomar tierra hasta el 28: espacio de tiempo favorable á los franceses, que, acudiendo con fuerzas superiores en auxilio del punto amagado, obligaron á los nuestros á desistir de su intento. Ademas la estacion avanzaba, y se ponia inverniza con anuncios de temporales peligrosos en costa tan brava: por lo mismo pareciendo prudente retroceder á Galicia, aportaron los nuestros á Vivero. Alli arreciando los vientos se perdió la fragata española Magdalena y el bergantin Palomo con la mayor parte de sus tripulaciones. Grande desdicha que si en algo pendió de los malos tiempos, tambien hubo quien la atribuyese á imprevision y tardanzas.

Navarra. Espoz y Mina.

Causó al principio desasosiego á los franceses esta expedicion que creyeron mas poderosa; pero tranquilizándose despues al verla alejada, pusieron nuevo conato, aunque inútilmente, en despejar el pais de las partidas, perturbándolos en especial Don Francisco Espoz y Mina que sobresalió por su intrepidez y no interrumpidos ataques.

A poco de la desgracia de su sobrino habia allegado bastante gente que todos los dias se aumentaba. Sin aguardar á que fuese muy numerosa, emprendió ya en abril frecuentes acometidas, y prosiguió los meses adelante atajando las escoltas, y combatiendo los alojamientos enemigos. Impacientes estos y enfurecidos del fati-

goso pelear determinaron en setiembre destruir á tan arrojado partidario. Valióse para ello el general Reille que mandaba en Navarra de las fuerzas que allí habia y de otras que iban de paso á Portugal, juntando de este modo unos 30,000 hombres.

Mina acosado para evitar al exterminio de su gente, la desparramó por diversos lugares encaminándose parte de ella á Castilla y parte á Aragon. Guardó él consigo algunos hombres; y mas desembarazado no cesó en sus ataques, si bien tuvo luego que correrse á otras provincias. Herido de gravedad tornó despues á Navarra para curarse, creyéndose mas seguro en donde el enemigo mas le buscaba. ¡Tal y tan en su favor era la opinion de los pueblos, tanta la fidelidad de estos!

Antes de ausentarse dió en Aragon nueva forma á sus guerrillas, vueltas á reunir en número de 3000 hombres, y las repartió en tres batallones y un escuadron: confirió el mando de dos de ellos á Curuchaga y á Gorriz gefes dignos de su confianza. La regencia de Cádiz le nombró entonces coronel y comandante general de las guerrillas de Navarra; pues estos caudillos en medio de la independencia de que disfrutaban, hija de las circunstancias y de su posicion, aspiraban todos á que el gobierno supremo confirmase sus grados y aprobase sus hechos, reconociéndole como autoridad soberana y único medio de que se conservase buena armonía y union entre las provincias españolas.

Recobrado Mina de su herida, comenzó al finalizar octubre otras empresas, y su gente recorrió de nuevo los campos de Aragon y Castilla con terrible quebranto de los enemigos. Restituyóse en diciembre á Navarra, atacó á los franceses en Tievas, Monreal y Aibar: y cerrando dichosamente la campaña de 1810 se dispuso á dar á su nombre en las sucesivas mayor fama y realce.

Júzguese por lo que hemos referido cuantos males no acarrearian las guerrillas al ejército enemigo. Habíalas en cada provincia, en cada comarca, en cada rincon: contaban algunas 2000 y 3000 hombres, la mayor parte 500 y aun 1000. Se agregaron las mas pequeñas á las mas numerosas ó desaparecieron, porque como eran las que por lo general vejaban los pueblos, faltábales la proteccion de estos, persiguiéndolas al propio tiempo los otros guerrilleros interesados en su buen nombre y á veces tambien en el aumento de su gente. No hay duda que en ocasiones se originaron daños á los naturales aun de las grandes partidas; pero los mas eran inherentes á este linage de guerra, pudiéndose resueltamente afirmar que sin aquellas hubiera corrido riesgo la causa de la independencia. Tranquilo poseedor el enemigo de extension vasta de pais se hubiera entonces aprovechado de todos sus recursos transitando por él pacíficamente, y dueño de mayores fuerzas ni nuestros ejércitos, por mas valientes que se mostrasen, hubieran podido resistir á la superioridad y disciplina de sus contrarios, ni los aliados

se hubieran mantenido constantes en contribuir á la defensa de una nacion, cuyos habitantes doblaban mansamente la cerviz á la coyunda extrangera.

Córtes.

Tregua ahora á tanto combate, y lanzándonos en el campo no menos vasto de la política, hablemos de lo que precedió á la reunion de córtes, las cuales en breve congregadas, haciendo bambonear el antiguo edificio social, echaron al suelo las partes ruinosas y deformes, y levantaron otro, que si no perfecto, por lo menos se acomodaba mejor al progreso de las luces del siglo, y á los usos, costumbres y membranzas de las primitivas monarquías de España.

Remisa la regencia en convocarlas.

Desaficionada la regencia á la institucion de córtes habia postergado el reunirlas, no cumpliendo debidamente con el juramento que habia prestado al instalarse « de contribuir á la celebracion de aquel augusto congreso « en la forma establecida por la suprema junta central, y en el « tiempo designado en el decreto, de creacion de la regencia. » Cierto es que en este decreto, aunque se insistia en la reunion de córtes ya convocadas para el 1° de marzo de 1810, se añadia : « Si « la defensa del reino... lo permitiere. » Cláusula puesta allí para el solo caso de urgencia, ó para diferir cortos dias la instalacion de las córtes ; pero que abria ancho espacio á la interpretacion de los que procediesen con mala ó fria voluntad.

Clamor general por ellas.

Descuidó pues la regencia el cumplimiento de su solemne promesa, y no volvió á mentar ni aun la palabra córtes sino en algunos papeles que circuló á América las mas veces no difundidos en la península, y cortados á traza de entretenimiento para halagar los ánimos de los habitantes de ultramar. Conducta extraña que sobremanera enojó, pues entonces ansiaban los mas la pronta reunion de córtes, considerando á estas como áncora de esperanza en tan deshecha tormenta. Creciendo los clamores públicos se unieron á ellos los de varios diputados de algunas juntas de provincia los cuales residian en Cádiz y trataron de promover legalmente asunto de tanta importancia. Temerosa la regencia de la comun opinion y sabedora de lo que intentaban los referidos diputados, resolvió ganar á todos por la mano, suscitando ella misma la cuestion de córtes, ya que contase deslumbrar asi y dar largas, ó ya que obligada á conceder lo que la generalidad pedia, quisiese aparentar que solo la estimulaba propia voluntad y no ageno impulso. A este fin llamó el 14 de junio á Don Martin de Garay, y le instó á que esclareciese ciertas dudas que ocurrian en el modo de la convocacion de córtes, no hallándose nadie mas bien enterado en la materia que dicho sugeto, secretario general é individuo que habia sido de la junta central.

Las piden diputados de las juntas de provincia.

No por eso desistieron de su intento los diputados de las provincias, y el 17 del propio junio comisionaron á dos de ellos para poner en manos de la regencia

una exposicion enderezada á recordar la prometida reunion de córtes. Cupo el desempeño de este encargo á Don Guillermo Hualde diputado por Cuenca, y al conde de Toreno (autor de esta historia) que lo era por Leon. Presentáronse ambos, y despues de haber el último, obtenida venia, leido el papel de que eran portadores, alborotóse bastantemente el obispo de Orense, no acostumbrado á oir y menos á recibir consejos. Replicaron los comisionados, y comenzaban unos y otros á agriarse, cuando terciando el general Castaños, amansáronse Hualde y Toreno, y templando tambien el obispo su ira locuaz y apasionada, humanóse al cabo; y asi él como los demas regentes dieron á los diputados una respuesta satisfactoria. Divulgado el suceso, remontó el vuelo la opinion de Cádiz, mayormente habiendo su junta aprobado la exposicion hecha al gobierno, y sostenídola con otra que á su efecto elevó á su conocimiento en el dia siguiente.

Decreto de convocacion. (* Ap. n. 2.)

Amedrentada la regencia con la fermentacion que reinaba, promulgó el mismo 18 * un decreto, por el que mandando que se realizasen á la mayor brevedad las elecciones de diputados que no se hubiesen verificado hasta aquel dia, se disponia ademas que en todo el próximo agosto concurriesen los nombrados á la isla de Leon, en donde luego que se hallase la mayor parte, se daria principio á las sesiones. Aunque en su tenor parecia vago este decreto, no fijándose el dia de la instalacion de córtes, sin embargo la regencia soltaba prendas que no podia recoger, y á nadie era ya dado contrarestar el desencadenado ímpetu de la opinion.

Júbilo general en la nacion.

Produjo en Cádiz y seguidamente en toda la monarquía extremo contentamiento semejante providencia, y apresuráronse á nombrar diputados las provincias que aun no lo habian efectuado, y que gozaban de la dicha de no estar imposibilitadas para aquel acto por la ocupacion enemiga. En Cádiz empezaron todos á trabajar en favor del pronto logro de tan deseado objeto.

Dudas de la regencia sobre convocar una segunda cámara.

La regencia por su parte se dedicó á resolver las dudas que, segun arriba insinuamos, ocurrian acerca del modo de constituir las córtes. Fue una de las primeras la de si se convocaria ó no una cámara de privilegiados. En su lugar vimos como la junta central dió antes de disolverse un decreto, llamando bajo el nombre de estamento ó cámara de dignidades á los arzobispos, obispos y grandes del reino; pero tambien entonces vimos como nunca se habia publicado esta determinacion. En la convocatoria general de 1° de enero ni en la instruccion que la acompañaba no habia el gobierno supremo ordenado cosa alguna sobre su posterior resolucion: solo insinuó en una nota que igual convocatoria se remitiria « á los representantes del brazo « eclesiástico y de la nobleza. » Las juntas no publicaron esta cir-

cunstancia, é ignorándola los electores, habian recaido ya algunos de los nombramientos en grandes y en prelados.

Perpleja con eso la regencia empezó á consultar á las corporaciones principales del reino sobre si convendria ó no llevar á cumplida ejecucion el decreto de la central acerca del estamento de privilegiados. Para acertar en la materia de poco servia acudir á los hechos de nuestra historia.

Costumbre antigua.

Antes que se reuniesen las diversas coronas de España en las sienes de un mismo monarca, habia la práctica sido varia, segun los estados y los tiempos. En Castilla desaparecieron del todo los brazos del clero y de la nobleza despues de las córtes celebradas en Toledo en 1538 y 1539. Duraron mas tiempo en Aragon; pero colocada en el solio al principiar el siglo XVIII la estirpe de los Borbones dejaron en breve de congregarse separadamente las córtes en ambos reinos, y solo ya fueron llamadas para la jura de los príncipes de Asturias. Por primera vez se vieron juntas en 1709 las de las coronas de Aragon y Castilla, y así continuaron hasta las últimas que se tuvieron en 1789; no asistiendo ni aun á estas á pesar de tratarse algun asunto grave sino los diputados de las ciudades. Solo en Navarra proseguia la costumbre de convocar á sus córtes particulares el brazo eclesiástico y el militar, ó sea de la nobleza. Pero ademas de que allí no entraban en el primero exclusivamente los prelados, sino tambien priores, abades y hasta el provisor del obispado de Pamplona; y que del segundo componian parte varios caballeros sin ser grandes ni titulados, no podia servir de norma tan reducido rincon á lo restante del reino, señaladamente hallándose cerca como para contrapuesto ejemplo las provincias Vascongadas, en cuyas juntas del todo populares no se admiten ni aun los clérigos. Ahora habian tambien que examinar la índole de la presente lucha, su orígen y su progreso.

La nobleza y el clero, aunque entraron gustosos en ella, habian obrado antes bien como particulares que como corporaciones, y lo mas elevado de ambas clases, los grandes y los prelados no habian por lo general brillado ni á la cabeza de los ejércitos, ni de los gobiernos, ni de las partidas. Agregábase á esto la tendencia de la nacion desafecta á gerarquías, y en la que reducidos á estrechísimos límites los privilegios de los nobles, todos podian ascender á los puestos mas altos sin excepcion alguna.

Opinion comun en la nacion.

Mostrábase en ello tan universal la opinion, que no solo la apoyaban los que propendian á ideas democráticas, mas tambien los enemigos de córtes y de todo gobierno representativo. Los últimos no en verdad como un medio de desórden (habia entonces en España acerca del asunto mejor fé), sino por no contrarestar el modo de pensar de los naturales. Ya en Sevilla en la comision de la junta central encargada de los trabajos

de córtes, los señores Riquelme y Caro, que apuntamos desamaban la reunion de córtes, una vez decidida esta, votaron por una sola cámara indivisa y comun, y el ilustre Jovellanos por dos: Jovellanos acérrimo partidario de córtes y uno de los españoles mas sabios de nuestro tiempo. Los primeros seguian la voz comun: guiaban al último reglas de consumada política, la práctica de Inglaterra y otras naciones. Entre los comisionados de las juntas residentes en Cádiz fue el mas celoso en favor de una sola cámara Don Guillermo Hualde, no obstante ser eclesiástico, dignidad de chantre en la catedral de Cuenca y grande adversario de novedades. Contradicciones frecuentes en tiempos revueltos, pero que nacian aqui, repetimos, de la elevada y orgullosa igualdad que ostenta la jactancia española: manantial de ciertas virtudes, causa á veces de ruinosa insubordinacion.

Consulta la regencia al consejo reunido.

La regencia consultó sobre la materia y otras relativas á córtes al consejo reunido. La mayoría se conformó en todo con la opinion mas acreditada, y se inclinó tambien á una sola cámara. Disintieron del dictámen varios individuos del antiguo consejo de Castilla, de cuyo número fueron el decano Don José Colon, el conde del Pilar, y los señores Riega, Duque Estrada, y Don Sebastian de Torres. Oposicion que dimanaba, no de adhesion á cámaras, sino de odio á todo lo que fuese representacion nacional: por lo que en su voto insistieron particularmente en que se castigase con severidad á los diputados de las juntas que habian osado pedir la pronta convocacion de córtes.

Respuesta de este. Voto particular.

Cundió en Cádiz la noticia de la consulta junto con la del dictámen de la minoría, y enfureciéronse los ánimos contra esta, mayormente no habiendo los mas de los firmantes dado al principio del levantamiento en 1808 grandes pruebas de afecto y decision por la causa de la independencia. De consiguiente conturbáronse los disidentes al saber que los tiros disparados en secreto, con esperanza de que se mantendrian ocultos, habian reventado á la luz del dia. Creció su temor cuando la regencia, para fundar sus providencias, determinó que se publicase la consulta y el dictámen particular. No hubo entonces manejo ni súplica que no empleasen los autores del último para alcanzar el que se suspendiese dicha resolucion. Asi sucedió, y tranquilizóse la mente de aquellos hombres, cuyas conciencias no habian escrupulizado en aconsejar á las calladas injustas persecuciones, pero que se estremecian aun de la sombra del peligro. Achaque inherente á la alevosia y á la crueldad, de que muchos de los que firmaron el voto particular dieron tristes ejemplos años adelante, cuando sonó en España la lúgubre y aciaga hora de las venganzas y juicios inicuos.

Consulta del consejo de estado.

Pidió luego la regencia acerca del mismo asunto de cámaras el parecer del consejo de estado, el cual

convino tambien en que no se convocase la de privilegiados. Votó en favor de este dictámen el marqués de Astorga, no obstante su elevada clase: del mismo fue Don Benito de Hermida adversario en otras materias de cualesquiera novedades. Sostuvo lo contrario Don Martin de Garay, como lo habia hecho en la central, y conforme á la opinion de Jovellanos.

No se convoca segunda cámara.

No pudiendo resistir la regencia á la universalidad de pareceres decidió que las clases privilegiadas no asistirian por separado á las córtes que iban á congregarse, y que estas se juntarian con arreglo al decreto que habia circulado la central en 1º de enero.

Modo de eleccion.

Segun el tenor de este y de la instruccion que le acompañaba, innovábase del todo el antiguo modo de eleccion. Solamente en memoria de lo que antes regia se dejaba que cada ciudad de voto en córtes enviase por esta vez, en representacion suya, un individuo de su ayuntamiento. Se concedia igualmente el mismo derecho á las juntas de provincia como premio de sus desvelos en favor de la independencia nacional. Estas dos clases de diputados no componian ni con mucho la mayoría, pero sí los nombrados por la generalidad de la poblacion conforme al método ahora adoptado. Por cada 50,000 almas se escogia un diputado, y tenian voz para la eleccion los españoles de todas clases avecindados en el territorio, de edad de 25 años, y hombres de casa abierta. Nombrábanse los diputados indirectamente, pasando su eleccion por los tres grados de junta de parroquia, de partido y de provincia. No se requerian para obtener dicho cargo otras condiciones que las exigidas para ser elector y la de ser natural de la provincia, quedando elegido diputado el que saliese de una urna o vasija en que habian de sortearse los tres sugetos que primero hubiesen reunido la mayoría absoluta de votos. Defectuoso si se quiere este método, ya por ser sobradamente franco, estableciendo una especie de sufragio universal, y ya restricto á causa de la eleccion indirecta, llevaba sin embargo gran ventaja al antiguo ó á lo menos á lo que de este quedaba.

El antiguo de España.

En Castilla hasta entrado el siglo XV hubo córtes numerosas y á las que asistieron muchas villas y ciudades, si bien su concurrencia pendió casi siempre de la voluntad de los reyes y no de un derecho reconocido é inconcuso. A los diputados ó sean procuradores, nombrábanlos los concejos formados de los vecinos, ó ya los ayuntamientos, pues estos, siendo entonces por lo comun de eleccion popular, representaban con mayor verdad la opinion de sus comitentes, que despues cuando se convirtieron sus regidurías, especialmente bajo los Felipes austriacos, en oficios vendibles y enagenables de la corona; medida que, por decirlo de paso, nació mas bien de los apuros del erario que de miras ocultas en la política de los reyes. En Aragon el brazo de las

universidades ó ciudades, y en Valencia y Cataluña el conocido con el nombre de real, constaban de muchos diputados que llevaban la voz de los pueblos. Cuáles fuesen los que hubiesen de gozar de semejante derecho ó privilegio no estaba bien determinado, pues segun nos cuentan los cronistas Martel y Blancas solo gobernaba la costumbre. Este modo de representar la generalidad de los ciudadanos, aunque inferior sin duda al de la central, aparecia, repetimos, muy superior al que prevaleció en los siglos XVI y XVII, decayendo sucesivamente las prácticas y usos antiguos, á punto que en las córtes celebradas desde el advenimiento de Felipe V hasta las últimas de 1789 solo se hallaron presentes los caballeros procuradores de 37 villas y ciudades, únicas en que se reconocia este derecho en las dos coronas de Aragon y Castilla. Por lo que con razon asentaba lord Oxford, al principio del siglo XVIII, que aquellas asambleas solo eran ya *magni nominis umbra.*

Poderes que se dan á los diputados.

Conferíanse ahora á los diputados facultades amplias, pues, ademas de anunciarse en la convocatoria, entre otras cosas, que se llamaba la nacion á córtes generales « para restablecer y mejorar la constitucion fundamental « de la monarquía, » se especificaba en los poderes de los diputados « podian acordar y resolver cuanto se propusiese en las córtes, « asi en razon de los puntos indicados en la real carta convocatoria, « como en otros cualesquiera, con plena, franca, libre y general « facultad, sin que por falta de poder dejasen de hacer cosa alguna, « pues todo el que necesitasen les conferian (los electores) sin ex- « cepcion ni limitacion alguna. »

Llámanse á las córtes diputados de las provincias de América y Asia.

Otra de las grandes innovaciones fue la de convocar á córtes las provincias de América y Asia. Descubiertos y conquistados aquellos paises á la sazon que en España iban de caida las juntas nacionales, nunca se pensó en llamar á ellas á los que alli moraban. Cosa por otra parte nada extraña atendiendo á sus diversos usos y costumbres, á sus distintos idiomas, al estado de su civilisacion, y á las ideas que entonces gobernaban en Europa respecto de colonias ó regiones nuevamente descubiertas, pues vemos que en Inglaterra mismo donde nunca cesaron los parlamentos, tampoco en su seno se concedió asiento á los habitadores allende los mares.

Ahora que los tiempos se habian cambiado, y confirmádose solemnemente la igualdad de derechos de todos los españoles, europeos y ultramarinos, menester era que unos y otros concurriesen á un congreso en que iban á decidirse materias de la mayor importancia, tocante á toda la monarquía que entonces se dilataba por el orbe. Requeríalo asi la justicia, requeríalo el interés bien entendido de los habitantes de ambos mundos, y la situacion de la península, que para defender la causa de su propia independencia debia grangear las voluntades de los *que residian en aquellos pai-*

ses, y de cuya ayuda habia reportado colmados frutos. Lo dificultoso era arreglar en la práctica la declaracion de la igualdad. Regiones extendidas como las de América, con variedad de castas, con desvío entre estas y preocupaciones, ofrecian en el asunto problemas de no fácil resolucion. Agregábase la falta de estadísticas, la diferente y confusa division de provincias y distritos, y el tiempo que se necesitaba para desenmarañar tal laberinto, cuando la pronta convocacion de córtes no daba vagar, ni para pedir noticias á América, ni para sacar de entre el polvo de los archivos las mancas y parciales que pudieran averiguarse en Europa.

Por lo mismo la junta central, en el primer decreto que publicó sobre córtes en 22 de mayo de 1809, contentóse con especificar que la comision encargada de preparar los trabajos acerca de la materia viese « la parte que las Américas tendrian en la representa- « cion nacional. » Cuando en enero de 1810 expidió la misma junta de España las convocatorias para el nombramiento de córtes, acordó tambien un decreto en favor de la representacion de América y Asia, limitándose á que fuese supletoria, compuesta de 26 individuos escogidos entre los naturales de aquellos paises residentes en Europa, y hasta tanto que se decidiese el modo mas conveniente de eleccion. No se imprimió este decreto, y solo se mandó insertar un aviso en la Gaceta del mismo 7 de enero, dando cuenta de dicha resolucion, confirmada despues por la circular que al despedirse promulgó la central sobre celebracion de córtes.

No bastaba para satisfacer los deseos de la América tan escasa y ficticia representacion, por lo cual adoptóse igualmente un medio que, si no era tan completo como el decretado para España, se aproximaba al menos á la fuente de donde ha de derivarse toda buena eleccion. Tomóse en ello ejemplo de lo determinado antes por la central, cuando llamó á su seno individuos de los diversos vireinatos y capitanías generales de ultramar, medida que no tuvo cumplido efecto á causa de la breve gobernacion de aquel cuerpo. Segun dicho decreto, no publicado sino en junio de 1809, los ayuntamientos despues de nombrar tres individuos debian sortear uno y remitir el nombre del que fuese favorecido por la fortuna al virey ó capitan general, quien, reuniendo los de los candidatos de las diversas provincias, tenia que proceder con el real acuerdo á escoger tres y en seguida sortearlos, quedando elegido para individuo de la junta central el primero que saliese de la urna. Asi se ve que el número de los nombrados se limitaba á uno solo por cada vireinato ó capitanía general.

Conservando en el primer grado el mismo método de eleccion, habia dado la regencia en 14 de febrero mayor ensanche al nombramiento de diputados á córtes. Los ayuntamientos elegian en sus provincias sus representantes, sin necesidad de acudir á la aprobacion ó escogimiento de las autoridades superiores, de manera

que, en vez de un solo diputado por cada vireinato ó capitanía general, se nombraron tantos cuantas eran las provincias, con lo que no dejó de ser bastante numerosa la diputacion americana que poco á poco fue aportando á Cádiz, aun de los paises mas remotos, y compuso parte muy principal de aquellas córtes.

Eleccion de suplentes. No estorbó esto que, aguardando la llegada de los diputados propietarios, se llevase á efecto en Cádiz el nombramiento de suplentes, asi respecto de las provincias de ultramar como tambien de las de España, cuyos representantes no hubiesen todavía acudido impedidos por la ocupacion enemiga ó por cualquiera otra causa que hubiese motivado la dilacion. Para América y Asia en vez de 26 suplentes resolvió la regencia se nombrasen dos mas, accediendo á varias súplicas que se le hicieron: para la península debia elegirse uno solo por cada una de las provincias indicadas. Tocaba desempeñar encargo tan importante á los respectivos naturales, en quienes concurriesen las calidades exigidas en el decreto é instruccion de 1° de enero. La regencia habia el 19 de agosto determinado definitivamente este asunto de suplentes, conviniendo en que la eleccion se hiciese en Cádiz, como refugio del mayor número de emigrados. Publicó el 8 de setiembre un edicto sobre la materia, y nombró ministros del consejo que preparasen las listas de los naturales de la península y de América que estuviesen en el caso de poder ser electores.

Opinion sobre esto en Cádiz. Aplaudieron todos en Cádiz el que hubiese suplentes, lo mismo los apasionados á novedades que sus adversarios. Vislumbraban en ello unos carrera abierta á su noble ambicion, esperaban otros conservar asi su antiguo influjo y contener el ímpetu reformador. Entre los últimos se contaban consejeros, antiguos empleados, personas elevadas en dignidad que se figuraban prevalecer en las elecciones y manejarlas á su antojo, asistidos de su nombre y de su respetada autoridad. Ofuscamiento de quien ignoraba lo arremolinadas que van, aun desde un principio, las corrientes de una revolucion.

Parte que toma la mocedad. En breve se desengañaron, notando cuán perdido andaba su influjo. Levantáronse los pechos de la mocedad, y desapareció aquella indiferencia á que antes estaba avezada en las cuestiones políticas. Todo era juntas, reuniones, corrillos, conferencias con la regencia, demandas, aclaraciones. Hablábase de candidatos para diputados, y ponianse los ojos, no precisamente en dignidades, no en hombres envejecidos en la antigua corte ó en los rancios hábitos de los consejos ú otras corporaciones, sino en los que se miraban como mas ilustrados, mas briosos y mas capaces de limpiar la España de la herrumbre que llevaba comida casi toda su fortaleza.

Los consejeros nombrados para formar las listas, lejos de tropezar, cuando ocurrian dudas, con tímidos litigantes ó con sumisos y

necesitados pretendientes, tuvieron que habérselas con hombres que conocian sus derechos, que los defendian y aun osaban arrostrar las amenazas de quienes antes resolvian sin oposicion y con el ceño de indisputable supremacia.

Enojo de los enemigos de reformas.

Desde entonces muchos de los que mas habian deseado el nombramiento de suplentes empezáronse á mostrar enemigos, y por consecuencia adversarios de las mismas córtes. Fuéronlo sin rebozo luego que se terminaron dichas elecciones de suplentes. Se dió principio á estas el 17 de setiembre, y recayeron por lo comun los nombramientos de diputados en sugetos de capacidad y muy inclinados á reformas.

Número que acude á las elecciones.

Presidieron las elecciones de cada provincia de España individuos de la cámara de Castilla, y las de América Don José Pablo Valiente del consejo de Indias. Hubo algunas bastante ruidosas, culpa en parte de la tenacidad de los presidentes y de su mal encubierto despecho, malogrados sus intentos. De casi ninguna provincia de España hubo menos de 100 electores, y llegaron á 4000 los de Madrid, todos en general sugetos de cuenta: infiriéndose de aquí que á pesar de lo defectuoso de este género de eleccion, era mas completa que la que se hacia por las ciudades de voto en córtes; en que solo tomaban parte 20 á 50 privilegiados, esto es, los regidores.

Temores de la regencia.

Como, al paso que mermaban las esperanzas de los adictos al órden antiguo, adquirian mayor pujanza las de los aficionados á la opinion contraria, temió la regencia caer de su elevado puesto, y buscó medios para evitarlo y afianzar su autoridad. Pero, segun acontece, los que escogió no podian servir sino para precipitarla mas pronto. Tal fue el restablecer todos los consejos bajo la planta antigua por decreto de 16 de setiembre. Imaginó que, como muchos individuos de estos cuerpos, particularmente los del consejo real, se reputaban enemigos de la tendencia que mostraban los ánimos, tendria en sus personas, ahora agradecidas, un sustentáculo firme de su potestad ya titubeante. Cuenta en que gravemente erró. La veneracion que antes existia al consejo real habia desaparecido, gracias á la incierta y vacilante conducta de sus miembros en la causa pública y á su invariable y ciega adhesion á prerogativas y extensas facultades. Inoportuno era tambien el momento escogido para su restablecimiento. Las córtes iban á reunirse, á ellas tocaba la decision de semejante providencia. Tampoco lo exigia el despacho de los negocios, reducida ahora la nacion á estrechos límites, y resolviendo por sí las provincias muchos de los expedientes que antes subian á los consejos. Así pareció claro que su restablecimiento encubria miras ulteriores y quizá se sospecharon algunas mas dañadas de las que en realidad habia.

Restablece todos los consejos.

El consejo real desvivióse por obtener que su gobernador ó

Quiere el consejo real intervenir en las córtes.

decano presidiese las córtes, que la cámara examinase los poderes de los diputados, y tambien que varios individuos suyos tomasen asiento en ellas bajo el nombre de asistentes. Tal era la costumbre seguida en las últimas córtes, tal la que ahora se intentó abrazar, fundándose en los antecedentes y en el texto de Salazar, libro sagrado á los ojos de los defensores de las prerogativas del consejo. Mas al columbrar el vuelo de la opinion, delirio parecia querer desenterrar usos tan encontrados con las ideas que reinaban en Cádiz y con las que exponian los diputados de las provincias que iban llegando, quienes, fuesen ó no inclinados á las reformas, traian consigo recelos y desconfianzas acerca de los consejos y de la misma regencia.

No lo consigue.

De dichos diputados varios arribaron á Cádiz en agosto, otros muchos en setiembre. Con su venida se apremió á la regencia para que señalase el dia de la apertura de córtes, rehacia siempre en decidirse. Tuvo aun para ello dificultades, provocó dudas, repitió consultas, mas al fin fijóle para el 24 de setiembre.

Señala el 24 de setiembre para la instalacion de córtes.

Comision de poderes.

Determinó tambien el modo de examinar previamente los poderes. Los diputados que habian llegado fueron de parecer que la regencia aprobase por sí los poderes de seis de entre ellos, y que luego estos mismos examinasen los de sus compañeros. Bien que forzada dió la regencia su beneplácito á la propuesta de los diputados, mas en el decreto que publicó al efecto, decia que obraba asi, « atendiendo á que estas córtes eran « extraordinarias, sin intentar perjudicar á los derechos que pre- « servaba á la cámara de Castilla. » Los seis diputados escogidos para el exámen de poderes fueron el consejero Don Benito de Hermida por Galicia, el marqués de Villafranca, grande de España, por Murcia, Don Felipe Amat por Cataluña, Don Antonio Oliveros por Extremadura, el general Don Antonio Samper por Valencia, y Don Ramon Power por la isla de Puerto-Rico. Todos eran diputados propietarios, incluso el último, único de los de ultramar que hubiese todavía llegado de aquellos apartados paises.

Congojosa esperanza de los ánimos.

Concluidos los actos preliminares, ansiosamente y con esperanza varia aguardaron todos á que luciese aquel dia 24 de setiembre, origen de grandes mudanzas, verdadero comienzo de la revolucion española.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

Instalacion de las córtes generales y extraordinarias. — Publicidad de sus sesiones. — Malos intentos de la regencia. — Conducta mesurada y noble *de las córtes.* — *Nombramiento de presidente y secretarios.* — Proposiciones del señor Muñoz Torrero. — Primera discusion muy notable. — Los discursos pronunciados de palabra. — Engaño de la regencia. — Palabras de Lardizábal. — Decreto de 24 de setiembre. — Opiniones diversas acerca de este decreto, y su exámen. — Número de diputados que concurrieron el primer dia. — Aplausos que de todas partes reciben las córtes. — Tratamiento. — Aclaracion pedida por la regencia. — Debate sobre las facultades de la potestad ejecutiva. — Empleos conferidos á diputados. — Proposicion del señor Capmany. — Juicio acerca de ella. — Elecciones de Aragon. — El duque de Orleans quiere hablar á la barandilla de las córtes. — Relacion sucinta de este suceso. — Altercado con el obispo de Orense sobre prestar el juramento. — Sométese al fin el obispo. — Revueltas de América. — Sus causas. — Levantamiento de Venezuela. — Levantamiento de Buenos Aires. — Juicio acerca de estas revueltas. — Medidas tomadas por el gobierno español. — Providencia fraguada acerca del comercio libre. — Nómbrase á Cortavarria para ir á Caracas. — Gefes y pequeña expedicion enviada al rio de la Plata. — Ocúpanse las córtes de la materia. — Decreto de 15 de octubre. — Discusion sobre la libertad de la imprenta. — Reglamento por el que se concedia la libertad de la imprenta. — Su exámen. — Lo que se adopta para los juicios en lugar del jurado. — Promúlgase la libertad de la imprenta. — Partidos en las córtes. — Remueven las córtes á los individuos de la primera regencia. — Causas de ello. — Nómbrase una nueva regencia de tres individuos. — Suplentes. — Incidente del marqués del Palacio. — Discusion que esto motiva. — Término de este negocio. — Ciertos acontecimientos ocurridos durante la primera regencia, y breve noticia de los diferentes ramos. — Monumento mandado erigir por las córtes á Jorge III. — Sigue la relacion de algunos acontecimientos ocurridos durante la primera regencia. — Modo de pensar de los nuevos regentes. — Varios decretos de las córtes. — Nómbrase una comision especial para formar un proyecto de constitucion. — Voces acerca de si se casaba ó no en Francia Fernando VII. — Proposiciones sobre la materia de los señores Capmany y Borrull. — Discusion. — Nuevas discusiones sobre América. — Alborotos en Nueva-España. — Decretos en favor de aquellos paises. — Providencias en materia de guerra y hacienda. — Cierran las córtes sus sesiones en la isla. — Fiebre amarilla. — Fin de este libro.

¡Estrella singular la de esta tierra de España! Arrinconados en el siglo VIII algunos de sus hijos en las asperezas del Pirineo y en las montañas de Asturias, no solo adquirieron brios para oponerse á la invasion agarena, sino que tambien trataron de dar reglas y señalar límites á la potestad suprema de sus caudillos, pues al paso que alzaban á estos en el pavés para entregarles las riendas del estado, les imponian justas obligaciones, y les recordaban aquella célebre y conocida máxima de los godos: *Rex eris si recte*

facias; si non facias, non eris; echando asi los cimientos de nuestras primeras franquezas y libertades. Ahora en el siglo XIX, estrechados los españoles por todas partes, y colocado su gobierno en el otro extremo de la península, lejos de abatirse se mantenian firmes, y no parecia sino que á la manera de Anteo recobraban fuerzas cuando ya se les creia sin aliento y postrados en tierra. En el reducido ángulo de la isla gaditana como en Covadonga y Sobrarve, con una mano defendian impávidos la independencia de la nacion, y con la otra empezaron á levantar bajo nueva forma sus abatidas, libres y antiguas instituciones. Semejanza que, bien fuese juego del acaso ó disposicion mas alta de la providencia, presentándose en breve á la pronta y viva imaginacion de los naturales, sustentó el ánimo de muchos é inspiró gratas esperanzas en medio de infortunios y atropellados desastres.

Instalacion de las córtes generales y extraordinarias.

Segun lo resuelto anteriormente por la junta central, era la isla de Leon el punto señalado para la celebracion de córtes. Conformándose la regencia con dicho acuerdo, se trasladó allí desde Cádiz el 22 de setiembre, y juntó, la mañana del 24, en las casas consistoriales á los diputados ya presentes. Pasaron en seguida todos reunidos á la iglesia mayor, y celebrada la misa del Espíritu Santo por el cardenal arzobispo de Toledo Don Luis de Borbon, se exigió acto continuo de los diputados un juramento concebido en los términos siguientes: « ¿Jurais la santa religion católica, apostólica, romana, sin « admitir otra alguna en estos reinos? — ¿Jurais conservar en su « integridad la nacion española, y no omitir medio alguno para « libertarla de sus injustos opresores? — ¿Jurais conservar á nues« tro amado soberano el señor Don Fernando VII todos sus domi« nios, y en su defecto á sus legítimos sucesores, y hacer cuantos « esfuerzos sean posibles para sacarle del cautiverio y colocarle « en el trono? — ¿Jurais desempeñar fiel y legalmente el encargo « que la nacion ha puesto á vuestro cuidado, guardando las leyes « de España, sin perjuicio de alterar, moderar y variar aquellas « que exigiese el bien de la nacion? — Si asi lo hicierais, Dios os « lo premie, y si no, os lo demande. » Todos respondieron: « Sí « juramos. »

Antes en una conferencia preparatoria se habia dado á los diputados una minuta de este juramento, y los hubo que ponian reparo en acceder á algunas de las restricciones. Pero habiéndoles hecho conocer varios de sus compañeros que la última parte del mencionado juramento removia todo género de escrúpulo, dejando ancho campo á las novedades que quisieran introducirse, y para las que les autorizaban sus poderes, cesaron en su oposicion y adhirieron al dictámen de la mayoría sin reclamacion posterior.

Concluidos los actos religiosos se trasladaron los diputados y la regencia al salon de córtes, formado en el coliseo, ó sea teatro de

aquella ciudad, parage que pareció el mas acomodado. En toda la carrera estaba tendida la tropa y los diputados recibieron de ella, á su paso, como del vecindario é innumerable concurso que acudió de Cádiz y otros lugares, víctores y aplausos multiplicados y sin fin. Colmábanlos los circunstantes de bendiciones, y arrasadas en lágrimas las mejillas de muchos, dirigian todos al cielo fervorosos votos para el mejor acierto en las providencias de sus representantes. Y al ruido del cañon español que en toda la línea hacia salvas por la solemnidad de tan fausto dia, resonó tambien el del francés, como si intentara este engrandecer acto tan augusto, recordando que se celebraba bajo el alcance de fuegos enemigos. ¡Dia por cierto de placer y buena andanza, dia en que de júbilo casi querian brotar del pecho los corazones generosos, figurándose ya ver á su patria, si aun de lejos, libre y venturosa, pácifica y tranquila dentro, muy respetada fuera!

Llegado que hubieron los diputados al salon de córtes, saludaron su entrada con repetidos vivas los muchos espectadores que llenaban las galerías. Habíause construido estas en los antiguos palcos del teatro: el primer piso le ocupaba á la derecha el cuerpo diplomático, con los grandes y oficiales generales, sentándose á la izquierda señoras de la primera distincion. Agolpóse á los pisos mas altos inmenso gentío de ambos sexos, ansiosos todos de presenciar instalacion tan deseada.

Publicidad de sus sesiones.

Esperaban pocos que fuesen desde luego públicas las sesiones de córtes, ya porque las antiguas acostumbraron en lo general á ser secretas, y ya tambien porque no habituados los españoles á tratar en público los negocios del estado, dudábase que sus procuradores consintiesen fácilmente en admitir tan saludable práctica, usada en otras naciones. De antemano algunos de los diputados que conocian no solo lo útil, pero aun lo indispensable que era adoptar aquella medida discurrieron el modo de hacérselo entender asi á sus compañeros. Dichosamente no llegó el caso de entrar en materia. La regencia de suyo abrió el salon al público, movida segun se pensó, no tanto del deseo de introducir tan plausible y necesaria novedad, cuanto con la intencion aviesa de desacreditar á las córtes en el mismo dia de su congregacion.

Malos intentos de la regencia.

Hemos visto ya, y hechos posteriores confirmarán mas y mas nuestro aserto, como la regencia habia convocado las córtes mal de su grado, y como se arrimaba en sus determinaciones á las doctrinas del gobierno absoluto de los últimos tiempos. Desestimaba á los diputados, considerándolos inexpertos y noveles en el manejo de los asuntos públicos; y ningun medio le pareció mas oportuno para lograr la mengua y desconcepto de aquellos que mostrarlos descubiertamente á la faz de la nacion, saboreándose ya con la placentera idea de que á guisa

de escolares se iban á entretener y enredar en fútiles cuestiones y ociosas disputas. Y en verdad nadie podia motejar á la regencia por haber abierto el salon al público, puesto que en semejante providencia se conformaba con el comun sentir de las mismas personas afectas á córtes, y con la índole y objeto de los cuerpos representativos. Sin embargo la regencia erró en la cuenta, y con la publicidad ahondó sus propias llagas y las del partido lóbrego de sus secuaces, salvando al congreso nacional de los escollos, contra los que de otro modo hubiera corrido gran riesgo de estrellarse.

El consejo de regencia, al entrar en el salon, se habia colocado en un trono levantado en el testero, acomodándose en una mesa inmediata los secretarios del despacho. Distribuyéronse los diputados á derecha é izquierda en bancos preparados al efecto. Sentados todos pronunció el obispo de Orense, presidente de la regencia, un breve discurso; y en seguida se retiró él y sus compañeros junto con los ministros, sin que ni unos ni otros hubiesen tomado disposicion alguna que guiase al congreso en los primeros pasos de su espinosa carrera. Cuadraba tal conducta con los indicados intentos de la regencia; pues en un cuerpo nuevo como el de las córtes, abandonado á sí mismo, falto de reglamento y antecedentes que le ilustrasen y sirviesen de pauta, era fácil el descarrío, ó á lo menos cierto atascamiento en sus deliberaciones, ofreciendo por primera vez al numeroso concurso que asistia á la sesion tristes muestras de su saber y cordura.

Conducta mesurada y noble de las córtes.

Felizmente las córtes no se desconcertaron, dando principio con paso firme y mesurado al largo y glorioso curso de sus sesiones. Escogieron momentáneamente para que la presidiese al mas anciano de los diputados, Don Benito Ramon de Hermida, quien designó para secretario en la misma forma á Don Evaristo Perez de Castro. Debian estos nombramientos servir solo para el acto de elegir sugetos que desempeñasen en propiedad dichos dos empleos, y asimismo para dirigir cualquiera discusion que acerca del asunto pudiera suscitarse. No habiendo ocurrido incidente alguno se procedió sin tardanza á la votacion de presidente, acercándose cada diputado á la mesa en donde estaba el secretario, para hacer escribir á este el nombre de la persona á quien daba su voto. Del escrutinio resultó al cabo elegido Don Ramon Lázaro de Dou, diputado por Cataluña, prefiriéndole muchos á Hermida por creerle de condicion mas suave y no ser de edad tan avanzada. Recayó la eleccion de secretario en el citado señor Perez de Castro, y se le agregó al dia siguiente en la misma calidad para ayudarle en su ímprobo trabajo á Don Manuel Lujan. Los presidentes fueron en adelante nombrados todos los meses, y alternativamente se renovaba el secretario mas antiguo, cuyo número se aumentó hasta cuatro.

Nombramiento de presidente y secretarios.

Terminadas las elecciones se leyó un papel que al despedirse habia dejado la regencia, por el que deseando esta hacer dejacion del mando, indicaba la necesidad de nombrar inmediatamente un gobierno adecuado al estado actual de la monarquía. Nada en el asunto decidieron por entonces las córtes, y solo sí declararon quedar enteradas: fijándose luego la atencion de todos los asistentes en Don Diego Muñoz Torrero, diputado por Extremadura, que tomó la palabra en materia de señalada importancia.

Proposiciones del señor Muñoz Torrero.

A nadie tanto como á este venerable eclesiástico tocaba abrir las discusiones, y poner la primera piedra de los cimientos en que habian de estribar los trabajos de la representacion nacional. Antiguo rector de la universidad de Salamanca era varon docto, purísimo en sus costumbres, de ilustrada y muy tolerante piedad; y en cuyo exterior, sencillo al par que grave, se pintaba no menos la bondad de su alma, que la extensa y sólida capacidad de su claro entendimiento.

Levantóse pues el señor Muñoz Torrero, y apoyando su opinion en muchas y luminosas razones, fortalecidas con ejemplos sacados de autores respetables, y con lo que prescribian antiguas leyes é imperiosamente dictaba la situacion actual del reino, expuso lo conveniente que seria adoptar una serie de proposiciones que fue sucesivamente desenvolviendo, y de las que, añadió, traia una minuta extendida en forma de decreto su particular amigo Don Manuel Lujan.

Decidieron las córtes que leyera el último dicha minuta, cuyos puntos eran los siguientes: — 1° Que los diputados que componian el congreso y representaban la nacion española, se declaraban legítimamente constituidos en córtes generales y extraordinarias, en las que residia la soberanía nacional. — 2° Que conformes en todo con la voluntad general, pronunciada del modo mas enérgico y patente, reconocian, proclamaban y juraban de nuevo por su único y legítimo rey al señor Don Fernando VII de Borbon, y declaraban nula, de ningun valor ni efecto la cesion de la corona que se decia hecha en favor de Napoleon, no solo por la violencia que habia intervenido en aquellos actos injustos é ilegales, sino principalmente por haberle faltado el consentimiento de la nacion. — 3° Que no conveniendo quedasen reunidas las tres potestades, legislativa, ejecutiva y judicial, las córtes se reservaban solo el ejercicio de la primera en toda su extension. — 4° Que las personas en quienes se delegase la potestad ejecutiva, en ausencia del señor Don Fernando VII, serian responsables por los actos de su administracion, con arreglo á las leyes: habilitando al que era entonces consejo de regencia, para que interinamente continuase desempeñando aquel cargo, bajo la expresa condicion de que inmediatamente y en la misma sesion prestase el juramento siguiente. « ¿Reconoceis la so-« beranía de la nacion representada por los diputados de estas cór-

« tes generales y extraordinarias? ¿ Jurais obedecer sus decretos, « leyes y constitucion que se establezca, segun los santos fines « para que se han reunido, y mandar observarlos y hacerlos eje- « cutar? — Conservar la independencia, libertad é integridad de « la nacion? — La religion católica, apostólica, romana? — El « gobierno monárquico del reino? — Restablecer en el trono á « nuestro amado rey Don Fernando VII de Borbon? — Y mirar « en todo por el bien del estado? — Si asi lo hicereis Dios os « ayude, y si no sereis responsables á la nacion con arreglo á « las leyes. » 5° Se confirmaban por entonces todos los tribunales y justicias del reino, asi como las autoridades civiles y militares de cualquiera clase que fuesen. Y 6° y último: se declaraban inviolables las personas de los diputados, no pudiéndose intentar cosa alguna contra ellos, sino en los términos que se establecerian en un reglamento próximo á formarse.

Primera discusion muy notable.

Siguióse á la lectura una detenida discusion que resplandeció en elocuencia; siendo sobre todo admirable el tino y circunspeccion con que procedieron los diversos oradores. De ellos en lo esencial, pocos discordaron; y los hubo que, profundizando el asunto, dieron interés y brillo á una sesion en la cual se estrenaban las córtes. Maravilláronse los espectadores; no contando, ni aun de lejos, con que los diputados en vista de su inexperiencia, desplegasen tanta sensatez y conocimientos. Participaron de la comun admiracion los extrangeros allí presentes, en especial los ingleses, jueces experimentados y los mas competentes en la materia.

Los discursos pronunciados de palabra.

Los discursos se pronunciaron de palabra, entablándose asi un verdadero debate. Y casi nunca, ni aun en lo sucesivo, leyeron los diputados sus dictámenes: solo alguno que otro se tomó tal licencia, de aquellos que no tenian costumbre de mezclarse activamente en las discusiones. Quizá se debió á esta práctica el interes que desde un principio excitaron las sesiones de las córtes. Ageno entendemos sea de cuerpos deliberativos manifestar por escrito los pareceres: congréganse los representantes de una nacion para ventilar los negocios y desentrañarlos, no para hacer pomposa gala de su saber, y desperdiciar el tiempo en digresiones baldías. Discursos de antemano preparados asemejanse, cuando mas, á bellas producciones académicas; pero que no se avienen ni con los incidentes, ni con los altercados, ni con las vueltas que ocurren en los debates de un parlamento.

Prolongáronse los de aquella noche hasta pasadas las doce, habiendo sido sucesivamente aprobados todos los artículos de la minuta del señor Lujan. En la discusion, ademas de este señor diputado y del respetable Muñoz Torrero, distinguiéronse otros, como Don Antonio Oliveros y Don José Mejía; empezando á

descollar, á manera de primer adalid, Don Agustin de Argüelles. Nombres ilustres con que á menudo tropezaremos, y de cuyas personas se hablará en oportuna sazon.

Mientras que las córtes discutian, acechaba la regencia por medio de emisarios fieles lo que en ellas pasaba. No que solo temiera la separasen del mando, conforme á la dimision que habia hecho de mero cumplido, sino y principalmente porque contaba con el descrédito de las córtes, figurándose ya ver á estas, desde sus primeros pasos, ó atolladas ó perdidas. Acontecimiento que á haber ocurrido la reponia en favorable lugar, y la convertia en árbitro de la representacion nacional.

Grande fue el asombro de la regencia al oir el marvilloso modo con que procedian las córtes en sus deliberaciones; grande el desánimo al saber el entusiasmo con que aclamaban á las mismas soldados y ciudadanos.

Engaño de la regencia.

Manifestacion tan unánime contuvo á los enemigos de la libertad española. Ya entonces se hablaba de planes y torcidos manejos, y de que ciertos regentes, si no todos, urdian una trama, resueltos á destruir las córtes ó por lo menos á amoldarlas conforme á sus deseos. No eran muchos los que daban asenso á tales rumores, achacándolos á invencion de la malevolencia; y dificultoso hubiera sido probar lo contrario, si un año despues no lo hubiese pregonado é impreso quien estaba bien enterado de lo que anotaba. « Vimos claramente « (dice en su manifesto * uno de los regentes el señor « Lardizabal) que en aquella noche no podiamos con- « tar ni con el pueblo ni con las armas, que á no haber sido asi, « todo hubiera pasado de otra manera. »

Palabras de Lardizabal.

(* Ap. n. 1.)

¿Qué manera hubiera sido esta? Fácil es adivinarla. ¿Mas cuáles las resultas si se destruian las córtes, ó se empeñaba un conflicto teniendo el enemigo á las puertas? Probablemente la entrada de este en la isla de Leon, la dispersion del gobierno, la caida de la independencia nacional.

Por fortuna, aun para los mismos maquinadores, no se llevaron á efecto intentos tan criminales. Desamparada la regencia, sometióse silenciosa y en apariencia con gusto á las decisiones del congreso. En la misma noche del 24 pasó á prestar el juramento conforme á la fórmula propuesta por el señor Lujan que habia sido aprobada. Notóse la falta del obispo de Orense, pero por entonces se admitió sin réplica ni observacion alguna la excusa que se dió de su ausencia, y fué de que siendo ya tarde, los años y los achaques le habian obligado á recogerse. Con el acto del juramento de los regentes se terminó la primera sesion de las córtes, solemne y augusta bajo todos respectos; sesion cuyos ecos retumbarán en las generaciones futuras de la nacion española.

Juramento de la regencia y ausencia del obispo de Orense.

Decreto de 24 de setiembre.

(* Ap. n. 2.)

Aplaudióse entonces universalmente el decreto * acordado en aquel dia, comprensivo de las proposiciones formalizadas por los señores Muñoz Torrero y Lujan, de que hemos dado cuenta, y que fue conocido bajo el título de *Decreto de 24 de setiembre*. Base de todas las resoluciones posteriores de las córtes, se ajustaba á lo que la razon y la política aconsejaban.

Opiniones diversas acerca de este decreto, y su exámen.

Sin embargo pintáronle despues algunos como subversivo del gobierno monárquico y atentatorio de los derechos de la magestad real. Sirvióles en especial de asidero para semejante calificacion el declararse en el decreto que la soberanía nacional residia en las córtes, alegando que habiendo estas en el juramento hecho en la iglesia mayor apellidado *soberano* á Don Fernando VII, ni podian sin faltar á tan solemne promesa trasladar ahora á la nacion la soberanía, ni tampoco erigirse en depositarias de ella.

A la primera acusacion se contestaba que en aquel juramento, juramento individual y no de cuerpo, no se habia tratado de examinar si la soberanía traia su orígen de la nacion ó de solo el monarca: que la regencia habia presentado aquella fórmula y aprobádola los diputados, en la persuasion de que la palabra *soberano* se habia empleado allí segun el uso comun por la parte que de la soberanía ejerce el rey como gefe del estado, y no de otra manera; habiendo prescindido de entrar fundamentalmente en la cuestion.

Si cabe mas satisfactoria era aun la respuesta á la segunda acusacion, de haber declarado las córtes que en ellas residia la soberanía. El rey estaba ausente, cautivo; y ciertamente que á alguien correspondia ejercer el poder supremo, ya se derivase este de la nacion, ya del monarca. Las juntas de provincia soberanas habian sido en sus respectivos territorios; habíalo sido la central en toda plenitud, lo mismo la regencia: ¿porqué, pues, dejarian de disfrutar las córtes de una facultad no disputada á cuerpos mucho menos autorizados?

Por lo que respecta á la declaracion de la soberanía nacional, principio tan temido en nuestros tiempos, si bien no tan repugnante á la razon como el opuesto de la legitimidad, pudiera quizá ser cuerda que vibrase con sonido áspero en un pais, en donde sin sacudimiento se reformasen las instituciones, de consuno la nacion y el gobierno: pues por lo general declaraciones fundadas en ideas abstrusas, ni contribuyen al pro comun, ni afianzan por sí la bien entendida libertad de los pueblos. Mas ahora no era este el caso.

Huérfana España, abandonada de sus reyes, cedida como rebaño y tratada de rebelde, debia y propio era de su dignidad, publicar á la faz del orbe, por medio de sus representantes, el derecho que la asistia de constituirse y defenderse; derecho de

que no podian despojarla las abdicaciones de sus príncipes, aunque hubiesen sido hechas libre y voluntariamente.

Ademas los diputados españoles, lejos de abusar de sus facultades, mostraron moderacion y las rectas intenciones que les animaban; declarando al propio tiempo la conservacion del gobierno monárquico, y reconociendo como legítimo rey á Fernando VII.

Que la nacion fuese orígen de toda autoridad no era en España doctrina nueva ni tomada de extraños: conformábase con el derecho público que habia guiado á nuestros mayores, y en circunstancias no tan imperiosas como las de los tiempos que corrian. A la muerte del rey Don Martin juntáronse en Caspe* para elegir monarca los procuradores de Aragon, Cataluña y Valencia. Los navarros y aragoneses, fundándose en las mismas reglas, habian desobedecido la voluntad de Don Alonso el Batallador* que nombraba por sucesores del trono á los templarios: y los castellanos, sin el mismo ni tan justo motivo, en la minoría de Don Juan el II* ¿no ofrecieron la corona, por medio del condestable Ruy-Lopez Dávalos al infante de Antequera? Así que las córtes de 1810, en su declaracion de 24 de setiembre, ademas de usar de un derecho inherente á toda nacion, indispensable para el mantenimiento de la independencia, imitaron tambien y templadamente los varios ejemplos que se leian en los anales de nuestra historia.

(* Ap. n. 3)

(* Ap. n. 4.)

(* Ap. n. 5.)

Número de diputados que concurrieron el primer dia.

A la primera sesion solo concurrieron unos cien diputados: cerca de dos terceras partes nombrados en propiedad, el resto en Cádiz bajo la calidad de suplentes. Por lo cual mas adelante tacharon algunos de ilegítima aquella corporacion; como si la legitimidad pendiese solo del número, y como si este sucesivamente y antes de la disolucion de las córtes no se hubiese llenado con las elecciones que las provincias, unas tras otras, fueron verificando. Tocaremos en el curso de nuestro trabajo la cuestion de la legitimidad. Ahora nos contentaremos con apuntar que desde los primeros dias de la instalacion de las córtes se halló completa la representacion del populoso reino de Galicia, la de la industriosa Cataluña, la de Extremadura, y que asistieron varios diputados de las provincias de lo interior, elegidos á pesar del enemigo, en las claras que dejaba este en sus excursiones. Tres meses no habian aun pasado, y ya tomaron asiento en las córtes los diputados de Leon, Valencia, Murcia, islas Baleares; y lo que es mas pasmoso, diputados de la Nueva España nombrados allí mismo: cosa antes desconocida en nuestros fastos.

Aplausos que de todas partes reciben las córtes.

De todas partes se atropellaron las felicitaciones, y nadie levantó el grito respecto de la legitimidad de las córtes. Al contrario ni la distancia ni el temor de los invasores impidieron que se diesen multiplicadas

pruebas de adhesion y fidelidad: espontáneas en un tiempo y en lugares en que carecieron las córtes de medios coactivos, y cuando los mal contentos impunemente hubieran podido mostrar su oposicion y hasta su desobediencia.

Nombramiento de comisiones y órden llevado en los debates.

En las sesiones sucesivas fue el congreso determinando el modo de arreglar sus tareas. Se formaron comisiones de guerra, hacienda y justicia: las cuales despues de meditar detenidamente las proposiones ó expedientes que se les remitian, presentaban su informe á las córtes, en cuyo seno se discutia el negocio y votaba. Posteriormente se nombraron nuevas comisiones, ya para otros ramos ó ya para especiales asuntos. Tambien en breve se adoptó un reglamento interior, combinando en lo posible el pronto despacho con la atenta averiguacion y debate de las materias. Los diputados que, segun hemos indicado, pronunciaban casi siempre de palabra sus discursos, ponianse en un principio para recitarlos en uno de dos sitios preparados al intento, no lejos del presidente, y que se llamaron tribunas. Notóse luego lo incómodo y aun impropio de esta costumbre, que distraia con la mudanza y continuo paso de los oradores; por lo que los mas hablaron despues sin salir de su puesto y en pie, quedando las tribunas para la lectura de los informes de las comisiones. Se votaba de ordinario levantándose y sentándose: solo en las decisiones de mayor cuantía daban los diputados su opinion por un *si* ó por un *no*, pronunciándolo desde su asiento en voz alta.

Tratamiento.

Asimismo tomaron las córtes el tratamiento de magestad á peticion del señor Mejía: objeto fué de crítica, aunque otro tanto habian hecho la junta central y la primera regencia; y era privilegio en España de ciertas corporaciones. Algunos diputados nunca usaron de aquella fórmula, creyéndola agena de asembleas populares, y al fin se desterró del todo al renacer de las córtes en 1820.

Aclaracion pedida por la regencia.

No bien se hubo aprobado el primer decreto, acudió la regencia pidiendo que se declarase: 1° «cuáles «eran las obligaciones anexas á la responsabilidad «que le imponia aquel decreto, y cuáles las facultades privativas «del poder ejecutivo que se le habia confiado; 2° qué método ha«bria de observase en las comunicaciones que necesaria y conti«nuamente habian de tener las córtes con el consejo de regencia.» Apoyábase la consulta en no haber de antemano fijado nuestras leyes la línea divisoria de ambas potestades, y en el temor por tanto de incurrir en faltas de desagradables resultas para la regencia, y perjudiciales al desempeño de los negocios. A primera vista no parecia nada extraña dicha consulta: antes bien llevaba visos de ser hija de un buen deseo. Con todo los diputados miráronla recelosos, y la atribuyeron al maligno intento de embarazarlos y de

promover reñidas y ociosas discusiones. Fuera este el motivo oculto que impelia á la regencia, ó fuéralo el recelo de comprometerse, intimidada con la enemistad que el público le mostraba, á pique estuvo aquella de que por su inadvertido paso le admitiesen las córtes la renuncia que antes habia dado.

Sosegáronse sin embargo por entonces los ánimos, y se pasó la consulta de la regéncia á una comision, compuesta de los señores Hermida, Gutierrez de la Huerta y Muñoz Torrero. No habiéndose convenido estos en la contestacion que debia darse, cada uno de ellos al siguiente dia presentó por separado su dictámen Se dejó á un lado el del señor Hermida que se reducia á reflexiones generales y ciñóse la discusion al de los otros dos individuos de la comision. Tomaron en ella parte, entre otros, los señores Perez de Castro y Argüelles. Sobresalió el último en rebatir al señor Gutierrez de la Huerta. relatar del consejo real, distinguido por sus conocimientos legales, y de suma facilidad en producirse, si bien sobrado verboso, que carecia de ideas claras en materias de gobierno, confundiendo unas potestades con otras : achaque de la corporacion en que estaba empleado. Asi fué que en su dictámen trabando en extremo á la regencia, entremetiase en todo, y hasta desmenuzaba facultades solo propias del alcalde de una aldehuela. Don Agustin de Argüelles impugnó al señor Huerta deslindando con maestría los límites de las *autoridades respectivas: y en consecuencia se atuvieron las córtes* á la contestacion del señor Muñoz Torrero, terminante y sencilla. Deciase en esta «que en tanto que las córtes formasen acerca del « asunto un reglamento usase la regencia de todo el poder que « fuese necesario para la defensa, seguridad y administracion del « estado en las críticas circunstancias de entonces; é igualmente « que la responsabilidad que se exigia al consejo de regencia, úni- « camente excluia la inviolabilidad absoluta que correspondia á la « persona sagrada del rey. Y que en cuanto al modo de comunica- « cion entre el consejo de regencia y las córtes, mientras estas « estableciesen el mas conveniente, se seguiria usando el medio « usado hasta el dia. »

Debate sobre las facultades de la protestad ejecutiva.

Era este el de pasar oficios ó venir en persona los secretarios del despacho, quienes por lo comun esquivaban asistir á las córtes, no avezados á las lides parlamentarias.

Meses adelante se formó el reglamento anunciado, en cuyo texto se determinaron con amplitud y claridad las facultades de la regencia.

No se limitó esta á urgar á las córtes y hostigarlas con consultas, sino que procuró atraer los ánimos de los diputados y formarse un partido entre ellas. Escogió para conseguir su objeto un medio inoportuno y poco diestro. Fue, pues, el de conferir empleos á varios de los vocales, prefiriendo á los

Empleos conferidos á diputados.

americanos, ya por miras peculiares que dicha regencia tuviese respecto de ultramar, ya porque creyese á aquellos mas dóciles á semejantes insinuaciones. La noticia cundió luego, y la gran mayoría de los diputados se embraveció contra semejante descaro, ó mas bien insolencia que redundaba en descrédito de las córtes. Atemorizáronse los distribuidores de las mercedes y los agraciados, y supusieron para su descargo que se habian concedido los empleos con antelacion á haber obtenido los últimos el puesto de diputados, sin alegar motivo que justificase la ocultacion por tanto tiempo de dichos nombramientos. De manera que á lo feo de la accion agregóse desmaño en defenderla y encubrirla; falta que entre los hombres suele hallar menos disculpa.

Proposicion del Sr. Capmany.

El enojo de todos excitó á Don Antonio Capmany á formalizar una proposicion, que hizo preceder de la lectura de un breve discurso, salpicándole de palabra con punzantes agudezas, propio atributo de la oratoria de aquel diputado, escritor diligente y castizo. La proposicion estaba concebida en los siguientes términos: « Ningun diputado asi de los que al presente « componen este cuerpo, como de los que en adelante hayan de com- « pletar su total número, pueda solicitar ni admitir para sí, ni para « otra persona, empleo, pension y gracia, merced ni condecora- « cion alguna de la potestad ejecutiva interinamente habilitada, ni « de otro gobierno que en adelante se constituya bajo de cual- « quiera denominacion que sea; y si desde el dia de nuestra insta- « lacion se hubiese recibido algun empleo ó gracia sea declarado « nulo. » Aprobóse asi esta proposicion salvo alguna que otra levísima mudanza, y con el aditamento de que « la prohibicion se « extendiese á un año despues de haber los actuales diputados de- « jado de serlo. »

Juicio acerca de ella.

Nacida de acendrada integridad flaqueaba semejante providencia por el lado de la prevision, y se apartaba de lo que enseña la práctica de los gobiernos representativos. El diputado que se mantenga sordo á la voz de la conciencia, falto de pundonor y atento solo á no traspasar la letra de la ley, medios hallará bastantes de concluir á las calladas un ajuste que sin comprometerle satisfaga sus ambiciosos deseos ó su codicia. La prohibicion de obtener empleos siendo absoluta, y mayormente extendiéndose hasta el punto de no poder ser escogidos los secretarios del despacho entre los individuos del cuerpo legislativo, desliga á este del gobierno, y pone en pugna á entrambas autoridades. Error gravísimo y de enojosas resultas, pero en que han incurrido casi todas las naciones al romper los grillos del despotismo. Ejemplo la Francia en su asemblea constituyente, ejemplo la inglaterra cuando el largo parlamento dió el acta llamada *selfdenying ordinance*: bien que aqui en el mismo instante hubo sus excepciones para Cromwell y otros en ventaja de la causa que defendian. Sálese entonces

de una region aborrecida: desmanes y violencias del gobierno han sido causa de los males padecidos, y sin reparar que en la mudanza se ha desquiciado aquel, ó que su situacion ha variado ya, olvidando tambien que la potestad ejecutiva es condicion precisa del órden social, y que por tanto vale mas empuñen las riendas manos amigas que no adversas, clámase contra los que sostienen esta doctrina, y forzoso es que los buenos patricios, por temor ó mal entendida virtud, se alejen de los puestos supremos, abandonándolos así á la merced del acaso, ya que no al arbitrio de ineptos ó revoltosos ciudadanos. En España no obstante siguióse un bien de aquella resolucion: el abuso en materia de empleos de las juntas y de las corporaciones que las habian sucedido en el mando, tenia escandalizado al pueblo con mengua de la autoridad de sus gobiernos. La abnegacion y el desapropio de todo interés de que ahora dieron muestra los diputados, realzó mucho su fama: beneficio que en lo moral equivalió algun tanto al daño que en la práctica resultaba de la muy lata proposicion del señor Capmany.

Elecciones de Aragon.

Metió tambien por entonces ruido un acontecimiento, en el cual si bien apareció inocente la mayoría de la regencia, desconceptuóse esta en gran manera, y todavía mas sus ministros. Don Nicolas María de Sierra, que lo era de gracia y justicia, para ganar votos y aumentar su influjo en las córtes, ideó realizar de un modo particular las elecciones de Aragon. Y violentando las leyes y decretos promulgados en la materia, dirigió una real órden á aquella junta, mandándole que por sí nombrase la totalidad de los diputados de la provincia, con remision al mismo tiempo de una lista confidencial de candidatos. En el número no habia olvidado su propio nombre el señor Sierra ni el de su oficial mayor Don Tadeo Calomarde, ni tampoco el del ministro de estado Don Eusebio de Bardaxí, y por consiguiente todos tres con varios amigos y deudos suyos, igualmente aragoneses, fuesen elegidos, entremezclados á la verdad con alguno que otro sugeto de indisputable mérito y de condicion independiente. Llegó arriba la noticia del nombramiento, é ignorando la mayoría de los regentes lo que se habia urdido, al darles cuenta dicho señor Sierra del expediente, « quedaron absortos (segun las expresiones del señor Saavedra) « de oir una real órden de que no hacian memoria. » Los sacó el ministro de la confusion exponiendo que él era el autor de la tal órden, expedida de motu propio, aunque si bien despues pesaroso la habia revocado por medio de otra que desgraciadamente llegaba tarde. ¿Quién no creeria con tan paladina confesion que inmediatamente se habria exonerado al ministro, y perseguídole como á falsario digno de ejemplar castigo? Pues no: la regencia contentóse con declarar nula la eleccion y mantuvo al ministro en su puesto. Presúmese que enredados en la maraña dos de los regentes, se huyó de ahondar negocio tan vergonzoso y criminal. Mas de una

vez en las córtes se trató de él en público y en secreto, y fueron tales los impedimentos, que nunca se logró llevar á efecto medida alguna rigorosa.

Otros dos asuntos de la mayor importancia ocuparon á las córtes durante varias sesiones que se tuvieron en secreto, método que, por decirlo de paso, reprobaban varios diputados, y que en lo venidero casi del todo llegó á abandonarse.

Cuando el 30 de setiembre comenzaban las córtes á andar muy atareadas en estas discusiones secretas, ocurrió un incidente que, aunque no de grande entidad para la causa general de la nacion, hízose notable por el personage augusto que le motivó. El duque de Orleans apeándose á las puertas del salon de córtes, pidió con instancia que se le permitiese hablar á la barandilla.

El duque de Orleans quiere hablar á la barandilla de las córtes.

Para explicar aparicion tan repentina conviene volver atrás *. En 1808 el príncipe Leolpoldo de Sicilia arribó á Gibraltar en reclamacion de los derechos que creia asistian á su casa á la corona de España. Acompañábale el duque de Orleans. La junta de Sevilla no dió oidos á pretensiones, en su concepto intempestivas, y de resultas tornó el de Sicilia á su tierra, y el de Orleans se encaminó á Lóndres. No habrá el lector olvidado este suceso de que en su lugar hicimos mencion. Pocos meses habian trascurrido y ya el duque de Orleans de nuevo se mostró en Menorca. De allí solicitó directamente ó por medio de Mr. de Broval agente suyo en Sevilla, que se le emplease en servicio de la causa española. La junta central ya congregada no accedió á ello de pronto, y solamente poco antes de disolverse decidió en su comision ejecutiva dar al de Orleans el mando de un cuerpo de tropas que habia de maniobrar en la frontera de Cataluña. Acaeciendo despues la invasion de las Andalucías, el duque y Mr. de Broval regresaron á Sicilia, y la resolucion del gobierno quedó suspensa.

(* Ap. n. 6.)

Relacion sucinta de este suceso.

Instalóse en seguida la regencia, y sus individuos recibiendo avisos mas ó menos ciertos del partido que tenia en el Rosellon y otros departamentos meridionales la antigua casa de Francia, acordáronse de las pretensiones de Orleans y enviáronle á ofrecer el mando de un ejército que se formaría en la raya de Cataluña. Fue con la comision Don Mariano Carnerero á bordo de la fragata de guerra Venganza. El duque aceptó, y en el mismo buque dió la vela de Palermo el 22 de mayo de 1810. Aportó á Tarragona, pero en mala ocasion, perdida Lérida y derrotado cerca de sus muros el ejército español. Por esto y porque en realidad no agradaba á los catalanes que se pusiera á su cabeza un príncipe extrangero y sobre todo francés, reembarcóse el duque y fondeó en Cádiz el 20 de junio.

Vióse entonces la regencia en un compromiso. Ella habia sido

quien habia llamado al duque, ella quien le habia ofrecido un mando, y por desgracia las circunstancias no permitian cumplir lo antes prometido. Varios generales españoles y en especial Odonell miraban con malos ojos la llegada del duque, los ingleses repugnaban que se le confiriese autoridad ó comandancia alguna, y las córtes ya convocadas imponian respeto para que se tomase resolucion contraria á tan poderosas indicaciones. El de Orleans reclamó de la regencia el cumplimiento de su oferta, y resultaron contestaciones agrias. Mientras tanto instaláronse las córtes, y desaprobando el pensamiento de emplear al duque, manifestaron á la regencia, que por medios suaves y atentos indicase á S. A. que evacuase á Cádiz. Informado el de Orleans de esta órden decidió pasar á las córtes, y verificólo segun hemos apuntado el 30 de setiembre. Aquellas no accedieron al deseo del duque de hablar en la barandilla, mas le contestaron urbanamente y cual correspondia á la alta clase de S. A. y á sus distinguidas prendas. Desempeñaron el mensage Don Evaristo Perez de Castro y el marqués de Villafranca duque de Medinasidonia. Insistió el de Orleans en que se le recibiese, mas los diputados se mantuvieron firmes: entonces perdiendo S. A. toda esperanza se embarcó el 3 de octubre y dirigió el rumbo á Sicilia á bordo de la fragata de guerra Esmeralda.

Dícese que mostró su despecho en una carta que escribió á Luis XVIII á la sazon en Inglaterra, Sin embargo las córtes en nada eran culpables, y causóles pesadumbre tener que desairar á un príncipe tan esclarecido. Pero creyeron que recibir á S. A. y no acceder á sus ruegos, era tal vez ofenderle mas gravemente. La regencia cierto que procedió de ligero y no con sincera fé, en hacer efrecimientos al duque, y dar luego por disculpa para no cumplirlos que él era quien habia solicitado obtener mando, efugio indigno de un gobierno noble, y de porte desembozado. Amigos de Orleans han atribuido á influjo de los ingleses la determinacion de las córtes: se engañan. Ignorábase en ellas que el embajador británico hubiese contrarestado la pretension de aquel príncipe. El no escuchar á S. A. nació solo de la íntima conviccion de que entonces desplacia á los españoles general que fuese francés: y de que el nombre de Borbon lejos de grangear partidarios en el ejército enemigo, solo serviria para hacerle á este mas desapoderado, y dar ocasion á nuevos encarnizamientos.

Altercado con el obispo de Orense sobre prestar el juramento

De los dos asuntos enunciados que ocupaban en secreto á las córtes tocaba uno de ellos al obispo de Orense. Este prelado que, como dijimos, no habia acudido con sus compañeros en la noche del 24 á prestar el juramento exigido de la regencia, hizo al siguiente dia dejacion de su puesto, no solo fundándose en la edad y achaques (excusas que para no presentarse en las córtes se habian dado la víspera), sino que tambien alegó la repugnancia insuperable de

reconocer y jurar lo que se prescribia en el primer decreto. Renunció tambien al cargo de diputado que confiado le habia la provincia de Extremadura; y pidió que se le permitiese sin dilacion volverá su diócesi. Las córtes desde luego penetraron que en semejante determinacion se encerraba torcido arcano, valiéndose mal intencionados de la candorosa y timorata conciencia del prelado, como de oportuno medio para provocar penosos altercados. Pero prescindiendo aquel cuerpo de entrar en explicaciones, accedió á la súplica del obispo, sin exigir de él antes de su partida juramento ni muestra alguna de sumision, con lo que el negocio parecia quedar del todo zanjado. No acomodaba remate tan inmediato y pacífico á los sopladores de la discordia.

El obispo en vez de apresurar la salida para su diócesi, detúvose y provocó á las córtes á una discusion peligrosa sobre la manera de entender el decreto de 24 de setiembre: á las córtes que no le habian en nada molestado, ni puesto obstáculo á que regresase como buen pastor en medio de sus ovejas. En un papel fecho en Cádiz á 3 de octubre, despues de reiterar gracias por haber alcanzado lo que pedia, expresadas de un modo que pudiera calificarse de irónico, metiase á discurrir largamente acerca del mencionado decreto, y parábase sobre todo en el artículo de la soberanía nacional. Deducia de él ilaciones á su placer, y trayendo á la memoria la revolucion francesa, intentaba comparar con ella los primeros pasos de las córtes. Es cierto que ponia á salvo las intenciones de los diputados, pero con tal encarecimiento que asomaba la ironía como en lo de las gracias. Motejaba á los regentes sus compañeros por haberse sometido al juramento, protestaba por su parte de lo hecho, y calificaba de nulo y atentado el haber excluido al consejo de regencia de sancionar las deliberaciones de las córtes, representante aquel, segun entendia el obispo, de la prerogativa real en toda su extension. Traslucíase ademas el despique del prelado por habérsele admitido la renuncia, con señales de querer llamar la atencion de los pueblos y aun de excitar á la desobediencia.

Conjetúrese la impresion que causaria en las córtes papel tan descompuesto. Hubo vivos debates; varios diputados opinaron porque no se tomase resolucion alguna y se dejase al obispo regresar tranquilamente á la ciudad de Orense. Inclinábanse á este dictámen no solo los patrocinadores del ex-regente, mas tambien algunos de los que se distinguian por su independencia y amor á la libertad, rehusando los últimos dispensar coronas de martirio á quien quizá las ansiaba por lo mismo que no habian de conferírsele. Se manifestaron al contrario opuestos al prelado eclesiásticos de los nada afectos á novedades, enojados de que se desconociese la autoridad de las córtes. Uno de ellos Don Manuel Ros, canónigo de Santiago de Galicia, y años despues ejemplar obispo de Tortosa, exclamó: « El obispo de Orense hase burlado siempre de la auto-

« ridad. Prelado consentido y con fama de santo, imaginase que « todo le es lícito, y voluntarioso y terco solo le gusta obrar á su « antojo; mejor fuera que cuidase de su diócesi, cuyas parroquias « nunca visita, faltando asi á las obligaciones que le impone el « episcopado : he asistido muchos años cerca de su ilustrísima y co- « nozco sus defectos como sus virtudes. »

Las córtes adoptando un término medio entre ambos extremos, resolvieron en 18 de octubre que el obispo de Orense hiciese en manos del cardenal de Borbon el juramento mandado exigir por decreto de 25 de setiembre de todas las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, el cual estaba concebido bajo la misma fórmula que el del consejo de regencia.

Los atizadores, que lo que buscaban era escándalo, alegráronse de la decision de las córtes con la esperanza de nuevas reyertas, y aprovechándose de la escrupulosa conciencia del obispo y tambien de su lastimado amor propio, azuzáronle para que desobedeciese y replicase. En su contestacion renovaba el de Orense lo alegado anteriormente, y concluia por decir que si en el sentido que las córtes daban al decreto queria expresarse « que la nacion era « soberana con el rey, desde luego prestaria S. Ilma. el juramento « pedido; pero si se entendia que la nacion era soberana sin el rey, « y soberana de su mismo soberano, nunca se someteria á tal doc- « trina; » añadiendo : « que en cuanto á jurar obediencia á los « decretos, leyes y constitucion que se estableciese lo haria sin per- « juicio de reclamar, representar y hacer la oposicion que de de- « recho cupiera á lo que creyese contrario al bien del estado, y á la « disciplina, libertad é inmunidad de la Iglesia. » He aqui entablada una discusion penosa, y en alguna de sus partes mas propia de profesores de derecho público que de estadistas y cuerpos constituidos.

Es verdad que los gobiernos deberian andar muy detenidos en esto de juramentos, especialmente en lo que toca á reconocer principios. Casi siempre hasta las conciencias mas timoratas hallan fácil salida á tales compromisos. Lo que importa es exigir obediencia á la autoridad establecida, y no juramentos de cosas abstractas que unos ignoran y otros interpretan á su manera. En todos tiempos, y sobre todo en el nuestro ¿ quién no ha quebrantado, aun entre las personas mas augustas, las mas solemnes y mas sagradas promesas? Pero las córtes obraban como los demas gobiernos con la diferencia sin embargo de que en el caso de Espana, no era, repetimos, ni tan fuera de propósito ni tan ocioso declarar que la nacion era soberana. El mismo obispo de Orense habia proclamado este principio, cuando se negó á ir á Bayona. Porque si la nacion, como ahora sostenia, hubiese sido soberana solo con el rey ¿ qué se hubiera hecho en caso que Fernando concluyendo un tratado con su opresor, y casándose con una princesa de aquella

familia, se hubiese presentado en la raya despues de estipular bases opuestas á los intereses de España? No eran sueños semejantes suposiciones, merced para que no se verificasen al inflexible orgullo de Napoleon, pues Fernando no estaba vaciado en el molde de la fortaleza.

Insistieron las córtes en su primera determinacion, y sin convertir el asunto en polémico, ageno de su dignidad y cual deseaba el prelado, mandaron á este que jurase lisa y llanamente. Hasta aqui procedieron los diputados conformes con su anterior resolucion, pero se deslizaron en añadir « que se abstuviese el obispo de ha- « blar ó escribir de manera alguna sobre su modo de pensar en « cuanto al reconocimiento que se debia á las córtes. » Tambien se le mandó que permaneciese en Cádiz hasta nueva órden. Eran estos resabios del gobierno antiguo, y consecuencia asimismo del derecho peculiar que daban á la autoridad soberana, respecto al clero, las leyes vigentes del reino, derecho no tan desmedido como á primera vista parece en paises exclusivamente católicos, en donde necesario es balancear con remedios temporales el inmenso poder del sacerdocio y su intolerancia.

Enmarañándose mas y mas el asunto empezóse á convertir en judicial, y se nombró una junta mixta de eclesiásticos y seculares, escogidos por la regencia para calificar las opiniones del obispo. En tanto diputados moderados procuraban concertar los ánimos, señaladamente Don Antonio Oliveros canónigo de San Isidro de Madrid, varon ilustrado, tolerante, de bella y candorosa condicion que al efecto entabló con su ilustrísima una correspondencia epistolar. Estuvo sin embargo dicho diputado á pique de comprometerse, tratando de abusar de su sencillez los que so capa inflamaban las humanas pasiones del pio mas orgulloso prelado.

En fin malográndose todas las maquinaciones, reconociendo las provincias con entusiasmo á las córtes, no respondiendo nadie á la especie de llamamiento que con su resistencia á jurar hizo el de Orense, cansado este, desalentados los incitadores, y teniendo todos las resultas del proceso que, aunque lentamente, seguia sus trámites, amilanáronse y resolvieron no continuar adelante en su porfia.

Sométese al fin el obispo.

El prelado sometiéndose pasó á las córtes el 3 de febrero inmediato, y prestó el juramento requerido sin limitacion alguna. Permitiósele en seguida volver á su diócesi, y se sobreseyó en los procedimientos judiciales.

Tal fue el término de un negocio, que si bien importante con relacion al tiempo, no lo era ni con mucho tanto como el otro que tambien se ventilaba en secreto, y que perteneciendo á las revoluciones de América interesaba al mundo.

Apartaríase de nuestro propósito entrar circunstanciadamente en la narracion de acontecimiento tan grave é intrincado, para lo que se requiere diligentísimo y especial historiador.

Revueltas de América. Sus causas.

Tuvieron principio las alteraciones de América al saberse en aquellos paises la invasion de los franceses en las Andalucías, y el malhadado deshacimiento de la junta central. Causas generales y lejanas habian preparado aquel suceso, acelerando el estampido otras particulares é inmediatas.

En nada han sido los extrangeros tan injustos ni desvariado tanto como en lo que han escrito acerca de la dominacion española en las regiones de ultramar. A darles crédito no pareceria sino que los excelsos y claros varones que descubrieron y sojuzgaron la América, habian solo plantado allí el pendon de Castilla para devastar la tierra y yermar campos, ricos antes y florecientes; como si el estado de atraso de aquellos pueblos hubiese permitido civilizacion muy avanzada. Los españoles cometieron, es verdad, excesos grandes, reprensibles, pero excesos que casi siempre acompañan á las conquistas, y que no sobrepujaron á los que hemos visto consumarse en nuestros dias por los soldados de naciones que se precian de muy cultas.

Mas al lado de tales males no olvidaron los españoles trasladar allende el mar los establecimientos políticos, civiles y literarios de su patria, procurando asi pulir y mejorar las costumbres y el estado social de los pueblos indianos. Y no se oponga que entre dichos establecimientos los habia que eran perjudiciales y ominosos. Culpa era esa de las opiniones entonces de España y de casi toda Europa, no hubo pensamientos torcidos de los conquistadores, los cuales presumian obrar rectamente, llevando á los paises recien adquiridos todo cuanto en su entender constituia la grandeza de la metrópoli, gigantea en era tan portentosa.

Dilatábanse aquellas vastas posesiones por el largo espacio de 92 grados de latitud, y abrazaban entre sus mas apartados establecimientos 1900 leguas. Extension maravillosa cuando se considera que sus habitantes obedecieron darante tres siglos á un gobierno que residia á enorme distancia, y que estaba separado por procelosos mares.

Ascendia la poblacion, sin contar las islas Filipinas, á 13 millones y medio de almas, cuyo mas corto número era de europeos, únicos que estaban particularmente interesados en conservar la union con la madre patria. En el orígen contábanse solamente dos distintas razas ó linages, la de los conquistadores y la de los conquistados, esto es, españoles é indios. Gozaron los primeros de los derechos y privilegios que les correspondian, y se declaró á los segundos, conforme á las expresiones de la recopilacion de Indias, «...libres y no... sujetos á servidumbre de manera alguna.» Sabido es el tierno y compasivo afan que por ellos tuvo la reina Doña Isabel la Católicá hasta en sus postrimeros dias, encargando en su testamento «que no recibiesen los indios agravio alguno en sus per-

« sonas y bienes, y que fuesen bien tratados. » No por eso dejaron de padecer bastante, extrañando Solórzano que « cuanto se « hacia en beneficio de los indios resultase en perjuicio suyo : » sin advertir que el mismo cuidado de segregarlos de las demas razas para protegerlos, excitaba á estas contra ellos, y que el alejamiento en que vivian bajo caciques indígenas dificultaba la instruccion, perpetuaba la ignorancia, y los exponia á graves vejaciones apartándolos del contacto de las autoridades supremas, por lo general mas imparciales.

Se multiplicó infinito en seguida la division de castas. Preséntase como primera la de los hijos de los peninsulares nacidos en aquellos climas de estirpe española, que se llamaron *criollos*. Vienen despues los *mestizos* ó descendientes de españoles é indios, terminándose la enumeracion por los *negros* que se introdujeron de Africa, y las diversas tintas que resultaron de su ayuntamiento con las otras familias del linage humano allí radicadas.

Los criollos conservaron igualdad de derechos con los españoles : lo mismo con cortísima diferencia los mestizos, si eran hijos de español y de india ; mas no si el padre pertenecia á esta clase y la madre á la otra, pues entonces quedaba la prole en la misma línea del de los puramente indios : á los negros y sus derivados, á saber, mulatos, zambos, etc., reputábalos la ley y la opinion inferiores á los demas, si bien la naturaleza los habia aventajado en las fuerzas físicas y facultades intelectuales.

De los diversos linages nacidos en Ultramar era el de los criollos el mas dispuesto á promover alteraciones. Creíase agraviado, le adornaban conocimientos, y superaba á los demas naturales en riqueza é influjo. A los indios, aunque numerosos é inclinados en algunas partes á suspirar por su antigua independencia, faltábales en general cultura, y carecian de las prendas y medios requeridos para osadas empresas. No les era dado á los oriundos de Africa entrar en lid sino de auxiliadores, á lo menos en un principio ; pues la escasez de su gente en ciertos lugares, y sobre todo el ceño que les ponian las demas clases, estorbábalos acaudillar particular bandería.

Comenzó á mediados del siglo XVIII á crecer grandemente la América española. Hasta entonces la formá del gobierno interior, los reglamentos de comercio y otras trabas habian retardado que se descogiese su prosperidad con la debida extension.

Bajo los diversos títulos de vireyes, capitanes generales y gobernadores, ejercian el poder supremo gefes militares, quienes solo eran responsables de su conducta al rey y al consejo de Indias que residia en Madrid. Contrapesaban su autoridad las audiencias, que, ademas de desempeñar la parte judicial, se mezclaban con el nombre de acuerdo en lo gubernativo, y aconsejaban á los vireyes ó les sugerian las medidas que tenian por convenientes.

No hubo en esto alteracion sustancial, fuera de que en ciertas provincias como en Buenos-Aires se crearon capitanías generales ó vireinatos independientes, en gran beneficio de los moradores que antes se veian obligados á acudir para muchos negocios á grandes distancias.

En la administracion de justicia, despues de las audiencias que eran los tribunales supremos, y de las que tambien en determinados casos se recurria al consejo de Indias, venian los alcaldes mayores y los ordinarios á la manera de España, los cuales ejercian respectivamente su autoridad, ya en lo judicial, ya en lo económico, presidiendo á los ayuntamientos, cuerpos que se hallaban establecidos en los mismos términos que los de la península con sus defectos y ventajas.

Los alcaldes mayores al tiempo de empuñar la vara practicaban una costumbre abusiva y ruinosa; pues so pretexto de que los indígenas necesitaban para trabajar de especial aguijon, ponian por obra lo que se llamaba *repartimientos*. Palabra de mal significado, y que expresaba una entrega de mercaderías que el alcalde mayor hacia á cada indio para su propio uso y el de su familia á precios exorbitantes. Dábanse los géneros al fiado y á pagar dentro de un año en productos de la agricultura del pais, estimados segun el antojo de los alcaldes, quienes, jueces y parte en el asunto, cometian molestas vejaciones, saliendo en general muy ricos al cumplirse los cinco años de su magistratura, señaladamente en los distritos en que se cosechaba grana.

Don José de Galvez, despues marqués de Sonora, que de cerca habia palpado los perjuicios de tamaño escándalo, luego que se le confió en el reinado de Cárlos III el ministerio general de Indias, abolió los repartimientos y las alcaldías mayores, substituyendo á esta autoridad la de las intendencias de provincia y subdelegacion de partido, mejora de gran cuantía en la administracion americana, y contra la que sin embargo exclamaron poderosamente las corporaciones mas desinteresadas del pais, afirmando que sin la coercion se echaria á vaguear el indio en menoscabo de la utilidad pública y privada, así como de las buenas costumbres. Juicio errado nacido de preocupacion arraigada, lo que en breve manifestó la experiencia.

Creados los intendentes ganó tambien mucho el ramo de hacienda. Antes oficiales reales por sí ó por medio de comisionados recaudaban las contribuciones, entendiéndose con el superintendente general que residia lejos de la capital de los gobiernos respectivos. Fijado ahora en cada provincia un intendente creció la vigilancia sobre los partidos, de donde los subdelegados y oficiales reales tenian que enviar con puntualidad á sus gefes las sumas percibidas, y estados individuales de cuenta y razon, asegurando ademas por medio de fianzas el bueno y fiel desempeño de sus

cargos. Con semejantes precauciones tomaron las rentas increible aumento.

Eran las contribuciones en menor número, y no tan gravosas como las de España. Pagábase la alcabala de todo lo que se introducia y vendia, el 10 por 100 de la plata y del 5 del oro que se sacaba de las minas, con algunos otros impuestos menos notables. El conocido bajo el nombre de *tributo* recaia solo sobre los indios, en compensacion de la alcabala de que estaban exentos : era una capitacion en dinero, pesada en si misma, y de cobranza muy arbitraria.

Al tiempo de formar las intendencias hizóse una division de territorio, que no poco coadyuvó al bienestar de los naturales. Y del mismo modo que con la cercania de magistrados respetables se habia puesto mayor órden en el ramo de contribuciones, asi tambien con ella se introdujeron otras saludables reformas. Desde luego rigiéronse con mayor fidelidad los fondos de propios : hubo esmero en la policia y ornato de los pueblos, se administró la justicia sin tanto retraso y mas imparcialmente ; y por fin se extinguió el pernicioso influjo de los partidos, terrible azote y causador alli de riñas y ruidosos pleitos.

Con haber perfeccionado de este modo la gobernacion interior, se dió gran paso para la prosperidad americana.

Aviváronla tambien los adelantamientos que se hicieron en la instruccion pública. Ya cuando la conquista empezaron á propagarse las escuelas de primeras letras y los colegios, fundándose universidades en varias capitales. Y si no se siguieron los mejores métodos, ni se enseñaron las ciencias y doctrinas que mas hubiera convenido, dolencia fue comun á España, de que se lamentaban los hombres de ingenio y doctos que en todos tiempos honraron á nuestra patria. Pero luego que en la peninsula profesores hábiles dieron señales de desterrar vergonzosos errores, y de modificar en cuanto podian rancios estatutos, lo propio hicieron otros en América, particularmente en las universidades de Lima y Santa Fé. Tampoco el gobierno español en muchos casos se mostró hosco á las luces del siglo. Diéronse en ultramar como en España ensanches al saber, y aun alli se erigieron escuelas especiales : fue la mas célebre el colegio de minería de Méjicio, sobre el pie del de Freyberg de Sajonia, teniendo al frente maestros que habian cursado en Alemania, y los cuales perfeccionaron el estudio de las ciencias exactas y naturales, sobre todo el de la mineralogia, provechoso y necesario en un pais tan abundante de metales preciosos,

Deplorable legislacion se adoptó desde el descubrimiento para el comercio externo, mantenida en vigor hasta mediados del siglo XVIII. Porque ademas de solo permitirse por ella el tráfico con la metrópoli (falta en que incurrieron todos los otros estados de Europa), circunscribióse tambien á los únicos puertos de Sevilla pri-

mero, y despues de Cádiz, adonde venian y de donde partian las flotas y galeones en determinada estacion del año, sistema que privaba al norte y levante de España y á varias provincias americanas de comerciar directamente entre sí, cortando el vuelo á la prosperidad mercantil, sin que por eso se remontase, cual debiera, la de las ciudades privilegiadas. Cárlos V habia pensado extender á los puertos principales de las otras costas la facultad del libre y directo tráfico; pero obligado á condescender con los deseos de compañías de genoveses y otros extrangeros avecindados en Sevilla, cuyas casas le anticipaban dinero para las empresas y guerras de afuera, suspendió resolucion tan sabia, despojando asi á la periferia de la península de los beneficios que le hubieran acarreado los nuevos descubrimientos. Felipe II y sus sucesores hallaron las arcas reales en idéntica ó mayor penuria que Cárlos, y con desaficion á innovar reglas ya mas arraigadas: pretextaron igualmente para conservar estas el aparecimiento de los filibusteros, como si convoyes que navegaban invariables tiempos, con rumbo á puntos fijos, no facilitasen las acometidas y rapiñas de aquellos audaces y numerosos piratas.

Dióse traza de modificar legislacion tan perjudicial en los reinados de Fernando VI y Cárlos III, aprobándose al intento y sucesivamente diferentes reglamentos que acabaron de completarse en 1789. Permitióse por ellos el comercio de América desde diversos puertos y con todas las costas de la península, siempre que fuesen súbditos los que lo hiciesen de la corona de España. Tan rápidamente creció el tráfico que se dobló en pocos años, esparciéndose las ganancias por las varias provincias de ambos emisferios.

Con tales mejoras de administracion y el aumento de riqueza enrobustecíanse las regiones de ultramar, y se iban preparando á caminar solas y sin los andadores del gobierno español. No obstante eso el vínculo que las unia era todavía fuerte y muy estrecho.

Otras causas concurrieron á aflojarle paulatinamente. Debe contarse entre las principales la revolucion de los Estados Unidos anglo-americanos. Jefferson en sus cartas asevera que ya entonces dieron pasos los criollos españoles para lograr su independencia. Si fue asi, debieron provenir tales gestiones de particulares proyectos, no de la mayoría de la poblacion ni de sus corporaciones adictas á la metrópoli con inveterados y apegados hábitos. Incurrió en error grave la corte de Madrid en favorecer la causa anglo-americana, mayormente cuando no la impelian á ello filantrópicos pensamientos, sino personal pique de Cárlos III contra los ingleses, y consecuencias del desastrado pacto de familia. Dióse de ese modo un punto en que con el tiempo se habia de apoyar la palanca destinada á levantar los otros pueblos del continente americano. Lo preveia el ilustre conde de Aranda cuando precisado á firmar el tratado de Versalles aconsejó que se enviasen á aquellas provincias

infantes de España, quienes al menos mantuviesen con su presencia y dominacion las relaciones mercantiles y de buena amistad en que se interesaban la prosperidad y riqueza peninsulares.

Tras lo acaecido en las márgenes del Delaware sobrevino la revolucion francesa, estímulo nuevo de independencia, sembrando en América como en Europa ideas de libertad y desasosiego. Hasta entonces los alborotos ocurridos habian sido parciales; y nacidos solo de tropelías individuales ó de vejaciones en algunas comarcas. Graves aparecieron las turbulencias del Perú, acaudilladas por Tupac-Amaro; mas como los indios que tomaron parte cometieron grandes crueldades, lo mismo con criollos que con españoles, obligaron á unos y á otros á unirse para sofocar insurrecciones difíciles de cuajar sin su participacion. Quiso conmoverse Caracas en 1796, luego que se encendió la guerra con los ingleses. Pero aun entonces fueron principales promovedores el español Picornel y el general Miranda, forasteros ambos, por decirlo asi, en el pais. Pues el primero, corazon ardiente y comprometido en la conspiracion tramada en Madrid en 1795 contra el poder absoluto, hijo de Mallorca, no conocia bastantemente la tierra; y el segundo, aunque nacido en Venezuela, ausente años de allí, y general de la república francesa, amamantado con sus doctrinas tenia ya estas mas presentes que la situacion y preocupaciones de su primitiva patria. Por consiguiente se malogró la empresa intentada, permaneciendo aun muy hondas las raices del dominio español para que se las pudiera arrancar de un solo y primer golpe. Mr. de Humboldt, nada desafecto á la independencia americana, confiesa « que las ideas « que tenian en las provincias de Nueva-España acerca de la me- « trópoli, eran enteramente distintas de las que manifestaban las « personas que en la ciudad de Méjico se habian formado por libros « franceses é ingleses. »

Requeríase pues algun nuevo suceso, grande, extraordinario, que tocara inmediatamente á las Américas y á España, para romper los lazos que unian á entrambas, no bastando á efectuar semejante acontecimiento ni lo apartado y vasto de aquellos paises, ni la diversidad de castas y sus pretensiones, ni las fuerzas y riqueza que cada dia se aumentaban, ni el ejemplo de los Estados Unidos, ni tampoco los terribles y mas recientes que ofrecia la Francia; cosas todas que colocamos entre las causas generales y lejanas de la independencia americana, empezando las particulares y mas próximas en las revueltas y asombros que se agolparon en el año de 1808.

En un principio y al hundirse el trono de los Borbones manifestaron todas las regiones de ultramar en favor de la causa de España verdadero entusiasmo, conteniéndose á su vista los pocos que anhelaban mudanzas. Vimos en su lugar la irritacion que produjeron allí las miserias de Bayona, la adhesion mostrada á las juntas de

provincia y á la central, los donativos, en fin, y los recursos que con larga mano se suministraron á los hermanos de Europa. Mas apaciguado el primer hervor, y sucediendo en la península desgracias tras de desgracias, cambióse poco á poco la opinion, y se sintieron rebullir los deseos de independencia, particularmente entre la mocedad criolla de la clase media y el clero inferior. Fomentaron aquella inclinacion los ingleses, temerosos de la caida de España, fomentáronla los franceses y emisarios de José, aunque en otro sentido y con intento de apartar aquellos paises del gobierno de Sevilla y Cádiz, que apellidaban insurreccional: fomentáronla los anglo-americanos, especialmente en Méjico; fomentáronla, por último, en el rio de la Plata los emisarios de la infanta Doña Carlota, residente en el Brasil, cuyo gobierno independiente de Europa no era para la América meridional de mejor ejemplo que lo habia sido para la septentrional la separacion de los Estados Unidos.

A tantos embates necesario era que cediese y empezase á crujir el edificio levantado por los españoles mas allá de los mares, cuya fábrica hubo de ser bien sólida y compacta para que no se resquebrajase antes y viniese al suelo.

Contrarestar tamaños esfuerzos parecia dificultoso si no imposible, abrumado el reino bajo el peso de una guerra desoladora y exhausto de recursos. La junta central no obstante hubiera quizá podido tomar providencias que sostuviesen por mas tiempo la dominacion peninsular. Limitóse á hacer declaraciones de igualdad de derechos, y omitió medidas mas importantes. Tales hubieran sido en concepto de los intelligentes mejorar la suerte de las clases menesterosas con repartimiento de tierras; halagar mas de lo que se hizo la ambicion de los pudientes y principales criollos con honores y distinciones á que eran muy inclinados, reforzar con tropa algunos puntos, pues hombres no escaseaban en España, y el soldado mediano acá, era para allá muy aventajado, y finalmente enviar gefes firmes prudentes y de conocida probidad. Y ora fuera las circunstancias, ora descuido, no pensó la central como debiera en materia de tanta gravedad, y al disolverse contenta con haber hecho promesas, dejó la América trabajada ya de mil modos, con las mismas instituciones, desatendidas las clases pobres y al frente autoridades por lo general débiles é incapaces, y sospechadas algunas de connivencia con los independientes.

Verificóse el primer estallido sin convenio anterior entre las diversas partes de la América, siendo dificiles las comunicaciones y no estando entonces extendidas ni arregladas las sociedades secretas que despues tanto influjo tuvieron en aquellos sucesos. El movimiento rompió por Caracas, tierra acostumbrada á conjuraciones; y rompió, segun ya insinuamos, al llegar la noticia de la pérdida de las Andalucías y dispersion de la junta central.

Levantamiento de Venezuela.

El 19 de abril de 1810 apareció amotinado el pueblo de aquella ciudad capital de Venezuela, al que se unió la tropa; y el cabildo ó sea ayuntamiento, agregando á su seno otros individuos, erigióse en junta suprema, mientras que conforme anunció, se convocaba un congreso. El capitan general Don Vicente Empáran sobrecogido y hombre de ánimo cuitado no opuso resistencia alguna, y en breve desposeyéronle y le embarcaron en la Guaira con la audiencia y principales autoridades españolas. Siguieron el impulso de Caracas las otras provincias de Venezuela, excepto el partido de Coro y Maracaibo, en cuya ciudad mantuvo la tranquilidad y buen órden la firmeza del gobernador Don Fernando Miyares.

El haberse en Caracas unido la tropa al pueblo decidió la querella en favor de los amotinados. Ayudaba mucho para la determinacion del soldado el sistema militar que se habia introducido en América en el último tercio del siglo XVIII; en cuyo tiempo se crearon cuerpos veteranos de naturales del pais, que si bien en gran parte eran mandados por coroneles y comandantes europeos, tenian tambien en sus filas oficiales subalternos, sargentos y cabos americanos. Del mismo modo se organizaron milicias de infantería y caballería á semejanza las primeras de las de España, y en ellas se apoyó principalmente la insurreccion. Cierto es que al principio solo la menor parte de las tropas se declaró en favor de las novedades, y que hubo parages particularmente en Méjico y en el Perú en donde los militares contribuyeron á sofocar las conmociones, mas con el tiempo cundiendo el fuego, llegó hasta las tropas de línea.

El motivo principal que alegó Caracas para erigir una junta suprema é independiente, fundóse en estar casi toda España sujeta ya á una dinastía extrangera y tiránica, añadiendo que solo haria uso de la soberanía hasta que volviese al trono Fernando VII, ó se instalase solemne y legalmente un gobierno constituido por las córtes, á que concurriesen legítimos representantes de los reinos, provincias y ciudades de Indias. Entre tanto ofrecia la nueva junta á los españoles que aun peleasen por la independencia peninsular, amistad y envío de socorros. El nombre de Fernando tuvo que sonar á causa del pueblo muy adicto al soberano desgraciado: esperanzados los promovedores del alzamiento que conllevando asi las ideas de la mayoría la traerian por sus pasos contados adonde deseaban, mayormente si se introducian luego innovaciones que le fueran gratas. No tardaron estas en anunciarse, pues se abolió en breve el tributo de los indios, repartiéronse los empleos entre los naturales, y se abrieron los puertos á los extrangeros. La última providencia halagaba á los propietarios que veian en ella crecer el valor de sus frutos, y ganaban al propio tiempo la voluntad de las naciones comerciantes, codiciosas siempre de multiplicar sus mercados.

Asi fue que el ministerio inglés poco explícito en sus declaraciones al reventar la insurreccion, no dejó pasar muchos meses sin expresar por boca de lord Liverpool « que S. M. B. no se consi- « deraba ligado por ningun compromiso á sostener un pais cual- « quiera de la monarquia española contra otro por razon de dife- « ferencias de opinion, sobre el modo con que se debiese arreglar « su respectivo sistema de gobierno; siempre que conviniesen en « reconocer al mismo soberano legítimo, y se opusiesen á la usur- « pacion y tiranía de la Francia... » No se necesitaba testimonio tan público para conocer que forzoso le era al gabinete de la Gran Bretaña, aunque hubieran sido otras sus intenciones, usar de semejante lenguaje, teniendo que sujetarse á la imperiosa voz de sus mercaderes y fabricantes.

Levantamiento de Buenos-Aires.

Alzó tambien Buenos-Aires el grito de independencia al saber allí por un barco inglés, que arribó á Montevideo el 13 de mayo, los desastres de las Andalucías. Era capitan general Don Baltasar Hidalgo de Cisneros hombre apocado y sin cautela, quien á peticion del ayuntamiento consintió en que se convocase un congreso, imaginándose que aun despues proseguiria en el gobierno de aquellas provincias. Instalóse dicho congreso el 22 de mayo, y como era de esperar fue una de sus primeras medidas la deposicion del inadvertido Cisneros, eligiendo tambien á la manera de Caracas una junta suprema que ejerciese el mando en nombre de Fernando VII. Conviene notar aqui que la formacion de juntas en América nació por imitacion de lo que se hizo en España en 1808, y no de otra ninguna causa.

Montevideo, que se disponia á unir su suerte con la de Buenos-Aires, detúvose noticioso de que en la península todavía se respiraba, y de que existia en la isla de Leon con nombre de regencia un gobierno central.

No asi el nuevo reino de Granada que siguió el impulso de Caracas, creando una junta suprema el 20 de julio. Apearon del mando los nuevos gobernantes á Don Antonio Amat, virey semejante en lo quebradizo de su temple á los gefes de Venezuela y Buenos-Aires. Acaecieron luego en Santa Fé, en Quito y en las demas partes altercados, divisiones, muertes, guerra y muchas lástimas, que tal esquilmo coge de las revoluciones la generacion que las hace.

Entonces y largo tiempo despues se mantuvo el Perú quieto y fiel á la madre patria, merced á la prudente fortaleza del virey Don José Fernando Abascal y á la memoria aun viva de la rebelion del indio Tupac Amaro y sus crueldades.

Tampoco se meneaba Nueva España, aunque ya se habian fraguado varias maquinaciones, y se preparaban alborotos de que mas adelante daremos noticia.

Por lo demas tal fue el principio de irse desgajando del tronco

Juicio acerca de estas revueltas.

paterno, y una en pos de otra ramas tan fructíferas del imperio español. ¿Escogieron los americanos para ello la ocasion mas digna y honrosa? A medir las naciones por la escala de los tiernos y nobles sentimientos de los individuos, abiertamente diriamos que no, habiendo abandonado á la metrópoli en su mayor afliccion, cuando aquella decretára igualdad de derechos, y cuando se preparaba á realizar en sus córtes el cumplimiento de las anteriores promesas. Los Estados Unidos separáronse de Inglaterra en sazon en que esta descubria su frente serena y poderosa, y despues que reiteradas veces les habia su metrópoli negado peticiones moderadas en un principio. Por el contrario los americanos españoles cortaban el lazo de union, abatida la península, reconocidas ya aquellas provincias como parte integrante de la monarquía, y convidados sus habitantes á enviar diputados á las córtes. No: entre individuos graduariase tal porte de ingrato y aun villano. Las naciones desgraciadamente suelen tener otra pauta, y los americanos quizá pensaron lograr entonces con mas certidumbre lo que á su entender fuera dudoso y aventurado, libre la península y repuesto en el solio el cautivo Fernando.

Controvertible igualmente ha sido si la América habia llegado al punto de madurez é instruccion que eran necesarias para desprenderse de los vínculos metropolitanos. Algunos han decidido ya la cuestion negativamente atentos á las turbulencias y agitacion contínua de aquellas regiones, en donde mudando á cada paso de gobierno y leyes, aparecen los naturales no solo como inhábiles para sostener la libertad y admitir un gobierno medianamente organizado, pero aun tambien como incapaces de soportar el estado social de los pueblos cultos. Nosotros sin ir tan allá creemos sí, que la educacion y enseñanza de la América española será lenta y mas larga que la de otros paises: y solo nos admiramos de que haya habido en Europa hombres y no vulgares que al paso que negaban á España la posibilidad de constituirse libremente, se la concedieran á la América, siendo claro que en ambas partes habian regido idénticas instituciones, y que idénticas habian sido las causas de su atraso; con la ventaja para los peninsulares de que entre ellos se desconocia la diversidad de castas, y de que el inmediato roce con las naciones de Europa les habia proporcionado hacer mayores progresos en los conocimientos modernos, y mejorar la vida social. Mas si personas entendidas y gobiernos sabios olvidaban reflexiones tan obvias, ¿qué no seria de ávidos especuladores que soñaban montes de oro con la franquicia y amplia contratacion de los puertos americanos?

Medidas tomadas por el gobierno español.

La regencia al instalarse habia nombrado sugetos que llevasen á las provincias de Ultramar las noticias de lo ocurrido en principios de año, recordando al

propio tiempo en una proclama la igualdad de condicion otorgada á aquellos naturales, é incluyendo la convocatoria para que acudiesen á las córtes por medio de sus diputados. Fuera de eso no extendió la regencia sus providencias mas allá de lo que lo habia hecho la central, si bien es cierto que ni la situacion actual permitia el mismo ensanche, ni tampoco era político anticipar en muchos asuntos el juicio de las córtes, cuya reunion se anunciaba cercana.

Providencia fragnada acerca del comercio libre.

Sin embargo publicóse en 17 de mayo de 1810 á nombre de dicha regencia una real órden de la mayor importancia, y por la que se autorizaba el comercio directo de todos los puertos de Indias con las colonias extrangeras y naciones de Europa. Mudanza tan repentina y completa en la legislacion mercantil de Indias, sin previo aviso ni otra consulta, saltando por encima de los trámites de estilo aun usados durante el gobierno antiguo, pasmó á todos y sobrecogió al comercio de Cádiz interesado mas que nadie en el monopolio de ultramar.

Sin tardanza reclamó este contra una providencia en su concepto injustísima y en verdad muy informal y temprana. La regencia ignoraba ó fingió ignorar la publicacion de la mencionada órden, y en virtud de exámen que mandó hacer, resultó que sobre un permiso limitado al renglon de harinas, y al solo puerto de la Habana, habia la secretaría de hacienda de Indias extendido por sí la concesion á los demas frutos y mercaderías procedentes del extrangero y en favor de todas las costas de la América. ¿Quién no creyera que al descubrirse falsía tan inaudita, abuso de confianza tan criminal y de resultas tan graves, no se hubiese hecho un escarmiento que arredrase en lo porvenir á los fabricadores de mentidas providencias del gobierno? Formóse causa, mas causa al uso de España en tales materias, encargando á un ministro del consejo supremo de España é Indias que procediese á la averiguacion del autor ó autores de la supuesta órden.

Se arrestó en su casa al marqués de las Hormazas ministro de hacienda, prendióse tambien al oficial mayor de la misma secretaría en lo relativo á Indias Don Manuel Albuerne y á algunos otros que resultaban complicados. El asunto prosiguió pausadamente, y despues de muchas idas y venidas, empeños, solicitaciones, todos quedaron quitos. Hormazas habia firmado á ciegas la órden sin leerla, y como si se tratase de un negocio sencillo. El verdadero culpado era Albuerne de acuerdo con el agente de la Habana Don Claudio María Pinillos, y Don Esteban Fernandez de Leon, siendo sostenedor secreto de la medida segun voz pública uno de los regentes. Tal descuido en unos, delito en otros, é impunidad ilimitada para todos probaban mas y mas la necesidad urgente de purgar á España de la maleza espesa que habian ahijado en su gobierno, de Godoy acá, los patrocinadores de la corrupcion mas descarada.

La regencia por su parte revocó la real órden, y mandó recoger

los ejemplarse impresos. Pero el tiro habia ya partido, y fácil es adivinar el mal efecto que produciria, sugiriendo á los amigos de las alteraciones de América nueva y fundada alegacion para proseguir en su comenzado intento.

Supo la regencia el 4 de julio las revueltas de Caracas, y al concluirse agosto las de Buenos Aires. Apesadumbráronla noticias para ella tan impensadas y para la causa de España tan funestas, mas vivió algun tiempo con la esperanza de que cesarian los disturbios, luego que allá corriese no haber la península rendido aun su cerviz al invasor extrangero. ¡Vana ilusion! Alzamientos de esta clase ó se ahogan al nacer, ó se agrandan con rapidez. La regencia indecisa y sin mayores medios, consultó al consejo no tomando de pronto resolucion que pareciera eficaz.

Nómbrase á Cortavarría para ir á Caracas.

Aquel cuerpo opinó que se enviase á ultramar un sugeto condecorado y digno, asistido de algunos buques de guerra y con órdenes para reunir las tropas de Puerto Rico, Cuba y Cartagena, previniéndole que solo emplease el medio de la fuerza cuando los de persuasion no bastasen. La regencia se conformó en un todo con el dictámen del consejo, y nombró por comisionado revestido de facultades omnímodas á Don Antonio Cortavarría individuo del consejo real, magistrado respetable por su pureza, pero anciano y sin el menor conocimiento de lo que era la América. Figurábase el gobierno español equivocadamente que no eran pasados los dias de los Mendozas y los Gascas, y que á la vista del enviado peninsular se allanarian los obstáculos y se remansarian los tumultos populares. Llevaba Cortavarría instrucciones que no solo se extendian á Venezuela, sino que tambien abrazaban las islas, Santa Fé y aun la Nueva España, debiendo obrar con él mancomunadamente el gobernador de Maracaibo Don Fernando Miyares, electo capitan general de Caracas, en recompensa de su buen proceder.

Gefes y pequeña expedicion enviada al rio de la Plata.

Respecto de Buenos Aires ya antes de saberse el levantamiento habia tomado la regencia algunas medidas de precaucion, advertida de tratos que la infanta Doña Carlota traia allí desde el Brasil; y como Montevideo era el punto mas á propósito para realizar cualquiera proyecto que dicha señora tuviese entre manos, se habia nombrado para prevenir toda tentativa por gobernador de aquella plaza á Don Gaspar de Vigodet militar de confianza.

Mas despues que la regencia recibió la nueva de la conmocion de Buenos Aires no limitó á eso sus providencias, sino que tambien resolvió enviar de virey de las provincias del rio de la Plata á Don Francisco Javier Elio acompañado de 500 hombres, de una fragata de guerra y de una urca, con órden de partir de Alicante, y de ocultar el objeto del viage hasta pasadas las islas Canarias. Se le recomendó asimismo lo que á Cortavarría en cuanto á que no em-

please la fuerza antes de haber tentado todos los medios de conciliacion.

He aqui lo que por mayor se sabia en Europa de las turbulencias de América, y lo que para cortarlas habia resuelto la regencia al tiempo de instalarse las córtes. Hallándose en el seno de estas diputados naturales de ultramar, concíbese fácilmente que no dejarian huelgo á sus campañeros antes de conseguir que se ocupasen en tan graves cuestiones. Las propuestas fueron muchas y varias, y ya el 25 de setiembre tratándose de expedir el decreto del 24, expuso la diputacion americana que al mismo tiempo que se remitiese aquel á Indias, era necesario hablar á sus habitantes de la igualdad de derechos que tenian con los de Europa, de la extension de la representacion nacional como parte integrante de la monarquia, y conceder una amnistía ú olvido absoluto por los extravíos ocurridos en las desavenencias de algunos de aquellos paises. La dicusion comenzó á encresparse, y Don José Mejia suplente por Santa Fé de Bogotá, y americano de nacimiento, fuese prudencia, fuese temor de que resonasen en ultramar las palabras que se pronunciaban en las córtes, palabras que pudieran ser funestas á los independientes, apoyados todavía en terreno poco firme, pidió que se ventilase el asunto en secreto. Accedió el congreso á los deseos de aquel señor diputado, si bien por incidencia se tocaron á veces en público en las primeras sesiones algunos de los muchos puntos que ofrecia materia tan espinosa.

Ocúpanse las córtes en la materia.

Despues de reñidos debates aprobaron las córtes los términos de un decreto * que se promulgó con fecha de 15 de octubre, en el que aparecieron como esenciales bases: 1° la igualdad de derechos ya sancionada; 2° una amnistía general sin límite alguno.

Decreto de 15 de octubre. (* Ap. n. 7.)

En pos de esta resolucion vinieron á manera de secuela otras declaraciones y concesiones muy favorables á la América, de las que mencionaremos las mas principales en el curso de esta historia. Por ellas se verá cuánto trabajaron las córtes para grangearse el ánimo de aquellos habitantes, y acallar los motivos que hubiera de justa queja, debiendo haber finalizado las turbulencias, si el fuego de un volcan de extensa crátera pudiera apagarse por la mano del hombre.

La víspera de la promulgacion del decreto sobre América entablóse en público la discusion de la libertad de la imprenta. Don Agustin de Argüelles era quien primero la habia provocado, indicando en la sesion de la tarde del 27 de setiembre la necesidad de ocuparse á la mayor brevedad en materia tan grave. Sostuvo su dictámen Don Evaristo Perez de Castro, y aun insistió en que desde luego se formase para ello una comision, cuya propuesta aprobaron las córtes inmediatamente sin obstáculo alguno.

Discusion sobre la libertad de la imprenta.

Dedicóse con aplicacion contínua á su trabajo la comision nombrada, y el 14 de octubre cumpleaños del rey Fernando VII leyó el informe en que habian convenido los individuos de ella; casual coincidencia ó modo nuevo de celebrar el natalicio de un príncipe, cuyo horóscopo vióse despues no cuadraba con el festejo. Al dia siguiente se trabó la discusion, una de las mas brillantes que hubo en las córtes, y de la que reportaron estas fama esclarecida. Lástima ha sido que no se hayan conservado enteros los discursos allí pronunciados, pues todavía no se publicaban de oficio las sesiones, segun comenzó á usarse en el promedio de diciembre, habiéndose desde entonces establecido taquígrafos que siguiesen literalmente la palabra del orador. Sin embargo algunos curiosos y entre ellos ingleses tomaron nota bastante exacta de las discusiones mas principales, y eso nos habilita para dar una razon algo circunstanciada de lo que ocurrió en aquella ocasion.

Antes de reunirse las córtes la libertad de la imprenta apenas contaba otros enemigos sino algunos de los que gobernaban; mas despues que el congreso mostró querer proseguir su marcha con hoz reformadora, despertóse el recelo de las clases y personas interesadas en los abusos que empezaron á mirar con esquivez medida tan deseada. No pareciéndóles con todo discreto impugnarla de frente, idearon los que pertenecieron á aquel número, y estaban dentro de las córtes pedir que se suspendiese la deliberacion.

Escogieron para hacer la propuesta al diputado que entre los suyos juzgaron mas atrevido, á Don Joaquin Tenreyro, quien despues de haber el dia 14 procurado infructuosamente diferir la lectura del informe de la comision, persistió el 15 en su propósito de que se dejase para mas adelante la discusion, alegando que se deberia pedir con antelacion el parecer de ciertas corporaciones, en especial el de las eclesiásticas, y sobre todo aguardar la llegada de diputados próximos á aportar de las costas de levante. Manifestó su opinion el señor Tenreyro acaloradamente, y excitó la réplica de varios señores diputados que demostraron haber seguido el expediente no solo los trámites de costumbre, sino que tambien viniendo ya instruido desde el tiempo de la junta central, habia recibido con el mayor detenimiento la dilucidacion necesaria. Reprodujo no obstante sus argumentos el señor Tenreyro, pero no por eso pudo estorbar que empezase de lleno la discusion. El señor Argüelles fue de los primeros que entrando en materia hizo palpables los bienes que resultan de la libertad de la imprenta. «Cuantos conocimientos, dijo, se han extendido por Europa han nacido «de esta libertad, y las naciones se han elevado á proporcion que «ha sido mas perfecta. Las otras oscurecidas por la ignorancia «y encadenadas por el despotismo, se han sumergido en la pro«porcion contraria. España, siento decirlo, se halla entre las últi-

« mas : fijemos la vista en los postreros 20 años, en ese período « henchido de acontecimientos mas extraordinarios que cuantos « presentan los anteriores siglos, y en él podremos ver los por- « tentosos efectos de esa arma, á cuyo poder casi siempre ha ce- « dido el de la espada. Por su influjo vimos caer de las manos de « la nacion francesa las cadenas que la habian tenido esclavizada. « Una faccion sanguinaria vino á inutilizar tan grande medida, y « la nacion francesa ó mas bien su gobierno empezó á obrar en « oposicion á los principios que proclamaba... El despotismo fue « el fruto que recogió... Hubiera habido en España una arreglada « libertad de imprenta, y nuestra nacion no habria ignorado cual « fuese la situacion política de la Francia al celebrarse el vergon- « zoso tratado de Basilea. El gobierno español dirigido por un fa- « vorito corrompido y estúpido, incapaz era de conocer los ver- « daderos intereses del estado. Abandonóse ciegamente y sin tino « á cuantos gobiernos tuvo la Francia, y desde la convencion hasta « el imperio seguimos todas las vicisitudes de su revolucion, siem- « pre en la mas estrecha alianza, cuando llegó el momento des- « graciado en que vimos tomadas nuestras plazas fuertes, y el « ejército del pérfido invasor en el corazon del reino. Hasta enton- « ces á nadie le fue lícito hablar del gobierno francés con menos « sumision que del nuestro; y no admirar á Bonaparte fue de los « mas graves delitos. En aquellos dias miserables se echaron las « semillas, cuyos amargos frutos estamos cogiendo ahora. Exten- « damos la vista por el mundo: Inglaterra es la sola nacion que « hallaremos libre de tal mengua. ¿Y á quién lo debe? Mucho « hizo en ella la energía de su gobierno, pero mas hizo la libertad « de la imprenta. Por su medio pudieron los hombres honrados « difundir el antídoto con mas presteza que el gobierno francés su « veneno. La instruccion que por la via de la imprenta logró aquel « pueblo, fue lo que le hizo ver el peligro y saber evitarlo... »

El señor Morros diputado eclesiástico sostuvo con fuerza, « ser « la libertad de la imprenta opuesta á la religion católica, apostó- « lica, romana, y ser por tanto detestable institucion. » Añadió : « que segun lo prevenido en muchos cánones ninguna obra podia « publicarse sin la licencia de un obispo ó concilio, y que todo lo « que se determinase en contra, seria atacar directamente la re- « ligion. »

Aquí notará el lector que desesperanzados los enemigos de la libertad de la imprenta de impedir los debates, trataron ya de impugnarla sin disfraz alguno y fundamentalmente.

Fácil fue al señor Mejía rebatir el dictámen del señor Morros, advirtiendo « que la libertad de que se trataba, limitábase á la « parte política y en nada se rozaba con la religion ni la potestad « de la iglesia... Observó tambien la diferencia de tiempos y la « errada aplicacion que habia hecho el señor Morros de sus textos,

« los cuales por la mayor parte se referian á una edad en que « todavía no estaba descubierta la imprenta...» Y continuando despues dicho señor Mejía en desentrañar con sutileza y profundidad toda la parte eclesiástica en que, aunque seglar, era muy versado, terminó diciendo : « Que en las naciones en donde no se « permitia la libertad de imprenta, el arte de imprimir habia sido « perjudicial, porque habia quitado la libertad primitiva que exis- « tia de escribir y copiar libros sin particulares trabas, y que si « bien entonces no se esparcian las luces con tanta rapidez y ex- « tension, á lo menos eran libres. Y mas vale un pedazo de pan « comido en libertad, que un convite real con una espada que « cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho. »

El señor Rodriguez de la Bárcena, bien que eclesiástico como el señor Morros, no recargó tanto en punto á la religion pero con maña trazó una pintura sombría, « de los males de la libertad de « la imprenta en una nacion no acostumbrada á ella, se hizo cargo « de las calumnias que difundia, de la desunion en las familias, de « la desobediencia á las leyes y otros muchos estragos, de los que « resultando un clamor general, tendria al cabo que suprimirse « una facultad preciosa, que coartada con prudencia era fácil con- « servar. Yo, continuó el orador, amo la libertad de la imprenta, « pero la amo con jueces que sepan de antemano separar la cizaña « de con el grano. Nada aventura la imprenta con la censura « previa en las materias científicas que son en las que mas importa « ejercitarse, y usada dicha censura discretamente, existirá en « realidad con ella mayor libertad que si no la hubiera, y se evi- « tarán escándalos y la aplicacion de las penas en que incurrirán « los escritores que se deslicen, siendo para el legislador mas her- « moso representar el papel de prevenir los delitos que el de cas- « tigarlos. »

Replicó á este orador Don Juan Nicasio Gallego que, aunque revestido igualmente de los hábitos clericales, descollaba en el saber político, si bien no tanto como en el arte divino de los Herreras y Leones. « Si hay en el mundo, dijo, absurdo en este género, « eslo el de asentar como lo ha hecho el preopinante, que la li- « bertad de la imprenta podia existir bajo una previa censura. « *Libertad* es el derecho que todo hombre tiene de hacer lo que le « parezca, no siendo contra las leyes divinas y humanas. *Esclavitud* « por el contrario existe donde quiera que los hombres estan su- « jetos sin remedio á los caprichos de otros, ya se pongan ó no « inmediatamente en práctica. ¿Cómo puede, segun eso, ser la « imprenta libre, quedando dependiente del capricho, las pasio- « nes ó la corrupcion de uno ó mas individuos? ¿Y porqué tanto « rigor y precauciones para la imprenta, cuando ninguna legisla- « cion las emplea en los demas casos de la vida y en acciones « de los hombres no menos expuestas al abuso? Cualquiera es li-

« bre de proverse de una espada, y dirá nadie por eso que se le « deben atar las manos no sea que cometa un homicidio? Puedo en « verdad salir á la calle y robar á un hombre, mas ninguno llevado « de tal miedo aconsejará que se me encierre en mi casa. A todos « nos deja la ley libre el albedrío, pero por horror natural á los « delitos, y porque todos sabemos las penas que estan impuestas « á los criminales, tratamos cada cual de no cometerlos... »

Hablaron en seguida otros diputados en favor de la cuestion, tales como los señores Lujan, Perez de Castro y Oliveros. El primero expresó: « que los dos encargos particulares que le habia « hecho su provincia (la de Extremudura) habian sido que fuesen « públicas las sesiones de las córtes y que se concediese la libertad « de la imprenta. » Puso el último su particular cuidado en demostrar que aquella libertad « no solo era contraria á la religion, sino « que era compatible con el amor mas puro hácia sus dogmas y « doctrinas... Nosotros (continuó tan respetable eclesiástico) que- « remos dar alas á los sentimientos honrados, y cerrar las puertas « á los malignos. La religion santa de los Crisóstomos y de los Isi- « doros no se recata de la libre discusion, temen esta los que de- « sean convertir aquella en provecho propio ¡ Qué de horrores y « escándalos no vimos en tiempo de Godoy! Cuánta irreligiosidad « no se esparció! y ¿ habia libertad de imprenta? Si la hubiera « habido dejáranse de cometer tantos excecos con el miedo de la « censura pública, y no se hubieran perpetrado delitos, sumidos « ahora en la impunidad del silencio. ¿ Ciertos obispos hubieran « osado manchar los púlpitos de la religion, predicando los triun- « fos del poder arbitrario, y por decirlo asi, los del ateismo? « ¿ Hubieran contribuido á la destruccion de su patria y á la tibieza « de la fé, incensando impiamente al ídolo de Baal, al malaven- « turado valido?... »

Contados fueron los diputados que despues impugnaron la libertad de la imprenta, y aun de ellos el mayor número antes provocó dudas que expresó una opinion opuesta bien asentada. Los señores Morales Gallego y Don Jaime Creus fueron quienes con mayor vigor esforzaron los argumentos en contra de la cuestion. Dirigióse el principal conato de ambos á manifestar « la suelta que iba á « darse á las pasiones y personalidades, y el riesgo que corria la « pureza de la fé, siendo de difícultoso deslinde en muchos casos « el término de las potestades política y eclesiástica. » El señor Argüelles rechazó de nuevo muchas de las objeciones, pero quien entre los postreros de los oradores habló de un modo luminoso, persuasivo y profundo fue el dignísimo Don Diego Muñoz Torrero, cuya candorosa y venerable presencia, repetimos, aumentaba peso á la ya irresistible fuerza de su raciocinacion. « La materia que « tratamos, dijo, tiene, segun lo miro, dos partes, la una de *jus-* « *ticia*, la otra de *necesidad*. La justicia es el principio vital de la

« sociedad civil, é hija de la justicia es la libertad de la imprenta... « El derecho de traer á exámen las acciones del gobierno, es un « derecho imprescriptible, que ninguna nacion puede ceder sin de- « jar de ser nacion. ¿ Qué hicimos nosotros en el memorable de- « creto de 24 de setiembre? Declaramos los decretos de Bayona « ilegales y nulos. Y ¿ porqué ? Porque el acto de renuncia se ha- « bia hecho sin el consentimiento de la nacion. ¿ A quién ha enco- « mendado ahora esa nacion su causa ? A nosotros, nosotros somos « sus representantes, y segun nuestros usos y antiguas leyes fun- « damentales, muy pocos pasos pudiéramos dar sin la aprobacion « de nuestros constituyentes. Mas cuando el pueblo puso el poder « en nuestras manos, ¿ se privó por eso del derecho de examinar « y criticar nuestras acciones ? ¿ Porqué decretamos en 24 de se- « tiembre la responsabilidad de la potestad ejecutiva, responsabi- « lidad que cabrá solo á los ministros cuando el rey se halle entre « nosotros? ¿ Porqué nos aseguramos la facultad de inspeccionar « sus acciones ? Porque poniamos *poder* en manos de *hombres*, y « los hombres abusan fácilmente de él si no tienen freno alguno « que les contenga, y no habia para la potestad ejecutiva freno « mas inmediato que el de las córtes. Mas, ¿ somos por acaso in- « falibles? ¿ Puede el pueblo que apenas nos ha visto reunidos « poner tanta confianza en nosotros que abandone toda precaucion? « ¿ No tiene el pueblo el mismo derecho respecto de nosotros que « nosotros respecto de la potestad ejecutiva en cuanto á inspec- « cionar nuestro modo de pensar y censurarle ?... Y el pueblo « ¿ qué medio tiene para esto? No tiene otro sino el de la imprenta ; « pues no supongo que los contrarios á mi opinion le den la facul- « tad de insurreccionarse, derecho el mas terrible y peligroso que « pueda ejercer una nacion. Y si no se le concede al pueblo un « medio legal y oportuno para reclamar contra nosotros ¿ qué le « importa que le tiranice uno, cinco, veinte ó ciento ?... El pue- « blo español ha detestado siempre las guerras civiles, pero quizá « tendria desgraciadamente que venir á ellas. El modo de evitarlo « es permitir la solemne manifestacion de la opinion pública. Toda- « vía ignoramos el poder inmenso de una nacion para obligar á « los que gobiernan á ser justos. Empero privese al pueblo de la « libertad de hablar y escribir ¿ cómo ha de manifestar su opi- « nion ? Si yo dijese á mis poderdantes de Extremadura que se « establecia la previa censura de la imprenta ¿ qué me dirian al « ver que para exponer sus opiniones tenian que recurrir á pedir « licencia ?... Es, pues, uno de los derechos del hombre en las « sociedades modernas el gozar de la libertad de la imprenta, sis- « tema tan sabio en la teórica, como confirmado por la experien- « cia. Véase Inglaterra : á la imprenta libre debe principalmente « la conservacion de su libertad política y civil, su prosperidad. « Inglaterra conoce lo que vale arma tan poderosa : Inglaterra

« por tanto ha protegido la imprenta, pero la imprenta en pago « ha conservado la Inglaterra. Si la medida de que hablamos es « *justa* en sí y *conveniente*, no es menos *necesaria* en el dia de hoy. « Empezamos una carrera nueva, tenemos que lidiar con un ene- « migo poderoso, y fuerza nos es recurrir á todos los medios que « afiancen nuestra libertad y destruyan los artificios y mañas del « enemigo. Para ello indispensable parece reunir los esfuerzos « todos de la nacion, é imposible seria no concentrando su energía « en una opinion unánime, espontánea é ilustrada, á lo que con- « tribuirá muy mucho la libertad de la imprenta, y en lo que « estan interesados no menos los derechos del pueblo, que los « del monarca... La *libertad* sin la imprenta libre aunque sea *el « sueño del hombre honrado*, será siempre un sueño... La dife- « rencia entre mí y mis contrarios consiste en que ellos conciben « que los males de la libertad son como un millon y los bienes « como veinte; yo, por lo opuesto, creo que los males son como « veinte y los bienes como un millon. Todos han declamado contra « sus peligros. Si yo hubiera de reconocer ahora los males que « trae consigo la sociedad, los furores de la ambicion, los horrores « de la guerra, la desolacion de los hombres y la devastacion de « las pestes, llenaria de pavor á los circunstantes. Mas por hor- « rible que fuese esta pintura, ¿se podrian olvidar los bienes de « la sociedad civil, á punto de decretar su destruccion? Aquí « estamos, hombres falibles, con toda la mezcla de bueno y malo « que es propia de la humanidad, y solo por la comparacion de « ventajas é inconvenientes podemos decidirnos en las cuestiones... « Un prelado de España, y lo que es mas, inquisidor general, « quiso traducir la Biblia al castellano. ¿Qué torrente de invecti- « vas no se desató contra?... ¿Cuál fue su respuesta? *Yo no nie- « go que tiene inconvenientes, ¿pero es útil pesados unos con otros?* « En el mismo caso estamos. Si el prelado hubiera conseguido su « intento, á él deberiamos el bien, el mal á nuestra naturaleza. « Por fin, creo que hariamos traicion á los deseos del pueblo, y « que dariamos armas al gobierno arbitrario que hemos empezado « á derribar, si no decretásemos la libertad de la imprenta... La « previa censura es el último asidero de la tiranía que nos ha he- « cho gemir por siglos. El voto de las córtes va á desarraigar esta, « ó á confirmarla para siempre. »

Son pálido y apagado bosquejo de la discusion los breves extractos que de ella hacemos y nos han quedado. Raudales de luz salieron de las diversas opiniones expuestas con gravedad y circunspeccion. Para darles el valor que merecen conviene hacer cuenta de lo que habia sido antes España y de lo que ahora aparecia: rompiendo de repente la mordaza que estrechamente y largo tiempo habia comprimido, atormentándolos, sus hermosos y delicados labios.

La discusion general duró desde el 15 hasta el 19 de octubre, en cuyo dia se aprobó el primer artículo del proyecto de ley concebido en estos términos. « Todos los cuerpos y personas particulares, de cualquiera condicion y estado que sean, tienen libertad « de escribir, imprimir y publicar sus ideas políticas sin necesidad de licencia, revision y aprobacion alguna anteriores á la « publicacion bajo las restituciones y responsabilidades que se « expresarán en el presente decreto. » Votóse el artículo por 70 votos contra 32, y aun de estos hubo 9 que especificaron que solo por entonces le desechaban.

Claro era que pasarian despues sin particular tropiezo los demas artículos explicativos por lo general del primero. La discusion sin embargo no finalizó enteramente hasta el 5 de noviembre, interpuestos á veces otros asuntos.

Reglamento por el que se concedia la libertad de la imprenta.

El reglamento contenia en todo 20 artículos, tras del primero venian los que señalaban los delitos y determinaban las penas, y tambien el modo y trámites que habian de seguirse en el juicio. Tacháronle algunos de defectuoso en esta parte y de no definir bien los diversos casos. Pero pendiendo los límites entre la libertad y el abuso de reglas indeterminadas y variables, problema es de dificultosa resolucion conceder lo uno y vedar debidamente lo otro. La libertad gana en que las leyes sobre esta materia pequen mas bien por lo indefinido y vago que por ser sobradamente circunstanciadas; el tiempo y el buen sentido de las naciones acaban por corregir abusos y desvíos que no le es dado impedir al mas atento legislador.

Su exámen.

Chocó á muchos, particularmente en el extrangero, que la libertad de la imprenta decretada por las córtes se ciñese á la parte política, y que aun por un artículo expreso (el 6°) se previniese, « que todos los escritos sobre mate« rias de religion quedaban sujetos á la previa censura de los ordi« narios eclesiásticos. » Pero los que asi razonaban, desconocian el estado anterior de España, y en vez de condenar debieran mas bien haber alabado el tino y la sensatez con que las córtes procedian. La inquisicion habia pesado durante tres siglos sobre la nacion, y era ya caminar á la tolerancia, desde el momento en que se arrancaba la censura de las manos de aquel tribunal para depositarla en solo las de los obispos, de los que si unos eran fanáticos, habia otros tolerantes y sabios. Ademas quitadas las trabas para lo político, ¿ quién iba á deslindar en muchedumbre de casos los términos que dividian la potestad eclesiástica de la secular? El artículo tampoco extendia la prohibicion mas allá del dogma y de la moral, dejando á la libre discusion cuanto temporalmente interesaba á los pueblos.

El señor Mejia, no obstante eso, y el conocimiento que tenia de

la nacion y de las córtes se aventuró á proponer que se ampliase la libertad de la imprenta á las obras religiosas. Imprudencia que hubiera podido comprometer la suerte de toda la ley, si á tiempo no hubiera cortado la discusion el señor Muñoz Torrero. Incidentes de la discusion.

Por el contrario al cerrarse los debates Don Francisco María Riesco, diputado por la junta de Extremadura é inquisidor del tribunal de Llerena, pidió que en el decreto se hiciese mencion honorífica y especial del santo oficio; á lo que no hubo lugar, mostrando asi de nuevo las córtes cuán discretamente evitaban viciosos extremos. Libertad de la imprenta y santo oficio nunca correrán á las parejas, y la publicacion aprobativa de ambos establecimientos en una misma y sola ley, hubiérala graduado el mundo de monstruoso engendro.

No se admitió el jurado en los juicios de imprenta, aunque algunos lo deseaban no pareciendo todavía ser aquel oportuno momento. Pero á fin de no dejar la nueva institucion en poder solo de los togados desafectos á ella, decidióse por uno de los artículos, que las córtes nombrasen una junta suprema, dicha de censura, que residiese cerca del gobierno formada de nueve individuos, y otra semejante de cinco á propuesta de la misma para las capitales de provincia. En la primera habia de haber tres eclesiásticos y dos en cada una de las otras. Tocaba á estas juntas examinar los impresos denunciados, y calificar si se estaba ó no en el caso de proceder contra ellos y sus autores, editores é impresores, responsables á su vez y respectivamente. Los individuos de la junta eran en realidad los jueces del hecho, quedando despues á los tribunales la aplicacion de las penas. Lo que se adopta para los juicios en lugar del jurado.

El nombre de junta de censura engañó á varios entre los extrangeros, creyendo que se trataba de *censura preventiva* y no de una calificacion hecha posteriormente á la impresion, publicacion y circulacion de los escritos, y solo en virtud de acusacion formal. Tambien disgustó, aun en España, que entrase en la junta un número determinado de eclesiásticos, pues los mas hubieran preferido que se dejase al arbitrio de las córtes. Sin embargo los altamente entendidos columbraron que semejante providencia tiraba á acallar la voz del clero, muy poderosa entonces, y á impedir sagazmente que acabase aquel cuerpo por tener en las juntas decidida mayoría.

La práctica hizo ver que el plan de las córtes estaba bien combinado, y que la libertad de la imprenta existe así que cesa la previa censura, siempre que la ahoga al tiempo mismo de recibir el ser.

En 9 de noviembre eligieron las córtes la mencionada junta suprema, y el 10 promulgóse el * decreto de la libertad de la imprenta, de cuyo beneficio empezaron inmediatamente á gozar los españoles, pu- Promúlgase la libertad de la imprenta. (* Ap. n. 8.)

blicando todo género de obras y periódicos con el mayor ensanche y sin restriccion alguna para todas las opiniones.

Partidos en las córtes.

Durante esta discusion y la anterior sobre América, manifestáronse abiertamente los partidos que encerraban las córtes, los cuales como en todo cuerpo deliberativo principalmente se dividian en amigos de las reformas, y en los que les eran opuestos. El público insensiblemente distinguió con el apellido de *liberales* á los que pertenecian al primero de los dos partidos, quizá porque empleaban á menudo en sus discursos la frase de *principios ó ideas liberales*, y de las cosas segun acontece, pasó el nombre á las personnas. Tardó mas tiempo el partido contrario en recibir especial epíteto, hasta que al fin un [1] autor de despejado ingenio calificóle con el de *servil*.

Existia aun en las córtes un tercer partido de vacilante conducta, y que inclinaba la balanza de las resoluciones al lado adonde se arrimaba. Era este el de los americanos: unido por lo comun con los liberales, desamparábalos en algunas cuestiones de ultramar, y siempre que se queria dar vigor y fuerza al gobierno peninsular.

A la cabeza de los liberales campeaba Don Agustin de Argüelles, brillante en la elocuencia, en la expresion numeroso, de ajustado lenguaje cuando se animaba, felicísimo y fecundo en extemporáneos debates, de conocimientos varios y profundos, particularmente en lo político, y con muchas nociones de las leyes y gobiernos extrangeros. Lo suelto y noble de su accion nada afectada, lo elevado de su estatura, la viveza de su mirar, daban realce á las otras prendas que ya le adornaban. Señaláronse junto con él en las discusiones y eran de su bando, entre los seglares Don Manuel García Herreros, Don José María Calatrava, Don Antonio Porcel y Don Isidoro Antillon, afamado geógrafo; los dos postreros entraron en las córtes ya muy avanzado el tiempo de sus sesiones. Tambien el autor de esta Historia tomó con frecuencia parte activa en los debates, si bien no ocupó su asiento hasta el marzo de 1811, y todavía tan mozo que tuvieron las córtes que dispensarle la edad.

Entre los eclesiásticos del mismo partido adquirieron justo renombre Don Diego Muñoz Torrero, cuyo retrato queda trazado, Don Antonio Oliveros, Don Juan Nicasio Gallego, Don José Espiga y Don Joaquin de Villanueva, quien en un principio incierto, al parecer, en sus opiniones, afirmóse despues y sirvió al liberalismo de fuerte pilar con su vasta y exquisita erudicion.

Contábanse tambien en el número de los individuos de este partido diputados que nunca ó rara vez hablaron, y que no por eso dejaban de ser varones muy distinguidos. Era el mas notable Don

[1] Don Eugenio Tapia en una composicion poética bastante notable, y separando maliciosamente con una rayita dicha palabra, escribióla de este modo. *Ser-vil*.

Fernando Navarro, vocal por la ciudad de Tortosa, que habiendo cursado en Francia en la universidad de la Sorbona, y recorrido diversos reinos de Europa y fuera de ella, poseia á fondo varias lenguas modernas, las orientales y las clásicas, y estaba familiarizado con los diversos conocimientos humanos, siendo, en una palabra, lo que vulgarmente llamamos *un pozo de ciencia*. Venian tras del Don Fernando los señores Ruiz, Padron y Serra, eclesiásticos venerables, de quienes el primero habia en otro tiempo trabado amistad en los Estados Unidos con el célebre Franklin.

Ayudaban asimismo sobremanera para el despacho de los negocios y en las comisiones los señores Perez de Castro, Lujan, Caneja y Don Pedro Aguirre, inteligente el último en comercio y materias de hacienda.

No menos sobresalian otros diputados en el partido desafecto á las reformas, ora por los conocimientos que les asistian, ora por el uso que acostumbraban hacer de la palabra, y ora, en fin, por la práctica y experiencia que tenian en los negocios. De los seglares merecerán siempre entre ellos distinguido lugar Don Francisco Gutierrez de la Huerta, Don José Pablo Valiente, Don Francisco Borrull y Don Felipe Aner, si bien este se inclinó á veces hácia el bando liberal. De los eclesiásticos que adhirieron á la misma opinion anti-reformadora deben con particularidad notarse los señores Don Jaime Creus, Don Pedro Inguanzo y Don Alonso Cañedo. Conviene sin embargo advertir que entre todos estos vocales y los demas de su clase los habia que confesaban la necesidad de introducir mejoras en el gobierno, y aun pocos eran los que se negaban á ciertas mudanzas, dando demasiadamente en ojos los desórdenes que habian abrumado á España, para que á su remedio pudiese nadie oponerse del todo.

Entre los americanos divisábanse igualmente diputados sabios, elocuentes, y de lucido y ameno decir. Don José Mejía era su primer caudillo, hombre entendido, muy ilustrado, astuto, de extremada perspicacia, de sútil argumentacion, y como nacido para abanderizar una parcialidad que nunca obraba sino á fuer de auxiliadora y al són de sus peculiares intereses. La serenidad de Mejía era tal, y tal el predominio sobre sus palabras, que sin la menor aparente perturbacion sostenia á veces al rematar de un discurso lo contrario de lo que habia defendido al principiarle, dotado para ello del mas flexible y acabado talento. Fuera de eso, y aparte de las cuestiones políticas, varon estimable y de honradas prendas. Seguíanle de los suyos entre los seglares, y le apoyaban en las deliberaciones, los señores Leiva, Morales Duarez, Feliu y Gutierrez de Teran. Y entre los eclesiásticos los señores Alcocer, Arispe, Larrazabal : Gordoa y Castillo : los dos últimos á cual mas digno.

Apenas puede afirmarse que hubiera entre los americanos dipu-

tado que ladease del todo al partido anti-reformador. Uniase á el en ciertos casos, pero casi nunca en los de innovaciones.

Este es el cuadro fiel que presentaban los diversos partidos de las córtes, y estos sus mas distinguidos corifeos y diputados. Otros nombres tambien honrosos nos ocurrirán en adelante, Por lo demas en ningun parage se conocen tan bien los hombres, ni se coloca cada uno en su legitimo lugar, como en las asambleas deliberativas : son estas piedra de toque, á la que no resisten reputaciones mal adquiridas. En el choque de los debates se discierne pronto quién sobresale en imaginacion, quién en recto sentido, y cuál en fin es la capacidad con que la naturaleza ha dotado respectivamente á cada individuo : la naturaleza que nunca se muestra tan generosa que prodigue á unos dones perfectos intelectuales, ni tan mísera que prive del todo á otros de alguno de aquellos inapreciables bienes. En nuestro entender el mayor beneficio de los gobiernos representativos consiste en descubrir el mérito escondido, y en dar á conocer el verdadero y peculiar saber de las personas, con lo que los estados consiguen á lo último ser dirigidos, ya que no siempre por la virtud, al menos por manos hábiles y entendidas, paso agigantado para la felicidad y progreso de las naciones. Hubiérase en España sacado de este campo mies bien granada, si al tiempo de recogerla un ábrego abrasador no hubiese quemado casi toda la espiga.

Remueven las córtes á los individuos de la primera regencia.

Mientras que las córtes andaban ocupadas en la discusion de la libertad de imprenta, mudaron tambien las mismas los individuos que componian el consejo de regencia. A ellas incumbia durante la ausencia del rey constituir la potestad ejecutiva del modo que pareciera mas conveniente. De igual derecho habian usado las córtes antiguas en algunas minoridades; de igual podian usar las actuales, mayormente ahora que el príncipe cautivo no habia tomado en ello providencia determinada, y que la regencia elegida por la central lo habia sido hasta tanto que las córtes ya convocadas « estableciesen « un gobierno cimentado sobre el voto general de la nacion. »

Inasequible era que continuasen en el mando los individuos de dicha regencia, ya se considerase lo ocurrido con el obispo de Orense, y ya la mutua desconfianza que reinaba entre ella y las córtes, nacida de las causas arriba indicadas y de una providencia aun no referida que pareció maliciosa, ó hija de liviano é inexcusable proceder.

Causas de ello.

Fue esta una órden al gobernador de la plaza de Cádiz y al del consejo real « para que se celase sobre « los que hablasen mal de las córtes. » Los diputados atribuyeron esmero tan cuidadoso al objeto de malquistarlos con el público, y al pernicioso designio de que la nacion creyese era el congreso muy censurado en Cádiz. Las disculpas que la regencia dió, lejos

de disminuir el cargo le agravaron; pues habiendo dado la órden reservadamente y en términos solapados, pudiera dudarse si aquella disposicion provenia de las córtes ó de solo la potestad ejecutiva. Los diputados anunciaron en público que miraban la órden como contraria á su propio decoro, aspirando únicamente á merecer por su conducta la aprobacion de sus conciudadanos, en prueba de lo cual se ocupaban en dar la libertad de la imprenta para que se examinasen los procedimientos legislativos del gobierno con amplia y segura franqueza.

Unido el incidente de esta órden á las causas anteriormente insinuadas y á otras menos principales, decidiéronse por fin las córtes á remover la regencia. Hiciéronlo no obstante de un modo suave y el mas honorífico, admitiendo la renuncia que de sus cargos habian al principio hecho los individuos del propio cuerpo.

Nombrase una nueva regencia de tres individuos.

Al reemplazarlos redujeron las córtes á tres el número de cinco, y el 28 de octubre pasaron los sucesores á prestar en el salon el juramento exigido, retirándose en consecuencia de sus puestos los antiguos regentes. Habia recaido la eleccion en el general de tierra Don Joaquin Blake, en el gefe de escuadra Don Gabriel Ciscar, y en el capitan de fragata Don Pedro Agar: el último como americano en representacion de las provincias de ultramar. Pero de los tres nombrados hallándose los dos primeros ausentes en Murcia, y no pareciendo conveniente que mientras llegaban gobernase solo Don Pedro Agar, eligieron las córtes dos suplentes que ejerciesen interinamente el destino, y fueron el general marqués del Palacio y Don José María Puig, del consejo real.

Suplentes.

Incidente del marqués del Palacio.

Este y el señor Agar prestaron el juramento lisa y llanamente, sin añadir observacion alguna. No así el del Palacio, quien expresó « juraba sin perjuicio de los juramen- « tos de fidelidad que tenia prestados al señor Don « Fernando VII. » Déjase discurrir qué estruendo moveria en las córtes tan inesperada cortapisa. Quiso el marqués explicarla; mas para ello mandósele pasar á la barandilla. Allí cuanto mas procuró esclarecer el sentido de sus palabras, tanto mas se comprometió perturbado su juicio y confundido. Insistiendo sin embargo el marqués en su propósito, Don Luis del Monte que presidia, hombre de condicion fiera, al paso que atinado y de luces, impúsole respeto, y le ordenó que se retirase. Obedeció el marqués, quedando arrestado por disposicion de las córtes en el cuerpo de guardia.

Con lo ocurrido dióse solamente posesion de sus destinos, el mismo dia 28, á los señores Agar y Puig, quienes desde luego se pusieron tambien las bandas, amarillo encarnadas, color del pabellon español, y distintivo ya antes adoptado para los indviduos

de la regencia. En el dia inmediato nombraron las córtes como regente interino en lugar del marqués del Palacio al general marqués del Castelar, grande de España. Los propietarios ausentes Don Joaquin Blake y Don Gabriel Ciscar no ocuparon sus sillas hasta el 8 de diciembre y el 4 del próximo enero.

Discusion que este motiva.

En las córtes enzarzóse gran debate sobre lo que se habia de hacer con el marqués del palacio. No se graduaba su porfiado intento de imprudencia ó de meros escrúpulos de una conciencia timorata, sino de premeditado plan de los que habian estimulado al obispo de Orense en su oposicion. Hizo el acaso para aumentar la sospecha que tuviese el marqués un hermano fraile, que, algun tanto entrometido, habia acompañado á dicho prelado en su viage de Galicia á Cádiz, motivo por el que mediaba entre ambos relacion amistosa. Creemos sin embargo que el desliz del marqués provino mas bien de la singularidad de su condicion y de la de su mente, compuesto informe de instruccion y preocupaciones, que de amaños y anteriores conciertos.

Entre los diputados que se ensañaron contra el del Palacio, hubo algunos de los que comunmente votaban del lado anti-liberal. Señalóse el señor Ros, ya antes severo en el asunto del obispo de Orense, y el cual dijo en esta ocasion: «Trátese al marqués del Pa« lacio con rigor, fórmesele causa, y que no sean sus jueces indi« viduos del consejo real, porque este cuerpo me es sospechoso.»

Al fin, despues de haber pasado el nogocio á una comision de las córtes, se arrestó al marqués en su casa, y la regencia nombró para juzgarle una junta de magistrados. Duró la causa hasta febrero, en cuyo intermedio habiéndose disculpado aquel, escrito un manifiesto, y mostrádose muy arrepentido, logró desarmar á muchos, y en particular á sus jueces, quienes no dieron otro fallo sino «que el marqués estaba en la obligacion de volver á presen« tarse en las córtes, y de jurar en ellas lisa y llanamente asi para « satisfacer á aquel cuerpo como á la nacion de cualquiera nota « de desacato en que hubiese incurrido...» En cumplimiento de esta decision pasó dicho marqués el 22 de marzo á prestar en las córtes el juramento que se le exigia, con lo que se terminó un negocio, solo al parecer grave por las circunstancias y tiempos en que pasó, y quizá poco atendible en otros, como todo lo que se funda en explicaciones y conjeturas acerca del modo de pensar de los individuos.

Término de este negocio.

Ciertos acontecimientos ocurridos durante la primera regencia y breve noticia de los diferentes ramos.

Ahora, antes de proseguir en nuestra tarea, será bien que nos detengamos á echar una ojeada sobre varias medidas que tomó la última regencia, y sobre acaecimientos que durante su mando ocurrieron, y de los que no hemos aun hecho memoria.

En la parte diplomática casi se habian mantenido las mismas relaciones. Limitábanse las mas importantes á las de Inglaterra, cuya

potencia habia enviado en abril de ministro plenipotenciario á sir Enrique Wellesley, hermano del marqués y de lord Wellington. Consistieron las negociaciones principales en lo que se referia á subsidios, no habiéndose empeñado aun ninguna esencial acerca de las revueltas que iban sobreviniendo en ultramar. La Inglaterra pronta siempre á suministrar á España armas, municiones y vestuario, escatimaba los socorros en dinero, y al fin los suprimió casi del todo.

Viendo que cesaban los donativos de esta clase, pensóse en efectuar empréstitos bajo la proteccion y garantía del mismo gobierno inglés. La central habia pedido uno de 50,000,000 de pesos que no se realizó: la regencia al principio otro de 10,000,000 de libras esterlinas que tuvo igual suerte; mas como la razon dada para la negativa por el gabinete británico se fundó en que la suma era muy cuantiosa, rebajóla la regencia á 2,000,000. No por eso fue esta demanda en sus resultas mas afortunada que las anteriores, pues en agosto contestó el ministro * Wellesley « que siendo grandísimos los subsidios que habia « prestado la Inglaterra á España en dinero, armas, municiones y « vestuario, á fin de que la nacion británica apurada ya de me- « dios, siguiese prestando á la española los muchos que todavía « necesitaba para concluir la grande obra en que estaba empeñada, « parecia justo que en recíproca correspondencia franquease su « gobierno el comercio directo desde los puertos de Inglaterra con « las dominios españoles de Indias bajo un derecho de 11 por 100 « sobre factura, en el supuesto que esta libertad de comercio solo « tendria lugar hasta la conclusion de la guerra empeñada enton- « ces con la Francia.» Don Eusebio de Bardají, ministro de estado, respondió (mereciendo despues su réplica la aprobacion del gobierno): « que no podria este admitir la propuesta sin concitar « contra sí el odio de toda la nacion, á la que se privaria, acce- « diendo á los deseos del gobierno británico, del fruto de las « posesiones ultramarinas, dejándola gravada con el coste del em- « préstito que se hacia para su proteccion y defensa.» Aquí quedaron las negociaciones de esta especie, no yendo mas adelante otras entabladas sobre subsidios.

(* Ap. n. 9.)

Las córtes con todo para estrechar los vínculos entre ambas naciones, resolvieron en 19 de noviembre * que « se erigiese un monumento público al rey del « reino unido de la Gran Bretaña é Irlanda Jorge III « en testimonio del reconocimiento de España á tan « augusto y generoso soberano.» Lo apurado de los tiempos no permitió llevar inmediatamente á efecto esta determinacion, y los gobiernos que sucedieron á las córtes tampoco la cumplieron, como suele acontecer con los monumentos públicos cuya fundacion se decreta en virtud de circunstancias particulares.

Monumento mandado erigir por las cortes á Jorge III.

(* Ap. n. 10.)

Motejaron algunos á la primera regencia que hubiese permitido la entrada de las tropas inglesas en Ceuta, y motejáronla no con justicia puesto que admitidas en Cádiz no habia razon para mostrarse tan recelosa respecto de la otra plaza. Y bueno es decir que aquella regencia tampoco accedia fácilmente en muchos casos á todo lo que los extrangeros deseaban. Lo hemos visto en lo del empréstito, y vióse antes en otro incidente que ocurrió al principiar junio. Entonces el embajador Wellesley pidió permiso para que lord Wellington pudiese enviar ingenieros que fortificasen á Vigo y las islas inmediatas de Bayona, á fin de que el ejército inglés tuviese aquel refugio en caso de alguna desgracia que le forzase á retirarse del lado de Galicia. Respondió la regencia que ya por órden suya se estaban fortaleciendo las mencionadas islas, y que en cualquiera contratiempo seria recibido allí lord Wellington y su ejército, tan bien como en las otras partes del territorio español, y con el agasajo y cariño debidos á tan estrechos aliados.

Sigue la relacion de algunos acontecimientos ocurridos durante la primera regencia.

Púsose igualmente bajo la dependencia del ministerio de estado una correspondencia secreta que se organizó en abril con mayor cuidado y diligencia que anteriormente, á las órdenes de Don Antonio Ranz Romanillos magistrado hábil y despierto, quien estableció cordones de comunicacion por los puntos que ocupaban los enemigos, estando informado diaria y muy circunstanciadamente de todo lo que pasaba hasta en lo íntimo de la corte del rey intruso.

Por aquí tambien se despacharon las instrucciones dadas á una comision puesta en el mismo abril á cargo del marqués de Ayerbe. Enlazábase esta con la libertad de Fernando VII, y habíase ya tratado de ello con el arzobispo de Laodicea, último presidente de la central, con el duque del infantado y el marqués de las Hormazas. Presumimos que traia este asunto el mismo orígen que el del baron de Kolly, sin tener resultas mas felices. El de Ayerbe salió de Cádiz en el bergantin Palomo, con 2,000,000 de reales, metióse despues en Francia, y no consiguiendo nada allí, tuvo la desgracia al volver de ser muerto en Aragon por unos paisanos que le miraron como á hombre sospechoso.

En junio propuso el gobierno inglés al español entrar en un concierto de cange de prisioneros de que se estaba tratando con Francia. Las negociaciones para ello se entablaron, principalmente en Morlaix entre Mr. Mackenzie y Mr. de Moustier. Tenian los franceses en Inglaterra unos 30,000 prisioneros, y no pasaban de 12,000 los ingleses que habia en Francia, ya de la misma clase, ya de los detenidos arbitrariamente por la policía al empezar las hostilidades en 1802. De consiguiente queriendo el gabinete británico, segun un proyecto de ajuste que presentó en 23 de setiembre, cangear *hombre por hombre* y *grado por gradò*, haciase indis-

pensable que formasen parte en el convenio España y los demas aliados de Inglaterra. Mas Napoleon, que no se curaba de llevar á cabo la negociacion sobre aquella base, y quizá tampoco bajo otra ninguna admisible, pedia que se le volviesen á bulto los prisioneros suyos de guerra en cambio de los ingleses, ofreciendo entregar *despues* los prisioneros españoles. La negociacion por tanto continuada sin fruto, se rompió del todo antes de finalizar el año de 1810. Y fue en ella de notar lo desvariado á veces de la conducta del comisario francés Mr. de Moustier que queria se considerase prisionero de guerra al ejército inglés de Portugal: Mr. de Moustier, el mismo que tiempos adelante embajador en España de Cárlos X de Francia, se mostró muy adicto á las doctrinas del mas puro y exaltado realismo.

Manejada la hacienda por la junta * de Cádiz desde el 28 de enero, dia de su instalacion, no ofreció aquel ramo en su forma variacion sustancial hasta el 31 de octubre en que se rescindió el contrato ó arreglo hecho con la regencia en 31 de marzo anterior. Las entradas que tuvo la junta durante dicho tiempo pasaron de 551,000,000 de reales. De ellas en rentas del distrito unos 84; en donativos é imposiciones extraordinarias de la ciudad 17; en préstamos y otros renglones (inclusas 249,000 libras esterlinas del embajador de Inglaterra) 54; y en fin mas de 195 procedentes de América, siendo de advertir que en esta cantidad se contaban 27 millones que pertenecian á particulares residentes en pais ocupado, y de cuya suma se apoderó la junta bajo calidad de reintegro: tropelía que cometió sin que la desaprobase la regencia muy contra razon. Invirtiéronse de los caudales recibidos mas de 92,000,000 en la defensa y atenciones del distrito, mas de 146 en los gastos generales de la nacion, y enviáronse á las provincias unos 112, en cuya enumeracion asi de la data como del cargo hemos suprimido los picos para no recargar inútilmente la narracion. Las rentas de las demas partes de España se consumieron dentro de su respectivo territorio aprontando los naturales en suministros lo que no podian en dinero.

(* Ap. n. 11.)

Circunscribióse la primera regencia, en cuanto á crédito público, á nombrar en 19 de febrero una comision de tres individuos que examinase el asunto y preparase un informe, encargo que desempeñó cumplidamente Don Antonio Ranz Romanillos, sin que se tomase en su consecuencia sobre la materia resolucion alguna.

En 24 de mayo, antes de entrar el obispo de Orense en la regencia, decidió esta que se reservase para las urgencias públicas la mitad del diezmo, providencia osada y que no se avenia con el modo de pensar de aquel cuerpo en otras cuestiones. Asi fue que pasó como relámpago, anulándose en breve, y en virtud de representacion de varios eclesiásticos y prelados.

El ejército que al tiempo de instalarse la regencia, estaba en muchas partes en casi completa dispersion, fuese poco á poco reuniendo. En junio contaba ya 140,000 hombres, y creció su número hasta unos 170,000. No dejó para ello de tomar la regencia sus providencias, particularmente en la isla de Leon, pero lejos de allí debióse mas el aumento al espíritu que animaba á los soldados y á la nacion entera, que á enérgicas disposiciones del gobierno central, mal colocado ademas para tener un influjo directo y efectivo.

Una de las buenas medidas de esta regencia fue introducir en el ejército el estado mayor general. Sugirió la idea Don Joaquin Blake cuando mandaba en la isla. Por medio de dicho establecimiento se aseguraron las relaciones mutuas entre todos los ejércitos, y se facilitó la combinacion de las operaciones, pudiendo todas partir de un centro comun. Segun la antigua ordenanza desempeñaban aisladamente las facultades propias de dicho cuerpo el cuartel maestre y los mayores generales de infantería, caballería y dragones, desavenidos á veces entre sí. Blake formó el plan que aprobado por el gobierno se circuló en 9 de junio, quedando nombrado el mismo general gefe del nuevo estado mayor, plantel en lo sucesivo de excelentes y benémeritos militares.

Desde el principio del levantamiento fija en el ejército toda la atencion, habíase desatendido la marina, sirviendo en tierra muchos de sus oficiales. Pero arinconado el gobierno en Cádiz, hízose indispensable el apoyo de la armada, no queriendo depender del todo de la de los ingleses.

Las fragatas y navíos que necesitaban entrar en dique ó no se podian armar por falta de tripulaciones, se destinaron á Mahon y la Habana. Los otros cruzaron en el Mediterráneo ó en el Océano, y traian ó llevaban auxilios de armas, municiones, víveres, caudales y aun tropa. Los buques menores y la fuerza sutil ademas de defender la bahía de Cádiz, la Carraca y los caños de la isla, contribuian á sostener el cabotage defendiendo los barcos costaneros de las empresas de varios corsarios que se anidaban con perjuicio de nuestra navegacion en Sanlúcar, Málaga y varias calas de la Andalucía.

Por lo que respecta á tribunales, si bien, segun dijimos, habia la regencia restablecido con gran desacierto todos los consejos, justo es no olvidar que tambien antes habia abolido acertadamente el tribunal de vigilancia y seguridad, fundado por la central para los casos de infidencia. En 16 de junio desapareció dicha institucion, que por haber sido comision criminal extraordinaria merece vituperarse, pasando su negociado á la audiencia territorial. Ya manifestamos que los jueces de aquel primer cuerpo no se habian mostrado muy rigurosos, siendo quizá menos que sus sucesores, quienes condenaron á muerte al abogado Don Domingo Rico

Villademoros del tribunal criminal del intruso José, cogido en Castilla por una partida, y que en consecuencia de la sentencia dada contra su persona padeció en Cádiz la pena de garrote. Doloroso suceso, aunque el único que de esta clase hubo por entonces en Cádiz, al paso que en Madrid los adictos al gobierno intruso se encrudecian á menudo en los patriotas.

Recorrido habemos ahora y anteriormente los hechos mas notables de la primera regencia, y de ellos se colige, que esta á pesar de sus defectos y amor á todo lo que era antiguo, no por eso dejó las cosas en peor postura de aquella en que las habia encontrado: si bien pendió en parte tal dicha de la corta duracion de su gobierno y de no poder el mal ir mas allá á no haberse rendido al enemigo, villanía de que eran incapaces los primeros regentes, hombres los mas, si no todos, de honra y cumplida probidad.

Modo de pensar de los nuevos regentes.

Los nuevos regentes se inclinaban al partido reformador. De Don Joaquin Blake y de sus calidades como general hemos hablado ya en diversas ocasiones: tiempo vendrá de examinar su conducta en el puesto de regente. Los otros dos gozaban fama de marinos sabios, en especial Don Gabriel Ciscar, dotado tambien de carácter firme, distinguiéndose todos tres por su integridad y amor á la justicia.

Varios decretos de las córtes.

Las córtes proseguian sin interrupcion en la carrera de sus trabajos y reformas. A propuesta del señor Argüelles decretaron * en 1° de diciembre que se suspendiese el nombramiento de todas las prebendas eclesiásticas, excepto las de oficio y las que tuviesen anexa cura de almas. Al principio comprendiéronse en la resolucion las provincias de ultramar, mas despues se excluyeron, no queriendo por entonces disgustar al clero americano, de mayor influjo entre aquellos pueblos que el de la península entre los de acá.

(* Ap. n. 42.)

El 2 del mismo mes, * en virtud de proposicion del señor Gallego, rebajáronse los sueldos mandando que ningun empleado disfrutase de mas de 40,000 reales vellon, fuera de los regentes, ministros del despacho, empleados en córtes extrangeras, y generales del ejército y armada en servicio activo. Ya antes se habia establecido hasta para los sueldos inferiores á 40,000 reales una escala de diminucion proporcional, no cobrando tampoco los secretarios del despacho mas allá de 120,000 reales. Se modificaron alguna vez estas providencias, pero siempre en favor de la economía y buen órden como era justo, y mas entonces apurado el erario, y con tantas obligaciones en el ramo de la guerra atendido con preferencia á otro alguno.

(* Ap. n. 43.)

Experimentaron alivio en sus persecuciones muchos individuos arrestados arbitrariamente por la primera regencia, ó por los tribunales, ordenando que se activasen las causas, y que se hicie-

sen visitas de cárceles. Las córtes, en medidas de esta clase, nunca mostraron diversidad de opinion. Asi quien primero insistió en la visita de cárceles fue el señor Gutierrez de la Huerta, expresando « que en ella se descubririan muchos inocentes. » Porque el mal de España no consistia precisamente en los fallos crueles y frecuentes, sino en las prisiones arbitrarias y en su indefinida prolongacion.

Aunque ocupadas en estas y otras providencias del momento y urgentes, no olvidaron tampoco las córtes pensar en aquellas que en lo futuro debian afianzar la suerte y libertad de España. Rever las franquezas y fueros de que habian gozado antiguamente los diversos pueblos peninsulares, mejorándolos, uniformándolos y adaptándolos al estado actual de la nacion y del mundo, habia sido uno de los fines de la convocacion de córtes y del cual nunca prescindieron estas. Por tanto el 23 de diciembre, y conforme á una propuesta de Don Antonio Oliveros hecha el 9, nombróse una comision [1] especial que preparase un proyecto de constitucion política de la monarquía. En ella entraron europeos de las diversas opiniones que habia en las córtes y varios americanos.

Nómbrase una comision especial para formar un proyecto de constitucion.

Por el mismo tiempo confundiéronse tambien los diferentes y opuestos modos de sentir en una discusion ardua, trabada en asunto que de cerca tocaba á Fernando VII. De resultas de la correspondencia inserta en el Monitor en este año de 1810, en la que habia cartas sumisas á Napoleon del rey cautivo, esparcióse por España que se trataba de unir á este con una princesa de la familia imperial y de restituirle, asi enlazado, al trono de sus abuelos, bajo la sombra y proteccion del emperador de los franceses, y con condiciones contrarias al honor é independencia de la nacion. A haberse realizado semejante plan siguiéranse consecuencias graves, y quizá por este medio mejor que por ningun otro hubiera alcanzado el extrangero la completa supeditacion de España. Mas por dicha el proyecto no convenia á la indomeñable alma de Napoleon, no sujeto á mudar de consejo, ni á alterar una primera resolucion.

Voces acerca de si se casaba ó no en Francia Fernando VII.

---

[1] Los nombrados fueron: europeos, Don Diego Muñoz Torrero, Don Agustin de Argüelles, Don José Pablo Valiente, Don Pedro María Ric, Don Francisco Gutierrez de la Huerta, Don Evaristo Perez de Castro, Don Alonso Cañedo; Don José Espiga, Don Antonio Oliveros, Don Francisco Rodriguez de la Bárcena; americanos, Don Vicente Morales Duarez, Don Joaquin Fernandez de Leiva, Don Antonio Joaquin Perez: y entraron despues Don Andres de Jauregui diputado por la ciudad de la Habana y Don Mariano Mendiola por Querétaro. Agregóse de fuera á Don Antonio Ranz Romanillos, del consejo de hacienda, ocupado ya en Sevilla por la central en igual trabajo.

Movido de tales voces Don Antonio Capmany, centinela siempre despierto contra todo lo que tirase á menoscabar la independencia nacional, habia en 10 de diciembre formalizado la proposicion siguiente. « Las « córtes generales y extraordinarias deseosas de ele- « var á ley la máxima de que en los casamientos de los reyes debe « tener parte el bien de los súbditos, declaran y decretan: Que « ningun rey de España pueda contraer matrimonio con persona al- « guna de cualquiera clase, prosapia y condicion que sea sin previa « noticia, conocimiento y aprobacion de la nacion española, repre- « sentada legítimamente en las córtes. » Tambien el señor Borrull hizo otra proposicion sobre el asunto, aunque en términos mas generales, pues decia: « Que se declaren nulos y de ningun valor ni « efecto cualesquiera actos ó convenios que ejecuten los reyes de « España estando en poder de los enemigos, y puedan causar al- « gun perjuicio al reino. »

Proposiciones de los señores Capmany y Borrull sobre la materia.

Amigos de las reformas, los contrarios á ellas, americanos, europeos, todos los diputados en una palabra concurrieron á dar su asenso á la mente ya que no á la letra de ambas proposiciones, cuya discusion se entabló el 29 de diciembre: unidad hija del amor que habia por la independencia, ante la cual callaban las demas pasiones.

El mismo señor Borrull* decia entonces... « En el « fuero de Sobrarbe que regia á los aragoneses y na- « varros, fue establecido que los reyes no pudieran « declarar guerras, hacer paces, treguas, ni dar empleos sin el « consentimiento de doce ricos-homes, y de los mas sabios y ancia- « nos. En Castilla se estableció tambien en todas las provincias de « aquel reino, que los hechos arduos y asuntos graves se hubiesen « de tratar en las mismas córtes, y asi se ejecutaba y de otro modo « eran nulos y de ningun valor y efecto semejantes tratados. Asi « que atendiendo á la ley antigua y fundamental de la nacion y á « estos hechos, cualquiera cosa que resulte en perjuicio del reino « debe ser de ningun valor... Esta aprobacion nacional debe servir « siempre á los reyes, como una barrera contra los esfuerzos ex- « traordinarios de sus enemigos, porque sabiendo los reyes que sus « caprichos no han de ser admitidos por el estado, se abstendrán « de entrar en ellos... »

Discusion. (* Ap. n. 14.)

De la misma bandera anti-liberal que el señor Borrull era Don José Pablo Valiente, y sin embargo no solo aprobaba las proposiciones sino que deseaba fuesen mas claras y terminantes. « Podria « suceder muy bien, decia, que nuestro incauto, sencillo y cán- « dido príncipe, sin la experiencia que da el mundo se presentase « con una princesa jóven para sentarse tranquilamente en el trono. « Y entonces las córtes acertarian en determinar que no fuese ad- « mitido, porque este matrimonio de ningun modo puede convenir

« á España... Sea ó no casado Fernando, nunca le admitiremos « que no sea para hacernos felices... »

Hablaron en igual sentido otros diputados de la misma opinion. Los de la contraria como los señores Argüelles, Oliveros, Gallego y otros pronunciaron tambien extensos y notables discursos. Entre ellos el señor García Herreros se expresaba asi: « Desde el princi- « pio han estado los reyes sujetos á las leyes que les ha dictado la « nacion... Esta les ha prescrito sus obligaciones y les ha señalado « sus derechos, declarando nulo de antemano cuanto en contrario « hagan. La ley 29, tít. 11 de la Partida 3ª dice: *Si el rey jurase « alguna cosa que sea en daño o menoscabo del reyno, non es tenido « de guardar tal jura como esta.* Siempre ha podido la nacion recon- « venirles sobre el mal uso del poder, y á ese efecto dice la ley 10, « tít. 1°, Partida 2ª: *Que si el rey usase mal de su poderio le puedan « decir las gentes* tirano *é tornarse el señorio que era de derecho en tor- « ticero...* Los que se escandalizan de oir que la nacion tiene derecho « sobre las personas y acciones de sus monarcas, y que puede anular « cuanto hagan durante su cautiverio, repasen los fragmentos de « leyes que he citado, lean las leyes fundamentales de nuestra mo- « narquía desde su origen, y si aun asi no se convencen de la sobe- « rania de la nacion, de que esta no es patrimonio de los reyes, y « de que en todos tiempos la ley ha sido superior al rey, crean que « nacieron para esclavos y que no deben ser miembros de esta na- « cion, que jamas reconocerá otras obligaciones que las que ella « misma se imponga... » Todo este discurso del cual no copiamos sino una parte, llevaba el sello de la rígida y profunda severidad del orador, de condicion muy desenfadada, claro y desembozado en su estilo, y de extensos conocimientos en nuestra legislacion é historia de las córtes antiguas, como procurador que habia sido de los reinos.

No quedaron atras en la discusion los americanos compitiendo con los europeos en ciencia y resolucion, señaladamente los señores Mejía y Leiva. Merece asimismo entre ellos particular memoria Don Dionisio Inca Yupangui diputado por el Perú, verdadero vástago de la antigua y real familia de los Incas, pintándose todavía en su rostro el origen indiano de donde procedia. Dijo pues el Don Dionisio: « Organo de la América y de sus deseos (y en verdad « ¿quién podria serlo con mas justicia?) declaro á las córtes que « sin la libertad absoluta del rey en medio de su pueblo, la total « evacuacion de las plazas y territorio español, y sin la completa « integridad de la monarquía, no oirá la América proposiciones ó « condiciones del tirano Napoleon, ni dejará de sostener con todo « fervor los votos y resoluciones de las córtes. »

En fin despues de unos debates muy luminosos que duraron por espacio de cuatro dias, y teniendo presentes las proposiciones de los señores Capmany y Borrull, y otras indicaciones que se hicieron,

extendió el señor Perez de Castro un decreto que se aprobó en estos términos el 1° de enero de 1811. « Las córtes generales y extraordinarias en conformidad de su decreto de 24 de setiembre « del año próximo pasado en que declararon nulas y de ningun « valor las renuncias hechas en Bayona por el legítimo rey de España y de las Indias el señor Don Fernando VII, no solo por « falta de libertad, sino tambien por carecer de la esencialísima é « indispensable circunstancia del consentimiento de la nacion, declaran que no reconocerán, y antes bien tendrán y tienen por « nulo y de ningun valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó « transaccion de cualquiera clase y naturaleza que hayan sido ó « fueren, otorgados por el rey, mientras permanezca en el estado de opresion y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el pais enemigo, ó ya dentro de España, « siempre que en este se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de su « corona; pues jamas le considerará libre la nacion, ni le prestará « obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del « congreso nacional que ahora existe ó en adelante existiere, ó « del gobierno formado por las córtes. Declaran asimismo que « toda contravencion á este decreto será mirada por la nacion como « un acto hostil contra la patria, quedando el contraventor responsable á todo el rigor de las leyes. Y declaran por último las « córtes que la generosa nacion á quien representan, no dejará un « momento las armas de la mano, ni dará oidos á proposicion de « acomodamiento ó concierto de cualquiera naturaleza que fuese, « como no preceda la total evacuacion de España y Portugal por « las tropas que tan inicuamente los han invadido; pues las córtes « estan resueltas con la nacion entera á pelear incesantemente hasta « dejar asegurada la religion santa de sus mayores, la libertad de « su amado monarca, y la absoluta independencia é integridad de « la monarquía. » La votacion de este decreto fue nominal, y resultó unánime su aprobacion por ciento catorce diputados que se hallaron presentes, en cuyo número contábanse ya propietarios venidos de América. Las córtes celebrando de este modo entradas de año, puede afirmarse sin parcial ni exagerado afecto que se encumbraron en aquella ocasion á par del senado romano en sus mejores tiempos.

Nuevas discusiones sobre América.

Volvieron durante estos meses á ocupar á las córtes diversas veces las provincias de ultramar. Estimulaban á ello sus diputados y el deseo de hacer el bien de aquellas regiones, como tambien el de apagar el fuego insurreccional que cundia y se aumentaba.

Llegó al Paraguay y al Tucuman propagado por Buenos-Aires. Lo mismo á Chile en donde por dicha haciendo á tiempo demision dé su empleo el brigadier Carrasco que alli mandaba, y reempla-

zado por el conde de la Conquista, no se desconoció la autoridad suprema de la península, aunque ya caminaba aquel país por pendiente resbaladiza.

Alborotos en Nueva España.

Mas recias y de consecuencias peores aparecieron las revueltas de Nueva España. Empezaron ya á temerse desde el tiempo del virey Don José Iturrigaray á quien depusieron el 16 de setiembre de 1809 los europeos avecindados en aquel reino, sospechándole de confabulacion con los criollos, y autorizados para ello por la audiencia. Y aunque es cierto que dicho Iturrigaray fue absuelto de toda culpa en la causa que de resultas se le formó en Europa, quedaron sin embargo contra él en pie vehementísimos indicios de haber querido establecer un gobierno independiente, poniéndose él mismo á la cabeza. Nombró la central para suceder á este en el cargo de virey al arzobispo Don Francisco Javier de Lizana, anciano, débil, y juguete de pasiones agenas.

El ejemplo que se habia dado en desposeer á Iturrigaray aunque con recto fin, la pobreza de ánimo del arzobispo virey, y por último los desastres de España en 1810 dieron osadía á los descontentos para declararse abiertamente en setiembre de este año. Quien primero se presentó como caudillo fue un clérigo por lo general desconocido: su nombre Don Miguel Hidalgo de la Costilla, cura de la poblacion de Dolores en los términos de la ciudad de Guanajuato. Instruido en las materias de su profesion no desconocia la literatura francesa, y era hombre sagaz, de buen entendimiento y modales cultos. Odió siempre á los españoles, y empezó á tramar conspiracion despues de unas vistas que tuvo con un general francés enviado por Napoleon para abogar en favor de su hermano José, y á quien prendieron en provincias internas, y llevaron en seguida á la ciudad de Méjico.

Hidalgo sublevó á los indios y mulatos, y entró con ellos el 16 de setiembre en el pueblo de su feligresía, y obrando de acuerdo con los capitanes del Provincial de la Reina Don Ignacio Allende y Don Juan Aldama, llegó á San Miguel el Grande donde se le unió dicho regimiento casi en su totalidad. Engrosado cada dia mas el cuerpo de Hidalgo, prosiguió este adelante « prorumpiendo en vivas á « Fernando VII y muerte á los gachupines; » nombre que allí se da á los europeos. Llevaban los amotinados un estandarte con la imágen de la vírgen de Guadalupe, tenida en gran veneracion por los indios: obligados los gefes á cubrir aquí como en lo demas de América sus verdaderos intentos bajo el manto de la religion y de fidelidad al rey.

Avanzaron de este modo Hidalgo y sus parciales, consiguiendo en breve apoderarse de Guanajuato, una de las poblaciones mas ricas y opulentas á causa de las minas que en su territorio se labran. El 18 de octubre extendiéronse los sublevados hasta Valladolid de

Mechoacan, y reinando en Méjico gran fermentacion, parecia casi seguro el triunfo de aquellos, si por entonces y muy á tiempo no hubiese aportado de Europa Don Francisco Javier Venégas nombrado virey en lugar del arzobispo. Tan oportuna llegada comprimió el mal ánimo de los descontentos dentro de la ciudad, y tomándose para lo de afuera activas providencias, se paró el golpe que de tan cerca amagaba.

Hidalgo viniendo por el camino de Toluca, hallábase ya á 14 leguas de Méjico, cuando le salió al encuentro con 1500 hombres el coronel Don Torcuato Trujillo enviado por Venégas: corto número el de su gente si se compara con la que acompañaba á Hidalgo, allegadiza en verdad, pero que al cabo pudiera llevar ventaja por su muchedumbre á los soldados veteranos del gefe español.

Avistáronse ambas partes en el monte de las Cruces, y empeñóse vivo choque, costoso para todos, y de cuyas resultas el coronel Trujillo aunque victorioso juzgó prudente á causa del gran golpe de enemigos, retroceder por la noche á Méjico, en donde con su llegada creció en unos la zozobra, y en otros renació la esperanza.

De nuevo estaba comprometida la suerte de aquella ciudad y quizá sin remedio si Don Felix Calleja no la hubiera sacado del apuro. Era este gefe comandante de la brigada de San Luis de Potosí, y al saber la marcha de Hidalgo sobre Méjico, siguióle la huella con 3000 hombres de buenas tropas. No descorazonado por eso el clérigo general, sino antes animoso con la retirada de Trujillo del monte de las Cruces, revolvió contra Calleja y encontróle cerca de Aculco el 7 de noviembre. Trabóse desde luego pelea entre las fuerzas contrarias, y quedaron los insurgentes del todo desbaratados.

Mas poco despues habiéndoseles dado tiempo, se rehicieron y tuvo Calleja que embestirles otra vez y en varias acciones. De estas la principal y que acabó, por decirlo asi, con Hidalgo, dióse el 17 de enero de 1811 en el puente llamado de Calderon, provincia de Guadalajara. Aquel gefe y sus adherentes tuvieron en consecuencia que refugiarse en provincias internas, en donde cogidos el 21 de marzo inmediato, mandóseles arcabucear.

Hácia la costa del mar del sur en la misma Nueva España apareció tambien otro clérigo llamado Don José María Morelos, ignorante, feroz, en sus costumbres estragado y sin recato alguno, pero audaz y propio para tales empresas. Con todo tuvo al fin, si bien largo tiempo despues, la misma y desgraciada suerte de Hidalgo, habiendo él y otros gefes trabajado mucho la tierra, y alimentado el fuego de la insurreccion mal encubierto aun en las provincias tranquilas. Lo que perjudicó á los levantados de Méjico y tal vez los perdió por entonces, fue que no empezaron su movimiento en la capital, quedando por tanto en pie para contenerlos la autoridad central de los españoles. En Venezuela

y Buenos Aires sucedió al contrario, y asi desde el primer dia apareció en aquellas provincias mas asegurada la causa de los independientes.

La guerra que se encendió en Méjico al tiempo de levantarse Hidalgo, fue guerra á muerte contra los europeos, quienes á su vez procuraron desquitarse. Los estragos de consiguiente gravísimos y los daños para España sin cuento, pues aumentándose los desembolsos, y disminuyéndose las entradas con las turbulencias y con la ruina causada en las minas sobre todo de Guanajuato y Zacatecas, tuvieron que emplearse en aquellos paises los recursos que de otro modo hubieran venido á Europa para ayuda de la guerra peninsular.

Las córtes aquejadas con los males de América se esforzaron por calmarlos acudiendo á medidas legislativas que eran las de su competencia. Discutióse largamente en diciembre y enero sobre dar á ultramar igual representacion que á España. Los diputados de aquellas provincias pretendieron fuese la concesion para las córtes que entonces se celebraban. Pero atendiendo á que por la mayor parte se habian efectuado en ultramar las elecciones hechas por los ayuntamientos con arreglo á lo prevenido por la regencia, y á que cuando llegasen los elegidos por el pueblo teniendo que venir de tan enormes distancias, habrian cesado ya probablemente los actuales diputados en su ministerio, ciñóse el congreso á declarar* en 9 de febrero de 1811 « que la representacion americana « en las córtes que en adelante se celebrasen, seria enteramente « igual en el modo y forma á la que se estableciese en la península, debiéndose fijar en la constitucion el arreglo de esta re- « presentacion nacional sobre las bases de la perfecta igualdad « conforme al decreto de 15 de octubre. »

Decretos en favor de aquellos paises.

(* Ap. n. 15.)

Se mandó asimismo entonces que los naturales y habitantes de aquellas regiones pudieran cultivar y sembrar cuanto quisieran, pues habia frutos como la viña y el olivo que estaba prohibido beneficiar. Veda que en muchos parages no se cumplia, y que no era tan rigurosa como la del tabaco en la España europea, adoptada en gran parte la última medida en favor de los plantíos de aquella produccion en América. Dióse tambien opcion para toda clase de empleos y destinos á los criollos, indios é hijos de ambas clases como si fueran europeos.

Tampoco tardó en eximirse á los indígenas de toda la América del tributo que pagaban, y aun de abolirse los repartimientos abusivos que consentia la práctica en algunos distritos. La misma suerte cupo á la *mita* ó trabajo forzado de los indios en las minas, prohibida en Nueva-España hacia muchos años, y solo permitida en algunas partes del Perú.

Asi que las córtes decretaron sucesivamente para la América

todo lo que establecia igualdad perfecta con Europa ; pero no decretando la independencia poco adelantaron, pues los promovedores de las desavenencias nunca en realidad se contentaron con menos, ni aspiraban á otra cosa.

Providencias en materia de guerra y hacienda.

En hacienda y guerra es en lo que en un principio no se ocuparon mucho las córtes, y no faltó quien por ello las criticase. Pero en estos ramos deben distinguirse las medidas permanentes de las transitorias, y que solo reclaman premiosas circunstancias. Las primeras requieren tiempo y madurez para escoger las mas convenientes, teniendo que ajustar las alteraciones á antiguos hábitos, señaladamente en materia de contribuciones, en las que hay que chocar con los intereses de todas las clases sin excepcion y con intereses á que el hombre suele estar muy apegado.

Las segundas toca en especial el promoverlas á la potestad ejecutiva : ella conoce las necesidades, y en ella residen los datos y la razon de las entradas y salidas. El tener entendido la primera regencia que seria pronto removida, no la estimuló á ocuparse con ahinco en el asunto, y la que le sucedió en el mando, no hallándose, digámoslo asi, del todo formada hasta primeros de enero por ausencia de dos de los regentes, no pudo tampoco al principio poner en ello toda la diligencia necesaria. Ademas pedia tiempo el penetrarse del estado del ejército, del de los pueblos y de su gobernacion; tarea no fácil ni breve si se atiende á la ocupacion enemiga, á los desórdenes que eran como indispensable consecuencia, y al estrecho campo que á veces habia para trazar planes de medios y recursos.

Sin embargo no se descuidaron ambos ramos al punto que algunos han afirmado. En 15 de noviembre ya autorizaron las córtes á la nueva regencia para levantar 80,000 hombres que sirviesen de aumento al ejército, tomando oportunas disposiciones sobre el modo é igualdad de los alistamientos.

Fomentóse tambien por una ley la fabricacion de fusiles con otras providencias respecto de lo demas del armamento y municiones. Las fábricas de la frontera, las de Aragon, Granada y otras partes las habia destruido el enemigo. La central no habia pensado en trasladar á tiempo el parque de artillería de Sevilla, ni su maestranza, ni su fundicion, ni la sala de armas. Los ingleses suministraron muchos de estos artículos, pero aun no bastaban. El patriotismo de los españoles, el de sus juntas, el de la primera regencia, el de las sucesivas y las resoluciones de las córtes suplieron la falta. Se estableció de nuevo en la isla de Leon un parque de artillería y una maestranza, y se habilitaron en la Carraca algunos talleres. Se fabricaron fusiles en Jubia y en el arsenal del Ferrol, lo mismo en las orillas del Eo, entre Galicia y Asturias, en el señorío de Molina y otros parages, algunos casi inaccesibles, es-

tableciéndose en ellos fábricas volantes de armas, de municiones y de todo género de pertrechos que mudaban de sitio al aproximarse el enemigo.

En el ramo de hacienda ademas de las providencias económicas que hemos referido y otras que por su menudencia omitimos, mandaron las córtes que se reuniesen en una sola tesorería general los caudales de la nacion que distribuyéndose antes por mas de un conducto, ibanse ó se extravasaban en menoscabo del erario.

Cierran las córtes sus sesiones en la isla.

Tales fueron los principales trabajos de las córtes y sus discusiones en los primeros meses de su instalacion, y en tanto que permanecieron en la isla, en donde cerraron sus sesiones el 20 de febrero de 1811 para volverlas á abrir en Cádiz el 24 del mismo mes.

Fiebre amarilla.

Desde el 6 de octubre habian pensado trasladarse á dicha ciudad como mas populosa, mas bien resguardada y de mayores recursos. Suspendieron tomar resolucion en el caso por la fiebre amarilla ó sea vómito prieto que se manifestó en aquel otoño: terrible azote que en 1800 y 1804 habia esparcido en Cádiz y otros pueblos de la Andalucía y costa de levante la desolacion y la muerte. No habia desde entonces vuelto á aparecer en Cádiz, á lo menos de un modo sensible, y solo en este año de 1810 repitió sus estragos. Haya sido ó no esta enfermedad introducida de las Antillas, en lo que todavía no andan conformes los facultativos de mayor nombradía, contribuyó mucho ahora á su aparecimiento y propagacion la presencia de los forasteros que á la sazon se agolparon á Cádiz con motivo de la invasion de las Andalucías: en cuyas personas pegó el azote con extrema saña, pues los naturales estaban mas avezados á sus golpes, ya por haber pasado antes la enfermedad, ya por haber nacido ó criádose en ambiente impregnado de tan funestos miasmas. La epidemia picó tambien en Cartagena y otros puntos, por fortuna apenas cundió á la isla. Hubo de ello al principio agudos temores á causa del ejército; pero no siendo numerosa aquella poblacion ni apiñada, y hallándose oreada bastantemente por medio de sus anchurosas calles, mantúvose en estado de sanidad. En cuanto á la tropa acampada en parages bañados por corrientes atmosféricas muy puras, gran preservativo de tal plaga, gozó de igual ó mayor beneficio. De los moradores ó residentes en la isla los que padecieron la enfermedad cogiéronla en viages que hacian á Cádiz, cuya asercion podríamos atestiguar por experiencia propia. La fiebre conforme á su costumbre duró tres meses: empezó á descubrirse en setiembre, tomó en octubre grande incremento, y desapareció del todo al acabar de diciembre.

Fin de este libro.

Rodeaban por tanto en su cuna á la libertad española la guerra, las epidemias y otros humanos pade-

cimientos, como para acostumbrarla á los muchos y nuevos que la afligirian segun fuera prosperando, y antes de que afianzase en el suelo peninsular su augusto y perpetuo imperio.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles. — La que tienen los ejércitos franceses. — Acontecimientos militares en Portugal. — Retírase Massena á Santaren. — Síguele Wellington lentamente. — Nuevas estancias de Massena. — De Wellington. — Apuros de Massena. — Convoy de Gardanne. — Avanza á Portugal el 9° cuerpo. — Júntase á Massena. — Claparède persigue á Silveira. — General Foy. — Beresford manda en la izquierda del Tajo. — Vuelven á Extremadura las divisiones de Romana y Don Cárlos de España. — Muerte de Romana. — Operaciones en las Andalucías y Extremadura. — Situacion de Soult. — Medidas que toma. — Parte á Extremadura. — Estado aquí de los españoles. — Sitio y toma de Olivenza por los franceses. — Ballesteros en el condado de Niebla. — Accion de Castillejos. — Avanza Ballesteros hácia Sevilla. — Sitio de Badajoz. — Menacho gobernador. — Accion del Gévora ó Guadiana el 19 de febrero. — Fonturvel en Badajoz. — Muerte gloriosa de Menacho. — Sucédele Imaz. — Ríndese Badajoz. — Ocupan los franceses otros puntos. — Sitio y capitulacion de Campomayor. — Acontecimientos en Andalucía. — Expedicion y campaña de la Barrosa. — Batalla del 5 de marzo. — Desavenencias entre los generales. — Debates que de resultas hay en las córtes. — Resoluciones en la materia. — Bombardeo de Cádiz. — Breve expedicion de Zayas al condado. — Temporal en Cádiz. — Principia Massena á retirarse de Santaren. — Combates en la retirada con los ingleses. — Destrozos que causan los franceses en la retirada. — Destaca Wellington á Beresford á Extremadura. — Prosigue Massena su retirada. — Entra en España. — Pasa Wellington á Extremadura. — Acontecimientos militares en esta provincia. — Evacuan los franceses á Campomayor. — Castaños manda el 5° ejército español. — Sitian los aliados á Olivenza y se les entrega. — Llega Wellington á Extremadura. — Solicitan los ingleses el mando militar de las provincias confinantes de Portugal. — Niégaseles. — Vuelve Wellington á su ejército del norte. — Batalla de Fuentes de Oñoro. — Evacuan los franceses á Almeida. — Sucede á Massena en el mando el mariscal Marmont. — Wellington vuelve á partir para Extremadura. — Beresford sitia á Badajoz. — Expedicion que manda Blake y va á Extremadura. — Anteriores instrucciones de Wellington. — Avanza Soult á Extremadura. — Levanta Beresford el sitio de Badajoz. — Batalla de la Albuera. — Manifestacion del parlamento británico y de las córtes en favor de los ejércitos. — Celebra la victoria Lord Byron. — Llega Wellington despues de la batalla. — Empréndese de nuevo el sitio de Badajoz. — Gran quema en los campos. — Vuelve á avanzar Soult. — El mariscal Marmont viene sobre el Guadiana. — Retírase Wellington sobre Cam-

pomayor. — Júntasele su ejército del norte de Portugal. — Blake se separa del ejército aliado. — Su desgraciada tentativa contra Niebla. — Soult retrocede á Sevilla. — Correrías de Morillo. — Repasa el Tajo Marmont. — Tambien Wellington. — Fin de este libro.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles.

Distribuyó la nueva regencia en 16 de diciembre la superficie de España en seis distritos militares comprendiendo en ellos asi las provincias libres como las ocupadas, y destinando á la defensa de cada uno otros tantos ejércitos con la denominacion de 1° de Cataluña, 2° de Aragon y Valencia, 3° de Murcia, 4° de la isla de Leon y Cádiz, 5° de Extremadura y Castilla, 6° de Galicia y Asturias. Añadióse poco despues á esta distribucion un 7° distrito que abrazaba las provincias Vascongadas, Navarra y la parte de Castilla la Vieja situada á la izquierda del Ebro, sin excluir las montañas y costa de Santander. Bajo la autoridad del general en gefe de cada distrito se mandaban poner las divisiones, cuerpos sueltos y partidas que hubiese en su respectivo territorio; con lo cual parecia introducirse mejor órden en la guerra y apropiada subordinacion. Hasta ahora no se habia realmente variado la primera determinacion de la junta central que repartió en cuatro los ejércitos del reino: las circunstancias, los desastres y providencias parciales la habian solo alterado, careciendo de regla fija respecto de las guerrillas ó cuerpos que campeaban francos en medio del enemigo.

La que tienen los ejércitos franceses.

Pero esta coordinacion de distritos y ejércitos no podrá á veces guiarnos en nuestro trabajo, pendiendo casi siempre las grandes maniobras militares de los planes de los franceses; quienes al fin de 1810 y comienzo de 1811 tenian apostados en el ocaso, mediodia y levante sus tres grandes cuerpos de operaciones, hallándose el primero en Portugal frente á los ingleses; el segundo en las Andalucías y Extremadura, y el otro en Cataluña y mojoneras de Aragon y Valencia. No se incluyen aquí las divisiones francesas que guerreaban sueltas, ni los ejércitos ó cuerpos que llamaban del centro y norte, cuyas tropas á mas de servir de escudo al gobierno intruso de Madrid, cubrian los caminos militares en los que hormigueaban á la continua partidarios españoles. La posicion del enemigo para obrar ofensivamente llevaba ventaja á la de los aliados que diseminados por la circunferencia de la península, no podian en muchos casos darse tan pronto la mano ni concertarse.

Por lo general seguiremos ahora en la relacion de los sucesos mas prominentes los movimientos ú operaciones de las tres grandes masas francesas arriba indicadas.

Acontecimientos militares en Portugal.

Dejamos en noviembre de 1810 al ejército aliado en las líneas de Torres-Vedras, y fronteros á él los cuerpos enemigos que capitaneaba el mariscal Massena. Indivi-

dualizamos en su lugar las respectivas estancias y fuerza de las partes beligerantes; y de creer era, segun uno y otro, que el general francés á fuer de prudente se hubiese retirado sin tardanza, temeroso de la hambre y otros contratiempos. Mas avezado á la victoria repugnábale someterse á los irrefragables decretos de su hado adverso. Y no le movian ni las muchas enfermedades de que adolecia su ejército, ni las bajas de este, picado á retaguardia y hostigado por el paisanage portugués. Aguardó para resolverse á variar de asiento á que estuviesen devastadas las comarcas en derredor, y entonces no trató aun de replegarse á la raya de España, sino solo de buscar algunas leguas atras nueva posicion en donde le escaseasen menos las vituallas, y á cuyo punto pudiera llamar á los ingleses, sacándolos de sus inexpugnables líneas.

Retirase Massena á Santaren.

Tomó en consecuencia Massena con mucha destreza disposiciones preparatorias que disfrazasen su intento, pues á no obrar asi, sucediérale lo que en tales casos se decia antiguamente en Castilla: « Si supiese la hueste qué hace la hueste, « mal para la hueste: » máxima que indica lo necesario que es ocultar al enemigo los planes que se hayan premeditado. El mariscal francés despues de enviar delante bagages, enfermos, todo lo que los romanos conocian tan propiamente bajo el nombre de *impedimenta*, hizo desfilar á las calladas algunas de sus tropas, y él se alejó en persona de las líneas inglesas en la noche del 14 al 15 de noviembre. Parte de la fuerza enemiga marchó por la calzada real sobre Santaren, parte por Alcoentre, la vuelta de Alcanede y Torres-Novas. Los ingleses no se cercioraron del movimiento hasta entrada la mañana del 15, siendo esta nebulosa. Aun entonces no interrumpió Wellington la retirada, conservando en los atrincheramientos y fuertes casi todo su ejército, y enviando solo dos divisiones que siguiesen al enemigo. Dejaba este en pos de sí un rastro horrible de cadáveres, hedionda y devastacion.

Siguele Wellington lentamente.

Vacilaba Wellington acerca del partido que le convenia tomar, cierto de que caminaban por Ciudad Rodrigo refuerzos á Massena. Pues el movimiento retrógrado podria serlo de reconcentracion, ó un armadijo para sacar fuera de las líneas á los ingleses, y revolver el enemigo sobre su propia izquierda á Torres-Vedras por el Monte Junto, mientras los aliados le perseguian á retaguardia. Sin embargo muchos pensaron que sin arriesgar la suerte de las líneas, hubiera podido lord Wellington soltar mayor número de sus tropas, picar vivamente á los contrarios, y aun causarles grande estrago en los desfiladeros de Alenquer.

Prosiguiendo los franceses su marcha, vióse claramente cuál era su intento; solo quedó la duda de si dirigirian su retirada por el Cecere ó por el Mondego. Wellington quiso entonces estrecharlos, y aun tuvo determinado acometer á Santaren, para lo que se pre-

paró disponiendo antes que el general Hill cruzase el Tajo con una division y un regimiento de dragones, y que se moviese sobre Abrantes.

Nuevas estancias de Massena.

Fundábase la resolucion de Wellington en creer que los franceses habian solo dejado en Santaren una retaguardia: pero no era asi. Massena habiase parado, y no pensaba llevar mas allá sus pasos. En Torres-Novas tenia sentado su cuartel general en donde se alojaba la izquierda del 8° cuerpo, cuya restante tropa extendíase hasta Alcanede, y de allí por Leiria ocupaba la tierra la mayor fuerza de ginetes. Permanecia de respeto en Thomar el 6° cuerpo, del cual la division mandada por el general Loison dominaba los fértiles llanos de Gollegao, ayudada del 2° cuerpo dueño de Santaren, cabecera, por decirlo asi, de toda la posicion.

Era muy fuerte la de esta villa, singularmente en la estacion rigurosa de invierno. Sita en un alto arrancando casi del Tajo, tiene por su frente al rio Mayor, en cuyos terrenos bajos, rebalsadas las aguas, apenas queda otro paso sino el de una calzada angosta que empieza á mas de 800 varas de la eminencia.

Massena en su actual posicion ocupaba un pais susceptible de proporcionar bastimentos, teniendo ademas establecidas sus comunicaciones con España por medio de puentes echados en el Cecere, y sin que por eso se le ofreciese nuevo obstáculo para volver á emprender sus operaciones por el frente, ó pasar á la izquierda del Tajo.

Continuando Wellington en el engaño de que solo quedaba en Santaren una retaguardia enemiga, decidióse el 19 á acometer aquella posicion con dos divisiones y la brigada portuguesa del mando de Pack, pero suspendió el ataque habiéndosele retrasado la artillería con que contaba. Cuando el 20 renovó tentativas de embestir, sospechaba ya que en Santaren y sus contornos habia mas tropa que la de una retaguardia; y amagando entonces los enemigos hácia rio Mayor, confirmóse Wellington en sus temores, retrocedió y ordenó á Hill que hiciese alto en Chamusca, orilla izquierda del Tajo. Las muchas lluvias, la excesiva prudencia del general inglés, y el estado de cansancio y apuros del ejército contrario impidieron que hubiese señalados combates ó notable mudanza en las respectivas posiciones hasta el inmediato marzo.

De Wellington.

Avanzado Wellington sentó sus reales en Cartaxo, atrincheró sus acantonamientos y fortificó aun mas las líneas de Torres-Vedras No contento todavía con eso empezó á levantar á la izquierda del Tajo una nueva línea de defensa desde Aldeagallega á Setúval, y una cadena de fuertes entre Almada y Trafaria para asegurar tambien por aquel lado la boca del rio.

Apuros de Massena.

Igualmente Massena afirmaba sus estancias, y seguia cuidadoso los movimientos de los aliados. Tampoco dejaba de volver los ojos hácia su espalda, ansioso de que le

llegasen refuerzos; rota la comunicacion con su base de operaciones, ya por las partidas españolas del reino de Leon y Castilla, y ya porque el general Silveira, abalanzándose el 29 de octubre desde el Duero, habia bloqueado á Almeida, é interpoládose entre Portugal y España. Auxilios estos grandes, y que nunca debieran olvidar los ingleses. En tan enojosa situacion se hallaba el mariscal Massena cuando el 9º cuerpo á las órdenes del general Drouet conde de Erlon llegó á Ciudad Rodrigo con un gran convoy de provisiones de boca y guerra recogidas en Francia y Castilla. Convoy de Gardanne. Destinado el socorro á Massena, envióle Drouet delante escoltado con 4000 infantes y tres escuadrones de caballería á las órdenes del general Gardanne, quien en 13 de noviembre obligando á Silveira á levantar el bloqueo de Almeida, penetró hasta Sabugal. No por eso se desalentó el general portugués, sino que al contrario siguiendo la huella de los enemigos, alcanzólos el 16 entre Valverde y otro pueblo inmediato; les mató gente y cogióles bastantes prisioneros. Gardanne sin embargo continuó su camino, y el 27 hallábase ya en Cardigos; mas molestado por las ordenanzas de aquella tierra, y dando oidos á la falsa noticia de que el general Hill se apostaba en Abrantes, replegóse precipitadamente á Sabugal con pérdida de mucha gente y de parte del convoy.

A poco pisando Drouet el suelo lusitano cruzó el Coa el 17 de diciembre con 14000 infantes y 2000 caballos, y avanzó á Gouvea. Destacó de su fuerza contra Silveira una division y mucha caballería bajo el mando del general Claparède, y uniéndose Gardanne al cuerpo principal del ejército, marchó este por el Alba abajo, y llegó á Murcella el 24. Dióse luego Drouet la mano por Espinhal con Massena, se situó en Leiria, y dilatándose hácia la marina cortó la comunicacion entre Wellington y las provincias septentrionales de Portugal, mantenida hasta entonces principalmente por los gefes Trant y Juan Wilson. Avanza á Portugal el 9º cuerpo. Júntase á Massena.

Claperède en tanto vino á las manos con el general Silveira que sobradamente confiado trabando pelea fuera de sazon, se vió deshecho en Ponte do Abade hácia Trancoso, y acosado desde el 10 hasta el 13 de enero tuvo con bastante pérdida que replegarse la vuelta del Duero. Entró Claparède despues en Lamego, y amenazó á Oporto antes que el general Baccellar siempre al frente de las milicias de aquellas partes pudiera acudir en su socorro. Felizmente el francés no prosiguió adelante, sino que tornó á Moimenta da Beira; con lo que los portugueses pudieron cubrir la mencionada ciudad. Claparède persigue á Silveira.

Por entonces entró asimismo en Portugal con 3000 hombres el general Foy, el cual enviado por Massena á Napoleon, si bien á costa de mil peligros de haber perdido parte de su escolta y los pliegos en las estrecheras de Pan- General Foy.

corbo, tornaba de Francia despues de haber desempeñado cumplidamente tan dificultoso encargo. El emperador ignoraba el verdadero estado del ejército del mariscal Massena, y tenia que acudir para averiguar noticias á la lectura de los periódicos ingleses. Tal era el tráfago belicoso de las ordenanzas portuguesas y partidas españolas. Quien primero le informó de todo fue el general Foy, hallándose este de vuelta en Santaren el 2 de febrero.

Ambos ejércitos francés y anglo-lusitano permanecieron en presencia uno de otro hasta principio de marzo. En el intervalo hicieron los enemigos para proveerse de víveres muchas correrías que dieron lugar á infinidad de desórdenes y á inauditos excesos. En nada estorbaron los ingleses tan destructora pecorea, y antes temieron continuamente ser atacados por los enemigos que solo se limitaron á meros reconocimientos, habiendo en uno de ellos sido herido en una mejilla el general Junot.

Beresford manda en la izquierda del Tajo.

En diciembre pasando Hill á Inglaterra enfermo, fue reemplazado en el mando de su gente, que casi siempre maniobraba á la izquierda del Tajo, por el mariscal Beresford. Era el principal objeto de estas tropas impedir la comunicacion de Massena con Soult, y las tenia Wellington destinadas á cooperar con los españoles en Extremadura. Aguardaba para efectuarlo la llegada de refuerzos de Inglaterra que tardaron mas de lo que creia en aportar á Lisboa, y por lo cual se difirió el cumplimiento de resolucion tan oportuna.

Vuelven á Extremadura divisiones de Romana y Don Cárlos de España.

No sucedió asi con la de que regresasen á la mencionada provincia las dos divisiones españolas que al mando del marqués de la Romana se habian unido antes al ejército inglés, y tambien la de Don Cárlos de España que obraba del lado de Abrantes. Todas se movieron despues de promediar enero, y la última compuesta de 1500 infantes y 200 caballos estaba ya el 22 en Campomayor. Las dos primeras continuaban bajo el mando inmediato de Don Martin de la Carrera y de don Cárlos Odonell y las guió en gefe durante el viage Don José Virues.

Muerte de Romana.

Debió Romana dirigirlas, pero en 25 de enero, próximo ya á partir, falleció de repente de una aneurisma en el cuartel general de Cartaxo. Muchos sintieron su muerte, y aunque conforme en su lugar se expresó, le faltaban á aquel caudillo varias de las prendas que constituyen la esencia del hombre del estado y de gran capitan, perdióse á lo menos con su muerte un nombre que pudiera todavía haber contribuido al feliz éxito de la buena causa. Las córtes honraron la memoria del difunto decretando que en su sepulcro se pusiese la siguiente inscripcion. « Al general marqués de la Romana la patria reco-« nocida. »

Trasladar á Extremadura las indicadas divisiones españolas,

exigíalo lo que se preparaba en las Andalucías y en aquella provincia, de cuyas operaciones militares, íntimamente unidas con las de Portugal, ya es tiempo de hablar en debida forma. Operaciones en las Andalucías y Extremadura.

Tenia Napoleon resuelto que Soult ayudase á Massena en su campaña, y aun parece se inclinaba á que se evacuasen las Andalucías, reconcentrando aquellas fuerzas en la márgen izquierda del Tajo, y poniéndolas de este modo en contacto por Abrantes con las tropas francesas de Portugal. Soult tardó en recibir las órdenes expedidas al efecto, interceptadas las primeras por los partidarios. Y aun despues tampoco se movió aceleradamente embarazado con sus propias atenciones, y porque le desagradaba favorecer á Massena en una empresa de la que resultaria á este en caso de triunfo la principal gloria.

Rodeábanle en verdad apuros de cuantía. Sebastiani necesitaba todo el 4º cuerpo de su mando para atender á Granada y Murcia. Ocupaban al 1º y á su gefe Victor el sitio de Cádiz y serranía de Ronda, y el 5º mandado todavía por el mariscal Mortier empleaba toda su gente en velar sobre la Extremadura y el condado de Niebla, siendo ademas indispensable mantener tropas que asegurasen las diversas comunicaciones. Situacion de Soult.

Abandonar las Andalucías érale á Soult muy doloroso considerándolas ya como conquista y patrimonio suyo, y penetrar en el Alentejo con limitados medios, quedando á la espalda las plazas de Badajoz y Olivenza y las fuerzas españolas del condado y Extremadura, parecíale demasiadamente arriesgado. Queriendo evitar uno y otro y no desobedecer las órdenes de su gobierno, pidió permiso para atacar dichas plazas antes de invadir el Alentejo. Napoleon consintió en ello, y Soult, al tiempo que asi caminaba con paso mas firme en su expedicion, satisfacia tambien sus zelos y rivalidades, dejando á Massena solo y entregado á su suerte hasta que muy comprometido no pudiese este salir de ahogos, sino con la ayuda del ejército del mediodia. Tal fue al menos la voz mas valida, y á la que daban fundadamente ocasion las desavenencias y disturbios que por lo comun reinaban entre unos y otros mariscales.

Antes de partir tomó Soult sus precauciones. Puso en Córdoba al general Godinot en lugar de Dessolles que habia vuelto á Madrid. En Écija apostó una columna bajo el mando del general Digeon destinada á mantener las comunicaciones; atrincheró del lado de Triana la ciudad de Sevilla, cuyo gobierno entregó en manos del general Daricau, y envió en fin refuerzos al condado de Niebla á las órdenes del coronel Remond. Medidas que toma.

Al entrar enero tenia Soult preparada su expedicion que debia constar en todo de unos 19,000 infantes y 4000 caballos, 54 piezas, un tren de sitio, convoy de provisiones y otros auxilios. Esta fuerza componíala el cuerpo de Mortier y Parte á Extremadura.

parte del de Victor, viniendo ademas de Toledo, y no comprendiéndose en el número indicado unos 3000 hombres de infantería y 500 ginetes del ejército francés del centro, con que se adelantó á Trujillo el general Lahoussaie.

Estado aquí de los españoles.

Por parte de los españoles proseguia mandando en Extremadura desde la ausencia de Romana Don Gabriel de Mendizabal, no habiendo ocurrido allí en todo aquel tiempo hecho alguno notable. La division de Ballesteros que pertenecia entonces al mismo ejército, continuaba obrando casi siempre hácia el condado de Niebla, y dándose la mano con Copons era la que mas bullia. Al tiempo de avanzar los franceses, Mendizabal, cuyas partidas se extendian á Guadalcanal, replegóse por Mérida buscando la derecha de Guadiana, y Ballesteros tiró á Frejenal. Latour-Maubourg apretó al primero de cerca con la caballería, y Gazan persiguió al último con objeto de proteger la marcha de la artillería y convoyes. Volvió pie atras de Trujillo la fuerza que mandaba Lahoussaie para cubrir el Tajo de las irrupciones de Don Julian Sanchez, y despejar tambien la comarca de otras partidas. El mariscal Soult con la infantería caminó sobre Olivenza.

Sitio y toma de Olivenza por los franceses.

Portuguesa antes esta plaza, pertenecia á España desde el tratado de Badajoz de 1801. Tenia fortificacion regular con camino cubierto y nueve baluartes, pero flaca de suyo y descuidada no podia detener largo tiempo los ímpetus del francés. Era gobernador el mariscal de campo Don Manuel Herk. La plaza fue embestida el 11 de enero, y el 12 abrieron los enemigos trinchera del lado del oeste. Mendizabal cometió el desacuerdo de enviar un refuerzo de 3000 hombres, los cuales en vez de coadyuvar á la defensa de aquel recinto, claro era que no servirian sino para embarazarla. El 20 rompieron los enemigos el fuego con cañones de grueso calibre, y batieron el baluarte de San Pedro por donde estaba la brecha antigua. Ofreció el 21 el gobernador Herk sostener la plaza hasta el último apuro; y no obstante capituló al dia siguiente sin nuevo y particular motivo. Tuvieron algunos á gran mengua este hecho; pero debe considerarse que apenas habia dentro municiones de guerra, apenas artillería gruesa, y solo sí ocho cañones de campaña que manejados diestramente por Don Ildefonso Diez de Ribera, hoy conde de Almodóvar, contribuyeron á alucinar al enemigo sobre el verdadero estado de la plaza, y á imponerle respeto. Quizá sí faltó el gobernador en prometer mas de lo que le era dado cumplir.

Ballesteros en el condado de Niebla.

Al propio tiempo Ballesteros cayendo al condado de Niebla, recibió de la regencia el mando de este distrito, y el aviso de que su division pertenecia en adelante al 4º ejército que era el de la isla de Leon. Copons el 25 de enero se embarcó para este punto con la tropa que capitaneaba, excepto la caballería y el cuerpo de Barbastro que quedó al lado

de Ballesteros : quien el mismo dia sostuvo en Villanueva de los Castillejos contra los franceses una accion bastante gloriosa.

Accion de Castillejos.

Bajo aquel nombre comprenden algunos dos pueblos; el citado de Villanueva y el de Almendro situados á la caida de la sierra de Andévalo, por muchas partes de áspera y escarpada subida. En dos cumbres las mas notables, colocó Ballesteros 3 á 4000 peones que tenia, y al costado derecho en terreno algo mas llano 700 ginetes de que constaba la caballeria. Lo mas principal de esta division procedia de la que en 1809 habia sacado aquel general de Asturias, conservándose de los oficiales casi todos excepto los que habia arrebatado la guerra ó los trabajos. Asi sonaban en la hueste los nombres de Lena y Pravia, de Cangas de Tineo, Castropol y el Infiesto: á que se añadia el provincial de Leon.

Ballesteros colocó su gente en dos líneas, y atacado por Gazan y Remond sostuvo su puesto con firmeza hasta entrar la noche, habiendo causado al enemigo una pérdida considerable. Retiróse despues por escalones con mucho órden, llegó á Sanlúcar de Guadiana y repasó tranquilamente este rio. Remond entonces quedó solo en el condado: marchó Gazan sobre Frejenal y Jerez de los Caballeros, tomó un destacamento suyo por capitulacion en 1° de febrero el torreon antiguo de Encinasola de poca importancia; y continuó despues el mismo general á Badajoz, dejando en Frejenal una columna volante.

Avanza Ballesteros hácia Sevilla.

Luego que Ballesteros notó que los enemigos ponian toda su atencion del lado de aquella plaza, comenzó de nuevo sus correrías. El 16 de febrero embistió á Frejenal, y cogió 100 caballos, 80 prisioneros y bagage. Rondó por los contornos; y engrosadas sus filas con prisioneros fugitivos de Olivenza, resolvió al finalizar el mes acometer á Remond en el condado. Temeroso el comandante francés se retiró mas allá del rio Tinto, de donde el 2 de marzo le arrojaron los nuestros; suceso que alteró en Sevilla los ánimos de los enemigos y de sus secuaces. Daricau, gobernador de esta ciudad, corrió en auxilio de Remond con cuanta gente pudo recoger; mas serenóse habiendo Ballesteros hecho alto, y repasado despues el Tinto. Incansable el español tornó el 9 desde Veas en busca de Remond, sorprendióle de noche en Palma, le deshizo, y tomóle bastantes prisioneros y dos cañones. Guerra afanosa y destructora para los franceses. Ballesteros preparábase el 11 á hacer decididamente una incursion hasta Sevilla mismo, cuando malas nuevas que venian de Extremadura, le obligaron á suspender el movimiento proyectado.

Sitio de Badajoz.

Habian los enemigos embestido ya á Badajoz el 26 de enero. Aquella plaza está situada á la izquierda del Guadiana que la baña por el norte, y cubre una cuarta parte del recinto. Guarnécela del lado de la campiña un terraplen revestido

de mampostería, con ocho baluartes, fosos secos, medias lunas, camino cubierto y esplanada. Desagua allí al nordeste y corre por fuera un riachuelo de nombre Ribillas, cerca de cuya confluencia con el Guadiana álzase un peñon coronado de un antiguo castillo, el cual resguarda junto con dos de los baluartes el lado que mira al nacimiento del sol. En la derecha del Ribillas, á 200 toesas del recinto principal, y en un sitio elevado, se muestra el fuerte de la Picuriña, y al sudoeste el hornabeque de Pardaleras, con foso estrecho y gola mal cerrada. Estas dos obras exteriores se hallan como la plaza á la izquierda del Guadiana; descollando á la derecha enfrente del castillo viejo, poco ha indicado, un cerro que se dilata al norte, y en cuya cima se divisa el fuerte de San Cristóbal casi cuadrado. Lame la falda de este por levante el Gévora, que tambien se junta allí con el caudaloso Guadiana. No esguazable el último rio en aquellos parages, tiene un buen puente á la salida de la puerta de las Palmas, abrigado de un reducto. La poblacion yace en bajo, y está rodeada de un terreno desigual que pudiéramos llamar undoso, con cerros á corta distancia.

Menacho gobernador.

Gobernábala el mariscal de campo Don Rafael Menacho, soldado de gran pecho. Manejaba la artillería Don Joaquin Caamaño, y dirigia á los ingenieros Don Julian Albo. Llegó á haber de guarnicion 9000 hombres. Poblaban la ciudad de 11 á 12,000 habitantes.

Empezaron los franceses el 28 de enero á abrir la trinchera y atacar por varios puntos; mas solo á la izquierda del Guadiana y con horroroso bombardeo. En el cerro de San Miguel establecieron una batería de cuatro piezas de á ocho y un obus: en el inmediato del Almendro otra enfilando el fuerte de la Picuriña: lo mismo á la ladera del de las Mallas entre el Ribillas y el arroyo Calamon; plantando aquí tambien á la izquierda de este una batería de obuses y cañones, con otra en el cerro del Viento; y abriendo entre ambas una trinchera y camino cubierto muy prolongado, cuyo ramal flanqueaba el frente de Pardaleras. Llamaron los franceses al último ataque el de la izquierda; del centro al que partia del Calamon; de la derecha al que indicamos primero.

El 30 verificaron los españoles una salida, y dos dias despues respondió Menacho con brio á la intimacion que le hicieron los franceses de rendirse. Hincháronse el 2 de febrero las aguas del Ribillas, causando daño en los trabajos de los contrarios, y el 3 matáronles los nuestros, en una nueva salida de Pardaleras, mas de 100 hombres, y arruinaron parte de las obras.

Don Gabriel de Mendizabal reuniendo con las suyas las divisiones españolas que habian venido del ejército anglo-portugues, trató de meterse en Badajoz, engrosar la guarnicion y retardar asi las operaciones del enemigo. Para ello, y facilitar á la infantería un camino seguro, mandó á Don Martin de la Carrera que arremetiese

el 6 por la mañana contra la caballería francesa, que en gran fuerza habia pasado el 4 á la derecha del Guadiana, y la arrojase mas allá del Gévora. Ejecutó Carrera su encargo gallardamente, y entonces Mendizabal se introdujo con los peones en la plaza.

Hicieron el 7 los cercados una salida contra las baterías enemigas del cerro de San Miguel y del Almendro. Mandaba la empresa Don Cárlos de España, y aunque puso este el pie en la primera de las indicadas baterías, solo inutilizó en ella una pieza, no habiendo llegado á tiempo los soldados que traian los clavos y demas instrumentos propios al intento. La del Almendro fue tambien asaltada, y pudiéronse clavar allí mas piezas. Sin embargo rehechos los franceses repelieron á los nuestros; y como por el descuido ó retardo arriba indicado no se habia destruido toda la artillería, causó esta en nuestras filas al retirarse mucho estrago, y perdimos, entre muertos y heridos, unos 700 hombres, de ellos varios oficiales.

Salió el 9 de Badajoz el general Mendizabal, y la plaza quedó entonces custodiada con los 9,000 hombres, que segun dijimos habian llegado á componer su guarnicion; evacuando el recinto sucesivamente los enfermos y gente inútil. Mendizabal se acantonó en la márgen opuesta de Guadiana, apoyó su ala derecha en el fuerte de San Cristóbal, y aseguró de este modo la comunicacion con Yelves y Campomayor.

Receloso en seguida Soult de que el sitio se dilatase, puso su ahinco en llevarle pronto á cima. Por tanto, adelantada ya la segunda paralela á sesenta toesas de Pardaleras, rodearon á las 7 de la noche este fuerte unos 400 hombres, y abriéndose paso entre las empalizadas, se metieron dentro por la parte que les mostró á la fuerza un oficial prisionero. Pudo salvarse no obstante la mayor parte de la guarnicion. Prolongaron entonces los franceses hasta el Guadiana la paralela de la izquierda, y construyeron un reducto que barriendo el camino de Yelves, completaba el bloqueo por aquel lado.

Con todo menester era para acelerar la toma de Badajoz, destruir ó alejar á Mendizabal de las cercanías del fuerte de San Cristóbal. Lord Wellington habia aconsejado oportunamente al general español mantenerse sobre la defensiva y fortalecer su posicion con acomodados atrincheramientos, hasta tanto que pudiese socorrerle y obligar á los franceses á levantar el sitio. No dió Mendizabal oidos á tan prudentes advertencias; y confiado en que iban muy crecidos Guadiana y Gévora, no destruyó ni aseguró los vados que en aguas bajas se encuentran en ambos rios corriente arriba; contentóse solo con demoler un puente que habia en el Gévora, y trabajó lentamente en el reducto de la Atalaya, situado al norte á 800 toesas de San Cristóbal.

Desde el 12 habia el mariscal Soult enviado 1500 hombres para cruzar el Guadiana por el Montijo, y empezó el 17 á arrojar bom-

Accion del Gévora ó Guadiana el 19 de febrero.

bas sobre el campo de Mendizabal, hácia el lado del fuerte de San Cristóbal con intento de apartarle de semejante amparo.

Quedábanle á Mendizabal unos 8000 infantes y 1200 caballos; y siendo muy superior la fuerza que podia atacarle, debiera por lo mismo haber andado mas cauto.

El 18 menguaron las aguas, y descendió aquel dia por la derecha del Guadiana la caballería enemiga que habia tomado la vuelta del Montijo, cruzando los infantes por la tarde á legua y media de la confluencia del Gévora, y siempre corriente arriba. Mendizabal no ignoraba el movimiento de los franceses, pero no por eso evitó el encuentro.

Temprano en la mañana del 19, 6000 infantes enemigos y 3000 caballos estaban ya en batalla á la derecha del Guadiana, dispuestos tambien á pasar el Gévora. Una niebla espesa favorecia sus operaciones; y exhortados por el mariscal Soult y reforzados, comenzaron á vadear el último rio. Ejecutó el paso por la derecha con toda la caballería Latour-Maubourg con intencion de envolver la izquierda española; y por el lado opuesto cruzó la infantería al mando del general Girard, que logró asi interponerse entre el fuerte de San Cristóbal y el costado derecho de los españoles, cogiendo en medio ambos generales á nuestro ejército casi del todo desprevenido.

El mariscal Mortier, que gobernaba de cerca los movimientos ordenados por Soult, cerró de firme con los españoles. Nació luego en nuestras filas extrema confusion; los caballos, en cuyo número se contaban los portugueses de Madden no sostenidos bastantemente por Mendizabal, dieron los primeros el deplorable ejemplo de echar á huir, no obstante los esfuerzos valerosos de su principal gefe Don Fernando Gomez de Butron, que se puso á la cabeza de los regimientos de Lusitania y Sagunto. Mendizabal formó con los infantes dos grandes cuadros que resistieron algun tiempo en la altura de la Atalaya; pero que rotos al fin y penetrados por todas partes, disipáronse á la ventura. 800 hombres quedaron heridos, ó muertos en el campo; 3000 prisioneros, de ellos muchos oficiales con el general Virues; otros dispersáronse ó se acogieron á las plazas inmediatas. Cañones, muchos fusiles, bagaje, municiones, todo fue presa del enemigo. Salvóse en Campomayor con alguna gente Don Cárlos de España; en Yelves Butron y 800 hombres con Don Pablo Morillo que dió en tan aciago dia repetidas pruebas de valentía y ánimo sereno.

La pelea comenzada á las ocho de la mañana, terminóse una hora despues, no habiendo costado á los franceses mas de 400 hombres: pelea ignominiosamente perdida, y por la que se levantó contra Mendizabal un clamor universal harto justo. Fue causa de tamaño infortunio singular impericia que no disculpan ni

los bríos personales ni la buena intencion de aquel desventurado general. Llamaron unos esta accion la del Gévora, otros la de San Cristóbal: los españoles casi solo la conocieron bajo el nombre de la del 19 de febrero.

Ganada la batalla bloqueó la plaza el mariscal Soult por la derecha del Guadiana, aseguró con puentes las comunicaciones de ambas orillas, y continuó el sitio reposadamente.

Creyó tambien que los ánimos se amilanarian con la derrota de Mendizabal, y envió un parlamento con nuevas propuestas. Mas Don Rafael Menacho manteniéndose impávido, no le admitió; y habitantes y militares merecieron á porfía ser colocados al lado de tan digno caudillo.

Fonturvel en Badajoz.

Hubo diversos hechos muy señalados. Digno es de contarse entre ellos el de Don Miguel Fonturvel, teniente de artillería de la brigada de Canarias. De avanzada edad, pidió no obstante que se le confiase uno de los puestos de mas riesgo; y perdiendo las dos piernas y un brazo, asi mutilado, animaba antes de espirar á sus soldados, y exclamó mientras pudo con interrumpidos acentos: « ¡Viva la patria! contento muero » por ella. »

Los enemigos proseguian en sus trabajos, y se enderezaban principalmente contra los baluartes de San Juan y Santiago. El 26 extendiéndose por allí y batiendo la plaza con vivo cañoneo, se prendió fuego á un repuesto detras de uno de los baluartes; pero la presencia inmediata de Menacho impidió el desórden y evitó desgracias. Valeroso y activo este gefe disponíase á defender la ciudad hasta por dentro, y cortó calles, atroneró casas y tomó otras medidas no menos vigorosas.

Todo anunciaba que llevaria al cabo su propósito, cuando el 4 de marzo observando desde el muro una salida, en que se causó bastante daño al enemigo, cayó muerto de una bala de cañon. Glorioso remate de su anterior é ilustre carrera, y pérdida irreparable en tan apretadas circunstancias. Las córtes hicieron mencion honrosa del nombre de Menacho, y premiaron á su familia debidamente.

Muerte gloriosa de Menacho.

Sucedióle el mariscal de campo Don José de Imaz, que correspondió de mala manera á tamaña confianza; pues capituló el 10, no aportillada bastantemente la brecha en la cortina de Santiago, ni maltratados todavía los flancos; y á tiempo en que por telégrafo se le avisó de Yelves que Massena se retiraba, y que la plaza de Badajoz no tardaria en ser socorrida.

Sucédele Imaz.

Quiso Imaz cubrir su mengua con el dictámen del comandante de ingenieros Don Julian Albo y el de otros gefes que estuvieron por rendirse. No asi Caamaño el de artillería que dijo: « Pruébese un asalto, ó abrámonos paso por medio « de las filas enemigas. » Igualmente fue elevado y noble el parecer

Rindese Badajoz.

del general Don Juan José García, que si bien anciano, expresó con brio: « Defendamos á Badajoz hasta perder la vida. » Mas Imaz con inexplicable contradiccion, votando en el consejo, que al efecto se celebró, con los dos últimos gefes, entregó la plaza en el mismo dia sin que hubiese para ello nuevo motivo. Como gobernador solo á él tocaba decidir en la materia, y él era el único y verdadero responsable. Equivocóse si creyó que resolviendo de un modo y votando de otro, conservaria al mismo tiempo intactos su buen nombre y su persona. Formósele causa, que duró, segun tenemos entendido, hasta la vuelta del rey Fernando á España, caminando y terminándose al son de tantas otras de la misma clase.

Ocuparon los franceses á Badajoz el 11 de marzo. Salieron por la brecha y rindieron las armas 7155 hombres: habia en los hospitales 1100 enfermos, y en la plaza 170 piezas de artillería con municiones bastantes de boca y guerra.

Ocupan los franceses otros puntos.

Sitio y capitulacion de Campomayor.

En seguida el general Latour-Maubourg marchó sobre Alburquerque y Valencia de Alcántara, de que se apoderó en breve, no hallándose aquellas antiguas y malas plazas en verdadero estado de defensa. El mariscal Mortier sitió el 12 de marzo á Campomayor. Guarnecian el recinto, de suyo débil, unos pocos soldados de milicias y ordenanzas, y era gobernador el valeroso portugués José Joaquin Talaya. Los enemigos situaron sus baterías á medio tiro de fusil, amparados de las ruinas del fuerte de San Juan, demolido en la guerra de 1800. Intimaron inútilmente la rendicion el 15, y arrojando sin cesar dentro infinidad de bombas, y batiendo el muro con vivísimo y continuado fuego, abrieron el 21 brecha muy practicable. Pronto al asalto no quiso todavía entregarse el bizarro gobernador, no obstante sus cortos medios y escasa tropa: y solo ofreció que se rendiria si pasadas veinticuatro horas no le hubiese llegado socorro. Frustada esta esperanza, salió por la brecha, cumplido el plazo, con unos 600 hombres entre milicianos y ordenanzas que era toda su gente.

Acontecimientos en Andalucía.

Nuevos cuidados llamaron á Sevilla al mariscal Soult. Luego que este se ausentó de aquella ciudad, tratóse en Cádiz de distraer las fuerzas de la línea sitiadora y aun de obligar al enemigo, si ser podia, á alzar el campo. Pensóse llevar á efecto tal propósito al fenecer enero, y obraban de acuerdo españoles é ingleses. En consecuencia partió de Cádiz alguna tropa que desembarcó en Algeciras; y que con otra gente de la serranía de Ronda formó la primera division del 4º ejército á las órdenes de Don Antonio Begines de los Rios. Debiendo este gefe dar la señal de los movimientos proyectados, marchó sobre Medinasidonia, y el 29 del mismo enero rechazó á los franceses cogiéndoles 150 hombres. El mayor inglés Brown que continuaba gobernando á Tarifa,

apoyó la maniobra avanzando á Casas Viejas. Paró allí esta tentativa, habiéndose retardado la ejecucion del plan principal.

Expedicion y campaña de la Barroza.

Un mes trascurrió antes de que se realizase; mas entonces combinóse de modo que todos se lisonjeaban con la esperanza de que tuviese buena salida. Debia componerse la expedicion de las indicadas tropas de Begines y Brown, y de las que acompañasen de la isla y Cádiz á los generales Graham y Don Manuel de la Peña. Habia el último de mandar en gefe, como quien llevaba mayor fuerza; y escogióle la regencia no tanto por su mérito militar, cuanto por ser de índole conciliadora y dócil bastante para escuchar los consejos que le diese el general inglés, mas experto y superior en luces.

Las tropas británicas fueron las primeras que dieron la vela; luego las españolas el 26 de febrero. Conducia nuestra expedicion de mar el capitan de navío Don Francisco Maurelle; escoltábanla la corbeta de guerra Diana y algunas fuerzas sutiles, y la componian mas de 200 buques. Navegó la expedicion con el mayor órden, y pusieron las tropas pie en tierra en Tarifa al anochecer del 27. Incorporáronse allí á los nuestros el cuerpo principal de los ingleses, y efectos y tropa de algunos buques que impelidos del viento y corrientes del Estrecho, habian aportado á Algeciras.

Reunido en Tarifa todo el ejército combinado, excepto la division de Begines que se unió el 2 de marzo en Casas Viejas, distribuyóle el general la Peña en tres trozos, vanguardia, centro ó cuerpo de batalla, y reserva. La primera la guiaba Don José de Lardizabal, el centro el príncipe de Anglona, y la última el general Graham. En todo con los de Begines 11,200 infantes, entre ellos 4500 ingleses. Habia ademas 800 hombres de caballería, 600 nuestros, los otros de los aliados: mandaba los ginetes el mariscal de campo Don Santiago Whittingham. Se contaban 24 piezas de artillería.

Puso el 28 en marcha el ejército con direccion al puerto de Facinas, por cuyo sitio atraviesa, partiendo del mar á las sierras de Ronda, la cordillera que termina al ocaso el campo de Gibraltar. Desde ella se desciende á las espaciosas llanuras que se dilatan hasta cerca de Chiclana, Santi Petri y faldas del cerro de Medinasidonia; adonde descolgándose de las sierras arroyos y torrentes, atajan y cortan la tierra, y causan pantanos y barranqueras. Con la muchedumbre y union de las vertientes fórmanse, sobre todo en aquella estacion, rios de bastante caudal, como el Barbate que recoge las aguas de la laguna de Janda. Estos tropiezos y el fatal estado de los caminos, malos de suyo, retardaron la marcha particularmente de la artillería.

De Facinas podia el ejército dirigirse sobre Medinasidonia por Casas Viejas, ó sobre Santi Petri y Chiclana por la costa siguiendo la vuelta de Veger. Evacuaron precipitadamente los franceses este

pueblo el 2 de marzo, amenazados por algunas tropas nuestras, al paso que el grueso del ejército marchaba á Casas Viejas, camino que al principio se resolvió tomar. De aquí fueron tambien arrojados los enemigos, y se les cogieron unos cuantos prisioneros, dos piezas y repuestos de vituallas.

En las alturas frente á Casas Viejas y á la izquierda del Barbate permaneció el ejército combinado hasta la mañana del 3 : en cuyo tiempo desistiendo el general en gefe de proseguir por el mismo camino de antes, emprendió la marcha por Veger, orillas de la mar; y solo destacó hácia Medina para alucinar á los franceses que la ocupaban, el batallon ligero de Alburquerque y el escuadron de voluntarios de Madrid.

Desaprobaron muchos que se hubiese mudado de rumbo en la persuasion de que era preferible la primera ruta, que daba á espaldas del enemigo y se apoyaba en la serranía de Ronda, baluarte natural y con los arrimos de Gibraltar y Tarifa. No pareció disculpa la circunstancia de ser Medina posicion fuerte y estar artillada con 7 piezas, pues ademas de que no hubiera resistido á la acometida del ejército combinado, tampoco se necesitaba tomar empeño en su conquista, sino solamente observar lo que allí se hacia. Yendo por aquella parte se podia tambien contar con la belicosa y bien dispuesta poblacion de la sierra; y en caso de malaventura no corria nuestra tropa riesgo de ser acorralada contra insuperables obstáculos, como era el de la mar del lado de Veger y Santi Petri. Mas la Peña, hombre pusilánime y sobrado meticuloso, quiso ante todo abrir comunicacion con la isla, creyéndose mas seguro en la vecindad de tan inexpugnable abrigo; y desconociendo que, si acontecia algun descalabro, la confusion y el tropel no permitirian ni oportuna ni dichosa retirada.

Habia quedado mandando en la isla Don José de Zayas con órden de ejecutar movimientos aparentes en toda la línea, ayudado de las fuerzas de mar. Tenia igualmente encargo de echar un puente de barcas al embocadero de Santi Petri, en cuya orilla izquierda enseñoreada por los franceses forma el rio, la mar y el caño de Alcornocal una lengua de tierra que habian con flechas cortado aquellos, dueños tambien de la torre y colinas de Bermeja, colocadas á la espalda. Nuestra posicion en la orilla derecha dominaba la de los contrarios; y dos fuertes baterías y el castillo de Santi Petri barrian el terreno hasta las indicadas flechas.

Estableciόse conforme á lo prevenido y en el parage insinuado un puente flotante bajo la direccion del capitan de navío Don Timoteo Roch; y desde el 2 de marzo comenzaron ya las fuerzas de mar de los diversos apostaderos del rio de Santi Petri á hostilizar la costa : mas en la noche despues de echado el puente, por descuido ó por otra razon que ignoramos, asaltando tiradores franceses á 250 españoles que le custodiaban, fueron sorprendidos estos

y hechos prisioneros. Se tuvo á dicha que no penetrasen los enemigos mas adelante; pues con la oscuridad y el desórden, ya que no se hubiesen apoderado de la isla, por lo menos hubieran causado mayores daños.

De resultas mandó Zayas cortar algunas barcas del puente, no sabiendo tampoco de fijo el paradero del ejército expedicionario. Como el primer pensamiento acerca de la marcha de este fue el de ejecutarla por Medina, habíase al partir convenido que las tropas aliadas advertirian su llegada á aquel punto por medio de señales, que no se verificaron cambiado el plan. Un oficial que envió la Peña para avisar dicha mudanza, detuviéronle los ingleses dos dias en el mar, pareciéndoles emisario sospechoso. Esto y el haber cortado algunas barcas del puente, impidió que de la isla se auxiliasen con la prontitud deseada las operaciones de afuera.

A la caida de la tarde del 4 de marzo tomó el ejército expedicionario el camino de Conil, continuando despues la vuelta de Santi Petri. Acompañaban á las tropas muchos patriotas y escopeteros de los pueblos inmediatos y de la sierra. Llegó el ejército al cerro de la cabeza del Puerco, ó sea de la Barrosa, al amanecer del 5; y de allí, hecho un corto descanso, prosiguió la vanguardia engrosada con un escuadron y fuerzas del centro, vía del bosque y altura de la Bermeja. Quedó en el cerro del Puerco el resto de las tropas que componian el centro, y á su retaguardia la reserva; adelantándose por el flanco derecho el grueso de los ginetes. La marcha de las tropas en la anterior noche habia sido larga y sobre todo penosa, no calculados competentemente de antemano los obstáculos con que iba á tropezarse.

Desasosegaban á los franceses los movimientos de los aliados; inciertos del punto por donde estos atacarian y faltos de gente. La que tenia el mariscal Victor delante de la isla y Cádiz no pasaba de 15,000 hombres, y ascendian á 5000 mas los que se alojaban en Medina, Sanlúcar y otros sitios cercanos. Aseguradas las líneas con alguna tropa, interpolada de españoles juramentados (que unos de grado y muchos por fuerza, no dejaban en estas Andalucías de prestar auxilio á los enemigos) colocóse el mencionado mariscal en las avenidas de Conil y Medina asistido de unos 10,000 hombres, en disposicion de acudir á la defensa de cualquiera de dichos dos caminos que trajesen los aliados.

Batalla del 5 de marzo.

Cerciorado que fue de ello, y despues de escaramuzar las tropas ligeras de ambos ejércitos, se reconcentró Victor en los pinares de Chiclana, puso á su izquierda la division del general Ruffin, en el centro la de Leval, y á Villatte con la suya en la derecha; guarneciendo el último la tala y flechas que amparaban el siniestro costado de su propia línea enfrente de la isla.

A este punto se dirigia la vanguardia española para atacar por

la espalda los atrincheramientos y baterías enemigas que impedian la comunicacion entre el ejército de dentro de la isla y el expedicionario. Con la mira de estorbar semejante maniobra, habiase colocado el general Villatte delante del caño del Alcornocal y molino fortificado de Almansa, favorecido de un pinar espeso que ocultando parte de su tropa, dejaba solo al descubierto unos cuantos batallones apoyados en Torre Bermeja.

La vanguardia bajo el mando de Lardizabal atacó bravamente las fuerzas de Villatte: la pelea fue reñida, en un principio dudosa; pero decidióla en nuestro favor conteniendo al enemigo y cargándole luego con ímpetu el regimiento de Murcia al mando de su coronel Don Juan María Muñoz, y tres batallones de guardias españolas que con el regimiento de Africa llegaron en seguida, y dieron al reencuentro feliz remate. Villatte, repelido así, pasó al otro lado del caño y molino de Almansa, quedando de consiguiente franca la comunicacion con la isla de Leon; aunque se retardó el paso por el tiempo que pidió la reparacion del puente de Santi Petri, poco antes cortado.

En el mismo instante la Peña que deseaba aprovechar la ventaja adquirida, y continuar tras el enemigo por el espeso y dilatado bosque que va á Chiclana, llamó hácia allí lo mas de su tropa, y dispuso que el general Graham abandonando el cerro del Puerco, se acercase al campo de la Bermeja distante tres cuartos de legua, y que cooparase á las maniobras de la vanguardia, dejando solo en dicho cerro para protejer aquel puesto la division de Don Antonio Begines, un batallon inglés á las órdenes del mayor Brown, y los de Ciudad Real y guardias walonas, unidos antes á la reserva.

Victor, que vigilaba los movimientos de los aliados, luego que notó el de Graham, y que caminaba este por el pinar con direccion al campo de la Bermeja, apareció en el llano; y dirigiendo la division de Leval contra los ingleses que iban marchando, se adelantó él en persona con las fuerzas de Ruffin al cerro del Puerco por la ladera de la espalda, posesionándose de su cima, verdadera llave de toda la posicion, y cortando así las comunicaciones entre la gente que habia quedado apostada en Casas Viejas y las tropas que acababan los españoles de dejar en el citado cerro del Puerco, las cuales precisadas á retirarse se movieron hácia el grueso del ejército.

Mostrábase ahora á las claras que la intencion del enemigo era arrinconar á los aliados contra el mar y envolverlos por todos lados. *El general Graham que lo habia sospechado, confirmóse* en ello al verse acometido y al noticiarle el mayor Brown el movimiento y ataque que los franceses habian hecho sobre el cerro del Puerco. Para remediar el mal contramarchó rápidamente el general británico: hizo que 10 cañones á las órdenes del mayor Duncan rompiesen fuego abrasador contra el general Leval á quien en consecuencia de la evolucion practicada tenian los ingleses por su flanco

izquierdo, y mandó al coronel Andres Barnard empeñar la lid con los tiradores y compañías portuguesas. Formó ademas de los restantes cuerpos dos trozos: de estos uno bajo el general Dilkies acometió á Ruffin, otro bajo el coronel Wheately á Leval. La artillería mandada por Duncan contuvo la division del último y causó en ella gran destrozo.

El mayor Brown se habia aproximado por órden de Graham al cerro de que era ya dueño Ruffin, y antes que Dilkies llegara habia tenido que aguantar vivísimo fuego. Juntos ambos gefes arremetieron vigorosamente cuesta arriba, para recobrar la posicion defendida por los franceses con su acostumbrado valor. El combate fue porfiado y sangriento. Cayó herido mortalmente Ruffin, sin vida el general Rousseau, y los ingleses al fin encaramándose á la cumbre, se enseñorearon del campo de los enemigos. Huyeron estos precipitadamente, y Graham contento con el triunfo alcanzado no los persiguió, fatigada su gente con las marchas de aquellos dias. Al rematar la accion llegaron de refresco los de Ciudad Real y guardias walonas, que antes estaban con él unidos perteneciendo á la reserva, los cuales sin órden de la Peña acudieron adonde se lidiaba movidos de hidalgo pundonor.

Las divisiones de Ruffin y Leval se retiraron concéntricamente: en vano quiso el mariscal Victor restablecer la refriega: el fuego sostenido y fulminante de los cañones de Duncan desbarató tal intento.

El combate solo duró hora y media; pero tan mortífero que los ingleses perdieron mas de 1000 soldados y 50 oficiales: los franceses 2000 y 400 prisioneros, en cuyo número se contó al general Ruffin tan mal herido que murió á bordo del buque que le trasportaba á Inglaterra.

Los enemigos durante la pelea quisieron tambien extenderse por la playa al pie del cerro de la cabeza del Puerco; mas se lo estorbaron las tropas de Begines y la caballería de Whittingam. Este no persiguió en la retirada cual pudiera á los franceses, que no tenian arriba de 250 ginetes. Solo los húsares británicos que eran 180 se destacaron del cuerpo principal, y guiados por el coronel Federico Ponsomby embistieron con los enemigos. Whittingham dió por disculpa para no seguir tan buen ejemplo, el haber tomado por franceses á los españoles que habian quedado de observacion en Casas Viejas, y que se acercaron al campo en el momento de concluirse la batalla.

No cesó en tanto el tiroteo entre la vanguardia del mando de Lardizabal y la division de Villatte, quien tambien quedó herido. *Los españoles perdieron unos 590 hombres, no menos los contrarios.*

La Peña no dió paso alguno para auxiliar al general Graham, ni se meneó de donde estaba, como si temiera alejarse de Santi Petri;

cuyo puente al cabo se reparó, pudiendo el general Zayas pasarle y colocarse cerca de las flechas y molino de Almansa. Excusó la Peña su inaccion con haber ignorado la contramarcha de Graham, y con el poco tiempo que dió la corta duracion de la pelea. Pero pareció á muchos que bastaba para aviso el ruido del cañon, y que ya que no hubiese el general español podido concurrir al primer momento del triunfo, por lo menos encaminándose al punto de la accion hubiera su asistencia servido á molestar y deshacer del todo al enemigo en la retirada.

Desavenencias entre los generales.

Graham, ofendido de tal proceder, y disminuida su gente y fatigada, metióse el 6 en la isla, rehusó cooperar activamente fuera de las líneas, y solo prometió favorecer desde ellas cualquiera tentativa de los españoles.

En aquellos dias las fuerzas sutiles de estos al mando de Don Cayetano Valdés, sostenidas por las de los ingleses, se habian desplegado en la parte interior de la bahía, amenazando el Trocadero y los otros puntos del mismo modo que el rio de Santi Petri y caños de la isla. En la mañana del 6 se verificó un pequeño desembarco en la playa del puerto de Santa María, y en la noche anterior Don Ignacio Fonnegra habíase posesionado de Rota, y destruido las baterías y artillería enemiga.

Derrotado el mariscal Victor en el cerro de la cabeza del Puerco ó sea torre de la Barrosa, tomó medidas de retirada, y envió á Jerez heridos y bagages : llamó de Medinasidonia la division mandada por Cassagne, la cual no habia asistido á la batalla, y se reconcentró con lo principal de sus tropas en la vecindad de Puerto Real.

Por su parte la Peña no se atrevió á emprender solo cosa alguna, y entró en Santi Petri el 7 con todo su ejército, excepto los patriotas de la sierra y la division de Begines que quedaron fuera, y ocuparon el 8 á Medinasidonia rechazando á 600 franceses que intentaron atacarlos.

Todas estas operaciones y sobre todo la batalla del 5 excitaron quejas y recriminaciones sin fin. Miróse como fuente y causa principal de ellas la irresolucion y desconfianza que de sí propio tenia la Peña. Graham, aunque con razon ofendido de varias acusaciones que se le hicieron, llevó muy allá el resentimiento y enojo.

Debates que de resultas hay en las cortes.

En las córtes se promovieron acerca del asunto largos debates. Muchos querian que en todos los casos de acciones ó sucesos desgraciados, se formase causa al general en gefe : opinion sobrado lata, pues las armas tienen sus dias y los mayores capitanes han perdido batallas y equivocádose á veces en sus maniobras. Por lo mismo limitáronse las córtes á decidir que la regencia investigase con todo el rigor de las leyes militares lo occurrido en tan notable suceso, quedándole

expeditas sus facultades para obrar conforme creyera conveniente al bien y utilidad del estado.

Nombró al efecto la regencia una junta de generales, la cual informó meses despues no resultar hecho alguno por el que se pudiese proceder contra Don Manuel de la Peña. En virtud de esta declaracion cierto era que no debia la regencia poner en juicio á aquel general, pero tampoco habia motivo para premiarle, como lo hizo mas adelante condecorándole con la gran cruz de Cárlos III, y con la manifestacion de que asi él como los demas generales y tropa se habian portado dignamente.

Las córtes anduvieron por entonces mas cuerdas dando gracias á los aliados, y declarando que estaban satisfechas de la conducta militar de la oficialidad y tropa del 4º ejército. De este modo no mentaron en su declaracion al general en gefe, é hicieron justicia á las tropas y á los oficiales que se condujeron en los lances en que se empeñaron con valor y buena disciplina. Posteriormente instadas las córtes por empeños, y apoyándose en los dictámenes que dieron varios generales, manifestaron tambien quedar satisfechas de la conducta de D. Manuel de la Peña en la expedicion de la Barrosa. Resolucion que con razon desaprobaron muchos. Resoluciones en la materia.

En sesion secreta agraciaron las mismas al general Graham con la grandeza de España, bajo el título de duque del cerro de la cabeza del Puerto. Al principio pareció aceptar dicho general la merced que se le otorgaba, pues confidencialmente su ayudante y particular amigo lord Stanhope asi lo indicó, mostrando solo el deseo de que se variase la denominacion, teniendo en inglés la palabra Pig peor sonido que la correspondiente en español. Convínose en ello; mas luego no admitió Graham, ya fuese resentimiento del proceder de la regencia, ó ya mas bien, segun creyeron otros, temor de lastimar á lord Wellington todavía no elevado á tan encumbrada dignidad.

Despues de lo acaecido, imposible era continuasen mandando en la isla el general Graham y Don Manuel de la Peña. Explicaciones, réplicas, escritos se multiplicaron por ambas partes, y llegaron á punto de provocar un duelo entre Don Luis de Lacy gefe del estado mayor del ejército expedicionario y el general inglés : felizmente se arregló la pendencia sin lidiar. Sucedió en breve al último en su cargo el general Cook, y á la Peña, contra quien se desenfrenó la opinion, el marqués de Coupigny que vimos en Bailen y Cataluña.

El mariscal Victor, pasado el primer susto, y viendo que nadie le seguia ni molestaba, volvió el 8 tranquilamente á Chiclana, y ocupó de nuevo y reforzó todos los puntos de su línea.

A poco empezaron los sitiadores á arrojar proyectiles que alcanzaron á Cádiz. Ya habian hecho ensayos en los dias 15, 19 y 20 de diciembre anterior desde la batería de Bombardeo de Cádiz.

la Cabezuela junto al Trocadero, y conseguido que cayesen algunas bombas en la plaza de San Juan de Dios y sus alrededores, esto es, en la parte mas próxima á los fuegos enemigos. No reventaban sino las menos, y de consiguiente fue casi nulo su efecto, pues para que llegasen á tan larga distancia (3000 toesas), era menester macizarlas con plomo, y dejar solo un huequecillo en que cupiesen unas pocas onzas de pólvora. Estos proyectiles lanzábanlos unos morteros que llamaban á la *Villantroys*, del nombre de un antiguo ingeniero francés que los descubrió, mas el modelo de las bombas le hallaron los franceses en el arsenal de Sevilla, invento antiguo de un español, que ahora parece perfeccionó un oficial de artillería tambien español en servicio de los enemigos, cuyo nombre no estampamos aqui en la duda de si fue ó no cierta acusacion tan fea. Los franceses tuvieron al principio un corto número de morteros de esta clase, descomponiéndoseles á cada paso por la mucha carga que se les echaba. Aumentáronlos en lo sucesivo y aun los mejoraron segun en su lugar veremos.

Murmurándose mucho en Cádiz acerca de la expedicion de la Peña, el consejo de regencia para apaciguar los clamores y distraer al enemigo del sitio de Badajoz, cuya caida aun se ignoraba, ideó otra expedicion al condado de Niebla de 5000 infantes y 250 caballos á las órdenes de Don José de Zayas, que debia obrar de acuerdo con Don Francisco Ballesteros.

Breve expedicion de Zayas al condado.

Dió la vela de Cádiz aquel general el 18 de marzo, y desembarcado el 19 en las inmediaciones de Huelva, echó á los franceses de Moguer y trató de ir tierra adentro. Mas antes de verificarlo, reforzados los enemigos con tropa suya de Extremadura, y no unidos todavía Zayas y Ballesteros, tuvo el primero que reembarcarse el 23, previniéndole sus instrucciones que no emprendiese nada sin tener certidumbre de buen éxito, y se colocó en la isla de la Cascajera al embocadero del Tinto. Los caballos hubo que abandonarlos apretando de cerca el enemigo, y solo las sillas y arreos junto con los ginetes fueron trasportados á la mencionada isla, y es digno de notar que varios de aquellos animales entregados á su generoso instinto cruzaron á nado el brazo de mar que los separaba de sus dueños.

Acampado Zayas en la Cascajera quiso ponerse de acuerdo con Ballesteros, quien celoso é indisciplinado daba buenas palabras, mas casi nunca las cumplia, y en el caso actual trató ademas de sobornar á los soldados de la expedicion para engrosar sus propias filas. Zayas no obstante permaneció alli algunos dias, y aun divirtió al enemigo en favor de Ballesteros, señaladamente el 29 de marzo que enviando gente sobre la torre de la Arenilla, sorprendió á los franceses de Moguer, les hizo perder 100 hombres, y aun recobró algunos de los caballos que habian quedado en tierra recogidos por los paisanos.

Al fin Zayas sin alcanzar otro fruto que este y el de haber de nuevo inquietado á los enemigos, tornó á Cádiz el 31, habiendo los barcos de la expedicion corrido riesgo de perecer en un temporal que sobrevino en aquella costa durante la noche del 27 al 28.

Temporal en Cádiz.

En Cádiz se mostró tan furioso que no quedaba memoria de otro igual, soplando un levante mas bravo que el del año de 1810 de que en su lugar hablamos. Por fortuna no se perdieron ahora buques de guerra, pero sí infinidad de mercantes, desamarrándose y chocando unos contra otros ó encallando en la costa. Mas de 300 personas se ahogaron, y como ocurrió de noche, la oscuridad y violencia del viento dificultó los auxilios. Los marinos, en particular los ingleses, dieron pruebas relevantes de intrepidez, pericia y humanidad, por la diligencia que pusieron en socorrer á los náufragos. Entonces se volvió á abrir la llaga aun reciente de la expedicion de la isla, y á clamar contra Peña, pues no cabia duda de que si se hubiera levantado el sitio de Cádiz, fondeados los barcos en parajes de mayor abrigo, no se hubieran experimentado tantas desdichas.

Principia Massena á retirarse de Santaren.

Emprendia el mariscal Massena su completa retirada, mientras que ocurrieron en el mediodia de España los sucesos relatados. Firme en las estancias de Santaren en tanto que su ejército pudo subsistir en ellas y procurarse bastimentos, resolvió desampararlas luego que vió apurados sus recursos y que menguaba cada vez mas el número de su gente, al paso que crecia el de los ingleses y sus medios. Empezó el mariscal francés su movimiento retrógrado en la noche del 5 al 6 de marzo, y empezóle como gran capitan. Rodeábanle dificultades sin cuento, y para vencerlas necesitaba valerse de la movilidad de sus tropas en que tanta ventaja llevaban á las de los ingleses. El camino que hizo resolucion de tomar fue hácia el Mondego, de arduo comienzo, pues exigia maniobras por el costado. Envió delante, y con antipacion al dia 5, lo pesado y embarazoso, y ordenó al mariscal Ney que evolucionase sobre Leiria como si quisiese dirigir sus pasos á Torres-Vedras. Entonces y en la citada noche del 5 al 6, alzando Massena el campo reconcentró el 9 en Pombal, por medio de marchas rápidas, todo su ejército, excepto el segundo cuerpo al mando de Reynier, y la division de Loison que quemó las barcas de Punhete, tomando ambos generales la ruta de Espinhal, y cubriendo asi el flanco de la línea principal de retirada.

Combates en la retirada con los ingleses.

Echó lord Wellington tras el enemigo, aunque con cautela, receloso siempre de descubrir las líneas. Y por eso y haberle tambien Massena ganado por la mano desapareciendo disimuladamente, no pudo aquel reunir hasta el 11 tropas bastantes para operar activamente. No le aguardó el mariscal francés, pues por la noche continuó su marcha, amparada

del 6° cuerpo y de la caballería del general Montbrun que se situaron á la entrada de un desfiladero que corre entre Pombal y Redinha. Desalojáronlos de allí los ingleses, y Massena paróse el 13 en Condeixa. Era su intento caminar por Coimbra, y detenerse en las fuertes posiciones de la derecha del Mondego. Pero los portugueses dirigidos por el coronel Trant habian roto los puentes, y preparado aquella ciudad para una viva defensa, recogiéndose tambien dentro los habitantes de la orilla izquierda que la dejaron convertida en desierto. Adelantóse sobre Coimbra el general Montbrun, y el 12 hizo ya algunas tentativas de ataque y arrojó granadas. En vano intimó la rendicion, y desengañado de poder entrar la ciudad de rebate, advirtió de ello al general en gefe, creido ademas en que habian llegado refuerzos por mar desde Lisboa al Mondego.

No pudiendo Massena detenerse á forzar el paso del rio, acosado de cerca hallábase muy comprometido, no quedándole otra ruta sino la dificilísima de Ponte da Murcella por Miranda do Corvo. Vislumbró Wellington que á su contrario le estaba cerrado el camino de Coimbra, porque sus bagajes tiraban hácia Ponte da Murcella. En esta atencion hizo el general inglés marchar por su derecha, atravesando las montañas, una division bajo las órdenes de Picton, movimiento de sesgo que forzó á los franceses á desamparar á Condeixa, y echarse una legua atras situándose en Casalnovo. Wellington entonces abrió inmediatamente su comunicacion con la ciudad de Coimbra, y trató de arrojar á los franceses de su nueva posicion.

Siendo esta muy respetable por el frente, maniobró el inglés hácia los costados. Envió por el derecho al general Cole, que despues debia dirigirse al Alentejo, y encargóle asegurar el paso del rio Deuza y la ruta de Espinhal en cuyas cercanías estaba ya desde el 10 el general Nightingale en observacion de Reynier y Loison, los cuales, segun dijimos, habian por allí seguido la retirada. Wellington ademas envió del mismo lado, pero ciñendo al enemigo, al general Picton, y destacó por el costado izquierdo al general Erskine y la brigada portuguesa de Pack, al tiempo mismo que ordenó á las tropas ligeras que escaramuzasen por el frente, apoyadas en la division de Campbell. Quedó de reserva el resto del ejército anglo-portugués.

Parte del de los franceses se habia replegado ya, posesionándose del formidable paso de Miranda do Corvo y márgenes del rio Deuza. Aquí se juntó tambien á los suyos el general Montbrun, que avanzado á Coimbra se vió muy expuesto á que le envolviesen los ingleses cuando Massena desamparó á Condeixa. Los cuerpos 6° y 8° que se mantenian en Casalnovo, abandonaron la posicion en virtud de las maniobras del inglés por el flanco, y se incorporaron al mariscal en gefe alojado en Miranda.

En el entretanto unióse en la tarde del 14 á Nightingale el general Cole, y dueños los ingleses de Espinhal, pasado el Deuza podian forzar abrazándola la nueva posicion que ocupaban los franceses en Miranda do Corvo, motivo por el que los últimos la evacuaron en aquella misma noche, y tomaron otra no menos respetable sobre el rio Ceiras, dejando un cuerpo de vanguardia enfrente de la Foz d'Arouce. El 15 se trabó en este punto un porfiado combate que duró hasta despues de anochecido: con la oscuridad y el tropel hubo de los franceses muchos que se ahogaron al paso del Ceiras. No obstante Ney que siempre cubria la retirada, consiguió salvar los heridos, y los carros y bagajes que aun conservaban, estableciéndose sin tropiezo el general Massena detras del Alba. Dió Wellington descanso á sus tropas el 16, y situó el 17 sus puestos sobre la sierra de Murcella.

Puede decirse que se terminó aqui la primera parte de la retirada de los franceses comenzada desde Santaren. En toda ella marcharon los enemigos formados en masa sólida, cubiertos por uno ó dos cuerpos de su ejército que sacaron ventaja del terreno quebrado y áspero con que encontraban. Massena desplegó en la retirada profundos conocimientos del arte de la guerra, y Ney á retaguardia brilló siempre por su intrepidéz y maestría.

Destrozos que causan los franceses en la retirada.

Pero los destrozos que causaron sus huestes exceden á todo lo que puede delinear la pluma. Ya en las primeras estancias, ya en las de Santaren, ya en el camino que de vuelta recorrieron no se ofrecia á la vista otra imágen sino la de la muerte y desolacion. Los frutos en el otoño no fueron levantados ni recogidos, y de ellos los que no consumió el hambriento soldado, podridos en los árboles ó caidos por el suelo, sirvieron de pasto á bandadas de pájaros y á enjambre de inmundos insectos que acudieron atraidos de tan sabroso y abundante cebo. La miseria del ejército francés llegó á su colmo: cada hombre, cada cuerpo robaba y pillaba por su cuenta, y formóse una gabilla de merodeadores que se apellidaron á sí mismos *décimo cuerpo de operaciones*: dispersarlos costó mucho al mariscal Massena. Pero no eran estos, segun acabamos de decir, los solos que causaban daño: la penuria siendo aguda para todos, todos participaron de la indisciplina y la licencia, acordándose únicamente de que eran franceses cuando se trataba de lidiar y combatir al inglés. Algunos habitantes que se quedaron en sus casas ó tornaron á ellas confiados en halagüeñas promesas, martirizados á cada instante unos perecieron del mal trato, ó desfallecidos, otros prefirieron acogerse á los montes y vivir entre las fieras, antes que al lado de seres mas feroces que no aquellas, aunque humanos. Hubo mansion en cuyo corto espacio se descubrieron muertos hasta 30 niños y mugeres. Los lobos agolpábanse en manadas, adonde como

apriscados, de monton y sin guarda yacian á centenares cadáveres de racionales y de brutos. Apurados los franceses y caminando de priesa, tenian con frecuencia que destruir sus propias acémilas y equipages. En una sola ocasion toparon los ingleses con 500 burros desjarretados, en lánguida y dolorosa agonía, crueldad mayor mil veces que la de matarlos. Las villas de Torresnovas, Thomar y Pernes, morada muchos meses de los gefes superiores, no por eso fueron mas respetadas, ardieron en parte, y al retirarse entregáronlas los enemigos al saco. Tambien quemó el francés á Leira, y el palacio del obispo fue abrasado por órden de Drouet; y por otra especial del cuartel general cupo igual suerte al famoso monasterio cisterciense de Alcobaza, enterramiento de algunos reyes de Portugal, señaladamente de Don Pedro I° y de su esposa Doña Ines de Castro, cuyos sepulcros fueron profanados en busca de imaginados tesoros, y las reliquias esparcidas al viento: y cuéntase que aun se conservaba entero el cuerpo de Ines, desventurada beldad, que al cabo de siglos, ni en la huesa pudo lograr reposo. En seguida todos los pueblos del tránsito se vieron destruidos ó abrasados: el rastro del asolamiento indicaba la ruta del invasor, tan insano como si empuñára la espada del Vándalo ó del Huno. Y como estos, por donde pasó *corrasit* toda la tierra, para valernos* de una palabra significativa de que usó en semejable ocasion un escritor de la baja latinidad. Una vez suelto el soldado, sea ó no de nacion culta, guiale montaraz instinto: aniquila, tala, arrasa sin necesidad ni objeto, mas por desgracia, segun decia Federico II, « esa es la guerra »

(* Ap. n. 1.)

No faltó quien censurase en lord Wellington el no haber á lo menos en parte estorbado tales lástimas, creyendo que mientras permanecieron ambos ejércitos en las líneas y en Santaren, amagado el enemigo con movimientos ofensivos se hubiera visto en la necesidad de reconcentrarse, no siendo árbitro de llevar hasta 20 y 30 leguas, como solia, el azote de la destruccion. Otros han motejado que despues en la retirada no se hubiese el general inglés aprovechado bastantemente de las ventajas que le daba el número y buen estado de sus fuerzas, superiores en todo á las del enemigo, las cuales menguadas con muchos enfermos y decaidas de ánimo no tenian otros víveres que los que llevaba cada soldado en su mochila ó los escasos que podia hallar en pais tan devastado. Los desfiladeros y tropiezos naturales, añadian los mismos críticos, que embarazaban y retardaban la marcha de los franceses, especialmente en Redinha, Condeixa, Casalnovo y Miranda do Corvo, facilitaban atacar á los contrarios y vencerlos, y quizá se hubiera entonces anonadado sin gran riesgo un ejército que dos meses adelante ya rehecho peleó con esfuerzo y á punto de equilibrar la victoria. Estribaban tales reflexiones en fundamentos no destituidos de solidez.

Destaca Wellington á Beresford á Extremadura.

Prosigamos nuestra narracion. Lord Wellington á su llegada á Condeixa, luego que vió asegurado á Coimbra y que los franceses se retiraban precipitadamente, habia vuelto los ojos á la Extremadura española, y el 15 de marzo resolvió destacar á las órdenes del mariscal Beresford una brigada de caballería, artillería correspondiente, dos divisiones inglesas de infantería y una portuguesa de la misma arma con direccion á aquellas partes. Dícese si Wellington habia pensado ejecutar antes esta maniobra, y que le habia detenido la dispersion de Mendizabal, acaecida en 19 de febrero. Dudamos que asi fuese. El verdadero motivo de la dilacion consistió en que Wellington no queria desasirse de fuerza alguna hasta que le llegasen de Inglaterra las nuevas tropas que aguardaba. Contaba con ellas para fines de enero, y manteniendo esta esperanza habia indicado que socorreria la Extremadura en febrero. Frustróse aquella y suspendió la ejecucion de su plan, achacando la mudanza los que ignoraban la causa al descalabro padecido y no al retardo de los refuerzos, que no aportaron á Lisboa sino al principiar marzo. Llegados que fueron, unieronse en breve al ejército, y Lord Wellington cierto ya de la marcha decidida y retrógrada de los franceses, juzgó que sin riesgo podia desprenderse de la expresada fuerza y contribuir con su presencia en Extremadura á operaciones mas extensas y de combinacion mas complicada.

Por consiguiente en la sierra de Murcella, donde le dejamos el 17, estaba ya privado de aquellas tropas, si bien por otra parte engrosado con las de refresco llegadas de Inglaterra, y que ascendian á cerca de 10,000 hombres.

Prosigue Massena su retirada.

Massena asentado á la derecha del Alba destruyó los puentes, pero no quedó en aquella orilla largo tiempo, porque continuando Wellington, segun su costumbre, los movimientos por el flanco, obligó al mariscal francés á reunir el 18 casi todo su ejército en la sierra de Moita, que tambien evacuó este en la misma noche. Desde allí no se detuvo ya Massena hasta Celórico, por cuyo camino recto iba lo principal de su ejército, yendo solo el 2º cuerpo la vuelta de Gouvea para cruzar la sierra y pasar á Guarda.

Cogieron los ingleses el 19 bastantes prisioneros, sobre todo de los ginetes que se habian desviado á forrajear, y persiguieron á Massena con la caballería y division ligera al mando del general Erskine, que favorecian fuerzas enviadas á la derecha del Mondego, y las milicias portuguesas que no cesaron de inquietar al francés por aquel lado. Hizo alto el resto del ejército para descansar de nuevo y aguardar que le llegasen víveres del Tajo, pues el país vecino de poco ó nada proveia. El grueso de las tropas francesas en vez de seguir de Celórico á Pinhel, temeroso de hallar ocupados aquellos desfiladeros, varió de ruta, y el 23 continuó la retirada yendo há-

cia Guarda. Aquel dia fue cuando el mariscal Ney se separó de su ejército y partió para España mal avenido con Massena.

Los aliados al fin aparecieron reunidos el 26 en Celórico y sus inmediaciones, con intento de desalojar al enemigo de una posicion respetable que ocupaba sobre la ciudad de Guarda, y el 29 se movieron resueltos á atacarla. Pero los franceses recogiéndose á Sabugal del Coa, mantuvieron en la orilla derecha nuevas estancias.

Colocóse Wellington en la márgen opuesta, tratando el 3 de abril de cruzar el rio. Para ello echó las milicias portuguesas á las órdenes de los gefes Trant y Juan Wilson por mas abajo de Almeida con trazas de querer cruzar por allí el Coa, al paso que intentaba verificarlo por el otro extremo del lado de Sabugal en donde permanecia el 2° cuerpo francés. Hubo aquí dicho dia un recio combate, dudoso algun tiempo, en el que los ingleses experimentaron bastante pérdida, pero logrando á lo último que los enemigos abandonasen sus puestos.

Entra en España.

Pasó el 5 Massena la frontera de Portugal, y pisó tierra de España despues de muchos meses de ausencia, y de una campaña desgraciada, si bien gloriosa con relacion al talento y pericia militar que desplegó en ella. Pudiera tachársele de haber consentido desórdenes y de no haberse retirado á tiempo, mas lo primero se debió á la escasez del pais y á la penuria y afan que traen consigo las guerras nacionales, y lo segundo á la voluntad del emperador, sordo á todo lo que fuese recejar en una empresa.

Wellington permaneciendo en los confines de Portugal, colocó lo principal de su ejército en ambas orillas del Coa, embistió á Almeida, y puso una division ligera en Gallegos y Espeja.

Remató así la expedicion de Massena en que vino á eclipsarse la estrella de aquel mariscal, conocido antes bajo el nombre de « hijo « mimado de la victoria. » Contada la gente con que entró en Portugal y los refuerzos que llegaron despues, puede asegurarse que ascendieron á 80,000 hombres los empleados en aquella campaña. Solos 45,000 salieron salvos, los demas perecieron de hambre, de enfermedad ó á manos de sus contrarios. Y sin la extremada prudencia de lord Welington, y la destreza y celeridad del mariscal francés, quizá ninguno hollára de nuevo los linderos de España.

Pasa Wellington a Extremadura.

Entonces el general británico persuadido de que Massena no intentaria por de pronto empresa alguna, pensó concordar mejor las operaciones de Extremadura con las del Coa, y dejando el mando interino del ejército aliado á sir Brent Spencer, se encaminó en persona hácia el Alentejo.

Acontecimientos militares en esta provincia.

Evacuan los franceses á Campomayor.

Las instrucciones que habia dado á Beresford se dirigian principalmente á que este general socorriese á Campomayor, cuya toma se ignoraba entonces en los reales ingleses, y á que recobrase las plazas de Olivenza y Badajoz. La primera la habian ocupado

ya los franceses, segun hemos visto, el 22 de marzo, y Beresford cruzando el Tajo el 17 en Tancos y siguiendo por Crato y Portalegre, no dió vista á Campomayor hasta el 25, en cuyo dia evacuaron los enemigos el recinto, del que se posesionaron los aliados sin resistencia alguna. Beresford persiguió á los franceses en su retirada embarazados con un gran convoy que escoltaban tres batallones de infantería y 900 caballos á las órdenes del general Latour Maubourg. Los aliados atacándole le desconcertaron, mas el ardor de los ginetes anglo-portugueses, llevándolos hasta Badajoz, les hizo experimentar cerca de los muros una pérdida considerable.

Debia Beresford en seguida echar un puente de barcas sobre el Guadiana, y pasar este rio por Jurumeña. Y cierto que á usar entonces de presteza, quizá de rebato hubieran recobrado á Olivenza y Badajoz, escasas de víveres, abiertas todavía las brechas, y desprevenidos los franceses para un suceso repentino como la llegada de una fuerza inglesa tan respetable. Pero Beresford anduvo esta vez algo remiso. Imprevistos obstáculos contribuyeron tambien á impedir la celeridad de los movimientos. La tropa con las continuas marchas estaba fatigada, y carecia de varios pertrechos esenciales. Necesitábase ademas construir el puente y no abundaban en Yelves los materiales, y cuando el 3 de abril estaba concluida ya la obra, una creciente sobrevenida en la noche inutilizó el puente, teniendo despues que cruzar el rio en balsas, penosa faena empezada el 5 y no concluida hasta bien entrado el dia 8.

Castaños manda el 5º ejército español.

Por el mismo tiempo Don Francisco Javier Castaños se habia encargado del mando del 5º ejército, sucediendo á Romana que mientras vivió le tuvo en propiedad, y al interino Mendizabal desgraciado momentáneamente de resultas de la aciaga jornada del 19 de febrero. Castaños habia ocupado á Alburquerque y Valencia de Alcántara, plazas igualmente desamparadas por los franceses, y distribuido las reliquias de su ejército en dos trozos bajo las órdenes de Don Pablo Morillo y Don Cárlos España, poniendo la caballería al cargo del conde Penne Villemur. Evolucionó en seguida hácia la derecha del Guadiana en tanto que lo permitieron sus cortas fuerzas, y procuró granjearse la voluntad del general inglés, estableciendo entre ambos buena y amistosa correspondencia.

Los franceses volviendo en breve del sobresalto que les causó el aparecimiento de Beresford, repararon con gran diligencia las plazas, las avituallaron y pusiéronlas á cubierto de una sorpresa, capitaneando interinamente el 5º cuerpo el general Latour Maubourg en lugar del mariscal Mortier de regreso á Francia.

Beresford, despues de pasar el Guadiana, intimó el 19 de abril la rendicion á Olivenza. No habiendo el gobernador cedido á la propuesta, hubo que traer de Yelves cañones de grueso calibre,

Sitian los aliados á Olivenza y se les entrega.

y sitiar en regla la plaza, quedando el general Cole encargado de proseguir el asedio, mientras que Beresford se apostó en la Albuera para cortar con Badajoz las comunicaciones del ejército enemigo, replegado en Llerena. Castaños por la derecha del Guadiana continuó favoreciendo las operaciones de los aliados con tropas destacadas hasta Almendralejo, y lo mismo Ballesteros del lado de Frejenal.

Abierta brecha se rindió el 15 la plaza de Olivenza á merced del vencedor, y se cogieron prisioneros 370 hombres que la guarnecian. Luego construido ya en Jurumeña un puente de barcas, el ejército inglés reconcentró en Santa Marta, y pasó en seguida á Zafra todo el ejército inglés, resguardada siempre su izquierda por Castaños, cuya caballería á las órdenes del conde de Penne Villemur avanzó á Llerena, retrocediendo el 18 Latour Maubourg á Guadalcanal.

Llega Wellington á Extremadura.

En aquellos dias llegó asimismo á Yelves lord Wellington, y el 22 hizo sobre Badajoz un reconocimiento. Era su anhelo recuperar la plaza en el término de dieciseis dias, espacio de tiempo que segun su cálculo tardaria Soult en venir á socorrerla. Y en consecuencia presentándole el comandante de ingenieros inglés el plan de acometer el fuerte de San Cristóbal, como único medio de alcanzar el objeto deseado, aprobó Wellington la propuesta. Pero como exigiese su presencia lo que se aparejaba en el Coa, tornó á sus cuarteles y dejó encomendado á Beresford el acometimiento de Badajoz.

Solicitan los ingleses el mando militar de las provincias confinantes de Portugal.

Al caer Wellington á Extremadura esperaba tambien obtener del gobierno español una señalada prueba de particular confianza. En marzo el ministro inglés sir Enrique Wellesley habia pedido que se diese á su hermano el mando militar de las provincias aledañas de Portugal, para emplear asi con utilidad los recursos que presentaban, y combinar acertadamente las operaciones de la guerra. Súpole mal á la regencia tan inesperada solicitud; mas deseosa de dar á su dictámen mayor fuerza, trató de sustentarle con el de las córtes. Al efecto en los primeros dias de abril pasó en cuerpo una noche con gran solemnidad al seno de aquellas, habiendo de antemano pedido que se celebrase una sesion extraordinaria. Indicaba asunto de importancia tan desusado modo de proceder, porque nunca se correspondian entre sí las córtes y la potestad ejecutiva, sino por medio de oficios ó de los secretarios del despacho. Entró pues en el salon la regencia, y refiriendo de palabra el señor Blake la pretension de los ingleses, expuso varias razones para no acceder á ella, conceptuándola contraria á la independencia y honor nacional, y añadiendo que antes dejaria su puesto que consentir en tamaña humillacion. Entonces los otros dos regentes, los señores Agar y Ciscar, poniéndose en pie repitieron

Niégaseles.

las mismas expresiones con tono firme y entero. Las córtes conmovidas, como lo serán siempre en un primer arrebato los grandes cuerpos populares al oir sentimientos nobles y elevados, aplaudieron la resolucion de la regencia, y diéronle entera aprobacion. Desmaño fue en los ingleses entablar pretension semejante poco despues de lo ocurrido en la Barrosa, suceso que habia agriado muchos ánimos, y despues igualmente de no haber socorrido á Badajoz, contra cuya omision clamaron hasta sus mas parciales. En los regentes si bien nacia tanto interés y calor de patriotismo el mas acendrado, no dejaron tambien de tener parte en ello otras causas; pues á la verdad ya que fuese justo, como pensamos, desechar la solicitud, debiera al menos no haber aparecido la repulsa empeño apasionado. Pero los tres regentes, varones entendidos y purísimos, adolecieron en esta ocasion de humana fragilidad. Blake irlandés de orígen, y marinos Agar y Ciscar resintiéronse, el uno de las preocupaciones de familia, los otros dos de las de la profesion.

Vuelve Wellington á su ejército del norte.

Estuvo Wellington de vuelta en sus reales, ahora colocados en Villa-Formosa, el 28 de abril. Tiempo era que llegase. Massena al entrar en España habia dado descanso por algunos dias á su ejército, y acantonádole en las cercanías de Salamanca con destacamentos hasta Zamora y Toro. Dejó solo una division del 6º cuerpo cerca de los muros de Ciudad Rodrigo, y el 9º en San Felices en observacion del ejército aliado. Cuidó tambien desde luego de acopiar víveres para abastecer á Almeida, escasa de ellos y estrechamente bloqueada por los ingleses.

Preparado ya un convoy en los campos fértiles de Castilla, y repuesto algun tanto el ejército francés, decidió Massena socorrer aquella plaza, y el 23 de abril dió indicio de moverse. Tenia consigo el 2º, 6º y 8º cuerpos, una parte del 9º agregóse á estos, y disponíase la otra á marchar á Extremadura bajo las órdenes de su gefe el general Drouet, quien debia encargarse en dicha provincia del mando del 5º cuerpo; pero la última fuerza no habiendo todavía partido á su destino, asistió tambien á las operaciones que emprendió Massena en los primeros dias de mayo. Muchos soldados de todos estos cuerpos quedaron en los acantonamientos imposibilitados para el servicio activo, y llenaron sus huecos hasta cierto punto tropas apostadas en Castilla, entre las que se distinguia un hermoso cuerpo de artillería y caballería de la guardia imperial, fuerza que cedió á Massena el mariscal Bessières á la cabeza ahora de lo que se llamaba ejército del norte, y oprimia á Castilla la Vieja y las provincias Vascongadas. El total de hombres que de nuevo salia á campaña con Massena ascendia á cerca de 40,000 infantes, y á mas de 5000 caballos, todos ágiles, bien dispuestos, y olvidados ya de sus recientes y penosos trabajos.

Batalla de Fuentes de Oñoro.

A poco de unirse Wellington á su ejército, recogióle y situóse entre el rio Doscasas y el Turones, estendiendo su gente por un espacio de cerca de dos leguas. La izquierda, compuesta de la 5ª division, la colocó junto al fuerte de la Concepcion; el centro, que guarnecia la 6ª, mirando al pueblo de Alameda, y la derecha en Fuentes de Oñoro, en donde se alojaron la 1ª, 3ª y 7ª division. Por el mismo lado se encontraba la caballería, y á cierta distancia en Navabel Don Julian Sanchez con su cuerpo franco. La brigada portuguesa al mando de Pack y un regimiento inglés bloqueaban á Almeida. Wellington presentaba en batalla de 32 á 34,000 peones, 1,500 ginetes y 43 cañones, inferior por consiguiente en fuerza á Massena, sobre todo en caballería.

No obstante eso y su acostumbrada prudencia, resolvió el general inglés arrostrar el peligro, y trabar accion. Tanto le iba en impedir el socorro de Almeida. El 2 de mayo todo el ejército francés empezó á moverse, y cruzó el Azava, antes hinchado, retirándose las tropas ligeras inglesas apostadas en Gallegos y Espeja. El Doscasas corre acanalado, y no es su ribera de fácil acceso. El pueblo de Fuentes de Oñoro está asentado en la hondonada á la izquierda del rio, excepto una ermita y contadas casas que aparecen en una eminencia roqueña y escarpada. Los franceses el 3 atacaron con impetuosidad dicho pueblo, y aun se apoderaron despues de una lid porfiada de la parte baja, de donde á su vez los desalojaron los ingleses, forzándolos á repasar el rio, ó mas bien riachuelo de Doscasas. En lo demas de la línea se escaramuzó reciamente, por lo que las tropas ligeras inglesas que se habian acogido á Fuentes de Oñoro; enviólas Wellington á reforzar el centro.

Todavía no estaba el 3 en su campo el mariscal Massena. Llegó el 4, y en su compañía Bessières que regia los de la guardia imperial. Wellington, segun lo ocurrido el 3 y otras maniobras del enemigo, sospechó que este, para enseñorearse del sitio elevado que ocupaban en Fuentes de Oñoro las tropas inglesas, cruzaria el Doscasas en Pozovelho, y procuraria ganar una altura hácia Navavel, la cual domina toda la comarca: por tanto con la mira Wellington de evitar tal contratiempo, movió por su derecha la 7ª division que se puso asi en contacto con Don Julian Sanchez, prolongándose desde entonces media legua mas la línea de los aliados, aunque, conforme á la máxima ya de nuestro gran capitan, Gonzalo de Córdoba, « no hay cosa tan peligrosa « como extender mucho la frente de la batalla. »

(* Ap. n. 2.)

En la mañana del 5 se presentó en efecto el tercer cuerpo francés, y toda la caballería del lado opuesto de Pozovelho, y el 6º á las órdenes ahora de Loison con lo que quedaba del 9º, se meneó por su izquierda. Sin tardanza reforzó Wellington la 7ª division del mando de Houston con las tropas ligeras á la órden de Crawfurd, las cuales habian vuelto del centro con la caballería gobernada por sir

Stapleton Cotton. Hizo tambien que la 1ª y 3ª division se corriesen á la derecha, siguiendo las alturas paralelas al Turones y Doscasas, en correspondencia á la maniobra ejecutada en la parte frontera por el 6º y 9º cuerpo de los franceses.

Embistió luego el enemigo por Pozovelho, y arrojó de allí un trozo de la 7ª division inglesa: fuése apoderando sucesivamente de un bosque vecino, y entre la espesura de este y Navavel formó en un llano la caballería de Mont-Brun. Don Julian Sanchez si bien con flacos medios entretuvo á los ginetes enemigos no cruzando el Turones hasta cosa de una hora despues, y cedió entonces no solo por la superioridad de la fuerza que le cargaba, sino tambien enojado de que á un oficial suyo que enviaba á pedir auxilio le hubiesen matado los ingleses tomándole por un frances.

Durante algun tiempo recobró la division ligera inglesa el terreno perdido de Pozovelho; pero el general Mont-Brun, desembarazado de don Julian Sanchez, ciñó la derecha de la 7ª division británica, y la caballería de Cotton en tanto grado que tuvieron que replegarse, aunque reprimieron la impetuosidad francesa con acertado fuego.

Llegado que se hubo á este trance Wellington, decidido poco antes á mantener por medio de sus maniobras la comunicacion con la orilla izquierda del Coa, via de Sabugal, al mismo tiempo que el bloqueo de Almeida, abandonó la primera parte de su plan y se concretó á la postrera. En ejecucion de lo cual reconcentróse en Fuentes de Oñoro, y ocupó con la 7ª division un terreno elevado mas allá del Turones, tratando de asegurar de este modo su flanco derecho y el camino que va al puente de Caslellobom sobre el Coa.

Practicaron los ingleses la evolucion, aunque ardua, con felicidad y maña, y resultó de ella alojarse ahora su derecha en las alturas que median entre el Turones y Doscasas. Allí en Fresneda se incorporó la infantería de Don Julian Sanchez al ejército británico, viniendo por un rodeo de Navavel, y á dicho gefe con su caballería envióle Wellington á interceptar las comunicaciones del enemigo con Ciudad Rodrigo.

Los mas pensaban que Massena insistiria en cerrar con la derecha de los ingleses, y envolverla moviendóse hácia Castellobom. Pero en vez de ejecutar una maniobra que parecia la mas oportuna y estaba indicada, limitóse á cañonear por aquella parte, y á hacer amagos y algunas acometidas con la caballería sobre los puestos avanzados, fijando todo su anhelo en apoderarse de Fuentes de Oñoro, y romper lo que ahora en realidad era centro de los ingleses.

Hasta la noche persistieron los franceses en este ataque reñidísimo, y con varia suerte. El 6º cuerpo y el 9º eran los acometedores, y Wellington mas tranquilo en cuanto á su derecha, reforzó con las reservas de ella la 1ª y 3ª division que llevaron en el centro

el principal peso de la pelea, portándose varios cuerpos portugueses con la mayor bizarría.

Lo recio del combate solo duró por la derecha hasta las doce: en Fuentes de Oñoro continuó, como hemos dicho, todo el dia, y cesó repasando los franceses el Doscasas, y quedándose los aliados en lo alto, sin que ni unos ni otros ocupasen el lugar situado en lo hondo.

Mientras que la accion andaba tan empeñada por la derecha y centro, el 2º cuerpo del mando de Reynier aparentó atacar el extremo de la línea izquierda de los aliados que cubria sir Guillelmo Erskine con la 5ª division, defendiendo al mismo tiempo los pasos del rio Doscasas por el lado del fuerte de la Concepcion y Aldea del Obispo. Reynier no se empeñó en ninguna refriega importante al ver al inglés pronto á aceptarla. Tampoco ocurrió suceso notable delante de Almeida, en donde se apostaba la 6ª division que regia el general Campbell. El convoy que los franceses tenian preparado con destino á Almeida, estuvo aguardando en Gallegos todo el dia coyuntura favorable que no se le presentó para introducirse en la plaza.

La batalla por tanto de Fuentes de Oñoro puede mirarse como indecisa, respecto á que ambas partes conservaron poco mas ó menos sus anteriores puestos, y que el pueblo situado en lo bajo, verdadero campo de pelea, no quedó ni por unos ni por otros. Sin embargo las resultas fueron favorables á los aliados, imposibilitado el enemigo de conservar y de avituallar á Almeida, que era su principal objeto. El ejército anglo-portugués perdió 1500 hombres, de ellos 500 prisioneros. El francés algunos mas por su porfía de querer ganar las alturas de Fuentes de Oñoro.

Temia Wellington que los enemigos renovasen al dia siguiente el combate, y por eso empezó á levantar atrincheramientos que le abrigasen en su posicion. Mas los franceses, permaneciendo tranquilos el 6 y el 7, se retiraron el 8 sin ser molestados. Cruzaron el 10 el Agueda, la mayor parte por Ciudad Rodrigo, los de Reynier por Barba de Puerco.

Evacúan los franceses á Almeida.

Este dia la guarnicion enemiga evacuó á Almeida. Era gobernador el general Brennier, oficial inteligente y brioso. No pudiendo Massena socorrer la plaza mandóle que la desamparase. Fue portador de la órden un soldado animoso y aturdido de nombre Andrés Tillet, que consiguió esquivar, aunque vestido con su propio uniforme, la vigilancia de los puestos ingleses. El gobernador á su salida trató de arruinar las fortificaciones, y preparadas las convenientes minas al reventar de ellas avalanzóse fuera con su gente, y burló á los contrarios que le cerraban con dobles líneas. Se encaminó en seguida apresuradamente al Agueda con direccion á Barba de Puerco, en donde le ampararon las tropas del mando de Reynier, conteniendo á los ingleses que le acosaban.

La conducta, en la jornada de Fuentes de Oñoro, de los generales en gefe Wellington y Massena sorprendió á los entendidos y prácticos en el arte de la guerra. Tan circunspecto el primero al salir de Torres Vedras; tan cauto en el perseguimiento de los contrarios; tan cuidadoso en evitar serios combates cuando todo le favorecia, olvidó ahora su prudencia y acostumbrada pausa; ahora que su ejército estaba desmembrado con las fuerzas enviadas al Guadiana, y Massena engrosado y rehecho, aventurándose á trabar batalla en una posicion extendida y defectuosa que tenia á las espaldas la plaza de Almeida, todavía en poder de los enemigos, y el Coa de hondas riberas y de dificultoso tránsito para un ejército en caso de precipitosa retirada. Y ¿qué impelió al general inglés á desviarse de su anterior plan seguido con tal constancia? El deseo, sin duda, de impedir el abastecimiento de Almeida. Motivo poderoso; pero ¿era comparable acaso con la empresa mucho menos arriesgada de desbaratar al enemigo y destruirle en su marcha? No solo Almeida entonces, quizá tambien Ciudad Rodrigo hubiera caido en manos de los aliados, y el aniquilamiento del ejército francés de Portugal hubiera influido ventajosamente hasta en las operaciones de Extremadura, y de todo el mediodia de España.

Por su parte Massena mostróse no tan atinado como de costumbre, pues á haber proseguido vigorosamente la ventaja alcanzada sobre la derecha inglesa, á la sazon que tuvo esta que replegarse y variar de puesto, la victoria se hubiera verisímilmente declarado por el ejército francés, y los nuevos laureles encubriendo los contratiempos pasados, quizá cambiaran la suerte entera de la guerra peninsular. Dícese que varios generales, sabiendo que iban á ser reemplazados, obraron flojamente y desavenidos.

Sucede á Massena en el mando el mariscal Marmont.

En efecto Junot y Loison partieron en breve para Francia. Massena mismo cedió el mando el 11 de mayo al mariscal Marmont, duque de Ragusa: y Drouet con los 10 á 11,000 hombres que le restaban del 9° cuerpo, marchó la vuelta de las Andalucías y Extremadura.

El recien llegado mariscal acantonó su ejército en las orillas del Tórmes, y solo dejó una parte entre este rio y el Agueda, debiendo hacer mudanzas y arreglos en el órden y la distribucion.

Wellington vuelve á partir para Extremadura.

Acampó Wellington su gente desde el Coa al Doscasas; y el 16 del mismo mayo volvió á partir con dos divisiones á Extremadura, porque Soult asistido de bastante fuerza se adelantaba otra vez camino de aquella provincia.

Beresford sitia á Badajoz.

Habia desde el 4 de mayo embestido Beresford la plaza de Badajoz por la izquierda del Guadiana con 5,000 hombres, reforzados por la 1ª divison del 5° ejército español bajo el mando de Don Cárlos de España. El 8 verificólo por la márgen derecha, completando asi el acordonamiento de la plaza,

y decidió abrir aquella misma noche la trinchera por delante de San Cristóbal, punto señalado para el principal ataque. Como era el primer sitio que los ingleses emprendian en España, sus ingenieros no se mostraron muy prácticos; faltos tambien de muchas cosas necesarias.

Disponíanse al propio tiempo los anglo-portugueses á obrar ofensivamente contra el ejército enemigo en la misma Extremadura, aguardando apoyo de parte de los españoles. No se miraba como de importancia el que podia dar por sí solo el general Castaños, y de consiguiente se contaba con otras fuerzas.

Expedicion que manda Blake y va á Extremadura.

Eran estas las de Ballesteros y una expedicion que dió la vela de Cádiz el 16 de abril. A su cabeza habíase puesto Don Joaquin Blake, presidente de la regencia, para lo que obtuvo especial permiso de las córtes, vedando el reglamento dado á la potestad ejecutiva, el que mandase ninguno de sus individuos la fuerza armada. Blake tomó tierra el 18 en el condado de Niebla, y marchó por la sierra á Extremadura. Allí se unió con la division de Don Francisco Ballesteros; hallándose todo el cuerpo expedicionario acantonado el 7 de mayo en Frejenal y en Monasterio. Se componia de las divisiones 3ª y 4ª del 4º ejército y de una vanguardia. Esta la mandaba Don José de Lardizabal; era la 3ª division la de Don Francisco Ballesteros; capitaneaba la 4ª Don José de Zayas, y los ginetes Don Casimiro Loi. En todo 12,000 hombres, entre ellos 1200 caballos con doce piezas. Ejercia la funcion de gefe de estado mayor Don *Antonio Burriel, oficial sabio y amigo particular de Don Joaquin* Blake.

Cuando Wellington estuvo en Yelves quiso ponerse de acuerdo con los generales españoles para las operaciones ulteriores; mas no pudiendo Castaños atravesar el Guadiana á causa de una avenida repentina, la misma que se llevó el puente de campaña establecido frente de Jurumeña, le envió Wellington una memoria comprensiva de los principales puntos en que deseaba convenirse, y eran los siguientes: 1º que Blake á su llegada se situaria en Jerez de los Caballeros, poniendo sobre su izquierda en Burguillos á Ballesteros: 2º que la caballería del 5º ejército se apostaria en Llerena para observar el camino de Guadalcanal y comunicar con el dicho Ballesteros por Zafra: 3º que Castaños se mantendria con su infantería en Mérida para apoyar sus ginetes, excepto la division de España reservada al asedio de Badajoz: y 4º que el ejército británico se alojaria en una segunda línea, debiendo en caso de batalla unirse todas las fuerzas en la Albuera, como centro de los caminos que de Andalucía se dirigen á Badajoz.

Anteriores instrucciones de Wellington.

En la memoria indicó tambien Wellington que si se juntaban para presentar la batalla diversos cuerpos de los aliados, tomaria la direccion el general mas an-

torizado por su antigüedad y graduacion militar. Obsequio en realidad hecho á Castaños á quien, en tal cáso, correspondia el mando; pero obsequio que rehusó con loable delicadeza sustituyendo á lo propuesto que gobernaria en gefe, llegado el momento, el general que concurriese con mayores fuerzas: alteracion que mereció la aprobacion de todos. Asistieron los generales españoles en los demas puntos al plan trazado por el inglés.

Avanza Soult á Extremadura.

Instaba á Soult ir al socorro de Badajoz. Mas antes tomó disposiciones que amparasen bastantemente las líneas de Cádiz y la isla en donde no dejaba de inquietar á los enemigos el marqués de Coupigny, sucesor, segun vimos, de la Peña. Fortificó tambien el mariscal francés mas de lo que ya lo estaban las avenidas de Triana y el monasterio cercano de la Cartuja para abrigar á Sevilla de una sorpresa; y hechos otros arreglos partió de esta ciudad el 10 de mayo. Llevaba consigo 30 cañones, 3,000 dragones, una division de infantería reforzada por un batallon de granaderos perteneciente al cuerpo que mandaba Victor, y dos regimientos de caballería ligera que lo eran del de Sebastiani. Llegó el 11 á Santa Olalla y juntósele allí el general Maransin: al mismo tiempo una brigada del general Godinot acuartelado en Córdoba avanzaba por Constantina. Unióse el 13 á Soult el general Latour Maubourg, que tomó el mando de la caballería pesada, encargándose del 5º cuerpo el general Girard. Los franceses contaban en todo unos 20,000 infantes y cerca de 5000 caballos, con 40 cañones. Sentaron el 14 en Villafranca su cuartel general.

Levanta Beresford el sitio de Badajoz.

No habian entre tanto los ingleses adelantado en el sitio de Badajoz. Philippon, gobernador francés, aventajábase demasiado en saber y diligencia para no contener fácilmente la inexperiencia de los ingenieros ingleses é inutilizar los medios que contra él empleaban, insuficientes á la verdad. Al aproximarse Soult mandó Beresford descercar la plaza, y en los dias 13 y 14 empezó á darse cumplimiento á la órden, siendo del todo abandonado el sitio en la noche del 15, en que se alejó la 4ª division inglesa y la de Don Cárlos de España, últimas tropas que habian quedado. Perdieron los aliados en tan infructuosa tentativa unos 700 hombres muertos y heridos.

Batalla de la Albuera.

Tuvieron el 14 vistas en Valverde de Leganés con el mariscal Beresford los generales españoles, y convinieron todos en presentar batalla á los franceses en las cercanías de la Albuera. En consecuencia expidieron órdenes para reunir allí brevemente todas las tropas del ejército combinado.

Es la Albuera un lugar de corto vecindario situado en el camino real que de Sevilla va á Badajoz, distante cuatro leguas de esta ciudad y á la izquierda de un riachuelo que toma el mismo nombre formado poco mas arriba de la union del arroyo de Nogales con el de Chicapierna. En frente del pueblo hay un puente viejo y otro

nuevo al lado, paso preciso de la carretera. Por ambas orillas el terreno es llano y en general despejado con suave declive á las riberas. En la de la derecha se divisa una dehesa y carrascal llamado de la Natera, que encubre hasta corta distancia el camino real, y sobre todo la orilla rio arriba por donde el enemigo tentó su principal ataque. En la márgen izquierda por la mayor parte no hay árboles ni arbustos, convirtiéndose mas y mas aquellos campos que tuesta el sol en áridos sequerales, especialmente yendo hácia Valverde. Aqui la tierra se eleva insensiblemente y da el ser á unas lomas que se extienden detras de la Albuera con vertientes á la otra parte, cuya falda por alli lame el arroyo de Valdesevilla. En las lomas se asentó el ejército aliado.

El expedicionario llegó tarde en la noche del 15, y se colocó á la derecha en dos líneas : en la primera, siguiendo el mismo orden, Don José de Lardizabal y Don Francisco Ballesteros que tocaba al camino de Valverde : en la segunda, á 200 pasos, Don José de Zayas. La caballería se distribuyó igualmente en dos líneas, unida ya la del 5º ejército bajo las órdenes del conde de Penne Villemur que mandó la totalidad de nuestros ginetes.

El ejército anglo-portugués continuaba en la misma alineacion aunque sencilla : su derecha en el camino de Valverde, dilatándose por la izquierda perpendicularmente á los españoles. El general Guillermo Stewart con su 2ª division venia despues de Ballesteros, y estaba situado entre dicho camino de Valverde y el de Badajoz; cerraba la izquierda de todo el ejército combinado la division del general Hamilton que era de portugueses. Ocupaba el pueblo de la Albuera con las tropas ligeras el general Alten. La artillería británica se situó en una línea sobre el camino de Valverde : los caballos portugueses junto á sus infantes al extremo de la izquierda, y los ingleses avanzados cerca del arroyo de Chicapierna de donde se replegaron al atacar el enemigo. Los mandaba el general Lumley que se puso á la cabeza de toda la caballería aliada.

Colocado ya asi el ejército, llegó Don Froncisco Javier Castaños con seis cañones y la division de infantería de Don Cárlos de España, la cual se situó á ambos costados de la de Zayas, ascendiendo los recien venidos con los de Penne Villemur, todos del 5º ejército, á unos 5000 hombres. Tambien se incorporaron al mismo tiempo dos brigadas de la 4ª division británica que regia el general Cole, y que formaron con una de las brigadas de Hamilton otra segunda línea detras de los anglo-portugueses, los cuales hasta entonces carecian de este apoyo. La fuerza entera de los aliados rayaba en 31,000 hombres, mas de 27,000 infantes y 3600 caballos. Unos 15,000 eran españoles, los demas ingleses y portugueses; por lo que siendo mayor el número de estos, encargóse del mando en gefe, conforme á lo convenido, el mariscal Beresford.

Alboreaba el dia 15 de mayo y ya se escaramuzaban los ginetes. El tiempo anubarrado pronoticaba lluvia. A las ocho avanzaron por el llano dos regimientos de dragones enemigos que guiaba el general Briche con una batería ligera, al paso que el general Godinot seguido de infantería daba indicio de acometer el lugar de la Albuera por el puente. Los españoles empezaron entonces á cañonear desde sus puestos.

A la sazon los generales Castaños, Beresford y Blake con sus estados mayores y otros gefes, almorzaban juntos en un ribazo cerca del pueblo entre la 1ª y 2ª línea, y observando el maniobrar del enemigo opinaban los mas que acometiera por el frente ó izquierda del ejército aliado. Entre los concurrentes hallábase el coronel Don Bertoldo Schepeler, distinguido oficial aleman que habia venido á servir de voluntario la justa causa de la libertad española; y creyendo por el contrario que los franceses embestirian el costado derecho, tenia fija su vista hácia aquella parte, cuando columbrando en medio del carrascal y matorrales de la otra orilla el relucir de las bayonetas, exclamó: « por allí vienen. » Blake entonces le envió de explorador, y en pos de él, á otros oficiales de estado mayor.

Cerciorados todos de que realmente era aquel el punto amenazado, necesitóse variar la formacion de la derecha que ocupaban los españoles: mudanza difícil en presencia del enemigo y mas para tropas que, aunque muy bizarras, no estaban todavía bastante avezadas á evolucionar con la presteza y facilidad requeridas en semejantes aprietos.

No obstante vérificáronlo los nuestros atinadamente pasando parte de las que estaban en segunda línea á cubrir el flanco derecho de la primera, desplegando en batalla y formando con la última martillo, ó sea un ángulo recto. Acercábase ya el terrible trance: los enemigos se adelantaban por el bosque; á su izquierda traian la caballería mandada por Latour Maubourg, en el centro la artillería bajo el general Ruty, y á su derecha la infantería compuesta de dos divisiones del 5º cuerpo mandadas por el general Girard, y de una reserva que lo era por el general Werlé. Cruzaron el Nogales y el arroyo de Chicapierna, y entonces hicieron un movimiento de conversion sobre su derecha, para ceñir el flanco tambien derecho de los aliados, y aun abrazarle, cortando asi los caminos de la sierra, de Olivenza y de Valverde, y procurando arrojar á los nuestros sobre el arroyo Valdesevilla y estrecharlos contra Badajoz y el Guadiana. Mientras que los enemigos comenzaban este ataque; que era, repetimos, el principal de su plan, continuaban el general Godinot y Briche amagando lo que se consideraba antes en la primera formacion centro é izquierda del ejército combinado.

Trabóse, pues, por la derecha el combate formal. Empezóle Zayas, le continuó Lardizabal que habia seguido el movimiento

de aquel general, y empeñáronse al fin en la pelea todos los españoles, excepto dos batallones de Ballesteros, que quedaron haciendo frente al rio de la Albuera: mas lo restante de la misma division favoreció la maniobra de Zayas, é hizo una arremetida sobresaliente por el diestro flanco de las columnas acometedoras, conteniéndolas y baciéndolas alli suspender el fuego. Los enemigos entonces rechazados sobre sus reservas, insistieron muchas veces en su propósito si bien en balde; pero al cabo ayudados de la caballería mandada por Latour-Maubourg se colocaron en la cuesta de las lomas que ocupaban los españoles.

Acorrió en ayuda de estos la division del general Stewart ya en movimiento y marchó á ponerse á la derecha de Zayas; siguióle la de Cole á lo lejos, y se dilató la caballería al mando de Lumley la vuelta del Valdesevilla para evitar la enclavadura de nuestra derecha en las columnas enemigas, siendo ahora la nueva posicion del ejército aliado perpendicular al frente en donde primero habia formado. Alten se mantuvo en el pueblo de la Albuera, y Hamilton con los portugueses, aunque tambien avanzado, quedóse en la línea precedente con destino á atajar las tentativas que hiciese contra el puente el general Godinot.

Por la derecha prosiguiendo vivísimo el combate y adelantándose Stewart con la brigada de Colbourne, una de las de su division, retrocedian ya de nuevo los franceses cuando sus húsares y los lanceros polacos arremetiendo al inglés por la espalda dispersaron la brigada insinuada, y cogiéronle cañones, 800 prisioneros y 3 banderas. Ráfagas de un vendaval impetuoso, y furiosos aguaceros unidos al humo de las descargas impedian discernir con claridad los objetos, y por eso pudieron los ginetes enemigos pasar por el flanco sin ser vistos, y embestir á retaguardia. Algunos polacos llevados del triunfo se embocaron por entre las dos líneas que formaban los aliados; y la segunda inglesa, creyendo la primera ya rota, hizo fuego sobre ella y sobre el punto donde estaba Blake: afortunadamente descubrióse luego el engaño.

En tan apurado instante sostúvose sin embargo firme un regimiento de los de la brigada de Colbourne, y dió lugar á que Steward con la de Houghton volviese á renovar la acometida. Hízolo con el mayor esfuerzo; ayudóle, colocándose en línea la artillería bajo el mayor Dickson, y tambien otra brigada de la misma division que se dirigió á la izquierda. Don José de Zayas con los suyos empeñóse segunda vez en la lucha, y lidió valerosamente. La caballería apostada á la derecha del flanco atacado, reprimió al enemigo por el llano, y se distinguió sobre todo y favoreció á Stewart en su desgracia la del 5° ejército español acaudillada por el conde de Penne Villemur y su segundo Don Antolin Riguilon.

La contienda andaba brava, y el tiempo habiendo escampado permitia obrar á las claras. De ningun lado se cejaba, y hacianse

descargas á medio tiro de fusil: terrible era el estruendo y tumulto de las armas, estrepitosa la altanera vocería de los contrarios. Por toda la línea habíase trabado la accion; en el frente primitivo y en la puente de la Albuera tambien se combatia. Alten aqui defendió el pueblo vigorosamente, y Hamilton con los portugueses y los dos batallones españoles, que dijimos habian quedado en la posicion primera, protegiéronla con distinguida honra.

Dudoso todavía el éxito cargaron en fin al enemigo las dos brigadas de la division de Cole; la una portuguesa bajo el general Harvey se movió por entre la caballería de Lumley y la derecha de las lomas, sobre cuya posesion principalmente se peleaba, y la otra que conducia Myers encaminóse adonde Stewart batallaba.

A poco Zayas, animado en vista de este movimiento, arremetió en columna cerrada arma al brazo, y hallábase á diez pasos del enemigo á la sazon que flanqueado este por portugueses de la brigada de Harvey, volvió la espalda, y arremolinándose sus soldados, y cayendo unos sobre otros, en breve fugitivos todos, rodaron y se atropellaron la ladera abajo. Su caballería numerosa y superior á la aliada pudo solo cubrir repliegue tan desordenado. Repasó el enemigo los arroyos, y situóse en las eminencias de la otra orilla, asestando su artillería para proteger en union con los ginetes sus deshechas y casi desbandadas huestes.

No los persiguieron mas allá los aliados, cuya pérdida habia sido considerable. La de solos los españoles ascendia á 1365 hombres entre muertos y heridos: de estos fueron Don Cárlos de España; de aquellos el ayudante primero de estado mayor Don Emeterio Velarde que dijo al espirar: « Nada importa que yo muera si hemos « ganado la batalla. » Los portugueses perdieron 363 hombres: los ingleses 3614 y 600 prisioneros, pues los otros se salvaron de las manos de los franceses en medio del bullicio y confusion de la derrota. Perecieron de los generales británicos Houghton y Myers: quedó herido Stewart, Cole y otros oficiales de graduacion.

Contaron los franceses de menos 8000 hombres: murieron de ellos los generales Pepin y Werlé, y fueron heridos Gazan, Maransin y Bruyer. Sangrienta lid, aunque no fue de larga duracion.

El 19 ambos ejércitos se mantuvieron en línea en frente uno de otro: retiróse Soult por la noche, yendo tan despacio que no llegó á Llerena hasta el 23. Los aliados dejáronle ir tranquilo. Solo le siguió la caballería que mandada por Lumley tuvo luego en Usagre un recio choque en que fueron escarmentados los ginetes enemigos con pérdida de mas de 200 hombres.

Manifestacion del parlamento británico y de las cortes en favor de los ejércitos.

El parlamento británico declaró « reconocer alta- « mente el distinguido valor é intrepidez con que se « habia conducido el ejército español del mando de « S. E. el general Blake en la batalla de la Albuera, » aunque parece no habia ejemplo de demostraciones

semejantes en favor de tropas extrangeras. Las cortes hicieron igual ó parecida declaracion respecto de los aliados, y ademas decretaron ser el ejército español benemérito de la patria, con órden de que finalizada la guerra, se erigiese en la Albuera un monumento. Agracióse tambien con un grado á los oficiales mas antiguos de cada clase.

Celebra la victoria lord Byron. (* Ap. n. 3.)

Mereció tan gloriosa jornada honorífica conmemoracion del estro sublime de * lord Byron, expresando que en lo venidero seria el de la Albuera asunto digno de celebrarse en las jácaras y canciones populares.

Llega Wellington despues de la batalla.

El 19 llegó lord Wellington al Guadiana acompañado de las dos divisiones con las que, segun dijmos, habia salido de sus cuarteles del norte. Visitó el mismo dia el campo de la Albuera, y ordenó al mariscal Beresford que no hiciese sino observar al enemigo y perseguirle cautelosamente. Fue luego enviado dicho mariscal á Lisboa con destino á organizar nuevas tropas. Hubo quien atribuyó la comision á la sombra que causaban los recientes laureles; otros, al parecer mas bien informados, á disposiciones generales y no á zelosas ni mezquinas pasiones: debiéndose advertir que las dotes que adornaban al Beresford antes se acomodaban á organizar y disciplinar gente bisoña, que á guiar un ejército en campaña. El general Hill, de vuelta en Portugal, recobrada ya la salud, volvió á tomar el mando de la 2ª division británica encomendada en su ausencia á Beresford con las demas tropas anglo-portuguesas que por lo comun maniobraron á la izquierda del Tajo.

No viéndose Soult acosado paróse en Llerena, y llamó hácia sí todas las tropas de las Andalucías que podian juntársele sin detrimento de los puntos fortificados y demas puestos que ocupaban. Se esmeró al propio tiempo en acopiar subsistencias que no abundaban, y su escasez produjo disgusto y quejas en el campo, pues los naturales desamparando en lo general sus casas, procuraban engañar al enemigo y deslumbrarle para que no descubriese los granos que, siendo en aquella tierra guardados en silos, ocultábanse fácilmente al ojo lince del soldado que iba á la pecorea. Por la espalda incomodaban asimismo al ejército de Soult partidarios audaces que se interponian en el camino de Sevilla y cortaban la comunicacion, teniendo para aventarlos que batir la estrada, y destacar á varios puntos algunos cuerpos sueltos.

Emprendese de nuevo el sitio de Badajoz.

Dispuso Wellington que una gran parte del ejército aliado se acantonase en Zafra, Santa Marta, Feria, Almendral y otros pueblos de los alrededores, con la caballería en Ribera y Villafranca de Barros. El 18 habia ya la division de Hamilton renovado por la izquierda del Guadiana el bloqueo de Badajoz, á cuya parte acudió tambien la nuestra que antes mandaba Don Cárlos de España, y ahora Don Pedro Agustin

Giron segundo de Castaños. Dudóse algun tiempo si se emprenderia entonces el sitio formal, no siendo dado apoderarse en breve de la plaza, y temible que en el entretanto tornasen los franceses á socorrerla. No obstante decidióse Wellington al asedio, y el 22 convino, despues de madura deliberacion con los ingenieros y otros gefes, en seguir el ataque resuelto para la anterior tentativa, si bien modificado en los pormenores.

De consiguiente el 25 la 7ª division británica del mando de Houston embistió á Badajoz por la derecha del Guadiana, y el 27 la 3ª reforzó la de Hamilton colocada á la izquierda del mismo rio. Empezóse el 29 á abrir la trinchera contra el fuerte de San Cristóbal, divirtiendo al propio tiempo la atencion del enemigo con falsos acometimientos hácia Pardaleras. Del 30 al 31 comenzaron igualmente los sitiadores un ataque por el mediodia contra el castillo antiguo.

Abierta brecha al este en San Cristóbal, tentaron los ingleses creyéndola practicable asaltar el fuerte, y se aproximaron á su recinto teniendo á la cabeza al teniente Forster. De cerca vió este que se habian equivocado, pero hallándose ya él y los suyos en el foso y animados, quisieron en vano trepar á la brecha repeliéndolos el enemigo con pérdida: entre los muertos contóse al mismo Forster.

En el castillo tampoco se habia aportillado mucho el muro á pesar de los escombros que se veian al pie. El 9 repitióse otro acometimiento contra San Cristóbal si bien no con mayor fruto. Desde entonces convirtióse el sitio en bloqueo con intencion Wellington de levantarle del todo. No se comprende como se empezó siquiera tal asedio, careciendo allí los ingleses de zapadores, y desproveidos hasta de cestones y faginas.

Gran quema en los campos.

Entonces fue cuando de resultas de una hoguera encendida por artilleros portugueses, acampados al raso no lejos de Badajoz en la márgen izquierda del Guadiana, se prendió fuego á las heredades y chaparros vecinos, cundiendo la llama con violencia tan espantosa que en el espacio de tres dias se acercó á Mérida, ciudad que se preservó de tamaña catástrofe por hallarse interpuesto aquel anchuroso rio. Duró el fuego quince dias, y devoró casas, encinares, dehesas, las mieses ya casi maduras, todo cuanto encontró.

Vuelve á avanzar Soult.

Reforzado Soult mas y mas determinó ponerse en movimiento la vuelta de Badajoz, y abrió su marcha el 12 de junio juntándosele por entonces el general Drouet que se habia encaminado con los restos del 9º cuerpo por Avila y Toledo sobre Córdoba, y de allí torciendo á su derecha habia venido á dar á Belalcázar y al campo de los suyos en Extremadura. Incorporáronse estas fuerzas con el 5º cuerpo que empezó desde luego á gobernar dicho Drouet. Tenia por mira Soult libertar á Badajoz,

pero no osando aunque muy engrosado ejecutarlo por sí solo, quiso aguardar á que se le acercase Marmont en marcha ya para el Guadiana.

El mariscal Marmont viene sobre el Guadiana.

Apenas habia tomado á su cargo este mariscal el ejército de Portugal, cuando le dió nueva forma, distribuyendo en seis divisiones sus tres anteriores cuerpos. Su conato luego que abasteció á Ciudad Rodrigo, se dirigió principalmente segun las órdenes de Napoleon á cooperar con Soult en Extremadura, habiendo acudido allí la mayor parte del ejército combinado. Cuatro divisiones de Marmont partieron de Alba de Tórmes el 3 de junio, y las otras dos habíanse todavía quedado hácia el Agueda, atento el mariscal frances á explorar los movimientos de sir Brent Spencer que mandaba en ausencia de Wellington las tropas del Coa. Pero habiendo hecho Marmont un reconocimiento el 6, y persuadido de que el general inglés no le incomodaria, y que solo seguiria paralelamente el movimiento de las tropas francesas, salió en persona para Extremadura, acompañado del resto de su fuerza con direccion al puerto de Baños. Cruzó el Tajo en Almaraz habiendo echado al intento un puente volante, y su ejército puesto ya en la orilla izquierda marchó en dos trozos, uno de ellos por Trujillo á Mérida, otro sesgueando á la izquierda sobre Medellin.

Retírase Wellington sobre Campomayor.

Cuando Wellington averiguó que Soult avanzaba, apostóse en la Albuera para contenerle y empeñar batalla. Mas despues noticioso de que Marmont estaba ya próximo á juntarse al otro mariscal, con razon no quiso continuar en una posicion en que tenia á la espalda á Badajoz y Guadiana, sobre todo debiendo habérselas con fuerzas tan considerables como las de los dos mariscales reunidos, y por tanto abandonó la Albuera descercó á Badajoz, y repasando el Guadiana, se acogió el 17 á Yelves. Lo mismo hicieron los españoles vadeando el rio por Jurumeña. Aproximáronse de consiguiente sin obstáculo Marmont y Soult, y se avistaron el 19 en el mismo Badajoz.

Juntasele su ejército del norte de Portugal.

Habia sir Brent Spencer en el entre tanto marchado á lo largo de la raya de Portugal, pasado el Tajo en Villavelha, y reunídose á Wellington en las alturas de Campomayor. Preparábase aquí el último á pelear extendiéndose su ejército por los bosques deleitosos de ambas orillas del Caya. Constaba en todo su fuerza de 60,000 hombres. Otros tantos tenian los enemigos quienes haciendo el 22 reconocimientos por Yelves y Badajoz, se abstuvieron de comprometerse; no considerando fácil deshacer á los aliados situados ventajosamente.

Blake se separa del ejército aliado.

De estos se habia separado Blake el 18 seguido por el ejército expedicionario, la division de Ballesteros, la de Giron y caballería de Penne Villemur, no bien avenido con la supremacía de Wellington, por lo que se ofrecio á

hacer una correría al condado de Niebla. Dió el general en gefe su aprobacion á la propuesta, y Blake caminando por dentro de Portugal, repasó el Guadiana en Mértola el 25. En el tránsito padecieron nuestras tropas muchas escaseces á causa de las marchas rápidas que hicieron; y desmandáronse muy reprensiblemente los soldados de Ballesteros, molestando sobremanera y maltratando á los naturales.

Parecia que Blake llevaba la mira en su expedicion de ponerse sobre Sevilla casi abandonada en aquel tiempo, y no defendiéndola sino escasas tropas francesas y unos pocos jurados españoles, gente en la que no confiaba el extrangero. Para que no se malograre tal empresa, conveniente era marchar aceleradamente, pues de otro modo volviendo Soult pie atras apresurarïase á ir en socorro de la ciudad. Pero Blake sin motivo plausible detúvose y resolvió antes apoderarse de Niebla, villa á la derecha del Tinto rodeada de un muro viejo y de un castillo cuyas paredes en especial las de la torre del Homenage, son de un espesor desusado. Cabecera de la comarca y en buen parage para enseñorearla, habíanla los franceses fortalecido cuidadosamente aprovechándose de sus antiguos reparos, entre los que se descubrieron (segun nos ha dicho el mismo duque de Aremberg principal promotor de aquellos trabajos) bastantes restos de la dominacion romana. Mandaba ahora allí el coronel Fritzherds al frente de 600 suizos.

Su desgraciada tentativa contra Niebla.

Encomendóse el ataque á la division de Zayas, y tuvo comienzo en la noche del 30 de junio. Mas no habia cañones de batir, y las escalas, aunque añadidas y empalmadas, resultaron cortas: con lo que se desistió del intento, y sin conseguir cosa alguna en Niebla, perdió Blake la ocasion de hacer una correría á Sevilla y sembrar entre los enemigos el desasosiego y tribulacion.

Tan solo produjo su movimiento el buen efecto de alejar parte de la fuerza enemiga de las cercanías de Badajoz; la cual viniendo sobre Blake al condado, le obligó á retirarse el 2 de julio, y repasar el Guadiana el 6 en Alcoutin, desde donde meditando el general español otra empresa á levante, se dirigió á Villareal de San Antonio y Ayamonte; reembarcándose el 10 con la fuerza expedicionaria y una parte de la division primitivamente al mando de Don Cárlos de España. La de Ballesteros permaneció en el condado; y Don Pedro Agustin Giron con algunos infantes y el conde de Penne Villemur asistido de la mayor parte de la caballería, se quedaron por las márgenes del Guadiana acercándose á Extremadura.

En este tiempo los calores fueron excesivos y abrasadores atribuyéndolo algunos á la presencia de un cometa resplandeciente que se dejó ver en la parte boreal de nuestro emisferio durante muchos meses, y tuvo suspensa la atencion de la Europa entera. Percibíase en Cádiz por el dia, y alumbraba de

Cometa.

noche al modo de una luna la mas clara, acompañado de larga y rozagante cabellera. Tales apariciones aterraban á los pueblos de la antigüedad, siendo pocos los astrónomos y contados los filósofos * que conociesen en aquella era la verdadera naturaleza de estos cuerpos. En los siglos modernos la antorcha de la ciencia empuñada en este caso por el gran Newton y el ilustre Halley * ha difundido gran luz sobre las leyes que dirigen los movimientos y revoluciones de los cometas, y disipado en parte los vanos temores de la crédula y tenebrosa ignorancia.

(*Ap. n. 4.)

(*Ap. n. 5.)

Segun insinuamos la correría de Blake al condado, aunque malograda, desvió de la Extremadura una porcion de las tropas francesas. Soult salió de Badajoz el 27 de junio, y tornó á Sevilla dirigiendo una division á las órdenes del general Conroux por Frejenal la vuelta de Niebla. Al retirarse avitualló de nuevo la plaza de Badajoz, y voló los muros de Olivenza, recinto que los ingleses habian abandonado cuando se pusieron detras del Guadiana. Quedó á la izquierda de estos el general Drouet con el 5º cuerpo.

Soult retrocede á Sevilla.

Correrías de Morillo.

Guardó la derecha algunos dias el mariscal Marmont, cuyas espaldas eran á menudo molestadas por partidarios españoles. Quien mas inquietó al enemigo hácia aquella parte fue Don Pablo Morillo á la cabeza de la 2ª division del 5º ejército, que en vez de maniobrar unido con el cuerpo principal campeó sola y destacada de acuerdo con el general en gefe. Sorprendió en junio Morillo en Belalcázar al coronel Normant, matóle 48 hombres y le cogió 111. Lo mismo hizo en Talarrubias el 1º de julio tomando al comandante 4 oficiales et 140 soldados, Acosado entonces por tres columnas enemigas, sorteó sus movimientos con bien entendidas, aunque penosas marchas y contramarchas, por lo intrincado de la Sierra-Morena. Envió salvos al 5er ejército los prisioneros que cruzaron sin tropiezo todo el pais ocupado por los franceses, y defendiéndose contra los que le iban al alcance revolvió en seguida contra otros que se alojaban en Villanueva del Duque: escarmentólos el 22, y combatiendo siempre, entró en Cáceres el 31 y se abrigó de los suyos despues de una correría de dos meses, feliz y gloriosa.

Tales inquietudes y otras no menos continuas, asi como lo devastado del pais, dificultaban al mariscal Marmont las provisiones, teniéndole que venir convoyadas hasta de Madrid por fuertes escoltas, hostigadas siempre, á veces dispersas. Por tanto fortificando los antiguos castillos de Medellin y Trujillo, apostó aquí la division del general Foy con gran parte de la caballería, y el 20 de julio repasando el mismo mariscal el Tajo, se colocó en rededor de Almaraz y Plasencia.

Repasa el Tajo Marmont.

Wellington tambien cruzó aquel rio, via de Castellobranco,

contramarchando al mismo són ambos ejércitos, y solo dejó al general Hill en Arronches y Estremoz para cubrir el Alentejo. Don Francisco Javier Castaños con la fuerza entonces corta del 5º ejército se acuarteló en Valencia de Alcántara y sus cercanías, explorando la caballería bajo el mando de Penne Villemur las comarcas vecinas. Ibanse así tornando los respectivos ejércitos y cuerpos á los puntos desde donde habian partido, y de cuya inmediata y peculiar conservacion estaban antes como encargados. Tambien Wellington.

Y vemos que en estos seis ó siete meses primeros del año de 1811 hubo desde Tarifa corriendo por el mediodía y ocaso hasta el Duero plazas perdidas y tomadas, batallas ganadas, fieros trances. Los aliados por una parte perdieron á Badajoz; pero por la otra recobraron á Almeida y libertaron el reino de Portugal, inclinándose de este modo á su favor la balanza de los sucesos. Cometiéronse faltas, y no solo las cometieron los españoles, cometiéronlas tambien ingleses y franceses, pudiéndose inferir de nuestra relacion cuánto pende de la fortuna la fama de los generales mas esclarecidos, absolviendo por lo comun el mundo, si aquella es propicia, de enormes é indisculpables yerros. Fin de este libro

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

Operaciones militares á los extremos de los ejércitos combinados anglo-hispano-portugueses. — Ronda. — Murcia y Granada. — Pasa Sebastiani á Francia. — Galicia y Asturias. — Evacuacion de Asturias. — Accion de Cogorderos. — 7° Ejército : Porlier á su frente.—Partidas de este distrito. — Sorpresa de un convoy en Arlaban por Mina. — Ejército francés del norte de España. — Cataluña, Aragon y Valencia. — Sitio de Tortosa. — La toman los franceses. — Sensacion que causa en Cataluña. — Sentencia contra el gobernador Alacha. — Toman los franceses el castillo del Coll de Balaguer. — Providencias de Suchet. — Vuelve á Aragon. — Alborotos en Tarragona. — El marqués de Campoverde nombrado general de Cataluña. — Asoma Macdonald á Tarragona. — Se retira. — Reencuentro con Sarsfield en Figuerola. — Nuevos alborotos en Tarragona. — Nuevo congreso catalan. — Disuélvese luego. — Providencias de Suchet en Aragon contra las partidas. — Facultades nuevas y mas amplias que Napoleon da á Suchet. — Vistas con este motivo de Suchet y Macdonald. — Pasa Macdonald á Barcelona. — Quema de Manresa. — Proclama de Campoverde. — Movimientos de este general. — Tentativa malograda contra Barcelona. — Sorpresa y toma de Figueras por los españoles.— Marcha á Figueras del baron de Eroles. — Ocupa á Olot y Castelfollit. — Estado crítico de los franceses. — Va tambien Campoverde á Figueras. — No consigue sino en parte socorrer el castillo. — Vacilacion de Suchet. — Medidas de precaucion que toma en Aragon.— Resuélvese á sitiar á Tarragona. — Principia el cerco.—Llega Campoverde á Tarragona.— Atacan y toman los franceses con dificultad el fuerte del Olivo. — Sale Campoverde de la plaza : se encarga el mando de ella á Don Juan Senen de Contreras. — Encarnizada defensa de los españoles. — Tropas que llegan de Valencia. — Diversion de Eroles y otros fuera de la plaza. — Toman los franceses el arrabal. — Quejas contra Campoverde. — Tentativa infructuosa de este para socorrer la plaza. — Tropas inglesas que se presentan delante del puerto. — No desembarcan. — Otras ocurrencias desgraciadas. — Baten los franceses la ciudad. — La asaltan. — La entran. — Gloriosa resistencia de los sitiados. — Muerte de Don José Gonzalez. — Horrible matanza. — Reflexiones. — Suerte de Contreras y noble respuesta. — Ceremonia religiosa á que asiste Suchet. — Resuelve Campoverde evacuar el principado. — Desercion. — Suchet pasa á Barcelona. — Actos suyos crueles. — Torna Suchet á Tarragona. — Desiste Campoverde de evacuar el principado. — Se embarcan los valencianos. — Sucede á Campoverde en el mando Don Luis Lacy. —Lacy y la Junta del principado en Solsona. Su buen ánimo.— Marcha admirable del brigadier Gasca.—Suchet trata de atacar la montaña de Monserrat. — Es elevado á mariscal de Francia.—Eroles en Monserrat.— Descripcion de este punto. — Le ataca y toma Suchet. — Macdonald estrecha á Figueras. — Se rinde el castillo. — No por eso cesa la guerra en Cataluña. — Suchet pasa á Aragon, inquieto siempre este reino. — Valencia. Convoca Bassecour un congreso. — Se disuelve.—Don Cárlos Odonell sucede á Bassecour. — Operaciones militares del 2° ejército, ó sea de Valencia. — Sucede el marqués del Palacio á Odonell. — Castilla la Nueva. — Juntas y guerrilleros.— El Empecinado. —Villacampa.— Ataque contra el puente de

Aumon. — Diversos movimientos y sucesos. — Otros guerrilleros. — Malos y crueles tratamientos. — Mas partidarios. — Resultas importantes de este género de guerra. — Situacion de José. — Desengaños que recibe. — Estado de su ejército y hacienda. — Diversiones que José promueve. — Ilusiones de José. — Desazonaba su lenguaje á Napoleon. — Disgusto de José. — Su viage á Paris. — Nacimiento del rey de Roma. — Vuelve José á Madrid. — Escasez de granos. — Providencias violentas del gobierno de José. — Trata José de componerse con el gobierno de Cádiz. — Emisarios que envia. — Inutilidad de los pasos que estos dan.

Operaciones militares á los extremos de los ejércitos combinados anglo-hispano-portugueses.

A los opuestos y distantes extremos de los puntos en donde se ejecutaban las grandes y principales maniobras del ejército anglo-portugués y anglo-español, descubríanse por un lado las montañas de Ronda y el 5er ejército acantonado en la raya de Granada y Murcia, y por el otro Galicia y Asturias con el ahora llamado 6º ejército. En ambas partes pudiera haberse molestado mucho al enemigo, si se hubiese sacado ventaja de los medios que proporcionaba el pais, señaladamente Galicia, y de la favorable oportunidad que ofrecia el agolparse de las huestes francesas hácia la raya de Portugal. Pero por desgracia ciñéronse solo los esfuerzos á divertir la atencion del enemigo, y á ponerle en la necesidad de emplear tropas que bastasen á observar y contener á las nuestras.

Ronda.

La serranía de Ronda, foco importante de insurreccion, dividia, por decirlo asi, el cuerpo francés sitiador de Cádiz, del de Sebastiani alojado en Granada. Gobernaba aquellas montañas, como antes, el general Valdenebro, presidente de la junta de partido; mas por lo comun guiaban de cerca á los serranos caudillos naturales del pais. Begines de los Rios con la primera division del 4º ejército apoyaba los movimientos de los habitadores, y contribuia á mantener el fuego. Peleábase sin cesar, y ni las fuerzas que los franceses conservaban siempre en la misma sierra, ni las columnas que á veces destacaban de Sevilla, Granada ó sitio de Cádiz, eran suficientes para reprimir la insurreccion. El paisanage dispersábase cuando le atacaban numerosas fuerzas, y reconcentrábase cuando estas se disminuian, apellidando guerra por valles y hondonadas con instrumentos pastoriles, ó usando de otras señales como de fogatas y cohetes. Inventaron los rondeños mil ardides para hostigar á sus contrarios, y en Gausin subieron cañones hasta en los riscos mas escarpados. Las mugeres continuaron mostrándose no menos atrevidas que los hombres, y en vano tentó el enemigo domar tal gente y tales breñas: desde principios de este año de 1811 hasta agosto anduvo la lid empeñada, y entonces animóla, como veremos mas adelante, la venida del general Ballesteros.

Murcia y Granada.

No son muy de referir los acontecimientos que ocurrieron por el mismo tiempo en el tercer ejército

que antes componia parte del que llamaron del centro. Sucedió á Blake cuando pasó á ser regente, el general Freire, quien en diciembre de 1810 tenia asentados sus reales en Lorca, y puesta su vanguardia en Albox, Huéscar y otros pueblos de los contornos. Franceses y españoles registraban á menudo el campo; y en febrero de 1811 quisieron los primeros internarse en Murcia, como para hacer juego con los movimientos de Soult en Extremadura. Extendiéronse hasta Lorca, ciudad que evacuó Freire; no llevando Sebastiani mas allá sus incursiones, acometido de una consuncion peligrosa.

Retirados los franceses, tornaron los nuestros á sus anteriores puestos y renovaron sus correrías y maniobras. Fué de las mas notables la que practicaron el 21 de marzo. Don José Odonell gefe de estado mayor dirigióse con una division volante sobre Huercal Overa, y destacó á Lubrin al conde del Montijo asistido de ocho compañías. Los enemigos allí alojados resistieron al conde, mas retirándose á poco camino de Ubeda, viéronse perseguidos y experimentaron una pérdida de 180 hombres con algunos prisioneros.

Menguado cada dia mas el 4º cuerpo francés, tuvo el general Sebastiani que ordenar la reconcentracion de sus fuerzas cerca de Baza, aproximándolas por último á Guadix el 7 de mayo. De resultas avanzó Freire, y colocó su vanguardia en la venta del Baul, destacando por su derecha camino de Ubeda y Baeza á Don Ambrosio de la Cuadra con una division y las guerrillas de la comarca.

Este movimiento hecho con direccion á parages por donde pudieran cortarse las comunicaciones de las Andalucías, alteró á los franceses que acudieron aceleradamente de Jaen, Andújar y otras guarniciones inmediatas para contener á Cuadra y atacarle. Trabóse el primer reencuentro el 15 de mayo en la misma ciudad de Ubeda. Tres veces acometieron los enemigos y tres veces fueron rechazados, obligándolos á huir la caballería española que trató de cogerlos por la espalda. Los franceses perdieron mucha gente, sirviéndoles de poco un regimiento de juramentados que á los primeros tiros se dispersó. Afligió sobremanera á los nuestros la muerte del comandante del regimiento de Burgos Don Francisco Gomez de Barreda, oficial distinguido y de mucho esfuerzo.

Tambien el 24 intentaron los enemigos desalojar á los españoles de la venta del Baul, mandados estos por Don José Antonio de Sanz. Cargó intrépidamente el francés, mas no pudo conseguir su objeto, impidiéndoselo un barranco que habia de por medio, y el acertado fuego de nuestra artillería que manejaba Don Vicente Chamizo. Se limitó de consiguiente la refriega á un vivo cañoneo que terminó por retirarse los franceses á Guadix y á la cuesta de Diezma.

A poco pensó igualmente Freire en distraer por su izquierda al

enemigo, y á este propósito envió la vuelta de las Alpujarras con dos regimientos al conde del Montijo. En tan fragosos montes causó este algun desasosiego á la guarnicion de Granada, y aproximándose á la ciudad llegó hasta el sitio conocido bajo el nombre del *Suspiro del moro*.

Estrechado Sebastiani hubo ocasion en que pensó abandonar á Granada, cuyas avenidas fortificó, no menos que el célebre palacio morisco de la Alhambra. Alivióle en situacion tan penosa la llegada de Drouet á las Andalucías, habiendo entonces sido reforzado el 4º cuerpo; socorro con el que pudo este respirar mas desahogadamente.

Pasa Sebastiani á Francia.

Pero Sebastiani al finar junio pasó á Francia, ya por lo quebrantado de su salud, ó ya mas bien por las quejas del mariscal Soult, ansioso de regir sin obstáculo ni embarazo las Andalucías. El primero durante su mando no dejó de esmerarse en conservar las antigüedades arábigas de Granada, y en hermosear algo la ciudad; mas no compensaron ni con mucho tales bienes los otros daños que causó, las derramas exorbitantes que impuso, los actos crueles que cometió. Tuvo Sebastiani por sucesor al general Leval.

Galicia y Asturias.

En Galicia y Asturias, el otro punto extremo de los dos en que ahora nos ocupamos, no anduvo en un principio la guerra mejor concertada que en Granada y Murcia. Don Nicolas Mahy conservó el mando hasta entrado el año de 1811, y ocupóse mas que en la organizacion de su ejército en disputas y reyertas provinciales. El bondadoso y recto natural de aquel gefe le inclinaba á la suavidad y justicia; pero desviábanle á veces malos consejos ó particulares afectos puestos en quien no los merecia.

El ejército gallego permanecia casi siempre sobre el Vierzo y otros puntos del reino de Leon, y fue de alguna importancia la sorpresa que en 22 de enero hizo Don Ramon Romay acometiendo á la Bañeza, en donde cogió á los enemigos varios prisioneros, efectos y caudales. De este modo proseguió por aquí la guerra durante los primeros meses del año.

En Asturias mandaba Don Francisco Javier Losada; pero subordinado siempre á Mahy, general en gefe de las fuerzas del principado como lo era de las de Galicia. Tan pronto en aquella provincia se adelantaban los nuestros, tan pronto se retiraban, ocupando las orillas del Nalon, del Narcea, ó del Navia, segun los movimientos del enemigo. Los choques eran diarios ya con el ejército, ya con partidas que revoloteaban por los diversos puntos del principado. El mas notable acaeció el 19 de marzo de este año de 1811 en el Puelo, distante una legua de Cangas de Tineo yendo camino de Oviedo, lugar situado en la cima de unos montes cuyas faldas por ambos lados lamen dos diferentes rios. Losada se colocó

en lo alto que forma como una especie de cuña, y aguardó á los contrarios que le atacaron á las órdenes del general Valletaux. Nuestra fuerza consistia en unos 5000 hombres, inferior la de los franceses. Estaban con el general Losada Don Pedro de la Bárcena y Don Juan Diaz Porlier, sirviendo este de reserva con la caballería, y aquel con los asturianos de vanguardia. Tiroteóse algun tiempo, hasta que herido Bárcena en el talon entró en los nuestros un terror pánico que causó completa dispersion. Losada y el mismo Bárcena, aunque desfallecido, hicieron inútiles esfuerzos para contener al soldado, y solo salvó á los fugitivos y á los generales la serenidad de Porlier y sus ginetes que hicieron frente y reprimieron á los enemigos.

Tal contratiempo probaba mas y mas la necesidad en que se estaba de refundir todas aquellas fuerzas y darles otra organizacion, introduciendo la disciplina que andaba muy decaida. En la primavera de este año empezóse á poner en obra tan urgente providencia. El mando del 6º ejército se habia confiado á Castaños al mismo tiempo que conservaba el del 5º; acumulacion de cargos mas aparente que verdadera, y que solo tenia por objeto la unidad en los planes, caso de una campaña general y combinada con los anglo-portugueses. Y asi quien en realidad gobernó, aunque con el título de segundo de Castaños, fue Don José Maria de Santocildes, sucesor de Mahy, teniendo por gefe de estado mayor á Don Juan Moscoso. Ambas elecciones parecieron con razon muy acertadas: Santocildes habíase acreditado en el sitio de Astorga, logrando despues escaparse de manos de los enemigos, y á Moscoso ya le hemos visto brillar entre los oficiales distinguidos del ejército de la izquierda. Se notaron luego los buenos efectos de estos nombramientos. En el pais agradaron á punto que se esmeraron todos en favorecer los intentos de dichos gefes, y hubo quien ofreció donativos de consideracion.

Distribuyóse el ejército en nuevas divisiones y brigadas y se mejoró su estado visiblemente, siguiéndose en el arreglo mejor órden y severa disciplina. La 1ª division al mando del general Losada quedó en Asturias; la 2ª al de Taboada se apostó en las gargantas de Galicia camino del Vierzo; y la 3ª bajo Don Francisco Cabrera en la Puebla de Sanabria. Permaneció una reserva en Lugo, punto céntrico de las otras posiciones. En principios de junio marchó á Castilla todo el ejército, excepto la division de Losada que se enderezó á Oviedo. Esta maniobra ejecutada á tiempo que el mariscal Marmont babia partido para Extremadura produjo excelentes resultas. Los enemigos por un lado evacuaron el principado de Asturias, saliendo de su capital el 14 de junio, en donde se restablecieron inmediatamente las autoridades legítimas. Por el otro destruyeron el 19 las fortificaciones de Astorga y se retiraron á Benavente, entrando el 22 en aquella ciudad el ge-

Evacuacion de Asturias.

neral Santocildes en medio de los mayores aplausos, como teatro que habia sido de sus primeras glorias.

Accion de Cogorderos.

Colocóse el ejército español á la derecha del Orbigo, en donde se le juntó una de las brigadas de la division que se alojaba en Asturias. Bonnet, despues que abandonó esta provincia, quedóse en Leon, vigilándole en sus movimientos los españoles. Limitáronse al principio unas y otras tropas á tiroteos, hasta que en la mañana del 23 el general Valletaux partiendo del Orbigo, atacó á la una del dia á Don Francisco Taboada, situado hácia Cogorderos en unas lomas á la derecha del rio Tuerto. Sostúvose el general español no menos que cuatro horas; en cuyo tiempo acudiendo en su socorro la brigada asturiana á las órdenes de Don Federico Castañon, tomó este á los enemigos por el flanco y los deshizo completamente. Pereció el general Valletaux y considerable gente suya: cogimos bastantes prisioneros, entre ellos 11 oficiales; y se vió lo mucho que en poco tiempo se habia adelantado en la formacion y arreglo de las tropas.

Tampoco se descuidó el de las guerrillas del distrito; habiéndose facultado al coronel Don Pablo Mier para que compusiese con ellas una legion llamada de Castilla. Muchas se unieron, y otras por lo menos obraron de acuerdo y mas concertadamente.

Al entrar julio hizo Santocildes un reconocimiento general sobre el Orbigo; y rechazando al enemigo mostraron cada vez mas los soldados del 6º ejército su progreso en el uso de las armas y en las evoluciones. Asi se fue reuniendo una fuerza que con la de Asturias rayaba en 16,000 hombres, llevando visos de aumentarse si los mismos caudillos proseguian á la cabeza.

7º ejército. Porlier a su frente.

Ibase á dar la mano con este ejército el 7º que comenzaba á formarse en la Liébana; habiendo sentado en Potes su cuartel general Don Juan Diaz Porlier, 2º en el mando. Estaba elegido 1er gefe Don Gabriel de Mendizabal, quien retardó su viage con lo acaecido en el Gévora el 19 de febrero: desventura que le obligó, para rehabilitarse en el concepto público, á pelear en la Albuera voluntariamente como soldado raso en los puestos mas arriesgados. Porlier en consecuencia se halló solo al frente del nuevo ejército, cuyo núcleo le componian el cuerpo franco de dicho caudillo, y las fuerzas de Cantabria engrosadas con quintos y partidas que sucesivamente se agregaban. Renovales fue enviado hácia Bilbao para animar á las partidas y enreginentar batallones sueltos: tocó hasta en la Rioja, y contribuyó á sembrar zozobra é inquietud entre los enemigos.

Quisieron estos apoderarse del principal depósito del 7º ejército, y acometieron á Potes en fines de mayo. Los nuestros habian por fortuna puesto al abrigo de una sorpresa sus acopios, y con eso desvanecieron las esperanzas del general Roguet, que asistido de 2000 hombres entró en aquella villa, teniéndola en breve que des-

amparar, á causa de la vuelta repentina de Don Juan Diaz Porlier que habia reunido toda su tropa, antes segregada.

Partidas de este distrito.

Los invasores por tanto no disfrutaban aquí de mayor respiro que en las demas partes: causándoles el 7º naciente ejército, y las guerrillas que en el distrito lidiaban, irreparables daños. Comprendíanse en este las de Campillo, Longa, el Pastor, Tapia, Merino y la del mismo Mina, aunque con especial permiso el último de obrar con independencia. Comprendíanse tambien las otras de menos nombre que recorrian las montañas de Santander, ambas márgenes del Ebro hasta los confines de Navarra, y carretera real de Burgos. No entraba en cuenta la de Don José Duran, si bien en Soria; pues por su proximidad á Aragon se agregó con la de Amor, como las demas de aquel reino, al 2º ejército ó sea de Valencia. No pudiendo el francés exterminar contrarios tan porfiados y molestos, trató de espantarlos haciendo la guerra al comenzar este año de 1811 con mayor ferocidad que antes, y ahorcando y fusilando á cuantos partidarios cogia.

Sorpresa de un convoy en Arlaban por Mina.

Y estos no hallando ya para ellos puerto alguno de salvacion, en vez de ceder, redoblaron sus esfuerzos anegando, por decirlo asi, con su gente todos los caminos. Los mariscales, generales y casi todos los pasageros, siendo enemigos, veíanse á cada paso asaltados con gran menoscabo de sus intereses y riesgo de sus personas. Entre los casos de esta clase mas señalados entonces (todos no es posible relatarlos), sobresale el de Arlaban; que asi llaman á un puerto situado entre los lindes de Alava y Guipúzcoa, por donde corre la calzada que va á Irun.

Don Francisco Espoz y Mina sabedor de que el mariscal Massena caminaba á Francia juntamente con un convoy, ideó sorprenderle: y marchando á las calladas y de noche por desfiladeros y sendas extraviadas, remaneció el 25 de mayo sobre el mencionado puerto. Casualmente Massena, á gran dicha suya, retardó salir de Vitoria; mas no el convoy que prosiguió sin detencion su ruta. Las 6 de la mañana serian, cuando Mina, emboscado con su gente, se puso en cuidadoso acecho. Constaba el convoy de 150 coches y carros, y le escoltaban 1200 infantes y caballos, encargados tambien de la custodia de 1042 prisioneros ingleses y españoles. Dejó Mina pasar la tropa que hacia de vanguardia; y atacando á los que venian detras, trabóse la refriega, y duró hasta las 3, hora en que cesó cayendo en poder de los españoles personas y efectos. Mas de 800 hombres perdieron los franceses, 40 oficiales; cogiendo el mismo Mina al coronel Laffite. Parte del caudal y las joyas se reservaron para la caja militar: lo demas lo repartieron los vencedores entre sí. Se permitió á las mugeres continuar su camino á Francia; y trató bien Mina á los prisioneros, á pesar de recientes crueldades ejercidas contra los suyos por el enemigo. Se calculó el

botin en unos 4,000,000 de reales, poderoso incentivo para acrecentar las partidas!

Ejército francés del norte de España.

Conociendo Napoleon cuanto retardaba tal linage de pelea la sumision de España, habia ya pensado desde principios de 1811 en dar nuevo impulso á la persecucion de los guerrilleros, poniendo en una sola mano la direccion suprema de muchos de los gobiernos en que habia dividido la costa cantábrica, y las orillas del Ebro y Duero. Asi por decreto de 15 de enero formó el ejército llamado del norte, de que ya hemos hecho mencion, y cuyo mando encomendó al mariscal Bessières, duque de Istria. Extendíase á la Navarra, las tres provincias Vascongadas, parte de las de Castilla la Vieja, Asturias y reino de Leon; y llegó á constar dicho ejército de mas de 70,000 hombres. Nada sin embargo consiguió el emperador francés, pues Bessières no disipó en manera alguna el caos que producia guerra tan aturbonada, y para los enemigos tan afanosa: volviéndose á Francia en julio, con deseo de lidiar en campos de mas gloria, ya que no de menos peligros. Tuvo por sucesor en el mando al conde Dorsenne.

Cataluña, Aragon y Valencia.

Muy atras nos queda Cataluña, y con ella Aragon y Valencia; provincias cuyos acontecimientos caminaban hasta cierto punto unidos, y á las que hacian guerra los cuerpos de Suchet y Macdonald, obrando de concierto para sujetarlas. Cuando en esta parte suspendimos nuestra narracion, formalizaba Suchet el sitio de Tortosa, y se cautelaba para que no le inquietasen las tropas y guerrillas de las provincias aledañas; ayudándole Macdonald colocado en parage propio á reprimir los movimientos hostiles del ejército de Cataluña, que á la sazon regia Don Miguel Yranzo. Reduplicó Suchet sus conatos al fenecer del año de 1810; y el bloqueo de aquella plaza comenzado en julio, y todavía no completado, convirtióse el 15 de diciembre en perfecto acordonamiento.

Sitio de Tortosa.

Asiéntase Tortosa á la izquierda del Ebro en el recuesto de un elevado monte, á cuatro leguas del Mediterráneo. Su poblacion de 11 á 12,000 habitantes. Las fortificaciones irregulares, de órden inferior, construidas en diversos tiempos, siguen en el torno que toman los altos y caidas la desigualdad del terreno. Al sudeste é izquierda siempre del rio, se levantan los baluartes de San Pedro y San Juan, con una cortina no terraplenada, que cubre la media luna del Temple. El recinto se eleva despues en parage roqueño, amparado de otros tres baluartes, por donde embistió la plaza el duque de Orleans en la guerra de sucesion, y desde cuyo tiempo, considerado este punto como el mas débil, se le enrobusteció con un fuerte avanzado, que todavía llevaba el nombre de aquel príncipe. Pasados dichos tres baluartes, precipítase la muralla antigua por una barranquera abajo, aproxi-

mándose en seguida al castillo, situado en un peñasco escarpado, y unido con el Ebro por medio de un frente sencillo. Otro recinto que parte del último de los tres indicados baluartes, se extiende por de fuera, y abrazando dentro de sí al castillo, júntase luego cerca del rio con el muro mas interno. Defienden los aproches de todo este frente tres obras exteriores: llaman á la mas lejana las Tenazas, sita en un alto enseñoreador de la campiña. Comunica la ciudad con la derecha del Ebro, aquí muy profundo, por un puente de barcas, cubierto á su cabeza con buena y acomodada fortificacion. Entre el rio y una cordillera, que se divisa á poniente dilátase vasta y deliciosa vega, poblada antes del sitio de muchas caserías, y arbolada de olivares, moreros y algarrobos, que regaban mas de 600 norias. Parte de tanta frondosidad y riqueza talóse y se perdió para despejar los alrededores de la plaza en favor de su mejor defensa. Se hallan por el mismo lado el arrabal de Jesus y las Roquetas. Desde mediados de julio gobernaba á Tortosa el conde de Alacha, que se señaló el año de 1808 en la retirada de Tudela. Era su segundo Don Isidoro de Uriarte, coronel de Soria. Constaba la guarnicion de 7179 hombres, y el vecindario en su conducta no desmereció al principio de la que mostraron otras ciudades de España en sus respectivos sitios.

Para cercar del todo la antes solo semibloqueada plaza, habia Suchet ordenado el 14 de diciembre que el general Abbé quedase en las Roquetas, derecha del rio; y que Habert, que antes mandaba en este parage, pasase á la izquierda y ocupase las alturas inmediatas á la plaza, arrojando de allí á los españoles; lo cual acaeció el 15, despues de haber los nuestros defendido la posicion con tenacidad. Los enemigos echaron puentes volantes rio arriba y rio abajo de Tortosa, con objeto de facilitar la comunicacion de ambas orillas.

Resolvieron tambien los mismos verificar su principal ataque por el baluarte, ó mas bien semibaluarte de San Pedro, teniendo para ello primero que apoderarse de las eminencias situadas delante del fuerte de Orleans, las cuales enfilaban el terreno bajo. En su cima habia Uriarte empezado á trazar un reducto; obra que Alacha mal aconsejado decidió no se llevase á cumplido efecto. Los franceses por tanto se enseñorearon fácilmente de aquellas cumbres, y abrieron el 19 la trinchera contra el fuerte de Orleans, ataque auxiliador del ya indicado como principal.

Dieron tambien comienzo á este último en la noche del 20, y para no ser sentidos favorecióles el tiempo ventoso y de borrasca. Rompieron la trinchera partiendo del rio, y prolongáronla hasta el pie de las alturas fronteras al fuerte de Orleans, distando solo de la plaza la primera paralela 85 toesas. El general Rogniat dirigia los trabajos de los ingenieros enemigos: mandaba su artillería el general Valée.

A la propia sazon reforzó á Suchet una division del ejército francés de Cataluña á las órdenes del general Frère, en la que se incluia la brigada napolitana del mando de Palombini. Envió Macdonald este socorro el 18 en ocasion que escaso de víveres y temeroso de alejarse demasiado, volvia atras de una correría que habia emprendido hasta Perelló. Colocó Suchet la division recien llegada en el camino de Amposta.

Iba este adelante en los trabajos del asedio, y ponia su conato en el ataque del baluarte de San Pedro, que era, segun hemos dicho, el mas principal, sin descuidar el de su derecha, aunque falso, contra el frente de Orleans, como tampoco otro de la misma naturaleza que empezó á su izquierda á la otra parte del rio, destinado á encerrar á los sitiados en sus obras.

En los dias 23 y 24 hicieron los últimos algunas salidas; mas el 25 terminó el enemigo la segunda paralela, lejana solo por el lado siniestro 33 toesas del baluarte de San Pedro, distando por el otro del recinto unas 50, recogida allí en curva á causa de los fuegos dominantes del fuerte de Orleans. Hicieron de resultas los españoles la noche del 25 al 26 dos salidas, una á las once y otra á la una. En vela los enemigos rechazaron á los nuestros, si bien despues de haber recibido algun daño.

No abatidos por eso los cercados repitieron nueva tentativa en la noche del 26 al 27, en la que igualmente fueron repelidos, situándose entonces los franceses en la plaza de armas del camino cubierto, en frente del baluarte de San Pedro. Semejantes reencuentros y los fuegos de la plaza retardaban algo los trabajos del sitiador, y le mataban mucha gente con no pocos oficiales distinguidos.

Firmes todavía los españoles, efectuaron nueva salida en la tarde del 28 de mayor importancia que las interiores. Para ello desembocaron unos por la puerta del rastro para atacar la derecha de los enemigos, y otros se encaminaron rectamente al centro de la trinchera, protegiendo el movimiento los fuegos de la plaza, y los del fuerte de Orleans; acometieron con intrepidez, desalojaron á los franceses de la plaza de armas que habian ocupado, y los acorralaron contra la segunda paralela. Parte de las obras fueron arruinadas, y por ambos lados se derramó mucha sangre. Al cabo se retiraron los nuestros acudiendo gran golpe de contrarios, pero conservaron hasta la noche inmediata la plaza de armas recobrada á la salida.

Puede decirse que este fue el último y mas señalado esfuerzo que hicieron los cercados. En lo sucesivo se procedió flojamente Alacha herido ya desde antes en un muslo y aquejado de la gota, mostró gran flaqueza; y aunque es cierto que habia entregado el mando á su segundo, habíale solo entregado á medias, con lo que se empeoró mas bien que favoreció la defensa, desmandando á veces uno lo que

otro ordenaba, é inutilizándose asi cualesquiera disposiciones. La poblacion con tal ejemplo amilanóse tambien y no coadyuvó poco al caimiento de ánimo de algunos soldados y á la confusion: manejos secretos del enemigo tuvieron en ello parte, como asimismo personas de condicion dudosa que rodeaban al abatido Alacha.

Construidas entre tanto y acabadas las baterías enemigas, rompieron el fuego al amanecer del 29. Diez en número, tres de ellas dirigieron sus tiros contra el fuerte de Orleans y las obras de la plaza colocadas detras, cuatro contra la ciudad y baluarte de San Pedro, las tres restantes á la derecha del rio apoyaban este ataque y batian ademas el puente y toda la ribera.

En breve los fuegos del baluarte de San Pedro, los de la media luna del Temple y los de casi todo aquel frente fueron acallados, y se abrió brecha en la cortina. Ya anteriormente se hallaban las obras en mal estado, y solo el estremecimiento de la propia artillería hundia ó resquebrajaba los parapetos. La caida de las bombas produjo en el vencidario conturbacion grande, aumentada por el descuido que habia habido en tomar medidas de precaucion. En balde se esforzaron varios oficiales en reparar parte del estrago, y en ofrecer al sitiador nuevos obstáculos.

Quedaron el 31 apagados del todo los fuegos del frente atacado; ocuparon los franceses, á la derecha del rio, la cabeza del puente abandonada por los españoles, añadieron nuevas baterías, y haciéndose cada vez mas practicable la brecha de la cortina junto al flanco del baluarte de San Pedro, acercábase al parecer el momento del asalto.

Mal dispuestos se hallaban en la plaza para rechazarle, los vecinos consternados, el soldado casi sin guia: Alacha metido en el castillo no resolvia cosa alguna, mas lo empantanaba todo. Uriarte viéndose falto de arrimo en el mayor apuro, y hombre de no grande expediente, juntó á los gefes para que decidiesen en tan estrecho caso. Los mas opinaron por pedir una tregua de 20 dias, y por entregarse al cabo de ellos, si en el intervalo no se recebia auxilio. Disimulado modo de votar en favor de la rendicion, pues claro era que no convendria el francés en cláusula tan extraña. Otros, si bien los menos, querian que se defendiese la brecha.

Prevaleció, como era natural y no mas honroso, el parecer de la mayoría al que daba gran peso el desaliento de los vecinos, de tanto influjo en esta clase de guerra. Por consiguiente el 1° de enero enarboló el castillo, constante albergue de Alacha, bandera blanca; y advirtió este á Uriarte que enviaba al coronel de ingenieros Veyan al campo enemigo á proponer la tregua que se deseaba. Salió en efecto el último con el encargo, y recibió de Suchet la consiguiente repulsa. Sin embargo el general francés envió al mismo tiempo dentro de la plaza al oficial superior Saint-Cyr Nugues,

facultado para estipular una capitulacion mas apropiada á sus miras.

Avocóse primero el parlamentario con Uriarte, quien insistió en la anterior propuesta. Lo mismo hizo luego Alacha, añadiendo las siguientes palabras: « El deseo de que no se vertiese mas sangre « del vecindario me habia inclinado á la tregua; no concedida esta « nos defenderemos. » Pero replicándole el francés: « Que conocia « el estado de la plaza, y que la resistencia no seria larga, » cambió Alacha inmediatamente de parecer, y propuso venir á partido con tal que se diese por libre á la guarnicion. Veleidad incomprensible y digna del mayor vituperio. Rehusó Saint-Cyr entrar en ningun acomodamiento de aquella clase, cierto de que en breve pisaria el ejército francés el suelo de Tortosa. Varios esforzados gefes allí presentes quedaron yertos y atónitos al ver la mudanza repentina del gobernador: y se sospecha que desde entonces allegados de este pactaron la entrega de la plaza en secreto, medrosos del soldado que se mostraba asombradizo y ceñudo.

Los franceses, sin omitir las malas artes, continuaron con ahinco en sus trabajos para asegurar de todos modos su triunfo; y establecieron en la noche del 1 al 2 de enero una nueva batería distante solo 10 toesas de una de las caras del baluarte de San Pedro. En 7 horas de tiempo abrieron con los nuevos fuegos dos brechas, sin contar la aportillada primeramente en la cortina; y por último todo se apercibia para dar el asalto.

Uriarte, en aquel aprieto y no tomadas de antemano medidas que bastasen á repeler al enemigo, quiso que la ciudad capitulase, y que guardasen los españoles los principales fuertes. Propuesta que pareceria singular si no la explicase hasta cierto punto el deseo que por una parte tenian los soldados de defenderse, y el descaecimiento que por la otra se habia apoderado de los mas de los vecinos.

No era tampoco menor el de Alacha, que sordo ya á toda advertencia, participó á Uriarte su final resolucion de capitular asi por los fuertes como por la plaza.

Aparecieron tremoladas en consecuencia 3 banderas blancas, que despreció el enemigo continuando en su fuego. Provenia tal conducta de no querer tratar el francés antes de que se le entregase en prenda el fuerte llamado Bonete, temiendo algun inesperado arranque de la irritacion del soldado español.

A todo se avenia Alacha, y creciendo en él la zozobra, avisó al general enemigo que relajados los vínculos de la disciplina, le era imposible concluir estipulacion alguna si no le socorria ¡Oh mengua! Aguijado Suchet con la noticia, y cada vez mas receloso de que se prolongase la defensa por algun súbito acontecimiento, resolvió poner cuanto antes término al negocio. Y para ello corriendo en persona á la ciudad, acompañado solo de oficiales y ge-

nerales del estado mayor y de una compañía de granaderos, avanzó al castillo, y anunciando á los primeros puestos la conclusion de las hostilidades, se presentó al gobernador. Paso que se pudiera creer temerario, si no hubiera asegurado su éxito anterior inteligencia. Trémulo Alacha serenóse con la presencia del general enemigo que miraba como á su libertador. Eterno baldon que disculparon algunos con la edad y los achaques del conde, condenando todos á varios de los que le rodeaban, en cuyos pechos parecia abrigarse bastardía alevosa.

La toman los franceses.

Urgia sin embargo á los franceses ajustar la capitulacion. Los soldados españoles, aun los del castillo, intentaban defenderse, y necesitó emplear tono muy firme el general enemigo y abreviar la llegada de sus tropas para huir de un contratiempo. Hizo en seguida tambien él mismo escribir aceleradamente un convenio que se firmó sirviendo de mesa una cureña. No apresuró menos el que desfilase la guarnicion con los honores correspondientes y entregase las armas, debiendo conforme á lo estipulado quedar prisionera de guerra. Ascendia todavía el número de soldados españoles á 3974 hombres: los demas habian perecido durante el sitio; de los franceses solo resultaron fuera de combate unos 500.

Sensacion que causa en Cataluña.

Sentencia contra el gobernador Alacha.

Embraveciósе la opinion en Cataluña con la rendicion de Tortosa, y con lo descaminado y flojo de su defensa. Un consejo de guerra condenó en Tarragona al conde de Alacha á ser degollado, y el 24 de enero ausente el reo, se ejecutó la sentencia en estatua. A la vuelta á España en 1814 del rey Fernando, se abrió otra vez la causa, dió el conde sus descargos, y le absolvió el nuevo tribunal, no la fama.

En este ejemplo se nota cuanto daña al hombre público carecer de voluntad propia y firme. Alacha en la retirada de Tudela habia recogido gloriosos laureles que ahora se marchitaron. Pero entonces escuchó la voz de oficiales expertos y honrados, y no tuvo en la actualidad igual dicha. Y si es cierto que los franceses en Tortosa dirigieron el sitio con vigor y maestría, y acertaron en atacar por el llano, lo que no habian hecho en Gerona, facilitóles para ello medios el descuido de Alacha, abandonando los trabajos emprendidos en las alturas inmediatas al fuerte de Orleans, y no pensando desde julio en que empezó su mando, en plantear otros, á cuyo progreso no obstaba el semibloqueo del enemigo.

Toman los franceses el castillo del Coll de Balaguer.

No queriendo Suchet desaprovechar tan feliz coyuntura como le ofrecia la toma de Tortosa, previno al general Habert, adelantado ya á Perelló, que tantease conquistar el fuerte de San Felipe en el Coll de Balaguer, angostura entre un monte de la marina y una cordillera á la mano opuesta, pelada casi toda ella de plantas mayores, á la manera

de tantas otras de España, pero odorífera con los muchos romerales y tomillares que llenan de fragancia el aire. Dicho castillo construido en el siglo XVIII para ahuyentar á los forajidos que allí se guarecian, y á los piratas berberiscos que acechaban su presa ocultos en las inmediatas ensenadas, era importante para los franceses, interceptándoles y dominando aquella posicion el camino de Tarragona á Tortosa. Habert rodeó el 8 de enero el fuerte de San Felipe, é intimó la rendicion. El gobernador, capitan anciano, de nombre Serrá, en vez de mantenerse tieso se limitó á pedir 4 dias de término para dar una respuesta definitiva. Negósele tal demanda, y desde luego comenzaron los franceses su ataque. Los españoles sin gran resistencia abandonaron los puestos exteriores. Volóse en breve dentro del fuerte un almacen de pólvora, y fluctuando con la desgracia el ánimo de la tropa, ya no muy seguro por lo de Tortosa, escalaron los franceses la muralla, huyendo parte de la guarnicion via de Tarragona y salvándose la otra en un reducto, donde capituló, y cayeron prisioneros el gobernador, 13 oficiales y unos 100 soldados. Tanto cunde el miedo, tanto contagia.

Providencias de Suchet. Vuelve á Aragon.

Para asegurar Suchet aun mas las ventajas conseguidas y el embocadero del Ebro, fortificó el puerto de la Rápita, y tomó otras disposiciones. Encargó á Musnier que con su division vigilase las comarcas de Tortosa, Albarracin, Teruel, Morella y Alcañiz; y dejó á Palombini y sus napolitanos en Mora y sobre el Ebro en resguardo de la navegacion del rio, cuya izquierda ocupó el general Habert y su division para favorecer los movimientos que el mariscal Macdonald trataba de hacer contra Tarragona. Reservó consigo Suchet lo restante de su fuerza, y partió á Zaragoza á entender en arreglos interiores, y atajar de nuevo las excursiones de los guerrilleros y cuerpos francos que con la lejanía de las principales tropas francesas andaban mas sueltos.

Alborotos en Tarragona.

En tanto acaecian en Tarragona, de resultas de la entrega de Tortosa, conmociones y desasosiegos. Los catalanes ya no veian por todas partes sino traidores. Desconfiaban del general en gefe Yranzo y de los demas, poniendo solo su esperanza en el marqués de Campoverde, quien gozaba de aura popular, ya por su buen porte como general de division, ya por los muchos amigos que tenia, y ya tambien por las fuerzas que habian ido de Granada, cuyo núcleo quedaba aun, y á las cuales pertenecia aquel caudillo. En la ciudad querian proclamarle por capitan general de la provincia, adhiriendo á ello los pueblos circunvecinos, que llevados de igual deseo se agolparon un dia de los primeros de enero al hostal de Serafina, inmediato á Tarragona.

Muchos pensaron que el marqués no ignoraba el origen de los

El marqués de Campoverde es nombrado general de Cataluña.

albrotos, y que no los desaprobaba en el fondo, aunque aparentando lo contrario queria alejarse del principado. No sabemos si en secreto tomó parte, pero sí hubo allegados suyos y personas respetables que sostuvieron y fomentaron la idea del pueblo por amistad á Campoverde, y por creer que su nombramiento era el único medio de libertar á Cataluña de la anarquía y del entero sometimiento al enemigo. Por fin y al cabo de idas y venidas, de peticiones y altercados, juntos todos los generales hizo Yranzo dejacion del mando, y no admitiéndole otros á quienes correspondia por antigüedad, recayó en Campoverde, el cual le aceptó interinamente bajo la condicion de que se atendrian todos á lo que en último caso dispusiese el gobierno supremo de la nacion.

Tranquilizó los ánimos este nombramiento, y evitó que el ejército se desbandase, frustrándose tambien de este modo los intentos del mariscal Macdonald que se habia acercado á Tarragona con esperanzas de enseñorearla, cimentadas en el acobardamiento que se habia apoderado de muchos, y en secretas correspondencias.

Asoma Macdonald á Tarragona.

El 5 de enero habia vuelto Macdonald á reunir al grueso de su ejercito la division de Frère cedida temporalmente á Suchet; y yendo por Reus dió vista á los muros tarraconenses el 10 del mismo mes. La quietud restablecida dentro desconcertó los planes de los franceses, que no pudiendo detenerse largo tiempo en las cercanías por la escasez de víveres y el hostigamiento de los somatenes, determinaron pasar á Lérida con propósito de prepararse en debida forma al sitio de Tarragona.

Se retira.

Reencuentro con Sarsfield en Figuerola.

No realizó Macdonald su marcha reposadamente. Don Pedro Sarsfield situado con una division en Santa Coloma de Queralt recibió órden de Campoverde para caer sobre Valls, y cerrar el paso á la vanguardia enemiga; al propio tiempo que las tropas de Tarragona debian picar y aun embestir la retaguardia. Abria la marcha de los franceses la division italiana al mando del general Eugeni (diversa de los napolitanos de Palombini), y encontróse el 15 entre Valls y Plá con Sarsfield. Los españoles acometieron el pueblo de Figuerola; adonde se habia dirigido el enemigo para atacar nuestra derecha, y le ocuparon arrollando á los contrarios y acuchillándolos los regimientos de húsares de Granada y maestranza de Valencia, que á las órdenes de sus coroneles Don Ambrosio Foraster y Don Eugenio María Yebra se señalaron en este dia. El perseguimiento continuó hasta cerca de Valls, allí reforzada la vanguardia enemiga paráronse los nuestros, y se libertó la division italiana de un completo destrozo. Campoverde no tuvo por su parte tanta dicha como Sarsfield; pues si bien salió de Tarragona para incomodar la retaguardia francesa, tropezando con fuerzas superiores, no se em-

peñó en accion notable, y Macdonald de noche y de prisa atravesó los desfiladeros y se metió en Lérida. Costóle el choque de Figuerola, glorioso para Sarsfield, 800 hombres. Murió de sus heridas el general Eugeni.

Érale imposible al marqués de Campoverde tomar desde luego parte mas activa en la campaña. Tenia que acudir al remedio de los males dimanados de la reciente pérdida de Tortosa y del Coll de Balaguer, no menos que á mejorar las defensas de Tarragona. Quizá requeria tambien su presencia en esta plaza la necesidad de afirmar su mando caedizo en tales circunstancias. El fermento popular, aun vivo, servíale de instrumento. Sustentaba la agitacion el saberse que habia la regencia nombrado capitan general de Cataluña á Don Cárlos Odonell, hermano del Don Enrique, habiendo motin ó síntomas cada vez que se sonrugia la llegada. Campoverde no reprimia los bullicios bastantemente, escaseándole para ello la fortaleza, y siendo patrocinadores, segun fama, personas que le eran adictas.

Nuevos alborotos de Tarragona.

Encrespóse la furia popular estando á la vista de Tarragona el navío América, en la persuasion de que venia á bordo el sucesor, mas se abonanzó aquella cuando se supo lo contrario. Renováronse sin embargo los alborotos el 17 de febrero, y á ruegos de la junta, de los gremios y de otras personas se posesionó Campoverde del mando en propiedad en lugar de proseguir ejerciéndolo como interino.

Para distraer el enojo del pueblo, apaciguar á este del todo, y ganar la opinion de la provincia entera convocó Campoverde un congreso catalan, destinado principalmente á proporcionar medios bajo la aprobacion de la superioridad. En rigor no prohibia la ley tales reuniones extraordinarias, no habiendo todavía las córtes adoptado para las juntas una nueva regla, conforme hicieron poco despues.

Nuevo congreso catalan.

Se instaló aquel congreso el 2 de marzo, y de él nacieron conflictos y disputas con la junta de la provincia, teniendo Campoverde que intervenir y hasta que atropellar á varias personas, si bien al gusto del partido popular. Modo impropio é ilícito de arraigar la autoridad suprema. El congreso se disolvió á poco y nombró una junta que quedó encargada, como lo habia estado la anterior, del gobierno económico del principado.

Disuélvese luego.

Nuevos sucesos militares, tristes unos y otros momentáneamente favorables para los españoles, sobrevinieron luego en esta misma provincia. Interesaba á Napoleon no perder nada de lo mucho que habian últimamente ganado allí sus tropas, y cifrando toda confianza en Suchet, principal adquiridor de tales ventajas, resolvió encomendar al cuidado de este las empresas importantes que hácia aquella parte meditaba.

Providencias de Suchet en Aragon contra los partidas.

De vuelta Suchet á Zaragoza, y antes de recibir nuevas instrucciones y facultades, trató de destruir las partidas que habian renacido en Aragon, alentadas con la ausencia de parte de aquellas tropas, y con el malogro que ya se susurraba de la expedicion de Massena en Portugal. Don Pedro Villacampa andaba en diciembre en el término de Ojosnegros, famoso por su mina de hierro y por sus salinas, en el partido de Daroca, de cuya ciudad saliendo al encuentro del español el coronel Kliski, púsole en la necesidad de alejarse. Pero en enero el general de Valencia Bassecourt queriendo divertir al enemigo que se presumia intentaba el sitio de Tarragona, dispuso que Villacampa y Don Juan Martin el Empecinado, dependientes ahora por el nuevo arreglo de ejércitos del 2º ó sea de Valencia, hiciesen diversas maniobras uniéndosele ó moviéndose sobre Aragon. Barruntólo Suchet y envió de Zaragoza con una columna al general Paris, y órden á Abbé para que partiese de Teruel, debiendo ambos salir de los lindes aragoneses y extenderse al pueblo de Checa, provincia de Guadalajara, en donde se creia estuviese Villacampa. En su ruta encontróse Paris el 30 de enero con el Empecinado en la vega de Pradoredondo, y al dia inmediato contramarchando Villacampa que se habia antes retirado trabóse en Checa accion, cooperando á ella el Empecinado, que combatió ya la víspera con el enemigo: el choque fue violento, hasta que los gefes españoles cediendo al número acabaron por retirarse.

Andando mas tardo el general Abbé no se juntó con Paris hasta el 4 de febrero, en cuyo dia combinando uno y otro sus movimientos se dirigieron el último contra Villacampa, el primero contra el Empecinado, separados ya nuestros caudillos. No pudo Paris sorprender en la noche del 7 al 8 como esperaba á Villacampa, y se limitó á destruir una armería establecida en Peralejos, replegándose el gefe español hácia la hoya del Infantado.

Fue Abbé hasta la provincia de Cuenca tras del Empecinado que tiró á Sacedon, espantando el francés al paso en Moya á la junta de Aragon y al general Carjaval su presidente, quien luego pasó á Cádiz, sin que se hubiese granjeado mientras mandó en aquella provincia, las voluntades, ni adquirido militar nombre. Los generales Paris y Abbé habiendo permanecido en Castilla algunos dias, y no conseguido en su correría mas que alejar del confin de Aragon al Empecinado y á Villacampa, tornaron á los antiguos puestos.

Otros combates sostuvieron tambien en aquel tiempo las tropas de Suchet contra partidas de gefes menos conocidos en ambas orillas del Ebro y otros puntos. El capitan español Benedicto sorprendió y destruyó en Azuara cerca de Belchite un grueso destacamento á las órdenes del oficial Milawski: y Don Francisco Espoz y Mina

apareciendo en los primeros dias de abril en las Cinco Villas, atacó en Castiliscar á los gendarmes y cogió 150 de ellos, llegando tarde en su socorro el general Klopicki.

Facultades nuevas y mas amplias que Napoleon dá á Suchet.

Entre tanto autorizó Napoleon á Suchet con las facultades que tenia pensado y mas arriba indicamos. Fecha la resolucion en 10 de marzo, encargábase por ella á dicho general el sitio de Tarragona, y se le daba el mando de la Cataluña meridional, agregándosele ademas la fuerza activa del cuerpo que regia Mácdonald : desaire muy sensible para este, revestido con la elevada dignidad de mariscal de Francia que todavía no condecoraba á Suchet.

Vistas con este motivo de Suchet y Macdonald.

Inmediatamente, y para tratar de poner en ejecucion las órdenes del emperador, se avistaron en Lérida ambos gefes. Quedábale de consiguiente solo á Macdonald la incumbencia de conservar á Barcelona y la parte septentrional de Cataluña, asi como la de apoderarse de las plazas y puntos fuertes de la Seu de Urgel, Berga, Monserrat y Cardona.

Retirado aquel mariscal á Lérida despues del reencuentro de Figuerola, habia disfrutado poco sosiego, no abatiendo á los intrépidos catalanes reveses ni desgracias. Obligábanle los somatenes á no dejar salir lejos de la plaza cuerpos sueltos, y Sarsfield apostado en Cervera le impedia excursiones mas considerables.

De acuerdo ahora en sus vistas Suchet y Macdonald, pasaron sin dilacion á cumplir ambos la voluntad de su amo. Encargóse el primero de la nueva fuerza activa que se agregaba á su ejército y constaba de unos 17,000 hombres, como tambien del mando de la parte que se desmembraba al general de Cataluña. Partió Macdonald de Lérida el 26 de marzo camino de Barcelona, en cuya ciudad debia principalmente morar en adelante para dirigir de cerca las operaciones y el gobierno del país que aun quedaba bajo su inmediata direccion. Mas para realizar el viage de un modo resguardado, ya que no del todo seguro, facilitóle Suchet 9000 infantes y 700 caballos á las órdenes del general Harispe, los cuales, á lo menos en su mayor número, pertenecian ahora al cuerpo de Aragon, y tenian que reunírsele, desempeñado que hubieran la comision de escoltar á Macdonald.

Pasa Macdonald á Barcelona.

Tomó este mariscal su rumbo via de Manresa y acampó el 30 de marzo con su gente en los alrededores de la ciudad. Seguia el rastro Don Pedro Sarsfield con quien se juntó el baron de Eroles en Casamasana acompañado de parte de las tropas que se apostaban en las márgenes del Llobregat : ya unidos marcharon ambos gefes en la noche del mismo 30, y llegaron al hostal de Calvet, á una legua de Manresa. La junta de esta ciudad habia convocado á somaten, y los vecinos acordándose de anteriores saqueos de los franceses habian casi todos abandonado sus hogares. A la vista de ellos todavia estaban, cuan-

Quema de Manresa.

do descubrieron las llamas que salian por todos los ángulos del pueblo.

Habíale puesto fuego el enemigo incomodado por el somaten, ó mas bien deseoso del pillaje que disculpaba la ausencia de los vecinos. Macdonald situado en las alturas de la Culla á un cuarto de legua presenció el desastre y dejó que ardiese la rica y antes fortunada Manresa sin poner remedió. 700 á 800 casas redujéronse á pavesas ó poco menos, incluso el edificio de las huérfanas, varios templos, dos fábricas de hilados de algodon, é infinitos talleres de galonería, valería y otros artefactos. Tampoco respetó el enemigo los hospitales, llevando el furor hasta arrancar de las camas á muchos enfermos y arrastrarlos al campamento. Solo se salvaron algunos en virtud de las sentidas plegarias que hizo el médico Don José Soler al general Salme, comandante de una de las brigadas de Harispe, recordándole el convenio estipulado entre los generales Saint-Cyr y Reding, convenio muy humano, y por el que los enfermos y heridos de ambos ejércitos debian mutuamente ser respetados y remitidos, despues de la cura, á sus respectivos cuerpos. Los nuestros habian cumplido en todas ocasiones tan puntualmente con lo pactado que el general Suchet no puede menos de atestiguarlo en sus memorias, * diciendo: « Vimos en Valls « muchos militares franceses é italianos heridos, y nos « convencimos de la fidelidad con que los españoles ejecutaban el « convenio. »

(* Ap. n. 1.)

Véase sin embargo como eran remunerados. Los manresanos clamaron por venganza y pidieron á Sarsfield y á Eroles que atacasen y destruyesen sin misericordia á los transgresores de toda ley, á hombres desproveidos de toda humanidad. Cerraron los nuestros contra la retaguardia enemiga en donde iban los napolitanos bajo Palombini. Desordenados estos rehiciéronse, mas Eroles cargando de firme los arrolló y vengó algun tanto los ultrajes de Manresa. Distinguióse aqui el despues malaventurado Don José María Torrijos, entonces coronel y libre ya de las manos de los franceses, entre los que segun dijimos habia caido prisionero meses atras.

Macdonald con tropiezos y molestado siempre prosiguió su ruta, padeciendo de nuevo bastante en un ataque que le dió en el Coll de David, Don Manuel Fernandez Villamil comandante de Monserrat. A duras penas metióse en Barcelona el mariscal francés con 600 heridos, y una pérdida en todo de mas de 1000 hombres. Harispe el 5 de abril volvió á Lérida yendo por Villafranca y Montblanch no dejándole tampoco de inquietar por aquel lado Don José Manso que de humilde estado ilustrábase ahora por sus hechos militares.

No solo á los manresanos mas á toda Cataluña enfureció el proceder de los franceses en aquella marcha, y sobre todo la quema de una ciudad que en semejante ocasion no les habia ofendido en

nada. Encrueleciόse de resultas la guerra, tuvo crecimientos la saña. El marqués de Campoverde expidió una circular en que decia: « La « conducta de los soldados franceses se halla muy en « contradiccion con el trato que han recibido y re- « ciben de los nuestros... y la del mariscal Macdonald no se ajusta « en nada con las circunstancias de su carácter de mariscal, de du- « que ni de general que ha hecho la guerra á naciones cultas, que « conoce el derecho de gentes, los sentimientos de la humanidad. « No ha limitado su atrocidad este general á reducir á cenizas una « ciudad inerme y que ninguna resistencia le ha opuesto, sino que « pasando de bárbaro á perjuro, no ha respetado el asilo de nues- « tros militares enfermos, transgrediendo la inviolabilidad del con- « trato formado desde el principio de la guerra. » Y despues concluia Campoverde: « Doy... órden... á las divisiones y par- « tidas de gente armada... mandándoles que no den cuartel á « ningun individuo de cualquiera clase que sea del ejército francés « que aprehendan dentro ó á la inmediacion de un pueblo que haya « sufrido el saqueo, el incendio ó asesinato de sus vecinos... y « adoptaré y estableceré por sistema en mi ejército el justo derecho « de represalia en toda su extension. » Las obras siguieron á las palabras y á veces con demasiado furor.

Proclama de Campoverde.

Antes desde Tarragona habia dispuesto Campoverde realizar algunos movimientos. Tal fue el que en 3 de marzo mandó ejecutar á Don Juan Courten con intento de recobrar el castillo del Coll de Balaguer, lo cual no se consiguió, aunque sí el rechazar al enemigo de Cambrils hasta la Ampolla con pérdida de mas de 400 hombres. De mayor consecuencia hubiera sido á tener buen éxito otra empresa que el mismo general dirigió en persona, y cuyo objeto era la toma de Barcelona ó á lo menos la de Monjuich. Intentóse el 19 de marzo y con antelacion por tanto á la entrada de Macdonald en aquella plaza.

Movimientos de este general.

La comunicacion de nuestros generales con lo interior del recinto era frecuente, facilitándola la línea que casi siempre ocupaban los españoles en el Llobregat, y la imposibilidad en que el enemigo estaba de tener ni siquiera un puesto avanzado sin exponerle á incesante tiroteo y pelea.

Particular y larga correspondencia se siguió para apoderarse por sorpresa de Barcelona, y creyendo Campoverde que estaba ya sazonado el proyecto, se acercó á la plaza con lo principal de su fuerza, dividida entonces en tres divisiones al mando de los gefes Courten, Eroles y Sarsfield. La vanguardia en la noche del 19 llegó hasta el glacis de Monjuich, y hubo soldados que saltaron dentro del camino cubierto y bajaron al foso. Desgraciadamente el gobernador de Barcelona Maurice Mathieu vigilante y activo habia tenido soplo de lo que andaba, y en vela impidió el logro de la empresa. Los franco-

Tentativa malograda contra Barcelona.

ses castigaron á varios habitantes como á cómplices, arcabuceando en el glacis de la plaza el 10 de abril al comisario de guerra Don Miguel Alcina. En cuanto á Campoverde tornó á Tarragona sin haber padecido pérdida, y antes bien Eroles escarmentó á los que quisieron incomodarle, obligándolos á encerrarse dentro de la plaza.

Sorpresa y toma de Figueras por los españoles.

Mas feliz fue la tentativa de la misma clase ideada y llevada á cima contra el castillo de San Fernando de Figueras. Por aquella comarca, como en todo el Ampurdan y los lugares que le circundan, Fabregas, Llovera, Milans á veces, Clarós, otros varios, y sobre todo Rovira, traian siempre á mal traer al enemigo é inquietaban la frontera misma de Francia. En medio del estruendo de las armas un capitan llamado Don José Casas mantuvo inteligencia por el conducto de un estudiante, Juan Floreta, con Juan Marques criado de Bouclier, guarda almacen de víveres del mencionado castillo ó fortaleza, y principal autor de aquella idea. Entraron otros en el proyecto, entre ellos y como primeros confidentes Pedro y Ginés Pou ó Pons, cuñados de Marques. Todos se avistaron y arreglaron en varios coloquios el modo de abrir á los nuestros á favor de llave falsa, que de la poterna adquirieron por molde vaciado en cera, la entrada de punto tan importante, cuya guarda descuidaba el gobernador francés Guillot, confiado en lo inexpugnable del castillo y en la falta de recursos que tenian los españoles para atacarle. Convenidos pues el Casas y sus confidentes, enteraron de todo á Don Francisco Rovira y este á Compoverde, mereciendo el plan la aprobacion de ambos.

Inmediatamente ordenó el último á Don Juan Antonio Martinez que reclutaba gente y la organizaba en el canton de Olot, que se encargase de acuerdo con Rovira de la sorpresa proyectada, disponiendo al propio tiempo que el baron de Eroles se acercase al Ampurdan para apoyar la tentativa. El 6 de abril, sábado de Ramos, Martinez y Rovira salieron de Esquirol cerca de Olot con 500 hombres y pasaron á Ridaura. Aquí se les incorporaron otros 500, y el 7 llegaron todos á Oix; fingiendo que iban á penetrar en Francia. Prosiguieron el 8 su camino y por Sardenas se enderezaron á Llerona, en donde permanecieron hasta el mediodia del 9. Lo próximos que estaban á la frontera la alboroté, y alucinó á los franceses en la creencia de que iban á invadirla. Diluviando y á aquella hora partieron los nuestros, y torciendo la ruta fueron á Vilaritg, pueblo distante tres leguas de Figueras, y situado en una altura término entre el Ampurdan y el pais montañoso. Ocultos en un bosque aguardaron la noche y entonces Rovira á fuer de catalan habló á los suyos y noticióles el objeto de la marcha, dándoles en ello suma satisfaccion.

A la una de la mañana del 10 se distribuyeron en trozos y pusiéronse en movimiento. Casas como mas práctico iba el primero.

Dentro del castillo habia 600 franceses de guarnicion, en la villa de Figueras se contaban 700. Subió Casas con su tropa por la esplanada frente del hornabeque de San Zenon, metióse por el camino cubierto y descendió al foso: sus soldados llevaban cubiertas las armas para que no relumbrasen si acaso habia alguna luz, y se adelantaron muy agachados. Llegado que hubieron al foso franquearon la entrada de la poterna con la llave fabricada de antemano, y embocáronse todos sin ser sentidos en los almacenes subterráneos, de donde pasaron á desarmar la guardia de la puerta principal. Siguieron al de Casas los otros trozos, y se desparramaron por la muralla, apoderándose de todos los puntos principales. Dresaire sorprendió el cuartel principal, Bon el de artillería, y Don Estevan Llovera cogió al gobernador en su mismo aposento. Apenas encontraron resistencia, y todo estaba concluido en menos de una hora rindiéndose prisionera la guarnicion.

Marcha á Figueras del baron de Eroles.

Martinez y Rovira que se habian mantenido en respeto, fuera en los arcos ó sea acueducto, se metieron tambien dentro, y con los que llegaron en breve compusieron unos 2600 hombres para guardar el castillo. Los franceses de la villa nada supieron hasta por la mañana, y no pudiendo remediar el mal, quedóles solo el duelo. De Martorell habia el 9 partido Eroles para apoyar la sorpresa. Dióse el gefe español en su marcha tan buena diligencia que el 12 se posesionó de los fuertes que ocupaban los franceses en Olot y Castelfollit; les cogió 548 prisioneros, y reforzado se dirigió en seguida á Lladó y penetró el 16 en Figueras, aniquilando al paso en la sierra de Puigventós un regimiento enemigo.

Ocupa á Olot y Castelfollit.

Estado crítico de los franceses.

Con la toma repentina de aquel castillo estremecióse Cataluña de alborozo y júbilo, figurándose que despuntaba ya la aurora de su libertad. Crítica por cierto era la situacion de los franceses; Rosas mal provisto, Gerona y Hostalrich rodeados de bandas y somatenes, notable la desercion y no poco el espanto del soldado enemigo con la venganza del catalan, casi bravio despues de la quema de Manresa.

Regia aquellas partes como antes el general francés Baraguay d'Hilliers, y no sobrándole gente en tal aprieto, abandonó varios puestos y algunos de consideracion, asi en lo interior como en la costa, señaladamente Palamós y Bañolas; llamó á sí al general Quesnel próximo á sitiar la Seu de Urgel, y reconcentrando cuanto pudo sus fuerzas, apellidó á guerra hasta la guardia nacional francesa de la frontera que esquivó entrar en España.

Grandes ventajas hubiera Campoverde podido sacar del entusiasmo de los nuestros y del azoramiento y momentáneo apuro de los contrarios. Llegó la noticia de lo de Figueras á Macdonald, y conmovióle tanto que escribió á Suchet en 16 de abril desde Barcelona:

« Que el servicio del emperador imperiosamente y sin dilacion exigia « los mas prontos socorros, pues de otro modo estaba perdida la « Cataluña superior... y que le enviase todas las tropas pertene- « cientes poco antes al 7° cuerpo francés, y que acababan de agre- « garse al de Aragon. »

Va tambien Campoverde a Figueras.

Fuese descuido en Compoverde ó carencia de recursos, no se aprovechó cual pudiera de acontecimiento tan feliz, obrando con lentitud. Supo el 12 de abril la toma de Figueras y no partió de Tarragona hasta el 20. Con mayor celeridad, probable era que hubiese impedido á Baraguay d'Hilliers la reconcentracion de parte de sus fuerzas, dado impulso y mejor arreglo al levantamiento de los pueblos y obligado á Suchet á venir hácia allí y diferir el sitio de Tarragona.

No consigue sino en parte socorrer el castillo.

Campoverde llegó el 27 á Vique. Le acompañaban 800 caballos y 2000 infantes que sacó de aquella plaza con 3000 hombres de la division de Sarsfield. Mas de 4000 hombres de tropa reglada y somatenes guarnecian ya á Figueras, falta todavía de artilleros y de ciertos renglones de primera necesidad. Estaba circunvalada la plaza por 9000 bayonetas y 600 caballos enemigos, número que competia con el de los españoles y era superior en disciplina, si bien con la desventaja de dilatarse por un amplio espacio en rededor de la fortaleza, cortado el terreno al oeste con quebradas y estribos de montes.

En la noche del 2 al 3 de mayo se aproximó Campoverde, y al amanecer del 3 atacó por el camino real para meter el socorro dentro de Figueras. Sarsfield iba á la cabeza y rodeó la villa situada al pie de la altura en donde se levanta la fortaleza, rechazando á los ginetes enemigos que quisieron oponérsele. Al mismo tiempo Rovira que anteriormente habia salido del castillo, unido con otro gefe de nombre Amat, y mandando juntos unos 2000 hombres, llamaban la atencion del enemigo por Lladó y Llers. Eroles todavía dentro trataba por su parte de ponerse en comunicacion con Sarsfield haciendo pronta salida, y ya se miraba como asegurada la entrada del socorro sin pérdida ni descalabro alguno. Mas de repente los enemigos que estaban muy apurados en la villa, se dirigieron al coronel de Alcántara Pierrard, emigrado francés que desembocaba del castillo para ejecutar de aquel lado y conforme á las órdenes de Eroles la operacion concertada, y le propusieron capitular. Engañado el coronel anunció la propuesta á Campoverde que tambien cayó en el lazo, y suspendiendo este el ataque autorizó á dicho Pierrard para que concluyese el convenio pedido.

No era la demanda del enemigo sino un ardid de guerra. Cierto ahora del punto por donde se le acometia, queria dar largas para traer de la otra parte un refuerzo, como lo hizo, y seis cañones. El fuego de estos desengañó á Campoverde, atacando Sarsfield inmediatamente la villa de Figueras, lo mismo Eroles viniendo del

castillo. Ya se hallaba el primero en las calles cuando le flanquearon por la derecha 4000 hombres que salieron de un olivar. Tuvo entonces que retirarse, y á dos de seis batallones dispersáronlos los dragones franceses. Campoverde sin embargo consiguió meter dentro de la fortaleza 1500 hombres escogidos y algunos renglones, pero no todo lo que deseaba, y á costa de perder varios efectos y 1100 hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Con menos confianza y mas decision hubiera evitado tal menoscabo, y conseguido la completa introduccion del socorro. A los franceses que perdieron 700 hombres les era quizá permitida, segun leyes de la guerra, la treta que imaginaron: tocaba á Campoverde vivir sobre aviso.

La escuadra inglesa y algunos buques españoles recorrieron al propio tiempo la costa; tomaron y destruyeron barcos, arruinaron muchas baterías de la marina, malográndoseles una tentativa contra Rosas que se lisenjearon de tomar por sorpresa.

Vacilacion de Suchet.

Faltaba ahora ver como Suchet obraria despues de la pérdida tan grande para ellos de Figueras, y si arreglaria su plan á los deseos arriba indicados de Macdonald, ó si se conformaria con las primeras órdenes del emperador que no previendo el caso habia determinado se sitiase á Tarragona. Dudoso estuvo Suchet al principio; hasta que pesadas las razones por ambos lados resolvió no apartarse de lo que de Paris se le tenia prevenido. Pensaba que Figueras acordonado se rendiria al fin, y que urgia é importaba sobremanera posesionarse de Tarragona, punto marítimo y base principal de las operaciones de los españoles en Cataluña. Las resultas probaron no era falso el cálculo, y menos descaminado: bien que para el acierto entró en cuenta el propio interés. En recuperar á Figueras ganaba solo Macdonald: acreciase la gloria de Suchet con la toma de Tarragona. Asi el primero tuvo que limitarse á sus únicas y escatimadas fuerzas para acudir á recobrar lo perdido, y el segundo se ocupó exclusivamente en adquirir, sin participacion de otro, nuevos triunfos y preeminencias.

Medidas de precaucion que toma en Aragon.

Antes de saber la sorpresa de Figueras, y luego que recibió la órden de Napoleon, preparóse Suchet para el sitio de Tarragona, cuidando de dejar en Aragon y en las avenidas principales, tropa que en el intermedio mantuviese tranquilo aquel reino. Mas de 40,000 combatientes juntaba Suchet con los 17,000 que se le agregaron de Macdonald. Tres batallones, un cuerpo de dragones y la gendarmería ocupaban la izquierda del Ebro; á Jaca y Venasque guardábanlos 1500 infantes, y habia puntos fortificados que asegurasen las comunicaciones con Francia. El general Compère mandaba en Zaragoza puesta en estado de defensa y guarnecida por cerca de 2000 infantes y dos escuadrones, extendiéndose la jurisdiccion de este general á Borja, Tarazona y Calatayud, en cuya postrera ciudad forti-

ficaron los enemigos y abastecieron el convento de la Merced resguardados por dos batallones que gobernaba el general Ferrier. Cubria á Daroca y parte del señorio de Molina, fortalecido su castillo, el general Paris, teniendo á sus órdenes 4 batallones, 300 húsares y alguna artillería. En Teruel se alojaba el general Abbé con mas de 3000 infantes, 300 coraceros y dos piezas; y se colocaron en los castillos de Morella y Alcañiz, 1400 hombres, asi como 1200 de los polacos en Batea, Caspe y Mequinenza, favoreciendo estos últimos los trasportes del Ebro. Excusamos repetir lo ya dicho arriba de las tropas dejadas en Tortosa, y su comarca hasta la Rápita, embocadero de aquel rio. Quedó ademas Klopicki con 4 batallones y 200 húsares en el confin de Navarra; infundiendo siempre gran recelo al enemigo las excursiones de Espoz y Mina. Detenémonos á dar esta razon circunstanciada de las medidas preventivas que tomó Suchet, para que de ella se colija cuál era el estado de Aragon al cabo de tres años de guerra, de Aragon de cuya quietud y sosiego blasonaba el francés. No hubiera sido extraño que hubiesen permanecido inmobles aquellos habitadores relazados asi con castillos y puestos fortificados. Sin embargo á cada paso daban señales de no estar apagada en sus pechos la llama sagrada que tan pura y brillante habia por dos veces relumbrado en la inmortal Zaragoza.

Resuélvese á sitiar á Tarragona.

En fin Suchet tomadas estas y otras precauciones y aseguradas las espaldas del lado de Aragon y Lérida, adelantóse el 2 de mayo á formalizar el sitio de que estaba encargado, almacenando en Reus provisiones de boca y guerra en abundancia, y acompañado de unos 20,000 hombres.

Principia el cerco.

Forma Tarragona en su conjunto un paralelogramo rectángulo, situada la ciudad principal en un collado alto, cuyas raices por oriente y mediodia baña el Mediterráneo. A poniente y en lo bajo está el arrabal, adonde lleva una cuesta nada agria, corriendo por allí el rio Francolí que fenece en la mar y se cruza por una puente de seis ojos sobrado angosta. Cabecera de la España citerior y célebre colonia romana, conserva aun Tarragona muchas antigüedades y reliquias de su pasada grandeza. No la pueblan sino 11,000 habitantes. La circuye un muro del tiempo ya de los romanos, cuyo lado occidental, destruido en la guerra de sucesion, se reemplazó despues con un terraplen de 8 á 10 pies de ancho y cuatro baluartes, que se llaman, empezando á contar por el mar, de Cervantes, Jesus, San Juan y San Pablo. Por esta parte, que es la de mas fácil acceso, y para cercar el arrabal, habiase construido otra línea de fortificaciones que partia del último de los cuatro citados baluartes, y se terminaba en las inmediaciones del fuerte de Francolí, sito al desaguadero de este rio: varios otros baluartes cubrian dicha línea, y dos lunetas, de las que una nombrada del Príncipe, como tambien la batería de San José y dos

cortaduras, amparaban la marina y la comunicacion con el ya mencionado castillo de Francolí. En lo interior de este segundo recinto y detras del baluarte de Orleans, colocado en el ángulo hácia la campiña, se hallaba el fuerte Real, cuadro abaluartado. Habia otras obras en los demas puntos; si bien por aqui defienden principalmente la ciudad las escarpaduras de su propio asiento. Eran tambien de notar el fuerte de Lorito ó Loreto, y en especial el del Olivo al norte, distante 400 toesas de la plaza sobre una eminencia. Tenia el último hechura de un hornabeque irregular con fosos por su frente y camino cubierto, aunque no acabado; en la parte interna y superior habia un reducto con un caballero en medio y dos puertas ó rastrillos del lado de la gola, la cual escasa de defensas protegian la aspereza del terreno y los fuegos de la plaza.

Necesitaba Tarragona para ser bien defendida, que la guarneciesen 14,000 hombres, y solo tenia al principio del sitio 6,000 infantes y 1,200 milicianos, en cuyo tiempo la gobernaba Don Juan Caro, sucediendo á este en fines de mayo Don Juan Senen de Contreras. Era comandante general de ingenieros Don Cárlos Cabrer, y de artillería Don Cayetano Saqueti.

Trataron los enemigos el 4 de mayo de embestir del todo la plaza. El general Harispe, acompañado del de ingenieros Rogniat, pasó el Francolí y caminó hácia el Olivo. Ofreciéronle los puestos españoles gran resistencia, y perdió la brigada del general Salme cerca de 200 hombres. Al mismo tiempo la de Palombini, que con la otra componia la division de Harispe, se prolongó por la izquierda y se apoderó del Lorito y del reducto vecino llamado del Ermitaño, abandonados ambos antes por los españoles como embarazosos. Colocó Harispe ademas tropas de respeto en el camino de Barcelona, próximo á la costa. Del lado opuesto y á la derecha de este general se colocó Frère y su division, y en seguida Habert con la suya frontero al puente de Francolí, y apoyado en la mar, completándose asi el acordonamiento.

El 5 hicieron los españoles cuatro salidas en que incomodaron al enemigo, y empezó la escuadra inglesa á tomar parte en la defensa. Constaba aquella de tres navíos y dos fragatas á las órdenes del conmodoro Codrington que montaba el Blake de 74 cañones.

Precaviéronse los franceses como para sitio largo, y en Reus su principal almacenamiento atrincheraron varios puestos y fortalecieron algunos conventos y grandes edificios, temerosos de los miqueletes y somatenes que no cesaban de amagarlos é incomodar sus convoyes.

Asi fué que el 6 de mayo un cuerpo de aquellos acometió á Montblanc, punto tan importante para la comunicacion entre Tarragona y Lérida, é intentó prender fuego al convento de la vírgen de la Sierra que guardaba un destacamento francés. Emplearon los miqueletes al efecto, aunque sin fruto, la estratagema de cubrirse

con unas tablas acolchadas para poder arrimarse á las puertas, imitando en ello el *testudo* de los antiguos. Los franceses de resultas reforzaron aquel punto.

Continuando los enemigos sus preparativos de ataque contra Tarragona, cortaron el acueducto moderno que sortia de agua á la ciudad, y que empezó á restablecer en 1782, aprovechándose de los restos del famoso y antiguo de los romanos, el digno arzobispo Don Joaquin de Santiyan y Valdivieso. No causó á Tarragona aquel corte privacion notable, provista de aljibes y de un profundísimo pozo de agua no muy buena, pero potable y manantial. Mas dañó al francés: los somatenes sabiendo lo acaecido hicieron cortaduras mars arriba, y como aquellas aguas necesarias por el abasto del sitiador, venian de Pont de Armentera junto al monasterio de Santas Cruces seis leguas distante, tuvo Suchet que emplear tropas para reparar el estrago, y vigilar de continuo el terreno.

Decidieron los franceses acometer á Tarragona por el Francolí del lado del arrabal, ofreciéndoles los otros frentes mayores obstáculos naturales. Requeriase sin embargo en el que escogieron comenzar por despejar la costa de las fuerzas de mar, con cuya mira trazaron allí el 8 y al cabo remataron, á pesar del fuego vivo de la escuadra inglesa, un reducto sostenido despues por nuevas baterías construidas cerca del embocadero del Francolí.

Llega Campoverde á Tarragona.

En lo interior de la plaza reinaba ánimo ensalzado que se afirmó con la llegada el 10 del marqués de Campoverde, quien noticioso de los intentos del enemigo se habia dado priesa á correr en auxilio de Tarragona. Vino por mar, procedente de Mataró con 2000 hombres, habiendo dejado fuera la tropa restante bajo Don Pedro Sarsfield, con órden de incomodar á Suchet en sus comunicaciones.

Tenia el enemigo para asegurar su ataque contra el recinto que tomar primero el fuerte del Olivo, empresa no fácil. Le incomodaban mucho de este lado las incesantes acometidas de los españoles; por lo que para reprimirlas y adelantar en el cerco embistió en la noche del 13 al 14 unos parapetos avanzados que amparaban dicho fuerte. Los defendió largo tiempo Don Tadeo Aldea, y solo se replegó oprimido del número. En el Olivo muy animosos los que le custodiaban respondieron á cañonazos á la proposicion que de rendirse les hizo el francés; y pensando Aldea en recobrar los parapetos perdidos, avanzó de nuevo y poco despues en tres columnas. Los contrarios que conocian la importancia de aquellas obras, habianlas sin dilacion acomodado en provecho suyo, y en términos de frustrar cualquiera tentativa. Acometieron sin embargo los nuestros con el mayor arrojo, y hubo oficiales que perecieron plantando sus banderas dentro de los mismos parapetos.

Por de fuera molestaban los somatenes el campo enemigo, y tambien se verificó el 14 un reconocimiento orilla de la mar, á las

órdenes de Don José San Juan, protegido por la escuadra. Se encerraron los franceses en el reducto que habian construido, y apresuróse á auxiliarlos el general Habert.

El mismo Don José San Juan destruyó el 18 parte de las obras que construia el sitiador á la derecha del Francoli, poniéndole en vergonzosa fuga y causándole una pérdida de mas de 200 hombres. Señalóse este dia una muger de la plebe conocida bajo el nombre de *la Calesera de la Rambla*. Multiplicáronse las salidas con mas ó menos fruto, pero con daño siempre del sitiador.

No descuidó Don Pedro Sarsfield desempeñar el encargo que se le habia encomendado de llamar á sí y atraer lejos de la plaza al enemigo. El 20 se colocó en Alcover, y tuvieron los franceses que acudir con bastante fuerza para alejarle, costándoles gente su propósito. Tres dias despues incansable Sarsfield se enderezó á Montblanc y puso en aprieto al gefe de batallon Année que allí mandaba; y si bien se libró este socorrido á tiempo, vióse Suchet en la necesidad de abandonar aquel punto, á cada paso acometido.

Atacan y toman los franceses con dificultad el fuerte del Olivo.

Ahora fijóse el francés en tomar el fuerte del Olivo, y con tal intento abrió la trinchera á la izquierda de los parapetos que poco antes habia ganado, dirigiéndose á un terromontero distante 60 toesas de aquel castillo. Adelantó en su trabajo dificultosamente por encontrar con peña viva. Al fin terminó el 27 cuatro baterías, que no pudo armar hasta el 28, teniendo los soldados que tirar de los cañones á causa de lo escabroso de la subida. Cada paso costaba al sitiador mucha sangre; y en aquella mañana la guarnicion del fuerte haciendo una salida de las mas esforzadas, atropelló á sus contrarios y los desbarató. Para infundir aliento en los que cejaban tuvo el general francés Salme que ponerse á la cabeza, y víctima de su valerosa arrogancia, al decir *adelante*, cayó muerto de un metrallazo en la sien.

Vueltos en sí los franceses á favor de auxilios que recibieron, comenzaron el fuego contra el Olivo el mismo dia 28. Aniquilábalos la metralla española hasta que se disminuyó su estrago con el desmontar de algunas piezas, y la destruccion de los parapetos. En el ángulo de la derecha del fuerte aportillaron los enemigos brecha sin que por eso arriesgasen ir al asalto. Los contenia la impetuosidad y el coraje que desplegaba la guarnicion.

A lo último desencabalgadas el 29 todas las piezas y arruinadas nuestras baterías, determinaron los sitiadores apoderarse del fuerte amagando al mismo tiempo los demas puntos. La plaza y las obras exteriores respondieron con tremendo cañoneo al del campo contrario, apareciendo el asiento en que á manera de anfiteatro descansa Tarragona como inflamado con las bombas y granadas, con las balas y los frascos de fuego. Tampoco la escuadra se mantuvo

ociosa, y arrojando cohetes y mortíferas luminarias, añadió horrores y grandeza al nocturnal estrepitoso combate.

Precedido el enemigo de tiradores acorrió por la noche al asalto, distribuido en dos columnas; una destinada á la brecha, otra á rodear el fuerte y á entrarle por la gola.

Tuvo en un principio la primera mala ventura. No estaba todavía la brecha muy practicable, y resultando cortas las escalas que se aplicaron, necesario fué para alcanzar á lo alto que trepasen los soldados enemigos por encima de los hombros de un camarada suyo que atrevidamente y de voluntad se ofreció á tan peligroso servicio.

Burláronse los españoles de la invencion, y repeliendo á unos, matando á otros y rompiendo las escalas, escarmentaron tamaña osadía. En aquel apuro favorecieron al francés dos incidentes. Fué uno haber descubierto de antemano el italiano Vaccani, ingeniero y autor diligente de estas campañas, que por los caños del acueducto que antes surtian de agua al fuerte y conservaron malamente los españoles, era fácil encaramarse y penetrar dentro. Ejecutáronlo asi los enemigos, y se extendieron lo largo de la muralla antes que los nuestros pudiesen caer en ello.

No aprovechó menos á los contrarios el otro incidente aun mas casual. Mudábase cada ocho dias la guarnicion del Olivo; y pasando aquella noche el regimiento de Almería á relevar al de Iliberia, tropezó con la columna francesa que se dirigia á embestir la gola. Sobresaltados los nuestros y aturdidos del impensado encuentro, pudieron varios soldados enemigos meterse en el fuerte revueltos con los españoles; y favorecidos de semejante acaso, de la confusion y tinieblas de la noche, rompieron luego á hachazos junto con los de afuera una de las dos puertas arriba mencionadas, y unidos unos y otros, dentro ya todos apretaron de cerca á los españoles y los dejaron, por decirlo asi, sin respiro, mayormente acudiendo á la propia sazon los que habian subido por el acueducto, y estrechaban por su parte y acorralaban á los sitiados. Sin embargo estos se sostuvieron con firmeza, en especial á la izquierda del fuerte y en el caballero, y vendieron cara la victoria disputando á palmos el terreno y lidiando como leones, segun la expresion del mismo Suchet. * Cedieron solo á la sorpresa y á la muchedumbre, llegando de golpe con gente el general Harispe, el cual estuvo á pique de ser aplastado por una bomba que cayó casi á sus pies. Perecieron de los franceses 500, entre ellos muchos oficiales distinguidos. Perdimos nosotros 1100 hombres: los demas se descolgaron por el muro y entraron en Tarragona. Rindióse Don José María Gamez gobernador del fuerte; pero traspasado de diez heridas, como soldado de pecho. Infiérase de aqui cuál hubiera sido la resistencia sin el descuido de los caños, y el fatal encuentro del relevo. Ciega iracundia, no valor verdadero

(* Ap. n. 2.)

guiaba en la lucha á los militares de ambos bandos. Dícese que el enemigo escribió en el muro con sangre española: « Vengada queda « la muerte del general Salme; » inscripcion de atroz tinta, no disculpable ni con el ardor que aun vibra tras sañuda pelea.

En la misma noche providenciaron los franceses lo necesario á la seguridad de su conquista, y por tanto inútil fue la tentativa que para recobrarle practicó al dia siguiente Don Edmundo O-Ronani, en cuya empresa se señaló de un modo honroso el sargento Domingo Lopez.

Mucho desalentó la pérdida del Olivo, sin que bastasen á dar consuelo 1600 infantes y 100 artilleros poco antes llegados de Valencia, y unos 400 hombres que por entonces vinieron tambien de Mallorca. Habíase pregonado como inexpugnable aquel fuerte, y su toma por el enemigo frustró esperanzas sobrado halagüeñas.

Sale Campoverde de la plaza. Se encarga el mando de ella á Don Juan Senen de Contreras.

Juntó en su apuro el marqués de Campoverde un consejo de guerra, en cuyo seno se decidió que dicho general saliese de Tarragona, como lo verificó el 31 de mayo. Antes de su partida encargó la plaza á Don Juan Senen de Contreras, enviando en comision á Valencia en busca de auxilios á Don Juan Caro. Contreras acababa de llegar de Cádiz, y siendo el general mas antiguo no pudo eximirse de carga tan pesada. Parécenos injusto que, perdido el Olivo y á mitad del sitio, se impusiese á un nuevo gefe responsalidad que mas bien tocaba al que desde un principio habia gobernado la plaza. Hasta el mismo Caro debiera en ello haberse mirado como ofendido. No obstante nadie se opuso, y todos se mostraron conformes. Incumbió á Don Pedro Sarsfield la defensa del arrabal de Tarragona y de su marina, encargándose el baron de Eroles, que habia salido de Figueras, de la direccion de las tropas que antes capitaneaba aquel del lado de Montblanc. Campoverde; fuera ya de la plaza, situó en Igualada sus reales el 3 de junio. Salieron tambien de la ciudad muchos de los habitantes principales huyendo de las bombas y de las angustias del sitio. Habíalo antes verificado la junta, y trasladádose á Monserrat, pues como autoridad de todo el principado justo era quedase expedita para atender á los demas lugares.

Dueños los franceses del Olivo empezaron su ataque contra el cuerpo de la plaza, abrazando el frente del recinto que cubria el arrabal, y se terminaba de un lado por el fuerte de Francolí y baluarte de San Cárlos, y del otro por el de Orleans, que llamaron de los Canónigos los sitiadores.

Abrieron estos la primera paralela á 130 toesas del baluarte de Orleans y del fuerte de Francolí, la cual apoyaba su derecha en los primeros trabajos concluidos por el francés en la orilla opuesta del rio, amparando la izquierda un reducto: establecieron tambien por detras una comunicacion con el puente del Francolí y con otros

dos que construyeron de caballetes, validos de lo acanalado de la corriente.

En la noche del 1° al 2 de junio habian los sitiadores comenzado los trabajos de trinchera, y los continuaron en los dias siguientes sin que los detuviesen las salidas y fuego de los españoles. Zanjaron el 6 la segunda paralela que llegó á estar á 30 toesas del fuerte de Francolí, batiendo en brecha sus muros al amanecer del 7. Le mandaba Don Antonio Róten, quien se mantuvo firme y con gran denuedo. Al caer de la tarde apareció practicable la brecha, y los enemigos se dispusieron á dar el asalto á las diez de la noche. Juzgó prudente el gobernador de la plaza Senen de Contreras que no se aguardase tal embestida, y por eso Róten, conformándose con la órden de su gefe, evacuó el fuerte y retiró la artillería.

Prosiguiendo tambien los franceses en adelantar por el centro la segunda paralela, se arrimaron á 35 toesas del ángulo saliente del camino cubierto del baluarte de Orleans. Incomodábalos sobremanera el fuego de la plaza, y á punto de acobardar á veces á los trabajadores ó de entibiar su ardor. Así fue que en la noche del 8 al 9 yacian rendidos de cansancio y del mucho afan, á la sazon que 300 granaderos españoles hicieron una salida y pasaron á degüello á los mas desprevenidos. No menos dichosa resultó otra que del 11 al 12 dirigió en persona con 3000 hombres Don Pedro Sarsfield, comandante, segun queda dicho, del arrabal y frente atacado. Ahuyentó á los trabajadores, destruyó muchas obras, y llevólo todo á sangre y fuego. En este trance, como en otros anteriores y sucesivos, distinguiéronse varios vecinos, y hasta las mugeres que no cesaron de llevar á los combatientes refrigerantes y auxilios en medio de las balas y las bombas.

Reparado el mal que se le habia causado tuvo el francés ya el 15 trazados tres ramales delante de la segunda paralela; uno dirigido al baluarte de Orleans, otro á una media luna inmediata llamada del Rey, y el tercero al baluarte de San Cárlos, logrando coronar la cresta del glacis. Comprendian los sitiadores en el ataque la luneta del Príncipe al siniestro costado del postrer baluarte, la cual acometieron en la noche del 16. Mandaba por parte de los españoles Don Miguel Subirachs. Se formaron los franceses para asaltar dicha luneta en dos columnas; una de ellas debia embestir por un punto débil á la izquierda, en donde el foso no se prolongaba hasta el mar, y la otra por el frente. Inútiles resultaron los esfuerzos de la última estrellándose contra el valor de los españoles, á manos de los cuales pereció el francés Javersac que la comandaba y otros muchos. Al revés la primera, pues favorecida de lo flaco del sitio entró en la luneta, pereciendo 100 de nuestros soldados, quedando varios prisioneros, y refugiándose los demas en la plaza. A estos los siguieron los enemigos; quienes con el ímpetu se metieron por la batería de San José y cortaron las cuerdas del puente leva-

dizo. En poco estuvo no penetrasen en el arrabal: impidiólo un socorro llegado á tiempo que los repelió.

Encarnizada defensa de los españoles.

Con la posesion de la luneta del Príncipe cerró el sitiador cada vez mas el frente atacado. Por ambas partes se encarnizaba la lucha, brillando el denuedo de los nuestros, ya que no siempre el acierto en la defensa. Tan enconados andaban los ánimos de unos y otros que acompañaban á la pelea palabras injuriosas y desaforados baldones. La matanza crecia en grado sumo, y por confesion misma de los franceses, nada ponderativos en sus propias pérdidas, contaban ya en el estado actual del sitio (el 16 de junio) entre muertos y heridos un general, 2 coroneles, 15 gefes de batallon, 19 oficiales de ingenieros, 13 de artillería, 140 de las demas armas, en fin con los soldados 2500 hombres. Y todavía tenian que apoderarse del arrabal, y empezar despues el acometimiento contra la ciudad.

Tropas que llegan de Valencia.

Dos dias antes, el 14 de junio, habia llegado á Tarragona Don José Miranda con una division de Valencia, compuesta de mas de 4000 hombres armados y de unos 400 desarmados. Los últimos se equiparon y quedaron en la plaza. Los otros con su gefe siguieron y tomaron tierra en Villanueva de Sitges, juntándose el 16 en Igualada con el marqués de Campoverde. Reunia este asistido de tan buen refuerzo 9456 infantes y 1183 caballos, y en consecuencia se determinó á maniobrar en favor de la ciudad sitiada.

Diversion de Eroles y otros fuera de la plaza.

Por aquellos dias el baron de Eroles que obraba unido á Campoverde, atacó cerca de Falset un gran convoy enemigo, y cogióle 500 acémilas. Poco antes hácia Mora de Ebro en Gratallops Don Manuel Fernandez Villamil rodeó igualmente un grueso destacamento á las órdenes del polaco Mrozinski, y acabó con 300 de sus soldados entre muertos, heridos y prisioneros, obligando al resto de ellos á encerrarse en la ermita de la Consolacion, de donde vinieron á sacarlos dificultosamente tropas suyas de Mora.

Pérdidas diarias de esta clase fueron parte para que Suchet llamase la brigada de Abbé y un regimiento que habia enviado á observar á Eroles, á Villamil y otros gefes la vuelta de Mora y Falset, y tambien para que procurase acelerar la conquista de Tarragona, alterándole pensamientos varios en vista de la enérgica bizarría de la guarnicion y del aumento de las fuerzas de Campoverde, y muestras que daba este de moverse.

El 18 de junio tenia el sitiador concluida la tercera paralela, y emprendió la bajada al foso enfrente del baluarte de Orleans, perfeccionando las obras de ataque por los demas puntos. En la mañana del 21 empezó á batir el muro, y á las cuatro de la tarde aparecieron abiertas tres brechas; dos en los baluartes de Orleans y San Cárlos, la otra en el fuerte Real aunque colocado

detras : lo mal parado del terraplen facilitó al enemigo su progreso.

Hasta ahora habia defendido el arrabal desde los primeros dias de junio Don Pedro Sarsfield, portándose con valor é inteligencia. Pero el 21, dia mismo del ataque, como hubiese Campoverde pedido al gobernador que le enviase para mandar una division á Róten ó al citado Sarsfield, escogió Contreras al último, y le hizo salir de la plaza en el momento en que ya el enemigo habia dado principio á su acometida. Inexplicable proceder y de consecuencias inmediatas y desastradas. Porque si bien se puso á la cabeza del punto atacado Don Manuel Velasco, oficial intrépido y entendido, sábese cuanto perjudica al buen éxito de todo combate la mudanza repentina de gefe.

Toman los franceses el arrabal.

A las siete de la tarde caminó el enemigo al asalto en tres trozos contra el baluarte de Orleans, el de San Cárlos, y el lado de la marina : llevaba todas sus reservas.

No obstante una vigorosa resistencia se metieron los franceses en el baluarte de Orleans, deteniéndolos buen rato en la gola los españoles, de los que muchos fueron alli pasados por la espada. Y sin vengarse cual pudieran no habiendo encendido á tiempo dos hornillos ya cargados. Se apoderaron tambien los enemigos de los demas puntos, hasta del fuerte Real por escalada, estando aun la brecha poco practicable. Hácia la marina rechazó Velasco los primeros ataques, sostúvose con notable esfuerzo, y no se retiró sino cuando avanzaron por el flanco los franceses que venian de los baluartes de San Cárlos y de Orleans. Contreras, puesto en lo alto del muro de la ciudad, tomó precauciones para evitar cualquiera sorpresa de aquel segundo recinto, y logró que Velasco y los suyos se salvasen entrando por la puerta de San Juan. Dispararon los ingleses andanadas de todos sus buques, que no hicieron gran mella en el enemigo. Nosotros perdimos 500 hombres, no pocos se ocultaron, y á la deshilada se guarecieron sucesivamente en la ciudad. Mataron los acometedores á muchos vecinos del arrabal sin distincion de sexo. Quemaron almacenes en el puerto, y dueños del muelle incomodaron en breve el embarcadero del Milagro, que ahora servia para las comunicaciones de mar. Ufanos los franceses con el buen suceso de su ataque, hicieron señales á la plaza por ver si el gobernador queria entrar en capitulacion; pero este las desdeñó con altanero silencio.

Ofendióse Suchet, y la misma noche del 21 al 22 dispuso que se abriese la primera paralela contra la ciudad, apoyando la izquierda en el baluarte llamado Santo Domingo, y la derecha en el mar. No le restaba ya al enemigo que vencer sino este último recinto, sencillo y débil.

Quejas contra Campoverde.

Los habitadores de Tarragona, Senen de Contreras la junta de Cataluña, en una palabra todos murmu-

raban y quejábanse amargamente del marqués de Campoverde, cuya inacción la echaban algunos á mala parte. Se figuraban ser superiores á lo que lo eran en realidad las tropas que aquel mandaba, y por el contrario disminuian en su imaginacion sobradamente las de los franceses. Contribuyó al comun error el mismo Campoverde por sus ofertas y encarecimientos: tambien Contreras, que en vez de obrar, consumia á veces el tiempo propalando indiscretamente que la plaza tendria luego que rendirse si en breve no era socorrida.

Tentativa infructuosa de este para socorrer la plaza.

Cediendo en fin Campoverde al clamor universal y al propio impulso, resolvió hacer el 25 de junio una tentativa contra los sitiadores. En su virtud Don José Miranda al frente de la division valenciana, y de 1000 infantes de la de Eroles con 700 caballos, fue destinado á atacar los campamentos franceses de Hostalnou y Pallaresos, al paso que Campoverde debia situarse á la izquierda en el Callas para sostener la columna de ataque, y favorecerla ademas por medio de un falso movimiento al cargo de Don José María Torrijos.

En espera de los nuestros reunió Suchet sin alejarse sus principales fuerzas, contando con que se le atacaria del lado de Villalonga. Excusada era tanta prevencion. Miranda no desempeñó su encargo so pretexto de que no conocia el terreno, y alegando dudas y temores que no le occurrieron la víspera, y para las que no habia nueva razon. Un escarmiento ejecutivo y severo hubiera servido en este caso de leccion provechosa, y estorbado la repeticion de actos tan indignos del nombre español. Lavó hasta cierto punto la Mancha Don Juan Caro de vuelta de Valencia, sorprendiendo y acuchillando en Torredenbarra á unos 200 franceses. Mas se perdió la ocasion de aliviar á Tarragona, y Campoverde, aunque mal de su grado, tiró la vuelta del Vendrell.

Tropas inglesas que se presentan delante del puerto.

Parecia sin embargo no estar todo aun perdido. El 26 llegaron delante de Tarragona, procedentes de Cádiz, 1200 ingleses al mando del coronel Skerret. Estas tropas ya uniéndose á Campoverde, ó ya reforzando la plaza, hubieran sido de gran provecho, no tanto por su número, cuanto por los alientos que infundiesen con su presencia. Mas cuando la suerte va de caida, esperada ventura cámbiase en aguda desdicha. Skerret y otros gefes británicos tomaron tierra, y despues de examinar el estado de la plaza mostráronse muy abatidos. Contreras viendo esto, si bien le dijeron aquellos que se hallaban prontos á obedecerle, no quiso forzarles la voluntad, y dejó á su arbitrio desembarcar ó no su gente. Entonces los gefes ingleses se decidieron por mantenerla á bordo, y de consiguiente en mala hora aparecieron en las playas de Tarragona, trastornando del todo con semejante determinacion ánimos ya muy inquietos despues de las precedentes desgracias.

No desembarcan.

Otras ocurrencias desgraciadas.

Otra occurrencia habia aumentado antes dentro de la plaza la desunion y discordia. Mal avenido Campoverde con Senen de Contreras á causa de continuos é indiscretos razonamientos de este, le escribió para que si no estaba contento se desistiese del mando, previniendo al propio tiempo á Don Manuel Velasco le tomase en caso de la dejacion de Contreras, ó en cualquiera otro en que el último tratára de rendirse. Comunicó igual órden á los demas gefes, autorizándolos á nombrar gobernador si Velasco no aceptase el cargo. Conformábase la resolucion de Campoverde con una circular de la regencia de principios de abril, aprobada por las córtes, segun la cual se mandaba que en tanto que hubiese en una plaza un oficial que opinase por la defensa, aunque fuese el mas subalterno de la guarnicion, no se capitularia, y que por el mismo hecho se encargase dicho oficial del mando. Habíase originado esta providencia de lo que pasó con Imaz en Badajoz. Pero en Tarragona no se estaba en el mismo caso. Contreras no pensaba en rendirse, y justo es decir que sobrábanle brios y honra para cometer villania alguna. Era solo hombre de mal contentar, presuntuoso, y que usaba con poco recato de la palabra y de la pluma. En este lance altamente ofendido lejos de despojarse del gobierno dió á Velasco pasaporte para que saliese de Tarragona, y se incorporase al cuartel general. Privábase asi á la plaza de buenos oficiales, nacian partidos, y desmayaban hasta los mas firmes.

Baten los franceses la ciudad.

Provechoso lucro para el francés. Avivaba este sus obras, y estableciendo la 2ª paralela á 60 toesas de la plaza, ó sea del último recinto que era el atacado, tuvo prontas y armadas en la noche del 27 al 28 las baterías de brecha. Sabedor Suchet de la llegada de los ingleses, apremiábale posesionarse de Tarragona. Estaba distante de imaginar que la presencia de aquellas tropas fuese nuevo agasajo que le hacia la fortuna. Abrieron los sitiadores temprano el fuego en la mañana del 28, intentando principalmente aportillar el muro en la cortina del frente de San Juan por el ángulo que forma con el flanco izquierdo del baluarte de San Pablo. El terreno es de piedra sin foso ni camino cubierto.

Correspondieron los nuestros á los fuegos enemigos de un modo terrible y acertado, y destruyéndoles los espaldones de las baterías, dejaron en descubierto á sus artilleros y mataron á muchos. Por nuestra parte hubo la desgracia de volarse un repuesto de pólvora en el estrecho baluarte de Cervantes, y de que se apagasen sus fuegos. Mortíferos continuaban en los otros puntos, mas recio el enemigo en asestar furibundos tiros contra el lienzo de la muralla que queria rasgar, empezó á conseguirlo y franqueó al fin anchuroso boquerón.

La asaltan.

A las cinco de la tarde conceptuaron los sitiadores practicable la brecha, y dispuso Suchet el asalto bajo las órdenes de los generales. Habert, Ficatier y Montmarie. Tam-

bien Senen de Contreras se preparó á recibir y rechazar á los franceses en la misma brecha, y aun á defenderse dentro de las calles, cortadas varias y señaladamente la Rambla. 8000 hombres de buenas tropas le quedaban, y con ellas y alguna ayuda del vecindario podria Tarragona durante muchos dias repetir el ejemplo de Gerona y Zaragoza. La suerte adversa determinó lo contrario. El gobernador español formó en frente de la brecha dos batallones de granaderos provinciales y el regimiento de Almería, y dió á sus gefes acertadas órdenes. Quizá hubiera debido Contreras agolpar allí mas gente, y no esparcirla como lo hizo por otros puntos que no estaban amagados.

Abalanzóse pues el enemigo desde la trinchera contra la brecha. A los primeros acometedores derríbalos la metralla que vomitan nuestras piezas, los reemplazan otros y caen tambien ó vacilan; acude la reserva, los ayudantes mismos de Suchet y hasta se forma para dar ejemplo un batallon de oficiales, que todo se necesitaba, arredrado el soldado frances con el arrojo y serenidad que muestran los españoles. Una y mas veces se rompen las columnas enemigas, y una y mas veces se rehacen y quedan desbaratadas. A cabo de dura porfía y á favor del número suben los franceses á la brecha y penetran en la cortina y baluarte de San Pablo, procurando extenderse á manera de relámpago por lo largo del adarve.

La entran.

Así lo tenia proyectado el general enemigo con mucha prudencia, pues dueños los suyos de todo el circuito del muro, sobrecogian á los sitiados é imposibilitaban probablemente la defensa interior de la ciudad. Sin embargo en las cortaduras de la Rambla resistió valerosamente el regimiento de Almansa los ímpetus de los contrarios, y solo cedió al verse flanqueado y acometido por la espalda. Furibundo el francés penetró á lo último por todas partes, pilló, quemó, mató, violó, arreboló con sangre las calles y edificios de Tarragona.

Gloriosa resistencia de los sitiados.

En las gradas de la catedral murió defendiéndose con otros hombres esforzados Don José Gonzalez, hermano del marqués de Campoverde. Senen de Contreras herido en el vientre de un bayonetazo cayó prisionero en la puerta de San Magin. Perecieron mas de 4000 personas del vecindario, ancianos, religiosos, mugeres y hasta los mas tiernos párvulos, porque si bien muchos de los principales moradores habian desamparado la plaza antes del asalto, la masa de la poblacion habíase quedado á guardar sus hogares. Entre varios objetos de curiosidad é importancia que se destruyeron, contóse el archivo de la catedral. De los soldados quedaron prisioneros incluyendo los heridos de los hospitales 7800; los generales Courten, Cabrery y otros oficiales superiores fueron de este número. Hubo tropas que intentaron escaparse por la puerta de San Antonio ca-

Muerte de D. José Gonzalez.

Horrible matanza.

mino de Barcelona, pero el general Harispe apostado hacia aquella parte los envolvió ó acosó contra la plaza.

Reflexiones.

Cometieron los españoles en la defensa diversas faltas. Fueron las de Campoverde no perfeccionar de antemano las fortificaciones, mudar de gobernados á mitad del sitio, y ofrecer confiadamente socorro para despues no proporcionarle. Reprenderse deben en Contreras sus piques y quisquillas, sus manejos para malquistar al pueblo contra los demas gefes, lastimosas ocupaciones en que perdia el tiempo con desdoro suyo y en perjuicio de la causa que sostenia. Descansó tambien sobradamente en los auxilios que esperaba de fuera, y aunque oficial de saber y práctico, anduvo á veces desatentado en el modo de repeler las acometidas del enemigo ó de preverlas. Una voluntad única y sola de inflexible entereza, y superior á zelosas y miseras competencias retardado hubiera los ataques del sitiador, y aun inutilizado varias de sus tentativas.

Con todo eso la defensa de Tarragona, plaza de suyo irregular y defectuosísima, honró á nuestras armas, y afianzará por siempre á Contreras un puesto glorioso en los fastos militares de España. El enemigo para apoderarse de aquel recinto tuvo que abrir nueve brechas, dar cinco asaltos, y perder segun su propia cuenta 4293 hombres, pues segun la de otros pasaron de 7000.

Suerte de Contreras y noble respuesta.

Llevado Don Juan Senen de Contreras en unas angarillas delante de Suchet, reprochóle este lo pertinaz de la resistencia, y díjole: « que merecia la muerte « por haber prolongado aquella mas allá de lo que permiten las « leyes de la guerra, y por no haber capitulado abierta la brecha. » Con dignidad le replicó Don Juan: « Ignoro qué ley de guerra « prohiba resistir al asalto, ademas esperaba socorros: mi persona « debe ser inviolable como la de los demas prisioneros. La respe- « tará el general francés, donde no el oprobio será suyo, mia la « gloria. » Suchet tratóle despues con atenta cortesanía, agasajóle y le hizo muchos ofrecimientos para que pasase al servicio del rey intruso. Desechólos Contreras, y de resultas le condujeron al castillo de Bouillon en los Paises Bajos, de cuyo encierro logró escaparse, no habiendo nunca empeñado su palabra de honor.

Ceremonia religiosa á que asiste Suchet.

Suchet bajo palio y á pie fue en Reus á la iglesia á dar gracias al Todopoderoso por el triunfo que le había concedido con la toma de Tarragona. En vez los invasores de granjearse con eso las voluntades, las enagenaban mas y muy mucho pues el religioso pueblo aqui como en otras partes que ya hemos visto, calificaba tales actos de sacrílego fingimiento y mera juglería. Y á la verdad ¿cómo pudiera graduarlos de otro modo, recordando que dias antes en Tarragona los mismos que ahora se mostraban tan pios y devotos, habian prostituido los templos, profanado los sagrarios, quemado los óleos, pisoteado las

formas? No cuadran con la gravedad y pausa española tránsitos tan repentinos y contradictorios, ni engaños tan mal solapados.

Difundida en Cataluña la nueva de la pérdida de Tarragona, se apoderó de los ánimos exasperacion y desmayo. Cundió el mal al ejército y notóse mucha desercion, porque los catalanes que en él habia preferian la guerra de somatenes á la de tropa reglada, poniendo ademas en sus propios gefes mayor confianza que en los forasteros, y los que eran valencianos ansiando por volver á defender su propio suelo que creian amenazado, reclamaban la promesa que les habian hecho de un pronto retorno. Acrecentaban tal inclinacion las mismas medidas de Campoverde, fuera de sí y apesarado con los infortunios. Yendo el 1° de julio de Igualada á Cervera congregó un consejo de guerra en el que por cuatro votos de siete se decidió la evacuacion del principado, dejando solo en la tierra guerrillas de catalanes. Inconcebible resolucion cuando se conservaba aun Figueras, é intactas las plazas de Berga, Cardona y Seu de Urgel.

Resuelve Campoverde evacuar el principado.

Con ella se aumentó la desercion insistiendo ahincadamente el general Miranda en su embarco y vuelta á Valencia, temeroso de que se alejase el ejército de los confines de este reino, al retirarse de Cataluña. No se oponian Campoverde ni los otros gefes á tan justo deseo, en todo conforme á lo que se habia ofrecido al capitan general de Valencia, pero dificultades casi insuperables estorbaron en un principio darle cumplimiento, habiendo Suchet extendido sus tropas lo largo de la costa hasta Barcelona.

Desercion.

En efecto el general francés con el propósito de impedir el embargo de los valencianos, y aun con el de disipar si podia el ejército de Campoverde, despues de haber ordenado en Tarragona lo mas urgente, destacó en la noche del 29 al 30 dos divisiones camino de la capital del principado, y marchó tambien él en la misma direccion con una brigada y la caballería. Cañoneóle la escuadra inglesa en la ruta, mas no evitó que en Villanueva de Sitges cogiese el francés algunos barcos, bastantes heridos y partidas sueltas. Señaló el general Suchet su viage con reprensibles actos. Cogió en Molins de Rey algunos prisioneros, soldados todos y entre ellos á uno de 25 años de servicio y mandólos ahorcar. Hincados de rodillas pidiéronle aquellos desgraciados que tuviese consideracion al uniforme que vestian, mas Suchet implacable mandó ejecutar su fallo, y la misma suerte cupo á varios paisanos y mugeres. En vano creia abatir con el rigor al indómito catalan. Don José Manso, á cuyo cuerpo pertenecian aquellos soldados, hizo en consecuencia una energica declaracion, y ahorcó á seis de los enemigos que habia cogido prisioneros. Embaza tanta sangre.

Suchet pasa á Barcelona.

Actos suyos crueles.

Noticioso Suchet de que Campoverde se internaba no dando ya

Toma Suchet a Tarragona.

indicio de querer embarcar á los valencianos, limitóse á visitar la ciudad de Barcelona y á tomar ciertas medidas para la prosecucion de la campaña de acuerdo con el gobernador Maurice Mathieu, y tornó en seguida á Tarragona. Aquí puso la plaza y su campo bajo las órdenes del general Musnier, y aseguró aun mas las riberas del Ebro y la ciudad de Tortosa con la division del general Habert, en tanto que él se preparaba á nuevas empresas.

Desiste Campoverde de evacuar el principado.

Por su lado Campoverde, adelante en el propósito de evacuar la Cataluña, encaminábase á Agramunt para salvarse por las raices del Pirineo. La desercion de su gente y los clamores del principado le detuvieron. A dicha ocurrió en el intermedio que Suchet se replegase sobre Tarragona, y dejase libre y despejada la costa. Campoverde, aprovechándose de tan oportuna clara, se dirigió á la marina, y sin tropiezo consiguió embarcar el 8 de julio en Arenys de mar la division valenciana. Púsose á bordo toda ella excepto unos 500 hombres, que, disgustados de no tornar á su pais nativo, se habian derramado por Aragon, y juntádose á Mina y otras partidas. Advertido Suchet del movimiento de Campoverde, revolvió apriesa sobre Barcelona en donde entró el 9 partiendo inmediatamente Maurice Mathieu para oponerse á los intentos que mostraba el general español. Llegó tarde el francés, pues los valencianos habian ya dado la vela.

Se embarcan los valencianos.

Sucede á Campoverde en el mando D. Luis Lacy.

Habíase al propio tiempo alejado Campoverde tomando el camino de Vique: en esta ciudad se encontró con un sucesor que le enviaba de Cádiz la regencia, con Don Luis Lacy, á quien entregó el mando en 9 de julio. Perdido ya aquel general en la opinion y desestimado, menester le era ceder el puesto á un nuevo gefe. En tiempos ásperos y de revuelta aceleradamente se gasta el crédito, que á duras penas mantiene propicia y constante fortuna.

Lacy y la junta del principado en Solsona. Su buen ánimo.

Viendo Lacy que el general Suchet daba traza de perseguirle, salió de Vique y pasó á Solsona, adonde le siguió la junta del principado, la cual despues de la pérdida de Tarragona habia desamparado á Monserrat. En los nuevos cuarteles y favorecido de las plazas de Cardona y *Seu de Urgel, (destruyó la de Berga) no menos* que de lo agrio de la tierra, empezó Lacy á rehacer su ejército y á reunir gente: fomentó tambien las guerrillas y encomendó al baron de Eroles la guarda de Monserrat, punto importante que amagaba el enemigo.

Marcha admirable del brigadier Gasca.

Igualmente no sirviéndole sino de inútil y pesada carga un gran número de oficiales y caballos, despidió á muchos de aquellos y á 500 de estos con otros soldados desmontados, permitiéndoles ir á plantar bandera de ven-

tura, ó á unirse á otros ejércitos en que pudieran ser empleados con utilidad y mantenerse mas fácilmente. De contar es por cierto el rumbo que tomaron. Partieron todos el 25 de julio á las órdenes del brigadier Don Gervasio Gasca, faldearon los Pirineos, vadearon rios, y aunque perseguidos por las guarniciones francesas llegaron felizmente á Luesia el 5 de agosto. Allí les causó Klopicky alguna dispersion, pero juntándose de nuevo en Eybar en Navarra dióles Mina guias, y cruzaron el Ebro el 12 de agosto. Gasca prosiguiendo su marcha se incorporó al ejército de Valencia, sin que le fuese posible al enemigo el estorbarlo. Los mas de los soldados y oficiales acompañaron á aquel gefe hasta su destino, excepto unos cuantos que perecieron en el viage y las peleas, y otros que tomaron sabor á la vida de los partidarios: de hambre y fatiga murieron bastantes caballos. Rodeo fue este y marcha de 186 leguas; prodigiosa, imposible de realizarse en otra clase de guerra.

Suchet trata de atacar la montaña de Monserrat.

Cebado Suchet con los favores que le dispensaba la suerte, quiso proseguir la carrera de sus triunfos. En la distribucion que Napoleon habia hecho de las operaciones de Cataluña, al paso que encargó á dicho Suchet el sitio de Tarragona dejó á la incumbencia de Macdonald, conforme en su lugar apuntamos, la reconquista de Figueras y la toma de Monserrat y plazas al norte. Pero absorvida la atencion de este mariscal en recuperar aquella primera é importante fortaleza, circunvalábala asistido de la flor de sus tropas, y no le quedaba fuerza suficiente con que atender á otros objetos. Suchet ahora mas libre se encargó de la toma de Monserrat. Para ello despues de perseguir á Campoverde hasta Vique, no habiendo podido impedir el embarco de los valencianos, dejó allí en observacion de las reliquias del ejército español bastantes fuerzas y regresó á Reus el 20 de julio decidido á verificar su intento. En este pueblo se halló con pliegos en que se le noticiaba haberle elevado el emperador á la dignidad de mariscal de Francia, y en que tambien se le daba la órden de demoler las fortificaciones de Tarragona excepto un reducto, y la de tomar á Monserrat, debiendo en seguida marchar sobre Valencia. Cumplianse así con sobras los deseos de Suchet: se veia altamente honrado, y encargábasele concluir la empresa que él mismo meditaba.

Es elevado á mariscal de Francia.

Mercedes tales servian de espuela al celo ya fervoroso del nuevo mariscal. Derribó en breve segun se le prevenia las obras exteriores de Tarragona, mas no el recinto de la ciudad ni el fuerte real, disposicion que aprobaron en Paris. Dejó dentro al general Bertoletti con 2000 hombres, y tuvo el 24 de julio reunidas ya en las cercanías de Monserrat sus principales fuerzas, así como una columna procedente de Barcelona. Eroles mandaba allí y tenia á sus órdenes 2500 á 3000 hombres, los mas de ellos somatenes.

Eroles en Monserrat.

Descripcion de este punto.

Es Monserrat encumbrada montaña que por su naturaleza singular, y religiosas fundaciones, se presenta como una de las curiosidades mas notables de España. A siete leguas de Barcelona domina los caminos y principales eminencias del riñon de Cataluña. Tiene 8 leguas de circunferencia por la base compuesta de rocas altísimas y escarpadas, de ramblas y torrenteras que no dejan sino pocas y angostas entradas. A la mitad de la subida y algo mas arriba está asentado en un plano estrecho un monasterio de benedictinos vasto y sólido, bajo la advocacion de la vírgen. A partir de allí pelada del todo la montaña forma en varios parages hasta la cima picachos y peñoles, á manera de las torrecillas de un edificio gótico, que algunos han comparado á un juego de bolos. Para llegar desde el monasterio á lo alto se camina obra de dos horas, y en aquel trecho se hallan trece ermitas con sus oratorios pegadas unas contra los lados de la peña viva, puestas otras en las mismas puntas. Llegando á la última que nombran de San Gerónimo se descubren las campiñas, los pueblos y los rios, las islas y la mar: vista que se espacia deleitosamente por el claro y azulado cielo del mediterráneo. En moradas tan nuevas, en otro tiempo tranquilas, residian de ordinario solitarios desengañados del mundo y únicamente entregados á la oracion y vida contemplativa. De muy antiguo siendo este uno de los lugares mas afamados por la devocion de los fieles, constantemente ardian en la iglesia del monasterio 80 lámparas de muchos mecheros cada una, y en lo que llamaban tesoro de la vírgen veíanse acumuladas ofrendas de siglos, á punto de ser innumerables las alhajas de oro y plata y las piedras preciosas. Un solo vestido de la imágen, dádiva de una duquesa de Cardona, tenia sobre exquisito recamado mas de 1200 diamantes montados en forma de 12 estrellas. Bien vino para que no fuesen presa del invasor, que los prevenidos monjes hubiesen trasferido con oportunidad á Mallorca lo mas escogido de aquellas joyas.

Tan venerable albergue habíanle convertido los españoles en militar estancia durante la actual guerra, fortificando las avenidas. Está al cierzo la mas importante de ellas que desciende culebreando por medio de tajos y precipicios y va á dar á Casamasana. Dos baterías con cortaduras en la roca cubrian este lado, habiéndose ademas establecido un atrincheramiento á la entrada del monasterio, cuyas paredes se hallaban igualmente preparadas para la defensa. Por el mediodia corre un sendero que lleva á Collbató, y en él se habia plantado otra batería. Cuidóse no menos de los otros puntos, si bien los amparaba lo fragoso del terreno, en especial á levante, de caidas muy empinadas.

Preparóse el baron de Eroles á sostener la estancia, y con tanta confianza que proveyó de mantenimientos para ocho dias las baterías avanzadas. Al alborear del 25 de julio comenzaron los enemigos la embestida, mandándolos Suchet en persona. Dirigióse

el general Abbé hácia la subida principal apoyado por Mauricc Mathieu. Los otros caminos fueron igualmente amagados soltando ademas tiradores que procurasen trepar por las quiebras y vericuetos de la montaña con el objeto de flanquear nuestros fuegos.

Le ataca y toma Suchet.

Empeñóse el ataque por el frente, y los contrarios no adelantaban ni un paso, firmes los españoles y acompañando sus fuegos de todo género de instrumentos mortíferos, y de piedras y galgas. Mas á cabo de largo rato encaramándose por la montaña arriba las ya mencionadas tropas ligeras, lograron dominar á nuestros artilleros y acribillarlos por la espalda. Ni aun asi cedieron los atacados, pereciendo casi todos sobre las piezas antes que Abbé se posesionase de ellas.

Vencida por este término la mayor de las dificultades, prosiguió aquel general via del monasterio. Le habian precedido como para el ataque anterior muchos tiradores que hicieron esfuerzos por adelantarse y molestar desde los picachos y ermitas á los que defendian el edificio. Consiguieron los enemigos su objeto y aun se metieron dentro por una puerta trasera. Mas aqui como el combate era singular ó sea de hombre á hombre, escarmentáronlos los somatenes; y cierta era la derrota de los contrarios, si Abbé no hubiese llegado al mismo tiempo y terminado en favor suyo la pelea. Evacuaron los españoles el convento, y los mas junto con su gefe Eroles pudieron salvarse conocedores y prácticos de la tierra. Tres monjes ancianos y alguno que otro ermitaño fueron víctimas de la braveza del soldado francés. A dicha llegó á tiempo Suchet para poder salvar á dos de ellos que todavía quedaban vivos. Colígese de lo sucedido en Monserrat cuán dificultoso sea sostener tales puestos por inexpugnables que parezcan, pues ó menester es emplear fuerzas considerables que los defiendan, y entonces desaparece la utilidad de su conservacion, ó no es posible tapar las avenidas de modo que no columbre el acometedor resquicio por donde introducirse é inutilizar las precauciones mas bien concertadas.

A pocos dias de haber tomado á Monserrat, dejó alli de guarnicion el mariscal Suchet al general Palombini asistido de su brigada y alguna artillería, poniendo en Igualada al general Frère, cuyas comunicaciones con Lérida por Cervera estaban asimismo aseguradas. Palombini no gozó de gran sosiego molestado siempre, y el 5 y 9 de agosto Don Ramon Mas al frente de los somatenes atacóle y le causó una pérdida de mas de 200 hombres.

En el perseverar de los catalanes conoció Suchet no podia desamparar aquel principado hasta que los suyos recobrasen á Figueras, y pudieran las tropas que bloqueaban esta fortaleza enfrenar los desmanes del somaten y las empresas de Don Luis Lacy. Aproximábase por desgracia tan fatal momento.

Macdonald estrecha á Figueras.

Tenia el enemigo estrechamente cercado aquel castillo con línea doble de circunvalacion. El mariscal Macdonald habia en vano intimado varias veces la rendicion al gobernador Don Juan Antonio Martinez, á quien no abatian los infortunios. Púsose el soldado á media racion, mermada esta aun mas, y consumidos sucesivamente los víveres, los caballos, los animales inmundos: en fin hambreada del todo la gente, y sin esperanza de socorro, trató Martinez el 10 de agosto de salvarla arrostrando peligros y abriéndose paso con la espada. Mas muy en vela el enemigo, y casi exánimes los nuestros, frustróse la tentativa, teniendo Martinez que rendirse el 19 del mismo agosto. Cayeron con él prisioneros 2000 hombres, sin que entren en cuenta los heridos y enfermos: entre los primeros hallaron á Floreta, Marques y otros confidentes en la sorpresa que fueron ahorcados en un patíbulo que el francés colocó en un rebellin del Castillo. Los Pous con mejor estrella se salvaron, habiendo salido cuando Eroles, y en premio de su servicio se les nombró capitanes de caballería.

Se rinde el castillo.

No por eso cesa la guerra en Cataluña.

Ni por eso cesó la guerra en Cataluña, antes bien renacia como de sus propias cenizas. Lacy activo y bravo formaba batallones, sostenia á los débiles, enardecia á los mas valerosos, y metiéndose por aquellos dias en la Cerdaña francesa repelió á 1200 hombres, exigió contribuciones y sembró el espanto en el territorio enemigo. Por todas partes rebullian los somatenes, Clarós apareció cerca de Gerona, en Besos Milans, otros en diversos lugares, y no les era lícito á los invasores caminar sino como primero con fuertes escoltas. La junta del principado y Lacy decian en sus proclamas: « ¿No hemos jurado « ser libres ó envolvernos en las ruinas de nuestra patria? Pues á « cumplirlo. » Podíase exterminar tal gente, no conquistarla.

Suchet pasa á Aragon, inquieto siempre este reino.

Sin embargo el mariscal Suchet codicioso de tomar á Valencia, dejando por algun tiempo parte de su ejército en Cataluña, pasó á Zaragoza para hacer los preparativos convenientes á la empresa que meditaba, y se le habia ya encomendado en Francia. Tambien urgia diese órden en las cosas de Aragon, en donde con su ausencia comenzaba la tierra á andar revuelta. En la ribera izquierda del Ebro los valencianos y el general Gasca, de que hemos hecho mencion, con otros varios habian meneado aquellas comarcas y metido gran bulla. En la derecha los generales Villacampa, obispo enviado de Valencia, y Duran acudiendo de Soria, incomodaban á los destacamentos y guarniciones enemigas, de las que la de Teruel se vió muy apurada. Suchet procuró despejar el pais y tranquilizarle algun tanto, estorbándole con todo para conseguirlo los partidarios de las otras provincias, y en especial los temores que le inspiraba la vecindad de Valencia.

Valencia.

En este reino habia continuado mandando algun tiempo Don Luis Alejandro de Bassecourt, no muy atinado ni en lo político ni en lo militar, y que con deseos de grangearse el aura popular y de imitar á Cataluña, habia convocado para 1° de enero de 1811 un congreso compuesto de la junta y de diputados de la ciudad y la provincia. Las discusiones de esta corporacion extemporánea fueron públicas y en un principio se limitaron á proporcionar auxilios, y á las cuestiones puramente económicas; mas tomando los nuevos diputados gusto á su magistratura, quisiéronle dar ensanches y empezaron á examinar la conducta del general. Escocióle á este la idea, llevando muy á mal que hechuras que consideraba como suyas se tomasen tal licencia, pór lo que el 27 de febrero puso término á los debates y prendió á Don Nicolas Gareli y á otros de los mas fogosos. Las córtes, á cuyo superior conocimiento subió la decision de todo el negocio, mandaron soltar á los presos, cerrando al propio tiempo la puerta á los ambiciosos é inquietos de las provincias con el reglamento que por entonces dieron á las juntas, del que luego haremos mencion, y al cual se sometieron todas. La regencia nombró interinamente á Don Cárlos Odonell por sucesor de Bassecourt, cuyos procedimientos se miraron como nada cuerdos.

Convoca Bassecourt un congreso.

Se disuelve.

Don Cárlos Odonell sucede á Bassecourt.

Tampoco en lo militar se habia el Don Luis mostrado muy atentado. Vimos en el año último sus desaciertos en esta parte. Ahora habia si fortificado á Murviedro; pero no coadyuvado cual pudiera al alivio de Cataluña. Hasta el 22 de abril que entregó el mando á Odonell, tornando á Cuenca, apenas hizo en estos meses movimiento alguno de importancia, no siéndolo uno que intentó sobre Ulldecona el 12 del mismo abril.

Operaciones militares del segundo ejército ó sea de Valencia.

Odonell ayudado de la marina inglesa ordenó al principiar mayo una maniobra hácia el embocadero del Ebro. El conmodoro Adams á bordo del Invencible, con dos fragatas y dos jabeques españoles cañoneó la torre de Codoñol, á 800 toesas de la Rápita, y el 9 obligó al enemigo á que la evacuase. Al mismo tiempo el conde de Romré con unos 2000 españoles avanzó por tierra, y Pinot, comandante francés de la Rápita, acometido de ingleses y amenazado por españoles se replegó sobre Amposta, punto que inmediatamente rodearon los nuestros. Mas acudiendo sin tardanza los franceses de Tortosa y de los alrededores con fuerza superior, libraron á los suyos, no ocupando sin embargo la Rápita hasta despues de la toma de Tarragona, y limitándose por esta vez á recobrar la torre de Codoñol.

En lo demas no tentó Odonell operacion alguna notable sino la de enviar á Cataluña la division de Miranda de que ya se habló, y hacer amagos via de Aragon, los cuales no dieron motivo á empresa

alguna señalada. El mando interino de Don Cárlos Odonell cesó al fenecer junio, empuñando el baston en su lugar el marqués del Palacio. Fueron de allí en adelante preparándose en Valencia acontecimientos de funesto remate, que reservamos para otro libro.

Sucede el marqués del Palacio á Odonell.

Castilla la Nueva.

Réstanos en este contar lo que pasó en Castilla la Nueva en la mitad del año de 1811, tiempo que ahora nos ocupa: seremos breves. Tenian los franceses encomendada la defensa de aquel territorio al ejército que llamaban del centro, puesto á las inmediatas órdenes de José, y casi el único de que podia disponer el intruso con libertad bastante amplia. En ayuda de este ejército acudian á veces tropas de otras partes. Y como no fuesen de ordinario suficientes las suyas propias para cubrir los distritos de su incumbencia, que eran Avila, Segovia, Madrid, Toledo, Guadalajara, Cuenca y Mancha, apostábase en el último una division del 4º cuerpo, ó sea de Sebastiani, bajo el mando del general Lorge, con especial encargo de conservar libre el tránsito entre las Andalucías y la capital del reino. Cada distrito tenia un gefe militar, y sumaban las fuerzas de todos ellos de 25 á 30,000 hombres.

Juntas y guerrilleros.

La contrarestaban los guerrilleros, rara vez tropas regladas, manteniéndose siempre en pie las juntas de Guadalajara y Cuenca: inducidora algun tanto la primera de desavenencias y discordias. Otra se formó en la Mancha tampoco muy pacífica, la cual se albergaba en los montes de Alcaraz y por lo comun en Elche de la sierra, conservando como abrigo y apoyo de operaciones el castillo de las Peñas de San Pedro, fábrica de romanos, sito en un peñon empinado. Mandaba el canto Don Luis de Ulloa. Imprimia esta junta una gaceta de composicion no muy culta, pero en idioma propio á divertir y embelesar á la muchedumbre.

Pocos partidarios de los del año anterior habian desaparecido ó sido aquí presa de los franceses. Cupo tal desdicha á algunos no muy conocidos, y entre ellos á uno de nombre Fernandez Garrido, cogido en abril en Chapinería, partido de Madrid, por el marqués de Bermuy al servicio de José, encargado de perseguir las guerrillas hácia las riberas del Alberche. Los mas nombrados permanecian casi ilesos. Hubo unos cuantos que salieron por primera vez á plaza ó adquirieron mayor fama. De este número fueron Don Eugenio Velasco y Don Manuel Hernandez, dicho el Abuelo. En ocasiones los animaban tropas del 3er ejército, y sobre todo la caballería al mando de Osorio, que como ya se apuntó, acudia al granero de la Mancha en busca de bastimentos.

El Empecinado.

Quien no cesó ni un punto de sobresalir entre los partidarios de Castilla la Nueva fué Don Juan Martin el Empecinado. Despues de su vuelta de Aragon lidió en el mes de

febrero varias veces contra fuerzas superiores, ya en Sacedon, ya en Priego. Pasó en marzo á Molina, y en los dias 8 y 9 encerró en el castillo malparada á la guarnicion francesa. De allí se encaminó á Sigüenza, y mancomunándose con Don Pedro Villacampa que andaba rodando por la tierra, decidieron ambos embestir la villa y puente de Auñon, provincia de Guadalajara. Era este puente el solo que permanecia intacto, habiendo roto el francés los de Pareja y Trillo, y quemado el de Valtablado; todos sobre el Tajo. Partia dicho puente término entre la villa de su nombre y la de Sacedon, y por su importancia fortificábanle los enemigos, habiendo hecho otro tanto con las calles y casas de ambos pueblos: tenia de guarnicion 600 hombres, y mandaba allí el coronel Luis Hugo, hermano del general que estaba á la cabeza del distrito de Guadalajara.

Villacampa.

Franqueando aquel punto ambas orillas del Tajo, interesaba su ocupacion á los nuestros y á los contrarios. Llegó á las cercanías en la mañana del 25 de marzo Don Pedro Villacampa, y por medio de una atinada maniobra, acometió á los franceses por el frente y espalda. Los desalojó del puente apoderándose de las obras que habian construido para su defensa. Se refugieron en seguida aquellos en la iglesia de Auñon, muy fortalecida, y dudaba Villacampa atacarlos, cuando acudiendo Don Juan Martin empezaron ambos á verificarlo. Una tronada y copiosísima lluvia retardó los ataques y favoreció á los enemigos, dando lugar á que viniese de Brihuega Hugo el comandante de Guadalajara, y de Tarancon el gefe Blondeau á la cabeza de otra columna. Con este motivo destruidas las obras, se retiraron los españoles llevando mas de 100 prisioneros, y habiendo muerto y herido á otros tantos hombres; entre los postreros se contó al comandante del puesto Hugo. Evacuó de resultas el enemigo á Auñon; y Villacampa y el Empecinado tiraron cada uno por diverso lado.

Ataque contra el puente de Auñon.

Tan continuos choques determinaron al gobierno intruso á hacer un esfuerzo para destruir todas estas partidas, especialmente la del Empecinado, reuniendo al efecto á las fuerzas de Hugo las del general Lahoussaie que mandaba en Toledo y algunas otras. ¡Vana diligencia! Don Juan Martin traspuso entonces los montes, acometió á los franceses en la provincia de Segovia, los escarmentó en Somosierra, en el real sitio de San Ildefonso, y hasta envió destacamentos camino de Madrid cuando le buscaban al Este á doce leguas de distancia. Tuvo por tanto Hugo que volver atras, costándole gente las marchas y contramarchas. Lahoussaie pasó en 22 de abril á Cuenca, de donde se retiró Don José Martinez de San Martin, y aquella ciudad tan desventurada en las anteriores entradas del enemigo, de que hemos referido las mas principales, no fue mas dichosa en esta, por no desviarse nunca de la senda del patriotismo, honrosa pero llena de

Diversos movimientos y sucesos.

abrojos. Huete, Huertahernando, Alcázar de San Juan, Herencia, otros pueblos, entonces, despues y antes, padecieron no menos desgracias. Volúmenes serian necesarios para contarlas todas, junto con los rasgos de *heroicidad* de *muchos* habitantes.

No siendo, pues, dado á los enemigos acabar con Don Juan Martin, pusieron en práctica secretos manejos. Causaron con ellos altercados, una notable dispersion en Alcocer de la Alcarria, y lo que fue peor, el paso á su bando de algunos oficiales, si bien contados. Tambien la junta con su ambicioso desasosiego é imprudentes medidas, desavino los ánimos no menos que la inoportuna eleccion del marqués de Zayas (que no debe confundirse con Don José de Zayas) como comandante de la provincia, poniendo bajo sus órdenes al Empecinado. De poco nombre dicho marqués entre los generales del ejército, era pernicioso para gobernar partidas, á cuya cabeza podian solo mantenerse los que las habian formado, hombres activos, prácticos de la tierra, avezados á todo linage de escaseces, á los peligros de una vida arriesgada y venturera, manos encallecidas con la esteva y la azada, ablandadas solo en sangre enemiga. Separarse de camino tan derecho motivó considerables daños. Al principiar julio estaba como dispersa la fuerza que antes mandaba Don Juan Martin, y que ascendia á mas de 3000 hombres. Por fortuna pusieron las cortes término al mal, ordenando que se disolviese la junta, y se nombrase otra conforme al nuevo reglamento, del que hablaremos despues; y previniendo al marqués de Zayas que dejase el mando, segun lo realizó, tornando á Valencia, embolsados sueldos y atrasos, ya que no con acrecentamiento de fama. Recobró Don Juan Martin la comandancia de su division, y á pocos dias revivió esta con no menor brillo que antes.

Otros guerrilleros.

Entre los demas partidarios de menor nombre incomodaba Don Juan Abril á los franceses desde las sierras de Guadarrama y Somosierra hasta Madrid, atravesando con frecuencia los puertos, y habiendo tenido la dicha esta primavera de rescatar 14,000 cabezas de ganado merino que llevaban fuera del reino. Saornil habia ahora tomado á su cargo principalmente la provincia de Avila y las confinantes; pero en 1° de julio sorprendido de noche por el comandante Montigny junto á Peñaranda de Bracamonte, en donde descuidado dormia al raso con los suyos, perdió alguna gente, si bien no se retiró hasta despues de un combate muy encarnizado. Recorria solo ó uniéndose con otros el término de Toledo Don Juan Palarea, el médico, y en Cebolla y sus contornos como en otros parages sorprendió diversas partidas enemigas, cogiendo en junio en Santa Cruz del Retamar á M. Lejeune, ayudante de campo del príncipe de Neuchatel, quien ha representado el lance con presumido pincel, y valiéndose de la licencia que se concede á los pintores y á los poetas.

Casi siempre respetaron nuestros partidarios á sus enemigos; lo

cual no impedia que so pretexto de ser foragidos, ó soldados juramentados de José, los ahorcasen aquellos ó arcabuceasen á menudo sin conmiseracion alguna. La venganza entonces era pronta y con usura. A veces lo largo del camino del Pardo, en las otras avenidas de Madrid, y junto á sus tapias mismas amenecian colgados tres y mas franceses por cada español muerto en quebrantamiento de las leyes de la guerra. Forzosa represalia, pero cruda y lamentable.

Malos y crueles tratamientos.

Al lado opuesto de Toledo y del campo de las lides de Palarea, el otro médico Don José Martinez de San Martin que mandó en Cuenca, hasta que volvió de Valencia Bassecourt, tampoco desperdició el tiempo. Combinaba á veces acertadamente sus operaciones, entendiéndose con otros partidarios, y el 7 de agosto unido á Don Francisco Abad (Chaleco), escarmentó reciamente á los franceses en la Osa de Montiel, y les cogió bastantes prisioneros y efectos. No menos bulla y estruendo de guerrillas y franceses andaba en Ciudad Real, Almagro, Infantes, por todas las comarcas y villas de la Mancha como en las demas provincias de Castilla la Nueva. Los enemigos en todas ellas continuaban teniendo puntos fortalecidos en que se veian frecuentemente obligados á encerrarse, y á veces aun á rendirse.

Mas partidarios.

De poco valer y harto cansados parecerán á algunos tales acontecimientos, si bien nos limitamos á dar de ellos una sucinta y compendiosa idea. A la verdad minuciosos se muestran á primera vista y tomados separadamente; pero mejor pesados, nótase que de su conjunto resultó en gran parte la maravillosa y porfiada defensa de la independencia de España que servirá de norma á todos los pueblos que quieran en lo venidero conservar intacta la suya propia. Mas de tres años iban corridos de incesante pelea; 300,000 enemigos pisaban todavia el suelo peninsular, y fuera de unos 60,000 que llamaba á sí el ejército anglo-portugués, ocupaban á los otros casi exclusivamente nuestros guerreros; lidiando á las puertas de Madrid, en los límites y á veces dentro de la misma Francia, en los puntos mas extremos, cuan anchamente se dilata la España.

Resultas importantes de este género de guerra.

En medio de tan marcial estrépito apenas reparaba nadie y menos los generales franceses en la persona de José, á quien podríamos llamar la sombra de Napoleon con mas fundamento del que tuvieron los partidarios de la casa de Austria para apellidar á Felipe V en su tiempo la sombra de Luis XIV. Pues á este permitianle por lo menos dirigir sus reinos, si bien en un principio sujetándose á reglas que le dieron en Francia, cuando el primero ni sus propios amigos le dejeban, por decirlo asi, suelo en que mandar; habiéndole arrebatado de hecho su hermano muchas provincias con el decreto de los gobiernos militares, y escatimándole mas y mas el manejo de otras:

Situacion de José.

(* Ap. n. 3.)

de suerte que en realidad el imperio de la corte de Madrid se encerraba en círculo muy estrecho.

De ello quejábase sin cesar José, que era gran desautoridad de su corona, ya harto caediza, tratarle tan livianamente. Mas no por eso dejaba de obrar cual si fuese árbitro y tranquilo poseedor de España. Daba empleos en los diversos ramos, promulgaba leyes, expedia decretos, y hasta trataba de administrar las Indias. Y ¡cosa maravillosa, si no fuese una de tantas flaquezas del corazon humano! motejaba en los periódicos de Madrid á las córtes, y los redactores mostrábanse á veces donairosos por querer las últimas gobernar la América: siendo asi que José intentaba otro tanto, con la diferencia de que nunca le reconocieron allí como á rey de España, al paso que á las córtes las obedecian entonces, y las obedecieron todavía largo tiempo las mas de aquellas provincias.

Desengaños que recibe.

Todo concurria ademas á probar á José que si recibia desaires de los suyos, tampoco crecia en favor respecto de los que apellidaba súbditos. Lejos le hacian casi todos estos cruda guerra: en derredor mostrábanle su desafecto con el silencio, el cual si se rompia era para patentizar aun mas el desvío constante de los pechos españoles por todo lo que fuese usurpacion é invasion extrangeras. Hubo circunstancia en que reveló sentimiento tan general hasta la niñez sencilla. Y cuéntase que llevando á la corte Don Dámaso de la Torre, corregidor de Madrid, á un hijo suyo de cortos años vestido de cívico y armado de un sablecillo, se acercó José al mozuelo, y acariciándole le preguntó en qué emplearia aquella arma; á lo que el muchacho con viveza y sin detenerse le respondió: « En matar franceses. » Repite por lo comun la infancia los dichos de los que la rodean, y si en la casa de quien por empleo y aficion debia ser adicto al gobierno intruso, se vertian tales máximas y opiniones, ¿cuáles no serian las que se abrigaban en las de los demas vecinos?

Estado de su ejercito y hacienda.

Inútilmente trató José de mejorar los dos importantes ramos de la guerra y hacienda para ponerse en el caso de manifestar que no le era ya necesaria la asistencia de su hermano, quien de nuevo le envió al mariscal Jourdan, como mayor general. Apenas habia José adelantado ni un paso desde el año anterior en dichos dos ramos. Sus fuerzas militares no crecian, y cuando en los estados sonaban 14,000 hombres, escasamente llegaba su número á la mitad: y aun de estos á la primera salida íbanse los mas á engrosar, como antes, las filas del Empecinado y de otros partidarios.

Con respecto á las contribuciones, ahora como en los primeros tiempos, no podia disponer José de otros productos que de los de Madrid. Habia ofrecido variar aquellas y mejorar su cobranza; pero nada habia hecho ó muy poco. Introdujo y empezó á plantear la de patentes, segun la cual cada profesion y oficio, á la

manera de Francia, pagaba un tanto por ejercerle. Conservó los antiguos impuestos, inclusos los diezmos y la bula de la cruzada, respetando la opinion y aun las preocupaciones del pueblo, en tanto que servian á llenar las arcas del erario. Dolencia de casi todos los gobiernos.

En Madrid se aumentaron á lo sumo las contribuciones. Recargáronse los derechos de puertas: á los propietarios de casas se les gravó al principio con un diez por ciento; á los inquilinos con un quince, y en seguida con otro tanto á los mismos dueños: por manera que entre unos y otros vinieron á pagar un cuarenta por ciento, de cuya exorbitancia junto con otros males, nació en parte la horrorosa miseria que se manifestó poco despues en aquella capital.

Diversiones que José promueve.

Para distraer los ánimos promovió José banquetes y saraos; y mandó que se restableciesen los bailes de máscaras, vedados muchos años hacia por el sombrío y espantadizo recelo del gobierno antiguo. Tambien resucitó las fiestas de toros, de las que Cárlos IV habia por algun tiempo gustado con sobrado ardor, prohibiéndolas despues el último, llevado de despecho por un desacato cometido en cierta ocasion contra su persona, mas no impelido de sentimientos humanos. De notar es que semejante espectáculo, tan reprendido fuera de España y tachado de feroz y bárbaro, se renovase en Madrid bajo la proteccion y amparo de un monarca y de un ejército ambos á dos extrangeros. Pero ni aun asi se grangeaba José el efecto público: habia llaga muy encancerada para que la aliviasen tales pasatiempos.

Ilusiones de José.

Verdad sea que la conducta y desmanes de los generales y tropas francesas contribuian grandemente á enagenar las voluntades. A ello achacaba José casi exclusivamente el descontento de los pueblos, figurándose que sino disfrutaria en paz de solio tan disputado. Enfermedad apegada á los monarcas, aun á los de fortuna, esta del alucinamiento. Asi lo expresaba José á punto de mostrar deseo de verse libre de tropas extrañas. Disgustaba tal lenguaje á Napoleon, informado de todo, quien con razon decia *: « Si mi hermano no puede apaciguar la España con 400,000 « franceses, ¿cómo presume conseguirlo por otra via? añadiendo: « no hay ya que hablar del tratado de Bayona; desde entonces « todo ha variado; los acontecimientos me autorizan á tomar todas las medidas que convengan al interés de Francia. » Cada vez arrebozaba menos Napoleon su modo de pensar. La muger de José escribia á su esposo desde Paris: « ¿Sabes que hace mucho « tiempo intenta el emperador tomar para si las provincias del « Ebro acá? En la última conversacion que tuvo conmigo dijome « que para ello no necesitaba de tu permiso, y que lo ejecutaria « luego que se conquistasen las principales plazas. »

Desazonaba su lenguaje á Napoleon.

(* Ap. n. 4.)

Afligido é incomodado José codiciaba unas veces entrar en tratos con las mismas córtes, y otras retirarse á vida particular. « Mas quiero, decia, ser súbdito del em- « perador en Francia, que continuar en España rey en el nombre : « allí seré buen súbdito, aquí mal rey. » Sentimientos que le honraban; pero siendo su suerte condicion precisa de todo monarca que recibe un cetro, y no le hereda ó por sí le gana, pudiera José haber de antemano previsto lo que ahora le sucedia.

Disgusto de José.

Sin embargo primero de tomar una de las dos resoluciones extremas de que acabamos de hablar, y para las que tal vez no le asistian ni el desprendimiento ni el valor necesarios, trató José de pasar á Paris á avistarse con su hermano; aprovechando la ocasion de haber dado á luz la emperatriz su cuñada en el 20 de marzo un príncipe que tomó el título de rey de Roma. Creia José que era aquella favorable coyuntura al logro de sus pretensiones, y que no se negaria su hermano á acceder á ellas en medio de tan fausto acontecimiento. Pero no era Napoleon hombre que cejase en la carrera de la ambicion. Y al contrario nunca como entonces tenia motivo para proseguir en ella. Tocaba su poder al ápice de la grandeza, y con el recien nacido abondábanse y se afirmaban las raices antes someras y débiles de su estirpe.

Su viage á Paris.

Nacimiento del rey de Roma.

El efecto que tan acumulada dicha producia en el ánimo del emperador francés vese en una carta que pocos meses adelante escribia á José su hermana Elisa. « Las cosas han variado mucho, « decia; no es como antes. El emperador solo quiere sumision, « y no que sus hermanos se tengan respecto de él por reyes inde- « pendientes. Quiere que sean sus primeros súbditos. »

Salió de Madrid José camino de Paris el 23 de abril, acompañado del ministro de la guerra Don Gonzalo Ofarril y del de estado Don Mariano Luis de Urquijo. No atravesó la frontera hasta el 10 de mayo. Paradas que hizo, y sobre todo 2000 hombres que le escoltaban, fueron causa de ir tan despacio. No le sobraba precaucion alguna : acechábanle en la ruta los partidarios. Llegó José á Paris el 16 del mismo mes, y permaneció allí corto tiempo. Asistió el 9 de junio al bautizo del rey de Roma, y el 27 ya de vuelta cruzó el Bidasoa. Entró en Madrid el 15 de julio, solo, aunque sus periódicos habian anunciado que traeria consigo á su esposa y familia. Reduciase esta á dos niñas, y ni ellas ni su madre, de nombre Julia, hija de Mr. Clary rico comerciante de Marsella, llegaron nunca á poner el pie en España.

Vuelve José á Madrid.

Poco satisfecho José del recibimiento que le hizo en Paris su hermano, convencióse ademas de cuáles fuesen los intentos de este por lo respectivo á las provincias del Ebro, cuya agregacion al imperio francés estaba como resuelta. No obtuvo tampoco en otros puntos sino palabras y promesas vagas; limitán-

dose Napoleon á concederle el auxilio de un millon de francos mensuales.

Escasez de granos.

No remediaba subsidio tan corto la escasez de medios, y menos reparaba la falta de granos tan notable ya en aquel tiempo que llegó á valer en Madrid la fanega de trigo á cien reales, de cuarenta que era su precio ordinario. Por lo cual para evitar el hambre que amenazaba, se formó una junta de acopios, yendo en persona á recoger granos el ministro de policía Don Pablo Arribas, y el de lo interior marqués de Almenara: encargo odioso é impropio de la alta dignidad que ambos ejercian. La imposicion que con aquel motivo se cobró de los pueblos en especie recargólos excesivamente. De las solas provincias de Guadalajara, Segovia, Toledo y Madrid se sacaron 950,000 fanegas de trigo y 750.000 de cebada, ademas de los diezmos y otras derramas. Efectuóse la exaccion con harta dureza, arrancando el grano de las mismas eras para trasladarle á los pósitos ó alhóndigas del gobierno, sin dejar á veces al labrador con que mantenerse y con que hacer la siembra. Providencias que quizas pudieron creerse necesarias para abastecer por de pronto á Madrid; pero inútiles en parte, y á la larga perjudiciales: pues nada suple en tales casos al interés individual, que temiendo hasta el asomo de la violencia, huye con mas razon espantado de donde ya se practica aquella.

Providencias violentas del gobierno de José.

Trata José de componerse con el gobierno de Cádiz.

Decaido José de espiritu, y sobre todo mal enojado contra su hermano, trató de componerse con los españoles. Anteriormente habia dado indicio de ser este su deseo: indicio que pasó á realidad con la llegada á Cádiz algun tiempo despues de un canónigo de Burgos llamado Don Tomas la Peña, quien encargado de abrir una negociacion con la regencia y las córtes, hizo de parte del intruso todo género de ofertas, hasta la de que se echaria el último sin reserva alguna en los brazos del gobierno nacional, siempre que se le reconociese por rey. Mereció la Peña que se le diese comision tan espinosa por ser eclesiástico, calidad menos sospechosa á los ojos de la multitud, y hermano del general del mismo nombre, al cual se le juzgaba enemigo de los ingleses de resultas de la jornada de la Barrosa. Extraño era en José paso tan nuevo, y podemos decir desatentado; pero no menos lo era, y aun quizá mas, en sus ministros que debian mejor que no aquel conocer la índole de la actual lucha, y lo imposible que se hacia entablar ninguna negociacion, mientras no evacuasen los franceses el territorio y no saliese José de España.

Emisarios que envia.

La Peña se abocó con la regencia, y dió cuenta de su comision, acompañándola de insinuaciones muy seductoras. No necesitaban los individuos del gobierno de Cádiz tener presentes las obligaciones que les imponia su elevada magis-

tratura para responder digna y convenientemente: bastábales tomar consejo de sus propios é hidalgos sentimientos. Y así dijeron que ni en cuerpo ni separadamente faltarian nunca á la confianza que les habia dispensado la nacion, y que el decreto dado por las córtes en 1° de enero seria la invariable regla de su conducta. Añadieron tambien con mucha verdad que ni ellos, ni la representacion nacional, ni José tenian fuerza ni poderío para llevar á cima, cada uno en su caso, negociacion de semejante naturaleza. Porque á las cortes y á la regencia se les respetaba y obedecia en tanto que hacian rostro á la usurpacion é invasion extrangeras; pero que no sucederia lo mismo si se alejaban de aquel sendero *indicado* por la nacion. Y en cuanto á José claro era que faltándole el arrimo de su hermano, único poder que le sostenia, no solamente se hallaria imposibilitado de cumplir cosa alguna, sino que en el mismo hecho vendria abajo su frágil y desautorizado gobierno. Terminóse aquí la negociacion *. Las córtes nunca tuvieron de oficio conocimiento de ella, ni se traslució en el público á gran dicha del comisionado. En los meses siguientes despacháronse de Madrid con el mismo objeto nuevos emisarios, de que hablaremos, y cuyas gestiones tuvieron el mismo paradero. Otras eran las obligaciones, otras las miras, otro el rumbo que habia tomado y seguido el gobierno legítimo de la nacion.

Inutilidad de los pasos que estos dan.

(* Ap. n. 8.)

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

Abren las córtes sus sesiones en Cádiz. — Presupuestos presentados por el ministro de hacienda. — Reflexiones acerca de ellos. — Debates en las córtes. — Contribucion extraordinaria de guerra. — Reconocimiento de la deuda pública. — Nombramiento de una junta nacional del crédito público. — Memoria del ministro de la guerra. — Aprueban las córtes el estado mayor. Créase la órden de San Fernando. — Reglamento de juntas provinciales. — Abolicion de la tortura. — Discusion y decreto sobre señoríos y derechos jurisdiccionales. — Primeros trabajos que se presentan á las córtes sobre constitucion. — Ofrecen los ingleses su mediacion para cortar las desavenencias de América. — Tratos con Rusia. — Sucesos militares. — Expedicion de Blake á Valencia. — Facultades que se otorgan á Blake. — Desembarca en Almería. — Incorpóranse las tropas de la expedicion momentáneamente con el 3er ejército. — Operaciones de ambas fuerzas reunidas. — Medidas que toma Soult. — Accion de Zújar y sus consecuencias. — Nuevos cuarteles del 3er ejército, y separacion de las fuerzas expedicionarias. — Unese Montijo al ejército. — Sucede en el mando á Freire el general Mahy. — Los franceses no prosiguen á Murcia. — Valencia. — Estado de aquel reino. — Llegada de Blake. — Providencias de este general. — Se dispone Suchet á invadir aquel reino. — Pisa su territorio. — Su marcha y fuerza que lleva. — Las que reune Blake y otras providencias. — Sitio del castillo de Murviedro ó Sagunto. — Su descripcion. — Vana tentativa de escalada. — Reencuentro en Soneja y Segorbe. — En Bétera y Benaguacil. — Buena defensa y toma del castillo de Oropesa. — Resistencia honrosa y evacuacion de la torre del Rey. — Activa el enemigo los trabajos contra Sagunto. — Asalto intentado infructuosamente. — Prepárase Blake á socorrer á Sagunto. — Batalla de Sagunto. — Rendicion del castillo. — Diversiones en favor de Valencia, Cataluña. — Toma de las islas Medas. — Muerte de Montardit. — Empresas de Lacy y Eroles en el centro de Cataluña. — Ataque de Igualada. — Rendicion de la guarnicion de Cervera. — De Bellpuig. — Revuelve Eroles sobre la frontera de Francia. — Acertada conducta de Lacy. — Pasa Macdonald á Francia. — Le sucede Decaen. — Convoy que va á Barcelona. — Aragon, Duran y el Empecinado. — Mina. — Tropas que reunen los franceses en Navarra y Aragon. — Atacan á Calatayud Duran y el Empecinado. — Hacen prisionera la guarnicion. Viene sobre ellos Musnier. — Se retiran. — Division de Severoli en Aragon. — Se separan Duran y el Empecinado. — Mina. — Ponen los franceses su cabeza á precio. — Tratan de seducirle. — Penetra Mina en Aragon. — Ataca á Egea. — Coge una columna francesa en Plasencia de Gállego. — Embarca los prisioneros en Motrico. — Distribuye Musnier la devision de Severoli. — Abandonan los franceses á Molina. — Nuevas acometidas del Empecinado. — De Duran. — Ambos bajo las órdenes de Montijo. — Ballesteros en Ronda. — Accion contra Rignoux. — Avanza Godinot. — Retírase Ballesteros. — Vanas tentativas de Godinot. — Tarifa socorrida. — Retírase Godinot. — Se mata. — Sorprende Ballesteros á los franceses en Bornos. — Juan Manuel Lopez. — Crueldad de Soult.

Abren las cortes sus sesiones en Cádiz.

Trasladadas las córtes de la isla de Leon á Cádiz, abrieron las sesiones en esta ciudad el 24 de febrero, segun ya apuntamos. El sitio que se escogió para celebrarlas fué la iglesia de San Felipe Neri espaciosa y en forma de rotunda. Se construyeron galerías públicas á derecha y á izquierda en donde antes estaban los altares colaterales, y otra mas elevada encima del cornisamento de donde arranca la cúpula. Era la postrera galería angosta, lejana y de pocas salidas, lo que dió ocasion á alguno que otro desórden que á su tiempo mencionaremos, si bien enfrenados siempre por la sola y discreta autoridad de los presidentes.

Presupuestos presentados por el ministro de hacienda.

En 26 de febrero se leyó en las córtes por primera vez un presupuesto de gastos y entradas. Era obra de Don José Canga Argüelles, secretario á la sazon del despacho de hacienda. La pintura que en el contexto se trazaba del estado de los caudales públicos aparecia harto dolorosa. « El importe de la deuda *, expresaba el ministro, asciende á 7,194,266,859 rs. vn., y los réditos « vencidos á 219,691,475 de igual moneda. » No entraban en este cómputo los empeños contraidos desde el principio de la insurreccion, que por lo general consistian en suministros aprontados en especie. El gasto anual sin los réditos de la deuda, le valuaba el señor Canga en 1,200,000,000 de reales, y los productos en solo 255,000,000. « Tal es, continuaba el ministro, la extension de los « desembolsos y de las rentas con que contamos para satisfacerlas, « calculadas aproximadamente por no ser dado hacerlo con exac« titud, por la falta á veces de comunicacion entre las provincias y « el gobierno, por las ocurrencias militares de ellas... » « Si la « santa insurreccion de España hubiera encontrado desahogados á « los pueblos, rico el tesoro, consolidado el crédito y franqueados « todos los caminos de la pública felicidad, nuestros ahogos serian « menores, mas abundantes los recursos, y los reveses hubieran « respetado á nuestras armas; pero una administracion desconcer« tada de veinte años, una serie de guerras desastrosas, un siste« ma opresor de hacienda, y sobre todo la mala fé en los contratos « de esta y el desarreglo de todos los ramos, solo dejaron en pos « de sí la miseria y la desolacion: y los albores de la independen« cia y de la libertad rayaron en medio de las angustias y de los « apuros... » « A pesar de todo hemos levantado ejércitos; y com« batiendo con la impericia y las dificultades, mantenemos aun el « honor del nombre español, y ofrecemos á la Francia el espectá« culo terrible de un pueblo decidido que aumenta su ardor al « compas de las desgracias... »

(* Ap. n. t.)

Reflexiones acerca de ellos.

Y ahora habrá quien diga: ¿cómo pues las córtes hicieron frente á tantas atenciones, y pudieron cubrir desfalco tan considerable? A eso responderemos: 1° que el presu-

puesto de gastos estaba calculado por escala muy subida, y por una muy ínfima el de las entradas; 2° que en estas no se incluian las remesas de América, que, aunque en baja, todavía producian bastante, ni tampoco la mayor parte de las contribuciones ni suministros en especie; y 3° que tal es la diferencia que media entre una guerra nacional y una de gabinete. En la última los pagos tienen que ser exactos y en dinero, cubriéndolos solamente contribuciones arregladas y el crédito que encuentra con límites: en la primera suplen al metálico, en cuanto cabe, los frutos, aprontando los propietarios y hombres acaudalados, no solo las rentas sino á veces hasta los capitales, ya por patriotismo, ya por prudencia; sobrellevando asimismo el soldado con gusto, ó al menos pacientemente las escaseces y penuria, como nuevo timbre de realzada gloria. Y en fin en una guerra nacional poniéndose en juego todas las facultades físicas é intelectuales de una nacion, se redoblan al infinito los recursos; y por ahí se explica como la empobrecida mas noble España pudo sostener tan larga y dignamente la causa honrosa de su independencia. Favorecióla es verdad la alianza con la Inglaterra, yendo unidos en este caso los intereses de ambas potencias; pero lo mismo ha acontecido casi siempre en guerras de semejante naturaleza. Díganlo sino la Holanda y los Estados Unidos, apoyada la primera por los príncipes protestantes de aquel siglo, y los últimos por Francia y España. Y no por eso aquellas naciones ocupaban en la historia lugar menos señalado.

Debates en las córtes.

Al dia siguiente de haber presentado el ministro de hacienda los presupuestos, se aprobó el de gastos despues de una breve discusion. Nada en él habia superfluo; la guerra lo consumia casi todo. Detuviéronse mas las córtes en el de entradas. No propuso por entonces Canga Argüelles ninguna mudanza esencial en el sistema antiguo de contribuciones, ni en el de su administracion y recaudacion. Dejaba la materia para mas adelante como difícil y delicada.

Contribucion extraordinaria de guerra.

Indicó varias modificaciones en la contribucion extraordinaria de guerra, que segun en su lugar se vió, habia decretado la junta central sin que se consiguiese plantearla en las mas de las provincias. Con ella se contaba para cubrir en parte el desfalco de los presupuestos. Adolecia sin embargo esta imposicion de graves imperfecciones. La mayor de todas consistia en tomar por base el capital existimativo de cada contribuyente, y no los réditos ó productos líquidos de las fincas. Propuso con razon el ministro sustituir á la primera base la postrera; pero no anduvo tan atinado en recargar al mismo tiempo en un 30, 45, 50, 60 y aun 65 por ciento los diezmos eclesiásticos y la particion de frutos ó derechos feudales, con mas ó menos gravámen, segun el orígen de la posesion. Fundaba el señor Canga la última parte de su propuesta en que los desembolsos debian ser

en proporcion de lo que cada cual expusiese en la actual guerra; y á muchos agradaba la medida por tocar á individuos cuya gerarquía y privilegios no disfrutaban del favor público. Mas á la verdad el pensamiento del ministro era vago, injusto y casi impracticable; porque, ¿cómo podia graduarse equitativamente cuáles fuesen las clases que arriesgaban mas en la presente lucha? Iba en ella la pérdida ó la conservacion de la patria comun, é igual era el peligro, é igual la obligacion en todos los ciudadanos de evitar la ruina de la independencia. Fuera de esto tratábase solo ahora de contribuciones, no de examinar la cuestion de diezmos, ni la de los derechos feudales, y menos la temible y siempre impolítica del orígen de la propiedad. Mezclar y confundir puntos tan diversos era internarse en un enredado laberinto de averiguaciones, que tenia al cabo que perjudicar á la pronta y mas expedita cobranza del impuesto extraordinario.

Cuerdamente huyó la comision de tal escollo; y dejando á un lado el recargo propuesto por el ministro sobre determinados derechos ó propiedades, atúvose solo á gravar sin distincion las utilidades líquidas de la agricultura, de la industria y del comercio. Hasta aquí asemejábase mucho el nuevo impuesto al *income tax* de Inglaterra, y no flaqueaba sino por los defectos que son inherentes á esta clase de contribuciones en la indagacion de los rendimientos que dejan ciertas grangerías. Pero la comision admitiendo ademas otra modificacion en la base fundamental del impuesto introdujo una regla, que sino tan injusta como la del ministro ni de consecuencias tan fatales, aparecia no menos errónea. Fué pues la de una escala de progresion, segun la cual crecia el impuesto á medida que la renta ó las utilidades pasaban de 4000 reales vellon. Dos y medio por ciento se exigia á los que estaban en este caso; mas y respectivamente de allí arriba, llegando algunos á pagar hasta un 50 y un 76 por ciento: pesado tributo tan contrario á la equidad como á las sanas y bien entendidas máximas que enseña la práctica y la economía pública en la materia. Porque gravando extraordinariamente y de un modo impensado las rentas del rico, no solo se causa perjuicio á este, sino que se disminuye tambien ó suprime, en vez de favorecer, la renta de las clases inferiores, que en el todo ó en gran parte consiste en el consumo que de sus productos ó de su industria hacen respectiva y progresivamente las familias mas acomodadas y poderosas. Dicho impuesto ademas llega á devorar hasta el capital mismo, destruye en los particulares el incentivo de acumular, orígen de gran prosperidad en los estados; y tiene el gravísimo inconveniente de ser variable sobre una cantidad dada de riqueza, lo que no sucede en las contribuciones de esta especie, cuando solo son proporcionales sin ser progresivas.

Las córtes sin embargo aprobaron el 24 de marzo el informe de

la comision reducido á tres principales bases: 1ª que se llevase á efecto la contribucion extraordinaria de guerra impuesta por la central; 2ª que se fijase la base de esta contribucion con la relacion á los réditos ó productos líquidos de las fincas, comercio é industria; 3ª que la cuota correspondiente á cada contribuyente fuese progresiva al tenor de una escala que acompañaba á la ley. La premura de los tiempos y la inexperiencia disculpan solo la aprobacion de un impuesto no muy bien concebido.

Adoptaron igualmente las córtes otros arbitrios introducidos antes por la central, como el de la plata de las iglesias y particulares, y el de los coches de estos. El primero se hallaba ya casi agotado, y el último era de poco ó ningun valor: no osando nadie, á menos de ser anciano ó de estar impedido, usar de carruage en medio de las calamidades del dia.

Tampoco fue en verdad de gran rendimiento el arbitrio conocido bajo el nombre de represalias y confiscos, que consistia en bienes y efectos embargados á franceses y á españoles del bando del intruso. Tomaron ya esta medida los gobiernos que precedieron á las córtes, autorizados por el derecho de gentes y el patrio, como tambien apoyados en el ejemplo de José y de Napoleon. Las luces del siglo han ido suavizando la legislacion en esta parte, y el buen entendimiento de las naciones modernas acabará por borrar del todo los lunares que aun quedan, y son herencia de edades menos cultas. En España apenas sirvieron las represalias y los confiscos sino para arruinar familias, y alimentar la codicia de gente rapaz y de curia. Las córtes se limitaron en aquel tiempo á adoptar reglas que abreviasen los trámites, y mejorasen en lo posible la parte administrativa y judicial del ramo.

Reconocimiento de la deuda pública.

Dias despues, en 30 de marzo, presentóse de nuevo al congreso el ministro de hacienda, y leyó una memoria circunstanciada * sobre la deuda y crédito público. Nada por de pronto determinaron las córtes en la materia, hasta que en el inmediato setiembre dieron un decreto reconociendo todas las deudas antiguas, y las contraidas desde 1808 por los gobiernos y autoridades nacionales, exceptuando por entonces de esta regla las deudas de potencias no amigas. A poco nombraron tambien las mismas córtes una junta llamada nacional del crédito público, compuesta de tres individuos escogidos de entre nueve que propuso la regencia. Se depositó en manos de este cuerpo el manejo de toda la deuda, puesta antes al cuidado de la tesorería mayor y de la caja de consolidacion. Las córtes hasta mucho tiempo adelante no desentrañaron mas el asunto, por lo que suspenderemos ahora tratar de él detenidamente. Dióse ya un gran paso hácia el restablecimiento del crédito en el mero hecho de reconocer de un modo solemne la deuda pública, y en el de formar

(* Ap. n. 2.)

Nombramiento de una junta nacional del crédito público.

un cuerpo encargado exclusivamente de coordinar y regir un ramo muy intrincado de suyo, y antes de mucha maraña.

Memoria del ministro de la guerra.

(* Ap. n. 3.)

Tambien se leyó en las córtes el 1° de marzo una memoria del ministro de la guerra *, en que largamente se exponian las causas de los desastres padecidos en los ejércitos, y las medidas que convenia adoptar para poner en ello pronto remedio. Nada anunciaba el ministro que no fuese conocido, y de que no hayamos ya hecho mencion en el curso de esta historia. Las circunstancias hacian insuperables ciertos males: solo podia curarlos la mano vigorosa del gobierno, no las discusiones del cuerpo legislativo. Sin embargo excitó una muy viva el dictámen que la comision de guerra presentó dias despues acerca del asunto. Muchos señores no se manifestaron satisfechos con lo expuesto por el ministro, que casi se limitaba á reflexiones generales; pero insistieron todos en la necesidad urgentísima de restaurar la disciplina militar, cuyo abandono, ya anterior á la presente lucha, miraban como principal orígen de las derrotas y contratiempos.

Aprueban las córtes el estado mayor.

Debiendo contribuir á tan anhelado fin, y á un bien entendido, uniforme y extenso plan de campaña el mayor general creado por la última regencia, afirmaron dicha institucion las córtes en decreto de 6 de julio. Necesitábase para sostenerla de semejante apoyo, estando combatida por militares ancianos, apegados á usos añejos. Cada dia probó mas y y mas la experiencia lo útil de aquel cuerpo, ramificado por todos los ejércitos, con un centro comun cerca del gobierno, y compuesto en general de la flor de la oficialidad española.

Créase la órden de San Fernando.

Asimismo las córtes, al paso que quisieron poner coto á la excesiva concesion de grados, á la de las órdenes y condecoraciones de la milicia, tampoco olvidaron excogitar un medio que recompensase las acciones ilustres, sin particular gravámen de la nacion; porque, como dice nuestro Don Francisco de Quevedo *, « dar valor al viento es « mejor caudal en el príncipe que minas. » Con este objeto propuso la comision de premios, en 5 de mayo, el establecimiento de una órden militar, que llamó del *Mérito*, destinada á remunerar las hazañas que llevasen á cima los hombres de guerra, desde el general hasta el soldado inclusive.

(* Ap. n. 4.)

No empezó la discusion sino en 25 de julio, y se publicó el decreto á fines de agosto inmediato, cambiándose á propuesta del señor Morales Gallego el título dado por la comision en el de *órden nacional de San Fernando*. Era su distintivo una venera de cuatro aspas, que llevaba en el centro la efigie de aquel santo: la cinta encarnada con filetes estrechos de color de naranja á los cantos. Habia grandes y pequeñas cruces, y las habia de oro y plata con pensiones vitalicias en ciertos casos. Individualizábanse en el reglamento las acciones que se debian considerar como distinguidas,

y los trámites necesarios para la concesion de la gracia, á la cual tenia que preceder una sumaria informacion en juicio abierto contradictorio, sostenido por oficiales ó soldados que estuviesen enterados del hecho ó le hubiesen presenciado. Hasta el año de 1814 se respetó la letra de este reglamento, mas entonces al volver Fernando de Francia, prodigóse indebidamente la nueva órden y se vilipendió del todo en 1823, dispensándola á veces con profusion á muchos de aquellos extrangeros contra quienes se habia establecido, y en oposicion de los que la habian creado ó merecido legítimamente. Juegos de la fortuna nada extraños, si el distribuidor de las mercedes no hubiera sido aquel mismo Fernando, cuyo trono, antes de 1814, atacaban los recien agraciados y defendian los ahora perseguidos.

Reglamento de juntas provinciales.

Mejoraron tambien las córtes la parte gubernativa de las provincias, adoptando un reglamento para las juntas, que se publicó en 18 de marzo y gobernó hasta el total establecimiento de la nueva constitucion de la monarquía. En él se determinaba el modo de formar dichos cuerpos, y se deslindaban sus facultades. Elegianse los individuos como los diputados de córtes, popularmente: nueve en número excepto en ciertos parajes. Entraban ademas en la junta el intendente y el capitan general, presidente nato. Fijábase la renovacion de los individuos por terceras partes cada tres años, y se establecian en los partidos comisiones subalternas.

A las juntas tocaba expedir las órdenes para los alistamientos y contribuciones, y vigilar la recaudacion de los caudales públicos: no podian sin embargo disponer por sí de cantidad alguna. Se les encargaban tambien los trabajos de estadística, el fomento de escuelas de primeras letras, y el cuidado de ejercitar á la juventud en la gimnástica y manejo de las armas. No menos les correspondia fiscalizar las contratas de víveres y el repartimiento de estos, las de vestuario y municiones, las revistas mensuales y otros pormenores administrativos. Facultades algunas sobrado latas para cuerpos de semejante naturaleza; mas necesario era concedérselas en una guerra como la actual. Reportó bienes el nuevo reglamento, pues por lo menos evitó desde luego la mudanza arbitraria de las juntas al son de las parcialidades ó del capricho de cualquiera pueblo, segun á veces acontecia. Las elecciones que resultaron fueron de gente escogida: y en adelante medió mayor concordia entre los gefes militares y la autoridad civil.

Abolicion de la tortura.

No menos continuaron las córtes teniendo presente la reforma del ramo judicial, sin aguardar al total arreglo que preparaba la comision de constitucion. Y asi en virtud de propuesta que en 2 de abril habia formalizado Don Agustin de Argüelles, promulgóse en 22 del mismo mes un decreto aboliendo la tortura é igualmente la práctica introducida de afligir y molestar

á los acusados con lo que ilegal y abusivamente llamaban apremios. La medida no halló oposicion en las córtes; provocó tan solo ciertas reflexiones de algunos antiguos criminalistas, entre otros del señor Hermida, que, avergonzándose de sostener á las claras tan bárbara ley y práctica, limitóse á disculpar la aplicacion en exceptuados casos. La tortura, infame crisol de la verdad, segun la expresion del ilustre * Beccaria, no se empleaba ya en España sino raras veces: merced á la ilustracion de los magistrados. Usábase con mas frecuencia de los apremios, introducidos veinte años atras por el famoso superintendente de policía Cantero, hombre de duras entrañas. Los autorizaba solo la práctica: por lo que siendo de aplicacion arbitraria solíase con ellos causar mayor daño que con la misma tortura. ¡Quién hubiera dicho que esta y los mismos apremios, si bien prosiguiendo abolidos despues de 1814, habian de imponerse á las calladas por presumidos crímenes de estado, y á veces * en virtud de consentimiento ú órden secreta emanada del soberano mismo!

(* Ap. n. 5.)

(* Ap. n. 6.)

Discusion y decreto sobre señoríos y derechos jurisdiccionales.

Asunto de mayor importancia, sino de interés mas humano, fue el que por entonces ventilaron tambien las córtes, tratando de abolir los señoríos jurisdiccionales y otras reliquias del feudalismo: sistema este que, como dice Montesquieu *, se vió una vez en el mundo, y que quizá nunca se volverá á ver. Traia orígen de las invasiones del norte, pero no se descogió ni arraigó del todo hasta el siglo X. En España aunque introducido como en los demas reinos, no tuvo por lo comun la misma extension y fuerza; mayormente si, conforme al dictámen de un autor * moderno, era « la feudalidad una confederacion de « pequeños soberanos y déspotas, desiguales entre sí, y que te- « niendo unos respecto de otros obligaciones y derechos, se halla- « ban investidos en sus propios dominios de un poder absoluto y « arbitrario sobre sus súbditos personales y directos. » Las diferencias y mitigacion que hubo en España tal vez pendieron de la conquista de los sarracenos, ocurrida al mismo tiempo que se esparcia el feudalismo y tomaba incremento. Verdad es que tampoco se ha de entender á la letra la definicion trasladada, no habiendo acaecido estrictamente los sucesos al compas de las opiniones del autor citado. Edad la del feudalismo de guerra y de confusion, caminábase en ella como á tientas y á la ventura; trastornándose á veces las cosas á gusto del mas poderoso, y digámoslo asi, á punta de lanza. Por tanto variaban las costumbres y usos no solo entre las naciones, pero aun entre las provincias y ciudades; notando * Giannone con respecto á Italia que en unos lugares se arreglaban los feudos de una manera, y en otros de otra. No menos discordancia reinó en España.

(* Ap. n. 7.)

(* Ap. n. 8.)

(* Ap. n. 9.)

Al examinar las córtes este negocio, presentábanse á la discusion tres puntos muy distintos: el de los señoríos jurisdiccionales; el de los derechos y prestaciones anejas á ellos con los privilegios del mismo orígen, llamados exclusivos, privativos y prohibitivos; y el de las fincas enagenadas de la corona, ya por compra ó recompensa, ya por la sola voluntad de los reyes.

Antes de la invasion árabe el fuero juzgo ó código de los visigodos, que era un complexo de las costumbres y usos sencillos de las naciones del norte, y de la legislacion mas intrincada y sabia de los Teodosios y Justinianos, habia servido de principal pauta para la direccion de los pueblos peninsulares. Segun él * desempeñaban la autoridad judicial el monarca y los barones á quien este la delegaba, ó individuos nombrados por el consentimiento de las partes. Solian los primeros reunir las facultades militares á las civiles. Intervenian tambien * los obispos: disposicion no menos acomodada á las costumbres del septentrion, trasmitidas á la posteridad por la sencilla y correcta pluma de César *, y por la * tan vigorosa de Tácito *, cuanto conforme al predominio que en el antiguo mundo romano habia adquirido el sacerdocio despues que Constantino habia con su conversion afirmado el imperio de la cruz.

(* Ap. n. 10.)
(* Ap. n. 11.)
(* Ap. n. 12.)
(* Ap. n. 13.)

Inundada España por las huestes agarenas, y establecida en lo mas del suelo peninsular la dominacion de los califas y de sus tenientes, como igualmente de la creencia del Koran, se alteraron ó decayeron mucho en la práctica las leyes admitidas en los concilios de Toledo, y promulgadas por los Euricos y Sisenandos. En el pais conquistado prevaleció de consiguiente, sobre todo en lo criminal, la sencilla legislacion de los nuevos dueños; decidiéndose los procesos y las causas por medio de la verbal y expedita justicia del cadí ó de un * alcalde particular: siempre que no las cortaba el alfange ó antojo del vencedor.

(* Ap. n. 14.)

Pocos litigios en un principio debieron de suscitarse en las circunscriptas y ásperas comarcas que los cristianos conservaron libres; sujetándose probablemente el castigo de los delitos y crímenes á la pronta y severa jurisdiccion de los caudillos militares. Ensanchando el territorio y afianzándose los nuevos estados de Asturias, Navarra, Aragon y Cataluña, restableciéronse parte de las usanzas y leyes antiguas, y se adoptaron poco á poco con mayor ó menor variacion las reglas y costumbres feudales, introducidas con especialidad en las provincias aledañas de Francia: tomando de aquí nacimiento la jurisdiccion que podemos llamar patrimonial.

Conforme á ella nombraban los señores, las iglesias y los monasterios ó conventos en muchos parages jueces de primera instancia y de segunda, que no eran sino meros tenientes de los dueños,

bajo el título de alcaldes ordinarios y mayores, de bailes ú otras equivalentes denominaciones. El gobierno de reyes débiles, pródigos ó menesterosos, y las minoridades y tutorías acrecentaron extraordinariamente estas jurisdicciones. De muy temprano se trató de remediar los males que causaban, aunque sin gran fruto por largo tiempo. Las leyes de partida, como el fuero juzgo, no conocieron otra derivacion de la potestad judicial que la del monarca, ó la de los vecinos de los pueblos, diciendo (*Ap. n. 15.) *... « Estos tales (los juzgadores) non los puede otro poner « si non ellos (emperadores ó reyes) ó otro alguno á quien ellos « otorgasen señaladamente poder de lo fazer, por su carta ó por « su privilegio, ó los que pusiesen los menestrales... » Adviértase que esta ley llamaba privilegio á la concesion otorgada á los particulares, y no asi á la facultad de que gozaban los menestrales de nombrar sus gefes en ciertos casos : lo que muestra, para decirlo de paso, el respeto y consideracion que ya entonces se tenia en España á la clase media y trabajadora. Otra ley (*Ap. n. 16.) * del mismo código dispone que si el rey hiciere donacion de villa ó de castillo ó de otro lugar « non se entiende que él « da ninguna de aquellas cosas que pertenecen al señorío del reg- « no señaladamente; asi como moneda ó justicia de sangre... » Y añade que aun en el caso de otorgar esto en el privilegio «.... las « alzadas de aquel logar deben ser para el rey que fizo la dona- « cion é para sus herederos. » No obstante lo resuelto por esta y otras leyes, y haberse fundado una proteccion especial sobre los vasallos dominicales, creando jueces ó pesquisidores que conociesen de los agravios, asi en los juicios como en la exaccion de derechos injustos; continuaron los señores egerciendo la plenitud de su poder en materia de jurisdiccion, hasta el reinado de Don Fernando el V y de Doña Isabel su esposa.

Ceñidas entonces las sienes de estos monarcas con las coronas de Aragon y Castilla, conquistada Granada, descubierto un nuevo mundo, sobreviniendo de tropel tantos portentos; hacedero fue acrecer y consolidar la potestad soberana, y poner coto á la de los señores. El sosiego público y el buen órden pedian semejante mudanza. Coadyuvaron á ella el arreglo y mejoras que los mencionados reyes introdujeron en los tribunales, la nueva forma que dieron al consejo real y la creacion de la suprema santa hermandad : magistratura extraordinaria que entendiendo, por via de apelacion, en muchas causas capitales, dió fuerza y unidad á las hermandades subalternas, y enfrenó á lo sumo los desmanes y violencias que se cometian bajo el amparo de señores poderosos, armados del capacete ó revestidos del hábito religioso.

Jimenez de Cisneros, Cárlos V, Felipe II ensancharon aun mas la autoridad y dominio de la corona. Lo mismo aconteció bajo los reyes sus sucesores y bajo la estirpe borbónica : llegando á punto

que en 1808, si bien proseguian los señores nombrando jueces en muchos pueblos, tenian los elegidos que estar dotados de cualidades indispensables que exigian las leyes, sin que pudiesen conocer de otros asuntos que de delitos ó faltas de poca entidad, y de las causas civiles en primera instancia; quedando siempre el recurso de apelacion á las audiencias y chancillerías.

Aunque tan menguadas las facultades de los señores en esta parte, claro era que aun asi debian desaparecer los señoríos jurisdiccionales: siendo conveniente é inevitable uniformar en toda la monarquía la administracion de justicia.

En cuanto á derechos, prestaciones y privilegios exclusivos, habia mucha variedad y prácticas extrañas. Abolidos los señoríos, de suyo lo estaban las cargas destinadas á pagar los magistrados y dependientes de justicia que nombraban los antiguos dueños. La misma suerte tenia que caber á toda imposicion ó pecho que sonase á servidumbre, no debiendo sin embargo confundirse, como querian algunos, el verdadero feudo con el foro ó enfiteusis, pues aquel consiste en una prestacion de mero vasallaje, y el último se reduce á un censo pagado por tiempo ó perpetuamente en trueque del usufructo de una propiedad inmueble. Servidumbre por ejemplo era *la luctuosa*, segun la cual á la muerte del padre recibia el señor la mejor prenda ó alhaja, añadiéndose al quebranto y duelo la pérdida de la parte mas preciosa del haber ó hacienda de la familia. Igualmente aparecia carga pesada y aun mas vergonzosa la que pagaba un marido por gozar libremente del derecho legítimo que le concedian sobre su esposa el contrato y la bendicion nupcial. Tan fea y reprensible costumbre no se conservaba en España sino en parajes muy contados: mas general habia sido en Francia dando ocasion á un rasgo festivo de la pluma de Montesquieu * en obra tan grave como lo es el Espíritu de las Leyes. (* Ap. n. 17.)

No le imitaremos, si bien prestaba á ello ser los monjes de Poblet los que todavía cobraban en la villa de Verdú 70 libras catalanas al año en resarcimiento de uso tan profano, y conocido por nuestros mayores bajo el significativo nombre de derecho de pernada. Los privilegios exclusivos de hornos, molinos, almazaras, tiendas, mesones con otros, y aun los de pesca y caza en ciertas ocasiones, debian igualmente ser derogados como dañosos á la libertad de la industria y del tráfico, y opuestos á los intereses y franquezas de los otros ciudadanos. Mas tambien exigia la equidad que, asi en esto como en lo de alcabalas, tercias y otras adquisiciones de la misma naturaleza, se procurase indemnizar, en cuanto fuese permitido y en señaladas circunstancias, á los actuales dueños de las pérdidas que con la abolicion iban á experimentar. Pues reputándose los expresados privilegios y derechos en los tiempos en que se concedieron por tan legítimos y justos como cualquiera otra propiedad, recia cosa era que los descendientes de un Guzman el Bueno, á quien

en remuneracion de la heróica defensa de Tarifa se hizo merced del goce exclusivo del almadraba ó pesca del atun en la costa de Conil, resultasen mas perjudicados por las nuevas reformas que la posteridad de alguno de los muchos validos que recibieron en tiempo de su privanza tierras ú otras fincas, no por servicios, sí por deslealtades ó por cortesanas lisonjas. El distinguir y resolver tantos y tan complicados casos ofrecia dificultades que no allanaban ni las pragmáticas, ni las cédulas, ni las decisiones, ni las consultas que al intento y en abundancia se habian promulgado ó extendido en los gobiernos interiores: por lo que menester se hacia tomar una determinacion, en la cual, respetando en lo posible los derechos justamente adquiridos de los particulares, se tuviese por principal mira y se prefiriese á todo la mayor independencia y bien entendida prosperidad de la comunidad entera.

Venia, despues de las jurisdicciones feudales y de los derechos y privilegios anexos á ellas, el exámen del punto aun mas delicado, de los bienes raices ó fincas enagenadas de la corona. Cuando la invasion de las naciones septentrionales en la península española, dividieron los conquistadores el territorio en tres partes, reservándose para sí dos de ellas, y dejando la otra á los antiguos poseedores. Destruyeron los árabes ó alteraron semejante distribucion, de la que sin duda hasta el rastro se habia perdido al tiempo de la reconquista de los cristianos. Y por tanto no siendo posible, generalmente hablando, restituir las propiedades á los primitivos dueños, pasaron aquellas á otros nuevos, y se adquirieron: 1° por repartimiento de conquista; 2° por derecho de poblacion ó cartas pueblas; 3° por donaciones remuneratorias de servicios eminentes; 4° por dádivas que dispensaron los reyes llevados de su propia ambicion ó mero antojo, y por enagenacion con pacto de *retro*; 5° por compras ú otros traspasos posteriores.

Justísima y gloriosa la empresa que llevaron á cima nuestros abuelos de arrojar á los moros del suelo patrio, nadie podia disputar á los propietarios de la primera clase el derecho que se derivaba de aquella fuente. Tampoco parecia estar sujeto á duda el de los que le fundaban en cartas pueblas, concedidas por varios príncipes á señores, iglesias y monasterios, para repoblar y cultivar yermos y terrenos que quedaron abandonados de resultas de la irrupcion árabe, y de las guerras y otros acontecimientos que sobrevinieron. Solo podia exigirse en estas donaciones el cumplimiento de las cláusulas, bajo las cuales se otorgaron; mas no otra cosa.

Respetaban todos las adquisiciones de bienes y fincas que procedian de servicios eminentes, ó de compras y otros traspasos legales. No asi las enagenaciones de la corona hechas con pacto de *retro* por la sola y antojadiza voluntad de los reyes, inclinándose muchos á que se incorporasen á la nacion del mismo modo que an-

tes se hacia á la corona; doctrina esta antigua en España, mantenida cuidadosamente por el fisco, y apoyada en general por el consejo de hacienda que á veces extendia sus pretensiones aun mas lejos. La fomentaron casi todos los príncipes*, y apenas se cuenta uno de los de Aragon ó Castilla que (*Ap. n. 18.) habiendo cedido jurisdicciones, derechos y fincas, no se arrepintiese en seguida y tratase de recuperarlas á la corona.

Pero no era fácil meterse ahora en la averiguacion del orígen de dichas propiedades, sin tocar al mismo tiempo al de todas las otras. Y ¿cómo entonces no causar un sacudimiento general, y excitar temores los mas fundados en todas las familias? Por otra parte el interés bien entendido del estado no consiste precisamente en que las fincas pertenezcan á uno ú á otro individuo, sino en que reditúen y prosperen, para lo que nada conduce tanto como el disfrute pacífico y sosegado de la propiedad. Los sabios y cuerdos representantes de una nacion huyen en materias tales de escudriñar en lo pasado: proveen para lo porvenir.

No se apartaron de esta máxima en el asunto de que vamos tratando las córtes extraordinarias. Dió principio á la discusion en 30 de marzo Don Antonio Lloret diputado por Valencia y natural de Alberique, pueblo que habia traido continuas reclamaciones contra los duques del Infantado: formalizando dicho señor una proposicion bastantemente racional dirigida á que* « se (*Ap. n. 19.) « reintegrasen á la corona todas las jurisdicciones, « asi civiles como criminales, sin perjuicio del competente reinte- « gro ó compensacion á los que las hubiesen adquirido por con- « trato oneroso ó causa remuneratoria. » Apoyaron al señor Lloret varios otros diputados, y pasó la propuesta á la comision de constitucion. Renovóla en 1° de junio y le dió mas ensanches el señor Alonso y Lopez diputado por Galicia, reino aquejado de muchos señoríos, pidiendo que ademas del ingreso en el erario, mediante indemnizacion de ciertos derechos, como tercias reales, alcabalas, yantares* etc. « se desterrase (*Ap. n. 20.) « sin dilacion del suelo español y de la vista del público el feuda- « lismo visible de horcas, argollas y otros signos tiránicos é in- « sultantes á la humanidad, que tenia erigido el sistema feudal en « muchos cotos y pueblos... »

Mas como indicaba que para ello se instruyese expediente por el consejo de Castilla y por los intendentes de provincia, levantóse el señor García Herreros y enérgicamente expresó*... « Todo eso es inútil... En diciendo, *abajo todo, fuera* (*Ap. n. 21.) « *señoríos y sus efectos*, está concluido... No hay necesidad de que « pase al consejo de Castilla, porque si se manda que no se haga no- « vedad hasta que se terminen los expedientes, jamas se verificará. « Es preciso señalar un término como lo tienen todas las cosas, y no « hay que asustarse con la medicina, porque en apuntando el cán-

« cer hay que cortar un poco mas arriba. » Arranque tan inesperado produjo en las córtes el mismo efecto que si fuese una centella eléctrica, y pidiendo varios diputados á Don Manuel García Herreros que fijase por escrito su pensamiento, animóse dicho señor, y dióle sobrada amplitud, anadiendo « á la incorporacion de « señoríos y jurisdicciones la de posesiones, fincas y todo cuanto se « hubiese enagenado ó donado, reservando á los poseedores el re- « integro á que tuviesen derecho... » Modificó despues sus proposiciones, que corrigió tambien la misma discusion.

Empezó esta el 4 del citado junio leyéndose antes una representacion de varios grandes de España, en la que en vez de limitarse á reclamar contra la demasiada extension de la propuesta hecha por el señor García Herreros, entrometianse aquellos imprudentemente á alegar en su favor razones que no eran del caso, llegando hasta sustentar privilegios y derechos los mas abusivos é injustos. Lejos de aprovecharles tan inoportuno paso dañóles en gran manera. Por fortuna hubo otros grandes y señores que mostraron mayor tino y desprendimiento.

La discusion fue larga y muy detenida, prolongándose hasta finalizar el mes. Puede decirse que en ella se llevó la palma el señor García Herreros, quien con elocucion nerviosa, á la que daba fuerza lo severo mismo y atezado del rostro del orador, exclamaba en uno de sus discursos : « ¿Que diria de su representante aquel « pueblo numantino (llevaba la voz de Soria, asiento de la antigua « Numancia) que por no sufrir la servidumbre quiso ser pábulo « de la hoguera? Los padres y tiernas madres que arrojaban á « ella sus hijos, me juzgarian digno del honor de representarlos, « si no lo sacrificase todo al ídolo de la libertad? Aun conservo en « mi pecho el calor de aquellas llamas, y él me inflama para ase- « gurar que el pueblo numantino no reconocerá ya mas señorío « que el de la nacion. Quiere ser libre, y sabe el camino de serlo. »

En los debates no se opuso casi ningun diputado á la abolicion de lo que realmente debia entenderse por reliquias de la feudalidad. Hubo señores que propendieron á una reforma demasiado amplia y radical, sin atender bastante á los hábitos, costumbres y aun derechos antiguos, al paso que otros pecaron en sentido contrario. Adoptaron las córtes un medio entre ambos extremos. Y despues de haberse empezado á votar el 1° de julio ciertas bases que eran como el fundamento de la medida final, se nombró una comision para reverlas y extender el conveniente decreto. Promulgóse este con fecha de *6 de agosto concebido en términos juiciosos, si bien todavía dió á veces lugar á dudas. Abolíanse en él los señoríos jurisdiccionales, los dictados de vasallo y vasallage, y las prestaciones asi reales como personales del mismo orígen : dejábanse á sus dueños los señoríos territoriales y solariegos en la clase de los demas derechos de propiedad particular,

(*Ap. n. 22.)

excepto en determinados casos, y se destruian los privilegios llamados exclusivos, privativos y prohibitivos, tomándose ademas otras oportunas disposiciones.

Con la publicacion del decreto mucho ganaron en la opinion las córtes, cuyas tareas en estos primeros meses de sesiones en Cádiz no quedaron atras por su importancia de las emprendidas anteriormente en la isla de Leon.

Primeros trabajos que se presentan á las córtes sobre constitucion.

Mirábase como la clave del edificio de las reformas la constitucion que se preparaba. Los primeros trabajos presentáronse ya á las cortes el 18 de agosto, y no tardaron en entablarse acerca de ellos los mas empeñados y solemnes debates. Lo grave y extenso del asunto nos obliga á no entrar en materia hasta uno de los próximos libros que destinaremos principalmente á tan esencial y digno objeto.

Ofrecen los ingleses su mediacion para cortar las desavenencias de América.

Tambien empezaron entonces á tratar en secreto las córtes de un negocio sobradamente arduo. Habia la regencia recibido una nota del embajador de Inglaterra con fecha de 27 de mayo, incluyéndose en ella un pliego de su hermano el marqués de Wellesley de 4 del mismo mes, en cuyo contenido, despues de contestar á varias reclamaciones fundadas del gabinete español sobre asuntos de ultramar, se añadia como para mayor satisfaccion *, « que el ob- (*Ap. n. 23.)
« jeto del gobierno de S. M. B. era el de reconciliar
« las posesiones españolas de América con cualquier gobierno
« (obrando en nombre y por parte de Fernando VII) que se re-
« conociese en España... » Encargándose igualmente al mismo embajador que promoviese « con urgencia la oferta de la me-
« diacion de la Gran Bretaña con el objeto de atajar los pro-
« gresos de aquella desgraciada guerra civil, y de efectuar á
« lo menos un ajuste temporal que impidiera mientras durase la
« lucha con la Francia hacer un uso tan ruinoso de las fuerzas del
« imperio español... » Se entremezclaban estas propuestas é indicaciones con otras de diferente naturaleza, relativas al comercio directo de la nacion mediadora con las provincias alteradas, como medio el mas oportuno de facilitar su pacificacion; pero manifestando al mismo tiempo que la Inglatera no interrumpiria en ningun caso sus comunicaciones con aquellos paises. Pidió ademas el embajador inglés que se diese cuenta á las córtes de este negocio.

Obligada estaba á ello la regencia, careciendo de facultades para terminar en la materia tratado ni convenio alguno; y en su consecuencia pasó á las córtes el ministro de estado el dia 1° de junio, y leyó en sesion secreta una exposicion que á este propósito habia extendido.

Nada convenia tanto á España como cortar luego y felizmente las desavenencias de América, y sin duda la mediacion de Inglaterra presentábase para conseguirlo como poderosa palanca. Pero

variar de un golpe el sistema mercantil de las colonias, era causar por de pronto y repentinamente el mas completo trastorno en los intereses fabriles y comerciales de la península. Aquel sistema habíanle seguido en sus principales bases todas las naciones que tenian colonias, y sin tanta razon como España, cuyas manufacturas mas atrasadas imperiosamente reclamaban, á lo menos por largo tiempo, la conservacion de un mercado exclusivo. Sin embargo las córtes acogiendo la oferta de la Inglaterra, ventilaron y decidieron la cuestion en este junio bastante favorablemente. Omitimos en la actualidad especificar el modo y los términos en que se hizo; reservándonos verificarlo con detenimiento en el año próximo, durante el cual tuvo remate este asunto, si bien de un modo fatal é imprevisto.

Tratos con Rusia.

Por el mismo tiempo en que ahora vamos, se entabló otra negociacion muy sigilosa y propia solo de la competencia de la potestad ejecutiva. Don Francisco Zea Bermudez habia pasado á San Petersburgo en calidad de agente secreto de nuestro gobierno, y en junio de vuelta á Cádiz anunció que el emperador de Rusia se preparaba á declararse contra Napoleon, pidiendo únicamente á España que se mantuviese firme por espacio de un año mas. Despachó otra vez la regencia á Zea con amplios poderes para tratar, y con respuesta de que no solo continuaria el gobierno defendiéndose el tiempo que el emperador deseaba, sino mucho mas y en tanto que existiese, porque prescindiendo de ser aquella su invariable y bien sentida determinacion, tampoco podria tomar otra exponiéndose á ser víctima del furor del pueblo siempre que intentase entrar en composicion alguna con Napoleon ó su hermano. Partió Zea, y viéronse á su tiempo cumplidos pronósticos tan favorables. Bien se necesitó para confortar los ánimos de los calamitosos desastres que experimentaron nuestras armas al terminarse el año.

Sucesos militares.

La campaña cargó entonces de recio contra el levante de la peninsula, llevando el principal peso de la guerra los españoles. Y del propio modo que los aliados escarmentaron y entretuvieron en el occidente de España durante los primeros meses de 1811 la fuerza mas principal y activa del ejército enemigo, asi tambien en el lado opuesto, y en lo que restaba de año distrajeron los nuestros exclusivamente gran golpe de franceses, destinados á apoderarse de Valencia, y exterminar las tropas alli reunidas, las que si bien deshechas en ordenadas batallas, incansables segun costumbre, y felices á veces en parciales reencuentros, dieron vagar á lord Wellington, como las otras partidas y demas fuerzas de España, para que aguardase tranquilo y sobre seguro el sazonado momento de atacar y vencer á los enemigos.

Expedicion de Blake á Valencia.

Luego que hubo el general Blake abandonado el condado de Niebla, determinó pasar á Valencia asistido del ejército expedicionario, ya para proteger

aquel reino muy amenazado despues de la caida de Tarragona, ya para distraer por levante las fuerzas de los franceses. Ibale bien semejante plan á Don Joaquin Blake, mal avenido con el imperioso desabrimiento de lord Wellington, á quien tompoco desagradaba mantener lejos de su persona á un general en gran manera autorizado como presidente de la regencia de España, y de condicion menos blanda y flexible que Don Francisco Javier Castaños.

Facultades que se otorgan á Blake.

Necesitó Blake del permiso de las córtes para colocarse á la cabeza de la nueva empresa. Obtúvole fácilmente, y la regencia dando á dicho general poderes muy amplios, puso bajo su mando las fuerzas del 2º y 3º ejércitos con las de las partidas que dependian de ambos, y ademas las tropas expedicionarias.

Desembarco en Almería.

Se componian estas de las divisiones de los generales Zayas y Lardizabal, y de la caballería á las órdenes de Don Casimiro Loy, de 9 á 10,000 hombres en todo. Aportaron á Almería el 31 de julio, y tomaron pronto tierra, excepto la artillería y parte de los bagages que fueron á desembarcar á Alicante. En seguida y de paso para su destino se incorporaron aquellas momentáneamente con el 3er ejército que al mando de Don Manuel Freire ocupaba las estancias de la venta del Baul, teniendo fuerzas destacadas por su derecha é izquierda. Permaneció alli hasta el 7 de agosto Don Joaquin Blake dia en que partió camino de Valencia, anticipándose á sus divisiones con objeto de preparar y reunir los medios mas oportunos de defensa.

Incorporanse las tropas de la expedicion momentáneamente con el tercer ejército.

Operaciones de ambas fuerzas reunidas.

Delante de Freire alojábase el general Leval que regia el 4º cuerpo francés bastante apurado por el brio que en su derredor habia cobrado el ejército español y los partidarios. Esto y el temor que inspiraba el movimiento de las fuerzas expedicionarias impelió al mariscal Soult á marchar en auxilio de Granada, maniobrando de modo que pudiese envolver y aniquilar al ejército español. Con este propósito ordenó al general Godinot que en la noche del 6 al 7 de agosto cayese con su division compuesta de unos 4000 hombres y 600 caballos sobre Baeza, y ciñese y abrazase la derecha de los españoles que al cargo de Don Ambrosio de la Cuadra permanecia apostada en Pozohalcon : al propio tiempo determinó que se pusiese el 7 en movimiento el general Leval dirigiéndose sobre el centro de los españoles, adonde el 8 acudió tambien en persona el mismo mariscal. Quedaron en la ciudad de Granada algunas fuerzas, asi para atender á la conservacion de la tranquilidad, como para evolucionar del lado de las Alpujarras contra le gente que mandaba el conde del Montijo.

Medidas que toma Soult.

Accion de Zújar y sus consecuencias.

Aunque Don Manuel Freire sospechó desde luego los intentos del enemigo, no juzgó oportuno abandonar la posicion de la venta del Baul que consideraba fuerte, y pensó solo en reforzar su derecha, enviando al efecto la division expedicionaria del mando de Don José Zayas, compuesta de 5000 hombres y la caballería que gobernaba Don Casimiro Loy. Ausente momentáneamente el citado Zayas, tomó la direccion de esta fuerza Don José Odonell gefe de estado mayor del 3er ejército, quien se encaminó á los vados del Manzano en Guadiana menor, para obrar en union con Don Ambrosio de la Cuadra, contener á los franceses y aun atacarlos. Mas como hubiese ya el último echado pie atras receloso de la cercanía del enemigo, no recibió las órdenes del general en gefe sino en Castril, á cuyo punto habia llegado el 9.

Entre tanto Don José Odonell se colocó junto á Zújar en las alturas de la derecha del rio Barbate, que otros llaman Guardal, y Godinot adelantándose sin tropiezo le atacó en sus puestos. Cruzaron los franceses el Barbate, vadeable por todos lados, á las once de la mañana del 9, protegiéndoles su artillería de que carecian los nuestros. Envió Godinot contra la izquierda española gran número de tiradores, al paso que trabó recio combate por la derecha. Ció aqui el regimiento de Toledo escaso de gente y le siguieron otros, retirándose al principio con buen órden, que se descompuso en breve á gran desdicha. La caballería del mando de Loy que vino de Benamaurel fue igualmente rechazada y se retiró á Cúllar, adonde se le juntó la infantería. Perdiéronse en esta ocasion 433 muertos y heridos, y unos 1100 prisioneros y extraviados, recibiendo tan desventurado golpe á las órdenes de Don José Odonell una division que bajo Zayas habia sobresalido poco antes en los campos de la Albuera.

Felizmente no se aprovechó Godinot cual pudiera de la victoria temiendo le atacase por la espalda Don Ambrosio de la Cuadra, por lo cual dirigió contra este toda la caballería y la brigada del general Rignoux, limitándose á enviar la vuelta de Cúllar y Baza algunas tropas de la vanguardia.

A semejante acaso debió Don Manuel Freire poder retirarse, sin que se le interpusiese á su espalda el enemigo. Sostúvose aquel general firme en la posicion del Baul todo el dia 9, repeliendo acertadamente el ataque de los franceses. Mas sabedor á las cinco de la tarde de lo acaecido en Zújar, resolvió abandonar por la noche el campo, y replegarse al reino de Murcia. Consiguió atravesar sin tropiezo la ciudad de Baza, y entrar en Cúllar adonde habia llegado antes Don José Odonell. De allí marchando todo el ejército á las Vertientes, dispuso Freire que la caballería del 3er ejército mandada por el brigadier Osorio, y la expedicionaria á las órdenes de Don Casimiro Loy cubriesen el movimiento. Acosaba á

nuestros ginetes el general Soult hermano del mariscal, y el 10 dióles tan violenta acometida que los obligó á cejar y á ponerse al abrigo de los infantes. Freire entonces determinó proseguir la retirada á pesar del cansancio de la tropa, distribuyendo la fuerza hacia las montañas de ambos lados del camino.

Por las de la derecha yendo á Murcia tiró Don José Antonio de Sanz con la 3ª division propia de su mando, y con la 2ª que tambien debia obedecerle. Por las de la izquierda y en la direccion de la ciudad maniobraba Don Manuel Freire. Sanz al comenzar su retirada se vió rodeado él y la 3ª division en el peñon de Vertientes; mas impuso respeto al enemigo por medio de una diestra maniobra de amago, y enderezándose á Oria, se unió el 11 en Alboa con la 2ª division. Juntas ambas marcharon por Huercal, Oria y Aguilar, en donde encontrándose con 300 dragones enemigos, los arrollaron y les cogieron caballos y efectos. Despues hecho alto y tomado algun descanso, llegaron el 13 sin otra desventura á Palmar de Don Juan, habiendo andado 37 leguas en 6 dias, y comido solo tres ranchos. Penuria que nadie soporta con tanta resignacion como el soldado español. Mereció Sanz en aquel lance justas alabanzas por el arrojo y tino con que guió su tropa.

Nuevos cuarteles del tercer ejército y reparacion de las fuerzas expedicionarias.

Acosado de peor estrella se vió casi perdido Don Manuel Freire, teniendo su gente desarrancada de las banderas, que encaramarse por lugares ásperos, y pasar el puerto del Chiribel con direccion á Murcia. Al cabo de mil afanes y de haber marchado á veces sin respiro 13 y mas leguas, reunió aquel general sus soldados el 11 en Caravaca, en donde permaneció el 12, y se le incorporó Don Ambrosio de la Cuadra que se habia retirado por su cuenta y hácia aquella parte con la 1ª division. Sentó luego Freire sus cuarteles en Alcantarilla, y colocó debidamente sus fuerzas reducidas ahora á la caballería del brigadier Osorio y á tres divisiones propias del 3er ejército, por haberse á la sazon separado via de Valencia las expedicionarias.

El general Leval llegó el 14 á Velez el Rubio, y se extendieron al desfiladero de Lumbreras á tres leguas de Lorca los generales Latour Maubourg y Soult con los ginetes. Hicieron todos ellos en otras excursiones muchos daños, y hubo parage en que abrasaron hasta 22 alquerías.

Unese Montijo al ejército.

Al mismo tiempo no dejaron al del Montijo tranquilo las fuerzas que el mariscal Soult habia enviado sobre las Alpujarras y la costa, y que ascendian á 1800 peones y 1000 caballos. Llegaron estas á Almería á tiempo que todavía desembarcaba un batallon de la expedicion de Blake que pudo librarse. Lo mismo aconteció á Montijo que no dejó de molestar al enemigo y aun de sorprender la guarnicion de Motril, con cuyo trofeo y otros prisioneros se reunió al cuerpo principal del ejército. Otros

partidarios desasosegaban tambien no poco á los franceses, recobrando á menudo el botin que recogian estos por las montañas y tierra de Murcia. Se distinguieron especialmente Villalobos, Marques, y sobre todo Don Juan Fernandez, alcalde de Utivar.

Sucede en el mando á Freire el general Mahy.

Entregó el mando Don Manuel Freire en Mula el 7 de setiembre á Don Nicolas Mahy que vimos en Galicia y Asturias. Provino la desgracia de aquel aunque solo temporal, de la aciaga jornada de Zújar y sus consecuencias, acerca de la cual se hizo una sumaria informacion á instancia de las córtes. Los comprometidos salieron salvos: con justicia Freire no teniendo culpa de lo sucedido en el Barbate, pues sus órdenes fueron bastante acertadas. No juzgaron lo mismo muchos en cuanto á Don José Odonell y á Don Ambrosio de la Cuadra, habiendo el primero empeñado y sostenido malamente una accion, y no cumplido el segundo como quizá pudiera con lo que el general en gefe le habia prevenido.

No insistieron por entonces los franceses en proseguir hasta Murcia. Daban cuidado al mariscal Soult nuevas que le venian de Extremadnra, y el aparecimiento en la serranía de Ronda del general Ballesteros: hablaremas de esto mas adelante.

Los franceses no prosiguen á Murcia.

Ahora pondremos los ojos en el reino de Valencia, adonde habia llegado Don Joaquim Blake. Mandaba antes, segun ya apuntamuntos, el marqués del Palacio, cuyas providencias eran por lo comun mas propias de la profesion religiosa que de la de un general entendido y diligente. Pensaba mucho en procesiones, poco en las armas, pregonando inexpugnables los muros valencianos despues que habia en su derredor paseado á la vírgen de los Desamparados, imágen muy venerada de los habitadores. A este son caminaba en lo demas. No era culpa de Palacio mas sí de la regencia de Cádiz, que en sus elecciones anduvo á veces sobrado desatentada.

Valencia. Estado de aquel reino. Llegada de Blake.

Gefe Don Joaquin Blake de otra capacidad, puso término á las singularidades y desbarros del mencionado marqués. Activó las medidas de defensa, reforzó los regimientos, ejercitó los reclutas, perfeccionó las obras del castillo de Murviedro, y fortificó el antiguo de Oropesa que dominaba el camino real de Cataluña. Urgia tomar tales medidas, amenazando Suchet invadir aquel reino.

Providencias de este general.

Habiale ya para ello dado Napoleon la órden en 25 de agosto, con prevencion de que el 15 de setiembre estuviese el ejército lo mas cerca que ser pudiera de la ciudad de Valencia. Para cumplir Suchet con lo que se le mandaba trató primero de asegurar las espaldas; dejó 7000 hombres bajo el general Frère en Lérida, Monserrat y Tarragona con destino á cubrir estos puntos y la navegacion del Ebro. Igual número en Ara-

Se dispone Suchet á invadir aquel reino.

gon al cargo del general Musnier. El ejército francés del norte de la Cataluña y un cuerpo de reserva que se formaba en Navarra debian tambien apoyar en cuanto les fuera dado las operaciones. Lo mismo por la parte de Cuenca el ejército del centro, y por la de Murcia el del mediodía.

Pisa su territorio.

Tomados estos acuerdos púsose Suchet en movimiento el 15 de setiembre la vuelta de Valencia: ascendia la fuerza que consigo llevaba á 22,000 hombres. Distribuyóla en tres columnas de marcha. Partió una de Teruel á las órdenes del general Harispe, la cual, en vez de seguir el camino de Segorbe, torció á su izquierda para juntarse mas pronto con las otras. Formaba la segunda la division italiana del cargo de Palombini en la que iban los napolitanos, y tiró por Morella y San Mateo. Salió Suchet con la tercera de Tortosa compuesta de la division del general Habert, de una reserva que capitaneaba Robert, de la caballería y de la artillería de campaña. Yendo sobre Benicarló tomó el mariscal francés la ruta principal que de Cataluña se dirige á Valencia. Al paso dejó en observacion de Peñíscola un batallon y 25 caballos, y llegando á Torreblanca el 19 aventó de Oropesa algunos soldados españoles, encerrándose en el castillo los que de estos debian guarnecerle. Entraron los franceses aquella villa de corto vecindario, y habiendo intimado inútilmente la rendicion al castillo, barriendo este con sus fuegos, colocado en lo alto, el camino real, tuvo Suchet que desviarse y caer hácia Cabanes. Unióse en aquellos alrededores con las columnas de Harispe y Palombini, y marchó adelante junto ya todo su ejército. Ocupó el 21 á Villareal y cruzó el Mijares vadeable en la estacion de verano, ademas de un magnífico puente de trece ojos que facilita el paso. La vanguardia de la caballería española estaba á la márgen derecha y se vió obligada á retirarse: con lo que sin otro tropiezo asomó Suchet á la villa y fuerte de Murviedro.

Su marcha y fuerza que lleva.

Las que reune Blake y otras providencias.

La llegada fue mas pronto de lo que hubiera querido Don Joaquin Blake, quien necesitaba de mas espacio para uniformar y disciplinar su gente, y tambien para agrupar cerca de si todas las fuerzas que habian de intervenir en la campaña. Eran estas las del reino de Valencia ó sea segundo ejército, las que dependian de él y guerreaban en Aragon bajo los gefes Don José Obispo y Don Pedro Villacampa, parte de las del tercer ejército y las expedicionarias. Las últimas se habian detenido por causa de la fiebre amarilla que picó reciamente durante el estío y otoño en Cartagena, Alicante, Murcia y varios pueblos de los contornos. Retardáronse las otras con motivo de marchas ú operaciones que hubieron de ejecutar antes de unirse al cuerpo principal. Blake no obstante guarneció á Murviedro, fortaleció mas y mas los atrincheramientos de Valencia y las orillas del

Guadalaviar, é hizo que el marqués del Palacio y la junta se trasladasen á la villa de Alcira, situada á cinco leguas de la capital en una isla que forma el Júcar, cuyas riberas debian servir de segunda línea de defensa. El del Palacio conservaba el mando particular del distrito, y por eso y quizá tambien para desembarazarse de persona tan engorrosa, le alejó Blake de Valencia so pretexto de poner al abrigo de las contingencias de la guerra las autoridades supremas de la provincia.

Sitio del castillo de Murviedro ó Sagunto. Su descripcion.

Era la toma de Murviedro el primer blanco de la expedicion de Suchet. Allí tuvo su asiento la inmortal Sagunto. Con el trascurso del tiempo cambió de nombre, derivándose el actual del latin *muri veteres*, ó segun otros, del limosino *murt vert*. Yacia la antigua Sagunto en derredor de un monte, á cuyo pie por la parte septentrional se extiende hoy la poblacion que apenas pasa de 6000 almas. Lame sus muros el Palancia que corre á la mar apartado ahora dos leguas; antes, segun Polibio, siete estadios, unos mil pasos: lo cual prueba lo mucho que se han retirado las aguas, á no ser que se dilatase por allí la antigua ciudad. Opulentísima la llama Tito Livio *, y en efecto grande hubo de ser su riqueza cuando despues de haber los moradores quemado en la plaza pública personas y efectos, quedaron tantos despojos que pudo el vencedor repartir entre su gente mucho botin, enviar no poco á Cartago, y reservar todavía bastante para emprender la campaña que meditaba contra Roma. Vestigios notables declararon su pasada grandeza que celebraron muchos poetas, en particular Bartolomé Leonardo de Argensola, que se duele del empleo humilde que en su tiempo se hacia de aquellos mármoles y de sus nobles inscripciones. La resistencia de Sagunto fue tan empeñada, que segun cuenta el ya citado Polibio *, tuvo Anibal, herido en un muslo, que animar con su ejemplo al abatido soldado, sin perdonar cuidado ni fatiga alguna, y aun así no entró la ciudad sino al cabo de ocho meses de sitio y en medio de llamas y ruinas. Muy atras quedó de la antigua defensa la que ahora vamos á trazar. Verdad es que no era ni con mucho parecido el caso.

(* Ap. n. 24.)

(* Ap. n. 25.)

La poblacion moderna ya tan reducida, no se hallaba murada á punto de impedir una embestida seria del enemigo. Fundábase la resistencia en una nueva fortaleza elevada en el monte vecino, el cual, al invadir la primera vez Suchet el reino de Valencia, vimos que no estaba fortificado. Notóse la falta y tratóse en seguida de remediarla: tuvo para ello que destruirse en parte un teatro antiguo, preciosa reliquia conservada en los últimos tiempos con mucho esmero. La actual fortaleza, á que pusieron nombre de San Fernando de Sagunto, abrazaba toda la cima del cerro, habiendo aprovechado para la construccion paredones de un castillo de mo-

ros y otros derribos. Formaba el recinto como cuatro porciones ó reductos distintos bajo el nombre de Dos de mayo, San Fernando, Torreon y Agarenos, susceptible cada uno de separada defensa. Habia dentro 17 piezas, dos de á doce. Impidió el envío de otras de mayor calibre la repentina llegada de Suchet. Era la fortaleza atacable solo por el lado de poniente, inaccesible por los demas, de subida muy pina y de peña tajada. Habia delineado las obras modernas el comandante de ingenieros Don Juan Sanchez Cisneros. Encargóse del gobierno en 16 de setiembre el coronel ayudante general de estado mayor Don Luis María Andriani. Ascendia la guarnicion á unos 3000 hombres.

Cercanos los franceses cruzó el general Habert el 23 de setiembre el Palancia, y rodeando el cerro por oriente, dispuso al mismo tiempo que parte de su tropa se metiese en la villa cuyas calles barrearon los enemigos, atronerando tambien las casas ahora solitarias y sin dueño. Tiró á occidente la division de Harispe, y extendiéndose al sur se dió la mano con el general Habert. Situáronse los italianos en Petrés y Gilet camino de Segorbe, quedando de este modo acordonado el cerro en que se asentaban los fuertes. Destacó reservas Suchet hácia Almenara via de Cataluña: exploró la tierra del lado de Valencia.

Vana tentativa de escalada.

Entonces impaciente y ensoberbecido con su buena fortuna determinó tomar por sorpresa la fortaleza de Sagunto. Registró con este objeto el circuito del monte, y oidos los ingenieros, creyó poder tentar una escalada por la falda inmediata á la villa, en donde le pareció vislumbrar restos de antiguas brechas mal reparadas.

Fijó Suchet las tres de la mañana del 28 de setiembre para dar la embestida. El mayor de ingenieros Chulliot mandaba la primera columna francesa. Debia seguirle el coronel Gudin, y adelantar á todos y apoyarlos el general Habert. Tambien trataron los enemigos de distraer á los nuestros por los demas parages.

Reuniéronse aquellos para efectuar la escalada á media subida en una cisterna distante 40 toesas de la cima. Vigilante Andriani descubrió por medio de una salida los proyectos del enemigo, y alerta con los suyos cerró los accesos que establecian comunicacion entre los diversos fuertes. Un tiro ú arma falsa de los acometedores abrevió una hora el ataque, respondiendo los nuestros al fusilazo con descargas y grandes alaridos. Andriani arengó á los soldados, recordóles memorias del suelo que pisaban, ¡Sagunto! y embistiendo á la sazon Chulliot, enardecidos los españoles le rechazaron completamente, y á Gudin que cayó herido de una granada en la cabeza, y Habert cuyos soldados espantados huyeron y dejaron sembradas de cadáveres las faldas del monte, cuan largamente se extendian entre un baluarte que llevaba el apellido ilustre de Daoiz y el fuerte de Dos de mayo. Asi en presencia de venerables

restos se confundian antiguos y nuevos trofeos; apoderándose los cercados de varios fusiles, de mas de 50 escalas, de otras herramientas. Perdieron los franceses 400 hombres. Escarmentado Suchet aprendió á obrar con mayor cordura, y preciso le fue sitiar en forma mas arreglada, fortaleza tan bien defendida.

Ibánsele entre tanto aproximando á Don Joaquin Blake las fuerzas que aguardaba, y dispuso que Don José Obispo con cerca de 5000 hombres se quedase del lado de Segorbe para incomodar al enemigo mientras permaneciese este en Murviedro. Tambien colocó por su izquierda en Bétera con el mismo fin á Don Cárlos Odonell, asistido de una columna de igual fuerza compuesta de la division de Don Pedro Villacampa procedente de Aragon, y de la caballería del ejército de Valencia mandada por Don José Sanjuan. Quiso Suchet alejar de sí vecinos tan molestos, y al propósito ordenó á Palombini que ahuyentase al general Obispo, quien, habiéndose adelantado hasta Torres-Torres dos leguas de Murviedro, se habia replegado despues dejando en Soneja una corta vanguardia bajo Don Mariano Moreno. Atacó á esta Palombini el 30 de setiembre, que si bien reforzada tuvo que echar pie atras para unirse con lo restante de la division. Entonces situó Obispo por escalones delante de Segorbe en el camino real la caballería y en las alturas inmediatas los infantes. Mas el enemigo acometiendo con impetuosidad y fuerza lo arrolló todo, y tuvo Obispo que retirarse á Alcublas.

Reencuentro en Soneja y Segorbe.

En Bétera y Benaguacil.

En seguida pasó Suchet á atacar en persona el 2 de octubre á Don Cárlos Odonell, cuyas tropas con destacamentos en Bétera se alojaban en los collados de Benaguacil á la salida de la huerta en que se halla situada la Puebla de Valbona. Resistieron los nuestros bastante tiempo hasta que Odonell juzgó prudente repasar el Guadalaviar, como lo verificó por Villamarchante, imponiendo aqui respeto á los enemigos con la ocupacion de dos alturas escarpadas que dominan el camino. Dirigióse despues sin ser incomodado á Ribaroja. Perdimos en estos reencuentros alguna gente, sobre todo en el primero en que perecieron oficiales de mérito. Motejóse en Blake no haber hecho el menor amago para sostener ni á uno ni á otro de ambos generales, mirándose ademas como muy expuesta la estancia que habia señalado á Don José Obispo. Influian tambien malamente en el buen ánimo del soldado tales retiradas y descalabros parciales, siendo reprensible en un gefe no precaverlos al abrir de una campaña.

Buena defensa y toma del castillo de Oropesa.

Para no desperdiciar tiempo y alejadas ya las tropas vecinas, pensó el mariscal Suchet apoderarse del castillo de Oropesa, que cerraba el paso del camino real de Cataluña. Ofrecióle buena ocasion el atravesar por allí cañones de grueso calibre que traian de Tortosa contra Sagunto, de los que mandó detener algunos para batir los muros. Se componia

el castillo de un gran torreon cuadrado, circuido por tres partes de otro recinto sin foso, pero amparado del escarpe del terreno. Tenia de guarnicion unos 250 hombres, y solo le artillaban cuatro cañones de hierro. Mandaba Don Pedro Gotti, capitan del regimiento de América. A cuatrocientas toesas y orilla de la mar habia otra torre llamada del Rey, muy al caso para favorecer un embarque, en la cual capitaneaba 170 hombres el teniente Don Juan José Campillo.

Despues que los franceses habian penetrado en el reino de Valencia, habian en vano tentado tomar de rebate el castillo de Oropesa. Unieron ahora para conseguirlo sus esfuerzos, y fácil era apoderarse de un recinto tan corto y con flacos muros. Empezó el 8 de octubre á batirlos el enemigo, dueño ya antes de la villa. Dirigia el general Compère á los sitiadores. El 10 llegó Suchet, y derribado un lienzo de la muralla, prontos los franceses á dar el asalto, capituló el gobernador honrosamente. No por eso se rindió el de la torre del Rey, Campillo, que desechó con brio toda propuesta. Constante en su resolucion hasta el 12, y defendiéndose valerosamente, tuvo la dicha de que acudiesen entonces para protegerle el navío inglés Magnifico, comandante Eyre, y una division de faluchos á las órdenes de Don José Colmenares. No siendo dado sostener por mas tiempo la torre, pusiéronse unos y otros de acuerdo, y se trató de salvar y llevar á bordo la guarnicion. Presentaba dificultades el ejecutarlo, pero tal fué la presteza de los marinos británicos, tal la de los españoles, entre los que se distinguió el piloto Don Bruno de Egea, tal en fin la serenidad y diligencia del gobernador, que se consiguió felizmente el objeto. Campillo se embarcó el último y mereció loores por su proceder: muchos le dispensó la justa imparcialidad del comandante inglés.

Resistencia honrosa y evacuacion de la torre del Rey.

Libre Suchet cada vez mas de obstáculos que le detuviesen, paró su consideracion exclusivamente en el cerco de Murviedro. Volvieron tambien de Francia, ausentes con licencia despues de lo de Tarragona, los generales de artillería Vallée y Rogniat, con cuya llegada se activaron los trabajos del sitio.

Activa el enemigo los trabajos contra Sagunto.

Empezólos el enemigo contra la parte occidental de la fortaleza en donde estaba el reducto dicho del Dos de mayo, y plantó á ciento cincuenta toesas una batería de brecha. Ofreciansele para continuar en su intento muchos estorbos nacidos del terreno; y si los españoles hubiesen tenido artillería de á 24, siendo imposible en tal caso los aproches, quizá se hubiera limitado el cerco á mero bloqueo.

Pudieron al fin los franceses despues de penosa faena romper sus fuegos el 17, mas hasta el 18 en la tarde no juzgaron los inge-

nieros practicable la brecha abierta en el reducto del Dos de mayo, en cuya hora resolvió Suchet dar el asalto.

Asalto intentado infructuosamente.

Una columna escogida al mando del coronel Matis debia acometer la primera. Notaron los españoles desde temprano los preparativos del enemigo, y apercibieronse para rechazarle. Hombres esforzados coronaban la brecha, y con voces y alaridos desafiaban á los contrarios sin que los atemorizase el fuego terrible y vivo del cañon francés.

Comenzóse la embestida, y los mas ágiles de los sitiadores llegaron hasta dos tercios de la subida, cuya aspereza y angostura les impidió ir mas arriba, destrozados por el fuego á quemaropa de los nuestros, por las granadas y las piedras. Cuantas veces repitió el enemigo la tentativa, otras tantas cayeron sus soldados del derrumbadero abajo. Entróles desmayo, y á lo último como anonadados desistieron de la empresa con pérdida de 500 hombres, de ellos muchos oficiales y gefes. Por medio de señales entendíase la guarnicion del fuerte con la ciudad de Valencia, y Blake ofreció al gobernador y á la tropa merecidas recompensas.

Embarazábale mucho á Suchet el malogro de su empresa, y aunque procuró adelantar los trabajos y aumentar las baterías, temia fuese infructuoso su afan, atendiendo á lo escabroso y dominante del peñon de Sagunto. Confiaba solo en que Blake deseoso de socorrer la plaza viniese con él á las manos, y entonces parecíale seguro el triunfo.

Así sucedió. Aquel general tan afecto desgraciadamente á batallar, é instado por el gobernador Andriani, trató de ir en ayuda del fuerte. Convidábale tambien á ello tener ya reunidas todas sus fuerzas que juntas ascendian á 25,500 hombres, de los que 2550 de caballería, poco mas ó menos. Llegaron á lo último las que pertenecian al tercer ejército bajo las órdenes de Don Nicolas Mahy. Pendió la tardanza de haberse antes dirigido sobre Cuenca para alejar de allí al general Darmagnac que amagaba por aquella parte el reino de Valencia. Consiguió Mahy su objeto sin oposicion, y caminó despues á engrosar las filas alojadas en el Guadalaviar.

Prepárase Blake á socorrer á Sagunto.

Pronto á moverse Don Joaquin Blake encargó la custodia de la ciudad de Valencia á la milicia honrada, y dió á su ejército una proclama sencilla concebida en términos acomodados al caso. Abrió la marcha en la tarde del 24, y colocó su gente en la misma noche no lejos de los enemigos. La derecha, compuesta de 3000 infantes y algunos caballos á las órdenes de Don José Zayas, y de una reserva de 2000 hombres á las del brigadier Velasco, en las alturas del Puig. Allí se apostó tambien el general en gefe con todo su estado mayor. Constaba el centro, situado en la cartuja de Ara Christi, de 3000 infantes que regia Don José Lardizábal, y de 1000 caballos que eran los expedicionarios del cargo de Loy, y algunos

de Valencia, todos bajo la direccion de Don Juan Caro: habia ademas aqui una reserva de 2000 hombres que mandaba el coronel Liori. Extendíase la izquierda hácia el camino real llamado de la Calderona. Cubria esta parte Don Cárlos Odonell, teniendo á sus órdenes la division de Don Pedro Villacampa de 2500 hombres, y la de Don José Miranda de 4000 con 600 caballos que guiaba Don José Sanjuan. El general Obispo bajo la dependencia tambien de Odonell estaba con 2500 hombres en el punto mas extremo hácia Náquera. Amenazaba embestir por la parte del desfiladero de Santi Espiritus todo nuestro costado izquierdo, debiendo servirle de reserva Don Nicolas Mahy al frente de mas 4000 infantes y 800 ginetes. Tenia órden este general de colocarse en dos ribazos llamados los Germanells. Cruzaban al propio tiempo por la costa unos cuantos cañoneros españoles y un navío inglés.

Concurrieron aquella noche al cuartel general de Don Joaquin Blake oficiales enviados por los respectivos gefes, y con presencia de un diseño del terreno trazado antes por Don Ramon Pirez, gefe de estado mayor, recibió cada cual sus instrucciones con la órden de la hora en que se debia romper el ataque.

Hasta las once de la misma noche ignoró Suchet el movimento de los españoles, y entonces informóle de ello un confidente suyo vecino del Puig. No pudiendo el mariscal ya tan tarde retirarse sin levantar el sitio de Sagunto con pérdida de la artillería, tomó el partido, aunque mas arriesgado, de aguardar á los españoles y admitir la batalla que iban á presentarle. Resolvió á ese propósito situarse entre el mar y las alturas de Vall de Jesus y Sancti Espiritus, por donde se angosta el terreno. Puso en consecuencia á su izquierda del lado de la costa la division del general Habert, á la derecha hácia las montañas la de Harispe. En segunda línea á Palombini y una reserva de dos regimientos de caballeria á las órdenes del general Broussard. Por el extremo de la misma derecha reforzada por Klopicki, al general Robert con su brigada y un cuerpo de caballería, teniendo expresa órden de defender á todo trance el desfiladero de Sancti Espiritus que consideraba Suchet como de la mayor importancia. Quedaron en Petrés y Gilet Compère y los napolitanos, ademas de algunos batallones que permanecieron delante de la fortaleza de Sagunto, contra la cual las baterías de brecha no cesaron de hacer fuego. Contaba en línea Suchet cerca de 20,000 hombres.

Batalla de Sagunto.

A las ocho de la mañana del 25 marchando adelante de su posicion rompieron á un tiempo el ataque las columnas españolas, y rechazaron las tropas ligeras del enemigo. Trabóse la pelea por nuestra parte con visos de buena ventura. Las acequias, garrofales y moreras, los vallados y las cercas no consentian maniobrase el ejército en línea contigua, ni tampoco que el general en gefe, situado como antes en las alturas del Puig,

pudiese descubrir los diversos movimientos. Sin embargo las columnas españolas, segun confesion propia de los enemigos, avanzaban en tal ordenanza, cual nunca ellos las habian visto marchar en campo raso. La de Lardizábal se adelantaba repartida en dos trozos, uno por el camino real hácia Hostalets, otro dirigiéndose á un altozano via del convento de Vall de Jesus. Por Puzol la de Zayas, tratando de ceñir al enemigo del lado de la costa. Tambien nuestra izquierda comenzó por su parte un amago general bien concertado.

Acometiendo Lardizábal con intrepidez, el trozo suyo que iba hácia Vall de Jesus, apoderóse á las órdenes de Don Wenceslao Prieto del altozano inmediato, en donde se plantó luego artillería. Causó tan acertada maniobra impresion favorable, y los cercados de Sagunto, creyendo ya próximo el momento de su libertad, prorumpieron en clamores y demostraciones de alegría. Bien conoció Suchet la importancia de aquel punto; y para tomarle, trató de hacer el mayor esfuerzo. Sus generales puestos á la cabeza de las columnas arremetieron á subir con su acostumbrado arrojo. Encontraron vivísima resistencia. Paris fue herido; lo mismo varios oficiales superiores; muerto el caballo de Harispe; arrollados una y varias veces los acometedores, que solo cerrando de cerca á los nuestros con dobles fuerzas se enseñorearon al cabo de la altura.

Mas los españoles bajando al llano, y unidos á otros de los suyos, se mantuvieron firmes é impidieron que el enemigo penetrase y rompiese el centro. Era instante aquel muy crítico para los contrarios, aunque fuesen ya dueños del altozano; pues Zayas maniobrando diestramente comenzaba á abrazar el siniestro costado de los franceses, acercándose á Murviedro, y por la izquierda Don Pedro Villacampa tambien adquiria ventajas.

Urgíale á Suchet no desaprovechar el triunfo que habia conseguido en la altura, tanto mas cuanto los españoles de Lardizábal no solo se conservaban tenaces en el llano, sino que sostenidos por la caballería de Don Juan Caro contramarchaban ya á recuperar el punto perdido, despues de haber atropellado y destrozado á los húsares enemigos, apoderándose tambien el coronel Ric de algunas piezas. En tal aprieto movió el mariscal francés la division de Palombini que estaba en segunda línea, y se adelantó en persona á exhortar á los coraceros que iban á contener el ímpetu de la caballería española. Se empeñó entonces una refriega brava, y Suchet fue herido de un balazo en un hombro; mas siéndolo igualmente los generales españoles Don Juan Caro y Don Casimiro Loy que cayeron prisioneros, desmayaron los nuestros, arrollólos el enemigo, y hasta recobró los cañones que poco antes le habian cogido. Don Joaquin Blake envió para reparar el mal á Don Antonio Burriel, gefe del estado mayor expedicionario, y al oficial del mismo cuerpo

Zarco del Valle. Nada lograron estos sugetos que gozaban en el ejército de distinguido concepto. Los dragones de Numancia los arrastraron en la fuga.

Tambien por la izquierda la suerte favorable al principio volvia ahora la espalda. Don Cárlos Odonell, con objeto de reforzar á Obispo, que tenia delante á Robert, dispuso que avanzara Don Pedro Villacampa, quien ganando terreno obligó á los enemigos á ciar algun tanto. Pero en ademan Klopicki de amenazar al general español por el costado, mandó Odonell á Don José Miranda que saliese al encuentro. Tuvo este general el desacuerdo de marchar en una direccion casi paralela á la del enemigo y con distancias cerradas, exponiéndose á que resultara confusion en sus líneas si los franceses, como se verificó, le acometian de flanco. Comenzó luego el desórden, y siguióse mucha dispersion. No pudieron los esfuerzos de Villacampa y Odonell reparar tamaño contratiempo. Unas y otras tropas vinieron sobre las de Mahy atacadas no solo ya por Klopicki, sino tambien por parte de la division de Harispe que venia del centro. Hubiera quizá sido completa la dispersion sin los regimientos de Molina, Avila y Cuenca, que se portaron con arrojo y serenidad. Por desgracia se habia Mahy retardado en su marcha, y no llegó bastante á tiempo para apoyar la primera arremetida, ni para contener el primer desórden. Los franceses victoriosos cogieron muchos prisioneros, y obligaron á Mahy y á las otras tropas de la izquierda á que se refugiasen por Bétera en Ribaroja.

Don José Zayas en la derecha tuvo mayor fortuna, y no se retiró sino cuando ya vió roto el centro y en completa retirada y confusion la izquierda. Hízolo en el mayor órden hasta las alturas del Puig, y antes en Puzol se defendió con el mayor valor un batallon suyo de guardias walonas, que por equivocacion se habia metido dentro del pueblo.

Se abrigaron sucesivamente del Guadalaviar todas las divisiones españolas, parándose el ejército francés en Bétera, Albalat y el Puig. Nuestra pérdida 12 piezas y 900 hombres entre muertos y heridos; prisioneros ó extraviados 3922. Suchet en todo unos 800. A pesar de la derrota aumentaron por su buen porte la anterior fama las divisiones expedicionarias, y la de Don Pedro Villacampa: ganáronla algunos cuerpos de las otras. No Don Joaquin Blake que indeciso apenas tomó providencia alguna. Hábil general la víspera de la batalla, embarazóse, segun costumbre, al tiempo de la ejecucion, y le faltó presteza para acudir adonde convenia, y para variar ó modificar en el campo lo que habia de antemano dispuesto ó trazado. Tambien le desfavorecia la tibieza de su condicion. Aficiónase el soldado al gefe que, al paso que es severo, goza de virtud comunicable. Blake de ordinario vivia separadamente y como alejado de los suyos.

Rendicion del castillo.

Siguióse á la derrota la rendicion del castillo de Sagunto. Queria prevenirla el general español volviendo á hacer otro esfuerzo, de cuyo intento trató de avisar al gobernador Andriani por medio de señales. Mas impidió el que aquel las advirtiese la cerrazon y el viento fresco que soplaba norte sur, y hacia que encubriese el asta á los defensores del castillo la bandera y gallardete que se empleaban al efecto en el Miquelet ó torre de la catedral de Valencia. Aunque no hubiese ocurrido tal incidente dudamos pudiera Blake haber vuelto tan pronto á dar batalla, á no exponerse imprudentemente á otro desastre como el de Belchite.

Ganado que hubo la de Sagunto el mariscal Suchet, propuso al gobernador del castillo Don Luis María Andriani honrosa capitulacion, convidándole á que enviase persona de su confianza que viese con sus propios ojos todo lo ocurrido, y se desengañase de cuán inútil era ya aguardar socorro. Convino Andriani, y pasó de su órden al campo francés el oficial de artillería Don Joaquin de Miguel. De vuelta este al castillo, y conforme á su relacion, capituló el gobernador en la noche del 26; y á poco en la misma, sin aguadar al dia, salieron por la brecha con los honores de la guerra él y la guarnicion, compuesta de 2572 hombres. Tanto instaba á Suchet terminar aquel sitio.

Por mucho desaliento en que hubiese caido el soldado despues de la pérdida de la batalla, se reprendió en Andriani la precipitacion que puso en venir á partido. « La brecha, » dice « Suchet, era de acceso tan difícil que los zapadores « tuvieron que practicar una bajada para que pudiesen descender « los españoles. » Y mas adelante añade que aun tomado el Dos de mayo, se presentaban muchos obstáculos para enseñorearse de los demas reductos, por manera (son sus palabras) « que el arte de « atacar y el valor de las tropas podian estrellarse todavía contra « aquellos muros. » Habíase Andriani conducido hasta entonces con inteligencia y brio. Atolondróle la batalla perdida, y juzgó quedar bien puesto el honor de las armas rindiéndose abierta brecha. Zaragoza y Gerona nos habian acostumbrado á esperar otros esfuerzos, y no era la hacha ni la pala oficiosa del gastador enemigo la que debiera haber allanado la salida á los defensores de Sagunto.

(* Ap. n. 26.)

La toma de este castillo miráronla con razon los franceses como de mucha entidad por el nombre, y por el desembarazo que ella les daba. Sin embargo no se atrevieron á acometer inmediatamente la ciudad de Valencia. Era todavía numeroso el ejército de Blake, amparábanle fuertes atrincheramientos, y no estaba olvidado el escarmiento que delante de aquellos muros recibiera Moncey en 1808, como tampoco la inútil y malhadada expedicion de Suchet en 1810. Por lo mismo pareciole prudente al mariscal francés aguardar refuerzos, y se contentó en el intermedio con situarse al

comenzar noviembre en Paterna, frente de Cuarte, prolongándose hácia la marina, izquierda del Guadalaviar. En la derecha se alojaron los españoles: el ejército desde Manises hasta Montcolivete, y de allí hasta el embocadero del rio los paisanos armados de la provincia.

Diversiones en favor de Valencia. Cataluña.

Trabajaba en Cataluña Don Luis Lacy, y entretenia á los franceses de aquel principado, ya que no pudiese activa y directamente coadjuvar al alivio de Valencia. Severo y equitativo, ayudado de la junta provincial, levantó el espíritu de los catalanes, quienes, á fuer de hombres industriosos vieron tambien en las reformas de las córtes, y sobre todo en el decreto de señoríos, nueva aurora de prosperidad. Reforzó Lacy á Cardona, fortificó ciertos puntos que se daban la mano, y formaban cadena hasta el fuerte de la Seu de Urgel; no descuidó á Solsona, y atrincheró la fragosa y elevada montaña de Abusa, á cierta distancia de Berga, en donde ejercitaba los reclutas. ¡Y todo eso rodeado de enemigos y vecino á la frontera de Francia! Pero ¿qué no podia hacerse con gente tan belicosa y pertinaz como la catalana? Dueños los invasores de casi todas las fortalezas, no les era dado, menos aun aquí que en otras partes, extender su dominacion mas allá del recinto de las fortificaciones, y aun dentro de ellas, segun la expresion de un testigo de vista imparcial * « no bastaba ni mucha tropa atrincherada para « mantener siquiera en órden á los habitantes. » Mas de una vez hemos tenido ocasion de hablar de semejante tenacidad, á la verdad heróica, y en rigor no hay en ello repeticion. Porque creciendo las dificultades de la resistencia, y esta con aquellas, tomaba la lucha semblantes diversos y colores mas vivos, desplegándose la ojeriza y despechado encono de los catalanes, al compas del hostigamiento y feroz conducta de los enemigos.

(*Ap. n. 27.)

Toma de las islas Medas.

Apoderados estos de todos los puntos marítimos principales, determinó Lacy posesionarse de las islas Medas al embocadero del Ter, de que ya hubo ocasion de hablar. Dos de ellas bastante grandes, con resguardado surgidero al sudeste. Los franceses, aunque las tenian descuidadas, conservaban dentro una guarnicion. Parecióle á Lacy lugar aquel acomodado para un depósito, y buena vía para recibir por ella auxilios y dar mayor despacho á los productos catalanes. Tuvo encargo de conquistarlas el coronel inglés Green, yendo á bordo de la fragata de su nacion, Indomable, con 150 españoles que mandaba el baron de Eroles. Verificóse el desembarco el 29 de agosto, y el 5 de setiembre abierta brecha se apoderaron los nuestros del fuerte. Acudieron los franceses en mucho número á la costa vecina, y empezaron á molestar bastante con sus fuegos á los que ahora ocupaban las islas. Opinaron entonces los marinos británicos que se debian estas abandonar, lo cual se ejecutó á pesar de la resistencia

de Eroles y de Green mismo. Volaron los aliados antes de la evacuacion el fuerte ó castillo.

No era hombre Don Luis Lacy de ceder en su empresa, é insistiendo en recuperar las islas persuadió á los ingleses á que de nuevo le ayudasen. En consecuencia se embarcó el 11 en persona con 200 hombres en Arenys de Mar á bordo de la mencionada fragata, comandante Thomas: fondeó el 12 á la inmediacion de las Medas, y dividiendo la fuerza desembarcó parte en el continente para sorprender á los franceses y destruir las obras que allí tenian, y parte en la isla Grande. Cumplióse todo segun los deseos de Lacy, quien ahuyentados los enemigos, y dejando al teniente coronel Don José Masanes por gobernador del fuerte y director de las fortificaciones que iban á levantarse, tornó felizmente al puerto de donde habia salido. Restablecióse el castillo, y se fortalecieron las escarpadas orillas que dominan la costa. En breve pudieron las Medas arrostrar las tentativas del enemigo que, acampado enfrente, se esforzaba por impedir los trabajos y arruinarlos. Puso el comandante español toda diligencia en frustrar tales intentos, y cuando momentánea ausencia ú otra ocupacion le alejaban de los puntos mas expuestos, manteníase firme allí su esposa Doña María Armengual á semejanza de aquella otra * Doña María de Acuña, que en el siglo XVI defendió á Mondéjar ausente el alcaide su marido. Sacóse provecho de la posesion de las Medas militar y mercantilmente, habiendo las córtes habilitado el puerto.

(*Ap. n. 28.)

Apellidólas el general en gefe islas de la *Restauracion*, como indicando que de allí renaceria la de Cataluña, y á un baluarte á que querian dar el nombre de *Lacy* púsole el de *Montardit*: « honor, dijo, que corresponde á un mártir de la pa« tria. » Tal suerte en efecto habia poco antes cabido á un Don Francisco de Montardit, comandante de batallon, muy bien quisto, hecho prisionero por los franceses en un ataque sobre la ciudad de Balaguer, y arcabuceado por ellos inhumanamente. Dirigió Lacy con este motivo en 12 de octubre al mariscal Macdonald una reclamacion vigorosa, concluyendo por decirle: « Amo, como es debido, « la moderacion; mas no seré espectador indiferente de las atro« cidades que se ejecuten con mis subalternos: haré responsables « de ellas á los prisioneros franceses que tengo en mi poder, y « pueda tener en lo sucesivo. »

Muerte de Montardit.

Empresas de Lacy y Eroles en el centro de Cataluña.

Incansable Don Luis trató en seguida de romper la línea de puestos fortificados que desde Barcelona á Lérida tenian establecidos los franceses. Empezó su movimiento, y el 4 de octubre acometió ya la villa de Igualada con 1500 infantes y 300 caballos. Le acompañaba el baron de Eroles, segundo comandante general de Cataluña, cuyo valor y pericia se mostraron mas y mas cada dia. Los franceses perdieron en el citado pueblo 200 hombres, refugián-

Ataque de Igualada.

dose los restantes en el convento fortificado de capuchinos, que no pudo Lacy batir falto de artillería. Parason despues ambos caudillos á sorprender un convoy que iba de Cervera, para lo cual repartieron sus fuerzas en dos porciones. Dió primero con él segun lo concertado, el baron de Eroles, y sorprendióle el 7 del mismo octubre perdiendo los enemigos 200 hombres, sin que dejase aquel general nada que hacer á Don Luis Lacy.

Aterráronse los franceses con la súbita irrupcion de los nuestros y con las ventajas adquiridas, y juzgando imprudente mantener tropas desparramadas por lugares abiertos ó poco fortificados, abandonaron al fin, metiéndose depriesa en Barcelona, el convento de Igualada, la villa de Casamasana, y aun Monserrat. Quemaron á la retirada este monasterio, y lo destrozaron todo, sagrado y profano.

Requiriendo los asuntos generales del principado la presencia de Lacy cerca de la junta, tornó este á Berga, y dejó al cuidado del baron de Eroles la conclusion de la empresa tan bien comenzada, y proseguida con no menor dicha.

Rendicion de la guarnicion de Cervera.

Atacó el baron á los franceses de Cervera y el 11 los obligó á rendirse: ascendió el número de los prisioneros á 643 hombres. Estaban atrincherados los enemigos en la universidad, edificio suntuoso, no por la belleza de su arquitectura sino por su extension y solidez propias para la defensa. Habia fundado aquella Felipe V cuando suprimió las otras universidades del principado en castigo de la resistencia que á su advenimiento al trono le hicieron los catalanes. Cogió tambien Eroles á Don Isidoro Perez Camino, corregidor de Cervera nombrado por los franceses, hombre feroz que á los que no pagaban puntualmente las contribuciones, ó no se sujetaban á sus caprichos, metia en una jaula de su invencion, la cabeza solo fuera, y pringado el rostro con miel para que atormentasen á sus víctimas en aquel potro hasta las moscas. A la manera del cardenal de La Balue en Francia, llególe tambien al corregidor su vez, con la diferencia de que la plebe catalana no conservó años en la jaula al magistrado intruso como hizo Luis XI con su ministro. Son mas ardorosas y por tanto caminan mas precipitadamente las pasiones populares. El corregidor pereció á manos del furor ciego de tantos como habia él martirizado antes, y si la ley del talion fuese lícita y mas al vulgo, hubiéralo sido en esta ocasion contra hombre tan inhumano y fiero.

De Bellpuig.

Se rindió en seguida en 14 del mismo octubre al baron de Eroles la guarnicion de Bellpuig, atrincherada en la antigua casa de los duques de Sesa. Muchos de los enemigos perecieron defendiéndose, y se entregaron unos 150.

Escarmentado que hubo el de Eroles á los franceses del centro de la Cataluña, y cortada la línea de comunicacion entre Lérida y

Revuelve Eroles sobre la frontera de Francia.

Barcelona, revolvió al norte con propósito hasta de penetrar en Francia. Obró entonces mancomunadamente con Don Manuel Fernandez Villamil gobernador á la sazon de la Seu de Urgel, y sirvióle este de comandante de vanguardia. Rechazó ya al enemigo en Puigcerdá el baron el 26 de octubre, y le combatió bravamente el 27 en un ataque que el último intentara. Al propio tiempo Villamil se dirigió á Francia por el valle de Querol, desbarató el 29 en Marens á las tropas que se le pusieron por delante, saqueó aquel pueblo que sus soldados abrasaron, y entró el 30 en Ax. Exigió allí contribuciones, é inquietó toda la tierra, repasando despues tranquilamente la frontera. Sostenia Eroles estos movimientos.

Acertada conducta de Lacy.

Pero el centro de todos ellos era Don Luis Lacy, quien cautivó con su conducta la voluntad de los catalanes, pues al paso que procuraba en lo posible introducir la disciplina y buenas reglas de la milicia, lisonjeábalos prefiriendo en general por gefes á naturales acreditados del pais, y fomentando el somaten y los cuerpos francos á que son tan aficionados. La situacion entonces de la Cataluña indicaba ademas como mejor y casi único este modo de guerrear.

Y al rededor de la fuerza principal que regia Lacy ó su segundo Eroles, y cerca de las plazas fuertes y por todos lados, se descubrian los infatigables gefes de que en varias ocasiones hemos hecho mencion, y otros que por primera vez se manifestaban ó sucedian á los que acababan gloriosamente su carrera en defensa de la patria. Serianos imposible meter en nuestro cuadro la relacion de tan innumerables y largas lides.

Pasa Macdonald á Francia.

Le sucede Decaen.

Mirando los franceses con mucho desvío tan mortífera é interminable lucha, gustosamente la abandonaban y salian de la tierra. Macdonald duque de Tarento regresó á Francia partiendo de Figueras el 28 de octubre. Era el tercer mariscal que habia ido á Cataluña, y volvia sin dejarla apaciguada. Tuvo por sucesor al general Decaen.

Apenas podia moverse del lado de Gerona el ejército francés del principado, teniendo que poner su principal atencion en mantener libres las comunicaciones con la frontera. No mas le era permitido menearse á la division de Frère perteneciente al cuerpo de Suchet, la cual, conforme hemos visto, ocupaba la Cataluña baja, dándole bastante en que entender todo lo que por allí ocurria y en parte hemos relatado. De suerte que la situacion de aquella provincia en cuanto á la tranquilidad que apetecian los franceses, era la misma que al principio de la guerra, y una misma la necesidad de mantener dentro de aquel territorio fuerzas considerables que guarneciesen ciertos puntos y escoltasen cuidadosamente los convoyes.

Convoy que va á Barcelona.

Solo por este medio se continuaba abasteciendo á Barcelona, y Decaen preparó en diciembre uno muy

considerable en el Ampurdan con aquel objeto. Tuvo aviso de ello Lacy, y queriendo estorbarlo puso en acecho á Rovira, colocó á Eroles y á Milans en las alturas de San Celoni, dirigió sobre Trentapasos á Sarsfield y apostó en la Gárriga con un batallon á Don José Casas. Las fuerzas que Decaen habia reunido eran numerosas ascendiendo á 14,000 infantes y 700 caballos con ocho piezas, sin contar unos 4000 hombres que salieron de Barcelona á su encuentro. Las de Lacy no llegaban á la mitad, y asi se limitó dicho general á hostilizar á los franceses durante su marcha emprendida desde Gerona el 2 de diciembre. Padeció el enemigo en ella bastante, y Sarsfield se mantuvo firme contra los que le atacaron y venian de la capital. Los nuestros ya que nó pudiero impedir la entrada del convoy, recelando se retirase Decaen por Vique, trataron de cerrarle el paso de aquel lado. Para ello mandó Lacy á Eroles que ocupase la posicion de San Feliú de Codinas, y él se situó con Sarsfield en las alturas de la Gárriga. Se vieron luego confirmadas las sospechas de los españoles, presentándose el 5 en la mañana los enemigos delante del último punto con 5000 infantes, 400 caballos y cuatro piezas. Rechazólos Lacy vigorosamente y siguieron el alcance hasta Granollers Don José Casas y Don José Manso, por lo que tuvieron todas las fuerzas de Decaen que tornar por San Celoni y dejar libre y tranquila la ciudad y pais de Vique.

Aragon.

Util era para defender á Valencia esta continuada diversion de la Cataluña, pero fue mas directa la que se intentó por Aragon. Aqui conforme á órdenes de Blake se habian reunido el 24 de setiembre en Ateca, partido de Calatayud, Don José Duran y Don Juan Martin el Empecinado. Temores de esto y las empresas en aquel reino y en Navarra de Don Francisco Espoz y Mina habian motivado la formacion en Pamplona y sus cercanías de un cuerpo de reserva bastante considerable, pues que las fuerzas que en ambos parajes mandaban los generales Reille y Musnier no bastaban para conservar quieto el pais y hacer rostro á tan osados caudillos.

Duran y el Empecinado.

Mina.

Tropas que reunen los franceses en Navarra y Aragon.

Entre las tropas francesas que se juntaban en Navarra, contábase una nueva division italiana que atravesando las provincias meridionales de Francia y viniendo de la Lombardia, apareció en Pamplona el 31 de agosto. La mandaba el general Severoli, y se componia de 8955 hombres y 722 caballos: permaneció el setiembre en aquella provincia, mas al comenzar octubre pasó á reforzar las tropas francesas de Aragon.

Ademas de los de Severoli habian ido á Zaragoza tres batallones tambien italianos procedentes de los depósitos de Gerona, Rosas y Figueras, los cuales para unirse á la division de Palombini que con Suchet se habia dirigido sobre Valencia, rodearon y metiéronse

en Francia para entrar camino de Jaca en Aragon por lo peligroso que les pareció la ruta directa. Y, sea dicho de paso, de 21,288 infantes y 1905 ginetes, unos y otros italianos, que fuera de los de Severoli habian penetrado en España desde el principio de la guerra, ya no quedaban en pie sino unos 9000 escasos.

Los tres batallones que iban de Cataluña no se unieron inmediatamente al ejército invasor de Valencia : quedáronse en Aragon para auxiliar á Musnier. Habian llegado á este reino antes de promediar setiembre, y uno de ellos fue destinado á reforzar la guarnicion enemiga de Calatayud.

Atacan á Calatayud Duran y el Empecinado.

Aqui tuvieron luego que lidiar con los ya mencionados Don José Duran y Don Juan Martin, quienes desde Ateca habian resuelto acometer á los franceses alojados en aquella ciudad. No tenia el Empecinado consigo mas que la mitad de su gente, habiendo quedado la otra bajo Don Vicente Sardina en observacion del castillo de Molina. Al contrario Duran, á quien acompañaba lo mas de su division junto con Don Julian Antonio Tabuena y Don Bartolomé Amor que mandaba la caballería, gefes ambos muy distinguidos. Uno y otro tuvieron principal parte en las hazañas de Duran que nunca cesó de fatigar al enemigo, habiendo tenido entre otros un reencuentro glorioso en Aillon el 23 de julio.

Ascendia el número de hombres que para su empresa reunieron Duran y el Empecinado á 5000 infantes y 500 caballos. El 26 de setiembre aparecieron ambos sobre Calatayud, desalojaron á los franceses de la altura llamada de los Castillos, y les cogieron algunos prisioneros, encerrándose la guarnicion en el convento fortificado de la Merced, cuyo comandante era Mr. Muller. Duran se encargó particularmente de sitiar aquel punto, é incumbió á la gente del Empecinado observar las avenidas del puerto del Frasno, en donde el 1° de octubre repelió el último una columna francesa que venia de Zaragoza en socorro de los suyos, y tomó al coronel Gillot que la mandaba.

Cercado el convento y sin artillería los nuestros, se acudió para rendirle al recurso de la mina, y aunque el gefe enemigo resistió cuanto pudo los ataques de los españolos, tuvo al fin el 4 de octubre que darse á partido, quedando prisionera la guarnicion que constaba de 566 soldados, y con permiso los oficiales de volver á Francia bajo la palabra de honor de no servir mas en la actual guerra.

Hacen prisionera la guarnicion.

Viene sobre ella Musnier.

Muy alborotado Musnier gobernador de Zaragoza con ver lo que amagaba por Calatayud, y con que hubiese sido rechazada en el Frasno la primera columna que habia enviado de auxilio, reunió todas sus fuerzas de la izquierda del Ebro, y llegó, á peticion suya, de Navarra con el mismo fin, destacado por Reille, el general Bourke, que avanzó lo largo de

la izquierda del Jalon. Musnier asomó á Calatayud el 6 de octubre, pero los españoles se habian ya retirado con sus prisioneros, quedando solo allí segun lo estipulado los oficiales, á quienes sus superiores formaron causa por haber separado su suerte de la de los soldados. Se retiran.

Viendo los franceses que se habian alejado los nuestros de Calatayud, retrocedieron tornando Bourke á Navarra, y los de Musnier á la Almunia. Ocuparon de seguida y nuevamente la ciudad los españoles.

Semejante perseverancia exigió de los franceses otro esfuerzo que facilitó la llegada á Zaragoza de la division de Severoli en 9 de octubre. Venia esta á instancias de Suchet, incansable en pedir auxilios que directa ó indirectamente cooperasen al buen éxito de la campaña de Valencia. Musnier partió con la mencionada division via del Frasno, y uniéndose á la caballería de Klicky entró en Calatayud. Duran y el Empecinado habian vuelto á evacuar la ciudad, retirándose en dos diferentes direcciones. Para perseguirlos tuvieron los enemigos que separarse, yendo unos á Daroca y Used y otros á Ateca camino de Madrid. División de Severoli en Aragon. Se separan Duran y el Empecinado.

No persistieron mucho en el alcance, llamados á la parte opuesta á causa de una súbita irrupcion en las Cinco Villas de Don Francisco Espoz y Mina. Habian los franceses acosado de muerte á este caudillo durante todo el estío, irritados con la sorpresa de Arlaban. Y él ceñido de un lado por los Pirineos, del otro por el Ebro, sin apoyo ni punto alguno de seguridad, sin mas tropas que las que por sí habia formado, y sin mas doctrina que la adquirida en la escuela de la propia experiencia, burló los intentos del enemigo y escarmentóle muchas veces, algunas en la raya y aun dentro de Francia. Mina.

Arreció en especial el perseguimiento desde el 20 de Junio hasta el 12 de julio. 12,000 hombres fueron tras Mina entonces; mas acertadamente dividió este sus batallones en columnas movibles con direcciones y marchas contrarias, incesantes y sigilosas, obligando así al enemigo ó á dilatar su línea á punto de no poderla cubrir convenientemente, ó á que reunido no tuviese objeto importante sobre que cargar de firme.

Desesperanzados los franceses de destruir á Mina á mano armada, pusieron á precio la cabeza de aquel caudillo. 6,000 duros ofreció por ella el gobernador de Pamplona Reille en bando de 24 de agosto, 4000 por la de su segundo Don Antonio Cruchaga, y 2000 por cada una de las de otros gefes. Reuniéronse á medios tan indignos los de la seduccion y astucia. A este propósito y por el mismo tiempo personas de aquella ciudad y entre otras Don Joaquin Navarro de la diputacion del reino, con quien Mina habia tenido Ponen los franceses su cabeza á precio. Tratan de seducirle.

anterior relacion, enviaron cerca de su persona á Don Francisco Aguirre Echechurri para ofrecerle ascensos, honores y riquezas si abandonaba la causa de su patria y abrazaba la de Napoleon. Mina, que necesitaba algun respiro, tanto mas cuanto de nuevo se veia muy acosado entrando á la sazon en Navarra la division de Severoli y otras fuerzas, pidió tiempo para contestar sin acceder á la proposicion, alegando que tenia antes que ponerse de acuerdo con su segundo Cruchaga. Impacientes de la tardanza los que habian abierto los tratos, despacharon en seguida con el mismo objeto, primero á un francés llamado Pellon, hombre sagaz, y despues á otro español conocido bajo el nombre de Sebastian Iriso. Deseoso Mina de ganar todavía mas tiempo, indicó para el 14 de setiembre una junta en Leoz, cuatro leguas de Pamplona, adonde ofreció asistir él mismo con tal que tambien acudiesen los tres individuos que sucesivamente se le habian presentado, y ademas el Don Joaquin Navarro y un don Pedro Mendiri gefe de escuadron de gendarmería. Accedieron los comisionados á lo que se les proponia, y en efecto el dia señalado llegaron á Leoz todos excepto Mendiri. La ausencia de este disgustó mucho á Mina, quien á pesar de las disculpas que los otros dieron concibió sospechas. Vinieron á confirmárselas cartas confidenciales que recibió de Pamplona, en las cuales le advertian se le armaba una celada, y que Mendiri recorria los alrededores acechando el momento en què deslumbrado Mina con las ofertas hechas, se descuidase y diese lugar á que cayeran sobre él los enemigos y le sacrificasen.

Airado de ello el caudillo español arrestó á los cuatro comisionados, y se alejó de Leoz llevándoselos consigo. Desfiguraron despues el suceso los franceses y sus allegados calificando á Mina de pérfido: trasluciase en la acusacion despecho de que no se hubiese cumplido la alevosía tramada. Con todo habiendo venido los comisionados bajo seguro, y no pudiéndose evidenciar su traicion ó complicidad, hubiérale á Mina valido mas el soltarlos que dar lugar á que debiesen su libertad, como se verificó, á los acasos de la guerra.

Penetra Mina en Aragon.

Poco despues de este suceso y de haber Severoli y otras tropas salido de Navarra, fue cuando penetró dicho Mina en Aragon, conforme arriba enunciamos. El 11 de octubre atacó en Ejea un puesto de gendarmería, cuyos soldados lograron evadirse en la noche siguiente, con pérdida en la huida de algunos de ellos. Marchó luego Mina sobre Ayerbe, y el 16 forzó á la guarnicion francesa á encerrarse en un convento fortificado que bloqueó; mas en breve tuvo que hacer frente á otros cuidados. El comandante francés que en ausencia de Musnier gobernaba a Zaragoza, sabedor de la llegada de los españoles á Ejea, destacó una columna para contenerlos. Encontróse en el camino Ceccopieri gefe de ella con los gendarmes poco

Ataca á Ejea.

antes escapados; y juzgando ya inútil la marcha hácia Ejea, cambió de rumbo y se dirigió á Ayerbe en busca de Mina. Mas llegado que hubo á esta villa, en cuyas alturas inmediatas le aguardaban los españoles, parecióle mas prudente, despues de un fútil amago, retirarse y caminar la vuelta de Huesca. Envalentonáronse con eso los nuestros, y no pudieron los contrarios verificar impunemente su marcha como se imaginaban. Mina, empleando sagacidad y arrojo, los estrechó de cerca y rodeó, por manera que tuvieron que formar el cuadro. Asi anduvieron siempre muy acosados hasta mas allá de Plasencia de Gállego, en donde opresos con la fatiga y el mucho guerrear, y acometidos impetuosamente á la bayoneta por Don Gregorio Cruchaga, vinieron á partido: 640 soldados y 17 oficiales fueron los prisioneros; muchos de ellos heridos, gravemente el mismo comandante Ceccopieri. Habian muerto mas de 300.

Coge una columna francesa en Plasencia de Gallego.

Azorado Musnier y temiendo hasta por Zaragoza, tornó precipitadamente á aquella ciudad, en donde ya mas sereno trató de marchar contra Mina, y de quitarle los prisioneros obrando de concierto con los gobernadores y generales franceses de las provincias inmediatas. ¡Trabajo y combinacion inútil! Mina escabullóse maravillosamente por medio de todos ellos, y atravesando el Aragon, Navarra y Guipúzcoa, embarcó al principiar noviembre en Motrico todos los prisioneros á bordo de la fragata inglesa Iris y de otros buques, despues de haber tambien rendido la guarnicion francesa de aquel puerto.

Embarca los prisioneros en Motrico.

Concíbese cuán incómodos serian para Suchet tales acontecimientos, pues ademas de la pérdida real que en ellos experimentaba, distraíanle fuerzas que le eran muy necesarias. Con impaciencia habia aguardado la division de Severoli, y en vano por algun tiempo pudo esta incorporársele. Musnier ni aun con ella tenia bastante para cubrir el Aragon, y mantener algun tanto seguras las comunicaciones. Una de las dos brigadas en que dicha division se distribuia se vió obligado á colocarla al mando de Bertoletti en las Cinco Villas, izquierda del Ebro, y la otra al de Mazzuchelli en Calatayud y Daroca.

Distribuye Musnier la division de Severoli.

Tuvo la última que acudir en breve á Molina, cuyo castillo se hallaba de nuevo bloqueado por Don Juan Martin. Llegó en ocasion que el comandante Brochet estaba ya para rendirse. Le libertó Mazzuchelli el 25 de octubre, mas no sin dificultad, teniendo empeñada con el Empecinado en Cubillejos una refriega viva en que perdieron los enemigos mucha gente. Abandonaron de resultas estos, habiéndoles antes volado el castillo de Molina.

Abandonan los franceses á Molina.

Don Juan Martin, solo ó con la ayuda ó de Duran ó de tropas suyas bajo Don Bartolomé Amor, continuó haciendo correrías. Rindió el 6 de noviembre la

Nuevas acometidas del Empecinado.

guarnicion de la Almunia, compuesta de 150 hombres, hizo rostro á varias acometidas, batió la tierra de Aragon, cogió prisioneros y efectos, interceptó á veces las comunicaciones con Valencia, via de Teruel.

De Duran.

Por su parte Duran cuando obraba separado tampoco permanecia tranquilo: en Manchones, y sobre todo el 30 de noviembre en Osunilla, provincia de Soria, alcanzó ventajas. Regresó despues á Aragon, y reincorporándose por nueva disposicion de Blake con el Empecinado, se pusieron ambos el 23 de diciembre en Milmarcos, provincia de Guadalajara, bajo las órdenes del conde del Montijo, que trayendo igualmente 1200 hombres debia mandar á todos.

Ambos bajo las órdenes de Montijo.

En grado tan sumo como el que acabamos de ver, divertian los nuestros en Cataluña y Aragon las huestes del enemigo, entorpeciéndole para su empresa de Valencia. Tambien cooperó á lo mismo lo que pasaba en Granada y Ronda. Alli privado el 3er ejército de la fuerza que habia sacado Mahy, se encontraba muy debilitado, y hubieran probablemente acometido los franceses y amenazado á Valencia del lado de Murcia, sin el desembarco que ya indicamos de Don Francisco Ballesteros en Algeciras. Tomó este general tierra el 4 de setiembre, teniendo enlace su expedicion con el plan de defensa que para Valencia habia trazado Don Joaquin Blake. Sentó Ballesteros sus reales en Jimena, y medidas que adoptó, unas de conciliacion y otras enérgicas, reanimaron el espíritu de los serranos.

Ballesteros en Ronda.

Para procurar apagarle vino inmediatamente sobre el general español el coronel Rignoux á quien de Sevilla habian reforzado. Amagó á Jimena, y Ballesteros evacuó el pueblo con intento de atraer y engañar al enemigo, lo cual consiguió. Porque Rignoux, adelantándose ufano sobre San Roque, fue de súbito acometido por costado y frente, y deshecho con pérdida de 600 hombres. Tomó entonces el mariscal Soult contra Ballesteros disposiciones mas serias; y mandando al general Godinot que avanzase de Prado del Rey con unos 5000 hombres, dispuso que se moviesen al propio tiempo la vuelta de la sierra los generales Semelé et Barroux, yendo el primero de Veger, y el último del lado de Málaga. Componian juntas todas estas fuerzas de 9 á 10,000 hombres, y jactábanse ya de envolver las de Ballesteros. Mas este se retira á tiempo y con destreza abrigándose el 14 de octubre del cañon de Gibraltar. Los franceses llegaron al campo de San Roque, y se extendieron por la derecha á Algeciras, cuyos vecinos se refugiaron en la isla Verde.

Accion contra Rignoux.

Avanza Godinot.

Retírase Ballesteros.

Malográndosele asi á Godinot el destruir á Ballesteros, quiso, sin dejar de observarle, explorar la

Vanas tentativas de Godinot.

comarca de Tarifa, y aun enseñorearse por sorpresa de esta plaza. No anduvo en ello tampoco muy afortunado. El camino que tomaron sus tropas fue el del Boquete de la Peña, orilla de la mar; paso angosto que, dominado por los fuegos de los buques británicos, no pudieron los franceses atravesar, teniendo el 18 de octubre que retroceder á Aljeciras. Aun sin eso nunca hubiera Godinot conseguido su intento. La guarnicion de Tarifa habia sido por entonces reforzada con 1200 ingleses al mando del coronel Skerret que vimos en Tarragona, y con 900 infantes y 100 caballos españoles bajo las órdenes del general Copons.

Tarifa socorrida.

En el intermedio renovaron los rondeños sus acostumbradas excursiones, molestaron por la espalda á los enemigos, y les cortaron los víveres: de los que escaso Godinot hubo de replegarse picándole Ballesteros la retaguardia. Se restituyó á Sevilla el general francés, y reprendido por Soult que ya le queria mal desde la accion de Zújar, por no haber sacado de ella las oportunas ventajas, alborotósele el juicio, y se suicidó en su cama con el fusil de un soldado de su guardia. Habia antes mandado en Córdoba, y cometido tales tropelías, y aun extravagancias que miróscle ya como á hombre demente.

Retírase Godinot.

Se mata.

No desaprovechó Ballesteros la ocasion de la retirada de los enemigos, y esparciendo su tropa para disfrazar una acometida que meditaba, juntóla despues en Prado del Rey; marchó en seguida de noche y calladamente, y sorprendió el 5 de noviembre en Bornos, derecha del Guadalete, al general Semelé, á quien ahuyentó y tomó 100 prisioneros, mulas y bagajes.

Sorprende Ballesteros á los franceses en Bornos.

Fatigado Soult de tan interminable guerra, trató de aumentar el terror poniendo en ejecucion contra un prisionero desvalido el feroz decreto que habia dado el año anterior. Llamábase aquel Juan Manuel Lopez: era sargento, con veinte años de servicio, de la division de Ballesteros, y arrebatáronle desempeñando una comision que le habia confiado su general para recoger caballos, y acabar con ciertos bandoleros que so capa de patriotas robaban y cometian excesos. Las circunstancias que acompañaron á la causa que se le formó hicieron muy horrible el caso. Negábase á juzgar á Lopez la junta criminal de Sevilla, obligóla Soult mandándole al mismo tiempo que á pesar de estar prohibida por el rey José la pena de horca, la aplicase ahora en lugar de la de garrote. La junta absolvió sin embargo al supuesto reo. Muy disgustado Soult ordenó que se volviese á ver la causa, sin conseguir tampoco su odioso intento. Irritado el mariscal cada vez mas, creó una comision criminal compuesta de otros ministros, quienes tambien absolvieron á Lopez, declarándole simplemente prisionero de guerra. La alegria fue entonces universal en Sevilla, y mostráronlo abier-

Juan Manuel Lopez.

Crueldad de Soult.

tamente por calles y plazas todas las clases de ciudadanos. Pero ¡ó atrocidad! todavía estaba el infeliz Lopez recibiendo por ello parabienes, cuando vinieron á notificarle que una comision militar escogida por el implacable Soult acababa de condenarle á la pena de horca sin procedimiento ni diligencia alguna legal. Ejecutóse la inicua sentencia el 29 de noviembre. Desgarra el corazon crudeza tan desapiadada y bárbara; é increible pareciera á no resultar bien probado que todo un mariscal de Francia se cebase encarnizadamente en presa tan debil, en un soldado, en un veterano lleno de cicatrices honrosas.

APÉNDICES.

LIBRO NOVENO.

Numero 1.

Nota pasada por Mr. Canning ministro de relaciones exteriores de S. M. B. á Don Martin de Garay secretario de estado y de la junta, fecha en Lóndres á 20 de julio de 1809. Véase el manifiesto de la junta central, ramo diplomático, documento núm. 141.

Numero 2.

Real decreto de S. M.

El pueblo español debe salir de esta sangrienta lucha con la certeza de dejar á su posteridad una herencia de prosperidad y de gloria, digna de sus prodigiosos esfuerzos y de la sangre que vierte. Nunca la junta suprema ha perdido de vista este objeto que en medio de la agitacion continua causada por los sucesos de la guerra, ha sido siempre su principal deseo. Las ventajas del enemigo, debidas menos á su valor que á la superioridad de su número, llamaban exclusivamente la atencion del gobierno; pero al mismo tiempo hacian mas amarga y vehemente la reflexion de que los desastres que la nacion padece han nacido únicamente de haber caido en olvido aquellas saludables instituciones que en tiempos mas felices hicieron la prosperidad y la fuerza del estado.

La ambicion usurpadora de los unos, el abandono indolente de los otros las fueron reduciendo á la nada, y la junta desde el momento de su instalacion se constituyó solemnemente en la obligacion de restablecerlas. Llegó ya el tiempo de aplicar la mano á esta grande obra, y de meditar las reformas que deben hacerse en nuestra administracion, asegurándolas en las leyes fundamentales de la monarquía que solas pueden consolidarlas, y oyendo para el acierto, como ya se anunció al público, á los sabios que quieran exponerla sus opiniones.

Queriendo pues el rey nuestro señor Don Fernando VII, y en su real nombre la junta suprema gubernativa del reino, que la nacion española aparezca á los ojos del mundo con la dignidad debida á sus heróicos esfuerzos; resuelta á que los derechos y prerogativas de los ciudadanos se vean libres de nuevos atentados, y á que las fuentes de la felicidad pública, quitados los estorbos que hasta ahora las han obstruido, corran libremente luego que cese la guerra, y reparen cuanto la arbitrariedad inveterada ha agostado y la devastacion presente ha destruido; ha decretado lo que sigue:

1° Que se restablezca la representacion legal y conocida de la monar-

quía en sus antiguas córtes, convocándose las primeras en todo el año próximo, ó antes si las circunstancias lo permitieren.

2° Que la junta se ocupe al instante del modo, número y clase con que atendidas las circunstancias del tiempo presente se ha de verificar la concurrencia de los diputados á esta augusta asamblea; á cuyo fin nombrará una comision de cinco vocales que con toda la atencion y diligencia que este gran negocio requiere, reconozcan y preparen todos los trabajos y planes, los cuales examinados y aprobados por la junta han de servir para la convocacion y formacion de las primeras córtes.

3° Que ademas de este punto, que por su urgencia llama el primer cuidado, extienda la junta sus investigaciones á los objetos siguientes para irlos proponiendo sucesivamente á la nacion junta en córtes. — Medios y recursos para sostener la santa guerra en que con la mayor justicia se halla empeñada la nacion hasta conseguir el glorioso fin que se ha propuesto. — Medios de asegurar la observancia de las leyes fundamentales del reino. — Medios de mejorar nuestra legislacion, desterrando los abusos introducidos y facilitando su perfeccion. — Recaudacion, administracion y distribucion de las rentas del estado. — Reformas necesarias en el sistema de instruccion y educacion pública. — Modo de arreglar y sostener un ejército permanente en tiempo de paz y de guerra, conformándose con las obligaciones y rentas del estado. — Modo de conservar una marina proporcionada á las mismas. — Parte que deban tener las Américas en las juntas de córtes.

4° Para reunir las luces necesarias á tan importantes discusiones la junta consultará á los consejos, juntas superiores de las provincias, tribunales, ayuntamientos, cabildos, obispos y universidades, y oirá á los sabios y personas ilustradas.

5° Que este decreto se imprima, publique y circule con las formalidades de estilo para que llegue á noticia de toda la nacion.

Tendréislo entendido y dispondréis lo conveniente para su cumplimiento. — EL MARQUÉS DE ASTORGA presidente. — Real Alcázar de Sevilla 22 de mayo de 1809. — A Don Martin de Garay.

NUMERO 3.

Los pocos dias que pasaron en Jaraicejo los ingleses no tuvieron grande escasez, pues se les suministró bastante pan y abundó el ganado. Asi lo dice y con las siguientes palabras lord Londonderry, testigo no sospechoso para los ingleses. « During the first few days of our sojourn at « Jaraicejo we were tolerably well supplied with bread; and cattle being « plenty we had no cause to complain... » (*Narrative of the peninsular war, vol. 1, ch. 17, page 451.*)

LIBRO DÉCIMO.

—

Numero 1.

Precios de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de 1809 *desde el mas modico hasta el mas subido segun crecia la escasez y la imposibilidad de introducirlos.*

	Precios modicos.	Precios subidos.
Tocino fresco la onza	2 cuartos.	10 cuartos.
Vaca, la libra de 36 onzas	27 cuartos.	Idem.
Carne de caballo la libra de id.	40 cuartos.	Idem.
Idem de mulo	40 cuartos.	Idem.
Una gallina	14 rs. vn. efect.	16 duros.
Un gorrion	2 cuartos.	4 rs. vn. efect.
Una perdiz	12 rs. vn. efect.	80 rs. vn. efect.
Un pichon	6 rs. vn. efect.	40 rs. vn. efect.
Un *raton*	1 rl. vn. efect.	5 rs. vn. efect.
Un gato	8 rs. vn.	30 rs. vn.
Un lechon	40 rs. vn.	200 rs. vn.
Bacalao la libra	18 cuartos.	32 rs. vn.
Pescado del rio Ter la libra	4 rs. vn.	56 rs. vn.
Aceite la medida	20 cuartos.	24 rs. vn.
Huevos la docena	24 cuartos.	96 rs. vn.
Arroz la libra	12 cuartos.	32 rs. vn.
Café la libra	8 rs. vn.	24 rs. vn.
Chocolate la libra	16 rs. vn.	64 rs. vn.
Queso la libra	4 rs. vn.	40 rs. vn.
Pan la libra	6 cuartos.	8 rs. vn.
Una galleta	4 cuartos.	8 rs. vn.
Trigo candeal la cuartera	80 rs. vn.	112 rs. vn.
Id. mezclado la cuartera	64 rs. vn.	96 rs. vn.
Cebada la cuartera	30 rs. vn.	56 rs. vn.
Habas la cuartera	40 rs. vn.	80 rs. vn.
Azúcar la libra	4 rs. vn.	24 rs. vn.
Velas de sebo la libra	4 rs. vn.	10 rs. vn.
Id. de cera la libra	12 rs. vn.	52 rs. vn.
Leña el quintal	5 rs. vn.	40 rs. vn.
Carbon la arroba	3½ rs. vn.	40 rs. vn.
Tabaco la libra	24 rs. vn.	100 rs. vn.
Por moler una quartera de trigo	3 rs. vn.	80 rs. vn.

Gerona 10 de diciembre de 1809. — Epifanio Ignacio de Ruiz.

Notas.

1ª Los precios de las carnes no fueron alterados por disposicion del gobierno mientras duraron.

2ª Los demas artículos seguian el precio que ocasionaba la escasez, y muchos de ellos variaban segun las introducciones, y aquí solo se han

figurado los precios regulares al principio del sitio y los mas subidos y corrientes en su largo discurso; habiéndose visto el gobierno precisado á permitir el precio que querian fijar á los víveres, los que los introducian á lomo y en cortas cantidades, pasando las líneas del enemigo, atendidos los riesgos que probaban en la entrada y salida de la plaza, y la pena de muerte que sufrian en caso de ser habidos.

3ª No obstante de haberse figurado el precio de todos los artículos arriba expresados, muchos de ellos solo podian conseguirse casualmente en los dias que habia alguna introduccion. Mataró 22 de diciembre de 1809. —EPIFANIO IGNACIO DE RUIZ. — Don Epifanio Ignacio de Ruiz, capitan de la 3ª compañía de la Cruzada Gerundense, comisario de guerra de los reales ejércitos. — Certifico: que desde 1º de agosto de 1809 hasta el 10 de diciembre del mismo en que capituló la plaza de Gerona, en virtud de órden del intendente de provincia Don Cárlos Beramendi, ministro principal de hacienda y guerra de ella, tuve confiada la inspeccion del ramo de víveres, y que los precios que estan continuados en la antecedente relacion son los corrientes en la citada plaza durante su último sitio. Mataró 22 de diciembre de 1809. — EPIFANIO IGNACIO DE RUIZ.

NUMERO 2.

Capitulacion de la ciudad de Gerona y fuertes correspondientes firmada el 10 de diciembre de 1809 á las 7 de la noche.

ART. 1º. La guarnicion saldrá con los honores de la guerra, y entrara en Francia como prisionera de guerra. — 2º Todos los habitantes serán respetados. — 3º La religion católica continuará en ser observada por los habitantes y será protegida. — 4º Mañana á las ocho y media de ella la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas á las tropas francesas, asi como las de los fuertes. — 5º Mañana 11 de diciembre á las ocho y media de ella la guarnicion saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny. — Los soldados pondrán sus armas sobre el glacis. — 6º Un oficial de artillería, otro de ingenieros y un comisario de guerra entrarán al momento en que se tomará posesion de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de los almacenes, mápas, planos, etc. Fecho en Gerona á las 7 de la noche á 10 de diciembre de 1809. — JULIAN DE BOLIVAR. — ISIDRO DE LA MATA. — BLAS DE FURNAS. — JOSÉ DE LA IGLESIA. — GUILLERMO MINALI. — GUILLERMO NASCH. — El general en gefe del estado mayor general del 7º cuerpo, REY. — Aprobado por nos el mariscal del imperio, comandante en gefe del 7º cuerpo del ejército de España. — AUGEREAU, DUQUE DE CASTIGLIONE. — Yo, brigadier de los reales ejércitos, encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona Don Julian de Bolívar y de la junta militar, certifico: que la capitulacion antecedente es conforme á la original firmada con la fecha que expresa. — BLAS DE FURNAS. — El general en gefe del estado mayor general del 7º cuerpo del ejército de España, REY. — Lugar del sello. »

Notas adicionales á la capitulacion de la plaza de Gerona.

Que la guarnicion francesa que esté en la plaza esté acuartelada y no alojada por las casas, é igualmente que los oficiales deben presentarse

procurándose su posada, pagándoseles el tanto que se pagaba de utensilio á la guarnicion española.—Que todos los papeles del gobierno queden depositados en el archivo del ayuntamiento, sin poder ser extraviados, ni extraidos ni quemados. — Que á los que habrán sido vocales ó empleados en las juntas en tiempo de esta guerra de opinion, no les sirva de nota ni perjuicio alguno en sus ascensos y carreras, quedando igualmente salvas y respetadas las personas, propiedades y haberes. — Que á los forasteros que se hallan dentro de la plaza por expatriacion ú otra causa, tanto si han sido vocales ó empleados de las juntas como no, se les permitirá restituirse á sus casas con su equipage y haberes. — Que cualquiera vecino que quiera salirse de la ciudad y trasladarse á otra se le permita, llevándose su equipage y haberes, quedándoles salvas las propiedades, caudales y efectos en aquella ciudad. — Yo, brigadier de los reales ejércitos, certifio: que las notas antecedentes habiendo sido presentadas al Excmo. Sr. general en gefe del ejército francés, se han aprobado en su contenido en cuanto no se opongan á las leyes generales del reino, y á la policía establecida en los ejércitos. Fornells 10 de diciembre 1809. — BLAS DE FURNAS. — Visto por nosotros etc.

Notas adicionales y particulares aprobadas por el Excmo. Sr. duque de Castiglione, mariscal del imperio, comandante en gefe del 7° cuerpo del ejército de España, convenidas entre el Sr. general de brigada, gefe del estado mayor, general del sobredicho cuerpo del ejército, comandante de la legion de honor, y el Sr. Don Blas de Furnas, brigadier de los ejércitos españoles.

ART. 1°. Un teniente ó subteniente elegido entre los oficiales del ejército español estará autorizado con pasaportes para pasar al ejército de observacion español, y llevar á su general comandante en gefe la capitulacion de la plaza y de los fuertes de Gerona, solicitando se sirva disponer el pronto cange de los oficiales y soldados de la guarnicion de Gerona y sus fuertes contra igual número de oficiales y soldados franceses detenidos en las islas de Mallorca y otros destinos. S. E. el Sr. duque de Castiglione, comandante en gefe del ejército, promete que dicho cange se verificará luego que el general en gefe del ejército español le habrá dado á conocer el dia en que aquellos prisioneros habrán llegado á uno de los puertos de Francia para el referido cange. — ART. 2°. En los tres dias que seguirán á la rendicion de la plaza de Gerona, el Ilmo. Sr. obispo de dicha ciudad quedará autorizado para dar á los sacerdotes que estan bajo sus órdenes los pasaportes que pidan para pasar á las villas, en las que tenian su domicilio anterior, para quedar y vivir en él, segun lo deben unos ministros de paz, bajo la proteccion de las leyes que rigen en España.—El general en gefe del estado mayor general del sétimo cuerpo del ejército de España.—REY.—BLAS DE FURNAS.—Yo brigadier de los reales ejércitos encargado de los poderes del gobernador interino de la plaza de Gerona Don Julian de Bolivar, y de la junta militar, certifico que los artículos antecedentes son traducidos fielmente del original en 10 de diciembre de 1809.—BLAS DE FURNAS.—Le général en chef de l'état major général du septième corps de l'armée d'Espagne, REY. — Lugar del sello.

Nota adicional á la capitulacion de la plaza de Gerona.

Los empleados en el ramo político de guerra son declarados libres, como no combatientes, y pueden pedir un pasaporte con sus equipages para donde gusten. Estos son el intendente, comisarios de guerra, empleados en hospitales y provisiones, y médicos y cirujanos del ejército. — Yo, brigadier de los reales ejércitos, certifico: que la nota precedente habiendo sido presentada al Excmo. Sr. general en gefe del ejército francés, queda aprobada. Fornells 10 de diciembre de 1809. — BLAS DE FURNAS. — Don Blas de Furnás, brigadier de los reales ejércitos, certifico: que la copia antecedente de la capitulacion hecha en Gerona, y notas adicionales es en todo su contenido conforme á los originales firmados por mí; y para que conste doy la presente en la plaza de Gerona á 12 de diciembre de 1809. — BLAS DE FURNAS.

NUMERO 3.

Entre los documentos originales y de oficio que acerca de la muerte del gobernador Alvarez hemos tenido á la vista, uno de los mas curiosos es el siguiente.

Excmo. Sr. — Por el oficio de V. E. de 26 de febrero próximo pasado, que acabo de recibir, veo ha hecho V. E. presente al supremo consejo de regencia de España é Indias el contenido de mi papel de 4 del mismo, relativo al fallecimiento del Excmo. Sr. Don Mariano Alvarez digno gobernador de la plaza de Gerona; y que en su vista se ha servido S. M. resolver procure apurar cuanto me sea posible la certeza de la muerte de dicho general, avisando á V. E. lo que adelante, á cuya real órden daré el cumplimiento debido, tomando las mas eficaces disposiciones para descubrir el pormenor y la verdad de un hecho tan horroroso; pudiendo asegurar entre tanto á V. E. por declaracion de testigos oculares la efectiva muerte de este héroe en la plaza de Figueras adonde fue trasladado desde Perpiñan, y donde entró sin grave daño en su salud, y compareció cadáver tendido en una parihuela al siguiente dia cubierto con una sábana, la que destapada por la curiosidad de varios vecinos, y del que me dió el parte de todo, puso de manifiesto un semblante cárdeno é hinchado, denotando que su muerte habia sido la obra de breves momentos; á que se agrega que el mismo informante encontró poco antes en una de las calles de Figueras á un llamado Rovireta, y por apodo el fraile de S. Francisco, y ahora canónigo dignidad de Gerona nombrado por nuestros enemigos, quien marchaba apresuradamente hácia el castillo, adonde dijo «iba corriendo á confesar al Sr. Alvarez « porque debia en breve morir. » — Todo lo que pongo en noticia de V. E. para que haga de ello el uso que estime por conveniente. Dios guarde á V. E. muchos anos. Tortosa 31 de marzo de 1810. — Excmo. Sr. — CARLOS DE BERAMENDI. — Excmo. Sr. marqués de las Hormazas.

NUMERO 4.

Léase el manifiesto de la junta central, seccion 2ª, ramo diplomático, pág. 6.

LIBRO UNDÉCIMO.

—

NUMERO 1.

Τὸν τῶν εὐσεβῶν ἔπλασε χῶρον καὶ τὸ Ἠλύσιον πεδίον.

(STRAB. lib. 3.)

NUMERO 2.

El Rey y á su nombre la suprema junta central gubernativa de España é Indias.

Como haya sido uno de mis primeros cuidados congregar la nacion española en córtes generales y extraordinarias, para que representada en ellas por individuos y procuradores de todas las clases, órdenes y pueblos del estado, despues de acordar los extraordinarios medios y recursos que son necesarios para rechazar al enemigo que tan pérfidamente la ha invadido, y con tan horrenda crueldad va desolando algunas de sus provincias, arreglase con la debida deliberacion lo que mas conveniente pareciese para dar firmeza y estabilidad á la constitucion, y el órden, claridad y perfeccion posibles á la legislacion civil y criminal del reino, y á los diferentes ramos de la administracion pública: á cuyo fin mandé, por mi real decreto de 13 del mes pasado, que la dicha mi junta central gubernativa se trasladase desde la ciudad de Sevilla á esta villa de la isla de Leon, donde pudiese preparar mas de cerca, y con inmediatas y oportunas providencias la verificacion de tan gran designio: considerando:

1° Que los acaecimientos que despues han sobrevenido, y las circunstancias en que se halla el reino de Sevilla por la invasion del enemigo, que amenaza ya los demos reinos de Andalucia, requieren las mas prontas y enérgicas providencias.

2° Que entre otras ha venido á ser en gran manera necesaria la de reconcentrar el ejercicio de toda mi autoridad real en pocas y hábiles personas que pudiesen emplearla con actividad, vigor y secreto en defensa de la patria: lo cual he verificado ya por mi real decreto de este dia, en que he mandado formar una regencia de cinco personas, de bien acreditados talentos, probidad y celo público.

3° Que es muy de temer que las correrías del enemigo por varias provincias, antes libres, no hayan permitido á mis pueblos hacer las elecciones de diputados á córtes con arreglo á las convocatorias que les hayan sido comunicadas en 1° de este mes, y por lo mismo que no pueda verificarse su reunion en esta isla para el dia 1° de marzo próximo, como estaba por mí acordado.

4° Que tampoco seria fácil, en medio de los grandes cuidados y atenciones que ocupan al gobierno, concluir los diferentes trabajos y planes de reforma, que por personas de conocida instruccion y probidad se habian emprendido y adelantado bajo la inspeccion y autoridad de la co-

mision de córtes, que á este fin nombré por mi real decreto de 15 de junio del año pasado, con el deseo de presentarlas al exámen de las próximas córtes.

5° Y considerando en fin que en la actual crísis no es fácil acordar con sosiego y detenida reflexion las demas providencias y órdenes que tan nueva é importante operacion requiere, ni por la mi suprema junta central, cuya autoridad, que hasta ahora ha ejercido en mi real nombre, va á trasferirse en el consejo de regencia, ni por este, cuya atencion será enteramente arrebatada al grande objeto de la defensa nacional.

Por tanto yo, y á mi real nombre la suprema junta central, para llenar mi ardiente deseo de que la nacion se congregue libre y legalmente en córtes generales y extraordinarias, con el fin de lograr los grandes bienes que en esta deseada reunion estan cifrados, he venido en mandar y mando lo siguiente.

1° La celebracion de las córtes generales y extraordinarias que estan ya convocadas para esta isla de Leon, y para el primer dia de marzo próximo, será el primer cuidado de la regencia que acabo de crear, si la defensa del reino en que desde luego debe ocuparse lo permitiere.

2° En consecuencia, se expedirán inmediatamente convocatorias individuales á todos los RR. arzobispos y obispos que estan en ejercicio de sus funciones, y á todos los grandes de España en propiedad, para que concurran á las córtes en el dia y lugar para que estan convocadas, si las circunstancias lo permitieren.

3° No serán admitidos á estas córtes los grandes que no sean cabezas de familia, ni los que no tengan la edad de 25 años, ni los prelados y grandes que se hallaren procesados por cualquiera delito, ni los que se hubieren sometido al gobierno francés.

4° Para que las provincias de América y Asia; que por estrechez del tiempo no pueden ser representadas por diputados nombrados por ellas mismas, no carezcan enteramente de representacion en estas córtes, la regencia formará una junta electoral compuesta de seis sugetos de carácter, naturales de aquellos dominios, los cuales poniendo en cántaro los nombres de los demas naturales que se hallan residentes en España y constan de las listas formadas por la comision de córtes, sacarán á la suerte el número de cuarenta, y volviendo á sortear estos cuarenta solos, sacarán en segunda suerte veintiseis, y estos asistirán como diputados de córtes en representacion de aquellos vastos paises.

5° Se formará asi mismo otra junta electoral compuesta de seis personas de carácter naturales de las provincias de España que se hallan ocupadas por el enemigo, y poniendo en cántaro los nombres de los naturales de cada una de dichas provincias que asimismo constan de las listas formadas por lo comision de córtes, sacarán de entre ellos en primera suerte hasta el número de dieciocho nombres, y volviéndolos á sortear solos, sacarán de ellos cuatro, cuya operacion se irá repitiendo por cada una de dichas provincias, y los que salieren en suerte serán diputados de córtes por representacion de aquellas para que fueren nombrados.

6° Verificadas estas suertes, se hará la convocacion de los sugetos que hubieren salido nombrados por medio de oficios que se pasarán á las juntas de los pueblos en que residieren, á fin de que concurran á las córtes en el dia y lugar señalado, si las circunstancias lo permitieren.

7° Antes de la admision á las córtes de estos sugetos, una comision

nombrada por ellas mismas examinará si en cada uno concurren ó no las calidades señaladas en la instruccion general y en este decreto para tener voto en las dichas córtes.

8° Libradas estas convocatorias, las primeras córtes generales y extraordinarias se entenderán legítimamente convocadas : de forma que, aunque no se verifique su reunion en el dia y lugar señalados para ellas, pueda verificarse en cualquiera tiempo y lugar en que las circunstancias lo permitan, sin necesidad de nueva convocatoria : siendo de cargo de la regencia hacer á propuesta de la diputacion de córtes el señalamiento de dicho dia y lugar, y publicarle en tiempo oportuno por todo el reino.

9° Y para que los trabajos preparatorios puedan continuar y concluirse sin obstáculo, la regencia nombrará una diputacion de córtes compuesta de ocho personas, las seis naturales del continente de España, y las dos últimas naturales de América, la cual diputacion será subrogada en lugar de la comision de córtes nombrada por la misma suprema junta central, y cuyo instituto será ocuparse en los objetos relativos á la celebracion de las córtes, sin que el gobierno tenga que distraer su atencion de los urgentes negocios que la reclaman en el dia.

10° Un individuo de la diputacion de córtes de los seis nombrados por España presidirá la junta electoral que debe nombrar los diputados por las provincias cautivas, y otro individuo de la misma diputacion de los nombrados por la América presidirá la junta electoral que debe sortear los diputados naturales y representantes de aquellos dominios.

11° Las juntas formadas con los títulos de junta de medios y recursos para sostener la presente guerra, junta de hacienda, junta de legislacion, junta de instruccion pública, junta de negocios eclesiásticos, y junta de ceremonial de congregacion, las cuales por autoridad de la mi suprema junta y bajo la inspeccion de dicha comision de córtes, se ocupan en preparar los planes de mejoras relativas á los objetos de su respectiva atribucion, continuarán en sus trabajos hasta concluirlos en el mejor modo que sea posible, y fecho, los remitirán á la diputacion de córtes, á fin de que despues de haberlos examinado, se pasen á la regencia y esta los ponga á mi real nombre á la deliberacion de las córtes.

12° Serán estas presididas á mi real nombre, ó por la regencia en cuerpo, ó por su presidente temporal, ó bien por el individuo á quien delegaren el encargo de representar en ellas mi soberanía.

13° La regencia nombrará los asistentes de córtes que deban asistir y aconsejar al que las presidiere á mi real nombre de entre los individuos de mi consejo y cámara segun la antigua práctica del reino, ó en su defecto de otras personas constituidas en dignidad.

14° La apertura del solio se hará en las córtes en concurrencia de los estamentos eclesiástico, militar y popular y en la forma y con la solemnidad que la regencia acordará á propuesta de la diputacion de córtes.

15° Abierto el solio, las córtes se dividirán para la deliberacion de las materias en dos solos estamentos, uno popular compuesto de todos los procuradores de las provincias de España y América, y otro de dignidades, en que se reunirán los prelados y grandes del reino.

16° Las proposiciones que á mi real nombre hiciere la regencia á las cortes se examinarán primero en el estamento popular, y si fueren aprobadas en él, se pasarán por un mensagero de estado al estamento de dignidades para que las examine de nuevo.

17° El mismo método se observará con las proposiciones que se hicieren en uno y otro estamento por sus respectivos vocales, pasando siempre la proposicion del uno al otro, para su nuevo exámen y deliberacion.

18° Las proposiciones no aprobadas por ambos estamentos, se entenderán como si no fuesen hechas.

19° Las que ambos estamentos aprobaren serán elevadas por los mensageros de estado á la regencia para mi real sancion.

20° La regencia sancionará las proposiciones asi aprobadas, siempre que graves razones de pública utilidad no la persuadan á que de su ejecucion pueden resultar graves inconvenientes y perjuicios.

21° Si tal sucediere, la regencia, suspendiendo la sancion de la proposicion aprobada, la devolverá á las córtes con clara exposicion de las razones que hubiere tenido para suspenderla.

22° Asi devuelta la proposicion, se examinará de nuevo en uno y otro estamento, y si los dos tercios de los votos de cada uno no confirmaren la anterior resolucion, la proposicion se tendrá por no hecha, y no se podrá renovar hasta las futuras córtes.

23° Si los dos tercios de votos de cada estamento ratificaren la aprobacion anteriormente dada á la proposicion, será esta elevada de nuevo por los mensageros de estado á la sancion real.

24° En este caso la regencia otorgará á mi nombre la real sancion en el término de tres dias; pasados los cuales, otorgada ó no, la ley se entenderá legítimamente sancionada, y se procederá de hecho á su publicacion en la forma de estilo.

25° La promulgacion de las leyes asi formadas y sancionadas se hará en las mismas córtes antes de su disolucion.

26° Para evitar que en las córtes se forme algun partido que aspire á hacerlas permanentes, ó prolongarlas en demasía, cosa que sobre trastornar del todo la constitucion del reino, podria acarrear otros muy graves inconvenientes; la regencia podrá señalar un termino á la duracion de las córtes, con tal que no baje de seis meses. Durante las córtes, y hasta tanto que estas acuerden, nombren é instalen el nuevo gobierno, ó bien confirmen el que ahora se establece, para que rija la nacion en lo sucesivo, la regencia continuará ejerciendo el poder ejecutivo en toda la plenitud que corresponde á mi soberanía.

En consecuencia las córtes reducirán sus funciones al ejercicio del poder legislativo, que propiamente les pertenece, y confiando á la regencia el del poder ejecutivo, sin suscitar discusiones que sean relativas á él, y distraigan su atencion de los graves cuidados que tendrá á su cargo, se aplicarán del todo á la formacion de las leyes y reglamentos oportunos para verificar las grandes y saludables reformas que los desórdenes del antiguo gobierno, el presente estado de la nacion y su futura felicidad hacen necesarias: llenando asi los grandes objetos para que fueron convocadas. Dado, etc. en la real isla de Leon á 29 de enero de 1810.

Numero 3.

Españoles. La junta central suprema gubernativa del reino, siguiendo la voluntad expresa de nuestro deseado monarca y el voto público, habia convocado á la nacion á sus córtes generales para que reunida en ellas,

adaptase las medidas necesarias á su felicidad y defensa. Debia verificarse este gran congreso en 1° de marzo próximo en la isla de Leon, y la junta determinó y publicó su traslacion á ella cuando los franceses, como otras muchas veces, se hallaban ocupando la Mancha. Atacaron despues los puntos de la sierra, y ocuparon uno de ellos; y al instante las pasiones de los hombres, usurpando su dominio á la razon, despertaron la discordia que empezó á sacudir sobre nosotros sus antorchas incendiarias. Mas que ganar cien batallas valia este triunfo á nuestros enemigos, y los buenos todos se llenaron de espanto oyendo los sucesos de Sevilla en el dia 24, sucesos que la malevolencia componia, y el terror exageraba para aumentar en los unos la confusion, y en los otros la amargura. Aquel pueblo generoso y leal, que tantas muestras de adhesion y respeto habia dado á la suprema junta, vió alterada su tranquilidad aunque por pocas horas. No corrió, gracias al cielo, ni una gota de sangre, pero la autoridad pública fue desatendida, y la magestad nacional se vió indignamente ultrajada en la legítima representacion del pueblo. Lloremos, españoles, con lágrimas de sangre un ejemplo tan pernicioso. ¿Cuál seria nuestra suerte si todos le siguiesen? Cuando la fama trae á vuestros oidos que hay divisiones intestinas en la Francia, la alegría rebosa en vuestros pechos, y os llenais de esperanza para lo futuro, porque en estas divisiones mirais afianzada vuestra salvacion, y la destruccion del tirano que os oprime. ¿Y nosotros, españoles, nosotros cuyo carácter es la moderacion y la cordura, cuya fuerza consiste en la concordia, iriamos á dar al déspota la horrible satisfaccion de romper con nuestras manos los lazos que tanto costó formar, y que han sido y son para él la barrera mas impenetrable? No, españoles, no: que el desinterés y la prudencia dirija nuestros pasos, que la union y la constancia sean nuestras áncoras, y estad seguros de que no pereceremos.

Bien convencida estaba la junta de cuán necesario era reconcentrar mas el poder. Mas no siempre los gobiernos pueden tomar en el instante las medidas mismas de cuya utilidad no se duda. En la ocasion presente parecia del todo importuno, cuando las córtes anunciadas, estando ya tan próximas, debian decidirla y sancionarla. Mas los sucesos se han precipitado de modo que esta detencion, aunque breve, podria disolver el estado, si en el momento no se cortase la cabeza al mónstruo de la anarquía.

No bastaban ya á llevar adelante nuestros deseos ni el incesante afan con que hemos procurado el bien de la patria, ni el desinterés con que la hemos servido, ni nuestra lealtad acendrada á nuestro amado y desdichado rey, ni nuestro odio al tirano y á toda clase de tiranía. Estos principios de obrar en nadie han sido mayores, pero han podido mas que ellos la ambicion, la intriga y la ignorancia. ¿Debíamos acaso dejar saquear las rentas públicas que por mil conductos ansiaban devorar el vil interés y el egoismo? ¿Podíamos contentar la ambicion de los que se creian bastante premiados con tres ó cuatro grados en otros tantos meses? ¿Podíamos, á pesar de la templanza que ha formado el carácter de nuestro gobierno, dejar de corregir con la autoridad de la ley las faltas sugeridas por el espíritu de faccion que caminaba impudentemente á destruir el órden, introducir la anarquía y trastornar miserablemente el estado?

La malignidad nos imputa los reveses de la guerra; pero que la equi-

dad recuerde la constancia con que los hemos sufrido, y los esfuerzos sin ejemplo con que los hemos reparado. Cuando la junta vino desde Aranjuez á Andalucía, todos nuestros ejércitos estaban destruidos: las circunstancias eran todavía mas apuradas que las presentes, y ella supo restablecerlos, y buscar y atacar con ellos al enemigo. Batidos otra vez y deshechos, exhaustos al parecer todos los recursos y las esperanzas, pocos meses pasaron, y los franceses tuvieron en frente un ejército de ochenta mil infantes y doce mil caballos. ¿Qué no ha tenido en su mano el gobierno que no haya prodigado para mantener estas fuerzas y reponer las enormes pérdidas que cada dia experimentaba? ¿Qué no ha hecho para impedir el paso a la Andalucía por las sierras que la defienden? Generales, ingenieros, juntas provinciales, hasta una comision de vocales de su seno han sido encargados de atender y proporcionar todos los medios de fortificacion y resistencia que presentan aquellos puntos, sin perdonar para ello ni gasto, ni fatiga, ni diligencia. Los sucesos han sido adversos ¿pero la junta tenia en su mano la suerte del combate en el campo de batalla?

Y ya que la voz del dolor recuerda tan amargamente los infortunios, ¿porqué ha de olvidarse que hemos mantenido nuestras íntimas relaciones con las potencias amigas, que hemos estrechado los lazos de fraternidad con nuestras Américas, que estas no han cesado de dar pruebas de amor y fidelidad al gobierno, que hemos en fin resistido con dignidad y entereza las pérfidas sugestiones de los usurpadores?

Mas nada basta á contener el odio que antes de su instalacion se habia jurado á la junta. Sus providencias fueron siempre mal interpretadas y nunca bien obedecidas. Desencadenadas con ocasion de las desgracias públicas todas las pasiones, han suscitado contra ella todas las furias que pudiera enviar contra nosotros el tirano á quien combatimos. Empezaron sus individuos á verificar su salida de Sevilla con el objeto tan público y solemnemente anunciado de abrir las córtes en la isla de Leon. Los facciosos cubrieron los caminos de agentes, que animaron los pueblos de aquel tránsito á la insurreccion y al tumulto, y los vocales de la junta suprema fueron tratados como enemigos públicos, detenidos unos, arrestados otros, y amenazados de muerte muchos, hasta el presidente. Parecia que dueño ya de España era Napoleon el que vengaba la tenaz resistencia que le habiamos opuesto. No pararon aquí las intrigas de los conspiradores: escritores viles, copiantes miserables de los papeles del enemigo les vendieron sus plumas, y no hay género de crímen, no hay infamia que no hayan imputado á vuestros gobernantes, añadiendo al ultrage de la violencia la ponzoña de la calumnia.

Asi, españoles, han sido perseguidos é infamados aquellos hombres que vosotros elegisteis para que os representasen, aquellos que sin guardias, sin escuadrones, sin suplicios, entregados á la fé pública, ejercian tranquilos á su sombra las augustas funciones que les habiais encargado. ¿Y quiénes son, gran Dios, los que los persiguen? los mismos que desde la instalacion de la junta trataron de destruirla por sus cimientos, los mismos que introdujeron el desórden en las ciudades, la division en los ejercitos, la insubordinacion en los cuerpos. Los individuos del gobierno no son impecables ni perfectos; hombres son y como tales sujetos á las flaquezas y errores humanos. Pero como administradores públicos, como representantes vuestros, ellos responderán á las

imputaciones de esos agitadores y les mostrarán donde ha estado la buena fé y patriotismo, donde la ambicion y las pasiones que sin cesar han destrozado las entrañas de la patria. Reducidos de aqui en adelante á la clase de simples ciudanos por nuestra propia eleccion, sin mas premio que la memoria del zelo y afanes que hemos empleado en servicio público, dispuestos estamos ó mas bien ansiosos de responder delante de la nacion en sus córtes, ó del tribunal que ella nombre, á nuestros injustos calumniadores. Teman ellos, no nosotros : teman los que han seducido á los simples, corrompido á los viles, agitado á los furiosos : teman los que en el momento del mayor apuro, cuando el edificio del estado apenas puede resistir el embate del extrangero, le han aplicado las teas de la discusion para reducirle á cenizas. Acordaos, españoles, de la rendicion de Oporto. Una agitacion intestina excitada por los franceses mismos abrió sus puertas á Soult, que no movió sus tropas á ocuparla hasta que el tumulto popular imposibilitó la defensa. Semejante suerte os vaticinó la junta despues de la batalla de Medellin al aparecer los síntomas de la discordia que con tanto riesgo de la patria se han desenvuelto ahora. Volved en vosotros y no hagais ciertos aquellos funestos presentimientos.

Pero aunque fuertes con el testimonio de nuestras conciencias, y seguros de que hemos hecho en bien del estado cuanto la situacion de las cosas, y las circunstancias han puesto á nuestro alcance, la patria y nuestro honor mismo exigen de nosotros la última prueba de nuestro zelo y nos persuaden dejar un mando, cuya continuacion podrá acarrear nuevos disturbios y desavenencias. Sí, españoles : vuestro gobierno, que nada ha perdonado desde su instalacion de cuanto ha creido que llenaba el voto público, que, fiel distribuidor de cuantos recursos han llegado á sus manos, no les ha dado otro destino que las sagradas necesidades de la patria, que os ha manifestado sencillamente sus operaciones, y que ha dado la muestra mas grande de desear vuestro bien en la convocacion de córtes, las mas numerosas y libres que ha conocido la monarquía, resigna gustoso el poder y la autoridad que le confiasteis, y la traslada á las manos del consejo de regencia que ha establecido por el decreto de este dia. ¡ Puedan vuestros gobernantes tener mejor fortuna en sus operaciones ! y los individuos de la junta suprema no les envidiarán otra cosa que la gloria de haber salvado la patria y libertado á su rey.

Real isla de Leon 29 de enero de 1810. — Siguen las firmas.

Numero 4.

Véase el manifiesto de la junta suprema de Cádiz.

Numero 5.

En el palacio de las Tullerías á 8 *de febrero de* 1810.

Napoleon etc. Considerando por una parte que las sumas enormes que nos cuesta nuestro ejército de España empobrecen nuestro tesoro y obligan á nuestros pueblos á sacrificios que ya no pueden soportar; y considerando por otra parte que la administracion española carece de energía y es nula en muchas provincias, lo que impide sacar partido de los recursos del pais y los deja por el contrario á beneficio de los insurgentes; hemos decretado y decretamos lo que sigue.

Título primero.

Del gobierno de Cataluña.

Art. 1°. El sétimo cuerpo del ejército de España tomará el título de ejército de Cataluña. 2° La provincia de Cataluña formará un gobierno particular con el título de gobierno de Cataluña. 3° El comandante en gefe del ejército de Cataluña será gobernador de la provincia y reunirá los poderes civiles y militares. 4° La Cataluña queda declarada en estado de sitio. 5° El gobernador queda encargado de la administracion de la justicia y de la real hacienda, proveerá todos los empleos y hará todos los reglamentos necesarios. 6° Todas las rentas de la provincia en imposiciones ordinarias y extraordinarias entrarán en la caja militar, á fin de subvenir á los sueldos y gastos de las tropas, y á la manutencion del ejército.

Título segundo.

Del gobierno de Aragon. Segundo gobierno.

El general Suchet será gobernador de Aragon con toda la autoridad militar y civil; nombrará toda clase de empleados, hará reglamentos, etc. etc., y desde 1° de mayo no enviará nuestro tesoro público fondos algunos para la manutencion del ejército, sino que el pais suministrará lo que necesite para él.

Título tercero.

Del gobierno de Navarra. Tercer gobierno.

La provincia de Navarra se llamará gobierno de Navarra.

El general Dufour será gobernador de Navarra, y conducirá allá los cuatro regimientos de su division: en cuanto á su autoridad, y manutencion del ejército, lo mismo que lo dicho con respecto á Aragon.

Título cuarto.

Del gobierno de Vizcaya. Cuarto gobierno.

La Vizcaya se llamará gobierno de Vizcaya.

El general Thouvenot será gobernador y lo mismo que lo dicho respecto á Navarra.

Título quinto.

Los gobernadores de estos cuatro gobiernos se entenderán con el estado mayor del ejército de España en lo que tenga relacion con las operaciones militares; pero en cuanto á la administracion interior y policía, rentas, justicia, nombramiento de empleados y todo género de reglamentos, se entenderán con el emperador por medio del príncipe de Neuchatel, mayor general.

TÍTULO SEXTO.

ART. 1°. Todos los productos y rentas ordinarias y extraordinarias de las provincias de Salamanca, Toro, Zamora y Leon, proveerán a la manutencion del 6° cuerpo del ejército, y el duque de Elchingen cuidará de que estos recursos sean bastantes para este fin, haciendo que todo se invierta en utilidad del ejército. 2° Lo que produzcan las provincias de Santander y Asturias para la manutencion y sueldos de la division de Bonnet. 3° Las provincias situadas desde el Ebro á los límites de la de Valladolid lo entregarán todo al pagador de Burgos para el sueldo y manutencion de las tropas que allí haya y gasto de las fortificaciones. 4° Las provincias de Valladolid y Palencia proveerán á la manutencion y sueldo de la division de Kellerman. 5° El duque de Elchingen y los generales Bonnet, Thiébaut y Kellerman se entenderán en todo lo que tenga relacion con las rentas de las provincias de su mando con el emperador por medio del príncipe de Neuchatel. 6° La ejecucion de este decreto se encarga al príncipe de Neuchatel y á los ministros de la guerra, en la administracion de la guerra, de rentas y del tesoro público.

NUMERO 6.

Memoria de los Sres. Azanza y Ofarril, pág. 177.

NUMERO 7.

Algunas de estas cartas fueron interceptadas por las guerrillas cerca de Madrid y se insertaron en la gaceta de la regencia de Cádiz. Las hemos confrontado con la correspondencia manuscrita del Sr. Azanza, y las hemos encontrado del todo exactas. He aquí las que nos han parecido mas importantes. — Excmo. Sr. Ha llegado el caso de que yo pueda escribir á V. E. sobre asuntos que directamente nos conciernen. Antes de ayer por la tarde tuve una larga conversacion con el Sr. duque de Cadore, ministro de relaciones exteriores, que anteriormente me habia dicho queria comunicarme algo de órden del emperador. Referiré todo lo substancial de esta conferencia, en la cual se tocaron varios puntos, y todos de importancia.

Me dijo el ministro que S. M. I. no puede enviar mas dinero á España, y es preciso que ese reino provea á la subsistencia y gastos de su ejército: que bastante hace en haber empleado 400,000 franceses en la reduccion de España: que la Francia ha agotado su erario, habiendo enviado ahí desde el principio de la guerra mas de 200 millones de libras: que nuestro gobierno no ha hecho uso de los recursos que ofrece el pais para juntar fondos: que debieron exigirse contribuciones en Andalucía, especialmente en Sevilla y Málaga, y tambien en Murcia: que S. M. ha impuesto á Lérida una contribucion de 6 millones de libras (no estoy cierto si fue esta cantitad ú otra mayor la que me dijo): que debieron confiscarse los efectos ingleses encontrados en Andalucía, y S. M. I. está en el concepto de que solo los de Sevilla habrian importado 40 millones: que debió echarse mano de la plata de las iglesias y conventos: que en España ha de circular necesariamente mucho dinero del que han

introducido los franceses y los ingleses, y del que ha venido de América : que el emperador siempre ha hecho la guerra sacando de los paises que ha subyugado toda la manutencion y gastos de sus ejércitos : que si no tuviera que emplear tantas tropas en la reduccion de la España, habria licenciado muchas de ellas, y se habria ahorrado el dispendio que estan ocasionando : que los fondos de nuestra tesorería no han tenido la inversion preferente que correspondia, es á saber, pagar las tropas que han de hacer la conquista y pacificacion del reino : que ha habido muchas prodigalidades y gastos de lujo : que las gratificaciones justas pudieron suspenderse hasta los tiempos tranquilos y felices : que se mantienen estados mayores demasiado numerosos y costosos : que se han formado y forman cuerpos españoles, los cuales no solo son inútiles sino perjudiciales, porque ademas de absorber sumas que podrian tener provechosa aplicacion desertan sus individuos y pasan á aumentar la fuerza de los enemigos, y últimamente que es excesiva la bondad con que el rey tratár a los del partido contrario, concediéndoles gracias y ventajas, lo que solo sirve á disgustar y desalentar á los que desde el principio abrazaron el suyo.

Estas son las principales especies que me dijo el ministro; y ahora expondré á V. E. las respuestas que yo le dí. El punto mas grave de todos y el que á mi parecer ocupa mas la atencion del emperador, es el de querer escusar que de Francia vaya á España mas dinero que los dos millones de libras mensuales, prefijados en las disposiciones anteriores. Acordándome de las notas que sobre este punto se pasaron estando yo encargado del ministerio de negocios extrangeros, y teniendo muy presente la situacion de nuestras provincias y de nuestra tesorería, dije al ministro que el rey mi amo reconocia las grandes erogaciones que la guerra de España ocasionaba al erario de Francia, pero que veia con mucho dolor y sentimiento suyo ser imposible alcanzasen nuestros medios y nuestros recursos á libertarlo de esta carga : que las rentas ordinarias habian sido hasta ahora casi nulas, asi porque no habian podido recaudarse sino en muy reducidos distritos sojuzgados, como porque aun en estos las continuas incursiones de los insurgentes y de las partidas de bandidos habian inutilizado los esfuerzos y diligencias de los administradores y cobradores : que en muchas partes los mismos generales y gefes de las tropas francesas habian servido de obstáculo al recobro de los derechos reales en lugar de auxiliarlo : que las provincias estaban arruinadas con las suministraciones de toda especie que habian tenido que hacer para la subsistencia, trasportes y hospitalidades de las tropas francesas, y con la cesacion de todo tráfico de unos pueblos con otros : que cuantos fondos han podido juntarse, asi por los impuestos antiguos como por los arbitrios y medios que se han excogitado, han sido destinados con preferencia á las necesidades del ejército frances, distrayendo únicamente algunas cortas sumas para la guardia real, la cual casi siempre ha estado en crecidos descubiertos; para la lista civil de S. M. que no ha sido pagada sino en una muy corta parte, y para otras atenciones urgentísimas, de modo que ni se han pagado viudedades, ni pensiones, ni sueldos de retirados, y muchas veces ni los de los empleados mas necesarios, pues ha habido ocasion en que los ministros mismos han estado durante cinco meses sin recibir los suyos por ocurrir á los gastos de las tropas.

En cuanto á los recursos de que se supone haberse podido echar mano, achacando á impericia, falta de energía ó excesiva contemplacion del gobierno para con los pueblos el no haberse asi ejecutado, he dicho al ministro que se han puesto en práctica cuantos han permitido las circunstancias; que es preciso no perder de vista para juzgarnos las circunstancias en que nos hemos hallado; esto es, que eran pocas las provincias sometidas, y muy rara ó ninguna la administrada con libertad; que se han exigido contribuciones extraordinarias y empréstitos forzados donde se ha creido posible, venciendo no pequeños obstáculos; que habia sido necesario no vejar ni apurar hasta el extremo las provincias sometidas para conservarlas en su fidelidad, y no dar á las que estaban en insurreccion una mala idea de la suerte que las esperaba en el caso de su rendicion; que habrian podido efectivamente sacarse mas contribuciones como lo hacen los generales franceses en las provincias que estan administrando; pero que nunca hubieran producido lo suficiente á cubrir todos los gastos del ejército; especialmente demorándose este dos años y medio ó mas en los mismos parajes; que estas contribuciones no podrian repetirse, como lo enseñará la experiencia en Castilla y en Leon, porque en las primeras se agota todo el numerario existente y no se vé el modo de que prontamente vuelva á la circulacion, sobre todo cuando las tropas estan en movimiento, y la caja militar desembolsa sus fondos en distritos distantes de donde los ha recogido; que S. M. I. se convencerá de la imposibilidad de juntar caudales que sufraguen á todos los dispendios de la guerra por lo que sucede en las provincias que estan confiadas á la administracion de generales franceses, quienes no podrán ser culpados ni de indolencia, ni de demasiado miramiento para con los pueblos; antes bien es de temer se valgan de durezas y violencias que ningun gobierno del mundo puede ejercer para con sus propios súbditos, aquellos con quienes ha de vivir, y cuya proteccion y amparo es su primer deber: y que lo que haya sucedido en Lérida tal vez no podrá servir de ejemplo en otras partes, porque segun he sabido aqui, en aquella plaza, creyéndose muy difícil su conquista, se habia depositado el dinero y alhajas de muchos pueblos é iglesias; ademas de que todavía no se sabe que haya podido satisfacer toda la cantidad que se le ha impuesto.

Hice presente al ministro que en Andalucía se habian exijido algunas contribuciones de que yo tenia noticia, pues en Granada, no obstante haberse entregado sin hacer la menor resistencia, se pidieron cinco millones de reales con el nombre de préstamo forzado, y en Málaga mucho mayor cantidad, parte de la cual me acuerdo haberse aplicado á la caja militar del 4º cuerpo; que por haberme hallado ausente de Sevilla al tiempo de su rendicion no sé con exactitud lo que allí se hizo; pero estoy cierto de que se secuestraron con intervencion de las autoridades francesas los efectos ingleses encontrados en aquella ciudad, y que lo mismo se hizo tambien en Málaga; que siempre los primeros cálculos del valor de géneros aprehendidos suelen ser muy abultados, como oí haber sucedido en Málaga á la entrada del general Sebastiani, y no será mucho que el concepto formado por S. M. I. sobre el importe de los de Sevilla estribe en las primeras relaciones exageradas que llegarian á su noticia.

Como estoy bien informado de las diligencias activas que se han prac-

ticado para recoger la plata de las iglesias, y de las resultas que esta operacion ha tenido, me hallé en estado de decir al ministro que este arbitrio no se habia descuidado; que no solo se habia procurado recoger y llevar directamente á la casa de la moneda todas las alhajas de plata y oro encontradas en los conventos suprimidos, sino tambien las que pertenecian á iglesias, catedrales, parroquiales y de monjas de todo el reino, dejando en ellas solamente los vasos sagrados indispensables para el culto; que este arbitrio no habia sido tan cuantioso y productivo como se podria suponer, y nosotros mismos lo esperábamos: primero porque todas las iglesias de los pueblos por donde habian transitado las tropas francesas habian sido saqueadas y despojadas: segundo porque las partidas de insurgentes ó bandidos habian hecho otro tanto en los pueblos que habian ocupado ó recorrido; y tercero porque la plata de las iglesias vista en frontales, nichos ó imagenes, aparece de gran valor y riqueza, y cuando vá á recogerse y fundirse, se halla generalmente que es una hoja delgada dispuesta solo para cubrir la madera que le sirve de álma; y que este recurso tal cual ha sido, y todos los otros que se han adoptado, son los que han dado los fondos con que se ha podido atender á las obligaciones imprescindibles de la tesorería entre las cuales se ha contado siempre con preferencia la subsistencia, la hospitalidad y demas gastos de la tropa francesa.

Sobre el mucho numerario que se piensa debe haber en circulacion dentro de España por el que han introducido los franceses y los ingleses y el que ha venido de América, he asegurado al ministro que no se nota todavía semejante abundancia, sea que la mayor parte va á parar á los muchos cantineros y vivanderos franceses que siguen al ejército, sea que otra parte está diseminada entre nuestros vendedores de comestibles y licores, ó sea principalmente porque la moneda de cuño español haya desaparecido en el tiempo del gobierno insurreccional en pago de armamentos, vestuarios y otros efectos recibidos del extrangero, especialmente de los ingleses, y de géneros que el comercio ha introducido. Confieso que en esta parte carezco de nociones bastante exactas, y que solo me he gobernado por los clamores y señales bien evidentes de pobreza que he presenciado por todas partes.

Para satisfacer plenamente sobre el cargo ó queja de que los fondos de nuestra tesorería no se han aplicado con preferencia á los gastos militares y se han empleado en prodigalidades y objetos de lujo, yo habria querido tener un estado que demostrase la inversion que se ha dado á todos los caudales introducidos en tesorería desde que el rey está en España: y creo que no sería muy difícil el que se me enviase esta noticia. Entonces veria esta corte qué cantidades se habian destinado á la guerra, y cuáles eran las que se habian distraido á superfluidades y á lujo. Entre tanto no comprendiendo yo qué era lo que se queria calificar de prodigalidad y lujo, pues el rey nuestro señor no ha estado en el caso de hacer gastos excesivos con su lista civil, de que no ha cobrado, segun creo, ni la mitad, y mas presto ha carecido de lo que pide el decoro y el esplendor de la magestad; pude entender por las explicaciones del ministro que se hacia principalmente alusion á las gratificaciones que S. M. ha distribuido á algunos de sus servidores, tanto militares como civiles. En esta inteligencia expuse que estas gratificaciones, hechas con el espíritu que se hacen todas de premiar servicios y estimular á que se ejecuten otros, en ninguna manera

habian minorado los fondos de la tesorería aplicables á la guerra; pues habiendo consistido en cédulas hipotecarias, solo útiles para la adquisicion de bienes nacionales, no podian servir para la paga del soldado ni otros dispendios que precisamente piden dinero efectivo. A esto me repuso el ministro que pues las cédulas hipotecarias tenian un valor, este valor podia reducirse á dinero. Y mi contestacion fue que por el pronto y hasta que establecida plenamente la confianza en el gobierno, se multipliquen las ventas de bienes nacionales, las cédulas se puede decir que no tienen un valor en numerario por la grande pérdida que se hace en su reduccion; pero que no se ha omitido el arbitrio de la enagenacion de bienes para ocurrir á los gastos del dia, entre los cuales siempre los de guerra se han mirado como los primeros: antes bien para poder conseguir por este medio algun fondo disponible se han concedido ventajas á los que hicieran compras pagando una parte en efectivo; y asi las cédulas hipotecarias dadas por gratificacion, indemnizacion ú otro título no han quitado el recurso que por el pronto los bienes nacionales podian ofrecer á la tesorería.

Acerca de estados mayores que se suponen numerosos y costosos, he dicho al ministro que á mi juicio habian informado mal á S. M. I., que yo no creia que el rey hubiese nombrado mas generales y oficiales de estado mayor que los que eran precisos, ni admitido de los antiguos mas que aquellos que en justicia debian serlo por haber abrazado el partido de S. M. y haberse mantenido fieles en él; y que estos últimos no habian consumido hasta ahora fondos de la tesorería, pues yo dudaba que á ninguno se le hubiese satisfecho todavía sueldo. Tambien en este punto habia yo deseado hallarme mas exactamente instruido, porque estoy en el concepto de que ha habido mucha exageracion en lo que han dicho al emperador. Una relacion por menor de todos los estados mayores, que me parece no sería difícil formase el ministerio de la guerra, desvanecería la mala impresion que puede haber en este particular.

La opinion de que los regimientos y cuerpos españoles son perjudiciales, porque desertan y van á engrosar el número de los enemigos despues de ocasionar dispendios al erario, está aquí bastante válida, y de consiguiente se mira como prematura la formacion de ellos. Yo he representado al ministro que ninguna medida era mas necesaria y política que esta, porque no hay gobierno que pueda existir sin fuerza; que aunque es cierto que al principio hubo mucha desercion, nunca fue tan absoluta ó completa como se pondera; que cada vez ha ido siendo menor á medida que el espíritu público ha ido cambiando, y extendiéndose la reduccion de las provincias; que actualmente es de esperar que será muy corta ó ninguna, pues casi han desaparecido las masas grandes de insurgentes que tomaban el nombre de ejércitos, y solo quedan las partidas de bandidos que ofrecen poco atractivo á los que esten alistados bajo las banderas reales; que los cuerpos españoles empleados en guarniciones dejarian expeditas las tropas francesas para las operaciones de campaña, como lo deseaban los generales franceses, lamentándose de haber de tener diseminados sus cuerpos para conservar la tranquilidad en las provincias ya sometidas. El ministro pareció dudar de que hubiese generales franceses que conviniesen en la utilidad de la formacion de cuerpos españoles, al paso que creía aprobaban la de guardias cívicas. Como yo sé positivamente que hay generales y de mucha

nota, que no solo opinan por la ereccion de cuerpos regulares, sino que la promueven y persuaden con ahinco, pude afirmar y sostener mi proposicion. Pero yo desearia por la importancia de este asunto, que los mismos generales hiciesen saber aquí su modo de pensar con los sólidos fundamentos en que lo pueden apoyar, porque nosotros no mereceremos en esta parte mucho crédito, y acaso, acaso, inspiraremos sospechas de mala naturaleza.

Solo resta hablar de la sobrada bondad con que se dice haber tratado el rey á los del partido contrario concediéndoles gracias y ventajas. Yo quise explicar al ministro las resultas favorables que habia producido la amnistía general acordada á las Andalucías cuando el rey penetró por la Sierra Morena: cómo su benignidad le ganó el corazon de los habitantes de aquellas provincias y le facilitó la ocupacion de ellas sin derramamiento de sangre, y con cuánta facilidad y prontitud terminó una campaña que habria sido la mas gloriosa posible sin la desgraciada resistencia de Cádiz, fomentada por los ardides y por el oro de los ingleses; pero el ministro hizo recaer el exceso de la bondad de S. M. sobre algunos individuos que, habiendo seguido el partido contrario, obtuvieron mercedes y empleos en su real servicio. Dije entonces ser pocos los que se hallaban en este caso, y que estos eran sugetos notables por sus circunstancias, y por el papel que habian hecho entre los insurgentes; que S. M. estimó conveniente hacer estos ejemplares para inspirar confianza en los que todavía vacilaban sobre prestarle su sumision, y no ha tenido motivo hasta ahora de arrepentirse de haberlos colocado en los puestos que ocupan; que por todos medios se procuró debilitar la fuerza de los insurgentes, y no fue el menos oportuno el admitir al servicio de S. M. los generales y oficiales que voluntariamente quisiesen entrar en él, haciendo el correspondiente juramento de fidelidad; y que si esto ha desagradado á algunos de los antiguos partidarios del rey, es un egoismo indiscreto que no ha debido estorbar la grande obra de reunir la nacion.

He referido á V. E. lo que se trató en mi conferencia con el Sr. duque de Cadore. Nada hablé yo ni sobre el número de tropas francesas empleadas en la guerra de España, ni sobre la cantidad de dinero que ha enviado el tesoro de Francia á este reino, ni sobre algunos otros puntos que tocó el ministro, porque no tenia datos seguros sobre ellos, ni creí que debian ser materia de discusion. Tenga V. E. la bondad de trasladarlo todo á S. M. para su soberana inteligencia, é indicarme lo que conforme á su real voluntad deberé añadir ó rectificar en ocasiones sucesivas sobre estas mismas materias. No será mucho que á mí se me hayan escapado no pocas reflexiones propias á probar la regularidad, la prudencia y las sábias miras con que S. M. ha procedido en los particulares que han dado motivo á los reparos y observaciones que de órden del emperador se me han puesto par delante.

Durante la conversacion con el ministro, tuve ocasion de leerle la carta que el Sr. ministro de la guerra me remitió escrita por el intendente de Salamanca en 24 de marzo último, haciendo una triste pintura del estado en que se hallaba aquella provincia y de las dificultades que ocurrian para hacer efectivas las contribuciones impuestas por el mariscal duque de Elchingen. Y antes de levantar la sesion le leí tambien la carta que el regente del consejo de Navarra dirigió al Sr. ministro secretario de estado con fecha de 30 de abril quejándose de la conducta que

habia tenido el gobernador M. Dufour instigando al consejo de gobierno, erigido por él mismo, á que hiciera una representacion ó acto incompatible con la soberanía del rey. Sobre esto sin aprobar ni desaprobar el hecho de M. Dufour, se me dijo solamente que los gobiernos establecidos en Navarra y otras provincias eran unas medidas militares. Volveré á tratar mas de propósito de este asunto luego que tenga oportunidad. Dios guarde á V. E. muchos años. — Paris 10 de junio de 1810. — Excmo. Sr. — El duque de Santafé. — Excmo. Sr. ministro de negocios extrangeros.

Numero 8.

Señor: Me ha parecido conveniente enviar á V. M. abiertas las cartas que dirijo con un correo al ministro de negocios extranjeros por si quisiese enterarse de ellas antes de pasárselas. Por fin ya me hablan. Yo no noto acrimonía alguna en las explicaciones que se tienen conmigo. A mi juicio las cartas que V. M. escribió al emperador y á la emperatriz con motivo del casamiento han sortido buen efecto. Nada me ha hablado todavía el emperador sobre negocios; pero cuando asisto al *lever* me saluda con bastante agrado. El ministerio español se habia representado aquí por muchos como antifrancés. El difunto conde de Cabarrús era el que se habia atraido mayor odio. Sobre esto me he explicado con algunos ministros y creo que con fruto. Aunque parece indubitable el deseo de unir á la Francia las provincias situadas mas acá del Ebro, y se prepara todo para ello, no es todavía una cosa resuelta segun el dictámen de algunos y se deja pendiente de los sucesos venideros. Juzgo, señor, que por ahora nada quiere de nosotros el emperador con tanto ahinco, como el que no le obliguemos á enviar dinero á España. El estado de su erario parece que le precisa á reducir gastos. Debo hacer á M. Dennié la justicia de que en sus cartas habla con la mayor sencillez sin indicar siquiera que haya poca voluntad de nuestra parte para facilitar los auxilios que necesita su caja militar.

¿Creerá V. M. que algunos políticos de Paris han llegado á decir que en España se preparaba una nueva revolucion muy peligrosa para los franceses, es á saber, que los españoles unidos á V. M. se levantarian contra ellos? Considere V. M. si cabe una quimera mas absurda, y cuán perjudicial nos podria ser si llegase á tomar algun crédito. Y espero que semejante idea no tenga cabida en ninguna persona de juicio, y que caerá prontamente porque carece hasta de verosimilitud.

Dos veces he hablado al príncipe de Neuchatel sobre la justa queja dada por V. M. contra el mariscal Ney. En la primera me dijo que el emperador no le habia entregado la carta de V. M., y significó que no era de aprobar la conducta del mariscal; y en la segunda me respondió que nada podia hacer en este asunto.

Se ha sostenido aquí por algunos dias la opinion de que los nuevos movimientos de la Holanda acarrearian la reunion de aquel pais al imperio francés; pero ahora se cree que no se llegará á esta extremidad.

Sé con satisfaccion que la reina mi señora experimenta algun alivio en las aguas de Plombières. Las señoras infantas gozan muy buena salud. He oido que la reina de Hollanda está enferma de bastante cuidado en Plombières. Quedo como siempre con el mas profundo rendimiento. —

Señor. — De V. M. el mas humilde, obediente y fiel súbdito. — EL DUQUE DE SANTAFÉ. — Paris 20 de junio de 1810.

NUMERO 9.

Paris 22 de setiembre de 1810. — Señor. — Segun nos ha dicho anoche el príncipe de Neuchatel, ademas de haberse declarado que á V. M. corresponde el mando militar de cualquiera ejército á que quisiese ir, se va á formar uno en Madrid y sus cercanías que estará á sus inmediatas órdenes; pero todavía nada ha resuelto S. M. I. sobre la abolicion de los gobiernos militares, y restitucion á V. M. de la administracion civil. Sobre esto instamos mucho conociendo que es el punto principal y mas urgente. Nos ha dicho tambien el príncipe que ha comunicado órdenes muy estrechas, dirigidas á impedir las dilapidaciones de los generales franceses, y que se examine la conducta de algunos de ellos como Barthélemy.

El duque de Cadore, en una conferencia que tuvimos el miércoles, nos dijo expresamente que el emperador exigia la cesion de las provincias de mas acá del Ebro por indemnizacion de lo que la Francia ha gastado y gastará en gente y dinero para la conquista de España. No se trata de darnos el Portugal en compensacion. Nos dicen que de esto se hablará cuando esté sometido aquel pais, y que aun entonces es menester consultar la opinion de sus habitantes, que es lo mismo que rehusarlo enteramente. El emperador no se contenta con retener las provincias de mas acá del Ebro, quiere que le sean cedidas. No sabemos si desistirá de esto como lo procuramos. Quedo con el mas profundo respeto, etc. — (Sacada de la correspondencia manuscrita de Don Miguel José de Azanza, nombrado por el rey José duque de Santafé.)

Entre las cartas cogidas por los guerrilleros habia algunas en cifra: las hemos leido descifradas en dicha correspondencia del Sr. Azanza y nada añaden de particular.

NUMERO 10.

Paris 18 de mayo de 1810. — Excmo. Sr. — Es imponderable la impresion que han hecho en Francia las noticias publicadas en el Monitor sobre la aprehension del emisario inglés baron de Kolly en Valencey y las cartas escritas por el príncipe de Asturias. Cuando yo entré en Francia en todos los pueblos se hablaba de esto. El vulgo ha deducido mil consecuencias absurdas. Lo que se cree por los mas prudentes es que Kolly fue enviado de aquí, donde residió muchos años, para ofrecer sus servicios á la corte de Lóndres, y que consiguió engañarla perfectamente. El príncipe por este medio se ha desacreditado y hecho despreciable mas y mas para con todos los partidos. Se cree no obstante que el emperador piensa en casarle, y que tal vez será con la hija de su hermano Luciano. El prefecto de Blois que ha estado muchos dias en Valencey me ha dicho que esto es verosímil y que él mismo ha visto una carta escrita recientemente por el emperador al príncipe en términos bastante amistosos y asegurándole que le cumpliria todas las ofertas hechas en Bayona. El príncipe insta por salir de Valencey, y pide que se le dé alguna tierra, aunque sea hácia las fron-

teras de Alemania, lejos de las de España é Italia, y da muestras de sentir y desaprobar lo que se hace en España á nombre suyo, ó con pretexto de ser á su favor.— El duque de Santafé.— Sr. ministro de negocios extrangeros. (Sacada de la correspondencia manuscrita del Sr. Azanza.)

Numero 11.

Carta de Fernando VII al emperador en 6 de agosto de 1809.

Señor. — El placer que he tenido viendo en los papeles públicos las victorias con que la providencia corona nuevamente la augusta frente de V. M. imperial y real, y el grande interés que tomamos mi hermano, mi tio y yo en la satisfaccion de V. M. imperial y real, nos estimulan á felicitarle con el respeto, el amor, la sinceridad y reconocimiento en que vivimos bajo la proteccion de V. M. imperial y real.

Mi hermano y mi tio me encargan que ofrezca á V. M. su respetuoso homenage, y se unen al que tiene el honor de ser con la mas alta y respetuosa consideracion, señor, de V. M. imperial y real el mas humilde y mas obediente servidor. Fernando. — Valencey 6 de agosto de 1809. (Monitor de 5 de febrero de 1810.)

Numero 12.

Carta inserta en el Monitor de 26 de abril de 1810.

LIBRO DUODÉCIMO.

Numero 1.

« Portugal was reduced to the condition of a vassal state. »

(*History of the war in the peninsula by W. E. P. Napier, vol.* 5. *page* 372.)

Numero 2.

El consejo de regencia de los reinos de España é Indias, queriendo dar á la nacion entera un testimonio irrefragable de sus ardientes deseos por el bien de ella, y de los desvelos que le merece, principalmente la salvacion de la patria, ha determinado en el real nombre del rey N. S. Don Fernando VII que las córtes extraordinarias y generales mandadas convocar se realicen á la mayor brevedad, á cuyo intento quiere se ejecuten inmediatamente las elecciones de diputados que no se hayan hecho

hasta este dia, pues deberán los que esten ya nombrados y los que se nombren congregarse en todo el próximo mes de agosto en la real isla de Leon; y hallándose en ella la mayor parte se dará en aquel mismo instante principio á las sesiones, y entre tanto se ocupará el consejo de regencia en examinar y vencer varias dificultades para que tenga su pleno efecto la convocacion. Tendréislo entendido y dispondréis lo que corresponda á su cumplimiento. — JAVIER DE CASTAÑOS, presidente. — PEDRO, obispo de Orense. — FRANCISCO DE SAAVEDRA. — ANTONIO DE ESCANO. — MIGUEL DE LARDIZABAL Y URIBE. — En Cádiz á 18 de junio de 1810. A Don Nicolas María de Sierra.

LIBRO DÉCIMOTERCERO.

—

NUMERO 1.

Manifiesto que presenta á la nacion Don Miguel de Lardizábal y Uribe, impreso en Alicante año de 1811, pág. 21.

NUMERO 2.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes generales y extraordinarias, tomo 1°, pág. 1ª y siguientes.

NUMERO 3.

Zurita, Anales de Aragón, libro 2°, cap. 87 y siguientes.

NUMERO 4.

Zurita, Anales de Aragon, lib. 1°, cap. 49 y 50.

NUMERO 5.

Mariana, Historia de España, lib. 19, cap. 15.

NUMERO 6.

He aqui lo que refiere acerca de este asunto el manifiesto ó sea diario manuscrito de la primera regencia que tenemos presente, extendido por Don Francisco de Saavedra uno de los regentes y principal promotor de la venida del duque.

Dia 10 de marzo de 1810. « En este dia se concluyó un asunto grave sobre que se habia conferenciado largamente en los dias anteriores. Este asunto que traia su origen de dos años atras, tuvo varios trámites, y se puede reducir en substancia á los términos siguientes.

« Luego que se divulgó en Europa la feliz revolucion de España acaecida en mayo de 1808, manifestó el duque de Orleans sus vivos deseos de venir á defender la justa causa de Fernando VII : con la esperanza de lograrlos pasó á Gibraltar en agosto de aquel año, acompañando al príncipe Leopoldo de Nápoles que parece tenia igual designio. Las circunstancias perturbaron los deseos de uno y otro; pero no desistió el duque de su intento. A principios de 1809, recien llegada á Sevilla la junta central, se presentó allí un comisionado suyo para promover la solicitud de ser admitido al servicio de España, y en efecto la promovió con la mayor eficacia, componiendo varias memorias que comunicó á algunos miembros de la central, especialmente á los Sres. Garay, Valdés y Jovellanos. No se atrevieron estos á proponer el asunto á la junta central como se pedia, por ciertos reparos políticos; y á pesar de la actividad y buen talento del comisionado no llegó este asunto á resolverse, aunque se trató en la sesion de estado; pero no se divulgó.

« En julio de dicho año escribió por sí propio el duque de Orleans, que se hallaba á la sazon en Menorca, repitiendo la oferta de su persona; y expresando su anhelo de sacrificarse por la bella causa que los españoles habian adoptado. Entonces redobló el comisionado sus esfuerzos, y para prevenir cualquier reparo, presentó una carta de Luis XVIII aplaudiendo la resolucion del duque, y otra del Lord Portland, manifestándole en nombre del rey británico no haber reparo alguno en que pusiese en práctica su pensamiento de pasar á España ó Nápoles á defender los derechos de su familia.

« En esta misma época llegaron noticias de las provincias de Francia limítrofes á Cataluña, por medio del coronel Don Luis Pons, que se hallaba á esta sazon en aquella frontera, manifestando el disgusto de los habitantes de dichas provincias, y la facilidad con que se sublevarian contra el tirano de Europa, siempre que se presentase en aquellas inmediaciones un príncipe de la casa de Borbon, acaudillando alguna tropa española.

« De este asunto se trató con la mayor reserva en la seccion de estado de la junta, y se comisionó á Don Mariano Carnerero oficial de la secretaría del consejo, mozo de muchas luces y patriotismo, para que pasando á Cataluña, conferenciando con el general de aquel ejército y con Don Luis Pons, y observando el espíritu de aquellos pueblos, examinase si seria bien recibido en Cataluña. Salió Carnerero á mediados de setiembre, y en menos de dos meses evacuó la comision con exactitud, sigilo y acierto. Trató con el coronel Pons y el general Blake que se hallaban sobre Gerona, y observó por sí mismo el modo de pensar de los habitantes y de las tropas. El resultado de sus investigaciones de que dió puntual cuenta fue, que el duque de Orleans, educado en la escuela del célebre Dumouriez y único príncipe de la casa de Borbon que tiene reputacion militar, seria recibido con entusiasmo en las provincias de Francia, y que en Cataluña, donde se conservan los monumentos de la gloria de su bisabuelo y la reciente memoria de las virtudes de su madre, encontraria general aceptacion.

« Mientras Carnerero desempeñaba su encargo, el comisionado del duque se marchó á Sicilia, adonde le llamaban á toda priesa. En el mismo intervalo se creó en la junta central la comision ejecutiva, encargada, por su constitucion, del gobierno. En esta comision pues donde apenas habia un miembro que tuviese la menor idea de este negocio, se examinaron los papeles relativos á la comision de Carnerero. Todo fue aprobado y quedó resuelto se aceptase la oferta del duque de Orleans, y se le convidase con el mando de un cuerpo de tropas en la parte de Cataluña que se aproxima á las fronteras de Francia; que se previniese á aquel capitan general lo conveniente por si se verificaba; que se comisionase para ir á hacer presente á dicho principe la resolucion del gobierno al mismo Carnerero, y que se guardase el mayor sigilo interin se realizase la aceptacion y aun la venida del duque por el gran riesgo de que la trasluciesen los franceses.

« Ya todo iba á ponerse en práctica cuando la desgraciada accion de Ocaña y sus fatales resultados suspendieron la resolucion de este asunto, y sus documentos originales, envueltos en la confusion y trastorno de Sevilla, no se han podido encontrar. Por fortuna se salvaron algunas copias; y por ellas se pudo dar cuenta de un negocio nunca mas interesante que en el dia.

« El consejo pues de regencia, enterado de estos antecedentes, y persuadido por las noticias recientemente llegadas de Francia de todas las fronteras, y por la consideracion de nuestro estado actual, de lo oportuna que seria la venida del duque de Orleans á España, determinó: que se lleve á debido efecto lo resuelto y no ejecutado por la comision ejecutiva de la central en 30 de noviembre de 1809; que en consecuencia condescendiendo con los deseos y solicitudes del duque, se le ofrezca el mando de un ejército en las fronteras de Cataluña y Francia; que vaya para hacérselo presente al mismo Don Mariano Carnerero encargado hasta ahora de esta comision, haciendo su viaje con el mayor disimulo para que no se trascienda su objeto; que para el caso de aceptar el duque esta oferta, hasta cuyo caso no deberá revelarse en Sicilia el asunto á nadie, lleve el comisionado cartas para nuestro ministro en Palermo, para el rey de Nápoles y para la duquesa de Orleans madre, que se comunique desde luego todo á Don Enrique Odonnell general del ejército de Cataluña y al coronel Don Luis Pons, encargándoles la reserva hasta la llegada del duque. Ultimamente para que de ningun modo pueda rastrearse el objeto de la comision de Carnerero, se dispuso que se embarcase en Cádiz para Cartagena, donde se previene esté pronta una fragata de guerra que le conduzca á Palermo, y traiga al duque á Cataluña. »

Dia 20 de junio. « A las siete de la mañana llegó á Cádiz Don Mariano Carnerero comisionado á Palermo para acompañar al duque de Orleans en caso de venir, como lo habia solicitado repetidas veces y con el mayor ahinco, á servir en la justa causa que defendia la España. Dijo que la fragata Venganza en que venia el duque iba á entrar en el puerto; que habian salido de Palermo en 22 de mayo y llegado á Tarragona que era el puerto de su destino; que puntualmente hallaron la Cataluña en un lastimoso estado de convulsion y desaliento con la derrota del ejército delante de Lérida, la pérdida de esta plaza y el inesperado retiro que habia hecho del ejército el general Odonell; que sin em-

bargo que en Tarragona fue recibido el duque con las mayores muestras de aceptacion y de júbilo por el ejército y el pueblo, que su llegada reanimó las esperanzas de aquellas gentes, y que aun clamaban porque tomase el mando de las tropas, él juzgó no debia aceptar un mando que el gobierno de España no le daba, y que aun su permanencia en aquella provincia, en una circunstancia tan crítica, podria atraer sobre ella todos los esfuerzos del enemigo. En vista de todo se determinó á venir con la fragata á Cádiz á ponerse á las órdenes del gobierno. En efecto el duque desembarcó, estuvo á ver á los miembros de la regencia y á la noche se volvió á bordo. »

Dia 28 de julio. « El duque de Orleans se presentó inesperadamente al consejo de regencia, y leyó una memoria en que, tomando por fundamento que habia sido convidado y llamado para venir á España á tomar el mando de un ejército en Cataluña, se quejaba de que, habiendo pasado mas de un mes despues de su llegada, no se le hubiese cumplido una promesa tan solemne; que no se le hubiese hablado sobre ningun punto militar, ni aun contestado á sus observaciones sobre la situacion de nuestros ejércitos, y que se le mantuviese en una ociosidad indecorosa. Se quiso conferenciar sobre los varios particulares que incluia el papel y satisfacer á las quejas del duque; pero pidió se le respondiese por escrito, y la regencia resolvió se ejecutase asi reduciendo la respuesta á tres puntos: 1º Que el duque no fue propiamente convidado sino admitido, pues habiendo hecho varias insinuaciones, y aun solicitudes por sí, y por su comisionado Don Nicolas de Broval, para que se le permitiese venir á los ejércitos españoles á defender los derechos de la augusta causa de Borbon; y habiendo manifestado el beneplácito de Luis XVIII y del rey de Inglaterra, se habia condescendido á sus deseos con la generosidad que correspondia á su alto carácter, explicando la condescendencia en términos tan urbanos que mas parecia un convite que una admision. 2º Que se ofreció dar al duque el mando de un ejército en Cataluña, cuando nuestras armas iban boyantes en aquel principado y su presencia prometia felices resultados; pero que desgraciadamente su llegada á Tarragona se verificó en un momento crítico, cuando se habia trocado la suerte de las armas, y se combinaron una multitud de obstáculos que impidieron cumplirle lo prometido, y que tal vez se hubieran allanado si el duque, no dándose tanta priesa á venir á Cádiz, hubiese permanecido allí algun tiempo mas. 3º Que el gobierno se ha ocupado y ocupa seriamente en proporcionarle el mando ofrecido, ú otro equivalente; pero que las circunstancias no han cuadrado hasta ahora con sus medidas. »

Dia 2 de agosto. « A primera hora se trató acerca del duque de Orleans, á quien por una parte se desea dar el mando del ejército, y por otra parte se halla la dificultad de que la Inglaterra hace oposicion á ello. En efecto el embajador Wellesley ha insinuado ya, aunque privadamente, que en el instante que á dicho duque se confiera cualquiera mando ó intervencion en nuestros asuntos militares ó políticos, tiene orden de su corte para reclamarlo... »

Dia 30 de setiembre. « El duque de Orleans vino á la isla de Leon y quiso entrar á hablar á las cortes; pero se excusaron de admitirle, y sin avisar ni darse por entendido con la regencia, se volvió en seguida á Cádiz. Casi al mismo tiempo se pasó órden al gobernador de aquella

plaza para que con buen modo apresurase la ida del duque. Se recibio respuesta de este al oficio que se le pasó en nombre de las córtes, y decia en substancia en términos muy políticos que se marcharia el miércoles 3 del próximo mes. »

Dia 5 de octubre. « A la noche se recibió parte de haberse hecho á la vela para Sicilia la fragata Esmeralda que llevaba al duque de Orleans, y se comunicó inmediatamente á las cortes. »

NUMERO 7.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes, tomo 1°, pág. 10.

NUMERO 8.

Coleccion id., tomo 1°, pág. 14 y siguientes.

NUMERO 9.

Manifiesto manuscrito de la primera regencia.

NUMERO 10.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes, tomo 1°, pág. 19.

NUMERO 11.

Veáse el manifiesto de la junta superior de Cádiz.

NUMERO 12.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes, tomo 1°, pág. 32 y siguientes.

NUMERO 13.

Coleccion id, tomo 1°, pág. 37 y siguientes.

NUMERO 14.

Diario de las discusiones y actas de las cortes, tomo 2°, pág. 153 y siguientes.

NUMERO 15.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes, tomo 1°, pág. 72 y 73.

LIBRO DÉCIMOCUARTO.

—

Numero 1.

« Ingens bellum et priore majus per Attilam regem nostris inflic-
« tum, pene totam Europam, excisis invasisque civitatibus atque cas-
« tellis, *corrasit.* »

En otras ediciones se dice *corrosit.*

Indictione XV, 447, *Marcellini comitis chronicon.*

Numero 2.

Tratado *de re militari*, por el capitan Diego de Salazar. El autor en el libro 4° de sus diálogos pone esta máxima en boca del gran capitan, bajo cuyas órdenes sirvió, segun dice él mismo, en Italia.

Numero 3.

Oh Albuera, glorious field of grief!
As o'er thy plain the pilgrim pricked his steed,
Who could foresee thee, in a space so brief,
A scene where mingling foes should boast and bleed!
Peace to the perished! may the warrior's meed
And tears of triumph their reward prolong!
Till others fall where other chieftains lead
Thy name shall circle round the gaping throng,
And shine in worthless lays, the theme of transient song!

Lord Byron, *Childe Harold's Pilgrimage, canto 1°, strophe 45.*

Numero 4.

Es notable lo que acerca de los cometas dice Lucio Anneo Séneca y el género de prediccion con que acompaña su opinion. « Ego nostris
« non assentior. Non enim existimo cometen subitaneum ignem, sed
« inter æterna opera naturæ. » Y despues: « Veniet tempus quo ista, quæ
« nunc latent, in lucem dies extrahat et longioris ævi diligentia...
« Veniet tempus, quo posteri nostri tam aperta nos nescisse mirentur. »
(Lib. VII L. Annæi Senecæ Naturalium quæstionum.) Daba verdaderamente á tan ilustre cordobés su penetracion una especie de don profético, pues no es menos notable lo que en su tragedia de *Medéa* anuncia respecto de los descubrimientos que de nuevas tierras se harian en lo sucesivo.

Venient annis sæcula seris,
Quibus Oceanus vincula rerum
Laxet, et ingens pateat tellus
Tethysque novos detegat orbes,
Nec sit terris ultima Thule.

Actus 2, scena 3. (Habla el coro.)

Parece que estaba destinado fuese un español quien primero pronosticase el futuro descubrimiento de la América, y españoles los que le verificasen.

NUMERO 5.

Traite de Mécanique céleste, par M. le marquis de Laplace; liv. 15, tome 5.

Halley empezó á calcular antes que nadie la vuelta de los cometas anunciando era posible se mostrase de nuevo en 1758 ó 59 el que habia aparecido en 1682, y cuya revolucion es de unos 76 años poco mas ó menos. En la citada y profunda obra de Laplace y en muchas otras de astronomía puede verse cuán remota es la probabilidad, pues casi toca en lo imposible, de un encuentro ó choque de nuestro globo con los cometas, cuando estos se acercan á la órbita que describe la tierra en su curso anual.

LIBRO DÉCIMOQUINTO.

NUMERO 1.

« D'après une convention conclue entre les généraux français et espa-
« gnols, en Catalogne, les blessés et les malades étaient mis récipro-
« quement sous la protection des autorités locales, et avaient la faculté,
« après guérison, de rejoindre leurs corps respectifs. A Valls, où nous
« vîmes plusieurs militaires français et italiens blessés, nous nous con-
« vainquîmes de la fidélité avec laquelle les Espagnols exécutaient cette
« convention. »

Mémoires du maréchal Suchet, tome 2, chap. 2, page 29.

NUMERO 2.

« Les Espagnols s'y défendent en lions, quoique gênés par leur
« propre nombre. »

Mémoires du maréchal Suchet, tome 2, chap. 2, page 59.

NUMERO 3.

« Memorial historial y política cristiana que descubre las ideas y
« máximas del cristianísimo Luis XIV para librar á la España de los
« infortunios que experimenta, por medio de su legítimo rey Don
« Cárlos III, asistido del señor emperador para la paz de Europa, y
« útil de la religion: puesto á las plantas de la sacra cesarea y real
« magestad del señor emperador Leopoldo I; por Fr. Benito de la So-

« ledad, predicador apostólico, hijo de nuestro padre S. Francisco, re-
« forma de S. Pedro de Alcántara. »

Tal es el nombre del autor y el título de una obra impresa en Viena en 1703 en favor de la casa de Austria que pretendia la corona de España.

En dicha obra mal escrita y peor digerida se hallan hechos curiosos, y noticias importantes; llamándose en ella casi siempre á Felipe V *la sombra de Luis XIV.*

NUMERO 4.

Se toman estas citas y la de las cartas siguientes de una correspondencia cogida con otros papeles en el coche de José Bonaparte despues de la batalla de Vitoria en 1813.

NUMERO 5.

De aqui sacó sin duda M. de Pradt la peregrina historia de que habla en su obra intitulada: *Mémoires historiques sur la révolution d'Espagne*, y segun la cual habian enviado las córtes diputados á Sevilla antes de la batalla de la Albuera para tratar de componerse con José. No es la primera ni sola vez que confunde dicho autor hechos muy esenciales, y que toma por realidad los sueños de su imaginacion.

LIBRO DÉCIMOSEXTO.

NUMERO 1.

Diario de las cortes, tomo 4, pág. 19.

NUMERO 2.

Diario de las cortes, tomo 4, pág. 398.

NUMERO 3.

Diario de las cortes, tomo 4, pág. 64.

NUMERO 4.

Historia y vida de Marco Bruto, por Don Francisco de Quevedo.

NUMERO 5.

« Questo infame crogiuolo della verità è un monumento ancora esis-
« tente dell' antica e selvaggia legislazione... »

BECCARIA, *Dei delitti e delle pene.*

NUMERO 6.

Entre otros á Don Juan Antonio Yandiola en 1817, como complicado, segun aseguraban, en la conspiracion de Richard. El mismo Fernando VII permitió que le aplicasen el horrible apremio conocido bajo el nombre de grillos á salto de trucha. Y sin embargo el mencionado Don Juan tuvo la generosidad de contribuir desde 1820 hasta 1823 como diputado y como ministro á sostener la autoridad y defender la persona de aquel monarca.

NUMERO 7.

« Un événement arrivé une fois dans le monde, et qui n'arrivera peut-« être jamais. »

MONTESQUIEU, *De l'esprit des lois*, livre 30, chap. 1.

NUMERO 8.

Essais sur l'Histoire de France, par M. Guizot, 5e essai.

NUMERO 9.

Dell' istoria civile del regno di Napoli, da Pietro Giannone, lib. 13, cap. ult.

NUMERO 10.

« Dirimere causas nulli licebit, nisi aut a principibus potestate con-« cessa, aut consensu partium electo judice... »

Lib. 2, tit. 1, 14, *Codicis legis Wisigothorum.*

Tambien puede verse en el mismo título y libro la ley 26.

NUMERO 11.

« Sed ipsi qui judicant ejus negotium, unde suspecti dicuntur haberi, « cum episcopo civitatis ad liquidum discutiant atque pertractent... »

Lib. 2, tit. 1, 23, *Codicis legis Wisigothorum.*

NUMERO 12.

« Fere de omnibus controversiis publicis privatisque constituunt... « Si cædes facta, si de hæreditate, de finibus controversia est, iidem « decernunt præmia, penasque constituunt... »

César hablando de los *druidas* en sus *Comentarios*, lib. 6, cap. 5.

NUMERO 13.

« Cæterum neque animadvertere, neque vincire, neque verberare qui-« dem nisi sacerdotibus permissum... »

TACITUS, *De situ, moribus et populis Germaniæ.*

Despues en otros capítulos vuelve á hablar de la autoridad de los sa-

cerdotes, á quienes tambien correspondia en las assembleas públicas « coercendi jus. »

NUMERO 14.

Hubo ciudades que en las capitulaciones ó pleitesias con los moros sacaron ventajas particulares. Asi aconteció en Toledo, en donde, segun Ayala (*Crónica del rey D. Pedro*, año 2, cap. 18), otorgaron los moros á los conquistados que estos « oviesen alcalde cristiano ansi en lo criminal « como en lo civil entre ellos, é que todos sus pleitos se librasen por el « su alcalde. »

NUMERO 15.

Partida 3, tit. 4, ley 2.

NUMERO 16.

Partida 5, tit. 4, ley 9.

NUMERO 17.

MONTESQUIEU, *de l'Esprit des Lois*, liv. 28, hablando de los *établissements* de San Luis.

NUMERO 18.

Hasta los mismos reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel declararon en 1480 « que las mercedes que se hicieron por sola la volun- « tad de los reyes que se puedan del todo revocar... »

Ley 18, tit. 5, lib. 3, *Novísima recopilacion*.

NUMERO 19.

Diario de las cortes, tomo 4, pág. 426.

NUMERO 20.

Diario de las cortes, tomo 6, pag. 143.

NUMERO 21.

Diario de las cortes, tomo 6, pag. 145.

NUMERO 22.

Coleccion de los decretos y órdenes de las cortes, tomo 1, pág. 193.

NUMERO 23.

Secretaría de estado. — Archivo. — América. — Pacificacion. — 1811. Legajo 2.

NUMERO 24.

Civitas ea longe opulentissima ultra Iberum fuit.

TITI LIVII, lib. XXI.

NUMERO 25.

Τότε (Ἀννιβας) μεν ὑποδειγμα τῳ πλήθει ποιῶν αὐτὸν... ἐν ὀκτὼ μησὶ. (Πολυβιου ἱστοριωαι.)

NUMERO 26.

Mémoires du maréchal Suchet, tome 2, chap. 14.

NUMERO 27.

Storia delle campagne e degli assedii degl' Italiani in Ispagna, da Camillo Vacani, vol. 3, parte 3, 2.

NUMERO 28.

Historia del rebelion y castigo de los moriscos del reino de Granada por Luis del Marmol, lib. 1, cap. 17.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
calle de la Vieille-Monnaie, nº 12.

COLECCION

DE LOS MEJORES

AUTORES ESPAÑOLES.

—

TOMO VIII.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

—

TOMO III.

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR,
Calle de la Vieille-Monnaie, 12.

T-1168

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

POR

EL CONDE DE TORENO.

TOMO TERCERO.



PARIS.

EN LA LIBRERÍA EUROPEA DE BAUDRY,

CALLE DU COQ-SAINT-HONORÉ,

CERCA DEL LOUVRE.

1838



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

..... Quis nescit primam esse historiæ legem ne quid falsi dicere [audeat? deinde ne quid veri non audeat? ne qua suspicio gratiæ sit in scribendo? ne qua simultatis?

CICERO, *De Oratore*, *lib.* 2, *c.* 15.

HISTORIA

DEL

LEVANTAMIENTO, GUERRA Y REVOLUCION

DE ESPAÑA.

LIBRO DÉCIMOSÉTIMO.

Lord Wellington en Fuenteguinaldo. — Sexto ejército español.— Abadía sucede á Santocildes. — Posicion de aquel ejército. — Le atacan los franceses. — Se retira. — Combates en la retirada. — Se repliegan los franceses. — Posicion de Wellington en Fuenteguinaldo. — Se combinan para socorrer á Ciudad Rodrigo Dorsenne y Marmont. — La socorren y atacan á Wellington. — Combate del 25 de setiembre. — Combates del 27. — Nuevas estancias de Wellington. — Se retiran los franceses. — Wellington en Freineda. — Se prepara á sitiar á Ciudad Rodrigo. — Coge Don Julian Sanchez al gobernador francés de aquella plaza.— Carta de don Cárlos de España al de Salamanca.— Quinto ejército español. — Severidad de Castaños. — Pedrezuela y su muger. — El corregidor Ciria. — Temprano el partidario.—Combínanse para una empresa en Extremadura ingleses y españoles. — Accion gloriosa de Arroyomolinos. — Otra vez el 6° ejército.— Medidas desacordadas de Abadía.— Invaden de nuevo los franceses á Asturias.— Sétimo ejército. — Le manda Mendizábal. — Porlier. — Entra en Santander. — Don Juan Lopez Campillo. — Longa, el Pastor y Merino. — Mina. — Decreto suyo de represalias. — Sucesos militares en Valencia. — Pasa Suchet el 26 de diciembre. — Mahy con parte de las tropas se retira al Júcar. — Blake con las otras á Valencia. — Acordonan los franceses la ciudad. — Reflexiones. — Vana tentativa de Blake el 28 para salvar su ejército. — Briosa conducta del coronel Michelena. — Desasosiego en Valencia y reflexiones. — Convocacion de una junta. — Reuniones tumultuarias. — Las contiene Blake y disuelve la junta. — Adelanta Suchet los trabajos de sitio. — Se retira Blake al recinto interior de la ciudad. — Empieza el 5 de enero el bombardeo. — Pocas precauciones tomadas. — Destrozos. — Tibieza de Blake para animar á los habitantes. — Desecha Blake la propuesta de rendirse. — Division en el modo de sentir de los habitantes. — Estado crítico de la plaza. — Disienten los jefes acerca de tratar con los enemigos. — Capitula Blake el 9. — Entra Suchet en Valencia. — Blake. — Parte que dá. — Recompensas de Napoleon á Suchet y á su ejército. — Providencias severas de Suchet. — Frailes llevados á Francia y arcabuceados. — Conducta del clero y del arzobispo. — De los Valencianos. — Avanza

Montbrun á Alicante. — Posicion del general Mahy. — Se aleja Montbrun. — Suchet. — Toma á Denia. Situacion del 2° y 3er ejército. — El general Soult en Murcia. — Le ataca Don Martin de la Carrera. — Muerte gloriosa de este. — Honores que se le tributan. — Sitio de Peníscola. — La toman los franceses. — Conducta infame del gobernador García Navarro. — Serranía de Ronda y Tarifa. — Movimientos de Ballesteros. — Sitian los franceses á Tarifa. — Gloriosa defensa. — Levantan los franceses el sitio. — Ciudad Rodrigo. — Cerca Lord Wellington la plaza. — La asaltan los aliados y la toman. — Gracias y recompensas. — Nuevas esperanzas.

Mientras iba sobre Valencia denso nublado, sin que bastaran á disiparle ni los esfuerzos de aquella provincia, ni las inmediatas, será bien que veamos lo que ocurria por el occidente de España y lugares á él contiguos.

Lord Wellington en Fuenteguinaldo.

Cruzado que hubo Lord Wellington el rio Tajo siguiendo en julio el movimiento retrógrado del mariscal Marmont, caminó al norte y sentó sus reales el 10 de agosto en Fuenteguinaldo con visos de amagar á Ciudad Rodrigo. Permaneció no obstante inmoble hasta promediar setiembre, de lo que se aprovechó el francés, ansioso de extender el campo de su dominacion, para atacar al 6° ejército español; lisonjeándose de deshacerle, y verificar quizá en seguida una incursion rápida en el reino de Galicia.

Tocaba ejecutar el plan al general Dorsenne que mandaba en gefe las tropas y distritos llamados del norte; y favorecíanle en su entender no solo la inaccion de Lord Wellington, sino tambien mudanzas sobrevenidas en el gobierno de las fuerzas españolas.

Sexto ejército español.

Vimos cuán atinadamente capitaneaba el 6° ejército Don José Santocildes, y cuánto le adestraba de acuerdo con el jefe de estado mayor D. Juan Moscoso. En virtud de tan loable porte parecia que hubiera debido continuar en el mando. No lo permitió la suerte aviesa. Reemplazóle en breve Don Francisco Javier Abadía. Se atribuyó la remocion al general Castaños, que conservaba, si bien de léjos, la supremacía del 6° ejército, y susurróse que le impelieron á ello inspiraciones de agenos celos, ú otros motivos no menos reprensibles. Abadía se presentó á sus tropas á mediados de agosto.

Abadía sucede á Santocildes.

Posicion de aquel ejército.

Situábase en aquel tiempo el mencionado ejército del modo siguiente: la vanguardia bajo Don Federico Castañon en San Martin de las Torres y puente de Cebrones: la 3ª division del cargo del brigadier Cabrera en la Bañeza: la 2ª, ahora á las órdenes del conde de Belveder, en el puente de Orbigo: se alojaba en Astorga una reserva, y permanecia en Asturias, como antes, la 1ª division. Indicamos en otro lugar el total de la fuerza, que mas bien que disminuido se habia desde entonces aumentado.

No cesó esta de hostilizar al enemigo, á pesar de lo ocurrido en primeros de julio que ya referimos, siendo de notar la sorpresa

que el 16 de agosto hicieron algunos destacamentos de la guarnicion francesa del pueblo de Almendra, en donde cogieron mas de 150 prisioneros.

Le atacan los franceses.

Fue el 25 del citado mes cuando Dorsenne intentó acometer á los nuestros, que se dispusieron á retirarse, viniendo sobre ellos superiores fuerzas. Abadía, como recien llegado y sin conocimiento á fondo de la disciplina de sus soldados, recelábase del éxito; por lo que con moderacion laudable dejó á Santocildes y á Don Juan Moscoso la principal direccion de las operaciones.

Tuvieron estas por mira efectuar una retirada en parte excéntrica, por cuyo medio se consiguiese no agolpar las tropas á un solo punto, cubrir las diversas entradas de Galicia, algunas de Asturias, y establecer comunicaciones á la derecha con los portugueses que mandaba en Tras-los-Montes el general Silveira. Maniobra útil en aquella ocasion, y muchas veces conveniente en las guerras nacionales, segun expresa, y con razon, Mr. de Jominy *.

(* Ap. n. 1.)

Se retira.

Los franceses avanzando acometieron primero la division que se alojaba en la Bañeza; la cual despues de sostener briosamente una arremetida de los lanceros enemigos, se replegó en buen órden sobre Castrocontrigo, y de allí, segun se le tenia mandado, á la puebla de Sanabria. En seguida y por la tarde de dicho dia 25 atacaron los franceses la vanguardia y la 2ª division, las cuales se enderezaron al punto de Castrillo, para unirse con la reserva.

Combates en la retirada.

Juntos los tres últimos cuerpos, ó sean divisiones, tomaron el 26 la ruta del puerto de Fuencebadon, excepto el regimento 1º del Ribero, que, reforzado despues con el 2º de Asturias, defendió el 27 valerosamente el puerto de Manzanal.

En este dia tambien penetró el francés por Fuencebadon, defendiéndose largo tiempo Castañon y la reserva en las alturas colocadas entre Riego y Molinaseca. Aqui no menos que en Manzanal fueron escarmentados los enemigos, pues tuvieron mucha pérdida, y contaron entre los muertos al general Corsin y al coronel Barthez, quedando á los nuestros por trofeo el águila del 6º regimiento de infantería.

Sin embargo engrosados los contrarios pasaron adelante y se derramaron por el Vierzo. Abadía, al propio tiempo que sentó su cuartel general en el puente de Domingo Florez, cubriendo á Galicia por este lado, retiró de Villafranca la artillería, camino de Lugo, destacó hácia allí fuerzas que amparasen las alturas de Valcarce, y colocó en Toreno, para cerrar las avenidas inmediatas de Asturias, los cuerpos que habian combatido en Manzanal.

De resultas de estas medidas, de la buena defensa que en los

puertos habian hecho los españoles, y á causa de los temores que infundia Galicia por su anterior resistencia, detúvose Dorsenne y no avanzó mas allá de Villafranca del Vierzo, desesperanzado de poder realizar en aquel reino pronta y venturosa irrupcion. Saquearon sí sus tropas los pueblos del tránsito, y al retirarse en los dias 30 y 31 de agosto se llevaron consigo varias personas en rehenes por el pago de pesadas contribuciones que habian impuesto. Abadía de nuevo ganó terreno, y hasta entonces portóse de modo que su nombramiento no produjo en el ejército trastorno ni particular novedad, habiendo obrado, segun apuntamos, en union con su antecesor. ¡Ojalá no hubiera nunca olvidado proceder tan cuerdo!

Se replegan los franceses.

El avanzar de nuestras tropas y un amago de las de la Puebla de Sanabria aceleraron la retirada de Dorsenne, que se limitó á conservar y fortalecer á Astorga. Aguijóle tambien para ello el mariscal Marmont que necesitaba de ayuda en un movimiento que proyectaba sobre el Agueda y sus cercanías.

Posicion de Wellington en Fuenteguinaldo.

En aquellas partes firme Lord Wellington en Fuenteguinaldo, hacia resolucion de rendir por hambre á Ciudad Rodrigo, escasa de vituallas. Con este objeto y persuadido del triunfo, á no ser que acudiese al socorro gran golpe de gente, formó una línea que desde el Azava inferior se prolongaba por el Carpio, Espeja y el Bodon á Fuenteguinaldo. Asiento el último punto del cuartel general, reforzóle con obras de campaña, y situó en él la 4ª division: destacó á la derecha del Agueda la division ligera, y puso en las lomas de la izquierda del mismo rio la 5ª con la caballería; apostando una vanguardia en Pastores á una legua de Ciudad Rodrigo. El general Graham, que de la Isla de Leon habia pasado á este ejército, y sucedido á Sir Bren Spencer en calidad de segundo de Wellington, regia las tropas de la izquierda alojadas en la parte inferior del Azava, ocupando la superior, en donde formaba el centro, Sir Stapleton Cotton con casi todos los ginetes. De los españoles solo habia Don Julian Sanchez, y tambien Don Cárlos de España, enviado por Castaños para alistar reclutas en Castilla la Vieja y mandar aquellos distritos: ambos gefes recorrian el Agueda rio abajo. Destinóse la 5ª division inglesa á observar el punto de Perales, permaneciendo á retaguardia de la derecha. Servía de reserva la 7ª en Alamedilla. Lo restante de la fuerza anglo-portuguesa, se acordará el lector que la dejó Lord Wellington á las órdenes del general Hill en el Alentejo, para atender á la defensa de la izquierda del Tajo, y á las ocurrencias de la Extremadura española.

Se combinan para socorrer á Ciudad Rodrigo Dorsenne y Marmont.

El movimiento que intentaba Marmont sobre el Agueda, y para el que hubo de contar con el general Dorsenne, dirigíase á socorrer á Ciudad Rodrigo, cuyos apuros crecian demasiadamente. Abrió el mariscal francés su marcha desde Plasencia el 15 de se-

tiembre, tomando antes varias precauciones, como construir un reducto en el puerto de Baños, asegurar los puentes y barcas de ciertos rios, y poner al general Foy con la 6ª division en vela del camino militar y pasos de la sierra.

Yendo á encontrarse Dorsenne y Marmont, cada uno por su lado, juntáronse el 22 cerca de Tamames. Con el primero hallábase ya incorporada una division que mandaba el general Souham, la cual pertenecia á las fuerzas que habian entrado últimamente en España cuando las italianas de Severoli. Y sin riesgo de error puédese computar que las tropas enemigas que marchaban ahora la vuelta de Ciudad Rodrigo ascendian á 60,000 hombres, 6000 de caballería con gran número de cañones.

La socorren y atacan á Wellington.

Próximos los franceses no hizo Lord Wellington ademan alguno para impedir la introduccion de socorros en la plaza, y solo aguardó al enemigo en la posicion que ocupaba. Vino aquel á atacarla el 25. Trabó el combate con 14 escuadrones el general Wathier por la parte inferior del Azava que guarnecia Graham, y arrolló los puestos avanzados, los cuales, volviendo en sí y apoyados, recobraron el terreno perdido. No era esta tentativa mas que un amago. Encaminábase la principal atencion de los contrarios á embestir la 3ª division inglesa situada en las lomas que se divisan entre Fuenteguinaldo y Pastores. Puso Marmont para ello en movimiento de 30 á 40 escuadrones guiados por el general Montbrun y mucha artillería, debiendo favorecer la maniobra 14 batallones. Lord Wellington dudó un instante si atacarian los enemigos aquella posicion por el camino real que va á Fuenteguinaldo ó por los pueblos de Encina y el Bodon. Cerciorado de que seria por el camino real, dispuso reforzar en gran manera aquel punto. Los ingleses allí apostados, si bien al principio solos y en corto número, se defendieron denodadamente contra la caballería y artillería enemigas, y recobraron dos piezas abandonadas en una embestida.

Combate del 25 de setiembre.

No habian aun llegado los infantes franceses, mas advirtiendo Wellington que se aproximaban, y calculando probablemente concurririan al sitio del ataque antes de los principales refuerzos británicos llamados de partes mas lejanas, resolvió abandonar las lomas asaltadas, y retirar á Fuenteguinaldo las tropas que las defendian. Verificaron estas el repliegue formando cuadros y en admirable ordenanza, sin que la pudiesen romper los arrojados acometimientos de la caballería francesa. Quedó solo como cortada la pequeña vanguardia que cubria el alto de Pastores y mandaba el teniente coronel Williams; pero este oficial léjos de atribularse mantúvose reposado, y con acertada inteligencia subió el Agueda la orilla derecha arriba hasta Robledo, en donde repasó el rio logrando por la tarde unirse felizmente al grueso del ejército en Fuenteguinaldo.

Aquí en el mismo dia estableció su centro Lord Wellington, al-

terando la anterior posicion con la derecha del lado del puerto de Perales, y la izquierda en Navavel. Apostó á Don Cárlos de España y la infantería española junto al Coa, enviando la caballería bajo Don Julian Sanchez á retaguardia del enemigo.

Reunieron el 26 los franceses toda su gente, y examinado que hubieron la estancia de Fuenteguinaldo, creyéronla tan fuerte que desistieron de atacarla. No lo pensaba asi Wellington, por lo cual retrocedió tres leguas, poniendo el 27 la derecha en Aldea Velha, la izquierda en Bismula y el centro en Alfaiates, antiguo campo romano y hoy villa de Portugal, en sitio alto cercada de viejos muros. En este dia dos divisiones de los franceses, siguiendo la huella de los aliados, trabaron vivos reencuentros, y la cuarta de los ingleses perdió y recobró dos veces á Aldea da Ponte.

Combates del 27.

Nuevas estancias de Wellington.

No satisfecho aun Wellington con su última posicion, y ateniéndose á un plan general de operaciones anteriormente trazado, retiróse una legua atrás á estancias que se dilataban por la cuerda del arco que forma el Coa cerca de Sabugal, dejando á la derecha la sierra das Mesas, y á la izquierda el pueblo de Rendo, en cuyo sitio presentó batalla á los franceses, que esquivaron estos cumplido su deseo de socorrer á Ciudad Rodrigo.

En los combates del 25 y 27 perdieron los ingleses unos 260 hombres, no mas los franceses. Vió en aquellos dias por primera vez el fuego y se distinguió el príncipe de Orange, que allí asistia en calidad de ayudante de campo de Lord Wellington, exponiendo su persona por la independencia de un país muy desamado dos siglos antes de sus ilustres y belicosos abuelos los Guillermos y Mauricios. Asi anda y voltea el mundo.

Se retiran los franceses.

Separáronse á poco los dos generales franceses, no pudiendo mantenerse unidos por zelos, falta de subsistencias y por amagos que tenian de otros lugares. Dorsenne se retiró hácia Salamanca y Valladolid : Marmont á tierra de Plasencia.

Wellington en Freineda.

Tambien Lord Wellington tomó nuevos acantonamientos sentando en Freineda su cuartel general. Vinole bien no le hubiesen los franceses atacado el 25 con todo su ejército, ni embestido el 26 la posicion de Fuenteguinaldo. Las muchas fuerzas que consigo traian hubiéranle podido causar gran menoscabo. Tan cierto es que en la guerra representa la fortuna papel muy principal.

Se prepara á sitiar á Ciudad Rodrigo.

Dió entonces Lord Wellington comienzo á los preparativos que exigia la formalizacion del sitio de Ciudad Rodrigo. Le dejó para su empresa, segun ya indicamos, sumo despacio lo que ocurria en las demas partes de España, y tampoco le perjudicaron las operaciones de los

partidarios que andaban cerca, singularmente las de Don Julian Sanchez.

Coge D. Julian Sanchez al gobernador francés de aquella plaza.

Entre otros hechos de este por entonces notables, cuéntase el acaecido el 15 de octubre en las cercanías de Ciudad Rodrigo. Sacaban los enemigos su ganado á pastar fuera, y deseoso Sanchez de cogerle, armó una celada con 360 infantes y 130 ginetes en ambas orillas del Agueda corriente abajo. A la propia sazon que acechaban los nuestros y se preparaban á la sorpresa, salió de la plaza á hacer un reconocimiento con 12 de á caballo el gobernador francés Renaud, y emparejando parte de los emboscados con él y su escolta, apoderáronse de su persona por la izquierda del rio, al paso que por la derecha apresaron los otros unas 500 reses de ganado vacuno y cabrío. Desesperábase Renaud por su infortunio, y Don Julian, tratando de consolarle, le dió una cena acompañada de música y tan espléndida como permitian las circunstancias de su vario é instable campo.

Carta de D. Cárlos de España al de Salamanca.

Tambien molestaba España á los enemigos, é irritado de que el general Mouton, comandante de unas tropas que entraron en Ledesma, hubiese arcabuceado á 6 prisioneros nuestros 24 horas despues de haberlos cogido, hizo otro tanto con igual número de franceses, escribiendo en 12 de octubre al gobernador de Salamanca Thielbaud una carta en que se leian las cláusulas siguientes * : « Es pre- (* Ap. n. 2.)
« ciso que V. E. entienda y haga entender á los de-
« mas generales franceses, que siempre que se cometa por su
« parte semejante violacion de los derechos de la guerra, ó que
« se atropelle algun pueblo ó particular, repetiré yo igual castigo
« inexorablemente en los oficiales y soldados franceses... y de
« este modo se obligará al fin á conocer que la guerra actual no es
« como la que suele hacerse entre soberanos absolutos, que sacri-
« fican la sangre de sus desgraciados pueblos para satisfacer su
« ambicion ó por el miserable interes, sino que es guerra de un
« pueblo libre y virtuoso, que defiende sus propios derechos y la
« corona de un rey á quien libre y espontáneamente ha jurado y
« ofrecido obediencia, mediante una constitucion sabia que asegure
« la libertad política y la felicidad de la nacion. » ¡Esto decia España en 1811!

Quinto ejército español.

A la derecha de Lord Wellington D. Francisco Javier Castaños con el 5° ejército, y auxiliado por las tropas del general Hill, dió no poco que hacer á los franceses.

Severidad de Castaños.

Aunque se extendia el mando de aquel jefe al 6° ejército, y despues comprendió tambien el del 7°, su autoridad inmediata aparecia por lo comun solo en Extremadura y puntos vecinos. Mostróse Castaños allí riguroso con desertores, infidentes y otros reos, lo que desdecia de su carácter al parecer

blando. Bien es verdad que hubo ocasion en que ejerció la justicia contra delincuentes, cuya conducta estremece aun y pone espanto.

Pedrezuela y su muger. Fue horrible el caso de José Pedrezuela y de su muger María Josefa del Valle. Barba el primero algun tiempo del coliseo del Príncipe de Madrid, fingióse comisionado regio del gobierno legítimo, y desempeñó el supuesto cargo en Piedraláves y Ladrada, pueblos de tierra de Toledo. Los habitantes y guerrillas de la comarca le obedecian ciegamente en la creencia de ser enviado por el gobierno de Cádiz. La ocupacion enemiga daba favor al engaño. El Pedrezuela y su esposa fueron convictos de haber condenado á suplicios bárbaros sin facultad ni debido juicio á mas de 15 personas. Ejecutaba aquel las sentencias por sí mismo, ó las hacia ejecutar á media noche en un monte ó heredad, cosiendo á sus víctimas á puñaladas, ó matándolas de un fusilazo en el oido. Iba á veces la muerte acompañada de otros horrores, y si bien se probaron solo 13 asesinatos, se imputaban á los reos fundadamente mas de 60. La muger, hembra de ferocidad exquisita, condenaba en ausencia del marido y superaba á este en saña y encarnizamiento. Querian cohonestar sus crueldades con el patriotismo, y sacrificaron á varios sujetos respetables, entre otros á Don Marcelino Quevedo asesor de las guerrillas de la provincia de Toledo. Alucinados asi los pueblos y contenidos por el respeto que tributaban al gobierno legítimo, se sometieron al seudocomisionado por espacio de tres meses. Descubierta á lo último la falsía y enredo, dióse órden de prender á matrimonio tan sanguinario y bien apareado, y mandó Castaños formarles causa. Vista esta, condenaron los jueces al marido á la pena de horca, y á ser en seguida descuartizado; á la muger á la de garrote. Ajusticiáronlos el 9 de octubre en Valencia de Alcántara. Digno castigo, aunque tardío, de tamaños crímenes.

El corregidor Ciria. Si no de color mas subido, eran tambien sobrado feos los que se achacaban á Don Benito María de Ciria, capitan retirado y actual corregidor del rey José en Almagro. Llamábanle el Neron de la Mancha. Obtuvo tal nombre por las extorsiones que causó, por los varios inocentes que llevó al cadalso. Le prendió el 29 de setiembre cerca de aquella ciudad el capitan Don Eugenio Sanchez, al tiempo que su jefe el sargento mayor Don Juan Vaca, de la partida o sean úsares francos de Don Francisco Abad (Chaleco), atacaba la guarnicion enemiga, la deshacia y tomaba bastantes prisioneros. Un consejo de guerra reunido por Castaños condenó á Ciria á la pena de garrote, ejecutada el 25 de octubre en el mismo Valencia de Alcántara. Pero apartemos los ojos de escenas tan melancólicas, deplorables efectos de disensiones civiles.

Temprano el partidario. Otros hechos verdaderamente nobles y sin rastra de duelo realizábanse entre tanto por aquellos pasa-

ges. No nos detendrán los muchos y diversos de las guerrillas, aunque sí merece honrosa mencion el partidario Don Antonio Temprano, quien el 8 del citado octubre á las puertas mismas de Talavera libertó al coronel inglés J. Grant, cogido antes prisionero en el Aceuche.

Combinanse para una empresa en Extremadura ingleses y españoles.

Combate de mayores resultas y muy glorioso pasará á delinear nuestra pluma. Habian los enemigos tratado de estrechar el corto ámbito que ocupaba el 5° ejército en Extremadura, con la mira de privarle de los limitados recursos que sacaba de allí, y aumentar los suyos propios, tambien harto circunscriptos. Con tan doble objeto colocóse en Cáceres y se extendió hasta las Brosas el general Girard asistido de una columna de 4000 infantes y 1000 caballos, perteneciente al 5° cuerpo francés que seguia bajo el general Drouet enseñoreando las márgenes de Guadiana. Esta operacion habíanla los franceses diferido, recelosos de empeñar choque no solo con los españoles, sino igualmente con los anglo-portugueses de Hill. Mas la inmovilidad de los últimos, metidos allá en el Alentejo sin ayudar á los nuestros, dió aliento á los enemigos para extenderse por los puntos arriba indicados. Hambreando de ese modo á los españoles, y no pudiendo la junta de la provincia establecida en Valencia de Alcántara ni siquiera suministrar las mas indispensables raciones, acudió Don Francisco Javier Castaños á Lord Wellington y le propuso un movimiento en union con las tropas aliadas.

Accion gloriosa de Arroyomolinos.

Accedió el general inglés á los deseos del español, y en consecuencia marchó Hill la vuelta de nuestra Extremadura. Tomó este consigo la mayor parte de su fuerza, que segun dijimos ascendia á 14,000 hombres, y el 23 de octubre asomó ya por Alburquerque. Se le juntó el 24 en Aliseda Don Pedro Agustin Giron, segundo de Castaños y comandante de la columna destinada á obrar con los ingleses, la cual se componia de 5000 hombres distribuidos en dos trozos á las órdenes inmediatas del conde de Penne Villemur y de Don Pablo Morillo.

Continuando en Cáceres la fuerza principal de Girard, tenia destacamentos en algunos pueblos y señaladamente 300 caballos en Arroyo del Puerco, los cuales se recogieron el 25 á Malpartida por avanzar Penne Villemur con la caballería española. Quisieron los aliados atacarlos en aquel pueblo, mas los enemigos se replegaron á Cáceres, cuya ciudad tambien abandonó el general francés dirigiéndose á Torremocha.

Prosiguieron los nuestros su camino y el 27 se reunieron todos en Alcuescar, en donde supieron con admiracion que Girard se mantenia en Arroyomolinos, distante una legua corta. Pendia la confianza de los franceses de la persuasion en que siempre estaban de que el inglés no se meteria muy adentro en España, y tambien

de la fidelidad con que los habitantes guardaron el secreto de nuestra marcha.

Hill, que mandaba en gefe á los hispano-anglo-portugueses, determinó entonces acometer, y á las dos de la madrugada del 28 puso en movimiento todas las tropas. Diluviaba soplando recio viento, mas el temporal, por dar á los nuestros de espalda, fue mas bien favorable que contrario. Avanzando así en buen órden y calladamente, formáronse las columnas siendo todavía de noche en una hondonada no léjos de Arroyomolinos.

Pertenece esta villa, distante de Cáceres seis leguas, al partido de Mérida, y se apellida de Montanches por hallarse situada á la falda de la sierra de aquel nombre. Está como aislada y sin otras comunicaciones que pocas y penosas subidas con malas veredas. Puestos los aliados en órden de ataque en el sitio indicado, moviéronse á las 7 de la mañana para sorprender al enemigo. Una columna anglo-portuguesa con artillería mandada por el teniente coronel Stuart marchó en derechura al pueblo: otra compuesta de la infantería española bajo Morillo se encaminó á flanquear las casas por la izquierda, y una tercera tambien de peones anglo-portuguesa del cargo de Howard tomó por la derecha y se adelantó á cortar los caminos de Mérida y Medellin, para de allí revolver sobre el francés y atacarle. Por el diestro costado de esta última columna iban los ginetes españoles, y por el opuesto los británicos, algo retrasados los postreros á causa de un extravío que padecieron en la noche.

Ignoraba del todo Girard el movimiento y proximidad de los aliados, manteniéndose hasta lo último los habitadores inmudables en su fidelidad. Así fue que llegaron aquellos sin ser sentidos, y en sazon que Girard emprendia su ruta á Mérida. Una brigada al mando de Remond le habia precedido saliendo de Arroyomolinos antes del quebrar del alba, mas la retaguardia con alguna caballería y los bagages aun se conservaban dentro del pueblo. Cubria espesa niebla la cima de la sierra, y marchaba Girard descuidadamente, cuando le avisaron se acercaban tropas. No pensaban fuesen regladas, y menos inglesas. Figuróscle que eran partidarios, por lo que mandó apresurar el paso, y no detenerse á repeler las acometidas.

Pero desengañado, grande fue su sorpresa y la de sus soldados. Resintiéronse de ella al tiempo de pelear, pues columbrarlos los nuestros, atacarlos y romperlos, casi fue todo uno. Parte de la columna anglo-portuguesa, que se habia dirigido al pueblo, entró en su casco; el resto persiguió á Girard ya en marcha, quien en vano formó dos cuadros, encerrados estos entre los fuegos de los que venian de Arroyomolinos, y los de la columna de Howard que se habia antes adelantado á cortar los caminos. La caballeria española dió tambien sobre el general francés, y la llegada de la inglesa á

las órdenes de Sir W. Erskine acabó de trastornarle. Entonces aquel se salvó con pocos, trepando por peñas y riscos, y se acogió á la sierra. Continuó el alcance Morillo por el puerto de las Quebradas hasta la altura que da vista á Santa Ana. El cansancio de la gente no consintió ir mas allá. Tenia ya la pelea ventajosísimo y honroso resultado. Perdieron los enemigos 400 muertos y heridos, entre ellos al general Dombrouski; quedaron prisioneros el general Brun, el duque de Aremberg, el gefe de estado mayor Idri, gran número de oficiales y 1400 soldados, cabos y sargentos. Se cogieron dos cañones y un obus, el tren, dos banderas, una por los españoles, otra por los anglo-portugueses; muchos fusiles, sables, mochilas, caballos : el bagage entero. Desapareció en fin aquella division, excepto contados hombres que acompañaron á Girard, y la brigada de Remond que, como habia salido con anticipacion de Arroyomolinos, ni tomó parte en el combate, ni tuvo de él noticia hasta llegar á Mérida. Acrecióse la satisfaccion de los aliados en vista de la poca gente que perdieron : 71 hombres los anglo-portugueses, unos 30 los españoles. Obraron todos los gefes muy unidos y con destreza y tino : cierto que los nuestros, Giron, Morillo y Penne señalábanse; el primero en el dirigir, los otros en el ejecutar. Gran terror se apoderó de los franceses. Badajoz permaneció cerrado dos dias y dos noches, muy vigilados los vados del Guadiana, y recogidos los destacamentos sueltos en los parajes mas fuertes. Penne Villemur llegó á Mérida, tras de él Hill, en donde ambos se mantuvieron hasta que volviendo en sí Drouet y avanzando, se retiraron los españoles á Cáceres, y los anglo-portugueses á sus antiguos acantonamientos.

Otra vez el ejército.

Mas si por la derecha de Lord Wellington habia cabido tal fortuna y gloria, no acaeció lo mismo por la izquierda en Galicia y Asturias, yendo las cosas allí muy de caida. Don Francisco Javier Abadía, prudente en un principio y cuerdo, cambió despues de conducta. Trató de dar nueva organizacion á su ejército sin motivo fundado, y alterando la actual mudó gefes, oficiales, sarjentos, cabos, soldados; trasladólos de unos cuerpos á otros, confundiólo todo; y á punto que resultó, hasta en los uniformes, mezcla rara de colores y variedades, y eso en presencia del enemigo. Liviano porte, ageno de la reputacion militar de que gozaba aquel gefe, haciéndose asi mas dolorosa la remocion súbita y poco meditada de Santocildes. Representó contra la organizacion nueva el gefe de estado mayor Moscoso, mas inútilmente. Sostuvo el capricho y la tenacidad lo que al parecer habia dictado la irreflexion. Notóse tambien que Abadía, en vez de presenciar el planteamiento de su obra, ausentóse á tomar baños, pasando despues á la Coruña. En su lugar envió al marqués de Portago, hombre de sana intencion pero de limitada capacidad, originándose de tan indiscretas, mal

Medidas desacordadas de Abadía.

dispuestas reformas y providencias que no saliese del Vierzo el ejército, ni asomase á sus antiguas estancias para inquietar al enemigo y distraerle de otras excursiones.

Invaden de nuevo los franceses á Asturias.

Viendo los franceses la mucha inaccion, y persuadidos de que á lo menos durante el invierno no se moverian de Portugal los ingleses, pensaron en invadir de nuevo á Asturias, ya para tener mas medios con que sustentar su ejército, ya porque agradaba al general Bonnet tornar adonde él campeaba con mayor independencia que bajo Drouet en Castilla. Alentaba tambien á ello el haber Abadía sacado de Asturias tropas aguerridas y enviado otras menos disciplinadas.

Que iba Bonnet á entrar en aquel principado, sonrugíase por todas partes, y el gefe de estado mayor Moscoso enderezóse á Oviedo á marchas forzadas, sino para evitar el golpe, al menos para disponer con órden la retirada de nuestras tropas y disminuir el desastre.

En Asturias mandaba como antes Don Francisco Javier Losada: tenia á su cargo la 1ª division del 6º ejército, recompuesta ó trastrocada segun el nuevo arreglo de Abadía. No habia por eso el Don Francisco dejado de tomar durante su gobierno medidas militares bastante oportunas. En la puente de los Fierros habia levantado algunas obras de campaña, y colocado allí y en los puntos mas fuertes de la avenida de Pajares una de sus secciones al mando de Don Manuel Trevijano.

El general Bonnet no solo pensó en acometer al principado por dicho puerto, sino tambien por el de Ventana, mas al occidente. Contaba para su expedicion con 12,000 hombres, que dividió en dos trozos. El principal mandábalo Bonnet mismo, y se encaminó á Pajares; el otro lo regia el coronel Gauthier.

Informado Losada del plan del enemigo, trató de burlarle, poniendo en movimiento de antemano sus tropas sobre el Narcea; pues de este modo impedia le cortasen los franceses la retirada hácia Galicia. En consecuencia el 5 de noviembre, dia en que se presentó Bonnet delante de la puente de los Fierros, no se hizo en ella otra resistencia sino la suficiente para ocultar lo proyectado; cuyo éxito fue tan feliz que el 7 reuniéndose todas las tropas en Grado, marcharon sin detenerse á tomar puesto en las alturas del Fresno, y cubrir el paso del Narcea. La celeridad y buen órden con que se ejecutó la maniobra destruyó los intentos del enemigo, no siéndole dado á Gauthier ponerse á nuestra espalda: al bajar del puerto de Ventana, tuvo que contentarse con perseguir á los españoles, y alcanzó en Doriga la retaguardia; de donde repelido cejó en breve, pensado ya solo en darse la mano con Bonnet que habia entrado en Oviedo. Acompañaban á Losada Don Pedro de la Bárcena, restablecido de anteriores y honoríficas heridas, y Don Juan Moscoso: la presencia de ambos en la retirada favoreció la diligente actividad

del primero. Artillería, municiones, efectos pertenecientes al ejército y real hacienda, todo se salvó, embarcándolo en Gijon ó trasportándolo por tierra. Los vecinos de la capital del principado, como los moradores de todos los pueblos, abandonaron por lo general sus casas: daban el ejemplo los pudientes, siendo aquella provincia una de las mas constantes en su adhesion á la causa de la patria, y de las que mas prodigaron la sangre de sus hijos y sus caudales.

Dolióle amargamente á Bonnet entrar en Oviedo y ver la ciudad tan solitaria, porque si bien los asturianos le habian acostumbrado á ello, esperaba que los trabajos y el tiempo comenzarian ya á domeñar ánimos tan inflexibles. Pesóle no menos encontrar vacías las fábricas de armas y los almacenes; lo cual le embarazaba para suplir los menesteres de su tropa, y emprender otras operaciones.

Sin embargo trató de probar fortuna, y obligó á Gauthier á revolver inmediatamente sobre los españoles. Losada juzgó entonces prudente retirarse aun mas allá del Narcea, y el francés llegó á Tineo el 12 de noviembre. Mantúvose allí muy poco, porque combinando nuestros jefes un movimiento, atacóle Bárcena con una seccion y le forzó á retroceder. Tambien Abadía quiso amagar por Astorga y el Orbigo para divertir la atencion de los franceses de Asturias; pero la idea no tuvo resulta dejándose para mas adelante. A pesar de eso Bonnet apenas poseyó esta vez en el principado otro terreno sino la línea de Pajares á Oviedo, pues por el ocaso fuéronle estrechando sucesivamente Losada y Bárcena, y por el oriente Don Juan Díaz Porlier.

Sétimo ejército.

Este caudillo y todos los que mandaban las divisiones y cuerpos francos de que constaba el 7° ejército, hicieron por el mismo tiempo guerra continua al enemigo desde Asturias hasta la Navarra inclusive. La composicion de las tropas de aquel distrito no era uniforme, ni para obrar á la vez en línea: no lo permitian las circunstancias del pais en que se lidiaba, como tampoco lo vario del orígen de la gente y la independencia tan necesaria entonces de sus distintos comandantes. Don Gabriel de Mendizábal, general en gefe elegido meses atrás, apareció allí en el verano. No se puso al frente de ninguna division ni cuerpo especial. Recorriólos todos principiando por el de Porlier alojado comunmente en Potes, montañas de Santander, y acabando por el de Merino en Burgos, y el de Mina en Navarra. La presencia del Don Gabriel alentaba á los pueblos, en particular á los de Vizcaya, de donde era natural. Algunas operaciones se ejecutaban con su anuencia; otras sin ella, y solo por direccion de los mismos jefes. Húbolas señaladas.

Le manda Mendizábal.

Porlier.

Desde junio habia organizado mejor y aumentado Porlier su fuerza que pasaba de cuatro mil hombres. Habia tambien acopiado en la Liebana ocho mil fanegas de trigo y

muchos otros bastimentos, para lo cual teniendo que recorrer la tierra é internarse en Castilla, hubo de marchar dia y noche, burlar con ardides al enemigo, y combatir bizarramente en peligrosos reencuentros. Hechas estas correrías preliminares y necesarias, revolvió en agosto sobre Santander, y atacó el 14 la ciudad y los fuertes de Solia, Camargo, Puente de Arce y Torre la Vega; porque aquí á semejanza de las demas partes, habian los franceses fortalecido casi en cada pueblo algun grande edificio, ó mejorado fuertes antiguos. Mandaba en San-Rouget; y rompiendo Porlier el fuego por el sitio de los Molinos de Viento, colocóse el general frances á la cabeza de la guarnicion compuesta de 500 hombres, la cual, acorralada en las calles y las casas, quiso en vano sostenerse; y destrozada, con trabajo se salvaron de ella 100 hombres y el jefe. Al mismo tiempo ó sucesivamente atacaron los de Porlier los demas puntos arriba indicados, y se apoderaron de Solia, Puente de Arce y Camargo, cuyos fuertes arrasaron. Mantuvieron los contrarios el de Torre la Vega. La pérdida de estos en las diferentes acometidas pasó de 400 hombres, sin incluir muchos prisioneros, algunos de ellos oficiales de graduacion. Recogieron asimismo los nuestros abundante botin, y estuvieron por cierto tiempo enseñoreados de casi toda la provincia de Santander. Tuvo Rouget que aguardar refuerzos antes de poder tornar á la ciudad que evacuaron luego los españoles sin detenerse, inferiores en número, á hacer resistencia.

Entra en Santander.

Don Juan Lopez Campillo.

Ademas dispuso Porlier que Don Juan Lopez Campillo, que maniobraba desde la carretera del Escudo hasta las provincias Vascongadas, fuese engrosado con cuadros instruidos por Renovales, y que ascendian á 800 hombres. Asi se distrajo al enemigo, y Campillo consiguió el 26 de setiembre ventajas cerca de Valmaseda. Lo mismo Don Francisco de Longa en diversos ataques, especialmente el 2 del mismo mes en la Peña nueva de Orduña; dando uno y otro, junto con el Pastor y mas jefes, mucho en que entender al general Caffarelli que allí mandaba. Longa fue quien por lo comun acompañó á Mendizábal en sus viages, y en diciembre se avistaron ambos con Merino en tierra de Burgos. Unidos los tres, redoblóse el celo de los pueblos, y se llamó grandemente hácia Castilla la atencion de los franceses: diversion que servia al ingles en Portugal, y á los caudillos españoles que gobernaban en los puntos inmediatos.

Longa, el Pastor y Merino.

Mina.

No necesitaba Mina de tales ejemplos para proseguir por el camino espinoso y de gloria que habia emprendido. Vímosle maniobrando en Aragon para ayudar á Valencia, y vímosle alcanzar victorias y embarcar sus prisioneros en el Golfo de Vizcaya: ahora al cerrar del año hizo mansion en Navarra, mas desembarazada de tropas enemigas á causa de las que

habian corrido en socorro de Aragon, Valencia y Castilla. Respiró por tanto Mina momentáneamente en cuanto á ser perseguido, sin que por eso dejasen de afligirle otros cuidados. En Pamplona habia el francés acrecido sus rigores, y poblado las cárceles y conventos con los padres, parientes y familias de los voluntarios que servian bajo las banderas de la patria, ahorcando á unos y conduciendo á otros á Francia desapiadadamente. Mina con razon airado dió en 14 de diciembre un decreto en que anunciaba represalias terribles. Decia en el preámbulo *: « Ni los « sentimientos de humanidad, ni las leyes de la guerra « admitidas entre los militares civilizados, ni la con- « ducta generosa de los voluntarios de Navarra han contenido « el espíritu sanguinario y desolador de los generales franceses y « autoridades intrusas... no se da un paso sin oir tristes alaridos « causados por la tiranía. Navarra es el país del llanto y amargura; « se vierten lágrimas continuas por la pérdida de sus mejores ami- « gos: padres que ven á sus hijos colgados en una horca por su « heroicidad en defender la patria; estos á sus padres consumidos « en la prision, y por último, espirar en un palo sin mas delito « que ser padres de tan valientes defensores. Continuamente he « pasado á los generales franceses de la Navarra los oficios mas « enérgicos, capaces de reprimirlos y hacerlos entrar en el órden: « no he perdonado diligencia alguna para reducir la guerra á su « debida comprension; estoy justificado de mis procedimientos... « Para colmo... de la iniquidad francesa y perfidia de algunos « malos españoles, he visto 12 paisanos afusilados en Estella, « 16 en Pamplona, 4 oficiales y 38 voluntarios pasados por las ar- « mas en dos dias...» Despues, en el primer artículo, « decla- « raba guerra *á muerte y sin cuartel* á jefes y á soldados, incluso « el emperador de los franceses. » Eran los otros artículos del propio tenor. En uno de ellos tambien se consideraba á Pamplona en estado de verdadero sitio, y proclamábanse de consiguiente varias resoluciones. Injusto y aun sañudo pareceria este decreto á no haberle provocado sobradamente las crueldades inauditas del enemigo. La ejecucion correspondió á la amenaza, y mas adelante tuvieron los franceses que entrar en razon.

Decreto suyo de represalias. (* Ap. n. 3.)

Asi corrian por acá las cosas: tristes eran las que se preparaban en Valencia. Dejamos aqui al principiar noviembre ambos ejércitos español y francés, fronteros uno de otro, en las opuestas orillas del Guadalaviar ó Turia. Ocupaban los enemigos en la izquierda casi dos leguas de extension, y fortificaron su línea con obras defensivas. En la derecha habian los españoles aumentado las suyas despues de las anteriores tentativas de los franceses contra Valencia, de cuya ciudad dimos breve idea cuando hablamos del primer sitio de 1808. Habian ahora los nuestros cortado los puentes de la Trinidad y Serranos, dos de los

Sucesos militares en Valencia.

cinco de piedra que cruzan el rio, de cauce este no muy profundo, y sangrado ademas para el riego por muchas acequias. Conservaron los españoles por algunos dias en la izquierda del Guadalaviar unas cuantas casas, el colegio de San Pio V, y el convento de Santa Clara: levantaron en los puentes no destruidos varias obras, y derribaron para facilitar la defensa el suntuoso palacio llamado del Real. En el recinto principal y antiguo se hicieron algunas mejoras; pero se atendió con particularidad á construir un terraplen de 16 pies de alto y otro tanto de espesor, con flancos y foso, que empezaba al oeste junto al rio en frente del baluarte de Santa Catalina, y continuaba exteriormente por Cuarte, abrazando el arrabal de este nombre y los de San Vicente y Ruzafa hasta Monte Olivete, en donde se levantó un reducto. De aqui al mar se practicaron cortaduras, y se fabricaron escolleras, fortaleciendo tambien el lazareto al embocadero del rio. Por el otro extremo, via de Manises, se establecieron parapetos y otras fortificaciones de campaña no cerradas. Sin embargo de tales obras estaba Valencia léjos de haberse convertido en una plaza respetable. Figuraban mas bien aquellas la imagen de un campo atrincherado, y ese fue el objeto que se llevó al realizarlas. Y con razon advirtieron los inteligentes que para ello se habian desaprovechado muchas de las ventajas que ofrecia el terreno, porque ni se dispuso inundar debidamente los campos con las aguas de riego, ni tampoco se robustecieron varios conventos y edificios por allí esparcidos, cuya solidez se acomodaba muy mucho al establecimiento de una cadena de puntos fortificados.

Considerada de este modo la defensa, hallábase la clave de ella á una legua de Valencia en Manises, sitio en que yacen las compuertas de las acequias mayores. Tenia en dicho punto Don Nicolas Mahy su cuartel general, y en él y en San Onofre estaban las divisiones de Villacampa y Obispo, permaneciendo apostada á la izquierda, y algo detras, en Aldaya y Torrente, la caballería. Por la derecha en Cuarte se situaba la otra division del mismo general, á las órdenes de Don Juan Creagh. En el pueblo de Mislata alojábase la de Don José Zayas; y próximo á Valencia la de Lardizábal. Se mantenia en el Monte Olivete la de Miranda; componiendo la totalidad de las tropas unos 22,000 hombres. Proseguian guardando los puntos hasta el mar guerrilleros y paisanos. Recorrian la costa barcos cañoneros españoles y buques de guerra aliados.

No se descuidó Suchet por su parte en afianzar mas y mas desde el puerto del Grao hasta Paterna su linea, que podia llamarse justamente de contravalacion. Proponíase en ello no solo enfrenar los ataques del ejército de Valencia y de cualesquiera partidas que se descolgasen de lo interior, sino tambien conservar con menos gente su estancia para tener disponible mayor número de tropas, llegado el caso de obrar ofensivamente. Por lo mismo y ansioso de despe-

jar toda la orilla izquierda, pensó antes de nada en arrojar á los españoles de las casas y edificios que allí ocupaban. Costóle bastante, habiéndose defendido los nuestros con grande empeño, sobre todo en el convento de Santa Clara, que no evacuaron hasta que el enemigo, abierta brecha con sus hornillos, se preparaba al asalto. En lo demas apenas se hizo durante mes y medio otra demostracion hostil por ambas partes que fuego de artillería gruesa.

Blake llamó aun hácia el reino de Valencia mas fuerza del tercer ejército, de cuyas tropas quedaron con eso ya muy pocas en la frontera de Granada. Las que ahora se alejaron componíanse de unos 4000 hombres á las órdenes de Don Manuel Freire, quien se dirigió primero á Requena, punto amagado por Darmagnac de vuelta en Cuenca. Antes habia destacado Blake hácia aquella parte á Don José Zayas con mas de 4000 hombres, por lo mucho que importaba cubrir flanco de tal entidad. Entró el último en la mencionada villa el 28 de noviembre. A su vista se retiraron los enemigos, temerosos tambien de las tropas del tercer ejército que habian ya llegado á Hiniesta. Adelantóse en seguida Freire á Requena, é hizo allí alto. Zayas entonces restituyóse á su antigua posicion de Mislata, y la ocupó otra vez el dos de diciembre.

Fuera de eso no pensó Blake en incomodar al enemigo, ni en fomentar guerrillas por la espalda y flanco; siendo así que algunas se habian mostrado en Nules, Castellon de la Plana y Villareal. Desentendíase par lo general de cualquiera otro linage de pelea que no fuese la reglada y puramente militar; de suerte que no hubo en Valencia en favor de la defensa aquel ardor que se notó en las ocasiones pasadas. Entibiábase por el despego del gefe hácia el paisanage y su sobrada y casi exclusiva confianza en las tropas de línea.

Se desvivia en tanto Suchet por la tardanza de los refuerzos que debian llegarle, sin los cuales juzgaba imprudente arremeter á los españoles en sus atrincheramientos, y difícil encerrarlos dentro de la ciudad. Cuanto mas dias pasaban, mas crecia el desasosiego del mariscal francés, por el tiempo que se daba á Blake para fortalecerse, y huelgo á los naturales para rebullir y empezar por sí solos una guerra popular y destructiva.

Pero en medio de tan justos recelos, imposible se le hacia á Suchet acelerar el momento de la acometida. Dirigíase su plan á embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando al propio tiempo nuestro centro y derecha. La ejecucion requeria prévio y detenido exámen, mayormente cuando no se trataba de presentar batalla en descampado, modo de combatir tan ventajoso para los franceses, sino de romper por medio de atrincheramientos, acequias y vallados, en donde pudiera su tropa recibir leccion rigurosa y de consecuencias muy fatales.

Han motejado algunos á Blake por haber permanecido quieto

con el ejército en los alrededores de Valencia en lugar de ir á buscar al enemigo ó de retirarse á otros puntos. Parécenos en esta parte la acusacion injusta. Lo que mas importaba era conservar aquella ciudad de muchos recursos, de nombradía y grande influjo. Aventurar una accion exponia los muros valencianos á inminente riesgo; alejarse, los descubria. Y en tanto que se consideró á nuestro ejército bastante numeroso y fuerte, ya que no para batallar, á lo menos para defender las líneas, debieron sus soldados mantenerse en ellas, como poderoso y casi único medio de impedir la conquista. Varió el caso, cuando, aumentadas las tropas francesas, pudieron rodear á las nuestras y bloquearlas.

Acabaron aquellas de engrosarse, despues de promediar diciembre. Napoleon, que deseaba dar un golpe y ganar terreno en España para imponer respeto en el norte de Europa ya conmovido, determinó que no solo la division de Severoli, sino tambien la de Reille acudiesen á Valencia y se pusiesen bajo el mando de Suchet, la última momentáneamente; debiendo en el intermedio ser reemplazada en Navarra y frontera de Aragon con tropas de la division de Caffarelli, si bien este harto afanado en Vizcaya. Severoli y Reille trajeron consigo cerca de 14,000 hombres. Llegaron á Segorve el 24 de diciembre, y en la noche del 25 empezaron á incorporarse al ejército de Suchet, quien juntó entonces unos 34,000 combatientes, 2644 de caballería, excelentes tropas, muy aguerridas.

No se limitó Napoleon al envío de las citadas divisiones; insistió tambien en que Darmagnac, del ejército del centro, continuase en amagar por Cuenca, y mandó ademas que Marmont destacase del de Portugal una fuerte columna, que, atravesando la Mancha, cayese á Murcia.

Pasa Suchet el Guadalaviar el 26 de diciembre.

Tan reforzado ya el mariscal Suchet y sostenido, decidió poner en práctica su primer plan de atacar la posicion española por la izquierda. Verificólo en efecto el 26 de diciembre, pasando por Ribaroja el Guadalaviar. Habia preferido este punto con la mira de cruzar el rio agua arriba de Manises, de no enmarañarse por el laberinto de las acequias, y de evitar cualquiera inundacion apoderándose de las compuertas.

Durante la noche los enemigos echaron tres puentes, protegieron á los trabajadores 200 húsares, que llevando en las ancas á unos cuantos soldados de tropas ligeras vadearon el rio y ahuyentaron los puestos españoles. Por la mañana el primero que atacó en lo mas estremo de nuestra izquierda fue el general Harispe. Precedíale caballería que tropezó con la de Don Martin de la Carrera hácia Aldaya, entre la acequia de Manises y el barranco de Torrente, en medio de garroferos y olivos. Nuestros ginetes rechazaron á los contrarios, y el soldado del regimiento de Fernando VII Antonio Frondoso, hombre esforzado, hirió y dejó en el campo

por muerto al general Boussard, en cuyo derredor perecieron defendiéndole un ayudante suyo y varios húsares. Mas rehechos los enemigos arremetieron de nuevo con superiores fuerzas, y recobraron á Boussard. Vióse entonces obligado Don Martin de la Carrera á retirarse, tomando la direccion de Alcira. Casi al mismo tiempo embistió el general Musnier á Manises y San Onofre, de donde se alejó Don Nicolas Mahy, despues de corta defensa, en busca tambien del Júcar por Chirivella.

Advertido Blake del ataque salió de Valencia, y á las diez de la mañana estando á medio camino de Mislata recibió noticia de Mahy, pintándole su apuro y pidiendo instrucciones. La línea en aquella sazon estaba ya por todas partes acometida ó amenazada. Zayas en Mislata andaba á las manos con la division de Palombini. Acudió por órden de Mahy á socorrerle desde Cuarte Creagh con alguna gente; mas Zayas no necesitando de aquel auxilio, mayormente por esperar de Valencia dos batallones, le despidió, y guardó solo dos obuses, defendiendo con brio su posicion. Nuestro fuego aquí fue tan vivo y acertado que desordenó la brigada enemiga de Saint-Paul, y la arrojó contra el Guadalaviar. En vano Palombini quiso rehacerla, amenazando igual suerte á la otra suya de Balathier. Asegurada pues parecia de este lado la victoria, si no la inutilizaran el descuido y flojedad de que se adoleció en las otras partes.

Porque adelantando Harispe sobre Catarroja, y posesionado Musnier de Manises y San Onofre, vinieron algunos cuerpos enemigos sobre Cuarte, y venciendo los primeros atrincheramientos obligaron á las tropas que guarnecian el pueblo á evacuarle. Volvia Creagh entonces de su excursion á Mislata, y á pesar de sus esfuerzos y de los de Don José Perez al frente del batallon de la Corona, no se pudo contener el progreso de los franceses, teniendo al cabo los nuestros que retirarse. Se distinguieron aquí el cuerpo que acabamos de citar, el de tiradores de Cádiz, de Burgos, Princesa y Alcázar de San Juan con sus respectivos gefes. Los enemigos cada vez mas impetuosamente cargaban, pues llegando á la sazon el general Reille marchó en la direccion de Chirivella, y favoreció las operaciones de Harispe y de Musnier. Inútilmente quisieron los españoles hacer rostro en dicho pueblo, y defender la posicion cubierta con unas flechas. Los enemigos los arrollaron, y con eso salió de ahogo Palombini, viéndose Zayas obligado á desamparar su estancia.

Anhelaba Suchet envolver todo el ejército español, y acorralarle en Valencia, por lo que puso todo su conato en que la division de Harispe llegára pronto á Catarroja. Entonces viendo ya los nuestros de retirada, corrió el mariscal francés á Chirivella con riesgo de ser cogido prisionero. Habíase allí apeado y subido al campanario. Solo le acompañaban sus ayudantes con pequeña es-

colta. Y cuando atento atalayaba aquel una y otra orilla del Turia, acercóse al pueblo un batallon español, dando indicio de querer penetrar por las calles. Al instante los pocos franceses que habia se pusieron en ademan de defender á su jefe, y aparentando ser muchos, engañaron á los nuestros que pronto se alejaron.

Por su parte Don Joaquin Blake anduvo lento y escaso en tomar medidas. Los batallones que de Valencia debian reforzar á Zayas llegaron tarde, y tampoco hubo providencia notable que enmendase en algo el precipitado repliegue de Mahy, ó que contribuyese á prolongar la resistencia en Chirivella.

Mahy con parte de las tropas se retira al Júcar.

Los generales españoles al retirarse tomaron cada uno el rumbo que les permitió su respectiva situacion. Dicha fue que Suchet no lograse estrecharlos á todos en Valencia. Don Nicolas Mahy, con Creagh, Carrera, Villacampa y Obispo, se separaron del grueso del ejército, y se encaminaron á las riberas de Júcar. Blake con Zayas, Lardizábal y Miranda encerróse en los atrincheramientos exteriores de la ciudad, que se dilataban desde enfrente de Santa Catalina hasta Monte Olivete.

Blake con las otras á Valencia.

Acordonan los franceses la ciudad.

En este punto Habert, encargado de pasar por allí el rio cerca del desaguadero, lo habia conseguido dificultosamente, costándole afan y horas alejar por medio de sus baterías en el Grao los barcos cañoneros españoles, y los buques de guerra aliados. Solo á las doce del dia cruzó el Guadalaviar por un puente que echó casi á la boca. Apoderóse despues del Lazareto, y arrolló con facilidad al paisanage. Miranda situado en Monte Olivete apenas tomó parte en la pelea. Pisado que hubo el general Habert la orilla derecha, anduvo solícito en estenderse y darse la mano con las otras tropas de su nacion que habian forzado la izquierda de los españoles. Ponian en ello los franceses grande ahinco, queriendo que no se les escapase el general Blake, ya que Mahy lo habia conseguido. Por la noche completaron el acordonamiento de Valencia, y cortaron la comunicacion con el camino real de Madrid, y el que corre por el istmo entre la Albufera y el mar, desconocido antes al enemigo.

Perecieron en aquel dia de cada parte 500 á 600 hombres. Ademas cogieron los franceses algunos prisioneros y cañones. Recibieron los enemigos el principal daño en su acometida contra Zayas y Creagh, en donde perdieron 40 oficiales.

Reflexiones.

Esta jornada provocó severa crítica contra la conducta de Don Joaquin Blake: defendiéronle sus apasionados, imputando la culpa de la desgracia á Don Nicolas Mahy. Ambos generales tuvieron en ella parte; pero mayor fue la del primero. Faltó el último en no haber sostenido con mas empeño su posicion, y en haber algun tanto desguarnecido á Cuarte, queriendo sin necesidad auxiliar á Zayas. Pecó y mucho Don Joaquin Blake

en no poner mejores tropas en su izquierda, punto el mas flaco, y sobre todo en no haber construido allí obras cerradas que no pudieran ser embestidas de revés por el enemigo, para lo cual tuvo sobrado tiempo en los dos meses que el ejército casi permaneció inactivo. Consistió este descuido en no pensar Blake sino en el frente, imaginándose que los franceses le atacarian solo de aquel lado. Error grave, y apenas creible, si no se mostrára á las claras por el género de obras que construyó abiertas todas.

Tambien vituperaron en Mahy sus censores que se hubiese retirado hácia el Júcar, y no recogídose en Valencia. Difícil era conseguir lo postrero interpuesto el enemigo entre Mislata y Cuarte, y derramado hasta Catarroja. Mas aunque así no fuese, ¿que suerte hubiera cabido á aquellas tropas metidas una vez en la ciudad? La misma que cupo á las de Blake en verdad harto lastimosa.

Este general, tan poco diligente y atinado el 26, mostróse despues (menester se hace el confesarlo) aun mas desatentado y flojo. Acordonada la ciudad no le quedaba ya mas arbitrio para salir con honra y airoso sino salvar á todo trance su ejército, ó convertir á Valencia en otra Zaragoza. Veamos si empleó convenientes medios para alcanzar uno ú otro de ambos extremos.

Hubiérale sido todavia el 26 muy asequible libertar á su ejército y sacarle de Valencia. Primero á la hora de mediodia, antes que Habert comunicase con Harispe, dirigiéndose al istmo entre la Albufera y el mar: despues por la noche, no preparado bastantemente el enemigo para detener una súbita irrupcion y salida de nuestras tropas. Así opinaron los generales que juntó Blake, quien no obstante decidió lo contrario, fundado en que siendo preciso distribuir de antemano víveres haciase imposible verificarlo en tan breve espacio. Dejóse pues la partida para el dia siguiente. Renovó entonces Blake al anochecer el consejo de guerra, cuyos individuos insistieron en el dictámen dado la víspera de poner al ejército cuanto antes en salvo. Mas ocurrióle al general en gefe otra dificultad. La artillería de batalla permanecia en los atrincheramientos, y removerla á deshora, como era indispensable para ejecutar de noche la salida, parecíale imprudente y motivo de espanto al pueblo. Así difirióse la operacion por segunda vez. En vista de lo cual, ¿á quien no admirará tal negligencia despues de dos meses que hubo para precaver todos los casos? ¿á quién no tanta lentitud é incertidumbre delante de un enemigo tan activo como el francés?

Vana tentativa de Blake el 28 para salvar su ejército.

Por último fijóse la noche del 28 al 29 para efectuar la salida. Encargóse antes á Don Cárlos Odonnell el cuidado de la plaza, asistido de pocas tropas, con órden de capitular á su debido tiempo, consultando los intereses del vecindario. El resto del ejército, bajo Don Joaquin Blake, debia dirigirse por la puerta de San José y puente inmediato, y salvarse, penetrando por las líneas enemigas via de Bur-

jasot, punto menos guarnecido de franceses, y terreno ya á las cuatro leguas quebrado. Era el órden de la marcha el siguiente. A la cabeza la division de Don José de Lardizábal, formando en ella vanguardia con un corto trozo el coronel Michelena: luego Don Joaquin Blake, la gente de Zayas, bagages y varias familias, detras Don José Miranda y su tropa.

Brlosa conducta del coronel Michelena.

Abrió pues Michelena la marcha, y pasó entre Tendetes y Campanar: imitóle Lardizábal, no encontrando al principio ningun estorbo. El enemigo se mantenia tranquilo, si bien algo cuidadoso por haber los nuestros explorado en la tarde aquel sitio. Yendo adelante cruzaron ambos gefes una acequia que habia primero, y llegaron á la de Mestalla, en donde les escasearon tablones que facilitasen el paso. Diligente Michelena no por eso se arredró, y descubriendo un molino ó casa con comunicacion que daba á entrambas orillas trató de atravesar por alli. Tenian los enemigos apostado cerca un piquete, y preguntando «¿quién vive?» respondieron los españoles en lengua francesa: «húsares del 4º regimiento;» y prosiguieron su camino con brio. Por desgracia solo Michelena y su corta vanguardia tuvieron tan laudable y valerosa resolucion. Lardizábal titubeó, y parándose detuvo el movimiento de lo restante del ejército. Hallábase todavia Blake en el puente inmediato á la puerta de San José, y no tomó partido alguno, aunque vió el entorpecimiento que experimentaban sus columnas. Impaciente Zayas propúsole continuar y dirigirse, tomando rio arriba, al pueblo de Campanar distante menos de media legua. Nada determinó el general en jefe.

Entre tanto Michelena caminando sin interrupcion tropezó cerca de Beniferri con una patrulla enemiga, y para que esta no diese aviso á los suyos se la llevó consigo prisionera. Al atravesar los nuestros la mencionada poblacion acaeció que algunos soldados de la artillería italiana que estaban en las calles, notando lo silencioso y apresurado del caminar de aquella tropa, tuvieron sospecha de que eran españoles, y encerrándose dentro de las casas empezaron á hacer fuego desde las ventanas, poniendo asi en arma el campo francés. No impidió eso á Michelena proseguir su ruta, con la dicha de llegar salvo por la mañana á Liria.

Mas Blake fijo en el puente é irresoluto, sin escuchar en su atamiento consejo alguno, despues de permanecer inmoble por un rato, temiendo al fin un ataque del enemigo por las demas partes, ordenó la retirada á la ciudad, y que cada uno volviese á ocupar su anterior y respectivo puesto: término infeliz del intentado movimiento. Erró Blake en haberle emprendido por solo un parage, exponiendo asi todo el ejército á una misma y precaria suerte. Merece tambien poca disculpa no haberse provisto de las herramientas y útiles necesarios para el paso de las acequias, y no haber en el aprieto tomado una atrevida y pronta determinacion. Tam-

poco Lardizábal correspondió aquella noche á su fama de hombre intrépido y arrestado. Al reves el coronel Michelena que se portó *con inteligencia y esforzadamente.*

Malograda la salida redoblaron los franceses su cuidado, y crecieron mas y mas los obstáculos para los españoles. Con todo pensaba Blake en repetir la tentativa dos ó tres dias despues, como si fuera ya entonces fácil burlar la vigilancia de los enemigos, y romper por medio de sus líneas. Detuviéronle, segun dijo, señales tumultuarias del pueblo de Valencia, que aquel general calificó de inconsideradas, y no asi nosotros. Porque si bien somos opuestos á tal linage de intervencion en los asuntos públicos, graduándole de medio solo oportuno de favorecer las maquinaciones de los malévolos, nos parece que en el caso actual la paciencia de aquella ciudad habia excedido los límites del sufrimiento mas resignado. Durante dos meses dejaron sus habitadores á Don Joaquin Blake en entera libertad de obrar. Facilitáronle cuanto deseaba, no le ofrecieron resistencia alguna, ni siquiera levantaron un quejido. Y ¿qué resultó? Ya lo hemos visto. Y ¿será dado callar á los vecinos cuando se trata de la vida, de la hacienda, y de que no despeñe en su perdicion la ciudad en que nacieron? No, mayor silencio tachárase de servidumbre humilde.

Desasosiego en Valencia, y reflexiones.

Pero lo que aun es mas, el mismo Don Joaquin Blake fue quien dió impulso á los primeros mormullos del paisanage. Empezaron estos el 29. Antes el 28 habia aquel general comunicado al ayuntamiento y á la comision de partido su resolucion de salir por la noche con el ejército, y previnídoles al mismo tiempo haber dispuesto que el gobernador Don Cárlos Odonnel convocase una junta extraordinaria compuesta de las principales clases y autoridades, la cual atenderia en circunstancias tan críticas á todo cuanto juzgase útil respecto de los intereses del vecindario. Los preparativos para este llamamiento y las reuniones que provocó despertaron la atencion de los ciudadanos, y descubrieron el disgusto comun, que se aumentó con la tentativa de evasion del mismo dia 28 y su mal éxito. Congregóse la nueva junta en la noche del 30 al 31, no advirtiéndose sin embargo hasta entonces otra cosa que fermentacion y suma desconfianza. Mas luego de instalada aquella corporacion se encrespó la furia popular, y menester fue nombrar comisionados que pasasen á examinar el estado de la línea. Entre ellos habia individuos de diversas clases, y algunos frailes.

Convocacion de una junta.

Reuniones tumultuarias.

Prendiéronlos á todos al salir por la puerta de Cuarte, y los enviaron á Blake que se hallaba en el arrabal de Ruzafa. Era la una de la madrugada, y desazonóle mucho al general en jefe el aparecimiento de los tales comisionados, por lo que no solo no consintió en que fuesen á visitar la línea; sino que guardando en rehenes á algunos de ellos, despachó á los otros con escolta á Zayas para que

este les hiciese desfogar los ímpetus del patriotismo en las baterías. Igualmente ordenó á la junta disolverse, no permitiendo hubiese mas autoridad popular que la comision de partido aumentada con cuatro ó cinco individuos, para facilitar el despacho de los negocios. De este modo quebró su enojo Blake, deshaciendo lo mismo que antes habia decidido, y mostrándose severo y resuelto en ocasiones en que quizá no era muy necesario.

Las contiene Blake y disuelve la junta.

Obedecieron todos las determinaciones del general, y se notó á las claras cuán dueño era de llevar á cabo cualquiera plan sin que pudiesen los vecinos ponerle impedimento alguno, manteniéndose siempre el ejército obediente y subordinado. No obstante ya hemos visto como alegó Blake, para no intentar nueva salida, el desasosiego del pueblo, añadiendo despues que no queria con su ausencia dar ocasion á desórdenes y contratiempos. Razon singular, si no le asistia otra, para comprometer la suerte de un ejército entero.

Aprovechaban semejantes disturbios y desaciertos al mariscal Suchet, quien, estrechando el sitio, reforzó mas la orilla izquierda del Guadalaviar, construyó reductos, fortificó conventos, y rodeó á Valencia de manera que se inutilizasen cuantas tentativas por escaparse hiciesen los nuestros. Comenzó tambien el ataque contra la ciudad, dirigiendo el principal por la derecha del rio y arrabal de San Vicente, y otro por Monte Olivete. En ambos frentes abrieron los ingenieros enemigos en la noche del 1° al 2 de enero las primeras paralelas á 60 y 80 toesas de distancia. Experimentaron alguna pérdida, contando entre los muertos al coronel Henri oficial inteligente y bizarro. Sus artilleros plantaron breve siete baterias, y empezaron á batir nuestras obras.

Adelanta Suchet los trabajos de sitio.

Viendo entonces Don Joaquin Blake la dificultad de sostener la línea exterior desde Monteolivete hasta Santa Catalina, metióse dentro de la ciudad con todo el ejército en la noche del 4 al 5: solo dejó fuera las tropas que guarnecian el arrabal del Remedio y las cabezas de puente. Tambien conservó un camino cubierto tirado desde la puerta del Mar hasta el baluarte de Ruzafa. Retiró la artillería de batalla y la gruesa de bronce: mandó clavar la que habia de hierro.

Se retira Blake al recinto interior de la ciudad.

No advirtieron los enemigos la retirada de Blake hasta por la mañana. Creyeron al principio que era un ardid, mas cerciorados luego de que no, ocuparon el recinto abandonado, y empezaron el 5 el bombardeo entre una y dos de la tarde desde tres reductos levantados á la izquierda del rio. Mil bombas y granadas cayeron en el espacio de 24 horas.

Empieza el 5 de enero el bombardeo.

Considérese el estrago, mayor cuanto no se habia tomado medida alguna para disminuirle, ni blindages, ni almacenes á prueba de bomba; la pólvora esparcida y al desabrigo; el ejército allí amontonado, y la poblacion aumentada

Pocas precauciones tomadas.

con la mucha gente que de la huerta habia acudido; las calles ademas angostas, altas las casas y endebles, pocos los sótanos. No cesó despues el bombardeo: en los dias 7 y 8 fueron los destrozos muy grandes. Depósito aquella ciu- Destrozos.
de muchas preciosidades y rica sobre todo en letras y bellas artes, pereció la biblioteca arzobispal y la de la universidad, y con esta manuscritos de gran estima recogidos por el docto Don Francisco Perez Bayer, su principal fundador. Así en un instante arrasa la guerra y convierte en polvo lo que ha producido en siglos el ingenio, el talento, ó la asidua laboriosidad.

Consoláranse á lo menos hasta cierto punto de tamaña ruina el político, el guerrero y aun el literato, con tal que en cambio se hubiesen podido sacar de la defensa ejemplos vivos que instruyesen á la mocedad y realzasen las glorias de la nacion. Mas Blake si habia andado perdido en las operaciones meramente militares, no era de esperar se mostrase mas bien encaminado en las luchas populares, en las de calles y casas, á semejanza de la inmortal Zaragoza. Iba con su anterior carrera la primera clase de peleas, oponíase la segunda. Para esta ademas necesitase fuego y ardiente inspiracion que solo da naturaleza, y no suplen el saber adquirido ni el mas acendrado honor. Tibieza de Blake para animar á los habitantes.

En nada habia Don Joaquin Blake levantado el ánimo de los habitantes, habíale mas bien amortiguado. En nada tampoco habia dado indicio de querer defender lo interior de la ciudad, pues no solo, segun poco ha hemos visto, escaseaban abrigos contra la caida y explosion de los proyectiles, sino que tampoco se habian cortado las calles ni atronerado las casas, ni adoptado ninguno de los muchos medios que el arte y la práctica enseñan en tales casos.

No obstante Don Joaquin Blake desechó el 6 la propuesta que de rendirse le hizo el mariscal Suchet. Entre tanto el estrago y lástimas crecian, y se presentaron al general en jefe dos diputaciones, una de la comision de partido, y otra á nombre del pueblo, para que capitulase. Respetó Blake á estos emisarios. No así á otros que de tropel acudieron á su casa, pidiendo que continuase la defensa. De ellos retuvo el general presos á algunos que subieron á su habitacion, y capitaneaban la multitud. El disenso por tanto era grande: tuvo Blake que llamar tropa para apaciguar á los alborotados y dispersarlos. Con esto acabó toda oposicion y pudo el general disponer á su arbitrio de la suerte de Valencia. Desecha Blake la propuesta de rendirse. Division en el modo de sentir de los habitantes.

Era cada vez mas crítica la situacion de la plaza. Los enemigos al favor de las cercas y las casas construian sus baterías muy inmediatas. Habianse establecido en los ar- Estado crítico de la plaza.

rables de Ruzafa, San Vicente y Cuarte; la toma de este y la del convento de Santa Ursula costóles sangre. En ciertos parages distaban los sitiadores de 15 á 20 varas del muro, cuyo espesor era de solos 10 pies con endeble parapeto y almenas, el foso angosto, la artillería colocada sobre tablados sostenidos por fuertes pies derechos. Sin embargo Zayas prosiguió defendiendo con vigor la puerta de San Vicente, siendo aquel general el único que hacia aquella entrada preparó para la resistencia interior las calles vecinas. Inutilizó tambien una mina de los enemigos, quienes entonces dirigieron sus trabajos contra una convexidad mas desamparada que forma la muralla entre la puerta de Cuarte y la mencionada de San Vicente.

Cinco baterías nuevas habian los sitiadores construido y armado sin que los nuestros pudiesen contraponer cosa de importancia á tantos fuegos. Amenazaban ya estos abrir brecha, cuando en la tarde del 8 envió Blake al campo enemigo oficiales que prometiesen de su parte capitular bajo la condicion de que se le dejaria evacuar la ciudad con todo su ejército, armas y bagajes, y retirarse á Alicante y Cartagena. Desechó Suchet la propuesta, y en su lugar fijó los artículos de una capitulacion pura y sencilla, con el aditamento de canjear 2000 hombres por otros tantos de los prisioneros que hubiese en la isla de la Cabrera, ú otras partes.

Disienten los jefes acerca de tratar con el enemigo.

Reunió entonces Blake un consejo de guerra á que asistieron 12 gefes. Los pareceres fueron discordes, queriendo unos aceptar las proposiciones de Suchet, y otros no. En realidad era ya infructuosa toda resistencia, fuese militar, fuese de pueblo; la una no la consentia la naturaleza de la plaza, no estaba preparada la otra.

Capitula Blake el 9.

Decidióse Don Joaquin Blake á admitir la capitulacion. Por ella debian los enemigos respetar la religion y proteger las propiedades y á los habitantes, no permitir pesquisa alguna en cuanto á lo pasado, y conceder tres meses de término á los que quisiesen abandonar la ciudad con sus bienes y familia. Otorgábase al ejército salir con los honores de la guerra por la puerta de Serranos, conservando los oficiales las espadas, caballos y equipages, y los soldados las mochilas. Tambien se convino en el canje propuesto.

Firmóse la capitulacion en 9 de enero, en cuyo dia ocuparon los enemigos la puerta del Mar y la ciudadela. Al siguiente salieron para Francia los españoles prisioneros junto con D. Joaquin Blake. El número de ellos inclusos los 2000 destinados para el canje que fueron camino de Alcira, le hacen subir los franceses á 18,219 hombres: cuenta que nos parece exagerada si no se comprenden en la suma paisanos armados. De gente reglada pueden en verdad computarse unos 16,000. No se verificó el canje ajustado, por no haber consentido en él la regencia del reino.

Entra Suchet en Valencia.

Hasta el 14 no hizo su entrada en Valencia el mariscal Suchet. Hízola con gran pompa y acompañado de la mayor parte de sus tropas por la puerta de San José, al mismo tiempo que con el resto de ellas penetró por la de San Vicente el general Reille. Quedó nombrado gobernador el general Robert.

Blake.

Concluida que fue la capitulacion ansió por alejarse de Valencia Don Joaquin Blake. Obraba en ello con prudente mesura. El estado á que se hallaba reducido aparecia harto deplorable para que no quisiera apartarse cuanto antes del teatro infausto en donde acababan de tener fatal desenlace sus casi continuas y lastimosas desventuras. Hombre recto é ilustrado, propio para dirigir en tiempos tranquilos las tareas de un estado mayor, carecia Blake de las prendas que componen la esencia del verdadero general en gefe, las cuales, como decia Napoleon á ciertos oficiales rusos, no se adquieren con la mera lectura de autores militares. Aferrado Blake en su opinion no sacaba fruto ni de las lecciones que le suministraba su propia y larga experiencia. Los muchos desastres que empañaron el brillo de su carrera descubren tambien lo siniestra que le fue siempre la fortuna. Grave perjuicio en un general por la desconfianza que en los otros y en sí mismo infunde, y que ha dado ocasion á que escritores de peso y Ciceron * entre ellos señalen como una de las calidades principales de un gran capitan la de la felicidad.

(*Ap. n. 4.)

Parte que da.

Luego que llegó á Francia Don Joaquin Blake, le encerraron en Vincennes cerca de Paris, lo mismo que habian hecho con Palafox y otros españoles distinguidos. ¡Injusto y bárbaro procedimiento! Allí hubiera aquel general finado quizá sus dias sin los sucesos de 1814. Antevia lo que le aguardaba, cuando, dando parte á la regencia del reino de la capitulacion de Valencia, decia: « Por lo que á mí toca... miro como determinada la « suerte de toda mi vida, y asi en el momento de mi expatriacion, « que es un equivalente á la muerte, ruego encarecidamente á « vuestra alteza, que si mis servicios pueden haber sido gratos á « la patria, y no hubiesen desmerecido hasta ahora, se digne to- « mar bajo su proteccion á mi dilatada familia. » Palabras muy sentidas que aun entonces produjeron favorable efecto, viniendo de un varon que, en medio de sus errores é infortunios, habia constantemente seguido la buena causa, que dejaba pobre y como en desamparo á su tierna y numerosa prole, y que resplandecia en muchas y privadas virtudes.

Recompensas de Napoleon á Suchet y á su ejército.

Si por nuestro lado con la caida de Valencia abundaron solo las lágrimas, se manifestaron por el de los franceses sumas las alegrías, y se derramaron con largueza gracias y distinciones. Nombró Napoleon por decreto de 24 de enero al mariscal Suchet duque de la Albufera, concediéndole en propiedad y perpetuamente la laguna de aquel

nombre con la caza, pesca y dependencias, en premio de los recientes servicios y para dotacion de la nueva dignidad. Cuantioso don y de los mas fructíferos que se pueden otorgar en España. Por decreto tambien de la misma fecha queriendo Napoleon recompensar igualmente á los generales, oficiales y soldados del ejército de Aragon, mandó que se reuniesen *á su dominio extraordinario de España* (son sus expresiones) bienes de los situados en la provincia de Valencia, por el valor de 200 millones de francos, no consultando primero si para ello eran bastantes los llamados nacionales que allí pudiera haber, ni especificando en el caso contrario de dónde debiera suplirse lo que faltase. De este modo se despojaba tambien á José sin consideracion alguna de los derechos que le competian como á soberano, y se privaba á los interesados en la deuda pública, que aquel habia reconocido ó contratado, de una de las mas pingües hipotecas. Napoleon sucesivamente con la prosperidad desarrebozaba sus intentos respecto de España y descubria del todo la determinacion en que estaba de arrancar á José hasta la sombra de autoridad que este conservaba todavia.

Providencias nuevas de Suchet.

Al dia siguiente de la rendicion de Valencia fueron desarmados los vecinos y muchos conducidos á Francia, so pretexto de que eran provocadores de motin. Lo mismo, por órden especial despachada de Paris, todos los frailes que pudieron haberse, que ascendieron á 1500. Hubo mas: á cinco de ellos, los padres Rubet, Lledó, Pichó, Igual y Jérica arcabuceáronlos junto á Murviedro, á otros dos en Castellon de la Plana. Igual suerte cupo desde Segorbe á Teruel á 200 prisioneros que se rezagaban de cansados. Así se cumplia la capitulacion pactada.

Frailes llevados á Francia y arcabuceados.

Figurábanse ahora los franceses, como ya en un principio, ser los frailes los fraguadores del levantamiento y de la resistencia nacional, y de consiguiente se ensañaban en sus personas. Juicio, segun hemos advertido otras veces, hasta cierto punto errado. Hubo religiosos que en efecto tomaron parte honrosa en la causa de la patria commun, pero no todos ni exclusivamente. Y en Valencia pensó el mayor número, mas que en la defensa, en sus particulares intereses, en vender ajuar y alhajas y en repartirse el peculio, porte que excitó descontento y murmuracion. El clero secular acogió bien á los invasores á imitacion del prelado de la diócesi, el arzobispo Company, Franciscano escondido en Gandía durante el sitio, y que tornó á Valencia despues de conquistada la ciudad, esmerándose en obsequios y lisonjas hácia Napoleon y sus huestes.

Conducta del clero y del arzobispo.

De los valencianos.

Verdad sea que hasta de la poblacion recibió Suchet mayores pruebas de aficion que en otras partes. Las causas, las mismas que las que indicamos al tiempo de ser ocupada la Andalucía, ó á lo menos muy parecidas á las de entonces. Con-

tribuyó tambien mucho á semejante disposicion de los ánimos el inconcebible proceder de Blake, y su tibieza con los moradores. No obstante eso y de procurar Suchet, conforme veremos mas adelante, introducir en la administracion mejor arreglo que otros generales compatriotas suyos, no tardaron largo tiempo en levantarse por aquel reino varias partidas.

Avanza Montbrun á Alicante.

Mientras ocurrian en Valencia los sucesos que acabamos de referir, adelantábase por la Mancha el auxilio que enviaba á Suchet el mariscal Marmont, desde las riberas del Tajo, en Extremadura. Consistia la fuerza en tres divisiones, dos de infantes y una de caballos, bajo las órdenes de general Montbrun. Llegó este el 9 de enero á Almansa, y aunque con fecha del 11 recibió indicacion de Suchet para que se volviera, pues tomada Valencia excusado era el socorro, prosiguió sin embargo su marcha y se adelantó á Alicante, cuya plaza pensó ganar por sorpresa aprovechándose del decaimiento que habia causado la pérdida de la capital de la provincia. No era la empresa tan fácil como se imaginaba.

Posicion del general Mahy.

Don Nicolas Mahy y las tropas que con él se retiraron despues del 26 de diciembre á las riberas del Júcar, habian abandonado estas harto de priesa, y evacuando apenas sin oposicion el punto importante de Alcira, habianse venido á Alcoy, y pasado en seguida, unas á Alicante, otras á Elche. Tambien Don Manuel Freire se habia alejado de Requena y acercádose á los mismos puntos.

Se aleja Montbrun.

Aunque poco gloriosos los mas de estos movimientos, resultó no obstante de ellos que se agolpasen hácia Alicante tropas bastantes para desbaratar los proyectos de los enemigos contra dicha plaza. Se presentó delante de ella el general Montbrun, y habiendo intimado en vano la rendicion y arrojado dentro algunas granadas, se retiró de alli muy pronto. Su presencia, si bien efímera, dejó en la comarca mal rastro. Porque despues de haber desalojado de Elche y pueblos cercanos las tropas españolas, impuso de contribucion á los habitantes sumas enormes, y causóles extorsiones graves.

Suchet.

Esto y otras atenciones impidieron á Suchet emprender cosa alguna contra Alicante y Cartagena, cuyos boquetes, fomento de guerra, habia pensado cerrar el mariscal francés apoderándose en breve de aquellos muros. La malograda tentativa de Montbrun, sirviendo de despertador para una defensa mas cumplida, frustraba todo rebate.

Toma á Denia.

Tuvo por tanto Suchet que limitar sus deseos, y contentarse con situar mas allá del Júcar al general Harispe y la brigada de Delort, poniendo por la izquierda de estos en Gandía al general Habert. Tambien se enseñoreó de Denia puerto de mar, plaza en el nombre, con un castillo en lo alto. La

abandonó sin hacer resistencia su gobernador Don Estevan Echenique. Tuvo de ello culpa en parte Don Nicolas Mahy que primero envió 200 hombres de socorro y luego los retiró. Sin embargo ya que se hubiese evacuado la ciudad, convenido hubiera sacar, como no se hizo, varios efectos é inutilizar la artillería.

Situacion del segundo y tercer ejército.

Despues de tamañas desgracias las tropas que restaban del 2º ejército, y se habian retirado con las del 3º mandadas por Don Nicolás Mahy, y las que de este mismo se habian antes adelantado con Don Manuel Freire hácia Requena, ó quedádose en la frontera de Granada, continuaron alojadas ya en Alicante y sus alrededores, y ya en Cartagena y pueblos del reino de Murcia. El número de ellas, incluyendo las guarniciones de las citadas últimas dos plazas, al pié de 18,000 hombres. Tomó luego el mando interino de todas Don José Odonnell gefe del estado mayor del tercer ejército. Las del general Villacampa, que entraban en cuenta, se alejaron al fenecer enero y no tardaron mucho en regolfar á Aragon, principal sitio de sus proezas.

No solo se vieron acosadas todas estas fuerzas por las de Suchet y por las del general Montbrun, sino tambien por parte de las del ejército francés del mediodia que acudieron al cebo de los despojos.

El general Soult en Murcia.

Llegaron las postreras á la vista de la ciudad de Murcia el 25 de enero, y el 26 entró en ella con 600 caballos el general Soult, hermano del mariscal. La víspera le habia precedido un destacamento, y unos y otros impusieron al vecindario muy pesadas contribuciones, imposibles de realizar. A estos gravámenes quiso el general francés añadir otro nuevo con sus festines, y mandó se le preparase para aquel dia en el palacio episcopal, donde se albergaba, un espléndido y regalado banquete. Gustaba ya deliciosos manjares, cuando vino á interrumpirle en su ocupacion sensual una voz que decia: « Las tropas « españolas han entrado, los enemigos son perdidos. »

Le ataca Don Martin de la Carrera.

En efecto Don Martin de la Carrera, que se apostaba no léjos con gran parte de la caballería del segundo y tercer ejército, despues de reunir un trozo de ella en Espinardo á media legua de la ciudad, acababa de penetrar por la puerta de Castilla á la cabeza de 100 ginetes. Tenian otros la órden de acometer al mismo tiempo por los demas puntos. Era el intento de Carrera sorprender á los enemigos que á la verdad no le aguardaban, cogerlos ó aventarlos, y libertar á la ciudad de huéspedes en tal manera molestos.

Sobresaltado el general Soult levantóse de la mesa, y con la precipitacion tropezó y bajó la escalera casi rodando. Aunque mal parado, montó sin embargo á caballo: le siguieron todos los suyos. No asi por desgracia á Carrera los de su bando, quienes, excepto los que el mismo capitaneaba, ó no entraron en la ciudad ó retrocedieron luego por equivocacion ó desmayo. Tuvo de consiguiente

el Don Martin que hacer cara solo con sus cien hombres á las fuerzas del enemigo tan superiores. No por eso se abatió, y antes de ser estrechado paseó calles y plazas acuchillando y matando á cuantos contrarios topaba. Duró tiempo la lid. Costó el terminarla sangre al francés; mas á lo último cogidos, muertos ó destruidos los soldados de Carrera, quedó este solo y rodeado por seis de los enemigos en la plaza nueva. Defendióse gran trecho, mató á dos, y si bien herido de un pistoletazo y de varios sablazos, sostúvose aun, no quiso rendirse, y peleó hasta que exánime y desangrado cayó tendido en la calle de San Nicolas donde espiró. Ejemplo de hombres valerosos era Carrera, mozo y membrudo, de estatura elevada, noble en el rostro, de arrogante y gentil apostura.

Muerte gloriosa de este.

Antes de finalizarse el combate ya habian los enemigos entregado al saco la ciudad de Murcia. Robáronlo todo, y cometieron los mayores excesos, particularmente en el barrio del Cármen. Despojaban en la calle á las mismas mugeres de sus propias vestiduras, y no perdonaron ni aun el ochavo que en el mugriento bolso escondia el mendigo. Cargados de botin y temerosos de que tornasen los nuestros, se retiraron por la noche, y en Alcantarilla y en casi todo el camino hasta Lorca repitieron iguales ó mayores demasías.

Como quiera que lacerados de dolor, tributaron los murcianos al dia siguiente honores fúnebres al cadáver del inmortal Don Martin de la Carrera, y le sepultaron con la pompa que les permitia su triste azar. Un mes despues celebró tambien en memoria del difunto solemnes exequias el general en gefe Don José Odonnell, y dióse el nombre de la Carrera á la calle de San Nicolas, en la cual terminó aquel caudillo sus dias, peleando como bueno. La junta provincial determinó igualmente erigirle un cenotafio en el sitio mismo de su fallecimento.

Honores que se le tributan.

A los muchos desastres que de tropel sucedieron en esta parte de España agregóse otro mancillado de afrenta. Dueño de Valencia el mariscal Suchet, y enviadas á la derecha del Júcar las fuerzas que hemos arriba expresado, púsose asimismo en relacion, ocupando á Buñol, con el ejército francés del centro, destacó á Cataluña la division de Musnier necesaria allí por lo que ocurria; y destinó al general Severoli con los italianos á formalizar el sitio de Peñiscola.

Se eleva esta poblacion sobre una empinada roca, mar adentro á 120 toesas de la orilla con la cual no comunica sino por medio de una lengua de tierra bastante angosta. Escarpados y buenas obras rodean la plaza por todas partes, dominala interiormente un castillo, y se asemeja en compendio por su natural fortaleza á Gibraltar. Fue largo tiempo mansion de aquel papa Luna de condicion tan obstinada, cuyo nombre lleva todavía

Sitio de Peñiscola.

una torre en donde parece moraba. Cubren al istmo en los temporales las oleadas, y estaba ahora reforzado el frente con baterías de varios pisos. Mas allá y paralelo á unas montañas vecinas se extiende un marjal perenne, cuya inundacion se habia aumentado artificialmente, é interrumpido con cortaduras la calzada que le atraviesa y conduce á la citada lengua de tierra, único punto accesible para los franceses, no señores de la mar. Tenia la plaza mil hombres de guarnicion y estaba abundantemente provista. Cruzaban por aquellas aguas barcos cañoneros y buques de guerra nuestros y aliados. Era gobernador Don Pedro García Navarro.

Acercóse el general Severoli el 20 de enero á Peñíscola, y envió un parlamentario con proposiciones que fueron desechadas. De resultas empezaron los enemigos á preparar el sitio y se colocaron en las colinas y playas inmediatas. El 28 arrojaron bombas desde una batería de morteros distante 600 toesas. En la noche del 31 al 1° de febrero formaron la línea paralela de faginas y gabiones que se prolongaba por detras de la inundacion, y torcia á su extremo meridional para continuar lo largo de la costa. En el opuesto construyeron baterías en las alturas. Las dificultades que tenian los sitiadores que vencer antes de aproximarse al cuerpo de la plaza parecian insuperables. No obstante prosiguieron los trabajos.

La toman los franceses.

En el intermedio aconteció que viniese a parar á manos de los franceses un pliego que el gobernador García Navarro escribia al general español de Alicante: quejábase en su contenido del porte de los ingleses, y hablaba como si intentasen estos apoderarse de Peñíscola; añadiendo que preferiria en tal caso someterse á los enemigos. Barruntos tenia Suchet de la propension de ánimo del García Navarro, si ya no ocultas relaciones; y en vista ahora del expresado pliego se apresuró á establecer con él negociacion directa, para lo cual despachó al oficial de estado mayor Mr. Prunel. García Navarro inmediatamente se rindió á partido, y se rindió bajo la sola condicion de que se permitiera á los suyos retirarse libremente adonde quisieren. En consecuencia se posesionaron los franceses de Peñíscola el 4 de febrero. Escandalosa entrega; pero aun mas escandalosos y sin ejemplo los términos siguientes con que encabezó la capitulacion *. « El go-
(* Ap. n. 5.) « bernador y la junta militar... convencidos de que « los verdaderos españoles son los que unidos al rey Don José Na- « poleon procuran hacer menos desgraciada su patria. » Basta.

Conducta infame del gobernador García Navarro.

¡Qué gobernador! ¡Qué junta militar! No paró aquí la desbocada conducta del primero. Entró despues á servir al intruso, y recibió en premio honores y condecoraciones, escribiendo antes al mariscal Suchet
(* Ap. n. 6.) entre otras cosas *: « V. E. debe estar bien seguro « de mí: la entrega de una plaza fuerte que tiene víveres y todo « lo necesario para una larga defensa... es un garante de mis

« promesas... » Memorial con relacion de méritos sacados de la propia infamia.

Tal baldon, tales infortunios compensáronlos en parte dos acontecimientos felices y honrosos que ocurrieron casi por el mismo tiempo.

Serrania de Ronda y Tarifa.

Fue el uno la defensa de Tarifa. Dióse cuenta en su lugar de los refuerzos anglo-españoles que habian en octubre entrado en aquella plaza, como tambien de los movimientos concomitantes que hasta 1° de noviembre ejecutó en la serrania de Ronda Don Francisco Ballesteros. El glorioso avance que hizo dicho general sobre Bornos en 5 de aquel mes, y otro que en su apoyo verificaron á la propia sazon, la vuelta de Veger, el general Copons y el coronel ingles Skerret, pararon ahincadamente la consideracion del mariscal Soult. Pero no hallándose este con suficientes fuerzas á causa de las que le ocupaban las inmediatas atenciones, y de tropas que habia enviado á Extremadura por lo de Arroyomolinos, creyó necesario echar mano en parte de las de Granada para contener á Ballesteros y embestir á Tarifa. Asi ordenó que Leval se acercase á la serrania de Ronda con 6800 combatientes infantes y caballos, y que se le juntase en ella el general Barrois con 4200, debiendo tambien dirigirse un trozo de 3000 hombres de los que sitiaban á Cadiz sobre Facinas y otros puntos inmediatos. Tal avenida de fuerzas obligó á Ballesteros á refugiarse otra vez bajo el cañon de Gibraltar, dejando no obstante en las montañas una vanguardia á las órdenes de Don Antonio Solá, quien, asistido ademas de los serranos, tenia encargo de cortar al enemigo la comunicacion é interceptarle las subsistencias. Cumplió debidamente este gefe con lo que le habian encomendado, y estrechando de cerca el 6 de diciembre á los franceses de Estepona, los obligó á huir y les cogió mochilas y equipages. Tambien Copons y Skerret evolucionaron para distraer al enemigo por la parte de Algeciras; mas sabedores de que Tarifa era amenazada, tornaron de priesa á cubrir sus muros.

Movimientos de Ballesteros.

Sitian los franceses á Tarifa.

El deseo de enseñorearse de ellos, y la escasez de vituallas que las correrías de Solá y del paisanage causaban en el campo francés, decidieron á Leval á abandonar á San Roque y aproximarse cuanto antes á la citada plaza de Tarifa. Se halla esta colocada en la punta mas meridional de España y en lo mas angosto del estrecho: tiene de poblacion dos mil y cien vecinos, y le dió renombre la defensa que contra moros hizo Don Alonso Perez de Guzman, llamado el Bueno, por hazaña tan ilustre, sin par en sus circunstancias. No guarnecian a Tarifa sino un antiguo y frágil castillo, y débil muralla de poco espesor, con torreones cuadrados y foso: los reparos nuevos, no muchos, y poco robustos. A corta distancia y al sudoeste plántase una isla circular y peñascosa, de media hora de bojeo, que se denomina como la ciu-

dad. Antes separaba á dicha isla del continente un canal de corriente rápida, á manera de pequeño Euripo, que se acabó de cerrar en 1808 por el zelo y personales sacrificios del intendente Don Antonio Gonzalez Salmon, quien formó allí un fondeadero acomodado. Habianla actualmente fortalecido y artillado con 12 cañones: punto de retirada conveniente y que infundia aliento. Fueron habilitadas en su recinto una cisterna y una antigua torre, y se sirvieron los sitiados para almacen de pólvora de una especie de subterráneo apellidado Cueva de moros, guarida en otro tiempo de corsarios berberiscos. Prevencion necesaria la última, estando la isla dominada por las alturas vecinas. De ellas la mas cercana al oeste, la de Santa Catalina, fortificóla Copons, ejecutando tambien al este, frontero de la Caleta, algunas obras. Cortáronse ademas en la ciudad las calles, y se atajaron con rejas arrancadas de las ventanas: atroneráronse muchas casas. Constaba la guarnicion entre ingleses y españoles de 2500 hombres. Los tarifeños se señalaron de valientes y proporcionaron 500 marineros. Era gobernador el coronel Don Manuel Davan, y jefes de ingenieros y de artillería Don Eugenio Iraurgui y Don Pablo Sanchez. Mandaba las fuerzas sutiles españolas Don Lorenzo Parra. Habia tambien buques de guerra ingleses. La defensa sin embargo dirigióla con especialidad Don Francisco Copons y Navia ayudado de los consejos del coronel ingles Skerret.

Gloriosa defensa.

Presentáronse los franceses á la vista de la plaza el 19 de diciembre, despues de dejar fuerza en observacion de Ballesteros, y tambien del lado de Algeciras. Obligaron á Copons el 20 á meterse dentro, y empezaron en seguida los trabajos de sitio; adelantáronlos el 28 hasta 50 toesas de los muros, y el 29 abrieron el fuego con 6 cañones de á 18 y 3 obuses de á 9 pulgadas. En la tarde del mismo dia hallábase ya practicable una brecha de 300 toesas por la parte contigua á la puerta del Retiro, y destruido casi del todo el torreon de Jesus. Intimaron luego los enemigos la rendicion, y desechada la propuesta por Copons, preparáronse al asalto.

Se verificó este el 31 á las nueve y media de la mañana, acudiendo de una vez á embestir la brecha 23 compañías al cargo del general Chassereaux, á las que apoyaban las demas fuerzas. Los acometedores se arrojaron con ímpetu, pero parólos en su ataque una escarpadura interior hecha en la muralla y varios parapetos de colchones levantados detras, junto con el fuego incesante que salia de los lugares vecinos y las casas. Descorazonados los enemigos no insistieron en romper adelante, y retrocedieron con gran mengua, dejando allí mas de 500 heridos y muertos. Para recoger los primeros pidieron los franceses un armisticio que se les concedió, ayudándolos generosamente en la faena nuestros soldados y paisanos: ejemplo de humanidad raro y no menos digno de imitar que

los muchos que de valor habian dado todos ellos poco antes. Aprovechóse Copons de la ventaja, y á su vez incomodó al sitiador por cuantos medios pudo. Vinieron tambien en auxilio de la plaza las lluvias que anegaron las trincheras enemigas, los caminos y los campos, sin dejar al fatigado francés ni siquiera un palmo de terreno enjuto en que reclinar la cabeza. Apurado Leval alzó el sitio el 5 de enero yéndose via de Vejer y Medina. Costóle la malograda tentativa entre muertos, heridos, enfermos y desertores al pié de dos mil hombres. Perdió toda la artillería gruesa, y dejó sembrados por el tránsito efectos y municiones. Asi se estrellaron los esfuerzos de diez mil franceses en las murallas de una fortaleza, flacas en si, mas sostenidas por brazos vigorosos y por el buen concierto de los gefes españoles é ingleses.

Levantan los franceses el sitio.

El segundo de los dos acontecimientos que hemos anunciado como favorables y gloriosos fue la toma de Ciudad Rodrigo, mas importante por sus consecuencias que la defensa de Tarifa. Resuelto lord Wellington, segun apuntamos al principio de este libro, á formalizar el sitio de aquella plaza, continuó tomando varias disposiciones desde sus acantonamientos de Freineda, y juntó en Almeida al acabar noviembre el parque correspondiente de artillería. Completó en seguida y con mucho órden los demas preparativos, habiendo ejercitado algunas tropas en las tareas propias del ingeniero y del zapador, en lo que antes se habian los suyos mostrado harto bisoños. Mandó tambien al general Hill que se moviera hácia la Extremadura española, y colocó á Don Carlos España y á Don Julian Sanchez en el Tormes con objeto de que los últimos cortasen aquellas comunicaciones. Estos gefes, particularmente Sanchez, desempeñaron bien su comision, y los pueblos de Castilla mostraron, segun escribia el mismo Wellington, grande adhesion á la causa de la patria; guardando ademas tal fidelidad que pasaron dias primero que supiesen los franceses de Salamanca, aunque tan próximos, haber los aliados emprendido el sitio.

Ciudad Rodrigo.

Debió este tener principio el 6 de enero; pero se retardó hasta el 8 por el mal tiempo. Describimos á Ciudad Rodrigo cuando el cerco de 1810, tan honorífico para las armas españolas. Desde entonces habian los franceses reparado los daños causados en aquella defensa, fortalecido los principales edificios del arrabal, y el convento de Santa Cruz al nordeste, como tambien levantado en el cerro ó sea teso de San Francisco un reducto que apellidaron de Renaud en memoria del malhadado gobernador de aquel nombre que cogiera Don Julian Sanchez.

Cerca lord Wellington la plaza.

Ocuparon los ingleses esta obra en la noche misma del 8 al 9; estreno feliz de su empresa. Por alli dirigieron los trabajos, siguiendo el mismo camino que habian tomado los franceses en el anterior cerco. Establecieron los sitiadores la primera paralela en

el mencionado teso, y plantaron tres baterías de á once piezas cada una. Rompieron el 14 el fuego, y abriendo los aproches, formaron la segunda paralela á 70 toesas de la plaza. Favoreció el progreso la toma que el general Graham verificó el 13 del convento de Santa Cruz, con lo cual se vió protegida la derecha de los sitiadores. Sucedió otro tanto respecto á la izquierda, habiéndose enseñoreado los aliados en la noche del 14 del convento de San Francisco en el arrabal. Continuaron los ingleses completando del 15 al 19 la segunda paralela y sus comunicaciones, y no descuidaron adelantar la zapa hasta la cresta del glacis.

Entre tanto habia previsto Wellington que tal vez convendria antes de que se concluyeran debidamente los trabajos dar el asalto; por lo que recibiendo de los ingenieros seguridad de que era posible abrir brecha solo con los fuegos de las baterías de la primera paralela, ordenó que se pusiese en ello todo el conato. Asi se hizo, y en la tarde del 19 hallóse ya aportillado el muro de la falsabraga y el del cuerpo de la plaza. Ademas de la brecha principal practicóse otra mas á la izquierda de los aliados, por medio de una nueva batería plantada en el declive que va desde el cerro al convento de San Francisco.

Hasta entonces habian los sitiados procurado retardar las operaciones del inglés, y el 14 hicieron una salida en que le causaron daño. Sin embargo, ni estas tentativas, ni otros arbitrios fueron parte á impedir que llegase el momento crítico del asalto.

Dispúsole Wellington desechada que fue por el gobernador francés la propuesta de rendirse, y aceleróle en consecuencia de tristes nuevas que empezaba á recibir de Valencia, como tambien por reunir tropas en Valladolid el mariscal Marmont, quien desde Toledo y Talavera habia llegado en los primeros dias de enero á aquella ciudad con parte de su ejército en busca de víveres, y sospechando que los ingleses iban á poner sitio á Ciudad Rodrigo.

La asaltan los aliados y la toman.

Por tanto el mismo dia 19 en que se abrieron las brechas, determinó Wellington que al cerrar de la noche se asaltase la plaza. Destinó al efecto cinco columnas. La quinta de ellas á las órdenes del general Pack estaba encargada de hacer un ataque falso por la parte meridional: debia la cuarta, guiada por Crawfurd, embestir la brecha pequeña, y cubrir la izquierda del acometimiento de la mas principal, cuyo asalto se habia reservado á las tres columnas restantes bajo el general Picton. Dióse principio á la empresa, arrostrando los anglo-portugueses con serenidad los mayores peligros, y superando obstáculos. Se defendieron los franceses con denuedo; mas sucediendo bien los diversos ataques, aflojaron, y pudieron los aliados al cabo de media hora extenderse lo largo de las murallas, y enseñorearse de la plaza. Cayeron prisioneros 1709 franceses y el comandante Barrié que hacia de gobernador; los demas hasta 2000 que com-

ponian la guarnicion habian perecido en la defensa. Conservaron los aliados al entrar en la ciudad buen órden: su pérdida ascendió en todo á 1300 hombres. Entre los muertos contóse desgraciadamente á los generales Mackinson y Crawfurd. Entregó lord Wellington la plaza en manos de Don Francisco Javier Castaños, y las córtes decretaron las debidas gracias al ejército anglo-portugués, y concedieron al general en jefe la grandeza de España bajo el título de duque de Ciudad Rodrigo. Tambien el gobierno y parlamento británico dispensaron honores y pensiones, ordenando ademas que se erigiese un monumento en memoria del valiente y malogrado general Crawfurd. Gracias y recompensas.

Otros sucesos felices y nuevas esperanzas acompañaron á estos triunfos. No habian los franceses reforzado sus filas en 1811 con mas de 50,000 combatientes, auxilio que ni con mucho bastaba á llenar los claros que hacia la guerra, ni los huecos que dejaban algunas tropas que ahora partieron; pudiendo aseverarse que por el tiempo en que vamos no conservaban los enemigos en la península arriba de 240,000 hombres. Entre los llegados últimamente muchos eran conscriptos, y en el diciembre de 1811 y primeros meses de 1812 marcharon á Francia unos 14,000 veteranos; 8000 de la guardia imperial y restos de otros cuerpos, y 6000 polacos del ejército de Aragon, queriendo el emperador francés emplearlos en Rusia, cuya guerra parecia ya inminente. Albores todos de las dichas que nos aguardaban en aquel año. Nuevas esperanzas.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

La constitucion. — Presenta la comision su proyecto. — Entusiasmo que produce. — Obstáculos que algunos quieren poner á su discusion. — Empieza esta. — Título 1°. De la nacion española y de los españoles. — Título 2°. Del territorio de las Españas, su religion y gobierno. — Título 3°. De las Córtes. — Título 4°. Del rey. — Título 5°. De los tribunales. — Título 6°. Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos. — Título 7°. De las contribuciones. — Título 8°. De la fuerza militar nacional. — Título 9°. De la instruccion pública. — Título 10° y último. De la observancia de la constitucion y modo de proceder para hacer variaciones en ella. — Reflexiones generales acerca de la constitucion. — Descontentos fuera de las córtes. — Asunto de Lardizábal. — Del consejo. — Papel de la España vindicada. — Tribunal especial para entender en estos negocios. — Exposicion del decano del consejo. — Desagradable ocurrencia con el diputado Valiente. — Curso y final término de estos negocios. — Manejos para poner al frente de la regencia á la infanta Doña María Carlota. — Carta á las cortes de esta señora. — Proposiciones para ponerla al frente de la regencia. — Del señor Laguna. — Se desecha. — Del señor Vera y Pantoja. — Apruébanse otras en contrario del señor Argüelles. — Nueva regencia compuesta de cinco individuos. — La anterior regencia. Juicio acerca de ella. — Su administracion y algunos acontecimientos de su tiempo. — Reglamento dado á la nueva regencia. — Se firma, jura y promulga la constitucion el 18 y 19 de marzo. — Auméntase y cunde el entusiasmo en su favor. — Felicitaciones y aplausos que reciben las córtes.

La Constitucion.

(*Ap. n. 1.)

« Que precediese el establecimiento de las leyes « entre nosotros á la creacion de los reyes*, » dijolo ya con respecto á Aragon el historiador Jerónimo Blancas. Y si en el orígen de la restauracion de la monarquía, tiempo de oscuridad é ignorancia, se cautelaron tanto nuestros mayores contra los abusos y desmanes futuros de la autoridad real, ¡con cuánta y mas poderosa razon no debieron mostrarse precavidos y aun umbrosos los españoles de la era actual y sus diputados! Los antiguos podian tener presentes los excesos de los Witizas y de los Rodrigos, de donde manaron para la nacion raudales de sangre y lágrimas; pero ahora ofrecíanse ademas á la contemplacion moderna los muchos y funestos ejemplos de las edades posteriores, y el tremendo y reciente del reinado de Cárlos IV, en el que hasta la independencia tocó al borde del precipicio. Por lo mismo conveniente fué poner diligencia extrema y muy atenta en procurar adoptar francas y buenas instituciones, aun en medio de una guerra desastrada; pues la ocasion de dar la libertad, como sea presurosa, perdida una vez con dificultad vuelve á hallarse.

Anunciamos en otro libro la lectura hecha á las córtes en 18 de agosto de 1811 de los primeros trabajos de la comision de constitucion nombrada en el diciembre anterior. Comprendian aquellos las dos primeras partes, ó sea todo lo concerniente al territorio, religion, derechos y obligaciones de los individuos, como igualmente la forma y facultades de las potestades legislativa y ejecutiva. La tercera parte se leyó en 6 de noviembre del mismo año, y abrazaba la potestad judicial; habiéndose presentado la cuarta y última el 26 de diciembre inmediato, en la cual se determinaba el gobierno de las provincias y de los pueblos, y se establecian reglas generales acerca de las contribuciones, de la fuerza armada, de la instruccion pública, y de los trámites que debian seguirse en la reforma ó variaciones que en lo sucesivo se intentasen en la nueva ley fundamental.

Presenta la comision su proyecto.

Acompañó al dictamen de la comision un discurso elocuente y muy notable, en que se daban las razones de la opinion adoptada, fundándola en nuestras antiguas leyes, usos y costumbres, y en las alteraciones que exigian las circunstancias del tiempo y sus trastornos. Le habia extendido Don Agustin de Argüelles, encargado por tanto de su lectura: hizo la del texto Don Evaristo Perez de Castro.

El lenguage digno y elevado del discurso, la claridad y órden del proyecto de la comision y sus halagüeñas y generosas ideas, entusiasmaron sobremanera al público; no parándose los mas en los defectos ó lunares que pudieran deslucirle, porque en España se conocian los males del despotismo, no los que á veces acarrean en punto de libertad ciertas y exageradas teorías. Así fue que Don Juan José Güereña, diputado americano por la nueva Vizcaya, y presidente de las córtes, á la sazon que se leyeron las dos primeras partes, si bien desafecto á reformas, arrastrado como los demas por el torrente de la opinion, señaló para principiar los debates el 25 del propio agosto: plazo sobradamente corto. Duró la discusion por espacio de cinco meses, no habiéndose terminado hasta el 25 del próximo enero: fué grave y solemne, y de suerte que afianzando la autoridad de las córtes, ensalzó al mismo tiempo la fama de los individuos de esta corporacion.

Entusiasmo que produce.

Por eso los obstáculos que quisieron presentarse al progreso de las deliberaciones venciólos fácilmente la voz pública, y el vivo y comun deseo de gozar pronto de una constitucion libre. De aquellos, húbolos de fuera de las córtes, y tambien de dentro, aunque no muy dignos de reparo. Hablaremos de los primeros mas adelante. Comenzaron los últimos ya en el seno de la comision, no habiendo querido uno de sus individuos, Don José Pablo Valiente, firmar el el proyecto á pesar de haber concurrido á la aprobacion de las

Obstáculos que algunos quieren poner á su discusion.

bases mas principales. Crecieron algun tanto al abrirse los debates en el congreso. Los contrarios al proyecto, frustradas las esperanzas que habian fundado en el presidente Güereña, reemplazaron á este el 24, dia de la remocion de aquel cargo, con Don Ramon Jiraldo, á quien tenian por enemigo de novedades, y no menos resuelto para suscitar embarazos en la discusion, que fecundo, á fuer de togado antiguo, en ardides propios del foro. Mas tambien en eso se equivocaron. Jiraldo, luego que se sentó en la silla de la presidencia, mostróse muy adicto á la nueva constitucion, y empleó su firmeza en llevar á cabo y en sostener con teson las deliberaciones.

Empieza esta.

Desbaratadas de este modo las primeras tentativas de oposicion, no quedaba ya otro medio á los enemigos del proyecto, sino prolongar los debates, moviendo cuestiones y disputas sobre cada artículo y sobre cada frase. Pero sábese que en un congreso, como en un ejército, si se malogran los ímpetus de una embestida, cuanto mas fogosos fueren estos en un principio, tanto mas pronto aflojan despues y del todo cesan.

Titulo primero. De la nacion española y de los españoles.

Distribuíase la nueva constitucion en artículos, capítulos y títulos. No ha de esperarse que entremos á hablar por separado de cada una de estas partes: limitarémonos á dar una idea general de la discusion, ateniéndonos para ello á la última de las divisiones insinuadas que se componia de diez títulos. Era el 1°: de la nacion española y de los españoles. Renovábase en su contexto el principio de la soberanía nacional, admitido en 24 de setiembre anterior, y declarado ahora como fuente en España de todas las potestades, y raiz hasta de la constitucion. 128 diputados contra 24 aprobaron el artículo; y los que le desecharon, no fué en la substancia sino en los términos en que se hallaba extendido. Tratamos con cierta detencion de este punto en el libro 15°; y allí indicamos que, aunque conviniese no estampar en las leyes ideas abstrusas, la situacion particular de la monarquía y su orfandad disculpaban se hiciese en el caso actual excepcion á aquella regla. Individualizábanse igualmente en dicho título los que debian conceptuarse españoles, ora hubiesen nacido en el territorio, ora fuesen extrangeros, exigiéndose de los últimos carta de naturaleza ó diez años de vecindad. Se insertaba tambien allí mismo una breve declaracion de derechos y obligaciones, que aunque imperfecta evitaba algun tanto el peligroso escollo de generalizar demasiadamente, habiéndose reprobado en los debates alguno que otro artículo del proyecto de la comision, mas bien sentencioso que preceptivo. En todos estos puntos como habia vasto campo de sutileza en que apacentar el ingenio, detuviéronse mas de lo regular ciertos vocales, avezados á la disputa con la educacion escolástica de nuestras universidades.

Título segundo. Del territorio de las Españas, su religion y gobierno.

Hablaba el 2º título del territorio, de la religion y del gobierno. Hubo en la comision muchos altercados sobre lo primero, en especial respecto de América, no pudiendo conformarse ni aun entenderse á veces sus propios diputados. Cada uno presentaba una division distinta de territorio, y queria que se multiplicasen sin fin ni término las provincias y sus denominaciones. Provenia esto del deseo de agasajar vanidades de la tierra nativa, y tambien de la confusion y alteraciones que habia habido en la reparticion de regiones tan vastas, soliendo llevar el nombre de provincia lo que apenas se diferenciaba de un desierto ó paramera. Tambien se suscitaron algunas reclamaciones en cuanto á la España peninsular, y todos estaban de acuerdo en la necesidad de variar y mejorar la division actual; pues aun acá en Europa era harto desigual, asi en lo geográfico como en lo administrativo, judicial y eclesiástico, y tan monstruosa á veces, que entre otros hechos citóse el de la Rioja, en donde se contaban parajes que correspondian ya á Guadalajara, ya á Soria y ya á Burgos. Pero á pesar de eso, como el poner acomodado remedio pedia espacio y gastos, ciñéronse por entonces las córtes á hacer mencion en un artículo de las mas señaladas provincias y reinos de ambas Españas, anunciando en otro que luego que las circunstancias lo permitiesen, se efectuaria una division mas conveniente del territorio de la monarquía.

Esta cuestion, si bien de importancia para el buen gobierno interior del reino, no era tan peliaguda como la otra del mismo título, tocante á la religion. La comision habia presentado el artículo concebido en los términos siguientes: « La nacion española « profesa la religion católica, apostólica, romana, única verda- « dera, con exclusion de cualquiera otra. » Tan patente declaracion de intolerancia todavía no contentó á ciertos diputados, y entre otros al señor Inguanzo, que pidió se especificase que la religion católica « debia subsistir perpetuamente, sin que alguno que no la « profesase pudiese ser tenido por español, ni gozar los derechos « de tal. » Volvió por lo mismo el artículo á la comision, que le modificó de esta manera. « La religion de la nacion española es, y « será perpetuamente, la católica, apostólica, romana, única « verdadera. La nacion la protege por leyes sábias y justas, y pro- « hibe el ejercicio de cualquiera otra. » Le aprobaron asi las córtes, sin que se moviese discusion alguna ni en pro ni en contra. Ha excitado entre los extrangeros ley de intolerancia tan insigne un clamor muy general, no haciéndose el suficiente cargo de las circunstancias peculiares que la ocasionaron. En otras naciones en donde prevalecen muchas y varias creencias, hubiera acarreado semejante providencia gravísimo mal; pero no era este el caso de España. Durante tres siglos habia disfrutado el catolicismo en aquel suelo de dominacion exclusiva y absoluta, acabando por extirpar

todo otro culto. Asi no heria la determinacion de las córtes, ni los intereses, ni la opinion de la generalidad, antes bien la seguia y aun la halagaba. Pensaron sin embargo varios diputados, afectos á la tolerancia, en oponerse al artículo, ó por lo menos en procurar modificarle. Mas pesadas todas las razones les pareció por entonces prudente no urgar el asunto, pues necesario es conllevar á veces ciertas preocupaciones para destruir otras que allanen el camino, y conduzcan al aniquilamiento de las mas arraigadas. El principal daño que podia ahora traer la intolerancia religiosa consistia en el influjo para con los extranjeros, alejando á los industriosos, cuya concurrencia tenia que producir en España abundantes bienes. Pero como no se les vedaba la entrada en el reino, ni tampoco profesar su religion, solo sí el culto externo, era de esperar que con aquellas y otras ventajas que les afianzaba la constitucion, no se retraerian de acudir á fecundar un terreno casi virgen, de grande aliciente y cebo para grangerías nuevas. Ademas el artículo, bien considerado, era en sí mismo anuncio de otras mejoras : la religion, decia, « será protegida por leyes sabias y justas. » Cláusula que se enderezaba á impedir el restablecimiento de la inquisicion, para cuya providencia preparábase desde muy atrás el partido liberal. Y de consiguiente en un pais en donde se destruye tan bárbara institucion, en donde existe la libertad de la imprenta y se aseguran los derechos políticos y civiles por medio de instituciones generosas, ¿podrá nunca el fanatismo ahondar sus raices, ni menos incomodar las opiniones que le sean opuestas? Cuerdo pues fue no provocar una discusion en la que hubieran sido vencidos los partidarios de la tolerancia religiosa. Con el tiempo y facilmente creciendo la ilustracion, y naciendo intereses nuevos, hubiéranse propagado ideas mas moderadas en la materia, y el español hubiera entonces permitido sin obstáculo que, junto á los altares católicos, se alzasen los templos protestantes, al modo que muchos de sus antepasados habian visto durante siglos no léjos de sus iglesias mezquitas y sinagogas.

Era el otro extremo del título en que vamos el del gobierno. Reducíase lo que aquí se determinaba acerca del asunto á una mera declaracion de ser el gobierno de España monárquico, y á la distribucion de las tres principales potestades, perteneciendo la legislativa á las córtes con el rey, la ejecutiva exclusivamente á este, y la judicial á los tribunales. No fue larga ni de entidad la discusion suscitada, si bien algunos señores querian que la facultad de hacer las leyes correspondiese solo á las córtes, sobre lo cual volveremos á hablar cuando se trate de la sancion real.

Especificábase en el mismo título quienes debian conceptuarse ciudadanos, calidad necesaria para el uso y goce de los derechos políticos. Con este motivo se promovieron largos debates respecto

de los originarios de Africa, cuestion que interesaba á la América, pues por aquella denominacion entendianse solo los descendientes de esclavos trasladados á aquellas regiones del continente africano, á quienes no se declaraba desde luego ciudadanos como á los demas españoles, sino que se les dejaba abierta la puerta para conseguir la gracia segun fuese su conducta y merecimientos. En un principio los diputados americanos no manifestaron anhelo porque se concediese el derecho de ciudadanía á aquellos individuos, y húbolos, como el señor Morales Duarez, que se indignaban al oir solo que tal se intentase. En el decreto de 15 de octubre de 1810, cimiento de todas las declaraciones hechas en favor de América, no se extendió la igualdad de derechos á los originarios de Africa, y en las proposiciones sucesivas que formalizaron los diputados americanos tampoco esforzaron estos aquella pretension. No asi ahora, queriendo algunos que se concediese en las elecciones á los mencionados originarios voz activa y pasiva, aunque los mas no pidieron sino que se otorgase la primera, motivo por el que se sospechó que en ello se trataba mas bien que del interés de las castas, de aumentar el número de los diputados de América; pues debiendo ser la base de las elecciones la poblacion, claro era que incluyéndose entre los ciudadanos á los descendientes de Africa, creceria el censo en favor de las posesiones americanas.

No tenian los españoles contra dichas castas odio ni oposicion alguna, lo cual no sucedió á los naturales de ultramar, en cuyos paises eran tan grandes la enemistad y desvío que, segun dijo el señor Salazar diputado por el Perú, se advertia hasta en los libros parroquiales, habiendo de estos unos en que se sentaban los nombres de los españoles y de los reputados por tales, y otros en que solo los de las castas. Lo mismo confirmaron varios diputados tambien de América, y entre ellos el señor Larrazábal por Guatemala, y de los mas distinguidos, quien, á pesar de que abogaba por los originarios, decia: « Déjese á aquellas castas en el estado en que « se hallan, sin privarlas de la voz activa... ni quererlas elevar « á mas alta gerarquía, pues conocen que su esfera no las ha co- « locado en el estado de aspirar á los puestos distinguidos. » Era espinosísima la situacion de los diputados europeos en los asuntos de América, en los que caminaban siempre como por el filo de una cortante espada. Negar á los originarios de Africa los derechos de ciudadano era irritar los ánimos de estos; concedérselos ofendia sobremanera las opiniones y preocupaciones de los demas habitantes de ultramar. Al contrario la de los diputados americanos, quienes ganaban en cualquiera de ambos casos, inclinándose el mayor número de ellos á excitar disturbios que abreviasen la llegada del dia de su independencia. A sus argumentos, de gran fuerza muchos, respondió con especialidad y profundamente el señor Espiga. « He oido, decia, invocar con vehemencia sagrados

« derechos de naturaleza y bellísimos principios de humanidad; « pero yo quisiera que los señores preopinantes no perdieran de « vista que habiéndose establecido la sociedad, y formádose lás na- « ciones para asegurar los derechos de la naturaleza, ha sido pre- « ciso hacer algun sacrificio poniendo aquellas limitaciones y con- « diciones que convenia no menos al interés general de todos los « individuos que al órden, tranquilidad y fuerza pública, sin la « cual aquel no podia sostenerse... Los principios abstractos no « pueden tener una aplicacion rigurosa en la política... Esta es « una verdad conocida por los gobiernos mas ilustrados y que no « son despóticos y tiranos... ¿Gozan por ventura las castas en la « Jamáica y demas posesiones inglesas del derecho de ciudadano « que aqui se solicita en su favor con tanto empeño?... Vuélvase « la vista á los innumerables propietarios de la Carolina y de la « Virginia pertenecientes á estas castas, y que viven felizmente « bajo las sabias leyes del gobierno de los Estados Unidos: ¿son acaso « ciudadanos? No, señor, todos son excluidos de los empleos ci- « viles y militares. Y cuando el sabio gobierno de la Gran Bretaña, « que por su constitucion política y por su justa legislacion, y por « una ilustracion de algunos siglos, ha llegado á un grado superior « de riqueza, de esplendor y de gloria, al que aspiran los demas, « no se ha atrevido á incorporar las castas entre sus ciudadanos, « ¿lo haremos nosotros, cuando estamos sintiendo el impulso de « mas de tres siglos de arbitrariedad y despotismo, y apenas ve- « mos la aurora de la libertad política? Cuando la constitucion « anglo-americana, que con mano firme arrancó las raices de las « preocupaciones, y pasó quizas los límites de la sabiduría, las « excluyó de este derecho, ¿se le concederemos nosotros que ape- « nas damos un paso sin encontrar el embarazo de los perjuicios « y de las opiniones, cuya falsedad no se ha descubierto por des- « gracia todavía? ¿Podrá acusarse á estos gobiernos de falta de « ilustracion, y de aquella firmeza que sabe vencer todos los es- « torbos para llegar á la prosperidad nacional? Tal es, señor, la « conducta de los gobiernos cuando desentendiéndose de bellas « teorías consideran al hombre no como debe ser, sino como ha « sido, como es y como será perpetuamente. Estos respetables « ejemplos nos deben convencer de que son muy diferentes los de- « rechos civiles de los derechos políticos, y que si bien aquellos « no deben negarse á ninguno de los que componen la nacion por « ser una consecuencia inmediata del derecho natural, estos pue- « den sufrir aquellas limitaciones que convengan á la felicidad pú- « blica. Cuando las personas y propiedades son respetadas; cuando, « lejos de ser oprimidos los individuos de las castas, han de hallar « sus derechos civiles la misma proteccion en la ley que los de « todos los demas españoles, no hay lugar á declamaciones patéti- « ticas en favor de la humanidad, que por otra parte pueden con-

« prometer la existencia política de una gran parte de los dominios « españoles... »

Pasó al cabo el artículo con alguna que otra variacion en los términos, y substituyendo á la expresion de « á los españoles que por « cualquiera línea traen orígen del Africa... » la de « á los espa- « ñoles que por cualquiera línea son habidos y reputados por ori- « ginarios de Africa... » Medio de evitar escudriñamientos de orígen, y de no asustar á los muchos que por allá derivan de esclavos, y se cuentan entre los libres y de sangre mas limpia.

Honró á las córtes tambien exigir aquí que « desde el año 1850 « deberian saber leer y escribir los que de nuevo entrasen en el « ejercicio de los derechos de ciudadano, » señalando de este modo como principal norte de la sociedad la instruccion y buena enseñanza. Antes ya estaba determinado lo mismo en Guipúzcoa, y en el reino de Navarra habíase establecido por auto de buen gobierno que ninguno que no supiera leer y escribir pudiera obtener los empleos y cargos municipales.

Título tercero. De las córtes.

Llegó despues la discusion del tercer título del proyecto, uno de los mas importantes por tratarse de la potestad legislativa. Aparecian en él como cuestiones mas graves: 1° si habian de formarse las córtes en una sola cámara, si en dos, ó en estamentos ó brazos como antiguamente; 2° el nombramiento de los diputados; 3° la celebracion de las córtes; 4° sus facultades; y 5° la formacion de las leyes y la sancion real.

Proponia la comision que se juntasen las córtes en una cámara sola compuesta de diputados elegidos por la generalidad de los ciudadanos. Sostuvieron principalmente el dictámen de la comision los señores Argüelles, Jiraldo y conde de Toreno. Impugnáronle los señores Borrull, Inguanzo y Cañedo. Inclinábanse estos á la formacion de las córtes divididas por brazos ó estamentos; opinando el primero que ya que no concurriese toda la nobleza por su muchedumbre y diferencias, fuese llamada á lo menos en parte. Esforzó el diputado Inguanzo las mismas razones á punto de dar por norma para « los temperamentos de la potestad real » la constitucion y gobierno de la iglesia que consideraba como una monarquía mixta con aristocracia, olvidándose que en este caso la cabeza era electiva y electivos todos sus miembros. Mas moderado el señor Cañedo, si bien adicto á aquel género de representacion, no se oponia á que se hiciese alguna reforma en el sistema antiguo. La comision y los que la seguian fundaban su dictámen en la dificultad de restablecer los brazos antiguos, en los inconvenientes de estos, y en la diferencia tambien que mediaba entre ellos y las dos cámaras ó cuerpos establecidos en Inglaterra y otros paises.

Muy varias habian sido en la materia las costumbres y usos de

España, no siendo unos mismos en los diversos siglos, ni tampoco en los diferentes reinos. Se conocieron por lo comun tres estamentos en Cataluña y Valencia. Cuatro en Aragon, en donde no asistió el clero hasta el siglo XIII, y en donde ademas estaba tan poco determinado los que de aquel brazo y del de la nobleza debian concurrir á córtes, que dice Jerónimo Blancas *: « De « los eclesiásticos, de los nobles, caballeros é hijos- « dalgo no se puede dar regla cierta, de cuales han de ser neces- « sariamente llamados, porque no hallo fuero ni acto de córte que « la dé. Mas parece que no deberian dejar de ser llamados los se- « ñores titulados, y los otros señores de vasallos del reino. » En Castilla y Leon celebráronse córtes, aun de las mas señaladas, en que no hubo brazos; y en las congregadas en Toledo los años 1538 y 1539 no concurrieron otros individuos de la nobleza sino los que expresamente convocó el rey; diciendo el conde de la Coruña en su relacion manuscrita *: « Y no se acaba la gran- « deza de estos reinos en estos señores nombrados, « pues aunque no fueron llamados por S. M. hay en ellos muchos « señores de vasallos, caballeros, hijosdalgo de dos cuentos de « renta, y de uno que tienen deudo con los nombrados. »

(* Ap. n. 2.)

(* Ap. n. 3.)

En adelante ni aun asi asistieron en Castilla los estamentos, y en la corona de Aragon hubo variedad en los siglos XVI y XVII. En el XVIII sábese que, luego que se afianzó en el solio español la estirpe de Borbon, ó no hubo córtes, ó en las que se reunieron los reinos de Aragon y Castilla, nunca se mezclaron en las discusiones los brazos, ni se convocaron en la forma ni con la solemnidad antiguas.

De consiguiente no habiendo regla fija por donde guiarse, necesario era resolver como y de quiénes se habian de formar dichos brazos; y aqui entraba la dificultad. Decian los que los rehusaban: « ¿Se compondrá el de la nobleza de solos los grandes? Pero esta « clase, como ahora se halla constituida, no lleva su origen mas « allá del siglo XVI, cuando justamente cesaron los brazos en « Castilla, y acabó en todas partes el gran poder de las córtes: « siendo de notar que en Navarra, donde todavia subsisten, en- « tran en el estamento noble casas si antiguas, mas no todas con- « decoradas con la grandeza. ¿Asistirán todos los nobles? Su « muchedumbre lo impide. ¿Haráse entre sus individuos una « eleccion proporcionada? Mas, ¿cómo verificarla con igualdad, « cuando se cuentan provincias como las del norte en que el nú- « mero de ellos no tiene límite, y otras como algunas del medio- « día y centro en que es muy escaso? Aumenta las dificultades, « añadian, la América, en donde no se conocen sino dos ó tres « grandes, y se halla multiplicada y mal repartida la demas no- « bleza. No menores, proseguian, aparecen los embarazos res- « pecto de los eclesiásticos. Si en una cámara ó estamento sepa-

« rado han de concurrir los obispos y primeras dignidades, ademas « de los daños que resultarán en cuanto á los de América en « abandonar sus sillas é iglesias, no será justo queden entonces « clérigos en el estamento popular á menos de convertir las córtes « en concilio : y desposeer á los últimos de un derecho ya adqui- « rido, ofrécese como cosa árdua y de dificultosa ejecucion. Por « otra parte, decian los mismos señores, los bienes que trae la « separacion del cuerpo legislativo en dos cámaras, no se consi- « guen por medio de los estamentos. En Inglaterra júntanse aquellas, « y deliberan separadamente con arreglo á trámites fijos, y con « independencia una de otra. En España sentábanse los brazos en « diversos lados de una sala, no en salas distintas ; y si alguna vez « para conferencias preparatorias y exámen de materias se segre- « gaban, ni eso era general ni frecuente ; y luego por medio de « sus tratadores deliberaban unidos y votaban juntos. De lo que « nacia haber en realidad una cámara sola, excepto que se hallaba « compuesta de personas á quienes autorizaban privilegios ó dere- « chos distintos. »

En medio de tan encontrados dictámenes, hablando con la imparcialidad que nos es propia y con la experiencia ahora adquirida, parécenos que hubo error en ambos extremos. En el de los que apoyaban los estamentos antiguos, porque ademas de la forma varia é incierta de estos, agregábanse en su composicion á los males de una sola cámara los que suelen traer consigo las de privilegiados. En el opuesto, porque si bien los que sostenian aquella opinion trazaron las dificultades é inconvenientes de los estamentos, y aun los de una segunda cámara de nobles y eclesiásticos, no satisficieron competentemente á todas las razones que se descubren contra el establecimiento de una sola y única, ni probaron la imposibilidad de formar otra segunda tomando para ello por base la edad, los bienes, la antigua ilustracion, los servicios eminentes, ó cualesquiera otras prendas acomodadas á la situacion de España.

Pues ya que una nacion al establecer sus leyes fundamentales, ó al rever las añejas y desusadas, tenga que congregarse en una sola asamblea, como medio de superar los muchos é inveterados obstáculos con que entonces tropieza, llano es que varía el caso, una vez constituida y echados los cimientos del buen órden y felicidad pública, debiendo los gobiernos libres para lograr aquel fin adoptar una conveniente balanza entre el movimiento rápido de intereses nuevos y meramente populares, y la permanente estabilidad de otros mas antiguos, por cuya conservacion suspiran las clases ricas y poderosas.

Atestiguan la verdad de esta máxima los pueblos que mas largo tiempo han gozado de la libertad, y varones prestantísimos de las edades pasadas y modernas. Tal era la opinion de Ciceron, que en

su tratado *De republica* (* Ap. n. 4.) afirma que optimamente se halla constituido un estado en donde *ex tribus generibus illis: regali, et optimati, et populari, confusa modice.* Y Polibio piensa que lo que mas contribuyó á la destruccion de Cartago, fue hallarse entonces todo el poder en manos del pueblo, cuando en Roma habia un senado. Lo mismo sentia el profundo Maquiavelo, lo mismo Montesquieu y hasta el célebre conde de Mirabeau, señalándose entre todos Mr. Adams, si bien republicano, y que ejerció en los Estados Unidos de América las primeras magistraturas, quien escribia (* Ap. n. 5.): « Si no se adoptan en cada « constitucion americana las tres órdenes (el presi- « dente, senado y cámara de representantes) que mutuamente se « contrapesen, es menester experimente el gobierno frecuentes é « inevitables revoluciones, que aunque tarden algunos años en es- « tallar, estallarán con el tiempo. »

Las córtes no obstante aprobaron por una gran mayoría de votos el dictámen de la comision que proponia una sola cámara, escasas todavia aquellas de experiencia, y arrastradas quizá de cierta igualdad no popular, sino, digámoslo asi, nobiliaria, difundida en casi todas las provincias y ángulos de la monarquía.

Tomaron las córtes por base de las elecciones la poblacion, debiendo ser nombrado un diputado por cada 70,000 almas, y no exigiéndose ahora otro requisito que la edad de 25 años, ser ciudadano y haber nacido en la provincia ó hallarse avecindado en ella con residencia á lo menos de siete años. Indicábase en otro artículo que mas adelante para ser diputado seria preciso disfrutar de una renta anual procedente de bienes propios, y que las córtes sucesivas declararian cuando era llegado el tiempo de que tuviese efecto aquella disposicion. Y ¡cosa extraordinaria! diputados como el señor Borrul, prontos siempre á tirar de la rienda á cuanto fuese democrático, contradijeron dicho artículo, temiendo que con él se privase á muchos dignos españoles de ser diputados. Cierto que estancada todavía casi toda la propiedad entre mayorazgos y manos-muertas, no era fácil admitir de seguida y absolutamente aquella base; pues los estudiosos, los hombres de carrera, y muchos ilustrados pertenecian mas bien á la clase desprovista de renta territorial, como los segundos de las casas, que á los primogénitos; y exigir desde luego para la diputacion la calidad de propietario, como única, antes que nuevas leyes de sucesion y otras distribuyesen con mayor regularidad los bienes raices, hubiera sido exponerse á defraudar á la nacion de representantes muy recomendables.

Pasaba la eleccion por los tres grados de juntas de parroquia, de partido y de provincia: lo mismo, con leve diferencia, que se exigió para las córtes generales y extraordinarias, segun referimos en el libro XII: y con la novedad de no deber ya ser admitidos los

diputados de las villas y ciudades antiguas de voto en córtes, ni los de las juntas que se hallaron al frente del levantamiento en 1808. Tambien se igualaban con los europeos los americanos, cuyas elecciones quedaban á cargo de los pueblos, en lugar que las últimas las verificaron los ayuntamientos. Superfluo parecia que esta ley reglamentaria formase parte de la constitucion, mas el señor Muñoz Torrero insistió en ello, queriendo precaver mudanzas prontas é intempestivas. Podian ser nombrados diputados individuos del estado seglar ó del eclesiástico secular. Mas de una vez provocaron ciertos señores la cuestion de que se admitiesen tambien los regulares; pero las córtes desecharon constantemente semejantes proposiciones.

Se excluian de la eleccion los secretarios del despacho, los consejeros de estado, y los que sirviesen empleos de la casa real. Pasó el artículo sin oposicion: tan arraigado estaba el concepto de separar en todo la potestad legislativa de la ejecutiva, como si la última no fuese un establecimiento necesario é indispensable de la mecánica social, y como si en este caso no valiera mas que sus individuos permaneciesen unidos con las córtes y afectos á ellas, que no que estuviesen despegados ó fuesen amigos tibios. Tocante á la exclusiva dada á los empleados en la casa real, era uso antiguo de nuestros cuerpos representativos, particularmente de los de Aragon, segun nos cuentan sus escritores y entre ellos el secretario Antonio Perez.

Todos los años debian celebrarse las córtes, no pudiendo mantenerse reunidas sino tres meses, y uno mas en caso de que el rey lo pidiese, ó lo resolviesen asi las dos terceras partes de los diputados. Adoptóse aquella limitacion para enfrenar el demasiado poder que se temia de un cuerpo único y de eleccion popular, y para no conceder al rey la facultad de disolver las córtes ó prorogarlas. Providencia de la que pudiera haberse resentido el despacho de los negocios, causando mayores males que los que se querian evitar.

Proponia la comision en su dictámen que se nombrasen los diputados cada dos años, y que fuese lícito el reelegirlos. Aprobaron las córtes la primera parte y desecharon la última, adoptando en su lugar que no podria recaer la eleccion en los mismos individuos, sino despues de haber mediado una diputacion ó sea legislatura. Desacuerdo notable, y con el que, segun oportunamente dijo en aquella ocasion el señor Oliveros, se echaba abajo el edificio constitucional. Porque en efecto al que ya le faltaba el fundamento sólido de una segunda y mas duradera cámara ¿qué apoyo de estabilidad le restaba, variándose cada dos años y completamente los individuos que componian la única y sola á que estaba encargada la potestad legislativa? Dificultoso se hace que haya, por decirlo asi, de remuda cada dos años en un pais 300 individuos ca-

paces de desempeñar cargo tan árduo; sobre todo en un pais que se estrena en el gobierno representativo. Mas aunque los hubiera, una cosa es la aptitud y otra la costumbre en el manejo de los negocios: una el saber, y otra hallarse enterado de los motivos que hubo para tomar tal ó cual determinacion. Eso sin contar con las pasiones, y el prurito de señalarse que casi siempre acompaña á cuerpos recien instalados. Ademas no hay profesion, no hay arte, no hay magistratura que no requiera ejercicio y conocimientos prácticos: no todos los años se relevan los militares, ni se mudan los jueces ni los otros empleados; ¿y se podrá cada dos cambiar y no reelegir los legisladores? Verdaderamente encomendábase asi el estado á una suerte precaria y ciega. Y todo por aquel mal aconsejado desprendimiento, admitido desde un principio, y tan ageno de repúblicos experimentados. Rayaba ahora en frenesí, teniendo que dejar á unas córtes nuevas el afirmamiento de una constitucion todavia en mantillas, y en cuyos debates no habian tomado parte.

Siguiendo la misma regla y la adoptada en el año anterior, se decretó por artículo constitucional, que no pudieran los diputados admitir para sí, ni solicitar para otro, empleo alguno de provision real ni ascenso sino los de escala durante el tiempo de su diputacion, ni tampoco pension ni condecoracion hasta un año despues. La prolongacion del término en el último caso, estribaba en la razon de no haber en él sino utilidad propia, cuando en el primero podria tal vez ser perjudicial al estado privarle por mas tiempo de la asistencia de un hombre entendido y capaz.

Se extendian las facultades de las córtes á todo lo que corresponde á la potestad legislativa, habiéndose tambien reservado la ratificacion de los tratados de alianza ofensiva, los de subsidios, y los especiales de comercio, dar ordenanzas al ejército, armada y milicia nacional, y estatuir el plan de enseñanza pública y el que hubiera de adoptarse para el príncipe de Asturias.

En la formacion de las leyes se dejaba la iniciativa á todos los diputados sin restriccion alguna, y se introdujeron ciertos trámites para la discusion y votacion, con el objeto de evitar resoluciones precipitadas. Hubo pocos debates sobre estos puntos. Promovióronse sí acerca de la sancion real. La comision la concedia al monarca restricta, no absoluta, pudiendo dar la negativa ó veto hasta la tercera vez á cualquiera ley que las córtes le presentasen; pero llegado este caso, si el rey insistia en su propósito, pasaba aquella y se entendia haber recibido la sancion. Ya los señores Castelló y conde de Toreno se habian opuesto al dictámen de la comision en el segundo título, en que se establecia que la facultad de hacer las leyes correspondia á las córtes con el rey. Renovaron ahora la cuestion los señores Terreros, Polo y otros, queriendo algunos que no interviniese el monarca en la formacion de las leyes, y mu-

chos que se disminuyese el término de la negativa ó veto suspensivo. Los diputados que impugnaban el artículo apoyábanse en ideas teóricas, plausibles en la apariencia, pero en el uso engañosas. Habia dicho el conde de Toreno entre otras cosas... « ¿Cómo « una voluntad individual se ha de oponer á la suma de voluntades « representantes de la nacion? ¿ No es un absurdo que solo uno « detenga y haga nula la voluntad de todos? Se dirá que no se « opone á la voluntad de la nacion, porque esta de antemano la ha « expresado en la constitucion, concediendo al rey este *veto* por « juzgarlo asi conveniente á su bien y conservacion. Esta razon, « que al parecer es fuerte, para mí es especiosa; ¿ cómo la nacion « en favor de un individuo ha de desprenderse de una autoridad « tal, que solo por sí pueda oponerse á su voluntad representada? « Esto seria enagenar su libertad, lo que no es posible ni pensarlo « por un momento, porque es contrario al objeto que el hombre « se propone en la sociedad, lo que nunca se ha de perder de « vista. Sobre todo debemos procurar á la constitucion la mayor « duracion posible; y ¿ se conseguirá si se deja al rey esa facultad? « ¿No nos exponemos á que la negativa dada á una ley traiga « consigo el deseo de variar la constitucion, y variarla de manera « que acarree grandes convulsiones y grandes males? No se cite á « la Inglaterra : allí hay un espíritu público formado hace siglos : « espíritu público que es la grande y principal barrera que existe « entre la nacion y el rey, y asegura la constitucion que fue for- « mada en diferentes épocas y en diversas circunstancias que las « nuestras. Nosotros ni estamos en el mismo caso, ni podemos « lisonjearnos de nuestro espíritu público. La negativa dada á dos « leyes en Francia, fue una de las causas que precipitaron el « trono... » Varias de estas razones y otras que inexpertos entonces dimos, mas bien tenian fuerza contra el *veto* suspensivo de la comision que contra el absoluto; pues aquel no esquivaba el conflicto que era de temer naciese entre las dos primeras autoridades del estado, ni el mal de encomendar á la potestad ejecutiva el cumplimiento de una ley que repugnaba á su dictámen. Fundadamente decia ahora el señor Perez de Castro... « No veo qué abusos « puedan nacer de este sistema, ni porqué cuando se trata de re- « frenar los abusos se ha de prescindir del poderoso influjo de la « opinion pública á la que se abre entre nosotros un campo nuevo. « La opinion publica apoyada de la libertad de la imprenta, que « es su fiel barómetro, ilustra, advierte y contiene, y es el mayor « freno de la arbitrariedad. Porque ¿ qué seria en la opinion pú- « blica de los que aconsejasen al rey la negativa de la sancion de « una ley justa y necesaria? ¿Ni cómo puede prudentemente su- « ponerse que un proyecto de ley conocidamente justo y conve- « niente sea desechado por el rey con su consejo en una nacion « donde haya espíritu público, que es una de las primeras cosas

« que ha de criar entre nosotros la constitucion ó nada habremos « adelantado, ni esta podrá existir? El resultado de una obstina- « cion tan inconcebile seria quedar expuesto el monarca al des- « aire de una nacion forzada y á perder de tal modo el crédito « ó la opinion sus ministros, que vendrian al suelo irremisible- « mente. Y supongamos (caso raro en verdad) que alguna vez « estas precauciones impidan la formacion de alguna ley, no nos « engañemos, esto no puede suceder cuando el proyecto de ley es « evidente, y tal vez urgentemente útil y necesario, pero ha- « blando de los casos comunes estoy firmemente persuadido que « el dejar de hacer una ley buena es menor mal que la funesti- « sima facilidad de hacer y deshacer leyes cada dia, plaga la mas « terrible para un estado.

« Juzgo (continuaba) que la experiencia y sus sabias lecciones « no deben ser perdidas para nosotros, y que el derecho público, « en esta parte, de otras naciones modernas que tienen represen- « tacion nacional, no debe mirarse con desden por los legislado- « res de España. No hablaré de esa Francia que quiso al principio « de sus novedades darse un rey constitucional, y donde, á pesar « del infernal espíritu desorganizador de demagogía y democracia « revolucionaria que fermentó desde los primeros pasos, se con- « cedió al monarca la sancion con estas mismas pausas. Tampoco « hablaré de lo que practica una nacion vecina y aliada, cuya « prosperidad, hija de su constitucion sabia, es la envidia de to- « dos, porque todos saben la inmensa extension que por ella tiene « en este y otros puntos la prerogativa real. Solo haré mencion de « la ley fundamental de un estado moderno mas lejano, de los « Estados Unidos del norte de América, cuyo gobierno es demo- « crático, y donde propuesto y aprobado un proyecto en una de « las dos cámaras, esto es, en la cámara de los representantes ó « en el senado, tiene que pasar á la otra para su aprobacion; si es « allí tambien aprobado, tiene que recibir todavia la sancion del « presidente de los Estados Unidos; si este la niega, vuelve el « proyecto á la cámara donde tuvo su origen; es allí de nuevo dis- « cutido, y para ser aprobado necesita la concurrencia de las dos « terceras partes de votos: entonces recibe fuerza, y queda hecho « ley del estado... Pues si esto sucede en un estado democrático, « cuyo gefe es un particular revestido temporalmente por la cons- « titucion de tan eminente dignidad, tomado de los ciudadanos in- « distintamente, y falto por consecuencia de aquel aparato res- « petuoso que arranca la consideracion de los pueblos; si esto « sucede en estados donde la ley se filtra, por decirlo así, por « dos cámaras, invencion sublime dirigida á hacer, en favor « de las leyes, que el proyecto propuesto en una cámara no « sea decretado sino en otra distinta, y aun despues ha menester « la sancion del gefe del gobierno, ¿qué deberá suceder en una

« monarquía como la nuestra, y en la que no existen esas dos « cámaras... »

Prevaleció el dictámen de la comision, y es de advertir que entre los señores que le impugnaban, y repelian la sancion real con *veto* absoluto ó suspensivo, habíalos de opiniones las mas encontradas. Sucedia esto con frecuencia en las materias políticas: y diputados, como el señor Terreros, muy aferrados en las eclesiásticas, eran de los primeros á escatimar las facultades del rey, y á contrastar á los intentos de la potestad ejecutiva.

En este artículo 3º estableciase la diputacion permanente de córtes, y se especificaba el modo y la ocasion de convocar á córtes extraordinarias. Se componia ahora la primera de siete individuos escogidos por las mismas córtes, á cuyo cargo quedaba durante la separacion de las últimas velar sobre la observancia de las leyes, y en especial de las fundamentales, sin que eso le diera ninguna otra autoridad en la materia. Antiguamente se conocia un cuerpo parecido en los reinos de Aragon, y en la actualidad en Navarra, y juntas de las provincias vascongadas y Asturias. Nunca en Castilla hasta que se unieron las coronas y se confundieron las córtes principales de la monarquía en unas solas. Entonces apareció una sombra vana, á que se dió nombre de diputacion, compuesta tambien de siete individuos que se nombraban y sorteaban por las ciudades de voto en córtes. Pudo ser útil semejante institucion en reinos pequeños, cuando la representacion de los pueblos no se juntaba por lo comun todos los años, y cuando no habia imprenta ó se desconocia la libertad de ella, en cuyo caso era la diputacion, segun expresó oportunamente el señor Capmany, « el censor pú- « blico del supremo poder. » Pero ahora si se ceñia este cuerpo á las facultades que le daba la constitucion, era nula é inútil su censura al lado de la pública; si las traspasaba, ademas de excederse, no servia su presencia sino para entorpecer y molestar al gobierno. Tuvieron por conveniente las córtes respetar reliquia tan antigua de nuestras libertades, confiándole tambien la policía interior del cuerpo, y la facultad de llamar en determinados casos á córtes extraordinarias.

Dábase esta denominacion no á córtes que fuesen superiores á las ordinarias en poder y constituyentes como las actuales, sino á las mismas ordinarias congregadas extraordinariamente y fuera de los meses que permitia la constitucion. Su llamamiento verificábase en caso de vacar la corona, de imposibilidad ó abdicacion del rey, y cuando este las quisiese juntar para un determinado negocio, no siéndoles lícito desviarse á tratar de otro alguno. Con esto se cerraba el título tercero.

Título cuarto. Del rey.

En el cuarto entrábase á hablar del rey, y se circunstanciaban su inviolabilidad y autoridad, la sucesion á la corona, las minoridades y regencia, la dotacion de la familia

real ó sea lista civil, y el número de secretarios de estado y del despacho con lo concerniente á su responsabilidad.

El rey ejercia con plenitud la potestad ejecutiva, pero siempre de manera que podia reconocer, como dice Don Diego de Saavedra *, « que no era tan suprema que no hubiese que- « dado alguna en el pueblo. » Concedióscle la facultad de « declarar la guerra y hacer y ratificar la paz, » aunque despues de una larga y luminosa discusion, deseando muchos señores que en ello interviniesen las córtes, á imitacion de lo ordenado en el fuero antiquísimo de Sobrarve *. Las restricciones mas notables que se le pusieron, consistian en no permitirle ausentarse del reino, ni casarse sin consentimiento de las córtes. Provocó ambas la memoria muy reciente de Bayona, y los temores de algun enlace con la familia de Napoleon. Autorizábanlas ejemplos de naciones extrañas, y otros sacados de nuestra antigua historia.

(* Ap. n. 6.)

(* Ap. n. 7.)

Se reservó para tratar en secreto el punto de la sucesion á la corona. Decidieron las córtes cuando llegó el caso, que aquella se verificaria por el órden regular de primogenitura y representacion entre los descendientes legítimos varones y hembras de la dinastía de Borbon reinante. Tal habia sido casi siempre la antigua costumbre en los diversos reinos de España. En Leon y Castilla autorizóla la ley de partida; y antes nunca habia padecido semejante práctica alteracion alguna, empuñando por eso ambos cetros Fernando I, y luego Fernando III el Santo: tampoco en Navarra en donde se contaron multiplicados casos de reinas propietarias, y á la misma costumbre se debió la union de Aragon y Cataluña en tiempo de Doña Petronila, hija de Don Ramiro el Monge. Bien es verdad que alli hubo algunas variaciones, especialmente en los reinados de Don Jaime el Conquistador y de Don Pedro IV el Ceremonioso, no ciñendo en su consecuencia la corona las hijas de Don Juan el I°, sucesor de este, la cual pasó á las sienes de Don Martin su hermano. Pero recobró fuerza en tiempo de los reyes católicos, ya al reconocer por heredero al malogrado Don Miguel su nieto, príncipe destinado á colocarse en los solios de toda la península, incluso Portugal; ya al suceder en los de España Doña Juana la Loca y su hijo Don Cárlos. Por la misma regla ocupó tambien el trono Felipe V de Borbon, quien sin necesidad trató de alterar la antigua ley y costumbre y las disposiciones de los reyes D. Fernando y Doña Isabel, y de introducir la ley sálica de Francia. Hízolo asi hasta cierto punto, pero bastante á las calladas y con mucha informalidad y oposicion, segun refiere el marqués de San Felipe. En las córtes de 1789 ventilóse tambien el negocio y se revocó la anterior decision, mas muy en secreto. Las córtes poniendo ahora en vigor la primitiva ley y costumbre, en nada chocaban con la opinion nacional, y asi fue que en el seno de ellas

obraron en el asunto de acuerdo los diversos partidos que las componian, mostrando mayor ardor el opuesto á reformas.

Esto en parte pendia del ansia por colocar al frente de la regencia y aproximar á los escalones del trono á la infanta Doña María Carlota Joaquina, casada con Don Juan príncipe heredero de Portugal, é hija mayor de los reyes Don Cárlos IV y Doña María Luisa, en quien debia recaer la corona á falta de sus hermanos, ausentes ahora, cautivos y sin esperanza de volver á pisar el territorio español. Habia en ello tambien el aliciente de que se reuniera bajo una misma familia la península entera; blanco en que siempre pondrán los ojos todos los buenos patricios. Tenia el partido antireformador empeño tan grande en llamar á aquella señora á suceder en el reino, que para facilitar su advenimiento promovió y consiguió que por decreto particular se alejase de la sucesion á la corona al hermano menor de Fernando VII el infante Don Francisco de Paula y á sus descendientes; siendo asi que este por su corta edad no habia tenido parte en los escándalos y flaquezas de Bayona, y que tampoco consentian las leyes ni la política, y menos autorizaban justificados hechos, tocar á la legitimidad del mencionado infante. En el propio decreto eran igualmente excluidas de la sucesion la infanta Doña María Luisa, reina viuda de Etruria, y la archiduquesa de Austria del mismo nombre, junto con la descendencia de ambas; la última señora por su enlace con Napoleon, y la primera por su imprudente y poco mesurada conducta en los acontecimientos de Aranjuez y Madrid de 1808. En el decreto sin embargo nada se especificaba, alegando solo para la exclusiva de todos « ser su sucesion incompatible con el bien y seguridad del « estado. » Palabras vagas, que hubiera valido mas suprimir, ya que no se querian publicar las verdaderas razones en que se fundaba aquella determinacion.

Las córtes retuvieron para si en las minoridades el nombramiento de regencia. Conformábanse en esto con usos y decisiones antiguas. Y en cuanto á la dotacion de la familia real se acordó que las córtes la señalarian al principio de cada reinado. Muy zelosas anduvieron á veces las antiguas en esta parte, usando en ocasiones hasta de términos impropios aunque significativos, como aconteció en las córtes celebradas en Valladolid el año 1518, en las que * se dijo á Cárlos V « *que el rey era mercenario de sus vasallos.* » (* Ap. n. 8.)

Instrumentos los ministros ó secretarios del despacho de la autoridad del rey, gefe visible del estado, son realmente en los gobiernos representativos la potestad ejecutiva puesta en obra y conveniente accion. Se fijó que hubiese siete: de estado ó relaciones exteriores; dos de la gobernacion, uno para la península y otro para ultramar; de gracia y justicia; de guerra; de hacienda y de marina. La novedad consistia en los dos ministerios de la

gobernacion, ó sea de lo interior, que tropezó con obstáculos por cuanto ya indicaba que se querian arrancar á los tribunales lo económico y gubernativo en que habian entendido hasta entonces.

Debian los secretarios del despacho ser responsables de sus providencias á las córtes, sin que les sirviese de disculpa haber obrado por mandato del rey. Responsabilidad esta por lo comun mas bien moral que efectiva; pero oportuno anunciarla y pensar en ella, porque como decia bellamente el ya citado Don Diego de Saavedra *: « dejar correr libremente á los ministros, es « soltar las riendas al gobierno. »

(*Ap. n. 9.)

Tambien en este título se creaba un consejo de estado. Bajo el mismo nombre hallábase establecido otro en España desde tiempos remotos, al que dió Carlos V particulares y determinadas atribuciones. Elevaba ahora la comision el suyo dándole aire de segunda cámara. Debian componerle cuarenta individuos: de ellos cuatro grandes de España, y cuatro eclesiásticos; dos, obispos. Inamovibles todos, los nombraba el rey, tomándolos de una lista triple presentada por las córtes. Eran sus mas principales facultades aconsejar al monarca en los asuntos árduos, especialmente para dar ó negar la sancion de las leyes, y para declarar la guerra ó hacer tratados; perteneciéndole asimismo la propuesta por ternas para la presentacion de todos los beneficios eclesiásticos y para la provision de las plazas de judicatura. Prerogativa de que habian gozado las antiguas cámaras de Castilla y de Indias; porcion, como se sabe, integrante y suprema de aquellos dos consejos. Aplaudieron hasta los mas enemigos de novedades la formacion de este cuerpo, á pesar de que con él se ponian trabas mal entendidas á la potestad ejecutiva, y menguaban sus facultades. Pero agradábales porque renacia la antigua práctica de proponer ternas para los destinos y dignidades mas importantes.

Titulo quinto, De los tribunales.

Comprendia el título 5º el punto de tribunales: punto bastante bien entendido y desempeñado, y que se dividia en tres esenciales partes: 1ª reglas generales, 2ª administracion de justicia en lo civil, 3ª administracion de justicia en lo criminal. Por de pronto apartábase de la incumbencia de los tribunales lo gubernativo y económico en que antes tenian concurso muy principal, y se les dejaba solo la potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales. Pohibíase que ningun español pudiese ser juzgado por comision alguna especial, y se destruian los muchos y varios fueros privilegiados que antes habia, excepto el de los eclesiásticos y el de los militares. No faltaron diputados como los señores Calatrava y García Herreros que con mucha fuerza y poderosas razones atacaron tan injusta y perjudicial exencion; mas nada por entonces consiguieron.

Centro era de todos los tribunales uno supremo llamado de justicia, al que se encargaba el cuidado de decidir las competencias

de los tribunales inferiores; juzgar á los secretarios del despacho, á los consejeros de estado y á los demas magistrados en caso de que se les exigiese la responsabilidad por el desempeño de sus funciones públicas; conocer de los asuntos contenciosos pertenecientes al real patronato; de los recursos de fuerza de los tribunales superiores de la córte, y en fin de los recursos de nulidad que se interpusiesen contra las sentencias dadas en última instancia.

Despues poníanse en las provincias tribunales que conservaban el nombre antiguo de audiencias, y á las cuales se encomendaban las causas civiles y criminales. En esta parte adoptábase la mejora importante de que todos los asuntos feneciesen en el respectivo territorio; cuando antes tenian que acudir á grandes distancias y á la capital del reino, á costa de muchas demoras y sacrificios. Mal grave en la península, y de incalculables perjuicios en ultramar. En el territorio de las audiencias, cuyos términos se debian fijar al trazarse la nueva division del reino, se formaban *partidos*, y en cada uno de ellos se establecia un juez de letras con facultades limitadas á lo contencioso. Hubieran algunos querido que en lugar de un solo juez se pusiese un cuerpo colegiado compuesto á lo menos de tres, como medio de asegurar mejor la administracion de justicia, y de precaver los excesos que solian cometer los jueces letrados y los corregidores; pero la costumbre y el temor de que se aumentasen los gastos públicos inclinó á aprobar sin obstáculos el dictámen de la comision.

Hasta aquí todos estos magistrados, desde los del tribunal supremo de justicia hasta los mas inferiores, eran inamovibles y de nombramiento real á propuesta del consejo de estado. Venian despues en cada pueblo los alcaldes, á los que, segun en breve veremos, elegíanlos los vecinos, y á su cargo se dejaban litigios de poca cuantía, ejerciendo el oficio de conciliadores, asistidos de dos hombres buenos, en asuntos civiles ó de injurias, sin que fuese lícito entablar pleito alguno antes de intentar el medio de la conciliacion. Cortáronse al nacer muchas desavenencias mientras se practicó esta ley, y por eso la odiaron y trataron de desacreditar ciertos hombres de garnacha.

En la parte criminal se impedia prender á nadie sin que procediese informacion sumaria del hecho, por el que el acusado mereciese castigo corporal; y se permitia que en muchos casos dando fiador no fuese aquel llevado á la cárcel; á semejanza del *habeas corpus* de Inglaterra, ó del privilegio hasta cierto punto parecido de la antigua *manifestacion* de Aragon. Abolíase la confiscacion, se prohibia que se allanasen las casas sino en determinados casos, y adoptábase mayor publicidad en el proceso con otras disposiciones no menos acertadas que justas. La opinion habia dado ya en España pasos tan agigantados acerca de estos puntos que no se suscitó al tratarlos discusion grave.

Mas no pareció oportuno llevar la reforma hasta el extremo de instituir inmediatamente el *jurado*. Anunciόse sí por un artículo expreso que las córtes en lo sucesivo cuando lo tuviesen por conveniente introducirian la distincion entre los jueces del hecho y del derecho. Solo el señor Golfin pidió que se concibiese dicho artículo en tono mas imperativo.

Título sexto. Del gobierno interior de las provincias y de los pueblos.

El título 6º fijaba el gobierno interior de las provincias y de los pueblos. Se confiaba el de estos á los ayuntamientos, y el de aquellas á las diputaciones con los gefes políticos y los intendentes. En España, sobre todo en Castilla, habia sido muy democrático el gobierno de los pueblos, siendo los vecinos los que nombraban sus ayuntamientos. Fuése alterando este método en el siglo XV, y del todo se vició durante la dinastía austriaca, convirtiéndose por lo general aquellos oficios en una propiedad de familia, y vendiéndolos y enagenándolos con profusion la corona. En tiempo de Cárlos III, reinado muy favorable al bien de los pueblos, dispúsose en 1766 que estos nombrasen diputados y síndicos, con objeto en particular de evitar la mala administracion de los abastos; teniendo voto, entrada y asiento en los ayuntamientos, y dándoles en años posteriores mayor extension de facultades. Mas no habiéndose arrancado la raiz del mal, trató la constitucion de *descuajarla*; decidiendo que habria en los pueblos para su gobierno interior un ayuntamiento de uno ó mas alcaldes, cierto número de regidores, y uno ó dos procuradores síndicos elegidos todos por los vecinos, y amovibles por mitad todos los años. Pareció á muchos que faltaba á esta última rueda de la autoridad pública un agente directo de la potestad ejecutiva, porque los ayuntamientos no son representantes de los pueblos, sino meros administradores de sus intereses; y asi como es justo por una parte asegurar de este modo el bien y felicidad de las localidades, asi tambien lo es por la otra poner un freno á sus desmanes y peculiares preocupaciones con la presencia de un alcalde ú otro empleado escogido por el gobierno supremo y central.

No quedaba á dicha semejante hueco en el gobierno de las provincias. Habia en ellas un gefe superior, llamado gefe político, de provision real, á quien estaba encargado todo lo gubernativo, y un intendente que dirigia la hacienda. Presidia el primero la diputacion compuesta de siete individuos nombrados por los electores de partido, y que se renovaban cuatro una vez, y tres otra cada dos años. Tenia este cuerpo latamente y en toda la provincia las mismas facultades que los ayuntamientos en sus respectivos distritos, ensanchando su círculo hasta en la política general y mas allá de lo que ordena una buena administracion. Las sesiones de cada diputacion se limitaban al término de noventa dias para estorbar se erigiesen dichas corporaciones en pequeños congresos, y se la-

deasen al federalismo: grave perjuicio, irreparable ruina, por lo que hubiera convenido restringirlas aun mas. Podia el rey, siempre que se excediesen, suspenderlas, dando cuenta á las córtes.

Se formaron estas diputaciones á ejemplo de las de Navarra, Vizcaya y Asturias, las cuales, si bien con facultades á veces muy mermadas, conservaban todavía bastante manejo en su gobierno interior, especialmente las dos primeras. Todas las otras provincias del reino habian perdido sus fueros y franquezas desde el advenimiento al trono de las casas de Austria y de Borbon: por lo que incurren en gravísimo error los extranjeros cuando se figuran que eran árbitras aquellas de dirigir y administrar sus negocios interiores; siendo asi que en ninguna parte estaba el poder tan reconcentrado como en España, en donde no era lícito desde el último rincon de Cataluña ó Galicia hasta el mas apartado de Sevilla ó Granada, construir una fuente, ni establecer siquiera una escuela de primeras letras sin el beneplácito del gobierno supremo ó del consejo real, en cuyas oficinas se empozaban frecuentemente las demandas, ó se eternizaban los expedientes con gran menoscabo de los pueblos y muchos dispendios.

Titulo sétimo. De las contribuciones.

El sétimo título era el de las contribuciones. Pasó todo él sin discusion alguna. Tan evidente y claro se mostró á los ojos de la mayoría. En su contexto se ordenaba que las córtes eran las que habian de establecer ó confirmar las contribuciones directas é indirectas. Preveníase tambien que fuesen todas ellas repartidas con proporcion á las facultades de los individuos sin excepcion ni privilegio alguno. Ratificábase el establecimiento de una tesorería mayor, única y central con subalternos en cada provincia; en cuyas arcas debian entrar todos los caudales que se recaudasen para el erario: modo conveniente de que este no desmedrase. Tomábanse ademas otras medidas oportunas, sin olvidar la contaduría mayor de cuentas para el exámen de las de los caudales públicos: cuerpo bastante bien organizado ya en lo antiguo, y que tenia que mejorarse por una ley especial. Se declaraba el reconocimiento de la deuda pública, y se la consideraba como una de las primeras atenciones de las córtes; recomendándose sú progresiva extincion, y el pago de los réditos que se devengasen.

Titulo octavo. De la fuerza militar nacional.

Importante era el título octavo; pues concernia á la fuerza militar nacional, y abrazaba dos partes: 1ª las tropas de continuo servicio, ó sea ejército y armada; 2ª las milicias. Respecto de aquellas se adoptaba la regla fundamental de que las córtes fijasen anualmente el número de tropas que fuesen necesarias, y el de buques de la marina que hubieran de armarse ó conservarse armados: como tambien el que ningun español podria excusarse del servicio militar cuando y en la forma que fuere llamado por la ley. Quitábanse asi constitucionalmente

los privilegios que eximian á ciertas clases del servicio militar: privilegios destruidos ó en parte modificados, por disposiciones anteriores, y abolidos de hecho desde el principio de la actual guerra.

Al cuidado de una ley particular se dejaba el modo de formar y establecer las milicias, base de un buen sistema social, y verdadero apoyo de toda constitucion, siempre que las compongan los hombres acomodados y de arraigo de los pueblos. Tan solo se indicaba aqui que su servicio no seria continuo; previniéndose que el rey, si bien podia usar de aquella fuerza dentro de la respectiva provincia, no asi sacarla fuera antes de obtener el otorgamiento de las córtes. Hubo quien queria se determinase desde luego que los oficiales de las milicias fueran nombrados y ascendidos por los mismos cuerpos, confirmando la eleccion las diputaciones ó las mismas córtes; pues opinaba quizá algo teóricamente que siendo dicha fuerza valladar contra las usurpaciones de la potestad ejecutiva, debian mantenerse sus individuos independientes de aquel influjo. Nada se resolvió en la materia dejándose la decision de los diversos puntos para cuando se formase la ley enunciada.

Titulo noveno. De la instruccion publica.

Habia tambien un título especial sobre la instruccion pública que era el noveno. Instituia este escuelas de primeras letras en todos los pueblos de la monarquía, y ordenaba se hiciese un nuevo arreglo de universidades, coronando la obra con el establecimiento de una direccion general de estudios, compuesta de personas de conocida instruccion, á cuyo cargo se dejaba bajo la inspeccion del gobierno celar y dirigir la enseñanza pública de toda la monarquía. Todo se necesitaba para introducir y extender el buen gusto y el estudio de las útiles y verdaderas ciencias, por cuya propagacion tanto, y casi siempre en vano, clamaron y escribieron los Campomanes, los Jovellanos, y muchos otros ilustres y doctos varones. Se elevaba en este título á ley constitucional la libertad de la imprenta, declarando que los españoles podian escribir, imprimir y publicar sus ideas politicas, sin necesidad de licencia, revision ó aprobacion anterior á la publicacion: propio lugar este de renovar y estampar de un modo indeleble ley tan importante y sagrada; pues ella bien concebida, y enfrenado el abuso con competentes penas, es el fanal de la instruccion, sin cuya luz navegaríase por un piélago de tinieblas, incompatible con las libertades constitucionales.

Titulo décimo y último. De la observancia de la constitucion, y modo de proceder para hacer variaciones en ella.

El décimo y último título hablada de la observancia de la ley fundamental y del modo de proceder en sus mudanzas ó alteraciones. Las córtes al instalarse debian ejercer una especie de censura, y examinar las infracciones de constitucion que hubieran podido hacerce durante su ausencia. Se declaraba tambien con el propio motivo el derecho de peticion de que gozaba todo español. No se presentaron óbices ni reparos especiales á esta parte

del título. Por el contrario á la en que se trataba del modo de hacer modificaciones en la constitucion. Deciase en el proyecto que aquellas no podrian ni siquiera proponerse hasta pasados ocho años despues de planteada la ley en todas sus partes, y aun entonces se requerian expresos poderes de las provincias; precediendo ademas otros trámites y formalidades. Contradecian esta determinacion los desafectos á las nuevas reformas, y algunos de sus partidarios los mas ardientes; sobre todo los americanos. Los primeros porque querian que se deshiciese en breve la obra reciente; los otros por desearla aun mas liberal, y los últimos con la esperanza de que acudiendo mayor número de los suyos á las próximas córtes ordinarias, podrian legalmente, ya que no decretar la separacion de las provincias de ultramar, ir por lo menos preparando cada vez mas la independencia de ellas.

Consecuencia era inmediata de todo el artificio de la constitucion poner particulares trabas á su fácil reforma. Porque no habiendo sino una cámara, y no correspondiendo al rey mas *veto* que el suspensivo, claro era que siempre que se hubiese autorizado á las córtes ordinarias para alterar las leyes fundamentales, lo mismo que lo estaban para las otras, de su arbitrio pendia destruir legalmente el gobierno monárquico, ó hacer en él alteraciones sustanciales. Verdad es que en Inglaterra no se conoce diferencia entre la formacion de las leyes constitucionales y las que no lo son; pero esto procede de que alli no pasa acta alguna del parlamento sin la concurrencia de las dos cámaras y el asenso del rey, cuyo *veto* absoluto es salvaguardia contra las innovaciones que tirasen á alterar la esencia de la monarquía. Esforzaron los argumentos en favor del dictámen los señores Argüelles, Oliveros, Muñoz Torrero y otros; quedando al fin aprobado.

Terminároнse aqui los mas importantes debates de esta constitucion, que se llamó del año doce, porque en él se promulgó, circuló y empezó á plantear. Constitucion que fue en la España moderna el primer *esbozo* de la libertad, y que graduándola unos de sobreexcellente, la han deprimido otros, y aun menospreciado con demasiada pasion.

Reflexiones generales acerca de la constitucion.

Hemos tocado algunas de sus faltas en el curso de la anterior narracion y exámen; advirtiendo que pecaba principalmente en la forma y composicion de la potestad legislativa, como tambien en lo que tenia de especulativa y minuciosa. Aparecia igualmente á primera vista gran desvario haber adoptado para los paises remotos de ultramar las mismas reglas y constitucion que para la península; pero desde el punto que la junta central habia declarado ser iguales en derechos los habitantes de ambos hemisferios, y que diputados americanos se sentaron en las córtes, ó no habian de aprobarse reformas para Europa, ó menester era extenderlas á aquellos paises. Sobrados

indicios y pruebas de desunion habia ya para que las córtes añadiesen pábulo al fuego; y en donde no existian medios coactivos de reprimir ocultas ó manifiestas rebeliones, necesario se hacia atraer los ánimos, de manera que ya que no se impidiese la independencia en lo venidero, se alejase por lo menos el instante de un rompimiento hostil y total.

En lo demas la constitucion pregonando un gobierno representativo, y asegurando la libertad civil y la de la imprenta, con muchas mejoras en la potestad judicial y en el gobierno de los pueblos, daba un gran paso hácia el bien y prosperidad de la nacion y de sus individuos. El tiempo y las luces cada dia en aumento hubieran acabado por perfeccionar la obra todavía muy incompleta.

Y en verdad, ¿cómo podria esperarse que los españoles hubieran de un golpe formado una constitucion exenta de errores, y sin tocar en escollos que no evitaron en sus revoluciones Inglaterra y Francia? Cuando se pasa del despotismo á la libertad, sobreviene las mas veces un rebosamiento y crecida de ideas teóricas, que solo mengua con la experiencia y los desengaños. Fortuna si no se derrama y rompe aun mas allá, acompañando á la mudanza atropellamientos y persecuciones. Las córtes de España se mantuvieron inocentes y puras de excesos y malos hechos. ¡Ojalá pudiera ostentar lo mismo el gobierno absoluto que acudió en pos de ellas y las destruyó!

No ha faltado quien piense que si hubieran las córtes admitido dos cámaras y dado mayores ensanches á la potestad real, se hubiera conservado su obra estable y firme. Dudámoslo. El equilibrio mas bien entendido de una constitucion nueva cede á los empujes de la ignorancia, y de alborotadas y antiguas pasiones. Los enemigos de la libertad tanto mas la temen, la aborrecen y la acosan, cuanto mas bella y ataviada se presenta. Camino sembrado de abrojos es siempre el suyo. Emprendimosle entonces en España; mas para llegar á su término, aguantar debiamos caidas y muchos destrozos.

Descontentos fuera de las córtes.

Puso grima á los contrarios de las córtes fuera de su seno el partido que estas ganaron y los elogios que merecieron ya en el mero hecho de presentarse á sus deliberaciones el proyecto de la constitucion. Despechados manifestaron mas á las claras su enemistad, y á punto de comprometerse ciertas personas conspicuas y cuerpos notables en el estado.

Asunto de Lardizábal.

Dió la señal desde un principio un escrito publicado en Alicante en el mes de setiembre de 1811, y que llevaba por título: « Manifiesto que presenta á la nacion el conse-« jero de estado Don Miguel de Lardizábal y Uribe, uno de los « cinco que compusieron el supremo consejo de regencia de Es-« paña é Indias, sobre su política en la noche del 24 de setiembre

« de 1810. » Comenzó en octubre á circular el papel en Cádiz, y como salia de la pluma no de un escritor desconocido y cualquiera, sino de un hombre elevado en dignidad y de un ex-regente, metió gran ruido y causó impresion muy señalada, mayormente cuando no se trataba solo en él de opiniones que tuviera el autor; mas tambien de los pensamientos é intenciones aviesas que al instalarse las córtes habia abrigado la regencia de que Lardizábal era individuo.

Excitados los diputados por el clamor público, llamaron algunos en 14 de octubre acerca del asunto la atencion del congreso; siendo el primero Don Agustin de Argüelles apoyado por el conde de Toreno. Presentó el impreso el señor García Herreros, que se mandó leer inmediatamente. Era su contenido un ataque violento contra las córtes, dirigido « á persuadir la ilegitimidad de estas; « y asentando que si el consejo de regencia las reconoció y juró en « la noche del 24 de setiembre, fue obligado de las circunstancias, « por hallarse el pueblo y el ejército decididos en favor de las « córtes. » El señor Argüelles calificando este impreso de libelo dijo que contenia dos partes. « La primera, añadió, abraza las opi- « niones de un español, que como ciudadano y estando en el goce « de sus derechos ha podido y ha debido manifestarlas, y está « bien que diga lo que quiera, y sostenga su opinion hasta cierto « punto. Pero la otra parte no es opinion, son hechos que atacan « á las córtes, á la nacion y á la causa pública... ¿Qué quiere de- « cir que si el consejo antiguo de regencia hubiera podido disponer « del pueblo ó de la fuerza en la noche del 24 de setiembre, la « cosa no hubiera pasado asi? ... Si ese autor se reconoce tan im- « pertérrito, ¿porqué no tuvo valor... en Bayona? » (Habia el Don Miguel de Lardizábal sido individuo de la junta que allí reunió Napoleon en 1808.) « La grandeza de los hombres, concluia el « señor Argüelles, se descubre en las grandes ocasiones. En los « peligros está la heroicidad. » Fue de la misma opinion el señor Mejía, y propuso que pasase el papel á la junta de censura de la libertad de la imprenta. Arrojóse mas allá el conde de Toreno, pidiendo con vehemencia que se tomasen providencias severas y ejecutivas. Al cabo y despues de largos y vivos debates se resolvió, segun propuesta del señor Morales Gallego ampliada y modificada por otros diputados, que « se arrestase y condujese á Cádiz desde « Alicante, donde residia, á Don Miguel de Lardizábal, siempre « que fuese autor del referido manifesto, como tambien que se re- « cogiesen los ejemplares de este y se ocupasen los demas papeles « de dicho Lardizábal; todo bajo la mas estricta responsabilidad « del secretario del despacho á quien correspondiese. »

Del consejo.

Al dia siguiente continuóse tratando del mismo asunto, y Don Antonio de Escaño, compañero de regencia con Lardizábal, hizo una exposicion desmintiendo cuanto

habia publicado el último acerca de las ideas é intenciones de aquel cuerpo. Igual ó parecido paso dieron mas adelante los señores Saavedra y Castaños. La discusion pues siguió el 15 muy animada, porque sonrujíase que el consejo de Castilla obraba de acuerdo con Lardizábal, y que en secreto habia extendido recientemente una consulta comprensiva de varios particulares relativos á lo mismo, y contra la autoridad de las córtes. Tambien paró la consideracion de estas una protesta remitida por el obispo de Orense, de que hablaba Lardizábal en su manifiesto: é impelido el señor Calatrava de ambos motivos, pidió: 1° « Que se nombrase una « comision de dos diputados para que inmediatamente pasase al « consejo real y recogiese dichas protesta y consulta; 2° que otra « comision de igual número pasase á recoger la exposicion ó pro- « testa del mismo reverendo obispo, que se decia archivada en la « secretaria de gracia y justicia; 3° que se nombrase una comision « de cinco diputados que juzgaze al autor del manifiesto, y en- « tendiese en la causa que debia formarse desde luego para descu- « brir todas sus ramificaciones... » Aprobáronse las dos primeras propuestas, y se nombraron para desempeñar la comision del consejo al mismo señor Calatrava y al señor Giraldo, y para la de la secretaría de gracia y justicia á los señores García Herreros y Zumalacárregui. Se opuso el señor del Monte á la tercera proposicion, y se desechó que fuesen diputados los que juzgasen á Don Miguel de Lardizábal, aprobándose en su lugar « que una comision « del congreso propusiese en el dia siguiente doce sujetos que ac- « tualmente no ejerciesen la magistratura, para que entre ellos « eligiesen las córtes cinco jueces y un fiscal que juzgazen al autor « del manifiesto y entendiesen en la causa que debia formarse « desde luego para descubrir todas sus ramificaciones, procediendo « breve y sumariamente con amplias facultades, y con la actividad « que exigia la gravedad del asunto. »

Tal vez parecerá que hubo demasía en ingerirse las córtes directamente en este asunto, y en nombrar un tribunal especial, separándose de los trámites regulares y ordinarios. Pero el acontecimiento en sí era grave; tratábase de personas de categoría, de las que constantemente se habian opuesto á las reformas y actuales mudanzas, y de un cuerpo como el consejo, enemigo por lo comun de cuanto le hiciese sombra y no se acomodase á sus prerogativas y extraordinarias pretensiones. Ademas íbase á juzgar á Lardizábal como á regente, y á los consejeros, si habia lugar á ello, como á magistrados. Era caso de responsabilidad; las leyes antiguas estaban silenciosas en la materia, ó confusas y poco terminantes, y la constitucion no se habia acabado de discutir. Necesario pues era llenar por ahora el vacío. En Inglaterra acusa la cámara de los comunes en causas iguales ó parecidas; juzga la de los lores; y en ofensas particulares y que les son propias, ellas mismas, cada una

en su sala, examinan y absuelven ó condenan. Y ¡qué diferencia! allí existe una constitucion antigua bien afianzada, árbol revejecido y de siglos que contrasta á violentos huracanes; mas aquí todo era tierno y nuevo, y cañaveral que se doblaba aun con los vientos mas suaves.

En la misma sesion del 15 dieron cuenta los diputados de las comisiones nombradas de haber cumplido con su encargo. Los que fueron á la secretaría de gracia y justicia encontraron la exposicion del obispo de Orense, altanera en verdad y ofensiva; pero que no era otra sino la que presentó aquel prelado á las córtes en 5 de octubre de 1810, de la cual hicimos mencion en el libro XIII. Los que se encaminaron al consejo no descubrieron la consulta de que se trataba, y solo sí tres votos contra ella de los señores que habian disentido, y eran Don José Navarro y Vidal, Don Pascual Quilez y Talon y Don Justo Ibar Navarro. Estaba encargado de extender la consulta el conde del Pinar, quien dijo haberla destruido de enojo, porque cuando la presentó al consejo le habian puesto reparos algunos de sus compañeros hasta en las mas mínimas expresiones. Irritó la disculpa, y pocos dieron á ella asenso, creyendo los mas que dicho documento se habia inutilizado ahora y despues del suceso. Con su desaparecimiento y lo que resultaba de los votos de los tres consejeros que discordaron, encrespóse el asunto, y se agravó la suerte de los de la consulta, habiéndose aprobado dos proposiciones del conde de Toreno concebidas en estos términos: « 1ª Que se suspendiesen los individuos del consejo real que habian « acordado la consulta de que hacian mérito los votos particulares « de los ministros Ibar Navarro, Quilez Talon y Navarro Vidal; « remitiendo estos votos y todos los papeles y documentos que « tuviesen relacion con este asunto al tribunal que iba á nombrar « el congreso para la causa de Don Miguel de Lardizábal. 2ª Que « mientras tanto entendiesen en los negocios propios de las atri- « buciones del consejo los tres individuos que se habian opuesto « á la consulta, y los ausentes que hubiesen venido despues y se « hallasen en el ejercicio de sus funciones. »

Golpe fue este que achocó á los enemigos de las reformas, viendo caido á un cuerpo gran sustentáculo á veces de preocupaciones y malos usos. En todos tiempos, á pesar de la censura que tapaba los labios, han clamado los españoles, siempre que han podido, contra las excesivas facultades de los togados y sus usurpaciones. « Amigos (decia de ellos * Don Diego Hur- (*Ap. n. 10.)
« tado de Mendoza) de traer por todo, como supe- « riores, su autoridad. » Y despues mas cercano á nuestros dias (en los de Felipe V) Fr. Benito de la Soledad *, que (*Ap. n. 11.)
ya tuvimos ocasion de citar, afirmaba que..... « todos « los daños de la monarquía española habian nacido de los toga- « dos..... Ellos (continua dicho escritor) han malbaratado los mi-

« llones y nuevos impuestos..... Ellos han quitado la autoridad á « todos los reinos de la monarquía, y desvanecídoles las córtes.....» Y mas adelante; « los togados deben limitarse *á mantener y ejer-* « *citar la justicia sin embarazarse en tales dependencias.....* Sala de « gobierno (añade) en los togados es buena para que nunca le « haya con utilidad ni decencia; pues esto pertenece á estadis- « tas.....» Omitimos otras expresiones harto duras, y quizá algo apasionadas. Por lo demas admira que en principios del siglo XVIII se tuviesen ideas tan claras sobre varios de los males administrativos que agobiaban á España, y sobre la necesidad de separar la parte gubernativa de la judicial. Ahora el descrédito del consejo y la oposicion á sus providencias se habian aumentado con la conducta equívoca é incierta que habia seguido aquel cuerpo al momento de levantarse las provincias del reino, y su conato en atacar á estas y contrariar casi todas las reformas que emanaban de aquella fuente.

Papel de la *España vindicada.*

No paró aqui negocio tan importante, si bien enfadoso. Imprimíase entonces en Cádiz en la oficina de Bosch un papel intitulado: « España vindicada en sus clases y ge- « rarquías, » el cual se presumia tener enlace con lo que en la actualidad se trataba; por lo que en el mismo dia 15 extendió una proposicion el señor García Herreros, de cuyas resultas se remitieron á las córtes dos ejemplares impresos de dicho escrito con el original. Era esta produccion una larga censura de todos los procedimientos del congreso, en la que el autor, aunque á cada paso y en tono suave afirmaba ser hombre sumiso y obediente á las córtes, excitaba contra ellas á los clérigos y á los nobles que decia injuriados por no haberse admitido los estamentos; añadiendo que no podian las mismas entender sino en negocios de guerra y hacienda para rechazar al enemigo. Sonaba y se decia autor del papel Don Gregorio Vicente Gil, oficial de la secretaría del consejo y cámara; pero asegurábase y luego se probó que el verdadero autor era Don José Colon, decano del consejo real. Por eso, mirando el asunto como conexo con el de esta corporacion y con el de Lardizábal, se pasó el 21 del propio octubre un ejemplar impreso con el original manuscrito al tribunal especial que iba á entender en las otras dos causas.

Tribunal especial para entender en estos negocios.

Habia sido aquel nombrado el 17, escogiendo las córtes de entre los doce sugetos propuestos por la comision, cinco jueces y un fiscal. Fueron los primeros Don Toribio Sanchez Monasterio, Don Juan Pedro Morales, Don Pascual Bolaños de Novoa, Don Antonio Vizmanos y Don Juan Nicolas Undaveytia, y el último Don Manuel María Arce. Prestaron todos juramento ante las córtes, y consideróse dicho tribunal como supremo dispensándole el tratamiento de alteza.

Exposicion de decano del consejo.

Tuvo el negocio incidentes muy desagradables, siendo el campo de lides del partido reformador, y del antireformador. Dió lugar á varias discusiones una representacion del mencionado decano del consejo Don José Colon, en la que « sometiéndose como individuo á comparecer ante el tribunal especial, pedia como persona pública la venia mas atenta, « para que el juicio y cuanto se obrase en él fuese y se entendiese « con la reserva de exponer (por sí, si vivia, ó por el que le sucediese) á las córtes presentes y futuras cuanto conviniese á su « alto cargo y á su tribunal. » Algunos diputados miraron dicha exposicion como ambigua y como una protesta anticipada de las reformas judiciales de la constitucion. Pidiéronse al Don José explicaciones acerca del sentido; diólas, y no satisfaciendo con ellas, dijo el señor García Herreros: « Todo individuo de la sociedad « tiene derecho para representar al soberano cuanto le parezca. « En sustancia esa venia que Don José Colon pide ¿no es para re- « presentar lo que le convenga, ya sea antes ó despues de la sen- « tencia? Pues, ¿á quién ha negado la ley ni las córtes el que acuda « á hacer presente lo que juzgue útil y preciso á su derecho?.... « Asi que (concluyó manifestando el señor García Herreros) yo « no comprendo á qué es pedir esa venia, y me parece inútil con- « cederla. Mi dictámen pues es que se diga que use de su derecho « y nada mas. » A esto respondió el señor Gutierrez de la Huerta: « que segun el derecho español era necesario para instaurar un « recurso extraordinario al soberano, pedir antes la venia, y « que siendo extraordinario el tribunal creado, podian ocurrir « casos en que los acusados tuviesen que usar de este medio, por « lo que justamente el decano del consejo pedia dicho permiso para « ocurrir á las córtes siempre que él ó sus compañeros se sintiesen « agraviados. » Práctica forense esta no aplicable al caso, ni tampoco muy usada y clara: por lo que con razon expresó Don Juan Nicasio Gallego « que no era fácil desenmarañarla, sobre todo « cuando los señores jurisperitos, que ademas del estudio tenian « la práctica del foro y estrados, hablaban con tanta variedad en « el negocio. »

Fuese este enredando cada vez mas, y enardeciéndose las pasiones se llegó al extremo de que las galerías hasta entonces tranquilas, y que escuchaban con respetuoso silencio las demas discusiones, tomaron parte y se excedieron.

Desagradable ocurrencia con el diputado Valiente.

Creció el desasosiego el 26 de octubre en cuyo dia continuó el debate, dando ocasion á ello un discurso pronunciado por Don José Pablo Valiente. Tenia el pueblo de Cádiz contra este diputado antigua ojeriza, que habia empezado ya en 1800, por atribuírsele la introduccion allí de la fiebre amarilla volviendo de ser intendente de la Habana. La acusacion era infundada; y en todo caso, culpa hubiera sido

mas bien que suya de las autoridades de la ciudad. Odiábanle tambien porque patrocinaba el comercio libre con América á causa de sus relaciones y amistades en la isla de Cuba; pues aquel diputado, enemigo constante de las reformas, sostenia esta con fuerza, al paso que los vecinos de Cádiz muy adictos á todas las otras, era la sola á que se oponian como interesados en el comercio exclusivo. Tanto influjo tienen en nuestras determinaciones las miras privadas. Valiente ademas asistia poco á las córtes, y sabíase que era el único individuo de la comision de constitucion que habia rehusado firmar el proyecto. Motivos todos que aumentaban la aversion hácia su persona, y por lo que debiera haber procedido con mucha mesura. Mas no fue asi; y acudiendo inopinadamente á las córtes, púsose luego á hablar, usando de expresiones tales que presumieron los mas ser su intento excitar al desórden, y convertir por este medio, segun prevenia el reglamento, la sesion pública en secreta. Confirmóse la sospecha cuando se vió que Valiente al primer leve murmullo de las galerías reclamó el cumplimiento de aquel artículo reglamentario: con lo cual indispuso aun mas los ánimos, y á poco los irritó del todo, añadiendo que entre los circunstantes habia *intriga;* y tambien, segun oyeron algunos, *gente pagada.* Palabras que apenas las pronunció, causaron bulla y desórden en términos que el presidente alzó la sesion pública á pesar de vivas reclamaciones del señor Golfin y conde de Toreno.

Permanecieron sin embargo los espectadores en las galerías, y aunque despues las evacuaron, mantuviéronse en la calle y puertas del edificio. Cundió en breve el tumulto á toda la ciudad, y se embraveció al divulgarse que era Valiente la causa primera de aquel disgusto. De resultas cesaron las córtes en la deliberacion pública y secreta del asunto pendiente, y solo pensaron en tomar precauciones que preservasen de todo mal la persona del diputado amenazado. A este fin vino á la barandilla el gobernador de la plaza Don Juan María Villavicencio, quien respondió de la seguridad individual del Don José Pablo; mas atemorizado este, no quiso volver á su casa y pidió que se le llevase al navío de guerra Asia fondeado en bahía. Hubo de condescenderse con sus deseos, y puesto á bordo mantúvose allí y despues en Tánjer muchos meses por voluntad propia, pues era medroso y de condicion indolente; aunque, segun mas adelante veremos, no permaneció en su retiro desocupado, procurando sostener y fomentar sus conocidas máximas y principios. Por lo demas el lance ocurrido, doloroso y de perjudicial ejemplo, si bien fue provocado por la indiscrecion y temeridad de Valiente, dió armas á los que despues quisieron quejarse de falta de libertad.

Curso y final termino de estos negocios.

Pero de pronto amilanáronse los enemigos de las reformas, y Don José Colon mismo desistió de sus peticiones, las que sin embargo pasaron al tribunal

especial. Siguieron en este todos sus trámites las causas encomendadas á su exámen y resolucion. Lardizábal llegó de Alicante al principiar noviembre, y arrestado en Cádiz en el cuartel de San Fernando, hizo á las córtes varias representaciones procurando sincerar su conducta y escritos. Duraron meses estos negocios. El de la España vindicada empantanóse con una calificacion que en su favor dió la junta suprema de censura, en oposicion á otra de la de provincia, excediéndose aquella de sus facultades. A los consejeros procesados, catorce en número, absolviólos de toda culpa en 29 de mayo de 1812 el tribunal especial. Menos dichoso el señor Lardizábal pidió contra él el fiscal la pena de muerte, y el tribunal, si bien no se confirmó con dicho parecer, condenó al acusado en 14 de agosto del propio año « á que saliese expulso de todos « los pueblos y dominios de España en el continente, islas adya- « centes y provincias de ultramar, y al pago de las costas del pro- « ceso, mandando que los ejemplares del manifiesto se quemasen « públicamente por mano del verdugo. » Apeló Lardizábal del fallo al tribunal supremo de justicia, ya entonces establecido; el que en sala 2ª revocó y anuló la anterior sentencia, que confirmó despues en todas sus partes la sala 1ª en virtud de apelacion que hizo el fiscal del tribunal especial. Finalizaron así tan ruidosos asuntos, en los que si hubo calor y quizá algun desvío de autoridad, dejáronse por lo menos á los acusados todos los medios de defensa; formando en esto contraste con los inauditos atropellamientos que ocurrieron despues al restaurarse el gobierno absoluto.

Manejos para poner al frente de la regencia á la infanta Doña María Carlota.

Volviendo poco á poco del asombro el partido antiliberal, causó á su contrario nuevas turbaciones, naciendo la primera de querer poner al frente de la regencia á una persona real. Hemos visto en el curso de esta historia los príncipes que en diversas ocasiones reclamaron sus derechos á la corona de España, ó solicitaron tomar parte en los actuales acontecimientos. No disminuyeron despues los pretendientes á pesar de la situacion mísera y atribulada de la península, teniendo abogados hasta la antigua casa de Saboya, cuyo príncipe reinante moraba en la isla de Cerdeña, viviendo en mucho retiro, y habiéndole casi olvidado el mundo. Mas sobre todos reunia poderoso número de parciales la infanta Doña María Carlota, de la que poco hace hablamos. Queríanla los anti-reformadores como apoyo de sus pensamientos. Queríanla los antiguos palaciegos, y participaban tambien del mismo deseo muchos liberales ansiosos de incorporar el reino de Portugal á España. Pero de los últimos, los mas eran opuestos á la medida; pues aunque partidarios como los otros de la union de la península, no estimaban prudente por un bien lejano é incierto aventurar ahora el inmediato y mas seguro de las libertades públicas; persuadidos de que el bando contrario á ellas adquiriria notable fuerza con la ayuda y

prestigio de una persona real. Sostenia la idea Don Pedro de Sousa, ahora marques de Palmela, ministro entonces del reino de Portugal y de la corte del Brasil en Cádiz, hombre diestro y muy solícito en el asunto, si bien le oponia resistencia su compañero el ministro británico Sir Henry Wellesley.

Carta a las córtes de esta señora.

Tampoco se descuidó la infanta procurando por sí misma lisonjear á las córtes, y hacer bajo de mano ofrecimientos muy halagüeños. Con todo á veces no anduvo atinada; y entre otros casos acordámonos de uno en que por lo menos probó imprudencia extraña y suma. Habia por este tiempo entre España y la corte del Brasil motivos de desavenencia y quejas que nacian de antiguas usurpaciones de aquel gobierno en la orilla oriental del rio de la Plata, y tambien de reciente y desleal conducta en Montevideo. La infanta, para desvanecer ciertas dudas que habia sobre la parte que S. A. habia tomado en el último procedimiento, escribió una carta á las córtes como para satisfacerlas y desahogar con ellas su pecho, informándolas acerca de aquel punto y de otros; y terminaba por rogar que no se descubriese á su esposo aquella correspondencia. Singular confianza y encargo, como si pudiera guardarse sigilo en una corporacion compuesta de 200 individuos, de dictámenes y condiciones diversas. Dióse cuenta del asunto en secreto, y sobre él resolvieron las córtes se hiciese saber á la infanta que en materias tales tuviese á bien S. A. dirigirse á la regencia, á cuyas facultades correspondia el despacho. Mas adelante repitió sin embargo sus cartas la misma princesa, aunque alguna de ellas, segun veremos, con motivo plausible.

Proposiciones para ponerla al frente de la regencia.

En tanto los manejos ocultos para colocar á dicha señora al frente del gobierno de España tomaron mayor incremento; y el diputado Laguna, de poco nombre é influjo, testa de ferro en este lance, hizo

Del señor Laguna.

el 8 de diciembre de este año de 1811 entre otras proposiciones la de que « se eligiese nueva regencia com-
« puesta de cinco personas, de las que una fuese la persona real
« á quien tocase. » Resultaba claro que esta, aunque no se nombraba, era la infanta Doña María Carlota; pues destruida la ley sálica, y ausentes y cautivos sus hermanos, á ella pertenecia por su inmediacion á la corona presidir en aquel caso la regencia. La

Se desecha.

proposicion, á pesar de lo mucho que se habia maquinado, no fue ni siquiera admitida á discusion.

Del señor Vera y Pantoja.

Pocos dias despues promovió en secreto la misma cuestion Don Alonso Vera y Pantoja, pero habiéndose decidido que no era asunto que debiera tratarse á las calladas, renovóla dicho diputado en la sesion pública del 29 del propio diciembre. Era Don Alonso diputado por la ciudad de Mérida, anciano, buen caballero, pero pazguato, y mas para poco que el

ya mencionado Laguna. Presentó pues aquel una exposicion poco medida en sus términos, de agria censura contra las córtes, y que por ahí descubria ser no solo de ajena mano, mas tambien de forastera y no amiga de aquella corporacion. Concluia el escrito con varias proposiciones, de las cuales las mas esenciales eran: « 1ª que se nombrase una regencia, y presidente de ella á una « persona real, concediéndole el ejercicio pleno de las facultades « asignadas al rey en la constitucion. 2ª Que en el término perentorio de un mes despues de elegir dicha regencia, se finalizasen « las discusiones de la constitucion, y se disolviesen las córtes. « 3ª Que no se convocasen otras nuevas hasta el año 1815. » Conjura poco disfrazada y demasiadamente grosera. El señor Calatrava, pidiendo que conforme al reglamento explayase el autor sus proposiciones, puso al D. Alonso en grande aprieto estando este ya muy confuso, y próximo á nombrar la persona que se las habia apuntado. Pero despues, tomando el mismo señor Calatrava tono mas grave, dijo: « Una porcion de protervos se valen de hombres « buenos, como lo es el señor Vera que acaso no tendrá las luces « necesarias. Es ya tiempo de quitarles la máscara. Hombres mal« vados se valen de estos instrumentos para desacreditar á las « córtes y encender la tea de la discordia entre nosotros... ¿Qué ha « hecho el autor de las proposiciones en los quince meses que estan « instaladas las córtes? ¿Qué proposiciones ha hecho para ayudar « á estas? ¿Qué planes ha presentado para salvar la patria? Re« gístrense las actas, hájense los expedientes de la secretaría. « Allí se verá lo que cada uno ha hecho. ¿Qué ha dicho y hecho « el señor Vera para acusar á las córtes ahora? Dice que estas se « han ocupado en expedientes particulares: pregunto ¿quién los « ha promovido mas?..... ¿De qué se trata en ese papel? De cul« par á las córtes como la causa de los defectos del gobierno. ¿Y « esto lo dice un diputado?.... ¿A qué se dirigen estas proposi« ciones? A desacreditar á las córtes y al gobierno. Esto no puede « tener orígen sino en personas descontentas por las reformas que « se han intentado. »

Aprueban se otras en contrario del señor Argüelles.

Siguió la discusion, y el señor Argüelles hizo otras proposiciones en sentido inverso á las del diputado Vera, terminándose por aprobar el 1º de enero tres de las de dicho señor Argüelles: dos de las cuales eran importantes y se dirigian la una á que « en la regencia que « ahora se nombrase para gobernar el reino con arreglo á la cons« titucion, no se pusiese ninguna persona real; » y la otra « á que se « eligiese una comision de las mismas córtes para que propusiera « las medidas que conviniese tomar entre tanto que se organizaba « el gobierno, á fin de asegurar mejor la decision de tan impor« tante negocio. » No tuvieron de consiguiente resulta las del señor Vera, que de suyo cayeron en el olvido.

Por lo demas urgia nombrar regencia: era en eso unánime la opinion de los diputados. La antigua estaba ya usada y como manca. Lo primero acontecia fácilmente en tiempos desasosegados y de tanto apuro como los que corrian; pendia lo segundo de la ausencia casi continua de Don Joaquin Blake, y de haber ahora este acabado de perderse quedando prisionero en la toma de la ciudad de Valencia.

Nueva regencia compuesta de cinco individuos.

Pasaron pues las córtes á ocuparse en la eleccion de la regencia nueva, y se pusieron con este motivo todos los partidos muy sobre aviso. Precedió para ello una lista de candidatos y un exámen de condiciones presentadas por la comision elegida á propuesta del señor Argüelles. Hubo en la materia discusiones secretas, largas y reñidas. Al cabo fueron el 21 de enero nombrados regentes « el teniente general, duque « del Infantado; Don Joaquin Mosquera y Figueroa, consejero en « el supremo de Indias; el teniente general de la armada Don Juan « María Villavicencio; Don Ignacio Rodriguez de Rivas, del con- « sejo de S. M., y el teniente general conde del Abisbal; » entre los cuales debia turnar la presidencia cada seis meses por el órden en que fueron elegidos, que era el que va indicado.

Estos señores, excepto el duque del Infantado, ausente en Lóndres como embajador extraordinario, juraron en las córtes el 22, y el mismo dia tomaron posesion de sus plazas. Habian hecho en gran parte la eleccion los antireformadores, por habérseles unido, en especial para la del duque del Infantado, los americanos, confiados estos en que asi serian mejor sostenidas sus pretensiones y sus candidatos, en lo cual se engañaron. Recibióse mal en Cádiz el nombramiento, vislumbrando ya el público el lado adonde se inclinarian los nuevos regentes.

La anterior regencia. Juicio acerca de ella.

Los que acababan, ya que no fuesen los mas adecuados para aquel puesto, distinguiéronse por su patriotismo y sanas intenciones, y las córtes, en atencion á ello, nombraron á todos tres, á saber: á los señores Blake, Agar y Ciscar del consejo de estado que iba á formarse, sin excluir al primero aunque ya camino de Francia.

Su administracion y algunos acontecimientos de su tiempo.

Junto á unas córtes de tanto poder como las actuales aminorábase la importancia del gobierno, y no parecia su autoridad tan principal como lo habia sido la de los anteriores. Asi el exámen de su administracion no puede ahora detenernos igual tiempo que nos detuvo la de la junta central y 1ª regencia; habiendo ya hablado de muchos asuntos en que se ocuparon las córtes, y se rozaban con los otros de la potestad ejecutiva. En la parte diplomática los dos mas graves que ocurrieron fue el de la mediacion inglesa para América, y el comienzo de la alianza con Rusia, de los que ya hicimos mencion, y estaban todavía ahora pendientes.

No hubo tratado de subsidios ni algun otro posterior al de 1809 con la Inglaterra, que menguaba sus socorros directos particularmente en metálico al gobierno supremo, reduciéndose por lo comun los que aprontaba á anticipaciones sobre entradas de América ó sobre libranzas dadas contra aquellas cajas. Sin embargo las córtes habian dado varias providencias en cuanto á algodones, muy útiles á las manufacturas británicas. Fue la primera en mayo de 1811, por la cual se permitió * « que los géneros (*Ap. n. 12.)
« finos de aquella clase á la sazon existentes en las
« provincias de España pudieran embarcarse y conducirse á Amé-
« rica en el preciso término de seis meses, con la circunstancia de
« que á su salida de la península satisficiesen los derechos que de-
« bian adeudar á su entrada en ultramar, con la rebaja de un dos
« por 100 en los expresados derechos. » Luego en noviembre del mismo año se dieron mayores ensanches á la concesion, extendiéndola á los algodones ordinarios, y prorogándose por mas tiempo el término de los seis meses. Véase cuánta no seria la introduccion en América de aquella y otras mercadurías al abrigo de tales permisos y cuántas las ganancias de los súbditos ingleses.

La marina se mantuvo con corta diferencia en el mismo ser y estado que antes, y tambien los ejércitos, pues si por una parte se aumentaron de estos el 4°, 5° y 6°, empezando á formarse el 7°, las pérdidas experimentadas por la otra en las plazas de Cataluña y la última y sensibilísima de Valencia disminuyeron el 1°, 2° y 3° y hasta el mismo 4° ejército. Recibieron las partidas bastante incremento, y cada vez mejor organizacion.

Continuaba siendo varia é incierta la entrada de caudales en las provincias, pero crecieron sus recursos en especie con una providencia que dieron las córtes en 25 de enero de 1811, mandando que para la manutencion de los ejércitos y formacion de almacenes de víveres, ademas de los frutos que pertenecian al erario por excusado, noveno y demas ramos, se aplicase la parte de diezmos, aunque con calidad de reintegro, que no fuese necesaria para la subsistencia de los diversos partícipes, habiéndose despues prevenido que fuesen las juntas de provincia las que determinasen la cuota de dicha subsistencia. Aquellas corporaciones se habian propagado mas y mas, formándose hasta en los territorios de Toledo y Avila, y en otros nuevos de los ocupados. Su órden y gobierno interior habia continuado tambien perfeccionándose con el último reglamento que se dió para las juntas; las cuales permanecieron al frente de las provincias hasta que mas adelante se fueron nombrando las diputaciones que creaba la constitucion.

En Cádiz subsistia el ramo de hacienda administrado directamente por el gobierno supremo despues que en 31 de octúbre de 1810 se rescindió el contrato con la junta de aquella ciudad. Las entradas en los dos restantes y últimos meses del mismo año

ascendieron á 56,740,380 reales vellon, en que se comprenden 50,588,672 idem reales conducidos de ultramar por el navío Baluarte: y las de 1811 desde 1° de enero hasta 31 de diciembre inclusive á 201,678,121 reales vellon: de ellos 70,975,592 de la misma moneda, procedentes tambien de América: suma esta y la anterior todavía considerables en medio de las revueltas que agitaban á aquellos paises. El ministro británico anticipó en el último año 15,738,200 reales vellon; se le reintegraron luego 10,000,000 en letras á la vista contra las cajas de Lima, que pasó á recoger el capitan inglés Fleming en el navío de guerra el Estandarte. Antes, en diciembre de 1810, igualmente se entregaron al cónsul de la propia nacion en Cádiz 6,000,000 en pago de cantidades prestadas.

Por tanto si el estado de los negocios públicos no se habia mejorado desde la instalacion de la regencia cesante, y antes bien se habian padecido dolorosos descalabros en la parte militar, vese con todo que la causa de la nacion no estaba aun perdida, ni falta de esperanzas, mayormente si se atiende, segun insinuamos ya, á los acontecimientos ocurridos en Portugal y á otros que se columbraban; á la perseverancia de nuestros ejércitos; al revuelo y muchedumbre de las partidas, y en fin al impulso que dieron y aliento que infundian las córtes con sus providencias, las muchas reformas útiles y la nueva constitucion.

Reglamento dado a la nueva regencia.

En tales circunstancias, favorecida por algunas ventajas y rodeada en verdad de muchos obstáculos, comenzó á gobernar la regencia de los cinco, recien nombrada. Modificaron las córtes el reglamento interior de esta, segun proposicion que habia ya formalizado en 21 de octubre Don Andrés Angel de la Vega Infanzon, diputado por Asturias, y el mismo que vió el lector en Lóndres en 1808, hombre de vasta capacidad y de muchos y profundos conocimientos. Se hacia ahora mas precisa la alteracion del anterior reglamento con motivo de las novedades que iba á introducir la constitucion, y por eso una comision especial, á la que habia pasado la propuesta del diputado Vega acompañada de un proyecto del mismo señor sobre la materia, presentó un nuevo arreglo, cuya discusion comenzó el 2 de enero, terminándose esta y aprobándose el dictámen en 24 del propio mes. La comision habia seguido casi en todo los pensamientos del señor Vega, quien habia observado de cerca y atentamente el método que prevalecia en las secretarías de Inglaterra, y en el modo de proceder de sus ministros.

Se componia el reglamento ahora formado de tres capítulos: 1° de las obligaciones y facultades de la regencia; 2° del modo con que la regencia debia acordar sus providencias con el consejo de estado y secretarios del despacho, y de la junta que habian de formar estos entre sí; 3° de la responsabilidad de la regencia y de

la de los secretarios del despacho. La discusion fue importante en ciertos puntos. No era el primer capítulo sino una mera aplicacion, por decirlo asi, de los artículos de la constitucion, dando á la regencia las mismas facultades que tenia el rey, salvo algunas restricciones. Estableciase muy sabiamente en el capítulo segundo que los ministros formasen entre sí una junta, y tambien el modo de asentar sus acuerdos y resoluciones para hacer efectiva en su caso la responsabilidad. Tuvo aquella propuesta contradictores, acordándose algunos de la junta llamada de estado que en 1787 habia introducido el conde de Floridablanca, y por cuyo medio habíase este convertido realmente en ministro universal de la monarquía; pero no se hacian cargo de que lo mismo que pudo quizá ser un mal en un gobierno absoluto reconcentrando todavía mas la autoridad suprema, se cambiaba en un bien, y era necesario en un gobierno representativo, asi para aunar las providencias, como para resistir á los grandes embates de la potestad legislativa. Se particularizaban en el capítulo tercero, segun anunciaba ya su título, los trámites que habian de preceder para examinar la conducta de los individuos del gobierno y la de los ministros, y decidir cuando se estaba en el caso de formarles causa.

Se firma, jura y promulga la constitucion el 18 y 19 de marzo.

Aprobado pues este reglamento, escogida é instalada la regencia, y nombrados en febrero hasta veinte consejeros de estado (se reservaba la eleccion de los restantes para mejores tiempos), púsose en ejercicio y concertado órden la potestad ejecutiva conforme á las bases de la nueva ley fundamental, no quedando ya que hacer en esta parte, sino firmar la constitucion y llevar á efecto su jura y promulgacion solemne.

Verificóse el primer acto el 18 de marzo de 1812, firmando los diputados dos ejemplares manuscritos, de los cuales uno debia guardarse en el archivo de córtes, y otro entregarse á la regencia. Concurrieron 184 miembros: veinte mas se hallaban enfermos ó ausentes con licencia. Entre los de Europa no solo habia diputados propietarios por las provincias libres, sino tambien otros muchos por las ocupadas; siguiendo estas aprovechándose para hacer las elecciones de los cortos respiros que les dejaban la invasion y vigilancia francesa. Contabánse ya de América vocales aun de las regiones mas remotas, como lo eran algunos del Perú y de las islas Filipinas, escogidos allá por sus propios ayuntamientos.

El 19 juraron la constitucion en el salon de córtes los diputados y la regencia: se prefirió aquel dia como aniversario de la exaltacion al trono de Fernando VII. Ambas potestades pasaron en seguida juntas á la iglesia del Cármen á dar gracias al Todopoderoso por tan plausible motivo. Ofició el obispo de Calahorra, y asistieron los miembros del cuerpo diplomático, incluso el nuncio de su

Santidad, los grandes, muchos generales, magistrados, gefes de palacio é individuos de todas clases. Por la tarde hízose la promulgacion con las formalidades de estilo, y hubo en aquella noche y en las siguientes regocijos y luminarias, esmerándose en adornar sus casas los ministros de Inglaterra y Portugal, sobre todo el último marques de Palmela.

Aumentase y cunde el entusiasmo en su favor.

Aunque lluvioso el dia, en nada se disminuyó el contento y la satisfaccion. Veianse los diputados elogiados y aplaudidos, y los bendecian muchos por ir realizando las esperanzas concebidas al instalarse las córtes. En todas partes no se oian sino vivas, y alborozados clamores, y en teatros, calles y plazas se entonaban á porfía canciones patrióticas alusivas á festividad tan grata. Arrobados los mas de placer y júbilo, ni reparaban en las bombas, frecuentes á la sazon: las cuales alcanzando ya á la plaza de San Antonio, amenazaban de consiguiente como mas cercanos los edificios donde tenian sus sesiones las córtes y la regencia, que no por eso mudaron de sitio. Al contrario el empeño del francés fortalecia á los españoles en su propósito, y realzábase asi, y aun mas ahora que antes en la isla, la situacion del gobierno legítimo y la de las córtes; magnificada ya por la inalterable constancia de ambas autoridades, por sus sabias resoluciones, y por otros afanes y tareas en que habian acudido á tomar parte diputados de paises tan lejanos y diversos, hombres de tan varias y distintas estirpes.

Para perpetuar la memoria de la publicacion de la constitucion se acuñaron medallas, y hubo á este fin donativos cuantiosos. Tambien los ingenios españoles celebraron en prosa y verso acontecimiento tan fausto; brillando en muchas composiciones el talento y buen gusto, y en todas el patriotismo mas acendrado.

Felicitaciones y aplausos que reciben las córtes.

Con igual alegría y fiestas que en Cádiz se promulgó y juró la constitucion en la isla, y sucesivamente en las otras provincias y ejércitos de España, tratando á cual mas todos de manifestar su gozo y adhesion cumplida. Lo mismo hicieron las corporaciones ya civiles, ya eclesiásticas; lo mismo muchedumbre de particulares que á competencia enviaban al congreso sus parabienes y felicitaciones. Los diarios, las gacetas y los papeles del tiempo comprueban la verdad del hecho, y dan por desgracia sobrado testimonio de la frágil condicion humana y sus vaivenes. Cundió en seguida el ardor á ultramar, y prodigáronse á las córtes desde aquellas apartadas regiones, comprendidas todavía bajo el imperio español, reiteradas alabanzas y sentidos encomios.

Representábase pues como asentada de firme la constitucion. Pero si bien la libertad echó raices que al cabo es de esperar den

fruto: aquella ley, aunque planteada entonces en todo el reino, y restablecida años despues con general aplauso, derribada siempre, parece destinada á pasar, como decia un antiguo de la vida, á manera de *sueño de sombra.*

LIBRO DÉCIMONONO.

Acontecimientos en las provincias. — Primer distrito. — Combate de Villaseca. — De San Feliu de Codinas. — De Altafulla. — Sarsfield en Francia. — Accion de Roda. — Otros combates y sucesos. — Divide Napoleon la Cataluña en departamentos. — Da el mando de ella á Suchet. — Segundo distrito. — Segundo y tercer ejército. — Partidas. — Divisiones de Roche y Whittingham. — Guerrillas en Valencia. — Empresas del Empecinado, de Villacampa y de Duran. — El Manco. — Gayan. — Toma Duran á Soria y á Tudela. — Cuarto distrito. — Ballesteros. — Quinto distrito. — Penne y Morillo. — Partidas. — Sexto distrito. — Evacuacion de Asturias. — Proclama del general Castaños. — Nueva entrada de los franceses en Asturias. Su salida. — Séptimo distrito. — Porlier. — Otros caudillos y junta de Vizcaya. — Renovales. — El Pastor. — Individuos de la junta de Burgos ahorcados por los franceses. — Venganza que toma Merino. — Decretos notables de Napoleon. — Espoz y Mina. — Accion de Sangüesa. — Presa de un segundo convoy en Arlaban. — Muerte de Mr. Deslandes, secretario de José. — Muerte de Cruchaga. — Medidas administrativas de Mina. — Juicio de Wellington sobre las guerrillas. — Movimiento de Wellington. — Pone el inglés sitio á Badajoz. — Asalto dado á la plaza. — Tómanla los anglo-portugueses. — Maltratan á los vecinos. — Gracias concedidas. — Avanza Soult y se retira. — Acércanse los españoles á Sevilla. — Movimientos de Marmont hácia Ciudad-Rodrigo. — Wellington vuelve al Agueda. — Destruye Hill las obras de los franceses en el Tajo. — Soult y Ballesteros. — Choques en Osuna y Alora. — Accion de Bornos ó del Guadalete. — Guerra entre Napoleon y la Rusia. — Opinion en Alemania. — Medidas preventivas de Napoleon. — Proposiciones de Napoleon á la Inglaterra. — Contestacion. — Empieza la guerra de Francia con Rusia. — Influjo de esta guerra respecto de España. — Manejos en Cádiz del partido de José. — Sociedades secretas. — Esperanzas del partido de José en los tratos con Cádiz. — Desvanécense. — Asercion falsa del Memorial de Santa Elena. — Proyecto de José de convocar córtes. — Escasez y hambre, sobre todo en Madrid. — Providencias desastradas. — Escasez en las provincias. — Abundancia y alegria en Cádiz. — Tareas de las córtes. — Libertad de la imprenta y sus abusos. — Diccionario manual y Diccionario crítico-burlesco. — Sensacion que causa el Diccionario crítico-burlesco. — Sesion de córtes y resolucion que provoca. — Tentativa para restablecer la Inquisicion. — Estado de aquel tribunal. — Sesion importante para restablecer la Inquisicion. — Se esquiva el restablecimiento de la Inquisicion. — Promuévese que se disuel-

van las córtes. — Pára el golpe la comision de constitucion. — Se convocan las córtes ordinarias para 1813.

Antes de referir los combinados y extensos movimientos que ejecutaron, al promediar del año de 1812, las armas aliadas, echaremos una ojeada rápida sobre los acontecimientos parciales ocurridos durante los primeros meses del año en las diversas provincias de España. Comenzaremos por la de Cataluña, ó sea el primer distrito.

Acontecimientos en las provincias.

Primer distrito.

Allí Don Luis Lacy, ayudado de la junta del principado y de los demas gefes, mantenia cruda guerra; habiéndose situado á mediados de enero en Reus, con amago á Tarragona. Escasez de víveres y secretos tratos habian dado esperanza de recuperar por sorpresa aquella plaza. Avisado Suchet previno el caso, y comunicó para ello órdenes al general Musnier que mandaba en las riberas del Ebro hácia su embocadero: quien por su parte encargó al general Lafosse, comandante de Tortosa, que avanzase mas allá del Coll de Balaguer, y explorase los movimientos de los españoles. Confiado este sobradamente imaginó que Lacy se habia alejado, al saber la noticia de la rendicion de Valencia; por lo que sin reparo, y participándoselo asi á Musnier, prosiguió á Villaseca, en donde acampó el 19 de enero.

Combate de Villaseca.

Consistia la fuerza de Lafosse en un batallon y 60 caballos, con los que se metió en Tarragona, dejando á los infantes, para que descansasen, en dicho Villaseca. Don Luis Lacy aprovechó tan buena oportunidad, y arremetió contra los últimos; logrando, á pesar de una larga y vivísima resistencia, desbaratarlos y coger el batallon casi entero con su gefe Dubarry. En vano quiso Lafosse revolver en socorro de los suyos: habianlos ya puesto en cobro los nuestros. Se distinguieron en tan glorioso combate el baron de Eroles y el comandante de coraceros Casasola.

Llamado entonces el general en gefe español á otras partes, dejó apostado en Reus á Eroles, y marchó con Don Pedro Sarsfield la vuelta de Vique, á donde habia acudido el general francés Decaen. Al aproximarse los nuestros evacuaron los enemigos la ciudad; y en San Feliu de Codinas trabóse sangrienta lid. Al principio cayó en ella prisionero Sarsfield; mas á poco libertáronle cuatro de sus soldados, y cambiando la suerte, tuvieron los franceses que retirarse apresuradamente.

De S. Feliu de Codinas.

De Altafulla.

En tanto Eroles sostuvo el 24 de enero otra acometida del enemigo. Embistiéronle los generales Lamarque y Maurice Mathieu en Altafulla, acorriendo ambos de Barcelona con superiores fuerzas. Acosado y envuelto el general español, vióse en la precision de dispersar sus tropas, á las que señaló para punto de reunion el monasterio de Santas-Cruces. Sacrificáronse dos compañías del batallon de cazadores de Cataluña con intento de

salvar la division, y lo consiguieron, arrostrando y conteniendo el ímpetu del enemigo en un bosque cercano. Nuestra pérdida consistió en 500 hombres y 2 piezas: no escasa la de los franceses que quisieron vengar en este reencuentro el revés de Villaseca.

Rehecho luego Eroles caminó por disposicion de Lacy al norte de Cataluña, via del valle de Aran, con órden de apoyar á Don Pedro Sarsfield; quien penetró bravamente en Francia el 14 de febrero, siguiendo el valle del Querol, y derrotando en Hospitalet á un batallon que le quiso hacer frente. Recorrió Sarsfield varios pueblos del territorio enemigo; exigió 50,000 francos de contribucion; cogió mas de 2,000 cabezas de ganado, y tambien pertrechos de guerra. Sarsfield en Francia.

Acabada que fue la incursion de Sarsfield en Francia, revolvió Eroles con su gente sobre Aragon, y se adelantó hasta Benasque y Graus. Andaba por aquí la brigada del general Bourke, perteneciente al cuerpo llamado de reserva de Reille, que despues de la conquista de Valencia habia tornado atras, y tomado el nombre de cuerpo de observacion del Ebro. Atacó Bourke á Eroles en Roda, partido de Benavarre, el 5 de marzo, hallándole apostado en el pueblo que se asienta en un monte erguido. Duró la refriega diez horas, y al cabo quedó la victoria del lado de los españoles, teniendo los franceses que retirarse abrigados de la noche, muy mal herido su general, y con pérdida de cerca de 1,000 hombres. Refugióse Bourke en Barbastro, y despues en la plaza de Lérida temeroso de Mina. A poco vino en su ayuda parte de la division de Severoli, que era otra de las del cuerpo de Reille, la cual penetró tierra adentro en Cataluña en persecucion de Eroles infructuosa é inútilmente. Accion de Roda.

Con suerte varia empeñáronse por el mismo tiempo diversos combates en los demas distritos de aquel principado. De notar fue el que sostuvo en 27 de febrero cerca de la villa de Darnius el teniente coronel Don Juan Rimbau, al frente del primer batallon de San Fernando; en el que quedaron destruidos 500 infantes y 20 caballos enemigos. Lo mismo aconteció en otras refriegas trabadas en abril, no lejos de Aulot y Llavaneras, por Milans y Rovira. Repetíanse á cada instante parecidos choques, si no todos de igual importancia, á las órdenes de Fábregas, Gay, Manso y otros gefes. Continuaba por nosotros la montaña de Abusa, lugar propio para instruccion de reclutas: tambien la plaza de Cardona y la Seu de Urgel; desde cuyo punto su gobernador Don Manuel Fernandez Villamil, atalayando el territorio francés, no desaprovechaba ocasion de incomodar á sus habitantes y sacar contribuciones. Del lado de la mar mantenianse en nuestro poder las islas Medas, impenetrable asilo, gobernado ahora por Don Manuel Llauder, que molestaba á los enemigos hasta con corsarios que se destacaban de aquella guarida. Otros combates y sucesos.

Y como si no bastasen los hechos anteriores para sustentar tráfago tan belicoso, vino aun á avivarle un decreto dado por Napoleon en 26 de enero, segun el cual se dividia la Cataluña, como si ya perteneciese á Francia, en cuatro departamentos, á saber: 1° del Ter, capital Gerona; 2° de Monserrat, capital Barcelona; 3° de las Bocas del Ebro, capital Lérida; y 4° del Segre, capital Puigcerdá. Para llevar á efecto esta determinacion, llegaron en abril á la ciudad de Barcelona varios empleados de Francia, y entre ellos Mr. de Chauvelin, encargado de la intendencia de los llamados departamentos de Monserrat y Bocas del Ebro; y Mr. Treilhard, nombrado prefecto del de Monserrat. Los instaló en sus puestos el 15 del mismo mes el general Decaen. Burlábanse de tales disposiciones aun los mismos franceses, diciendo en cartas interceptadas: « Aqui deberian en- « viarse, por diez años á lo menos, ejércitos y bayonetas, no prefec- « tos. » Los moradores por su parte despechábanse mas y mas viendo en aquella resolucion, no ya la mudanza de dinastía y de gobierno, sino hasta la pérdida de su antiguo nombre y naturaleza: sentimiento arraigado y muy profundo entre los españoles, y sobre todo entre los habitantes de aquella provincia.

Divide Napoleon la Cataluña en departamentos.

Por entonces, aunque continuó al frente de Cataluña el general Decaen, dieron los franceses la supremacía del mando de toda ella, como ya la tenia de una parte de la misma provincia y de Aragon y Valencia, al mariscal Suchet. Con este motivo y el de prevenir desembarcos que se temian por aquellas costas, avistáronse él y Decaen en Reus el 10 de julio. Nacian semejantes recelos de una expedicion inglesa que se dirigia á España procedente de Sicilia, de la cual hablaremos despues como conexa con la campaña general é importante que empezó en este verano. Tambien inquietaban á dichos generales movimientos de Lacy hácia la costa, y anuncios de conspiraciones en Barcelona y Lérida. En la primera de las dos ciudades prendieron los franceses y castigaron á varios individuos; y en la última el gobernador Henriod, conocido ya como hombre cruel, halló ocasion de saciar su saña con motivo de haberse volado el 16 de julio un almacen de pólvora, de cuya explosion resultaron muchas víctimas y abrirse una brecha en el baluarte del Rey. Atribuyó el general francés este suceso no á casualidad, sino á secretos manejos de los españoles. Sospechas fundadas; si bien nada pudo Henriod descubrir ni poner en claro en el asunto.

Da el mando de ella á Suchet.

Otras ocurrencias.

El fatal golpe de la caida de Valencia comprimió por algun tiempo el fervor patriótico de aquel reino; no habiendo ocurrido en él al principio acontecimiento notable. Sin embargo, el gobierno supremo de Cádiz envió por comandante general de la provincia á Don Francisco de Copons y Navia, quien

Segundo distrito.

gozando de buen nombre por la reciente defensa de Tarifa, trató ya en abril de animar con proclamas á los valencianos desde el punto de Alicante. Rehacíanse en Murcia el segundo y tercer ejército, todavía al mando de Don José Odonnell; ascendiendo el número de gente en ambos á unos 18,000 hombres. Limitáronse sus operaciones á varias correrías, ya por la parte de Granada, ya por la de la Mancha, ya en fin por la de Valencia: todas entonces no muy importantes, pero que de nuevo inquietaban al enemigo. Don Antonio Porta, comandante del reino de Jaen bajo la dependencia de este ejército, cogió en 5 de abril, entre Bailen y Guarroman, porcion de un numeroso convoy que iba de Madrid á Sevilla. Se señalaba tambien por allí el partidario Don Bernardo Marquez, como igualmente hácia la Carolina Don Juan Baca, segundo de Don Francisco Abad (Chaleco), quien proseguia en la Mancha sus empresas. En esta provincia mandaba aun Don José Martinez de San Martin: y recorriendo á veces la tierra con feliz estrella se abrigaba en las montañas ó en Murcia; habiendo repelido el 16 de marzo en la ciudad de Chinchilla una columna francesa que vino en busca suya.

Segundo y tercer ejército.

Partidas.

Mirábase como refuerzo importante para el segundo y tercer ejército una division española que se formaba en Alicante, equipada á costa del gobierno británico, y regida por el general Roche, inglés al servicio de España: asimismo otra de la misma clase que adestraba en Mallorca el general Whittingham; debiendo ambas obrar de acuerdo con el segundo y tercer ejército, y con la expedicion anglo-siciliana mencionada arriba.

Divisiones de Roche y Whittingham.

Tampoco perjudicaban á la tropa reglada algunas guerrillas que empezaban á rebullir hasta en las mismas puertas de la ciudad de Valencia; principalmente la del Fraile, denominada asi por capitanearla el franciscano descalzo Fr. Asensio Nebot, que importunaba bastantemente al enemigo con acometimientos y sorpresas.

Guerrillas en Valencia.

Pero las partidas que se mostraban incansables en sus trabajos eran las ya antes famosas del Empecinado, Villacampa y Duran, pertenecientes á este segundo distrito. El conde del Montijo, á quien Blake habia nombrado gefe de todas tres, retiróse verificada la rendicion de Valencia, y se incorporó á las reliquias de aquel ejército, campeando de nuevo por sí los mencionados caudillos segun deseaban, y cual quizá convenia á su modo de guerrear.

Empresas del Empecinado, de Villacampa y de Duran.

Tuvo Don Juan Martin el Empecinado que deplorar en 7 de febrero la pérdida de 1,200 hombres, acaecida en Rebollar de Sigüenza en un reencuentro con el general Gui, estando para ser cogido el mismo Empecinado en persona,

El Manco.

quien solo se salvó echándose á rodar por un despeñadero abajo. Achacaron algunos tal descalabro á una alevosía de su segundo Don Saturnino Albuir, llamado el Manco; y parece que con razon, si se atiende á que hecho prisionero este tomó partido con los enemigos, empañando el brillo de su anterior conducta. Ni aun aqui paró el Manco en su desbocada carrera; preparóse á querer seducir á Don Juan Martin y á otros compañeros, aunque en balde, y á levantar partidas que apellidaron de *contra-Empecinados*: las cuales no se portaron á sabor del enemigo, pasándose los soldados á nuestro bando, luego que se les abria ocasion.

Al regresar Don Pedro Villacampa de Murcia á Aragon escarmentó, durante el marzo, á los generales Palombini y Pannetier en Campillo, Ateca y Pozohondon. Unióse en seguida con el Empecinado; y obrando juntos ambos gefes amenazaron á Guadalajara. Separáronse luego, y Villacampa tornó á su Aragon, al paso que Don Juan Martin acometió á los franceses en Cuenca, entrando en la ciudad el 9 de mayo, y encerrando á los enemigos en la casa de la inquisicion y en el hospital de Santiago. No siéndole posible al Empecinado forzar de pronto estos edificios, se retiró y pasó á Cifuentes; y hallándose el 21 en la vega de Masegoso, dudaba si aguardaria ó no á los enemigos que se acercaban, cuando sabedores los soldados de que venia el Manco, quisieron pelear á todo trance. Lograron los nuestros la ventaja, y el Manco huyó apresuradamente; que no cabe por lo comun valor muy firme en los traidores.

Gayan.

Tambien Don Ramon Gayan estuvo para apoderarse el 29 de abril del castillo de Calatayud, muy fortificado por los franceses. No lo consiguió; pero á lo menos tuvo la dicha de coger á su comandante, de nombre Favalelli, y á 60 soldados que se hallaban á la sazon en la ciudad.

Toma Duran á Soria y á Tudela.

Por su parte, llevó igualmente entonces á cabo Don José Duran dos empresas señaladas, que fueron la toma de Soria y el asalto de Tudela. Ejecutó la primera el 18 de marzo, auxiliado de un plano y de noticias que le dió el arquitecto Don Dionisio Badiola. Inútilmente quisieron los enemigos defender la ciudad: penetraron dentro los nuestros, rompiendo las puertas, y obligando á los franceses á recogerse al castillo con pérdida de gente y de algunos prisioneros. Alcanzaron la libertad muchos buenos españoles alli encarcelados. Guarnecian á Tudela de 800 á 1,000 infantes enemigos, y la embistieron los nuestros el 28 de mayo. Habianla los franceses fortalecido bastantemente; mas todo cedió al impetu de los soldados de Duran, que asaltaron la ciudad por el Cármen Descalzo y por la Misericordia, guiando las columnas Don Juan Antonio Tabuenca y Don Domingo Murcia. Los enemigos se metieron tambien esta vez en el castillo, dejando en nuestro poder 100 prisioneros y muchos pertrechos.

Cuarto distrito.

En el cuarto distrito manteniase la mayor parte de su ejército en la isla de Leon con buena disciplina y órden, yendo en aumento su fuerza mas bien que en mengua. Las salidas en este tiempo no fueron muchas ni de entidad. Continuaba maniobrando por el flanco derecho en Ronda el general Ballesteros, habiendo atacado el 16 de febrero en Cártama al general Marransin. Desbaratóle con pérdida considerable, siendo ademas herido gravemente de dos balazos el general francés. En seguida tornó Ballesteros al Campo de Gibraltar, por venir tras de él con bastante gente el general Rey: tomó el español la ofensiva no mucho tiempo despues con objeto, segun verémos, de atraer á los enemigos de Extremadura.

Ballesteros.

Quinto distrito.

Aqui y en todo el quinto distrito se hallaba reducido el ejército por escasez de medios, si bien apoyado en el cuerpo que gobernaba el general Hill. Consistia su principal fuerza en las dos divisiones que mandaban el conde de Penne Villemur y Don Pablo Morillo. Coadyuvaron ambas á las operaciones que favorecieron el sitio y reconquista de Badajoz, de que hablarémos mas adelante. Penne solia acudir al condado de Niebla y libertar de tiempo en tiempo aquellos pueblos que enviaban de continuo provisiones á Cádiz, y formaban como el flanco izquierdo de tan inexpugnable plaza. Morillo con su acostumbrada rapidez y destreza hizo en enero una excursion en la Mancha, y llegó hasta Almagro. Entró el 14 en Ciudad-Real, en donde le recibieron los vecinos con gran júbilo, y volvió á Extremadura despues de molestar á los franceses, de causarles pérdidas, cogerles algunos prisioneros, y alcanzar otras ventajas.

Penne y Morillo.

Partidas.

Las partidas de este distrito, sobre todo las de Toledo, seguian molestando al enemigo; y Palarea, uno de los principales guerrilleros de la comarca, recibió del príncipe regente de Inglaterra, por mano de Lord Wellington, un sable, « en prueba de admiracion por su valor y constancia. »

Sexto distrito.

Evacuacion de Asturias.

El ejército del sexto distrito contribuyó con sus movimientos á acelerar la evacuacion de Asturias verificada nuevamente á últimos de enero, en virtud de órdenes de Marmont, apurado con el sitio y toma de Ciudad Rodrigo. No pudieron los franceses ejecutar la salida del principado sino á duras penas por las muchas nieves, y molestados por los paisanos y tropas asturianas, como asimismo por Don Juan Diaz Porlier que los hostilizó con la caballería, cogiendo bagages y muchos rezagados. Tambien perecieron no pocos hombres, dinero y efectos á bordo de cinco trincaduras que tripularon los enemigos en Gijon, de las cuales se fueron cuatro á pique acometidas de un temporal harto recio.

Por lo demas, las operaciones del sexto ejército en el invierno se limitaron á algunos amagos, á causa de lo riguroso de la esta-

cion, y en espera de los movimientos generales que preparaban los aliados. Mandábale como antes Don Francisco Javier Abadía, conservando la potestad suprema militar el general Castaños, que, segun indicamos, gozaba tambien de la del quinto y séptimo ejército.

Trasladóse este último gefe á Galicia, yendo de Ciudad Rodrigo por Portugal, y pisó á principios de abril aquel territorio. Para alentar con su presencia á los habitantes, juzgó del caso no solo tomar providencias militares y administrativas, sino tambien halagar los ánimos con la deleitable perspectiva de un mejor órden de cosas. Deciales por tanto en una proclama datada en Pontevedra á 14 de abril... * « Mi « buena suerte me proporciona ser quien ponga en « ejecucion en el reino de Galicia la nueva constitucion del impe- « rio español, ese gran monumento del saber y energía de nuestros « representantes en el congreso nacional, que asegura nuestra « libertad, y ha de ser el cimiento de nuestra gloria venidera. »

Proclama del general Castaños.

(Ap. n. 1.)

Volvieron los franceses á mediados de mayo á ocupar á Asturias; ya por lo que agradaba al general Bonnet residir en aquella provincia donde obraba con independencia casi absoluta, ya por disposicion del mariscal Marmont, en busca de carnes de que escaseaba su ejército en Castilla. La permanencia entonces no fue larga ni tampoco tranquila, siendo de notar, entre otros hechos, la defensa que el coronel de Laredo, Don Francisco Rato, hizo en el convento de San Francisco de Villaviciosa contra el general Gautier, que no pudo desalojarle de allí á la fuerza. Tuvo Bonnet que evacuar el principado en junio, aguijados los suyos hácia Salamanca por los movimientos de los anglo-portugueses. Verificaron los franceses la salida del lado de la costa, via de Santander, temerosos de encontrar tropiezos si tomaban el camino de las montañas que parten términos con Leon. El mando del sexto ejército español, despues de una corta interinidad del marques de Portago, recayó de nuevo en Don José María de Santocildes con universal aplauso.

Nueva entrada de los franceses en Asturias.

Su salida.

Muchos continuaban siendo los reencuentros y choques de los diversos cuerpos y guerrillas que formaban el séptimo ejército bajo Don Gabriel de Mendizabal, quien, poniéndose al frente, cuando de unas fuerzas cuando de otras, juntábalas ó las separaba, segun creia conveniente, estrechando en una ocasion á los franceses de Búrgos mismo.

Séptimo distrito.

De los gefes que le estaban subordinados, manio- braba Porlier, conforme hemos visto, al este de Asturias, siempre que el principado se hallaba en poder de enemigos, acudiendo en el caso contrario á los llanos de Castilla, ó á Santander, ó bien embarcándose á bordo de buques ingleses y españoles en amago de algunos puntos de la costa.

Porlier.

Lo mismo ejecutaban en Cantabria el ya nombrado Don Juan Lopez Campillo, con Salcedo, La Riva y otros varios caudillos. Otros caudillos.

En las provincias Vascongadas instalóse en febrero la junta del Señorio, que comunmente residia ahora en Orduña. Por el esmero que dicha autoridad puso, y bajo la inspeccion del general Mendizabal, acabó Don Mariano Renovales de formar entonces tres batallones y un escuadron, los primeros de á 1,200 hombres cada uno, que empezaron á obrar en la actual primavera. Alimentáronse asi los diversos focos de insurreccion, creados ya antes en gran parte por la actividad y cuidado especial del Pastor y Longa. En sus correrias, extendíase Renovales por la costa, mancomunando sus operaciones con las fuerzas marítimas británicas, que á la órden de sir Home Popham cruzaban por aquellos mares; y hubo circunstancia en que ambos cerraron de cerca ó escarmentaron á los franceses de Bilbao, y otros puertos. Bien asi como Don Gaspar Jáuregui (el Pastor), poco ha nombrado, á quien se debió, sostenido por dicho Popham, la toma en Lequeitio, el 18 de junio, de un fuerte ganado por asalto, y la de un convento en donde se cogieron cañones, pertrechos y 290 prisioneros.

Junta de Vizcaya.

Renovales.

El Pastor.

Perseguian los enemigos con encono á las juntas de este séptimo distrito, que, auxiliadoras en gran manera de las guerrillas y cuerpos francos, fomentaban ademas el espíritu hostil de los habitadores por medio de impresos y periódicos publicados en los lugares recónditos en donde se albergaban. Asi avinole terrible fracaso á la de Búrgos, una de las mas diligentes y tenaces. Cuatro de sus vocales, Don Pedro Gordo, Don José Ortiz Covarrubias, Don Eulogio José Muro y Don José Navas (nombres que no debe olvidar la historia) tuvieron la fatal desgracia de que sorprendiéndolos los enemigos el 21 de marzo en Grado, los trasladasen á la ciudad de Soria, y los arcabuceasen ilegal é inhumanamente, suspendiendo sus cadáveres en la horca. Irritado con razon Don Gerónimo Merino, adalid de aquellas partes, pasó por las armas á 110 prisioneros franceses: 20 por cada vocal de la junta, y los demas por otros dependientes de ella que igualmente sacrificó el francés. Tal retorno tiene la violenta saña.

Individuos de la junta de Búrgos ahorcados por los franceses.

Venganza que toma Merino.

No querian entonces nuestros contrarios reconocer en el ciudadano español los derechos que á todo hombre asisten en la defensa de sus propios hogares, y trataban á los que no eran soldados como salteadores ó rebeldes. Sin embargo, Napoleon, cuando en 1814 tocaba ya al borde de su ruina, dió un decreto en Fismes á 5 de marzo en el que decia*:

« 1° que todos los ciudadanos franceses estaban no « solo autorizados á tomar las armas, sino obligados á hacerlo,

Decretos notables de Napoleon.

(* Ap. n. 3.)

« como tambien á tocar al arma... á reunirse, registrar los bos-
« ques, cortar los puentes, interceptar los caminos, y acometer
« al enemigo por flanco y espalda... 2º Que todo ciudadano francés
« cogido por el enemigo y castigado de muerte seria vengado in-
« mediatamente en represalia con la muerte de un prisionero ene-
« migo. » Otros decretos del mismo tenor acompañaron ó precedieron á este, señaladamente uno en que se autorizaba el levantamiento en masa de varios departamentos, con facultad á los generales de permitir la formacion de partidas y cuerpos francos.

Defensa esta mejor que otra ninguna de la conducta de los españoles: leccion dura para conquistadores sin prevision ni piedad, que en el devaneo de su encumbrada alteza prodigan improperios, é imponen castigos á los hijos valerosos de un suelo profanado é injustamente invadido.

Espoz y Mina.

En este séptimo distrito quédannos por referir algunos hechos de Don Francisco Espoz y Mina, no desmerecedores de los ya contados. A vueltas siempre con el enemigo pasaba aquel caudillo de una provincia á otra, juntaba su fuerza, la dispersaba, reuníala de nuevo, obrando tambien á veces en compañía de otros partidarios. En 11 de enero, presente Don Gabriel de Mendizabal, general en gefe del séptimo ejército, y en compañía de la partida de Don Francisco Longa, hizo Espoz y Mina firme rostro al enemigo á la derecha del rio Aragon, inmediato á la ciudad de Sangüesa. Mandaba á los franceses el general Abbé, gobernador de Pamplona, quien envuelto y acometido por todas partes tuvo que salvarse al abrigo de la noche, despues de perder 2 cañones y unos 400 hombres.

Accion de Sangüesa.

Aunque amalado, no cesó Espoz y Mina en sus lides, cogiendo en 9 de abril de un modo muy notable un convoy en Arlaban; lugar célebre por la sorpresa ya relatada del año anterior. Presentábanse para el logro de aquel intento varias dificultades: era una la misma victoria antes alcanzada, y otra un castillo que habian construido allí los franceses, y artilládole con cuatro piezas. Cuidadoso Mina de alejar cualquiera sospecha maniobró diestramente; y todavía le creian sus contrarios en el alto Aragon, cuando haciendo en un dia una marcha de 15 leguas de las largas de España, se presentó con sus batallones el 9 al quebrar del alba en las inmediaciones de Arlaban y pueblo de Salinas, en donde formó con su gente un círculo que pudiese rodear todo el convoy y fuerza enemiga. Cruchaga, segundo de Mina, contribuyó mucho á los preparativos, y opuso á la vanguardia de los contrarios al bravo y despues mal aventurado comandante Don Francisco Ignacio Asura.

Presa de un segundo convoy en Arlaban.

Era el convoy muy considerable; escoltábanle 2,000 hombres, llevaba muchos prisioneros españoles, y caminaba con él á Francia Mr. Deslandes, secretario de gabinete del rey intruso, y por-

tador de correspondencia importante. Al descubrir el convoy y tras la primera descarga, cerraron los españoles bayoneta calada con la columna enemiga, y punzáronla antes de que volviese de la primera sorpresa. Duró el combate solo una hora, destrozados los enemigos y acosados de todos lados. 600 de ellos quedaron tendidos en el campo, 150 prisioneros; y se cogió rico botin y 2 banderas. Parte de la retaguardia pudo ciar precipitadamente protegida por los fuegos del castillo de Arlaban. Mr. Deslandes, al querer salvarse saliendo de su coche, cayó muerto de un sablazo que le dió el subteniente Don Leon Mayo. Su esposa Doña Carlota Aranza fue respetada, con otras damas que allí iban. Cinco niños, de quienes se ignoraban los padres, enviólos Mina á Vitoria, diciendo en su parte al gobierno: « Estos « angelitos, víctimas inocentes en los primeros pasos de su vida, « han merecido de mi division todos los sentimientos de compasion « y cariño que dictan la religion, la humanidad, edad tan tierna « y suerte tan desventurada..... Los niños por su candor tienen « sobre mi alma el mayor ascendiente, y son la única fuerza que « imprime y amolda el corazon guerrero de Cruchaga. » Expresiones que no pintan á los partidarios españoles tan hoscos y fieros como algunos han querido delinearlos.

Muerte de Mr. Deslandes, secretario de José.

Poco antes el general Dorsenne (que aunque tenia sus cuarteles en Valladolid, hacia excursiones en Vizcaya y Navarra) combinándose con tropas de Aragon, y juntando en todo unos 20,000 hombres, penetró en el valle del Roncal, abrigo de enfermos y heridos, depósito de municiones de boca y guerra. Grande peligro estrechó entonces á Mina, que consiguió superar burlándose de los ardides y maniobras del francés, y ejecutar en seguida la empresa relatada de Arlaban.

Tanto empeño en concluir del todo con Espoz, no solo lo motivaban los daños que de sus acometidas se seguian al enemigo, sino la resolucion cada vez mas clara de agregar á Francia la Navarra con las otras provincias de la izquierda del Ebro. Así se lo manifestó Dorsenne por este tiempo á las autoridades y cuerpos de Pamplona, entre los que varios replicaron oponiéndose con el mayor teson. Esta resistencia, y los acontecimientos que sobrevinieron en el norte de Europa, impidieron que aquella determinacion pasase á ejecucion abierta.

Despues de lo de Arlaban se trasladó Mina al reino de Aragon, y habiéndose introducido en el pueblo de Robres, se vió cercado al amanecer del 25 de abril, y casi cogido en la misma casa donde moraba, y en cuya puerta se defendió con la tranca no teniendo por de pronto otra arma, hasta que acudió en auxilio suyo su asistente el bravo y fiel Luis, que llamando al mismo tiempo á otros compañeros, le sacó del trance, y lograron todos esquivar la vigilancia y presteza de los enemigos.

Asi siguió Mina de un lado á otro, y no paró antes de mediar mayo; en cuya sazon habiéndose dirigido á Guipúzcoa, ocurrió la desgracia de que al penetrar por la carretera de Tolosa, en el pueblo de Ormástegui, una bala de cañon arrebatase las dos manos al esforzado Don Gregorio Cruchaga, de cuya grave herida murió á poco tiempo. Tambien entonces en Santa Cruz de Campezu recibió Mina un balazo en el muslo derecho, por lo que estuvo privado de mandar hasta el inmediato agosto. Con esto respiraron los franceses algun trecho, necesario descanso á su mucha molestia.

Muerte de Cruchaga.

Si admira tanto guerrear, mas destructivo y enfadoso para los franceses, cuanto se asemejaba al de los pueblos primitivos en sus lides, igualmente eran de notar varios actos de la administracion de Mina. Estableció este cerca de su campo casi todos los cuerpos y autoridades que residian antes en Pamplona, saltando de sitio en sitio al son de la guerra, pero desempeñando todos, no obstante, sus respectivos cargos con bastante regularidad, ya por la adhesion de los pueblos á la causa nacional, ya por el terror que infundia el solo nombre de Mina, cuya severidad frisaba á veces con cruel saña, si bien algo disculpable y forzosa en medio de los riesgos que le circuian, y de los lazos que los enemigos le armaban.

Medidas administrativas de Mina.

Cubria principalmente Espoz y Mina sus necesidades con los bienes que secuestraba á los reputados traidores, cōn las presas y botin tomado al enemigo, y con el producto de las aduanas fronterizas. Modo el último de sacar dinero, quizá nuevo en la económica de la guerra. Resultó de un convenio hecho con los mismos franceses, segun el cual nombrándose por cada parte interesada un comisionado, se recaudaban y distribuian entre ellos los derechos de entrada y salida. Amigos y enemigos ganaban en el trato, con la ventaja de dejar mas expedito el comercio.

La utilidad y buenas resultas en la guerra de este fuego lento y devorador de las partidas, reconocíalo Lord Wellington, quien decia por aquel tiempo en uno de sus pliegos, escrito en su acostumbrado lenguaje verídico, severo y frio *: « Las guerrillas obran muy activamente en todas las partes de España, y han sido « felices muchas de sus últimas empresas contra el enemigo. »

Juicio de Wellington sobre las guerrillas.

* (Ap. n. 3.)

Dicho general proseguia con pausa en sacar ventaja de sus triunfos. Tomado que hubo á Ciudad Rodrigo, destruidos los trabajos de sitio, reparadas las brechas y abastecida la plaza, pensó moverse hácia el Alentejo, y emprender el asedio de Badajoz. Ejecutáronse los preparativos con el mayor sigilo, queriendo el general inglés no despertar el cuidado de los mariscales Soult y Marmont. Dispuesto todo, empezaron á ponerse en marcha las divisiones anglo-portuguesas, dejando solo

Movimiento de Wellington.

una con algunos caballos en el Agueda. Lord Wellington salió el 5 de marzo, y sentó ya el 11 en Yelves su cuartel general.

En seguida, mandó echar un puente de barcas sobre el Guadiana, una legua por bajo de Badajoz; y pasando el rio su tercera y cuarta division, embistieron estas la plaza, juntamente con la division ligera, el 16 del mismo marzo: agregóseles despues la quinta, que era la que habia quedado en Castilla. La primera, sexta y séptima con dos brigadas de caballería se adelantaron á los Santos, Zafra y Llerena, para contener cualquiera tentativa del mariscal Soult, al paso que el general Hill avanzó con su cuerpo desde los acantonamientos de Alburquerque á Mérida y Almendralejo, encargado de interponerse entre los mariscales Soult y Marmont, si, como era probable, trataban de unirse. Coadyuvó á este movimiento el quinto ejército español, cuyo cuartel general estaba en Valencia de Alcántara. Pone el inglés sitio á Badajoz.

El gobernador francés Philippon no solo habia reparado las obras de Badajoz, sino que las habia mejorado, y aumentado algunas. Por lo mismo, pareció á los ingleses preferible emprender el ataque por el baluarte de la Trinidad, que estaba mas al descubierto, y se hallaba mas defectuoso, batiéndole de lejos, y confiando para lo demas en el valor de las tropas. Dicho ataque podia ejecutarse desde la altura en que estaba el reducto de la Picuriña, para lo cual menester era apoderarse de esta obra, y unirla con la primera paralela: operacion arriesgada, de cuyo éxito feliz dudó Lord Wellington.

Metiéndose el tiempo en agua desde el 20 al 25, creció tanto Guadiana que se llevó el puente de barcas; á cuya desgracia añadióse tambien la de que el 19, haciendo los franceses una salida con 1,500 infantes y 40 caballos, causaron confusion y destrozo en los trabajos. Con todo, los ingleses continuaron ocupándose en ellos con ahinco, y rompieron el fuego desde su primera paralela el 25 con 28 piezas en 6 baterías; 2 contra la Picuriña, y 4 para enfilar y destruir el frente atacado.

Al anochecer del mismo dia asaltaron los ingleses aquel fuerte, defendido por 250 hombres, y le tomaron. Establecidos aqui los sitiadores, abrieron á distancia de 130 toesas del cuerpo de la plaza la segunda paralela.

En esta se plantaron baterías de brecha para abrir una en la cara derecha del baluarte de la Trinidad, y otra en el flanco izquierdo del de Santa María, situado á la diestra del primero. Los enemigos habian preparado por este lado, por donde corre el Rivillas, una inundacion que se extendia á doscientas varas del recinto, y cuya esclusa la cubria el rebellin de San Roque colocado á la derecha de aquel rio, y en frente de la cortina de la Trinidad y San Pedro, en la cual tambien se trató de aportillar una tercera brecha. Los ingleses, para inutilizar la mencionada esclusa, qui-

sieron asimismo apoderarse del rebellin, pero tropezaron con dificultades que no pudieron remover de golpe.

Prosiguió el sitiador sus trabajos hasta el 4 de abril, esforzándose el gobernador Philippon en impedir el progreso, y empleando para ello suma vigilancia, y todos los medios que le daba su valor y consumada experiencia.

Mientras tanto viniendo sobre Extremadura el mariscal Soult, aunque no ayudado todavía, como deseaba, por el mariscal Marmont, preparóse Wellington á presentar batalla si se le acercaba, y resolvióse á asaltar cuanto antes la plaza.

Ya entonces estaban practicables las brechas. Por tres puntos principalmente debia empezarse la acometida; por el castillo, por la cara del baluarte de la Trinidad, y por el flanco del de Santa María. Encargábase la primera á la tercera division del mando de Picton, y las otras dos á las divisiones regidas por el teniente coronel Barnard, y el general Colville. Doscientos hombres de la guardia de trinchera tuvieron la órden de atacar el rebellin de San Roque, y la quinta division, al cargo de Leith, la de llamar la atencion del enemigo desde Pardaleras al Guadiana, sirviéndose al propio tiempo de una de sus brigadas para escalar el baluarte de San Vicente y su cortina hácia el rio.

Asalto dado á la plaza.

Dióse principio á la embestida el 6 de abril á las diez de la noche, y le dieron los ingleses con su habitual brio. Escalaron el castillo, y le entraron despues de tenaz resistencia. Enseñoreáronse tambien del rebellin de San Roque, y llegaron por el lado occidental hasta el foso de las brechas: mas separaron, estrellándose contra la maña y ardor francés. Allí apiñados, desoyendo ya la voz de sus gefes, sin ir adelante ni atras, dejáronse acribillar largo rato con todo linaje de armas y mortíferos instrumentos.

Apesadumbrado Lord Wellington de tal contratiempo, iba á ordenar que se retirasen todos para aguardar al dia, cuando le detuvo en el mismo instante el saber que Picton era ya dueño del castillo, é igualmente que sucediera bien el ataque que habia dado una de las brigadas de la quinta division al mando de Walker: la cual, si bien á costa de mucha sangre, vacilaciones y fatiga, habia escalado el baluarte de San Vicente y extendídose lo largo del muro. Incidente feliz que amenazando por la espalda á los franceses de las brechas, los aterró, y animó á los ingleses á acometerlas de nuevo y apoderarse de ellas.

Tómanla los anglo-portugueses.

Lográronlo en efecto, y se rendió prisionera la guarnicion enemiga. El general Philippon con los principales oficiales se recogió al fuerte de San Cristóval y capituló en la mañana siguiente. Ascendia la guarnicion francesa al principiar el sitio á unos 5,000 hombres. Perecieron en él mas de 800. Tuvieron los ingleses de pérdida, entre muertos y heridos, obra

de 4,900 combatientes : menoscabo enorme, padecido especialmente en los asaltos de las brechas.

Los franceses desplegaron en este sitio suma bizarría y destreza: los ingleses sí lo primero, mas no lo último. Probólo el mal suceso que tuvieron en el asalto de las brechas, y su valor en el triunfo de la escalada. Así les acontecia comunmente en los asedios de plazas.

Maltratan á los vecinos.

Trataron bien los ingleses á sus contrarios : malamente á los vecinos de Badajoz. Aguardaban estos con impaciencia á sus libertadores, y preparáronles regalos y refrescos, no para evitar su furia, como han afirmado ciertos historiadores británicos, pues aquella no era de esperar de amigos y aliados, sino para agasajarlos y complacerlos. Mas de cien habitantes de ambos sexos mataron allí los ingleses. Duró el pillage y destrozo toda la noche del 6 y el siguiente dia. Fueron desatendidas las exhortaciones de los gefes, y hasta Lord Wellington se vió amenazado por las bayonetas de sus soldados, que le impidieron entrar en la plaza á contener el desenfreno. Restablecióse el órden un dia despues con tropas que de intento se trajeron de fuera.

Gracias concedidas.

Sin embargo, las córtes decretaron gracias al ejército inglés, no queriendo que se confundiesen los excesos del soldado con las ventajas que proporcionaba la reconquista de Badajoz. Condecoró la regencia á Lord Wellington con la gran cruz de San Fernando. Pusieron los ingleses la plaza en manos del marques de Monsalud, general de la provincia de Extremadura.

Avanza Soult y se retira.

El 8 de aquel abril se habia adelantado Soult hasta Villafranca de los Barros, y retrocedió mal enojado luego que supo la rendicion de Badajoz; atacó el 11 á su caballería y la arrolló la inglesa.

Acércanse los españoles á Sevilla.

Al propio tiempo el conde de Penne Villemur con un trozo del quinto ejército español se acercó á Sevilla por la derecha del Guadalquivir, y peleó con la guarnicion francesa de aquella ciudad, y con la que habia en el convento de la Cartuja. Culpóse á Ballesteros de no haberle ayudado á tiempo por la otra orilla del rio, y de ser causa de no arrojar de allí á los franceses. Retiróse Penne Villemur el 10 por órden de Wellington, habiendo contribuido su movimiento á acelerar la retirada de Soult á Sevilla, despues de dejar este á Drouet apostado entre Fuente-Ovejuna y Guadalcanal.

Movimiento de Marmont hácia Ciudad Rodrigo.

Luego que acudió al sitio de Badajoz, como ya indicamos, la quinta division británica, no quedaron mas tropas por el lado de Ciudad Rodrigo que algunas partidas y la gente de D. Cárlos de España junto con el regimiento inglés primero de húsares, bajo el mayor general Alten, encargado de permanecer allí hasta fines de marzo. Parecióle, pues, al

mariscal Marmont buena ocasion aquella de recuperar á Ciudad Rodrigo ú Almeida, y de hacer una excursion en Portugal, mas atento á mirar por las cosas de su distrito, que á socorrer á Badajoz que se hallaba comprendido en el del mariscal Soult, trabajados continuamente estos generales con rivalidades y celos. En aquel pensamiento partió Marmont de Salamanca asistido de 20,000 hombres, entre ellos 1,200 de caballería. Intimó en vano la rendicion á Ciudad Rodrigo, desde cuyo punto, no bien hubo apostado una division de bloqueo, se enderezó á Almeida, donde tampoco tuvo gran dicha. Muy estrechado se vió Don Cárlos de España, colocado no lejos de Ciudad Rodrigo, y á duras penas pudo unirse con milicias portuguesas que habian pisado las riberas del Coa. Por su parte el mayor general Alten se retiró, y le siguió á la Beira baja la vanguardia francesa, que entró el 12 de abril en Castello-Branco, de donde volvió pies atras. Pero Marmont, habiendo espantado á las milicias portuguesas y dispersádolas, se adelantó mas allá de la Guarda, y llegó el 15 á la Lagiosa. Mayores hubieran sido entonces los estragos, si, noticioso el general francés de la toma de Badajoz, no hubiese comenzado el 16 su retirada, levantado en seguida el bloqueo de Ciudad Rodrigo, y replegádose en fin á Salamanca.

Wellington vuelve al Agueda.

Aguijóle tambien á ello el haberse puesto en movimiento Lord Wellington caminando al norte, despues que Soult tornó á Sevilla. El general inglés sentó en breve sus cuarteles en Fuente-Guinaldo, acantonando sus tropas entre el Agueda y el Coa.

Destruye Hill las obras de los franceses en el Tajo.

Adelante Wellington en su plan de campaña, pero yendo poco á poco y con mesura, determinó embarazar y aun destruir las obras que aseguraban al enemigo el paso del Tajo en Extremadura, y por consiguiente sus comunicaciones con Castilla. Los franceses habian suplido en Almaraz el puente de piedra, antes volado, con otro de barcas, y afirmádole en ambas orillas de Tajo con dos fuertes denominados Napoleon y Ragusa. A estas obras habian añadido otras, como lo era la reedificacion y fortaleza de un castillo antiguo situado en el puerto de Mirabete á una legua del puente, y único paso de carruages.

Encomendó Wellington la empresa al general Hill, que regia como antes el cuerpo aliado que maniobraba á la izquierda del Tajo. Le acompañó el marques de Alameda, individuo de la junta de Extremadura, de quien no menos que del pueblo recibió Hill mucha ayuda y apoyo.

Al despuntar del alba atacaron los ingleses el 19 de mayo y tomaron por asalto el fuerte de Napoleon, colocado en la orilla izquierda: lo cual infundió tal terror en los enemigos que abandonaron el de Ragusa, sito en la opuesta, huyendo la guarnicion en el mayor desórden hácia Navalmoral. Cogieron los ingleses 250

prisioneros; arrasaron ambos fuertes; destruyeron el puente, y quemaron las demas obras, las oficinas y el maderaje que encontraron. Libertóse el castillo de Mirabete por su posicion que estorbaba se le tomase de sobresalto. Sacó la guarnicion dos dias despues el general d'Armagnac del ejército francés del centro, viniendo por la Puente del Arzobispo. Otros auxilios que intentaron enviar Marmont y Soult llegaron tarde. Con el triunfo alcanzado quitóseles á los franceses la mejor comunicacion entre su ejército del Mediodía y el que llamaban de Portugal.

Soult y Ballesteros.

Por su lado el mariscal Soult de vuelta de Extremadura habia atendido á contener á Don Francisco Ballesteros; en particular despues que Penne Villemur se habia alejado de la márgen derecha del Guadalquivir. El Don Francisco, desembocando del campo de Gibraltar para cooperar á los movimientos del último, habia hecho alto en Utrera el 4 de abril, sin pasar adelante; con lo cual se dió tiempo á la llegada de Soult de Extremadura, y á que Penne Villemur se viese obligado á retroceder á sus anteriores puestos. Ballesteros hubo de hacer otro tanto y replegarse via de la sierra de Ronda. Sin embargo, haciendo un movimiento rápido, tuvo la fortuna de escarmentar á los enemigos el 14 de abril en Osuna y Alora. En la primera ciudad se peleó en las calles, viéndose los franceses obligados á encerrarse en el fuerte que habian construido, picándoles de cerca, y avanzando hasta el segundo recinto el regimiento de Sigüenza á las órdenes de su valiente gefe Don Rafael Cevallos Escalera. Y en Alora trabándose refriega con una division enemiga se le tomaron bagages, dos cañones y algunos prisioneros. Lo mismo aconteció el 23 entre otra columna enemiga y la vanguardia española al cargo de Don Juan de la Cruz Mourgeon: la cual en una reñida lid, y hasta el punto de llegar á la bayoneta, arrolló á los contrarios, y les causó mucha pérdida y daño.

Choques en Osuna y Alora.

Tales excursiones, marchas y embestidas con lo que amagaba por Extremadura y Castilla, pusieron muy sobre aviso al mariscal Soult, quien, temeroso de que Ballesteros fuese reforzado con nueva gente de desembarco, y dificultase las comunicaciones entre Sevilla y las tropas sitiadoras de Cádiz, trató de asegurar la línea del Guadalete, fortificando con especialidad, y como parage muy importante, á Bornos. Mandaba allí el general Corroux, teniendo bajo sus órdenes una division de 4500 hombres. Salió entonces Ballesteros de Gibraltar, bajo cuyo cañon habia vuelto á guarecerse, y pensó en impedir los trabajos del enemigo y de tentar de nuevo la fortuna.

Accion de Bornos ó del Guadalete.

Así fue que avanzando vadeó el Guadalete el 1° de junio, y acometió á los franceses en Bornos mismo. Embistieron valerosamente los primeros Don Juan de la Cruz Mourgeon y el príncipe de Anglona con la vanguardia y

tercera division. Fueron al principio felices, mas cuando la izquierda en donde mandaba D. José Aymerich y el marques de las Cuevas, cundió el desmayo á las demas tropas, y creció con un movimiento rápido y general de los enemigos sobre los nuestros, y el avance de su caballería superior á la española, viniendo al trote y amagando nuestra retaguardia. Consiguieron, no obstante, las fuerzas de Ballesteros repasar el rio, si bien algunos cuerpos con trabajo y á costa de sangre. Favoreció el repliegue D. Luis del Corral, que gobernaba los ginetes, quien se portó con tino y denodadamente: tambien sobresalió allí por su serenidad y brio Don Pedro Tellez Giron, príncipe de Anglona, deteniendo á los franceses en el paso del Guadalete, ayudado de algunas tropas, y en especial del regimiento asturiano de Infiesto. Recordarse no menos debe el esclarecido porte de Don Rafael Cevallos Escalera, ya mencionado honrosamente en otros lugares; quien mandando el batallon de granaderos del general, aunque herido en un muslo, siempre al frente de su cuerpo, menguado con bastantes pérdidas, avanzó de nuevo, recobró por sí mismo una pieza de artillería, sostúvola, y cuando vió cargaban muchos enemigos sobre el reducido número de su gente, no queriendo perder el cañon cogido, asióse á una de las ruedas de la cureña, y defendióle gallardamente, hasta que cayó tendido de un balazo junto á su trofeo. Las córtes tributaron justos elogios á la memoria de Cevallos, y dispensaron premios á su afligida familia. No prosiguieron los enemigos el alcance, siendo considerable su pérdida, mas la nuestra ascendió á 1,500 hombres, muchos en verdad extraviados.

Seguro entre tanto Wellington de que los españoles á pesar de infortunios y descalabros distraerian á Soult por el mediodía, y de que avituallado Badajoz y guarnecida la Extremadura con el cuerpo del general Hill y el quinto ejército, quedaria toda aquella provincia bastantemente cubierta, resolvióse á marchar adelante por Castilla, y abrir una campaña importante, y tal vez decisiva. Animábale mucho lo que ocurria en el norte de Europa, y los sucesos que de allí se anunciaban.

Guerra entre Napoleon y la Rusia.

Conforme á lo que en el año pasado habia indicado en Cádiz Don Francisco de Zea Bermudez, disponíase la Rusia á sustentar guerra á muerte contra Napoleon. El desasosiego de este, su desapoderada ambicion, el anhelo por dominar á su antojo la Europa toda, eran la verdadera y fundamental causa de las desavenencias suscitadas entre las córtes de Paris y San Petersburgo. Mas los pretextos que Napoleon alegaba nacian: 1° de un ukase del emperador de Rusia de 31 de diciembre de 1810, que destruia en parte el sistema continental adoptado por la Francia en perjuicio del comercio marítimo; 2° una protesta de Alejandro contra la reunion que Bonaparte habia resuelto del ducado de Oltemburgo; 3° los armamentos de Rusia. Figurábase el em-

perador francés que una batalla ganada en las márgenes del Niemen amansaria aquella potencia y le daria á él lugar para redondear sus planes respecto de la Polonia y de la Alemania, y continuar sin obstáculo en adoptar otros nuevos, siguiendo una carrera que no tenia ya otros límites que los de su propia ruina. Pero el emperador Alejandro, amaestrado con la experiencia, y trayendo siempre á la memoria el ejemplo de España, en donde la guerra se prolongaba indefinidamente convertida en nacional, y en donde Wellington iba consumiendo con su prudencia las mejores tropas de Napoleon, no pensaba aventurar en una accion sola la suerte y el honor de la Rusia.

Opinion en Alemania.

Aunque todavia tranquila, podia tambien la Alemania entrar en una guerra contra la Francia, segun cálculo de buenas probabilidades. Llevaba allí muy á mal el pueblo la insolencia del conquistador y la influencia extranjera, y se lamentaba de que los gobiernos doblasen la cerviz tan sumisamente. Alentados con eso ciertos hombres atrevidos que deseaban en Alemania dar rumbo ventajoso á la disposicion nacional, empezaron á prepararse, pero á las calladas, por medio de sociedades secretas. Parece que una de las primeras establecidas, centro de las demas, fue la llamada de *Amigos de la virtud*. Advirtiéronse ya sus efectos, y se vislumbraron chispazos en 1809, en cuyo año, á ejemplo de España, plantaron bandera de ventura Katt, Darnberg, Schill, y hasta el duque mismo Guillermo de Brunswick.

Tuvieron tales empresas éxito desgraciado, mas no por eso acabó el fómes, siendo imposible extirparle á la policía vigilante de Napoleon, pues se hallaba como connaturalizado con todos los alemanes, y no repugnaba ni á los generales, ni á los ministros, ni á príncipes esclarecidos, que le excitaban, si bien muy encubiertamente. Una victoria de los rusos ó un favorable incidente bastaba para que prendiese la llama, tanto mas fácil de propagarse, cuanto mayores y mas extendidos eran los medios de abrirle paso.

Medidas preventivas de Napoleon.

Por tanto Napoleon procuró impedir, en lo posible, una manifestacion cualquiera de insurreccion popular, mas peligrosa al comenzar la guerra en el Norte. Creyó pues oportuno y prudente tomar prendas que fuesen seguro de la obediencia. Así que se enseñoreó sucesivamente de varias plazas de Alemania en los meses de febrero y marzo, y concluyó tratados de alianza con Prusia y Austria, persuadiéndose que afianzaba de este modo la base de su vasto y militar movimiento contra el imperio ruso. No le sucedia tan bien en cuanto á las potencias que formaban, por decirlo así, las alas; Suecia, y Turquía. Con la primera no pudo entenderse, y antes bien se enagenaron las voluntades á punto de que dicho gobierno, no obstante hallarse á su frente un príncipe francés (Bernadotte), firmó con la Rusia un tratado en marzo del mismo año. Con la segunda tampoco alcanzó

Bonaparte ninguna ventaja, porque si bien en un principio mantenia guerra el sultan con el emperador Alejandro, irritado despues con los efugios y tergiversaciones del gabinete de Francia, y acariciado por la Inglaterra, hizo la paz, y terminó sus altercados con Rusia en virtud de un tratado concluido en Bucharest, al finalizar mayo.»

Proposiciones de Napoleon á la Inglaterra.

Napoleon, aunque decidido á la guerra, deseoso sin embargo de aparentar moderacion, dió antes de romper las hostilidades un paso ostensible en favor de la paz. Tal era su costumbre al emprender nuevas campañas; mas siempre en términos inadmisibles.

Dirigiéronse las proposiciones al gabinete inglés, cuya política no habia variado, aun despues de haber hecho dejacion este año de su puesto el marques de Wellesley, fundándose en que no se suministraban á su hermano Lord Wellington medios bastante abundantes para proseguir la guerra con mayor teson y esfuerzo. Las propuestas del gobierno francés, fechas en 17 de abril, las recibió Lord Castlereagh, ministro á la sazon de negocios extranjeros. En ellas, tras de un largo preámbulo, considerábanse los asuntos de la península española y los de las Dos Sicilias como los mas difíciles de arreglarse, por lo cual se proponia un ajuste apoyado en las siguientes bases. « 1ª (decia el gabinete de las « Tullerías) : Se garantirá la integridad de la España. La Francia « renunciará toda idea de extender sus dominios al otro lado de « los Pirineos. La presente dinastía será declarada independiente, « y la España se gobernará por una constitucion nacional de « córtes. Serán igualmente garantidas la independencia é inte« gridad de Portugal, y la autoridad soberana la obtendrá la casa « de Braganza. »

« 2ª : El reino de Nápoles permanecerá en posesion del monarca « presente, y el reino de Sicilia será garantido en favor de la actual « familia de Sicilia. Como consecuencia de estas estipulaciones la « España, Portugal y la Sicilia serán evacuadas por las fuerzas « navales y de tierra, tanto de la Francia como de la Inglaterra. »

Contestacion.

Con fecha de 23 del mismo abril contestó Lord Castlereagh, á nombre del príncipe regente de Inglaterra (que ejercia la autoridad real por la incapacidad mental que habia sobrevenido años atras á su augusto padre) que « si como « se lo recelaba su alteza real el significado de la proposicion : *la « dinastía actual será declarada independiente, y la España gobernada « por una constitucion nacional de córtes*, era que la autoridad real « de España y su gobierno serian reconocidos como residiendo en « el hermano del que gobernaba la Francia y de las córtes reunidas « bajo su autoridad, y no como residiendo en su legítimo monarca « Fernando VII y sus herederos, y las córtes generales y extraor« dinarias que actualmente representaban á la nacion española; se

« le mandaba que franca y expeditamente declarase á S. E. (el « duque de Bassano) que las obligaciones que imponia la buena fe « apartaban á S. A. R. de admitir para la paz proposiciones que « se fundasen sobre una base semejante. »

Que « si las expresiones referidas se aplicasen al gobierno que « existia en España, y que obraba bajo el nombre de Fernando VII; « en este caso, despues de haberlo asi asegurado S. E., S. A. R. « estaria pronto á manifestar plenamente sus intenciones sobre las « bases que habian sido propuestas á su consideracion...»

No entró Lord Castlereagh á tratar de los demas puntos, como dependientes de este mas principal, y la negociacion tampoco tuvo otras resultas; debiendo las armas continuar en su impetuoso curso.

Empieza la guerra de Francia con Rusia.

De consiguiente, el emperador francés, prevenido y aderezado para la campaña, salió de Paris el 9 de mayo, y despues de haberse detenido hasta últimos del mes en Dresde, donde recibió el homenage y cumplidos de los principales soberanos de Alemania, encaminóse al Niemen, límite de la Rusia. Mas de 600,000 hombres tomaban el mismo rumbo, entre ellos unos pocos españoles y portugueses, reliquias de los regimientos de la division de Romana, que quedaron en el Norte, y de la del marques de Alorna, que salió de Portugal en 1808, con algunos prisioneros que de grado ó fuerza se les habian unido. De tan inmenso tropel de gente armada 480,000 hombres estaban ya presentes, y comenzaron á pasar el Niemen en la noche del 23 al 24 de junio, siendo Napoleon quien primero invadió el territorio ruso, y dió la señal de guerra; señal que resonó por el ámbito de aquel imperio, y fue principio de tantas mudanzas y trastornos.

Influjo de esta guerra respecto de España.

En medio de la confianza que inspiraba á Napoleon su constante y venturoso hado, obligáronle las circunstancias á aflojar, por lo menos temporalmente, en el proyecto de ir agregando á Francia las provincias de España. Sin embargo, aferrado en sus decisiones primeras, no varió ni tomó ahora esta, sino muy entrada la primavera, y cuando ya habia fijado el momento de romper con Rusia. Notóse por lo mismo que José continuaba quejándose, aun en los primeros meses del año, del porte de su hermano; resaltando su descontento en las cartas interceptadas á su desgraciado secretario Mr. Deslandes. Entre ellas las mas curiosas eran dos escritas á su esposa y una al emperador; todas tres de fecha 25 de marzo. Y la última inclusa en una de las primeras, con la advertencia de solo entregarla en el caso de que « se publicase el decreto de reunion (son sus expresiones), « y de que se publicase en la gaceta. » Por la palabra « reunion » entendia José la de las provincias del Ebro á Francia, pues aunque estas, segun hemos visto, sobre todo Cataluña, se consideraban ya como agregadas, no se habia anunciado de oficio aquella reso-

lucion en los papeles públicos. En la carta á su hermano le pedia José « que le permitiese deponer en sus manos los derechos que se « habia dignado trasmitirle á la corona de España hacia cuatro « años; porque no habiendo tenido otro objeto en aceptarla que la « felicidad de tan vasta monarquía, no estaba en su mano el reali- « zarla. » Explayaba en la otra carta á su esposa el mismo pensamiento, é indicaba la ocasion que le obligaria á permanecer en España, y las condiciones que para ello juzgaba necesarias. Decia 1°: « Si el emperador tiene guerra con Rusia y me cree útil aqui, « me quedo con el mando general y con la administracion general. « Si tiene guerra y no me da el mando, y no me deja la adminis- « tracion del pais, deseo volver á Francia. » 2°: « Si no se verifica « la guerra con Rusia, y el emperador me da el mando ó no me « lo da, tambien me quedo; mientras no se exija de mí cosa alguna « que pueda hacer creer que consiento en el desmembramiento de « la monarquía, y se me dejen bastantes tropas y territorio, y se « me envie el millon de préstamo mensual que se me ha prome- « tido... Un decreto de reunion del Ebro que me llegase de impro- « viso, me haria ponerme en camino al dia siguiente. Si el empe- « rador difiere sus proyectos hasta la paz, que me dé los medios de « existir durante la guerra. » Triste situacion y necesaria conse- cuencia de haber aceptado un trono que afirmaba solo la fuerza extraña: debiendo advertirse que la hidalguía de pensamientos que José mostraba respecto de la desmembracion de España desaparecia con el período último de la postrer carta; pues en su contexto ya no manifiesta aquel oposicion á la providencia en sí misma, sino á la oportunidad y tiempo de ejecutarla.

De poco hubieran servido los duelos y plegarias de José, si los acontecimientos del Norte no hubieran venido en su ayuda. Napoleon, atento á eso, pero sin alterar las medidas tomadas respecto de Cataluña y otras partes, cedió en algo á la necesidad, y autorizó á su hermano con el mando de las tropas; dejándole en todo mayores ensanches, y aun consintiendo que entrase en habla con las córtes y el gobierno nacional.

Hicimos antes mencion del orígen de semejantes tratos, y de la repulsa que recibieron las primeras proposiciones. No por eso desistieron de su intento los emisarios de José en Cádiz, animados con el disgusto que produjo la caida de Valencia en todo el reino, con el que produciria en el mismo Cádiz el incesante bombardeo, y esperanzados tambien en las alteraciones que consigo trajese en la política la regencia últimamente nombrada.

Dos eran los principales medios de que solian valerse dichos emisarios; uno, procurar influir en las determinaciones del gobierno ó empantanarlas; otro, agitar la opinion con falsas nuevas, con el abuso de la imprenta ó con otros arbitrios; sirviéndose para ello á veces de logias masónicas establecidas en Cádiz.

Sociedades secretas.

Apenas habia tomado arraigo ni casi se conocia en España esta institucion antes de 1808, perseguida por el gobierno y por la inquisicion. Tampoco ni ella ni ninguna otra sociedad secreta coadyuvaron al levantamiento contra los franceses, ni tuvieron parte; pues entonces todos se entendian como por encanto; y no se requeria sigilo ni comunicacion expresa en donde reinaba universalmente correspondencia natural y simultánea.

Derramados los franceses por la península fundaron logias masónicas en las ciudades principales del reino, y convirtieron ese instituto de pura beneficencia, en instrumento que ayudase á su parcialidad. Trataron luego de extender las logias á los puntos donde regia el gobierno nacional; proyecto mas hacedero despues que la libertad fundada por las córtes estorbaba que se tomasen providencias arbitrarias ó demasiado rigorosas.

Fue Cádiz uno de los sitios en que mas paró la consideracion el gobierno intruso para propagar la francmasoneria. Dos eran las logias principales; y una sobre todo se mostraba aviesa á la causa nacional y afecta á la de José. Celábalas el gobierno, y el influjo de ellas era limitado; porque ni los individuos conspicuos de la potestad ejecutiva, ni los diputados de córtes, excepto alguno que otro por América, aficionado á la perturbacion, entraron en las sociedades secretas. Y es de notar que asi como estas no soplaron el fuego para el levantamiento de 1808, tampoco intervinieron en el establecimiento de la constitucion y de las libertades públicas. Lo contrario de Alemania: diferencia que se explica por la diversa situacion de ambas naciones. Hallábase la última agobiada y opresa antes de poder sublevarse; y España revolvióse á tiempo y primero que la coyunda francesa pesase del todo sobre su cuello. Mas adelante, cuando otra de distinta naturaleza vino á abrumarle en el aciago año de 1814, se recurrió tambien entre nosotros al mismo medio de comunicacion y á los mismos manejos que en Alemania: representando gran papel las sociedades secretas en las repetidas tentativas que hubo despues, enderezadas á derrocar de su asiento al gobierno absoluto.

Esperanzas del partido de José en los tratos con Cádiz.

Lisonjeábanse los emisarios de José de alcanzar mas pronto sus fines por medio de la nueva regencia, en especial al llegar en junio á presidirla de Inglaterra el duque del Infantado. No porque este prócer se doblase á transigir con el enemigo, ni menos quisiera faltar á lo que debia á la independencia de su patria, sino porque distraido y flojo daba lugar á que se formasen en su derredor tramoyas y conjuras. Igualmente esperaban los mismos emisarios sorprender la buena fe de cierto ministro, y sobre todo contaban con el favor de otro, quien, travieso y codicioso de dinero y honores, no se mostraba hosco á la causa del intruso José. Omitiremos estampar

aqui el nombre por carecer de pruebas materiales que afiancen nuestro aserto, ya que no de muchas morales.

Lo cierto es que en la primavera y entradas de verano se duplicaron los manejos, las idas y venidas, en disposicion de que el canónigo Peña, ya mencionado en otro libro, consiguió pasar á Galicia con el título de vicario de aquel ejército, resultando de aqui que él y los demas emisarios de José anunciasen á este, como si fuera á nombre del gobierno de Cádiz, el principio de una negociacion, y la propuesta de nombrar por ambas partes comisionados que se abocasen, y tratasen de la materia siempre que se guardara el mayor sigilo. Debian verificarse las vistas de dichos comisionados en las fronteras de Portugal y Castilla, obligándose José á establecer un gobierno representativo fundado sobre bases consentidas recíprocamente, ó bien á aceptar la constitucion promulgada en Cádiz con las modificaciones y mejoras que se creyesen necesarias.

Ignoraban las córtes semejante negociacion, ó, por mejor decir, embrollo, y podemos aseverar que tambien lo ignoraba la regencia en cuerpo. Todo procedia de donde hemos indicado, de cierta dama amiga del duque del Infantado, y de alguno que otro sugeto muy revolvedor. Quizá habia tambien, entre las personas que tal trataban, hombres de buena fe que no creyendo ya posible resistir á los franceses, y obrando con buena intencion, querian proporcionar á España el mejor partido en tamaño aprieto. No faltaban asimismo quienes viviendo de las larguezas de Madrid, á fin de que estas durasen, abultaban y encarecian mas allá de la realidad las promesas que se les hicieran.

Tantas en efecto fueron las que á José le anunciaron sus emisarios, que hasta le ofrecieron grangear la voluntad de alguno de nuestros generales. A este propósito, y al de avistarse con los comisionados que se esperaban de Cádiz, nombró José por su parte otros; entre ellos á un abogado de apellido Pardo, que si bien llegó á salir de Madrid, tuvo á poco que pararse y desandar su camino, noticioso en Valladolid de la batalla de Salamanca. Suceso que deshizo y desbarató como de un soplo tales enredos y maquinaciones.

Desvaneceuse.

Preséntanse siempre muy oscuros semejantes negocios, y dificultoso es ponerlos en claro. Por eso nos hemos abstenido de narrar *otros hechos que se nos han comunicado, refiriendo solo y con* tiento los que tenemos por seguros. Basta ya lo que hubo para que escritores franceses hayan asegurado que las córtes se metieron en tratos con José; é igualmente para que en el *Memorial de Santa Helena ponga* Mr. *de Las Casas en* boca de Napoleon*: « que las córtes (por el tiempo « en que vamos) negociaban en secreto con los fran- « ceses. » Asercion falsísima y calumniosa: pues repetimos, y

Asercion falsa del *Memorial de* Santa Helena.

(* Ap. n. 4.)

nunca nos cansaremos de repetir lo ya dicho en otro libro, que para todo tenian poder y facultades las córtes y el gobierno de Cádiz, menos para transigir y componerse con el rey intruso : por cuya imprudencia, que justamente se hubiera tachado luego de traicion, hubiérales impuesto la furia española un ejemplar y merecido castigo.

Proyecto de José de convocar córtes.

Ni José mismo tuvo nunca gran confianza, al parecer, en la buena salida de tales negociaciones, pues pensaba por sí juntar córtes en Madrid siguiendo el consejo del ministro Azanza, que le decia ser ese el medio de levantar *altar contra altar*. Ya antes habia nombrado José una comision que se ocupase en el modo y forma de convocar las córtes, y ahora se provocaron por su gobierno súplicas para lo mismo. Asi fué que el ayuntamiento de Madrid en 7 de mayo, y una diputacion de Valencia en 19 de julio, pidieron solemnemente el llamamiento de aquel cuerpo. Contestó José á los individuos de la última, « que « los deseos que expresaban de la reunion de córtes eran los de « la mayoría inmensa de la nacion, y los de la parte instruida, y que « S. M. los tomaria en consideracion para ocuparse seriamente de « ellos en un momento oportuno. » Añadió : « que estas córtes serian « mas numerosas que cuantas se habian celebrado en España.... » Los acontecimientos militares, el temor á Napoleon, que hasta en sus mayores apuros repugnaba la congregacion de cuerpos populares, y tambien los obstáculos que ofrecian los pueblos para nombrar representantes llamados por el gobierno intruso, estorbaron la realizacion de semejantes córtes, y aun su convocatoria.

Escasez y hambre, sobre todo en Madrid.

De todas maneras inútiles é infructuosos parecian cuantos planes y beneficios se ideasen por un gobierno que no podia sostenerse sin puntal extrangero. Entre las plagas que ahora afligian á la nacion, y que eran consecuencia de la guerra y devastacion francesa, aparecian entre las mas terribles la escasez y su compañera el hambre. Apuntamos como principió en el año pasado. En este llegó á su colmo, especialmente en Madrid, donde costaba en primeros de marzo el pan de dos libras á 8 y 9 reales, ascendiendo en seguida á 12 y 13. Hubo ocasion en que se pagaba la fanega de trigo á 530 y 540 reales; encareciéndose los demas víveres en proporcion, y yendo la penuria á tan grande aumento, que aun los tronchos de berzas y otros desperdicios tomaron valor en los cambios y permutas, y se buscaban con ansia. La miseria se mostraba por calles y plazas, y se mostraba espantosa. Hormigueaban los pobres, en cuyos rostros representábase la muerte, acabando muchos por espirar desfallecidos y ahilados. Mugeres, religiosos, magistrados, personas antes en altos empleos, mendigaban por todas partes el indispensable sustento. La mortandad subió por manera, que desde el setiembre de 1811 que comenzó el hambre hasta el julio inme-

diato, sepultáronse en Madrid unos 20,000 cadáveres : estrago tanto mas asombroso, cuanto la poblacion habia menguado con la emigracion y las desdichas. La policía atemorizábase de cualquier reunion que hubiese, y puso 200 ducados de multa á los dueños de tiendas si permitian que delante se detuviesen las gentes, segun es costumbre en Madrid, particularmente en la Puerta del Sol. Presentaba en consecuencia la capital cuadro asqueroso, triste y horrendo que partia el corazon. Deformábanla hasta los mismos derribos de casas y edificios, que si bien se ordenaban para hermosear ciertos barrios, como nunca se cumplian los planes, quedaban solo las ruinas y el desamparo.

Providencias desastrosas.

No era factible al gobierno de José reparar ahora tan profundos males, ni tampoco aquietar el desasosiego que asomaba con motivo de buscar alimento. La escasez provenia de malas cosechas anteriores, de los destrozos de la guerra y sus resultas, de muchas medidas administrativas, poco cuerdas y casi siempre arbitrarias. Hablamos de las providencias de monopolio y logrería que tomó el gobierno intruso en el año pasado : las mismas continuaron en este, acopiándose granos para los ejércitos franceses, y encajonando á este fin galleta en Madrid mismo, cuando faltaba á los naturales pan que llevar á la boca. Las contribuciones, en vez de aminorarse, crecian; pues, ademas de las anteriores ordinarias y extraordinarias, y de una organizacion y aumento en la del sello, mandó José antes de finalizar junio á las seis prefecturas de Madrid, Cuenca, Guadalajara, Toledo, Ciudad Real y Segovia (que era á donde llegaba su verdadero dominio), que sin demora ni excusa aprontasen 570,000 fanegas de trigo, 275,000 de cebada, y 75,000,000 de reales en metálico; cuya carga en su totalidad, aun regulando el grano á menos de la mitad del precio corriente, pasaba de 250,000,000 de reales; exaccion que hubiera convertido en vasto desierto país tan devastado; pero que no se realizó por los sucesos que sobrevinieron, y pórque, segun hermosamente dice el rey Don Alonso* : « Lo « que es ademas no puede durar. »

(* Ap. n. 5.)

Escasez en las provincias.

En las provincias sometidas á los franceses, sobre todo en las centrales, la carestía y miseria corria parejas con la de Madrid. Casi á lo mismo que en esta capital valia el grano en Castilla la Vieja. En Aragon andaba la fanega de trigo á 450 reales, y no quedó en zaga en las Andalucías, si á veces no excedió. Hubo que custodiar en la ciudad de Sevilla las casas de los panaderos; y en aquel reino ya antes habia mandado Soult que se hiciesen las siembras, como tambien aconteció en otras partes; porque al cultivador faltábale para ejecutar las labores semilla ó ánimo, privado á cada paso del fruto de su sudor. Mas adelante haremos mencion, segun se vayan desocupando las provincias, y segun esté á nuestro alcance, de las contribuciones que los pueblos

pagaron, de las derramas que padecieron. Cúmulo de males todos ellos que asolaban las provincias ocupadas, y las trasformaban en cadáveres descarnados.

Abundancia y alegría en Cádiz.

¡Cuán otro semblante ofrecia Cádiz, á pesar del sitio y de los proyectiles que caian! Gozábase allí de libertad, reinaba la alegría, arribaban á su puerto mercaderías de ambos mundos, abastábanle víveres de todas clases, hasta de los mas regalados; de suerte que ni la nieve faltaba traida por mar de montañas distantes para hacer sorbetes y aguas heladas. Sucedíanse sin interrupcion las fiestas y diversiones, y no se suspendieron ni los toros ni las comedias; construyéndose al intento del lado del mar una nueva plaza de toros, y un teatro fuera del alcance de las bombas, para que se entregasen los habitantes con entero sosiego al entretenimiento y holganza.

Tareas de las córtes.

Allí las córtes prosiguieron atareadas con aplauso muy universal. Organizar conforme á la constitucion las corporaciones supremas del reino, no menos que la potestad judicial y el gobierno económico de los pueblos, con los ramos dependientes de troncos tan principales, fue lo que llamó en estos meses la atencion primera. Expidiéronse pues reglamentos individualizados y extensos para el consejo de estado y tribunal supremo de justicia. Los recibieron tambien los tribunales especiales de guerra y marina, de hacienda y de órdenes, conocidos antes bajo el nombre de consejos; los cuales quedaron en pie, ó por ser necesarios á la buena administracion del estado, ó por no haberse aun admitido ciertas reformas que se requeria precediesen á su entera ó parcial abolicion. Las audiencias, los juzgados de primera instancia y sus dependencias se ordenaron y fueron planteando bajo una nueva forma. En el ramo económico y gobernacion de los pueblos se deslindaron por menor las facultades que le competian, y se dieron reglas á las diputaciones y ayuntamientos. Faena enredosa y larga en una monarquía tan vasta que abrazaba entonces ambos hemisferios, de situacion y climas tan lejanos, de prácticas y costumbres tan diferentes.

Libertad de la imprenta y sus abusos.

Abusos de la libertad de imprenta dieron ocasion á disgustos y altercados, y acabaron por excitar vivos debates sobre restablecer ó no la inquisicion. A tanto llegó por una parte el desliz de ciertos escritores, y á tanto por otra la ceguedad de hombres fanáticos ó apasionados. Se publicaban en Cádiz, sin contar los de las provincias, periódicos que salian á luz todos los dias, ó con intervalos mas ó menos largos. Pocos habia que conservasen el justo medio, y no se sintiesen del partido á que pertenecian. Entre los que sustentaban las doctrinas liberales distinguíanse el Semanario patriótico, que apareció de nuevo despues de juntas las córtes, el Conciso, el Redactor de Cádiz, el *Tribuno* y otros varios. *Publicaba uno el estado mayor*

general, moderado y circunscrito comunmente al ramo de su incumbencia. Se imprimia otro bajo el nombre del Robespierre, cuyo título basta por sí solo para denotar lo exagerado y violento de sus opiniones. En contraposicion daban á la prensa y circulaban los del bando adverso periódicos no menos furiosos y desaforados. Tales eran el Diario mercantil, el Censor y el Procurador de la Nacion y del Rey, que se publicó mas tarde, y superó á todos en iracundos arranques y en personalidades. Otros papeles sueltos ó que formaban parte de un cuerpo de obra salian á luz de cuando en cuando, como las Cartas del Filósofo rancio, sustentáculo de las doctrinas que indicaba su título; el Tomista en las córtes, produccion notable concebida en sentir opuesto; y la Inquisicion sin máscara, cuyo autor enemigo de aquel establecimiento le impugnaba despojándole de todo disfraz ó velo, con copia de argumentos y citas escogidas. Semejantes escritos ú opúsculos arrojaban de sí mucha claridad y difundian bastantes conocimientos, mas no sin suscitar á veces reyertas que encancerasen los ánimos. Males inseparables de la libertad, sobre todo en un principio, pero preferibles por el desarrollo é impulso que imprimen, al encogimiento y aniquilacion de la servidumbre.

Diccionario manual, y Diccionario crítico-burlesco.

Pararon mucho en este tiempo la consideracion pública dos producciones intituladas, la una « Diccionario razonado manual, » y la otra « Diccionario crítico-burlesco, » no tanto la primera por su mérito intrínseco, como por la contestacion que recibió en la segunda, y por el estruendo que ambas movieron. El Diccionario manual, parto de una alma aviesa, enderezábase á sostener doctrinas añejas, interpretadas segun la mejor conveniencia del autor. Censuraba amargamente á las córtes y sus providencias, no respetaba á los individuos, y bajo pretexto de defender la religion, perjudicábala en realidad, y la insultaba quizá no menos que al entendimiento. Guardar silencio hubiera sido la mejor respuesta á tales invectivas; pero Don Bartolomé Gallardo, bibliotecario de las córtes, hombre de ingenio agudo, mas de natural acerbo, y que manejaba la lengua con pureza y chiste, muy acreditado poco antes con motivo de un folleto satírico y festivo nombrado « Apología de los palos, » quiso refutar ridiculizándole al autor de la mencionada obra. Hízolo por medio de la que intituló « Diccionario crítico-burlesco, » en la que desgraciadamente no se limitó á patentizar las falsas doctrinas y las calumnias de su adversario, y á quitarle el barniz de hipocresía con que se disfrazaba, sino que se propasó, rozándose con los dogmas religiosos, é imitando á ciertos escritores franceses del siglo XVIII. Conducta que reprobaba el filósofo por inoportuna, el hombre de estado por indiscreta, y por muy escandalosa el hombre religioso y pio. Los que buscaban ocasion para tachar de incrédulos á algunos de los que

gobernaban y á muchos diputados, halláronla ahora, y la hallaron al parecer plausible por ser el Don Bartolomé bibliotecario de córtes, y llevar con eso trazas de haber impreso el libro con anuencia de ciertos vocales. Presuncion infundada, porque no era Gallardo hombre de pedir ni de escuchar consejos; y en este lance obró por sí, no mostrando á nadie aquellos artículos que hubieran podido merecer la censura de varones prudentes ó timoratos. La publicacion del libro produjo en Cádiz sensacion extrema, y contraria á lo que el autor esperaba. Desaprobóse universalmente, y la voz popular no tardó en penetrar y subir hasta las córtes.

Sensacion que causa el Diccionario crítico-burlesco.

En una sesion secreta celebrada el 18 de abril fue cuando allí se oyeron los primeros clamores. Vivos y agudos salieron de la boca de muchos diputados, de cuyas resultas enzarzáronse graves y largos debates. Habia señores que querian se saltase por encima de todos los trámites, y se impusiese al autor un ejemplar castigo. Otros mas cuerdos los apaciguaron, y consiguieron que se ciñese la providencia de las córtes á excitar con esfuerzo la atencion del gobierno. Ejecutóse así en términos severos, que fueron los siguientes: « que se manifieste á « la regencia la amargura y sentimiento que ha producido á las « córtes la publicacion de un impreso titulado « Diccionario crí- « tico-burlesco, » y que en resultando comprobados debidamente « los insultos que pueda sufrir la religion por este escrito, pro- « ceda con la brevedad que corresponda á reparar sus males con « todo el rigor que prescriben las leyes; dando cuenta á las córtes « de todo para su tranquilidad y sosiego. »

Sesion de córtes, y resolucion que provoca.

Aunque impropia de las córtes semejante resolucion, y agena quizá de sus facultades, no hubiera ella tenido trascendencia muy general, si hombres fanáticos ó que aparentaban serlo, validos de tan inesperada ocurrencia, no se hubiesen cebado ya con la esperanza de establecer la inquisicion. Nunca en efecto se les habia presentado coyuntura mas favorable; cuando atizando unos y atemorizados otros, casi faltaba arrimo á los que no cambian de opinion ó la modifican por solo los extravíos ó errores de un individuo.

En la sesion pública de 22 de abril levantóse, pues, á provocar el restablecimiento del santo oficio Don Francisco Riesco, inquisidor del tribunal de Llerena, hombre sano y bien intencionado, pero afecto á la corporacion á que pertenecia. No era el Don Francisco sino un echadizo; detras venia todo el partido antireformador, engrosado esta vez con muchos tímidos, y dispuesto á ganar por sorpresa la votacion. Pero antes de referir lo que entonces pasó, conviene detenernos y contar el estado de la inquisicion en España desde el levantamiento de 1808.

Tentativa para restablecer la inquisicion.

Estado de aquel tribunal.

En aquel tiempo hallóse el tribunal como suspendido. Le quiso poner en ejercicio, segun insinuamos, la junta central, cuando en un principio inclinando á ideas rancias, nombró por inquisidor general al obispo de Orense. Pero entonces, ademas del impedimento que presentaron los sucesos de la guerra, tropezóse con otra dificultad. Nombraban los papas á propuesta del rey los inquisidores generales, y les expedian bulas atribuyéndoles á ellos solos la omnímoda jurisdiccion eclesiástica; de manera que no podian reputarse los demas inquisidores sino meros consejeros suyos. Estos, sin embargo, sostenian que en la vacante correspondia la jurisdiccion al consejo supremo; pero sin mostrar las bulas que lo probasen, alegando que habian dejado todos los papeles en Madrid, ocupado á la sazon por los enemigos. Excusa al parecer inventada, é inútil aun siendo cierta, no pudiendo considerarse como vacante la plaza de inquisidor general, pues el último, el señor Arce, no habia muerto, y solo si se habia quedado con los franceses. Cierto que se aseguraba haber hecho renuncia de su oficio en 1808; mas no se probaba la hubiese admitido el papa, requisito necesario para su validacion, por estar ya interrumpida la correspondencia con la Santa Sede; cuya circunstancia impedia asimismo la expedicion de cualquiera otra bula que confirmase el nombramiento de un nuevo inquisidor general. En tal coyuntura, no siéndole dado á la junta suplir la autoridad eclesiástica por medio de la civil, y no constando legalmente que le fuese lícito al consejo supremo de la inquisicion sustituirse en lugar de aquella, se estancó el asunto, coadyuvando á ello los desafectos al restablecimiento, que se agarraron de aquel incidente para llenar su objeto y aquietar las conciencias tímidas. Sucedió la primera regencia á la junta central, y en su descaminado celo ó mal entendida ambicion, ansiosa de reponer todos los consejos, conforme en su lugar apuntamos, repuso tambien el de la inquisicion. Mas los ministros de este tribunal prudentes, conociendo quizá ellos mismos su falta de autoridad, y columbrando á donde inclinaba la balanza de la opinion, mantuviéronse tranquilos sin dar señales de vida, satisfechos con cobrar su sueldo y gozar de honores en expectativa quizá de mejores tiempos.

Instaláronse las córtes, cuyo comienzo y rumbo parecia desvanecer para siempre las esperanzas de los afectos al santo oficio. Una imprudencia entonces, semejante á la de Gallardo ahora, aunque no tan inconsiderada, reanimóselas fundadamente. Poco despues de la discusion de la libertad de la imprenta, hallándose todavia las córtes en la isla de Leon, se publicó un papel intitulado *la Triple Alianza, su autor Don Manuel Alzaibar, su protector el diputado* Don José Mejía, su contenido harto libre. Tomaron las córtes mano en el asunto, que provocó una discusion acalorada, decidiendo la mayoría que el papel pasase á la calificacion del santo oficio. Con-

tradiccion manifiesta en una asamblea que acababa de decretar la libertad de la imprenta, é inexplicable á los que desconocen la instabilidad de doctrinas de que adolecen cuerpos todavía nuevos, y la diferencia que en la opinion mediaba en España entre la libertad política y la religiosa; propendiendo todos á adoptar sin obstáculo la primera, y rehuyendo muchos de la otra por hábito, por timidez, por escrupulosa conciencia ó por devocion fingida. Entre los diputados que admitieron el que pasase á la inquisicion el asunto de la Triple Alianza, los habia de buena fe, aunque escasos de luces; y habia otros muy capaces que se fueron al hilo de la opinion extraviada. Mas adelante convirtiéronse muchos de ellos en acérrimos antagonistas del mismo tribunal, ó por haber adquirido mayor ilustracion, ó por no ver ya riesgo en mudar de dictámen.

En aquella sazon, no obstante lo resuelto, tropezóse para llevar á efecto la providencia de las córtes con los mismos obstáculos que en tiempo de la junta central; y se nombró para removerlos y tratar á fondo el asunto una comision, compuesta de los señores obispo de Mallorca, Muñoz Torrero, Valiente, Gutierrez de la Huerta, y Perez de la Puebla. Creíase entonces que estos señores por la mayor parte se desviarian de restablecer la inquisicion. No cabia duda en ello respecto del señor Muñoz Torrero, y tambien se contaba como de seguro con el obispo de Mallorca, quien, si no docto á la manera del anterior diputado, no por eso carecia de conocimientos, manifestando ademas celo por la conservacion de los derechos del episcopado, usurpados por la inquisicion. A los señores Valiente y Gutierrez de la Huerta los reputaban muchos en aquel tiempo por hombres despreocupados y entendidos, y de consiguiente adversarios de dicho tribunal. No asi se pensaba del señor Perez, que fue siempre muy secuaz suyo.

Llegado en fin el momento de que la comision evacuase su informe, opinó la mayoría, por conviccion, por recelo ó por personal resentimiento que se dejasen expeditas las facultades de la inquisicion, y que dicho tribunal se pusiese desde luego en ejercicio. Hízose este acuerdo en julio de 1811. Mas como la cuestion se habia ido ilustrando entre tanto y tomado revuelo la oposicion al santo oficio, empozóse por mucho tiempo lo resuelto en la comision. Agacháronse, por decirlo asi, los promovedores, aguardando ocasion oportuna; y presentósela, segun queda dicho, el libro de Don Bartolomé Gallardo, y no la desaprovecharon.

Sesion importante para restablecer la inquisicion.

Y ahora siguiendo de nuevo el curso de la narracion suspendida arriba, referiremos que en aquel dia 22 de abril el ya citado Don Francisco Riesco, doliéndose amargamente de lo postergado que se dejaba el negocio de la inquisicion, pidió se diese sin tardanza cuenta del expediente que presumia despachado por la comision. En efecto acababan de recibirlo los secretarios; y tanta priesa corria la apro-

bacion del informe dado, que ni siquiera permitian los partidarios de la inquisicion que se registrase, segun era costumbre. Diligente conato que les dañó en vez de favorecerlos.

Dañáronles tambien ciertas precauciones que habian tomado, pues se figuraron que no les bastaba contar con la mayoría en las córtes, si no se escudaban con el público de las galerías. Asi fue que muy de madrugada las llenaron de ahijados suyos, con tan poco disimulo que entre los concurrentes se divisaban muchos frailes, cuya presencia no se advertia en las demas ocasiones. Pensamiento muy desacordado, ademas de anárquico, porque daban asi armas al bando liberal que no pecaba de tímido, y volvian contra ellos las mismas de que se habian valido en sus reclamaciones contra los susurros, y alguna vez desmanes de los asistentes á las sesiones.

La del 22 de abril amaneció muy sombría, pues el triunfo de la inquisicion socavaba por sus cimientos las novedades adoptadas, y pronosticaba persecuciones con la completa ruina ademas del partido reformador. Por lo tanto decidióse este á echar el resto y aventurarlo todo antes de permitir su total destruccion; mas trató primero de maniobrar con destreza para evitar estruendos; lo cual consiguió bien y cumplidamente.

Entablado asunto tan grave dióse principio á los debates por leer el dictámen de la comision, que llevaba la fecha atrasada del 30 de octubre de 1811, y le habia extendido el señor Valiente estando ya en el navío Asia. Indicamos en su lugar, cuando la desgracia ocurrida á dicho diputado en 26 de octubre, que mas adelante referiríamos en qué se habia ocupado luego que se halló á bordo de aquel buque. Pues esta fue su tarea, á nuestro entender no muy digna, en especial siendo el señor Valiente de ideas muy contrarias, y llevando su opinion visos de venganza por el ultraje padecido.

Reduciase el dictámen de la comision, segun apuntamos antes, á reponer en el ejercicio de sus funciones al consejo de la suprema inquisicion, añadiendo solo ciertas limitaciones relativas á los negocios políticos y censura de obras de la misma clase. No firmó el dictámen, como era natural, el señor Muñoz Torrero, ni tampoco puso su voto por separado: pendió de falta de tiempo. « La vis-« pera por la tarde, dijo, habíanle llamado los señores de la co-« mision que estaban presentes; y convenídose, á pesar de las « reflexiones que les hizo, en adoptar el dictámen extendido por « el señor Valiente sin variacion alguna. » No negó en su contestacion el señor Gutierrez de la Huerta la verdad de lo alegado por el señor Muñoz Torrero; mas conceptuaba ser el asunto demasiadamente obvio para sobreseer en su discusion por tiempo indeterminado.

Prosiguiendo el debate se encendieron mas y mas los ánimos,

á punto que las galerías, compuestas al principio de los espectadores que hemos dicho, se desmandaron y tomaron parte en favor de los defensores de la inquisicion: y acordámonos haber visto algunos frailes desatarse en murmullos y palmoteos sin cordura, y olvidados del hábito que los cubria. No se arredraron los liberales; antes bien les sirvió de mucho un celo tan indiscreto.

Se esquiva el restablecimiento de la inquisicion.

Avezados los que de ellos habia en las córtes á no acometer de frente ciertas cuestiones, y conociendo lo mucho que ayudan en los cuerpos los antecedentes para no precipitar las resoluciones, y dar buena salida á los vocales, que deseosos de no comprometerse, ansian hallar alguna á fin de no decidirse ni en pro ni en contra en asuntos peliagudos, habian tomado de antemano medidas que llenasen su objeto. Fue una introducir en un decreto aprobado en 25 de marzo último, sobre la creacion del tribunal supremo de justicia, un artículo que decia: « Quedan suprimidos los tribunales conocidos con el nombre « de Consejos. » Estaba en este caso la inquisicion, y, ó se conceptuaba abolida por la decision anterior, ó á lo menos exigíase por ella que, dado que se restableciese, se verificase bajo otro nombre y forma: lo cual daba largas y proporcionaba plausible efugio para esquivar cualquiera sorpresa. Mayor le ofrecia otro acuerdo de las mismas córtes, propuesto con gran prevision por Don Juan Nicasio Gallego al acabarse de discutir el 13 de diciembre la segunda parte del proyecto de constitucion. Se hallaba concebido en estos términos: « Que ninguna proposicion que tuviese relacion « con los asuntos comprendidos en aquella ley fundamental, fuese « admitida á discusion, sin que examinada previamente por la « comision que habia formado el proyecto, se viese que no era « de modo alguno contraria á ninguno de sus artículos aproba- « dos. » Hizo ya entonces el diputado Gallego esta proposicion pensando en el santo oficio, como recordamos que nos dijo al extenderla. Acertó en su conjetura. Mas antes de determinar sobre ella, y en vista ya de lo resuelto en cuanto á supresion de consejos, habíase aprobado despues de largo debate: « Suspéndase « por ahora la discusion de este asunto (el de la inquisicion), se- « ñalándose dia para ella. » En seguida fue cuando, suscitándose nueva reyerta, se logró que, conforme á la propuesta aprobada del señor Gallego, pasase el expediente á la comision de constitucion. Providencia que paró el golpe preparado tan de antemano por el partido fanático, y dió esperanzas fundadas de que mas adelante se destruiria de raiz y solemnemente el santo oficio; porque tanto confiaban todos en la comision de constitucion, cuya mayoría constaba de personas prudentes, instruidas y doctas. No desayudó este triunfo á Don Bartolomé Gallardo, orígen de semejante ruido. Permaneció dicho autor preso tres meses: duró bastante tiempo su causa, de la cual se vió al cabo quito y libre, no

á tanta costa como era de recelar, y anunciaba en un principio la tormenta que levantó su opúsculo.

Promuévese que se disuelvan las córtes.

Tras esto exasperados cada vez mas los enemigos de las reformas, y viendo que cuanto intentaban otro tanto se les frustraba y volvia contra ellos, idearon promover que se disolviesen las actuales córtes, y se convocasen las ordinarias conforme á la constitucion. Lisonjeaba el pensamiento á muchos diputados, aun de los liberales, y retraia á otros manifestar francamente su opinion el temor de que se les atribuyesen miras personales ó anhelo de perpetuarse, segun propalaban ya sus émulos.

Para el golpe la comision de constitucion.

En tal estado de cosas presentó el 25 de abril la comision de constitucion un informe acerca del asunto, siendo de parecer que deberian reunirse las córtes ordinarias en el año próximo de 1813, y no disolverse las actuales antes de instalarse aquellas, sino á lo mas cerrarse. Apoyaba la comision en este punto juiciosamente su dictámen, diciendo: « que si se disolviesen las córtes, sucederia forzosamente « que hasta la reunion de las nuevas ordinarias quedaria la nacion « sin representacion efectiva, y consiguientemente imposibilitada « de sostener con sus medidas legislativas al gobierno, y de interv« enir en aquellos casos graves que á cada paso podian y debian « ocurrir en aquella época. » Y despues añadia que si se cerrasen las actuales córtes, pero sin disolverse, « los actuales diputados « deberian entenderse obligados á concurrir á extraordinarias, si « ocurriese su convocacion una ó mas veces, hasta que se constit« uyesen las próximas ordinarias. »

Por lo que respecta al mes en que convenia se juntasen las últimas que se llamaban para el año de 1813, opinaba la misma comision que en vez del 1° de marzo, como señalaba la constitucion, fuese el 1° de octubre, por quedar ya poco tiempo para que se realizasen las elecciones, y acudiesen diputados de tan distantes puntos, en especial los de ultramar. A la exposicion de la comision, mesurada y sabia, acompañaba la minuta de decreto de convocatoria, y dos instrucciones, una para la península, y otra para América y Asia, necesarias por las circunstancias peculiares en que se hallaban los españoles de ambos hemisferios; acá con la invasion francesa, allá con las revueltas intestinas.

Se convocan las córtes ordinarias para 1813.

En los dias 4 y 6 de mayo aprobaron las córtes el dictámen de la comision, despues de haberse pronunciado en pro y en contra notables discursos; con cuya resolucion vinieron al suelo hasta cierto punto los proyectos de los que ya presumian derribar, disolviéndose las córtes, la obra de las reformas, todavía no bien afianzada.

LIBRO VIGÉSIMO.

Campaña de Salamanca. — Movimiento de Wellington. — Fuertes de Salamanca. — Los ataca Wellington. — Se apodera de ellos. — Va Wellington tras del ejército de Marmont. — Movimientos de los franceses y de los ingleses en el Duero. — Empieza Wellington á retirarse. — Varias maniobras de ambos ejércitos. — Sitúase Wellington cerca de Salamanca. — Batalla de Salamanca. — Gánanla los aliados. — Gracias concedidas á Wellington. Continuan retirándose los franceses. — Avanza José de Madrid á Castilla la Vieja. — Guerrilleros en Castilla. — Sexto ejército español: bloquea varios puntos. — Toma el de Tordesillas. — Revuelve Wellington contra José. — Reencuentro en Majalahonda. — Retírase José de Madrid. — Entran los aliados en la capital. — Publícase y júrase la constitucion. — Wellington ataca el Retiro. — Le toma. — Proclama del general Alava. — Reprehensible porte de Don Cárlos de España. — Otras medidas desacertadas. — La de monedas. — Toma el Empecinado á Guadalajara. — Abandonan el Tajo los franceses del centro, y se dirigen á Valencia. — Trabajos que tuvieron en el camino. — Algunos sucesos en Castilla la Vieja. — La guarnicion de Astorga se entrega á los españoles. — Séptimo ejército español. — Evacuan los franceses á Santander. — Sucesos de Vizcaya. — Sale Wellington de Madrid, y pasa á Castilla la Vieja. — Sucesos en Andalucía. — Levantan los franceses el sitio de Cádiz. — Marcha de Cruz Mourgeon sobre Sevilla. — Evacua Soult á Sevilla. — Arremete Cruz Mourgeon en Triana contra la retaguardia francesa. — Downie. — Entra Cruz en Sevilla. — Sigue Soult su retirada hácia Murcia. — Ballesteros. Reencuentros de este. — Drouet abandona la Extremadura. — Se dirige por Córdoba á Granada. — Va tras él en observacion el coronel Schepeler. — Entra Schepeler en Córdoba. — Desmanes de Echavarri. — Sigue Drouet retirándose. — Entra en Granada el ejército de Ballesteros. — Administracion francesa en las Andalucías. — Objetos de bellas artes llevados de las mismas provincias. — Sigue su retirada Soult. — Acontecimientos en Valencia. — Accion de Castalla. — Discusiones sobre esto en las córtes. — Resoluciones de las córtes. — Renuncia que hace del cargo de regente el conde del Abisbal. — Se la admiten las córtes. — Nómbrase regente á Don Juan Perez Villamil. — Jura Villamil. — Expedicion anglo-siciliana. — Se le junta la division de Whittingham. — Desembarca la expedicion en Alicante. — Algunas maniobras y sucesos. — Entra José en Valencia. — Llega Soult al reino de Valencia. — Acomete Drouet el castillo de Chinchilla. — Le toma. — Elio sucede á Don José Odonell en el mando del segundo y tercer ejército. — Excursiones suyas en la Mancha. — Medidas de precaucion de Suchet. — Sucesos en Aragon. — Sucesos en Cataluña. — Situacion de Lord Wellington en Castilla la Vieja. — Avanza á Búrgos. — Se le reune el sexto ejército español. — Entran los aliados en Búrgos. — Atacan el castillo. — Nombran las córtes general en gefe á Lord Wellington. — Incidentes que ocurren en este negocio. — Desobediencia de Ballesteros. — Se le separa del mando. — Continua el sitio del castillo de Búrgos. — Descércanle los aliados. — Movimientos de los franceses. — De José sobre Madrid. — Retiranse los aliados de Madrid. — Estado triste de la capital. — Don Pedro Sainz de Baranda. — Entra José en Madrid. — Sale otra vez. — Va José á Castilla la Vieja. — Movimiento de Wellington. — Avanzan á Castilla la Vieja los

ejércitos franceses de Portugal y el norte. — Empieza Wellington á retirarse. — Maniobras de los ejércitos. — Repasa Wellington el Duero. — Unesele Hill. — Wellington en Salamanca. — Júntase José á los ejércitos suyos del norte y de Portugal — Pasan los franceses el Tórmes. — Se retiran los ingleses via de Portugal. — Desórden en la retirada. — Cae prisionero el general Paget. — Entra Lord Wellington en Portugal. — Pasan á Galicia y Asturias el sexto ejército español y Porlier. — Defensa honrosa del castillo de Alba de Tórmes. — Cuarteles de Wellington en Portugal. Divídense los franceses. — Vuelve José á Madrid. — Circular de Lord Wellington. — Pasa á Cádiz Lord Wellington. — Recibo lisonjero que se le hace. — Se le da asiento en las córtes. — Varias disposiciones de la regencia. — Nueva distribucion de los ejércitos españoles. — Pasa Wellington á Lisboa. — Se prepara á nuevas campañas.

Campaña de Salamanca.

Rumbo cierto y que conducia á puerto mas seguro y cercano, tomó ahora la guerra peninsular. Decidido Lord Wellington á obrar activamente en lo interior de Castilla, constituyóse, por decirlo asi, centro de todos los movimientos militares, que si bien eran antes muchos y gloriosos, carecian de union, y no estribaban en una base sólida, cual se requiere en la milicia para alcanzar prontos é inmediatos resultados.

Movimiento de Wellington.

Empezó el general inglés su marcha, y levantó sus reales de Fuenteguinaldo el 13 de junio. Llevaba repartido su ejército en tres columnas; la de la derecha, mandada por el general Graham, tomó el camino de Tamames; la del centro, á cuyo frente se divisaba Lord Wellington, el de San Muñoz; y se dirigió al de Sancti Spiritus la de la izquierda mandada por Picton. Agregábase á la última la fuerza de Don Cárlos de España, que formaba como una cuarta columna. El 16 se pusieron los aliados sobre el Valmuza, riachuelo á dos leguas cortas de Salamanca, cuya ciudad evacuó aquella noche el ejército enemigo, yendo la vuelta de Toro, despues de dejar unos 800 hombres en las fortificaciones erigidas sobre las ruinas de conventos y colegios que los mismos franceses habian demolido.

Fuertes de Salamanca.

Tres eran los puntos fortalecidos que se contaban en Salamanca, defendiéndose uno á otro por su posicion y distancia: el principal el de San Vicente, trazado en el sitio del colegio de benedictinos del propio nombre, que se hallaba colocado en el vértice del ángulo interior de la antigua muralla sobre un peñasco perpendicular al rio. Habian los franceses tapiado y aspillerado las ventanas del edificio, y unídole por cada lado con el antiguo recinto, tirando unas líneas que amparaban foso y camino cubierto, con escarpas y contraescarpas revestidas de mampostería. No resultaba encerrado dentro de aquellas el ángulo entrante del convento, y por eso le cubrieron con una batería de faginas, protegida de una pared ó muro atronerado, que tenia ademas por delante una empalizada. A la distancia de 250 varas levantábanse los otros dos fuertes ó reductos, el de San Cayetano

y el de la Merced; el último cercano al rio. Llamábanse asi por haberse formado con los escombros de dos conventos de la misma denominacion, dispuestos por los franceses de manera que se convirtieron en dos fuertes con escarpas verticales, fosos profundos, y contraescarpas acasamatadas. Construyéronse varias obras á prueba de bomba, y otros reparos.

En el espacio intermedio de los puntos fortificados y en su derredor, como igualmente en otros parages, habian derribado los franceses para despejar el terreno, ó con otros intentos, muchos de los famosos edificios que adornaban á Salamanca. De veinticinco colegios, hubo veintidos mas ó menos arruinados, señaladamente los de Cuenca y Oviedo, fundacion de los ilustres prelados Villaescusa y Muros; y el del Rey, magnífico monumento erigido en el reinado de Felipe II, segun el plan del muy entendido arquitecto Juan Gomez de Mora. ¡Suerte singular y adversa! Que cuanto la piedad y la ciencia de los españoles habia levantado en aquella ciudad, morada célebre del saber, casi todo fuese destruido ó trastornado por la mano asoladora de soldados de Francia, nacion por otra parte tan humana y culta.

Los ataca Wellington.

Servian las fortificaciones allí construidas, no precisamente para reprimir á los habitadores de Salamanca, sino mas bien para vigilar el paso del Tórmes y su puente, antigüedad romana de las mas notables de España. Como le dominaban los fuegos del enemigo, tuvieron los ingleses que pasar el rio el dia 17 por los vados del Canto y San Martin, asediando despues é inmediatamente los fuertes; para cuyo objeto destinaron la sexta division del cargo del general Clinton. Al penetrar los aliados por la ciudad, prorumpieron los vecinos en increibles demostraciones de júbilo y alegría, no pudiendo contener sus pechos aliviados repentinamente de la opresion gravosa que los habia molestado durante tres años. Corrian todos á ofrecer comodidad y regalos á sus libertadores; y á la hora del pelear hasta las mugeres anduvieron solícitas, sin distincion de clase, en asistir á los heridos y enfermos. Superabundaron á los aliados en Salamanca víveres y todo lo necesario, especialmente buena y desinteresada voluntad, muestra del patriotismo de Castilla que les causó profunda y apacibilísima sensacion.

Los 800 franceses que guarnecian los fuertes habian sido entresacados de lo mas granado del ejército, y sus gefes eran mirados como selectos: al paso que los aliados, azarosos en esto del sitiar, se sorprendieron al ver obras mas robustas de lo que se imaginaban, hallándose por tanto desprevenidos para atacarlas, sin municiones ni tren correspondiente. Conociendo la falta, dieron modo de abastecerse de Almeida; principiando empero los trabajos y el fuego que continuaron hasta el 20, en cuyo dia tornó á aparecer el mariscal Marmont, apoyada su derecha en el camino real de

Toro, su izquierda en Castellanos de los Moriscos, y colocado el centro en la llanura intermedia. Los aliados se situaron enfrente, teniendo la izquierda en un ribazo circuido por un barranco, el centro en San Cristóval de la Cuesta, y la derecha en una eminencia que hacia cara al Castellanos nombrado. Permanecieron en mutua observacion ambos ejércitos el 20, 21 y 22, sin mas novedad que una ligera escaramuza en este dia.

Tomaron por su parte diversas precauciones los sitiadores de los fuertes, desarmaron las baterías, y pasaron los cañones al otro lado del rio. Sin embargo el 22 levantaron una nueva, con intento de aportillar la gola del reducto de San Cayetano, y con la esperanza de apoderarse de esta obra, cuya ocupacion facilitaria la toma de San Vicente, la primera y mas importante de todas. Maltratado el parapeto y la empalizada de San Cayetano, resolvieron los sitiadores escalar el fuerte el 23, como asimismo el de la Merced, mas se les malogró la tentativa, pereciendo en ella 120 hombres y el mayor general Bowes.

En el propio dia Marmont, que ansiaba introducir socorro en los fuertes, varió de posicion tomando otra oblicua, de que se siguió quedar alojada su izquierda en Huerta de Tórmes, su derecha en las alturas cerca de Cabezavellosa, y el centro en Aldearubia. Lord Wellington, para evitar que al favor de este movimiento se pusiesen los enemigos en comunicacion con los fuertes por la izquierda del Tórmes, mudó tambien el frente de su ejército prolongando la línea, de forma que cubriese completamente á Salamanca, y pudiese ser acortada en breve, caso de una reconcentracion repentina: se extendian los puestos avanzados á Aldealengua. El 24 antes de la aurora 10,000 infantes franceses y 1,000 ginetes cruzaron el Tórmes por Huerta; contrapúsoles Wellington su primera y séptima division, que pasaron tambien el rio, al mando de sir Thomas Graham, juntamente con una brigada de caballería: se apostó lo restante del ejército inglés entre Castellanos y Cabrerizos. Hora de mediodia seria cuando avanzó el enemigo hasta Calvarrasa de abajo; mas vislumbrando á sus contrarios apercibidos, y que estos le seguian en sus movimientos, paróse, y tornó muy luego á sus estancias del 23.

Se apodera de ellos.

Entre tanto recibieron los ingleses el 26 las municiones y artillería que aguardaban de Almeida, y renovaron el fuego contra la gola del reducto de San Cayetano, en la que lograron romper brecha á las diez de la mañana del dia siguiente: al propio tiempo consiguieron tambien incendiar, tirando con bala roja, el edificio de San Vicente.

En tal apuro los comandantes de todos tres fuertes dieron muestra de querer capitular, pero sospechando Wellington que era ardid á fin de ganar tiempo y apagar el incendio, solo les concedió cortos minutos para rendirse, pasados los cuales ordenó que sin tar-

danza fuesen asaltados los reductos de San Cayetano y la Merced. Se apoderaron los aliados del primero por la brecha de la gola, del segundo por escalada. Entonces el comandante del fuerte de San Vicente pidió ya capitular, y Wellington accedió á ello, si bien enseñoreado de una de las obras exteriores. Quedó prisionera la guarnicion, y obtuvo los honores de la guerra. Cogieron los ingleses vestuarios y muchos pertrechos militares, pues los enemigos habian considerado por muy seguros aquellos depósitos, en cuyas obras habian trabajado cerca de tres años, y expendido sumas cuantiosas. Eran acomodados los fuertes para resistir á las guerrillas, comprimir cualquier alboroto popular, y evitar una sorpresa; no para contrarestar el ímpetu de un ejército como el aliado. Despues de la toma se demolieron por inútiles, lo mismo que otras obras que habian levantado los franceses en Alba de Tórmes, de donde escarmentados sacaron á tiempo la guarnicion. El mariscal Marmont, que no parecia sino que habia acudido á Salamanca para presenciar la entrega de los fuertes, se alejó la noche del 27, llevando distribuida su gente en tres columnas, una la vuelta de Toro, las otras dos hácia Tordesillas. Al retirarse, pusieron fuego los franceses á los pueblos de Huerta, Babila-Fuente, Villoria y Villoruela: causaron estrago en los demas, y talaron y quemaron la cosecha que ofrecia rico y precioso esquilmo. Prosiguieron los ingleses en su marcha el 28 tras sus contrarios, y poniéndose sobre el Trabáncos, se alojó su vanguardia en la Nava del Rey.

Va Wellington tras del ejército de Marmont.

Tampoco se pararon aqui los franceses, juzgando prudente, antes de emprender cosa alguna, aguardar refuerzos de su ejército del norte; por lo cual hostigados de los ingleses atravesaron el Duero en Tordesillas el dia 2 de julio por su hermoso puente, de estructura, segun se cree, del tiempo de los reyes católicos. Situáronse en esta nueva estancia, apoyando su derecha en frente de Pollos, el centro en el mismo Tordesillas, y la izquierda en Simancas sobre Pisuerga. No desaprovechó Marmont aqui su tiempo; y tardando en llegar los refuerzos del ejército del norte, viendo tambien que la superioridad inglesa consistia principalmente en su caballería, trató de aumentar la suya propia, despojando de sus caballos á los que no correspondia tenerlos por ordenanza, y lo mismo á los que gozando de este derecho se hallaban con un número excedente de ellos, por cuyo medio aumentó su fuerza con mas de 1,000 ginetes. Tambien se aumentó esta con la division de Bonnet, que se juntó al ejército francés el 7 de julio, viniendo de Asturias por Reinosa.

Movimientos de los franceses y de los ingleses en el Duero.

Animado con esto Marmont, y sabedor ademas de que el sexto ejército español, saliendo de Galicia, daba muestra de venir sobre Castilla, decidió repasar el Duero, y acercarse al inglés para empeñar batalla. Pero receloso de cruzar aquel rio en presencia de ejército tan respetable,

efectuó antes marchas y contramarchas desde el 13 al 16 de julio, encaminándose orilla abajo hácia Toro, en donde empezó á ocuparse en reparar el puente que habia destruido.

Durante este tiempo, Lord Wellington habia colocado en un principio su derecha en la Seca, y su izquierda en Pollos. Aqui existe un vado no muy practicable entonces para la infantería, asi por su naturaleza, como por el lugar en que se alojaba el enemigo. No ofrece el Duero en su curso desde la union del Pisuerga, y aun quizá desde mas arriba hasta la del Esla, muchos parages cómodos y apropiados para cruzarle delante de un enemigo que ocupe la derecha. Corre en gran parte por llanuras bastante anchas, solo ceñidas por ribazos y alturas mas ó menos lejanas del rio, resultando de aqui que el sitio mas acomodado para pasarle en todo aquel terreno, teatro á la sazon de los ejércitos beligerantes, era el de Castro Nuño, dos leguas corriente arriba de Toro, en donde se divisa un buen vado y una curva que forma el terreno, propicia á las operaciones de tropas que enseñorcen la márgen izquierda.

Empieza Wellington á retirarse.

Pensaba Lord Wellington en verificar el paso, cuando advirtiendo el movimiento de Marmont hácia Toro, y aun noticioso de que algunas fuerzas francesas atravesaban el Duero el dia 16 por el puente de aquella ciudad, se corrió sobre su izquierda, y trató de reconcentrarse á las márgenes del Guareña. Con efecto hizo maniobrar en este sentido á todo su ejército, excepto á las divisiones primera y ligera con una brigada de caballería á las órdenes de sir Stapleton Cotton, fuerza apostada en Castrejon. Pero el mariscal francés, contramarchando entonces rápidamente, se dirigió en la noche del 16 al 17 sobre Tordesillas; cruzó el rio, y juntó todo su ejército en la mañana del mismo dia en la Nava del Rey, habiendo andado sin parar no menos de diez leguas. Con tan inesperado movimiento, no solo consiguió repasar el Duero y burlar la vigilancia de los ingleses, sino que puso casi á merced suya á Cotton, muy separado del cuerpo principal del ejército británico. Asi fue que al amanecer del 18 le atacaron los franceses, y aun rodearon la izquierda de su posicion por Alaejos. Dichosamente pudo Cotton, á pesar de fuerzas tan superiores, mantenerse firme, y dar tiempo á que acudiesen refuerzos de Wellington, que le ayudaron á replegarse ordenadamente, si bien hostigado por retaguardia y flanco, á Torrecilla de la Orden, y de alli á incorporarse al grueso del ejército aliado.

Colocáronse en seguida los franceses en unas lomas á la derecha del Guareña, y Wellington, despues de situar en otras opuestas tres de sus divisiones, decidió que lo restante de su ejército atravesase aquel rio por Vallesa, para impedir que el enemigo envolviese su derecha como intentaba.

Atravesó este tambien dicho rio Guareña por Castrillo, tratando

el general Clausel, que mandaba una de las columnas principales, de apoderarse de cierta situacion ventajosa, y caer sobre la izquierda inglesa, operacion que se le frustró con pérdida de bastantes prisioneros, entre ellos el general Carrier.

Varias maniobras de ambos ejércitos.

El 19 ya en la tarde sacó el enemigo muchos cuerpos de su derecha, y los trasladó á la izquierda, lo que obligó á Wellington á ejecutar maniobras análogas con el objeto de inutilizar cualquiera tentativa de sus contrarios. Se preparó tambien el general inglés á admitir batalla, si se la presentaban los franceses en las llanuras de Vallesa.

No era todavía tal la intencion del mariscal enemigo, quien mas bien queria maniobras, que aventurar accion alguna. Así fue que en el dia 20 se puso todo el ejército francés en plena marcha sobre su izquierda, y obligó á Wellington á emprender otra igual por su propia derecha, de que resultó el singular caso de que dos ejércitos enemigos no detenidos por ningun obstáculo, y moviéndose por líneas paralelas á distancia cada uno de medio tiro de cañon, no empeñasen entre sí batalla ni reencuentro notable. Marchaban ambos aceleradamente y en masas unidas. Uno y otro se observaban aguardando el momento de que su adversario cayese en falta.

Sitúase Wellington cerca de Salamanca.

Amaneció el 21, y reconcentrando Lord Wellington su ejército hácia el Tórmes, se situó de nuevo en San Cristóval, á una legua de Salamanca, posicion que ocupó durante el asedio de los fuertes. Los franceses pasaron aquel rio por Alba, en donde dejaron una guarnicion, alojándose entre esta villa y Salamanca. Atravesaron los aliados en seguida el Tórmes por el puente de la misma ciudad y por los vados inmediatos, y solo apostaron á la márgen derecha la tercera division con alguna caballería.

Entonces se afianzó Wellington en otra posicion nueva: apoyó su derecha en un cerro de dos que hay cerca del pueblo, llamado de los Arapiles, y la izquierda en el Tórmes, mas abajo de los vados de Santa Marta. Los franceses situados al frente estaban cubiertos por un espeso bosque, dueños desde la víspera de Calvarrasa de arriba, y de la altura contigua apellidada de Nuestra Señora de la Peña. A las ocho de la mañana desembocó rápidamente del mencionado bosque el general Bonnet, y se apoderó del otro Arapil apartado mas que el primero de la posicion inglesa, pero muy importante por su mayor elevacion y anchura. Descuido imperdonable en los aliados no haberle ocupado antes; y adquisicion ventajosísima para los franceses, como excelente punto de apoyo caso que se trabase batalla. Conoció su yerro Lord Wellington, y por lo mismo trató de enmendarle retirándose, no siéndole fácil desalojar de allí al enemigo, y temiendo tambien que le llegasen pronto á

Marmont refuerzos del ejército francés del norte, y otros del llamado del centro con el rey José en persona. Pero presuntuoso el mariscal francés, probó en breve estar lejos de querer aguardar aquellos socorros.

Batalla de Salamanca. En efecto empezó á maniobrar y girar en torno del Arapil grande en la mañana del 22, ocupando ambos ejércitos estancias paralelas. Constaba el de los franceses, despues que se le habia unido Bonnet, de unos 47,000 hombres: lo mismo poco mas ó menos el de los anglo-portugueses. Apoyaba este su derecha en el pueblo de los Arapiles, delante del cual se levantan los dos cerros del propio nombre ya indicados; y su izquierda en Santa Marta. Afianzaba aquel sus mismos y respectivos costados sobre el Tórmes y Santa María de la Peña; Wellington trajo cerca de sí las fuerzas que habia dejado al otro lado del rio, y las colocó detras de Aldea Tejada, al paso que los franceses, favorecidos con la posesion del Arapil grande, iban tomando una posicion oblícua, que á asegurarla fuera muy molesta para los aliados en su retirada.

Dióse prisa por tanto Wellington á emprender esta, y la comenzó á las diez de la mañana, antes de que los contrarios pudiesen estorbar semejante intento. En él andaba, cuando observando las maniobras del enemigo, advirtió que queriendo Marmont incomodarle y estrecharle mas y mas, prolongaba su izquierda demasiadamente. Entonces con aquel ojo admirable de la campaña, tan solo dado á los grandes capitanes, ni un minuto trascurrió entre moverse el enemigo, notar la falta el inglés, y ordenar este su ataque para no desaprovechar la ocasion que se le presentaba.

Fue la embestida en la forma siguiente: reforzó Wellington su derecha, y dispuso que la tercera division bajo del general Packenham y la caballería del general Urban con dos escuadrones mas, se adelantasen en cuatro columnas, y procurasen envolver en las alturas la izquierda del enemigo, mientras que la brigada de Bradford, las divisiones quinta y cuarta del cargo de los generales Leith y Cole, y la caballería de Cotton le acometian por el frente, sostenidas en reserva por la sexta division del mando de Clinton, la séptima de Hope, y la española regida por Don Cárlos de España. Las divisiones primera y ligera se alojaban en el ala izquierda, y sonaban como de respeto. Ademas debia apoyar el general Pack la izquierda de la cuarta division, y arremeter contra el cerro del Arapil que enseñoreaba el enemigo.

Correspondió el éxito á las buenas disposiciones del general aliado. Flanqueó Packenham al francés, y arrolló cuanto se le puso por delante. Las divisiones inglesas que atacaron al centro enemigo, desalojaron las tropas de este de una en otra altura, avanzando á punto de amenazar sus costados. No fue permitido con todo al general Pack apoderarse del Arapil grande, aunque le

asaltó con el mayor denuedo: solo distrajo la atencion de los que le ocupaban.

En aquella hora que era la de las cuatro y media de la tarde, al ver el mariscal Marmont arrollada una de sus alas y mal parado el centro, se dirigió en persona á restablecer la batalla, mas su mala estrella se lo impidió, sintiéndose en el mismo instante herido gravemente en el brazo y costado derecho: la misma suerte cupo á su segundo el general Bonnet, teniendo al cabo que recaer el mando en el general Clausel. Contratiempos tales influyeron siniestramente en el ánimo de las tropas francesas; sin embargo, reforzada su izquierda, y señoras todavía las mismas del Arapil grande, hicieron cejar, muy maltratada, á la cuarta division inglesa. Relevóla inmediatamente Wellington con la sexta, é introdujo de nuevo allí buena ordenanza, á punto que ahuyentó á los franceses de la izquierda, obligándolos á abandonar el cerro del Arapil. Manteníase no obstante firme la derecha enemiga, y no abandonó su puesto sino á eso del anochecer. Entonces comenzó á retirarse ordenadamente todo el ejército francés por los encinares del Tórmes. Persiguióle Wellington algun tanto, si bien no como quisiera, abrigado aquel de la oscuridad de la noche. Repasaron los enemigos el rio sin tropiezo, y continuaron los aliados el alcance. Cargaron estos la retaguardia francesa el 23, la cual, abandonada de su caballería, perdió tres batallones. Los ingleses se pararon despues en Peñaranda, reforzado el enemigo con 1,200 caballos procedentes de su ejército del norte. Ganan los aliados.

Apellidaron los aliados esta batalla la de Salamanca por haberse dado en las cercanías de aquella ciudad; los franceses de los Arapiles por los dos cerros que antes hemos mencionado; cerros famosos en las canciones populares de aquel país, que recuerdan las glorias de Bernardo del Carpio *. (* Ap. n. 4.)

Sangrienta batalla por ambas partes; pues en ella y en sus inmediatas consecuencias, contaron los franceses entre los heridos á los arriba indicados Marmont y Bonnet, y entre los muertos á los de la misma clase Ferey, Thomières y Desgraviers. Ascendió á mucho su pérdida de oficiales y soldados, con 2 águilas, 6 banderas y unos 11 cañones: cerca de 7,000 fueron los prisioneros. Costó tambien no poco á los aliados la victoria, y no menos que á 5,520 subieron los muertos y heridos: hubo de estos muchos gefes, y entre los primeros se contó al general Le Marchant. Don Cárlos de España y Don Julian Sanchez tuvieron algunos hombres fuera de combate; y aunque no tomaron parte activa en la batalla, por mantenerse de reserva con otras divisiones del ejército aliado, no por eso dejaron de ejecutar con serenidad y acierto las maniobras que les prescribió el general en gefe.

En recompensa de jornada tan importante, y á propuesta de la regencia del reino, concedieron las córtes á Lord Wellington la

Gracias concedidas á Wellington.

órden del Toison de oro; regalándole el collar Doña María Teresa de Borbon, princesa de la Paz, conocida en este tiempo bajo el título de condesa de Chinchon, collar que habia pertenecido á su padre el infante Don Luis, y de que hacia don aquella señora á tan ilustre capitan en prueba del aprecio y admiracion que le merecian sus altos hechos. Tambien recibió Lord Wellington del parlamento británico gracias, mercedes y nuevos honores.

Continuan retirandose los franceses.

Prosiguieron los franceses su retirada, y se reconcentraron en Tudela y Puente de Duero, á la derecha de este rio. Fueron tras ellos los ingleses, si bien tenian que parar su consideracion en el rey José, que con la mayor parte de su ejército del centro y otras fuerzas se adelantaba por Castilla la Vieja.

Avanza José de Madrid á Castilla la Vieja.

Habia salido de Madrid el 21 de julio trayendo consigo mas de 10,000 infantes y 2,000 caballos. En su número se contaba la division italiana de Palombini, procedente de Aragon. Habíala llamado José para engrosar sus fuerzas, y en el mismo dia 21 habia entrado en Madrid. Estaban ya el 25 los puestos avanzados de este ejército en Blasco Nuño, y allí les cogieron los aliados unos cuantos de sus ginetes con dos oficiales. Supo José á poco la derrota de Salamanca, y desde la fonda de San Rafael en donde se albergaba, tomó el 27 la ruta de Segovia, en cuyo punto adoptando una estancia oblicua sobre el Eresma, sin abandonar las faldas de las sierras de Guadarrama ni alejarse mucho de Madrid, conseguia proteger la marcha retrógrada de Clausel, amagando el flanco de los ingleses.

No dejó por eso Lord Wellington de acosar á sus contrarios, obligándolos á continuar su retirada via de Búrgos, y á abandonar á Valladolid. Entró en esta ciudad el general en gefe inglés el 30 de julio, y acogiéronle los moradores con júbilo extremado.

Guerrilleros en Castilla.

Derramados los guerrilleros de Castilla la Vieja en torno del ejército británico, ayudaban á molestar al francés en su retirada, y el llamado Marquinez cogió el mismo dia 30 en las cercanías de Valladolid unos 300 prisioneros.

Sexto ejército español. Bloquea varios puntos.

Igualmente favoreció los movimientos de Lord Wellington el sexto ejército español, compuesto en su totalidad de 15,300 hombres, entre ellos unos 600 de caballería. Se adelantó en parte desde el Vierzo aquende los montes, y bloqueó los puntos de Astorga, Toro y Tordesillas. En este pueblo abrigábanse fortificados en la iglesia 250 hombres, que se entregaron el 5 de agosto al brigadier Don Federico Castañon. Se metió al propio tiempo en España con la milicia portuguesa de Tras-los-Montes el conde de Amarante, y coadyuvó al plan general de los aliados cercando á Zamora.

Toma el de Tordesillas.

No hizo en Valladolid larga parada Lord Wellington, queriendo impedir la union que se anunciaba del ejército enemigo de Portugal hácia la parte superior del Duero, con el otro que mandaba José. Por eso, dejando al cuidado de su centro é izquierda el perseguimiento de Clausel, movió el general inglés su derecha á lo largo del Cega, y sentó sus reales en Cuéllar el 1° de agosto; dia en que el rey intruso, desistiendo de todo otro intento, abandonó á Segovia pensando solo en recogerse á Madrid. No dudó sin embargo Wellington en proseguir inquietándole, porque persuadido de que el ejército francés de Portugal maltratado ahora no podria en algun tiempo empeñarse en nuevas empresas, resolvió estrechar á José y forzarle á evacuar la capital del reino, cuya ocupacion por las armas aliadas resonaria en Europa, y tendria venturosas resultas.

Revuelve Wellington contra José.

Con este propósito levantó Lord Wellington sus cuarteles de Cuéllar el 6 de agosto; y atravesando por Segovia, llegó á San Ildefonso el 8, en donde hizo alto un dia para aguardar á que cruzase su ejército las sierras de Guadarrama. Habia dejado en el Duero al salir de Cuéllar la division del general Clinton, y la brigada de caballería del general Anson á fin de observar aquella línea. El grueso de su ejército viniendo la vuelta de Castilla la Nueva pasó sin tropiezo alguno en los dias 9, 10 y 11 los puertos de Guadarrama y Navacerrada. El general d'Urban, que precedia á todos con un cuerpo de caballería portuguesa y alemana y tropas ligeras, tropezó con 2,000 ginetes enemigos, que si bien al principio hicieron ademan de retirarse, tornaron en busca de los aliados, á quienes hallaron en frente de Majalahonda. Ordenó d'Urban el ataque, mas los portugueses aflojaron, dejando en poder del enemigo 3 cañones y al vizconde de Barbacena, que se portó briosamente. Los alemanes, que estaban formados detras del mismo pueblo de Majalahonda, sirvieron de amparo á los fugitivos y contuvieron á los franceses. Perdieron los aliados 200 infantes y 120 caballos en este reencuentro.

Reencuentro de Majalahonda.

Antes y desde que se susurró entre los parciales del gobierno intruso el progreso de los ingleses y su descenso por las sierras de Guadarrama, trataron todos de poner en salvo sus personas y sus intereses. Cualesquiera precauciones no eran sobradas: los partidarios que en todos tiempos batian sin cesar los caminos y sitios cercanos á la capital habian acrecido ahora su audacia, y apenas consentian que impunemente ningun francés suelto ni aficionado suyo asomase por fuera de sus cercas.

Retírase José de Madrid.

En momento tan crítico renovóse hasta cierto punto el caso del dia de Santa Ana en el año de 1809. Azorados los comprometidos con el gobierno intruso acongojábanse, y previendo un porvenir desventurado, enfardelaban y se disponian á ausentarse. Los que

les eran opuestos corrian alborozados las calles, y se agolpaban á las puertas por donde presumian entrasen los que miraban como libertadores. Llegó el 11 de agosto, y José salió de Madrid con parte de su ejército encaminándose al Tajo: hicieron lo mismo en la mañana del dia siguiente aun temprano las fuerzas que quedaban dentro y demas allegados, dejando tan solo en el Retiro una guarnicion de 2,000 hombres con el especial objeto de custodiar á los enfermos y heridos.

Entran los aliados en la capital.

Dadas las diez y echadas las campanas á vuelo, empezaron poco despues á pisar el suelo de la capital los aliados y varios gefes de guerrilla, señaladamente entre ellos Don Juan Martin el Empecinado y Don Juan Palarea. No tardó en presentarse por la puerta de San Vicente Lord Wellington, á quien salió á recibir el ayuntamiento formado de nuevo, y le llevó á la casa de la villa, en donde asomándose al balcon acompañado del Empecinado, fué saludado por la muchedumbre con grandes aclamaciones. Se le hospedó en palacio en alojamiento correspondiente y suntuoso. Las tropas todas entraron en la capital en medio de muchos vivas, habiéndose colgado y adornado las casas como por encanto. Obsequiaron los moradores á los nuestros y á los aliados con esmero y hasta el punto que lo consentian las estrecheces y la miseria á que se veian reducidos. Las aclamaciones no cesaron en muchos dias, y abrazábanse los vecinos unos á otros, gozándose casi todos no menos en el contentamiento ageno que en el propio.

Publícase y júrase la constitucion.

Recayó el nombramiento de gobernador de Madrid en Don Cárlos de España; y el 13 por órden de Lord Wellington, conforme á lo dispuesto por la regencia del reino, se proclamó la constitucion formada por las córtes generales y extraordinarias. Presidieron el acto Don Cárlos de España y Don Miguel de Alava. El concurso numerosísimo, los aplausos universales. Se prestó el juramento el 14 por parroquias, segun lo prevenido en decreto de 18 de marzo del año en que vamos. Los vecinos acudieron con celo vivísimo á cumplir con este deber, pronunciando dicho juramento en voz alta, y apresurándose espontáneamente muchos á responder aun antes que les llegase su turno: considerando en este acto no solo la constitucion en sí misma, sino tambien y mas particularmente creyendo dar en él una prueba de adhesion á la causa de la patria y de su independencia. Don Cárlos de España y Don Miguel de Alava prestaron el juramento en la parroquia de Santa María de la Almudena. Llamó el primero la atencion de los asistentes por los extremos que hizo, y palabras que pronunció en apoyo de la nueva ley fundamental, que, segun manifestó, queria defender aun á costa de la última gota de su sangre.

A pesar de tales muestras de confianza y júbilo no se aquietaba

Wellington hasta posesionarse del Retiro; y por tanto le cercó y le empezó á embestir á las seis de la tarde del 13. Habian establecido allí los franceses tres recintos. El primero ó exterior le componian el palacio, el museo y las tapias del mismo jardin con algunas flechas avanzadas para flanquear los aproches. Formaba el segundo una línea de nueve frentes construidos á manera de obras de campaña, con un rebellin ademas y una media luna. Reducíase el tercero á una estrella de ocho puntas ó ángulos que ceñia la casa llamada de la China, por ser antes fábrica de este artefacto. Wellington ataca el Retiro.

El Retiro, morada antes de placer de algunos reyes austriacos, especialmente de Felipe IV, que se solazaba allí componiendo de repente obras dramáticas con Calderon y otros ingenios de su tiempo, y tambien de Fernando VI y de su esposa Doña Bárbara, muy dada á oir en su espléndido y ostentoso teatro los dulces acentos de cantores italianos: este sitio, recuerdo de tan amenas y pacíficas ocupaciones, habiendo cambiado ahora de semblante, y llenádose de aparato bélico, no experimentó semejante trasformacion sin gran detrimento y menoscabo de las reliquias de bellas artes que aun sobrevivian, y la experimentó bien inútilmente, si hubo el propósito de que allí se hiciese defensa algo duradera.

Porque en la misma tarde del 13 que fue acometida la fortaleza, arrojó el general Packenham los puestos enemigos del Prado y de todo el recinto exterior, penetrando en el Retiro por las tapias que caen al jardin botánico, y por las que dan en frente de la plaza de toros junto á la puerta de Alcalá. Y en la mañana del 14, al ir á atacar el mismo general el segundo recinto, se rindió á partido el gobernador, que lo era el coronel Lefond. Tan corta fue la resistencia, bien que no permitia otra cosa la naturaleza de las obras, suficientes para libertar aquel parage de un rebate de guerrillas, pero no para sostener un asedio formal. Concediéronse á los prisioneros los honores de la guerra, y quedaron en poder de los aliados, contando tambien empleados y enfermos, 2,506 hombres. Ademas 189 piezas de artillería, 2,000 fusiles, y almacenes considerables de municiones de boca y guerra. Le toma.

Para calmar los ánimos de los comprometidos con José residentes todavía en Madrid, y atraer á nuestras banderas á los alistados en su servicio, ó sean jurados, como los apellidaban, dió el general Alava una proclama concebida en términos conciliadores. Su publicacion produjo buen efecto, y tal, que en pocas horas se presentaron á las autoridades legítimas mas de 800 soldados y oficiales. Sin embargo las pasiones que reinaban, y sobre todo la enemistad y el encono contra la parcialidad de José de los que antes se consideraban oprimidos bajo su yugo, fueron causa de que se motejase de lene y aun de impolítica la conducta Proclama del general Alava.

del general Alava. Achaque comun en semejantes crísis, en donde tienen poca cabida las decisiones de la fria razon, y sí mucho séquito las que sugieren propias ofensas, ó irritantes y recientes memorias. Subieron las quejas hasta las córtes mismas, y costó bastante á los que solo apetecian indulgencia y concordia, evitar que se desaprobase el acertado y tolerante proceder de aquel general.

Reprehensible porte de Don Cárlos de España.

Otro rumbo siguió Don Cárlos de España. Inclinado á escudriñar vidas pasadas, y á molestar al caido, de condicion en todos tiempos perseguidora, tomó determinaciones inadecuadas y aun violentas, publicando un edicto en el que, teniéndose poca cuenta con la desgracia, se ordenaban malos tratamientos con palabras irónicas, y se traslucian venganzas. Desacuerdo muy vituperable en una autoridad suprema, la cual, sobreponiéndose al furor ciego y momentáneo de los partidos, conviene que solo escuche al interes bien entendido y permanente del estado, y que exprese sus pensamientos en lenguaje desapasionado y digno. En Don Cárlos de España graduóse tal porte hasta de culpable, por notarse en sus actos propension codiciosa, de que dió en breve pruebas palpables, apropiándose haberes agenos atropellada y descaradamente.

Otras medidas desacertadas.

Ahogaron pues en gran manera el gozo de los madrileños semejantes procedimientos. Tambien el no sentir inmediato alivio en la miseria y males que los abrumaban, habiendo confiado sucederia asi luego que se alejase el enemigo y se restableciese la autoridad legítima. Esperanzas que consolando en la desdicha, casi nunca se realizan; porque en los tránsitos y cambios de las naciones, ni es dable tornar á lo pasado, ni subsanar cumplidamente los daños padecidos, como tampoco premiar los servicios que cada cual alega, á veces ciertos, á veces fingidos ó exagerados.

La de monedas.

Destemplaron asimismo la alegria varias medidas de la regencia y de las córtes. Tales fueron las decretadas sobre empleados y sus purificaciones, de que hablaremos en otro lugar. Tales igualmente las que se publicaron acerca de las monedas de Francia introducidas en el reino, y de las acuñadas dentro de él con el busto del rey intruso. Tuvieron orígen las resoluciones sobre esta materia en el año de 1808, á la propia sazon que invadieron nuestro territorio las tropas francesas; pues sus gefes, solicitando entonces que sus monedas circulasen con igual ventaja que las españolas, consiguieron se nombrase una comision mixta de ensayadores naturales y extrangeros, cuyos individuos, parciales ó temerosos, formaron una tarifa en gran menoscabo de nuestros intereses*, la cual mereció la aprobacion del consejo de Castilla, amedrentado ó con poco conocimiento de la materia.

(* Ap. n. 2.)

No es dado afirmar si esta comision verificó los debidos ensayes de las monedas respectivas, ni tampoco si se vió asistida de los conocimientos necesarios acerca de la ley metálica ó grado de fino y del peso legal, con otras circunstancias que es menester concurran para determinar el *verdadero valor intrínseco* de las monedas. Pero parece fuera de duda que tomó por base general de la reduccion el valor que correspondia entonces *legalmente* al peso fuerte de plata reducido á francos, sin tener cuenta con el *remedio* ó *tolerancia* que se concedia en su ley y peso, ni con el *desgaste* que resulta del uso. Así evaluábase la pieza de 5 francos en 18 reales 25 maravedises, $\frac{420}{533}$, y el escudo de 6 libras tornesas en 22 reales y 8 maravedises.

En el oro la diferencia fue mas leve, habiéndosele dado al napoleon de 20 francos el valor de 75 reales, y al luis de oro de 24 libras tornesas el de 88 reales y 32 maravedises: consistió esto en no haber tenido presente la comision de ensayadores, entre otras cosas, la razon diversa que guardan ambos metales en las dos naciones; pues en España se estima ser diez y seis veces mayor el valor nominal del oro, cuando en Francia no llega ni á quince y medio.

Siguióse de esta tarifa en adelante para los españoles en las monedas de plata un quebranto de 9 y 11 por 100, y en las de oro de 1 y 2 por 100: de manera que en las provincias ocupadas apenas circulaba mas cuño que el extrangero.

Los daños que de ello se originaron, junto con la aversion que habia á todo lo que emanaba del invasor, motivaron dos órdenes fechas, una en 4 de abril de 1811, y otra en 16 de julio de 1812. Dirigíase la primera á prohibir el curso de las piezas acuñadas en España con busto de José, previniéndose á los tenedores las llevasen á la casa de la moneda, en donde recibirian su justo valor en otras legales y permitidas. Encaminábase la segunda, ó sea la circular de 1812, á igual prohibicion respecto de la moneda francesa, especificándose lo que en las tesorerías se habia de dar en cambio; á cuyo fin se acompañaba una tarifa apreciativa del valor intrínseco de dicha moneda, y por tanto bastante diverso del que calcularon en 1808 los ensayadores nombrados al intento. Este trabajo, aunque imperfecto, se aproximaba á la verdad, en especial respecto de las piezas de 5 francos, si bien no tanto en los escudos de 6 libras, y menos todavía en las monedas de oro.

La prohibicion de las fabricadas con busto del rey intruso no tuvo otro fundamento sino odios políticos ó precipitada irreflexion, pues sabido es que se acuñaban los pesos fuertes de José con el mismo peso y ley que los procedentes de América: debiendo tambien notarse que en Francia se estiman los primeros aun mas desde que el arte perfeccionado de la afinacion ha descubierto en ellos mayor porcion de oro que en los antiguos, habiendo sido comun-

mente fabricados los modernos del tiempo de la invasion con vajillas y alhajas de iglesia, en que entraba casi siempre plata sobredorada.

Estas dos providencias, tan poco meditadas como lo habia sido la tarifa de 1808, excitaron clamor general, lo mismo en Madrid que en los demas puntos á medida que se evacuaban, por el quebranto insinuado arriba que de súbito resultó, mayormente pesando las pérdidas sobre los particulares, y no sobre el erario, y alterándose* repentinamente por sus disposiciones el valor de las cosas. En muchos parages suspendieron sus efectos las autoridades locales, y representaron al gobierno legítimo, el cual á lo último, aunque lentamente, pues no lo verificó* hasta el setiembre de 1813, mandó que por entonces se permitiese la circulacion de la moneda del rey intruso acuñada en España, y tambien la del imperio francés, arreglándose casi en un todo á la tarifa de 1808, perjudicialísima esta en sí misma, mas de difícil derogacion en tanto que no fuese el erario, y no los particulares, el que soportase la pérdida ó diferencia que existia entre el valor real ó intrínseco de la circular de 1812, y el supuesto de la tarifa de 1808.

(* Ap. n. 3.)

(* Ap. n. 4.)

Habiendo tardado algun tiempo en efectuarse la suspension, aun por las autoridades locales, de las órdenes de 1811 y 1812, el trastorno que ellas causaron fue notable y mucha la desazon, encareciéndose los víveres en lugar de abaratarse, y acreciéndose por de pronto el daño con las especulaciones lucrosas é inevitables de algunos tragineros y comerciantes. Así que necesidad hubo del odio profundo que se abrigaba en casi todos los corazones contra el extrangero, y tambien de que prosiguiesen cogiendo laureles las armas aliadas, para que no se entibiasen los moradores de los pueblos, ahora libres, en favor de la buena causa.

Toma el Empecinado á Guadalajara.

A dicha continuaron sucediéndose faustos acontecimientos al rededor y aun lejos de la capital. En Guadalajara 700 á 800 hombres que guarnecian la ciudad á las órdenes del general Preux, antiguo oficial suizo al servicio de España, se rindieron el 16 de este agosto á Don Juan Martin el Empecinado. Desconfiado Preux á causa de su anterior conducta, queria capitular solo con Lord Wellington, mas este le advirtió que si no se entregaba á las tropas españolas que le cercaban, le haria pasar á cuchillo con toda la guarnicion.

Abandonan el Tajo los franceses del centro, y se dirigen á Valencia.

Fueron evacuando los franceses la orilla derecha del Tajo, y uniéndose sus destacamentos al cuerpo principal de su ejército del centro, que proseguia retirándose via de Valencia. Salieron de Toledo el dia 14, en donde entró muy luego la partida del Abuelo, recibida con repique general de campanas, iluminaciones y otros regocijos. Por todas partes destruia el enemigo la artillería

y las municiones que no podia llevar consigo, y daba indicio de abandonar para siempre, ó á lo menos por largo tiempo, las provincias de Castilla la Nueva. En su tránsito á Valencia, encontraron José y los suyos tropiezos y muchas incomodidades, escaseándoles los víveres y sobre todo el agua, por haber los naturales cegado los pozos y destruido las fuentes en casi todos los pueblos, que tal era su enemistad y encono contra la dominacion extraña. Padecieron mas que todos los comprometidos con el intruso y sus desgraciadas familias, pues hubo ocasion en que no tuvieron ni siquiera una sed de agua que llevar á la boca, segun aconteció al terrible ministro de policía Don Pablo Arribas.

Trabajos que tuvieron en el camino.

En Castilla la Vieja viendo los enemigos la suerte que habia cabido á su guarnicion de Tordesillas, y temerosos de que acaeciera otro tanto á las ya bloqueadas de Zamora, Toro y Astorga, destacaron del ejército suyo, llamado de Portugal, 6,000 infantes y 1,200 caballos á las órdenes del general Foy, para que, aprovechándose del respiro que les daba el ejército aliado en su excursion sobre Madrid, libertasen las tropas encerradas en aquellos puntos. Consiguiéronlo con las de Toro, alejándose los españoles que bloqueaban la ciudad. No fueron tan dichosos en Astorga, adonde se dirigió Foy engrosado en el camino con otro cuerpo de igual fuerza al que llevaba. 500 de sus ginetes se adelantaron á las cercanías, mas la guarnicion, compuesta de 1,200 hombres, y mandada por el general Remond, se habia rendido el 18 de agosto en consecuencia de las repetidas y mañosas intimaciones del coronel Don Pascual Enrile, ayudante general del estado mayor del sexto ejército.

Algunos sucesos en Castilla la Vieja.

La guarnicion de Astorga se entrega á los españoles.

Recibió Foy tan sensible nueva en la Bañeza, y no pasando adelante se enderezó hácia Carvajales con intento de sorprender al conde de Amarante, que, habiendo levantado el bloqueo de Zamora, tornaba á su provincia de Tras-los-Montes. Se le frustró el golpe proyectado al general francés, quien tuvo que contentarse con recoger el 29 la guarnicion de aquella plaza, no habiendo llenado sino á medias el objeto de su expedicion.

Ni dejaron tampoco de inquietar al enemigo por el propio tiempo los diferentes cuerpos de que se componia el séptimo ejército, y que ascendian á unos 12,000 infantes y 1,600 caballos, ayudados en las costas de Cantabria por las fuerzas marítimas inglesas. Colocóse Don Juan Díaz Porlier entre Torrelavega y Santander, y ejecutando diversas maniobras disponíase á atacar esta ciudad, cuando los enemigos la evacuaron, como tambien toda aquella costa, excepto el punto de Santoña. Porlier entró en Santander el 2 de agosto, y allí proclamó con pompa la constitucion, haciendo

Séptimo ejército español.

Evacuan los franceses á Santander.

el saludo correspondiente por tan fausto motivo los buques británicos fondeados en el puerto.

Sucesos en Vizcaya.

Avanzó Porlier en seguida á Vizcaya, cuya capital Bilbao habian desamparado los enemigos en los primeros dias de agosto. Reunido allí con Don Gabriel de Mendizábal, general en gefe del séptimo ejército, y con Don Mariano Renovales, que mandaba la fuerza levantada por el señorío, se apostaron juntos en el punto llamado de Bolueta, para hacer rostro al francés, que engrosado revolvia sobre la villa de Bilbao. Le rechazaron los nuestros completamente el 13 y 14 del mismo agosto. El 21 insistieron los enemigos regidos por el general Rouget en igual propósito, mas no con mayor ventura; teniendo al fin que acudir en persona el general Caffarelli para penetrar en aquella villa, como lo verificó el dia 28. Pero siendo el principal objeto de los franceses socorrer y avituallar á Santoña, luego que lo consiguieron, abandonaron otra vez á Bilbao el 9 de setiembre. Entonces celebráronse allí grandes festejos, se presentó la junta diputacion, y convocándose la general, se instaló esta el 16 de octubre presidida por Don Gabriel de Mendizábal, se publicó la constitucion, y conforme á ella, despues de haber examinado dicha junta el estado de armamento y defensa de la provincia, hicieron sus individuos dejacion de sus cargos, para que los habitantes usasen á su arbitrio de los nuevos derechos que les competian.

A poco depositaron la confianza en Don Gabriel de Mendizábal, á fin de que indicase los individuos que juzgase mas dignos de componer la nueva diputacion, recayendo el nombramiento en las mismas personas que designó aquel general. Unidos todos, continuaron haciéndose notables esfuerzos en los meses que restaban de 1812, con deseo de inquietar al enemigo, y poner en mas órden la tropa alistada y la exaccion de arbitrios. Longa, dependiente de este distrito, coadyuvó á estos fines, molestando á los franceses, señaladamente en un encuentro que tuvo en el valle de Sedano al acabar noviembre, en donde sorprendió al general Fromant, matándole á él y á mucha gente suya, y cogiéndole bastantes prisioneros. Despues atacó á los que ocupaban las salinas de Añana, y les tomó el punto y 250 hombres, habiendo tambien destruido los fuertes de Nanclares y Armiñon, que abandonó el enemigo. No bastaron sin embargo tales conatos para impedir que al cerrar del año, el mismo 31 de diciembre, ocupasen nuevamente los franceses la villa de Bilbao. Contratiempo que era de temer sobreviniera por la situacion topográfica de aquellas provincias aledañas de Francia, y de conservacion indispensable para el enemigo, en tanto que permanecieron sus tropas en Castilla; pero que compensó grandemente la suerte en el año inmediato de 1813, en que amanecieron dias prósperos para el afianzamiento de la independencia peninsular.

Salió Lord Wellington de Madrid el 1º de setiembre, habiendo alcanzado con la toma de la capital dar aliento á los defensores de la patria, libertar varias provincias, y mas que todo producir en la Europa entera una impresion propicia en favor de la buena causa. Para añadir otras ventajas á las ya conseguidas, pensó en continuar la guerra sin dar descanso al enemigo, y mandó que en Arévalo se juntasen en su mayor parte las fuerzas aliadas.

Sale Wellington de Madrid y pasa á Castilla la Vieja.

Allí le dejaremos ahora para volver los ojos á las Andalucías. La victoria de Salamanca, la entrada de los aliados en Madrid, el impulso que por todas partes recibió la opinion, y la necesidad de reconcentrar el enemigo sus diversos cuerpos, eran sucesos que naturalmente habian de ocasionar prontas y favorables resultas en aquellas provincias: mayormente desamparadas las de Castilla la Nueva y recogido á Valencia José y su ejército del centro; movimiento que embarazaba la correspondencia con los franceses del mediodía, ó permitia solo comunicaciones tardías é inciertas.

Sucesos en Andalucía.

Nada digno de referirse habia ocurrido en las Andalucías desde la accion de Bórnos, ni por la parte de la sierra de Ronda, ni tampoco por la de Extremadura. La expedicion que el general Cruz Mourgeon habia llevado en auxilio de Don Francisco Ballesteros, despues de volver á la isla de Leon, y de hacer un nuevo desembarco y amago en Tarifa, tornó á Cádiz por última vez en los primeros dias de agosto; y rehecha y aumentada se envió á las órdenes del mismo general Cruz al condado de Niebla, tomando tierra en Huelva en los dias 11 y 13 del propio mes.

Por su lado Lord Hill, despues de su excursion al Tajo, en que habia tomado los fuertes de Napoleon y Ragusa, permanecia en la parte meridional de Extremadura con las fuerzas anglo-portuguesas de su mando, y asistido del quinto ejército español, no muy numeroso. Observaban allí unos y otros los movimientos del cuerpo que regia el general Drouet. Mas ahora tratóse de maniobrar de modo que hostilizasen al mariscal Soult y á los cuerpos dependientes de su mando las tropas aliadas que andaban en su torno, y les obligasen á acelerar la evacuacion de las Andalucías, cuya posesion no podia el enemigo mantener largo tiempo, despues de lo ocurrido en las Castillas durante los meses de julio y agosto.

Dieron los franceses muestras claras de tales intentos, cuando sin aguardar á que los acometiesen comenzaron á levantar el sitio de la isla gaditana el 24 de agosto de este año de 1812; quedando enteramente libre y despejada la línea en el dia 25, despues de haberla ocupado los enemigos por espacio de mas de dos años y medio. Las noches anteriores y en particular la víspera arrojaron los franceses bastantes bombas á la plaza; y aumentando sobremanera la carga de los cañones, y

Levantan los franceses el sitio de Cádiz.

poniendo á veces en contacto unas bocas con otras, reventaron y se destrozaron muchas piezas de las 600 que se contaban entre Chiclana y Rota.

Repique general de campanas, cohetes, luminarias, todo linage en fin de festejos análogos á tan venturoso suceso, anunciaron el contentamiento y universal alborozo de la poblacion. Las córtes interrumpieron sus tareas, suspendiendo la sesion de aquel dia; y los vecinos y forasteros residentes en Cádiz salieron de tropel fuera del recinto para examinar por sí propios los trabajos del enemigo, y gozar libremente de la apacible vista y saludable temple del campo de que habian estado privados por tanto tiempo. Distraccion del ánimo inocente y pura, que consolaba de males pasados, y disponia á sobrellevar los que encerrase la inconstante fortuna en su porvenir oscuro.

En los mismos dias que los enemigos levantaron el sitio de Cádiz, abandonaron tambien los puntos que guardaban en las márgenes del Guadalete y serrania de Ronda, clavando por todas partes la artilleria, y destruyendo cuanto pudieron de pertrechos y municiones de guerra. Cogieron sin embargo los españoles una parte de ellos, como tambien 30 barcas cañoneras que quedaron intactas delante de la línea de Cádiz.

Marcha de Cruz Mourgeon sobre Sevilla.

Llano era que á semejantes movimientos se seguiria la evacuacion de Sevilla. Impelió igualmente á que se verificase, la marcha que sobre aquella ciudad emprendió el general Cruz Mourgeon conforme á la resolucion tomada de molestar al mariscal Soult. Le sostenia y ayudaba en esta operacion el coronel Skerret con fuerza británica. Los franceses se habian retirado del condado de Niebla á mediados de agosto, despues de haber volado el castillo de la villa del mismo nombre, dejando solo de observacion en Sanlúcar la Mayor unos 500 á 600 hombres infantes y ginetes. Los dos gefes aliados trataron de aproximarse á Sevilla, y creyendo ser paso previo atacar á los últimos, lo verificaron arrojándolos de allí con pérdida. En seguida reconcentraron los nuestros sus fuerzas en aquel pueblo, y les sirvió de estímulo para avanzar el saber que Soult desamparaba á Sevilla con casi toda su gente.

Evacua Soult a Sevilla.

Habíalo en efecto verificado á las doce de la noche del 27, dejando solo en la ciudad parte de su retaguardia, que no debia salir hasta las 48 horas despues. Lejos estaban de recelar los enemigos un pronto avance de nuestras tropas, y por tanto continuaron ocupando sosegadamente las alturas que se dilatan desde Tomares hasta Santa Brígida, en donde tenian un reducto. El general Cruz Mourgeon, destacando algunas guerrillas que cubriesen sus flancos, se adelantó á Castilleja de la Cuesta, en cuyos inmediatos olivares se alojaban los enemigos, teniendo unos 40 hombres en Santa Brígida sin artillería por haberla sacado en

los dias anteriores. Acometieron los nuestros con brío á sus contrarios y los desalojaron de los olivares, obligándolos á precipitarse al llano. Protegia á los franceses su caballería; pero estrechada esta por los ginetes españoles abandonó á los infantes que se vieron perseguidos por nuestra vanguardia al mando del escocés D. Juan Downie, quien habia levantado una legion que se apellidaba de Leales Extremeños, vestida á la antigua usanza; servicio que dió ocasion á que la marquesa de la Conquista, descendiente de Francisco Pizarro, ciñese al Don Juan la espada de aquel ilustre guerrero, que se conservaba aun en la familia.

Arremete Cruz Mourgeon en Triana contra la retaguardia francesa.

Al propio tiempo se atacó el reducto; pero malogradamente hasta que vieron los que le guarnecian ser imposible su salida, é inútil resistencia mas prolongada. El general Cruz, queriendo tambien aprovecharse de la ventaja ya conseguida en los olivares de Castilleja, destacó algunos cuerpos para que, yendo por la derecha, camino de San Juan de Alfarache, se interpusiesen entre los enemigos y el puente de Triana, á fin de evitar la rotura ó quema de este; cosa hacedera siendo de barcas. Mas no parándose la vanguardia española ni el coronel Skerret en perseguimiento de los franceses, impidieron que se realizase aquella maniobra, pues cerraron de cerca por el camino real no solo á las fuerzas rechazadas de Castilleja, sino tambien á todas las que el enemigo allí reunia, las cuales fueron replegándose en tres columnas con 2 piezas de artillería y 200 caballos, y se apostaron teniendo á su derecha el rio y á sus espaldas el arrabal de Triana. Motivo por el que resolvió Cruz Mourgeon, consultando al tiempo, que Don José Canterac, en vez de sostener con la caballería, como habia pensado, los cuerpos de la derecha, ayudase el ataque que daban Downie y Skerret, verificándolo con tal dicha que su llegada decidió la completa retirada del enemigo de la llanura que todavía ocupaba.

Downie.

Avanzaron los aliados y se metieron en Triana, empeñándose reciamente el combate en la cabeza del puente. Quien mas se arriscó fué Downie con su legion: dos veces la rechazaron, y dos le hirieron; á la tercera arremetiendo casi solo, saltó á caballo por uno de los huecos que los franceses habian practicado en una parte del puente quitando las tablas traviesas, y fué derribado, herido nuevamente en la mejilla y en un ojo, y hecho prisionero. Conservó sin embargo bastante presencia de ánimo para arrojar á su gente la espada de Pizarro, logrando asi que no sirviese de glorioso trofeo á los enemigos.

Entra Cruz en Sevilla.

Estos, aunque ufanos de haber cogido á Downie, viéndose batidos por nuestra artillería colocada en el malecon de Triana, y atacados por nuestras tropas ligeras que cruzaron el puente por las vigas, ni pudieron acabar de cortar este, ni les quedó mas arbitrio que meterse en la ciudad cerrando

la puerta del Arenal. Pero habilitado sin tardanza el puente con tablones que pusieron los vecinos, fueles permitido á todas las tropas aliadas ir pasando el rio con celeridad, infundiendo asi aliento á las guerrillas que iban delante y á los moradores. Pronto se vieron felices resultas, pues abierta la puerta del Arenal sin que los enemigos lo notasen, echadas á vuelo las campanas, colgadas muchas casas, y siendo universal el júbilo y la algazara, metiéronse los nuestros por las calles, y subió á tanto grado el aturdimiento de los franceses y su espanto, que á pesar de los esfuerzos de sus generales, empezaron los soldados á huir hasta el punto de arrojar algunos las armas, teniendo todos al fin que salir por la puerta Nueva y la de Carmona con direccion á Alcalá, abandonando 2 piezas, muchos equipages, rico botin, caballos, y perdiendo 200 prisioneros. En desquite lleváronse consigo á Downie gran trecho; y solo le dejaron libre, aunque mal parado, á unas cuantas leguas de Sevilla.

Sigue Soult su retirada hácia Murcia.

No persiguieron los nuestros á los franceses en la retirada, observándolos tan solo de lejos la caballeria. Cruz Mourgeon se detuvo en la ciudad, en donde se publicó la constitucion el 29 de agosto, dos dias despues de la entrada de los aliados. Se celebró el acto en la plaza de San Francisco, acompañado de las mismas fiestas y alegria que en las demas partes.

Continuó el mariscal Soult su marcha, obligado á estar siempre en vela por la aversion que le tenian los pueblos, y por atender á los movimientos de Don Francisco Ballesteros, que desembocando de la serrania de Ronda, le amagaba continuamente, engrosado algun tanto con tres regimientos que de la isla de Leon destacó la regencia bajo el mando de Don Joaquin Virués.

Ballesteros.

En el tiempo que promedió desde la funesta accion de Bórnos hasta la evacuacion de Sevilla, no dejó Ballesteros de molestar al enemigo, ya amenazando á Málaga, aunque irreflexivamente, ya entrando en Osuna con la dicha de sorprender á su gobernador y de coger un convoy, ya en fin distrayendo la atencion de los franceses de varios modos. Mas ahora, no siéndole tampoco dado atacar á Soult de frente á causa de la superioridad de las fuerzas de este, se limitó para incomodarle á ejecutar maniobras de flanco, amparado de las breñas y pintorescas rocas de la sierra de Torcal. Acometió el 3 de setiembre en Antequera á la retaguardia francesa mandada por el general Sémélé, y la acosó tomándole algunos prisioneros, bagages y 3 cañones. Lo mismo repitió al amanecer del 5 en Loja, apretando de cerca los españoles á sus contrarios hasta Santa Fe.

Reencuentros de este.

Drouet abandona la Extremadura.

Permaneció el mariscal Soult algunos dias en Granada, donde se le juntaron varios destacamentos que fueron sucesivamente evacuando los pueblos y ciuda-

des de aquella parte, entre ellas Málaga, que habia sido abandonada en los últimos dias de agosto despues de haber volado el castillo de Gibralfaro. Dió tambien con eso lugar á que se le aproximase el quinto cuerpo francés á las órdenes del general Drouet conde d'Erlon, quien, acantonado en Extremadura hácia Llerena, se habia mantenido allí desde mayo sin ser incomodado por el general Hill ni por los españoles. Asi lo habia querido Lord Wellington, temeroso de algun desman que comprometiese sus operaciones de Castilla la Vieja, de cuya resolucion no se apartó hasta que, yendo de ventura en ventura, y habiéndose dispuesto, segun insinuamos, á hostilizar á Soult y cuerpos dependientes de su mando, recibió órden Hill de coadyuvar á este plan: por lo cual, al paso que Cruz y Skerret se movieron la vuelta de Sevilla, marchó tambien aquel general inglés sobre Llerena el 29 de agosto, formado en cuatro columnas, con ánimo de espantar á Drouet de aquellos lugares; mas llegó cuando los franceses habian ya levantado el campo, y se retiraban por Azuaga camino de Córdoba. Desistió Hill de ir tras ellos; y conforme á instrucciones de Lord Wellington se enderezó al Tajo, acompañado de las divisiones españolas de Morillo y de Penne Villemur, para obrar de concierto con las demas tropas británicas, ya á la sazon en Castilla la Nueva.

Se dirige por Córdoba á Granada.

Dejósele pues á Drouet continuar tranquilamente su marcha, y ni siquiera fué rastreando su huella otra fuerza que un corto trozo de caballería que el general español Penne Villemur destacó á las órdenes del coronel aleman Schepeler, de quien hablamos con ocasion de la batalla de la Albuera. Desempeñó tan distinguido oficial cumplidamente su encargo, empleando el ardid y la maña á falta de otros medios mas poderosos y eficaces. Replegábase el enemigo lentamente, como que no era incomodado, conservando todavía cerca del antiguo Castel de Belmez, ahora fortalecido, una retaguardia. Deseoso el coronel Schepeler de aventarle, y careciendo de fuerzas suficientes, envió de echadizos á unos franceses que sobornó, los cuales con facilidad persuadieron á sus compatriotas ser tropas de Hill las que se acercaban, resolviendo Drouet en su consecuencia destruir las fortificaciones de Belmez el 31 de agosto, y no detenerse ya hasta entrar en Córdoba. Schepeler avanzó con su pequeña columna, y desparramándola en destacamentos por las alturas de Campillo y salidas de la sierra, cuyas faldas descienden hácia el Guadalquivir, ayudado tambien de los paisanos, hizo fuegos y ahumadas durante la noche y el dia en aquellas cumbres, como si viniesen sobre Córdoba fuerzas considerables, apariencias que sirvieron de apoyo á las engañosas noticias de los espías. No tardó el enemigo en disponer su marcha, y á la una de la madrugada del 3 de setiembre tocó generala, desamparando los muros de Cór-

Va tras él en observacion el coronel Schepeler.

doba al quebrar del alba. Tomaron sus huestes el camino del puente de Alcolea, yendo formadas en tres columnas. Otros ardides continuó empleando Schepeler para alucinar á sus contrarios, y el mismo dia 3 por la tarde se presentó delante de la ciudad, cuyas puertas halló cerradas, temerosos algunos vecinos de las guerrillas y sus tropelías. Pero cerciorados muy luego de que eran tropas del ejército las que llegaban, todos, hasta los mas tímidos, levantaron la voz para que se abriesen las puertas; y franqueadas, penetró Schepeler por las calles, siendo llevado en triunfo y como en vilo hasta las casas consistoriales con aclamacion universal, y gritando los moradores: « ¡ Ya somos libres! » En el arrobamiento que se apoderó del coronel con tan entusiasmada acogida, figurósele, segun nos ha contado él mismo, que renacian los tiempos de los Umeyas, y que volvia victorioso á Córdoba el invencible * Almanzor despues de haber dado feliz remate á alguna de sus muchas campañas, tan decantadas y aplaudidas por los ingenios y poetas árabes de aquella era: similitud no muy exacta, y vuelo harto remontado de la fantasía del coronel aleman, hombre por otra parte respetable y digno.

Entra Schepeler en Córdoba.

(* Ap. n. 5.)

Desmanes de Echavarri.

Mas á pesar de su triunfo se vió este angustiado no asistiéndole las fuerzas que se imaginaban en la ciudad, y manteniéndose todavia no muy lejos el general Drouet. Aumentó su desasosiego la llegada de Don Pedro Echavarri, quien, valido del favor popular de que gozaba en aquella provincia, habia acudido allí al saber la evacuacion de Córdoba. Hombre ignorante el Don Pedro y atropellado quiso, arrogándose el mando, hacer pesquisas, y ejecutar encarcelamientos, procurando cautivar aun mas la aficion que ya le tenia el vulgo con actos de devocion exagerada. Contuvo Schepeler al principio tales demasías; mas no despues, siendo nombrado Echavarri por la regencia comandante general de Córdoba; merced que alcanzó por amistades particulares, y por haber lisonjeado las pasiones del dia, ya persiguiendo á los verdaderos ó supuestos partidarios del gobierno intruso, ya publicando pomposamente la constitucion: pues este general adulaba bajamente al poder cuando le creia afianzado, y se gallardeaba en el abuso brutal y crudo de la autoridad siempre que la ejercia contra el flaco y desvalido.

Sigue Drouet retirándose.

Afortunadamente no le era dado á Drouet, á pesar de constarle las pocas fuerzas nuestras que habia en Córdoba y de los desvaríos de Echavarri, revolver sobre aquella ciudad. Impidiaselo el plan general de retirada; por lo que prosiguió él la suya, aunque despacio, via de Jaen con rumbo á Huéscar, donde se puso en inmediato contacto con el ejército del mariscal Soult.

Rodeado ya este de todas sus fuerzas evacuó á Granada el 16, encaminándose al reino de Murcia. Noticioso de ello Ballesteros

trató de inquietarle algun tanto, haciendo que el brigadier Barrutell pasando por Sierra Nevada le acometiese en los Dientes de la Vieja; lo cual se ejecutó causando al enemigo mucho azoramiento y alguna pérdida.

Entra en Granada el ejército de Ballesteros.

Libre Granada pisó su suelo el 17 de setiembre el ejército del general Ballesteros, siendo el primero que penetró allí el príncipe de Anglona, acogido con no menores obsequios, alegría y festejos que los demas caudillos en las otras ciudades.

Administracion francesa en las Andalucías.

Respiraron asi desahogadamente las Andalucías; y será bien que ahora, antes de apartar la vista de país tan deleitoso y bello, examinemos aunque rápidamente la administracion francesa que rigió en ellas durante la ocupacion, y refiramos algunos de los males y pérdidas que allí se padecieron. Apareció en general desastrada y ruinosa dicha administracion. Eran las contribuciones extraordinarias, como casi en todos los países en que los enemigos dominaban, de dos especies; una que se pagaba en frutos aplicada á la manutencion de las tropas y á los hospitales, otra en dinero, y conocida bajo el nombre de contribucion de guerra. Fija esta, variaba la primera segun el número de tropas estantes ó transeuntes, y segun la probidad de los gefes ó su venal conducta. Adolecian especialmente de este achaque algunos comisarios de guerra, quienes con frecuencia recibian de los ayuntamientos gratificaciones pecuniarias para que no hiciesen pedidos exorbitantes de raciones, ó para que las distribuyesen equitativamente conforme á lo que prevenian los reglamentos militares.

Con dificultad se podrá computar lo que pagaron los pueblos de la Andalucía á los franceses durante los dos y mas años de su ocupacion. No obstante si nos atenemos á una liquidacion ejecutada por el comisario regio de José, conde de Montarco, la cual no debiera ser exagerada atendiendo á la situacion y destino del que la formó, aquellos pueblos entregaron á la administracion militar francesa 600,000,000 de reales. Suma enorme respecto de lo que antes pagaban; siendo de advertir no se incluyen en ella otras derramas impuestas al antojo de gefes y oficiales sin gran cuenta ni razon, como tampoco auxilios en metálico que venian de Francia destinados á su ejército.

Para dar una idea mas cabal é individualizada de lo que estas provincias debieron satisfacer, y para inferir de ahí lo gravadas que fueron las demas de España, segun la duracion mayor ó menor de su ocupacion, manifestaremos en este lugar lo que pagó la provincia de Jaen, de la que hemos podido haber á las manos datos mas puntuales y circunstanciados. Echósele á esta provincia por contribucion de guerra la suma de 800,000 reales mensuales, ó sean 21,600,000 reales al año. Y pagó por este solo impuesto y por

el de subsistencias, desde febrero de 1810 hasta diciembre de 1811, 60,000,000 de reales: cantidad que resulta de las oficinas de cuenta y razon, y á la cual, si fuese dable, deberia añadirse la de las exacciones de los comandantes de la provincia y de su partido, y de los comisarios de guerra y otros gefes para su gasto personal; de las que no daban recibos, considerándolas como cargas locales. Lo molesto y ruinoso de semejantes disposiciones aparece claramente comparando estos gravámenes con los que antes de la guerra actual pesaban sobre la misma provincia, y se reducian á unos 8,000,000 de reales en cada un año; á saber, mitad por rentas provinciales, y mitad por ramos estancados. Asi una comarca meramente agrícola, y cuya poblacion no es excesiva, aprontó en menos de dos años lo que antes pagaba casi en ocho.

Las cargas llegaron á ser mas sensibles en 1811. Hasta entonces los ayuntamientos buscaban recursos para los suministros en los granos del diezmo, exigiéndolos de los cabildos eclesiásticos, ya como contribuyentes en los repartimientos comunes, ya por via de anticipacion con calidad de reintegro. Pero en aquel año dispuso el mariscal Soult que los granos procedentes del diezmo se depositasen en almacenes de reserva para el mantenimiento del ejército, órden que se miró como inhumana y algo parecida á los * edictos sobre granos del pretor romano de Sicilia; principalmente entonces cuando el hambre producia los mayores estragos, y cuando el precio del trigo se habia encarecido á punto de valer á mas de 400 reales la fanega.

(* Ap. n. 6)

Consecuencia necesaria tamaña escasez del agolpamiento de muchas causas. Habia sido la cosecha casi ninguna; y despues del guerrear y de los muchos recargos, teniendo por costumbre el ejército enemigo embargar para acarreos y trasportes las caballerías de cualquiera clase que fuesen, y robar sus soldados en las marchas las que por ventura quedaban libres, vinose al caso de que desapareciese casi completamente el tráfico interior, y de que las Andalucías, en el desconcierto de su administracion, ofreciesen una imágen mas espantosa que la de otras provincias del reino.

Objetos de bellas artes llevados de las mismas provincias.

A tanta ruina y aniquilamiento juntóse el desconsuelo de ver despojados los conventos y los templos de las galas y arreo que les daban las producciones del arte debidas al diestro y delicado pincel de los Murillos y Zurbaranes. Sevilla, principal depósito de tan inestimables tesoros, sintió mas particularmente la solícita diligencia de la codiciosa mano del conquistador, habiéndose reunido en el alcázar una comision imperial con el objeto de recoger para el museo de Paris los mejores cuadros que se hallasen en las iglesias y conventos suprimidos. Cúpoles esta suerte á ocho lienzos históricos que habia pintado Murillo para el hospital de la Caridad, alusivos á las obras de misericordia que en aquel establecimiento se prac-

tican. Aconteció lo mismo al Santo Tomas de Zurbarán, colocado en el colegio de religiosos dominicos, y al San Bruno del mismo autor, que pertenecia á la cartuja de las Cuevas de Triana, con otros muchos y sobreexcelentes, cuya enumeracion no toca á este lugar.

Al ver la abundancia de cuadros acopiados, y la riqueza que resultaba de la escudriñadora tarea de la comision, despertóse en el mariscal Soult el deseo vehemente de adquirir algunos de los mas afamados. Sobresalian entre ellos dos de Bartolomé Murillo; á saber, el llamado de la Vírgen del reposo, y el que representaba el nacimiento de la misma divina Señora. Hallábase el último en el testero á espaldas del altar mayor de la catedral, á donde le habian trasladado á principios del corriente siglo por insinuacion de Don Juan Cean, sacándole de un sitio en que carecia de buena luz. Gozando ahora de ella creció la celebridad del cuadro, y aun la devocion de los fieles, excitada en gran manera por el interes mismo del argumento, y por el gusto y primores que brillan en la ejecucion; los cuales acreditan * (segun la expresion de Palomino) « la eminencia del pincel de tan superior « artífice. »

(* Ap. n. 7.)

Han creido algunos que el cabildo de Sevilla hiciera un presente con aquel cuadro al mariscal Soult; mas se han equivocado, á no ser que diesen ese nombre á un don forzoso. Habian los capitulares ocultado dicho cuadro recelosos de que se lo arrebatasen; precaucion que fué en su daño, porque sabedor el mariscal francés de lo sucedido, mandó reponerle en su sitio, y en seguida dió á entender sin disfraz, por medio de su mayordomo, al tesorero de la iglesia Don Juan de Pradas, que le queria para sí, con otros que especificó, y que si se los negaban mandaria á buscarlos. Conferenció el cabildo, y resolvió dar de grado lo que de otro modo hubiera tenido que entregar por fuerza.

Los cuadros que se llevó el mariscal Soult no han vuelto á España, ni es probable vuelvan nunca. Se recobraron en 1815 del museo de Paris varios de los que pertenecian á establecimientos públicos, entre los cuales se contaron los de la Caridad, restituidos á aquella casa, excepto el de Santa Isabel, que se ha conservado en la academia de San Fernando de Madrid. Con eso los moradores de Sevilla han podido ufanos continuar mostrando obras maestras de sus pintores, y no limitarse á enseñar tan solo, cual en otro tiempo los sicilianos, los lugares que aquellas ocupaban antes de la irrupcion francesa.

Sigue su retirada Soult.

Yendo, pues, de marcha á Murcia y Valencia el mariscal Soult, y unidas con él las tropas del general Drouet, aproximándose al mismo punto las mandadas por José en persona, y tratando unos y otros de incorporarse al ejército de la corona de Aragon que regia el mariscal Suchet; nos parece,

antes de pasar adelante, ocasion oportuna esta de referir lo que ocurrió durante estos meses en aquellas provincias.

Acontecimientos en Valencia. Inquietaba especialmente á Suchet el arribo que se anunciaba, y ya indicamos, de una escuadra anglo-siciliana procedente de Palermo. En julio creyó el mariscal ser buques de ella unos que por el 20 del propio mes se presentaron á la vista de Denia y Cullera, entre la Albufera y la desembocadura del Júcar, pues bastóle el aviso para abandonar los confines de Valencia y Cuenca aunque invadidos por Villacampa y Bassecourt, y reconcentrar sus fuerzas hácia la costa. Sin embargo el amago no provenia aun de la expedicion que se temia, sino de un plan de ataque que trataban de ejecutar los españoles. Habíale concebido Don José Odonell, general como antes del segundo y tercero ejército; y para llevarle á efecto habia juzgado conveniente amenazar la costa con un gran número de bajeles españoles é ingleses, con cuya aparicion, si bien no iban á bordo mas tropas que el regimiento de Mallorca, se distrajese la atencion del enemigo, y fuese mas fácil acometer por tierra al general Harispe, que gobernaba la vanguardia francesa colocada en primera línea, vía de Alicante.

Accion de Castalla. Era en los mismos dias de julio cuando intentaba el general español atacar á los enemigos. En cuatro trozos distribuyó su gente, cuyo número ascendia á 12,000 hombres. El ala derecha, que se componia de uno de los dichos trozos, bajo el mando de Don Felipe Roche, se alojaba entre Ibi y Jijona. Otro, formando el centro, acampaba á media legua de Castalla, y le regia el brigadier Don Luis Michelena. Servia de reserva el tercero á las órdenes del conde del Montijo, á una legua á retaguardia en la venta de Tibi. El cuarto y último trozo, que era el ala izquierda, constaba de infantería y caballería: dependia aquella del coronel Don Fernando Miyares, y esta del coronel Santistévan, situándose los peones en Petrel, y los ginetes en Villena: parece ser que los postreros tuvieron órden de ponerse entre Sax y Biar, y no donde lo verificaron, para caer sobre Ibi si los enemigos abandonaban el pueblo. Don Luis Bassecourt, por su lado, vino con la tercera division del segundo ejército sobre la retaguardia de los franceses.

Habiendo agolpado Suchet mucha de su gente hácia la costa para observar la escuadra que se divisaba, no quedaban por los puntos que los nuestros se disponian á atacar sino fuerzas poco considerables: en Alcoy una reserva á cuya cabeza permanecia el general Harispe; en Ibi una brigada de este á las inmediatas órdenes del coronel Mesclop, estando avanzado hácia Castalla con el séptimo regimiento de línea el general Delort: acantonábase el veinticuatro de dragones en Onil y Biar.

Rompieron los nuestros la acometida en la mañana del 21. Re-

pelido Mesclop por las tropas de Roche trató de buscar amparo al lado de Delort, dejando en el fuerte de Ibi dos cañones y algunas compañías. Mas acometido tambien el mismo Delort por nuestra izquierda y centro, se vió obligado á desamparar á Castalla, cuyo pueblo atravesó Michelena, situándose el francés en un parage mas próximo á Ibi, y dándose asi la mano con Mesclop aguardó de firme á que se juntasen los dragones. Verificado lo cual y advirtiendo que los españoles se mostraban confiados por el éxito de su primer avance, tomó la ofensiva, y dispuso que saliendo sus ginetes de los olivares acometiesen á nuestros batallones no apoyados por la caballería, con lo que consiguió desbaratarlos y aun acuchillar algunas tropas del centro. En balde intentó la reserva protegerlos: el enemigo se apoderó de una batería compuesta de solo dos cañones por no haber llegado los demas á tiempo, y cogió prisionero á un batallon de walones abandonado por otro de Badajoz: retiróse en buena ordenanza el de Cuenca, que dió lugar á que se le reuniesen dos escuadrones del segundo regimiento provisional de línea, únicos que presenciaron la accion, si bien fueron tambien deshechos.

Desembarazados los enemigos por el lado de Castalla tornó Mesclop á Ibi, y arremetió á los nuestros del mando de Roche. Recibieron los españoles con serenidad la acometida, y aun permanecieron inmobles, hasta que acudiendo de Alcoy el general Harispe con un regimiento de refresco, se fueron retirando con bastante órden por el pais quebrado y de sierra que conduce á Alicante, en donde entraron sin particular contratiempo. Perdieron los españoles en tan desastrosa jornada 2,796 prisioneros, mas de 800 entre muertos y heridos, 2 cañones, 3 banderas, fusiles y bastantes municiones.

Mengua y baldon cayó sobre Don José Odonell, ya por haberse acelerado á atacar estando en vísperas de que aportase á Alicante la division anglo-siciliana, ya por sus disposiciones mal concertadas, y ya porque afirmaban muchos haber desaparecido de la accion en el trance mas apretado.

Hubo tambien quien echase la culpa al coronel Santistévan por no haber acudido oportunamente con su caballería; y acreditó en verdad impericia extrema el no haber calculado de antemano los tropiezos que encontraria la artillería para llegar á tiempo, hallándose nuestro ejército en terreno que á palmos debian conocer sus gefes.

Indignados todos, y reclamando severa aplicacion de las leyes militares, tuvo necesidad la regencia de mandar se «formase causa «á fin de averiguar los incidentes que motivaron la desgracia de «Castalla.»

Discusiones sobre esto en las cortes.

No poco contribuyó á esta resolucion el desabrimiento y enojo que mostraron los diputados de Valencia; acabando por provocar en las córtes discusiones

empeñadas y muy reñidas. Clamaron con vehemencia en la sesion del 17 de agosto contra tan vergonzosa rota los señores Traver y Villanueva, y en el caluroso fervor del debate acusaron á la regencia de omision y descuido, habiendo quien intentase ponerla en juicio. En enero habian pedido aquellos diputados se mudasen los gefes, autorizando ampliamente á los que se nombrasen de nuevo, y aun habian indicado las personas que serian gratas á la provincia. La regencia se habia conformado con la propuesta de los diputados de dar plenas facultades á los gefes, mas no con la que hicieron respecto de las personas; disposicion notable y arriesgada si se advierte que el general en gefe y el intendente del ejército eran los señores Odonell y Rivas, hermanos ambos de dos regentes. Hizo resaltar este hecho en su discurso el señor Traver, y por eso y arrastrado de inconsiderado ardor llegó á expresar « que no mereciéndole el « gobierno confianza, los comisionados que se nombrasen para la « averiguacion de lo ocurrido en la accion del 21 de julio fuesen « precisamente del seno de las córtes. »

Concurrió tambien para enardecer los ánimos la poca destreza con que el ministro de la guerra, no acostumbrado á las luchas parlamentarias, defendió las medidas tomadas por la regencia; y el haber acontecido á la propia sazon la batalla de Salamanca, cuyas glorias hacian contraste con aquellas lástimas de Castalla: por lo que aquejado de agudo dolor exclamó un diputado ser bochornoso y de gran deshonra « que al mismo tiempo que naciones extrangeras « lidiaban afortunadamente por nuestra causa y derramaban su « sangre en los campos de Salamanca, huyesen nuestros soldados « con baldon de un ejército inferior en Castalla y sus inmedia- « ciones. »

Resoluciones de las córtes.

Las córtes, aunque no se conformaron con la opinion del señor Traver en cuanto á que individuos de su seno entrasen en la averiguacion de lo ocurrido, resolvieron, oida la comision de guerra, que la regencia mandase formar la sumaria correspondiente sobre la jornada de Castalla, empezando por examinar la conducta del general en gefe; de todo lo cual debia darse cuenta á las córtes con copia certificada. Ordenaron tambien estas que se continuase y concluyese el proceso á la mayor brevedad, desaprobando el que se hubiese nombrado á Don José Odonell general de una reserva que iba á organizarse en la isla de Leon, segun lo habia verificado ya la regencia incauta é irreflexivamente.

Entrometíanse las córtes adoptando semejante providencia mas allá de lo que era propio de sus facultades. Desacuerdo que solo disculpaban las circunstancias y el anhelo de apaciguar los ánimos sobradamente alterados. Consiguióse este objeto; mas no el que se refrenase con la conveniente severidad el escándalo que se habia dado en Castalla; puesto que al son de las demas terminó la presente causa: siendo grave y muy arraigado mal este de España, en

donde casi siempre caminan á la par la falta de castigo y la arbitrariedad; y hasta que ambos extremos no desaparezcan de nuestro suelo, nunca lucirán para él dias de felicidad verdadera.

Renuncia que hace del cargo de regente el conde del Abisbal.

El golpe disparado contra Don José Odonell hirió de rechazo á su hermano Don Enrique, conde del Abisbal[1], regente del reino, quien, agraviado de algunas palabras que se soltaron en la discusion, juzgó comprometido su honor y su buen nombre si no hacia dejacion de su cargo, como lo verificó, por medio de una exposicion que elevó á las córtes.

Se la admiten las cortes.

Varios diputados, especialmente los mas distinguidos entre los de la opinion reformadora, se negaban á admitir la renuncia del Don Enrique, conceptuándole el mas entendido de los regentes en asuntos de guerra, empeñado cual ninguno en la causa nacional, no desafecto á las mudanzas políticas y de difícil sustitucion, atendida la escasez de hombres verdaderamente repúblicos. Muchos de la parcialidad antireformadora y los americanos fueron de distinto dictámen; estos llevados siempre del mal ánimo de desnudar al gobierno de todo lo que le diese brio y fortaleza, aquellos por creer al del Abisbal hombre de partes aventajadas y de arrojo bastante para abalanzarse por las nuevas sendas que se abrian á la ambicion honrosa. Hubo tambien diputados que sensibles por una parte á lo de Castalla, de cuya infeliz jornada achacaban alguna culpa á Don Enrique por el tenaz empeño de conservar á su hermano en el mando, y enojados por otra de que se mostrase tan poco sufrido de cualquiera desvio inoportuno, ó personalidad ofensiva que hubiese ocurrido en la discusion, se arrimaron al dictámen de los que querian aceptar la dimision que voluntariamente se ofrecia: lo cual se verificó por una gran mayoría de votos en sesion celebrada en secreto. Esta resolucion apesadumbró al conde del Abisbal, quien arrepentido de la renuncia dada hizo gestiones para enmendar lo hecho. A este fin nos habló entonces el mismo conde; mas era ya tarde para borrar en las córtes el mal efecto que habia producido su exposicion poco meditada.

Nombrase regente a Don Juan Perez Villamil.

Nació discordancia en los pareceres acerca de la persona que deberia suceder al conde del Abisbal, distribuyéndose los mas de los votos entre Don Juan Perez Villamil y Don Pedro Gomez Labrador, recien llegados ambos de Francia, en donde los habian tenido largo tiempo mal de su grado. El primero volvia con permiso de aquel gobierno; el segundo escapado y á escondidas de la policía imperial. Humanista distinguido Villamil y erudito jurisconsulto al paso que magistrado

[1] *Del Abisbal.* Escribimos así este nombre, porque comunmente se firmaba de ese modo: *El conde del Abisbal.* Mas el pueblo de donde tomó el título, en Cataluña, se escribe *La Bisbal.*

íntegro y adicto á la causa de la independencia, como autor que fue, segun apuntamos, del célebre aviso que dió el alcalde de Móstoles en 1808 á las provincias del mediodia, disfrutaba de buen concepto entre los ilustrados, realzado ahora con su presentacion en Cádiz. Pues si bien tornó á Madrid de Francia con la correspondiente licencia de la policía, y bajo el pretexto de continuar una traduccion que habia empezado años antes del Columela, mantuvo intacta su reputacion y aun la acreció con haber usado de aquel ardid solo para correr á unirse al gobierno legítimo. No obstante los que tuvieron ocasion de tratarle á su llegada á Cádiz advirtieron la gran repugnancia que le asistia en aprobar las innovaciones hechas, y su inalterable apego á rancias doctrinas y á la gobernacion de los consejos, tan opuestos á las córtes y sus providencias. Por eso desconfiando de él la parcialidad reformadora no pensó en nombrarle, sino que al contrario fijó sus miras en Don Pedro Gomez Labrador, á quien se reputaba hombre firme despues de las conferencias de Bayona, en las que, segun dijimos, tuvo intervencion, y se le creia ademas sugeto de luces é inclinado á ideas modernas; principalmente viendo que le sostenian sus antiguos condiscípulos de la universidad de Salamanca, de que varios eran diputados, y alguno como Don Antonio Oliveros tan amigo suyo que meses antes anduvo allegando dineros en Cádiz para facilitarle la evasion y el costo del viage. El tiempo probó lo errado de semejante juicio.

Disputóse de consiguiente la eleccion; pero vencieron en fin los antireformadores, quedando electo regente, aunque por una mayoría cortísima, Don Juan Perez Villamil, quien tomó posesion de su dignidad el 29 de setiembre de este año de 1812. La experiencia acreditó muy luego que el partido liberal no se habia equivocado en el concepto que de él formara, bien que al prestar Villamil en el seno de las córtes el juramento debido, manifestó entre otras cosas * : « que le « alentaba la confianza de que le facilitaria su desem- « peño en tan ardua carrera el rumbo señalado ya de un modo « claro y distinto por los rectos y luminosos principios del admi- « rable código constitucional que las córtes acababan de dar á la « nacion española. » Expresiones que salieron solo de los labios, y cuya falsía no tardó en mostrarse.

Jura Villamil. (* Ap. n. 8.)

Volvamos á Valencia. Allí en medio de la afliccion que produjo el desastre de Castella, repusiéronse los ánimos con la pronta llegada de la expedicion anglo-siciliana ya enunciada. Habia salido de Palermo en junio: constaba de 6,000 hombres sin caballería á las órdenes del teniente general Tomas Maitland, y la convoyaban buques de la escuadra inglesa del Mediterráneo, bajo el mando del contra-almirante Hallowell. Arribó á Mahon á mediados del propio mes. Debia reunírsele, como lo veri-

Expedicion anglo-siciliana.

ficó, la division que formaba en Mallorca el general Whittingham, de composicion muy varia y no la mas escogida, cuya fuerza no pasaba de 4,500 hombres. Se le junta la division de Whittingham. Tomadas diferentes disposiciones, y juntas todas las tropas, salió de nuevo la expedicion á la mar en los últimos dias de julio, y ancló el 1° de agosto en las costas de Cataluña hácia la boca del Tordera.

Dió señales Maitland de querer desembarcar, pero dejó de realizarlo, conferenciado que hubo con Eroles, quien se acercó allí autorizado por el general en gefe Don Luis Lacy. Temian los gefes del principado no llamase sobradamente la atencion del enemigo la presencia de aquellas fuerzas, en especial siendo inglesas, y preferian continuar guerreando solos como hasta entonces, á recibir auxilio extraño; por lo cual aconsejaron á Maitland dirigiese el rumbo á Alicante, cuya plaza pudiera ser amenazada despues de lo acaecido en Castalla. Parecióronle fundadas al general inglés las razones de los nuestros, y levando el ancla surgió el 9 de agosto con su escuadra en Alicante, saltando sus tropas en tierra al dia siguiente. Desembarca la expedicion en Alicante.

A poco, saliendo los aliados de aquel punto, avanzaron, y Suchet juzgó prudente reconcentrar sus fuerzas al rededor de San Felipe de Játiva, en cuya ciudad estableció sus cuarteles, engrosado con gente suya de Cataluña, y con dos regimientos que de Teruel le trajo el general Paris. Levantó en San Felipe obras de campaña, y construyó sobre el Júcar cerca de Alberique un puente de barcas. Era su propósito no retirarse sin combatir, á no ser que le atacasen superiores fuerzas. Algunas maniobras y sucesos.

Pudieron luego desvanecerse cualesquiera recelos que le inquietaran, porque el 19 volvieron á replegarse los aliados sobre Alicante, noticiosos de que se acercaba al reino de Valencia José con su ejército del centro. Súpolo Suchet el 23, y mas alentado mandó al general Harispe que se adelantase camino de Madrid para facilitar los movimientos del intruso. El 25 estaban ya reunidos todos, verificando en breve lo mismo, aunque muy mal parado, el general Maupoint, quien saliendo de Madrid con un regimiento de línea y algunos húsares, y habiendo libertado en su paso á Valencia la guarnicion de Cuenca estrechada de los nuestros, vióse acometido cerca del rio Utiel por Don Pedro Villacampa, y deshecho con pérdida de 2 cañones, de los bagajes y de mas de 300 hombres.

Las fuerzas que traia José se componian de las divisiones de los generales d'Armagnac y Treilhard, de muchos destacamentos y depósitos de los ejércitos suyos de Portugal, del centro y del mediodía, de la division de Palombini, y de algunos cuerpos españoles á su servicio, inclusa su guardia real, ascendiendo la totalidad á unos 12,000 combatientes. Los militares Entra José en Valencia.

inválidos, los empleados y los que seguian á aquel ejército por sus compromisos aumentaban mucho la cuenta, subiendo el consumo á 40,000 raciones de víveres, y á 10,000 de paja y cebada. José entró en Valencia el 26 de agosto, esmerándose el mariscal Suchet en el recibo que le preparó.

Llega Soult al reino de Valencia.

Acrecidos en tan gran manera por esta parte los medios del enemigo, dificultoso era tomasen los aliados la ofensiva, y así muchas de sus fuerzas mantuviéronse en Alicante; otras emprendieron acometimientos y correrías hácia la Mancha, en donde se juntaron con el general Hill: obligaban las circunstancias á obrar cada dia mas precavidamente. El mariscal Soult habia ido adelantándose hácia el reino de Valencia por el camino de Ciézar, despues de haber pasado el Segura en Calasparra. Su ejército habia padecido bastante; pues aunque no le molestaron los españoles, desamparando los moradores sus hogares, le escasearon mucho los mantenimientos y demas auxilios.

Púsose este en comunicacion el 2 de octubre con los ejércitos de Suchet y el centro, ocupando las estancias de Yecla, Albacete, Almansa y Jorquera. Pidió el mariscal Soult al rey José unos dias de reposo, indispensable para sus tropas harto cansadas, y conveniente para meditar con detencion el plan que debia adoptarse en dias apurados como los que corrian.

Entre tanto aquel mariscal no dejó ociosa una parte de su ejército, pues dió órden á Drouet, conde d'Erlon, gefe del quinto cuerpo y ahora tambien de la vanguardia, de que se apoderase del castillo de Chinchilla, antiguo y de poco valer, guarnecido por 200 hombres que capitaneaba el teniente coronel de ingenieros Don Juan Antonio Cearra. En 3 de octubre embistieron los franceses el recinto, y abrieron brecha al cabo de pocos dias. Mantúvose el gobernador sordo á las propuestas que se le hicieron de rendirse, insistiendo en su negativa, hasta que el dia 8 tuvo la mala suerte de que cayese un rayo y le hiriese, matando ó lastimando á unos 50 de sus soldados. Forzoso se hizo entonces el capitular; pero se verificó con honor, y dejando sin mancilla el lustre de nuestras armas.

Acomete Drouet al castillo de Chinchilla.

Le toma.

En los primeros dias de setiembre habia tomado el mando del segundo y tercer ejército, como sucesor de Don José Odonell, el general Don Francisco Javier Elio, de vuelta á España del mando que vimos se le habia dado en el Rio de la Plata. Aunque su llegada no influyese notablemente en mejorar las operaciones de aquel distrito, no dejaron por eso de realizarse con ventaja algunas excursiones, sobre todo las ya indicadas de la Mancha que capitaneó el mismo Elio, en donde se recobró el 22 de setiembre el castillo de Consuegra, que tenia 290 hombres de guarnicion, despues de siete dias de resistencia esfor-

Elio sucede á Don José Odonell en el mando del segundo y tercer ejército.

Excursiones suyas en la Mancha.

zada. Suceso este con otros parecidos que molestaban al francés, no parando sin embargo en ellos su principal consideracion, fija en los acontecimientos mas generales de los ejércitos aliados de Castilla; por los que vislumbrando el mariscal Suchet los peligros á que se hallaria expuesto mas adelante, redobló su cuidado ya tan vivo, fortificando varios pasos y avituallando y mejorando las plazas fuertes. Ni desatendió la ciudad misma de Valencia, en donde entre otros preparativos y defensas dispuso aislar el edificio de la aduana vasto y sólido, derribando una iglesia que le dominaba, y colocando ademas unos morteros que infundiesen respeto en la poblacion, caso de que intentara desmandarse. Llevaba Suchet la mira, al tomar estas providencias, no solo de repeler cualquier ataque del ejército aliado y de enfrenar á los habitadores, sino tambien la de conservar ciertos puntos que le ofreciesen mayor comodidad de reconquistar la provincia, si las vicisitudes de la guerra le obligasen á evacuarla momentáneamente.

Medidas de precaucion de Suchet.

No fueron por este tiempo de mayor entidad comparadas con las de ambas Castillas y Andalucía, las ocurrencias de las otras provincias del mando del mariscal Suchet, como lo eran Aragon y Cataluña. Incesantes peleas, reencuentros, sorpresas difíciles de relatar, si bien inquietadoras para el enemigo, fueron el entretenimiento afanoso y bélico de aquellas comarcas. Y la regencia, deseosa de darle impulso, multiplicando focos de resistencia, nombró comandante general de Aragon á Don Pedro Sarsfield, á cuyo reino pasó este desde Cataluña acompañado de algunos cuadros del ejército bien aguerridos y disciplinados. En su primera incursion avanzó Sarsfield á Barbastro, entró en la ciudad el 28 de setiembre, y se hizo dueño de los muchos repuestos que habia acopiado allí el enemigo. En los otros meses hasta fin del año este gefe, Mina y otros partidarios desasosegaron mucho al enemigo por la izquierda del Ebro, y por la derecha Gayan, Villacampa, y en ocasiones Duran, el Empecinado y diversos caudillos no cesaron de maniobrar poniendo en aprieto en diciembre á los que guarnecian el castillo de Daroca, y en mucho riesgo de perderse al general Severoli al frente de una columna bastante considerable. Zaragoza misma, en donde continuaba mandando el general Paris, estuvo á punto mas de una vez de caer en manos de los españoles.

Sucesos de Aragon.

En Cataluña procuraba Don Luis Lacy que no se abatiese el valor de los habitantes, dando pábulo al ardimiento comun en cuanto lo consentian sus recursos, cada dia mas limitados con la pérdida de las plazas fuertes y principales puertos, y no teniendo apenas otro abrigo ni apoyo mas que el de la lealtad y constancia catalanas.

Sucesos en Cataluña.

Eroles, Manso, Milans y otros gefes sostenian la lucha con el

mismo brio que antes; favoreciendo las empresas siempre que eran del lado de la costa el comodoro inglés Codrington, que surcaba por aquellos mares, é incendió y cogió varios buques surtos en el puerto de Tarragona. Frecuentemente encrueleciase la guerra por ambas partes, sin haber causa fundada que disculpase encarnizamiento tan porfiado. Era sin embargo por lo comun primer móvil de los rigores mas inhumanos el gobernador francés de Lérida Henriod, en otra ocasion citado, á cuyas demasias respondia y á veces con sobras Don Luis Lacy. Cierto que inquietaban con razon á los franceses continuadas tramas; mas un leve indicio, una delacion infame ó una mera cavilacion bastaban á menudo para sumir en calabozos y aun para llevar al cadalso á respetables ciudadanos. Nos inclinamos á contar en las de este número una conspiracion preconizada por el general Decaen, que dió lugar á la prision del comerciante de Barcelona Don José Baiges y de otros 22 individuos. Imputábaseles el crímen de querer envenenar la guarnicion entera de aquella plaza: atrocidad que á ser cierta hubiera merecido un ejemplar castigo; pero á la cual no dió crédito Don Luis Lacy, y la conceptuó invencion de la malevolencia, ó traza buscada de intento para deshacerse de los que por su patriotismo y arrojo causaban sombra á los invasores y sus secuaces: razon que le impelió á publicar con toda solemnidad un decreto mandando tratar con la misma severidad con que fuesen tratados los últimamente perseguidos en Barcelona á otro igual número de prisioneros franceses. La amenaza impidió se verificasen posteriores procedimientos por ambas partes; y duélenos ver empleados á guerreros ilustres en retos tan carniceros é impropios de la noble profesion de las armas.

Situacion de Lord Wellington en Castilla la Vieja.

Páginas mas gloriosas, si bien deslustradas alguna vez, va ahora á desdoblar la historia, refiriendo las campañas sucesivas de Lord Wellington, importantes y de pujanza para acabar de afianzar la libertad española. Recordará el lector que anunciamos en otro lugar haber salido aquel caudillo de Madrid el 1° de setiembre con direccion á Arévalo, en donde habia mandado reunir sus principales fuerzas. Le acompañaron en sus marchas las divisiones de su ejército primera, quinta, sexta y séptima, quedando en Madrid y sus cercanías la tercera con la ligera y cuarta.

Avanza á Búrgos.

Al aproximarse los anglo-portugueses evacuaron los enemigos á Valladolid, cuya ciudad habian ocupado de nuevo, entrando Clausel en Búrgos ya de retirada el 17 del propio setiembre. No continuó este mandando su gente largo tiempo, pues reuniéndosele luego que salió de Búrgos el general Souham con 9,000 infantes del ejército del Norte, se encargó al último la direccion en gefe de toda esta fuerza.

Habian proseguido su movimiento las tropas aliadas, y el 16 juntó-

seles el sexto ejército español entre los pueblos de Villanueva de las Carretas, Pampliega y Villazopeque. Capitancábalo Don Francisco Javier Castaños, y habíase ocupado mucho en su organizacion y mejora el general gefe de estado mayor Don Pedro Agustin Ciron. Constaba su fuerza de unos 16,000 hombres, segun arriba indicamos.

Se le reune el sexto ejército español.

Pisaron los aliados las calles de Búrgos el 18 de setiembre, acogiéndolos el vecindario con las usuales aclamaciones, turbadas un instante por desmanes de algunos guerrilleros que no tardó en reprimir Don Miguel de Alava.

Entran los aliados en Búrgos.

El 19 procedieron los aliados á embestir el castillo de Búrgos, circuido de obras y nuevas fortificaciones. Para ello colocaron una division á la izquierda del Arlanzon, é hicieron que otras dos con dos brigadas portuguesas vadeasen este rio y se aproximasen á los fuertes, arrojando á los enemigos de unas flechas avanzadas. Situóse en el camino real lo demas del ejército para cubrir el ataque.

Atacan el castillo.

En la antigüedad era este castillo robusto, magestuoso, casi inaccesible; y fortaleciólo en gran manera Don Enrique II, el de las mercedes: arruinándose los muros notablemente en la resistencia empeñada que dentro de él, y contra los Reyes católicos, hizo la bandería que llevaba el nombre del rey de Portugal. Mandóle no obstante reedificar la reina Doña Isabel, y todavía se mantenia en pie cuando por los años de 1756 un cohete tirado de la ciudad en una fiesta le prendió fuego, sin que nadie se moviese á apagar las llamas, cuya voracidad duró algunos dias. Domina el castillo los puntos y cerros que se elevan en su derredor, excepto el de San Miguel, del que le divide una profunda quebrada, y en cuya cima habian construido los franceses un hornabeque muy espacioso. Los antiguos muros del castillo eran bastante sólidos para sostener cañones de grueso calibre, y en una de las principales torres levantaron los franceses una batería acasamatada. Dos líneas de reductos rodeaban la colina, dentro de las cuales quedaba encerrada la iglesia de la Blanca, edificio mas bien embarazoso que propio para la defensa. Componíase la guarnicion de 2 á 3,000 hombres, y la mandaba el general Du Breton.

Fiados los ingleses en su valor y en los defectos que notaron en la construccion de las obras, resolvieron tomarlas por asalto unas tras otras, empezando por el hornabeque de San Miguel, enseñoreador de todas ellas. Consiguieron apoderarse de este recinto en la noche del 19 al 20 de setiembre, si bien á costa de sangre, y con la desventura de no haber podido impedir la escapada furtiva de la guarnicion francesa, que se acogió al castillo, cuyas murallas pensaron los aliados acometer inmediatamente, casi seguros de coronar luego con sus armas hasta las almenas mas elevadas.

Pero frustrándoseles sus esperanzas, dásenos vagar para que re-

Nombran las córtes general en gefe á Lord Wellington.

firamos lo que ocurrió con motivo de una medida tomada por las córtes en este tiempo, que, aunque motejada de algunos, fue en la nacion universalmente aplaudida. Queremos hablar del mando en gefe de los ejércitos españoles conferido á Lord Wellington. Vimos en un libro anterior la resistencia de las córtes en acceder á los deseos de aquel general, que por el conducto de su hermano sir Enrique Wellesley habia pedido el mando de las provincias españolas *limítrofes* de Portugal. Pareció entonces prematuro el paso por la sazon en que se dió, y por no concurrir todavía en la persona del Lord Wellington condiciones suficientes que coloreasen la oportunidad de la medida. Mas orlada ahora la frente de aquel caudillo con los laureles de Salamanca, y con los que le proporcionaron las inmediatas y felices resultas de tan venturosa jornada, habian cambiado las circunstancias: juzgando muchos que era llegado el tiempo de poner bajo la mano firme, vigorosa y acreditada de Lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, la direccion de todos los ejércitos españoles; mayormente cuando se hallaba ya á la cabeza de las tropas británicas y portuguesas, convertidas por sus victorias en principal centro de las operaciones activas y regulares de la guerra. Tomó cuerpo el pensamiento que rodaba por la mente de hombres de peso, entre varios diputados, aun de aquellos que antes habian esquivado la medida, y que siempre se mostraban hoscos á intervenciones extrañas en los asuntos internos. El diputado por Asturias Don Andrés Angel de la Vega, afecto á estrechar la alianza inglesa, apareció como primer apoyador de la idea, ya por las felices consecuencias que esperaba resultarian para la guerra, ya por estar persuadido de que cualquiera mudanza política en España, intrincada selva de intereses opuestos, necesitaba para ser sólida de un arrimo extraño, no teniéndole dentro; y que este debia buscarse en Inglaterra, cuya amistad no comprometia la independencia nacional, como sucedia entonces con Francia, sujeta á un soberano que no soñaba sino en continuas invasiones y atrevidas conquistas.

Al Don Andrés Angel agregáronsele Don Francisco Ciscar, Don Agustin de Argüelles, Don José María Calatrava, el conde de Toreno, Don Fernando Navarro, Don José Mejía, Don Francisco Golfin, Don Juan María Herrera y Don Francisco Martinez de Tejada. Juntos todos estos examinaron la cuestion con reserva y detenidamente; decidiendo al cabo formalizar la propuesta ante las córtes, en la inteligencia que se verificase en sesion secreta, para evitar, si aquella fuese desechada, el desaire notorio que de ello se seguiria á Lord Wellington, y tambien la publicidad de cualquiera expresion disonante que pudiera soltarse en el debate y ofender al general aliado, con quien entonces mas que nunca tenia cuenta mantener buena y sincera correspondencia. No ignoró el ministro inglés nada de lo que se trataba: dió su asenso y aun suministró

apuntes acerca de los términos en que convendria extender la gracia; mas sin provocar su concesion ni acelerarla por vivo que fuese su deseo de verla realizada.

Encargóse Don Francisco Ciscar, diputado por Valencia, de presentar la proposicion por escrito, firmada por los vocales ya expresados. No encontró la medida en las córtes resistencia notable, preparado ya el terreno. Hubo con todo quien la rechazase, en particular varios diputados de Cataluña, y entre ellos Don Jaime Creux, mas adelante arzobispo de Tarragona, é individuo en 1822 de la que se apellidó regencia de Urgel. Nació principalmente esta oposicion del temor de que se diesen ensanches en lo venidero al comercio británico en perjuicio de las fábricas y artefactos de aquel principado, en cuya conservacion se muestran siempre tan celosos sus naturales. Mañosamente usó de la palabra el señor Creux, mirando la cuestion por diversos lados. Dudaba tuviesen las córtes facultades para dispensar á un extrangero favor tan distinguido; añadiendo que la propuesta debia proceder de la regencia, única autoridad que fuese juez competente de la precision de acudir á semejante y extremo remedio, y no dejando tampoco de alegar en apoyo de su dictámen lo imposible que se hacia sujetar á responsabilidad á un general súbdito de otro gobierno, y obligado por tanto á obedecer sus superiores órdenes. Razones poderosas contra las que no habia mas salida que la de la necesidad de aunar el mando, y vigorizarle para poner pronto y favorable término á guerra tan funesta y prolongada.

Convencidas de ello las córtes, aprobaron por una gran mayoría la proposicion de Don Francisco Ciscar y sus compañeros, resolviendo asimismo que la regencia manifestase el modo mas conveniente de éxtender la concesion, con todo lo demas que creyese oportuno especificar en el caso. Evacuado este informe, dieron las córtes el decreto siguiente. « Siendo indispensable para la mas « pronta y segura destruccion del enemigo, que haya unidad en « los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península, « y no pudiendo conseguirse tan importante objeto, sin que un « solo general mande en gefe todas las tropas españolas de la « misma, las córtes generales y extraordinarias, atendiendo á la « urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las ar- « mas aliadas, y las favorables circunstancias que van acelerando « el deseado momento de poner fin á los males que han afligido á « la nacion; y apreciando en gran manera los distinguidos talentos « y relevantes servicios del duque de Ciudad Rodrigo, capitan ge- « neral de los ejércitos nacionales, han venido en decretar y decre- « tan: Que durante la cooperacion de las fuerzas aliadas en de- « fensa de la misma Península, se le confiera el mando en gefe de « todas ellas, ejerciéndole conforme á las ordenanzas generales, « sin mas diferencia que hacerse, como respecto al mencionado

« duque se hace por el presente decreto, extensivo á todas las pro-
« vincias de la Península cuanto previene el artículo 6°, título 1°,
« tratado 7° de ellas : debiendo aquel ilustre caudillo entenderse
« con el gobierno español por la secretaría del despacho universal
« de la guerra. Tendrálo entendido la regencia del reino, etc.
« Dado en Cádiz á 22 de setiembre de 1812. »

Incidentes que ocurren en este negocio.

Con sumo reconocimiento y agrado recibió la noticia Lord Wellington, contestando en este sentido desde Villatoro con fecha de 2 de octubre; mas expuso al mismo tiempo que antes de admitir el mando con que se le honraba, érale necesario obtener el beneplácito del príncipe regente de Inglaterra, lo que dió lugar á cierto retraso en la publicacion del decreto.

Motivó semejante tardanza diversas habillas, y aun siniestras interpretaciones y deslenguamientos, acabando por insertar á la letra el decreto de las córtes un periódico de Cádiz intitulado la Abeja. Dióse por ofendida de esta publicacion la regencia, temiendo se la tachase de haber faltado á la reserva convenida; y por lo mismo trató de justificarse en la Gaceta de oficio : otro tanto hizo la secretaría de córtes, como si pudiera nadie responder de que se guardase secreto en una determinacion sabida de tantos, y que habia pasado por tantos conductos. Se enredó sin embargo el negocio á punto de entablarse contra el periódico una demanda judicial. Cortó la causa el diputado Don José Mejía, quien á si propio se denunció ante las córtes como culpable del hecho, si culpa habia en dar á luz un documento conocido de muchos, y con cuya publicacion se conseguia aquietar los ánimos sobrado alterados con las voces esparcidas por la malevolencia, y aumentadas por el misterio mismo que se habia empleado en este asunto. Hubo quien quiso se hiciesen cargos al diputado Mejía, graduando su proceder de abuso de confianza. Las córtes fallaron lo contrario, bien que despues de haber oido á una comision, y suscitádose debates y contiendas. Livianos incidentes en que se descarrian con frecuencia los cuerpos representativos, malgastando el tiempo tanto mas lastimosamente, cuanto en discusiones tales toman parte los diputados de menor valía, aficionados á minucias y personales ataques.

Envió entre tanto Lord Wellington su aceptacion definitiva en virtud del consentimiento alcanzado del príncipe regente, y las córtes dispusieron que se leyese en público el expediente entero, como se verificó en la sesion del 20 de noviembre, cesando con esto las dudas y el desasosiego, y quedando asi satisfecha la curiosidad de la muchedumbre.

No faltaron sin embargo personas, aunque contadas, que censuraban acerbamente la providencia. Los redactores del Diario mercantil de Cádiz, socolor de patriotas, alzaron vivo clamor, reprendiendo de ilegal el decreto de las córtes. Eran eco de los parciales

del gobierno intruso, y de la ambicion inmoderada de algunos gefes.

Desobediencia de Ballesteros.

Acaudillaba á estos en su descontento Don Francisco Ballesteros [1], quien abiertamente trató de desobedecer al gobierno. Capitan general de Andalucía, encontrábase á la sazon en Granada al frente del cuarto ejército, y mal avenido en todos tiempos con el freno de la subordinacion, gozando de cierta fama y popularidad, parecióle aquella acomodada coyuntura de ensanchar su poder y dar realce á su nombre, lisonjeando las pasiones del vulgo, opuestas en general al influjo extrangero. Descubrió á las claras su intento en un oficio dirigido al ministro de la guerra con fecha 23 de octubre, en cuyo contenido, haciendo inexacta y ostentosa reseña de sus servicios en favor de la causa de la independencia antes y despues del 2 de mayo de 1808, que se hallaba en Madrid, y no hablando con mucha mesura de la fe inglesa, requeria que antes de conferir el mando á Lord Wellington, se consultase en la materia á los ejércitos nacionales y á los ciudadanos, y que si unos y otros consintiesen en aquel nombramiento, él aun asi, y de todos modos se retiraria á su casa, manifestando en eso que solo el honor y bien de su pais le guiaban, y no otro interes ni mira particular. Dañoso tan mal ejemplo, si hubiera cundido, no tuvo afortunadamente seguidores, á lo que contribuyó una pronta y vigorosa determinacion de la regencia del reino, la cual resolviendo separar del mando á Ballesteros, envió á Granada para desempeñar este encargo al oficial de artillería Don Ildefonso Diaz de Ribera, hoy conde de Almodóvar, el cual ya conocido en el sitio de Olivenza, habia pasado últimamente á Madrid á presentar de parte del gobierno á Lord Wellington las insignias de la órden del Toison de oro. Iba autorizado Ribera competentemente con órdenes firmadas en blanco para los gefes, y de las que debia hacer el uso que juzgase prudente. Era segundo de Ballesteros Don Joaquin Virués, y á falta del general en gefe recaia en su persona el mando segun ordenanza; mas no conceptuándose sugeto apto para el caso, echóse mano del príncipe de Anglona, de condicion firme y en sus procederes atinado, quien todavía se mantenia en Granada, si bien pronto á separarse de aquel ejército, disgustado con Ballesteros por sus demasías. Avistáronse el príncipe y Ribera, y puestos de acuerdo, llevaron á cumplido efecto las disposiciones del gobierno supremo. Para ello apoyáronse particularmente en el cuerpo de guardias españolas, sucediendo que las otras tropas, aunque muy entusiasmadas por Ballesteros, luego que vislumbraron desobedecia este á la

Se le separa del mando.

[1] Hemos escrito siempre el apellido de *Ballesteros* con *B*, con arreglo á la verdadera ortografía de su procedencia seguida por todos los periódicos de aquel tiempo. Sin embargo, este general se firmaba *Vallesteros* con *V*.

regencia y las córtes, abandonáronle y le dejaron solo. Intentó Ballesteros atraerlas, pero desvaneciéndosele en breve aquella esperanza, sometióse á su adversa suerte, y pasó á Ceuta, á donde se le destinó de cuartel. En el camino no se portó cuerdamente, dando ocasion con sus importunas reclamaciones, tardanzas y desmanes á que no se desistiese de proseguir contra él una causa ya empezada, la cual á dicha suya no tuvo éxito infausto, tapando las faltas hasta el mismo príncipe de Anglona, quien en su declaracion favoreció á Ballesteros generosamente. La regencia sin embargo graduó el asunto de grave, y publicó con este motivo en diciembre un manifiesto especificando las razones que habia tenido presentes para separar del mando del cuarto ejército á aquel general de suyo insubordinado y descontentadizo siempre. Cierto que la popularidad de que gozaba Ballesteros, y el atribuir muchos su desgracia al ardiente deseo que le asistia de querer conservar intactos el honor y la independencia nacional, eran causas que reclamaban la atencion del gobierno para no consentir se extraviase sin defensa la opinion pública. Adornaban á Ballesteros, valeroso y sobrio, prendas militares recomendables en verdad, mas oscurecidas algun tanto con sus jactancias y con el prurito de alegar ponderados triunfos que cautivaban á la muchedumbre incauta. Creíala dicho general tan en favor suyo, que se imaginó no pendia mas de tener universal séquito cualquiera opinion suya, que de cuanto él tardase en manifestarla. Pone tambien maravilla que hubiera quien sustentase que en conferir el mando á Wellington se comprometia el honor y la independencia española. Peligra esta y se pierde aquel, cuando un pais se expone irreflexivamente á una desmembracion, ó concluye estipulaciones que menoscaban su bienestar ó destruyen su prosperidad futura. En la actualidad ni asomo habia de tales riesgos, y cuando estos no amagan, todos los pueblos en parecidos casos han solido depositar su confianza en caudillos aliados. La Grecia antigua vió á Temístocles sometido al general de Esparta tan inferior á él en capacidad y militares aciertos. Capitaneó Vendôme las armas aliadas hispano-francesas en la guerra de sucesion, y en nuestros dias el mismo Wellington ha tenido bajo sus órdenes los ejércitos de las principales potencias de Europa, sin que por eso resultase para ellas desdoro ni mancilla alguna.

Continua el sitio del castillo de Burgos.

A la insubordinacion y desobediencia de Ballesteros acompañó tambien el malograrse la toma del castillo de Búrgos. Dejamos allí á los ingleses dueños del hornabeque de San Miguel, preliminar necesario para continuar las demas acometidas. Establecieron en seguida una batería por el lado izquierdo del hornabeque, decidiendo Lord Wellington, aun antes de concluirla, escalar el recinto exterior en la noche del 22 al 23 de setiembre. Frustróse la tentativa, y entonces hi-

cieron resolucion los anglo-portugueses de continuar sus trabajos, queriendo derribar por medio de la mina los muros enemigos. Abrieron al efecto una comunicacion que arrancaba del arrabal de San Pedro, y convirtieron en una paralela un camino hondo colocado á 50 varas de la línea exterior. En la noche del 29 jugó con poco fruto la primera mina, siendo rechazados los aliados en el asalto que intentaron. No por eso desistieron todavía de su empresa, y con diligencia practicaron una segunda galería de mina, tambien enfrente del arrabal de San Pedro. Lista ya esta el 4 de octubre, se puso fuego al hornillo: habíase apenas verificado la explosion cuando ya coronaban las brechas las columnas aliadas. Fue en el trance gravemente herido el teniente coronel de ingenieros Jones, diligente autor de los sitios de estas campañas.

Alojados los ingleses en el primer recinto, comenzaron á cañonear el segundo, y á practicar al propio tiempo un ramal de mina que partia desde las casas cercanas á San Roman, antes iglesia, ahora almacen de los franceses. La estacion mostrábase lluviosa é inverniza, y las balas de á 24 no dejaban ya de escasear para los sitiadores. Sin embargo juzgando estos accesible la brecha del segundo recinto, le asaltaron el 18 de octubre, mas con éxito desgraciado y á punto que los desalentó en gran manera. Por eso, y porque los movimientos del enemigo ponian en cuidado á Lord Wellington, determinó este descercar el castillo, como lo verificó el 22 del propio mes á las cinco de la mañana, sin conseguir tampoco, segun intentó, la destruccion del hornabeque de San Miguel. Descércanle los aliados.

Bien preparados los ingleses hubieran debido tomar los fuertes de Búrgos en el espacio de solo ocho dias. Disculparon su descalabro con la falta de medios, y con no haber calculado bastantemente la resistencia con que encontraron. Mas entonces ¿para qué emprender un sitio tan inconsideradamente?

Eran de gravedad los movimientos que forzaron á Lord Wellington á alejarse de Búrgos. Verificábanlos los ejércitos franceses del mediodía y centro y los llamados de Portugal y el norte. Los primeros pusiéronse en marcha luego que en Fuente la Higuera celebró el rey José una conferencia con los mariscales Jourdan, Soult y Suchet. Hizo este grandes esfuerzos para que no se evacuase á Valencia, y lo consiguió; revolviendo solo sobre Madrid por Cuenca y por Albacete las tropas de los otros mariscales. Movimientos de los franceses.

Creian los franceses trabar refriega en el tránsito con sir Rowland Hill, quien despues de su venida de Extremadura manteníase á orillas del Tajo en Aranjuez y Toledo, engrosado con la fuerza anglo-portuguesa que compuso parte de la guarnicion de Cádiz durante el sitio, y con las tropas que trajo de Alicante Don Francisco Javier Elío, y ascendian á 6,000 infan- De José sobre Madrid.

tes, 1,200 caballos y 8 piezas de artillería que se situaron á la izquierda del ejército británico en Fuentidueñas. Mas advertido el general inglés de los intentos del ejército enemigo, avisóselo á Wellington, y poniéndose en camino de Madrid abandonó sus estancias y voló uno de los ojos del puente llamado Largo sobre el Jarama, en cuyas riberas dejó con algunas tropas al coronel Skerret.

Retiranse los aliados de Madrid.

Tuvo este allí un choque con el ejército de José que seguia la huella de sus contrarios, quienes de resultas desampararon del todo las orillas del Jarama. El general Hill pasó por Madrid el 31 de octubre; desocupó los almacenes de los franceses; hizo volar la casa de la China; destruyó las obras del Retiro, y recogiendo las divisiones que Lord Wellington habia dejado apostadas dentro y en los alrededores de la capital, continuó su viage y traspuso las sierras de Guadarrama dirigiéndose sobre Alba de Tórmes, con objeto de unirse á las demas fuerzas de su nacion que guerreaban en Castilla la Vieja. Acompañáronle las divisiones principales del quinto ejército español que trajera de Extremadura; mas no las del segundo y tercero que con Elío habian avanzado á la Mancha, y se le habian juntado las que tornaron á su respectivo distrito de Valencia y Murcia, cruzando el Tajo por el puente de Auñon, y dando lugar á que José avanzase á Madrid, para continuar ellas su marcha por los lindes de la provincia de Cuenca.

Estado triste de la capital.

Presentaba Madrid en aquellos dias penoso y melancólico aspecto. Las autoridades se habian alejado apresuradamente de la villa, y aun el ayuntamiento ya establecido constitucionalmente habiase quedado reducido á cuatro regidores por la huida de los otros. Hubieran sobrevenido gravísimos males sin

Don Pedro Sainz de Baranda.

la presencia de ánimo de Don Pedro Sainz de Baranda, y el sacrificio que hizo este de su persona. Respetable vecino de Madrid y tambien regidor, se puso al frente de todo, erigido en primera y única cabeza de la capital. Las disposiciones de Baranda fueron vigorosas y cuerdas, impidiendo con ellas se realizasen los desórdenes que amagaban, y eran de temer en una gran poblacion, sola y entregada á sí misma en circunstancias críticas y dolorosas.

Entra José en Madrid.

Entró José en Madrid á las dos de la tarde del 2 de noviembre. No fué su mansion larga ni duradera, pues de nuevo evacuó la capital el 7 del propio mes, no viéndose

Sale otra vez.

entonces los vecinos expuestos á la precaria suerte de pocos dias antes, por conocer ya el remedio á su desamparo. Baranda, que se habia recogido á su casa durante la breve permanencia de José en Madrid, fué repuesto en el ejercicio de sus facultades, y continuó portándose atinadamente, hallando recursos que satisficiesen los excesivos pedidos de varios guerrilleros que se

agolparon á la capital, y los del general Bassecourt, que el dia 11 pisó tambien sus calles.

Va José á Castilla la Vieja.

Enderezó su marcha José tras de los ingleses hácia Castilla la Vieja con intento de obrar mancomunadamente con sus ejércitos de Portugal y el norte. Lord Wellington, antes de levantar el sitio del castillo de Búrgos, previnose para no ser sorprendido por las masas enemigas que de encontrados puntos venian sobre sus huestes; y ya desde el 18 de octubre se situó en ademan de defenderse y de estar dispuesto para la retirada, colocando la derecha de su ejército anglo-hispano-portugués en Ibear sobre el Arlanzon, el centro en Mijaradas y la izquierda en Sotopalacios.

Movimiento de Wellington.

Avanzan á Castilla la Vieja los ejércitos franceses de Portugal y el norte.

A la propia sazon habian reunido los franceses sus fuerzas disponibles de los ejércitos de Portugal y el norte en Monasterio, empezando á avanzar el 20 á Quintanapalla, de donde tuvieron otra vez que replegarse flanqueándolos por su derecha sir Eduardo Paget. Wellington sin embargo no difirió levantar el sitio del castillo de Búrgos segun hemos visto; é hízolo con tal presteza que el enemigo no advirtió hasta tarde el movimiento de los aliados, quienes pudieron continuar retirándose sin molestia, y pasar tranquilamente el Pisuerga por Torquemada y Cordobilla. Varios batallones ligeros de caballería al mando de sir Stapleton Cotton, Don Julian Sanchez y alguna que otra partida española componian la retaguardia. El enemigo adelantándose trabó refriegas parciales con los aliados, cuyas tropas, colocadas á la márgen del Carrion, sentaron el 24 su ala derecha en Dueñas y su izquierda en Villamuriel. Por aqui se extendia el sexto ejército español á las órdenes del general Castaños, cuyo gefe de estado mayor era Don Pedro Agustin Giron. Habíansele agregado guerrillas y gente del séptimo ejército, como lo era la division de Don Juan Diaz Porlier. Atacó el enemigo la izquierda de los aliados sin fruto; hizo Wellington en seguida marchar alguna fuerza sobre Palencia con deseo de cortar los puentes del Carrion, pero malogrósele habiendo agolpado allí los franceses suficiente tropa que se lo estorbase.

Empieza Wellington á retirarse.

Maniobras de los ejércitos.

Pasó el enemigo aquel rio por Palencia, y hubo entonces Wellington de cambiar su frente, consiguiendo volar dos puentes que hay tambien sobre el Carrion en Villamuriel y cerca de Dueñas. No acertaron los aliados á destruir otro sobre el Pisuerga en Tariego, por donde cruzaron aquel rio los enemigos como tambien el Carrion, siguiendo un vado peones suyos y ginetes. Ordenó Wellington que se contuviese á los contrarios en su ataque, y se trabó una pelea en la que tuvieron parte los españoles. De estos el regimiento de Asturias ció un momento, y notándolo Don Miguel de Alava, que asistia al lado de Lord Wellington, se adelantó para

reprimir el desórden, y evitar que hubiese quiebra en la honra de las filas de sus compatriotas á la vista de tropas extrangeras. Intrépido Alava avanzó demasiadamente, y recibió una herida grave en la ingle. Pero los españoles entonces sin descorazonarse volvieron en sí y repelieron al enemigo, ayudándolos y completando la comenzada obra los de Brunswick, y el general Oswald con la quinta division de los aliados.

Luego cejó Lord Wellington repasando el Pisuerga por Cabezon de Campos. En la mañana del 27 apareció Souham, general en gefe del ejército enemigo, á cierta distancia, sin que intentase ningun ataque de frente, limitándose, segun se advirtió despues, á enviar destacamentos via de Cigales por su derecha para posesionarse del puente de Pisuerga en Valladolid, y colocarse así á espaldas del ejército aliado. Prolongaron los franceses su derecha aun mas allá el dia 28, siendo su intento enseñorearse del puente del Duero en Simancas; pero defendido este paso como el de Valladolid por el coronel Halkett y el conde Dalhousie, volaron los aliados el primer puente, y á prevencion tambien el de Tordesillas. Mas no bastándole á Lord Wellington estas precauciones, y temeroso de ser envuelto por su izquierda, se echó atras, y pasó el Duero por los pueblos de Puente Duero y Tudela, cuyos puentes voló lo mismo que el de Quintanilla y los de Zamora y Toro. Advertido Wellington de que los enemigos cruzando á nado el Duero habian caido de golpe sobre la guardia inglesa de Tordesillas, y que reparaban el puente para facilitar la comunicacion de ambas riberas, se encaminó al punto en donde se alojaba el ala izquierda, apostando el 30 sus tropas en las alturas que se elevan entre Rueda y Tordesillas. Nada sin embargo intentaron los enemigos por de pronto, contentándose con posesionarse nuevamente de Valladolid y Toro, y extenderse por la derecha de sus márgenes. Tampoco Wellington se movió antes del 6 de noviembre, ora por desistir el enemigo de su acosamiento, ora por ser necesario dar descanso á sus tropas y treguas al general Hill para que se le juntase. Aquel mismo dia llegó dicho general á Arévalo, y púsose en comunicacion con Wellington, quien le mandó proseguir sin tardanza su movimiento por Fontiberos sobre Alba de Tórmes. La marcha de Hill pecó de fatigosa por escasez de víveres, cuya falta se achacó al comisariato inglés, imprévido y mas cuidadoso á la sazon del interes propio que del de sus tropas. Tambien habia decaido algun tanto la virtud militar en las divisiones que mandaba Hill.

Repasa Wellington el Duero.

Uncsele Hill.

Wellington en Salamanca.

Aparejados ya los puentes de Tordesillas y Toro por el enemigo, no alargó mas tiempo Wellington su permanencia en las últimas estancias, colocándose el 8 de noviembre en las que antes habia ocupado frente de Salamanca. Pasó el mismo dia sir Rowland Hill el Tórmes por Alba, y guarneció el castillo.

Detenidos los franceses en recoger provisiones, y atentos á unirse con los ejércitos del mediodia y centro, como lo fueron verificando en estos dias, no molestaron á los aliados en sus marchas. Las fuerzas enemigas que se reunieron ahora ascendian á 80,000 infantes y 12,000 caballos, lo mas florido de lo que tenian en España, si no contamos algunas de las tropas de Suchet. Constaba el ejército aliado de 48,000 infantes y 5,000 caballos, y ademas 18,000 españoles, fuera de las guerrillas, y de la gente de Extremadura que venia con Hill.

Juntase José á los ejércitos suyos del norte y Portugal.

Comenzaron los enemigos á hacer ademan de atacar el 9 á los aliados por el lado de Alba, mas no se trabó pelea importante hasta el 14. En este dia vadearon los franceses el Tórmes por tres puntos, dos leguas por cima de Alba. Quiso Lord Wellington poner estorbos al paso del francés por aquel rio, pero siendo ya tarde y conociendo estar muy afianzados los enemigos en sus posiciones, determinó alejarse. Puso en ejecucion su pensamiento despues de haber recogido en la misma tarde del 14 las tropas suyas apostadas en las cercanías de Alba, y de haber destruido los puentes del Tórmes, ciñéndose á dejar en el castillo de aquella villa, palacio de sus duques, una guarnicion española de 300 hombres á las órdenes de Don José Miranda Cabezon.

Pasan los franceses el Tórmes.

Abandonó Wellington del todo el 15 las estancias de Salamanca, y partió distribuido su ejército en tres trozos que conservaban paralelas distancias, en cuanto lo consentia el terreno doblado de aquella comarca. Mandaba la primera columna el general Hill, la segunda ó centro sir Eduardo Paget; componian la tercera los españoles. Cruzaron todos el Zurguen, y acamparon por la noche en los olivares que lame el Valmuza, tributario del Tórmes. El tiempo lluvioso, las aguas rebalsadas en las tierras bajas, los víveres escasos, si bien se habia surtido al soldado de pan para seis dias, pero inútilmente por la relajacion de la disciplina sino en los casos de pelear. Los caballos desprovistos de forrage y pienso, teniendo que acudir para alimentarse á pacer la yerba ó á ramonear y descortezar los árboles. Desaprovecharon los franceses, asistidos como se hallaban de fuerzas superiores, esta oportunidad de introducir desórden y aumentar la turbacion en el ejército aliado.

Se retiran los ingleses vía de Portugal.

Permanecieron los nuestros al raso el 16 en un bosque á dos leguas de Tamámes. Al dia siguiente dirigieron su marcha por unos encinares, y detras el enemigo sin perder la huella de la retaguardia. Aqui pastaban unas piaras, y con ellas rompieron recia escaramuza los soldados asi españoles como ingleses y portugueses, echándose la culpa unos á otros: hubo ocasion en que el fuego indujo á error, creyendo ser lid con hombres la que solo lo era contra desdichados animales.

Desórden en la retirada.

El desconcierto que nacia de tales incidentes junto con lo pantanoso é intransitable de los caminos, y lo hinchado de los arroyos que desunian las divisiones ó columnas, fue causa de que resultase entre dos de ellas un espacioso claro. Disgustado sir Eduardo Paget, y deseoso de averiguar en qué consistia, cabalgó de una á otra, en sazon justamente en que se interponia entre las columnas separadas un cuerpo de caballería enemiga que, cayendo de repente sobre el general inglés, le hizo prisionero sin resistencia. Afortunadamente ignoraban los franceses la verdadera situacion de los aliados, sino otros perjuicios pudieran haberse seguido. Desde el Tórmes no hubo mas que cañoneo y escaramuza por ambas partes, con amago á veces de formalizarse campal batalla. Lord Wellington, cuya serenidad y presencia por do quiera alentaba y contribuia á que el soldado no diese suelta á su indisciplina, estableció en la noche del 18 sus cuarteles en Ciudad Rodrigo, y cruzando en los dias 19 y 20 el Agueda, pisó en breve tierra de Portugal. Los españoles se dirigieron por lo interior de este reino á Galicia; alojándose otra vez en el Vierzo el sexto ejército para rehacerse y prepararse á nuevas campañas. Tornó Porlier á Asturias, y las fuerzas de Extremadura que habian venido con Hill se acuartelaron durante el invierno en Cáceres y pueblos inmediatos; quedando cerca de Wellington pocos cuerpos y guerrillas, de las que algunas regolfaron otra vez á Castilla.

Cae prisionero el general Paget.

Entra Lord Wellington en Portugal.

Pasan á Galicia y Asturias el sexto ejército español y Porlier.

Entre tanto el gobernador de Alba de Tórmes Don José Miranda Cabezon, á quien encargó Wellington sustentar el punto, condújose dignamente: reanimando su espíritu, si menester fuera, la vista de aquellas paredes en donde se representaban todavía las principales batallas de que saliera vencedor en otro tiempo el inmortal duque de Alba Don Fernando Alvarez de Toledo. Solo Miranda, y ya lejos los ejércitos aliados, empezaron los enemigos á intimarle la rendicion. Respondió Miranda siempre con brio á los diversos requerimientos, no desperdiciando coyuntura de hacer salidas y coger prisioneros. Ocuparon luego los franceses los lugares altos para descubrir á los nuestros que se defendian bravamente detras de los muros, de las ruinas y parapetos del castillo. Asi continuaron hasta el 24 de noviembre, en cuya noche resolvió el gobernador evacuar aquel recinto, dejando solo dentro al teniente de voluntarios del Ribero, Don Nicolas Solar, con 20 hombres, 53 enfermos y 112 prisioneros hechos en las anteriores salidas. Ordenó á este su gefe sostener fuego vivo por algun tiempo para cubrir al sitiador la escapada de la guarnicion. Al ser de dia llegó Miranda con los suyos al Carpio, pero teniendo que andar por medio de los enemigos y de sus puestos avanzados, vióse obligado

Defensa honrosa del castillo de Alba de Tormes.

para evitar su encuentro á marchar y contramarchar durante los dias 25, 26 y 27, hasta que el 28, favorecido por un movimiento de los contrarios, y ejecutando una marcha rápida, se desembarazó de ellos, y se acogió libre al puerto del Pico. Antes de salir Miranda del castillo se correspondió con el general francés que le sitiaba, y en el último oficio díjole *: « Emprendo la salida « con mi *guarnicion*; si las fuerzas de V. S. me en- « contrasen, siendo compatibles, pelearemos en campo raso. Dejo « á V. S. el castillo con los enseres que encierra, particularmente « los prisioneros, á quienes he mirado con toda mi consideracion, « y omito suplicar á V. S. tenga la suya con el oficial, enfermos « y demas individuos que quedan á su cuidado, supuesto que sus « escritos me han hecho ver la generosidad de su corazon. » Celebró debidamente Lord Wellington el porte de Miranda, y tributáronle todos justas alabanzas. (* Ap. n. 9.)

Cuarteles de Wellington en Portugal.

Penetrado que hubo en Portugal el general inglés tomó cuarteles de invierno, acantonando su gente en una línea que se extendia desde Lamego hasta las sierras de Baños y Béjar, asi para proporcionarse vituallas con mayor facilidad, como para atalayar todos los pasos, y de manera que pudieran sus diferentes cuerpos reconcentrarse con celeridad y presteza. Los franceses por su parte tomaron varios rumbos y posiciones, esparciéndose por Castilla la Vieja á las órdenes de Souham y Caffarelly sus ejércitos de Portugal y el norte, y revolviendo sobre Castilla la Nueva, regidos siempre por el rey intruso y los mariscales Jourdan y Soult, los del centro y mediodía.

Divídense los franceses.

Vuelve José á Madrid.

En la tarde del 3 de diciembre entró de nuevo José en Madrid, enluteciéndose los corazones de los vecinos, comprometidos cada vez mas con idas y venidas de unos y otros, y abrumados de cargas y de no interrumpidas infelicidades y desventuras. Mandó no obstante el gobierno intruso que se iluminasen las casas por el espacio de tres dias en celebridad del retorno de su monarca, quien se mostró aun mas placentero y apacible que lo que tenia de costumbre. Las demostraciones de alegría apesadumbraban á los moradores en vez de divertirlos y entretenerlos, mirándolas como mofa de sus miserias: ocasion bastante, cuando no fuera ayudada de tantas otras, para que creciese la indignacion en los pechos.

Circular de Lord Wellington.

Repartidas las tropas británicas, segun hemos dicho, y aseguradas en sus puestos, pasó Wellington una circular á todos los comandantes de los cuerpos, notable por sus razones y oportunos reparos, y por inferirse tambien de su contexto el desarreglo y la insubordinacion á que habian llegado los soldados ingleses. « La disciplina del ejército de mi mando « (decia Wellington) en la última campaña ha decaido á tal punto,

« que nunca he visto ni leido cosa semejante. Sin tener por dis-
« culpa desastres ni señaladas privaciones..... Hanse come-
« tido desmanes y excesos de toda especie, y se han experimen-
« tado pérdidas que no debieran haber ocurrido..... »

Achacaba en seguida el general inglés muchas de estas faltas al descuido y negligencia de los oficiales en los regimientos, y prescribia atinadas reglas para aminorar el mal y destruirle en lo sucesivo. Produjo esta circular maravilloso efecto.

Pasa á Cádiz Lord Wellington.

Poco despues se trasladó Lord Wellington á Cádiz, á fin de concertarse con el gobierno español acerca de la campaña que debia abrirse en la primavera, y tambien para dar descanso y recreo al ánimo despues de tan continuadas fatigas.

Recibo lisonjero que se le hace.

Llegó Wellington á aquella ciudad el 24 de diciembre : y la regencia y las córtes, y los grandes y los vecinos, todos se esmeraron en su obsequio. Diéronle los regentes el 26 un convite espléndido, al que asistió una comision de las córtes. En correspondencia hizo otro tanto el embajador británico sir Enrique Wellesley, hoy Lord Cowley, hermano del general, con la singularidad de haber invitado á todos los diputados. Festejóle la grandeza de España, casi toda ella reunida en Cádiz, como muy adicta á la causa de la patria, celebrando un suntuoso baile á que concurrió lo mas florido y bello de la poblacion. Quisieron turbar la fiesta mal intencionados, ó gente enojada de no haber sido parte en el convite, escribiendo una carta anónima á la condesa-duquesa de Benavente, duquesa tambien viuda de Osuna, que por sus particulares respetos y elevadas circunstancias presidia la funcion : tratábase en su contenido de atemorizar á esta señora con el anuncio de que la cena estaba envenenada. Vislumbróse luego el objeto de tan falso y oficioso aviso, y lejos de alterarse la alegría, aumentóse, dando lugar tal incidente á donaires y chistosas agudezas. Otra casual ocurrencia hizo aquella noche subir mas de punto el comun gozo, y fue la noticia que entonces llegó de los desastres y completa ruina que iba sufriendo el ejército francés al retirarse de su campaña de Rusia : suaves recuerdos de hechos que presenciamos, tanto mas indelebles para nosotros, cuanto acaecieron en nuestra primera mocedad.

A tales diversiones y fiestas, grandes atendiendo á la estrecheza de los tiempos, nacidas todas del entusiasmo mas puro y desinteresado, acompañaron ciertas y honoríficas muestras de aprecio, dispensadas á la persona de Lord Wellington. Debe considerarse como notable la de una comision que nombraron las córtes para irle á cumplimentar á su casa luego de su arribo á Cádiz ; paso preparatorio de una nueva y mayor distincion con que se le honró.

Se le da asiento en las cortes.

Fue esta recibirle las córtes dentro de su mismo seno, y concederle asiento en medio de los diputados. Merced que Wellington tuvo en grande estima, como hijo de un

pais en cuyo gobierno tienen tanta parte los cuerpos representativos. Verificóse esta ceremonia el 30 de diciembre. Presidia las córtes Don Francisco Ciscar*. Leyó Lord Wellington un discurso sencillo en castellano, pero enérgico, realzando el vigor de las palabras el acento mismo aspirado y fuerte con que le pronunció. Respondióle el presidente de las córtes atinadamente, si bien de un modo algo ostentoso, y propio solo de los tiempos en que Alejandro Farnesio* y el duque de Feria dominaron en Francia, y dentro mismo de los muros parisienses. (* Ap. n. 10) (* Ap. n. 11.)

Varias disposiciones de la regencia.

No se crea que solo á ceremonias y apacibles entretenimientos se limitaron las ocupaciones de Lord Wellington en Cádiz. Otras disposiciones y acuerdos se tomaron enderezados á dar impulso á la guerra, é introducir mayor sencillez en la administracion. La regencia habia por este tiempo refundido en cuatro ejércitos de operaciones con dos de reserva los que antes se hallaban distribuidos en siete. Formaba el primero el de Cataluña, y se puso á las órdenes del general Copons y Navia. El segundo componíase del segundo y tercero de antes, y continuaba mandándole Don Francisco Javier Elio. El cuarto antiguo daba el ser al tercero nuevo, y á su frente el duque del Parque. Constaba el cuarto de ahora de los anteriores quinto, sexto y séptimo, y regíale el general Castaños. De los de reserva debia organizarse uno en Andalucía al cuidado del conde del Abisbal: otro en Galicia al de Don Luis Lacy. De esta fuerza 50,000 hombres tenian que maniobrar á las inmediatas órdenes de Lord Wellington. Tambien á instancia de la regencia promulgaron las córtes un* decreto con fecha 6 de enero del año entrante de 1813, en el que se deslindaban las facultades de los generales, de los gefes políticos y de los intendentes, con otras disposiciones dirigidas á destruir, ó por lo menos suavizar todo ludimiento ó roce de las autoridades entre sí; tratándose igualmente de mejorar la cuenta y razon, y toda la parte administrativa: asunto arduo de suyo, y mas en aquella sazon, fecunda en pretextos y disculpas que ofrecian los reveses y azares de la guerra misma.

Nueva distribucion de los ejércitos españoles.

(* Ap. n. 12)

Pasa Wellington á Lisboa.

En breve salió Lord Wellington de Cádiz y pasó á Lisboa, siendo acogido en los pueblos portugueses por donde transitó desde Yelbes hasta el Tajo con regocijos públicos y arcos de triunfo muy engalanados. Acorde en estos viages con los gobiernos de la Península, pudo sosegadamente prepararse á la ejecucion del plan de la campaña próxima, que pronosticaban dichosa los trofeos adquiridos entonces contra Napoleon, no menos en los templados y calurosos climas que bañan el Tórmes y el Manzanares, que en las frias y heladas regiones del Setentrion.

Se prepara á nuevas campañas.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

Las córtes. — Enagenacion de baldíos y propios. — Abolicion por las córtes del voto de Santiago. — Declárase patrona de España á santa Teresa de Jesus. — Españoles comprometidos con el gobierno intruso. — Decretos de las córtes sobre este asunto. — Mediacion inglesa para arreglar las desavenencias de América. — Tratado con Rusia. — Con Suecia. — Felicitacion de la princesa del Brasil Doña Carlota. — Nueva proposicion para nombrarla regenta. — Se rechaza. — Abolicion de la inquisicion. — Decreto de la abolicion de la inquisicion y manifiesto de las córtes. — Reforma de conventos y monasterios. — Mudanza de la regencia y sus causas. — Eleccion de nueva regencia. — Su instalacion en 8 de marzo. — Administracion de la regencia cesante. — Nuevo reglamento dado á la regencia. — Oposicion de prelados y cabildos á la publicacion de decretos sobre inquisicion. — Conducta del nuncio del papa. — Debates y resoluciones en las córtes sobre esta materia. — Causa formada á algunos canónigos de Cádiz. — Quejas de estos contra el ministro Cano Manuel. — Resolucion sobre ello y debates en las córtes. — Altercados con el nuncio, y su extrañamiento. — Disputa de precedencia con la Rusia.

Las córtes.

Tiempo es ya que volvamos á las córtes. En el que va corrido desde la primavera de 1812, tratáronse en ellas muchas y varias cuestiones. La de reducir á propiedad particular los terrenos de baldíos ó realengos, y los de propios y arbitrios de los pueblos, se empezó á ventilar en abril, y se prolongó hasta meses despues, interrumpida con otros debates. Al examinarla llevaron las córtes el propósito de fomentar la riqueza agrícola, aumentando el número de propietarios, atender al pago de una parte de la deuda pública, y premiar debidamente á los defensores de la patria.

Enagenacion de baldíos y propios.

Hubo sobre la utilidad de esta medida pareceres diversos. Quien la ensalzaba esperando de su favorable resolucion cuantiosos bienes; quien la deprimia no viendo en ella sino engaño con apariencias falaces. Porque creian muchos y no infundadamente que el atraso de la agricultura en España y la despoblacion de sus campos, no tanto pendia de los baldíos y los propios, como de otras diferentes y complicadas causas.

Contaban entre estas y de mas alto orígen las conquistas, señaladamente la sarracónica, cuyas incursiones y destrozos, durando siglos, obligaron á preferir como mas segura y movible la granjería meramente pecuaria á la rural ó de labor. Tambien las acumuladas y abusivas amortizaciones civil y eclesiástica y otros errores políticos, económicos y administrativos, que si bien comunes á otras naciones, sembráronse en la nuestra como á granel, y se reprodujeron y perpetuaron al amor de la desidia y de arraigadas

costumbres. La naturaleza misma ha puesto estorbos en el suelo peninsular á la extension del cultivo; pues en medio de comarcas y valles fertilísimos y amenos, abundan, segun habia notado ya nuestro geopónico Herrera, los montes y las sierras peladas, los declives de capa vegetal muy somera, y las desnudas y pedregosas llanuras que al paso que desadornan y afean la tierra, conviértenla á veces en árida y de poco provecho. Aumentan el daño la escasez de caudal de aguas en muchas provincias, y las frecuentes sequías que agostan los campos prematuramente. Ademas hanse confundido en repetidas ocasiones terrenos incultos pertenecientes á particulares con los baldíos; exagerando la importancia de estos, cuando aquellos quedaban eriales por la incuria de sus dueños ó por la dificultad de romperlos y desbrozarlos.

En la discusion de las córtes luminosa bastante no todos se alucinaron imaginándose resultarian abultados beneficios de la enagenacion y venta de los baldíos y los propios. Notable fue el discurso del señor Aner, quien sin oponerse dió en contra razones sólidas que rebatieron en parte las de otros vocales no tan poderosas. Al fin aprobóse un decreto sobre la materia que se promulgó en enero de 1813. Disponia este en sustancia: 1° reducir los terrenos baldíos ó realengos y de propios y arbitrios así en la Península como en ultramar á propiedad particular; 2° emplear la mitad de los baldíos ó realengos en el pago de la deuda nacional, prefiriendo los créditos que tuviesen los vecinos de los pueblos en cuyo término se hallasen los terrenos; 3° distribuir en suertes con el nombre de *premio patriótico* las tierras restantes de los mismos baldíos, ó las labrantías de propios y arbitrios, entre los oficiales de capitan abajo, y entre los sargentos, cabos y soldados rasos que hubiesen servido en la guerra de la independencia, y se hubiesen retirado con documento legítimo que acreditase su buen desempeño; y 4° repartir gratuitamente y por sorteo las tierras entre los vecinos que las pidiesen, y no gozasen de propiedad.

Juzgaban los entendidos que no se seguiria utilidad grande y real de este decreto, porque conforme á su contexto ponianse muchas porciones de los terrenos enagenados en manos casi infructíferas, no asistiendo á la mitad quizá de los nuevos adquiridores la industria y el capital que se requieren para introducir y adaptar una oportuna y variada labranza. Pues sabido es que el progreso y la perfeccion de esta no consiste precisamente en dividir y subdividir las propiedades, sino en que estas no queden abandonadas; ni tampoco en cultivar mucho, sino en cultivar bien y de modo que el producto neto de un terreno dado sea superior al de otro terreno de la misma extension y naturaleza; cuyo objeto no se logra por los escasos y débiles medios que acompañan al desvalido bracero, mas sí por los que concurren en el hombre industrioso y acaudalado.

Ofrecianse asimismo para la ejecucion de la medida tales obstá-

culos que hubo de dejarse al arbitrio de las diputaciones provinciales señalar el tiempo y los términos de llevarla á cabo; pues únicamente asi y « acomodando las providencias (segun se expresa « el sabio autor de la ley agraria) á la situacion de cada provincia, « y prefiriendo en cada una las mas convenientes, » pueden sacarse ventajas de la enagenacion de los baldíos y los propios.

Abolicion por las cortes del voto de Santiago.

Por entonces tambien abolieron las córtes *el voto de Santiago*. Dábase tal nombre á un antiguo tributo de *cierta medida del mejor pan y del mejor vino* que pechaban los labradores de algunas provincias de España para acudir á la manutencion del arzobispo y cabildo de Santiago y hospital de la misma ciudad; percibiendo tambien una porcion, aunque muy corta, otras catedrales del reino. Fundábase particularmente la legitimidad de esta exaccion en un pretendido privilegio que resultaba de un diploma falsamente atribuido al rey Don Ramiro I de Leon con la data en Calahorra del año de 872 de la era de César. Apoyados en semejante documento, lleno de inverosimilitudes, anacronismos y aun de extravagancias propias de la ignorancia de los tiempos en que se fraguó, siguieron realizando los canónigos de Santiago durante siglos valores considerables sacados de las parvas y lagares de los agricultores de varias y distantes comarcas del reino: bien que no siempre sin resistencia. Pues hubo controversias y litigios sin fin, negando á veces los pueblos hasta la autenticidad misma del privilegio: de donde nacieron fallos jurídicos, concordias y transacciones aboliendo ó alterando aquella carga en determinados distritos. El diploma extendia la obligacion del pago á toda España, como si los dominios de Don Ramiro no se encerrasen en estrechos límites, y no fuese su autoridad desconocida mas allá del territorio que comprendia la corona entonces de Leon. Al conquistarse Granada tuvieron sus habitantes que soportar aquel tributo, habiéndolo dispuesto asi los Reyes católicos por la persuasion en que estaban de ser legítimo y auténtico el privilegio de Don Ramiro el I. Despues, aunque pareciese apócrifo, y aunque los pueblos fuesen obteniendo en su favor sentencias y decisiones de los tribunales, continuó el cabildo de Santiago exigiendo el pago del voto, y hasta alcanzó del débil y piadoso Felipe III jurisdiccion privativa para verificar la cobranza por medio de jueces que los mismos canónigos nombraban. Célebre fué el memorial* que contra el voto y en representacion de muchas ciudades, villas y lugares escribió en el siglo XVII Lázaro Gonzalez de Acebedo, y mas célebre aun, si cabe, el del duque de Arcos en 1770 á Cárlos III sobre igual materia. Producia el voto en sus buenos tiempos muchos millones de reales, rindiendo en los nuestros apenas tres líquidos por la baja en el valor de los frutos y por el mayor retraimiento de los pueblos en satisfacerle con exactitud.

(* Ap. n. 1.)

En el marzo de 1812 hicieron la propuesta de su abolicion en las córtes treinta y seis diputados, y discutióse el asunto en aquel octubre. Durante los debates distinguiéronse varios vocales por la profunda erudicion, copia de doctrina y acendrada crítica que emplearon en sus discursos; descollando sobre todos los señores eclesiásticos Villanueva y Ruiz Padron, y afirmando el segundo con fervorosa elocuencia, y despues de haber sostenido su dictámen con incontestables datos que * « el orígen del voto era una ver- « gonzosa fábula, tejida con artificio y astucia bajo la « máscara de la piedad y religion, abusando descaradamente de « la ignorancia y credulidad de los pueblos. » En consecuencia las córtes decretaron en términos compendiosos y sencillos « que abo- « lian la carga conocida en varias provincias de la España europea « con el nombre de *voto de Santiago.* » (* Ap. n. 2.)

Declárase patrona de España á santa Teresa de Jesus.

Tres meses antes y como en contraposicion habian adoptado las córtes una resolucion muy diversa, de índole extraña, agena al parecer de los tiempos actuales y de las tareas que incumben á los cuerpos representativos de nuestra edad, declarando solemnemente por un decreto patrona de España á santa Teresa de Jesus. Pidiéronlo los carmelitas descalzos de Cádiz en conmemoracion de haberse celebrado en su templo las festividades eclesiásticas de la jura de la constitucion, y tambien otras con motivo de acontecimientos plausibles. Apoyaron su solicitud en dos acuerdos de las córtes de 1617 y 1656, aunque no llevados á efecto, por la oposicion que hizo el cabildo de Santiago en defensa del patronato de su apóstol, cuyo orígen, segun asentaban aquellos capitulares, se perdia en la oscuridad de los tiempos. Abogaba no menos por santa Teresa el señor Larrazábal, diputado por Goatemala, conforme á especial encargo de su provincia; pues es de notar y curioso para la historia que las regiones españolas de ultramar, que tan ansiosa y desventuradamente se han lanzado por el despeñadero de las revueltas, mezclaron entre instrucciones prudentes dadas entonces á sus representantes, otras solo propias de la ignorancia y atraso del siglo onceno. La comision eclesiástica en un largo y erudito informe se inclinó á que se aprobase la propuesta, y asi lo decidieron las córtes el 27 de junio sin deliberacion alguna, declarando patrona de las Españas, despues del apóstol Santiago, á santa Teresa de Jesus. El silencio guardado probó en unos el respeto con que acataban el nombre de una religiosa esclarecida, á quien por sus virtudes habia canonizado la Iglesia, y en otros la persuasion en que estaban de cuanto convenia no empeñar discusion acerca de un decreto que, sin perjudicar al bien público, halagaba las aficiones de la nacion por una santa hija de su suelo, y en cuyos * suavísimos escritos (como dice el obispo Palafox) « primero nos hallamos cautivos que venci- « dos, y aprisionados que presos. » (* Ap. n. 3.)

Españoles comprometidos con el gobierno intruso.

Mayor gravedad y complicacion envolvia el expediente de las personas comprometidas con el gobierno intruso. Interesábase en su decision la suerte de bastantes españoles y de no pocas familias; mas la diversidad de casos y de tiempos, y lo enojada y aun embravecida que la opinion se mostraba, entorpecian el pronto despacho de este negocio y casi siempre le dilataban, mayormente cuando no terminada la lucha de la independencia no cabia tomar providencias generales ni de olvido, sin exponerse á que las desairasen y no las admitiesen los mismos en cuyo favor se expedian. Dijimos en su lugar fuera Napoleon quien en Búrgos dió en 1808 los primeros decretos de proscripcion, añadiendo que replicó á ellos la junta central con otros que hacian juego como para despicarse del agravio y desafueros del invasor. No tener culpa en la agresion primitiva, y conceptuarse tan nacional y fundada nuestra causa, antecedentes eran que favorecian mucho en sus decisiones al gobierno español, é inclinaban grandemente á su lado la balanza de la razon y de la justicia. No por eso disculpariamos cualquiera exceso ó desman en que se hubiese incurrido, pues siempre, y mas en semejantes guerras, toca á la autoridad suprema reprimir, no fomentar las venganzas y sanguinarias pasiones.

Fuera de contados casos, verdad es que ni el gobierno ni los tribunales aplicaron nunca las leyes 1ª y 2ª, tit. 2º, partida 7ª, y otras antiguas, que deslindaban y definian las diversas infidencias ó traiciones, y señalaban las penas. Impedíalo la equidad, é imposibilitaba su ejecucion el gran número de los que hubieran resultado culpables tomadas á la letra las disposiciones de aquellas leyes, hechas en otros siglos y en circunstancias y con objetos muy diversos.

Para aclarar las muchas dudas que ocurrieron dió la junta central ciertas reglas que apareciendo muy imperfectas en la práctica, motivaron posteriores consultas y expedientes. Ni aquel gobierno ni la primera regencia que le sucedió tuvieron tiempo ni comodidad para satisfacer á todos los puntos, dejándolos á la decision de las córtes.

Congregadas estas, ya en el dia 12 de octubre de 1810 se entabló la cuestion y se mandó al consejo real presentase el reglamento que le pareciese mas adecuado para sentenciar y fallar las causas por delitos de infidencia. Evacuó la consulta aquel cuerpo en el próximo enero; y si bien en términos vagos, mostrábase en ella moderado, y circunscribia á pocos casos la aplicacion de la ley 1ª citada de partida, recomendando ademas indulgencia en favor de los que hubiesen ejercido empleo, sin mezcla de jurisdiccion criminal, cuya conducta la sujetaba al mero exámen de un expediente instructivo. Reducia asi el consejo á estrechos límites las pesquisas y averiguaciones judiciales que querian ensanchar otros, y caminaba con pulso y madura deliberacion.

Pasó la consulta del consejo á exámen de la comision de justicia de las córtes, y juntamente diferentes informes de cuerpos é individuos, y proposiciones de algunos diputados. En mayo presentó la comision su informe sin desvanecer las dudas, ni proponer á las córtes una resolucion fija y bien determinada; pues era de parecer que para los casos urgentes bastaban las leyes antiguas, y que para los demas aventurábase mucho en descender á los pormenores que apetecian los poco reflexivos. Aun entonces esquivaron las córtes providenciar en el negocio, y no le tomaron en seria consideracion hasta el marzo de 1812, en que renovados los debates, procuraron todavía aplazarle para mas adelante, acordando el 6 de aquel mes á propuesta del señor Calatrava, que se suspendiese toda resolucion final hasta que se publicase la constitucion.

Tampoco el cumplimiento de este acto, celebrado pocos dias despues, bastó para hacer revivir la discusion de asunto tan enfadoso: necesitóse para ello del agolpamiento de sucesos militares y felices, que libertando gran parte del territorio peninsular del yugo enemigo, dieron márgen en unos lugares á encarnizados atropellamientos contra los empleados del intruso y sus parciales, y en otros á protecciones y favores que no agradaron, y les dispensaban ciertas autoridades y algunos generales. Quejas y clamores en diversos sentidos se levantaron de resultas, y subieron al gobierno y á las córtes.

Decreto de las córtes sobre este asunto.

Viéronse pues obligadas estas á entrar de lleno nuevamente en la cuestion, en especial por lo que respectaba á empleados; y de sus deliberaciones siguióse la aprobacion de un primer decreto promulgado en 11 de agosto de este año de 1812. Conforme á su contexto adoptábanse varias medidas acerca de las provincias que iban quedando libres, y se mandaba cesasen todos los empleados nombrados ó consentidos por el gobierno intruso, sin excluir á los jueces ni á los eclesiásticos; reservándose tan solo á la regencia el permitir continuasen en el ejercicio de sus destinos aquellos que le constase haber prestado servicios á la buena causa. Tambien se la facultaba para suspender, hasta que se purificasen, si se hubiesen hecho sospechosos, á los prelados eclesiásticos de cualquiera condicion que fuesen. Por vivo y áspero que pareciese este decreto, tenia color apagado y suave al lado de lo que muchos apetecian, y de lo que ordenaba un reglamento enviado por la regencia al exámen y aprobacion de las córtes, segun el cual debiendo suspenderse la constitucion durante dos meses, nombrábanse comisiones pesquisidoras y se proponian otras medidas tan desacordadas, que, como dijo un señor diputado, tiraban á que (* Ap. n. 4.)

« decayese el ánimo de los pueblos, y á que se trasformase en aversion el amor que entonces tenian al gobierno « legítimo. »

Sin embargo el decreto de las córtes no aquietó la impaciencia pública, ni la satisfizo, tachándole en casi todos los pueblos de benigno y de contemporizador. Excitó por tanto mas bien disgustó, y en Cádiz se aumentó al leer la proclama tolerante y conciliadora que al entrar los aliados en Madrid publicó el general Alava, y de la cual hemos hecho mencion en el libro anterior. Provocó este papel en las córtes reñidos debates, enviado indiscretamente por la regencia, á la que solo incumbia reprender ó alabar al general, segun conviniese á su política y á sus fines. La comision de constitucion, y una especial, que formaron el decreto de 11 de agosto, estuvieron encargadas tambien ahora de dar su parecer en el asunto, y lo verificaron, proponiendo « se hiciese entender al ge-« neral Alava por medio de la regencia, que omitiese en lo su-« cesivo recomendaciones de aquella especie, cuando no tuviese « particular encargo del gobierno : » y pidiendo ademas las mismas comisiones el expediente suscitado con motivo de varias providencias tomadas por Don Cárlos de España, presentaron al propio tiempo otro decreto aclaratorio del de 11 de agosto, si bien mas severo.

La discusion trabada en las córtes el 4 de setiembre prolongóse bastante, interrumpida al empezarse por una exposicion de los oficiales del estado mayor general dirigida no solo contra los individuos militares que hubiesen tomado partido con el enemigo, sino tambien y muy particularmente contra los que habian permanecido ocultos en pais ocupado por los franceses, sin acudir á las banderas de sus respectivos cuerpos. Creciendo de punto por este incidente el ardor de la discusion, resaltaron en varios discursos los afectos apasionados de los tiempos, y si bien tuvo patrocinadores el general Alava defendiendo algunos diputados sus medidas, acordóse no obstante un decreto que llevó la fecha de 21 de setiembre, severísimo en cuanto á empleados y ciertas clases. Vedábase en él agraciar á los primeros con destinos de cualquiera especie, y aun nombrarlos para oficios de concejo, diputaciones de provincia y diputacion á córtes; no dándolos ni siquiera voto en las elecciones, y pudiendo sujetárseles á la formacion de causa si lo merecian por su conducta. A los que se hubiesen condecorado con insignias del intruso gozando de otras antiguas, privábaseles del uso de estas, y lo mismo del de sus títulos, durante su vida, á los duques, condes, marqueses, barones, que hubiesen solicitado ó admitido de dicho gobierno la confirmacion de aquellas dignidades. No se consideraba como á empleados á los individuos de ayuntamiento, ni á los que desempeñasen cargos nombrados por el pueblo, ni á los maestros y profesores de ciencias, ni á los médicos y cirujanos, ni á los cívicos ni á otros varios. Y se añadia que si alguno de los comprendidos entre los empleados hubiese hecho servicios importantes á la patria, las córtes se reservaban atenderle, oido antes

el parecer de la regencia y el de los ayuntamientos constitucionales de los pueblos. Tambien se prevenia á los que pretendiesen de nuevo destinos, y fuesen contados entre las clases excluidas, que hiciesen preceder sus solicitudes de la purificacion de su conducta, cuyo acto se cumplia con hacer una informacion en juicio abierto contradictorio, que se remitia al gobierno acompañado del dictámen del ayuntamiento respectivo.

Pero este decreto expedido por las córtes en virtud de peticiones y repetidas instancias de ayuntamientos y personas de cuenta de los pueblos, que segun iban quedando libres solo hablaban de rigores y persecucion, desazonó sobremanera, y valió á la representacion nacional censuras y sinsabores. Los cuerpos mismos y los individuos que antes se habian desbocado contra la conducta del general Alava, y contra las mismas disposiciones de las córtes que graduaron de blandas, pidieron luego se modificasen estas, y aun que se derogasen, viendo las dificultades con que se tropezaba en la práctica, y los muchos á quienes se podia extender la aplicacion severa de las medidas promulgadas.

De aqui nació nuevo decreto con fecha 14 de noviembre, reponiendo en sus empleos anteriores á todos los que, segun declaracion expresa y formal de los ayuntamientos respectivos, hubiesen dado pruebas de lealtad y patriotismo, y gozado de buen concepto. Excluíase sin embargo todavía á los magistrados, á los intendentes y á otros individuos de las oficinas generales del reino, y á los que hubiesen adquirido ó comprado bienes nacionales. Excepcion la última que aconsejó siempre mucho Lord Wellington, convencido de cuanto convenia escarmentar á esta clase codiciosa, como la mas interesada en la conservacion y afianzamiento de un gobierno nuevo. Hubo aun otras aclaraciones y decretos sobre el asunto, en particular uno sobre militares de 8 de abril de 1813.

Hubiéranse evitado ó abreviado al menos tan prolijas discusiones, si la regencia, nombrando para las provincias que se desocupaban autoridades prudentes y conciliadoras, las hubiera facultado con adecuadas instrucciones, y encargádolas no confundiesen á los vecinos pacíficos y á los empleados de honrado porte con los ayudadores oficiosos y aun delincuentes del gobierno intruso. Tomó la regencia desgraciadamente diverso rumbo, mostrándose desacordada y escudriñadora, y dando pábulo á pesquisas y purificaciones; manantial este cenagoso y hediondo de manejos injustos y descarados sobornos, movido ya en tiempo de la central, y peor mil veces que el de las llamadas *epuraciones* (épurations) en las oficinas de Francia, yendo las primeras acompañadas de los abusos y cavilaciones propias del foro, que no conocian las últimas, y destituidas de los medios de defensa y amparo que sugieren las leyes en los delitos comunes. Dulzura y tolerancia acompañadas de cierto rigor y una prudente severidad, hubieran atraido á unos y contenido á

otros, mereciendo alabanzas de todos; principalmente si se completaban las medidas peculiares del caso con una ley de olvido, amplia y general, que preparada en las córtes hubiérase promulgado al terminar de la lucha empeñada, segun se ha practicado casi siempre desde Trasíbulo, quien, conseguido el triunfo, perdonó y tuvo la dicha de usar el primero de la hermosa palabra de *amnistía*, siendo la suya de las mas célebres y afamadas del mundo.

(* Ap. n. 5.) Un literato distinguido y varon apreciable * publicó en Francia años atras en defensa de los comprometidos con el intruso, á cuyo bando pertenecia, una obra muy estimada de los suyos, y en realidad notable por su escogida erudicion y mucha doctrina. Lástima ha sido se muestre en ella su autor tan apasionado y parcial; pues al paso que maltrata á las córtes, y censura ásperamente á muchos de sus diputados, encomia á Fernando

(* Ap. n. 6.) altamente, calificándole hasta de * *celestial*. Y no se crea pendió el desliz del tiempo en que se escribió la obra; porque si bien suena haberse concluido esta al volver aquel monarca á pisar nuestro suelo, su publicacion no se verificó hasta dos años despues, cuando serenado el ánimo podria el autor, encerrando en su pecho anteriores quejas, haber dejado en paz á los caidos, ya que quisiera prodigar lisonjas é incienso á un rey que, restablecido en el solio, no daba indicio de ser agradecido con los leales, ni generoso con los estraviados ó infieles. El libro que nos ocupa hubiera quizá entonces gozado de mas séquito entre todos los partidos, como que abogaba en favor de la desgracia, y no se le hubiera tachado de ser un nuevo tejido de consecuencias erróneas mañosa y sofisticamente sacadas de principios del derecho de gentes, sólidos en sí, pero no aplicables á la guerra y acontecimientos de España.

Mediacion inglesa para arreglar las desavenencias de América.

Celebradas en público las sesiones en que se ventilaban semejantes materias, resolviéronse á la propia sazon en secreto otras de no menor entidad, y señaladamente la de la mediacion para arreglar las desavenencias de América ofrecida en el año pasado por la Inglaterra, de que empezamos entonces á dar cuenta, obligándonos á acabalarla luego que tocásemos en nuestra narracion al tiempo presente en que finalizaron las negociaciones de asunto tan importante.

Traemos á la memoria haber referido en aquel lugar como las córtes recibieron favorablemente los ofrecimientos del gabinete británico, quedándonos ahora por especificar el modo y términos

(* Ap. n. 7.) que tuvieron de verificarlo. En 1° * de junio de 1811 fue cuando el ministro de estado se presentó á las córtes para informarlas de los primeros pasos dados por la Inglaterra acerca de la materia, en cuya consecuencia habiendo entrado aquellas de lleno en la discusion durante el propio mes, determinaron adoptar la mediacion ofrecida bajo seis bases que fijaron, y

cuyo tenor á la letra era como sigue: 1ª *: « Para que « tenga (la mediacion) el efecto deseado, es indispen- « sable que las provincias disidentes de América se allanen á re- « conocer y jurar obediencia á las córtes generales y extraordi- « narias y al gobierno que manda en España á nombre de S. M. « el señor Don Fernando VII, debiendo allanarse igualmente á « nombrar diputados que las representen en el congreso, y se in- « corporen con los demas representantes de la nacion. » 2ª: « Du- « rante las negociaciones que se entablen para efectuar la media- « cion, se suspenderán las hostilidades por una y otra parte, y en « su consecuencia las juntas creadas en las provincias disidentes « pondrán desde luego en libertad á los que se hallen presos ó de- « tenidos por ellas como adictos á la causa de la metrópoli, y les « mandarán restituir las propiedades y posesiones de que hayan « sido despojados: debiendo ejecutarse lo mismo recíprocamente « con las personas que por haber abrazado el partido de las men- « cionadas juntas estuviesen presas ó detenidas por las autoridades « sujetas al gobierno legítimo de España, con arreglo á lo que se « previene en el decreto de 15 de octubre de 1810. » 3ª: « Como « en medio de la confusion y desórden que traen consigo las tur- « bulencias intestinas es inevitable que se cometan algunas injusti- « cias por los encargados de defender la autoridad legítima, « aunque esten animados del mejor celo, y poseidos de un verda- « dero amor á la justicia, el gobierno de España, fiel siempre á la « rectitud de sus principios, está dispuesto á escuchar, y atender « con paternal solicitud las reclamaciones que se le dirijan por los « pueblos é individuos de las provincias que hayan sido agravia- « dos. » 4ª: « En el término de ocho meses contados desde el dia « en que empiece á negociarse la reconciliacion en las provincias « disidentes, ó antes de este término (si ser pudiese) deberá infor- « marse al gobierno español del estado en que se halle la negocia- « cion. » 5ª: « A fin de que la Gran Bretaña pueda llevarla á « cabo, y para dar á esta potencia un nuevo testimonio de la sincera « amistad y gratitud que le profesa la nacion española, el gobierno « de España, legítimamente autorizado por las córtes, le concede « facultad de comunicar con las provincias disidentes mientras dure « la referida negociacion, quedando al cuidado de las mismas cór- « tes el arreglar definitivamente la parte que habrá de tener en el « comercio con las demas provincias de la América española. » 6ª: « Deseando el gobierno de España ver concluido cuanto antes « un negocio en que tanto se interesan ambas potencias, exige como « condicion necesaria que haya de terminarse la negociacion en el « espacio de quince meses contados desde el dia en que se entable. »

(* Ap. n. 8.)

Estas bases no se extendian á otras provincias sino á las del rio de la Plata, Venezuela, Santa Fe y Cartagena, permaneciendo aun tranquilas las demas de la América meridional, y no habiendo

en las de la setentrional, como Nueva España, mas que levantamientos parciales, conservándose ileso en Méjico el gobierno supremo dependiente del legítimo establecido en la Península. El tenor de dichas bases era arreglado, y no parecia deber provocar, obrando de buena fe, obstáculos á la negociacion. Mas la regencia del reino, al contestar en 29 de aquel junio al ministro de Inglaterra, despues de defender atinadamente y con ventaja al gobierno español de varias inculpaciones hechas por el británico en anteriores notas, y de admitir de oficio la mediacion ofrecida bajo las seis bases prefijadas por las córtes, añadió otra reservada no menos importante, cuyos términos eran los siguientes. 7ª: « Por (*Ap. n. 9.)
« cuanto seria enteramente ilusoria la mediacion de la « Gran Bretaña, si malograda la negociacion, por no querer prestarse las provincias disidentes á las justas y moderadas condiciones que van expresadas, se lisonjeasen de poder continuar sus « relaciones de comercio y amistad con dicha potencia, y atendiendo á que frustradas en tal caso las benéficas intenciones del « gobierno español, sin embargo de haber apurado por su parte « todos los medios de conciliacion, aspirarian sin duda dichas provincias á erigirse en estados independientes, en cuyo concepto se « juzgarian reconocidas de hecho por la Gran Bretaña, siempre « que esta potencia mantuviese las mismas conexiones con ellas; « debe tenerse por acordado entre las dos naciones que, no verificándose la reconciliacion en el término de quince meses, segun « se expresa en el artículo anterior (el 6º), la Gran Bretaña suspenderá toda comunicacion con las referidas provincias, y ademas auxiliará con sus fuerzas á la metrópoli para reducirlas á su « deber. »

Artículo fué este inoportunamente añadido, y que desde luego debió temerse serviria de tropiezo para llevar adelante la negociacion; cuanto mas presentándose de improviso y sin anterior acuerdo con la potencia aliada. En primeros de julio replicó el ministro de S. M. B. en Cádiz algo sentido, y dejando ya vislumbrar no se accederia á la condicion secreta agregada por la regencia á las otras seis de las córtes.

En efecto así sucedió; y con tanta tardanza que solo al rematar enero de 1812 recibió el gabinete español la respuesta del de Lóndres. Tal negativa parecia indicar haberse roto del todo las negociaciones pendientes, cuando se supo que comisionados británicos llegaban á Cádiz para renovar los tratos y pasar en seguida á América con intento de llevarlos á cabo. Desembarcaron pues dichos comisionados, que se llamaban Mrs. Sydenham y Cockburn, siendo el último el mismo que en 1815, ya almirante, condujo á Bonaparte á la isla de Santa Helena: y aunque entraron en Cádiz por abril, el ministro inglés, ya embajador, no hizo gestion alguna hasta el 9 de mayo en que pasó una nota recordando el asunto, si

bien insistiendo siempre en desechar la condicion séptima, y con la añadidura ahora de que no hubiese en la negociacion artículo alguno secreto. Don José Pizarro, sucesor de Don Eusebio de Bardaxí y Azara en el ministerio de estado, habiéndose opuesto constantemente á que se suprimiese la base orígen de disenso, quiso retirarse del ministerio mas bien que variar de dictámen: á lo menos así lo ha dejado consignado en una apuntacion escrita de su puño que hemos leido en el expediente. Sustituyóle interinamente Don Ignacio de la Pezuela, ministro entonces de gracia y justicia, quien en el mismo mayo celebró varias conferencias con sir Henry Wellesley, cruzándose al propio tiempo entre ambos algunas notas acerca del asunto.

De aquí resultó el convenirse recíprocamente las dos potencias contratantes en la supresion del artículo 7°; pero refundiendo parte de su contenido en el 6°, aunque no tan lata y explícitamente. Mas cuando el gobierno español creia allanadas por este medio todas las dificultades, hallóse con que el embajador inglés dando por supuesta la total desaparicion de la base 7ª, sin añadir nada en la 6ª, pedia en una nota de 21 de mayo á nombre y por órden especial de su gabinete que la mediacion se extendiese á todas las provincias de Méjico, ó sea Nueva España. Admirada la regencia del reino de tan inesperado incidente, y ofendido el recto é inflexible ánimo del ministro Pezuela de las tergiversaciones que parecia querian darse á las conferencias celebradas, respondió * en 25 del propio mes con entereza amistosa, recordando al de Inglaterra no olvidase que lo ajustado no era suprimir del todo el artículo 7° sino refundirlo en el 6°, concluyendo por afirmar que la Nueva España « no podia ser comprendida en « la mediacion, no habiendo sido provincia disidente ni computada « para el efecto. » (* Ap. n. 10.)

No desistió por eso Wellesley de su demanda, pasando una nota en * 12 de junio, en que fijaba diez proposiciones que debian servir de base á la nueva negociacion. Entre ellas notábase una para restablecer la libertad de comercio dando ciertas ventajas y preferencia á la madre patria; y otras dos, la 9ª y la 10ª, muy reparables, pues de su contexto inferíase que mas bien que á mantener la antigua monarquía unida y compacta se tiraba á formar con las provincias de ultramar un nuevo gobierno federativo, exigiéndose solo de ellas cooperacion y auxilios para sustentar la guerra actual contra la Francia, y no la obligacion de concurrir al propio fin por los mismos medios y en iguales proporciones que las provincias peninsulares. Esto y el alegar el embajador inglés en otra nota del 4 de julio ser meramente gratuitos los servicios hechos á la causa española, como si no tuviese la Gran Bretaña interes directo en la empeñada lucha, desazonó bastante á nuestro gobierno, y tambien disgustó en el público luego (* Ap. n. 11.)

que se trasladó mas el punto de que se trataba. En la nota citada arriba afirmaba el embajador Wellesley * « que los « gastos del armamento naval y terrestre de la Gran « Bretaña en la Península no eran menos que de 17,000,000 de li- « bras esterlinas al año, á cuya suma debia añadirse el socorro « anual de 2,000,000 de libras esterlinas á Portugal y 1,000,000 « á la España en letras giradas contra la tesorería de S. M. B., de « las armas, aprestos, etc., etc.... »

(* Ap. n. 12.)

Singular cuenta en que figuraban como principales partidas y á manera de cargo contra España el coste de la marina y ejército británico empleados en la Península, los auxilios suministrados á Portugal, y un millon de letras giradas por nuestra tesorería contra la de Inglaterra; sin que al propio tiempo apareciese en descargo el hallarse la Gran Bretaña tan interesada como los peninsulares en derrocar de su asiento al coloso de Francia, el no pertenecer á España el abono de los socorros suministrados á Portugal, y el haber en fin reembolsado á su aliada sucesivamente las cantidades anticipadas por el giro de letras en valores recibidos de América, ó en pagarés librados contra las arcas del Perú y de Méjico que en lo general fueron puntualmente pagados. No añadiremos en este recuento los muchos mercados que se abrieron á la industria y comercio inglés en toda la América y tambien en la Península, los cuales hubiéranse mantenido cerrados sin el levantamiento contra Napoleon, y no acrecieran con abundantes ingresos, como se verificó, la suma de sus exportaciones. Ademas, ya lo insinuamos, pero bueno será repetirlo; grande sacrificio fue el de la expedicion de Walkeren y mayores otros que en distintos puntos del continente habia hecho la Inglaterra sin fruto ni favorable salida, y no por eso se pregonaron tanto como los nuestros, ni se echaron en cara tan injusta ni rudamente.

La sensacion y desagrado que produjeron tan intempestivas observaciones y las oportunas con que contestó á ellas la regencia del reino, desesperanzaron al embajador inglés del logro de la negociacion; tomando de aquí pie para despedirse de nuestro gobierno en 9 de julio los comisionados ingleses con resolucion de regresar á su patria. Suspendieron sin embargo estos su partida por algunos dias aguardando se tratase del asunto en las córtes, á cuya deliberacion se habia elevado el expediente á instancias repetidas del embajador inglés, creido de hallar allí firme apoyo.

Examinóse pues la materia en secreto y se discutió detenidamente á mitad de julio, pronunciándose en pro y en contra discursos muy notables. Don Andrés Angel de la Vega sostuvo con talento y esfuerzo la mediacion aun bajo los mismos términos y bases que últimamente habia indicado la Inglaterra: rebatiéronle con especialidad Don Agustin de Argüelles y el conde de Toreno, que aunque no opuestos á la mediacion, y antes bien apoyadores de ella

siempre que se verificase conforme á las seis bases propuestas por las córtes, la desechaban, segun ahora se ofrecia, variadas las primeras condiciones y sustituidas con las diez insinuadas. Arrimóse la gran mayoría de las córtes al dictámen de estos dos vocales, y redújose la decision á dar una respuesta vaga que, envolviendo la tácita aprobacion de la conducta de la regencia, no llenaba en manera alguna los deseos de sir Enrique Wellesley. Deciase en ella sencillamente al gobierno: « que las córtes quedaban enteradas de « la correspondencia seguida sobre la mediacion entre el embaja- « dor inglés y el secretario de estado: » con lo cual desmayó del todo el primero en su intento, embarcándose luego para Inglaterra los comisionados que al efecto habian aportado á Cádiz.

Terminóse asi, y tan poco satisfactoriamente este asunto por cierto de grande interes, pero empezado y seguido con desconfianza mutua y temores nimios. Porque receloso el gobierno español sobradamente de que no obrase de buena fe la Inglaterra, imaginóse sin fundamento bastante que aquel gabinete andaba solo tras de la independencia de América, y exigió de él en la base 7ª un seguro exagerado y fuera de razon. Manejaron los ingleses las negociaciones con harto desmaño é irresoluto giro, alegando beneficios, que aunque fuesen tales como los pintaban, no era ni generoso ni político traerlos entonces á la memoria, pidiendo de súbito y livianamente se extendiese á Méjico la pacificacion, y esquivando siempre soltar prendas que los comprometiesen con los independientes, á cuyos gobiernos agasajaban por miras mercantiles, y temerosos de los acontecimientos diversos que podria acarrear la guerra peninsular.

En setiembre del mismo año volvieron los ingleses á resucitar el negocio, mas flojamente y de modo que no tuvo otra resulta sino el de que pasase el expediente al consejo de estado. Permaneció alli hasta el mayo de 1813, que se devolvió al gobierno supremo acompañado de una consulta muy larga, y cuyo trabajo sirvió tan solo para aumentar en los archivos el número de documentos que hace olvidar el tiempo por mucho esmero que se haya puesto al escribirlos.

Tratado con Rusia.

De referir es aqui un tratado que por entonces se concluyó entre la Rusia y la España; de cuyo acontecimiento, aunque no tuviese íntima conexion con las tareas de las córtes, diése á ellas cuenta como de asunto de la mayor importancia para el pronto y buen éxito de la guerra de la independencia, y de venturoso influjo para el afianzamiento de las instituciones liberales. Habíale ajustado D. Francisco de Zea Bermudez de vuelta á Rusia, y competentemente autorizado para ventilar todos los negocios que allí ocurriesen por la muerte acaecida á la sazon del cónsul general Don Antonio Colombi, á cuya hija la honraron las córtes, en premio de los servicios de su difunto padre, con título de

condesa, tomando la denominacion de su apellido. El tratado se terminó y firmó en Weliky-Louky á 20 de julio de 1812, y se llamó de « amistad y sincera union y alianza, » comprendiéndose en él un artículo, que fue el 3°, concebido en estos términos *: « S. M. el « emperador de todas las Rusias reconoce por legiti- « mas las córtes generales y extraordinarias, reuni- « das actualmente en Cádiz, y la constitucion que estas han decre- « tado y sancionado. » Acto de reconocimiento desusado y no necesario, pero precioso como defensa y escudo de la causa patriótica y liberal que sustentaban las córtes, y tambien como irrefragable prueba de la sancion y apoyo que daba entonces á aquellas opiniones el emperador Alejandro, tan enconado despues contra ellas, y tan opuesto á su propagacion. Fue cangeado este tratado de Weliky-Louky en debida forma por ambas partes contratantes, nombrando en seguida la regencia enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en San Petersburgo á Don Eusebio de Bardají y Azara, y la Rusia en la misma calidad cerca de nuestro gobierno al consejero de estado y senador Tatischeff.

(* Ap. n. 13.)

Potencia esta la primera que reconoció solemnemente las nuevas y liberales instituciones españolas, la primera fué tambien que en adelante las desechó, apellidando guerra para destruirlas. Necesitaba de nosotros en el año de 1812, y nos necesitaban tambien los demas tronos europeos titubeantes hasta en sus cimientos: inútiles les parecimos en 1820, 23 y 24, á lo menos á los del Norte; y hasta nos miraron como de poco valer, y dañosas á las suyas nuestras doctrinas: por lo que antes buena acogida y aplausos, despues ningun aprecio, sino desden y reprobacion completa.

Con Suecia.

Posteriormente, y pasados algunos meses, parecido tratado concluyó con nosotros la Suecia, que se firmó en Stockolmo * á 19 de marzo de 1813, encerrando su contexto otro artículo 3° que decia: « S. M. « el rey de Suecia reconoce por legítimas las córtes generales y ex- « traordinarias reunidas en Cádiz, asi como la constitucion que « ellas han decretado y sancionado. » No era tan extraño como el otro el ajuste de este tratado, haciendo allí cabeza un príncipe nacido de las revoluciones y trastornos ocurridos en Francia. A su tiempo veremos cómo la Prusia suministró ejemplo idéntico, aunque no se hallase su soberano en igual caso que el que regia á la Suecia.

(* Ap. n. 14.)

Felicitacion de la princesa del Brasil Doña Carlota.

La princesa del Brasil Doña Carlota Joaquina ya que no dió su asenso con estipulaciones y tratados á las innovaciones adoptadas por las córtes, aprobólas al menos, agregándose al coro armónico de parabienes y felicitaciones por medio de una carta fecha en Rio Janeiro á 28 de junio de 1812 que dirigió á la regencia del reino, y esta trasladó á las córtes *. « Yo os ruego (decia en ella) que ha- « gais presente al augusto congreso de las córtes mis

(* Ap. n. 15.)

« sinceros y constantes sentimientos de amor y fidelidad á mi muy « querido hermano Fernando, y el sumo interes que tomo por el « bien y felicidad de mi amada nacion, dándoles al mismo tiempo « mil enhorabuenas y mil agradecimientos por haber jurado y pu- « blicado la constitucion. Llena de regocijo voy á congratularme « con vosotros por la buena y sabia constitucion que el augusto « congreso de las córtes acaba de jurar y publicar con tanto aplauso « de todos, y muy particularmente mio; pues la juzgo como base « fundamental de la felicidad é independencia de la nacion, y como « una prueba que mis amados compatriotas dan á todo el mundo « del amor y fidelidad que profesan á su legítimo soberano, y del « valor y constancia con que defienden sus derechos y los de toda « la nacion. Guardando exactamente la constitucion, venceremos « y arrollaremos de una vez al tirano usurpador de la Europa. « Dios os guarde muchos años. Palacio del Rio Janeiro, á los 28 de « junio de 1812. — Vuestra infanta Carlota Joaquina de Borbon. « Al consejo supremo de regencia de las Españas á nombre de « Fernando VII. »

Se leyó esta carta en la sesion del dia 24 de setiembre, y mandaron las córtes se insertase íntegra en el diario de sus discusiones declarando haberla oido con la mayor satisfaccion.

Nueva proposicion para nombrarla regenta.

Mas la lectura de tal documento no fue sino proemial de la manifestacion de ciertos manejos en favor de declarar regenta de España á aquella princesa. Andaban ahora en ellos algunos americanos, quienes para facilitar su buen éxito idearon y consiguieron se nombrase presidente de las córtes en aquel mismo dia 24 á Don Andrés Jáuregui, hombre moderado y que gozaba de buen concepto, pero patrocinador del proyecto, como diputado que era por la Habana. Asegurados con tan buen apoyo, encargóse de hacer la proposicion Don Ramon Feliú, diputado por el Perú; mas hízola en secreto, y no mas tarde que en el propio dia, con la nueva y singular cláusula de que la princesa nombrada regenta pasaria desde el Brasil, antes de venir á España, á la ciudad de Méjico para apaciguar y arreglar allí las disensiones de las provincias ultramarinas. Al oir proposicion tan inesperada y fuera del comun sentido, un estrépito desaprobador salió de todos los bancos que ocupaban los europeos, rechazándola con indignacion aun los mismos que apetecian la regencia de la infanta: pues querianla acá, no allá, en donde hubiera servido solo de instrumento para mayores discordias y desavenencias. Feliú, luego que advirtió el estruendo, atemorizóse y aflojó en su resolucion. Quiso sostenerle el presidente Jáuregui, mas viéndose acometido por algunos diputados con acrimonia impetuosa, desistió de su porfía; y abandonando la silla no la volvió á ocupar en el mes que duró su cargo, creyéndose ofendido y negándosele satisfacciones que pedia. La

Se rechaza.

propuesta de Feliú empantanóse para siempre, y no levantaron tampoco de nuevo cabeza los demas partidarios de la princesa Carlota, acobardados todos con el fiero golpe que recibieran los americanos por su imprudente conducta.

Abolicion de la inquisicion.

Anunciar debemos ahora con altos pregones la caida del *santo oficio de la inquisicion* que decretaron las córtes despues de una discusion prolongada y sabia, derramadora de puras y vivificantes lumbres, muy otras de las mortíferas y abrasadoras que durante siglos habia encendido aquel tribunal tan inexorable y duro. Leyó en 8 de diciembre la comision de constitucion el dictámen que sobre la materia se le habia mandado extender; y si bien sus individuos no habian estado del todo acordes, decidióse la mayoría por la abolicion, pero de modo que no se asustasen las almas piadosas que creian perdida la religion no habiendo tribunales especiales protectores de ella; que tan hondas raices habia echado en España el imperio de la intolerancia y de erradas y abusivas doctrinas. Asi no mostraba querer desmoronar del todo ó derribar á la vez aquel antiguo alcázar sólido todavía, de construccion severa y sillares ennegrecidos, sino edificaba en su lugar otro que, aunque guardian de la fe, se cimentase sobre bases verdaderas é incontrastables, y cuyas dimensiones y formas se acomodasen á la regularidad y galanura de tiempos modernos y mas cultos.

La comision, á la que seguiremos compendiosamente en nuestro relato, queriendo probar que el santo oficio era una novedad reciente en la Iglesia introducida en el reino contra la voluntad de sus naturales, descendia á un exámen prolijo y erudito de la materia desentrañándola, y poniendo de manifiesto la legislacion española antigua en causas de fe; segun la cual expeditas las facultades de los obispos para exhortar y convertir á los extraviados, encomendábase á jueces civiles el castigo de los empedernidos y contumaces, graduándolos de infractores de las leyes, de que era una y fundamental la religion del estado.

Indicaba en seguida la comision las mudanzas sucesivas que tuvieron orígen en Francia con motivo de la heregía de los albigenses y otras sectas; cuyas doctrinas propagándose con rapidez provocaron para atajarlas la formacion de comisiones especiales, compuestas de clérigos y frailes, que inquiriesen y averiguasen quienes eran los seductores y los seducidos para abandonarlos despues á jueces eclesiásticos y seglares que los castigaban rigurosamente. Llamaron inquisidores á los comisionados, y aprobó su institucion en 1204 el papa Inocencio III. Las provincias españolas aledañas de Francia, como Aragon y Cataluña, se inficionaron en breve de los errores que aquejaban á aquellas, y para contenerlos y descuajarlos, ya en 1232 usaron sus reyes de remedios idénticos á los de la nacion vecina. No aconteció otro tanto en Castilla, porque no

difundiéndose el contagio tan pronta ni universalmente, bastó á cortarle echar mano de temperamentos ordinarios y conocidos. Pero padecióse otro mal no menos grave por causa de los moros y judíos tolerados y aun con permiso de profesar su respectivo culto. Ambos linages componian dos pueblos muy diversos del de los cristianos; y aborrecíanlos estos, ya por la diferencia de religion y costumbres, ya por pertenecer los moros á nacion dominadora y antigua, y ser los judíos hombres ricos y acaudalados á quienes se encomendaba comunmente la odiosa aunque lucrativa faena de recaudar los pechos y cargas públicas. Tenian que aguantar á menudo persecuciones y acosamientos: reventando contra ellos en varios puntos horrorosa sublevacion el año de 1391, en que los judíos especialmente lloraron estrago y mortandad terrible. Aterrados unos y otros convirtiéronse muchos; pero siendo á la fuerza no dejaron los mas de profesar en secreto su antigua religion. El siglo XV, tan fecundo en desórdenes, señalóse tambien por el crecimiento de daños á que dieron ocasion los conversos, tocando á los Reyes católicos reprimir tales excesos como lo habian verificado con los otros desmanes de que tanto adoleció Castilla á fines de la propia centuria.

Inclinóse Don Fernando V á emplear desde luego rigores y severidad, particular distintivo de su carácter, valiéndose de las comisiones inquisitoriales introducidas tiempo habia en Aragon. Opúsose á tal novedad en Castilla la reina Doña Isabel su esposa, no solo llevada de su condicion mas apacible y suave, sino tambien por la cabida que en su pecho tenian los consejos de su confesor Don fray Fernando de Talavera, hombre docto al par que piadoso y conciliador. Sin embargo insistiendo el rey en su intento, y citándose á cada paso profanaciones sacrílegas de los conversos, ciertas unas y otras supuestas ó exageradas, hubo al fin la reina de ceder en su repugnancia: é impetrándose la bula del establecimiento de la inquisicion, la otorgó y expidió el pontífice Sixto IV en noviembre de 1478. Por ella facultábase á los Reyes católicos para eligir inquisidores y removerlos á su antojo, echando casi por tierra la autoridad de los obispos. Dos años trascurrieron sin ejecutarse la bula; pero planteada al cabo, abusaron de su poder los inquisidores en tan gran manera que á poco levantóse contra ellos y su institucion universal clamor. No desoyó Roma las quejas; sino que al reves las acogió favorablemente, realizando el papa algunas mudanzas, hasta la de nombrar por sí otros inquisidores.

Desagradó intrusion tan contraria á las prerogativas de la corona á los Reyes católicos, quienes representando vigorosamente alcanzaron se revocase lo hecho, y se diese á la inquisicion una forma mas regular y estable. Verificóse esta alteracion por medio de una bula expedida en 1483, que designaba para inquisidor general al arzobispo de Sevilla Iñigo Manrique. No conservó largo tiempo su

cargo el agraciado, pues nombróse en el mismo año para sucederle á fray Tomas de Torquemada, confesor del rey, y de natural parecido al suyo, astuto y rígido. La bula concedida al efecto, y cuyo rastro no pudo descubrir la comision de las córtes á pesar de su diligencia, proveia al nuevo inquisidor general de poderes amplios trasferibles á otros, no usando de ellos los inquisidores particulares ó subalternos sino « en virtud de subdelegacion y fa- « cultad que aquel les daba. » De consiguiente arregló Torquemada los tribunales inferiores á medida de su deseo, y aun formó el consejo real supremo de la inquisicion, que, no instituido por bula particular, carecia de autoridad propia en las vacantes de inquisidores generales.

Nunca autorizaron las córtes la introduccion del santo oficio en el reino, siendo asi que á ellas juntamente con el rey correspondia permitirla ó desaprobarla; pecando por tanto la inquisicion hasta en su orígen de la falta de verdadera legitimidad. Al contrario, siempre que se ofreció ocasion mostraron las córtes desvío é hicieron reclamaciones y demandas vivas tocante á las injusticias y desafueros de la inquisicion, pidiendo á veces su reforma con vehemencia no escasa. En algunas villas y ciudades desasosegáronse los vecinos, hubo en otras conmociones serias, y viéronse en casi todas atropellados los ministros y dependientes del santo oficio. La resistencia á que se plantease fué muy general en las vastas provincias que ya entonces componian la monarquía española. En Aragon, refiere * Zurita, « comenzáronse de alterar « y alborotar los que eran nuevamente convertidos « del linage de los judíos, y sin ellos muchos caballeros y gente « principal, publicando que aquel modo de proceder era contra « las libertades del reino, porque por este delito se les confisca- « ban los bienes, y no se les daban los nombres de los testigos « que deponian contra los reos: que eran dos cosas muy nuevas « y nunca usadas, y muy perjudiciales al reino.... Y como era « gente caudalosa y por aquella razon de la libertad del reino « hallaban gran favor generalmente, fueron poderosos para que « todo el reino y los cuatro estados de él se juntasen en la sala de « diputacion como en causa universal que tocaba á todos, y deli- « beraron enviar sobre ellos al rey sus embajadores.... » Lo mismo en Leon y Castilla, segun lo atestigua * Mariana, tan poco sospechoso en la materia como Zurita.... « Al « principio, dice, pareció muy pesado (el establecimiento de la « inquisicion) á los naturales; lo que sobre todo extrañaban era « que los hijos pagasen por los delitos de los padres; que no se « supiese ni se manifestase el que acusaba, ni se confrontase con « el reo, ni hubiese publicacion de testigos; todo contrario á lo « que de antiguo se acostumbraba en los otros tribunales. Demas « de esto les parecia cosa nueva que semejantes pecados se casti-

(* Ap. n. 16.)

(* Ap. n. 17.)

« gasen con pena de muerte, y lo mas grave que por aquellas « pesquisas secretas les quitaban la libertad de oir y hablar entre « sí, por tener en las ciudades, pueblos y aldeas personas á pro- « pósito para dar aviso de lo que pasaba, cosa que algunos tenian « á figura de una servidumbre gravísima á par de muerte.... »

La voz y los clamores sonaron tan viva y constantemente, que Cárlos V creyó oportuno impedir á la inquisicion continuase en el ejercicio de sus funciones en el año de 1555; suspension que duró hasta diez años despues, en que recibió aquel tribunal nuevo ser de Felipe II, que gobernaba estos reinos en ausencia de su padre: y despues monarca ya propietario, amplió la autoridad del santo oficio aprobando los reglamentos que dió el inquisidor general Valdés, y privando á los procesados de la proteccion del recurso de fuerza. Usó Felipe tambien del mismo medio para mantener ilesa la religion católica, y como única en sus muchos é incoherentes estados, figurándosele seria aquel estrecho vínculo entre sus apartadas provincias, é instrumento político y acomodado de conservacion y órden. Los prelados mas esclarecidos de la nacion por sus virtudes y ciencia no cesaron en los mejores tiempos de oponerse á la permanencia de un establecimiento que socavaba los derechos y preeminencias del episcopado. No hubo tampoco en fin corporacion alguna importante y grave que no pugnase de cuando en cuando contra las prácticas, usurpaciones y tropelías de la inquisicion, cuya autoridad desapoderada aseguraban los magistrados mas doctos y dignos de respeto se entrometia hasta en los * « puntos « de gobernacion política y económica, ostentando « independencia, y desconociendo la soberanía. » Despues de discurrir asi pasaba la comision á probar cuán incompatible era el santo oficio con la nueva constitucion política de la monarquía, proponiendo ademas lo que deberia adoptarse, abolido que fuese aquel tribunal. No seguiremos á la comision en todo su relato, pero trasladarémos sí cuanto expresaba acerca del modo de proceder de la inquisicion en sus juicios. Los reos, decia, « son conducidos á « la prision sin haber visto antes á sus jueces; se les encierra en « aposentos oscuros y estrechos, y hasta la ejecucion de la sen- « tencia jamas estan en comunicacion; se les pide la declaracion « cuándo y cómo parece á los inquisidores; en ningun tiempo se « les instruye, ni del nombre del acusador, si lo hubiere, ni de los « testigos que deponen contra ellos, leyéndoles truncadas las de- « claraciones, y poniéndose en tercera persona los dichos de aque- « llos mismos que lo han visto ú oido.... El proceso nunca llega á « ser público, y permanece sellado en el secreto de la inquisicion: « se extracta de él lo que parece á los inquisidores, y con ello solo « se hace la publicacion de probanzas, y se invita al tratado como « reo á que haga por sí ó por el abogado que se le ha dado su de- « fensa, y ponga tachas á los testigos: mas ¿qué defensa puede

(* Ap. n. 18.)

« hacer con unas declaraciones incompletas y truncadas? ¿qué « tachas poner á unas personas cuyos nombres ignora?... En el « tribunal de la inquisicion siempre acompaña á la prision el se- « cuestro de todos los bienes, y se atormenta y gradua el tor- « mento por indicios, cuya suficiencia se deja á la conciencia « de los inquisidores que asisten y presencian el tormento.... » ¡Siendo sacerdotes todos ellos!

Vese por esta muestra cuán en contradiccion se hallaba la nueva ley fundamental con las reglas que servian de pauta al santo oficio en sus procedimientos y en las causas de su competencia : probado lo cual largamente por la comision, opinaba esta resolviesen las córtes las dos proposiciones siguientes : primera : « La religion ca- « tólica, apostólica romana será protegida por leyes conformes á la « constitucion. » Segunda : « El tribunal de la inquisicion es in- « compatible con la constitucion. » Modo muy diestro de presentar el asunto á la deliberacion de las córtes, porque nadie podia resis- tirse fundadamente á votar la primera proposicion, ni nadie tam- poco negar despues la incompatibilidad de la constitucion con el santo oficio, como se encontraba establecido en España. Siguiendo este rumbo los hombres timoratos, pero de buena fe, arreglaban fácilmente con su conciencia asentir al dictámen de la comision : aquietábanse tambien los timidos que, si no escrupulosos, recelá- banse del porvenir, y ansiaban dar su voto de una manera indirecta y mas embozada. Tampoco ponian reparo los *ilustrados* y *de for- taleza*, siempre que lograsen su objeto, fuese á las claras ó tapada- mente. Precauciones tales podian mirarse como nimias y aun sobrado ridículas, quedando ya tan atras los tiempos en que se ventiló semejante materia. Pero reflexiónese cuáles eran aquellos, de dónde se salia, y cómo se habian criado los españoles, hasta los de influencia entonces, y que manejaban los negocios públicos. La comision procediendo así dió pruebas de gran tino y circunspec- cion, debiéndose á su andar pausado y firme el triunfo de la razon y de la humanidad afligida.

De la decision de ambas cuestiones, y en especial de la segunda, pendia verdaderamente abolirse ó no el santo oficio. Así fué que al tratarla se empeñaron los debates, no siendo las que vinieron despues mas que una secuela y de inferior importancia.

Habíase señalado el 5 de enero para abrir la discusion y dar así plausible comienzo al año de 1813. Escaramuzóse no poco primero que se entrase plenamente en el asunto, segun acontece en materias graves, procurando los que se consideran vencidos interponer de antemano incidentes que alejen la final derrota, ó la suavicen y conviertan en mas llevadera.

Burlados los ardides y desvanecidas las estratagemas, entablá- ronse los debates con detenimiento y mucha solemnidad. Imposible *se hace dar aquí un traslado, ni deslucido siquiera, de lo que fue-*

ron, y de su brillo, profundidad y grandeza. Duraron hasta el 23 de enero, solo por lo que respecta á las dos proposiciones insinuadas. Todos los oradores y hombres de cuenta tomaron parte. Los adalides mas principales en favor de la inquisicion fueron el señor Inguanzo y el inquisidor Don Francisco Riesco. Casi dos sesiones ocupó el discurso del último orador, verdadero panegírico y defensa completa de aquel tribunal, no desnudo de razones, y fundado algun tanto en la parte de censura que hacia de los tribunales que la comision deseaba sustituir al del santo oficio, y de los que hablaremos mas adelante. El señor Inguanzo, sentando doctrinas las mas ultramontanas, quejábase del artificio con que la comision presentaba su dictámen*. « Este ataque, decia, « no se presenta de frente, como parece lo pedia la « buena fe.... Lo que se ha hecho es urdir un plan de proposi- « ciones ambiguas y de cierta apariencia, las cuales, envolviendo « sentidos diferentes, den lugar á que se saque por consecuencia « y por ilaciones lo que se pretende, y á hacer despues un su- « puesto de la dificultad. » Dias adelante respondió á este discurso el eclesiástico Don Joaquin de Villanueva, quien dió autoridad á sus palabras empezando por asentar que le* « habian « honrado con su amistad cinco inquisidores gene- « rales y otros respetables ministros é individuos de la inquisi- « cion ; » pues suponíase haber hallado el orador poderosos motivos de desengaño, cuando á pesar de tales conexiones se declaraba tan opuesto á la permanencia de aquel tribunal. Usó el señor Villanueva en su discurso de ironía amarga, lanzando tiros envenenados contra el señor Inguanzo en tono humilde y suave, la mano puesta en el pecho, y los ojos fijos en tierra, si bien á veces alzando aquella y estos, y despidiendo de ellos centelleantes miradas, ademanes propios de aquel diputado, cuya palidez de rostro, cabello cano, estatura elevada y enjuta, y modo manso de hablar recordaban al vivo la imágen de alguno de los padres del yermo; aunque escarbando mas allá en su interior, descubriase que, como todos, pagaba tributo de flaquezas á la humanidad, las que asomaban en la voz y gesto al enardecerse ó al estar el orador seguro de su triunfo. En uno de los pasages de su arenga, aludiendo al mencionado señor Inguanzo, decia : « *Como algunos señores « sencillamente creyeron no injuriar á la comision de « constitucion, salvando la intencion con que suponen haber caido « en heregías y errores la mayoría de sus individuos, asi yo, guar- « dándome de tratarlos á ellos de calumniadores, atribuyo sus « falsedades á olvido de los primeros elementos del derecho pú- « blico, civil y eclesiástico. ¡ Ojalá pudiera desentenderse la caridad « cristiana de lo que en este caso le corresponde ! Pues siendo tan « católica como la fe, prohibe estrechamente la osadía y la ligereza « de los que sin causa y contra toda razon denigran la doctrina de

(* Ap. n. 19.)

(* Ap. n. 20.)

(* Ap. n. 21.)

« personas mas sabias que ellos y no menos católicas.... Espán-
« tame (siempre contra el señor Inguanzo) sobre todo el furor
« con que se asegura que si debe protegerse la religion conforme
« á la constitucion, no puede ó no debe ser protegida la santa
« Iglesia.... No dijera mas Celso ni Juliano el apóstata.... » De este modo con tiento de blanda mano profundiza y hiere el devoto allí donde al parecer solo acaricia ó palpa. Algunas sesiones antes de haberse pronunciado este discurso, articuló otro el señor Mejía, esmerado y de los mas selectos entre los muchos buenos que salieron de los labios de aquel diputado. No le fue en zaga el del digno eclesiástico Ruiz Padron, sustentando constantemente el dictámen de la comision los señores Muñoz Torrero, Espiga y Oliveros, tambien eclesiásticos, con copia de doctrina, cúmulo de razones, y manteniendo el predominio de la verdad por medio de la persuasion mas viva.

Al fin votáronse y se aprobaron las dos proposiciones de la comision; ganándose la segunda que realmente envolvia la destruccion de la inquisicion por 90 votos contra 60 en el dia 22 de enero. Desplómose asi aquel tribunal, cuyo nombre solo asombraba y ponia aun espanto. Se pasó en seguida á tratar de lo restante del dictámen de la comision, que debia adoptarse, segun esta, despues de aprobadas las dos proposiciones de que acabamos de hablar. Reducíase lo propuesto á un proyecto de decreto sobre tribunales protectores de la religion; manera de cobertizo que buscaba la comision para guarecerse de la nota de irreligiosa y de las censuras que le preparaban los hombres interesados y de mala fe, ó los fanáticos y de menguado seso. Comprendia el proyecto dos capítulos. En el 1° se trataba del restablecimiento en su primitivo vigor de la ley 2ª, título 26 de la partida 7ª para las causas de fe, y del modo de proceder en estos juicios segun varios trámites y variaciones que especificaba la comision: y en el 2° de la prohibicion de los escritos contrarios á la religion.

El restablecimiento de la ley de partida era providencia oportuna y muy sustancial en cuanto dejaba expeditas las facultades de los obispos y sus vicarios para proceder con arreglo á los cánones y derecho comun, sin confundirlas con las de los jueces á quienes incumbia imponer las penas. Asi estaban divididas las dos potestades, y tenian los acusados todas las defensas y patrocinio que la ley concede en los delitos comunes. Sin duda rigorosas y de tiempos bárbaros eran las penas de las partidas contra los hereges; pero ademas de estar ya aquellas en desuso indicaba la comision en el modo mismo de extender su artículo que se modificarian.

Nuevos debates se empeñaron sobre este proyecto de decreto. Aprobóse con gran mayoría el primer artículo que comprendia el restablecimiento de la ley de partida, siendo muy señalado el discurso que en su favor y en apoyo de la jurisdiccion episcopal pro-

nunció el diputado eclesiástico Serra, venerable anciano, de saber tan profundo en materias sagradas, como excesiva su modestia y grande su compostura. Los demas artículos del primer capítulo de dicho decreto siguieron discutiéndose, y se aprobaron todos los que favorecian la defensa de los reos, al paso que no se admitieron dos de ellos, segun los cuales se formaba en cada diócesi una especie de tribunal de fe compuesto de los cuatro prebendados de oficio de la iglesia catedral. Este pensamiento habianlo sugerido los diputados jansenistas que ocupaban asiento en las córtes; y se unieron para reprobarle el partido jesuítico y el de los inclinados á opiniones mas filosóficas, que en otras ocasiones andaban siempre muy desunidos. Pasó con poca variacion y no discusion larga el segundo capítulo del proyecto, que hablaba de la prohibicion de los escritos contrarios á la religion, limitados por la ley de la libertad de la imprenta á solo aquellos que tocasen al dogma y á puntos de la disciplina universal de la Iglesia. Mejorábase aun en este caso la suerte de los autores, poniéndose freno á la arbitrariedad ó engaño en que pudieran incurrir los ordinarios eclesiásticos.

Decreto de abolicion de la inquisicion y manifiesto de las córtes.

Concluyóse la discusion de tan importante asunto el 5 de febrero; mas no se promulgó el decreto hasta el 22 del propio mes, ya con el objeto de extenderle conforme á lo aprobado, y ya tambien con el de escribir un manifiesto exponiendo los fundamentos y razones que habian tenido las córtes para abolir la inquisicion y sustituir á ella los tribunales protectores de la fe: el cual juntamente con el decreto debia leerse por tres domingos consecutivos en las parroquias de todos los pueblos de la monarquía antes del ofertorio de la misa mayor. Así lo habia propuesto el señor Teran con el mejor deseo, y así lo habian determinado las córtes sin prever las malas consecuencias que pudiera acarrear semejante resolucion como en efecto las acarreó, segun referiremos mas adelante. El decreto aprobado llevó el título ó epígrafe de *Decreto de abolicion de la inquisicion, y establecimiento de tribunales protectores de la fe:* estampándose como primeros artículos las dos proposiciones que habian sido discutidas y aprobadas con antelacion y separadamente, y eran el tiro mas cierto de destruccion y ruina despedido contra el santo oficio.

Inmarcesible gloria adquirieron por haber derribado á este las córtes extraordinarias congregadas en Cádiz. Paso previo era su abolicion á toda reforma fundamental en España; resultando sino infructuosos cuantos esfuerzos se hiciesen para difundir las luces y adelantar en la civilizacion moderna. * No consistia el principal daño de la inquisicion en sus calabozos y en sus hogueras: obraba así tiempos atras cuando tambien se quemaba y perseguia en Alemania, en Inglaterra, en Francia, y lo mismo entre católicos que entre protestantes. Consistia sí en ser

(* Ap. n. 22.)

una magistratura clerical, uniforme, sola, omnipotente, armada de la excomunion y los tormentos; cuyas inalterables máximas pugnaban por cerrar la puerta al saber, y cortar los vuelos al entendimiento en todas las épocas, del mismo modo y en cualesquiera ángulos del reino, sin variacion sensible ni por la serie progresiva de los años, ni por la mudanza de los individuos; debiendo aquella institucion, segun su índole, mantenerse perpetuamente, y continuar siendo opresora tenaz de la razon, y tirana del hombre hasta en el retirado asilo del pensamiento.

Reforma de conventos y monasterios.

Durante estos meses, y conforme se fueron evacuando las Andalucías y gran parte del pais ocupado, tratóse largamente en el gobierno y en las córtes de las providencias que convenia adoptar acerca de las comunidades religiosas. Hemos visto como las habia suprimido Napoleon en parte, y despues José en su totalidad. Coyuntura por tanto favorable esta, ya que no para extinguirlas absolutamente, á lo menos para reformarlas con arreglo á los primitivos institutos de muchas de ellas, y á lo que reclamaban con todo empeño la índole de los tiempos y la conveniencia pública.

Aunque siguió España el mismo camino que los otros paises de la cristiandad en el establecimiento y multiplicacion de los monasterios y conventos, hubo en ella particulares motivos para que se aumentasen, en especial á últimos del siglo XVI y principios del inmediato. La supersticion que el santo oficio y la política de nuestros monarcas esparció en aquella sazon sobre toda la haz del reino, el crecimiento de capitales atesorados en América é invertidos con larga mano en dotar establecimientos piadosos en expiacion á veces del modo como se adquirieron y por la dificultad tambien de hallar sino imposiciones seguras y lucrativas, la diligencia y apresuramiento con que se agolparon á vestir el hábito religioso las clases inferiores atraidas por el cebo de cautivar la veneracion de la muchedumbre y lograr entrada y aun poderoso influjo en las moradas de los grandes y hasta en los palacios de los reyes; estas causas juntas concurrieron á engrosar aquella avenida de fundaciones, que saliendo de madre, inundó el suelo peninsular de conventos y monasterios, de santuarios y ermitas con séquito de funciones y aniversarios, de hermanos y cofrades que, ahogando la reproduccion útil, dejaron brotar casi exclusivamente punzantes y estériles matorrales no menos dañosos al estado que al verdadero culto. Entonces fue cuando se introdujo con frecuencia en los testamentos la extraña cláusula de que se *dejaba por heredera á su alma;* queriendo significar por esto que se daba á la Iglesia cuanto se poseia, con el objeto de que se emplease todo en *misas y obras piadosas.*

No impidió sin embargo eso el que se clamase constantemente en España contra las donaciones excesivas hechas al clero, y contra la multiplicacion de casas religiosas. Hiciéronse peticiones

acerca de la materia por las córtes en el siglo XVI, diciendo las de Valladolid de 1518 * que si no se ponia coto á ese género de adquisiciones, *en breve tiempo seria todo del estado eclesiástico secular y regular.* Manifestaron los daños que de ellas se seguian los escritores del mismo tiempo y de los posteriores, los Sanchos de Moncada, los Martinez de Mata, los Navarretes. Conocida es la representacion * de la universidad de Toledo hecha en 1618 á la junta formada por el duque de Lerma para examinar los medios de restablecer la nacion, en la cual hablando del aumento del estado eclesiástico, dícese: « Hoy « se ve que no habiendo la mitad de gente que solia, hay doblados « religiosos, clérigos, estudiantes, porque ya no hallan otro modo « de vivir.... » No menos conocida es tambien la famosa consulta * del consejo de 1619, en cuyo contexto, entre los varios recursos que se excogitan para aliviar los males de la monarquía, se indica como uno de ellos el « que se tenga la « mano en dar licencias para muchas fundaciones de religiones y « monasterios.... » con otras reflexiones muy oportunas al asunto, añadiendo que aunque para los regulares sea aquel camino el « mejor « y mas seguro y de mayor perfeccion, para el público venia á ser « muy dañoso y perjudicial. » De las córtes del reino que en el propio *siglo representaron vigorosamente sobre lo mismo, señalá*ronse las convocadas en Madrid * año de 1626 por Felipe IV, explicándose los procuradores en esta sustancia: « Que se tratase con mas veras de poner límite á los bienes « que se sacaban cada dia del brazo seglar al eclesiástico.... « Que las religiones eran muchas, los mendicantes en exceso, y « el clero en grande multitud. Que habia en España 9,088 monas« terios, aun no contando los de monjas (número que nos parece « harto exagerado). Que iban metiendo poco á poco con dotacio« nes, cofradías, capellanías ó con compras á todo el reino en « su poder. Que se atajase tanto mal. Que hubiese número en los « frailes, moderacion en los conventos, y aun en los clérigos se« glares. Que siendo menos vivirian mas venerados y sobrados, y « no habria nadie que juzgase por impío y duro aquel remedio « del cual mirase resultar mayor defensa y reverencia de nuestra « patria y religion. » Y si de este modo se expresaban ya nuestros antepasados en siglo tan cubierto de herrumbre supersticiosa, ¿podria esperarse menos de córtes reunidas en la era actual, y despues de los sacudimientos sobrevenidos en la nacion?

(* Ap. n. 23.)

(* Ap. n. 24.)

(* Ap. n. 25.)

(* Ap. n. 26.)

Computábanse antes de 1808 * en España 2,051 casas de religiosos y 1,075 de religiosas, ascendiendo el número de individuos de ambos sexos, inclusos legos, donados, criados y dependientes, á 92,727. Con la invasion y las providencias del emperador francés y de José los mas de aquellos establecimientos habian desaparecido, subsistiendo solo en los puntos que

(* Ap. n. 27.)

se mantuvieran libres, ó en donde la ocupacion no habia sido duradera. Favorecia mucho al gobierno legítimo semejante estado de cosas; y fácil le era adoptar cualquiera medida que juzgase prudente y discreta para impedir la repoblacion de todas las casas religiosas, mayormente hallándose muchas destruidas, y destinadas otras á objetos de pública utilidad.

A esto se enderezaba el prevenido ánimo de las córtes, cuando al dar en 17 de junio de 1812 un decreto sobre confiscos y secuestros, dispusieron estas en el artículo 7° : « que tendria lugar « el secuestro y la aplicacion de frutos á beneficio del estado cuando « los bienes, de cualquiera clase que fuesen, perteneciera á « establecimientos públicos, cuerpos seculares, eclesiásticos ó re« ligiosos de ambos sexos, disueltos, extinguidos ó reformados « por resultas de la invasion enemiga, ó por providencias del go« bierno intruso; entendiéndose lo dicho con calidad de reinte« grarlos en la posesion de las fincas y capitales que se les ocupa« sen, siempre que llegára el caso de su restablecimiento; y con « calidad de señalar sobre el producto de sus rentas los alimentos « precisos á aquellos individuos de dichas corporaciones que de« biendo ser mantenidos por las mismas se hubiesen refugiado á « las provincias libres, profesasen en ellas su instituto, y careciesen « de otros medios de subsistencia. » La ejecucion puntual de este artículo efectuaba insensiblemente y de un modo hasta plausible la reforma del clero regular, que pudiera haberse verificado en términos mas ó menos latos, segun lo consintiesen el bien del estado y las necesidades del culto; alcanzándose tan deseado fin, ya que no por senda corta y derecha, á lo menos por rodeos y serpenteando, como sucedió en lo de la inquisicion y en otras materias en que procedieron aquellas córtes muy cuerda y previsoramente.

Tocaba á la regencia el desempeño cabal de semejante cuidado, y dió en realidad muestra de ser tal su designio, mandando á los intendentes en una instruccion que circuló en agosto, cerrasen los conventos y tomasen oportunas medidas para estorbar el deterioro de los edificios y sus enseres, que debian quedar á disposicion del gobierno. Mas desgraciadamente no persistió la regencia en tan acertado propósito, cediendo al clamor de muchos religiosos y de algunos pueblos que pedian su restablecimiento, ó mas bien llevada de su propia inclinacion, despues que el conde del Abisbal cedió el puesto á Don Juan Perez Villamil, sostenedor activo y centro firme de los desafectos á novedades.

Antes del advenimiento al mando del Don Juan ya la regencia, incierta sobre lo que convenia determinar, habia acudido á las córtes pidiendo manifestasen cuáles eran sus intenciones en asunto de tal entidad. La comision de hacienda opinó se llevase adelante lo prevenido en el artículo 7° del citado decreto sobre confiscos y secuestros, y lo que la regencia misma habia mandado á los in-

tendentes en la instruccion de agosto, encargando ademas á esta que propusiese todo lo que « conceptuase conveniente á la utilidad « pública y al verdadero interes de los regulares. » Atinado dictámen que abria las zanjas de una reforma progresiva y lenta. Mas detúvose en 18 de setiembre de este año de 1812 la aprobacion de lo que la comision indicaba, poniéndose de por medio algunos diputados patrocinadores de los religiosos, y entre ellos Don Joaquin de Villanueva, quien consiguió empantanar el asunto introduciendo en la discusion otras proposiciones, que, si bien se dirigian á la reforma de los regulares, favorecian igualmente su restablecimiento y conservacion. Muchos pensaron que el Villanueva se entendia en secreto con la regencia. Los debates no se renovaron hasta el 30 del propio setiembre, en cuyo dia pasó á las córtes el ministro de gracia y justicia una memoria acerca de la materia, acompañada de una instruccion compuesta de 19 artículos, bien extendida en lo general, y encaminada á un nuevo arreglo y disminucion de las comunidades religiosas. Recogió en consecuencia sus proposiciones el diputado Villanueva, y se decidió pasase todo el expediente á tres comisiones reunidas; ideada traza de dilatar la resolucion final, y de dejar á la regencia mas desembarazada para que por sí á las calladas y sucesivamente permitiese á muchos regulares volver á ocupar sus conventos so pretexto de ser necesarios en los pueblos, faltos los fieles de auxilios espirituales. Así sucedió: mientras que negocio tan grave estaba aun pendiente en las córtes, y sobre todo despues que se traslució que las comisiones reunidas se inclinaban á una reforma algo lata, empezó la regencia á permitir el restablecimiento de varios conventos, y á fomentar bajo de mano la pronta ocupacion de otros: siendo de notar circulase estas disposiciones por conducto del ministerio de hacienda, diverso de aquel en que habia radicado el expediente, y era el de gracia y justicia. Especie de dolo ageno de una potestad suprema que excitó enojo en las córtes y reñidos debates.

Vino á disculparse en ellas Don Cristóval de Góngora, entonces ministro interino de hacienda, quien, en la sesion del 4 de febrero de 1813, sacando á plaza con poco pulso las desatentadas providencias del gobierno, acreció la irritacion en vez de apaciguarla. Las comisiones encargadas de informar acerca del expediente general habíanle estado meditando largo tiempo, y no antes de enero habian presentado su parecer á las córtes. Proponian en él una reforma equitativa y bastante completa del clero regular, sin que por eso ni aun entonces cejase la regencia en dar su consentimiento para que se restableciesen varias casas religiosas: no descuidándose en solicitarle los interesados, sabedores del golpe que los amagaba, y de la propension favorable que hácia ellos tenia el gobierno de Cádiz. El haber mandado este se expidiesen las órdenes por la secretaría de hacienda no tanto pendia de que estuviesen aquellos

establecimientos á la disposicion del mencionado ramo en calidad de bienes nacionales, cuanto de ser mas aficionado su gefe á la repoblacion de los conventos que no su compañero el de gracia y justicia Don Antonio Cano Manuel, quien lidiaba en sentido opuesto, trocada asi la índole respectiva de ambos ministerios; pues parecia mas propia de la del primero querer la reforma de regulares productora de medios, que de la del segundo no ganancioso con la desaparicion de instituciones de mucho valer que corrian bajo su dependencia.

Entre los flojos descargos que alegó Don Cristóval de Góngora en respuesta á las fundadas y vigorosas razones que le presentaron en la sesion indicada los diputados García Herreros y Traver, graduóse á primera vista como de alguna fuerza el de que la regencia se habia visto obligada á obrar asi por el espectáculo lastimoso que se presentaba en los pueblos de andar los religiosos á bandadas sin encontrar asilo en donde recogerse. Mas bien examinado este descargo, carecia de fundamento lo mismo que todos los otros, porque si en realidad era tan desgraciada la suerte de los exclaustrados, ¿qué causa impedia auxiliarlos, segun estaba prevenido, echando mano de las rentas de los mismos conventos, y bastando las de los ricos con muchas sobras á sufragar, no solo los gastos suyos, sino los de los que se consideraban pobres? ¿No era preferible semejante medio al de permitir se apoderasen de las casas y los bienes, antes de decretar la conveniente reforma? Pues ó esta no se verificaba entonces, y patentes daños resultarian para el estado y aun para la Iglesia; ó si despues, claro era que mayores obstáculos se ofrecerian, y mayor y mas doloroso el sacrificio pedido á los regulares. Y por otra parte, ¿probábase de un modo cierto que la suerte de los exclaustrados fuese tan aciaga y mísera? ¿Imploraban la piedad de los fieles públicamente y de monton durante el dominio de los franceses? No. ¿Osaron aparecer vestidos con el hábito de religioso? Menos aun. Y ¿en qué consistia diferencia tan notable? En que el gobierno de José, vigoroso con el auxilio extrangero, y no protector de aquellas casas, estorbaba se representasen escenas tales de puro escándalo, al paso que la regencia y sus autoridades las aplaudian y quizá las preparaban, rebuscando pretextos de restablecer sin mesura y tasa las comunidades religiosas. No se diga motivó la vista repentina de tantos frailes en las ciudades y poblaciones evacuadas el que se agolparon á ellas los residentes en las libres, porque pocos y muy contados fueron los que abandonaron su domicilio ordinario: habianse los mas quedado en sus respectivos distritos. Ni durante aquel tiempo se oyó hablar de sus apuros y extremada escasez: todos ó los mas tuvieron modo de subsistir honesto. Y ¿era imposible ahora lo que entonces nó....? ¿Escaseaba de proporcion el gobierno legítimo para suministrarles el debido sustento y una decente manuten-

cion, dueño de los muchos recursos que en sus manos ponia la suspension mandada de repoblar semejantes establecimientos? Tampoco pedian eso los vecinos de los paises desocupados, ni siquiera pensaban en ello los mas. Acordámonos que en los dominados mucho tiempo por el invasor habíanse las gentes desacostumbrado en tan gran manera á ver el hábito religioso, tan venerado antes, que los primeros regulares que se pasearon asi vestidos en las poblaciones grandes, como Madrid y otras, tuvieron que esconderse para huir de la curiosidad y extrañeza con que los miraba y seguia el vulgo, en particular los muchachos que nacieran ó habian crecido durante la ocupacion francesa. Por tanto las peticiones sobre restablecer las comunidades procedieron tan solo de manejos de los ayuntamientos ó de algunos interesados, siéndole muy fácil al gobierno patentizar tales amaños para caminar en seguida con paso firme á la reforma prudente de los regulares, y de modo que, cubriendo las justas necesidades de estos, no se viesen desatendidos ni los intereses del estado ni los del culto.

Pero restablecidas ya varias casas, y tomadas por la regencia otras providencias, ofrecia obstáculos retroceder y desbaratar lo hecho, segun querian las comisiones reunidas. Por lo tanto, pidióse á las mismas nuevo dictámen, que dieron en 8 de febrero y aprobaron las córtes en sesiones sucesivas, promulgándose de resultas un decreto acerca de la materia en 18 del propio mes. Considerósele á este como provisional y sin perjuicio de las medidas generales que en adelante pudieran adoptarse. Las del actual decreto eran en sustancia: 1° permitir la reunion de las comunidades consentidas por la regencia, con tal que los conventos no estuviesen arruinados, y vedando pedir limosna para reedificarlos; 2° rehusar la conservacion ó restablecimiento de los que no tuviesen doce individuos profesos; 3° impedir que hubiese en cada pueblo mas de uno del mismo instituto; y 4° prohibir que se restableciesen mas conventos y se diesen nuevos hábitos hasta la resolucion del expediente general.

A pesar de que á algunos parecerán mancas y no bastantes para su objeto tales resoluciones, seguro es que si se hubieran puesto en práctica con teson y cumplido á la letra durante sucesivos años el decreto que las comprendia, la reforma del clero regular hubiérase verificado ampliamente y por medios suaves. Pero la mano destruidora del bien que, empuñando en 1814 una aguzada y cortante hoz, la extendió á ciegas y locamente sobre todas las providencias que emanaron de las córtes, tampoco olvidó esta, y la segó muy por el pie.

Mudanza de la regencia y sus causas.

A otras mudanzas tambien de entidad dieron orígen estas reformas de la inquisicion y los regulares. Debe contarse como la mas principal la remocion de la regencia que gobernaba entonces la monarquía. Casi nunca conforme

en sus procedimientos con los deseos de las córtes, desvióse cada vez mas y se apartó, si cabe, del todo, luego que Don Juan Perez Villamil ocupó el puesto que dejó vacante por dimision voluntaria el conde del Abisbal, lo cual habiendo ocurrido en setiembre de 1812, coincidió con los importantes acontecimientos que sobrevinieron en la propia sazon. Ibase en ella desembarazando de enemigos nuestro territorio, tocando al gobierno en ocasion tan crítica obrar con el mayor pulso, y bien le era menester, cuando de nada menos se trataba que de plantear la administracion en todas sus partes, introducir las nuevas leyes, apaciguar las pasiones, recompensar servicios, aliviar padecimientos, echar un velo sobre extravíos y errores, y ganar en fin las voluntades de todos, usando de suavidad con unos y de firmeza con otros. Requeriase para ello maestría suma, el tino de hombres resueltos y probados, que supiesen sobreponerse á las preocupaciones y exageradas demandas de partidos extremos y resentidos. Tres eran estos en los pueblos evacuados: el del rey intruso, el de los opuestos á las reformas, y el de sus amigos y defensores. No muy numeroso el primero, tenia sin embargo raices, no tanto por aficion, cuanto por el temor de que ahondando en vidas pasadas, se descubriesen compromisos, aun en donde ni siquiera se recelaban: dolencia que acompaña á las disensiones largas y domésticas. Era de todos el segundo partido el mas crecido y fuerte, y en el que si bien muchos anhelaban por reformas respecto del gobierno antiguo, no las querian amplias, ni tan allá como las córtes, desfavoreciendo á estas el que se asemejasen varias de sus mudanzas á otras de José, no permitiendo á veces los intereses individuales y los apasionados afectos de aquellos tiempos distinguir la diferencia que mediaba entre ambas autoridades de tan opuesto orígen. Aunque mas circunscrito el partido tercero y último (el de los amigos de las reformas) era su influjo grande y su pujanza mucha, abanderizándose generalmente en él la mocedad y los hombres ilustrados que tenian á las córtes por apoyo y principal arrimo.

En vez la regencia de mostrarse desnuda de aficiones, declaróse casi abiertamente por los enemigos de las reformas, tirando á incomodar á los comprometidos con José, y desatendiendo indebidamente á los que pertenecian al tercer partido; por lo cual estribando su política en medidas exclusivas y de intolerancia, adolecieron sus providencias de este achaque y de inclinaciones parciales. El nombramiento de empleados y jueces, asunto difícil siempre y en tales crísis muy arduo, tachóse, y en general fundadamente, de desacertado, escogiendo hombres poco discretos que atizaban el fuego en lugar de apagarle, y desunian los ánimos lejos de concordarlos. Nacieron de aquí universales quejas, hijas algunas de males reales, muchas, como acontece, de imaginarios ó muy ponderados, á que daban plausible pretexto el desacuerdo y desvarios de la regencia,

poco cauta en su conducta, y nada cuidadosa de evitar se le atribuyesen las desgracias que procedian de trastornos anteriores, como tampoco de moderar las esperanzas sobrado lisonjeras que se formaban los pueblos con la evacuacion enemiga. Cosa en que deben reparar mucho los repúblicos advertidos, porque la muchedumbre irrefleja, propensa en demasia á esperar venturas, y á que se cicatricen añejas llagas con solo cambiar de gobierno, enfurécese al verse chasqueada, y se desalienta en igual proporcion y en contrario sentido de aquello mismo que primero le daba brios.

Al ruido de las representaciones y lamentos desatentada la regencia, antes de examinar bien el origen de ellos y de apurar si provenian de determinaciones equivocadas ó de desmaño y manejos torcidos de sus empleados, ó bien de males inherentes á los tiempos, ó si de todo junto, para ir aplicando los convenientes remedios, sin espantarse ni inclinar su balanza á uno ni á otro lado, atropellóse; y achacando á las trabas que se ponian al gobierno por las nuevas instituciones los desmanes y osadía de muchos y la culpa del desasosiego y daños que aquejaban á los pueblos, pidió á las córtes se suspendiesen varios artículos de la constitucion. Error grave querer suspender en parte aquella ley apenas planteada, que gozaba de popularidad, y cuyos efectos ventajosos ó perjudiciales no podian todavía sentirse.

Sirvió de particular motivo para la demanda una conspiracion descubierta, segun se contaba, en Sevilla contra las córtes y la regencia, habiéndose de resultas formado causa á varios individuos, para cuya prosecucion pronta y fácil exigíase á dicho del gobierno la suspension de ciertos artículos constitucionales, entre los que estaban comprendidos algunos que no pertenecian á la dispensa de formalidades que en los procesos y en determinados casos consentia la nueva ley fundamental, sino á otras disposiciones de mas sustancia. Las córtes no accedieron á la demanda de la regencia por no creer fuese grave la conspiracion denunciada, y tener sospechas de que se abultaba su importancia para arrancar de ellas el consentimiento apetecido.

No muy satisfechas ya desde antes del proceder del gobierno, quedáronlo aun menos con este incidente, entibiándose la buena avenencia entre ambas autoridades, y aumentándose la discrepancia que rayó en aversion de resultas del asunto de los frailes, cuyos trámites y final remate por el propio tiempo hemos referido ya.

En consecuencia no desperdiciando coyuntura las córtes de hostigar al gobierno, ofrecióseles una oportuna con motivo de discutirse el dictámen de cierta comision encargada del exámen de memorias presentadas por los secretarios del despacho en que cada uno daba cuenta del estado de sus respectivos ramos. Apa-

recieron los ministros durante los debates en mala y desgraciada postura, trayéndolos los diputados á mal traer con preguntas y réplicas. El de la guerra, Don José Carvajal, que vimos desafortunado y de fofo y mermado seso allá en Aragon, fingióse malo por no comparecer, y los de hacienda y estado, Don Cristóval Góngora y Don Pedro Gomez Labrador, tampoco representaron lucido papel, escasos de razones y confundiendo ó desfigurando los hechos en sus discursos. Como individuo de la comision díjoles el conde de Toreno entre otras cosas en la sesion de 7 de febrero (* Ap. n. 26.) *: « El dictámen de la comision está reducido á dos puntos : exámen de las memorias de los secretarios « del despacho, acompañado de las reflexiones que han parecido « oportunas, y su dictámen particular deducido del juicio que « de ellas ha formado. Las memorias y discursos de los secreta- « rios del despacho fueron provocadas por unas proposiciones del « señor Argüelles aprobadas por el congreso, y pasadas á la re- « gencia para que contestase á ellas. Cuatro son las proposicio- « nes.... La primera se dirigia á averiguar las providencias adop- « tadas por la regencia para levantar y organizar ejércitos, « particularmente en las provincias de Andalucía, Extremadura y « las dos Castillas : la segunda á las medidas que hubiese tomado « para recoger los efectos abandonados por el enemigo : la ter- « cera enderezábase á saber la opinion de la regencia sobre las « causas que habian producido la diminucion y deplorable estado « del ejército de Galicia : y la cuarta la confianza que le inspi- « raban los gefes políticos enviados á las provincias. Quiere de- « cir que tres de las cuatro proposiciones inmediata y directamente « hablan de la parte militar, y asi es que el secretario del des- « pacho de la guerra dió un informe mas extenso que los demas « compañeros suyos. Siento que la indisposicion que ha acome- « tido á este señor le impida asistir al congreso, pues nos podria « ilustrar sobre las contradicciones que aparecen en su memoria, « deshacer las equivocaciones en que haya incurrido la comision, « y satisfacer á los reparos y réplicas que de nuevo se nos ofrecia « hacerle. Reproduciré algunos de los puntos mas esenciales, « ya para que si se hallan instruidos tengan á bien respondernos « los secretarios del despacho que se hallan presentes, ya tambien « para que los diputados con todo acuerdo apoyen ó impugnen á « la comision. Con dolor ha encontrado esta al examinar la parte « de guerra un desórden que no era concebible. No se halla, ni « se espere hallar una organizacion vasta y perfecta que abrace « la distribucion de ejércitos, el repartimiento de su fuerza, el « número de divisiones de que debiera constar cada uno, la pro- « porcion entre las respectivas armas de caballería, infantería y « artillería; no la relacion indispensable y necesaria entre los gas- « tos de su manutencion y los medios con que se contaba; no ór-

« den en la parte de hacienda militar ; no una táctica uniforme y « fija : no, nada de esto ; tal vez pareceria demasiado : pero ni « siquiera se ha pensado en la menor de estas cosas : por lo que « resulta de la memoria del secretario del despacho, providencias « escasas y descosidas, abandono en su misma ejecucion, y una « inconexion tan grande entre ellas que solo puede ser hija del « descuido mas culpable. La comision se ha hecho cargo de las « circunstancias en que la nacion se ha visto ; ofrecian grandes « obstáculos para seguir una misma regla en todas las provincias ; « pero no cree que impidiesen adoptar en unas un plan fijo, y en « otras acomodarlo á las variaciones que dictase su posicion. Ade- « mas, despues que la España se ha ido evacuando, ¿ qué causas « estorbaban el haber meditado un plan general para estas pro- « vincias del mediodia ? ¿ Qué el tener un sistema arreglado en « Galicia, provincia extensa y de recursos, y que afortunadamente « se halla libre de enemigos hace tanto tiempo ?... La falta de « medios es la queja mas frecuente del secretario del despacho de « la guerra para cubrir el desórden que se nota ; pero ¿ cómo nos « podrá persuadir de su verdad cuando el gobierno procura por « todos los medios aumentar el número de hombres de los ejér- « citos, los que, segun la memoria de este secretario, han recibido « un incremento considerable desde el mes de febrero del año « pasado acá ? Pues, ¿ cómo la regencia acrecentaria este número, « si no fuera porque antes habia consultado los medios con que « contaba ? Y ¿ cómo entonces se lamenta de su escasez el secre- « tario del despacho ? Una de dos, ó este señor se equivoca, ó la « regencia procedió ligeramente, cuidándose solo de amontonar « hombres que nominalmente y nada mas reforzasen nuestros ejér- « citos. La comision en su informe ha desentrañado bien esta « cuestion.... »

Omitimos otros pormenores del citado discurso y del rumbo que la discusion llevó, por no apartarnos demasiadamente de nuestro propósito. Pero en ella trazóse un cuadro fiel, si bien lóbrego y de tintas muy pardas, del estado administrativo de la nacion, de que fueron causa descuidos de la regencia, los estragos é índole de la guerra, y antes que todo el atraso y escasez entre nosotros de conocimientos prácticos de verdadera y bien entendida administracion : los cuales se alcanzan tarde aun en los paises mas cultos, engañados los hombres al estallar de los trastornos políticos con el falso halago de teorías nuevas, en apariencia perfectas, aunque en realidad defectuosas ; y llegándose solo á razon poco á poco y despues de muchas caidas. Tenian estas que ser mayores y mas frecuentes en España, nacion rezagada, en donde los ministros por ilustrados que sean vagarán errantes, todavía durante años, faltos de buena ayuda ó circuidos tan pronto de hombres meramente especulativos, tan pronto de empleados antiguos llenos de preocupaciones y

añejos estilos : siendo de advertir ademas que los experimentos en semejante materia son casi siempre costosos y muy contingentes en sus resultas por rozarse en la aplicacion con los intereses mas esenciales de toda sociedad humana, y hasta con su vida y andar habitual.

Pero la discusion suscitada perjudicó al gobierno en la opinion, y acreciéronse entre él y las córtes los disgustos y sinsabores, á punto que se creia próximo un rompimiento desagradable y ruidoso. Y no faltó quien sospechase irian las cosas muy allá, suponiendo en la regencia, ó en alguno de sus individuos, la mira siniestra de destruir las córtes, ó de tomar por lo menos providencias violentas con los principales caudillos del partido liberal. Daban para ello pie indiscreciones de amigos de la misma regencia, artículos amenazadores de periódicos que la defendian, conversaciones livianas de alguno de sus ministros, tanteando el modo de pensar de ciertos gefes de la guarnicion; tambien el acercarse al puerto de Santa María tropas bajo pretexto de que se fuera formando el ejército de reserva llamado de Andalucía, y en fin, la presencia allí del conde del Abisbal, á quien se le consideraba ofendido por su salida de la regencia, y capaz de meterse en cualquier empeño, por arrojado que fuese, con tal que satisficiese rencorosos enojos : y eso que no se le tachaba aun de veleidoso y mudable, ni con justicia podia comparársele entonces, como quizá despues, á aquel Planco, de quien los antiguos dijeron que era *morbo proditor*.

(Ap. n. 29.)

Traia muy alterados los ánimos la coincidencia de tales hechos, llegando á su colmo el desasosiego y la inquietud de los liberales al cundir la nueva en la noche del 7 de marzo de que Don Cayetano Valdés, gobernador de Cádiz, acababa de ser exonerado de su puesto por la regencia, acto que se miró como precursor de violencias, é indicante de que se queria seguir por el escabroso y ahora olvidado sendero de lo que antes se llamaba *razon de estado*.

Confirmaba mas y mas semejante recelo el haber recaido el mando militar y político en Don José María Alós, gobernador de Ceuta, sugeto á quien se tenia entonces por de opiniones del todo opuestas á las del partido reformador, y que habiendo venido á Cádiz pocos dias antes y conferenciado largamente con la regencia, parecia destinado á cumplir órdenes ilegales y de atropellamiento, ya respecto de las córtes, ya de sus individuos. A lo menos hubo de esto entre los diputados repetidos indicios y aun avisos, los cuales ahora mismo creemos no carecian de fundamento.

El Don Cayetano, de quien ya hemos tenido tanta ocasion de hablar honrosamente, infundia en todos confianza ciega, y mientras él permaneciese mandando, nadie temia que la regencia saltase fuera del círculo de sus facultades, no siendo hombre Valdés de entrar en manejos ni ligas, ni de apartarse del órden legal, y si

solo marino rígido, cortado á la traza y modelo que en nuestra mente formamos de un español antiguo, de un Don Alvaro de Bazan, ó de un Antonio de Leyva.

Para descubrir la causa primera de la separacion de Valdés, será bien volver al asunto de la abolicion del santo oficio. Dijimos entonces habian decidido las córtes se leyese en todas las parroquias de la monarquía por tres domingos consecutivos un manifiesto en que se exponian los fundamentos que se habian tenido presentes para decretar dicha abolicion; providencia que tomada solo con el buen deseo de ilustrar la opinion de los pueblos, interpretáronla torcidamente los partidarios de la inquisicion, y la miraron como inmoderado é insultante abuso del triunfo obtenido. Con eso en Cádiz y otros puntos crecieron cada dia mas los enredos y maquinaciones de los fanáticos y sostenedores de rancias y falsas doctrinas, ya porque victoriosas las armas aliadas, y libres muchas provincias, despertábase á la esperanza la ambicion de todos, ya porque dando la reforma agigantados pasos, temíanse sus enemigos que si se descuidaban no podrian contener el rápido progreso de aquella, ni avasallar á los que la protegian y le daban impulso. Era centro de semejantes manejos el nuncio de su santidad Don Pedro Gravina, hermano del general Don Federico que mandaba la escuadra española en el combate de Trafalgar, y pereció gloriosamente de heridas recibidas allí. Apoyaban al nuncio varios obispos que tenian sus diócesis en provincias ocupadas, y se habian acogido á las libres, señaladamente á Mallorca y Cádiz, é igualmente, aunque por debajo de cuerda, estimulábale á la oposicion la misma regencia, gobernada ahora por Don Juan Perez Villamil.

Que se urdia trama entre individuos del clero contra el decreto de la inquisicion y la lectura del manifiesto, traslucíase por muchas partes; y al fin se tuvieron noticias ciertas de ello por medio de un aviso secreto que recibió el diputado eclesiástico Don Antonio Oliveros, de que se habia pasado al cabildo de la catedral de Cádiz cierta circular, haciéndole sabedor de un acuerdo tomado en la misma ciudad entre varios prelados y personas conspicuas para impedir sin embozo la publicacion en los templos del citado manifiesto. Directamente tambien el nuncio ofició sobre ello á la regencia * en 5 de marzo, extendiendo sus reclamaciones hasta contra el decreto mismo de la supresion de la inquisicion, que ofendia (segun expresaba) « á los derechos y « primacía del romano pontífice, que la habia establecido como « necesaria y muy útil al bien de la Iglesia y de los fieles. » Y es de advertir que esta nota se escribió en derechura á la regencia, y se puso en manos de su presidente, sin remitirla por el conducto regular del ministerio de estado.

(* Ap. n. 30.)

Requeríase para la ejecucion de lo que se proyectaba la separacion de Valdés, aunque no fuesen tan allá, como algunos se imagi-

naban, los aviesos intentos de los maquinadores, y se limitasen solamente á estorbar la lectura del manifiesto y publicacion en las iglesias del decreto de abolicion del santo oficio. Porque Valdés no chanceaba cuando hablaban las leyes, y á él correspondia, como autoridad suprema de Cádiz, hacer que en esta ciudad se cumpliesen las dadas por las córtes respecto de la inquisicion. Que no era ademas partidario suyo hablalo probado ya felicitando á las córtes, por haberla suprimido, á la cabeza del ayuntamiento gaditano, cuya corporacion presidia.

Tocaba ser el domingo 7 de marzo, cuando en Cádiz debian leerse por primera vez el manifiesto y decretos insinuados. Con los rumores y hablillas que habian corrido ansiaban todos llegase aquel dia, y asombrados quedaron al cundir la noticia en la noche del sábado 6, de haber la regencia del reino quitado el mando al gobernador militar y gefe político Don Cayetano Valdés. No tuvo por tanto efecto en la mañana del domingo lo providenciado por las córtes, permaneciendo silenciosos los templos, sin que se leyese en sus púlpitos nada de lo mandado acerca de inquisicion. Tal desobedecimiento alteró sobremanera á los diputados liberales y al público sensato, recelándose muchos fuese cierto que se queria atropellar alevemente á varios individuos de las córtes; plan atribuido á la regencia, cuyos malos deseos, por mas que se comprimiesen y ocultasen, traslucianse y reverberaban.

Preparados los diputados liberales creyeron ser coyuntura aquella de arrojarse á todo y jugar á resto abierto. Aguardaron sin embargo á que la regencia se explicase. Llegó luego este caso en la sesion del lúnes 8, en que dió parte el ministro de gracia y justicia, por medio de un oficio, de tres exposiciones que le habian dirigido el vicario capitular de la diócesi de Cádiz, los curas párrocos de la misma ciudad, y el cabildo de la iglesia catedral; alegando las razones que les habian impedido llevar á debido cumplimiento el decreto de 22 de febrero que mandaba se leyese en todas las parroquias de la monarquía el manifiesto de la abolicion de la inquisicion. Paso descaminado de parte de la regencia, y por el que resulta contra ella, ó que obraba de connivencia con el clero, ó que carecia de suficiente firmeza para hacer se obedeciesen las determinaciones supremas.

Los diputados que estaban concertados de antemano pidieron, y asi se acordó, que se declarase permanente aquella sesion hasta que se terminase el negocio del dia. Habló primero el señor Teran, pronunciando un discurso que conmovió al auditorio, diciendo en contestacion á varias razones alegadas por el clero*:

(* Ap. n. 31.)

« ¡Ojalá se hubiese tenido siempre presente el de-
« coro y respeto debido á tan santos lugares, y que no se hubiese
« profanado la casa del Señor y la cátedra del Espíritu Santo,
« alabando, ¿á quién?... al perverso Godoy; á ese infame fa-

« vorito, símbolo de la inmoralidad y corrupcion que ha precipi-
« tado á la nacion en un abismo de males!.... ¡Profanacion de
« templo por leer el decreto de V. M., cuando hemos visto colo-
« cado el inmundo retrato de aquel privado á la derecha del altar
« mayor!... ¿Cómo no lo rehusaron entonces?... ¡Ah, señor!
« El celo y la piedad parece estaban reservadas para oponerse
« únicamente á las resoluciones soberanas dictadas con toda ma-
« durez, y para frustrar las medidas que con la mas sana inten-
« cion proponemos los que nos gloriamos de conocer y amar la
« verdadera religion, y procuramos en todo el mayor bien de la
« patria.... Señor, yo no puedo mas.... » Embargaron aqui abun-
dantes lágrimas la voz del orador; lágrimas sentidas que brotaban del corazon, y que produjeron efecto maravilloso, como que no eran fingidas ni de aparato, á la manera de otras que en semejantes casos hemos solido ver.

Tomó en seguida la palabra el señor Argüelles, y despues de un discurso notable concluyó por formalizar esta proposicion. « Que
« atendiendo á las circunstancias en que se hallaba la nacion, se
« sirviese el congreso resolver que se encargasen provisional-
« mente de la regencia del reino el número de individuos del
« consejo de estado de que hablaba la constitucion en el artí-
« culo 189, agregándole, en lugar de los individuos de la diputa-
« cion permanente, dos individuos del congreso; y que la elec-
« cion de estos fuese en público y nominal. »

El artículo de la constitucion que aqui se citaba decia: « En
« los casos en que vacare la corona siendo el príncipe de Asturias
« menor de edad, hasta que se junten las córtes extraordinarias,
« si no se hallaren reunidas las ordinarias, la regencia provisional
« se compondrá de la reina madre, si la hubiere, de los diputados
« de la diputacion permanente de las córtes, los mas antiguos por
« órden de su eleccion en la diputacion, y de dos consejeros del
« consejo de estado los mas antiguos, á saber: el decano y el que
« le siga: si no hubiere reina madre, entrará en la regencia el con-
« sejero de estado tercero en antigüedad. »

Idéntico en nada este caso con el actual podia solo descubrirse la conformidad entre ambos, ó á lo menos la semejanza, atendiendo á la urgencia y sazon del tiempo, y á querer ciertos diputados precaver, madrugando, los malos designios que suponian en la regencia. Asi que aprobóse con gran mayoría la proposicion del señor Argüelles, si bien no se puso en ejecucion mas que la primera parte, esto es la de « que se encargasen de la regencia provisional
« los tres consejeros de estado mas antiguos, » suspendiéndose la otra en que se hablaba de diputados por consideraciones personales y laudables, rehuyendo siempre estos de que se les achacasen miras interesadas en donde no llevaban sino las del bien del estado.

Eleccion de nueva regencia.

Los tres consejeros de estado mas antiguos presentes entonces en Cádiz eran Don Pedro Agar, Don Gabriel Ciscar, y el cardenal de Santa María de Scala, arzobispo de Toledo, Don Luis de Borbon, hijo del infante Don Luis, hermano que fué del rey Cárlos III. A los dos primeros, ya antes regentes, bien que no asistidos de todas las exquisitas y raras prendas que á la sazon requeria la elevada magistratura con que se les investia de nuevo, por lo menos teníaseles con razon por leales y afectos á las reformas. Adornaban al cardenal acendrada virtud, juicio muy recto é instruccion no escasa; mas criado en la soledad y retiro de un palacio episcopal de España era su cortedad tanta que oscurecíanse casi del todo aquellas dotes, apareciendo á veces pobreza de entendimiento lo que tan solo pendia de falta de uso y embarazo en el trato de gentes. Aunque por antigüedad tercero este en número, escogiósele á propuesta del conde de Toreno para presidente de la nueva regencia, segun lo indicaba la excelsa clase que ocupaba en el estado y su alta dignidad en la Iglesia.

Su instalacion en 8 de marzo.

Verificados estos nombramientos, y extendidos allí mismo los decretos, comunicáronse sin tardanza las respectivas órdenes. A poco juraron en el seno de las córtes los tres nuevos regentes, y pasaron inmediatamente á posesionarse de sus cargos. Era ya entrada la noche y hora de las nueve, sereno el tiempo y rodeados los regentes y los diputados de la comision que los acompañaba, y en cuyo número nos incluyeron, de una muchedumbre inmensa que poblaba el aire de vítores y aplausos. Instalamos en sus sillas los que para ello íbamos encargados, á los nuevos regentes, sin que los cesantes diesen señal alguna de resistencia ni oposicion. Solo pintóse en el rostro de cada cual la imágen de su índole ó de sus pasiones. Atento y muy caballero en su porte el duque del Infantado mostró en aquel lance la misma indiferencia, distraccion y dejadez perezosa que en el manejo de los negocios públicos: despecho Don Juan Perez Villamil y Don Joaquin Mosquera y Figueroa, si bien de distintos modos; encubierto y reconcentrado en el primero, menos disimulado en el último como hombre vano y de cortos alcances, segun representaba su mismo exterior, siendo de estatura elevada, de pequeña cabeza y encogido cerebro. Aunque enérgico y quizá violento á fuer de marino, no dió señas de enojo Don Juan María Villavicencio; y justo es decir en alabanza suya, que poco antes habia escrito á los diputados proponedores de su nombramiento que vista la division que reinaba entre los individuos del gobierno, ni él ni sus colegas, si continuaban al frente de los negocios públicos, podian ya despacharlos bien, ni contribuir en nada á la prosperidad de la patria. Casi es por demas hablar del último regente, de Don Ignacio Rodriguez de Rivas, cuitado varon que acabó en su mando tan poco notable y significativamente como habia comenzado; debiendo ad-

vertirse que al nombrarle de la regencia, estando todos convenidos en que hubiese en ella dos americanos, no se buscó en la persona del elegido ni en la de Don Joaquin Mosquera otra circunstancia sino la del lugar de su nacimiento: agradando tambien el que ni uno ni otro se inclinaban á proteger la separacion é independencia de las provincias de ultramar, cualidad no comun y á veces peregrina en los que allá recibieran el ser.

Administracion de la regencia cesante.

Llamaron á esta regencia la del *Quintillo*, por componerse de cinco y en signo de menosprecio; desestimador siempre suyo el partido liberal, de influjo ya en la opinion y de mucha pujanza. Hubo tres tiempos en su gobernacion: el anterior á la llegada de Inglaterra del duque del Infantado, el posterior hasta la salida del conde del Abisbal, y el último que tuvo principio entonces con la entrada de Don Juan Perez Villamil, y terminó en la separacion de la regencia entera y nombramiento de otra nueva. En el primer período no se apartó la antigua del partido reformador que componia la mayoría de las córtes; en el segundo algun tanto, aunque no aparecia mucho el desvío por ser cabecera y guia el conde del Abisbal, nacido con natural predominio en materia de autoridad y de aventajadas partes para el gobierno, á pesar de los lunares que le deslucian. En el tercero saltó á los ojos de todos el desapego, acabando por aversion no disfrazada que acrecia el carácter envidioso y acre de Villamil, contrarestado en sus inclinaciones y deseos por los dictámenes de las córtes y sus providencias. Verdad es que en esta sazon salieron de tropel á la escena pública cuestiones graves, orígen de mayor discrepancia en las opiniones, y que nacieron de la evacuacion de varias provincias, del asunto de la inquisicion y de los frailes, bastante cada uno de por sí para sentar bandera de desunion y de lid muy reñida.

Acontécenos al tener que hablar de la administracion de esta regencia y de sus medidas en los respectivos ramos lo mismo que en el caso de su antecesora, sobre la cual dijimos que al lado de autoridad tan poderosa como la de las córtes disminuíase la importancia de otra, no siendo la misma potestad ejecutiva sino mera ejecutora de las leyes y aun reglamentos que emanaban de la representacion nacional, y de cuyo tenor hemos hablado sucesivamente al dar cuenta de las sesiones mas principales y sus resultas. Sin embargo recordaremos ahora algunos puntos de que hicimos ya mencion en su lugar, y tocaremos otros no referidos aun. Fueron los tratados con Rusia y Suecia y el asunto de la mediacion los expedientes de verdadero interes despachados en este tiempo por la secretaría de estado. Las de la gobernacion y gracia y justicia entendieron en todo lo relativo á la nueva organizacion y planta de las oficinas y tribunales de las provincias, conforme á la constitucion y á varias leyes y decretos particulares. Tarea penosa y árdua, y para la que no tuvo la regencia ni la fortaleza ni el saber necesarios

y aun menos la voluntad, prendas que se requieren en sumo grado si se ha de salir de tales empresas con aplauso y buen aire: mayormente tropezándose en la práctica, segun sucede al establecer leyes nuevas, con dificultades y obstáculos que nunca prevé en la especulativa el ojo mas suspicaz y lince. Por lo que respecta á guerra el mando dado á Lord Wellington y la nueva division de los ejércitos indicada en su lugar, pueden mirarse como las determinaciones mas principales tomadas en este ramo durante el gobierno de la regencia de los cinco; pero que nacieron en particular la primera mas bien del seno de las córtes que de disposicion y propio movimiento de la potestad ejecutiva. Habia tambien ordenado esta en punto á suministros que para estorbar que se viesen acumuladas las obligaciones y pedidos de diferentes ejércitos sobre unas mismas provincias, se recogiesen los productos de diezmos, excusado, noveno y otros ramos en las comarcas que se iban libertando de enemigos, y se formasen grandes almacenes en señalados puntos con depósitos intermedios, cuyos acopios debian despues distribuirse, en cuanto fuese dable, arreglada y equitativamente. Por desgracia la súbita retirada en otoño del ejército aliado desde las márgenes del Ebro hasta la frontera de Portugal, malogró en parte la recoleccion de cereales en el abundoso granero de Castilla, aprovechándose el invasor de nuestro abandono y apresuramiento. En el inmediato verano no hubo en esto tan escasa dicha. Por lo demas continuó el ramo de hacienda en lo general como hasta aqui. Las mudanzas que en él ocurrieron verificáronse meses despues. La recaudacion en las provincias desocupadas ejecutóse con lentitud y tropiezos, no planteándose sino á medias ó malamente la contribucion extraordinaria de guerra, y siendo muy poco fructuosas las otras, relajada la administracion, y teniendo en muchos parages un exclusivo influjo en ella los gefes militares y sus dependientes sin gran cuenta ni razon: inevitable consecuencia de tantos trastornos, invasiones y lides, y que solo remedia la mano reparadora del tiempo y un gobierno entendido y firme. En la tesorería central de Cádiz no entraban otros caudales que los de su provincia y aduana, invirtiéndose desde luego los restantes en sus respectivos distritos: ascendiendo aproximadamente la suma de los recibidos en dichas arcas de Cádiz á unos 138,000,000 de reales en todo el año de 1812: de ellos solo unos 15 procedian de América inclusos los derechos devengados por plata perteneciente á particulares; que á tal punto iban menguando las remesas de aquellas regiones: y otros 14 ó 15 de letras facilitadas por el cónsul inglés pagaderas en Lóndres. Otros auxilios suministró directamente Lord Wellington al ejército que avanzó á los Pirineos, pero de ello hablaremos mas adelante: si bien fueron todos limitados para atenciones tantas.

Al estrecho á donde habian llegado los asuntos públicos, indis-

pensable se hacia encontrar inmediata salida cambiando la regencia del reino. Desunidas y en lid abierta las dos potestades ejecutiva y legislativa, una de ellas tenia que ceder y dejar á la otra desembarazado el paso. No ausente el rey y alterada la constitucion en alguna de sus partes, hubiérase presentado en breve á tamaño aprieto un desenlace obvio y fácil; pues, ó los ministros se hubieran retirado, ó hubiérase disuelto el poder legislador, convocándose al propio tiempo otro nuevo; con lo cual se desataba el nudo legal y sosegadamente. No se estaba entonces por desgracia entre nosotros en el caso de usar de ninguno de ambos remedios; y por tanto disculpable aparece la resolucion que tomaron las córtes, y de absoluta necesidad, bien considerado el trance en que se hallaban; pues si no, juzgaríamos su hecho altamente reprensible y de pernicioso ejemplo.

Nuevo reglamento dado á la regencia.

A la nueva regencia quitósele en 22 de marzo la condicion transitoria de provisional, quedando nombrada en propiedad, asi ella como su digno presidente, sin que se despojase á ninguno de los tres de las plazas que obtenian en el consejo de estado. El reglamento que gobernaba á la anterior regencia dado en 26 de enero de 1812 se modificó con otro promulgado en * 8 de abril de este año de 1813, mejorándole en alguno de sus artículos. Tres individuos solos en lugar de cinco debian componer la regencia: las relaciones de esta con los ministros y las de los ministros entre sí se deslindaban atinadamente, y sobre todo se declaró á los últimos, que fue lo mas sustancial, únicos responsables, quedando irresponsable la regencia, ya que la inviolabilidad estaba reservada á solo el monarca: creyendo muchos se afianzaria por aquel medio la autoridad del gobierno, y se le daria mayor consistencia en sus principales miembros; porque de no ser asi, decia un diputado, resultan * « varios y graves males. Primero la instabi- « lidad de la regencia, á la que se desacredita: se- « gundo la dificultad de defenderse esta por sí, y verse obligada « á defenderse por medio de sus ministros, que quizá piensan « de un modo contrario: tercero las revueltas á que se expone « el estado en la continua variacion de regencia que es inevita- « ble. » Doctrina cuya verdad confirmaba cada dia la serie de los sucesos.

(* Ap. n. 32.)

(* Ap. n. 33.)

Oposicion de prelados y cabildos a la publicacion de decretos sobre inquisicion.

Por la separacion de la regencia de los cinco no se destruia del todo la oposicion intentada contra la lectura del manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolicion del santo oficio: quedando aun latente centella que pudiera estallar y producir en el reino extenso y voraz incendio.

Para dar idea cabal de este incidente, forzoso nos es volver atras y añadir algo á lo ya referido, bien que nunca sea nuestro propó-

sito entrar en muchos pormenores. Fue primer indicio de lo que se fraguaba una * pastoral ó manifiesto con fecha de Palma de Mallorca á 12 de diciembre de 1812, aunque impreso y circulado mas tarde, y que firmaban los obispos de Lérida, Tortosa, Barcelona, Urgel, Teruel y Pamplona, acogidos á aquella isla huyendo de la invasion francesa. Comprendia la pastoral varios puntos, dividiéndose en capítulos encaminados á probar que la Iglesia se hallaba ultrajada en sus ministros, atropellada en sus inmunidades, y combatida en sus doctrinas. Desencadenábanse sus autores contra el Diccionario crítico-burlesco de Don Bartolomé Gallardo, y refutaban con ahinco las opiniones de algunos diputados, en especial de los que eran eclesiásticos y se tenian por jansenistas y partidarios del sínodo de Pistoya. Hacian tambien gala de doctrinas inquisitoriales y ultramontanas, apartándose de los grandes ejemplos que presentaban nuestros insignes prelados del siglo XVI, de quienes decia Melchor Cano al emperador Cárlos V: « No fuera mucho que su escuadron y el de hombres doctos de acá « hiciera mas espanto en Roma que el ejército de soldados que « S. M. allá tiene. »

(* Ap. n. 34.)

Por el mismo estilo y en un rincon opuesto de España, en la Coruña, preparó otro * papel el obispo de Santander, si bien concebido en términos solo asonantes con el desbarro mental de que solia adolecer aquel prelado, subido ahora de punto hasta en el título y forma del escrito, que publicaba actualmente, compuesto en octavas rimas.

(* Ap. n. 35.)

Coincidian con la publicacion de tales impresos los pasos dados en Cádiz por su cabildo y clero, cuyos individuos empezaron á tratar de resistencia ya en 6 de febrero, dirigiéndose tambien á los cabildos comprovinciales de Sevilla, Málaga, Córdoba y Jaen, pidiéndoles « poderes ó instrucciones para representarlos; » y encargándoles el mayor secreto respecto de los *legos* y de los *sacerdotes* que no mereciesen su confianza.

Conducta del nuncio del papa.

Alma y centro de tan cautelosos manejos el nuncio de su santidad, no se contentó con la nota que de un modo irregular y segun indicamos habia pasado á la regencia en 5 de marzo, sino que con la misma fecha * escribió igualmente al obispo de Jaen y á los cabildos de Málaga y Granada exhortándolos á formar causa comun con el clero de España, y á oponerse al manifiesto y decretos de las córtes sobre la abolicion del santo oficio.

(* Ap. n. 36.)

Debates y resoluciones en las cortes sobre esta materia.

De liga y peligroso bando calificaron algunos este suceso, no dándole otros tanta importancia, persuadidos de que todo se cortaria mudada la regencia de los cinco, gran patrocinadora del enredo ó trama. No se engañaron los últimos, pues el 9 de marzo, dia inmediato al de la separacion, habiendo hecho Don Miguel Antonio de Zumala-

cárregui y aprobado las córtes la proposicion de que « en la mañana « siguiente y en los dos domingos consecutivos se leyesen los « decretos..., » conformóse el clero con lo mandado, sometiéndose á ello pacíficamente y sin linage alguno de oposicion.

Causa formada á algunos canónigos de Cádiz.

Habia una segunda parte que tambien aprobaron las córtes en lo propuesto por el señor Zumalacárregui, y era que « en lo demas se procediese con arreglo « á las leyes y decretos; » lo cual equivalia á mandar se examinase la conducta de las autoridades eclesiásticas que se habian mostrado desobedientes á las providencias soberanas: y entendiéndolo asi la regencia determinó por medio de Don Antonio Cano Manuel, ministro de gracia y justicia, que se formase causa á Don Mariano Martin Esperanza, vicario capitular del obispado de Cádiz sede vacante, y á tres prebendados de la misma iglesia comisionados por el cabildo para entender en la materia, y ponerse de acuerdo con los de otras catedrales. Decidió ademas la regencia quedasen todos cuatro suspensos de las temporalidades mientras durase el proceso. Severa resolucion, pero merecida por el motivo que la provocó; pues el mandato de las córtes á cuyo cumplimiento se oponia el clero, si bien indiscreto y quizá fuera de sazon, no era contrario á los usos de la primitiva iglesia, ufana de que se publicasen en el templo las leyes civiles de los emperadores, ni tampoco á lo que se acostumbraba en España, desde cuyos púlpitos se leian á veces hasta los reglamentos penales sobre tabacos, sin que nadie motejase semejante práctica, ni la apellidase desacato cometido contra la magestad del santuario.

Quejas de estos contra el ministro Cano Manuel.

Aunque asustados en un principio los canónigos, y por tanto sumisos, volviendo despues en sí, cobraron ánimo poco á poco, y envalentonándose al fin por el amparo que les dieron algunos cuerpos y personas, y sobre todo por el que esperaban encontrar en el seno de las mismas córtes, elevaron á estas en 7 de abril representaciones enérgicas, y se querellaron acerbamente de los procedimientos de que se decian víctima, pidiendo ademas Don Mariano Esperanza « la responsabilidad del ministro de gracia y justicia por la inexcu- « sable infraccion de constitucion hecha en su persona, y por la « de otros decretos que expresaba. » Traianle los clérigos á aquel ministro sobre ojo, por achacarle falsía en su porte, obrando, segun afirmaban, de consuno con ellos, mientras la suerte se les mostró propicia, y abandonándolos cuando cambiada la regencia se trocó aquella, y se trocó tambien la política del gobierno. Creyeron muchos no carecian de fundamento tales quejas, tachando al ministro, quién de doble en su conducta, quién de inconsecuencia liviana. Nos inclinamos á lo postrero, segun concepto que de él formamos entonces, y aun en tiempos mas recientes.

La exposicion del vicario y la de los canónigos pasaron ambas

Resolucion sobre ello, y debates en las córtes.

á una comision de las córtes, la cual se manifestó discorde, declarando la mayoría no haber infraccion de constitucion en la providencia del ministro, y la minoría por el contrario, que sí. Hasta el 9 de mayo no se discutió el punto en las córtes, en donde tambien hubo diversidad y aun confusion de pareceres, votando diputados liberales con los que no lo eran, y mezclándose indistintamente unos y otros, por sospechar los primeros connivencia en un principio del ministro con los canónigos, y acusar los segundos al mismo sin rebozo de haber obrado engañosa y falazmente. Sin embargo Cano Manuel pronunció entonces en defensa propia un discurso que le honrará siempre, y superior quizá á cuantos hemos oido de su boca: probando ventajosamente que el gobierno, aun despues de publicada la constitucion, tenia facultades para proceder conforme habia hecho, y que teniéndolas las habia ejercido con oportunidad. En el conflicto de opiniones é intereses tan diversos prolongáronse los debates por varios dias; no se admitieron los informes de la mayoría ni de la minoría de la comision; desecháronse otras proposiciones, y solo en la sesion del 17 de mayo se aprobó una que extendió el señor Zorraquin concebida en estos términos: « Sin « perjuicio de lo que resuelvan las córtes, para no entorpecer el « curso de la causa, devuélvase el expediente al juez que conoce « de ella. » Esquivóse asi tomar una resolucion definitiva y bien expresa, permaneciendo en respeto los partidos en que se dividian las córtes, pues ni se accedió á la demanda de que se exigiese la responsabilidad al ministro, ni tampoco se aprobó claramente su conducta, quedando todo como en suspenso. Manera de terminar en ciertas crísis los asuntos espinosos, nunca agradable á los hombres de opiniones encontradas y extremas, pero preferible á mantener en el público excitacion viva é inquietudes peligrosas. Los canónigos procesados fueron despues expelidos de Cádiz en virtud de fallo del juez que entendia en la causa; y aunque continuó sintiéndose por algun tiempo cierta agitacion respecto de este negocio, en breve se apaciguó, yendo á perderse en el remolino de acontecimientos graves que á cada instante sucedian, y unos á otros se arrebataban.

Altercados con el nuncio y su extrañamiento.

Tocaba ahora á la nueva regencia habérselas con el nuncio que tan desmedidamente se habia propasado. Mostróle aquella su enojo en oficio de 23 de abril dirigido por conducto del ministro de gracia y justicia, en cuyo contenido despues de echarle con razon en cara su desacordado porte, finalizábase por decirle que aunque la obligacion que incumbia á S. A. de* « defender el estado y proteger la « religion, la autorizaba para extrañar á S. E. de es- « tos reinos y ocuparle las temporalidades; con todo, el deseo de « acreditar la veneracion y el respeto con que la nacion española

(* Ap. n. 37.)

« habia mirado siempre la sagrada persona del papa.... detenian « á S. A. para tomar esta providencia, habiéndose limitado á man- « dar que se desaprobase la conducta de S. E. » El nuncio en vez de amansar replicó en 28 de abril al de gracia y justicia altamente, y escribió ademas con la misma fecha á Don Pedro Gomez Labrador, ministro á la sazon de estado, extrañando no viniese esta correspondencia por su conducto. Singular queja, procediendo de un nuncio que habia enviado en derechura su primera nota á la anterior regencia, olvidando las formalidades de estilo, y sin contar para nada con los ministros del despacho. Hízoselo asi entender Labrador en respuesta de 5 de mayo, pidiéndole al propio tiempo nuevas y varias explicaciones. No las dió el nuncio satisfactorias; por lo que oido el consejo de estado, é insistiendo siempre Gravina en su propósito, resolvió la regencia tomar en el caso una pronta y enérgica resolucion. Asi lo verificó, comunicando la órden al nuncio por medio de Don Pedro Gomez Labrador, de salir de estos reinos, y el aviso de que se le ocupaban sus temporalidades, remitiéndole igualmente sus pasaportes fechos en 7 de julio. Se le hizo la oferta de la fragata Sabina, que no admitió, para trasladarle con el decoro debido á donde gustase, retirándose por sí solo á la ciudad de Tavira en Portugal, punto cercano á España, y desde donde no cesó de atizar el fuego de la discordia sacerdotal. La regencia publicó por entonces un manifiesto acerca de lo ocurrido; tambien otro el nuncio, bien que el de este no salió á luz hasta el inmediato enero de 1814.

Sin motivos tan graves los reyes mas piadosos de España hicieron á veces en tiempos antiguos lo que ahora la regencia, extrañando de sus tierras á los legados de Roma que se desmandaban *. « Muy determinados estamos (decia « en cierta ocasion Don Fernando el Católico al conde de Riba- « gorza), si S. S. no revoca luego el breve é los autos en virtud de « él fechos, de le quitar la obediencia de todos los reinos de Cas- « tilla é de Aragon, é facer otras cosas é provisiones convenientes « á caso tan grave é de tanta importancia.... » Y despues en la misma carta.... « al cursor que os presentó dicho breve.... si « le pudiérades haber, faced que se renuncie ó se aparte.... é « mandadle luego ahorcar.... é ellos al papa é vos á la capa. » Lo mismo ejecutaron los reyes sus sucesores, incluso Felipe II, quien, cansado una vez de las malas pasadas que le jugaba la corte de Roma, expulsó al fin de estos reinos al nuncio, aunque para honrarle hízole llevar en un coche de la casa real. (* Ap. n. 33.)

Hubo en el enfadoso é intrincado negocio de la publicacion en los templos del manifiesto y decretos sobre inquisicion, imprudente porte en unos, error y tenacidad en otros, pasion en casi todos. Mas hubiera valido que las córtes, contentándose con la abolicion de aquel tribunal, no se hubiesen empeñado, aunque con sana in-

tencion, en llevar mas allá su triunfo, pregonándole en las iglesias: tambien que el cabildo y clero de Cádiz, ya que no hubiese obedecido cual debiera los preceptos soberanos, se hubiese á lo menos limitado á representar acatadamente, sin propasarse á entablar correspondencia con prelados y otras corporaciones que llevaba asomo de bando ó liga. Por ambas partes enardecidos los ánimos achacáronse todos mutuamente culpas no merecidas quizá, y se abultaron en extremo las miras siniestras y los malos hechos, interpretándose torcidamente en las córtes y en los clérigos lo que en ellas solo fue efecto de un laudable pero equivocado celo, y en ellos, mas bien que otra cosa, extravíos de una piedad poco ilustrada, movida por afanosos temores del porvenir. Adoleció de lo mismo la regencia de los cinco, agravado el mal en ella por la secreta y profunda aversion contra las córtes de algunos de sus individuos. Quien faltó, y sin disculpa, fue el nuncio de S. S. En sus procedimientos no hizo cuenta ni del estado de España ni del suyo particular. Dar pábulo entonces á desavenencias entre las autoridades civil y eclesiástica, era acarrear desventuras á la causa peninsular, en gran detrimento del Vaticano mismo, cuyo nuncio desempeñando ahora un ministerio muy disputable en cuanto á la legitimidad de su ejercicio, por hallarse incomunicado y cautivo el papa, expúsose á que se le desconociese, comprometiendo asi los intereses mas sagrados de la religion, y en especial los de la silla apostólica. Su extrañamiento pareció á todos tan justo, que no vaciló en llevarlo á ejecucion Don Pedro Gomez Labrador, en quien mediaban motivos de afecto á los romanos pontífices, como compañero que habia sido de Pio VI, antecesor del actual en sus viages de persecucion y destierro.

Disputa de precedencia con la Rusia.

Este Don Pedro que mostró en aquel acto laudable entereza, convirtió luego esta en obstinacion porfiada al tratarse de un asunto que en sus resultas hubiera podido ser grave, aunque fuera en sus apariencias leve, reduciéndose á una disputa de nueva etiqueta [*]. Fue el caso que con la llegada á Lóndres del conde, hoy príncipe de Lieven, embajador de Rusia cerca de aquella corte, ocurrió allí la duda de quién tendria el paso de precedencia, si este embajador ó el de España, que era á la sazon el conde, despues duque de Fernan-Nuñez. Asaltó por primera vez semejante duda con motivo de un convite que debia dar al recien llegado, en diciembre de 1812, Lord Castlereagh, ministro de relaciones exteriores; quien embarazado, aunque inclinándose en favor del ruso, consultó primero con nuestro embajador, y le manifestó deseos de que se arreglase el asunto de comun acuerdo y amistosamente. Abocáronse al efecto Fernan-Nuñez y Lieven, y desde luego convinieron ambos en adoptar la alternativa, empezando á usar de ella el de Rusia. Acomodamiento al parecer prudente y honroso, por el que entró

(* Ap. n. 39.)

nuestro embajador, anhelando evitar choques con la corte de San Petersburgo y desabrimientos con la de Lóndres. Pero antecedentes que en el negocio habia, y de los que no era sabedor Fernan-Nuñez, fueron causa de que no agradase el convenio ajustado, y de que se calificase en Cádiz al que lo hizo de estadista ligero y no muy cuerdo. Para determinar de qué lado estaba la razon, menester se hace traer á la memoria cosas pasadas, y enterar al lector de cuales eran los antecedentes enunciados.

Al tomar Pedro el Grande de Rusia el título de emperador, en vez de solo el de czar de que antes usaba, circuló á las potencias que le fueron reconociendo una reversal en prenda de que la mudanza de título no alteraria en nada el ceremonial establecido anteriormente entre las diversas córtes. Renovábase por lo comun esta reversal á cada sucesion que ocurria en el trono moscovita, y con ella, y bajo esta condicion, reconoció el rey Cárlos III á la emperatriz de las Rusias Isabel, acto que habian rehusado verificar hasta entonces los reyes sus predecesores. Al advenimiento al solio de Pedro III repitió la misma reversal la corte de San Petersburgo, y solo * Catalina II se negó á ello cuando ciñó la corona, si bien sustituyendo una declaracion firmada (* Ap. n. 40) en Moscou á 3 de diciembre de 1762, en la que, al paso que se anunciaba que en adelante no se renovarian las reversales de uso, manifestábase igualmente que el título de imperial no causaria « mudanza alguna en el ceremonial usado entre las cortes, el cual « debia de subsistir en el mismo pie que antes. » Respondieron á este documento por medio de contra-declaraciones la Francia y la España, diciendo nuestro gabinete en la suya, fecha en 5 de febrero de 1765, que consentia en continuar dando el título de *imperial* al soberano de Rusia, siempre que este paso no influyese en nada respecto de la clase y de la precedencia establecidas entre las potencias, pues á no ser asi, la España volveria á tomar su antiguo estilo, y rehusaria dar á la Rusia el título de imperial. Acordes en ello ambos gabinetes de Madrid y San Petersburgo, y no habiendo habido posteriormente tratado ni acto alguno que invalidase lo convenido en 1762 y 1765, claro era que la precedencia quedaba, y de derecho pertenecia á España, y que no podia disputársela fundadamente. Mas las variaciones de los tiempos, y lo obrado por nuestro embajador en Lóndres, aconsejaban se echase tierra al negocio, y se aprobase sin dilacion la alternativa adoptada, reprendiendo solo al conde de Fernan-Nuñez por haber procedido con demasiada facilidad, y sin pedir instrucciones que le guiasen acertadamente en asunto para él nuevo. La razon y el interes público dictaban se hubiese seguido este rumbo, pero no fue asi. Don Pedro Labrador, cual si estuviera en los dias de poderío y gloria de Fernando el Católico ó de Cárlos V, no solo desaprobó la conducta del conde de Fernan-Nuñez, sino que tambien le mandó

pasar una nota, reclamando del gobierno inglés la observancia de lo determinado y convenido entre Rusia y España en los años de 1762 y 1763; advirtiéndole ademas que en caso de no accederse á tan justa demanda « se abstuviese él (conde de Fernan-Nuñez) de « concurrir con el de Rusia en toda ocasion en que fuese preciso « ocupar un puesto determinado, protestando de lo hecho para « que no sirviese de ejemplar, por haberse ejecutado sin órden « de la regencia. » Desacordada resolucion que enfrió la amistad de Rusia con España, dando lugar á que la corte de San Petersburgo exigiese, como paso previo de toda negociacion, el que se retirase la nota citada. Labrador, pertinaz en su propósito, insistió no obstante á punto de decir en un oficio de 7 de junio dirigido á Don Eusebio de Bardaji, nuestro ministro en Rusia, que « aun era « muy dudoso se creyesen las córtes con facultades para variar lo « determinado en tiempo de Cárlos III. » Pasmosa ceguedad que no descubria este poder en un cuerpo en el que Labrador mismo habia voluntariamente reconocido otro mucho mayor, cual era el de hacer la guerra y cambiar muy de raiz las leyes fundamentales del reino. Subió por fin el asunto á las córtes, en cuyo seno desazonó á lo sumo el modo de conducirse del ministro de estado; queriendo algunos vocales de la comision diplomática, entre ellos D. Jaime Creux, arzobispo despues de Tarragona, y mas adelante individuo de la llamada regencia de Urgel, que se le exigiese la responsabilidad: otros, de que fuimos parte, templaron el justo enojo de sus compañeros, y de acuerdo con el consejo de estado lograron se limitase la decision á recomendar á la regencia concluyese prontamente un amigable arreglo con la Rusia, desaprobando ademas en 11 de julio el proceder de Labrador durante el curso de toda esta negociacion, y en términos que á poco salió aquel del ministerio. Sin embargo no se concluyó tan en breve este asunto, empeñada la Rusia en que se retirase, antes de entrar en cosa alguna, la malhadada nota de Don Pedro Labrador, teniendo todo cumplido remate solo en mayo de 1814, en cuyo tiempo se adoptó la base de perfecta igualdad entre ambas coronas, y la alternativa en la precedencia.

Hemos narrado hasta aqui las reformas y las providencias políticas y de universal gobernacion que en los referidos meses de los años de 1812 y 1813 se ventilaron y decidieron en las córtes y en la regencia; muchas oportunas y grandiosas, otras no tan adecuadas y de menor tamaño, pudiendo las mas mejorarse con lo que trae el tiempo, y la experiencia enseña; la cual, gran maestra en todo, corrige y modera hasta el saber mas profundo, convirtiéndole en seguro medio de asentar de macizo las instituciones y las leyes introducidas de nuevo en un estado.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Estado en Europa de las potencias beligerantes. — En España. — Ejército anglo-portugués. — Cuarto ejército español. — Tercer ejército. — Fuerzas francesas. — Ejército suyo del mediodía y del centro. — Ejército de Portugal. — Ejército del norte. — Tropas francesas que salen de España. — Partida de Soult. — Mando de José. — Su partida de Madrid. — Sucesos varios. — Toman los españoles el fuerte del Cubo. — Sorpresa y refriega en Poza. — Peleas en las provincias Vascongadas. — Ataque de los franceses contra Castro-Urdiales. — Frústraseles su intento. — Segundo ataque contra Castro. — Toman los franceses la villa. — Correrías y hechos de Mina y los suyos. — Acontecimientos en la corona de Aragon. — Cataluña, primer ejército. — Segundo ejército. — Division mallorquina. — Expedicion anglo-siciliana. — Movimiento y situacion del segundo ejército y de los anglo-sicilianos. — Disposiciones de Suchet. — Accion de Yecla. — Ataque de Villena por los franceses y pérdida de los españoles. — Refriega en Biar. — Accion de Castalla. — Campaña principiada en el norte de Europa. — Tambien en España. — Movimiento de los aliados hácia el Duero. — Cooperacion del cuarto ejército. — Prosiguen su marcha los aliados. — Abandonan los franceses y vuelan el castillo de Búrgos. — Cruzan los aliados el Ebro. — Penalidades del ejército aliado. — Movimientos de los franceses y algunos choques. — Situacion respectiva de los ejércitos. — Juicio sobre la marcha de Wellington. — Evacuan por última vez á Madrid los franceses. — Gran convoy que llevan consigo y manda Hugo. — Despojo de las pinturas y de los establecimientos públicos en algunas partes. — Prosigue Hugo su retirada. — Se junta al grueso de su ejército. — Movimiento del tercer ejército y del de reserva de Andalucía. — Ejércitos en las cercanías de Vitoria. — Batalla de Vitoria. — Gran presa que hacen los aliados. — Gracias que se conceden á Lord Wellington. — Testimonio de agradecimientos al general Alava. — Persíguese á los franceses por el camino de Pamplona. — Y por el de Irun. — Encuentro en Mondragon. — En Villafranca. — En Tolosa. — Arroja el general Giron á los franceses del otro lado del Bidasoa. — Se rinden los fuertes de Pasages. — Tambien los de Pancorbo. — Persiguen los ingleses por Navarra hasta Francia á José. — Clausel, su avance y retirada. — Entra en Zaragoza, y se mete despues en Francia. — Estancias de los aliados. — Pone Wellington sitio á San Sebastian y á Pamplona. — Resultado de la campaña. — Valencia. — Expedicion aliada sobre Tarragona. — Se desgracia. — Otros sucesos en Cataluña. — En Valencia. — Evacua Suchet la ciudad. Prosigue su retirada. — Evacuan los franceses á Zaragoza. — Entra allí Duran. — Mina desbarata á Paris. — Le toma un convoy. — Sitia Duran la Aljaferia. — Manda Mina en Aragon. — Se rinde la Aljaferia. — Suchet se retira mas allá de Tarragona. — Le incomodan y avanzan los españoles. — Estado de Aragon. — Contribuciones que pagó. — Estado de Valencia. — Contribuciones tambien que pagó. — Bellas artes.

Estado en Europa de las potencias beligerantes.

Habia cesado algun tanto en el invierno de 1813 el ruido de las armas harto estrepitoso en el otoño y estío anteriores, asi por el norte como por el mediodía de la Europa: conviniendo á todos hacer pausa en los

combates, para cobrar aliento y emprender de nuevo otras campañas.

Vencido Napoleon en Rusia, y destrozadas sus huestes por el furor de los hombres y la cruda inclemencia del cielo, hallábase de regreso en Paris al terminar del año de 1812, y menester le era cierto respiro para reponerse de sus descalabros, y allegar medios con que hacer frente, no solo ya á las numerosas tropas regladas y tribus bárbaras que poco ha le habian acosado hasta el Berezina, sino tambien á casi todas las demas potencias de Europa que, segregándose de la alianza francesa, se confederaban entre sí, queriendo vengar injurias pasadas, y asegurar su independencia tan en riesgo antes y á la continua. El estado que todavía tenian los asuntos políticos y militares obligaba á la Rusia á caminar despacio, y á no internarse ligeramente en el riñon de Europa, esperando se le uniesen los pueblos y gobiernos de Alemania, que unos y otros procedian de conformidad en la ocasion actual. Verificólo en febrero el rey de Prusia, meses despues el emperador de Austria, agrupándose en seguida al rededor de ambos monarcas, como mas grandes y poderosos, otros príncipes y estados inferiores en importancia. Así podia de firme y confiadamente la Rusia continuar en su marcha progresiva y triunfal, sin temor de que la incomodasen por la espalda, é interrumpiesen sus comunicaciones las fuerzas francesas que ocupaban aun las respetables plazas que amparan los paises y riberas del Vistula, Oder y Elba.

En España.

No menor necesidad teniamos en España de tomar descanso, porque si bien se habia señalado la campaña última por sus agigantados pasos hácia un feliz remate, preciso era para empujar al enemigo mas allá, y aun arrojarle del otro lado del Pirineo, obrar al son de los intentos y operaciones de las potencias beligerantes del norte, y dar lugar á que Wellington reparase las pérdidas que experimentó en su retirada, como tambien á que los españoles uniformasen sus ejércitos, é introdujesen en ellos mayor disciplina y órden.

Siguióse pues este plan, huyendo de empeñar acciones campales y reñidas contiendas antes de asomar el verano, y contentándose con lidiar á veces en aquellas comarcas, en donde mezclados y sin distincion dominaban todavía soldados amigos y enemigos. Por tanto mantuviéronse en lo general quietos durante el invierno los ejércitos aliados, no separándose de sus respectivas provincias y estancias.

Ejército anglo-portugués.

El anglo-portugués continuó ocupando las mismas en que hizo parada al retirarse en el pasado otoño, teniendo sus reales en Freineda, y dilatando sus acantonamientos por la frontera que hace cara á Ciudad Rodrigo. Considerábase á este ejército como principal base de las grandes maniobras y operaciones militares de la península hispana. A su derecha é izquierda

por Extremadura, Galicia, Asturias y demas partes de los distritos del norte se alojaba el cuarto ejército, compuesto ahora, segun indicamos en otro libro, de los apellidados antes quinto, sexto y séptimo. Seguia á cargo de Don Francisco Javier Castaños. Su gente habia mejorado en disciplina, é instruíase esmeradamente tomando para ello acertadas disposiciones el general Don Pedro Agustin Giron, gefe de estado mayor. Cuarto ejército español.

Fue una de las primeras subdividir en febrero todo aquel ejército en tres cuerpos bajo el nombre cada uno de ala derecha, centro y ala izquierda, medida necesaria por hallarse las fuerzas desparramadas, permaneciendo unas en Extremadura y Castilla, otras en el Vierzo y Asturias, y las restantes en las montañas de Santander, provincias Vascongadas y Navarra. El ala derecha constaba de dos divisiones, 1ª y 2ª, á las órdenes de Don Pablo Morillo y de Don Cárlos de España; el centro de tres, 3ª, 4ª y 5ª, que gobernaban Don Francisco Javier Losada (hoy conde de San Roman), Don Pedro de la Bárcena, y Don Juan Diaz Porlier: el ala izquierda, organizada mas tarde, componíase de la 6ª division, que algunos llamaron de Iberia y era acaudillada por Don Francisco Longa; de la 7ª, que formaban los batallones reunidos de las tres provincias Vascongadas, á cuya cabeza hallábase Don Gabriel de Mendizábal, considerado tambien supremo gefe de toda esta ala; y de la 8ª, que regia Don Francisco Espoz y Mina. Debe no menos agregarse á la cuenta una division de caballería bajo del conde de Penne Villemur, que por lo comun maniobraba unida con el centro.

Los tres cuerpos juntos contaban 39,955 hombres, de ellos 3,600 ginetes. Las dos divisiones del ala derecha anduvieron casi siempre en compañía del ejército anglo-portugués y se amaestraron á su lado. Las tres que constituian el centro, antes sexto ejército, y cuyo total sumaba por sí solo 15,305 infantes y 1,577 caballos, se ejercitaron en sus respectivos acantonamientos, en donde la oficialidad tenia continuas academias, y el soldado, á pesar de lo lluvioso de la estacion, evolucionaba casi diariamente, sobresaliendo todos por su aseo, subordinacion á los gefes y respeto á las personas y bienes de los habitantes. El ala izquierda, ó sean las divisiones 6ª, 7ª y 8ª, que recorrian distritos ocupados por el enemigo, apenas hallaban vagar para instruirse en pueblos ni campamentos, y solo podian adiestrarse al propio tiempo que trababan lides; de las que no tardaremos en dar razon.

Desde Granada, Jaen y Córdoba, donde se apostó el tercer ejército al evacuar los franceses las Andalucías, fue avanzando á la Sierra Morena y Mancha. Le guiaba el duque del Parque. Ascendian sus fuerzas á unos 22,800 hombres y 1,400 caballos, distribuidos todos en tres divisiones de infantería y una de ginetes, mandadas respectivamente por el príncipe de Tercer ejército.

Anglona, marques de las Cuevas, Don Juan de la Cruz Mourgeon y Don Manuel Sisternes. Dábase la mano con este ejército el de reserva, que pronta y muy atinadamente arregló é instruyó en las Andalucías el conde del Abisbal, caudillo entendido en la materia y presto en la ejecucion, teniendo ya bien organizados y dispuestos antes de concluirse la primavera unos 15,600 infantes y 700 caballos repartidos en tres divisiones que mas de una vez variaron de gefes.

Esta reserva y los dos mencionados ejércitos cuarto y tercero fueron los que por el lado de Vizcaya y Pirineos occidentales cooperaron, si bien el último mas tarde, con los anglo-lusitanos á la prosecucion de las célebres campañas que se abrieron allí durante el estío. Porque el otro, llamado tambien de reserva, que formaba en Galicia Don Luis Lacy, no llegó el caso de que saliese de los confines de aquella provincia, y el primero y segundo peleando de continuo, ayudados en un principio por el tercero en Cataluña, Valencia y Aragon, seguian separado rumbo, sirviendo mas bien sus lides para distraer al enemigo y auxiliar de lejos las otras operaciones, que para llevar por sí mismos la guerra á un término decisivo y pronto.

Fuerzas francesas.

Siendo pues aquellas fuerzas las que tenian cerca mayor número de contrarios, será bien especifiquemos cuáles eran estos y cuáles sus estancias. Durante el invierno permanecieron en Castilla la Nueva todas ó la mayor parte de las tropas que componian los ejércitos del mediodía y centro de España; á las órdenes el primero del mariscal Soult con sus cuarteles en Toledo, y el segundo á las inmediatas de José mismo en la capital del reino, cubriendo ambos las orillas del Tajo, y haciendo sus correrías en la Mancha. Ocupaba á Castilla la Vieja y parte del reino de Leon el ejército que llamaban de Portugal, manteniéndose en observacion del de los aliados y del cuarto de los españoles. Tenia en Valladolid su cuartel general, y despues de haber pasado su direccion, como en sus respectivos lugares dijimos, por las manos de Marmont, Clausel y Souham, paraba ahora en las del general Reille, ayudante de Napoleon, y gefe antes de una de las divisiones pertenecientes al cuerpo del mariscal Suchet. Acudia á amparar las costas de Cantabria, y hacer rostro á los españoles que guerreaban en aquellas provincias y Navarra, el ejército apellidado del norte, cuyo principal asiento era Vitoria, y á veces lo fue Búrgos, sucediendo á Caffarelli en el mando al rematar febrero el general Clausel. Todas estas huestes no veian acrecida su fuerza, sino que al reves notábase menguada, habiendo ido sacando Napoleon hombres, y especialmente cuadros desde el noviembre, sin esperanza de nuevos socorros, acaecidas ya las derrotas tan aciagas para él en el setentrion de Europa, y aumen-

Ejército suyo del mediodía y del centro.

Ejército de Portugal.

Ejército del norte.

tados sus apuros en disposicion de irse desplomando por todos lados el edificio de sus conquistas, tan robusto al parecer pocos meses antes. El total de estos cuatro ejércitos reunidos ascendia á unos 80,000 hombres, entre ellos 6 á 7,000 de caballería.

Tropas francesas que salen de España.

Al llegar marzo comenzáronse á divisar señales de movimientos y marchas que tomaron incremento y se realizaron al finalizar la primavera. Quien primero dejó su puesto y salió de España fue el mariscal Soult atravesando la frontera en fines del propio mes: le acompañaban unos 6,000 hombres. Llamábale Napoleon para que le ayudase en Alemania. Mientras aquel mariscal permaneció en Toledo impuso contribuciones gravosas, prendiendo para realizarlas al ayuntamiento y á varios vecinos de la ciudad y cometiendo otros desmanes.

Partida de Soult.

Tambien se movió por entonces el rey José para pasar á Valladolid y tomar el mando en gefe por disposicion del emperador de todas estas fuerzas que hemos enumerado, y debian servir de dique contra el ímpetu de las acometidas que proyectasen los aliados. Salió aquel de Madrid el 17 de marzo, y salió para no volver á pisar el suelo de la capital, llevándose consigo parte de las tropas que habia en Castilla la Nueva. Dejó sin embargo en Madrid al general Leval con una division, apostando en el Tajo otras fuerzas, y sobre todo caballería ligera. Hácia aquel tiempo, y con la ausencia de Soult y nuevo poder de José, capitanearon los ejércitos franceses del mediodía y centro los generales Gazan y Drouet conde d'Erlon.

Mando de José.

Su partida de Madrid.

Nada por eso hubo todavía de importante en lo militar por estas partes de España, reduciéndose todo á reencuentros y correrías no del mayor momento. El ejército de reserva mandado por Abisbal no habia, digámoslo asi, entrado aun en línea, y el tercero apenas tuvo otro choque notable con el enemigo sino uno acaecido el 26 de marzo cerca de Orgaz, en el que se distinguió el regimiento de Ubrique, animado con la presencia y cuerdas disposiciones del ayudante primero de estado mayor Don Mariano Villa. Esquivó peleas en cuanto pudo, y aun escaramuzas el ejército anglo-lusitano, é imitaron en gran parte su ejemplo el ala derecha y el centro del cuarto ejército español, conforme al sabio y concertado plan que seguia Lord Wellington. No sucedió lo mismo al ala izquierda, ni era posible le sucediese, enclavijadas constantemente sus fuerzas con las francesas. Esta ala, que debia componerse de tres divisiones, no tomó dicha forma sino lentamente, segun apuntamos, conservándose excéntricos sus diversos trozos, y no pudiendo por lo tanto mantener comunicaciones muy frecuentes ni regulares con el cuerpo principal del ejército hasta que este avanzase al Ebro. Asi continuaron maniobrando

Sucesos varios.

en el invierno, no separándose de su anterior arreglo y distribucion. El mando que sobre todos ellos tenia Don Gabriel de Mendizábal era, mas bien que real, aparente; pero bastó aun asi para que amohinándose el general Renovales, en cierta manera antecesor suyo, se alejase de aquel pais, y fuese en busca de Lord Wellington, á quien queria exponer sus quejas : lo cual puso en ejecucion con tan fatal estrella, que hallándose en territorio cercano al que ocupaban los enemigos, descubriéronle estos, y le cogieron prisioneros á él y á otros seis oficiales en Carvajales de Zamora.

Referiremos pues aqui las refriegas y sucesos militares de mas cuenta que hubo entre esta ala izquierda del cuarto ejército, y el de los contrarios llamado del norte por los meses de invierno y primavera, antes de abrirse la gran campaña, en la que jugaron casi á la vez las fuerzas combinadas de Inglaterra, Portugal y España contra las francesas destinadas á combatir en la península hispana.

Dando principio á la tarea, diremos que Don Francisco Longa, acompañado de su partida y de dos batallones vascongados, acometió en 28 de enero un punto que los enemigos tenian fortalecido en Cubo, camino de Búrgos á Pancorbo, y le rindió cogiendo su guarnicion prisionera. Demolió Longa el fuerte, de cierta importancia por su posicion. Enderezóse en seguida á Briviesca, mas se halló entre dos fuegos viniendo sobre él Caffarelli que todavía mandaba el ejército francés del norte, y Palombini al frente de sus italianos, enviado de refuerzo por José desde Madrid, de donde habia salido el 8 de febrero, tomando la ruta por Segovia y Búrgos. Evitó Longa el encuentro de ambos, y no siéndole dado á Caffarelli escarmentar cual deseaba al partidario español, retrocedió á Vitoria, despues de haber asegurado aun mas las guarniciones del tránsito, y apostado á Palombini en Poza.

Toman los españoles el fuerte del Cubo.

Era la posesion de esta villa importante, ya por hallarse en la carreta que conduce de Búrgos á Santoña, ya por servir de guarda y amparo al laboreo de los ricos minerales y salinas que producen aquellos contornos, cuyos rendimientos no descuidaba recoger la codicia del invasor. Está Poza situado al pie de una empinada roca, sobre la cual asiéntase el castillo estrecho, y que guarnecian solos 50 hombres. Confiado Palombini y creyéndose del todo seguro, destacó algunas fuerzas con intento de echar derramas y juntar víveres de que carecia. En acecho Longa, avisó á Don Gabriel de Mendizábal, y unidos ambos acometieron á los italianos de Poza al amanecer del 11 de febrero, con lo que les dieron buena alborada. Traian los españoles 5,000 hombres, que distribuyó Mendizábal en tres trozos, mandando á Longa que con uno sorprendiese al enemigo en sus alojamientos. Consiguiólo el español hasta cierto punto, apoderán-

Sorpresa y refriega en Poza.

dose de bagajes, de hombres y de bastantes armas. Y completo hubiera sido el triunfo, si Palombini, á fuer de veterano en la guerra de España fatigosa y de incesante afan, no hubiera estado vigilante, alejándose al primer ruido para apostarse en el campo por donde sus soldados habian salido á forragear y proveerse de bastimentos; con lo cual y manteniéndose á cierta distancia, aguardando el dia claro y la vuelta de las fuerzas segregadas que en parte tornaron luego, no solo se salvó, sino que reanimado trató á su vez de atacar á los españoles, dándoles en efecto impetuosa arremetida. Fue esta empeñada, y el terreno disputado á palmos; mas al fin no queriendo los nuestros aventurarse á perder lo ganado, se retiraron poniendo en cobro casi toda la presa. No permaneció Palombini en aquel sitio, para él no de gran dicha, enderezando sin dilacion sus pasos á las provincias Vascongadas.

Peleas en las provincias Vascongadas.

En ellas proseguia sin interrupcion el tráfago de la guerra, y los batallones del pais se portaron con valentía en repetidas peleas que se sucedieron desde entradas de año hasta el junio, amenazando en ocasiones á Bilbao, y aun metiéndose hasta en la misma villa, segun aconteció el 8 de enero y el 10 de mayo, mereciendo ademas honrosa mencion los reencuentros habidos en Ceberio, Marquina y Guernica.

Ataque de los franceses contra Castro-Urdiales.

Tuvieron tambien los franceses mala salida en un primer ataque que intentaron contra Castro-Urdiales. Mandaba ya el ejército enemigo del norte el general Clausel, sucesor de Caffarelli, y queriendo asegurar mas y mas la costa de cualquier desembarco que trazasen los ingleses, pensó en apoderarse de Castro-Urdiales, puerto abrigado y bueno para el cabotage y buques menores, situado en la provincia de Santander, partido de Laredo. Tiene la villa 3,000 habitantes, y la circuye un muro antiguo torreado que corre de mar á mar, y cierra el istmo que sirve de comunicacion á península tan reducida. En ambos extremos de la muralla habianse establecido dos baterías, divisándose en la parte opuesta al istmo avanzada al mar la iglesia parroquial, y el castillo fundado sobre un peñasco que domina la playa; saliendo de aqui hácia el este, unidas por dos arcos, escarpadas rocas que á causa de su mucha altura resguardan de los noroestes el puerto, hallándose colocada en su remate una ermita con la advocacion de Santa Ana. Habia de guarnicion en la plaza 1,000 hombres, y artillaban sus adarves unas 22 piezas. Era gobernador Don Pedro Pablo Alvarez.

Vinieron sobre Castro el 15 de marzo Palombini con su division italiana, y el mismo Clausel acompañado de un batallon francés y 100 caballos. Llegados que fueron, examinaron las avenidas del puerto, y se decidieron á acometer los muros por escalada en la noche del 22 al 23; lo que se les frustró rechazándolos la guarnicion gallardamente, ayudada del fuego de buques ingleses que

por allí cruzaban. Aguardó Clausel entonces refuerzos de Bilbao, que no acudieron, amagada aquella villa por algunos cuerpos españoles de las mismas provincias Vascongadas. Y con eso y adelantarse por un lado á Castro Don Juan Lopez Campillo al frente del segundo batallon de tiradores de Cantabria, y por otro Don Gabriel de Mendizábal seguido de algunas fuerzas, desistió Clausel de su intento, yéndose en la noche del 25 al 26 de mayo, despues de haber abandonado escalas y muchos pertrechos. En seguida, y para no perder del todo el fruto de su expedicion, se acercaron los enemigos á Santoña, y metieron dentro socorros de que estaba falta la plaza, tornando á Bilbao hostigados por los nuestros, y llenos de molestia y cansancio.

Frústraseles su intento.

Segundo ataque contra Castro.

Al principiar mayo emprendieron de nuevo los franceses el cerco de Castro-Urdiales, sirviéndose para ello de la division de Palombini y de la del general Foy procedente de Castilla la Vieja. La guarnicion se preparó á rebatir los ataques, aproximándose en su auxilio fuerzas inglesas de mar que mandaba el capitan Bloye. Verificaron los enemigos su propósito, teniendo para lograrle que asediar con regularidad tan débil plaza. Los cercados hicieron sus salidas y retardaron los trabajos, pero no pudieron impedir que la flaqueza de los muros cediese pronto al constante fuego del sitiador. Apórtillada brecha se halló practicable el 11 de mayo en el ángulo inmediato al convento de San Francisco. No por eso se dieron los nuestros á partido, y una y dos veces rechazaron las embestidas de los acometedores, alentando á los nuestros el brioso gobernador Don Pedro Pablo Alvarez. Duró tiempo la defensa, á la que contribuyó no poco el vecindario, hasta que, cargando gran golpe de enemigos, y entrando á escalada por otros puntos, refugiáronse los sitiados en el castillo, y desde allí fuéronse embarcando con muchos habitantes á bordo de los buques ingleses por el lado de la ermita de Santa Ana. Quedáronse en el castillo dos compañías, aguantando los acometimientos del francés sin alejarse hasta haber arrojado al agua los cañones y varios enseres. De los postreros que dejaron la orilla fue el gobernador Don Pedro Pablo Alvarez, digno de loa y prez. El historiador Vacanni allí presente dice en su narracion: « La gloria de la defensa si no « igualó á la del ataque (cuenta que habla boca enemiga), fue tal « empero que la guarnicion pudo jactarse de haber obligado al « ejército sitiador á emplear muchos medios y muchas fuerzas.... »

Toman los franceses la villa.

Era por tanto acreedora la poblacion á recibir buen trato; que los brios del adversario mas bien que venganza é ira, infundir deben admiracion y respeto en un vencedor de generoso sentir. Aquí sucedió muy al reves: los invasores entraron á saco la villa, pasaron á muchos por la espada, pusieron fuego á las casas, y ya no hubo sino lástimas y destrozos. En vano quiso impedir estos males el general Foy: los italianos dieron la señal de

muerte y ruina, y no tardaron los franceses en seguir ejemplo tan inhumano.

Correrías y hechos de Mina y los suyos.

Compensábanse tales quebrantos y agravios con los que padecian los enemigos en otros lugares. Espoz y Mina era de los que mas pronto procuraban tomar de ellos cumplida satisfaccion y desquite. Su pelear no cesaba ni tampoco sus movimientos, comenzando el año de 1813 por arrimarse á Guipúzcoa, y recoger en Deva municiones, vestuarios y dos cañones de batir que los ingleses le regalaron; con cuya ayuda pudo ya en 8 de febrero poner cerco á Tafalla, recinto guardado por 400 franceses. En esto andaba cuando noticioso de que venia sobre él de Pamplona el general Abbé, á quien habia escarmentado el 28 de enero en Mendibil, dividió sus fuerzas dejando una parte en el sitio, y saliendo con la otra al encuentro de los enemigos. Dió con ellos en parage inmediato á Tievas, y logró aventarlos revolviendo sin dilacion sobre Tafalla para continuar estrechando el asedio. Abrió allí brecha, y al ir á asaltar el fuerte, en 10 de febrero rindiéronsele los franceses. Inutilizó Mina las obras que estos habian practicado, y demolió los edificios en que aun podian volver á encastillarse, y de los que tenian fortalecidos algunos. Otro tanto ejecutó en Sos, si bien la guarnicion se salvó ayudada por el general Paris que á tiempo vino en socorro suyo de Zaragoza. Destruíanse asi en grave perjuicio de los enemigos los puntos fortificados que tenian para asegurar sus comunicaciones.

Oficiales y partidas dependientes de Mina hacian á veces excursiones, algunas muy de contar. Atrevida y aun temeraria fue la de Fermin de Leguia, quien, acercándose con solos quince hombres muy á las calladas y hora de media noche al castillo de Fuenterrabía, subió primero acompañado de otro á lo alto, y matando al centinela, apoderáronse ambos de las llaves dando entrada por este medio á los que se habian quedado fuera. Juntos desarmaron y cogieron á ocho artilleros enemigos que estaban dentro, clavaron un cañon y arrojaron al mar las municiones que no pudieron llevar consigo, prendiendo por último fuego al castillo. Hiciéronlo todo con tal presteza, que al despertarse la corta guarnicion que dormia en la ciudad, habian los nuestros tomado viento, y no osaron los franceses perseguirlos recelando fuese mucho su número, encubiertos los pocos con la oscuridad de la noche.

Por su lado incansable siempre Mina tuvo el 31 de marzo otro reencuentro en Lerin y campos de Lodosa con una columna enemiga que desbarató, llevando la palma en aquella jornada la caballería, cuyos ginetes cogieron 300 prisioneros. Incomodado Clausel de tan continuadas pérdidas y menoscabo en su gente, quiso como gefe del ejército francés del norte, poniéndose de acuerdo con el general Abbé que mandaba en Pamplona, estrechar á Mina batiendo el pais, y cercándole como si fuera á ojeo y cace-

ría de reses. Cada uno de dichos generales salió de diverso punto, y Clausel, despues de reforzar á Puente la Reina, y de apostar en Mendigorría un destacamento, avanzó yendo la vuelta del valle de Berrueza. Pero Mina haciendo una rápida contramarcha habíase ya colocado á espaldas del francés, obligando en 21 de abril á los de Mendigorría á que se rindiesen. En lo que restaba de mes y posteriormente no alzó mano Clausel en el acosamiento de Mina, entrando asimismo Abbé en el valle de Roncal, en donde si por una parte trató bien á los prisioneros, por otra no dejó de quemar los hospitales y sus enseres, y de abrasar en Isaba muchas casas y edificios. Hubo aun nuevas marchas y contramarchas inútiles todas; por lo que desesperanzado Clausel de aniquilar al guerrillero español, escribia al rey intruso no poder verificarlo sin mayores fuerzas, pues su contrario no arriesgaba choques sino sobre seguro, acometiendo solo á cuerpos sueltos inferiores en número. Sin embargo Mina vivamente estrechado tuvo ya en una de sus maniobras que tomar rumbo á Vitoria para guarecerse del ejército aliado que avanzaba, y á cuyos movimientos favorecieron tambien los suyos, trayendo siempre á Clausel divertido y embarazado.

Estos fueron los acontecimientos mas de referir que ocurrieron por estas partes de la Península antes de abrirse la gran campaña que empezó con el estío. Veamos lo que pasó en la corona de Aragon por el propio tiempo.

Acontecimientos en la corona de Aragon.

Allí sostenian el peso de la guerra los ejércitos españoles primero y segundo auxiliados de la expedicion anglo-siciliana y de somatenes y cuerpos francos. Campeaba aquel en Cataluña, el otro en Valencia: algunas divisiones dentro de Aragon mismo. Tenia de ordinario el primer ejército su cuartel general en Vique, y constaba de unos 17,700 infantes y de 550 caballos. No estaban comprendidos en este número los somatenes. Era general en gefe Don Francisco de Copons y Navia sucesor de Don Luis Lacy, y hasta su llegada que se verificó en marzo, mandó interinamente el baron de Eroles. No desaprovechó este ocasion de molestar al francés, si bien estrenóse por un acto de humanidad muy laudable, ajustando con el general enemigo un convenio dirigido á mejorar el trato de los prisioneros conforme á lo dispuesto antes y al derecho de gentes, hollado sobradas veces por ambas partes.

Cataluña. Primer ejército.

Los franceses de esta provincia, aunque sometidos como todos los demas de la corona de Aragon al mariscal Suchet, dependian inmediatamente del general Decaen, bajo cuyas órdenes se hallaban dos divisiones capitaneadas la una por el general Maurice Mathieu, gobernador al propio tiempo de Barcelona, y la otra por el general Lamarque, que residia casi siempre en Gerona, ascendiendo la totalidad de ambas á 14,091 hombres de infantería con

876 ginetes. Habia ademas en Tarragona una brigada de italianos compuesta de 2,000 hombres que mandaba el general Bertoletti.

Seguian los españoles ahora en Cataluña un plan de campaña acomodado á las circunstancias del pais y segun el prudente querer de Lord Wellington. Era este huir de acciones generales, estrechar al enemigo en las plazas, interrumpir sus comunicaciones, y arruinar y desfortalecer los puntos que se le tomasen. Obró de este modo el baron de Eroles, ayudado á veces cuando se acercaba á la costa por los buques británicos: asi aconteció yendo sobre Rosas; asi en una tentativa del lado de Tarragona, teniendo tambien la dicha de rechazar á los franceses en un reencuentro que tuvo con ellos en la Cerdaña.

Al promediar marzo tomando Copons el mando, llevároose adelante las empresas contra el enemigo fundadas en probabilidad de buen éxito, tocando á Eroles como diligente y osado ejecutar las mas difíciles y arriesgadas. En el propio mes y antes de su remate se determinó acometer y desmantelar los puestos fortificados que conservaba el francés entre Tarragona y Tortosa, y amparaban comunicacion tan importante. Tomó Eroles de su cuenta el empeño, y favorecido por la ayuda que le dió Mr. Adam, comandante del navío inglés Invencible, arrasó en el término de tres dias varios de aquellos fuertes colocados en Perelló, Torre de la Granadella, venta de la Ampolla y otros sitios vecinos, cogiendo cañones, prisioneros, ganado y algunos buques menores.

Poco antes el brigadier Rovira habia penetrado en Francia y metídose en Prats de Moló, pueblo murado en medio de las montañas con un castillo fortalecido á la traza de Vauban. Ayudaron mucho á Rovira en su empresa el coronel Llauder y el capitan Don Nicolas Iglesias. Saquearon parte de la poblacion, apoderáronse de dinero, y se llevaron rehenes y prisioneros, entre ellos á los comandantes de la plaza y del castillo. A la guardia nacional de los contornos que acudió en socorro de los suyos, escarmentáronla los españoles, y cogieron á dos de sus gefes.

El Coll de Balaguer, Olot y otros puntos solian permanecer bloqueados por los nuestros, y hallándose durante el mes de mayo en observacion de las avenidas del segundo Don Manuel Llauder, quisieron los franceses espantarle, y para ello aproximaron por la espalda una columna de 1,500 hombres dirigida por el coronel Marechal; de lo que noticioso Llauder le salió al encuentro el dia 7 del propio mes la vuelta del valle de Ribas, por donde los enemigos enderezaban su marcha. Trabóse allí porfiado choque, y no solo se vieron los enemigos repelidos del todo, sino que tambien fueron desalojados por los nuestros de las alturas de Grast y Coronas, persiguiéndoles hasta mas allá Llauder en persona, que se portó briosamente. En el espacio de siete á ocho horas que duró la refriega perecieron de los enemigos unos 500 hombres, quedando en nuestro

poder 200 prisioneros, fusiles, mochilas y otros pertrechos. Por esta accion, en verdad señalada, agraciόse años adelante á Don Manuel Llauder con el título de marques del Valle de Ribas.

No pudieron sin embargo los españoles impedir que los enemigos, despues de un movimiento hábil y concertado de todas sus fuerzas en Cataluña, socorriesen á mitad de mayo las plazas de Tarragona y Coll de Balaguer, escasas de medios, capitaneándolos Maurice Mathieu. Pero al tornar de su expedicion espiólos Don Francisco Copons, que tuvo entonces tiempo de reunir alguna gente, y los aguardó en La Bisbal del Panadés, situándose en el Coll de Santa Cristina. Desde allí incomodándolos bastante los repelió en cuantas tentativas hicieron para destruirle, ó á lo menos ahuyentarle, y les causó una pérdida de mas de 600 hombres.

Segundo ejército. Alojábase por lo comun el cuartel general del segundo ejército en Murcia á las órdenes de Don Francisco Javier Elío, apoyándose para sus operaciones en las plazas de Cartagena y Alicante, y consistiendo su fuerza en 34,900 hombres de infantería y 3,400 de caballería distribuidos en seis divisiones que regian Don Francisco Miyares, Don Pedro Villacampa, Don Pedro Sarsfield, Don Felipe Roche, Don Juan Martin el Empecinado y Don José Duran, si bien alguna de ellas varió despues de gefe. Contábanse por separado y permanecian en Alicante y sus alrededores la expedicion anglo-siciliana y la division mallorquina del mando de Whittingham. Las de Sarsfield, Villacampa, el Empecinado y Duran fueron las que sosteniéndose en Aragon guerrearon mas en el invierno, arrimándose las de los dos primeros á Cataluña para favorecer aquellas maniobras, la del tercero á Soria y Navarra, y la del cuarto y último á Castilla la Nueva, poniéndose á veces todas de concierto para hacer incursiones que distraian al enemigo y le hostigaban. Parecidas estas peleas á las muchas ya referidas del mismo linage, inútil se hace entrar aquí en sus pormenores, particularmente no habiendo entre ellas ninguna muy señalada, aunque molestas siempre al enemigo por do quiera, y en Madrid mismo, á cuyas puertas acercábase el Empecinado á la manera de antes, é interceptaba las comunicaciones con pueblos tan vecinos como Alcalá y Guadalajara, burlándose de los ardides y evoluciones que para destruirle verificó en abril el general Soult.

Hubiera valido mas se redujesen á semejantes correrías las operaciones de este segundo ejército hasta que se abriese la campaña general proyectada por Lord Wellington; pero el acaso ó mas bien reprehensible negligencia empeñóle en refriegas en las que tocó desgraciadamente la peor parte á las divisiones suyas que se albergaban en Murcia, cuyos cuerpos habian comenzado á moverse en marzo de acuerdo con la division mallorquina del mando de Whittingham y la expedicion anglo-siciliana.

Division mallorquina.

Aquella tenia ahora unos 8,939 infantes y 1,167 caballos, hallándose la última reforzada con 4,000 hombres que en diciembre anterior habia traido de Palermo el general J. Campbell: mandaba á esta en la actualidad sir Juan Murray despues de haber pasado su gobernacion por las manos de Clinton y del mismo Campbell, ausente ya su primer caudillo el general Maitland por causa de enfermedad. Lord Guillermo Bentinck era el destinado para ponerse al frente, mas retardó su viage ocupado en Sicilia en otros asuntos: por manera qué á esta porcion del ejército británico le cupo la misma suerte en cuanto al mando que al otro suyo de Portugal en 1808, pendiendo la sucesion rápida ocurrida en los gefes de accidentes inesperados y de abusos y descuidos que nunca faltan aun en los mejores gobiernos.

Expedicion anglo siciliana.

Avanzando los aliados formaron una línea que corria desde Alcoy á Yecla por Castalla, Biar y Villena, conservando tropas en Sax y Elda. Aqui estaba el general Roche con su division; en Yecla ocupando la izquierda Don Fernando Miyares, de que era centro Castalla guarnecida por el general Murray; y la derecha Alcoy, que cubria Don Santiago Whittingham, quien primero se habia posesionado en 15 de marzo de aquel pueblo arrojando á los franceses y dilatando sus movimientos hasta Concentaina, en donde hizo un reconocimiento de venturosas resultas con pérdida para el enemigo de unos 100 hombres. La reunion amenazadora de estas tropas y el temor de que se engrosasen cada vez mas obligó al mariscal Suchet á vivir muy sobre aviso, y dispuesto á no desperdiciar ocasion de precaver los intentos hostiles de los españoles. Acechábala el francés, y le pareció llegada en los primeros dias de abril, bien informado de la distribucion de las tropas de los aliados y de cuáles eran las mas flacas por su organizacion y disciplina. Creia se hallaban en este caso las de la division apostada en Yecla á las órdenes de Miyares, y trató Suchet de cogerla entera, confiado ademas en nuestro habitual descuido y en la distancia que la separaba de los otros cuerpos. Escogió con este propósito lo mas florido de su gente, y juntóla el 10 de abril por la noche en Fuente la Higuera, en cuyo pueblo repartida en dos trozos, mandó marchase uno de ellos en donde él iba, compuesto de la division del general Habert y de otras fuerzas con golpe de caballeria la vuelta de Villena, y que el otro, formado de la division que regia Harispe, cayese rápidamente y á las calladas sobre Yecla y sobre los españoles allí situados. No pudieron los enemigos marchar tan silenciosamente que no fuesen sentidos de los nuestros, los cuales al aparecer aquellos ponianse ya en camino con direccion á Jumilla. Eran los de Miyares de 3 á 4,000 peones y pocos ginetes; más los franceses, quienes atacando el 11 muy de mañana y de recio, encontraron en los nuestros resis-

Movimiento y situacion del segundo ejército y de los anglo-sicilianos

Disposiciones de Suchet.

Accion de Yecla.

tencia hidalga, trabándose la pelea dentro del mismo pueblo, aun no evacuado del todo, cuyas calles defendieron á palmos los regimientos de Búrgos y de Cádiz, replegándose en seguida á una ermita cercana. Junta entonces la division, pasando de loma en loma retirábase en buen órden, disputando con brio cada puesto, cuando impaciente Harispe y queriendo desconcertar á los españoles [*], apresuró su carga é hizo punta de sus tropas sobre el centro nuestro, que, cansado y perdiendo la conveniente serenidad, flaqueó en disposicion que, rota la línea, cundió el desánimo, echándose unos atras precipitadamente, y arrojándose otros al llano, en donde, si bien lidiaron largo rato sustentando la militar honra, rodeados y opresos, muertos y heridos muchos, tuvieron los demas que deponer las armas en número de unos 1,000 con 68 oficiales y el coronel Don José Montero.

([*] Ap. n. 4.)

Ataque de Villena por los franceses, y perdida de los españoles.

Entre tanto siempre en vela Suchet manteníase en Caudete, ya para reforzar si era necesario á los suyos de Yecla, ya para impedir cualesquiera socorros que enviasen Murray y Elío. Continuó en aquel sitio mientras alumbró el sol; pero adelantándose á explorar su estancia caballería inglesa, movióse el francés á la caida de la tarde, y llegó á Villena despues de oscurecido. Retiráronse á su avance los ginetes británicos, mas Elío, á pesar de instancias juiciosas que se le hicieron, dejó en el antiguo y mal acomodado castillo de aquella ciudad, sito en la cumbre del cerro apellidado de San Cristóval, al batallon de Velez Málaga que mandaba su coronel Don José Luna. Imaginóse se hallaba este provisto de suficientes municiones de boca y guerra para mantenerse firme durante dos ó tres dias, y sobre todo que el enemigo no acometeria aquel sitio antes de que despuntase el dia 12. Persuasion liviana tratándose de contrarios tan audaces y prestos como son los franceses. Fue en vano pensar en contenerlos: no dieron vagar, pues hundiendo las puertas á cañonazos, penetraron en Villena muy luego, y á poco tuvieron que capitular los del castillo. Eran sobre 1,000 hombres.

Refriega en Biar.

Anhelando el mariscal Suchet no pararse en carril tan venturoso, dió principio en el mismo dia 12 á sus acometidas contra los ingleses. Tenian estos su vanguardia capitaneada por Federico Adam en el puerto y angosturas de Biar, con órden de replegarse á Castalla, disputando antes al enemigo el paso. Cumpliéronlo asi aquellos soldados, y su gefe mostró pericia suma, apresurando su retirada tan solo al caer de la noche, *si bien despues de haber perdido alguna gente, y tenido que* abandonar dos cañones de montaña.

Posesionáronse los enemigos de Biar, y se acamparon á la salida que va á Castalla; en donde ufanos con los lauros conseguidos aguardaron impacientes la llegada del dia, seguros casi de coger otros mayores, y de singular

Accion de Castalla.

y gustosa prez para ellos, por ser ganados en parte contra ingleses. No abatido por su lado el general Murray, preparóse á hacer rostro á sus contrarios tranquila y confiadamente. Colocó la division mallorquina de Whittingham con la vanguardia que guiaba el coronel Adam en unas alturas á la izquierda, roqueñas y de escabrosa subida que terminan en Castalla : á cuya poblacion, puesta á la raiz de un monte coronado por un castillo, la encubria en ruedo la division del general Mackenzie, y un regimiento de la de Clinton. Seguia lo restante de la fuerza de este por la derecha, sirviéndole de resguardo naturales defensas, y de reserva tres batallones de la gente de Don Felipe Roche. Habian los aliados construido por acá, y al frente del castillo, diversas baterías. No se hallaba presente, ni tampoco acudió á la accion que se preparaba, el general Elío, retirado en Petrel con algunos batallones, despues de lo acaecido en Villena.

Amaneció por fin el dia 13, y desembocando el enemigo de las estrechuras de Biar, desplegó sus fuerzas por la hoya de Castalla, fecunda y en productos rica. Ascendian estas á 18,000 infantes y 1,600 caballos. No inferiores los nuestros en número, éranlo bastante en ginetes. Empezó Suchet el combate explorando el campo y enviando hácia Onil la caballería. Luego teniendo fijo su principal conato en trastornar la izquierda de los contrarios, soltó 600 tiradores acaudillados por el coronel d'Arbod, con órden de que trepando por la posicion arriba la envolviesen y dominasen. Al mismo tiempo amagó el mariscal francés á los aliados por lo largo de toda la línea, ostentando gallardía y mucha firmeza. Corrieron en aquel trance los nuestros algun riesgo, debilitada la izquierda por la ausencia momentánea de Don Santiago Whittingham, que se habia alejado poco antes para hacer un reconocimiento; pero á dicha y oportunamente llegó de Alcoy con fuerza Don Julian Romero, quien reprimió la audacia de los enemigos, que ya se encaramaban á las cimas. Tambien Whittingham, noticioso de lo que ocurria, tornó á su puesto, y él y Adam y los demas arrollaron á los acometedores, quedando muerto el coronel d'Arbod. Infructuosamente envió en apoyo de los suyos el mariscal Suchet al general Robert con cuatro batallones: todos ellos bajaron desgalgados la montaña, y muchos coloraron con sangre el suelo. Whittingham y Adam, principales gefes, alentaban á la tropa que por la mayor parte era española, dándole ellos mismos ejemplo, y lo propio los que mandaban en las cumbres, Romero, Casas, Campbell, Casteras y el teniente coronel Ochoa, brillando á cual mas todos no solo en denuedo, sino tambien en habilidad y destreza : porque, á dicho de nuestros antiguos *, « las « fuerzas del cuerpo non pueden ejercer acto loado « de fortaleza, si non son guiadas por corazon sabidor. » Igualmente se le malogró al francés el amago que habia hecho contra

(* Ap. n. 2.)

el centro y derecha de los anglo-sicilianos : por lo que recogiendo Suchet su gente la apostó en escalones, apoyándola por retaguardia en la division del general Harispe, y defendiéndola por el frente con la artillería que plantó en las entradas del camino de Biar.

Entonces mas animoso Murray resolvió avanzar, y lo verificó en dos líneas, dejando en las alturas las tropas de su izquierda, y cubriendo su derecha con la caballería. Pero intimidado Suchet no se detuvo en la hoya ó valle, sino que triste tornó á cruzar por la tarde un desfiladero que, como decia Murray en su parte, habia atravesado por la mañana triunfante y alegre. Prosiguió Suchet retirándose hácia Villena, y no paró hasta Fuente la Higuera y Onteniente; volviéndose los aliados, anochecido ya, á sus estancias de Castalla. Perdieron los franceses en esta jornada algo mas de 1,000 hombres, nosotros de 670, la mayor parte españoles, como que representaron allí el mas glorioso y sobresaliente papel, despicándose del golpe recibido en los dias anteriores; que son nuestros soldados bravos é intrépidos, siempre que los guian caudillos de buen entendimiento y brio. Procuró Suchet ocultar su descalabro presentando con cuidadoso estudio por los caminos de Valencia y Cataluña, á manera de trofeo, los prisioneros de Villena y Yecla. Bien lo necesitaba para mantener en alguna quietud los pueblos, muy conmovidos con lo que pasaba en España y en toda Europa, y con lo que se preveia. Empezó Suchet en Castalla á probar los reveses de la fortuna, tan propicia para él hasta entonces; pero que varia y antojadiza, adversa ya á las armas francesas, perseguíalas en muchas partes, y les preparaba en todas largos dias de entristecimiento y luto.

Campaña principiada en el norte de Europa.

Dieron abril y mayo las primeras señales del asombroso estremecimiento que iba de nuevo á conmover el mundo, y hacer mas caediza la suerte de cuerpos é individuos, de estados y coronas. Fue una de ellas la salida de Napoleon de Paris en 15 de abril para empezar la campaña en Alemania; y fue otra el haber Lord Wellington alzado sus cuarteles á mitad de mayo para abrir tambien la suya en Castilla y continuarla hasta los Pirineos, y aun dentro de la Francia misma. En aquella vióse todavía equilibrado en un principio el poder del emperador francés con el de los soberanos del norte, cautivadas algun tiempo las fantasías de la fortuna por el coloso que la habia tenido como aprisionada y rendida no pocos años : en la última salieron vencedores siempre en los mas empeñados reencuentros, rompiendo por cima de valladares y obstáculos, los intrépidos aliados. Siendo solo propio de esta historia el detenernos á referir lo tocante á los acontecimientos postreramente indicados, pasaremos á verificarlo, prescindiendo, á lo menos por ahora, de los demas ocurridos fuera del suelo peninsular.

Tambien en España.

Al moverse tenia Lord Wellington bajo de sus inmediatas órdenes 48,000 hombres de su nacion, 28,000 portugueses, y ademas las divisiones españolas del cuarto ejército que se alojaban á su derecha, con las que del mismo permanecian en el Vierzo y Asturias, ascendiendo juntas á 26,000 combatientes. Fue la marcha de los aliados por este órden. La caballería, que habia invernado en los alrededores de Coimbra, púsose en movimiento por Oporto á Braga para pasar desde allí á Braganza, en donde debian darse la mano con la izquierda de los suyos, gobernada por sir Thomas Graham, quien cruzó el Duero en Portugal cerca de Lamego; maniobra que se practicó sin que los franceses la barruntasen, proveyéndose los aliados fácilmente de barcas sin excitar sospecha, por la abundancia que de ellas habia con motivo de haber los ingleses habilitado para su abastecimiento la navegacion del Duero hasta donde el Agueda descarga en él sus aguas. Colocáronse así á la derecha de aquel rio cinco divisiones de infantería y dos brigadas de caballería, sobrecogiendo á los enemigos, que se figuraban vendrian sus contrarios solo por la izquierda. Tuvieron los anglo-portugueses tropiezos en su marcha por lo escabroso del pais y estrechuras de los caminos, mas todo lo venció la perseverancia británica. Asegurada la izquierda, y amagado el francés por la derecha del Duero, alzó Lord Wellington sus reales á la propia sazon, saliendo de Freineda el 22 de mayo, acompañado de dos divisiones inglesas, otra portuguesa, y alguna fuerza de caballería. Juntósele en Tamames la mayor parte de la segunda division española del mando de Don Cárlos España (la restante quedó en Ciudad Rodrigo), perteneciendo á ella los ginetes de Don Julian Sanchez: y todos se encaminaron al Tórmes, via de Salamanca. Sobre el mismo rio, pero del lado de Alba, formando la derecha, movióse sir Rowland Hill, y con él la primera division española, que capitaneaba Don Pablo Morillo, quien venia de la Extremadura, habiendo pasado los puertos que la dividen de Leon y Castilla.

Movimiento de los aliados hácia el Duero.

Disponianse los enemigos á contrarestar la marcha de los aliados, reunidos en Castilla la Vieja los ejércitos suyos llamados del centro, mediodia y norte y á su frente José en persona, manteniendo aun sus cuarteles en Valladolid. Fuera su primer intento defender el paso del Duero, si no se lo desbaratáran las acertadas maniobras de los ingleses poniéndose á la derecha del mismo rio. Sin embargo se trabaron choques antes de abandonar aquella línea. Guarnecia á Salamanca la division de Villatte con tres escuadrones, quien evacuó la ciudad al aproximarse Lord Wellington, colocándose en unas alturas inmediatas de donde le arrojaron el general Fane atravesando el Tórmes por el vado de Santa Marta, y el general Alten que lo verificó por el puente. Villatte perdió municiones, equipages y muchos hombres entre muertos y heridos con 200 pri-

sioneros. Retiróse por Encina á Babilafuente, uniéndosele cerca del lugar de Huerta un cuerpo de infantería y caballería procedente de Alba de Tórmes, de cuyo punto los habia echado Don Pablo Morillo, cruzando el rio con gran valentía, y distinguiéndose al enseñorearse de la puente los cazadores de la Union y Doyle.

Cooperacion del cuarto ejército.

El centro del cuarto ejército español, antes sexto, acantonado en el Vierzo, y la quinta division tambien suya situada en Oviedo concurrieron, segun hemos insinuado, al movimiento general y de avance. Preparábase el 29 de mayo el general Don Pedro Agustin Giron, que mandaba en gefe en ausencia de Don Francisco Javier Castaños, á celebrar el 30 en Campo Naraya los dias del rey Fernando por medio de paradas y simulacros guerreros, cuando recibió órden de Lord Wellington, duque de Ciudad Rodrigo, para ponerse sin dilacion en marcha sobre Benavente y en contacto con la izquierda del ejército aliado, huyendo de dar la suya al enemigo, en términos de evitar cualquiera refriega que no fuese general ó de concierto. No tardó Don Pedro en cumplir con lo que se le encargaba, y trasladando el mismo dia 29 su cuartel general á Ponferrada, entró ya el 2 de junio en Benavente. Vadearon sus tropas el Esla al amanecer del 3 en Castro Pepe y Castillo, arruinado por los enemigos el puente de Castro Gonzalo, y llegaron por la noche á Villalpando en donde descansaron el 4, agregándoseles ahi la quinta division que venia de Asturias y mandaba Don Juan Diaz Porlier. Hiciéronse las marchas muy ordenadamente, y empezáronse á coger los frutos de los ejercicios militares del invierno y primavera, y los de una rígida y conveniente disciplina.

Prosiguen su marcha los aliados.

Hácia estas partes y derecha del Duero habíase dirigido ya no solo la izquierda inglesa guiada por el general Graham, sino tambien el centro de su ejército capitaneado por Lord Wellington en persona. Dueño este de Salamanca hizo alli alto dos dias, reuniendo su centro y derecha entre el Tórmes y el Duero inferior. Marchó el 29 la vuelta de Miranda, ciudad de Portugal fronteriza á las márgenes del último rio, cuyas aguas cruzó por aqui el general inglés acompañado solo del centro que se juntó el 30 con la izquierda en Carvajales: todos los puentes, excepto el de Zamora, habian permanecido destruidos desde la retirada del ejército británico en el otoño, ó habíanlo sido de nuevo por el francés cuando se hallaban reparados. Quisieron en seguida los ingleses pasar el Esla, tributario del Duero, por un vado próximo al mismo Carvajales, pero siendo de dificultoso tránsito echaron un puente y lo verificaron el 31.

Desprevenidos los franceses no tenian en aquellas orillas sino un piquete, y por tanto no ofrecieron resistencia notable. Los movimientos de los aliados habíanse ejecutado con tales precauciones y celeridad que los ignoraba del todo el enemigo: quien percibió

ahora claramente el sabio y bien entendido plan de Lord Wellington; conociendo aunque tarde ser inútil y ya imposible sostener la línea del Duero. En consecuencia inhabilitaron sus tropas en Zamora el puente que habian conservado reparado, retirándose de aquella ciudad y de Toro, en donde entraron los aliados, trabándose despues en Morales, via de Tordesillas, un choque en que los franceses experimentaron bastante pérdida, y lució por su brio la caballería de Don Julian Sanchez.

Paróse Lord Wellington en Toro asi para dar tiempo á que toda su gente se le reuniese, como tambien para que las tropas de su derecha que guiaba sir Rowland Hill pasasen el Duero. Todo se ejecutó á su sabor y cual tenia ordenado; hallándose ya en comunicacion y aun en inmediato contacto el ejército de Galicia, ó sea centro, del cuarto español, cuyos reales alojáronse el 6 de junio en Cuenca de Campos, dia en que los de Wellington se establecieron en Ampudia, pueblo vecino.

Cruzado el Duero por los cuerpos que ocupaban antes la izquierda, correspondiéndose ya todos entre sí, prosiguió su marcha el general inglés, dejando en Zamora municiones y efectos de guerra, y para su custodia á la segunda division española que tenia tambien gente suya repartida en Ciudad Rodrigo, Salamanca y Toro. Andaban los franceses algo desalentados con irrupcion tan súbita, en especial por ser inesperado el modo como Wellington la verificara. Asi sus medidas resintiéronse de apresuramiento, é indicaban sobresalto y dudas.

Distribuidas ahora sus fuerzas entre Valladolid, Tordesillas y Medina se retiraron detras del Pisuerga, que tambien abandonaron, marchando en líneas convergentes camino de Búrgos. Allí se trasladó el intruso habiendo salido de Palencia el 6 de junio, en cuya ciudad hizo corta parada viniendo de Valladolid. Le siguieron sus tropas, estrechadas cada vez mas por Lord Wellington, quien atravesó el Carrion el 7, y adelantando su izquierda en los dias 8, 9 y 10, cruzó tambien el Pisuerga, no apresurando su marcha el 11, y dando el 12 descanso á su gente excepto á la de la derecha, á la cual ordenó avanzar á Búrgos y reconocer la situacion del enemigo con deseo de obligarle á que desamparase el castillo, ó á que para defenderle reconcentrase allí sus fuerzas. Al poner en obra el general Hill por mandato de Wellington esta operacion, descubrió á los enemigos apostados en unas alturas próximas al pueblo de Hormaza con su siniestro costado en frente de Estepar. Acometiólos, mas ellos se echaron atras si bien en la mejor ordenanza, aguantando sin descomponerse repetidas descargas de la artillería volante manejada con destreza por el mayor Gardiner. Perdieron sin embargo los franceses varios prisioneros y un cañon, y se situaron despues en las riberas de los rios Arlanzon y Urbel, que con las lluvias habian cogido mucha agua, retirándose solo de

aquel puesto durante la noche, despues de haber evacuado á Búrgos el 14 de junio.

Verificáronlo asi acosados constantemente y ceñidos de cerca por los aliados, que llevaban casi siempre abrazada la derecha enemiga. Tambien por la opuesta hostigábalos Don Julian Sanchez y otros guerrilleros revueltos y á la continua, como si ya no tuviesen bastante los franceses con sentir sobre sí el fatigoso y no interrumpido látigo de un ejército bien ordenado que marchaba á sus alcances con presuncion de vencer. Abandonaron los enemigos el castillo de Búrgos, desfortaleciéndole antes y arruinándole hasta en sus cimientos. El modo como lo ejecutaron dió lugar á siniestras interpretaciones; porque conservándose dentro desde el último sitio muchos proyectiles todavía cargados, acaeció que al reventar las minas practicadas para derribar los muros, volaron tambien muchas bombas y granadas que causaron estrago notable. Escritores ingleses han afirmado que el enemigo procedió asi para aniquilar los cuerpos de las tropas aliadas que se arrimasen á tomar posesion de la ciudad y del castillo. Por el contrario los franceses, que achacan tan lamentable contratiempo á mero olvido de la guarnicion. Nos inclinamos á lo último; mas sea de ello lo que fuere, cierto que de la explosion resultaron destrozos grandes, padeciendo la catedral bastante con el estremecimiento, no menos que muchas casas y otros edificios. Redújose el castillo á un confuso monton de ruinas y escombros.

Abandonan los franceses y vuelan el castillo de Búrgos.

Tomó José al desocupar á Búrgos la ruta de Vitoria yendo por Pancorbo y Miranda de Ebro, si bien no muy de priesa. Era su propósito trasladarse al otro lado de este rio para poner mas en resguardo las estancias de su ejército, aproximándole á la raya de Francia, y engrosándole ademas con el suyo del norte y otras tropas que lidiaban en aquel distrito. Desbaratar en todo ó en parte semejantes intentos, y asegurar sin tropiezo el paso del Ebro, debia ser la mira del general británico, para aprovechar despues la primera oportunidad de combatir con ventaja. Tal fue en efecto, no teniendo que hacer para alcanzarla mas que perseverar en el plan de marchas y movimientos que desde un principio habia trazado. Firme en él, dispuso que su izquierda siguiese maniobrando para amagar siempre la derecha enemiga, y ganarle á veces la delantera. Asi fue que dicha izquierda buscó la ribera alta del Ebro para pasarle, marchando á su derecha no muy lejos con el centro Lord Wellington, y despues á las inmediaciones y siniestro lado de la carretera que va á Pancorbo y Miranda el general Hill. Tocando ya al Ebro todo el ejército, le cruzaron el 14 por Polientes los españoles del mando de Don Pedro Agustin Giron, que formaban el extremo del costado de Graham, y cruzóle tambien el mismo dia este general por San

Cruzan los aliados el Ebro.

Martin de Linés, lugares ambos situados en el valle de Valderredible. Las demas tropas aliadas con Wellington é Hill á su cabeza atravesaron el Ebro el 15: algunas por los mismos parages que Graham y los españoles, el mayor número por Puente de Arenas en la merindad de Valdivielso. Al dia siguiente todo el ejército se movió sobre la derecha, si bien apartándose algun tanto los españoles, que tuvieron órden de tirar mas á la izquierda por el valle de Mena con direccion á Valmaseda, á donde llegaron el 18. Agregóse á Graham en Medina de Pomar Don Francisco Longa con su division.

Penalidades del ejército aliado.

La marcha fue en realidad penosa, señaladamente en los últimos dias: los caminos ásperos de suyo é impracticables para el carruage, estábanlo ahora mas con las copiosas lluvias que sobrevinieron, teniendo á menudo el brazo del gastador que allanar el terreno, y aun abrir paso que franquease la ruta al soldado, y diese á la artillería transitable carril. Hubo escasez de víveres, y á veces apretó el hambre por la priesa del caminar, la pobreza de la tierra y la devastacion que habia producido guerra tan prolongada; pero hízose todo llevadero con la esperanza de un cambio próximo y venturoso obtenido por medio de inmediatos triunfos.

Movimientos de los franceses y algunos choques.

Azoró á los franceses y los desconcertó el rápido andar de los aliados, y el verlos al otro lado del Ebro, casi impensadamente, teniendo con eso que desistir de cualquiera empresa enderezada á defender el paso de aquel rio. Por tanto el dia 18 salió el grueso del ejército enemigo de Pancorbo, dejando solo de guarnicion en el castillo sobre 1,000 hombres, y se encaminó á Vitoria. Al avanzar los aliados, tenian de observacion los franceses algunos cuerpos apostados en Frias y en Espejo, que se replegaron el 18 á San Millan y á Osma de Alava. Atacó á los primeros el general Alten, y los ahuyentó cogiéndoles 500 prisioneros: obligó Graham á los últimos á retirarse, acometiendo el 19 Wellington mismo asistido de sir Lowry Cole á la retaguardia francesa situada en Subijana de Morillas y en Póbes, con la dicha de forzarla á desamparar su puesto, y á que buscase abrigo en el grueso de su ejército que venia de Pancorbo. Esta aparicion repentina é inesperada de los aliados en las montañas de Vizcaya y Alava, y el haberse aproximado á Bilbao, hallándose ya en Valmaseda el centro del cuarto ejército español bajo las órdenes de Don Pedro Agustin Giron, impelió igualmente á los enemigos á reconcentrar las fuerzas suyas de aquellas partes, conservando solo los puntos de la mayor importancia, y abandonando los que no lo eran tanto. Con este propósito embarcaron los franceses el 22 de junio con premura la guarnicion de Castro-Urdiales trasladándola á Santoña, que avituallaron competentemente, y en breve tambien dejaron libre á Guetaria, mante-

niéndose firmes en Bilbao, donde se alojaban italianos de los que Palombini, ahora ya ausente, habia traido de Castilla. Foy, que recorria antes la tierra, tomó asimismo disposiciones análogas, segun veremos despues. Bloqueaba á Santoña Don Gabriel de Mendizábal con parte de la séptima division del cuarto ejército, ó sean batallones de las provincias Vascongadas.

Situacion respectiva de los ejercitos.

De este relato colígese claramente la situacion respectiva de los ejércitos enemigos, y cuán próxima se anunciaba una batalla campal. Deseábala Lord Wellington, y para empeñarla habia tratado de reconcentrar sus fuerzas algo desparramadas, llamando á sí la izquierda extendida hasta Valmaseda, y haciéndola venir por Orduña y Munguia sobre Vitoria. Tenia el general ingles su centro y sus cuarteles el 20 en Subijana de Morillas, no lejos de su derecha, manifestándose todo el ejército muy animoso é impaciente de que se trabase pelea. Ocupaban ya entonces los franceses mandados por José las orillas del Zadorra y cercanías de Vitoria.

Juicio sobre la marcha de Wellington.

El modo glorioso y feliz con que en menos de un mes habian los aliados llevado á cabo una marcha que, concluyendo en las provincias Vascongadas, habia empezado en Portugal y en los puntos opuestos y distantes de Galicia, Asturias y Extremadura, alentaba á todos, recreándose de antemano con la placentera idea de una victoria completa y cercana. Mas de una vez hemos oido de boca de Lord Wellington en conversacion privada, que nunca habia dudado del buen éxito de la accion que entonces se preparaba, seguro de los brios y concertada disciplina de sus soldados. Tan ilustre caudillo acreció justamente su fama en el avance y comienzo de esta nueva campaña. Calcular bien y con tino las marchas, anticiparse á los designios del enemigo y prevenirlos, tener á este en continua arma y recelo, y obligarle á abandonar casi sin resistencia sus mejores puestos, estrechándole y jaqueándole siempre, digámoslo asi, por su flanco derecho, maniobras son de superior estrategia, merecedoras de eterno loor; pues en ellas, segun expresaba el mariscal de Sajonia, aunque en lenguaje mas familiar, consiste el *secreto de la guerra*.

Enfrente ahora uno de otro los ejércitos combatientes, parecia ser esta ocasion de hablar de la batalla que ambos trabaron luego. Mas suspenderémoslo por un rato, atentos á echar antes una ojeada sobre la evacuacion de Madrid y ocurrencias habidas con este motivo.

Evacuan por última vez á Madrid los franceses.

Desde el tiempo en que José saliera de aquella capital en marzo, fueron tambien retirándose muchas de las tropas francesas que alli habia, quedando reducido á número muy corto las que se alojaban en toda Castilla la Nueva. Motivo por el cual los invasores trataron con mas

miramiento y menor dureza á los vecinos, aunque no por eso dejasen de gravarlos con contribuciones extraordinarias y pesadas. Mandaba últimamente en Madrid el general Hugo, y á él le tocó evacuar por postrera vez la capital del reino. Refiere este en las memorias que ha escrito lo que entonces le acaeció, y entre otras cosas cuenta* que poco antes de su salida habíansele hecho proposiciones, de que tuvo noticia José, segun las cuales ofrecia pasarse á las banderas del intruso un cuerpo entero del ejército español. Presumimos quiera hablar del tercero, como mas inmediato. El duque del Parque le mandaba, y guiaban sus divisiones generales fieles siempre, honrados y de prez; y si lo fueron en los dias de mayor tribulacion para la patria, ¿qué traza lleva que pudieran variar y tener aviesos intentos en los de prosperidad y ventura? Ahora ni el interes hubiera estimulado á ello á hombres que fuesen de poco valer y baja ralea: ¡cuánto menos á caudillos ilustres, de muchos servicios y de esforzados pechos! Nosotros hemos tratado de apurar la verdad del hecho, y ni siquiera hemos hallado el menor indicio ni rastro de tan extraña negociacion, y eso que nos hemos informado de personas imparciales muy en disposicion de saber lo que pasaba. Creemos por tanto que hay grave error en el aserto del general francés, haciéndole la merced, para disculpar su proceder liviano, de que sorprendieron su buena fe embaidores ó falsos mensageros.

(* Ap. n. 3.)

Gran convoy que llevan consigo y manda Hugo.

El embargo de caballerías y carruages, anunciador de la partida de los enemigos y sus secuaces, empezó el 25 de mayo, y el 27 quedó evacuada del todo la capital; rompiendo el 26 la marcha un convoy numerosísimo de coches y calesas, de galeras, carros y acémilas en que iban los comprometidos con José, sus familias y enseres, y ademas el despojo que los invasores y el gobierno intruso hicieron de los establecimientos militares, científicos y de bellas artes, y de los palacios y archivos; despojo que fue esta vez mas colmado, porque sin duda le consideraron como que seria el último y de despedida.

Despojos de pinturas, y de los establecimientos públicos en varias partes.

Habia comenzado el primero ya desde 1808, y se habia extendido á Toledo, al Escorial y á las ciudades y sitios que encerraban en ambas Castillas, asi como en las Andalucías y otras provincias, objetos de valor y estima. Recogió Murat en su tiempo varios de ellos, principalmente del real palacio y de la casa del príncipe de la Paz, parando mucho su consideracion los cuadros del Correggio, de que casi se llevó los pocos que España poseia, entre los cuales merece citarse el llamado la *Escuela del amor**, que fue de los duques de Alba, prodigiosa obra de aquel inimitable ingenio.

(* Ap. n. 3 bis.)

Despues contóse entre las señaladas rapiñas la que verificó cierto

general francés, muy conocido, en el convento de dominicas de Loeches, lugar de la Alcarria, y fundacion del conde duque de Olivares, de donde se llevó afamados * cuadros de Rubens, que al decir de Don Antonio Ponz eran** « de lo mas bello de aquel artífice en lo acabado, expresivo, bien compuesto y colorido. »

(* Ap. n. 4.)

(** Ap. n. 5.)

En Toledo si bien las producciones del Greco, de Luis Tristan y Juan Bautista Maino estuvieron mas al abrigo del ojo escudriñador del francés, no por eso dejaron de sentirse allí pérdidas muy lamentables, pues en 1808 estrenáronse las tropas del mariscal Victor con poner fuego por descuido ó de propósito al suntuoso convento franciscano de San Juan de los Reyes, que fundaron los católicos monarcas Don Fernando y Doña Isabel, cuyo edificio se aniquiló, desapareciendo entre las llamas y escombros su importantísimo archivo y librería; y ahora para despedirse en 1813 los soldados del invasor que á lo último ocuparon la ciudad, quemaron en gran parte el famoso alcázar, obra de Cárlos V, y en cuyo trazo y fábrica tuvieron parte los insignes arquitectos Covarrubias, Vergara y Herrera. Que no parece sino que los franceses querian celebrar sus entradas y salidas en aquel pueblo con luminarias de destruccion.

No podia en el rebusco quedar olvidado el Escorial, y entre los muchos despojos y riqueza que de allí salieron, deben citarse los dos primorosos y selectísimos cuadros de Rafael, Nuestra Señora del Pez y la Perla. Varios otros los acompañaron muy escogidos, ya que no de tanta belleza.

En Madrid habíanse formado depósitos para la conservacion de las preciosidades artísticas de los conventos suprimidos, en las iglesias del Rosario, Doña María de Aragon, San Francisco y San Felipe, y nombrádose ademas comisiones á la manera de Sevilla para poner por separado las producciones del arte que fuesen de mano maestra y pareciesen mas dignas de ser trasladadas á París y colocadas en su museo. Varias se remitieron, y se apoderaron de otras los particulares, siendo sin embargo muy de maravillar se libertasen de esta especie de saqueo las mas señaladas obras que salieron del pincel divino de nuestro inmortal Don Diego Velazquez. Arrebataron sí los encargados de José entre otros muchos y primorosos cuadros las Vénus del Ticiano que se custodiaban en las piezas reservadas de la real academia de San Fernando, y el incomparable de Rafael perteneciente al real palacio, conocido bajo el nombre del *Pasmo de Sicilia*, que se aventajaba á todos y sobresalia por cima de ellos maravillosamente.

Estas últimas pinturas junto con las de Nuestra Señora del Pez y la Perla*, aunque se las apropió José, restituyéronse á España en 1815 al propio tiempo que las destinadas al museo de Paris; mas hallábase ya la madera tan carco-

(* Ap. n. 6.)

mida y tan arruinadas ellas que se hubieran del todo descascarado y perdido, en especial la del *Pasmo*, si Mr. Bonnemaison, artista de aquella capital, no las hubiese trasladado de la tabla al lienzo con destreza y habilidad admirables: invento no muy esparcido entonces y de que quisieron burlarse los que no le conocian.

Los archivos, las secretarías, los depósitos de artillería é ingenieros y el *hidrográfico*, el gabinete de historia natural, y otros establecimientos, viéronse privados tambien de muchas preciosidades, modelos y documentos entresacados de propósito para llevarlos á Francia. Seria largo y no fácil de relatar todo lo que de acá se extrajo. Estos objetos y los cuadros expresados de Rafael y Ticiano ademas de otros muchos iban en el convoy que escoltaba el general Hugo al salir de Madrid.

En Castilla la Vieja padeció mucho el archivo de Simancas, de donde tomaron los franceses documentos (* Ap. n. 7.) y papeles de grande interes, en especial los que pertenecian á los antiguos estados de Italia y Flandes: asimismo el testamento de Cárlos II, de que á dicha se conservaba un duplicado en otra parte. Algunos han sido devueltos en 1816: han retenido otros en Francia reclamados hasta ahora en vano. Hubo en aquel archivo gran confusion y trastorno no solo por el destrozo que la soldadesca causó, sino igualmente porque habiéndose despues metido dentro los paisanos de los alrededores, arrancaron los pergaminos que cubrian los legajos y sobre todo las cintas que los ataban, con lo que sueltos los papeles mezcláronse muchos y se revolvieron. Tambien las bellas artes tuvieron sus pérdidas en aquella provincia, y sin detenernos á hablar de otras, indicaremos el desaparecimiento por algunos años de tres pinturas de Rubens, muy famosas y de primer órden, que adornaban el retablo mayor y los dos colaterales del convento de religiosas franciscas de la villa de Fuensaldaña. (* Ap. n. 8.)

No iremos mas allá en nuestro escudriñamiento sobre tanto saqueo y despojos, que ya parecerá á algunos fuera de lugar; si bien en medio del ruido y furor bélico se esparcia el ánimo y descansa hablando de otros asuntos, y sobre todo del ameno y suave de bellas artes, aunque sea para lamentar robos y pérdidas de obras maestras y su alejamiento del suelo patrio.

Cierto que mucha de tanta riqueza yacia como sepultada y desconocida, ignorando los extraños la perfeccion y muchedumbre de los pintores de nuestra escuela. El que se difundiesen ahora sus producciones por el extrangero los sacó de oscuridad y les dió nuevo lustre y mayores timbres á la admiracion del mundo; resultando así un bien real y fructuoso de la misma ruina y escandaloso pillage. Madre España de esclarecidos ingenios, dominadora en Italia y Flandes cuando florecian allí los mas célebres artistas de aquellos estados, recogió inmenso tesoro de tales bellezas *guar-*

dándole en sus templos y palacios. Mucho le queda aun á pesar de haber soltado los diques á la salida, ya la guerra, y ya la desidia de unos y los amaños y codicia de otros. Tiempo es que los repare y cierre el amor bien entendido de las artes, y la esperanza de dias mas venturosos.

Desgraciadísimos los de entonces no lo fueron menos para ambas Castillas en la exaccion de pesadas contribuciones impuestas por los franceses durante los años que las dominaron. Difícil es formar un cómputo exacto de su total rendimiento, pero por datos y noticias que han llegado hasta nosotros, asegurar podemos que excedieron, habida la proporcion conveniente, á lo que importaron las de Andalucía por la permanencia mas larga en ellas del enemigo, y el continuado y afanoso pelear.

Luego que evacuó el 27 de junio á Madrid el general Hugo, entraron allí partidas de guerrillas que acechaban la marcha de los franceses, volviendo á poco las autoridades legítimas que antes se habian alejado. Nada á su regreso ocurrió muy de contar.

Prosigue Hugo su retirada.

Hugo superando obstáculos traspasó el Guadarrama, y tomando desde la fonda de San Rafael caminos de travesía se dirigió á Segovia y en seguida á Cuéllar, en donde pensó tener que defenderse contra las guerrillas guareciéndose en su castillo, antiguo y bueno, fundado en parage elevado, con dos galerías alta y baja construidas por Don Beltran de la Cueva, en que se custodiaba una armería célebre de la casa de los duques de Alburquerque, extraviada ó destruida en parte interin que duró la actual guerra. No tuvo el general francés que acudir á este medio peligroso que le hubiera retardado en su marcha y quizá comprometido, sino que valiéndose de ardides y mudando á veces los dias de ruta que José le habia trazado, y aun las horas, aceleró el paso consiguiendo cruzar el Duero por Tudela de noche, y tan á tiempo, que mayor demora le hubiera privado de aquel puente, reparado solo con tablones y al que á su llegada iban á prender fuego las últimas tropas de su nacion que se retiraban.

Se junta al grueso de su ejército.

Juntóse el convoy enemigo al grueso de su ejército en Valladolid, y salvóse entonces, si bien despues pereció en parte, ganada que fue la batalla de Vitoria. Le mandó Hugo hasta llegar á la ciudad de Búrgos.

Movimientos del tercer ejército y del de reserva de Andalucía.

La evacuacion de Madrid permitió disponer del tercer ejército que habia avanzado á la Mancha, y tambien del de reserva organizado en Andalucía por el conde del Abisbal. El primero partió la vuelta de Valencia, uniéndose el 6 de junio en Alcoy y Concentaina al segundo ejército, con el cual por resolucion de Wellington debia maniobrar ahora para impedir destacase Suchet fuerzas contra las tropas combinadas que lidiaban en el Ebro, sin perjuicio de que se juntase mas adelante con estas mismas, segun lo verificó. El segundo saliendo

de Andalucía marchó por Extremadura, camino mas resguardado, y se enderezó á Castilla la Vieja. Llegó allí cuando los aliados estaban ya muy adentro y en completa retirada los franceses, penetrando en Búrgos por los dias 24 y 25 de junio. Encargóle Lord Wellington estrechar el castillo de Pancorbo hasta tomarle; en donde los enemigos habian dejado de guarnicion, conforme apuntamos, unos 1,000 hombres.

Reconcentradas de este modo las fuerzas de la Península amigas y enemigas, y agrupadas todas, por decirlo así, en dos principales puntos, que eran, uno, las inmediaciones del Ebro y provincias Vascongadas, y otro, la parte oriental de España, iráse simplificando nuestra narracion, y convirtiéndose cada vez mas en guerra regular lucha tan empeñada.

Ejércitos en las cercanías de Vitoria.

Dejamos á los ejércitos combatientes próximos uno á otro y dispuestos á trabar batalla en las cercanías de Vitoria, ciudad de 11 á 12,000 habitantes situada en terreno elevado y en medio de una llanura de dos leguas, terminada de un lado por ramales del Pirineo, y del otro por una sierra de montes que divide la provincia de Alava de la de Vizcaya. Tenian los aliados reunidos, sin contar la division de Don Pablo Morillo y las tropas españolas que gobernaba el general Giron, 60,440 hombres, 35,090 ingleses, 25,350 portugueses, y de ellos 9,290 de caballería. La sexta division inglesa en número de 6,300 hombres se habia quedado en Medina de Pomar.

Mandaba á los franceses José en persona, siendo su mayor general el mariscal Jourdan. Su izquierda, compuesta del ejército del mediodía bajo las órdenes del general Gazan, se apoyaba en las alturas que fenecen en la Puebla de Arganzon, dilatándose por el Zadorra hasta el puente de Villodas. A la siniestra márgen del mismo rio, siguiendo unas colinas, alojábase su centro, formado del ejército que llevaba el mismo título y dirigía Drouet, conde d'Erlon; estribando principalmente en un cerro muy artillado de figura circular que domina el valle á que Zadorra da nombre. Extendíase su derecha al pueblo de Avechuco mas allá de Vitoria, y constaba del ejército de Portugal gobernado por el conde de Reille. Todos tres cuerpos tenian sus reservas. Abrazaba la posicion cerca de tres leguas, y cubria los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid. Su fuerza era algo inferior á la de los aliados, ausente en la costa Foy y los italianos, ocupado Clausel en perseguir á Mina, y Maucune en escoltar un convoy que se enderezaba á Francia.

Proponíase José guardar la defensiva, hasta que todas ó la mayor parte de las tropas suyas que estaban allí separadas se le agregasen, para lo que contaba con su ventajosa estancia, y con el pausado proceder de Wellington que equivocadamente graduaban algunos de prudencia excesiva. Sustentábale en su pensamiento

el mariscal Jourdan, hombre irresoluto y espacioso, hasta en su daño, y mas ahora que recordaba pérdidas que padeció en Ansberg y Wurtzburgo por haber entonces destacado fuerzas del cuerpo principal de batalla.

Tambien Wellington titubeaba sobre si emprenderia ó no una accion campal, y proseguia en su incertidumbre, cuando hallándose en las alturas de Nanclares de la Oca, recibió aviso del alcalde de San Vicente de como Clausel habia llegado allí el 20, y pensaba descansar todo aquel dia. Al instante determinó acometer el general inglés calculando los perjuicios que resultarian de dar espera á que los enemigos tuviesen tiempo de ser reforzados.

Batalla de Vitoria. Rompió el ataque desde el rio Bayas, moviéndose primero al despuntar de la aurora del dia 21 de junio la derecha aliada que regia el general Hill. Consistia su fuerza en la segunda division británica, en la portuguesa del cargo del conde de Amarante, y en la española que capitaneaba Don Pablo Morillo, á quien tocó empezar el combate contra la izquierda enemiga atacando las alturas: ejecutólo Don Pablo con gallardía, quedando herido, pero sin abandonar el campo. Reforzados los contrarios por aquella parte, sostuvo Hill tambien á los españoles, los cuales consiguieron al fin ayudados de los ingleses arrojar al francés de las cimas. Entonces Hill cruzó el Zadorra en la Puebla, y embocándose por el desfiladero que forman las alturas y el rio, embistió y ganó á Subijana de Alava que cubria la izquierda de las líneas del enemigo, quien conociendo la importancia de esta posicion trató en vano de recobrarla, estrellándose sus ímpetus y repetidas tentativas en la firmeza inmutable de las filas aliadas.

Movióse tambien el centro británico compuesto de las divisiones tercera, cuarta, séptima y ligera. Dos de ellas atravesaron el Zadorra tan luego como Hill se enseñoreaba de Subijana, la cuarta por el puente de Nanclares, la ligera por Tres Puentes, llegando casi al mismo tiempo á Mendoza la tercera y séptima que guiaba Lord Dalhousie, cruzando ambas el Zadorra por mas arriba: siendo de notar que no hubiesen los franceses roto ninguno de los puentes que franquean por allí el paso de aquel rio: tal era su zozobra y apresuramiento.

Puesto el centro británico en la siniestra orilla del Zadorra, debia proseguir en sus acometimientos contra el enemigo y su principal arrimo, que era el cerro artillado. Providenciólo así Wellington, como igualmente que el general Hill no cesase de acosar la izquierda francesa, estrechándola contra su centro, y descantillando á este, si ser podia. Mantuviéronse firmes los contrarios, y forzados se vieron los ingleses á acercar dos brigadas de artillería que batiesen el cerro fortalecido. Al fin cedieron aquellos, si bien despues de largo lidiar, y su centro é izquierda replegáronse via de la ciudad, dejando en poder de la tercera division inglesa 18 cañones. Prosi-

guieron los aliados avanzando á Vitoria, formada su gente por escalones en dos y tres líneas, y los franceses, no desconcertados aun del todo, recejaban tambien en buen órden, sacando ventaja de cualquier descuido, segun aconteció con la brigada del general Colville, que mas adelantada desvióse, y le costó su negligencia la pérdida de 550 hombres.

Mientras que esto ocurria en la derecha y centro de los aliados, no permanecia ociosa su izquierda, junta toda ó en inmediato contacto: porque la gente de Don Pedro Agustin Giron, que era la apostada mas lejos, saliendo de Valmaseda llegó el 20 á Orduña yendo por Amurrio, y al dia siguiente continuó la marcha avistándose su gefe el dia 21 con el general Graham en Murguía. Allí conferenciaron ambos breves momentos, aguijado el inglés por las órdenes de Wellington para tomar parte en la batalla ya empezada; quedando la incumbencia á Don Pedro de sustentar las maniobras del aliado, y entrar en lid siempre que necesario fuese.

No antes de las diez de la mañana pudo Graham llegar al sitio que le estaba destinado. En él tenian los enemigos alguna infantería y caballería avanzada sobre el camino de Bilbao, descansando toda su derecha en montes de no fácil acceso, y ocupando con fuerza los pueblos de Gamarra mayor y Abechuco, considerados como de mucha entidad para defender los puentes del Zadorra en aquellos parages. Atacaron las alturas por frente y flanco la brigada portuguesa del general Pack, y la division española de Don Francisco Longa, sostenidas por la brigada de dragones ligeros á las órdenes de Anson, y la quinta division inglesa de infantería, mandada toda esta fuerza por el mayor general Oswald. Portáronse valientemente españoles y portugueses. Longa se apoderó del pueblo de Gamarra menor, enseñoreándose del de Gamarra mayor con presa de tres cañones la brigada de Robinson, que pertenecia á la quinta division. Procedió Graham en aquel momento contra Abechuco asistido de la primera division británica, y logró ganarle cogiendo en el puente mismo tres cañones y un obus. Temiendo el enemigo que dueños los nuestros de aquel pueblo quedase cortada su comunicacion con Bayona, destacó por su derecha un cuerpo numeroso para recuperarle. En balde empleó sus esfuerzos: dos veces se vió rechazado, habiendo Graham previsamente y con prontitud atronerado las casas vecinas al puente, plantado cañones por los costados, y puesto como en celada algunos batallones que hicieron fuego vivo detras de unas paredes y vallados. Logró con eso el inglés repeler un nuevo y tercer ataque.

Pero no le pareció aun cuerdo empeñar refriega con dos divisiones de infantería que mantenian de reserva los franceses en la izquierda del Zadorra, aguardando para verificarlo á que el centro é izquierda de los enemigos fuesen arrojadas contra Vitoria por el centro y derecha de los aliados. Sucedió esto sobre las seis de la

tarde, hora en que abandonando el sitio las dos divisiones citadas, temerosas de ser embestidas por la espalda, pasó Graham el Zadorra, y asentóse de firme en el camino que de Vitoria conduce á Bayona, compeliendo á toda la derecha enemiga á que fuese via de Pamplona.

No hubo ya entonces entre los franceses sino desórden y confusion: imposible les fué sostenerse en ningun sitio, arrojados contra la ciudad ó puestos en fuga desatentadamente. Abandonáronlo todo, artillería, bagages, almacenes, no conservando mas que un cañon y un obus. Perdieron los enemigos 151 cañones, y 8,000 hombres entre muertos y heridos; 5,000 no completos los aliados, de los que 3,300 eran ingleses, 1,000 portugueses y 600 españoles. No mas de 1,000 fueron los prisioneros por la precipitacion con que los enemigos se pusieron en cobro al ser vencidos, y por amparlos lo áspero y doblado de aquella tierra. José estrechado de cerca tuvo al retirarse que montar á caballo y abandonar su coche, en el que se cogieron correspondencias, una espada que la ciudad de Nápoles le habia regalado, y otras cosas de lujo y curiosas, con alguna que la decencia y buenas costumbres no permiten nombrar.

Gran presa que hacen los aliados.

Igual suerte cupo á todo el convoy que estaba á la izquierda del camino de Francia saliendo de Vitoria. Era de grande importancia, y se componia de carruages y de varios y preciosos enseres pertenecientes á generales y á personas del séquito del intruso: tambien de artillería allí depositada, y de cajas militares llenas de dinero, que se repartieron los vencedores, y de cuya riqueza alcanzó parte á los vecinos de la ciudad y de los inmediatos barrios. Estableciése en el campo un mercado á manera de feria, en donde se trocaba todo lo aprehendido, y hasta la moneda misma, llegando á ofrecerse ocho duros por una guinea como de mas fácil trasporte. Perdido quedó igualmente el baston de mando del mariscal Jourdan, que viniendo á poder de Lord Wellington, hizo este con él rendido y triunfal obsequio al príncipe regente de Inglaterra, quien remuneró al ilustre caudillo con el de feld-mariscal de la Gran Bretaña, merced otorgada á pocos.

¡Qué de pedrería y alhajas, qué de vestidos y ropas, qué de caprichos al uso del dia, que de bebidas tambien y manjares, qué de municiones y armas, qué de objetos en fin de vario linage no quedaron desamparados al arbitrio del vencedor, esparcidos muchos por el suelo, y alterados despues ó destruidos! Atónitos igualmente andaban y como espantados los españoles del bando de José que seguian al ejército enemigo, y sus mugeres y sus niños, y las familias de los invasores, poniendo unos y otros en el cielo sus quejidos y sus lamentos. Quién lloraba la hacienda perdida, quién al hijo extraviado, quién á la muger ó al marido amenazados por la soldadesca en el honor ó en la vida. Todo se mezcló allí y confun-

dió. Aquel sitio representábase caos de tribulacion y lágrimas, no liza solo de varonil y carnicero combate.

Quiso Lord Wellington endulzar en algo la suerte de tanto infeliz enviando á muchos, en especial á las mugeres de los oficiales, á Pamplona con bandera de tregua. Y esmeróse en dar á la condesa Gazan particular muestra de tan caballeresco y cortesano porte, poniéndola en libertad despues de prisionera, y permitiéndole ademas ir á juntarse con su esposo conducida en su propio coche, que tambien habia sido cogido con la demas presa.

Asemejóse el campo de Vitoria en sus despojos á lo que Plutarco * nos ha trasmitido del de la batalla de Iso, teniendo solo los nuestros menor dicha en no haber sido completa la toma del botin, como entonces lo fue con la entrega de Damasco, pues ahora salvóse una parte en un gran convoy que salió de Vitoria escoltado por el general Maucune á las cuatro de la mañana del mismo dia 21. En él iban los célebres cuadros del Ticiano y de Rafael expresados antes, muestras y ejemplares del gabinete de *historia* natural, y otros efectos muy escogidos. Impidieron el alcance y el entero apresamiento del convoy refuerzos que este recibió, y azares de que luego daremos cuenta. (* Ap. n. 9.)

Han comparado algunos esta jornada de Vitoria á la que no lejos del propio campo vió España en el siglo XIV, en cuya contienda tambien se trataba de la posesion de un trono, apareciendo por un lado ingleses y el rey Don Pedro, y por el otro franceses y Don Enrique el Bastardo. Pero si bien allí, segun * nos cuenta la crónica, empezaron las escaramuzas cerca de Ariñez, y por lo mismo en parage inmediato al sitio de la presente batalla, en un recuesto que desde entonces lleva en el pais el nombre de *Inglesmendi*, que quiere decir en vascuence *cerro de los ingleses*; no se empeñó formalmente aquella sino en Navarrete y márgenes del Najerilla, no siendo tampoco exacto ni justo formar parangon entre causas tan desemejantes y entre príncipes tan opuestos y encontrados por carácter y orígen. (* Ap. n. 10.)

Golpe terrible fue para los franceses la pérdida de batalla tan desastrada, viéndose desnudos y desposeidos de todo, hasta de municiones; y acabando por destruirse la disciplina y virtud militar de sus soldados ya tan estragada. Sus apuros en consecuencia crecieron en sumo grado, porque abandonadas tantas estancias en lo interior de España, no defendidas las del Ebro, y repelidos y deshechos sus batallones en el pais quebrado de las provincias Vascongadas, nada les quedaba, ni tenian otro recurso sino evacuar á España, y sustentar la lid dentro de su mismo territorio. Notable mudanza y trastrocamiento que convertia en invadido al que se mostraba poco antes invasor altanero.

Por tan señalada victoria vióse honrado Lord Wellington con nuevas mercedes y recompensas, ademas de la del cargo de feld-ma-

Gracias que se conceden á Lord Wellington.

riscal de que ya hemos hecho mencion. El parlamento británico votó accion de gracias á su ejército, y tambien al nuestro: lo mismo las córtes del reino, las que, á propuesta de Don Agustin de Argüelles, concedieron á Lord Wellington por decreto de 22 de julio, para sí, sus herederos y sucesores, el sitio y posesion real conocido en la vega de Granada bajo el nombre del *Soto de Roma*, con inclusion del terreno llamado de las *Chanchinas*, dádiva generosa de rendimientos pingües.

Testimonio de agradecimiento al general Alava.

Vióse tambien justamente galardonado, si bien de otra manera, el general Don Miguel de Alava, recibiendo del ayuntamiento de Vitoria, á nombre del vecindario, una espada de oro, en que iban esculpidas las armas de su casa y las de aquella ciudad, de donde era natural. Testimonio de amor y reconocimiento muy grato al general, por haber conseguido la eficacia y celo de este preservar á sus compatriotas de todo daño y tropelías despues de la batalla dada casi á sus puertas.

Persiguese á los franceses por el camino de Pamplona.

Encomendóse al centro y derecha del ejército aliado la persecucion del grueso del enemigo que se retiraba en desórden camino de Pamplona, quemando, asolando y cometiendo mil estragos en los pueblos del tránsito. Una intensa lluvia que duró dos dias estorbó á Lord Wellington acosar mas de cerca á sus contrarios, los cuales iban tan de priesa y despavoridos, que al llegar á Pamplona quisieron saltar por cima de las murallas, estando cerradas las puertas, y deteniéndolos solo el fuego que les hicieron de dentro. Celebraron allí los gefes enemigos un consejo de guerra en que trataron de volar las fortificaciones y abandonar la plaza. Opúsose José, pensando seria útil su conservacion para proteger la retirada y no causar en los suyos mayor desánimo; mandando de consiguiente abastecerla de cuanto á la fuerza ó de grado pudiera recogerse en aquellos contornos: último acto de soberanía que ejerció, instable siempre la suya, transitoria y casi en el nombre. Llegaron los aliados á la vista de Pamplona en sazon en que no estaba aun lejana la retaguardia francesa, que caminaba, como lo demas del grueso de su ejército, en busca de la tierra nativa.

Y por el de Irun.

En tanto que asi obraba el centro y derecha de los aliados, otra incumbencia cupo á toda la izquierda. La parte de esta que se componia de las tropas españolas bajo Don Pedro Agustin Giron y la division que se le agregó de Don Francisco Longa tuvieron órden de dirigirse por la calzada que va de Vitoria á Irun tras del convoy que habia salido de aquella ciudad en la madrugada del 21; y asi lo verificaron el 22, aunque tarde, aguardando subsistencias, y forzados tambien á contramarchar durante corto rato por la voz esparcida de que Clausel se hallaba próximo con rumbo á Vitoria. Incidentes que retrasaron algo en aquel dia el movimiento del general Giron, si bien la pre-

sencia de la fuerza de Longa, que iba delantera, aceleró la partida de los enemigos de Mondragon, á quienes se cogieron 90 prisioneros, quedando herido levemente el general Foy y 300 hombres fuera de combate.

Y noticioso Wellington de que los españoles de Giron podrian tener que habérselas, no solo con la division francesa de Maucune que escoltaba el convoy antes expresado, sino ademas con Foy y los italianos, determinó que Graham con toda la izquierda británica fuese en apoyo de los nuestros, tomando la ruta traviesa del puerto de San Adrian que enlaza el camino real de Irun con el de Pamplona, y que se enderezase á Villafranca, poniéndose, si dable fuera, á la espalda del general Foy. Dilacion en el recibo de las órdenes, el mal tiempo y lo perdido de aquel camino, de suyo agrio y muy escabroso, no consintieron que sir Thomas Graham se menease tan pronto como era de desear.

Bien le vino á Foy la tardanza para proceder mas desahogadamente. Este general, de condicion activa y emprendedora, no habia descansado desde el momento en que tomó á Castro-Urdiales, afanado de continuo en perseguir á los batallones vascongados, en cuyas peleas distinguióse por nuestra parte el coronel Don Antonio Cano. Nada importante habia Foy alcanzado cuando José le ordenó acudir á Vitoria en socorro suyo. Apresuróse Foy á cumplir con lo que se le prevenia, y se colocó entre Plasencia y Mondragon, llamando á sí para engrosar su gente las guarniciones de varios puntos fortalecidos. Entre ellas contábase como de las principales la de Bilbao, en donde estaban los italianos y el general Rouget, quienes el 20 evacuaron la villa, y tan de priesa, que si bien clavaron la artillería, dejaron intactas las fortificaciones, aguijados por las órdenes de Foy, y tambien por Don Gabriel de Mendizábal, que dejando alguna fuerza en el bloqueo de Santoña, unióse sobre aquella comarca con casi toda la séptima division que componian los batallones vascongados.

Reencuentro en Mondragon.

Uniéronse los italianos y franceses en Vergara, á cuyo movimiento, feliz para ellos, favoreció mucho la resistencia que, aunque costosa, hizo al efecto en Mondragon el general Foy. Este capitaneó en seguida la retirada de aquellas tropas que juntas ascendian á 12,000 hombres, con gran valor y presencia de ánimo, desvelándose por su conservacion, expuesta bastantemente, porque amenazábalos por el frente Don Pedro Agustin Giron, y por la espalda el general Graham. Afortunadamente para Foy libróle de infausto suceso su presteza, y la tardanza en la marcha del inglés nacida de lo que hemos apuntado. Por manera que al llegar Graham á Villafranca, encontróse el dia 24 de junio solo ya con la retaguardia enemiga, desalojada tambien en breve de los puestos que ocupaba á la derecha del Oria, fronteros al pueblo de Olaverria. Situáronse

En Villafranca.

en seguida cerca de Tolosa de Guipúzcoa todas las fuerzas que gobernaba Foy, cubriendo el camino de Francia y el que de allí se dirige á Pamplona con ademan de hacer rostro á los aliados. Aquella noche se unió al general Graham la division de Longa, y tres cuerpos de la gente de Don Pedro Agustin Giron; quien maniobró acertadamente al avanzar á Vergara, destacando por su derecha camino de Oñate al citado Longa con intento de que apretase al enemigo por su flanco izquierdo del lado de la cuesta de Descarga. Evolucion que aceleró la marcha de los enemigos y los molestó.

En Tolosa.

Tratóse ahora de ahuyentar de Tolosa al francés, y de enseñorear la posicion que ocupaba. Entre seis y siete de la tarde del dia 25 empezó el ataque general. Apoyábase la izquierda del enemigo en un reducto casi inexpugnable, contra cuyo sitio marchó Longa por Alzo sobre Lizarza: descansaba su derecha en una montaña que cortaba por el frente un profundo y enriscado barranco, y se encargó á Don Gabriel de Mendizábal, que se habia adelantado de Azpeitia, el maniobrar por este lado del mismo modo que Longa por el opuesto. Enseñoreaban ademas los franceses la cima de una montaña interpuesta entre las carreteras de Vitoria y Pamplona, de donde los arrojó con gran valor y maestría el teniente coronel británico de nombre Williams. Perdieron tambien los enemigos las demas posiciones atacadas vigorosamente por todas las tropas combinadas, distinguiéndose las españolas en varios parages. Foy, presente en muchos, hizo en todos gloriosa y atinada resistencia. Al fin abrigóse á la villa, la cual hallábase fortificada, y era arduo tomarla y mas de rebate. Las puertas de Castilla y Navarra barreadas, y aspilleradas los muros, diversos conventos y edificios fortalecidos, dándose entre sí la mano, y ademas en la plaza ó centro un fortin portátil de madera, á traza de los fijos y por lo comun de piedra ó material, que ahora llaman *blockhaus:* formando el todo un conjunto de defensas que podia ofrecer resistencia vigorosa y larga. Sin embargo acometida de firme la villa, abandonáronla los franceses y la entraron los aliados ya muy de noche con aplauso y universales víctores de los vecinos.

Se replegó á Andoain el general Foy y cortó el puente; deteniéndose Graham dos dias en Tolosa, por querer cerciorarse antes del avance de Wellington por su derecha camino de Pamplona. Don Pedro Agustin Giron paróse menos y prosiguió adelante yendo tras Foy, que cejó metiéndose en Francia sin gran detencion, sabedor de la retirada de José; y puesto ya en cobro el convoy que Maucune escoltaba, y por cuya salvacion suspiraban los contrarios tanto.

Arroja el general Giron á los franceses del otro lado del Bidasoa.

Llegado que hubo á Irun el general Giron, pensó en atacar la retaguardia enemiga, que todavía conservaba algunos puestos en la frontera española, encargando la ejecucion al brigadier Don Federico Casta-

ñon, quien desalojó bizarramente á los enemigos que estaban colocados delante del puente del Bidasoa, siendo destinados para la acometida el regimiento de la Constitucion, que guiaba su coronel Don Juan Loarte, y la compañía de cazadores del segundo regimiento de Asturias. Permanecieron los franceses no obstante inmobles en las cabezas fortificadas del puente, y para arrojarlos de ellas dispuso Giron traer una compañía de artillería de á caballo manejada por Don Pablo Puente, y pidió á los ingleses otra de la misma arma, que se presentó luego al mando del capitan Dubourdieu, juntas las cuales dióse comienzo á batir vigorosamente las obras de los contrarios, quienes sufriendo mucho volaron las de la izquierda del rio, y quemaron el puente. Sucedió esto en 1° de julio á las seis de la tarde; dia y hora memorable en la que adquirió Don Pedro Agustin Giron, primogénito entonces del marques de las Amarillas y hoy duque de Ahumada, la apetecida gloria de haber sido el primero que por este lado arrojó fuera del suelo patrio las tropas de los enemigos.

Se rinden los fuertes de Pasages.

Al propio tiempo apoderóse Don Francisco Longa de los fuertes de Pasages, puerto importante, rindiéndosele 147 hombres de que constaba la guarnicion, incluso el gobernador. Y como iba de dicha; tambien se hizo dueño de los de Pancorbo el conde del Abisbal, situados en garganta angosta que circuyen empinadísimos montes, por donde corre estrechado el camino que va de Vitoria á Búrgos. Eran dos, el llamado de Santa María, en parage inferior, y el de Santa Engracia, que se miraba como el mas principal. Ganóse aquel por asalto el 28 de junio, y capituló el otro dos dias despues, privado de agua y amenazado de ruina por los fuegos de una batería que con gran presteza se construyó bajo la direccion del comandante de ingenieros Don Manuel Zapino en la loma de la Cimera; habiendo ideado el modo de subir las piezas, y ejecutádolo hábil y rápidamente los oficiales de artillería Ferraz, Saravia y Don Bartolomé Gutierrez. Tambien se distinguió el brigadier Don José Latorre, que se hallaba á la cabeza de la infantería empleada en el sitio. Quedaron prisioneros unos 700 hombres junto con su comandante apellidado de Ceva. No tardó Abisbal en ponerse en marcha, debiendo encaminar sus pasos, segun órdenes de Lord Wellington, por Logroño y Puente la Reina á Pamplona, á cuyos alrededores llegó en los primeros dias de julio.

Tambien los de Pancorbo.

Persiguen los ingleses por Navarra hasta Francia á José.

No le podia estorbar ya en su marcha el general Clausel, de cuyas operaciones daremos en breve cuenta, teniendo antes que terminar la narracion de las maniobras de las tropas aliadas que dejamos á la vista de Pamplona. De ellas las que componian la derecha del ejército siguieron al mando de sir Rowland Hill el rastro de José y su ejército, el cual se metió en Francia por tres de las cinco princi-

pales comunicaciones que tiene la Navarra con aquel reino, á saber: 1º por el puerto de Arraiz en el valle de Ulzama con rumbo á Donamaria y valle de San Estéban de Lerin hasta Lesaca y Vera, partido de las Cinco Villas de la Montaña, internándose luego en Francia con direccion á Urrugne. Iba por aqui el ejército enemigo llamado del centro, y en su compañía José afligido y triste. Al tocar las cumbres que parten términos entre ambos reinos saludaron los soldados franceses con lágrimas de regocijo el suelo de la patria que muchos no habian visto años hacia, echando sus miradas deleitosamente por las risueñas y frondosas márgenes del Nive y el Adour, verdegueantes, tranquilas y ricas, y á sus ojos aun mas bellas en la actualidad, comparándolas con la tierra de España inquieta y turbada ahora, de naturaleza por este lado desnuda, y de severo y ceñudo aspecto. 2º Por Velate y valle de Bastan, pasando el puerto de Maya, y de allí á Urdax hasta salir de los lindes españoles. Y 3º y último por Roncesvalles, de recuerdo triste para el francés á dicho de romanceros, atravesando por Valcárlos, y yendo á parar á San Juan de Pie de Puerto. Los ejércitos de Portugal y mediodía, que fueron los que marcharon por los dos puntos postreros, diéronse la mano entre sí y con el del centro, alargándola luego á las demas tropas de su nacion que habian cruzado por el Bidasoa. Púsose Hill á caballo en las montañas observando la tierra enemiga, mas sin emprender cosa importante, conforme á instrucciones de Lord Wellington, no olvidándose este tampoco de Clausel, contra quien destacó fuerzas considerables de su centro.

Clausel, su avance y retirada.

Aquel general habíase acercado á Vitoria al dia siguiente de la batalla, ignorando lo que ocurria y en cumplimiento de mandato expreso de José. Observábale siempre Don Francisco Espoz y Mina, á quien se habia agregado Don Julian Sanchez con sus ginetes, y ambos por órden de Lord Wellington circulanle y le molestaban de modo que marchaba como aislado y á ciegas. Estaba ya adelantada á estas horas en Vitoria la sexta division inglesa del cargo del mayor general Pakenham, única que no tomara parte en la batalla, habiendo quedado apostada en Medina de Pomar para asegurar el arribo al ejército de socorros y municiones de boca y guerra. Su presencia y la certeza de lo sucedido retrajo á Clausel de proseguir adelante, y retrocediendo abandonó á Logroño el 24 de junio acompañado de la guarnicion, y marchó lo largo de la izquierda del Ebro, cuyo rio pasó por el puente de Lodosa, llegando á Calahorra el 25. Supo el 26 entrando en Tudela que venian sobre él respetables fuerzas de los aliados, y llevándose igualmente consigo la gente que custodiaba aquella ciudad, partió la vuelta de Zaragoza. No era demas su precaucion y recelos, pues en efecto Wellington, segun apuntamos antes, habia destacado ya de las cercanías de

Pamplona tres divisiones suyas, y mandado ademas á Pakenham y á otra division que se hallaba en Salvatierra siguiesen detras del enemigo por las orillas del Ebro, juzgando seria aquella suficiente fuerza para escarmentar á Clausel, si insistia en mantenerse en Navarra. No lo hizo este asi, y por tanto avanzaron los ingleses mas allá de Tudela, dejando al cuidado de Mina picar la retirada de los contrarios y observar sus movimientos.

Entra en Zaragoza y se mete despues en Francia.

Entró Clausel en Zaragoza el 1° de julio, en cuya ciudad se detuvo poco, situándose sobre el Gállego, de donde igualmente partió muy en breve, inclinándose en un principio al camino de Navarra, de lo que se arrepintió luego marchando en seguida á Francia por Jaca y Canfranc. Llegó á Oloron, y desde allí entendióse y obró en adelante de acuerdo con las demas tropas de su nacion que se habian retirado de España por las vertientes setentrionales del Pirineo y riberas del Bidasoa. Mina persiguiéndole paróse á cierta distancia de Zaragoza, en donde no tardaremos en volver á encontrarle.

Estancias de los aliados.

Desembarazado asi Lord Wellington de los ejércitos franceses que pudieran incomodarle de cerca en España, sentó sus reales en Hernani como punto mas céntrico, y colocó el ejército anglo-hispano-portugués en las provincias de Guipúzcoa y Navarra, aquende los montes, corriendo desde el Bidasoa arriba hasta Roncesvalles, en cuyo mas apartado sitio y al nacimiento del sol hallábase Don Pablo Morillo, del mismo modo que se extendia al ocaso y en el extremo opuesto, por Vera, Irun, Fuenterrabía y Oyarzun, el grueso del cuarto ejército español.

Pone Wellington sitio á San Sebastian y Pamplona.

Diligentemente resolvió entonces Wellington emprender los sitios de San Sebastian y Pamplona. Encargó el de la primera plaza á sir Thomas Graham con la quinta division británica del mando del general Oswald y algunas fuerzas mas; y el de la segunda, que se redujo á bloqueo, al conde del Abisbal asistido del ejército de reserva de Andalucía, al que se agregó poco despues la division de Don Cárlos de España que dejamos repartida en Zamora, Ciudad Rodrigo y otros puntos. Empezóse el cerco de San Sebastian en los primeros dias de julio, y no tardó mucho en estrecharse el de Pamplona.

Resultado de la campaña.

De este modo, y en menos de dos meses, despejóse de enemigos el reino de Leon, ambas Castillas, las provincias Vascongadas y Navarra, viéndose tambien reconquistados ó libres todos los pueblos alli fortalecidos, excepto Santoña y las dos plazas recien nombradas. Campaña rápida y muy dichosa que ayudó á mejorar igualmente la suerte de nuestras armas, no tan feliz, en las provincias de Cataluña, Aragon y Valencia.

Valencia.

En ellas quedaron hasta cierto punto descubiertos los enemigos con tales sucesos, columbrando pronto

el mariscal Suchet lo crítico de su estado. Antes y en los meses de mayo y junio llevadero se le hizo todo con su diligencia y maña, inutilizando por aquella parte los esfuerzos de los aliados ó equilibrándolos: mayormente cuando fortalecida la linea del Júcar despues de la accion de Castalla, habia acercado á Valencia la division de Severoli que estaba en Aragon, é interpuesto la brigada de Paunetier entre aquella ciudad y Tortosa; con lo que amparaba su flanco derecho y espalda, y podia no menos caer sobre cualquiera parage que se viese amenazado repentinamente.

Expedicion armada sobre Tarragona.

Obstáculos estos que impedian á los españoles y anglo-sicilianos obrar cual quisieran y con arreglo al bien entendido plan de campaña de Wellington, quien habia ordenado se distrajese por allí á los franceses para obligarlos á mantener siempre unidas sus fuerzas de levante, sin consentir destacasen ninguna del lado de Navarra. En cumplimiento de semejante mandato, y pasando por cima de dificultades, determinaron los gefes aliados amagar y aun acometer al enemigo por varios y distantes puntos, enviando una expedicion marítima á las costas de Cataluña, al mismo tiempo que los ejércitos españoles segundo y tercero atacasen por frente y flanco la línea del Júcar, de manera que se pusiese á Suchet en el estrecho ó de abandonar á la suerte el Ebro y las plazas cercanas, ó de enflaquecer, queriendo ir en socorro suyo, las fuerzas que defendian y afianzaban la dominacion francesa en el reino de Valencia.

Por mas que se intentó preparar la expedicion á las calladas, traslució Suchet lo que habia, y de consiguiente púsose muy sobreaviso. Lista aquella, embarcáronse las tropas en número de 14,000 infantes y 700 caballos, todos de los anglo-sicilianos y de la division española de Whittingham, á las órdenes unos y otros de sir Juan Murray. Dieron la vela desde Alicante el 31 de mayo, dirigiendo el convoy y escuadra el contra-almirante británico Hallowel. Hicieron rumbo los buques á las aguas de Tarragona, y surgieron en la tarde del 2 de junio frente á Salou, puerto poco distante de aquella ciudad.

Efectuóse el 3 muy ordenadamente el desembarco, y ante todo destacó Murray una brigada á las órdenes del teniente coronel Prevost para apoderarse del castillo del Coll de Balaguer que sojuzgaba el camino que va á Tarragona, único transitable para la artillería. Cooperó al ataque con cuatro batallones Don Francisco de Copons y Navia, general en gefe del primer ejército, quien, advertido de antemano de la expedicion proyectada, se arrimó á la costa ocupando ya á Reus cuando aquella anclaba. Fué embestido vivamente el castillo el 5, y tomado el 7; amedrentada la guarnicion francesa de solos 80 hombres con la explosion de un almacen de pólvora y las pérdidas que se siguieron.

Mientras tanto aproximóse á Tarragona el general Murray, y

determinó acometer la plaza por poniente, lado mas flaco y preferible para la embestida, que favoreció Copons colocándose en el camino de Altafulla con objeto de interceptar los socorros que pudieran enviarse de Barcelona.

Continuaba mandando en Tarragona por parte de los franceses el general Bertoletti, quien, lejos de acobardarse por lo que le amagaba, tomó brios y convenientes disposiciones, rehabilitando varias obras antoriores arruinadas y aun demolidas en parte despues del primer sitio. Al contrario Murray, que, si bien se mostró valeroso, á manera de los de su nacion, careció de tino y de suficiente serenidad de ánimo. Necesitábase en el caso usar de presteza y enseñorearse de la plaza casi de rebate; pero diéronse largas, y sin union y flojamente se comenzó y siguió el ataque, teniendo espacio los contrarios para aumentar sus defensas y aguardar á los socorredores que se acercaban.

No anduvo al efecto perezoso el mariscal Suchet, pues dejando en el Júcar al general Harispe, marchó con fuerzas considerables la vuelta de Tarragona, presentándose ya su vanguardia el 10 de junio en el Perelló. Tambien llegaron el 11 á Villafranca, procedentes de Barcelona, 8,000 hombres que traia el general Maurice Mathieu, anunciando ademas que venia tras él Decaen con el grueso del ejército de Cataluña.

Recibió avisos Murray de estos movimientos, y aunque próximo á asaltar el mismo dia 11 una de las obras exteriores mas importantes, azoróse de modo que sin dar oidos á consejo alguno determinó reembarcarse y abandonar la artillería de sitio y otros aprestos, antes de empeñarse en accion campal que creia arriesgada. Y como se requiriesen tres dias para poner á bordo la expedicion entera, empezó Murray á verificarlo desde el dia 12. Notaron los franceses de la plaza, asomados á los muros, lo que ocurria en el campo de los aliados, y apenas daban crédito á lo que con sus propios ojos veian, temiendo fuese ardid y encubierta celada, por lo que permanecieron quietos dentro y muy recogidos. Se desgracia.

Sir Juan se embarcó el mismo dia 12 por la tarde, dirigiendo parte de la caballería y artillería con alguna fuerza mas al Coll de Balaguer para destruir el castillo y sacar á los que le guarnecian. A la sazon avanzaba Suchet por aquel lado, y tropezando con los ingleses y descubriendo no lejos la escuadra, ignorante de lo que pasaba, admiróse; y no encontrando explicacion ni salida á cuanto notaba, suspendió el juicio, y en la duda echóse atras via del Perelló.

Otros movimientos de los franceses, y recelos de Murray de que no pudiera acabar de embarcarse á tiempo toda su caballería, le obligaron á echar nuevamente á tierra la infantería, y colocarse en puesto favorable y propio para rechazar cualquiera acometida de

los enemigos. Mas estos no lo intentaron, y habiendo metido socorros en Tarragona, retrocedieron unos á Tortosa y otros á Barcelona.

Entonces juntó Murray un consejo de guerra, en el que se acordó proseguir el reembarco y volver á Alicante, atendiendo al estado en que ya se encontraban. En momento tan crítico arribó allí Lord Guillermo Bentinck, que venia de Sicilia para suceder á sir Juan Murray en el mando, del que se encargó inmediatamente conformándose luego con la resolucion que acababa de tomar el consejo de guerra. Prosiguió de resultas el embarco, y se halló á bordo la expedicion entera á las doce de la noche del dia 19, hora en que los aliados volaron tambien el castillo del Coll de Balaguer.

Quedaron en poder de los franceses 18 cañones de grueso calibre, y tuvo Copons que alejarse por no exponer su gente, quedando sola, á pérdidas y descalabros. Expedicion fue esta que ejecutada con poca meditacion terminó vergonzosa y atropelladamente. Formóse en Inglaterra un consejo de guerra á sir Juan Murray, á quien se le declaró exento de culpa, si bien tachóse su proceder de erróneo y poco juicioso. Fallo que ponia á salvo la intencion del general, pero que le vulneraba en su capacidad y pericia.

Otro amago hicieron por entonces los ingleses con buques de guerra del lado de Palamós. Favoreciólo por tierra el baron de Eroles, dando ocasion á un empeñado reencuentro el 25 de junio con el general Lamarque en Bañolas, cuyo fuerte sitiaban los nuestros. Portóse con bizarría Eroles y lo mismo su tropa, en especial los ginetes que lidiaron largo rato al arma blanca, separando á unos y á otros la noche y un recio aguacero.

Otros sucesos en Cataluña.

En julio el mismo general Lamarque aproximóse á Vique, deteniéndole en el Esguirol tres batallones españoles. Reforzó Eroles á estos y tambien Copons, ya por aquí; y ambos escarmentaron en los dias 8 y 9 en las alturas de la Salud al enemigo, quien engrosado tomó en balde la ofensiva, teniendo que retirarse y tornar al Ampurdan con poca gloria, y menoscabo de gente. Fatigosas é inacabables peleas que impacientaban al francés, y le aburrian y descorazonaban.

En Valencia.

En el intervalo de la expedicion aliada á Cataluña, vinieron tambien á las manos en el reino de Valencia los españoles y el general Harispe; atacando aquellos el 11 de junio la retaguardia del último mandada por el general Mesclop, la cual se recogia de San Felipe á la línea del Júcar. Obraban unidos los ejércitos españoles segundo y tercero, y acosaron bastante á los franceses hasta que, advirtiendo estos descuido en los nuestros, revolvieron sobre ellos y los desordenaron en el pueblo de Roglá, con lo cual pudieron continuar tranquilamente su marcha al rio.

Renovaron los españoles el 13 sus ataques avanzando y situán-

dose en unas alturas á la derecha del Júcar. Desde ellas cañoncó Elío á los enemigos, y aun intentó apoderarse de una casa fuerte, lo que no consiguió; pero sí sustentar honradamente los puestos ocupados, de donde Harispe no pudo desalojarle. Menos dichoso el duque del Parque padeció en Carcajente un recio descalabro que costó 700 hombres, de los cuales quedaron prisioneros los mas. Andaban sin embargo cuidadosos los franceses, y temian aun por Valencia, cuando los sacó de recelos el mariscal Suchet que desembarazado de lo de Cataluña tornó al Guadalaviar el 24 de junio, despues de una marcha asombrosa por su rapidez.

Malos tiempos retardaron la navegacion de la escuadra inglesa y dificultaron su regreso á Alicante, con la desgracia de haber encallado en los Alfaques y desembocadura del Ebro 18 buques ó trasportes, de que 13 se salvaron, cogiendo los otros los franceses junto con las tripulaciones. Mas averías ocurrieron aun, pero al fin llegó Bentinck á Alicante, y situó á poco sus tropas en Jijona para sostener á los españoles, que habian retrocedido hasta Castalla compelidos á ello por las tropas francesas.

Queria Suchet aprovechar la coyuntura propicia que le ofrecia el malogro de la expedicion sobre Tarragona, y ya empezaba á verificarlo no solo adelantándose por el lado del Júcar, segun acabamos de ver, sino tambien aventando de hácia Requena y Liria gente de Elío allí avanzada y la division de Villacampa que maniobraban por aquella parte para favorecer las operaciones de la línea del Júcar, y estrechar por el flanco derecho á los franceses de Valencia. Animoso Suchet ahora con su buena ventura en Cataluña, nada le hubiera arredrado ya en la ejecucion de sus intentos, si no hubiera venido á desvanecerlos la noticia de la batalla de Vitoria, y la de haber repasado los Pirineos José y su ejército muy mal parados. Con tales nuevas suspendiólo todo, y resolvió desamparar á Valencia, retirándose camino de las orillas del Ebro.

Tiempo atras el ministro de la guerra de Francia habíale indicado conservase sus conquistas tenazmente, dando lugar á que libre Napoleon en el norte de compromisos y estorbos, pudiese acudir á lo de España. Tal era el anhelo de Suchet muy apesarado de abandonar á Valencia en donde poseia opulentos estados, y de cuya tierra considerábase señor y régulo. Por eso determinó mantener ciertos puntos fortificados como medio de facilitar á su vez nuevas invasiones y aun la reconquista.

El 5 de julio evacuó á Valencia el mariscal francés, casi al cumplirse los diez y ocho meses de ocupacion. Iba al frente de sus columnas con direccion á Murviedro, haciendo la retirada por escalones, é inclinándose á Aragon; todo muy ordenadamente. Tan luego como se verificó la salida entró en la ciudad Don Francisco Javier Elío viniendo de Requena; lo mismo que la division

Evacua Suchet la ciudad.

de Don Pedro Villacampa, con alguna caballería y la gente del brigadier Don Francisco Miyares.

Al retirarse arruinó Suchet en Valencia las obras que habia construido mas para enfrenar desmanes de la poblacion, que para defender la ciudad contra ataques exteriores. No dejó por tanto alli ningun punto fortalecido. Al mediodia y mas avanzado guardó el reducido castillo de Denia con 120 hombres al mando del gefe de batallon Bin. Metió en el de Murviedro, ó sea Sagunto, 1,200 á las órdenes del general Rouelle con vituallas para un año; reparados sus muros y muy aumentados. Tampoco desamparó á Peñiscola, punto marítimo no despreciable, y púsole al cuidado del gefe de batallon Bardout con 500 hombres. Igualmente dejó 120 bajo del capitan Boissonade en el castillejo de Morella que atalayaba el camino montuoso y de herradura que viene de Aragon, y por donde podia en todo tiempo embocarse dentro del reino de Valencia un cuerpo de infantería á la ligera y sin cañones. Daba fuerza y servia como de apoyo á esta ocupacion la plaza de Tortosa, de cuya importancia persuadido Suchet aumentó la guarnicion hasta con 4,500 hombres, poniendo á su cabeza al general Robert, militar de su confianza.

Prosigue su retirada.

Inclinóse Suchet en su retirada, conforme apuntamos, hácia Aragon, noticioso de que Clausel, apremiado por las circunstancias, se alejaba y metia en Francia, dejando su artillería en Zaragoza bajo la custodia del general Paris. Libertar á este amenazado por Mina y Duran, y cubrir los movimientos de las demas tropas que en Aragon habia, fueron causa del rodeo ó desvío que en su camino hizo aquel mariscal. Consiguió asi que se reuniese á Musnier, que caminaba por el pais montuoso, una brigada de la division de Severoli apostada en Teruel y Alcañiz, cuyos castillos al ser evacuados fueron destruidos tambien. Y juntos todos cayeron el 12 de julio hácia Caspe, alojando Suchet entonces su derecha en este pueblo, su centro en Gandesa y su izquierda en Tortosa.

Tenia asimismo órden el general Paris de abandonar á Zaragoza y de arrimarse á Mequinenza, caso de que pudiese ejecutar semejante movimiento libre de compromisos y desahogadamente. Deseos de verificarlo sin desprenderse de un grueso convoy, y la proximidad de Duran y Mina pusieron á la ejecucion insuperables estorbos. Dejamos al último de los expresados caudillos no lejos de Zaragoza, y alli permanecia á dos leguas en el pueblo de las Casetas teniendo fuerza en Alagon, y en Pedrola á Don Julian Sanchez, cuando el coronel Tabuenca, enviado por el general Duran que se hallaba en Richa, vino á avistarse con él, y proponerle atacar á Zaragoza, obrando ambos mancomunadamente. No se mostró Mina al principio muy propicio, ya porque no le pareciese fácil lo que se proyectaba, ya porque no le gustase tener en el mando compañeros y menos rivales. Solo al fin y despues de largo conferenciar

avínose y ofreció concurrir á la empresa. Pero antes los enemigos, que se preparaban á abandonar la ciudad, queriendo encubrir su intento adelantáronse en busca de los nuestros. Fué Mina con quien encontraron, y viéronse rechazados, haciendo tambien estrago en ellos por el flanco y del lado del puente de la Muela el coronel Tabuenca asistido de su regimiento. Avanzó este á la Casa Blanca y Monte Torrero, y Mina á las alturas de la Bernardona, alejándose los franceses de aquellos puestos sin resistencia. Intentó á pesar de eso Paris nueva arremetida que Mina repelió sustentado por el mismo Tabuenca y los lanceros de Don Julian Sanchez, escarmentando á los enemigos con pérdida de mas de 200 hombres. Allí se le juntó Duran habiendo ocurrido estos acontecimientos en los dias 5, 6 y 7 de julio.

Evacuan los franceses á Zaragoza.

Pensaron entonces los nuestros apoderarse por fuerza de Zaragoza, aunque todavía rehacio Mina: y apercibíanse á verificarlo cuando recibieron aviso de que los enemigos desamparaban la ciudad. Era en efecto así; saliendo toda la guarnicion francesa y sus parciales al caer de la tarde del 8, con numeroso convoy de acémilas y carruage, de grande embarazo para una marcha que tenia que ser rápida y afanosa. Solo dejaron 500 hombres al mando del gefe Roquemont en la Aljafería, y volaron un ojo del puente de piedra con deseo de retardar el perseguimiento de los nuestros.

Entra allí Duran.

Tocaba á Don José Duran el mando de todas las tropas y el de la ciudad de Zaragoza por antigüedad, y por hallarse asentada aquella á la márgen derecha del Ebro, país puesto bajo sus órdenes; pero cuya supremacía incomodaba á Mina y motivaba tal vez su tibieza, nacida de ocultos celos. En consecuencia ordenó Duran, de conformidad con el ayuntamiento y para prevenir excesos, que penetrase en la ciudad aquella misma noche Don Julian Sanchez con sus lanceros. Aparecieron de repente iluminadas las calles y el gentío en todas inmenso, especialmente en el Coso, prorumpiendo los habitadores en unánimes aclamaciones de júbilo y contentamiento. Al dia inmediato entró tambien Duran en Zaragoza, al paso que Mina, vadeando el Ebro, ocupóse solo en seguir las pisadas del general Paris.

Mina desbarata á Paris.

Alcanzó aquel en breve al enemigo en una altura cerca de Leciñena, de donde le desalojó, y lo mismo de otra que estaba próxima á la ermita de Magallon; teniendo los franceses que retirarse via de Alcubierre. Fueron allí alcanzados, y viéndose en gran congoja abandonaron la artillería, y el convoy, y los coches, y las calesas, y casi todo el pillage cogido en Zaragoza, representando en compendio este campo las lástimas y confusion del de Vitoria. París, aunque con órden expresa de recogerse á Mequinenza, no pudo cumplirla, y á duras penas tirando por Huesca y Jaca internóse en tierra de Francia.

Lo toma un convoy.

Sitia Duran la Aljafería.

Don José Duran, á quien festejaron mucho en Zaragoza, no desatendió por eso poner cerco á la Aljafería, ni tampoco apoderarse de una corta guarnicion que dejara el enemigo en la Almunia. Logró lo último sin gran tropiezo, y empezaba á formalizar el sitio del castillo cuando tornó Mina de su perseguimiento. Quedóse este en el arrabal sin pasar el Ebro, como pais el de la izquierda perteneciente á sus anteriores mandos, al paso que el de la derecha incumbia mas bien, segun dijimos, al de Don José Duran. Desvío y comportamiento propio solo de ánimos apocados y ageno de quien ceñia gloriosos laureles.

Manda Mina en Aragon.

Para cortar semejantes desavenencias, aunque no quizá con justa imparcialidad, nombró el gobierno á Mina comandante general de Aragon con licencia de añadir á sus fuerzas las que quisiese entresacar de la de Duran, mandando al último partiese con las demas la vuelta de Cataluña.

Se le rinde la Aljafería.

Dueño de todo Mina y solo, cual deseaba, apretó con ahinco el sitio de la Aljafería. No creia sin embargo enseñorearse tan luego de aquel castillo, mas á dicha habiendo caido en la mañana del 2 de agosto una granada en el reducto del camino de Aragon, que es el mas próximo á la ciudad, y prendidose fuego á otra porcion de ellas alli depositadas, resultó tremenda explosion, muertes y desgracias, y el desmoronamiento de un lienzo de la muralla; por lo que descubriéndose lo interior del castillo quedó este sin defensa ni amparo. Por tanto forzoso le fue al gobernador francés capitular el mismo dia 2, cogiendo nosotros sobre 500 prisioneros, muchos enseres y municiones de boca y guerra. Entregóse en breve Daroca, y tambien poco despues al capitan Don Ramon Elorrio el fuerte de Mallen.

Tomado el castillo de la Aljafería recibió Mina órden de Wellington para avanzar á Sangüesa y favorecer el asedio de Pamplona, guarneciendo á Zaragoza con un batallon, y destacando contra Jaca y Monzon otros dos que debian comenzar el bloqueo de aquellas plazas.

Suchet se retira mas allá de Tarragona.

Claramente advirtió Suchet entonces cuán imposible le era sostenerse en sus estancias, y cuán ocioso ademas, dueños ya los españoles de casi todo Aragon. Por tanto dispuso cruzase su ejército el Ebro del 14 al 15 de julio por Mequinenza, Mora y Tortosa, ordenando antes al general Isidoro Lamarque recoger y poner en cobro las cortas guarniciones de Belchite, Fuentes, Pina y Bujaraloz; difícil sino el desencerrarlas despues. Conservó á Mequinenza y de gobernador con 400 hombres al general Bourgeois; no desamparando tampoco á Monzon, por considerar ambos puntos como avanzados resguardos de la plaza de Lérida, cuyos muros visitó, removiendo á su gobernador el aborrecido Henriod molestado de gota y de inveterados achaques, y poniendo en su lugar al citado Lamarque.

Pasó en seguida Suchet con su ejército á Reus, Valls y Tarragona, en cuyo recinto mandó preparar hornillos para volar las fortificaciones en caso de que se aproximasen los aliados, encargando la ejecucion á la diligencia y buen tino del general Bertoletti. Hecho lo cual trasladóse á Villafranca del Panadés, tierra feraz y pingüe, y de donde sin alejarse mucho de Tarragona dábase la mano con Barcelona y el general Decaen.

Le incomodan y avanzan los españoles.

Por su parte los españoles moviéronse tambien: Copons para incomodar el flanco derecho de Suchet y cortarle los víveres: Lord Bentinck y la expedicion anglo-siciliana con la division de Whittingham y el tercer ejército bajo del duque del Parque avanzando al Ebro y cruzándole por un puente volante que echaron en Amposta, protegidos en sus maniobras por la marina inglesa. Tampoco omitieron destacar al paso gente que ciñese la plaza de Tortosa, empezando á embestir ya el 29 de julio la de Tarragona. Siguió ocupando el segundo ejército el reino de Valencia, y bloqueó los puntos en que habia quedado guarnicion enemiga, excepto la division de Sarsfield, que no tardó en pasar á Cataluña.

Estado de Aragon.

Aquí los dejaremos por ahora á unos y á otros, queriendo echar una ojeada sobre el estado de estas provincias recien evacuadas. En Aragon habíase mantenido viva la llama del patriotismo, especialmente en ciertas comarcas, bien que yacesen los ánimos caidos y amortiguados por el yugo que de continuo pesaba sobre ellos. Invariables los naturales en sus pensamientos, ayudaban debajo de mano, si no podian de público, la buena causa, y elevaban siempre al cielo fervorosas oraciones por el triunfo de ella, despues de servirla á la manera que les era lícito; y en Zaragoza no se limitaban á encerrar en sus pechos la tristeza y duelo, sino que aun vestian luto en lo interior de las casas en los dias y anuales de calamidades y desdichas públicas.

Contribuciones que pagó.

Hiciéronse allí sentir mucho las cargas y exacciones, sobre todo en un principio que fueron pesadas y sin cuento. Mas llevaderas parecieron al encargarse Suchet del mando, no porque se aminorasen en realidad, sino por el órden y mayor justicia que adoptó aquel mariscal en el repartimiento. Entraron en las arcas de los recibidores generales franceses de Aragon desde 1810 hasta la evacuacion en 1813 gruesas sumas, no incluyéndose en ellas lo exigido en 1809, ni el valor de las raciones, ni otras derramas de cuantía echadas por los gefes y por varios subalternos. Y si á esto se agrega lo que por su lado cobraron los españoles, calcularse ha fácilmente lo mucho que satisfizo Aragon, aprontando tres y cuatro veces mas de lo que acostumbraba en tiempos ordinarios cuando la riqueza y los productos, siendo muy superiores, favorecian tambien el pago de los impuestos.

Estado de Valencia.

Lo mismo aconteció en Valencia, ascendiendo la suma de los gravámenes á cantidades cuya realizacion hubiera antes parecido del todo increible. En 1812, primer año de la ocupacion francesa, impusieron los invasores á aquel reino una contribucion extraordinaria de guerra de * doscientos millones de reales, cuya mitad ó mas se cobró en dinero, y la otra en granos, ganado, paños y otras materias necesarias al consumo del ejército enemigo.

(* Ap. n. 11.)

Contribuciones que tambien pagó.

Al comenzar el segundo año, esto es, el de 1813, convocó Suchet una junta compuesta de los principales empleados civiles y militares, de individuos del comercio, y de un diputado por cada distrito de recaudacion de los catorce en que habia dividido aquel reino. Debatióse en ella el modo y forma de llenar las atenciones del ejército francés en el año entrante, procurando fuesen puntualmente satisfechas aquellas, y distribuidas las cargas entre los pueblos con equidad. Fijóse la suma en setenta millones de reales. Dificultoso es concebir cómo pudieron aprontarse; explicándose solo con la presencia de un conquistador inflexible para recaudar los tributos, como pronto tambien á mantener igualdad y justicia en el repartimiento y cobranza, no menos que á reprimir los desmanes de la tropa, conservando en las filas órden y disciplina muy rigurosa. Objetos diversos que hizo resolucion de alcanzar en su gobierno el mariscal Suchet, y que en cierta manera logró: mereciendo por lo mismo su nombre loor muy cumplido. Así fue que Valencia formaba contraste notable con lo demas del reino, en donde no se descubria ni tráfico ni rastro alguno de bienestar ni de prosperidad, al paso que allí, seguros los habitantes, aunque sobrecargados de impuestos, de que no se les arrancaria violentamente ni por mero antojo el fruto de su sudor y afanes, entregábanse tranquilamente al trabajo, y recogian de él abundante esquilmo en provecho suyo y de los dominadores. Que en los pueblos de la Europa moderna reposo interior y disfrute pacífico y libre de la propiedad é industria son ansiados bienes, y bienes mas necesarios para la vida y acrecentamiento de las naciones cultas que las mismas instituciones políticas, que mal interpretadas son orígen á veces ó pretexto de bullicios y atropellamientos, antes que prenda cierta de estabilidad, y que supremo amparo y privilegiada caucion de cosas y personas.

Bellas artes.

Tampoco las bellas artes tuvieron que deplorar por acá las pérdidas que en otros lugares; y si desaparecieron en Zaragoza algunos cuadros de Claudio Coello, del Güercino y del Ticiano, no en Valencia, en donde casi se conservaron intactos los que adornaban sus iglesias y conventos; producciones célebres de pintores hijos de aquella provincia, como lo son entre otros y descuellan los Juanes, los Ribaltas y el Españoleto.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

Nombra Napoleon á Soult su lugar teniente en España. — Medidas que toma Soult. — Proclama que da. — Sitian los ingleses á San Sebastian. — Asalto infructuoso. — Intentos de Soult. — Estancias de los ejércitos. — Se estrecha de nuevo á San Sebastian. — La asaltan los aliados. — La entran á viva fuerza. — Se incendia y la saquean los anglo-portugueses. — Cuarto ejército español. — Donde se acantona. — Accion de San Marcial. — Victoria que consiguen los españoles. — Atacan los aliados el castillo de San Sebastian. — Se rinde. — Estado de Cataluña. — Reencuentro en Sadurní. — Socorren y vuelan los franceses á Tarragona. — Sarsfield. — Tercer ejército en el Ebro. — Reencuentro que tiene. — Pasa á Navarra. — Bentinck en Villafranca. — Pelea en Ordal. — Sucesos posteriores. — Estado de los negocios en Alemania. — Armisticio de Plesswitz. — Rómpese. — Unese el Austria á los aliados. — Las córtes y su rumbo. — Discusion sobre trasladarse á Madrid. — Se dilata la traslacion. — Otros debates sobre la materia. — El diputado Antillon. — Varias medidas útiles de las córtes. — Resoluciones de las mismas en hacienda. — El diputado Porcel. — Nombran las córtes la diputacion permanente. — Cierran las córtes extraordinarias sus sesiones el 14 de setiembre. — La fiebre amarilla en Cádiz. — Vuélvense á abrir el 16 las córtes extraordinarias. — Motivo de ello la fiebre amarilla. — Acalorados debates. — Ciérranse de nuevo el 20 las córtes extraordinarias. — Su legitimidad. — Su forma y rara composicion. — Sus faltas. — Constitúyense y abren sus sesiones en Cádiz las córtes ordinarias. — Se trasladan á la isla de Leon. — Su composicion al principio. — Lo que hubo en las elecciones. — Estado de los partidos en las nuevas córtes. — Diputados que se distinguen en ellas. — Antillon y sus riesgos. — Martinez de la Rosa. — Primeros trabajos de estas córtes. — Contienda sobre el mando de Lord Wellington. — Nada se resuelve. — Trasládanse las córtes y el gobierno de la isla á Madrid. — Estado de la guerra. — Ejército aliado en el Bidasoa. — Ejército del mariscal Soult. — — Se dispone Wellington al paso del Bidasoa. — Verificalo. — Se distingue el cuarto ejército español. — Tambien el de reserva de Andalucía. — Pisan los aliados el territorio francés. — Providencias de Wellington. — Bloquco de Pamplona. — Se rinde la plaza á los españoles. — Exacciones y pérdidas de Navarra y provincias Vascongadas. — Situacion de Soult en el Nivelle. — Proyecto de Wellington. — Lord Wellington en Saint-Pé. — Cura de este pueblo. — Venida del duque de Angulema. — Wellington en San Juan de Luz : su línea. — Disciplina y estado del ejército anglo-hispano-portugués. — Vuelven á España casi todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía. — Movimientos y combates en el Nive. — Estancias de los respectivos ejércitos. — El general Harispe. — Sucesos en Cataluña. — Valencia. — Ríndense á los españoles Morella y Denia. — Sucesos en Alemania y norte de Europa.

En medio de los graves cuidados que rodeaban á Napoleon en Alemania y demas partes del norte, no ponia él en olvido las cosas de España. Enojóle á lo sumo lo acaecido en Vitoria ; y como achacase á impe-

Nombra Napoleon á Soult su lugarteniente en España.

ricia de José y del mariscal Jourdan tamaña desgracia, separólos del mando, nombrando por sucesor de ambos al mariscal Soult bajo el título de lugarteniente del emperador en España; determinacion que tomó en Dresde por decreto de 1° de julio.

Medidas que toma Soult.

Posesionóse del nuevo cargo aquel mariscal el 12 del propio mes en San Juan de Pie de Puerto, y refundió en uno solo los diversos ejércitos que antes se apellidaran del norte, Portugal, mediodía y centro, denominando al formado ahora ejército de España, y distribuyéndole en nueve divisiones repartidas en tres grandes trozos, á saber: el de la derecha á las órdenes del conde de Reille, el del centro á las del conde d'Erlon, y el de la izquierda á las del general Clausel. Compuso ademas una reserva que gobernaba el general Villatte, junto con dos divisiones de caballería pesada conducidas por los generales Tilly y Treilhard, y otra ligera de la misma arma que regia el general Soult, hermano del mariscal.

Proclama que da.

Al encargarse este del mando en gefe dió á las tropas una proclama, en cuyo tenor al paso que comprometia la fama y buen nombre de sus antecesores, mostraba abrigar en su pecho esperanzas harto lisonjeras sobre la campaña que iba á emprenderse. « Culpa es de otros, decia, el estado actual « del ejército: sea gloria nuestra el mejorarle. — He dado parte « al emperador de vuestro valor y de vuestro celo. — Son sus órdenes echar al enemigo de esas cumbres, desde donde atalaya « nuestros fértiles valles, y forzarle á repasar el Ebro. — Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella « sacaremos los recursos que nos sean necesarios. — Fechemos en « Vitoria nuestros primeros triunfos, y celebremos allí el dia del « cumpleaños del emperador. » No correspondiendo los hechos á confianza tan sobrada y ciega, convirtióse esta proclama en simple despavorizadero de pomposas palabras.

El dia mismo en que tomó el mando el mariscal Soult partieron de San Juan de Pie de Puerto el rey José y el mariscal Jourdan, este para lo interior de Francia, aquel para Saint-Esprit, arrabal de Bayona, al otro lado del Adour. Terminó José así y de un modo tan poco airoso su transitorio reinado, graduando con razon de ofensa el que le desposeyera del trono hasta su propio hermano, quien sin tener cuenta con su persona habia conferido á Soult la lugartenencia de España, á nombre solo y en representacion de la corona de Francia.

Queriendo pues el nuevo general dar principio al plan anunciado en su proclama, hizo resolucion de socorrer desde luego á Pamplona y San Sebastian, asediadas ya; animándole tambien á ello el malogro de las primeras tentativas de los aliados contra la última de dichas plazas, cuyo cerco empezaremos á narrar.

Asiéntase San Sebastian, ciudad de 15,000 habitantes, con

puerto de reducida concha y no muy hondable, en una especie de península al pie de un monte entre dos brazos de mar, desaguando en el que está mas al cierzo el Urumea, rio de caudal no abundoso. Comunica con tierra la plaza solo por un istmo, representándose á primera vista, yendo de lo interior, como muy robusta, no teniendo otro camino para llegar á ella sino el del referido istmo, amparado del hornabeque de San Cárlos y del recinto principal, dominados y defendidos ambos por el castillo de Santa Cruz de la Mota, puesto en lo alto del monte en que se respalda la ciudad. Mas su flaqueza descúbrese en breve; pues si la resguardan por tierra convenientes obras provistas de doble recinto, contraescarpa y camino cubierto, no asi del lado de la Zurriola y el Urumea; fiado quizá quien trazó allí el muro en las aguas que por el pie le bañan, sin echar de ver los puntos que quedan vadeables y aun en seco á baja mar, con el padrastro ademas de ciertas dunas ó méganos que corren lo largo de la márgen del rio y sojuzgan la línea. Defecto de que ya se aprovechó en 1719 el mariscal de Berwick para rendir la plaza, y en que no se habia puesto remedio, á pesar de ir trascurrido desde entonces casi un siglo.

Sitian los ingleses á San Sebastian.

Habian aumentado los franceses la guarnicion de San Sebastian hasta el número de unos 4,000 hombres bajo del general Rey, militar de concepto; y si bien los españoles bloquearon en un principio la plaza, solo formalizaron el sitio los anglo-portugueses, segun se apuntó en otro libro, á las órdenes siempre de sir Thomas Graham, quien resolvió encaminar el ataque contra el lado descubierto y débil de la Zurriola.

Plantaron al efecto los aliados fuertes baterías en las alturas á la derecha del Urumea, anhelando abrir brecha entre el cubo de los Hornos y el de Amezqueta, situados en el lienzo de muralla frontero. Dirigieron los demas fuegos contra el castillo y hornabeque de San Cárlos, adelantando por la lengua ó istmo otros trabajos.

En él y á su entrada levantábase á 700 ú 800 varas de la plaza el convento de San Bartolomé, del cual quisieron apoderarse los aliados, juzgándolo paso conveniente y previo al acometimiento de las otras obras y del recinto principal.

Comenzó el ataque en la noche del 13 al 14, tirando los ingleses hasta con bala roja. Destruyóse el convento, mas los sitiadores todavía no le entraron, permaneciendo en las ruinas los contrarios y sosteniéndose vigorosamente: de lo que enojados los ingleses cargaron á la bayoneta, acabando por apoderarse el dia 17 de aquellos escombros, despues de quedar tendidos 250 de los defensores. Avanzaron de resultas los aliados, pero no mucho, detenidos hasta el 20 por un reducto circular que en el istmo habia.

En vano Graham intimó al dia siguiente la rendicion á la plaza, pues ni siquiera admitió al parlamento el

Asalto infructuoso.

gobernador Rey : motivo por el cual decidieron los ingleses dar el asalto, juzgando ya practicable la brecha aportillada entre los dos cubos. Efectuóse la embestida al amanecer del 25, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay, que tenia en reserva otras bajo el mando todas del mayor general Oswald. Pero malogróse la tentativa á pesar del brio y esfuerzos de los aliados, ya por estar todavía intactos los demas fuegos de la plaza que abrasaron á los acometedores, ya por la distancia considerable que mediaba entre las trincheras y la brecha, y ser aquel tránsito de piso muy pedregoso, lleno de plantas marinas y aguazales.

Acercóse poco despues Wellington á San Sebastian viniendo de Lesaca, en donde ahora tenia sus cuarteles, y trataba ya de repetir el asalto, cuando sabedor de ciertos movimientos de Soult, suspendiólo, y aun dispuso convertir en bloqueo el sitio, embarcando la artillería en Pasages, sin desamparar por eso las trincheras y algunos trabajos.

Intentos de Soult.

No eran en realidad engañosos los avisos que recibió Wellington, porque entonces dió Soult la señal de abrir su proyectada campaña. Socorrer á Pamplona y San Sebastian debian ser los estrenos de ella, empezando por acudir á la primera, pudiendo la otra alcanzar mas fácilmente auxilios con la cercanía y proporcion del mar.

Ponian á Lord Wellington en apurado estrecho los intentos del mariscal Soult, incierto todavía de cuáles fuesen. Porque teniendo que atender á dos puntos bloqueados, distante uno de otro diez y seis leguas, y que cubrir muchos pasos en pais montañoso, á veces inaccesible, ó falto de comunicaciones laterales, arduo se hacia salir airoso de tamaña empresa, importando por una parte no dejar indefenso ningun parage, y siendo arriesgado por otra debilitarse, subdividiendo su fuerza en sazon que el enemigo era dueño de escoger el punto de ataque y de acometerle con golpe de gente muy superior y mas respetable.

Estancias de los ejércitos.

De antemano se habia preparado Soult para meterse de nuevo en España, recogiendo en San Juan de Pie de Puerto gran copia de víveres y muchos pertrechos. Acampaban ambos ejércitos en las respectivas fronteras sobre cumbres distantes entre si medio tiro de cañon, aproximándose las centinelas ó puestos avanzados hasta unas 150 varas. Los franceses alegres y joviales segun su natural condicion, y mas gozosos por estar en su tierra : los ingleses al contrario taciturnos y con pensativo y serio ademan, si bien satisfechos, complacido su nacional orgullo con poder amenazar de cerca la Francia, su antigua y poderosa rival.

Tenian los aliados las siguientes estancias : la brigada del general Byng y la division de Don Pablo Morillo ocupaban la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles. Las sostenia apostado en Viscarret sir Lowry Cole con la cuarta division británica, formando

la reserva la tercera del cargo de sir Thomas Picton, que se alojaba en Olague. Extendíase por el valle de Bastan á las órdenes del general Hill parte de la segunda division inglesa y la portuguesa del conde de Amarante, destacada solo la brigada de Campbell en los Alduides. La division ligera y séptima acantonábanse en la altura de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar, y se daban la mano con los que guarnecian el Bastan. Servia de reserva á estas tropas en Santistéban la sexta division inglesa. Don Francisco Longa con la suya mantenia las comunicaciones entre esta izquierda de los aliados y las divisiones del cuarto ejército español alojadas á orillas del Bidasoa y en los pueblos de Guipúzcoa.

Llevaba Soult la mira de acometer á un tiempo por Roncesvalles y por el puerto de Maya, término del valle de Bastan, reuniendo para ello en San Juan de Pie de Puerto el 24 de julio sus alas derecha é izquierda con una division del centro y dos de caballería. Dirigia Soult en persona el movimiento del lado de Roncesvalles con unos 35,000 hombres, al paso que embestia con 13,000 por Maya Drouet conde d'Erlon. Se trabó la refriega el 25 en la mañana hácia las entradas de Roncesvalles, cuya posicion mantuvo vigorosamente el general Bying apoyado por sir Lowry Cole, hasta que en la tarde yendo á ser envuelta la posicion se replegaron ambos á Lizoain y cercanías de Zubiri. Defendió entonces largo rato y con brio el edificio de la fábrica de municiones de Orbaizeta el regimiento de Leon que capitaneaba el teniente coronel Aguier. Tambien por su parte empezó Drouet á maniobrar en el mismo dia desde temprano por el puerto de Maya, queriendo habérselas especialmente con la division del conde de Amarante colocada á la derecha. En un principio limitóse todo á solo amagos, recogiendo en seguida Drouet su fuerza en una montaña detras de un paso angosto, de donde intentando un súbito y rápido avance, vióse favorecido de la suerte, porque soñolientos con el calor del dia dos centinelas puestas en un alto, durmiéronse y pudieron los franceses acercarse sin ser sentidos, y aun desalojar de su posicion á los aliados mal de su grado. Recobráronla estos despues ayudados de la brigada del mayor general Barnes, y hubiéranla conservado, si noticioso Hill de lo ocurrido en Roncesvalles, no hubiese dado órden de que se replegasen todos á Irurita. Pelearon los aliados en este dia por espacio de siete horas perdiendo 4 cañones y 600 hombres. Wellington en camino de San Sebastian ignoró hasta la noche lo que por el dia habia pasado.

Permanecieron quedos los franceses el 26 en el puerto de Maya. No sucedió asi por el otro punto, adelantándose á dar nuevo ataque en la tarde del mismo dia. Se hallaban los aliados prevenidos y mas fuertes, habiendo avanzado el general Picton á sostener á los de Lizoain: y juntos todos replegáronse escaramuzando á un

puesto ventajoso, en donde se mantuvieron firmes y formados en batalla hasta despues de cerrada la noche. Continuaron el 27 retirándose en busca de un sitio mas acomodado para cubrir el bloqueo de Pamplona, apostando á este propósito su derecha enfrente de Huarte, y su izquierda en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, descansando parte (inclusos los regimientos españoles Príncipe y Pravia) en un viso que resguarda el camino de Zubiri y Roncesvalles, y parte en una ermita detras de Sorauren via de Ostiz. Colocáronse cerca de respeto la division de Don Pablo Morillo y el conde del Abisbal con todo su ejército de Andalucía, excepto 2,000 hombres que continuaron en el bloqueo de Pamplona, quedando la caballería británica del mando de sir Stapleton Cotton á la derecha sobre Huarte, único descampado en que le era dable evolucionar.

Supieron en el interin los franceses de la plaza que se aproximaba Soult, y contentos y fuera de sí prorumpieron en grandes demostraciones de júbilo, é hicieron alguna salida. Unido Abisbal al ejército aliado de operaciones, dirigia el bloqueo Don Cárlos de España, estando á sus órdenes Don José Aymerich con los 2,000 hombres del ejército de Andalucía que quedaron allí. Los franceses acometieron al último gefe, le desordenaron y aun le cogieron cañones; y mas daños se seguirian, si sereno y reportado España en aquella ocasion, no hubiese por su parte rechazado á los sitiados y arrinconádolos contra los muros.

El 27 llegó Lord Wellington á las estancias en que Picton y Cole se habian situado aquel dia, casi á tiempo que Soult teniendo á sus inmediatas órdenes á los generales Reille y Clausel empezaba á formar su gente en una montaña que se dilata desde Ostiz hasta Zubiri. Aquí y en otros puntos vecinos colocó dicho mariscal un cuerpo numeroso de caballería; destacando por la tarde una columna para apoderarse de una eminencia empinada, á la derecha de la division del general Cole. Ocupábala un regimiento portugués y el español de Pravia que tenia por coronel al bizarro Don Francisco Moreda, defendiendo ambos el puesto gallardamente y á la bayoneta. Reforzólos Wellington por ser importante la conservacion de aquel sitio, enviando el 40 inglés y el del Príncipe tambien español que mandaba su benemérito teniente coronel Don Javier Llamas; con lo que allí se le frustró á Soult su intento, si bien se apoderó de Sorauren en el camino de Ostiz, sustentando un fuego vivo de fusilería todo lo largo de la línea hasta boca de noche.

Amaneció el 28, dia que fuera de mayor empeño. Temprano en la mañana incorporóse á los de Wellington la division del general Pack, que destinaron á ocupar las alturas del valle de Lanz á retaguardia de Cole. Apenas la divisó el mariscal Soult, atacóla con superiores fuerzas viniendo de Sorauren; pero vióse repelido y

privado de mucha gente. Insistió no obstante el francés en enseñorearse de una ermita cercana, y si bien en un principio venció, sucedióle al fin como antes, teniendo que echarse atras. Encendióse entonces la batalla por todas las cimas, logrando los franceses solo ventajas del lado en que se alojaba la brigada de la cuarta division británica que mandaba el general Ross, á punto de colocarse en la misma línea de los aliados. En breve acudió Wellington al remedio, y recuperó lo perdido. Rechazado el mariscal Soult en todos los lugares, empezó á perder la esperanza de auxiliar á Pamplona, y para aligerar su hueste, en caso de retirada, envió cañones, heridos y mucho bagage, camino de San Juan de Pie de Puerto.

Ni uno ni otro ejército se movió el 29, en acecho cada cual de las maniobras de su contrario. Tuvo órden el general Hill de aproximarse á donde estaba Wellington, marchando sobre Lizaso: lo mismo Dalhousie, con la diferencia este de tener que extenderse hasta Marcalain para afianzar las comunicaciones del ejército, que se puso así todo él en inmediato contacto. Igual caso sucedió al de los franceses, arrimándose al cuerpo principal el general Drouet en seguimiento y observacion de sir R. Hill.

Alerta Soult no quiso desaprovechar la ocasion, y ya que se le habia malogrado lo de Pamplona discurrió auxiliar á San Sebastian, y sacó al propósito tropas de su izquierda para enrobustecer su derecha, tratando de abrirse paso por el camino de Tolosa, abrazando y ciñendo la izquierda de los aliados. Advirtió Lord Wellington esta maniobra al alborear del 30, y descubriendo la intencion que el enemigo llevaba, determinó atacar á los franceses en sus puestos, mirados como muy fuertes. En consecuencia ordenó á Lord Dalhousie envolver la derecha enemiga, encaramándose á la cresta de la montaña que tenia delante, y otro tanto mandó respecto de la izquierda á sir Thomas Picton debiendo dirigirse camino de Roncesvalles. Efectuados estos movimientos por los flancos, arremetió Wellington por el frente y con tal acierto y vigor que los franceses retiráronse y abandonaron unas estancias que ellos mismos conceptuaban de dificilísimo acceso.

Mientras tanto no quedaron tampoco parados el general Drouet y sir R. Hill. Fue aquel quien primero atacó, consiguiendo por medio de un rodeo envolver la izquierda del último, y obligarle á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Eguarás, en los que firme el inglés repelió cuantas arremetidas intentó su contrario para desalojarle. Y desembarazado ya entonces Wellington del mariscal Soult, sirvió de mucho á Hill, hallándose á puesta de sol en Olague á retaguardia de Drouet, quien sabedor de ello escabullóse diestramente durante la noche por el paso de Donamaria, dejando dos divisiones que cubriesen la retirada. Reforzado Hill fue tras ellos y logró aventarlos.

Al propio tiempo se movió Lord Wellington via de Velate sobre Irurita, inclinándose á Donamaría, con la dicha el general Bying de coger en Elizondo un convoy de municiones de boca y guerra. Continuóse el perseguimiento el dia 1° de agosto por los valles del Bidasoa y del Bastan, posesionándose los anglo-portugueses del punto de Maya, y de modo que al cerrar de la tarde hallábanse restablecidas las divisiones aliadas casi en el mismo campo en donde habian empezado las operaciones ocho dias antes.

Tambien el enemigo tornó á pisar la tierra de Francia, dejando solo dos divisiones en el puerto de Echalar, á las que desalojó Wellington por medio de una combinada maniobra de las divisiones cuarta, séptima y ligera, que sucedió bien y completamente.

Aunque lejana la fuerza principal del cuarto ejército español del teatro de estos combates, no por eso permaneció ociosa. Supo su general Don Pedro Agustin Giron al amanecer del 1° lo acaecido cerca de Pamplona, y previendo que alguna columna enemiga se replegaria por Santistéban permitió inquietarla á Don Francisco Longa que se lo propuso, mandando ademas á Don Pedro de la Bárcena ocupar con la primera brigada de su division los puntos de Vera y Lesaca. Sobreaviso Longa y noticioso de que los enemigos iban de retirada, adelantó tres compañías al puente de Yanci, que si bien ciaron en un principio, volvieron en sí acudiendo Bárcena, y disputaron juntos el paso á los franceses, durante cinco horas, el dia 1° de agosto. Obligados los enemigos á rehacerse, tomaron nuevas precauciones para vencer tan inesperada resistencia, pero gastando en ello mucho tiempo, dieron lugar á que despacio y ordenadamente se replegasen los nuestros refugiándose en las alturas. Reencuentro fue este glorioso y que mereció alabanzas de Lord Wellington. Ascendió la pérdida del ejército aliado en tan diversos combates y peleas á 6,000 hombres entre muertos, heridos y extraviados. Pasó de 8,000 la de los franceses.

Capacidad y consumada pericia desplegaron Lord Wellington y el mariscal Soult en aquellas jornadas que malamente llamaron algunos batalla de los Pirineos. Fueron por ambos lados muy acertadas y bien entendidas las marchas y movimientos, ya perpendiculares ya en direccion paralela, que cada cual imaginó ó se vió obligado á practicar, graduándose esta de parte muy importante y difícil en el arte de la guerra, si bien adecuada para que el hombre de profundo ingenio desdoble sus facultades empleadas á la vez en percibir muchos objetos y en abrazar número grande de combinaciones; sobre todo siendo como aquí el campo de la lid un pais quebrado y montuoso, lleno de desfiladeros, tropiezos, tornos y revueltas, en donde no es muy hacedero al general en gefe obrar desembarazadamente y con voluntad exclusiva y pronta.

Pensaron ahora los aliados en apretar mas y mas el sitio de San Sebastian. Suspendido este en julio emprendióse de nuevo el 24 de

agosto haciendo propósito los ingleses de franquear mas las brechas anteriores y abrir otra en el semibaluarte de Santiago á la izquierda del frente principal. Para ello aumentaron baterías en el istmo y tambien al otro lado del Urumea. Igualmente desembarcaron fuerzas en la isla de Santa Clara, roca erguida á la boca del puerto, y la tomaron, como asimismo á unos treinta soldados que la guardaban.

Se estrecha de nuevo á San Sebastian.

Apareciendo ya entonces buenas y practicables las brechas, dispúsose todo para dar el asalto el 31 de agosto. Las once de la mañana eran y hora de la baja marea cuando salieron de las trincheras las columnas de ataque. Fue este impetuoso recibiéndole los enemigos serena y briosamente. Larga y reñida contienda se trabó con visos ya de malograrse para los aliados, si á dicha no se hubiese prendido fuego á un acopio de materias combustibles almacenadas cerca de la brecha, causando tal estampido y retumbo que se sobrecogieron los enemigos y espantaron, aprovechándose de ello los anglo-portugueses para apoderarse de la cortina y meterse dentro de la ciudad. Retiráronse apriesa los franceses y se refugiaron en el castillo, cogiendo los aliados unos 700 prisioneros. Tuvieron los sitiadores mas de 500 muertos y sobre 1,500 heridos: contóse entre los primeros al ilustre ingeniero sir Ricardo Fletcher, principal trazador de las líneas de Torres-Vedras. Con la lluvia y el humo denso oscurecióse la tarde del 31: por el contrario la noche que brilló clara y resplandeciente, si bien con llamas lúgubres encendidas quizá ó al menos atizadas por el vencedor desalumbrado y perdido.

La asaltan los aliados.

La entran á viva fuerza.

Melancolízase y se estremece el ánimo solo al recordar escena tan lamentable y trágica, á que no dieron ocasion los desapercibidos y pacíficos habitantes, que alegres y alborozados salieron al encuentro de los que miraban como libertadores, recibiendo en recompensa amenazas, insultos y malos tratos. Anunciaban tales principios lo que tenian aquellos que esperar de los nuevos huéspedes. No tardaron en experimentarlo comportándose en breve los aliados con San Sebastian como si fuese ciudad enemiga, que desapiadado y ofendido conquistador condena á la destruccion y al pillage. Robos, violencia, muertes, horrores sin cuento sucediéronse con presteza y atropelladamente. Ni la ancianidad decrépita, ni la tierna infancia pudieron preservarse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres, á las madres en los brazos de los maridos, y á las mugeres todas por do quiera. ¡Qué deshonra y atrocidad!!! Tras ella sobrevino al anochecer el voraz incendio; si casual, si puesto de intento, ignorámoslo todavía. La ciudad entera ardió, solo 60 casas se habian destruido durante el sitio: ahora consumiéronse todas excepto 40,

Se incendia y la saquean los anglo-portugueses.

de 600 que antes San Sebastian contaba. Caudales, mercaderías, papeles, casi todo pereció, y tambien los archivos del consulado y ayuntamiento, precioso depósito de exquisitas memorias y antigüedades. Mas de 1,500 familias quedaron desvalidas, y muchas, saliendo como sombras de en medio de los escombros, dejábanse ver con semblantes pálidos y macilentos, dasarropado el cuerpo y martillado el corazon con tan repetidos y dolorosos golpes. Ruina y destrozo que no se creyera obra de soldados de una nacion aliada, europea y culta, sino estrago y asolamiento de enemigas y salvages bandas venidas del Africa. Las autoridades españolas pusieron sus clamores en el cielo, y el ayuntamiento y muchos vecinos reunidos en la comunidad de Zubieta elevaron á Lord Wellington enérgicas y sentidas, aunque inútiles, representaciones; lo mismo que al gobierno supremo de la nacion: siendo dignas de inmortal memoria las actas de tres sesiones que se celebraron en aquel sitio dirigidas á enjugar las lágrimas de tantos infelices, y á poner algun remedio en tales desdichas y á tan acerbos males. Pues no desmayados ni abatidos los que alli acudieron, no solo emplearon sus tareas en tan laudable y santo objeto, sino que quisieron tambien hacer que de entre sus cenizas renaciese la ciudad, á ejemplo de lo que practicaron sus mayores con el antiguo y arruinado pueblo de Oeaso en los siglos XII y XV, reinando Don Sancho el Sabio de Navarra y los Reyes católicos. Reedificóse ahora San Sebastian en pocos años á expensas de los moradores y á impulso de sus infatigables esfuerzos, siguiéndose en su construccion una nueva y hermoseada traza, con lo que volvió á levantarse aquella ciudad mas galana, elegante y bella.

Cuarto ejército español.

Pensaron los franceses en socorrer á San Sebastian desde el momento en que por agosto se renovó el asedio, intentando verificarlo por donde estaba el cuarto ejército, que tenia ya otro general en gefe en lugar de Don Francisco Javier Castaños (que aunque ausente continuaba antes siéndolo), y destinado tambien á Cataluña el que hacia sus veces Don Pedro Agustin Giron. Sucedió á ambos Don Manuel Freire, que tomó posesion el 9 de agosto en Oyarzun, quedándose asimismo Giron por acá al frente del ejército de reserva de Andalucía, de resultas de haber partido para Córdoba con licencia temporal el conde del Abisbal aquejado de antiguas dolencias.

Donde se acantona.

A la sazon situábase el cuarto ejército en los parages donde antes, si bien mas avanzado hácia la frontera, hallándose la tercera division en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irun y Fuenterrabía. Eran estos los puntos de la primera estancia. A retaguardia formaban segunda línea ó reserva detras de la tercera division, ó sea derecha, la de Don Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta division británica, que ocupó unas alturas al diestro

lado del monte de Aya muy elevado, y como nudo que enlaza las cordilleras de Guipúzcoa y Navarra. Púsose en Lesaca una brigada portuguesa, y por la izquierda y á espaldas de Irun permaneció la primera division británica del cargo del mayor general Howard y la brigada del Lord Aylmer.

Acciones de San Marcial.

Despuntaban ya los arreboles de la mañana cuando se presentaron los enemigos el 31 de agosto con grandes fuerzas en los vados de Socoa y Saraburo para pasar con rapidez el Bidasoa por el último, como lo verificaron arrollando los puestos avanzados de los españoles, y posesionándose de la altura de Irachával, punto arbolado y por lo tanto propio para ocultar las columnas de ataque y moverlas encubiertamente. Preparáronlo asi amagando por su derecha á San Marcial, via del monte de los Lobos, y procurando por su izquierda apoderarse de la posicion importante de Soroya, penetrando para ello en la cañada de Ercuti. Aqui malogróseles su propósito, rechazándolos completamente el regimiento de voluntarios de Asturias, el primero de tiradores cántabros y algun otro que los ayudó. Mas felices en un principio hácia San Marcial tambien cedieron al fin, acudiendo el regimiento de Laredo y nuevos refuerzos; por lo que tornaron escarmentados al punto de donde habian partido.

Nuevos ataques, pero igualmente infructuosos, repitió el francés para apoderarse de Soroya; con la desgracia no obstante para nosotros de que en una arremetida que dió el regimiento de Asturias cayó muerto su coronel Don Fernando Miranda, esforzado mozo que lloraron muchos, doliéndose todos de que desapareciese en flor tan preciosa vida.

Temprano aun en la mañana echaron los enemigos al amparo de la artillería, que tenian plantada á la derecha del Bidasoa en la altura que lleva el nombre de Luis XIV, un puente volante junto al parage llamado de las Nasas, por el que habiendo atravesado aceleradamente sus columnas, trataron estas de penetrar hasta el puesto de San Marcial acometiendo el centro nuestro y parte de la derecha; pero repelióIas con valor sumo hasta desgalgar á sus soldados la falda abajo la primera brigada de la quinta division, á cuya cabeza iba su comandante general el intrépido cuanto desdichado Don Juan Diaz Porlier; habiendo tambien sostenido la maniobra el segundo batallon de marina que acudió al socorro desde la eminencia de Portó.

Atacar este punto y toda la izquierda de los españoles fue la última tentativa que hicieron los enemigos en aquella jornada. Guarneciale principalmente la segunda brigada de la tercera division que regia Don José María Ezpeleta, quien recibió de firme y con serenidad á un sin número de cazadores que apoyados en dos columnas de infantería le arremetieron vivamente. Apoderáronse sin embargo algunos de los contrarios en el primer ímpetu de las

barracas de un campamento establecido en una de aquellas cimas; mas concurriendo á tiempo la cuarta division, y cooperando no menos la primera de Porlier con el segundo batallon de marina á las órdenes ahora todos de Don Gabriel de Mendizábal, arrollaron á los franceses, y los acosaron en tanto grado que expelidos de todos los puntos y tambien del de Portó que, cerraba por alli la línea, comenzaron á repasar el rio, hostigados siempre por nuestras tropas. Distinguiéronse en este trance, ademas de los ya expresados, los regimientos de Guadalajara, segundo de Asturias y la Corona, y en la última carga tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa que guiaba Don Juan Ugartemendia. Tambien brilló la segunda compañía de artilleros manejada por Don Juan Loriga.

Al propio tiempo que el enemigo se replegaba por el puente de las Nasas, abandonó igualmente en nuestra derecha el monte de Irachával y cruzó el Bidasoa por el vado de Saraburo, no sin molestia, hinchándose ya el rio con la lluvia que empezó á la tarde, y arreció despues extraordinariamente.

No dejaron tampoco los franceses de amenazar hácia los vados superiores, y aun de atacar por el extremo de la derecha española enfrente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa; en ayuda de la cual envió Wellington al general Inglis, quien, reforzado ademas, y mejorado que hubo de estancia colocándose en las alturas vecinas á San Antonio, impuso respeto á los enemigos obligándolos á desistir de su porfía.

Victoria que consiguen los españoles.

Vencidos pues los franceses en todos los puntos y rechazados hasta dentro de su territorio, tuvo remate esta accion del 31 de agosto muy gloriosa para los españoles, y que dirigió con acierto Don Manuel Freire. La llamaron de San Marcial del nombre de la sierra asi dicha: sierra aciaga en verdad para el extrangero, como lo atestigua la ermita que se divisa en su cumbre, fundada en conmemoracion del gran descalabro que padecieron alli los franceses el dia de aquel santo y año de 1522 en un combate que les ganó Don Beltran de la Cueva, primogénito de los duques de Alburquerque.

Perdieron los españoles en esta jornada entre muertos y heridos 1,658 hombres, mas los franceses; muy pocos los anglo-lusitanos, no habiendo apenas tomado parte en la accion. Lord Wellington se presentó solo á lo último, excitando su vista gran entusiasmo y aclamaciones en los españoles, de cuyas tropas dijo aquel general « se habian portado en San Marcial cual las mejores del mundo. »

Atacan los aliados el castillo de San Sebastian.

Firme no obstante se mantuvo aun el castillo de San Sebastian desechando el general Rey proposiciones que le hicieron los aliados el 3 de setiembre; por lo cual resolvieron estos avivar sus ataques y cargar de recio. Para ello empezaron el 5 por tomar el convento de

Santa Teresa, contigua su huerta al cerro del castillo, y desde donde por las cercas molestaban los enemigos á los sitiadores.

Se rinde.

Terminadas despues las baterías de brecha, y en especial una de 17 piezas que ocupaba el terraplen del hornabeque de San Cárlos, descubriéronse el 8 los fuegos, asestándolos el inglés contra el castillo y las obras destacadas del mirador y batería de la Reina, y contra otras defensas situadas por bajo: 59 cañones, morteros y obuses vomitaron á la vez destruccion y estrago, de manera que no pudiendo el enemigo aguantar su terrible efecto, tremoló á las doce del mismo dia 8 bandera blanca, capitulando en seguida. De toda la guarnicion restaban vivos solo 80 oficiales y 1,756 soldados: los demas hasta 4,000 habian perecido en la defensa de la plaza y del castillo. Costó á los ingleses el sitio 2,490 hombres entre muertos, heridos y extraviados.

Estado de Cataluña.

Vese cuán próspera se mostraba la fortuna á los nuestros por esta parte: no tanto por Cataluña. Dejamos á Lord Bentinck, al finalizar julio, sitiando á Tarragona con la division de Whittingham y la primera del tercer ejército, apostadas las otras en las inmediaciones. La plaza quedó del todo embestida el 1° de agosto. Tambien se avecindó allí el general Copons con su ejército, y molestó á los franceses en sus comunicaciones, y les destruyó ó atajó sus subsistencias.

Reencuentro en Sadurní.

Provecho de este género resultó de la súbita acometida que al abrir el alba del 7 de agosto dió Don José Manso á un batallon de italianos que custodiaba en San Sadurní los molinos que en grande abundancia suministraban harinas á los contrarios. Habia aquel coronel querido antes sorprender un convoy que Suchet enviaba la vuelta de Villafranca; pero encontrando dificultades en su realizacion, limitóse á la otra empresa tan feliz en su remate que solo se salvaron 300 de los 700 italianos apostados en San Sadurní. Los demas fueron ó muertos ó prisioneros, inutilizando Manso los molinos, y apoderándose de gran porcion del acopio de harinas que en aquel sitio habia, repartidas las otras entre los paisanos.

Socorren y vuelan los franceses a Tarragona.

Urgia á Suchet socorrer á Tarragona, anhelando sobre todo no cayese en poder de sus contrarios el gobernador Bertoletti y 2,000 hombres que guarnecian la plaza. Ibase sin embargo despacio, y aguardó á que se le juntasen con golpe de gente los generales Decaen, Maurice Mathieu y Maximiliano Lamarque, cuyas fuerzas juntas ascendian á 30,000 hombres, inferiores tal vez en número á las de los aliados, pero superiores en calidad, siendo compactas y mas aguerridas. Por eso Lord Bentinck procedia tambien detenidamente, receloso de algun contratiempo. Los enemigos viéndose reunidos determinaron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Francolí, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla. Colocóse Lord

Bentinck en órden de batalla delante de Tarragona; mas no con ánimo de combatir, retirándose en la noche del 15.

Le siguieron los franceses durante los dias 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet que no franquearon, pensando solo Suchet en demoler y evacuar á Tarragona. Llevólo á efecto haciendo volar en la noche del 18 el recinto antiguo y las demas fortificaciones que quedaban aun en pie, pereciendo y desmantelándose aquella plaza, célebre ya desde el tiempo de los romanos. Bertoletti salió con sus 2,000 hombres y se incorporó á su ejército, que se reconcentró en la línea del Llobregat.

Sarsfield. La division española del segundo ejército, la cual regia Don Pedro Sarsfield, metióse al dia siguiente en medio de aquellas ruinas, y empezó á querer descombrar el recinto, posesionándose desde luego de cañones y otros aprestos militares que se conservaron no obstante el casi universal destrozo de las fortificaciones. Quedó en Reus y Valls la division de Whittingham, si bien parte acompañó al Ebro al tercer ejército, y volvió á avanzar Lord Bentinck situándose en Villafranca, ayudado por su izquierda del general Copons apostado en Martorell y San Sadurní.

Tercer ejército en el Ebro. Recogióse á la derecha del Ebro el tercer ejército, yendo desde las inmediaciones de Tarragona por Tivisa y Mora la primera y segunda division bajo del príncipe de Anglona, y la tercera con artillería, bagages y algunos ginetes por Amposta á las inmediatas órdenes del general en gefe duque del Parque. Tenia este para verificar el paso solo una balsa y cuatro botes, por lo que no pudo trasportarse con la deseada rapidez á la márgen derecha, no obstante lo mucho que al intento se trabajó en los dias 17 y 18, dando vagar á que el 19, saliendo el general Robert de Tortosa, hiciese una fuerte arremetida que hubo de costar caro. Reprimióse sin embargo al francés, y consiguió el duque pasar con sus tropas el rio sin particular quebranto.

Reencuentro que tiene.

Se acantonaron las divisiones que componian este ejército á la distancia de algunas leguas del Ebro, revolviendo despues el príncipe de Anglona con la primera sobre Tortosa. La razon que hubo para el retroceso del tercer ejército provino de una determinacion de Lord Wellington, enderezada á que dichas fuerzas se trasladasen á Navarra y se juntasen con las que allí lidiaban. Empezaron por tanto su marcha llegando á Tudela al promediar setiembre, de donde parte de ellas se dirigió á reforzar el bloqueo de Pamplona, teniendo á su frente al príncipe de Anglona, quien á poco tomó el mando de todo aquel ejército, cansado el duque del Parque y afligido de achaques.

Pasa á Navarra.

Llenaron el hueco que dejaba este ejército en Cataluña otras divisiones del segundo, ademas de la de Sarsfield, no ocupadas en

el bloqueo de las plazas y fuertes del reino de Valencia, yendo á estrechar el de Tortosa la quinta, que capitaneaba Don Juan Martin el Empecinado.

Suchet en el Llobregat.

Entre tanto habiase afirmado Suchet en su línea del Llobregat, fortificando la cabeza del puente de Molins de Rey, y construyendo varios reductos á la izquierda de aquel rio. Formaba la vanguardia el general Mesclop y observaba ambas orillas, encomendándose el lado de Martorell á un batallon protegido por un escuadron de húsares. Tuvo esta fuerza algun descuido de que se aprovechó Don José Manso, muy diligente en su caso aunque hombre de espera, dando de sobresalto en ellos el 10 de setiembre en Palleja y desbaratándolos. Rechazó igualmente á otros que vinieron en ayuda de los primeros, mejorada su posicion y muy afianzada.

Bentinck en Villafranca.

Ni Bentinck desamparó tampoco á Villafranca y pueblos de enfrente, apostando en el ventajoso y difícil paso de Ordal, distante tres leguas, al coronel Adams con un trozo respetable de gente compuesto de un regimiento británico y de otro calabrés y de una brigada de la division española de Sarsfield, que mandaba Don José de Torres. Colocóse á este en la izquierda con dos compañías inglesas, y en lo alto de la eminencia llamada la Cruz de Ordal á los calabreses, metidos en un reducto antiguo y dueños de cuatro cañones pequeños, alojándose en la derecha lo que restaba de fuerzas inglesas.

Pelea en Ordal.

Discurrió Suchet atacar este punto y aventar de allí á los aliados, para lo que se concertó con Decaen. No era fácil la empresa, siendo Ordal escarpado sitio con avenida que culebrea por largo espacio y ciñen vecinos cerros. Así fue que tomó el mariscal francés las correspondientes precauciones, pareciéndole la mas oportuna acometer de repente y de noche á los aliados con propósito de sobrecogerlos.

Se trabó la pelea en la noche del 12 al 13, habiendo lanzado el general Mesclop, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Harispe, muchos tiradores apoyados de otra fuerza contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, que tenian tambien parte de su gente en el camino real. Vanos fueron por dos veces los ímpetus del enemigo, estrellados en el valor y serenidad de nuestros soldados. Generalizóse en breve el fuego por toda la línea, con la desgracia de quedar herido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo que recayó el mando en Don José de Torres. Renovando los enemigos esforzadamente su ataque, desalojaron á los nuestros de un puesto importante que se recobró luego; debiéndose en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ordal. Pero frustradas al francés sus tentativas por este lado, ideó otra sobre la

derecha que amparaban los ingleses destacando en contra suya la division de Habert, la cual logró su objeto, distinguiéndose el comandante Bugeaud con el batallon 116 que arrolló brioso á los que se le oponian. Entonces tuvieron tambien que ciar los de la izquierda y centro, y tomaron hácia San Sadurní en busca de las fuerzas del general Copons que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas no los calabreses, que encontrándose con tropas de Decaen que avanzaban por la derecha de Suchet, retrocedieron, logrando sin embargo cruzar el camino real de Barcelona y embarcarse en Sitges con la buena ventura de no encontrar al paso con Suchet ni con gente de su ejército. Perdieron sí los cañones, mas no los extraviados, que consiguieron incorporarse con Don José Manso. Los restos de la derecha aliada del cuerpo lidiador en Ordal se unieron á Bentinck, quien avanzó al ruido de la contienda trabada. Pero no fue muy allá, tornando atras luego que supo el infeliz desenlace. Tampoco Suchet porfió en el perseguimiento, ya porque tardó en adelantarse el general Decaen con quien contaba, entretenido por los calabreses y Don José Manso, ya porque advirtiendo firmeza en el ademan de Bentinck, y por haber sido escarmentados sus ginetes en una refriega con los británicos, no creyó prudente empeñar nueva accion. No hubo despues ninguna otra de importancia, replegándose al Llobregat el mariscal Suchet y los aliados á Tarragona, cuyo gefe Bentinck dejó en breve el mando, trasladándose otra vez á Sicilia. Sucedióle sir Guillermo Clinton, esclarecido general y de fama bien adquirida.

Sucesos posteriores.

A pesar de vaivenes y desengaños de la suerte varia y aun adversa en Cataluña, no se siguió á España grave perjuicio, asi por los trofeos cogidos en otros lugares, como tambien por los señalados acontecimientos que á la propia sazon ocurrieron en Alemania. Eclipsábase allí cada vez mas la estrella en otro tiempo tan resplandeciente y clara del emperador Napoleon. Porque si bien brilló de nuevo en los campos de Lutzen, Bautzen y Wurtchen, no fue sino momentáneo su esplendor, y para ocultarse y desaparecer del todo sucesiva y lamentablemente. Habíase firmado un armisticio el 4 de junio en Plesswitz entre las potencias beligerantes, estipulando ademas el Austria en Dresde el 30 del propio mes una convencion con la Francia, en la que ofrecia su mediacion, y á cuyo efecto debia reunirse un congreso en Praga, prolongándose hasta el 10 de agosto el armisticio pactado. Dificultades sin número se opusieron á la pacificacion general, nacidas ya de los aliados, que mal contentadizos con los favores de la fortuna querian sacar mayor provecho de sus anteriores lauros, ya de Napoleon, que avezado á dominar siempre y á dictar condiciones, no se avenia á recibirlas, temiendo descender mal parado de la cumbre de su poderío y gran-

Estado de los negocios en Alemania.

Armisticio de Plesswitz.

deza. Por tanto rompióse el armisticio, y uniéndose el Austria á la confederacion europea, declaró la guerra á la Francia el 12 de agosto de 1813 sin que los vínculos de la sangre que enlazaban á las familias reinantes de ambos estados bastasen á detener el movimiento bélico, ni á trocar frias resoluciones de la desapegada política. Las que tomó en este caso el augusto suegro de Napoleon acabaron de inclinar la balanza de los sucesos del lado de la liga europea. Ventura sobre todas esta que confortaba los ánimos de los españoles, creciendo en ellos la esperanza de ver concluida pronta y felizmente la lucha de la independencia; como afianzado tambien el establecimiento de las nuevas reformas, á lo menos de aquellas que se conceptuasen mas útiles y necesarias.

Rompese.

Unese el Austria á los aliados.

Tras de lograr objeto tan importante caminaban afanadas las córtes generales y extraordinarias, llevando en las discusiones el anterior rumbo con mayoría casi igual aunque no siempre tan numerosa y compacta; allegándose al partido opuesto á las mudanzas muchos diputados de los últimamente elegidos por las provincias que iban quedando libres de la dominacion extraña: en donde una porcion considerable de las clases que se creian perjudicadas por las reformas ó recelaban del porvenir, habia influido poderosamente en las elecciones con notable daño de la opinion liberal.

Las córtes y su rumbo.

Equilibráronse principalmente los dictámenes al examinarse en las córtes si convenia ó no trasladar á Madrid el asiento del gobierno: cuestion que promovida en 1812, se renovó ahora con visos de mejor éxito, obrando de concierto en el asunto diputados de sentir muy diverso en otras materias, unos por agradar á sus poderdantes que eran de las provincias de lo interior, muy interesadas en tener cerca al gobierno y las córtes; otros por alejar á estas del influjo, en su entender pernicioso, de los moradores de Cádiz declarados del todo en favor de mudanzas y nuevos arreglos.

Discusion sobre trasladarse á Madrid.

Dió en la actualidad impulso al negocio una exposicion del ayuntamiento de Madrid, atento este á las ventajas que reportaria aquel vecindario de la permanencia allí del gobierno, y temeroso igualmente de que se escogiese en lo sucesivo otro pueblo para cabecera del reino. Dictámen á que se inclinaban varios diputados, y del que en todos tiempos han sido secuaces hombres muy entendidos y de estado. Porque en efecto notable desacuerdo fue sentar en Madrid la capital de la monarquía, cuando el imperio español abrazando ambos mundos contaba entre sus ciudades no solo ya á la bella y opulenta Sevilla, sino tambien á la poderosa y bien situada Lisboa: emporios uno y otro de comercio y grandeza, mas propios á infundir en el gobierno peninsular sanas y generosas ideas de economía pública y administracion que un pueblo fundado

en pais estéril, nada industrioso, metido muy tierra adentro, y compuesto en general de empleados y clases meramente consumidoras.

La exposicion del ayuntamiento de Madrid pasó á informe de la regencia y del consejo de estado, y ambas corporaciones opinaron que por entonces no se moviese el gobierno de donde estaba: dueño todavía el enemigo de las plazas de la frontera y con posibilidad, en caso de algun descalabro, de volver á intentar atrevidas incursiones obligando á las autoridades legítimas á nuevas y peligrosas retiradas. Juicioso parecer que prevaleció en las córtes, si bien despues de acalorados debates; aprobándose en la sesion del 9 de agosto lo propuesto por la regencia, reducido: 1° á que no se fijase por entonces el dia de la mudanza; y 2° á que cuando esta se verificase fuese solo á Madrid: con lo que, sin desagradar á los vecinos de la antigua capital del reino, tratóse de serenar algun tanto á los de Cádiz, muy apesadumbrados é inquietos por la traslacion proyectada.

Se difiere la traslacion.

Otros debates sobre la materia.

Mas ni aun así aflojaron en su intento los diputados que la deseaban, proponiendo en seguida uno de ellos que las sesiones de las córtes ordinarias, cuya instalacion estaba señalada para 1° de octubre, se abriesen en Madrid y no en otra parte. Tan impensado incidente suscitó discusion muy viva y tal que al decidirse el asunto resultó empatada la votacion. Preveia semejante caso el reglamento interior de las córtes, ordenando para cuando sucediese, que se repitiera el acto en el inmediato dia, lo cual se verificó quedando desechada la proposicion por solos 4 votos pasando de 200 el número de vocales. Aunque ufana la mayoría con el triunfo, recelábase de la maledicencia, que muy suelta esparcia la voz de que los diputados de las extraordinarias querian eternizarse en sus puestos. Para desvanecerla é imponer silencio á tan falso y mal intencionado decir, hiciéronse varias proposiciones, enderezadas todas ellas, y en particular una del señor Mejía, á remover estorbos para acelerar la llegada de los diputados sucesores de los actuales. Laudable conato, bien que inútil para acallar las maliciosas pláticas y fingidos susurros de partidos apasionados; siendo la mas acomodada y concluyente respuesta que pudieron dar las córtes á sus detractores el modo con que se portaron cerrando sus sesiones al debido é indicado tiempo.

El diputado Antillon.

En estos debates continuaron distinguiéndose algunos diputados de los que no habian asistido á las córtes extraordinarias en los dos primeros años. Descolló entre todos ellos Don Isidoro Antillon, de robusto temple, aunque de salud muy quebrantada, formando especial contraste las poderosas fuerzas de su entendimiento con las descaecidas y flacas de su cuerpo achacoso y endeble. Adornaban á este diputado ciencia y erudicion bastante, no menos que concisa y punzante elocuencia, si bien con

asomos alguna vez de impetuosidad tribunicia que no á todos gustaba. Fueron muy contados sus dias, que abreviaron inhumanamente malos tratos del feroz despotismo.

Varias medidas útiles de las córtes.

Otras medidas de verdadera utilidad comun, y en que rara vez despuntó notable disenso, ocuparon tambien por entonces á las córtes extraordinarias. La agricultura y ganadería estante recibieron particular fomento en virtud de un decreto de 6 de junio de este año, en que se permitió cerrar y acotar libremente á los dueños las dehesas, heredades y demas tierras de cualquiera clase que fuesen, dejando á su arbitrio el beneficiarlas á labor ó pasto como mejor les acomodase. Igual licencia y franquía se dió respecto de los arrendamientos, pudiendo concluirse estos á voluntad de los que contrataban, y obligando su cumplimiento á los herederos de ambas partes, por cuya disposicion desaparecian los males que en el caso se originaban de las vinculaciones, segun las cuales la fuerza y conservacion de la escritura ó contrato no dependian de la ley, sino de la vida del propietario y del buen ó mal querer del sucesor: prendas frágiles y muy contingentes de duracion ó estabilidad. Decretaron asimismo las córtes se fundasen escuelas prácticas de agricultura y economía civil, no de tanto provecho como imaginan algunos; debiéndose el progreso de la riqueza pública antes que á lecciones y discursos de celosos profesores, al conato é impulsion del interes individual y al estado de la sociedad y sus leyes.

Ni descuidaron aquellas ventilar al mismo tiempo la espinosa cuestion de la propiedad de los escritos; derecho de particular índole muy necesario de afianzar en los paises cultos, sobre todo en los que se admite la libertad de la imprenta, con la cual concuerda maravillosamente, sirviendo de resguardo á las producciones del ingenio. Para no privar á este del fruto de su trabajo y desvelos, ni poner tampoco al público bajo la indefinida dependencia de herederos quizá indolentes, fanáticos ó codiciosos, declararon las córtes ser los escritos propiedad exclusiva del autor, y que solo á él ó á quien hiciere sus veces pertenecia la facultad de imprimirlos, conservándola despues de su muerte á los herederos, si bien á estos por espacio de solos diez años. Se daba el de cuarenta á las corporaciones por las obras que compusiesen ó publicasen, contados desde la fecha de la primera edicion.

Habianse abolido ó modificado ya antes, segun apuntamos, varias disposiciones y prácticas en lo criminal, repugnantes á la opinion y luces del siglo. Prosiguióse despues en el mismo afan, quitando la pena de horca, y sustituyendo á ella la de garrote, con supresion total de la de azotes, infamatoria y vergonzosa. Loables tareas que tiraban á suavizar las costumbres, y á introducir mejoras dignas de un pueblo culto.

Mereció la hacienda peculiar atencion de las córtes extraordi-

Resoluciones de las mismas en hacienda.

narias en los últimos meses de sus sesiones. Habíase dado la incumbencia de este ramo á dos comisiones suyas, una especial encargada de todas las materias pertenecientes al crédito público, y otra llamada extraordinaria que debia examinar los presupuestos y extender un nuevo plan de contribuciones y administracion. Principió esta por dar cuenta el 6 de julio de sus trabajos en la última parte, leyendo un informe, obra del señor Porcel, vocal que llegado tambien de los postreros como el señor Antillon, colocóse en breve al lado de los mas ilustres por su saber, y por ser hombre de gran despacho y muy de negocios. Trataba en su dictámen la comision mas que de todo, de uniformar en el reino y simplificar las contribuciones muchas y enredosas, de varia y opuesta naturaleza y muy diversas en unas provincias respecto de otras. No descendia sin embargo á todos los pormenores de tan intrincado asunto, contentándose con dividir para mayor claridad en cuatro clases las rentas existentes mas principales; á saber: 1ª las eclesiásticas, asi llamadas, no porque en realidad lo fuesen, sino por traer origen de las destinadas á mantener el culto y sus ministros; 2ª las de aduanas, que se distinguian bajo el nombre de rentas generales; 3ª las provinciales ó sean alcabalas, cientos y millones; y 4ª las estancadas. La 3ª y 4ª clase eran como desconocidas en las provincias Vascongadas y en Navarra: lo mismo en Aragon la 3ª, supliéndose el hueco en cada uno de sus reinos respectivamente con la contribucion real, el catastro, el equivalente y la talla. Queria la comision medir por la misma regla á España toda, igualando los impuestos; á cuyo fin proponia un plan en gran parte nuevo, creyéndole conducente al caso. Segun su contexto manteníase la 1ª clase de impuestos; y limitándose en la 2ª á recomendar un cuerdo y periódico arreglo de aranceles y derechos, recaia la reforma esencialmente sobre la 3ª y 4ª, esto es, sobre las rentas provinciales y estancadas. Suprimíanse ambas, y se establecia en lugar de las primeras una contribucion única y directa, debiéndose reemplazar las segundas con un recargo á la entrada y salida de los géneros en las costas y fronteras, y con un sobreprecio al pie de fábrica cuando estas fuesen propiedad del estado.

El diputado Porcel.

Bienes sin duda redundaban al reino entero del nuevo plan, mayormente en la parte en que se igualaban los gravámenes, tan pesados antes en unas provincias respecto de otras. Pero pecaba aquel de especulativo en adoptar una contribucion directa y única, mirada de reojo por los pueblos, poco aficionados á pagar á sabiendas sus cargas y obligaciones; de lo que convencidos los gobiernos expertos prefirieron gravar al contribuyente en lo que compra mas bien que en lo que produce, y confundir asi el impuesto con el precio de las cosas. Fuera de eso justo es se advierta que siguiendo los impuestos indirectos en el curso de sus valores

las mutaciones y variedades de la industria, crecen aquellos ó menguan al son de esta, sin perjudicarlas notablemente, ni andar encontrados los ingresos del erario con la prosperidad pública.

Acrecianse en el plan de la comision los males que son inherentes á los tributos directos por recaer el suyo no solo sobre la renta de la tierra, sino tambien sobre las utilidades de la industria y del comercio, enmarañada selva de dificultosas averiguaciones: añadiéndose para mayor daño la falta de un catastro bien individualizado y exacto, por no consentir la premura del tiempo y las circunstancias de entonces la formacion de otro nuevo, tarea larga y de dias sosegados. Motivo que obligó á adoptar por base del reparto el censo de la riqueza territorial é industrial de 1799, publicado en 1803, imperfectísimo y muy desigual, en que se mezcla á menudo y confunde el capital con los rendimientos, y se juzga como á tientas de los productos y valores de las diversas provincias del reino.

En la materia no solo los gobiernos y hombres prácticos, segun arriba hemos dicho, pero aun los economistas teóricos, al modo de Smith y Say, suelen graduar de error el establecimiento de una contribucion directa y exclusiva, prefiriendo á la aparente y engañosa sencillez de esta una combinacion proporcional y bien ajustada de varios impuestos: razon por la que se opuso discretamente Necker á refundir en uno los veintinueve de que habla en sus escritos, resultando á Francia de no haberle escuchado gran trastorno en la hacienda; bien que con la dicha aquel reino de volver en sí años adelante, y adoptar á tiempo un concertado plan de imposiciones de diversa índole; amaestrado su gobierno á costa de su propia y fatal experiencia.

Disculpábase ahora en España la introduccion de un impuesto directo y único con estar destruidos y sin fuerza, á causa de la guerra, casi todos los antiguos, y no considerarse el nuevo sino á manera de provisional, en tanto que se meditaba otro mejor y mas completo, llevando ya el último la ventaja de igualar desde luego á todas las provincias del reino en la cuota y distribucion de sus respectivas cargas. Suscitó en las córtes el plan de la comision extraordinaria largos debates, no escasos de saber y abundantes en curiosas noticias; acabándose por aprobar aquel en sus principales partes con gran mayoría de votos y general aplauso. Pero al establecerle tocáronse de cerca las dificultades, tantas y tan grandes que nunca fue dado superarlas del todo; acarreando á las córtes la nueva contribucion directa malquerencia y mucho desvío en los pueblos.

La misma comision extraordinaria de hacienda presentó el 7 de setiembre el presupuesto de gastos y entradas para el año próximo de 1814, remitido antes por el ministro del ramo; trabajo informe y desnudo de los datos y pormenores que requiere el caso. Otros presupuestos habian pasado del gobierno á las córtes despues del

que en 1811 habia leido en su seno el señor Canga : pero ninguno completo ni satisfactorio siquiera. Tampoco lo fue el actual, subsistiendo los mismos obstáculos que antes para extenderle debidamente, pues no se alcanza tan importante objeto sino á fuerza de años, de muchas y puntuales noticias, y de vagar y desahogo bastante para examinarlas todas y cotejarlas con perseverancia y juicioso discernimiento.

Ascendia el total de gastos á 950,000,000 de reales, consumiendo solamente el ejército 560,000,000, y 80,000,000 la marina. Calculábase aproximadamente el total de la fuerza armada en 150,000 infantes y 12,000 caballos; y se contaba para cubrir los gastos con las rentas de aduanas, las eclesiásticas y las que á ellas solian andar unidas, cuyo producto se presumia fuese de 465,956,293 reales, debiendo llenarse el desfalco con la contribucion directa que se sustituia ahora á las antiguas suprimidas. Alegres pero someros cómputos que nunca llegaron á realizarse.

El dia 8 aprobáronse ambos presupuestos apenas sin discusion; sucediendo como en los de 1811 ser ningunos los gastos que pudieran graduarse de superfluos por no merecer tal nombre los que resultaban todavía de antiguos abusos ó de errores en la administracion. Nacia tambien el pronto despacho de no gustar aun mucho las córtes de materias prácticas, saboreándose con las teóricas mas fáciles de aprender y de mayor lucimiento si bien momentáneamente. Agregábase á esto el aguijon del tiempo que presuroso corria y anunciaba ya el remate y conclusion final de las córtes extraordinarias.

Por esta razon celebrábanse en aquellos dias sesiones de noche para dejar terminados los trabajos pendientes de mas importancia, con el que en la del mismo 7 de setiembre leyó la comision especial de hacienda sobre la deuda pública. Habianla reconocido solemnemente las córtes, conforme en su lugar dijimos, y nombrado una junta que entendiese en el asunto; separando de intento esta dependencia de las demas del ramo de hacienda, no como regla de buena administracion, sino como medio de alentar á los acreedores del estado, que chasqueados tantas veces, vivian en suma desconfianza de todo lo que corriese inmediatamente por el ministerio y se pagase por tesorería mayor.

Antes habia elevado ya á las córtes la misma junta un plan de liquidacion de la deuda, y otro de su clasificacion y pago. Dió márgen el primero á la publicacion de un decreto con fecha del 15 de agosto de este año en que se prescribian reglas á los liquidadores, distinguiendo la deuda en anterior al 8 de marzo de 1808, y en posterior; atendiendo principalmente en la última á todo lo concerniente á suministros, préstamos y anticipaciones de los pueblos y particulares, cuyo reconocimiento, para evitar fraudes y vituperables abusos, exigia peculiar exámen.

Respecto de la clasificacion y pago de la deuda, obraron de acuerdo la junta del crédito público y la comision de las córtes: y haciendo fundamento y diferencia, como para la liquidacion, de las dos épocas arriba insinuadas, distribuian toda la deuda en deuda con interes y en deuda que no le gozaba, comprendiendo en la primera, asi la procedente de capitales de amortizacion civil y eclesiástica, como la de los que eran de disposicion libre; y en la segunda los réditos y sueldos no pagados con los atrasos y alcances de tesorería mayor, no menos que lo relativo á suministros y anticipaciones de los pueblos é individuos.

Señalábase á la deuda con interes el uno y medio por ciento de rédito, durante la guerra con Francia y un año despues; exceptuando los vitalicios que eran mejor tratados, y debiendo volver á entrar la clase entera de acreedores de esta deuda en sus respectivos y antiguos derechos en pasando aquel término. Destinábanse para el pago arbitrios correspondientes.

La deuda sin interes apareceria por su nombre como cosa de mala sonada, si no se supiese que bajo él se encerraban solo débitos que nunca habian cobrado rédito alguno, ni contraidose por lo general con semejante condicion ni promesa. Se extinguia esta deuda por medio de la venta de bienes nacionales, practicada no atropelladamente ni de una vez, sino á pausas y conforme á un reglamento que tenia que extender la junta del crédito público.

Otras distinciones y particularidades para la ejecucion se especificaban en el plan, en las que no entraremos: debiendo sin embargo advertir que no se incluian en este arreglo los empréstitos y deudas de cualquiera clase, contraidos hasta entonces, ó que en adelante se contrajesen con las potencias extrangeras.

Por muy defectuoso que fuese el presente plan, acarreaba ventajas, ofreciendo á los acreedores de la nacion nuevas y mas seguras prendas del pago de sus títulos: por lo que le aprobaron las córtes en todas sus partes con leves variaciones. Su complicacion y faltas hubieran desaparecido con el tiempo y adoptádose al cabo reglas mas justas y equitativas de reintegro y amortizacion, de lo cual sabíase en España muy poco entonces.

Igualmente ordenaron las córtes por los mismos dias el cumplimiento de otra disposicion muy útil al crédito en lo venidero, yendo dirigida á la cancelacion y quema de 6,401 vales reales que paraban en poder de la junta del crédito público y le pertenecian. Ejecutóse lo mandado, y en ello hicieron ver las córtes aun mas claramente cuán decididas estaban á no desautorizar sus promesas, permitiendo circulasen de nuevo documentos amortizados ya; como á veces se ha practicado en menosprecio de la buena fe y honradez españolas.

Nombraron las córtes en 8 de setiembre la diputacion permanente, la cual segun la constitucion habia de quedar instalada en el

Nombran las córtes la diputacion permanente.

intermedio de unas córtes á otras; y aunque se anunciaba seria corto el actual, fuerza sin embargo era cumplir con aquel artículo constitucional, teniendo la permanente que presidir ya el 15 del propio mes las juntas preparatorias de las córtes ordinarias que iban á juntarse.

Cierran las córtes extraordinarias sus sesiones el 14 de setiembre.

Siendo el 14 el dia señalado para cerrarse las extraordinarias, asistieron estas á un *Te Deum* cantado en la catedral volviendo despues al salon de sus sesiones; en donde leido que fue por uno de los secretarios el decreto de separacion acordado antes, pronunció el presidente, que lo era á la sazon Don José Miguel Gordoa, diputado americano por la provincia de Zacatecas, un discurso apologético de las córtes y especificativo de sus providencias y resoluciones, el cual acogieron los circunstantes con demostraciones y aplausos repetidos y muy cordiales. A poco, y guardado silencio, tomó nuevamente la palabra el mismo presidente, y dijo en voz elevada y firme: « Las córtes generales y extraordinarias de la na« cion española, instaladas en la isla de Leon el 24 de setiembre « de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de setiembre de 1813: » con lo que, y despues de firmar los diputados el acta, separáronse y se consideraron disueltas aquellas córtes.

Al salir los individuos suyos de mayor nombradía fueron acompañados hasta sus casas de muchedumbre inmensa que victoreándolos, los llenaba de elogios y bendiciones descasadas de todo interes. Continuaron por la noche los mismos obsequios, con iluminacion ademas y músicas y serenatas que daban señoras y caballeros de lo mas florido de la poblacion de Cádiz, lo mismo que de los forasteros.

La fiebre amarilla en Cádiz.

Pero ah! tanta algazara y júbilo convirtióse luego en tristeza y llanto. La fiebre amarilla ó vómito prieto, que desde el comenzar del siglo habia de tiempo en tiempo afligido á Cádiz, y que vimos retoñar con fuerza en 1810, picaba de nuevo este año, propagada ya en Gibraltar y otros puntos de aquellas costas. Nada se habia hablado del asunto en las córtes; pero al dia siguiente de cerrarse estas, creyendo el gobierno que se aumentaba el peligro rápidamente, resolvió á las calladas trasladarse al puerto de Santa María para desde allí, si era necesario, pasar mas lejos. Traslucióse la nueva en Cádiz y mostróse el pueblo cuidadoso y desasosegado, oficiando de resultas y sobre el caso al gobierno la diputacion permanente temerosa de lo que pudiera influir aquella providencia en la instalacion de las córtes ordinarias, cuyas juntas preparatorias habíanse abierto aquel mismo dia.

Detúvose la regencia al recibir las insinuaciones de la diputacion y algunas particulares del diputado Villanueva; y á fin de no comprometerse mas de lo que ya estaba, acordó precipitadamente excitar á dicha diputacion á que convocase las córtes para tratar del

negocio en su seno. No era fácil determinar cuáles debian llamarse, pues las ordinarias todavía no se hallaban constituidas; y volver á juntar las extraordinarias recien disueltas parecia desusado y muy fuera de lo regular; pero urgiendo el pronto despacho no se encontró otro medio mas que el último para salir de dificultad tamaña.

Vuélvense á abrir el 16 las córtes extraordinarias.

Así las córtes extraordinarias, cerradas el 14 de setiembre, abriéronse de nuevo el 16, celebrando sesiones esta noche y los dias siguientes 17, 18 y 20. Ventilóse largamente en ellas el punto de la traslacion, acusando muchos con aspereza al gobierno de haberla determinado por sí de tropel é irreflexivamente. Procuraron defenderse los ministros, mas hiciéronlo con poca maña, embargado alguno de ellos por aquel pavor que á veces se apodera de las gentes al aparecimiento súbito de cualquiera peste ó epidemia mortífera, y de cuya enojosa impresion no suelen desembarazarse ni aun los hombres que en otras ocasiones sobresalen en serenidad y buen ánimo.

Motivo de ello la fiebre amarilla.

La cuestion en sí no dejaba de ser grave, sobre todo en las circunstancias. Moverse las córtes desplacia á la ciudad de Cádiz, interesada en la permanencia del gobierno dentro de sus muros; y moverse tambien si la epidemia cundia y tomaba incremento, era expuesto á llevarla á todas partes, provocando el odio y animadversion de los pueblos. Mas por otro lado quedarse en Cádiz y dar lugar al desarrollo y completa propagacion del mal, ponia al gobierno en grande aprieto, cortándole las comunicaciones, é impidiendo quizá la llegada de los diputados que debian componer las córtes ordinarias.

No ilustraba tampoco el punto cual se apetecia la facultad médica, ya por miedo de arrostrar la opinion interesada de Cádiz, ya por no conocer bastante la enfermedad que amagaba: andando tan perplejos sus individuos que casi todos decian un dia lo contrario de lo que habian asentado en otro. Entre los diputados hubo igualmente notable disenso; y el señor Mejía, que se preciaba de médico, llegó en uno de sus discursos hasta apostar la cabeza á que no existia entonces allí la fiebre amarilla. Pero despues pegósele y le costó la vida. Amenazó la de otros el vulgo, desabrido con los que se inclinaban á apoyar las providencias del gobierno y su salida de Cádiz; corrió algun riesgo la de Don Agustin de Argüelles, tan querido y festejado dos dias antes: que tan mudables son los amores y aficiones del pueblo.

Acalorados debates.

Inciertas las córtes, y no sabiendo cómo atinar en asunto tan espinoso, nombraron varias comisiones una tras de otra, y oyeron en su seno diversas y encontradas propuestas. Los debates muy acalorados y ruidosos no remataron en nada que fuese conveniente y claro: por lo que no dando ya vagar

el tiempo, y aproximándose cada vez mas el de la apertura de las córtes ordinarias, dejóse á la resolucion de estas la de todo el expediente, segun indicó el señor Antillon con atinada oportunidad.

La inquietud y desasosiego de aquellos dias, los alborotos que por instantes amagaban, y un viento caluroso y recio que sopló de levante con singular pertinacia, irritando en extremo los ánimos, provocólos á la alteracion y enfado, y contribuyó no poco á desenvolver la epidemia rápida y dolorosamente. De los diputados que asistieron á las sesiones, aunque ahora en mas reducido número, no menos de 60 cayeron enfermos, y pasados de 20 murieron en breves dias, contándose entre ellos algunos de los mas distinguidos, como lo eran el señor Mejía mencionado ya, y los señores Vega Infanzon y Lujan. Y aquellas córtes, que dias antes se habian separado gozosas y celebradas, verificáronlo ahora de nuevo, pero abatidas y en gran desamparo.

Cierranse de nuevo el 20 las cortes extraordinarias.

En el discurso de su dominacion distinguirse pueden tres tiempos bien diversos: 1° el inmediato á su instalacion, en el que con esfuerzo, aunque á veces con inferioridad, luchó siempre el partido reformador: 2° el de mas adelante, cuando triunfando este adquirió mayoría haciendo de continuo prevalecer su dictámen; y 3° y último, al cerrar de las córtes y en ocasion en que acudiendo muchos diputados de lo interior, equilibráronse las votaciones, ganándolas no obstante en lo general los liberales ó reformadores, por lo halagüeño de sus doctrinas, por su mayor arrojo y por la superioridad en fin que les proporcionaba la práctica adquirida en las discusiones y modo de llevarlas, no desperdiciando resquicio que diese á su causa mayor cabida ó ensanche.

Su legitimidad.

Españoles ha habido y aun extrangeros que han suscitado dudas acerca de la legitimidad de estas córtes. Apasionada opinion que ha cedido al tiempo y á las poderosas razones que la impugnaban. Fúndase la legitimidad de un *gobierno* ó de una asamblea legislativa en la naturaleza de su *orígen*, en el modo con que se ha formado, y en la obediencia y consentimiento que le han prestado los pueblos. Abandonada España y huérfana de sus príncipes, necesario le fue mirar por sí y usar del indisputable derecho que la asistia de nombrar un gobierno que la defendiese y conservase su independencia. Diósele pues en las juntas de provincia y en la central y primera regencia sucesiva y arregladamente. Vinieron al cabo las córtes, conforme al deseo manifestado por la nacion entera, y á lo resuelto tambien por Fernando VII desde su cautiverio: llevando por tanto el llamamiento y orígen de aquel cuerpo el doble y firme sello de la autoridad real y de la autoridad popular, que no siempre van á una ni corren á las parejas.

Objetaráse quizá en seguida contra su legitimidad la forma que

se dió á las córtes, desusada en la antigua monarquía; pero en su lugar apuntamos los fundamentos que hubo para semejante resolucion, atropellados ó en olvido los venerandos y primitivos fueros, y teniendo ahora que acudir á la representacion nacional diputados de las Américas, las cuales carecian antes de voz, y otros de varias provincias de Europa que estaban en igual ó parecido caso: haciéndose indispensable igualar en derechos á los que se habia igualado en cargas y obligaciones.

Mayor el reparo de no haber concurrido desde un principio á las córtes todos los diputados propietarios, ocupando sus puestos suplentes elegidos en Cádiz, desvaneceráse si advertimos que ya en los primeros meses se hallaron presentes muchos vocales de los que gozaban de aquella calidad, aumentándose su número considerablemente al discutirse y firmarse la constitucion, acto de los mas solemnes, y estando casi todos ya en Cádiz al cerrar de las córtes: con la particularidad notable de haber elegido entre ellos las mas de las provincias á los que eran suplentes, dando asi á lo obrado anteriormente la aprobacion mas explícita y cumplida.

¿Y para qué cansarse? Todas ellas, lo mismo las de Europa que las de América, excepto Venezuela y Buenos-Aires ya en insurreccion, reconocieron á las córtes generales y extraordinarias, congregadas en la isla gaditana, libre y espontáneamente, sin que fuerza alguna las obligase á ello. Por el contrario el remolino de turbulencias en que andaba metida la América y la ocupacion extrangera que afligia á varias provincias de España facilitaba la oposicion, en caso de desearla. Lejos de eso mostrábanse todas muy diligentes en reconocer á las córtes, llegando á Cádiz pruebas repetidas de lo mismo, aun de aquellas en donde dominaba el francés. Tanto era su conato en tributar rendimiento y obsequios á la autoridad legítima, y tanto su anhelo por apiñarse en derredor suyo, como único y verdadero centro de representacion nacional. Citese pues otro gobierno ó asamblea pública que ni por su orígen, ni por su forma, ni menos por el libre consentimiento y espontánea sumision que hubiese recibido de los pueblos, pueda alegar títulos mas fundados de legitimidad que las córtes generales y extraordinarias instaladas en 1810.

Su forma y rara composicion.

Corporacion insigne, que lo será siempre en los anales del mundo, por ir sus hechos unidos y mezclados con la gloriosa guerra de la independencia, y por ser la mas singular de cuantas representaciones nacionales se han conocido hasta ahora, estando compuesta de hombres de tan diversa oriundez y venidos de regiones tan apartadas, hablando todos la bella y magestuosa lengua española. Ayudó á su fama, junto con sus desvelos y tareas, la fortuna ó fuerza mas alta; pues habiendo dichas córtes abierto sus sesiones en el estrecho límite de la isla gaditana, muy alteradas las Américas, é invadido por do quiera el territorio

peninsular, cerráronlas no mas alborotadas aquellas y casi del todo libre este, sin que apenas le hollase ya planta alguna enemiga.

Sus faltas.

Adolecieron á veces sus diputados, comenzando por los mas ilustres, de ideas teóricas, como ha acontecido en igual caso en los demas paises; no bastando solo para gobernar lectura y saber abstracto, sino requiriéndose tambien roce del mundo y experiencia larga de la vida; que de todo ha menester el estadista ó repúblico, llamado antes bien á ejecutar lo que sea hacedero, que á extender en el retiro de su estudio planes inaplicables ó estériles. Pero las faltas en que incurrieron los individuos de las extraordinarias escasos de práctica, resarciéronlas con otros aciertos y con su buen celo y noble desinteres: dando justo realce á su nombre la lealtad é imperturbable constancia que mostraron en las adversidades de la patria y en los mayores peligros.

Constituyéronse y abren sus sesiones en Cádiz las cortes ordinarias.

Constituyéronse las córtes ordinarias el 26 de setiembre con arreglo á lo que prevenia la nueva ley fundamental, en cuanto consentian las circunstancias; é instaláronse en Cádiz solemnemente el 1° de octubre, habiendo nombrado antes por presidente á Don Francisco Rodriguez de Ledesma, diputado por Extremadura. Prosiguieron sus tareas en aquella plaza hasta el 13 del propio mes, dia en que las córtes, como tambien la regencia, se trasladaron á la isla de Leon, donde volvieron á abrir el 14 sus sesiones en el convento de carmelitas descalzos preparado al efecto. Impelió á la mudanza el ir aumentándose en Cádiz la fiebre amarilla y no picar tan reciamente en la isla, desde cuya ciudad, pacífica y no tan populosa, era tambien mas fácil realizar el proyectado viage á Madrid, luego que cesase la epidemia reinante.

Se trasladan á la isla de Leon.

Su composicion al principio.

Al principio no se compusieron las córtes ordinarias, ni con mucho, de todos los diputados que las provincias peninsulares y de América habian nombrado; no viniendo los últimos tan pronto por la lejanía y falta de tiempo, y deteniéndose los otros despavoridos con la fiebre amarilla, ó estimulados del deseo de obligar al gobierno á trasladarse á Madrid, en donde pensaban tendrian mayor cabida y séquito sus ideas y opiniones, por lo comun opuestas á reformas y cambios.

Para llenar el hueco de los ausentes habian resuelto de antemano las córtes, siguiendo lo prevenido en la constitucion, que mientras que llegaban los diputados propietarios, hiciesen sus veces como suplentes los de las extraordinarias: con lo cual conseguíase no dejar sin representacion á ninguna provincia, poner remedio paliatorio al menos ó momentáneo al artículo constitucional que vedaba las reelecciones, y no entregar la suerte del estado á un cuerpo del todo nuevo, no apreciador por tanto cabal ni

justo de los motivos que hubiese habido para anteriores resoluciones.

Lo que hubo en las elecciones.

Instaba mas en la actualidad y era de la mayor importancia, si se querian conservar las reformas, el que quedasen en las córtes antiguos diputados, por haber recaido generalmente los nombramientos para las ordinarias en sugetos desafectos á mudanzas y novedades. Coadyuvaron á esto los que se creian ofendidos en sus personas y cercenados en sus intereses por las alteraciones y nuevos arreglos, y que oteaban mayores daños en un porvenir no lejano. Estaban en ese caso algunos individuos de la nobleza, si bien los menos; bastantes magistrados, muchos cabildos eclesiásticos y casi todo el clero regular; los que juntos ó separados influyeron sobradamente y cada uno á su manera en las elecciones, ayudados de una turbamulta de curiales y dependientes de justicia que vivian de abusos: siendo estos y los religiosos mendicantes los mas bulliciosos é inquietos de todos, como herrumbre la mas pegadiza y roedora de las que consumian á España hasta en sus entrañas; habiendo los últimos llegado á formar en parte del pueblo, de cuya plebe comunmente nacian, una especie de singular demagogia pordiosera y afrailada, supersticiosa y muy repugnante.

Sirvió á todos de fiel instrumento para sus fines la misma ley electoral, que adoptando un modo indirecto de eleccion que pasaba por nada menos que por cuatro grados ó escalones, favorecia sordos manejos y muy deplorables amaños, mas fáciles de ejercer en esta ocasion por no haberse exigido de los votantes propiedad alguna ni especial arraigo; dando asi, con desacuerdo grave, franca y anchurosa entrada al goce de los derechos políticos á hombres de poco valer y á la vulgar muchedumbre, muy sometida naturalmente al antojo y voluntad de las clases poderosas y privilegiadas.

Estado de los partidos en las nuevas córtes.

Hechas las elecciones en este sentido, déjase discurrir cuán útil fue para la conservacion del nuevo órden de cosas que no llegasen á las córtes de tropel todos los recien elegidos, y que permaneciesen en su seno muchos diputados de los antiguos. Sucediendo asi, mantuviéronse en equilibrio los partidos y casi en el mismo estado en que se encontraban al cerrarse las extraordinarias, yendo desapareciendo poco á poco el de los americanos; pues muertos sus principales gefes tuvieron que ceder los otros en sus pretensiones y unirse á los europeos liberales, amenazados como ellos en su suerte futura si llegase á triunfar del todo el bando contrario.

Diputados que se distinguen en ellas.

De los diputados de las extraordinarias que continuaron tomando asiento en las actuales córtes resplandeció á la cabeza Don Isidoro Antillon, ya antes nombrado, cuyas opiniones incomodando á ciertos hombres desalmados que por desgracia contaba entre

Antillon y sus riesgos.

los suyos el partido antireformador, provocaron de parte de ellos en la isla de Leon una tentativa de asesinato contra la persona de este diputado, tanto mas aleve, cuanto hallábase Antillon imposibilitado de emplear defensa alguna por el estado achacoso y flaco de su salud. A dicha no consiguieron del todo los homicidas su depravado objeto, si bien le maltrataron amparados de la soledad y lobreguez de la noche que los puso en salvo. Precursor indicio del fin lastimoso y no merecido que habia de caber á este diputado célebre mas adelante, dado que con visos de proceder jurídico. Distinguióse tambien desde luego, pero entre los nuevos, Don Francisco Martinez de la Rosa, cuya fama creciendo en breve colocóle pronto al lado de los primeros campeones de la libertad española y de las buenas ideas, brillando por su instruccion y acabadas dotes, de las que eran las mas señaladas incontrastable entereza, y bellísimo, florido, fácil y muy elocuente decir. Descubriánse despues, aunque en mayor ó menor lontananza, las personas de Don Tomas Isturiz, Don José Canga Argüelles y Don Antonio Cuartero; arrimándose á este partido que era el liberal algunos eclesiásticos de los recien llegados, entre los que merece particular noticia Don Manuel Lopez Cepero, informado en letras, de ameno trato y de gusto probado y bueno en el estudio de las bellas artes. Hubo diputados que se dieron á conocer tambien en el partido opuesto ó sea antireformador, pero estos en lo general mas tarde; por lo que solo iremos mentándolos segun vayan dando ocasion los debates y los acontecimientos.

Martinez de la Rosa.

Luego que se abrieron las córtes ordinarias presentó, conforme á lo dispuesto en la constitucion, el secretario del despacho de hacienda el estado de esta y los presupuestos de ingresos y gastos, lo cual parecia á primera vista ser redundante, ya discutidos y aprobados los de 1814 al concluirse las sesiones de las extraordinarias. Pero forzoso era proceder asi mandándolo expresamente la constitucion, y no siéndole lícito al ministro, sin incurrir en responsabilidad, separarse en nada de lo que aquella prevenia en su letra.

Primeros trabajos de estas córtes.

Los presupuestos ahora presentados eran idénticos á los de antes con alguna rectificacion, aunque muy leve, respecto del total de la fuerza armada. Trazaba en su contexto el encargado á la sazon de aquel ministerio Don Manuel Lopez Araujo un cuadro muy lamentable del pais y sus recursos; consecuencia precisa de guerra tan larga y devastadora, y de los desórdenes de la administracion aumentados con el sistema de suministros hechos por los pueblos, que acumulaba á veces sobre unas mismas provincias las obligaciones y pedidos que debian repartirse entre otras.

Proponia el ministro, para cubrir el desfalco que resultaba, el medio que se habia adoptado en las córtes extraordinarias, esto es, el de la nueva contribucion directa. Agregaba á este el de un

empréstito en Lóndres de diez millones de duros que, como otras veces, quedó solo en proyecto, no conocidas aun bien en España semejantes materias. Hubo anticipaciones del gobierno británico en que nos ocuparemos despues; escaseando cada vez mas las remesas de América, de las que, como de las entradas en Cádiz, no haremos ya especial recuerdo, abrazándolas todas ahora el presupuesto general de la nacion.

Los otros asuntos en que anduvieron atareadas las córtes ordinarias durante su permanencia en Cádiz y la isla de Leon, redujéronse por lo comun á mantener intacta la obra de las extraordinarias, y á aclarar dudas y satisfacer escrúpulos. Mandaron sin embargo ademas que aprontasen los pueblos un tercio anticipado de la contribucion directa, y admitieron el ofrecimiento de ocho millones de reales que por equivalente de varias contribuciones hizo la diputacion de Cádiz: aprobando asimismo un reglamento circunstanciado que para su gobierno y direccion habia extendido la junta del crédito público.

Contienda sobre el mando de Lord Wellington.

Espinosa en sí misma y grave fue otra cuestion que por entonces ventilaron tambien las córtes. Trataban en ella nada menos que del mando concedido á Lord Wellington, versando la disputa acerca de las facultades que habia este de tener como generalísimo del ejército. Deseaba Wellington que se le ampliasen para dar mas unidad y vigor á las operaciones militares, y oponíase á ello la regencia del reino, naciendo de aqui una correspondencia larga y enfadosa, en la cual medió para empeorar el asunto enemistad personal del ministro de la guerra Don Juan de Odonojú, irlandés de orígen, mal avenido con los ingleses.

Temiendo la regencia que resultasen de la querella compromisos funestos, resolvió para descargar su responsabilidad someter el negocio á la determinacion de las córtes. Verificólo asi en la isla de Leon, y hubo con este motivo largas discusiones y vivas reyertas; queriendo valerse de la ocasion, unos para privar del mando á Lord Wellington, y otros para acriminar al gobierno, y tal vez obligarle á dejar su puesto.

Nada se resuelve.

Por fortuna estando ya las córtes en vísperas de trasladarse á Madrid, dilatóse el decidir cuestion tan grave; y al instalarse aquellas en la capital del reino corrieron tan veloces y prósperos los sucesos políticos y militares, que el mismo Lord Wellington y los que promovian su causa en las córtes, satisfechos con ver alejado del ministerio á Don Juan de Odonojú, atizador de la discordia, desistieron de su intento, conociendo cuán importuno seria resucitar semejante contienda; por lo que no hubo que tomar resolucion ninguna sobre un asunto que al principio habia excitado tanto calor y porfia.

En esto aflojando la fiebre amarilla y mejorándose por dias el

Trasladanse las córtes y el gobierno de la isla á Madrid.

estado de la salud pública, levantóse en toda España un deseo general y muy vivo de que se restituyese el gobierno al centro de la monarquía y á su capital antigua. Condescendiendo en ello las córtes decretaron suspender sus sesiones en la isla de Leon el 29 de noviembre de 1813 para volverlas á abrir en Madrid el 15 del próximo enero de 1814. Tuvo lo cual efecto, poniéndose sin tardanza en camino la regencia y las córtes con sus oficinas, dependencias y largo acompañamiento. Consentian tambien la traslacion los acontecimientos de la guerra, favorables siempre y mas dichosos cada dia. En el setiembre permanecieron sin embargo quietos los ejércitos en la parte occidental de los Pirineos, queriendo Lord Wellington dar respiro y algun descanso á las tropas aliadas, reparar sus pérdidas, aguardar municiones y apresto militares, y proceder en todo con detenimiento, para asegurar el logro de sus ulteriores planes.

Estado de la guerra.

Ejército aliado en el Bidasoa.

Conservaban los ejércitos casi las mismas estancias de antes, prolongándose desde la desembocadura del Bidasoa hasta los Alduides, en donde formaba ahora la extremidad de la línea la octava division del cargo de Don Francisco Espoz y Mina, de la cual un trozo bloqueaba el castillo de Jaca, y otro amagaba á San Juan de Pie de Puerto y valle de Baigorry. Por el lado opuesto colocóse el general Graham, luego que se desembarazó del sitio de San Sebastian, hácia el estribo mas fuerte del Aya, cubriendo el valle que forma con el Jaizquivel, entre cuyos dos montes construyéronse obras á manera de segunda línea, reforzada la primera que se extendia por las orillas del Bidasoa, camino arriba de aquellas asperezas. Mantenia Lord Wellington sus cuarteles en Lesaca.

Ejército del mariscal Soult.

Los suyos el mariscal Soult en San Juan de Luz, á cuyo ejército se iban incorporando 30,000 conscriptos sacados al intento del mediodia de Francia, poniendo aquel caudillo especial conato en mejorar la organizacion y en castigar cualquier descarrío y falta de sus soldados con inflexible severidad. Habia tambien él mismo enrobustecido las obras de campaña de su primera línea y levantado otros resguardos, segun iremos viendo en el curso de nuestra narracion.

Se dispone Wellington al paso del Bidasoa.

Resuelto Wellington á acometer, recomendó de nuevo el buen órden y la disciplina, dando vigor á sus anteriores disposiciones, cuya observancia hacíase ahora mas necesaria yendo los ejércitos combinados á pisar el territorio enemigo. Repartió el 5 Lord Wellington á los principales gefes una instruccion para el ataque, empezando los preparativos en la noche del 6, que fue muy borrascosa con relámpagos, lluvia y truenos; pero favorable á los aliados que encubrian mejor asi su marcha y maniobras, no ofreciéndoles bajo otro respeto el tempo-

ral impedimento alguno. Imposible con todo era emprender la arremetida hasta dadas las siete de la inmediata mañana á causa de la marea, debiendo servir de señal para los ingleses un cohete disparado desde un campanario de Fuenterrabía, y para los españoles una bandera blanca plantada en San Marcial, ó en su defecto tres grandes ahumadas.

Estaba convenido verificar á un tiempo el avance por toda la línea y cruzar el Bidasoa, término de España, cuyo reino acaba allí á la derecha del rio, segun se ve establecido desde muy antiguo y explícitamente reconoció * Luis XI de Francia en las vistas que tuvo con Enrique IV de Castilla por los años de 1463, conferenciando ambos monarcas en aquella misma ribera. (*Ap. n. 1.)

Verificado.

Dada la señal moviéronse por la izquierda del ejército coligado las divisiones primera y quinta británicas y la brigada portuguesa del cargo de Wilson distribuidas en cuatro columnas, y atravesaron el rio por tres vados fronteros á Fuenterrabía, y por otro que se divisaba cerca del antiguo puente de Beovia, en donde debia echarse prontamente uno de barcas. Verificaron los aliados el paso con distinguido valor, y tocando tierra de Francia acometieron desde Andaya la altura de Luis XIV, que ganaron esforzadamente, tomando siete cañones en los reductos y baterías. Al propio tiempo empezó tambien la embestida Don Manuel Freire, que continuaba rigiendo el cuarto ejército, con su tercera y cuarta division y con la primera brigada de la quinta, bajo la direccion inmediata de Don Pedro de la Bárcena y de Don Juan Díaz Porlier. Habíalo Freire dispuesto todo atentamente para atravesar el rio por vados mas arriba de los que cruzaban los anglo-portugueses : junto á los cuales y por el de Saraburo se adelantó la segunda brigada de la tercera division á las órdenes de Don José Ezpeleta, cuyo gefe viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultas de la muerte del bizarro coronel de Benavente Don Antonio Losada, empuñó una bandera y arrojándose al rio con intrepidez esclarecida, mantuvo el ánimo en los suyos que á porfía le siguieron entonces, apoderándose sin dilacion de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriatou. Cruzó la cuarta division al mando interino de Don Rafael de Goicoechea el Bidasoa por los vados superiores al de Saraburo que llevan el nombre de Alunda y las Cañas, y queriendo trepar hasta la parte alta del mismo Biriatou, consiguiólo y rodeó ademas los atrincheramientos que tenian los enemigos en el descenso de la montaña de Mandale, cogiéndoles tres cañones. Distinguióse aquí el regimiento de voluntarios de la Corona capitaneado por Don Francisco Balanzat. En seguida acometieron los nuestros la Montaña Verde y desalojaron á los franceses, persiguiéndolos camino de Urogne obstinadamente. Apoyaba las

Se distingue el cuarto ejército español.

maniobras contra Biriatou, yendo de reserva y á las órdenes de Don Francisco Plasencia, la primera brigada de la quinta division. La tambien primera de la tercera vadeó el rio por Oranibar, Lamiarri y Picagua, teniendo á su cabeza á Don Diego del Barco, y encaramóse por la derecha de Mandale con sumo brio, posesionándose de la cumbre casi de corrida. De este modo ganaron los españoles del cuarto ejército todos los puntos que se les indicaron fortalecidos y escabrosos, pero que cedieron á su valentía probada ya tantas veces, y no desmentida ahora.

Tambien el de reserva de Andalucía.

Tampoco se dormian á la propia sazon las tropas de la derecha aliada, embistiendo el baron Alten con la division ligera británica, sostenida por la española de Don Francisco Longa, los atrincheramientos de Vera, y á su diestro costado la montaña de La Rhune el ejército de reserva de Andalucía que gobernaba Don Pedro Agustin Giron. Felizmente consiguió Alten su objeto, y tomó 22 oficiales y 700 soldados prisioneros. Por su lado tratando nuestro general tambien de cumplir con lo que se le habia prevenido, dispuso acometer la ya expresada montaña de La Rhune, atalaya de aquellos contornos y lugar de sangrientas lides en la campaña de 1794. Verificólo Giron distribuida su gente en dos columnas que regian Don Joaquin Virués y Don José Antonio Latorre, arrollando ambos cuanto encontraron, y obligando al enemigo á guarecerse en la cima peñascosa y en muchas partes inaccesible, en donde se divisa una ermita ó santuario muy venerado de los naturales y aun del país vecino. Mas en vano intentó Giron arrojar á los contrarios de su refugio; retardando la marcha de los españoles lo dificultoso y áspero del terreno, y poniendo fin al combate la noche que sobrevino. Pudieron durante toda ella y á su sombra permanecer los franceses en aquel sitio, y en una loma inmediata, pero no por mucho mas tiempo. Porque acudiendo allí Lord Wellington en la mañana del 8, registrado que hubo el campo, determinó pelear, persuadido de que lo verificaria ventajosamente por la derecha, si unia este ataque con el que á la vez se diese á unas obras de campaña que tenian los enemigos al frente del campo de Sare. De acuerdo Lord Wellington con Don Pedro Agustin Giron, y reconcentrado el ejército de este, mandóse á poco al regimiento de Ordenes bajo la guia de su coronel Don Alejandro Hore arremeter contra la loma de que estaban enseñoreados los enemigos, próxima á La Rhune y sobre la derecha nuestra: lo cual se ejecutó tan cumplidamente que el mismo Wellington dijo en su parte « que aquel ataque era « tan bueno como el mejor, ya por el denuedo en él desplegado, « ya por su bien entendido órden. »

Alcanzado semejante triunfo, los cazadores del propio cuerpo de Ordenes y los del de Almería desalojaron á los enemigos de unos atrincheramientos que cubrian la derecha de su campo de

Sare; recogiéndose á este de golpe los vencidos, otros que venian en su socorro y la division de Conroux que ocupaba el llano. Destacamentos británicos de la division de Lord Dalhousie enviados por el puerto de Echalar guarnecieron las diversas obras que habian evacuado los contrarios: quienes antes de la madrugada del 9 desampararon tambien la cumbre y ermita de La Rhune, de cuyos puestos se posesionaron al instante las tropas del general Giron, acampadas al raso en aquellas faldas; con lo que se dió fin dichoso á la disputada refriega.

Ascendió la pérdida total de los aliados en los diversos dias y combates á 579 ingleses, 233 portugueses y 750 españoles; mayor la de estos por habérseles encomendado la arremetida de los sitios mas arriesgados y expuestos. Los franceses á pesar de sus descalabros no se abatieron, y antes cobraron aliento el 12 de resultas de haber sorprendido ellos por la noche un reducto y hecho unos cuantos prisioneros: queriendo el 13 atacar los puestos avanzados del ejército de Don Pedro Agustin Giron y recuperar las obras que habian perdido; pero inútiles sus esfuerzos viéronse sus huestes repelidas y escarmentadas.

Pisan los aliados el territorio frances.

Dentro ahora de Francia el ejército anglo-hispano-portugués tuvo la gloria de ser el primero de todos los de las potencias coligadas contra Napoleon que pisó aquel territorio, mirado poco antes como sagrado y casi impenetrable, guarecido del todo de invasiones extrañas. Al entrar allí dificultoso era contener por una parte los excesos de los soldados, y por otra los desmanes del paisanage desordenado y suelto. En ambos extremos paró Wellington su atencion muy cuidadosamente. Hizo en el último saludable escarmiento pocos dias antes del paso del Bidasoa, con ocasion de haber hecho fuego á los soldados hácia Roncesvalles algunos paisanos franceses de los contornos: pues á catorce de ellos que se cogieron enviólos á Pasages, y los mandó embarcar como prisioneros de guerra para Inglaterra. Providencia que causó en la gente rústica efecto maravilloso, y mayor que la de arcabuccarlos, que pudiera haber introducido despecho en sus ánimos.

Providencias de Wellington.

No menos solícito anduvo Wellington en reprimir al ejército. Fueron los ingleses los primeros que en él se desmandaron, quemando en Urogne casas, y cometiendo otros desórdenes sirviéndoles de ejemplo varios oficiales suyos*, segun cuentan sus propios historiadores; siendo en parte estas las mismas tropas que entraron á saco y arrasaron la malaventurada ciudad de San Sebastian. Impúsoles Wellington recio castigo. No dieron motivo á tanta queja los españoles, si bien mas disculpables en sus excesos que para algunos hubieran llevado visos de mera y justa represalia. Los prevostes ingleses tan solo arrestaron á unos pocos zagueros que por ladrones ahorcaron: eran de la division

(* Ap. n. 2.)

de Longa y por lo mismo soldados de orígen guerrillero, atentos al cebo del pillage y la pecorea. Observaron los demas rigorosa disciplina, aguantando con admirable paciencia escaseces y privaciones duras.

Bloqueo de Pamplona.

Asegurado Lord Wellington en estancias ventajosas allende los Pirineos, y echados tres puentes en el Bidasoa, no juzgó conveniente proseguir en sus operaciones antes de que se rindiese la plaza de Pamplona. A esta ciudad, capital del antiguo reino de Navarra con 15,000 almas de poblacion, riégala el Arga, y la rodean fortificaciones irregulares que afianza una ciudadela erigida casi al sur, de figura pentágona, empezada á construir en el reinado de Felipe II, y mejorada ella y el recinto entero sucesivamente con obras trazadas al modo de las que practicó en diversas partes de Europa el insigne Vauban. Determinóse desde un principio, segun hemos visto, someter por bloqueo la plaza; mas los cercados mostráronse firmes en tanto que mantuvieron viva la esperanza de que los socorriesen de Francia. Era gobernador por parte de los enemigos el general Cassan, y por la nuestra continuaba dirigiendo el asedio Don Cárlos de España, aunque presente el príncipe de Anglona con una division de 4,000 hombres del tercer ejército, de que era general en gefe.

Trascurriendo el tiempo y menguando los víveres, introdújose desmayo en los defensores, los cuales propusieron ya el 3 de octubre que se permitiese la salida á los paisanos, 3,000 en número, ó que se facilitase á estos para su manutencion 7,000 raciones diarias, diputando persona de confianza que asistiese á la distribucion. Respondiósles que como por edicto de los mismos franceses se hubiese prevenido á los vecinos y residentes en Pamplona, que hiciesen acopio de víveres para solo tres meses, espirados estos en 26 de setiembre, tocaba á las autoridades de la plaza y era incumbencia suya propia subvenir á las necesidades de sus moradores, ó de lo contrario capitular: intimando ademas Don Cárlos de España al gobernador que se le tomaria estrecha cuenta, al tiempo de la rendicion, de la vida de cualquier español que hubiese perecido por la escasez ó el hambre. No cejando aun asi los cercados en su propósito, verificaron el 10 una salida en que al principio lo atropellaron todo, alojándose en atrincheramientos colocados en el demolido fuerte del Príncipe; mas acudiendo al combate unas compañías que acaudillaba el ayudante segundo de estado mayor Don José Antonio Facio, pertenecientes á la fuerza del príncipe de Anglona, detuvieron á los acometedores y los arrojaron á bayonetazos del puesto que habian ganado, oprimiéndolos y acosándolos hasta el glacis de la plaza.

Entre tanto noticioso Don Cárlos de España de que los sitiados pensaban en el arrasamiento total de Pamplona, trató de impedirlo haciendo saber el 19 al gobernador que si tal sucediese tenia órden

de Lord Wellington de pasar por la espada la plana mayor y la oficialidad, y de diezmar la guarnicion entera. Replicó el francés con desden y altaneramente, yendo adelante en el terrible intento de desmantelar la plaza. Pero creciendo el hambre moderáronse ímpetus tan arrebatados, y ya el 24 comenzó el gobernador á querer entrar en algun ajuste, pidiendo se le dejase á él y á los suyos tornar libremente á Francia. Se negó España á esta demanda que creyó excesiva, corriendo algunos dias en conferencias y pláticas. Los últimos de octubre habian llegado ya, cuando viniéndose á buenas el gobernador, firmóse el 31 la capitulacion, segun la cual quedaba la guarnicion francesa prisionera de guerra. Posesionáronse los españoles de la plaza inmediatamente, no habiendo padecido las fortificaciones perjuicio ni deterioro.

Se rinde la plaza á los españoles.

Reconquistada Pamplona aun respiró mas libre y desembarazada toda esta parte del norte de España, no restando ya en poder del enemigo mas que Santoña, cuyo bloqueo estrechaban los nuestros.

No menos que otras provincias de España, experimentaron pérdidas y cercenamiento en sus bienes Navarra y las provincias Vascongadas; opresas siempre, y no cesando el tráfago de la guerra en su suelo, semillero fecundo de partidarios y numerosas cuadrillas. Segun noticias que conservan los pueblos y los particulares, hay quien gradue subieron á veces las cargas y exacciones á un 200 por 100 de la renta anual. Cómputo no tan exagerado como á primera vista parece, si se atiende á que solo el señorío de Vizcaya aprontó al gobierno intruso por contribuciones ordenadas 58,729,333 reales vellon: suma enorme y muy superior á lo usado en aquel pais; no incluyéndose en las partidas otras cobranzas y derramas extraordinarias impuestas sin cuenta ni razon y antojadizamente.

Exacciones y pérdidas de Navarra y provincias Vascongadas.

Luego que supo Lord Wellington la rendicion de Pamplona, con lo que se ponia libre y se despejaba su derecha, pensó en internarse en Francia, y en alejar á Soult mas y mas de la frontera de España. Este mariscal hallábase apostado en puntos ventajosos y muy fortalecidos á las márgenes del Nivelle, que descarga sus aguas en el mar por San Juan de Luz. Descansaba la derecha del ejército francés enfrente de este pueblo y á la izquierda del rio en una eminencia que domina á Socoa, puerto ruin á la desembocadura; habiendo los enemigos construido allí y en derredor de una ermita un reducto, cuyas defensas se unian por atrincheramientos y árboles cortados con Urogne, protegiendo ademas aquellos puntos inundaciones que cubrian á Ciboure. Alojábase el centro del propio ejército en alturas que se levantan detras del pueblo de Sare y tambien en la que llaman

Situacion de Soult en el Nivelle.

la Petite Rhune, la cual, si bien sojuzgada por la otra del mismo nombre mas erguida, ganada por los españoles y de la que la divide un angosto valle, todavía se alza bastante y domina las cañadas y pais vecino. Y en fin la izquierda colocada á la derecha del Nivelle buscaba arrimo y aun asentábase en un cerro á espaldas del pueblo de Ainhoue, no menos que en la montaña de Mondarin, que ampara la avenida ó entrada del propio lugar. Describia la posicion entera un semicírculo desde Urogne hasta Espelette y Cambo, resalido en Sare, que era el centro de ella. Todo su frente hallábase por lo general cubierto con una cadena de reductos y atrincheramientos que se eslabonaban por cerros, colinas y altozanos. Conservaba el enemigo en San Juan de Pie de Puerto algunas fuerzas empleadas en la defensa de esta plaza y en observar al general Mina y otros cuerpos aliados.

No arredró á Wellington ver á su contrario tan encastillado y fuerte, y solo las lluvias le pararon algunos dias. Pero aclarando luego el tiempo, decidióse el general inglés á trabar refriega empezando por forzar el cuerpo enemigo para establecerse despues mas allá del Nivelle.

Proyecto de Wellington.

Sir Rolando Hill capitaneaba la derecha aliada compuesta de dos divisiones inglesas á las órdenes de sir Guillermo Stewart y sir Enrique Clinton, de la portuguesa del cargo de sir Juan Hamilton y de la primera española del cuarto ejército que dirigia Don Pablo Morillo, sin contar cañones y algunos ginetes. En el centro estaban por la diestra parte el mariscal Beresford y tres divisiones británicas que mandaban los gefes Colville, Le-Cor y sir Lowry Cole; y por la siniestra Don Pedro Agustin Giron acompañado del ejército de reserva de Andalucía. Destinábanse la division ligera del baron Alten, y la sexta española del cuarto ejército bajo Don Francisco Longa, al acometimiento de la Petite Rhune; moviéndose al compas del centro sir Stapleton Cotton con una brigada de caballería y tres de artillería. Don Manuel Freire, asistido de la tercera y cuarta division y de la primera brigada de la quinta del cuarto ejército español, habia de marchar desde Mandale en dos columnas que gobernaban Don Diego del Barco y Don Pedro de la Bárcena, una con direccion á Ascain y otra mas allá á la izquierda nuestra y casa de Choquetemborde, permaneciendo algunos cuerpos en Arrequicoborde y caseríos de Oleto como de reserva y para afianzar las comunicaciones de las columnas. A sir Juan Hope, sucesor del general Graham en el mando, correspondíale obrar por lo largo de la linea desde donde estaba Don Manuel Freire hasta la mar; no pudiendo el último ni tampoco sir Juan, con arreglo á instruccion recibida, empeñar refriega y sí solo aprovecharse de los descuidos en que el enemigo incurriese.

Colocado Lord Wellington en el centro, dióse principio al com-

bate en la madrugada del 10 de noviembre, embistiendo sir Lowry Cole con la cuarta division británica un reducto construido muy esmeradamente en un terromontero que se divisa por cima de Sare, en donde hicieron los franceses firme rostro por espacio de una hora, hasta que le abandonaron recelándose de un movimiento de los españoles á retaguardia, y columbrando asimismo que se disponia á la escalada la infantería británica: sucedió igual caso con otra obra allí cercana. Esto y haber acudido Wellington al primer reducto ganado, entusiasmó á las tropas, adelantándose briosamente la tercera y séptima division británicas bajo el mariscal Beresford, al paso que los nuestros de Giron acometieron el pueblo de Sare por la derecha y que sir Lowry abrazaba su izquierda. Arrolláronlo todo los aliados, entrando con gran gallardía en dicho pueblo de Sare un cuerpo de españoles guiado por Don Juan Downie, quien mandó repicar las campanas para anunciar su triunfo con ruidoso pregon. Enseñoreóse tambien Cole de las cumbres mas bajas que estan detras de Sare, en donde hizo parada. Feliz igualmente en sus acometidas el baron Alten forzó por su lado los atrincheramientos enemigos uno en pos de otro, hasta apoderarse de la Petite Rhune, yendo despues adelante para concurrir al total desenlace de las operaciones comenzadas. Pasan los aliados el Nivelle.

Eran las diez de la mañana en ocasion que Wellington se disponia á dar un general y simultáneo ataque contra la estancia mas formidable de los enemigos en el centro, la cual se prolongaba largo espacio por detras de Sare. Sucedió bien por todas partes la tentativa, á la que coadyuvaron los españoles de Don Pedro Agustin Giron y los de Longa, abandonando los enemigos sus puestos y fortificaciones construidas y rematadas á costa de trabajo y tiempo. Resistió con empeño un solo reducto el mas fuerte de todos, pero que al fin se entregó con un batallon de 560 hombres que le guardaba, despues de muchos coloquios y de idas y venidas.

No menos que por el centro favorecia la fortuna á los aliados por su derecha, en donde cruzando el Nivelle sir Enrique Clinton con la sexta division británica ayudada de la portuguesa que regia sir Juan Hamilton, desalojó á los franceses de los sitios que ocupaban, y les tomó reductos y bastantes despojos. La segunda division tambien británica del cargo de sir Guillermo Stewart enseñoreóse de una obra á retaguardia, y Don Pablo Morillo, á la cabeza de la primera division española del cuarto ejército, acometió los apostaderos enemigos en las faldas del Mondarin, y los repelió, amparando así las maniobras de los ingleses dirigidas contra los cerros que yacen por detras de Ainhoue, los cuales tomó sir R. Hill, arrojando al enemigo via de Cambo. Las dos de la tarde eran, y ya los aliados tenian por suyas las posiciones de los contrarios á espaldas de Sare y Ainhoue.

Por la izquierda corrieron igual y dichosa suerte las tropas combinadas. Se posesionó Don Manuel Freire de Ascain por la tarde, y sir Juan Hope desalojó á los franceses del reducto plantado en la eminencia cercana á Socoa, de que hemos hablado, hostigándolos hasta llegar á las inundaciones que cubrian á Ciboure.

Durante una hora habia Lord Wellington hecho alto para dar respiro á sus tropas é informarse de cómo andaba el combate por los demas puntos. Conseguido el primer objeto y cerciorado de cuán venturosa por do quiera corria su estrella, dispúsose á formalizar una arremetida bien ordenada contra las eminencias y cerros que aparecen por detras de Saint-Pé, pueblo á una legua de distancia de los aliados, situado á la márgen derecha del Nivelle, por donde se habia ido retirando el centro enemigo. Verificó el general inglés su intento atravesando pronto aquel rio, de corriente rápida y alli no vadeable, por un puente de piedra frontero á Saint-Pé y por otros dos situados mas abajo. No era tan factible tomar despues las alturas de intrincado acceso, y así trabóse combate muy reñido, en que al cabo ciando los contrarios vencieron los nuestros y se enseñorearon del campo. Situóse de resultas el mariscal Beresford á retaguardia de la derecha francesa, quedándose lo demas del ejército en los puntos que habia ganado antes, no queriendo arriesgarse á mas por causa de la noche que se acercaba.

Pero en ella temerosos los franceses de que el mariscal Beresford no se interpusiese entre San Juan de Luz y Bayona, evacuaron la primera de ambas ciudades y sus obras y defensas, y llevaron rumbo hácia la segunda por el camino real, rompiendo de antemano los puentes del Nivelle en su parte inferior; destrozo que retardó lograr el perseguimiento que meditaba sir Juan Hope, obligado este general á reparar el puente que une á Ciboure con San Juan de Luz, como indispensable para facilitar el paso de las tropas y los cañones. Tambien en aquel dia, que era el 11, adelantaron el centro y la derecha aliada, mas solo una legua, no permitiendo mayor progreso el cansancio y lo perdido y arruinado de los caminos. Niebla muy densa impidió el 12 moverse desde temprano, y no hubo necesidad ni apuro de verificarlo mas tarde, noticioso Lord Wellington de que en el intervalo el mariscal Soult se habia recogido á un campo atrincherado y fuerte, dispuesto de tiempo atras junto á Bayona para resguardo y sostenimiento de sus tropas en retirada. Logró asi el general inglés lo que apetecia, habiendo ganado la márgen derecha del Nivelle y los puestos y fortificaciones del enemigo, y arrojado tambien á este contra Bayona y sus rios.

Perdieron los aliados en estos combates unos 5,000 hombres en todo; más los franceses, dejando en poder de aquellos 51 cañones, 1,500 prisioneros y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Se detuvo Lord Wellington en Saint-Pé dos ó tres dias, y alber-

góse en casa del cura párroco, hombre de agudo ingenio y de autoridad en la tierra vasca, muy conocedor del mundo y sus tratos. Ocurrencia que recordamos como orígen de un suceso no desestimable en su giro y resultas. Fue el caso que complacido Lord Wellington con la buena acogida y grata conversacion del eclesiástico, conferenciaba con él en los ratos ociosos sobre el estado del pais, acabando un dia por preguntarle « qué pensaba acerca de la llegada á la « frontera de un príncipe de la casa de Borbon, y si creia que su « presencia atrajese á su bando muchos parciales. » Respondió el cura : « que los veinticinco años trascurridos desde la revolucion « de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio daban poca « esperanza de que la generacion nueva conservase memoria de « aquella estirpe. Pero (añadió) que nada se perdia en hacer la « prueba, siendo de ejecucion tan fácil. » Wellington, que probablemente revolvia ya en su pensamiento semejante plan, trató de ponerle por obra, alentado sobre todo con la reflexion última del eclesiástico, por lo que al efecto escribió á Inglaterra recomendando y apoyando la idea. No desagradó esta al gabinete de San James, consintiendo á poco en que diese la vela para España el duque de Angulema, primogénito del conde de Artois, á quien llamaban Monsieur, como hermano mayor del que ya entonces era tenido entre sus adictos por rey de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. Desembarcó en la costa de Guipúzcoa el de Angulema encubierto con el título de conde de Pradel, y acompañado del duque de Guiche y de los condes Étienne de Damas y D'Escars, yendo á buscarle de parte de Lord Wellington á San Sebastian el coronel Freemantle, de donde se trasladaron todos á San Juan de Luz, lugar á la sazon de los cuarteles ingleses.

Lord Wellington en Saint-Pe.

Cura de este pueblo.

Venida del duque de Angulema.

Allí le dejaremos por ahora, guardando para mas adelante el volver á anudar el hilo de la narracion de este hecho, que casi imperceptible en sus principios, agrandóse despues y se convirtió en mas abultado.

Habiendo entre tanto las lluvias y lo crudo de la estacion hinchado los rios y los arroyos y puesto intransitables los caminos, en particular los de travesía, aflojó Lord Wellington en sus operaciones, y haciendo mansion en San Juan de Luz, forzoso le fue, para evitar sorpresas ó repentinos ataques del ejército francés, mas temible por cuanto estaba mas reconcentrado, establecer una línea defensiva que empezando en la costa á espaldas de Biarritz se prolongaba por el camino real viniendo á parar al Nive enfrente de Arcangues y cerca de una quinta de Mr. Garat, famoso ministro de la justicia en tiempo de la convencion. Proseguia despues dicha línea lo largo de la izquierda de aquel rio por Arrauntz, Ustaritz, Larresore y Cambo, cuyo puente habian los contrarios inutilizado del todo.

Wellington en San Juan de Luz : su línea.

Disciplina y estado del ejército anglo-hispano-portugués.

Cada dia se esforzaba mas Wellington en mantener en sus tropas rígida disciplina, siempre receloso de que la continuacion de la guerra en pais enemigo no diese márgen á que se traspasasen los límites de la obediencia y buen órden, mayormente teniendo el ejército aliado que padecer privaciones y acerbas penalidades: no bastando á impedirlas los inmensos recursos de que disponia la Gran Bretaña, inciertas las arribadas por mar con lo invernizo de la estacion y lo bravo de aquellas orillas, y lentos y nada seguros los abastecimientos por tierra, que venian, á costa de muchos dineros y desembolsos, hasta del corazon y provincias lejanas de España, en donde el ganado lanar y vacuno llegó á tomar un valor excesivo, arrebatándole los comisarios ingleses á cualquiera precio de los campos y mercados. Si temores tenia Wellington respecto de sus soldados, mas le asaltaban en cuanto á los nuestros, escasos de todo, acampados al desabrigo ó bajo miserables barracones, comiendo corta ó escatimada racion, sin vestuario apenas algunos cuerpos, destruido el calzado de los mas ó roto, muchos los enfermos y desprovistos los hospitales aun de regular ó pasadera asistencia. Consecuencia necesaria, ya de los males que abrumaban á todos y procedian del mismo orígen, y ya de los que eran peculiares á los españoles, agotados sus haberes y caudales con la prolongada guerra y no ayudados por la administracion pública, nunca bien entendida en sus diversos ramos, y no mejorada ahora: dolencia añeja y como endémica del suelo peninsular, á los remedios muy rebelde y de curacion enfadosa y tarda.

Cierto que los nuestros sobrellevaban sus padecimientos con admirable resignacion, sin queja ni desman notables. Mas previendo Wellington cuán imposible se hacia durasen las cosas largo espacio en el mismo ser, resolvió tornasen los españoles al pais nativo por huir de futuros y temibles daños, y tambien por no necesitar entonces de su apoyo y auxilios, decidido á no llevar muy adelante la invasion comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del norte. Asi fue que Don Manuel Freire estableció su cuartel general en Irun, regresando á España las divisiones tercera, cuarta y sexta y la primera brigada de la quinta, todas del cuarto ejército, quedándose solo con los ingleses la de Don Pablo Morillo que era la primera. La segunda, séptima y octava, y la segunda brigada de la quinta continuaron donde estaban; á saber, guarneciendo á Pamplona y San Sebastian, y en los bloqueos de Santoña y Jaca; si bien la segunda division no tardó en acercarse al Nivelle. Poca caballería habia pasado antes á Francia, yéndose lo mas de ella en busca de subsistencias á Castilla, á donde igualmente fue destinada la sexta division del cargo de Don Francisco Longa. Permanecieron las demas en

Vuelven á España casi todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía.

las provincias fronterizas para acudir al primer llamamiento de Wellington y cubrir sus espaldas en caso de necesidad. Acantonóse en el valle de Bastan el ejército de reserva de Andalucía, alejándose despues hasta Puente la Reina y pueblos inmediatos.

Movimientos y combates en el Nive.

Aunque no tuviese Lord Wellington el proyecto de extender ahora sus incursiones, queria sin embargo, antes de hacer su última y mayor parada, cruzar el Nive y enseñorearse de parte de sus orillas. Empresa no fácil, apoyado el mariscal Soult en el fortalecido y atrincherado campo de Bayona, cuyos aproches cubrian los fuegos de aquella plaza, situada en donde el Adour y Nive se juntan en una madre: por lo cual hizo solo resolucion el general inglés de adelantar su derecha, conservando en la izquierda la misma línea, y limitando sus acometidas á apoderarse de los puntos que defendian los enemigos en el Nive superior, cuya posesion ofreciale mas desahogo para su gente y afianzaba sus estancias.

Para alcanzar su objeto empezó Wellington á moverse el 8 de diciembre, disponiendo que el 9 atravesase el Nive por Cambo sir R. Hill, sostenido en la maniobra por el mariscal Beresford, á cuya sexta division del mando del general Clinton tocó pasar aquel rio por Ustaritz. Ambas operaciones sucedieron bien, recogiéndose los enemigos á unos montes que corren paralelos al Adour, apoyada su derecha en Villefranche, de donde los arrojaron en breve los anglo-portugueses, obligándolos á retirarse mas lejos. Ayudó al buen éxito Don Pablo Morillo con la primera division española del cuarto ejército, quien pasó el mismo dia el Nive por los vados de la Isleta y Cavarre, y se enseñorcó del cerro de Urcuray y otros inmediatos en los que quisieron los franceses hacerse firmes.

Por su lado favorecieron los movimientos de la derecha aliada sir Juan Hope y el general baron Alten, arrollando el primero á los enemigos en Biarritz y Anglet, y distrayéndolos el segundo y causándoles daños por Bassussarry, á punto de tener que refugiarse en su campo la vuelta de Marrac, palacio ahora arruinado y teatro años antes de los escándalos referidos en su lugar.

Al siguiente dia 10 yendo sir R. Hill á proseguir sus operaciones, suspendiólas en vista de que sus contrarios se habian tambien recogido y metidose por aquel lado en su atrincherado y bien fortalecido campo; y ocupó la estancia que de antemano le habia señalado Lord Wellington, descansando la derecha de dicho cuerpo de Hill hácia el Adour, su izquierda en Villefranche, y parándose el centro en la calzada inmediata á Saint-Pierre. La division del general Morillo se apostó en Urcuray y una brigada de dragones ligeros británicos en Hasparren, destinadas ambas á observar y mantener en respeto al general Paris, quien al cruzar los aliados el Nive habíase corrido via de Saint-Palais.

Mas en la mañana del mismo dia 10 habia trocado ya de papel

el francés, convirtiéndose de acometido en acometedor. Para ello moviéronse todas sus tropas, menos las que guarnecian las obras colocadas delante del general Hill, y tomaron la vuelta de las estancias de la izquierda del ejército aliado y de las de la division ligera, arrollando los puestos avanzados y aun empezando á batir los sitios fortalecidos. Pero el baron Alten y sir Juan Hope repelieron todas las arremetidas y aun cogieron 500 prisioneros. Hacia propósito el enemigo, al intentar esta maniobra, de poner á la derecha inglesa en la necesidad de regresar á la izquierda del Nive, y quedarse él solo en la otra mas desembarazado para sus comunicaciones : lo cual no logró en grave perjuicio suyo.

Ni aun aquí paró su desgracia, porque concluida la refriega y ya anochecido, dos batallones alemanes, uno de Francfort y tres de Nassau Usingen, en número de 1,500 hombres, guiados por el coronel Krusse, bávaro de nacion y criado en Hanóver, pasaron á las banderas aliadas, si bien con la condicion honrosa de ser trasladados á su pais nativo, y de no hacer armas contra los que acababan de pelear á su lado y ser sus conmilitones. Fatal golpe y de nocivo ejemplo para los enemigos, causador de disturbios y desconfianza suma entre los soldados que eran franceses y los extrangeros á su servicio.

Renovaron los contrarios sus ataques en los dos dias inmediatos al 10 contra la izquierda inglesa, mas sin fruto, mostrando gallardía notable sir Juan Hope, y los oficiales de su estado mayor heridos todos ó contusos.

Entonces proyectó el mariscal Soult revolver el 13 del lado de la derecha de los anglo-portugueses, y efectuólo dando contra ella un furibundo y desapoderado acometimiento. Habíalo previsto Lord Wellington, y anticipóse á reforzar su línea por aquella parte con la sexta division británica. Dirigieron los enemigos su principal ataque por el camino real que va de Bayona á San Juan de Pie de Puerto, teniendo que resistir al impetuoso choque la brigada inglesa del general Barnes y la portuguesa del mando de Ashworth, sostenidas por la division tambien británica que regia Le-Cor; la cual recobró un puesto importante, avanzando esforzadamente por el lado izquierdo y hácia donde lidiaba, en frente de Villefranche, el general Pringle. Otro tanto sucedió por el derecho, enseñoreándose de una altura y sustentándola con mucho brio las brigadas británica y portuguesa que gobernaban respectivamente los generales Bying y Buchan. Hubo otros reencuentros y choques igualmente gloriosos á los aliados, cuyas sólidas y macizas huestes no le fue dado romper, ni siquiera descantillar al experto mariscal francés ni á sus arrojadas tropas.

En los cinco dias que duraron los diversos choques tuvo de baja el ejército combinado 5,029 hombres, casi la mitad portugueses, como que fueron quienes llevaron el principal peso de la refriega

en la última jornada, la mas mortífera y destructora. Perdieron los franceses sobre 6,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Estancias de los respectivos ejércitos.

Desesperanzado el mariscal Soult de lograr por entonces cosa alguna de entidad, levantó mano y cesó en sus empresas, á pesar de acaudillar todavía 50,000 infantes y 6,000 caballos. Acantonóse por tanto, manteniéndose sobre la defensiva, con su derecha en el campo atrincherado en rededor de Bayona, su centro á la diestra márgen del Adour, extendiéndose hasta Port-de-Laune en donde colocó su principal depósito, y su izquierda lo largo de la derecha del Bidouse desde su junta con el otro rio hasta Saint-Palais: cubrió varios pasos de la orilla derecha de ambas corrientes, y no descuidó las fortificaciones de San Juan de Pie de Puerto y de Navarreins, atrincherando tambien á Dax para almacen y abrigo de los auxilios y refuerzos que le llegaban de lo interior.

Conforme á lo que ya insinuamos, tampoco Wellington insistió en batallar, dejándolo para mas adelante, y afianzando solo y con mayor ahinco sus atrincheramientos. Púsose, si cabe, mas en vela respecto de la disciplina; pues internado en Francia, mal le hubiera venido que molestados y oprimidos los pueblos se hubiesen alterado y tomado parte en la guerra, lo que en verdad deseaba el mariscal Soult, procurando por eso que acudiese del ejército de Suchet al pais vasco el general Harispe, baigorriano y muy dispuesto para organizar cuerpos francos, segun tenia acreditado en las campañas de 1793 y 1794. No dejaron sus esfuerzos de incomodar á los aliados, atajándoles á veces los pasos por retaguardia, y conteniendo las tentativas de Don Francisco Espoz y Mina, que con parte de sus tropas asomaba por aquellos valles, con amagos de embestir la plaza de San Juan de Pie de Puerto, que, aunque pequeña, estaba bastante fortalecida ahora.

El general Harispe.

Sucesos en Cataluña.

De poca importancia represéntase lo ocurrido en Cataluña por este tiempo y hasta fines de 1813, parangonado con lo que hemos referido ya de la parte occidental de los Pirineos. Habia Napoleon elegido para coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y agregado al ejército de Aragon y Valencia el de Cataluña; lo cual en realidad no alteraba sustancialmente el estado de las cosas, debiendo por disposicion anterior juntarse todas aquellas fuerzas bajo la misma mano, siempre que se operase de un modo activo. Simplificóse sin embargo con la nueva medida la administracion, y se excusaron disputas y competencias. Retiróse á Francia Decaen que todavía gobernaba en Cataluña, cediendo á Suchet el puesto. Formaba este ejército asi reunido un total que pasaba de 32,000 soldados.

Pero disminuyóse poco despues su número en no menos que en 9,000 llamado en breve á Italia el general Severoli con su division

compuesta de 2,000 combatientes, desarmados de súbito en Barcelona por decreto de Napoleon 2,400 alemanes, y retirados á Francia los gendarmes y gente escogida, sin que se enviase tropa alguna para llenar los huecos.

Sus cargas.

Proseguia Cataluña abrumada bajo el peso de sus cargas y no interrumpidas pérdidas y estragos, en particular Barcelona, que, asiento de la dominacion francesa, sentia de mas cerca y á la continua el daño, habiendo sido como entregada al saco. Tuvieron sin embargo los franceses que traer frecuentemente auxilios de Francia para poder subsistir, agotada la provincia, y ofreciendo obstáculos á las exacciones la irreconciliable enemistad y profundo odio que abrigaban los catalanes constantemente en sus pechos contra la usurpacion extrangera; al paso que sobrellevaban con noble desprendimiento los sacrificios y desembolsos que pedia de su fidelidad é inalterable celo el gobierno legítimo. No menos de * 285,727,433 reales vellon compútase aprontó aquella provincia para el ejército nacional en los cinco años corridos desde 1809 hasta 1813, sin contar derramas y repartimientos que no ha sido dable se incluyan en la suma: exorbitante por cierto, si se atiende á lo que por su lado arrancaron de los pueblos los invasores, y al deterioro y merma que causaba en los productos y haberes aquella guerra tan devastadora y de conquista, mas sensibles y dolorosos en provincia de suyo tan industriosa y fabril como lo es la Cataluña.

(* Ap. n. 3.)

En cuanto á los reencuentros y combates que hubo en ella por este tiempo, apenas los hay que sean dignos de mencionarse. No dejaron sin embargo las tropas del primer ejército y los cuerpos francos y guerrillas á él agregados de molestar al enemigo y conseguir algunos trofeos por los meses de setiembre, octubre, noviembre y fines de año en Montalla, Sant Privat, Santa Eulalia, San Feliu de Codinas y otros lugares, regidos nuestros soldados por los entonces coroneles Valencia, Llauder, Manso y demas gefes ya conocidos y de nombre. Mandaba como antes este ejército Don Francisco Copons y Navia, teniendo por lo comun sus reales en Vique. Se mantenian los anglo-sicilianos en las mismas estancias; y solo en diciembre queriendo el mariscal Suchet sorprenderlos en Villafranca donde tenian sus cuarteles, retiráronse advertidos á tiempo, yendo la division española del general Sarsfield, que los acompañaba, camino de la izquierda, y ellos mas de dos leguas atras la vuelta de Arbós, para mejorar de puesto y reconcentrar todas sus fuerzas. Tornó Suchet burlado en sus esperanzas á las orillas del Llobregat y á la capital del principado, en cuya ciudad residia de ordinario ahora.

Valencia.

Por esta parte oriental de España tampoco levantaba mano el segundo ejército bajo la guia de Don Francisco Javier Elío en los bloqueos de las plazas y castillos que

se encomendaron á su cuidado, con la dicha de que se fuesen tomando algunos. Asi sucedió con el de Morella, que se entregó el 22 de octubre al ayudante de estado mayor Don Francisco del Rey, quedando prisioneros 100 hombres que le guarnecian con su comandante Boissomacs. Vinieron tambien el 6 de diciembre á partido otros tantos que defendian á Denia y mandaba el gefe de batallon Bin, quien pactó la rendicion con Don Diego Entrena, que dirigia el asedio.

Rindense á los españoles Morella y Denia.

Al mismo compas y de tan buena medida para España ibanse arreglando las cosas de Alemania y de todo el Setentrion. Alli comenzadas de nuevo las hostilidades y unida el Austria á la coalicion europea, segun dijimos, llovieron sobre la Francia infortunios y tremendas desdichas, siendo para sus ejércitos de mortal ruina é indecible fracaso la derrota que padecieron sus huestes en Leipsick durante los dias 16, 17, 18 y 19 de octubre, de cuyas resultas casi solo Napoleon y sin aliados repasó el Rin con los remanentes de sus destrozadas tropas, y regresó á Paris el 8 de noviembre, desgajándose asi, y una á una ó muchas á la vez, las ramas del excelso y robusto árbol de su poco antes encumbrada dominacion, cuyo tronco mismo iba luego á sentir los pesados golpes de dura, cortante y desapiadada hacha enemiga.

Sucesos en Alemania y norte de Europa.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

Viage á Madrid de la regencia y las córtes, y su llegada. — Abren las córtes allí sus sesiones. — Napoleon en Paris y sus medidas. — Declaracion de los aliados del Norte. — Entran en Francia. — Entabla Napoleon negociaciones con Fernando. — Su carta á este rey. — Conferencias de los príncipes en Valencey con el conde de Laforest. — Llegada á Valencey del duque de San Cárlos. — Tratado concluido en Valencey. — Viage de San Cárlos á España. — Envia Napoleon á Valencey á otros españoles. — Nuevas reflexiones. — Comisionados franceses enviados á España. — Llega San Cárlos á Madrid. — Disgusto que causa su llegada. — Viage tambien de Palafox á Madrid. — Contestacion de la regencia y sus cartas al rey. — Vuelven á Francia San Cárlos y Palafox. — Da cuenta á las córtes de este negocio la regencia del reino. — Se recibe con aplauso. — Manifiesto que debe acompañarle. — Cambio en la opinion, y reflexion sobre esto. — Ligas y manejos contra las nuevas reformas. — Extraño discurso del diputado Reina. — Alboroto que causa en las córtes y sus resultas. — Tratan algunos de mudar la regencia. — No lo consiguen; con otros incidentes. — Cierran las córtes ordinarias sus sesiones. — Las vuelven á abrir. — Reconocimiento del Austria y tratado con Prusia. — Sucesos militares. — Cataluña. — Se retira Suchet á Gerona. — Van-Halen. — Se pasa á los españoles; sus proyectos y ardides. — Tentativa contra Tortosa. — Frústrase esta. — Sale bien en Lérida, Mequinenza y Monzon. — Se cogen prisioneras las guarniciones. — Apuros, gestiones y movimientos de Suchet. — Rindese el castillo de Jaca. — Ataques contra Santoña y sus obras exteriores. — Tómanse algunas de estas. — Muerte de Barco. — Movimientos de Wellington. — Paso del Adour. — Se cerca del todo á Bayona. — Échase un puente sobre el Adour. — Avances de Wellington. — Batalla de Orthez, 27 de febrero. — Movimientos posteriores. — Intentos de los partidarios de la casa de Borbon. — Envia Wellington via de Burdeos á Beresford. — Se declara esta ciudad en favor de los Borbones. — Entran allí el 12 de marzo Beresford y el de Angulema. — Proclama de Soult. — Estado crítico de Napoleon y medidas que toma. — Sale de Paris. — Congreso de Chatillon. — Disuélvese. — Tratado de Chaumont. — Resultas de esto. — Suelta Napoleon á Fernando. — Precede Zayas al rey: su viage. — Sale el rey de Valencey. — Llega á Perpiñan. — Quédase allí el infante Don Cárlos. — Entra el rey en España. — Recibe Copons al rey en el Flaviá. — Entra el rey en Gerona. — Llega tambien allí el infante Don Cárlos. — Carta del rey á la regencia. — Monumento que decretan las córtes. — Dádiva del duque de Frias. — Trabajos y discusiones de las córtes. — Presupuestos. — Secretarías. — Dotacion de la casa real. — Impostor Audinot. — Acontecimientos militares. — Movimientos del 4º ejército español. — Auxilios que facilita Wellington. — Conducta del conde del Abisbal. — Pasa á Francia el 3er ejército español. — Sigue Wellington moviéndose. — Llega Soult á Tolosa. — Llegan los aliados enfrente de la ciudad. — Tentativas para pasar el Garona. — Le pasan los aliados. — Otros movimientos. — Tolosa y su estado de defensa. — Batalla de Tolosa. — Evacua Soult la ciudad. — Entran los aliados. — Son bien recibidos. — Acontecimientos y mudanzas en Paris. — Caida de Napoleon. — Otros sucesos militares. — En Burdeos. — En Bayona. — Santoña. — Cataluña. — La abandona Suchet. — Conducta de Soult y Suchet con motivo

de lo ocurrido en Paris. — Conclúyese un armisticio entre Wellington y los mariscales franceses. — Asuntos políticos. — Salen el rey y los infantes de Gerona. — Llegan á Tarragona y Reus. — Va el rey á Zaragoza. — Buen recibo en esta ciudad. — Junta en Daroca. — Entrada en Teruel. — Junta en Segorbe. — Entrada del rey en Valencia. — El general Elio. — Lo que sucedió con el cardenal de Borbon. — Sale Elio á recibir al rey. — Lo mismo el cardenal. — Representacion de los diputados llamados *Persas*. — Conducta de los liberales en las córtes. — Se trasladan estas á Doña María de Aragon. — Funcion fúnebre del 2 de mayo. — Lo que pasa en Valencia. — Se acerca Whittingham á Madrid. — Conducta del embajador inglés. — Sale el rey de Valencia. — Lo que ocurre en el camino. — Diputacion de las córtes para recibir al rey. — Otras ocurrencias. — Prision en Madrid de la regencia, ministros y muchos diputados. — Disolucion de las córtes por órden del rey. — Asonadas en Madrid. — Manifiesto ó decreto del 4 de mayo. — Autores y cooperarios de él. — Reflexiones. — Entrada del rey en Madrid. — Llegada de Lord Wellington á la capital. — Recompensas que este recibe en su patria. — Evacuacion de las plazas que aun conservaba el francés en España. — Tratado de paz y amistad con Francia. — Ministros de Fernando. — Política errada y reprehensible de estos. — Cuál hubiera convenido adoptar. — Conclusion de esta obra.

Viage á Madrid de la regencia y las cortes, y su llegada.

En medio de aclamaciones las mas vivas y sinceras y de solemnes y esplendidos recibimientos, atravesó la regencia del reino las ciudades, villas y lugares situados entre la isla de Leon y la capital de la monarquía. Habíase aquella puesto en camino el 19 de diciembre, viajando á cortas jornadas y haciendo algunos descansos para corresponder al agasajador anhelo de los naturales, por lo que no llegó á Madrid hasta el 5 de enero de 1814; en donde no fue menos bien acogida y celebrada que en los demas pueblos, alojándose en el real palacio. Los diputados á córtes, aunque por la índole de su cargo no iban juntos ni en cuerpo, tuvieron tambien parte en los obsequios y aplausos, ensanchados los corazones de los habitantes con la traslacion á Madrid del gobierno supremo: indicante, al entender de los mas, de la confianza que este tenia en que el enemigo no perturbaria ya con irrupciones nuevas la paz y sosiego de las provincias interiores del reino.

Abren las córtes allí sus sesiones.

Abrieron las córtes sus sesiones el 15 de enero, suspendidas antes en la isla de Leon, y nombraron por su presidente á Don Gerónimo Diez, diputado por Salamanca. El sitio en que se congregaron fue el teatro de los Caños del Peral, arruinado luego despues, y en cuyo terreno y plazuela, denominada del Oriente, constrúyese desde años hace otro nuevo con suntuoso salon para bailes y grandes fiestas.

No ofrecieron al principio particular interes los negocios que las córtes ventilaron en público, si alguno de los que trataron en secreto; pero del cual no será bien hablar antes de volver atras y referir, como necesario proemio, lo que por entonces habia ocurrido en Francia.

Napoleon en Paris y sus medidas.

Llegado que hubo Napoleon á Paris el 9 de noviembre de 1813, buscó con diligencia suma modo de aventar lejos el nublado que le amagaba. Alistamientos, conferencias, manejos, nada olvidó, todo lo puso por obra, aunque prefiriendo á los demas medios el de las armas, rehuyendo, en cuanto podia, de una pacificacion última y formal. Hiciéronle para ella los aliados desde Francfort proposiciones moderadas, atendiendo á los tiempos, segun las cuales concedianse á Francia por límites los Pirineos, los Alpes y el Rin, con tal que su gobierno abandonase y dejase libre la Alemania, la España y la Italia entera; pero Napoleon, esquivando dar una contestacion clara y explícita, procuraba solo ganar tiempo avivando impaciente la ejecucion de un decreto del senado que disponia se levantasen 300,000 hombres en los ámbitos del imperio.

Declaracion de los aliados del Norte.

Puestos los aliados en algun sobresalto con esta nueva y hóstil resolucion, y descontentos de la evasiva respuesta que el emperador francés habia dado á las proposiciones hechas, publicaron una declaracion fecha en Francfort el 1° de diciembre, por la que anunciaban al mundo no ser á la Francia á la que hacian guerra, sino á la preponderante superioridad que por desgracia suya y de la Europa habia ejercido Napoleon aun fuera de su mismo imperio, cuyos límites habian consentido los soberanos aliados en ensanchar, clavando las mojoneras mas allá de donde concluia el territorio de la antigua monarquía francesa; deseosos de labrar la felicidad de la nueva, y penetrados de cuán importante seria su conservacion y grandeza para el afianzamiento de todas las partes del edificio social europeo. A los discursos siguiéronse las obras; y resueltos los aliados del Norte á internarse en Francia con tres ejércitos y por tres puntos distintos,

Entran en Francia.

pisaron aquella tierra por primera vez, cruzando sus tropas el Rin al concluir el año de 1813 y comenzar el de 1814: las cuales correspondieron asi á las operaciones de los anglo-hispano-portugueses, que por el mediodía habian llevado ya la guerra anticipadamente hasta las orillas del Adour y el Nive.

Entabla Napoleon negociaciones con Fernando VII.

Diestro Napoleon en las artes del engaño y de enredadora política, figuróse ser tambien oportuno para enflaquecer á sus enemigos y sembrar entre ellos cizaña y fatal disension tener á hurtadillas y por medio de emisario seguro algun abocamiento con Fernando VII, á quien como antes guardaba cautivo en el palacio de Valencey.

No bien lo hubo pensado, cuando al efecto envió allá bajo el fingido nombre de Mr. Dubois al conde de Laforest, consejero de estado, sugeto práctico y de sus confianzas, quien desde luego y ya el 17 de noviembre de 1813 se presentó á Fernando y á los infantes Don Cárlos y Don Antonio, siendo su primer paso entregar al rey de parte de Napoleon una carta del tenor siguiente:

« Primo mio : Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados, y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes. Su carta á este rey.

« Deseo pues quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto y restablecer los vínculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones.

« Envio á V. A. R. (todavía no le trataba como á rey) al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de los sentimientos de amor y estimacion que le profeso.

« No teniendo mas fin esta carta ruego á Dios guarde á V. A., primo mio, muchos años. Saint-Cloud, 12 de noviembre de 1813.—Vuestro primo.—NAPOLEON *. » *(Ap. n. 1.)

Conferencias de los príncipes en Valencey con el conde de Laforest.

Siguióse á la lectura de esta carta, de la cual tomaron conocimiento el rey y los infantes con reserva y aparte, un largo discurso que de palabra pronunció el conde de Laforest, inculcando lo expresado en su mision con nuevas explicaciones, y tratando al rey Fernando, á imitacion de su amo, solo de príncipe y de alteza real. « El emperador, decia, que ha querido que me presente bajo « de un nombre supuesto para que esta negociacion sea secreta, « me ha enviado para decir á V. A. R. que queriendo componer las « desavenencias que habia entre padres é hijos, hizo cuanto pudo « en Bayona para efectuarlo ; pero que los ingleses lo han destruido « todo, introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, « cuyo suelo está talado y asolado, la religion destruida, el clero « perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra existencia que el « nombre, las colonias de América desmembradas y en insurreccion, y en fin todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que erigir la monarquía en república, y sin embargo, para engañar al pueblo, en todos los actos públicos « ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, que V. A. R. « no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este « tiempo ; pero no obstante se valen para todo del nombre de « V. A. R., pues no se oye de su boca mas que Fernando VII. « Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía, pues al « mismo tiempo que tienen las córtes en Cádiz y aparentan querer « un rey, sus deseos no son otros que el de *establecer una república*. « Este desórden ha conmovido al emperador, que me ha encargado « haga presente á V. A. R. este funesto estado, á fin de que se « sirva decirme los medios que le parezcan oportunos, ya para

« conciliar el interes respectivo de ambas naciones, ya para que « vuelva la *tranquilidad á un reino* acreedor á que le posea una « persona del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando pues « S. M. I. mi larga experiencia en los negocios (pues hace mas de « cuarenta años que sigo la carrera diplomática, y he estado en « todas las cortes), me ha honrado con esta comision, que espero « desempeñar á satisfaccion del emperador y de V. A. R., de- « seando que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses « llegasen por casualidad á saberla, no pararian hasta encontrar « medios de impedirla. . . . . « . . . . . »

Concluida la arenga respondió el rey : « Que un asunto tan serio « como aquel, y que le habia cogido tan de sorpresa, pedia mucha « reflexion y tiempo para contestarle, y que cuando « llegase este caso se lo haria avisar *. »

*(Ap. n. 2.)

No aguardó á tanto el desvivido emisario, sino que al dia siguiente pidió nueva audiencia. Reprodujéronse en ella por ambas partes las mismas razones y pláticas, hasta que Laforest terminó por decir al rey : « Que si aceptaba la corona de España que el « emperador queria volverle, era menester que se concertase con « él sobre los medios de arrojar á los ingleses de ella. » Contestó Fernando y apoyáronle su hermano y tio : « Que de nada podia « tratar hallándose en las circunstancias en que estaba en Valen- « cey, y que ademas no podia dar ningun paso sin el consenti- « miento de la nacion representada por la regencia. » Hubo sucesivamente de una y otra parte nuevas vistas, observaciones y réplicas, variando de tema en uno de los casos Mr. de Laforest, para quien ya no era república lo que querian introducir los ingleses en España, sino otra estirpe real en union con los portugueses, cual era la de Braganza. Tan mudable y poco seguro mostrábase el francés en sus alegaciones y propósitos. En fin un dia exigió del rey que le dijera, si al volver á España seria amigo ó enemigo del emperador. Contestó S. M. : « Estimo mucho al emperador ; pero « nunca haré cosa que sea en contra de mi nacion y de su felicidad ; « y por último declaro á V. que sobre este punto nadie en este « mundo me hará mudar de dictámen. Si el emperador quiere que « yo vuelva á España, trate con la regencia, y despues de haber « tratado, y habérmelo hecho constar, lo firmaré ; pero para esto « es preciso que vengan aqui diputados de ella, y me enteren de « todo. Dígaselo V. asi al emperador, y añádale que esto es lo que « me dicta mi conciencia. » Firme y noble respuesta si asi fue dada, propia de quien ceñia la diadema de antiguos, gloriosos y dilatados reinos.

Viniendo á cabo la negociacion puso S. M. en manos de Mr. de Laforest una carta en contestacion á la del emperador concebida en estos términos :

« Señor : El conde de Laforest me ha entregado la carta que « V. M. I. me ha hecho la honra de escribirme fecha 12 del cor- « riente; é igualmente estoy muy reconocido á la honra que « V. M. I. me hace de querer tratar conmigo para obtener el fin « que desea de poner un término á los negocios de España.

« V. M. I. dice en su carta *que la Inglaterra fomenta en ella la « anarquía, el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía espa- « ñola. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una « nacion tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intere- « ses marítimos comunes. Deseo pues quitar* (prosigue V. M.) *á la « influencia inglesa cualquiera pretexto, y restablecer los vínculos « de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre « las dos naciones.* A estas proposiciones, señor, respondo lo « mismo que á las que me ha hecho de palabra de parte de V. M. « I. y R. el señor conde de Laforest; que yo estoy siempre bajo « la proteccion de V. M. I., y que siempre le profeso el mismo « amor y respeto de lo que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no « puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nacion es- « pañola, y por consiguiente de la junta. V. M. I. me ha traido á « Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, « puede V. M. hacerlo, pues tiene medios para tratar con la junta « que yo no tengo; ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar con- « migo, y no teniendo yo aqui en Francia ninguno de mi con- « fianza, necesito que vengan aqui con anuencia de V. M. dipu- « tados de la junta para enterarme de los negocios de España, » (S. M. tenia idea muy confusa de ellos, segun se ve por el modo como habla, no estando informado sino por el vicioso conducto de los diarios censurados del imperio) « ver los medios (prosigue la « carta) de hacerla verdaderamente feliz, y para que sea válido en « España todo lo que yo trate con V. M. I. y R.

« Si la política de V. M. y las circunstancias actuales de su im- « perio no le permiten conformarse con estas condiciones, enton- « ces quedaré quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pa- « sado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida « si Dios lo dispone asi.

« Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M.; pero mi « conciencia me obliga á ello. Tanto interes tengo por los ingleses « como por los franceses; pero sin embargo debo preferir á todo « los intereses y felicidad de mi nacion. Espero que V. M. I. y R. « no verá en esto mismo mas que una nueva prueba de mi ingenua « sinceridad y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese « yo algo á V. M. y que despues estuviese obligado á hacer todo « lo contrario, ¿ qué pensaria V. M. de mí? Diria que era un in- « constante y se burlaria de mí, y ademas me deshonraria para « con toda la Europa.

« Estoy muy satisfecho, señor, del conde de Laforest, que ha

« manifestado mucho celo y ahinco por los intereses de V. M., y « que ha tenido muchas consideraciones para conmigo.

« Mi hermano y mi tio me encargan los ponga á la disposicion « de V. M. I. y R.

« Pido, señor, á Dios conserve á V. M. muchos años. — Valencey, 21 de noviembre de 1813. — FERNANDO *. »

(*Ap. n. 3.)

La imparcialidad histórica nos ha impuesto la obligacion de sacar estos hechos de la obra que, al volver á España, publicó Don Juan Escoiquiz, bajo el título de * *Idea sencilla*, etc., cuyo relato en el asunto da este á entender haberle tomado de las apuntaciones que de su puño extendiera en Valencey Fernando mismo. Nada tenemos que oponer á semejante aseveracion, y menos á una autoridad de esfera tan elevada. Mas con todo, atendiendo á la anterior conducta, vacilante, débil y aun sumisa de los príncipes cautivos en Francia y á los acontecimientos que luego sobrevinieron, como tambien á una singular ocurrencia de que se hablará despues, pudiera el lector sensato y desapasionado suspender el juicio sobre la veracidad en sus diversas partes de la narracion citada, y aun inclinarse á creer que hubo olvidos en ella, ó algunas variantes entre lo que S. M. escribió y el extracto ó copia que hizo D. Juan Escoiquiz.

(*Ap. n. 4)

Sea de ello lo que fuere, peregrinas por cierto aparecen no poco las expresiones de sentimiento y pesar que vertió Mr. de Laforest por la suerte deplorable de España, como si no fuera su amo el principal autor; y aun mas las noticias y avisos que dió acerca de las maquinaciones ó intentos del gabinete británico: pues pintar á este afanándose por introducir en España una república, ó por mudar la dinastía sustituyendo á la antigua la de Braganza, invencion es que traspasa los límites de la imaginacion mas desvariada ó que se hunde en las cavilosidades de grosera vulgaridad. ¿Cómo ni siquiera pensar que los sucesores de Pitt y de sus máximas tratasen de fundar una república, y una república en España? ¿Cómo, que les pluguiese unir aquella corona y la de Portugal, y unirlas bajo la rama de Braganza, enlazada con la de Borbon? Ah! Menester fue gran desmemoramiento de cosas pasadas y presentes, y confianza suma en la ignorancia é impericia de los príncipes españoles, para producir en apoyo de la política de Napoleon argumentos tales, y tan falsas y ladeadas razones, expuestas con tanta desmaña. Asombra en verdad, mayormente viniendo la idea y su manifestacion de un soberano diestro al par que astuto, y de un estadista envejecido en los negocios, ambos de una nacion en donde *, al decir ya del gran duque de Alba, *son tan grandes maestros en colorar cosas mal hechas.*

(*Ap. n. 5.)

Llegada á Valencey del duque de San Carlos.

Prosigamos en nuestra relacion. No desistiendo el emperador francés de su propósito á pesar de la respuesta que parece le dió el rey Fernando, repitió sus

instancias y continuó la negociacion entablada, al llegar á Valencey el duque de San Cárlos, traido allí de su órden de Lons-le-Saulnier, en donde le tenia confinado cosa habia de cinco años. Renováronse entonces las conferencias á que asistieron S. M. y AA., Laforest y San Cárlos, acordándose unánimemente entre ellos, que los dos últimos, autorizados competentemente con plenos poderes de sus respectivos soberanos, hiciesen y firmasen un tratado concebido en términos ventajosos para España, si bien no debia considerarse este concluido hasta que llevado á Madrid por el duque, fuese ratificado por la regencia y tambien por el rey cuando, restituido al trono, estuviese en el goce de verdadera y plena libertad.

Vase por aqui viendo de qué modo empezaba Fernando á ceder en su repugnancia de meterse en tratos con Napoleon antes de averiguar cuáles fuesen los deseos del gobierno legítimo establecido en España; ora que en realidad no se hubiese mostrado nunca tan opuesto como nos lo encarece Escoiquiz, ora que torciesen aquel buen ánimo los consejeros españoles que iban llegando á Valencey fieles á su persona, pero bastante desacertados en sus miras y rumbos políticos.

Tratado concluido en Valencey.

No tardaron en estar conformes los plenipotenciarios Laforest y San Cárlos, estipulando el 8 de diciembre un tratado cuyo tenor era en sustancia: « 1° Reconocer el emperador de los franceses á Fernando y sus « sucesores por reyes de España y de las Indias, segun el dere- « cho hereditario establecido de antiguo en la monarquía, cuya « integridad manteníase tal como estaba antes de comenzarse la « actual guerra; con la obligacion por parte del emperador de « restituir las provincias y plazas que ocupasen aun los franceses, « y con la misma por la de Fernando respecto del ejército britá- « nico, el cual debia evacuar el territorio español al propio tiempo « que sus contrarios; 2° conservar recíprocamente ambos sobe- « ranos (Napoleon y Fernando) la independencia de los derechos « marítimos conforme se habia estipulado en el tratado de Utrecht, « y continuádose hasta el año de 1792; 3° reintegrar á todos los « españoles del partido de José en el goce de sus derechos, hono- « res y prerogativas, no menos que en la posesion de sus bienes, « concediendo un plazo de diez años á los que quisieran vender- « los para residir fuera de España; 4° obligarse Fernando á pa- « gar á sus augustos padres el rey Cárlos y la reina su esposa « (quienes en busca de region mas templada se habian trasla- « dado de su anterior residencia á Marsella, como despues á « Roma) treinta millones de reales al año y ocho á la última en « caso de quedar viuda; y 5° convenirse las partes contratantes « en ajustar un tratado de comercio entre ambas naciones, subsis- « tiendo hasta que esto se verificase las relaciones comerciales

« en el mismo pie en que estaban antes de la guerra
(* Ap. n. 6.) « de 1792 *. »

Viage de San Cárlos á España.

Confióse al duque de San Cárlos el encargo de llevar este tratado á España con * carta del rey para la regencia, que sirviese de credencial, y una instruccion ostensible que escudase á Fernando cerca del gobierno francés. Exigíase del de Madrid en el primer documento la ratificacion del tratado: pensamos que lo mismo en el segundo, bien que nada nos asegura sobre esto Escoiquiz; y solo sí que S. M. hizo de palabra á San Cárlos las advertencias siguientes:

(* Ap. n. 7.)

« 1ª Que en caso de que la regencia y las córtes fuesen leales al « rey y no infieles é inclinadas al jacobinismo, *como ya S. M. sos-* « *pechaba*, se les dijese era su real intencion que se ratificase el « tratado, con tal que lo consintiesen las relaciones entre España « y las potencias ligadas contra la Francia, y no de otra manera; « 2ª que si la regencia, libre de compromisos, le ratificase, podia « verificarlo temporalmente entendiéndose con la Inglaterra, re- « suelto S. M. á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta « á España por los males que traeria á su pueblo semejante con- « firmacion; y 3ª que si dominaba en la regencia y en las córtes « *el espíritu jacobino*, nada dijese el duque y se contentase con « insistir buenamente en la ratificacion, reservándose S. M., luego
(* Ap. n. 8.) « que se viese libre, el continuar ó no la guerra segun « lo requiriese el interes ó la buena fe de la nacion *. »

Despues de esto partió el de San Cárlos de Valencey el 11 de diciembre, bajo el falso nombre de Ducos para ocultar mas bien su viage, é impedir hasta el trasluz del objeto de la comision. En su ausencia quedó encargado de continuar tratando con el conde de Laforest Don Pedro Macanaz, traido tambien allí algunos dias antes por órden del emperador, lo mismo que los generales Don José Zayas y Don José de Palafox encerrados en Vincennes, no habiéndose Napoleon olvidado tampoco en su llamamiento de Don Juan Escoiquiz; quien el 14 de diciembre llegó de Bourges en donde le tenian confinado, y al instante tomó parte por disposicion de Fernando en las conferencias de Macanaz y Laforest, sin que por eso mejorasen los asuntos de semblante, ni él adquiriese mayor fama de la que ya gozaba y habíale cabido como estadista y negociador en los sucesos de Madrid y Bayona.

Envia Napoleon á Valencey á otros españoles.

Nuevas reflexiones.

Apesárase el alma al contemplar, y desgracia es de España, que los mismos hombres (no se alude en este caso á Palafox ni á Zayas) que por sus errados consejos habian influido poderosamente en meter á la nacion y al rey en un mar de desdichas sin suelo apenas ni cabo, volviesen á salir al teatro político para representar papeles parecidos á los de antes, trabajando por extremarse en idénticos desvíos de discernimiento y buen juicio.

Porque en efecto si examinamos con atencion el tratado de Valencey, cuya letra no ha podido alterarse, patente se hace permanecian aun vivas las inclinaciones de Bayona entre los cortesanos que asistieron alli en 1808: pues en el contexto del referido tratado ni siquiera se nombra al gobierno nacional, que durante la ausencia del rey, habia agarrado con gloria y dichosa estrella el timon de los negocios públicos, ni tampoco se hace mencion de los aliados, acordándose solo de los ingleses para repelerlos fuera del territorio español á manera de enemigos. Y si del tratado pasamos á las instrucciones que de palabra se comunicaron á San Cárlos, y cuenta Escoiquiz, ¿habrá nadie que no las gradue de mal sonantes, falaces é impropias de la dignidad real? En ellas queriendo por una parte engañar á Napoleon mismo y faltarle á lo pactado, suscítanse por la otra recelos contra la regencia y las córtes, y aun se sospecha de su lealtad, *anunciando* en su escrito Don Juan Escoiquiz, que sin las precauciones adoptadas « hubiera podido llegar « por la infidelidad de la regencia la noticia de las intenciones del « rey al gobierno francés y echarlo todo á per- (* Ap. n. 9.)
« der *. » Enhorabuena desagradasen al tal autor y á los suyos las opiniones de las córtes y sus providencias en materia de reformas, aunque no las conociese bien; pero tildar á sus individuos del modo que lo hicieron, y aun creer que la regencia fuese capaz de descubrir á Napoleon un secreto del rey, como en su folleto estampa osadamente el Don Juan, cosa es que alborota el ánimo y provocará á ira al español mas pacífico y templado, siempre que sea amante de la verdad y de la justicia. Qué! ¿Hombres integros y de incontrastable firmeza en tiempos procelosos y desesperados mudaríanse de repente y ahora, cuando iba á entrarse en otros serenos y bonancibles? No, ni imaginado lo hubieran antes ni despues, ni entonces, aun dado caso que hubiese ya zumbado en sus oidos el ruido de los grillos y cadenas que preparaban para ellos y la patria, en recompensa de tribulaciones pasadas y grandes servicios, los de Valencey y secuaces.

Que fuese el encubierto deseo de los consejeros de Fernando rehuir de otras alianzas y estrechar la del emperador francés, ya por miedo, ya por la ciega admiracion que aun conservaban á su persona, colígese del tratado referido que no consiente interpretaciones ni posteriores variantes, y de la conducta que todos ellos tuvieron é iremos observando hasta la final caida de Bonaparte; no siendo de menospreciar tampoco en comprobacion una ocurrencia que arriba apuntamos, y es oportuno contar aqui.

Comisionados franceses enviados a España.

Por el mismo tiempo en que andaban los tratos de Valencey, vinieron á España unos comisionados franceses, que bajo de cuerda dirigia y manejaba desde su pais un tal Mr. Tassin, sugeto inquieto muy entremetido y de secretos amaños. Traian aquellos encargo de introducir desconfianza

respecto de los ingleses, y trabajar ahincadamente para que estos saliesen de España. Dos eran los principales comisionados revestidos de poderes y con autorizacion competente. Presentóse uno de ellos al general Mina, y esquivó el otro encontrarse hácia Irun con Lord Wellington y Don Manuel Freire, encaminando sus pasos á Bilbao, en donde se abocó con un cierto Echevarría, amigo y corresponsal de los de Valencey desde los sucesos de Bayona, á quien de intendente vimos convertido en guerrillero allá en Alcañices. Mezcláronse con los expresados emisarios algunos otros, entre los cuales merece mentarse un Mr. Magdeleine, hombre muy gordo y de aparente buen natural, del que se sirvió para engañar á Don Miguel de Alava y á Lord Wellington á punto de sacarles dinero y recomendaciones. El comisionado ó agente que se avistó con Mina, de nombre Mr. Duclerc, descubrióse á este y le manifestó el objeto de su comision, entregándole diversos papeles. Informada de todo la regencia del reino y cierta de lo avieso y torcido de la trama urdida, dispuso proceder contra los ejecutores de ella, y ordenó en consecuencia la prision de varios sugetos, señaladamente la del que hemos dicho haberse enderezado á Bilbao, de cuya persona, ya de vuelta, se apoderó dentro del territorio francés Don Miguel de Alava, en virtud de órden superior y por medio del comisario de policía Mr. Latour. Trataba la regencia de que se castigase ejemplarmente á semejantes enredadores, cuando tuvo que detenerse, sabedora de que entre los documentos habia algunos que aparecian firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Suspendiéronse de resultas las diligencias judiciales, y procuróse dar tregnas al asunto y aun echarle tierra. No faltó quien entonces pensase y fundadamente que todo ello habia sido pura fragua y falsificacion * de Don Juan Amézaga, hombre mal reputado é instrumento secreto del gobierno francés; pero mudaron de dictámen, ó quedaron perplejos al averiguar que los arrestados recobraron su libertad al tornar Fernando á España, y que recibieron en 1815 * una suma considerable á trueque de que entregasen papeles al parecer importantes que todavía conservaban en su poder, y con cuya publicacion amenazaban al rey Fernando soberbia y desacatadamente.

(* Ap. n. 10.)

(* Ap. n. 11.)

Llega San Cárlos á Madrid.

Mientras tanto el duque de San Cárlos iba acercándose á Madrid, si bien no llegó á aquella capital hasta el 4 de enero, impidiéndole las circunstancias verificarlo con mayor presteza. Tambien se dilató el despacho del negocio que le traia, por hallarse á la propia sazon todavía de viage la regencia y las córtes, y tardar estas algunos dias en instalarse; con lo que se dió lugar á muchas hablillas, y á que se pusiese la opinion muy hosca y embravecida contra el de San Cárlos, recordando lo de Bayona; y saltando á veces la valla de lo

Disgusto que causa su llegada.

lícito los dichos y alusiones ofensivas que insertaban los periódicos y se repetian en fiestas teatrales y en jácaras que entonaban y esparcian los ociosos por calles y plazas.

Viage tambien de Palafox á Madrid.

En Valencey impacientes cada vez mas los que allí quedaron, y temerosos de que el duque de San Cárlos enfermase ó tuviese tropiezos en el camino, idearon enviar con igual comision á Don José de Palafox, cuyo nombre era mas popular en conmemoracion de Zaragoza, y por tanto menos expuesto á excitar enojo dentro de España, y causar quebrantos y detenciones. Púsose asi el Don José en camino, trayendo los mismos papeles que el que le habia precedido, acompañados de otra instruccion * comprensiva de varios puntos relativos al cumplimiento del tratado, y una nueva carta ó credencial para la regencia, con expresiones ademas, segun parece, halagüeñas y de agradecimiento, si bien verbales, dirigidas al embajador de Inglaterra. Partió Palafox de Valencey el 24 del propio diciembre bajo el nombre de Mr. Taysier, y llegó á Madrid en el mes inmediato, dias despues que San Cárlos.

(* Ap. n. 12.)

Contestacion de la regencia y sus cartas al rey.

Enterada la regencia de la comision del último ya á su paso por Aranjuez, ni un momento vaciló en lo que debia contestar. Teníale la ley trazado el sendero, habiendo declarado las córtes extraordinarias á la unanimidad por su decreto de 1° de enero de 1811, conforme en su lugar dijimos, « que no reconocerian, y antes bien tendrian por nulo y de ningun « valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio, ó transaccion de « cualquiera clase ó naturaleza.... otorgados por el rey mientras « permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que « se hallaba.... pues jamas le consideraria libre la nacion, ni le « prestaria obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el « seno del congreso nacional.... ó del gobierno formado por las « córtes. » Remitió pues la regencia copia auténtica á S. M. de este decreto con una carta del tenor siguiente: « Señor: La regencia de « las Españas nombrada por las córtes generales y extraordinarias « de la nacion ha recibido con el mayor respeto la carta que V. M. « se ha servido dirigirle por el conducto del duque de San Cárlos, « asi como el tratado de paz y demas documentos de que el mismo « duque ha venido encargado.

« La regencia no puede expresar á V. M. debidamente el con- « suelo y júbilo que le ha causado el ver la firma de V. M., y quedar « por ella asegurada de la buena salud que goza en compañía de « sus muy amados hermano y tio los señores infantes Don Cárlos « y Don Antonio, asi como de los nobles sentimientos de V. M. « por su amada España.

« La regencia todavía puede expresar mucho menos cuáles son « los del leal y magnánimo pueblo que lo juró por su rey, ni los « sacrificios que ha hecho, hace y hará hasta verlo colocado en el

« trono de amor y de justicia que le tiene preparado; y se contenta « con manifestar á V. M. que es el amado y deseado de toda la « nacion.

« La regencia que en nombre de V. M. gobierna á la España se « ve en la precision de poner en noticia de V. M. el decreto que « las córtes generales y extraordinarias expidieron el dia 1º de « enero del año de 1811, de que acompaña la adjunta copia.

« La regencia al trasmitir á V. M. este decreto soberano se ex- « cusa de hacer la mas mínima observacion acerca del tratado de « paz; y sí asegura á V. M. que en él halla la prueba mas auténtica « de que no han sido infructuosos los sacrificios que el pueblo « español ha hecho por recobrar la real persona de V. M., y se « congratula con V. M. de ver ya muy próximo el dia en que lo- « grará la inexplicable dicha de entregar á V. M. la autoridad « real, que conserva á V. M. en fiel depósito, mientras dura el « cautiverio de V. M. Dios conserve á V. M. muchos años para bien « de la monarquía. — Madrid, 8 de enero de 1814. — Señor. — « A. L. R. P. de V. M. — Luis de Borbon, cardenal de Escala, « arzobispo de Toledo, presidente. — José Luyando, ministro de « estado. »

Casi en los mismos términos y con fecha de 28 del propio mes respondió tambien la regencia á la nueva carta que le dirigió el rey por conducto de Don José de Palafox, recordando solo que á S. M. se debia « el restablecimiento, desde su cautiverio, de las « córtes, haciendo libre á su pueblo, y ahuyentando del trono de « la España el monstruo feroz del despotismo. » Aludia esta indicacion al decreto que diera el rey en 1808 muy á las calladas en Bayona para convocar las córtes, trayéndole sin duda á la memoria la regencia por recelarse ya del rumbo que querian algunos siguiera S. M. al volver á España. Anunciábase tambien en la misma carta, haber el gobierno « nombrado embajador extraordinario « para concurrir á un congreso en que las potencias beligerantes « y aliadas iban á dar la paz á la Europa. »

Vuelven á Francia San Cárlos y Palafox.

Sucesivamente tornaron á Francia, siendo portadores de las respuestas, el duque de San Cárlos y Don José de Palafox, no muy satisfechos uno ni otro, y algo despechado el primero por los desaires que habia recibido y los insultos á que se viera expuesto.

Da cuenta á las córtes de este negocio la regencia del reino.

Comunicó la regencia á las córtes todo el negocio, como de suma gravedad, inquiriendo ademas de ellas lo que convendria practicar, en caso de que Napoleon, prescindiendo de su propuesto tratado, soltase al rey, segun ya se susurraba, con ánimo de descartar á España cuanto antes de la alianza europea, é introducir entre nosotros discordias y desazones nuevas. Primero que se satisficiese á cuestion tan ardua, decidieron las córtes oir acerca de la misma al consejo de estado,

cuya corporacion, sin titubear en nada, fue de dictámen de « que « no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta « que hubiese jurado la constitucion en el seno del congreso, y de « que se nombrase una diputacion que al entrar S. M. libre en « España le presentase la nueva ley fundamental, y le enterase del « estado del pais y de sus sacrificios y muchos padecimientos: » con otras advertencias respecto de los españoles comprometidos con José, algo rigurosas y de temple áspero como el ambiente que corria.

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la regencia, deliberaron en secreto las córtes sobre el asunto; y bastante unidos sus vocales convinieron en dar un decreto que se publicó con fecha 2 de febrero, por el cual se declaraba que « conforme á lo « decidido por las córtes generales y extraordinarias en 1° de « enero de 1811, no se reconoceria por libre al rey, ni por lo tanto « se le prestaria obediencia hasta que en el seno del congreso na- « cional prestase el juramento que se exigia en el artículo 173 de « la constitucion: que al acercarse S. M. á España los generales de « los ejércitos que ocupasen las provincias fronterizas pusiesen « en noticia de la regencia, la que debia trasladarla á las córtes, « cuantas hubiesen adquirido acerca de la venida del rey y de su « acompañamiento, con las demas circunstancias que pudiesen ave- « riguar: que la regencia diese á los generales las instrucciones y « órdenes necesarias á fin de que, al llegar el rey á la frontera, « recibióse copia de este decreto del 2 de febrero y una carta de « la regencia con la solemnidad debida, enterándole del estado de « la nacion y de las resoluciones tomadas por las córtes para ase- « gurar la independencia nacional y la libertad del monarca: que « no se permitiese entrar con el rey ninguna fuerza armada, y que « en caso que esta intentase penetrar por nuestras fronteras ó las « líneas de nuestros ejércitos, fuese rechazada conforme á las « leyes de la guerra: que si la fuerza armada que acompañare al « rey fuere de españoles, los generales en gefe observasen las « instrucciones que tuviesen del gobierno, dirigidas á conciliar el « alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de pri- « sioneros con el órden y seguridad del estado: que el general « del ejército que tuviese el honor de recibir al rey, le diese de su « mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y « honores debidos á su real persona: que no se permitiese á nin- « gun extrangero acompañar al rey, ni tampoco en manera alguna « á los españoles que hubiesen obtenido de Napoleon ó de José « empleo, pension ó condecoracion de cualquiera clase que fuese, « ó hubiesen seguido á los franceses en su retirada. Confiábase al « celo de la regencia el señalar la ruta que habia de seguir S. M. « hasta llegar á la capital, y se autorizaba á su presidente, para « que, en constando la entrada del rey en territorio español, sa-

« liese á recibirle hasta encontrarle y acompañarle á la capital con « la correspondiente comitiva; presentando á S. M. un ejemplar « de la constitucion, á fin de que bien instruido pudiese prestar « con cabal deliberacion y libertad cumplida el juramento que di- « cha constitucion prescribia, cuya formalidad habíase de llenar « yendo el rey en derechura al salon de córtes, y pasando « despues acto continuo á palacio para recibir de manos de la « regencia el gobierno de la monarquía, todo lo cual debian las « córtes anunciarlo á la nacion por medio de un « decreto *. »

(* Ap. n. 43.)

Se recibe con aplauso.

El actual ensalzáronle entonces los mas, y le aplaudieron vivamente los aliados, calificándole de prudente y muy oportuno. Aprobáronse sus artículos y la totalidad en sesion secreta, por una mayoría muy crecida, sentándose y levantándose, y no por votacion nominal; habiéndole desechado solo diez ó doce diputados. Firmaron el acta para mas cumplida solemnidad todos los que de ellos estuvieron presentes, proponiendo en la sesion del 3 el diputado Sanchez y decidiendo en la del 8 las córtes que se publicase y circulase, juntamente con el decreto del 2 y demas documentos en el negocio, un manifiesto en que se especificasen los fundamentos de la determinacion tomada. Hízose asi, leido que fue este y aprobado en el dia 19 de febrero, distinguiéndose por su lenguaje elevado y bien sentido, como produccion elocuente de Don Francisco Martinez de la Rosa.

Manifiesto que debe acompañarle.

Cambio en la opinion y reflexion sobre esto.

Al caer Napoleon y las córtes, sucedieron á las alabanzas prodigadas al decreto agrias censuras, y hubo muchos que le tacharon de nimio y aun depresivo de la autoridad real. Tuvieran en ello razon tratándose de tiempos ordinarios, no de revueltos y de tempestad y ventisca como los que entonces corrian y se oteaban; en arma todavía los gobiernos y los pueblos contra el dominador de Francia, quien, no abatido del todo, esforzábase por mantenerse firme y aun por empinarse de nuevo con no menos presuncion que astucia.

Cierto que hubiera valido mas no poner tantas trabas al viage del rey, ni tanto retardo en la reintegracion de su autoridad; prefiriendo á minuciosas precauciones otras de seguro y feliz éxito, y de viso no tan desapacible; procurando sobre todo rodear á Fernando desde su entrada en España de varones de buen consejo y tino, que atajasen en su orígen cualquiera derivacion que tirase á formar en el curso de los negocios públicos extravasado y peligroso caz.

Ligas y manejos contra las nuevas reformas.

Los contados vocales que desaprobaron en las córtes el decreto del 2 de febrero no lo hicieron por ser partidarios ó fautores de la usurpacion extrangera, sino antes bien porque mirando ya á esta como colgadiza y próxima á desprenderse y dar en el suelo, vagueaban su

pensamiento, siendo enemigos de toda mudanza, sobre el modo mas conveniente de destruir las nuevas reformas y reponer las cosas en el estado que tenian en España de muy antiguo. En Sevilla, Córdoba, Madrid y otros lugares, en donde, meses pasados, permanecieran ociosos ellos y varios de sus compañeros, no pudiendo á causa de la fiebre amarilla trasladarse á la isla de Leon, habian menudeado las juntas y las conferencias enderezadas todas á la buena salida del indicado objeto; andando en ellas el conde del Abisbal, con licencia á la sazon en Córdoba, quien desde entonces *llevó secretas inteligencias con Don Bernardo Mozo Rosales*, Don Antonio Gomez Calderon y otros diputados, principales gefes del partido antireformador.

El recelo aun de franceses, impensados embarazos, y la falta de un apoyo efectivo y bien sólido, lejano y no seguro Abisbal de su ejército, impidieron entonces tomase cuerpo el plan proyectado, y bastantes vocales de los mismos que en él entraban no dejaron de coadyuvar con su voto á la aprobacion del decreto de 2 de febrero; predominando entre ellos la idea de que Napoleon, no derrocado todavía del trono, podria influir malamente en el rey y en sus inadvertidos é ilusos consejeros.

Pero firmes en llevar adelante su propósito, removido que fuese aquel obstáculo, abocáronse varios diputados y otros sugetos con el duque de San Cárlos, procurando grangearle la voluntad para que indujese al rey á favorecer semejantes manejos. Aunque oculto el fuego, columbrábanse de cuando en cuando llamaradas que le descubrian, siendo en ello parte la vanagloriosa indiscrecion, ó algunos aventurados pasos de echadizos poco diestros.

Extraño discurso del diputado Reina.

En este caso podemos decir estuvo Don Juan Lopez Reina, diputado por Sevilla, quien en la sesion del 5 de febrero causó en las córtes inaudito escándalo, levantándose á hablar despues de admitida á discusion en aquel dia la propuesta del manifiesto arriba indicado, y diciendo sin preámbulos y desarrebozadamente: « Cuando nació el señor Don Fer- « nando VII, nació con un derecho á la absoluta soberanía de la « nacion española; cuando por abdicacion del señor Don Cárlos IV « obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de « rey y señor.... » Al oir estas palabras, gritos y clamores salieron contra el orador de todas partes, llamándole al órden. Pero no contenido por eso, ni reportado, exclamó el señor Reina: « Un re- « presentante de la nacion puede exponer lo que juzgue conveniente « á las córtes, y estas estimarlo ó desestimarlo.... — Sí, » (interrumpiéronle varios diputados) « si se encierra en los límites de la cons- « titucion; no si se sale de ellos.... — Luego que » (prosiguió tranquilamente el señor Reina) « restituido el señor Don Fernando VII « á la nacion española, vuelva á ocupar el trono, indispensable es « que siga ejerciendo la soberanía absoluta desde el momento que

Alboroto que causa en las córtes y sus resultas.

« pise la raya.... » Si grande fue el tumulto que produjeron las primeras palabras de este diputado, inexplicable fue el que excitaron las últimas, exclamando muchos que « no se le permitiese continuar hablando, « que se escribiesen sus expresiones, y que expulsándole del salon « pasasen estas, que eran contrarias á la ley fundamental del « estado, al exámen de una comision especial. » Decidióse asi al cabo de largo debate y no poco acaloramiento, habiendo pasado el asunto al exámen de una comision y en seguida al tribunal de córtes donde no tuvo resulta, escondido y ausente poco despues el señor Reina, á quien en premio y á peticion suya concedióscle á la vuelta del rey á España nobleza personal. Era antes este diputado hombre de escaso valer y de profesion escribano, instrumento ciego en aquella ocasion del bando anticonstitucional á que pertenecia. Traspie el suyo de escándalo solo y pernicioso ejemplo, sobresaltó mas que por lo que sonaba, por lo que suponia de soterrado y oculto.

Tratan algunos de mudar la regencia.

Realizáronse estas sospechas al traslucirse que se fraguaba el cambiar de súbito la regencia actual del reino. Varones de probidad los individuos que la componian, y á sus juramentos muy fieles, no daban entrada á maquinaciones ni á miras torcidas; y menester era separarlos del mando para socavar mas desembarazadamente el edificio constitucional recien levantado, y preparar su entero hundimiento al tiempo que el rey volviese. Tantearon al efecto los promovedores á muchos diputados, y entre ellos á algunos de la opinion liberal, alegando en favor de la propuesta razones plausibles y de conveniencia pública. Pero no satisfechos los mismos de las resultas de los pasos dados, arrojáronse á ganar en silencio y por sorpresa lo que dudaban conseguir á las claras y francamente, intentando poner en práctica su pensamiento en una sesion secreta de las de febrero. Salióles vana la tentativa, porque maniobrando el partido reformador con destreza y maña, previno el golpe, y aun lo paró del todo, aprobándose por gran mayoría de votos una proposicion muy oportuna que hizo el 17 del propio mes el señor Cepero, segun la cual se declaró que solo podria tratarse de mudanza de gobierno en sesion pública y con las formalidades que prevenia el reglamento. Proposicion á que tambien movió un informe del ministro de gracia y justicia y una representacion en aquel dia del general Don Pedro Villacampa que mandaba en Madrid, dando cuenta de las causas que habian impelido al arresto de un tal Don Juan Garrido y de cierto presbitero de nombre Don José Gonzalez, como tambien al de algunos soldados; dispuestos los primeros á excitar trastornos, y gratificados los segundos por mano oculta con una peseta diaria, aguardiente y pan. Descompusieron semejantes providencias la

No lo consiguen; con otros incidentes.

maraña tejida entonces de * intrincada urdimbre, y hubieron sus tramadores de aguardar á que llegase tiempo mas propicio para la ejecucion de sus planes; el cual en verdad no anduvo en su curso ni perezoso ni lento.

(* Ap. n. 16.)

Cierran las córtes ordinarias sus sesiones.

Terminaron las córtes ordinarias las sesiones del primer año de su diputacion el 19 de febrero, invertido el tiempo y órden constitucional á causa de las circunstancias particulares en que se habian juntado; y por lo que para volver á él, en cuanto fuese dable, y sujetarse á las minuciosas formalidades de la constitucion, extremas por cierto y nada conducentes al breve y acertado despacho de los negocios, empezaron el 20 del mismo mes las juntas preparatorias, abriéndose el 1° de marzo las sesiones del segundo año, ó sea segunda legislatura de estas córtes.

Las vuelven á abrir.

Reconocimiento del Austria y tratado con Prusia.

A la propia sazon ensancháronse tambien las relaciones de buena amistad y alianza con otros estados, recibiendo la regencia del reino á Mr. Genotte como encargado de negocios de Austria, y concluyendo con la Prusia un tratado, hecho en Basilea el 20 de enero de este año de 1814, á semejanza de los celebrados en el anterior con Rusia y Suecia, y en cuyo artículo 2° decíase: « S. M. prusiana reconoce á S. M. Fer« nando VII como solo legítimo rey de la monarquía española en « los dos hemisferios, asi como á la regencia del reino que du« rante su ausencia y cautividad le representa, legítimamente ele« gida por las córtes generales y extraordinarias, segun la consti« tucion sancionada por estas y jurada por la nacion. » Artículo que aunque no tan directo ni explícito en algunas de sus cláusulas, como el correspondiente en los otros dos convenios, citados ya, de Rusia y Suecia, éralo bastante para probar que la Prusia no se desviaba en esta parte de la política de las demas potencias aliadas, ni desconocia la legitimidad de las córtes, ni por consiguiente la de sus actos.

Sucesos militares. Cataluña.

Tornemos ahora la vista á las cosas de la guerra. En Cataluña manteníase todavía en Barcelona el mariscal Suchet, bien que preparado á la retirada, conservando ademas la línea del Llobregat que se extendia desde Molins de Rey hasta San Boy y el desaguadero del rio. El 16 de enero resolviéronse á embestir estos puntos las fuerzas anglo-sicilianas á las órdenes de sir Guillermo Clinton, en union con las del primer ejército que mandaba el general Copons, y la tercera division del segundo regida por Don Pedro Sarsfield. Tuvo orígen este plan en un arreglo concluido entre el general Clinton y Don José Manso, tocando al inglés acometer de frente con 8,000 hombres por la calzada de Barcelona, y al español situarse á espaldas de Molins de Rey en un ventajoso puesto que dominaba el camino por donde los enemigos tenian forzadamente que retirarse. Mas al ir á ejecutar

lo proyectado, aunque ya con la venia Manso de Don Francisco Copons, general en gefe, prefirió este tomar sobre sí la empresa y cooperar en persona á la acometida de sir Guillermo Clinton. No correspondió á su deseo el éxito, porque habiendo el Don Francisco calculado mal el tiempo sin atender á la oscuridad de la noche, ni á lo perdido de los caminos, llegó tarde y presentóse no á la retaguardia de los franceses, segun lo convenido, sino por el flanco; con lo que pudieron los enemigos, á las órdenes del general Mesclop, replegarse á la izquierda del Llobregat por el puente fortificado de Molins de Rey, y recibir ayuda de Pannetier que mandaba toda la division. Don Pedro Sarsfield con la suya y caballería inglesa los apretó de cerca señalándose el primer batallon de voluntarios de Aragon, cuyo teniente coronel Don Juan Teran quedó gravemente herido. Acorrieron en seguida tropas de Barcelona al son de guerra, y procuró Suchet atraer á los aliados hácia San Feliú del Llobregat para cogerlos como en una red; pero viviendo los nuestros muy sobre aviso, retrocedieron y contentáronse con el reconocimiento hecho, y haber aventado á los franceses de la derecha del rio.

La suerte de estos en Cataluña se empeoraba cada dia, disminuyéndose su fuerza considerablemente: dos terceras partes de ginetes, 8 á 10,000 peones, y casi toda la artillería recibieron órden de dirigirse sobre Leon de Francia; apremiado el emperador por los reveses y descalabros en tal grado que mandó se verificase este movimiento, tuviese ó no buen paradero la comision del duque de San Cárlos. Así sucedió emprendiendo su marcha aquellas tropas en el enero, y saliendo de Barcelona el 1° del inmediato mes el mismo general Suchet, quien se reconcentró en Gerona y sus cercanías con dos divisiones y una reserva de caballería á que estaba ahora reducido todo su ejército. Quedó Robert en Tortosa con escasa fuerza, y Habert en la Cataluña baja con unos 9,000 hombres, obligado bien pronto á encerrarse dentro de Barcelona, porque adelantándose los aliados, bloquearon la plaza, y estrecháronla del todo ya en 8 del propio febrero.

Se retira Suchet á Gerona.

Van-Halen.

Golpes tras golpes que, si bien herian mucho al francés, no le hicieron quizá tanta mella como otro singular y muy recio que le sobrevino improvisamente de parte de quien no podia esperarlo, de un oficial español destinado cerca de su persona y de nombre Don Juan Van-Halen. Habia sido este alférez de navío de la real armada, y abrazado en los primeros meses de 1808 la causa santa de la independencia hasta que hecho prisionero en el Ferrol, variando de rumbo tomó partido con los contrarios, y reconoció por rey á José Bonaparte, á quien sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Estaba el Don Juan con una comision en Paris en 1815, cuando empezaba á desplomarse

el imperio napoleónico, y despues de muchos pasos y empeños, obtuvo se le emplease en el estado mayor del mariscal Suchet, á cuyo cuartel general llegó el 20 de noviembre de aquel mismo año. Cuenta Van-Halen, en un opúsculo* que publicó en 1814, haber solicitado semejante destino con el anhelo de prestar alguna asistencia meritoria y digna á la patria que habia abandonado, y con la que queria reconciliarse. Púsose de consiguiente, tan luego como volvió á España, en correspondencia con el baron de Eroles, la que continuó por espacio de dos meses, en cuyo tiempo agenciando dicho Van-Halen la clave de la cifra del ejército francés, la pasó á manos del baron, indicando ser este servicio preludio de otros que meditaba.

(* Ap. n. 15.)

Dió principio á ellos saliendo de Barcelona el 17 de enero por la noche, y haciendo que le siguiesen, en virtud de órdenes falsas, dos escuadrones de coraceros apostados en las cercanías de la ciudad, con intento de que cayesen en una celada que debia armarles el baron de Eroles. Pero retrasado casualmente un aviso remitido al efecto, frustróse la sorpresa, teniendo Van-Halen que pensar solo en salvarse, uniéndose al de Eroles en San Feliú de Codinas.

Se pasa á los españoles: sus proyectos y ardides.

No arredrado ni por eso aquel, metióse en otro empeño aun mas atrevido é importante que el anterior; tratándose de nada menos que de fraguar un convenio, que se diria firmado en Tarrasa entre los generales de los respectivos ejércitos, á fin de recuperar por medio de esta estratagema, fundamento de otras de ejecucion, las plazas de Tortosa, Peñíscola, Murviedro, Lérida, Mequinenza y Monzon, en poder todavía de los enemigos. Propuso Van-Halen la idea al baron de Eroles, quien la aprobó, como asimismo el general en gefe Don Francisco Copons, si bien este despues de ciertas vacilaciones y juiciosos reparos, desconfiando algun tanto del buen éxito de la empresa, por parecerle muy complicada y harto dificultosa.

Finalmente acordes todos, determinaron empezar á probar ventura por Tortosa, cuya ciudad bloqueaban las divisiones segunda y quinta del segundo ejército bajo la comandancia de Don José Antonio de Sanz, asentados sus reales en Jerta. Allí llegaron el 25 de enero el baron de Eroles y en su compañía el capitan Don Juan Antonio Daura, sugeto práctico y hábil en el arte de la delineacion y dibujo, Don José Cid, vocal de la diputacion de Cataluña, y el teniente Don Eduardo Bart, muy ejercitado y suelto en la lengua francesa.

Tentativa contra Tortosa.

Conferenciaron con Sanz los recienvenidos, resolviendo sin dilacion circuir la plaza mas estrechamente de lo que lo estaba; siendo necesario preliminar, el que ni dentro ni fuera de ella se vislumbrase cosa alguna de lo que iba tratado. En seguida entendiéronse tambien los mismos acerca de los pasos que convenia dar y el

modo; arreglando primero los papeles y documentos indispensables al caso, cuya imitacion y falsía hízose á favor de la idónea y diestra mano del capitan Daura, y de la cifra, firmas y sello que habia Van-Halen sustraido del estado mayor francés. Dispuesto todo pasóse á poner por obra el ardid, que consistia en enviar por un lado secretamente pliegos contrahechos al gobernador de Tortosa Robert, como si procediesen del mariscal Suchet, anunciándole la negociacion que se suponia entablada en Tarrasa, para que estuviese preparado á evacuar la plaza al recibir el aviso de verificarlo, y en participar por otro el general del bloqueo al de Tortosa públicamente y con posterioridad haberse concluido ya el tratado pendiente, y haber llegado al campo español un ayudante del mariscal Suchet, con quien podria el gobernador abocarse y platicar á su sabor cuanto gustare: excusando casi añadir nosotros aquí ser Van-Halen quien habia de representar el papel del ayudante fingido. Fuese efectuando la estratagema con dicha, no obstante un contratiempo ocurrido al portador de los pliegos secretos, yendo el ajuste tan adelante que estuvo próximo á cerrarse y llegar á venturoso fenecimiento. Mas impidiólo, segun unos, cierto aviso recibido por el gobernador francés al irse á terminar los tratos; segun otros, la resistencia que opuso Van-Halen á meterse en la plaza, receloso de que se le tendia un lazo, lo cual despertó las sospechas de los contrarios. Nosotros inclinarémonos á creer lo primero, y tambien á que hubo indiscreciones y demasía en el hablar.

Frústrase esta.

Malograda la tentativa en Tortosa, pareció acertado no repetirla en Peñíscola ni Murviedro, y sí en Lérida, Mequinenza y Monzon. Para ello pusiéronse en camino el 7 de febrero el inventor y los ejecutores de la traza, albergándose el 8 en Flix, desde donde envió á Mequinenza el baron de Eroles á Don Antonio Maceda, ayudante suyo, y al ya citado Don José Cid, con órden ambos de levantar allí los somatenes, bloquear la plaza, y dirigir despues á su gobernador por un paisano pliegos y documentos que apareciesen despachados por Suchet, al modo mismo de lo que se fingió en Tortosa. Por su parte tiraron hácia Lérida Eroles, Daura, Van-Halen y Bart, pernoctando juntos á una jornada de la ciudad, pero con la precaucion de separarse en la mañana inmediata, no queriendo despertar recelos, y yéndose por de pronto á Torres del Segre los dos últimos, y el de Eroles al campo de Lérida. Allí hizo ostentosa reseña de las tropas, aparentando designio de formalizar el sitio, para introducir despues y de oculto en la plaza por confidente seguro pliegos concebidos en términos iguales á los enviados antes á Tortosa y Mequinenza, que servian siempre de preparativo á las negociaciones públicas y formales, que se entablaban despues para alcanzar la evacuacion y próxima entrega del punto en que se habia puesto la mira.

Sale bien en Lérida, Mequinenza y Monzon.

Sucedió bien el ardid en Mequinenza, sin que encontrase el portador del primer pliego tropiezo alguno, creyéndose allí verdadero emisario de Suchet; por lo que apresuróse el de Eroles á expedir la segunda comunicacion, como en Tortosa, valiéndose ahora para ello del ayudante de estado mayor Don José Baeza; quien, bien recibido y agasajado por el gobernador francés, de nombre Bourgeois, consiguió evacuasen los enemigos la plaza el 13, precedido un coloquio entre un oficial francés nombrado al efecto y Van-Halen, presente tambien Eroles, habiendo acudido ambos á Mequinenza con esta ocasion.

Despues tornó el último á Lérida, y en el camino llegó á sus manos la respuesta de aquel gobernador, de nombre Isidoro Lamarque, al mensage secreto, extendida en la forma que se deseaba. Aproximóse en consecuencia Eroles á aquellos muros, y despachó el segundo pliego á la manera de lo ejecutado en las demas partes, al que contestó dicho Lamarque favorablemente, nombrando para tratar de la evacuacion de la plaza á Mr. Polwerell, gefe de su estado mayor. Escogió por su lado para lo mismo el general español á Don Miguel Lopez Baños. Mientras arreglaban estos los artículos de la entrega, hubo una conferencia bastante larga entre Van-Halen y el gobernador francés, en la cual procuró aquel desvanecer las dudas que aun inquietaban á su interlocutor. Por fin ocuparon el 15 nuestras tropas á Lérida y todas sus fortalezas.

Faltaba Monzon para completar por esta parte obra tan bien comenzada y seguida. Encargóse Don Eduardo Bart de la comision, para cuyo desempeño debian emplearse los mismos medios que en los otros lugares. Pero tropezóse aquí con resistencia obstinada; muy animosa la guarnicion por haberse sostenido briosamente contra algunos batallones de Mina que la asediaban, y dirigida la defensa con ciencia y tino por un tal Saint-Jacques, piamontés de nacion y subalterno en el cuerpo francés de ingenieros, á cuya superioridad de conocimientos en la materia habíase sometido el comandante del castillo modesta y laudablemente. Alegábase por pretexto de no rendirse el depender Monzon del gobernador de Lérida, añadiendo los de dentro que no saldrian de los muros que guardaban, antes de que un oficial suyo se desengañase por sus propios ojos de no ser falso lo que se les anunciaba respecto de aquella plaza. Condescendió Bart con este deseo, no aventurando en ello nada, evacuada ya Lérida. Y acertólo de suerte, que no bien se aseguraron los de Monzon de la verdad del hecho, cuando cesaron en su porfía, abriendo el 18 á los españoles las puertas del castillo.

Tan dichosamente se apoderaron los nuestros de las plazas de Lérida, Mequinenza y Monzon. Tenian todas ellas víveres para muchos meses, y con su reconquista salváronse de la miseria gran número de habitantes; desembarazáronse 6,000 hombres ocupados en sus

respectivos bloqueos; quedaron libres las comunicaciones del Ebro y sus tributarios, y encumbráronse á mayor remonte los brios tan probados ya de las comarcas vecinas.

Se cogen prisioneras las guarniciones.

Coger prisioneras en su marcha las guarniciones, cuyo número en su totalidad ascendia á 2,300 hombres, acabalaba el triunfo: no se descuidó Eroles en poner los medios para conseguirlo enviando fuerzas que precediesen á los enemigos, y en pos suyo á Don José Cárlos con dos batallones y 200 ginetes. Queria el general español rodear á los contrarios y sorprenderlos en los desfiladeros de Igualada; pero prevenidos ellos y recelosos esquivaron el peligro redoblando la marcha. No desistió por eso Eroles de su pensamiento, y obrando de acuerdo con los gefes de las tropas aliadas que asediaban ya á Barcelona, obtuvo viniesen estas al encuentro de los franceses en su ruta, para que unidas con las que rastreaban su huella, los cercasen y estrechasen del todo al llegar á Martorell.

Asi sucedió, y allí quitándosele á los franceses la venda que aun cubria sus ojos, prorumpieron en expresiones de ira y desesperacion. Inútiles ya los duelos y las reconvenciones, tuvo su valor que ceder al adverso hado, y entregarse prisioneros á los españoles, en vez de juntarse á los suyos segun confiaban. Pero cuentan se les prometiera entonces la libertad de volver á Francia aunque sin armas ni equipages militares, lo cual no se cumplió bajo simulados motivos y malamente, porque lícito antes el emplear las estratagemas referidas y lícito el ceñir las guarniciones y someterlas en su marcha como secuela del primer ardid, no lo era despues faltar á una estipulacion, ajustada libremente á ley de guerra por las opuestas partes, ni autorizaban tampoco á proceder semejante otros engaños de los mismos franceses, ni su omision en cumplir parecidos empeños ó pactos.

Muy irritados los enemigos con la conducta de Don Juan Van-Halen, afeáronla á lo sumo, y la graduaron de desercion y de abuso de confianza, nacido, segun afirmaban, no de sentimientos honrosos, sino de mudanzas de la fortuna que torva ahora volvia al francés la espalda y le desamparaba. Juzgáronla de otro modo los españoles por redundar de ella á la patria señalado servicio, digno de recompensa notable; bien que de aquellos cuya imitacion y ejemplo, al decir de Horacio *, puede traer daños en futuros tiempos.

(* Ap. n. 17.)

Apuros, gestiones y movimientos de Suchet.

Hirió en lo vivo á Suchet el golpe de la pérdida de las tres plazas, no restándole ya en España dia de gloria ni sosiego; pues á poco llególe tambien de Francia órden del ministro de la guerra para negociar con Don Francisco Copons la entrega de las demas plazas de su distrito, excepto la de Figueras, á cuyo fin avistáronse el gefe de estado mayor francés y el del español, brigadier Cabanes, no terminando

en nada la conferencia por subir de punto los nuestros en sus demandas, y no ceder mucho los franceses en las suyas á pesar de sus contratiempos. Crecian sin embargo los apuros del mariscal Suchet, obligado por disposicion del emperador á enviar de nuevo, en los primeros dias de marzo, otros 10,000 hombres la vuelta de Leon de Francia por donde iban penetrando los aliados del Norte. Afligido el mariscal francés de tener asi que perder el fruto de sus campañas, y desesperanzado de sacar las guarniciones lejanas que le quedaban en Cataluña y Valencia, vióse en la necesidad de juntar lo que ya pudiera llamarse reliquias de su ejército, y colocarlas bajo el cañon de Figueras, despues de haber volado los puestos fortalecidos de Besalú, Olot, Báscara, Palamós y otros, como tambien desmantelado á Gerona: de suerte que no siéndole dado á dicho mariscal continuar aqui la guerra, limitóse para no perderlo todo vergonzosamente á ocuparse en negociaciones de que hablaremos adelante.

Rindese el castillo de Jaca.

Por lo demas en todos los puntos cundia la desgracia para los franceses. El castillo de Jaca, que cercaban, segun se apuntó, tropas de Mina, vino á partido el 17 de febrero, quedando su comandante Mr. de Sortis y la guarnicion obligados á no tomar parte en la guerra, hasta que hubiese un perfecto y verdadero cange, clase por clase, é individuo por individuo, lo cual no cumplieron los capitulados, empuñando luego las armas en perjuicio y quiebra de su honra.

Ataques contra Santoña y sus obras exteriores.

Tambien avanzaban los trabajos contra Santoña, único parage que permanecia por aquellas partes y costas del Océano en manos del enemigo; habiéndose reforzado las tropas del bloqueo con una brigada que trajo Don Diego del Barco, encargado de dirigir y acelerar el sitio.

Tómanse algunas de estas.

Acometióse de resultas y se ganó el fuerte del Puntal el 12 y 13 de febrero. Se entró el de Laredo el 21 y se ocupó luego del todo, enseñoreándose asimismo de las obras del Gromo y el Brusco principal, aunque con la desgracia de que pereciese el 26 de heridas recibidas dias antes Don Diego del Barco, universalmente sentido como oficial dotado de buenas prendas y de alto esfuerzo. Le sucedió Don Juan José San Llorente.

Muerte de Barco.

Movimientos de Wellington.

Corrió enero sin que los ejércitos de operaciones á las orillas del Adour y el Nive hiciesen apenas movimiento ni ademan alguno. Pero al empezar febrero ablandando el tiempo y desnevada la tierra por las cañadas y montes bajos, dispúsose Lord Wellington á cruzar el Adour, no menos que á embestir á Bayona, y llevar la guerra, si necesario fuese, hasta el riñon de la Francia misma. Tuvieron principio las maniobras en 14 del mencionado febrero por el ala derecha del ejército aliado, acometiendo el general Hill los piquetes del enemigo apostados en el rio

Joyeuse, y obligando al general Harispe á replegarse de Hellette, via de San Martin; y de allí á Garris, en cuyo frente asegurose el francés en un puesto ventajoso, engrosado con tropas de su centro y la division de Paris, que, en marcha hácia lo interior, retrocedió con este motivo y agregóse al general Harispe. Cortó entonces Hill la comunicacion del ejército enemigo con San Juan de Pie de Puerto, bloqueando esta plaza tropas de Mina, situadas en el valle de Bastan y que avanzaron via de Baigorry y de Bidarry.

En la mañana del 15 movióse con la primera division española del cuarto ejército Don Pablo Morillo en direccion de Saint-Palais, paralelamente á la posicion de Harispe, á fin de envolver la izquierda de los enemigos, al paso que la segunda division británica del cargo de sir Guillermo Stewart los atacaba por el frente. Comenzó tarde la acometida que se prolongó hasta muy cerrada la noche, experimentando el francés bastante pérdida, y teniendo al fin que ciar, mas con la fortuna para él de llegar á Saint-Palais antes que Morillo, cruzando el Bidouze y destruyendo sus puentes. Reparólos luego Hill y atravesó aquel rio, favoreciendo sus evoluciones la derecha del centro aliado. Cejaron entonces mas los contrarios y pasaron el *gave* de Mauleon, nombre que se da en los Pirineos á los torrentes que se descuelgan de sus cimas, pudiéndose considerar como mas principales el ya dicho de Mauleon y los de Oloron y Pau, tributarios los dos primeros del último, que descarga en el Adour sus aguas.

Fueron los franceses abandonando por esta parte un puesto tras otro sin detenerse largo espacio, ni á defender los rios que los protegian, ni otras favorables estancias, decidiéndose de consiguiente el mariscal Soult á inutilizar todos los puentes excepto los de Bayona, á dejar esta plaza entregada á sus propios recursos, y á reconcentrar en fin las fuerzas de su ejército detras del gave de Pau, fijando en Orthez sus cuarteles.

Paso del Adour.

Prosiguió observando á Bayona el ala izquierda británica, y fuéronse acumulando allí preparativos para cruzar el Adour por bajo de aquella ciudad; faena penosa y de difícil ejecucion. Reforzaron tropas de esta ala las de la derecha bastante empeñada y en continua pelea y riza con el enemigo. Llenó los huecos Don Manuel Freire, quien volvió á entrar en Francia el 23 de febrero llevando consigo la cuarta division de su ejército, mandada por Don José Ezpeleta, y la primera y segunda brigada de la quinta y tercera, que gobernaban respectivamente Don Francisco Plasencia y Don Pedro Mendez de Vigo.

Cuanto mas se acercaba el tiempo de cruzar el Adour, tanto mas se descubrian los obstáculos é impedimentos para atravesarle por donde se intentaba, á causa de lo anchuroso del rio y de la estacion inverniza y contraria que estorbó en un principio favorecer por mar la empresa proyectada. Tambien era no pequeño

embarazo la defensa que preparaba el enemigo, teniendo en el rio botes armados y cañoneras junto con la corbeta Safo, anclada donde amparase con sus fuegos la inundacion que protegia la derecha del campo atrincherado de Bayona.

Habian los ingleses reunido en Socoa barcos costaneros, y hecho otras prevenciones para formar el puente que habia de echarse en el Adour, quedando al cuidado del almirante Penrose lo respectivo á las operaciones navales. Era el dia 21 de febrero el señalado para la ejecucion, pero soplando el viento del N. N. E. y siendo grande y de leva la marejada, tuvo el convoy que permanecer en Socoa sin serle dado salir á la mar.

Pero sir Juan Hope, que continuaba mandando el ala izquierda de los aliados, apremiado por el tiempo no consintió en mas largas, y quiso por sí y sin aguardar á Penrose y sus buques tentar el paso y arriesgarse á todo. Empezó su movimiento en la noche del 22 al 23, acompañando á sus tropas la artillería correspondiente y un destacamento de coheteros á la Congreve. Al principio tiraron los ingleses hácia Anglet, mas á corta distancia de este pueblo variaron, tomando un camino de travesía estrecho, cenagoso y con fosos á los lados; lo cual y la noche lóbrega retardaron su marcha, si bien llegaron antes del alba á los méganos que coronan la playa desde Biaritz hasta la boca del Adour. Cubre un bosque el trecho que mediaba entre ellos y el campo atrincherado de Bayona, de donde fueron arrojados los piquetes enemigos, amagando por las alturas de Anglet Don Cárlos de España, cuya segunda division de nuestro cuarto ejército ya dijimos habia penetrado antes en Francia acercándose al Nivelle.

Para distraer al enemigo y ocupar sus fuerzas navales, desembocó la primera brigada inglesa bajo el coronel Maitland del bosque referido, y por el parage que llaman *la Batise orientale*. A su vista tremendo fuego vomitaron las baterías enemigas, y la Safo y las cañoneras; pero disparados algunos cohetes de los á la Congreve, que á manera de serpientes ígneas deslizábanse por el agua y traspasaban los costados de los buques, aterráronse los marineros franceses, y de priesa trataron de abandonar el puesto y subir corriente arriba. Resistió la Safo en su ancladero hasta que muerto su capitan y perdida bastante gente, refugióse bajo la proteccion de la ciudadela.

Tales demostraciones contra los buques y el campo atrincherado causaron diversion al enemigo, y le alejaron de pensar en la boca del Adour, encubierta ademas por un torno ó rodeo que toma allí el curso del rio, y descuidada su defensa por considerar los franceses aquel punto muy fuerte y de ardua acometida, sobre todo estando el mar bravo é intransitable la barra, en todos tiempos peligrosa y de crecida y mudable ceja.

A esta ocupacion y confianza del enemigo debióse en gran parte

que pudiera la primera division británica ir desahogadamente en busca de un paso que no estuviese lejos del desaguadero del rio. La acompañaban diez y ocho pontones y seis pequeñas lanchas porteadas en carros, cuarenta coheteros y algunos soldados de artillería para clavar las piezas que tuviera el francés en la márgen derecha. Habíase hecho resolucion, para verificar la travesía, de construir seis balsas puestas sobre tres pontones cada una, y conducir en dos veces al otro lado y antes de la aurora 1,200 hombres, sostenidos por igual número y por doce piezas planteadas en la ribera izquierda.

Imposible de practicarse cosa alguna en la noche por mas esfuerzos que se hicieron, no empezó la faena del paso hasta el 23 en la tarde, habiéndose escogido para ello un parage que tenia doscientas varas de ancho en baja mar y á distancia unas ciento de la boca del rio. Echáronse de pronto al agua los seis botes, y se pasó una maroma de una orilla á otra para sujetar tres balsas listas ya, y de las que cada una trasportó á la vez sobre sesenta hombres, consiguiendo desembarcar luego en la orilla opuesta hasta quinientos, entre ellos algunos coheteros. Pero subiendo la marea con fuerza, hubo de suspenderse la maniobra, teniendo los que habian pasado que abrigarse detras de unas colinas de arena ó sean méganos á las órdenes del coronel Stopford. Dos regimientos franceses salieron muy animosos de la ciudadela para atacarlos, pero una descarga de cohetes reprimió sus ímpetus, y los forzó á retirarse, no acostumbrados á la novedad y estrago de proyectiles tan singulares. A favor de buena y despejada luna cruzaron aquella noche el rio más tropas inglesas, y afianzaron el puesto de los que habian tomado la delantera.

En esto arribó al embocadero del Adour la flotilla procedente de Socoa; pero furiosa y encrespada la barra no era fácil salvarla, y los que lo intentaron tuvieron que desistir, despues de padecer trabajos y muchas averías. Mas alta despues la marea, renováronse las tentativas para entrar, y perecieron algunos buques; pero metidos en el empeño los marineros británicos y no tan impedidos por el viento, que fue amansando, venciéronlo todo con su arrojo y experiencia, y regolfaron por el rio arriba treinta buques en la tarde del 24. Quedó lo demas del convoy sotaventeado.

Seis mil ingleses estaban ya por la noche á la derecha del rio, no habiendo cesado en su paso, y verificándolo aun á nado algunos caballos, luego que abonanzó el tiempo y lo consintió la marea. Acamparon al raso, y por la mañana marcharon sobre la ciudadela; la derecha tocando al Adour, y dilatada la izquierda por el camino real que conduce de Bayona á Burdeos; con lo que cortando las comunicaciones con el norte del rio, completaron el acordonamiento de la plaza y el de todas sus obras, incluso el campo atrincherado. Ayudó á este movimiento un falso

Se acerca del todo á Bayona.

ataque, por la siniestra márgen, de la brigada de Lord Aylmer y de la quinta division británica en union con los españoles del ejército de Don Manuel Freire.

Echa un puente sobre el Adour.

Ni se dejaba de la mano el trabajo del puente, que se finalizó el dia 25, estableciéndole en donde tiene de anchura el rio 370 varas, y yendo á dar el cabo opuesto cerca del pueblo de Boucaut. Formóse dicho puente con veintiseis cachamarines ó barcos pequeños de la costa cantábrica, asegurados á proa y á popa con anclas ó cañones de hierro cogidos en los reductos del Nive, con cables fijos en ambas orillas para resistir á los embates del flujo y reflujo, y extendidos por cima de las cubiertas tablones á manera de esplanadas, que facilitasen la rodadura y peso de la artillería. Una cadena colocada mas arriba del puente le protegia contra las arremetidas y abordage de las lanchas cañoneras y buques enemigos fondeados al abrigo de la ciudadela.

Era esta obra de grande importancia por afianzar la comunicacion entre ambas riberas durante el bloqueo y sitio intentado de Bayona, y franquear las calzadas de la derecha del Adour, de cuyos pueblos parecia mas hacedero abastecerse de todo lo necesario, muy quietos por alli los naturales, libres de molestias y seguros de puntual y cumplido pago.

Avance de Wellington.

Mientras que maniobraba asi el ala izquierda del ejército aliado y que embestia tambien á Bayona, trató Wellington, reforzada que fue su derecha, de ejecutar un avance general por aquel lado contra las huestes del enemigo. En consecuencia atacó el mariscal Beresford, seguido de la cuarta y séptima division y una brigada, los puntos fortificados de Hastingues y Oyergave á la izquierda del rio de Pau, y forzó á los enemigos á recogerse á Peyrehorade, en sazon que Hill cruzó el gave de Oloron sin resistencia por un vado en Villenave, y lo mismo Clinton entre Montfort y Laas, amagando Picton el puente de Sauveterre, que volaron los franceses. Don Pablo Morillo rodeó por su parte la plaza de Navarreins, la cual no era dable reducir de pronto sino con artillería gruesa.

Los aliados, yendo adelante, cuderezáronse á Orthez, pasando Beresford el gave de Pau por bajo de su confluencia con el de Oloron, y continuando lo largo del camino real de Peyrehorade en direccion de aquella ciudad sobre el diestro costado del enemigo, haciendo otro tanto Picton rio abajo del puente de Bourenx, y tambien sir Stapleton Cotton con la caballería, sostenidos ambos por un movimiento de flanco que hicieron otras dos divisiones. Ocupó Hill las alturas fronteras de Orthez á la izquierda del gave de Pau, no pudiendo forzar su puente.

Cabeza de suprefectura aquella ciudad, y residencia antigua y célebre de los príncipes de Bearn antes de su traslacion á Pau,

Batalla de Orthez, 27 de febrero.

iba á presenciar ahora reñida contienda trabada á sus puertas y en los alrededores. Habia escogido en ellos ventajosa estancia el mariscal Soult á lo largo de unas lomas por espacio de media legua. Su derecha bajo del general Reille descansaba sobre el camino real que va á Dax ocupando el pueblo de Saint-Boés: su centro, que regia Drouet, alojábase en una curva por donde se metian y giraban las colinas, y su izquierda al cargo de Clausel se apoyaba en la ciudad y defendia el paso del rio. Las divisiones de los generales Villatte y Harispe y tropas del general Paris mantenianse de respeto en parage elevado y en el camino que se dirige á Mont-de-Marsan por Sault de Navailles. Componia esta fuerza un total de mas de 40,000 hombres.

Dispuso Lord Wellington para empeñar la refriega que Beresford con las divisiones cuarta y séptima y la brigada de ginetes de Vivian atacasen la derecha de los enemigos, y se esforzasen por envolverla; debiendo á la propia sazon arremeter contra el centro é izquierda de aquellos el general Picton asistido de la tercera y sexta division, y apoyado por Cotton con otra brigada de caballería. Incumbia al varon Alten quedar de reserva, y á sir R. Hill forzar el paso del gave, y trabar pelea con la izquierda de los franceses.

A las nueve de la mañana del 27 de febrero se enredó la accion, con mala estrella para los aliados en un principio por la parte de Beresford, con buena por el centro; si bien disputada la victoria largo rato, cejando aqui el enemigo, pero pausada y admirablemente, formado en cuadros. Semejante repliegue precisó sin embargo al mariscal Soult á recoger sus alas y á ordenar una retirada general, acarreándole luego este movimiento otros daños, sin que le bastase la maestría y pericia militar que mostró; porque cruzando el general Hill el gave y adelantándose sobre la izquierda francesa en ademan de atacarla en su marcha retrógrada, tuvo aquel mariscal que avivar sus maniobras, aunque inútilmente, avivando tambien las suyas al mismo compas el general Hill: de manera que acabaron los franceses por desparramarse é ir en completa huida, teniendo detras á los ingleses, que á carrera abierta pugnaban por alcanzarlos y hundirlos. Allí vinieron lástimas y mas lástimas sobre los vencidos, quienes perdieron 12 cañones y 2,000 prisioneros; pereciendo ó extraviándose infinidad de fugitivos punzados por la bayoneta británica y acuchillados ó cosidos por el sable de sus ginetes. Hubo no obstante de costar á los ingleses muy caro tan glorioso triunfo, habiendo corrido riesgo la vida de Lord Wellington, contuso de una bala de fusil que dió en el pomo de su espada, y le tocó en el fémur, causándole el golpe tal estremecimiento, que le derribó al suelo, estando apeado y en el momento mismo en que se chanceaba con el general Alava; herido este poco antes, no de gravedad, pero en parte sensible y blanda que sien-

pre provoca á risa. Hizo alto el ejército británico al anochecer en Sault de Navailles : su pérdida consistió en 2,300 hombres, de ellos 600 portugueses; no asistió á la accion fuerza alguna española. Tuvieron los enemigos en sus filas una baja enorme que, segun cuentan relaciones suyas, pasó de 12,000 hombres; pero producida en mucha parte por la desercion, siendo grande el número de conscriptos y gente nueva. Fue gravemente herido el general Foy y muerto el general Bechaud.

Movimientos posteriores.

Prosiguieron los franceses por la noche su retirada, y paráronse detras del Adour junto á Saint-Sever, para allegar y recomponer su hueste, juntándoseles algunos refuerzos que venian de camino. En pos suyo fueron los aliados al dia inmediato; pero esquivaron aquellos el reencuentro yendo la vuelta de Agen. Entonces repartiéronse los anglo-portugueses entrando su ala izquierda sin resistencia en Mont-de-Marsan, capital del departamento de las Landas, colocándose el centro en Cazères, y moviéndose el 2 de marzo la derecha á las órdenes de Hill del lado de Aire, márgen izquierda del Adour, en donde tuvo este general un recio choque con la division de Harispe, no empeñada en Orthez, y llevó al fin la palma de la victoria cogiendo ó destruyendo muchos almacenes y efectos acopiados allí.

Frutos opimos fueron de todas estas operaciones acordonar las plazas de Bayona, San Juan de Pie de Puerto y Navarreins, atravesar el Adour, enseñorearse de sus principales comunicaciones y pasos, y coger ó destrozar vituallas, enseres y otros abundantes recursos del enemigo.

Libertó á este de mayores daños el tiempo lluvioso en demasía; intransitables de resultas los caminos, rebalsadas las tierras, hinchados los torrentes y arroyos, y aplayados los ríos. Vióse por tanto Lord Wellington obligado á detenerse, y pudo Soult mudar de rumbo, yendo hácia Tarbes ó inclinándose á los Pirineos, con intento de recibir por la espalda auxilios del mariscal Suchet, si bien incomodando á los pueblos con exacciones, falto de víveres perdidos en los almacenes de Aire, y dejando descubierto á Burdeos y sus comarcas, en la confianza de que Wellington no osaria internarse tanto.

Intento de los partidarios de la casa de Borbon.

Equivocóse en esto, pues yendo de caida Napoleon y su imperio, alzaron cabeza y se multiplicaron los partidarios de la casa de Borbon mas numerosos en aquella parte de Francia que en otras, y alentaron á Wellington á que les prestase ayuda, y saliese de su acostumbrada pausa y circunspeccion. Hablamos de la llegada al cuartel general ingles del duque de Angulema y de la proteccion que le dispensó Lord Wellington. El aparecimiento de un príncipe como este de la antigua y real estirpe de Francia cebó con esperanzas nuevas á los de su partido, convirtiéndose muchos, socolor de leales, en trazadores

de revueltas y levantamientos. Amortiguó Wellington por algun tiempo tales ímpetus, y aun dejó como á un lado al duque de Angulema despues de haber contribuido á traerle; ora por temor de que no correspondiese el pais á cualquiera demostracion que se hiciese en favor de los Borbones, y ora mas bien por las dudas y perplejidad de los aliados del Norte, que, no resueltos todavía á concluir con Napoleon, hiciéronle sucesivamente varias proposiciones de acomodamiento, temerosos de no poder sobrepujarle del todo y vencerle.

Mas rotos luego con él todos los tratos, segun en breve veremos, y no detenido ya Wellington por empeños anteriores ni otros respetos, soltó la rienda á su inclinacion, y consintió en dar apoyo á los que propendian á querer restablecer la dinastía borbónica. Por el tiempo mismo de la batalla de Orthez fue cuando acudieron emisarios de Tolosa y Burdeos en busca del de Angulema, mostrando vivo deseo de que se pusiera este príncipe al frente de los suyos, ciertos de que se conseguiria asi y sin dificultad la restauracion en el trono de la antigua y real familia de Francia. Abocáronse todos en Saint-Sever con Wellington, quien, en vista de lo que le expusieron, accedió á sus encarecidas súplicas, y resolvió encaminar hácia Burdeos tres divisiones bajo el mando del mariscal Beresford, haciendo adelantar al propio tiempo fuerzas de Don Manuel Freire, que llenasen el vacío que dejaban las otras.

Envia Wellington via de Burdeos á Beresford.

Luego que los ingleses se fueron acercando á Burdeos, retiráronse las autoridades imperiales y las tropas, quedando solo el arzobispo y el maire ó corregidor, llamado Mr. Lynch. Determinaron entonces los realistas declararse del todo y alzar banderas por la casa de Borbon, estando ya los ingleses á las puertas de la ciudad. Salió á recibir á estos el maire, quien dijo á Beresford: « Si el señor mariscal quiere entrar « en Burdeos como conquistador, podrá coger las llaves, no ha- « biendo medio alguno de defensa; pero si viene á nombre del rey « de Francia y de su aliado el de Inglaterra, yo mismo en calidad « de maire se las presentaré con gusto. » Respondióle Beresford satisfactoriamente, y al oirle, gritando Mr. Lynch: « ¡Viva el « rey! » púsose la escarapela blanca, antigua de Francia, y se quitó la banda (*écharpe*) tricolor, distintivo de su autoridad. A poco y siendo el 12 de marzo, entraron en Burdeos el duque de Angulema y el mariscal Beresford, muy bien acogidos y victoreados, amigo siempre el pueblo de novedades, y cansada aquella ciudad de la guerra marítima y bloqueo continental tan dañoso á su comercio y exportaciones agrícolas. Dió el mariscal Soult con esta ocasion tremenda proclama, condenando á la execracion de los venideros y vergüenza pública á los franceses que hubiesen

Se declara esta ciudad en favor de los Borbones.

Entran allí el 12 de marzo Beresford y el de Angulema.

Proclama de Soult.

llamado y recibido al extrangero, y echando en cara al general inglés el favor y ayuda que daba á la rebeldía y sedicion.

No tuvo Wellington sin embargo motivo de arrepentirse, conformándose luego los aliados con lo que él practicó entonces, y cobrando ellos mismos cada dia mayor espíritu con los sucesos prósperos, desengañados de lograr nada bueno con Napoleon, indómito é intratable siempre.

Estado crítico de Napoleon y medidas que toma.

En efecto, echadas á un lado las proposiciones de Francfort, nunca procedió este derechamente ni con verdaderos deseos de concluir una paz acomodada á los tiempos, desoyendo á los hombres mas adictos á su persona como tambien los pareceres de las principales corporaciones de su imperio, hasta disolver apresuradamente el cuerpo legislativo, usando en aquel trance de palabras singulares y de mucho destemple. Cierto que el estado del emperador francés era muy otro del que tenian los que daban consejos: no aventurando los últimos nada en ello cuando Napoleon, en el recejar solo, exponíase á grandes riesgos y á interiores perturbaciones, decaido del militar poderío, fundamento de su elevacion y grandeza.

Instó por tanto en que se activasen los convenientes preparativos para abrir la campaña dentro del territorio francés, pero por mas diligente que anduvo, casi todo enero corrió antes de que le fuese dable ponerse en camino. Verificólo al fin saliendo de Paris el 25 del propio mes, despues de haber conferido el 23 la regencia á la emperatriz su esposa, y agregado á ella el 24 á su hermano José bajo el título de lugarteniente del imperio.

Sale de Paris.

Congreso de Chatillon.

No por eso quiso Napoleon que se creyese cerraba las puertas á la pacificacion apetecida, sino que por el contrario, aparentando inclinarse á lo propuesto en Francfort, procuró por conducto del príncipe de Metternich se renovasen los interrumpidos tratos. No era sin embargo de presumir que las potencias aliadas se conformasen ahora con lo ofrecido anteriormente, vista la situacion actual de las cosas tan favorable á la coalicion como contraria á Bonaparte, á quien á las claras iba torciendo el rostro la fortuna. Juntáronse pues en Châtillon del Sena negociadores autorizados: celebróse allí la primera sesion en 5 de febrero, y se hallaron presentes por una parte los plenipotenciarios de Rusia, Prusia, Inglaterra y Austria representando los intereses de la Europa confederada, y por la opuesta el de Francia Mr. de Caulaincourt, duque de Vicenza. En otra sesion que tuvieron el 7 del propio febrero, pidieron aquellos, con arreglo á instrucciones de sus soberanos, que para tratar se sentase la base de que « la Francia se conformaba con entrar en los límites que la « ceñian antes de la revolucion de 1789: » á lo cual no asintió Mr. de Caulaincourt, reclamando se conservasen los mismos que

los aliados « habian propuesto en Francfort y eran los del Rin. » Promoviéronse despues explicaciones, réplicas y conferencias, y aun hubo una suspension momentánea de la negociacion; hasta que el 17 presentó el ministro de Austria la minuta de un tratado fundado en la base enunciada de antiguos límites, con la especificacion de que la Francia abandonaria todo lo que poseyese ó pretendia poseer en España, Alemania, Italia, Suiza y Holanda; ofreciendo la Inglaterra devolver como en remuneracion la mayor parte de las conquistas que durante la guerra habia hecho á aquella potencia en Africa, América y Asia.

Lejos estaba Napoleon de consentir en semejantes proposiciones, y menos ahora que habia recobrado aliento y ensoberbecídose con la campaña emprendida, cuyos movimientos dirigió maravillosamente contra fuerzas muy superiores, excediéndose á sí mismo y á su anterior y militar fama tan bien sentada ya y tan esclarecida. Así fue que en respuesta á la última proposicion de los aliados redújose á enviar un contra-proyecto, obstinándose en pedir los límites del Rin y ademas otros territorios é indemnizaciones exorbitantes para aquella sazon; de lo que enojadas las otras potencias rompieron las negociaciones, disolviéndose el congreso el 19 de marzo.

Disuélvese.

Tratado de Chaumont.

Antes y en primero de dicho mes habian firmado las mismas en Chaumont un convenio, segun el cual formando entre sí una liga defensiva por veinte años, comprometianse á no tratar separadamente con el enemigo, y á mantener en pie cada una de ellas 150,000 hombres sin contar las guarniciones; con la obligacion la Inglaterra de aprontar cinco millones de libras esterlinas que debian distribuirse entre las potencias beligerantes para sostener la guerra permanente y viva.

Resultas de esto.

Tales arreglos y el rompimiento de las negociaciones de Châtillon acrecian probabilidades en favor de la restauracion de los Borbones, cuyos príncipes y sus partidarios meneábanse diligentemente, habiendo acudido Monsieur conde de Artois al cuartel general de los aliados, y dirigídose la vuelta de la Bretaña el duque de Berry, al paso que el de Angulema, conforme hemos visto, soplaba en el mediodía de Francia levantamientos y sediciones contra Napoleon.

Suelta Napoleon á Fernando.

Estrechado este por todos lados apresuróse á concluir la negociacion entablada con Fernando, poniéndole en libertad, y trató tambien de restituir á su silla de Roma al soberano pontífice, á quien tenia como aprisionado hacia años. Aligerábase con esto de embarazos y odiosas enemistades, esperando igualmente sacar útil fruto de esta generosidad, aunque aparente y forzada. Cuenta Escoiquiz que la libertad repentina del rey debióse á lo que él y Mr. de Laforest alegaron en su apoyo; pero parécenos no fue así, y que solo la provocó el apuro en que Napoleon se veia

y el anhelo de que se le juntasen en todo ó parte las tropas suyas que quedaban en Cataluña y algunas de las que combatian en el Pirineo, dejando á los ingleses solos y privados del sostenimiento de España.

Coincidió la resolucion del emperador francés con la vuelta á Valencey del duque de San Cárlos trayendo la negativa de la regencia al tratado de que habia sido portador. Grandes temores se suscitaron allí de que desbaratase tal incidente la determinacion de Napoleon, y por eso pasó á Paris San Cárlos tras del emperador, para remover cualesquiera estorbos que pudieran nacer; pero no le encontró ni en la capital ni en ninguna parte por donde le buscara, mudando Napoleon de lugar á cada paso, segun lo exigia la guerra que llevaba entonces, andando siempre por caminos y veredas, y como quien dijera, á campo travieso. Sin embargo absorbido él mismo en asuntos de la mayor importancia, no paró mientes en lo que la regencia respondiera, y aguijado por el tiempo y por los acontecimientos no desistió de su propósito sobre dejar á Fernando libre y en disposicion de restituirse á España. En consecuencia mandó se le expidiesen los convenientes pasaportes, que se recibieron en Valencey el 7 de marzo á las diez y media de la noche con indecible júbilo de S. M. y AA., bien asi como de los demas que allí asistian: no estuvo de vuelta el de San Cárlos hasta el 9. Quiso el rey le precediese en su viage el mariscal de campo Don José Zayas, quien salió de Valencey el 10 con carta para la regencia y órden de que se preparase lo necesario para el recibimiento de S. M. en los pueblos del tránsito. Llegó Zayas el 16 á Gerona, á la sazon cuartel general del primer ejército, y al dia siguiente, acompañado de un oficial de estado mayor, partió en posta para Madrid, en donde fue bien acogido, ya por lo que se estimaba su nombre, ya por la carta * de que era portador, en cuyo contexto no se esquivaba, como en las otras, hablar de córtes ni de lo que se habia hecho durante la ausencia de S. M., dando á entender que mereceria lo obrado su real aprobacion en cuanto fuese útil al reino: modo de expresarse ambiguo, pero preferible al silencio guardado hasta entonces. Produjo la lectura de la carta en el seno de la representacion nacional gran regocijo por anunciarse la próxima llegada de S. M., y tambien por lo que hemos dicho de no advertirse en su contenido aquella extrañeza y estudiado desvío que se habia notado en las anteriores. Dióse en conformidad un decreto que atestiguaba la satisfaccion de las córtes y el aprecio que las mismas hacian con tan fausto motivo del general Don José Zayas.

Precede Zayas al rey en su viage.

(* Ap. n. 18.)

No tardó S. M. en seguir los pasos de este, saliendo de Valencey el 13 de marzo, acompañado de SS. AA. los infantes Don Cárlos y Don Antonio y demas per-

Sale el rey de Valencey.

sonas que concurrian á su lado. Dirigióse por Tolosa con rumbo á Perpiñan segun órden de Napoleon, para huir de cualquiera encuentro ó relacion con los ingleses. Venia el rey bajo el nombre de conde de Barcelona. Entró en Perpiñan el 19 de marzo en donde le aguardaba el mariscal Suchet, á quien recibió S. M. con distincion, dándole gracias por el modo como se habia portado en las provincias donde habia hecho la guerra. Mas aquí empezaron ya los tropiezos. Queria el rey continuar su viage y pasar á Valencia sin detenerse; pero oponíanse á ello las instrucciones que tenia el mariscal, segun las cuales debia pasar el rey Fernando á Barcelona y permanecer en aquella plaza en rehenes, hasta que se realizase la vuelta á Francia de las guarniciones bloqueadas en las plazas de Cataluña y Valencia. Precaucion ofensiva que siendo ignorada de Fernando al salir de su confinacion, representábase como alevosía nueva que afortunadamente no se consumó del todo, persuadido Suchet de cuán odioso é inútil seria llevarla á cabo. Pidió en consecuencia nuevas instrucciones á Paris, aviniéndose á que en el entretanto quedase solo en Perpiñan como en prendas el infante Don Cárlos.

Llega á Perpiñan.

Quédase allí el infante Don Cárlos.

Entra el rey en España.

Pisó el 22 el territorio español S. M. Fernando VII, y paróse el 23 en Figueras á causa de las muchas aguas que habia cogido el Fluviá, furioso y muy aplayado. Suplicó en aquel dia al rey el mariscal Suchet que se suavizase la suerte de los prisioneros, reiterando sus instancias para la vuelta á Francia de las diversas guarniciones de Cataluña y Valencia. Contestósele dándole buenas y seguras palabras en cuanto á lo primero, y extendiendo San Cárlos en cuanto á lo segundo una promesa formal por escrito, en la que puso el rey de su * puño al márgen: « Apruebo este oficio. FERNANDO. » Dícese si tambien ofreció entonces S. M. á dicho mariscal que le conservaria la propiedad de la Albufera de Valencia, que Napoleon le habia donado en premio de la conquista de aquella ciudad.

(* Ap. n. 49.)

Recibe Copons al rey en el Fluviá.

Habíase dispuesto á recibir al rey á su entrada en España Don Francisco de Copons, general del primer ejército, trasladando el 21 de marzo de Gerona á Báscara su cuartel general. Avisado de que S. M. se acercaba, colocó el Don Francisco sus tropas el dia 24 al nacer del sol á la derecha del Fluviá. Lo mismo hicieron los gefes franceses en la orilla opuesta con las suyas, formando unas y otras vistoso anfiteatro. Oyéronse muy luego alternativamente en ambos campos salvas y músicas que retumbaban por el valle, y se mezclaron al ruido y algazara de los soldados y paisanos que acudieron á bandadas de las comarcas vecinas. Un saludo de nueve cañonazos precedido de un parlamento anunció la llegada del rey Fernando, quien á poco dejóse ver en la ribera izquierda del Fluviá, acompañado de su tio el

infante Don Antonio y del mariscal Suchet con alguna caballería. El gefe de estado mayor francés Mr. Saint-Cyr Nugues adelantóse para poner en conocimiento del general español Don Francisco de Copons que iba á pasar S. M. el rio, límite entonces de ambos ejércitos. Sucedió asi, y al sentar el rey á hora de mediodia el pie en la márgen derecha, solo ya con el infante su tio y la comitiva española, ofrecióle Don Francisco de Copons, hincada la rodilla en tierra y con el acatamiento correspondiente, sus respetos, y pronunció un breve y gratulatorio discurso adecuado al caso, poniendo ademas en las reales manos un pliego cerrado y sellado que le habia sido remitido por la regencia del reino, conforme á lo que prevenia el artículo 3º del decreto de 2 de febrero, bajo cuya cubierta venia una carta para S. M. informándole del estado de la nacion con varios documentos y comprobantes adjuntos. Llegó entonces al mayor colmo la alegría y entusiasmo, dando los asistentes crédito apenas á sus ojos, viendo al rey entre ellos al cabo de seis años de ausencia y despues de tropel tan grande de sucesos y portentos. Revistó en seguida S. M. acompañado del infante Don Antonio las tropas, que desfilaron por delante formadas en columna, aclamando los soldados unánimemente al rey con vivas de efusion verdadera, no prorumpidos en virtud de mandato anterior y expreso.

Entra el rey en Gerona.

Continuaron S. M. y A. su viage llevando al lado á Don Francisco de Copons y escoltados por algunos ginetes. Entraron todos el mismo dia 24 en Gerona, cuyos adornos y colgaduras eran ruinas y escombros, y su alfombrado arreboles aun y salpicaduras de la sangre, que durante el sitio habia corrido en abundancia y arroyado sus calles. Espectáculo sublime si bien triste, cuya vista debió conmover al monarca y excitarle á meditacion profunda, destinado á labrar la felicidad de un pueblo que al defender los propios hogares, habia sustentado tambien y confundido con los suyos los intereses de la corona.

Llega tambien allí el infante Don Cárlos.

Fiado el mariscal Suchet en la promesa del rey, y no autorizado quizá bastante para detener en rehenes, como lo hizo, al infante Don Cárlos (si atendemos á lo mucho que por ello le reprendió el gobierno provisional de Francia * sucesor de Napoleon), púsole en libertad, y el 26 le acompañó hasta el Fluviá, cuyo rio cruzó S. A., entrando en Gerona aquel dia en union con el rey su hermano, que habia salido á recibirle.

(* Ap. n. 20.)

No tuvo sin embargo cumplido efecto lo ofrecido con relacion á las plazas, resistiéndose á ello Don Francisco de Copons, quien guardando al rey los miramientos debidos, no creyó serle lícito apartarse de los decretos de las córtes, terminantes en la materia, y contrarios á tratar con el francés en tanto que no fuese de conformidad con los aliados. Resolucion á la que de grado ó fuerza tuvieron que adherir todos; siendo ademas arreglada al interes pú-

blico y buena salida de la campaña, impidiendo se engrosasen las huestes del enemigo con aquellas tropas veteranas y muy aguerridas.

Carta del rey á la regencia.

Desde Gerona escribió Fernando á la regencia del reino la carta siguiente, toda de puño de S. M.

« Acabo de llegar á esta perfectamente bueno, gracias á Dios, « y el general Copons me ha entregado al instante la carta de la « regencia y documentos que la acompañan: me enteraré de todo, « asegurando á la regencia que nada ocupa tanto mi corazon como « darla pruebas de mi satisfaccion y mi anhelo por hacer cuanto « pueda conducir al bien de mis vasallos.

« Es para mí de mucho consuelo verme ya en mi territorio en « medio de una nacion y de un ejército que me ha acreditado una « fidelidad tan constante como generosa. Gerona, 24 de marzo « de 1814. — Firmado: Yo EL REY.—A la regencia de España. »

Desazonó á los amigos de las córtes y de las reformas el contenido de esta carta, en la que tornóse al lenguaje ambiguo de las primeras, huyendo siempre de soltar prendas que comprometiesen las decisiones del porvenir. Las córtes no obstante abstuviéronse de dar muestras de descontento; y por el contrario dieron, dias despues, un decreto para levantar á la orilla derecha del rio Fluviá frente del pueblo de Báscara un monumento que perpetuase la memoria de lo ocurrido allí á la llegada del rey Fernando.

Monumento que decretan las córtes.

Dádiva del duque de Frias.

Tambien quiso el duque de Frias y de Uceda dar una prueba de señalado afecto á la persona de S. M., y de su ardiente deseo por verle de vuelta en el reino, poniendo de antemano á disposicion de las córtes mil doblones que debian darse de sobrepaga al ejército que tuviese la dicha de recibir al rey. Admitieron las córtes tan generosa dádiva ofrecida por un grande de los primeros de España, y que siendo aun conde de Haro, título de los primogénitos de su casa, habíase mantenido, durante la actual lucha, á la cabeza de un regimiento de caballería de que era coronel, honrándose en tiempos bélicos de servir á la patria con las armas quien en los pacíficos la ilustraba con sus versos y producciones literarias.

Antes de continuar hablando del viage del rey, parécenos oportuno volver la vista á lo que pasaba en las córtes y en el teatro principal de la guerra; dejando por ahora á S. M. en la ciudad de Gerona.

Trabajos y discusiones de las córtes.

Instaladas que aquellas fueron en 1° de marzo para dar principio á la legislatura ordinaria correspondiente al año de 1814, ocupáronse en las tareas que conforme á la constitucion debian llamar primero su cuidado; leyendo los ministros del despacho sus respectivas memorias, y el de hacienda los presupuestos de gastos

Presupuestos.

y entradas, como tambien el de guerra el estado general del ejército. Poco discrepaban los trabajos presentados ahora en ambos ramos de los que acerca de lo mismo examinaron las córtes extraordinarias y ordinarias en setiembre y octubre anterior, causando solo enfado la diferencia que se advertia entre la fuerza armada real y disponible y la total que se pagaba: diferencia muy notable en verdad, nacida de la muchedumbre de comisionados y asistentes que se han consentido siempre en nuestro ejército, y de otros abusos de la administracion militar; roedora lepra, honda y muy añeja, de difícil y penosa cura, pero á la que ha de aplicarse tarde ó temprano remedio eficaz y vigoroso, si se quiere en España órden y economía prudente en la inversion de los caudales públicos.

Por lo demas siguiendo esta legislatura los pasos de la anterior, no se ventilaron por lo comun en ella cuestiones que acarreasen sustanciales reformas, no pudiendo el partido liberal aspirar á otra cosa sino á conservar lo hecho por las extraordinarias, ni tampoco propasarse el opuesto á indicar medidas de retroceso ó ruina. Dieron sin embargo ahora las córtes nueva planta á las secretarías del gobierno, en la que se atendió á la parsimonia y ahorro mas bien que á una atinada distribucion de negociados, y al pronto y conveniente despacho de ellos. Tambien aprobaron las mismas un reglamento para la milicia nacional, en la que estaban obligados á entrar todos los españoles, excepto contadas clases, desde la edad de 30 años hasta la de 50; siendo elegidos los oficiales, sargentos y cabos, ante los ayuntamientos y á pluralidad de votos, por las compañías respectivas, con la precision de usar todos del uniforme que allí se les señalaba. Reputábanse gefes natos de estos cuerpos los gobernadores ó comandantes militares de nombramiento real en los pueblos en donde los hubiese. Secretarías.

Paró no menos la consideracion de las córtes la dotacion del rey y de la familia real. Fijóse aquella en cuarenta millones de reales al año, anticipando á S. M. por esta vez un tercio para los gastos que á su vuelta pudiesen ocurrirle. Agregábase á la suma en dinero la posesion de todos los palacios que hubiesen disfrutado los reyes predecesores del actual, y ademas los bosques, dehesas y terrenos que destinasen las córtes para recreo de S. M. Asignóse á cada uno de los infantes Don Cárlos y Don Antonio la cantidad de 150,000 ducados pagaderos por tesorería mayor, y no se mentó al infante Don Francisco por hallarse ausente y al lado de los reyes padres, en quienes por entonces nadie pensó. Semejantes asuntos y otros debates á que dieron lugar en público ó en secreto las cartas del rey, su viage é incidentes análogos, consumieron en gran parte el tiempo de las sesiones del año que corria. Dotacion de la casa real.

Impostor Audinot.

No dejó tambien de robar alguno el negocio de un impostor que diciéndose general francés, y tomando el nombre fingido de *Luis Audinot*, ganado para ello por personas poco conocidas de Granada y Baza, pertenecientes á la parcialidad antireformadora, trató de comprometer y hacer odiosos á varios habitantes de aquellas comarcas y á los principales cabezas del partido liberal, señaladamente á Don Agustin Argüelles; figurando obraban estos de acuerdo con Napoleon y sus agentes, llevados del deseo de fundar en la Península una república bajo el título de *Iberiana*, apoyada y sugerida, á dicho del impostor, por el príncipe de Talleyrand. Invencion que si bien extravagante y ridícula, tenia aceradas puntas de perversa y atroz intencion; persuadidos los forjadores de que una patraña ó fábula cuanto mas inverosímil ó absurda aparezca, tanto mas ha de cundir y ser aplaudida entre la muchedumbre ignorante que la convierte en sabroso apacentadero de su incauta y ciega credulidad. Dió por tanto este suceso pie á muchas hablillas, á varias proposiciones en las córtes, á una representacion del señor Argüelles pidiendo se le oyese judicialmente en desagravio de su honor ofendido, y al proseguimiento en fin de una causa que duró hasta despues de haber vuelto el rey á España; queriendo entonces ciertos y malos hombres aprovecharse de semejante maquinacion para empeorar la suerte bastante desdichada ya de los encarcelados por opiniones políticas. Pero felizmente hundiéronse tan dañinos intentos en el lodazal inmundo de la misma calumnia, acabando por confesar el supuesto *Audinot*, que aunque de nacion francés no era general, ni su nombre otro que el de *Juan Barteau;* implicando ademas en sus declaraciones á varios personages del partido antireformador, que mandaban á la sazon ó influian en los que mandaban: quienes temerosos de que se descubriese todo el enredo, apresuráronse á echar tierra al negocio, dejando solo y sepultado en un calabozo al impostor, que desesperado y fuera de sí suicidóse dentro de su prision.

Acontecimientos militares.

Mientras que tales sucesos y lástimas ocurrian en lo civil y político, caminaban dichosamente á su fin los asuntos de la guerra. Dada que fue la batalla de Orthez y hechos los movimientos que de ella se siguieron, quiso de nuevo el mariscal Soult tomar la ofensiva, temeroso de lo que iba á acontecer en Burdeos, y deseoso de distraer la atencion de Lord Wellington. En consecuencia revolvió el 13 aquel mariscal de Rabasteins, en donde estaban sus cuarteles, sobre Lembége y Conchez, amagando la derecha aliada. Afirmó entonces su puesto sir R. Hill detras del rio Gros Lées y de Garlin en el camino de Pau á Aire, reforzándole Lord Wellington con dos divisiones, quien hizo tambien ademan de reconcentrar toda su gente en las cercanías del último pueblo. Visto lo cual no insistió en su pensamiento el mariscal Soult, antes bien replegóse yendo la vuelta de Vic-Bigorre para evitar la lid.

Tras él fue el general inglés, habiéndosele juntado tropas suyas desparramadas por la tierra, reservas de artillería y caballería procedentes de España y otros refuerzos. Entre ellos enumerarse deben las divisiones de nuestro cuarto ejército que mandaba Don Manuel Freire, cuyas maniobras al pasar del Adour referimos ya, en las que prosiguieron favoreciendo despues el total acordonamiento de Bayona y las operaciones generales del ejército aliado: sucesos que con otros que entre sí se enlazan será bien narremos antes de ir adelante en la de los movimientos de Lord Wellington.

Movimientos del cuarto ejército español.

La segunda division del cargo de Don Cárlos de España púsose en un principio á la derecha del Adour para repasar en seguida este rio y situarse entre su corriente y la del Nive, á fin de coadyuvar al bloqueo de Bayona. Evolucion opuesta practicaron la cuarta division y las brigadas segunda y primera de la tercera y quinta que formaban ahora una nueva division llamada provisional, trasladándose esta y la otra á la derecha del Adour marchando rio arriba y uniéndose al movimiento del centro aliado, sin alejarse por algunos dias de aquellas márgenes, pisando ya una ya otra ribera, segun lo requerian las diversas operaciones de la campaña. Agregóse igualmente á los ingleses, pero á su derecho costado, la segunda brigada de la division que regia Don Pablo Morillo, quedando solo la primera en el cerco de Navarreins.

Auxilios que facilita Wellington.

A estas fuerzas habíales Lord Wellington suministrado auxilios desde que abrieron en union con su ejército la campaña del año anterior, que empezó en los lindes de Portugal. Dos millones de reales mensuales recibia el cuarto ejército de la pagaduría inglesa para el abono del prest y demas atenciones de la misma clase. Tambien tuvieron particulares socorros las divisiones de Morillo, España y Don Julian Sanchez, que aunque pertenecientes á aquel ejército, militaban separadamente y por lo comun cerca de las tropas inglesas. Fue asimismo muy atendido el ejército de reserva de Andalucía en tanto que se mantuvo en Francia y le gobernara Don Pedro Agustin Giron.

Cuando en este año de 1814 tornaron á marchar sobre Bayona las tropas del cuarto ejército, que meses antes habian regresado á España, no solo continuaron los ingleses suministrando los mismos auxilios en dinero, sino que ademas facilitaron víveres y otros recursos. Y queriendo Wellington acudiese tambien á Francia el ejército de reserva de Andalucía acantonado en la frontera, insinuóselo así á su general, que lo era otra vez el conde del Abisbal de vuelta de la licencia que obtuviera para pasar á Córdoba á restablecer su salud. Mas dicho gefe respondió al inglés desabridamente poniendo muchos obstáculos, y pidiendo antes bien que se le permitiese internar sus tropas en los pueblos de Castilla la Vieja para darles algun descanso

Conducta del conde del Abisbal.

y mejor temple, menesterosas y destrozadas de resultas de fatigas y grandes quebrantos, y tambien del abandono que suponia Abisbal haber habido en su disciplina y buena organizacion. Desazonó á Wellington semejante excusa y peticion extraña, ya por constarle no ser cierto estuviese aquel ejército en la disposicion que se le pintaba, ya tambien por haber recibido avisos de que siguiendo Abisbal secretas inteligencias con los diputados del partido antireformador, que encontró en Córdoba, ansiaba por acercarse á la capital para sostener con su ejército los proyectos de aquellos, y trastornar el gobierno y las córtes, presentada que fuese ocasion oportuna.

Pasa a Francia el cuarto ejército español.

Rehusóle por tanto Wellington avanzar á Castilla, y señalándole por acantonamientos las orillas del Ebro, no pensó ya en traerle á su lado enojado con él, por lo cual volviendo la vista al tercer ejército, dió órden á su gefe príncipe de Anglona, que se mostró comedido y tratable, de pasar con su gente á Francia en lugar del otro, franqueándole ademas un auxilio de seis millones de reales * y seis mil vestuarios. No verificó sin embargo Anglona su avance hasta los primeros dias de abril.

(* Ap. n. 21.)

Sigue Wellington moviendose.

Continuemos ahora narrando las maniobras y marchas de Lord Wellington, las cuales dejamos mas arriba en suspenso. Reforzado aquel y muy animoso prosiguió moviéndose el 17 de marzo, llevando la derecha por Conchez, el centro por Castelnau y la izquierda por Plaisance. Fueron los franceses retirándose, aunque mantuvieron una gruesa retaguardia en los viñedos que circundan á Vic-Bigorre, aparentando querer sustentar una resistencia que no verificaron. Juntáronse los aliados en aquel pueblo y en el de Rabasteins, y encaminóse el enemigo durante la noche via de Tarbes.

El 20 divisábanse en esta ciudad los puestos avanzados de la izquierda francesa que se retiraba con el centro, apostada la derecha en los altos no muy distantes del molino de viento de Oléat. Avanzaron á la sazon los aliados, distribuido su ejército en dos masas ó columnas, resueltos á embestir á los contrarios, quienes en vez de aguardar continuaron su marcha retrógrada, y de dos caminos principales que de Tarbes guian á Tolosa, uno por Auch y otro por Saint-Gaudens, escogieron el último, y siguiéronle hasta el mismo pueblo, en donde reunidas sus tropas le abandonaron en parte, tomando el otro las mas de ellas atravesando la tierra. Aligerado Soult de sus bagajes mas pesados y de muchos carros que habia despachado antes, ejecutó su retirada á Tolosa con presteza, entrando en la ciudad el dia 24, sin que nadie le incomodase, ni le detuviese.

Llega Soult a Tolosa.

Tres dias de delantera llevaba el mariscal Soult á los aliados en su marcha, mas lentos estos por la precision de conducir pontones y otros materiales para reparar ó echar puentes y remover otros

obstáculos que pudieran ofrecérseles, caminando con tiempo muy lluvioso, en tierra enemiga y de fe dudosa. Aparecieron pues los aliados el 27 en frente de Tolosa, ordenando Wellington el 28 que se estableciese un puente en el lugar de Portet, situado mas arriba de la ciudad y por bajo de la junta de los dos rios Ariége y Garona. Deseaba el inglés colocarse por aquella parte, como medio oportuno de obligar á Soult á abandonar su estancia, ó de estorbarle, interponiéndose, unirse al mariscal Suchet. Imposible fue armar el puente allí por la rapidez excesiva de la corriente y su anchura, mayor que la que podian cubrir los pontones preparados. Frustrada esta tentativa, tuvo mejor éxito otra que se ensayó y puso en planta el 31 en Roques, sitio mas favorable aunque por cima de la confluencia de los expresados rios: por donde atravesó el Garona sir Rolando Hill, apoderándose en breve en Cintegabelle del puente del Ariége no destruido aun.

Llegan los aliados enfrente de la ciudad.

Tentativas para pasar el Garona.

Pero advirtiendo Lord Wellington lo intransitable de aquel terreno pegadizo y gredoso, desistió de seguir obrando por aquella parte, y dispuso repasasen el Garona las tropas del general Hill que lo habian cruzado poco antes. Registróse entonces la ribera por bajo de Tolosa, y se descubrió un parage media legua mas arriba de Grenade, en donde el rio corre casi lamiendo el camino real, muy veloz en su curso, y teniendo sobre 130 varas de ancho: trazóse allí el puente y se remató la mañana del 4 de abril en el espacio de pocas horas.

Determinado Wellington á atacar cuanto antes al mariscal Soult, hizo cruzasen el Garona en aquel dia algunos ginetes y tres divisiones suyas de infantería á las órdenes de Beresford. Debian seguir á estas las divisiones españolas cuarta y provisional y la ligera británica; mas hincháronse tanto las aguas, y empezó á ir tan arrebatada la corriente, que hubo que suspender el paso y aun levantar el puente para impedir que se le llevase el rio, quedando repartidas las fuerzas del ejército aliado con grave peligro suyo entre las dos orillas, expuestas las de la derecha á ser acometidas por las huestes muy superiores del mariscal Soult. A dicha no se meneó este prefiriendo mantenerse sobre la defensiva. Amansó la crecida el 8, y aparejado de nuevo y sin dilacion el puente, cruzaron por él entonces las divisiones ya nombradas, la artillería portuguesa y Wellington con su cuartel general; moviéndose todos la vuelta de Tolosa. Tuvo al avanzar un reencuentro en La Croix-Daurade el general Vivian estando al frente del regimiento diez y ocho de húsares, y si bien fue gravemente herido, no por eso dejó de coger cien prisioneros, cerrando al francés tan de cerca que no le dió tiempo para inutilizar en el rio Lhers, tributario del Garona, un puente único que quedaba en pie por aquel lado.

Le pasan los aliados.

Otros movimientos.

Al dia siguiente hacia resolucion Wellington de atacar, y detúvose al ver que apostado sir R. Hill á la otra parte del rio, frontero del arrabal de Saint-Cyprien, hallábase este general muy á tras mano del puente de barcas; razon por la que antes de emprender cosa alguna determinó alzar dicho puente y trasladarle á Blagnac una legua mas arriba. Duró la faena bastante en términos que no se pudo hasta el 10, domingo de pascua florida, dar principio al acometimiento contra el francés: lo que tampoco ni aun entonces era muy hacedero, fortalecido y atrincherado el mariscal Soult en Tolosa y sus alrededores.

Tolosa y su estado de defensa.

Ciudad aquella de 60,000 almas capital del antiguo Languedoc y ahora del departamento del Garona superior (Haute-Garonne), asiéntase á la derecha del rio de este nombre que corre por el ocaso, quedando á la izquierda el arrabal de Saint-Cyprien, que comunica con lo interior de la poblacion por medio de un puente de piedra que apellidaban Nuevo. Rodea á Tolosa del lado del norte y este el famoso canal de Languedoc llamado tambien del Mediodia ó de ambos mares, el cual desemboca en el Garona á mil toesas de la ciudad, si bien enlazado ya antes con el mismo rio por el canal de Brienne, dicho asi del nombre del cardenal que le construyó para facilitar la navegacion; interrumpida la del Garona con las represas de las aceñas ó molinos harineros de Basacle que se divisan mas abajo del puente de piedra. De manera que excepto por el mediodia, circundan á Tolosa por las demas partes rios y canales que la protegen, y retardan cualquiera tentativa dirigida contra sus muros.

A estas defensas que pudieran mirarse como naturales, agregábanse otras levantadas por el arte, ya en tiempos antiguos, ya en los recientes. Entre las primeras contábanse las murallas viejas, espesas y torreadas, que todavía en pie abrazaban entonces casi todo el recinto. Comenzáronse á construir las segundas despues de la batalla de Orthez y de la entrada en Tolosa del mariscal Soult. Consistian estas por el lado de Saint-Cyprien en una cabeza de puente y en obras que ceñian el arrabal, apoyándose á derecha é izquierda en el Garona. Pusieron los enemigos particular conato en fortalecer este punto, creyendo seria por donde intentasen los aliados su principal acometimiento. Pero luego que advirtieron lo contrario, afanáronse por aumentar y fortalecer las defensas de la derecha del Garona. Por tanto ampararon con obras bien entendidas de campaña los cinco puentes que se divisan en el canal de Languedoc desde el del *Embocadero* hasta el de *Demoiselles*, atronerando las casas y almacenes vecinos, lo mismo que la antigua muralla, dispuesta ademas en muchas partes para recibir artillería de grueso calibre. Unas colinas que se elevan al este de la ciudad y corren paralelamente entre el canal y el rio Lhers, conocidas bajo el nombre de *Montrave* ó del *Calvinet*, fortificáronse con

líneas avanzadas, y en especial con cinco reductos distantes entre sí los mas lejanos unas 1,200 toesas, sirviéndoles de comunicacion por detras un camino formado de tablones enrasados en lugar de otro resbaladizo y gredoso que retardaba antes el traspaso rápido de la artillería y municiones. Por el sur dispusiéronse y se artillaron varios edificios, trazándose tambien diversas obras que se daban la mano con las del Calvinet. Se ejecutaron semejantes trabajos en breve tiempo y con admirable presteza, obligados á tomar parte en ellos hasta los habitadores, quienes dolíanse ya de ver convertido en suelo de sangrientas lides el de sus moradas pacíficas: precursores tales preparativos de ruinas y desolacion muy triste.

Pasaban de 30,000 hombres, sin contar la guardia urbana, los que tenia Soult á sus órdenes, distribuidos como antes en tres grandes trozos bajo el mando de los generales Clausel, d'Erlon y Reille, y repartidos estos en varias divisiones que se colocaron en varias divisiones que se colocaron en torno de la ciudad y en sus fortificaciones y reductos. Excedian mucho á los franceses en número los aliados, bien que no favorecidos como los otros por sus estancias.

Batalla de Tolosa.

A las siete de la mañana del 10 de abril trabóse la accion anunciada ya, empezando sir Tomas Picton al frente de la tercera division por arrojar las avanzadas francesas de donde los canales de Languedoc y Brienne se juntan en un mismo álveo, y extendiéndose por su izquierda la division ligera bajo el baron Alten hasta dar con el camino de Albi, parage destinado al ataque que se reservaba á los españoles. Habíanse estos movido al amanecer y encontrádose en La Croix-Daurade con el mariscal Beresford, quien se desvió allí tirando vía de Montblanc y Montaudran, para encargarse de los acometimientos concertados por aquella parte. Eran el punto principal de la embestida las colinas de Montrave y el Calvinet en donde los franceses, haciendo cara al Lhers, aguardaban á los aliados con sereno y fiero ademan. Correspondia á los españoles acometer la izquierda y centro de semejantes estancias, y á los de Beresford la derecha; recayendo por tanto sobre unos y otros el mayor y mas importante peso de la batalla.

Marcharon con bizarría suma al ataque las divisiones españolas cuarta y provisional regidas por Don José Ezpeleta y Don Antonio Garcés de Marcilla. Asistia tambien allí el general en gefe Don Manuel Freire que llevaba á su lado, haciendo de segundo, á Don Pedro de la Bárcena y asimismo á Don Gabriel de Mendizábal, si bien este solo como voluntario. Fue de furioso ímpetu la primera acometida de los españoles, que arrollaron á los franceses, y desalojaron del altozano de la Pujade, delantero de la posicion enemiga, la brigada de Saint-Paul perteneciente á la division del general Villatte, la cual estrechada por los nuestros tuvo que refugiarse

en las líneas del reducto *grande*, que era el mas robusto de los cinco construidos en las cumbres. Dueños los nuestros de la Pujade, plantaron allí la artillería portuguesa á las órdenes del teniente coronel Arentschild, y dejaron de reserva en el mismo parage una brigada de la division provisional, manteniéndose detras la caballería de Ponsonby. La otra brigada y la cuarta division dispusiéronse á proseguir en su avance, esta por la izquierda de la carretera de Albi, aquella en derechura contra dos reductos de los cinco de las colinas, situados en la parte setentrional, á saber; el *grande* ya nombrado, y el *triangular*, dicho así á causa de su figura. Mientras tanto habia ido marchando el mariscal Beresford por el Lhers arriba con las divisiones cuarta y sexta británicas del cargo ambas de sir Lowry Cole y de sir Enrique Clinton, y continuado hasta el punto por donde debian sus fuerzas ceñir y abrazar la derecha enemiga. Luego que llegó aviso de estar Beresford pronto ya á realizar su ataque, emprendió Don Manuel Freire el suyo en el indicado órden. Aguardábanle fuerzas de Villatte y Harispe y la division d'Armagnac, aquellas en las líneas y reductos, la última emboscada entre estos y el canal en unas almácigas y jardines, favorecidos los enemigos del terreno y de las fortificaciones, en cuya parte baja colocaron alguna artillería por disposicion del general Tirlet, para que rasantes los fuegos causasen mayor estrago en nuestras filas. Metralla horrorosa, granadas, balas inundaron á porfía el campo y esparcieron el destrozo y la muerte por las batallones españoles, que serenos é impávidos, llevando á su cabeza al mismo general Freire, adelantaron sin disparar casi un tiro hasta gallardearse en el escarpe de las primeras obras de los enemigos, titubeantes y próximos á abandonarlas. Era dirigido dicho ataque contra los reductos. El otro de la carretera de Albi, auxiliar suyo, venturoso al comenzar, estrellóse despues contra fuegos muy vivos y á quema ropa, que de repente descubrieron los enemigos en el puente de Matabiau, conteniendo á los nuestros y haciéndolos vacilar en su marcha. Advirtiólo Soult, y no desaprovechó tan feliz coyuntura, lanzando contra la izquierda de los españoles al general d'Armagnac, quien arrancó de su puesto dando una arremetida á la bayoneta que desconcertó á los nuestros, muy acosados ya y oprimidos con mortíferos y cruzados fuegos. Ciaron pues algunos atropelladamente en un principio, pero volvieron luego en sí, por acudir á sostenerlos en su repliegue la brigada española que habia quedado de reserva en Pujade, y tambien algunos cuerpos portugueses de la division ligera del baron Alten, que se corrió hácia nuestro costado derecho; infundiendo tales movimientos respeto á los enemigos y causándoles diversion. Señaláronse entonces entre los nuestros unos cuantos húsares de Cantabria al mando de Don Vicente Sierra, y brilló extraordinariamente el regimiento de tiradores de igual nombre, que se mantuvo firme y denodado bajo

los atrincheramientos enemigos hasta que Wellington mismo le mandó retirarse; dando ejemplo su valeroso coronel Don Leonardo Sicilia, quien pagó con la vida su noble y singular arrojo. Muchos y grandes fueron los esfuerzos de los caudillos españoles, y en especial los del general Freire para contener al soldado é impedirle hacer quiebra en la honra, muchos los del Lord Wellington que voló en persona al sitio del combate acompañado de los generales D. Luis Wimpffen y Don Miguel de Alava, consiguiendo rehacer la hueste y ponerla en estado de despicarse y correr de nuevo á la lid. Pero ah! ¡qué de oficiales quedaron allí tendidos por el suelo, ó le coloraron con pura y preciosa sangre! Muertos fueron, ademas de Sicilia, Don Francisco Balanzat, que gobernaba el regimiento de la Corona, Don José Ortega, teniente coronel de estado mayor y otros varios, contándose entre los heridos á los generales Don Gabriel de Mendizábal y Don José Ezpeleta, como tambien á Don Pedro Mendez de Vigo y á Don José María Carillo, gefes los dos de brigada, con muchos mas que no nos es dado enumerar, bien que merecedores todos de justa y eterna loa.

Afortunadamente reparábase á la sazon tal contratiempo por el lado de Beresford, á quien tocaba embestir la derecha enemiga. Habia en efecto empezado este mariscal á desempeñar su encargo con tino y briosamente, acaudillando la cuarta y sexta division británicas del mando de sir Lowry Cole y de sir Enrique Clinton, cuyos soldados formados en tres líneas marchaban como hombres de alto pecho, sin que los detuviese ni el fuego violentísimo del cañon francés ni lo perdido de la campiña, llena en varios parages con las recientes lluvias de marjales y ciénagas. Enderezóse particularmente el general Cole contra la parte extrema de la derecha enemiga y contra el reducto de la *Sypière* allí colocado, al paso que el general Clinton avanzaba por el frente para cooperar al mismo intento. Sucedieron bien ambos ataques, alojándose los ingleses en las alturas, y enseñoreándose del reducto dicho, que guarnecia con un batallon el general Dauture. Pero habiendo dejado los ingleses su artillería en la aldea de Montblanc por causa de los malos caminos, corrió algun tiempo antes de que llegase aquella y pudiesen ellos proseguir adelante; lo que tambien dió vagar á que reforzase el mariscal Soult su derecha con la division del general Taupin, la cual ya de antes se habia aproximado á las colinas para sostener las operaciones que por allí se efectuasen. Vino pues sobre los aliados esta division y vinieron otras tropas, mas todo lo arrolló la disciplina y valor británico, quedando muerto el general Taupin mismo. Acometieron en seguida los ingleses los dos reductos del centro llamados *les Augustins* y *le Colombier*, y entrólos la brigada del general Pack, herido allí. En vano quiso entonces el enemigo recobrar por dos veces el de la *Sypière*, como clave de la posicion: vióse rechazado siempre, no

restándole ya al francés en las colinas sino los dos reductos situados al norte. Hácia ellos se dirigieron los aliados victoriosos, caminando lo largo de las cumbres, y ayudándolos por el frente Don Manuel Freire, seguido de sus divisiones rehechas ya y bien dispuestas. Cedieron los enemigos y abandonaron reductos, atrincheramientos, todas sus obras en fin por aquella parte, y las dejaron en poder de las tropas aliadas, recogiendo solo la artillería que salvaron por un camino hondo que iba al canal.

Por su lado el general Picton, al propio tiempo que atacaban los de Beresford la derecha francesa, quiso tambien probar ventura con la tercera division aliada, tratando de apoderarse del puente doble ó *Jumeau* en el embocadero del canal, y amagar al inmediato llamado de los *Mínimos*. Mas opúsosele y le rechazó el general Berlier, y herido este, Fririon; teniendo que ciar el inglés para evitar terrible fuego de fusilería y artillería que le abrasaba por su frente y flanco, no habiendo guiado aquí á su valor venturosa ni alegre estrella.

Distrajo durante la batalla el general Hill con sus fuerzas (en las que se comprendia una brigada de Morillo) al general Reille, que defendia con la division Maransin el arrabal de Saint-Cyprien, y le arrojó de las obras exteriores, obligándole á refugiarse dentro de la antigua muralla.

A las cuatro de la tarde concluyóse la accion, dueños los aliados de las colinas de Montrave ó Calvinet, sojuzgada la ciudad con artillería que plantaron en las cumbres. Dió tambien órden á la misma hora el mariscal Soult al general Clausel de no insistir en nuevos ataques contra el terreno perdido, y ceñirse á rodear solo con varias divisiones el canal de ambos mares, escogido para servir entonces como de segunda línea. Fogueáronse sin embargo y aun se cañonearon hasta el anochecer por lo mas extremo de la derecha francesa algunas tropas de los aliados provocadas á ello por otras de los enemigos.

Sangrienta y empeñada lid esta de Tolosa, en la que tuvieron de pérdida los anglo-hispano-portugueses 4,714 hombres: á saber, 2,124 ingleses, 1,983 españoles y 607 portugueses. Presúmese no fue tanta la de los enemigos, abrigados de su posicion: contaron sin embargo estos entre sus heridos á los generales Harispe, Gasquet, Berlier, Lamorandière, Baurot y Dauture.

Los habitantes de Tolosa amedrentados ocultáronse al principio en lo mas escondido de sus casas: mas animosos despues salieron de su retiro y se pusieron á contemplar la batalla desde los tejados y campanarios, adelantándose algunos hasta las líneas; pero suspensos y pendientes todos del progreso y conclusion de una refriega en la que les iba la vida, la hacienda, y quizá la honra. Mal estaban por eso con el mariscal Soult, á quien culpaban de haberlos comprometido y puesto en trance tan riguroso y duro.

Han pintado los franceses la accion de Tolosa como victoria suya, y aun esculpídola á fuer de tal hasta en sus monumentos públicos. Pero abandonar muchos lugares, perder las principales estancias, y retirarse al fin cediéndolo todo á los contrarios, nunca se graduará de triunfo, sino de descalabro, y descalabro muy funesto para los que le padecieron. Enhorabuena ensalzasen los franceses y aun magnificasen la resistencia y brios que allí mostraron, grandes por cierto y sobreexcelentes, mas no estaba bien en ellos robar glorias agenas; en ellos que no las necesitan, teniéndolas propias y muy calificadas.

Evacua Soult la ciudad.

En la noche del 11 al 12 de abril desamparó el mariscal Soult á Tolosa, y tomó el camino de Carcasona, que le quedaba abierto, y por donde le era dable juntarse con el mariscal Suchet. Dejó en la ciudad heridos, artillería y aprestos militares en grande abundancia. Entraron los aliados el mismo 12 en medio de ruidosísimas aclamaciones de los habitantes, que se agolpaban por ver á sus nuevos huéspedes y darles buena acogida, ya por los muchos partidarios y adictos que tenia allí la familia de Borbon, ya mas bien por creerse libres los vecinos de los daños que les hubiera acarreado el continuar de la guerra en derredor de sus muros.

Entran los aliados.

Son bien recibidos.

Acontecimientos y mudanzas en París.

Por la tarde de aquel dia súpose de oficio en Tolosa la entrada el 31 de marzo en París de los aliados del Norte. Susurrábase esto ya antes, y se piensa no lo ignoraban los generales de los respectivos ejércitos; por lo que algunos censuráronlos agriamente de haber empeñado accion tan sangrienta en coyuntura semejante, siendo ya inútil cuando iba á terminarse la guerra. Trajeron ahora la noticia el coronel inglés Cook y el coronel francés Saint-Simon; el primero encargado particularmente de comunicársela á Lord Wellington, el segundo á los mariscales Soult y Suchet.

Caida de Napoleon.

Ni se limitaban las novedades ocurridas á la mera ocupacion de la capital de Francia. El senado habia establecido allí el 1° de abril un gobierno provisional, á cuyo frente estaba el príncipe de Talleyrand, y desposeido al dia siguiente del cetro imperial á Napoleon Bonaparte, quien, abandonado de casi todos sus amigos y secuaces, habíase visto forzado á abdicar la corona en su hijo, y luego á despojarse de ella absolutamente y sin restriccion alguna, á nombre suyo y de toda su estirpe; recibiendo como por merced para que le sirviese de refugio la isla de Elba en el Mediterráneo; concesion que llevaba apariencias de estudiada mofa, mas que hubo de costar bien cara meses adelante. Decidió tambien el senado, en 6 del propio abril, llamar de nuevo al solio de Francia á la familia de los Borbones, y proclamar por rey á Luis XVIII, ausente todavía en Inglaterra; tomando el mando,

interin llegaba este, su hermano el conde de Artois, bajo el título de lugarteniente del reino. Conformáronse con tales mudanzas las potencias invasoras, y aun las aplaudieron y quizá apuntaron.

Anunciáronse por la noche en el teatro de Tolosa las noticias traidas de Paris por los coroneles Cook y Saint-Simon, y se celebraron extraordinariamente por los espectadores, muchos en número y muy entusiasmados con la ópera de *Ricardo Corazon de Leon*, que de intento se escogió aquel dia por las arias y pasos que encierra aquella pieza, alusivos á las circunstancias de entonces. Prodigáronse igualmente vítores y palmoteos á Lord Wellington, que asistia á la representacion: que tales por lo comun son los pueblos en punto de novedades, aunque sean muy en su daño y mengua; si bien aqui los aplausos y loores iban dirigidos mas que al general inglés, vencedor en tantas lides, al que se consideraba como á restaurador de la paz tan ansiada en Tolosa, y prenda estable y firme del sosiego que en la ciudad reinaba.

Otros sucesos militares.

No tardaron los coroneles Cook y Saint-Simon en ir al encuentro de los mariscales Soult y Suchet para acabar de desempeñar su comision y poner término pronto y cumplido á la guerra. Pero primero que continuemos refiriendo lo que en esto ocurrió, nos parece oportuno cerrar antes la narracion de los sucesos militares de esta tan prolongada lucha, siendo ya pocos los que nos quedan y no de grande importancia.

En Burdeos.

En Burdeos, luego que entraron alli los aliados, preparáronse los parciales de la casa de Borbon á repeler cualquier ataque que intentasen sus contrarios los bonapartistas, recelándose en particular de las fuerzas del general Lhuillier, recogido al otro lado de los rios, y de las del general Decaen, que habia formado una division de órden del emperador, destinada á marchar por Périgueux sobre aquella ciudad. Pero no trataron ambos generales de formalizar cosa alguna, ni se lo permitió Wellington, puesto que al reunir su gente para perseguir á Soult via de Tarbes y Tolosa, sacó mucha de la que tenia en Burdeos, dejando solo al general Dalhousie con 5,000 hombres. Bien es verdad que afirmábase por otro lado y al mismo tiempo la posesion de aquella ciudad, acudiendo el 27 de marzo á la boca del Gironda el almirante Penrose con tres fragatas y varios buques menores, quien penetró rio arriba sin pérdida particular ni resistencia empeñada. Coincidió con la expedicion marítima una excursion que el general Dalhousie verificó por tierra sobre el Dordoña para espantar al general Lhuillier. Esto y las maniobras y ataques de los marineros británicos causaron al enemigo mucho daño, desmantelando fuertes, clavando cañones y ahuyentando ó cogiendo barcos, de modo que en 9 de abril estaban despejadas las riberas hasta el castillo de Blaye, cuyo gobernador, el general Merle, no quiso entrar en pactos hasta el 16 de aquel mes, en que se cercioró de lo ocurrido en Paris.

En Bayona.

Supo tambien luego en Bayona las novedades de esta capital sir Juan Hope, avisado por el coronel Cook desde Burdeos, pero no las comunicó al gobernador de la plaza, general Thouvenot, por no constarle de oficio. Hízolas sí correr por los puestos avanzados, mas no dieron crédito á ellas los franceses, y antes bien se irritaron ejecutando el 14 una salida bien meditada y fogosa. Fingieron pues atacar del lado de Anglet, y lo verificaron entre Saint-Étienne y Saint-Bernard, tan de rebate é improvisamente que tomaron varios puestos. Acudió á remediar el mal sir Juan Hope con su estado mayor; pero sorprendiéronle los enemigos y le rodearon, cogiéndole prisionero despues de muerto su caballo y herido él mismo. Al cabo tornaron los franceses á la plaza y recuperaron los aliados los sitios antes perdidos, teniendo los últimos que deplorar la baja de 600 hombres entre muertos y heridos, ademas 251 prisioneros. Fue este el último y lamentable suceso militar que ocurrió en Francia por el mediodía.

Santoña.

En España habíase dado á partido el 27 de marzo el gobernador francés de Santoña; pero pasando la capitulacion á que la aprobase Lord Wellington, notando este al leerla la cláusula de que los sitiados tornarian á Francia bajo palabra de no tomar las armas durante la presente guerra, negóse á ratificar aquella, escarmentado con lo sucedido en Jaca, en donde otorgadas condiciones iguales, quebrantáronlas los franceses luego que pisaron su territorio y se vieron libres.

Cataluña.

En Cataluña, al colocarse en Figueras el mariscal Suchet, guardó consigo y en las cercanías la division de Lamarque, poniendo la reserva de Mesclop en la Junquera y Coll de Pertús, y enviando á Perpiñan algunos infantes y caballos, á donde tambien iba él mismo á veces para tomar sin alejarse de España providencias convenientes á la defensa del territorio nativo. El total de combatientes que le quedaban ascendia á 11,527 hombres comprendidos 1,088 caballos. Quiso Suchet acrecer el número trayéndose á Figueras 3,000 hombres que tenia Robert en Tortosa, y 8,000 Habert en Barcelona, lo que pensó seria factible uniéndose el primero al último por medio de una marcha rápida, y abriéndose paso los dos al frente de sus guarniciones respectivas. Mas frustróse al francés su proyecto, no pudiendo Robert menearse, muy observado por los españoles, y viéndose repelido Habert con pérdida por Don Pedro Sarsfield, tentado que hubo el 16 de abril una salida de Barcelona, ya que insistiese en llevar á cabo el plan del mariscal Suchet, ya que se animase á ello sabedor de que las tropas anglo-sicilianas al mando de sir Guillermo Clinton evacuaban la Cataluña de órden de Lord Wellington y pasaban á otros puntos.

La abandona Suchet.

En los primeros dias del mismo abril salió por fin de España el mariscal Suchet como tambien su ejército, despues de haber volado las fortificaciones de Rosas, diri-

giendo sus columnas via de Narbona. Dejó solo guarniciones en Figueras, Hostalrich, Barcelona, Tortosa, Benasque, Murviedro y Peñíscola, cuyas plazas y fuertes bloqueaban los españoles, habiendo perecido en la última el gobernador francés con su estado mayor y muchos otros por la explosion de un almacen de pólvora.

Conducta de Soult y Suchet con motivo de lo ocurrido en Paris.

Volvamos ahora á Tolosa. Salieron de allí, segun antes empezamos á referir, los coroneles Cook y Saint-Simon, y encamináronse á los cuarteles de Soult y Suchet para informarles de las grandes mudanzas y acontecimientos ocurridos, como tambien para entregarles las órdenes del gobierno provisional establecido en Paris. No quiso por de pronto someterse el primero á lo que se le ordenaba, manifestando carecian tales nuevas y comunicaciones de la autenticidad debida; y solo añadió que entraria en un armisticio con los aliados, hasta recibir órdenes ó avisos del emperador, si Lord Wellington convenia en ello. Desechó el inglés la propuesta creyéndola por lo menos intempestiva y fuera de su lugar. Avínose mejor Suchet, pues habiendo reunido los principales gefes de su ejército, decidió de conformidad con ellos reconocer el gobierno provisional de Paris y someterse á sus mandatos y resoluciones. Al saber el mariscal Soult esta determinacion forzoso le fue ceder y obrar al son de los demas.

Celébrase un armisticio entre Wellington y los mariscales franceses.

Abriéronse en seguida y sin dilacion tratos para una suspension de armas, la cual se concluyó en los dias 18 y 19 de abril entre los mariscales Soult y Suchet por una parte, y Lord Wellington por otra, como general en gefe de todas las tropas aliadas. Celebráronse para ello dos convenios, exigiéndolo asi el mariscal Suchet, que no queria reconocer ninguna supremacía en el otro, tenido por orgulloso y por de predominante condicion. En consecuencia cesaron las hostilidades no solo en los ejércitos respectivos, sino tambien delante de las plazas bloqueadas, debiendo entregarse á los españoles en un breve término las que todavía estuviesen en poder del francés.

Finalizó aquí y de este modo la guerra gloriosa de la independencia peninsular, fecunda en acontecimientos varios, y muy instructiva para el militar y hombre de estado: habiéndose combinado en ella las operaciones regulares de sitios, marchas y peleas con los trances descompuestos, repetidos y azarosos de una lucha nacional y, por decirlo asi, perdurable. Inmarcesibles lauros cogieron en el prolongado curso de tanto lidiar los diferentes ejércitos que tomaron parte; pero como naciones descollaron en el caso actual y levantarán por ello siempre su cabeza erguida Portugal y España, escenario vivo de perseverancia constante.

Asuntos políticos.

Mas al propio tiempo que cesaron honrosa y felizmente los estruendos bélicos, crecieron los políticos,

cuyo retemblor y zumbido abrieron grietas por donde se atropellaron lástimas y desdichas. Pero necesario es para narrar lo acaecido en el asunto volver atras y seguir en su viage al rey Fernando VII, á quien dejamos en Gerona con los infantes Don Cárlos y Don Antonio. Salieron de esta ciudad S. M. y AA. el 28 de marzo, yendo á Tarragona sin pasar por Barcelona; bien que asi en esta plaza como en las demas en que aun se conservaba guarnicion francesa, recibieron órden los gobernadores de no cometer hostilidad alguna al paso por ellas ó sus cercanías de Fernando VII, y de tributar á S. M. los honores y obsequios que eran debidos á su augusta persona.

Salen el rey y los infantes de Gerona.

De Tarragona trasladáronse el rey y los infantes á Reus, en donde permanecieron el 2 de abril, no indicando nada hasta ahora el rumbo cierto que en lo político tomaria S. M. Generales, autoridades y pueblos habíanse conformado con lo dispuesto por las córtes, y la familia real y sus consejeros tampoco se desviaban de ello, á lo menos en público. Verdad es que crecian los manejos y ofrecimientos reservados de descontentos y ambiciosos; pero sin difundirse por fuera, ni dar lugar mas que á leves rumores y sospechas. Agrandáronse estas aqui en Reus. Segun la ruta señalada por la regencia con arreglo al decreto de 2 de febrero, tenia el rey que continuar su viage siguiendo la costa del Mediterráneo á Valencia, para de alli pasar á Madrid. Estábase en via de dar cumplimiento á esta providencia, cuando la diputacion provincial de Aragon, movida por si ó por sugestion agena, dirigió á Don José de Palafox, que acompañaba al rey, una exposicion gratulatoria pidiendo se dignase S. M. en su tránsito para la capital del reino honrar con su presencia á los zaragozanos, ansiosos de verle y contemplarle de cerca. Accedió Fernando á la súplica, ora que no quisiese este desairar á ciudad tan ilustre y tan merecedora de su particular atencion, ora que mirasen sus consejeros aquella coyuntura como muy propicia para comenzar á romper las trabas que los ligaban, molestas en sumo grado y depresivas á su entender de la magestad real.

Llegan á Tarragona y Reus.

Salió el rey de Reus el 3 y por Poblet encaminóse á Lérida. Iba ya solo con su hermano Don Cárlos, habiéndose quedado en la primera villa el infante Don Antonio á causa de una indisposicion leve, y de estar resuelto á tomar en derechura el camino de Valencia.

Va el rey á Zaragoza.

Llegaron el rey y Don Cárlos á Zaragoza el 6 de abril, tiempo de semana santa. Fueron recibidos alli ambos príncipes con indecible amor y entusiasmo, realzado uno y otro por el aparecimiento de Don José de Palafox, ídolo entonces muy reverenciado y querido de los habitadores. Mostrábase S. M. aqui todavía incierto sobre el partido á que se inclinaria en la parte

Buen recibo en esta ciudad.

política; pudiendo solo colegirse de algunas palabras que vertió, que no desaprobaba del todo lo que se habia hecho durante su ausencia en punto á reformas. Sin embargo aguijon grande era para que procediese á su antojo la adhesion sin límites que manifestaban los pueblos hácia su persona, y las insinuaciones y consejos extraviados que le venian de varias partes; muy diligentes en esta ocasion los enemigos de novedades no menos que los descontentos de cualquiera linage que con ellos se abanderizaban. Partió el rey de Zaragoza el 11, y llegó á Daroca aquel mismo dia.

Junta en Daroca.

Estrechando el tiempo, afanábanse los que venian con el rey porque se tomase una determinacion respecto de la conducta política que convenia se adoptase, celebrando al efecto una junta en la noche del 11, en la que se apareció el conde del Montijo. Fueron de dictámen todos los que allí concurrieron que no jurase el rey la constitucion, excepto solo Don José de Palafox, quien no pudiendo rebatir los argumentos de los demas y apurado ya, llamó en su ayuda á los duques de Frias y de Osuna, que habian acudido á Zaragoza á cumplimentar al rey y le seguian en el viage. Juzgaba Palafox que su dictámen en la materia se arrimaria al suyo, y le daria gran peso por la elevada clase y riqueza de ambos duques y por su porte desde 1808; habiendo el de Frias, segun ya hemos dicho, no desamparado nunca los estandartes de la patria, y expuéstose mucho el de Osuna por haberse fugado de Bayona en aquel año; no queriendo autorizar con su firma los escándalos que á la sazon ocurrian á la misma ciudad. Reunidos pues uno y otro á las personas que se hallaban ya en junta, sentó el de San Cárlos la cuestion de si convendria ó no que jurase el rey la constitucion. Opinó él mismo que no, mostrándose en especialidad muy contrario el conde del Montijo, abultando los riesgos y las dificultades que resultarian de la jura. Apartóse de este parecer Don José de Palafox y le apoyó el duque de Frias, bien que respetando este los derechos que compitiesen al rey para introducir ó efectuar en la constitucion las alteraciones convenientes ó necesarias. Anduvo indeciso el de Osuna, separándose todos de la junta sin convenirse en nada; pero acordes en que antes de resolver cosa alguna acerca de semejante cuestion, se congregarian de nuevo. A pesar de eso determinó el rey pocos instantes despues, siguiendo el consejo de San Cárlos sugerido por el del Montijo, que sin tardanza y en derechura saldria este para Madrid, á fin de calar lo que tratasen allí los liberales, y de disponer los ánimos del pueblo á favor de las resoluciones del rey, cualesquiera que ellas fuesen, ó mas bien de pervertirlos; en lo que era gran maestro aquel conde, muy ligado siempre con gente pendenciera y bulliciosa.

Entrada en Teruel.

Continuando S. M. el viage á Valencia entró en Teruel el 13, en cuya ciudad, muy afecta á la constitucion, esmeráronse los habitantes en poner entre los ornatos escogi-

dos para el recibimiento del rey, muchos alegóricos al caso, que miró S. M. atentamente y aun aplaudió, amaestrado desde la niñez en la escuela del disimulo. Hasta aquí habia acompañado al rey en el viage el capitan general de Cataluña Don Francisco de Copons y Navia, cuya presencia contuvo bastante á los que intentaban guiar al rey por sendero errado y torcido. Volvió el Don Francisco á su puesto, y con su ausencia no quedó apenas nadie al lado de S. M. de influjo y peso que balancease los consejos desacertados de los que aprisionaban su voluntad ó le daban deplorable sesgo.

Junta en Segorbe.

El 15 llegaron Fernando y su hermano el infante á Segorbe y multiplicáronse allí las marañas y enredos, arreciando el temporal declarado contra las córtes. Juntóse en aquella ciudad con su sobrino el infante Don Antonio, viniendo de Valencia, en donde habia entrado el 17 acompañado de Don Pedro Macanaz. Acudieron tambien á Segorbe el duque del Infantado y Don Pedro Gomez Labrador, procedentes de Madrid; quienes en union con Don José de Palafox y los duques de Frias, Osuna y San Cárlos celebraron la noche del mismo 15 nuevo consejo, siempre sobre el consabido asunto de si juraria ó no el rey la constitucion. No asistió Don Juan Escoiquiz, que se habia adelantado á Valencia para avistarse con sus amigos, y sondear por su parte el terreno y los ánimos. Prolongóse la reunion aquella noche hasta tarde, y ventilábase ya la cuestion, cuando se presentó como de sorpresa el infante Don Cárlos. Frias y Palafox reprodujeron en la junta los dictámenes que dieron en Daroca. Tambien Osuna, pero mas flojamente, influido, segun se creia, por una dama de quien estaba muy apasionado, la cual, muy hosca entonces contra los liberales, amansó despues y cayó en opinion opuesta y muy exagerada. Dijo el duque del Infantado: « Aquí no hay mas que tres « caminos: jurar, no jurar ó jurar con restricciones. En cuanto á no « jurar participo mucho de los temores del duque de Frias.... » dando á entender en lo demas que expresó, aunque no á las claras, que se ladeaba á la última de las tres indicaciones hechas. Se limitó Macanaz á insinuar que tenia ya manifestado su parecer al rey, lo mismo que al infante, sin determinar cuál fuese. Otro tanto repitió San Cárlos, perdiendo los estribos al especificar la suya Don Pedro Gomez Labrador, quien en tono alborotado y feroz votó « porque de ningun modo jurase el rey la constitucion, siendo ne- « cesario meter en un puño á los liberales.... » con otras palabras harto descompuestas, y como de hombre poco cuerdo y muy apasionado. Disolvióse no obstante la junta actual como la anterior de Daroca, esto es, sin decidirse nada en ella, pero sí descubriéndose ya cuál seria la resolucion final.

Entrada del rey en Valencia.

Al dia inmediato 16 de abril pasó el rey á la ciudad de Valencia, adonde le habian precedido personas de

partidos opuestos y de diversa categoría. Por de pronto el cardenal arzobispo de Toledo Don Luis de Borbon, presidente de la regencia, acompañado de Don José Luyando, ministro interino de estado, y de algunas personas de la secretaría. Tambien Don Juan Perez Villamil y Don Miguel de Lardizábal, ambos muy resentidos contra las córtes y de grande influjo en las resoluciones que se tomaron en Valencia, si bien no tanto el último por la imposibilidad á que le redujo, durante algun tiempo, un vuelco que dió en el camino.

El general Elio.

Pero quien mas que todos imprimió impulso y determinado rumbo á los negocios, fue el capitan general de Valencia Don Francisco Javier Elío, desafecto á las reformas y agraviado por lo que de él se dijo en las córtes y en los diarios, despues de la segunda accion de Castalla. Habíale tambien desazonado entonces un acontecimiento ocurrido en aquellos dias. Fue pues que al llegar á Valencia el infante Don Antonio, pasando aquel á cumplimentar á S. A., pidióle el *santo* por inadvertencia ó de propósito para mostrar su aversion á las disposiciones de las córtes, estando allí presente el cardenal arzobispo de Borbon.

Lo que sucedió con el cardenal de Borbon.

Pero apenas habia Elio soltado semejante palabra, cuando el prelado, tenido por hombre manso y sin hiel, alteróse en extremo é increpóle de ignorancia en el cumplimiento de su obligacion, debiendo saber que á él solo como presidente de la regencia tenia que dirigirse para pedir el *santo*. Quedaron todos atónitos de arranque tan inesperado en el cardenal, que no se aplacó sino á ruegos del mismo infante. Callóse Elío y aguardó á que llegase el rey para despicarse y tomar venganza.

Sale Elio á recibir al rey.

En efecto al aproximarse S. M. le salió al encuentro aquel general, y pronunció un discurso en el que no solo vertió amargas quejas en nombre de los ejércitos, sino que tambien suplicó al rey empuñase el baston de general que llevaba, cuya señal de mando (decia Elio) adquiriria con eso valor y fortaleza nueva.

Lo mismo el cardenal.

A poco encontróse tambien S. M. con el cardenal arzobispo cerca de Puzol, é imbuido ya malamente contra la persona de este, recibióle con ceño ofreciéndole la mano para que se la besase. Hay quien dice tardó el cardenal en ceder á semejante insinuacion, creyendo se lo prohibia el decreto de las córtes, y que Fernando le mandó claramente entonces que obedeciese y que le besase la mano; hay quien asienta por el contrario no haberse opuesto S. Ema. á los deseos del rey, no viendo en aquel acto sino una muestra de puro respeto conforme al uso. De todas maneras cosas eran estas que descubrian sobradamente lo que amagaba ya.

Entró por fin el rey en Valencia el 16, y al dia siguiente pasó á la catedral á dar gracias al Todopoderoso por los beneficios que

le dispensaba ; presentándole aquella tarde el general Elío la oficialidad del ejército que mandaba, á la cual preguntó estando delante de S. M.: « ¿ Juran VV. sostener al rey en la plenitud de sus « derechos? » Respondieron todos : « Sí juramos. » Y con eso empezó Fernando á ejercer en Valencia la soberanía sin miramiento alguno á lo que las córtes habian resuelto ; envalentonándose los adversarios de las reformas, y desbocándose del todo un papel subversivo que se publicaba en aquella ciudad bajo el título de *Lucindo*, ó *Fernandino*, obra de un tal Don Justo Pastor Perez, empleado en rentas decimales.

Representacion de los diputados llamados persas.

Tenian íntimo enlace con semejantes pasos y sucesos otras tramas que se urdian en Madrid á fin de empeñar á muchos diputados á que pidiesen ellos mismos la destruccion de las córtes. Húbolos que tal osaron, principalmente de los que anduvieron mezclados en las marañas de Córdoba con el del Abisbal, y en las de Madrid, cuando quisieron algunos mudar de súbito la regencia del reino. Hacia cabeza Don Bernardo Mozo Rozales, ya mencionado, quien acordó con otros compañeros suyos elevar á S. M. una representacion enderezada al deseado intento. Llevaba esta la fecha de 12 de abril, y era una reseña de todo lo ocurrido en España desde 1808, como tambien un elogio de * « la monarquía abso- « luta.... obra (decíase en su contexto) de la razon y de la inteli- « gencia.... subordinada á la ley divina.... » acabando no obstante por pedirse en ella, « se procediese á celebrar córtes con la solem- « nidad y en la forma que se celebraron las antiguas. » Contradiccion manifiesta, pero comun á los que se extravian, y procuran encubrir sus yerros bajo apariencias falaces. Llevaba la representacion por principal mira alentar al rey á no dar su asenso ni aprobacion á la nueva ley constitucional, ni tampoco á las otras reformas planteadas en su ausencia. Llamaron en el público á esta representacion la de los *persas* por comenzar del modo siguiente: « Era costumbre en los antiguos persas.... » cláusula que pareció pedantesca y risible como fuera de su lugar, y propio el nombre de un pueblo que los antiguos tenian por bárbaro para ser aplicado á los autores de un papel que recordaba tales actos, y sostenia ideas rancias opuestas á las que reinaban en el siglo actual.

(* Ap. n. 22.)

Fueron pocos los diputados que firmaron en un principio esta representacion, creciendo el número hasta el de 69, al derribarse la constitucion; unos por temor, por ambicion otros y bastantes por irse al hilo de la corriente del dia. Tacharon los desapasionados de muy culpables á los autores y primeros firmantes, pues como colegas faltaron á los miramientos que debian á los otros diputados, y como hombres públicos á sus mas sagradas obligaciones; no forzándolos nadie á permanecer en el asiento que ocupaban, ni á dar con su presencia y voto, aunque fuese negativo,

sello de aprobacion y legitimidad á lo que juzgaban nulo y hasta dañoso al órden social. Mas excusables se presentaban los que firmaron despues rendidos al miedo ó á flaquezas á que está tan sujeta la humanidad. Desapareció de las córtes Don Bernardo Mozo Rosales, llevando en persona á Valencia la representacion, entre cuyos nombres distinguíase el suyo como el primero de todos.

Conducta de los liberales en las córtes.

Ni por eso se persuadieron en Madrid destruiria de raiz el rey todo lo hecho durante su cautiverio, escuchando S. M. solo á un partido y no sobreponiéndose á los diversos que habia en la nacion para dominarlos y regirlos sabia y cuerdamente. Confiados en esto y asistidos entonces de intenciones muy puras, permanecieron tranquilos los diputados liberales y sus amigos, no bastando para desengañarlos las noticias cada vez mas sombrías que de Valencia llegaban. Por tanto no provocaron en las córtes medida alguna con que hacer rostro á repentinos y adversos acontecimientos, ni tampoco se cautelaron contra asechanzas personales que debieron suponer les armarian sus enemigos, implacables y rencorosos.

Contentáronse pues con escribir nuevamente al rey dos cartas que no merecierón respuesta, y con ir disponiendo el modo de recibirle y agasajarle á su entrada en Madrid y jura en el salon de córtes. A este propósito decidieron trasladarse del que ocupaban en el teatro de los Caños del Peral á otro construido expresamente y con mayor comodidad y lujo en la casa de estudios y convento de agustinos calzados de Doña María de Aragon, dicho asi del nombre de su fundadora dama de la reina Doña Ana de Austria. Señalóse para esta mudanza el 2 de mayo, en que se celebró con gran pompa un aniversario fúnebre en conmemoracion de las víctimas que perecieron en Madrid el año de 1808, en el mismo dia : sirviendo asi de funcion inaugural del salon nuevo una muy lúgubre, como para presagiar lo astroso y funesto en el porvenir de aquel sitio, en donde se hundieron luego y mas de una vez las instituciones generosas y conservadoras de la libertad del estado.

Se trasladan estas á Doña María de Aragon.

Funcion fúnebre del dos de mayo.

Lo que pasa en Valencia.

En Valencia llevaban los acontecimientos traza de precipitarse y correr á su desenlace. Renováronse y se multiplicaron allí los conciliábulos y las juntas, muy á las calladas, y no llamando ya á ellas á ninguno de los que tenian fama de inclinarse á opiniones liberales. Concurrieron varios sucesos para tomar luego una determinacion decisiva : tales fueron las ofertas del general Elío, la representacion de los diputados disidentes, y la caida en fin del emperador Napoleon. Antes de esta catástrofe contábanse algunos que titubeaban todavía sobre destruir las córtes súbitamente y por razon de estado, recelosos de la desunion que

resultaria de ello en provecho del enemigo comun; mas despues nada hubo que los detuviese ya, dando rienda suelta á sus resentimientos y miras ambiciosas. Y ¡cosa rara! habiendo sido Napoleon y sus enviados los que aconsejaron primero al rey el aniquilamiento de las córtes y de la constitucion, debia al parecer su caida producir efecto contrario y afianzar de lleno las instituciones nuevas; pero no fue asi, andando como unida con el nombre del emperador francés la suerte y desgracia de España: lo cual se explica reflexionando que el odio y aversion de los antireformadores contra Bonaparte no tanto pendia de la política interior é inclinaciones despóticas de este, arregladas en un todo á las de ellos ó muy parecidas, como de sus empresas é invasiones exteriores, y de ser él mismo hombre nuevo y de fortuna, hijo de la revolucion.

A nublado tan oscuro y denso nada tenian que oponer las córtes en Valencia para prevenirle ó disiparle, sino los esfuerzos del cardenal de Borbon y de Don José Luyando, débiles por cierto; pues los que procediesen de su autoridad nulos eran, habiendo de hecho cesado esta desde la llegada del rey, y pocos los que podian esperarse de su diligencia y buena maña. Uno y otro visitaban al rey con frecuencia, pero limitándose á preguntarle cómo le iba de salud; hecho lo cual volvíanse en seguida á su posada sin detenerse á mas ni dar siquiera por fuera señal alguna de movimiento y vida. Y aunque el cardenal mostró en un principio, segun apuntamos, entereza laudable, no le fue posible conservarla faltándole apoyo y estímulo en su ministro, hombre de bien y muy arreglado, pero pobre de espíritu y sin expediente ni salidas en los casos arduos.

Se acerca Whittingham á Madrid.

Una indisposicion del rey, aquejado de la gota, y el coordinar ciertas medidas previas, retardaron algunos dias la ejecucion del plan que se meditaba para destruir las córtes. Era una de ellas acercar á Madrid tropas á devocion de los de Valencia, lo cual se verificó trayendo estas á su frente á Don Santiago Whittingham, quien gefe en Aragon de la caballería, siguió al rey en su viage de resultas de habérselo ordenado asi S. M. mismo. Llegó Whittingham á Guadalajara el 30 de abril, y habiéndole preguntado el gobierno de la regencia, que porqué venia, respondió que por obedecer disposiciones del rey comunicadas por el general Elío.

Conducta del embajador inglés.

El ser Don Santiago súbdito británico y muy favorecido de aquel dió ocasion á que creyeran muchos obraba en el caso actual por sugestion del embajador de Inglaterra sir Enrique Wellesley, que á la sazon se hallaba en Valencia para cumplimentar al rey. Mas engañáronse: sir Enrique no aprobó la conducta de aquel general, ni aconsejó ninguna de las medidas que se tomaron en Valencia; disgustábale, es cierto, la constitucion, y como particular hubiera querido se reformase,

mas como embajador mantúvose indiferente, y no se declaró en favor de una causa ni otra, bastantes por sí las pasiones que reinaban entonces, sin ayuda extraña, para trastornar el estado y confundirle.

Sale el rey de Valencia.

Dispuesto todo en Valencia segun los fines á que se tiraba, salió el rey de aquella ciudad el 5 de mayo, trayendo en su compañía á los infantes Don Cárlos y Don Antonio, y escoltando á todos una division del segundo ejército regida por el general en gefe Don Francisco Javier Elío. Venian en la comitiva varios de los que se habian agregado en el camino, y los de Valencey, excepto Don Juan Escoiquiz, que desde Zaragoza ganaba siempre la delantera, haciendo de explorador oficioso. Recibieron al propio tiempo una real órden para regresar á Madrid el cardenal de Borbon y Don José Luyando, ignorando ambos del todo lo que de oculto se trataba; y sin que el último, segun obligacion mas peculiar de su cargo, gastase mucho seso ni aun siquiera en averiguarlo.

Lo que ocurre en el camino.

Fue acogido el rey en los pueblos del tránsito con regocijo extremado que rayó casi en frenesí, aunándose todavía para ello los hombres de todas clases y partidos. Enturbiaron sin embargo á veces la universal alegría soldados de Elío y gente apandillada de los antireformadores, prorumpiendo en vociferaciones y grita contra las córtes, y derribando en algunos lugares las lápidas que con el letrero de *Plaza de la Constitucion* se habian colocado en las plazas mayores de cada pueblo, conforme á un decreto promulgado en Cádiz á propuesta del señor Capmany, desacertado en verdad y que sirvió despues de pretexto á parcialidades extremas para rebullir y amotinarse en rededor de aquella señal.

Diputacion de las córtes para ir á recibir al rey.

Luego que supieron las córtes que se acercaba el rey á Madrid, nombraron una comision de su seno para que saliera á recibirle al camino y cumplimentarle. Componíase esta de seis individuos, teniendo á su frente á Don Francisco de la Dueña y Cisneros, obispo de Urgel, de condicion algo instable, aunque no propenso á exageraciones ni destemplanzas. Encontró la diputacion al rey en la Mancha y en medio del camino mismo, por lo que juzgó oportuno retroceder, para presentar á S. M. en el pueblo inmediato sus obsequiosos respetos y felicitaciones. Mas no lo consiguió, negándose el rey á darle allí audiencia, y mandando á sus individuos que aguardasen en Aranjuez, esquivando así todo contacto ó ludimiento con la autoridad representativa, próxima ya á desplomarse, como todas las que se derivaban de ella.

Tal habia sido la resolucion acordada en Valencia, cuyo cumplimiento tuvo ya principio allí donde el rey estaba; mandando S. M. al cardenal de Borbon y á Don José Luyando que se retira-

sen ambos, yendo el primero destinado á su diócesi de Toledo, y el segundo, como oficial de marina, al departamento de Cartagena.

Prenden en Madrid á los regentes, y á varios ministros y diputados.

Casi á la propia sazon llevábanse tambien á efecto en Madrid providencias semejantes, aunque, si cabe, mas inauditas en los anales de España. Fueron pues arrestados en virtud de real órden durante la noche del 10 al 11 de mayo los dos regentes Don Pedro Agar y Don Gabriel Ciscar, los ministros Don Juan Alvarez Guerra y Don Manuel García Herreros, y los diputados de ambas córtes Don Diego Muñoz Torrero, Don Agustin Argüelles, Don Francisco Martinez de la Rosa, Don Antonio Oliveros, Don Manuel Lopez Cepero, Don José Canga Argüelles, Don Antonio Larrazabal, Don Joaquin Lorenzo Villanueva, Don Miguel Ramos Arispe, Don José Calatrava, Don Francisco Gutierrez de Teran y Don Dionisio Capaz. Estuvieron en igual caso el literato ilustre Don Manuel José Quintana, y el conde, hoy duque, de Noblejas, con su hermano y otros varios.

Procedió á ejecutar estas y otras prisiones Don Francisco Eguía, nombrado al propósito de antemano y calladamente por el rey capitan general de Castilla la Nueva, obrando bajo sus órdenes asistidos de mucha tropa y estruendo con el título de jueces de policía Don Ignacio Martinez de Villela, Don Antonio Alcalá Galiano, Don Francisco Leiva y Don Jaime Alvarez de Mendieta, diputados á córtes algunos de ellos en las extraordinarias, y colegas por tanto de varios de los perseguidos. Negóse á desempeñar encargo tan criminal y odioso Don José María Puig, magistrado *antiguo, á quien ensalzó mucho ahora proceder tan noble como poco imitado.* Fueron encerrados los presos en el cuartel de guardias de corps y en otras cárceles de Madrid, metiendo á algunos en calabozos estrechos y fétidos, sin luz ni ventilacion, á manera de lo que se usa con forajidos ó delincuentes atroces.

Continuaron los arrestos en los dias sucesivos, y extendiéronse á las provincias de donde fueron traidos á Madrid varios sujetos y diputados esclarecidos, entre ellos, Don Juan Nicasio Gallego, acabando por henchirse de hombres inocentes y dignísimos todas las cárceles, en las que de dia y noche, sigilosamente y sin guardar formalidad alguna, vaciaban encarnizados enemigos la flor y gloria de España. No pudieron ser habidos á dicha suya los señores Caneja, Diaz del Moral, Don Tomas de Iztúriz, Tacon, Rodrigo y conde de Toreno, que pasaron á otras naciones.

Disolucion de las córtes por órden del rey.

En la misma noche del 10 al 11 de mayo presentóse el general Eguía á Don Antonio Joaquin Perez, diputado americano por la Puebla de los Angeles y actual presidente de las córtes, intimándole de órden del rey quedar estas disueltas y acabadas del todo. No opuso Perez á ello óbice ni

reparo alguno, y antes bien créese que obedeció de buena voluntad, estando en el número de los que firmaron la representacion de los sesenta y nueve, y en el secreto, segun se presumió, de todo lo que ocurria entonces. Una mitra con que le galardonaron despues, dió fuerza á la sospecha concebida de haber procedido de connivencia con los destruidores de las córtes, y por tanto indigna y culpablemente.

Asonadas en Madrid.

Soltáronse en la mañana del 11 los diques á la licencia de la plebe mas baja, arrancando esta brutalmente la lápida de la constitucion que arrastró por las calles, lo mismo que varias estatuas simbólicas y ornatos del salon de córtes. Lanzaban tambien los amotinados gritos de venganza y muerte contra los liberales y en especial contra los que estaban presos: llevando por objeto los promovedores encrespar las olas populares á punto de que se derramasen dentro de las cárceles, y sofocasen allí en medio de la confusion y ruido á los encerrados en aquellas paredes. Pero malográseles su feroz intento, que muy somera y no de fondo era la tempestad levantada, como impelida solo por la iniquidad de unos pocos y muy contados.

Manifiesto ó decreto del 4 de mayo.

Amaneció igualmente en aquel dia puesto en las esquinas un manifiesto con título de decreto, firmado de la real mano y refrendado por Don Pedro de Macanaz, que aunque fecho en Valencia á 4 de mayo, habíase tenido hasta entonces muy reservado y oculto. (*Ap. n. 23.) En su contexto, si bien declaraba S. M. que no juraria la constitucion, y que desaprobaba altamente los actos de las córtes y la forma que se habia dado á estas, afirmaba no menos que aborrecia y detestaba el despotismo, ofreciendo ademas reunir córtes y asegurar de un modo duradero y estable la libertad individual y real, y hasta la de la imprenta en los límites que la sana razon prescribia. Mas hacer promesas tan solemnes y de semejante naturaleza á la faz de la nacion y del mundo, al propio tiempo que se decretaba subrepticiamente la disolucion de las córtes y que se atropellaban sin miramiento alguno las personas de tantos diputados y hombres ilustres, no parecia sino que era añadir á proceder tan injusto y desapoderado befa descarada y dura.

Autores y cooperadores de él.

Asegúrase escribió este manifiesto ó decreto Don Juan Perez Villamil, auxiliado de Don Pedro Gomez Labrador, aunque al cabo riñeron los dos entre sí y descompadraron. Llevó la pluma haciendo de secretario Don Antonio Moreno, ayuda de peluquero que habia sido de palacio, y en seguida consejero de hacienda.

Reflexiones.

Atropéllanse á la mente reflexiones muchas al contemplar semejantes acontecimientos y sus resultas. Por una parte muy de lamentar es, ver convertido al rey en instrumento ciego de un bando implacable é interesado, haciendo suyas

las ofensas y agravios agenos, y forzado por tanto á entrar en una carrera enmarañada de reacciones y persecucion en daño propio y grave perjuicio del estado, y por otra admira la imprevision y abandono de las córtes que, dejándose coger como en una red, no tomaron medida alguna ni intentaron parar el golpe que las amenazaba, madrugando primero y anticipándose á sus enemigos. Nacia en el rey semejante conducta de su total ignorancia de las cosas actuales de España, y de aquella inclinacion á escuchar errados consejos que se habia advertido ya desde el principio de su reinado; y en las córtes de inexperiencia y de la buena fe que reinaba entonces entre los reformadores, no imaginándose cabria nunca á su causa ni caeria tampoco sobre ellos la suerte y trato que experimentaron, no menos inicuo que poco merecido.

Dudamos tambien contra el dictámen de muchos que hubieran podido las córtes, aun permaneciendo muy unidas, resistir al raudal arrebatado que de Valencia vino sobre ellas. El nombre de Fernando obraba por aquel tiempo en la nacion mágicamente; y al sonido suyo y á la voluntad expresa del rey hubiera cedido todo y hubiéranse abatido y humillado hasta los mayores obstáculos. Tampoco era dable contar mucho con los ejércitos. Mantúvose el llamado primero fiel á las córtes, pero tibio; y declaróse en contra el segundo. Empleó en el de reserva de Andalucía juego doble, conforme á costumbre antigua, su gefe el del Abisbal, enviando para cumplimentar al rey á un oficial de graduacion con dos felicitaciones muy distintas y en sentido opuesto, llevando encargo de hacer uso de una ú otra, segun los tiempos y el viento que corriese. Formaron algunos oficiales en el tercer ejército bando ó liga contra el príncipe de Anglona por creerle afecto á las córtes y sobre todo fiel á sus juramentos; hecho muy vituperable, pero que descubria desavenencia allí en cuanto á opiniones políticas, y por el cual, para decirlo de paso, reprendió ásperamente Lord Wellington en Oyarzun á los principales fautores. Hubo sí señales mas favorables á la causa de las córtes en el cuarto ejército; mas entre oficiales subalternos, no entre los gefes. De aquellos abocáronse algunos con su general Don Manuel Freire fiados en la conocida honradez de este que no desmintió, haciéndoles juiciosas reflexiones acerca de los impedimentos que presentaria la ejecucion de la empresa, siendo en su entender el mayor de todos el soldado mismo, de propension dudosa, si no contraria á lo que ellos premeditaban. * Esto y lo que de súbito se fue agolpando, desvió á todos de proseguir por entonces en el intento de sostener abiertamente á las córtes y la constitucion. (* Ap. n. 24 bis.)

Entró el rey en Madrid el 13 de mayo, y si bien quedó en Aranjuez la division del segundo ejército que le habia acompañado desde Valencia, acudió por otro lado y al mismo tiempo á la capital la de Don Santiago Whittingham, Entrada del rey en Madrid.

compuesta de 6,000 infantes, 2,500 caballos y seis piezas, no tanto para agrandar la pompa en obsequio de la celebridad del dia, cuanto para impedir se perturbase la pública tranquilidad. Asi sucedió que el mismo Fernando que en 24 de marzo de 1808 habia penetrado por aquellas calles sin escolta, y resguardado solo con los pechos de los fieles habitadores, aun en medio de huestes extrangeras poco seguras, tuvo ahora, expulsadas estas y vencidos tantos otros obstáculos, que precaverse y custodiar su persona, como si estuviese circuido de enemigos los mas declarados. A tal estrecho le habian conducido hombres que preferian á todo saciar personales venganzas por ofensas que ellos mismos se habian grangeado, queriendo que el rey, á imitacion de lo que cuentan de un emperador romano, acabase á la vez y * de un golpe con lo mejor quizá y mas espigado de España.

(* Ap. n. 25.)

Cruzó Fernando á su entrada el puente de Toledo, y atravesó la puerta de Atocha; yendo despues por el Prado y las calles de Alcalá y Carretas hasta hacer pausa en el convento de Santo Tomas para adorar, segun costumbre de sus antepasados, la imágen depositada alli de Nuestra Señora de Atocha. Dirigióse en seguida por la plaza Mayor y las Platerías á palacio, que ocupó de nuevo al cabo de mas de seis años de ausencia. Arcos de triunfo y otros festejos embellecian la carrera y le daban realce; no escaseando en ella el clamor, alabanzas y vítores, si bien no con aquel desahogo y universal contentamiento que era de esperar en ocasion tan plausible; lastimado el oido de muchos y quebrantado su corazon con los sollozos y lágrimas de las familias de tantos inocentes, sepultados ahora en oscuros encierros y calabozos.

Llegada á la capital de Lord Wellington.

El 24 del mismo mayo hizo tambien su entrada pública en Madrid por la puerta de Alcalá Lord Wellington, duque de Ciudad-Rodrigo, recibiendo en el tránsito los honores debidos á sus triunfos y elevada clase. Creyóse entonces que dado no se tocara al gobierno absoluto restablecido por el rey, al menos cesarian los malos tratos y las persecuciones contra tantos hombres apreciables y dignos, en atencion siquiera á la buena correspondencia que habian seguido muchos de ellos con Lord Wellington. Mas no fue asi, continuando todo en el mismo ser que antes sin la menor variacion ni alivio. Cierto que el 5 de junio, víspera de la partida del general inglés para Paris y Lóndres, hizo este á S. M. una exposicion que entregó Don Miguel de Alava al duque de San Cárlos, muy notable, y segun nos han asegurado, llena de prudentes consejos de tolerancia y buena gobernacion. Pero los que no consintieron escuchar estos presente Wellington, menos lo quisieran en ausencia suya y muy lejos ya; traspapelándose la exposicion en las secretarías, ó haciéndola ciertos individuos perdidiza como cosa de ningun valor.

De Madrid restituyóse el general inglés á Lóndres, donde le

confirió S. M. británica el título de duque con la misma denominacion que tenia antes, esto es, la de Wellington. Concedióle el parlamento la suma de 300,000 libras esterlinas para que se le comprase un estado correspondiente á su gerarquía, ascendiendo á 17,000 libras tambien esterlinas lo que le abonaban las arcas públicas por sueldos y otras mercedes. Galardon proporcionado á los muchos y grandes servicios que habia hecho á su patria Lord Wellington, y digno de una nacion esclarecida y poderosa.

Recompensas que este recibe en su patria.

Entre tanto fuéronse evacuando las plazas que estaban aun en poder del francés, y que debian entregarse á los españoles, segun los convenios ajustados en Tolosa el 18 y 19 de abril. Rindióse Benasque el 23 del propio mes, aunque á costa de algun fuego y escaramuzas. El 18, 22, 25 y 28 de mayo Tortosa, Murviedro, Peñíscola, Santoña y Barcelona, las dos últimas en un mismo dia. El 3 y 4 de junio Hostalrich y Figueras; quedando con esto del todo libre de enemigos el territorio peninsular. Regresaron tambien á su patria respectiva los prisioneros de guerra, y los españoles que bajo el nombre de reos de estado y contra todo derecho y buena razon se habia llevado Napoleon á Francia, de los que murieron muchos, rendidos á las fatigas y largo padecer. Fueron tambien desocupando la Francia sucesivamente las tropas británico-portuguesas y las nuestras.

Evacuacion de las plazas que aun conservaba el francés en España.

Y para complemento en fin de todos estos acontecimientos, dió España su accesion en 20 de julio al tratado de paz y amistad que habian concluido los aliados con Francia en 30 de mayo, debiendo en el término de dos meses enviar las potencias respectivas á Viena ministros ó embajadores que ventilasen en un congreso los asuntos pendientes y generales de Europa.

Tratado de paz y amistad con Francia.

En principios de mayo habia formado el rey Fernando un ministerio que modificó antes de finalizarse el mes, aunque á la cabeza de ambos siempre el duque de San Cárlos. Siguióse por uno y otro la política comenzada en Valencia, creciendo cada dia mas las persecuciones y la intolerancia contra todos los hombres y todos los partidos que no desamaban la luz y buscaban el progreso de la razon: siendo en verdad muy dificultoso, ya que no de todo punto imposible á los ministros salir del cenagal en que se metieran los primeros y malhadados consejeros que tuvo el rey. Error fatal y culpable, del que todavía nos sentimos y nos sentiremos por largo espacio; pudiendo aplicarse desde entonces á la infeliz España lo que decia un antiguo de los atenienses *: « Desór-
« den y torbellino los gobierna, expulsada ha sido
« toda providencia conservadora. »

Ministerio que nombra el rey Fernando.

Política errada y reprehensible de estos.

(* Ap. n. 26.)

Cual hubiera convenido.

Otro rumbo hubiera convenido tomase el rey á su vuelta á España, desoyendo dictámenes apasionados, y adoptando un justo medio entre opiniones extremas. Érale todo hacedero entonces, y hubiérase Fernando colocado con tal proceder junto á los monarcas mas gloriosos é insignes que han ocupado el solio español.

Conclusion de esta obra.

El trasmitir fielmente á la posteridad los hechos sucesivos de su reinado y sus desastrosas consecuencias será digna tarea de mas elocuente y mejor cortada pluma. Detiénese la nuestra aqui, cansada ya, y no satisfecha de haber acertado á trazar la historia de un período, no muy largo en dias, pero fecundo en sucesos notables, en actos heróicos de valor y constancia, en victorias y descalabros. ¡ Quiera el cielo que suministre su lectura provechosos ejemplos de imitacion á la juventud española, destinada á sacar á la patria de su actual abatimiento, y á colocarla en el noble y encumbrado lugar, de que la hizo merecedora el indomable empeño con que supo entonces contrarestar la usurpacion extraña, y contribuir tan eficaz y vigorosamente al triunfo de la causa europea!

FIN.

APÉNDICES.

LIBRO DÉCIMOSÉTIMO.

NUMERO 1.

Tableau analytique des principales combinaisons de la guerre, par le baron de Jominy, chap. 2, section 1, de la Stratégie.

NUMERO 2.

Gaceta de la Regencia, del martes 12 de noviembre de 1811.

NUMERO 3.

Gaceta de la Regencia de las Españas, del martes 17 de marzo de 1812.

NUMERO 4.

Ego enim sic existimo, in summo imperatore quatuor has res inesse oportere : scientiam rei militaris, virtutem, auctoritatem, *felicitatem*. (Oratio pro lege Manilia, 10.)

NUMERO 5.

Gacetas de Madrid del gobierno de José, del 21 de febrero de 1812.

NUMERO 6.

Gacetas de Madrid del gobierno de José, año 1812, 22 de marzo.

LIBRO DÉCIMOCTAVO.

NUMERO 1.

« Apud nos priùs leges conditas, quam reges creatos fuisse. » (*Aragonensium rerum Commentarii.*)

NUMERO 2.

En su obra intitulada : *Coronaciones de los serenisimos reyes de Aragon, y del modo de tener córtes.*

NUMERO 3.

Se encuentra en la coleccion manuscrita de las córtes de Castilla, tomo 8.

NUMERO 4.

De Republica, lib. 2, cap. 23.

NUMERO 5.

A defence of the constitutions of government of the United States of America, by John Adams..... Preface.

NUMERO 6.

Empresas politicas, 20.

NUMERO 7.

Decia este fuero, segun el ya citado Jerónimo Blancas en su obra *Aragonensium rerum Commentarii* : « Bellum aggredi, pacem inire, « inducias agere.....seniorum annuente consilio. »

NUMERO 8.

Fr. Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos de Cárlos V.*

NUMERO 9.

Empresas politicas, 13.

NUMERO 10.

Guerra de Granada.

NUMERO 11.

Memorial historial y politica cristiana, etc., páginas 147, 175.

NUMERO 12.

Diario de las discusiones y actas de las córtes, tomo 5, pág. 355.

LIBRO DÉCIMONONO.

—

NUMERO 1.

Véase la *Gaceta de la Regencia* de 7 de mayo de 1812.

NUMERO 2.

Véase el *Monitor* de 7 de marzo de 1814, y el de 3 de enero del mismo año.

NUMERO 3.

Parte de Lord Wellington á Don Miguel Pereyra Forjaz, de 13 de mayo (*Gaceta de la Regencia* de 9 de junio de 1812).

NUMERO 4.

Mémorial de Sainte-Hélène, tom. 4, 7me partie. 11 novembre 1816. Edicion en 8°, á Londres, 1823.

NUMERO 5.

Partida 2, tít. 3, ley 3.

LIBRO VIGÉSIMO.

—

NUMERO 1.

Harto conocida es la cancion popular que empieza por estos versos:

« En el Carpio está Bernardo
« Y el moro en el Arapil,
« Como el Tórmes va por medio
« Non se pueden combatir, etc. »

NUMERO 2.

Los males que en España se han seguido de las mudanzas interesadas ó poco meditadas en el valor de la moneda pueden verse enumerados

con científica puntualidad en el tratado de *Mariana* intitulado *De monetæ Mutatione.*

NUMERO 3.

En diversas ocasiones en lo antiguo sucedió lo mismo entre nosotros, señaladamente en los reinados de San Fernando, de Alfonso el Sabio, de Enrique II, Juan el II, y sobre todo en el de Enrique IV, sin venir á épocas posteriores. En el último reinado, dice el padre Saez, con referencia á un anónimo, que fue tal el trastorno y la confusion que resultaron de las alteraciones hechas en el valor de la moneda, « que la vara de « paño que solia valer 200 maravedis, llegó á valer 600, y el marco de « plato, que valia 1,500, llegó á valer 6,000..... » (*Demostracion histórica del verdadero valor de las monedas, por el padre fray Liciniano Saez.*)

NUMERO 4.

He aqui esta tarifa casi igual á la de 1808, sin mas diferencia que la de reducir á ochavos enteros los maravedises y sus quebrados, que expresaba la última. « Las córtes generales y extraordinarias, en vista de « varias representaciones sobre la urgente é indispensable necesidad de « que por las actuales circunstancias las monedas del intruso rey y las « del imperio francés se admitan, asi en los pagamentos públicos, como « en los tratos particulares de todos géneros, decretan:

« 1° Se suspenden los efectos de la órden de 4 de abril de 1811, y « circular de 16 de julio de 1812, y en consecuencia autorizan por aho- « ra, y entre tanto que sin ningun perjuicio otra cosa se provea, la « circulacion de la moneda del rey intruso por el valor corriente que á « cada pieza se le da, segun corresponde con la española.

« 2° La de la moneda del imperio francés, conforme al valor con que « ha corrido, y expresa el siguiente

Arancel expresivo del valor de la moneda del imperio francés, cuya circulacion se autoriza por ahora en España.

MONEDAS DE ORO.	Rs. de vn.	Ochavos.
1 napoleon de veinte francos.	75	
1 idem de cuarenta francos.	150	
1 luis de veinticuatro libras tornesas.	88	15
1 idem de cuarenta y ocho libras tornesas.	177	14
MONEDAS DE PLATA.		
$\frac{1}{4}$ de franco.		15
$\frac{1}{2}$ de franco.	1	14
1 franco.	3	12
2 francos.	7	8

	Rs. de vn.	Octavos.
5 francos.	18	12
Pieza de una libra y diez sueldos torneses.	5	9
De tres libras tornesas.	11	1
Escudo de seis libras tornesas.	22	3

« Lo tendrá entendido la regencia del reino para su cumplimiento, ha-
« ciéndolo imprimir, publicar y circular. — Dado en Cádiz á tres
« de setiembre de 1813. — José Miguel Gordoa y Barrios, presi-
« dente. — Juan Manuel Subrié, diputado secretario. — Miguel
« Riesco y Puente, diputado secretario. — A la regencia del reino. »
(*Coleccion de los decretos y órdenes de las córtes extraordinarias de Cádiz, tom.* 4, *pág.* 179.)

Numero 5.

La celebridad de Almanzor, sus hazañas y relevantes prendas cuéntanse y se individualizan detenidamente en el capítulo 96 y siguientes de la tan apreciable *Historia de la dominacion de los árabes en España, por Don José Antonio Conde, tomo* 1.

Numero 6.

Cicer. In C. Verrem, actio sec., liber 3. *De Re frumentaria.* Cap. X. Edictum de judicio in octuplum.

Numero 7.

Don Antonio Palomino, tomo 3, *Vidas de los Pintores*, en la de Bartolomé Murillo.

Numero 8.

Diario de las discusiones y actas de las córtes extraordinarias de Cádiz, tomo 15, pag. 291. Sesion del 29 de setiembre de 1812.

Numero 9.

Véase la *Gaceta de la Regencia de las Españas* de 29 de diciembre de 1812.

Numero 10.

Véanse estos discursos en el *Diario de las discusiones y actas de las córtes extraordinarias de Cádiz*, tomo 16, pág. 461 y 462. Sesion de 30 de diciembre de 1812.

NUMERO 11.

Las guerras de los Estados Bajos, por Don Cárlos Coloma, lib. 7. Allí se verá cómo mandaba el duque de Feria durante la ocupacion de Paris por los españoles.

NUMERO 12.

La regencia del reino se ha servido expedir el decreto siguiente: D. Fernando VII, por la gracia de Dios y por la constitucion de la monarquía española rey de las Españas, y en su ausencia y cautividad la regencia del reino, nombrada por las córtes generales y extraordinarias, á todos los que las presentes vieren y entendieren, sabed: Que las córtes han decretado lo siguiente: « Las córtes generales y extraordinarias, constantemente animadas del mas vivo deseo de promover en cuanto esté de su parte la pronta expulsion de los injustos y crueles invasores de la península española, proporcionando para ello á la regencia del reino todos los recursos y medios que dependen de la potestad legislativa, han tomado en la mas seria consideracion lo que con fecha de 23 y 31 de diciembre último les ha expuesto la misma sobre un mejor y mas terminante arreglo de las facultades y responsabilidad de los generales en gefe de los ejércitos nacionales: y queriendo que sea mas eficaz y expedita la cooperacion que á dichos generales deban prestar los gefes políticos y ayuntamientos, como los intendentes de los ejércitos y provincias, sin que se confundan sus diferentes funciones, ni se choquen sus providencias, antes bien se facilite y asegure el servicio militar por medidas conformes á la constitucion política de la monarquía; han venido en decretar y decretan que mientras lo exijan las circunstancias, se observen puntualmente las disposiciones contenidas en los artículos siguientes: 1° Se autoriza á la regencia del reino para que pueda nombrar á los generales en gefe de los ejércitos de operaciones capitanes generales de las provincias del distrito, que segun crea conveniente asigne á cada uno de estos ejércitos. 2° En cada provincia de las que compongan el distrito referido habrá un gefe político, el cual, y lo mismo el intendente, alcaldes y ayuntamientos, obedecerán las órdenes que en derechura les comunique el general en gefe del ejército de operaciones en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio del mismo ejército, quedándoles libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demas. 3° Los generales en gefe de los ejércitos de operaciones podrán, siempre que convenga, destacar oficiales para que cuiden de la conservacion de algun distrito ó provincia de las de la demarcacion de su ejército, ó para hacer la guerra, en cuyo caso, y en el de que el oficial destacado se introduzca en alguna plaza, cuando sea importante al servicio de la nacion, se observará lo prevenido en el artículo 7, título 3, tratado 7, de las ordenanzas generales. Los generales en gefe serán responsables por todos sus actos y los de los oficiales que obren bajo sus órdenes. 4° El general del ejército de reserva de Andalucía podrá ejercer en las provincias de Sevilla, Córdoba y Cádiz, si la regencia lo estima conveniente, las facultades de capitan general de provincia, con arreglo á ordenanza. Los gefes políticos, intendentes, alcaldes y

ayuntamientos de las tres provincias expresadas obedecerán las órdenes que en derechura les comunique el general del referido ejército de reserva en las cosas concernientes al mando de las armas y servicio del mismo ejército, quedándoles libre y expedito el ejercicio de sus facultades en todo lo demas. 5° En cada ejército de operaciones habrá un intendente general del mismo, cuya autoridad en lo relativo á guerra se extenderá á todas las provincias de la demarcacion de aquel ejército, quedándole en esto subordinados los intendentes de ellas con arreglo á la instruccion de 23 de octubre de 1749, y á la real órden de 23 de febrero de 1750. 6° Consiguiente á este plan, y sin perjuicio de las providencias que la regencia tome para que desde luego se ponga en ejecucion, propondrá la misma á las córtes la planta de las oficinas de cuenta y razon de intendencias de ejército. 7° La recaudacion é inversion de los fondos de todas las provincias se hará por el órden prescrito en la constitucion, leyes y decretos de las córtes. 8° El gobierno asignará sobre el producto de las rentas y contribuciones de las provincias de la demarcacion de cada ejército lo que sea necesario para la manutencion del mismo, sin perjuicio de que provea á ella con otros fondos en caso de que no basten dichas rentas y contribuciones. 9° En su consecuencia la regencia presentará sin demora á las córtes el presupuesto de los gastos de los ejércitos y el estado de los productos de las rentas y contribuciones de las provincias de la demarcacion de cada uno. 10° Los intendentes generales de los ejércitos estarán á las órdenes de sus generales en gefe, con arreglo á los artículos 1 y 2, título 18, tratado 7 de las ordenanzas generales, en cuanto no se opongan al artículo 353 de la constitucion. 11° Ningun pago, de cualquier clase que sea, para los individuos ó gastos de un ejército, se abonará, sin que ademas de la intervencion necesaria, y del visto bueno del intendente, lleve tambien el del general en gefe, el cual por su parte será responsable de la legitimidad del pago. Lo tendrá entendido la regencia del reino, y dispondrá lo necesario á su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. — FRANCISCO CISCAR, presidente. — FLORENCIO CASTILLO, diputado secretario. — JOSÉ MARÍA COUTO, diputado secretario. — Dado en Cádiz á 6 de enero de 1813.— A la regencia del reino. »

Por tanto mandamos á todos los tribunales, justicias, gefes, gobernadores y demas autoridades, así civiles como militares y eclesiásticas, de cualquiera clase y dignidad, que guarden y hagan guardar, cumplir y ejecutar el presente decreto en todas sus partes. Tendréislo entendido para su cumplimiento, y dispondreis se imprima, publique y circule. JOAQUIN DE MOSQUERA Y FIGUEROA. — El duque del INFANTADO. — JUAN VILLAVICENCIO. — IGNACIO RODRIGUEZ DE RIVAS. — JUAN PEREZ VILLAMIL. — En Cádiz, á 7 de enero de 1813. — A DON JOSÉ MARÍA DE CARVAJAL. — *Gaceta de la Regencia de las Españas de 19 de enero de* 1813.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMO.

—

NUMERO 1.

Intitúlase esta obra : « Memorial y discursos del pleito que las ciudades, « villas y lugares de los arzobispados de Búrgos y Toledo de Tajo á esta « parte, y obispados de Calahorra, Palencia, Osma y Sigüenza tratan en « la real chancillería de Valladolid con el arzobispo, dean y cabildo de « la santa iglesia del señor Santiago, dirigidos á Don Juan Hurtado de « Mendoza, duque del Infantado, compuesto por Lázaro Gonzalez de « Acevedo, agente y defensor de los concejos.» *Se imprimió por segunda vez en Madrid, año de* 1771.

Tambien son muy de consultar en la materia « el memorial que el « duque de Arcos dirigió á la magestad del señor Don Cárlos III, » y el « Discurso sobre el voto de Santiago, ó sea demostracion de la fal- « sedad del privilegio en que se funda : » escrito el último por el licenciado Don Francisco Rodriguez de Ledesma, impreso en Madrid en 1805.

NUMERO 2.

Diario de las discusiones y actas de las córtes generales y extraordinarias, tomo 15, pág. 378.

NUMERO 3.

« Carta del ilustrísimo señor Don Juan de Palafox y Mendoza, obispo « de Osma, á fr. Diego de la Visitacion.» Inserta en las obras de santa Teresa y en el primer tomo de sus cartas, de la edicion de Madrid de 1793.

NUMERO 4.

Diario de las discusiones y actas de las córtes generales y extraordinarias, tomo 15.

NUMERO 5.

Exámen de los delitos de infidelidad á la patria. Obra publicada sin nombre de autor en Auch, en Francia, año de 1816. Se atribuye generalmente á Don Félix José Reinoso.

NUMERO 6.

En la obra que acabamos de citar : *Exámen de los delitos....* pág. 436.

NUMERO 7.

Secretaría de estado.— América.— Año de 1811.— Legajo 2.

NUMERO 8.

Secretaría de estado. — *Idem.*

NUMERO 9.

Secretaría de estado.— *Idem.*

NUMERO 10.

Secretaría de estado.— América.— Año de 1812.— Legajo 3.

NUMERO 11.

He aquí estas diez bases:

1ª Cesacion de hostilidades, bloqueos y todo otro acto de mutuo detrimento.

2ª Amnistía, perdon y olvido general de toda ofensa de los americanos á la madre patria, autoridades reconocidas en el pais ú oficiales suyos en la América.

3ª Confirmacion de los privilegios concedidos ya á las Américas de una completa, justa y libre representacion en las córtes, procediendo desde luego á la eleccion de sus diputados.

4ª Libertad de comercio de tal modo modificada, que quede una conveniente preferencia á la madre patria y paises á ella pertenecientes.

5ª Admision de los naturales de América, indiferentemente con los españoles europeos, á los destinos de vireyes, gobernadores, etc., en las Américas.

6ª Concesion del gobierno interno ó provincial bajo los vireyes ó gobernadores á los cabildos ó ayuntamientos, y admision en estos cuerpos de americanos nativos igualmente que de españoles europeos.

7ª Reconocimiento por las Américas de fidelidad á Fernando VII, sus herederos y al gobierno que rija en su nombre.

8ª Reconocimiento de la supremacía del consejo general representativo, ó de las córtes residentes en la Península, concediendo en ellas, como queda dicho, proporcionada parte de representacion á los diputados americanos.

9ª Obligacion de determinados socorros y auxilios con que la América deba contribuir á la madre patria.

10ª Obligacion de la América á cooperar con los aliados en la continuacion de la presente guerra contra la Francia.

Secretaría de estado. — América. — Año de 1812. — Legajo 3.

NUMERO 12.

Secretaría de estado. — El mismo año y legajo que en el anterior número.

NUMERO 13.

Este es el tratado á la letra : — S. M. C. D. Fernando VII, rey de España y de las Indias, y S. M. el emperador de todas las Rusias, igualmente animados del deseo de restablecer y fortificar las antiguas relaciones de amistad que han subsistido entre sus monarquías, han nombrado á este efecto; á saber : de parte de S. M. C., y en su nombre y autoridad el consejo supremo de regencia residente en Cádiz, á Don Francisco de Zea Bermudez; y S. M. el emperador de todas las Rusias al señor conde Nicolas de Romanzoff, su canciller del imperio, presidente de su consejo supremo, senador, caballero de las órdenes de San Andrés, de San Alejandro Newsky, de San Wladimir de la primera clase, y de Santa Ana y varias órdenes extrangeras, los cuales, despues de haber cangeado sus plenos poderes hallados en buena y debida forma, han acordado lo que sigue :

Art. 1° Habrá entre S. M. el rey de España y de las Indias y S. M. el emperador de todas las Rusias, sus herederos y sucesores, y entre sus monarquías, no solo amistad sino tambien sincera union y alianza.

2° Las dos altas partes contratantes en consecuencia de este empeño se reservan el entenderse sin demora sobre las estipulaciones de esta alianza, y el concertar entre sí todo lo que puede tener conexion con sus intereses recíprocos y con la firme intencion en que estan de hacer una guerra vigorosa al emperador de los franceses, su enemigo comun, y prometen desde ahora vigilar y concurrir sinceramente á todo lo que pueda ser ventajoso á la una ó á la otra parte.

3° S. M. el emperador de todas las Rusias reconoce por legítimas las córtes generales y extraordinarias reunidas actualmente en Cádiz, como tambien la constitucion que estas han decretado y sancionado.

4° Las relaciones de comercio serán restablecidas desde ahora, y favorecidas recíprocamente : las dos altas partes contratantes proveerán los medios de darles todavía mayor extension.

5° El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en San Petersburgo en el término de tres meses, contados desde el dia de la firma ó antes si ser pudiese.

En fe de lo cual : Nos los infrascritos en virtud de nuestros plenos poderes hemos firmado el presente tratado, y hemos puesto en él los sellos de nuestras armas.

Fecho en Veliky-Louki á 8 (20) de julio del año de gracia mil ochocientos y doce. (L. S.) FRANCISCO DE ZEA BERMUDEZ. (L. S.) El conde NICOLAS DE ROMANZOFF.

NUMERO 14.

El de Suecia es como sigue :

En el nombre de la santísima é indivisible Trinidad.

S. M. Don Fernando VII, rey de España y de las Indias, y S. M. el rey de Suecia, igualmente animados del deseo de establecer y asegurar las antiguas relaciones de amistad que ha habido entre sus monarquías, han nombrado para este efecto, á saber: S. M. C., y en su nombre y autoridad la regencia de España, residente en Cádiz, á Don Pantaleon Moreno y Daoiz, coronel de los ejércitos de S. M. C. y caballero de la órden militar de Santiago de Compostela; y S. M. el rey de Suecia al señor Lorenzo, conde de Engestrom, uno de los señores del reino de Suecia, ministro de estado y de negocios extrangeros, canciller de la universidad de Lund, caballero comendador de las órdenes del rey, caballero de la órden real de Cárlos XIII, gran águila de la Legion de Honor de Francia; y al señor Gustavo, baron de Weterstedt, canciller de la corte, comendador de la Estrella Polar, uno de los diez y ocho de la academia sueca, los cuales, despues de haber cangeado sus plenos poderes hallados en buena y debida forma, han convenido en los artículos siguientes:

Art. 1º Habrá paz y amistad entre S. M. el rey de España y de las Indias, y S. M. el rey de Suecia, sus herederos y sucesores, y entre sus monarquías.

Art. 2º Las dos altas partes contratantes, en consecuencia de la paz y amistad establecidas por el artículo que precede, convendrán ulteriormente en todo lo que pueda tener relacion con sus intereses recíprocos.

Art. 3º S. M. el rey de Suecia reconoce por legítimas las córtes generales y extraordinarias reunidas en Cádiz, así como la constitucion que ellas han decretado y sancionado.

Art. 4º Las relaciones de comercio se establecerán desde este momento, y serán mutuamente favorecidas. Las dos altas partes contratantes pensarán en los medios de darles mayor extension.

Art. 5º El presente tratado será ratificado, y las ratificaciones serán cangeadas en el espacio de tres meses contados desde el dia de la firma, ó antes si fuese posible.

En fe de lo cual nos los infrascritos, en virtud de nuestros plenos poderes, hemos firmado el presente tratado, y hemos puesto en él el sello de nuestras armas. Fecho en Stockolmo á 19 de marzo del año de gracia de 1813. (L. S.) PANTALEON MORENO Y DAOIZ. (L. S.) El conde de ENGESTROM. (L. S.) G. baron de WETERSTEDT.

NUMERO 15.

Véase el *Diario de las discusiones y actas de las córtes generales y extraordinarias*, tomo 15, página 275.

NUMERO 16.

Zurita, *Anales de Aragon*, libro 20, cap. 65.

NUMERO 17.

Mariana, *Historia de España*, libro 24, capítulo 17.

NUMERO 18.

Véase la respuesta á Felipe V de los fiscales de Castilla y de Indias D. Melchor de Macanaz y D. Martin Mirabal del año 1714, en donde se insertan las expresiones citadas, que se sacaron de la consulta que hizo una junta en tiempo de Cárlos II.

NUMERO 19.

Véase el volúmen intitulado *Discusion del proyecto de decreto sobre el tribunal de la inquisicion*, pág. 109.

NUMERO 20.

Véase el mismo volúmen, pág. 427.

NUMERO 21.

En el mismo volúmen, pág. 428.

NUMERO 22.

Algunas de las reflexiones que aquí ponemos las tomamos, como nos ha sucedido ya en otra ocasion, de un opúsculo que anónimo publicamos en Paris en español á principio del año de 1820, bajo el título de *Noticia de los principales sucesos ocurridos en el gobierno de España desde* 1808 *hasta* 1814. Se tradujo esta compendiosa produccion en francés y otras lenguas de Europa.

NUMERO 23.

Peticion 55 de las córtes de Valladolid de 1518.— Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V*, libro 3, pág. 10.

NUMERO 24.

Véase el memorial de Francisco Martinez de Mata en el 4° tomo del *Apéndice á la educacion popular*, por el conde de Campomanes.

NUMERO 25.

Inserta esta consulta del consejo Navarrete en su *Conservacion de monarquias*.

NUMERO 26.

Véase Céspedes, *Historia de Don Felipe IV*, capítulo 9, lib. 6.

NUMERO 27.

Este cómputo está sacado del censo de la poblacion de España del año de 1797, publicado de órden del rey en 1801. Despues ha disminuido el número, como puede verse en la memoria del ministro de gracia y justicia, fecha en 1° de marzo de 1822, que fue leida á las córtes de entonces, y tambien en los cálculos que se han presentado en las celebradas durante los años de 1834 y 1835, y publicado con motivo de la reforma de regulares decretada en este último año.

NUMERO 28.

Véase *Diario de las discusiones y actas de las córtes generales y extraordinarias*, tomo 17, pág. 153 y 154.

NUMERO 29.

C. Velleii Paterculi *Historia Romana*, liber 2, cap. 83. « Plancus non « judicio recta legendi, neque amore reipublicæ aut Cæsaris.... sed *morbo* « *proditor*....»

NUMERO 30.

Esta nota ó representacion del nuncio, de 5 de marzo de 1813, forma el número 6 de documentos del apéndice de su manifiesto, publicado en Madrid en la imprenta de Repullés, año de 1814.

NUMERO 31.

Diario de las discusiones y actas de las córtes, tomo 17, pág. 367.

NUMERO 32.

Este reglamento de 8 de abril se halla en el tomo 4 de la *Coleccion de los decretos y órdenes de las córtes generales y extraordinarias*.

NUMERO 33.

Diario de las discusiones y actas de las córtes, tomo 18, pág. 119, 120 y siguientes.

NUMERO 34.

Se intitulaba *Instruccion pastoral.... al clero y pueblo de sus diócesis*. Impreso en Mallorca en casa de Brusi, año de 1813.

NUMERO 35.

El título de esta singular produccion era : *El sin y el con de Dios para con los hombres; y reciprocamente de los hombres para con Dios, con su sin y con su con.* La publicaba el obispo de Santander bajo el nombre simbólico de *Don Clemente Pastor de la Montaña.*

NUMERO 36.

Estas cartas léanse en los números 7 y 8 del apéndice al manifiesto ya citado del nuncio.

NUMERO 37.

Este oficio ú órden compone el nº 10 del apéndice al mismo manifiesto del nuncio.

NUMERO 38.

« Carta del rey Don Fernando el Católico al conde de Ribagorza, su « virey en Nápoles, á 22 de mayo de 1508, » tomo 1 del Semanario erudito publicado por Valladares.

NUMERO 39.

Secretaría de estado, 1812.... 1813. —Inglaterra. « Precedencia entre « los embajadores de España y Rusia. »

NUMERO 40.

Véase el tomo 1 de la obra *Recueil des principaux traités.... de l'Europe, par M. de Martens,* 1762 y 1763, pág. 29 y siguientes.

NUMERO 41.

En el legajo citado en el número 39 de la Secretaría de estado se halla esta nota.

LIBRO VIGÉSIMOSEGUNDO.

—

NUMERO 1.

Usamos de las expresiones *apresurar la carga y hacer punta de sus tropas*, á imitacion de autores nuestros del mejor tiempo. Ha habido quien poco versado en ellos se ha imaginado que estas ú otras parecidas eran tomadas del francés; pero no es asi. *Cargar, dar una carga, apresurar la carga*, modos son de hablar que á menudo han empleado Mariana, Mendoza y otros autores de los mas escogidos. Lo mismo sucede con los que mas particularmente han escrito sobre el arte de la guerra. Don Bernardino de Mendoza en su *Teórica y práctica* de ella, libro impreso en Amberes en 1596, sírvese con frecuencia de las palabras *cargas, cargar*, etc., en vez de *acometidas, acometer*, etc.; y el capitan *Diego de Salazar*, en su obra *de Re militari*, ya en otra ocasion citada, usa de la frase *hacer una punta de ejército*. Estos autores y Montero de Espinosa, Urrea, Eguiluz, Londoño, con otros varios que escribieron en tiempo de las campañas de Flandes, seminario de guerreros ilustres, debian ser mas estudiados por los que se ocupan en cosas militares y quieren hablar con propiedad de ellas, no oponiéndose las alteraciones que desde entonces ha habido en el arte de la guerra, siempre que haya discernimiento y tino en la eleccion de las frases y los términos, y en su aplicacion.

NUMERO 2.

« Doctrinal de los caballeros, que hizo é ordenó el muy reverendo « señor Don Alonso de Cartagena. »

NUMERO 3.

Mémoires du général Hugo, tom. 3, chapitre 32.

NUMERO 3 (BIS).

El cuadro de *La Escuela del Amor* está ahóra en Lóndres en el museo que se llama *National Gallery* en la calle de Pall Mall. Lo vendió en Viena, segun nos han informado (junto con el *Ecce Homo* del mismo autor, procedente del palacio Colonna en Roma), la viuda de Murat al actual marques de Londonderry, por 11,000 guineas. El de la Oracion del Huerto, tambien del Correggio, que pertenecia al palacio real de Madrid, lo tiene al presente el duque de Wellington. Hay una repeticion de este cuadro en *National Gallery*, como igualmente una *Sacra Familia* del mismo Correggio, que estaba en el citado palacio de Madrid en tiempo de Cárlos IV.

NUMERO 4.

Estos cuadros han sido vendidos en los años últimos por ocho mil libras esterlinas (sobre unos 800,000 reales vellon) á Lord Grosvenor, marques de Westminster, excepto el del *Triunfo de la Religion*, que estaba en el antiguo senado, y se halla colocado ahora en el museo del Louvre.

NUMERO 5.

Viage de España de Don Antonio Ponz, tomo 1, carta 6.

NUMERO 6.

Estos cuadros, con muchos de los objetos extraidos del Gabinete de Historia natural de Madrid, devolviéronse á nuestro gobierno en 1814. Pero como llegase repentinamente Napoleon de la isla de Elba, no hubo tiempo para trasportarlos á España, y desaparecieron por el momento. Repuesto Luis XVIII, ganada que fue la batalla de Waterloo, en el trono de Francia, y hallándose en Paris de ministro interino de España el general Don Miguel de Alava, presentóse á este el marques de Almenara con deseo de indicarle, como lo verificó, y movido puramente de amor á su patria, el paradero de dichos cuadros y efectos. Reclamólos en consecuencia aquel ministro, y entregáronsele, aunque deteriorados los cuadros y en lamentable estado; motivo por el que juzgó el general Alava ser prudente y aun necesario el que se restaurasen y aun trasladasen de la tabla al lienzo, antes de enviarlos á España, saltando ya la pintura por lo carcomido de la madera. Nuestro gobierno resistiólo algun tiempo; pero cedió á las instancias y justas reflexiones de aquel general, apoyadas en un informe juicioso que le dieron el célebre escultor Canova y los pintores Palmarolli y Benvenuti, que habian á la sazon pasado á Paris para reclamar y recoger las preciosidades artísticas de Roma y Florencia. Encargóse la obra, segun apuntamos en el texto, á Mr. Bonnemaison; concluida la cual, remitiéronse los cuadros á España, en donde se hallan ahora, excepto uno de las Vénus que el rey Fernando VII regaló á su aliado el emperador de Rusia.

La regencia del reino, ayudada por el celo ilustrado de la real Academia de San Fernando, no cesó desde la primera evacuacion de los franceses de Madrid en 1812 de dar providencias que evitasen en lo posible el extravío ú ocultacion de los cuadros sacados por los franceses ó por órden del gobierno intruso, de iglesias, conventos ú otros establecimientos públicos. Existen los antecedentes en el archivo de la referida Academia.

NUMERO 7.

El despojo del archivo de Simancas empezó en 1811, en cuyo año se presentó allí á recoger papeles para llevárselos á Francia el archivero del imperio J. Guite. He aquí copia literal de los documentos que lo comprueban.

« Real archivo de Simancas. — Con licencia del señor Don Manuel de Ayala y Rosales, secretario del archivo real de Simancas, he sacado yo un libro con cubiertas de pergamino sobre la primera de las cuales en el verso se halla escrito : Libro de la dicha tercera arca, número diez y nueve, y será el dicho libro remitido en dicho archivo cuando volveré en Simancas. Hecho en Simancas, 25 marzo de 1811. J. GUITE. Real archivo de Simancas. — Yo comisario del gobierno francés infraescrito : declaro haber sacado del real archivo de Simancas para llevar en Francia en virtud de la órden de S. E. el ministro de lo interior, comunicada al señor gobernador del sexto gobierno, los papeles siguientes : — 1° Los de Estado del Cubillo bajo. — 2° Los de las negociaciones de Nápoles, Sicilia y Milan, de la pieza segunda. — 3° Los del Patronato Real. — 4° Los del Cubillo alto. — 5° Siete registros de órdenes y seis legajos de órdenes. — 6° Tres registros de cédulas de la Emperatriz. — 7° Cuatro registros de los caballeros de la cuantía. — 8° Siete legajos de hidalguías. — 9° Quince legajos de Córtes. — 10° Veintiun libros de Juan de Berzosa. — 11° Las bulas de los obispados y arzobispados de Castilla y Leon. — 12° La planimetría de Madrid. — 13° Los papeles del Estado misivo con los inventarios correspondientes. De los cuales papeles é inventarios, que van colocados en ciento setenta y dos cajones, el señor Don Manuel de Ayala y Rosales, secretario del dicho archivo, es legítimamente descargado. Hecho en Simancas, á 28 de mayo de 1811. »

« El infraescrito comisario del gobierno francés, encargado del reconocimiento y trasporte de los papeles existentes en el real archivo de Simancas, certifico haber extraido del referido real archivo los legajos que contienen las materias siguientes : — 1° Todos los legajos que existian en la pieza baja de estado, concernientes á negociaciones de varias partes de Europa. — 2° Los libros y registros de la cancillería del consejo que habia en Aragon. — 3° Los papeles de la secretaría de la negociacion de Cataluña, excepto los intitulados *Cartas*. — 4° Treinta y siete legajos de mercedes de los reyes Don Juan y Don Enrique. — 5° Cuatro legajos tocantes á las córtes de Valencia. Los cuales papeles con sus correspondientes inventarios han sido sacados por mí á consecuencia de órden del Excmo. señor ministro del interior para ser conducidos á Francia. Y para descargo del señor Don Manuel de Ayala, archivero principal del mencionado real archivo de Simancas, le doy la presente certificacion que en todo caso le deberá servir de resguardo y recibo, firmada de mi mano, y datada en Simancas á seis de junio de mil ochocientos once. J. GUITE. »

Devolviéronse á Simancas en 1816 estos papeles, excepto varios documentos importantes que entresacaron en Francia de los mismos legajos, la correspondencia íntegra diplomatica con la corte de Paris, y asimismo los tratados y convenios hechos con su gobierno, con otros que indicamos en el texto, y fueron extraidos del archivo entonces ó despues.

En la carta á Mr. Molé, que sirve de prefacio á *l'Histoire de la Réforme, de la Ligue et du Règne de Henri IV, par M. Capefigue*, danse pormenores curiosos sobre estos despojos, no menos que sobre las contestaciones que en el asunto han mediado entre los gobiernos de España y Francia.

Tambien se infiere de la citada obra (tomo 2, pág. 80) no haber pa-

sado á Francia, segun presume Llorente en su Historia crítica de la Inquisicion (tomo 3, cap. 31, párraf. 181 y 182), la causa del príncipe Don Cárlos, sino que la caja de nogal en que se sospechaba estar encerrados los papeles comprensivos de la misma, no contenia mas que los autos de la formada á Don Rodrigo Calderon, remitidos á Simancas por órden de Felipe IV en 22 de junio de 1623. Noticia que confirma lo mismo que de palabra hemos oido varias veces á personas respetables de Valladolid.

NUMERO 8.

Estos cuadros se extrajeron del convento de Fuensaldaña el 11 de abril de 1809, y se trasportaron á Madrid, de donde no salieron hasta el año de 1814, que fueron restituidos á dicho convento.

Allí permanecieron encajonados cerca de tres años por carecer la comunidad de medios para ponerlos de nuevo en los altares. Al fin se verificó esto, y se celebró la colocacion el 15 de agosto de 1817 á expensas del doctoral de Toledo D. Pedro Nolasco Sanchez Moron. (Noticia dada por la abadesa del convento de Fuensaldaña sor Josefa de San Felipe Neri en 21 de julio de 1836.)

NUMERO 9.

Δαρεῖον μὲν οὐχ εἵλεγε.... τὸ δὲ ἅρμα καὶ τὸ τόξον αὐτὸ ὃ λαβὼν ἐκανῆλθεν· καὶ κατέλαβεν τοὺς Μακεδόνας τὸν μὲν ἄλλον, πλοῦτον ἐν τοῦ βαρβαρικοῦ στρατοπέδου φέροντας καὶ ἄγοντας ὑπερβάλλοντα πλῆξει, καίπερ εὐξύνων πρὸς τὴν μάχην παραγενομένων, καὶ πλεῖσα τῆς ἀποσκευῆς ἐν Δαμασκῷ καταλιπόντων.....

(Y mas adelante:)

Μετὰ δὲ τὴν μάχην τὴν ἐν Ἰσσῷ, πέμψας εἰς Δαμασκὸν, ἔλαβεν τὰ χρήματα καὶ τὰς ἀποσκευάς, καὶ τὰ τέκνα καὶ τὰς γυναῖκας τῶν Περσῶν· καὶ πλεῖστα μὲν ὠφελήθησαν οἱ τῶν Θεσσαλῶν ἱππεῖς..... ἐνεπλήσθη δὲ καὶ τὸ λυπὸν εὐπορίας στρατόπεδον· (Αλεξάνδρου).

NUMERO 10.

Crónica del rey Don Pedro, por Don Pedro Lopez de Ayala, año 18, desde el cap. 4 hasta el 14 inclusive: y el Diccionario geográfico histórico de España por la real academia de la Historia, secc. 1, tom. 1, art. Ariñez.

NUMERO 11.

Mémoires du maréchal Suchet, tom. 2, chap. 18.

LIBRO VIGÉSIMOTERCERO.

—

Numero 1.

« ..... Y al tiempo que quiso hablar (Enrique IV, rey de España) « con el rey Luis (de Francia), tenia un baston en la mano: desembar- « cado en la orilla y arenal donde el agua podia llegar en la mayor cre- « ciente, dijo que alli estaba en lo suyo, y que aquella era la raya dentre « Castilla y Francia, y poniendo el pie mas adelante, dijo: Ahora estoy « en España y Francia, y el rey Luis respondió en su lengua: *Il est « vérité: decis la verdad.* » (*Historia general de España*, por el padre Juan de Mariana, lib. 23, cap. 5.)

Numero 2.

« Some of the officers were more culpable than the troops, for they « used no exertions to prevent the outrages which they saw. Lord Wel- « lington, as soon as he was informed of this misconduct, republished « his former orders, and accompanied them with a severe reprimand, « declaring his determination not to command officers who would not « obey his, and of sending some of them who had been thus grossly « unmindful of their duty to England, that their names might be brought « under the notice of the Prince Regent. » (*History of the peninsular war*, by Robert Southey, esq., vol. 3, chapter XLV.)

Numero 3.

Véase la gaceta de Vique de 16 de marzo de 1814, en que se hallará inserto el estado que publicó D. Joaquin de Acosta y Montealegre, tesorero del ejército y principado de Cataluña.

LIBRO VIGÉSIMOCUARTO.

—

NUMEROS 1 y 2.

Idea sencilla, por Don Juan Escoiquiz. — Cap. 6, página 86.

Así esta carta como los demas documentos y conferencias que insertamos en el texto, los hemos copiado sin alteracion alguna de la obra de Escoiquiz, á pesar de lo flojo del estilo y sus faltas, sacrificando á la exactitud la belleza y la correccion.

NUMERO 3.

Ibidem, página 95 y siguientes.

NUMERO 4.

Hemos tenido ya ocasion de hablar en el primer volúmen de esta historia de la obra de *Don Juan Escoiquiz*, impresa en Madrid en la imprenta real, año de 1814, bajo el título de *Idea sencilla de las razones que motivaron el viaje de el rey Don Fernando VII á Bayona*, etc., la cual empieza á ser bastante rara.

NUMERO 5.

Véase la carta del duque de Alba, siendo gobernador de Flandes, á Don Juan de Zúñiga, embajador en Roma, fecha en Amberes á 10 de mayo de 1570. La ha publicado la academia de la Historia en el tomo 7 de sus Memorias.

NUMERO 6.

En consecuencia de este acuerdo y bajo de estas condiciones se efectuó dicho tratado y se firmó el dia 8 de diciembre en los términos siguientes:

« S. M. católica y el emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederacion del Rin, y mediador de la Confederacion Suiza, igualmente animados del deseo de hacer cesar las hostilidades y de concluir un tratado de paz definitivo entre las dos potencias, han nombrado plenipotenciarios á este efecto, á saber: S. M. Don Fernando á Don José Miguel de Carvajal, duque de San Cárlos, conde del Puerto, gran-maestro de postas de Indias, grande de España de primera clase, mayordomo mayor de S. M. C., teniente general de los ejércitos, gentilhombre de cámara con ejercicio, gran cruz y comendador de diferentes órdenes, etc., etc., etc.; S. M. el emperador y rey á Mr. Antonio Renato Cárlos Mathurin, conde de Laforest, individuo de su consejo de estado, gran oficial de la Legion de Honor, gran cruz de la órden imperial de la

Reunion, etc., etc., etc. Los cuales, despues de cangear sus plenos poderes respectivos, han convenido en los artículos siguientes :

ARTICULO 1.

« Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tratado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores, y S. M. el emperador y rey, y sus sucesores.

ART. 2.

« Cesarán todas las hostilidades por mar y tierra entre las dos naciones, á saber : en sus posesiones continentales de Europa, inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince dias despues, en los mares que bañan las costas de Europa y Africa de esta parte del ecuador; cuarenta despues, en los mares de Africa y América en la otra parte del ecuador; y tres meses despues, en los paises y mares situados al este del cabo de Buena Esperanza.

ART. 3.

« S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, reconoce á Don Fernando y sus sucesores segun el órden de sucesion establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias.

ART. 4.

« S. M. el emperador y rey reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existia antes de la guerra actual.

ART. 5.

« Las provincias y plazas actualmente ocupadas por las tropas francesas serán entregadas en el estado en que se encuentran á los gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey.

ART. 6.

« S. M. el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los gobernadores y ejército británico.

ART. 7.

« Se hará un convenio militar, entre un comisionado francés y otro

español, para que simultáneamente se haga la evacuacion de las provincias españolas, ú ocupadas por los franceses ó por los ingleses.

ART. 8.

« S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á mantener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido estipulados en el tratado de Utrecht, y como las dos naciones los habian mantenido hasta el año de 1792.

ART. 9.

« Todos los españoles adictos al rey José, que le han servido en los empleos civiles ó militares, y que le han seguido, volverán á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban : todos los bienes de que hayan sido privados les serán restituidos. Los que quieran permanecer fuera de España tendrán un término de diez años para vender sus bienes y tomar todas las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus derechos á las sucesiones que puedan pertenecerles, y podrán disfrutar sus bienes y disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ó de retraccion, ó cualquier otro derecho.

ART. 10.

« Todas las propiedades muebles ó inmuebles, pertenecientes en España á franceses ó italianos, les serán restituidas en el estado en que las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas en Francia ó en Italia á los españoles, antes de la guerra, les serán tambien restituidas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cuestiones contenciosas que puedan suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos ó españoles, ya por discusiones de intereses anteriores á la guerra, ya por los que haya habido despues de ella.

ART. 11.

« Los prisioneros hechos de una y otra parte serán devueltos, ya se hallen en los depósitos, ya en cualquiera otro parage, ó ya hayan tomado partido : á menos que inmediatamente despues de la paz no declaren ante un comisario de su nacion, que quieren continuar al servicio de la potencia á quien sirven.

ART. 12.

« La guarnicion de Pamplona, los prisioneros de Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo, y los de cualquier otro depósito que hayan sido entregados á los ingleses, serán igualmente devueltos, ya esten en España, ó ya hayan sido enviados á América.

ART. 13.

« S. M. Fernando VII se obliga igualmente á hacer pagar al rey Cárlos IV y á la reina su esposa la cantidad de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de francos formarán la viudedad de la reina. Todos los españoles que esten á su servicio tendrán la libertad de residir fuera del territorio español todo el tiempo que SS. MM. lo juzguen conveniente.

ART. 14.

« Se concluirá un tratado de comercio entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el mismo pie que antes de la guerra de 1792.

ART 15.

« La ratificacion de este tratado se verificará en Paris en el término de un mes, ó antes si fuere posible.

« Fecho y firmado en Valencey á 11 de diciembre de 1813. — El duque de SAN CARLOS. — El conde de LAFOREST. »

NUMERO 7.

Carta autógrafa de Fernando VII al duque de San Cárlos.

Duque de San Cárlos mi primo,

Deseando que cesen las hostilidades, y concurrir al establecimiento de una paz sólida y duradera entre la España y la Francia, y habiéndome hecho proposiciones de paz el emperador de los franceses, rey de Italia, por la íntima confianza que hago de vuestra fidelidad, os doy pleno y absoluto poder, y encargo especial, para que en nuestro nombre trateis, concluyais y firmeis con el plenipotenciario nombrado para este efecto por S. M. I. y R. el emperador de los franceses y rey de Italia, tales tratados, artículos, convenios ú otros actos que juzgueis convenientes, prometiendo cumplir y ejecutar puntualmente todo lo que vos, como plenipotenciario, prometais y firmeis en virtud de este poder, y de hacer expedir las ratificaciones en buena forma, á fin de que sean cangeadas en el término que se conviniere. — En Valencey, á 4 de diciembre de 1813. — FERNANDO.

NUMERO 8.

Idea sencilla, por Don Juan Escoiquiz, cap. 6, pág. 109.

NUMERO 9.

Idem, idem, pág. 110.

NUMERO 10.

Don Juan Amézaga, de cuyo mal proceder hemos hablado ya en el tomo tercero de nuestra historia con motivo de la comision del baron de Kolly, y á quien tambien censura severamente Escoiquiz en su citada obra (pág. 82), á pesar de los vínculos de parentesco que unian á entrambos, tuvo la imprudencia de regresar á España al volver el rey á ocupar el trono. Preso, púsosele en juicio; y acusado de culpables manejos durante la residencia del rey en Valencey, vióse condenado á muerte por la audiencia de Zaragoza, en cuya consecuencia y de haber perdido Amézaga la esperanza de obtener perdon de la clemencia real, suicidóse con una navaja de afeitar en la cárcel en donde estaba.

NUMERO 11.

En el año de 1815 Tassin y Duclerc pidieron que se les indemnizase, amenazando sino publicar las cartas que decian tener del rey con otras anécdotas suyas y de los infantes en Valencey. Don Miguel de Alava, á la sazon ministro plenipotenciario de España en Paris, escribió al rey con este motivo, y le envió una carta de Tassin. S. M. contestó al primero diciéndole entre otras cosas: « que las cartas fueron fabricadas por quien tendria interes en ello, y con el objeto que él se sabria: » lo cual hizo sospechar que todo habia sido intrigas y amaños de Amézaga. Sin embargo insistieron aquellos agentes en sus reclamaciones, bajo los embajadores conde de Peralada y duque de Fernan-Nuñez; y se les dió en tiempo del último para acallarlos doscientos mil ó mas francos en cambio de los papeles que tenian y entregaron. Esto y el tono insolente de las demandas aumentó los recelos anteriores de que mano mas alta que la de Amézaga habia tomado tambien parte en la correspondencia.

NUMERO 12.

Instruccion dada por S. M. el señor Don Fernando VII á Don José Palafox y Melci.

La copia que se os entrega de la instruccion dada al duque de San Cárlos os manifestará con claridad su comision, á cuyo feliz éxito debereis contribuir, obrando de acuerdo con dicho duque en todo aquello que necesite vuestra asistencia, sin separaros en cosa alguna de su dictámen, como que lo requiere la unidad que debe haber en el asunto de que se trata, y ser el expresado duque el que se halla autorizado por mí. Posteriormente á su salida de aquí, han acaecido algunas novedades en la preparacion de la ejecucion del tratado que se hallan en la apuntacion siguiente.

Téngase presente que inmediatamente despues de la ratificacion, pueden darse órdenes por la regencia para una suspension general de hostilidades; y que los señores mariscales generales en gefe de los ejér-

citos del emperador accederán por su parte á ella. La humanidad exige que se evite de una y otra parte todo derramamiento de sangre inútil.

Hágase saber que el emperador queriendo facilitar la pronta ejecucion del tratado ha elegido al señor mariscal duque de la Albufera por su comisario en los términos del artículo sétimo. El señor mariscal ha recibido los plenos poderes necesarios de S. M., á fin de que, asi que se verifique la ratificacion por la regencia, se concluya una convencion militar relativa á la evacuacion de las plazas, tal cual ha sido estipulada en el tratado, con el comisario que puede desde luego enviarle el gobierno español.

Téngase entendido tambien que la devolucion de prisioneros no experimentará ningun retardo, y que dependerá únicamente del gobierno español el acelerarla; en la inteligencia de que el señor mariscal duque de Albufera se halla tambien encargado de estipular, en la convencion militar, que los generales y oficiales podrán restituirse en posta á su pais, y que los soldados serán entregados en la frontera hácia Bayona y Perpiñan, á medida que vayan llegando á ella.

En consecuencia de esta apuntacion, la regencia habrá dado sus órdenes para la suspension de las hostilidades, y habrá nombrado comisario de su confianza para realizar por su parte el contenido de ella. — —Valencey, á 23 de diciembre de 1813.—FERNANDO. — A Don José Palafox.

NUMERO 13.

He aqui el texto literal de este decreto de 2 de febrero de 1814:

« Deseando las córtes dar en la actual crísis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inalterable á los enemigos, de franqueza y buena fe á los aliados, y de amor y confianza á esta nacion heróica, como igualmente destruir de un golpe las asechanzas y ardides que pudiese intentar Napoleon en la apurada situacion en que se halla, para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazada nuestra independencia, alterar nuestras relaciones con las potencias amigas, ó sembrar la discordia en esta nacion magnánima, unida en defensa de sus derechos y de su legítimo rey el señor Don Fernando VII, han venido en decretar y decretan:

« 1º Conforme al tenor del decreto dado por las córtes generales y extraordinarias en 1º de enero de 1811 que se circulará de nuevo á los generales y autoridades que el gobierno juzgare oportuno, no se reconocerá por libre al rey, ni por lo tanto se le prestará obediencia, hasta que en el seno del congreso nacional preste el juramento prescrito en el artículo 173 de la constitucion.

« 2º Asi que los generales de los ejércitos que ocupan las provincias fronterizas sepan con probabilidad la próxima venida del rey, despacharán un extraordinario ganando horas, para poner en noticia del gobierno cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del rey, tropas nacionales ó extrangeras que se dirijan con S. M. hácia la frontera, y demas circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, debiendo el gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de las córtes.

« 3° La regencia dispondrá todo lo conveniente y dará á los generales las instrucciones y órdenes necesarias, á fin de que al llegar el rey á la frontera reciba copia de este decreto, y una carta de la regencia con la solemnidad debida, que instruya á S. M. del estado de la nacion, de sus heróicos sacrificios, y de las resoluciones tomadas por las córtes para asegurar la independencia nacional y la libertad del monarca.

« 4° No se permitirá que entre con el rey ninguna fuerza armada. En caso que esta intentase penetrar por nuestras fronteras, ó las líneas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la guerra.

« 5° Si la fuerza armada que acompañare al rey fuere de españoles, los generales en gefe observarán las instrucciones que tuvieren del gobierno, dirigidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de prisioneros, con el órden y seguridad del estado.

« 6° El general del ejército que tuviese el honor de recibir al rey, le dará de su mismo ejército la tropa correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona.

« 7° No se permitirá que acompañe al rey ningun extrangero, ni aun en calidad de doméstico ó criado.

« 8° No se permitirá que acompañen al rey, ni en su servicio, ni en manera alguna aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleon, ó de su hermano José, empleo, pension ó condecoracion de cualquiera clase que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada.

« 9° Se confia al celo de la regencia el señalar la ruta que haya de seguir el rey hasta llegar á esta capital, á fin de que en el acompañamiento, servidumbre, honores que se le hagan en el camino, y á su entrada en esta corte, y demas puntos convenientes á este particular, reciba S. M. las muestras de honor y respeto debidos á su dignidad suprema, y al amor que le profesa la nacion.

« 10° Se autoriza por este decreto al presidente de la regencia para que en constando la entrada del rey en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle á la capital con la correspondiente comitiva.

« 11° El presidente de la regencia presentará á S. M. un ejemplar de la constitucion política de la monarquía, á fin de que instruido S. M. en ella, pueda prestar con cabal deliberacion y voluntad cumplida el juramento que la constitucion previene.

« 12° En cuanto llegue el rey á la capital vendrá en derechura al congreso á prestar dicho juramento, guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el reglamento interior de córtes.

« 13° Acto continuo que preste el rey el juramento prescrito en la constitucion, treinta individuos del congreso, de ellos dos secretarios, acompañarán á S. M. á palacio, donde formada la regencia con la debida ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la constitucion y al artículo 2° del decreto de 4 de setiembre de 1813. La diputacion regresará al congreso á dar cuenta de haberse asi ejecutado, quedando en el archivo de córtes el correspondiente testimonio.

« 14° En el mismo dia darán las córtes un decreto con la solemnidad débida, á fin de que llegue á noticia de la nacion entera el acto solemne, por el cual y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey colocado constitucionalmente en su trono. Este decreto despues de leido en las córtes se pondrá en manos del rey por una diputacion igual á la prece-

dente, para que se publique con las mismas formalidades que todos los demas, con arreglo á lo prevenido en el artículo 14 del reglamento interior de córtes.

« Lo tendrá entendido la regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará imprimir, publicar y circular.

« Dado en Madrid á 2 de febrero de 1814. — (Siguen las firmas del presidente y secretarios.) — A la regencia del reino. »

Numero 14.

Manifiesto de las córtes á la nacion española.

Españoles : Vuestros legítimos representantes van á hablaros con la noble franqueza y confianza que aseguran en las crísis de los estados libres aquella union íntima, aquella irresistible fuerza de opinion contra las cuales no son poderosos los embates de la violencia, ni las insidiosas tramas de los tiranos. Fieles depositarios de vuestros derechos, no creerían las córtes corresponder debidamente á tan augusto encargo, si guardáran por mas tiempo un secreto que pudiese arriesgar ni remotamente el decoro y honor debidos á la sagrada persona del rey, y la tranquilidad é independencia de la nacion : y los que en seis años de dura y sangrienta contienda han peleado con gloria por asegurar su libertad doméstica, y poner á cubierto á la patria de la usurpacion extrangera, dignos son, sí, españoles, de saber cumplidamente á donde alcanzan las malas artes y violencias de un tirano execrable, y hasta qué punto puede descansar tranquila una nacion cuando velan en su guarda los representantes que ella misma ha elegido.

Apenas era posible sospechar que al cabo de tan costosos desengaños intentase todavía Napoleon Bonaparte echar dolosamente un yugo á esta nacion heróica, que ha sabido contrastar por resistirle su inmensa fuerza y poderío, y como si hubiéramos podido olvidar el doloroso escarmiento que lloramos por una imprudente confianza en sus palabras pérlidas; como si la inalterable resolucion que formamos, guiados como por instinto, á impulso del pundonor y honradez española, osando resistir cuando apenas teníamos derechos que defender, se hubiera debilitado ahora que podemos decir *tenemos patria*, y que hemos sacado las libres instituciones de nuestros mayores del abandono y olvido en que por nuestro mal yacieran; como si fuéramos menos nobles y constantes, cuando la prosperidad nos brinda, mostrándonos cercanos al glorioso término de tan desigual lucha, que lo fuimos con asombro del mundo y mengua del tirano en los mas duros trances de la adversidad, ha osado aun Bonaparte, en el ciego desvarío de su desesperacion, lisonjearse con la vana esperanza de sorprender nuestra buena fe con promesas seductoras, y valerse de nuestro amor al legítimo rey para sellar juntamente la esclavitud de su sagrada persona y nuestra vergonzosa servidumbre.

Tal ha sido, españoles, su perverso intento, y cuando, merced á tantos y tan señalados triunfos, veíase casi rescatada la patria, y señalaba como el mas feliz anuncio de su completa libertad la instalacion del congreso en la ilustre capital de la monarquía, en el mismo dia de este

fausto acontecimiento, y al dar principio las córtes á sus importantes tareas, halagadas con la grata esperanza de ver pronto en su seno al cautivo monarca, libertado por la constancia española y el auxilio de los aliados, oyeron con asombro el mensage, que, de órden de la regencia del reino, les trajo el secretario del despacho de estado acerca de la venida y comision del duque de San Cárlos. No es posible, españoles, describiros el efecto que tan extraordinario suceso produjo en el ánimo de vuestros representantes. Leed esos documentos, colmo de la alevosía de un tirano; consultad vuestro corazon, y al sentir en él aquellos mismos afectos que lo conmovieron en mayo de 1808, al experimentar mas vivos el amor á vuestro oprimido monarca y el odio á su opresor in cuo, sin poder desahogar ni en quejas ni en imprecaciones la reprimida indignacion, que mas elocuente se muestra en un profundísimo silencio, habreis concebido, aunque débilmente, el estado de vuestros representantes cuando escucharon la amarga relacion de los insultos cometidos contra el inocente Fernando, para esclavizar á esta nacion magnánima.

No le bastaba á Bonaparte burlarse de los pactos, atropellar las leyes, insultar la moral pública; no le bastaba haber cautivado con perfidia á nuestro rey é intentado sojuzgar á la España, que le tendió incauta los brazos como al mejor de sus amigos; no estaba satisfecha su venganza con desolar á esta nacion generosa con todas las plagas de la guerra y de la política mas corrompida: era menester aun usar todo linage de violencias para obligar al desvalido rey á estampar su augusto nombre en un tratado vergonzoso; necesitaba todavía presentarnos un concierto celebrado entre una víctima y su verdugo como el medio de concluir una guerra tan funesta á los usurpadores como gloriosa á nuestra patria; deseaba por último lograr por fruto de una grosera trama, y en los momentos en que vacila su usurpado trono, lo que no ha podido conseguir con las armas, cuando á su voz se estremecian los imperios y se veia en riesgo la libertad de Europa. Tan ciego en el delirio de su impotente furor, como desacordado y temerario en los devaneos de su próspera fortuna, no tuvo presente Bonaparte el temple de nuestras almas, ni la firmeza de nuestro carácter, y que si es fácil á su astuta política seducir ó corromper á un gabinete ó á la turba de cortesanos, son vanas sus asechanzas y artería contra una nacion entera, amaestrada por la desgracia, y que tiene en la libertad de imprenta y en el cuerpo de sus representantes el mejor preservativo contra las demasías de los propios y la ambicion de los extraños.

Ni aun disfrazar ha sabido Bonaparte el torpe artificio de su política. Estos documentos, sus mal concertadas cláusulas, las fechas, hasta el lenguaje mismo descubren la mano del maligno autor, y al escuchar en boca del augusto Fernando los dolosos consejos de nuestro mas cruel enemigo, no hay español alguno a quien se oculte que no es aquella la voz del deseado de los pueblos, la voz que resonó breves dias desde el trono de Pelayo; pero que anunciando leyes benéficas y gratas promesas de justa libertad nos preservó por siempre de creer acentos suyos los que no se encaminaran á la felicidad y gloria de la nacion. El inocente príncipe, compañero de nuestros infortunios, que vió víctima á la patria de su ruinosa alianza con la Francia, no puede querer ahora bajo este falso título sellar en este injusto tratado el vasallage de esta nacion he-

róica, que ha conocido demasiado su dignidad, para volver á ser esclava de voluntad agena: el virtuoso Fernando no pudo comprar á precio de un tratado infame, ni recibir como merced de su asesino el glorioso título de rey de las Españas: título que su nacion le ha rescatado, y que pondrá respetuosa en sus augustas manos, escrito con la sangre de tantas víctimas, y sancionados en él los derechos y obligaciones de un monarca justo. Las torpes sospechas, la deshonrosa ingratitud, no pudieron albergarse ni un momento en el magnánimo corazon de Fernando, y mal pudiera, sin mancharse con este crímen, haber querido obligarse por un pacto libre á pagar con enemiga y ultrajes los beneficios del generoso aliado, que tanto ha contribuido al sostenimiento de su trono. El padre de los pueblos, al verse redimido por su imitable constancia, ¿deseará volver á su seno rodeado de los verdugos de su nacion, de los perjuros que le vendieron, de los que derramaron la sangre de sus propios hermanos, y acogiéndolos bajo su real manto, para librarlos de la justicia nacional, querrá que desde allí insulten impunes y como en triunfo á tantos millares de patriotas, á tantos huérfanos y viudas como clamarán en derredor del solio por justa y tremenda venganza contra los crueles parricidas? ¿ó lograrán estos, por premio de su traicion infame, que les devuelvan sus mal adquiridos tesoros las mismas víctimas de su rapacidad, para que vayan á disfrutar tranquila vida en regiones extrañas, al mismo tiempo que en nuestros desiertos campos, en los solitarios pueblos, en las ciudades abrasadas no se escuchen sino acentos de miseria y gritos de desesperacion?

Mengua fuera imaginarlo, infamia consentirlo: ni el virtuoso monarca, ni esta nacion heróica se mancharán jamas con tamaña afrenta, y animada la regencia del reino de los mismos principios que han dado lustre y fama eterna á nuestra célebre revolucion, correspondió dignamente á la confianza de las córtes y de la nacion entera, dando por única respuesta á la comision del duque de San Cárlos una respetuosa carta dirigida al señor Don Fernando VII, en que guardando un decoroso silencio acerca del tratado de paz, y manifestando las mayores muestras de sumision y respeto á tan benigno rey, le habrá llenado de consuelo, al mostrarle que ha sido descubierto el artificio de su opresor, y que con suma prevision y cordura, ya al principiar el aciago año de 1811, dieron las córtes extraordinarias el mas glorioso ejemplo de sabiduría y fortaleza; ejemplo que no ha sido vano, y que mal podriamos olvidar en esta época de ventura, en que la suerte se ha declarado en favor de la libertad y la justicia.

Firmes en el propósito de sostenerlas, y satisfechas de la conducta observada por la regencia del reino, las córtes aguardaron con circunspeccion á que el encadenamiento de los sucesos y la precipitacion misma del tirano les dictasen la senda noble y segura que debian seguir en tan críticas circunstancias. Mas llegó muy en breve el término de la incertidumbre: cortos dias eran pasados, cuando se presentó de nuevo el secretario del despacho de estado á poner en noticia del congreso de órden de la regencia los documentos que habia traido D. José de Palafox y Melci. Acabóse entonces de mostrar abiertamente el malvado designio de Bonaparte. En el estrecho apuro de su situacion, aborrecido de su pueblo, abandonado de sus aliados, viendo armadas en contra suya á casi todas las naciones de Europa, no dudó el perverso intentar sembrar

la discordia entre las potencias beligerantes, y en los mismos dias en que proclamaba á su nacion que aceptaba los preliminares de paz, dictados por sus enemigos, cuando trocaba la insolente jactancia de su orgullo en fingidos y templados deseos de cortar los males que habia acarreado á la Francia su desmesurada ambicion, intentaba por medio de ese tratado insidioso, arrancado á la fuerza á nuestro cautivo monarca, desuniros de la causa comun de la independencia europea, desconcertar con nuestra desercion el grandioso plan formado por ilustres príncipes, para restablecer en el continente el perdido equilibrio, y arrastrarnos quizá al horroroso extremo de volver las armas contra nuestros fieles aliados, contra los ilustres guerreros que han acudido á nuestra defensa. Pero aun se prometia Bonaparte mas delitos y escándalos por fruto de su abominable trama: no se satisfacia con presentar deshonrados ante las demas naciones á los que han sido modelo de virtud y heroismo: intentaba igualmente que cubriéndose con la apariencia de fieles á su rey los que primero le abandonaron, los que vendieron á su patria, los que, oponiéndose á la libertad de la nacion, minan al propio tiempo los cimientos del trono, se declarasen resueltos á sostener como voluntad del cautivo Fernando las malignas sugestiones del robador de su corona, y seduciendo á los incautos, instigando á los débiles, reuniendo bajo el fingido pendon de lealtad á cuantos pudiesen mirar con ceño las nuevas instituciones, encendiesen la guerra civil en esta nacion desventurada, para que, destrozada y sin alientos, se entregase de grado á cualquier usurpador atrevido.

Tan malvados designios no pudieron ocultarse á los representantes de la nacion, y seguros de que la franca y noble manifestacion hecha por la regencia del reino á las potencias aliadas les habrá ofrecido nuevos testimonios de la perfidia del comun enemigo, y de la firme resolucion en que estamos de sostener á todo trance nuestras promesas, y de no dejar las armas hasta asegurar la independencia nacional, y asentar dignamente en el trono al amado monarca, decidieron que era llegado el momento de desplegar la energía y firmeza, dignas de los representantes de una nacion libre, las cuales, al paso que desbaratasen los planes del tirano, que tanto se apresuraba á realizarlos, y tan mal encubria sus perversos deseos, le diesen á conocer que eran inútiles sus maquinaciones, y que tan pundonorosos como leales, sabemos conciliar la mas respetuosa obediencia á nuestro rey con la libertad y gloria de la nacion.

Conseguido este fin apetecido, cerrar para siempre la entrada al pernicioso influjo de la Francia, afianzar mas y mas los cimientos de la constitucion tan amada de los pueblos, preservar al cautivo monarca, al tiempo de volver á su trono, de los dañados consejos de extrangeros, ó de españoles espurios, librar á la nacion de cuantos males pudiera temer la imaginacion mas suspicaz y recelosa, tales fueron los objetos que se propusieron las córtes al deliberar sobre tan grave asunto, y al acordar el decreto de 2 de febrero del presente año. La constitucion les prestó el fundamento: el célebre decreto de 1° de enero de 1811 les sirvió de norma, y lo que les faltaba para completar su obra, no lo hallaron en los profundos cálculos de la política, ni en la difícil ciencia de los legisladores, sino en aquellos sentimientos honrados y virtuosos que animan á todos los hijos de la nacion española, en aquellos sentimientos que tan heróicos se mostraron á los principios de nuestra santa insur-

reccion, y que no hemos desmentido en tan prolongada contienda. Ellos dictaron el decreto, ellos adelantaron, de parte de todos los españoles, la sancion mas augusta y voluntaria, y si el orgulloso tirano se ha desdeñado de hacer la mas leve alusion en el tratado de paz á la sagrada constitucion que ha jurado la nacion entera, y que han reconocido los monarcas mas poderosos; si al contrahacer torpemente la voluntad del augusto Fernando, olvidó que este príncipe bondadoso mandó, desde su cautiverio, que la nacion se reuniese en córtes para labrar su felicidad, ya los representantes de esta nacion heróica acaban de proclamar solemnemente, que, constantes en sostener el trono de su legítimo monarca, nunca mas firme que cuando se apoya en sabias leyes fundamentales, jamas admitirán paces, ni conciertos, ni treguas con quien intenta alevosamente mantener en indecorosa dependencia al augusto rey de las Españas, ó menoscabar los derechos que la nacion ha rescatado.

Amor á la religion, á la constitucion y al rey, este sea, españoles, el vínculo indisoluble que enlace á todos los hijos de este vasto imperio, extendido en las cuatro partes del mundo, este el grito de reunion que desconcierte como hasta ahora las mas astutas maquinaciones de los tiranos, este en fin el sentimiento incontrastable que anime todos los corazones, que resuene en todos los labios, y que arme el brazo de todos los españoles en los peligros de la patria. Madrid, 19 de febrero de 1814. — Antonio Joaquin Perez, presidente. — Antonio Diaz, diputado secretario. — José María Gutierrez de Teran, diputado secretario.

Numero 15.

Restauracion de las plazas de Lérida, Mequinenza y castillo de Monzon. — Madrid, en la imprenta real, año de 1814. — Pág. 12 y 13.

Numero 16.

Podrá verse cuan ciertos fuesen estos planes en la representacion que llamaron de los *Persas*, hecha á S. M., y de la que hablaremos despues, por muchos de los diputados que tomaron parte en dichas tramas; señaladamente en la página 56 desde donde empieza:

« Determinamos por primer paso separar la regencia.... » y acaba: « Dictó la prudencia suspender nuestra deliberacion.... »

Y en la pág. 57 toda ella hasta el fin desde donde dice: « Tratamos de proponer la cesacion de la regencia.... y poner al frente del gobierno.... á la infanta Doña Carlota Joaquina de Borbon ... »

Numero 17.

.... exemplo trahenti
Perniciem veniens in ævum.

Horatii *Carminum* liber III, 5.

NUMERO 18.

Decia S. M. en esta carta fecha en Valencia á 10 de marzo de 1814 : « En cuanto al restablecimiento de las córtes, de que me habla la regencia, como á todo lo que puede haberse hecho, durante mi ausencia, que sea útil al reino, merecerá mi aprobacion, como conforme á mis reales intenciones. »

NUMERO 19.

Mémoires du maréchal Suchet, tom. 2, en las notas y documentos correspondientes al cap. 21, pág. 525.

NUMERO 20.

Mémoires du maréchal Suchet, tom. 2, pág. 377 y 378.

NUMERO 21.

Tenia este papel, impreso en Madrid en la imprenta de Ibarra, año de 1814, el título ó portada siguiente :

« J. (Jesus) M. (María) J. (José). »

« Representacion y manifiesto que algunos diputados á las córtes ordinarias firmaron en los mayores apuros de su opresion en Madrid, para que la magestad del señor Don Fernando el VII, á la entrada en España de vuelta de su cautividad, se penetrase del estado de la nacion, del deseo de sus provincias y del remedio que creian oportuno : todo fue presentado á S. M. en Valencia por uno de dichos diputados, y se imprime en cumplimiento de real órden. »

NUMERO 22.

Decreto de 4 de mayo de 1814.

Desde que la divina Providencia, por medio de la renuncia espontánea y solemne de mi augusto padre, me puso en el trono de mis mayores, del cual me tenia ya jurado sucesor el reino por sus procuradores juntos en córtes, segun fuero y costumbre de la nacion española usados de largo tiempo, y desde aquel fausto dia, que entré en la capital en medio de las mas sinceras demostraciones de amor y lealtad, con que el pueblo de Madrid salió á recibirme, imponiendo esta manifestacion de su amor á mi real persona á las huestes francesas, que con achaque de amistad se habian adelantado apresuradamente hasta ella, siendo un presagio de lo que un dia ejecutaria este heróico pueblo por su rey y por su honra, y dando el ejemplo que noblemente siguie-

ron todos los demas del reino; desde aquel dia, pues, puse en mi real ánimo para responder á tan leales sentimientos y satisfacer á las grandes obligaciones en que está un rey para con sus pueblos, dedicar todo mi tiempo al desempeño de tan augustas funciones y á reparar los males á que pudo dar ocasion la perniciosa influencia de un valido, durante el reinado anterior. Mis primeras manifestaciones se dirigieron á la restitucion de varios magistrados, y de otras personas á quienes arbitrariamente se habia separado de sus destinos; pero la dura situacion de las cosas, y la perfidia de Bonaparte, de cuyos crueles efectos quise, pasando á Bayona, preservar á mis pueblos, apenas dieron lugar á mas. Reunida allí la real familia, se cometió en toda ella y señaladamente en mi persona un tan atroz atentado, que la historia de las naciones cultas no presenta otro igual, asi por sus circunstancias, como por la serie de sucesos que allí pasaron; y violado en lo mas alto el sagrado derecho de gentes, fuí privado de mi libertad, y de hecho del gobierno de mis reinos, y trasladado á un palacio con mis muy caros hermano y tio, sirviéndonos de decorosa prision asi por espacio de seis años aquella estancia. En medio de esta afliccion siempre estuvo presente á mi memoria el amor y lealtad de mis pueblos, y era gran parte de ella la consideracion de los infinitos males á que quedaban expuestos, rodeados de enemigos, casi desprovistos de todo para poder resistirles, sin rey y sin un gobierno de antemano establecido, que pudiese poner en movimiento y reunir á su voz las fuerzas de la nacion, y dirigir su impulso, y aprovechar los recursos del estado para combatir las considerables fuerzas que simultáneamente invadieron la Península, y estaban pérfidamente apoderadas de sus principales plazas. En tan lastimoso estado expedí en la forma, que rodeado de la fuerza lo pude hacer, como el único remedio que quedaba, el decreto de 5 de mayo de 1808, dirigido al consejo de Castilla, y en su defecto á cualquiera chancillería ó audiencia que se hallase en libertad, para que se convocasen las córtes, las cuales únicamente se habian de ocupar por el pronto en proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender á la defensa del reino quedando permanentes para lo demas que pudiese ocurrir; pero este mi real decreto por desgracia no fue conocido entonces, y aunque lo fue despues, las provincias proveyeron, luego que llegó á todas la noticia de la cruel escena de Madrid por el gefe de las tropas francesas en el memorable dia 2 de mayo, á su gobierno por medio de las juntas que crearon. Acaeció en esto la gloriosa batalla de Bailen; los franceses huyeron hasta Vitoria, y todas las provincias y la capital me aclamaron de nuevo rey de Castilla y Leon, en la forma en que lo han sido los reyes mis augustos predecesores. Hecho reciente de que las medallas acuñadas por todas partes dan verdadero testimonio, y que han confirmado los pueblos por donde pasé á mi vuelta de Francia con la efusion de sus vivas, que conmovieron la sensibilidad de mi corazon á donde se grabaron para no borrarse jamas. De los diputados que nombraron las juntas se formó la central, quien ejerció en mi real nombre todo el poder de la soberanía desde setiembre de 1808, hasta enero de 1810, en cuyo mes se estableció el primer consejo de regencia, donde se continuó el ejercicio de aquel poder hasta el dia 24 de setiembre del mismo año, en el cual fueron instaladas en la isla de Leon las córtes llamadas generales y extraordinarias, concurriendo al acto del juramento, en que prome-

tieron conservarme todos mis dominios como á su soberano, 104 diputados; á saber: 57 propietarios y 47 suplentes, como consta del acta que certificó el secretario de estado y del despacho de gracia y justicia Don Nicolas María de Sierra. Pero á estas córtes, convocadas de un modo jamas usado en España, aun en los casos mas arduos, y en los tiempos turbulentos de minoridades de reyes, en que ha solido ser mas numeroso el concurso de procuradores que en las córtes comunes y ordinarias, no fueron llamados los estados de nobleza y clero, aunque la junta central lo habia mandado, habiéndose ocultado con arte al consejo de regencia este decreto y tambien que la junta le habia asignado la presidencia de las córtes, prerogativa de la soberanía, que no habria dejado la regencia al arbitrio del congreso, si de él hubiese tenido noticia. Con esto quedó todo á la disposicion de las córtes, las cuales, en el mismo dia de su instalacion y por principio de sus actas, me despojaron de la soberanía, poco antes reconocida por los mismos diputados, atribuyéndola nominalmente á la nacion, para apropiársela asi ellos mismos, y dar á esta despues, sobre tal usurpacion, las leyes que quisieron, imponiéndole el yugo de que forzosamente las recibiese en una nueva constitucion, que sin poder de provincia, pueblo ni junta, y sin noticia de las que se decian representadas por los suplentes de España ó Indias, establecieron los diputados, y ellos mismos sancionaron y publicaron en 1812. Este primer atentado contra las prerogativas del trono, abusando del nombre de la nacion, fue como la base de los muchos que á este siguieron, y á pesar de la repugnancia de muchos diputados, tal vez del mayor número, fueron adoptados y elevados á leyes que llamaron fundamentales, por medio de la gritería, amenazas y violencias de los que asistian á las galerías de las córtes con que se imponia y aterraba, y á lo que era verdaderamente obra de una faccion, se le revestia del especioso colorido de voluntad general, y por tal se hizo pasar la de unos pocos sediciosos que en Cádiz y despues en Madrid ocasionaron á los buenos cuidados y pesadumbres. Estos hechos son tan notorios, que apenas hay uno que los ignore, y los mismos diarios de las córtes dan harto testimonio de todos ellos. Un modo de hacer leyes tan ageno de la nacion española, dió lugar á la alteracion de las buenas leyes con que en otro tiempo fue respetada y feliz. A la verdad, casi toda la forma de la antigua constitucion de la monarquía se innovó, y copiando los principios revolucionarios y democráticos de la constitucion francesa de 1791, y faltando á lo mismo que se anuncia al principio de la que se formó en Cádiz, se sancionaron, no leyes fundamentales de una monarquía moderada, sino las de un gobierno popular con un gefe ó magistrado, mero ejecutor delegado, que no rey, aunque alli se le dé este nombre para alucinar y seducir á los incautos y á la nacion. Con la misma falta de libertad se firmó y juró esta nueva constitucion; y es conocido de todos, no solo lo que pasó con el respetable obispo de Orense, pero tambien la pena con que á los que no la firmasen y jurasen, se amenazó. Para preparar los ánimos á recibir tamañas novedades, especialmente las respectivas á mi real persona y prerogativas del trono, se procuró por medio de los papeles públicos, en algunos de los cuales se ocupaban diputados de córtes, y abusando de la libertad de imprenta establecida por estas, hacer odioso el poderío real, dando á todos los derechos de la magestad el nombre de despotismo, haciendo sinónimos los de rey y déspota, y llamando

tiranos á los reyes; al mismo tiempo en que se perseguia á cualquiera que tuviese firmeza para contradecir, ó siquiera disentir de este modo de pensar revolucionario y sedicioso, y en todo se aceptó el democratismo, quitando del ejército y armada y de todos los establecimientos, que de largo tiempo habian llevado el título de reales, este nombre, y sustituyendo el de nacionales, con que se lisonjeaba al pueblo, quien á pesar de tan perversas artes conservó con su natural lealtad los buenos sentimientos que siempre formaron su carácter. De todo esto, luego que entré dichosamente en el reino, fuí adquiriendo fiel noticia y conocimiento, parte por mis propias observaciones, parte por los papeles públicos, donde hasta estos dias con impudencia se derramaron especies tan groseras é infames acerca de mi venida y de mi carácter, que aun respecto de cualquier otro serian muy graves ofensas, dignas de severa demostracion y castigo. Tan inesperados hechos llenaron de amargura mi corazon, y solo fueron parte para templarla las demostraciones de amor de todos los que esperaban mi venida, para que con mi presencia pusiese fin á estos males, y á la opresion en que estaban los que conservaron en su ánimo la memoria de mi persona, y suspiraban por la verdadera felicidad de la patria. Yo os juro y prometo á vosotros, verdaderos y leales españoles, al mismo tiempo que me compadezco de los males que habeis sufrido, no quedareis defraudados en vuestras nobles esperanzas. Vuestro soberano quiere serlo para vosotros, y en esto coloca su gloria, en serlo de una nacion heróica que con hechos inmortales se ha grangeado la admiracion de todas y conservado su libertad y su honra. Aborrezco y detesto el despotismo; ni las luces y cultura de las naciones de Europa lo sufren ya, ni en España fueron déspotas jamas sus reyes, ni sus buenas leyes y constitucion lo han autorizado, aunque por desgracia de tiempo en tiempo se hayan visto, como por todas partes y en todo lo que es humano, abusos de poder, que ninguna constitucion posible podrá precaver del todo, ni fueron vicios de la que tenia la nacion, sino de personas, y efectos de tristes pero muy rara vez vistas circunstancias, que dieron lugar y ocasion á ellos. Todavía para precaverlos cuanto sea dado á la prevision humana, á saber, conservando el decoro de la dignidad real y sus derechos, pues los tiene de suyo, y los que pertenecen á los pueblos, que son igualmente inviolables, yo trataré con sus procuradores de España y de las Indias, y en córtes legítimamente congregadas, compuestas de unos y otros, lo mas pronto que, restablecido el órden, y los buenos usos en que ha vivido la nacion y con su acuerdo han establecido los reyes mis augustos predecesores, las pudiere juntar, se establecerá sólida y legítimamente cuanto convenga al bien de mis reinos para que mis vasallos vivan prósperos y felices en una religion y un imperio estrechamente unidos en indisoluble lazo: en lo cual y en solo esto consiste la felicidad temporal de un rey y un reino que tienen por excelencia el título de Católicos; y desde luego se pondrá mano en preparar y arreglar lo que parezca mejor para la reunion de estas córtes, donde espero queden afianzadas las bases de la prosperidad de mis súbditos, que habitan en uno y otro hemisferio. La libertad y seguridad individual y real quedarán firmemente aseguradas por medio de leyes, que afianzando la pública tranquilidad y el órden, dejen á todos la saludable libertad, en cuyo goce imperturbable, que distingue á un gobierno moderado de un gobierno arbitrario y despótico, deben vivir los ciudadanos que esten sujetos á él. De esto

justa libertad gozarán tambien todos, para comunicar por medio de la imprenta sus ideas y pensamientos, dentro, á saber, de aquellos límites que la sana razon soberana é independientemente prescribe á todos, para que no degenere en licencia, pues el respeto que se debe á la religion y al gobierno, y el que los hombres mutuamente deben guardar entre sí, en ningun gobierno culto se puede razonablemente permitir que impunemente se atropelle y quebrante. Cesará tambien toda sospecha de disipacion de las rentas del estado, separando la tesorería de lo que se asignare para los gastos que exijan el decoro de mi real persona y familia, y el de la nacion á quien tengo la gloria de mandar, de la de las rentas que con acuerdo del reino se impongan y asignen para la conservacion del estado en todos los ramos de su administracion: y las leyes que en lo sucesivo hayan de servir de norma para las acciones de mis súbditos, serán establecidas con acuerdo de las córtes. Por manera que estas bases pueden servir de seguro anuncio de mis reales intenciones en el gobierno de que me voy á encargar, y harán conocer á todos, no un déspota, ni un tirano, sino un rey y un padre de sus vasallos. Por tanto, habiendo oido lo que unánimemente me han informado personas respetables por su celo y conocimientos, y lo que acerca de cuanto aqui se contiene se me ha expuesto en representaciones que de varias partes del reino se me han dirigido, en las cuales se expresa la repugnancia y disgusto con que asi la constitucion formada en las córtes generales y extraordinarias, como los demas establecimientos políticos de nuevo introducidos son mirados en las provincias, y los perjuicios y males que han venido de ellos, y se aumentarian si yo autorizase con mi consentimiento, y jurase aquella constitucion; conformándome con tan decididas y generales demostraciones de la voluntad de mis pueblos, y por ser ellas justas y fundadas, declaro, que mi real ánimo es no solamente no jurar, ni acceder á dicha constitucion, ni á decreto alguno de las córtes generales y extraordinarias, y de las ordinarias actualmente abiertas; á saber: los que sean depresivos de los derechos y prerogativas de mi soberanía establecidas por la constitucion y las leyes, en que de largo tiempo la nacion ha vivido, sino el declarar aquella constitucion y decretos nulos y de ningun valor ni efecto, ahora ni en tiempo alguno, como si no hubiesen pasado jamas tales actos, y se quitasen de en medio del tiempo, y sin obligacion en mis pueblos y súbditos, de cualquiera clase y condicion, á cumplirlos ni guardarlos. Y como el que quisiere sostenerlos y contradijese esta real declaracion, tomada con dicho acuerdo y voluntad, atentaria contra las prerogativas de mi soberanía y la felicidad de la nacion, y causaria turbacion y desasosiego en estos mis reinos, declaro reo de lesa magestad á quien tal osare é intentare, y que como á tal se le imponga pena de la vida, ora lo ejecute de hecho, ora por escrito, ora de palabra moviendo ó incitando ó de cualquier modo exhortando y persuadiendo á que se guarden y observen dicha constitucion y decretos. Y para que entre tanto se restablece el órden, y lo que antes de las novedades introducidas se observaba en el reino, acerca de lo cual sin pérdida de tiempo se irá proveyendo lo que convenga, no se interrumpa la administracion de justicia, es mi voluntad, que entre tanto continuen las justicias ordinarias de los pueblos que se hallan establecidas, los jueces de letras á donde los hubiere, y las audiencias, intendentes y demas tribunales de justicia en la administra-

cion de ella, y en lo político y gubernativo los ayuntamientos de los pueblos, segun de presente estan, y entre tanto se establece lo que convenga guardarse, hasta que oidas las córtes que llamaré, se asiente el órden estable de esta parte del gobierno del reino. Y desde el dia que este mi decreto se publique, y fuere comunicado al presidente que á la sazon lo sea de las córtes, que actualmente se hallan abiertas, cesarán estas en sus sesiones; y sus actas y las de las anteriores y cuantos expedientes hubiere en su archivo y secretaría ó en poder de cualesquiera individuos, se recojan por la persona encargada de la ejecucion de este mi real decreto, y se depositen por ahora en la casa de ayuntamiento de la villa de Madrid, cerrando y sellando la pieza donde se coloquen: los libros de su biblioteca se pasarán á la real, y á cualquiera que tratare de impedir la ejecucion de esta parte de mi real decreto, de cualquier modo que lo haga, igualmente le declaro reo de lesa magestad, y que como á tal se le imponga pena de la vida. Y desde aquel dia cesará en todos los juzgados del reino el procedimiento en cualquiera causa que se hallare pendiente por infraccion de constitucion, y los que por tales causas se hallaren presos ó de cualquier modo arrestados, no habiendo otro motivo justo segun las leyes, sean inmediatamente puestos en libertad. Que asi es mi voluntad por exigirlo todo asi el bien y la felicidad de la nacion.

Dado en Valencia, á 4 de mayo de 1814. — YO EL REY. — Como secretario del rey con ejercicio de decretos, y habilitado especialmente para este. — PEDRO DE MACANAZ.

NUMERO 23.

No es ya de nuestra incumbencia hablar de estas causas y persecuciones. Hijas al principio de la iniquidad mas insigne, continuaron del mismo modo hasta su terminacion, que fue en las mas por medio de una providencia gubernativa condenando á presidios y destierros, ó encerrando en conventos á varones dignísimos, despues de haberlos ajado villanamente, y afligido con todo género de tropelías y molestias. Tres comisiones, escogidas sucesivamente entre los mayores adversarios de los perseguidos, no osaron condenarlos. Ordenó Fernando por sí mismo lo que repugnaron fallar hombres feroces y sedientos de venganza. Necesitaríase la pluma de un Tácito para pintar ciertos rasgos y sucesos de aquel tiempo, dignos en esta parte de ponerse al lado de los de un Tiberio ó de un Calígula, y de hacer con ellos buen juego.

NUMERO 24.

Asi sucedió en la causa formada al brigadier (hoy mariscal de campo) Don Juan Moscoso, en la cual, al paso que acusaban á otros de sus compañeros por haber hablado en favor de la constitucion, motejaban en él su reserva y silencio, fundando en estas cualidades un cargo que reputaba el fiscal merecedor de la pena de muerte. Cosa que recuerda lo que pone L. An. Séneca en la tragedia de *Edipo*, act. 3, en boca de Creon, que dice: *Ubi non licet tacere, quid cuiquam licet?*

NUMERO 25.

Parece que entonces no se quiso en España sino acabar de un golpe con toda su flor, á la manera de lo que expresa Tácito en la *Vida de Agricola*, hablando de Domiciano : « *Non jam per intervalla ac spiramenta temporum, sed continuò et velut* uno ictu *rempublicam exhausit.* »

NUMERO 26.

Δῖνος βασιλεύει, τὸν Διέξελη λαχάς. « *Torbellino manda, habiendo sido expulsado Júpiter.* » (Aristófanes, comedia de *las Nubes.*)

NOTA JUSTIFICATIVA

SOBRE

UN HECHO IMPORTANTE.

En una obra que se publica en Paris en lengua francesa bajo el titulo de *Memorias del príncipe de la Paz*, ha querido darse una desmentida á lo que dijimos en el primer tomo y libro de esta historia respecto de una comision que tuvo en Lóndres Don Agustin Argüelles por los años de 1806. En comprobacion de la verdad de lo que entonces referimos, insertamos aqui íntegra una carta documentada del mismo señor Argüelles, cuyo original conservamos en nuestro poder.

Madrid, 12 de abril de 1837.

Querido Toreno: No puedo explicar á V. lo que me ha sorprendido la nota impresa del tomo 4º de las Memorias del príncipe de la Paz, pág. 210, que V. me incluye en su estimada carta,

Es incomprensible que el autor de dichas Memorias niegue lo que pasó entre los dos, estando vivo el que afirmándolo no cree tener menor derecho á ser creido que el que lo contradice. Si él es un caballero en su patria, V. sabe muy bien que yo lo soy igualmente en ella; y este carácter de nacimiento en ambos, anterior é independiente de vicisitudes humanas, me impone el deber de vindicar y sostener como cierto lo que comuniqué á V. en Lóndres en junio de 1808, y le repetí despues en varias ocasiones. Una sencilla relacion de las principales circunstancias del hecho, que se intenta oscurecer con artificio en la referida nota, pondrá á V. en estado de juzgar con conocimiento de causa de la verdad de lo que aseguré á V. en la primer época en Inglaterra y despues repetidas veces en España.

Hácia fines de setiembre de 1806, un dia á cosa de las diez de la mañana me llamó á su despacho en la caja de consolidacion el señor Don Manuel Sixto Espinosa, y quedando á solas los dos, me dijo en sustancia lo que sigue:

« Acabo de llegar de Aranjuez, y es preciso que V. se disponga para ir á Lóndres á una comision importante y de la mayor reserva. A fin de asegurar esta reserva me he comprometido á que V. se encargue de la comision, por lo mismo que V. no llamará la atencion con su salida de aquí ni con su permanencia en aquella capital. La pérdida de Buenos Aires no puede menos de acarrear una catástrofe en la América, y de resul-

tas la bancarrota del estado, si no se ataca prontamente el mal reconciliándonos con los ingleses. Así lo he declarado francamente en Aranjuez, añadiendo que yo no podia continuar al frente de la caja en medio de tantos riesgos como se iban á correr con la prolongacion de la guerra con Inglaterra. De resultas se ha convenido en intentarlo del mejor modo que sea posible. »

V. me ha oido diferentes veces hablar de mi sorpresa al verme designado por el señor Espinosa para una comision semejante, siendo yo tan jóven, sin experiencia de negocios, y con tan poca propension á entrar en ellos. Finalmente, despues de resistirlo cuanto pude, cedí con indecible repugnancia á sus reflexiones y salí de su despacho á disponer mi viage. El 3 de octubre por la mañana me llevó el señor Espinosa en su propia berlina á casa del príncipe de la Paz. Tengo muy presente que en la escalera hallamos que bajaba el señor Noriega entonces tesorero general, con quien se detuvo minutos el señor Espinosa. Noté que este último señor, habiendo hablado con una persona, al parecer como secretario, entró sin preceder recado, y yo me quedé en una antesala. A poco rato la misma persona me hizo pasar adelante, y hallé en un salon inmediato al príncipe de la Paz con el señor Espinosa, ambos en pie. Como era la primera vez que yo veia al príncipe de cerca, le observé con suma atencion y recuerdo todavía muy distintamente su fisonomía, su tono de voz y hasta que tenia vestida una bata de seda de color oscuro. Despues de haberme recibido con mucho agrado me dijo con muy poca diferencia lo siguiente:

« Ya el señor Don Manuel ha enterado á V. de la naturaleza del encargo que se le confia. Aprovechándose V. de las recomendaciones que V. lleve procurará V. persuadir á aquellos *magnates* (expresion que tengo muy presente) de que el gobierno está muy deseoso y dispuesto á entrar en negociaciones; y que admitirá gustoso cualquiera persona debidamente autorizada que quieran enviar al intento; y asegúreles V. desde luego que este gobierno no pondrá ninguna condicion, sino una satisfaccion por el insulto de las fragatas. V. se entenderá en derechura con el señor Don Manuel avisando sin pérdida de momento cuanto V. adelante, y en su consecuencia se le autorizará á V. para cuanto sea necesario y conveniente, segun las circunstancias lo exigieren. Por lo que me ha informado el señor Don Manuel, no dudo que V. corresponderá á esta confianza con todo celo, actividad y reserva. »

Contesté del mejor modo que me fue posible, y recuerdo tambien que el señor Espinosa, al volvernos en su berlina, se manifestó muy satisfecho del modo como yo me habia expresado. Al dia siguiente 4 de octubre por la mañana, salí en posta para Lisboa donde entregué en propia mano al conde de Campo Alange, nuestro embajador en aquella corte, la carta de que acompaño copia autorizada en debida forma, pues acaba de hallarse y existe original en el archivo de nuestra legacion. Antes de embarcarme recibí cartas del señor Espinosa en que me encargaba que lo hiciese sin pérdida de momento, y aprovechando el primer paquete salí para Falmouth, no obstante que me hallaba en cama con calentura. Desde Lóndres avisé puntualmente al señor Espinosa cuanto me habian contestado las personas con quienes hablé, lo que consta y

se conserva original en el expediente respectivo, archivado con los demas pertenecientes á la correspondencia extrangera de aquel establecimiento.

De esta relacion resulta que la comision ha existido. Ni los términos en que me fue confiada, ni las circunstancias que la acompañaron, ni las intenciones con que pueda publicarse hoy la nota en que intenta oscurecer la verdad el autor de las Memorias pueden destruir el hecho. Yo no pude inventarle. Tan jóven entonces, pues tendria poco mas de veintiocho años, sin ningun carácter público que me hiciese conocido, siéndolo del señor Espinosa por una casualidad; entregado, como V. sabe, al estudio de libros y materias poco á propósito para hacer fortuna en ninguna carrera; reducido á un corto círculo de amigos, que V. conocia bien, modestos todos ellos y aficionados como yo á la vida retirada y laboriosa: ¿cómo era posible que yo fraguase encargo semejante? Me abstengo de hacer otras reflexiones en un punto en que la evidencia del hecho ni las reclama, ni las necesita. Espero que esta relacion sea suficiente para que V. pueda vindicar el aserto de su obra, y si V. considerase conveniente aprovecharse de esta carta, autorizo á V. para que haga de ella y del documento adjunto el uso que su prudencia le dicte.

Celebraré que V. se conserve bueno y que disponga como guste del corazon de su afectísimo amigo Q. B. S. M. — AGUSTIN ARGUELLES. — Excelentísimo señor conde de Toreno.

« Legacion de S. M. católica en Lisboa. — Copia de un despacho del príncipe de la Paz de tres de octubre mil ochocientos seis al excelentísimo señor conde de Campo Alange, entonces embajador de S. M. católica en esta corte. — Excelentísimo señor: Don Agustin Argüelles, que va á esa ciudad con el objeto de embarcarse para Lóndres á tratar de negocios de su propio interes, lleva al mismo tiempo un importante encargo reservado del real servicio; y asi espero que V. E. se servirá no solamente proporcionarle los medios de que pase prontamente á su destino, sino tambien facilitarle los auxilios que pendan de su autoridad y las recomendaciones oportunas. Dios guarde á V. E. muchos años. Madrid, á tres de octubre de mil ochocientos seis. — El príncipe DE LA PAZ. — Señor conde de Campo Alange. — Don Evaristo Perez de Castro y Colomera, del consejo de estado, caballero gran cruz de la real y distinguida órden española de Cárlos III, gran cruz de la órden de Cristo en Portugal, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de S. M. católica Doña Isabel II cerca de S. M. fidelísima Doña María II, etc., etc. — Certifico que la copia que antecede de un despacho del príncipe de la Paz, dirigido al señor conde de Campo Alange con fecha de tres de octubre de mil ochocientos seis es auténtica y literal y la firma la propia del referido príncipe de la Paz de mi bien conocida, cuya copia he hecho sacar á mi vista del original existente en el archivo de esta legacion de mi cargo: y para que conste lo firmo y sello con el sello de mis armas en Lisboa, á veinticinco de febrero de mil ochocientos treinta y siete. — EVARISTO PEREZ DE CASTRO. — (Hay un sello.) — Don Ildefonso Diez de Rivera, conde de Almodóvar, secretario de estado y del despacho de la guerra é interino del de estado, etc., etc. — Certifico que la firma que antecede es verdadera y la misma que usa siempre en sus escritos el señor Don Evaristo Perez de Castro, enviado extraordinario y ministro

plenipotenciario de S. M. católica, cerca de S. M. fidelísima la reina de Portugal. Madrid, diez y ocho de marzo de mil ochocientos treinta y siete. — El conde de ALMODOVAR. — Corresponde con su original, que me ha sido exhibido por el señor Don Agustin Argüelles, á quien lo devolví, y firmó su recibo, de que doy fe y á que me remito. Y para que conste donde convenga, á su instancia yo el infrascrito escribano de número de esta villa de Madrid pongo el presente que signo y firmo en ella á primero de abril de mil ochocientos treinta y siete. — DON CLAUDIO SANZ Y BAREA. — Recibí el original. — AGUSTIN ARGUELLES. — Legalizacion. — Los escribanos del número de esta M. H. villa de Madrid que aquí signamos y firmamos, damos fe que el doctor Don Claudio Sanz y Barea por quien va dado y signado el testimonio que antecede es tal escribano del número, nuestro compañero como se titula y nombra, y en actual ejercicio de su destino, y para que conste donde convenga damos la presente sellada con el de nuestro cabildo en Madrid, fecha *ut supra*. — (Hay un sello.) — JOSÉ GARCÍA VARELA. — MARTIN SANTIN Y VAZQUEZ. — MIGUEL MARÍA SIERRA. — DON LUIS MAYANS, ministro togado de primera instancia en esta M. H. villa de Madrid. — Certifico que Don Martin Santin y Vazquez, Don José García Varela y Don Miguel María Sierra por quien va autorizada la legalizacion anterior son tales escribanos de número de esta misma villa é individuos de su cabildo como se titulan y nombran, los cuales desempeñan sus respectivos oficios. Y para que conste donde convenga firmo esta en Madrid á primero de abril de mil ochocientos treinta y siete. — LUIS MAYANS. — Don José Landero, notario mayor de los reinos y secretario del despacho de gracia y justicia de España é Indias, etc., etc. — Certifico: que Don Luis Mayans por quien aparece autorizado el documento que precede es tal juez de primera instancia de Madrid como se titula, y de su puño y letra al parecer la firma que pone. Y para que conste doy el presente en Madrid á cinco de abril de mil ochocientos treinta y siete. — JOSÉ LANDERO. — Don José María Calatrava, secretario de estado y del despacho, presidente del consejo de ministros, etc., etc., etc. — Certifico que Don José Landero *por quien va autorizada la anterior partida es tal secretario de estado* y del despacho de gracia y justicia como se titula, y la firma que pone á su final de su puño y letra. Y para que conste doy el presente en Madrid á seis de abril de mil ochocientos treinta y siete. — (Hay un sello.) — JOSÉ MARÍA CALATRAVA. — Primera secretaría de estado. — Registrado núm. 445. — « Nous, ambassadeur de S. M. le roi des Français près S. M. Catholique, certifions véritable la signature ci-dessus de M. José María Calatrava, premier secrétaire d'état de S. M. Catholique et président du conseil des ministres. Madrid, le 8 avril 1837. — Pour M. l'ambassadeur, et par autorisation. — Le premier secrétaire d'ambassade. — E. DROUYN DE LHUY. »

Y si el autor de las Memorias ha perdido la suya sobre un hecho de tamaña entidad, ¿qué crédito podrán merecer los demas sucesos que relata en su obra?

El público ha hecho ya justicia de esta, considerándola como una fastidiosa compilacion falta de verdad é interes histórico, y desnuda de todo mérito literario; no queriendo por lo tanto nosotros manchar las páginas de nuestra historia, destinada á un objeto grandioso, con res-

ponder á personalidades que nos tocan, falsas ó ridículas, comunes todas y expresadas en lenguaje vulgar; por otra parte maltratados en dichas Memorias con casi todos los hombres célebres y dignos que ha contado la España desde Cárlos III acá, holgámonos de estar en medio de compañía tan buena y honrosa, y solo nos dolemos de que el príncipe de la Paz, nada versado en letras, haya querido aparecer convertido en autor al fin de su carrera, poniendo á ella funesto colmo, y sirviendo de instrumento torpe y ciego á tres ó cuatro de sus antiguos aduladores ó secuaces, verdaderos componedores de las Memorias, quienes escudados con el nombre del príncipe han derramado en su obra á manos llenas la hiel y las falsedades, desfigurando sin recato alguno la historia entera del reinado de Cárlos IV.

FIN DEL TOMO TERCERO Y ULTIMO.

INDICE GENERAL.

TOMO I.

Causa del Escorial. . . . . pág. 12
Entrada de Junot en Portugal. 20
Fuga de la familia real del Brasil. 22
Entrada de Dupont en España. 26
Primera conmocion en Aranjuez. 41
Segunda. Prision de Godoy. 43
Abdicacion de Cárlos IV. 46
Conmocion en Madrid. 47
Entrada de Murat en la capital. 54
Venida á Madrid del rey Fernando. . . . . *ibid.*
Salida del rey para Búrgos. 64
Su llegada á Bayona. 68
Dos de mayo. 77
Renuncia de Cárlos IV en Napoleon. 88
Levantamiento en Asturias. 99
——— de Galicia. 106
——— de Santander. 111
——— de Leon y Castilla la Vieja 113
——— de Sevilla. 116
Sucesos de Cádiz. Muerte del general Solano. 120
Rendicion de la escuadra francesa. 124
Levantamiento de Granada. 125
——— de Extremadura. 128
——— de Cartagena y Murcia 131
——— de Valencia. 133
Matanza de los franceses en esta capital. 137
Suplicio del canónigo Calvo. 139
Levantamiento de Aragon. 140
——— de Cataluña. 143
——— de las Baleares. 145
Sublevacion en Portugal contra los franceses. 152
Napoleon renuncia la corona de España en José. 158
Congreso y constitucion de Bayona. 162
Entrada de José en España. 171

Derrota de Cabezon. . . . . Pág. 172
Accion del Bruch en Cataluña. 176
Entrada de Dupont en Andalucía. 181
Expedicion de Moncey contra Valencia. 185
Defensa de esta capital. 188
Saqueo de Cuenca por Caulaincourt. 194
Batalla de Rioseco. 198
Entrada de José en Madrid. 202
Batalla de Bailen. 207
Salen de Madrid los franceses. 216
Primer sitio de Zaragoza. 219
Fin de este sitio. 236
Embisten los franceses la plaza de Gerona, y son vencidos. 240
Venida de tropas inglesas á Portugal al mando de sir Arturo Wellesley. 242
Accion de Roliza. 244
Batalla de Vimeiro. 247
Juramento de las tropas españolas en Langeland al mando del marques de la Romana y su vuelta á España. 258
Proclamacion solemne de Fernando VII en Madrid. 266
Instalacion de la junta central en Aranjuez. 270
Accion de Lerin. 282
Entra Napoleon en España. 287
Accion de Zornova. . . . . *ibid.*
Batalla de Espinosa. 290
Accion de Búrgos. 293
Entrada de Napoleon en esta ciudad. 296
Batalla de Tudela. 299
Paso de Somosierra por los franceses. 302
Napoleon sobre Madrid : capitulacion. 305
Asesinato del general San Juan. 310
Retirada del conde de Alacha. 313
Llega la junta central á Sevilla. 317
Sale Napoleon de Chamartin en seguimiento de los ingleses. 320
Batalla de la Coruña. Muerte del general Moore. 333
Vuelta de Napoleon á Francia 338
Ataque de Tarancon. 339
Batalla de Uclés. 341
Sitio de Rosas. 346
Batalla de Llinas ó Cardedeu. 350
Batalla de Molins de Rey. 352
Segundo sitio de Zaragoza. 353
Capitulacion de esta ciudad. 363
Declaracion de las Américas en favor de la causa de la Peninsula. . . . 370
Tratado de la junta central con Inglaterra. 372

Ataque de Mora. . . . . Pág. 377
Batalla de Medellin. 381
Batalla de Valls en Cataluña. 392
Ataca Romana en Villafranca del Vierzo á los franceses. 405
Derrota del general Fournier. 408
Derrota del general Maucune. 412
Entrada de Soult en Oporto. 413
Recóbralo Wellesley. 416
Accion del puente de San Payo. 419
Prision del general Franceschi. 420

TOMO II.

Decreto de la junta central anunciando el restablecimiento de las córtes. 5
Apodéranse los franceses de Jaca y de Monzon. 6
Son rechazados en Mequinenza. 7
Salen de Monzon, y no pueden recobrar esta plaza. 9
Batalla de Alcañiz. 11
Batalla de María. 13
Batalla de Belchite. 15
Conspiracion de Barcelona contra los franceses. 16
Batalla de Talavera. 25
Batalla de Almonacid. 34
Sitio de Gerona. 44
Honrosa capitulacion de esta plaza. 60
Muerte del gobernador Alvarez. 61
Convocatoria de las córtes para el 1° de marzo. 75
Paz entre Napoleon y el Austria. 76
Batalla de Tamames. 78
Batalla de Ocaña. 84
Accion de Medina del Campo. 86
La de Alba de Tórmes. 87
Prision de Palafox y Montijo. 89
Decreto de la central para trasladarse á la isla de Leon. 91
Divorcio de Napoleon. 93
Su nuevo enlace con la archiduquesa María Luisa. . . . . *ibid.*
Invasion de las Andalucías. 94
Entran los franceses en Jaen y Córdoba. 97
Retírase á los puertos la junta central. 98
Ocupan los franceses á Granada y Sevilla. 101
Sitia Victor la isla gaditana. 103
Alborotos de Málaga. . . . . *ibid.*

Disolucion de la junta central, y nombramiento de la primera regencia. 104
Junta de Cádiz. . . . . Pág. 111
Intiman los franceses la rendicion á esta plaza. 114
Sitio y defensa de Astorga. 120
Invasion del reino de Valencia. 123
Amaga Suchet sitiar esta ciudad y tiene que retirarse. 124
Descalabro de Duhesme en Cataluña. 127
Accion de Vique y defensa de Hostalrich. . . . . *ibid.*
Sitio de Lérida. 130
De Mequinenza. 132
Toma Victor el castillo de Matagorda. 133
Tentativa para libertar al rey Fernando. 143
Sitio de Ciudad Rodrigo. 147
Campaña de Masséna en Portugal. 154
Combate del Coa y sitio de Almeida. 157
Accion de Busaco. 162
Expediciones de Porlier en las costas del norte. 169
Accion de Baza. 178
Sórpresa de la Bisbal. 184
Accion de Ulldecona. 188
Expedicion de Renovales á la costa cantábrica. 195
Decreto activando la convocacion de córtes. 198
Modo de elegir los diputados. 199
Señálase para su reunion el 24 de setiembre. 206
Su instalacion. 208
Decreto de 24 de setiembre. 214
Venida del duque de Orleans á Cádiz. 220
Altercado con el obispo de Orense sobre la prestacion del juramento. . 221
Revueltas en América. 225
Decreto de las córtes en 15 de octubre sobre este negocio. 237
Discusion acerca de la libertad de imprenta. . . . . *ibid.*
Nombramiento de nuevos regentes del reino. 249
Incidente del marques del Palacio. . . . . *ibid.*
Alborotos en Nueva España. 260
Ciérranse las córtes en la isla para trasladarse á Cádiz. 264
Retirada de Masséna á Santaren. 267
Muerte del marques de la Romana. 270
Toma de Olivenza por los franceses. 272
Accion de Castillejos. 273
Sitio de Badajoz por los enemigos. . . . . *ibid.*
Accion de Gévora ó del Guadiana. 276
Muerte del gobernador de Badajoz Menacho. 277
Batalla de Chiclana ó de la Barrosa. 281
Bombardeo de Cádiz. 285

Sigue Masséna su retirada. . . . . Pág. 291
Recobro de Olivenza por los aliados. 294
Batalla de Fuentes de Oñoro. 296
Evacuan á Almeida los franceses. 298
Batalla de la Albuera. 301
Accion de Cogorderos y muerte del general Valletaux. 317
Sorprende Mina un convoy en Arlaban. 318
Sitio y toma de Tortosa por los franceses. 319
Reencuentro de Figuerola. 326
Quema de Manresa. 329
Sorpresa y toma de Figueras por los españoles. 332
Sitio y toma de Tarragona por Suchet. 336
Recobran los franceses á Figueras. 354
Viage de José á Paris y su regreso. 362
Abren las córtes sus sesiones en Cádiz. 366
Creacion de la órden de San Fernando. 370
Decreto de la abolicion de señoríos. 378
Expedicion de Blake á Valencia. 380
Accion de Zújar. 382
Invade Suchet el reino de Valencia. 384
Reencuentros en Soneja y Segorbe. 388
Toman los enemigos el castillo de Oropesa. . . . . *ibid.*
Sitio de Murviedro por Suchet. 389
Batalla de Sagunto. 391
Rendicion del castillo. 394
Toma de las Medas por Lacy. 395
Ataque de Igualada y rendicion de los franceses en Cervera. 396
Rindese al baron de Eroles la guarnicion de Bellpuig. 397
Queda prisionera la guarnicion francesa de Calatayud. 400
Rinde Mina una columna enemiga en Plasencia de Gállego. 403
Accion de Ballesteros junto á San Roque. 404
Sorpresa de Bornos por el mismo. 405

TOMO III.

El gobernador de Ciudad Rodrigo prisionero de Don Julian Sanchez. 7
Accion de Arroyomolinos. 9
Sucesos militares en Valencia. 15
Bombardeo de esta ciudad por Suchet. 24
Toma de la misma. 26
Muerte de Don Martin de la Carrera en Murcia. 31
Entran en Peníscola los enemigos. 32
Sitio de Tarifa. 33
Sitio y toma de Ciudad Rodrigo por los aliados. 35

La comision de constitucion presenta á las córtes su proyecto. . . Pág. 39
Exámen de sus principales artículos. 40
Manifiesto contra las córtes escrito por Don Miguel de Lardizábal. . . . 62
Alboroto contra el diputado Valiente. 67
Carta de la princesa Carlota de Portugal á las córtes. 70
Nombramiento de *nueva regencia*. 72
Promúlgase la *constitucion*. 75
Combates de Villaseca, Altafulla y Roda. 78
Nueva entrada de los franceses en Asturias. 84
Varios individuos de la junta de Búrgos ajusticiados por los franceses. . 85
Otro convoy pillado por Mina, y muerte del secretario de José. 86
Muerte de Don Gregorio Cruchaga. 88
Sitio y toma de Badajoz por Lord Wellington. 89
Accion del Guadalete. 93
Guerra entre Francia y Rusia. 94
Sociedades secretas de España. 99
Hambre en Madrid. 101
Abusos de la libertad de imprenta. 103
Tentativa de restablecimiento de la inquisicion. 105
Convocatoria de las córtes ordinarias. 110
Campaña de Salamanca. 112
Batalla de Salamanca, ó de los Arapiles. 118
Retírase José de Madrid, y lo ocupan nuestras tropas. 121
Rendicion de Astorga á los españoles. 127
Evacuacion de Santander. . . . . *ibid.*
Levántase el sitio de Cádiz. 129
Entrada de Cruz Mourgeon en Sevilla. 131
Queda libre Córdoba. 134
Entra en Granada la division de Anglona. 135
Robo de pinturas por los franceses en Sevilla. 136
Accion de Castalla. 138
Renuncia el conde del Abisbal el cargo de regente. 141
Toma Drouet el castillo de Chinchilla. 144
Entrada de los aliados en Búrgos. 147
Nombran las córtes general en gefe á Lord Wellington. 148
Desobediencia de Ballesteros, y sus resultas. 151
Retíranse los aliados de Búrgos y Madrid. 154
Vuelve José á Madrid y se dirige á Castilla la Vieja. . . . . *ibid.*
Entra de nuevo Lord Wellington en Portugal. 158
Ocupan otra vez á Madrid José y los suyos. 159
Va Lord Wellington á Cádiz. 160
Suprimen las córtes el voto de Santiago. 164
Mediacion de los ingleses en las desavenencias de América. 170
Tratados de alianza con Rusia y Suecia. 175

Abolicion del santo oficio de la inquisicion. . . . . Pág. 178
Reforma de regulares. 186
Nueva eleccion de regentes del reino. 191
Conducta del nuncio de S. S. sobre el decreto contra el santo oficio. . 204
Causa formada á varios canónigos de Cádiz. 205
Extrañamiento del nuncio. 206
Segunda accion de Castalla. 224
Deja Wellington á Portugal y emprende su nueva campaña. 227
Vuelan los franceses el castillo de Búrgos y abandonan la ciudad. . . . 230
Evacuan á Madrid los franceses por última vez. 232
Robo de pinturas y otros efectos. 233
Batalla de Vitoria, y presa de ricos equipages. 238
Sitio de San Sebastian y Pamplona. 247
Evacuacion de Valencia por Suchet. 251
Abandonan los franceses á Zaragoza. 253
Derrota del general Paris por Mina. . . . . *ibid.*
Toma de San Sebastian por los ingleses, y su ruina y saqueo. 265
Victoria de San Marcial por los españoles. 268
Rindese el castillo de San Sebastian. 269
Evacua Suchet la plaza de Tarragona. . . . . *ibid.*
Combate del paso de Ordal. 271
Cierran sus sesiones las córtes extraordinarias. 280
Abrense de nuevo con ocasion de la fiebre amarilla. 281
Cesan por último en 20 de setiembre. 282
Instálanse las córtes ordinarias. 284
Su traslacion y la del gobierno á Madrid. 288
Pasan los ejércitos coligados el Bidasoa. . . . . *ibid.*
Recobran los españoles á Pamplona. 292
Pasan las tropas aliadas el Nivelle. 295
Movimientos y combates en el Nive. 299
Rindense Morella y Denia á los españoles. 303
Venida de la regencia y las córtes á Madrid. 305
Tratado de Napoleon con Fernando en Valencey. 311
Llegada del duque de San Cárlos á Madrid. 314
Decreto de 2 de febrero de 1814, y manifiesto que le acompañó. 317
Discurso del diputado Reina. 319
Proyecto de Van-Halen para sacar de poder de los franceses varias plazas de Cataluña. 322
Toma de Lérida, Mequinenza y Monzon 324
Rindese el castillo de Jaca,. 327
Paso del Adour por las tropas aliadas. 328
Batalla de Orthez. 332
Deja Napoleon en libertad á Fernando. 336
Entra este en España. 338

Impostura del fingido Audinot. . . . . Pág. 342
Batalla de Tolosa. 347
Caida de Napoleon. 351
Entra el rey en Valencia. 357
Representacion de los diputados llamados *persas*. 359
Prision en Madrid de la regencia, ministros y varios diputados. 363
Decreto de 4 de mayo. 364
Entrada del rey en Madrid. 365

FIN.



ERRATAS.

TOMO SEGUNDO.

PAGINA.	LINEA.	DICE.	LÉASE.
—	—	—	—
132	3	opinion que adquirió crédito con haber despues abrazado el partido....	opinion que adquirió crédito con divulgarse despues, si bien falsamente, que habia abrazado el partido....

TOMO TERCERO.

16	4	de Santa Clara	de la Trinidad
26	2	de Santa Ursula	de Corpus Christi
28	24	Rubet	Rubert
63	28	(Habia el Don Miguel de Lardizábal sido individuo....)	(Aludia á creer el orador equivocadamente que Don Miguel de Lardizábal habia sido individuo....)
93	38	Corroux	Conroux
94	13	de	del
id.	*ult.*	Oltemburgo	Oldemburgo
173	3	Bardazi	Bardaji
208	33	nueva	mera

PARIS. — EN LA IMPRENTA DE CASIMIR, calle de la Vieille-Monnaie, nº 12.